LORENZO DURAN.

AÑO V — BUENOS AIRES, 4 DE ENERO DE 1925 — N.o 206

LA PROTEST[A]

SUPLEMENTO SEMAN[AL]

PORTE PAGO — 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

AL ENTRAR EN EL QUINTO AÑO DE VIDA

Al entrar el Suplemento en el quinto año de su vida, consideramos como un deber de conciencia el hablar unos momentos con los lectores y amigos cuyo interés y abnegación hizo posible la fructificación de la iniciativa que tomáramos a fines de 1921 para dar a nuestro movimiento un órgano de doctrina digno de él.

Y es tanto más necesario para nosotros el dirigir unas palabras íntimas a nuestros lectores y amigos, cuanto que sin su apoyo moral nos hubiera sido imposible resistir la ola de cismas y el montón de injurias que circuló estos últimos años contra los que damos a la labor del diario, de su Suplemento y de la Editorial, todo cuanto podemos y cuanto valemos. Nuestra vida se ha difundido con la vida del diario y de sus diversos apéndices tanto más inseparablemente cuanto mayores fueron los obstáculos encontrados y mayores los peligros que amenazaron su existencia. Nadie podrá poner en duda que hemos defendido con verdadero encarnizamiento la vida de LA PROTESTA: ese encarnizamiento nos ha valido enemigos numerosos en todo el mundo, pero tenemos la satisfacción de haber logrado una parte de nuestros propósitos: reivindicar el anarquismo del peligro amoralista que intentaba sentar sus reales y sostener la proa del movimiento regional en dirección a las luchas del proletariado. Estamos seguros que ningún camarada honesto querrá amenguar el valor de esa victoria. Es verdad, en el ardor de la lucha habremos podido dar más de un golpe de ciego y lesionar la susceptibilidad de camaradas nuestros, concordes con nuestra manera de ver; es lo que lamentamos sinceramente; pero como no hay en nosotros ningún empeño en tener razón a costa de la justicia, les tendemos públicamente la mano y les pedimos que olviden los supuestos agravios que les hemos inferido sin darnos cuenta. Pero no se interprete mal este deseo de reconciliación; nos dirigimos a los camaradas justamente resentidos a causa de la vehemencia de nuestros ataques, algunos de cuyos golpes habrán podido llegar hasta ellos, sin que fuera tal nuestro deseo. Somos humanos y podemos equivocarnos. Bajo este aspecto esperamos que ningún camarada tendrá la pretensión de tirarnos la piedra de la impecabilidad. Sin embargo, así como no tenemos ningún reparo en tender la mano de compañeros y de amigos a todos aquellos a quienes tenemos derecho a considerar tales, por haber estado a nuestro lado años y años y por haber demostrado más de una vez su amor a la causa común, seguimos tan inmutables como el primer día frente al amoralismo y al cisma sistemático, que para muchos es el único recurso de que disponen para sobresalir, para singularizarse y para oficiar de capitanes de capillas. Contra los que se empeñan en sembrar la discordia entre nosotros, seremos lo que hemos sido hasta aquí: defensores de la pureza moral e ideológica de nuestro movimiento por sobre todas las consideraciones personales.

Al obrar como hemos obrado estos últimos años, sabíamos que eran muy pocos los camaradas sinceros que desertarían de nuestras filas; teníamos la conciencia de contar con lo que constituye el movimiento anarquista del país, agrupado en torno a LA PROTESTA y a la F. O. R. A.; no hemos dudado ni por un momento que defendíamos una causa justa con el asentimiento de la totalidad de los camaradas que comprenden y aman el anarquismo lo suficiente como para no permitir en nuestras cosas la intromisión de las ideas dictatoriales ni de los agentes de policía y los profesores de amoralidad que tantas veces estuvieron a punto de comprometer el movimiento en causas indefendibles. LA PROTESTA ha sido siempre un órgano puramente anarquista en medio de las luchas proletarias y estamos satisfechos de haberle conservado ese carácter. Y la misma satisfacción sienten muchos millares de compañeros, como lo demuestra el efecto del llamado que hemos hecho a mediados de 1924 para que acudieran en ayuda del diario, fuertemente comprometido por el déficit creciente. Los que dudaban de la posición de LA PROTESTA en el movimiento anarquista del país, ¿no han podido constatar claramente la elocuencia de la simpatía espontánea que le demostraron los millares de trabajadores interesados en su sostenimiento? *Esa manifestación* ha sido para nosotros mismos de un gran alcance, nos ha inspirado nueva confianza y nos dió nueva energía para la lucha. Por lo demás, el déficit, como todos saben, es ineludible; el diario, que se vende a cinco centavos en la calle, sin anuncio alguno, sale con pérdida y es preciso recurrir a los pic-nics y las funciones teatrales para equilibrar el presupuesto. A esa situación se agregó la circunstancia de las deudas contraídas con la imprenta por muchos sindicatos y grupos, y sobre todo por la renovación completa de los talleres, en estos últimos cinco años — la compra de dos intertypes, de una máquina plana y de otros numerosos utensilios. También la Editorial ha dejado en el primer tiempo déficit, pues como nuestra idea no es hacer de ella una mera fuente de entradas a costa de la banalidad de las ediciones de venta fácil, sino que nos proponemos que sea una obra de cultura seria y responsable, los libros editados no tienen la salida rápida que tienen las novelas sin valor o los folletos sensacionales. La Editorial ha sido creada para nuestros camaradas deseosos de profundizar y de ampliar sus conocimientos y no para satisfacer a lectores de Luis de Val o de Invernizzio. A decir verdad, no hubiéramos creído que existieran tantos interesados en esa obra como los que se suscribieron por adelantado a sus ediciones, — dando con ello, no sólo testimonio de su anhelo de que la Editorial continúe su obra, sino una prueba de confianza que no podemos menos de apreciar con cierto orgullo. Si todavía no funciona la Editorial según nuestros deseos, pedimos a los camaradas un poco más de paciencia, asegurándoles que serán colmadas sus aspiraciones y las nuestras. La literatura anarquista se abrirá camino en las filas del proletariado y desalojará de los cerebros obreros las mentiras y los sofismas sembrados por la escuela, la demagogia política y por los explotadores de la revolución.

Para ello, como para toda la obra que simboliza LA PROTESTA, necesitamos la cooperación moral, material e intelectual de todos los camaradas, y esa cooperación no nos faltará.

Creemos que la labor de saneamiento ha terminado; los grupos están bien definidos y ahora nos toca trabajar intensamente por la difusión del anarquismo en el país y en el vasto continente americano, que quieren disputar a nuestras ideas todos los merodeadores del campo obrero. Que no obstaculicen esa labor los que mariposean con gusto en el cisma; pongamos la anarquía por encima de nuestras personillas y abramos los ojos a una realidad desconsoladora: una reacción internacional insolente y cien tendencias autoritarias vivaqueando en el movimiento obrero. Si por desgracia volvieran a formarse en nuestro seno grupos cismáticos que obstaculizaran la propaganda de LA PROTESTA y de sus diversos apéndices, nosotros declinamos toda responsabilidad, pero defenderemos nuestra labor.

Defenderemos nuestra labor, no por nosotros, sino por el movimiento anarquista. El Suplemento y las simpatías con que cuenta, nos dicen con elocuencia q[ue] vamos por el buen camino. Los cuatro años de vida de esta publicación no fueron vanos, y el que quiera convencerse que vea cómo los lectores de la prensa anarquista argentina, tan numerosa, apenas si se preocupan de recoger, de co[lec]cionar y de encuadernar cariñosam[ente] otro órgano que el Suplemento. Es[ta] [...]ción para nosotros un dato expresivo. En [...] país no hubo nunca tal interés por [la] conservación de nuestras publicaciones y cuando ahora vemos con qué afán coleccionan millares de camaradas el Suple-

MIENTRAS LAS MULTITUDES BUSQUEN ATURDIRSE, ESTARAN LEJOS DE SU PERFECCIONAMIENTO Y DE SU LIBERTAD



—Si toda esa pólvora se empleara Para derribar a los tiranos que en pleno siglo XX humillan a la humanidad, podría exteriorizarse ese júbilo que tan extemporáneo resulta ahora...

mento y cuando leemos los centenares de cartas que solicitan números viejos para completar colecciones, no podemos menos de sentirnos un tanto satisfechos. En realidad este semanario ha venido a llenar un vacío; estábamos cansados de frases brillantes y de hojarasca literaria. Y después de las vacilaciones y confusiones sembradas por la revolución rusa, era preciso volver a exponer los fundamentos de la anarquía y dar una idea de lo que el anarquismo representa en la historia humana. Para eso se necesitaba reconcentrarse un poco y eludir el hueco palabrerío. Hemos contado con muy pocos colaboradores para el Suplemento, pero esos pocos han realizado una labor seria y documentada. Eso no quiere decir que entendiéramos propagar un seco doctrinarismo, no; hemos estudiado la realidad en todos los aspectos que nos han sido asequibles y hemos dado a nuestros lectores un conjunto de material digno de atenta lectura. Ni siquiera hemos olvidado que el arte y la literatura son eficaces vehículos de nuestras ideas y el Suplemento goza en el país, bajo ese aspecto, de una merecida autoridad, aunque también se haya creado enemigos entre los malos cultores del arte y entre los malos literatos.

En general, el Suplemento ha elevado el gusto literario de los lectores, les ha planteado nuevos problemas, les ha ensanchado los horizontes mentales, como ocurre con todo buen libro y toda buena publicación.

Los camaradas de la Argentina se han vuelto en general mucho más exigentes intelectualmente que los anarquistas de los otros países. Saben distinguir lo bueno de lo mediocre y nosotros nos imaginamos que en nuestro ambiente no podrían prosperar órganos de propaganda que pasan por buenos en otros países.

Del valor de las publicaciones hechas en el Suplemento testimonian los numerosos folletos que han sido sacados de él, y que se sacarán, porque en sus páginas vamos concentrando infinidad de documentos de valor perdurable para la historia de la anarquía.

Una ojeada al sumario de los trabajos más importantes publicados en el Suplemento, que damos en otra parte de esta edición, dará la prueba de que no exageramos.

Hasta aquí nos hemos circunscripto en el Suplemento a sostener estas secciones:

Teoría del anarquismo en el movimiento obrero;

Historia del anarquismo;

Transcripción de páginas viejas de los más brillantes escritores libertarios;

Transcripción de los mejores folletos y artículos escritos en otros idiomas por nuestros camaradas.

Publicación de estudios económicos y sociales de interés actual.

Página de arte.

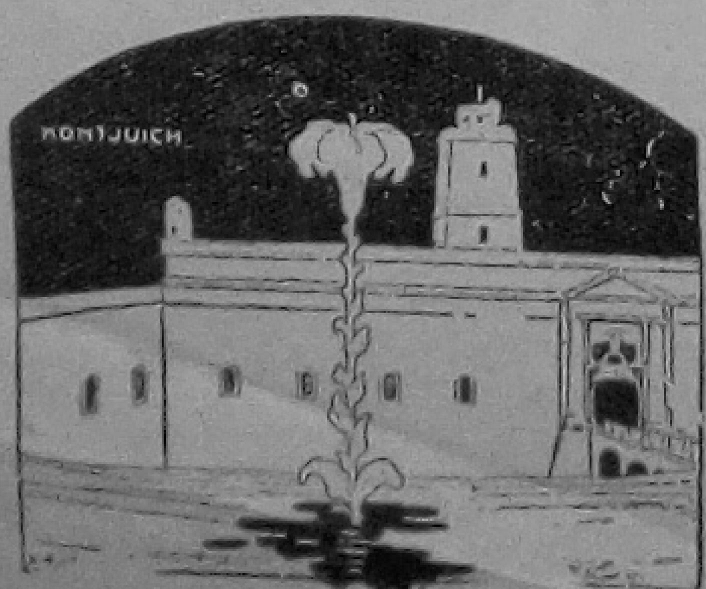
Bibliografía.

Para el futuro no sólo quisiéramos mantener esas secciones sino también perfeccionarlas, e introducir nuevos temas y motivos de estudio.

Los camaradas se darán cuenta de que es ya tiempo que nuevas fuerzas vengan a contribuir a ese esfuerzo. Nosotros queremos que esa obra sea una obra colectiva y que no dependa exclusivamente de nosotros. Queremos que si un día u otro los que actualmente llevamos a cabo esa labor en la medida de nuestra capacidad nos retiráramos, agotados o cansados, ocupasen de inmediato nuestro puesto otros, más capaces y mejor preparados.

Pues desde hace años nos interesa especialmente eso: contribuir a formar entre la masa de nuestros lectores y amigos quienes un día se sientan con fuerzas para ocupar un puesto de tanta responsabilidad y de tanta resistencia física como el que ocupamos nosotros en este momento. No aspiramos a eternizarnos aquí, y más estamos ya por deber que por inclinación. Hemos recibido un patrimonio de gloriosas tradiciones y lo hemos procurado agrandar y enriquecer. Obras son amores, y ahí está nuestra obra, que los amigos y lectores deberían examinar en ocasión del nuevo aniversario del Suplemento. Que se preparen nuevos colaboradores por el estudio serio en los libros y en la vida, pues si podemos expresar sin inmodestia nuestra satisfacción por la propaganda realizada, consideraríamos una derrota el hecho de tener que seguir llevando nosotros una carga que pesa gravemente y que por lo demás debe ser llevada por todos, en una forma u otra, con su apoyo moral, material e intelectual. Esto último, sobre todo, nos ha faltado en proporciones muy sensibles. Aquellos que en otro tiempo enviaban su colaboración a nuestra prensa, se creyeron con tantos derechos por saber manejar la pluma un poco más hábilmente que la mayoría de los trabajadores, que hemos considerado justo pasarnos sin su concurso. Y como se ve, no hemos perdido mucho. ¡Que de entre la juventud proletaria afín a LA PROTESTA y a la F. O. R. Argentina surjan colaboradores profundos en su pensamiento, pero sin estúpidas pretensiones intelectualistas, como los que se van haciendo ver en el diario y en el Suplemento, donde sin hacer alardes ni reclamar privilegios, tratan asuntos complejos y revelan una seriedad y una honestidad que faltaba en los supuestos intelectuales del obrerismo. Tenemos una cierta esperanza de que nuestra preocupación en este sentido no será vana. Podríamos ya citar nombres que prometen continuar un día el vasto programa de propaganda escrita de LA PROTESTA, que comprenden que el escribir supone el previo pensar y que cuando se poseen tesoros de experiencias y de conocimientos, el estilo o la forma literaria es lo que menos importa.

Muchas serían las reflexiones que quisiéramos hacer hoy. Presentimos haber entrado en una nueva fase de actividades y no ignoramos que la responsabilidad que nos incumbe es grande. La anarquía debe intervenir en la vida más que hasta aquí, y ser un factor social con el que haya que contar para determinar el rumbo de la historia. Necesitamos estrechar filas y trabajar intensamente, superándonos cada día, si es posible. Cada uno de nosotros debemos hacer de tanto en tanto el balance de nuestra adhesión a la anarquía y deducir si nuestras acciones están en concordancia con ella o no. Uno de los primeros deberes de la adhesión al anarquismo está en la actividad personal en el sentido más conforme a nuestras capacidades. ¡Que no pase un solo día, un solo mes sin que podamos decirnos íntimamente que no hemos vivido en vano para la anarquía!



AMERICA

Un programa revolucionario

Hace pocos años existía en Alemania la costumbre del período de *Wanderschaft* (peregrinación); en la actualidad ha perdido ya su rigor; la juventud de nuestros días no acepta ya generalmente esa vieja tradición y las condiciones que facilitaban la peregrinación de los jóvenes proletarios han desaparecido. Pero esa costumbre nos parece digna de estudio, y algún día procuraremos exponer su mecanismo y su significación a nuestros amigos. Se resume así: al terminar el joven su aprendizaje de un oficio, que duraba por lo general cuatro años, estaba forzado a recorrer un determinado tiempo el país, y el extranjero si se sentía con fuerzas e inclinaciones, trabajando para comer; de esa manera agregaba a su aprendizaje de un oficio el aprendizaje de la vida, que en esas andanzas se conoce en sus variados aspectos mucho mejor que cuando no se ha salido del lugar nativo; el joven obrero vivía varios años como un *linghiera* ambulante, y sin esa condición no podía establecerse definitivamente como *Meister* (obrero de oficio independiente) en ninguna parte. El período de Wanderschaft constituía el acontecimiento más memorable del trabajador, que recogía en ese lapso de tiempo un caudal de experiencias de que luego vivía intelectualmente el resto de la vida. Si entre los viejos hábitos y tradiciones hay uno que desearíamos ver implantado en todas partes, sería el de la Wanderschaft de los jóvenes obreros.

Recordamos eso al reflexionar en nuestras cosas de América: todos los jóvenes compañeros, después de haber aprendido un oficio y antes de sistematizar su vida en la localidad elegida por sus gustos o por el azar del nacimiento, deberían imponerse el hábito de la Wanderschaft por todo el continente americano; y si se quiere que empleemos un término más usual entre nosotros, sustituyamos Wanderschaft por *vida de linghera*. Los establecimientos de estudios nos están vedados, no por leyes especiales, sino por el imperativo de nuestra situación económica; pues bien, si la burguesía se reserva las universidades, monopolicemos nosotros ese vasto establecimiento de estudio que es la vida, y mientras los hijos de nuestros amos adquieren su diploma en la universidad, conquistemos también nosotros nuestro diploma de conocedores de la realidad, seguros de que la ciencia y la experiencia que recogeríamos en un período de tres o cuatro años de honesto vagabundaje por el gran continente americano, no tendría nada que envidiar a la que recogerán nuestros futuros explotadores y dominadores, en algunos libros mal digeridos.

Pero aparte de esa ventaja personal, y que constituiría la mejor escuela para el desarrollo de la mentalidad proletaria y para la formación de un carácter independiente y libre, esa vida ambulante de unos años por los diversos países de América, traería consigo un fortalecimiento inusitado del movimiento revolucionario y una difusión maravillosa de nuestras ideas. En ese sistema de vida la inteligencia del individuo despierta, y trabaja continuamente: las nuevas impresiones provocan el pensamiento, la comparación y la deducción, y mientras en la localidad nativa hubieran faltado motivos impulsores de nuestra actividad mental, al cabo de muy poco tiempo, en la vida del linghiera joven, consciente de que obra así para aprender y no para eludir el trabajo, la vida de cada día mantiene alerta su cerebro. Esa es una condición insustituíble para la comprensión de los nobles ideales que exigen sacrificio, abnegación, entusiasmo y constancia.

Por esa juventud que se resolviera a conocer el mundo antes de verse forzada a buscar definitivamente un refugio, — con todo un cúmulo de ilusiones marchitas, — circularía la savia de la revolución.

No nos atrevemos a proponer que nuestras organizaciones se ocupen de este asunto; sin embargo son organizaciones para la revolución y no puramente corporativas y por consiguiente no deben desaprovechar ninguna posibilidad de contribuir a la creación de un vigoroso movimiento revolucionario de hombres independientes, íntegros, descontentos de lo actual y con fuerzas mentales suficientes para aspirar y luchar toda la vida por un mundo mejor. Hemos entrado en un negro período histórico, y no se entrevé salida alguna por muchos años; ni un rayo de luz brilla en el oscurecimiento de los espíritus que siguió a las aparentes subversiones de la post-guerra. Por eso debemos pensar en preparar pacientemente para el mañana las condiciones de un despertar de los pueblos. La preocupación por cosas cuyos frutos tal vez no recojamos nosotros mismos, es el mejor testimonio de fe que podemos dar en las ideas. Por doloroso que sea, tenemos que resignarnos al pensamiento de que no veremos con nuestros ojos una humanidad libre; la vida es muy corta y aun hace falta mucho esfuerzo para quebrantar tantas cadenas como nos sujetan al carro del capital y al sagrado principio de la autoridad. Pero la lucha misma por una humanidad libre y dichosa contiene en sí una anticipación de la felicidad de la vida futura. Hoy no somos libres, pero al luchar por serlo comprendemos el valor de la libertad y saboreamos ya su maravilloso encanto.

El camarada Julio Díaz ha sido nuestro primer explorador del continente americano, — una iniciativa que algún día se apreciará en todo su valor. De su largo viaje traerá sin duda una buena cosecha de experiencias y de iniciativas, y estamos seguros que no dejará de hacer resaltar estas dos conclusiones: que el porvenir del anarquismo está en América y que a América le corresponde crear un movimiento que infunda nueva sangre en las arterias de la vida revolucionaria de todos los países, y además que se impone un intercambio continuo de ideas y de fuerzas por medio de una juventud que se interese por conocer la vida y sirva en sus inquietudes aventureras de vehículo de la revolución.

Las masas obreras de América, sobre todo de la América latina, no poseen aún el lastre de la esclavitud voluntaria y de la obediencia tradicional; además se agregan a ellas los emigrantes que, aunque en su mayoría vayan en busca de tesoros fáciles, suelen ser elementos inquietos y activos, abiertos a nuevas ideas y que dan un considerable porcentaje a la revolución. Mientras que en las masas del proletariado industrial europeo ha sido inyectado el veneno de los partidos obreros y del estatismo, las masas de la América latina no conocen más que la demagogia del liberalismo burgués y es sumamente fácil apartarlas de esa ilusión involuntariamente adoptada. Otra cosa es cuando han adoptado el marxismo como un ideal revolucionario; el marxismo acaba por castrar en ellas toda combatividad y por idiotizarlas con el Estado popular, haciéndolas inasequibles a cualquier otro punto de vista.

Es la Argentina la que cuenta con más elementos y más posibilidades para tomar a su cargo una intensa propaganda de nuestras ideas en la América latina; en su movimiento relativamente numeroso surgen camaradas capacitados y que no hallan el modo de desarrollarse en el círculo de una existencia cotidiana monótona; esos camaradas, cuando se encontraran frente a un terreno virgen y comprobasen la virtualidad creadora de su esfuerzo, se darían cuenta de lo que pueden y de lo que valen; en el ambiente nativo no siempre se hallan los estímulos para el completo florecimiento espiritual del hombre y la mayoría de las veces si han sido agitados por una ola de entusiasmo, acaban por marchitarse y debilitarse. Un cambio de clima, de ambiente no sólo es físicamente recomendable, sino que tiene en sus efectos morales las más altas consecuencias.

Si la Argentina tomase la iniciativa del fomento del envío de emisarios a otros países, secundados por la prensa numerosa que se abriría por ese medio un camino en las masas de otras regiones y por los libros y folletos que se editan sin ce

sar en Buenos Aires, no sólo se resistiría la invasión del autoritarismo en América, sino que se destruiría la leyenda criminal del nacionalismo que mantiene la hostilidad de unos pueblos contra otros y de esa manera los subyuga a la codicia de las castas explotadoras y dominadoras.

Naturalmente, para llevar a cabo esta iniciativa, como para cualquier otra labor en beneficio de la prosperidad de nuestro movimiento, es preciso partir de esta base: las cosas no se hacen por sí solas, sino que requieren el apoyo y el esfuerzo personal de cada uno. Repitámoslo, si tenemos el derecho a llamarnos anarquistas, tenemos el deber de manifestar prácticamente que lo somos.

El panorama de las repúblicas hispano-americanas no tiene actualmente nada de prometedor; infinidad de rivalidades nacionales siembran la discordia entre los pueblos; numerosos partidos de aventureros políticos juegan el fácil juego de los asaltos al poder; el capitalismo va sentando sus reales y la explotación del proletariado no deja nada que desear en refinamiento y en brutalidad; las tendencias reaccionarias del movimiento obrero se van infiltrando por intermedio del apoyo de la invasión del capitalismo norteamericano en las repúblicas de habla española; se advierte como una propensión en las esferas de las camarillas privilegiadas a volver a un régimen de vida social medioeval, más salvaje y más desalmado que el implantado por los aventureros de la colonización. ¿Qué hacemos nosotros contra todo eso? ¿Cómo expresamos nuestra comprensión del anarquismo?

Y lo que más condenable hace nuestra pasividad frente a ese espectáculo, es que tenemos fuerzas suficientes para ser en América un factor determinante de la marcha de la historia y por pereza no las ponemos en acción, y dejamos a nuestros enemigos el campo libre.

No consintamos que pase un solo día más sin entrar en la liza histórica, contribuyendo *personalmente* a la propagación de la anarquía.

D. Abad de Santillán

Una carta de Mussolini (1)

Desearía que me concedieras un pequeño espacio en tu combativo "Reveil" para aportar mis sufragios, por así decirlo, a los argumentos expuestos por tí en el último número de "Emancipación".

En el momento que me detuvieron, dejaba inconcluso un pequeño artículo que comenzaba así: "Berna, la vieja ciudad donde hacen su fortuna los comerciantes de *schnaps* y los prelados del tibio papismo de la social-democracia, ella no perdió aún su aspecto característico de gruesa barriada mercantilista. Todo se halla en calma. El número de los policías ha aumentado, pero en vano se buscarán huelguistas por ninguna parte. De 200 que eran ellos al principio, han sido reducidos a 50, y éstos se hallan todavía sobre la falsa ruta del compromiso, disminuyendo en dos céntimos la tarifa propuesta, y dejando las negociaciones en manos de un grupo de políticos, quienes tuvieron a bien constituir una comisión de defensa y acción (!). No se sabe si el gobierno o ellos son los que sienten más el miedo. Se habla de ocupaciones militares. Me pregunto qué harán las tropas cuando se encuentren ante este espectáculo tan perfectamente fúnebre".

Lo sucedido puso en claro mis dudas. Los que más tuvieron miedo entre los italianos — inquietados, decían, por tu conferencia — eran precisamente los venerables sacerdotes del Comité de acción. Lo pruebo por este hecho: los italianos organizados habían aceptado en principio de realizar un mitin de protesta y de solidaridad. Yo y otro camarada, por un excesivo escrúpulo de delicadeza, llevamos la deliberación al seno del Comité de defensa y acción. Recibidos en su sede, les expusimos las razones de nuestras actividades, invitándolos a que reunieran a nuestra manifestación la somnolienta clase obrera de Berna.

Fuimos muy mal recibidos. Hicieron veladas alusiones a los insultos contra el diputado socialista, Karl Moor, redactor del *Berner Tagwacht*. Se nos trató de impulsivos, de fomentadores de desórdenes, de traidores que comprometíamos los intereses de los obreros. Cuando manifesté que si los italianos respondían a nuestro llamado llevaríamos a cabo de todos modos la manifestación, los aspirantes a pontífices rojos nos previnieron que la impedirían a toda costa. Se nos hizo comprender también que se llegaría al caso de pedir ayuda a la policía.

Entonces, temblando de coraje y rabia, abandonamos ese antro de reacción. Aquí he de hacer hincapié en un detalle que me parece sintomático: el policía que formulara su interrogatorio durante mi prisión, estaba informado muy bien de todo lo que yo les había comunicado a los miembros de ese Comité de defensa y de acción, así como de las respuestas que me dirigieran. ¿Cómo pudieron conocerlas?

Yo no sé cuál es la situación de los obreros de Berna y en qué punto se halla la huelga de carpinteros. Si no la han perdido, la perderán, y su victoria, si la hubiera, será una victoria a lo Pirro.

Por lo menos, pudimos conocer de cerca el revolucionarismo tan pregonado de los jefes indígenas de Berna.

Es un revolucionarismo de palabras. Cuando los pretendidos defensores del proletariado os intiman a que la agitación debéis realizarla en vuestro país y dejar tranquilo el de ellos, que — bondad suprema — os concede la hospitalidad y os impide morir de hambre, se les puede preguntar al escucharles el himno de la Internacional, dónde comienza para ellos la mala fé política y dónde cesa el odio nacional, mal disimulado.

Muy cómodos esos revolucionarios que lo son en todas partes, excepto en su propia casa. Llegan hasta a magnificar la virtud de la dinamita con tal que haga explosión en Rusia o en Salónica. Deben protestar de todas las injusticias de este mundo, pero dejan pasar las desvergüenzas de su país encubiertas por las campanas de palo.

¿Pero sabes tú que somos unos impudentes cuando intentamos llamarnos socialistas y además revolucionarios? ¿Pero dónde se halla ese espíritu de rebeldía, cuando algún estúpido decreto, emanado de una más estúpida autoridad, basta para paralizar un movimiento o al punto que no es posible realizar un simple paseo en son de protesta? ¿Acaso no tenemos el derecho de llamarnos cadáveres? Y es posible que no seamos otra cosa. Todo lo que nos queda por hacer es cambiar de camino a fin de que se nos sepulte bajo la turba ignara de los arribistas. Que los convencidos obren.

Tu Mussolini Benito.

Los sindicatos de albañiles y de peones de Saint Gall protestan contra las autoridades de Berna por la expulsión del camarada Benito Mussolini, a quien le envían un saludo fraternal.

---

(1) *Es un documento aleccionador sobre estos eternos Judas del movimiento obrero, que ellos toman como un trampolín para dar el salto necesario para caer de pié o sentados sobre los puestos públicos. — Traducido de* Le Reveil, *este periódico anarquista expone la causa que produjo su publicación. Esta carta del dux fué dirigida al camarada Bertoni. He ahí la constatación:*

"Damos a la publicidad este carta para demostrar una vez más que Mussolini siempre le ha reprochado al partido socialista su miedo a la ilegalidad y a la violencia. Débese señalar que con un cinismo inconsciente, este mismo reproche ha mudado de lugar, pretendiendo que la violencia criminal de sus bandas armadas sólo es una justiciera represalia. La verdad, que las contradicciones más brutales concluyen por no ser tenidas en cuenta por los canallas de más envergadura.



La burguesía, el proletariado y la reacción internacional

LORENZO DURAN

II

Pero no es bastante reconocer la inconciliabilidad de la burguesía y del proletariado en lo referente a cuestiones de reacción o de revolución, sino que hay que confesar también que la palabra *proletariado* aplicada a esas mismas cuestiones queda reducida a una minoría de trabajadores revolucionarios. Abrid un periódico cualquiera, por ejemplo el semanario archi-reaccionario inglés *New of the World* o cualquier otro órgano de la burguesía inglesa; comentando los resultados del congreso tradeunionista de Scarborough y el socialista de Liverpool, veréis con qué tonos elogiosos hablan del movimiento obrero y socialista inglés. Hasta el punto que el *Daily Herald* publica un artículo de fondo con este título: "Wehn all men speack well of thee, beware!" (Cuando todo el mundo habla bien de ti, atención!).

Y si de Inglaterra pasamos a cualquier otro país, a Bélgica, a Francia, a Alemania, tendremos también el espectáculo de muchos millones de obreros organizados pero uncidos por eso mismo más sólidamente al carro de triunfo del Estado y del capital. Y cuando estudiamos la acción de los diversos organismos proletarios reformistas en el curso de estos últimos diez o doce años, vemos que la guerra fué posible sólo gracias al concurso de las organizaciones reformistas y de los partidos políticos obreros, y que la sofocación de la revolución no se debe en modo alguno a las fuerzas declaradamente burguesas, sino a las fuerzas supuestamente proletarias y socialistas. Ningún elemento reaccionario habría podido paralizar en Alemania la acción de las masas populares tan completamente como la socialdemocracia. Y actualmente, en casi todos los países, la reacción está en manos de marxistas y de sindicalistas reformistas.

El espectáculo del movimiento marxista es de los más desconsoladores; hay tres tendencias que se declaran las legítimas herederas de Marx: la socialdemocracia alemana, el comunismo ruso y la corriente que en Italia representa el *Avanti!* y en otros países algunas minorías de descontentos. Cada partidario de una de esas tres tendencias se cree con derecho a jurar por Marx y a anatematizar a los que no piensan y obran como él. Las dos primeras tendencias constituyen partidos de gobierno, la socialdemocracia en Inglaterra, Suecia, Alemania, Dinamarca, Bélgica, Francia, Austria, Suiza, etc.; el comunismo en Rusia; el descontento de los socialistas italianos, que quieren ahora salir por los fueros del verdadero marxismo, se explica por la situación interna del país, completamente en manos de Mussolini y de sus bandas. Si Mussolini quisiera repartir el presupuesto con los socialistas, como hace el rey de Inglaterra, el de Bélgica, como hacen los grandes industriales alemanes, etc., entonces no daría el *Avanti!* la nota puritana que comenzó a dar en los últimos tiempos. Así como Mac Donald sostiene que la monarquía es un régimen de gobierno que se presta admirablemente a la realización del socialismo, y los socialdemócratas alemanes afirman lo mismo de la república con Hindenburg a la cabeza, veríamos a Turatti sostener que el régimen fascista no es un obstáculo a la implantación paulatina del socialismo.

Y la misma ausencia de espíritu revolucionario de los partidos políticos obreros, el mismo hábito de colaboración y el mismo odio a todo lo que signifique antiestatismo y acción extralegal, existe en las organizaciones sindicales reformistas, que suman en Europa más de treinta millones de miembros.

¿En nombre de qué habríamos de proponer a esas fuerzas obreras y socialistas una defensa común frente a la reacción o una acción común para la revolución? Las ideas y los sentimientos reaccionarios se cultivan con tanto ardor entre los millones de obreros de los organismos sindicales reformistas como entre la burguesía misma, y sucede que antes llegamos a convencer a un burgués hecho y derecho de la justicia de nuestras aspiraciones que a un obrero embrutecido en las filas del reformismo o de los partidos marxistas.

Cuando los camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo de España, en primer lugar Salvador Seguí, hicieron, hacia 1919 y más adelante, sus ensayos de frente único con la Unión General de Trabajadores, nuestra estupefacción no fué pequeña; ya entonces habíamos comprendido que la reacción germinaba más activamente en las filas de los supuestos hermanos de clase que en las filas de la burguesía misma. Unos años más tarde, Largo Caballero, el secretario de la Unión General de Trabajadores, fué a integrar orgulloso el consejo de estado del dictador Primo de Rivera; y las masas de ese organismo, educadas durante muchos años para resistir los avances de los anarquistas, han considerado tal vez como un honor la distinción de que fué objeto uno de sus jefes. Largo Caballero publica en un libro reciente la correspondencia cambiada con la Confederación; al leerla hemos sentido una sensación de vergüenza por la incomprensión y la ceguera de nuestros camaradas.

No existe ningún imperativo que haga reconocer a los poderosos organismos obreros reformistas su fraternidad con nosotros, en tanto que proletarios; la revolución habrá de pasar por encima de ellos, como pasará por sobre los ejércitos y las demás instituciones del capitalismo.

Nosotros estamos en plena guerra social, sin el pensamiento siquiera de una posible transacción. No hablamos, pues, desde las altas regiones de la teoría o de las suposiciones metafísicas. Deducimos nuestros puntos de vista de los hechos cotidianos y de las experiencias prácticas de la vida revolucionaria. Pues bien, si tuviéramos fuerza suficiente para hacer frente a la reacción y para encaminar la humanidad por nuevos derroteros, no daríamos golpes de ciego a Mussolini, a Primo de Rivera o a los organismos monárquicos de Alemania, sino que nos dedicaríamos en primer lugar a romper los organismos sindicales reformistas y a destruir los partidos políticos obreros, seguros de que sin esas bases no habría reacción capaz de sostenerse una sola semana, y de que la máquina represiva montada por los modernos dictadores se derrumbaría como un castillo de naipes.

El partido comunista se vanagloria de tener en su inmenso puño de hierro al pueblo ruso. ¿Pero qué haría ese partido si no hubiera sabido crearse el aparato sindical de que dispone? Con toda su tcheka y su cinismo, no quedaría en el poder ocho días si no le sostuvieran los sindicatos obreros.

En Italia el proletariado organizado no es numeroso, pero si la Confederación General del Trabajo, en lugar de favorecer el triunfo del fascismo, hubiera tenido la voluntad de resistir sus avances y de oponerse a sus crímenes, no hay duda que habría ahorrado a Italia muchos días de luto y de sangre. Pero frente al acontecimiento memorable de la ocupación de las fábricas, los D'Aragona y compañía se sintieron más aterrados por la amenaza de revolución que los propios capitalistas.

En fin, no hay tentativa revolucionaria en la última década que no haya sido saboteada y frustrada por nuestros pretendidos hermanos de clase de los partidos socialistas y de los organismos obreros reformistas. Y si en los primeros tiempos se han podido abrigar dudas y emitir disculpas, hoy sería demasiado absurdo cerrar los ojos y tomar al proletariado como un conjunto históricamente preparado para una acción concorde. Las bandas de Mussolini eran de origen proletario y los millares de soldados que acuden a la primer orden de movilización, son también nuestros compañeros de miseria. Si no queremos sufrir funestas desilusiones, debemos modificar la interpretación tradicional del proletariado como factor de revolución.

Tenemos, pues, que frente a la reacción no existen más fuerzas sinceramente inspiradas por una resistencia invencible, que las nuestras; la burguesía no es enemiga de la reacción, porque la ha preparado y condicionado ella misma para dominar el fantasma de la revolución; una gran mayoría del proletariado, esa por

su tradicional servidumbre voluntaria, sea por la extraviada educación recibida, se siente más inclinada a dar la mano a la reacción que a seguir las inspiraciones de una profunda transformación social.

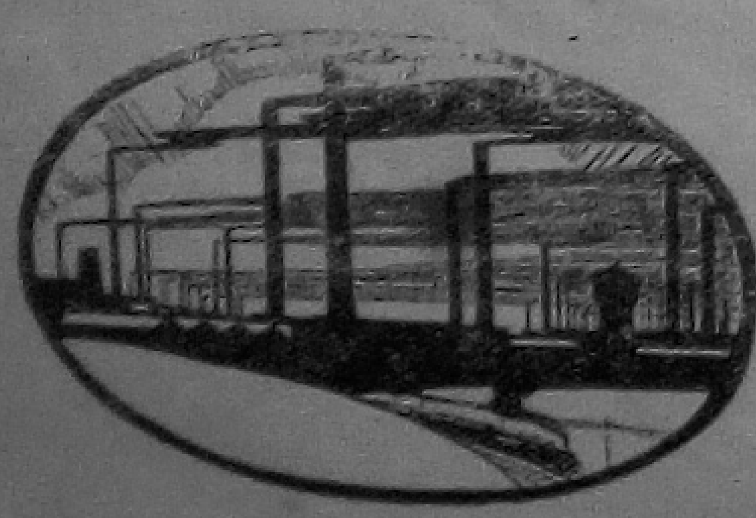
Supongamos que en tiempos pasados, antes de la guerra, no era así; durante y después de la guerra se ha puesto de manifiesto una verdad que hasta entonces habrá podido ser más o menos difícilmente percibida: *el proletariado*, considerado teóricamente como un conjunto de fuerzas históricas afines, se evidenció como una masa susceptible igualmente *de servir a las fuerzas del pasado como de cooperar al desenvolvimiento de las fuerzas del porvenir*.

Descontemos, pues, el apoyo de la burguesía para resistir las potencias reaccionarias de la hora; descontemos además los partidos políticos obreros y las organizaciones reformistas; quedan nuestras solas fuerzas conscientes sosteniendo la bandera de la revolución. Si reconociéramos esa realidad, si partiéramos de la constatación de que únicamente el anarquismo queda en pié y es susceptible de interpretar los verdaderos intereses de los trabajadores y de la humanidad entera, ganaríamos mucho más que mendigando una cooperación que no se nos dará más que en perjuicio nuestro, si se nos da.

No nos desalentamos por estar en número tan reducido frente al mundo entero y por ser tan pocos los elementos afines que laboran en una dirección más o menos paralela a la nuestra en esta triste hora. Si la humanidad quiere alguna vez buscar un camino de verdadera salvación, tendrá que acudir al camino de la libertad. Nosotros podríamos acelerar ese proceso. Somos una minoría, sí, pero una minoría era al principio el fascismo, una minoría eran los bolcheviquis, una minoría eran los republicanos de la gran revolución francesa, y sin embargo lograron sus objetivos. Sepamos nosotros dar vida a un movimiento social verdadero que interese cada vez más vastas masas humanas; es ese el camino del triunfo. El anarquismo es desconocido de millones y millones de seres, ¿cómo queremos que represente una aspiración colectiva? Estudiemos la manera de dar a nuestras ideas una difusión mayor que hasta aquí, estudiemos la manera de crear un movimiento realmente viviente, que imponga respeto y lleve al corazón de los desilusionados un nuevo hálito de esperanza, que despierte a los que duermen el sueño de la indiferencia y que se convierta en una bandera para las grandes masas. Si no podemos salir de la penumbra en que nos movemos, si no podemos entrar en el número de fuerzas históricas y nos empeñamos en continuar debatiendo en nuestros grupos problemas de alta filosofía o saboreando exquisiteces estéticas, los millones de seres que buscan una salida a su situación miserable, se adherirán hoy al primer demagogo que les cante la palímodia de una legislación ideal y engrosarán mañana las filas de los aventureros de la dictadura. Y no contribuirán nunca con su peso más o menos inerte, pero irresistible, al establecimiento de un orden social de libres y de iguales, porque esa idea redentora no supo abrirse camino ni salir de las catacumbas en que buscó refugio contra las persecuciones.

Somos hoy muy pocos, pero aun existen los que conocieron nuestro movimiento cuando sólo contaba un par de decenas de adherentes en cada país. Se ha hecho un progreso numérico innegable; disponemos ya de una cierta base de actuación inexpugnable. Si no batimos victoriosamente a los enemigos de la libertad, es porque somos incapaces de animar con nuestro idealismo un movimiento revolucionario o porque una pereza imperdonable nos condena a ser inofensivos románticos de un porvenir mejor.

IVAN KOLLAR



Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(Continuación)

Las contribuciones a la historia del socialismo y de los movimientos revolucionarios no han faltado nunca en Francia y los años de 1860-70 vieron ya hermosos libros sobre *Marat* (Bougeart), *Robespierre y Saint Just* (Hamel), *Anacharsis Cloots* (Avenel), apreciaciones sobre los *hebertistas*, sobre *Babeuf*, etc., pero la reacción después de la Comuna sofocó de nuevo ese impulso y durante largo tiempo esa historiografía tuvo un carácter, sea netamente hostil, sea anecdótico, sea elogioso y legendario. Pero en fin, en los comienzos de 1889, el estudio de la revolución francesa según los documentos de los archivos recibió un gran impulso y en lo sucesivo también la historia del socialismo fué llevada a un nivel superior. Se ocupó de los diversos grandes autores, *Fourier*, *Pierre Leroux*, *Proudhon*, se examinó a los autores menores en muchas tesis universitarias demasiado anodinas habitualmente, y se hicieron grandes trabajos de conjunto, principalmente la *Histoire socialiste* (1789-1900) en un buen número de grandes volúmenes, publicada bajo los auspicios de Jaurés y en parte escrita por él. Obras de investigación más íntima son los tres grandes volúmenes de J. Tchernoff, *Le Parti republicaine sous la Monarchie de Juillet*, *Associations et sociétés secrètes sous la deuxième République* (1848-1851) y *Le Parti republicaine au coup d'Etat et sous le second Empire*, publicados desde 1901 a 1906, también la *Histoire du Parti republicaine en France de 1814 a 1870* por Georges Weill (1900). Se hicieron trabajos muy documentados en Dijon y en Lyon, bajo la égida de los profesores Halevy (el autor de un trabajo sobre *Thomas Hodgskin*) y Charlety (autor de una biografía de *Saint Simon*). Se trabajó en fin según los documentos de los Archivos y sus propios papeles en poner en claro muchas partes de la vida de Buonarroti, se publicó el resto de los manuscritos de Proudhon, o casi. El Paris también, el viejo internacional *James Guillaume*, de Neuchatel, publicó sus cuatro volúmenes *L'Internationale. Documents et Souvenirs*, 1864-1878, la colección tanto de los principales documentos de la Internacional como de los de las secciones del Jura suizo, la Federación jurasiana, y de la lucha de los antiautoritarios, Bakunin y sus camaradas, contra los manejos autoritarios de Marx, acompañado y explicado el todo por los recuerdos personales, íntimos de Guillaume.

Las ideas anarquistas recibieron otro apoyo literario por las *Memorias de un revolucionario* de Kropotkin (1899), libro universalmente difundido, y la *Correspondence* de Eliseo Reclus (2 volúmenes, 1911; completada en 1925 por un tercer volumen). También la vida de *Bakunin*, que había quedado desconocida y muy a menudo desfigurada, sea por la malevolencia, sea por la leyenda, fué esclarecida en parte, sea por una copiosa colección de sus cartas a Herzen y a Ogaref, publicada en 1895, y otras cartas, sea por una colección de sus obras, sacada en su mayor parte de manuscritos inéditos (1895-1913), sea por los trabajos biográficos basados en investigaciones sobre documentos y testimonios orales, a partir de 1891, de que me reconozco uno de los culpables.

Se ha hecho aun demasiado poco por la historia del socialismo en los otros países de Europa, aunque existen libros muy grandes, tales como la *Histoire de la Democratie et du Socialisme en Belgique depuis* 1830, por Louis Bertrand (Bruselas, 1906, más de mil páginas); es sin embargo una recopilación de un socialdemócrata que quiere llegar a la glorificación de su propio partido. El socialismo belga, principalmente su período más bello en tiempos de la Internacional, exige un estudio infinitamente más exacto y más íntimo. En Holanda están las *Memorias* de F. Domela Nieuwenhuis y diversos relatos sobre su larga actividad socialista, que comienza en 1879. Existe también, si no me engaño, una extensa historia del socialismo en Holanda, pero dudo mucho que todos los esfuerzos sociales en las Bocas del Rhin, país tanto de guildas como de sectas en la Edad Media, tan agitado por las luchas del siglo XVI en religión, después en emancipación nacional, y luego durante siglos un asilo del pensamiento y de la prensa libre hayan sido recogidos y bien descriptos. Ignoro, con gran sentimiento, las historias del socialismo *sueco*, por G. Henrikson Holmberg (1913) e Ivar Wennerstrom, (1913), y un libro sobre el socialismo en *Dinamarca*; este último, sin embargo, se dice que es una compilación sobre la historia de la socialdemocracia danesa, a partir de 1871. Hay trabajos sobre las tendencias socialistas en la emigración *polaca*, después de 1830, sobre los orígenes del socialismo en *Finlandia*, sobre el socialismo en Austria, desde los años 1860-70, sobre los orígenes del socialismo en *Hungría* (también sobre la expresión que halló en Hungría en 1848, — lo mismo que en Viena entonces). Se ha descrito la vida de los primeros socialistas búlgaros (*Cristo Botoff*) y serbios (*Svetozar Markovic*) y se estudió esmeradamente el socialismo *ukraniano*, por ejemplo Dragomanof, Pawlik e Ivan Franko lo han representado hace casi cincuenta años; también los orígenes del socialismo polaco moderno han sido muy discutidos hacia esta época. Para *Suiza* al lado de la historia de los movimientos ginebrinos y jurasianos ampliamente estudiados para la época de Bakunin y de James Guillaume hasta 1878 y menos conocidos aún para la de Reclus y de Kropotkin que siguió — al lado de esa historia que ha adquirido un interés internacional, puesto que fué uno de los focos en que se hizo frente a los autoritarios — al lado de eso, pues, la historia de los otros movimientos suizos es tan sobria y pálida, que encontró pocos descriptores, salvo cuando se examinó desde el punto de vista de los manejos políticos, reformistas, etc.; también el desenvolvimiento de la cooperación en Suiza es interesante, como en Dinamarca y en Bélgica. Pero aparte de algunas publicaciones un poco documentadas sobre los antiguos socialistas y refugiados alemanes en Suiza, Weitling y otros, queda aun por estudiar el tiempo viejo y gran número de hombres interesantes, como Albert Galeer, de Ginebra, y otros.

Italia, que tiene una literatura tan rica y documentada sobre el Risorgimiento, es muy pobre en literatura histórica socialista. Apenas Romano- Catania ha tocado la historia de Bounarroti (1898, 1902) y los *Cinquant'anni di Socialismo in Italia*, por Angiolini (1902; hay una segunda edición muy aumentada) son una compilación muy insuficiente. Las causas de esa falta están probablemente en estos dos hechos: que los estudiosos del Resorgimento, patriotas antisocialistas, se cuidan muy poco de las tendencias sociales y de sus expresiones aisladas ya entonces en un tiempo en que el patriotismo convencional exigía que no se prestase atención a otra cosa, sobre todo a las ideas que habrían dividido a los burgueses patriotas y al pueblo a quien deseaban emancipar políticamente, pero por nada del mundo socialmente. Así, pues, todo esfuerzo social fué muy mal visto por Mazzini, y se conoce el velo profundo de silencio y de olvido de que se cubrieron los escritos póstumos, libertarios y socialistas de *Carlo Pisacane* (1858-1860). La otra causa tiene relación con el hecho que el socialismo parlamentario, que nació hacia 1880, por la defección de Andrea Costa, hasta 1878 uno de los anarquistas más distinguidos, y que no tiene otro árbol genealógico que el grupo milanés de *La Plebe* (Bignami, Gnochi Viani), se cuidó poco de hacer más conocidos esos hechos y se desinteresó, pues, deseando que se olvidase de esa epopeya gloriosa que representa el socialismo anarquista italiano, desde 1864 a 1867 y después, con sus bellas figuras de *Bakunin*, *Fanelli*, *Malatesta*, *Cafiero*, *M. Covelli* y tantos otros. Estos, los sobrevivientes de ellos, estuvieron demasiado absorbidos por las luchas que continúan, fueron diezmados demasiado por las persecuciones sin fin, para pensar en trabajos de historia. Sin embargo, parece llegado el momento en que también ellos comprenden que es útil sacar su historia del estado de leyenda en que corre más y más el riesgo de desfigurarse; ¡cuantas partes de esa larga historia no han sido ya completamente perdidas u obscurecidas por la muerte de los militantes, las pérdidas y las destrucciones de los documentos! Si pienso que después de 54 años de vida de militante, el 16 de septiembre de 1925, en *Penseiro e Volonta* (Roma) Malatesta (*Ricordi personali su Giuseppe Fanelli*) ha escrito por primera vez, que yo sepa, un artículo de ese género — sin duda en varias ocasiones en el curso de un artículo ha puesto en claro algún detalle del pasado — digo: más vale tarde que nunca, y estoy encantado, ¡pero pienso que sobre muchas cosas no es bastante!

No conozco bastante las publicaciones históricas de lengua *española*, pero si hay *El Proletamiado Militante* de Anselmo Lorenzo (Barcelona, 1901-1923), que cubre los años 1868 a 1883 de la Internacional y de la Federación Regional, y escritos más pequeños, los artículos en *La Revista social* (Madrid) en 1883-84, el resúmen de Arnold Roller (Berlín, 1907), publicaciones sobre la Mano Negra, sobre los sucesos de Jerez (1892), las torturas de Montjuich (a partir de 1896), la Escuela Moderna de Barcelona y la catástrofe de Ferrer, algunos artículos sobre los precursores del socialismo español, por Pedro Vallina, etc., eso no es aun todo lo que sería necesario, y el libro miserable de Francisco Mora, que reedita todas las mentiras de 1872, del tiempo de Lafargue y de Engels, que se mezclaron en la Internacional de España, esa pretendida *Historia del socialismo obrero español* (Madrid, 1902) no tiene aún, que yo sepa, un libro libertario o al menos simplemente un libro honestamente escrito que se le oponga.

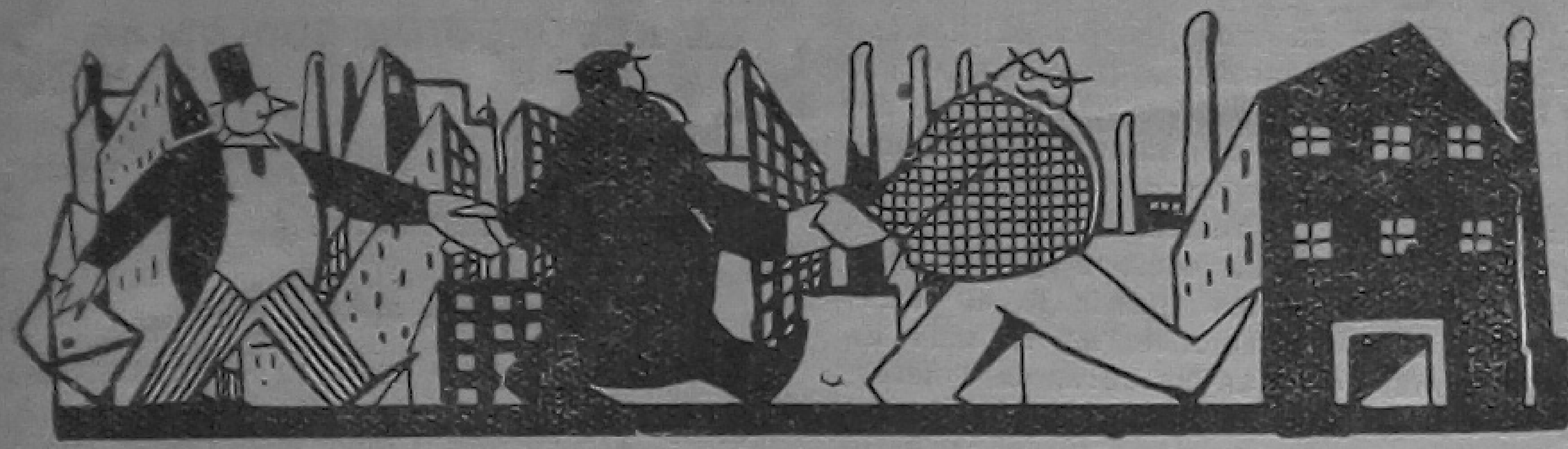
Esa historia desde 1868, que tantos militantes no han descripto y han muerto, los Morago, Sentiñon, Viñas, Farga Pellicer, Tarrida del Marmol, Ricardo Mella, Pedro Esteve y otros, ¿sería el único que la describiera el libro de Lorenzo? Es un libro de un autor tan profundamente propagandista y militante discreto, que considera útil llenar sus páginas de generalidades propagandistas y juzga necesario pasar en silencio las nueve décimas partes de lo que sabe, y no decir, con pocas excepciones, más que lo que todos más o menos saben. Esa no es la historia, tal como ha sido ya establecida, sobre mil cosas del socialismo y del anarquismo en todos los países, sin que haya habido el menor inconveniente. Me parece imposible que ese libro demasiado reticente y por lo demás inacabado por la muerte del autor, permanezca el único que conmemora la Internacional y la Federación Regional de los Trabajadores en España, pero en 1925 es ya tarde, muy tarde para comenzar tal trabajo, y diez, quince años después, todo el mundo de esta época habrá desaparecido y será demasiado tarde.

Habría aún tanto qué hacer en España, volver a describir el socialismo de los antiguos autores, examinar las tendencias sociales en las luchas de los comuneros, las luchas por los fueros — luego toda la repercusión del socialismo francés, de los fourieristas, cabetistas, proudhonianos y otros,— los orígenes de las asociaciones obreras de Cataluña,— las revueltas de los años 1830 a 1850, del siglo pasado, — los acontecimientos de 1873 (Cartagena, Alcoy, etc),— en una palabra, queda mucho que hacer y ni la historia convenida ni el recurdo legendario pueden reemplazar los trabajos seriamente documentados. Aun el que no trabajase por sí mismo en escribir esa historia, podría contribuir a ella recogiendo documentos esparcidos, tomando nota de los testimonios de los viejos que no escriben ya, etcétera.

Para *Portugal* hay muchas indicaciones dispersas en los periódicos libertarios, etc., pero también en ellas la exactitud, la verdadera documentación faltan, y se trataría de conservar la memoria de un gran número de muy buenos camaradas.

Lo mismo me parece ser el caso para la *América latina*, donde sin duda estos trabajos de documentación son muy difíciles de hacer, pero donde habría que comenzar también; se me ha dicho que en México se está en buen camino de hacerlo.

En fin, las lenguas de ciertos países, en que los caracteres son verdaderamente inaccesibles y su literatura socialista, y anarquista, a veces, es bastante numerosa. Nos referimos, sobre todo, al *yiddish*, al *húngaro*, al *lituano*, al *letón*, al *finlandés*, al *georgiano*, al *turco*, al *árabe*, al *persa*,



al *hindú*, al *chino*, al *coreano* y al *japonés*. Se nos comunican de tanto en tanto resúmenes históricos, pero muchos valores históricos quedan desconocidos en esas publicaciones. Serían necesarios exploradores sistemáticos para esas lenguas, que transmitieran lo que es importante, en resúmen traducido. Sin eso nuestra documentación será siempre incompleta.

En estas condiciones — grandes lagunas y trabajos históricos socialistas, aquí bastante profundizados, allí superficiales y perpetuando la leyenda — no hay que asombrarse de que haya sido imposible hasta aquí componer una historia satisfactoria del *socialismo entero*. El mayor esfuerzo individual de este género es el del economista Holandés H. P. G. Quack, que desde 1887 a 1892 publicó *De Sozialisten* (Amsterdam) en 2314 grandes páginas, a las cuales se agrega un volumen sobre los primeros socialistas ingleses (1904) de 387 páginas. Pero tal yuxtaposición de extractos y resúmenes y de observaciones y juicios personales, está lejos de ser una verdadera historia. A una verdadera historia se aproxima más — al lado del libro reciente de M. Beer. (1922) — la *Geschichte des sozialismus und Kommunismus von Plato bis zur Gegenwart* del profesor Georg Adler (1899) que quedó inacabada y que trata sobre todo de la antigüedad y de la edad media, de acuerdo a una excelente documentación, pero sin ninguna simpatía para el ideal social. Los socialdemócratas alemanes comenzaron a publicar una *Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen*, por varios autores, trabajo cuidadosamente hecho, aunque de barniz marxista, pero quedó también inacabado. El asunto es demasiado vasto para uno solo, sobre todo para un militante, como lo fueron Benoit Malon, F. Domela Nieuwenhuis (1901-2) y otros. Los mejores trabajos se limitan a una parte del asunto, como aquellos sobre el socialismo antiguo (Pohlmann, etc.), sobre el socialismo francés en el siglo diez y ocho (Lichtenberger, 1895; otro trabajo parecido de él, en 1898), del profesor Anton Menger, *Das Recht auf den vollen Arbeitsertrag* (1891; sobre todo su traducción inglesa con la larga introducción histórica de H. S. Foxwell, 1899) y muchos otros trabajos que conozco y otros que sin duda me han pasado desapercibidos.

He aquí donde estaba, en grandes líneas, la historia del socialismo cuando la guerra de 1914 vino a interrupir la cooperación científica de los pueblos y disminuyó terriblemente la intensidad de la vida intelectual en cada país afectado de cerca o de lejos. Hubo muchos esfuerzos preciosos, pero muy desiguales, y en suma nada que sea satisfactorio aún.

II

¿A qué altura está ese estudio histórico del socialismo y de la anarquía en 1925, en este mundo tan revuelto por la guerra y la post-guerra, que ha sufrido tantos cambios en Rusia y en la Europa Central? Ha sufrido igualmente ese eclipse increíble de la libertad en Italia, que marca el fascismo y un sistema de crueldad parecido en España. En todas partes, por lo demás, hay gran tensión, y en los países vencidos hubo y hay siempre ruina, miseria y crisis permanentes.

En Rusia ocurrió el advenimiento al poder completo, archicompleto, de los partidos antizaristas, demócratas y socialistas moderados primero, después de ese partido bolchevista que desde noviembre de 1917 tiene las riendas del poder como amo absoluto y enemigo a muerte de todos los demás partidos que prepararon durante un siglo el terreno de esa revolución que triunfó en tanto que se trataba de aplastar el zarismo, pero que dejó en pié, como se sabe, todas las demás cuestiones. Resultó que el pasado fué en lo sucesivo puesto al desnudo en proporciones desconocidas hasta aquí, aunque todas las revoluciones han tenido su "libro rojo", su "revista retrospectiva", sus "papeles encontrados"..., "mapa secreto"... Esta vez esas revelaciones se han hecho y se hacen aún en una escala verdaderamente grande.

Las hubo sobre todo en el dominio diplomático y en el de la historia revolucionaria. Yo no hablaré aquí de los documentos diplomáticos, "tratados secretos", "libro negro"... que no han hecho tambalear poco las construcciones ficticias hechas en interés de la propaganda para la guerra entre los pueblos. Por verídicas que sean esas revelaciones, dudo mucho que sean completas, que no hayan sido sometidas a selecciones dependientes de la política rusa presente y futura. Por lo tanto — que yo sepa al menos — las trampas de la acción nacionalista paneslavista o panrusa que emanaron de los centros del poder zarista, no han sido aun descubiertas.

Las publicaciones de historia revolucionaria son más completas, según pienso, y abarcando un terreno muy grande continúan hermosamente. Dos factores me parecen favorecerlas mucho. Es — no puedo dar aquí más que mi impresión personal, como testigo muy lejano de la práctica de todo lo que se hace en Rusia — un terreno de actividad para un número de hombres sinceramente consagrados a la revolución rusa en general, pero que no se cuidan de identificarse con el bolchevismo reinante y omnipotente. Los bolchevistas les dejan hacer, no preocupándose de destruir también esa parte de la *intelligentsia* rusa que no los quiere, pero que no les opone uan acción definida y que se limita a esos trabajos de historia muy bien hechos con materiales copiosos, sobre todo las acumulaciones de los archivos de la policía secreta y de los otros departamentos gubernamentales zaristas, así como sobre notas tomadas en otros tiempos y sobre recuerdos de viejos revolucionarios, etc. Los bolchevistas velan sin duda porque esos trabajos no minen ni desacrediten su sistema, pero, tomadas esas precauciones, están, yo pienso, en el fondo muy contentos. Tienen también la mentalidad bonapartista, sobre la cual se forman. Napoleón no quería nada mejor que atraerse los representantes de la nobleza de Francia y anexionar al imperio las glorias de los regimenes pasados de Francia.

Lo mismo los bolchevistas, se complacen mucho en el culto de los esfuerzos revolucionarios que preceden a su advenimiento: su propaganda directa, oficial y oficiosa, no deja de "probar" que todos esos esfuerzos, muy buenos en su género, tuvieron vicios innatos que los hicieron abortar, sin embargo útiles como alfombra, como pedestal del bolchevismo. Entonces se produce esa incorporación, esa regimentación de todas las glorias revolucionarias de un siglo de lucha en el bolchevismo triunfante, lo mismo que en el caso de Napoleón I la revolución francesa, pero también toda la gloria de Enrique IV y de Luis XIV se convirtieron en antepasados de que se vanagloriaba, pero a quienes al mismo tiempo pretendía sobrepasar por su sistema único, supuestamente definitivo. Se oculta ahí también la mentalidad orgullosa de Nietzsche, para quien los débiles no son más que el estiércol útil para hacer brotar y crecer los fuertes.

Todos esos trabajos se producen en condiciones un poco anormales, muy anormales incluso, que no son siempre las de la verdadera investigación libre. Pero eso no quita el valor objetivo de los viejos documentos esmeradamente reproducidos, ni el de una gran parte, sin duda, de los trabajos de comento, de apreciación histórica, etc., de esos materiales. La magnitud de esos trabajos es verdaderamente enorme y podría hacer enumeraciones sorprendentes, desconocidas de casi todos los lectores fuera de Rusia, pero que yo mismo sabría infinitamente incompletas, puesto que no puedo echar más que algunas ojeadas a distancia sobre ese terreno de actividades que se diría febril.

(Continuará)

Max Nettlau

BARRILETE

En el azul, casi en las nubes,
te balanceas, barrilete
que te crees libre porque subes;
¡y de una brisa eres juguete!

La gran ciudad con roja cara
de bebé gordo ves tranquilo;
¡y tu lugar prócer se ampara
sólo de un hilo, un frágil hilo!

Ah, barrilete vanidoso
que en lo alto hamacas tus colores,
¡cómo pareces, candoroso,
un pobre de estos soñadores!:

Cual tú, por sobre las torpezas
de la ciudad, yerguen su vida,
locos, la adornan de bellezas;
¡y está de un hilo suspendida!

Cual tú, en sus célicos volidos,
se creen libres por la altura:
¡y están los pobres sometidos
de un leve viento a la ventura!

Álvaro Yunque

PEDRO KROPOTKIN

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

TOLSTOY

LOS PUNTOS PRINCIPALES DE LA ÉTICA CRISTIANA

El punto central de la doctrina cristiana de Tolstoy es la *no resistencia*. Durante los años siguientes a su crisis predicó la absoluta "no resistencia al mal" en plena conformidad con el sentido verbal y definido de las palabrás del evangelio, palabras que, relacionadas con la sentencia de la mejilla derecha y la izquierda, significan completa humildad y resignación. Pero muy pronto debió comprender que esta doctrina, a más de no armonizar con su concepción de Dios, aumentaba, sin duda alguna, el impulso al mal.

De modo que, en 1898, escribió en su *Diario* (hoy publicado): "Yo digo que no debemos resistir al mal con el mal. Dicen, en mi contra, que yo aconsejo no luchar contra el mal". Y cuenta cómo una vez en un tren encontró al gobernador de la provincia de Tula al frente de una patrulla de soldados armados de fusiles y provistos de sus fuertes varas. Se encaminaban hacia una aldea, con objeto de azotar a los campesinos, es decir, iban a cometer un acto repudiable, autorizado por la administración a favor de un propietario, en abierta violación a la ley. Describe, con su bien conocida fuerza descriptiva, cómo en su presencia una "señora liberal" condena, en alta voz y con palabras severas al gobernador y a sus soldados, y cómo éstos se burlan de élla. Luego describe cómo los campesinos, cuando la expedición comenzó su *trabajo*, con verdadera resignación cristiana, haciendo el signo de la cruz, con temblorosas manos, y arrojándose a tierra, dejábanse azotar hasta que su corazón cesaba de latir, sin que los soldados o el gobernador se sintiesen enternecidos por esta humildad cristiana. ¿Qué hizo Tolstoy cuando se encontró con la "expedición"?; no lo sabemos, él no nos lo dice. Probablemente reprocho a los oficiales e incitó a los soldados a no obedecer, es decir a rebelarse. De todas maneras, debió apercibirse que una actitud pasiva frente a este mal, — es decir la no-resistencia al mismo — hubiese tenido el significado de una aprobación tácita al mal mismo, de incitación a cometerlo. Además, una actitud pasiva, de resignación frente al mal, es tan contraria a la verdadera naturaleza de Tolstoy que no debió permanecer por mucho tiempo partidario de esta doctrina, y muy pronto modificó su interpretación del evangelio en el sentido de la no-resistencia al mal con la violencia". Todos sus escritos ulteriores son, pues, una *apasionada resistencia contra las diversas formas del mal*, con las que había tropezado en el mundo. Sin tregua hace resonar su voz potente contra el mal y los que lo cometen; sólo con la fuerza física no admite la resistencia al mal, porque ésta no haría más que producir un nuevo mal.

Los otros cuatro puntos de la doctrina cristiana — siempre según la interpretación de Tolstoy — son: No ser iracundo o por lo menos abstenerse de la ira en cuanto sea posible. Permanece fiel a la mujer a la que has unido tu vida y evita todo lo que pueda excitar la pasión. No jurar, lo que en el pensamiento de Tolstoy significa: no ligar tus manos con un juramento: el juramento es el medio de que se sirven todos los gobiernos para obligar a los hombres sobre su *conciencia* a hacer todo lo que les será pedido. Y finalmente, amar a tus enemigos, o como lo expresa Tolstoy mismo en muchos de sus escritos: no condenar a ninguno y no perseguir a nadie ante los tribunales.

A estas cuatro normas Tolstoy da la más amplia interpretación y de ellas deduce todas las reglas de su comunismo libre. Con gran cantidad de argumentos prueba que vivir del trabajo de los otros y no ganarse uno mismo lo que necesita, significa estar contra las leyes de toda la naturaleza; y constituye la causa principal de todos los males sociales como también de todas las desgracias y de todos los daños individuales. Demuestra cómo la presente organización capitalista del trabajo es peor que la antigua esclavitud y la gleba.

Insiste sobre la simplificación de la vida — en cuanto a los sentimientos, a los vestidos y habitaciones, — que por lo demás resultan del trabajo manual, especialmente del campo, y muestra las ventajas que aun a los ricos y los ociosos de nuestra época les reportaría un trabajo semejante. Pone en evidencia que todos los males de la mala administración actual derivan del hecho que los que protestan contra el mal gobierno, se ingenian de mil maneras para formar parte del mismo.

Con el mismo énfasis con que protesta contra la iglesia, lo hace contra el Estado y ve en esta protesta el único medio real para romper de una vez para siempre la esclavitud impuesta al hombre por esta institución. Aconseja por consiguiente rehusarse a hacer negocios con el Estado y prueba finalmente con una cantidad de ilustraciones, en las que su fuerza artística se manifiesta plenamente, que la demanda de las clases ricas — una demanda que no tiene límites — es lo que mantiene esta esclavitud, todas estas anormales condiciones de vida y todos los prejuicios y las difusas doctrinas de la iglesia y del Estado, en interés de las clases dominantes.

Por otra parte, cuando habla de Dios o de la inmortalidad, es su deseo constante de mostrar que no tiene necesidad de los acostumbrados conceptos místicos y usuales expresiones metafísicas. Y mientras su lengua es tomada de los escritos religiosos, propugna siempre la interpretación racionalista de las concepciones religiosas. Con gran cuidado separa de la doctrina cristiana todo lo que no puede ser aceptado por los partidarios de otras religiones y pone de relieve todo lo que es común al cristianismo y a las otras religiones positivas — todo lo que hay de puramente humano en ellas y puede ser

aprobado por las religiones, y por lo tanto aceptado por los creyentes y los incrédulos.

En otras palabras, mientras estudiaba las doctrinas de los diversos fundadores de religiones y la de los filósofos morales, trataba de determinar y establecer *los elementos de una religión universal*, sobre la base de la cual todos los hombres podrían unirse — una religión que no tendría en sí nada de sobrenatural, nada que la razón y el conocimiento rechazarían, pero contendría una guía moral para todos los hombres, cualesquiera fuese el grado de desarrollo intelectual en que se hallasen. Habiendo comenzado en 1875-77 por unirse a la religión greco-ortodoxa, y en el sentido en que la entienden los campesinos rusos, llegó, finalmente, en la *Doctrina Cristiana*, a la construcción de una filosofía moral que según su opinión, puede ser aceptada por el cristiano, el hebreo, musulmán, budhista, etc., como también por los filósofos naturalistas, una religión que constituiría solamente los elementos sustanciales de todas las religiones; es decir una determinación de la *relación del individuo con el universo*, de acuerdo con los conocimientos científicos actuales y un *reconocimiento de la igualdad de todos los hombres*.

Si estos dos elementos, de los cuales uno pertenece al dominio del conocimiento y de la ciencia y otro (justicia) al dominio de la ética, son suficientes para formar una religión, sin que ésta tenga necesidad de un substratum de misticismo, es una cuestión que no entra en los límites de este trabajo.

Se me permitirá añadir que Tolstoy retorna ya en edad avanzada a la idea que había acariciado a los veinte años y había escrito (el 5 de marzo de 1855) en el diario que llevaba durante el sitio de Sebastopol, en el terrible cuarto bastión:

"Una conversación acerca de la divinidad y la fe, me ha sugerido una grandiosa y estupenda idea, por cuya realización me siento capaz de dedicar mi vida. Esta idea es la producción de una nueva religión correspondiente al presente estado del género humano, la religión de Jesús, pero depurada del dogma y del misticismo, una religión práctica que no prometa gracias futuras, pero que las otorgue sobre la tierra.

"Creo que tal idea puede ser realizada solamente por generaciones que conscientemente la miren como un fin. Una generación pasará la idea a la siguiente, y un día el entusiasmo o la razón la harán triunfar.

"Obrar con deliberado propósito por la unión religiosa del género humano, es este el principio guía de la idea que espero encaminará mi entusiasmo." (1)

Es probable que esta idea fuese sugerida a Tolstoy por Rousseau. Era un ardiente admirador de Rousseau, durante su permanencia en el Cáucaso solía llevar consigo *El contrato Social*, aun durante los raids en los que tomaba parte con su batería, y que describió tan artísticamente en *"Un raid"* y *"Tala de bosques"*.

ULTIMAS OBRAS DE ARTE DE TOLSTOY (*)

Las confusas condiciones de la edad presente en el mundo civil y especialmente en Rusia, como era natural, atrajeron la atención de Tolstoy y lo indujeron a publicar un gran número de cartas de artículos y de llamamientos sobre diversos asuntos. En todos recomendaba principalmente una actitud negativa frente a la iglesia y al Estado: nadie debe entrar al servicio del Estado ni tampoco de las instituciones provinciales y de pequeñas ciudades, de las que el Estado se sirve como de una trampa. Es necesario negar el apoyo a cualquier forma de explotación. Es necesario rehusarse a hacer el servicio militar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, porque éste es el único medio para combatir eficazmente el militarismo.

Es menester no tener ninguna relación con los tribunales, ni siquiera si se es ofendido o acusado; no se podrá derivar más que mal de tales relaciones. Con tal actitud negativa y eminentemente sincera — dice — se sirve a la causa del verdadero progreso mejor que con cualquier medio revolucionario. Sin embargo, como primer paso para la abolición de la moderna esclavitud, recomienda la nacionalización o mejor la municipalización de la tierra.

Es claro que las obras que escribió después de 1876, debieron llevar profundas huellas de estas concepciones. Comenzó, antes que nada a escribir para el pueblo y si bien la mayor parte de sus pequeños cuentos para el pueblo, en cierta medida, estén prejuzgados por el esfuerzo demasiado evidente de querer sacar una moral, hay, sin embargo, algunos de ellos — especialmente *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* y *Patrones y servidores* — que son artísticamente maravillosos.

Basta mencionar el cuento *La muerte de Ivan Ilich*, para recordar la profunda impresión que produjo su publicación.

Se puede considerar como una de las mayores obras artísticas de Tolstoy.

Para hablar luego a un público más extenso, por medio del teatro popular, que por aquel tiempo comenzaba a vivir en Rusia, escribió *El poder de las tinieblas*, un drama terrible, sacado de la vida de los campesinos, en el que tentó por medio de un realismo a lo Shakespeare, o mejor aún, a lo Marlowe, producir honda impresión. Su otra obra teatral, *Los frutos de la civilización*, escrita para ser representada en Yasnaia Poliana por familiares y amigos, es de contenido cómico. En ella se ridiculiza las supersticiones y creencias de las "clases altas" en el espiritismo.

Ambos trabajos teatrales (el primero con cambios en la escena final), se representan con éxito en la escena rusa.

No son, sin embargo, solamente los cuentos y los dramas de aquel período que puedan considerarse obras de arte. Los cinco libros religiosos que han sido recordados en las páginas precedentes son obras de arte en el mejor sentido de la palabra, conteniendo páginas descriptivas del más alto valor artístico; y aun las páginas en que explica los principios económicos del socialismo o los principios antigubernativos del anarquismo, son obras maestras, al igual que las mejores páginas socialistas y anarquistas de William Morris y las sobrepasan en simplicidad y fuerza artística. *La sonata a Kreutzer*, es ciertamente, después de *Ana Karenina*, la novela más leída de Tolstoy. El notable tema de la novela y la campaña de Tolstoy contra el matrimonio, atraen de tal manera la atención del lector y desvían por lo común el objeto de tan apasionadas discusiones entre los que la han leído, que el análisis de la vida y las altas cualidades artísticas del trabajo no han obtenido el reconocimiento que merecen.

La doctrina moral que Tolstoy ha desarrollado en la *Sonata a Kreutzer*, no es menester recordarla, dado que el autor la ha retirado en gran parte. Empero, esta novela tiene un profundo significado, para una justa apreciación de la obra de Tolstoy y una comprensión de la vida íntima del autor.

Jamás ha sido escrita una acusación tan severa contra el matrimonio hecho por pura atracción exterior sin una unión intelectual o simpatía de miras entre marido y mujer; y la lucha que desarrolla entre Kosnichef y su mujer, es una de las más profundamente dramáticas páginas de la vida conyugal que existen en todas las literaturas.

Su produción mayor de estos últimos tiempos, es la novela *Resurrección*. Nunca se podrá ponderar demasiado la energía y la vitalidad del autor septuagenario que nos presenta en esta novela; son simplemente maravillosas. Las cualidades artísticas son tan notables que si Tolstoy no hubiese escrito más que *Resurrección*, hubiese sido igualmente considerado como uno de los más grandes esscritores. Todas las partes de la novela que se ocupa, de la vida de la "sociedad", comenzando por la carta de "Missie" y esta misma, y su padre, etc., están a la altura de las mejores páginas del primer volumen de *Guerra y Paz*. Lo mismo cabe para los capítulos que tratan del tribunal, del jurado y de las prisiones. El héroe principal, Neklindof, no es bastante vivo, pero esto es del todo inevitable para una figura que si no debe representar propiamente al autor, trata de representar sus ideas o sus experiencias: es el defecto de que adolecen todas las novelas en las que predomina el elemento autobiográfico. En cuanto a las otras figuras que en tan gran número pasan ante nuestros ojos, cada una de ellas tiene su propio carácter en relieve, a pesar de que algunas (como por ejemplo, uno de los jueces, o de los jurados, o la hija del carcelero), aparecen solamente en algunas páginas, para no aparecer más.

El número de problemas tratados en esta novela — sociales, políticos, de carácter partidista, etc. —, es tan grande, que toda una sociedad, tal como realmente es, en su vida, con la palpitación de todos sus problemas y de todas sus contradicciones, aparece a los ojos del lector; y no es solamente la sociedad rusa, sino la sociedad de todo el mundo civilizado. Y en realidad *Resurrección*, prescindiendo de las escenas que se refieren a las prisiones políticas, se dirige a todas las naciones. Es la más internacional de todas las obras de Tolstoy y al mismo tiempo la cuestión principal —esto es: si la sociedad tiene el derecho de juzgar, y si es razonable mantener un sistema de tribunal y de prisiones, esta cuestión terrible que el siglo venidero deberá resolver — impresiona tan fuertemente al lector que es imposible leer el libro sin que al final se conciban serias dudas sobre nuestro sistema punitivo. *"Le livre pésera sur la conscience du siècle"*, escribió un crítico francés; y de la exactitud de esta observación, he tenido oportunidad de convencerme durante mis numerosas conversaciones en América con personas que se ocupan de cuestiones carcelarias. El libro pesa ya sobre sus conciencias.

La misma observación se puede aplicar a toda la actividad de Tolstoy. Decidirá el tiempo si su osada tentativa de poner en los hombres las bases de una religión mundial que, como él cree, será aceptada por la razón y por la ciencia y que los hombres podrían acoger como una guía para su vida moral, logrando al mismo tiempo la solución de los grandes problemas sociales, y de todas las cuestiones que el mismo trae aparejadas — decidirá el tiempo si esta tentativa será coronada por el éxito. Pero es absolutamente cierto que ningún hombre, desde el tiempo de Rousseau en adelante, ha tocado tan profundamente la conciencia moral como lo ha hecho Tolstoy con sus escritos morales. Sin ningún temor reveló los lados morales de todas las cuestiones palpitantes de la época, en una forma tan profundamente impresionante que el que haya leído uno de sus escritos no podrá olvidar tales cuestiones o dejarlas de lado; se siente la necesidad de encontrar, de uno u otro modo, una solución. Por lo tanto, la influencia de Tolstoy no puede medirse por años o decenios: durará mucho tiempo. No está limitada a un solo país. Sus obras, en millares de ediciones, dirigiéndose a hombres y mujeres de todas las clases y de todas las naciones, en todas partes producen igual resultado. Hacia el fin de su vida, Tolstoy era el hombre más amado, más conmovedoramente amado en todo el mundo.

La mayor parte de los lectores deben recordar la sensación que produjo en el mundo civil, en noviembre de 1910, cuando se supo que Tolstoy había abandonado su propia casa hacia destino desconocido. Por uno o dos días ni siquiera se supo dónde se encontraba — ya que su hija Alejandra y su médico y amigo Makovizki eran las dos únicas personas que compartían el secreto de su partida. Se suponía que quería llegar a una pequeña factoría comunista del Cáucaso, donde algunas personas cultas se habían establecido para trabajar la tierra, cuando llegó la noticia de que Tolstoy había caído enfermo durante su viaje y estaba en cama con un grave ataque de pulmonía en la casilla de la estación Astapovo, pequeña estación de la Rusia central. Allí fué visitado por pocos e íntimos amigos que tuvieron cuidado de no hacer entrar a aquellos que trataban de hacerlo reconciliar en sus últimos momentos con la iglesia greco-ortodoxa que lo había excomulgado por su concepción del cristianismo. La enfermedad se desarrolló rápidamente y pocos días después el autor de *Ana Karenina* se extinguía tranquilamente. Sus funerales fueron un acontecimiento nacional. Millares de personas — tanto de las clases cultas como campesinos, estudiantes y obreros — llegaron de todas partes a la estación ferroviaria más próxima a Yasnaia Poliana para llevar sobre las espaldas los restos del "Gran escritor de Rusia" al lugar donde él deseaba se le sepultase. Este lugar era un bosquecillo de su propiedad, donde él y su

hermano, en su infancia, habían enterrado una varita mágica sobre la que habían sido escritos todos los medios de hacer felices a los hombres. Dicho lugar, después de la muerte de Tolstoy, volvióse un punto de peregrinación para todas las personas, sin distinción de clases.

Para muchos admiradores de Tolstoy, la rápida partida de la casa fué una sorpresa; pero no lo fué para aquellos que conocían su vida íntima, ya en 1900-1902. Había escrito su drama: *La luz brilla en las tinieblas*, (hoy publicado entre sus obras póstumas) en el que refiere la lucha que debía sostener en su casa por el derecho de vivir en armonía con sus principios. En este drama Nicolás Ivanovich, que personifica al mismo Tolstoy, después de haber intentado en vano convertir a su mujer y a sus hijos a sus ideas socialistas, les transfiere toda su fortuna, que primeramente había pensado donar a sus campesinos. Ama demasiado a su mujer y a sus hijos para abandonarlos, y trata de vivir, por algún tiempo, en una habitación pobremente amueblada, de su rica casa, una vida de trabajo manual y de propaganda de sus ideas. Pero no puede resistir el dualismo que es inevitable en tales condiciones, y una noche, mientras en su casa tiene lugar una brillante velada de danza, él, acompañado de un correligionario, está en un tris de dejar su casa para siempre. Su mujer se precipita hacia él y sus lágrimas y la amenaza de arrojarse debajo del tren que él está por tomar, obligan a Nicolás Ivanovich a abandonar su proyecto. Se debe añadir también que Biriukof ha publicado en su biografía de Tolstoy una carta que el gran escritor había dirigido a su mujer en 1897, por la que se sabe que ya entonces acariciaba la idea de abandonar su rica casa y la vida que allí llevaba. En julio de 1910, la dejó efectivamente, pero después de pocas semanas se persuadió que debía volver. En noviembre de 1910 la abandonó firmemente persuadido de encontrar un lugar donde poder terminar sus días en armonía con sus principios — cuando la enfermedad le impidió la realización de su deseo.

El drama íntimo de su vida, que había descripto tan poderosamente en una serie de obras de arte, fué así llevado a su término, con un acto de rebeldía contra la llamada civilización de los tiempos presentes. El gran Rousseau del siglo décimonoveno indicó con este acto la norma que deberían seguir aquellos que, como él, no están de acuerdo con la dirección seguida por la civilización.

---

(1) *Saco estas líneas del interesantísimo libro:* León Nicolaievicht Tolstoy: biografía compuesta de materiales inéditos (*Recuerdos y cartas de L. N. Tolstoy por J. Biriukof, 2.a edición en tres volúmenes, Moscú, 1913, de la cual sólo el primer volumen que trata de la infancia y de la primera juventud fué traducido en inglés y publicado por el señor Heineman en 1906. Un breve extracto de toda la obra, hecho por el mismo autor y traducido al inglés, fué publicado en 1911 por Cassel, con el título:* La vida de Tolstoy, *por Pablo Biriukof.*

(*) De *¿Qué es el arte?* ya se ha publicado el ensayo correspondiente en el número 154 de este Suplemento. (N. del T.)



RESUMEN DEL SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN "EL SUPLEMENTO"

AÑO I — 1922

Abad de Santillán D.—

Significación de una campaña contra la reacción gubernativa, N.o 1. — La responsabilidad del anarquismo en la hora actual, N.o 2. — La resurrección del sindicalismo revolucionario en Francia, N.o 5. —Apuntes sobre el próximo congreso anarquista regional, N.o 8. — Organización del anarquismo, N.o 25. — Anarquistas y marxistas, N.o 42. — Intereses de clase o intereses humanos, N.o 43.—¿La escuela racionalista o la universidad popular? N.o 44. — El último refugio del estatalismo, N.o 48. — Ideales y realidad en la literatura rusa, N.o 49. — Protocolos, N.o 50.

Acha J. M.—

El ocaso del anarquismo pasional, N.o 16. — Tópico vulgar, N.o 23. — Claridad. Defensa y dictadura, N.o 25. — El camino andado. Esbozo histórico doctrinario, N.o 44.

Almada Eugenio

Narraciones, N.o 26. — Temas de cultura, N.o 39.

Altgeld John P.—

El crimen de la plutocracia yanqui, N.o 43.

Anónimo.—

Tres cartas de Rusia, N.o 3. — Constitución de la F. O. Provincial Bonaerense, N.o 8. — Cosas de la Rusia bolchevista. —La C. N. T. de España y el frente revolucionario. — Anarco-banditismo, N.o 15. — Las grandes figuras revolucionarias. Kropotkin, N.o 16. — El profesor Nicolai y la teoría de la relatividad, N.o 18. — Cuadro espantoso del hambre en Rusia, N.o 22. — El frente único del proletariado, N.o 31.

Antonio.—

Ciencia y filosofía, N.o 50.

Argón.—

¿Qué cosa son los soviets?, N.o 28.

Arnould A.—

El Estado, N.o 10.

At.—

Los Estados Unidos juzgados por un filósofo chino, N.o 18. — Daumier. Precursor de un arte revolucionario, N.o 21. — Crónicas de arte, N.o 22. — Plegaria de juventud, N.o 30. — Las fábulas de Leonardo da Vinci, N.o 39. — La facultad de encenderse, N.o 45.

Baeza R.—

Pedro Kropotkin, N.o 12.

Bakunin M.—

La escuela del porvenir, N.o 6.

Barrett R.—

Ruth, N.o 4.

Baudoin Charles.—

El psico-análisis, N.o 26.

Berkman A.—

Nuestra partida de Rusia, N.o 15. — Bucharin en el congreso de la Internacional Sindical Roja, N.o 18.

Berneri C.—

La ciudad y el campo en la revolución rusa. Fracaso de la política de las requisas, N.o 3. — El campesino ruso antes de la revolución, N.o 7. — La propiedad territorial en Rusia antes de la revolución, N.o 12. — Los campesinos en la revolución rusa de 1905-1906, N.o 13. — Los campesinos en la revolución rusa. Desde el estallido de la revolución hasta la caída de Kerensky, N.o 17. — Los problemas de los estudios electivos como problemas de libertad, N.o 36.

Boal E.—

Los emancipados, N.o 2. — El amor libre, N.o 4. — La caridad, N.o 6.

Borghi A.—

Entrevista con Sebastián Faure, N.o 31.

Borran J. de.—

La España de Don Quijano, N.o 2.

Chueca J.—

Nuestro ideal social, N.o 6. — La miseria y la revolución, N.o 13.

Cleyre Voltairine de.—

La exageración materialista, N.o 14.

Colin Paul.—

Ser uno mismo, N.o 45.

Cores José de.—

La fiesta del trabajo, N.o 16. — La huelga general y el 1.o de Mayo, N.o 16. — Tópicos sindicales, N.o 23.

Corn M.—

El movimiento obrero en Francia y la Internacional de Moscú, N.o 1.—El movimiento obrero francés y la Internacional de Moscú, N.o 2. — El congreso de los sindicalistas franceses, N.o 3. — La escisión en el movimiento obrero francés, N.o 20. — P. Kropotkin, su actitud ante la guerra, N.o 21.

Costa-Iscar.—

Reflexiones sobre la cultura, N.o 30. — Más reflexiones sobre la cultura, N.o 35. Leyendo a Blasco Ibáñez. "Los cuatro ginetes del Apocalipsis", N.o 36. — Hechos y fechas, N.o 43. — Puntualizando y ampliando, N.o 44. — Santa Isabel de Ceres, N.o 48.

Delvy J. L.—

La educación de los niños, N.os. 46, 47 y 48.

Dolcino.—

La organización industrial y agrícola en la sociedad anarquista, N.o 9. — Johann Most, N.o 27. — Mateo Morral, N.o 29. — Netchaef, N.o 42.

Dominguez J.—

F. O. Local Bonaerense, N.o 16.

Ehrenbourg Elie.—

El arte en Rusia, N.os. 25 y 26.

Elosu P.—

El arte de Tolstoy, N.o 48.

Escalante R.—

Estado y burocracia, N.o 2. — Papelotes, N.o 3. — Estado y revolución, N.o 12.

Fabbri L.—

Historia y antihistoria, N.o 4. — Anarquismo o estatalismo, N.o 5. — El "partido del proletariado", N.o 9. — La dialéctica comunista contra la anarquía, N.o 12. — La dictadura provisoria y el Estado, N.o 13. — El movimiento de reacción en Italia, N.o 14. — La revolución rusa y los anarquistas, N.o 15. — A propósito de Emma Goldman. Otra porquería comunista, N.o 27. — El movimiento social en Italia, N.o 28. — Partidos y organizaciones proletarias en Italia, N.o 32.

Faure Elie.—

Emilio Zola, N.o 47.

Faure Sebastián—

El verdadero anarquista, N.o 15. — La experiencia rusa, N.o 21. — El sindicalismo, N.os 36, 37. — A propósito de Jules Guesde, N.o 37.

Flavio Marco.—

Sobre un libro de Bucharin. Comunismo y anarquismo, N.o 25.

Forzags Tibor.—

Ervin Szabo y la revolución húngara, N.o 35.

Furquilla.—

Los problemas del amor, N.o 16.

Ganivet A.—

Enrique Ibsen juzgado por..., N.o 16.

Genoud.—

Romain Rolland, N.o 33.

Gille Paul.—

La integración humana, N.os. 19, 20, 21 y 22.

Goldman Emma.—

Los bolcheviquis y la revolución rusa, N.os. 30 y 31. — El caso de María Spiridonova, N.o 34. — Esbozo biográfico de Alejandro Berkman, N.o 35. — La situación de los niños en Rusia, N.o 38.

Gorelik A. y H. Treue.—

El martirologio de los anarquistas rusos, N.os. 33, 34, 35, 36, 37 y 38.

Gorki M.

El hombre, N.o 7. — Reminiscencias de León Tolstoy, N.o 27. — Hacia el fin de Europa, N.o 31. — El reloj, N.o 33.

Grave Jean.—

Teoría y práctica, N.o 8. — Un federalismo sin autoridad, N.o 9. — El genio, N.o 12.

Gr. R.—

Volin, N.o 1. — Anarco-bolcheviquis, N.os. 5, 6, 7, y 8. — Japón y Siberia, N.o 10. — Lew Chorni, N.o 12. — Una vez he visto a Kropotkin, N.o 18.

Gsell P.—

Conversaciones de Rodin, N.os. 46, 47, 48, 50 y 51.

Hamon A.—

Imperialismo y capitalismo, N.o 13.

Helios.—

Reflexiones, N.o 1.

Ibsen.—

Un hombre valiente y útil, N.o 34.

I. V.—

Las masas, N.o 41.

Kimball Jhon C.—

Las víctimas de Chicago, N.o 43.

Klas Augusto.—

Gotas, N.os. 43 y 45. — Hombre libre, N.o 46.

Kohn M.—

Mahtma Ghandi, N.os. 8 y 9.

Kollar Ivan.—

La socialdemocracia alemana como gendarme de la Europa reaccionaria, N.o 25. — El problema agrario y el anarquismo, N.o 51.

Kropotkin P.—

Un recuerdo de J. Guillaume, N.o 51.

Kuprin A.—

La personalidad, N.o 36. — Un brindis, N.o 43.

Leval Gastón.—

Cosas de Rusia, N.o 6. — La derrota de la Sindical Roja, N.o 13. — Réplica a Victor Serge, N.o 24.

Levison André.—

La literatura rusa actual, N.o 4. — La literatura rusa bajo la dictadura comunista, N.o 7.

López Arango E.—

Una "exposición concreta", N.o 1. — "América contra el comunismo", N.o 26. — Los indianos, N.o 28. — Estado y capitalismo, N.o 43. — Las características del movimiento social en la Argentina, N.o 49.

Lorenzo Anselmo.—

La columna de Vendome, N.o 11.

Lladó B.—

El congreso internacional sindical rojo de Moscú, N.o 12.

Madrid Sebastián.—

El sindicalismo y los sindicatos, N.o 50.

Malatesta E.—

Anarquismo y sindicalismo, N.o 7. — La libertad de estudiar, N.o 36. — La base moral del anarquismo, N.o 42.

M. E.—

La huelga general, N.o 28.

Marino H.—

Notas, N.o 16.

Márquez M.—

El hacendado, N.o 39.

Más y Pi. J.—

La Comuna, N.o 11.

Mauricius.—

En el país de los soviets, N.os. 27,28, 29 y 30.

Medina Onrubia S.—

Del valor de las palabras, N.o 16.

Mella R.—

De la solidaridad, N.o 2. — Idealismos culpables, N.o 10.

Michel Luisa.—

Los ciclones, N.o 11.

Mikailovitch Fedor.—

En libertad, N.o 25.

M.ne—

Néstor Machno, N.o 38. — El movimiento machnovista ukraniano y el antisemitismo, N.o 39.

Miscefari Bruno.—
Un poeta anarquista: Miguel Angel Cantone, N.o 16.

Nettlau M.—
A propósito de un documento "inédito" de Bakunin, N.o 8. — La confesión de M. Bakunin al zar a la luz de la historia. Consideraciones histórico-críticas, N.os. 19 y 20. — Después de la conferencia de Génova, N.o 32. — La carrera hacia el hundimiento de Europa, N.os. 39 y 40. — La tragedia austriaca, N.os 46, 47, 48 y 49.

Nido E.—
Ampliando mi concepto sobre la filosofía orsiana, N.o 4. — El dogma de la dictadura, N.o 14. — Apostillas a una critica, N.o 17. — Sobre "Problemas actuales", N.o 21. — Cuestiones pedagógicas, N.o 26. — La finalidad en los gremios, N.o 33. — Paralelo entre el anarquismo francés y el argentino, N.o 35. — Los problemas de la enseñanza, N.o 42. — La plutoyanquia, N.o 43. — La metafísica del anarquismo, N.o 49.

Nordau M.—
La primera huelga, N.o 34.

Pestaña A.—
La leyenda de Machno, N.os 9, 13, 15, 17, 19 y 22.

Paz Juan Carlos.—
Reportaje grotesco en el palacio de nuestra critica musical, N.o 41. — Del culto de la irresponsabilidad, N.o 42. — Historia de un pasatiempo, N.o 46.

Pietra Sascha.—
La lección de la revolución rusa, N.o 15.

Pirovano A.—
De paseo, N.o 16.

Potashnik J.—
Para la historia del movimiento machnovista, N.o 6.

Ramus Pierre.—
Militarismo, comunismo y antimilitarismo, N.os. 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8. — Sena Hoy, N.o 39. — El comunismo es enemigo de la libertad?, N.o 46. — El comunismo es lógicamente libertario, N.os 48 y 49. — La propiedad en el comunismo, N.o 50.

Reclus Elísec—
La evolución legal y la anarquía, N.o 40.

Redacción.—
Nuestros objetivos, N.o 1. — Movimiento anarquista Internacional. Los Congresos de Lyon y de Ancona, No. 1. — La ación anarquista. — Mentalidad autoritaria, — El orden rojo, No. 2. — El "sentido político". — Los cauces de la revolución. — El putchismo, N.o 3. — Sindicatos y soviets. — Espíritu de sumisión, N.o 4. — La intransigencia anarquista, N.o 5. — Concepto internacionalista. — Sindicatos y partidos. — El frente único, N.o 6. — El anarquismo y la revolución, N.o 7. — Defendiendo principios. — La consolidación de los derechos adquiridos, N.o 8. — ¿Dos militarismos? — Las concesiones al capitalismo, N.o 9. — La evolución del comunismo. — Sindicatos y partidos, N.o 10. — 1871—La Comuna—1922. — El colaboracionismo. — Luisa Michel ante el consejo de guerra. — La epopeya de la Comuna. — Cronstadt, N.o 11. — Independencia o supeditación. — La conferencia de Génova, N.o 12. — Nuestro triunfo, N.o 13. — El frente único del socialismo. — Los hambrientos y los bienes de la Iglesia. — Federalismo bolchevista, N.o 14. — La caída del ídolo rojo. — El antisemitismo y la Iglesia. — Esclavitud encubierta. — ¿Quién es Alejandro Berkman?, N.o 15. — Figuras proletarias. El autor de la Internacional (traducción). — Simón Radowitzky. — La plutocracia yanqui. El caso Sacco y Vanzetti. — La organización obrera y los anarquistas. Un recuerdo histórico. — Síntesis del movimiento obrero y anarquista, N.o 16. — Unificación o absorción, N.o 17. — Disciplina y dictadura. — Tikhon, el ciudadano Ballavin. — Notas. — Las cosechas, las requisas y el hambre en Rusia. — La "libertad de prensa" en Rusia., N.o 18. — Los gobernantes. — Revolucionarios y mendigos. — Notas. — La paz armada y Tolstoy. — Las ideas morales de Pierre Curie, N.o 19. — Comunismo primitivista. — Carlos Marx, Weil y el "Salvamento de la civilización. — Notas. — Las guerras futuras por el petróleo, N.o 20. — El sindicalismo. — Notas, N.o 21. — Necesidades. — ¿Capitalismo de Estado o Estado capitalista? — Política yanqui. — La crisis religiosa. — Notas. — Anatole France, Romain Roland, Barbusse y etc. — Una máquina para descubrir el adulterio, N.o 22. — Estado y capitalismo. — La ley del trabajo obligatorio. — Labor cultural y orientaciones artísticas. — Notas. — Los grabados en madera, n.o 23. — Burocracia, comercio y comunismo. — La lucha contra el hambre. — Notas. — Ladrones legales. — Un escritor negro gana el premio Goncourt, N.o 24. — Psicología burguesa. — Penetración clerical en Rusia. — Confesiones paganas. — Notas. — El Ku-Klux-Klan, N.o 25. — Revolución incompleta. Notas, N.o 26. — La vuelta al viejo socialismo. — Notas, N.o 27. — Socialismo y democracia. — S. M. el Hambre. — Notas. — Sobre el concepto de libertad igual para todos. — Emilio Verhaeren. — Anatole France, N.o 28. — El protectorado y los protegidos. — La fortuna de Bebel. — Hambre y tuberculosis. — Notas. — El germen del tifus exantemático, N.o 29. — Anarquismo que nace... — Genios adulones. — Notas. — Victor Hugo juzgado por algunos poetas. — Lo que gana un escritor, N.o 30. — Anarquistas antianárquicos. — La ciencia oficial. — Steinlen, N.o 31. — El laborismo inglés. — Dactiloscopia. — Notas, N.o 32. — La primera Internacional. — Monroísmo y solidaridad en la democracia, N.o 33. — ¿Antiorganizadores? — Satisfacciones capitalistas, N.o 34. — La independencia sindical. — Las ocupaciones del señor Litvinof. — Notas, N.o 35. — "Todo el poder a los sindicatos". — Notas. — Rembrandt, N.o 36. — Solidaridad internacional. — Del país del comunismo. — Notas. — Las claudicaciones del bolchevismo. — Francisco Millet, N.o 37. — La capitalización de Rusia. — La situación en Alemania. — Notas. — Un pintor de la vida galante. Lautrec, N.o 38. — La contrarrevolución burguesa. — Pueblos primitivos. — Leonardo da Vinci, N.o 39. — La posición de los anarquistas en el movimiento obrero. — Notas, N.o 40. — La verdadera unión revolucionaria. — Notas, N.o 41. — La situación de Rusia juzgada por un hombre de negocios. — La pintura en China y el Japón, N.o 42. — Notas, N.o 43. — Los oportunistas de la revolución, N.o 44. — Los hombres providenciales. — Notas. — Constantin Meunier, N.o 45. — La única salvación. — Alberto Durero, N.o 46. — ¿Qué es el industrialismo? — Notas, N.o 47. — La lucha contra el hambre, N.o 48. — Partido de masas. — Notas. — Jacques Callot, N.o 49. — Reformismo y reacción, N.o 50. — La lucha por el petróleo. — Un año de vida. — Notas, N.o 51.

Renovación.—
El problema nacionalista en Irlanda, N.o 11.

Reymond A.—
Ciencias naturales y anarquía, 43. — La evolución de las ciencias de la naturaleza, N.o 46.

Rocker R.—
Rosa Luxemburgo y los bolchevistas, N.o 13. — Germinal, N.o 24. — Don Quijote, N.o 33.

Rodin A.—
Una página de Rodin a la Venus de Milo, N.o 40.

Rodriguez J.—
El peligro de las ideas, N.o 17.

Rouget León.—
La ciencia y el anarquismo, N.os 50 y 51.

Ryner Han.—
Parábolas cínicas, N.os. 2, 3, 5, y 6. — Los artesanos del porvenir, N.o 24.

Samblancat A.—
El principe rojo, N.o 9. — La cuerda de deportados, N.o 22. — La tierra, N.o 33. — A un caballo, N.o 43. — El terror rojo. Brochazos de la reacción en Barcelona, N.os 48, 49, 50, 51 y 52.

Souchy A.—
El sindicalismo en Rusia, N.os 31 y 32. — La Ukrania revolucionaria, N.o 37.

Souvarine. Renato.—
La internacional de los traidores. De Zimmerwald a Amsterdam, N.o 26.

Swedi Agnus.—
El movimiento obrero en la India, N.o 32.

Thonar G.—
Lo que quieren los anarquistas, N.os 38, 39, 40 y 41.

Tolstoy L.—
El caballo viejo, N.o 29.

Treue Hugo y A. Gorelik.—
El martirologio de los anarquistas rusos, N.os 33, 34, 35, 36, 37 y 38.

U. N.—
Iconografía de artistas revolucionarios, N.o 17.

V. A.—
Cultura física... y dietética, N.o 31. — La aldea de los mutilados, id.

Valenti Alfredo.—
Una noche, una tarde y una mañana, N.o 38.

Vigné d'Octon P.—
Isabel Eberhardt, N.os. 39, 41 y 45.

Voiin.—
Cartas sobre los acontecimientos de Rusia, N.os 23, 34, 38, 41, 44 y 51.

Xáxara.—
Comentarios, N.os 1-2-3-4-5-6-7-8 9 y 10. — Un manifiesto de encargo, N.o 30.

Xifort L.—
La reacción bolcheviqui contra el anarquismo, N.o 17.

X. X.—
Investigaciones de Sergio Voronof, N.o 34.

Witkop Rocker M.—
El congreso de Düsseldorf, N.o 4. — Qué quiere la liga sindicalista de mujeres, N.os 33, 34 y 35. — Mis recuerdos sobre Kropotkin, N.o 43.

Yartchuk I.—
La revolución rusa y los anarquistas, N.o 18.

Yo.—
La disciplina de partido y el miedo a la libertad, N.o 3.

Yunque Alvaro.—
Hombre y soldado, N.o 3. — El orden, N.o 36. — Cascotes. Vulgo, N.o 38. — Sabiduría y experiencia, N.o 39. — Trabajar, N.o 40. — Cascotes, N.o 41. — Brevedad, N.o 42. — El cultivo de la metáfora, N.o 44. — Cascotes, N.o 47.

Z.—
Un grabador en madera. Félix Valloton, N.o 41. — La escultura egipcia, N.o 44.

Zeta.—
Inmigrantes. — El cuento de la tierra prometida, N.o 16.

Zero.—
Exposición Romero de Torres, N.o 36. — Zonza Briano, N.o 40. — Ignacio Zuloaga, N.o 43. — Claudio Monet. El impresionismo, N.o 47.

BIBLIOGRAFIA

El pensamiento filosófico y el anarquismo, por Enrique Nido, N.o 1. — Fabbri. Dictadura y revolución, N.o 6. — León Tolstoy y Elías Metchnikof, N.o 20. — Ghiraldo. La Argentina. Estado social de un pueblo, N.o 30. — Fernández Nonidez. La herencia mendeliana, N.o 33. — Nettlau. Errico Malatesta. — Cancela. Tres relatos porteños, N.o 51.

AÑO II — 1923

Abad de Santillán D.—
Kurt G. Wilckens. — Consideraciones del momento, N.o 67. — La ofensiva reaccionaria y la actitud del proletariado, N.o 71. — Los cauces de la revolución, N.o 77. — Problemas de hoy y de mañana, N.o 78. — Programas constructivos y programas destructivos, N.o 80. — La revolución anarquista, N.o 82. — Ideas sobre la anarquía y la revolución, N.os 93 y 94.

Acha J. M.—
El sentido político en las luchas contra la sociedad, N.o 87. — El racionalismo como factor revolucionario, N.o 91. — Consistencia doctrinaria del anarquismo, N.o 94.

Alexandre Arsenio.—
Cuatro generaciones ante la obra de Claudio Monet, N.o 96.

Almada Eugenio
Los tres aspectos de la cuestión social, N.o 67.

Anarko.—
Charlas sobre el arte, N.os 85 y 89.

André Bernard.—
El trabajo, factor de renovación social, N.os 61, 62, 63, 64.

Appenzeller E.—
El movimiento anarquista en Austria, No. 53.

Archinof P.—
La democracia y las masas trabajadoras en la revolución rusa, No. 81.— La machnovistchina. Esbozo sumario del movimiento machnovista, No. 102.—

Armand E.—
Un juicio crítico del bolcheviquismo, No. 53.—

Atalaya.—
Vladimiro Korolenko, No. 56.— La manzana de Eva, N.o 61. — ¡No hay maestros!, No. 66.— Rafael d'Urbino, No. 67.— Los artistas y la guerra social, No. 73.—

Bakunin M.—
Utin, el macabeo y el Rothschild de la Internacional de Ginebra, No. 67.— La Comuna de París y la revolución social, Tres conferencias, Nros. 86, 87, 88 y 89.—

Barbusse H.—
El undécimo, No. 95.—

Barrett R.—
La venus de Milo y la Victoria de Samotracia, No. 83.— Conversaciones y otros escritos, Nros. 84, 85 y 90.—

Bastien Jorge.—
La revolución y la reorganización social, No. 64.—

Beneditine Leoncio—
Charles Cottet, No. 86 y 87.—

Berkman A.—
La rebelión de Cronstadt, N.os 60, 61, 62 y 64.—

Biagiotti G.—
La psicología humana, N.o 67.

Borghi A.—
Revolución y contrarrevolución en Italia, No. 67.—

Brandau Raul.—
Las mujeres, No. 91.—

Bruno Severo.—
De la moral ambiente, No. 67.—

Carriere Eugenio.—
El arte entre los hombres, No. 71.—

Caso Antonio.—
Beethoven y Wagner, No. 91.—

Chejov Anton.—
Un acontecimiento, No. 88.—

Cipriani Pablo.—
Filosofía anarquista, No. 83.— La armonía social, No. 86.—

Coeurderoy E.—
Montcharmont, N.os 97 y 98. — Pensamientos escogidos, N.os 99 y 100.

Cohn A. M.—
El movimiento anarquista judío en los Estados unidos (hasta 1900), No. 98.—

Colomer A.—
Las fuentes de la novela moderna en Francia, No. 54.— Osugi, No. 102.—

Cores José de.—
Al margen del 1.o de Mayo, N.o 67.

Costa-Iscar.—
Defendiendo el progreso, No. 54.— El humanitarismo, No. 68.—

D'Andrea Virgilia.—
Sombras, penumbras y luces, No. 102—

Daniel G.—
El arte negro, No. 76.—

Derker E. D—
Leyenda sobre la libertad, No. 76.—

Demos Arnaldo.—
Malas palabras, No. 67.—

Denis Maurice.—
Cézanne, Nros. 64 y 65.— La superstición del talento, No. 89.—

Dezeo Pilades.—
Protección oficial en el arte, No. 67.—

Documentos.—
De los archivos de la vieja Asociación Internacional de los Trabajadores, No. 67. Víctimas del poder comunista, No. 73.

Zero.—
Goya, N.o 67. — Las exposiciones, N.o 72. — Gustavo Courbet, N.o 73. — Exposiciones, N.o 73. — Nicolás Lamanna, N.o 75. — Pablo Gauguin, N.o 76. — El arte italiano, N.o 79. — Exposiciones N.o 81. — Id., N.os 85 y 86. — Salón nacional, N.o 90. — Primer salón de independientes, N.o 91.

BIBLIOGRAFIA

Mi comunismo, por Sebastián Faure, N.o 61. — La Machona, Por V. Margueritte, N.o 62. — Hacia un sensato comunismo, por V. Medina, N.o 65. — Númenes rebeldes, por Guerrero y Flores Magón, N.o 66. — Los bandoleros del sur, por A. Courel, N.o 70. — ¡Sempre!, por la U. S. Italiana, N.o 74. — Desgraciados, por L. Stanchina, N.o 75. — Dictadura y revolución, por L. Fabbri, N.o 80. — Istoria Makhnoskogo dvigenia, por P. Archinof, N.o 81. — Cartas a una mujer sobre la anarquía, por L. Fabbri, N.o 82. — La sinarquía, por A. Montesano, N.o 83. — La Etica, por P. Kropotkin, N.o 88. — Vidas íntimas, por González Vera. Moscú, por A. Goldsmidt, N.o 96.

AÑO III — 1924

Abad de Santillán D.—
Breviario de la contrarrevolución, N.os 110, 111 y 112. — El anarquismo como movimiento social histórico, N.o 115. — La revolución no es una cuestión de clase, N.o 118. — El avance individual y el avance colectivo, N.o 119. — Consideraciones, N.o 121. — La integración de la Internacional, N.o 123. — Las luchas proletarias en Alemania antes de la era capitalista, N.o 124. — Los problemas del futuro, N.o 125. — Kurt G. Wilckens, N.o 126. — Breviario de la contrarreacción, N.o 127. — Sentimiento de responsabilidad en las masas, N.o 128. — La "juventud" en la anarquía, N.o 129. — La evolución del movimiento obrero en Alemania, N.os 135, 137, 138, 139, 140, 141 144, 145. — El anarquismo y los "grupos de afinidad", N.o 139. — Veinticinco años, N.o 142. — El sindicalismo revolucionario en Alemania, N.os 146, 148, 150 y 151. — El porvenir del anarquismo, N.o 147. — R. Flores Magón, N.os 149, 150, 151 y 152. — Anarquismo profesoral y anarquismo proletario, N.o 154.

Acha J. M.—
La acción infinita, N.o 119.

Acedc Raimundo.—
El árbol, el pájaro y Venus, N.o 128.

Anda.—
"Muñequita de caoba", N.o 144. — La Paz, N.o 146. — El perfecto ciudadano, N.o 147. — "Votar es gobernar", N.o 150. — Del autoritarismo, N.o 151. — 115.093. 903, 25 m|n., N.o 154.

Andreief Leonidas.—
La nada, N.o 120.

Archinof P.—
La Machnovstchina (continuación), N.os 103 y 104. — El anarco-bolchevismo y su rol en la revolución rusa, N.o 105. — Los comunistas y Machno, N.o 132.

Arman E.—
Sobre el teatro, el arte dramático, la canción popular, etc., N.o 115.

Asveherus Alejo.—
La significación del arte, N.o 154.

At.—
La pintura en el Perú, N.o 104. — La prensa limeña, 120. — Marginalia sobre Villaespesa, N.o 122. — Leguía se divierte, N.o 128. — Patriotismo y caldo gordo, N.o 133. — Cuento de primavera, N.o 137. — La decoración del libro, N.o 138. — Marginalia sobre Pablo Picasso, N.o 139. — Un escultor provocativo, N.o 140. — Salón de primavera, N.os 142 y 144. — Exposición Pettoruti, N.o 146. — Exposición Fader, N.o 148. — Exposición Benito Quinquela Martín, N.o 150. — Exposición Alonso, N.o 151. — Almendro en el desierto, N.o 151. — Apólogos, N.o 152. — Exposición de pintores argentinos, N.o 152. — "Primer salón libre", N.o 153. — Luis Losowick, pintor de ciudades, N.o 154.

Barrett R.—
Biribí, N.o 148.

Becquerel Paul.
Cómo y por qué suceden los terremotos, N.o 151.

Bertoni L.—
El sentimiento revolucionario, N.o 1[illegible]2.

Bertrand A.—
El asesinato de Ferrer, N.o 142.

Bonnard Abel.—
El público y los cuadros, N.o 112.

Borghi A.—
Fernando Pelloutier, N.o 117.

Brocher G.—
Un mártir libertario, N.o 115. — Lew Tenorni, N.o 116.

Carrere Emilio—
El bohemio, N.o 114.

C. B.—
Nietzsche y el anarquismo, N.os 109 y 110. — El ascetismo como autoeducación, N.o 111.

C. L. F.—
¿República o revolución?, N.o 144.

Civis.—
Shakespeare y sus obras, N.os 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132 y 133.

Conte Arturo.—
Reniego de ti, ciudad, N.o 154.

Coeurderoy E.—
La revolución rompe los obstáculos, N.o 123.

Corda M.—
Anatole France en la intimidad, N.o 144.

Cores José de.—
La juventud, N.o 119. — Sentido homenaje de una madre a la memoria de Kurt Wilckens, N.o 126.

Corresponsal.—
La conferencia plenaria de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Innsbruck (Austria) N.o 107.

D'Andrea Virgilia.—
Página de vida anarquista italiana, N.o 111. — Pietro Gori, N.o 124. — Mayo enlutado, N.o 128. — La campaña antifascista en Francia, N.o 154.

Dave Victor.—
Luis Buchner, N.os 114, 115, 116 y 117.

Dejacque J.—
Dictaduras providenciales, N.o 139.

De Ligt B—
Antimilitarismo y revolución, N.o 109. — Corruptio optimi pesima, N.o 140.

Devigne Roger.—
El oficio de hombre, N.os 124 y 125.

Documentos.—
De la conferencia de Innsbruck. Informe sobre la situación italiana, N.o 108. — Una carta de Sofía Kropotkin, N.o 108. Un mártir de las prisiones rusas. Aron Baron, N.o 112. — La comuna frente a los anarquistas, N.o 113. — Los anarquistas chinos y el congreso anarquista internacional, N.o 113. — Dos cartas de Wilckens, N.o 126. — Los prisioneros de Solowetzky nos escriben la verdad sobre las masacres del 19 de diciembre, N.o 153.

Domela Nieuwenhuis F.—
A todos los antimilitaristas, anarquistas y librepensadores del mundo entero, N.o 127.

Dostoyevski F.—
Cálculo exacto, N.o 136.

Duret Theodore.—
Lautrec, N.o 146.

Encina Juan de la.—
Los desastres de la guerra, N.o 122.

Fabbri L.—
Sindicatos y partidos políticos, N.o 103. — Educación solidaria y los sindicatos, N.o 104. — Valor moral de la organización sindical, N.o 105. — Tendencias egoístas de la organización obrera, N.o 106. — El ideal anarquista animador del movimiento proletario, N.o 109. — Conclusión, N.o 110. — ¿Qué es la anarquía?, N.o 115. — Los flanqueadores del fascismo, N.o 117. — La abolición de la lucha de clase, N.o 127. — Contradicciones y realidad, N.o 130. — Socialismo, liberismo, anarquismo, N.o 133. — Educación y revolución, N.o 134. — Idealismo y revolución, N.o 136. — Las sorpresas de una polémica, N.os 146 y 147. — La ley del Talión, N.o 150. — El socialismo en China cinco siglos antes de Cristo, N.o 151. — El amor libre en la sociedad actual, N.o 153.

Faure Elie.—
David (1748-1825), N.o 106. — El Greco, N.o 110. — Ribera-Zurbarán, N.os 123 y 124. — Velázquez, N.os 127 y 128. Desde Velázquez a Goya, N.o 132. — Goya, N.o 134.

Faure Sebastián—
Recuerdos y notas acerca de Luisa Michel, N.o 110.

F. C.—
El desnudo en la pintura moderna, N.o 141.

Fels.—
Kissling. — Credo estético del artista, N.o 145.

France Anatole.—
El civismo de Anatole France, N.o 1[illegible]

Francés José.—
Crimen, N.o 111.

Gálvez José.—
Canción a la juventud, N.o 139.

Garchine Vsevol.—
Cuatro días, N.o 145.

C. G.—
El movimiento anarquista en Bulgaria, N.os 120 y 121.

Giovanetti A.—
Medio siglo de luchas obreras en Italia, N.o 116.

George Waldemar.—
A propósito del último salón de otoño en París, N.o 105.

Goldman Emma.—
Vladimir Ilyitsch Ulyanof Lenin N.o 116 — Losowsky levanta el telón, N.o 127.

González M.—
Kurt Wilckens en la cárcel, N.o 126.

González Prada M.—
El caporalismo, N.o 152.

González Tuñón.—
Señor Jesucristo, N.o 127.

Grave Jean.—
La Revolte contra la Societé des gens de Lettres, N.os 121 y 122. — ¿Qué es la anarquía?, N.os 134 y 135. — El desconcierto, N.o 136. — Los "científicos", N.o 141. — ¿Puede hacerse la revolución por etapas?, N.o 144. — El fracaso bolchevista, N.o 148. — La iniciativa individual, N.o 152.

Grouillier H.—
La formación del mundo sideral, N.o 108.

Guijarros Juan.—
Crepúsculo en una plaza de barrio, N.o 141.

Guyot Y. y S. Lacroix.—
La esclavitud y el cristianismo, N.o 106. — Páginas de historia, N.o 112. — El "hermoso" tiempo antiguo, N.o 113. — Pueblo y burguesía en Italia, N.o 117. — Las herejías, N.o 129.

Helios.—
Reflexiones, N.o 111. — Mi opinión sobre la tolerancia mutua y la convivencia, N.o 114. — El pensamiento anarquista, N.o 119. — Los crímenes del Estado y los atentados individuales, N.o 126. — De hombre a hombre, N.o 154.

Herzen A.—
Proudhon y la *Voix du Peuple*, N.o 142.

Herzig Georges.—
El espíritu socialista desaparece, N.o 104. — A los electores obreros, N.o 113.

Heymer—
Reminiscencias, N.o 123.

Holmes William.—
Reseña de la historia del movimiento anarquista en Estados Unidos hasta 1900 (continuación), N.o 103.

I. A.—
El movimiento anarquista, N.o 150.

I. K.—
Germinal, N.o 152.

Jourdain Frantz.—
Eugenio Carrière y el Salón de Otoño, N.os 114, 115, 116 y 117.

Juarros César.—
Los sibaritas, N.o 116. — Historia vulgar, N.o 129. — Los dos viejos, N.o 132.

Kropotkin P.—
Comunidades y Jacquerías, N.o 106. — Justicia y moralidad, N.os 116, 117, 118 y 120. — Nekrasof, N.o 117. — Maximo Gorky, N.o 118. — Una carta de P. Kropotkin a Lenin, N.o 123. — Dostoyevsky, N.os 129 y 130. — Un juicio de Kropotkin sobre la tragedia de Ginebra, N.o 131. Literatura política. — Crítica de arte. — Novelistas del último período, N.os 148, 150, 151, 152, 153 y 154. — La idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica, N.o 150.

Laubier. R.—
Como el ejército español recluta sus mercenarios, N.o 147.

Lerouge Haakon.—
El movimiento anarquista en Suecia, N.o 132.

Leval G.—
Lenin, N.o 104.

Libertaire Le.—
Steinlein, N.o 105. — La ciencia que salva, N.o 109. — Raffaelli, N.o 114. — Un San Vicente de Paul laico que, a su vez, necesita ayuda, N.o 114.

Londres A.—
Dante no vió nada, N.o 148.

López Arango E.—
Puntos de divergencia, N.o 103. — Acción gremial y propaganda anarquista, N.o 104. — Reformismo apolítico, N.o 105 — Los problemas del anarquismo, N.o 119.

Malharro M. A.—
Sus ideas sobre la enseñanza del dibujo, N.o 141. — Conceptos de arte, N.os 151, 152 y 153.

Marino H.—
Nos han escamoteado el 1.o de Mayo, N.o 119. — El gesto, N.o 126.

Malatesta E.—
Propiedad y familia, N.o 106. — Ideal y realidad, N.o 112. — Un poco de teoría, N.o 138. — Capitalistas y ladrones, N.o 139.

Medina Onrubia S.—
Oscar Wilde.

Mercereau Brutus.—
Consejo de reformados, N.o 112.

Molaschi C.—
Colonias libertarias, N.o 127.

Moretti Marino.—
La madre del asesino, N.o 104.

Morrow W. C.—
El presidiario, N.o 119.

Moussinac León.—
Joseph Hemard, N.os 118 y 120.

Nadaud.—
Amar la libertad, N.o 122.

Nemo.—
La humanidad libre y el nacionalismo, N.os 145, 146 y 147.

Nettlau M.—
Algunos precursores del anarquismo moderno. E. Coeurderoy, N.os 104, 105 106 y 108. — Una palabra más sobre la tolerancia mutua y la convivencia, N.o 112 — La idea anarquista: su pasado, su porvenir, N.os 113, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134 y 135. — Desobedecer, N.o 126. — M. A. Bakunin, N.os 138, 139, 140, 141 y 142. — Karl Kautsky y Johann Most, N.o 146.

Nido E.—
Martín Fierro y Juan Crusao, N.o 104. — El anarquismo y los movimientos separatistas, N.o 118. — Por una interpretación federalista de la historia, N.o 119. — A propósito de una encuesta, N.o 121. — La unidad contra la naturaleza, N.o 151

Nistal Alfredo.—
Psicología del gobernante, N.o 138.

Ortega y Gasset J.
La voluntad del barroco, N.o 103.

Padcvan Adolfo.—
El hombre de genio, N.o 148.

Pera Joaquín.—
La decadencia del arte humorista en Francia, N.o 147.

Piscane Carlo.—
Propaganda revolucionaria, N.o 109.

BIBLIOGRAFIA

ANO IV — 1925

Fierens P.—
La pintura y la escultura belga de hoy, N.o 169.

Flores Magón E.—
Aclaraciones a la vida y obra de R. Flores Magón, N.o 167.

Frapié León A
La alumna, N.o 200.

F. Ch.—
Croquis de Alejandro Jacovieff, N.o 173.

F. H.—
El arte en el extranjero, N.o 197.

Gandhi M.—
Las inquietudes del poeta, N.o 161.

Goldman Emma.—
Francisco Ferrer y la Escuela Moderna, N.o 194.

González Prada M.—
Cuestión indígena, N.o 188. — Humanidad. — Propaganda y ataque, N.o 189.

Grave Jean.—
Cuarenta años de propaganda, N.o 157 — El individualismo y los individualistas, N.os 166 y 167. — El terror, N.os 182 y 183.— Un anarquista en el presidio, N.o 196.— Una reputación inventada, N.o 200.

Grenier Eduardo.—
Voces secretas, N.o 197.

Guijarros Juan.—
Consejos revolucionarios, N.o 171. — El "gallego repartidor", N.o 176. — Versos al segundo, N.o 178. — El lustrabotas, N.o 182.— Linyera, N.o 201.

H.—
Conceptos, N.o 172. — Con el mazo dando, N.o 174.

H. M.—
Rafael de Urbino — su rehabilitación, N.o 198.

Hamp Pierre.—
Máscaras vivientes, N.o 196.

Helios.—
Ideas y reflexiones, N.os 160 y 163. — Pláticas, N.o 165. — Dios y el Estado, N.o 171. — Breves, N.o 176. — Un cuentito y una moraleja, N.o 177. — Con el mazo dando, N.o 182. — Por la libertad, N.o 184.— Reivindiquemos al hombre, N.o 191.

I. K.—
Anselmo Lorenzo y nosotros, N.o 172.

Index.—
El teatro nacional en 1924-25, N.o 171.

Jaloux Ed.—
Dunoyer de Segonzac, N.o 174. — Mauricio Utrillo, N.o 187.

Juarros César.—
Las hogueras del odio, N.o 169.

K.—
San Carlos Márx en Moscú, N.o 193.

K. I.—
En torno a la tolerancia, N.o 201.

Kollar Ivan.—
Para la historia de la anarquía, N.o 202.— La burguesía, el proletariado y la reacción internacional, N.o 205.

Kropotkin P.—
Literatura política. Crítica de arte. Novelistas del último período (continuación), N.os 155 y 156.— Turguenef, N.o 192 y 193. — Herbert Spencer, su filosofía, N.os 195 y 196.— Tolstoy, N.os 201, 202, 203, 204 y 205.

Kropotkin Sofía.—
Museo Kropotkin, N.o 165.

Lazare Bernard.—
El escritor y el arte social, N.os 158 y 159.

Liberator.—
Mensaje de la anarquía, N.o 173.— ¡Hermano!, N.o 190.

Lo Gatto E.—
Vladimiro Korolenko, N.o 169.

López Arango E.—
Los problemas del anarquismo, N.o 171 — Anarquismo y sindicalismo, N.o 181.

Lorenzo Anselmo.—
Libertad y autoridad, N.o 163. — Caridad y solidaridad, N.o 164. — Pesimismo y optimismo, N.o 165. — Libertad y esclavitud, N.o 166. — Pacto y ley, N.o 168. — Virtud y deber, N.o 170. — Individuo y colectividad, N.o 172. — Los pobres de dios, N.o 174. — No hay dogma económico, N.o 176. — Justicia y economía, N.o 177. — El partido obrero, N.o 191.

Madrid Samuel E. de.—
El hijo perdido, N.o 198.

Malatesta E.—
Los anarquistas y el sentimiento moral, N.o 155. — La base moral del anarquismo, N.o 166. — Sindicalismo y anarquismo, N.o 179.

Mac S. C.—
Yoshijiro Urushibara, xilógrafo japonés, N.o 158.

M. G.—
La estampa japonesa: Hokusai, N.o 162. — Degas, por Ambrosio Vollard, N.o 168.

Marechal Jean.—
El valor del racionalismo y la evolución de la humanidad, N.os 178, 179 y 180.

Mazzoni Virgilio.—
Antisocietarismo y estatolatría, N.o 199.

Morales E.—
Motivos del puerto, N.o 205.

Moreno Villa.—
Cañas verdes y bizarras, N.o 165.

Morris W.—
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, N.os 177 y 178.

Negri Ada.—
Autopsia, N.o 173.

Nekrasov M. A.—
Reflexiones ante la entrada de un palacio, N.o 193. — Camino de hierro, N.o 199.

Nettlau M.—
Panarquía, N.o 158. — De la guerra al socialismo. Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923, N.os 161, 162, 163, 164 y 165. —La revolución rusa y el bolchevismo reinante: su efecto descrito e interpretado por Emma Goldman, N.os 168, 169 y 170. — Esbozo de historia de las utopías, N.os 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183 y 184. — Sobre los orígenes de la libertad y de la autoridad, N.o 185. — La hipótesis de la traslación de los continentes, del profesor Wegener, N.o 186. — El estado social anarquista y los idiomas humanos, N.o 187. — Zenón, los estoicos y el derecho natural, N.os 188 y 189.— "The Bolshevik Myth (Diary 1920-22)", por Alexander Berkman — The "anticlimax", N.o 191.— La crisis de la humanidad y el esfuerzo anarquista, N.o 192 y 193.— En recuerdo de Varlan Tcherkesof, N.os 196, 197 y 198.— Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista, N.o 205 (continúa).

Nido E.—
Las revoluciones de clase. Consolidación del Estado, N.o 171.— Francisco Ferrer, su verdadero espíritu y su escuela, N.o 194.

O. G. A.—
Horrores de la guerra química y bacteriológica, N.o 156.

Ochoterena Isaac.—
¿Cuál es el origen de la vida?, N.os 174 y 175.

P. F. M.—
Para qué hemos hecho la revolución? N.o 163.

Paladini V.—
"El aspecto de la clase dominante" — George Grosz, N.o 192.

Proudhon P. J.—
Soy anarquista, N.o 158.

P. V.—
Antonio Bourdelle, N.o 172.

Oueiroz Eca de.—
Memorias de una horca, N.o 194.

Reclus Elíseo.—
Correspondencia, N.o 156. — La pena de muerte, N.o 158. — Las colonias anarquistas, N.o 162. — Pretendida decadencia anarquista, N.o 167. — Correspondencia, N.os 168, 170, 171. — Patriotismo y colonización, N.o 173. — Correspondencia, N.o 176, 177, 180, 181, 182, 185, 190 191, 192 y 205. — Palabras de un rebelde por P. Kropotkin, N.o 193. — Desenvolvimiento de la libertad en el mundo, N.o 195, 196, 198 y 199. — Le socialisme en danger, por Domela Nieuwenhuis, 1897, N.o 203. —

Redacción.—
Madre anarquía. — Política de antropófagos. — Escultores de almas. — Cézanne y Zola, N.o 155. — La canalla política. — La cafrería y la cortesía. — Ascetismo epicúreo. — Un grupo de artistas alsacianos, N.o 156.— Héroes de confitería. — Su Majestad el hambre. — Moneda falsa. Auto Carte, N.o 157. — Tras la careta. — Requiescat in pace. — Moneda falsa, N.o 158. — Ley de Calibán. — Siembra trigo... — Groserías de peces mayores, N.o 160. — Violencia canalizada. — Desbandé y fuga. — Ese es el hombre, N.o 161. — Los imperialistas españoles. — Infierno carcelario. — El presidente se divierte..., N.o 162. — Armamentismo. — Máscaras y disfraces. — Pacifismo de Yanquilandia, N.o 163. — Imperialismo de los gentlemen, N.o 164. — Un letrero más... — Tacna y Arica. — Las orejas del rey Midas, N.o 165. — Paraíso artificial y colonización, N.o 166. — Glosario. — Armamentismo y desarme, N.o 167. — Glosario, N.o 168. — Glosario. — El encono de dos pueblos, N.o 169.— Medicina oficial, N.o 170.— 1º de Mayo. — Los Cristos de Chicago.—Panorama plástico, 171. — La estatua de madera. Glosario, N.o 172. — Naciones gozquejos. — Glosario, N.o 173. — Efemérides, vaticinios y rebuznos. — Glosario. — Walter de Navazio, N.o 174. — Premios a la virtud y a la desvergüenza. — Glosario. N.o 175. — Besuqueos de histriones y bufos. — Glosario. — Por el sostenimiento de la Editorial. — Por los salones, N.o 176. — Glosario. — Armando Spadini. — Roberto Hosmann. — Intercambio artístico, N.o 177. — Glosario. — Kurt Wilckens, N.o 178. — Glosario, N.o 179. — Por los salones, N.o 180. — Presuntos detractores. — Glosario, N.o 181. — Glosario, N.o 182. — Glosario. — Por los salones, N.o 184. — Evangelistas anglicanos, N.o 185. — La jornada de seis horas y el capitalismo mejicano, N.o 186. — Glosario. — Nuevas consideraciones sobre la jornada de seis horas, N.o 187. — Trampa florida de la colonización, N.o 188. — En torno al problema agrario: los recursos de la reacción, N.o 188. — Glosario. — Por los salones, N.o 189. — Equidad... sólo en el juego. — La prensa obrera en los E. Unidos. — Por los salones, N.o 190. — Tragedia grotesca. — La nivelación de los salarios. — Sobre el movimiento anarquista en Suiza, N.o 191. — Infancia desvalida. — Anarquismo y filosofía, N.o 192. — Bomberos de la revolución. — Tragedia y finanzas. — Mastines de la pavura, N.o 193 — Francisco Ferrer y la guerra, N.o 194. Pan-Europa. — Burradas y negocio, N.o 195.— Europa y América. — Desarmar los espíritus, N.o 196. — Autoridad moral. — Antinomias. — Pedro Esteve. — Segundo salón de humoristas. — Aberraciones, N.o 197. — Orfandad. — Patriotismo de los ricos, N.o 198. — Las dos muertes. — La soga del ahorcado, N.o 199. — Violencia individual y colectiva. — Pignoradores. — Por los Salones, N.o 200. — Bandidos, políticos y banqueros. — Aire y agua gratis. — Vida socialista, N.o 201. — Guerra, hambre y bestieza. — El mito de la paz mundial. — Despertar, N.o 202. — El derecho al propio cuerpo, N.o 203. Parlamentar con el enemigo es pactar... — El artista y el alma colectiva, N.o 204. — La agnosia y los indios. — Ricardo Mella y "Le Libertaire", N.o 205.—

Réveil Le.—
George Goguelia, N.o 163.

Reymond A.—
Las ciencias naturales y el anarquismo, N.o 203.

Rocker Rudolf.—
Las transformaciones de la concepción del Estado en la socialdemocracia, N.os 159 y 160. — La lucha por el pan cotidiano, N.os 169, 170, 171, 172, 173, 174 y 175. — La significación de los consejos, N.o 177. — Tras rejas y alambre de púa, N.os 184 y 185. — Tomás Münzer, N.o 187. — ¡Guerra a la guerra!, N.o 188. — Tras rejas y alambre de púa, N.o 194. — Varlan Tcherkesof ha muerto, N.o 195.

Koorda van Eysinga.—
Efectos de la educación moderna, N.os 161 y 162.

S.—
Trepadores de cumbres, N.o 197.

Samblancat A.
Pórtico, N.o 197.

Saumer Ch.—
Luis Barye, escultor animalista, N.o 205.

Schapiro A.—
Las internacionales sindicales, N.os 187, 188, 189 y 190.

Schweitzer Daniel.—
Los militares empollan, N.o 164.

Sicardi Francisco.—
El genio y la multitud, N.o 164.

Soffici Ardengo.—
Henri Rousseau, N.os 182 y 183.

Spencer Herbert.—
El sentimiento relacionado con la inteligencia, N.o 200.

Stresor S. D.—
El apóstol de la revolución en Bulgaria, N.o 171.

Suero Pablo.—
Disonancias, N.o 166.

Svoboda F. J.—
Los números 5, N.o 194.

Tárrida del Mármol F.—
Economía política y economía acrática, N.o 166. — La cuestión social ante la ciencia, N.os 168 y 169.

Tatsuo Morito.—
Escritos y vida de un anarquista: Sakae Osugi, N.o 199.

Tcherkesof V.—
Una apreciación sobre Kropotkin, N.o 160. — Una leyenda pretenciosa, N.o 184 — Páginas de historia socialista, N.os 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203 y 204.

Tolstoy L.—
Lamennais, N.o 170.

Treue Hugo.—
Ojeada general sobre el movimiento revolucionario y anarquista en Italia desde 1914 (continuación), N.o 155. — Los intelectuales y la guerra en Marruecos, N.o 194.

Turner John.—
Una encuesta en Rusia, N.o 167.

Ugutin J.—
Un capítulo que le falta a la biblia, N.o 197.

Valenti.—
Variaciones sobre el mismo tema, N.o 161.

Varcacel M.—
Significado del arte incaico, N.o 2[illegible]

Veber.—
F. Pelloutier, N.o 165.

Veber Pedro.—
Curso de moral, N.o 170.

Volin.—
Crónica rusa, N.o 160. — Marxismo y anarquismo, N.o 165.

Witkop-Rocker Milly.—
El sexto congreso neo-malthusiano internacional, N.o 192.

Yunque Alvaro.—
Camino por las calles..., N.o 157. — El pato ciego, N.o 159. — Arena, N.o 160. — En un café de mi barrio, N.o 162. — Piedras, N.o 164. — Sereno, N.o 171. — La reacción, N.o 176. — El botinc[illegible], N.o 180. — Barrett, N.os 183 y 184.— Esta mujer con nueve hijos, N.o 190.— Aguja, N.o 192. — La hazaña, N.o 194. — La poesía épica, N.o 196.— Rancho gringo, N.o 201. — Los dos panes, N.o 202. — A Juan Monago, estudiante sobresaliente, N.o 203.

Yartchuk I.—
Lo que fué Kronstadt en la revolución rusa, N.os 162, 163, 164, 165 y 166.

Zárate Orozco E.—
Pituca, N.o 195.— En la güeya, N.o 204.

BIBLIOGRAFIA

Im Zwischendeck nach Südamerika, por W. Herzog. — Páginas escogidas de la vida literaria, por A. France, N.o 155. — Cartas de la prisión, por R. F. Magón, N.o 156. — Contraluz, poemas, por Pedro V. Blake, N.o 157. — La crisis de la familia, por M. Angel Márquez, N.o 158. — Memorias de Judas, por F. P. Della Gattina, N.o 163. — El mundo como pluralidad, por A. del Valle, N.o 166. — Alarm, por Erich Mühsan. — Correspondance, por Elisée Reclus. — Voci dell'o[illegible], por G. Damiani, N.o 167. — Han Ryner, l'Homme et l'oeuvre, por G. Vidal, N.o 174. — Los sombríos, por H. Noja Ruiz, N.o 178. — Sturm, por J. H. Mackay, N.o 184. — Hinter Stacheldrath und Gitter, por R. Rocker. — Bakunin, N.o 188. — Die Internationale, por la A. I. de los Trabajadores, N.o 189. — Ética, origen y evolución de la moral, por Pedro Kropotkin, N.o 190. — Jesús atado a la columna, por Angel Samblancat. — L'ora di Maramaldo, por D'Andrea Virgilia, N.o 192. — Der Vorfrühling der anarchie, ihre historische Entwicklung von den Anfangen bis zum Fahre 18[illegible] Berlin, por Max Nettlau. — La Asociación Internacional de los Trabajadores y las diversas corrientes del movimiento obrero, por Rocker Rudolf. — Il Banchetto dei cancri (dono Matteotti), por Armando Borghi. — Libera Laboristo, órgano anarquista en esperanto, de Berlín. — Pobre Cristo, por Mario Mariani, N.o 19[illegible] — "The intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism, N.o 201. — Esbozo de una filosofía de la dignidad humana, N.o 202. — The dream, por H. G. Wells. — Almas muertas, por Nicolai Gogol, N.o 203.

AÑO V — BUENOS AIRES, 11 DE ENERO DE 1926 — N.o 207

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANA[L] — 10 cts.

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 ... a M. TORRENTE

Los campesinos mexicanos y las seis horas

Una palabra a los sindicatos revolucionarios de Amèrica

Mientras nosotros discutimos sobre las bases de la organizac ón campesina, nuestros camaradas de México van agrupando poco a poco sociedades y pueblos agrarios y disputando a los aventureros de la política una de las bases principales de sus maniobras. Y lo que más nos atrae la atención en el movimiento de México es la preocupación igual por interpretar los intereses del proletariado de las ciudades y los intereses de los trabajadores de la tierra, aspirando al ideal de una armoniosa cooperación. Y no es ya la primera vez que los campesinos apoyan huelgas de las ciudades enviando alimentos a los obreros y sosteniéndoles contra la fuerza armada de los esbirros del capital.

Para el 15 de d'ciembre ha convocado la Confederación General de Trabajadores, un congreso campesino en Guadalajara, Jalisco. Esperemos que el gobierno de Calles, que según parece ha interpuesto su influencia para obstaculizar nuestra conferencia de Panamá, no se atreverá a dar el zarpazo ansiado que ponga un límite provisorio al desarrollo del movimiento obrero revoluc onar o en México y que el congreso campesino tendrá lugar y expresará brillantemente las dolorosas experiencias del trabajador mexicano de la tierra, en sus años de sumisión a la política de los agrarios parlamentarios.

Pero aunque ese congreso fuese impedido por las tropas del general Calles, la organización campesina en torno de la C. G. T. continuará su curso y nuestras ideas se abrirán camino en las masas del campo.

Es interesante transcribir algunos puntos de la orden del día para edificación de los timoratos y ejemplo de los buenos militantes. Si esa orden del día llega a manos de un s'ndicalista de Estado, de un socialdemócrata o de un sindicalista puro, apelará a todos los manes de la historia para conjurar esas "exageraciones anarquistas" y esas "utopías". Pero nosotros sabemos que no se trata de demagogía barata, sino de la seria aspiración de realizar las conquistas prestigiadas, y que a esa aspiración se sacrificarán hombres entusiastas, iniciadores de un nuevo período de actividades progresivas en el movimiento obrero. Podrán acogerse todo lo friamente que se quieran esos ensayos atrevidos y valientes, llegará el día en que se habrán de valorizar esos esfuerzos y las grandes masas de los indiferentes entrarán en liza para conquistar las mejoras que han inscripto en su bandera de combate nuestros camaradas de México.

En la orden del día del congreso campesino de Guadalajara, figuran estos puntos:

. . . .

2.— ¿Cómo deben organizarse los campesinos ?
3.— La nivelación de los salarios.
4.— La jornada de seis horas.
5.— La lucha contra las bandas armadas de los terratenientes.
6.— La conquista de la tierra, etc

Para un combatiente de la revolución social, esos puntos a la orden del día de un congreso campesino equivalen a todo un poema épico y si no ha perdido la capacidad de emocionarse y de sentir, tendrá que regocijarse con la íntima emoción con que nos regocijamos nosotros. En estos días de achatamiento general, esos gestos que rompen el hielo de la indiferencia colectiva y abren una nueva vía a la humanidad que parece hallarse a gusto con las dictaduras de hora o haber perdido la capacidad de indignarse ante las [...] imponen, llevan a n[...]ritu un aliento de esperanza.

Y no se crea que esos puntos han sido arbitrariamente consignados en la orden del día; no, los impuso la voluntad del campesino mexicano de mejorar su situación, pues ya se produjeron conflictos en que la reivindicación de las seis horas ha tenido su intervención. Y nuestros sindicatos de México en sus pliegos de condiciones no se olvidan ya de que la conquista de las seis horas es un imperativo de la época, indispensable para llevar un alivio a la situac ón presente y elevarse un peldaño más en el camino de la conquista de un nuevo orden social.

Nosotros hemos atraído alguna vez la atención sobre la urgencia de un movimiento tendiente a la nivelación de los salarios, para privar al capitalismo de uno de sus poderosos puntos de apoyo. A poco que se reflexione sobre el asunto se comprende la extraordinaria importancia que tiene, no sólo para acercar el proletariado urbano al campesino, sino unos gremios a otros y unos hombres a otros, dentro del mismo gremio. La diferencia de salarios suele ser muy a menudo un obstáculo insuperable a la solidaridad efectiva y fraternal entre los explotados frente a los explotadores. Y esa igualdad de salarios está tan íntimamente ligada a nuestra concepción igualitaria de la vida, que todo esfuerzo que le dediquemos hoy es un esfuerzo fecundo para el porvenir, porque contribuirá a transformar la mentalidad de los hombres desde el momento mismo que vivimos.

El punto referente a la lucha contra las bandas armadas de los terratenientes es significativo para México. Precisamente el general Obregón, el "presidente más avanzado de América", según lo calificara un cazador de puestos públicos, ha resucitado las "acordadas" de Porfirio Díaz, esos cuerpos armados formados por los grandes propietarios de tierra para combatir y asesinar impunemente todos aquellos elementos que representan un peligro para su explotación desenfrenada de los peones del campo. Contra esas bandas armadas no hay más que un recurso, y son las armas, la resistencia activa: los discursos y las arengas no hacen mella. Pero el solo hecho de la existencia de las "acordadas" es un signo de que el campesino de México se mueve y representa un peligro efectivo para las clases dominantes.

En una palabra, nuestros camaradas de México aspiran a elevar la situación del campesino para que su situación, moral y económicamente inferior, no ponga trabas a la solidaridad y a la armonía del movimiento obrero y campesino representado por la C. G. T.

En ese sentido, lo mismo que se propaga en las ciudades la conquista de las seis horas, se propaga en el campo esa reivindicación, y con ello se repara el agravio inferido a los trabajadores de la tierra por los demagogos del socialismo autoritario que hoy mismo, en sus más atrevidas proposiciones, no se atreven a reclamar las ocho horas para los parias del campo. Tenemos ante los ojos un periódico francés, *Mouvement socialista*, de 1900, en que se califica de utopía la reclamación de la jornada de ocho horas para los obreros agrícolas. Hoy mismo, la op nión socialista no ha variado extraord'nariamente; si por ejemplo la socialdemocracia austriaca adoptó la reivindicación de los ocho horas para el trabajo del campo, hizo tales restricciones a esa jornada que en realidad puede decirse que no ha sido reconocida, pues si bajo el pretexto de la urgencia de los trabajos del verano se prolonga indefinidamente la jornada, las ocho horas legales para el invierno, en que el trabajo del campo es reducido, es un regalo de Pero Grullo que no hay necesidad de agradecer.

AGUINALDO



El angel burguès trayéndole el regalo de reyes al año que nació en 1926

Cuando hablamos de la jornada de seis horas o en general de toda reducción de la jornada, nos viene a la memoria también el aumento de los salarios, que no por eso debe perderse de vista. Y al respecto queremos dar un buen consejo a los capitalistas de los países de la America latina. Sabido es que el fenómeno de las crisis industriales es un elemento integrante del sistema capitalista de pro-

ducción y que muestra simultáneamente por una parte *la miseria y la desocupación de los trabajadores*, y por otra la *superproducción*.

¿Con qué lógica se atan esas dos moscas por el rabo? La industria atraviesa un período crítico porque los depósitos de los artículos están repletos, precisamente cuando la miseria del pueblo es más grande. ¿Cómo se han solucionado esas crisis? De diversas maneras, pero en los Estados Unidos se hizo en 1922 y 1923 una experiencia atrevida: en lugar de solucionar las crisis crónicas debido al "exceso de producción" y a la escasa salida de los productos en el mercado interior por medio de la rebaja de los salarios, los capitalistas, que suelen ser un poco más instruídos y más ingeniosos que en otras partes, que se nos perdone el elogio, han aumentado los salarios, con lo cual se superó la crisis crónica y se entró en un período febril de producción para el mercado nacional e internacional. La explicación de ese milagro es bien sencilla: las crisis industriales de la supuesta "superproducción" se producen porque la capacidad adquisitiva del pueblo se ha reducido, porque los salarios son bajos y el proletariado e incluso la clase media tienen que imponerse constantes privaciones. En cuanto el salario aumenta, aumenta la capacidad adquisitiva del pueblo y los depósitos abarrotados de artículos quedan vacíos, lo cual permite a la industria funcionar para reponer el consumo del mercado interior y para llevar los excedentes al mercado internacional donde, no obstante la elevación de los salarios, a causa de la producción en gran escala, puede competir con los capitalistas extranjeros. Tal vez una de las causas pricipales de la actual invasión del mercado internacional por los productos norteamericanos, se debe al aumento de los salarios en 1922 y 1923.

Si fuéramos patriotas, y si al mismo tiempo tomásemos parte en la política nacional, nuestro esfuerzo se dirigiría, a formar la grandeza y la prosperidad de nuestra patria y a fomentar la industria y la agricultura nacional.

—

Y ahora unas palabras a los camaradas y a los sindicatos revolucionarios de América:

En febrero próximo *tendrá lugar en México una huelga general declarada por la Confederación General de los Trabajadores, para reivindicar la jornada de las seis horas*. Esa huelga chocará con la resistencia desesperada del gobierno y de los capitalistas mexicanos y se procurará aprovechar esa ocasión, seguramente, para poner un límite provisorio a la propaganda anarquista. No olvidemos que los buitres del norte dominan económicamente a México y que no tolerarán una propaganda tan peligrosa para el capitalismo norteamericano como la de la jornada de seis horas, que podrían producir un contagio en los millones de trabajadores de la industria y de la agricultura de los Estados Unidos. Esa huelga general será, pues, una batalla de una gran trascendencia, si el gobierno de Calles no decide poner en vigor los métodos del fascismo para sofocar nuestro movimiento antes de febrero.

¿Dejarán los sindicatos revolucionarios de América que los hermanos de México libren solos esa magna batalla del trabajo? ¿Querrán asumir la responsabilidad de una pasividad culpable en esa hora de peligro y de lucha? ¿No se prepararán para una acción solidaria que imponga respeto y evite al proletariado mexicano, que va a la lucha por una reivindicación internacional, un aislamiento que le será fatal?

La multiplicación de la eficacia

Un ejemplo. El señor don Pedro Pérez es hijo de una rica familia y su mayor preocupación es matar el tiempo; ocupa un alto puesto en el ministerio, concurre a los salones de la burguesía, forma parte de diversos clubs deportivos y de una infinidad de sociedades patrióticas. Es un simple cero mental, pero eso no le impide figurar como una persona distinguida en la sociedad.

El hecho es de una vulgaridad y de una frecuencia bien evidente. Pero sin embargo se presta a algunas consideraciones.

El señor don Pedro Pérez es un enemigo nuestro, aunque jamás haya llegado a él nuestro nombre ni nos haya visto jamás. Por haber nacido en una familia rica vino al mundo en un plano social inevitablemente adverso al nuestro y todo su ambiente contribuye a reafirmar en él la intangibilidad de los privilegios y de los prejuicios heredados. No es una persona de instintos malvados, es un ciudadano honesto que no tiene el más lejano pensamiento de que su situación implique algo de injusticia. Todo su temperamento es opuesto al del reaccionario militante; su más íntima satisfacción consiste en correr tras las mujeres y en libar licores exquisitos. Y da gracias a Dios cuando no se ve turbado en sus habituales placeres por alguna huelga o por algún otro incidente, pues, se nos había olvidado advertirlo, el señor don Pedro Pérez es católico devoto y por nada del mundo correría el riesgo de adquirir mala fama sentando plaza de *volteriano*.

Por su calidad de alto empleado de un ministerio es automáticamente una pieza del inmenso aparato estatal que se erige en las sociedades modernas contra la clase trabajadora, para explotarla y subyugarla. No necesita trabajar en un sentido intencionadamente antiproletario; su misma posición oficial en el Estado obra con un peso de inercia irresistible en toda la dirección de sus actos y de sus pensamientos.

Luego, su concurrencia a los salones de la alta sociedad, donde mata agradablemente alguna de sus numerosas horas de ocio, contribuye a formar el ambiente conservador de los privilegiados, que se han cerrado en sus palacios como la antigua nobleza en sus torreones inexpugnables, inaccesibles al hálito de la vida real y ajenos por completo a lo que palpita en el mundo de los que producen.

Su pertenencia a varios clubs deportivos lleva su grano de arena a la formación de un sistema de actividades improductivas y mentalmente nocivas, porque embrutecen el espíritu, reduciendo sus combinaciones y asociaciones a una esfera intelectualmente nula. El deporte es hoy una válvula de escape de las más eficaces para desviar el pensamiento de las masas. Son millones y millones los apasionados por los diversos deportes, y ese apasionamiento sofoca en germen toda noble idea de lucha por un ideal de justicia y de libertad.

Como miembro de diversas sociedades patrióticas, el señor don Pedro Pérez contribuye a dar vida, no obstante su pasividad en ellas, a un movimiento de reacción intelectual de los privilegiados contra la expansión de las nuevas ideas que amenazan desalojar un día los sofismas esclavizadores del cerebro de los hombres.

Tenemos, pues, al señor don Pedro Pérez, a simple vista tan inofensivo y tan vulgar, convertido en un formidable adversario que trabaja sin saberlo contra nosotros desde varios terrenos convergentes al mismo fin reaccionario: su carácter burgués, su ambiente social, su función en el Estado, sus aficiones deportivas, su devoción cristiana y su respeto y adhesión a los sagrados principios de la patria, de la familia, de la autoridad; como lector de la prensa burguesa, como elemento dispuesto a todas las comedias de los privilegiados para embaucar al pueblo y hacerle aceptar voluntariamente sus cadenas.

Ahora bien, pongamos frente al señor Pedro Pérez, no uno de esos obreros que integran los círculos católicos, o los sindicatos socialistas, o las corporaciones de rompehuelgas; pongamos frente a él un obrero revolucionario, un militante de la revolución social, para que el contraste entre el revolucionario consciente y el reaccionario pasivo, sin voluntad especial de serlo, sea menor.

¿Qué es lo que hace Juan, sindicado por la policía como obrero anarquista, por sus ideas, por el advenimiento del mundo social a que aspira?

Juan es un hombre honrado si los hay; trabaja ejemplarmente y dedica sus pocas horas libres al estudio; no se emborracha, apenas fuma, es serio y responsable en todos los actos de su vida y goza de un bien merecido aprecio de sus camaradas de explotación.

¿Qué es lo que hace para acelerar el triunfo de la anarquía? Lee la prensa anarquista y pertenece a su sindicato, y si la ocasión se presenta se pone al frente de una huelga y es el primero en caer en manos de la policía.

Tenemos, pues, en Juan, revolucionario consciente, tres aspectos interesantes que laboran por un mundo mejor: sus cualidades personales, su contribución al sostenimiento de nuestra prensa y su actividad en el movimiento sindical.

Comparemos lo que hace el señor don Pedro Pérez, reaccionario pasivo, por posición social simplemente, en pro de la conservación de los privilegios y prejuicios heredados con lo que hace Juan, el obrero anarquista activo. Indudablemente de la comparación saldrá en desventaja Juan.

Si comparásemos la labor del revolucionario activo con la del reaccionario militante, la desproporción evidenciaría un contraste mucho mayor. Y si frente al vulgar don Pedro Pérez hubiéramos puesto uno de esos obreros católicos, o socialdemócratas, o rompehuelgas, claro está, en lugar de realizar una operación de sustracción habría que haber hecho una suma; es decir, en lugar de contraste habríamos tenido una cooperación de esfuerzos y de vida en sentido reaccionario.

—

Los prácticos, los positivos dirán que para evitar los peligros a que se exponen no deben lanzarse a la calle por una reivindicación en favor de las seis horas, sino presentar un memorial al presidente de la república, como hacen los organismos de la categoría de la U. S. A., a fin de que las cosas vayan siempre por la vía de la legalidad y del orden. Pero eso no podemos decirlo nosotros, que tenemos conciencia de que toda mejora o toda conquista del proletariado hay que imponerlas a los privilegiados por la fuerza de la acción y de la organización de los trabajadores.

¡Que la solidaridad no sea una simple Palabra! En el mes de febrero se declarará la huelga general en México, por la jornada de seis horas. ¿Qué harán los camaradas y los sindicatos revolucionarios del resto de América? ¿Qué harán la F. O. R. A., la F. O. R. U., los organismos obreros supervivientes del Brasil, de Chile, de Perú, etc., etc.?

—

¿Qué hacer? [illegible] Es necesario buscar el medio de multiplicar la eficacia. ¿Y de qué modo? Creando un movimiento social más matizado, con más facetas de atracción y susceptible de recoger y utilizar en una dirección revolucionaria cada uno de nuestros pasos. Es preciso crear un movimiento social que reclame al adepto por entero, en cuerpo y alma. Pues la simple lectura de un órgano de nuestra prensa, o la integración de un sindicato revolucionario, es un testimonio demasiado insignificante de adhesión a la anarquía y de esfuerzo por acelerar su difusión y su advenimiento.

Nosotros sostenemos desde hace años una polémica intensa contra los camaradas que quisieran que nuestro movimiento fuera una mera comunidad de lectores de periódicos y folletos anarquistas; contra ellos hemos defendido la organización sindical. Aun no se nos ha dado generalmente la razón, aunque presentimos que no será ya tan fácil separar el anarquismo del movimiento obrero revolucionario. Pero aunque se acepte generalmente algún día nuestra tesis sobre el anarquismo y el movimiento sindical, no por eso quedaremos conformes; continuaremos proponiendo que nuestro movimiento se interese por nuevas manifestaciones de la acción y de la propaganda revolucionarias. El ideal es formar un ambiente social completo, que recoja y utilice el esfuerzo del adepto en las más diversas formas, pero siempre convergentes hacia la finalidad anhelada.

El mundo de la reacción es un ambiente completo; toma al hombre en la cuna y no lo abandona ni siquiera en la tumba; nosotros debemos aspirar a crear un ambiente revolucionario todo lo completo posible, agregando a la comunidad de lectores de periódicos y folletos que algunos desean, el campo de lucha incesante del movimiento sindical, y cuantas nuevas facetas de interés puedan establecerse.

¿No hay un exceso de inconsistencia en la interpretación común de nuestro movimiento revolucionario? ¿No hemos desperdiciado la buena voluntad de nuestros camaradas, habituándolos a considerar suficiente prueba de adhesión al anarquismo la lectura de nuestra prensa y la integración de nuestros sindicatos, quedando luego libres, tal vez, para contribuir en sus demás manifestaciones a fortalecer alguna de las corrientes de la reacción enmascarada?

Parece que no fuera mucho, pero si logramos independizar a nuestros compañeros de la prensa y de la literatura burguesas, sustituyendo con nuestra prensa y nuestra literatura la acción instructiva que el obrero inteligente busca afanoso, privaremos al mundo de la reacción de un eficaz vehículo de envenenamiento intelectual. Y si desviamos los pasos del proletario y de su familia del cinematógrafo o de alguno de esos otros tóxicos que confecciona la burguesía para amodorrar al populacho, también realizaremos una obra meritoria.

En fin, nuestra misión es bastarnos todo lo posible a nosotros mismos, procurando satisfacer nuestras necesidades espirituales sin recurrir a los espectáculos de entorpecimiento mental que nos ofrece el mundo del privilegio, como los privilegiados romanos ofrecían a las masas el espectáculo del circo.

Hay numerosísimas vías para hacer circular nuestras ideas y para interesar a los hombres honestos en su realización. No desaprovechemos ninguna, pero no incurramos tampoco en el extravío de algunos camaradas que en ciertos países, como en los Estados Unidos, no pueden ofrecernos más alto exponente de su actividad que una escuela racionalista.

La base del movimiento está en las luchas proletarias, pero paralelamente, ¿cuántas iniciativas no pueden llevarse a cabo? ¿cuántos matices de propaganda no es posible desarrollar? ¿Y qué elementos no hall[illegible] un campo de acción apropiado en nuestra colectividad revolucionaria numéricamente creciente?

En la Argentina se ha puesto en vigor desde hace muchos años el teatro obrero y se ha difundido en tal forma que la propaganda ordinaria no podría pasarse ya sin ese elemento. En otros países esa forma de propaganda es desconocida y se desearía poder llevarla a cabo. Con la base existente ya, el teatro obrero sería susceptible de ser perfeccionado y elevado a un nivel mucho más influyente y eficaz. Pero esa es una de las tantas vías paralelas que pueden contribuir a llevar al mundo popular la semilla de las ideas redentoras. Hay muchas otras, aun no entrevistas, aun no ensayadas, y todo intento en el sentido de aumentar la eficacia de nuestra acción y la multiplicación de los recursos de la propaganda, debe considerarse bienvenido y merecer el decidido apoyo de los anarquistas.

D. Abad de Santillán

RESUMEN SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN EL SUPLEMENTO

Para mayor comodidad de los camaradas que coleccionan el **SUPLEMENTO**, hemos impreso en ocho páginas sueltas el resumen sumario de los trabajo spublicados hasta el número 205. — Los compañeros que deseen adquirirlo, remitan 0,05 en estampillas de correo y se les enviará.

La sumisión al capitalismo

El fondo de la doctrina famosa de Taylor se resume así: "Todo trabajo mental debe ser excluído de la fábrica... Cada hombre debe concretarse a recibir y realizar órdenes que se extienden a todos los detalles en que antes intervenía su comprensión." He ahí el ideal capitalista y el de todos los que quieren conservar las formas de la economía actual; el hombre en la fábrica no debe ser más que un autómata mecánico que ejecuta ciertos movimientos sin esfuerzo alguno mental; se dice que ese sistema ahorra energías, que ahorra movimientos innecesarios; será lo que quiera, pero nada más contrario a la sana comprensión de la vida que la reducción de las actividades humanas a una serie de movimientos maquinales. El taylorismo ha sido siempre rotundamente rechazado por los anarquistas, pero se ha discutido con calor en círculos supuestamente humanitarios y hasta socialistas y se ha querido ver en él un alivio de la suerte de los trabajadores. ¡Hermoso alivio! Toda la estructura de la sociedad capitalista está conformada como para ahorrar el trabajo de pensar por propia cuenta a los productores y se pretende hacernos un bien cuando se nos amaestra para realizar nuestra obra como una máquina más. Para los capitalistas, el taylorismo tiene indudablemente ventajas considerables, primero porque aumenta la productividad de cada proletario al eximirlo de pensar y al encargarlo sólo de una monótona repetición de movimientos automáticos; en segundo lugar el taylorismo crea un proletariado apropiadísimo para estabilizar el régimen del privilegio y todas sus bellezas.

Entre los primeros socialistas, del primer tercio del siglo XIX, hubo una ilusión piadosa: se quería formar un sistema social en que el hombre sería libre a condición de ser esclavo un cierto número de horas en los establecimientos de producción. A poco que se reflexione se comprenderá que la libertad y la esclavitud no pueden coexistir en el mismo individuo según un horario; se es libre o se es esclavo, no hay término medio; y cuando se es libre no se somete uno a la esclavitud bajo ningún concepto. Esos precursores del socialismo consideraban al trabajo como un mal necesario, pero al fin sus intenciones eran buenas: querían la libertad humana, a condición de no eludir las horas penosas del trabajo, el mal necesario; pero los modernos sociólogos del taylorismo y sus apologistas sólo se proponen aumentar más la esclavitud del hombre, que es esclavo en la vida social, que es esclavo en la fábrica, que es esclavo en todas partes, pero que tiene aun cierto radio de acción disponible para ejercitar su pensamiento y tal vez para elaborar un mundo nuevo mientras suda para mantener el hermoso edificio social actual.

El desenvolvimiento del capitalismo moderno es inseparable del desenvolvimiento del maquinismo; ahora bien, el maquinismo ha agregado nuevos factores de esclavitud mental, porque siguió una ruta contraria a la que hubiera debido seguir. En el sistema capitalista de producción el hombre es un accesorio de la máquina, la máquina no es nunca un instrumento para aliviar el esfuerzo del hombre; accidentalmente ciertas máquinas han favorecido mucho al proletariado, pero el objetivo no era ese, sino aumentar el rendimiento del capital, sin consideración alguna para los trabajadores.

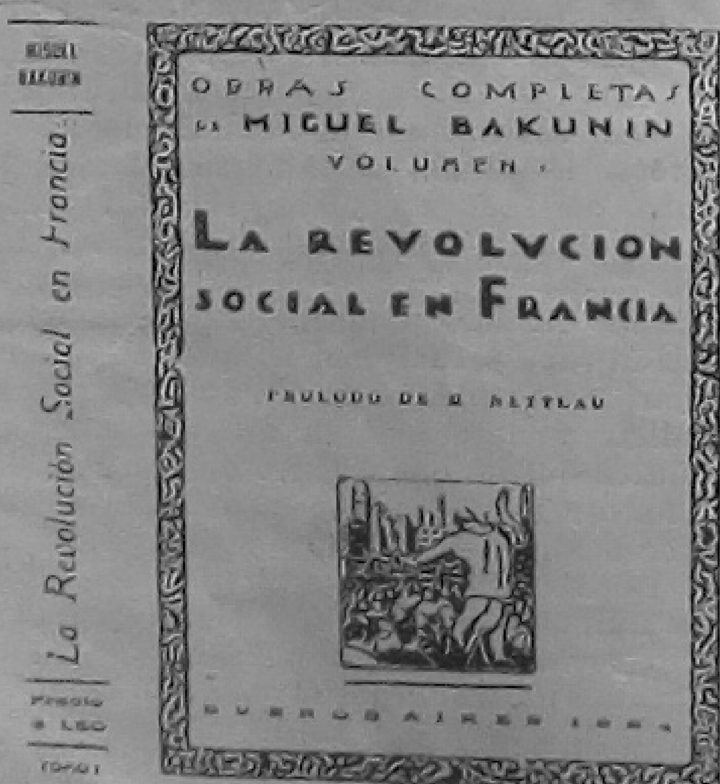
Una sana economía social y humana no puede basarse en el desenvolvimiento del maquinismo sin tener en cuenta al hombre; el sistema capitalista obra en ese sentido; en su método de producción el alma es la máquina, el proletario es sólo un accesorio que se desearía suprimir todo lo posible. Los revolucionarios sinceros deben pensar en eso; su ideal de vida económica no es hacer del hombre un accesorio de la máquina, sino de la máquina un accesorio del hombre. Los revolucionarios quieren fundamentar la sociedad entera en todas sus manifestaciones sobre la humanidad y no sobre el beneficio capitalista, como hasta aquí. Será necesario, pues, un desenvolvimiento técnico aplicado en una dirección diversa a la que siguió bajo la tutela del régimen económico que tiene por esqueleto la desigualdad, la injusticia, la esclavitud de los trabajadores. El genio humano, que ha hecho tan formidables progresos al servicio de una minoría explotadora, hará muchos más aún cuando pueda desarrollarse en beneficio de todos.

Según la expresión de uno de nuestros camaradas, los obreros hoy son simples *máquinas de las máquinas*; en el régimen capitalista no pueden ser otra cosa, y el sistema de Taylor no quiere más que llevar al extremo esa característica. ¿Pero es que la técnica actual, si pasara de manos de los capitalistas a las de los trabajadores, obraría el milagro de emancipar al obrero de la esclavitud del maquinismo? El solo hecho de expulsar a los patrones de las fábricas, ¿sería bastante para fundar una economía humana y una forma de producción en que el hombre no apareciese ya como una máquina de las máquinas inventadas por la técnica? Lo dudamos, y por eso la revolución social había sido concebida como una transformación radical de las condiciones políticas y económicas del capitalismo y del estatismo. Pero si, exceptuando los que temen a la libertad y quisieran implantar un Estado "transitorio", reconocemos generalmente que toda la máquina del Estado y de la administración debe ser quebrantada cuando las fuerzas revolucionarias se sientan capaces de ello; al referirnos al sistema económico del capitalismo existe una cierta tendencia a propulsar sólo el desconocimiento de la propiedad capitalista, pero no la destrucción del aparato inmenso de la economía actual, que, según nuestra opinión, no es menos esclavizador que el aparato estatal, o mejor dicho no es menos adversario del hombre libre.

¿Por qué hemos olvidado la comuna hasta el punto de poderse contar con los dedos de la mano las alusiones de nuestra prensa actual a ella? La explicación es fácil: nos hemos desarrollado en las grandes ciudades, hemos ajustado nuestra vida a ellas, hemos conformado nuestra mentalidad a sus formas modernas, mecanizadas e industrializadas, hemos creado una teoría revolucionaria para los grandes centros de población y nos hemos olvidado casi completamente un factor de primer orden en la vida económica de todos los países: la aldea, la población agraria. Si algún día nos resolviéramos a llevar nuestras ideas al campo, tendríamos que resucitar el valor de la *comuna* como factor de creación de una nueva sociedad y como foco natural de convivencia, de solidaridad y de libertad. Las ciudades tendrán que sufrir una considerable descongestión por la revolución libertaria, y el industrialismo capitalista será sometido a las nuevas formas de vida que nazcan de las comunas libres y federadas.

La revolución social no triunfará jamás si no se propone destruir el aparato estatal y el aparato económico del industrialismo capitalista, para formar un régimen de vida en que el hombre trabajará como creador y no como esclavo, aliviado pero no esclavizado por el maquinismo.

I. K.



Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50

Páginas íntimas

De Elíseo Reclus a Miguel Bakunin

La Tour de Peilz, cantón de Vaud,

8 de febrero de 1875.

Mi bravo amigo,

He sabido que mi carta del 13 de diciembre no te ha llegado: es preciso creer que ha sido arrastrada por un alud del San Gotardo, pero no tenías necesidad de leerla para saber que soy siempre tu amigo sincero y tu hermano independiente. No es preciso decir que estoy absolutamente a tu servicio para la revisión, desde el punto de vista de la lengua, de tus manuscritos, futuros o presentes. Espero con impaciencia tus *Memorias* y *El estado presente de mis ideas*. Trabaja, amigo mío, tendremos tiempo para ello. El río desbordado de la revolución ha vuelto a su cauce sin haber hecho gran mal.

Tengo noticias que Guesde está en la situación más lamentable. Muere literalmente de hambre, triste higiene para un tísico. Está, se me ha dicho, a punto de entregarse a las autoridades francesas, pues la prisión en alguna cosa central le parece preferible a la situación en que se encuentra. Morir por morir, podría tal vez elegir un género de muerte más altiva y más grande; pero nosotros, que no nos encontramos en su situación, no tenemos que juzgarle. Si puedes serle de alguna utilidad, si dispones del apoyo de algunos amigos, acude en su ayuda.

He conocido en Ginebra a tu amigo Saigne; me agradó.

Te diré que no estoy disgustado por lo que pasa en Francia. La evolución que se realiza es una evolución normal. Es la burguesía en el estado abstracto, sin aparato religioso, sin viejo símbolo la que va a reinar sobre nosotros. Dará tanto mejor así la medida de su verdadero valor. Tendremos que atravesar días malos pero al menos la experiencia será concluyente y completa.

Las hijitas, por cuya educación he debido abandonar a Lugano, van bien. Saluda a tu mujer y a los amigos.

Tu viejo camarada,

La independencia de la ciencia

A M. de Gerando,

Vevey, 11 de enero de 1877

A la hora actual habrá recibido la *Revue de Géographie* del señor Drapeyron. Debo confesarle que esperaba algo mejor. Esa carta de Picard, que no sabe una palabra de geografía, colocada a la cabeza del periódico como una bandera plantada en el palo mayor de un navío; esa pretensión de querer regir la política por la geografía, pretensión que podría tener en el fondo el móvil de hacer servir la geografía a las ambiciones políticas; esa invitación hecha al gobierno para constituir una academia de geografía, academia que sería sin duda hecha por el modelo de las otras; en fin, ese incienso circular que va del señor Garcin, el asesino de Milliére, a un infame comunalista como yo, todo eso me ha desagradado, y me felicito mucho de no haberme dejado arrastrar a tomar una parte directa en la fundación de esa revista.

Me parece también que el punto de partida del señor Drapeyron para la enseñanza de la geografía está muy mal elegido. Según él, el estudio de la geografía no debe comenzar por la cosmografía, como otras veces, sino por la topografía: eso es comprender la ciencia de la manera más estrecha. La vida no se acomoda a esas maneras arbitrarias de enseñanza. Ahora bien, la ciencia debe ser una cosa viviente; de lo contrario no es más que una miserable escolástica. Como una planta que va a tomar lejos su alimento, por todas sus raicillas lo mismo que por los poros de sus hojas, la geografía debe comenzar por todo a la vez: cosmografía, historia natural, historia, topografía. La naturaleza ambiente es una inmensa síntesis que se presenta a nosotros en todo su infinito y no parte por parte; a nosotros nos corresponde distinguir poco a poco los elementos diversos de ese conjunto confuso en apariencia. Es así como el niño, sirviéndose de todos sus sentidos a la vez, aprende poco a poco a reconocer todo lo que le rodea. El gran arte del profesor, sea profesor de geografía o de otra ciencia, es precisamente el saber mostrar todo en todo y variar hasta el infinito los puntos de vista, a fin de tener siempre alerta el espíritu y facilitarle incesantemente nuevas conquistas.

Pero me alejo un poco de la *Revue de Géographie*. Todo lo que digo de ella no impide hacer votos porque triunfe, al contrario, hay que dar un alma a ese cuerpo. Es siempre agradable, cuando la dignidad lo permite, trabajar modestamente en una obra útil, dejando a los demás buscar su interés u otra ventaja secundaria de ambición o de vanidad.

Le estrecho afectuosamente la mano. Le rogamos que nos recuerde a la memoria de los buenos genios domésticos.

Pensamientos diversos

A N. de Gerando,

Carlsbad, 25 de mayo de 18[illegible]7.

Mi querido amigo,

Hacemos un viaje rápido por el centro de Alemania, Bohemia y Austria. Nos hemos preguntado si llegaríamos hasta Szathmar; pero después de haber estudiado la cuestión desde el punto de vista de las finanzas y del tiempo, hemos comprendido que debíamos privarnos del gran placer de ir a veros.

Como vd. dice, los acontecimientos son muy graves. La existencia política de varios pueblos está en tela de juicio ahora. ¿Qué será de vds. los magyares, si Inglaterra tarda más en defender sus intereses y los vuestros? En cuanto a Austria, parece componerse de dos partidos, los intimidados y los cómplices.

En todo caso una cosa es bien segura: las grandes aglomeraciones nacionales se harán sin embargo, la fuerza inmensa del patriotismo de raza y la confraternidad del lenguaje ayuda al acrecentamiento de los imperios, agrandará a Rusia como ha consolidado a Alemania y hecho a Italia. Pero eso no es más que una etapa. Intereses superiores, una moral más elevada, agruparán a los hombres, no según los idiomas y los pretendidos orígenes — porque estamos todos mezclados por los cruzamientos — sino según la concepción del derecho y del deber. Por una parte los que quieren aprovecharse de la injusticia y de la desigualdad, por otra los que luchan por su propia libertad y por la de los demás.

No le hablo de los asuntos de Francia: estoy profundamente humillado. Sin embargo reconozco que si el partido republicano tiene alguna persistencia y perseverancia, podrá salir triunfante de la lucha, pero la persistencia y la perseverancia, ¿pueden ser cualidades de hombres sin principios, de oportunistas?... veremos, pero la úlcera clerical ha roído mucho antes en las carnes.

El periódico *Le Travailleur*, cuyos principales redactores son amigos míos, está destinado sobre todo a convertirse en una revista de los acontecimientos y en una tribuna de las ideas desde el punto de vista revolucionario. Pero hasta el presente, nuestro personal de redactores es muy poco numeroso. El apoyo de Rogeard nos sería de gran socorro: él solo nos valdría más que todos los demás corresponsales; pero, según nuestra idea, *Le Travailleur* no nos dejará nunca dinero, al contrario, nos costará. En cuanto a *La Commune* de Félix Pyat, no sé en qué condiciones ha sido emprendida. ¿Haremos bien nuestra labor? Tengo algunas veces dudas, pero no las tengo relativamente a su escuela de Pafalva. He ahí un pensamiento excelente: trabajemos por los pequeños. Hagamos de ellos hombres mejores que nosotros, más rectos y más fuertes.

Le estrecho afectuosamente la mano y envío a todos nuestro saludo de cordial abnegación.

ELISEO RECLUS

ALFREDO GUTTERO

Un recuerdo personal habrá de iluminarnos en este intento de penetración en una obra que, aquí, para nosotros y para la mayoría de los adictos a las artes plásticas, nos es ignota y situada en una perspectiva lejana. La pintura de Guttero es completamente desconocida, donde, precisamente, había de conocerse y divulgarse más, que es en su propio país. Y esta vaga rememoración, que se remonta a una fecha un poco alejada, fué el punto de partida para el conocimiento subjetivo del artista. Era en el salón de primavera de 1912. Premiados Bustillo y Zonza Briano, el cuadro suyo pasó inapercibido para la crítica y el público. Nos hallábamos en pleno delirio de criollismo y neoimpresionismo. Pudo ser un acontecimiento natural y previsto.

¡Cuál no fué la impresión que nos produjo esa tela, pintada en tono tan hímnico que había de adentrarse en la memoria para ya no desvanecerse más! Ahora mismo, hilvanando estas líneas, volvemos a revivirla; y, en mente, recorremos la gama de esa su armonización tonal, que envolvía en una atmósfera de grises dorados y cálidos a esa joven mujer arrellanada en un sofá. Era una composición de gran alarde decorativo. Y da que meditar que nadie, absolutamente nadie, excepto un reducidísimo núcleo de artistas, la notaron, singularizándola entre el fárrago enorme de las otras pinturas. Sólo nosotros, que en ese año *escribíamos nuestro primer salón en "Ideas y Figuras"*, atinamos a balbucear su nombre, y eso merced a la anuencia concedida a regañadientes por el poeta y director de aquel quincenario.

¿Era acaso, ese lienzo, una de sus obras capitales? Es la pregunta que directamente se deriva, teniendo por causa esta admiración incontenida. Aunque ya entonces Guttero hubiese logrado una plena conciencia plástica y en continua eclosión, no podía serlo precisamente esa única tela. La emoción que nos infundiera y aun se prolonga con sus resonancias, fluyó de un fenómeno de autosugestión que quizás se halla fuera de las sensaciones puras y prietas, nacidas de la estricta valía de aquella obra. Sin embargo, juzgada en relación a su apabulladora vecindad, debía obligadamente atraer la atención a quienes saben mirar intrépida, larga y tenazmente, tanto lo bueno como lo malo. Es así como hemos educado, afinado nuestros órganos sensoriales y hemos adquirido el escaso gusto estético que nos asiste en los más graves y peliagudos trances. Sin esta voluntad de ver y penetrar, no es posible se alcance un aprendizaje cualquiera. La gente que en los libros salta a pies juntos capítulos enteros y desfila a paso militar frente a las obras del intelecto humano, se extraña, se asombra, se enoja, se aburre cuando encuentra algo incomprensible para ella. Horra, vacía, despoblada de ese reguero de recuerdos, huérfana de emociones pretéritas, no se aviene a creer que éstas son los rescoldos de la subconciencia y basta el leve aleteo de la belleza inmortal para avivarlos y nos abrasan en una sola llamarada de entusiasmo. Sin este sedimento, sin este substrato de un territorio inédito que abarque la raigambre de nuestra sensibilidad, difícilmente se puede estar preparado para el instante eucarístico del goce y de la amorosa comprensión.



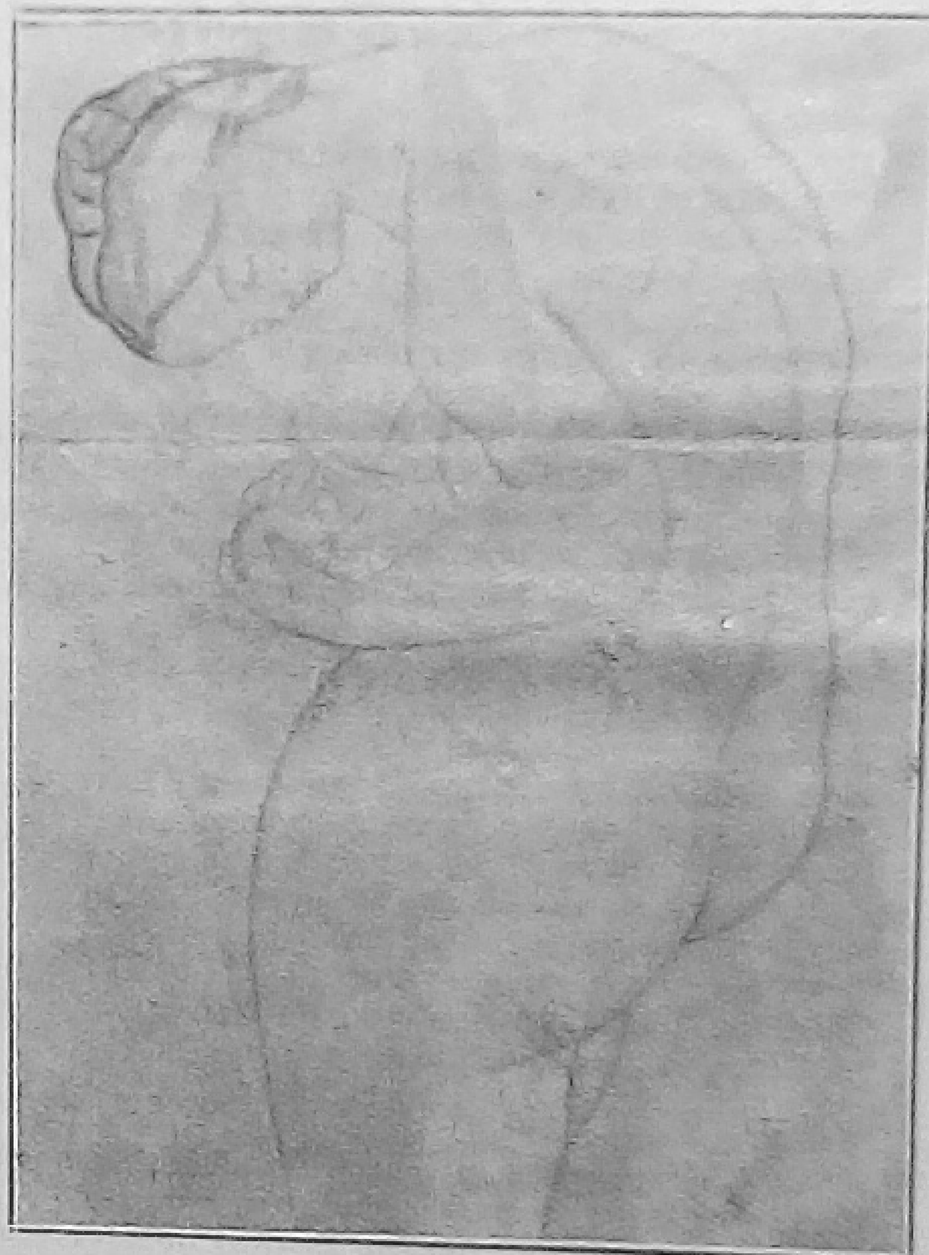
ALFREDO GUTTERO — *"Composición"*

Ardua tarea la nuestra: hablar, discurrir de una personalidad de artista, más presentida que cabalmente constatada, y de quien no poseemos sino noticias vagas, confusas, y a veces contradictorias; habiendo contemplado un solo cuadro con nuestros mórtales ojos, y que para guiarnos en los dédalos del oficio plástico tuvimos que pedir prestado a un buen amigo un catálogo con algunas reproducciones de dibujos y unas cuatro o cinco fotografías de sus obras. ¿Serán éstas las mejores, serán éllas las más genuinas muestras de su talento? ¡Cómo saberlo! Tampoco pudimos conseguir el más insignificante dato biográfico, y hubimos de satisfacernos con la mera información, enterándonos que residió largos años en París; que estudió bajo la tutela de Denis, y en estos últimos tiempos emprendió una serie de viajes. Eso es todo. Luego hay el ir y venir de los díceres, de los cuales es cuerdo no fiarnos ni darles fé. Por personas interpósitas conocemos que Guttero realizó varias exposiciones en las capitales y ciudades de Europa. Berlin, por lo pronto, lo acogió en la *Galería Alfred Flechtheim*, y, además, expuso en Florencia y en Venecia, sin que estemos muy seguros de ello. ¿Obtuvo el éxito apetecido, la crítica le fué propicia? Silencio absoluto. También parece que algunos museos poseen obras suyas. ¿Pero dónde y cuáles son las elegidas? Caso desconcertador el de este artista argentino, entre la numerosa parvada de sus coetáneos que acuden al viejo mundo, quien difiere y disiente tanto de todos ellos, que encarna el mito de la mosca blanca, rara de ver y de constatar. ¡Oh manes de Figari y de otros muchos de la larga caravana emigratoria, qué solemne y suprema tontería no reputaréis esta lamentable carencia de un sentido tan moderno y manducatorio!

Para el periplo de la exposición ambulante de producciones argentinas, organizada por Nazar Anchorena, supimos que Guttero envió alguna de sus telas y dibujos. Cuando se nos dió la noticia, al día siguiente clausurábase la muestra, que se exhibía en La Plata.

Si incurrimos en este forzoso preámbulo — temiendo que fuese arriesgado intentar un juicio crítico de una labor que apenas conocemos de oídas — su motivo principal consistió en confesar la penuria de nuestra información y, al mismo tiempo, implorar cierta benevolencia para nuestros posibles desaciertos.

Como acápite al catálogo de la exposición que efectuara en Berlín desde el 10 de septiembre al 14 de octubre de 1922 hay esta cita de Flaubert: *"... et cette familiarité divinisait la vie. Elle n'avait pour but que d'etre libre et belle. Les vetements larges facilitaint la noblesse des attitudes. L'ephebe, frotté d'huile, luttai tout nu en plein solei. L'action la plus religieuse était d'exposer des formes pures"*.



ALFREDO GUTTERO *"Desnudo"*

Traducimos: "y esta familiaridad divinizaba la vida. Ella no tenía otra finalidad que ser libre y bella. Los amplios vestidos facilitaban la nobleza de las actitudes. El efebo, frotado con aceite, luchaba desnudo en pleno sol. La acción más religiosa consistía en exponer formas puras."

Estas últimas palabras, la única enunciación de principios a que se quería llegar, nos pone en la certera ruta para sondear y descubrir la esencia vibráctil y tónica del temperamento del artista. Es su fervor religioso que se transfunde en la creación de formas puras. ¿Pero de qué calidad intrínseca se halla compuesta esta euforia sentimental? No trepidemos en declarar que es su máxima virilidad, la gran vitalizadora. Es esa potencia viril que le conduce a la decantación, a la alquitaración de los cuerpos, ya sean másculos o femeninos. Por eso sus desnudos excluyen toda idea, toda sensación de sensualidad y las mujeres no poseen la acostumbrada morbidez florida, encubridora de cierta podredumbre interior. No nos incitan, ni acucian nuestros sentidos, a pesar de la turgencia de sus formas. Experimentamos, eso sí, un delicioso placer en contemplarlas, y es por la plenitud del goce estético que los deseos venales no asoman. Es, pues, por el juego armonioso de sus facultades, por su salud espiritual — su cardinal virtud — que sus fórmulas de arte se hallan limpias y de una pureza cerebrada, por así decirlo, como significación del dominio sobre la furia de la pasión. Es lo que principalmente nos sugiere el cuadro de las bañistas, y cuyos estilizados elementos nunca tocan el límite de la disecación del motivo, ni llegan a la sequedad decorativa. Por el contrario, son precisamente sus dones innatos de decorador los poderosos auxiliares que casi siempre le ofrecen el hallazgo maravilloso del equilibrio y de la bella armonía de las proporciones en los temas que trató de resolver mediante la composición. Estas afirmaciones un tanto oscuras y contradictorias las aclararemos en seguida.

Hasta aquí ensayamos alcanzar, o más bien apresar la raíz moral, que, según Sthendal y Baudelaire, siendo fundamento de toda acción humana, es sustancia nutricia cuando se intenta el esfuerzo creador. Bien o mal, pudimos señalar cuál es la filiación del artista en su arranque ético.

Ya que hemos puesto en evidencia las dotes innegables de Guttero como decorador, tratemos, de una vez por todas, de definir, también como podamos, este término *decoración* y su apéndice lo *decorativo*, que no siempre se aplican adecuadamente. Casi todos los tomaron como un signo convencional, una clave para precisar un cierto número de elementos conocidos, que por común acuerdo nadie inventariaba ni analizaba, pero que se les adhería la indeterminada especificación de lo *decorativo*. Un cuadro pasablemente compuesto, en algo se parecía a lo *decorativo*; un friso, un panel, un bajo-relieve, aunque hubiese sido modelado con un espíritu contrario, encajaba en lo *decorativo*, y etc. No desearíamos dar en lo burdo de la exageración, siempre que se convenga hubo desorden y desatino en el empleo de esta *precaria* terminología.

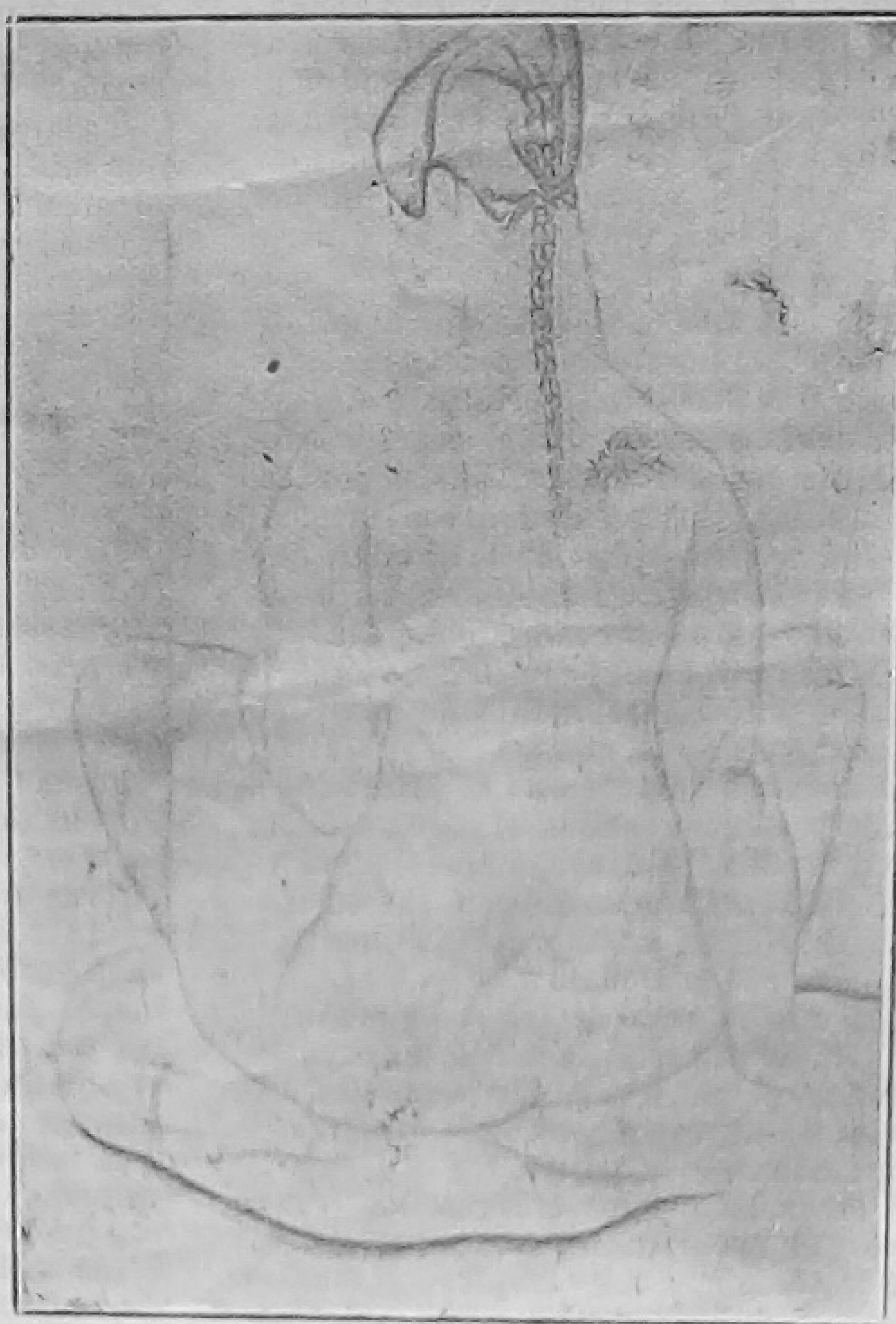
Para nuestra mayor comprensión y claridad, habrá que empezar por establecer dos categorías en el concepto de la decoración.

Una es la ornamental, que puede comprender todas las artes aplicadas, y la otra es algo más sutil y subterráneo — si se nos permite la expresión —, que interviene en un afresco, en la pintura mural y hasta en el cuadro de caballete. No está simplemente en la estilización, ni en la ornamentación pintoresca. Es el sentido abscóndito, el instinto decorativo, más profundo o epidérmico en un artista que en otro, y que puede equipararse a la virtual condición del poeta épico, quien también tiende a la grandiosidad contenida en un exámetro. En esto reside la diferencia fundamental entre lo trivial y lo pintoresco decorativo y la composición organizada en ese sentido. Un decorador como nosotros lo comprendemos se distingue del tapicero, del exornador de motivos preciosos, por el acento épico. Y este acento le hallamos en las mejores y más bellas producciones de casi todos los más grandes artistas; y en una el ritmo será más general e integramente marcado, en otras menos intenso y la cadencia rítmica, reducida a lo particular. Nómbrese al Ticiano, Tintoretto, el Miguel Angel de la Capilla Sixtina y etc. No tenemos los ejemplos a mano para demostrar que en todas las épocas más culminantes de las artes plásticas, sus epígonos, ya sea Delacroix o Rubens, tuvieron innata la facultad decorativa, en la acepción más lata del término. Tras de lo dicho y por haber establecido muy arbitrariamente estas dos categorías de decoraciones, hemos de declarar que no estamos dispuestos a anteponerlas una a otra. Para nosotros y para casi todo el mundo, ninguna de las dos son inferiores, y el excelso valor que cobre cada una de ellas residirá en quienes las ejerzan y las laboren.

Si un reproche se le puede dirigir a la pintura cubista, es de haber extremado tanto la abstracción de un caprichoso módulo decorativo, y en son de reaccionar violentamente contra los neo-impresionistas, lo deshumanizó de tal modo que se olvidó de infundirle el aliento épico, ca-



ALFREDO GUTTERO — "Composición"



ALFREDO GUTTERO "Desnudo"

lidad anímica de los grandes creadores, acento exaltador, virilizador de la materia.

La prueba de esto la hallaremos en que, a pesar del gran talento de Picasso y Braque, al limitarse voluntariamente a la decoración pura a fin de librar la pintura de una ornamentación excesiva, ven ahora explotadas sus ideas plásticas por decoradores comunes. Se propusieron una finalidad y, malgrado ellos, alcanzaron la opuesta. No diremos si será ello un mal o un bien, porque lo único que nos guió fué el prurito de apuntar un hecho conocido y constatado ya por muchos artistas surgidos del seno de la teoría cubista.

Esta *impersonalización*, esta objetividad que a fuerza de intelectualizarse resulta impersonal — una verdadera obra sin autor — es el reverso de la obra de Guttero y por eso mismo está emparentada con las producciones de los grandes decoradores, los que tampoco — para serlo — se recluyeron exclusivamente en esa facultad, sofocando, deprimiendo sus coetáneas. A este hito deseábamos arribar para determinar la filiación plástica y exotérica del artista argentino, o sea su aspecto formal de la parte pictórica. De ahí su esencia clásica antigua o moderna — como se quiera adjetivarla — con la modernidad primitiva de un Pablo Uccello, con quien tiene más de un punto de contacto por la solidez de la construcción de sus formas y por la rigurosa síntesis de sus principales elementos en el logro de una suprema armonía.

—

Es lo que buenamente pudimos inferir por la reproducción de varios dibujos y fotografías de dos composiciones suyas. Muy poca cosa para arriesgar un juicio aproximado sobre tan ingente labor, ejercida en el silencio y coadyuvada por hondas meditaciones en los libros y en la vida. Su dibujo quizás es lo que más retrate a Guttero. Es una línea que apresa dimensiones, otorgándoles carácter, peso, densidad y belleza decorativa. Así es cómo se nos aparece el espíritu del artista, — retratado translúcidamente en ellos — en su sensibilidad exquisita y en su fantasía, que frutece en imágenes extraordinarias.

At.

ALVARO YUNQUE

EL CRIMEN

TODO Picolargo, un pueblucho semierguido en la margen derecha del San Borombón, estaba atribulado con la noticia: un perro rabioso vagaba por los alrededores y mordía gentes y animales. Perseguido de General Cruz, un paisano aseguraba haberlo visto, marchando al trote y babeante, por el camino que une a los dos pueblos. Picolargo se convulsionó. Un día, una tarde, lo vieron en su misma plaza, marchando al trote y babeante, se cerraron puertas y ventanas, se le tiraron piedras y balazos. El perro desapareció esa misma noche, misteriosamente; no se supo nada más de él.

Más la población de Picolargo paladeaba con fruición intensa esa inquietud, y ahora que había pasado el peligro, hallábala preferible a su monótono vivir de todos los días.

De tal modo preparado el ambiente, calenturienta la imaginación popular, fué de improviso sobresaltado, aun no pasadas cuarenta y ocho horas de la desaparición del perro rabioso, por una alarmante noticia, la que echó a volar las imaginaciones harto ligeras y los labios harto lenguaraces: ¡Pepín, el muchacho de los Gochovirof, había desaparecido!

Los Gochovirof eran dos rusos, padre e hijo, enormes y enigmáticos como bueyes. Se habían granjeado la cordial antipatía de los picolargueños por su carácter poco comunicativo y brusco. Más de una vez, algún vecino los había supuesto pretéritos nihilistas, fugados de Siberia, en donde estuvieron purgando los más espantosos crímenes. Los Gochovirof, indiferentes a aquellas habladurías, en un silencioso vivir de trabajo, se levantaban con la aurora, a doblarse sobre un campo que arrendaban en las afueras del pueblo y del cual sacaban las verduras que el hijo vendía después en las ferias cercanas. Jamás con nadie se les oyó hablar nada fuera de lo imprescindible; cejijuntos, graves, ni contestaban los "buenos días" con que alguna bachillera pretendía iniciar relación amistosa. En cuanto a Pepín, era un chiquillo que un día encontró Gochovirof, hijo, tirado en una zanja; no se sabía quienes eran sus padres ni de dónde venía. Lo recogió en su casa y allí vivió y creció haciendo pillerías.

Ahora faltaba el tal Pepín, que a la sazón tendría unos diez años. La noticia, dados estos antecedentes, no dejó de alarmar a los vecinos:

—Eh, vecino, ¿supo la nueva? Pepín...

—Sí, sí; ya me han dicho; ¿y qué cree usted?

—Yo...

Y aquí el honrado vecino, en voz baja, cautelosamente, comunicaba sus horrorosas suposiciones al otro honrado vecino, el que las apoyaba:

—Sí, sí; esos rusos siempre me han tenido con sangre en el ojo.

—¡Son capaces de mucho más! ¿Sabe usted acaso qué pueden haber hecho en su tierra? ¿Por qué se han venido?

El juez de paz y el comisario intervinieron. Interrogados los Gochovirof sobre el paradero de Pepín, respondieron, sencillamente, que lo ignoraban.

—¡Bonita contestación! — dijo una picolargueña.

—¡Y muy cómoda sobre todo! — agregó otro. — Mañana cualquiera, comete un crimen y se hace el inadvertido, ¿que dónde está el muerto? No sé; y en paz. ¿Qué cómodo, no?

—¡Esto no debe quedar así! — afirmó, indignado, el periodista.

Y a la mañana siguiente, "El Heraldo de Picolargo" traía, en gruesos caracteres, un extenso artículo, donde el periodista se hacía el eco de todos los comentarios y decires. ¡Qué resonancia tuvo el tal artículo! Se agotó la edición del periódico. A la mañana siguiente, un nuevo artículo, en el cual dejaba entrever que los Gochovirof pudieran ser los culpables. ¡Nuevo éxito y mayor venta! No se había de detener ahí el plumífero de Picolargo; a la otra mañana, bajo el epígrafe de "El mártir Pepín", un largo y sentimental discurso llenaba la primer hoja de "El Heraldo de Picolargo". Las gentes se arrebataban el periódico, las mujeres lagrimeaban sobre él, y todos estaban contestes en las virtudes del "niño asesinado", como ya se le llamaba; aunque el desaparecido Pepín fuera, en realidad, el más desalmado y bullanguero pillete.

—¡Pobre niño!; ¡tan bueno!

—¡Qué horrible destino el suyo!

—¡Qué espantosa muerte!

Y la cosa tomó vuelos políticos. El periodista no cejaba en sus artículos que, de simples parrafadas sensibleras, se habían trocado en sonoras catapultas contra el gobierno apuntadas. Y el pueblo estaba con él.

—Es una iniquidad! — rugía como un energúmeno el maestro de escuela.

—¡Es un mal gobierno! — peroraba el boticario.

Se interrogó al juez de paz, quien dijo que no había pruebas para detener a los rusos. El comisario respondió que ya se estaba en busca de Pepín. Y el cura intervino. Fué a ver al comisario, al juez de paz y, saliendo de esas entrevistas, pudo anunciar a su convulsionada parroquia, que los "rusos herejes" iban a ser presos.

Aquella misma tarde, engrillados y con el acompañamiento de una muchedumbre de curiosos, fueron los Gochovirof conducidos a la comisaría. "El Heraldo de Picolargo" traía, punto por punto, una detallada descripción de la escena del arresto, de las protestas de los detenidos, de sus gestos, de las palabras del comisario; ¡era una página épica! Así las cosas, cayó como una piedra caliente en un balde de agua fría, un noticón despampanante, algo que removió las más recónditas células nerviosas del más apático de los picolargueños, y que hizo que "El Heraldo" lo anunciara con bombas.

Joaquín Maureño, comerciante establecido desde quince años atrás en Picolargo, "persona de responsabilidad social, alta moralidad y espectable conducta", según "El Heraldo", declaró: Hacía una semana, regresando, a eso de las diez de la noche, a su casa, advirtió una luz en el fondo de la casa de los Gochovirof. Acercóse y, por entre los agujeros de la tapia, vió una escena que lo llenó de espanto: los Gochovirof, alumbrándose con una linterna, cavaban un foso. Una vez concluído éste, cogieron un bulto, él lo vió bien, un bulto pequeño que podría ser el cuerpo de un niño, pero no podía precisar que lo era, y lo arrojaron dentro. Después volvieron a tapar todo; algo hablaron los enterradores, mas como lo hacían en ruso, él no pudo comprenderles. Maureño se había retirado algo indispuesto a causa de la impresión recibida, más nada había dicho hasta ahora, porque él era una persona pacífica y poco afecta a aquellas cosas que lo llenaban de terror; pero en vista de que su declaración podía ser útil a la autoridad para el esclarecimiento de aquel crimen, que tenía conmovido al mundo (al mundo decía "El Heraldo"), él, Joaquín Maureño, hacía público lo que vió aquella noche de horror, "en aquella noche — comentaba el pendolista de "El Heraldo" — en que la conciencia humana sufrió uno de esos eclipses sangrientos y en que la justicia, ¡Temis sagrada!, ve que de sus manos desfallecientes ruedan la balanza justipreciadora y la espada justiciera"...

No sólo en Picolargo se vendía "El Heraldo", sino en veinte pueblos de los alrededores, ¡y hasta en Bahía Blanca, en La Plata, en Buenos Aires!... "Es el triunfo de los altos ideales", proclamaba su director.

—

TODO Picolargo se echó a la calle; era eso una romería: en aquella mañana, a las nueve, se desenterraría al "niño asesinado", ante la presencia de las autoridades.

Y se dió comienzo al acto solemne: el comisario, el juez de paz, el sargento, cuatro vigilantes, los que mal podían contener la horda de curiosos que lo era, toda la población de Picolargo, y dos obreros armados de sendas palas, hicieron irrupción en la casa de los "asesinos", "los inhumanos, los viles, los incalificables asesinos", según los picolargueños y su honorable periodista.

El primer golpe de pala fué un golpe dado en el pecho de cada uno de los circunstantes. Se sacó la primer palada de tierra, y miraron todos, cual si de ella hubiesen de salir las palpitantes entrañas de la víctima. Poco hubieron de trabajar, pues al metro, ya chocaron las palas con algo blanduzco.

—¡Aquí está el muerto! — gritó uno de los peones.

Fué un alud; nadie hizo caso a nadie; y allí todo Picolargo estiraba el cuello para mirar, ansioso... Los obreros continuaron en su labor y, ante el concurso espantado, que sin reparar en el hedor que de la fosa salía se estrechaba, se estrujaba, apiñándose, amontonándose; apareció algo informe, una cosa peluda, indescriptible, llena de cieno.

Sacada de la fosa y sacudido el lodo, la curiosidad pública quedó cruelmente burlada; aquella cosa no era el cadáver mutilado, sangriento, terrible del niño, no; aquella cosa era, sencillamente, ¡un perro!

—¡El perro rabioso! — exclamó alguien.

Efectivamente, era el perro rabioso que los Gochovirof, "los asesinos, los inhu-

manos, los viles, los incalificables asesinos", habían muerto y enterrado en su casa, salvando a la población de Picolargo de un azote peligroso.

¡Qué decepción! Carilargos, mudos, comenzaron a retirarse con esa desgana y esa languidez propias de aquellos cuyo sistema nervioso, en estado vibrante, próximo a estallar, recibe una ducha helada.

Aquella misma tarde, los agentes de General Cruz traían a Pepín, fugado tras de una banda de titiriteros. "El Heraldo" bajó su tirada. Los Gochovirof fueron puestos en libertad.

Mas en Picolargo los odian con más intenso odio que antes, cual si ellos hubiesen robado algo a aquellas gentes; y, en realidad, sí: les habían robado gratísimas horas de ansiedad y buenos instantes de sabrosos comentarios.

Ellos les habían privado, no cometiendo el crimen, de satisfacer su curiosidad, la más egoísta de las pasiones. ¡Y eso sí que era un espantoso crimen!

No quiero morir sin gobernar

El volatinero, el saltimbanqui Lerroux, el politicastro de peor laya y configuración moral entre los de su fauna y especie, se ha confesado en el asequible regazo de uno de esos Esopos modernos y de falso cuño, quienes a los inteligentes les hacen decir disparates y a los animales del zoo ciudadano les prestan su tartajosa y confusa habla.

El reporter, pues, transmite al mundo este auténtico grito de un alma morbosamente ambiciosa y rapaz:

Llevo cuarenta años de predicación política y no quiero morirme sin gobernar...

El jefe del partido republicano radical, como las jamonas, tuvo su cuarto de hora de debilidad y de abandono. Ha descubierto la lepra que le ha corroído durante toda su vida. Este buen señor y pésimo sujeto, como un premio a todas sus mentiras, a sus cobardías incontables, con edad de jubilarse para siempre, no quiere morirse sin gobernar. Ni siquiera emplea y usa los artificios literarios de un Blasco Ibáñez, que compara donosamente a España con la bella dormida y aletargada por la dictadura militar, y que él, como buen caballero, se ofrece a ser su salvador y resucitar la figura de Amadís de Gaula.

Demasiado práctico y reciamente positivo, el demagogo catalán no quiere meterse con los símbolos sino para gobernar. Y para ello se presenta saliendo de bajo de la cama a cuyo amparo se acogió en su breve ostracismo, precisamente cuando a la dictadura se le puede derrumbar "apenas cualquiera la empuje con un dedo." Ni esa portentosa y milagrera hazaña la emprenderá él. Hay antecedentes que confirman que en todos los momentos de peligro huía vergonzosamente al extranjero, abandonando a su suerte a los que él había azuzado con frases incendiarias. Pero quiere gobernar. Preparaba la masacre de los proletarios y ofrecía carne para los ametralladores de Alfonso XIII, y se escapaba de España, desapareciendo en largos y costosos viajes. Pero quiere gobernar. ¿Acaso no acumuló bastante riqueza con su torrencial y engañosa labia? Es que además del dinero anhela la pomposidad y el brillo del mando, y si con ello viene más dinero, mejor.

Después de Blasco Ibáñez, quien minuciosamente enumeraba todos los gastos que tuvo que hacer en el intento de salvar a España a base de papel escrito, arrojado desde los aeroplanos, surge por escotillón este Judas ventrudo con las manos peludas y cargadas de brillantes, que como monstruosa araña empezara a tejer su tela para atar al pueblo con sus fuertes hilos, y cuando pueda, devorarse lo poco a poco en compañía de sus compinches. ¿Qué es lo que ha sucedido con los numerosos V i v i a n i s, Millerands, Briands y etc. en Francia, salidos de la fracción radical del socialismo? ¿Qué es lo que está aconteciendo con el socialismo de Estado en Alemania? ¿Y en Gran Bretaña con Mac Donald?

Peor, mucho peor le irá a la península ibérica si cae bajo la férula gubernativa de los radicales, ya sean republicanos, socialistas, liberales y otros especímenes innominados.

No creemos que los obreros, los trabajadores, el proletariado todo, que abarca hasta la clase media de empleados y bajos funcionarios, haya podido olvidar el pasado lerrouxismo, interpolado de incesantes piruetas y salpicado por intereses inconfesables y cobardías bochornosas. Pocos hombres más desmonetizados que este traficante en votos.

Jamás hemos de pensar que una figura tan maltrecha moralmente pueda arrastrar tras sí una oleada de pueblo para un probable movimiento o asonada revolucionaria. Ni a él ni a los hipotéticos políticos que lo acompañan. En la masa hay un instintivo sentido ético, que es el mejor cernidor de las acciones humanas. Así como ella tiene adhesiones misteriosas, también en su seno se producen repulsas misteriosas, que obedecen a un oscuro presentimiento. El estancamiento, la parálisis momentánea de las muchedumbres españolas y su pasividad hacia un régimen incongruo en vísperas de despeñarse, débese a que los fantoches que se presentan al escenario político y social como Mesías y maquillados de Prometeos, carecen de esa fuerza heroica, ese poder de sacrificio de jugarse todos enteros en un temerario arrojo, despertando así el subterráneo heroísmo que serpentea y hierve en la musculatura vibrante del pueblo. No hay actitud más contagiosa que el heroísmo. Basta que arda esta antorcha humana para que otras mil se enciendan a su vez. ¿Pero dónde está esta antorcha capaz de arderse a sí misma a fin de alumbrar el camino para todos? Hasta ahora, excepción hecha de los ejecutados en el incidente fronterizo, el espíritu de sacrificio, en España, individual o colectivo, no apareció aún. En uno de sus portentosos y breves artículos, ¿no dijo Barrett que el pueblo era un Sansón sin Dalila? ¿Quién es el hombre fuerte que enarbole su voz y su brazo y sepa andar solo por la estrecha y espinosa senda del martirio? Únicamente de la tosquedad de ese Hércules policéfalo podrá destacarse esa astilla.

Entre todos los personajes, los figurones que actuaron en política, esporádica o activamente, no existe ninguno capaz de un solo acto desinteresado. De esto al heroísmo nos parece que el trecho es enorme.

Son los jefes de los partidos de la izquierda española quienes tratan de constituir un bloque capacitado para asumir el gobierno. Se supone que el poder supremo, hallándose investido en la persona de ambos camaradas de parranda, el rey y Primo de Rivera, deberá suprimirse a éstos, a fin de que pase a manos de los gobernantes en agraz.

Mas ellos son partidarios que la consabida tortilla ha de confeccionarse sin romper los huevos. Desean que Melquíades Álvarez sirva de puente entre la monarquía y la república. De modo que el cambio de régimen se realizará sin efusión de sangre, "ni violencias de ninguna clase". ¿Quién prestará fe a semejantes patrañas? Ni el mismo Lerroux, por cierto. El que vendió a los huelguistas de Río Tinto, el que se enriqueció con el negocio de las aguas corrientes de Barcelona y quien llegó a envilecerse con todas las bajezas en satisfacción de sus apetitos de lujo y de buen vivir, después que en su juventud se proclamara anarquista, y abofeteó a Porta, el verdugo de Montjuich, intenta ahora vender otra vez a alguien o venderse, porque no quiere morir sin gobernar.

Triste y vergonzoso deseo de un payaso que antes de desaparecer en la tumba que lo abrigará para el sueño eterno, quiere esbozar su última pirueta.



E morto la Regina

Los diarios desbordan en elegías lacrimosas y fúnebres. Ha muerto la reina Margarita de Italia. Ha muerto una mujer más. Los enterradores de primera clase han sido requeridos en todas las redacciones de periódicos y diarios para inhumar debidamente el regio cadáver. Por lo pronto, lo han sepultado bajo los montones de papel picado de tropos y metáforas manidas. El enternecimiento desusado y excesivo de la adulonería desbocada, provoca bascas y revuelve el estómago. Suena a insulto a todas las mujeres del orbe dignificadas por el trabajo y el sufrimiento. En estos países de tierra caliente, la exageración, la exhuberancia y la ampulosidad son la regla normal para todos los actos, ceremonias y espectáculos de la vida. Las lloronas de oficio y bien pagas tienen trabajo para una semana. Hay las plumas que recaban más suculentos salarios. Nos espera ahora la avalancha de revistas semanales, quincenales, con quintal y pico de papel ilustrado. El velorio se prolongará así un mes y quizá más.

Es con este apuro desaforado de convencernos que fué mujer de una perfección casi astral e inaccesible, cuando nos convencen de lo contrario y provocan una sonrisa de duda y desconfianza. Si tanto afán tienen en sobrecargarla de elogios, de virtudes, de excelsitudes, de idealidades, colgándole todas las cualidades del santoral cristiano y del repertorio ético, es porque posiblemente fué una de las peores mujeres del mundo. Es la sospecha más certera que asaltará a cualquier mentalidad sensata. No se alaba desmesuradamente la virtud, porque de sí sola se hace valer. No se encarece en demasía la belleza, cuando nos deslumbra con sus resplandores. El mayor homenaje para ella es el mudo y elocuente silencio de la admiración. Mientras que a un personaje célebre, para halagarle, se le elogian sus faltas, sus defectos, sus debilidades y sus más notables fallas a fin que no empañen las otras cualidades que pudo poseer. ¿No se dice, se insiste, se machaca y se vuelve a repetir que Mitre fué un gran poeta, historiador y militar? ¿Y por qué esa campaña encarnizada, a cuál causa obedece? Precisamente porque en todas esas disciplinas y actividades no rebasó de la mediocridad más enervante. Quién sabe si tuvo otras cualidades que pudieron avalorarlo como hombre, que sus mismos herederos intentan desconocer. No es a nosotros que importa saber tales cosas.

Para testimonios irrebatibles de la máxima perfección moral, física, espiritual y etc. de Margarita de Saboya, se cita a los hombres célebres de su patria que le rindieron pleitesía: Carducci, por ejemplo, a quien bastó un simple ademán de la reina para que se cegase y se postrase a sus pies. Había en ese poeta, a pesar de su altivez, algo del burgués que aspira a trepar los escalones de la aristocracia nobiliaria, como si temiese que con la que llevaba adentro engarzada en su magnífico talento poético, no le bastase. Recuérdese la polémica con Rapisardi, cuando este le invectivara llamándole lacayo de la casa Sabauda.

A pesar de la robustez de su lirismo, comparable al vate mayúsculo de Inglaterra, Swinburne, y a quien D'Annunzio le tomó prestados sus giros y sus metáforas centelleantes, preferimos al ruiseñor del Etna, el nobilísimo Rapisardi, que algún día volverá a resucitar por su veta de poeta multitudinario.

¿Pero en qué tiempo los cortesanos, ocasionalmente convertidos en rimadores, no le cantaron a las reinas a cuyo servicio se hallaban, como un sirviente y un bufón más?

Los que celebraron a esta Margarita en sus poemas o en sus tiradas de versos no han de diferenciarse mucho de los antiguos cortesanos a la pesca de una sinecura o de un cobro de rentas e impuestos.

Por eso, en vez de convencernos los foliculario de la inmarcesible honestidad de esta reina — quien, de haber [sido] de una gran pecadora, no nos merec[ería] anatema alguno — nos infunden la ve[hemente] sospecha de lo opuesto y lo contrario.



La diplomacia del dólar

Shylock reclama su tajada de carne. [El] Mercader de Venecia, el arquetipo del [usu]rero, dejó tras sí un número infinito [de] herederos. Contarlos sería contar las [are]nas del mar. En todas partes los hay [en] gran cantidad. Se hallan desperdigados por los cuatro puntos cardinales, y [a pesar de] que se les achaque lo privativo de [esa] virtud a los hebreos, éllos, como un pue[blo] errante y nómada en continuas [mu]danzas, no pudieron dar normas y re[glas] para ese juego. No llegaron a crear [una] moral colectiva que lindase casi con [los] preceptos religiosos. Individualmente [son] los más rígidos cumplidores de la mo[ral] utilitaria de la extorsión, y no obst[ante] en Wall Street y en el Stock Exchange [de] Londres abunden los judíos banqueros [y] financistas, su estrategia se limita a [de]terminados círculos especulativos.

La nación que ha hecho una mez[cla] rara de sermones evangélicos, versíc[ulos] bíblicos, de postulados de Ford y supo [des]pertar la sed de las ganacias inmod[era]das en la mayoría de sus clases, es pre[ci]samente Estados Unidos, donde prima [y] tiraniza la diplomacia del dólar.

No hay gobierno, Estado o nación [que] no persiga los mismos fines y pocos [co]mo Francia, la más ansiosa en lograr[lo] continuamente; pero tampoco ninguna [de] ellas pudo plasmar el espíritu colectivo en el férreo molde de una moral meta[liza]da como los yanquis. *A tout seigneur tout honneur.* De cada ciudadano, desde [la] escuela primaria, con las biografías [de] los multimillonarios, hizo un millonario en potencia y un aprendiz para llegar [a] serlo. El vagabundo que recoge colillas en la calle, tiene la misma aspiración [que] Rockefeller: enriquecerse de la noche [a] la mañana y como se pueda; si realiza su aspiración *honestamente*, bueno, [y si] no, bueno también.

Ramiro de Maeztu, en su estada [en] Norteamérica, quiso valorar objetivamente esta particular actitud para encarar la lucha por la existencia, y naturalmente, con su espíritu deportivo, estuvo [a] punto de encarecerla y recomendarla a [los] países latinos, clientes habituales de [su] pluma. Hacía hincapié en que tanto [el] gerente de una gran compañía como [el] último obrero, procuraban hacer bien [su] tarea y llenar a conciencia sus de[be]res sociales. Y la equiparaba a una dis[ci]plina colectiva, religiosa y laica al [mis]mo tiempo. O sea de "rigth man in [the] rigth place" (1). Las grandes donaciones de los magnates, quienes esperaban [sa]car mil millones para soltar uno, después de haber fabricado mucha miseria y su[fri]mientos a su alrededor, le cautivaba gran[de]mente. En fin, el escritor vasco [que] trataba de confeccionar un lirismo [épi]co-materialista, extraído de la grandiosi[dad] gigantesca de los rascacielos y de [los] puentes de hierro y de todo el armazón de esta civilización de cartón-piedra [y] sus universidades propagadoras de [la] moral deportiva y metalizada.

Pero el corresponsal trotamundos [no] bajó a una mina ni visitó los barrios [le]prosos, cáncer inevitable de las gran[des] babeles metropolitanas y sólo perma[...]

en esas grandes usinas de educación, esterilizadas como un gabinete de cirujano; y aunque estos establecimientos, vastos planteles de las nuevas generaciones, podían ofrecerle materiales cuantiosos para fructíferas observaciones, no vió sino un aspecto de la vida multitudinaria de Norteamérica. Por eso pudo negar los Calibanes y afirmar que había más Arieles de lo que pudo pensar Rodó.

A desmentir la filosofícula de Maeztu y a refrendar la existencia de la moral calibanesca ha venido la moción que presentara un diputado a la Cámara de la Unión, a fin de acortar las pretensiones de los acreedores con sus deudores en la cuestión de los créditos de guerra, porque de otro modo se podrá arribar a la negación absoluta de ellos por incapacidad de pago. Es así como un miembro de ese gobierno reconoce lo excesivo y exorbitante de las ansias de cobrar cuanto antes de sus compatriotas, desamparando los otros pueblos del mundo.

Y esta iniciativa, al secretario del Departamento del Tesoro no se la dictan sentimientos piadosos por los países endeudados, sino razones de conveniencia, las únicas capaces de mover a un espíritu yanquizado. Esa ayuda generosa que durante la guerra el gobierno estadounidense le prestó a los países europeos, son los pueblos esquilmados, exaustos, heridos, llagados, devorados por largos períodos de crisis, carentes de medios de subsistencia, mal alojados por escasez creciente de habitaciones y presa propicia su infancia por la anemia — los que pagarán las libras incontables de carne y de sangre a los avariciosos Shylock norteamericanos. No son los Estados, los gobiernos de los respectivos países que oblarán un centavo, sino al contrario, con esos arreglos de deudas, los que intervengan en ellos, harán su fortuna.

¡Qué nos importa que una nación o un individuo deje cuantiosos legados para obras piadosas o universitarias, si cuando nos estamos muriendo de hambre quieren cobrarnos la poca sangre que tenemos en las venas!

Y no sólo las generaciones presentes tendrán que trabajar como esclavas y privarse hasta de lo necesario para llenar ese pozo sin fondo de las deudas de guerra, y sí también les tocará todavía su parte a los biznietos de nuestros nietos que nazcan en el mil novecientos noventa y tantos. Es la diplomacia del dólar, como suprema civilización, adoradora del becerro de oro la que quiere imponerse.

---

(1) *El hombre para el puesto.*

UN CAMBIO DE ORIENTACION EN LAS CIENCIAS BIOLOGICAS

> *Las verdades de la ciencia son faros de luces cambiantes; en ciertas horas esas verdades parecen evidentes y asombra más tarde que haya sido posible creer en ellas.*
>
> Renan: *Discurso de recepción en la Academia*, 1876.

El maestro Fabre dice en uno de sus libros: "Cada época tiene su chifladura científicas; hoy tenemos el transformismo; ayer era la generación espontánea".

Con su fraseología estéril o fecunda, a voluntad, con sus experimentos magníficos de rigor y sencillez, Pauster acabó para siempre con la locura que, de un conflicto químico en el seno de la pobredumbre, pretendía ver surgir la vida.

La mayor parte de los físicos renuncian a plantear el problema filosófico: ¿Qué es la energía? ¿Qué es la materia? El biólogo, en cambio, trata de definir la vida o, por lo menos, de explicarla hipotéticamente.

Cuando se revisan las teorías biogenéticas no se sabe qué admirar más en la mayoría de los casos, si la ingenuidad de los que emiten la hipótesis, o la falta de discernimiento de quienes la propagan.

Dejemos de un lado las ridículas teorías de Van Helmont, Paracelso y otros más, y detengámosnos en la época actual. En medicina, por ejemplo, está de moda la vieja teoría humoral hipocrática, rejuvenecida y rectificada, pero la misma en su esencia: la endocrinología. Un histólogo español cree haber encontrado en el cerebro unas glándulas de secreción interna...

Conviene distinguir la biología técnica de la biología que podríamos llamar especulativa o filosófica. A la primera, representada entre muchos otros por Pasteur y Ramón Cajal, le debemos grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de una inútil confusión, de la que apenas comenzamos a salir. Entre el Haeckel zoólogo y el Haeckel metido a filósofo hay una gran diferencia.

Distingamos, entonces, entre el *investigador* y el *generalizador*, grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de filósofos que sólo cultivan la disciplina. Así, un químico que sólo entienda de química no podrá nunca clasificar las ciencias que es materia del filósofo. Por otra parte, la filosofía vive de la universalidad de sus conceptos. Para evitar, pues, confusiones, conviene designar a los últimos con el nombre de *sintetizadores o generalizadores.*

Loeb, en su obra *Del organismo vivo en la biología moderna*, todavía se empeña, como muchos otros, en explicar el fenómeno vital por la físico-química. Me parece oportuno recordar las palabras del ilustre profesor de química biológica y actual rector de la Universidad Central de Madrid, Carracido: "Si no existe substancia propiamente vital, ni fuerza química vital, ¿por qué se habla de una química biológica?"

Preocupados los biólogos contemporáneos por la teoría de la evolución, miran con horror el concepto teleológico aplicado al mundo viviente. No obstante, el gran fisiólogo Richet lo ha defendido elocuentemente: "El ojo ha sido hecho para ver". Proposición que repugna al evolucionismo, para el cual no hay finalidad.

Una cantidad de hipótesis (mecanicistas, vitalistas, energetistas) se disputan el privilegio de explicar el *por qué* y hasta el *cómo* ha surgido la vida, o, mejor dicho, esa manifestación de lo organizado estudiada por la ciencia, que bien pudiera llamarse "técnica de lo viviente", como alguien la ha calificado.

La orientación filosófica del biólogo (aun cuando muchos, explícitamente, no tengan ninguna) influye de tal manera en éste, que más de una vez, si la experiencia y la observación contrarían sus creencias, prefiere acomodar aquéllas a éstas, modificadas cuando no tergiversándolas intencionalmente. Tal es lo que ha hecho Haeckel, quien, en su afán de mantenerse monista, hasta falsificó clisés de embriología...

Por eso poseen gran mérito, en el sentido de que tienden a depurar la biología actual de lo mucho malo que tiene (por ejemplo las hipótesis fantásticas o generalizaciones arriesgadas que a nada conducen), Hertnig, Driesch y Von Uexhüll, aun cuando este último padece, si se me permite la expresión, de *darwinofobia.*

Hay que reconocer honradamente que el transformismo ha prometido mucho más de lo que ha dado. Las experiencias de Ferroniére, las nuevas concepciones acerca del medio ambiente en el mundo animal y muchos otros puntos de vista, reintegran a esta hipótesis general al sitio que le corresponde.

Se hace necesario, pues, efectuar una revisión general de valores. Convendría separar la biología concebida como técnica de lo viviente, de la biología especulativa. Sus métodos son distintos. Mientras los fenómenos se producen periódica o rítmicamente iguales o análogos, las interpretaciones de la *causa causarum* a la cual responden, es distinta. Dejemos que los embriólogos, histólogos, etc., estudien las condiciones estructurales y funcionales de los seres vivos, y demos al filósofo los materiales que ellos nos suministran para que los interprete y los unifique. De esa manera se ahorrará tiempo, tanto el que escribe como el que lee determinada obra.

La erudición en materia de biología es necesaria debido a eso, pero cuando se somete a crítica lo que uno ha leído, entonces se lamenta haber perdido muchos días en obras infecundas. Pero el conjunto de esas lecturas constituyen la erudición profesional. Sin embargo, Pasteur no sabía lo que era la ninfa ni la crisálida del *ombix mori o Seriacaria mori*. Tuvo



que solicitar a Fabre que se lo explicara. Y no obstante ignorar lo que sabe hasta el más zoquete de los estudiantes actuales, salvó la industria sericícola de la plaga que la afectaba. Fabre, que no era tonto ni lerdo, aprovechó de la lección y decidió estudiar la vida en donde se manifestaba y no en los libros. Producto de esa orientación y esfuerzo son sus obras magníficas tituladas *Recuerdos entomológicos.*

También el ilustre "Homero de los insectos" nos dice que si le hubiera hecho caso al gran naturalista León Dufour, en su trabajo acerca de los escorpiones, no hubiese descubierto algunos aspectos de la vida "infantil" de éstos...

Para filosofar (y esto parecerá una gegeonada) es menester antes saberlo hacer. De lo contrario tendremos pobres engendros que, después de perturbarnos como inoportunos visitantes, terminan por marcharse para no volver más. Tal es lo que le ha sucedido a sir Chandra Bose, a lord Kelvin con sus teorías biogenéticas y a Ledue y a Herrera con sus experiencias de morfogenia.

Entre nosotros, afortunadamente, ya se ha iniciado una saludable reacción.

El fisiólogo será eso y nada más que eso; y el filósofo se ocupará de la materia que le corresponde y no se meterá en lo que no le incumbe.

Falta ahora la producción que coordine y sistematice las nuevas ideas que se hallan latentes en nuestro medio intelectual. Digo "nuevas ideas" en el sentido que no son las generalmente aceptadas. Viejas en cuanto han sido ya pensadas, aun cuando bajo otra forma.

MANUEL ROSÉS LACOIGNE

NOTA DE REDACCION:—

Aunque un tanto escolástico el tono de este artículo, donde se intenta criticar los hombres de ciencia, quienes dedicados a una determinada especialidad, sin aptitudes para filosofar quieren apiñar su particular concepción del universo en su sistema o fórmula, creimos, al publicarlo, dar una suite aclaratoria al antepasado trabajo de Becquerel, inserto en el Suplemento N.o 205, (28 de diciembre), "El enigma de la Vida", por el cual se le hace un idéntico o muy parecido reproche a Le Dantec, y mayormente a sus secuaces. Suponiendo que entre los lectores de esta publicación habrá quienes se ocupen de desflorar los problemas científicos más en vigencia, es por lo que hemos vuelto a emprender este género de traducciones, transcripciones y adaptaciones. Lo mismo decimos de las bellas artes y las campañas de combate y divulgación que aparecen semanalmente a la luz. Imposible que los que presumimos poseer el anhelo y la voluntad de crear una nueva sociedad futura más en consonancia con las armonías del espíritu universal, nos desentendamos de las manifestaciones superiores de ese mismo espíritu. En los débiles albores de la agrupación humana, clan o aduar, este oscuro deseo de expresarse mediante la línea plástica o la palabra rimada, surgía con la incontinencia de una fuente salvaje. No creemos ni por un momento que la revolución se hará con la literatura ni con el arte; ni tampoco con resúmenes científicos. Pero sí creemos dar una pequeñísima nota entre el concierto general de los grandes adoctrinadores del ideal anarquista, cuyos mejores trabajos se publican a menudo en el Suplemento. *Además, nunca debemos pensar que esta publicación debe circular exclusivamente entre los anarquistas bien probados, si se considera que su misión principal es atraer siempre nuevos neófitos a nuestra causa. Y esta es la función primordialísima que deben asignarse todos los órganos de una facción dada — y especialmente la nuestra tan calumniada y tergiversada — que quieran ensanchar su esfera de acción con su propaganda proselitista. El error profundo consiste en confeccionar un periódico destinado a ser leído por un reducido círculo — diremos así — de iniciados que ya saben de antemano todo lo que puedan decirles los redactores, quienes expresarán las ideas requetesabidos por ese circulito, con diferentes giros y palabras. Vaya esta larga nota aclaratoria, ya que apunta un mal vicioso que no sólo está en nuestro ambiente, y si en casi todos los pregonadores de un nuevo verbo.*

Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(Continuación)

No puedo siquiera enumerar las revistas principales consagradas a esa historia. Existe de nuevo *Byloe* (El pasado), existe el *Krasnyi Archiv* (Archivos rojos) y esa bella revista *Petchat i Revolutia* (Prensa y Revolución) cuyo último cuaderno doble (1925, N.os 5 y 6, octubre), contiene 584 páginas, en gr. 8.o, las dos terceras partes en carácteres pequeños de impresión compacta. Pero hay muchas otras revistas, hasta en Siberia, y series de publicaciones especiales, editadas por ejemplo por el *Krasny i Archiv* y por muchas casas editoras y las ediciones más numerosas, las ediciones de Estado (*gosudarstvennoe izdatelstvo*, en Moscú, Ukrania, etc.)

Sin duda cada grupo y hombre interesante han encontrado especialistas que profundizaron seriamente o crearon su estudio. Se ha sacado mucho sobre Bakunin, de los archivos; no solo esa *Confesión* (1851) que sirvió al principio a un renegado anarquista y a otros para manchar la memoria de Bakunin, pero de la cual existe una buena edición ahora, en medio de muchos otros documentos que la hacen comprender. Están los *Materialy* (Materiales) sobre Bakunin, reunidos por V. Polonski. Se ha encontrado el *diario de Kropotkin*, que escribió en Siberia. Hay también trabajos que nos hacen comprender a *Tkatchef*, el blanquista, a *Netchaef*, a *Lavrof*, el período heroico de la *Narodnaia Volia* que culminó en el zaricidio de 1881, etc. Existen también memorias, las de *Vera Figner*, por ejemplo y el viejo camarada de Bakunin, A. Ross, prepara las suyas. En una palabra, hubo y hay una cosecha abundante y creo apercibir que esos trabajos se hacen cada vez mejor, que la prisa y la tendencia propagandista a todo precio, que fueron propias de sus comienzos, se van.

El trabajo más bello y el mayor, parece ser la edición completa de las obras de *Alejandro Herzen*, redactada y comentada copiosamente por M. K. Lemke (8 volúmenes, Petrogrado, 1915-17, seguida de los tomos 9-11, 1919 y de los tomos 12-22, 1919 a 1925 — producción verdaderamente monumental.

A todas estas publicaciones sobre los actores y grupos *independientes*, se agrega un género próximo, pariente en sus cimientos, pero que llega sutilmente a la glorificación suprema del *bolcheviismo* mismo,— son las ediciones no menos monumentales de las obras de *Lenin* y los trabajos sobre la historia del bolchevismo, la reimpresión de sus antiguas publicaciones, una vasta *Historia colectiva del año* 1905, es decir, la historia de ese primer ataque de *todos* contra el zarismo, escrita por varios autores, a no dudar, en un espíritu bolchevista, etc. Ese grupo de publicaciones, muy numerosas, tiende, pues, a probar la infalibilidad del método bolchevista: es la historia oficiosa, sino oficial, como la que no faltó nunca bajo el imperio de Napoleón I.

Hay una tercera serie no menos numerosa de publicaciones históricas; son las consagradas al culto de *Marx y Engels*,

Eso hace pensar en el concordato de Napoleón I, que tuvo también necesidad de restablecer una religión regular después de las perturbaciones del culto por la revolución; se puso de acuerdo con el papa y la iglesia romana. Del mismo modo Marx y Engels se convierten en los dioses tutelares espirituales del bolchevismo, del cual Lenin fué el Napoleón muy práctico. Bonaparte se ocupó muy poco de las ideas de la revolución, acechó su hora y la tomó por el cuello como usurpador, y triunfó por un tiempo; lo mismo Lenin, aprovechó la hora para usurpar los frutos del esfuerzo común, secular de todos los revolucionarios, los despojó a todos por grado o por fuerza, y se hizo el amo supremo. Pero como Napoleón juzgó útil la bendición del papa para consolidar su usurpación, así el culto de Marx y Engels pareció útil a los bolchevistas, aunque en la práctica hacen lo que quieren y se burlan del marxismo y son enemigos de los mencheviquis, social-demócratas alemanes, etc., los cuales, por razones no menos egoístas y muy transparentes, abrigan también la gloria de ser los verdaderos ángeles custodios del marxismo que tiene buenas espaldas.

Pero sea como quiera, ocurrió que el hombre que oficia de archisacerdote del culto marxista en Rusia y que está a la cabeza del *Instituto Marx-Engels*, creado para era *propaganda fidei*, es un marxista muy convencido, muy erudito en ese dominio,— es Ryasanof, ya mencionado aquí, que con una mano de hierro organiza enormes trabajos de conservación histórica y de estudio marxista. Se ha colocado ese Instituto en un gran palacio de los príncipes Dolgorukof, de Moscú, del que se ha barrido a las administraciones sovietistas; se ha hecho la compra de una magnífica biblioteca especializada en el viejo socialismo alemán, inglés y francés y en el marxismo en particular, desde sus primeros orígenes; todo eso en el extranjero. Se han agregado colecciones numerosas expropiadas o nacionalizadas en Rusia, y ese trabajo de aumento en una vasta escala continúa haciéndose. Ese Instituto, según una descripción detallada publicada por D. [illegible]asanof en 1923 (segunda edición, 1924) se compone de los gabinetes (salas especiales) siguientes: 1.o, gabinete Marx y Engels, la totalidad de sus escritos, y por eso se comprende, por ejemplo, que cada página de sus manuscritos se halla allí, sea en original, sea en fotografía especialmente hecha no importa dónde. 2.o gabinete de historia alemana, es decir historia social, revolucionaria y socialista. 3 y 4, gabinetes especiales semejantes para Francia e Inglaterra, toda su historia revolucionaria y la literatura socialista por tant[o]. 5. Filosofía; todos los sistemas a través de los siglos y especialmente las escuelas de Fichte y de Hegel, el materialismo, etc., todo lo que se aproxima a Marx. 6.o, Derecho, doctrinas políticas, etc. 7.o, Economía Política y cuestiones obreras. 8.o, Socialismo; las utopías, los socialistas, el anarquismo sobre todo ilustrando el desenvolvimiento de las ideas; existen también — de la gran biblioteca mencionada y de otras fuentes — ricos materiales anarquistas, franceses y alemanes sobre todo. 9.o, Gabinete llamado G. Plekanof, pero que contiene la literatura marxista rusa en el sentido más vasto. 10.o, Gabinete de sociología, 11.o, Gabinete de política exterior; historia diplomática e historia de las guerras y del militarismo, 12.o, Gabinete de la Internacional, de la verdadera Internacional tanto como de la llamada segunda o del socialismo de la social-democracia más bien, en los países escandinavos, eslavos y demás. En fin, el gran grupo de las colecciones de periódicos y revistas socialistas y económicas en la sala del trabajo, etc.

El Instituto prepara y ha publicado ya en parte series de ediciones — completas o reducidas, a fines propagandistas. Por ejemplo las Obras completas de Marx y Engels, en 36 volúmenes, de ellos los dos primeros (1923) son de XXIV, 5 y 546 y de XV, 622 grandes páginas. Obras completas de G. Plekanof, 27 volúmenes. Obras escogidas de K. Kautsky, 21 volúmenes de Paul Lafargue, 4 volúmenes. Además una *biblioteca del materialismo*, traducciones rusas de los escritos de los librepensadores de todos los siglos, de Lucrecio (*De rerum natura*) por d'Holbach y Helvetius a Feuerbach, Tchernichevsky y Marx. Luego, traducciones de los grandes libros de Hegel, etc. A eso se agrega una revista *Archiv K. Marksa i F. Engelsa*, cuyo primer cuaderno, 497 páginas compactas en gr. 8.o Moscú, 1924, contiene entre otros un relato documentado en detalle de lo que precedió a la fundación de la Internacional en 1864, por Ryasanof (83 páginas), las cartas de Engels a E. Bernstein y muchos otros documentos e investigaciones.

He aquí una inmensa fábrica de trabajos socialistas autoritarios, esmeradamente hechos, pero que culminan también infaliblemente en la mayor gloria de Marx, como lo que sale del *Collegium propaganda fidei* de Roma, es escrito *ad majorem gloriam* del dios del catolicismo romano.

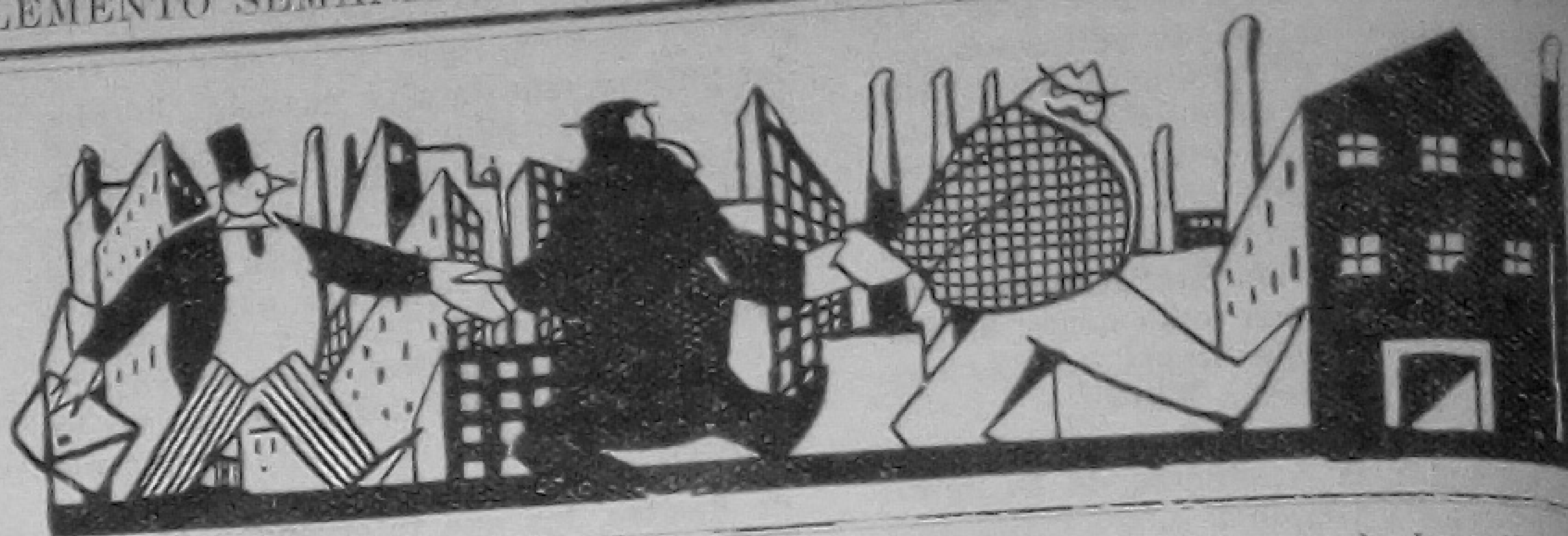
Pienso que valía la pena que nuestros camaradas se den un poco de cuenta de todos estos esfuerzos — a los cuales se unen las numerosas publicaciones de historiografía bolchevista en muchos países fuera de Rusia,— para inspirarse también ellos en la idea de la necesidad de tales trabajos históricos que los bolchevistas no harían ni tolerarían si no los considerasen útiles para ellos. Vemos que pasa allí tanto, absolutamente tanto, que todo es *subordinado* a la apoteosis final de Lenin, tras el cual más que nunca se ocultan los hombres menos conocidos y de menor talento, que se reparten su sucesión conservando, a falta de otra cosa mejor, su égida espiritual. Uncen a su carro *todo* el socialismo ruso de un siglo y, por Marx y Engels, todo el socialismo de los otros países y de los otros siglos, que culminan ya, según ellos, en Marx y se reencarnan en Lenin, el dios tutelar de los sátrapas de la hora presente.

Hubo algunos grupos anarquistas en Rusia que se opusieron a esa propaganda cada vez más sistematizada, pero se sabe cómo fué rechazada su voz gradualmente desde 1918. El más importante ha debido ser el grupo anarco-sindicalista *Golos Truda*, que hizo numerosas publicaciones, sobre todo traducciones de escritos anarquistas de toda suerte, trabajo necesariamente hecho con rapidez, que no permitía consagrar esfuerzos a labores de investigación. Se sabe en qué grado ese trabajo mismo fué obstaculizado por las persecuciones y las maniobras administrativas; la persecución incesante de que es víctima el comp. Rubintschik, hasta en su lugar de deportación en Siberia misma es generalmente conocida. Ese grupo de ediciones existe sin embargo, y estaba dispuesto a proceder a una edición seria de las *Obras completas* de Bakunin, cuando placiese a los que querían y quieren aún hacer una edición por el Estado de Bakunin, para hacer aparecer que también él es ahora un hombre pasado, que el bolchevismo único y victorioso puede contar en el número de las alfombras que sirvieron a su advenimiento.

El grupo, tan probado por esas tribulaciones, continúa su trabajo; se propone incluso la publicación en una serie de pequeños volúmenes de una *Historia del pensamiento anarquista*, de que reproduzco la lista de las partes:

1 El comunismo primitivo.— 2. El anarquismo en la Grecia antigua. Antifontes (1)— 3. El anarquismo en la edad media.— 4. Peter Chelöichy y su libro *La red de la verdad*.— 5. Los *diggers* (Inglaterra, XVII). — 6. El anarquismo en la época de la reforma.— 7. La Boetie y su panfleto sobre la *Servidumbre voluntaria*. — Corrientes anarquistas en la gran revolución francesa. — 9. William Godwin (se ha publicado la traducción del escrito de Pierre Ramus).— 10. Charles Fourier.— 11. Dejacque y corrientes anarquistas de la época de la revolución de 1848. — 12. P. J. Proudhon. — 13. Max Stirner.— 14. M. A. Bakunin.— 15. La Internacional.— 16. Kropotkin.— 17. Jean Grave.— 18. B. R. Tucker.— 19. León Tolstoy. — 20. Eliseo Reclus (hay un escrito ruso por Lebedef sobre él).— 21. Elías Reclus.— 22. El movimiento anarquista en Francia, de los años 1892-94.— 23. Fernand Pelloutier.— 24. Emile Pouget.— 25 Errico Malatesta.— 26. Johann Most.— 27. J. H. Mackay.— 28. Sebastián Faure.— 29 Luigi Bertoni.— 30. Domela Nieuwenhuis.— 31. Louise Michel.— 32. Gustav Landauer. — 33. Corrientes anarquistas en los populistas (narodniki) revolucionarios rusos de los años 1870-80.— 34 Movimiento anarquista en Rusia, en la época de la revolución de 1905.— 35. El anarquismo en la revolución de 1917-18 etc.

He aquí un plan de las publicaciones libertarias de finalidad histórica y retrospectiva bien amplio y reflexionado, tal como se lo propone ese grupo que trabaja en las condiciones más duras y tal como, excepción de las ediciones de ese género hechas en Berlín y Buenos Aires, los camaradas de los otros países — que yo sepa al menos — no se proponen. Ese plan está lejos de cubrir todo el terreno de la anarquía, pero hace más que lo que se ha hecho o soñado hasta aquí, con excepción del vasto plan de reimpresiones libertarias, la *Bibliotheque des Temps Nouveaux*, esbozada y en parte ejecutada por Eliseo Reclus en Bruselas, a partir de 1895.



Hay aún otras ramas de la actividad histórica rusa. Por tanto, aunque muy mal vista desde lo alto, la crítica histórica comienza a ocuparse de las cosas más sagradas, del advenimiento de la usurpación bolchevista misma, en 1917, y León Trotzky mismo ha dado una voltereta en 1924-25, por un trabajo retrospectivo y analítico que ha hecho aullar al bolchevismo oficial y ha conducido, después de bastantes amenidades de ambas partes, a un reparo provisorio de las corrientes que amenazaban bifurcarse. Se publica fuera de Rusia una literatura sobre los acontecimientos desde 1917, que desde el más innoble reaccionario se extiende a las críticas independientes y algunas veces libertarias, como las de los libros de nuestros camaradas Emma Goldman, Alejandro Berkman, Souchy y otros, a los cuales hay que agregar los detalles emocionantes sobre las persecuciones, los estudios sobre *Nestor Machno*, etc. Hay revistas históricas en el extranjero, como *Va tchashoi storone* (En país extranjero) de Praga; se publican libros de Memorias como el del viejo menchevista Paul Axelrod en Berlín, que en su juventud flanqueó los movimientos más avanzados, y otros. En Rusia, se ha encontrado mucho sobre *Dostoyevski* y *León Tolstoy*. Hay también publicaciones sobre la vida de *Kropotkin*, una bibliografía, su primer manuscrito anarquista ruso (1872), etc. Aprovecho la ocasión para recordar el libro commemorativo de Kropotkin, impreso en muy reducido tiraje en los Estados Unidos, por Joseph Islgill (1923), que prepara un libro semejante sobre Eliseo Reclús. Se comienzan a publicar cartas de Kropotkin, ciertas cartas de 1917, etc. Y se sabe que sus manuscritos y libros han sido reunidos en Moscú en el *Museo Kropotkin*, atendido por su viuda y un grupo internacional de amigos. En Moscú hay también un *Museo Tolstoy*, como existe también ese *Museo de la revolución* en el Palacio de Invierno de Petrogrado, para el cual A. Berkman y E. Goldman han coleccionado muchos documentos en su gran viaje por Rusia y Ukrania en 1920-21.

Por tanto, donde se dirija la mirada, se encuentra una actividad prodigiosa en el terreno de la historia revolucionaria entre los rusos. Cualesquiera que sean los motivos en cada caso particular, se convendrá que el hecho existe, y que, en el solo pueblo que desde hace ocho años mantiene un sistema no-capitalista, el interés para esa historia es muy vivo y no va en camino de disminuir. Es un hecho, un resultado que no se podía constatar o adivinar antes: hubiese sido también posible lo contrario. Se puede decir de un modo especulativo que si ese pueblo hubiese sido perfectamente feliz, no hubiera quizás, pensado en mirar hacia atrás. Pero parece que un pueblo en creación revolucionaria, es raramente del todo feliz y que, arrancado a la historia oficial odiosa de que se le ha llenado la cabeza tanto tiempo, considera interesante reconstruirse un ambiente de solidaridad que encuentra también en las luchas y sacrificios de sus padres y antepasados revolucionarios. Su historia no es, pues, un recuerdo ocioso, sino que puede convertirse en un factor muy real de la creación de la *nueva mentalidad* que es la única susceptible de garantizar el éxito de una revolución. Descuidemos, pues, esa historia y tomémosla del estado de [illegible] vende, en que se pierde gradualmente y sus sacrificios y enseñanzas se perderán con ella.

Max Nettlau

(Concluirá)

(1) *Este fascículo existe ya, compuesto por S. J. Luria (Moscú, 1925; se ocupa en detalle del sofista "Antifontes" de quien se encontraron fragmentos en 191[?] y 1922, en papiros exhumados en Oxy-rhynchos. Precede a Zenón.*



"Interior de bosque" — Madera por C. GIAMBIAGI

AÑO V — BUENOS AIRES, 18 DE ENERO DE 1926 — N.o 208

LA PROTESTA

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

El puesto para el hombre

Incidentalmente, en un suelto —"La diplomacia del dólar" —, inserto en el Suplemento del número próximo pasado, se citaba el socorrido modismo inglés: *the right man in the right place*, para definir cierta etapa de la civilización sajona, burguesa. El hombre apropiado que encaja en el puesto, como engranan dos piñones de una máquina secundando el funcionamiento general de manera perfecta y armoniosa, es el mito perseguido —y nunca alcanzado por fortuna — de los Taylor de cuño menor. La división del trabajo es un invento netamente burgués, que algunas escuelas nuevas sociales desearían conservar, aun con el cambio total del régimen actual. Es la ilusión de la economía del esfuerzo. Un obrero pulidor, después de unos años de práctica continua, llegará a dar un máximo rendimiento en cantidad y calidad. Es lo anhelado por el industrial moderno, quien emplea todos los medios para que sus asalariados sean prolongaciones de sus máquinas. El embrutecimiento de la masa es así tan cierto hoy, como lo era hace mil quinientos años. Un médico londinense, Arbutnoth Lane, durante su vida realizó — para apuntalar ciertas teorías fisiológicas —, unas trescientas o cuatrocientas disecciones en cadáveres de trabajadores y proletarios, buscando las deformaciones óseas producidas por los oficios y profesiones que desempeñaron en vida esos difuntos. Pudo lograr tal experiencia y maestría, que al presentársele algunos de estos inanimados entes anónimos, pedía que nada se le dijera acerca de las particularidades de su existencia. Y luego, concluído su trabajo, presentaba los informes con las consabidas hipotéticas deducciones. Raras veces dejó de acertar. Pero a este famoso cirujano, iniciador de la laparatomía — extirpación del colon en los enfermos del estómago — se le olvidó registrar lo que más importa a la vida: la deformación y el embotamiento mental en esas víctimas de una nueva clase de esclavitud. Era también él un especialista.

Pero si las clases dominantes, adoptando medidas drásticas — hambres, carestías ficticias, especulaciones — hacen que los ilotas modernos se identifiquen con la tarea hasta la anulación absoluta de su personalidad pensante, ellas casi siempre ocupan lugares indebidos e inapropiados para sus facultades. El prejuicio que existe de las jerarquías en las profesiones, trae como consecuencia inmediata que casi nadie se entregue al estudio de una carrera por inclinación natural y siempre por vanidad o interés, y en la mayoría de los casos para satisfacer también la vanidad de parientes analfabetos. Es así como el puesto, la profesión deberá amoldarse a las sinuosidades, a las fallas mentales de ciertos *arrivés*, es decir seres que nunca llegan a la madurez intelectual, exhibiendo una infantil decrepitud. Y hombres que adoptando un oficio manual hubiesen conducido una vida armoniosa y feliz, están obligados a ocultar su mediocridad dorada con trampas e infinidad de artilugios.

Es entonces *the man in the wrong place*, o viceversa, lo más común de encontrar a cada vuelta de esquina. Sin recurrir a otros países que el nuestro, veremos la grey inmensa de los doctorados de toda especie y clase, egresar anualmente de las varias facultades de la metrópoli, de las provincias y del litoral. Los hay doctores en leyes, en medicina, en ciencias naturales, económicas, en filosofía y letras, y a poco andar los habrá en bellas artes y en poesía! ¿Acaso Rusiñol, ya hace bastantes años, no apuntaba el ridículo que suponen esas numerosas tribus de doctores en un solar agro-ganadero?

En su libro "Viaje al Plata" decía el viejo pintor que si alguien en Córdoba lanzara un grito llamando un doctor, todos los transeuntes de la calle se darían vuelta, dándose por aludidos.

Hoy en casi todas las ciudades del interior, y en la metrópoli también, a ese grito responderían muchísimas personas, más de lo que pueda imaginarse. Esto va pareciéndose a una crítica a los menudos e inevitables defectos de la democracia, destacando vicios de detalle que para un criterio anárquico y libérrimo como el nuestro, no valdría la pena de tomarlos en cuenta.

Los que voluntariamente huímos de los metafisiqueos y de la doctrina por la doctrina, preferimos apresar hechos vivientes y datos, a veces más convincentes que las argumentaciones filosóficas con vistas a los dominios siderales... Y estos han de servirnos para lo que nos proponemos enunciar.

Hechos cantan y a ellos hemos de atenernos siempre, ya sea al constatar la superabundancia parasitaria, y en veces nociva, de quienes, por poseer un título, se libran a emprender curas para las cuales no tienen suficiente conciencia, conocimiento y preparación. Desde ya se desprende que cuando se ejerce una profesión más por rutina y deseos de ganar dinero que por voluntaria satisfacción, nunca se podrá descollar en ella ni poseerla a fondo. La idoneidad necesaria, si falta, los errores a los que los sufran les serán fatales. De estos *descuidos* hay un ejemplo elocuente. La "Revista Sudamericana", en su volumen octavo y número 9, relata un caso de encefalitis (1) arsenobenzólica en un niño de cuatro años. Aunque erizada de tecnicismos, conservemos la redacción de esta historia clínica:

Este había recibido en una primera inyección 0,25 gr. de sulfarsfenamina por vía venosa y 5 mr. de *bicloruro de mercurio* por vía muscular, repitiendo la misma medicación dos días después. A los dos días de esta última recibe otra inyección venosa de 0.35 de sulfarsfenamina, sin mercurio. Nos parece muy natural que toda esta medicación heroica en un niño de tan solo 4 años (esto no lo dice el A.!!), suministrada en tan sólo seis días (!!) tuviese por consecuencia el aparecer tres días después de la *última inyección, de graves fenómenos cerebrales, acompañados de coma.*

Se le practicaron, en vista de esto, cinco inyecciones venosas de cerca de medio gramo cada una (de una sol. a 5 o|o) de tiosulfato, una cada tres horas. *Después de la segunda inyección se produjo una convulsión muy grave, cianosis de los labios y orejas, rubefacción facial, pulso arrítmico, respiración "de naturaleza agonizante"*, según dice pintorescamente el autor.

* *

Aunque más abajo se dice que con inyecciones hipodérmicas de *adrenalina* se consiguió salvarlo a los dos días, se pregunta uno en qué condiciones quedará esa criatura, si sigue viviendo.

Este es un suceso que esta publicación se limita a consignar, subrayando las barbaridades que cometía ese médico al suministrarle tales dosis de mercurio a un niño de tan escasa edad.

No creemos que jamás la prensa diaria y periódica del campo burgués se avenga a denunciar incidentes tan desgraciados como este. Hojeando esta revista se comprueba la ligereza y desaprensión con que se registran casos semejantes.

Son para ellos pequeños accidentes del oficio. Entanto, el Atlante que lleva sobre sus lomos el peso de estos establecimientos educacionales, que moldean a los profesionales con toda prescindencia del valor moral, de conciencia y dignidad, sigue siendo el *ánima vili* que se presta a las variadas experimentaciones de encocoradas ignorancias con barniz científico. En todas las disciplinas intelectuales, por un creador, es decir, por un obrero genial, hay miles y miles de asimiladores, *practicones a grosso modo*, que aplican a tontas y a locas y con pocos escrúpulos los conocimientos mal absorbidos y peor digeridos.

Digamos que el régimen y la organización de las modernas sociedades da ancho

Concepto politico - socialista de la libertad



La libertad debe estar sujeta a las leyes que reglamenten su ejercicio—DE TOMASO.
O sea, con las manos sueltas dentro de un calabozo y con centinela de vista.

margen para que suceda este fenómeno de inadaptación para el puesto que intentan desempeñar ciertos hombres. En un organismo colectivo donde tuviera igual importancia un artesano, ya fuese albañil o médico, y su retribución paritaria, los que se diesen a esos estudios lo harían por una vocación irresistible y siempre, por lo mismo, los errores que cometieran no serían tan numerosos ni tan garrafalmente burdos.

Actualmente hay artesanos — ebanistas, mecánicos, tallistas y etc. — que aventajan a los artesanos de la medicina en inteligencia natural y en discernimiento. Simples curanderos diplomados, los médicos, si se les sometiese a un examen severo de orden general, se vería que están incapacitados para manipular este universo fisiológico que es nuestro cuerpo, con sus misterios insondables y sus leyes hasta ahora impenetradas por el ingenio humano.

---

(1) *La encefalitis fué causada por esa medicación heroica que quizás se le suministró al niño para desalojar rastros de una enfermedad específica hereditaria. Como se puede comprobar, la aplicación curativa, resulta siempre en estos casos, mucho peor que la dolencia adquirida.— Damos esta aclaración porque la historia clínica transcripta no dice por cuál causa se le inyectaba mercurio a un párvulo de tan tierna edad.*

***

Gobernar es poblar...

De todas partes surgen lamentaciones por el saldo desfavorable con que se cerrara el año inmigratorio. Periódicos, diarios chicos y grandes, quieren creer que la crisis presente es de carácter temporal. Pretenden adoptar un tono optimista para levantar el ánimo de sus innumerables lectores. Pero los guarismos en su rigidez son implacables. De la confrontación de los totales se desprende una suma de más de 74.000 personas llegadas de ultramar que se establecieron en el país. Cifra esta que, comparada a la de los años anteriores de 1923 y 1924, con los saldos correspondientes de 148.990 y 113 843, resulta completamente exigua.

Otro hecho de la misma índole, que llama justamente la atención, es que en la inmigración alemana, no obstante las numerosas colonias formadas aquí con elementos de esa nacionalidad, el número de salidas acusa una evidente superioridad sobre las entradas. En efecto, los que abandonaron el país suman 4819 contra 4722 que entraron. Los foliculários dan por inexplicable un suceso de tal naturaleza, ya que, cegados por su chauvinismo, no pueden comprender que la tierra argentina no siga siendo la jauja, la tierra prometida de la leyenda bíblica. Se extrañan que haya pueblos que no apetezcan quedarse *cómodamente* aquí, y prefieran regresar al suelo europeo tan devastado y empobrecido. Y por estupefaciente que pueda parecerles a los dirigentes de la opinión pública, deben convencerse que la Argentina, para cierta clase de inmigración no ofrece ya atractivo alguno. El obrero alemán y el inglés, cuando trabajan, disfrutan de un *standard* (tipo) de vida mucho más elevado que sus coetáneos de acá. El tenor del ambiente, instrucción pública, diversiones, recreos y etc., es totalmente opuesto a los que se estilan en estos lares. En una palabra, la raza sajona y la misma gala, se acostumbró a ciertas comodidades, a las cuales no piensa renunciar fácilmente. La explotación es igual en todas partes, pero no adquiere aspectos tan francos y brutales como sucede en ciertos sitios del interior, y también en las grandes ciudades de las provincias, por no decir muy cerca de la metrópoli.

El movimiento de alarma es avivado por los que temen no haya abundancia de brazos para adquirirlos a los más bajos precios. Hasta a Mussolini llegó la rogativa, demandándole si era transitoria la diminución de la inmigración italiana a estas playas. Lo que pudo darle ocasión al jefe de los bandoleros de camisa negra, de jactarse de las numerosas obras públicas emprendidas, con la consiguiente ocupación de grandes masas operarias. No importa que en cambio esas masas proletarias viéranse obligadas a expatriarse, acosadas por el terror, volcándose como un río en la vecina Francia, en los países limítrofes o en su carrera llegasen a Estados Unidos; el duce sigue mintiendo con el aplomo de siempre y los de aquí sorbiéndose esta excusa como una promesa contante y sonante.

Se infiere de todo esto que la fama adquirida por la Argentina entre los elementos trabajadores del extranjero, les hace desviar su curso para otros territorios que les ofrecen condiciones de una existencia menos precaria y más en consonancia con sus nuevas necesidades.

El engaño del Eldorado duró bastante. La leyenda empieza a disiparse y, mientras los futuros cataclismos que se preparan en el viejo mundo no se produzcan, las corrientes inmigratorias quedarán estacionarias.

Hasta ahora, el postulado alberdiano *gobernar es poblar*, para los propietarios, políticos y gobernantes argentinos se convirtió lisa y llanamente en esquilmar y despellejar, dejando al linyera, al chacarero a merced del rebenque del comisario de campaña y de los enriedos del juez de paz. Y precisamente los que llevaron siempre la peor parte entre estos pobladores, fueron los italianos y los españoles, los dos pueblos proletarios del occidente.

RICARDO MELLA

A LOS CAMPESINOS

Las páginas que siguen se deben a Ricardo Mella, y se publicaron en un folleto anónimo titulado: "A los campesinos" hacia 1906, en nombre de la agrupación "La Social", de Barcelona; es un trabajo digno de Mella y merecedor de nuestra lectura y de una más amplia difusión; precisamente estamos interesados en el más alto grado en estudiar el problema campesino; la lectura de estas páginas de Mella, tan hermosamente escritas y tan hondamente sentidas, constituye una excelente contribución.

La parte final del folleto, que comienza: "Campesinos: Llevemos la luz a todos los cerebros...", no es probablemente de Mella; se reconoce por el estilo y por las proposiciones que se hacen en ella; pero también se leerá con provecho. —

CAMPESINOS:

Hemos vivido vuestra misma vida así en los abrasados trigales de Andalucía como en las abruptas montañas del Norte. Por vuestro lado hemos pasado en las ardientes horas del medio día cuando el sol achicharraba vuestras espaldas encorvadas hacia la tierra que dá el pan para los ricos y el hambre para los pobres. Hemos visto al pastor que volvía al cortijo, entrada ya la noche, menospreciar la nutritiva *puchera* y demandar sediento el refrescante gazpacho. Con vosotros compartimos los ardores del estío y las nieves del invierno y con vosotros aprendimos cómo se vive muriendo en la más forzada de las frugalidades. Se trabaja mucho, se suda mucho, se consume la existencia en la fatiga del exceso de ejercicio y apenas se come, apenas se goza, apenas se vive. En todas partes el que labra la tierra, el que la riega, el que recoje el fruto, el que cuida el ganado es un esqueleto revestido de pellejo negruzco, arrugado, con el sello del cansancio actual y del cansancio de los siglos en el rostro. Aun los campesinos del Norte y del Centro de España, gente fornida a causa del medio favorable en que se desarrolla, no carecen de esa apariencia de hombres que deja traslucir la bestia rendida por el trabajo bárbaramente esclavo que arranca a la tierra los frutos que no goza. En todas partes servidumbre y hambre, resignación y pobreza, desamparo y conformidad. La inconsciencia del espíritu humano que dormita en vosotros, os rinde a todas las fatalidades sociales que han hecho al hombre esclavo del hombre.

Los poetas podrán extasiarse con la monotonía de vuestros melancólicos cantares; podrán los artistas embellecer los horrores de la siega, arrancar a vuestra triste existencia rasgos de hermosura sin igual; podrán los literatos hacer muy bonitas cosas de vuestras costumbres, vuestras clásicas costumbres; mas no harán seguramente el esfuerzo titánico digno de hombres vigorosos que de veras sienten la belleza y el arte, capaz de arrancaros a la servidumbre actual y restituiros a la verdadera vida. Ellos obran como el espectador que palmotea entusiasmado mientras allá en lo alto el gimnasta se juega la vida cada segundo y palidece terriblemente a cada cabriola que arranca aplausos a la bárbara multitud. Embellecen porque no sufren; hacen poesía, arte y literatura a expensas de vuestro martirio que no llega a su corazón, seco con los egoísmos de sentimientos demasiado suyos, poco o nada afectos a los demás hombres. Si hubiera en esos espíritus artificiales, producto enteco de una sociedad inicua, verdadero arte, tendrían para vosotros y por vosotros acentos de ira, cánticos de justicia, himnos de redención que pondrían ante el mundo la horrible belleza de vuestro horrible trabajo, la espantosa servidumbre de vuestra miserable existencia, el atroz martirio de la siega, las penurias y suciedades del cortijo y de la cobacha que habitáis y sobre todo la total desherencia de goces en que vivís y la noche intelectual en que os tienen sumidos cuantos de vuestra esclavitud sacan jugo y provecho. Harían entonces el sacrificio de su personalidad, serían fuertes y grandes por vosotros y para vosotros y su arte y su poesía habrían de llenar páginas luminosas de la historia humana en holocausto debido a la heroicidad y al amor y a la justicia.

Podrán los políticos, gobernantes o no, apurar el tópico de vuestros dolores para ganar en la opinión el derecho de redimiros; podrán ofreceros la panacea de sus leyes para aseguraros el pan del espíritu y el pan del cuerpo; podrán sinceramente sentir en un momento de clarividencia la amargura y la tristeza de vivir muriendo como vivís vosotros; pero la sequedad de sus ideas de derecho, calcadas en la rutina que manda obedecer las leyes y garantiza la santa propiedad, no les permitirá hacer lo único que podría emanciparos; establecer como primer principio la satisfacción de todas las necesidades fisiológicas que ni a los animales se les niega.

Los redentores no os faltarán ciertamente como que la justicia de vuestra causa se impone aún a vuestros mismos explotadores. Y sobre vuestros lomos se levantarán la democracia y el socialismo; monarquía y república, formas diversas de gobernaros y gobernarnos, que los aspirantes a hacer felices a los demás, labrando su propia felicidad, son tantos como los que de vuestro trabajo y del nuestro viven.

Hasta los filósofos y los sabios y los hombres de ciencia tendrán para vosotros voces de justicia y de amor. Les faltará nada más que la acción necesaria para poner su conducta al compás de sus palabras.

¿Qué más? Los creyentes, los mismísimos creyentes, católicos o protestantes, judíos o mahometanos, se acordarán de vosotros, clamarán caridad y misericordia para vosotros; los ricos, los mismísimos ricos, querrán ejercer un humano protectorado y forjarán instituciones de beneficiencia y de socorro que vengan en vuestra ayuda. Lo único que no harán es entonar aquel hermosísimo himno de Zola: "Hay que restituir..."

La razón se hace paso por doquier, el sentimiento reacciona humanamente; el egoísmo, el bestial egoísmo del rico y del gobernante y la inmensa pesadumbre de las ideas adquiridas ciega todas las fuentes de justicia y de amor. Y así continuaréis en la miseria y en la servidumbre.

Todavía se forjan teorías nuevas para manteneros en eterna inferioridad. Quien halla en vosotros signos de degeneración; quien de delincuencia. Otros entonan himnos al hombre fuerte, cantan la victoria de la sagacidad y del saber y de la musculatura bien dotada. Aun hay quien pretende levantar del polvo de los tiempos una nueva casta de sacerdotes de la belleza. Vosotros... carne de explotación, piltrafas de hospital, momias de cuartel, reptiles del surco y nada más.

Todo os lo dice: emancipaos vosotros mismos. La fuerza está en la hoz, la sagacidad y la astucia en vuestras clásicas costumbres, la belleza y el arte y la poesía y la literatura en un arranque soberano de los esqueletos que andan. Mientras la química no acaba de suministrar las deseadas pastillas a la burguesía ahíta, pletórica, sin los frutos del campo no hay vida posible. Ejerced vuestro derecho: o alimento para todos o para todos hambre.

*
* *

No hablemos de derecho: para vosotros es nulo todo lo legislado; estais fuera de la ley. El mísero jornal que no llega muchas veces a la unidad monetaria, excluye por sí mismo la posibilidad de gozar las sedicentes conquistas democráticas. Por si no lo supiéreis, gobernadores, alcaldes y caciques, ayudados *eficazmente* por el siniestro tricornio, os hacen entender a cada paso que estáis fuera del derecho de gentes. No se os consiente asociaros, se pone trabas mil a vuestras reuniones, se os impide la lectura de periódicos; si tercamente os empeñáis en hacer lo que hacen los hombres en todas partes, todavía rige para vosotros el palo, el vergajo, la conducción villana a través de los campos y ciudades. Sois el Cristo ensangrentado que va dando tumbos entre los fariseos del capitalismo y de la autoridad.

¡Pobres y desdichados de los que, a pesar de su incultura, osan pensar! Habéis de ser la bestia obediente y sumisa, la máquina ciega e incansable que rotura la tierra y la arranca frutos de bendición para el señor feudal que supervive burlándose de todas las revoluciones y de todos los progresos.

Habéis quedado petrificados en la Edad Media. Siervos ayer, siervos hoy, siervos mañana, las voces que claman por vosotros claman en desierto. No hay entrañas, no hay corazón, no hay humanidad ni justicia para vosotros. Todavía se cuentan por millares los que discuten la equidad de vuestras demandas. Increíble, increíble de todo punto, pero es verdad que aun hay quien sostiene que han mejorado grandemente vuestras condiciones económicas. ¡Sarcasmo espantoso que pone en vuestra frente el sello de la más negra esclavitud!

Vuestros empeños de redención, pobres momias que aun os agitáis por vivir en los estertores de la agonía, quedan estériles porque el hambre os rinde y os rinde la acometida brutal del bárbaro gubernamentalismo. Ni aún el derecho de cruzaros de brazos tenéis. Los campos se llenan de soldados; la fuerza pública se pone a devoción de los propietarios; la prensa, con raras excepciones, os tilda de perturbadores cuando no os acusa de criminales. El mundo todo contempla impasible como se consuma el más espantoso de los sacrificios: el sacrificio de la carne humana a la voracidad de la bestia enriquecida.

El eco de las ciudades turbadas por el alboroto del proletariado industrial, llega hasta vosotros como una esperanza que os manda la lejanía. La revuelta del terruño y la revuelta de la fábrica levantan un clamor inmenso de justicia. Estrechad las distancias; tendeos las manos; la conjunción feliz de ambas rebeldías será el nuncio del porvenir soñado. Todo está inseguro; todavía la impotencia de los primeros pasos produce las dolorosas derrotas. Vencidos en la ciudad y en el campo, es menester luchar siempre hasta alcanzar el triunfo. A pesar de todos los egoísmos del capitalismo, de la crueldad de los poderosos, de la infame indiferencia de la multitud, la ola avanza creciendo y creciendo sin cesar en su camino. Es la avalancha terrible de todas las reivindicaciones; el ejército formidable de todas las desdichas; los bárbaros que llaman fuertemente a las puertas férreas de la molicie y de la ociosidad.

¿Queréis entrar en el mundo de los vivos, queréis recabar el derecho a ser personas, a pensar y obrar como hombres?

La tarea es laboriosa, pesada, enorme. No será la obra de un día. Toda la perse-

verancia, toda la tenacidad, todo el empeño de vuestras energías ha de ponerse en juego sin cansancio, sin desalientos. Tras cada caída es menester levantarse de nuevo con nuevo vigor. ¿Quedar tendido en el surco? ¡Jamás!

Seréis héroes; es preciso serlo. Seréis mártires; es necesario que lo seáis. Extenuados por la servidumbre de los siglos, todavía es menester que saquéis de vuestra flaqueza fuerzas supremas que os lleven hasta la cumbre donde brilla la luz espléndida de todas las justicias.

* * *

No esperéis que nadie suba al calvario por vosotros, que ninguno ponga su cuerpo en la cruz por redimiros. Es hermoso, grande, magnánimo el sacrificio, pero todavía permanece infecundo para el humilde el sacrificio de hace veinte siglos. Sobre las predicaciones del sermón de la montaña se ha levantado una Iglesia fastuosa, una burguesía cruel y sanguinaria, un Estado bárbaro que tiene por oficio asesinar. Sobre las declamaciones revolucionarias de hace unas pocas centurias, se ha levantado el industrialismo moderno, el pauperismo, la explotación organizada y la política profesional con sus ejércitos permanentes, sus escuadras poderosas, sus parlamentos, su burocracia y su magistratura y su sacerdocio que estruja y esquilma al pueblo que trabaja. Sobre las predicaciones del propio socialismo, se alza actualmente una nueva clase de directores, una novísima tutoría compuesta de aspirantes a pastores del rebaño humano. Sinceros o no aquéllos en sus propósitos, los hechos demuestran que su tutela es igualmente infecunda y nociva. El calvario de nuestros tiempos es una cómoda escalera por la que trepan todas las concupiscencias.

Habréis de ser vuestros propios Cristos. La obra de redención, de emancipación, será vuestra propia obra. Del esfuerzo de cada uno, de la conjunción de todos los esfuerzos, brotará la acción salvadora. Si no sabemos levantarnos nosotros mismos; si no sabemos ejercer nuestras facultades de iniciativa; si no acertamos a hacernos hombres, la emancipación será un hermoso sueño de contemplativos.

Dispuestos a aceptar todos los generosos concursos, no olvidemos nunca que la *emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*.

Necesitáis comer, instruiros, gozar. Por el camino que tenemos que recorrer hay muchas cosas que actuar. El mejoramiento momentáneo de las condiciones económicas, la dignificación del trabajo, la alimentación de las facultades intelectuales y afectivas, todo esto es menester atenderlo simultáneamente puesta la vista en la plenitud de la emancipación. A medida que las condiciones generales de vida mejoran, más se dignifica el obrero, así del campo como de la ciudad. Es el proceso de preparación que precede al dominio de la vida integral.

Trabajemos, pues, por la subida de los salarios, por hacernos respetar del burgués y del gobernante, por instruirnos desenvolviendo nuestras energías cerebrales y gozar cultivando nuestros mejores sentimientos. Todo ello desarrollará el hermoso espíritu de solidaridad que ha hecho del obrero moderno un tipo nuevo del hombre sociable.

La revolución, y revolucionarios somos los que estas páginas escribimos, será sencillamente la resultante de esta labor de múltiples detalles, que mira a las partes y al todo de un amplio pensamiento de igualdad, de libertad y de justicia.

En la acción espontánea y concertada de los obreros del campo y de los obreros de la ciudad; en la acción independiente y positiva que no se paga de articulados y reglamentos; que atiende a las cosas por sí mismas y no por representaciones artificiales, radica la fuerza del proletariado.

Asociación con o contra la ley; iniciativa dentro o fuera de la ley; hechos, hechos y siempre hechos encaminados a la consecución del todo o parte de nuestras aspiraciones; he ahí la táctica emancipadora.

Todos los decretos, todas las legislaciones del mundo no serán bastantes a darnos lo que no llevemos dentro de nosotros mismos del mismo modo que no hay ley posible y capaz de hacer obligatoria la enseñanza, o de imponer el descanso semanal, o de establecer un salario mínimo, si las necesidades del individuo y de la familia impiden mandar los chicos a la escuela u obligan a trabajar todos los días por cualquier salario, inferior aún al que la ley prescriba.

Es preciso comprender bien como son las condiciones económicas las que hacen posible o imposible una práctica cualquiera. ¿Qué nos importa que se establezca legislativamente la jornada de ocho horas, si para mal comer hemos de trabajar forzosamente diez o doce? ¿Qué nos importa la determinación legal del salario si la concurrencia nos lanza a la disputa cruel del pedazo de pan por cualquier precio? ¿Qué nos importan todas las prohibiciones y pragmáticas de los leguleyos, si hemos de mandar al chico, no a la escuela, sino al campo y al taller para que sume sus céntimos al jornal del padre y de la madre, si en las condiciones actuales del trabajo esclavo no hay manera de cuidar de la prole, de atender al hogar, de ser respetuoso con la mujer que amamanta o que lleva en su seno el fruto del amor?

Aun de las conquistas hechas directamente, por nuestro propio esfuerzo, a la burguesía no hay mucho que fiar. Si es verdad que el jornal del campesino no guarda absolutamente ninguna relación de equidad con las necesidades actuales de la vida, también es cierto que cuando los jornales hayan subido suficientemente para establecer cierto equilibrio entre las necesidades y los medios de atenderlas, aumentarán igualmente o tal vez más los precios de las cosas, y así el campesino y el obrero industrial se verán encerrados en un círculo vicioso del cual sólo se puede salir por la supresión del salario que es el alfa y omega de la emancipación humana.

En realidad todo lo que se alcanza con la acción consciente del proletariado, es un efecto moral de la más grande importancia ciertamente. Este efecto moral despierta en los trabajadores ideas y sentimientos de dignidad; agranda, ensancha su personalidad; los levanta de la humillación y de la resignación legada por la educación servil histórica; sugiere y arraiga el espíritu de asociación y el sentimiento de solidaridad; inicia la capacidad revolucionaria por el ejercicio de la rebeldía, y así se cumple la obra emancipadora por la acción misma de los trabajadores. El eterno descontento impulsa a querer más económicamente, intelectualmente, socialmente. Y la hora de la revolución se aproxima rápida, haciendo posible y practicable la nueva vida de libertad y de igualdad por todos deseada.

Por esto mismo toda acción legal conduce a reafirmar los hábitos de servidumbre. Se continúa sumiso, obediente pidiendo al poderoso piedad. No se trata de obtener concesiones del que puede conceder. Y esto implica necesariamente el reconocimiento del poder y del capitalismo.

Entre la educación que inclina al obrero a las prácticas políticas y la que lo conduce a la acción propia, personal y directa, hay enorme distancia. Aquella es la continuación histórica de la esclavitud; es ésta la iniciación en la libertad futura.

Y como para aprender a andar no hay más medio que soltarse a andar a riesgo de todos los tumbos posibles, así para hacerse libres, no hay más que actuar la libertad, aun cuando en el camino queden huesos de nuestros huesos y carne de nuestra carne.

El campesino, tanto o más que el obrero industrial, necesita este ejercicio continuado de la iniciativa y de la asociación, que es toda la libertad; el campesino, tanto o más que el obrero de las ciudades, está necesitado de echar a andar por sí mismo, dirigiéndose a sí mismo, gobernándose a sí mismo; el campesino, tanto o más que el obrero de las fábricas, ha menester de actuar la solidaridad en el más amplio comercio de los conocimientos y de los hechos y en la práctica continua de igualitarias costumbres. Más allá de esta penosa labor de auto emancipación, de este lento trabajo por reconstituir la personalidad perdida en las mallas de la esclavitud atávica, está la liberación completa del hombre.

Caminemos sin cesar tras esta hermosa finalidad del pensamiento humano.



RICARDO MELLA

Lo que sigue, probablemente no se debe a la pluma de Mella.—

CAMPESINOS:

Llevemos la luz a todos los cerebros. Tenéis derecho a la vida íntegra, total. Tenéis derecho a nutriros, a ilustraros, a gozar. Tenéis derecho a todos los bienes de la tierra. Es el trabajo la única garantía de la plena satisfacción de las necesidades. Será, pues, menester organizar el trabajo de tal forma que permita a todos alimentarse, vivir bien, instruirse, gozar. ¿Cómo hacerlo?

Hasta el presente no ha habido organización del trabajo. El trabajo es un estigma, es un castigo, es la esclavitud en beneficio de los ociosos. Todo se ha hecho y se hace en vista del interés particular de una clase privilegiada. Nada en provecho de los intereses generales. Es preciso cambiar de rumbo. Es preciso que el trabajo se organice en vista de las necesidades comunes a todos los hombres. Es preciso además que se lo organice por medio de la acción libre y espontánea de los mismos productores. Cualquier ingerencia directriz, pondría el trabajo a merced de un nuevo privilegio.

La razón es sencilla. Hasta ahora el trabajo ha estado sometido siempre a la dirección de los holgazanes y naturalmente son éstos los que se han beneficiado de él. Para que se beneficien todos los productores, habrán de ser ellos los únicos gerentes. ¿Qué es necesario para lograrlo? La toma de posesión de la riqueza, o sea de la tierra, fábricas, herramientas, etc., en primer término; comenzar después a trabajar por cuenta propia y atender a todas las necesidades que se manifiesten. Para esta labor os bastáis, campesinos, a vosotros mismos como a sí mismos se bastan los obreros industriales.

¿Habéis sabido trabajar bajo el látigo de un capataz, sabréis trabajar por vuestro propio impulso. Seréis, pues, productores libres, libremente concentrados para vuestros comunes fines. La explotación actual, la subordinación actual, serán así sustituídas por el método de la libertad y de la solidaridad.

¿No os dice vuestro entendimiento que sería de fácil realización la práctica del trabajo libre en un régimen de igualdad de medios y de condiciones? Pues dejad que los enredapleitos acumulen objeciones vacías de sustancia. Lo principal es que os penetréis de la justicia de vuestro intento y de la posibilidad de vuestro ensueño. Y penetrados de esto, que pongáis al servicio del porvenir vuestras energías todas.

A los reparos del derecho escrito, de la filosofía y de la ciencia falsificadas, opondréis este primer principio:

"Todo ser viviente tiene necesidades que satisfacer; el hombre tiénelas no sólo fisiológicas sino también de orden intelectual y moral. Para coexistir en la Sociedad de los humanos, es preciso atender ante todo a la satisfacción de aquellas necesidades. Cualquier organización que no descanse en esta verdad indiscutible es, a más de injusta, antinatural y antihumana".

Y armados de la certidumbre de este primer principio podréis deducir que la sociedad ha de ser organizada en vista, no de las utilidades de unos cuantos, sino de la satisfacción de las necesidades generales.

A los que os salgan al paso arguyendo con el estribillo de la dirección y administración de la cosa pública, opondréis este segundo principio:

"Cada uno tiene el derecho de contribuir con su esfuerzo al mantenimiento de la existencia general, tiene necesidad de ejercitar sus facultades y no es preciso que nadie imponga lo que por naturaleza es ley de vida. Todos y cada uno habrán de dirigir y administrar el trabajo común y el trabajo individual. Conferir a unos pocos el derecho que a todos corresponde, sería renunciar a la libertad de acción sin la cual el hombre es poco más que un autómata".

Y pertrechados con este segundo principio podréis deducir que el método de cooperación voluntaria resolverá de plano todas las cuestiones que un cenáculo de gobernantes no haría más que embrollar.

Así, pues, estableceremos como elementos fundamentales de nuestras reivindicaciones:

1.º La toma de posesión de la tierra instrumentos de trabajo, vías de comunicación, etc.

2.º La organización inmediata del trabajo por medio de la cooperación voluntaria.

3.º La práctica constante de la solidaridad entre todos los hombres a fin de asegurar, con la satisfacción de todas las necesidades, todas las libertades.

Estos principios, que son los del socialismo anarquista, constituyen la esencia de todo el socialismo sincero y honrado, libre del contagio parlamentario y legalista y de todo sedimento de servidumbre y de explotación. Orientarse hacia el porvenir de justicia es caminar en pos de toda la libertad y de toda la igualdad que somos capaces de concebir. Transigir con el término medio, acomodarse a los paños calientes del reformismo, equivale a renunciar de antemano a la plenitud de la vida.

* * *

Para remover las causas de la servidumbre actual serán necesarios titánicos esfuerzos. La honda transformación que anhelan todos, casi todos los proletarios, no

se cumplirá sino por medio de una muy poderosa sacudida de las masas obreras. Vosotros, campesinos, sois la palanca formidable que dará el vigoroso impulso. Sin vuestra acción, será siempre ineficaz e impotente el alzamiento de las ciudades. Es preciso el concierto de todas las fuerzas para que la revolución social advenga.

Y sois vosotros también los más necesitados de esa gran transformación que traerá para todos el pan, el saber, el arte, la libertad. Tenéis el deber y el derecho de formar en la vanguardia de la revolución.

Todos los elementos reaccionarios, comprendiéndolo claramente, trabajan sin descanso para manteneros alejados del obrero industrial y por adormeceros con la promesa de mejoras que nunca llegan.

Vivid prevenidos, que las supercherías de la burguesía sembrarán entre vosotros la semilla de la discordia. Haceos dignos de la libertad, peleando decididamente, con sinceridad y verdad, por la revolución venidera.

Ciertamente que se va lejos caminando despacio: pero caminar despacio no es lo mismo que sentarse a la puerta de la calle esperando que pase la emancipación para atraparla, que esto es lo que os aconsejan los redentores interesados, los que toman por oficio vivir a un tiempo mismo del favor de la burguesía y del favor vuestro.

Caminemos sin descanso. La revolución no es la obra del día siguiente, pero es la labor que coronará el éxito tanto más pronto cuanto más tenazmente y con mayor constancia pongamos en ella nuestra actividad y nuestra fuerza. Adelante, pues, adelante siempre: las pequeñas rebeldías de cada momento formarán nuestra educación completa, la que nos capacitará para realizar la rebeldía internacional de todos los oprimidos, aquella mágica promesa del socialismo naciente, olvidada hoy, más que olvidada, traicionada por muchos que han logrado o esperan lograr la satisfacción de bastardas ambiciones.

No es para nosotros la revolución social palabra de seducción; no es el Cristo que se saca en los apuros para contristar o enardecer a los fieles; no es el anzuelo que el astuto ofrece al incauto bajo el cebo apetecido; la revolución social es la más grande obra humana a realizar hasta más allá del derrocamiento de todas las instituciones tradicionales, obra que ha empezado con el despertar del proletariado, llegará a la madurez con el vencimiento del gubernamentalismo y el capitalismo y entrará en pleno desarrollo el día que la nueva vida, la vida de la igualdad y de la libertad, se asiente en los firmísimos bloques de la rebelión popular triunfante.

Quien no tenga valor, resistencia, abnegación para emprender el largo camino y desafiar todas las visicitudes, que renuncie a ser un día libre e igual al hombre.

Campesinos: Siervos, esclavos sois, ¿queréis ser libres? Pues venid y formad en la legión de héroes que el porvenir reclama.

El mañana es vuestro.

AGRUPACION "LA SOCIAL".
Barcelona, Agosto de 1906.

***

La gloria, el éxito y el artista

La gloria, en los tiempos fastuosos y místicos del medioevo, poseía un deslumbrante sitial en el cielo. Sólo eran coronados aquellos que condujeron una ejemplar y virtuosa conducta, caminando por las veredas terrenales.

A la gozosa irrupción del humanismo le pareció muy bien que la Gloria fuese trasladada a la tierra pecadora y mortal, para concedérsela en premio y deleite supremo al genio. El Renacimiento quiso dar tal ejemplo de gloria humana, que, en ceremonias de destellantes apoteosis, creó una cohorte de semidioses, quienes hubieran podido alternar con las deidades del Olimpo; fué la era racionalista-pagana y de leves tintes religiosos: y todos quedaron terriblemente fascinados y anhelosos de conseguirla a toda costa. Desde entonces, los hombres se echaron encima de la Gloria para disputársela y violarla; el seiscientos desató luchas feroces, odios infernales; cometió hechos de sangre; urdió y tramó grescas diabólicas y recurrió inventando estratagemas de charlatanes a fin de hurtar el triunfo y la supremacía gloriosa.

Hoy esta lucha ha disminuído en sus designios foscos, domesticándose y adoptando ademanes untuosos de pacifista en relache. Favorecido el ente actual por los crecientes y numerosos medios modernísimos de difunsión, supo conquistar un nuevo y flamante talento, merced a largos años de continuados ejercicios: el genio y el vozarrón de la publicidad y de la reclame a golpes de bombo.

En efecto, cada artista, literato y otras bestezuelas semejantes, han hecho de ella una gran agencia de publicidad y deambulatoria: abastecidos estos bichejos de una gran dosis de refinamiento exterior — don de gentes, etc. — y de una portentosa malabárica habilidad, supieron colocar en plaza o en el mercado sus malas o buenas cualidades — que ambas tienen salida — y sus productos, averiados o no; con zalemas, un juego diplomático constante y pertinaz, hicieron lo posible para captarse al hombre de prensa y a los numerosos marmitones que ponen el negro sobre blanco en diarios y revistas. De éstos, mediante el cultivo intenso de la adulación, pudieron arrancar un manducable y cotizable éxito personal.

Pero la Gloria, desperdigada en tantísimas migajas, no podía entregarse ni concederse a nadie, y menos a los que trataban de violarla y violentarla. Así es que cada uno hubo de jactarse de una pequeñísima gloriola, y ninguno fué iluminado por sus inmortales resplandores.

ARTISTAS URUGUAYOS

Hace varias semanas — o muchas semanas — que en la vecina Montevideo se clausuraba el Cuarto Salón de Primavera. Las cuatro artes, en el solar uruguayo, tienen fervientes adeptos e iluminados cultores. Esta afirmación, no obstante su rotundo acento, carece, por cierto, de toda novedad. El continuo intercambio logra el milagro que no nos ignoremos mutuamente en la medida de los otros países, Brasil, Chile, Perú, los cuales, si estuvieran situados en los antípodas, no estarían tan distantes subjetivamente, ni nos serían tan desconocidos. Asimismo, los uruguayos están más minuciosamente informados de nuestra producción intelectual y artística, que nosotros lo estamos de la de ellos.

Si destacamos, entre las otras manifestaciones, las artes plásticas de la otra orilla, comprobaremos que aquí se podrá conocer el último figurín plástico de París — lo que también es improbable — pero de los pintores y escultores que estudian, trabajan y obtienen la aquiescencia de los mejores espíritus de allá, los ignoramos en absoluto.

Sin embargo, aunque reducido el campo de experimentación de esas artes — escultura, pintura y artes aplicadas — estamos en grado de asegurar que la orientación artística es mucho más certera que la nuestra. Los pocos valores que surgen son más depurados y de una prestancia juvenil, como no los encontraremos entre nosotros, aun encendiendo la ilusoria y legendaria linterna de Diógenes. No nos referimos a los ya consagrados por cierto consenso público, como ser Blanes Viales, Bazurro y otros artistas colocados en parecidas posiciones.



KÄTHE KOLLWITZ — "Madre e hijo" · (Aguafuerte)

Este fenómeno, encarnado en los mejores y más ricos temperamentos de la nueva generación, se ha producido por la calidad de enseñanza que se le imparte a esa juventud. El academismo caduco y anémico ha sido reducido a su última expresión, suplantado por profesores jóvenes de edad e ideas, quienes renovaron completamente los métodos, estando al día en la parte pedagógica de las artes plásticas.

Si el desarrollo que estas actividades artísticas adquirieron en nuestro ambiente, no ha llegado al mismo nivel, se suple la calidad por la cantidad. Los artistas — mujeres y hombres — que visitaron el Salón de Primavera del año pasado, demostraron conocimiento y una sensibilidad tan cultivada que no pudieron ocultar su decepción ante tantos esfuerzos malogrados. En fin, nos convencieron que se hallaban mejor preparados para abordar obras de importancia, en un grado más elevado que la montonera de muchachos recién egresados de la academia de esta metrópoli.

El catálogo de dicha muestra, que nos envía un amigo establecido en Montevideo, con acotaciones marginales, se inaugura con una sección retrospectiva del pintor Humberto Causa (1890-1924). Hagamos, pues, a simple título de información, una ligera reseña, con beneficio de inventario para quienes disientan con ella.

Se nos dice de Causas, que el conjunto de sus telas nos lo exhibe como un artista y un pintor latente en sus mejores composiciones, y que quizás de haber llegado a la madurez de su talento, hubiese dado mucho de sí.

La otra parte pictórica, comprende 77 lienzos. Siguiendo el orden alfabético, está Carmelo Arzadun. Posee un dibujo que describe con cierto vigor las cosas, resultando agrio de color, y un si es no es vulgar en la manera de disponer los elementos que compondrán el cuadro. — Romeo Laretti es dueño de una sensibilidad afinada en la elección y realización de sus gamas tonales; Rafael Barradas, intencionado y expresivo dibujante en los comienzos de su juventud, sus tres figuras "Hombre", "Moza" y "Niño" cobran extraordinario valor por el espíritu que se les insufló. Gilberti Bellini es una buena promesa de un gran pintor; Ariosto Brein también, en el conjunto de sus varios lienzos, revela dotes no comunes, por cierto; Domingo Bazurro presenta dos paisajes que a la par de una gran probidad espiritual denotan que el artista se halla en plena posesión de sus más nobles facultades. José Costiglioni tiene una *naturaleza muerta* que nos lleva al convencimiento que este muchacho empieza a desbrozar una personalidad propia y con la feliz probabilidad de llegar a ser un día uno de los mejores pintores del vecino país; José Cuneo labra bellas armonías, aunque a veces sean fragmentarias. María Dolores Lecour, en el año pasado exhibió en este mismo certamen un hermoso cuadro bien compuesto, que por la temprana edad de la autora pudo provocar un movimiento favorable en los mejores espíritus; ahora expuso un estudio de retrato y un paisaje. El retrato era fino de color y de dibujo grácil. Petrona Viera es la que atrae más simpatías. Es una jovencita sordomuda; pintora instintiva y de verdad, su temperamento se define cada vez más para que de esa crisálida salga una curiosa personalidad. Una de sus cualidades más cordiales y bellas es que de todas sus telas trasciende una gran alegría. Esto hace todavía más patética la figura de esta pintora. Sus tres telas responden a un mismo título: *Recreo*.

En la sección escultura hay 22 obras con 9 expositores. El que más sobresale es Alberto Gahn Marino, por el gran interés de su modelado y por el soplo espiritual que lo anima. Le sigue Severino Pose, con dos tallas directas al mármol, — "Cabeza" y "Eva" — de un innegable valor artístico; luego Santiago Patrón, un adolescente de 16 años, con un feliz ensayo de cierta emoción. Finaliza Aurora Munar Togores, con un retrato lleno de fuerza juvenil, aunque un poco uniforme en sus tonalidades.

En la arquitectura, Juan Scasso presenta una maquette de mansión particular, en la que intenta aplicar las nuevas formas neo-geométricas que priman en la hora actual en Europa, haciendo un obra

entre los académicos, resucitadores de un estilo renacimiento florentino.

En las artes aplicadas, Vicente Spenanza, con sus cerámicas de una técnica de primer orden, logrando hermosos reflejos metálicos, da una bella nota, por más que para una suprema perfección siempre difícil de alcanzar tenga que cultivar el don de sensibilizar la forma.

Tómese esta nota como una simple información para señalar algunos nombres a la atención de los que siguen el desarrollo de las artes plásticas en los otros países.

El que hace crecer dos espigas o cañas de trigo donde antes sólo había una, es más útil a la humanidad que todos los diplomáticos reunidos en el mundo

STERNE

—

Un hombre no llega más que al bienestar por el trabajo de sus manos; si arriba a la riqueza, es por el trabajo de los otros, ejecutado en provecho suyo.

TAINE

El amor heroico

VOLVIA yo de caza, avanzando por una avenida de mi jardín. Mi perro iba adelante, corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución como si olfateara caza delante de él.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido — el viento balanceaba con fuerza las acacias del jardín — y estaba encogido, extendiendo sus alas implumes.

Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desprendiéndose de un árbol inmediato, un pájaro viejo de plumaje negro cayó como una piedra ante la boca del perro, crispado y loco; boqueando desesperado, lanzó un pío... pío que daba lástima; saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes.

Se había lanzado a defender a su hijo: quería servirle de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba de miedo; su grito era ronco y salvaje; moriría, sacrificaría su vida.

A sus ojos el perro ¡qué gran monstruo parecía!, y, no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba, en aquella rama tan alta y segura.

Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado allí.

El perro se paró y retrocedió. Diríase que hasta él mismo había reconocido aquella fuerza. Le llamé aturdido y me fuí poseído de un santo respeto.

Sí, no riáis: era respeto lo que yo sentía ante aquel pájaro heroico delante de la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más fuerte que la muerte y que el miedo de morir. ¡Sólo por el amor se muere y se mantiene la vida!

IVAN TURGUENEFF

Divulgaciones científicas

Los hacedores de oro

La última obra de Jollivet Castelot, sobre la "revolución química y la transmutación de los metales", nos informa que en Francia existen alquimistas, herederos de los viejos secretos de Egipto, de Grecia y del medioevo, quienes intentan fabricar oro con metales viles. He ahí una de las mejores recetas del autor:

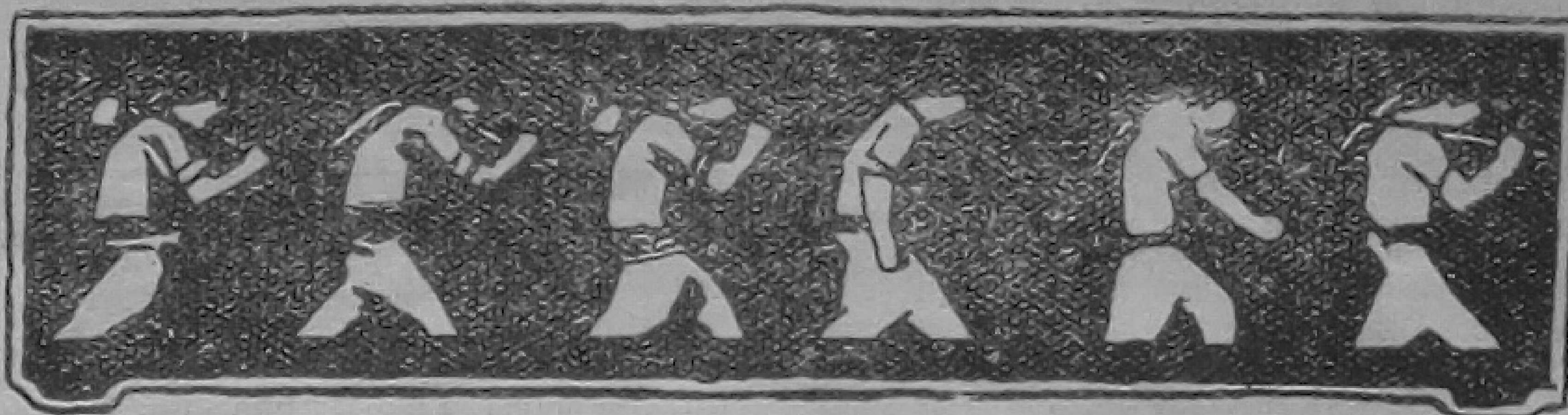
"Se toma plata químicamente pura, se la reduce a polvo, añadiéndole *trisulfuro* de arsénico, ya solo o mezclado con óxido-sulfuro de antimonio pulverizado, en las proporciones relativas de 1|3 a 1|4 por ciento, en relación de la cantidad de plata. Si se calienta esa mezcla en un crisol de horno que tenga 1.200 grados de calórico durante una hora, se puede obtener una mezcla de plata amarilla, que sometida al análisis da fuertes vestigios de oro. Este experimento ha sido renovado una cincuentena de veces, y *casi siempre* con éxito".

El sabio *alquimista* insiste en ese *casi*, porque no siempre se tiene "le tour de main necessaire" (1).

Un discípulo de Jollivet Castelot, Bourciez, ha vuelto a ensayar este experimento, sirviéndose de un horno eléctrico. Puso diez gramos de plata pura analizada anteriormente, en un crisol de magnesio colocado sobre la llama del arco. Una vez que se fundió la plata, el operador, por una abertura lateral, proyectó 3 gramos de trisulfuro de arsénico pulverizado. Después de haber quitado los carbones y levantado la llama por un tiempo determinado, apagó el horno y dejó que se enfriase lentamente el crisol. Encontró un fondo de 81 gramos de plata dorada interiormente y exteriormente, que sometida al análisis contenía 96 milligramos de oro. El autor no dice en qué se convirtieron los tres gramos de trisulfuro de arsénico y qué quedaba de los diez gramos de plata empleados.

Desgraciadamente el contralor de esas experiencias no ha sido verificado en ningún laboratorio oficial. Por otra parte se lo encontró supérfluo en razón de las numerosas causas de posibles errores que sólo podían ser evitados por químicos de larga experiencia. Ahora, después de esos ensayos, surgieron numerosos experimentos de todo punto curiosos. Los profesores Miethe y Stranreich de Berlín, tuvieron la idea de encender un arco de una potencialidad de 2.000 wats sobre una diferencia potencial de 170 voltios, durante algunas horas entre dos polos de mercurio químicamente puro, en un tubo de cuarzo fundido. Se produjo así una atmósfera de 1.400 centígrados, acompañada de una luz brillante de diez mil bujías. Cuando el experimento terminó, los dos sabios desmontaron su aparato y constataron residuos de parcelas de oro. Después de varios ensayos, las cantidades de oro recogidas fueron de un centésimo de miligramo.

Dudando un poco de esos resultados, un sabio japonés, H. Nagasaka, como lo indicaba en una reciente nota dirigida a la Sociedad Francesa de Física, quería intentar algo que tuviese mayor trascendencia. Para ello se sirvió de una bobina de inducción, despidiendo al aire chispas de 120 centímetros. Sobre el circuito de descarga colocó condensadores en acordeón constituídos de dos planchas de vidrio cuadrado, de un metro, y al costado alternadores con delgadas láminas de plomo, cuya capacidad total era de dos milésimos de *microfarada*. La armazón mecánica había sido masillada con bakelita.



Durante cuatro horas la descarga fué efectuada en aceite de parafina, entre un electroide de tungsteno y un electroide de mercurio, bajo una tensión de 600.000 voltios. Antes, la parafina, el mercurio, el electroide de tungsteno fueron cuidadosamente analizados. Al final se obtuvo una masa pastosa negruzca, sobre la cual se hicieron ensayos químicos con reactivos y cuya pureza había sido controlada.

Entonces no sólo se descubrió partículas de oro, sino un polvo blanco que era plata. Desventuradamente, las cantidades obtenidas no eran sino fracciones de miligramos, insuficientes para cubrir los gastos de semejantes experimentos. En efecto, el oro producido en esas circunstancias, significaría el desembolso de una suma de 50.000 francos por gramo.

Estos últimos resultados, que fueron verificados, no son por ello menos extraordinarios. Sin embargo pueden muy bien ser explicadas las causas y los *por qué* por el conocimiento que hoy poseemos sobre la estructura de los átomos y de la energía que mantiene su coherencia.

Después del descubrimiento de la radioactividad, sabemos que los átomos no son indestructibles. Como ya lo presentía el eminente físico Jean Perrin, son *pequeños sistemas solares en miniatura*, teniendo por diámetro un millonésimo de milímetro, donde en lugar de la gravitación reina la electricidad. En esa concepción, los átomos de los 90 elementos químicos y metaloides y metales, no son más que agregados de *protones* de hidrógeno y de electrones. Es por eso que si se quiere transmutar el átomo de un elemento químico en otro, basta añadirle o extraerle el número necesario de *protones* y de electrones, según se desee pasar a un elemento químico de peso atómico menos elevado o más elevado, o inversamente.

De este modo, para transformar un átomo de mercurio que contiene, según su peso atómico, un núcleo de 2.000 *protones*, cimentados por 120 electrones nucleares, y de 79 electrones satélites, en un átomo menos pesado de oro, compuesto de 197 *protones*, de 48 electrones nucleares y de 79 electrones satélites, bastará destacar del núcleo del átomo de mercurio nada más que 3 *protones* y una decena de electrones núcleares.

Esto requerirá mucho menos *energía* que si se tuviera que disociar el átomo de mercurio en todos sus *protones* de hidrógeno. Pero para arrancarle solamente algunos *protones*, los físicos calcularon que, en ese caso particular, era necesario aplicar un campo eléctrico formidable de varios millones de voltios por centímetro.

Ahora, ¿cómo se explica que en el experimento tan interesante de Nagasaka, ese sabio, con un campo eléctrico bastante reducido y sólo con una intensidad de 60.000 voltios, haya obtenido un resultado semejante?

Es porque, como pudieron descubrirlo Nagasaki y su ayudante el Dr. Jugiura, se produjo en una zona particular del campo medio eléctrico y vecino de los electrones, bajo un espesor mínimo con una extraordinaria intensidad del campo eléctrico, lo que se pudo comprobar analizando con el espectroscopio la luz emitida por los metales incandescentes y porque ese espectro, modificado por el aumento de la luz, presentaba el fenómeno Stark, bien conocido por los físicos.

Por ese procedimiento de verificación se encontró que se podía aumentar el fenómeno Stark, es decir intensificar esa parte media del fenómeno eléctrico, sirviéndose, bajo la forma de glóbulos extremadamente finos, de metales en peso atómico tan pesado como el mercurio, el bismuto, el *talium* o el plomo.

Es así que con un campo eléctrico de 60.000 voltios se pudo obtener, en un *espacio reducido*, lo que no se podía realizar en ninguna usina con un campo que alcanzara la intensidad de varios millones de voltios. Es en ello donde reside el enorme interés de ese experimento.

Fuera de la radio actividad, donde en el particular *alfa*, bombardeando el núcleo del átomo, Rutherford encontró el medio de obtener algunas transmutaciones, no se había puesto en práctica un nuevo procedimiento, como el que surgió ahora, que es mucho más eficaz y que nos permitirá realizar todas las transmutaciones.

Es con la más grande impaciencia que esperamos los nuevos ensayos. Puede ser que lleguemos a poseer un medio práctico para transmutar el plomo en oro. Entonces estaría bien parodiar el bello verso de Racine y gritar:

¡Cómo fué que el plomo se convirtió en oro puro!

P. BECQUEREL

—

(1) Tour de main, *en francés significa que no todos los días se está en ánimo para acertar en lo que se propone.*

—

NOTA:— El lector recordará que hace unos meses el cable daba por resuelto el problema de la transmutación de los metales viles en oro, y eso fué a raíz de los experimentos llevados a cabo por los dos sabios alemanes que se nombran en el presente artículo. Ciertamente, no es el problema en sí de la fabricación artificial de oro lo que más interesa, sino por las nuevas investigaciones a que dará lugar ese renovado propósito, sustentado desde antiguo por la sordidez innata de cierta parte de la humanidad que quiso caprichosamente otorgarle una plus-valía a un metal que serviría de fermentador de todas las malas pasiones. El ejemplo de los alquimistas antiguos, que al buscar la fórmula de la transmutación de los metales en oro, o sea la llamada piedra filosofal, descubrían otras fórmulas de gran utilidad para las industrias, podría repetirse en este caso.

JUSTICIA CHINA

(APOLOGO)

Kio-Fu, hijo de Mo-Bau, reinaba desde hacía muchos años. Y cuando la 320 luna de su reinado quiso avecinarse a su pueblo, quiso captarse la confianza y la simpatía de su pueblo con festejos y actos de piedad.

Así es como ordenó que se concediese amplia amnistía a todos los que se encontrase nen la cárcel, en las varias provincias de su imperio, por delitos cometidos contra sus leyes, sus prerrogativas y contra los altos y bajos empleados del Estado, millares y millares de súbditos, algunos condenados a penas severísimas, fueron libertados de sus cadenas y enviados a sus hogares.

El magnánimo acto del gran príncipe Kio-Fu fué loado y juzgado por muchos muy hábil, ya que truncaba una serie larga de sordas agitaciones. Y por esa medida, muchos se prometían largos años de tranquilidad.

Lo contrario sucedió. Nada más que después de dos lunas, se descubrió nuevas conspiraciones contra la seguridad del Estado, que se produjeron casi en todas las castas de la sociedad.

Los gobernadores intervinieron enérgicamente haciendo detener a los sospechosos y también a sus allegados.

El emperador se lamentó de estos sucesos con el filósofo Li-Pau, que había sido su preceptor, conservándole cerca su-

yo como gran consejero particular con el título de supremo guardía del sello azul.

Habló el emperador:

—Li-Pau, venerado maestro: tú me aconsejaste mansedumbre y siguiendo tu consejo hice abrir las puertas de las prisiones y las jaulas de los jardines de expiación; y liberté a todos aquellos que habían conspirado contra mi venerado padre y contra su indigno hijo y contra los oficiales de mis leyes. Y he aquí que donde eran cien conspiradores ayer, hoy son doscientos; las prisiones no tienen más espacio para contener a tanta gente. ¿Cómo explicas tú, el sabio de los sabios, tanta bellaquería entre mi pueblo?

Li-Pau se detuvo, como conviene a todo filósofo, a meditar, y después de una triple reverencia, cruzando los brazos sobre su pecho, respondió:

—Astro que nos iluminas, excelso hijo de Fo; el caso es grave y es necesario realizar una investigación.

—El magistrado Liao-Sing, que tiene mujer, varios hijos y cinco concubinas muy jóvenes y todas las arcas de sus antepasados llenas de *taleres*, podría encargarse de ella.

Li-Pau movió de un lado a otro la cabeza.

—Sebor mío, eres más astuto que una anguila del Río Amarillo. Liao-Sing ha saciado sus apetitos de bienes y de mujeres, por eso es un magistrado incorruptible. Pero sólo no podrá sobrellevar tan fatigoso cargo. Deberá asociarse a otros, y éstos deberán ir y venir del norte al sud durante varias semanas. Con sus mujeres y sus séquitos, costarán más que un año de carestía. Por donde pasen dejarán las señales de una tromba marina.

Por otra parte, ahora que pienso bien, creo que se podrá prescindir de esa investigación. Bastará que tú, príncipe, me ilumines sobre algunas circunstancias que yo ignoro. ¿Te dignarás hacerlo?

—Todo puedes pedirme, ya que no me solicitas dinero. Pregunta, que por tí volveré a ser niño.

—Gracias, príncipe, de tu generosidad.

—Habla, pues.

—La amnistía que acordaste, advertido y misericordioso señor, fué un bello gesto.

—Tú me lo aconsejaste.

—Y no me arrepiento. Pero te aconsejé sólo a medias. Me olvidé de lo más importante. De ahí el reflorecer de los complots, de lo cual el primer culpable soy yo.

—Explícate, que tu habla es dulce como la sapiencia de los libros sagrados, y que no sea amargada por las reticencias.

—Me voy explicando. La amnistía que tú promulgaste sólo se dirigía a los detenidos, a los procesados y condenados. No hablaba empero a los carceleros, a los jueces, los agentes del orden y a los espías.

Tampoco se preocupaba de los abastecedores que proveían de alimentos a los encarcelados. Piensa que un detenido cuesta al Estado mil *sapechi* al día. De esos mil *sapechi*, la mitad iba a manos de los proveedores, quienes para el detenido sólo gastan un quinto. Al vaciar las cárceles, hiciste la ruina de los abastecedores y de sus parásitos. Los abogados y los jueces no sabían qué inventar para vivir. Y lo mismo acontecía con los oficiales del Estado, encargados de la seguridad del Estado.

—Empiezo a comprender.

—¿Y qué cosa no llegarías a intuir a la más leve señal, oh príncipe? He aquí que toda esa gente que quedó sin empleo, o amenazada de perder su empleo, ha hecho todo lo posible para que las cárceles fuesen nuevamente pobladas. ¿Para qué existen los espías sino para descubrir los complots?

—Castigaré a estos fabricantes de complots, que conspiran contra las cajas del Estado y le crean nuevos enemigos...

—No te lo aconsejo, príncipe; no añadas un error a otro. Si llegaras a infligir un castigo a esa gente, podría complotarse seriamente, poseyendo los medios para hacerlo.

—¿Y entonces?

—Entonces... a la próxima ocasión concederás otra amnistía. Volverás a vaciar las cárceles y ellos volverán a llenarlas. Así harás tú, lo hará tu hijo; así harán los carceleros, los oficiales de justicia, hoy, mañana, pasado. El rey del infierno es quien pensará para juzgarnos a todos cuando nuestras almas hayan emigrado, desprendiéndose de su envoltura carnal. Él sí, podrá ser justo hasta la justicia verdadera. Nosotros no. Nosotros debemos tratar de ir viviendo.

M. BURIDDA

(Del libro "Giustizia Cinese" del profesor M. Buridda. Cuentos que completan la colección Lung-tu-Kung-ngan (episodios o actos de justicia, cumplidos en nombre del emperador).

Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(CONCLUSION)

Los otros países de Europa, fuera de Rusia y de sus otras repúblicas soviéticas, son, desde 1918, o bien países vencidos que sufren una vida social absolutamente normal, o bien países vencedores, o sus asociados, o neutrales en que la vida normal continua.

A la primera categoría pertenece *Alemania*, donde estos años vieron entre otras cosas el hundimiento moral completo de la socialdemocracia, tanto en su matiz moderado como en su matiz un poco más avanzado, reunido desde hace mucho tiempo en el primero, y en sus elementos que se creen revolucionarios y que del modo más fantástico no hacen más que atraerse derrotas cuyos hilos, si no las orejas, están en manos de Moscú sin que mejore su mala suerte convenida. En estas condiciones, estando desacreditados todos los hombres sobresalientes, por las debilidades, sino por las delincuencias políticas desde 1918 y sin fuerza para reponerse, también la vida intelectual de ese partido ha muerto, los resortes morales han sido rotos y si se está dispuesto a perjudicarse recíprocamente, la necesidad de establecer el pasado histórico, — ahora que se podría decir mil cosas, en otro tiempo necesariamente ocultas —, no se hace sentir; se está demasiado bajo. Se continua una vida de fantasmas, pero la energía para mirar hacia atrás, hacia adelante, falta.

Si se hacen trabajos históricos es por los *outsiders* de los medios universitarios y demás. Hay trabajos documentados sobre *M. Hess*, yo creo que también sobre *Karl Schapper*, sobre *Stephan Born*, sobre un periódico socialista de Francfort en 1848, una reimpresión de un periódico comunista de Londres de 1848 y sin duda muchos otros trabajos, sobre *Stirner*, etc., pero nada de muy sobresaliente. Las cartas privadas de *Rosa Luxemburg* y de *Karl Liebknecht* nos los hacen conocer mejor que sus actos políticos autoritarios y doctrinarios. Si algo de más importante se publica, son los rusos los que lo hacen, como una edición definitiva de Marx y Engels, por Ryasanof, que publica cada escrito en su lengua original o la de su primera publicación, en alemán, francés, inglés, etc. Esa edición tendrá 42 volúmenes y será publicada por una sociedad fundada por el Instituto de Moscú y un Instituto semejante, independientemente creado en Francfort. También los materiales principales de la revista *Marx-Engels Archiv.* (Moscú) serán reproducidos en alemán en una revista con el mismo título. Este hecho señala la dimisión intelectual del marxismo de la socialdemocracia alemana en favor del bolchevismo, hecho que las razones materiales, la pobreza de los obreros alemanes frente a los medios de que disponen las empresas bolchevistas, pueden haber originado inmediatamente, pero que se habría creído imposible algunos años antes.

Un solo hombre, más o menos, ha hecho publicaciones notables a pesar de todo eso, es el doctor *Gustavo Mayer*, ahora profesor en la universidad de Berlín, que dió los elementos esenciales para el conocimiento de *Friedrich Engels* y de *Lasalle*. A él se debe el libro *Friedrich Engels in seiner Frühzeit*, 1820 bis 1851 (Berlín, Julius Springer, 1920, IX, 430 págs. gr. 8º.) y su suplemento *Friedrichs Engels Schriften der Frühzeit*, XIV, 317 págs.): la continuación está en preparación y se deben también a él seis grandes volúmenes de cartas y escritos de Lassalle en su mayor parte inéditos. Son libros que rechazan la leyenda complaciente en que, si hubiera dependido de los socialdemócratas, las cosas habrían quedado siempre. Por un fenómeno curioso, un verdadero misterio, habría querido Engels echar un velo del más perfecto olvido sobre su vida antes de sus relaciones con Marx que, comenzando en 1844 duraron toda la vida y asociaron para siempre sus dos nombres. El profesor Mayer, por felices hallazgos y por los papeles de la familia ha restablecido mucho el pasado intelectual de Engels que fué muy vivo, agitado y honra mucho su inteligencia alerta. Es muy probable que hubiesen podido ser hechos descubrimientos semejantes en la juventud de Marx, si no se hubieran dejado transcurrir tantos años que la sumieron en la leyenda. Esa leyenda ha hecho elevarse a esos dos hombres, muy jóvenes todavía, del ambiente intelectual muy variado en donde se movieron libremente de derecha a izquierda, para atribuirles casi una autogeneración intelectual, una iluminación espontánea y también simultánea por la luz de su gran descubrimiento, los teoremas del marxismo. En una palabra, era preciso — no sé verdaderamente por qué, pero se hizo así—, era preciso ocultar que fueron simples jóvenes vivaces, revoloteando como las abejas de una *flor* en otra, y llegando a su sistema quizás ante todo por un proceso de eliminación, pues estaban en contienda con todos los otros hombres y sistemas. Se comprende, pues, bien que el verdadero marxista haga una acogida agridulce a tales descubrimientos y que G. Mayer, que se había atrevido ya a rehabilitar a Schweitzer, la bestia negra de Bebel, no recogió congratulaciones sinceras cuando descubrió al joven Engels pre-marxista. Eso hace que se quisiera ver completados esos libros por el verdadero "joven Marx", — esperanza que no puede ser realizada —, pero en cambio G. Mayer nos dió aún el verdadero "joven Lassalle" o más bien el verdadero Lassalle que no fué nunca ni joven ni viejo, sino que conservó una rara identidad de persona desde su infancia hasta la muerte, a los 39 años, en 1864.

Los seis volúmenes de Lassalle inédito o poco menos, casi enteramente cartas de y a Lassalle, sacadas de sus papeles inaccesibles por más de cincuenta años y vueltos a descubrir por Mayer, son materiales únicos para el conocimiento de un hombre autoritario de pura sangre. No tengo que insistir sobre su espíritu de justicia, sobre su valor, etc., pero si se trata de analizar las formas diversas de la autoridad en el cerebro y en el corazón, se encontrarán materiales extraordinarios en este volumen que muestra ese veneno penetrante en el menor pensamiento de Lassalle, en todos sus sentimientos, trátese de él o de otros, de amigos o de mujeres, de ideas y de acción política y social. Es lúgubre ver todo un volumen en los vaivenes con esa pobre mujer a quien dominó, la condesa de Hatzfeldt, y se asiste como a una lucha de bestias feroces al leer el volumen de su correspondencia con Karl Marx a quien Lassalle supo mantener en jaque y a quien dijo a veces verdades fustigantes; se comprende ahora en qué grado lo odiaba Marx sin atreverse a decirlo durante su vida. Esas cartas, publicadas con omisiones en 1902 por F. Mehring, son presentadas ahora todo lo completas que existen aún.

Un libro único en su género es *Der Atheismus und seine Geschichte in Abenlande* por Fritz Mauthner, 1920-23, 4 volúmenes en 8º. mayor de 2201 páginas — una historia del ateísmo en proporciones verdaderamente grandes que permiten la discusión amplia y crítica de una infinidad de hechos en esa larga marcha, a menudo un calvario, del pensamiento libre a través de las edades. Ese asunto es tan próximo de la lucha contra la autoridad en el terreno político, económico y moral, que nos es afín, y se quisiera tener el tiempo para leer ese escrito de un hombre muy inteligente que murió después de haberlo acabado penosamente. Es un cuadro como no existe en parte alguna, donde todas las investigaciones deberían hallar más tarde su puesto.

¿Hablaré aún de los esfuerzos libertarios sobre el terreno histórico en Alemania? Vista la situación deplorable hecha en todas partes a hombres que se cuidan de conservar su independencia y a la pobreza del ambiente francamente revolucionario, no son del todo pequeños. El *Syndikalist* de Berlín ha publicado el libro memorable de Rudolf Rocker sobre *Johann Most*, y el otro libro de Rocker vivido personalmente, sobre los años 1914 a 1918 en su internamiento cruel en Londres, las *Werke* de Bakunin, en parte inéditas y algunos otros libros históricos, otros están en preparación.

El recuerdo de *Gustav Landauer*, rememorado por varios volúmenes de escritos recogidos, será dentro de algún tiempo despertado de nuevo por una edición de sus cartas y por una biografía. Las cartas de *Johann Most* y de *Johann Neve* (1884 a 1887), que datan de un período muy agitado del anarquismo alemán serán publicadas también pronto. He compuesto además una edición muy ampliada de los artículos sobre la historia de la *Idea anarquista* que los lectores del Suplemento conocen; tal vez una vida de *Eliseo Reclus* será publicada pronto.

En *Austria* el partido socialdemócrata que participó en el poder en 1918-20 y luego supuestamente, pero no seriamente en la oposición, habló más alto que en Alemania de su acción o inacción en 1918-19 (libros del doctor *Otto Bauer*, Dr. *Julius Deutsch*, etc.). Publican también volúmenes sacados de los papeles del doctor *Viktor Adler*, como las cartas que le envió Engels y una historia del socialismo en Austria por L. Brueguel, compuesta a la ligera, pero que reimprime materiales raros y a menudo publica informes de la policía sobre el movimiento del 1860-80 sobre todo, una prueba de que faltan ya lamentablemente mejores materiales — documentos y testimonios verbales — para esa época. Esa es una consideración de que habría que tener cuenta: si no se recojen a tiempo materiales serios y sinceros, ocurrirá en todas partes que la policía tendrá que decir la última palabra; a falta de cosas mejores se desenterrarán sus informes y se encontrará uno entonces frente a noticias muy sospechosas que pueden promover dudas que ningún testimonio honesto pueda ya rectificar. Así ocurre por ejemplo con las informaciones sacadas de los archivos sobre muchas personas de la revolución francesa: los expedientes promueven problemas que a menudo nadie puede esclarecer. — Existen aún las *Memorias* sobre los orígenes del movimiento en Austria en que participó y sobre su larga vida en Escocia, en Londres, etc., por *Andreas Scheu*, octogenario siempre alerta, pero esas memorias han sido escritas demasiado tarde, cuando su memoria no retiene todos los detalles, otro inconveniente a evitar.

No sé a qué altura se está en *Hungría*, país desgraciado, donde el desmenuzamiento y la humillación sufridos en el invierno de 1918-19 provocaron la crisis de desesperación, la Comuna o el régimen bolchevista durante algunos meses de 1919. Ese período y la represión inexorable que siguió han producido hasta hoy un conjunto tal de odio de ambas partes que la hora de las observaciones históricas no ha llegado aún. No sé tampoco cómo se está en lo que se refiere a *Tchecoeslovaquia*, *Polonia*, *Rumania*, *Bulgaria*, *Grecia*, *Yugoeslavia*, donde existe una socialdemocracia pasada al nacionalismo o al comunismo, represiones feroces, y, allí donde hay anarquistas, como en Bulgaria, militan siempre más cerca de la muerte que de la vida, y no puede tratarse de trabajos históricos. En otras partes los anarquistas han desaparecido o renacen en pequeño número y son absorbidos por la propaganda del día. El Cáucaso, el Asia Menor me escapan, pero en ninguna parte, pienso, hay bases normales para una propaganda siquiera, ni en China, ni en Japón: en todas partes la represión cruel, la guerra civil, — se milita o se vegeta, pero no se tiene tiempo para mirar hacia atrás.

Pero ¿qué se hace en el occidente de Europa? Bien poco, yo creo. Se producen algunos libros, sin duda, una nueva vida de Robert Owen, otra de Cobett, que no fué socialista, por *Cole*, el autor del socialismo de las guildas (*Socialismo gremial*). En Francia el centenario de la muerte de Saint Simon ha causado algunas publicaciones, se publicó por fin el último volumen de la *Correspondencia* de Eliseo Reclus y, el mayor esfuerzo, pero al margen de nuestro movimiento, se publica una hermosa edición de las *Obras completas de Proudhon* bajo la dirección de C. Bouglé y de H. Moysard (París, Marcel Riviére), edición copiosamente comentada en que, por ejemplo, la *Idea General de la Revolución en el siglo XIX*, 1923, es precedida de una introducción de 87 páginas. Ese libro fué también publicado en inglés en estos últimos años, co

las *Confesiones de un Revolucionario* alemán, y hay un despertar muy bienvenido del interés tanto tiempo adormecido hacia Proudhon. En Italia, Luigi Fabbri ha reimpreso la *Filosofía della Rivoluzione* de Giuseppe Ferrari, el federalista amigo de Proudhon (Milano, Casa Editrice sociale). Otro camarada, C. J. Björklund de Estokolmo se ocupó de un viejo socialista sueco, *Quiding* (1925) y el camarada Valadés de Méjico ha descubierto un proudhoniano totalmente desconocido, *Plotino Rhodakanati*.

Pocos camaradas parecen estar dispuestos a mirar hacia atrás en Francia. Un libro de Lorulot bajo forma de novela (*Les Loups*) presenta el período de Bonnot y Garnier (1913), ha encontrado vivas críticas que, presumo, no faltarán tampoco a las *Memorias* de Jean Grave cuando aparezcan en volumen.

En *Italia*, en lugar de escribir la historia, es destruída; el vandalismo pirrómano de los fascistas ha destruído con tantos impresos existentes en cantidades quién sabe cuántas bibliotecas, colecciones de viejos periódicos, documentos y cartas, en una palabra una gran parte de materiales para la historia que en Italia fueron expuestos en todos los tiempos a las requisiciones y confiscados o voluntariamente destruídos con frecuencia. La esperanza de ver llevarse a cabo trabajos históricos es muy pequeña, aunque una quincena de años más tarde parecerá imperdonable que se haya dejado partir a los viejos de los tiempos heroicos sin recoger y conservar cuidadosamente sus testimonios. ¿Dónde está la historia del movimiento insurreccional general en 1874, Bolonia, Florencia, Puglia? ¿Y la de la banda del Matese (Benevento) en 1877 y toda la historia que se extingue de la Internacional?

Lo mismo pasa con *España;* esperamos que se reunirán los trabajos de Ricardo Mella. Con él y Esteve ¡cuántos recuerdos desaparecidos!

Felizmente se han recogido en Méjico las obras de *Magón y su biografía* (1925) y un poco la obra de Praxedis G. Guerrero — y en la Argentina existen preocupaciones reales por hacer conocer nuestra historia a los camaradas, — y también, quizás, estos artículos de un eterno descontento como yo que quisiera ya un poco, incluso mucho, más de *esfuerzo* por nuestra causa anarquista que es tan bella.

Max Nettlau

22 de octubre, 1925.

BIBLIOGRAFIA

Urales Federico — "El último Quijote". Novela de aventuras, sátiras, ideas, luchas y amores. Biblioteca de "La Revista Blanca", — 458 págs. en 8.o, Barcelona, 1925.

Los menos indicados para juzgar del valor de una novela somos nosotros, un tanto endurecidos a la sentimentalidad y en quienes causa más efecto una estadística bien hecha que un poema. Pero eso no nos hace cerrar los ojos a la realidad; una gran mayoría humana presenta, al contrario, un centro mayor de atracción y de recepción en su vida sentimental que en su razón y a esa gran mayoría le predicaríamos en balde si no supiéramos interesarla en nuestras cosas mediante una propaganda dirigida en primer lugar a conmover sus sentimientos, a hacer latir su corazón. Revisad un catálogo cualquiera de librería, vereis cómo en él predomina la novela, la poesía. Muchas gentes leen las publicaciones burguesas porque encuentran en ellas un folletón policial o de aventuras estrambóticas que en lugar de ennoblecer la vida del sentimiento la embrutecen y la rebajan a un grosero sensualismo, predisponiéndola a la veneración de las propias cadenas.

Naturalmente, nuestra propaganda no puede menospreciar la novela; la utopía de Bellamy ha causado más honda impresión en centenares de millares de personas que muchas decenas de tratados teóricos. Un Zola, un Mirbeau contribuyen más poderosamente a transformar la mentalidad de una época que los más vigorosos propagandistas de una idea. Es verdad, la novela por sí misma, si no halla sus cauces en un movimiento social efectivo, corre el peligro de disolverse en un simple disfrute epicúreo de bellas e inofensivas sensaciones. Pero sin embargo es siempre un buen aliciente para sacar al hombre del pantano de su conformismo y prender en él la chispa sagrada del descontento y de la inquietud.

El camarada Urales, de quien pocos anarquistas de lengua española dejaron de leer "Sembrando Flores" ha demostrado en estos últimos años una asombrosa fecundidad. Es verdad que los argúmentos y los primeros esbozos de sus novelas, como él mismo cuenta, son ya viejos, pero sin embargo no por eso es menos digno de mención su esfuerzo desde la *Revista Blanca*, la *Novela Ideal* y sus libros, el último de los cuales acaba de aparecer, un tomo voluminoso en donde se describen las aventuras y desventuras de un heroico combatiente por el bien de la humanidad, "el último Quijote", dando ocasión a expresar diversos aspectos de la vida contemporánea, sin olvidar la cárcel. El estilo es sencillo y se lee con facilidad. Lo que no nos explicamos es el por qué del título "El último Quijote", pues tanto el camarada Urales como nosotros desearíamos que los Luis de la Escosura se multiplicasen y todos llevamos en nosotros con orgullo y con íntima satisfacción un poco de ese noble quijotismo. Al contrario, tenemos derecho a esperar que la novela creará nuevos Quijotes en algunos de sus lectores, es decir nuevos combatiente por la justicia y la fraternidad humana. El fracaso de la novela de Urales estaría precisamente en que Luis de la Escosura fuera el último Quijote. Por la novela y por nuestra causa confiemos que no será así.

Hay en la obra capítulos de verdadera emoción, como los del proceso después de la desventura de la partida, reflejos vivientes de situaciones que hemos vivido más de una vez.

En resumen, es una obra que inspira sentimientos de lucha y de rebelión contra las injusticias sociales y que merece leerse y difundirse.

D. A. de S.

Un diario dinástico, Mussolini y la mortalidad infantil

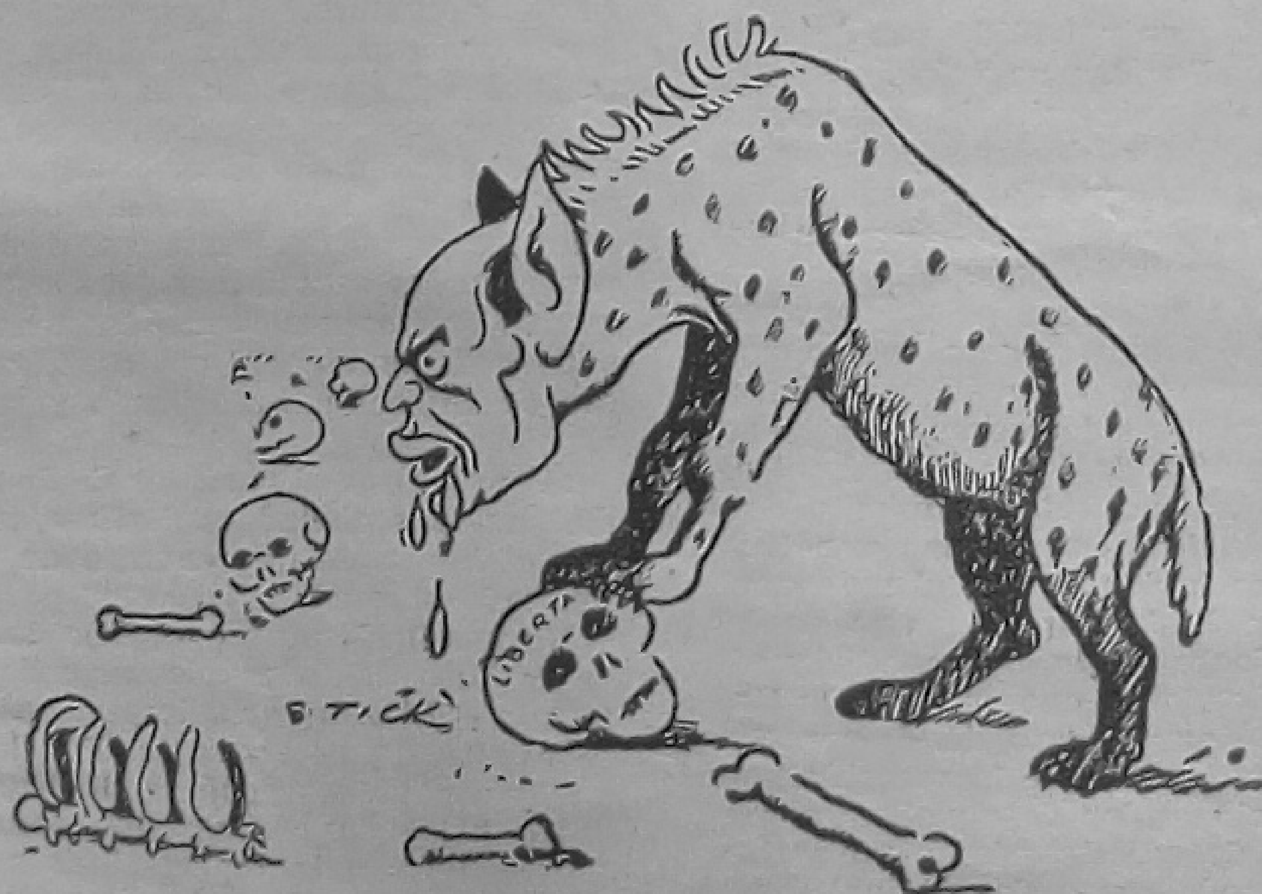
Es conocidísima la enconada rivalidad periodístico-comercial que media entre los dos rotativos de tiro pesado que dan vueltas a la noria invisible del tiempo, atascando los cerebros de papel impreso. Son los dos grandes corruptores de espíritus, pese a los numerosos corresponsales y colaboradores literarios distribuídos estratégicamente en los cuatro puntos cardinales del globo. Se disputan la clientela a golpes de billetes de mil. Es una competencia que coliuda con lo grotesco, en el afán estúpido de deslumbrar, no por la esencia moral, sino por el número de páginas y de ilustraciones. Basta este introito para que se sepa a cuáles órganos de publicidad deseamos aludir.

"La Prensa" y "La Nación" ya no saben a qué personaje llamativo — y que baila al son palpitante de la actualidad — entrevistar. Los lebreles de más *pur sang* husmean los vientos para dar con la presa maravillosa que haga sonar el timbre electrizante de lo sensacional. La jacarandosa reina de España, el mostrenco de su marido, el chulapo de Primo de Rivera, el ex kaiser, etc., desfilaron por esa vidriera fotográfica de la primera plana de esos diarios, bajo la égida de grandes y copiosas titulares, para su mayor gloria e importancia. Faltaba Charlot de bracete de Lloyd George. Mas, para suplir la estrella del cinema y de la política, podía apelarse a Mussolini, el cancerbero de la dinastía sabauda. Y lo que se insertara en el "Manchester Guardian" y "The New-York Times" se le escanciaba como una resonante novedad a los lectores de la Argentina, reproduciéndolo "La Nación", y firmado por un famoso lebrel de la casa. Además, para hacer resaltar, adulando a los posibles lectores fascistas de la Argentina, se publicaba un suelto en la página de redacción, a la vera de los editoriales campanudos y de solemnidad asnal, presentando al dux reencarnado en una figura mesiánica, salvando a Italia de una ruina inminente. Si esto no lo dice ni lo declara abiertamente, es por la temerosa vacilación de las consecuencias perjudiciales a sus fines económicos. Está en el tono afirmativo, está en el espíritu solapado, más que en la letra. Eso de "que el fascismo es un fenómeno puramente italiano", el Rasputin de la casa Saboya lo ha repetido en todos los tonos, desde que trepó al poder. La única novedad estribaría en que la *democracia constituye un régimen de lujo*. ¡Pobres los proletarios argentinos que están padeciendo en carne propia este régimen de lujo, que lo será para los senadores, diputados y funcionarios, que se cuelgan del frondoso árbol del presupuesto! Para ellos el lujo es real y palpable. Cuando no hay ideas mater, ideas matrices, que impregnan los vientos veloces de su prole fecundadora, buenos son los sofismas que emite Mussolini.

Lo que ya no podemos saber a ciencia cierta es lo qué representa el facismo para la población italiana, y en particular para el proletariado, repercutor continuo de todos los sufrimientos colectivos.

Lo que pudo trascender y es del dominio público, no recomienda mucho al fascismo como función civilizadora. Desatar todos los instintos cavernarios en el hombre; haber armado a jovencitos de diez y seis y diez y siete años, con pistola y *manganello*, son acciones que sólo un insensato pudo concebir en el malsano morbosismo de encumbrarse a toda costa.

Hace poco, "Minerva", revista italiana, bajo la firma del doctor Giovanni Carbone daba algunas cifras sobre la causa *principale dell'alta morbilitá e mortalitá dei bambini*.



LA SUPERCIVILIZACION FASCISTA Y MUSSOLINIANA

Traducimos: *Es un hecho que en Italia, de 1.200.000 niños que nacen vivos, mueren 140.000 en los tres primeros años de vida; a la edad de cinco años, de cien llegan setenta. A los quince llegan 60. Esta hecatombe anual, en la primera edad, supera la suma total de muertos por malaria, cáncer y otras enfermedades infecciosas. Además se enferman anualmente cerca de 3.250.000 niños. Muchos de los que logran curarse quedan enfermizos, raquíticos e incapacitados para trabajar.*

Ese galeno intentaba disminuir la mortalidad infantil creando cátedras de puericultura, algo así como la propaganda de los institutos contra la tuberculosis, que quieren aminorar los efectos de la peste blanca a base de advertencias higiénicas.

No afirmaremos que el régimen fascista tenga la culpa exclusiva de esta terrible emigración infantil; pero las naciones se juzgan un poco por el cuidado que se le prodiga a la infancia. Inglaterra y Norteamérica son los países donde el porcentaje de muertes infantiles alcanza cifras mínimas en relación con los demás.

No es muy apropiada una nación — para desarrollar un ambiente propicio al desarrollo de la puericultura científica — cuando la mayoría de sus ciudadanos se está dando trompicones, o masacrándose en las calles. No hay tiempo para pensar en cosas tan pueriles...

Mussolini está abusando un poco de la poderosa vitalidad fecundadora de la raza italiana. Ya ha contribuído bastante a poblar los cementerios itálicos, él y sus hordas. Y si todavía siguen aumentando las muertes infantiles, llegará día que la población italiana empiece a disminuir en proporciones alarmantes.

RESUMEN SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN EL SUPLEMENTO

Para mayor comodidad de los camaradas que coleccionan el SUPLEMENTO, hemos impreso en ocho páginas sueltas el resumen sumario de los trabajos publicados hasta el número 205. — Los compañeros que deseen adquirirlo, remitan 0.05 en estampillas de correo y se les enviará

Yo soy tú

Amamos la anarquía tanto por lo que tiene de libertad como por lo que tiene de solidaridad; la libertad y la solidaridad son para nosotros indisolubles, la una sin la otra no pueden constituir un todo orgánico y vital; si la libertad no va unida a la solidaridad, ¿qué haríamos de ella, qué haríamos con la palanca sin el punto de apoyo? ¿Y para qué queremos la solidaridad si nos falta la palanca que ponga en movimiento las fuerzas? La libertad es muy bella y merece todos los sacrificios que la humanidad ha hecho, hace y hará, así lo esperamos, por ella; pero la libertad a que han aspirado siempre los oprimidos y los explotados, no ha sido un concepto filosófico nacido en la mente de un pensador, sino un ideal de convivencia social sin amos y sin tiranos. La libertad de los filósofos es una aberración tan grande como la autoridad de los tiranos; si éstos se sienten llevados a proclamar: *el Estado soy yo*, aquellos no retroceden en su arrogancia y en su orgullo ante la frase: *yo soy yo*.

Hubo y hay muchos anarquistas que confundieron la libertad que prestigia la anarquía, con el concepto abstracto y confuso de la libertad que defienden los filósofos. Y de esta confusión han surgido no pocos debates y malentendidos en nuestro movimiento. La anarquía no quiere la libertad sola, quiere la libertad en la solidaridad y la solidaridad en la libertad. Es esto lo que no han comprendido los adeptos del liberalismo burgués, los creadores de la república burguesa, en muchas ocasiones inspirados por los más nobles deseos libertarios. El republicanismo fué, efectivamente, en sus comienzos, un partido de revolución y de libertad; pero sus aspiraciones se estrellaron en la imposibilidad de una vida libre basada en principios económicos que repugnan a todo sentimiento solidario Los marxistas han imaginado que se puede alcanzar la igualdad económica por la vía de la condenación de la libertad. Hoy podemos ver que tanto el republicanismo que aspiraba a la libertad sin la solidaridad, como el marxismo que anhela la solidaridad sin la libertad, han fracasado miserablemente y la evolución humana no ha dado, a pesar de sus inmensos sacrificios, un solo paso hacia adelante en los últimos cincuenta años. Y si

la experiencia marxista rusa y alemana tiene un mérito es el de haber demostrado palmariamente cómo no debe hacerse una revolución; sólo falta que esas enseñanzas se propaguen y se reconozcan, y el día que los pueblos lean en el libro abierto de la revolución rusa, ese día sonará nuestra hora, la hora de la anarquía, la hora de la libertad y de la solidaridad.

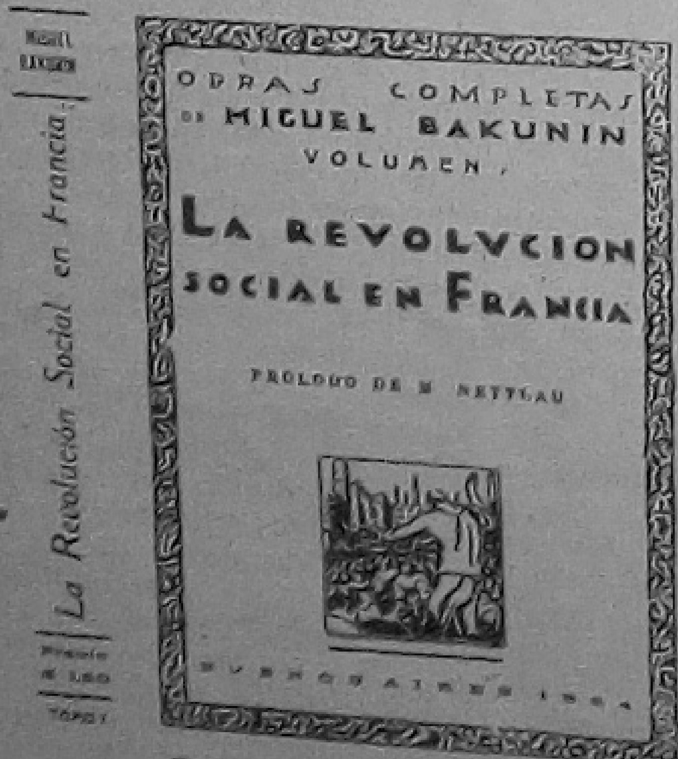
Los filósofos se han cansado en todos los tiempos de hablar de la libertad; de la filosofía nació una corriente lógicamente consecuente que concluye en la libertad absoluta del individuo y que tiene muchas afinidades con el anarquismo, hasta el punto que sus adeptos se creen los verdaderos y legítimos representantes de la idea anarquista. Ellos, dicen, quieren la libertad; también nosotros la queremos, pero nosotros queremos la libertad entre hermanos y no la libertad que puede desenvolverse en el aislamiento, *en dehors*, al margen de la sociedad fraternal y solidaria. ¿Para qué una libertad que no puede actuarse socialmente? Para desarrollar plenamente nuestra personalidad. Pero nuestra personalidad, tanto en su formación como en sus aspiraciones, tiene un uno por ciento de individual y un noventa y nueve por ciento de social. *Yo soy yo*, — dicen los individualistas, como podría decir cualquier misántropo hipocondríaco; los anarquistas dicen: *yo soy tú*. Sí, lejos de amenguar mi libertad al garantizarla en un ambiente de libres y de iguales, mi libertad aumenta indefinidamente y nunca ha estado más segura ni ha sido más pródiga y fecunda que cuando se ha visto reflejada en una vasta comunidad solidaria.

Dichosos los tiempos en que todo miembro de la sociedad podrá decir: *yo soy tú, yo soy vosotros*; entonces no habrá ni capitalistas ni individualistas ni políticos que harán su cuenta aparte: *yo soy yo*, — considerándose como seres nacidos y desarrollados por generación espontánea que no deben nada al ambiente social en que viven y al que por tanto nada devolverán.

Yo soy tú, decimos nosotros, conscientes de que no representamos más que un eslabón de una cadena infinita — la humanidad; y todas nuestras ideas procuramos ajustarlas a esa expresión en apariencia paradójica. No queremos gobernar ni ser gobernados, no queremos explotar ni ser explotados, pero además, y esto es también fundamental, no queremos que los otros sean explotados y gobernados. Esto nos diferencia de los individualistas, que consideran resuelta la cuestión social cuando consiguen hacer lo que les dé la gana al margen o fuera de la sociedad actual. No queremos la explotación ni la dominación para nosotros y no descansaremos hasta que la dominación y la explotación no hayan desaparecido de la tierra, porque todo dolor de un ser humano tiene en nosotros un eco, toda cadena de esclavitud sobre un hombre pesa también sobre nosotros.

Sólo en una sociedad de libres y de hermanos podrá sostenerse la máxima cristiana: No hagas a los otros lo que no quieres que te hagan a tí. Mientras tanto es preciso la guerra al mal, la guerra a ese falso concepto capitalista individualista de la libertad que hace imposible toda solidaridad.

Pero simultáneamente, en nuestro movimiento debemos esforzarnos por suprimir la fórmula: *yo soy yo*, que repugna por lo orgulloso y lo insolidario, substituyéndola por esta otra, que corresponde más íntimamente a la esencia de la anarquía: *yo soy tú*.





La Universidad y el proletariado

Hay en nuestra naturaleza, todavía no emancipada completamente del peso de las viejas tradiciones seculares, ciertas inclinaciones supersticiosas que no nos explicamos racionalmente, pero que tienen una difusión extraordinariamente grande, por ejemplo la creencia en la significación funesta del número 13, el horror a la culebra en Andalucía, etc., etc. Personalmente no compartimos supersticiones infantiles, pero en cambio todo nuestro cuerpo se estremece y se agita cuando nos encontramos casualmente frente a una casa de gobierno, a un departamento de policía o unos tribunales. Procuramos acelerar el paso y nos guardamos bien de volver la cara; eso cuando tropezamos inadvertidamente esos edificios, porque de lo contrario ya nos encargamos de hacer un rodeo a fin de no pasar delante de ellos. Esa impresión involuntaria y que se produce aun contra el esfuerzo de nuestra voluntad por reprimirla y dominarla, puede explicarse como una sensación puramente instintiva ante el peligro, provocada por una complicada asociación de ideas que no nos preocupa analizar aquí. Lo cierto es que frente a esos edificios nos sentimos como al borde del abismo, como ante una jaula abierta de fieras dañinas. Será todo lo infantil que se quiera, pero no hemos podido dominar jamás esa reacción instintiva y sólo cuando la fuerza nos lleva entramos en esos antros.

Poco a poco vamos sintiendo una sensación parecida en la Universidad. Sin saber por qué, la tememos, o mejor dicho, la rehuímos, como se rehuye un lugar de peligro. Todo nos dice, en el lenguaje de las emociones y de los instintos, que hay que prestar atención ante esos pretendidos templos de la ciencia. Hubo un tiempo en que se esperaba de ellos la salvación y los proletarios los consideraban con muestras de consideración y de respeto; pero ocurría cuando había aún algunos estudiantes románticos o ambiciosos que salían a la calle y halagaban al pueblo que trabaja, desde las alturas de su superioridad intelectual. El pueblo, siempre engañado y siempre dispuesto a continuar en el engaño, creyó que el Mesías habría de venir vestido con la toga del doctorado. Por eso no veía con hostilidad el templo universitario, aspiraba o más bien mendigaba de los sacerdotes de la ciencia algunas migajas de saber.

Los tiempos vividos en los últimos cincuenta años han sido pródigos en enseñanzas de toda especie y se va comprendiendo que la ciencia no nos emancipará y que no contaremos jamás para llevar a cabo nuestra obra de reorganización social con la ayuda de los sabios. La Universidad es hoy un establecimiento donde la reacción forja sus armas espirituales, no menos hirientes que el manganello fascista o la bomba de mano de las hordas de Noske. Todo está condicionado para hacer del joven que entra en la Universidad un instrumento dócil, por convicción y por interés, de la reacción. Son raras excepciones las de aquellos que en varios años de adiestramiento no acaban por perder todo rasgo de originalidad y de independencia moral; pero esas raras excepciones, por meritorias que sean, no nos permiten juzgar la Universidad más que como lo que realmente es, un almácigo de puñales de la sociedad del privilegio.

Tomemos un ejemplo: el de la Universidad de Berlín, una de las más grandes del mundo. Después de la guerra, los círculos de la población universitaria han sufrido un cierto quebranto, dejando más libre espacio a los hijos de familias de la clase media; antes la Universidad era casi privilegio exclusivo de gentes realmente ricas y de aristócratas. Sin embargo, según una estadística que publica Ludwig Suphan en las *Berliner Hochschulnachrichten*" la composición de la población universitaria berlinesa es como sigue: 6268 jóvenes y 1034 mujeres. De esa cifra se reclutan 1075 del ambiente de los funcionarios superiores del gobierno. 1651 estudiantes tienen por padres funcionarios de mediana categoría y 102 proceden de familias de pequeños empleados. De padres intelectuales con título académico proceden 588 estudiantes, de padres intelectuales sin título proceden 128 estudiantes. 145 estudiantes tienen padres que fueron o son oficiales o altos funcionarios militares. De los grandes terratenientes proceden 82, de los campesinos ricos 200 estudiantes. La estadística señala 1997 estudiantes procedentes de familias de comerciantes e industriales, de ellos 413 con padres propietarios de fábricas, de sociedades anónimas, etc. y 354 hijos de comerciantes e industriales independientes de mediana categoría. 352 estudiantes son hijos de empleados privados de comercio o industria en puestos dirigentes, mientras que 616 son hijos de funcionarios privados subalternos, 60 estudiantes son hijos de obreros, y es característico este dato: de esos 60 hijos de obreros, de obreros privilegiados, naturalmente, o que logran quién sabe por qué mañas obtener una entrada considerable, 3 estudian teología, 9 derecho, 4 medicina y 44 filosofía. He ahí cómo esos retoños del proletariado piensan trabajar por la liberación de la clase de que proceden. Desde el punto de vista religioso, 4689 son evangelistas, 1021 judíos, 89 sin confesión religiosa.

Esa estadística es sumamente triste, pero es real y está hecha sobre los documentos que deben llenar los propios estudiantes.

Toda la población universitaria procede de medios reaccionarios o lleva en las venas la herencia del arrivismo a todo precio. En la Universidad esos elementos no hacen más que dar bases racionales y conscientes a las nociones heredadas. No hay absolutamente ninguna razón para esperar que esa moderna fábrica de doctores pueda llegar a ser un día una palanca de la emancipación del trabajo. Aunque no se haya tenido jamás contacto con el ambiente de la Universidad, basta saber cómo se compone, basta saber de dónde proceden los estudiantes para concluir en que es preciso considerar los templos modernos de la ciencia como peligrosos focos de infección autoritaria y reaccionaria.

¿Pero es que el carácter de la universidad en la sociedad capitalista cambiaría por el hecho de que entrara en ella una mayoría obrera?

No nos ilusionemos; el hijo de obreros, en la Universidad suele ser más arribista que el hijo del aristócrata, que se sienta seguro de su porvenir. Por lo demás, ya hemos visto a qué se dedican los sesenta hijos de obreros que estudian en Berlín, unos a la teología, otros al derecho, y la mayoría a la filosofía (filosofía, matemáticas, ciencias físico-naturales). Ni siquiera sienten predilección por las materias técnicas, agronomía, ingeniería, medicina, etc.

Decíamos que en la sociedad capitalista no puede ser de otro modo, que la Universidad será siempre un semillero de fuerzas de la reacción; pero eso implica también una afirmación relativa a todas las formas de gobierno. Mientras la Universidad proceda del gobierno y no del pueblo, es decir mientras no se haya abierto la vía de la revolución social igualitaria y libertadora, no hay que pensar en una Universidad puesta al servicio de la investigación honesta de la verdad en beneficio de todos los seres humanos. Se habla mucho de Rusia, donde una mayoría de la población universitaria sale ahora del proletariado. Pero se olvida que el Estado bolchevista necesita la Universidad para sostenerse, como la necesitan los otros Estados. La diferencia está en que el gobierno ruso se apoya en la doctrina marxista y los otros gobiernos hacen suyas otras doctrinas. La Universidad rusa está creando un tal semillero de sacerdotes secos del marxismo oficialmente reconocido, que no sabríamos cuáles doctores serán más adversarios de la revolución de los trabajadores, los que salen de las universidades burguesas o los que salen de las universidades comunistas.

Esto no es una invectiva contra la ciencia, sino una afirmación más de que la revolución de los trabajadores no se hará ni triunfará bajo el signo simbólico de la toga del doctorado, como el emperador romano creía vencer bajo el signo de la cruz cristiana, sino que la reorganización de la sociedad debe ser obra, más bien que de ideas racionales y de conocimientos científicos, de los sentimientos de justicia, de los anhelos de libertad y de los instintos de lo bello y de lo bueno que existen en los trabajadores y en los oprimidos y que es preciso despertar, fortificar y cultivar.

I. K.

No es verdad que el hombre sea una criatura que sepa comprender la vida. Su inteligencia no le sirve de mucho; por el solo hecho de que hable no es por cierto menos bestia. Pero donde la bestialidad suya supera a la de los animales es cuando debiera adivinar el sentimiento de la desgracia en su semejante.

Es accesible que nosotros contemplemos en la calle un hombre con rostro demudado y la mirada absorta y perdida en el vacío, o bien una mujer que llora. Si nosotros fuéramos seres superiores deberíamos detenernos ante este hombre o esa mujer y ofrecerles prestamente nuestro auxilio. Ahí reside la superioridad que yo atribuyo al ser humano sobre la bestia. Pero no hay nada de eso.

P A N A I T I S T R A T I

La libertad que queremos para nosotros y para los demás, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en la opresión del débil; pero sí la libertad real, la posible libertad, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. — Errico MALATESTA.

Se ha de amar el arte por la influencia que con él puede ejercerse sobre el alma de los humildes, para ennoblecerla y exaltarla. — B. S. C.



AÑO V · BUENOS AIRES, 25 DE ENERO DE 1926 · [illegible]09

LA PROTE[illegible]A

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Ergástulas al aire libre

A menudo se habla del folleto "Qué son los yerbales" de Rafael Barrett, como de algo histórico y que sólo podía acontecer en el Paraguay, país salvaje y semibárbaro. La terrible requisitoria se la toma un poco como escarceo retórico, y a quienes alardean de ideas avanzadas les dejará inermes de todo combate interno, si en una noticia telegráfica del interior del país asoman los mismos crueles e injustos abusos, tanto a más horribles que los delatados por el autor de "El Dolor Paraguayo". Se subentiende que hombres libres en la acepción amplísima del término, como él, con su capacidad mental, con su profunda cultura, con sentimientos alquitarados de tinte sublime, presto siempre al sacrificio heroico, no existen precisamente en este suelo, y no se dan tampoco en ninguna parte con la abundancia que fuera necesario para el futuro mejoramiento progresivo de la humanidad. Doblar la acción del intelecto con la que se ejerce sobre la realidad cotidiana, son ejemplos, casos raros de hallar en un solo individuo.

Es por eso que trabajos de la índole de "Qué son los yerbales" no se escriben aquí, no se publican ni se piensa intentar copilarlos algún día con el fin bienhechor de aminorar la explotación inicua, asqueante de los negreros de la Argentina. Si de ello acusamos a los demás, no es porque nosotros estemos exentos de culpa alguna.

Hace escasamente dos semanas que una revista de la metrópoli comentaba una simple noticia. Es ésta: En Santa María, provincia de Catamarca, hay ingenios que — no siendo una excepción a la regla — tratan a los trabajadores como a bestias de carga que se les adquirió en un mercado de compra y venta, a guisa de ganado o de los antiguos esclavos. Las formas cambian, pero no en su interior mecanismo. Una vez reclutados se les empieza a imponer las condiciones más onerosas, con salarios completamente exiguos y un régimen de vida infernal. Y si estos desgraciados se quejan, o un día, acorralados por la desesperación y por las necesidades más perentorias, quieren rebelarse a esas imposiciones, la policía local — dependencia aneja a todo ingenio y, por supuesto, a la orden de los propietarios — los apaleará y los encerrará en infamantes calabozos. Esto, cuando la *reprimenda* no sube de tono y se emplean armas *liquidadoras*, que dejan maltrechas algunas vidas y suprimen otras.

Es lo que sucedió en los citados ingenios de Santa María. Un numeroso grupo de obreros que pretendían se les aumentase el precio a $ 2.70 para pelar mil kilos de caña, y no quiso avenirse a lo que querían darle los patronos, fué atropellado por la policía, quedando después del incidente varios trabajadores heridos y un muerto. La revista de marras, ante este acto barbárico de asesinato a mansalva, se reduce a emitir esta desmayada queja:

"Es de lamentar que tales cosas se repitan con tanta frecuencia en nuestro país. Fuera de los límites de la capital" y etcétera.

Hemos hojeado la prensa de todos estos días, y aunque no tenemos tiempo ni ganas de leer todos los kilos de papel impreso que aparecen convertidos en diarios y diaruchos, no hemos visto ni comprobado que en ninguna de las principales publicaciones se tratase ostensiblemente este asunto de capital importancia, como síntoma revelador de un estado de cosas insoportable aun para un hombre escasamente civilizado.

Esta situación de esclavitud, aunque no de forma y sí de hecho, está fuertemente implantada en los lejanos obrajes del Chaco y de Misiones, donde las empresas llegan a rifar, entre la peonada, las mujeres de quienes tienen deudas pendientes con la administración, como un rudimentario y salvaje procedimiento de saldar cuentas, y se caza a los fugitivos a escopetazos, cual alimañas feroces; en los ingenios se perpetran los mismos crímenes y desmanes con distintos métodos y mañas, pero con idénticos resultados; lo que también acontece en casi todas las provincias durante las opimas épocas de cosecha, apresando indefensos linyeras y trabajadores agrícolas, que deberán oblar cuantiosas multas en las comisarías por el delito de *vagabundaje*, cuando no se les muele a garrotazo limpio; y si después sucede un "accidente desgraciado", se les coloca en el medio de la vía del ferrocarril para que no dejen rastros.

No es posible que la inmensa mayoría ignore todos estos sucesos, repetidos un día y otro hasta agotar casi todos los meses del año. Son vagas noticias indicadoras que confusamente dan cuenta de estos abusos, vejámenes y expoliaciones, apareciendo y desapareciendo ora en un diario, ora en una revista impregnando el ambiente de un miasma sutil, un fluido extraño, de modo que todo el mundo sabe estas cosas, está al cabo de ellas, pero no quiere reconocerlas como una realidad viviente y desgarradora. Nadie ignora y todos callan. Esta es la verdad enorme e indiscutida. Oiréis: "Sí, en el



interior se produce tal o cual calamidad, este increíble atropello u otro, ¿mas qué podemos hacer nosotros?"

Sí, todos saben, y una inconsciente y temerosa apatía, o turbios intereses les impiden hablar. De repente una publicación, como la que señaláramos antes, anota el crimen, el despojo o la paliza, y comentándola en unas cuantas líneas termina con un cómodo: "Es de lamentar" y etcétera.

* * *

Todavía no hubo aquí — a pesar de todos los escritores vanguardistas y de las extremas izquierdas... — una criatura pensante y sentidora que recogiese todos los latidos de ese sufrir anónimo de los parias de las campiñas, yendo a convivir con ellos, sufriendo con ellos, para luego darnos alegatos vibrantes y palpitantes de esa ignominiosa vida semisalvaje y de esa despiadada explotación de estos seres. Estas obras harían palpitar la realidad ante quienes la conocen y se niegan a verla. Los confeccionadores de este género campero y de visos regionales, escribieron desde su bufete o documentábanse sobre hechos tartajosamente narrados por algún tercero, a quien a su vez también se lo comunicara otro tercero. Nadie fué a la selva y se quedó en ella por un par de años para informarse cómo se vive en los obrajes, en los ingenios y otras ergástulas al aire libre. ¡Qué fascinante tentación, qué magna empresa para un escritor social! Toda la literatura de tendencias sociales de aquí es infamemente libresca por haber hecho caso omiso de la realidad. ¿Existió ella en estos lares? Se han efectuado nada más que varios conatos sin ninguna trascendencia. Con constatar que tampoco se produjo un opúsculo con los meros datos informativos del "Qué son los yerbales" de Barret, está dicho todo. Los libérrimos Jack London, con la sed inagotada de los grandes horizontes y de las inmensas planicies, están todavía por nacer en esta tierra.

* * *

Veamos ahora, con una carta llegada a esta redacción, si podemos dar una pálida idea de lo que es un ingenio tucumano.

Quien se dirige a nosotros es un rudo y tosco obrero — no por eso menos admirable — que apenas puede, con su pluma, describir penosamente lo que ha visto y sufrido. Trabajó en un feudo azucarero por el espacio de ocho años. Si nosotros pudiéramos reproducir su carta con sus mismas ingenuas palabras, siguiendo sus rudimentarios giros, quizás fuera mucho más convincente que interpretada por nuestra prosa. Intentaremos una transcripción, la más cercana al original.

No hay en ella revelaciones sensacionales ni, por desventura, datos precisos, con el apoyo de las cifras de los salarios y de los gastos generales del obrero, para saber exactamente cuál es su situación económica.

Dice que este feudo se destaca entre todos por su "bárbara injusticia". Por ejemplo, al jornalero que se queda después de la cosecha, le será sumamente difícil salir, dadas las continuas promesas que se le hacen. Con el hoy y mañana, si transcurre un mes en la planta del ingenio, está perdido. ¡Y cuántos no incurren en esta trampa, tendida veladamente! El temor de no encontrar trabajo en otra parte les hace vacilar y a la postre les convence en demorar la partida en tanto que puedan. Y cuando esto sucede, se encontrará que durante la temporada de paro forzoso, habrá trabajado cinco o diez días por cada mes. Como los sueldos son absolutamente exiguos, empezará por pedir fiado en la proveeduría, disfrazada de casa comercial que en un tiempo se llamó "La Atalaya" y ahora "El Faro", perteneciendo, como se supondrá, al dueño del ingenio.

Explica este procedimiento la esclavitud, la continua dependencia económica de estos trabajadores, quienes se hallarán a merced de su negrero por el tiempo que él quiera, siéndole así fácil imponer el salario que más convenga a sus sórdidos intereses. Por otra parte, está absolutamente prohibido que un deudor abandone el ingenio, so pena de embargo y de prisión, toda vez que no oble contante y sonante lo que debe. Y como el trabajo *es excesivamente restringido para el verano, claro está, todo el mundo debe*; así escribe textualmente nuestro comunicante. Y es que la vigilancia no deja salir a nadie de cierto radio establecido por la administración. El obrero de esa gran industria es flaco, enfermizo y está siempre semidesnudo; y después de la zafra, la mayoría debe aliviar su precaria situación con la pesca y la caza en sitios determinados de antemano. Las viviendas donde se alojan los jornaleros y sus familias son inmundos tabucos que las mismas bestias rechazarían asqueadas. Y según nuestro comunicante, *es la escoria de Tucumán*, por la falta total de la más elemental higiene y la carencia de toda ventilación, pues hay un alto murallón alrededor del rancherío, que dificulta la circulación del aire. A este sitio se le denomina "El Cuadro".



Además de la voraz y encarnizada explotación, a los obreros se les tiene miserablemente humillados en las personas de sus mujeres e hijas, que son cortejadas con cinismo y desfachatez por los empleados superiores, con miras no muy limpias por cierto. Nos dice que si algunos de estos trabajadores *crucificados*, y cuyas *deudas* han sido víctimas de la satiriasis de los señores, llegan a protestar o enfurecerse, se les encierra en el escritorio y son tratados de la *manera más extravagante*, amenazándoseles con "secarlos en la cárcel". *Y como los pobres "son" tan mansos y sumisos, se resignan a llevarlos... hasta que Dios se acuerde de ellos*, exclama nuestro interlocutor en un instante de humorismo.

Además, si cualquier obrero se halla precisado de hablar por queja, reclamo o enfermedad, debe dirigirse a los empleados superiores, y en particular a un segundo administrador, quien arguye que no quiere entenderse con hombres, ya que van zonzeando de una parte a otra, perdiendo tiempo, con la excusa de los reclamos, en vez de estar trabajando. *Que para eso tienen familia, señora e hijas*, a quienes les sobra tiempo para estas cosas.

Nos dice que en los ocho años que estuvo trabajando no pudo conseguir que le escucharan una sola palabra, objetándosele los mismos pretextos extorsionadores esgrimidos contra los otros.

Aunque de todo lo transcripto se desprenda una idea vaga, borrosa, como si fuera visto todo a través de un lente empañado, dentro del ambiente general surgen detalles característicos y se modelan algunas fisonomías bastante expresivas que por pudor no quisimos acentuar. Para los cultivadores de la imaginación, estas sugestiones bastarán para que rumien largo rato.

No vemos que haya mucha diferencia de esta pasiva masa de siervos de hoy, de

Reflexiones actuales

Que no sean sólo voces de desaliento las que hoy se escuchen. Si el momento que atravesamos es bien triste, no es el primer período de esta naturaleza que atravesamos ni será el último, seguramente. Hay más razones para inquietarse por la interpretación que de este período den los revolucionarios que por las consecuencias mismas del dominio de la reacción. La reacción, si no podemos vencerla con nuestras propias fuerzas, se consumirá ella misma en sus crímenes y al fin será arrastrada por el instinto de conservación social que puede quedar inactivo algún tiempo pero no desaparecer. La revolución no es una mera doctrina o un fruto exclusivo de determinadas propagandas, es también un proceso biológico más poderoso a veces que la voluntad de los hombres. Pueden ponerse obstáculos a ese proceso, hasta temporalmente puede ser desviado de su objetivo natural, pero la vida reclama al fin sus fueros.

Después de los desdichados años de la revolución europea de 1848 siguió un furor reaccionario en todos los países; en algunos, como en Francia, un Napoleón III no tuvo inconveniente en dar a su golpe de Estado un barniz humanitario y obrerista; y recuérdense los esfuerzos que hizo para atraer las simpatías de los obreros revolucionarios, a algunos de los cuales supo ganar a su devoción. Pero lo mismo bajo el manto del obrerismo y de la democracia, la política, que siguió a los frustrados intentos de 1848, fué en alto grado una política reaccionaria y en 1854, un escritor, Louis Reybaud, pudo creerse autorizado a escribir: "el socialismo ha muerto; hablar de él es pronunciar su oración fúnebre."

Diez años más tarde se fundó la Internacional en Londres y siete años después aún se proclamó la Comuna de París. El socialismo no había muerto.

Después de la Comuna siguió un terrible período de persecuciones en todos los países de Europa y desde los parlamentos se lanzaron anatemas y excomuniones contra la Internacional; eso no impidió su desarrollo y difusión, pero vino un momento de cansancio en los militantes que hizo lo que no habían hecho las persecuciones y los procesos: se dió por algunos años la apariencia de haberse puesto un fin a la propaganda de las ideas revolucionarias. En España ese período duró cuatro o cinco años, pero en 1881 se convocó un congreso obrero nacional que demostró a las clases conservadoras la infructuosidad de sus medidas represivas. El socialismo no había muerto ni desaparecido según los deseos de Sagasta o de Castelar.

¿Y los dos o tres años que siguieron en la Argentina al centenario de su independencia nacional? No tienen nada que envidiar a este período de fascismo y de dictadura militar. Sin embargo, el movimiento ha sido fortificado desde entonces, tiene más fuerza y más difusión que nunca y actualmente una dictadura como la fascista en Italia, nos cerraría la boca unos años, pero no tendría más resultado que engrosar nuestras filas con sus excesos. Nos disgustaría, claro está, el tener que quedar inactivos un largo período, el no poder sostener nuestro movimiento públicamente, el caer asesinados por las hordas de malhechores en funciones gubernamentales sin la posibilidad de una resistencia adecuada; para nosotros, personalmente sería una tragedia espantosa, pero nuestro movimiento renacería después de un cierto período, más fuerte que nunca.

No, lo que tememos más de la reacción por lo que se refiere a nuestro movimiento, no es la reacción en sí, es más bien la pérdida de la brújula en nuestros camaradas. Ese confusionismo es el que nos parece fatal y mucho más nocivo que todas las violencias gubernamentales.

Ya hemos hablado del anarco-garibaldismo de algunos anarquistas italianos en Francia; hemos comentado también las concomitancias de los camaradas españoles con los partidos políticos burgueses casualmente adversos a la dictadura militar. Ahora surge una nueva idea, procedente de Asturias y tendiente a dar un fundamento legal a la Confederación. Y esa idea parece disfrutar de una cierta acogida, pues incluso *El Productor* de Blanes, ese nuevo periódico que por lo demás da una nota tan simpática de combatividad y de comprensión de los problemas del anarquismo, parece dispuesto a apoyarla. Juzgamos que se cometería un error funestísimo. Los camaradas de Asturias presentan el propio ejemplo de la organización regional, legalmente autorizada y que puede desarrollarse sin mayores inconvenientes. Piensan, en consecuencia, que si hiciera lo mismo la Confederación, ese reconocimiento legal significaría una vuelta a la normalidad. Y Eleuterio Quintanilla, tan silencioso en estos años, levanta la voz, al parecer en ese sentido. Sin embargo es fácil comprender una cosa: mientras nuestras fuerzas sean en la región asturiana relativamente débiles para emprender ninguna acción importante, la organización obrera, legal o no, será tolerada. Pero Gijón no es Barcelona; no hay más que echar una ojeada a la prensa de cualquier color: mientras el nombre de Barcelona va unido a una lucha enérgica incésante contra el capitalismo y el Estado, Gijón hasta ahora no tiene fama más que por la buena sidra. Barcelona no volverá a la normalidad por el hecho de que la Confederación se someta a la legalidad; para ello habrá de desviarse fundamentalmente de su tradición que no sin razón merece nuestro respeto. Para que Barcelona volviera a la normalidad, el proletariado revolucionario catalán tendría que renunciar a sus luchas y eso no pueden exigirlo los camaradas de Gijón. Si la organización catalana sigue representando un peligro para el capitalismo después del reconocimiento legal, se procederá contra ella lo mismo que antes, lo mismo que siempre. La ingenua fe en la ley de los camaradas de Asturias nos desconcierta; parece que no hubieran oído declarar a Mussolini que la ley son los carabineros, la guardia civil; el que tenga esos instrumentos en su poder, tiene la ley en sus manos.

Por lo demás hay países, como los germánicos y los escandinavos, en que la organización legal es un fruto espontáneo e inevitable; pero en los países latinos, hasta aquí, no hubo más organizaciones legales que las reformistas; y a pesar de esa legalidad, el movimiento obrero efectivo ha estado en manos de los anarquistas, que tuvieron siempre buen cuidado en ir contra la legalidad, no por medio de la legalidad, sino al margen de ella. ¿Podríamos prever lo que resultará de una sumisión de nuestras organizaciones, cuyo objetivo de cada instante es la lucha contra el orden estatuído, a la legislación vigente? Sólo al plantearnos esa pregunta nos damos cuenta de lo absurdo que es la pretensión de dar estado legal a nuestras aspiraciones antilegales.

No, la reacción no es tan peligrosa en sí como las interpretaciones que le suelen dar los revolucionarios.

Algunas veces se nos presenta a nosotros mismos la duda: ¿no serán más desastrosas para el movimiento las luchas internas y las disidencias que los golpes brutales de la reacción? En nuestra prensa se leen a menudo exhortaciones a la concordia, a la lucha común contra el enemigo común. En eso hemos sido un tanto heréticos y hemos visto el enemigo común no sólo fuera, sino también dentro del movimiento. La campaña contra el "frente único" ha sido pródiga en enseñanzas; creemos que hemos contribuído en algo a deshacer ese sofisma. Pero es curiosa la coincidencia: Al mismo tiempo que se nos cubría de insultos en nombre del anarquismo por nuestra oposición al "frente único" de los trabajadores, cuando se intentó presentársenos internacionalmente como enemigos del proletariado, el órgano de la Confederación Patronal de Cataluña (*Producción, tráfico y consumo*), el organismo patronal más activo que se haya conocido, escribía apasionadamente en favor del frente único proletario, de la sindicación única, asegurando en su número de enero de 1922 que esa era una medida francamente obrerista "por lo que tiene de vigorización y de unidad, de potencialidad resistente, de frente único proletario."... ¿No es chocante esa coincidencia de la Confederación patronal de Cataluña con los esfuerzos en el mismo sentido hechos por la Confederación Nacional del Trabajo en 1918-1919? Hoy ya no se nos insulta por habernos opuesto al frente único proletario; la convicción de la exactitud de nuestros puntos de vista es ya casi general; pero en cambio se nos señala con el dedo como promotores de las discordias sin fin que tienen lugar en el movimiento anarquista de la Argentina y de otros países. Algún día se aclarará también de un modo espontáneo lo que hay de verdad o de malevolencia en esa afirmación. Pero lo cierto es que las discordias existen y que llevan el desaliento a muchos corazones. A nosotros no nos inquieta mayormente ese presunto desgarramiento interno. Pensamos que si tiene sus aspectos desagradables, tendrá también sus virtudes y sobre todo una influencia moralizadora de primer orden.

Los socialistas autoritarios no quisieron nunca la revolución social, sino sólo la conquista del poder a todo precio, aun al precio del supuesto socialismo por ellos propagado. Todos vemos hoy que han triunfado, que han llegado a la meta de sus esfuerzos; son hoy en casi todos los países un partido de gobierno. ¿Y cuántos no han sido sus desgarramientos y sus luchas internas? En Francia, por ejemplo, no hubo jamás armonía alguna, y las luchas entre guesdistas y allemanistas, luego entre guesdistas y ministerialistas, por una parte, y entre allemanistas y broussistas por otra dejan en la sombra todas nuestras pequeñas contiendas. El único período en que todos los socialistas franceses estuvieron unidos fué el de la guerra, cuando formaron la alianza sagrada con la burguesía para la defensa de la patria en peligro. Luego vino la revolución rusa, la invasión de los rublos moscovitas y siguieron nuevas escisiones. En una palabra, la historia del socialismo francés es una historia de luchas internas apasionadas e incesantes. Eso no impidió formar el frente único ideal que hemos mencionado, durante la guerra. Tampoco impidió tener siempre una buena partida de diputados en el parlamento y haber conseguido la gloria imborrable de haber trabajado más hábilmente que los partidos burgueses en salvar a Francia del contagio revolucionario de la post-guerra. Es decir, las luchas internas no impidieron la consecución de su objetivo.

¿Y la socialdemocracia en Alemania? ¿Qué significan todas nuestras riñas y nuestras escisiones en comparación con el pleito que duró más de quince años entre revisionistas y radicales? Cuando se leen los debates habidos en el congreso de Dresde en 1903 entre la tendencia de Bebel y Kautsky por una parte y la de Bernstein por otra, nuestro lenguaje y nuestras disputas nos parecen juegos infantiles. Antes del revisionismo, equivalente al ministerialismo en Francia, se había producido la escisión de los "jóvenes", de los cuales una parte evolucionó hacia el anarquismo y otra volvió a la socialdemocracia; al finalizar la guerra, nueva escisión, la de los socialistas independientes, que evolucionaron unos hacia el comunismo moscovita y el resto volvió al seno del viejo partido, etc. Esas luchas oscurecen por su violencia verbal todos nuestros conflictos. Sin embargo, la socialdemocracia alemana ha llegado a ser lo que quería: uno de los partidos más fuertes de la reacción en Alemania.

En todos los países los ejemplos son parecidos.

Nuestro fin es la supresión del principio de autoridad en la vida social y la reorganización de la sociedad sobre las bases del mutuo acuerdo y de la solidaridad. El hecho de los desgarramientos internos, ¿nos apartará un sólo paso de la finalidad anhelada? Creemos que no. Tal vez, después de todo, sean esas escisiones un aliciente para la actividad de los diversos sectores que contienen en sí vitalidad suficiente. No, esas disidencias no se producen caprichosamente, tienen su razón de ser en el hecho mismo de su existencia. En ciertos momentos nos puede parecer insalvable la distancia entre los diversos sectores. Pero echemos una ojeada a la historia y veremos que no es que no será así. Nuestros desgarramientos internos terminarán, como los de socialistas autoritarios respecto a su tendencia, con un fortalecimiento general del movimiento libertario, porque así como nuestros supuestos hermanos de la primera hora no abandonaron un solo instante la ruta iniciada, nosotros no abandonamos tampoco el objetivo perseguido y continuamos nuestra labor unidos o disgregados en la forma que entendemos más apropiada para llegar a nuestra meta.

S.

---

este preciso momento, con sus patrones que retienen el derecho de pernada, con los parias de hace quinientos años, propiedad de los feudos del medioevo, cuyos señores ejercían la misma función privativa.

Luisa Michel sintetizaba con estas tres palabras la historia del proletariado: Antiguamente esclavos; ayer ilotas de la gleba; hoy siervos del salario.

———— *** ————

IDEALES CAVERNARIOS

Mientras Norteamérica está tramitando la centésima conferencia del desarme, y en Europa se está discutiendo la supresión de los submarinos para que sirva a los fines navales de Inglaterra, el nuevo comisario de guerra ruso Vorshiloff, dirigiéndose a los estudiantes del Colegio Militar de Leningrado, les espetó esta corta arenga:

"El ejército rojo es actualmente superior a todos los ejércitos burgueses de Europa, por la conciencia política de sus soldados, por su disciplina y su firmeza moral. Dentro de pocos años, nuestra técnica será posiblemente muy superior a la de los países capitalistas".

Causan no poco desengaño declaraciones semejantes, que en nada se diferencian de las de cualquier generalote de Alemania, Francia, por no citar más que las dos potencias de mayores pujos militaristas. Cuando este buen *comunista* habla de *burgueses* y de *países capitalistas* nos parece oír los mismos eufemismos de los políticos de Europa que, a cada momento, invocan los fueros de la humanidad mancillados, la causa de la civilización universal en peligro y otras zarandajas parecidas.

Con toda imparcialidad y hasta respeto por las ideologías ajenas, nos permitiremos observar que a medida que transcurren los años, Rusia, bajo la presión sofocadora del partido bolchevista, se va acercando a pasos agigantados a los organismos burgueses que los comunistas intentan zaherir con sus críticas y debelarlos cuando logren un mayor poderío.

Allá en el suelo ruso existen, como en el Occidente, las masas asalariadas, la explotación del hombre por el hombre, ya en nombre del Estado o de las empresas particulares; los gobiernos también pretenden perder su tiempo, las millonadas de rublos y cuantiosas energías humanas para seguir construyendo artefactos de guerra y máquinas micidiales en abierta competencia con las potencias imperialistas de la tierra. La diferencia no es sensible entre ellos y sus presuntos enemigos.

Posiblemente, este poderosísimo ejército rojo ensayará imponer, por la fuerza de las armas, la revolución mundial. Si estos no fueran los fines que pretende alcanzar, deberá emplearse en empresas de conquista, anexándose nuevos territorios, como si los de Rusia no le bastaran. Si tampoco es esto lo que se propone, deberá usar estas fuerzas militares para guardar el orden interno, suponiendo que el descontento popular lo hiciera necesario. Pero entonces, ¿para qué aspiran a la supremacía militar y ser técnicamente los más poderosos del mundo, si ninguno de estos propósitos encaja en el marco revolucionario y socialista? Ya que ellos se jactan abiertamente de no ser imperialistas ni burgueses explotadores, ni piensan implantar la teología comunista con las armas en la mano — cosa poco factible lo de catequizar a balazos y cañonazos, — no sabemos para qué quieren un ejército tan formidable.

Hasta este momento los Estados burgueses mantienen los ejércitos y las flotas de guerra como medio de conquista y de represión y también para lograr el absurdo de la paz armada. Para estos bellos ideales cavernarios y paleolíticos, los pueblos y el proletariado trabajan y viven en la miseria, con el exclusivo fin de sufragar los gastos, de cifras astronómicas, que ellos demandan.

Pensemos con toda buena intención que las autoridades de los soviets han de ser totalmente opuestas a las de los países capitalistas, y de rodillas adoran el pacifismo, practicándolo cuando pueden. En-

tonces a este poderoso y formidable ejército deberán otorgarle algún rol, y el único adecuado será emplearlo en las paradas de las tantas efemérides del novísimo santoral comunista, con Lenin a la cabeza, quien está sentado a la diestra de Carlos Marx. Asimismo, como tema decorativo para las fiestas populares, es un chisme costosísimo y sería suficiente contratar unos cuantos miles de comparsas, como lo hacen las grandes compañías cinematográficas.

Esta gente se olvidó de la lección de la revolución francesa, que fué un ejército de desarrapados ardiendo de amor y entusiasmo el que expandió las semillas del liberalismo francés, y cuando alcanzó a ser el más poderoso y aguerrido del mundo, bien pronto fué derrotado.

***

El milagroso maná

Gran Bretaña, con todo su poderío, con sus inmensas colonias, con sus numerosos recursos que recaba de sus propias industrias, no pudo hasta ahora extirpar de su seno la gangrena que significan algunos cientos de miles de desocupados. Desde el armisticio fueron en aumento y, no obstante que se hayan sucedido varios gobiernos, con la interpolación de un gabinete socialista, este número fantástico, por su cantidad, en poco ha decrecido. La estadística arrojó hasta ochocientos mil hace un año y quizás más. Pero deben haber todavía quedado muchos en la misma Londres, si hemos de juzgar por una noticia cablegráfica.

Para Europa, este invierno ha sido uno de los más crueles, con su séquito de tempestades, catástrofes, inundaciones y otras calamidades similares. En cambio, para la gigantesca Londres, el leviatán de las metrópolis del mundo, sumida ocho meses al año en la humedad y la niebla, el haberse desencadenado una tormenta de nieve fué para ella una bendición. ¡Paradoja irónica ésta, la de un fenómeno atmosférico que se convierte en el maná caído del cielo, de los hebreos en el desierto, quienes pudieron refocilarse milagrosamente con un alimento celestial enviado oportunamente por el ceñudo Jehová.

El mismo carácter de milagro tuvo esta bienvenida nevasca. Los millares de desocupados londinenses — *the hungrymens*, — los hambrientos por meses de forzoso ayuno, pudieron comer durante algunos días mediante un trabajo extenuador en plena intemperie y mal retribuído. En efecto, "verdaderos ejércitos de hombres sin trabajo acudieron a las agencias de colocaciones, *logrando encontrarlo* (?) con una remuneración de un chelín y cuatro peniques para limpiar de nieve las calles. Y han sido muy pocos los que se han negado a trabajar, alegando que la paga es reducida."

Hasta aquí el balbuceo del esperanto cablegráfico. En estas dos últimas líneas, para quienes sepan leerlas y sentirlas, está contenida la más lancinante tragedia de esta civilización fementida, falsaria y monstruosamente ególatra. Meditad: *nadie se negó a trabajar, aduciendo que la paga era reducida.* ¿Cómo hubiesen podido negarse a sí mismos y a los suyos estas bocanadas de oxígeno que prolongarían la interminable agonía? ¿Qué otra cosa son estos diez o doce chelines que podrán ganar en unas horas, para los traspasados de debilidad, quienes se han mantenido, no se sabe desde cuándo, con una alimentación precaria? ¡Vaya con el descubrimiento macabro de este lebrel metido a corresponsal, que no se contenta con registrar malamente la realidad objetiva, desea sazonarla con su comentario!! El dilema brutal de *prendre* o *laisser*, tomarlo o dejarlo, no era el más apropiado para que una turba famélica pudiese elegir o protestar. Negarse hubiera sido cometer la heroicidad de un suicidio. No es cuando el hambre nos infiere sus más agudas dentelladas que se apela a los remedios heroicos.

Pero, asimismo, muchos, en el trance de ganar un trozo de pan para los suyos o para ellos, sucumbieron. Escuchad: "Había muchos hombres mal vestidos y de aspecto enfermizo que, escoba y pala en mano, se han pasado la noche entera luchando contra la nieve, pese a lo intenso del frío, que no ha podido menos de vencer a varios de ellos, haciendo necesario su transporte a los hospitales municipales."

Después de semejantes episodios, dentro de los cuales acciona una muchedumbre astrosa, semidesnuda, macilenta y famélica, ataraceadas las carnes por las cuchilladas del nocturnal cierzo; masas de fantasmas dantescos, iluminados por la siniestra lumbre de las antorchas, que se debaten como los condenados en un infierno blanco a fin de hacer durar un poco más sus miserables existencias, — qué nos importa la grandiosidad de ese imperio, ni de sus vetustas universidades, ni de sus centenaria cultura, ni de su poderosa flota, ni las tierras que con ella pudo apresar, si con todos estos instrumentos no supo sino crear incesantemente esos cúmulos sucesivos de miseria que hacen de estos millares y millares de desocupados, piltrafas humanas, quienes al conchabarse buscando el sustento, cavan su propia tumba y la de los suyos?

¿Cuál respeto puede merecernos toda esta inmensa armazón de casuística católica o protestante, con sus sermones, sus himnos, sus múltiples congregaciones y toda la vasta trama de su administración política-diplomática, si tras de elevar esta torre de Babel se necesita que estalle una tormenta de nieve para que un centenar de millares de pobres tenga comida durante una semana?

Sólo llegará a su plena civilización aquella sociedad o colectividad humana que sepa asegurar a todos sus miembros por igual los imprescindibles y necesarios elementos para la vida; eso que todas las especies inferiores poseen por derecho natural. Mientras no se llegue a esa altura, de absoluta independencia económica por el trabajo razonable de cada uno, seremos sólo alimañas diestras en escamotear el trabajo ajeno, verdaderos bárbaros con mucha ilustración.

El rescate de las sabinas o, Mussolini, los aventinistas y la cuestión moral



NARCISO AVENTINISTA.— ¡Avergonzaos fascistas! Vuestro crimen es inicuo. Forzasteis y robasteis vuestras mejores mujeres: Opinión Pública, Parlamento, etc., etc. ¿Dónde están ellas? Habéis violado el derecho y las leyes. Con este bagaje de libros os demostraremos vuestra inmoralidad que ha de prostituir a la dulce Italia...

ESCIPION MUSSOLINI.— Confieso. Somos raptores; hemos violado vuestra moral y vuestros derechos, pero el derechos fascista es un nuevo derecho nacido conmigo. El derecho por la violencia

CLEOPATRA ITALIA. — Sufro con este romano con olor a cebolla. ¡Quitame de su lado, robadnos! Apelad a vuestras fuerzas, no seais cornudos. Borra con acciones tu cobardia de antaño.

NARCIO AVENTINISTA.— ¡Ah! eso nó. Un aventinista no debe apelar a la violencia. Volveremos a nuestras casas y lloraremos la desgracia. Algún dia, fascista, os remorderá la conciencia.

Un pintor representante de un arte popular (1)

Hemos poseído durante algunos días el gran libro de Enrique Rousseau, llamado el aduanero. Se podían ver cuentas como las siguientes:

Vendido M. mi retrato por 300 francos; vendido a Mr. una caza al oso por 150 francos; vendido a M. un bello paisaje de Méjico con monitos por 100 francos.

El gran libro de Rousseau, empleado para su contaduría, era un carnet para anotar la ropa que entregaba a la lavandera. Hacia el 1914, las telas del aduanero se vendían a 1500 francos. En 1921 se pagó por uno de sus cuadros 27.000 francos. El último año el museo de Praga adquirió el retrato del pintor por 140.000 francos.

Enrique Rousseau murió en el hospital de Necker a la edad de 66 años. En la época de su muerte, Vollard era el solo mercante de arte que poseyese telas suyas. Y todavía no se las ha hecho ver a nadie. La mayor parte de sus obras se hallaban entre los escritores y los pintores: Gustavo Kahn, Courteline — que las compró en son de burla —; Arsene Alexandre, Guillermo Apollinaire y los pintores Charles Guerin, Roberto Delaunay, Soffici, Serge Ferat y ect.

¿Quién reveló a Rousseau? — Los pintores. ¿Quién aprovechó los altos precios de sus cuadros? No son seguro los mercaderes de arte. La pintura moderna, a pesar de las revistas, los diarios y los escritores que hacen crítica artística, se desenvuelve en un medio muy reducido, mantenida por un núcleo más reducido aún. Cuarenta mil pintores viven y trabajan en París. Se puede destacar de esta multitud los que cuentan, y reuniremos una centena. La pintura de Rousseau no estaba hecha para el gran público de entonces, cuando él vivía. ¡Courteline se mofaba! Se puede ser un gran escritor y no *sentir* la pintura.

En ciertos círculos se escribió mucho sobre el aduanero: Remy de Gourmont, Soffici, Jarry, Uhde, Apollinaire, Salmon, Roch Grey comentaron abundantemente su obra.

¿Genio o pintor mediocre? En plena búsqueda formal, en plena crisis cubista, los jóvenes pintores pudieron notar toda la ayuda que les reportaba esa obra, muy pura, toda naturaleza, esta pintura de la *chusma* y de la aldea, del ex-voto y del letrero de las posadas y cantinas, remontándose a una tradición popular, que a los simbolistas les interesa más bien por sus viejas canciones.

Ese pintor que quería para sí la maestría del oficio, que reunía amigos en su casa para ofrecerles veladas musicales; que vivió mucho más cerca de los pequeños artesanos de la calle que de los críticos de arte; ese pintor, quien soñaba crear animales extraños, pájaros y aves sorprendentes, y colocaba desnudeces entre un paisaje fantástico, hay que imaginarlo creando todo ese mundo de fantasía en el siglo XIV. Es en esa época como nos parecerá completamente natural. cuadros, disminuirán acaso su valor?

Pero he aquí que Rousseau nació en 1848 en Leval. Aquellos que le conocieron, se asombran de que en los tiempos de los autos, de los aviones de los hermanos Wilbur Wright y del Metropolitano, pudiese sobrevivir tal virginidad de espíritu. Se ha dicho que su padre fué hojalatero y su madre fué tan piadosa que gastaba todas sus economías comprando golosinas para obsequiárselas a los eclesiásticos golosos. Es un bello y ridículo espectáculo imaginarse a estos señor y señora y al pequeño Enrique, rodeados de abates regordetes embadurnados de crema!

Si es dudoso que haya tomado parte en la guerra de Méjico — Roch Grey ve en sus paisajes exóticos y en sus palmeras un recuerdo de jardín botánico, lo que nos parece muy juicioso — por lo menos se sabe que hizo la guerra de 1870 y que tomó parte en el sitio de Chateaudun. Por lo demás, toda su vida tiene mucho de una *imagen a lo Epinal*. En París, empleado en la oficina de gabelas, pinta en horas de asueto. En sus principios fué un pintor dominguero. Ha sido casi imposible conocer si tuvo verdaderas ánsias de componer y escoger sus tonos. ¿Poseyó jamás semejante inquietud? Sus comienzos pictóricos se produjeron sólo a los cuarenta años. Se cuenta que Gastón Jarry, su comprovinciano, fué quien lo indujo; otros afirman que Gauguin le determinó a pintar.

Hemos visto una fotografía a la edad de cuarenta años. Nada tiene de mediocre ni tampoco de soñador. Su mirada es clara, el ojo es inteligente y su semblante es el de un hombre perfectamente capaz de escoger la pintura como una distracción agradable. No esperaba que su arte subviniese a sus necesidades. Su vida está asegurada por lo pronto por su salario de empleado, dando lecciones de violón y de pintura, y si en sus últimos años la pintura le aporta algún subsidio, queda siempre como una distracción superior de hombre sobrio o mejor de hombre inteligente, que quiere crear, que comprende el sentido de las cosas y desea expresarlas a su modo.

Como poeta es pueril. ¿Pero cuáles son sus contactos con el mundo? Vive en su estudio de la calle Perrin; la muerte de un amigo, la adquisición de un gato por un niño, el regalo de unas flores a una vecina bastan para conmoverlo. Puede ser que ejercieran mucha más influencia los recuerdos de los folletones novelescos que las acciones que nunca realizó.

Rouseau es el retorno de lo angelical en el arte. Pueril, ciertamente, pueril como el Shakespeare de "As you like it", o como Breughel. Es la poesía en su fuente primitiva, que al principio fluyó de los bosques para los pastores, antes de correr por los llanos e ir a la ciudad. Muy pronto los teóricos hablan de composición de los cuadros de Rousseau. Solamente los poetas le comprendieron hasta ahora, y, más que todos, Apollinaire:

Un tout petit oiseau
Sur l'epaule d'un ange
Ils chantent la louange
Du gentil Rouseau (2).

Lo que veía Rousseau era a la vez terrible y cautivador: tigres para cajas de juguetes; caballos de calesitas, plantas y florecillas al ras del suelo; ensayos de ciervos voladores, sobre las fortificaciones, fiestas en el barrio del 14 de julio; he ahí los elementos de su composición, pero esos temas los sabía sublimizar: el tigre devoraba un caballo, el caballo arrastraba la carretela de M. Juinet; los ciervos volantes se convertían en aviones, y el baile del barrio Plaissance en la gran recepción de los representantes de las potencias extranjeras llegando a saludar la república en señal de paz. He aquí la fantasía en pleno juego.

¿Pero, el pintor? Posee en grado sumo el amor por una brizna de hierba que ve de muy cerca, en la que descubre tonos insospechados. Otro en su lugar se serviría de algún color convencional; él no, vuelve a componer pacientemente, como asimismo descompone y compone un tono blanco o negro... Y, dirigiéndonos exclusivamente a los pintores, ¿existirá un negro más bello que el de Rousseau? Pudo obtenerlo en cualquier comercio de colores y hecho de una materia vulgar, mas puesto al lado de los otros tonos adquiere un valor desconocido hasta ahora.

Pintaba con un cuidado meticuloso y

extremo, con una paleta limpia; amaba la pintura por sobre todas las cosas, como si cada cuadro debía quedársele para siempre, como si cada tela estuviese destinada a adornar su habitación, encima de la chimenea. Sn alguien se asombraba de verle convivir rodeado de sus pinturas, replicaba:

—Tú comprenderás: cuando despierto puedo pasar revista a todas mis telas.

Lo que esta pintura debía traerle a los artistas, es los sentimientos de la inmarcesible frescura que una obra simple e ingenua puede todavía conmover en nuestra época. Por eso era necesario que sorprendiese por una virtuosidad colorista y por un sentido innato de la composición. Sin embargo, su color es lo que menos sorprende. Obtiene raros refinamientos, tonos de coral cerca de los azules claros; anaranjados vívidos cerca de verdes sombríos; los mismos tonos de los figones, de los letreros y de la calle.

¿Su alma se aproxima a los primitivos? Es para él, como para los pintores del siglo XIII, el libro, más a menudo el libro popular, que a Rousseau le sugiere el sujeto. A los antiguos las biblias miniadas, a él los romances populares.



MARTHA SCHRAG — "El yugo"

No se tiene razón de avecindarlo con la manera de los primitivos. *Ellos todo lo conocían*. Rousseau, sin maestros, era autodidacta que no conocía todo lo que se puede adquirir por la experiencia. Ello quizás le salvó del academismo, y su instinto supo encontrar leyes que no parecían más regir la pintura de nuestra época. Por eso jamás podrá ser un buen maestro; se dió todo en su obra, se explicó enteramente, por así decirlo, se agotó y se definió. Aquellos que se inspiran en sus composiciones, — los salones están llenos de reminiscencias, remedando su *manera*, — no podrán volver a encontrar ese candor, que no existe en sus composiciones ni reside en sus colores, pero realiza este ideal: expresar una cosa del modo más claro y más absoluto y lo más simple posible.

El caso del aduanero no es excepcional. Conocemos las obras, cuyos nombres nos son desconocidos, como ese deslumbrante *imaginista* de Narbona, Juan Bautista Guiraud, quien es colocado en seguida de Rousseau en la historia de la pintura popular. Pues el caso suyo es un retorno a la pintura popular. Los que quieren ver en él un ente grotesco, niegan el arte de aquellos que crearon los calvarios bretones, o de los que crearon el "Pitágoras" y "Los Pastores" de la catedral de Chartres. Es, en efecto, el verdadero arte del pueblo, guardando la espontaneidad, la melancolía y la sentimentalidad. Por eso suena a derrota contra los realistas y los técnicos, como lo son un Clement Vautel y Carlos Chassé, quienes para *amar* una obra quieren comprenderla en seguida, y cuando se la ama tan súbitamente... se concluye por no comprender nada. Ellos niegan el genio y la intuición. ¿Estarán en su derecho al preferir el sabio al poeta?

Los precios que ahora alcanzan sus cuadros, ¿disminuirán acaso su valor?

---

(1) *Damos este artículo como tácita réplica a una correspondencia publicada en los suplementos dominicales de "La Nación", abonada por la firma de Camilo Mauclair, famoso crítico de música, pintura y etc., quien en ocasión de celebrarse una exposición del uruguayo Figari, en París, y de la donación de algunas telas de Rousseau al Louvre, denigraba veladamente al aduanero, para adular a las repúblicas del Plata — Argentina y Uruguay — en la persona del autor de un arte pictórico decrépitamente infantil, con marcadas miras a una arqueología patriotera.*

(2) *Un pequeño pájaro — posado sobre la espalda de un ángel — ambos cantan las loas — del gentil Rousseau.*

Del Arte

Falta ácido azótico, potasa, legía y desinfectantes en la mayoría de los cuadros de hoy. Porque se pinta mucho para bichos de número 100. Desde que la pintura abandonó el muro, al pueblo poco le interesa. Y bosteza en las exposiciones. El invernáculo y la media luz no son para los que suben la cuesta penosamente.

¿Por qué son conceptuosas las exposiciones y singularmente parecidas a oficinas de gobierno, donde siempre vemos una taza grande de café con leche y el "Sea breve"? ¿Por qué no se inauguran con farolitos de colores y música? No con óperas italianas ni nocturnos románticos, sino música de circo, o de rancherío, o de casinos... Alegre música dibujada con cuchillo, haría desaparecer las telas de los marcos; las malas telas, se entiende, y nos brindaría una ventana cerrada, incitante, que no vacilaríamos en abrirla gozosos.

Muy sinfónico de color, muy decorativo, gracioso de línea, bien empastado, bien de carácter, tiene soltura, hay buena factura, muy bonita la pose y ¡qué lindo, ché, el marco, parece antiguo!... Vaya, vaya, como mi cocinera, no comprendo el palabrerío de los góticos pollos que tienen bibliotecas y unos retratos "pintados con pinceladas valientes".

H. Matisse, porque sus discípulos, sobre todo los extranjeros, se pasaban las horas fabricando "matisses"; cerró las puertas de su academia. Con el mismo método Anglada se hubiera evitado tantos imitadores que todavía hablan de armonías, de pelotones de color, de espatulazos y de arabescos...

Actualmente poco podemos pedir al artista. Sus obras parecen las de un mendigo cuando son honradas; y cuando no, las de un lacayo orgulloso, de su brillante librea. ¡Oh, siglo de transición, de cañones, de rostros amargados, de cruces y de generales!

RAMON GOMEZ CORNET

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

EL PRINCIPIO DE LAVOISIER

Por los últimos años del siglo XVIII, cuando se transformaban en Francia las ideas, lanzó Lavoisier su genial principio: "*En la Naturaleza nada se pierde, nada se crea*". Desde entonces quedó establecido que los fenómenos naturales, físico-químicos y vitales, se rigen por dicho principio, interpretándose como transformaciones constantes de la materia, cambiando ésta de forma, pero no de cantidad: el alma, siendo inmaterial, se escapaba a este cartabón, pero no la materia del cuerpo, lo que dió lugar a que se resucitaran y tomaran más incremento las ideas del Pantransformismo. ¡Quién sabe a qué sublimes esperanzas do transformismo se acogería, cuando la guillotina separó de su cuerpo aquella cabeza que, como la de Mirabeau, pesaba para la Francia tanto, tanto!...

Dentro de las actuales teorías del energetismo y del atonismo, quizás pierda terreno el principio citado: esto, se encargarán de demostrarlo científicamente los sabios.

Parece más adaptable a nuestra lógica actual, concebir que en un principio el Universo fué la partícula infinitamente pequeña de materia, que ésta se fué multiplicando incesantemente hasta constituír el átomo, y éste, a su vez, hasta constituír la molécula, y que de la multiplicación de ésta se formó la primera nebulosa, de la que surgieron después, por incesante multiplicación y transformación, las estrellas, soles, sistemas planetarios, etc., hasta llegar al estado actual del Universo, el que seguirá creciendo y envejeciendo día a día hasta el Infinito de los tiempos.

La Naturaleza nos da ejemplos de esto en la vida animal y en muchos otros fenómenos: de una célula, el óvulo, se forma un organismo entero por la incesante proliferación de ella. En el mundo de los cuerpos celestes, observamos que aparecen y desaparecen estrellas, que los cometas cada vez que nos visitan, llegan con transformaciones notables y que otros desaparecen completamente del campo de nuestros alcances; hay infinidad de asteroides de los que no sabemos qué papel desempeñan, ni cuáles serán sus últimas evoluciones en el transcurso de los tiempos. Todo esto habla en favor de una constante creación y transformación a la vez. El principio de Lavoisier quedaría modificado completamente y sustituido por este otro: *En el Universo constantemente se crea y se transforma la materia*, o: *En la Naturaleza nada se pierde, sino que constantemente se crea.*

No he sabido que al "Tiempo" se le haya dado una facultad creadora y transformadora, pues en la Cosmogonía de Hesiodo, que es de las más antiguas, se le da un papel secundario y hasta se le vence y relega a un lugar insignificante. Quiero referirme al Tiempo en absoluto, a la sucesión de momentos sin nuestro pensamiento; concebir el principio del Universo como la partícula más pequeña de materia, partícula que se multiplica incesantemente, transformándose a la vez, que supone desde el principio una inmensa nebulosa que constantemente se transforma sin cambiar de cantidad. Ni aun concretando intervención de otro factor más, al Tiempo como Eternidad y no como duración limitada, al Tiempo que siempre ha existido, antes de que existiera el menor vestigio del Universo y que seguirá existiendo, aún cuando éste desapareciere absolutamente; al Tiempo, no como intemperie, en la que, como es natural, entran los factores de todas las energías del medio (en nuestro planeta presión, gravedad, temperatura, onda eléctrica, etc., y en todo el Universo seguramente muchas más), sino al Tiempo considerado como algo que modificara un cuerpo aislado completamente de toda influencia exterior universal, si dicho cuerpo pudiere colocarse en las condiciones citadas. Podemos concebir la falta de espacio; no así la falta de tiempo. El Tiempo siempre ha existido y siempre existirá.

Siendo el Tiempo eterno, cabe considerarle una facultad creadora y transformadora en la Cosmogonía y en la vida del Universo; o si se quiere considerarlo como el factor de que se sirvió el Creador en su obra.

El tiempo siempre ha existido y existirá.

El Tiempo creó la partícula infinitamente pequeña de materia.

El Tiempo hizo que dicha partícula engendrara otra segunda, con los mismos atributos, más otros nuevos, es decir: los atributos de la anterior (herencia) más los que el Tiempo imprimió a la nueva partícula durante la gestación o evolución de la materia; y, más, los que imprimió a la nueva materia, que por ser algo distinta de la anterior, tenía que reaccionar distintamente al Tiempo.

Entre estas dos primeras partículas de materia, resultó el primer espacio, porque siendo de materias algo diferentes, no pudieron adaptarse exactamente entre sí.

Entonces comenzó el primer choque, la primera lucha, la primera atracción y repulsión, la primera diferencia de energías, lo primero positivo y negativo, la primera revolución y reacción, la primera diferencia de potenciales, la primera fuerza resultante, el primer desequilibrio, el primer movimiento, el primer ión y anión, la primera revolución cósmica, el embrión del Universo.

De la primera partícula nació la segunda muy semejante a la primera, pero con algunas diferencias, así como de una célula nace otra semejante pero con caracteres propios. De las dos partículas referidas nacieron otras dos, de éstas, cuatro, y así sucesivamente, en incesante progresión creciente, creciendo siempre y siempre diferenciándose en elementos cada vez más distintos, hasta constituir la "mórula" universal. A la vez que pululaban, aparecían, con su diferenciación constante, nuevas afinidades, nuevas repulsiones, que a su tiempo engendraban nuevas fuerzas o modificaban las existentes, todos indicios de nuevas formas de energía: la primera forma de luz, de electricidad, calor, etc.; pues seguramente la luz no fué en su principio tal y como hoy la observamos, con sus siete colores y los últimos que se le asignan, sino que del primer color o de la primera manifestación de ella, fué evolucionando hasta el estado actual y seguirá evolucionando quizás aun más. ¿Quién podrá demostrar que las ondas eléctricas de Hertz aparecieron desde un principio?

Evolucionando la materia incesantemente, de la mórula universal llegó a formarse la primera nebulosa, y de esta surgieron otras, hasta diferenciarse la materia de estrellas, soles, sistemas planetarios, Tierra, materia vegetal, animal, materia humana... creciendo siempre en cantidad y constantemente diferenciándose no sabemos hasta donde.— ¿El alma humana no será algo de la materia del hombre que superevoluciona en el momento de la muerte?

¿Existirán cuerpos celestes superrevolucionados con un medio a propósito para que prosigan su evolución las almas humanas?. — La Gloria de Dante y Milton fácil es de concebirse así, y así sus moradores: un medio supremamente bello propicio a las almas supremamente bellas.

El que un astro desaparezca, o el que la Tierra disminuya constantemente de volumen hasta desaparecer también, nada significaría para negar el constante crecimiento del Universo, porque la materia que estos astros aparentemente pierden, se transformaría en otra, que va a aumentar la de otros cuerpos del Universo, o a contribuír a que se verifiquen las constantes transformaciones de otros.

Sea la materia una, y la energía una cualidad de ella, o materia y energía una misma cosa; sea el Tiempo el factor que las crea, o sea otro (y en este caso cuál?), es más fácil concebir, por lo que observamos en nuestro medio, que el Universo haya nacido como la Unidad y que crezca infinitamente, constantemente transformándose, que lo contrario, es decir: que haya aparecido en cantidad, como actualmente se nos presenta, y que dicha cantidad no tenga otra propiedad que la de transformarse constantemente, sin aumentar ni disminuir.

En la Cosmogonía que imaginamos, se nos presenta la primera materia, es decir, la primera partícula de ella, con un poder de atracción hacia la partícula que engendra, como algo negativo a la separación; y la materia engendrada, con una propiedad positiva, es decir, una tendencia hacia la separación: de esto resultan dos fuerzas contrarias, la atracción de la partícula primitiva y la repulsión de la engendrada, y, como resultante, un equilibrio que mantiene a dichas partículas a determinada distancia y como en un movimiento de vaivén.

De aquí que los cuerpos en el espacio, o la materia toda del Universo, se mantengan en constante movimiento por la resultante de esas dos fuerzas, la atracción hacia el centro de origen y la repulsión hacia la periferia, lo que haría pensar en la modificación del principio de Newton: "Los cuerpos en el espacio se ATRAEN Y RECHAZAN en tal o cual proporción" y no únicamente: "Se atraen en razón directa de las masas e inversa del cuadro de las distancias".

F. RAMON



Los filósofos son como los pedagogos: éstos se esfuerzan en indicar la manera de enseñar ciencia que no conocen, como aquéllos pretenden sacar conclusiones trascendentales de ciencias que no poseen. No obstante las materias a que se dedican, ambos prestan utilidad en la tierra: son vías de turismo que permiten admirar paisajes soberbios sin las molestias del viaje a pié. — "Diógenes".

Canción de un pan moreno

¡Pan moreno, pan del indio
de mi raza y de mi sol,
pan que huele a tierra de aguas
y a cántaro con frescor!...

Tienes el color que tuvo
el seno que me crió:
Seno de india mexicana
caliente de corazón.

Tienes el color que tiene
la que sabe mi canción,
mujer de morenos brazos
que vive mirando al sol.

Eres de trigo moreno,
aunque dulce de sabor,
pan del preso y del soldado,
del pobre y del labrador.

A todos te das lo mismo,
como se divide el sol:
¡tienes oculta la entraña
pero tan claro el sabor!

Pan moreno me recuerdas
el seno que me crió
y hueles a tierra de aguas
y a cántaro con frescor.

J. TORRES BODET

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

El escenario aparece dividido en dos. A la derecha, un vestíbulo que comunica con el interior de la casa; a la izquierda una verja con un portalón practicable que da al exterior.

Hora tardecina, ambiente primaveral.

ESCENA I

Alrededor de la mesa del vestíbulo ahita de papeles, sentados en sendos sillones, aparecen *Rosarondo* y *Piedrabuela*.

Rosarondo: Hombre rozagante y dicharachero. *Piedrabuela*: enjuto y parco.

Piedrabuela. —Bueno; esta es mi última palabra y ya usted me conoce, seré inflexible; estoy dispuesto a dejarlo en la calle si no me paga. ¡No admito más dilaciones! Si para el 15 de este mismo mes, usted no ha levantado esos documentos, yo inicio la protesta, no espero más!

Rosarondo. —¡Pero amigo Piedrabuela!...

Piedrabuela. —Pero amigo Rosarondo, usted está abusando de nuestra amistad, usted me trata como a un chiquillo, (*contra*) usted es... (*Pausa*).

Rosarondo. —¡Ja, ja, ja! ¿Por qué no lo dice, amigo, dígamelo: ¡Usted es un sin-ver-güen-za! ¿Eh, no era eso lo que me iba a decir?

Piedrabuela. —Sí, era eso, no voy a negárselo.

Rosarondo. —¡Ja, ja! ¿Y qué? ¿Voy a quererme ocultar delante suyo que hace más de veinte años negocia conmigo? ¡Sí, hombre, sí, soy un sinvergüenza! ¡Ja, já, ja!

Piedrabuela. —Le envidio su carácter. Yo en su lugar...

Rosarondo. —Se pegaba un balazo, eh? Eso es una cobardía, mi amigo.

Piedrabuela. —Más cobardía es vivir de lo que usted vive.

Rosarondo. —¿Y de qué vivo yo?

Piedrabuela. —¡De trampas, pues!

Rosarondo. —¡Qué amigo éste, que amigo! ¿Sabe que está usted algo, ¡cómo diré! algo...?

Piedrabuela. — Desconocido, eh?

Rosarondo. —En verdad, lo desconozco esta tarde. Por lo común es usted un hombre tan sereno y mesurado que esas expresiones suyas, así descarnadas, me asombran, sí, me asombran y confunden.

Piedrabuela. —Me halla usted raro hoy, ¿verdad?

Rosarondo. —Sí, amigo, lo hallo nervioso, violento; sino lo conociera como lo conozco casi diría que está usted emocionado; ¡pero emocionado usted, bah!

Piedrabuela. —¿Y si le dijera que estoy emocionado? (*Pausa*). (*Rosarondo se echa a reir sonoramente*).

Rosarondo. —¡Amigo, amigo! ¿Se quiere usted burlar de mí? ¿Me va a hacer creer que usted, el frío y experimentado hombre de negocios, siente emoción por cobrarle a otro experimentado hombre de negocios... a quien desprecia?

Piedrabuela. —¡Desprecia?

Rosarondo. —Sí, mi amigo, sí; no soy tan tonto aunque me haya arruinado. Sé que usted me desprecia, quizás no tanto por mi proceder que no está muy lejos de ser el suyo...

Piedrabuela (*Reconviniéndolo*) —Rosarondo!...

Rosarondo. —Bah, somos viejos amigos, sus escrúpulos están de más, nadie nos oye. Yo soy un sinvergüenza; pero un sinvergüenza franco...

Piedrabuela. — Y yo, hipócrita?

Rosarondo. — Es cierto; ya que hoy ha llegado el instante de poner en claro nuestras cuentas, pongamos también nuestras opiniones. Es usted un hipócrita; hay más de un pobre diablo que lo cree a usted un caballero! No tardará en arrepentirse.

Piedrabuela. — ¡Señor Rosarondo! (*De pié*).

Rosarondo. (*Sonriente y calmoso*) — Siéntese, doctor Piedrabuela, siéntese. Me parece que debe tratarme como a cómplice, sencillamente, como a cómplice.

Piedrabuela. — Ahora yo lo desconozco, amigo, lo desconozco; su lenguaje...

Rosarondo. — ¿No es el que uso en sociedad, eh? Es un lenguaje que me reservo para los amigos... de confianza... de mucha confianza... Pero siéntese, mi querido doctor, siéntese. (*Piedrabuela se sienta*). Quedábamos en que usted siente desprecio por mí.

Piedrabuela. —Yo no lo he dicho.

Rosarondo. — Pero lo piensa. (*Ademán del doctor*). No proteste, mi querido doctor, no proteste, si lo sé de sobra, mejor: *lo sabemos* de sobra; pero usted no me desprecia a mí por mi proceder comercial que es el suyo, lo repito, usted me desprecia porque me ve arruinado; y nada más que por eso!

Piedrabuela. —No sé por qué me lo dice usted.

Rosarondo. —Se lo digo porque ha de ser mucho su desprecio hacia mí, cuando usted trata de burlarse del modo que lo ha hecho.

Piedrabuela. —No veo la burla.

Rosarondo. —Sí, mi amigo, ¿no es una burla grosera querer hacerme creer a mí, su viejo cómplice, que usted se halla emocionado por cobrarme esta cuenta, amenazándome con ponerme en la calle? ¿Usted, el doctor Piedrabuela, emocionado? Oh, si usted, mi querido compañero, sería capaz de arruinar a su propio padre, sin sentir emoción alguna. ¿Recuerda?...

Piedrabuela. (*Interrumpiéndolo con vivacidad*) —No me ha entendido usted, eso es todo.

Rosarondo. —No me interrumpa, déjeme que recuerde aquel...

Piedrabuela.— (*Volviendo a interrumpir*). —Rosarondo, le ruego más serenidad, escúcheme usted, usted se halla ofuscado ahora.

Rosarondo. — ¿Yo? ¿yo ofuscado? ¡Bah! (*saca cigarrillos*). Fume, son excelentes, me quedan varias cajas que si no me apresuro a fumar... se fumará usted, mi amigo! (*Rie. Enciende*).

Piedrabuela. —Siempre irónico usted!; pero escúcheme: Usted se halla ofuscado. Cree que yo simulo emoción porque me veo en el trance de cobrar lo que me adeuda. Bien; yo no estoy emocionado por eso. No soy tan hipócrita..., ni tan bobo, aun cuando esta tarde no me halle en plena posesión de mí mismo. Mi emoción proviene de algo más... más exótico, más sobrenatural en mí, proviene de que... Usted reirá, pero siento pudor al decírselo.

Rosarondo. —¡Pudor, pudor!; a los quince años ya había olvidado yo lo que quería decir esa palabra.

Piedrabuela. —Ríase, mi amigo; ¡pero estoy enamorado!

Rosarondo. (*Con cómico aspaviento*) ¡Enamorado? ¡Hola! He aquí un notición para mí, ¿enamorado usted? ¡Me asombra!

Piedrabuela. — Y aun se asombrará más si le digo de quién estoy enamorado.

Rosarondo. —¿Supongo que no será de mí mujer?

Piedrabuela. —No es de su mujer; pero sí de su hija.

Rosarondo. (*Repite el cómico aspaviento*) —¡De mi hija?

Piedrabuela. —De su hija. (*Pausa*). ¿Qué me dice?

Rosarondo. —Que estoy lelo.

Piedrabuela. —¿Y?

Rosarondo. —¿Y, qué?

Piedrabuela. —Aguardo su opinión.

Rosarondo. —¿Mi opinión? ¿Dirá usted mi consentimiento?

Piedrabuela. — Sí, su consentimiento.

Rosarondo. —Le seré franco: como negocio me conviene. ¿Porque supongo que mi futuro yerno me dará un recibo por el total de mi deuda?

Piedrabuela. —Aceptado.

Rosarondo. —Bien, no hay que hablar. Como negocio, para mí, es excelente; pero queda el punto... y aquí le toca reir a usted ahora, queda el punto sentimental, por decirlo así, Vd. puede ser abuelo de la muchacha. Ella creo que tiene su galán joven y buen mozo. ¿Lo querrá a usted, la ha dicho usted algo?

Piedrabuela. —No me he atrevido claramente, aunque me trata con marcada preferencia.

Rosarondo. —Eso no quiere decir nada, ella sabe la estimación...

Piedrabuela. —Sí, sí; ¿la estimación que usted me profesa?

Rosarondo.— Sí, sí; la estimación que nos profesamos. (*Ríe ruidosamente*). Bromas aparte: Usted necesita mi ayuda, usted me compra esa ayuda; y yo se la vendo. ¡Negocio cerrado, camarada! Trataré de ayudarlo. Usted sabe que en ello se va mi honor. O usted se casa o yo quiebro. El dilema es imperante. ¡Usted se casará! (*Toca una campanilla*). Recoja esos papeles, voy a hacer llamar a mi mujer. Usted no ha venido a hablar de negocios, usted ha venido a pedirnos la mano de nuestra hija.

(*Aparece una mucama*)

Mucama. —¿Llamó el señor?

Rosarondo. —Sí, dígale a la señora que venga, que la esperamos aquí, el doctor Piedrabuela y yo.

Mucama. — Está bien. (*Váse*).

Rosarondo. —Ahora me explico el por qué usted ha comprado los documentos que me concernían. Usted compraba mi consentimiento, al hacerse mi acreedor único. La maniobra es vieja.

Pidrabuela. —Pero no pierde su eficacia.

Rosarondo. —Es cierto. Al principio no me explicaba yo su interés por comprar mis documentos. Hasta cierta vez tuve el candor, ¿me creerá usted?, tuve el candor... Para que vea que por más experimentado que uno esté, siempre conserva una migaja de ese estúpido candor. ¡Qué bruto fuí!

Piedrabuela. —¿Y qué fué ese candor?

Rosarondo. —Tuve el candor de suponer que usted compraba mis documentos para salvarme de la ruina, para... ¡Bah! Pero ese candor fué cosa muy pasajera, se lo aseguro. Fué una ensoñación, algo así como si creyese que cualquier día va a bajar una legión de ángeles para llevarme a los cielos (*ademán*) volando como un querubín... Ja, ja, Ja! Ya está aquí mi mujer.

(*Continuará*)

EL COOPERATIVISMO

Los orígenes del cooperativismo.—

El cooperativismo es un sistema de organización económica que tiene por fin la generalización de la cooperación.

Cooperación, del latín *cooperatio* — obrar juntos.

La cooperación es, lo dice su etimología misma (co-operar), método de acción por el cual se obra, se trabaja, se hace algo en unión con otros. Pero siguiendo estrictamente la definición etimológica de la palabra, iríamos muy lejos y saldríamos también de los confines que limitan el campo de la actividad y de la acción del cooperativismo, aun del que se inspira y encuentra parte de su nutrición en el propio pensamiento burgués.

El cooperativismo, entendido del modo más amplio, desde el punto de vista burgués tiene como primer propósito, como su razón de ser, la transformación de la solidaridad involuntaria o impuesta en solidaridad querida, o consciente. Quisiera hacer del instinto solidario que existe en todos los seres una fuente poderosa de bienestar para todos. Pero en la práctica, la cooperación fué utilizada también, como veremos más adelante, por una parte de la burguesía que no supo hacer más que transformarla en una nueva red apta para someter más estrictamente a la masa trabajadora y doliente al carro capitalista y poder explotarla así más fácilmente.

Algunos estudiosos, basándose precisamente en el instinto solidarista que se encuentra en todos los seres y que nace con ellos, hacen remontar la forma de cooperación, sobre todo en la producción, a los albores de la humanidad, buscando sus rastros y sus expresiones ya entre los primitivos. Pero reconocen que esa cooperación es inconsciente y casual.

Según nosotros, este hecho no vendría a probar nada más que el instinto profundamente arraigado del apoyo mutuo entre los seres, sea para vencer la naturaleza hostil o para hacer frente y vencer los peligros que afectan igualmente a todos, es la consecuencia, o mejor una necesidad misma de la vida social.

Pero esta tendencia, que quiere encontrar las raíces, la fuente del cooperativismo entre los primitivos, o la que c[illegible] de que es el resultado de una reflexión ideológica, es fuertemente combatida por otra especie de cooperativistas que afirman, al contrario, que el cooperativismo es una imperiosa necesidad de la vida social que somos forzados a vivir, y que nació sólo a consecuencia de la explotación capitalista.

Hay otros aún que hallan una aplicación de estas ideas o métodos en la edad media bajo algunas formas de cooperativas agrícolas, que sobre todo en Francia tuvieron una cierta influencia y asumieron una relativa importancia en aquellas épocas. Pero su verdadero comienzo, como movimiento consciente y amplio, está mucho más próximo a nosotros.

La primera cooperativa de producción en Inglaterra fué fundada en 1777 en Birmingham. En 1814 Robert Owen organizó la primera cooperación de consumo en su fábrica de New-Lamark; pero el primero de los experimentos realmente importantes y nacido de los trabajadores y al que se refieren a menudo los cooperativistas, es el de Rochdale, región no lejana de Manchester. Los tejedores de Rochdale son considerados unánimemente como los verdaderos iniciadores del cooperativismo, aunque no sea más que por que su experimento, salido de la nada podría decirse, llegó pronto a formas verdaderamente considerables y notables.

Sus causas, objetivos y aplicaciones.-

Decíamos que el cooperativismo es un sistema de organiazción económica que tiene por objeto la generalización de la cooperación.

En la mente de sus iniciadores, la cooperación o también la "asociación" como se definía en algunas partes, era (ahora se ha molificado sensiblemente este sentido) como la panecea de todos los males, el medio para transformar del mejor modo la presente sociedad sin necesidad de la revolución y poder obtener resultados importantísimos sin recurrir a la violencia. Las primeras cooperativas que surgieron y sobre todo las más prósperas fueron las cooperativas de consumo.

"Para evitar el pago de un formidable tributo a los intermediarios del comercio, un grupo de obreros cotiza para comprar juntos un saco de harina y revenderlo después a los miembros del grupo a precios de costo, más algunos gastos mínimos de administarción. Y poco a poco, a fuerza de privaciones y de luchas, ese grupo logra atraer a otros y procurarse mutuamente todo cuanto pueden consumir, al 20, 30 por ciento por bajo de los precios dados por los otros comerciantes. Así se tuvieron las primeras cooperativas de consumo" (Kropotkin, Cooperation et socialisme, *Temps Nouveaux*, agosto de 1895). Estas formas de cooperación están más difundidas porque su ideal, el de crear almacenes de venta en los cuales los consumidores sean ellos mismos los propios vendedores, está más al alcance de todas las manos y de todos los cerebros.

La asociación cooperativa de consumo ideal, perfecta, sería la que procurase a sus miembros todos los objetos necesarios a su existencia y tuviese por finalidad la supresión del comercio — entendido como comunmente se entiende, como intermediario cuya función se reduce a encarecer los artículos — y de los comerciantes en tanto que comerciantes.

En una cooperativa, teóricamente, no hay intermediario entre comprador y vendedor y las mercaderías no son falsificadas. Su sistema de venta es al contado, lo que permite una inmediata realización del capital y en segundo lugar muchos compradores, para "eliminar los malos clientes". Pero cada fin de año se hace el balance de los beneficios realizados y después se divide entre los miembros o compradores según las compras hechas durante el año. El que más ha comprado más beneficios retira.

El compañero Pedro Kropotkin, en su interesante libro *El Apoyo Mutuo* escribe a propósito de cooperativismo: "Las asociaciones cooperativas, particularmente en Inglaterra, son a menudo descritas como compañías de accionistas individuales; y en el estado actual de la cooperación (el libro de Kropotkin fué publicado en 1902) tienden sin falta a producir un egoísmo cooperativo, no sólo en la comunidad, sino también entre los cooperadores mismos. No es menos cierto que en su origen el movimiento tuvo esencialmente un carácter de apoyo mutuo. Hoy mismo, sus más ardientes promotores están persuadidos que la cooperación conducirá a la humanidad a una armonía más perfecta en sus relaciones económicas, y no es posible permanecer en alguna de las plazas fuertes de las cooperativas del norte de Inglaterra sin convencerse que el mayor número de la masa de los cooperadores comparten esa opinión. La mayoría de ellos perdería todo interés por el movimiento si tuviera esa fé, y hay que reconocer que, durante los últimos años, un ideal más elevado de bienestar general y de solidaridad entre productores ha comenzado a tener curso entre los cooperativistas. Hay sin duda hoy una tendencia a establecer las relaciones mejores entre los propietarios de los establecimientos cooperativos y los obreros."

Casi todas las cooperativas obreras comenzaron míseramente, oscuramente. Con dos o tres, con una docena a lo sumo, cotizando 20, 30 ó 40 céntimos semanales, hasta que, una vez reunida la suma necesaria para abrir un pequeño almacén, el núcleo inicial da vida al germen que fructificará después y llegará a ser una cooperativa de consumo. Así ocurrió para la famosa cooperativa de Rochdale.

En 1844, después de una huelga frustrada, veintiocho modestos tejedores de Rochdale, frente a la exasperación de la situación económica, se reunieron, cotizaron cada uno 20 céntimos por semana con el propósito de dar vida a un depósito de consumo cooperativo, pensando aliviar así un poco su situación verdaderamente terrible. Con esos ahorros semanales más que escasos, casi ilusorios, recogieron 700 francos, y con ese pequeño capital abrieron un almacén. Había entonces otros almacenes cooperativos; pero de cooperativos no tenían más que el nombre. Habían sido creados por pequeños accionistas que adquirían una, dos o tres acciones de esa empresa; que vendían al público y después se dividían las ganancias sin distribuir nada a los consumidores, como hacían hasta entonces los demás comerciantes. Los cooperadores de Rochdale, guiados por Howart, un socialista partidario de la doctrina de Robert Owen, decidieron, al contrario, no dar más que una parte, el cinco por ciento, a los accionistas y dividir los beneficios restantes entre los compradores, como se practica corrientemente desde entonces en todas las sociedades coopeartivas. Este hecho tuvo el efecto de interesar a todo consumidor en el desarrollo del almacén cooperativo, de hacer popular la cooperación concebida así y de propagarla en todo el país. Según el secretario de la sociedad de Rochdale, esa medida llevó en dos años a la creación de más de 200 cooperativas de consumo" (A. D. Bancel, *Le cooperativisme*, París, 1901).

Si la de Rochdale no es la primera cooperativa de consumo, es sin embargo la tentativa que abre el camino, que lo indica a muchas otras, inaugurando un verdadero período de realizaciones cooperativistas.

En efecto y sólo para citar las más importantes que marcaron una época en la historia del movimiento cooperativista, vemos en 1865 en Alemania, en Breslau, formarse una cooperativa que después será una de las más poderosas, y en 1872 en Inglaterra, en Leeds, la Industrial Society, ambas surgidas de humilde origen, y ambas con un desarrollo verdaderamente grandioso.

La cooperativa de Leeds fué la primera cooperativa que ayudó a los obreros en lucha contra el capital. Dió veinticinco mil francos a los obreros metalúrgicos en huelga y 150.000 en favor de la caja para la educación. La cooperativa de Leeds, en septiembre de 1897, en su veinticinco aniversario, contaba 37.000 miembros y

alizaba negocios por 25 millones de los ales obtenía 4 millones al año de beneficio.

En 1886, un grupo de empleados de Milán, con un capital de 1712 liras, vertidas por 174 socios, inspirándose en los estatutos de los cooperativistas de Rochdale, crearon la Unione Cooperativa, que tuvo después un desenvolvimiento creciente.

Después se constituyeron en Basilea, Ginebra, etc., nuevas cooperativas.

En 1893 algunos obreros tejedores de Gante (Bélgica) se decidieron a fundar una cooperativa, la Vrije Bakkers. Algunos años después surgieron disidencias y los obreros de tendencia socialista colectivista se separaron de los demás. Pero sin embargo no abandonaron la idea de crear una nueva cooperativa, incluso con la ayuda del sindicato de tejedores, simpatizante de las ideas socialistas, que prestó 2.000 francos, y pudieron fundar la nueva cooperativa *Vooruit*, que se convirtió en una de las mayores y más prósperas.

Pero sólo más tarde y sobre todo ante la exasperación de la lucha social y el aumento de las dificultades económicas de la clase obrera, se fueron creando cooperativas cuya actividad y desarrollo nos interesan más a los anarquistas.

Las diversas formas de cooperación.

Las formas de cooperación podrían dividirse en tres grandes categorías, es decir en cooperativas de consumo, de producción y de crédito. Pero éstas a su vez podrían subdividirse en tres o cuatro categorías: Cooperativas de consumo y de producción, cooperativas de trabajo, cooperativas de construcción y en fin bajo otro aspecto, cooperativas de cooperación entre capital y trabajo como la participación en los beneficios.

Como veremos luego, lo que más nos interesa desde el punto de vista anarquista y, aun criticándolo siempre fuertemente, lo que no podemos dejar de considerar, son las dos formas más comunes de cooperación, la de consumo y la de producción.

Cooperativas de consumo.—

Las cooperativas de consumo son la formas cooperativas más ricas y más difundidas, siendo al mismo tiempo las de funcionamiento y creación más simples, aunque no sea más que porque todos somos consumidores.

Estas cooperativas son almacenes de venta en los cuales los consumidores son ellos mismos los propios vendedores, tratando así de suprimir todos los intermediarios que se colocan usualmente entre los productores y los consumidores, y cuya mayoría no sirven para otra cosa que encarecer los productos a causa de sus deducciones diversas. Los beneficios que resultan de esas cooperativas son, o deberían ser, distribuídos entre los mismos compradores, según la proporción de las compras hechas.

Cooperativas de producción.—

Son las asociaciones en las cuales el verdadero productor o los que trabajan, trabajan juntos, por cuenta propia, sin patrón y dividiéndose entre sí los beneficios obtenidos de su industria. Pueden ejercer su actividad en todas las industrias. Las hay agrícolas, manufactureras, artísticas. Están sin embargo menos difundidas que las de consumo, porque son más difíciles de realizar exigiendo un capital mayor y muyor cualidad. Son también las más sujetas a degenerar pronto por los numerosos compromisos a que son inevitablemente llevadas.

Cooperativas de consumo y de producción.—

Cuando las cooperativas de consumo son creadas, se interponen nuevas y numerosas dificultades a su desarrollo, porque si han conseguido alcanzar una parte de su objeto, el de la supresión de los comerciantes, no llegaron sin embargo a suprimir todos los intermediarios, como prometían. Entonces se presenta la cuestión y la necesidad de unirse, de federarse o crearse otras cooperativas de producción que puedan proporcionar todo o una parte de lo necesario a la cooperativa de consumo. Tenemos así formas de cooperativas mixtas o dobles que están bastante difundidas en todos los países. Las formas más comunes de estas cooperativas de consumo y de producción son las de los panaderos, sastres, zapateros, etc. etc.

Cooperativas de crédito.—

Son más bien favorecidas y sostenidas por los pequeños propietarios y los pequeños comerciante que, siempre en dificultades por la falta de capitales suficientes, son incitados a unirse y a entenderse y a darse ayuda recíproca y por consiguiente a fundar cooperativas de crédito.

Estas pueden ser de diversas especies, por ejemplo Banca o Caja popular y Bancas o Cajas rurales. Las Bancas rurales son las más difundidas, porque particularmente entre los agricultores ocurre fácilmente el caso, sobre todo en ciertas épocas del año, que uno de éllos tenga necesidad de adelantos que les permitan superar el momento crítico y llegar al período de la cosecha.

Para una Caja o Banca rural no se necesitan grandes capitales, lo que basta es, lo que más usualmente acontece, que los miembros, habitantes de una misma región, se declaren solidarios unos de otros, facilitando, favoreciendo incluso en un momento de necesidad la busca o la garantía del capital necesario a alguno o a varios de los cooperadores.

Los que proporcionan el crédito no reciben o no deberían recibir ningún interés, y sólo cuando hay algún beneficio va a engrosar el fondo común de la cooperativa, que es indivisible.

La primera Caja rural fué fundada en Alemania, en Flammersfeld en 1849 sobre las bases indicadas más arriba, por un cierto Reiffaisen.

Las Cajas o Bancas populares tienen como objeto el crédito, y su principio es el mismo de las Cajas rurales, pero su funcionamiento es diferente, aunque no sea más que porque deben obrar en un campo más vasto y complejo. Estas, a diferencia de las Cajas rurales, tienen necesidad de un capital que recogen emitiendo acciones, de las cuales, en ciertas Bancas, son proporcionales al crédito qu deberá recibir después el miembro. Los beneficios son divididos entre los socios según el crédito recibido.

La primera Banca popular ha sido fundada en 1850 en Sajonia, en Delitzsch, por el juez de paz de la localidad, Schultze. Tuvo luego gran desarrollo, no sólo en Alemania sino en todos los países.

Las cooperativas de trabajo.—

Están difundidas más que en ninguna parte en los países pobres, por ejemplo en Italia. No constituyen más que grupos de obreros que no pueden disponer y poner en cooperación con otros trabajadores más que sus brazos. En Italia, estas cooperativas son llamadas cooperativas de braceros o jornaleros. Se encargan de realizar determinadas labores, sea en la agricultura, sea en la construcción. Se encargan sobre todo de la construcción de casas, de calles, de vías ferroviarias por cuenta de personas privadas, de municipalidades y también del Estado.

Las cooperativas de construcción podrían llamarse también de préstamo; su fin es ayudar financieramente a los que desean tener una casita. Un grupo de personas deseosas de tener una habitación propia se reunen y tratan de recoger los capitales necesarios. Según el capital aumenta por las continuas cotizaciones hechas por los cooperadores, se saca a suerte uno o más de los asociados para edificarles su casa, sino se hace para todos a la vez. Esta forma de cooperación está bastante difundida en todos los países.

Participación en los beneficios.—

Es una forma de contrato entre la dirección y los obreros de una empresa cualquiera en virtud de la cual la primera se compromete a dar a los segundos una parte de los beneficios obtenidos por la empresa misma donde tanto los obreros como la dirección (los patrones) se comprometen a hacerla próspera y a desarrollarla más y más.

Los iniciadores de esta forma de cooperación entre capital y trabajo, entre patrones y empleados, como Linclaire, sostuvieron la opinión de que el capital en una industria, es sólo un auxiliar y como tal, no se le puede conceder la parte más considerable de los beneficios obtenidos por la industria, sino que una parte igual al menos a ella corresponde también a los obreros.

Cooperativismo y anarquismo.—

En agosto de 1895, Pedro Kropotkin escribió un artículo sobre cooperativismo y socialismo, en el que trataba de demostrar la diferencia entre las asociaciones de consumidores y de productores entonces existentes, y lo que deberán ser en la sociedad futura, diciendo: "Sabemos que en la revolución social la asociación de los consumidores y de los productores, será una de las formas de la sociedad naciente. Pero no aquellas asociaciones que tienen por objeto embolsar su plus-valía o beneficio. Por lo demás, los anarquistas criticaron siempre fuertemente el movimiento cooperativista y sobre todo su tendencia cada vez más acentuada cuanto más tienden a desarrollarse las cooperativas, a capitalizarse y a repetir el mismo error burgués."

En otro lugar, y un nuevo ejemplo entre innumerables, escribió Elíseo Reclus en una carta fechada en 1877:

"La historia de las asociaciones obreras cooperativas es ya larga y sabemos cómo en semejante materia es más peligroso aún triunfar que sucumbir. Un fracaso es una experiencia más que permite a aquellos que lo sufrieron volver a la gran corriente de la vida y de la revolución. Pero un triunfo, eso es lo fatal.

"Una asociación que triunfa, que gana dinero y se hace propietaria, se conforma fatalmente con las condiciones del capital, se aburguesa, descuenta documentos de cambio, procesa a sus deudores, recurre a las leyes, deposita sus valores en la Banca, especula con los fondos públicos, acumula capital y lo hace valer con la explotación del pobre. Se vuelve rica, entra en la gran confraternidad de los privilegiados; no es más que una compañía financiera, obligada a rechazar a los que no pueden ofrecer más que sus brazos. Completamente separada del pueblo, convertida en simple excrecencia social, se estabiliza; lejos de secundar la revolución, la combate a todo precio: todo lo que tenía de fuerza viva al comenzar su obra, lo vuelve ahora contra sus verdaderos amigos, los desheredados y los revolucionarios, y a despecho de toda la buena voluntad de sus miembros pasa al campo enemigo: no es más que una banda de traidores. Ah, amigos míos, nada deprava tanto como el éxito. Mientras nuestro triunfo no sea al mismo tiempo el de todos, tengamos la fortuna de no triunfar nunca: permanezcamos siempre vencidos".

Y Jean Grave en su libro "Reformes et révolution" escribe: "El cooperativismo ciertamente puede libertar a algunos individualmente, pero no puede convertirse en medio de liberación general".

Porque, como dice Cornelissen (*Humanité Nouvelle*, agosto de 1899), "no ataca el modo de produción y de apropiación capitalista en su principio... produce una especie de nueva pequeña burguesía que amenaza incubarse entre la pequeña burguesía propiamente dicha y el proletariado". Y esto sobre todo, porque "la cooperación no tiene nada de comunista. No es siquiera socialista. Su principio fundamental es la conquista de una ganancia más considerable y de una economía en los gastos, lo cual tiene por resultado una mayor facilidad de capitalización. Los cooperadores se reagrupan para establecer un embrión de sociedad comunista, pero no para afectar el principio de propiedad y ayudar, en cierta medida, incluso con el ejemplo, a abolir la moneda, ese verdadero símbolo de la propiedad individual. Sus grupos no tienen otro objeto que la realización individual por medio de la asociación, de un beneficio pecuniario más elevado."

El compañero Girard, en nombre de todos los compañeros de *Temps Nouveaux* escribió un largo artículo en ese periódico, 8 de enero a 11 de febrero de 1898:

"Más aún, y para citar sólo una resolución de un congreso nuestro que abordó la cuestión, transcribiré la del congreso de la Federación jurasiana celebrado en Chaux-de-Fonds en abril de 1870:

"El congreso romando, considerando que la cooperativa de producción no puede generalizarse en la sociedad actual, puesto que, si por una parte algunos trabajadores, con sus propios ahorros o con los socorros de los otros compañeros, pueden entrar en posesión de instrumentos de trabajo, es imposible por otra parte proveer de instrumentos de trabajo a la totalidad de los trabajadores, a menos de expropiar a los detentadores de capitales. Que tal imposibilidad es evidente sobre todo cuando se trata de grandes establecimientos, minas, agricultura, fábricas; que por consecuencia los cuerpos de oficio más explotados son los que menos pueden actualmente convertirse en cooperativa; que mientras una gran parte de los trabajadores permanecería en la miseria, una minoría enriquecida por medio de la cooperación, iría a aumentar las filas de la burguesía.

"Considerando, además, que la cooperativa de consumo, aunque fuese constituída sobres bases realmente socialistas, sin reservar ninguna utilidad al capital, podría tener una utilidad relativa para atenuar la miseria de los obreros, contribuyendo también a organizarlos y agruparlos:

"Pero que sin embargo, la cooperativa de consumo, si se generalizase en el actual estado social, de manera que procurase a la totalidad de los trabajadores la vida a precios más baratos, tendría por resultado el rebajamiento general de los salarios, no siendo el salario más que la parte estrictamente necesaria para vivir, concedida por el capital:

"Declara:

"Que la cooperación es la forma social que adoptará el trabajo después de la emancipación completa del proletariado, emancipación que no podrá verificarse más que con la revolución social internacional".

Como vemos por esas citas, la crítica anarquista se ha mostrado siempre severa hacia esas iniciativas, hacia ese método, que si bien hace alarde de pretensiones reformadoras, tienen tendencias demasiado puramente comerciales. Y esto sobre todo cuando las cooperativas, no hablando más que de aquellas dos formas que nos pueden interesar, la de consumo y la de producción, al desarrollarse, tienden a adquirir formas demasiado capitalistas y por consiguiente son impulsadas por una vía gradual pero inevitablemente, si no quieren perecer, de compromiso en compromiso, de modificación en modificación de su programa inicial, ocupadas como están sólo por el buen logro de los negocios y por obtener un dividendo cada vez mayor, acaban por suicidarse como organismos de renovación y de lucha contra la explotación y por anular su programa solidarista para no ser más que vulgares empresas comerciales.

En el origen fueron los mismos capitalistas los que favorecieron en diversos centros industriales y agrícolas, la creación de grandes almacenes cooperativos de consumo, prestando a los obreros capitales y en muchos casos también personal técnico, tratando así de ligar la masa obrera más sólidamente al carro de la explotación capitalista. Por lo demás, aun según los cooperadores "puros", o según la definición de Ch. Gide, los factores de la cooperación "abierta", el cooperativismo no puede ser una expresión de clase. "Si queremos hacer cooperación, — escribe Gide — es preciso renunciar a hacerla socialista según la fórmula de la lucha de clase, pues la cooperación de clase es incapaz de realizarse."

Dos aspectos de la cooperación.—

Pero con el desarrollo y la expansión del sindicato y las formas de lucha propagadas y practicadas por éste; ante la acritud creciente de la lucha entre patrones y proletarios, se fué infundiendo en la masa una tendencia cada vez más acentuada a hacer de las cooperativas un medio de lucha de clase sostenida por los sindicatos mismos, un medio de lucha integrante de la iniciada y sostenida por las masas agrupadas en sus sindicatos. Así, unidos sindicatos y cooperativas, asociados por sus intereses de productores en los sindicatos y de consumidores en las cooperativas, los obreros de muchas localidades pudieron iniciar luchas grandiosas. Mientras antes el almacén cooperativo era también del patrón, cuando ocurría un conflicto entre el capital y el trabajo, esos almacenes se cerraban a los huelguistas, haciendo así la lucha más dura y dificultosa. Sobre todo en las regiones agrícolas "el desarrollo del movimiento sindical hizo necesaria la creación de cooperativas de consumo, junto a los sindicatos, y esto por razones prácticas y de orden local. A menudo el negociante en los pequeños centros de campaña y también el propietario de una cierta extensión de terreno, bien de una manera o de otra, están ligados al propietario de la tierra. Además, vista la falta de concurrencia en las aldeas, los comerciantes abusan más que sus colegas de las ciudades y de los centros populosos y comerciales. El trabajador agrícola es forzado, por consiguiente, a liberarse de la doble sangría del propietario negociante y de todos los alia-

dos del propietario latifundista, que forman un frente único contra el proletariado del campo" — Concebida así la cooperación dió lugar lógicamente a la creación, en muchos centros, de varias cooperativas y a una lucha encarnizada de unas contra otras.

Lo que podrán y deberán ser las cooperativas en una revolución eventual.—

Una de las formas de cooperación — la de la producción — puede actualmente ser algo así como un lazo al cuello de los trabajadores que se adhieren a ella, porque además de descomponer todo movimiento y agitación económicos tendientes a mejorar la situación obrera, esas iniciativas llevan forzosamente a someterse a las leyes económicas burguesas que encadenan toda iniciativa económica. Después, al crear una situación de privilegiados relativamente a los demás trabajadores a sus participantes, hacen que éstos se desinteresen de toda lucha, en que participa el resto de la clase trabajadora y así ponen a unos contra otros en lugar de hacerlos fraternizar como era su objetivo primordial.

La segunda forma — la de consumo — aun representando diversos peligros de degeneración de su forma primitiva en el curso de su desarrollo, permite sin embargo a las masas que participan en su vida continuar en la lucha contra el patronato por una sociedad mejor, pues les deja aun vivo el espíritu revolucionario. Aunque siempre es fomentado el egoísmo de las masas por los beneficios anualmente obtenidos, y sobre todo la apatía de muchos que no se interesan más que en vivir bien.

Los anarquistas sin embargo no se rehusan por esas razones a participar en las cooperativas y a propagar en ellas sus ideas, como lo hacemos en todas partes, en las asociaciones obreras y entre las masas inorganizadas. Pero nosotros, en tanto que anarquistas, no podemos ser cooperativistas, sobre todo en las formas en que se entiende actualmente el cooperativismo, ni menos alimentar ilusiones propias de los demócratas, de que los obreros se convertirán poco a poco todos en cooperadores y que en consecuencia, con la sola cooperación, sin necesidad de luchas ni violencias, la clase productora podrá tomar posesión de todas las riquezas sociales e instaurar un nuevo reino de bienestar, porque también los cooperativistas del cooperativismo "abierto" piensan que éste "ofrece un plano de reformas sociales que llegan hasta el colectivismo" (Ch. Gide).

Los anarquistas no creen que la cooperación sea medio suficientemente válido para la completa renovación de la sociedad, porque, fortalecidos por todas las enseñanzas pasadas, saben que una cooperativa, de consumo o producción, aun en la mejor de las hipótesis, es decir que no degenere de su fin primitivo, ofrece una resistencia demasiado débil a la reacción.

No creemos que la cooperación sea medio bastante válido para abastecer de todos los valores económicos y morales y poder echar los fundamentos de la nueva sociedad, pues sabemos que la cooperación está demasiado privada de espíritu revolucionario y sobre todo no es apta para hacer surgir de su seno aquella acción revolucionaria capaz de llevarla a la victoria, de prometerle su afirmación contra todos los elementos hostiles que tienden a minar su obra, a anular su acción.

Y para afirmarse realmente, aun en la sociedad actual, debería tener al menos el alma revolucionaria, de otro modo no será más que un medio tendiente a subyugar la clase trabajadora, no contribuyendo más que a hacerla plegarse de nuevo ante el sistema de la explotación actual.

Pero si no puede resolver todas las cuestiones sociales, el cooperativismo puede ser sin embargo una gran contribución a la obra reconstructiva de las masas revolucionarias y también actualmente la preparación revolucionaria. Pero para hacer posible que de estos organismos tan fácilmente desviados por las degeneraciones, surja lo que nosotros esperamos, hace falta más que lo que decía Bakunin en 1869: "que el cooperativismo enseñe a los obreros a dirigir sus asuntos por sí mismos sin ninguna intervención, sea del capital burgués, sea de una dirección burguesa", hace falta que ante un movimiento revolucionario no sólo no sean fuerzas hostiles, sino activas que presten su contribución a la obra común de liberación y para ello hay que inspirarlas por el espíritu antiestatista y descentralizador: anarquista, con una constante obra de educación, de ejemplo y también de guía.

Por estas razones los anarquistas seguimos con simpatía y estudiamos el desenvolvimiento de esas iniciativas, pero sobre todo procuremos que no sean actualmente un campo libre a los apetitos y deseos de los políticos y que no se conviertan en sus manos en armas poderosas contra la revolución y en nuevas formas de esclavitud, cuando deben ser armas de liberación.

Hay un segundo aspecto de la actividad de las cooperativas que nos interesa.

Al estallar la revolución, abatidas todas las viejas formas de cambio y de reparto, causas y consecuencias del régimen burgués de explotación y de desigualdad económica, las fuerzas revolucionarias tienen necesidad de dar vida inmediatamente, desde los primeros instantes, después de los primeros golpes demoledores, a nuevos órganos que puedan asumir la tarea del mantenimiento de la obra de reparto de los productos y del intercambio con el campo.

Esta obra es difícil de realizar mientras deberán tener lugar las luchas más duras de la revolución contra sus numerosos enemigos en armas y mientras las necesidades más urgentes se hagan sentir en el pueblo insurrecto. ¿Qué otros órganos, en tales circunstancias serán más apropiados que las cooperativas para asumir esa misión tan delicada como difícil? Las cooperativas, con sus ramificaciones en los diferentes barrios de las ciudades, en los alrededores, en las aldeas, en los campos; con sus sucursales en las provincias en contacto directo con los campesinos y en la posibilidad de recibir los artículos en las fuentes mismas de la producción, afirman ya la confianza de las masas y podrán triunfar en su misión eficazmente y de un modo satisfactorio, poniendo en comunicación directa y fraternal los productores y los consumidores, eliminando todos los intermediarios y la burocracia estatal, haciendo inútil por consiguiente la obra del Estado que intentará reponerse en el puesto que habrá dejado vacío la revolución.

Por lo tanto, para concluir, la cooperación no puede ser un medio de completa liberación de los trabajadores de la explotación capitalista sin que una revolución permita a esos órganos expansionarse y afirmarse, no como iniciativas "comerciales", sino como intercambio libre y directo entre productores y consumidores unidos. Obra lenta, difícil, pero importante, de edificación del embrión orgánico, técnico e industrial que permitirá a la revolución próxima seguir por una vía más recta hacia el ideal, creando una atmósfera favorable al desenvolvimiento de nuestro movimiento para la realización de nuestra finalidad: la anarquía. Pero para obtener todo eso de las cooperativas, más bien que del cooperativismo, que como vemos puede adquirir toda suerte de formas, es preciso que no se menosprecien esas iniciativas, sino que se haga todo lo que nos sea posible para influenciarlas e infundirles un espíritu libertario, anárquico, a fin de hacerlas aptas para realizar la misión que les espera y ser verdaderamente una base sólida para la fundación de la futura sociedad basada en el mutuo apoyo y la solidaridad.

HUGO TREUE

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca "Diógenes". — La Plata. Calle 10, No. 1079.

La universitaria ciudad de La Plata es un vivero bien poblado de revistas de alto porte intelectual, de las que no repican a tales alturas, y de áticos periodiquitos estudiantiles como "El Pampero". Citar a "Valoraciones", "El Sagitario" y etc., en cuyas páginas colaboran algunas de las más esclarecidas mentalidades del país, es comprobar que la pasión por las ideas — directrices de las nuevas tendencias — la dedicación por una cultura libre del engolamiento oficialista, es un hecho viviente y tonificante. La actual juventud estudiantil y universitaria, demostró en varias ocasiones de no estar exenta de preocupaciones sociales, y si a poco andar se amainaron los entusiasmos, por lo menos se diferencia de las generaciones anteriores, todas *hijas de papá*, con tantas presunciones cuanto más infinita era su ignorancia de los momentos históricos en que vivimos: aporreadora de rusos indefensos, incendiaria de bibliotecas obreras. También en aquella existe una sensible disparidad de miras con las juventudes contemporáneas de Italia y Francia, católicas, reaccionarias y con vistas al fascismo de Estado. Todo ello, como es lógico, no pesa en la balanza de los resultados efectivos de la vida colectiva y cotidiana, ya que la educación del hogar y de las aulas contribuirá a contrarrestar estos pujos esporádicos y juveniles. Pero por algo se empieza y aunque magros los beneficios que se puedan retrotraer de tales cosas, hay que aceptarlos con buen semblante.

Entre todas esas publicaciones, parpadea una vacilante lucecita, de lumbre propia, que se proyecta de la legendaria y fantástica linterna de *Diógenes*, de aquel que fuera, en busca de un hombre en la antigua y marmórea Atenas de Alejandro. También éllos, desde el tonel de su revista, otean, en búsqueda incesante, la orientación que deben dar a su existencia intelectual y anímica para rebasarla en los demás. Esa ansia humanitaria de un tinte idealista los singulariza de otros aduares intelectualizantes.

Algunas de sus reflexiones, tildadas "Puntas de Alfiler", los caracterizan cumplidamente: *La mayoría de los escritores se engalanan con la pluma al modo de los indios, en lugar de utilizarla como arado de la mente humana.*

Otro: *La fuente principal de nuestros males no es la injusticia ni el egoísmo, sino, sencillamente, la incultura; sobre todo la incultura de los cultos, de los intelectuales y de los universitarios. Son muchos los que visten levita intelectualmente, mientras sus espíritus apenas usan el taparrabos.*

Estotro: *La principal arma que emplea Gandhi en su lucha en defensa de la India, es la "espada del sacrificio de sí mismo". Esta arma no figura todavía en los bien provistos arsenales de Occidente, y nadie piensa adoptarla entre nosotros, no obstante profesar oficialmente la religión de Cristo.*

Ahora bien, como ellos mismos manifiestan, no se podrá estar de acuerdo con la multitud de postulados que predican, pero se deberá acatar la intención, la entera buena fe y su inmaculada sinceridad.

En la entrega octubre-diciembre de 1925, anuncian un libro, y, como ellos dicen, "emprendiendo el más azaroso y largo de los viajes, asomados a las páginas del volumen inicial" de su Biblioteca. Se titula, a guisa del de Ganivet *Ideario*, "Nuclear", y añaden que es una "obra de sinceridad espiritual".

El valor más auténtico de esta campaña de *idealización* neo-orientalista, es el anonimato que conservan con rigurosidad absoluta. Contrasta ello con los circulillos literarios-artísticos, creados exprofeso para mutuos solos de bombos y platillos, alternados, de exhibición pavorealesca, de apellidos linajudos de una aristocracia agropecuaria.

Este deseo de esconderse detrás de su obra, de desaparecer sin dejar rastros visibles, es lo que más nos atrajo hacia ellos, y también por habernos pedido, como *periodistas*, anunciar su primer volumen.

"Giustizia Cinese". — M. Buridda.

Los lectores del Suplemento habrán notado y leído un apólogo que se publicara bajo el mismo epígrafe del libro, del cual daremos algunas informaciones, ya que por un olvido involuntario no se incluyeran simultáneamente como era lógico y apropiado. La gacetilla bibliográfica pertenece a nuestro colega anárquico de Roma *Fede!* Si nos tomamos el trabajo de traducirla y adaptarla en cierta manera, es por el deseo de que nuestro círculo de lectores se halle al tanto, de lo mejor y afín a nosotros, del movimiento intelectual de varios países. La amenidad de una literatura de ficción no excluye, por cierto, los propósitos serios de una prédica doctrinaria. A veces son sonrisas que, de raro en raro, iluminan nuestras páginas.

La literatura y las bellas artes orientales están de moda en Europa, hoy tal vez con una mayor recrudescencia, como no lo estuvieron hasta ahora. Se sabe que los pintores que más descollaran en los movimientos de vanguardia de las escuelas europeas, sufrieron una profunda influencia por parte de la pintura del Japón y de China. Hokusay tuvo un gran ascendiente sobre los más famosos ilustradores del Occidente, Gosé, por ejemplo y varios otros que no hemos de nombrar por no ser el lugar adecuado, ni nuestro propósito.

El afán arqueológico de los grandes *desentierros* en la busca ansiosa de pretéritas civilizaciones, unido a la racha torrencial de la traducción de las literaturas de las razas orientales y de color, demuestra palmariamente lo claudicante del espíritu occidental que vacila, duda y quisiera asimilarse los secretos soterrados de las razas desaparecidas hace varios milenios, como punto de comparación y de guía futura. Quiere mirarse en los insondables espejos de un pasado remoto a fin de percatarse en qué consiste la diferencia de lo contemporáneo con lo que existió hace muchos siglos. Los fríos textos de historia compuestos por todos los historiadores que tuvo la humanidad, apenas si sirven como Baedekeer para estudiar, verificar y palpar la realidad viviente. ¿Decadencia? El término es demasiado convencional. Más bien honda crisis, derrota total de los valores morales ficticios, aunque tuvieron alguna vigencia en años antes de la gran catástrofe. Sí; nos hallamos en una de las más peligrosas y confusas encrucijadas de la historia, y guay de los presuntos héroes de las revulsivas ideas libertarias si abandonan, desertan su puesto de combate. En los próximos años se jugarán los destinos de la humanidad. Quizás no venceremos nosotros; pero nos consuela que el cambio será radical. Peor o mejor, los módulos vitales que regirán la sociedad del porvenir serán opuestos a los de hoy y diferentes. Claro que más de forma que de fondo. Ante el vertiginoso progreso material de cualquier fórmula, de la ciencia y de la industria, las ideas sociales se hallan en atraso de unos quinientos años, no en los libros, sino en la práctica.

Pero volvamos a nuestra literatura china, causa de esta inapropiada e indigesta disquisición. Hace poco en Italia se publicó una colección de cuentos y parábolas bajo el título *Lung-tu-kung* (episodios y actos de justicia realizados en nombre del emperador), que constaba de diez capítulos.

Pero de los diez, el séptimo no se había podido encontrar, por haberse perdido en los tiempos de Kao-tsu, el fundador de la dinastía de los Han, que existió en los primeros años de la era cristiana. Como los eruditos orientalistas informan, este emperador, por consejo de su ministro Li-su, ordenaba que se destruyesen todos los escritos que se encontraran en "la parte inferior del cielo", o sea Tieh-hia, o China, que es toda la misma expresión. Cualquiera que poseyese un manuscrito en un pergamino, amenazado por penas severas, se apresuraba a entregarlo a los agentes del gobierno. No faltaron algunos estudiosos que desobedecieron a las leyes, ocultando bajo tierra los tesoros literarios de la época. Se debe, pues, a estos malos ciudadanos que una gran parte de la antigua literatura llegase a la posteridad.

Muerto Kao-tsu, y se asegura de muerte violenta, sus sucesores olvidaron su decreto, y los viejos libros chinos volvieron a florecer, tímidamente al principio, y después con cierta ostentación, como una condena al perverso gesto imperial.

Y el "Lung-tu-kung-ngan" volvió a amenizar las vigilias de los bachilleres. Mas el manuscrito que contenía el capítulo séptimo de la famosa colección no fué descubierto sino últimamente, en la isla *Tong-ting* — que se halla en el medio del lago Tai-hu — un lago poco limpio, soterrado en un huerto célebre por los cedrones que produce.

El profesor Buridda, ilustre orientalista y docente libre en la universidad de Cagliari de las lenguas orientales, hizo una limpia y cuidada traducción de los varios cuentos que contiene el séptimo capítulo, o, mejor dicho, la séptima vigilia, porque el "Lung-tu-kung-ngan" es considerado como una especie de Decameron. El pequeño volumen está compuesto por doce parábolas, que a través de la versión conservan su sabor exótico y la suave ironía asiática.

AÑO V — BUENOS AIRES, 1 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 210

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SE[MANAL] — PRECIO: 10 cts.

Modesto Yañes
Bortolomé Mitre y Güemes
SALTA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU — Valores y giros a M. TORRENTE

A la presidencia a través de la masacre

Los socialistas de tendencias moderadas; los que esperan en la madura fruta del árbol de la evolución y son partidarios de la acción sociológica con la tortuga como guía, en rarísimas ocasiones no desempeñaron roles infamantes y poco airosos en la ya larga lucha por la emancipación de la parte más derelicta de la humanidad. Ya tuviesen, como teatro de sus hazañas, Italia, Francia, Alemania, Rusia y las varias partes del mundo, salvo este país en que el partido socialista criollo es muy poca cosa y poco o nada pesa en la vida proletaria. Pero, si no pudo perpetrar daños graves y mayores, fué porque le sobraron ganas y le faltó el poder.

Es una dilatadísima historia de sucesivas ambigüedades, de hechos aviesos, de calumnias solapadas, y así como una cadena de traiciones, que se remontan a los pretéritos años de Carlos Marx con la Internacional, delatando a Bakunin. Decir que todos estos señores, quienes tratan de hacer la revolución a larguísimo plazo, en automóvil y por etapas; decir que ellos reencarnan la legendaria figura de Judas, es inferir un insulto al discípulo de Jesús, e improbable traidor. Ellos son mucho menos, son simples calumniadores que, al verse amenazados en sus intereses políticos, llaman a la policía. Son vulgares delatores en el mejor caso, siempre con contadas excepciones, sin el acento épico del Iscariote, quien, por ahogar las sierpes del remordimiento, se ahorcó junto con ellas.

Una de estas nuevas pruebas de fehaciente traición a los sagrados derechos de las reivindicaciones humanas, ha sido exornada a la luz pública, inesperadamente. Fué en un proceso instaurado en Munich, en cuyas incidencias tuvo que declarar el general Groener, el último ministro de guerra alemán, y luego el jefe del estado mayor durante la guerra. Este fué el principal testigo. Su interrogatorio duró cerca de unas cinco horas, y sus declaraciones pusieron al desnudo dos de las cuestiones que vienen debatiéndose desde los comienzos de la celebración del armisticio. La primera versaba sobre la derrota de Alemania por causa de las revueltas que habían estallado en su seno. La segunda, y la más importante para nosotros, se refería al estruendoso fracaso de la revolución alemana. En ambos tópicos, en los dos sucesos trascendentales, el general habló con una claridad meridiana y con una precisión matemática.

Freedom, nuestro colega anarquista de Londres, del cual tomamos estos ligeros datos, dice que, merced a la cuantiosa información aparecida en casi todos los diarios alemanes, está capacitado para presentar un resumen a sus lectores.

El general Groener depuso, manifestando que había sostenido una conversación con Lüdendorff en septiembre 24 de 1918, quien reconoció "que estábamos derrotados, siendo el peso más abrumador la cantidad de tanques que poseían los aliados y nuestra carencia absoluta de reservas frescas para reponer los claros y relevar a los que se hallaban en combate durante un largo período. Se realizaron varias entrevistas con los hombres más influyentes de aquel entonces, descartándose de hecho la rendición, y discutiendo las posibilidades de salvar el trono. El 6 de noviembre se consultó a los jefes de las sociedades obreras y los del partido socialista." Es aquí que, por primera vez, se encuentran los nombres de Ebert, el fallecido presidente de la república, Scheidemann, Sudekun, David Bauer y Legien.

El general, por lo pronto, se opone a la posible abdicación del kaiser. Es Ebert quien impone condiciones, declarando con toda firmeza que *la abdicación era inevitablemente necesaria si se pensaba atacar los efectos de la revolución y hacerla abortar de una vez.*

Como era natural, en completo acuerdo con Ebert, el general relata que envió diez divisiones a Berlín y cómo el 10 de noviembre pudieron concertar las operaciones que debían efectuarse con toda celeridad. Luego, para completar el plan, se resolvió un completo programa militar a fin de tratar de desarmar a la metrópoli, apelando al mariscal Hindenburg, quien, muy contra su voluntad, se avino a colaborar con Ebert.

He aquí las propias palabras del general Groener sobre estas continuas entrevistas:

—Yo y Ebert convergíamos a una misma finalidad, que consistía en establecer un gobierno lo más fuerte posible.

En esos días, cercanos a las fiestas de navidad, se produjeron momentos de verdadera ansiedad, tanto para los social-demócratas como para los conspiradores junkers, así como para las tropas, cuyo entusiasmo había decaído bastante, las cuales insistían en disolverse para transcurrir los días de navidad en sus respectivas casas.

El general de marras subraya este suceso con un comentario un sí es no es irónico:

—A mí, francamente, me pareció siempre de una comicidad irresistible que a Liebknecht y sus tropas se les ocurriese también celebrar las navidades, sin percatarse que en esos días se les ofrecía la única probabilidad para triunfar.

Entretanto, Ebert no tuvo ningún inconveniente en acudir al reaccionario Noske en demanda de auxilio, y poco después eran enviadas a Berlín las tropas que coadyuvarían a sofocar el movimiento revolucionario con la matanza en masa del pueblo y con los asesinatos de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo.

El general Groener concluyó su deposición con estas significativas palabras:

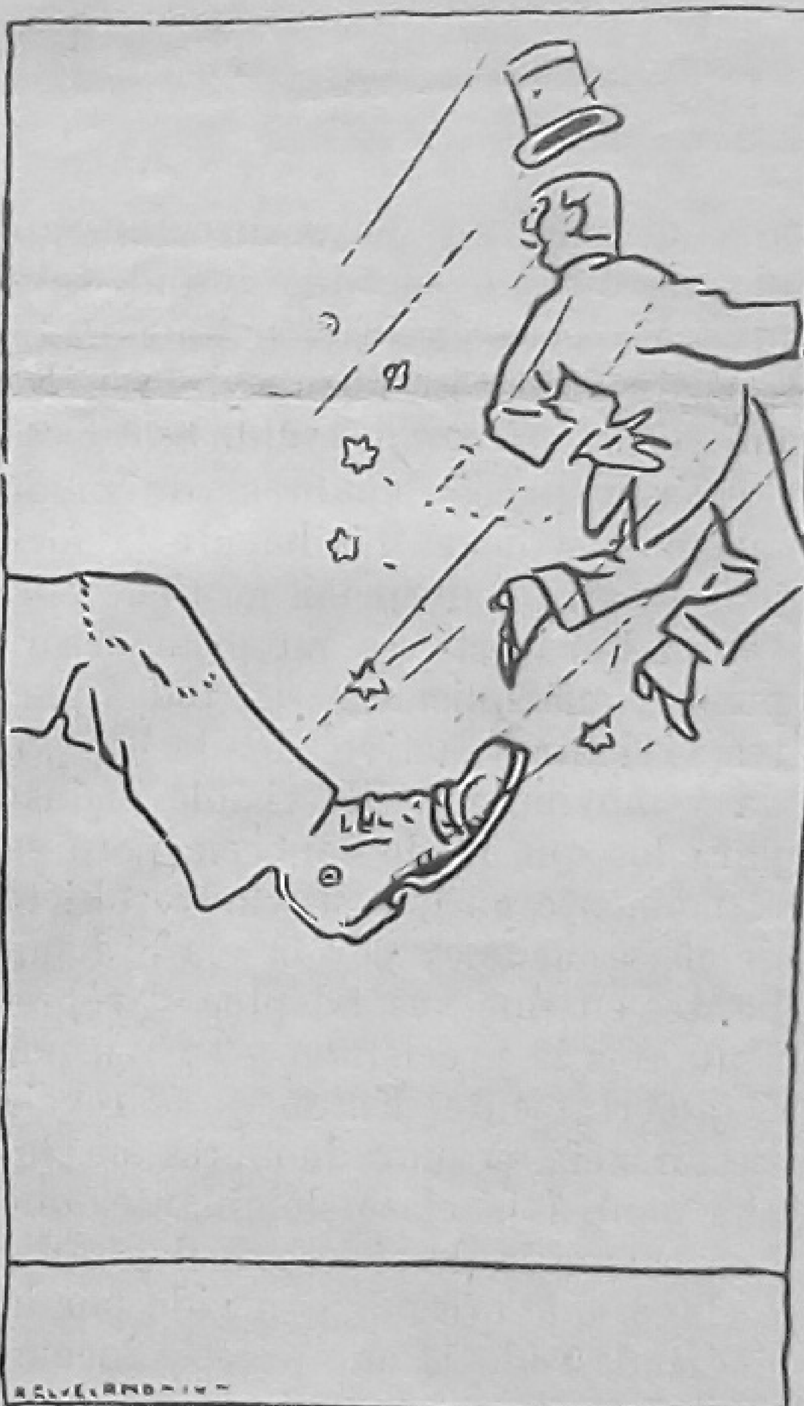
—Me cabe declarar que Ebert supo manejar muy diestramente el partido independiente de los social demócratas, e hizo que mis actividades como ministro de guerra quedasen en la sombra. Lo que me impele a declarar que su genio político me mereció una muy alta estima.

Freedom, en su glosa final, escribe:

"Esta es la historia que al fin sale a la luz. Es natural que no nos haya sorprendido; pero con indecible amargura reflejamos que, gracias a este *genio político*, del cual los socialistas han hecho tanto acopio, Liebknecht y Rosa Luxemburgo se hallan en sus tumbas y los alemanes en la máxima orfandad, habiendo arrojado al aire la única ocasión, la única coyuntura feliz que les deparó el destino durante todo un centenar de años, y se están hundiendo más y más en el cieno, y hoy más que nunca. Es presumible, de todas maneras que los que tengan en común con la parte más mezquina y servil de otros países, será que continuarán crucificando a sus presuntos redentores por muchos años aún."

LOS FALSOS PASTORES





¡Llegará día en que el obrero, a los "apóstoles", a los "profetas" de levita y chistera, que le pidan una banca parlamentaría, les dè un puntapié en el culo. !

El terror antirrevolucionario continúa en Rusia

Circula por la prensa internacional el documento siguiente, procedente de la prisión de Tobolsk (Siberia) y firmado por 126 anarquistas y socialistas. Aunque para nosotros no tiene nada de nuevo, lo transcribimos:

"Queridos camaradas! Sabéis ya que el campo de concentración para presos políticos (socialistas y anarquistas) en las islas de Solowetzki, Mar Blanco, ha sido suprimido oficialmente. El gobierno bolchevista se apresuró a difundir por todo el mundo esa noticia.

Todos los presos políticos de Solowetzki fueron internados en dos prisiones: la mayoría en Werchne-Uralsk, los demás, unas cien personas, en Tobolsk. No poseemos en este momento noticia alguna exacta sobre las condiciones en Werchne-Uralsk; pero podemos comunicaros cuál es la situación en Tobolsk.

Se nos ha internado en la ex prisión catorgiana de Tobolsk, en la lejana Siberia. Incluso en tiempos del zarismo se dijo varias veces que las prisiones catorgianas de Siberia, en consideración a las pésimas condiciones dominantes, serían abolidas. Pero el gobierno bolchevista no ha inventado nada mejor al suprimir el campamento de Solowetzki, que la vuelta al presidio catorgiano del tiempo del zarismo.

Todos los presos que han sido sacados de las islas de Solowetzki, no estaban condenados a prisión, sino a internamiento en campo de concentración. Disfrutamos allí, no obstante la severidad de las condiciones generales dentro de la prisión, una relativa libertad de movimiento. Pero en Tobolsk hemos caído en un verdadero presidio, con celdas individuales cerradas, en donde los cubos de desperdicios apestan el aire, con empleados de vigilancia que fueron enviados especialmente para nosotros de las prisiones moscovitas de la tcheka, y que introdujeron aquí el mismo régimen severo que en la famosa prisión interior de la tcheka en Moscú."...

Siguen descripciones de las terribles condiciones sanitarias en las celdas en donde han tenido que ser amontonados de 14 a 17 personas. En la prisión no hay hospital alguno; a los numerosos presos enfermos casi no se les presta socorro médico alguno. Las celdas del piso bajo son húmedas y oscuras, sin embargo los presos enfermos deben vivir en ellas. Además están los empleados de inspección y la guardia, que están inspirados por un odio fanático contra los presos políticos y sólo esperan el momento oportuno para echarse sobre ellos. Luego se lee:

"Los señores Tomski hablan sobre la "humanidad", y las diversas delegaciones obreras de Alemania y de otros países oyen esas palabras y ensalzan en sus informes la libertad bolchevista. ¿Pero por qué no se ha mostrado durante la existencia del campamento de Solowetzki a ninguna delegación esas prisiones? La delegación trade-unionista inglesa tuvo la intención de ir a las islas Solowetzki, pero se le impidió ese viaje bajo el pretexto de las dificultades de las comunicaciones, aunque la navegación por el Mar Blanco no estaba suspendida todavía. La prensa sovietista informa que una delegación alemana visitó la prisión de Ekaterinoslav y habló con los prisioneros políticos. No sabemos con qué presos políticos hablaron los delegados alemanes en Ekaterinoslav, donde no existe una prisión especial para los presos políticos. Pero, preguntamos, ¿por qué se blanquearon precipitadamente las sucias celdas de ese establecimiento y por qué se trasladó en la noche del 4 de agosto, directamente ante la llegada de la delegación, a los compañeros Borizenko, Tarnowski y Emu-

kaschwili, de allí a los locales de la tcheka? Preguntamos: ¿por qué ninguno de esos delegados ha visitado las prisiones de Tobolsk y Werchne-Uralsk, en las que hay internados centenares de prisioneros políticos? Si hubieran hecho eso, hubieran sabido que de 126 presos políticos en Tobolsk sólo 21 han sido judicialmente condenados, mientras que de los 260 presos de Solowetzki en Werchne-Uralsk sólo uno está internado en razón de una sentencia judicial. Los demás han sido arrestados por simple disposición de la tcheka, y precisamente no por alguna contravención, no por una lucha armada contra el gobierno bolchevista, como miente descaradamente la prensa bolchevista de Rusia y el extranjero, sino a causa de su pertenencia — en este momento cosa del pasado — a los partidos socialistas y anarquistas, sólo a causa de su modo de pensar y de sentir. Sólo uno de los 126 presos de Tobolsk está condenado a causa de supuesta participación en la insurrección de Tobolsk (El fusilamiento se le conmutó por diez años de prisión). Uno está condenado por participación en una expropiación, pero todos los demás a causa de su pertenencia a partidos políticos o a grupos anarquistas, a causa de labor partidista activa, a causa de difusión de literatura de propaganda. Por eso hemos sido arrojados en la prisión y en el campo de concentración.

Ni los tribunales en tiempos del zarismo, ni los tribunales burgueses en Europa y en América, que persiguen cruelmente a los revolucionarios, conocen algo semejante. Esto es lo terrible del terrorismo bolchevista. Todos los obreros y todos los socialistas del mundo deben saber esto: En la "libre" Rusia bolchevista, que ha superado hace mucho el período de la guerra civil y se vanagloría de su dominación consolidada, los socialistas están fuera de la ley. No hay en ella un solo socialista o anarquista conocido de las autoridades y al alcance de las garras de la tcheka, que no esté en algún campo de concentración, en alguna prisión o en algún lugar de destierro. Mientras existe este "libre" régimen, ninguno de sus prisioneros verá la libertad.

Todos estos son hechos: que los refuten los apologistas de la libertad rusa.

Os comunicamos estos hechos, compañeros, para que sepáis cuán hipócritas y mentirosos son todos los discursos sobre la liquidación o sólo sobre la suavización del terror en la Rusia bolchevista. Para que sepáis que el terror impera aquí con todo su salvajismo primitivo y en el último tiempo incluso se ha vuelto más violento. Para que no seáis inducidos a error por la supresión del campamento de Soloweizki y conozcais el hecho que fué sustituído por el presidio de Tobolsk. Y para que vuestra vieja consigna, la consigna de todos los socialistas y anarquistas, resuene sin cesar en vuestras filas: "Abajo el terror en la Rusia de los Soviets!" (Siguen 126 firmas).

——— *** ———

El anarquismo y el momento actual

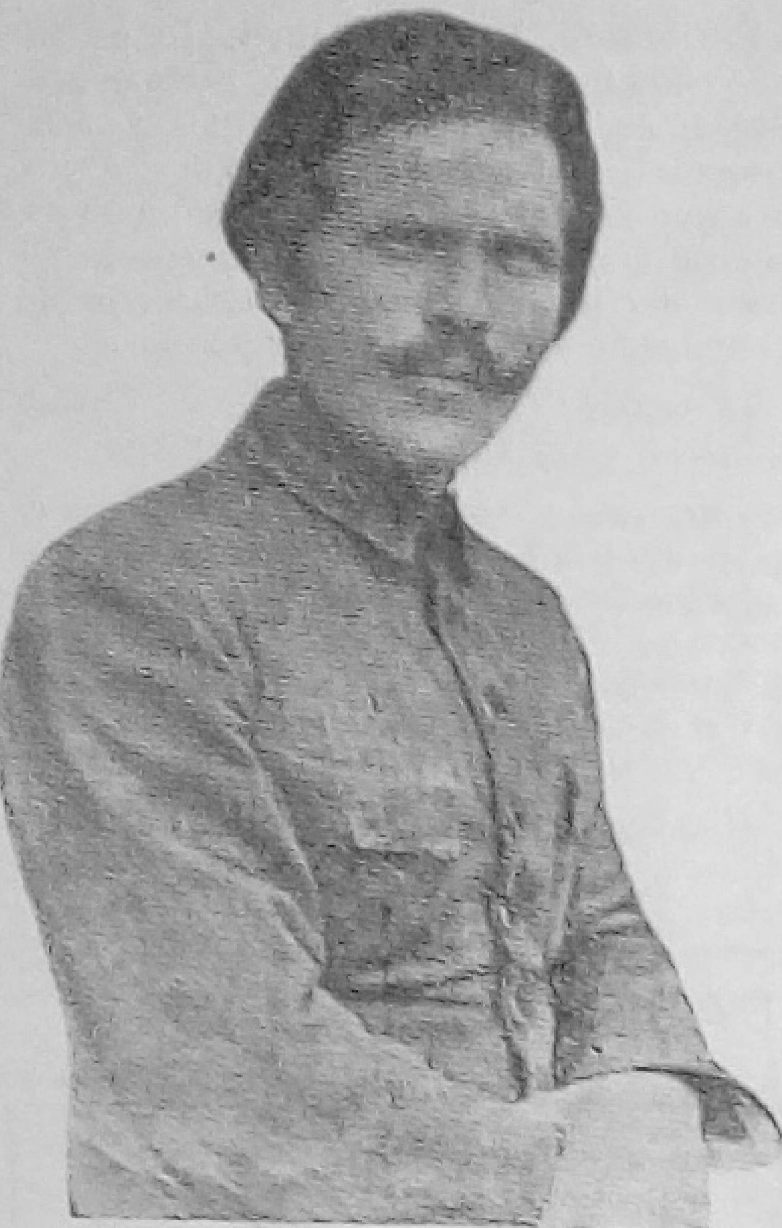
El anarquismo es una doctrina que no sólo quiere regular en un sentido propio las relaciones sociales de los hombres, es mucho más la aspiración de los hombres a la libertad y a la perfección en general.

En su camino para pasar de la teoría abstracta a la realidad, el anarquismo tiene que superar diversos obstáculos; por ejemplo: la resistencia de la sociedad burguesa-capitalista y su sistema económico y su técnica. Debe analizar a fondo la esencia de la sociedad actual y exponer simultáneamente a los oprimidos, la esencia del anarquismo.

La aspiración a la libertad es propia de todo ser, y ha sido plantada en el corazón de los hombres por la naturaleza misma.

Es necesario, pues, primeramente reanimar ese anhelo de libertad en los hombres y obrar así preparatoriamente para el anarquismo. De esa manera será posible expulsar el espíritu de la servilidad de los seres humanos y convertirlos en compañeros de lucha por la idea anarquista. Si el anarquismo ha de ser realizado prácticamente debe avanzar por el camino indicado.

En el curso de su evolución, el anarquismo no tiene fronteras. No hay orillas que estrechen su corriente, no hay diques que puedan cambiar su dirección. Lo mismo que la vida humana no puede comprimirse en una forma determinada. La aspiración hacia la más alta libertad puede ser ilimitada sin ponerse en contradicción con la teoría anarquista;



al contrario, nos lleva directamente al anarquismo, porque impide que progrese la esclavización humana.

Y sin embargo, el anarquismo como teoría es comprendido hoy sólo por muy pocos hombres, de modo que podría nacer fácilmente la idea que nuestra concepción no tiene porvenir. Pero esto es un gran error; pues el anarquismo es en todas partes viviente y activo, donde hay vida y movimiento. Es visible incluso para los que no lo conocen, pero en el momento en que se vuelve objeto de persecuciones por la clase dominante, en que sus adeptos y representantes la proclaman y sufren por él abiertamente. Entonces se revela su eficacia. Vemos hombres en lucha contra la clase dominante, que han sacudido de sí la psicología del esclavo, que ofrendan su vida por la libertad. Todo lo que parecía incomprensible en el anarquismo, se vuelve comprensible, y más que nada por los hechos de sus partidarios. En esa lucha se manifiesta la victoria del espíritu anarquista sobre el espíritu de la esclavitud.

Vemos, pues, que el anarquismo, a pesar de su finalidad ilimitada y de sus efectos, no tolera una interpretación ambigua, y además que el anarquismo se vuelve cada vez más revolucionario y sólo se atiene a los métodos revolucionarios en la lucha contra sus opresores.

Los anarquistas son combatientes revolucionarios que quieren suprimir todo gobierno, y con él las leyes por el gobierno creadas. Pero los anarquistas no sólo combaten los gobiernos, sino también a la sociedad que los ha instituído. Ante todo rechazan el espíritu y la moral de esa sociedad.

De ahí se deduce que el anarquismo en la época actual, no debe obrar permanecer únicamente en los cuadros de la actividad de los grupos conocidos hasta aquí. El efecto natural de la idea anarquista en la mentalidad de los hombres en su lucha por la libertad y el pan, es claramente recognoscible. Pero sobre ese mero efecto, el anarquismo tiene que llevar la conciencia a las masas. Para eso es preciso que el anarquismo marche por vías nuevas y, sobre todo, que pase a la ACCION SOCIAL.

NESTOR NACHNO

Comentarios a un congreso anarquista

Hemos concurrido al último congreso de la Federación comunista de Alemania y esta vez no queremos silenciar nuestras impresiones, aún a costa de crearnos nuevas enemistades y de extender nuestra fama de "factores internacionales de discordia". Se nos ha dicho que hemos provocado conflictos en España, en Portugal, en todos los países de América, en las colectividades rusas del extranjero y ahora nos exponemos a provocarlos en Alemania. En todos nuestros actos nos guía nuestro amor a la causa de la anarquía y jamás hemos eludido la responsabilidad que pudiera incumbirnos como consecuencia de nuestra sinceridad. Tal vez sea un defecto no tener dos caras ni poder ocultar nuestros sentimientos por conveniencias personales o por consideraciones subalternas; pero somos así y presentimos que nuestro carácter es más fuerte que nuestra voluntad de modificarlo.

Sin embargo en el caso de Alemania nos hemos contenido algunos años por varias causas: por la amistad con los camaradas influyentes de la F. A. U. D., que habría podido dar a nuestra hostilidad hacia la Federación anarquista una falsa apariencia; segundo, porque sabemos que en la Federación anarquista hay hombres de una gran sinceridad y de una ilimitada abnegación que nos dolía lesionar, y en tercer lugar porque no tomamos una parte directa en este movimiento, no obstante seguir atentamente sus pasos.

Pero después del último congreso consideramos un deber dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

En el congreso de la Juventud anarquista sindicalista (Erfurt), una organización a cuyo frente se hallan jóvenes anarquistas entusiastas del movimiento obrero, se dijo claramente que la Federación comunista anarquista no tiene derecho a existir ya. La misma afirmación hicieron los delegados de la Juventud en el congreso de la Federación comunista anarquista que comentamos, Eugen Betzer y Rostler; Betzer estuvo en el congreso de Amsterdam de la Asociación Internacional de los Trabajadores y comprendió claramente cuál es la orientación que debe tomar el anarquismo en nuestros días; es un joven de raras cualidas oratorias y de una compresión notable y tiene en el ambiente en que actúa una merecida influencia; contra él y la tendencia por él defendida se levantaron los inspiradores de la Federación anarquista; pero sin embargo la defensa de los puntos de vista de la juventud fué la única nota saliente y digna del congreso de la Federación.

A parte de ese problema de la Juventud, — que se ha vuelto odiosa para los hombres que inspiran la Federación anarquista por sus simpatías hacia la F. A. U. D. — se trató también la cuestión de un artículo antisemita publicado en el *Freie Arbeiter* y reproducido por la prensa fascista y se hizo resaltar una clara hostilidad contra la F. A. U. D.

Referente al antisemitismo — por más que algunos oradores se esforzaron por dorar la píldora, sacando a relucir sus conocimientos etnológicos y demás — todo observador desapasionado ha podido observar que existe realmente entre los componentes de la Federación. Rocker intentó rebatir en el propio *Freie Arbeiter* el artículo de referencia y no se le consintió. Lo más lamentable es que se intentó hacer servir a Bakunin para sus menesteres, presentándolo como un antisemita por una expresión accidental contra los israelistas que lo enlodaban a inspiración de Karl Marx. Creemos que la discusión que tuvo lugar, en ese congreso, sobre el antisemitismo, habría llenado de vergüenza a cualquier anarquista de otro país.

Referente a la cuestión sindical, la Federación, a excepción tal vez del congreso de mayo-junio de 1914, donde prevaleció una nota de simpatía hacia la actual F. A. U. D., ha sido casi siempre uno de los mayores obstáculos al desenvolvimiento de esta organización obrera. Nosotros hemos estudiado atentamente la evolución de la F. A. U. D., y hemos llegado a la conclusión que el movimiento localista, después de 1904, la muerte de Kessler, halló más impedimentos en los anarquistas para la evolución hacia la anarquía, operada decididamente en 1918, que en ningún otro factor, incluso la socialdemocracia.

El daño que hicieron los anarquistas "puros" a la F. A. U. D., antes y después de la guerra, es inolvidable. Sin embargo, pese a todo, es la F. A. U. D. la que representa hoy en Alemania el comunismo anárquico, la que lo propaga ampliamente, la que está dando a conocer nuestras ideas en el movimiento obrero.

La mayoría de los participantes en este congreso, con la misma unanimidad que lanzaban toda suerte de acusaciones a la F. A. U. D., que proclama el comunismo anárquico como finalidad, si no hablaron elogiosamente de los organismos social-demócratas, al menos rechazaron coléricos todo pensamiento de recomendar a los anarquistas miembros de ellos que abandonaran un terreno donde no puede prosperar más que la traición al proletariado. Es verdad, el congreso de la Federación anarquista no elogió los sindicatos socialdemócratas, pero al menos no los consideró tan perniciosos para el anarquismo como los de la F. A. U. D. — Con razón se indignaron los delegados de la Juventud anarquista sindicalista.

Nos llamó también la atención el menosprecio con que se trató a Rocker, ausente; nosotros no creamos ídolos, pero eso no nos impide reconocer que lo que Rocker hizo por la anarquía no son capaces de hacerlo sus detractores. Nos ha parecido advertir que las imbéciles insinuaciones contra ese camarada se deben más a la envidia y a la impotencia que a ninguna otra causa; la opinión de Rocker tiene gran peso en nuestro movimiento alemán; es uno de los hombres de más cultura, de más experiencia y de más capacidad; esto es insoportable para los inspiradores de la Federación.

Felizmente la Federación anarquista no existe más que de nombre. Se dice que la F. A. U. D. es una oragnización de Fritz Kater, porque este camarada está al frente de ese movimiento desde hace cuarenta años, habiendo hecho en ese largo período una completa evolución desde la socialdemocracia al anarquismo. Lo cierto es que la Federación anarquista da la impresión de una empresa particular de los hermanos Oestereich; Rudolf Oestoreich, a quien se estima como el cerebro de la Federación, habrá llenado anónimamente muchas buenas páginas en su actuación anarquista desde hace veinte años, pero al menos públicamente no tiene en su haber más que unos años de presidio por un artículo antimilitarista, a partir de 1917, y... una lucha implacable y consecuente contra la organización obrera revolucionaria. Todo su pensamiento está dirigido contra la F. A. U. D., fuera de ella no habría más enemigos dignos de combatir; en esa labor es secundado por su hermano Richard. Nombramos estos dos camaradas, porque al revisar la prensa anarquista alemana de los últimos veinte años nos parece que son los que más contribuyeron a que el *anarquismo de la Federación* sea sectario y repulsivo; decimos el "anarquismo de la Federación", porque, en especial después de la guerra, existe en Alemania un anarquismo tal como nosotros lo concebimos y es el que prospera gradualmente

y el que prosperaría más si el stirnerianismo no hubiera inyectado su veneno individualista y egolátrico en aquellos mismos que se dicen comunistas anarquistas.

Aparte de los hermanos Oestereich, habría que nombrar a Petersdorf, un viejo camarada, activo ya en la época de la "oposición de los Jóvenes", redactor responsable del segundo *Sozialist;* actualmente su anarquismo viene a reducirse a un anticlericalismo o, mejor dicho, a una tendencia libre-pensadora.

Berthold Cahn, un hombre sincero que vive solamente para la propaganda, que habla indiferentemente en los grupos anarquistas o en los sindicatos de la F. A. U. D., pero que a sus buenas cualidades no agregó la de la compresión del valor del movimiento obrero; pero no es un sectario ni un ególatra.

Hay muchos otros, más desconocidos, que trabajan ardientemente por el sostenimiento de la Federación y del periódico con una buena fe digna de mejor causa. No queremos negar a nadie sinceridad y adhesión sincera a la causa del anarquismo, pero con la mejor buena fe se puede obrar en dirección diametralmente opuesta a la deseada, y este es el caso de los hermanos Oestereich, a quien personalmente no hemos oído hablar más que en los dos últimos congresos de la Federación, pero cuyos discursos confirmaron enteramente la opinión que nos habíamos formado de ellos a través de su actividad pública en sus años de propaganda.

El órgano de la Federación, *Der Freie Arbeiter*, ha sido antes de la guerra, en particular los seis o siete primeros años de su existencia, desde 1904 a 1912, un periódico bastante bien hecho; después de la guerra ha perdido todo interés y en otro idioma, sobre todo en español, no podría existir sin mejorar su contenido. Ese periódico no está hecho para la propaganda, sino para dar apariencias de existencia a la Federación.

Los que se preocupan del problema de la organización obrera anarquista o de la organización específica del anarquismo, deberían estudiar el ejemplo de Alemania para resolverse por una o por otra forma.

Y el caso de Alemania es un caso que casi podría generalizarse.

A nosotros no se nos puede acusar de simpatías sindicalistas; hemos combatido enérgicamente el sindicalismo, pero no confundimos sindicalismo con organización obrera; para nosotros el sindicalismo es una doctrina, si lo es, adversaria del anarquismo; queremos que la organización obrera a que damos nuestra contribución de esfuerzo en una forma u en otra, reconozca el anarquismo y luche por él; la F. A. U. D. no tiene una ideología sindicalista, sino comunista anarquista, podríamos citar innumerables pruebas de ello; por eso nos parece perniciosa la actuación de hombres como los hermanos Oestereich, que no parecen tener más propósito que combatirla, dejando reducir mientras tanto la Federación a una absoluta impotencia y editando un periódico más apropiado para alejar de nuestras ideas a los simpatizantes que para atraer nuevos prosélitos.

Tales son nuestras impresiones del congreso de la Federación anarquista, celebrado en Berlín el 25-27 de diciembre; no abrigamos ninguna animosidad contra nadie, pero sí hemos de decir que durante las sesiones del congreso hemos sentido ganas de llorar de vergüenza y no en vano hemos afirmado más de una vez que son los anarquistas los que más obstáculos ponen en el camino de la difusión y el triunfo de la anarquía.

¡Hay que reaccionar, hay que abrir los ojos del espíritu a horizontes más amplios, hay que magnificar la anarquía y no adaptarla a nuestras pasioncillas y rivalidades, hay que dar una nota más noble, más elevada, más digna de respeto para el mundo exterior que nos observa y para nosotros mismos!

Volveremos sobre este congreso. Hoy hemos dado nuestras impresiones personales.

D. Abad de Santillán

Berlín, 29 de diciembre de 1925.

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclús no pertenece a un pueblo en particular, sino a la humanidad entera, y su muerte habrá sido sentida como una pérdida por todo hombre llegado a un cierto grado de conciencia y de elevación moral. Pertenece a la humanidad, en primer lugar por las ideas que ha profesado y practicado siempre, ideas superiores a todo prejuicio de nación y de raza; luego por su calidad de sabio honesto, porque la ciencia digna de tal nombre, la que no tiene otro fin más que la investigación sincera de la verdad, no tiene patria y no conoce fronteras; eso es lo que la diferencia notablemente de la ciencia oficial, que es francesa, alemana, inglesa, italiana, que tiene una nacionalidad y no admite la verdad más que en tanto que no perjudica ciertos principios fundamentales de los Estados burgueses y es ofrendada, como homenaje debido, en el altar de la patria. No habiendo querido Reclús hacer más que lo que le aconsejaba su conciencia de sabio honesto y de hombre libre, no obtuvo de su país ninguna de las distinciones que los gobernantes pretenden distribuir a los más meritorios. No se le ofreció siquiera una cátedra en el Colegio de Francia, cátedra que habría ocupado más dignamente que la mayoría de aquellos a quienes se concede esa distinción. Como yo preguntase por el motivo a alguien que frecuenta los círculos de la ciencia oficial: "No la solicitó jamás" — dijo. Es verdad: para obtener esa distinción *científica* habría sido preciso que Reclús fuese a estrechar la mano a los financistas en el poder y a doblar el espinazo en los ministerios.

I

Eliseo Reclús nació el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foy-la-Grande, pequeña ciudad a orillas del Dordogne. Era el segundo hijo de un pastor protestante, hombre de una fe rígida, y de una rectitud absoluta. Ese padre profundamente religioso y lleno de confianza en la providencia, era probo hasta el fondo del alma. Jamás le hubiese permitido su conciencia contravenir en lo más mínimo en sus actos la moral que profesaba. Nadie aplicaba más estrictamente que él la palabra del evangelio: "No os preocupéis al decir: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos?; buscad primeramente el reino de dios y la justicia, y todas esas cosas os serán dadas por añadidura". (Mateo, VI, 31-33). Habría podido vivir con los suyos en una situación acomodada, aceptar la paga que le daba el Estado, permanecer en una comarca en que era bien mirado por las gentes influyentes, y prefirió acudir al llamado de los cristianos de Orthez (Bajos Pirineos) de donde acababa de ser expulsado un propagandista, de origen suizo que predicaba allí "la autonomía de las iglesias" formadas por grupos de convertidos al margen del Estado y de los consistorios. Y en ese rincón lejano de Francia se puso a predicar a los hombres de buena voluntad, mientras que su mujer abría una escuela para los niños. En su familia, — que fué numerosa como una familia bíblica, — el pastor era considerado no sólo como el jefe, sino, por decirlo así, como el representante de dios: su autoridad era absoluta; su oficio esencial era la educación de las almas: estaba dedicado por completo a la meditación y a la enseñanza de la palabra de dios, y llevaba el cuidado de las cosas espirituales hasta el olvido de las realidades terrestres.

Las mismas virtudes se vuelven a encontrar más tarde en Eliseo, pero más fecundas por el hecho de ser puestas al servicio de una causa más amplia, de una concepción más libre de la vida: también él tenía esa inflexible probidad de alma que le impedía transigir jamás en su conciencia, ese desprecio de las contingencias materiales que es lo único que permite realizar el ideal en la existencia cotidiana.

Es, pues, en ese medio austero e impregnado por completo con la idea del deber moral, donde creció el niño: felizmente, creció también en plena naturaleza, con varios hermanos y hermanas. Los pocos árboles que rodeaban la granja eran particularmente queridos a ese pequeño mundo. "Aquel era el dominio encantado de la vida de los niños, el mundo mágico en que todo lo que se había escuchado se volvía a crear de nuevo en figuración personal. Esos árboles constituían el verdadero templo, mucho más augusto que el templo de Baigts donde se iba dos veces todos los domingos y algunas veces más a menudo aún, por la larga carretera blanca". Así lo contó Eliseo Reclús mismo más tarde.

Siendo aun muy joven, en 1840, fué enviado lejos de la patria, a Neuwied (provincias renanas), a una institución de los hermanos moravos adonde el pastor Reclús, que se hacía singulares ilusiones sobre el valor de la institución, había enviado ya a su hijo mayor. Esos "hermanos moravos" eran en su mayor parte "sujetos dóciles, con una vida regulada de antemano por una sucesión de prácticas infantiles y de mentiras convencionales"; en cuanto al director del establecimiento, era un "buen hombre cobarde, dichoso al adular bajamente a aquellos de sus alumnos que sabía ricos y de escarnecer con la befa a aquellos que sabía pobres". Los alumnos acudían de diversos países, pero pertenecían casi todos a las razas germánicas. Los odios nacionales, todavía agudos en esa época, hacían que todos se uniesen contra los franceses y los zamarreasen con el pretexto de jugar a lo Waterloo. Así, desde su primera juventud, Eliseo conoció por experiencia directa dos de los rasgos más odiosos de la sociedad burguesa: los privilegios de que gozaban en todas partes los ricos y el odio que se excita entre los pueblos: por eso luchó toda su vida por la igualdad social y por el internacionalismo. Ese aislamiento de la casa paterna, ese rudo aprendizaje de la vida hecho desde temprana edad eran singularmente apropiados para templar un carácter. Los acontecimientos sociales acabaron de madurarlo.

El período que precedió a los movimientos insurreccionales de 1848-49 fué uno de los más activos y de los más fecundos de la historia: entonces germinaron todas las ideas que al fin del siglo XIX adquirieron un desenvolvimiento poderoso y que forman ahora las convicciones de todo lo que hay de inteligente, de honesto y de libre entre los jóvenes y los hombres adultos. Los vicios de la sociedad burguesa salida de la revolución francesa aparecieron, desde entonces, a todos los espíritus clarividentes. El resultado que se había obtenido no correspondía ciertamente a las aspiraciones de los filósofos del siglo XVIII, a las esperanzas concebidas por el pueblo. Era preciso reiniciar la gran obra y continuarla, aprovechando la experiencia adquirida. Y desde todas partes, pensadores y hombres de acción emprendían una lucha nueva más formidable que la que habían librado sus predecesores; esta vez se refería a la base misma de las sociedades pasadas y presentes, la *propiedad*, y se proponía hallar una forma social en que no hubiera desheredados, en que nadie fuera despojado de su parte de los recursos comunes. El socialismo había nacido. No era sólo en Francia donde fermentaban esta vez las ideas; Alemania, que no era entonces el país estéril, disciplinado, militarizado, prusianizado que conocemos, la Alemania que desde hacía un siglo había producido una multitud de hombres geniales, escritores, compositores, filósofos, estaba llena de espíritus libres, de utopistas generosos, de pensadores revolucionarios a fuerza de ser honestamente lógicos. Y el joven pueblo ruso, que acababa de entrar en la civilización, aportaba al movimiento de las fuerzas vírgenes todavía, no enervadas por un ejercicio demasiado prolongado y demasiado exclusivo del pensamiento, hombres de un bloc, sólidamente construídos, con instintos poderosos y una indomable voluntad de obrar, como Bakunin.

La revolución de 1848 había triunfado en Francia: los jóvenes podían hacerse ilusiones, creer en la inminencia de transformaciones sociales profundas, en la realización próxima de las ideas nuevas. Eliseo, que había frecuentado el colegio protestante de Sainte-Foy de 1842 a 1848, estaba, en 1849, con su hermano mayor, Elías, y un amigo común, en la Universidad de Montauban: los camaradas habitaban en el campo a algunos kilómetros de la ciudad; poco interesados en la enseñanza teológica, no asistieron apenas a las lecciones de los profesores y pasaron su tiempo en leer ávidamente los escritos de los filósofos y de los sociólogos, en conversar, en gozar de la naturaleza. Se permitieron hasta una escapada de varios días para ir a ver el Mediterráneo. Esa conducta de mal ejemplo, esas apariencias demasiado libres, los discursos subversivos que pronunciaban, hicieron que fueran notados por la autoridad y el decano de la facultad, a despecho de su indulgencia natural, fué obligado a significarles su licencia.

Entonces, ya el núcleo de las ideas alrededor del cual se concretó la concepción social que Eliseo Reclús defendió durante toda su vida, se había formado en él. Esas ideas no habían adquirido aún su forma definitiva; sin embargo, las reconocemos sin esfuerzo en un manuscrito inédito que remonta a esa época. Extraigo los fragmentos característicos que siguen:

"Nuestro grito es: Viva la república universal, esa república futura en que el griego tendrá los mismos derechos que el francés, en que el samoyedo hablará en la misma asamblea que el parisién. ¿No vemos ya que los odios nacionales se borran y que se designa a los hombres más bien por sus opiniones que por sus patrias? No hay ya en el mundo más que hombres del porvenir y hombres del pasado, y cada uno de esos dos partidos inmensos forma una Confederación gigantesca que se prosigue en todos los países, sin distinción de raza ni de lengua",

"...Así, para resumir, nuestro fin político en cada nación particular, es la abolición de los privilegios aristocráticos y en la tierra entera, es la fusión de todos los pueblos.

"Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en que las naciones no tendrán necesidad de estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es la ausencia de gobierno, es la anarquía, la más alta expresión del orden. Los que no piensan que la tierra puede pasarse jamás sin tutela, esos no creen en el progreso, esos son reaccionarios.

Pero la libertad política no es nada sin las otras libertades, no es nada sin las libertades sociales. Esa palabra libertad ¿puede tener una significación para aquellos cuyo sudor no basta para comprar el pan de la familia, para esos obreros que extraen nuevos dolores en las revoluciones que han hecho ellos mismos? La soberanía del pueblo ¿no es una ironía cuando es ejercida por hombres cubiertos de harapos y moribundos de hambre? El derecho de ir una vez por año a llevar un trozo de papel al ayuntamiento del cantón ¿puede compensar el derecho a la vida?"

"...Para que el socialismo llegue a su perfecta expresión, para que sea realmente el ideal humano de la sociedad, es preciso que salvaguarde a la vez los derechos del individuo y los derechos de todos; es preciso que cada miembro de la asociación humana se desarrolle libremente según sus medios y sus facultades, sin ser obstaculizado por la masa de sus hermanos; es preciso al mismo tiempo que el bienestar de todos resulte del trabajo de cada uno. Algunas variedades, comunistas, por reacción contra la sociedad actual, parece que creen que los hombres deben absorberse en la masa y no ser más que como los brazos innumerables del pólipo que se agita sobre su arrecife o como las gotas de agua perdidas en el mar y levantadas por el huracán en una misma ola. Se engañan grandemente: el hombre no es un accidente, sino un ser libre, necesario y activo, que se une, es verdad, con sus semejantes, pero que no se confunde con ellos".

II

A su partida de Montauban comenzó para Eliseo Reclús uno de los períodos más activos de su vida. Se fué primero a Berlín, en apariencia para continuar sus estudios de teología, pero en realidad para seguir los cursos del geógrafo Karl Ritter. Allí vivió de la manera más precaria, dando lecciones mal retribuídas. Estaba tan pobre que no podía comprarse combustible, y se veía obligado a quedar en la cama para estudiar. Por falta de dinero no pagó los derechos universitarios: a causa de eso había sido oficialmente excluído, lo que no le impidió continuar los cursos.

En septiembre de 1851 Eliseo volvió a Orthez en compañía de su hermano Elías, a quien se había unido en Stras

burgo. Hicieron a pié el viaje a Orthez, en compañía de un gran perro que cuidaban más que a sí mismos: en total no tenían más que una treintena de francos y debieron contentarse con comer pan y acostarse al aire libre.

En diciembre estalló el golpe de Estado. Mientras que la mayoría de los notables republicanos de Orthez esperaban prudentemente lo que iba a pasar en las ciudades vecinas y evitaban comprometerse, los hermanos Reclús y algunos amigos obraron solos, lanzaron un manifiesto y trataron, sin éxito, de apoderarse del Ayuntamiento. A consecuencia de esos sucesos, Elías y Eliseo fueron obligados a desterrarse para escapar a las persecuciones. Pasaron a Inglaterra; después Eliseo se marchó a Irlanda, donde se ocupó de agricultura; de allí fué, en 1853, a la América del Norte, donde, sin recursos, ejerció toda suerte de oficios; hizo de descargador en los muelles de New York; trabajó en casa de un preparador de salazones, donde poco faltó para que lo triturara la máquina que llevaba los barriles; más tarde entró como preceptor en casa de un plantador de los alrededores de Nueva Orleans, donde fué pronto muy estimado; pero era ya abolicionista y prefirió dejar ese oasis. En 1856 lo encontramos en América del Sur, donde procura entregarse a la agricultura y, como en todas partes, se interesa en los hombres, en el país, estudia y se desarrolla. En 1857, después de la amnistía, vuelve a Francia.

Entra entonces en un período más tranquilo, en un período de trabajo asiduo que va a hacer de él en poco tiempo un sabio célebre. Desde 1859 a 1867 publica en la *Revue des Deux Mondes* una serie de artículos sobre la geografía y la política, el mayor número concerniente a América; colabora al mismo tiempo en la *Tour du monde* y otras revistas geográficas, redacta varias guías publicadas bajo la dirección de Jonne por la casa Hachette, hace traducciones de libros alemanes y americanos. En 1868-1869 aparece su gran obra en dos volúmenes, *La tierra*, que lo clasifica definitivamente entre los primeros geógrafos del mundo.

Pero nuevas convulsiones iban a agitar a Francia. Estamos en la época de la guerra franco-alemana; durante el asedio de París está en el servicio de los aerostatos en compañía de Nadal, que debía permanecer hasta el fin de su vida su mejor amigo. Se proclama la Comuna: sirve como simple soldado, es aprehendido con las armas en la mano en una salida de los federados. Sufre entonces todas las injurias y todos los malos tratos que los feroces burgueses, de quienes el infame Thiers era el digno jefe, hicieron sufrir a los vencidos. Se le envió de prisión en prisión y se acabó por condenarle a la deportación, pena conmutada por la de destierro a consecuencia de la noble protesta firmada por una serie de sabios ingleses, con Darwin a la cabeza. Esa protesta, que honra singularmente a los que la concibieron, daba en estos términos una bella lección a los burgueses franceses: "Nos atrevemos a pensar que esa vida (la de Reclús) no solamente pertenece al país que la vió nacer, sino al mundo entero, y que al reducir así al silencio a un hombre semejante o al enviarlo a languidecer lejos de los centros de la civilización, Francia no hará más que mutilarse y empequeñecer su influencia legítima sobre el mundo."

Todos estos acontecimientos no habían podido sino confirmar más a Eliseo en sus convicciones. Al mismo tiempo que reiniciaba sus trabajos científicos, participaba con un celo nuevo en la propaganda de las ideas sociales. En 1872 está en Lugano, donde escribe su conocido folleto *A mi hermano el campesino*. En 1874 va a habitar junto al lago de Ginebra, en Tour de Peilz, y al año siguiente se instala en Clarens, donde permanece hasta 1890. Es allí donde comienza su *Geografía Universal*, de la que escribe el primer volumen, *La Europa meridional*, en 1875. Desde entonces, regularmente, cada año publica un volumen de su formidable obra, lo que no le impide tomar una parte activa en el movimiento anarquista naciente: asiste a las reuniones de la Federación jurasiana, colabora en el *Travailleur*, en el *Révolté*. En 1890 vuelve a Francia y va a habitar a Sevrés, donde en 1892 acaba su geografía y escribe el prefacio para el libro de Kropotkin *La conquista del pan*.

No sé si por esta breve exposición he dado una idea de la actividad prodigiosa de Reclús; pero lo que no he podido hacer, es resumir su evolución interior. No lo he conocido, desgraciadamente, más que en su vejez. Describir el desenvolvimiento de su espíritu exigiría todo un trabajo de reconstitución que no puedo intentar en este momento. Quizás las páginas siguientes, donde trataré de hacerlo ver tal como era al fin de su carrera, permitirán adivinar la influencia que los acontecimientos de su existencia agitada habían ejercido en la formación de su carácter.

JACQUES MESNIL
(Concluirá)

J. F. RAFFAELLI

Un maestro que no perteneció, quizás, a la línea fronteriza de los consagrados como genios; pero sí hubo de colindar con los antiguos pequeños maestros, jefes y regidores de las artesanías del medioevo, quienes, en su tosca humildad popular, eran auténticos creadores, concibiendo, labrando esas menudencias que constituyeron el encanto de la vida de entonces: ingenuas decoraciones murales de hosterías y retablos, utensillos de todas clases, siendo la alegría esplendente de la calle lo primero, y lo segundo el placer y el íntimo regocijo del hogar: eso fué Raffaelli, desaparecido algunos años hace, en edad senecta: una prolongación de aquellos artesanos, ejemplo aislado en una época moderna. Por su ascendencia italianizante, por su nacimiento, su idiosincrasia recóndita, su instintiva adhesión a los principios democráticos y su versatilidad de poliedrismo casi juglaresco, debía reeditar el tipo de artista menor de las *bottegas* florentinas. Su inquietud, que se proliferó en distintas, opuestas y numerosas direcciones, ya de orden puramente técnico, o teórico, adentrándose en las disquisiciones sociales; su apego a lo que tuviera un carácter marcadamente popular, para transformarlo en sujeto de arte, hacen que este artista atraiga nuestra mirada simpática hacia su obra, no siendo ella nada más que eso: una inmensa corriente de simpatía cordial aljofarando todos sus temas como si los revistiese de un rocío mananero. Deténgase la atención en esto: existen obras francamente hermosas, bellas, expresivas; hay otras que, trabajadas en tonos mas modestos de emoción y de materia, ejercen un suave y casi irresistible atractivo, sin que aviven fuertes sensaciones: es el don de lo fuertemente simpatico, que nos capta sin usar ningun recurso extraordinario ni poseer virtudes idem. Para juzgar o considerar la labor enorme de Raffaelli hay que tener bien presentes estos dos rasgos, los mas evidentes de su personalidad: la estria pronunciada del menestral convertido en talentoso artesano con las miras ideales de artista; y este poder de simpatía comunicativa: no hay uno solo de sus personajes, aun los intencionadamente grotescos, o de traza ridicula, que no nos sean simpaticos. Esa bonhomia es una de las cualidades privativas del pueblo y de quienes incuba en su seno como artistas. Cuando la obscura conciencia de los instintos irrumpe, deflagra y pone en continua derrota la ciencia de la enseñanza, escapándose de entre las mallas de cualquier disciplina para desfogarse libremente, el arte popular se encarna en el alma candorosa de Enrique Rousseau, el aduanero; cuando esta pujanza interna es de temperatura menos subida y se aviene a domesticarse, encauzarse por las rutas armoniosas del saber, iluminada, guiada por la lucidez de una clara inteligencia y aprovechando todos los conocimientos, nociones de su tiempo, entonces surge un Raffaelli; un Raffaelli que se mudará a los leprosos arrabales de París a pintar y convivir con todos los detritus humanos y materiales de esa metrópoli.

Esta inclinación del joven pintor, evolucionando hacia una manera de arte que recogería como motivos de idealización, o mejor de dignificación, lo desdeñado por casi la mayoría de los artistas de entonces, sería suficiente para justificar esta designación, un poco caprichosa para algunos, colocando a Raffaelli entre los representantes de un arte popular, desmentida en la madura edad, al ingresar en la avalancha de los artistas de los salones mundanos de la burguesía rica. Entiéndase bien: si él se identificó con los antiguos artesanos-artistas, lo fué mas por su espíritu que por intrínseca calidad de su obra total. Como dice Romain Rolland, para que exista un arte popular, primero debe haber un pueblo.

Aunque Raffaelli fué uno de los testigos más activos y militantes del movimiento impresionista, trabajó y se hizo al margen de esa escuela, por haberse adherido tarde a ella. Camarada de los más destacados, Monet, Manet, Pissarro, Renoir y otros de la misma pléyade, su inquietud tan alerta le condujo por



J. F. RAFFAELLI. — La ruta de los grandes árboles. (Punta seca a colores)

otras vías sin que nunca perdiera contacto con ellos. Por la prensa e *in voce*, siguió defendiendo la virtual independencia de esa renovacion pictórica. Fué además de un habil catequizador, un espíritu combativo. Sobre todo se batió contra los academicos de todas las épocas, tanto de la que le era contemporanea como de las pasadas. Su historia en pocas lineas de lo que ha sido la escuela de 1830 es ya un ejemplo de independencia mental

Refiriéndose a un grupo de artistas, hijos del pueblo, alejados de las enseñancomo de las pasadas. Su historia en pocas lineas de lo que ha sido la escuela de 1830, zas y los favores oficiales, dice: "Constataremos que dicha escuela se ha compuesto, como la escuela inglesa, de individualidades totalmente diversas e independientes y que la "Escuela Nacional de Bellas Artes" que ya existía, y la influencia del "Instituto" y el "Premio de Roma" y las medallas y los subsidios y toda la gama de estímulos y encargos oficiales, no ha hecho surgir un solo nombre, un solo artista de valer, durante ese mismo tiempo. Sí, la Escuela Nacional de Bellas Artes estaba ahí, el Instituto también, y la provincia nos enviaba entonces como ahora jóvenes con pensión para estudiar las Bellas Artes y había medallas y demás prebendas oficiales.

"Y bien, hoy que todos los hombres de esa generación han desaparecido y nos es natural pronunciar un juicio definitivo y ya consagrado por el mundo entero, podemos decir: "Los hombres de genio de esa época fueron Corot, Delacroix, Millet, Courbet, Díaz, Theodore Rousseau, Barie Jules, Dupré, Troyon, Daubigni y ni uno solo de esos hombres ha sido alumno de esa Escuela ni un favorito de las recompensas y honores oficiales; fueron, por el contrario, revolucionarios, individualidades puras, que hicieron surgir su arte de su corazón y alma magnífica.

"Y en el otro campo ¿qué nombre glorioso se encuentra? ¡Ni uno! Sí, uno. Ingrés, que no fué completamente admirable más que en sus dibujos al lápiz; y el que dude que vaya a darse cuenta en la nueva sala francesa del Louvre.

¿Y los otros? ¿Y los millares de alumnos y profesores? Ni uno solo cuyo nombre venga a la punta de la pluma puede quedar librado a la ridiculez, en esta particular ocasión; todos han sido olvidados, así como las telas de esos profesores poderosos, influyentes en vida, presidentes de jurados, directores o dictadores del gusto del día, miembros del Instituto, comendadores de todas las órdenes, familiares de todas las cortes, árbitros supremos; las telas de esos hombres olvidados, como sus nombres de pintores, arrastran sus miserias en los cuartos de los conserges, de donde no volverá a ver la luz".

Nacido Raffaelli en París el 20 de abril de 1850, de una familia de orígen italiano,, — transplantada en Francia hacia el setecientos—, debido a las estrecheces económicas, prestamente se vió en la obligación, casi niño, de afrontar el grave enigma, encerrado en el avatar de un porvenir incierto; habia que embestir alegremente, y por su nativa laboriosidad y lo versatil de sus facultades pudo desempeñar con desenvoltura los empleos mas heteróclitos y los mas curiosos oficios. Atraido por la pintura, se ingenió para acudir en horas matutinas al curso de Gerome en el Instituto de Bellas Artes, mientras que a la tarde cantaba en las iglesias y en los teatruchos de poca importancia, explotando su magnifica voz de bajo.

De regreso de un viaje a Argelia expuso una serie de escenas argelinas y poco despues algunos cuadros de asuntos históricos o románticos, sin que nadie le notase, en medio de un verdadero vacío centrifugo, del cual el ambiente periodístico, literario y artístico, tiene la exclusiva especialidad. Declarar que tampoco nadie le compró, es añadir un dato ocioso. Otro de menos alientos épicos, al enfrentarse ante el arrugado rostro de la desgracia, habría renunciado a una lucha de uno contra cien mil; mas no era él quien se dejase ganar por el desaliento. Obligado por sus precarias y siempre acosadoras condiciones financieras, debió retirarse a los extramuros y alquilar una modestísima casucha en Asnier... Fué allí, auxiliado por sus poderosas dotes de observador y de intuitiva penetración, que se puso a estudiar todos los seres y las cosas que le circundaban; contenidas en esa desolante zona eternamente encapotada por un cielo de contínuo ennegrecido por el humo de las usinas cercanas, y desahogo de todos los detritus de la metrópoli. No son muchos los aprendices de pintor que ante esa carroña viviente y humeante, hubiesen sentido la voraz tentación de tomarla como asunto de arte. Estriba ahí el mérito intrínseco del descubridor de lo inédito: en su predisposi

ión para encontrar lo que otros jamás habrían hallado. Es ésta la mejor época de su vida, donde había de afirmarse como un artista de inconfundible personalidad; y también es lo mas valedero y quizás durable, de su abundante producción. Después de algunos años de trabajos, de encarnizada lucha, pudo obtener el éxito y algo que pudo llamarse la fortuna. Había triunfado merced a que fué enteramente sincero y porque hizo entrega total de todos los pequeños prejuicios artísticos y de los perniciosos rezagos de una educación académica. La carta que expresa admirablemente sus sentimientos, de esos años por demás venturosos para él, está dirigida a un amigo y concebida en los siguientes términos:

"Habito en Asniers y me siento fuertemente atraído por todo el elemento extraño que se apiña cerca de las grandes ciudades. Poseo una de esas casuchas, que parecen construídas de cartón; pero de una frescura cautivante, rodeada de un pequeño jardín como para inválidos y convalecientes.

"En un rincón hay dos gallinas, un gallo y dos pichones. Existen en Asniers desnudeces de tierra en remoción, sembrada de toda suerte de escombros; cabañas de madera, habitadas por seres absurdos; caballos flacos, coches destartalados y hordas de canes errantes. Siento bien que todo esto responde a un encanto doloroso, a un amor de siluetas extrañas, y también a un vago anhelo de alta filosofía".

Los que todavía niegan el raciocinio y la substanciación de una doctrina a un pintor, se verían apurados a explicar la coincidencia y el porqué de que casi todos los más grandes artistas de la humanidad la tuvieron en grado sumo. De todos modos, esta carta nos hace ver claramente que Raffaelli era consciente de la interpretación pictórica con que vestía las concepciones sugeridas por ese ambiente en incesante fermentación. Cuando un hombre, un artista se fija un propósito y se lo coloca entre ceja y ceja para tenerlo bien presente, un día u otro logrará insuflárselo a la materia viva de la obra modelada por sus manos. En las mejores telas de esa época, están fuertemente impregnada de ese doloroso encanto, materializado a veces en una silueta humana, en un árbol, en un caserío y en áridas planicies de roñosas desnudeces.

De toda su vasta producción—, que según datos recientes comprende 700 óleos, 50 acuarelas y 400 dibujos a lápiz y a pluma, además de los grabados, aguasfuertes, puntas secas y esculturas,—es la que quedara como típica en la historia del arte—, típica y precursora de los escuadrones de pintores urbanos, desde Utrillo a Charlot. Son documentos vívidos de la desolación de esos proscriptos arrabales, las desesperadas visiones de aquellas planicies peladas, de colores neutros, avecindándose a un gris yesoso—, donde hormigueba como en una *gusanera* heterogénea la población trashumante que por entonces rodeaba a París como un jardín del vilipendio y como un muestrario de miseria: deyecciones de las grandes ciudades. En este vasto campo de experimentaciones—, morgue de los dolores y sufrimientos humanos—, podíase ver arroyuelos fangosos serpenteando entre los montones de los mas inverosímiles residuos,—latas, botellas, trapos sucios y etc., animando el humoso y tétrico paisaje algún arbolito de grácil fuste y desgajadas ramas, arrimado a tabucos encorvados. Y Raffaelli, mediante un dibujo en veces incisivo, supo extraer, transcribir el contristado y simpático caracter de amargura de todos esos parias: traperos, vendedores ambulantes, lavanderas, picapedreros y astrosos vagabundos. "Rincón de una tierra desconocida", "Regreso de los traperos", "Medio día (efecto de cierzo), "A orillas del Gennevilliers", "Forjadores bebiendo", "El Guarda Barreras", "Campesina en camino a la ciudad", "Domingo en la Taberna", "Hachador", "Trapero encendiendo su pipa", son telas que han sido consideradas como lo mejor y de las más espontáneas y de pristina vena: y la viviente veracidad de los tipos, sin una acentuación en sus rasgos con el fin de apelar a un sentimentalismo barato y de cinema. Es este respeto a la realidad, es decir al carácter de que ella emana —, que le retuvo de subrayar ciertos lineamientos grotescos de la pequeña burguesía parisina, blanco un tiempo de la mordacidad de su lápiz y pincel. Ello, a pesar de sus preocupaciones literarias y sociológicas, evidenciadas en los numerosos escritos que entregara a la prensa parisiense.

Buena prueba de ello es el prólogo puesto al catálogo de la exposición de 1848, de sus cuadros, dibujos y aguasfuertes. Eran unas cincuenta páginas y se titulaba "Etude des mouvements de l'art moderne et du beau caracteristique" (Estudio de los movimientos del arte moderno y de lo bello característico).

En un estilo un poco imbuído de solemnidad, después de haber rechazado el realismo, *"porque tomado al pié de la letra no sería otra cosa que la negación del arte"* y del naturalismo *"demasiado científico para los artistas"*, se proclama partidario de lo *bello característico*, observando que lo bello no está en la naturaleza y sí en el *amor consciente*, o sea en el *carácter*. Es una retorcida perífrasis para llegar donde llegaron tantos, entre ellos el *detestado* Ingres. Veamos en qué se funda este *bello carácterístico*. Se pregunta: *"¿Dónde está lo bello en nuestra sociedad democrática? Su belleza se halla en el carácter individual de sus hombres, quienes supieron lentamente conquistarse su lugar; hombres que supieron conquistar su libertad después de varios siglos de miseria, de vejaciones y de abusos miserables, en los tiempos que los más fuertes esclavizaban a los más débiles. ¡He ahí lo bello entre nosotros! Es necesario grabar los rasgos de esos individuos todos; a todos, desde el más grande hasta los más inferiores, porque todos merecieron bien de la Humanidad""*



J. F. RAFFAELLI. — Asniers. (Punta seca a colores).

Se puede comprobar que como generosidad de espíritu no se queda corto. En lo demás es ya otra cosa. Sin embargo, si se piensa en qué años fueron dichas estas palabras, cuando Zola creía aún en los principios democráticos, así como Clemenceau no era el de ahora y sí se chamuscaba todavía en el brío de los comunalistas, se deberá reconocerle alguna valentía moral.

Otro de los desdoblamientos de su poliédrica personalidad es lo versátil en el cambio de los procedimientos técnicos, en la búsqueda de su perfeccionamiento, en la invención de otros nuevos y en la intensa preocupación por la materia que le servirá para expresarse plásticamente, con más agilidad o para obtener resultados curiosos. En un tiempo pasó de la pintura a la escultura, y de la escultura al grabado, intentando audaces innovaciones. Las muestras de su talento escultórico las expuso en la casa Goupil, y se hallaban fuera de los moldes de toda tradición. Eran ocho bajorrelieves en bronce, tratados pictóricamente, sin fondo, de modo que las figuras se hallaban aisladas y sus grupos o algunos árboles o los enseres de labor, presentábanse en sus perfiles principales, acentuados por el modelado en claro-oscuro que los ambientaba con una coloración que le servía de atmósfera. Los asuntos eran los predilectos de siempre: "El amolador", "Perfil de un guarda barrera", "Trapero, su perro y un árbol" y cosas parecidas.

El prefacio puesto en el catálogo por un amigo suyo, intentaba aclarar lo que él se había propuesto:

"Nadie como Raffaelli es más respetuoso del pasado de la escultura, y no hay irreverencia en querer emplear esta nueva manera escultórica para expresar lo pintoresco de nuestras costumbres íntimas. Es nada más que esta su ambición, ensayando estas imágenes recortadas, y no obstante, de un agudo realismo. Quiere la obra sin el pedestal, la escultura de los interiores de los departamentos, o más bien como una especie de decoraciones murales. La estatua y el bajorrelieve, tal como se les ha practicado hasta ahora, no pueden ser colocados en una estancia de exiguas dimensiones. Raffaelli colgará en la pared, con uno o dos centímetros de intervalo, la hoja de bronce, la cual no ocupará más lugar que el destinado para el cuadro. Encuentra el medio, así, de eternizar, mediante la materia durable, aspectos que se hallaban sometidos a la fragilidad de las telas y de los paneles, y a merced del azar de la fabricación de los colores."

Esta intentona de una escultura para los departamentos modernos, es posible le fuera sugerida por algunos de los exquisitos bronces japoneses que pudo encontrar en el palacete de los hermanos Goncourt, pacienzudos y estoicos coleccionadores de artes orientales.

Al dedicarse al grabado, y después de haber ejecutado un buen número de aguasfuertes en blanco y negro para los Croquis Parisienses de Joris, — Karl Huysmans no quiso contentarse con los métodos usuales y buscó realizar puntas secas a colores. Los primeros resultados le fueron negativos; pero luego de largas y pacientes investigaciones, intentando y volviendo a intentar, pudo crear la punta seca a colores. Fué el primero que grabó, enteramente cuatro, hasta cinco planchas para obtener una estampa a colores. Este afán en cambiar de técnica, de innovaciones continuas de oficio para luego servirse de nuevos ensayos de la escultura, del grabado, de los lápices negros o de colores; fabricado según una nueva fórmula suya; esta eterna inquietud para las cosas que sólo atañen a la materia pictórica, plástica, etc., es lo que más le avecina a los maestros de las *bottegas*, quienes fueron verdaderos sabios en cuestión de procedimientos.

Después de todo esto; después que era aun joven en las horas de las visiones radiantes y de las regocijadas invenciones, después de buscar, con una perseverancia ejemplar, expresar la vida de los miserables bajo los cielos invernales en los barrios leprosos de la gran ciudad, destino curioso el suyo, debía consagrar su último esfuerzo a la interpretación de los paraísos terrenales, donde se desliza la existencia de los felices de la tierra.

He ahí cómo se le recordaba en un suelto necrológico de una revista de París, en ocasión de su muerte:

"Pero urge decirlo, a pesar de la belleza que ilumina sus últimas obras, es, empero, en sus telas de juventud y de su madura edad que se debe buscar el secreto de su arte de una expresión tan fuerte y plenamente personal. No obstante la variación de sus inspiraciones y los continuos cambios de su técnica, Raffaelli queda en la historia del arte como el pintor de los barrios parisienses: esa triste zona de las alegrías pasajeras y de la miseria de la pobre gente, que él supo, con un pincel tan conmovido y agudo, poblar de figuras de una inolvidable expresión y siempre en completo acuerdo con todos los detalles de su cuadro de existencia.

Es aquí donde se revela como un óptimo artista y un creador. Antes de evolucionar hacía las armonías blancas, como en algunos retratos de jovencitas y otros de ciertas ceremonias mundanas, en los cuales el pincel toma la libertad del lápiz, Raffaelli se ensayó en algunos cuadros de género y retratos de celebridades contemporáneas. "La Familia de Juan le Boiteux" y "El Leñador y su Perro" — que quizás una de sus réplicas se halla en el Museo Nacional de aquí — y de Edmundo de Goncourt, de Gustavo Geffroy, pinturas tratadas en sus grandes partes con contrastes en los que predominan los blancos y los negros.

At.

Algo sobre escultura

La causa mayor del desentendimiento e incomprensión popular por la escultura, ha sido y es la falta de concepto en nuestros escultores, quienes cuando no han perseguido en sus obras la limitada finalidad de la forma por la forma, presentaron los desvíos o las pobrezas de los escamoteadores y mercachifles.

Y la escultura de nuestras plazas, nuestros palacios, cementerios o interiores dicen claramente la ausencia absoluta de ideales superiores, la incapacidad artística y la ignorancia respecto de la concepción escultural conforme al lugar de emplazamiento, ý a la materia que ha de fijarla.

Los lugares públicos, salvo muy raras excepciones, ofrecen maniquíes informes, inexpresivos y desambientados que carecen de unidad plástica y de poder evocativo.

Se olvidó casi siempre entre nosotros que, inspirada en la vida, la verdadera obra de arte, al tomar sus formas a la naturaleza, está sujeta a sus mismas leyes de equilibrio y armonía.

Se olvidó igualmente que la escultura — afirmación de nuestra conciencia plástica — existe en su realidad formal por y para la luz. La luz mueve las masas y valoriza los relieves dotando a la obra de esa atmósfera propia que la incorpora al ambiente; es por ella, con sus oposiciones de sombras, que una escultura es un "desplazamiento de ritmos en el espacio".

Estas "cosas viejas" mejor ignoradas que sabidas, nos hacen pensar en la prueba del aire libre a que todo escultor debería someter sus obras antes de ofrecerlas al público.

El aire libre exige a la obra expuesta, ideas claras y construcciones esenciales; aclara la armoniosa dependencia de los detalles del plano; acusa la variedad infinita de los perfiles y la belleza decorativa de las siluetas.

El aire libre destaca los gestos antinaturales, las actitudes absurdas y la falta de emoción inicial en disonancia con la armonía general.

Restableciendo el equilibrio perdido, la práctica del aire libre renovaría la estética del escultor, haciéndola múltiple como la vida moderna, la que tiende cada día más a llevar su radio de actividad hacia los grandes centros públicos: la calle, la escuela, la usina, etc.

Enriqueciendo la sensibilidad que permite descubrir lo sublime en lo simple y cotidiano, habremos destruído el prejuicio tan extendido que limita al desnudo las formas dignas de ser exaltadas por el escultor, ampliando nuestros horizontes por el número y novedad de los elementos que aportaríamos.

Así lo afirman, desde los jardines de Palermo (oasis en este desierto) el "Sembrador" y el "Segador" de Meunier, "La Juventud" de Despiau y el "Sarmiento" de Rodin.

LUIS FALCINI

EL ARTE SOCIALDEMOCRATA DE LA REVOLUCION

Como los pecados de los padres se vengan en los hijos, así el proletariado paga los pecados de la revolución. Los trabajadores alemanes son mansos, pesados, pacíficos, respetuosos y ante todo creyentes en la autoridad. Cuando la guerra se perdió para Alemania y los numerosos príncipes con Guillermo de Hohenzollern a la cabeza, temiendo la venganza del pueblo por su política criminal, abandonaron su dominación y escaparon, los fundamentos de la sociedad actual estaban carcomidos. Los capitalistas temían la expropiación. Obreros y soldados formaron consejos. Se desarrolló lo que se caracteriza con la palabra revolución.

Pero esa revolución tuvo un mísero fin. En realidad no hay que maravillarse de ello, pues en el pueblo alemán no existía ninguna especie de tradiciones revolucionarias. ¡Y sin embargo! Sin embargo el curso de los acontecimientos revolucionarios fué lamentable. El proletariado alemán, infestado por décadas enteras de adiestramiento socialdemócrata y sindicalo-reformista, se demostró incapaz de concebir los atrevidos pensamientos de la revolución social e impotente para realizar valerosas acciones revolucionarias. No estaba a la altura de su misión histórica, tal como le fué profetizada por su padre doctrinario, Karl Marx. Y justamente esa actitud marxista fué la que le encadenó de pies y manos, impidiéndole el desenvolvimiento de la iniciativa revolucionaria. ¿En qué consistió la acción revolucionaria para las grandes masas? En concurrir a las asambleas a votar. Con eso se agotó la participación de ellas en la revolución. Sólo un pequeño núcleo, anarquistas, sindicalistas, espartaquistas, estaba descontento con ese sistema y quiso romper la inactividad impuesta a las grandes masas. Pero ese pequeño núcleo, a pesar de la buena voluntad, no pudo encauzar el gran desamparo. El mando lo tenían en sus manos los jefes de la socialdemocracia. Pero ésta veía su misión histórica en estrangular la revolución y en impedir por todos los medios que fueran tocados los privilegios de la propiedad privada. Ese fué uno de los grandes pecados de la revolución, que en comunidad con todas las demás faltas, ha tenido y tiene aun que pagar caramente el proletariado alemán.

La invulnerabilidad de la propiedad privada en el curso de la revolución, hizo posible que hoy, después de siete años, los antiguos tiranos y amos saqueen del modo más desvergonzado a su pueblo en razón de los derechos de propiedad que éste no supo modificar. Reyes, duques, condes y príncipes, exigen las propiedades territoriales y demás que poseían en el tiempo de su dominación. Y si no se les devuelven voluntariamente, acusan a los gobiernos correspondientes ante los tribunales. ¿Hace falta decir que naturalmente todos los jueces de Alemania son jueces de clase y que fallan en favor de los príncipes demandantes? En esos procesos se establece que la alta nobleza de Alemania abrigaba desde el tiempo de la revolución francesa el temor de que el pueblo alemán pudiera imitar algún día a sus vecinos. Y para prevenir ese peligro y a fin de estar dispuestos a todo, los príncipes alemanes hicieron traspasar más y más la propiedad del Estado a la categoría de propiedad privada. Y ahora bien, como se trata de propiedad privada, todo tribunal falla, claro está, en favor de los propietarios. De ese modo se han reconocido ya a los ex príncipes millones y millones. Hasta mayo de 1921 fueron enviados al ex rey de Prusia en Holanda 32 millones de marcos del tesoro de la casa real. Cuando luego se produjo la inflación, el dinero se pagó en moneda extranjera. En el peor año de la inflación, 1923, se enviaron al ex rey de Prusia, de los excedentes de la cámara real, 24.000 florines holandeses. Desde enero de 1924 recibe el apoderado de la antigua casa real 50.000 marcos mensuales. Pero eso no basta a esas señorías. Sus pretensiones son mayores. Exigen del Estado prusiano objetos de su fortuna, como palacios, cosas, bosques, tierras de agricultura, etc., por valor de 600 millones de marcos.

Pero esto no es todo lo que se paga en Alemania de los dineros de los contribuyentes, es decir, de los asalariados en primer lugar, a las antiguas familias reinantes. Los Wittelbacher en Baviera recibieron una serie de palacios y una cantidad en metálico de 60 millones de marcos oro. Los duques de Braunschweig recibieron grandes latifundios, mobiliario y además una renta de 75.000 marcos anuales. El gran duque de Weimar recibe una renta anual de 100.000 marcos, el duque de Meiningen recibe 480.000 marcos anuales. Las demandas del duque de Sajonia-Coburgo-Gotha son tan elevadas que incluso el gobierno burgués de Gotha, ha comunicado al duque que sus exigencias traen a la memoria el tratado de Versalles.

Los casos y sumas aquí mencionados son sólo una parte de las exigencias. En total son exigidos por los antiguos pequeños y grandes príncipes de Alemania unos dos mil millones de marcos. Y esas demandas son casi todas concedidas. La república alemana paga a sus antiguos príncipes rentas y cantidades superiores a las que reciben los príncipes reinantes en los demás países. Como se sabe, Alemania, después de la aprobación del plan de Dawes, recibió un empréstito de 800 millones de marcos. Pero los príncipes recibirán más del doble. Esa es la política de la república alemana, tan altamente festejada por la socialdemocracia.

Los republicanos burgueses y los demócratas sociales se quejan de que la república sea monárquica. Los socialdemócratas dicen que los gobiernos nacionales sin socialistas escatiman a los trabajadores todo penique y que al tratarse de los pagos a los monarcas arrojan el dinero a manos llenas. Esto es pura hipocresía. Los trabajadores son igualmente explotados en el Estado republicano como en el monárquico. Es verdad, es una vergüenza y una injuria para la república el que continúe pagando a los príncipes fugitivos, destronados y depuestos. Pero mayor vergüenza es para el proletariado socialista consciente y organizado de Alemania el no haber tenido durante la revolución el suficiente valor civil para confiscar la propiedad privada de los príncipes y ponerla, con el resto de la propiedad privada, al servicio de la economía socialista de las necesidades. Los campesinos franceses han echado al fuego los libros donde estaba acreditada la renta agraria de la nobleza feudal hace 150 años, después de haber saqueado los nidos feudales. Los obreros y los campesinos rusos no sólo quitaron a los zares y a la nobleza sus posesiones, sino que privaron al zar mismo de su último bien, la vida, y arrojaron del país a la nobleza. Pero los obreros alemanes dejaron intactos a sus amos. Eso tiene ahora las consecuencias apuntadas.

Desde el punto de vista de los socialistas, sindicalistas y anarquistas, es propiamente accesoria la persona que está en posesión de la tierra y de las riquezas nacionales. No les interesa si son propiedad de un Hohenzollern, de un señor Krupp o de un Stinnes o si son propiedad de un trust norteamericano; lo que les interesa es que no exista ninguna propiedad privada. Claro está, para los proletarios del presente, que han esperado de la revolución la realización de su ideal tanto tiempo anhelado y soñado, es más insoportable el pensamiento de que justamente los Hohenzollern, Wittelbach y consortes vuelvan a sus riquezas, pero la situación del obrero no mejorará si son detentadores de esas riquezas nuevos ricos o especuladores capitalistas. Sería también una ilusión creer que por medio de la nacionalización o estatización de los fideicomisos cambiaría algo el orden económico actual. Una contrariedad pública sería suprimida con eso para los republicanos, pero la explotación capitalista continuaría por los capitalistas burgueses como antes por señores de la nobleza.

Por esta razón, la aspiración del proletariado consciente debe ir más allá. La vieja revolución fué aguada desde el principio. Una nueva revolución es necesaria y esa revolución tendrá que ir a las raíces de la propiedad privada. Las exigencias de los antiguos príncipes son una enseñanza. Aquí tienen los trabajadores precisamente una lección intuitiva de cómo debe hacerse una revolución y de cómo debe realizarse. La propiedad privada y familiar de las casas reales destronadas no será abolida en Alemania más que por una nueva revolución. Pero ésta tiene que ser una revolución social. Su primera labor deberá ser la expropiación de la propiedad privada y la introducción de una economía social fundada en las necesidades. Si la revolución alemana hubiese dado ese paso, entonces no sólo estarían liquidados los Hohenzollern y demás monarquías, sino que habría sido abolido el movimiento y el peligro monárquico, que acecha todavía la ocasión propicia. Entonces no tendríamos hoy en Alemania una república sin republicanos, sino una sociedad socialista. Pero para eso es necesario que el Estado y la esclavitud del salariado sean suprimidos.

¡Proletarios de Alemania! Si queréis protegeros en el porvenir de las exigencias insolentes y arrogantes de vuestros explotadores, quitaos de la cabeza el gorro puntiagudo y cuando se trate de revolución, haced tabla rasa. Echad al diablo los bandidos antiguos y modernos, tomad la tierra y los medios de producción en vuestras manos, no dejéis que se instale ningún nuevo Estado, volved las espaldas a todos los politicantes y producid lo necesario para satisfacer vuestras necesidades y las de los vuestros.

DER SYNDIKALIST

Berlín, 28—11—1925.

El próximo número del **SUPLEMENTO**, que aparecerá el 8 del corriente, estará dedicado enteramente a reproducir varias cartas del inolvidable camarada Pedro Kropotkin, reunidas y comentadas por el compañero Luis Bertoni.

Ese número ha de ser leído con interés, pues los trabajos que en él insertamos, son completamente desconocidos por nuestros lectores y, creemos por casi todos los camaradas de habla castellana.

También publicaremos una extensa carta inédita (archivo Nettlau), escrita por Kropotkin en marzo de 1902, la que provocará, seguramente, vivos comentarios y polémicas.

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

I

Respecto a los inventores benefactores, la posteridad ha sido siempre avariciosa en el reparto de la fama. Conoce sólo el nombre de muy pocos iniciadores de la técnica y amontona en ellos toda la gloria y todo el reconocimiento. Así por ejemplo, hoy es reconocido generalmente a James Watt el servicio exclusivo de haber domado el vapor en una máquina y haberlo forzado a la ejecución de trabajo. Pero ya cincuenta años antes de Watt había comenzado el "rey vapor" su entrada en la dominación y obtenido la victoria sobre la fuerza muscular del hombre y del animal. Es verdad, le faltaba todavía la consagración principesca. Llegó al país lo mismo que un mendigo. Exactamente considerado, el vapor no aspiraba a la obtención de la dignidad real. No quería ser un príncipe imperante, subyugador de la humanidad, sino una ayuda en favor de la humanidad laboriosa. Así lo había introducido también el inglés Thomas Savery, el que le abrió realmente camino, en 1702. Savery es el primero que consiguió transformar el vapor en una fuerza creadora y construir una máquina que asumió la dura labor de la extracción del agua de las minas, aliviando así a los mineros de su país. Dió expresamente al escrito que contiene la descripción de ese invento, el nombre prometedor: *The Miner's Friend* (El amigo del minero).

Es útil mencionar este recuerdo al comienzo de este escrito que quiere investigar las relaciones entre el hombre y la máquina. De ese modo nos hemos puesto espontáneamente ante el problema principal que nos ocupa: ¿Se ha vuelto la máquina realmente un amigo del hombre? ¿Se ha cumplido la promesa de Savery? O ¿no se ha transformado más bien en una maldición lo que era imaginado como bendición? ¡Quién querrá comprometerse a una afirmación o a una negación absoluta! ¡A quién no llenó de asombrosa admiración y de justificado orgullo el hecho de que en el curso de tan poco tiempo hayamos subyugado la naturaleza y organizado sus degeneraciones destructoras al servicio de la acción creadora! ¿Quién no ha visto con infinita alegría aquel ejército de máquinas grandes y pequeñas que trabajan ahora como esclavos diligentes para nosotros y ejecutan la actividad más pesada y fatigosa, pero que exige también la más delicada y penosa exactitud? ¡Pero quién querrá, sin embargo, sostener que nuestra vida se ha vuelto menos fatigante y menos llena de tormentos por haber descargado la parte principal de nuestro trabajo en aquellos animales férreos!

No, el triunfo de las máquinas no es simultáneamente el triunfo de la humanidad. Es verdad, hemos multiplicado nuestra fuerza natural, es verdad, el espacio y el tiempo no son ya para nosotros separaciones; pero se constata como si pesara una funesta maldición sobre nuestro dominio de la naturaleza, como si los elementos domesticados se tomasen terrible venganza en nosotros. Lo cierto es que los hombres trabajan más que en los tiempos en que no se conocían las máquinas. Los días de fiesta se han vuelto más raros. Con la aparición de las máquinas aumentó incluso el número de las mujeres empleadas en la industria en una medida desconocida en tiempos anteriores y por primera vez hasta el niño tuvo que vender sus débiles brazos a un patrón. El esperado efecto en la unión y fraternización de los pueblos de los railes ferroviarios, esos "lazos matrimoniales" y "anillos de boda", como se expresó entusiastamente el austriaco Karl Beck a mediados del siglo pasado, no se ha realizado. La hostilidad de los diversos países quedó en pié. Más aún: esa hostilidad aumentó en una medida insospechada por la concurrencia en la busca de materias primas y de mercados. *Los railes ferroviarios no abrieron el camino al pacifismo, sino al imperialismo.* Nunca experimentó la humanidad guerras tan criminales como las de las últimas seis décadas. Pues con nuestra fuerza creadora creció también nuestra fuerza destructora. ¿Qué habría podido hacer en la guerra mundial un general con un ejército por atrevido que fuese y además por poco temeroso de la muerte que fuera, si no hubiese tenido por aliados a esos "diablos de metal"?

También en círculo más estrecho se mostró la máquina pronto como destructora. Fué ella la que separó a los hombres de sus medios de trabajo. El telar mecánico desalojó el telar a mano, la Jenny al torno. Para poder, en último resultado, trabajar, el tejedor e hilandero hasta entonces independiente, tuvo que alquilarse a un extraño, propietario del nuevo instrumento mágico, o tuvo que vender más barato su trabajo a fin de poder competir con él. Comenzó una terrible concurrencia entre el hombre y la máquina. Esta trabajaba cada vez más ágilmente, y al artesano sólo le quedó el recurso de prolongar la jornada de trabajo y hacer de la mujer y el niño compañeros de labor.

Esa contienda, que vista exactamente, era una lucha por la afirmación de la independencia de los trabajadores, no tuvo nunca perspectivas. La máquina triunfó y el obrero cayó en completa dependencia del propietario de la máquina; se proletarizó. En lo sucesivo, los hombres cesaron de constituir una comunidad popular. La fraternidad y la justicia, esa mag



nífica roca básica en que habían instaurado las ciudades de la edad media su templo de arte industrial y de paz social, fueron desechadas. El idioma y el hogar nativo perdieron su fuerza asociativa.

Sin embargo, no es esto lo que debe ser en primera línea objeto de nuestra consideración. Esa lucha del primer periodo de las máquinas ha sido ventilada y decidida. Ninguna pluma ni ningún brazo quebrantará ya la decisión. Nuestra mirada debe dirigirse principalmente al presente inmediato y al futuro. Pues — y esto es olvidado diversamente — *los perfeccionamientos e innovaciones técnicas sirven hoy, más que nunca, no tanto al aumento de la producción como a la disminución del personal y a la suplantación del trabajo manual*. Es cierto que a la mirada superficial no le parecen ya consecuencias de una naturaleza tan hondamente trastornadoras. El círculo de las víctimas es más pequeño. Pero son muchos círculos los que atrae la máquina. Continuamente son arrancados seres humanos de su distrito originario de acción. Sin hablar de los países transatlánticos que se vuelven hacia el industrialismo y en donde parece encontrarse una repetición de las mismas luchas que lidiaron los obreros de Europa sin éxito en el primer tercio del siglo pasado, y donde, como en India, un pueblo de trescientos millones se asocia para una nueva cruzada contra las máquinas.

La técnica no conoce paralización. Corre sin descanso de victoria en victoria, revolucionando continuamente los fundamentos de la producción. A Savery siguió Newcomen y el trabajo preliminar de ambos lo continuó James Watt. Durante más de un siglo dominó ilimitadamente el vapor, hasta que se le presentó en la electricidad un concurrente avasallador. También la materia que despertó del agua como un espíritu creador, el carbón, comienza a compartir el destino con él. El petróleo parece dejar fuera de curso el precioso diamante negro. Pero la técnica vuelve a echar mano a los expendedores originarios de fuerza, el agua y el viento y está en tren de independizarse del todo de las materias muertas. Así da vueltas incesantemente la rueda del desenvolvimiento técnico y lo que hace aun pocos siglos era motivo de burla, como una loca fantasía, se ha realizado hoy. ¿Ocurrirá lo mismo con aquel plan atrevido de utilización de la fuerza del sol para hacer funcionar los pozos artesianos y de ese modo para el cultivo de los desiertos? He ahí una temeraria perspectiva: ¡el hombre como **perfeccionador** y acabador de la creación divina!

Sin embargo, **volvamos** a lo real. Echemos una breve ojeada al desenvolvimiento del maquinismo para investigar luego lo que ha aportado a los productores mismos, si enriqueció efectivamente la vida material y espiritual de los pueblos o si, al contrario, la humanidad se convirtió en esclava de ese monstruo creado por ella misma.

El supremo amor

Fué detenido un anarquista llevando dos bombas en una bolsa negra. Esto sucedió en Nueva York, — suceso que nos comunica el cable. Según la novela policial, fué sorprendido cerca de los talleres del diario "Corriere de America". Interrogado más tarde por las autoridades, confesó que tenía la intención de destruir el edificio donde estaba instalado ese diario, a fin de impedir la difusión de los ideales fascistas en los Estados Unidos?"

¿Qué lo retuvo para no cometer el atentado? Un pequeño punto sentimental. Había visto que en los alrededores estaban jugando algunos niños, y desistió momentáneamente para buscar luego otra oportunidad en que no mediara el mismo inconveniente.

Y posiblemente por este pasajero desmayo de sus sentimientos, por el fugaz segundo de un enternecimiento pueril, viendo en su imaginación la muerte horrorosa de esas diminutas existencias rosadas y el tremendo dolor repercutido en todos esos hogares, hizo que fuera notado y le prendieran.

De ser cierto, de merecernos entera fe las noticias cablegráficas, habría que reconocer que sólo las *fieras anarquistas*, en el momento de reivindicar un derecho — el de responder a la violencia de los más poderosos con la débil violencia de los menos poderosos — son capaces de sentir hondamente, atenaceadoramente esos pequeños, esos insignificantes escrúpulos para los demás.

¿A qué profesional de la violencia organizada hubiera de detenerle, no la matanza de unos cuantos niños, sino de miles de ellos, acompañados de sus madres y sus parientes?

Napoleón, que en el paso del Beresina decía, al dejar tras suyo unos veinte mil soldados, ante las ruinas humeantes del puente, *"qué me importan esos sapos"*, define muy bien lo contrario, lo totalmente opuesto de quien, si se decide a eliminar algunas vidas humanas por creerlas perniciosas, rémoras para el futuro mejoramiento de la humanidad, lo hace por un irrefrenable impulso de altruísmo y entregando su propia vida, sin parar mientes en los horribles martirios que le infligirán sus verdugos.

De estos dos presuntos criminales, uno para la "sociedad" y el otro para nosotros, ¿cuál es el verdadero héroe, en el sentido estricto de una moralidad superior?

¿El que mata cien mil, en provecho suyo o ajeno, o el que mató uno para vengar esos cien mil?

Llegará día en que estos contrasentidos universales serán disipados, y el verdadero heroísmo colocado en su justo pedestal. Nada nos importa que esté muy lejos; más alta, más lejana se halla la utopía, más embriagadora es para nosotros. Así nuestro amor será más puro, más desinteresado. La idealidad anárquica está fuertemente tejida de este supremo desinterés, la esencia de todos los amores.

Lloyd George

Lloyd George tuvo indudablemente sus horas, o mejor sus largos años de intensa y febriciente celebridad. Surgido a la vida pública merced a su demagógico radicalismo contra los latifundios, ya sentado durante algunos años en el parlamento inglés, a los once meses cortos de iniciarse la guerra le hizo una zancadilla a su amigo y colega de partido, Asquith, quien por entonces desempeñaba las funciones de presidente del ministerio británico, popularizado por su famosa frase *wait and see*, o sea, espera y verá. El ministro de municiones, que lo era Lloyd George, parece que tomó al pié de la letra el socorrido recurso verbal para aplacar las efervescencias de los ánimos, y fué él quien le hizo ver a su jefe y amigo lo que nunca esperaba le sucediera.

Conocida es su actuación en los años pasados para que empecemos a detallarla, mas lo que posiblemente no será muy notorio es su cuantiosa fortuna, tal vez la más saneada de Gran Bretaña. Es un detalle sin importancia...

Desde esos días, fervorosamente felices para él, que en compañía de Clemenceau y adláteres estaban confeccionando una nueva geografía para las especiales conveniencias de sus respectivas naciones, la gloria, el prestigio político del brujo de Gales mermó no poco. Por ello está haciendo esfuerzos desesperados para que vuelvan las jornadas del antiguo esplendor. Una de estas intentonas culminó en su proyecto, sancionado oficialmente por el partido liberal inglés, relativo a los latifundistas, que aun hoy retienen grandes cantidades de tierras para ejercer un particular deporte, mientras que en Londres hay cien mil desocupados que pudieron comer unos días gracias a una tempestad de nieve, desencadenada muy oportunamente... Nada más popular que una iniciativa de esta índole, cuando lo más necesario son las tierras, donde encontrarán cómo trabajar tantos brazos y habrá para muchas bocas...

Un talento politiquero como el de Lloyd George no podía desperdiciar semejante ocasión, y empezó a entonar el canto de los pretéritos días — Land Song — que le hiciera tan famoso; y los sufrimientos, la miseria, los dolores de los campesinos, pequeños industriales, trabajadores del campo, le sirvieron magníficamente para sus detonantes arengas que sublevan de indignación al auditorio, para estallar luego en una salva de aplausos tan placenteros para los histriones políticos.

Además, con este proyecto de una problemática repartición de tierras a los desocupados, se les hacía una competencia pavorosa a los bolicheros de enfrente, los cuales también habían formulado un plan parecido; y estos bolicheros no eran nada más que el partido laborista, con una especie de *State Socialism*, o sea socialismo de Estado, que se pensaba llevar a la práctica apenas se pudiera, o se afirmaran en el poder. Tampoco, esta nueva evolución de Lloyd George hacia sus primeros amores, no era ajena a cierto deseo de que se le proclamara jefe del partido, algún día.

A los que no les pareció ni excelente ni muy bueno este proyecto aprobado por el liberalismo británico, fué a los propietarios de tierras, a los terratenientes con inmensos cotos destinados para la caza del zorro, del ciervo y de otras pobres víctimas del hombre fiera; poco a poco empezó la retirada: Wiston Churchill, primero, luego otros otros y otros, hasta que un tal Sir Alfred Mond anunció en estos días que abandonaba el partido por disentir con Lloyd George sobre la proyectada y aparatosa idea de una futura improbable repartición de tierras.

Este pedazo de Lord finge creer que los referidos proyectos son de tendencia socialista... Nada más halagador para el saltimbanqui de Gales. Convencer a la *gente bien*, al mundillo de la rancia aristocracia, que él posee ideas avanzadas, es su mayor satisfacción. Pretende asustar, como cualquier niño terrible, y luego ... los sustos a veces son para él...

No hay duda, nada de más palpitante interés ni nada más sensacional que se ataque a esa caterva infinita de parásitos, quienes durante generaciones y generaciones vivieron a costa del sudor y de la sangre de los trabajadores del campo, sin devolver el menor beneficio a la comunidad, legalizando sus robos y empleando su poder en el parlamento para esclavizar virtualmente a los peones y a todos sus asalariados.

¿En qué consisten esos proyectos del partido liberal? Parece que se trata de proponer a los propietarios de mayores cantidades de tierra, cedan determinadas extensiones al Estado al precio que ellos mismos fijen, a fin de entregarlas, después, a los desocupados, en una palabra, a todos aquellos que soliciten trabajar en ellas.

Para el proletariado británico, ¿qué significa esta nueva táctica electoral de tierras hipotéticas? El único cambio estribará en que los alquileres los cobrará un agente del Estado, y no ya el apoderado de algún señorón.

Porque todas estas actividades con aparentes propósitos humanitarios, no tienden sino a que el partido liberal pueda obtener numerosos votos en una próxima elección, para sentarse en el parlamento y tronar contra los latifundios y los latifundistas, quienes continuarán gozando de buena salud durante mucho tiempo.

¿Qu otra cosa se podía esperar del brujo de Gales sino este otro salto mortal, que lo hará caer de pié por centésima vez?

Escribir...

Una serie de obras maestras desarrollando las actitudes del idioma, le han dado la riqueza, la flexibilidad y la fuerza; han creado las locuciones y las formas... Su diccionario, conteniendo los vocablos, los giros, las fórmulas y el significado de las palabras, es un arsenal donde hormiguean las ideas, de las cuales ningún escritor agotará los tesoros. A estos materiales de por sí tan ricos, la gramática y la retórica agregan sus enseñanzas...

...Se tienen repertorios de rimas, de sinónimos, de epítetos, de perífrasis, de ejemplos selectos, que basta recorrer para ver surgir infinitos puntos de vista nuevos, acercamientos ingeniosos, rasgos de espíritu...

El despojo de literaturas extranjeras aportará un último contingente, con el cual se dará un color todavía más fuerte a esta originalidad de mala ley. Coraje entonces, joven, tome y mezcle, como hacen los boticarios! Ud. es escritor, Ud. puede, como muchos, por toda una generación, llegar a ser un gran hombre.

PROUDHON

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(Continuación)

ESCENA II

(Dichos y Eulalia)

Piedrabuela (De pié) —Tanto gusto, señora.

Eulalia. —Gusto es el mío, doctor.

Rosarondo. (A Eulalia) —Siéntate. Aquí, el doctor, viene a comunicarnos algo de trascendental importancia.

(Se sientan)

Eulalia. —Ya han conseguido ustedes despertar mi curiosidad.

Rosarondo. —En el supuesto caso de que se durmiera alguna vez.

Eulalia. —Cómo eres, Justo. No le crea usted, doctor. Usted bien me conoce.

Piedrabuela. —La conozco y conozco a su marido, señora, sé que es un soñador y, como tal, todo lo exajera.

Rosarondo. —Muy bien. *(A Eulalia, pomposo)* He aquí el trascendental asunto por el que tenemos la dicha de recibir la visita del doctor. El doctor Piedrabuela viene a pedir nuestro consentimiento para desposar a nuestra hija Justa.

Eulalia. (Con inusitado asombro) —¿A?...

Rosarondo. —¡A Justa, nuestra hija!

Eulalia. — ¡A nuestra hija? ¿El doctor quiere casarse con nuestra hija?

Piedrabuela. (Aulicamente) —Sí, señora, a esa dicha aspiro.

Eulalia. (Arrebatadamente, con indignación) ¡Imposible!

Piedrabuela. —¿Cómo imposible?

Rosarondo. —¡Imposible! ¿Por qué, mujer?

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

(Eulalia mira fija y largamente a Piedrabuela. Este sostiene su mirada sin inmutarse)

Rosarondo. —Explícate.

Eulalia. —¡Es imposible!

Rosarondo. —Pero las razones tan siquiera.

Piedrabuela. —Eso es, ¿en qué razones funda su negativa?

(Pausa larga. Ella no responde, se ve que en su interior libra una terrible lucha para aparecer serena).

Rosarondo. (Impaciente) —¡Habla, pues!

Eulalia. (Imperiosa, desbordante) —¡Que es una infamia lo que ustedes quieren hacer, una infamia!

Rosarondo. —¿Una infamia? ¿Dices que yo quiero hacer una infamia? Yo no quiero hacer...

Eulalia. —Sí, sí; te conozco, bien que te conozco, bien sé de lo que eres capaz!...

Rosarondo. —Mujer, refrénate, no digas necedades, calma, calma...

Eulalia. —¿Calma, calma, y quieres vender tu hija? ¡Indigno! *(Se pone de pié, está visiblemente alterada)*.

Rosarondo. — Qué carácter, qué carácter más irascible el tuyo, reflexiona...

Eulalia. —Esto no necesita reflexionarse, se siente! ¿Cómo vas a casar ese viejo con tu hija, joven y hermosa?

Rosarondo. — ¿Cómo vas a casar? Yo no quiero casarla; el doctor ha solicitado mi consentimiento de padre, y yo...

Eulalia. —¡Calla!

Piedrabuela. —Pero señora...

Eulalia. — Calle usted también, callen los dos, por favor, callen! ¿se empeñan en que los desprecie más de lo que los desprecio? ¡A los dos!, ¡a los dos! *(A Piedrabuela)* ¡Cuánto le ha pagado por mi hija?

Piedrabuela. —¡Señora!

Rosarondo. —¡Mujer!

Eulalia. —No se hagan los indignados. Guarden las farsas para cuando estén solos.

Rosarondo. —Me ofendes. Ofendes al doctor.

Eulalia. —Los sujetos como el doctor y como tú nunca se ofenden.

Rosarondo. (Amenazador) —Repara en lo que dices.

Piedrabuela (Ofendido) —Señora, las más elementales reglas de urbanidad social me impiden responderla; pero le ruego que no abuse de su situación privilegiada.

Eulalia. —Y las más elementales reglas de dignidad personal le debían haber impedido entrar en esta casa.

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

Rosarondo. —¿Por qué, si es mi amigo?

Eulalia. —¿Tu amigo? Ay, pobre doctor si no tiene mejores amigos que tú. *(Al doctor)* ¿Sabe cómo lo llama a usted su amigo?, pues, le llama: "el ladrón Piedrabuela".

Rosarondo. —¡Mujer!

Eulalia. —Tal como lo oye, doctor; jamás pronuncia su apellido sin anteponerle lo de ladrón. Así: "el ladrón Piedrabuela".

Rosarondo. —¿Pero es que hoy te has propuesto decir necedades e inconveniencias, nada más?

Eulalia. —¿Necedades? ¿Inconveniencias? ¡Verdad, sencillamente verdad!

Rosarondo. (A Piedrabuela) —Usted bien sabe que nunca estuvo muy bien de la cabeza, ahora parece que el mal se agrava: le ha dado por andar con la Verdad a cuestas.

Eulalia. —¡Cínico!

Piedrabuela. (A Rosarondo) —Comprendo, amigo, comprendo.

Eulalia (Recalcando el plural) —¡Cínicos!

Piedrabuela. (Levantándose) —Usted comprenderá, amigo Rosarondo, que debo retirarme, debo retirarme forzosamente!

Rosarondo. —Le ruego, querido doctor, que no repare en las inconveniencias de mi mujer.

Piedrabuela. —Sí, pero mi...

Rosarondo. —Comprendo, su delicadeza se siente ofendida.

Piedrabuela. —Eso es, mi delicadeza.

Eulalia. (Sarcástica) —¡Ja, ja, ja! ¡Su delicadeza!

Rosarondo. —Siéntese, mi querido doctor.

(Se sientan).

Eulalia. —Dígame: ¿puede hablar de su delicadeza un viejo que pretende comprar a una joven, aprovechando su mala situación pecuniaria y la desvergüenza del padre?

Piedrabuela. —Señora, yo amo a su hija...

Eulalia. —¡Calle! Está usted insultando el Amor. Bien, aunque usted la ame, ella no podrá amarlo a usted.

Piedrabuela. —¿Por mi edad? No es un obstáculo, quizás aboguen por mí mis condiciones morales...

Eulalia. (A Rosarondo) —¡Y monetarias! *(A Piedrabuela)* Desengáñese. Justa no lo amaría a usted aun cuando fuese usted un bazar de virtudes. No se exponga a una negativa que va a herir su vanidad.

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

Eulalia. —Primero: porque conozco bien a mi hija; y sé que tiene pudor...

Piedrabuela. — ¡Pudor!

Rosarondo. —¡Pudor!

Eulalia. —Pudor, sí, pudor. Aunque ustedes hayan olvidado lo que es eso, aun existe, y no lo defino por no ofenderlos. Segundo: porque Justa, *(A Rosarondo)* Justa es mi hija...

Rosarondo. —Nuestra hija.

Eulalia. —Justa, mi hija, ama ya; y ama a un hombre joven y digno como ella.

Rosarondo. —¡Ama! ¿Y cómo no me has dicho nada a mí, su padre?

Eulalia. (Irónica) —Como no era un asunto con el cual pudieras ganar dinero...

Rosarondo. —¿Cuándo hablarás sin ofenderme?

Eulalia (De pié, resueltamente) —Bien, doctor, si no lo ha traído otro asunto a esta casa, puede usted retirarse de ella. *(El doctor hace ademán de irse, ofendido, Rosarondo lo detiene.)* Aunque esta visita le habrá sido instructiva; le ha enseñado a usted, viejo usurero, que no todo se consigue con billetes de banco; y que a veces la codicia es derrotada por el amor.

Rosarondo. —¿Y se puede saber quién es ese caballerete amado por mi hija?

Eulalia. —Ese caballerete es Saturnino Tobal.

Rosarondo. —Lo conozco.

Piedrabuela. —Yo también.

Eulalia. —¿Lo conocen? Me alegro. Sabrá así, doctor, que todo lo que en usted es vicio, en Saturnino Tobal es virtud. Buenas tardes. *(Se retira)*.

ESCENA III

(Dichos menos Eulalia)

(Pausa larga).

Rosarondo. —¿Ha visto qué mujer? *(Compungido)* Ay, soy desdichado, bien desdichado! No puede darse mayor desgracia en el matrimonio que el no ser comprendido por su mujer. Eulalia jamás me ha comprendido. Ahí la ve: irascible, necia, torpe, queriendo desbaratar lo que yo fraguo para la felicidad de mi hija. ¡Hay, soy desdichado, bien desdichado!

Piedrabuela. —¿Usted está decidido a apoyarme?

Rosarondo. —Completamente decidido.

Piedrabuela. —Bien. No hay que desalentarse al primer contratiempo. Es preciso obrar. Usted debe ver a su hija y hacerle presente mi proposición matrimonial; yo me encargo de ese señor Tobal. Pero a su hija háblele antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. —Así lo haré. Casualmente se halla de visita, la voy a buscar y en el trayecto la hablo.

Piedrabuela. —Bien. Yo por mi parte voy a hablar al novio, también antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. —¿Y?

Piedrabuela. —Y déjeme a mí. He arreglado asuntos peores que éste. Supóngase que su hija no esté tan enamorada como cree su señora; supóngase que ese joven Saturnino Tobal la ame tanto que desista de amarla viendo que eso constituirá la felicidad de ella... ¿Comprende?

Rosarondo. —Comprendo, comprendo...

Piedrabuela. —Napoleón, profundo conocedor de los hombres, dijo esta frase lapidaria: "Todos los hombres se venden, sólo hay que dar con el precio."

Rosarondo. —Y cuánta razón, cuánta razón tuvo!

(Llama la campanilla)

Piedrabuela. —Ya lo creo que la tuvo, ya lo creo. ¡A la acción! *(Se levantan)* Usted a ver a su hija; la hace presente mi amor...

Rosarondo. —Eso corre por mi cuenta. Sé quién es mi hija. Sé que es sensata, no una loca como la madre.

Piedrabuela. —Yo voy al Casino, a ver a ese dechado de virtudes que se llama Saturnino Tobal, y que se pasa la tarde en la ruleta.

Rosarondo. —¿Sí?

Piedrabuela. — Es su único defecto, es verdad; pero en él es grave, gravísimo...

(Aparece la mucama)

Mucama. —¿Qué desea el señor?

Rosarondo. —Tráigame el bastón y el sombrero. *(La mucama se retira)* ¿Gravísimo decía usted?

Piedrabuela. —Claro, puesto que no se halla muy abundante... *(Ademán)*

Rosarondo. —¿No? Yo creí que la madre...

Piedrabuela. —Sí; pero desde que quedó viuda lleva rematadas tres de sus mejores propiedades.

Rosarondo. —Lo admiro, doctor, usted sabe todo! ¡Qué sagacidad la suya!

Piedrabuela. —Es mi oficio. Como usted comprenderá, eso nos facilita la acción.

Rosarondo. —Enormemente.

Piedrabuela. —Hoy debe quedar concluído esto. Yo hablo con el joven ese y lo veo a usted que ya habrá hablado con su hija. ¿Eh?

Rosarondo. —Convenido.

Piedrabuela. —¿Dónde nos vemos?

Rosarondo. —Aquí mismo.

(Aparece la mucama con el bastón y el sombrero. Rosarondo da el brazo a Piedrabuela y bajan la escalinata, hablando).

Piedrabuela. —Bien; y apresure el asunto, mi héroe ganaba las batallas a fuerza de estrategia; y sin actividad no hay estrategia posible. Hay que pegar, y pegar antes!

(Salen hablando por el portalón)

ESCENA IV

(La mucama, después Eulalia, después Saturnino). — *(La mucama queda arreglando el vestíbulo)*.

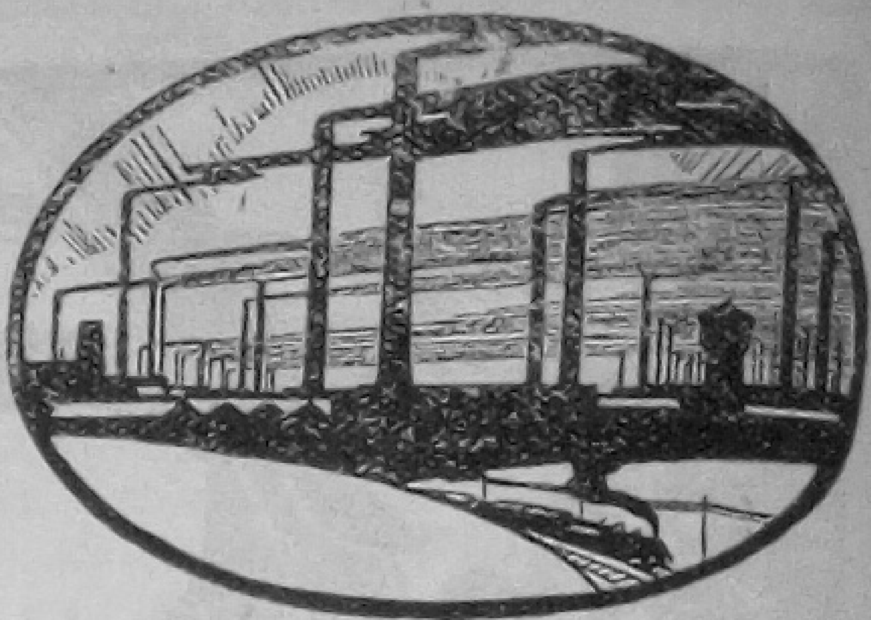
Eulalia. —¿Se fueron?

Mucama. —Sí, señora.

Eulalia. —¿Usted sabe la casa de Saturnino Tobal?

Mucama. —Sí, señora.

Eulalia. —Bien, va a llevarle esta tarjeta. Es preciso que se la dé a él, a él en persona; y dígale que venga con usted,



inmediatamente... Ah, ahí está... retírese usted. *(La mucama se retira)* ¡Saturnino, pase!

(Entra Saturnino por el portalón. Es un joven de bizarra presencia, viste un elegante traje de montar).

Saturnino. —Buenas tardes, señora *(Sube al vestíbulo)*

Eulalia. —Enviaba a buscarlo, precisamente.

Saturnino. —Acabo de ver a su marido y al doctor Piedrabuela.

Eulalia. —¿Habló usted con ellos?

Saturnino. —No, como yo venía a caballo, no me han visto, a pesar de que los saludé. Parecían muy preocupados, el doctor sobre todo, iba hablando animadamente. ¿Y Justa?

Eulalia. —Es por causa de ellos y de Justa que enviaba por usted. Ocurre algo muy serio.

Saturnino. —Muy serio?

Eulalia. —Sí, muy serio; pero siéntese. *(Se sientan)* Me va usted a creer que esa momia del doctor Piedrabuela, pretende, ¿sabe usted qué?, pretende nada menos que casarse con Justa?

Saturnino. —¡Con Justa?

Eulalia. —Sí, con Justa; y el desvergonzado de mi marido lo apoya.

Saturnino. —¡Lo apoya? ¿Y Justa, sabe algo?

Eulalia. —Nada todavía. Fíjese la sorpresa que la aguarda, ella que salió tan alegre.

Saturnino. —Pero permítame que lo diga, señora, lo que quiere hacer su marido es una indignidad!

Eulalia. —Quiere vender a la hija, sencillamente. El doctor Piedrabuela es su acreedor. ¡Pero no lo hará!

Saturnino. —No lo hará, no! *(Arrebatadamente)* Estoy dispuesto a todo, hasta a...

Eulalia. —Déjeme a mí; el asunto es muy claro y muy sencillo. Ningún padre puede casar a la hija sin ella quererlo.

Saturnino. —¿Justa se opondrá, seguramente?

Eulalia. —Délo por descontado. Le va a causar un sofocón la noticia. ¡Ella tan delicada, casarse con ese viejo carcamal! ¡Si es desesperante pensarlo!

Saturnino. (Iracundo) —Oh, soy capaz!...

Eulalia. —Deje, deje, serénese... *(Saturnino se pasea, nervioso, latigueándose las botas)*.

Saturnino. — Es una ofensa que le hace a Justa su marido, señora, una ofensa! El doctor es disculpable, la pasión quizás lo ciegue; pero su marido, señora!... Oh! Es una indignidad inconcebible.

Eulalia. —Es monstruoso!

Saturnino. —Es un delito!

Eulalia. —Es un crimen! *(Pausa)* *(Saturnino se pasea alterado)*.

Saturnino. —¡Justa!

(Continuará)

AÑO V — BUENOS AIRES, 8 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 211

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMA[NAL] — [P]RECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1[...] — Valores y giros a M. TORRENTE

PEDRO KROPOTKIN

8 de Febrero de 1921

Han pasado cinco años desde que el gran pensador y militante anarquista cerró para siempre sus ojos, esos ojos que expresaban toda la bondad que es capaz de emanar de un corazón humano; cinco años de dolores, de angustias y de sombrías tragedias. Sepulto apenas su féretro, estallaba la insurrección de Kronstadt, protesta de revolucionarios abnegados, advertencia suprema a los hombres del poder, despertar repentino del espíritu popular durante tanto tiempo abatido. Y ésto ¡ay! no fué más que la repetición de las jornadas de junio de 1848, con las mismas calumnias y la misma represión implacable contra los insurrectos.

La muerte ha ahorrado a Kropotkin, al que había sufrido tanto ya, este último sufrimiento. ¿Quién podría expresar el drama desolador de los postreros años de su vida? Primero, la guerra, que de antigua data había previsto con indecible angustia; luego todos los horrores de la monstruosa matanza. Y de pronto, hete aquí que el ensueño de toda su vida se realiza; el enorme poderío zarista se desmorona; la aurora de la libertad se elevaba sobre ese inmenso país ruso que él quería con amor filial.

Su alegría, en aquel momento, debió ser grande; pero, en seguida, la zozobra de innumerables dificultades a vencer le conmovieron profundamente, con el pesar de las exiguas fuerzas que le quedaban en hora tan decisiva. Una vez más, como en los días de su juventud, el revolucionario dominó en él al sabio. A los treinta años había renunciado a una brillante carrera científica por amor a la emancipación de las masas; a los 75 años, sintiendo que, aun en Inglaterra, con todo un considerable material científico a su alcance y en condiciones de un bienestar relativo y de una cierta tranquilidad podría apenas terminar su libro "Etica", coronamiento de la obra de toda su vida, prefirió regresar enfermo a Rusia para soportar allí las peores privaciones, estar en la casi imposibilidad de continuar su trabajo, lo que tanto representaba para él, a fin de ver, seguir, vivir de cerca la revolución.

⁂

La revolución y la ciencia en beneficio de las masas populares, he aquí las dos grandes pasiones de la vida de Pedro Kropotkin. La revolución comprendida, ante todo, como profundo sentimiento de ayuda mutua y de libertad, no pudiendo contentarse con mejoras parciales y pequeñas concesiones, sino afirmándose en todos los dominios de la sociedad; la ciencia considerada, no como bastándose a sí misma para la obra del progreso, sino también como poderoso factor revolucionario de reconstrucción y también de demolición de todos los prejuicios serviles que permite atacar. Nadie, mejor que Kropotkin, ha enseñado la entente y la solidaridad; pero practicadas voluntariamente y no bajo forma de una nueva disciplina que nos conduzca a la concepción teocrática de la humanidad malvada, de la que algunos pastores tienen que asegurar la salud. Proudhon había ya opuesto la práctica anárquica a la práctica "disciplinaria". Kropotkin vuelve a tomar esta idea, que en lo sucesivo será la expresión de la anarquía, no como una teoría de ideal lejano, sino como una práctica que se aplica a la vida de cada día. Aun en nuestra sociedad, por grande que sea el rol de la autoridad, no es, en suma, sino un rol negativo; la vida en sus manifestaciones más esenciales le escapa. Toda potencia fecunda y bienhechora, aun si está sometida, sólo se afirma por una virtud intrínseca, propia, conforme a su naturaleza y de ninguna manera a una ley exterior, en una palabra, anárquica.

⁂

La revolución no ha tenido — tal vez nunca — un militante más heroico, convencido y fiel que Kropotkin. Una vez comenzado el movimiento revolucionario, es fácil seguirlo, impregnarse de él, sentir su sugestión y arrebato, y, ganado por el entusiasmo general, sentirse renacer a una vida nueva. Enteramente diversa es la ruda tarea cumplida por Kropotkin durante cuarenta años, sin desfallecer jamás ni desesperar un solo día, para luchar contra la indiferencia, la inconciencia, la calumnia, la traición de los políticos y las más decepcionantes flaquezas de las masas. Sí, el mal estaba ahí, él le presentía, le veía y le analizaba mejor que nadie; pero, en fin, la humanidad es impulsada siempre por su instinto más íntimo hacia la consecución de una vida más amplia y más bella, va siempre en pos de la felicidad. Y entonces, para terminar de una vez, se suma a la gran corriente de la revolución. Pero sólo puede entrar a formar parte de ella de manera durable y eficaz si durante todo el período de transición y de espera, algunos héroes puros han vivido la idea de la revolución, la han afirmado siempre, defendido y propagado contra todo y contra todos.

Kropotkin, recogiendo de las manos de los sobrevivientes de la Comuna el estandarte revolucionario casi extinguido, lo eleva por encima de las masas esclavas, lo reanima con su soplo poderoso, lo mantiene muy alto aun en las horas más aciagas, repitiendo con voz estentórea:

> No hay que esperar, hay que obrar;
> No hay que creer, hay que saber;
> No hay que resignarse, hay que rebelarse;
> No hay que luchar sino para ayudarse mejor mutuamente!

La revolución ¡ay! ha tropezado con todos los obstáculos que Kropotkin había previsto para el caso; y, una vez más, no ha sabido vencerlos. ¿Qué importa? La obra está ahí: el gran obrero ha desaparecido; pero por todo el amor que no podemos menos que testimoniarle, por todo lo que de más noble sentimos en nosotros, por las necesidades más profundas de nuestra misma humanidad, anarquistas, prosigámosla sin descanso.

⁂

Su voz ha enmudecido. Pero sus libros propagarán su eco a través de largos años todavía.

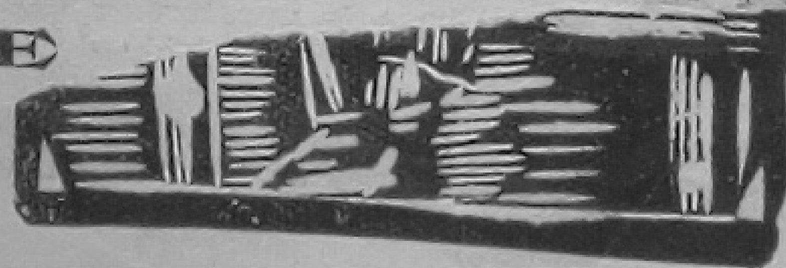
Kropotkin mismo ha extraído de las páginas conmovedoras consagradas a su madre esta conclusión:

"Los hombres desean apasionadamente vivir después de su muerte, pero ¿cómo no caen en la cuenta que la memoria de una persona realmente buena no muere jamás? Revive en la generación siguiente, es transmitida a los hijos. ¿No les agrada esta inmortalidad?"

¡Qué memoria la de Pedro Kropotkin para los que se le han aproximado, para los que han vivido con él algunas horas de su vida! ¿Cómo no amar después todo lo que hay de grande, de verdadero y de generoso? ¿Cómo no evocar en los momentos más graves su imagen sonriente? ¿Cómo no sentirse fortalecido, aconsejado, inspirado por ella?

¡Pedro Kropotkin, en tanto no triunfe en el mundo la bondad dirigente por la conquista del pan del cuerpo y de la inteligencia, nosotros repetiremos tus palabras de rebeldía, clamaremos a los oprimidos, a fin de que se desembaracen del infierno de las tristes competiciones en un arranque hacia la ayuda mutua y la libertad! ¡Y tu nombre quedará indisolublemente ligado a la idea de anarquía, idea inmortal!

L U I S B E R T O N I



em- ... asunto ... o algunos ... ra pu ... una hi ... ¡Pero ... dalidad d ... pueblo de ... quedado de

PEDRO KROPOTKIN



KROPOTKIN era la bondad y la sencillez personificadas. Os acogía con afabilidad tan encantadora que, en seguida, se establecía entre vosotros y él la más franca familiaridad. Se os aparecía como un hermano mayor, del que conocíais, no cabe duda, la inmensa superioridad, pero ésta era un estímulo más que os inclinaba a abriros enteramente a él. Toda timidez no podía menos que desaparecer en su presencia. Nada del maestro, del apóstol, del director, del sabio; no, simplemente un hombre en cuyos gestos, palabras, sonrisas, se traslucía su exquisita bondad. Una sola cosa me turbaba a veces: le sentía tan profundamente bueno que me preguntaba, un tanto confuso, si le amaba como merecía, si no me hacía culpable de ingratitud involuntaria, ya que, por más entrañable que fuera mi amistad, no podía nunca compararse con su intestimable tesoro de afección. Pero él sólo deseaba, de propios y extraños, una forma de respeto, la de la adhesión más cordial.

Le vuelvo a ver todavía, sonrientes los ojos, vivo el gesto, simple y fluída la palabra, penetrada de todos los males de nuestra pobre humanidad, pero reconociéndole también a ésta las cualidades, capacidades y recursos de las que se ha servido ya y podrá servirse, cada vez más, en lo sucesivo, para emanciparse; y se transparentaba tan bien este pensamiento que, insensiblemente, érais ganados a su entusiasmo. Y cuando os despedíais, sus abrazos eran estrechos, vigorosos, como si fuérais a separaros de uno de vuestros allegados, pues el humilde trabajador, de conocimientos forzosamente rudimentarios no dejaba de sentir menos cerca a este gran sabio "allegado" suyo para ayudarle, aconsejarle, aclarar sus aspiraciones más confusas.

Kropotkin ha conocido, en grado sumo, la ciencia de amar, que es la base de todas las otras, pues amar significa comprender y comprender equivale a conocer en su acepción más amplia. Su memoria no puede morir en el corazón de todos aquellos que tuvieron la felicidad de vivir con él, y ella los sostendrá en las horas de incertidumbre y descorazonamiento, así como en el curso de las pruebas más rudas.

Y ahora, he aquí algunas de sus cartas que, mejor de lo que yo podría hacerlo con mis pobres y emocionadas frases, mostrarán al hombre en su vida tan llena, tan activa y tan grande.

LUIS BERTONI

Queridos amigos:

Enviadme esos números. Hacemos nuestras colecciones antes de empaquetarlas para ser enviadas algún día a Rusia.

¡Hete aquí que estábamos otra vez a punto de partir, y de nuevo todo está trastrocado!

Acabo de terminar mi libro sobre *La Gran Revolución*. Lo he escrito enteramente de nuevo. Formará un volúmen de 400 páginas.

Viola Bromley Kent, 25 de julio de 1906.

Como se ve, Kropotkin se preparaba para partir al día siguiente de la primera revolución rusa que desdichadamente se malogró, aun como simple cambio democrático; pero, no obstante, espera que esa partida tendrá lugar algún día...

El volumen de La Gran Revolución, *terminó, en realidad, por tener 750 páginas, tanto que su editor Stock, viéndolo crecer continuamente, le escribió: "Esto ya no es un libro, es un "Bottín" el que haces.*

Villa Rossa, Locarno, 23 de marzo de 1909.

Te agradezco mucho, pero mucho tu visita. Tú me has proporcionado nueva energía y pienso y vuelvo a pensar en nuestras conversaciones.

Qué lección para los militaristas esta huelga de empleados de correos y telégrafos. Pensarán en ella dos veces, antes de lanzarse a una guerra.

Locarno, 24 de marzo de 1909.

Muchas gracias por los libros y folletos y affiches que me envías.

Creo que ya habrás recibido el libro que dejaste aquí.

Habiendo notado mi amigo inglés Mr. Kowley, que eres aficionado a la imprenta, me ha remitido para ti uno de sus impresos de lujo que te interesará.

Mañana por la mañana, este mismo amigo me lleva a una aldea de Menaggio (Lemo) sobre el lago de Como, a casa de uno de sus amigos americanos, poeta y radical — autor de libros sobre las ciudades de Italia. Como Friedberg quiere y me ordena todavía interrumpir el trabajo, voy allí por dos o tres días.

¡Y la huelga de París está ya ganada! Y *Le Temps* y *Les Débats* están furiosos. Doble victoria, puesto que es también una victoria contra el militarismo. ¡Una advertencia para los belicosos!

Una huelga en los servicios públicos parece a Kropotkin propia para disuadir a los gobernantes de lanzarse a las aventuras belicosas. Y se regocija, ante el temor que le atenaceaba siempre, de una nueva guerra.

Villa Rossa, Locarno, 30 de marzo de 1909.

Mi amigo Kowley me ruega te remita este bonito folleto sobre Morris. Es en su institución de Ancoats, en Manchester, donde han hecho eso (la institución en la que yo he *conferenciado* 12 años seguidos ante un público obrero y en donde tienen ahora clases de imprenta, música, etc.).

Muchas gracias por las buenas nuevas que me das de Georges y de nuestro viejo Dumartheray. De una manera o de otra, nos veremos, — a menos que la mezquina denuncia de la *New Zürcher Zeitung*, que se asombra que yo pueda estar en Locarno (el *Basler Nachrichten* lo había dicho) y duda del hecho, puesto que yo he sido expulsado en tal fecha — a menos, como decía, que esta mezquina denuncia no apresure mi partida repentinamente.

Por el momento yo no digo nada de la denuncia de la *New Zürcher Zeitung*, que es lo mejor que se puede hacer.

Esta vil delación de la prensa "grande" suiza, referente a un viejo expulsado hacía 30 años y que había vuelto a Suiza por razones de salud, es particularmente odiosa.

a en

ñora, las

Villa Rossa, Locarno, 25 de abril. nidad so-

Han pasado ya tres semanas pero le rue

última carta sin que me haya lación privi-

ta. He trabajado esforzadamente estas tres semanas para terminar, por fin, con las traducciones. Y me siento dichoso de poder decir que está hecho. Al comienzo de la semana he enviado a Petersburgo los últimos capítulos del texto ruso del libro, y ayer, muy tarde, terminé la redacción de los últimos capítulos del texto inglés, que han sido llevados esta mañana para Londres.

Hubo también un tantico de enfermedad: angina a la garganta. Ya va mejor.

Friedeberg no me ha dejado partir el 13 con Sacha. Me ha retenido por 3—4 semanas a fin de que no afrontara demasiado pronto los bruscos cambios de tiempo en Londres.

Me quedo, pues, y pienso partir el martes 4 de marzo — a menos que Friedeberg, que ha salido para reemplazar a un médico amigo en Rapallo y que vuelve dentro de ocho días, no se oponga. Pienso, por otra parte, que no se opondrá a ello.

Georges me comunica que los tres queréis venir a verme a Olten. No podría expresarte cuán dichoso me sentiría si eso ocurriera y si pasáramos algunos horas juntos.

El año próximo pasado, al partir de aquí a las 11 horas, pasé dos o tres horas con una amiga rusa en Olten y volví a tomar en seguida en Basilea el tren que parte de aquí a las 4 p. m. para Boloña.

Quisiera saber si no se podría pasar una o dos horas más partiendo por la mañana más temprano.

—Gracias por lo que me dices sobre la edición italiana.

(Para *El Apoyo Mutuo*, Agresti tenía ya un editor. Probablemente es Agresti el que demora el trabajo).

Es solamente necesario encontrar un buen traductor. Como yo mismo he hecho ces la codicia caso de una tercera par-

Rosarondo. —¿Y se puede ... de la es ese caballerete amado por mi hija?

Eulalio. —Ese caballerete es Saturnino Tobal.

Rosarondo. —Lo conozco.

alaban su traducción alemana, las traducciones inglesa y rusa caían a cada momento en errores garrafales, y eso que ambas son muy buenas, y la rusa comparte enteramente nuestras ideas. Y traduciendo yo mismo me he dado cuenta que es mucho más difícil de lo que parece — sobre todo en un estilo conciso que engloba toda una idea en un substantivo.

¿Conoces un BUEN traductor que conozca BIEN el francés?

—Desearía escribirte extensamente respecto a la idea que desarrollas en tu carta del 17 de abril: "El pueblo se equivoca menos, al creernos lo que no somos, que nosotros cuando pensamos no ser lo que él nos cree." Hay mucho de verdad en esto y pensaré seriamente en ello. Por el momento solamente hay una cosa: El pueblo no tiene una idea muy nítida de la *revolución. La masa no la cree posible.* Hablan al pueblo algunos jóvenes que generalmente cambian de idea al trasponer los 30 años y, después de haber sido bombistas de 20 a 25 se vuelven juiciosos a los 35. En Rusia, estos jóvenes han tratado de *obrar* y han hecho un *credo* del "terrorismo difuso" — lo que quería decir: "terrorismo contra los pequeños" (los polizontes, los capataces, etc., etc.) De éstos se han matado a millares, tal vez 3000 ó 4000 y no dió ningún resultado. Se han cometido innumerables "expropiaciones" en pequeña escala (latrocinios y pillajes) y... nada entre dos platos! Mientras que el movimiento de la masa el 22 de enero de 1905 y la huelga general del mes de octubre de 1905 (salidas de las organizaciones secretas obreras) han trastrocado todo en ese inmenso imperio. Han dado margen a una nueva Rusia. En cuanto a que se nos cree *repartidores* — ya es otra cosa. En la *repartición* el pueblo ve algo más que el hecho de poner en montón los sobretodos y repartírselos; comprende *la nivelación de las riquezas*, el cercenamiento de los privilegios de los ricos. Aquí *nosotros debemos seguirle,* nosotros *debemos*: es nuestra única razón de ser.

En cuanto al "bombismo" es siempre la exageración individualista del blanquismo. Es Malato escribiendo que si se arrojaran cien bombas sobre París se haría una revolución!... No se haría nada de nada. Numerosos jóvenes obreros piensan así. Por esto ¡cuántos han muerto en Rusia! ¡Una verdadera hecatombe!

En fin, volveremos a hablar de este asunto, ¿no es cierto? Y entonces tal vez escriba algo más extenso.

No podría expresarte el *profundo* placer que hube de recibir con el saludo fraternal de los camaradas de la Federación de las Uniones Obreras que me fué enviado desde Lausana. Qué feliz hubiera sido si hubiese podido encontrarme entre ellos, aunque sólo fuera por algunas horas.

Te ruego les digas cuánto me ha conmovido su buena y fraternal carta y dime a quién podría escribir para agradecerla.

Así, pues, hasta siempre, ¿no? Y te doy las gracias por las tres líneas de tu última carta, que me han conmovido hasta lo más íntimo de mi corazón. Si el *Journal de Genève* y la *Gazette de Lausanne* hablan de mi libro, te ruego me envíes los números correspondientes.

La Gazette de Laussanne, *publicó, en efecto, un artículo elogioso de M. Millioud, salvo error.*

Para un hombre enfermo, trabajar a un tiempo en la revisión de dos traducciones de un volumen de 750 páginas es una tarea muy pesada. Y como si no bastara, piensa en una tercera traducción y halla el tiempo de esbozar una discusión de ideas.

A propósito de esta última, no tenemos necesidad de recordar que Kropotkin no ha desaprobado jamás los actos individuales, por el contrario; pero, para él, el esfuerzo principal debía tender siempre a arrastrar las masas después de haber comprendido las aspiraciones de éstas. En lo referente a Rusia, temía, sobre todo, los sacrificios no justificados de militantes cuya falta se haría sentir cruelmente el día de una revolución que él preveía próxima. Temor asaz fundado.

Locarno, 21 de mayo de 1910.

No podría expresarte cuánto he sentido la imposibilidad de volver a vernos los tres. Mi primer pensamiento fué el de telegrafiarte para saber si Lausana no sería mejor algún otro día. Si no hubiera estado tan falto de dinero hubiese quedado unos días más...

En fin, nos amamos, aunque a distancia, y ya es mucho. Como está descartado que paso el invierno en Inglaterra, tengo la esperanza de que nos veremos el año próximo.

Parto hoy.

Londres M. 22 de julio de 1910.

Excusa mi retardo — pruebas sin fin — y visitantes.

Acepto de buena gana la proposición del *Reveil* de publicar la obra en dos volúmenes a 1 franco (la edición popular alemana consta también de 2 tomos; está muy bien dividida). ¿Pero crees verdaderamente que saldrán 10.000? Esto solo bastaría para tentar la empresa.

Tu idea de enviarla a Guillaume es excelente — si nuestro querido viejo James *dispone de tiempo*. De otro modo la leeré yo. Leo el italiano bastante bien, y si hay error podré notarlo e indicarlo. Pero evidentemente no puedo juzgar el estilo.

La idea de poner hermosa cubierta es excelente. En efecto, la entrega por cuadernos no es buena sino para las obras que se venden por 50.000 o más.

¿Cómo va tu apelación contra la expulsión del cantón de Neuchatel?

Agradece, en mi nombre, a los camaradas que me envían sus saludos por tu intermedio. A los jóvenes y a los viejos. Di a los jóvenes, sobre todo, que hagan un buen esfuerzo de su parte y grandes cosas pueden realizarse en bien de la humanidad. ¡No es vergonzoso que en Inglaterra sea el gobierno quien tome la iniciativa de las reformas, porque la masa se calla! Es necesaria una generación de jóve-



nes abnegados, entusiastas. Qué hermosos horizontes se abren ante ellos si logran avanzar desde el principio. La ciencia, el arte, lo grande, lo hermoso les espera si consiguen una victoria sería.

Prepararé extractos de las críticas de *La Gran Revolución*. Los hay sorprendentes en Francia y Alemania. La del *Times* (Literary times) que dice que un conservador estaría tentado de arrojarla al fuego, mientras que el obrero la leerá con avidez; vale su peso en oro.

Londres, N, 22 de julio de 1910.

Querido George, mi querido hermano:

Sin duda — perfectamente de acuerdo, una vez que el *Reveil* se sienta con fuerzas para emprender la edición de *La Gran Revolución*.

Sólo que — no os engañéis! El libro es muy grueso. Devorará mucho dinero.

He trabajado mucho en estos dos meses, desde que he vuelto a Londres, en las pruebas de la edición francesa de *Campos, Fábricas y Talleres*. Ha sido menester revisar todas las estadísticas — y las hay. Y tú sabes que eso no compensa nada...

Ahora es necesario ponerse a la obra pronto para escribir el artículo siguiente (sobre el Lamarckismo) que debo entregar al *Nineteenth Century*.

Villa Rossa, Locarno, 7 de mayo de 1911

Gracias por tus cartas. Estoy muy contento de haberlas encontrado al llegar. Olten me sienta a maravilla. Quiero hacer como tú dices y escribiré a Georges.

Recibidas también las pruebas. Acabo de leer una que otra página con Bellerio — el viejo amigo de Bakunin — y su hija. Parece estar bien traducido.

—Pensaba hallar aquí *La Bataille*. Pero no. Me interesa mucho. ¿Qué piensas de ella?

Grave me ha aconsejado, de todos modos, la colaboración — lo que he hecho.

Ya veremos. Sería dichoso si pudiera lanzar allí algunas de nuestras ideas.

Nótese siempre en estas cartas la profunda confianza que en Kropotkin no se desmiente jamás, y su actividad verdaderamente asombrosa, que le hace llevar a un tiempo el trabajo de propaganda y el trabajo científico, a despecho de su avanzada edad y de su enfermedad.

Villa Lausanne, Minusio, cerca de Locarno, 3 de junio de 1911

Gracias por el volumen. Haré las correcciones pertinentes. Guillaume me envía cartas de 8—10 páginas a las que yo respondo de la misma manera. El terminará, así lo espero, por admitir que la ley del 14 de agosto de 1792 fué un golpe de Jarnac contra los campesinos y en favor de los "burgueses". Voy a enviarte mañana el texto definitivo que será menester aceptar para la traducción italiana.

Los berneses se impacientan por mi permanencia aquí. La policía ha venido a preguntar a mi médico, Tognola, si verdaderamente tengo necesidad de quedarme.

Villa Lausanne, Minusio, 28 de junio de1911

James Guillaume me envía una extensa carta, concerniente a los cambios que sería prudente hacer, según él, en mi libro, respecto a la ley del 14 de agosto de 1792 (de la Legislativa) y sus consecuencias. En este punto no estamos de acuerdo, pero hay que hacer, de todos modos, una corrección, indicada por Aulard (concerniente a Dalloz) y dos o tres palabras que cambiar.

Te ruego me envíes las dos páginas 535 y 536 (o bien todo el capítulo) para que pueda hacer las correcciones necesarias. Me será más fácil corregir sobre el texto francés que sobre el italiano.

—He escrito ayer extensamente a Guillaume, sin esperar mi regreso a Londres.

Pensamos permanecer aquí hasta el 10 15 de julio. La salud va bien. Empiezo a cobrar fuerzas. Nos veremos en Olten ¿no? El sábado cae justo en 15. Y Grave quiere venir a Amiens.

En una conversación, James Guillaume me había dicho que algunos errores se habían deslizado en el libro de Kropotkin, errores que yo le rogué me indicara para corregirlos en la traducción italiana. Esto fué la causa de una polémica inesperada de la que va a tratarse.

Inútil subrayar la odiosa insistencia de la policía suiza. —L. B.

Villa Lausanne, Minusio, 5 de julio de 1911.

Hasta ahora James Guillaume no me ha enviado nada aún que haga modificar mi opinión sobre la ley del 14 de agosto de 1792 (páginas 535 de mi libro), salvo sobre dos puntos que ya me había indicado Aulard hace un año y que agradecí a éste último en cuanto leí su apreciación sobre mi libro.

1) La palabra "ciudadano" en la ley no tiene sentido *político*, puesto que la distinción entre ciudadanos *activos* y *pasivos*, acababa de ser abolida después del 10 de agosto. (Queda la distinción *económica* entre *ciudadanos* y *habitantes* que Guillaume, Sagnac y Aulard deberán terminar por admitir a la postre).

2) Mi nota sobre Dalloz es el resultado de un error (no tengo evidentemente la obra y, en Canobio había utilizado una de mis notas mal copiadas: error de *mes*).

De ahí que te ruegue que leas la página 536.

... ...

Eso es todo por el momento.

Cuando esté de vuelta en Londres (a fines del mes) revisaré el montón de notas que no he utilizado a menudo sino para formarme mi opinión. Interín, tal vez Guillaume, a quien he rogado muy encarecidamente lea, sea los informes del 8 de agosto de 1792 de Fabre, de Billaud-Varennes, de Lozeau, etc. que son mencionados en mi libro, sea, por lo menos, algunas obras sobre la cuestión de las tierras comunales (mencionadas en *El Apoyo Mutuo*) que le probarán que las palabras *ciudadanos* y *habitantes* no son empleadas indiferentemente, simple asunto de estilo — habrá encontrado algunos *hechos* al margen de sus apreciaciones relacionadas con la cuestión.

Por el momento sólo hay el error concerniente a Dalloz en la página 536 y la palabra *ciudadanos activos* a corregir.

Hazlo, te lo ruego.

Y si la impresión exige que esta página sea impresa en seguida, hazlo también.

Si es necesario, si alguna luz nueva es echada por Guillaume y sus amigos de la Sociedad de la Revolución Francesa sobre esta cuestión — yo agregaré una nota al fin del libro.

Es enojoso haber tenido esta discusión con todo un mundo de "especialistas" parisienses que, lo mismo que nuestro amigo Guillaume, no han estudiado la cuestión de las tierras comunales y en un momento en que estoy lejos de toda biblioteca.

Yo mismo quisiera ver otra vez eso para corregir lo que fuera necesario en la edición francesa; pero, en fin, lo hecho, hecho está.

Así, pues, hasta siempre. Acabo de recibir una buena carta de nuestro amigo Georges.

—Los berneses quieren forzar a los tesineses a significarme que estoy expulsado. Estos esquivan la cosa.

He suprimido la errata dada por esta carta. Kropotkin, de vuelta a Londres, me envió una nueva un tanto modificada. Héla aquí:

Página 534, línea 16: suprimir 1792

" " línea 20: reemplazar las ocho primeras líneas del párrafo que comienza "Cuando Mailhe, etc.", por el texto siguiente: "El 14 de agosto de 1792, a moción de François de Neufchateau, la Asamblea Legislativa ordenó lo que sigue: "1.o A partir de este año, etc."

Pág. 536: Modificar el párrafo que comienza en la línea 5 así: Nosotros comprendemos perfectamente el furor que este decreto debió provocar en Francia, en la parte pobre de las poblaciones rurales. Fué comprendido como la orden de repartir las tierras entre los "ciudadanos", con exclusión de los "habitantes", de los pobres. Eso era la expoliación en beneficio de los burgueses de la aldea. Este solo decreto, con su inciso 3, habría bastado para soliviar toda la Bretaña campesina.

La nota escrita al final de la página 356, línea 4: en lugar de "25 de agosto", componer "14 de agosto".

Pág. 538, línea 9: en lugar de "ley de agosto de 1792", componer "del 28 de agosto—14 de septiembre de 1792."

Brighton, 6 de diciembre de 1911.

Muchas gracias por esta bella edición. *La Grande Rivoluzione*, que acabas de llevar a feliz término. Te lo agradezco de todo corazón. La he hojeado mucho y en todas las páginas he visto que la traducción es verdadera, inspirada por el mismo sentimiento que el original — por lo tanto justo, doblemente justo. No me atrevo a juzgar el italiano; no hablo, pues, sino como autor, pero debe estar bien, estoy seguro de ello: es una obra hecha con amor.

El cuadro de Doré es hermosísimo — y está muy bien reproducido.

Permíteme que te abrace por todos los cuidados que has puesto en ella. Dime el nombre y la dirección del o la traductora para que pueda darle las gracias.

Si esto no te molesta, haz el favor de enviarme tres ejemplares más. ¿Enviaste uno a James Guillaume? Estará, sin duda, descontento que yo no haya aceptado su interpretación de la ley del 14 de agosto de 1792. Pero es la verdadera. Ha terminado él mismo por encontrar que el inciso 2 de esta ley le fué *añadido* acto continuo en la Asamblea, lo que hace que la palabra *igualmente* signifique *también repartidos*. En cuanto a la distinción entre *ciudadanos* y *habitantes*, ella es patente para cualquiera que haya estudiado la cuestión de las tierras comunales. Yo he vuelto a encontrar la misma diferencia en la Italia meridional. Todo el tiempo en los siglos XVI y XVII los documentos distinguen entre "il Comune" y "gli abitanti".

—¿Cómo estáis los tres? ¿Cuál es la situación en Ginebra? Sé que estás muy ocupado. Pero si tienes algunos momentos libres, estaría tan contento de tener unas palabras tuyas!

—Como ves, hénos aquí establecidos todos en Brighton. El doctor especialista que me había ordenado no pasar más el invierno en Inglaterra, ha encontrado mis pulmones en tan buen estado que me ha permitido invernar aquí, pero no en Londres. Nos hemos aprovechado de ello, y hénos a todos establecidos en Brighton. Es sobre la costa sur de Inglaterra a una hora y quince minutos de Londres con trenes de precios reducidos tres veces por semana.

Los pulmones van bien, pero ahora son los riñones los que comienzan a molestar. He estado seriamente enfermo en septiembre. Fué cuestión de una operacion sería.

Esperando que ésta se componga, he cambiado de régimen, y me siento enteramente enérgico para el trabajo. Sólo que no osaría hacer más como he hecho todo el mes de septiembre — trabajar doce horas por día: desde las 8 de la mañana hasta medianoche, con cuatro horas de interrupción en dos veces. Y en 5—6 horas se hace tan poco...

En fin — aquí hace sol más que en Londres, el mar es hermoso y el aire vivificante. Allá veremos

---

Brighton, 21 de enero de 1912

Me he reprochado todo el tiempo no haber respondido aún a tu buena carta, escrita de Zurich en diciembre.

Falta en Francia un conferencista que pueda periódicamente visitar las provincias y *remover* a los camaradas, inspirarles el deseo de hacer lo imposible,—pues no es sino haciendo lo imposible que se llega a algo, — es obvio decir esto. Eso no va. Hemos hablado que sería menester escribir para los pocos jóvenes que no saben cómo arreglárselas, algunos consejos cómo se hacen las conferencias. Desdichadamente los que se han ensayado en ellas con algún éxito no han puesto en ellas el fuego sagrado — y no han hecho nada. Para remover los espíritus es necesario removerse a sí mismo hasta el fondo del corazón.

Ahora, en cuanto a una nueva edición. tú hablas de *El Apoyo Mutuo*. Yo creo que en efecto, sería lo mejor. Pero eso no tendrá nunca el éxito de *La Gran Revolución*. Esa no es una obra histórica. Es una obra mixta: historia natural e historia sociológica.

En Francia, Hachette ha vendido 4000 en cuatro años. Pero a francos 3.50.

Ahora, tal vez si se explicara bien lo que representa este libro, porque es importante establecer cuánto el apoyo mútuo ayudó a la humanidad a hacer su camino; que no se trata de dulzuras filantrópicas, sino de probar cuánto (en qué medida) los gobiernos y los fundadores de religiones (o más bien los explotadores de las religiones) fueron bribones, que ensayaron de persuadir a los hombres que el mundo está sumergido en el mal, la crueldad, la guerra, para probar *su* necesidad. Si se dijera bien esto y también cuanto es necesario hacer resaltar el rol de este elemento en el desarrollo humano, para explicar el sentimiento moral, que existe en el hombre sin recurrir a una inspiración sobrenatural, en un prefacio escrito de una manera muy popular, o publicando esto *antes* de la aparición del libro, se llegaría a asegurar el éxito del mismo.

Pero de cualquier modo — un libro de historia interesa mejor y sobre todo la historia revolucionaria.

Si yo residiera en Francia, me hubiera puesto a recoger informaciones para una historia de la Comuna.

¡Pero se sabe tan poco sobre la modalidad de los espíritus en el seno del pueblo de esa época! Tan poca traza ha quedado de ella en la literatura.



En fin, — te envío *El Apoyo Mutuo* y escribo a Stock para rogarle te envíe el otro libro, *Campos, Fábricas y Talleres*.

Este libro tuvo una suerte extraña en Inglaterra. Un editor me dió por él 500 francos (del que fué menester deducir mis gastos, alrededor de 200 francos) y lo publicó a 12 sh. 6 d. (alrededor de 15 francos) a pesar de que yo exigía que fuese publicado a tres francos.

Vendió de él, comprendida América, 250 ejemplares. Yo estoy encantado de ello.

Le volví a comprar el libro por 250 francos y lo edité a 1 franco 25 (con una edición encuadernada, a 2 fr. 50, para los aficionados).

5.000 ejemplares arrebatados en seis meses.

5.000 más.

Y 2.500. — (un amigo me había prestado para esto cerca de mil francos, que le fueron reembolsados y me fueron pagados algo así como 500 fr.).

Entonces, poseedores de los clichés, hicimos una edición a 6 peniques (60 cent) con una encuadernada a 7 fr. 25.

10.000 vendidos y aunque no contáramos con *ningún* beneficio (puesto que era menester entregar a 4 1|2 peniques), me caen de las nubes todavía de 500 a 600 fr.

Ahora un gran editor quiere tenerlo (eso está hecho) para su edición de "clásicos" a 1 shilling, encuadernado, y ofrece pagar por adelantado 8 o|o del precio de venta para 12.000 ejemplares. Como debo revisarlo enteramente (dos meses de trabajo) se me instó que aceptara. Y he aceptado.

Y bien, este libro es demasiado *inglés*. No se vendería así en Italia. En Inglaterra fué muy bien acogido por los que quieren arrebatar la tierra a los lores para hacerla valer. Los italianos *saben* lo que yo digo sobre lo que el suelo puede producir; a los ingleses que *no cultivan* siquiera la mitad de su suelo, era menester enseñárselo.

Conclusión: Dudo que este libro pueda tener un éxito serio en Italia.

En Francia, con Stock editor, no se vende, supongo; los social-demócratas están furiosos contra este libro que trastrueca sus enseñanzas más de lo que parece.

Así, pues —elige.

Si quieres tomar *El Apoyo Mutuo* estaré encantado. Pero, cuidado! costará caro y no tendrá el éxito de *La Gran Revolución*. No obstante, haré todo lo posible para mostrar su alcance e interés al pueblo.

¡Uf! ¿No me reñirás por esta carta tan extensa?

No es menester que olvide una cosa. Te agradezco mucho por el envío, y no te ocultaré que ha sido muy, muy bien venido (mi artículo no ha aparecido en el número de diciembre ni de enero de la *Nineteenth Century*. Atacar a Weismann que les dice que un "hijo de perro" será siempre un hijo de perro, cualquiera que sea el *medio*. ¡Hueso negro y hueso blanco! etc... Eso debe disgustarles. Pero es necesario absolutamente pagar al traductor. El mismo envío le habría sido bienvenido. Es menester que le hagas su parte, y reduzcas otro tanto la mía. El ha trabajado.

—Tengo de nuevo mucha correspondencia con James Guillaume a la continuación del artículo de Wintsch. Ha estado muy feliz cuando le he dicho, lo que es verdad, que, sin abdicar de nuestros principios, Georges y tú le guardábais toda vuestra simpatía y estábais plenos de buena voluntad a su respecto. Pero héte aquí. El, que ha sido el más duro de todos nosotros para atacar a "Social-demokraten", está siempre (lo había hecho ya en 1876) tentando un acercamiento — imposible.

Tanto más será imposible si ellos pueden creer que nosotros podemos abandonar la intransigencia de nuestros principios anarquistas. *Su* idea de centralización y de subordinación al Comité Central se hará más intransigente bajo su dirección.

Envíame, te lo ruego, *Die Politische Massenstreik*. No la he visto.

Grave me ha dicho que tú podrías venir a París. Ellos tienen ganas de invitarte. Eso sería, creo, muy útil, aunque fuera por 2-3 días.

Nos es necesario terminar. No fuerces demasiado la nota del trabajo excesivo.

P. S. No hemos ido al Mediodía. Eso resultaba demasiado caro. Imposible. Tanto más que el doctor especialista había encontrado que el proceso tuberculoso se había detenido enteramente después de 3 inviernos en el mediodía de Francia y me había permitido tentar el invierno en Inglaterra. El clima aquí es bueno. Hay sol (del verdadero: no como en Londres). Solamente, mucho viento. Hasta ahora — muy suave. Es de otra parte que ha llegado el peligro. En fin, yo trabajo siempre 3-4 horas regularmente. Termino el libro para Stock, *La Ciencia moderna y la Anarquía*.

—

Brighton, 1 de febrero de 1912.

Muchas gracias por tu carta concerniente a la confiscación. Eso me ha entristecido mucho, en efecto, cuando lo he leído en *Le Reveil*. Será, de todos modos, un gran impedimento para la difusión.

(*Sigue aquí la explicación del plan de* La Ciencia moderna y la Anarquía, *tal cual apareció en seguida*).

Mi idea es que se podría hacer preceder este volumen por otro que contendría:

La Anarquía en la evolución socialista;
Los Tiempos nuevos;
La Anarquía, su filosofía y su ideal;
La organización de la Vindicta llamada Justicia;
Las Prisiones;
La Moral anarquista.

Esto haría un buen volumen.

—Ahora, bien querido, elige lo que encontrarás mejor, *vistas las condiciones de venta*.

Es cierto que uno u otro de estos dos volúmenes sería confiscado. Y hay que preguntarse si no vale más continuar haciendo circular todo ello en folletos, tanto más que *Lo Stato* acaba de ser publicado en la biblioteca "Germinal".

En cuanto a *El Apoyo Mutuo*, es cierto que se podría hacer una excelente propaganda antes de su publicación.

En realidad, considero este libro como el programa de un curso sobre el desarrollo de las sociedades humanas, — hasta la fase Estado, puesto que contiene:

a) Las sociedades animales;
b) Las sociedades humanas primitivas: *la tribu;*
c) Las sociedades que los romanos llamaron bárbaras: *la comuna de aldea;*
d) Las *ciudades, libres repúblicas*.

Después de lo cual, naturalmente, escribiría:

e) *El Estado y su rol histórico*.

Escribiré una introducción al libro en este sentido, que nosotros podríamos publicar en *Le Reveil* previamente.

Si fuera llamado a trazar el programa de una Universidad verdaderamente *popular*, la habría planeado de acuerdo con estas líneas:

10 conferencias: Idea general del mundo, de los planetas y de los astros;
10 conferencias: Idea general de la tierra con su historia y el desarrollo de sus plantas y de sus animales;

Después de lo cual vendrían los capítulos de *El Apoyo Mutuo*:

2 conferencias: El apoyo mutuo entre los animales.
2 conferencias: El apoyo mutuo entre los salvajes.
2 conferencias: El apoyo mutuo entre los bárbaros.
4 conferencias: El apoyo mutuo en la ciudad de la Edad Media.
3 conferencias: El Estado histórico.
5 ó 6 conferencias: El Estado moderno, instrumento para enriquecer a los ricos, empobrecer a las masas y escamotear todo el progreso debido al desarrollo de las ciencias, de la técnica y de la inteligencia humana, en beneficio de algunos.

Lo que haría unas cuarenta conferencias, el curso de un año.

Para un segundo año, trataría en seguida:

Las tentativas de la humanidad para Desembarazarse de ese pulpo.

Las insurrecciones del siglo XVI;
La Gran Revolución;
Las revoluciones de 1848 y 1871.

La próxima Revolución. — Sus elementos esenciales:

a) La abolición del Estado: Anarquía.
b) La abolición de la explotación capitalista: Comunismo.

Las armas de los contrarrevolucionarios:

El parlamento;
La legislación obrera;
La corrupción;
El embrutecimiento por la escuela;
La policía y la "Justicia";
La masacre de tiempo en tiempo.

Excúsame esta digresión.

En todo caso, yo no tengo ninguna idea sobre lo que podría ser mejor. Ver mi *Apoyo Mutuo* en buen italiano, leído, y tal vez, apreciado, me sonreiría mucho. Pero temo que no se venda bastante rápidamente para cubrir los gastos.

En España, es verdad, ha aparecido una buena edición en un volúmen a 1 fr.

Di, te ruego, a Georges que hace ocho días que me levanto por la mañana con la idea de escribirle una extensa carta — y las cartas de negocios y las visitas de amigos vienen a interponerse. Desde hace ocho días no he escrito una línea para terminar el libro destinado a Stock.

Comenzamos con Schapiro la publicación de una serie de folletos rusos. También, probablemente, la publicación de las obras de Bakunin en ruso.

La Grande Rivoluzione *acababa de ser confiscada en la frontera italiana. A continuación de la intervención del abogado Molinari, del cual se trata en la carta que sigue, el volumen fué libremente admitido, pero al comienzo de este año 1921 ha sido confiscado de nuevo y unas cincuenta encomiendas han sido rechazadas, ocasionándonos una pérdida de un centenar de francos de gastos de expedición.*

—

Brighton, 21 de febrero de 1912.

De nuevo debo excusarme de no haberte escrito más pronto. Siempre mil pequeñas cosas.

Soy feliz de saber que la confiscación no impedirá la venta. De todos modos, sería necesario que eso no se repita. Luigi Molinari me escribe que está listo para llevar el asunto ante un tribunal. ¿Qué piensas tú de ello?

Para el porvenir, — no sabría decirte cuánto os agradezco, a los tres, por la sugestión. Es justamente lo que me faltaba. Tú has notado, quizá, que durante este tiempo he comenzado diversas cosas en *Temps Nouveaux* sin terminar ninguna. *No tenía plan general* y lo buscaba. Nettlau me había propuesto uno y aun admirablemente elaborado, con "La lucha de la humanidad por la libertad". Pero, yo no sé, eso no me satisfacía. Y cuando revisaba últimamente mis *Estudios sobre la Revolución*, comenzados en 1896, (ellos fueron friamente acogidos entonces — período agudo — pero Nettlau los encuentra muy bien) yo pensaba en algo semejante.

Ahora, vuestro plan es justamente lo que me gustaría escribir. Voy a ponerme a la obra.

Solo hay una dificultad. Me he comprometido en esta polémica anti-weismanniana, y debo terminarla. Forma parte de mi *Etica*. Pienso, sin embargo, poder llevar las dos de frente.

El plan que habéis esbozado es muy lógico y amplio. Verdaderamente se podría



hacer sobre eso un libro soberbio. Voy a tratar de hacer lo posible.

En cuanto a lo que te propones para ayudarme a hacerlo, no te ocupes de ello por el momento.

Por el momento esto va bien: puedo bastar enteramente a las necesidades. Pero el apoyo moral me será inmensamente bien venido; la crítica fraternal sobre todo.

—

9 Chesham Street, Brighton 5 de julio de 1913.

Mi querido Luis,

¡El tiempo pasa tan veloz! No he respondido aún a tu buena y fraternal carta. En fin, héme aquí.

Si Sandron (1) acepta tu proposición, todo se arreglará, estoy seguro, muy bien. Yo, sólo protesto, *absolutamente*, sobre un punto, sobre la excesiva cantidad de dinero que tú me destinas en concepto de derecho de autor. La cuarta parte bastará. Y 300 francos para el traductor es demasiado poco. Sé por Mme. Bréal, la traductora francesa que posee una excelente educación literaria, que la traducción no tiene nada de fácil.

¿Tenéis en italiano una traducción de la *Vida de los animales* de Brehm? — Si la tenéis, el mejor medio para traducir los numerosos nombres de animales sería encontrar el nombre deseado en la traducción francesa de Brehm y de volverlos a hallar en la traducción italiana. Si es necesario, podría enviar a Fabbri mi ejemplar francés (nueve gruesos volúmenes) por 2 meses, más o menos. El traduciría durante este tiempo los dos primeros capítulos relativos al apoyo mutuo entre los animales.

La segunda dificultad sería para los "bárbaros". Sería menester que Fabbri leyera alguna obra de *derecho común* o de *derecho natural*. Mme. Bréal, con su educación francesa que solo conoce el derecho romano, se le hacía cuesta arriba familiarizarse con mi lenguaje de derecho común. Estaría casi tentado de releer ese capítulo en la traducción italiana.

—Para *La Scienza moderna e l'Anarchia* todo está en orden. Voy a escribir las dos notas *metafísica* y *escolástica*. Tienes perfecta razón: una y otra son necesarias. Voy a escribir también: *Bergson*. Mach tiene el libro de Elliot que hace una excelente crítica de los *métodos* de Bergson. Le he puesto muchas acotaciones y me será fácil escribir (en francés, esto es lamentable) una nota que podrá ser útil también para *Temps Nouveaux*.

—La conferencia sobre el desenvolvimiento científico en el siglo XIX, la he escrito en inglés, pero necesita ser completada, revisada, tal vez, antes de publicarla. Y estoy sumido en este momento en el último artículo sobre *la herencia de los caracteres adquiridos por las plantas y los animales bajo la acción directa del medio*, que Darwin había aceptado enteramente y confirmado (cuando se puso a estudiar durante doce años la variabilidad — lo que no había hecho antes), pero que los sedicentes neodarwinistas (antidarwinistas estaría más cerca de la verdad, aunque hagan un dios de la selección natural) rechazan.

Sobre este punto estoy en guerra con los universitarios ingleses, y justamente ahora acaba de aparecer una obra *muy estudiada*, muy seria, de un profesor alemán Semon, que hará inclinar las ideas hacia el Lamarckismo y Buffon (y el



Darwin de la segunda mitad de su vida). Esto facilitará mi tarea. Me consta que el autor, acicateado por mis artículos, y en parte por mi correspondencia, se ha animado a hacer este nuevo trabajo bien elaborado.

—El *motto* del libro que tú propones (2) está muy bien. Yo no sé por qué, tal vez olvido — no he puesto este, del *Purgatorio*, el fin del canto XXVII:

Libero, dritto, sano é tuo arbitrio.
Non aspettar mio dir più, né mio cenno:
E fallo fora non fare a suo senno;
Perch'io te sopra te corono e mitrio.

Dante, *Purgatorio*, canto XXVII.

Se podría poner las dos.

—¿Mi retrato? Si insistes, te enviaremos uno (3). Pero ¿es necesario?

—¿Dónde has encontrado esas hermosas palabras de Eliseo? Cuán hermoso es eso — y verdadero (4).

—Contesto a tus preguntas relativas a la salud. Hemos tenido cinco días *extremadamente* agradables en París. Hemos visto muchos amigos franceses y rusos, discutido la proposición de los obreros rusos de tomar la redacción de su periódico en Zurich.

He visto a Bourtzeff y le he hallado de nuevo vigoroso. Imagínate lo que ha vivido. Empieza por denunciar a los socialistas revolucionarios a un tal Tsitsin que era archiamigo de su Comité Central y vivía con uno de ellos. Lo denuncia, porque a raíz de cierta coincidencia, de otro modo imposible, es evidente para todos que ese Tsitsin debe ser un agente. Pero las *pruebas* — pruebas escritas, palpables — faltan. Los camaradas de este nuevo Azeff le dicen que se sospecha de él y le piden, con toda modestia, algunas explicaciones — pero él a continuación se suicida.

—He aquí, señor Bourtzeff, la consecuencia de vuestras continuas sospechas. Evidentemente no eran fundadas: ¡los espías no se suicidan!

Y durante dos meses, mi pobre amigo vivió en la angustia de ser acusado de haber sido la causa de la muerte de un hombre honesto. El estaba *seguro* que esta acusación era falsa. Pero — las otras!

En fin, al cabo de dos meses, se encuentran los papeles de ese Tsitsin, depositados en casa de uno de sus amigos. — Y entre ellos se halla toda su correspondencia con la policía secreta!... ¡Qué de dramas en todo ese movimiento! Y los que aun habrá, tal vez más angustiosos.

Al regresar hemos tenido una tempestad borrascosa entre Dieppe y Newhaven. Ya había sufrido *cuatro* en mis viajes — dos en el Mar del Norte, dos en el Atlántico — y jamás falté a una sola comida. Esta vez, estuve espantosamente enfermo — hasta el punto de ser incapaz de levantarme para ver a Sofía. Fué horrible. Uno de los hombres de la tripulación fué herido, furiosamente arrojado contra la borda. Atrapé allí, probablemente, un resfrío, reforzado aquí por los bruscos cambios de tiempo y he aquí que ya van tres semanas que no he podido reponerme. (Felizmente, no afecta a los pulmones). En fin, desde hace 2—3 días eso va mejor.

Te abrazo, mi querido Luis, de todo mi corazón. Sofía íd., íd.

Tu Pedro.

Henri (*Malatesta*) me ha escrito que está decidido a ir a Italia dentro de tres semanas. Yo he hablado de tu plan de garantía por el concurso *de algunos amigos*. Eso es absolutamente necesario. Una suscrición pública no sería prudente. Dime a cuánto asciende ese fondo de garantía. ¿Es necesario que contribuya con mi parte? Esto debe hacerse entre pocos amigos. Dí lo que sea menester que yo haga por mi parte.



Ese fondo resultó inútil. Malatesta volvió a Italia algunas semanas más tarde; a principios de junio de 1914, debió refugiarse, a raíz de la insurrección de Ancona, o de, como había dicho. Al año siguiente, giarse de nuevo en Londres.

Brighton, 22 de marzo de 1912.

Excúsame por no haberte escrito más pronto. Me he resfriado un poco estos días; desde que el invierno se hizo sentir de pronto, con tempestades, terribles aquí, a orillas del mar. Constipación, tos, un poco de fiebre. Pero ya voy mejor.

Gracias por tu envío. Pero, querido, con esto debes detenerte. Ya es bastante. Emplearías mejor el dinero destinándolo a la propaganda. Y, por el momento, puedo trabajar tranquilamente — sin molestias pecuniarias.

Inquieres qué otra enfermedad me aqueja. Enfermedad de senectud y de vida sedentaria. Hasta han querido operarme. Pero espero prescindir de ello.

De todos modos, "eso" marchó bastante bien durante el invierno. Aunque no hemos tenido invierno.

El libro *La Ciencia moderna y la Anarquía*, revisado, rehecho, comprendido en el *Spencer*, el *Estado en la historia* y el *Estado moderno* (esto último es nuevo y doy un capítulo. *La Guerra*, en *Temps Nouveaux*) ya está en poder de Stock. Va a comenzar la impresión.

Estoy muy contento de saber que todo va bien, y sobre todo que Mussolini y Sagristá están en libertad.

Mándame la dirección de Mussolini, que quiero escribirle.

Aquí, como ves, la cosa no va mal. Lo que falta son algunos hombres tan bien inspirados como Tom Mann y que hubieran podido lanzar algunas *ideas*. Eso ya vendrá. El hecho mismo de haber logrado reunir un millón de mineros (más de 770.000 que han debido cesar el trabajo) —este solo hecho inspirará las ideas. La cosa marcha, queridos amigos. Los dos millones de obreros van a pensar y verán que no somos tan utopistas como parece!

Comienzo a publicar aquí, en ruso, una serie de folletos. Serán introducidos cien en Rusia. Si sólo se introdujeran veinte ya sería una buena ayuda para los que, allá lejos, no se dejan dominar por la desesperación.

Al mismo tiempo estamos comenzando una edición de las Obras Completas de Bakunin en ruso — siempre aquí ¡ay! nunca allá, en Rusia! Todo esto me lleva bastante tiempo.

Brupbacher escribe que ha terminado el resumen de la *Internacional* de J. Guillaume. Temo que sea voluminoso todavía.

Muchos abrazos a todos, queridos amigos, y recuerdos de parte de Sofía.

Mussolini nos había ayudado a traducir Palabras de un Rebelde *y también una parte de* La Gran Revolución. *Condenado, salvo error, por un delito de prensa de poca importancia y puesto en libertad en ese momento, Kropotkin quería darle las gracias. Nadie hubiera podido prever entonces en Mussolini al futuro jefe del fascismo.*

---

8 de enero de 1913

Mil gracias por tus dos cartas y el cliché.

Vuelve a escribirme cuando hayas obtenido las informaciones concernientes al terreno. Si encuentras un número del periódico alemán, envíamelo.

Seguiré tus consejos. He trabajado demasiado en estos últimos seis meses.

La convalecencia continúa. El pulmón parece estar enteramente aliviado. Pero... ocho días de cama aún.

Fuertes abrazos para ti, Georges, François.

Esta carta se refiere a la tumba de Bakunin en Berna.

Casa Avv. Respini, vía S. Francesco
Locarno, 3 de abril de 1913.

Desde que estamos aquí (seis semanas) hubiera querido escribirte. Pero, nunca he estado tan perezoso en mi vida como ahora (enfermedad, vejez, cambio de clima? ¿o los tres a la vez?) Y luego — las visitas.

En fin, ahora te escribo.

Comenzamos con Schapiro la impresión de la traducción rusa de mi *La Gran Revolución*.

Concluída ya en 1908 (la mitad por mí) ha rodado por las editoriales rusas que han querido publicarla, pero es imposible bajo la censura rusa. Demasiada actualidad. En fin, he logrado que vuelva a mi poder el manuscrito y ya tengo con qué empezar la impresión. Se hará en nuestra imprenta de Londres. Tengo, franco más, franco menos, los dos tercios de lo que costará la impresión.

Quiero, pues, pedirte un consejo.

1) Primero, el precio. Schapiro propone 3 fr. 25, 2 shill. 6 pence en Inglaterra, sin los gastos de flete, para la edición en un volumen. Sólo contamos con la base de 2000 ejemplares. Esto no cubrirá los gastos. Pero ya es demasiado caro para que los trabajadores puedan comprarla. Tenemos esperanzas, sobre todo, en los Estados Unidos, donde hay 200.000 rusos y un poco en Londres y en París.

Rebaja de 30 o/o a los que compren 10 ejemplares, comprendido el flete.

Ahora, dime, cómo organizaste la *suscrición* para la edición italiana: el precio, las condiciones, el número de suscritores, el gasto de envío a América, etc. Sofía hace hincapié para que se organice una suscrición. ¿Es práctico?

2) ¿Cuánto te ha costado la hermosa carátula con el cuadro de Doré? — ¿Has pagado los derechos de reproducción a los herederos de Doré? ¿o está libre de ellos?

Si se hace dos volúmenes, sería bueno tener una toma de la Bastilla un poco modificada (menos soldados — el pueblo) ¿Cuánto te ha costado ésta: dibujo e impresión?

—Esto es todo por el momento. Cuento con verte pronto, — dentro de unos días ¿no? ¿el 12? Pero el 12 cae en miércoles. Te espero con impaciencia, y lamento una cosa: no encontrarás aquí a Sacha y su marido. Ellos sólo han tenido 15 días de asueto y parten el domingo o a más tardar el lunes próximo, a las 9.

Karmin me escribe que ha visto a Georges y que va bien. Abrázale de mi parte

En ocasión de su 70 aniversario, en diciembre de 1912, Kropotkin había recibido la suma de una suscrición hecha entre amigos, camaradas y admiradores, que destinó enteramente a la publicación en ruso de su La Gran Revolución.

Esta carta contiene errores de fechas.

Villa Nessi, Muralto — Locarno,
Lunes (12 de mayo de 1913)

¿Cuándo nos volveremos a ver? Hemos cambiado de alojamiento, pues el 2 de mayo han vuelto los jóvenes recién casados que la habían alquilado por 5 años.

Estamos en Muralto, la parte baja de la Villa Rossa (la pensión que tú conoces).

Se llega allí siguiendo la calle paralela a la vía del ferrocarril y luego se pasa entre la vieja iglesia con su torre cuadrada a la derecha y las dos escuelas comunales a la izquierda. Esa es la calle Municipio, 12.

O bien se va en tranvía hasta Villa Diana, la última antes de Villa Rossa y se desciende en la calleja que está a la derecha.

Estarás enterado de la agitación suscitada a favor mío por el abogado Gianatelli, en el *Eco de Gotardo* del 25 de abril.

La Municipalidad y el alcalde Balli han convocado después de esto a los ciudadanos locarneses para enviar al Consejo federal una proposición de anular mi expulsión. Lo que fué hecho.

Hasta ahora — ninguna respuesta.

Me preparo para partir a más tardar después del 17. Y si el Consejo Federal me impone condiciones — no volveré más aquí.

Ven, estaré muy contento de poder abrazarte por los tres.

Ignoramos los términos exactos de la respuesta del Consejo Federal, pero ésta fué, en suma, negativa y Kropotkin prefirió abandonar Suiza.

---

12 de julio de 1913.

Te envío de vuelta las pruebas indicando donde podría entrar la cita y encuadrar con el resto. He tratado de traducirla, pero... prefiero dejártela: no doy con las palabras.

Trate, primero, reemplazar *coazione* por otro vocablo; me parecía que *coazione* podría prestarse a malentendido, ser comprendido como co-acción, cooperación. Pero veo que usas muchas veces ese vocablo. ¿Es que no hay otro? Ferrari dice. *coazione* — co-acción, coacción. ¿Qué quiere decir esto que tiene esos dos significados? En fin, tú verás lo que hay que hacer.

Te mando de vuelta la nota con el texto de la cita. En efecto, ésta es excelente y hay que reproducirla. Los que han leído la menor de las cosas de Fourier comprenderán que no se trata de *corporar* en política.

—La respuesta de Sandron me apena mucho. Antes de dirigirte a otro editor, ¿no sería bueno traducir al italiano las apreciaciones acerca de este libro? Tengo algunas muy halagadoras. Los alemanes son los que mejor la han acogido.

— Para *La Ciencia moderna y la Anarquía*, tienes perfecta razón. Omite de *Comunismo y Anarquía* y *El Estado y su rol histórico*. Eso está muy bien, tanto más que en Italia los folletos deben circular mejor que en Francia.

Pon solamente al comienzo de la parte II, *El Estado moderno*, la nota: ... .*Para el rol que el Estado ha jugado en la historia, ver el folleto* El Estado y su rol histórico, *publicado*, etc.

—En cuanto a la fotografía — eso se hará.

Preferiría darte una reducción de la grande y soberbia fotografía hecha por Nadar, 30 por 40 cm. Es un retrato verdaderamente.

Si no se hace a tiempo, tendrás a tu disposición, en todo caso, la más pequeña de Nadar, que está también muy bien.

Voy a ocuparme de la nota sobre Bergson. No he visto nunca nada de Sorel.

La salud — un poco mejor. El lunes voy por ocho días a Londres, a lo de Sacha, para trabajar en el British Museum. Siempre la herencia! Pero este será el



---

(1) *Nosotros habíamos propuesto al editor Sandron publicar* El Apoyo Mutuo *en su serie de volúmenes* L'Indagine moderna, *donde hubiera estado en su lugar, pero se nos respondió con un rechazo, independientemente de toda condición.*

(2) *Nosotros propusimos como motto las palabras del filósofo y jurista italiano Bovio: "Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia".*

(3) *Este retrato, que nosotroos queríamos hacer imprimir a la cabeza de nuestras ediciones italianas, jamás pudimos obtenerlo.*

(4) *Se trata de esta frase extraída del folleto* La evolución legal y la anarquía: *"¡Ah! amigos míos, nada deprava tanto como el éxito! En tanto que nuestro triunfo no sea, al mismo tiempo, el de todos, tengamos la suerte de no lograr jamás éxitos ¡seamos siempre vencidos!"*

último artículo sobre el mismo tema, tan terriblemente difícil.

Estrechos abrazos para los tres de nuestra parte.

Habíamos propuesto al gran editor italiano Remo Sandron publicar El Apoyo Mutuo *en su biblioteca científica* L'Indagine moderna (*La investigación moderna*), *donde figuraría en lugar adecuado.*

—

Desde mañana, 9 Chesham Street,
Brighton, 27 de agosto de 1913.

Te agradezco mucho que hayas respondido a ese "interwiewer" del *Avanti!* Ese animal vino a mi casa con De Ambris. Yo no le conocía, en absoluto. Le dije que si venía a hacerme un reportaje, no le recibiría y que no tenía nada que comunicarle. En seguida se deshizo en protestas asegurando que su presencia aquí nada tenía que ver con un reportaje. Si hubiese venido solo, me hubiera limitado a "buenos días" y "buenas noches". Pero estaba con De Ambris. Y en efecto, ha utilizado trozos de nuestra conversación sin relación visible, tanto más que yo debía hablar mitad en francés, mitad en italiano.

Los *Temps Nouveaux* ha interpretado muy bien mi idea y, por otra parte, yo te la he expuesto. Sólo que, agregaba yo allí, así como se lo dije también a Grave, nuestra conversación contigo, y tus argumentos, me han hecho reflexionar mucho. De todos modos, creo que bandas de franco-tiradores, revolucionarios, soliviando las masas y declarando la guerra campesina a los invasores *sean quienes sean* — alemanes, rusos, franceses — es aún el único medio de rechazarlos: a los rusos de Polonia, a los alemanes de Francia, a los franceses de Marruecos et sic de coeteris.

La guerra de brazos cruzados contra la guerra no bastará. Será necesario oponerse, armándonos, a las guerras. Armas al hombro, — con lo que tú hablas durante una huelga general. Esto les hará reflexionar diez veces. Los jefes militares saben muy bien en qué medida una guerra impopular se convierte, fatalmente, en una derrota. Bismarck lo sabía. Kuropatkin se lo escribió al zar *antes* de la guerra. He aquí por qué yo haría lo posible por combatir *toda* guerra. Pero no bien un conquistador vendría a conquistar, yo le mordería como un buen perro.

Escribo esto para tí. Simple gana de hablar. — No sé de ningún grabado que represente a la ciencia como nosotros la entendemos. Y menos aún la Ciencia y la Anarquía unidas; a menos que, como tú dices, se simbolice una y otra.

La idea de seis retratos es *excelente*. Iré a Londres por algunos días en septiembre y allí hallaré, seguramente, un retrato de Godwin. Hay un libro sobre él escrito por Trübner, en el que debe estar su retrato.

Desde el 15 de julio al 14 de agosto me puse a trabajar a toda máquina en mi trabajo ("La acción directa y la lucha por la existencia", que será el último capítulo-artículo para la *Nineteenth Century*).

Pero se nos ha ofrecido un encantador cottage en medio de un bosque de abetos, no lejos de Brighton, por quince días. Y lo hemos aprovechado. Mañana volvemos a Brighton.

La salud no va bien. Aquí, no he hecho otra cosa que revisar la traducción rusa de *La Gran Revolución* y corregir las pruebas.

Sofía, te envía muchos recuerdos, así como a nuestros amigos de Ginebra y yo os abrazo de todo corazón.

El reporter era el periodista italiano De Falco, quien había publicado un informe tendencioso de la conversación. Kropotkin estimaba mucho, en aquella época a De Ambris, creyéndole un sincero sindicalista revolucionario. No se había hecho todavía "diputado antiparlamentario"

—

Brighton, 30 de agosto de 1913.

Dos palabras para responderte sin retardo.

Lo que me dices de Henri (Malatesta) me regocija profundamente. Hélo, por fin, en su medio, donde recobrará todas sus energías. Sólo será necesario que pueda desarrollar durante algún tiempo esta propaganda.

Te devuelvo la tarjeta postal.

Yo también he tenido una especie de vacaciones. Se nos ha ofrecido un cottage en el campo. Hemos aceptado y Tcherkesoff y su mujer han pasado quince días de vacaciones en nuestra casa de Brighton.

Henos aquí de regreso.

Pienso redactar lo más pronto posible la nota sobre Bergson.

Adjunta va la nota que se agregará al libro.

Te envío también una corrección relativa a *Saint Simon*, p. 360-361 de la edición francesa, y una nota sobre Roberto Mayer que por descuido no puse en el *Apéndice*, p. 359. Fíjate, a ver si sería útil insertarla. Si no — devuélvemela.

Tengo también unas cincuenta hojas del formato de ese papel azul, que había redactado para el Apéndice (después de *Spencer*). Versan sobre Tucker, Stirner, Will Thompson (robado por Marx) y dos notas sobre el rol del Estado. Pero creo que esto alargaría demasiado el libro, y las he guardado para releerlas.

Tu carta me ha llegado toda pegada en el interior. ¿Curiosidad postal?

Fuertes abrazos a los tres, buenos y queridos amigos.

—

Brighton, 5 de septiembre de 1913

He aquí una nota sobre Bergson y también lo que pienso de ella.

Me parece que es imposible ponerla en el Apéndice de *La Ciencia moderna y la Anarquía*, como parte del libro.

Es demasiado honor para Bergson ponerlo al lado de Spencer. Y luego, el artículo sobre Spencer es un análisis completo de un punto de vista de su filosofía. He querido tratar a Bergson en la misma forma. Pero es imposible. *El no es honesto.*

Cuando me volví a sumir en esas 400 páginas de falsedades, evasivas, ideas nebulosas, absurdos, carencia de sentido, tuve que rechazar con disgusto la tarea.

Pero, como *artículo de diario*, eso puede ir. Pero como parte del libro no puède ir en modo alguno; el todo es diferente.

He aquí, pues, lo que te propongo.

Hago publicar el texto francés en *Tems Nouveaux*, y tú insertas — *si te parece que vale la pena* — la traducción italiana ya en el *Risveglio* o al fin del libro después de *Herbert Spencer* (si posible fuera en caracteres un poco más pequeños), diciendo algo de esta guisa:

"Puesto que hay camaradas que se interesan por Bergson, agregamos aquí la traducción de un artículo publicado por P. K. en *Temps Nouveaux*"

Así quedará aparte este artículo del *libro*; de otro modo, el hecho que trate a este farsante sin cumplimientos podría dañar a la obra.

¿Qué piensas tú? Te mando dos duplicados a la vez. Así puedes guardar uno.

Si crees que no vale la pena de ser publicada, puedes arrojarla, con plena conciencia, al canasto.

Estrechos abrazos para los tres, queridos y buenos amigos.

Los sindicalistas Labriola y Sorel acababan de elogiar las teorías bergsonianas; de ahí que hubiéramos pedido una nota a Kropotkin a ese respecto.

—

Brighton, 8 de octubre de 1912

Debo decirte francamente que el dibujo para la cubierta no nos gusta a nadie. Las dos figuras del centro no están b... (las líneas son desagradables). Propongo, pues, quitarlos sencillamente y poner en el centro el título del libro. Creo que será mejor. Sofía es del mismo parecer.

¿Qué opinas tú?

Los retratos están bien. Y luego, tú sabes que yo no habría dicho que la ciencia dará la tierra al trabajador. Es necesario para eso la Revolución.

Creo que será fácil reemplazar la doble figura del centro por el título. ¿Qué piensas tú?

Estrechos abrazos.

Se trata de la cubierta de la Scienza moderna e l'Anarchia, *con los retratos de Diderot, Darwin, Reclus, Godwin, Proudhon y Bakunin.*

—

Villa Ern, Imperiale, Bordighera.
(Es también 6, vía Bischoffsheim,
muy cerca de la Iglesia Inglesa. Esto, para el caso que el viento te
traiga, hasta aquí, por azar).
26 de enero de 1914

Nuevamente hace una eternidad que no nos hemos escrito. ¿Cómo te va? La salud ¿siempre buena? ¿Haces siempre la jira de conferencias cada domingo? Hénos aquí separados durante el invierno. Pero nosotros pensamos, antes de regresar a Londres, detenernos en el mes de mayo, en Locarno, para no pasar demasiado bruscamente de aquí a Brighton.

Hace muy buen tiempo por aquí y estuve muy contento de volver a ver en Niza a algunos viejos amigos rusos y de hacer conocimiento con algunas personas rusas venidas aquí para vernos. Pero, pese a todo, quiero más a Locarno. No puedo acostumbrarme al clima de aquí. Cuando hace sol, sufro con este calor húmedo — no puedo hacer mi paseo cotidiano a paso de carrera que me permite llenar de aire fresco mis pulmones. Apenas si tengo ánimo para arrastrarse bajo el sol. Esto me incomoda: apenas si llego a hacer cada día, de cuatro a cinco horas de trabajo productivo. De tal guisa el trabajo no avanza nada.

¿O todo esto no será otra cosa qué vejez? Pero no — el clima es *demasiado dulce*.

He recibido la visita de un amigo italiano de San Remo, Moreno, amigo de Ettore Molinari. Hemos conversado mucho de todo. Me ha hablado del entusiasmo increíble que la elección de un socialista había suscitado en San Remo (hoy es el turno de Cipriani). ¡Pobres gentes! ¡qué de desilusiones les esperan aún! Ellos piensan: "¡Es nuestra victoria"! y no caen en la cuenta que la victoria es arrebatada por los burgueses *sobre ellos* — los insumisos de ayer, los domesticados de hoy y los sumisos de mañana! Pobre Cipriani, prestar su nombre honesto a esta farsa.

He preguntado a Moreno lo que se pensaba en Italia de *Volontá*. Su respuesta me ha asombrado. "Malatesta dice, sigue siendo siempre con el mismo entusiasmo, siempre Malatesta". Pero se juzga que el periódico no es bastante revolucionario de lenguaje.

Y a mí me parecía que al contrario, Malatesta había soliviado tantas cuestiones, sobre las cuales hacía pensar a sus lectores y que trataba esos problemas de una manera tan simple, tan comprensible precisamente para la masa de los trabajadores! —Veo que Georges tampoco está muy entusiasmado con el periódico. ¿Qué opinas tú?

—Veo en el último *Réveil* que habéis reproducido el artículo de Malatesta sobre los aprovisionamientos y la Revolución. Este es uno de los problemas más graves; me he ocupado de él, no mucho, por otra parte, en lo que concierne a Inglaterra y, si no me engaño, debe haberse publicado en *Temps Nouveaux* un artículo mío sobre este problema.

Me ha asombrado el describir, hablo de Inglaterra, cómo vive al día una gran sociedad bajo el régimen capitalista. Puesto que Inglaterra importa más de un tercio de su alimento, ha parecido que si la revolución estallaba más bien después de la cosecha, el trigo alcanzaría sólo para 6 u 8 meses y talvez para 4-6 meses (más bien 4 que 6 y aún con gran economía) de carne.

Parece increíble. *Inglaterra vive al día.* Jamás hay existencias de algodón bruto para más de tres meses y de todas las mil cosas necesarias para la producción industrial: se importa día por día. Para la mayor parte de los objetos *importados* (sea alimento, sea materias primas) no se tiene en depósito sino *para seis semanas*.

Este es uno de los argumentos que aducía también para evidenciar la necesidad en *todos* los países de producir por sí mismos *todo* su alimento y de desarrollar la cultura intensiva. Aquí, v. gr., el cultivo intensivo de las flores (con protección artificial para la noche: techos de paja sobre soportes y nubes artificiales de humo en caso de helada — así como se hace en el lado del cantón de Vaud). Por esto sólo se hace para un objeto de lujo, de exportación. Pero esto ya será útil, cuando sea menester producir apresuradamente alimento, como enseñanza y materia pródiga en invenciones futuras. Se estará familiarizado con la idea del cultivo intensivo.

De todos modos, el hecho está ahí. Que comience una revolución seria y el país donde empiece está obligado a producir su alimento por medio de procedimientos forzados. Los "rabiosos" habían sentido ya esa necesidad en 1793. Pero esto impondrá, forzosamente, el comunismo, — pese a los Girondinos del siglo XX — los social-demócratas.

¿Cuándo tendremos ocasión de *volver a conversar* de todo esto?

Soy siempre esclavo de mi trabajo biológico (acción directa del medio, etc.) Avanzo a paso de tortuga. Ante todo, los libros han llegado el 31 de diciembre (expedidos el 28 de noviembre). Luego, un trabajo accidental que fué menester hacer para responder a un geólogo (¡si fuera el único!) que sigue el movimiento reaccionario en geología como, por lo demás, en todas las cosas. —Y por último, la falta de energía, un poco de fiebre, etcétera, etc.

—La impresión de *La Gran Revolución* en ruso va bien. Las dos terceras partes ya están impresas. Una hoja por semana. Lamento solamente el pensar que hubiera valido más escribir: "Las enseñanzas de la Gran Revolución". Temo que no sea fácil para los trabajadores la lectura de la obra. Es larga, complicada.

¿Se lee *La ciencia moderna y la Anarquía*?

Te había escrito antes de partir de Brighton, una extensa carta. ¿La has recibido?

Te abrazo muy estrecha, muy estrechamente, mi querido amigo.

Los que se obstinan en no ver en Kropotkin sino un idealista, harán muy bien en releer esta carta.

—

Bordighera, 5 de febrero de 1914.

Sabiendo que gozas de buena salud, que estás vigoroso, siempre en la brega — y que me quieres — esto es todo lo que necesito.

Me escribirás cuando dispongas de un claro en tu trabajo cotidiano. Nosotros nos leemos siempre con el periódico.

El artículo de Brupbacher en la *Vie Ouvrière*: "Socialdemócrata y Anarquista", me disgusta soberanamente.

Todos los hombres del 48 tenían algo que decir contra el Estado. Nadie podía callarse después de Stirner y los otros. Pero lo que Marx y Engels han dicho de él, fué en la época en que blasonaban de *socialistas* y no eran aún *social-demócratas*, y también en una época en que no había, todavía *anarquistas* en nuestro sentido de *abajo el Estado*.

Desde el punto y hora en que se constituyó un partido social-demócrata habiendo establecido en su programa la conquista del poder en el Estado actual, no se puede ser más social-demócrata y anarquista. Uno u otro. De otra guisa, sería sembrar la confusión.

Podrá, tal vez, presentarse una situación en la revolución, en la que social-demócratas y anarquistas podrán darse las manos — para marchar, digamos, al asalto del Palacio o del Parlamento burgués o de cualquier otra fortaleza. En Rusia, hubo dos o tres momentos de esta clase. Pero esto sólo podrá hacerse si se sabe *distintamente*, *nitidamente* lo que quieren unos y otros.

Pero basta — el trabajo me espera.

Sofía ha estado muy emocionada con motivo de las líneas afectuosas que le diriges en tu carta.

Buenos y estrechos abrazos.

¡Cuán justo y profundo parece, después de la experiencia bolcheviqui, el consejo de no confundirnos jamás con los social-demócratas! No somos nosotros los que subrayamos, sino Kropotkin mismo.

—

Bordighera, 19 de febrero de 1914

Gracias por tu carta. La he leído con el placer más vivo. Pero no te escribo estas líneas para responderte. Es para rogarte me envíes, a vuelta de correo, un ejemplar de la traducción italiana de *La Gran Revolución*.

Voy, en la impresión de la traducción *rusa*, por la página 500 y quiero corregir en ella el texto del capítulo LI como ya lo he hecho en la traducción italiana. La prueba de esto vendrá de aquí a algunos días.

He pasado cinco días en cama, leve ataque de algo... era necesario reposar. Ahora ya voy bien, pero no salgo aún.

Muchas visitas: Mme. Sofía L., que Georges conoce bien, una sobrina mía (esposa de un sobrino) que es también segunda sobrina de Bakunin, y Juan Grave, quien, de Saint-Raphael donde estaba, vino aquí por ocho días.

Y luego — un telegrama de Schapiro de Londres: "Enviad manuscrito inmediatamente."

Te abrazo, pues, aprisa, así como a Georges y François.



Bordighera, 2 de marzo de 1914.

Muchas gracias por tu carta y el ejemplar de *La Grande Rivoluzione*.

Puedes imaginarte cuánto me entristece la polémica suscitada contra tí por Guillaume.

Mi opinión coincide en absoluto con la que ha expresado Malatesta en la *Volontá* del 7 de febrero de 1914 y que tú también aceptas.

El sindicato es absolutamente necesario. Es la única forma de agrupación obrera que permite mantener la lucha directa contra el Capital, sin caer en el parlamentarismo. Pero, evidentemente, la lucha directa no surge mecánicamente, puesto que tenemos, por ejemplo, en Alemania, en Francia y en Inglaterra los sindicatos afectos a la lucha parlamentaria, y en Alemania los sindicatos católicos, muy poderosos, etc. Es necesario el *otro* elemento, del que habla Malatesta, *y que Bakunin ha practicado siempre.*

Sólo que, querido, por razones muy serias, sería mejor poner fin lo más pronto posible a esta polémica. Amenaza extenderse, dividir a los que trabajan actualmente unidos, producir divisiones *intestinas*, como lo has visto por el último número de *Temps Nouveaux*.

De todos modos, querido, mantente en el terreno estricto de los principios. Es necesario que el *Reveil* y *Temps Nouveaux* den el ejemplo de la verdadera, saludable discusión, sin ataques personales.

Tus argumentos — más bien los problemas que planteas, tanto tú como los camaradas — así como son expuestos por Pierrot, — *están perfectamente fundados. Cada uno debe plantearselos.*

Voy a escribir, en seguida, a Guillaume en este sentido.

Tiene sus defectos en la polémica, pero, después de todo, *busca*, como nosotros, la solución revolucionaria de este problema tan difícil, y ha guardado, en su natural, esas cualidades que nos le hacían amar tanto en la Jurasiana. Es ese natural el que yo hago resaltar en la nota que he escrito en la *Vie Ouvriére* para su 70 aniversario.

En una carta precedente él me decía (no le he contestado a este respecto: se trata del artículo de Brupbacher: socialdemócrata *y* socialista acerca del cual yo le escribí); me decía que la crítica a los sindicatos le parecía mal encarada, porque él se pregunta cada mañana en Francia, si no habrá un golpe de Estado antes que el día termine, o si no va a estallar la guerra de un momento a otro.

Para esta última eventualidad, todavía hay dos meses de plazo, y hasta entonces muchas cosas pueden allanarse, o envenenarse. En cuanto a la posibilidad de un golpe de Estado, no lo hubiera creído nunca probable. No obstante, si Guillaume habla de él, tal debe ser la opinión de los franceses que frecuenta.

Pero, aparte de esto, están los peligros *interiores*.

Esta carta la he escrito a tirones. Tenemos aquí, con nosotros, a Mme. Sofía Lavroff, de la que te he hablado a menudo. Contando 72 años de edad, se ha venido de Petersburgo (3 días y 3 noches en vagón) para vernos; también Juan Grave y su compañera; un inglés, el Dr. Clark, y visitas — y cartas sin fin — entre otras las concernientes a las absurdas ilustraciones de la edición española de *La Gran Revolución* (varas de lictores y todo el "bataclán" absurdo, tomado de la historia de la Revolución de Luis Blanc, edición ilustrada de Larousse). Cuán agradecido te estoy por la hermosa edición italiana! Nuestra edición rusa avanza: ¡496 páginas impresas!

En fin, he tardado en escribir esta carta. Interín, he recibido la tuya con 60 fr. del Brasil. Estoy perplejo. ¿Qué hacer con ellos? De todos modos, gracias.

Debo terminar. Vienen a interrumpirme.

Abraza estrechamente a Georges y François.

Te abrazo de todo corazón.

Kropotkin creyó siempre que la guerra no sería declarada sino después de las cosechas. Como se ve, ella no ha sido una sorpresa para todo hombre que estuviera un poco informado.

Bordighera, 30 de mayo de 1914.

Tu última carta me ha entristecido profundamente. Me consta cuánto amabas a tu madre y hemos sentido dolorosamente tu pérdida. Bien querido, pensábamos detenernos por quince días en alguna parte sobre los lagos, cerca de Como, antes de regresar, y pensábamos ir a ver a tu madre para testimoniarle el afecto que te guardamos: esto la hubiera complacido.

Como ves, estamos aún en Bordighera. Sacha ha venido aquí con su marido. El se ha ido ya para reiniciar su trabajo y Sacha se ha quedado. Pero no anda bien de salud y quiere ver a un amigo especialista, médico en Nervi, cerca de Ginebra. Este ha estado de viaje y Sacha no puede ir a Nervi sino el martes próximo. Interin, Sofía ha atrapado una fiebre gástrica y van para cuatro días que guarda cama. No podremos, pues, partir antes del jueves, el 4 de junio. Todo está embalado, los cajones con libros casi listos para expedirlos.

Te mando de vuelta la cubierta. El arreglo del cuadro de Doré que habías hecho para la edición italiana nos gusta mucho más, y yo te rogaría, si posible fuera, que hagas hacer una cubierta exactamente como para la edición italina. La hermosa figura de la mujer con el estandarte rojo, y ese grupo (condensado) a la derecha, es precisamente lo que hace la belleza de la cubierta.

He aquí fracasados nuestros planes de veraneo. Todo debido a una secuela de pequeñas enfermedades. Ya es hora de regresar a nuestras brumas inglesas.

Te abrazo, mi muy querido Luis, de todo corazón Sofía, id., id. Abraza a nuestros amigos por nosotros.

Brighton, 30 de noviembre de 1914.

Mi muy querido Luis,

Muchas gracias por tu excelente carta — me ha conmovido mucho.

Tienes razón. Nada es más doloroso para mí que estar en desacuerdo con vosotros tres. Y sin embargo, tengo para mí que si Vds. conocieran los entretelones de la guerra como yo los conozco y si hubieran *vivido*, como Sofía y yo hemos vivido aquí, lo que acaece en Bélgica y Francia, y conocido los verdaderos hechos de la atroz invasión como nosotros los conocimos por los refugiados belgas y las familias de campesinos — os hubiérais dicho como yo, esto: Si los trabajadores alemanes hacen los "Pinckerton men" de los capitalistas alemanes, nuestro deber es de combatirlos por todos los medios que la edad, la salud, las inclinaciones personales nos dicten, — en lugar de dejar planear la duda sobre nuestra actitud hacia la invasión. Si los franceses o los ingleses hubieran invadido y conquistado Bélgica, nuestro deber hubiese sido oponernos a ello, como nos oponemos ahora a los alemanes.

Los Pinckerton son también, la mayor parte, trabajadores; los soldados rusos e ingleses son, en su gran mayoría, obreros y campesinos.

Pero cuando los soldados ingleses van a conquistar a los Boers, los soldados rusos masacran a los Polacos y los "Pinckerton men" masacran a los obreros irlandeses, eslavos, etc., — yo me rebelo contra ellos. Yo los combato en la medida de mis fuerzas. Lo he hecho toda mi vida; lo continúo haciendo hoy. Sin esto, no habría jamás Internacional. Es así como comprendíamos la Internacional en 1872, y pienso. hoy, como pensaba en 1872 y lo he dicho desde 1877, que es la única concepción justa.

Y luego, querido, no hay que decir que no se sabe nunca quién es el agresor. El sentimiento popular no se ha engañado *jamás* sobre esto, no se engaña ahora tampoco.

No tengo una colección en orden del *Réveil* y te agradecería mucho me envíaras el número, en el que Georges respondió a un diario francés que yo había profesado siempre las mismas ideas sobre esta cuestión.

Habiendo reproducido la *Era Nuova* mi capítulo sobre la guerra (ese del que tú has reproducido un fragmento en vuestro manifiesto), yo les he enviado la carta de la que te envío una copia. Pero, confieso, mi querido Luis, que me sorprendí, viendo que al reproducir ese fragmento, tú agregabas:

"He aquí las causas fundamentales, reales de la guerra, tal como Kropotkin las había denunciado, hace dos años solamente."

Los lectores deducirán, sin duda, que yo digo otra cosa hoy. Pero, ¿has olvidado que más o menos en esa época, cuando viniste a Locarno, te desarrollé absolutamente las mismas ideas que te desarrollo hoy sobre la actitud que hay que asumir contra la invasión próxima de Francia por Alemania? Desdichadamente, tú y tantos otros no quisisteis saber nada. Habíais contado demasiado, creo, con la Social-democracia alemana.

Pero pasemos a otra cosa. La edición rusa ha aparecido ya con una cubierta gris enteramente ordinaria, pero bastante bien. Agradezco de corazón tu ofrecimiento.

En cuanto a la *Ciencia moderna y la Anarquía* temo que hasta el fin de la actual tormenta se va a impedir su circulación. Esto me incomoda a causa de las molestias que te pueda ocasionar.

La salud va bastante bien. El doctor hubiera querido que yo no me quedara aquí el invierno, tanto más que es espantoso. Tempestades, fríos, con lluvia y nieve, se suceden. Permanezco cuatro, cinco días sin salir. Pero en fin, la cosa no va del todo mal hasta ahora.

Cómo me hubiera gustado abrazaros a los tres, muy estrechamente, de todo corazón. Sofía, con jóvenes amigas, ha tomado la iniciativa de una "sopa comunista". Los obreros de aquí están encantados de ello. No, precisamente, como ayuda a los desocupados — hay muy pocos, por lo menos entre los hombres — sino como lección de cosas para el "régimen cooperativo".

¿Has visto mis artículos en la *Bataille Syndicaliste* del 18,19 de noviembre y otro número aún (no lo he visto todavía)?

Estrechos abrazos a los tres.

La carta a Era Nuova *apareció en el* Réveil, *n.o 399 del 12 de diciembre de 1914.*

Brighton, 25 de abril de 1915

Queridos amigos:

Mil y mil gracias por vuestras buenas cartas. Quería responder, sobre todo a tu extensa carta, querido Georges, — pero mis fuerzas no me lo permiten.

En fin, el restablecimiento ha progresado bastante, tanto que mañana el doctor se propone hacer la segunda y principal operación.

Sacha y su marido han partido para Rusia por seis meses.

Estrechos abrazos a los tres y muchos recuerdos de parte de Sofía.

Pierre.

Esta fué la última carta que recibimos de Kropotkin.

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

Pienso que esta carta, que contiene un gran número de observaciones generales, presenta interés para los lectores anarquistas. Yo no importuné a menudo a Kropotkin con mis ideas personales, pues sabía que su tiempo era precioso, sus ideas más bien inmutables y su temperamento poco predispuesto a discusiones, al menos del género de las que yo hubiera querido proponerle y que se referían a algunos puntos que él creía firmemente establecidos. Pero por una vez, en el invierno de 1901-02, le propuse ciertas observaciones, el resumen de un largo manuscrito, compuesto en 1901, y con mi sorpresa se dió el trabajo de escribir esta larga carta, un deslomamiento completo, como había que esperar. Yo no tengo copia de mi resumen, pero puedo reconstruir las partes que Kropotkin toca en su respuesta, que no tiene por objeto ser completa, es decir entrar en todas mis observaciones y en el orden de su ordenación. Eso importa poco, pues el interés se refiere a lo que dice Kropotkin. He agregado explicaciones que subrayan algunas veces las diferencias cuando sus argumentos no me han convencido.

Había escrito en el sentido de mis observaciones a Kropotkin en *Freedom* (Londres), N.o sep.-oct, 1900; más tarde escribí de nuevo en *Mother Earth* (New York), artículo nuevamente manejado un tiempo más tarde para *Les Temps Nouveaux* (París, etc. y continúo aún emitiendo esas herejías. Mi propósito es siempre este: ver las ideas anarquistas elevadas a otro nivel de la atención pública que aquel en que se encuentran desde hace mucho tiempo. Si se tomasen cien hombres en no importa qué país, sabrían probablemente en proporción mucho mayor cuál es el rey del foot-ball, el príncipe del box, la reina del cine en este momento y, espero, sabrán también muchas otras cosas más útiles, —que algo que valga la pena sobre la anarquía, sobre la inmensa protesta contra la autoridad en todas sus formas que entraña. Si el progreso anarquista consistiera de año en año *solamente* en que un periódico tire un millar más, que haya algunas docenas, más aún, de grupos nuevos, que haya algunos nuevos libros y folletos y un poco más de conferencias que el año anterior — esa prorrata de progreso no me basta, marcharíamos así siempre al margen de los acontecimientos — una idea tan grandiosa y bella exige que sea presentada de una manera un poco distinta que atraiga *en fin realmente* la atención del mundo. Su disfraz posee esta atención: 99 hombres y más, por cada 100 en la calle, os dirán que el anarquista es un asesino, un loco, un soñador de lo imposible. Es preciso buscar los medios para luchar contra ese estado de cosas que no es pronunciado tal vez en los barrios populares de Barcelona, de Buenos Aires, de París y de algunas ciudades italianas, pero que en el resto es bastante general. No pretendo haber encontrado esos medios, pero quisiera que se tratase siempre de encontrarlos y en ese sentido escribí ya entonces a Kropotkin.



Para mí la cuestión queda en pié, a pesar de su larga respuesta.

MAX NETTLAU

8 diciembre, 1925.

Viola, Bromley, Kent, 5 marzo, 1902.

Mi querido amigo:

He leído su carta con mucho interés — personal y general — y quisiera poder responderle largamente, así como discutir uno de los puntos esenciales — el individualismo (1). Tal vez lo haré un día, respecto del individualismo, bajo forma de artículos. **En todo caso**, trataré de

responderle ahora sin entrar en detalles demasiado largos.

Abordo el punto central de su carta — aquél en que Vd. pregunta por qué la juventud no viene ya, como venía en 1890-94. "Es que entonces — dice Vd. — se estaba con todo ese movimiento de arte y de literatura libertaria"... etc.

Y bien, se continúa estándolo. Sólo que son ellos los que no quieren ya de nosotros nada, y que después de habernos dado algunos camaradas, son ahora lo que han sido siempre: epicúreos, individualistas muy burgueses, que encuentran evidentemente mejor su negocio, o más bien su excusa en Nietzsche, (como sus predecesores en "Darwin"), que en la anarquía.

El movimiento de 1890-94 se explica, en mi opinión, de este modo: La juventud obrera había creído (la agitación boulangista creó un ambiente inquietante) que bastarían algunas abnegaciones heroicas para provocar la revolución. Gentes serias e instruídas de la burguesía lo habían creído también. Se apercibió uno después que era una ilusión, y fué forzoso uncirse, en Francia como en todas partes, al lento trabajo de organización y de propaganda preparatorias en el seno de las masas obreras. Es la fase en que estamos actualmente.

En cuanto a la juventud burguesa, amó siempre en Francia — entre la edad de 19 y de 30 años — las afirmaciones atrevidas *épatantes*. La negación, el "nihilismo" de la anarquía obrera, la sedujo. Por otra parte, la abnegación de la juventud obrera, su sacrificio y la inmolación de sí misma le impresionó. Y en fin, un movimiento semejante al del nihilismo de Bazarof — movimiento de *costumbres*, *Kulturbewegung* — para emanciparse de ciertas mentiras convencionales, está maduro en Francia. Se produjo. Con esta diferencia, que en Rusia el movimiento de costumbres nihilistas (1859-69) fué seguido del movimiento populista, *v narod* (2), — mientras que en Francia nada semejante se ha producido. Es por eso que el movimiento revolucionario no ha ganado nada directamente. ¿Dónde están los Mirbeau? ¿Dónde están los autores de ditirambos a Ravachol? ¿Quién ha venido a engancharse a la labor revolucionaria? Esa juventud ¿dió uno solo que viniese a relevar a los viejos? — *Nihil*.

Esa juventud es hoy nietzscheana, porque — como Vd. dice muy bien — el nietzcheísmo es uno de los *spurions* individualismos (3). Es el individualismo del burgués, que no puede existir más que a condición de opresión de las masas y — nótelo bien — de lacayismo, de servilismo hacia la tradición, de *obliteración de la individualidad* en el opresor mismo tanto como en la masa oprimida. La "bella bestia rubia" es, en el fondo, un esclavo,— esclavo del rey, del sacerdote, de la ley, de la tradición — un número sin individualidad del rebaño explotador.

Es porque nos hemos vuelto trade-unionistas por lo que esa juventud nos abandonó (4). Atraída por lo pintoresco, tuvo bastante desde el momento que lo pintoresco, lo dramático se hizo raro, y fué preciso engancharse a la labor lenta de todos los días.— "He venido a vosotros porque creía que la revolución estaba próxima: pero veo ahora que un largo trabajo de educación es necesario". ¡Cuántas veces he oído decirlo desde hace 25 años! Se han divertido con lo pintoresco de Ravachol, de Vaillant, de Pauwels (5) — y han vuelto a su pequeño *train-train* cuando se apercibieron que se les exigía que demostraran con sacrificios su sed de *libertad*. Yo no les pido actos de rebelión individual; los epicúreos no lo hacen. Pero incluso para defender la causa de los oprimidos (vea el último manifiesto de Grave), para la escuela libertaria, para las pequeñas tareas de la propaganda cotidiana — ¿dónde están? ¡Será preciso siempre encontrar trabajadores! ¿Conoce Vd. un movimiento, una toma de armas más improductiva en hombres para el movimiento subsiguiente? (6).

¿Por qué? — Porque el individualismo, estrechamente egoísta — tal como se ha presentado desde Mandeville (*Fable of the Bees*) hasta Nietzsche y los jóvenes anarquistas franceses — *no puede inspirar a nadie*.— No contiene nada de grande, de seductor.

Diría aun más,— y esto me parece de elevada importancia (una nueva filosofía a desarrollar): lo que se llamó hasta hoy "individualismo", no ha sido más que torpe egoísmo que lleva a la aminoración del individuo. Torpe porque no fué tal individualismo: no condujo a lo que se había planteado como fin: el desenvolvimiento completo, amplio, lo más perfecto *attainable* (7) de la individualidad. Nadie, salvo Ibsen, ha sabido, según me parece, elevarse a la concepción del verdadero individualismo; y él mismo, habiéndolo entrevisto por una visión del genio, no ha llegado a expresarlo de manera como para hacerse comprender. Sin embargo hay en Ibsen una cierta visión del individualismo del porvenir, que yo entreveo, y que será la superior afirmación de la individualidad — tan diferente del individualismo misántropo burgués como del comunismo cristiano, e igualmente hostil a uno y a otro, puesto que uno y otro son obstáculos para el pleno desenvolvimiento de la individualidad.

El individualismo que, yo creo, se convertirá en el ideal de la filosofía próxima, no buscará su expresión en la apropiación de *más* que la justa parte de cada uno, del patrimonio común de la producción (lo único que ha comprendido la burguesía); no estará en la creación por el mundo de una multitud de esclavos que sirven a la nación elegida (*Individualismus o Pro sibi Darwinianum*, o más bien *Huxleianum*) (8); no estará tampoco en el individualismo sensual y en "la emancipación del bien y del mal", que nos han predicado algunos anarquistas franceses — mezquinos reflejos de nuestros padres, los "estetas", los "admiradores de lo bello", los poetas byronianos y donjuanescos que lo predicaban también — no en la opresión del vecino (*Individualismus Nietzscheanum*) que humilla "la bella bestia rubia" al estado de buey en un rebaño de bueyes,— sino en una especie de *individualismus o personalismus o pro sibi communisticum*, que veo venir y que trataré de definir si pudiera darle el tiempo necesario.

Lo que se ha representado hasta aquí como individualismo, fué miserable, mezquino, pequeño — y lo que es peor, contiene en sí la negación, el desvanecimiento de la individualidad, o en todo caso la negación de lo que es necesario para obtener la más completa expansión del individuo. Se habían visto reyes que eran ricos y comían hasta reventar, y se apresuraron a representar el individualismo como la tendencia a ser rico como un rey, rodeado de esclavos como un rey, halagado por las mujeres (¡qué mujeres! ¿las querría Vd.?) como un rey, comiendo leaguas de ruiseñor (¡frías y siempre con la misma salsa!) en la vajilla de oro o de plata, como un rey. Y sin embargo— ¡Qué hay en el mundo de más banalmente burgués que un rey! ¡Y peor aún,— más *esclavo* que un rey!

La bestia rubia de Nietzsche me hace reír. Y sin embargo, gracias a toda una filosofía perversa que se ha establecido por la literatura, en la época (los años 1820 y 1830) en que esos señores, los estetas, querían hacernos creer que representaban un tipo superior de la humanidad,— se continúa creyendo ingénuamente que esos señores que pedían solamente que se les dejase abusar de los placeres ("¡Para mí los placeres!", aire del Fausto de Gounod), representaban un desenvolvimiento superior de la individualidad, un progreso, un *desideratum*,— ¡las perlas de la raza humana!...

Hasta el presente, esos simuladores del individualismo no han tenido por opositores más que el predicador cristiano, que les predicaba el aniquilamiento de la personalidad. Así han tenido un hermoso juego. Demoliendo el cristianismo, Nietzsche, después de Fourier, es soberbio. Es lo mismo que cuando se oponía al "*egoísta*", — el "*altruista*", y aquél tenía la parte bella para demostrar que el altruista se guiaba también por el egoísmo; — mientras que el egoísta *tonto* — incapaz de comprender su propio interés y semejante al rey zulú que creía "afirmar su personalidad" devorando un cuarto de buey por día — era preciso oponer, (como lo ha hecho Tchernychevsky) el *perfecto egoísta*, el "realista pensante" de Pisaref, que se volvía capaz de infinitamente más bien social que el más fuerte de los altruistas cristianos o comtianos,— aun diciendo y sabiendo que no era guiado nunca por más que por el egoísmo.

Por estas pocas indicaciones rápidas, comprenderá Vd. probablemente lo que yo entiendo por *personalismus* o *Pro sibi communisticum*:- la individualidad que llega al supremo desarrollo individual posible, por la práctica, en lo que concierne a algunas necesidades primordiales, y en sus relaciones con los otros en general, de la más alta sociabilidad comunista.— El burgués había afirmado que para la expansión de la personalidad le eran necesarios esclavos, que le era necesario sacrificar a los demás, — no a sí mismo, etc..., y el resultado fué la aminoración de la individualidad que presenta la sociedad burguesa moderna.— ¡He ahí el individualismo!... ¡Oh, cómo habría reído la "individualidad" Goethe!— Pero tome ese mismo Goethe, esa individualidad tan fuertemente definida. Si hubiera habido que hacer trabajo en común, ¿lo habría coceado? — No, habría hecho la felicidad de sus co-comunales! De tal modo habría aportado alegría de vivir, regocijo, ingenio, impulso comunista, sociable. Y al mismo tiempo, no habría perdido nada de su inmensa poesía personal, ni de su filosofía: habría ganado aún, conociendo un nuevo aspecto del genio humano: (¡Vea su alegría al conocer el apoyo mútuo!) la alegría de gozar de la naturaleza en un trabajo común. Su persona, su individualidad, desenvolviéndose así en esa nueva dirección (no siéndole extraño nada de humano), habría agregado una cuerda más al acorde de su lira. Y yo conocí en la vida comunal rusa personalidades de esas que, aun siendo lo que los rusos llaman *mirskoi tchelvek* (un hombre comunal) en el más alto grado, eran también personalidades que rompían con todos los prejuicios de su aldea y marchaban solos, aislados, por su camino,— sea por la rebelión política individual, sea por la rebelión personal contra las costumbres, sea por la rebelión anti-religiosa, amorosa, etc....

(*Continuará*)

(1) *Yo había dicho que, aun reconociendo el valor del comunismo anarquista y aceptando yo mismo esas ideas, eso no me impide ver el hecho que existen y se hacen oír aspiraciones individualistas,— que para nosotros no basta confiar en universalizar las ideas comunistas anarquistas, que habría más bien que encontrar un "modus vivendi" con el individualismo de buena ley, para poseer en él un aliado o un amigo en la lucha contra la autoridad, en lugar de tratarlo como enemigo o como indiferente y ser, necesariamente, considerados por él del mismo modo.*

(2) *Ir "al pueblo".*

(3) "Spurions", *adulterado, contrahecho; mi carta estaba escrita en inglés.*

(4) *Había escrito bajo la impresión de esa admiración ilimitada, ciega del sindicalismo de que he sido testigo a partir de 1895, cuando tantos camaradas han creído que nuestra causa estaba en buena vía de difundirse, de triunfar rápidamente gracias al sindicalismo; y cuando para algunos todo otro medio de propaganda y género de acción era un esfuerzo inútil, ocioso, despreciado. Insistí sobre la necesidad de restablecer el equilibrio, de restaurar la universalidad de la propaganda.*

(5) *El camarada muerto en la iglesia La Madeleine de París, por la explosión de una bomba que tenía consigo.*

(6) *Esta observación es muy exacta; pero el cambio completo de la actitud de tantos anarquistas desde que, a partir de 1895, han visto todos esos sindicatos inspirados por Fernand Pelloutier, — también muchos obreros socialistas (los allemanistas) se desinteresaron del parlamentarismo,— la idea bastante común entonces que en lo sucesivo por la vía del sindicalismo se llegaría directamente a la anarquía, ha debido interrumpir el esfuerzo propagandista dirigido no sólo hacia esos "amateurs" de lo pintoresco de que habla Kropotkin, sino sobre todo hacia aquellos que fueron atraídos por los vastos horizontes abiertos a toda la humanidad por la propaganda de Eliseo Reclus, de Kropotkin mismo, y de otros hasta 1894. Desde que se creyó uno en posesión de la panacea sindicalista, se aparentó, por decirlo así, no tener necesidad de ellos. Es esta restricción, ese carácter unilateral de la propaganda a partir de 1895 lo que yo deploré; había quien estaba convencido de que se había marchado por una vía falsa hasta 1895 — yo pensaba poco más o menos lo contrario.*

(7) *Inglés; que puede ser alcanzado.*

(8) *"Pro sibi", para sí mismo. Se conoce la aversión profunda de Kropotkin hacia el profesor Huxley que había introducido el burguesismo más chato en el darwinismo.*

LA FABRICA DE DELICUENTES



Los nuevos torquemadas, o la justicia argentina o la canalla entorchada

AÑO V — BUENOS AIRES, 15 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 212

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

PATOLOGIA POLITICA

Es el cuento de nunca acabar. La última gran guerra, que según los múltiples pretextos invocados, fué conducida con toda la barbarie de la bestialidad humana, a fin de darle el golpe de gracia al imperialismo demente, está siendo semillero de todos los imperialismos, desde el liliputiense hasta el de tamaño gigantesco. El derecho de la violencia se halla ya establecido en todos los órdenes. Los *feroces* anarquistas, quienes solían manducarse los niños crudos, según fábulas burguesas, se les dejó atrás en algunas leguas de distancia. La heredera directa del espíritu guerrerista y cuartelero, que la Alemania del kaiser llevó a los dominios metafísicos, fué Francia, la republicana. A sus mariscales endiosados se les empleó como el cuco para asustar a los niños. En pocas palabras, el suelo francés se vió invadido por la peste militar, usuraria, católica, apostólica y romana, en una oleada de franca reacción. El fascismo triunfante en Italia, empezó a pisarle los talones a los imperialistas franceses, en un deseo inmoderado de transvasar las fronteras de su patria. Dejando a un lado la labor horrenda de los camisas negras en el interior de su propio país, la política internacional fascista tuvo su primer estallido en el incidente de Corfú. Mussolini, disfrazándose de Júpiter tonante, hizo oír sus gritos estentóreos entre el concierto diplomático de las ranas. Era una admonición para sus subsiguientes bravuconadas. Nadie la tuvo en cuenta. La Liga de las Naciones tuvo miedo, y dejó hacer. Inglaterra, a su vez, en la cuestión de las sublevaciones egipcias, por el asesinato del Sirdar, tomó como buen precedente la infracción italiana, y conminó al Consejo de la Liga que no se metiese en asuntos que sólo al Imperio Británico le atañía resolver.

Mussolini pudo creerse entonces libre de aullar, vociferar y ladrar internacionalmente, rotos los diques centenarios de una moralidad, aunque convencional, observada de cuando en cuando y casi siempre en casos de mutuas conveniencias.

El último discurso del jefe del gabinete, contestando a la interpelación de Farinacci, director del diario "L'Impero", sobre los asuntos del Tirol, cayó como una bomba de estruendo entre las suaves bandadas de palomas, que coaccionaban a Alemania con el fin de hacerla participar en las deliberaciones de la Liga. Lo inoportuno del golpe es lo que más provocó asombro, extrañeza, rabia, desatando las furiosas ansias de revancha.

Es así que, apagada momentáneamente la mecha del imperialismo alemán, surge la Italia fascista, al lado de Francia, con pujos insolentes de conquistador de cafres. Entre los franceses quizás se conservan aún las maneras, el *savoir faire*, mas entre los italianos, en el país del vino espumante y de la ópera, la sangre burbujea y se desboca desatinadamente. Y sobre todo, la gente itálica, sólo en contadas excepciones, suele padecer lamentablemente la falta de humor. Puede ser regocijada, alegre, jocosa; pero los ironistas, el humorista a lo Swift, a lo Quevedo, nunca ha abundado y únicamente recorriendo el pasado curso de los siglos encontraremos algunos de puros quilates.

La relación que esto, lo de la ironía, tenga con un incidente de largas repercusiones mundiales, se halla en cómo, alemanes e ingleses recibieron las energúmenas palabras del regente de Italia y supremo duce del bandidaje de camisa negra. Con sonrisas compasivas y de burla por todos esos denuestos, completamente innecesarios y fuera de lugar. Si toda exageración lleva en sí el inmanente ridículo, esta vez el payaso tragicómico del fascismo italiano estuvo grotesco, de un grotesco risible, tan risible que nos hace pensar en su pasión megalómana subiéndosele a la cabeza, madurándolo para una probable internación en un manicomio. Esas pasiones vehementes traen siempre un desequilibrio en detrimento de otras facultades más nobles. Mussolini ha de perderse algún día por ese estado continuo de patología política, que actuando en la exasperación de su sistema nervioso, le inculca ese delirio de grandezas, característica peculiar de todo pupilo de la casa de orates. Sus secuaces tampoco le van en zaga como frenéticos malvados y pillos aprovechados. Y es que hasta en la locura hay momentos lúcidos cuando se entra en los intereses personales.

Tiene él un famoso antecesor. Es el ex kaiser, pobre ser morboso, misérrimo degenerado, que, si la cordura reinara en el mundo, en vez de colocarle en un trono a fin de que gobernara 60 millones de seres, se le hubiera debido alojar en uno de esos asilos, muestrario de monstruosidades, entre las criaturas falladas a su destino, los marrados ensayos de la naturaleza. Y quizá lo bueno que poseyera de nacimiento, habría podido ser educado o, por lo menos, evitar el daño que pudo derivar de un hombre inconsciente, a merced de su furiosa megalomanía.

El caso de Mussolini está resultando idéntico. Y es más, por estar alimentado por una atmósfera de histeria y de incendiados apetitos y odios embravecidos. Basta hacer notar este hecho. Todo lo que pudo parecerles de heroico a los fascistas y a sus órganos de publicidad la oración mussoliniana, inculta, bravucona, contra el canciller bávaro y versando sobre la cuestión del Tirol, al transponer las fronteras cayó en el más tremendo ridículo. Hay diferencia entre hallarse en desacuerdo acerca de algo, o que, en cambio, produzca el efecto contrario al que su autor se propuso.

"L'Impero", dirigido por Farinacci, publicaba, a todo lo ancho de la página, este título: *¡Ningún comentario sobre el discurso de Mussolini! ¡Es necesario que lo conservemos en el corazón en toda su desnudez romana!* — En Berlín, según resúmenes cablegráficos, se anunciaba que casi todos los diarios, más bien que coléricos, se inclinaban a ser irónicos respecto a la grandilocuencia del primer ministro italiano.

Ni en serio quiso tomarlo cierto sector de la opinión alemana. Los pesados teutones, con un sentido endiablado del humor a largos alcances, podrían contestarle a Mussolini con las palabras de Tolstoy, hablando de la literatura de Andreief. Decía: "Andreief quiere espantarnos, meternos miedo; pero nosotros ni nos espantamos ni sentimos miedo alguno".

Mientras el supremo mandatario de Italia, por desgracia de la raza italiana, escupe centellas y lanza sapos, los que debían asustarse se ríen a carcajadas; y los que se ponen serios son precisamente los que en algo se parecen a él, y también por la obligación de sus funciones oficiales.

Nada; es el cuento de nunca acabar. La guerra engendra otras guerras, y de un imperio salen multiplicados otros tantos...

***



Energùmeno "poseur" o Mussolini el bravucón

Al oìdo

Camarada, vamos a pasar otros momentos de íntima conversación; es preciso que nos digamos cuatro verdades y que reconozcamos nuestros errores y nuestras vulgares aspiraciones; la anarquía debe volver por sus fueros y arrojar de nuestro corazón las pasiones envenenadas y los odios de políticos en competencia. Aparte del espectáculo que damos y que está tan lejos de obrar como factor de atracción proselitista, nuestras contiendas revelan sentimientos y mentalidades que creíamos superados en las filas de nuestro movimiento; nos estamos revelando como vulgares cazadores de puestos de relumbrón en los sindicatos y los periódicos y llevamos el asco y el cansancio a aquellos que comprenden el anarquismo como una colectividad de hermanos que tienda a la implantación de un orden social nuevo, algo así como la extensión de lo que debe ser ya hoy mismo nuestra convivencia.

Un socialista independiente, el profesor Robert Michels, ha escrito una obra voluminosa y erudita sobre las tendencias oligárquicas de toda agrupación; toma como base el movimiento obrero y socialdemócrata alemán y estudia la psicología del caudillismo, considerándolo, no como una enfermedad pasajera, sino como una ley inevitable de toda colectividad. Robert Michels reconoce sin embargo en el anarquismo una fuerza profiláctica contra el caudillismo en el movimiento obrero y presenta el ejemplo del "jefe" anarquista en Kropotkin, cuya "jefatura" es puramente moral o intelectual. Al leer esa obra nos hemos interrogado íntimamente si el anarquismo habrá perdido su virtud profiláctica contra el caudillismo y si los conflictos habidos en la Argentina no obedecen en primera línea a las leyes oligárquicas que ha creído descubrir el profesor Michels en el movimiento obrero.

¡Camarada, quien quiera que seas, amigo o enemigo! ¿No te ruborizas como nos ruborizamos nosotros al tener que designar a unos anarquistas como amigos y a otros como enemigos? ¿No es esa designación una manifestación bien triste de la moral que prevalece en nuestro ambiente? Reflexiona, mientras los anarquistas no podamos tratarnos como hermanos, toda propaganda caerá en el vacío, la vuestra y la nuestra y la de los otros. Las gentes que hubieran podido sentirse atraídas hacia nuestras ideas por su nobleza, por su justicia, por su espíritu de igualdad y de solidaridad, se apartarán de nosotros porque practicamos cada día una moral completamente opuesta a la

que se desprende de la anarquía. En el movimiento anarquista hay espacio libre para todos los anarquistas y para todas las manifestaciones del anarquismo; cuando no hay espacio libre es cuando nos obstaculizamos mutuamente la labor y cuando confundimos la lucha por un mundo mejor con la lucha contra los camaradas "enemigos", contra los que no se doblegan a nuestras imposiciones o no se convierten en instrumentos dóciles de nuestras petulancias. Entonces, naturalmente, el anarquismo es un campo demasiado estrecho que debemos disputarnos en una concurrencia asesina, con más apasionamiento que los candidatos se disputan un acta en las comedias electorales.

Créenos, camarada, si hace unos años hubiéramos previsto a costa de qué esfuerzos habríamos tenido que realizar nuestra labor, nos hubiéramos guardado de ocupar un puesto de responsabilidad en la propaganda; tal vez, como muchos otros, nos hubiéramos retirado apaciblemente hasta que el nivel moral de los anarquistas fuese otro; pero una vez en la brega, hemos bregado y, hoy, semi-abatidos, semi-cansados, podemos tener la satisfacción de echar una ojeada a una labor de propaganda respetable y que está dando y aun dará sus frutos. Tenemos la conciencia tranquila y sólo nos apesadumbraría que no hubiera camaradas suficientes para continuar nuestro esfuerzo.

No es por petulancia vana por lo que no renegamos de nuestra labor; creemos que ha llenado un vacío y que merece el reconocimiento de toda buena voluntad.

¡Pero qué has hecho tú, camarada! Primero estuviste con una fracción, luego te fuiste con otra y por fin quién sabe a dónde irás. Te llamaste amigo nuestro y enemigo de los otros; hoy te llamas amigo de los otros y enemigo nuestro. Una sola palabra de adulación basta para hacerte cambiar de casaca; en tí pesan más los factores de la demagogía que las convicciones anarquistas. Necesitas siempre un jefe, un caudillo; necesitas afiliarte a algún *ismo* de moda; para encontrar tu camino no examinas tu conciencia, sino tu sensualidad o tus vanidades; giras como una veleta por eso mismo, porque tus convicciones no están en tu corazón, porque tienes el hábito de hipotecar a otros la función de pensar por tí; no tienes valor para ser tú mismo y buscas sin cesar una voz de mando que llene el vacío de tu espíritu; o en el fondo aspiras a ocupar un puesto en primera fila y consideras las distintas fracciones de nuestro movimiento como un arribista electoral consideraría las probabilidades de triunfo de los distintos partidos.

¡Camarada! Los puestos en primera fila no existen entre nosotros o no deben existir; el anarquismo es una comunidad de iguales entre iguales; tarde o temprano volverá a reconocer esa característica o tendrá que desaparecer como factor de evolución social. Tú, camarada, lleno de vanidades y de pretensiones; puedes ser en tu oficio un buen obrero y serías un buen compañero si en lugar de dedicar todos tus esfuerzos a ocupar un puesto a la cabeza del movimiento, si en lugar de hacer converger todas las energías de tu espíritu a sobresalir de la masa a quien desprecias y a quien ahora halagas para montar sobre ella, te hubieras dedicado a estudiar y a comprender nuestras ideas, para poderlas sentir y amar mejor. Piensa en aquel pasaje del Quijote; un noble había invitado a un campesino a comer en su casa y le ofreció la cabecera de la mesa; el campesino quiso declinar ese honor y el noble le respondió que quedara allí, pues la cabecera de la mesa estaría siempre donde él, el amo de la casa y el noble por herencia, se sentara. ¿No entrevés que por tus cualidades intelectuales no ocuparás nunca el puesto en primera fila a que aspiras? Hay otros, de esos que tú combates con tanto encarnizamiento, que seguirán siendo la cabecera de la mesa, aunque abandonen toda su actividad pública y te cedan el puesto que consideras como un honor y de brillo y otros no consideran más que como un lugar de responsabilidad y de esfuerzo extraordinario. Tú quisieras estar allí porque abrigas aún sentimientos de mando envueltos en tu pereza mental; has visto cómo aquellos a quienes odias bajamente han afirmado desde esos puestos su independencia, su buen criterio, su energía. Tú crees poder hacer lo mismo, cuando hasta ahora no has dado más que una nota de servilidad, arrimándote al sol que te pareció calentar más. Pero el hombre independiente, íntegro, sincero, no obra como has obrado tú, y sobre todo el anarquista verdadero no se convierte nunca en un caudillo ni en un acaudillado, no rompe nunca el principio básico de libres y de iguales.

¡Pobre hombre! Necesitas ocupar un puesto de esos que te deslumbran para poder sobresalir de tu mediocridad; en tí no tienes las cualidades necesarias para sobresalir por ellas. Eres digno de compasión. Quieres sobreponerte a nosotros, como un gobernador o un reyezuelo y marcar el compás desde la comisión de un sindicato, de una federación o de un periódico. ¡Y te llamas anarquista! Sin embargo, camarada, el compás no habrás de marcarlo tú, sino aquellos que aman la anarquía de veras, que la sienten y no la emplean como pedestal para exhibir sus pasioncillas. Trepa a los puestos de brillo de los sindicatos, ya que no puedes trepar a las administraciones públicas del Estado o al parlamento! La cabecera de la mesa — la cabecera de la mesa que no rompe el principio de la igualdad y de la solidaridad — no estará donde tú te sientes.

Pero no creas que te odiamos, camarada; te tenemos lástima y sentimos compasión por tí, que no has matado en el alma los vicios de la moral del autoritarismo; como tú hay muchos que se dicen anarquistas; es doloroso. ¿Habremos de echarlos de nuestro ambiente? ¿No sería mejor recomenzar pacientemente la obra de educación libertaria para formar hombres nuevos que estén moralmente a la altura de las ideas a que dicen haberse adherido sin saber por qué?

Camarada, sé tú mismo, no nos creas a nosotros con los ojos cerrados ni a los otros; la verdad está en tí. ¡búscala, investígala! Piensas que serás otro cuando "llegues" a secretario o a redactor; no, amigo, serás el mismo; el puesto ese que te hace perder el equilibrio no da cualidades nuevas a quien no las tiene; pero si tanto te empeñas, haz la prueba; nosotros continuaremos siendo lo que somos en donde quiera que estemos.

I. K.

EL MOVIMIENTO OBRERO PURO

El artículo de Malatesta en *El Productor* de Barcelona (8 de enero de 1926), nos vuelve a poner en la necesidad de machacar en el hierro frío de una lamentable leyenda.

Creemos que nuestras objeciones al punto de vista de Malatesta y de Fabbri sobre la actitud de los anarquistas en el movimiento obrero han sido mal interpretadas por algunos camaradas a quienes habríamos dado la impresión de poco respeto hacia la personalidad de esos hombres tan meritorios en nuestro movimiento; sin embargo, tal vez nos haya movido en primer lugar nuestra simpatía con sus ideas generales y nuestro despecho por no tenerlos a nuestro lado en un campo de lucha tan importante como es el movimiento obrero. Cuando se fundó la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, hemos creído que sería el punto de concentración de todas las fuerzas anarquistas del mundo y tácitamente esperábamos la contribución de Errico Malatesta, en la seguridad que ese incansable combatiente de la buena causa, nacido a la vida pública en el seno de la vieja Internacional, no nos rehusaría su concurso para continuar la misma obra a que él dedicó los primeros años de su vida siempre joven y siempre fecunda.

Constatábamos en el movimiento obrero revolucionario, incluso en muchos anarquistas, una tendencia suicida hacia un sindicalismo bebido en quién sabe qué fuentes. En nuestro fuero interno contábamos con Malatesta y con Fabbri para resistir esa desviación y plantar la bandera del anarquismo sobre una fracción al menos de los trabajadores. Nada de eso ocurrió, más bien lo contrario es lo que hemos visto. Nos hemos decidido, pues, a obrar por nuestra propia cuenta y hemos querido demostrar que Malatesta y que Fabbri fundan su actitud respecto del movimiento obrero en una leyenda o en una ilusión óptica.

Intervino otra causa: la Unione Sindacale Italiana actualmente está deshecha por el fascismo; en sus militantes hay quienes abrigan más simpatías por el sindicalismo de Leone que por nuestras ideas; la actitud de Malatesta entraña el desinterés de los anarquistas italianos por el movimiento sindical y por consiguiente, cuando llegue el día de una resurrección, podría darse el caso de que ese organismo siguiera un desenvolvimiento no siempre beneficioso para el anarquismo.

Además, las ideas sobre la unidad de clase y otras patrañas, defendidas y propagadas por Malatesta y Fabbri, se convertían en armas contra nuestro movimiento de los países hispanoamericanos y de España misma, en manos de los sindicalistas de la escuela de Amiens.

Por último, es esa misma anarquía de Malatesta la que constituye nuestro más alto ideal; estamos muy lejos de hallarnos dispuestos a hacer la menor concesión en ese punto; Malatesta hace más concesiones que nosotros, pues si es adversario del sindicalismo *como doctrina*, no lo es del *sindicalismo como hecho; nosotros somos adversarios del sindicalismo como doctrina y como hecho*, nuestra opinión es que el sindicalismo, por revolucionario que se pretenda, termina siempre en el reformismo.

Pero no confundimos el sindicalismo con el *movimiento sindical*, con el movimiento obrero, como parece hacerlo Malatesta.

Malatesta tiene una idea metafísica del movimiento obrero, como un fenómeno por encima de todos nuestros cálculos: su ideal es el *movimiento obrero puro*, un movimiento que no esté enfeudado a ninguna tendencia social, que tenga su finalidad en sí, algo como el *noumeno* kantiano posiblemente. Eleuterio Quintanilla, si no lo interpretamos mal, expresa el mismo pensamiento en *Solidaridad Obrera* de Gijón (8 de enero). Si las cosas son así como las imagina Malatesta, si fuera posible que se llegase a ese estado ideal de un movimiento obrero abierto a todas las tendencias, si la experiencia histórica nos mostrase que existió alguna vez semejante movimiento, entonces el asunto se prestaría a discusión. Entonces merecería ponerse en práctica la táctica recomendada por el querido veterano de las luchas sociales modernas.

Sin embargo, todo eso tiene un pequeño defecto, se basa en una pequeña ilusión: *el movimiento obrero puro no existió, no existe y no puede existir nunca*. ¡Que nos cite el camarada Malatesta un solo ejemplo de un movimiento obrero independiente o puro, presente o pasado!

Por consiguiente, *la discusión no debe girar en torno al asunto de la actitud de los anarquistas ante un movimiento obrero que no existió, ni existe y que tampoco existirá, antes del triunfo de la revolución social por lo menos, sino ante una realidad que pesa más en los destinos del porvenir que todas nuestras leyendas imaginarias*. Y esa realidad es un movimiento obrero disgregado en múltiples tendencias, desde la fascista a la anarquista. Contentémonos con ser espectadores pasivos de las luchas sociales o creémonos una fuerza proletaria capaz de decir su palabra. No hay otra salida.

Malatesta ha recorrido muchos países, ha intentado dar vida a muchas obras de propaganda, vivó muchos años en Inglaterra, pasó algunos años en la Argentina; comparemos: ¿qué queda de la acción de Malatesta en Inglaterra? Fervientes simpatías hacia su persona en cuantos le conocieron; pero esas simpatías no constituyen ningún gran factor revolucionario. En la Argentina ha contribuído a crear algunos sindicatos, como el de panaderos, por ejemplo, que existe todavía y que ha realizado una seria labor de propaganda y de defensa de la anarquía; antes de LA PROTESTA, era *El Obrero Panadero*, el órgano del sindicato, una de las mejores publicaciones anarquistas del país. La experiencia de la Argentina, como la de España, como la de otros países, es para nosotros de gran importancia, porque fueron los sindicatos los mejores exponentes del movimiento y porque ningún camarada podrá decir que al ingresar en ellos encontró la menor limitación a su pensamiento revolucionario. Cuando se nos quiere presentar la organización partidista del anarquismo como algo superior, más legítimamente anarquista que el sindicato obrero que reconoce la finalidad anarquista y procura inspirarse en sus luchas cotidianas y en su propaganda ideológica en nuestro ideal, repetimos invariablemente: hemos advertido una mentalidad mucho menos anarquista en la mayoría de los pequeños grupos que en nuestros sindicatos. Hace unos días hemos asistido al congreso de la Federación de los anarquistas alemanes y nos hemos ruborizado profundamente, sintiendo ganas de llorar de vergüenza; un espectáculo semejante no lo hemos observado nunca en nuestros sindicatos. Hay mucho más peligro de que se forme en los "grupos de afinidad" un anarquismo de secta que de que se desarrolle en los sindicatos de finalidad anarquista inspirados por nuestras ideas, una corriente hacia el reformismo.

El anarquismo fusionado con un movimiento obrero propio, que sea su expresión de lucha y su vehículo de propaganda, tiene una ventaja incomparablemente mayor que la organización de los anarquistas al margen del mundo del trabajo; esa ventaja consiste en conservar el contacto con la vida, en trabajar sobre realidades vivientes, en influenciar la totalidad del movimiento obrero, no como filósofos o apóstoles que predican desde una torre de marfil o desde una cátedra consagrada, sino desde dentro del proletariado, desde sus lugares de trabajo.

La piedra de escándalo parece estar, según Malatesta, en nuestra afirmación en favor de un *movimiento obrero anarquista*, que creemos tan perfectamente posible como una Unione Anarchica Italiana o una Unión Anárquica Española. Y repitámoslo nuevamente: las objeciones que pueda hacer Malatesta al funcionamiento interno de un sindicato, las retrucaremos redobladas sobre el funcionamiento interno de un organismo específico del anarquismo. Malatesta dice en su artículo de *El Productor*: "Una organización obrera que se dijese anarquista y fuese y continuase propiamente tal y que estuviera — forzosamente — compuesta de anarquistas convencidos, podría ser en ciertas circunstancias utilísima como agrupación anárquica; pero no sería el movimiento obrero y faltaría a los fines del mismo"...

Al leer eso, no sabemos por qué asociación de ideas, se nos viene a la memoria el pasaje de una carta de Miguel Bakunin escrita desde París en 1845: "la libertad no es una teoría, es un hecho, es la vida misma."

Si el anarquismo es la idea de libertad, no puede nunca contrariar los fines del movimiento obrero, como los contrarían todas las demás tendencias. Todo lo contrario, es entonces cuando el movimiento obrero adquiere su verdadero significado, que es la propaganda y la conquista de la libertad. El anarquismo no es una idea extraña al movimiento obrero, no es una teoría que se anuncia desde las nubes como los mandamientos de Jehová, o, como escribió Bakunin, no es una teoría, es un hecho — es la vida misma. Cuando nosotros luchamos por la orientación anarquista del movimiento obrero no lo hacemos en la convicción de imponer un credo político o social a una masa mayor o menor de trabajadores, sino que queremos que esos trabajadores no sean desviados de su objetivo, la conquista de la libertad para todos, la lucha por la anarquía.

Camaradas Malatesta, Quintanilla y demás que pensáis que la afirmación anarquista en los sindicatos es un atentado a los fines del movimiento obrero! Allá en los tiempos prehistóricos en que Malatesta comenzó su actuación revolucionaria, posiblemente pudo justificarse la idea de un movimiento obrero puro, presunto objetivo de los sindicalistas de la *charte d'Amiens*; por aquella época el movimiento obrero era automáticamente un movimiento revolucionario; los obreros se agrupaban en las filas de la Internacional para la revolución; *organización obrera y revolución han podido ser sinónimos*. Hoy han cambiado un poco las cosas: organización obrera ya no es sinónimo de revolución, puede simbolizar también la contrarrevolución preventiva

y efectiva. Diversos partidos y tendencias sociales se disputan el predominio en el mundo del trabajo; nosotros queremos que el ideal de la revolución no desaparezca por completo del proletariado — el ideal de la revolución, después de la experiencia rusa, ¿puede ser otro que la anarquía? ¿Qué hacer? Malatesta nos aconseja respetar la unidad de clase. Nosotros echamos por la borda esa ilusión y apelamos a Malatesta para que nos ayude a formar en cada país una fuerza sindical revolucionaria o sea anarquista. Con esa fuerza sindical estaremos en situación de poder contrarrestar poco a poco la invasión del movimiento obrero con tendencias y corrientes políticas adversas a la revolución. Sin esa fuerza sindical nos quedaremos a la luna de Valencia, esperando fatalísticamente que la historia misma gire a nuestro favor. ¡Que aquellos que en nombre del anarquismo obstaculizan la intervención decidida de nuestros camaradas en las filas del proletariado, no sólo como criticones impotentes para una acción propia, sino como factores determinantes, como fuerza autónoma y orgánica — asuman la responsabilidad de su actitud!

Las luchas sociales no son torneos de rabinos y sacerdotes católicos, no sólo se discute con argumentos, no sólo se exponen ideas,, se combate también con los puños. Vamos a exponer otro ejemplo de la Argentina: en este país se ha conseguido poner un coto al avance de la socialdemocracia en las filas obreras; pero no vayamos a creer que se debe sólo a la acción espontánea de nuestro ideal; se debe en primer lugar a que nuestros camaradas se propusieron no dejar prosperar ese movimiento, desbarataron en lo posible sus ensayos y en último término entraron en liza razones contundentes no siempre reducidas a declamaciones en las tribunas. En estos momentos quieren levantar los socialdemócratas la cabeza, aprovechándose de nuestras disidencias internas; pero sólo será hasta que se haya superado la crisis presente; luego veremos cómo resisten el ataque cerrado de nuestros camaradas. Si las luchas sociales fueran meros torneos oratorios, reconocemos con gusto que el movimiento anarquista de la Argentina no hubiera podido prosperar frente a un J. B. Justo, un distinguido economista que ha tenido tiempo para estudiar más que nosotros.

Cuando el movimiento obrero español se reanime, nuestros amigos habrán de dedicar tantos esfuerzos a la lucha contra la burguesía como a la destrucción del movimiento sindical socialdemócrata. ¿Es esto una herejía, camarada Malatesta? No, no. Si los anarquistas italianos hubiesen logrado destruir la Confederazione del Lavoro posiblemente el fascismo no habría triunfado. No queremos exponer lo que debe el capitalismo internacional a los sindicatos obreros reformistas alemanes y de todos los países. Creemos que esto es del dominio de todos y que no necesita explicaciones.

La lucha contra la reacción no puede dejar al margen la lucha contra aquellos movimientos proletarios que son sus más seguros vehículos.

D. Abad de Santillan

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(Continuación)

He ahí por qué el individualismo de que nos hablaron los jóvenes anarquistas franceses durante un momento, lo encuentro mezquino, pequeño y falso, *pues lo que carece precisamente del fin que se propone.* Y esa nota resuena en mi oído tanto más falsa cuanto que tenía al lado — hombres que en ese momento mismo, conscientemente, subían al cadalso por la causa común, después de haber afirmado altamente su personalidad. Es sólo a causa de la confusión que reina sobre la concepción del individualismo que otros, que se llaman individualistas, han creído pertenecer al mismo campo intelectual y político de esos hombres de sacrificio. Los que se llamaban "individualistas" (en el sentido burgués) tenían tan poco derecho a contarlos de los "suyos" como los cristianos hubieran podido tenerlo. Aquellos pertenecían a la variedad que veo venir y que Ibsen ha tratado de producir en sus dramas (9).

La carta se vuelve tan larga que estoy forzado a pasar muy rápidamente por los puntos muy importantes de la suya. Repito aún que si el movimiento se ha reducido en Francia, es porque la situación general no es ya tan revolucionaria como lo era antes de 1894-95, y se apercibieron que no se podría provocar la revolución en diez o en cien. Era hermoso imaginarse que por un fuerte impulso de algunos se conseguiría hacer estallar la revolución: no hubo nada, y ha sido preciso engancharse al movimiento *preparatorio* que precede a todas las revoluciones. Es preciso, además, un ideal para la revolución y — ¿podría serlo el individualismo burgués? ¡No! — Y en cuanto al comunismo anarquista, ¿se ha determinado bastante claramente, no digo en el seno de los millones, sino, digámoslo, en el seno de los anarquistas mismos? — ¡No! (No puede determinarse más que en los ensayos prácticos de la vida). Es en ese movimiento preparatorio en el que hemos entrado desde hace 5 o 6 años,— la ausencia de cuestiones irritantes, tales como el boulangerismo y Dreyfuss, que permiten de nuevo (por algunos años solamente) ese trabajo. (10).

¡Si pudiéramos, aprovechando esta calma, explicar, como Vd. dice, nuestras ideas! Pero nos encontramos frente a un problema, que no se ha presentado hasta ahora: *la ética de una sociedad de iguales, absolutamente libres.* La ética cristiana no tuvo más que copiar la ética budista, la de Lao-tse, etc., diluyéndola y empequeñeciéndola. Nosotros tenemos que crear la ética *nueva* de la sociedad futura socialista. *El ambiente anarquista obrero trabaja en la creación de esa ética.* El trabajo se hace en mil puntos. La idea general comienza a brotar. Pero, sea que nos falte un *genio*, sea que la no terminación de ese trabajo no lo permite aún — no hacemos más que entrever.— Sí, es preciso reanudar el hilo; sólo que no con los pocos "individualistas" de 1890, sino con los griegos de la Grecia antigua. ¡Muy lejos, como Vd. ve! (11).

En cuanto a sus apreciaciones sobre la misión de los trabajadores,— pasada y actual — debo tomar aquí con amplia mano la parte de la exageración de que Vd. me habla — la exageración inevitable de la brevedad. Temo sólo que aun dejando un gran puesto a esa exageración inevitable quede un substrato sobre el cual nos será difícil ponernos de acuerdo. (12).— Vd. ha mostrado la falta de solidaridad entre los obreros (13).— Muy bien. ¿Y qué? Por mi parte, y creo estar en el caso de millares de anarquistas y de 100.000 socialistas, no he tenido necesidad de exagerar las virtudes de los obreros para desposarme con la causa de la revolución social, eminentemente obrera. Sino que se fundó la Internacional, para forjar poco a poco la solidaridad entre diversos oficios y, más tarde, diversas naciones, para ampliar la idea de solidaridad, para permitirle ensancharla, hoy como lo ha hecho (14).

Es precisamente para despertar esa solidaridad — sin la cual sería difícil progresar — que hay que trabajar a fin de que los sindicatos y las trade-uniones no sean escamoteados por los burgueses que, después de haber fracasado como moderados, tratan de llegar al poder como avanzados (15).

No se trata para mí de saber "quién es mejor" — el burgués o el obrero" (16) — eso no me interesa, como no me interesa la cuestión de saber "¿quién es mejor — el hombre o la mujer?" — cuestión que apasionó de un modo muy divertido a los héroes en un nuevo engaño. Lo que sé es que el trabajador tiene, al menos, el hábito de hacer una cantidad de trabajo desagradable —de *trabajo*: no sólo de diversión — lo que es un punto importante para el porvenir; que, habituado al trabajo manual, no trata, en sus ensueños de porvenir, de reservarse un puesto entre los gobernantes, como hacen los social-demócratas (17); y que, siendo explotado hoy por bajo de la escala, tiene interés en reclamar la igualdad, que no ha cesado de reclamarla; que se batió y se batirá por ella; mientras que el burgués, ávido y torpe, cree que está en su interés el mantenimiento de la desigualdad. Para eso el burgués hace su ciencia, su política, forja su poder. Y siempre que hubo lucha por la igualdad, el burgués estuvo por la desigualdad, por el derecho de gobernar, mientras que el pueblo estuvo de la otra parte. Ninguna provisión de razonamientos ni ninguna estadística hará ahí nada y como se lo he dicho ya en mi última carta (18) — es aún el pueblo, el obrero el que se ha batido en la última toma de armas que me podría citar (1871) — y no veo ninguna razón para que sea de otro modo en la próxima de cómo ha sido en 1871, en Milán, en Barcelona, en Trieste — *¡en todas partes!* (19).

En cuanto a la tolerancia de que Vd. me habla — no puedo repetirle más que, según mi opinión, se ha ejercido demasiado tolerancia de la parte que ha estado en lo verdadero. Yo soy el bien agresivo y creo que predicar el *bien pasivo*, como lo ha hecho el cristianismo y como Vd. parece pedir (pero me recuerdo, al corregir, de la exageración de toda carta breve) es obstaculizar el progreso (20). Sí, hay en la sociedad actual supervivencias: todas las supervivencias desde el canibalismo, el período salvaje de la edad de piedra, la edad de bronce, las abominaciones de los despotismos orientales... todo, todo, desde el comienzo de la historia. (Vd. verá un hermoso espectáculo si viene en junio a Inglaterra: los Huxley de rodillas ante la reina recibiendo la investidura del G. C., ya, eso es hermoso para ver. Pero vamos a ver muchas cosas bellas todavía, en esa recrudescencia de las épocas más salvajes y más caníbales, que van a jugarse alrededor de Eduardo VII (21). Y bien, ¿qué es lo que se deduce de eso? ¿Que debo ver todo eso con una mirada condescendiente? No, querido amigo, el eclecticismo es la muerte — la peor de las muertes, la muerte intelectual.

Su comprensión de las revoluciones me parece absolutamente falsa. Vd. habla sin duda con los historiadores cuando dice: "Entonces al día siguiente (de derribar el gobierno de Rusia) los campesinos quemarán los castillos, etc." (22). Pero creo haber probado que esa concepción es *absolutamente falsa.*

---

(9) *Esto no es para mí, que no fuí fascinado nunca por ninguna variante de no importa qué variante del pseudo-individualismo, y que reconocí la belleza del individualismo comunista que Kropotkin entrevé. Pero incluso el hombre más altamente inspirado del sentimiento social y sociable, puede desear a veces proceder por vías más individuales, independientes, separándose por un tiempo de las de los otros. Es eso lo que era preciso decir altamente para disipar la impresión que el comunismo libertario absorbería automáticamente las iniciativas y los actos independientes individuales. Si todo individualismo sincero, altruista, encuentra satisfacción en el individualismo comunista de Kropotkin, tanto mejor para la realización de sus ideas, pero sólo la experiencia puede verificar eso.*

(10). *Según mi impresión esta ausencia de "cuestiones irritantes" no era sino una nueva razón para tratar de volver al primer plano. Se ha dejado el campo libre a esa reacción nacionalsta que continuó el boulangerismo y el antidreyfusismo, que se apoderó entonces de la juventud, y representada por el neo-realisma, — catolicismo, — nacionalismo, luego en el socialismo mismo mediante la extraña perversión de George Sorel (véase su revista "L'Independance", a partir de 1911, una manumisión del espíritu de la juventud francesa, italiana también, que ha llevado directamente a la guerra y al fascismo de nuestros días. No se ha podido prever todo ese mal a comienzos de 1902, pero yo habría querido entonces ya que Kropotkin y otros hicieran un esfuerzo para volver a conquistar, para la idea anarquista, un puesto en plena luz del día. No se hizo y pronto los asuntos rusos, los acontecimientos que debían llegar a la revolución de 1905, han absorbido su atención en primer lugar.*

(11). *Aunque los primeros artículos sobre la "Etica" no aparecieron más que en 1904 (agosto) y 1905 (marzo) en el "Nineteenth Century", Kropotkin estaba ya entonces sumido desde hacía varios años en ese asunto que pronto, alternando con el de la revolución francesa, le absorvió mucho.*

(12). *Yo había dicho, pues, que dejaba a un lado tantos hechos y argumentos, sobre los cuales estábamos necesariamente de acuerdo, sin que eso quisiera decir que los ignoro o los refuto. En esas condiciones le proponía ciertas opiniones, con mis motivos y conclusiones.*

(13) *Y en la vida de todos los días, donde tal vez aun en este momento, la falta de solidaridad, me parece, en proporciones más frecuentes que los actos de solidaridad — o de lo contrario estaríamos ya más próximos del estado feliz de solidaridad y de libertad que deseamos. En tanto que el obrero esté dispuesto según la orden a arruinar la salud de otros obreros (produciendo productos nocivos), a ser su amo, su guarda-chusma, etc. (como capataz, carcelero, etc.), a matarlos en el interior o en el exterior (como gendarme o como soldado), etc., la solidaridad se ejerce desmasiado poco, y no hay que hacernos ilusiones sobre este hecho. En ese sentido había escrito probablemente a Kropotkin.*

(14). *Alusión a mi conferencia* Responsability and Solidarity of the Labour Strugle, *en el* Freedom. *Discussions Group, 5 de diciembre de 1899, impresa en Freedom 1900, en folleto inglés (mayo de 1900) y como informe propuesto por el grupo Freedom al congreso internacional de 1900,* (Les Temps Nouveaux, Supplement litteraire), 1900; *en folleto francés, París, 1903; en español, Barcelona 1904 y en otros idiomas.*

(15). *En esa época la lucha de los sindicalistas revolucionarios en Francia contra los reformistas no se había terminado y en Inglaterra no había casi ningún rasgo de espíritu sindicalista en el gran mundo del trabajo organizado.*

(16). *Yo había probablemente observado que tendencias e inclinaciones semejantes de elevarse unos sobre las espaldas de los otros y parecidas manifestaciones antisolidarias se encuentran hoy aún entre los obreros y entre los burgueses, a pesar de todo el esfuerzo moralizador del socialismo y de la organización obrera.*

(17). *Pero se podría observar aquí, ¿quiénes son los social-demócratas sino esa parte de los obreros de los cuales muchos, no amando mucho al trabajo manual, preferirían colocarse en las administraciones, etc.? El hecho de que se esté habituado a un trabajo, no implica siempre que se le ame, y que se esté dispuesto a continuarlo si hay medio de eludirlo. Aquí la realidad me parece en contradición con el pensamiento generoso de Kropotkin.*

(18). *La he conservado, pero no la tengo ante mí, ni en el recuerdo, en este momento.*

(19). *No soy ciertamente yo el que había expresado la menor duda al respecto. En tanto que me recuerdo, mis observaciones se referían a este asunto: que a pesar de las tendencias igualitarias y solidaristas de muchos obreros, la vida práctica de los talleres y fábricas conduce muy a menudo a su diferenciación según las capacidades, los carácteres especiales, etc., que hacen que unos avancen un poco, algunas veces mucho, y que los otros queden quietos. Esa selección no es siempre una eliminación de los menos solidarios (pues el más malvado se hace capataz, etc.), sino a menudo también una elevación de los más capaces (que el patrón tiene interés en tratar mejor, en atraer a su esfera de intereses, etc). Concluía que por esas diferenciaciones muchos buenos elementos eran continuamente arrancados del ambiente de sus camaradas, y que tales puntos me han parecido explicar la lentitud con la cual la gran masa comprende nuestras ideas, muchos talentos, que comprenderían más pronto y que sabrían y querrían obrar, son continuamente separados de esa ma*

sa por los capitalistas que desean en primer lugar aprovechar esos talentos.— Me recuerdo que ni en esta carta ni en discusión alguna, entró Kropotkin en ese asunto. Pensaba que de todos los camaradas, los más útiles a la causa son aquellos que, aceptando las ideas, permanecen en medio de los obreros, sin querer salir de él, como hicieron tantos buenos camaradas en todas partes, Johann Neve, Sam Mainwaring, Lucien Guérineau y muchos otros! Yo habría querido entonces (1902) que se hubiera estimulado más ese género de propaganda que difería bastante de la tendencia, comprensible por lo demás, de muchos anarquistas, entonces, a abandonar los talleres y a vivir como pudieran. Algunas veces eso fué bueno para ellos, pero eso los separo de los obreros.

(20) *Me fué imposible siempre hablar de la tolerancia con Kropotkin, sin que se haya incomodado. He escrito a menudo lo qué entiendo por tolerancia mutua; no es la no resistencia al mal ni una renuncia a emplear la fuerza. No es mas que la convivencia de personas, la coexistencia de instituciones que no son de las mismas opiniones o que no están basadas en el mismo sistema, pero que prefieren vivir en paz en lugar de vivir en conflicto y combate permanente hasta la destrucción de uno de ambos. Pienso que hoy mismo se hace un gran número de cosas en paz y la violencia es un último recurso que no prohibo a nadie, pero que yo vería con sentimiento que se volviera general. No se quema ya a los de otra religión, ni siquiera a los libres pensadores, y yo me atrevo a pensar que llegará en el mismo grado la tolerancia mutua para las cuestiones nacionales y sociales. Hablé entonces a Kropotkin sobre el ejemplo de los Cuáqueros y de aquellos que rehusan por principio tomar las armas — y la guerra ha mostrado que esta idea inspiró a muchos hombres, las conscientius objectors de Inglaterra y de Estados Unidos, etc. En una palabra, no he comprendido nunca por qué Kropotkin, que buscaba y encontraba en todas partes tantos rasgos de ayuda mutua considero imposible o no deseable que se llegase a plantear disputas sobre el nivel de la acción autónoma diferente de dos o más partes en litigio.*

(21) *La coronación.*

(22) *Confieso que no he aceptado nunca completamente las cosas de Kropotkin que desarrolla también en la parte que va a seguir de esta carta. Hubo siempre actos de violencia social, pero no se generalizan y se convierten en impulso de una revolución irrevocable más que cuando es roto el hielo por algún acto colectivo valeroso, para expresarme así, cuando un sentimiento de seguridad, la conciencia de la solidaridad general con sus actos reafirma a los rebeldes. Así la revolución rusa de 1917 no se transformo en revolución social — los campesinos rusa de 1917 no expulsaron los propietarios y quemaron los castillos más que cuando fué levantado el bando del zarismo en marzo de 1917, no antes. Y los campesinos franceses de antes de 1789 no quemaron castillos en cantidad más que cuando en todas partes del país se supo que por esa vez la miseria de las finanzas, etc., puso a la realeza contra el muro y cuando todo el mundo se resolvió a pedir cuentas al sistema que estaba aun en vigor. Lo mismo en 1848, fué el 24 de febrero en Paris el que rompió el hielo; los acontecimientos de 1847 no tuvieron todavía repercusión. Es preciso siempre algo que dé el verdadero valor al pueblo; éste no lo posee sin eso o de lo contrario habría hecho desde hace mucho en todas partes la revolución. — En mayo de 1789 los Estados Generales convocados dieron desde hacia mucho tiempo un impulso tal al valor de las masas, que los castillos han ardido fácilmente. Pero no fué a causa de los castillos quemados que se convocó los Estados Generales.*

(*Continuará*)



Las artes plásticas polacas

Afirmar que existe un arte polaco no quiere significar que Polonia supo crear un arte propio, exento de toda influencia exterior. Una tradición artística, la posee desde largo tiempo, sustentada por una pléyade de artistas admirablemente dotados que se han sucedido sin interrupción. Indudablemente, para la mayoría, habituada a juzgar por las apariencias de las cosas más que por su valor intrínseco, se extrañará que un país de poca cuantía territorial y de habitantes, siempre teatro de hechos de guerra, esclavizado durante años, pudo conservar el gusto para las creaciones de arte.

Hubo un tiempo, que no se remonta sino a quince o veinte años, en el que Cracovia, que por entonces se hallaba en poder de Austria, era considerada como la *Florencia polaca*, por la intensidad de su movimiento de arte, que penetraba todas sus capas sociales. Hacía pensar en las repúblicas italianas del quinientos, por el grado de perfeccionamiento a que había llegado hasta en sus oficios manuales. A mitad camino de entre Viena y Praga, por un lado, y por el otro entre Kiew y Moscú, fué siempre el centinela avanzado de la cultura occidental hacia el Asia, y una ciudad como ella, por su posición y pletórica de tradiciones, debía dar nacimiento a una escuela moderna de arte. Uno de sus precursores fué Juan Matejko (1838-1893), uno de los nombres más grandes del siglo XIX, llamado el veneciano polaco y su obra prodigiosa sirvió para preparar el advenimiento de la escuela moderna. A su vez tiene sus continuadores, que son los decoradores de gran talento Estanislao Wyspianski y José Mehoffer, y entre ellos se halla Jan Stanislawski, el padre del paisaje polaco, quien trabajó entre Ukrania y Galitzia.

Pero estos maestros no han sido ejemplos aislados. Los antecesores de ellos dignos de mención pueden contarse en más de una docena. En el 1800-1855 Pedro Machalowski, un buen pintor romántico de escenas ecuestres; I. Kossak — 1824-1859 —, retrotrae con su diestro pincel los retazos vívidos y pintorescos de la vida oriental y cultiva la caricatura de las bestias y de los hombres; el retratista Arturo Grottger — 1837-1867 —, que dejó una excelente galería de personajes históricos y de su época; Podkowinski (1866-1895) también retratista; el acuarelista W. Gerson — 1831-1901 — de una gran sensibilidad en el color y de un sentimiento casi religioso en sus paisajes agrestes y aldeas, acurrucadas entre los peñascos de las montañas; Alejandro Gierymski — 1849-1901 — y Maximiliano Geryms — 1846-1874 — dos excelentes pintores que se acercaron mucho al arte moderno. De este modo, ni Wyspianski, ni Mehoffer, ni Eugenio Zak, que debían descollar con un arte vigoroso y dejar muchas obras de gran valía, son individualidades aisladas, que no surgen de la nada, sin un motivo, sino después de una concatenación de esfuerzos sucesivos. Para no dispersarnos, ya que nuestra finalidad no es escribir la historia de las artes plásticas en Polonia, sino destacar dos o tres personalidades de las más representativas, hemos de atenernos sólo a ellos, y si es posible hasta arribar a los artistas que figuraron en la última exposición de artes decorativas realizada en Paris, hace apenas unos cuantos meses.

* * *

Lo que debía dar un poderoso impulso a las artes plásticas polacas fué la sociedad Sztuka, que se fundó en Cracovia en 1897, siendo los miembros propiciadores veinticuatro de los mejores artistas que entonces vivían. El presidente honorario fué José Chelmonski, uno de los buenos paisajistas de aquel tiempo, quien habiendo nacido en 1850, precedió a Jan Stanislawski, el que debía sucederle victoriosamente, llegando a superarlo. En sus cuadros no existe la figura humana, y cuando la emplea es como entidad multitudinaria. Solamente en una vista del Dnieper hay una muchedumbre azulada, como si fuese la vegetación musgosa de las orillas del río. Pero cuanto más desnudas son sus pinturas, más aliento subjetivo hay en ellas. Paisajes inmensos, horizontes infinitos nos dan la sensación de lo desolado, de ese vacío hipnótico por el cual la naturaleza nos absorbe y nos anula. La estepa desesperada que se dilata hasta perderse en los lejanos confines, tuvo un poeta en él. Le bastan una floración de cardos, algunos ramajes espinosos y secos para componer su emocionado motivo, casi siempre acordado con tonalidades ensordecidas y acromáticas. Huyen del efecto como si fuese su peor enemigo. Es ocioso decir que hizo escuela, con su pertinente séquito de discípulos. No los seguiremos.

Hablemos de esta personalidad inquietante, que llenó el escenario del arte en su tiempo, y se llamó Estanislao Wyspianski. Según uno de sus biógrafos, Xavery Dunikowski, fué un verdadero poeta en la busca de símbolos tangibles, que desgraciadamente se desviaba en lo absurdo, y, quién sabe, en esa *terribilità* que solivianto a Miguel Angel. Sus ilustraciones a la *Divina Comedia* de Dante atestiguan algo de eso y aun son consideradas como las ilustraciones de un pensador.

Que fué poeta, en la acepción formal del término, lo comprueba la obra poética que dejó escrita. El dinamismo de su temperamento le hizo abarcar todos los géneros. En sus dramas, él se ocupaba personalmente de las decoraciones, de los bocetos del vestuario de los actores; ilustraba sus libros y los encuadernaba; al mismo tiempo vestía las paredes de afrescos; decoraba los vitrales de las catedrales, y hacía apuntes al pastel a los niños que le rodeaban contemplándole trabajar en la calle. En una exposición de Viena se expuso tres poltronas robustas y bárbaras que tanto impresionaron al auditorio en la representación de *Boleslao el Temerario*; decoró el Círculo Médico de Cracovia, con tapicerías en estilo eslavo y supo en las tallas de madera lograr cierto carácter bárbaro, que se avecinaba mucho a las artes orientales. Además, en su estudio cuelgan los retratos hechos por él a los actores que representaron sus dramas. Es que Wyspianski no solamente dibujaba los vestidos de los actores antes de poner en escena las obras, sino que cuando estaba contento del trabajo de ellos los remuneraba con algunos trazos sumarios, sobrios y llenos de carácter.

Y después de todo esto, los últimos años de la existencia de este artista incomparable, quien pudo darnos obras de un gran espíritu brioso y de una vivacidad única, fueron una lucha contínua, valerosa, sublime bajo ciertos aspectos contra una muerte, la más horrorosa; por encima de la descomposición orgánica de este ser, todavía en su juventud, que los retratos de los veinte años nos lo presentan tan energético, domina una voluntad de hierro y un alma de fuego, que concibe y realiza, sin descanso, con apresuramiento febril, hasta su última hora.

Excepción hecha de su labor decorativa, son pocos los cuadros suyos que pueden decirnos dónde hubiese podido arribar este artista singular; entre estos se halla esa *Maternidad*, que aquí se reproduce, y ella en algo ha de bregar por los fueros de su autor.

Parece que el obstáculo a la pronta comprensión de su obra pictórica no estriba tanto en su dibujo, y sí en su colorido. Ofrece cierto parecido con el pintor suizo Hodler, ya clásico en su país, y desconocido absolutamente en estos lares; el dibujo es ya fuerte, con grandes trazos que redondean las formas, los paños y sus



J. F. RAFAELLI. — *"El leñador y su perro"* (*Obra existente en el Museo Nacional. Véase la crónica publicada en el número del primero de febrero*).



ESTANISLAO WYSPIANSKI
"Maternidad" (Oleo)

pliegues, como sólo se les puede encontrar en las antiguas estampas chinas; expresivos en los rasgos del rostro y de las manos, tanto de hacer recordar el medioevo y los precursores suizos, incidiendo así con Hodler a través de Holbein, a quien aquel le tomó bastante de su carácter constructivo. Ahora interviene el color, que deja transparentar la práctica del escenógrafo, habituado a ejecutar rojos, verdes, amarillos y marrones completamente insólitos, con un sentido de la armonía que se halla fuera de lo que solemos ver, debido a la influencia que ejerció su asidua frecuentación de los japoneses.

El decorador que hay en Wyspianski también sorprende, tanto por la coloración un poco arbitraria, de acordes disonantes, como por la genialidad de la idea. Es evidente que en París estudió con los decoradores más modernos, Mucha, Grasset y etc. Pero al contrario, con los japoneses, se aleja de toda regularidad matemática y concibe una decoración asimétrica que le permite otorgar libre vuelo a su fantasía. En la flora de las ventanas de las catedrales hay una exhuberancia tropical. Después viene la enfermedad; el laboratorio de química, la decoración para el círculo médico de Cracovia y el poeta inventa mitos científicos y traduce en alegorías el sistema de Copérnico, recurriendo a colores que parecen entrevistos en ese infierno quirúrgico, que ya frecuenta diariamente.

En ese instante vuelve a la flora extravagante del pasado; pero sus rosas toman un nuevo aspecto y parecen transformarse en un sentido anatómico o médico; rosas gigantescas, proyectadas en cuádruples arcos, con pliegues de vísceras y con la belleza conmovedora que puede conferirles una imaginación acostumbrada a profanar las peores miserias físicas.

Conviene hacer notar que cuando se intenta conferir la primacía de la *mitología científica en el arte pictórico*, salvo Francia con las admirables decoraciones de Besnard, es necesario recordar en seguida a Wyspianski, mucho antes que el decorador húngaro Klimt, cuya *Medicina* contiene muchos aspectos y hasta ideas tomadas en calidad de préstamo al maestro polaco.

Su fantasía tiene algo de grandioso y temerario, que entonces desencadenó espanto y cólera. Es sólo después de haber desaparecido el artista, que los renitentes y los incomprensivos comienzan a comprender y sentir.

Hay una feliz media vuelta, que intenta reivindicar estudiando su obra dispersa, y emplear los cartones de los vitrales que hizo para la catedral de Wawel, y que el público obligó a relegarlos al museo de Cracovia.

Tuvo la bellísima audacia de obscurecer los vitrales de la Capilla, con la aparición de dos momias, presentadas con el féretro abierto. "Visiones trágicas — decía un crítico — reflejando en las cuencas de sus ojeras vacías un presente inglorioso, idea atrevida, pero bien apropiada al lugar, como la ejecución grande y simple que atenuaba en lo que literariamente podía tener de demasiado macabro y monótono."

Retornemos otra vez a sus obras menos grandiosas, más gentiles e íntimas, de todos modos definitivas de este gran poeta y pintor, a quien sólo le quedó el tiempo justo para indicar lo que hubiese podido dar a luz.

Además de la *Maternidad* posee un cuadro que es la más curiosa creación de la pintura polaca, desde la *Dieta de Grodno*, de Jan Matejko, al *Jardín de la libélula*, de José Mehoffer. Es una mujer de belleza marchita, la nodriza típica, la madre en el sentido animal de la palabra: le da el seno a un niño raquítico y deforme; dos niñitas de siluetas graciosas del tipo eslavo, miran a su misérrimo hermanito, y parecen el símbolo de la ingenuidad, del primaveral candor, ante la desilusión brutal. Tras este grupo, algunos geranios en flor de coloración cálida.

Es algo así como el contraste entre la vida animal y la vida sentimental; entre la ignorancia legendaria y lírica y la realidad frustrada y fea; son dos períodos netamente opuestos en la vida de la mujer, y quizás de la humanidad.

Puestos en el camino, no se terminaría nunca de hablar de este artista, desventurado y glorioso. Citemos *Los Angeles Custodios*, armonías de grises azules y oros; *La Santa Salomé*, austera y rígida, de entre cuyas manos se escapa la corona real; una *Castidad* inquietante, de carnes cloróticas; las ilustraciones para *La Ilíada*, que hacen pensar en un Klimt eslavo y más genial, más simpático y menos meticuloso.

Jozef, o sea José Mehoffer, tiene innato el sentido de la decoración, como era comprendida en aquellos tiempos. Es por eso que está exento de esta nitidez gráfica que en otros parece una condición necesaria al arte monumental, ni de estos continuos cambios de estilo, que se los toma prestados a los antiguos en la escuela. Su gran virtud es la de evitar a toda costa las repeticiones, que en vez de aclarar como un leit-motiv armónico, confunden y embarullan el motivo. Por eso nunca dos formas que se parezcan, ni dos líneas que se repitan, mas sí se corresponden y se *contradicen*, como una lumbre inesperada, resultado precipitado de un continuo contraste de formas y colores. Es una contrapuesta mezcla de colores, de elementos contradictorios que se resuelven en explosiones furiosas de alegría, de hallazgos felices, subyugados por un firme y robusto talento. Son incontables las decoraciones que ejecutó; entre ellas está "Los elementos subyugados", para la Cámara de Comercio de Cracovia, inserta en estas páginas.

En la reproducción de sus cuadros *Primavera de ensueño*, es una fantasía shakespiriana, de la "Aventura de una noche de verano". Algunos niños y una niña de la campiña polaca se han disfrazado para imitar una ceremonia pontifical, usuales en Polonia en las fiestas de Navidad. Es un rapto de ilusión celestial sorprendido en los rostros infantiles, con un acento más grave en la niña coronada. De sus ricas armonías se desprende un gran encanto de frescura. Es una de las telas bien logradas de ese período de la pintura polaca. En "Los elementos subyugados" el atildamiento decorativo de la *Princesa de Ensueño* pasa de ese cuadro de caballete a la franca y plena decoración de los mitos, que le servirán de trampolín para sus vibrantes armonías. Es un joven gigante desnudo, que en un impulso irrefrenable y sonriente al mismo tiempo, subyuga con los pies y las manos cuatro mujeres: la Tierra, que pisotea, el Agua que una cascada de cabellos se hunde en el brazo, y el Fuego y el Aire, que aferra con la otra mano, por las alas y los vestidos fulgurantes. Parecen los cuatro tiempos de una armonía, sonando al unísono, o las cuatro alas de un molino a viento, movidas por un solo eje.

También fué un retratista insigne y tuvo la fortuna de poder retratar con su pincel las más bellas mujeres de Polonia, y algunos de sus hombres más eminentes. José Mehoffer sabe verlo todo a través de un ángulo decorativo y hasta de un monstruo podría hacer algo noble y grande, — por otra parte, virtud creadora inherente a todos los grandes artistas.

Al fin llegamos a uno de los más jóvenes de esta época, Eugenio Zak, que hace resentir en la pintura polaca las influencias más modernas en boga en París, ya que estuvo residiendo durante largo tiempo en esa capital, y pintó algunos años en Bretaña. Gauguin, Cézanne y los que después se apartaron de la escuela impresionista en un afán de una forma sólida y construída, tienen algo que ver con este rústico violinista, una buena muestra del talento, de este pintor. Tanto es así, que un crítico de entonces, al exponer en la Bienal de Venecia, este mismo *Violinista*, que se reproduce en estas páginas, decía lo siguiente: "Eugenio Zak combina la influencia de la modernísima pintura francesa con un querido estilo medioeval, dos órdenes de ideas justamente fuera de lugar, cuando se trata de retratos bretones, — y no se sabe bien si llamarle ultra-modernista o arcaico."

Y este artista, que se le encasillaba de esta manera, concluyó por enrolarse en lo más avanzado de la pintura francesa actual. Hace poco exponía unas acuarelas en un salón de París, conjuntamente con otro grupo de pintores. La crítica tuvo elogios que le ponían en el lugar que le corresponde.



EUGENIO ZAK. — *"Violinista"* (Tempera)

Congresos científicos

Parte de la ciencia, en estos últimos años ha sido la enemiga mas terrible que tuvo la humanidad en su parte más débil, que es el proletariado mundial. Referirnos solamente a la ciencia oficial, nos parece ocioso, son contados los sabios de hoy que conservan su independencia espiritual. Por un motivo o por otro, los Nicolai, lo que fué en otros tiempos Reclus, Kropotkin y otros, no abundan precisamente en la actualidad. Necesitados de dedicarse a largas investigaciones, los hombres de ciencia aceptan las ayudas de donde vengan. Y como el Estado sigue reteniendo todos los monopolios, los mantiene a ellos para que sirvan sus exclusivos fines. Es así como la moralidad de la ciencia es la de no tener ninguna. Entendámonos sobre la calidad de esta moral. Hoy, que químicos, biólogos, geólogos, etc. son prietamente reaccionarios, y además católicos militantes, no sabemos cómo se las arreglan para poner de acuerdo las hipótesis científicas con el misterio bíblico de la génesis del hombre, hecho con la arcilla que modeló el hosco Gehová, para que luego pudiera proporcionarle una costilla, a fin de darle una compañera. Un buen católico debe trasegar en silencio semejante patraña, y un hombre que estudió química, biología, etc. deberá sonreirse ante ocurrencia tan infantil. Pero posiblemente esos señores magnates de las academias de ciencias no son ni lo uno ni lo otro. Ni sinceros creyentes ni han profundizado la ciencia que intentan profesar.

"Les Nouvelles Litteraires" (Noticias Literarias) traía un reportaje de Pierre Termier, una grande autoridad (?) en Geología, adscripto a la sección minas, porque al mismo tiempo que la naciente ciencia geológica ensaya rastrear el "vasto poema de la evolución de la tierra", según palabras de ese sabio francés, se ocupa también en menesteres prácticos, descubriendo terrenos donde posiblemente haya yacimientos petrolíferos. De modo que en un altar ofician con la ciencia pura, y en otro con las grandes compañías financieras en armonía con el Estado, para lograr el predominio de los pozos de petroleo. Esta es la más emocionante carrera sembrada de toda suerte de obstáculos, que se ha de dirimir en este siglo, entre las potencias tiburones. Este hombre de ciencia, quien reside en París y pronuncia conferencias ante un público elegante, congregado en el Instituto de Oceanografía, tiene su inopinado ataque de euforia tropical y podría competir en los juegos florales con cualquiera de los mejores poetastros de aquí. Conmemorando el aniversario de la muerte de Eduardo Suess, un ilustre geólogo desaparecido en 1914 en Viena, lo corona con la siguiente letanía fúnebre: "poseía la inteligencia humana, que en su soberbio empuje sobrepasa todas las cimas, planeando más arriba de la creación; sobre la tierra informe y desnuda, sobre las tinieblas que velaban la faz del abismo; por encima de las aguas que *llevan el espíritu del Señor* (?); sobre las noches y los días que nadie contara jamás, donde durante siglos se reposa; sobre los seres que vivieron un momento y se convirtieron en polvo; sobre los tiempos de los cuales nada sabrá el comienzo y el fin".

Sin dejar de ser fieles al traducir las palabras del autor, hemos procurado de conservar el *espíritu* que las anima. ¿No es éste, acaso, el más señalado representante de esa ciencia oficial vacua, pedantesca, siempre al servicio de los negocios turbios? ¿No es también el arquetipo de los pseudo sabios de salón, que mezclan al *Señor* con la ciencia tectónica, o sea la arquitectura de la Tierra en sus conferencias *pour dames!* Ciencia falsaria, del más vasto parasitismo, pronta siempre a defender a los poderosos en contra de todos los conceptos de humanidad.

En un congreso celebrado en Grenoble (Francia), por iniciativa de *L'Association française pour l'Avancement des Ciences* — Sociedad francesa para el adelanto de las ciencias — en uno de los discursos inaugurales se pronunciaron estas palabras:

"Hoy, más que nunca, se puede esperar que, gracias al progreso científico, el esfuerzo humano podrá ser disminuído, reduciéndosele a un límite razonable, de modo que el trabajo físico no dañe el desarrollo intelectual y moral. Un gran filósofo de la antigüedad (1), cuyo genio no le impedía sufrir el influjo de los prejuicios de su época, no vaciló en considerar la esclavitud como una institución indispensable al sostenimiento y al progreso de la civilización. Afirmaba, sin el menor asomo de ironía, que cuando la lanzadera del telar funcionase sola, la esclavitud se hubiera podido suprimir. Y bien, hoy que la lanzadera marcha sola, merced al magnífico desenvolvimiento industrial, el cual quedará como una de las más fuertes características del siglo XIX, no obstante ello, la esclavitud no ha sido abolida por completo (2), puesto que en muchos países y naciones existen aún hombres, mujeres y niños sometidos a condiciones de trabajo duras e inhumanas. Es por el progreso incesante de las industrias que, substituyendo más y más el trabajo humano, en la sociedad del mañana permitirá a todos los hombres de colaborar, cada uno por su parte, a una obra de civilización, sin hallarse forzados a descuidar su desenvolvimiento personal. Semejantes esperanzas, ¿no son las más apropiadas para desechar todo escepticismo respecto al porvenir de la humana civilización y aptas a convencernos que, si los hombres cesan en su locura de consagrar sus mejores energías a las empresas de destrucción y muerte, será posible edificar rápidamente una sociedad donde no existirá un solo esclavo y todos los seres podrán tener su completo y libre desarrollo?"

El conferencista, mientras tanto, señala el grave peligro que podría nacer con el perfeccionamiento y la rapidez de ese prodigioso desarrollo industrial.

"¿No es de temer que las energías y los esfuerzos intelectuales, dirigidas hacia las ciencias aplicadas, traigan el desdén por la ciencia pura?

No hay que olvidar tampoco los modestos orígenes de ese espléndido impulso de la industria, del cual el siglo XIX se enorgullece a justo título. Para no citar sino la industria eléctrica, cuya importancia puede evaluarse por cientos de millones, ya se trate de las cifras de los trabajos encargados y los salarios, o mejor todavía por la economía realizada por el empleo de las fuerzas naturales, esa industria no hubiese existido, a principios del siglo XIX, sin hombres como Ampére en Francia, y Faraday en Inglaterra, quienes en sus modestos laboratorios descubrieron las leyes que rigen la acción recíproca de las corrientes eléctricas. La explotación, tan importante, de las corrientes alternadas, tampoco existiría si los instrumentos matemáticos necesarios a sus estudio no hubiesen sido imaginados por los matemáticos del siglo XVIII y sistematizados por Couchy en su magnífica teoría de las funciones analíticas de un variable imaginario."

Si hemos extractado las principales partes de esta disertación publicada en una revista francesa, es por lo que sintoniza con las inquietudes que están invadiendo actualmente el campo burgués. En todos los argumentos aducidos por este intelectual hay un desconcierto evidente y una ignorancia absoluta del momento histórico que se está viviendo. Se compadece de los *hombres, las mujeres y los niños* sometidos a *duras e inhumanas condiciones de trabajo*, y finca su única esperanza en la desaparición de la locura guerrera, con su pesada carga de armamentos. Es ya mucho, conseguir la abolición de las guerras, y consecuentemente la supresión de todas las industrias que le son afines. Pero esto, de hecho supone el derrumbe fragoroso de todos los Estados burgueses, y con ellos perecerán su ciencia y sus sabios. De allí, de esas ruinas, podrá salir algo que no será la ciencia de hoy, porque la humanidad, poniendo la proa hacia diversos y opuestos rumbos, quizá ya no la necesitará, o por lo menos lo que quede de ese común patrimonio científico, será aplicado con otras miras de una idealidad más elevada. La ciencia, en su objetividad, debe ser *amoral* en el sentido que no debe participar de ninguna doctrina que la entrave y maniate; pero los hombres que la practican, que la manipulan, ellos sí, deben poseer las más alta moralidad personal, ya que son los depositarios de los destinos de la especie. Hoy existen monstruos que fabrican gases asfixiantes y materias químicas con la expresa finalidad de incendiar comarcas enteras o envenenarlas, y ponen todo su esfuerzo, su energía anímica, para que sus resultados, sus efectos sean más espantosamente devastadores y maten, desarticulen una mayor cantidad de personas; y a esos monstruos se les llama todavía sabios. ¡Sabiduría infernal por su cancerosa egolatría, que necesita un cauterio candente de una revolución libertadora!

Si los faraones usaron miles y miles de esclavos para construir las vastas catacumbas de las pirámides, el crecimiento industrial se tomó para sí millones y millones de parias, de ilotas — mujeres, niños, hombres — consubstanciando con las máquinas para elevar esas pirámides de una producción barata, ordinaria, fea, a veces nociva, que se hundía diariamente para surgir a la siguiente mañana en un continuo trabajo de Sísifo. Por eso se caracterizarán los siglos XIX y XX, por haber encadenado con su arrasador industrialismo a las tres cuartas partes de la humanidad al carro de los apetitos y de las ganancias inmoderadas. Dice Heinrich Mann, el dramaturgo alemán: *nunca llegó tan bajo esa morbosa furia de poseer, como en este período postbélico. Las jóvenes generaciones, así como las más maduras, están poseídas por esta locura: poseer, a toda costa y de cualquier modo.* —At.

---

(1) *Aristóteles — filósofo griego creador de la escolástica, en que se basaron los padres de la Iglesia para negar las teorías científicas de Galileo y etc.*

(2) *Es un eufemismo burgués que, no queriendo conceder el todo, otorga algo.*

ELISEO RECLUS

III

Eliseo Reclús habitó casi constantemente en Bélgica, desde 1894 hasta su muerte.

En 1892 la Universidad "libre" de Bruselas lo había nombrado doctor agregado y le había invitado a ir a dar un curso de geografía comparada. Pero cuando más tarde fué cuestión de fijar la fecha de la apertura del curso, el consejo de administración de la Universidad, en su sesión del 30 de diciembre de 1893, decidió postergarla para una fecha indefinida. Era un momento de conflictos agudos provocados por los atentados de propagandistas por el hecho. Los gobiernos burgueses, sobrecogidos de pánico como en todas las crisis, se entregaron al placer de las represalias feroces. En Francia toda la familia Reclús era perseguida porque algunos de sus miembros profesaban ideas anarquistas; en el correo se abrían todas sus cartas (lo que los empleados continuaron haciendo cinco años más tarde, por hábito (auténtico); Pablo, el sobrino de Eliseo, fué condenado bajo la inculpación de haber participado en atentados de que no había tenido jamás conocimiento, y como había tenido la prudencia de huir, se arrestó a su padre, Elías (1 de enero de 1894), a quien se debió poner en libertad en seguida, pues el escándalo sobrepasaba los límites.

Los buenos liberales belgas — siguiendo las tradiciones del país, que consisten en imitar siempre a Francia en lo que tiene de malo — no quisieron ceder en imbecilidad y en cobardía a sus hermanos del sur, y la Universidad llamada libre rehusó recibir a Reclus. Ese acto abyecto e idiota por el cual la Universidad llamada libre, que no abundaba precisamente en hombres de valor, se privaba del concurso de uno de los más grandes sabios de Europa, le valió el desprecio de todos los hombres inteligentes y ocasionó una sublevación de la juventud universitaria que, si hubiese sido dirigida más revolucionariamente, habría derribado los dignos sostenes del "libre examen". Pero los jóvenes belgas no están condicionados para tales luchas, y los profesores casi unánimemente se mantuvieron de parte de los amigos del orden. Los estudiantes, después de haber decidido que el curso de Reclús sería organizado bajo sus auspicios, tuvieron la debilidad de declarar que no habían querido ofender al consejo de administración: se dejaron envolver por los artificios jesuíticos de gentes habituadas a la política; en lugar de permanecer en un bloque compacto se dejaron dividir; hubo defecciones en sus filas y así se logró excluir a 18, para hacer un escarmiento, y los demás fueron suavizados. Pero todo lo que había de un poco libre y un poco honesto en el país se manifestó con los expulsados; los jóvenes que no eran por completo secos y estériles sintieron despertar su conciencia y el curso de Reclús tuvo lugar en el local de una de las logias masónicas, en presencia de una multitud enorme.

Entonces se vió a ese hombre a quien se había rechazado como defensor de teorías inmorales y sacrílegas. Su mirada expresaba todas las más altas virtudes que se celebran en el hombre: la bondad, la generosidad, la rectitud, la fe en el ideal sublime. Sobre el rostro aun lleno de fuerza de ese viejo, en sus ojos claros en que la evocación de toda cosa noble y bella, hacía pasar centellas, se leía su vida pura, gastada entera en pro de la verdad, su vasta vida de sabio y de pensador en que no había puesto ni para la pasión mezquina ni para un interés estrecho.

Hablaba bien, pero sin artificio; hablaba como un sincero que arrastra el público y llega a los más bellos efectos oratorios por el solo calor de su corazon, por la sola fuerza de sus convicciones. Amaba íntimamente la humanidad, la amaba profundamente, y ese amor se sentía en todas sus palabras y hacía vibrar simpáticamente toda alma receptiva.

Todo lo que moralmente valía algo en Bruselas, aclamó a Reclús. Y en un ímpetu de entusiasmo, se fundó una Universidad nueva y un Instituto de altos estudios, empresa temeraria en un país como Bélgica, en que el interés por las especulaciones más elevadas del espíritu es tan débil. Pero en ese momento se estaba dominado por el entusiasmo: se acababa de producir una rebelión y Reclús estaba allí y comunicaba a todos su ardor, su fe en el triunfo de las ideas justas y generosas. Se aprendió por él a conocer la anarquía, a considerarla con atención, a respetarla como un ideal sublime, a amarla; y aquellos que no abrazaron la idea nueva fueron obligados a menudo a admirarla.

En la juventud hubo una multitud de conversiones: fué un momento admirable; camaradas que se habían perdido de vista algún tiempo, se volvían a encontrar, y después de cambiar las primeras palabras, sentían que existía entre ellos un lazo nuevo, que una creencia común les unía. Y se tenía el celo de los neófitos, se quería luchar, se hablaba de hacer propaganda activa, hasta de ir a la cárcel por defender su fe. Vivieron horas radiosas, pues los jóvenes que fraternizaron entonces sentían desvanecerse las dudas que oscurecían sus almas y despertar todo su ser a una vida nueva.

Muchos años han pasado desde entonces y quedan pocos combatientes de la primera hora: la mayoría han "evolucionado" gradualmente hacia opiniones mejor vistas y más provechosas; otros han quedado "simpatizantes", pero se callan y no hacen nada; esos son los anarquistas platónicos; los pocos que quedan firmes, han experimentado la tristeza de ver alejarse de ellos a quienes habían creído los más resueltos y los más constantes. Pero no importa, Gustan de recordase de esos tiempos de efervescencia en que todos parecían partir de un mismo impulso hacia la conquista del ideal revelado, en que el pequeño ejército de jóvenes de ambos sexos estaba lleno de esperanzas y alegre por los triunfos del porvenir; ven a los antiguos camaradas tales como eran entonces y prefieren ignorar sus figuras de hoy, suponer que no existen ya; se dejan tantos muertos en el camino!

Reclus amaba la juventud por las promesas de porvenir que lleva en sí; como todos los que están más allá de su época, confiaba en la generación creciente. También animaba a los hombres que habían sido impulsados a tomar parte en el movimiento anarquista; si uno de ellos manifestaba ante él la intención de obrar libremente, de entrar en lucha con la sociedad, de difundir con la palabra o el escrito las ideas libertarías, inmediatamente le decía: ¡Hazlo! ¡ponte al trabajo! ¡obra! En su vida, el pensamiento no había sido separado de la acción; hacía sin tergiversar lo que le parecía bueno y útil; no pesaba indefinidamente el pro y el contra antes de tomar una resolución; no se preocupaba de su comodidad y no tenía en cuenta los obstáculos materiales. Y con la confianza fundamental que tenía en los hombres, había sido llevado a creerlos capaces de realizar como él, en la vida, las ideas que manifestaban. Pero la mayoría de los jóvenes acudían a la anarquía por razones de sentimiento; por generosidad juvenil, por descontento del estado social actual, por admiración hacia un hombre como Reclus, por seducción. Muy poco numerosos eran los anarquistas por temperamento, los que tenían en la sangre esa necesidad de libertad y que trataban de documentar sus ideas por un estudio profundo de los fenómenos sociales. A los otros hubiese sido necesario reinfundir constantemente el espíritu anarquista. Reclus les había dado estímulos y consejos, pero no podía sino dejarlos volar con sus propias alas; el anarquismo no es una doctrina que se enseña; no es una religión que responde a todo. Es un conjunto de ideas que se modifican y se perfeccionan continuamente; un sentimiento nuevo de la vida, algo que crece con nosotros y aprovecha de nuestra experiencia, es una creación en la que debemos participar sin cesar.

La concepción amplia y elevada que tenía Reclus de la anarquía nos lo muestra el pasaje siguiente de una carta de 1895: "Respecto a los libros, le diré que no importa estudiarlos para encontrar en ellos argumentos en la discusión. Lo que importa es aprender a fondo, fortificar las convicciones por fuertes estudios, crearse un ideal bien completo que abarque el conjunto de la vida, y vivir conforme a ese ideal en toda la medida de sus fuerzas adaptadas a las posibilidades del ambiente. Estudie, aprenda y no hable nunca de cosas serias más que con gentes de una perfecta sinceridad. Es preciso tener bastante altivez para no prodigar en conversaciones ligeras el tesoro de las convicciones. Por lo demás, si Vd. observa a los que discuten, sin tomar parte en el debate, notará fácilmente que la sinceridad perfecta es rara en ese género de torneos y que habitualmente los interlocutores tratan de llevar a su adversario a una cuestión secundaria, a una pequeña dificultad de detalle. Pueden procurarse así un triunfo aparente, que no significa nada, pero cuyo resultado es absolutamente contrario a la verdad. Hará Vd. bien en desconfiar de esas justas oratorias. Lo que es preciso es asegurar las convicciones y vivir de acuerdo a la propia fe: de esa manera hará la mejor de todas las propagandas.

Los jóvenes se imaginan de buena gana que las cosas pueden cambiar rápidamente, por bruscas revoluciones. No, las transformaciones se hacen con lentitud, y por consiguiente es preciso trabajar con tanta más conciencia, paciencia y abnegación. En el apresuramiento de una revolución inmediata se expone uno por reacción a desesperar cuando se constata el imperio de los prejuicios absurdos y la acción de las malas pasiones. Pero el anarquista consciente no se desespera, ve el desenvolvimiento de las leyes de la historia y los cambios graduales de la sociedad. Y si no puede obrar sobre el conjunto del mundo más que de una manera infinitesimal, al menos puede obrar sobre sí mismo, trabajar en librarse personalmente de todas las ideas preconcebidas o impuestas y agrupar poco a poco a su alrededor amigos que vivan y obren de la misma manera. Es de prójimo en prójimo, por pequeñas sociedades amantes e inteligentes, como se constituirá la gran sociedad fraternal." Eran admirables consejos, pero no a todos les estaba dado el seguirlos, y en un cuadro tan bello era preciso tener algo que poner.

Lo que llamaba la atención en Reclus la primera vez que se le veía, era su actitud muy sencilla, pero impregnada de una elevada dignidad y de mucha reserva, actitud que era la expresión de una vida irreprochable, de un gran imperio sobre sí mismo y de la voluntad de obrar sobre

otro; por lo demás, era de una extrema cortesía, que no era en él una simple forma de educación, sino el resultado de la deferencia que sentía ante el hombre en general, de su respeto hacia la personalidad humana. No quería hacer sentir su superioridad; trataba a todo el mundo de igual a igual; tenía la modestia de obrar como si su tiempo no hubiese sido precioso; se podía ir a verlo a cualquier hora y se interrumpía en medio de su trabajo para conversar con gentes cuya conversación a menudo debía carecer de todo interés para él. Todo eso era conforme a sus ideas, pero en la práctica esa conducta tenía más de un inconveniente: muchos jóvenes se comportaron con él de una manera desconsideradamente inverosímil y bajo pretexto de que era anarquista como ellos y un "camarada" como todos los demás, lo trataron sin ninguna consideración y dieron pruebas de una vulgaridad y de una falta de delicadeza que le entristecían. En sus últimos años no sentía gran simpatía hacia esos anarquistas cuya anarquía entera consiste en la desvergüenza del espíritu, en la grosería de las maneras y en un igualitarismo idiota de que se hace eco muy bien su pequeña vanidad que les impide reconocer toda superioridad en otro.

Era preciso penetrar en su intimidad para sentir lo que había de profundamente humano en él, y apreciar sus cualidades de sentimiento: su bondad, su confianza ingenua, su entusiasmo, su amor a la naturaleza, su alegría al aprender, todo lo cual le hizo hasta el fin amar la vida e interesarse en los acontecimientos que agitaban el mundo como en las emociones que hacían latir el corazón de los amigos. Aunque su salud hubiese estado fuertemente comprometida en esos últimos años y tuviese crisis cardíacas que le hacían sufrir terriblemente, aunque estuviese cargado de trabajo, — redacción de artículos y de libros, curso en la Universidad nueva, dirección del instituto geográfico que había fundado — no perdía el ánimo y no solamente había conservado confianza en la vida, sino que gozaba de ella plenamente. Como lo dijo en una carta escrita a principio de 1904, cuando se imaginaba con su eterno optimismo, que su hermano Elías había triunfado de la enfermedad que debía abatirlo: "Cada día es una lucha, pero qué importa, si esa lucha se termina por una victoria, si cada día el organismo consigue adaptarse al medio, y hasta sacar provecho de él. La vida es buena, puesto que se aprende, puesto que se renueva, y sobre todo puesto que se ama. Soy feliz al detener de tanto en tanto mi pensamiento sobre aquellos a quienes amo. Es inútil que piense de una manera consciente en ellos; están allí, me ilustran y me regocijan, iluminan mi ser como un faro que esclarece todo el horizonte. No existe nueva política, hecho nuevo en geografía, en historia, en ciencia general que no adquiera un interés más alto para mí porque están allí los amigos y porque mi alegría será su alegría. El afecto es un eterno reparto."

Los últimos acontecimientos que agitaron a Rusia lo conmovieron profundamente. Sintió un entusiasmo enorme ante la idea de ese "grandioso drama de Rusia que avanza de rodillas hacia su emperador, que después se pone en pié, hace saltar sus consejeros y se prepara a hacerlo saltar a él también, esa alianza de todas las clases y de todos los pueblos del imperio en un mismo ímpetu, esa sencillez maravillosa en el abandono individual de la existencia, esa solidaridad en la abnegación, y después, allá abajo, como fondo, en las nieves y las brumas de la Mandchuria, esos dos ejércitos que se matan mutuamente y que no desean sino reconciliarse."

¡Qué calor en esas líneas, qué juventud! ¿Quién diría al leerlas que es un viejo, un hombre amenazado por la muerte el que las escribió?

En otra parte es su amor a la naturaleza el que se manifiesta; al regresar de su viaje al Jura, que hizo aún durante el verano de 1903, escribe: "A pesar de las lluvias frecuentes y de las tempestades, he podido marchar gallardamente y hacerme buena sangre de otro modo que por la risa, por la buena comunión con el cielo, las nubes, los espinos y el cesped." Y un año más tarde: "Aprecio siempre poderosa e íntimamente el buen calor del sol, el rumor del follaje, el soplo del viento, la noble sonoridad de un verso hermoso y sobre todo la acariciante penetración de una palabra amiga". Amor a la naturaleza, amor a la vida, amor al hombre, todo eso era para él una sola y misma cosa, y era por el amor al hombre por lo que se manifestaba más a menudo, amor no teórico, sino activo, real, sensible para todos. "El desprecio de los hombres no lo he tenido jamás, aun cuando el exceso de joven virilidad me había llenado de despreocupación. La embriaguez causada por las mil lecturas e impresiones entremezcladas me ha hecho a menudo desbarrar, hasta ha podido desmoralizarme en apariencia, pero en apariencia sólo; las oscilaciones diversas me vuelven siempre al centro de gravedad que es "el violento amor a los hombres". En cuanto a las primeras páginas de mi *Histoire d'une montagne*, me pregunto si en el fondo del fondo no ha sido una falta, una ausencia de sinceridad. En tanto que me recuerdo, estaba entonces en la cárcel, y además sentía alrededor mío el muro espeso del odio, de la aversión del mundo entero contra la Comuna y los comunalistas. Quizás me he hecho inflexible y ese movimiento ha combatido mi verdadera naturaleza."

Así, al fin de su vida, se reprochaba casi uno de sus movimientos de amargura, — movimiento bien justificado, sin embargo, por las circunstancias — que tuvo contra los hombres. Los hombres habían debido abrumarlo con sufrimientos, para que llegase a eso, y les bastaba darle muy poco para que les estuviese reconocido: "Pido al que hace libros, que me dé una página, sino una línea, sino una palabra útil, y si me da esa palabra soy yo el que le debo gratitud, a pesar de los pantanos en que estuve a punto de caer." No pedía más que aprender, conocer el mundo y conocerse a sí mismo: era sincero ante él como ante los demás y hasta el fin fué perseguido por el deseo de perfeccionarse: "He tenido, tengo aún mis defectos y mis debilidades, pero tengo también mis amistades sinceras, mis altos deseos, mi ideal interior; trabajo siempre en la escultura de mi efigie del héroe que sueño y que es mi mejor yo". Admirable palabra de parte de un hombre que era tan superior ya a la inmensa mayoría de los hombres, palabra que resume mejor que nada las aspiraciones de todos los verdaderos anarquistas hacia un ideal de perfección moral del cual la sociedad que sueñan sería la realización viviente.

Reclus, ese bueno, ese sincero, ese honesto, que se nos aparece como un representante de esa humanidad mejor que soñamos, habría debido, parece, inspirar respeto a todos. Y sin embargo — lo digo para deshonra de la humanidad presente, — se encontraron en todo momento seres bastante bajos para abusar de su confianza, para engañarlo, para explotarle haciéndole relatos fantásticos, de los cuales su espíritu, a quien la mentira y la simulación eran extrañas, no desconfiaba. No se irritaba si descubría el fraude; experimentaba a lo sumo un poco de tristeza, se prometía precaverse un poco más, y en la primera ocasión se dejaba caer de nuevo por temor a no ayudar a alguien que hubiese necesitado realmente ayuda.

—

Los diez últimos años de su vida no fueron menos laboriosos que el resto. En la Universidad nueva daba sus lecciones dirigía los trabajos de sus alumnos, y más tarde, cuando se fundó el Instituto geográfico, se convirtió en el alma de él. A pesar de su salud tambaleante a menudo, iba a dar conferencias de una parte a otra, a Amberes, a Charleroi, a Londres, a Edimburgo. Escribía estudios en una multitud de revistas, tanto sobre cuestiones de geografía como sobre cuestiones sociales. En 1895, concibió el proyecto de un globo terrestre al cien-milésimo: ese globo estuvo a punto de convertirse en la clave de la exposición de París de 1900 y la empresa no fracasó más que por la mala voluntad de los capitalistas que no vieron en el asunto una fuente de beneficios suficientes. Al mismo tiempo no cesó de trabajar en la gran obra que debía formar la conclusión de los trabajos de su vida, la coronación de toda su obra. A fines de 1903 la obra estaba terminada; pero su eterno deseo de perfeccionar lo que hacía, le impidió estar satisfecho. En los primeros días de 1904, escribe: "He acabado mi libro, pero puesto que está acabado es preciso volverlo a comenzar, es decir, corregirlo, completarlo, prever la crítica de los amigos y conformarse con su opinión. Es el trabajo que hago en este momento, sin esperar tener en todo ese fárrago de 4.500 páginas un solo párrafo de un estilo tan firme, tan claro, tan puramente objetivo como ese de que me envió un extracto (se trataba de un pasaje de Maquiavelo), pero quizás sentirá allí, cuando me lea, un poco más de ternura humana, y eso no es de desdeñar."

Luego comenzaron para Reclus los hastíos que la publicación de un libro considerable ocasiona a menudo. Parecería que los editores hubiesen debido disputarse el favor de publicar la obra de un hombre tan universalmente conocido. No fué así. Hachette, que había ganado sumas considerables con la publicación de la Geografía Universal, no quiso imprimir El Hombre y la Tierra, que es su conclusión, bajo el pretexto de que esa conclusión era anarquista. Reclus tuvo un editor en Londres antes de tener uno en París. Y no es sino el 15 de abril de 1905 cuando empezó a aparecer la edición francesa. Pero la puesta en marcha de la publicación era más bien una fuente de hastío que de placer para Reclus. El carácter puramente industrial y comercial que reviste hoy un trabajo semejante, le chocaba. El mes de marzo del mismo año, escribió: "En cuanto a mi libro, no me causa ningún placer, para que me interesara sería preciso que me sintiese vivir con el regente de la imprenta, con el compositor, con los correctores, que cada día tuviese su pequeño conflicto, su pequeña discusión, pero el trabajo se hace industrialmente, por decirlo así, yo no significo nada."

—

Sería preciso hablar largamente de un hombre semejante, y evocar a menudo su memoria. Felizmente, ahí están sus libros, que hablarán de él mejor que yo: se vuelve a encontrarlo en ellos, sino totalmente, como era en la intimidad, con sus laisez-faire y la fineza de sus sentimientos, al menos en los rasgos esenciales de su carácter. Porque no era de esos sabios (de que la Alemania moderna nos ofrece tipos acabados) que no tienen otro ideal que la objetividad, y no son apenas sino máquinas para estudiar hechos y distribuirlos en los casilleros según métodos invariables. De todas las páginas escritas por Reclus desborda su simpatía humana y en todas partes su pensamiento madre se hace sentir, su ideal se hace transparente en todas partes. No ha consagrado más que un número muy restringido de escritos a la exposición directa de las ideas anarquistas. También es menos conocido por la mayoría de los anarquistas que los autores que han publicado sobre todo libros de propaganda. Y no es justo: porque el anarquismo es en verdad menos un conjunto de ideas sociales que una actitud general del espíritu, una manera especial de encarar todos los fenómenos humanos, una concepción de la vida que reacciona sobre nuestra voluntad lo mismo que sobre nuestras representaciones. Y considerado así, debe necesariamente ser aplicado al estudio de todas las ramas del saber.

La influencia de Eliseo Reclus continuará ejerciéndose largo tiempo aún por una doble vía: por su obra que hará reflexionar a los espíritus serios y convencerá de la verdad de las ideas anarquistas a los que sean sinceros y estén exentos de prejuicios; por el ejemplo de su vida, que mostrará a qué grado de evolución moral, desconocida de todos los defensores de la religión y del "orden", puede llegar un hombre que no reconocía ni dioses ni leyes ni amos. Para nosotros, que hemos, desde hace mucho tiempo, adoptado esas ideas — cuyo origen remonta por lo demás al Renacimiento — es su vida sobre todo en la que debemos inspirarnos: como él debemos esforzarnos por no separar la teoría de la práctica, ser nosotros mismos el testimonio vivo de nuestras ideas, trabajar sin cesar en perfeccionarnos interiormente. Es así como honraremos más dignamente su memoria. Eliseo Reclus vive entre nosotros y en nosotros, su pensamiento continúa obrando y es una de las mil fuerzas que actúan en la transformación del viejo mundo.

JACQUES MESNIL

1905.

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(Continuación)

ESCENA V.

(Dichos y Justa)

(Justa aparece por el portalón. Es bella y va elegantemente vestida. Sube al vestíbulo, alarga la mano a Saturnino que, inclinándose, la besa).

Eulalia (*A Justa*). —Siéntate, hija; y escucha; te tenemos una noticia verdaderamente... algo...

(Se sientan Justa y Saturnino)

Saturnino. (*Impetuoso*) —Monstruosa, repugnante!

Justa. —Oh, Saturnino, me asusta.

Eulalia. —Es que la indignación lo ahoga, no puede sofrenarla.

Justa. —Hablen ustedes, no puedo más de curiosidad.

Eulalia. —Bien. Se trata... se trata del doctor Piedrabuela. Estuvo hoy, ¿sabes a qué, te puedes imaginar a qué estuvo aquí ese indigno?

Saturnino. (*Estruendoso*) —Ese usurero, ese reptil!

Justa. —Saturnino, no hable así de un amigo de mi padre.

Eulalia. —¿Sabes a qué estuvo? Ni imaginártelo puedes. ¡Estuvo a pedir tu mano, quiere casarse contigo, hija!

Justa. —¿Qué?

Saturnino. —¡Que quiere casarse con usted, esa alimaña de viejo momia!

Justa. —¿Conmigo? ¡Tiene gracia el doctor!

Eulalia. —¿No te indigna?

Justa. —¿Indignar? ¡no!

Eulalia. —Yo creí que te morirías del sofocón.

Saturnino. —Pero se da una idea de la pretensión de ese... de ese...

Justa. —Suprima los adjetivos, son poco sociables.

Eulalia. —¿Y no sabes aún lo más espantoso?

Justa. —¿Hay más aún?

Eulalia. —Tu padre apoya al doctor!

Justa. —¿Papá? Ja, ja, ja! ¡Qué humorista es papá!

Saturnino. —¿Qué me dice usted? Parece mentira que el señor Rosarondo!...

Justa. —Qué ha de parecer mentira, por el contrario, lo encuentro muy lógico...

Eulalia. (*Con espanto*) —¿Qué, qué dices?

Justa. (*Serena y burlona*) —Pero mamá, tú siempre con ese geniazo. Que encuentro muy lógico a papá.

Saturnino. —¿Por qué, señorita?

Justa. —¿Usted tampoco me ha comprendido? Digo que papá es un hombre de negocios exclusivamente y antes de padre es...

Saturnino. —¿Hombre de negocios?

Justa. —Así es.

Eulalia. —¡Pero un hombre de negocios indigno, un canalla que quiere negociar con el porvenir y la felicidad de la hija!

Justa. (*Reconviniéndola*) —Mamá!

Eulalia. —Tú eres demasiado buena, hija; tu juventud te hace explicar actos que sólo merecen condenación. Ah, hijita, hijita, muchas desazones te aguarda ese candor tuyo! (*La atrae y cariñosamente la besa.*)

Saturnino. —Sí, Justa, es usted demasiado buena. Su papá no tiene justificación.

Justa. —Pero si yo no justifico su conducta, yo me la explico, eso es todo; la comprendo.

Saturnino. —Sí, pero esa comprensión es una prueba más de su bondad, Justa.

Eulalia. —Ay, hija, hija, cuántas desilusiones te esperan, cuántas!

Saturnino. —Verdaderamente, esa inocencia suya la hará sufrir mucho, mucho!

Justa. (*Melindrosa*) —Cállense ustedes!...

Eulalia. —Sí, callemos. Es preciso concluir, debemos tener una explicación terminante. Tú misma, Justa, debes pedir a tu padre que no permita más la entrada del doctor a esta casa. Y ahora, Saturnino, le ruego nos deje solas; usted comprenderá, mi esposo puede venir, y debemos tener una explicación enojosa...

Saturnino. (*Levantándose*) —Tiene usted razón, señora, la dejo. (*A Eulalia*) Muy buenas tardes, Justa... (*La besa la mano*).

Eulalia. —Buenas tardes.

Justa. —Adiós, Tobal.

Saturnino. —Espero que me tendrán al corriente de cuanto ocurra.

Eulalia. — Pierda usted cuidado.

Saturnino. —Buenas tardes.

Eulalia y Justa. —Buenas tardes. Adiós.

(*Saturnino se retira, desde el portalón se da vuelta y saluda con la mano. Eulalia le responde. Justa permanece ceñuda, casi hosca.*)

ESCENA VI

(*Eulalia y Justa*)

Eulalia. —¡Qué joven tan simpático; qué pureza de sus sentimientos! ¡Cómo te ama! ¡Vieras su indignación!... ¿Pero qué tienes tú? ¡Estás rara!

Justa. —Mamá, escúchame, te pido reflexión y, sobre todo, serenidad; debo decirle algo que te causará asombro.

Eulalia. —¿Asombro? Habla.

Justa. (*Calmosa*) —Estoy dispuesta a casarme con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Se incorpora con espanto y cólera*) —¡Justa!

Justa. (*Sonriente, fría*) —Te he pedido serenidad, reflexión.

Eulalia. (*Que se ahoga*) —¿Qué dices, Justa? ¿Qué dices?

Justa. (*De pié*) —Si piensas hacer un escándalo, me voy.

Eulalia. —¿Qué decías de Piedrabuela?

Justa. (*Segura de sí*) —Que estoy resuelta a casarme con él.

Eulalia. —A casarte con él! con ese viejo indigno!

Justa. —Sí.

Eulalia. —¡Pero Justa, estás loca?

Justa. —No, mamá, bien cuerda que estoy.

Eulalia. (*Implorante*) —Pero reflexiona, hija mía, reflexiona, hija querida, reflexiona lo que haces!

Justa. —Por reflexión doy este paso, mamá.

Eulalia. —¡Pero tú no puedes amar a ese viejo!

Justa. —Claro está que no lo amo.

Eulalia. —¿Entonces te casas por interés puramente?

Justa. —Tonto sería el negártelo. Ya sabes que el doctor es una bolsa de huesos repleta de pesos.

Eulalia. (*Explotando*) —¡Cínica, cínica como tu padre! ¡Tú eres también una cínica! ¡Y a tu edad! ¡Eres más detestable todavía, más... Me repugnas!

Justa. —Serénate, mamá, no des espectáculos a la servidumbre.

Eulalia. —Es que no puedo contenerme, es que me ahogo de indignación, es que he engendrado una víbora! ¡víbora, eres una víbora!...

Justa. —Me voy a retirar si continúas; así no nos entenderemos. Escúchame.

(*Eulalia se desploma sobre un sillón, gimotea ruidosamente. Justa la contempla impasible con un dejo desdeñoso.*)

Eulalia. (*A los cielos en ademán de súplica y desesperación*) —¡Dios, Dios mío, qué desgraciada soy, qué desgraciada!

Justa. —¿Quieres tomar algo para los nervios, bromuro acaso?

Eulalia. —¡No, no... Qué desgracia, qué desgracia la mía! (*Llora*). (*Pausa*).

Justa. —Escúchame. ¿Crees que podremos seguir muchos meses del modo que seguimos? Papá está arruinado, lo sé muy bien.

Eulalia. —¡Qué me importa! ¿Pero tú vas a sacrificar tu amor por él? ¿Y Saturnino?

Justa. —Saturnino es un mozo inteligente, comprenderá mi determinación.

Eulalia. —¡Es capaz de matarte, te ama con locura!

Justa. —Esas son tonterías, mamá, romanticismo! Los hombres cultos de hoy no aman hasta matar. La tragedia ha quedado para los analfabetos, hoy los conflictos entre la gente de sociedad sólo dan tema para una comedia... cómica.

Eulalia. —Me espantas, te lo aseguro, hablas con un excepticismo de viejo; parece que tuvieras setentá años de experiencia.

Justa. —Las personas de mi temperamento heredan la experiencia, yo he heredado la de mis abuelos y la de papá. En tanto tú... eres una chiquilla, mamá.

Eulalia. —¿Pero tú te sacrificas por salvarnos?

Justa. —¿No ves que eres ingenua como una chica? Yo no me sacrifico por nadie, yo estoy harta de estrecheces y de simulaciones, yo no he nacido para vivir en esta terrible miseria dorada en que vivimos, yo quiero llevar joyas y que esas joyas no sean falsas; yo no quiero ir de sedas y en automóvil con lacayo, y no haber comido! (*Con energía*) ¡Soy capaz de todo con tal de no ser pobre, escúchalo bien: de todo!

Eulalia. —¿Qué quieres decir con eso: de todo?

Justa. —Yo me entiendo. Por ahora me caso con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Fogosa*) —¡Jamás!

Justa. —¿Cómo jamás, es que aun no estás convencida?

Eulalia. —¿Convencida? Nunca me convenceré. Yo no puedo permitir ese crimen.

Justa. —No es crimen, mamá, es un capricho; ¿quién te dice que no llegue a enamorarme del doctor?

Eulalia. —¡Calla! ¡Me hielas, me horrorizas!

Justa. —Es que eres demasiado sensible, mamá, demasiado sensible y demasiado... honrada.

Eulalia. —¿Cómo demasiado honrada? ¿Qué es eso?

Justa. —Aunque te lo explicase no lo entenderías, tal vez sea eso muy complejo y tú siempre andas en línea recta.

Eulalia. —Y en línea recta hay que vivir.

Justa. —No, mamá, la vida es una línea curva muy complicada; es un laberinto de curvas. La habilidad está en saltar de una en otra, hasta dar con la que nos conviene. Yo hasta ahora he seguido la curva de papá, no me conviene y salto a la del doctor, eso es todo.

Eulalia. (*Otra vez arrebatada*) —Nunca! nunca! No lo permitiré! Tú no te casarás con ese viejo infame!

Justa. (*Serena; pero segura*) —Yo me casaré con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. —¿Me desobedeces, hija?

Justa. —¡Te desobedezco, mamá!

(*Eulalia, en medio de una espasmódica desesperación, gimoteando, llora. Justa hace un gesto despectivo y va a retirarse*).

Eulalia. (*Yendo hacia ella, implorándola*) —¡Justa, hija querida, por favor, por favor, (*Se abraza a ella*) ten compasión de tu madre, no me atormentes, te lo pido de rodillas. (*Va a arrodillarse. Justa se lo impide*). Por favor, tenme lástima! (*Queda abrazada a ella y llora. Justa tiene un marcado gesto de disgusto y desdén. Pausa*) Respóndeme, hija mía, dime que no te casas, dime, ¿eh, me lo dices?

Justa. —Siéntate, mamá. (*La sienta*) ¿Tú crees que no he meditado largamente acerca del paso que voy a cometer? ¿Tú crees que por tus escrúpulos candorosos voy a dejar de hacer lo que he premeditado y medido tan largamente?

Eulalia. —¿Entonces tú sabías?...

Justa. —Hace tiempo que el doctor me hace la corte. Bah, si lo sabía! Si hasta te diré que yo lo he alentado...

Eulalia. —Hija!

Justa. —Conque ya ves, mamá, estoy dispuesta a afrontar todo, inútilmente es que llores y me pidas o que grites y me amenaces. Yo me casaré con el doctor Piedrabuela. (*Se va a retirar*).

Eulalia. (*Iracunda*) —¡Tú no te casarás, no!

Justa. (*Con reconcentrada cólera*) —¡Me casaré! (*Desaparece*)

(*Eulalia se desploma en un sillón, abatida, llora largamente...*) (*Pausa*)

(*Continuará*)



LA PAZ DE ELLOS

Se necesitaron varios años y, más que el factor tiempo, la precipitada avalancha de los acontecimientos, casi todos desfavorables a la política internacional de los vencedores, para que la evacuación de la cabeza de puente de Colonia se produjese.

No son razones sentimentales las que provocaron ese hecho, aunque los políticos las invoquen, como un taparrabo sobre el impudor de sus no muy limpios intereses. El giro de las circunstancias está reivindicando en cierta manera a Alemania. Ese mentado ostracismo, con el cual la amenazara Clemenceau y Lloyd George, no pudo ponerse en práctica, como su férrea letra lo hubiese exigido. La vida, a veces, se mofa de muchas pretensiones absurdas y ridículas de personajes, quienes en un día se crecieron tanto hasta creer que, con sus tallas, llenarían la historia. Esas fieras actitudes condenatorias resultan risibles en la mayoría de las veces.

El quebranto de las finanzas europeas, por no decir mundiales; el tardo paso para lograr la reposición de las antiguas reservas que poseían los pueblos antes de la guerra, y la insumisión de las razas de color, pudo apresurar el fin de la sentencia dictada por el Consejo de los Cinco en la Sala de los Espejos de Versalles. Según el encanecido Tigre francés, Alemania, como nación culpable, debería quedar al margen del derecho de gentes por largos años. Si esta fórmula no fué tan explícita como la nuestra, en sí, era lo mismo por el esclavizador encadenamiento a que se la había sometido, con las numerosas cláusulas restrictivas y las cuantiosas exacciones extorsionadas en forma de pagos en especies y en metálico. De esta angustiosa y aflictiva situación, el martirio lo padeció el proletariado alemán, y con más pesadumbre el de condición más humilde A fuerza de soportar privaciones las familias obreras durante meses y años, el raquitismo, la variada serie de enfermedades y la desnutrición hizo presa en la infancia de los suburbios. Y en tanto una porción bastante grande del pueblo alemán enflaquecía inverosímilmente, otra menos numerosa se enriquecía también fantásticamente. Nunca el contraste fué más chocante y agudo. De un lado los espectros fantasmales del hambre; del otro el lujo insolente y el despilfarro criminal en la compra de placeres y vicios refinados hasta la degeneración. La moral del mamuth fué reeditada.

Si Alemania sufrió indeciblemente como pueblo y en su parte más desheredada, como nación siguió su engorde progresivo de ganado a establo, no obstante su chicana continua acerca de su pobreza. Los que, siendo abastecedores durante la guerra, acumularon millones de millones; después de ésta fueron los que, colocándose diferentes caretas, continuaron realizando los más pingües negocios. El industrialismo logró su máximo poderío, y sus magnates pudieron hacerse construir castillos en Suiza y otros deliciosos países de recreo a fin de escamotear sus fortunas a los impuestos y ponerlas a salvo de un posible revés. No dudamos que fué un patriotismo suculento y bien entendido. Mientras en Suiza, de ordinario, los turistas ingleses se registraban en la estadística en número de 3.000, los alemanes ascendían a la cifra de 370.000. No poseemos las cifras de Italia, predilecto lugar de placer para los teutones; pero podemos arriesgar la afirmación que el número de turistas no debe haber sido inferior a los de Suiza.

En todos los períodos turbios de la historia de la humanidad, y cuando la especulación subió de punto y llegó al paroxismo, las aves de rapiña y las bestias carniceras se desplomaban, se abalanzaban sobre sus hermanos los caídos, los extenuados, para sorberles toda energía, explotándola en el imperioso nombre de la ley del más fuerte. Y jamás esta antropófaga brega se presentó en la desnudez de su cinismo, como en Alemania; lo que con diferentes graduaciones sucedió y sucede en todas partes. Si allí adquirió estos aspectos francamente repulsivos, anotados por un hombre de gran renombre, Heinrich Mann, dramaturgo alemán, fué por casualidades especialísimas de la situación del ambiente alemán y por la psicología de esa nación, que nunca se avino a creerse vencida y rechazaba furiosamente su parte de dolor moral. De ahí el desquite de sus hombres más adinerados, encenagándose hasta el cuello en los goces materiales.

La desocupación del territorio de Colonia, por parte de las tropas inglesas, y la disminución de los efectivos franceses, plantea, simultáneamente, el problema, casi resuelto, del ingreso de Alemania en la Liga de las Naciones. Esa corporación sentía la urgencia de sentar a la mesa de las deliberaciones, la nación vencida de más poderío. El hecho que estuviesen en su seno Austria, Bulgaria, países de reducida y mínima expresión, no servía al caso. La presencia de Alemania, además de otras cosas, daría una verosimilitud de justicia a sus fallos futuros.

A este acto se le quiere otorgar efectos y resultados de repercusiones mundiales. Con ello se pronostica un dilatado período de paz europea. Aunque dudosa de realizarse semejante profecía, enunciada por los sólitos engañabobos, ¿qué profundas significaciones trae en sí esa anhelada paz, sino las de perpetuar el *statu quo*, de las sucesivas etapas de denigrante miseria y de devastadora riqueza? Esas actuaciones del mundo oficial poco tienen que ver con la parte más grande de la humanidad; y es el inmenso núcleo de trabajadores de todas clases, los verdaderos Atlantes que llevan a cuestas esta gigantesca gusanera de barro y agua. ¿Cuál consideración se les da a esas grandes cantidades de hombres por parte de los administradores de la felicidad universal? Se les toma en cuenta como siervos o como soldados; matarifes o ganado de tiro. Y esta es la paz de ellos; sobre tales bases están edificando el suntuoso palacio que albergará la simbólica paloma como la preciosa arca de los antiguos hebreos.

Supóngase que esta nueva era de pacificación, confeccionada expresamente por ellos, y a medida de sus voraces deseos, se podrá cumplir al pié de la letra. ¿En qué condiciones Alemania formará parte del Consejo de la Liga? Después de haber firmado, en el pacto de Locarno comprometiéndose a no intentar el recobro de los territorios que le fueron quitados por el tratado de Versalles; por este infame documento le tocó abandonar millones de alemanes bajo la férula de leyes extranjeras; al mismo tiempo, las generaciones futuras están gravadas por el peso de hipoteca en vigencia durante largos años; su ejército reducido a un estrecho límite en número y armamento, mientras el de sus vecinos aumenta en progresión geométrica; su flota yace en el fondo de los mares y su marina mercante a merced de las flotas de los conquistadores, que crecen en número y en poderío; sus industrias, obligadas en una espera forzosa contemplando cómo sus competidoras se reparten la materia prima en el mundo, para que a las cansadas le toquen algunas sobras. ¿Es posible que soportando todas esas humillantes circunstancias, Alemania se avenga en eterno a los ensueños de paz y fraternidad con los que sus enemigos le quieren cargar en cuenta en su libro de debe y haber?

Parece que en vez de un largo período de paz europea, es sólo una larga preparación a nuevas guerras.

Y el día, problemático, que las potencias mayores se dediquen a reducir sus armamentos, jamás se pondrán al nivel de Alemania, y si lo harán será por su propia conveniencia y en vista de aligerar sus presupuestos de guerra y marina, a fin de competir con ella en los mercados mundiales.

AÑO V — BUENOS AIRES, 22 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 213

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEM[...] — [...] 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

El deporte del heroísmo

Hay un heroísmo físico y anímico. Pero no hurtemos a los conceptos sus matices que los diferencian y gradúan. Nos figuramos los instantes heroicos sólo como la ignición de los valores morales. Y su reverso, la contrahechura de estos momentos únicos del espíritu humano, lo hallamos en el coraje animal del hombre, de la bestia herida o amenazada. En ambos casos obrará bajo el imperio del impulso ciego, subitáneo, del instinto de conservación.

Existen temperamentos, en cambio, cuyos valores morales se hallan en continua combustión. Viven en la perpetuidad de un heroísmo latente, presto a subir de punto, a encenderse en actos de abnegación y de un arrojo tan desinteresado que si alguien los elogiase o aplaudiese se sonrojarían o se indignarían. Creen cumplir una función natural. Parcial y relativamente, ignoran su poder heroico. Y si éstos no han abundado, existieron en la suficiente cantidad para que el mar humano, perezoso e inerte, tuviera tanta sal como el océano y se conservase inquieto, alerta, vigoroso. Porque el héroe moral, y el grande y verdadero amor, como el genio, son rarísimos y se dan parsimoniosamente, de época en época.

Y esta sal del mundo lo fueron los sumos apóstoles, sabios y profetas que la humanidad tuvo en el decurso de los siglos. Eran la suprema abnegación hecha carne, y también la protesta candente, cauterizadora de las eternas contaminaciones de nuestra especie.

De una graduación menor, de menos elevada temperatura se dan siempre, en todos los tiempos, estos aprendices de héroes, y repentinamente surgen en una conmoción popular; o en los pequeños incidentes de la vida cotidiana, en un olvido de sí mismos, para sacrificarse a los demás. Pero son de una sola estirpe, con la misma catadura moral.

En los modernos tiempos que vamos viviendo, se ha hecho un desfogue enorme del deporte del heroísmo. Son los diletantes de la acción que se embarcan en empresas peligrosas, en un alarde de animales sanos, gozosos de hacerse besar por el escalofrío del miedo en el riesgo superado. Son ellos, quizás, los héroes subalternos, prontamente endiosados y tan dispuestos a ametrallar una cabila de moros como a arrojarse al asalto de una trinchera. En estos trances, en que el miedo interviene para requintar el placer en locura o vértigo, poca estima pueden merecernos los que las muchedumbres metropolitanas llevan en el pavés de sus anchos lomos.

En estos países subtropicales no se posee absolutamente el sentido de la medida ni el parvo límite de la discreción. Están siempre en la línea ondulante y aleatoria que va de lo sublime a lo ridículo con increíble rapidez.

Por supuesto, no somos tan mezquinos de negar arrojo, valentía, temeridad, sangre fría, completo dominio sobre sus nervios a los tripulantes del Plus Ultra. Hasta podemos brindarles gustosos nuestra admiración de hombres también de acción; aunque sea ésta de distinta calidad; mas desde allí al heroísmo, como filosóficamente debe comprenderse, media un trecho asaz largo.

En buena hora acometan la chirinada de propiciar y luego construir cuantos monumentos se les antojen en homenaje a Franco y a sus acompañantes: uno, dos tres y media docena, si esto es lo que les complace. Compliquen también en ello el entusiasmo popular para exprimirle su tanto por ciento; den pié al despertar de la ayuda reclamística de las grandes casas comerciales, las que harán donativos insignificantes, imponiendo colectas a sus empleados; y no reflexionen tampoco que los progresos de la aviación son tan rápidos que, de aquí a unos años, la hazaña de Franco cobrará la misma risible proporción del crucero de Fels, quien, entonces, llegara en un solo vuelo a Montevideo. Y por cierto suscitando el ampuloso, desorbitado e idéntico entusiasmo de estos días.

Concebimos el heroísmo menos espectacular, aparatoso, rimbombante, y más subterráneo, en un silencio fecundo de secretas germinaciones. Estas hazañas íntimas de los héroes del intelecto labrando las entrañas de la arcilla humana, dejan surcos imborrables en el mundo y en la vida. Es por el ejercicio continuado del anonimato del heroísmo, que pudo llegar la humanidad a una cierta etapa de su civilización. ¿Contribuirán en algo, en cambio, estas explosiones esporádicas de los *record's* y de los *raid's*? Estamos convencidos que son de un valor convencional y en absoluto ficticio.

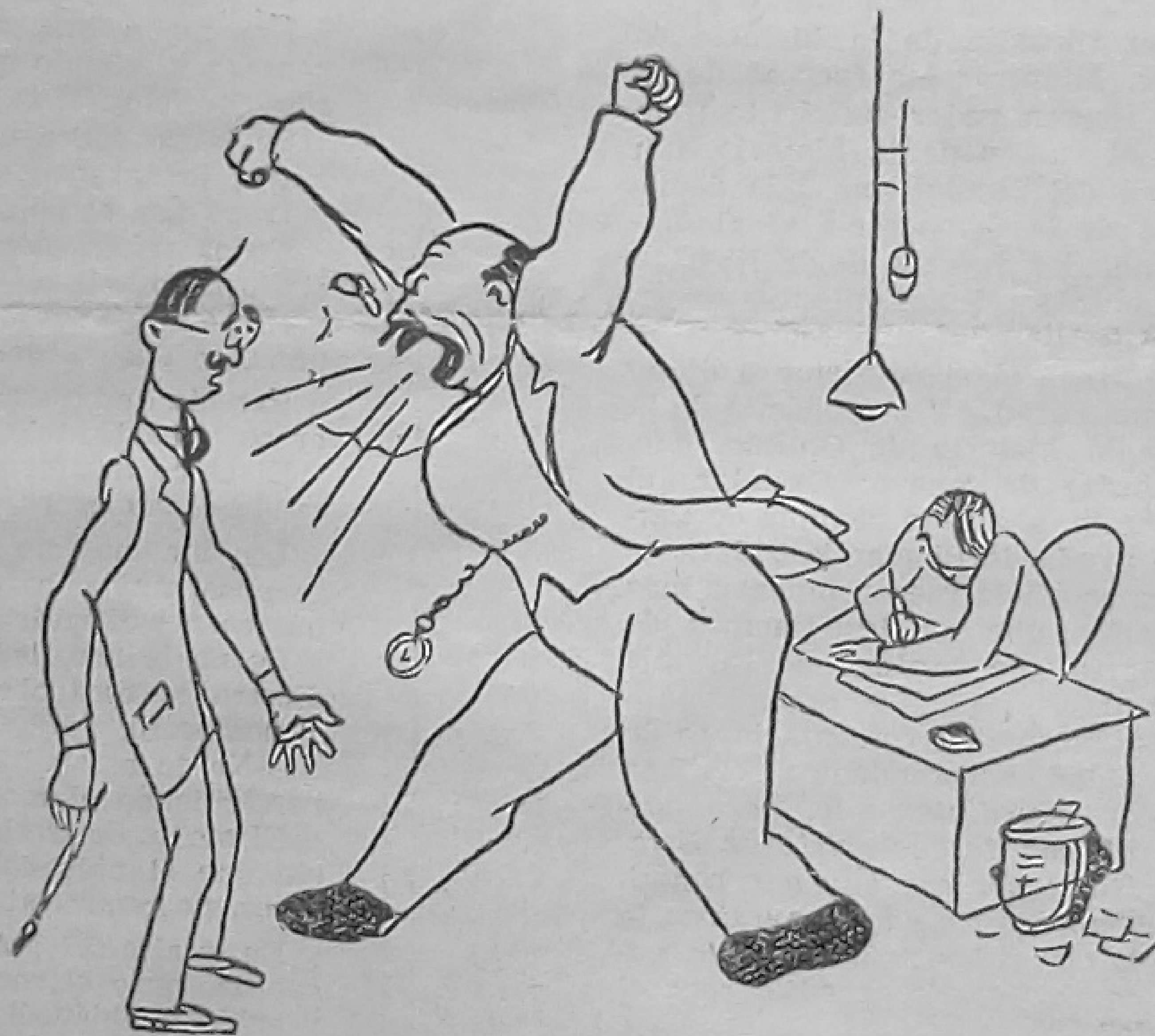
Se quiso comparar el vuelo transoceánico de Franco con el viaje azaroso de las desencuadriladas carabelas de Colón, que debía culminar el acontecimiento más grande de los siglos pasados. Fué una parodia bien grotesca, efectos turbios de un patrioterismo no siempre limpio de escoria.

Nosotros los anarquistas, sin apelar a nuestros héroes silenciosos, que esgrimieron como arma habitual el sacrificio de ellos mismos, recordamos a las excursionistas Irvine y Mallory, que después de repetidas y renovadas ascensiones, año tras año, a la montaña Everest, uno de los picos más altos del mundo, sucumbieron cuando les faltaba muy poco para llegar a la cumbre de sus ensueños.

Deporte por deporte del heroísmo, hemos de preferir el silencioso, el que se rige por el juego desinteresado de las pasiones.

A las muchedumbres humanas no les atrae esta *especie* particular de héroes, siendo ellos lo más puro, los más genuino del proyectado y utópico hombre de un futuro y lejano mañana.

BAJO EL YUGO



—Una vez más le prohibo charlar y levantar la voz.-¡Trabaje en silencio y basta!
—¡Pero usted grita mucho más fuerte que yo!
—Es diferente... Yo soy el patrón...

Los eternos títeres

En esta metrópoli tentacular donde la gente asume una gravedad asnal o fúnebre, según las circunstancias; donde la gente *práctica y seria* abunda, y es la villa más aburrida y triste de la tierra, según pública confesión de numerosos viajeros, se pasa sin transición de la carcajada chocarrera al gesto ceñudo y de engreimiento. Aquí la risa y la sonrisa están pendientes del calendario. Se ríe y se sonríe a fecha fija. Rezagos de esclavitud siguen manteniendo este espíritu rebañego. Lo más espontáneo que posee la criatura humana ha sido agostado, resecado en sus fuentes. La crudeza despiadada de la vida contemporánea ha hecho lo demás. Las escenas carnavalescas, resabios muertos de edades más o menos bárbaras como la nuestra, nos ha convencido de estos síntomas de esclavitud que aparecen y desaparecen. Se ha perdido el don de la alegría sana. Podemos afirmar que aquí, más que en ninguna parte, no hay pueblo. Es público, multitud y nada más. Algo sin cohesión, que no responde más que a bajas preocupaciones. Existirán grupos reducidos que se substraigan a esta ley general, y los que ningún influjo en el sentir colectivo pueden ejercer.

Por eso, no obstante los santos de guardar, las festividades patrias, amén de las circunstanciales; y no obstante que las diversiones libres y el libertinaje oficializado abran las puertas de par en par, el carnaval, con su carga pintarrajeada de máscaras y de disfraces estrafalarios, impregnado de fluidos de lujuria bestial, estalla cada año como un desahogo necesario a los apetitos por tanto tiempo contenidos y jamás satisfechos. Estalla entre el rasgueo de las serpentinas, el florecer de perversas pasiones, exasperadas por la abstinencia; y en los eternos comparsas de la tragicomedia universal late furiosamente el deseo interior de revolcarse en los más acres placeres, bestializarse de una vez, de regreso a una existencia ancestral. Sofrenados por las frágiles convenciones de una mentida urbanidad y bajo un continente de decencia, disimulan el desborde pasional pregonado por todos los gestos, hasta que la máscara se quiebra y se derraman en dichos chocarreros, furibundos por la impotencia de no poder ir más allá del verbo en su goce sensualista. Hartos, ricos, felices de la tierra así como los pobres, todos se hallan en el mismo estado de erectismo.

Las cadenas que antaño dejaron sus sangrientas huellas en las carnes, siguen pesando invisibles en las actuales generaciones. Durante todo el año, y luego, sólo por tres o más días, tratan de olvidarlas en la embriaguez idiotizadora de los sentidos. ¡Vaya una forma de libertarse en el regreso consciente a la primitiva animalidad! A las poblaciones no les queda otra válvula de escape: ésta es la que les proporcionan sus amos en las jornadas bulliciosas de las carnestolendas. El sello de la esclavitud ha sido revelado siempre por el género de diversiones que tuvieron los pueblos. En los días de la antigua Roma, el pan y circo significaba la última degradación de la plebe romana.

Hoy los gobiernos y las clases dominantes tienen infinidad de medios para embrutecer a los que quieren conservar en la explotación del taller y de la oficina. Pero cuando la salud colectiva llega a su plenitud, éllos, los desheredados, se rebelan a imposiciones extrañas y buscan sus diversiones según sus gustos viriles. Surgen entonces las festividades al aire libre, con danzas, representaciones dramáticas y audiciones musicales en una expansión total de todas las pasiones más nobles y fecundas. Fué el pueblo de la Comuna de París uno de los que supo organizar esos grandiosos espectáculos, en los cuales participaban doce, catorce mil expectadores y eran fiestas públicas donde todos eran actores y expectadores a la vez.

Rousseau decía al respecto:

"¿Que no son necesarios los espectáculos en una república? Al contrario: deben multiplicarse. Han nacido en ella, y en su seno debe brillar un constante aire de fiesta. Ya tenemos varias fiestas públicas; pero debemos crear más. No es suficiente haber establecido la fiesta de la infancia y de la adolescencia, hay que sembrarlas durante todo el año. Mas no adoptemos exclusivamente esos espectáculos que encierran un reducido número de personas en un antro oscuro, que las mantiene inmóviles, en el silencio y la inacción. Es al aire libre, es bajo el cielo que debéis reuniros..."

Son estos expectáculos, que hermanan los hombres en el unísono de una sola emoción, que deberán oponerse al remedo de estas lupercales modernas. Parodiando una sentencia, se podrá decir que ésto matará aquéllo.

La probidad y la delicadeza son dos virtudes más fáciles de practicar cuando nada nos falta que cuando nos hallamos desprovistos de todo. — MAGNAUD

Si se desea formar un pueblo libre, pacífico y sabio, es necesario que entre él se restablezcan costumbres simples, gustos sanos, el desprecio al dinero y, para emprender y realizar grandes cosas, tener por mira puntos de vista ideales.

Juan Jacobo ROUSSEAU

La verdadera enseñanza no es la que transmite las nociones ya hechas, sino la que hace que el discípulo sea capaz de formarse por sí mismo las buenas nociones.— GERANDO

EL HILO DE ARIADNA

Apostillas a la lectura de nuestra prensa

El grupo editor de la revista *Acción* de París, ha tenido la buena idea de recoger en esa publicación una serie de opiniones sobre una eventual revolución social en España; la intención es loable, sólo que si se propusieron darnos el hilo de Ariadna para salir del confusionismo en que nos debatimos, posiblemente el resultado final sea la creación de un inextricable laberinto. Por lo demás, no es la primera vez que caemos en un verdadero abismo mental precisamente cuando nos esforzamos por encontrar el hilo salvador.

Y ahora vamos a dar una breve ojeada al primer cuaderno de la revista *Acción* sobre el tema mencionado.

La redacción ve justamente el mal en la *europeización de España* y nos congratula esa afirmación, que contrasta con algunas autorizadas opiniones, no sólo republicanas, sino también libertarias. ¿Europeizar a España? ¡Muchas gracias! Es precisamente lo que España tiene de europeo lo que nos revienta; el capitalismo, el prusianismo, el colonialismo, etc. Por desgracia, España no tiene nada que aprender de la "democrática" Francia, ni de Italia, ni de Inglaterra, ni de Alemania. Estos países podrán tener maquinaria más perfecta para embrutecer y privar de todo espíritu personal al trabajo humano, pero eso está muy lejos de ser un motivo digno de imitación dentro del mundo capitalista. Bastante se preocupan nuestros dominadores y explotadores por la europeización de España, no nos impongamos nosotros esa tarea; al contrario, en la medida de nuestras posibilidades, procuremos impedir que España se europeice. El fuego de la revolución y el espíritu del industrialismo suelen estar en la relación del agua y el fuego; claro está, nos referimos a la revolución verdadera, la revolución que tiene escrito en su bandera el pan y la libertad para todos, y no la que se contenta con derribar a Pablo para poner a Pedro en su lugar.

En una palabra: ¡Nada de europeizar a España! Estamos de acuerdo.

El camarada Schapiro plantea la urgencia de considerar el problema de la organización, — un problema que en España apenas tuvo opositores, si descontamos el primer período de la difusión del comunismo anárquico frente al colectivismo; su gran inquietud está en asegurar la continuación de la producción y del reparto de los productos *al día siguiente de la revolución* y para ello la C. N. T., es decir, sus comisiones administrativas, deben apresurarse a tomar las medidas necesarias. Nosotros no hemos podido comprender nunca una revolución social canalizada desde arriba, desde algunos comités dirigentes, y menos canalizada previamente. Eso no sería una revolución emancipadora. Para Schapiro es un pensamiento trágico el de la poca preocupación por los problemas del mañana. Es tal su desconfianza en el pueblo, es tal su miedo a la libertad, que lo estamos oyendo preguntarse angustiado: ¿y si la gente, al día siguiente de la revolución tiene la peregrina ocurrencia de tumbarse a la bartola y de contemplar la naturaleza desde la sombra de un árbol o de contentarse con ver lo que pasa por la calle desde la mesa del café? ¿Qué será de la revolución si no quita el látigo o el knut de manos de Nicolás Romanof para ponerlo en manos de hombres como Lenin o Trotzky?

Hemos visto siempre en esas preocupaciones, en esa desconfianza hacia el pueblo libre, uno de los escollos en que han de estrellarse nuestros esfuerzos. Schapiro no amenaza, pero Optimo lo hace y su artículo de *Solidaridad Obrera* de Gijón nos anuncia ya que a los anarquistas no nos irá del todo bien, como no nos va hoy, en un régimen social en que Optimo tuviese las riendas del poder estatal o confederal.

Hay que reconstruir la vida de abajo a arriba, pero sin llegar nunca a la cumbre, a la creación de un poder dirigente cualquiera, obrero o aristocrático. Es penoso tener que insistir sobre esto.

Nuestra revolución, camarada Schapiro, es una revolución que ha de *quebrantar los fundamentos económicos del capitalismo y no sólo sustituir la dirección y el monopolio de los capitalistas en el proceso de la producción*. Es decir, nuestra revolución no puede conservar el sistema capitalista en manos de los trabajadores o mejor dicho en manos de los *comisarios confederales*, porque los verdaderos trabajadores no tendrán mañana, en el régimen previsto por Schapiro, más derechos que el de sudar, obedecer y callarse. Sobre lo demás, la función de pensar, por ejemplo, ¡no hay cuidado, ya se encargarán Optimo y Pestaña de ella!

Nombramos a Optimo, porque nos ha llamado mucho la atención su artículo antianarquista citado, que podría firmar cualquier discípulo de Trotzky, por no decir más. También en la revista *Acción* escribe [illegible] la C. N. T. y la revolución. Optimo dice: "una revolución es una sucesión de problemas. Conocer el orden cronológico de éstos es la piedra de toque de la revolución"... ¿Qué quiere decir eso? Que es preciso dar rienda suelta a la fantasía e imaginarnos cada cual el orden cronológico de los problemas revolucionarios. Optimo nos sacará a relucir lo que pasó en Francia, en Rusia, etc. y nos expondrá una filosofía de la historia de su invención: *absolutismo, monarquía constitucional, democracia, gobierno sindicalista*. Así como Carlos Marx nos expuso la evolución *económica* que nos llevará al porvenir. Pero si los anarquistas, las bestias negras de Marx, han respondido a este nuevo Moisés que su legislación es una estupidez, también responderán a Optimo que su filosofía de la historia es una *macana*. Mientras las fuerzas de la libertad no tengan poder suficiente para determinar el rumbo de la historia, tan pronto se irá del absolutismo a la democracia como de la democracia al absolutismo; cuando las fuerzas de la libertad tengan voz en el capítulo, entonces se pasará de la democracia a la anarquía lo mismo que desde el absolutismo o dictadura desenmascarada. Y a propósito de la filosofía de la historia de Optimo, queremos recordar de nuevo: Castelar, el gran demócrata, abatió la comuna de Cartagena con ayuda de Bismarck, y durante la república española fueron muertos más revolucionarios que en los tiempos de Sagasta, el ridículo verdugo de la vieja Internacional.

Esta frase no merece comentario, es de una ingenuidad sorprendente: ..."hay *que plantear inmediatamente, para gastarlo, el problema de que exista un Estado democrático; por eso hay que conminar a los demócratas a que demuestren lo que son y lo que valen prácticamente, para que el camino quede expedito para el proletariado*"...

¡Por favor! ¿tales afirmaciones en la prensa obrera y anarquista?

En el mismo número de *Acción* hay un artículo del amigo Borghi sobre la *incapacidad revolucionaria de la democracia* que Optimo y los que por desgracia piensen como él no deberían dejar de meditar.

Pasemos a la *economía libertaria* según V. Orobon Fernández. Este camarada comienza por afirmar que todos los que hablaron antes que él eran idiotas, soñadores, utopistas, etc., etc. ¡La salvación está en la *economía política!* Y a propósito de economía política, queremos dar a los lectores a quienes interese, una noticia sobre nuestro estado de salud: cuando se trabaja demasiado unilateralmente, el sistema nervioso se resiente y por nuestra parte hemos sufrido algún tiempo de insomnio. El método que hemos empleado para curarnos es original y queremos recomendarlo, que nos perdonen los discípulos de Kuhne por la concurrencia que les pudiera resultar. Entre ir a comprar algunos ingredientes a la farmacia y favorecer a algún librero, optamos por lo último y hemos encargado un gran tratado de economía política pura en cuatro tomos, de cerca de quinientas páginas cada uno. ¡No hay que asustarse; no tenemos intención alguna de estudiarlos y de apropiarnos de las palabritas técnicas que contienen! Esos cuatro tomos nos sirven para calmar los nervios; apenas leemos una página nos entra un sueño bienhechor y dormimos como benditos. Por eso sentimos un gran cariño hacia la economía política.

Orobón, sin embargo, parece haber tomado en serio los camelos de los señores economistas; se advierte por la seriedad con que comienza a emplear tecnicismos económicos y a trazar planes de la sociedad futura. ¡Es lo que nos faltaba! ¡Planecitos! Es natural, nos dice, que su proyecto no quiere ser obligatorio, una regla inmutable, infalible. Lo creemos, pero si cada uno de nosotros tiene derecho a trazar un planecito de la sociedad futura y de la economía libertaria, terminemos de una vez y reconozcamos la fórmula fundamental del anarquismo rancio que Orobón menosprecia olímpicamente desde las alturas de sus grandes volúmenes de economía; digamos claro: *¡Haz lo que quieras!* y adelantaremos mucho más. Los problemas del futuro los resolveremos cuando se presenten. ¿Por qué ponernos a discutir ahora con Optimo si las ramblas de Barcelona se llamarán después de la revolución Anselmo Lorenzo o Salvador Seguí? Nosotros optaríamos por el nombre de Anselmo Lorenzo y entablaríamos una discusión que recordaría las cuentas de la moza de la cántara.

Si del ensayo de Orobón quitamos las palabritas difíciles, nos quedamos con una perogrullada más. Es lamentable ese apasionamiento y ese menosprecio del anarquismo histórico que, sin embargo, tiene una base superior a todas las recetas de los innovadores: ese anarquismo histórico es un movimiento proletario que se nutre en primer lugar de las *propias experiencias del proletariado*. Mientras Orobón no comprenda ésto, continuará lanzándonos recetas librescas y planecitos y continuará insultando y llamando idiotas a los que no comulgan con las ruedas de molino de los señores economistas y luego nos echará la culpa de los desastres del movimiento por no haber hecho caso de su novísima sabiduría. Pero no, amigo, los problemas de la revolución no se resuelven con el compás y la regla en el gabinete de un matemático, ni esperan su solución de los profesores de economía, los problemas de la revolución han de ser resueltos por los trabajadores que almacenan diariamente nuevas experiencias y que no tienen tiempo suficiente para abrir gruesos libros. Contra los imperativos: *¡el señor, tu dios, ha dicho que debes hacer esto o lo otro!* o *¡el profesor fulanito de tal dice esto o lo de más allá!* — el anarquismo dice a los hombres: *¡Haced lo que querais! ¡Obrad como os dé la gana!*

Y si alguna vez estallase la revolución, esperemos que los camaradas de la C. N. T. responderán a los que vayan a preguntarles lo que hay que hacer: *"¡Haced lo que os dé la gana!"*

D. Abad de Santillan

EL SALTO

Un barco había dado la vuelta al mundo y regresaba al puerto; el tiempo era hermoso, toda la tripulación se hallaba sobre cubierta.

Un mono grande divertía a los pasajeros.

Ese mono brincaba, saltaba, hacía muecas, imitaba a las gentes; y, viendo que se ocupaban de él, continuaba sin cesar sus ejercicios.

Se lanzó sobre un niño de doce años, hijo del capitán del barco, le arrancó el sombrero, que se colocó sobre la cabeza y trepó por el palo mayor.

Todos reían; pero el niño, con la cabeza desnuda, no sabía si llorar o reirse.

El mono se sentó sobre una gavia y con sus dientes, con sus uñas, se puso a destrozar el sombrero.

Parecía que quería hacer rabiar al chico mostrándole el sombrero y haciéndole señas.

El chico le amenazaba, le insultaba; el mono seguía destrozando el sombrero.

Los marinos no cesaban de reir; de repente, el muchacho se puso muy encarnado y rabioso, se quitó la chaqueta y dispúsose a perseguir al mono.

De un brinco llegó hasta él; pero el animal, más ágil y más diestro, se escapaba en el momento que el niño creía alcanzar el sombrero.

—No te escaparás — exclamó el chico — mientras trepaba persiguiendo al mono.

El mono, de trecho en trecho, lo llevaba cada vez más arriba, sin que el niño consiguiera su propósito; pero éste, lleno de furor, no renunciaba a la lucha.

En lo alto del palo, el mono sujetándose con una mano a una cuerda, puso el sombrero en el extremo de la gavia más alta y subió también él hasta arriba; desde allí se reía y enseñaba los dientes.

Desde el palo hasta el extremo de la gavia donde se encontraba el sombrero, había más de dos metros de distancia, de manera que no era posible apoderarse de él sin soltar la cuerda y el palo.

Pero el chico estaba muy excitado, soltó el palo y pasó a la gavia.

Todo el mundo miraba y se reía de aquella lucha entre el mono y el hijo del capitán; pero cuando vieron que el niño había soltado la cuerda y se colocaba sobre la gavia, todos los marineros se quedaron helados de miedo.

Al hacer cualquier movimiento en falso podía estrellarse contra el puente y si conseguía apoderarse del sombrero, no podría bajar.

Todos aguardaban con ansiedad lo que iba a suceder. De repente alguien dió un grito de terror.

El niño miró hacia abajo y se estremeció

En aquel momento, el capitán del barco, el padre del niño, salía de su camarote armado de una escopeta, con intención de matar gaviotas; vió a su hijo en lo alto del palo y dirigió el arma contra él, gritando: ¡Al agua, échate inmediatamente, al agua o te mato! El chico vacilaba, no comprendía.—¡Salta o te mato! A la una, a las dos.—Y en el momento en que su padre gritaba: ¡A las tres! el niño se precipitó en el mar.

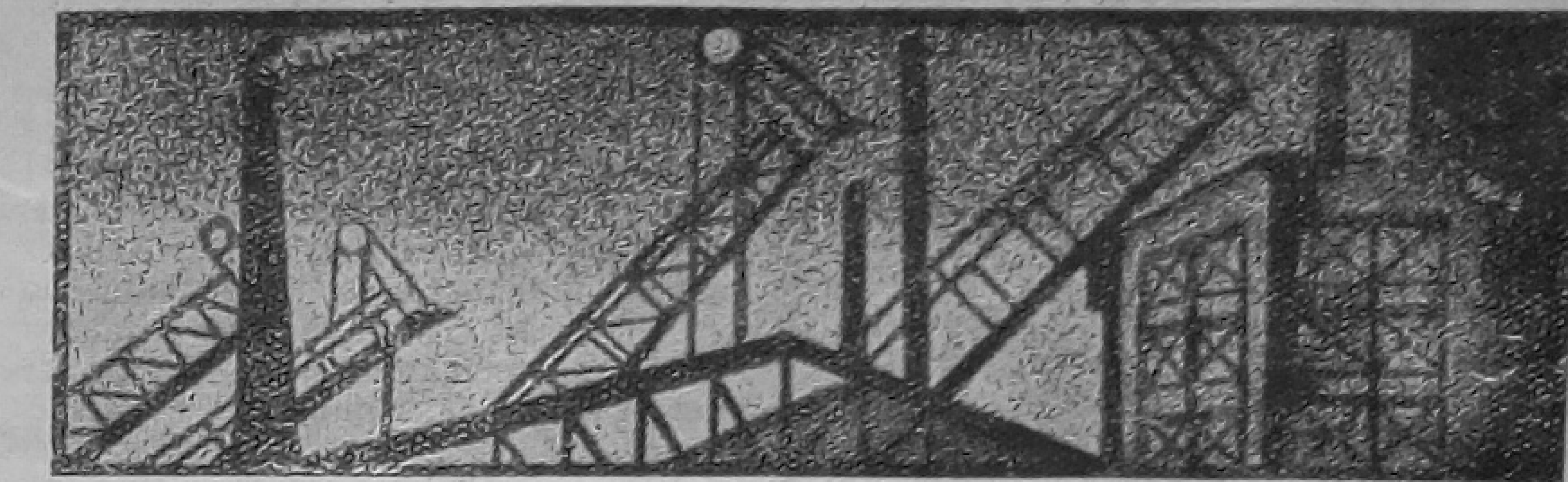
Al cabo de cuarenta segundos, que parecieron un siglo a los presentes, apareció en la superficie el cuerpo del niño. Lo alcanzaron y lo transportaron al barco; pocos minutos después el chico arrojaba agua por la boca y empezaba a respirar.

Cuando vió el capitán que estaba salvado, lanzó un grito, como si alguien lo ahogara, y huyó a su camarote.

LEON TOLSTOY

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA



II

La leyenda de Prometeo que en un vuelo temerario trajo el fuego del alto carro del sol, ha excitado en todos los tiempos la fantasía de los poetas y les ha dado materia para sublimes poemas. Los creadores de las máquinas han sido raramente cantados en la poesía, y sin embargo su hecho es digno del atrevimiento de un Prometeo. Más aun: sus creaciones están en un entrelazamiento mucho más desigual con nuestra vida y se han vuelto más decisivas para nuestra existencia que aquella, llama traída por Prometeo a la tierra. Su extensión no puede ya provocar temor en nosotros. Hemos descubierto el secreto del fuego y podemos producirlo en todo tiempo y en todo lugar. Pero con la supresión del maquinismo que nos rodea — incluída la moderna técnica instrumental — quedaría todo paralizado. Las ciudades sucumbirían de hambre en pocos días y toda nuestra actividad sería condenada de repente a la infecundidad, porque hemos olvidado a trabajar sólo con nuestras manos.

Esta dependencia de los hombres actuales de los instrumentos creados por la mano del hombre mismo, constituye también la diferencia más acabada de nuestra vida respecto a la de los pueblos antiguos. Lo que hemos producido con la mano o el cerebro en los últimos siglos, había sido superado en belleza e ímpetu por hombres que vivieron millares de años antes de nosotros en la tierra. Ni nuestras artes ni nuestro pensamiento soportan una comparación con lo que nos ha quedado de los tiempos prehistóricos.

¿Cómo es que esos pueblos tan evolucionados no pensaron nunca, como nosotros, en hacer realizar el trabajo cotidiano por instrumentos complicadamente construídos y en descargar al hombre de ese esfuerzo? Una explicación de esto la constituye la frondosa fecundidad de sus países que no conocían la verdadera preocupación por el pan cotidiano. Pero una segunda explicación y más completa, se encuentra en el hecho que casi todos los pueblos del período prehistórico habían cedido los trabajos corporales a los esclavos. Esa severa separación del pueblo en una minoría simplemente disfrutadora, y en una mayoría forzada exclusivamente a la labor, continuó largo tiempo en nuestra historia y fué finalmente superada en las ciudades de la edad media. Tan sólo la ciudad medioeval elevó el trabajo a la libertad y ennobleció lo que antes se tenía por deshonroso.

Es también en ese tiempo cuando — aparte de algunos rudimentos en Egipto — nos encontramos con los primeros ensayos de poner medios técnicos de ayuda al servicio del hombre. Uno de los primeros iniciadores en este dominio es Leonardo De Vinci, que junto a Miguel Angel es la figura más sobresaliente del Renacimiento. Ya antes de él había comenzado una verdadera fiebre de invenciones. En todas partes se experimentaba y se investigaba. El espíritu inventivo se volvió con preferencia a la solución de absurdas contradicciones, como la cuadratura del círculo. Junto a eso el objetivo de todos los investigadores es el descubrimiento del Perpetuum móbile, del movimiento contínuo y de la fuerza eterna. Tampoco se pasa por alto en esas investigaciones la técnica de las armas. Desde que se hizo uso en la batalla de Crécy (1346) del descubrimiento de Bertoldo el Negro, en la guerra, se trabajó incesantemente en ese tiempo, rico en guerras, en el perfeccionamiento de las armas para la pólvora. Las invenciones en este dominio son significativamente las únicas que encontraron al mismo tiempo un empleo práctico digno de mención. Las demás invenciones son sólo en muy pocos casos aplicadas prácticamente.



Eso no sólo ha dependido de que el valor práctico de muchas invenciones de aquel tiempo de inquieta rebusca, estaban en evidente desproporción con las descripciones generalmente ampulosas de sus generadores, descripciones que recuerdan el reclame moderno. Más decisivo fué que la necesidad de artículos al principio quedó limitada, y faltaban también capitales necesarios para la introducción de métodos mejorados de producción. Sin embargo, entretanto habían tenido lugar acontecimientos que vencieron lenta, pero en el curso del tiempo cada vez más decididamente los cuadros económicos conocidos y obraron en el sentido de la ampliación de las necesidades y de la producción. Nos referimos a los grandes viajes marítimos de fines del siglo XV. Mediante ellos, se agrandó de un golpe el mundo, infinitamente. Las nuevas colonias exigían una afluencia ininterrumpida y creciente de artículos de los países originarios y con el tiempo la piratería transatlántica se convirtió en navegación comercial.

Las nuevas necesidades cayeron, pues, en consecuencia, en una contradicción cada vez mayor con la economía urbana medioeval. Esta era una economía ajustada a las necesidades. La producción se regulaba estrictamente según las necesidades de la propia comunidad urbana. El comercio y el tráfico de artículos puede decirse que no existía.

En una gran lucha secular es vencida la contradicción y el orden económico de la ciudad medioeval, desechado en favor de la economía nacional o estatal. Naturalmente, esa transformación se realiza primeramente en aquellos países en donde se vierte más la corriente de oro de las nuevas partes de la tierra y cuyos intereses coloniales son más manifiestos. También es aquí donde encontramos los primeros comienzos de la forma fabril, la *manufactura*. Aunque fundamentada en la habilidad artesana, la manufactura, es ya una forma fabril capitalista. Recibe ese carácter justamente por dos singularidades: de los artesanos hace jornaleros y descompone la producción en muchos procesos de trabajo especiales. Lo que hasta entonces era realizado por un artesano, pasa ahora por las manos de muchos. La manufactura no hace ya uso, pues, de todas las habilidades del artesano, sino sólo de una parte de ellas.

En consecuencia tiene lugar también la modificación de las herramientas. Estas se adaptan a la actividad singular de cada obrero y esa "diferenciación de los instrumentos de trabajo" es la que lleva por sí misma en cierto modo al pensamiento de hacer pasar el movimiento de las herramientas simplificadas de la mano a la máquina.

Con eso se ofrecieron tareas concretas a los inventores que experimentaban sin plan alguno y así encontramos también con la difusión creciente de la manufactura un número cada vez mayor de innovaciones y desenvolvimientos técnicos prácticamente aplicables.

Pero tampoco la producción manufacturera podía cubrir las necesidades en aumento. No obstante toda la superioridad frente al artesanado puro, estaba sin embargo demasiado ligada a la voluntad de trabajo de los hombres. Pero los artesanos de aquel tiempo se atenían a las tradiciones medioevales. Según éstas, el hombre no estaba allí simplemente para trabajar, sino ante todo para vivir. El "lunes azul" y el sábado libre después de mediodía, permanecieron en pié lo mismo que los innumerables días de fiesta. En vano intentó el patronato romper esas tradiciones y prolongar la jornada de trabajo.

Ante todo existía la aspiración de suplantar la fuerza física necesaria para poner en movimiento las máquinas. Donde existía agua corriente, pudo llevarse a cabo ese propósito por medio de las ruedas de agua primitivas, pero justamente en la minería, donde eran necesarias muchas fuerzas, la naturaleza había generalmente privado de ese socorro; se dependía en general de la energía de los músculos humanos. Era una labor indecible[illegible]. Diariamente debían trepar millares de hombres a la rueda que ponía en función la bomba absorbente del agua de las minas. A un inglés se le ocurrió el pensamiento de hacer pasar esos trabajos a una máquina que crease ella misma su fuerza. Ese hombre fué el inolvidable Thomas Savery, que transformó la energía del vapor, conocida desde hacía siglos, en fuerza motriz y construyó una máquina que levantaba y bajaba sola el brazo de la bomba. Su construcción tenía aún muchos inconvenientes — ante todo el excesivo empleo de carbón necesitado por la utilización ineconómica del vapor producido—, pero tenemos en ella la primera máquina de vapor destinada a un trabajo práctico, que luego, con los mejoramientos apropiados, debía llevar a una completa transformación de la producción y con ello de las condiciones económicas generales. Fué el desenvolvimiento que le dió Watt medio siglo más tarde, lo que dió a la marcha triunfal del vapor su tempestuosa celeridad.

La vía que seguía la manufactura fué definitivamente abierta. El músculo humano había encontrado un suplemento mil veces más poderoso. Con ello quedó libre el campo para la introducción de máquinas que exigían grandes y complicados empleos de fuerza. En todas partes donde los hombres actúan aparecen repentinamente nuevas combinaciones de herramientas. Ante todo en la industria textil producen una verdadera revolución los inventos del barbero Arkwright y del cura Cartwright, pues hicieron posible la producción en gran escala.

En vano se defienden los gremios contra el empleo de esas nuevas máquinas, en vano se refieren a la completa ruina del artesano independiente. Todas sus protestas se estrellaron en el poder del vapor a quien se somete toda la producción, llevándola definitivamente del taller y de la vivienda del artesano independiente a la fábrica. Esto, claro está, es sólo simbólicamente justo, pues el vapor no es ni voluntad ni dominador. Pero lo fué en las manos de aquellos que disponían de medios para utilizarlo.

Ya en las próximas décadas, la instalación de la primera máquina de Watt nos da una espantosa ilustración. Mientras que en la segunda mitad del siglo XVIII se había conseguido muy poco imponer a los trabajadores un aumento digno de mención en su jornada y ni siquiera las autoridades públicas a quienes se apeló pudieron favorecer esas aspiraciones, con la posibilidad de un empleo mayor de las máquinas a vapor mediante el invento de Watt, cambió repentinamente el aspecto de la cuestión. El primer efecto de su introducción, rápidamente multiplicada, fué que una gran parte de los trabajadores quedó sin trabajo y la carencia de brazos dominante en todo el período precapitalista, que se había agudizado especialmente con la aparición de la manufactura, se transformó en un cierto excedente. Por primera vez surgió una reserva de obreros, que ciertamente fué absorbida en su mayoría de nuevo por las industrias que nacían simultáneamente — ante todo por la industria de las máquinas y por la mayor obtención de metales exigida.

(El ímpetu con que la producción fabril desalojó la producción artesana puede calcularse por el hecho que ya en 1810 trabajaban en Inglaterra 5000 máquinas a vapor).

La máquina entrañó además otra consecuencia: ensanchó el círculo de los trabajadores. Con la descomposición cada vez mayor del proceso de trabajo en actividades especiales y su ejecución por las máquinas, cesó su dependencia de la habilidad personal de los obreros. Para la vigilancia de las nuevas máquinas podían emplearse obreros sin oficio.

Cuan desconsideradamente se hizo uso de esa posibilidad nos lo dice una simple ojeada a las condiciones sociales de la clase obrera inglesa en la primera década del siglo pasado. En el curso de dos décadas se redujeron los salarios de los artesanos a una tercera parte.

Así pues, el primer círculo que la máquina obrera, imaginada como un beneficio, traza, no es un mayor bienestar y enriquecimiento de la vida por la liberación del trabajo, sino una miseria creciente, una mayor fatiga y — al menos en lo referente al artesano y a la industria — una violencia no conocida ya desde hacía mucho tiempo.

No es ningún milagro que el pueblo laborioso se opusiera con desesperación a esa esclavización y que en primera línea hiciera a las máquinas objeto de su furor. Comienza un movimiento colectivo. El proletariado se recuerda de su fuerza física y la descarga en las creaciones inanimadas del espíritu de inventiva que hizo cada vez más inútiles a sus manos. Es la época de los ludditas, aquellos desesperados tejedores e hilanderos que llevando en sí todavía el vivo recuerdo de un tiempo mejor, penetraron con el martillo y el hacha en las fábricas y defendieron en su sagrada locura el pasado contra el futuro, el tiempo del artesano basado en la "tierra dorada", contra la miseria de las masas creada por la época del maquinismo.

Se sabe qué conclusión sangrienta tuvo la lucha de aquellos hombres tenaces, que llenó los años 1811 y 1812. Dejando ya a un lado la ardiente intercesión de un poeta de la importancia de Lord Byron, tuvieron que subir por docenas al cadalso. Pues las máquinas estaban protegidas por leyes más severas que los hombres privados por ellas de su pan.

Con eso se decidió definitivamente el destino de los hombres y de las máquinas cima de cadáveres se abrieron éstas el camino como una potencia igualmente fecunda en creación y en destrucción, en bendición y en maldición, que todavía encanta y espanta continuamente a nuestra generación.

Pero así como en el maquinismo una creación puso fin a otra y preparó otra nueva, a aquella heroica sublevación de los ludditas siguió unos años más tarde un nuevo movimiento de los trabajadores. Estos no descargaron ya su irritación contra aquellos muertos, sino que comprendieron cada vez más claramente que no eran las máquinas en sí, sino aquellos poderosos que disponían de ellas por la fuerza de su capital, los causantes de su fatalidad; aquellos poderosos que pudieron falsear la potencia destinada a servir a los hombres en una potencia que los dominó. Por primera vez reconocieron los obreros que también las máquinas rehusan producir cuando ellos les niegan el servicio de sus brazos en una decisión armónica. Vemos encenderse los primeros movimientos huelguistas, como símbolos luminosos de un poder nuevo, hasta entonces no comprendido y verdaderamente no comprensible: la agrupación del proletariado para la conquista de sus derechos económicos y políticos. El obrero no se

considera ya como un individuo, como un abandonado ineludiblemente a su destino, sino como miembro de una masa unida en el mismo destino. Ahora sabe también que una resistencia y una lucha individual es inútil y tiene que serlo, y que el valor y el sacrificio personales sólo son fecundos cuando se unen a la totalidad de sus compañeros de destino. Y lo que es más importante: la mirada no es ya dirigida al pasado, al tiempo que no puede resucitarse ya de los gremios o gildas, sino que es presentado un nuevo ideal como objetivo de lucha: la comunidad popular socialista.

El maquinismo no sólo ha dado así un arma a los capitalistas, sino también a los trabajadores, pues por esa agrupación de un número creciente de obreros en un establecimiento se dió también una base material importante para su asociación en una comunidad de lucha inspirada por una voluntad.

Pasaron aún años y décadas hasta que ese conocimiento pudo llevar a la formación de poderosas asociaciones. La clase dominante comprendió pronto la amenaza que debía significar la agrupación orgánica de los trabajadores para su dominación y trató de reprimirla con los párrafos de la ley que estuvieron pronto a su disposición. Primeramente tuvo que conquistarse el derecho de asociación en duras luchas. El proletariado inglés lo consiguió tan sólo en 1846.

—

Han pasado más de cien años agitados desde aquella sublevación elemental del proletariado contra los brazos férreos. De Inglaterra pasó la revolución industrial al continente europeo. En Alemania entró proporcionalmente tarde. Las continuas guerras habían cubierto este país, excluído de las fuentes coloniales, de espantosa pobreza y rehusado las condiciones materiales previas para la introducción de maquinarias costosas. Pero ya antes de la implantación de las primeras máquinas habían proyectado éstas su obscura sombra en Alemania y conmovido en élla una próspera industria artesana. Nada se ganó con que los laboriosos tejedores de Silesia prolongaran su jornada hasta la alta noche y con que obligaran a las mujeres y a los niños a trabajar en el telar y en la rueda de hilar; ni la fuerza unida de todos los brazos de la faminia pudo resistir la concurrencia con Inglaterra en donde predominaban las máquinas textiles a vapor.

El mismo destino de los hilanderos y tejedores tocó en el curso del tiempo a casi todo el resto de los artesanos. Ninguna rama de la actividad humana quedó inmune de las máquinas. En todas partes apareció como un ser misterioso y suprimió o destruyó los oficios que alimentaban las familias.

Como un acontecimiento de los más ricos en consecuencias se demostró la invención de Stephenson, que consiguió transformar el vapor en fuerza motriz y con ello superar el mayor obstáculo que se presentaba en el camino del ensanchamiento de la producción: la distancia. Sólo penosamente podían los hombres que vivían en un mismo país entrar en comunicación mutua y transportar por los caminos las materias primas y los productos. Ciertamente el país había sido cruzado en el siglo 17 y el 18 por una red de caminos, pero sin embargo desproporcional. En oposición a la tierra, el agua no había obrado nunca como factor de separación. Sobre las olas del mar emprendieron ya los fenicios atrevidos viajes comerciales a los países más lejanos. El agua se apareció incluso a todos los pueblos primitivos como algo que unía las distancias. Por eso tocó al invento de Stephenson una importancia desigualmente más decisiva que al barco de vapor construído unos años antes por el norteamericano Fulton (1807).

Pocos años después, la mayoría de los países europeos eran recorridos por los railes ferroviarios, por los cuales circulaban los trenes como arrastrados por caballos vaporosos. Los hombres se aproximaron entre sí, pero eso sólo fué un fenómeno accesorio del nuevo sistema de comunicaciones y de transportes. El ferrocarril no sirvió preferentemente a la comunicación de las ciudades y aldeas esparcidas por el país, sino más bien a su integración en la producción industrial. Donde fueron colocados railes que atravesaban vastos valles hasta entonces en el período anterior al maquinismo, allí levantaron pronto sus largos cuellos las chimeneas de las fábricas.

Simultáneamente las máquinas fueron mejoradas sin cesar, el giro de los volantes precipitado y creadas nuevas combinaciones que simplificaban cada vez más la vigilancia y el servicio de los hombres Pero en oposición a los tiempos anteriores, donde los mejoramientos o innovaciones surgían más o menos de la intervención feliz de los profanos, la técnica se convirtió ahora en objeto de investigación especial. El inventor sin plan y que seguía sólo la conducción insegura de su fantasía, fué suplantado por la ciencia que procede por el cálculo y la observación estricta de las leyes de las fuerzas naturales y artificiales.

No se puede pensar aquí en dar un resumen, aunque sólo sea muy somero, de los innumerables mejoramientos que debe la técnica a esos numerosos hombres que han trabajado desde el comienzo del siglo pasado con un celo infatigable, sin vacilar ante los fracasos y las burlas, en el perfeccionamiento de los métodos de producción y en la invención de otros nuevos. En labor unificada han creado verdaderos monstruos mecánicos que, servidos por muy pocas manos, no sólo suplen un elevado número de artesanos instruídos de otros tiempos, sino que levantan como jugando las cargas más pesadas y doblan bloques de hierro como si fueran pasta de pan. Han surgido gigantes férreos del trabajo que no se habría atrevido a soñar la fantasía más temeraria al comienzo de la revolución industrial.

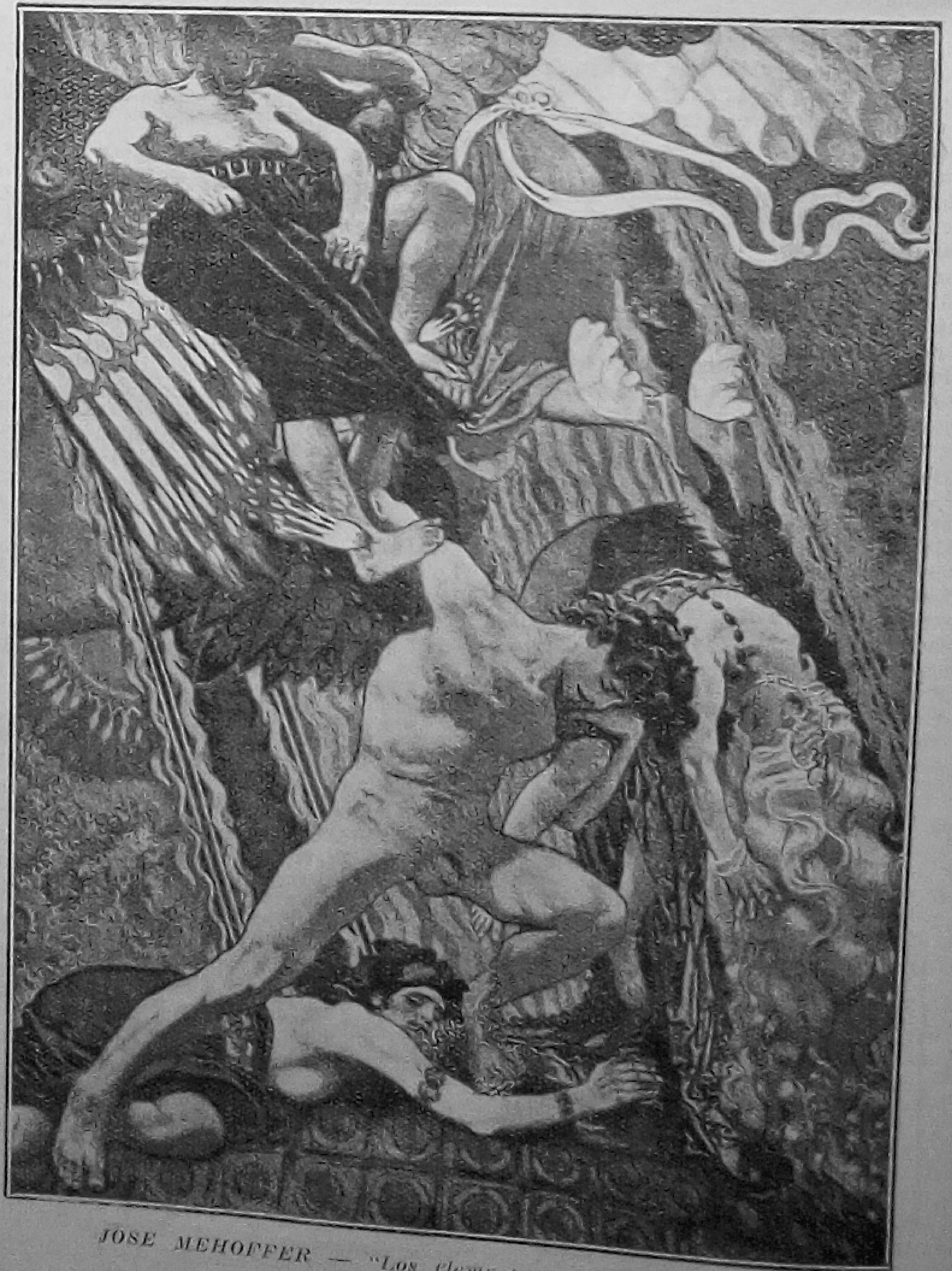
Es una obra gigantesca la que ha erigido, en el curso de pocas generaciones, el hombre jamás en paz. Un moderno Prometeo, ha creado de las arterias roqueñas de nuestras montañas una nueva generación animada con vapor y electricidad, que se abre sin egoísmo como las creaciones de Dédalo o el trípode de Efeso para el trabajo sagrado y que mueve por sí misma sus mil brazos. La leyenda de la "fábrica sin obreros" no es ya ninguna broma. El ingenio humano ha desechado el sudor de los hombres, y no sólo ha desalojado la mano de la fábrica moderna, sino también el espíritu humano

Artes plásticas polacas

Fué en la pinacoteca Percier, de París, que Eugenio Zak expuso unas cuantas acuarelas con un núcleo de pintores rusos de vanguardia. La revista francesa "L'Art Vivant" reprodujo una de ellas, entre los trabajos de otros artistas, los mejores de ese grupo, Tereschkowicht y Gloutchenko, ambos muy personales, no obstante la influencia experimentada por ellos y ya superada del cubismo en un sentido más realista. Hay que confesar que poco añaden de valor a su obra total estas sus nuevas producciones; a pesar de las críticas favorables y muy elogiosas de algunos cronistas parisienses de gran renombre.

El grupo de escultores de entonces, aunque numerosos, no estuvieron a la par de sus colegas, los pintores, y sobre todo no ofrecieron un conjunto tan homogéneo, ni una orientación definida en lo tocante a las características regionales; poseían facilidad, brío, abundaban en ideas plásticas, pero se hallaban demasiado cerca al occidente de donde tomaban todas las imspiraciones, sin que pudieran asimilárselas y en cierta manera hacerlas suyas. Faltó a la escultura polaca un escultor, un estatuario de gran estilo como Ivan Mestrowik; no escasearon los talentos exhuberantes, los virtuosos, más brillantes que profundos y más versátiles que firmes en la prosecución de un solo propósito, en el logro de un ideal de perfección nunca alcanzada, pero siquiera entrevista y puestas las miras en ella. Mientras los pintores paisajistas, retratistas y de todo género, tomando quien más, quien menos, lo que les convenía venido de fuera, intentaban reproducirlo en acento vernacular, los escultores practicaban un cosmopolitismo un poco desmedrado para ellos. De todos, el más hábil, el más elegante fué Eduardo Wittig, muy admirado en un tiempo en París, especialmente por parte de los ricos y los poderosos, a quienes pudo halagarlos con sus retratos un tanto adulones. Como la Gandara, Boldini y otros artistas, quienes hacen su fortuna con el mundillo de los felices, Eduardo Wittig tuvo su época de gran boga en los salones mundanos. Lo que prueba que sólo hubo de ser polaco de nacimiento. No obstante estar convencidos que al arte no puede encerrársele en las fronteras de un determinado país, deberemos reconocer que si el artista es sincero, debe empezar por expresar lo suyo, lo que se halla ante sus ojos, lo que él conoce mejor, lo que más haya vivido en su fuero interno. Y por más que adopte un lenguaje parecido en muchos contactos al empleado en otras tierras, siempre habrá algo de peculiar, identificándose donde más permaneció, ya siendo su aldea, o ciudad, o el lugar del país donde se aclimató. Tomemos, por ejemplo, tres escultores célebres, algunos geniales, que tuvieron y tienen todavía una gran significación en la escultura contemporánea: Rodín, Medardo Rosso e Ivan Mestrowik: los tres tienden a la universalización de sus conceptos plásticos, y a pesar de eso son tres tipos étnicos distintos y definidos. Hay algo de la italianidad en la conformación de uno y de los personajes que representa; como lo habrá de gálico en el otro y de eslavo en el tercero. Es el límite hasta donde puede pedirse al artista que realice arte nativo. Se confunde ciegamente el nacionalismo con lo regional y vernacular; tres cosas, aunque parecidas, asaz diferentes. El arte nacionalista es una aberración, y un fenómeno semejante puede durar en estos países advenedizos, que instantáneamente quisieran poseer un arte propio, o sea en el curso de pocos años. Sin tradiciones; sin la impregnación cultural necesaria para adecuar el ambiente hacia los anhelos estéticos; sin un sedimento artístico de su antepasados, más que las sombras de las artes aborígenes, restos indecisos, borrosos, topografía sensitiva de una raza ultimada, mal puede pretenderse un ligero asomo de originalidad en las manifestaciones colectivas de sus planteles de artistas. El nacionalismo en arte es la ficción patriótica que quiere engañarse a sí misma: completamente artificial cuando consigue acaparar algunos artistas, que son los más avejentados.

Estamos rebatiendo algo tan endeble y tan inconsulto, que, si no fuera por los adictos que tiene aquí, entre los artistas y los legos, no hubiésemos dicho una sola palabra. Lo regional, siendo la fisonomía viva de las poblaciones, es susceptible de infitrarse en las producciones artísticas, por medio de las costumbres, el color peculiar, el lenguaje, y puede ser meramente pintoresco en la obra de arte. Lo vernacular es la esencia, lo íntimo de todo eso, color, lenguaje, costumbres y configuración arquitectónica de una determinada comarca. Si especialmente se refiere a los idiomas, es por ser ellos los depositarios de todos los tesoros de una raza. Quedamos en lo artificioso del nacionalismo artístico; en la viviente apariencia de lo regional; y en lo substancial de lo vernáculo. Como hasta ahora lo hicimos notar, el arte polaco se detuvo nada más que en el regionalismo, sin ir más allá. Sus escultores, como Estanislao Osztrowski, casi imitador de Canonica, uno de los buenos escultores italianos de aquel entonces, no supieron zafarse del influjo fascinador de ciertos maestros de occidente. Sin embargo, muchos de sus retratos femeninos están modelados con noble prestancia; con rasgos firmes, y son de un admirable color. A veces languidecentes y de un romanticismo muy de moda entonces, supieron llamar la atención por la delicadeza de su sensibilidad. Muy solicitado por la aristocracia de su país y por la burguesía rica, pasó como uno de los buenos artistas de su tiempo. Algunos discípulos siguieron sus huellas, sin que por eso pueda decirse hiciera escuela, como un Juan Matejko y Juan Stanislawsky, el paisajista. Enrique Hochmann es mucho más expresivo y se apega, está fuertemente adherido al terruño. Pudo concebir y realizar un "Hebreo orando", que en algo hace recordar al escriba egipcio acurrucado, y también algunas figuras incaicas



JOSE MEHOFFER — "Los elementos subyugados" (Decoración)

sobre el mismo tema. Es un hebreo de Galitzia, de extraordinario carácter, retoño de una raza de costumbres extrañas, con una ritología religiosa casi opuesta a sus coetáneos de otras regiones. Este verdadero maestro, con un temperamento más alemán que eslavo, trabajó mucho en este medio, dejando una serie de máscaras en las cuales se retratan verdaderos estados de alma: místicos en éxtasis; otros de serenidad beatífica; unos de frenesí fetichista, auténticos rostros de poseídos; facciones de histeria; otros de ocultación medrosa, como del criminal que esconde en los repliegues de su alma la sangre que virtió; perfiles de garduña, narices corvas, con el sello de la rapacidad estampado en la cara, en fin, toda una galería de tipos de esta raza milenaria que crece en todas partes como los yerbajos en los barrancos, en las paredes, entre las piedras, extendiendo sus ávidas raigambres por doquier, no importándole el odio, el desprecio, la enemistad de los hombres, la ingratitud de un supuesto cielo católico romano, soportando privaciones, humillaciones sin cuento. De factura tosca, la ejecución Hochmann tiene un sabor rústico que se aviene con toda justeza con el sujeto tratado. Neutro de colorido, por la sobria austeridad del modelado, que únicamente busca sorprender el fugaz y volandero gesto o mohín de una boca femenina, el rasgado sesgo de unos ojos, hay veces que le basta la indicación sola de estos rasgos para darle un extraordinario relieve a la fisonomía que quiso traducir sumariamente. Pero su hábito se halló más bien lejos de estos métodos impresionistas, por decirlo así. La necesidad que le imponía el modelo, es lo que determinaba estos cambios de técnica. En los niños y en las mujeres parecía que apelara a medios más ingenuos, más primarios para expresarse. En cambio, Constantino Laszczka, dedicado exclusivamente a este género infantil, empleando otro tecnicismo realizó cabezas de niños vivaces y graciosas, sin que pudiera llevarlas al carácter, como lograba hacerlo Enrique Hochmann. De vena fácil, pudo arrojar al mercado del arte una producción abundante, que luego podía ser reproducida industrialmente. Dado un poco a la bonitura del bibelot, en ese género frívolo de una ornamentación muchas veces banal, descolló y cumplió en cierta manera su misión de artista menor. Ya en su madura edad, reaccionó, mejorando mucho su labor, dejando bustos y cabezas de cierta importancia. Juan Scepanowski también incurrió en los mismos defectos de su colega anterior aunque en su obra total le sobrepasó aventajándolo, siendo comparado con Osztrowski, el celebrado maestro de aquel tiempo. Su producción se compuso en su mayoría de retratos. Atildado, justo siempre de valores, frío, un poco fotográfico, era de una gran corrección, lo que constantemente le valió el favor público. Todo el mundo sabía que por lo menos el parecido era exacto, y para el gusto común nada hay que lo complazca más. Anastasio Lepla, de quien se publica un busto en estas páginas, es el escultor decorativo de este grupo. Ya en esta escultura nos da a entender algo de esto. Hay una manera de manipular la materia en vista del efecto, del brusco contraste, que condice perfectamente con los ornamentistas de fachadas, cuando eran los buenos tiempos en los cuales los artesanos artistas se entregaban a tales menesteres. Esta modelación va, naturalmente, en detrimento de la solidez. Si su estructura armoniosa lo salva de la frivolidad decorativa — no hablamos solamente de esta cabeza — se enfrasca un poco en el arabesco por el arabesco. Sus bajorrelieves fueron justamente celebrados por las escenas campestres, así como por la agilidad de la técnica. Hizo, además, grandes frescos de barro desbocando libremente su fantasía, representando mitos, leyendas, historias, siempre adornados con la flora peculiar de su país. Tuvo el don de captar el aspecto decorativo de los elementos, sin poseer ese otro poder, tan necesario a la perdurabilidad de la obra de arte: desentrañar tras lo aparente lo que es eterno. En una palabra, de su inspiración, de su contacto con la naturaleza, no supo seleccionar entre lo valedero y lo perecedero. Su vasta labor, sin ser desdeñable, puede ser distinguida en lo que se diferencia de la mayoría de sus colegas de esa época.

Axentowicz es el escultor que con Eugenio Zak, prolongándose más allá de sus coetáneos, anuncia la renovación de una forma nueva de arte. Instruído en las modernas escuelas francesas que partidas del noble realismo de un Rodín se internan en las profundas fórmulas geométricas, para obtener una mayor agudeza y sobriedad por sus ángulos múltiples, pudo crear algunas esculturas impresionantes por cierto sentido oculto que había en ellas. De todos, fué quizás el más poeta. El *Dante*, que llevara al último límite de la expresión de severo ensimismamiento ideal, ha sido calificado por la crítica contemporánea de concepción filosófica. Eminentemente plástico, en el número mayor de sus obras, se complace todavía en el asunto anecdótico, sin que la robustez de la construcción se resienta por ello, y quizás gane.



ANASTASIO LEPLA — "Cabeza viril"

Hubo un tiempo — así como lo hiciera Estanislao Wyspianski — que en el afán de la búsqueda tangible de ciertos símbolos, estuvo a punto de caer en lo mórbido y lo monstruoso. Era una de estas producciones, la de cuatro mujeres de edad indefinible, tocadas con indumentarias modernas, en que una está por caerse, otras danzan, y otra, decapitada, inclínase reverenciosa; y hay en todas ellas, particularmente en esa cabeza arrancada del cuello, como otras tantas testas de trágica historia caídas en el cesto del verdugo, tanta amargura y pavor como en los más terribles cuentos de Poe. Sin embargo no fué éste el género en que estuvo mejor ni dió todo lo que tenía en sí. Cuando un arte invade los dominios de otro, padecen ambos. En este período, un si es no es malhadado para él, no hizo buena escultura, y, por supuesto, ni una óptima literatura. En las postrimeras de su madurez la salud le volvió, emprendiendo una obra sana y activamente plácida.

Después de la emancipación nacional, Polonia y sus artistas, por el doble contacto de Rusia, donde impera en todo su vigor un novísimo módulo de arte, y de Francia, la originaria, evoluciona rápidamente, presentando en la última Exposición de Artes Decorativas uno de los pabellones que más atrajo todas las atenciones. Era una adaptación feliz y viva de las tendencias modernas con acentos propios de su alma eslava.

De ello y de los artistas que se distinguieron en esta singular ocasión, se hablará algún día. La visión retrospectiva se completará con la actual, haciendo posible una más intensa comprensión —At.

El espíritu necesita, lo mismo que el cuerpo, de una continua alimentación siempre adecuada a su capacidad asimiladora. — LA MOTHE LE VAYER

EL HORROR DE LA GUERRA

...Sí; hay algo que sobrepasa todos los horrores; existe una realidad que supera las más atroces pesadillas, y es esta:

Vivir, ver el sol, hallarse poseído plenamente de una fuerza viril, tener salud, alegría, reír abiertamente, caminar hacia la gloria, sentirse el pecho y los pulmones que respiran; un corazón que palpita, tener una voluntad poderosa; pensar; abrigar esperanzas; amar; tener una madre, una esposa, hijos; gozar de la caricia de la luz y, repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, caer, derrumbarse vertiginiosamente, viendo las mieses, flores, ramajes, los cielos, y no poder asirse a nada, comprobar la inutilidad del esfuerzo al esgrimir el sable; sentirse pisoteado por hombres y caballos; sentir que una coz os hace saltar el ojo de la órbita, sofocarse, retorcerse, quedar un instante quieto y pensar: **HACE UN MOMENTO YO ESTABA VIVO...**

VICTOR HUGO

HEROES DE AYER, DE HOY Y DE MAÑANA

La multitud necesita adorar. Si no tiene héroes — porque no existen o porque no es capaz de verlos —; se los crea. El comandante español Franco, es el último héroe salido del horno del entusiasmo público. La muchedumbre lo ha fabricado héroe, y lo lleva sobre sus lomos, acostumbrados a llevar cargas más pesadas, por cierto, que la de este idolillo fugaz y sonriente.

¿Qué clase de héroe es éste al que un público internacional y salido de todas las clases, aclama? ¿Cuál es su proeza?: No es nada más que un héroe del valor físico, colocado un tramo encima de un soldado, un boxeador o un torero. Y esa misma multitud internacional y salida de todas las clases sociales que hoy victorea a Franco, es la que victoreó a un soldado ebrio de pólvora, de alcohol y de inconsciencia que conquistara banderas al enemigo; es la misma que se enfurece rugiendo el nombre del torero que mata con habilidad a la bestia cansada y desangrada, y es la misma que se desgañita mugiendo por el boxeador que pega con la necesaria fuerza y precisión para desmayar a un semejante. A veces va más lejos la multitud traspasa los límites de lo humano, aunque en desmedro de ella misma, y adora, victorea y ruge entusiasmada por un caballo de carreras: El caso del caballo Botafogo, ídolo antes de ayer de la multitud de Buenos Aires, está demasiado reciente para que lo olvidemos. Y esa misma multitud es la que ayer ennegreció la Avenida de Mayo en loor del boxeador Firpo, un hombre de un valer intelectual y moral poco más arriba que el de un caballo. Hoy vibra por Franco. Bestia expansiva la multitud que tiene el grito y el aplauso siempre a flor de su entusiasmo: voz de su ingenuidad.

Esta vez no se admira sólo la hazaña pues, de haber sido turco o japonés el aviador, Buenos Aires no se hubiera desbordado como lo ha hecho. Esta vez intervienen los factores de la soberbia racial y de la vanidad patriótica. La hortерada que el Día de la Raza se echa a recordar la hazaña de Colón — discutida como tal por los historiadores sagaces —; se echa ahora, frenética, a vivar a quien pudo venirse, volando, de España a América, y eso siendo latino, más aún: ¡español! La raza se ha salvado. España ya ha salido de su decadencia, pese a sus frailes, sus toros, sus políticos, su monarquía, sus militares, su analfabetismo y su vergonzosa, lamentable guerra de Marruecos. España, porque Franco ha hecho lo que ha hecho, ya puede equipararse a las naciones más adelantadas del planeta. No importa que no tenga industria ni ciencia, no importa que su porcentaje de analfabetos y de tísicos sea pavoroso; no importa que su pueblo aborregado soporte mansamente, una dictadura militar y una guerra de rapiña; no importa que sus escritores — salvo Unamuno y Samblancat — se hayan mostrado una recua de cobardes, sin un grito contra los conculcadores del derecho, contra los violadores de la ley fatal de la evolución. Los latinófilos, los hispanófilos no ven, no pueden ver, borrachos de júbilo, todo esto; y prefieren cantar, chillar, pasear, brincar. ¿Una proeza española? ¡Hacía tanto tiempo que la multitud no veía una que ya se había olvidado que los españoles son capaces de hacer proezas! La de Unamuno, diciéndole todas las verdades al mequetrefe del rey y perdiendo sus cátedras, saliendo desterrado; no cuenta. La de Cajal, silenciosamente doblado 40 años sobre el microscopio; ¿es hazaña?, se preguntarán los patriotas españoles. Coincidente con Franco, está en Buenos Aires, Rey y Ortega, un gran histólogo español. ¿Qué patriota español lo conoce? Bien es cierto que Rey y Ortega — como Cajal — ya no son orgullo de una patria, su obra pertenece a la humanidad. Precisamente esto es lo que no han comprendido los que ven en la acción de Franco una hazaña de un hombre, de un hombre español, de un hombre latino. No ha habido aquí, hazaña de un hombre, de una nacionalidad, de una raza. Si ha habido hazaña, lo es de la ciencia; y la ciencia — como el arte, más que el arte — es internacional. El vuelo de España a América, tiene precedentes. Franco tiene precursores. Antes que se construyera — en Italia y por industria alemana, su prodigioso aparato; muchas tentativas se han hecho, mucha energía, mucho fósforo cerebral, hasta mucho valor físico ha gastado y malgastado la humanidad para que él fuese posible. Franco no brotó por generación espontánea. Es una consecuencia de todo lo realizado por españoles, ingleses, alemanes, yanquis, japoneses, italianos, rusos, americanos, etc., etc., por hombres de todas las nacionalidades, razas y continentes. Triunfa en Franco, no una raza ni una nación; sino la humanidad entera. Para que Franco llegara, victoriosa, fácilmente desde Palos a Buenos Aires; ha sido necesario sembrar mucho dolor humano, mucha angustia, mucha inquietud. Son millares el número de aviadores de todas las nacionalidades, muertos en la conquista pacífica del aire. ¿Para qué contar los que murieron matando?

Franco es un hombre con suerte. El ha realizado lo que otros muchos, hoy, son capaces de realizar. Esta no es una afirmación arbitraria. Recuérdese lo hecho por los aviadores yanquis en su vuelo alrededor del mundo, por De Pinedo — italiano — desde Roma a Tokio, por Pelletier — francés — desde París a Tokio, por Alcock y Brown — ingleses — desde Terranova a Inglaterra, por Zanni — argentino — desde Amsterdam a Tokio, por Sacadura Cabral — portugués — desde Lisboa a Noronha; y se verá que el raid del comandante español es una etapa, muy meritoria, de la aviación universal.

No quiero restarle méritos, sino ser justo. Y es justicia decir que Franco no merece la apoteosis personal que se le está haciendo. El es otro colaborador que se agrega al número de los tantos que están conquistando el aire para la humanidad, para que los pueblos se vinculen, se conozcan, se amen. No es ni el más glorioso ni el mejor. Ni es el pináculo de la aviación como esta ridícula apoteosis (en la que el periodismo mercader tiene tanta culpa y de la cual medra), como esta hiperbólica apoteosis pretende hacernos

creer. Dentro de cinco años, otro aviador, quizás congolés, quizás guatemalteco, habrá realizado tal cosa que el nombre de Franco será un eco débil, un reflejo pálido de la gloria, de esa misma que él creerá, en este momento, una hembra a él entregada.

Franco tiene este mérito: pese a su investidura militaresca, es un "héroe" de la paz. Es también un hombre valeroso, pero su valor es físico, puramente. ¿Y todavía la humanidad ha de estar postrándose ante los héroes del valor físico? Poco tiene que agradecerle a los tales. Ellos siempre la han oprimido — guerreros y gobernantes — o la han brutalizado — toreros y boxeadores. El valor físico es una cosa vulgar. La historia cuenta por millones a los héroes del valor físico. El hombre, por lo común, es un animal valiente, mata y se hace matar, todos los días, por motivos bien fútiles y muchas veces sin motivo, sin saber por qué: ahí está el caso del valientísimo pueblo español desangrándose en Marruecos. El valor físico es útil; pero siempre que esté al servicio de la razón o del espíritu. ¡Loado sea el valor de Lutero, desafiando al poder papal y exponiendo su vida por la verdad! ¡Loado sea el valor del anónimo abnegado que se tira al mar para salvar un prójimo que no conoce! El valor físico es necesario. Sin él, no puede haber valor intelectual ni moral, pero él solo, es un elemento animal que no merece la idolatría que la humanidad le viene prestando desde hace tantos siglos.

Ya es preciso que la humanidad comprenda que hay valores más altos que el brutesco valor físico. Existe el valor intelectual y más aún: el valor moral. Fabre, entomólogo francés, trabajando 40 años en la pobreza y el anónimo, es un héroe intelectual. Gandhi, renunciando a su carrera de abogado que lo hubiera podido enriquecer, por considerarla indigna, es un héroe moral. La multitud que aclama a Franco, a Firpo o al caballo Botafogo; comprende vagamente — cuando lo acompaña el éxito — a un héroe intelectual. La acción de un héroe moral — al que nunca acompaña el éxito — se le escapa completamente. No se ha perfeccionado lo bastante para comprenderla. Claro está que cuando la multitud pueda comprender a un héroe moral, habrá dejado de ser multitud: esa masa informe y berreante que se aglomera detrás del vencedor del momento.

El pueblo español cree héroe a Franco, porque tuvo el valor físico de probarnos que la mecánica internacional ha adelantado lo suficiente hasta hacer posible el vuelo de España a la Argentina en 5 etapas. Si un soldadito, de los muchos que llevan a carnearse en Marruecos, se le plantase al coronel del regimiento y le gritara: "¡Tome mi fusil!" "¡Yo no mato!"; el pueblo español no lo creería héroe, lo creería traidor. ¡Pobre pueblo! No sólo el español, sino todos los pueblos: porque los pueblos, todavía, están muy atrasados en su evolución. Todavía no piensan, se dejan conducir por los prejuicios, ni sienten, todavía se dejan arrastrar por las pasiones: La guerra mundial lo ha demostrado.

Y que Franco no es héroe de hoy — héroe intelectual — ni de mañana — héroe moral —; sino de ayer, un vulgar héroe del valor físico; lo prueba el hecho de que ningún poeta lo ha cantado. Todos los días, en todos los diarios, se publican millares de versos en su loor. Todos malos, pésimos. Todos tartamudeos, ya estén ellos firmados por el trivial Fernández Moreno que manosea los tópicos de la madre patria o por el mercachifle Villaespesa que, a cuatro patas, se encarama por los peldaños de la historia. Un poeta, poeta de verdad, con ideas nuevas y sentimientos nuevos, no puede cantar a Franco, héroe de ayer. Luego Franco no es un héroe. La humanidad no vive de sombras, no se nutre del pasado; sino de hoy y de mañana. Héroes aún: héroes capaces de arrancar el himno de un gran poeta, son los del valor moral, los que están dispuestos a su propio sacrificio para que la humanidad enderece un grado más sus vértebras, en su ascensión del oblicuo cuadrumano hasta el hombre.

Y, entre tanto, mientras el pueblo español, con el pretexto de Franco, se emborracha de palabras gruesas y de lugares comunes; siguen marchando soldaditos, a mutilarse y matarse en Africa, para defender las minas de los capitalistas españoles, de los ladrones de su trabajo, vampiros de su sangre.

Álvaro Yunque

Buenos Aires, febrero 1926.

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(Conclusión)

Si los castillos no hubieran ardido desde mayo de 1879, no habría habido ni la toma de la Bastilla en julio, ni la noche del 4 de agosto. Y al decir eso tengo la ventaja de estar con Taine, — el único, salvo un poco Kareef (que es de la misma opinión) (23), que ha estudiado los movimientos que han precedido la revolución del 14 de julio. ("Conozco 300 motines antes del 14 de julio" dice Taine que no conocía forzosamente más que una pequeña parte — pues la mayoría, de los "materiales feudales" había sido incendiada). La Jacquerie, comenzada desde 1788 (24) y que duró hasta 1792, las seis jacqueries de que habla Taine, fué el fondo sobre el cual se desarrolla la revolución *y sin el cual no habría habido revolución.*

¿Los individuos? ¿Cree que Bakunin no valía por un Danton y Guillaume por un Robespierre? Es ese fondo de la *jacquerie* campesina y obrera en todas las grandes ciudades del noroeste, del este y del sureste lo que les faltó para llegar a ser las grandes figuras históricas de sus predecesores.

Su concepción de la Comuna es también absolutamente contraria a todo lo que yo oí decir a los comunalistas (25). El 18 de marzo, es todo París. Entre las elecciones — digamos entre el 1.o de abril y el 21 de mayo, día de la entrada de los versalleses —, la cifra de los defensores de la Comuna fué en disminución, y nunca — he preguntado especialmente sobre este punto a Lefrançais, Pindy, etc. — nunca tuvo la Comuna en abril y mayo más de 10.000 hombres para defender a París. Sobre este punto han sido muy afirmativos. El 21 de mayo, a la noticia de la entrada de los versalleses, el pueblo se ha sublevado a la voz de Delescluze: "¡Bastante de galones!" etc. Y como por lo bajo se masacraron 23.000, hubo por lo menos 50.000 en las barricadas.

En todas partes, siempre, TODAS las revoluciones — intelectuales y de hecho — se hacen por las minorías. Sólo que, ¿de dónde vienen esas minorías? ¿Quién da el primer impulso en la calle? ¡Ciertamente no los ambientes burgueses! (26). Siempre los ambientes obreros, incluso Barcelona.

(Más tarde Kropotkin insertó al margen lo que sigue:)

Esto se presta quizás a malentendidos. He aquí mi idea: Los motines vienen siempre de los oprimidos, del pueblo. Llega un momento en que el descontento del pueblo corresponde al descontento (nunca dispuesto a volverse activo) de la "inteligencia", de la burguesía (27). Entonces se produce la revolución (28).

Las *Jacqueries*, las guerras de los campesinos, Stenka Razin, Pugatschef, también Milán, Trieste (29), Lyon en 1830... etcétera, he ahí los grandes motines. Todo eso más el impulso de los descontentos burgueses, y tiene Vd. la revolución de 1789 *(Fin de la intercalación)*.

Y es natural. Creía que para todo socialista, para todo anarquista, eso era un punto adquirido. ¿Vd. me hace pensar que habría que volver a escribir todo eso?

—Pasando con Vd. a otro asunto, no veo ninguna razón para su pesimismo. La revolución, como el industrialismo, marcha desde 1864 del oeste al este: Inglaterra, Francia... le toca a Alemania, ahora que se aproxima a su 1848, como Rusia se aproxima a su 1789 (un poco más avanzado). Entretanto Inglaterra y Francia aprovechan los frutos de la revolución en el país que les sigue en revolución, para dar un paso hacia adelante.

En tanto, en el siglo XIX intervino un nuevo factor: las facilidades del transporte, que permiten el comercio mundial, el comercio interior formidable (en América, en Francia, en Rusia), y la conquista de millones de esclavos en el continente negro y amarillo (30).

Además la derrota de Francia, Metz a las puertas de París (31), vuelven a Francia militarista. Todo eso tiene la revolución.

Sé que el período actual que atravesamos en Inglaterra dispone al pesimismo. Pero, ¿sabe Vd. que nuestra tristeza, nuestro pesimismo debido al *failure of England* (32) no es más que el resultado de nuestra ignorancia? Eliseo no debe ver en la Inglaterra moderna más que lo que preveía hace tanto tiempo, cuando le predecía la muerte como a España. Por ignorancia protesté cuando me lo dijo un día en 1881. Pero era por mi ignorancia. ¿Cuándo tuvo Inglaterra en su política exterior una actitud *menos* abominable que en el presente? Las islas Jónicas (Gladstone) y Pretoria (*same* Gladstone) (33) son las únicas excepciones. Pero Pitt, pagando a Rusia, a Prusia, al Austria para combatir a Napoleón, el bombardeo de Copenhague y el de Alejandría, Inglaterra pagando a Polonia para insurreccionarse y a Turquía para combatir a Rusia y dejando aplastar a una y a otra, etc., etc. — Pitt, Palmerston, Disraeli, Chamberlain — ¿en qué es peor el cuarto del *quatuor* que los otros tres? ¿En qué hubo decadencia?

(Kropotkin agrega, como *nota bene*:) ¡también el ascendiente de la bolsa, como en la Génova del siglo XVI, en Venecia, en Roma, en Cartago!

Inglaterra debe perecer, a menos que haga la "revolución de las Comunas", — la disgregación del Estado, — y tome la iniciativa (o siga a Francia) repitiendo la revolución del siglo XVII).

En cuanto a América, — vaya allá; vale la pena, y cambiará, yo creo, completamente de idea. "América país del dólar", es una aserción tan falsa como el "Puente Nuevo", que es el más viejo de los puentes de París. Elías Reclus me decía un día: "Si todo el mundo dice que una cosa es así, estad seguros de antemano que es absolutamente falsa". ¿País del dólar?... ¡País de los *cranks*, al contrario! y los *cranks*, son Vd. y yo, todos los rebeldes. Se compran bibliotecas y cuadros; pero les hacen falta algunos modelos para su arte, ya tan poderoso en escultura y arquitectura, aunque tan joven. He aquí mi opinión. En ninguna parte de Europa, tomando cien hombres al azar, encontrará tantos entusiastas dispuestos a avanzar por caminos completamente inusitados, como en América. En ninguna parte se atribuye tan poca importancia al dólar: ganado — perdido. En Inglaterra se estima y se *worships* el *pound* (34) — pero seguramente no en América. He ahí lo que es América. La comuna de Oregón está más próxima que la comuna de la menor aldehuela de Alemania (35).

Pero volviendo con Vd. al asunto de su carta, ¿Vd. dice que se ha cambiado de método en 1894? ¿Es verdad? (36).

El *tono* es ciertamente más calmoso que lo era entonces, lo mismo que el tono en los años 1884-90 fué más calmoso que lo había sido en 1881-82. Es uno de esos vaivenes que se encuentran en todo desenvolvimiento. El mismo tono elevado, pero ya más profundo, yendo ya más al fondo de las cosas, se volverá a encontrar cuando entremos de nuevo en un período más tormentoso. En hecho de cambio, no veo mucho.

Yo por mi parte, he sido siempre comunista, he predicado siempre — desde el *Bulletin* jurasiano a la *Révolte*, la participación activa en el movimiento obrero: *el movimiento obrero revolucionario.* Ultimamente hice mi colección de la *Révolte*. Y bien, en cada número encontré uno y a menudo dos artículos míos hablando del movimiento obrero revolucionario. Por tanto, al menos por lo que se refiere a la *Révolte*, no se puede decir que hemos cambiado. ¿Es de Pouget de quien Vd. habla, que hace la *Voix du Peuple* (37) en lugar del *Peinard*? Y bien, tiene perfecta razón si, después de haber trabajado en la *elaboración de la idea*, trabaja en *difundirla*, en hacer penetrar las ideas anarquistas y revolucionarias en el ambiente que será el único que tomará un día el fusil para hacer la revolución. En cuanto a la juventud, que a veces ha hecho artículos muy anarquistas, aun quedando fuera del movimiento de todos los días, — los unos continúan ayudándonos por medio de la pluma y el lápiz en los periódicos y las escuelas; otros, parece, van pronto a poner su candidatura — para alcanzar el perfecto desarrollo, supongo, de su individualidad... ¡A éstos, buen viaje!

No hacer jamás ninguna concesión al principio burgués y autoritario — ciertamente, es lo que nosotros debemos tener presente. Pero pretender que quinquiera que sea pudiera permanecer más altivo libertario limitándose a escribir o a hablar sobre la anarquía individualista, que tomando parte en el movimiento sindical (38) — es, querido amigo, una simple ilusión óptica. Permanecer *libre*, — para el *obrero*, que *debe vender* su fuerza de trabajo — ciertamente es imposible y es precisamente porque es imposible que somos anarquistas y comunistas. Nietzsche ha podido permanecer muy libre — ¡y aún! — si tenía siervos para hacerle vivir y si se aprovechó de su trabajo para vivir. ¡Y aún! Precisamente a causa de eso no ha comprendido nada de la rebelión — permaneció *esclavo* del prejuicio burgués: ¡qué terrible ironía! En cuanto al burgués que pretende ser libre y conservar su plena independencia, cuando otros burgueses — acaba un día por venderse en cuerpo y alma a Rhodes o a Waldeck, y mientras escribe conmovedores artículos sobre Ravachol y el derecho al robo — ES ya más esclavo (de espíritu y de hecho) que el tonelero de Barcelona enrolado en la organización que firma "Salud y anarquía" y cuenta 100.000 obreros.

—Su utopía está muy bien. Es posible que pasemos por un período semejante. Pero *para llegar a él será preciso la revolución* — lo mismo que fué preciso la revolución anabaptista y luterana del siglo XVI, la revolución de Cronwell en 1648, y las proximidades de la revolución francesa para que se llegase a la tolerancia que reinaba en tiempos de los enciclopedistas. Su error principal es, según creo, atribuir a una evolución hecha por la *élite*, lo que fué conquistado totalmente por la fuerza de la revolución popular. Cien mil, por lo bajo, anabaptistas decapitados en Holanda y en la Alemania del norte (cifra dada por los historiadores recientes de la Reforma), — cerca de 100.000 campesinos muertos en la sublevación de 1525 — ¡todo eso está muy lejos de la evolución por los hombres de *élite*! Que éstos se hayan aprovechado de lo que conquistó el movimiento campesino y obrero — que hayan tenido inteligencia para hacer dar a Europa el paso siguiente hacia adelante — nada más verdadero. Pero para llegar ahí había sido necesaria la sublevación de las masas. Sin eso nada hubieran podido hacer (39).

Si, para llegar a su idilio es preciso aun la revolución — y la cuestión está en saber: ¿qué es lo que permitirá prepararla? Ahí está todo el asunto, y Vd. convendrá que Barcelona, Trieste, Milán (40) la preparan; le dan el elemento que faltó en 1890-94: — el pueblo.

He ahí por qué considero que su comparación del movimiento anarquista unionista con el movimiento socialdemócrata es muy injusta (41). Evidentemente el movimiento español o sindical francés representa una limitación del ideal — no teóricamente, sino en su encarnación en tales hombres de tal fecha. Evidentemente toda realización en los hechos está por debajo del ideal de que toma su origen (esta carta, por ejemplo, está por debajo del ideal que me la hizo escribir). Pero ahí se limita la semejanza. Uno de esos dos movimientos es, en teoría y en la práctica, revolucionario; el otro es, en teoría y en la práctica, para las viejas supervivencias, lo contrario de revolucionario. Uno trata de precipitar la marcha de los acontecimientos, el otro de tenerlos a raya!...

Lo que podemos ver es que, dado nuestro ideal, todo lo que hagamos lleve el sello de ese ideal: que se inspire en él. Bajo este aspecto no tenemos nada que reprochar al movimiento de Barcelona que no podamos reprochar a toda actividad en 1890-94: incluso la publicación de artículos individualistas en los periódicos o también los actos individuales. (Esto — sin inspirarnos en la idea emitida al comienzo de esta carta, — que el individuo

lismo que se predicaba entonces, a consecuencia de malentendidos, no se diferenciaba suficientemente del pseudo-individualismo de los burgueses que lleva a la aminoración del individuo).

—En cuanto a Tolstoy, si no hubiera sido *cristiano* al mismo tiempo que comunista y anarquista — no habría tenido más éxito que los anarquistas, — sin hablar de su formidable talento, qûe hace aceptar de él (por ejemplo la negación de la justicia) lo que no se habría jamás aceptado de nosotros.

¡Pero bastante! Es preciso sin embargo acabar esta carta. Y la termino bruscamente. Mañana deberé comenzar un trabajo y no podría escribirle.

Las mejores amistades de todos nosotros

Pedro (42).

"Viola, Bromley, Kent, 20 de abril de 1902.

Es preciso, querido amigo, que le envíe por fin esta carta. Sofía había querido leerla, y además quería copiarla, pues me propongo tratar un día seriamente esta cuestión del individualismo. Incluso he comenzado, pero como eso me llevaría mucho tiempo, y aquí los copistas franceses son muy malos, ha sido preciso renunciar. Pero en sus manos, la carta no se perderá.

Tal sólo el lunes hemos vuelto con Sascha de la isla de Wight, donde hemos pasado doce días escalando las *downs* (dunas) en los alrededores de Stanklin. La salud va bastante bien. Sólo que el trabajo cerebral me fatiga siempre muy pronto.

Las mejores amistades de parte de nosotros dos. ¿Ha recibido la traducción francesa de mis Memorias, que le envié a la calle Turbigo?

P. K."

Se trataba de Autour d'une Vie *(París, P. V. Stock, 1902, XXI, 536 pág. en 8.o)*

(23) *Historiador ruso que estudió en París de acuerdo a los documentos de los archivos los orígenes de la revolución francesa.*

(24) *Hubo también la Asamblea de los notables en 1787, y en 1788 los acontecimientos que en ocasión de su centenario en 1888, se llamó La revolución del delfinado de 1788 (Grenoble, Vizille, Romans), etc.*

(25) *Había dicho probablemente y lo diría aún, que en todo lo que pasó desde el 4 de septiembre — jornada que dió el valor a todos, después de los años de sumisión desde diciembre de 1851, casi diez y nueve años, durante los cuales ninguna de las numerosas protestas valerosas encontró un verdadero eco en el pueblo —, que en todo lo que ha pasado desde el 4 de septiembre al 18 de marzo hubo la mano de un gran número de hombres y de grupos o comités, y muy poca iniciativa popular. El pueblo durante esos meses se sintió conducido por esos hombres de los comités que por lo demás le inspiraban confianza, y hubo en todo lo que pasó, mucho más iniciativa y acción consciente de un gran número de hombres que de esa espontaneidad popular que para mí es demasiado legendaria; cuando se ha dado un golpe y ha triunfado, entonces todo el mundo se remueve y se figura pronto haberlo dado, pero el golpe mismo surge muy a menudo de una iniciativa muy consciente.*

(26) *En 1848 al menos, y también en 1830 en París, obreros y burgueses participaron igualmente en los primeros movimientos, — los burgueses en calidad de miembros de las sociedades secretas y en tanto que estudiantes. En la Comuna de París, en los movimientos insurreccionales de la Internacional en Italia y en España, en todo lo que ha pasado en Rusia hubo jóvenes burgueses entre los obreros y con ellos. En los movimientos más recientes que parten de una huelga naturalmente los obreros predominan, pero Ferrer en 1909 y Malatesta en 1914 estaban también allí.*

(27) *Los jóvenes burgueses de la Charbonnerie en Francia, más tarde Blanqui y Barbés, después de ellos Flourens, ¿no han ardido de impaciencia por precipitar motines, muy a menudo sin encontrar el concurso popular cuando bajaron a la calle?*

(28) *¿No hace falta aún a la revolución un sentimiento casi unánime de todo hombre de pensamiento alerta, de que un sistema es insostenible, de que está demasiado comprometido, de que esta vez la copa se vierte? Tal fué el fin de los Borbones en 1830, el de Luis Felipe en 1848, la decadencia de Bonaparte en 1870, etc.*

(29) *Hay tal vez un error; al menos no conozco motín en Trieste que haya repercutido. En Milán hubo las cinque giornate de 1848, en Lyon las insurrecciones de 1831 y 1834.*

(30) *Africa y Asia.*

31) *Este pensamiento de la proximidad de Metz, desde 1871 a 1918 fortaleza alemana, a París, agitaba continuamente a Kropotkin.*

(32) *Son palabras de mi carta que expresan la desilusión sobre el socialismo y aun sobre el radicalismo inglés que no supo impedir la destrucción de la independencia de los Boers, ni siquiera las crueldades de esa guerra, campos de concentración, etc.*

(33) *El mismo Gladstone. En esas dos ocasiones únicas Inglaterra abandonó un territorio ocupado o anexado por ella.*

(34) *Se hace de la libra esterlina un objeto de culto.*

(35) *Creo que comprendo mejor ahora que entonces lo que hizo hablar así a Kropotkin sobre América del Norte. En ese inmenso país, desembarazado de todas las preocupaciones que pesan sobre todos los pueblos de Europa, había puesto para todos, para el dólar tanto como para los* cranks *u hombres de ideas avanzadas. Es siempre así — el dólar prospera, los* cranks *no aumentan en la proporción igual a los* Babbitts, *pero continúan sin embargo. En la época de esa carta se hablaba aún de la idea que los trabajadores avanzados tomarían un día uno de los nuevos Estados del oeste para establecer allí una república del trabajo o Comunas como dice Kropotkin. Hoy es precisamente allí donde existen más duras persecuciones. ¡El* crank *no ha vencido aún al dólar, por desgracia!*

(36) *Se trata del movimiento anarquista.*

(37) *Pouget había publicado de 1889 al 15 de abril de 1900 las diferentes series de su* Pére Peinard, *semanario anarquista en argot parisién, publicación única en la prensa anarquista, a excepción, quizás, de la* Freiheit *de Most, por su verba popular; al mismo tiempo, como Kropotkin, Pouget quedó siempre en contacto con los movimientos obreros. Y bien, esa voz admirable se calló en 1900 para siempre — los que no ayudaron bastante al* Pére Peinard *son probablemente la causa directa — y Pouget redactó en lo sucesivo, por no sé cuántos años, la* Voix du Peuple, *el gran órgano semanal publicado por la Confederation Génerale du Travail, a partir del 1.o de diciembre de 1900. — No fuí el único en lamentar esa neutralización en un órgano oficial y oficioso de la C. G. T., de un hombre que durante once años había sido el escritor más independiente y poderoso del anarquismo francés. Sé bien que ejerció una cierta influencia en el ambiente sindicalista y que su corazón estaba ya en sus últimos años cuando hacía todavía el* Pére Peinard, *pero su desaparición, y fué completa, del movimiento anarquista militante, mostró la debilidad del movimiento en esa época y justamente a causa de eso, no habría debido abandonarlo. Si creyó que podía anarquizar el sindicalismo, debió ver que se engañó. Ha sido devorado, absorbido como tantos otros por un ambiente general que no entro a discutir aquí.*

(38) *No puedo figurarme que yo haya hablado entonces de una "anarquía individualista", sino que habría contrastado la independencia de Pouget en su* Pére Peinard *con la pérdida de esa independencia en la* Voix du Peuple, *donde fuí siempre penosamente afectado al verlo en ese pequeño departamnto que compartía con otros — como un pobre pájaro enjaulado — rodeado de hombres que tenían otras preocupaciones que la anarquía, y hablando de ésta muy bajo y en tono resignado. Salí siempre con una impresión dolorosa. Quisiera agregar que no soy ciertamente yo el que hablé de Nietzsche, a quien tomé siempre por un autoritario y de quien no tenía ninguna razón para hablar en una discusión sobre los anarquistas. Pero Kropotkin tenía el hábito de identificar un poco precipitadamente (según mi opinión) las corrientes anarquistas que le desagradaban, con las ideas de Nietzsche, y luego combatirlas al combatir los aspectos débiles de Nietzsche.*

(39) *Esto responde a observaciones que hago a menudo a mi utopía, si se quiere, al preguntar si la humanidad no podría aprovechar para las luchas sobre el régimen político y social, la experiencia que ha adquirido a costa de grandes esfuerzos en el terreno de la ciencia, de la religión, etc. Se ha visto aquí que era imposible detener la expansión de la ciencia e igualmente generalizar una concepción religiosa cualquiera. He comparado el siglo XVIII en que los mejores espíritus, aun manteniendo muy alto el pensamiento libre, han sabido al mismo tiempo preconizar la tolerancia mutua, para preparar también el siglo XIX en el cual en suma las diferentes religiones se convirtieron en objeto de indiferencia general — con los siglos fantásticos, el XVI y XVII, que no sólo vieron revoluciones, sino tantas guerras y acciones de Estado crueles, miserables y sórdidas bajo pretexto religioso, lo mismo que el nacionalismo origina tantas revoluciones nacionales como guerras no menos crueles y sórdidas. Había preguntado a Kropotkin y a tantos otros, si sobre el terreno de los diferentes matices anarquistas — de ese movimiento de ideas libertarias que para algunos millares está aún en el papel o en las palabras, en algunos centenares, si no menos, de personas que toman la pluma — si no era posible llegar al menos en ese pequeño terreno — extendiéndolo luego — a un medio para cesar el entredesgarramiento, para cesar de querer cada cual universalizar su idea, o la idea de su grupo. Recibí siempre respuestas como ésta, el más rígido* non possumus. *Si falla de antemano la voluntad de hacer el menor esfuerzo, si además se considera absurdo tal esfuerzo, peligroso, ruinoso, ¿entónces? Pero observemos que las masas que han hecho las revoluciones del pasado estaban al menos unidas en su comienzo — y nosotros tenemos el mayor cuidado de estar desunidos de antemano....*

(40) *Milán en mayo de 1898, Barcelona en 1901; hubo también en 1901—1902 esfuerzos huelguistas bastante fuertes en Trieste, Bélgica, Estocolmo, Lemberg, entre los mineros franceses, los dockers holandeses, etc.*

(41) *Había dicho que creía ver en el sindicalismo — tal como lo consideraban a menudo entusiastas anarquistas — un peligro semejante para el anarquismo, como el parlamentarismo obrero (socialdemocracia) había sido para el socialismo autoritario — un abismo que nos traga o un mar que diluye nuestras ideas y las vuelve anodinas.*

(42) *Esta carta manuscrita, fechada el 5 de marzo, no me fué expedida hasta el 21 de abril con esta nota escrita a máquina:*

BIBLIOGRAFIA

Literatura sueca.

En la sección que le dedica una revista francesa a las literaturas nórdicas, y en especial a las escandinavas, hay una crónica del escritor sueco Evynd Johnson, que se propone resumir en unas cuantas líneas el movimiento literario de aquel país.

El autor de los "Cuadros extranjeros", novela traducida ya al francés, ha sido apodado *reagehsnerve*. Es una sensibilidad que reacciona inmediatamente contra toda nueva tendencia de la vida espiritual. El título "El arte de marchar en puntas de pies", es bastante sugestivo por su sesgo irónico. He aquí cómo se expresa de la nueva generación de literatos y poetas, advenida después de la gran contienda:

"La literatura sueca de post-guerra rebosa de salud. La esperanza eterna y un mucho celestial fué puesta a la moda, y en cambio de emprender algo para mejorar el paraíso terrestre, se apresuraron a pedir un abono para el cielo. De pronto y de una sola vez, la vida fué espiritual, nada más que espiritual. Un grupo de jóvenes partió para la siembra. Algunos sembraron rosas rojas, mas los tallos tenían espinas, y se sangraron las manos. Otros sembraron las flores azules de la esperanza celeste. Lo hicieron de tal manera, que se juraría que en su vida no han hecho otra cosa. No obstante que antes habían también sembrado rosas rojas. Hablaron también del paraíso terrestre del pueblo santo, que después de millares de años marchaba en las tinieblas hacia la luz.

Era la joven *literatura proletaria*, que pretendía comprender, ensalzar el obrero, y que muy pronto dió una media vuelta disgustada, se alejó de los hombres para contemplar las estrellas.

Dios dominó, Dios fué la única finalidad; al diablo se le echó del jardín de las almas. Se tuvo entonces visiones celestes. Se escuchó voces angelicales, desde las nubes; una voz para la primavera y la otra para el otoño, pues, en Suecia, la producción literaria no conoce más que dos estaciones: primavera y otoño.

Un solo hombre predomina en ese grupo de escritores *proletarios*, o sea de tendencias sociales. Es Gustavo Hedenvind-Eriksson. No se ha perdido en la soledad divina, como muchos otros, y no ayuna públicamente como alguno de los faquires de allá, del Norte. No escribe sobre su alma y sí para su alma o su espíritu: desde su yo interior y profundo emergen bizarras criaturas humanas que algunas veces se las encuentra entre las páginas de sus libros. Su experiencia de la vida abarca muchos horizontes. Durante muchos años viajó a pié, no solamente en las regiones nórdicas, dentro de los reinos de las florestas y de las nieves eternas, y sí también visitó los trópicos. Como marino, contempló varios mares. Hay tempestades en sus libros, la existencia que nos pinta es dura y difícil y los seres que nos muestra no son las criaturas de las solitudes divinas y de las flores azules. Es soñador y realiza a la vez. Su lengua es bella y muy original.

Sí; aun existe otra excepción, entre los jóvenes: Carlos Augusto Bolander. No se omplajo en colocar a Dios en el lugar de los hombres, ni le plugo de ser de aquellos que caminan en puntas de pié por miedo de incomodar a los faquires vestidos con blancas túnicas de lino. La obra de Bolander, como así la de Hendenvind, es social, en el concepto más bello de la palabra. Escribe valerosa y vigorosamente, hecho muy raro en Suecia, donde *Nuestro Señor* y el alma de la burguesía, así como los viajes a los baños de mar, ocupan un 90 o|o de la literatura sueca.

El arte de caminar en la punta de los pies no es más un arte en la literatura sueca; es ya una costumbre inveterada. No se habla de los viejos; ellos pertenecen a otra época, y sí de la juventud.

Algunos se van al campo para cantar las glorias de Dios; otros ensayan olvidar el pasado, probándose como filósofos de tendencia religiosa, publicando en la gran prensa... y así los demás.

La *joven* literatura sueca, camina prudentemente, sobre las puntas de sus pies.

"Puntas de Fuego" — Narración argentina). — Juan Ferro.

Si Zola, por su energía intelectual de cíclope, se pudo otorgar el soberano lujo y la penosa tarea de describir cíclicamente la historia de una numerosa familia y de su ambiente; y hacer de cada principal personaje una particular novela, confiriéndoles a todos una determinada actividad, desde el genio, profesando ciencias, al estadista, al artista, hasta llegar al obrero y reunirlos luego en un árbol genealógico de los Rougon Macquart, Juan Ferro, con más modestia y menos poder, hizo una miniatura de lo que el genial obrero hiciera, vastos frescos de dolor, de miseria y de barro y sangre.

Guardando las inmensas distancias, existe cierto paralelismo de intenciones. Ferro cuenta sucintamente y con suma llaneza la historia del jefe de una familia enriquecida, que en su juventud fué uno de esos inmigrantes que pisan el país sin más riquezas que sus vibrantes energías y una gran voluntad de apoderarse de algo, ya trabajando o haciendo cualquier cosa. La obsesión es *hacer la América* antes que América los sepulte, los aniquile. En esta lucha canibalesca no siempre triunfa ni logra éxito el más inteligente, ni el más fuerte en el sentido físico, sino el más astuto, el más carente de escrúpulos, en una palabra, el más pillo, que sea suficiente avisado en guardar las apariencias y marchar al borde del código penal, sin caer en una de sus apretadas mallas. Las mayores fortunas, las más gigantescas, los blasones ganade-

ros y agrícolas de más copete, tienen los mismos orígenes espurios del pillaje, del robo legalizado, del despojo al pobrerío con arteras artimañas. Y son siempre quienes comercian *honradamente* en las colmenas donde todos trabajan y se confían a ellos que demuestran ser más *prácticos* que los candorosos y toscos productores.

Es el caso de un supuesto Juan Canal, personaje principal de este boceto novelesco. En un rincón de una provincia se funda una colonia con una cincuentena de familias. No poseían ellas más que un arado, una yunta de bueyes, una vaca, gallinas y buena disposición para el trabajo. "Todos trabajaron durante tres años, con suerte varia, y casi todos también hubieran seguido trabajando en las mismas condiciones quién sabe cuántos años más. Pero... hubo el jefe de una de ellas, llamado Juan del Canal, que más astuto, más audaz y con menos escrúpulos que ninguno, propuso a sus vecinos formar una cooperativa de consumo, demostrándoles que mediante acciones de $ 100 cada una, podía él venir a Buenos Aires y comprar todo lo necesario para la colonia. Se construiría un local central y él suministraría todo lo necesario a precios más bajos."

Así comienza esta narración que se tilda de argentina, no por las aparentes razones de un regionalismo pintoresco, sino por el color moral, o más bien por el matiz de la moralidad, que siendo la misma de todos los poderosos de la tierra, cambia precisamente por matices.

Ya puede imaginarse el lector lo que ha de suceder luego. Juan del Canal se instala en su nuevo local con sus cuatro varones y dos mujeres. Allí se recibe el correo, convirtiéndose en punto de reunión y don Juan es el consejero obligado de todos, sirviéndole esas preciosas informaciones para tender sus redes. Con las especulaciones en las mercaderías, con los descuentos y las comisiones pagadas por los acopiadores, puede en un par de años redondear una gruesa fortuna. Hay que esperar la perspectiva para quedarse como único dueño de la Cooperativa. Esta se presenta, en un año de absoluta carestía, entonces él hace vender sus acciones a mitad de su precio, manifestando se iba a una bancarrota segura, y cuyo señuelo induce a los colonos a desprenderse de las suyas por lo que les den, siendo compradas por un testaferro puesto por el mismo Canal.

Ya rico, envía los hijos a la universidad de la capital. Sigue, mientras sus vástagos estudian para doctores, a excepción de Roberto — quien representará el papel del rebelde de la familia — a consolidar su posición, "prestando dinero a los necesitados, simulando no tener ningún apuro para que le fuera devuelto, pero haciéndoles firmar "por fórmula" un documento que no tenía "ningún valor".

Breve, a la vuelta de veinte años, la colonia, como antes la cooperativa, pasaba a ser de su exclusiva propiedad. Su ensueño ahora es construir un suntuoso chalet en un barrio aristocrático, en la capital, para que no fueran a confundirlo "con cualquiera". Después de haber sido birlado a su vez tontamente por arquitectos, constructores, muebleros y costarle una verdadera fortuna ese palacete, toma posesión de Buenos Aires con su familia crecida, hijas mozas e hijos diplomados. José, el mayor, se había recibido de abogado, Enrique en medicina y Raúl, habiendo ingresado en una gran casa de comercio, "había avanzado tanto en su carrera comercial que estaba pensando en eliminar a su socio y quedarse dueño absoluto." Roberto sigue estudiando agronomía libremente.

— José, instalado lujosamente en la Avenida de Mayo, hace de su estudio un centro de reunión de "numerosos políticos, hombres sin escrúpulos, viviendo únicamente del chisme y de la intriga, siempre prontos a venderse al mejor postor, con tal de estar en el tapete, donde actúa la baraja política." De ese ambiente de turbias pasiones sale su candidatura a diputado, la que los ases políticos harán fracasar. Sus compañeros de francachelas protestan, prometiéndosele un puesto de juez, para resarcirle. Al padre, que le insinuaba que la diputación resultaría más *práctico*, José solía contestarle:

—No crean eso. A mí me parece que esto es más *práctico*, porque como diputado puedo estar cuatro años y como juez quién sabe cuántos, pues estos son puestos inamovibles, y no cometiendo alguna cosa que pueda tener trascendencia, se puede estar en el puesto durante años. Tú comprenderás, papá, aquello es una gotera continua; además yo pienso extremar la rectitud. Que no esperen los reos la menor indulgencia. Al primero que robe cualquier cosa y caiga bajo mis manos, ya verá cómo me encargo de aplicarle el máximum de la pena, sin miramiento de ninguna clase.

Para mí no hay delito mayor que el que comete un individuo apoderándose de lo ajeno, y si me gusta ser juez, es para castigar a los que se preocupan de explotar al prójimo: como el almacenero que te apunta de más en la libreta; el panadero que te roba en el peso; el carbonero que te roba en el peso y te entrega alguna bolsa de menos; el chofer, al que siempre le faltan las monedas para completar el vuelto; los sirvientes que te roban las cucharas y el azucar... ya verás cómo van a quedar esos.

Siguiendo con estas transcripciones, se abultaría demasiado esta crónica, sin que logremos dar la nota de conjunto. Destacar algunas muestras de la narración era necesario para que asomase la fisonomía del autor.

Resumamos la acción. Enrique, el médico, se halla al mismo nivel moral de su hermano José, como juez, y Arturo, como dueño de una gran casa comercial. Si este buen perillán se ingenia deshaciéndose de su socio y hace prender y condenar a un empleado suyo por haberle encontrado tres pares de medias en el sobretodo, Enrique sabe urdir ardides para hacer operar enfermos de apendicitis, que no tenían apendicitis, repartiéndose con el cirujano las exhorbitantes sumas cobradas a fin de reponer las pérdidas al pocker. El único que se salva de esa corruptela es Roberto, quien cada vez se engolfa más en la labor de agrónomo con definidos alcances sociales. Su ferviente preocupación por los desheredados le sindica como un simpatizante de las ideas anarquistas, y aun más por su radicalismo, arrancando de cuajo los prejuicios sociales. Dijérase que éste es un personaje simbólico, contrapuesto a figuras deleznables y de baja catadura ética. A pesar que no haya ni una sola acción, ni un solo detalle que no sea verosímil.

A la muerte del padre Juan del Canal, sobreviene la bifurcación de los dos caminos que emprenderán algunos miembros. José, encargado de la ejecución testamentaria, cobra en complicidad con un colega, una cantidad subidísima; Enrique, de acuerdo con el médico y Arturo con la empresa de pompas fúnebres, cargan la mano. Entonces Roberto, el más expoliado, entre las hermanas y la madre, renuncia a su parte de herencia para legársela a la Sociedad Nacional de Inventores.

Días después cita a la familia, descubriendo todas las infamias cometidas en ese trance por sus hermanos y tras de haberles relatado la historia de sus bajezas, se despide con estas palabras:

—Por fin, para terminar, os diré que sois una banda de ladrones, con quienes yo no quiero tener contacto. Quedáos con vuestras *cosas prácticas*, y dejadme vivir con mi idealismo, como lo llamáis vosotros, pues al menos tendré la satisfacción de saber que jamás hice mal a sabiendas.

Si esta historia moral y física de una familia lo serán también de 50.000 y es lo que explica sobradamente que se haya elevado al rango de una institución sagrada la *viveza criolla o extranjera*. Libro de pocas páginas, escrito sin pretensión alguna, literaria o estilista, por alguien que no es escribidor de oficio, sólo atento a expresarse lo más correctamente posible, sin importarle un ardite las repeticiones y las incorrecciones de sintaxis, tenso en su preocupación de acumular hechos, pruebas fehacientes de la corrupción que mina las altas clases sociales de aquí, diferenciándose de las de otros países por la zafiedad de espíritu bajamente materialista.

Libros recibidos.—

"El Vencedor", por Pedro Giménez. Novela que obtuvo el primer premio en el concurso literario espiritista argentino. — Prólogo de Arturo Montesano Delchi.

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(Continuación)

ESCENA VII

Eulalia, después Piedrabuela.

(Piedrabuela entra por el Portalón y sube al vestíbulo; se sorprende de ver a Eulalia)

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. (Saliendo de su postración, súbitamente, hostil) —¿Ya aquí, otra vez? ¿Qué buscas?

Piedrabuela. —¿Tu marido?

Eulalia. —Aun no ha vuelto.

Piedrabuela. —¿Estás sola?

Eulalia. —¿Qué quieres?

Piedrabuela. —Quisiera hablarte, quizás nos entenderíamos.

Eulalia. —¡Nunca!

Piedrabuela. (Persuasivo) —Oye, quizás...

Eulalia. —Vete!... Pero no, siéntate; hablaremos.

(Piedrabuela se sienta)

Piedrabuela. —No sé por qué te opones tan rotundamente...

Eulalia. —Me opongo porque, aunque no hubiese razones morales que hacen absurdo ese matrimonio, hay una razón material que lo hace imposible, monstruoso.

Piedrabuela. —¿Y cuál es esa razón?

Eulalia. —¡Justa es tu hija!

(Estupefacción). (Pausa).

Piedrabuela. —¡Mi hija?

Eulalia. —Tu hija, sí, nuestra hija!

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. —No tienes de qué asombrarte. Justa es el fruto de nuestros amores ilícitos; de mi amor, porque tú no amaste ni amarás, tú deseas simplemente; ayer a mí, hoy a mi hija, a tu propia hija.

Piedrabuela. —Tú siempre insultante para conmigo, eres rencorosa; a pesar de los años transcurridos aun me odias.

Eulalia. —Te odié porque te amé mucho, porque me hiciste faltar a mis deberes para abandonarme. Te odié, sí; pero hoy ya no te odio, hoy te desprecio, simplemente.

Piedrabuela. —¿Me desprecias?

Eulalia. —Con toda el alma. Aun cuando no mediara ese secreto, me opondría a que te casases con mi hija.

Piedrabuela. —Bien. Ese secreto es falso. Es una fábula que arguyes ahora.

Eulalia. —Te juro que es cierto! Justa es el fruto de nuestros amores. Ni antes de conocerte ni después que me abandonaras tuve hijos. Justa no es hija de Rosarondo.

Piedrabuela. —No te creo.

Eulalia. —¿No me crees? ¡No quierés creerme, monstruo! ¡Qué, serías capaz de casarte con tu propia hija, aun sabiéndolo? ¡Vil!

Piedrabuela. —No me insultes, Eulalia.

Eulalia. —Ya te entiendo, sí; simulas no creerme para eludir la responsabilidad moral, es una vieja maña tuya; pero no importa. Sabré desbaratarte. *(De pié, con arrogancia, imperiosa)* ¡Vete!

Piedrabuela. (Como subyugado toma su sombrero y bastón) —¡Eulalia!

Eulalia. —¡Vete! Sacrificaré mi honra; pero impediré que cometas un crimen más, incestuoso! ¡Vete!

Piedrabuela. (De pié) —¿Me expulsas?

Eulalia. —¡Vete!

Piedrabuela. (Ya en la escalinata, pronto a irse)—Buenas tardes.

(Ella no responde; soberbia, lo mira con un gesto de profundo desdén). (Larga pausa) (El se aleja, humillado. Eulalia se retira)

ESCENA VIII

Piedrabuela, después Rosarondo y Saturnino.

(Piedrabuela va atravesando el jardín, despaciosamente. Casi al cruzar el portalón se halla con Rosarondo y Saturnino que entran.)

Rosarondo. —Piedrabuela! Feliz encuentro. Fracasó nuestra táctica, amigo. Ni usted dió con el joven ni yo con mi hija; y mi mujer ya ha hablado a los dos. Por casualidad lo hallé en el camino, y lo traía para que hablara con usted.

Piedrabuela. —El señor entonces estará enterado de mis pretensiones...

Saturnino. —Sí, caballero, estoy enterado de sus ridículas pretensiones; y le aconsejo que desista de ellas.

Piedrabuela. —Joven, es necesario que hablemos sin alterarnos.

Saturnino. —Es inútil, caballero. Amo a Justa y por nada en el mundo renunciaría a ese amor. Por otra parte, aun cuando fuese yo tan miserable, Justa no querrá casarse con usted. Acaba de decírmelo. *(Agresivo)* Está usted haciendo un papel bien triste, doctor Piedrabuela, bien triste y bien ridículo para un hombre de su edad!

Rosarondo. —Joven, joven; no es así como arribaremos a algo.

Saturnino. —¿Y cree usted que entre el doctor y yo podremos arribar a algo en este asunto? ¡No! Sólo hallo una solución: que el doctor abandone sus pretensiones, porque... *(Suspensivos amenazantes).*

Rosarondo. —¿Porque?...

Saturnino. —¡Porque estoy dispuesto a abofetearlo en público y obligarlo a batirse. ¡Y a matarlo!

Rosarondo. —Vea que es casi un anciano el doctor.

Saturnino. —Es casi un anciano con arrestos de joven. ¿No pretende a mi novia?

Piedrabuela. —Señores: todas estas son palabras, palabras vanas en medio de las cuales nos perdemos. Señor Rosarondo: usted me va a permitir que hable a solas con el joven. Vamos a retirarnos. ¿Quiere acompañarme usted, joven?

Saturnino. —Vamos, vamos. Señor Rosarondo *(Se saludan)*

Rosarondo. —Adiós, amigo Tobal.

Piedrabuela. —Amigo... *(Se dan las manos que mantienen unidas durante el diálogo).*

Rosarondo. —¿Y cómo sabré el resultado de la entrevista de ustedes ?

Piedrabuela. —El joven le traerá la respuesta, si la respuesta... afirmativa. Je, je, je!

Rosarondo. —Ja, ja, ja! ¡Qué doctor este! *(Lo palmotea en la espalda, expansivo).*

Piedrabuela. (Hosco) —Adiós.

Saturnino (Cordial) —Buenas tardes.

Rosarondo. —Buenas tardes, mis queridos amigos! *(Los acompaña hasta el portalón. Ellos desaparecen. Los mira alejarse. Pausa. El sube al vestíbulo. Se desteca, llama la campanilla, enciende un habano. Pausa).*

Mucama. —¿Señor?

Rosarondo. —Llame a mi hija.

Mucama. —Está bien, señor. *(Se retira. Pausa) (Rosarondo fuma tumbado en un sillón).*

ESCENA IX

(Rosarondo y Justa)

Justa. —¿Me llamabas, papá? *(Se sienta).*

Rosarondo. —Sí, hija, deseo hablarte... Tú sabes, por tu madre seguramente, que el doctor Piedrabuela...

Justa (Interrumpiéndole) —Sí, ha venido a pedir mi mano.

Rosarondo. —Así es, hija mía, ¿y?

Justa. —Y que estoy dispuesta a casarme con él.

Rosarondo. —¿Dispuesta? ¿Sí? ¡Hija querida! *(Se levanta y va a abrazarla)*

Justa (Con un gesto duro lo contiene) —Ahórrate el abrazo.

Rosarondo. (Sorprendido y disgustado) —¡Hija!

Justa (Como si no reparara en ello) —Ya sabes que mamá se opone rotundamente.

Rosarondo. (Sentándose) —Yo la sé; pero tu madre siempre ha sido así: una tonta.

Justa. —No, papá, una mujer honrada.

Rosarondo. —¿Entonces tú crees que tu padre?...

Justa. —Sí creo, papá. Esa alegría tuya me lo demuestra una vez más aún.

Rosarondo. —Es alegría de padre, la sagrada alegría del padre!

Justa. —Sí, el padre salvado de la ruina.

Rosarondo. —¡Muchacha!...

Justa. —¿Y por qué te alegra tanto mi casamiento, entonces?

(Concluirá)

AÑO V — BUENOS AIRES, 1 DE MARZO DE 1926 — No. 214

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

EL PARAISO DE LA REVOLUCION MUNDIAL

Difícilmente las multitudes humanas renuncian a una fe colectiva que las cohesione. De cualquier calidad que sea esa fe, sólo quieren de ella la parte de ilusión que les hará más llevadera esta vida. Los grandes caudillos y los que se erigieron en jefes espirituales, saben tañer, hacer vibrar este sentimiento recóndito, hondamente arraigado en el alma humana. La industria de los hacedores de utopías del régimen actual, puede entretener a una muchedumbre de lectores solazarlos hurgando en ellos la partícula de felicidad que ansiamos todos, mas es un goce superficial, epidérmico. Necesítase una acción tónica que les inculque el ardor de una convicción, de una creencia, ya sea proyectándose sobre un sueño futuro de bienestar terrenal, o de una dicha de ultratumba.

Como el paraíso católico y romano está un poco desacreditado, se recurre a otros ardides de diversa especie y de otros alcances.

¿Qué es entonces lo que podrían ofrecerle los cabecillas comunistas al pueblo ruso, el más dado a las morbosidades místico-religiosas, de temperamento turbulento capaz de grandes sacrificios como de crueles crímenes?

Destruídos sus templos, dispersado el sacerdocio, el partido comunista tuvo que volver sobre sus pasos para restablecer parcialmente los ritos de la religión ortodoxa. No poseyendo más iglesias, hubo aldeas que celebraban al aire libre sus funciones religiosas. La persecución, por parte de las autoridades soviéticas, no logró ahuyentar a los fieles de esas ceremonias.

Pero a los comunistas les estaba vedado prometer nada de lo que tuviese atingencia, directa o indirecta, con las religiones. Por eso, desde el primer momento, desde la estipulación de la paz de Brest-Litovsk, se agitó la bandera de la revolución mundial. Y tan engañadas estuvieron las huestes proletarias de Rusia, que se desesperaban de la marcha lenta de los acontecimientos, que, en vez de esa revolución, les traían carestía tras carestía, hasta que los flagelos de las enfermedades, del hambre colectiva alcanzaron las proporciones de una debacle general. Quien quisiera leer los documentos históricos que más fidedignamente reflejan la grandiosa tragedia de la desmoralización de un pueblo, deberá recurrir a las admirables cartas de Korolenko, dirigidas a Lunacharsky. Jamás una requisitoria tan tremendamente justa le fué lanzada a la faz de los que se adueñaron del poder en el afán de erigirse en autoridades supremas. Las palabras justicieras de el autor de "El Músico Ciego" han de resonar largamente. Y si todavía no es la hora para pronunciar el veredicto final contra quienes estrangularon la revolución, destruyendo así una oportunidad para que el género humano avanzase un paso sobre el camino de su emancipación, los vivos testimonios de Korolenko y de otros han de servir de mudas, irrefutables acusaciones. No importa que sus historiadores oficiales guisen los acontecimientos al paladar de sus amos. La verdad, en definitiva ha de triunfar.

Entretanto, los hombres preeminentes del partido bolchevique siguen prometiendo a las masas adictas el paraíso de una futura revolución mundial.

Zinowief, en el informe presentado al Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, como presidente del mismo, antes de la lectura hizo esta declaración:

"Nuestros métodos podrán sufrir algunos cambios, pero no sucederá lo mismo con la revolución del proletariado, que es nuestro único objeto básico. La historia hace figurar en el orden del día la dictadura del proletariado."

Agregó luego que la Internacional Comunista tropezaba con grandes dificultades en Estados Unidos, y confesó que su situación era también muy débil en el Japón.

Es la ilusión más inmediata esta de la dictadura del proletariado. Es la promesa a la vuelta de la esquina, tras de la encrucijada de cualquier suceso que ha de producirse por generación espontánea.

Y son precisamente los dirigentes de ese partido que alejaron poco a poco la probabilidad de esa ensoñada revolución, con esos *cambios de métodos;* obrando de la misma manera que los Estados burgueses, armándose hasta los dientes.

¿Qué fe le puede merecer a la gran parte sana, inteligente y sensata de la humanidad, que no persigue ningún fin político, si ellos adoptan las mismas armas, continúan perpetuando las viciosidades del régimen de sus presuntos enemigos? ¿Cómo diferenciarlos?

¿Cómo diferenciar de los sabios oficiales, a sueldo de los Estados de la caduca Europa, a este profesor ruso que declara haber inventado una proyección de rayos destructores?

He ahí la noticia cablegráfica:

"El profesor A. N. Boyko, del Observatorio Magnético Ruso acaba de anunciar el invento de un aparato mediante el cual, por la refracción de poderosísimos rayos de calor, se podrán destruir aeroplanos o dirigibles mientras estén en vuelo. Dice el profesor Boyko que mediante esos aparatos se podrán concentrar hondas de calor a una distancia de 50 kilómetros, sin que pierdan más de una tercera parte de su fuerza original, y que tiene el propósito de ofrecer su invento al Ejército de los Soviets."

¿No es éste un monstruo como los demás monstruos que se conchaban mensualmente con los gobiernos de un matiz político cualquiera, inventando, ingeniándose de qué modo podrá sembrar el pavor, asesinando más vidas humanas de un solo envión? No valen sofismas para convencernos que los medios se justifican por el fin. La moral jesuítica no estará nunca con nosotros.

¿Y la condena a muerte de diez estonianos, supuestos espías, que vendieron a las autoridades norteamericanas los planos militares del ejército rojo? ¿No son acaso los mismos incidentes que presenciamos durante la guerra, asqueados?

¿Es que el comando de guerra teme una invasión del ejército o de la flota estadounidense? Por cierto que no.

Entonces son ellos que están tramando invadir Europa para imponerle el comunismo autoritario.

No es militarmente, *manu militari*, que se implantan nuevos ideales de vida.

Nunca han querido reconocer que no es con procedimientos torcidos, ni plagiados de sus aparentes enemigos, sino que todo fin santo requiere medios santos.



¡LADRONES! ¡ESTAFADORES! ¡HIPOCRITAS! ¡CANALLAS! ¡FARSANTES!, son las calificaciones de menor calibre con que se tiran los políticos defendiendo sus futuros banquetes.—No votéis por ninguno, que todos se dicen la verdad recíprocamente.

—— *** ——

BANDOLERISMO OFICIAL

El bandolerismo oficial en el territorio del Chaco está campando por su fama bien conquistada de criminal con pocos riesgos, que puede apalear, encarcelar a quien quiera. Una noticia perdida entre el fárrago de los telegramas del interior, de un diario matutino, anunciaba que el actual gobernador empezaba a realizar gestiones para su reelección. Luego, al mes, aparecía en un órgano de la tarde una carta suscrita por un grupo de colonos y comerciantes de Resistencia, solicitando se reeligiese el presente funcionario por su "inteligente labor administrativa y por su conducta honesta e intachable".

Se sabe cómo proceden las autoridades de campaña. Obtener firmas de los influyentes del lugar que lo está soportando, es algo tan común que ya entra en las acciones perfectamente normales y lícitas. A nadie tratan de engañar. Sólo se quiere dar un viso de verosimilitud a estas peticiones, y que encuadra dentro de una aparente legalidad.

Pero la reelección tan ansiada por el gobernador del Chaco, no pudo encontrar la unanimidad que él quería. Y tuvo que emplear medidas drásticas para doblar el ánimo de los remisos y de los que no opinaban que fuera ni tan honesto ni intachable en su conducta como él mismo se calificara por medio de algún periodista que se *comía* dos o tres vigilantes, inexistentes para la comisaría, pero vivitos y coleando para el cobro de la mesada.

Mandó a empastelar la imprenta de un diario, tal vez opositor; ordenó prender a cuanto cristo mostrara su disentimiento, o no se exteriorizase con palabras favorables a su reelección, hasta que estas quejas, venidas del lejano Chaco, pudieron encaramarse a las páginas de un diario matutino, de gran prudencia y peso sobre la opinión común, y aparecer en forma de macizo editorial. Ahí, en esa prosa espesa y densa, se habla de todos los lugares comunes, se apela a la acción del P. E. nacional para que envíe un comisionado en son de investigador, menos del pasado del Sr. gobernador bastante ennegrecido. En el Suplemento número 205, 28 de diciembre, por las denuncias documentadas de un periódico del interior, se publicaba la relación de las vergonzosas jornadas de Napalpí, donde la milicada embravecida masacró un par de centenares de indios, entre hombres, mujeres y niños. El triste héroe de esa matanza a mansalva fué el gobernador Centeno, quien manifestara que quería hacer un escarmiento. No reeditaremos las causas fútiles que motivaron esos crímenes, en salvaguardia de los intereses de unos cuantos explotadores en connivencia con la policía, la magistratura y la administración toda de ese territorio.

Pero ese mismo periódico informa que las casas de juego, de tolerancia y algunas casas mayoristas son regenteadas por parientes y allegados del gobernador. Cita también que estas casas cambiaron, para despistar, varias veces de firma. Se las conoció y se las conoce por Centeno, Baraldi y Cía., más tarde Aloy.

De este modo, si el juego, la bebida y el amor, no acaban por dejar desnudos a los colones, peones e indios, la casa mayorista los despoja de sus cosechas, los esquilma con los enseres, útiles, ropa, alimentos que les vende a precios subidos para que todo quede en la misma familia.

Y a pesar de estos *antecedentes de honestidad y de intachable conducta*, de la

La próxima guerra contra el Asia

Nuevamente tendrá que ver el mundo otra hecatombe, una catástrofe en comparación con la cual parecerá insignificante la última guerra. El imperio norteamericano y el británico, las dos pricipales potencias económicas y políticas del mundo, las piedras angulares del sistema imperialista capitalista que tiene el mundo en sus garras, avanzarán en esa guerra contra el Asia.

Los preparativos para esa matanza dominan toda la acción política y económica de esos dos gobiernos, comenzando por la propaganda de la prensa sobre la raza y el color, hasta las maniobras marítimas en el gran océano, desde la concesión de nuevas reformas hindús hasta la construcción del gran punto de apoyo para la flota marítima y aérea de Singapur. Los preparativos se han vuelto más acelerados y amenazadores, porque el movimiento nacional chino contra las potencias imperialistas se ha vuelto más vigoroso y porque el Japón se ha convertido más y más en el concurrente comercial de Inglaterra y Estados Unidos en China.

Ante todo es necesario echar una ojeada a la situación económica y política de Asia para comprender las fuerzas que se ocultan tras esos preparativos bélicos. Asia es tanto una de las fuentes principales de las materias primas de la industria europea como un mercado para los artículos elaborados. Ofrece además un vasto campo al empleo de capital superfluo. Por lo que se refiere a la sumisión de los pueblos asiáticos por el imperio británico, se apoya en algunos puntos. En lugar de asegurarse materias primas y reservarlas para un enorme comercio exterior, India ha sido totalmente sometida, política y económicamente. Y una vez logrado eso, India se convirtió en el centro desde el cual fué sometida toda el Asia, incluso China y el próximo Oriente. La significación de la India para el imperio está resumida del mejor modo en un libro del profesor de la Sorbonne de París, A. Demangeon, *América y la concurrencia en torno al imperio mundial;* allí se lee:

"India es una colonia típica para la explotación. Extraordinariamente rica, fuertemente poblada, ofrece a sus amos al mismo tiempo riqueza y defensa. Por medio de India asegura Inglaterra su destino. India es el punto de apoyo del comercio británico para el lejano Oriente. India proporciona a la flota puntos de apoyo para su trafico marítimo. India presenta al ejército legiones de soldados inteligentes; la población nativa combate en favor de la Gran Bretaña en China y Africa del sur. Durante la guerra mundial la India dió más de un millón de hombres, de los cuales 100.000 fueron muertos. India es un mercado gigantesco para la Gran Bretaña; dos terceras partes de su importación proceden de Inglaterra; proporciona el 51 por ciento de la producción total del imperio, 58 por ciento del té, 73 por ciento del café y casi todo el algodón. Enormes cantidades de dinero inglés han sido colocadas en las minas hindús, en las fábricas, en las plantaciones, en los ferrocarriles y en las obras de canalización de la India. India paga intereses por cerca de 350 millones de libras esterlinas. India ocupa un ejército de empleados ingleses, cuyo salario es pagado, y sus ahorros emigran anualmente a Inglaterra. Vierte los intereses de sus deudas de Estado, las pensiones de los funcionarios ancianos, los gastos gubernativos de su administración en las cajas inglesas. Se estiman en más de 30 millones de libras esterlinas anuales las sumas que paga la India en el imperio Unido por su activo, sus funcionarios y sus accionistas. Además no sabemos cuánto procura a los comerciantes que negocian con élla, y a los barcos que transportan sus productos. Nunca fué mejor empleada que aquí la palabra *"explotación"*.

La guerra mundial aguzó el apetito de las grandes potencias en dominación y poder. En los Estados Unidos, por ejemplo, surgieron durante la guerra 23.000 nuevos millonarios. El imperio británico integró a su territorio 931.000 millas cuadradas de tierra africana — un espacio que forma aproximadamente una tercera parte de los Estados Unidos. Además confiscó los ricos países del Eufrates, Mesopotamia, Siria, Palestina y las costas orientales del Mar Rojo. Creó protectorados en torno a Egipto, pudiendo permitirse así dar a ese antiguo país la apariencia de una independencia política y sin embargo tenerlo sometido. Sus vias comerciales hacia el Asia son más vigiladas que nunca por mar y por tierra. La insignia británica es la primera en el mar.

Estos son ejemplos francos de latrocinio, a los que se imprimió el sello de la legalidad y de la moralidad por la Liga de las Naciones. Además se agrega últimamente la técnica refinada del imperialismo en la que Estados Unidos es profesional e Inglaterra maestra vieja. Es el sistema de la penetración financiera, como la que puede verse hoy mejor que en ninguna parte en China, un sistema al que no sigue necesariamente la posesión del país, aunque a menudo tiene lugar. En China han buscado las grandes potencias concesiones económicas, impusieron enormes empréstitos a un país débil y como garantía han tomado minas, yacimientos petrolíferos y aduanas. No se han anexionado el país; mantienen sólo sus condiciones vitales bajo garras mortíferas — y esto es mucho más importante que el derecho legal a la soberanía. Las grandes potencias tienen "esferas de influencia", como por ejemplo la esfera de influencia de Inglaterra que cubre el 28 por ciento de todo el país, con inclusión del rico valle del Yangtsé con los territorios británicos robados desde Tibet al puerto inglés de Hongkong.

Durante la guerra mundial se fortificó el Japón en China. Sus famosas 21 demandas exigieron su derecho a las antiguas posesiones rusas en la Mandchuria, a las posesiones alemanas en Shantung (que luego fueron devueltas a China) y a las fundiciones y fábricas de acero más ricas de Asia. Eso le proporcionó casi un protectorado sobre aquél país. Durante la guerra mundial los capitalistas japoneses se apropiaron del 50 por ciento del mercado de algodón que tenía Inglaterra antes en China. A cada instante cayeron en conflicto con los capitalistas norteamericanos.

Las fuerzas dirigentes en China han tenido el desdichado país en continuo desorden. Han mantenido el corrompido gobierno de Pekin y de ese modo consiguieron imponer al país formidables empréstitos y legalizar sus apropiaciones y favorecimientos de las fuentes naturales. Las infinitas guerras civiles tienen su origen en esa política.

Según Bertrand Russel, que escribe en *New Leader* sobre estas cosas, sólo es problema del tiempo "el que Inglaterra y Estados Unidos se pongan de acuerdo para establecer en China un "buen gobierno" con fines a la explotación" y llevar la paz "a un pueblo que ha sido conducido a la desesperación por las guerras sin fin". Un periodista inglés, el señor John A. Brailsford, que escribe desde Tokio un artículo en el número de diciembre de 1924 de la *Modern Review* de Calcuta, informa sobre los sucesos de China o el odio no disimulado de los chinos contra las potencias imperialistas de Occidente. El señor Brailsford habla también del conflicto entre el gobierno revolucionario del entretanto fallecido Dr. Sun Yat Sen en el Sur y las autoridades británicas. En agosto de 1924 intentó el Dr. Sun Yat Sen reprimir una insurrección inspirada por Chan Lim Pak, el más alto funcionario chino del Banco de Hongkong y Shanghay, la compañía financiera británica dominante en aquella parte del mundo. Cuando el cónsul inglés en Cantón amenazó bombardear Cantón en caso de que el plan se ejecutase, lanzó el Dr. Sun Yat Sen un manifiesto famoso al pueblo chino que da un cuadro bastante claro de las fuerzas beligerantes que fueron implicadas en la lucha próxima. Un párrafo de ese manifiesto dice:

"Veo un propósito nuevo e injusto en esa exigencia de la Inglaterra imperialista. Si la examino a la luz del apoyo diplomático y moral y de los millones de restauraciones y otros empréstitos que han dado las potencias imperialistas continuamente más de 12 años a la contrarrevolución, es imposible dejar de considerar esa acción del imperialismo como algo diverso de un ensayo habilidoso para destruir el gobierno Kuo-Ming-Tang, a cuyo frente estoy. Pues aquí se ha operado una sublevación franca contra ese gobierno por un agente de confianza de los más poderosos sostenes del imperialismo en China. Y un llamado gobierno obrero británico amenaza ultimar las autoridades chinas de Cantón en caso de que recurran a la única manera de obrar que podría capacitarlas para medirse con un movimiento que aspira a derribarlas."

Durante el último año la tensión entre Inglaterra y Estados Unidos por una parte y el Japón por otra se ha acrecentado. La proporción en que el Japón superó comercialmente a las potencias dominantes del mundo, puede verse por el rápido aumento de las firmas japonesas en una sola ciudad — Shanghay — desde 1914 hasta el presente:

	1914	1923	1924
Estados Unidos	71	165	216
Inglaterra	202	228	255
Japón	117	1047	1125

De tales cifras se deduce una parte de las profundas razones de la enemistad anglo-americana contra el Japón.

Una de las más secas descripciones del conflicto de intereses en Asia y de la necesidad de los preparativos bélicos procede del señor W. H. Gardiner, el vicepresidente de la Liga Marítima norteamericana en el número de noviembre de la *Fortnightly Review* de Londres, donde constata:

"Será bueno recordar que en 1923 el comercio exterior de las islas británicas — del cual viven directa o indirectamente la mayoría de los obreros ingleses — alcanzó a casi dos billones de libras esterlinas, del cual la mitad fué trasportado al Océano Indico y al Gran Océano, mientras que en el mismo año el comercio exterior de los Estados Unidos, que se ha multiplicado rápidamente en Oriente, era aproximadamente equivalente a las cuatro quintas partes del de la Gran Bretaña. Como están en juego tales ideales e intereses, se podría decir que el camino más viable y pacífico para Estados Unidos y Gran Bretaña, a fin de conservar su poder, sería mantener su posición principal y las posesiones dependientes en el lejano Oriente con una firmeza tan clara, que todo intento por parte de los japoneses para realizar sus planes marítimos dirigidos hacia el sur, aparezca inmediatamente frívolo.

"Por mucho idealismo que mantengan en casa Inglaterra y los Estados Unidos, existe el hecho que el Asia moderna es por lo menos un lugar de realismo tal como la Alemania de antes de la guerra.

"La flota norteamericana no es tan fuerte como debía serlo realmente. La flota británica no tiene ninguna base apropiada y de confianza en el Océano Pacífico... Corresponde indudablemente a los intereses de los norteamericanos y de los ingleses que se postergue lo menos posible la creación de un punto de apoyo británico, semejante al planeado para Singapur."

Un miembro del Congreso americano ha convocado a una conferencia de la población blanca de los países del Océano Pacífico, cuyo propósito, como se dice, es "producir una entente comercial, económica y política mejor y preparar una defensa general contra la raza amarilla." En consideración de esos hechos, China, Japón y Rusia han llamado a una conferencia de todos los pueblos asiáticos a fin de discutir medios y caminos para obtener y mantener su libertad. El Japón tiene su política respecto a China, que durante 30 años fué extremadamente usurpadora y hoy fué repentinamente revisada. Y después que Rusia y el Japón se han dado cuenta de los preparativos bélicos de la alianza anglo-sajona, han firmado un pacto de alianza, y se puede suponer con bastante seguridad que China se adherirá, si no lo ha hecho ya. En ese pacto el Japón y Rusia han convenido proteger la inviolabilidad de China. El Japón ha adquirido preciosas concesiones económicas, incluyendo los grandes depósitos de petróleo de la isla Sachalin, al norte del Japón, la única comarca carbonífera de importancia de toda la costa del Océano Pacífico. Además se agrega para el Japón mismo el descubrimiento de inagotables minas de hierro. Todos sabemos que de todos los artículos de guerra, el petróleo, el carbón y el hierro son los más importantes. La cólera de Inglaterra y de Estados Unidos sobre esa evolución económica sobrepasa toda medida, pues con eso obtiene repentinamente el Japón uan aterradora potencia militar y su hierro, su carbón y su petróleo es completamente independiente de Inglaterra y de Estados Unidos.

En una discusión sobre el tratado ruso-japonés dice Tchitcherin, el ministro de relaciones exteriores de Rusia:

"El pacto con el Japón es más que una ordinaria constatación de problemas en discusión de dos países. Afirma la influencia de la Rusia de los soviets en el lejano Oriente y vierte una luz desfavorable en las complicadas relaciones políticas del mundo."

Por ese pacto vemos a Rusia de nuevo como una potencia en Asia. Sobre los propósitos de Rusia, podemos oír otra declaración de Tchitcherin en el congreso de los pueblos orientales, que se celebró en Bakú en la primera semana de marzo de 1924; dijo que "la política rusa tiende a destruir todo rastro de imperialismo británico en Asia". Puede ser que se proyecte suplantar el poder imperialista británico por el poder bolchevista ruso, aunque lo que Asia desea es la destrucción de todo rastro de imperialismo, cualquiera que sea.

El pacto ruso-japonés tiene amplios resultados. Hay que considerarlo en relación con la entente ruso-turca, que significa una alianza defensiva. Turquía, Afganistán y Persia están asociadas igualmente por alianzas defensivas, y sus relaciones con Rusia son muy cordiales. Vemos, pues, toda el Asia, comenzando por Turquía y Rusia hasta el Japón (con excepción de la India, apartada) formando un frente, un block asiático con el que los Estados Unidos e Inglaterra tienen que contar.

Los Estados Unidos convocaron una conferencia del desarme en Wáshington. Pero esa conferencia, como la de 1921, no sirve al desarme sino sólo al ensayo de desarmar al Japón. Esto equivale a las proposiciones de Haldane unos tres años antes de la guerra mundial — cuando Inglaterra intentaba limitar la marina de Alemania.

Estados Unidos ha hecho gigantescas maniobras marítimas en el Océano Pacífico — una provocación directa de guerra — y el Japón rehusó a recibir la flota americana sin dar una explicación. El Japón realizó contramaniobras, cuya misión era la protección de todo acceso al imperio. La flota norteamericana llevó consigo 250 periodistas para "mostrar al público americano lo que hace el gobierno y lo que intenta hacer".

La construcción del gran punto de apoyo para la flota aérea y marítima de Singapur por Inglaterra no tiene otro propósito que la preparación de la guerra. Estadistas ingleses han intentado decir, con su hipocresía usual, que aquella estación sólo debía ser una estación de permanencia. La *Nation* (Londres, dic. 1924) pregunta: "¿En qué circunstancias pensamos que nuestros barcos de guerra necesitarán aguas orientales? No necesitamos ningún barco de guerra para proteger nuestro comercio contra los cruceros piratas o de submarinos."

Según el plan de Singapur, construye Inglaterra ocho nuevos cruceros. Pero esos nuevos cruceros son sólo preparativos públicos. Existen preparativos secretos mucho más funestos, de los cuales recibimos un pequeño rayo de luz en el artículo últimamente aparecido en *Le Journal* de París y procedente de su corresponsal especial enviado al Asia para convencerse del estado de cosas. Ese escritor, dice:

"Después de notificada la construcción de la base naval y aérea de Singapur por el gobierno de Mac Donald, se desarrolló con gran celeridad y en el mayor misterio un nuevo punto de apoyo para la flota en la ensenada de Trinkomali en la isla de Ceylan. En aguas profundas, protegido contra los vientos del océano, rodeado de altos

---

cual se avergonzaría el criminal más empedernido, por la cobardía que se revela en todos ellos, el gobernador Centeno será elegido. No somos profetas, mas no es necesario serlo para acertar.

Ya encontrará un Zacconi como comisionado que a los cuatro meses largos vaya al Chaco con el doctor Palmaredo, para hacer la autopsia de los indios y dar cuenta al Congreso que no habían sido mutilados, según versiones calumniosas. Claro, desenterraron algunos esqueletos, se elevó el informe pertigente y se anagaron todos los rumores en un silencio sepulcral.

montes, cumple en alto grado la misión de servir a la flota inglesa en toda forma en su camino hacia la India. Una línea ferroviaria estratégica lo une por Dschungeln y los campos de arroz, con Colombo. Hace dos años y medio inauguró el príncipe de Gales esa estación de la flota, sin que el mundo supiera nada de ello. Actualmente es protegida por una escuadra entera de ocho cruceros. En el curso ulterior del viaje tuvimos ocasión de sufrir otra sorpresa muy interesante. En el estrecho de Malaca se oye repentinamente el grito: "¡Submarino visible!!" Y vimos realmente sobresalir de la superficie de las aguas, con los cañones dirigidos hacia nosotros, un hermoso submarino de 1200 toneladas, construído según las experiencias de la última guerra y al cual Inglaterra ha confiado la protección de sus posesiones. Este encuentro es significativo. Quiere decir que a pesar de todos los debates parlamentarios sobre la fortificación de Singapur el almirantazgo británico no se ha detenido nunca en sus febriles preparativos. Resumamos: Port Said, Suez, Perim y Aden son los vigilantes del Mar Rojo, Trinkomali protege el camino hacia la India, Penang y Singapur vigilan las vías marítimas malásicas y el último miembro de la cadena está en el Océano Pacífico, el misterioso Hong-kong".

Que Singapur no fué construído contra el Japón, como algunas gentes aseguran, lo demuestra el hecho que está a 3.000 millas del Japón y es el gran puerto de apoyo del sur del Asia, que vigila el golfo de Bengala y la India por una parte y por otra el mar del sur de China, con Hong-kong y la entrada en China por otra parte.

Qué papel dará Inglaterra en esa lucha a la India, se deduce claramente de la última guerra. Pero si los mercenarios se niegan a luchar contra el Asia, Inglaterra planea reducir el país a la impotencia en último resultado. Lor Reading, el virrey de la India, ha sido llamado repentinamente a una conferencia en Londres, cuyo objeto indudablemente fué la elaboración de nuevas reformas para la India y el intento de ganar para Inglaterra un gran número de personalidades hindús. Las reformas sólo pueden ser otorgadas a dos o tres provincias y así es destruída la conciencia nacional del país.

Además tenemos la labor contínua de los agentes británicos para precipitar insurrecciones de los hindús mahometanos en la India. Esa situación de cosas hay que considerarla a la luz de los acontecimientos del cercano Oriente. Inglaterra se propone formar una Federación árabe semi-independiente bajo la "protección" británica, y esa Federación debe ser un baluarte contra Turquía por una parte y formar la sede del califato (el Vaticano de los mahometanos). Los mahometanos hindús son muy religiosos, e Inglaterra espera fortificar su fidelidad al califato, que no es ni más ni menos que una institución política de los ingleses.

Entretanto son fortificados los distritos fronterizos del norte de la India y se construyen allí bases aéreas y hospitales. El presupuesto para la flota aérea de Inglaterra se acrecentó extraordinariamente y el director del ministerio británico de la navegación aérea hizo un viaje por esa parte del mundo para trazar una vía aérea británica de Inglaterra a la India, de la India a Singapur, Hong-kong, Australia y Africa del sur. Si Inglaterra no puede retener la India de otro modo, puede, sin embargo, según las palabras de un miembro de la cámara de los Lores, al menos destruir el país desde el aire.

En la India ha aprobado Inglaterra repentinamente una ley para la protección de algunas ramas nacionales de industria. La *Industrie-und Handelsrevue für Indien*, que se publica en Berlín, pone esa ley en la picota, diciendo en un pasaje de sus comentarios:

"El acero de la Tata (Tata es una de las grandes compañías hindús del acero) proporcionó al gobierno británico durante la guerra mundial munición, y los rieles de la Tata ayudaron, además de otras cosas, a la construcción de ferrocarriles en Mesopotamia, para proteger el despojo económico y político de aquel país por Inglaterra. Y no podemos menos de pensar que el acero hindú desempeñará un papel especial en la guerra inevitable en el Asia oriental unos años más tarde. La importancia de esa producción de acero en la India no puede ser menospreciada en relación a una guerra asiática, y esa nueva medida hay que relacionarla con la base marítima de Singapur y los preparativos bélicos de Inglaterra. Y cuando la guerra haya pasado, comprenderemos cómo fué hecha la política imperialista británica para armonizar con los intereses de la clase capitalista hindú."

Desde la guerra se ha llevado a cabo una obra de azuzamiento, no sólo por medio de las armas, sino también por la prensa y podemos observar una campaña de preparativos en Europa y en América. El "peligro amarillo" es vuelto a anunciar; se propagan visiones de la "piratería asiática como en lejanos tiempos". La prensa americana da a los japoneses el título de "hunos amarillos del Oriente". Odio, temor, terrible voluptuosidad son estimulados, y los libros que sirven ese objetivo tienen una llamativa difusión. "*El flujo creciente del color*", por Lothrop Stoddard es uno de esos libros que llama al mundo anglosajón "a sacudir los lazos del altruísmo arraigado, a poner a un lado el vano fantasma del internacionalismo y a escribir de nuevo en su bandera el orgullo de raza y el derecho a gobernar!"

La próxima lucha será una lucha por la posesión de la tierra, ventilada por la gran alianza de los capitalistas anglo-americanos. Los capitalistas ingleses y norteamericanos son bastante poderosos para enfeudar el destino de los trabajadores de sus países a la protección de sus caudales colocados en Asia. Como sabemos, el sistema capitalista es internacional, y si Inglaterra y Estados Unidos son complicadas en una guerra, todo el mundo debe tomar parte necesariamente en ella. Así entendemos la propaganda de las razas y del color en Alemania, Holanda y otros países, cuyo propósito es unir esos países con la alianza anglo-americana. A causa de hostilidades anglo-francesas en Africa, el próximo Oriente y la Indo-China, no se espera de Francia que se adhiera al llamado "mundo blanco", y los obreros franceses, cuyo campo de batalla no sólo es Indo-China, sino también el Africa, el cercano Oriente y Europa, son llamados en cambio a la lucha contra la alianza anglo-norteamericana. Hoy se dice a los obreros ingleses, norteamericanos y alemanes que los franceses son los "traidores del mundo blanco" y que no sólo hay que luchar contra ellos porque no tienen ningún prejuicio sobre el color, sino a causa de las relaciones amistosas entre el gobierno japonés y el francés. El odio franco-alemán es utilizado para que Alemania entre en los planes asesinos anglo-americanos y los obreros alemanes, que tienen aun abiertas las heridas de la última guerra y que viven todavía en la dependencia económica, son incitados de nuevo contra los obreros franceses, rusos y asiáticos; y como recompensa por ese servicio, se cederán tal vez a la clase dominante en Alemania algunas colonias francesas de Africa.

Los obreros holandeses tomarán parte directamente — pues la participación de Holanda al lado anglo-norteamericano es inevitable si Alemania se adhiere al grupo; en este caso está protegida Holanda en Europa contra un ataque alemán y las Indias holandesas contra un ataque norteamericano. Los famosos obreros holandeses no sólo deben asesinar a sus hermanos europeos, sino también a la población de las Indias orientales de donde proviene el bienestar económico de los capitalistas holandeses.

El objetivo del movimiento obrero internacional será postergado lejanamente si esa guerra tiene lugar. Significará la introducción de nuevas formas de servidumbre, no sólo para los pueblos asiáticos, sino para los propios obreros de Europa y de América que ventilarán la guerra. Si siguen ese curso del imperio, deben pagar también el precio del imperio, doble, triple, mil veces más con miseria y sangre. Tienen que prepararse para recibir como salario de su obediencia la esclavitud económica y la pobreza. Deben quedar a un lado con su miseria, sufrir todas las heridas de la guerra ineludible y contemplar cómo predomina la clase dominante en la riqueza del mundo.

Si no quieren ese destino, deben organizarse internacionalmente, no sólo contra la guerra próxima, sino para la revolución social. La guerra próxima es sólo un accesorio en la lucha del mundo entero. La lucha fundamental que hay que llevar a cabo hasta la victoria es la de la clase obrera organizada por la toma de posesión y el control de los medios de producción y la creación de una sociedad libre.

AGNES SMEDLEY

Estados Unidos.

TEATRO POPULAR

La primera condición de un teatro popular es que sirva de sedante alivio. Que por principio haga un bien y sea de reposo físico y moral para el trabajador, fatigado de su jornada. Es un asunto que atañe directamente a los arquitectos del teatro futuro, quienes deberán velar a fin de que las localidades de precios modestos no resulten lugares de suplicio. También es algo que afecta a los poetas, quienes han de tratar que sus obras sean portadoras de alegría y no de tristeza, ni causa de tedio. Es preciso poseer una gran vanidad, sedienta de exhibirse, o ser de una infantilidad candorosa para que se ofrezcan los últimos rezagos de un arte decadente, que algunas veces les pudo causar bien o mal a las clases ociosas. En lo que toca a los sufrimientos de la élite, de sus angustias y sus dudas, bien pueden guardárselas para ellos, el pueblo ya tiene su parte y de sobra, es inútil que se le añada más. El hombre de nuestro tiempo que mejor comprendió y amó al pueblo fué Tolstoy, quien tampoco se escapó de esas encrucijadas del arte, a pesar que haya humillado muy duramente su orgullo, su vocación de apóstol, su imperiosa necesidad de imponer su fe, las exigencias de su realismo artístico, han sido más fuertes, creo yo, en "El Poder de las Tinieblas" que su admirable bondad. Semejantes obras me parece son más descorazonadoras que beneficiosas para el pueblo. Si nosotros no podemos más que ofrecerle esos espectáculos, tendrán todas las razones para volvernos la espalda y retornar a la taberna, a fin de aliviar sus penas. Es ser un poco despiadado pretender que, después de una vida triste, se les divierta todavía con un expectáculo triste. Si los raros espíritus se complacen en "sorber su melancolía como la comadreja sorbe un huevo", no se puede exigir al pueblo el estoicismo intelectual de los aristócratas. El ama los espectáculos violentos, con la condición que esa violencia no aplaste una vez más, en el teatro como en la vida, los héroes con quienes él se identifica. Resignado o desalentado como él puede ser para sí mismo, es de un exigente optimismo para los personajes de su ensueño; sufre ante un desenlace lúgubre. ¿Es decir que le es necesario el melodrama lacrimoso, el cual siempre termina bien? No, evidentemente. Esa mentira grosera es un soporífero, un estupefaciente más, como el alcohol que contribuye a mantener el pueblo en la inercia. El poder de solazarlo, que deseamos atribuir al arte, no debe ejercerse en detrimento de su energía moral. Muy al contrario.

El teatro debe ser una fuente de energía: es la segunda ley. La obligación de evitar lo que aplasta y deprime es también negativa; es necesara la otra parte para restablecer el equilibrio: sostener y exaltar el alma. Que el teatro, solazando al pueblo, lo haga más apto para que obre al día siguiente. Seres simples y sanos, no tendrán, por otra parte, alegrías completas sin la acción. Que el teatro sea una verdadero baño de acción. Que el pueblo encuentre en su poeta un buen camarada de ruta, alerta, jovial, si es necesario, heroico, que pueda apoyarse en su brazo, y cuyo buen humor le haga olvidar las fatigas del camino. El deber de ese compañero será conducirlo rectamente a la meta sin que descuide enseñarle, durante el camino, que mire a su alrededor. Es esta la que me parece la tercera condición del teatro popular:

El teatro debe iluminar la inteligencia. Deberá contribuir a esclarecer los cerebros humanos, infiltrar rayos de luz en los que están llenos de sombras, de repliegues, de monstruos. Oportunamente llamamos la atención contra las tendencias de los artistas, quienes creen que todas sus ideas son buenas para el pueblo: No se trata de que no se le haga pensar. Los pensamientos del obrero se hallan ordinariamente en reposo, mientras su cuerpo trabaja: es entonces muy útil que se lo ejercite; y por poco que se le infundа el deseo y se pruebe a ello, le resultará un placer, como lo es para todo hombre robusto algún rudo ejercicio que relaja sus músculos entorpecidos por una prolongada inmovilidad. Que se le enseñe a ver y juzgar las cosas por él mismo y con toda claridad.

La alegría, la fuerza y la inteligencia: he ahí las tres condiciones de un teatro popular. En cuanto a las intenciones morales que se le quiera añadir, a las lecciones de bondad y de solidaridad social, que no se preocupen. El solo hecho de un teatro permanente con las elevadas emociones en común y repetidas durante un tiempo, crean lazos fraternales entre los expectadores. En lugar de una exajerada bondad, dadnos solamente un poco más de razón, más dicha y más energía; de la bondad ya nos encargaremos nosotros. El mundo es más estúpido que malvado y malvado, sobre todo, por estupidez. La gran tarea es hacer entrar un poco más de aire, de claridad y poner más orden en el caos del alma. Pero ya es mucho colocarlo en estado de pensar y de obrar: no tratemos de pensar ni de obrar por él. Evitemos a toda costa los sermones y las moralejas, que merced a ellos, los amigos del pueblo tuvieron el malhadado arte de hacer el arte repugnante a quienes más lo aman. El teatro popular deberá evitar estos dos excesos opuestos, que le son inherentes: La pedagogía moral, que de la obra viviente extrae frías lecciones, lo que es a la vez antiestético y torpe (pues el espíritu desconfiado ve llegar el anzuelo) — y el diletantismo indiferente que a toda costa quiere imponerse y divertir al pueblo: rol denigrante, del cual el pueblo no siempre se muestra agradecido, ya que es capaz de juzgar a sus bufones; y a menudo en su risa mezcla el desprecio cuando acoge las contorsiones, en las lecturas populares. Ni buscar la moral ni buscar el placer. Salud y nada más. La moral no es más que una higiene espiritual (1). Cread un teatro que desborde alegría y salud. "Alegría, recurso poderoso de la naturaleza eterna; la alegría que mueve los engranajes del reloj de los mundos... la alegría que hace rodar las esferas en los espacios... la alegría que hace nacer las flores de los gérmenes y los soles del firmamento."

Llama la atención que los genios que fueron más populares, aquellos que el mundo se complace en considerarlos como los más morales de todos, son también los que hablaron con más libre desdén de la moral:

"La bella y sana naturaleza humana — como bien lo dice usted — no necesita de moral, ni de derecho natural, ni de metafísica política; usted hubiera podido añadir que no necesita tampoco apoyarse en la divinidad, ni la inmortalidad. — (Schiller a Goethe, 9 de julio de 1796).

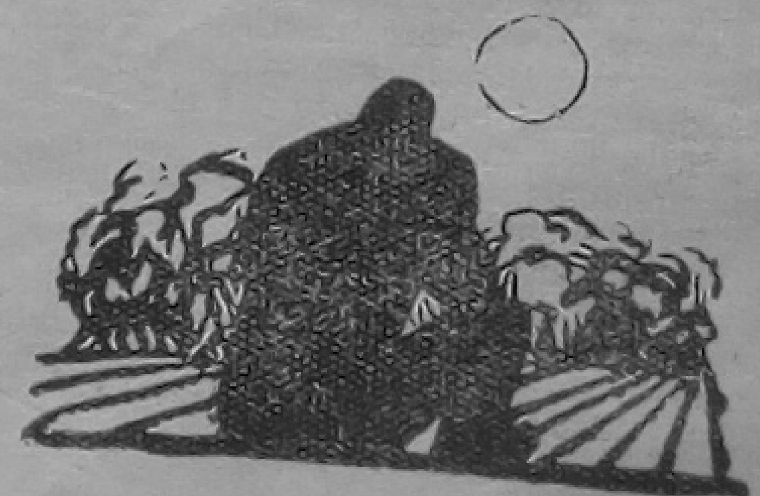
"He vuelto a sentir todo lo que hay de vacío en lo que se ha dado en llamar moralidad." (Schiller a Goethe, 27 de febrero de 1798).

"Ayer, con tus sermones, Zmeskall, me has puesto triste. Que el diablo te tuerza el pescuezo, no quiero saber nada con tu moral. La fuerza, la energía, he ahí la moral de las personas que se distinguen del común de los mortales. Es también la mía" (Beethoven).

ROMAIN ROLLAND

(1) *El bien inefable que experimentamos cuando nos sentimos perfectamente sanos de cuerpo y de espíritu* — (Schiller a Goethe, 7 de enero de 1795).

N. de R. — Traducido del libro "Le theatre du peuple", de Romain Rolland, del cual nos proponemos dar unos cuantos capítulos más, por considerarlo de gran utilidad en el actual desconcierto de lo que podría llamarse arte social; y también por ser completamente desconocido para los lectores que sólo pueden leer en castellano.



Las artes plásticas en el extranjero

José Bernard y su obra

Desde antiguo sucede que los escultores se olvidaron de lo que fué lo esencial de su arte: esculpir, ya sea empleando bloques de mármol, piedras maleables, pórfiro y hasta granito. En todas las academias de bellas artes, hace muchos años lo único que se enseña es vaciar calcos de los antiguos y a modelar en pastellina y en barro. Lo que fuera un arte, en su gran parte manual, se ha ido afirmando, evitando las tareas fatigosas hasta mermarlo en el sentido de la materia, desconociendo el uso de las calidades, las cuales podrán adaptarse más a un asunto que a otro. A muchos escultores les es indiferente ejercer sus talentos de modeladores, en mármol, en bronce o tallando madera. Para esos muchos, todo es uno y lo mismo. No saben ni quieren hacer distingos. En lo que casi todos coinciden es en rehuir la tarea manual. Un esfuerzo prolongado les empavorece. Prefieren la cantidad. Se dicen: "Si debiéramos continuar los métodos primitivos de Miguel Angel, que esculpía la estatua, cincel en mano, del bloque mismo, deberíamos pasarnos toda nuestra vida en menesteres propios de faquines y no de artistas". Si no es el montón que así razona, ellos abundan bastante. Aunque abiertamente no se manifiestan de esta guisa, obran tácitamente en consecuencia con esa pereza mental: lo que es más efectivo que las palabras.

Es conocida la vieja querella de Leonardo da Vinci con sus colegas los escultores. El, que desdeñaba el arte escultórico, posponiéndolo a su predilecta, la pintura, por ser aquél un arte *poco pulito*, se encontraría hoy con escultores que no se manchan la punta de un dedo y quienes, para modelar, no se fatigan ni más ni menos que el pintor con sus pinceles y brochas. La verdad, estamos en el siglo del horror contra la fatiga física en los oficios y las profesiones, y se la evita a todo trance, aun teniendo que entramparse en faenas más árduas para esquivarla.

Si poco a poco la escultura ha ido perdiendo su carácter monumental, se debe a lo cómodo y fácil del modelado en barro, que ni constriñe ni impone limitaciones algunas. Es una materia amorfa que los antiguos habrían despreciado si no fuera para emplearla en la manufactura de cacharros y de tanagras, en el ejercicio de un arte menor. Se presta a lo que se quiera. Posee por eso sus grandes ventajas y sus numerosas desventajas. Contribuyó no poco a lo lamido, al alambicamiento de la escultura. Téngase en cuenta que cuando un arte insensiblemente se va despojando de su carácter monumental, cesa instantáneamente de ser popular para subalternizarse en el bibelot, en las quisicosas agradables, en frívolos juegos de retórica plástica: cosquilla y deleite de las clases privilegiadas. En el caso presente pueden existir excepciones, pero ellas son muy contadas. Están allí las pretéritas edades, con firmándolo con su arte colectivo que unía a los hombres en vez de separarlos, de distanciarlos como hoy acontece. Se tendía a lo monumental intuitivamente, por un deseo de magnificar las formas vivas de la naturaleza en un alarde grandioso y también para que cupiesen el ensueño y los afanes de todos. Nunca hubiera podido concebir la mezquindad, el escamoteo del esfuerzo en el arte. Es que entonces habría dejado de ser un supremo lujo del espíritu y la expresión más genuina de su desinterés. Indudablemente el tercer Estado, el mundo burgués, concluyó por empequecer, mermándoles su valor intrínseco, a las múltiples actividades artísticas. Si, en Europa, se dieron magníficos movimientos individuales con las varias escuelas, las que por etapas fueron renovando las bellas artes, no se pudo concertarlas en la creación de un estilo colectivo que anteriores civilizaciones poseyeron en la cumbre de su florecimiento. Las particulares condiciones sociales de despiadada explotación del hombre por el hombre, impuesta por un régimen con la exasperada ambición de enriquecerse rápidamente; la creciente industrialización de los descubrimientos científicos, absorbiendo, anulando los artesanos, y la quiebra total de la arquitectura, viviendo, vegetando en un *statu quo* de imitaciones y de pastichos, hizo imposible la unión de los hombres en un solo anhelo de arte. Una confusa, desordenada reacción contra todo lo que remede el pasado se está iniciando por sucesivos impulsos, como si se quisiera preparar un ambiente nuevo para las manifestaciones estéticas colectivas.

Es por eso que a los escultores se les fué exigiendo que tornasen a las formas arquitecturales — para una posible colaboración con los arquitectos, y al mismo tiempo se les pedía adaptaran sus concepciones a la materia que más secreta afinidad tenía con ellas. En una palabra, que hubiese un acuerdo completo entre la materialización que vestiría la idea plástica y su concepto, sin importar las dificultades ni el mismo tiempo empleado. Adolfo Wildt, escultor italiano de cierto renombre por su gran probidad, autor de un tratado sobre "El arte del mármol", hacía notar con desconsuelo cómo algunos muchachos recientemente egresados de la Academia de Bellas Artes venían a pedirle les enseñara las nociones más elementales y rudimentarias para aprender a esculpir. Ellos, ni por el nombre conocían lo que era un cincel.

Joseph Bernard, uno de los más calificados representantes de la escultura francesa, es el que mejor encarna este movimiento del retorno a la labor manual, expresando en la materia definitiva sus ideas y sensaciones plásticas.

De origen saboyano, es hijo de un obrero que tallaba piedra en las canteras. De buena hora empezó a esculpir. Se ejercitó en ejecutar leones y diversos animales, que quedaron en el jardín paterno. Fué alumno asiduo de la Escuela de Bellas Artes de Lyon, después en París. Adulto, entró en el taller de Rodín como vaciador y para repetir las figuras en grande, en yeso y mármol. Expuso regularmente en el Salón de Otoño. Tuvo varias recompensas oficiales. Tiene obras suyas en el Luxemburgo, en otros museos de Francia y del extranjero.

Dejemos la palabra a su biógrafo, el poeta, Tristán Klingsor:

"He profesado siempre que, en arte, la técnica se impone a la estética. No conozco otro ejemplo más ilustre que el de Joseph Bernard. Hasta cuál punto de unidad alcanza la adaptación de la obra a la materia escogida, es lo que trataré de demostrar. Comprendo muy bien que existen leyes generales que se aplican a todos los medios expresivos: arquitectura o escultura, pintura o música, pero esas leyes no contradicen la ley particular de la adhesión, del sometimiento al oficio emplea-



JOSE BERNARD — "Adolescente" (Ejecución directa en yeso — 1913).

do. Al contrario, un oficio usado antagónicamente, es algo desagradable: una tapicería que imita la pintura; una pintura con las tintas chatas de un tejido, me parecen anomalías poco justificadas. Una confusión se estableció en la escultura entre la piedra y el bronce: ambas materias fueron tratadas de la misma manera, o indiferentemente el mismo modelado fué ejecutado en metal o en mármol.



JOSE BERNARD — "Cabeza de fauno" (Granito — Talla directa).

Por suerte, el proceso a semejante tendencia ha sido ya llevado a cabo. Se comienza a comprender que a técnicas diferentes deben corresponder naturalmente también concepciones distintas. El bronce por su resistencia, por la comodidad de su fundición, permite formas esbeltas, destacadas, y si es necesario, gráciles y delgadas. El *Mercurio* de Juan de Bolonia demuestra muy bien hasta qué facilidad, con qué libertad se puede usar esa materia. La piedra no puede, sin un inconveniente, soportar la misma gracilidad o fineza. Es demasiado friable. Un brazo destacado, un dedo son cosas sujetas a romperse; la base misma debe poseer una solidez suficiente y el marmolista no podrá, como el fundidor, colocar una figura sobre la punta de un pié.

He ahí lo que comprendió Bernard, y alrededor de él ha reunido un grupo de escultores que hoy forman una verdadera escuela francesa de tallistas en piedra.

El artista tuvo sus mejores ejemplos en su propio país. La vieja ciudad de Vienne, sobre el Ródano y el Gére, se halla llena de antiguos vestigios de piedra. Hay el templo de Augusto y de Livio; la columna de Constantino; la torre de Felipe II, sin citar la Catedral. Poco a poco, Joseph Bernard retornó con naturalidad a las imágenes que tanto encanto ejercieron sobre su juventud. Poco a poco se apercibió que el oficio enseñado en las escuelas de bellas artes no era el que más convenía. Desconfió del peligro que entrañaba la facilidad del barro, como de Delacroix desconfiaba de la facilidad de la brocha. Las correcciones son demasiado fáciles, y la virtuosidad muy tentadora. El armazón de alambre que sostiene el modelado, permite los movimientos destacados que muy mal soportaría la piedra. Entonces el artista pensó que éstos deben unirse estrechamente, pero que era necesario aunar la prudencia a la audacia.

No desdeñó, por eso, los estudios preparatorios, solamente que los realizaba directamente con el yeso, en lugar de servirse del barro. Hace unos quince años que abandonó definitivamente esa materia. Primero, sobre el armazón colocaba la pasta de yeso diluída, que al secarse rápidamente permite los retoques indefinidos, ya sea que una forma deberá ser engrosada con la espátula, ya disminuida en sus proporciones con el raspador. Teniendo en una mano el yeso diluído en una copa, el modelador se acerca poco a poco a la obra imaginada. El modelo, por supuesto, le sirve sólo de apoyo, de guía más bien que de regla absoluta. No copia servilmente, traspone constantemente. Lo que desea obtener son bellos volúmenes, formas puras en las que la luz se deslice armoniosamente, curvas que obedecen a un estilo. No se puede decir que Bernard sea un realista. Lo es quizás menos que Despiau, menos todavía que un Rodín y que un Houdon. Seguramente, busca en la vida, en el modelo, toda la belleza que existe en ellos; pero como todo artista, es más probable que descubra la belleza que hay en su propio corazón. Es él quien se impone a lo exterior. Posee un gusto marcado por las líneas simples, graves, por cierta belleza particular.

Sin duda ese código de belleza no es absolutamente imprevisto. Hay en ello algo de antiguo y de arcaico. Es un hecho que las viejas civilizaciones y las nuevas se unen a menudo, como nuestras almas fatigadas de una complejidad creciente se complacen en gustar la frescura de las épocas primitivas. No sorprenderá que se encuentren secretas relaciones entre las obras de Bernard y los viejos maestros del Egipto. Se parecen justamente por la misma técnica, la única técnica normal para la piedra. Pero no existe ahí nada de vanos artificios. Porque era necesario evitar la esbeltez demasiado pronunciada, porque era necesario reunir todos los elementos en uno solo, sin que hubiera partes destacadas, y porque la piedra exige masas simples casi arquitecturales. Puesto que se parte del bloque para ahondar en lo interior, no se puede ir más allá de lo que basta para expresarse. Se comprueba así que el metal escapa completamente a esta regla. Mientras que en la piedra es imperiosa. Aplicada por los egipcios o por los modernos, se llega a idénticos resultados. Se abstendrán de apartar los brazos del cuerpo, aproximando las piernas; asimismo, para dar más estabilidad y solidez a la base escultórica, se engrosarán las formas de las extremidades inferiores, aunque algunos escultores contemporáneos lo hagan sin una justa medida. Que la pantorrilla y el tobillo se conviertan en columnas, lo encuentro bien en tanto que la proporción permanezca feliz y el sentimiento de la vida no sufra con ello. Bernard posee, bien arraigado, el gusto de la naturalidad para que incurra en tales excesos.

Sin embargo, quien quisiese atacar la piedra directamente, se expondría a cometer errores irreparables, si antes no tuvo la completa concepción de lo que se proponía realizar. Por cierto que los estudios preparatorios sobre el yeso no pueden más que otorgarle más poder a esta seguridad. Va de sí que la técnica del yeso requiere un estudio particular. Mas el esfuerzo corresponderá a los resultados. El artista saboyano hace ya mucho tiempo que es maestro en esa ténica. Escojo entre otros, dos ejemplos de los más recientes, la "Victoria" y una *Joven* haciendo su tocado. El primer asunto, por causa de un glorioso precedente, era muy peligroso el intento. Supo, en cambio, evitar el influjo que podía ejercer sobre él la bellísima estatua griega. Su "Victoria Alada", revestida de velos de la cintura para abajo, marcha con la cabeza levantada, y con un brazo extendido. Las palabras no son capaces de dar la sensación de la belleza del movimiento, ni de revelar el encanto de la factura, al mismo tiempo tembloroso y firme. Este juego delicioso de la herramienta vuelve a encontrarse en la "Joven" haciendo su tocado. Ella también está semidesnuda, y los paños sólo le envuelven las piernas, para cubrir todo vacío inútil. Se aprecia en ella la gracia general del movimiento y en esta escultura por lo menos está completamente exenta de todo arcaísmo.

Es hacia 1905 que el artista comenzó a tallar directamente la piedra. Su primera obra en ese sentido es el busto de una mujer joven, marcadamente estilizado, y al cual el autor le dió el título "Esfuerzo hacia la naturaleza". Otro busto, "Esfinge Moderna", es de algunos años anteriores, y apenas desgrosó la piedra en la cabellera buscando el contraste con el rostro pulido de facciones finas. Desde ese período las obras irán sucediéndose numerosas. Y son "La Fiesta de las Ninfas", el grupo de "Jóvenes danzando", la "Bacante", en la cual todas las formas se ciñen; "Joven", con un jarrón que está en el Museo del Luxemburgo, quizás menos ampulosa de formas, por haber sido concebida en bronce. El monumento erigido en Ginebra a Miguel Servet, le dará pretexto para crear una obra para el aire libre. Paralelamente ejecuta una serie de bajorrelieves. He ahí que la influencia egipcia se hace más perceptible. Una vez más, el gran dibujante se alía al escultor. Sobre la misma superficie de la piedra dibuja a grandes trazos su composición, y así, adoptando los procedimientos de los grabadores, grabará la materia hasta hacer resaltar el relieve. Así es como el pensamiento del artista progresivamente toma cuerpo, y me parece que es en este momento del trabajo, a través del primer boceto, que los detalles de la composición se fijan mejor en el espíritu. Existe en ello algo como una creación del poema o de la sinfonía, con otra técnica. Numerosos son los dibujos suyos, y es con el auxilio de ellos que ataca directamente la materia, sin inquietud alguna. Quien quisiese trabajar de este mismo modo deberá llevar en sí



JOSE BERNARD — "Pureza"
(Mármol rosa — Talla directa).

un vasto repertorio de formas. Y es con el lápiz, por la pluma y la acuarela, que José Bernard las busca. Su preocupación es más bien por los volúmenes. La carbonilla frotada sobre las asperezas del papel, creará una especie de clarobscuro, que, rápidamente modelado, hará surgir las formas, que se adivinan y se afirman en poderosa síntesis. Lo esencial ha sido logrado. Esos dibujos de escultor poseen una rara cualidad: la de que sus autores se hallan habituados a mirar los objetos en todas sus facies. Y eso es lo primordial para un artista que pretende engolfarse en los misterios de todo lo creado."

Por último, declaremos que como todos los verdaderos artistas posee una concepción personal de la belleza y su imponderable mérito estriba en cómo supo realizarla, volviendo al desdeñado trabajo manual, adaptando sus concepciones a la materia adecuada, en un respeto sagrado para su arte y al cual virilizó con la rústica rudeza de su alma de obrero.



Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

Gracias a las personalidades y autoridades competentes me ha sido posible recoger material que — movido aún por el aliento vital — puede resistir sin embargo la crítica y conducirnos a los estadios más hondos del edificio ostentoso de nuestra civilización. Describiré con números y palabras la miseria de la habitación en la metrópoli de Berlín, en las ciudades alemanas pequeñas y medianas y en el campo. Observaremos los hombres que habitan en esa miseria, reconoceremos su disposición para el riesgo moral y físico, su consagración a los placeres, a los malos hábitos y cómo la miseria de la habitación se convierte en fuente de destrucción del matrimonio y de abandono de la juventud, de plagas populares como la tuberculosis y las enfermedades sexuales. Y comprenderemos claramente la significación de esa penuria y de esas plagas del individuo para la totalidad, viendo en la lucha contra la penuria de la viviendo la tarea más urgente para el país y para la sociedad.

En la primavera de 1921 he hecho fotografiar unas sesenta viviendas de Berlín, situadas en el estrecho dominio de Moabit. Cada una de esas fotografías es un documento de vergüenza social para un Estado civilizado como Prusia-Alemania, una amarga acusación contra la sociedad que hace depender la satisfacción de las necesidades de la habitación de las codicias de cualquiera que se prometa, por ese medio hacer negocio, buscar para su capital una renta aceptable y una buena especulación.

Los datos y descripciones que daré demuestran cuán poco se preocupan los propietarios privados de casas de si las habitaciones que alquilan satisfacen las exigencias de la economía social humana o si pueden corromperse corporal y moralmente en ellas o desarrollarse los niños y los adultos. Ningún sereno o encendedor de linternas es colocado en una municipalidad ordenada sin que haya sido examinada previamente su capacidad y su confianza; pero el destino de más de cien habitantes de un cuartel de inquilinos está inescrupulosamente en manos extrañas sin preguntar en qué grado depende el bien general del estado de salud, corporal y espiritual, de muchos habitantes. Hay en Berlín edificios que tienen un número de habitantes superior al de pequeñas aldeas (hasta 1000 habitantes).

Vds. reconocerán el efecto moral e higiénico de las condiciones de la vivienda. Según y cómo habite un hombre, así se vuelve, así es al fin. La miseria de la vivienda es la causa más corriente de que el hombre vaya a la taberna para buscar el olvido en el alcohol. Mi conferencia quiere convencerlos a ustedes de que es preciso fortificar la influencia pública, por motivos morales y social-higiénicos, en la esencia de la viviendo. Los hechos prueban que hoy son insuficientes las leyes existentes en el papel, los decretos ministeriales y las disposiciones, o que carecen prácticamente de todo influjo.

Penetremos en el cuartel de inquilinos berlinés, guiados por los datos inéditos que me ha dado Albert Kohn, el director de la caja de socorros para enfermos de Berlín. Los números de Kohn dan un cuadro rosado, porque estas investigaciones sobre la vivienda se extendieron en 1922 sólo al estrecho círculo de unos 18.000 y en 1923 — a consecuencia de la reducción de empleados, necesaria también en la caja de enfermos — sólo a un 9 1|2 por mil de miembros de la caja de socorros para enfermos ineptos para el trabajo a causa de enfermedad. Siguiendo la misión terapéutica de la caja de socorros para enfermos, los casos más desesperados desde el punto de vista del saneamiento, que en su mayoría son también casos de la más extrema miseria de la vivienda, han sido excluídos de la investigación. Los resultados aparecen así más fáciles, mientras que la realidad es más tenebrosa. Sin embargo ¡cuánta miseria se refleja en esa estadística tamizada!

De los enfermos ineptos para el trabajo, controlados en 1922 y 1923, dormían de a cuatro por habitación, un 5 o|o; de a cinco por habitación, un 2 o|o; de a seis 1 o|o y de a siete y más, ½ o|o.

Los números crecen hasta lo grotesco si se tiene en cuenta que la estadística sólo incluye los casos de los mejor situados de entre los enfermos asegurados en la caja de socorros, es decir provistos de un trabajo regular. Si esa proporción extraordinariamente favorable se aplica a la población total de Berlín, se tendrá que sólo en Berlín — de 4 millones de habitantes (el 1 de febrero de 1925; 3, 960, 700) — hay 250.000 personas que duermen de a cuatro en una habitación.

Pero aquí se tiene sólo el número limpio y al que no ha vivido nunca en la estrechez de los cuarteles de inquilinos proletarios, eso le dice muy poco. Debo presentarles a ustedes una simple descripción.

Es un hecho establecido científicamente por muchas estadísticas que las habitaciones de los patios pobres de luz y de aire son las más pobladas. Son habitaciones viejas que no tienen ya nada agradable, en donde el aire de las exhalaciones de la cocina y de los resumideros es húmedo y pesado y sin embargo es respirado por muchísimos pulmones. Habitaciones con ventanas que pestañean como los ojos extenuados en la luz gris de la sombra de una muralla, y cuando son abiertas respiran dificultosamente como bocas asmáticas que absorben del pié del muro el hedor de los tachos de la basura en fermento. Habitaciones como celdas, como cajones, estrechos y sombrías, unas al lado y encima de las otras, en edificios de 4 y 5 pisos; oscuras en el cuarto piso, más oscuras en el tercero, más oscuras y más ruidosas todavía en el segundo y en el primero y tenebrosas, aunque fuera brille el sol — en el entresuelo, cuevas para vivientes — incluso para niños: niños que juegan entre los tachos de la basura, cuya fantasía es manchada por la vida de esas habitaciones, en la más estrecha comunidad corporal y del sofocante placer de los que han envejecido en esos cuarteles de inquilinos; niños en cuyos rostros han impreso duramente su sello esos patios, las ventanas, las habitaciones — niños proletarios de la gran ciudad.

Los rosados números de Kohn señalan que en 1922 más del 10 o|o, en 1923 mas del 16 o|o de los enfermos controlados no tenían una cama para sí solos. Cuanto mayor es la familia, tanto mayor es la penuria de las camas. Mientras que en familias de dos personas más de un 91 o|o disponen de una cama para cada uno, el privilegio de dormir solos en una cama — "como el emperador", según decía un escolar — en familias de cuatro personas sólo es disfrutado por un 82 por ciento, en familias de cinco miembros sólo son 69 por ciento, en familias de seis miembros sólo un 60 por ciento, en familias de siete miembros todavía 50 por ciento y en familias de ocho miembros la cifra de los "emperadores en la cama" baja a una tercera parte (un 30 o|o más o menos); cuando la familia es de más de 11 miembros, la cama "imperial" no existe.

Hay que recordar siempre que se trata aquí de una estadística que a consecuencia del radio restringido aparece más favorable de lo que es la realidad general. Hay que tener además en cuenta que es una estadística de enfermos y que entre los compañeros de cama se encontraban hombres y mujeres enfermos sexualmente: 45 hombres y 684 mujeres, en total 729 de los 9420 controlados, es decir, el 8 por ciento aproximadamente enfermos sexuales. Amplíese el radio de la estadística a la cifra de la población en Berlín y se obtiene un total que da escalofríos.

Y ahora agrego que de los 9420 controlados — es decir más de la mitad — tenían que utilizar un W. C. común en el patio o en el descansillo de las escaleras.

¿Cómo transcurre la vida de muchos proletarios — hombre y mujeres — que no integran el movimiento cultural general e instructivo sindical de los políticamente organizados y que en consecuencia actúan como elementos que podrían calificarse de asociales en la estrechez de la morada proletaria?

Un proletario de esta categoría habita en un lugar para dormir. Es decir alquila una de las diversas camas de la habitación posterior de un departamento de cuartel de inquilinos. Por la mañana — en el invierno antes de aparecer la luz del día — se levanta. Está desocupado, queda en la cama más que sus compañeros de cuarto, — tal vez hasta que la patrona lo echa. Ese echar de la cama se convierte poco a poco en un coqueteo y termina en la llamada "relación" corruptora del matrimonio. El favorito no sólo disfruta el privilegio de quedar en la habitación durante el día, sino que avanza a las cualidades de "tío" ante los niños de la patrona. Comienza a ser socorrido por ésta y así se inicia su mísera existencia de parásito. Pereza, horror al trabajo se vuelven poderosos en él y le llevan a un camino que lo pierde para la producción y lo convierte en nocivo, y para la familia en que habita naturalmente en el más peligroso. Y a su alrededor acecha el alcohol el momento favorable; verdadero Mefisto, conduce al semi-caído a la sociedad de los holgazanes, le oprime la botella de aguardiente en la mano. Toda la energía social se desvanece en él. Las privaciones, las relaciones sexuales no elegidas le producen graves enfermedades. El alcohol acrecienta el impulso sexual y afloja simultáneamente los frenos morales y de la comprensión. Hospital, prisión, asilo son las últimas estaciones.

Pero los otros abandonan la cama por la mañana temprano, pasan el día en el trabajo y vuelven por la noche al "cajón de dormir".

Por desgracia, la conversación de los obreros y de las obreras gira durante el trabajo demasiado a menudo en el dominio de la sexualidad. El "cierto algo" coquetea entre obreros y obreras, entre obreras y capataces hasta el omnipotente señor director, e igualmente entre las empleadas del escritorio comercial y los empleados; está en todas partes en el aire que se respira, y obra tanto más brutalmente cuanto más delgado es el barniz de la civilización; cuanto menos refrenada es la exigencia, tanto menos domado es el "animal" y cuantos menos obstáculos ofrecen las condiciones externas de vida, cuanto más compactamente habiten los hombres, tanto más difícil será poder salvarse recíprocamente unos de otros, tanto más flojamente será revestida la virtud, tantos más abandonos cotidianos serán forzados.

En el taller o en la fábrica se ejerce frecuentemente una violencia a veces muy persistente para que los obreros beban alcohol, especialmente en la industria de la construcción. El capataz se busca una fuente accesoria de entradas con la venta de bebidas, cerveza y tabaco en la construcción, y mientras los obreros que le compran mucho disfrutan de su benevolencia, el pan de aquellos que no se hacen sus clientes, aparece en peligro de antemano. Lo mismo están las cosas en otras industrias.

No sólo los grandes terratenientes, sino también los industriales se preocupan poco de las exigencias morales de los obreros. En los dormitorios de las grandes casas industriales domina a menudo una confusión sexual como en los famosos cuarteles de segadores, y la mujer es enviada de sala en sala.

Se ha afirmado mucho que en una gran parte del proletariado — incluso del intelectual — existe constante excitación sexual. Los recreos después del trabajo — lugar de reunión, cinematógrafo, taberna, danza — no dejan en descanso los nervios sexuales, excitan deseos y codicias que halagan los cansados cuerpos cuando caen abatidos en la cama alquilada. Incluso a aquellos a quienes atrae el movimiento sindical o político y los salva en el dominio más serio de las ideas.

Así están dispuestos física y psicológicamente los hombres que viven en las condiciones de habitación descriptas.

Los niños que tienen que dormir con adultos, con padres en un cuarto o en una cama, se vuelven acechadores. La sexualidad del niño es fácilmente excitable. ¡Un oscuro capítulo de la ciencia sexual todavía poco explorado!

¿Cómo viven y habitan los niños proletarios en la horrible confusión de los cuarteles de inquilinos — destino de la mayoría de los 730.000 menores de 14 años que contaba Berlín en 1923?

Adelanto cifras que podrían significar para las madres el reconocimiento de circunstancias atenuantes: entre los 9420 enfermos de la estadística de Kohn para 1923, se encontraban 2286 mujeres empleadas en la industria. De ellas 850 con 27 niños de pecho y 1184 niños menores de 14 años estaban todo el día ocupadas fuera de casa. 34 madres con 60 niños menores de 14 años estaban medio día ocupadas en la fábrica. 423 madres con 22 niños de pecho y 736 niños menores de 14 años estaban ocupadas fuera de casa algunas horas diarias. 2286 madres enfermas y empleadas en la industria tenían 2526 niños.

Extiendan Vds. esa proporción a la totalidad de las madres alemanas y calculen los niños que tienen que privarse de la dicha moralmente elevada de las atenciones y la proteción materna; y con eso serán Vds. indulgentes si les produjera horror un ejemplo de la vida proletaria.

Les doy unas descripciones de las habitaciones en donde tienen que vivir niños:

En Gehereu, en el hermoso bosque de Turingia, he visto en el verano de 1924 el domicilio de una gran familia de siete miembros de un zapatero. Ese hogar se componía de una habitación y una cocina. La mitad de la cocina era taller; un sofá y una mesa ante él caracterizaban el centro como sala; luego venía el hogar de la cocina. Pero el sofá servía por la noche de cama a dos niños de 7 y 8 años. Junto al hogar de la cocina había una puerta que daba a la habitación. Un tenebroso agujero, sin estufa, sin ventana. En la pared posterior había sido quitada una piedra para hacer posible un respiradero. Bajo ese respiradero estaba fuera el pozo que servía de W. C. Las exhalaciones de la cocina producían transpiraciones de las frías paredes de la habitación. Junto a la pared más ancha había dos camas, tan apegadas una a otra que los que dormían en la posterior tenían que pasar por encima de la delantera. Bajo las camas había patatas de invierno. En la cama posterior, junto a la horrible pared, dormían dos hijas de 11 y de 13 años, y un hijo de 12. En la cama anterior dormía el padre y la madrastra, él de cincuenta años y ella de treinta. Se habían casado hacía dos años. La primera mujer y madre de los hijos, después de haber habitado 13 años en esas condiciones, había muerto tuberculosa.

¿Qué no habrán visto y experimentado ya esos niños?

VICTOR NOACK

(Continuará)

ENSAYO DE UNA BIBLIOGRAFIA ANARQUISTA ALEMANA

Raros son los idiomas en que la propaganda anarquista fué tan grande y los resultados tan pobres como en el idioma alemán; sería precipitado atribuir a una sola causa ese fenómeno; tal vez haya faltado el buen tino de fundir los destinos del anarquismo con una masa obrera revolucionaria, tal vez se haya abusado en un tiempo de la "propaganda por el hecho" y luego del especulativismo y de la manía teórica; todas esas podrían ser causas de la poca difusión de nuestras ideas en los pueblos de origen alemán; pero tampoco hay que desconocer que el socialismo autoritario halló en Alemania el terreno más favorable para su desenvolvimiento y que no ha podido ser obstaculizado ni por las tradiciones liberales de los pueblos latinos, ni por una masa proletaria habituada a una relativa independencia. Nuestras ideas chocaron en este país con impedimentos mayores que en ningún otro, impedimentos históricos y sociales que, al contrario, favorecieron el esplendor de la socialdemocracia.

Los focos principales de la propaganda anarquista en idioma alemán, aparte de Alemania y Austria, fueron Suiza, Londres, Estados Unidos y Bruselas. La enumeración de todas las publicaciones hechas en los diferentes focos de propaganda sería para nosotros imposible; bástenos dar un breve resumen, tomando los datos de la *Bibliographie de l'Anarchie* de Max Nettlau hasta 1896 y agregando más hasta nuestros días.

Para distribuir las materias numerosas, obraremos según el plan siguiente: daremos primeramente una lista de las publicaciones periódicas y luego clasificaremos por materias los libros y folletos, esbozando la bibliografía de algunos de los hombres sobresalientes en la propaganda, como Johann Most, Landauer, Nettlau, Rocker, etc.

Publicaciones periódicas

Hubo en el período de 1848, más bien antes que después de la revolución, una tendencia intelectual declaradamente anarquista; aparte de Max Stirner, hubo en ese período Edgar Bauer, Carl Grün, Moses Hess, Wilhelm Marr y otros, influenciados en gran parte por Proudhon. Wilhelm Marr fundó en Suiza una organización obrera revolucionaria, que editó un órgano mensual: *Blatter der Gegenwart für soziales Leben* (Lausana, 1844 a 1845, 8 números), el primer periódico anarquista. Otra publicación anarquista fué *Berliner Monatschrift*, bajo la redacción de L. Buhl, cuaderno primero y único, Mannheim, 1844, IV - 332 págs. en 12°. Contiene artículos de Stirner y otros. — El mismo Marr publicó en Hamburgo, desde 1848 a 1852, un semanario satírico-político ilustrado, *Mephistopheles*, donde también se habrían expresado de tanto en tanto pensamientos anarquistas. También habría que mencionar la revista *Epigonen*, de Berlín, que sin ser precisamente anarquista abrió sus columnas a los anarquistas de la época.

Después de esa primera fase del pensamiento anarquista alemán, nuestras ideas desaparecieron de la superficie y de la discusión y tan sólo reaparecen un cuarto de siglo más tarde, como reflejo del movimiento encabezado por la Internacional.

El primer órgano anarquista del nuevo período fué:

Arbeiter-Zeitung (Berna), del 15 de julio de 1876 al 13 de octubre de 1877, 33 números. Los editores fueron A. Reinsdorf, Rinke y Werner. — Ya anteriormente había editado la Federación Jurasiana un número único titulado *Sozialdemokratische Bulletin* (Chaux-de-Fonds, 24 de mayo de 1874) para la propaganda internacionalista en alemán.

Miembros del grupo del *Arbeiter-Zeitung* de Berna intentaron establecer en Berlín una imprenta clandestina para la edición de un periódico, *Der Kampf*, diciembre de 1879, pero la policía descubrió la imprenta y puso fin a ese ensayo.

El 3 de enero de 1878 se fundó en Londres la *Freiheit* por Johann Most, como órgano socialdemócrata; Most había estado ya en comunicación con August Reinsdorf y éste publicó en ella, el 10 de julio de 1880, el primer artículo anarquista; los jefes de la socialdemocracia iniciaron una guerra infame contra Most y la *Freiheit* y las polémicas apasionadas contra los magnates del partido y por otra la influencia de los anarquistas que como Reinsdorf y Víctor Dave vieron en Most un hombre sincero y muy afín a nuestras ideas, determinaron la evolución de Most hacia el anarquismo, creando así desde 1881-82 una de las publicaciones anarquistas más notables del mundo, sin igual, tal vez, en cuanto a su valor propagandista. Las persecuciones en Inglaterra y la prisión de Most en Londres motivaron el traslado de la *Freiheit* a Suiza, desde octubre de 1882; a partir del 9 de diciembre de 1882 apareció en New York, salvo un breve período en 1886-87 que fué trasladada a Buffalo, hasta la muerte de Most en 1906; durante más de un cuarto de siglo de vida fué el órgano representativo del anarquismo alemán.

Una funesta oposición contra Most, encabezada por Joseph Peukert y Otto Rinke, dió nacimiento a varios periódicos:

Der Rebell, Londres (N.o 1 en 1881 y N.os 2-16 en 1884-1885).

Die Autonomie, Londres (desde fines de 1886 al 22 de abril de 1893, 211 números).

Hubo otros periódicos de menos duración y difusión, como:

Der Communist, Londres (desde el 2 de abril en adelante, 19 números, de ellos dos en italiano y uno en francés).

Die Rache (La Venganza), Londres, 6 números.

Der Einbrecher (El ladrón), Londres (1 número).

Der Revolutionare (El revolucionario) Londres (5 números a partir del 6 de agosto de 1892).

Der Lumpenproletarier (El proletariado harapaso, Organo de los anarquistas, (Londres, 9 números en 1893 a partir del mes de abril y 2 en 1894); propugnaba la propaganda por el hecho; editor: Kempf.

Londoner Arbeiter-Zeitung (Gaceta obrera londinense), editada por C. Frohlich y Fabianovicz (22 números, desde el 2 de noviembre de 1895 a 1899).

En los últimos años de la ley contra los socialistas (1878-1890) surgió en el partido socialdemócrata una oposición denominada de los "jóvenes" o de los "socialistas independientes"; en 1891 los descontentos fueron expulsados del partido y se agruparon en torno al órgano creado por esa tendencia el 15 de noviembre de 1891, *Der Sozialist*, Berlín. En 1893 *Der Sozialist* estaba completamente en manos de los anarquistas, lo que motivó el retiro de los socialdemócratas y poco a poco su vuelta al viejo partido; la fracción encabezada por W. Werner, Landauer, Max Baginski, etc., proclamó y propagó el anarquismo entonces más libremente; *Der Sozialist* fué suspendido el 12 de enero de 1895 por un tiempo, hasta que el 17 de agosto del mismo año reaparece como nueva serie, con un suplemento y denominándose: "órgano para el socialismo-anarquismo", existió hasta fines de 1899.

Der arme Konrad, Berlín, editado también por *Der Sozialist* (desde el 20 de agosto de 1896 hasta septiembre de 1899.

En noviembre de 1893 apareció en Berlín un número de un periódico suprimido policialmente en seguida, *Arbeiter-Zeitung*, Organo de los anarquistas de Alemania.

Die Freie Gesellschaft, (La sociedad libre), Zurich (desde el 23 de abril de 1892, 7 números).

Freiheit (Libertad), Heilbronn, (1895-96), órgano de una oposición socialista cuyos miembros pasaron luego casi todos al anarquismo.

Los Estados Unidos fueron en las últimas décadas del siglo pasado un campo fecundo para el anarquismo y para la propaganda anarquista en idioma alemán. Nettlau menciona los siguientes periódicos:

Freiheit de Most (desde el 9 de diciembre de 1882 hasta marzo de 1906; después de la muerte de Most el periódico fué continuado hasta fines de 1908; el último año, quincenario, fué redactado por M. Baginski. August Spiess redactó en 1886 y antes en Chicago los siguientes periódicos: *Chicagoer Arbeiterzeitung*, *Vorbote* y *Fackel*; la sucesión de los redactores ha modificado varias veces la tendencia de esas publicaciones, pero antes de 1886 predominaron en ellas los anarquistas.

Die Zukunft (El porvenir), Filadelfia (algunos números a partir del 17 de febrero de 1884);

Die Parola (La consigna), San Luis, desde marzo de 1884 hasta 1890; en sus últimos tiempos no era anarquista ya);

New Jersey Arbeiter Zeitung (Gaceta obrera de New Jersey), Jersey City Hights, 1884?

New England-Anzeiger (El avisador de New England), New Haven, 1885; *Amerikanische Arbeiter-Zeitung* (Gaceta obrera americana), New York, 1886; *Der Anarchist* (Chicago, enero a mayo de 1886, cuatro o cinco numerosos; *Der Anarchist*, San Luis, Mo., (del 1 de agosto de 1889 a 1892); desde 1892 a 1895 apareció en New York; en la redacción tomaron parte Clans Timmermann, Otto Rinke y F. Peukert.

Die Brandfackel (La antorcha), New York (desde julio de 1893 a noviembre de 1894; 9 números?);

Freie Wacht (Guardia libre), Filadelfia (algunos números a partir de 1894); *Sturmglocken* (Campanas de tempestad), Chicago, 28 de marzo al 18 de abril de 1896; 4 números; redactor: Max Baginski.

Der Kampfer (El combatiente), San Luis, desde el 25 de julio de 1896; redactor Otto Rinke.

Hubo también periódicos gremiales anarquistas, como el de los metalúrgicos (New York, 1888, 14 números) y el de los panaderos, etc.

También es digno de mención *Der arme Teufel* de Robert Reitzel, un periódico libertario independiente (Detroit, U. S. A., 1884-1894).

Austria ofreció en los primeros tiempos del movimiento socialista moderno un buen campo de propaganda libertaria; la socialdemocracia no pudo levantar la cabeza en ese país hasta que las terribles persecuciones contra los radicales o anarquistas no le dejaron el camino libre. He aquí los periódicos anotados por Nettlau desde el comienzo hasta 1895:

Die Zukunft (El porvenir), Viena, del 10 de octubre de 1897 al 24 de enero de 1884; le siguió *Die Zukunft*, Pest (Hungría), del 15 de febrero de 1884 y el *Zukunft, Organ der radikalen Sozialisten Oesterreichs*, cuyo primer número clandestino, en julio de 1885, y algunos manifiestos, proporcionó a los editores y repartidores un total de 92 años de trabajos forzados;

Sozialist, Pest (de enero a mayo de 1882, cinco números);

Communist, Pest (marzo a abril de 1882);

Volkeswille (La voluntad del pueblo), Pest, 1882-83;

Radical, Pest (de marzo de 1883 a marzo de 1884; 13 números);

Erste Freie Presse Cisleithaniens (manifiestos volantes clandestinos, marzo, mayo y diciembre de 1883; 3 números);

Der Radical, Reichenberg (desde el 6 de septiembre de 1883 hasta 1885);

Die Arbeit (El trabajo), Marburgo, Styria (desde el 6 de agosto de 1885; desde el número 9, del 8 de diciembre de 1885 hasta el número 7 del segundo año, 16 de abril de 1886, en Graz);

Arbeit (Trabajo), Villach (3 de julio de 1886; luego en Linz y por último en Viena, 1888, donde la policía lo suspendió definitivamente);

Die Zukunft (El Porvenir), Viena, des de el 27 de agosto de 1892 hasta fines de 1895; apareció un número extraordinario en mayo de 1896; es uno de los primeros periódicos austriacos en que se pudieron expresar abiertamente las ideas anarquistas;

Allgemeine Zeitung, Salzburgo, anarquista en sus últimos números, en 1892-94);

Die Freiheit, Graz, 5 de abril y 6 de mayo de 1894, 2 números.

En Alemania se formó entre los anarquistas una oposición al grupo del *Sozialist*, fundando en 1897 el semanario *Neues Leben*, Berlín, socialista anarquista, que duró hasta 1903.

Der arme Teufel, Berlín, de 1902 a 1904, redactado por Albert Weidner, uno de los redactores del *Sozialist*;

Der freie Arbeiter, Berlín, semanario, continuación de *Neues Leben*; el primer número apareció el 9 de enero de 1904; hasta agosto de 1914 apareció regularmente, siendo prohibido al estallar la guerra; reapareció al terminarse el conflicto y continúa su existencia; es órgano de la Federación comunista anarquista de Alemania, desde octubre de 1905 comienza a publicar los suplementos *Antimilitarismus*, *Die Canaille*, *Generalstreik*, *Freie Literature*, que suspende a fines de 1906.

Der Revolutionare, Berlín, desde julio de 1904 hasta fines de julio de 1909; es fruto de una disidencia interna.

Der Anarchist, Berlín, 1903-1907.

Freie Generation, Dokumente zur Weltanschauung des Anarchismus, editada por Pierre Ramus, revista mensual, Londres-Berlín, desde junio de 1906 a noviembre de 1908; 32 páginas de texto en 8° mayor.

Wohlstand für Alle (Bienestar para todos), Viena, quincenario, desde enero de 1908 hasta estallar la guerra; redactor Pierre Ramus.

Das freie Wort (La palabra libre), New York, mensual, algunos números a partir de 1907.

Die Erkenntnis (El conocimiento), Manheim, semanario, 1907.

En 1908 se funda la Alianza socialista por Landauer (Sozialistische Bund), que publica un órgano mensual:

Der Sozialist, Berlín, llamado el "tercer Socialista", desde el 15 de enero de 1909 hasta 1915; redactor: Landauer.

Der Anarchist, Leipzig, órgano para la propaganda del anarquismo y del socialismo, semanario, desde el 2 de octubre de 1909 hasta 1912.

Weckruf, Colonia, órgano para el anarquismo y el sindicalismo, quincenario, con un suplemento mensual, *Die neue Gesellschaft*, de los anarquistas federados de Renania y Westfalia (desde el 1 de mayo de 1910 hasta mediados de 1911); redactor: E. Neugebauer.

Der Strom, Broux, New York, periódico individualista mensual; apareció algunos números a mediados de 1910.

Der Syndikalist, París, apareció un número o dos en 1911.

Kain, Zeitschrift für Menschlichkeit, Munich, obra personal de Erich Mühsam, desde abril de 1911 hasta la revolución bávara de los consejos; apareció en varias series, muy irregularmente.

Der Antiautoritar (El antiautoritario), New York, algunos números solamente, 1911.

En el movimiento obrero localista se habían comenzado desde 1904 a manifestar síntomas de evolución hacia el anarquismo; la constante polémica entre *Die Einigkeit* y los diversos órganos anarquistas no debe inducirnos a error; a partir de noviembre de 1911 apareció un nuevo semanario editado por los localistas, *Der Pionier*, suspendido por las autoridades en agosto de 1914; el subtítulo es "socialista revolucionario", pero puede considerarse ya como un precursor del

Syndikalist, el órgano del movimiento de los antiguos localistas después de la guerra de 1914-18.

Korrespondenzblatt für den individualistischen Anarchismus, Treptow bei, Berlin, desde mayo de 1911, tres o cuatro números; editor: B. Zack; — los individualistas habían publicado ya en 1898 *Flugschriften für den individualistischen Anarchismus*, Berlin, 4 números; y en 1903-4 *Zeitschrift für den individualistische Anarchismus*, Berlin, 4 números; es siempre Zack con la cooperación de Mackay.

Jahrbuch der freien Generation (Anuario de la Generación libre), 1910 a 1914; redactor: Pierre Ramus, Bruselas-Zurich, de 128 páginas en 4° ilustradas, conteniendo interesantes documentos y artículos; 5 números.

Kampf (Lucha), Hamburgo, número único el primero de mayo de 1912.

Kampf, Hamburgo, periódico mensual para el anarquismo y el sindicalismo, a partir del mes de julio de 1912, hasta agosto de 1914; redactor Paul Schreyer 26 números.

Después de la guerra hubo un tiempo de fiebre revolucionaria que se manifestó por el crecimiento asombroso de nuestra prensa; *Der frei Arbeiter* reapareció en 1918. Los antiguos localistas, durante la guerra publicaron una hoja informativa, *Mitteilungsblatt*, Berlin, desde el 15 de agosto de 1914 hasta junio de 1915; desde esta fecha hasta poco antes de noviembre d 1918 apareció otra hoja quincenal, *Rundschreiben*. El 14 de diciembre de 1918 sale el primer número del semanario *Der Syndikalist*, órgano de la F. V. D. Gewerkschaften, con una orientación puramente anarquista; continúa hasta nuestros días sin interrupción.

Alarm, Hamburgo, periódico individualista, desde 1918; a partir de 1923 sale con mucha irregularidad.

Der individualistische Anarchist, Berlin, quincenario, desde abril a septiembre de 1919, revista de unas 50 páginas cada número; 12 números; editor: Benedict Lachmann.

Erkenntnis und Befreiung, Viena, a partir de 1918; órgano del Bund herrschaftlosen Sozialisten; redactor: Pierre Ramus.

Der Anarchist, Viena, órgano de los anarquistas-socialistas y de los antimilitaristas revolucionarios, 1909.

Die Schopfung, Düsseldorf, órgano anarquista sindicalista, 1921-1923.

Die freie Jugend, Berlin, órgano de la juventud individualista, desde 1918 hasta nuestros das; desde mayo de 1925 editase por el mismo grupo *Die schwarze Fahne*.

Junge Anarchisten, Berlin, órgano de la Federación de la juventud anarquista sindicalista de Alemania, revista mensual, desde diciembre de 1924.

Mitteilungsblatt aus Zarathustras, Hohle, Berlín, órgano anarquista comunista de La Kaverno di Zarathustra, 1920?, 3 números.

Diversos números únicos editados por Th. Plevier desde 1922 a 1925, Berlin, *Hunger*, *Aufbruch*, *Die Gefangenen*, donde se encuentran colaboraciones originales de Rocker y otros.

En Porto Alegre, Brasil, se publica un pequeño semanario anarquista, *Der freie Arbeiter*, desde 1918; redactor: F. Kniestedt.

Pasamos por alto en esta reseña los periódicos efímeros de la post-guerra, que apenas tuvieron influencia alguna.

En Leipzig, desde diciembre de 1925 se ha comenzado a publicar un periódico mensual heptografiado, *Der Bakunist* (el bakuninista).

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

Rosarondo. —¡Hija! Porque haces un buen partido, porque serás feliz; el doctor Piedrabuela es un hombre lleno de condiciones morales e intelectuales, es capaz de hacer feliz a una mujer, es rico...

Justa. —Y viejo!

Rosarondo. —Viejo? ¡Y qué importa!

Justa. —¿Cómo qué importa? Para el amor eso es importantísimo.

Rosarondo. —Pero...

Justa. —No protestes ni te aflijas; si eso no impedirá que me case con el doctor Piedrabuela. En nuestro casamiento, bien lo comprenderás, el amor...

Rosarondo. —Sí, será un intruso.

Justa. —Ni de intruso lo dejaremos entrar; yo por mi parte pienso sacudirle con la puerta en la cara, no bien se acerque.

Rosarondo. —Pero Justa, no te cases entonces.

Justa (Burlona) —¡Qué papito este!...

Rosarondo. —Sí, si no te hallas capaz de llegar a amar al que va a ser tu marido, no te cases.

Justa. —¿Cómo llegar a amar? ¡Ni aun de llegar a estimarlo!

Rosarondo. —Justa! El doctor Piedrabuela es...

Justa. (Interrumpiéndole) —Es un viejo despreciable, un usurero sin corazón, un pirata de guantes y galera!

Rosarondo. —Entonces te casas por... por...

Justa. —Por su dinero, sí, por su dinero. *(Burlona)* ¡Qué ingenuidad la tuya, papá, ahora comprendo por qué te has arruinado!

Rosarondo. —¿Arruinado?

Justa. —¿Qué, me lo quieres negar?

Rosarondo. —¿Les falta algo a ustedes?

Justa. —Sí, papá, a mí por ejemplo me falta un collar de perlas que deseo hace más de seis meses. No vale más que 2500 pesos. ¿Quieres comprármelo? (Pausa) ¿No puedes? Ya podrá el doctor Piedrabuela!

Rosarondo. —Eres desfachatada, hija.

Justa. —Lo soy, papá. Cuando una mujer cambia de estado, adquiere el derecho de ser como es; antes tuve que aparentar ser un vivero de virtudes... que no poseo. Toda soltera oculta al tigre en una hipócrita piel de cordero.

Rosarondo. —Pero tú aun eres una doncella.

Justa. —A título de ensayo te digo estas cosas. Te he dado las primicias de mi futuro lenguaje; lo mereces, papá.

Rosarondo. —Hija!

Justa. —Déjame hablar, que pronto volveré a ser la Justa hipocritilla que educaron las monjas; volveré a ser tu hija, papá. Por ahora escucha a la que no conocías. Hay un inconveniente: es Saturnino ¿lo conoces?

Rosarondo. —Sí, el joven Tobal.

Justa. —Saturnino me ama.

Rosarondo. —¿Y?

Justa. —Y podrá oponerse, hacer escándalo; y el escándalo es lo que debemos evitar, no me conviene; ya comprenderás tú las verdades que dirán no habiéndolo qué me dirán si lo hay!

Rosarondo. —El doctor quedó en hablarlo, y el doctor es hábil, te lo asegu-

---

Errico Malatesta (1)

EN EL CAFÉ

(Traducción de la última edición italiana, corregida por el autor)

PROLOGO

Estos diálogos tienen su historia, modesta, pero susceptible de interesar al lector.

Errico Malatesta los comenzó en marzo de 1897, cuando, clandestinamente, reductaba casi solo en Ancona el periódico L'Agitazione, *estando toda la policía internacional en busca suya. Se tenía alguna sospecha de su presencia en Ancona y la pequeña ciudad estaba surcada de espías que, bajo los disfraces más grotescos, buscaban al "conspirador". El, sin otras precauciones que la de haber rapado su barba y no mostrarse en la calle en compañía de anarquistas conocidos, vivía allí tranquilamente, y tranquilamente circulaba por la ciudad, con su pipa en la boca, sonriendo a los amigos encontrados que, temerosos de comprometerlo, se apresuraban a volver la cabeza hacia otro lado. Poco a poco conoció casi toda la Ancona subversiva: no sólo los anarquistas, sino también los socialistas y los republicanos sabían su presencia, y le habían hablado; sin embargo, ocho meses más tarde la policía lo buscaba aún.*

Fué descubierto por casualidad, por imprudencia de una persona extraña a la política que, en la calle, entre los transeuntes, habló, sin saber de lo que se trataba, de un hombre que "vivía oculto" en el piso superior al suyo, en su propia casa.

Por la noche, informados los amigos, propusieron a Malatesta cambiar de alojamiento, pero se rehusó. Existía ya la prescripción por su condena de Roma que le había obligado a tantos años de vida errante y prefería volver a vivir libre como todos los demás o más bien menos libre, más vigilado y más expuesto a ser arrestado en la primera ocasión.

Al día siguiente por la mañana una nube de agentes de la seguridad y un delegado no tuvieron más que empujar la puerta de la habitación y el hombre que estaba en ella, tranquilamente, en tren de escribir, al preguntársele su nombre, respondió: "Soy Errico Malatesta". Conducido a la comisaría, fué puesto en libertad al cabo de algunas horas.

Estos diálogos En el café *fueron, pues, comenzados durante ese período de la vida de Malatesta, cuando su condición de fugitivo le impedía casi absolutamente salir de la ciudad para dar conferencias. Digo "casi" porque, a pesar de todo, hacía de tanto en tanto algún viajecito. Con el nombre de Giuseppe Binaldi había pronunciado en efecto diversos discursos de propaganda en Fabriano, Jesi, Filigno, etc. Pero debía moderarse y dedicar la mayor parte de su tiempo a la redacción del periódico.*

L'Agitazione, *que durante los pocos meses que fué redactada por Malatesta ejerció una influencia tan grande en la dirección que iba a seguir el movimiento anarquista, era más bien una revista que un periódico. Colaboraban en ella, firmando con su propio nombre o con pseudónimos o sin firma: Pietro Gori, Felice Vezzani, Rodolfo d'Ambrosio, Denunzio Bentini, Aristide Ceccarelli, Saverio Merlino, Nino Samaja, Emilio Recchioni, Vivaldo Laschini, Augusto Giardini, Giuseppe Ciancabilla — algunos muertos, otros retirados sin ruido del anarquismo, otros pasados a campos diferentes o enemigos — y varios más cuyos nombres se me escapan.*

Los camaradas de Ancona, y especialmente nuestro viejo Cesare Agostinelli, apremiaron a Malatesta para que escribiera diálogos. Es así como comenzó las Conversaciones en el café, *cuya idea debe haberle sido sugerida por sus visitas frecuentes a un café popular donde era el único "subversivo" — uno de los clientes asiduos era un delegado de la P. S. (policía de seguridad) que tuvo a menudo ocasión de conversar con Malatesta sin saber qué buena presa tenía al alcance de la mano — y donde el anarquismo debía ser ciertamente un asunto de discusión como lo era en todas partes en Ancona, porque los anarquistas hacían hablar entonces mucho de ellos a causa de su activa propaganda y de los frecuentes procesos que se echaban encima.*

Pero una vez descubierto e identificado por la policía, Malatesta comenzó sus giras de conferencias, descuidó un poco el periódico y los diálogos fueron interrumpidos. Por lo demás, tres meses después estaba ya en prisión, de donde pasó en julio de 1898 al "domicilio coatto" y en marzo de 1899 se fugó al extranjero. En el café *quedó así en el décimo diálogo y esos diez diálogos fueron reproducidos entonces por otros periódicos, después publicados en folletos en América, en Suiza y en Italia y traducidos en varias lenguas. Malatesta no pensó en completarlos hasta pasados quince años, en 1913, cuando volvió de Londres a Ancona a dirigir su nuevo periódico —* Volontá *— título encontrado por él y que hizo fortuna. Otros periódicos y revistas de las ideas más diversas se lo apropiaron sin escrúpulos. Malatesta reeditó en* Volontá *los antiguos diálogos revisados y corregidos y los hizo seguir de cuatro diálogos nuevos. Pero justamente después de un diálogo que terminaba por: "hablaremos la próxima vez", hubo una nueva y larga interrupción. Vino la "semana roja" de las Marcas y Romaña, en cuyos acontecimientos participó Malatesta y poco después debió refugiarse de nuevo en Londres.*

Pasaron cerca de seis años y Malatesta, después de la guerra, volvió a Italia del modo que todo el mundo conoce para ir a Milán al diario Umanitá Nova. *Tenía entonces, en 1920, otra cosa en la cabeza que los diálogos ya envejecidos y no pensaba ciertamente en volver a poner la mano en ellos. Pero alguien que la ofreció hospitalidad por una quincena de días a fin de que reposase de su trabajo febril, puso ante sus ojos los diálogos olvidados... con una suave violencia le impulsó a revisarlos otra vez, a completarlos agregando e intercalando otros diálogos que son publicados aquí por primera vez.*

Los lectores verán que el anarquista de los diálogos, Jorge, — o Errico Malatesta por decir mejor — termina sus conversaciones en el café saludando a todos sus interlocutores porque debe partir sin saber cuándo volvería. Al escribir sus últimas palabras Malatesta dijo al amigo en cuya casa se hospedaba: "Nadie sabrá nunca cuán literalmente verdadero es que debo partir sin saber cuando regresaré".

Era el sábado 16 de octubre de 1920. La misma noche Errico Malatesta partió para Milán, y el día siguiente por la mañana era arrestado y recibía hospitalidad... en las prisiones de San Vittore. Dos días más tarde la casa en que Malatesta había pasado sus últimos días de libertad sufría una minuciosa investigación. Se buscaban armas ocultas y explosivos, pero no se encontró nada. La única bomba de esa casa — el manuscrito del presente volumen — había sido confiado, por precaución, a otra persona... provista de derecho de portar armas.

Malatesta no ha revisado más sus diálogos. Al volver a salir de la prisión, tiene de nuevo otra cosa en la cabeza. Los verá ahora impresos. Aceptará, espero, que me haya permitido agregar éstas cuatro palabras explicativas y... semihistóricas.

Harán comprender sin duda el porqué de la diferencia de tono entre los primeros y los últimos capítulos, frutos de tiempos tan diversos y de circunstancias tan diferentes. Ciertas alusiones a la negra miseria de los obreros, de hace más de veinte años, correspondían entonces a la más exacta realidad; podrán parecer hoy hiperbólicas a quien no sabe establecer la relación entre ciertas afirmaciones y la desproporción persistente aún entre las necesidades acrecentadas y los medios insuficientes siempre para satisfacerlas. Y por otra parte, si la clase obrera no se dedica enérgicamente a conjurarlos, esos tiempos de dura miseria que parecían anticuados, podrían muy bien volver. Parece y todo que se aproximan a la carrera...

ro; quizás ofreciéndosele.... ¿Comprendes?, aceptará.

Justa. —Saturnino es un mozo inteligente, muy inteligente.

Rosarondo. — Sí, pero estaba tan indignado! casi provocativo. Su dignidad tal vez le impida.

Justa. —¿Su dignidad? La dignidad entre las gentes de mundo cabe dentro de la bolsa; se agranda o empequeñece su dignidad según se agrande o empequeñezca su bolsa. Yo hablaré a Saturnino si el doctor no lo convence.

ESCENA X

(Dichos y Eulalia)

Eulalia. (*Irrumpe arrebatadamente; su faz descompuesta y llorosa revela el dolor que la posee.*) —Ahora me van a oír, deben oírme!

Justa. (*Con fastidio*) —¿Más escenas?

Rosarondo. (*Burlón*) —¡Y trágicas!

Eulalia. (*A Justa*) —Sí, más escenas, más escenas. (*A Rosarondo*) Y trágicas; y trágicas serán hasta que impida este crimen.

Justa. —Pero, mamá, tú haces tragedia de lo que es un sainete!

(*Eulalia se la queda mirando terriblemente*)

Rosarondo. —Ja, ja, ja! ¡Qué muchacha esta! ¡Te admiro, hija!

Eulalia. (*Con visible cólera y desprecio*) —¡Cómo serán de viles tus palabras para que te admire este miserable!

Justa. —Si así es, mamá, desde hoy tienes la palabra crimen en la boca, y aquí no hay crimen ninguno. ¿Acaso es un crimen que una joven se case con un viejo?

Eulalia. —Si lo es cuando esa joven es hija de ese viejo!

Rosarondo. —Hija!

Justa. —Hija, dices?

Eulalia. —Como lo oyen. (*A Rosarondo*) Justa es hija del doctor Piedrabuela. (*Pausa de asombro*)

Rosarondo. —No puede ser!

Eulalia. —¡Así es, sin embargo; y estoy dispuesta a hacerlo público. Es un secreto que guardé en lo más profundo de mí misma, porque con él guardaba mi honor. ¡Ahora estoy dispuesta a divulgarlo, yo, yo misma, a gritarlo todo, a aparecer deshonrada delante de todos; mi conciencia me lo manda así, mi conciencia!

(*Pausa de anonadamiento*)

Rosarondo. —¿Tu conciencia?

Eulalia. —Indígnate, indígnate, quiero verte indignado una vez siquiera ¡razonador!, indígnate por tu amor propio de varón ya que no puedes indignarte por tu dignidad de hombre, ¡vil!, sí, te he engañado, te he engañado; tu esposa, la que creías fiel, te ha engañado; y esa hija no es tuya, te lo juro!

Rosarondo (*Amenazador*) —¡Eulalia, mientes!

Eulalia. —No miento, no; digo la verdad pura. ¿Qué me importa mi honor, si ese secreto me mataría?

Justa. ¿Y el doctor Piedrabuela lo sabe?

Eulalia. —Sí, lo sabe, se lo acabo de decir yo, yo misma!

Justa. — ¿Y qué dice?

Eulalia. —Dice que es falso, que es una invención mía para...

Justa. —¡Ja, ja, ja!

Eulalia. —¿De qué ríes?

Justa. —De que lo mismo se me había ocurrido a mí, ¡claro que es una invención tuya!

Eulalia. —¿Crees que miento?

Justa. —Sí, mamá, mientes.

Eulalia (*Furibunda*) —Indigna, indigna, te debía echar a la calle como he hecho con ese miserable de Piedrabuela; ¡indigna!

Justa. —Estoy harta de tragedias, mamá, basta en el teatro me hacen bostezar.

Eulalia. (*A Rosarondo*) —¿Y tú que dices, crees que es mentira también tú?

Rosarondo. —Sí, mujer, sí; es mentira.

Eulalia. (*Quiere hablar; pero la indignación la ahoga, prorrumpe en entrecortados monosílabos, se deja caer en un sillón, se incorpora*); ¡Cínicos, infames! (*Se tumba de nuevo en el sillón, con las manos en la cabeza, desesperadamente*) ¡Dios, Dios mío, Dios mío! (*De nuevo se incorpora*). (*A Justa*) ¿Con que miento yo, yo miento?...

Justa. (*Calmosa, fría*) —Mientes o divagas, mamá.

Rosarondo. —Sí; y si no miente está loca.

Eulalia. (*A Rosarondo*) —¿Loca, loca dices, infame, eres capaz de hacerme pasar por loca? ¡Son capaces los dos, los dos, para realizar su crimen, para gozar el dinero del otro, los dos, los dos; pero yo te impediré gozarlo a tí, hija maldita! (*Va hacia ella con las manos crispadas*). (*Justa huye, Rosarondo se interpone*).

Justa. —Sí, está loca, loca; hay que encerrarla!

Eulalia. (*Luchando con Rosarondo*) —¡Loca, loca?

Justa. —Aquí está el escándalo ya, el escándalo que ella quería, ahora lo sabrán los criados.

(Llama la campanilla).

Rosarondo. (*Tratando de contener a Eulalia*) —Pero mujer, entra en razón, recapacita.

Eulalia. —¡Loca, loca! (*Poseída de frenesí, llora, ruge...*)

Justa. —¡Sujeten a esa, sujétenla!

(*Los criados se interponen, Eulalia se ahoga, sufre un espasmo y cae desmayada. Los criados la sostienen, la sientan en un sillón, la mucama la abaniza.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos y Saturnino

Saturnino. (*Que entró por el portalón a Justa, desde la escalinata del vestíbulo*) —¿Qué ocurre?

Justa. —Que mamá está loca, que habrá que encerrarla. Fíjate que ha dado en decir que yo soy hija del doctor Piedrabuela!

Saturnino. —¡Qué disparate!

Mucama. —Ya vuelve en sí.

Rosarondo. —Llévenla a su lecho.

(*Los criados arrastran el sillón en el que Eulalia está postrada.*) (*Mutis*).

Justa. —Sí, habrá que encerrarla... Y yo voy a casarme con el doctor Piedrabuela.

Saturnino. —Ya lo sé.

Justa. —¿Y tú qué dices?

Saturnino. —Supongo que no lo amas.

Justa. —No.

Saturnino. —¿Entonces volveré?

Justa. —Sí.

Saturnino. —¿Cuándo?

Justa. —Me casaré dentro de un mes... otro de luna de miel... Vuelve dentro de dos meses.

Saturnino. —Adiós.

(*Se dan las manos.*)

Justa. —Adiós.

(*Se besan.*)

(*Saturnino se retira. Del portalón saluda con señas a Justa que le responde. Mutis. (Justa al dar vuelta halla al padre observándolos. Este sonríe, mueve la cabeza filosóficamente y entra en la casa. Mutis) (Justa vuelve a saludar por señas a Saturnino, que se supone ya lejos...).*



Se verá además que ciertas cosas que parecían, cuando fueron dichas, exageraciones o afirmaciones arbitrarias, son hoy verdades reconocidas, confirmadas por los hechos, admitidas más o menos por todos. Algunas pueden llamarse profecías realizadas.

Pero no quería escribir aquí más que esclarecimientos externos sin entrar en el asunto tratado por el autor. Los lectores se habrán dado cuenta por sí mismos de mis intenciones y harán las observaciones que, sobrepasando mi designio, comenzaba a expresar.

LUIS FABBRI

Bolonia, 25 de dic. 1921.

(Prefacio de la edición de *En el café*, hecha por "Volontà" en Ancona).

En el Café

I

Próspero (*gordo burgués entendido en economía política y otras ciencias*). —Sí, sí... lo sabemos. Hay gentes que sufren hambre, mujeres que se prostituyen, niños que mueren por falta de cuidados. Dices siempre lo mismo... ¡al fin te vuelves aburridor! Déjanos sorber en paz nuestros helados... Sí, hay males en la sociedad: hambre, ignorancia, guerra, delito, peste, el diablo que te lleve... y ¿en último resultado? ¿Qué te importa a tí?

Miguel (*estudiante que tiene relaciones con socialistas y anarquistas*). —¡Cómo! ¿Y en último resultado? ¿Que qué es lo que me importa? Usted tiene una casa cómoda, una mesa rica, criados a sus órdenes. Usted mantiene los hijos en el colegio, envía la mujer a los baños; para usted todo va bien. Y porque usted está bien, que se hunda el mundo, nada le importa! Pero, si tuviese un poco de corazón, si...

Próspero. —Basta, basta... no nos sermonees ahora. Y además, jovencito, termina con ese tono. Tú me crees insensible, indiferente a los males ajenos. Al contrario, mi corazón sangra (*mozo, un cognac y un habano*), mi corazón sangra; pero con el corazón no se resuelven los grandes problemas sociales. Las leyes de la naturaleza son inmutables, y no es con declamaciones ni con un afeminado sentimentalismo como pueden ser modificadas. El sabio se doblega ante los hechos y goza de la vida lo mejor que puede sin correr tras sueños insensatos.

Miguel. — Ah, ¿se trata de leyes naturales?... ¿Y si a los pobres se les metiera en la cabeza corregir esas famosas leyes de la naturaleza? Conozco gentes que pronuncian discursos verdaderamente poco tranquilizadores para esas señoras leyes.

Próspero. —Sí, sí, sabemos con quien andas. Di de parte mía a esa canalla de socialistas y anarquistas, de quienes haces tu compañía predilecta, que para ellos y para los que incurran en la tentación de poner en práctica sus teorías malvadas, tenemos buenos soldados y óptimos carabineros.

Miguel. —Oh, si pone en medio los soldados y los carabineros, no hablo más. Es como si para demostrarme que estoy en un error me propusiera una partida de pugilato. Pero si no tiene más argumentos que la fuerza bruta, no se fíe de élla. Mañana podrán encontrarse ustedes los más débiles; ¿y entonces?

Próspero. —¿Entonces? Entonces, si sucediera eso desgraciadamente, habría un gran desorden, una explosión de malas pasiones, estragos, saqueos... y luego se volvería a la vieja situación. Tal vez algún pobre se habría vuelto rico, algún rico habría caído en la miseria, pero en suma no se habría cambiado nada, porque el mundo no puede cambiar. Tráeme, tráeme alguno de tus agitadores anarquistas y verás cómo te lo arreglo. Valen para llenaros la cabeza de patrañas a vosotros que la tenéis vacía; pero ya verás si pueden sostener conmigo sus absurdos.

Miguel. —Muy bien, traeré algún amigo mío que profesa los principios socialistas y anarquistas y asistiré con placer y provecho a la discusión. Pero, entretanto, razone un poco conmigo, que no tengo aún opiniones bien formadas, pero veo, sin embargo, claramente que la sociedad tal como está organizada, es algo contrario al buen sentido y al corazón humano. Vamos, usted está tan gordo y florido que un poco de excitación no le hará mal. Le ayudará a su digestión.

Próspero. —Pues bien, sea, razonemos. Pero ¡cuánto mejor serán que pensaras en estudiar en lugar de lanzar juicios sobre cosas que preocupan a los hombres más doctos y más sabios! ¿Sabes que tengo veinte años más que tú?

Miguel. —Eso no demuestra que usted haya estudiado más; y si debo juzgar por lo que le oigo decir de ordinario, dudo que si estudió mucho lo haya hecho con provecho.

Próspero. —Jovencito, jovencito, un poco más de respeto, ¡eh!

Miguel. —Sí, yo le respeto, pero no me eche en cara la edad como hace poco me opuso los carabineros. Las razones no son ni viejas ni jóvenes; son buenas o malas, he ahí todo.

Próspero. —Bien, bien, adelante. ¿Qué tienes que decir?

Miguel. —Tengo que decir que no comprendo por qué los campesinos que aran, siembran y cosechan no tienen ni pan, ni vino, ni carne en suficiencia; por qué los albañiles que hacen las casas no tienen un techo bajo el cual reposar, por qué los zapateros tienen los zapatos rotos; por qué, en suma, los que trabajan, los que lo producen todo carecen de lo necesario, mientras los que no hacen nada útil nadan en lo superfluo. No puedo comprender por qué hay gentes que carecen de pan cuando hay tantas tierras incultas y tantas gentes que serían felices si pudieran cultivarlas; por qué hay tantos albañiles desocupados cuando tantas personas tienen necesidad de casas; por qué no tienen trabajo tantos zapateros, sastres, etc., mientras la mayoría de la población carece de zapatos, de vestidos y de todas las cosas necesarias a la vida civil. ¿Podrá decirme cuál es la ley natural que explica y justifica estos absurdos?

Próspero. —Nada más simple y claro.

Para producir no bastan los brazos, sino que se necesita tierra, materiales, instrumentos, locales, máquinas y se necesitan también los medios para vivir en espera de que se haga el producto y se pueda llevarlo al mercado; se necesita en suma capital. Tus campesinos, tus obreros no tienen más que brazos; por consiguiente no pueden trabajar si no le agrada a quien posee la tierra y el capital. Y como nosotros somos poco numerosos y tenemos suficiente aun dejando por un tiempo inculta la tierra e inactivos los capitales, mientras los obreros son muchos y están apremiados siempre por la necesidad inmediata, ocurre que éstos deben trabajar cuando y cómo nos plazca a nosotros y en las condiciones que querramos. Y cuando no tenemos necesidad de su trabajo y calculamos que no ganamos nada haciéndolos trabajar, son obligados a permanecer inactivos aun cuando tengan la mayor necesidad de las cosas que podrían producir.

¿Estás contento ahora? ¿Quieres que te hable más claramente aún?

Miguel. —Sí, eso es lo que se llama hablar claro. No hay nada que decir.

Pero, ¿con qué derecho pertenece la tierra a algunos? ¿Cómo es que el capital se encuentra en pocas manos y precisamente en manos de los que no trabajan?

Próspero. —Sí, sí, sé todo lo que puedes decirme y sé también las razones más o menos deficientes que otros te opondrían: el derecho de propiedad se deriva de las mejoras hechas en la tierra, del ahorro mediante el cual el trabajador se convierte en capitalista, etc. Pero a mí me gusta ser franco.

Las cosas, así como están, son el resultado de hechos históricos, el producto de toda la secular historia humana. Toda la vida de la humanidad ha sido y será siempre una continua lucha. Hay quienes salieron bien en ella y quienes salieron mal. ¿Qué puedo hacer? Tanto peor para unos y tanto mejor para los otros. ¡Ay de los vencidos! He ahí la gran ley de la naturaleza contra la cual no hay rebeldía posible.

AÑO V BUENOS AIRES, 8 DE MARZO DE 1926 N.o 215

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SE[...] [...]0 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 15[...] Valores y giros a M. TORRENTE

Los conocimientos que hemos adquirido no han de amontonarse sin orden ni concierto en nuestra cabeza, como las mercaderías de un gran almacén sin inventariar; debemos saber lo que poseemos para poderlo utilizar cuando lo necesitemos. — Leibnitz.

LOS VERDUGOS DE LA CIVILIZACION

Vuelven a aparecer en la prensa diaria cablegramas portadores de informaciones inevitablemente tendenciosas, referentes a pretendidas alteraciones del orden en China. Se principia por hablar de intolerancia religiosa. Los estudiantes serían los responsables directos. El gobierno de la república fué obligado, por insistencia del cuerpo diplomático, a promulgar un decreto para que cesara la propaganda anticristiana realizada por determinadas organizaciones. Se dijo que el cristianismo sería protegido en el territorio chino. ¿Es que un dios tan poderoso como Jehová necesita protecciones extrañas? Posiblemente, de tanto descansar, ya perdió la costumbre de confeccionar milagros al gusto del consumidor, y los creyentes de hoy se fían más en la boca de los fusiles, en las cachiporras y en otras armas igualmente contundentes, que en su propia fé. Tienen un ojo en el cielo y otro en los valores de la renta del Estado. Por eso piden refuerzos para las tropas que guardan las iglesias cristianas que hay en China.

El hecho es que el odio, que los extranjeros de toda laya y condición fueron acumulando durante más de un siglo de fementido e irónico protectorado, se está revolviendo contra ellos en forma de un turbión de iras reconcentradas, de destruirlo todo a sangre y fuego, que no tiene miras de amainar todavía, por mucho tiempo. Aviva esas hogueras de odios y venganzas la vecindad contagiosa de la *Rusia de los Soviets*. Pero su influencia no es tan intensa ni tan difundida como quisieran dar a entender los capitalistas de allá, de Cantón, de Shangay y otros puntos de parecida importancia.

Esta situación de dependencia de las masas obreras chinas, no podía seguir indefinidamente... Poco a poco y a medida que las vejaciones se hacían más numerosas, la conciencia nacional fué despertando y ella hubo de dar consecuentemente los frutos sacrosantos del odio y de la rebelión contra lo que la envilecía y trataba de sumirla en la podredumbre moral. El letal, el deletéreo tóxico del opio y de sus derivados, cautelosa, y premeditadamente infiltrados en las arterias más vitales del gigantesco organismo vivo de la nación china, no es ya suficiente para domeñar su alma, manteniéndola en la esclavitud y en la humillación. Y ellos, los poderes burgueses, los representantes de las potencias imperialistas, se niegan a reconocer los hechos consumados y a los cuales ellos contribuyeron en mayor parte en apresurar su consumación; y asimismo se negarán a reconocer los que se producirán fatalmente, a pesar de sus pataleos, calumnias y ridículas mentiras de auténticos avestruces, animalitos que al esconder la cabeza se creen ya en salvo. Y es precisamente por esas burdas mentiras que se pierden en un absoluto desprestigio moral.

Se sigue propalando la solapada versión de que las hilanderías de Shangay se hallan en trances sumamente críticos. ¡Pobrecitas ellas! ¿Qué les pasa a ellas, a sus dueños y a sus capataces? Nada más que varios centenares de obreros se declararon en huelga. Claro, eso les perjudica, pero no tanto quizás como a los mismos huelguistas. A éstos se les acusa de haber muerto a un capataz japonés y haber *deteriorado el material*. Son todavía muy civiles, muy mansos los huelguistas chinos que sólo matan un capataz y se contentan con deteriorar el material, en vez de destruirlo, quemarlo. Lo que habrá de cierto, la milésima parte de verdad que hay en estas informaciones casi siempre tendenciosas, es difícil averiguarlo desde aquí, a la distancia. Recordemos únicamente que allí, en las hilanderías, el capataz inglés o japonés es el amo indiscutible y la población china no es más que un rebaño de esclavos para ellos. Se les hace trabajar durante quince horas por una paga de dos francos diarios. Allí, para economizar salarios, se hacía, se hace y se hará todavía trabajar niños de cinco a doce años, y se les daba y se les da en salario un par de peniques. Allí han sido apaleadas brutalmente hasta el punto de necesitar varios días de hospital para reponerse, niñas de siete a doce años, sorprendidas por los capataces al cabo de doce horas de trabajo extenuante...

Esto, y el procedimiento de la manguera de agua para el chico que inopinadamente se quedaba dormido sobre la labor, es lo que se pudo averiguar en las pasadas huelgas que provocaron los grandes disturbios de Shangay y Cantón, cuando la policía inglesa, secundada por las guardias blancas y la milicia extranjera, disparó friamente sobre la multitud de hombres, mujeres y niños, dejando las calles cubiertas de cadáveres, que no eran de amotinados, sino de mártires.

¿Qué es lo que sucede ahora, en este preciso momento, que los directores de las grandes compañías hilanderas de seda y algodón de Shangay, levantan sus clamores en son de pedir auxilio al todopoderoso y a los cañones de las escuadras de sus naciones? Cuando los cocodrilos lagrimean es porque están por manducar se la presa. Es posible que aquéllos, los propietarios y gerentes de fábricas, después de tanto apretar el torniquete de las necesidades de sus trabajadores, quienes en la disyuntiva de dejarse ahogar sin protestar, optaron por rebelarse violentamente, les haya entrado un poco de miedo o finjen sentirlo para luego poder tomar la revancha sangrientamente.

De todos modos, la campaña antiextranjera en China cunde con deflagradora rapidez para extenderse por casi todo el país.

Es que las aves carniceras, buitres y otras especies, que son las grandes potencias imperialistas, contaban nutrirse con una raza muerta para siempre en su vida nacional. Y malos estudiantes de historia y peores filósofos los estadistas europeos, no quisieron darse cuenta que la nación china, que por un milenio antes había sido civilizada en un sentido mucho más elevado que el concepto contemporáneo, conservaba una reserva de energías espirituales más intensa que sus presuntos conquistadores de hecho y no por derecho de una superior valía. Un país, con sus tradiciones filosóficas, morales e históricas; con una religión que por su substrato de amor panteísta dió nacimiento a todas las existentes; con un pasado glorioso de arte a cuestas, con todas estas preseas del intelecto humano elaboradas largamente ,entidades vivas, son organismos vivos que jamás podrán ser colonizados, porque además son el bloque indisoluble que constituye el alma, o si se quiere, la esencia de una raza. El alma de una raza no muere nunca; tiene sus períodos de sueño hipnótico. Y tarde o temprano despertará para reanudar el hilo de su vida con más fervor e intensidad. Es lo que está aconteciendo en China, y con algunos pueblos orientales más.

Si los factores económicos ejercen también su preponderancia, no es ni continuamente ni de una manera capital.

DESPUES DE LAS ELECCIONES



Aunque cambie de ginete, y èste transforme continuamente de indumentaria, el peso para el pueblo, es siempre el mismo, cuando no aumenta.

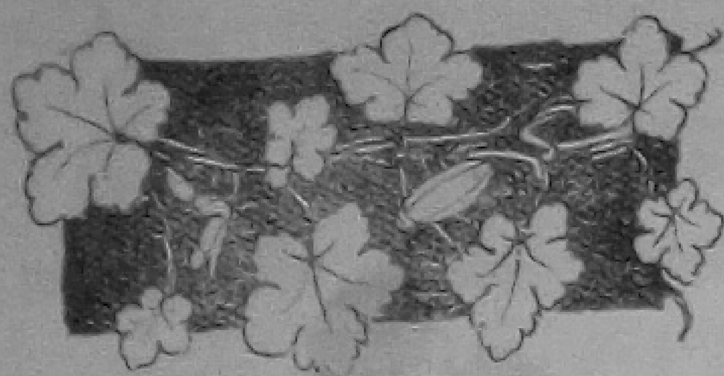
Alianzas secretas

Se ha dicho que la creación de la Liga de las Naciones, decapitaría de un solo tajo la antigua diplomacia, empedernida zurcidora de alianzas secretas. Ni los principales auspiciadores de ese organismo internacional creyeron que eso sería factible en la práctica. Ni Clemenceau, ni Lloyd George, ni Nitti, personajes y figurones de la antigua escuela, fundada por Talleyrand y perfeccionada por Bismarck, quien decía que los tratados se conciertan para violarlos cuando no le convengan al más poderoso de los contratantes, podrían creer en esa mentira exclusivamente destinada a atemperar, mejor, a embaucar una porción del mundo, la más crédula. Hoy se ha olvidado todo recato, y las alianzas secretas se hallan hasta de moda.

En vísperas de la entrada de Alemania en la Liga, mientras se riñe una pelea que recuerda un poco a las comadres desocupadas, para saber si se le otorgará a este nuevo miembro un asiento permanente en el Consejo de esa institución, un diputado francés, en plena Cámara, en una discusión con Briand, le aconsejaba que en vez de celebrar el pacto de Locarno, hubiera podido buscar las alianzas protectoras de Estados Unidos, Inglaterra y Japón. El antiguo sindicalista, convertido en ministro por su ductibilidad ideológica, de la que más nutre y calienta, replicó que precisamente esos pactos "habían evitado la era de los tratados de mutua defensa, peligrosos para la paz in[m]ediata de Europa", desbaratando así el [pac]to ruso-alemán casi a punto de cele[brarse].

[Cua]lquier criatura racional, qué de[...] [...] ese antiquísimo filósofo que se nombró Pero Grullo, se plantearía esta simple y decisiva pregunta: ¿Está de más la Liga de las Naciones, con su burocrática arca de Noé, o lo están los tratados secretos?

Si las alianzas, tildadas de mutua defensa, y que en cambio son de contra-ata-



que o con meros fines imperialistas, se fraguan en la sombra de las cancillerías, en un solo anhelo de acogotar al más débil, fuera de la égida de las deliberaciones de ese mastodóntico organismo, razones de cordura deberían hacerlo desaparecer insensiblemente. Es que nunca la cordura abundó en este mundo. Pero no somos nosotros, los acérrimos enemigos de toda entidad oficial, quienes estamos solos en creer que es inútil, que está absolutamente de más, sino sus mismos principales miembros sostenedores, que fingen acatar la autoridad de sus fallos cuando más les conviene, están archiconvencidos de ello. Voluntariamente se han ido resbalando hasta sumirse en el cinismo más desvergonzado. Ya nada ocultan. Juegan con cartas vistas. Proclaman abiertamente sus chanchullos internacionales y se reparten el botín a regañadientes, como verdaderos cómplices. El Alto Adige hace que gruña Italia contra la posible ingerencia de la Liga. Siria le arranca ladridos a Francia; Inglaterra rebuzna contra las potencias que intentan desconcertar sus negocios de China y en muchas otras partes. En efecto, un incomparable cónclave de bandoleros y filibusteros de alto copete.

Ciertamente, desde la más remota antigüedad, todos los gobiernos medraron del crimen y de la rapiña a mano armada, pero hubo épocas de más templanza y de más discreción.

Lo grave, lo enormemente grave es que las víctimas de estos bandoleros tarden tanto en convencerse, en enterarse de esa inútil carga del mastodóntico organismo internacional que deberán soportar sobre sus anchos lomos, con las otras tantas que va le pesaban. Mientras que los estadistas, los políticos, los jurisconsultos a sueldo de sus respectivos gobiernos, lo emplearán sólo como una amplia batea para enjuagar sus asuntos sucios...

El duque de Northumberland

Acerca y referente a la campaña política y con indudables fines electorales, que iniciara el conocido malabarista Lloyd George, creimos oportuno traducir este simple suelto de nuestro colega anarquista "Freedom". Seguramente se hallará más penetrado de la cuestión en debate que nosotros, y aunque no abra juicios definitivos sobre el asunto, nos da por lo menos la fisonomía moral de un típico terrateniente inglés, uno de los más grandes propietarios de tierras de Gran Bretaña.

El duque de Northumberland está olfateando el peligro que entraña la agitación contra los latifundios de la Gran Bretaña, y descolgó las armas de su panoplia nobiliaria en defensa de la clase a la cual pertenece. Replicando a Mac-Laren, M. del parlamento, niega la aserción de su contrincante, quien afirmaba que "los títulos de propiedad están basados sobre el esfuerzo del trabajo humano, que los creó y los fué valorizando." Esto, según el duque, es contrario a toda ley, humana o divina, y agrega que las riquezas de los propietarios "son el producto de la labor del espíritu público y de la contracción al deber de varias generaciones de terratenientes."

¿Existe alguien que haya notado esa generosidad del espíritu público en los propietarios de grandes extensiones de tierra cuando alguna institución pública necesitó algún pedazo de tierra para construir una escuela o para abrir un camino o para realizar otras obras similares?

Es notorio y es del dominio de todos que las municipalidades de cualquier lugar del país, tuvieron que pagar precios enormemente excesivos por la tierra empleada para esos casos. Cuando los ferrocarriles empezaron a invadir con sus rieles las campiñas, los propietarios de tierras pidieron sumas fabulosas para permitir que las vías cruzaran en sus campos, y algunos opusieron una negativa absoluta. Ellos llegaron a desalojar a sus colonos o a sus mediadores, echando abajo sus viviendas, porque argüían que les afeaban el panorama que rodeaba sus mansiones, sus castillos, y dejaban incultivadas y sin habitantes inmensas extensiones de sus dominios para dedicarlas exclusivamente a sus deportes. Como clase, los grandes terratenientes han sido los más sórdidamente rapaces, avaros y autocráticos en lo que concernía al bienestar colectivo. El duque habla del fundamento histórico y ético de la sociedad civilizada. La ética de la sociedad que él pretende defender se resumen en estas palabras: *todo lo que hago está bien hecho;* y cuando llegue el caso combatirán bajo esa bandera.

El duque apela al rey como el más autorizado para conceder las tierras "a los más capaces de cuidarlas y hacerlas producir". Pero las concesiones de bosques y campos que los posteriores reyes regalaron a sus queridas o sus sirvientes, despojando a los que las cultivaban, no es una evidencia en favor de la moralidad de los terratenientes. Dejando de lado este insignificante detalle, afirma que el valor de las grandes praderas es absolutamente nulo, y que "su presente valor ha sido creado, de una parte por la labor, y de la otra por espíritu de empresa y por la inteligencia y el capital del propietario."

Si a sus trabajadores se les antojase emigrar mañana mismo, las propiedades de tierra del duque habrían de convertirse en otras tantas praderas desiertas, cuyo valor es absolutamente nulo, según su propia confesión, a despecho de su espíritu emprendedor y de su gran inteligencia. El trabajo aplicado a la tierra es la única fuente de prosperidad y de riqueza, y este duque conoce esto tan bien como nosotros. Su defensa demuestra a todas luces el conocimiento de esta verdad y como se está difundiendo tan rápidamente es lo que no le resulta muy poco placentero. — *Freedom.*

FILOSOFIAS BARATAS

Se dirá que somos pendencieros, que buscamos desavenencias, que no somos tolerantes. Se han dicho de nosotros tantas cosas que no podemos ya tener en cuenta los pequeños adjetivos con que se trata de adornarnos, directa o indirectamente. Sin embargo estamos seguros de una cosa: no somos fanáticos, no somos sectarios, aunque nuestra manera de defender la causa que creemos justa nos lleve a ciertos extremos inevitables. La concepción de la anarquía que nosotros tenemos es amplísima, hay en ella espacio para innumerables manifestaciones, para todos los temperamentos y todos los gustos, siempre que no contravengan la base fundamental de la libertad para todos. Y nuestra amplitud en la concepción de la anarquía llega hasta el punto de no querer legislar el porvenir y someterlo al capricho de los dirigentes de tal o cual organismo obrero, dirigentes que pueden estar muy por debajo de la masa en su mentalidad y en su espíritu libertario. Queremos la libertad para todos, no como una frase que pueda adoptarse por un Thiers o un Poincaré, sino como una realidad perfecta en la cual el "¡Haz lo que quieras!" tenga su libre curso y su valorización. No hay hombre más responsable de sus actos que el hombre libre, no hay armonía más perfecta que la armonía en la libertad de cada uno.

Hasta aquí todos los ensayos de revoluciones se perdieron por el pecado original de la autoridad; es, pues, muy justo que nosotros querramos ensayar sin restricciones la revolución por la vida de la libertad. La libertad y la autoridad son términos absolutos, es decir no pueden marchar juntos simultáneamente; el que adopta el uno debe renunciar al otro, y renunciar no sólo exteriormente, en un discurso o en un artículo, sino interiormente, en toda la vida individual y colectiva.

Los que tratan de armonizar la libertad con la autoridad son nuevos impostores de los que es preciso huir más que de la peste, pues ellos son peor que la peste, son los que conspiran para perder y escamotear los frutos de la próxima revolución.

Se nos pide tolerancia a fin de no dar margen a conflictos internos. ¡Al diablo la tolerancia que deja crecer en el propio seno los buitres que nos sacarán los ojos, o los dictadores que nos harán fusilar cuando lleguen al poder! La tolerancia para con el mal es transigencia, es complicidad. Y como no queremos ser cómplices de la guerra al anarquismo, no somos tolerantes con los adversarios de nuestras ideas, aunque se hayan refugiado en nuestras filas.

En España tenemos un espectáculo de los más curiosos y de los más desconsoladores. Gentes que se dicen anarquistas predican el colaboracionismo con la burguesía y desean cooperar a la implantación de la república, porque se han formando una filosofía fatalista de la historia según la cual el porvenir tendrá que someterse en su advenimiento a tales y cuales leyes. Esas pobres gentes se meten en camisas de once varas. Poseen algunas nociones instructivas y además saben alinear frases, y con ello creen ya poseer el secreto de todo lo que existe y existirá. He ahí el resultado de una instrucción deficiente, mucho peor que la ignorancia, pues el ignorante de ciencias librescas, el analfabeto puede poseer un buen sentido alerta y un instinto vivo de lo bueno y de lo malo, de lo posible y de lo imposible; el semi instruído al contrario, por haber leído un par de libros, cree que la función del sentido común es impropia de su sabiduría y al alinear sus frases en un artículo o en un discurso trabaja con las vagas nociones librescas que ha prendido con alfileres en su cerebro, resultando un razonamiento sin pies ni cabeza, un parto ridículo de un cerebro desencajado.

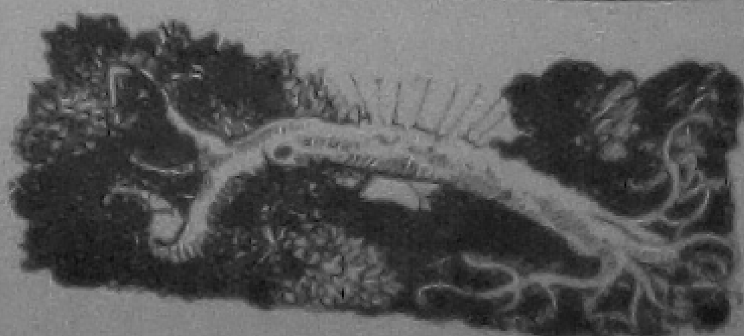
En España tenemos, a consecuencia de ciertas pretensiones filosóficas y literarias, toda una gama de alquimistas de la revolución, para emplear la frase de Acha; unos pretenden que la cuestión social es un teorema de economía política, otros que es una cuestión de estética, otros que es un asunto que deben resolver los comités sindicales. Así todos esos alquimistas de la revolución se declaran anarquistas, pero anarquistas de días de fiesta; el anarquismo, según ellos, sería algo así como un traje dominguero para asistir solemnemente al club o al grupo de afinidad; para asistir al sindicato hay que cambiar de casaca; el anarquismo y el sindicato se repelen, según esos filosofillos, y en consecuencia es preciso separarlos y no consentir ese matrimonio excomulgado por los dictadores de Moscú o por los saltimbanquis del sindicalismo francés.

Lo peor, lo más irritante en todo, es que esa manifestación antianarquista no surje en el proletariado español, históricamente anárquico, por naturaleza y educación, sino que es un mero entretenimiento literario de ciertos anarquistas o supuestos tales. Se comprendería que esa oposición antianarquista surgiese de una fracción adversa, como la de los comunistas, o que fuera un fruto espontáneo de las masas proletarias, convencidas ya de que la anarquía no es el norte hacia el cual deben dirigir sus pasos. Eso lo entenderíamos y procuraríamos esforzarnos por contrarrestar esa tendencia. Pero cuando son supuestos anarquistas los que quieren separar el anarquismo del movimiento obrero en donde actúan, debe dispensársenos de que nuestro tono sea poco amistoso, y también debe permitírsenos que dudemos de tales señores. Nuestra insistencia no trata de convencerlos a éllos, presentimos que tienen un interés especial en no ser convencidos.

Esos filósofos de pacotilla son amigos de las afirmaciones rotundas y son demagogos; para expulsar el anarquismo de la Confederación, se valen del sofisma de los sindicalistas de la *charte d'Amiens*, no quieren la intervención de los *partidos políticos* en el movimiento obrero, pero tras ese pensamiento no están los partidos políticos, pues la acción comunista en la Confederación es tan débil que no resistiría una semana la propaganda de nuestros camaradas; tras esos partidos políticos no están los burgueses separatistas de Cataluña, pues podríamos demostrar que los filosofiljos de marras no rehuyen del todo la idea de una amorosa colaboración de clases; tras ese pensamiento, tras esa frase: *partidos políticos*, se subentiende el anarquismo. ¡Y la mayoría de los que maniobran así aprobaron en el congreso de la Comedia la finalidad anarquista de la Confederación! Dicen que los trabajadores de España "siempre acudieron a los sindicatos cuando la Confederación Nacional del Trabajo fué un organismo proletario de clase y no de *partido político*." Desde que se fundó la Internacional en España, el movimiento obrero de que la Confederación es lógica continuadora, fué un movimiento obrero que reconoció la anarquía como ideal de todas sus aspiraciones; se proclamó en los congresos, se divulgó por la prensa, por los manifiestos y se hizo carne en la táctica de las luchas cotidianas. Querer negar eso es oficiar de embusteros.

La obra de los anarquistas en España es una obra digna y merecedora de ser defendida con tesón y con un poco de orgullo también. Hay pocos países que puedan mostrar un historial proletario tan heroico y en donde la anarquía haya alcanzado tal grado de difusión. Pero si nuestros precursores hubiesen pensado como estos filósofos de última hora, ¿podríamos decir otro tanto?

Otro asunto que está en discusión es el de la legalización de los sindicatos obreros confederales. El argumento que exponen es el de los defectos de la clandestinidad. Creemos que todos o la inmensa mayoría somos adversarios de la clandestinidad; no tenemos nada que hacer en las sombras del misterio. Nuestras ideas no tienen nada que ocultar y la gran tragedia es que no disponemos de fuerzas y de elementos suficientes para gritar bien alto nuestro ideal como para



que no fuese ignorado por nadie. Nos es muy penoso constatar que son infinitamente más los que ignoran todo de nuestras ideas que los que han escuchado algo de ellas. En tanto que movimiento social, aspiramos a la luz del día, a un puesto al sol, tanto más cuanto que nuestra revolución no es un golpe de Estado ni una conspiración de opereta. Allá ellos los que no piensen así y prefieran la clandestinidad; es cosa que les afecta particularmente a ellos y no al movimiento general; este debe salir de las sombras conspirativas. En España hubo siempre el buen sentido de dirigirse a las grandes masas y de eludir los conventículos de la clandestinidad. Pero hubo momentos en que la dureza de las persecuciones obligó a nuestros camaradas a desaparecer de la superficie para encerrarse por decirlo así en las catacumbas. Esos períodos fueron de simple defensiva; cuando la posibilidad se volvió a presentar se volvió a la actividad pública, la única que permite crear un movimiento social de algunas proporciones.

Sin embargo, una cosa es combatir la clandestinidad innecesaria — como la de aquellos camaradas rusos que aun hoy mismo, en Estados Unidos, si publican un periódico lo hacen ilegalmente por hábito adquirido, aunque nadie les molestaría si se ajustasen a las prescripciones legales existentes, lo cual aliviaría la labor — y otra cosa es el legalitarismo. En 1905, una conferencia de anarquistas rusos resolvió seguir actuando clandestinamente en caso de implantación de un régimen constitucional en Rusia, por considerar que si se aprovechaban de las libertades constitucionales de prensa y de reunión, cometían un delito de lesa anarquía. Pero esa mentalidad no existió nunca entre los revolucionarios españoles.

Ser adversarios de la clandestinidad no equivale a ser partidarios de la legalidad. La legalidad de un movimiento obrero revolucionario es un contrasentido; además, realmente, es imposible. Los camaradas de Gijón presentan el ejemplo propio. Hemos dicho ya que Gijón no es Barcelona; el proletariado de Barcelona no podrá ajustarse jamás a las pautas que puedan convenir al de Gijón, por la razón comprensible que en Gijón no existe una fuerza obrera revolucionaria susceptible de provocar los conflictos que provoca la clase trabajadora de Barcelona. Si se quiere la legalidad para contribuir a matar el espíritu de rebelión del proletariado, hay que decirlo. Ignoramos cuáles son las condiciones de la actual legislación en España; igual nos ocurre con la legislación de todos los países; pero de una cosa estamos seguros: si los trabajadores españoles han de continuar su tradición de luchas y de organizacion, tendrán que seguir al margen de la intervención directa del Estado en su seno, pues la legalización equivale a invitar un huésped indeseable en la deliberación de nuestros asuntos. Una vez los sindicatos legalizados, tendrán que someterse a los caprichos del gobierno y de los legisladores; según la ley, hay huelgas legales e ilegales, éstas muy numerosas y aquéllas muy inocentes; si no se declaran más huelgas que las legales, el capitalismo puede dormir tranquilo; si se declaran huelgas ilegales, entonces ¿en qué queda la legalidad de los sindicatos? El gobierno procederá del mismo modo que hoy y los resultados serán los mismos. Si tenemos fuerza para resistir a las usurpaciones, obraremos como mejor nos convenga; si no tenemos fuerza para oponernos a la intervención gubernativa, obraremos como podamos.

Y ahora, sin apasionamiento alguno queremos plantear esta pregunta a los lectores del nuevo semanario de Barcelona, "Vida Sindical": *si la Confederación Nacional del Trabajo siguiese al pié de la letra las recomendaciones de los editores de ese periódico, ¿en qué se diferenciaría de la Unión General de Trabajadores?*

D. Abad de Santillán

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

III

¿Ha perdido por fin la intervención de las máquinas sus peligros fatales para el proletariado, tales como nos son conocidos del comienzo de la revolución industrial? Sería un gran engaño querer afirmar positivamente esa pregunta. Somos de opinión que esos peligros continúan en pié en forma más bien agudísima que disminuída, y queremos declarar abiertamente que uno de los fines principales de este trabajo es llevar esa convicción a una mayor difusión. Indudablemente tenemos que reconocer que no nos es posible aquí demostrarlo en base a estadísticas. Eso podría únicamente hacerse en un trabajo que sobrepasaría los límites de este escrito, y además es problemático que los datos existentes den el material necesario. Debemos limitarnos, pues, en nuestras indicaciones a alguna mención de los fenómenos de nuestro tiempo y confiarnos luego a la guía de la lógica.

¿Qué nos descubre una ojeada al desenvolvimiento industrial de las últimas décadas? Primeramente hay que constatar que muestra menos impulsos que el comienzo de la era del maquinismo y que en la mayor parte de las industrias se ha producido una cierta estabilidad — que, al menos antes de la guerra, hizo hablar ya a alguien de un agotamiento del espíritu inventivo. "Los hombres de la ciencia — declaró el propio Kropotkin (*Campos, Fábricas y Talleres*) — no inventan nada más o sólo inventan muy poco." A esa manera de ver llevó el hecho de haberse vuelto más raras las invenciones visibles para todos y de gran trascendencia y de basarse las innovaciones técnicas en lo esencial en perfeccionamientos de principios conocidos ya hace mucho tiempo. Pero los inventores, sin embargo, no han dormido. Marcharon en general por caminos menos ruidosos y obtuvieron en silencio éxito tras éxito que en su conjunto significan una nueva revolución técnica.

¿O no es justo hablar de una revolución cuando oímos que, por ejemplo, la producción anual de los altos hornos en Estados Unidos desde 1850 a 1919 aumentó en la proporción de 100 a 6151 (es decir 61 y media veces), pero el número de los obreros, en el mismo período, sólo aumentó en la proporción 100 a 188 — es decir, ni siquiera el doble? (*Enquete sur la production*, tome 2, pág. 1248, edition de la Oficina internacional del trabajo de Ginebra). Además, el año 1919 es un año desproporcionalmente desfavorable para la comparación, que no permitió introducir aún los perfeccionamientos técnicos hechos durante la guerra.

Más claramente quizás se revela ese fenómeno en el último informe anual sobre el colosal aumento de producción de la Bethlehem Steel Corporation, fundada en 1904. Esa compañía ocupaba en el año de su fundación 9.500 obreros y producía 120.000 toneladas de acero. En 1924, el número de los empleados había ascendido a 70.000, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 7,3, pero la producción aumentó a 7.600.000 toneladas, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 63,3.

Tomemos otra industria americana sobre la cual tenemos cifras exactas, y no nos asombraremos menos del rápido desenvolvimiento del grado de productividad. Las fábricas norteamericanas de automóviles construyeron en 1899 con 2241 obreros, 3723 coches; en 1923 la producción alcanzó a 3.890.134 coches con 241.356 empleados. La producción aumentó, pues, en la proporción de 1 a 1044,4, pero el número de los obreros creció sólo en la proporción 1 a 107,6, es decir que manteniendo la misma proporción de obreros y producción de 1899, la producción de 1923 habría exigido aproximadamente diez veces más obreros. Hay que notar especialmente que la rápida multiplicación del grado de trabajo por obrero es menor en los últimos años. En 1909 la labor por obrero aumentó de 1,60 a 2,47 coches en el año, mientras que en 1914 alcanzaba 7,17, en 1921 11,15 y en 1923 16,11 coches.

Antes de examinar los medios por los cuales se obtuvo ese aumento de producción, quisiéramos prevenir expresamente sobre el error de pensar que el desenvolvimiento técnico se limita a las industrias aquí mencianadas. A donde quiera que dirijamos la vista, en todas partes vemos un avance continuo e incontenible en la mecanización de la producción y en la suplantación cada vez más vasta de los hombres por las máquinas. Incluso en la rama de producción primeramente capitalizada, la industria textil, se aspira continuamente a hacer superfluos los hombres y a acrecentar la productividad de cada obrero. Se encuentra, por ejemplo, hoy en las fábricas textiles de las conocidas ciudades textiles norteamericanas Lawrence y Lowell (Massachusett) que un sólo tejedor sirve a 40—60 telares en lugar de 6—8 antes de la guerra.

También en los ferrocarriles norteamericanos tiene lugar un aumento continuo del rendimiento. El mismo fenómeno se advierte por lo demás en los ferrocarriles canadienses. Como se desprende de una memoria de la asociación ferroviaria canadiense, 178.653 empleados servían en 1913 una red ferroviaria de 29.304 millas, mientras que en 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y sólo ocupaba 165.652 personas.

Que se trata aquí de un fenómeno general y que se extiende a todas las industrias, es cosa que se desprende también de la memoria publicada por el National City Bank (New York). Según ella, la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó en relación con 1921 un 52 por ciento, mientras que el número de las personas ocupadas sólo aumentó un 32 por ciento.

No hay ninguna exageración cuando Mr. Herbert Hoover, el ministro de comercio de Estados Unidos, en un discurso pronunciado el 8 de mayo de 1923 en la cámara de comercio de ese país, declara que el rendimiento por cabeza de la industria americana en los últimos diez años aumentó de 10 a 15 por ciento. Confirma también la exactitud de nuestro temor en relación con ese desenvolvimiento, la constatación de Hoover, según la cual la industria americana está en situación de asegurar a cada ciudadano el mismo confort a que estaba habituado antes de la guerra y simultáneamente pudo despedir dos millones de personas ocupadas antes.

No es una casualidad el haber hecho proceder la evolución de América en estas consideraciones. El desenvolvimiento industrial de América no sólo no fué perjudicado por la guerra, sino, al contrario, fomentado. Las modificaciones son allí más visibles que en otra parte y sólo puede ser problema de tiempo, la industria europea seguirá el camino indicado por América y se pondrá al nivel de la industria americana por el mejoramiento del aparato técnico de producción. En todo caso, la persistencia de la tensión actual es una imposibilidad hace mucho comprendida por los industriales europeos y ya por eso es importante para los trabajadores conocer el curso de la industria norteamericana. América prescribe, en ese aspecto, a Europa el destino.

Entretanto la técnica no ha estado paralizada en Europa. Las guerras por las necesidades que se presentan y por la falta simultánea de brazos, han obrado siempre revolucionariamente en la técnica y han tenido por consecuencia transformaciones en el proceso de producción. Si ese fenómeno no apareció esta vez en Europa en su completa magnitud, sólo es porque el agotamiento económico y la inseguridad política no ha permitido aplicar en Europa prácticamente las experiencias acumuladas en la guerra para la producción de los tiempos de paz. Pero esa obstaculización es de carácter temporal y diversos síntomas muestran que el cambio brusco ha comenzado ya y que en todas partes se mueven cerebros y manos en el sentido de una considerable elevación de nuestro estadio productivo, que tal vez en el curso de la próxima década sobrepasará el adelanto norteamericano. Sabios y técnicos, filósofos y poetas hablan ya de una nueva ola poderosa de la revolución industrial.

Mejor que en ninguna otra parte se ve ya eso en la construcción de vapores, donde se realiza con una celeridad tempestuosa la transición de la maquinaria para carbón a la navegación a petróleo y a los motores Diesel. Mientras que todavía en 1914 había un 88 por ciento del tonelaje mundial de los vapores organizados para el consumo de carbón y sólo 2,6 por ciento para el consumo de petróleo, esa proporción es en 1925 de 64,8 para los primeros y de 27,5 para los segundos. En el mismo tiempo la parte del tonelaje de vapores a motor subió de 0,5 a 4,5 por ciento, y la parte de los barcos de vela, que en 1890 estaban en proporción de 2 a 3 respecto de los barcos a vapor, retrocedieron de 8,1 a 3,5 por ciento. Calcúlese lo que se ahorra de personal por esas transformaciones en la navegación, mediante estos ejemplos: un vapor con 24 fuegos, que antes debía ocupar 18 foguistas, 18 ayudantes y 6 engrasadores, con el empleo de petróleo sólo necesita 6 foguistas, 3 ayudantes y 3 engrasadores. Con el empleo de los barcos a motor, el ahorro de personal es mayor aún, pues no hacen falta ni foguistas ni ayudantes.

La electrificación de los ferrocarriles, comenzada realmente con la guerra, conduce igualmente en su avance a un notable ahorro de personal. Primeramente serán superfluos los cargadores de carbón, que han podido ser fuertemente limitados por las perfeccionadas instalaciones de carga. Pero simultáneamente, la electrificación permite la realización del servicio con un personal menor en todo lo demás, pues los trenes corren con gran velocidad y las cargas pueden ser aumentadas. Esto sin hablar de la desaparición del vasto transporte de carbón para el consumo ferroviario. Otras innovaciones ferroviarias amenazan grupos enteros de obreros. Mencionemos sólo la introducción del freno automático en los trenes de carga, lo cual por ejemplo sólo en Baviera deja en la calle 1.300 de los 2,400 freneros de los trenes de carga y al mismo tiempo algunos centenares de guardas e inspectores.

También en el resto de las comunicaciones y los transportes pueden señalarse amplias innovaciones que limitan considerablemente el número de los obreros. El aumento creciente de autos facilita el transporte de mercaderías y ahorra cargas y descargas. Para las cortas distancias, una gran parte de los envíos de mercaderías va directamente del remitente al destinatario. Los carros de caballos desaparecen cada vez más de la calle y tienen que ceder el puesto a los medios de transporte nuevos, más rápidos y menos exigentes de personal.

Notables modificaciones pueden comprobarse también ante todo en las mejoras técnicas de los puertos marítimos e internos. Numerosísimos guinches y elevadores se han vuelto desde hace mucho





signos familiares de esos lugares de trabajo. Pero esos aparatos férreos se han modificado mucho frente a aquellos que estaban en uso antes de la guerra. Han llegado a una prontitud de ejecución mucho mayor que sus antecesores. También aumentaron numéricamente. En la mayoría de los puertos modernos, el trabajo manual en la carga y la descarga — al menos en tanto que se trata de artículos en grandes cantidades, como carbón, metales, trigo, etc. — casi fué completamente suplantado. Casi todo el trabajo portuario se hace hoy por medio de máquinas. Llega un vapor con trigo al puerto, se acerca a él un elevador flotante de trigo que absorbe automáticamente todos los rincones del barco, pesa el trigo y lo distribuye en el depósito. Para la descarga de un vapor con 6.000 toneladas de trigo eran necesarios antes 150 obreros durante 7 u 8 días. Hoy ese trabajo es hecho por un moderno elevador en 20 horas y sólo exige de 12 a 15 personas.

Las máquinas para las cargas y descargas de metales aumentaron especialmente en los últimos años. En 1912 se limitaban, por ejemplo en el puerto de Roterdam, a su empleo para un 7 y medio por ciento de toda la importación y exportación de metales. Hoy casi no se usa el esfuerzo manual en ese trabajo. La descarga se opera por medio de aparatos que en una hora de actividad transportan 600 toneladas y más, es decir hacen en una sola hora más que antes 24 personas en una jornada de 10 horas.

Una significativa perfección la experimentó la técnica de los guinches por la introducción en los últimos tiempos del magneto. Este realiza verdaderas maravillas y substituye en puertos y fábricas grupos enteros de personas. Una fábrica inglesa dice al respecto (según *Taten der Technik*, de Hans Günther, Verlag Rascher und Co.) que un magneto elevador de 130 cm. descargó en 7 minutos un vagón de virutas de acero, cuya labor habría ocupado cuatro hombres en cinco horas. "Un magneto elevador de 125 cm. cargó virutas de acero del montón en un vagón ferroviario; en 12 elevamientos durante 7 minutos levantó 5.000 kilos, es decir 400 kilos por elevamiento, aunque las virutas de acero forman uno de los materiales más difíciles de transportar... Un magneto de las mismas proporciones transporta en 8 horas 45 minutos 600 toneladas de hierro en bruto de los vagones al depósito. En todos estos casos el guinchero era la única persona ocupada en esa operación."

No menos interesante es otro ejemplo: "En una fábrica norteamericana de acero, la descarga de un barco de 2.000 toneladas de hierro en bruto por 24 obreros exige 48 horas, lo que equivale a una tonelada y media por obrero. La fábrica se procuró dos magnetos elevadores de 160 cm. que sólo necesitaban para su servicio dos personas. Esos magnetos transportan las 2.000 toneladas del barco al depósito en 11 horas, amontonando allí la carga en perfecto orden. Con ayuda de las nuevas manos de hierro dos obreros liquidan continuamente en lo sucesivo el trabajo de 28 en poco menos que una cuarta parte del tiempo empleado por éstos... Además se agregó la brevedad considerable de la estadía costosa del vapor, que repentinamente pudo hacer un cierto número de viajes más por año." Si se expresan esas ventajas en sumas monetarias, así dice el autor de donde tomamos estos datos — se advierte pronto que el magneto es una admirable caja de ahorro... El magneto elevador ha realizado en cierto sentido un pensamiento que constituía una broma favorita de la chocarrería: *la idea de un taller sin obreros*. El que visita hoy el depósito de una gran fábrica de acero, puede ver allí trenes enteros de hierro en bruto y elaborado, de lingotes y de columnas, que son descargados o cuya carga es depositada en estractos regulares, en los cajones de los hornos, llevados a la escotilla o metidos en la prensa de empaquetar sin que se advierta un solo obrero. Hace aún muy pocos años los vagones estaban rodeados de enormes grupos de obreros que sudaban bajo las pesadas cargas. La formidable diferencia entre antes y ahora la produjo el magneto elevador en relación con el guinche eléctrico, que se ve ir de un lado al otro velozmente. Un solo hombre sentado en la cabina del guinche, vigila y dirige todo el movimiento, una prueba evidente de la liberación del hombre por las máquinas."

Los acontecimientos de las otras industrias se manifiestan menos claramente. Pero permiten, sin embargo, algunas deducciones importantes. Por ejemplo el gobierno inglés responde a la Oficina internacional del trabajo (*Enquete de la production*, III, pág. 168-88) relativamente a la evolución de los instrumentos de trabajo desde el estallido de la guerra, que es innegable un aumento considerable en el ahorro de brazos humanos por la aplicación de máquinas. Es interesante la indicación que el empleo mayor de mujeres, ante todo en la industria de las municiones, llevó a la introducción de medios mecánicos de transporte, de planos inclinados y otras simplificaciones. En las minas, como ya se ha dicho, las cavadoras a vapor encuentran un empleo creciente (números más exactos no existen, pero podría interesarnos el hecho que en las minas de carbón de Illinois en 1912 trabajaban con pica 37.000 mineros y con máquinas 16.500, mientras que la proporción en 1923 ha cambiado así: 21.500 obreros con pica y 43.000 con máquinas). Sobre la fabricación de instrumentos ópticos y de artículos de vidrio, se dice: Ese oficio era considerado como el dominio por excelencia del artesano ejercitado, pero cuanto más imperiosas se volvieron las demandas de esos productos, tanto más debió intentarse acelerar la producción. Esto se ha conseguido. Se inventaron máquinas para sellar los instrumentos ópticos necesitados en la guerra, para elaborar prismas y soplar el vidrio. Un prisma de buena calidad para un telescopio puede ser hecho actualmente en menos de 50 minutos, sólo se necesita darle la última forma. Antes se necesitaban cuatro horas de un buen obrero que dispusiera por lo menos de una práctica previa de ocho años.

Según el mismo informe se ha operado una transformación completa en el empleo de máquinas para el trabajo de la madera. Se comunican igualmente mejoramientos que ahorran muchas fuerzas obreras en la industria de la fabricación de máquinas, en la industria textil, en el transporte, etc.

Sobre la evolución de la industria inglesa de la fabricación de botellas, dice John Thompson, el secretario general de la asociación inglesa de vidrieros, que en 1914 había cinco máquinas Owen de hacer botellas y que su cifra ascendió en 1924 a 24. Simultáneamente la productividad de esas máquinas aumentó por lo menos cinco veces, de manera que la producción anual puede estimarse en 275 millones de botellas (*A Brief History of the Glass Industrye*).

(H. E. Miles, presidente de la *Fair Tarif League*, calcula en un artículo sobre *The Tariff and the Miracle of American Production* — aparecido en el *Machinist Monthley Journal*, junio de 1924, — la producción diaria de una máquina de fabricar botellas en los Estados Unidos en 50.400, lo que da 15 millones en una labor anual de 300 días y que por tanto sobrepasaría el término medio aceptado por Thompson).

Todos los informes mencionados en la encuesta de la Oficina internacional del trabajo concuerdan, pues, sin excepción, que la transición a las ocho horas no ha provocado en ningún país una disminución de la producción por obrero y por día o semana. Más bien se establece generalmente que la reducción de la jornada ha sido más equilibrada por la intensidad del trabajo, por la introducción de nuevas máquinas o aceleración del curso o por otros mejoramientos técnicos y orgánicos de los métodos de producción. La reducción de la jornada estimuló en todas partes una mayor mecanización del trabajo. Un resultado digno de mención se informa de una fábrica de jabón holandesa. Mediante la instalación de cuatro máquinas empaquetadoras se ha conseguido suplantar el trabajo de 63 mujeres. Para la vigilancia exigían esas máquinas en conjunto sólo 6 mujeres.

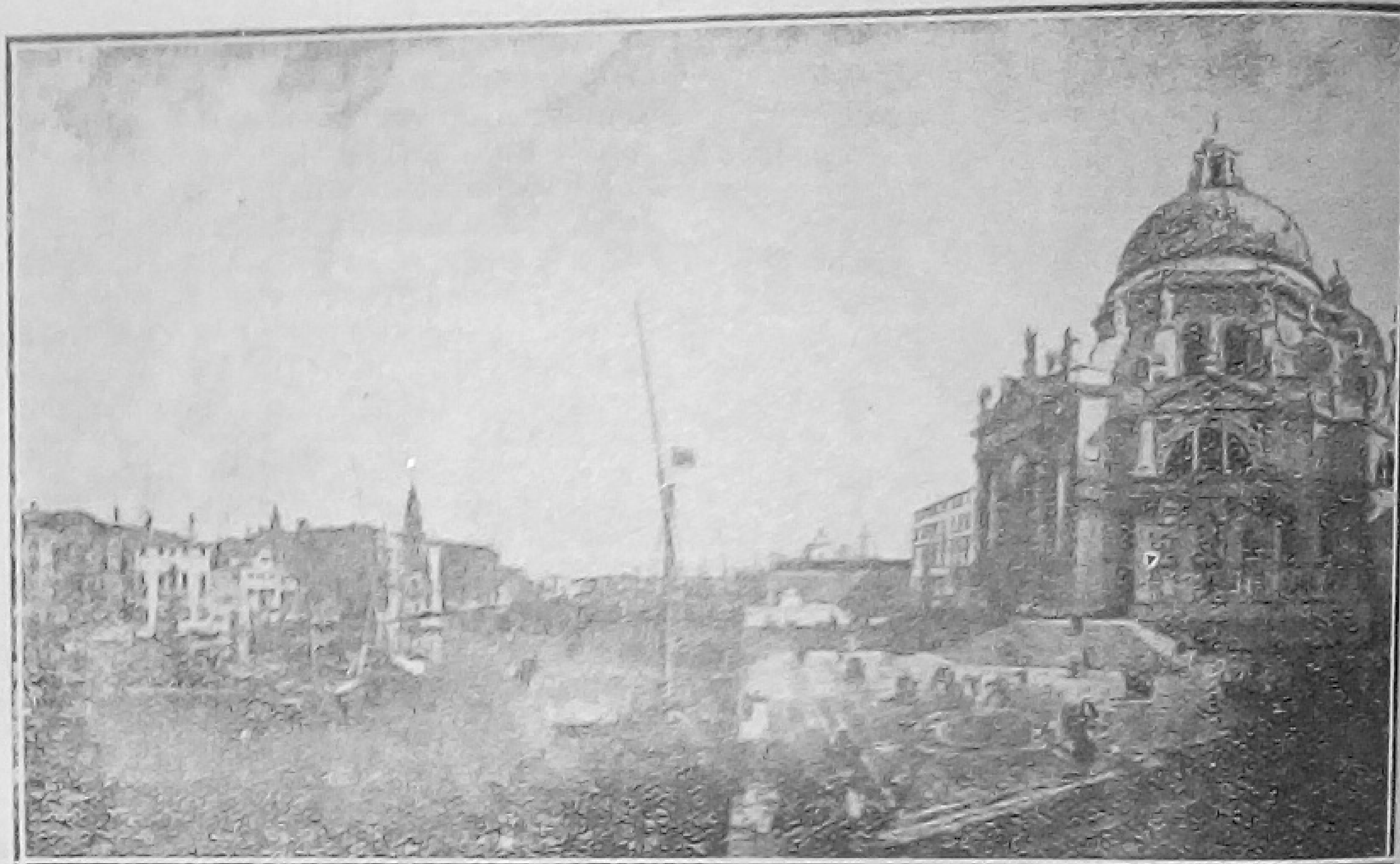
Preciosos detalles sobre el mismo asunto fueron publicados por el ministerio francés del trabajo. Se refieren a los establecimientos de las diversas industrias y confirman completamente las experiencias hechas en otros países (*Bulletin du Ministère du Travail*, Paris, 1924).

Sobre Alemania existe muy poco material. Aquí no se emprendieron los más insignificantes esfuerzos por el perfeccionamiento técnico de los métodos de producción; lo que se explica por el hecho que durante el período de la inflación los salarios obreros han formado una parte mínima de los gastos de producción y en consecuencia no incitaron a la instalación de nuevas y costosas máquinas. Pero con la estabilización de la moneda es otra cosa. Ahora la industria alemana dirige mayor atención al aparato técnico de producción y trata de alcanzar y sobrepasar el adelanto hecho por otros países. La discusión detenida en la prensa capitalista de los métodos de Ford es una prueba al respecto.

CANALETTO

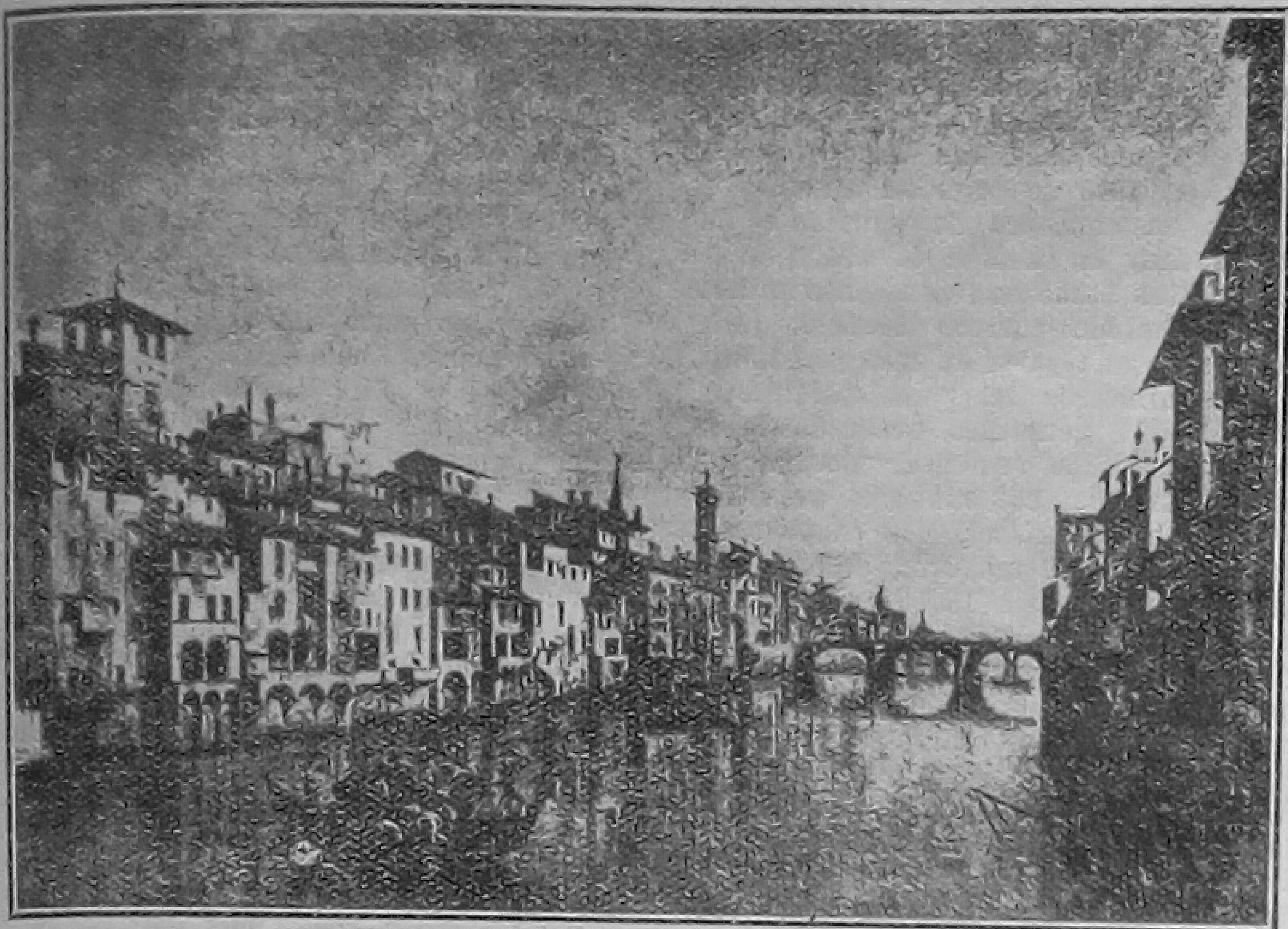
El paisaje es para el pintor el mejor medio de lograr plenamente la expresión de su sensibilidad. Parece que la naturaleza le sirva como texto o pretexto o un instrumento sobre el cual describiera el juego de la melodía que resuena en su interior. El retrato obliga al artista a descender a la profundidad de elementos extraños; en cambio el paisaje le prodiga la ocasión de desarrollarse plenamente sobre amplias superficies en el arabesco de la luz y del color, con la diversidad del follaje, la incesante metamorfosis de los cielos y la aparición subitánea de los monumentos y de las figuras que introducen a la criatura humana en la naturaleza habitada antiguamente por las tinieblas. El paisaje no es una simple descripción; es, al contrario, un tema, sobre el cual Giorgione escribirá melodías en tonos menores, turbias y de una pasión ardiente, Vinci vastas sinfonías que desde la tierra se enlazan con las estrellas; y Turner crea coros de ángeles con lampos rutilantes que giran alrededor del sol. El paisaje es lazo más directo y al mismo tiempo más flexible, de la realidad de la vida a la fantasía del artista. El pintor se pierde y se encuentra, viendo en las florestas mirajes de los atornasolados verdes de la fronda y una caída de sol, que son los reflejos de la divinidad. Merced a concordancias extrañas, vuelve a hallar bajo lo exterior y bajo lo visible, presencias que animan las cosas y se acercan a nosotros. Es por eso que encontramos en un paisaje el motivo, el pintor y a nosotros mismos, con nuestros recuerdos y ensueños...

Y ninguna ciudad mejor que Venecia ofrecía a los artistas la tentación de abandonarse, de anularse en ella. Los acordes del liuto de Cima de Corneliano, los *lieder* de Carpacio, el contralto del Ticiano, las fanfarrias del Tintoretto, surgían de la ciudad y del paisaje, de piedras rosas, verdes, de las aguas inquietas, de la laguna irisada, del mar agitado, fantasmagoría que juega con el aire, la nube y el sol. Lo pintoresco de las calles, los variolados colores, destellantes de esplendor, de los palacios ducales y los fastos exóticos: el Bucentauro, lanzado hacia la unión fabulosa de un príncipe con el mar; la voluptuosidad de los caprichos sensuales de una vida lánguida, Venecia, en fin, todo aquello que debía inspirar a pintores inigualados y que nos es revelado por ellos, con toda la gracia de su rostro antiguo. Y éste, que conservara tantos rasgos de su fisionomía de hoy, los vamos reconociendo paso a paso, al volver una calle, en el subitáneo deslumbramiento de un *sottoportico* abierto al sol, y se parecen a los cuadros de Guardi, de Belloto o de Canaletto. Pues que esos pintores, desdeñando las loas, las adulaciones cortesanas se consagraron al paisaje solamente, y escribieron piadosamente en sus telas las maravillas de Venecia — la ciudad feérica. —Canaletto nació el 16 de octubre de 1697. Se le aplicó el pseudónimo de Canaletto, que heredara su sobrino Bernardo Bellotto, al mismo tiempo que el amor a los paisajes venecianos y el arte de pintarlos. Su padre, pintor de teatro, le hizo trabajar a su lado en esas composiciones barrocas, que bien se acordaban al gusto de la época. Después se trasladó a Roma, donde Pannini le reveló las ruinas históricas y su melancólica belleza. Seducido por su calma grandiosa, recorrió la Ciudad Eterna, copió los antiguos, reprodujo monumentos romanos, el Arco de Constantino, el Coliseo, el Foro, el Panteón, la obra maestra de Bernini y las fuentes de la plaza Navona. Pero llegó a aburrirse, sintiendo nostalgia de la coloreada vida de Venecia, el destello de sus cielos y de sus aguas. Impaciente de regresar a su villa natal, abandonó a Pannini y sus discípulos en medio de sus ruinas y columnas rotas, y huyó hacia el esplendor cambiante que le atraía.



CANALETTO. — La Iglesia de la Salud. (Venecia)

Llegado a Venecia no se cansa de recorrer sus calles y plazas, vagabundeando detrás de los cortejos y las fiestas observando los motivos arquitectónicos, el ir y venir de las barcas y góndolas, y absorbiendo todos los detalles de la vida popular. Empieza a pintar, y lo hace con pasión, siguiendo los juegos del sol sobre las aguas, sobre los muros de tonos ocres y los mármoles de color. Sus temas principales son la Plaza de San Marcos, el Palacio Ducal, el Gran Canal. Sabe variar su expresión con una asombrosa virtuosidad, según el día y la hora la plaza se halle de fiesta o no, la hace revivir con una feria o una procesión que la cruza. El éxito vino hacia él insensiblemente. Los venecianos admiran el pintor de su ciudad y los extranjeros se inclinan ante su talento que acaba de ser consagrado por una celebridad que traspone las fronteras de su patria. Entre ellos el cónsul de Inglaterra, José Smith, se entusiasma y expande tan lejos su gloria que en Londres se buscan sus cuadros y reclaman la presencia del pintor. Se resiste, al fin obedece a tanta insistencia y ante las numerosas invitaciones que le dirigen los aficionados ingleses, hélo aquí en un país extranjero, festejado co-



.CANALETTO. — El Arno en Florencia.

mo un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pintar algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se halla en Windsor, figuran dos telas con vistas del Támesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retuvo los contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por esa atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde morirá el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marcos, permaneciendo en Roma y en Londres, ella fué siempre la preferida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, y sí porque descubrirá una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen; pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean y la penetran, arrancándola de la inmovilidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta ilusión del balanceo de las embarcaciones ancladas y mantener en esta escuadra detenida la esperanza de una nueva partida. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de calles, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones doradas, usadas en ceremoniales brillantes, con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de góndolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares desiertos, los canales ignorados, se avenía a veces a fijar el recuerdo de las regatas y de las recepciones, la imagen de las góndolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones magestuosas, indispensables a ese cuadro magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzi, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, en nada recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los más grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras, Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los díceres de Lanzi. En efecto, los cuadros del paisajista, o más bien del marinista veneciano, son de una perfecta unidad. La armonía que agrupa los personajes entre las arquitecturas, o simplemente quien magistralmente hizo jugar los reflejos de la luz sobre las casas, sobre las aguas, queda como la característica más pronunciada de este pintor. Su dibujo preciso, a veces un poco seco, pero que no busca en la curva de la sola improvisación de efectos fáciles, posee más pureza y una agudeza más pronunciada que la de Guardi, a quien es necesario compararlo, ya que los dos trabajaron en la misma época y pintaron las mismas telas. Desde el momento que Guardi nos atrae violentamente por el lado impresionista de su factura y nos cansa en seguida, por lo que tiene de blando y facticio, los lienzos de Canaletto, más fríos quizás, más compuestos, se imponen a nuestra atención. La verba fácil de Guardi puesta paralelamente con la sobriedad algunas veces severa de Canaletto, puede parecer nos superficial y vulgar. En éste, al contrario, se afirman una nobleza de pensamiento, una distinción en la ejecución que atestiguan su superioridad. Pocos como él supieron bañar en una atmósfera plateada los nobles volúmenes de los palacios, de las iglesias, el movimiento de las barcas, la vida de la muchedumbre, sin ceder a la tentación de describir o de contar. Su colorido posee gamas de grises extraordinariamente ricos, que le llevan a refinamientos y nuevos virtuosismos. Hay fragmentos de Canaletto que anuncian los buenos paisajistas de la escuela de 1830, con Corot y etc. Pero cuando coloca tonos claros o cálidos, cuando pone algunas rosas, rojas o azules, es con una seguridad y una justeza tal que el color toma la plenitud de su valor, y toda la potencia de expresión. Sus cuadros, colocados en una atmósfera delicada y sin brusquedades luminosas, centellean en un burbujeo de matices y nos proporcionan inagotables descubrimientos. Su influencia sobre cierta época de Turner, es muy significativa. Los años en que se esfuerza por librarse de la influencia de Claudio de Lorena, son aquellos en que su personalidad pudo llegar a una florida madurez, y que al pintor inglés le hicieron conocer Venecia a través de esa producción, enseñándole así el arte de traducir la dulzura de ese cielo, la límpida transparencia del aire, y la visión feérica de las aguas.

Había en el pintor veneciano, a pesar de haberse aplicado a reproducir la exactitud de los objetos y de la vida, un corazón de poeta que penetraba la verdadera realidad de las cosas, y por la cual se expresa la vida interna de los paisajes.

M. BRION

La obra de los gobiernos es cien veces peor que la del bandido de Sierra Morena. El bandido despoja preferentemente a los ricos; los gobiernos a los pobres, y además favorecen a los ricos, que les ayudan al crimen. El bandido no recluta a nadie por la fuerza, los gobiernos, sí.

TOLSTOY

Los trabajadores y la guerra

La primera y fundamental razón de todas las guerras, que pretexta la necesidad de la defensa nacional, es que la mayoría de las personas, elevadas o bajas, son nada más que ladrones con un corazón que codicia la tierra, la riqueza y la fama de sus vecinos. Pero a más de ladrones, son locos de atar. Y estos ladrones culpables, y la fuente única de todas las guerras más terribles, son precisamente los capitalistas. Mientras que en el suelo europeo la otra, y la verdadera guerra, se halla establecida entre éstos y el trabajador, tal como ellos la quisieron.

Tú tendrás que realizar tu trabajo lo mejor posible, tanto si has de vivir largo tiempo o morirte mañana. Y puede muy bien que se te condene a ello más temprano o más tarde. Pues, hombres han muerto por su país, sin reportarle bien alguno; tú prepárate a morir y, haciéndolo, sea para asegurarle un más alto bienestar, y así a todos los demás países con el tuyo. Pon todo tu ser, tu alma y tu corazón en la labor que te toque desempeñar; mas antes mira si ella es productiva y fructífera para los demás seres. Esto es, si es trigo, tela y etc., y no pólvora para los cañones y arsénico para usos mortíferos y ponzoñosos.

Pon atención y graba, fija en tu memoria estas palabras: *Antes deberás de afrontar la muerte más bien que dejarte doblegar, aviniéndote a construir, a fabricar mecanismos guerreros y artefactos micidiales.*

En estos tiempos no existe crimen físico y material que se halle más lejos de todo perdón — sin ningún paralelo en la culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra, o a practicar la invención de substancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les alcanzas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques, ¿qué merced, qué perdón hay para ti?

JOHN RUSKIN

VII carta dirigida a los trabajadores de Gran Bretaña (julio, 1871). "Fors Clavigers", Parte II.

J. Fabre, por Henryk Hollard

Los dos años que Fabre permaneció en Córcega pudieron aportarle otras revelaciones al naturalista. Es trepando a los peñascos, visitando las ensenadas de las costas rocosas de la isla cuando más se apasiona por la maravillosa variedad que ofrecen las espirales y las volutas de los caracoles. La conquiliquiología, se convierte en su campo de experimentación. Conchas y caracoles de agua dulce o de mar, y luego, de regreso al continente, coquillajes fósiles de todas las edades, son reunidos en una bella colección para sus estudios comparativos. Geómetra consumado, experto en la espiral logarítmica, fué en Córcega donde estudió el genio arquitectural del molusco, lo mismo como estudiara el arte geométrico de la araña, tejedora de sus telas. "Los cálculos infinitesimales de Leibnitz, le escribía a su hermano, te demostrarán que la arquitectura del Louvre es menos sabia que la del caracol; el geómetra eterno enroscó sus trascendentes espirales sobre el cascarón de este caracol, que no conoces, lo mismo como los profanos, sazonado con espinacas y queso de Holanda."

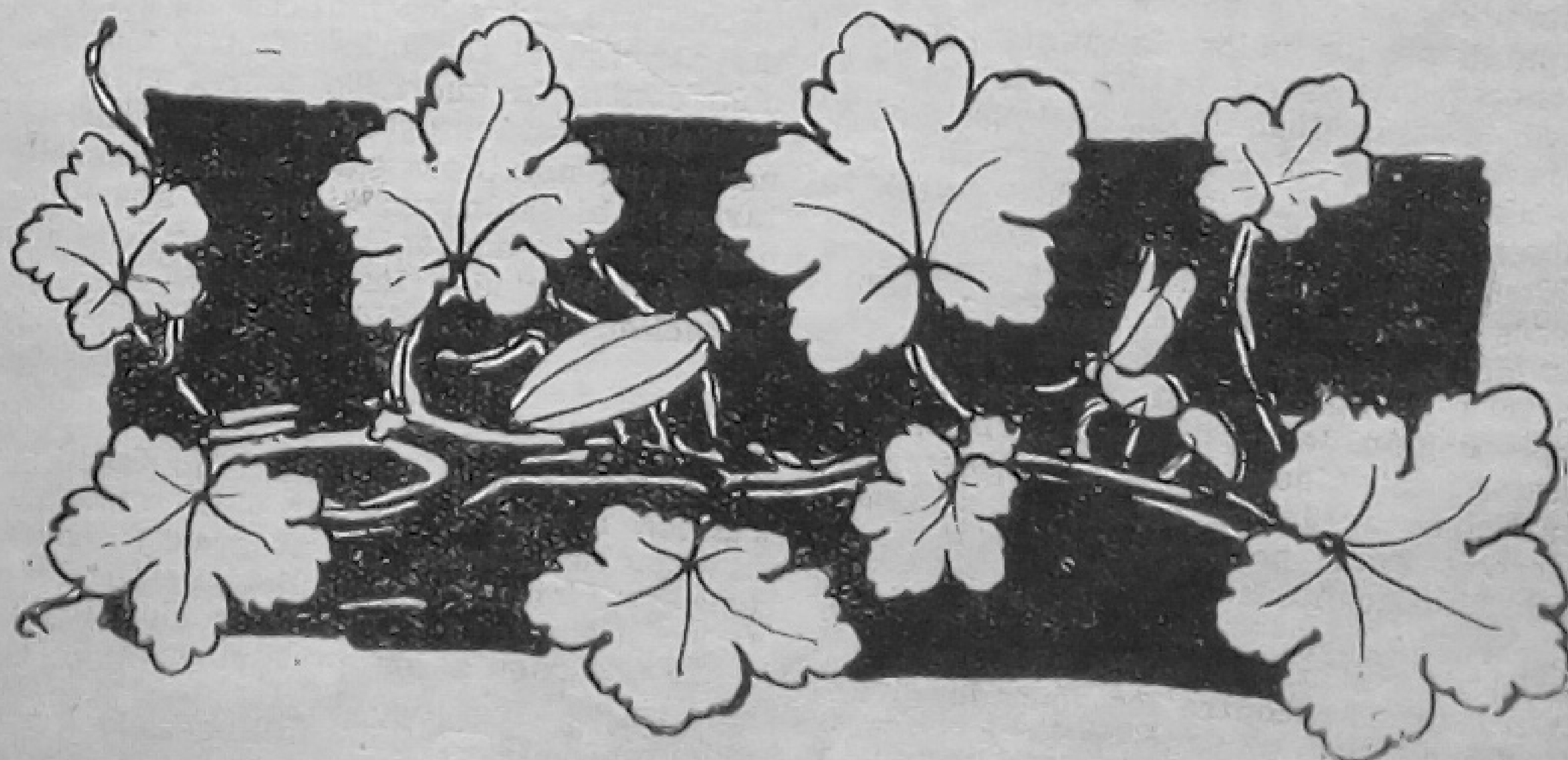
El matemático se hallaba doblado de poeta. Es en Ajacio (Córcega), que abriendo la exclusa del entusiasmo poético, en la contemplación de los cielos inmensos y de los torbellinos errantes en playas del vacío, escribió "El Número", ese bello y sólido poema que canta el *arithmos*, armonía creada por el "geómetra eterno", "llave del dombo del universo", "regulando a la vez el tiempo y el espacio".

Es, en efecto, en 1855 que apareció en los "Annales des Ciencies Naturelles", el estudio de Fabre sobre el *Cerceris* tubérculo. La historia maravillosa de esta avispa gigante produjo gran sensación en el mundo científico. Carlos Darwin se detiene a meditar, en el momento que concebía y redactaba "El origen de las especies", ante el bello descubrimiento de quien llamara "el observador inimitable", y fué obligado, en su lealtad científica, a principiar su capítulo sobre el instinto, por esta frase:

"Son numerosos los instintos que causan asombro y su desarrollo al lector le parecerá que son dificultades suficientes para derribar toda mi teoría."

He ahí lo que Fabre logró descubrir después de una larga serie de experiencias, —¡y de cuántos fracasos! — desgraciadamente demasiado extenso de contar en el corto espacio de esta biografía.

La cerceris tubercola, la avispa gigante, alimenta su larva con gorgojos del género curculionido. Ella cava, en el terrón reservado a su larva en la pared vertical del talud. Concluído el alojamiento, se va de caza y en algunos minutos encuentra el gorgojo que le hace falta, mientras Fabre, en varios días, apenas si encon-



traba dos o tres. Se abalanza sobre su presa, le inmoviliza la cabeza, después, curvando su abdómen encima de su víctima, le introduce su agujón, siempre en el mismo sitio, entre los dos segmentos del tórax. El gorgojo cae fulminado, completamente inmovilizado, pero no muerto, simplemente paralizado. Entonces la depredadora, da vuelta su presa más pesada que ella, la ase de las patitas, vientre con vientre, la transporta al terrón y la arrastra para acostarla en el alojamiento preparado. Y allí la avispa pone un huevo, teniendo cuidado de colocarlo en el lugar más tierno de la faz ventral del gorgojo, en un punto especial, en las primeras bocas del gusano, no adherido sino a los tejidos adiposos y no a los órganos esenciales sobre la nueva vida que incubará. En tanto, la madre cierra el orificio y parte nuevamente de caza. Es que es necesario que la larva de la avispa se nutra no solamente de carne fresca, sino viviente. El gorgojo no morirá así más que cuando la larva se haya alimentado hasta sus últimos bocados. Se comprende entonces la doble necesidad de la parálisis total: la parálisis significa la inmovilidad absoluta, indispensable a la vida de la larva, la que, incapaz del menor acto vital, sería lanzada lejos de su alimento por cualquier movimiento del gorgojo. Y la parálisis también es la vida, la carne viviente asegurada hasta el último momento del período larvar de la avispa.

DEL ORDEN CAPITALISTA

Cuando se reconoce el principio de autoridad, pueden tenerse las más santas intenciones, puede aspirarse realmente a un reino de Jauja en la tierra, no por eso la realidad será menos de opresión y de dominación del hombre por el hombre, con el cortejo de bellezas que acompañan necesariamente ese estado de cosas.

A últimos de enero, los tribunales bolchevistas de Zaryzin condenaron en nombre del orden público a un grupo de obreros, acusados de pertenecer a una organización con propósitos de provocar huelgas, a penas monstruosas. Siete acusados fueron condenados a cinco años de prisión y a destierro perpetuo en el distrito de Transbaikalia, 16 personas fueron condenadas a destierro a Siberia. Los acusados no pudieron nombrar siquiera defensores.

Estos hechos no son nada raros en Rusia. Pero no es obstáculo para que existan todavía en todos los países trabajadores lo suficiente débiles de espíritu, por no decir más, que prefieren la cuchilla del verdugo bolchevista a la del verdugo monárquico o burgués. ¿Qué podemos hacer para abrir los ojos a los que quieren ser voluntariamente ciegos? Dejemos a los ciegos voluntarios con su ceguera, pero al menos impidamos que se prediquen las bellezas del régimen cuartelero implantado por Lenin y compañía en Rusia como dignas de ser preferidas a las bellezas del régimen autoritario de cualquier otro país.

En Alemania la situación general presenta contrastes sumamente instructivos. Pero la servidumbre voluntaria no es conmovida en modo alguno. En 1848 un campesino deseaba una república con un gran duque a la cabeza; esa república la tenemos hoy; el mariscal Hindenburg es presidente de la república alemana, y ciertamente aun no hemos advertido la diferencia que puede haber entre Ebert e Hindenburg, ni nos explicamos por qué se forman en las elecciones dos partidos o más. Sin embargo, la presidencia de Hindenburg nos ha dado oportunidad para conocer muchas cosas que la socialdemocracia hubiese silenciado, de estar en el poder. Por ejemplo el asunto de las reclamaciones de los ex príncipes reinantes, que suman muchos centenares de millones, palacios, tierras, etc. El gobierno socialdemócrata ha pagado en todos estos años rentas formidables a los príncipes, a sus queridas, a sus sirvientes, a sus numerosos hijos legítimos e ilegítimos. Los príncipes han mantenido con esas sumas todo un ejército clandestino fascista. Es algo que pone los pelos de punta: hay que conocer la miseria extrema del proletariado alemán durante los últimos seis años para comprender lo que significan los millones de rentas pagados a los príncipes, y eso se hacía por un gobierno socialdemócrata, que sabía perfectamente que esos millones eran el principal alimento de la reacción. Ahora se intenta recurrir a un referéndum popular sobre la expropiación de los antiguos príncipes reinantes, sin indemnización. Estemos seguros que de haber estado la socialdemocracia en el poder, esa decisión no hubiese sido aceptada.

Acaba de celebrarse en Munich un interesante proceso contra los acusados del asesinato de doce obreros en Perlach, en los primeros días del mes de mayo de 1919, durante la derrota de la república bávara de los consejos de obreros y soldados por las tropas de Noske. Ese episodio merecería un libro bien documentado. El Dr. Gumbel menciona el asesinato de los 12 obreros de Perlach por una banda militarista en su libro interesante sobre los cuatro años de asesinatos políticos en Alemania, advirtiendo que ninguno de los autores de esos hechos fué molestado y cuando es inevitable un proceso, como en este caso, los tribunales absuelven unánimemente a los acusados. Y lo más curioso es que el argumento principal que presentan los asesinos en su descargo es que obraban según órdenes de Noske; en las órdenes de Noske se apoyaron los asesinos de 505 presos durante la toma de Munich, de ellos 290 presos civiles. En esta cifra no se cuentan, claro está, los muertos en las luchas callejeras, ni los fusilados por habérseles sorprendido con las armas en la mano. Esa cifra se refiere sólo a los presos, a los arrestados como sospechosos de abrigar simpatías por la revolución.

La absolución de los dos oficiales procesados por los asesinatos de obreros inermes de Perlach, Polzing y Prüfert, es un signo legítimo del orden capitalista. ¿Tenemos derecho a protestar cuando toleramos el capitalismo de Estado?

Otro hecho interesante que nos proporciona la prensa alemana es el del amotinamiento de marinos en octubre de 1918, cuando los magnates de la flota alemana se disponían a perturbar las negociaciones de paz con una batalla naval desesperada. Los marinos rehusaron obedecer cuando se les dió la orden de partir, los fogoneros apagaron los fuegos de las calderas. Esa rebelión a última hora fué un hecho grandioso; algunos cabecillas fueron fusilados, suponiéndoseles en comunicación con el partido socialista independiente. Uno de los jefes de ese partido, Dittmann, acaba de demostrar que el partido socialista independiente no tenía nada que ver con esa rebelión, que fué un gesto espontáneo de los marinos. En el proceso de la puñalada por la espalda, en Munich, se ha demostrado hasta la convicción el patriotismo de la socialdemocracia mayoritaria; el discurso de Dittmann en el comité parlamentario para la investigación de los sucesos de la marina de 1917-18, ha demostrado que el partido socialista independiente no estaba peor inspirado que los mayoritarios para la defensa de la patria y el aseguramiento del orden público. Para todos los matices del socialismo alemán, el fomento de una insurrección contra la guerra o contra el orden capitalista está muy lejos de ser un honor y una nota de sus sentimientos proletarios; ahí están sus discursos apasionados contra la acusación que se les ha hecho de haber sido los causantes, con su agitación, de la pérdida de la guerra!

Sobre el orden capitalista no terminaríamos nunca de hablar. Sin embargo, hay que mencionar los progresos hechos por la Alemania republicana. En 1913 el presupuesto del Estado nacional, sin tener en cuenta los presupuestos particulares de cada una de las monarquías federadas, era de 3520 millones de marcos; el cambio de Guillermo II por Ebert o por un Hindenburg con gorro frigio, cuesta nada más que 2.000 millones de marcos más al año.

Sólo las pensiones dan una cifra elocuente; en 1913 se pagaban al año 146 millones en concepto de pensiones nacionales; hoy la cifra es de 1.400 millones, de ellos 1.135 son pensiones militares. Es también curioso saber a quién van a parar una parte de esas pensiones: a nueve ministros del viejo ejército imperial, a 107 generales comandantes y almirantes, a 358 tenientes generales y vicealmirantes, a 958 mayores generales y contraalmirantes, a 1.498 coroneles y capitanes, a 2.729 mayores, a 9.514 oficiales superiores y a 18.501 oficiales de otras categorías. Esas cifras son sólo del viejo ejército imperial. El nuevo ejército nacional tiene también sus pensionistas: 4 generales, 28 tenientes generales, 52 mayores generales, 134 coroneles, 162 tenientes superiores, 207 mayores, 379 capitanes y 1.152 oficiales de otras categorías.

De la administración general del país retiran pensiones 21 secretarios de Estado, 6 de ellos de la cancillería nacional, 15 directores ministeriales, 27 presidentes y embajadores; el viejo ejército reclama de la administración general retiros y pensiones para 3.850 personas.

¿No es un honor trabajar para todos esos personajes que adoptaron el oficio de explotar y oprimir al proletariado?

Cuando se trata de inventar nuevas instituciones de Estado, hay que ser sinceros, los socialdemócratas marxistas son los supremos maestros. No queremos negarles ese título de gloria. Tampoco queremos rehusarles el honor de haber creado la república alemana y dentro de la república alemana un soberbio ministerio de finanzas. Ese ministerio de finanzas es algo maravilloso, genial, digno de sus creadores. Ocupa nada menos de

90.872 personas!

Supongamos que esos 90.872 funcionarios del ministerio de finanzas tienen mujer y dos hijos por término medio, tenemos la hermosa cifra de 363.488 personas que se nutren de los garabatos hechos en un solo ministerio nacional. Y los trabajadores piadosos dirán luego, al oír a un orador anarquista: ¡estáis locos! ¿qué sería de nosotros sin el Estado.

¿Es posible que no entren en la cabeza de los productores esas nociones del orden capitalista? ¿Es posible que pueda considerarse este régimen social como algo digno de ser conservado? Nada nos extrañaría que dijesen los generales y oficiales pensionistas que vivimos en el mejor de los mundos, nada nos asombraría que los 90.872 funcionarios del ministerio nacional de finanzas de Alemania se aferrasen al orden actual; pero los pobres diablos que sudan de sol a sol para alimentar parásitos y vestir holgazanes, esos pobres diablos, ¿qué tienen que perder más que sus cadenas al intentar fundar una nueva vida?

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(Continuación)

En un viaje de estudio que emprendí en 1921 por la comisión de socialización se me quejaron las oficinas de la habitación en todas las ciudades que visité sobre el empeoramiento de la moralidad a consecuencia de la carencia de viviendas. Se hacía resaltar que no era posible ordenar los W. C. de modo que correspondieran a las más elementales exigencias de la moral y de la higiene, que en el reparto de las habitaciones no podía tenerse en cuenta la separación de los sexos y de las edades según los conceptos normales de decencia.

En Senftenberg encontré familias viviendo en las cocinas para lavar, en buhardillas, en sótanos y chozas de madera. Dormían en un cuarto de a cuatro y de a cinco, en cuartos tan pequeños que dos camas tenían que ser superpuestas: en la de arriba dormían los niños, en la de abajo los padres. Jóvenes matrimonios vivían tras paredes de madera agujereadas y agrietadas. Se había perdido el hábito de molestarse en disimular sus actos más íntimos. En una barraca vivía un matrimonio con cuatro hijos del primero y del segundo matrimonio, en solo dos cuartos, uno de ellos tan pequeño que no podía colocarse en él una cama; dormían pues seis personas en una habitación: los padres, dos hijas de 8 y 22 años, dos hijos de 12 y 24 años. En las barracas de la sucursal Marga de la Ilse-Bergban A. G. de Senftenberg los tabiques interiores eran tan delgados que el vecino oía todo murmullo. Solteros y familias vivían vecinos y se habían agujereado diversamente los tabiques. Se había por fin cesado de taparlos con papel: "No tiene objeto", decían. En Magdeburg encontré una habitación de patio en el entresuelo. Cuarto y cocina. El marido de 31 años, la mujer de 27, el hijo menor de medio año, el mayor, una muchacha, de 9 años. La muchacha de 9 años dormía con un cuñado de 19. En la misma ciudad se quejaba amargamente la inquilina de una habitación de la vieja playa de los pescadores, una viuda, de que sus hijos, una muchacha de 12 años y un niño de 11 podían ver y oír la vida y los manejos de las prostitutas que vivían en la misma casa. De la oficina de la habitación de Magdeburgo oí que la hija de 12 años de un propietario de casa había sido extraviada sexualmente por el hijo de 9 años de la familia alojada allí por la oficina de la habitación. En la casa de la calle Lodischebof, 25|27 había en el estrecho patio tres excusados para 27 familias. En Burg, cerca de Magdeburgo, encontré en la calle Brüder, 39, una familia de nueve miembros, los padres y siete hijos cuya edad variaba entre 9 semanas y 21 años; toda la familia disponía sólo de una habitación con cuatro camas; el hijo mayor, de 18 años, las hijas de 16, 17 y 21. En Brandenburg (Havel) habitaba en la calle Linden un matrimonio con cinco hijos (dos hijas de 9 y 11 años y tres hijos de 15 a 19). El problema de la cama se resolvió acostando juntos al joven de 17 años con la muchacha de nueve.

Ustedes podrían decir: esas son circunstancias que ha provocado la revolución. Pero escuchen cómo estaban las cosas mucho antes de 1914:

En un escrito aparecido en el "Neuer Frankfurter Verlag" describe Nicolaus Joniak la miseria de la habitación obrera en el distrito industrial de Renania y Westfalia.

"Entramos en uno de los famosos cuarteles de inquilinos de los que existen tan abundantes en el distrito industrial de Renania-Westfalia. Toda la casa se compone de departamentos de dos y tres habitaciones. Casi el 40-50 o|o de las viviendas obreras están formadas por dos habitaciones, habitadas por familias de seis y diez miembros y que además alojan dos o tres huéspedes. En una habitación de dormir con dos camas, raramente aireada y limpiada y cuya ropa de cama se parece a trapos malolientes, duermen a menudo hasta 10 personas. Cuatro niños en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, sin consideración al sexo ni a la edad. ¡Cuántos dormitorios hay además en que se duerme en sacos de paja en tarimas de madera! La situación es empeorada aún por el hecho de que además de los miembros de la familia son albergados algunos huéspedes que, arrojados de todos los países, están en el más bajo nivel de cultura. La brutalidad contra las mujeres apenas salidas de la niñez se manifiesta en toda su desnudez y llega al punto culminante cuando en la familia hay hijas mayores. Los padres toleran que sus hijas hagan vida de burdel con los huéspedes. Me son conocidos innumerables casos en que mujeres de casa mantienen relaciones sexuales con los huéspedes con anuencia de sus maridos. Si los esposos trabajan de noche, los huéspedes substituyen sus funciones conyugales en su ausencia." "Hace unos años, dice Joniak, se ordenó policialmente

te que los hospederos deben poner a disposición de cada huésped una cama y un lavatorio y que sus dormitorios deben estar separados de los del hospedero. Antes era regla que una habitación con dos camas fuera habitada por lo menos por cuatro, pero muy frecuentemente por seis y ocho personas. Si una parte de ellas trabajaba de noche, ocupaba las camas por el día la otra y al contrario cuando ésta trabajaba ocupaban la cama los demás. ¡Familias con una media docena de niños y además un número parecido de huéspedes en un domicilio de a lo sumo tres habitaciones! La ordenanza quedó en su generalidad en el papel."

Joniak describe: "En el pueblo industrial B. junto al Rhin, poblado casi exclusivamente por obreros extranjeros, fué llamada la partera a altas horas de la noche para prestar su ayuda. Espectáculo: una vivienda obrera compuesta de dos habitaciones, cuyo dormitorio compartía la madre (el padre estaba hacía tiempo en prisión), una hija crecida que daba a luz, dos hijas menores y dos huéspedes polacos. La madre y los dos polacos terriblemente borrachos. La botella de licor giraba. Camas no existían; se dormía sobre paja. La hija mayor gritaba en los dolores del parto, la menor sollozaba de miedo y de vergüenza. Como los dos individuos respondieron con risas a la incitación de la partera de que se alejaran, tuvo que marcharse sin prestar su ayuda, a informar al médico competente."

Joniak cuenta: "Un obrero polaco es sorprendido in flagranti al regreso del trabajo nocturno de su colega y compañero de pieza, con la mujer de éste. No hubo irritación alguna —¡Camarada, eso te cuesta medio litro!" — fué la tranquila objeción del marido."

Esto ocurría antes de la guerra. ¿Hay alguien entre nosotros que crea que la guerra y los años siguientes de miseria y de subversión han mejorado las condiciones de la habitación en Renania-Westfalia, que han ennoblecido a los hombres? Respondo que el *Neue Tageblatt* de Waldenburg escribe así sobre las condiciones de la habitación en el distrito industrial de Waldenburg (20 de marzo de 1925): "El tipo predominante de vivienda es la vivienda de una habitación: obsérvese bien, una habitación sin cocina ni otro espacio adyacente. En esa habitación transcurre la vida entera, desde el engendramiento hasta la muerte. Y con frecuencia se suceden en esa vivienda dos o tres generaciones. El número de las viviendas de una habitación era antes de la guerra en algunas localidades mayor del 90 o|o, en la ciudad de Waldenburg, que está culturalmente muy elevada, esa cifra es de 76-80 o|o."

Eso en provincias. Para Berlín les cito sólo dos casos que me han sido comunicados hace unos días por gentes de confianza:

"En la calle Zorndorfer, 37, primer cuerpo interior, habita en una habitación con una pequeña cocina un matrimonio y dos hijos, una muchacha de 10 años y un muchacho de 8. Como subinquilinos habitan allí la hermana menor de la mujer y su esposo. La hermana está en cinta. Esos seis personas duermen en dos camas. El marido es cerrajero, pero sin trabajo desde hace mucho; padece de gonorrea. Ha infectado a su hija de diez años.

En la calle Konisberger, 37, primer cuerpo lateral, habitaron en 1920 nueve personas en una habitación y una cocina: el padre de 48 años, la madre de 46, cuatro hijas de 20, 19, 18 y 15 años, tres hijos de 16, 11 y 8 años. Sociológicamente es muy interesante ver lo que ha sido de esa familia en el curso de estos cuatro años — en primer lugar a causa de la miseria de la habitación.

El padre abusó de su hija de 17 años y cayó en la cárcel por delito de incesto; actualmente se encuentra en el manicomio de Herzberge. La madre se alimenta como trapera. La hija mayor se casó y vive en el domicilio mencionado de sus padres. La segunda hija, hoy de 23 años, está también casada; habita en el sótano del cuerpo interior de la misma casa, no trabaja y busca su vida durante la noche. Su esposo está en la cárcel. Con ella vive la tercera hija de 22 años: prostituta con cartilla y desaparecida desde hace poco. La menor, de unos 20 años, ha escapado del correccional de menores. La última noticia suya vino de Italia, donde ambula con un grupo como danzarina. El mayor de los hijos, de unos 20 años, está cobijado en un buen puesto en el campo de Pomerania. El hijo menor, de 14 años, estuvo también en el campo, pero hoy se encuentra con la madre que habita en un sótano tenebroso de la calle Konisberger con su abuela de 86 años y un hermano. Las cuatro personas duermen en dos camas.

Según las noticias de la Beneficencia pública tales casos no son raros.

Las cifras de Alberto Kohn, mencionadas al comenzar mi conferencia, demuestran cómo están las cosas en Berlín. Esos números son más tristes cuando sabemos que los médicos escolares de Berlín han calificado al 25 por ciento de los escolares berlineses como necesitados de reponerse.

"En un cuerpo sano vive un alma sana." Vieja verdad que, naturalmente, tiene sus excepciones. Pero la regla es que la salud corporal y la capacidad de resistencia presta también fortaleza moral. Leamos desde este punto de vista el escrito aparecido en 1923 del alcalde de Berlín Boss: *Die Not in Berlin*, como han sufrido los niños por falta de alimento durante y después de la guerra:

Los signos de la disminución de la capacidad espiritual e intelectual fueron dados a conocer por las escuelas y establecimientos de enseñanza: mareos, dolores de cabeza, irascibilidad y movilidad excesiva, falta de capacidad de concentración y de fuerza de voluntad, disminución de la capacidad perceptiva, desvanecimiento de los conceptos morales, propensión a la mentira y deshonestidad, defectos sexuales — a veces noticias conmovedoras de las maestras de la escuela.

¡Esos son los niños expuestos en Berlín a los peligros morales de la miseria de la habitación!

¿Y cómo están las cosas en el campo?

He inspeccionado viviendas de obreros del campo en Calau. En una finca de Geisendorf, cerca de Neu-Petershaim, perteneciente al barón von Muschwitz, habitaba un jornalero con mujer y siete hijos una casa de tablas, compuesta de una habitación que era al mismo tiempo cocina, y un cuarto. Las paredes y el techo son tales que el viento llena de polvo la vivienda, entre las rendijas y en la mesa llueve. El hombre de 43 años vive con una mujer en matrimonio libre. Los hijos proceden de diversos orígenes. Todos duermen sobre la paja, sin saco alguno, en tarimas de tablas clavadas de cualquier modo. En la cocina duermen en una tarima tres hijos, de 6, 10 y 12 años. En el sofá, junto a la cama de los padres, duerme la hija de la mujer, de 18 años. En la habitación duermen tres hijos, de 13, 18 y 19 años, el de 18 años solo, porque tiene la costumbre de hacer sus necesidades en la paja.

Un par de casas más adelante habita una familia obrera de ocho cabezas: los padres de 45 y 48 años, cuatro hijos, de 6 a 23 años y dos hijas de 18 y 22 años. Es significativo que el padre tenía que contar repetidamente con la mujer para establecer el número de sus hijos y que la madre tenía que reflexionar cómo se llamaban. También esa familia duerme sobre montones de paja en una habitación, que al mismo tiempo sirve de cocina y de estancia. Una muchacha de 18 años duerme en una cama con un hermano de 10. Las ventanas no pueden abrirse, porque los marcos caerían. Los vidrios han sido substituídos parcialmente por papel. Como falta un chiquero, el cerdo ha sido alojado en la habitación: el estrecho umbral de la puerta está lleno de estiércol. La puerta de la habitación se puede abrir por fuera mediante una



Errico Malatesta

EN EL CAFÉ

(2)

¿Qué querrías tú? que me despojase de lo que tengo para podrirme luego en la miseria mientras otro gozaría de mi dinero?

Miguel. —No quiero precisamente eso. Pero pienso: ¿si los trabajadores, aprovechándose de que son muchos y apoyándose en su teoría de que la vida es lucha y de que el derecho se deriva de los hechos, se metiesen en la cabeza la idea de hacer un nuevo "hecho histórico", el de quitarles a ustedes la tierra y el capital e inaugurar un derecho nuevo?

Próspero. —¡Eh! es verdad, eso podría embrollar un poco nuestros negocios.

Pero... continuaremos otra vez. Ahora tengo que ir al teatro.

Buenas noches a todos.

II

Ambrosio (juez). —Escuche, señor Próspero, ahora que estamos entre nosotros, todos buenos conservadores. La otra noche, cuando hablaba con ese cabeza hueca de Miguel, no quise entrometerme; pero, ¿es aquél modo de defender las instituciones? ¡Casi casi parecía usted anarquista!

Próspero. —Oh, ¿y por qué?

Ambrosio. —Porque decía, en sustancia, que toda la organización presente de la sociedad está fundada en la fuerza, dando así razón a los que quisieran destruirla con la fuerza. Pero los supremos principios que rigen las sociedades civiles, el derecho, la moral, la religión, ¿no los cuenta para nada?

Próspero. —Sí, usted tiene siempre la boca llena con su derecho. Es un vicio que procede del oficio.

¡Y decir que si mañana el gobierno decretase, supongamos, el colectivismo, usted condenaría a los partidarios de la propiedad individual con la misma impasibilidad con que condena hoy a los anarquistas... y siempre en nombre de los supremos principios del derecho eterno e inmutable!

Usted ve bien que es cuestión de nombres. Usted dice derecho, yo digo fuerza, pero al fin lo que decide de veras son los sacrosantos carabineros y tiene razón el que los tiene de su parte.

Ambrosio. —¡Vamos, vamos, señor Próspero! Parece imposible cómo en usted el amor al sofisma sofoca siempre los instintos del conservador. No comprende de qué mal efecto es ver una persona como usted, uno de los más pudientes de la región, dar argumentos a los peores enemigos del orden. Créame; dejemos de disputar entre nosotros, al menos en público, y agrupémonos para defender las instituciones que por la malignidad de los tiempos están sufriendo rudas sacudidas... y para defender nuestros intereses en peligro.

Próspero. —Estrechemos las filas, bien; pero si no tomamos medidas enérgicas, si no se acaba con el doctrinarismo liberal no se hará nada.

Ambrosio. —Oh, sí, eso es verdad. Son necesarias leyes severas y severamente aplicadas.

Pero eso no basta. Sólo con la fuerza no se tiene largo tiempo sujeto al pueblo, máxime en los tiempos que corren. Es preciso oponer la propaganda a la propaganda, es preciso persuadir a las gentes de que tenemos razón.

Próspero. —¡Estará fresco entonces! Pobre amigo mío, por los comunes intereses, le ruego que se guarde bien de la propaganda. Es una cosa subversiva aunque se haga por conservadores; y su propaganda se volvería siempre beneficiosa para los socialistas, los anarquistas o como diablos se llamen.

Vayamos a persuadir a uno que tiene hambre de que es justo que no coma; ¡tanto más cuanto que es él mismo el que produjo los alimentos! Mientras no piense, y marche bendiciendo a dios y al patrón por lo poco que le dejan, está bien. Pero desde el momento que comienza a reflexionar sobre su condición, todo acabó: se convierte en un enemigo con el que no será posible reconciliarse.

¡Sí, sí! Es preciso evitar a todo precio la propaganda: sofocar la prensa con o sin o aun contra las leyes...

Ambrosio. —¡Seguramente, seguramente!

Próspero. —Impedir toda reunión, disolver las asociaciones, meter en la cárcel a todos los que piensan...

César (negociante). —Poco a poco, no se deje llevar de la pasión. Recuerde que otros gobiernos y en tiempos más propicios han adoptado los métodos que usted aconseja... y han precipitado su caída.

Ambrosio. — Silencio, silencio; he ahí a Miguel que viene con un anarquista a quien condené el año pasado a seis meses de cárcel por un manifiesto subversivo. En realidad, sea dicho entre nosotros, el manifiesto estaba hecho de modo que las leyes no habrían podido echarse encima, pero, ¿qué quieren? La intención delictuosa estaba allí... ¡y además la sociedad debe ser defendida!

Miguel. —Buenas noches, señores. Les presento un amigo anarquista que ha querido aceptar el desafío lanzado la otra noche por el señor Próspero.

Próspero. —¿Qué desafío, qué desafío? Se discute así entre amigos para pasar el tiempo. Por tanto, usted se explicará sobre lo que es esa anarquía de la cual no hemos podido comprender nunca nada.

Jorge (anarquista). —No oficio de profesor de anarquía y no vengo a darles un curso de anarquía; pero en suma, mis ideas puedo defenderlas. Por lo demás aquí está ese señor (*señalando a Ambrosio en tono irónico*) que debe saber más que yo. Ha condenado tanta gente por anarquismo y como, ciertamente, es hombre de conciencia, no lo habrá hecho sin haber estudiado previamente el argumento.

César. —Vamos, vamos, no hagamos cuestiones personales... Y ya que debemos hablar de la anarquía, entremos pronto en el asunto.

Vea, yo reconozco que las cosas van mal y que es preciso remediarlas. Pero no hay que caer en utopías y sobre todo hay que huír de la violencia. Ciertamente el gobierno debería preocuparse más a fondo de la causa de los trabajadores; debería procurar trabajo a los desocupados, proteger la industria nacional, estimular el comercio. Pero...

Jorge. —¡Cuántas cosas quisiera usted hacerle hacer al pobre gobierno! Pero el gobierno no quiere preocuparse de los intereses de los trabajadores y se comprende...

César. —¿Cómo se comprende? Hasta ahora el gobierno se ha mostrado verdaderamente incapaz y tal vez poco voluntarioso para remediar los males del país, pero mañana ministros instruídos y celosos podrían hacer lo que no se hizo hasta aquí.

Jorge. —No, querido señor, no es cuestión de un ministerio o de otro. Es cuestión del gobierno en general; de todos los gobiernos, del de hoy como del de ayer y como del de mañana. El gobierno emana de los propietarios, sus miembros son ellos mismos propietarios: ¿cómo podría, pues, obrar en interés de los trabajadores?

Por otra parte el gobierno, aunque quisiera, no po-

tranca de madera. No se ha hecho el pequeño esfuerzo para poder cerrar por dentro a fin de protegerse contra las sorpresas, por ejemplo, de los segadores polacos alojados bajo el mismo techo.

¡Y los cuarteles de segadores polacos en las fincas! Eso es bastante conocido para que necesite ser descripto aquí. Revelan — como por ejemplo el siguiente caso que me comunica hoy el Hauptausschuss fuür Arbeiterwohlfahrt — un desprecio criminal del hombre en la mísera figura del proletario del campo:

(Continuará)

— *** —

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

(1803-1864)

Mencionamos a continuación, no sólo las obras originales, sino también las traducciones en idioma alemán de los precursores del anarquismo en otros países.

Godwin William. — Untersuchung über politische Gerechtigkeit... (Investigación sobre la justicia política...), traducción de Georg Michael Weber, Wurzburg, 1803, primer tomo.

Bauer Edgar. — Der Streit der Kritik mit Kirche Staat (La lucha de la crítica contra la Iglesia y el Estado), Charlottenburg, 1843, 325 páginas en 8.o; esta edición fué confiscada; una segunda apareció en Berna, 1844, 287 páginas. — Sobre el proceso a que dió lugar esta obra véase:

..Pressprocess Edgar Bauer's (Proceso por delito de prensa contra Edgardo Bauer), Berna, 1845.

Sobre el transporte de Edgardo Bauer a la fortaleza de Magdeburgo:

Reise auf Offentliche Kosten (Viaje a costa del Estado), en la revista *Epigonen*, volumen V, 1847, Berlín.

Del mismo autor podría consultarse aún:

Die liberalen Bestrebungen in Deutschland (Las aspiraciones liberales en Alemania. Primer cuaderno. La oposición de la Prusia oriental, 69 págs. Segundo cuaderno. La oposición badense, 136 págs.). Zurich y Winterthur, edición de literarischen Comptoir, 1843.

Hess Moses. — Socialismus und Communismus y Philosophie der That, artículos en Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz, publicación del poeta Herweg. Zurich y Winterthur, 1843; — un año más tarde, en un libro editado por Karl Grün en Darmstadt sus opiniones no son las mismas.

Max Stirner. — Der Einzige und sein Eigentum (El Unico y su Propiedad), Leipzig, O. Wigand, 1845 (apareció en noviembre de 1844); segunda edición en 1882; reimpresa en 1892 en la biblioteca de Reclam; traducciones en francés, italiano, ruso, inglés, español, danés, holandés, sueco.

Relativamente a esta obra tienen un gran interés los escritos sobre sus críticos. Trabajos de ese período están reunidos en el tomo editado por J. H. Mackay, *Kleinere Schriften* (Escritos menores), 1842-184, Berlín, 1898; segunda edición aumentada, 1914.

De 1845 a 1847 hizo traducciones de obras de J. B. Say y de Smith.

Su última obra es:

Geschichte der Reaktion (Historia de la reacción), 2 volúmenes, Berlín, 1852.

En aquellos años se distinguió entre los obreros alemanes de Suiza *Wilhelm Marr*, editor de *Blater der Gegenwart für soziales Leben*, Lausana 1844-1845. A él se deben:

Das Junge Deutschland in der Schweiz. Ein Beitrag zur Geschichte der geheimen Verbindungen unserer Tage (La joven Alemania en Suiza, una contribución a la historia de las relaciones secretas de nuestros días), Leipzig, 1846, 364 páginas;

Der Mensch und die Ehe vor dem Richterstuhl der Sittlichkeit (El hombre y el matrimonio ante el tribunal de la moral), Leipzig, 1848, 336 págs.;

Anarchie oder Autoritat? (¿Anarquía o autoridad?), Hamburgo, IX—132 págs.

Proudhon P. J. — Was ist Eigenthun? (¿Qué es la Propiedad), trad. de F. Meyer, Berna, 1844, en 8.o; hay nueav traducción en 1895-6, por A. F. Conn, Berlín.

Proudhon P. J. — Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria, dos traducciones en 1847, una por Karl Grün, Darmstadt, otra por W. Jordan, Leipzig.

En 1848 y 1849 algunos artículos del *Peuple*, París; en 1849 se publica también *Demostración teórica y práctica del socialismo o la revolución por el crédito*, edición de Th. Opitz, Leipzig. En el mismo año se publica, *El Banco del Pueblo*, traducido, prologado y explicado por el conocido político Ludwig Bamberger, Francfort.

Arnold Ruge traduce en 1850 *Confesiones de un revolucionario*, Leipzig, dos volúmenes, nueva edición en Berlín, 1923, 1 tomo.

La revolución social demostrada por el golpe de Estado del 2 de diciembre, aparece en Bremen, 1852; segunda edición en 1871; Ludwig Pfau publica *La Justicia en la revolución y en la iglesia*, Hamburgo, 1858, dos volúmenes. — *Los Mayorazgos literarios...* se publican en Leipzig, 1862. — La polémica entre *Proudhon y Bastiat* es traducida y prologada por el conocido proudhoniano Dr. A. Mühlberger, Jena, 1895.

El libro del cabetiano anarquista Theodore Dezamy, *Le Jesuitisme vaincu et anéanti par le socialisme*, 1845, es traducido al alemán con el título *Der Sieg des Socialismus über der Jesutismus*, trad. de Weller, Leipzig, 1846.

No habría que olvidar voces individuales de un momento en favor de la anarquía, como:

Karl Heinzen, un republicano alemán, Karl Vogt (*Untersuchungen über Thierstaaten*, Francfort, 1851, donde canta un himno a la anarquía), Ricardo Wagner (un artículo del 8 de abril de 1849, *Die Revolution*; también en *Die Kunst und die Revolution*, Leipzig, 1850; *Das Kunstwerk der Zukunft*, Leipzig).

El doctor S. Englander, un refugiado austriaco en Alemania, da a luz en 1864, Hamburgo, una obra en cuatro volúmenes, *Geschichte der Franzosischen Arbeitersassoziationen* (historia de las asociaciones obreras francesas) que revela hondas simpatías por el socialismo libertario; del mismo autor se publicaron algunas partes de esa obra con agregados nuevos sobre el federalismo en España en inglés bajo el título *La abolición del Estado, esbozo histórico crítico de los partidos que recomiendan el gobierno directo, la república federativa o el individualismo* (Londres, 1873); traducción italiana por F. S. Merlino.

Siguiendo simplemente la bibliografía se observa una laguna de un tercio de siglo, en cuyo transcurso la voz de la anarquía en Alemania, que era tan vigorosa en el período de 1848, como prueba el hecho de que los tres primeros trabajos de importancia de Karl Marx estén dirigidos contra los hermanos Bauer, contra Stirner y contra Proudhon, dejó el puesto al radicalismo burgués y a los propagandistas de los partidos obreros; esa laguna está en contraste precisamente con la abundancia de literatura anarquista en ese período en los países latinos. — Para volver a encontrar una propaganda anarquista mediante el libro y el folleto hay que dar un salto hasta la década 1880-90.

dría resolver la cuestión social, porque ésta depende de causas generales que no pueden ser destruídas por un gobierno y que al contrario determinan ellas mismas la naturaleza y la tendencia del gobierno. Para resolver la cuestión social es preciso cambiar radicalmente todo el sistema que el gobierno tiene precisamente por misión defender.

Usted hablaba de dar trabajo a los desocupados. Pero, ¿cómo puede hacer eso el gobierno si no tiene trabajo? ¿Debe realizar obras inútiles? ¿Y quién las pagará luego? ¿Debería hacer producir para proveer a las necesidades insatisfechas de las gentes? Pero entonces los propietarios no encontrarían modo de vender los productos que usurpan a los trabajadores, al contrario, deberían cesar de ser propietarios, pues el gobierno, para poder hacer trabajar a la gente tendría que quitarles la tierra y el capital que tienen monopolizados.

Eso sería la revolución social, la liquidación de todo el pasado, y usted comprende bien que si eso no lo hacen los trabajadores, los pobres, los desheredados, el gobierno, ciertamente, no lo hará nunca.

Proteger la industria y el comercio, dice usted: pero el gobierno no puede a lo sumo más que favorecer una clase de industriales en perjuicio de otra clase, los comerciantes de una región en perjuicio de los de otra; y por consiguiente, en resumen, no se habría ganado nada y se tendría un poco de favoritismo, un poco de injusticia y muchos gastos improductivos de más. En cuanto a un gobierno que protegiera a todos, es una idea absurda, puesto que el gobierno no produce nada y por lo tanto no puede hacer más que cambiar de lugar la riqueza producida por los otros.

César. —¿Pero entonces? Si el gobierno no quiere y no puede hacer nada, ¿qué remedio queda? Aun si ustedes hicieran la revolución será preciso que formen otro gobierno; y como usted dice que todos los gobiernos son lo mismo, después de la revolución se estará lo mismo que antes.

Jorge. —Usted tendría razón si la revolución que nosotros queremos fuese un simple cambio de gobierno. Pero nosotros queremos la completa transformación del régimen de la propiedad, del sistema de producción y de cambio; y en cuanto al gobierno, órgano parasitario, inútil y nocivo, no lo queremos de ningún modo. Consideramos que mientras haya un gobierno, es decir un ente sobrepuesto a la sociedad y provisto de medios para imponer con la fuerza la propia voluntad, no habrá emancipación real, no habrá paz entre los hombres.

Usted sabe que soy anarquista, y anarquía quiere decir sociedad sin gobierno.

César. —¿Pero cómo? ¿Una sociedad sin gobierno? ¿Cómo se haría para vivir? ¿Quién haría las leyes? ¿Quién las haría ejecutar?

Jorge. —Veo que no tiene ninguna idea de lo que queremos nosotros. Para no perder el tiempo en divagaciones, será preciso que me deje explicarle breve, pero metódicamente, nuestro programa y así podremos discutir con utilidad recíproca.

Pero ahora es tarde, comenzaremos el día próximo.

César. —Así, pues, ¿nos explicará esta noche cómo se hará para vivir sin gobierno?

Jorge. —Haré lo que pueda. Pero ante todo examinemos un poco cómo se está en la sociedad actual y si es verdaderamente necesario cambiar su constitución.

Obsevando la sociedad en que vivimos, los primeros fenómenos que llaman la atención del observador son la miseria que aflige a las masas, la incertidumbre del mañana que pesa más o menos sobre todos, la lucha encarnizada que llevan a cabo todos contra todos por la conquista del pan...

Ambrosio. —Señor mío, usted puede continuar un buen rato describiendo los males sociales; la materia no falta. Pero eso no sirve para nada y no demuestra que se estaría mejor poniendo las cosas al revés. No es sólo la miseria la que aflige a la humanidad; existen también pestes, terremotos, cólera... y sería curioso que usted quisiera hacer la revolución contra esos flagelos.

El mal está en la naturaleza de las cosas...

Jorge. —Pero quiero precisamente demostrarle que la miseria depende del modo actual de organización social y que en una sociedad más equitativa y más razonablemente organizada debe desaparecer.

Cuando no se conocen las causas de un mal y no se sabe cómo remediarlo, paciencia; pero en cuanto se descubre el remedio está en el interés y el deber de todos el aplicarlo.

Ambrosio. —Ahí está su error; la miseria depende de causas superiores a la voluntad y a las leyes humanas. La miseria depende de la naturaleza avara que produce insuficientemente para los deseos de los hombres.

Vea entre los animales, donde no hay que acusar al capital de infame ni al gobierno de tiránico; no hacen más que luchar por el alimento y a menudo mueren de hambre.

Cuando no hay, no hay. La verdad es que somos demasiados en el mundo. Si la gente supiese contenerse y no hiciera hijos más que cuando pudiese mantenerlos... ¿Ha leído a Malthus?

Jorge. —Sí, un poco; pero si no lo hubiese leído sería lo mismo. Lo que yo sé, sin tener necesidad de leerlo en parte alguna, es que se necesita una buena caradura, perdóneme, para sostener esas cosas.

La miseria depende de la naturaleza avara, dice usted, y sin embargo sabe que hay tantas tierras incultas...

Ambrosio. —Pero si hay tierras incultas, eso quiere decir que son incultivables, que no pueden producir bastante para pagar los gastos.

Jorge. —¿Lo cree usted?

Pruebe un poco y regáleselas a los campesinos y verá qué jardines harán de ellas. Por lo demás, ¿es que razona usted en serio? Muchas de esas tierras han sido cultivadas en otros tiempos, cuando el arte agrícola estaba en la infancia y la química y la mecánica aplicadas a la agricultura no existían apenas. ¿No sabe que hoy se pueden transformar en tierras fértiles incluso los pedregales? ¿No sabe que los agrónomos, aun los menos entusiastas, han calculado que un territorio como Italia, si fuera cultivado racionalmente, podría mantener en la abundancia una población de cien millones?

La verdadera razón por la cual las tierras fueron dejadas incultas y no se saca de las cultivadas más que una pequeña parte de lo que podrían dar si se adoptasen métodos de cultivo menos primitivos, está en que los propietarios no tienen interés en aumentar los productos. Estos no se preocupan del bienestar del pueblo: hacen producir para vender, saben que cuando se tienen muchos artículos los precios bajan y el provecho disminuye y puede acabar siendo, al fin de cuentas, menor de lo que obtienen cuando los productos escasean y pueden ser vendidos al precio que les agrada.

Esto no ocurre sólo en lo que se refiere a los productos agrícolas. En todas las ramas de la actividad humana pasa lo mismo. Por ejemplo: en todas las ciudades los pobres son constreñidos a vivir en tugurios infectos, amontonados sin preocupación alguna por la higiene y la moral, en condiciones en que es imposible mantenerse limpios y vivir una vida humana. ¿Por qué ocurre eso? ¿Tal vez porque faltan las casas? ¿Pero por qué no se construyen casas sanas, cómodas y hermosas en cantidad suficiente para todos?

Las piedras, la tierra para hacer ladrillos, la cal, el hierro, la madera, todos los materiales de construcción abundan; abundan los albañiles, los carpinteros, los arquitectos sin trabajo que no desean nada mejor que trabajar; ¿por qué se dejan, pues, inactivas tantas fuerzas que podrían ser empleadas con ventaja para todos?

La razón es simple, y es que si hubiera muchas casas los alquileres disminuirían. Los propietarios de las casas hechas, que son los mismos que tendrían medios para hacer otras, no tienen ninguna voluntad de ver disminuir sus rentas por los bellos ojos de la pobre gente.

César. —Hay verdad en lo que usted dice: pero se engaña al explicar los hechos dolorosos que afligen a nuestro país.

AÑO V — BUENOS AIRES, 15 DE MARZO DE 1926 — N.o 216

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA COMEDIA DEL RUGIDO ELECTORAL

Terminaron por fin las carnestolendas electorales. Tras de la mascarada de la apoteosis de Franco, las lupercales mómicas, hemos debido presenciar el chocarrero expectáculo de la larga, y abundosa caterva de los energúmenos políticos venteándose, fogueándose con los gases asfixiantes de su verborrea, donde flotaban los más gruesos y soeces calificativos de su repertorio de gorilas enlevitados. Era la comedia del rugido electoral. Luego, como buenos cómplices que se encontrarán en la misma pesebrera, se habrán reído a carcajada tendida de haber desempeñado tan bien sus roles en la vil comedieta de la mendicidad de votos a espaldas y a costillas del pueblo. Este, por desgracia, conserva aún una mentalidad paleolítica. Podrá comprobar las mutuas acusaciones de los diversos partidos echados al reñidero, condecorándose recíprocamente con los títulos de ladrones, de concusionarios, de prevaricadores y barruntando que mucho de cierto ha de existir en ello; nunca llegará a decidirse, absteniéndose de votar.

Consciente o inconsciente, o de modo abúlico, se determina a elegir la tranca que habrá de golpearle los lomos, y el pulpo que le sorberá hasta los tuétanos, ya sea en la forma viviente de diputados, senadores o funcionarios.

Se halla más infiltrado en las raíces del sentimiento y del cerebro el prejuicio de la autoridad y de la ley, que el religioso. Habrá muchos que no crean en Dios, escasos son, al contrario, los que dejen de creer en un jefe, en una autoridad cualquiera. Es el terror misteriosamente presentido de quedar en la orfandad, que ha de arrojarles en un absoluto desamparo, abandonados a la merced de ellos mismos. Les parece que si repentinamente desapareciera la autoridad, las instituciones del orden vigente — *causa causorum* de todo desórden — se convertirían de pronto en imbéciles, completamente paralizados, incapaces de obrar por propia cuenta, ignorando cómo conducirse en los problemas más elementales de la existencia.

El *homo* de la democracia liberal, y de los reinos constitucionales, sigue siendo esclavo, tan poco dueño de su periferia anímica como hace mil años. Si hubo evolución, fué lentísima, imperceptible. Más aparente que real. Su conquista irrisoria finca en que podrá escoger el verdugo que lo enviará a la guerra, al amo que irá al parlamento, quien se concertará con otros tantos amos para mejor explotarlo. A todo eso se reduce el progreso moral y cívico del *homo* democrático de que muchos tanto se enorgullecen. Antiguamente los esclavos, siendo ellos los elegidos, los escogidos por el propietario, podían por lo menos consolarse pensando que no eran la causa de su mayor daño, de la pérdida de su libertad. Ahora no; en cada época de elecciones, aunque esta pérdida de libertad no sea evidente, tan palpable, la gente la toma como algo muy natural, u otros como pretexto de holgorio.

No le basta conocer al pueblo, haber escarmentado en carne propia y comprobar que al mandatario que enarcaron a la presidencia los hizo masacrar durante la alucinante semana de enero de 1909; no le basta saber cómo se le roba en todas partes, desde la Caja de Ahorros Postal hasta los caseros, que muchos se sientan en el senado; él continúa en su apatía votando, temeroso de reflexionar, de adoptar una decisión ante él y por sí.

¿Cuántos siglos se necesitarán para que aparezca sobre la faz de la tierra domesticada por la ciencia moderna, el hombre libre, como anárquicamente debe comprenderse?

Ignoramos si serán siglos, pero estamos seguros que pasarán numerosas décadas antes que se produzca ese bello fenómeno. Razones hay para pensar así.

Nada propende para que haya hombres libertados de todo prejuicio, de toda falsa moral y que conserven por norma la única cifra ética que emana de la salud del espíritu, suprema higiene espiritual. Hoy, y casi siempre, esos ejemplares son tan raros como el genio, y a veces se llaman Reclus, Schiller — para citar a una personalidad que se llamó anarquista — Barrett y tantos otros de la misma y parecida talla. Reconocemos que abundan infinitamente los libertados a medias, y que son los combatientes de esos abanderados, aunque no existen todavía en la proporción necesaria para equilibrar las grandes masas amorfas.

El cultivo de la esclavitud es practicado en el hogar, en la escuela, en el taller y en el cuartel más que en ninguna institución, y, en fin, en todos los lugares que están regidos por el ideario burgués. Si se añaden las taras hereditarias, se ha de comprender por qué escasean las mentalidades independientes.

Es ahí donde el ariete de la propaganda de nuestras ideas debe golpear infatigablemente. Ya con el ejemplo doctrinario, con la conducta nuestra, con el folleto, el libro, inculcando el libre examen, atrayendo por la inteligencia y la bondad y no por el encono y la rencilla odiosa. Hay que libertar los espíritus de sus cadenas seculares, sin descuidar de liberar los cuerpos de sus condiciones opresoras y humillantes. En ello tendremos tarea para rato. Conocido es que de todos los reductos burgueses, de todos los prejuicios enquistados en el alma popular, la idea de autoridad es la más difícil de extirpar.

Confesemos por otra parte que, según cómputos de la prensa rica, desde 1912, que se dictara la ley electoral del voto secreto, en los catorce años de su vigencia hubo un descenso de 21 por ciento en la proporción de votantes. La ley, considerada como una verdadera panacea democrática, en vez de acuciar a las masas para cumplir con sus deberes cívicos y carneriles, fué desmayándolas en el desgano. Su desengaño sobre el sistema parlamentario se está haciendo sentir tanto, que los partidos socialista y comunista, no prosperan electoralmente como se da en otros países. No tomamos tampoco esto como un síntoma halagador, sino como una mera constatación de hecho. Esta apatía no es el reflejo de una conciencia que rechaza lo que hiere su dignidad de ente pensante e insumiso, sino que trata de evitar se le trastorne la tranquilidad de su digestión.

"La Prensa", diario paquidérmico si los hay, también ella hace una constatación de hechos. Comprueba con desolación cómica que el malevaje de los comités políticos perdió el culto al coraje, cuando en otros tiempos de más neto criollismo se realizaban esos duelos singulares a facón limpio, y deplora en cambio se empleen las armas de fuego, "muy poco nobles."

Y la pobrecilla no se da cuenta que son los avances de la civilización, que se traslada del asfalto al arrabal. Claro que sí... De la civilización que predica ella también.

Goya, hace unos doscientos años, en una de las mordaces y agrias aguafuertes de sus famosos "Caprichos", ya había definido el *gobierno de los mejores*, o de los más aprovechados e inaptos, representando un campesino, quien en su lomo llevaba de ginete a un burro. Era el candidato a las cámaras.

Esta es, para nosotros, la imagen exacta del votante, del elector democrático: un inconsciente, un tonto de capirote.



En todas partes, pero especialmente aquí y en Francia, los políticos están ofreciendo un singular parecido con los cerdos... Gruñen, patalean, se mordisquean peleando a quien llega primero a hozar en la pesebrera oficial... Pero calumniamos vilmente a los útiles animalitos: Son ellos los chanchos, mientras éstos son solamente cerdos.

Oquedad mental

En cierto plano de la vida y del mundo parece que se ha entronizado la estulticia, la orfandad anímica y mental. Por lo menos, donde creció siempre en terreno fecundo y propicio, está adquiriendo proporciones alarmantes y muy graves. Nos referimos a las clases dominantes y sus respectivos gobiernos, cuando precisamente logran su máximo hartazgo, su máximo engorde. La idiotez urbanizada, con barniz destellante, tapará la decadencia, la oquedad mental interna, y por ende una existencia animal sobresaltado de apetitos, de vicios y de corrupción.

Recuérdese a ese Luis XVI — citado también por Barrett no sabemos en cuál de sus escritos — quien desde adolescente había sido acostumbrado a llevar una especie de dietario, anotando en sus páginas todas las menudencias de su vida cotidiana. Aficionado a las aventuras cinegéticas, siendo su ocupación favorita la caza mayor y menor, debía, naturalmente, registrar todas las piezas capturadas. La estadística preparada por él nos revela que durante trece años mató 189.251 faisanes y derribó 1.274 ciervos. En el 24 de junio de 1784 ultimó 200 golondrinas. Anota además en su diario los 43 baños que le recetaron en 26 años de indigestiones, varios resfríos y ataques de hemorroides. Cuando no hay caza, audiencia ni indisposiciones, se contenta con escribir esta sola palabra: "Nada". Se suceden las convulsiones de Francia en su despertar revolucionario, que no llegan a él. En todas las fechas famosas desde 1789 a 1791 se encuentra la sempiterna palabra: "Nada".

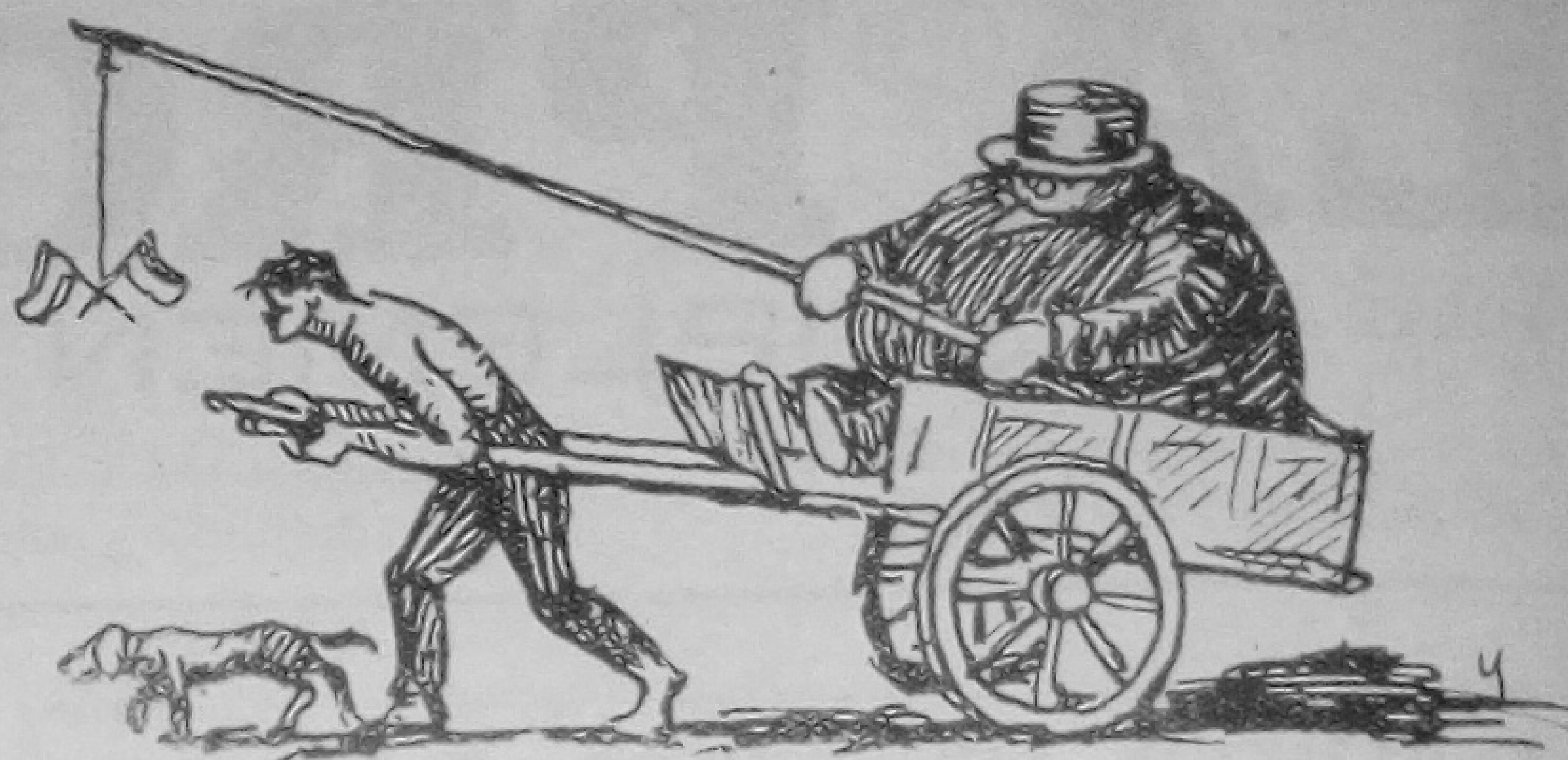
No obstante, este rasgo tan marcado de inopia mental, de ausencia absoluta de sentimiento, no es únicamente privativo del Capeto ese. Las testas coronadas no han sido nunca muy fuertes. Nicolás de Rusia reedita la tragedia palaciega del Borbón, por la misma abúlica incomprensión, por el odio declarado a toda actividad mental y por el mismo dominio que el elemento femenino tuvo en la corte del

rey Luis XVI. ¿Y el ex kaiser, criatura digna de algún reformatorio, más que de ocupar un trono?

Pero quien está más cerca del Luis ese es Alfonso de España. En el suplemento dominical de "La Nación", en la sección en rotograbure, quizás retribuyendo el favor que le hiciera el rey recibiendo en palacio al retoño de la dinastía Mitre, en viaje, se publica una página entera sobre las proezas cinegéticas del soberano que padece la misma idiotez urbanizada, la idéntica grosería barnizada del que debía entregar su cabeza al verdugo. Los venados muertos en el coto de Hontanares son exhibidos, mientras los soldaditos de Marruecos hacen el oficio de venados para los moros. El paralelo cabe perfectamente. España quizás se halla cruzando por el período más grávido de acontecimientos revulsionadores, y el rey seguirá apuntando seguramente en su carnet la palabra: "Nada". Y preparando la estadística del producto de sus cacerías. Y el Primo de Rivera que está a su lado, como dios penate y genio tutelar en francachelas de casino, al referirse a la pretensión de que España entre al Consejo de la Liga de las Naciones como miembro permanente, dirá:

—Creo que este país, por su historia, representa a la madre de una raza extendida por el mundo.

Después, si surje un ajusticiador, quien, adelantándose al verdugo, haga suyo el dolor colectivo de esas madres que le arrancan los hijos para que hagan de venados para los moros, se clamará al asesino, al crimen horrendo. Y nadie se detendrá a reflexionar en todos los crímenes que se cometieron en el nombre de ese rey y de los propietarios de minas en Marruecos, entretanto que él, impasible, continuaba diciendo tonterías en compañía de su compinche y matando animalitos inocentes.



La expropiación de los príncipes alemanes

La insolencia de los ex príncipes reinantes, ocho años después de la comedia revolucionaria de 1918, puede llevarnos tanto a la indignación como a tristes consideraciones. La indignación se refiere más a la inexplicable pasividad del proletariado de Alemania y a su espíritu de disciplina que a las exigencias descaradas de los ex príncipes. Los trabajadores no han querido hacer la revolución, han pensado que bastaban Ebert, Scheidemann y Noske para hacerla y aquí tenemos uno de los frutos de ese imperdonable descuido. Puede ser muy cómodo y muy demagógico poner ahora el grito en el cielo y mostrarse asombrados por el cinismo de los viejos tiranos — al fin y al cabo ya no existe el peligro de incurrir en delito de injurias a Su Majestad, — pero es un recurso bastante inocente para justificar lo injustificable: la credulidad infantil de los trabajadores alemanes, que supusieron en 1918 y 1919 que la revolución era cosa de los políticos marxistas y no cosa del pueblo, de la iniciativa de cada uno y de la acción personal de todos los desheredados. Los trabajadores alemanes sufren toda clase de privaciones, ven perdidos todos sus derechos, todas sus pequeñas conquistas; son entregados como mercancías inanimadas a los explotadores y como gleba sumisa a la innumerable casta de los jefes políticos; en esa situación de miseria popular, las exigencias fabulosas de los ex príncipes son insultos bien dolorosos, pero a juzgar por la forma pasiva en que el pueblo reacciona, siempre a la voz de mando, hay que dar gracias a dios si los ex príncipes no agregan a sus reclamaciones jurídicas su acción directa con la fusta en la mano. Este pueblo parece haber perdido la capacidad de pensar y de sentir por cuenta propia. Ha presenciado metafísicamente, hambriento y burlado, los procesos de Magdeburgo (1924) y de Munich (1925) y todavía no ha comprendido nada. ¡Oh, maravillas de la educación marxista!

Pero el hecho de las reclamaciones de los ex príncipes reinantes, de sus familias, de sus amantes, de sus lacayos, etc., tiene una íntima conexión con la situación internacional. La reacción domina en todas partes soberanamente, se siente fuerte y maniobra en íntima solidaridad para restablecer y afianzar sus posiciones tambaleadas por el fuego fatuo del subversivismo post-bélico. Si en el resto de Europa no hubiese levantado triunfalmente la cabeza la reacción, los ex príncipes alemanes no se habrían atrevido a mostrarse tan insolentes.

Para nuestro movimiento esa situación tiene sus consecuencias, que no podríamos pasar por alto. La socialdemocracia, después de haber salvado el país del peligro revolucionario, ha recibido el pago merecido y quedó fuera del gobierno nacional. Alemania ha realizado el ideal de aquel campesino de 1848 que quería una república con un gran duque a la cabeza. El puesto de Ebert fué ocupado por Hindenburg. El orgulloso partido de gobierno de Scheidemann y Noske ha tenido que tragar la píldora, viendo de día en día decrecer su influencia en la política nacional; la reacción ya no necesita esconderse tras la socialdemocracia. Esa ingratitud hizo que el gran partido obrero volviera a emplear frases de partido de oposición y cuando se produjo el escándalo de las reclamaciones jurídicas de los ex príncipes, los socialdemócratas, con fines demagógicos, en lugar de decidir ese asunto de tanta trascendencia en el parlamento, resolvieron proponer se consultara al pueblo su opinión por medio de un referéndum. Esa proposición fué aceptada por los partidos obreros, por los sindicatos reformistas, por los burgueses radicales. Los socialdemócratas han silenciado que fueron ellos los que impidieron en 1918 y 1919 la confiscación de los bienes de las ex familias reinantes; han silenciado que durante los años de su gobierno han consentido en satisfacer religiosamente pingües rentas a los ex príncipes, y eso en el período de la depreciación de la moneda, una de las épocas más tristes de la miseria popular alemana. Gracias al triunfo de Hindenburg y a la presunta oposición de la socialdemocracia, se ha creado un movimiento en favor de la expropiación de los ex príncipes, sin indemnizaciones. Ese movimiento existe porque los diversos partidos piensan explotarlo para engrosar sus filas con las masas obreras que comienzan a desilusionarse. Una prueba de que es algo superficial la tenemos en esta verdad innegable: si los jefes socialdemócratas dieran la orden de torcer el rumbo, entregando en manos de la reacción absolutamente la regulación de las demandas de los príncipes, las masas, por sí mismas no darían un solo paso más y continuarían satisfaciendo las deudas de la guerra, las monstruosas cargas de su burocracia sin par, las rentas de los bienes de sus antiguos amos, etc. Pero en fin, aunque el movimiento sea artificialmente sostenido por las aspiraciones partidistas y demagógicas, es posible que se llegue al referéndum popular, que luego serviría de base para una ley. Hay muy pocas probabilidades de triunfo para el pensamiento de la expropiación; en las mismas masas obreras hay considerable número de gentes que consideran como una gran ingratitud esa expropiación de los viejos tiranos; además tenemos la burocracia estatal y privada, la población agraria, en casi su totalidad en las filas de la reacción militante, la burguesía industrial de todos los matices, etc., etc. Es muy dudoso que el referéndum de un resultado favorable a la expropiación. Sin embargo es un hecho que plantea para nuestro movimiento, repetimos, ciertos problemas.

Nosotros, los anarquistas, los antiestatistas, los antiparlamentarios, ¿debemos o no tomar parte en el referéndum popular sobre la expropiación de los ex príncipes sin indemnización alguna? Nuestros camaradas alemanes han tenido que decidirse a fijar su actitud. La juventud anarquista sindicalista fué la que primero manifestó su inclinación en favor de la participación de los anarquistas, de los sindicalistas revolucionarios, de los antiparlamentarios en ese referéndum. Las débiles objeciones que se hicieron oír no resistieron el examen desapasionado de los hechos. Ese referéndum popular puede ser un recurso demagógico de los partidos obreros, pero no es parlamentarismo. Se trata sólo de saber si la mayoría del pueblo alemán quiere o no la expropiación de los ex príncipes o si desea, como hasta aquí, mantenerlos en la opulencia y sostener con las rentas de sus bienes un verdadero ejército de mercenarios de la reacción. No se trata de hacer la revolución, es un mero problema del día, cuya solución, de acuerdo al derecho vigente de propiedad, hiere todos los sentimientos de justicia. Si se desea la expropiación, hay que manifestar esa voluntad de algún modo y en este caso sería acudiendo a las urnas el día fijado para la decisión. Nosotros sabemos de antemano que será probablemente inútil o inutilizada la decisión popular si se manifiesta por la expropiación sin indemnizaciones. Sin embargo, ¿qué hacer? La comisión administrativa de la F. A. U. D., después de algunas consultas y de tantear el ánimo de sus miembros, resolvió recomendar la participación en el referéndum. Pero al revés de los otros partidos y fracciones del proletariado, fiel a sus ideas antiestatistas y antiparlamentarias, en lugar de hacer la pantomima de exigir los bienes de los ex príncipes para el pueblo, para tales o cuales fines de beneficencia, de educación, etc., la F. A. U. D. no pide nada, no propone ninguna condición, no se interesa por determinar el destino de los bienes expropiados, pues sabe perfectamente que no serán empleados en provecho de los que trabajan. Además rehusa sistemáticamente todo compromiso con las demás fracciones que están conformes con el fin inmediato de la expropiación; su fórmula es: *marchar separados y pegar juntos*. Es una repetición, en otra forma, de los acontecimientos del putsch de Kapp. Las fuerzas que querían evitar la restauración monárquica declararon la huelga general e hicieron espontáneamente lo que pudieron por impedir el triunfo de las bandas monárquicas. Ningún compromiso concertaron entonces nuestros camaradas con los que accidentalmente se encontraron a su lado. Lo mismo se hará ahora. Nosotros hemos combatido todos estos años por asegurar a nuestro movimiento en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes únicos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Rocker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente débiles e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, sentaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

D. Abad de Santillán

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

IV

En el comienzo de la era de las máquinas, las aspiraciones de la técnica aplicada tendían casi exclusivamente a suplantar la fuerza física de trabajo de los hombres. Ahora la máquina amplía su radio de acción y ejecuta hasta las funciones del cerebro. Y aquí pensamos poco en aquellas grandiosas instalaciones que se emplean por ejemplo en el tráfico ferroviario y que en cierto modo se han convertido en controladoras de los vigilantes de las señales; tampoco pensamos por ejemplo en aquellos maravillosos instrumentos que superan en precisión, durante las navegaciones, a los sentidos más ejercitados de los capitanes. Todos esos mejoramientos son complementos técnicos para el aumento de la seguridad, hechos indispensables, ciertamente, por el desenvolvimiento enorme de las comunicaciones. Lo que tenemos presente ante todo son los instrumentos que se aplican en los grandes establecimientos fabriles y comerciales, donde suplantan, en mano de jovencillos apenas ejercitados en el pensar, a los calculadores más experimentados y a los profesionales de la contabilidad. A la máquina de escribir nos hemos acostumbrado ya tanto como a la máquina de coser. Y sin embargo no hace mucho que "una hermosa escritura" era la mejor recomendación para la entrada a una oficina. La escritura a mano en las grandes casas de comercio se ha limitado, en el mejor de los casos, a la contabilidad. Pero también de la contabilidad desaparece más y más la escritura a mano. Ya se han introducido en grandes oficinas las máquinas para llevar la contabilidad (procedimiento de las tarjetas agujereadas). Una compañera no menos importante la tiene la máquina de escribir en la máquina de contar, y en los últimos tiempos es la máquina de operaciones que escribe al mismo tiempo y en la que bastan algunos movimientos para resolver jugando, con una seguridad insuperable y con la mayor precisión, todas las operaciones matemáticas, sin que tengan que cooperar las células del cerebro humano. Aparatos de reproducción, máquinas para escribir direcciones, máquinas para abrir y cerrar las cartas, para estampillarlas, etc., encuentran un empleo creciente y reducen a los obreros intelectuales en su actividad a proletarios y a servidores de máquinas. Un invento suplanta al otro, incluso en el dominio burocrático y transforma aquellas oficinas, llenas de personal, en salas de máquinas. Ya se anunció una máquina de escribir que hace superflua la maquinista y que transforma directamente el eco de la palabra en escritura a máquina.

En qué medida puede ser suplantado el trabajo del personal por esa mecanización, nos lo muestra un informe según el cual en la casa central y en las sucursales de un Banco berlinés quedarían cesantes del setenta al ochenta por ciento del personal y por el empleo de las máquinas se piensa "en otra disminución del personal ya reducido en un 15 ó 20 por ciento" (Handelsblatt der Frankfurter Zeitung, 1.o de enero de 1925). Después de estas experiencias sólo puede ser problema de tiempo la transición de otras oficinas a los nuevos métodos de trabajo. Un obstáculo para ello está actualmente en la circunstancia que las oficinas que han hecho las buenas experiencias, procuran silenciar los detalles de sus procedimientos, por temor a la concurrencia. Eso puede paralizar tal vez un tiempo la evolución, pero no imposibilitarla, tanto más cuanto que la literatura sobre la "mecanización" en las oficinas aumenta rápidamente y se conocen ya los métodos empleados en el extranjero. Una vez que se hayan roto en una serie de establecimientos las tradiciones, el empleo de los nuevos métodos progresará velozmente y no dejará inmune una sola repartición.

Mencionemos aún otro dominio de actividad: el correo, los telégrafos y teléfonos. También aquí ocupan en medida creciente el puesto de los hombres autómatas ingeniosamente construídos y reducen diariamente las posibilidades de ocupación para los hombres dependientes del trabajo.

El obrero observa confuso esos brazos de hierro que crean ahora, con una rapidez mucho mayor y en el ritmo de un bronco ruido que sofoca toda voz humana, lo que él creaba antes con sus manos hábiles y estimuladas por una canción alegre. El espacio que se le deja se vuelva cada día más estrecho para poder conservarse como hombre creador e inspirarse en la conciencia de su diligencia creadora. Los resultados de su trabajo hace mucho que no los ve. Diariamente realiza sólo un movimiento único e igual, mortífero por su monotonía. No es más que un accesorio del maquinismo que se ha humanizado y está expuesto a volverse superfluo por la aplicación de una palanca o de una rueda.

La habilidad personal no vale nada ya y se desvaloriza completamente. Más aún, todo el proceso de producción se separa más y más de su centro anterior, el hombre laborioso, y coloca en su centro el maquinismo en torno al cual el hombre gira como una rueda inanimada. Desde hace mucho, en un moderno establecimiento el hombre no dirige ya la máquina que se le ha confiado, sino al contrario: la máquina lo dirige a él. La máquina determina la frecuencia y el ritmo de sus movimientos, quiera o no quiera: tiene que ajustarse a los giros de sus volantes; la máquina es su capataz y su controlador de reposo. El obrero no es ya un creador en servicio, sino un esclavo de la máquina mantenido con férrea violencia.

El más vasto desarrollo de esa mecanización del hombre lo encontramos en los Estados Unidos y naturalmente en su extrema aplicación en las modernas industrias, como la del automóvil. Cómo se procede aquí, nos lo ha contado el rey norteamericano del automóvil en su libro "Mi vida y obra", con una sobriedad norteamericana y sin oropel alguno. Séanos permitido por lo tanto quedar más tiempo en esta parte de sus exposiciones.

En el capítulo V de su libro "Mi vida y obra", escribe Ford:

"Si hubiera un medio para ahorrar el diez por ciento de tiempo o para aumentar los resultados un diez por ciento, la no aplicación de ese medio significa un impuesto de diez por ciento (en toda la producción). Si la vida de un hombre, es, digámoslo, cincuenta cent. la hora, un ahorro de diez por ciento de tiempo significa una mayor ganancia de cinco cent.". Y más adelante: "Se ahorran a 12.000 personas diariamente diez pasos, y se obtiene un ahorro de fuerza y de camino de 80 kilómetros. Estos fueron los métodos según los cuales fué organizada la producción en mi empesa. Todo se desprendía casi por sí mismo."

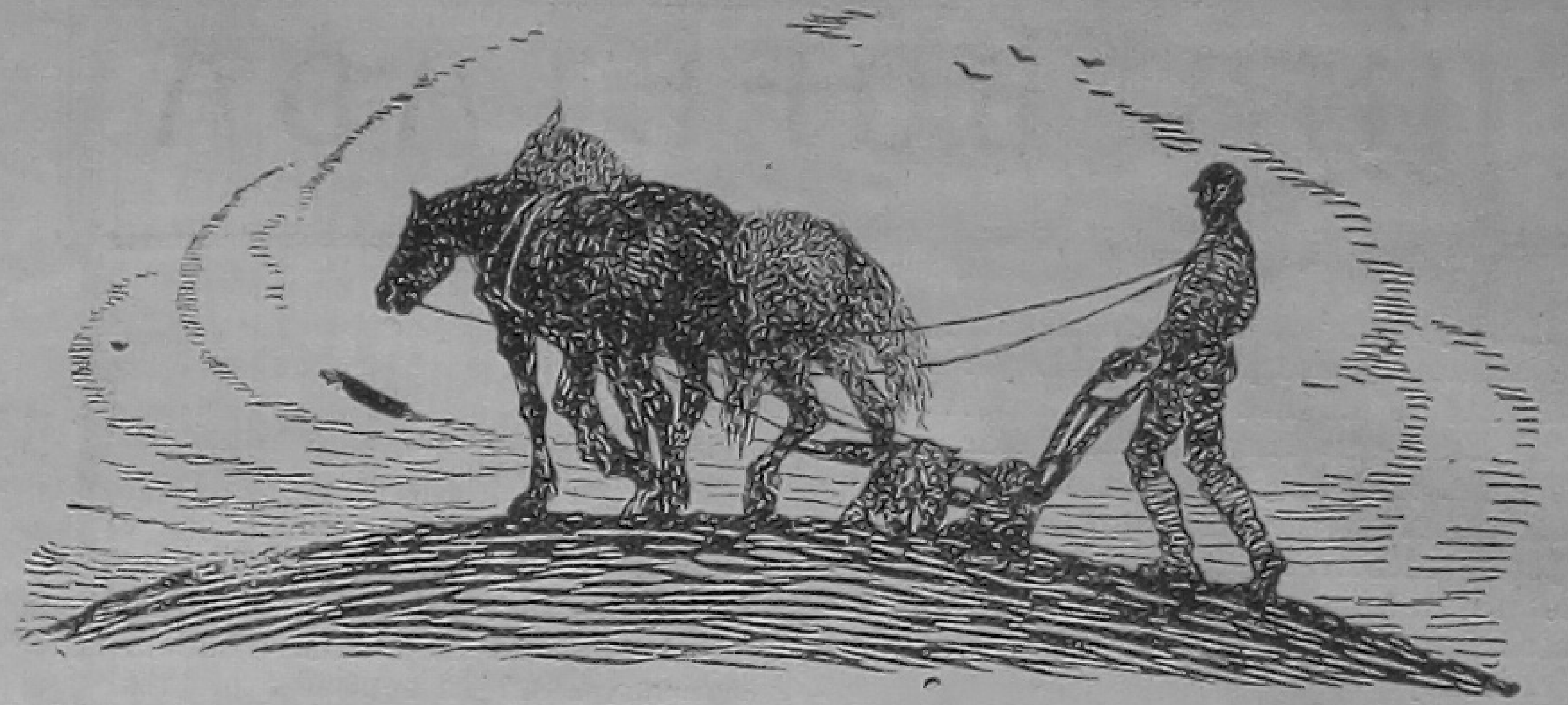
Siguiendo estos principios, Ford instala en su fábrica las máquinas unas junto a otras, más que en ningún otro establecimiento del mundo, aplica railes que transmiten el chassis en un ritmo exacto y penosamente calculado de un obrero a otro, que luego coloca en el movimiento el tornillo o la tuerca correspondiente, etc., o realiza la acción de la mano concerniente hasta que el coche, al llegar al número 45 sale listo.

Resumamos aquí brevemente algunos de los ahorros de trabajo obtenidos por esos métodos:

La confección del magneto, que antes era obra de un solo hombre, fué descompuesta en 29 labores especiales y así se redujo el empleo de tiempo por magneto de 20 minutos a 5.

El montaje de un chassis estacionario exigía 12 horas y 8 minutos. Con la ayuda de experimentos científicos, entre otros por "el acercamiento de la plancha de trabajo a la altura del brazo y por la división de los diversos trabajos, de manera que cada hombre tuviera que hacer cada vez menos movimientos", se redujo el tiempo a una hora 33 minutos por chassis.

"La composición del motor, antes obra de un solo obrero, se hace hoy por 48 labores especiales, y los obreros correspondientes hacen tres veces más que antes."



Apenas pasa una semana sin que se anuncie algún progreso en las máquinas o en los procedimientos de la producción, incluso en oposición directa con los usuales "mejores métodos de fabricación".

Sin embargo, el ahorro de tiempo no es la única ganancia. Por la división científica del trabajo y su descomposición es posible renunciar casi completamente a los obreros de oficio y suplantarlos por obreros sin oficio. "Obreros de oficio — dice Ford — no los necesitamos, pues todo conocimiento es suplantado por la máquina" (The skill is in the machine). En este concepto es de interés lo que constata Ford en otro pasaje de su libro: 43 por ciento de los trabajos realizados en los establecimientos Ford no exigen más de un día de aprendizaje, 36 por ciento de 1 a 8 días, 6 por ciento de 1 a 2 semanas, sólo el 14 por ciento de un mes a un año y un uno por ciento (por ejemplo la fabricación de instrumentos y la soldadura) de 1 a 6 años.

En la fundición sólo hay un cinco por ciento de fundidores y modeladores, el resto, 95 por ciento, son peones, "o, para ser más exactos, no tienen que aprender más que un solo movimiento de la mano, que incluso el más torpe puede aprender en dos días. La fundición se opera sin excepción por medio de máquinas."

Toda parte que debe ser fundida tiene una unidad del grupo unitario — según el número previsto en el plan de producción. Las intalaciones necesarias están adaptadas al chorro que les concierne; los obreros que pertenecen a la unidad no tienen, por consiguiente, más que hacer sin cesar repetidos movimientos de la mano.

El montaje del freno del alambique se hacía antes por 28 hombres en tres minutos. El preparador analizó los distintos movimientos con el reloj de Stopp y halló que en una jornada de nueve horas se perdían cuatro por el ir y venir. Era el tiempo que necesitaban los obreros para buscar el material y para retirar la pieza terminada. El proceso de trabajo fué descompuesto y el resultado fué que siete hombres en una jornada de ocho horas montaban 2.600 frenos de alambique mientras que antes el máximo de 28 hombres en una jornada de nueve horas era sólo de 175 piezas.

Lo mismo se procedió con todo proceso de trabajo y se indicó siempre cómo por la descomposición y la introducción de nuevas máquinas se volvían superfluas las fuerzas obreras instruídas.

Sobre los ahorros obtenidos con esos métodos, escribe Ford: "Aunque la comparación cojea algo, el resultado es sin embargo desconcertante. Si en nuestra cantidad actual de producción necesitáramos el mismo número de empleados que en 1913 — la fundación de nuestro establecimiento — eran utilizados sólo para el montaje, tendríamos que ocupar hoy más de 200.000 obreros. Realmente el número de los obreros ocupados en el momento que nuestra producción alcanzó 4.000 coches por día, no llega a 50.000."

Pero Ford no es el único propietario de esos secretos de la producción. Toda la industria americana del automóvil trabaja según esos principios descriptos por él. Se observa bien en el estudio llevado a cabo por el Bureau of Labour Statistics sobre el sistema de producción en esa industria, (en Monthly Labour Review, octubre, 1924). Citemos algunos ejemplos de ese trabajo:

"Para la confección de caballetes de los coches se construyó una nueva máquina que asocia hoy automáticamente todas las piezas y las remacha. Esa máquina, servida por un solo hombre, termina en un minuto seis y en 10 horas 3.600 caballetes, una labor que exigía antes 175 obreros.

El remache desaparece cada vez más. Las piezas de acero son por lo general soldadas a máquina. Con una máquina para soldar construída para ese fin, un solo obrero realiza la labor anterior de ocho remachadores a mano.

Un nuevo procedimiento para soldar permite que un hombre lleve a cabo 20 veces más labor que antes. Un nuevo taladro ha cuadruplicado doce veces la producción de los tornos anteriores.

Idénticos ejemplos se mencionan por decenas. Se emplean siempre nuevos métodos para elevar el rendimiento de cada obrero y extirpar el trabajo improductivo. Se dice de una fábrica de automóviles que suprimió seis mensajeros de la fábrica, proveyendo a un muchacho de patines con los que puede hacer fácilmente todas las idas y venidas de los mensajeros anteriores.

Tampoco se limitan esos métodos a la industria del automóvil. Los encontramos en todas partes y en lugares inesperados para un europeo.

Por ejemplo: el injeniero Martín Wagner (*Gewerkschaftszeitung*, 6 de diciembre de 1924), notifica sobre el movimiento en los mataderos de Chicago:

"En cada uno de esos mataderos trabajan más de 6.000 hombres. Cada uno de ellos se ocupa de repetir todo el día un sólo movimiento de la mano, tres o cuatro mil veces. Un carnicero de oficio no podría hacer ver su arte en esa fábrica. Es suplantado por un ejército de peones cuyo aprendizaje no exije ya 3 años, sino a lo sumo tres días. Una huelga que estallara en esa fábrica, no llenaría de perplejidad al propietario. Algunos trenes llenos de negros pueden suplantar a los huelguistas, y la fábrica continúa. En la fábrica de Ford la suplantación de los huelguistas es algo más difícil. Pero la diferencia es sólo gradual, no de principio".

Otro ejemplo elocuente nos lo da la panadería norteaméricana. Todavía en los años anteriores a la guerra estaba la panadería en manos de pequeños establecimientos. Ahora la industria de la fabricación del pan pasó a manos de poderosas compañías en todas las grandes ciudades que elaboran el pan mecánicamente, y han dejado sin trabajo a millares de panaderos y a decenas de millares de ayudantes. En esas panaderías mecánicas, se instalaron hornos con una capacidad para varios millares de panes por hora, en los cuales, según A. Burkhardt, secretario de la federación americana de los obreros de la industria alimenticia, a lo sumo apenas es ocupada una docena de panaderos de oficio.

¿Y Europa? Lo repetimos: Europa seguirá el ejemplo norteamericano y está ya en vías de seguirlo. Emprenderá la misma atomización del proceso de trabajo y pasará a la labor mecánica especializada, en que el obrero apenas es más que una ampliación del autómata, un accesorio viviente de una máquina inanimada, elevada a la categoría de controladora del hombre.

Así aumentan los resultados del trabajo más y más, con la desvalorización simultánea de los conocimientos personales y de la habilidad personal. Los cinco sentidos de que ha provisto la naturaleza al hombre, son en lo sucesivo para los capitalistas, dones supérfluos. No los necesitan ya, sino que piensan sólo en aquél movimiento que se repite automática y eternamente, y cuyos fragmentos de segundo son medidos con el reloj de Stopp para simplificarlos aun más. Las consecuencias de esa moderna explotación del hombre por el capitalismo armado de un maquinismo diabólico, son

UNA BOFETADA

El viejo Manuel trabajaba agobiado por un cansancio atroz, mortificado por el sol ardiente de las diez de la mañana...

Representaba unos sesenta y cinco años de edad. Era delgado, casi decrépito; su rostro moreno, cruelmente arrugado; sus ojillos, incoloros y brillantes, delatores de un cansancio que databa de muchos años, de estatura mediana y miembros nervudos.

Había nacido en una oscura aldehuela española. A los nueve años ya comenzó a trabajar con sus padres. A los quince era un fuerte mocetón, lleno de vida, de ingenuidad y de ignorancia; apenas si fué a la escuela durante dos años, una escuela que tenía por único director y maestro a un ceñudo sargento retirado. Al cabo, sólo conservó el recuerdo de los castigos y reglazos del maestro.

Después, los padres murieron: padre partió el primero, luego madre, de pesar, a poco de caer José, el hijo mayor, soldado en Marruecos. Dejaron los padres una muy corta hacienda: una legua de campo, tierra trabajosa y poco fecunda; un mulo y un toro añejos y una casucha de piedras.

No fué posible a todos los hermanos vivir de aquella hacienda. Hubo disputas, surgieron cuestiones, se consultó al cura, opinó el maestro de escuela, intervino el alcalde; y una mañana Manuel, que tenía diez y ocho años, partió para Madrid, inflado de ambiciones, de curiosidad, y satisfecho de sus fuerzas y de su juventud.

Sufrió mucho en la ciudad, trabajó jornadas penosas y largas. Se desilusionó. Un pesimismo doloroso llegó a vencerlo. Luego oyó hablar de América: una tierra preciosa, donde todos se enriquecían, donde los hombres no sufrían miseria, donde todo era abundancia, un Paraíso. La casualidad hizo que en Madrid se encontrase con un antiguo vecino de su aldea; lo encontró cambiado: vestía como señor, usaba bastón, tenía casa en Madrid, sirvientes y dinero... Manuel casi no creyó lo que vieron sus ojos. Pero el amigo se le acercó sonriendo, le tendió la mano; estuvieron conversando un buen rato. Entraron en un café lujoso. Allí el amigo historió el origen de su fortuna: había ido a América, trabajó muchos años en los bosques del Brasil; es verdad que sufrió bastante, pero al fin se hizo rico y volvió a España triunfalmente. Los ojos de Manuel brillaban de ambición cuando se despidió de su amigo...

Un día, meses después, Manuel se embarcó para Buenos Aires...

* * *

¡Desembarcó con tantas ilusiones!

Pero por la noche, después de haber recorrido Buenos Aires, sintió que el desaliento volvía a él. Buenos Aires era igual que Madrid, la gente era la misma que la de allá. La misma frialdad, igual egoísmo. También aquí se explotaba, también aquí había pobres. Su amigo le mintió, su amigo debió haber sido un canalla para conseguir hacerse rico, debió explotar.

Y presintió Manuel que nunca llegaría a ser rico; porque no se creía capaz de emplear los medios de su amigo el de Madrid. El no podía hacer sufrir a otros para obtener su bienestar...

Fué lingera. Trabajó los campos como allá en su aldehuela. Pero ¡cuán diferente era ahora!; antes trabajaba su tierra, ahora laboraba la de otros. Ahora lo hacía por una paga miserable: un jornal que no llegaba a un peso, cama en un galpón y comida de bestias.

Luego tuvo otros oficios. Por último fué albañil. Vivió un poquillo más acomodado. Se casó. Tuvo cinco hijos de una mujer que acabó tuberculosa. Volvió más tarde a la miseria. Cuatro de sus hijos se le murieron tísicos. El más pequeño, el que sobrevivió, comenzó a trabajar en una fábrica. Un día se lo trajeron con la cabeza destrozada por una máquina. Manuel debió seguir trabajando. Ya no servía para albañil, pues unos mareos espantosos amenazaban hacerlo caer del andamio.

Ahora formaba parte de la cuadrilla de una empresa de pavimentación.

* * *

El sol quemaba, implacable. El viejo Manuel conducía adoquines en una carretilla. Todos sus miembros hacían un gran esfuerzo para conducirla.

Aquellos miembros que habían desplegado fuerzas indomables, que habían sentido correr dentro de ellos sangre fuerte, estaban ahora exhaustos. Todos ellos temblaban inseguros a cada trepidación de la carretilla. Esta a menudo desviábasele, y el viejo Manuel oía entonces las advertencias de sus compañeros:

—¡Eh!, gallego, casi me pisás!... Fíjate por dónde vas...

Manuel excusábase con un gesto y seguía conduciendo la carretilla.

Aquel día el viejo sentíase más cansado que nunca; precisamente cuando quería mostrarse más animoso, cuando el ingeniero estaba inspeccionando los trabajos.

El ingeniero tenía fama de tiránico e irascible para con los obreros, y Manuel temía que al reparar en sus pocas fuerzas tratara de despedirlo. Este temor hacíalo más torpe aún.

En una ocasión, en que Manuel conducía su carretilla cargada, el ingeniero y el capataz pusiéronsele en medio del camino. El viejo no tuvo tiempo ni fuerzas para desviar la carretilla y, a no ser que aquéllos se hubieren apartado rápidamente, los habría atropellado.

El ingeniero lanzó una maldición. Iracundo, dió un formidable puntapié a la carretilla, que la hizo tumbarse hacia un lado. El viejo Manuel fué arrastrado en la caída de la carretilla, cayó con ella.

Se levantó, lastimado, y sintiendo la vergüenza de su humillación.



—¡Eh, imbécil!... ¿No miras por dónde andas?, ¡Animal!... — mugía el ingeniero.

Enardecido por el dolor, el viejo sintió cólera; sintió un odio inmenso contra el ingeniero.

Este continuaba maldiciendo.

—¡Estúpido, estúpido, por poco me estropea!...

Manuel no podía más, reventando de rabia, rojo de la ira de los humillados, dejó escapar un gruñido de fiera. ¡Aquel hombre lo insultaba y tuteaba canallescamente, después de haberlo hecho caer!

En un instante, como un relámpago, con la rapidez de los árboles y las cosas que vemos pasar desde un tren expreso, pasaron por su cerebro todas las penurias de su existencia, toda su vida de esclavo escarnecido, de humillaciones increíbles, de injusticias feroces. ¡Sintió una rabia! Y por primera vez en su vida, a los sesenta y cinco años, quiso vengarse de sus opresores. Devolver por lo menos su última humillación.

Acercóse al ingeniero, retador, con el coraje y la potencia de sus lejanos veinte años. La rabia le ahogaba, le bullía en su ancho pecho, le quemaba. Aquel viejo de sesenta y cinco años era todo cólera y odio. Y explotó en un gesto colosal, en un grito sublime:

—¡Canalla!...

Y le dió una bofetada...

ARMANDO ENEAS

---

fáciles de preveer: completo achatamiento de las fuerzas intelectuales, psicológicas y morales del hombre. No es ya un síntoma espantoso de la decadencia cultural general, la vulgaridad de los recreos ofrecidos a las masas y exigidos por ellas, — el círculo, las carreras, el cine, el deporte convertido en oficio e industria, etc —. No nos ilusionemos con los fenómenos aislados que hacen reconocer la aspiración al rejuvenecimiento y a la elevación de nuestras fiestas y festividades. El que una hora y otra, un día y otro día, un año y otro año, mueve siempre la misma palanca en eterna repetición; el que durante toda su vida no emplea más que un solo músculo, ve amortiguársele en vida los otros, y sólo pueden ponerlos en tensión las fuertes sensaciones sensuales.

Y tras ese desvanecimiento del contenido de la vida en el proletariado industrial, hay todavía otro peligro: en el mismo grado que la masa se pierde espiritualmente, aumenta el influjo intelectual del capitalismo. Fueron siempre los obreros instruidos, y especialmente los que estuvieron al frente de los movimientos políticos y económicos, los precursores en torno a los cuales se adherían paulatinamente los obreros sin oficio. Esa tropa de iniciadores es diezmada hoy, y con ella pierde el proletariado sus mejores guías en la lucha por su liberación.

¿Y las consecuencias económicas para los trabajadores? Trataremos de examinarlas.

El movimiento campesino en México

En 1891 se celebró en Córdoba, España, un congreso campesino anarquista; desde entonces no nos depara la historia un acontecimiento semejante hasta mediados de diciembre de 1925, en que tiene lugar, del 15 al 18 de dicho mes, en Guadalajara, Jalisco (México) el primer congreso campesino de la C. G. T. Unos 80 delegados estuvieron presentes, hombres de trabajo, de rostro curtido por el sol ardiente del campo, animados por un vivo entusiasmo de lucha y deseosos de conquistar para sí y para sus hijos la tierra y la libertad que nos han robado las castas privilegiadas de todos los tiempos.

Precisamente en México, donde el fenómeno obrerista de otros países asumió allí un carácter agrarista, dando pábulo al nacimiento de diversas bandas de aventureros políticos, la creación de un movimiento campesino de tendencias teórica y prácticamente revolucionarias, es de una trascendencia formidable. Hemos saludado con júbilo sincero la convocación de ese congreso y con júbilo saludamos también sus resoluciones y sus resultados generales. Ese naciente movimiento campesino de México puede influenciar la marcha de todo el movimiento obrero del continente. Nos interesa, pues, no perderle de vista y cooperar lo más estrechamente posible con él, porque su fuerza y su arraigo será la fuerza y el arraigo de nuestras ideas en la población agraria de México y de América.

Se fundó en ese congreso una Federación General Campesina de Comunidades y Sindicatos; su base ideológica es la siguiente:

"Los trabajadores del campo y de la ciudad tienen un derecho: el de organizarse para su defensa contra los explotadores y opresores del pueblo; y un deber: el de unirse mutua y estrechamente para derribar el capitalismo y el Estado.

"Al organizarse los campesinos en comunidades o sindicatos, lo hacen para luchar diariamente por su bienestar, fuera de toda acción política, declarando que esta acción inmediata por la conquista de la tierra es la misma revolución social, que llevará a todos los humanos al comunismo anarquista".

En estos dos párrafos está concentrado el pensamiento director del nuevo organismo campesinos: la organización para la conquista de la tierra al margen de toda acción política, lo cual es ya la revolución social, primer paso decisivo hacia la anarquía.

Respecto a los salarios se acordó:

"Organizar a los medieros en sindicatos de resistencia; los sindicatos de medieros lucharán por el tercio, esto es, por dar sólo un tercio de sus cosechas a los terratenientes; lo restante deberá pertenecer a los medieros o terceros. Exigir de los terratenientes que los terceros puedan construir chozas en las tierras de sembradío. Los sindicatos campesinos lucharán por un salario no menor de tres pesos diarios."

La proposición de la comunidad agraria de Tlajomulco, Jalisco, sobre la lucha simultánea con los trabajadores de las ciudades por la jornada de seis horas, fué aprobada unánimemente.

Frente a las bandas armadas de los terratenientes, fomentadas ya en los tiempos de Porfirio Díaz y que se han vuelto a renovar por obra de los presidentes socialistas del último período, se adoptó esta actitud clara y enérgica:

"Los obreros del campo y de la ciudad han de emprender una campaña contra las guardias blancas o las llamadas "acordadas". El primer congreso campesino excita a todos los campesinos de la república a armarse contra las constantes agresiones de los terratenientes y de la autoridad."

Otro punto importante es el siguiente:

"La finalidad de la Federación de Comunidades y Sindicatos es la conquista inmediata de la tierra, usando para ello de la acción directa. — Se excita a los campesinos a ocupar las tierras, a constituir comunidades libres y a federarlas a la mayor brevedad. — Las comunidades libres, una vez constituídas, tienen la obligación de ayudarse mutuamente y de una manera directa, en caso de que sean

atacadas por las fuerzas federales o las bandas de los terratenientes.'"

Como se ve por lo transcripto, el movimiento campesino de México manifiesta una tendencia bien marcada a pasar de la teoría a la práctica. ¿Habrá fuerzas para obrar en el sentido de las resoluciones? Esta es la cuestión. Pero si no existen fuerzas para obrar según el deseo, algo se tiene ya con tener ese deseo y esforzarse por materializarlo. Lo que más nos atrae hacia la población campesina es precisamente ese sentido de la acción práctica; si la población del campo integra el movimiento revolucionario, no podrá contentarse con la mera filosofía de nuestras ideas; por instinto y por naturaleza tratará de demostrar prácticamente, en la acción constructiva, su concepción ideológica. El campesino revolucionario será siempre un factor positivo y práctico y no un simple adepto platónico de una doctrina, como suelen serlo la mayoría de los obreros de las ciudades. Esa característica daría a nuestro movimiento una potencia y una vitalidad insospechadas.

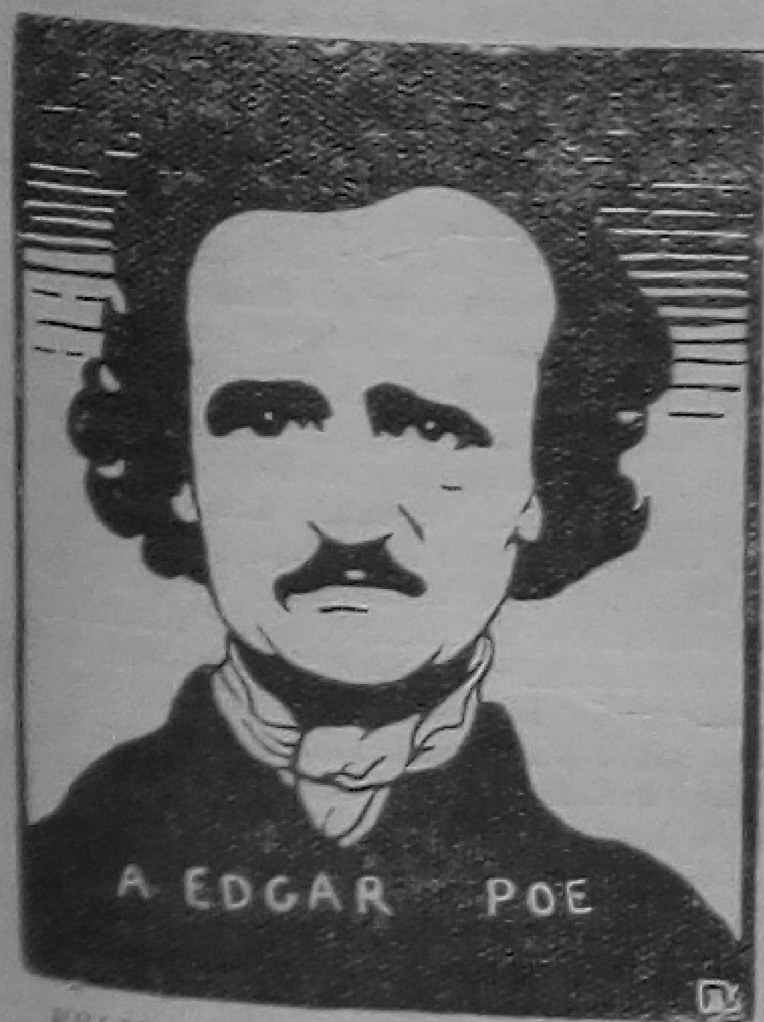
Lo que nos interesa también aquí es que la Federación campesina de comunidades y sindicatos de México está compuesta por peones y obreros arrendatarios o medieros, confundidos todos en una comunión de ideas, de intereses y de aspiraciones. No sabemos cómo los camaradas de México resolverían prácticamente los conflictos entre peones y arrendatarios, según han sido expuestos por algunos camaradas de la Argentina; la situación, sin embargo, no es la misma en ambos países. De ahí que no podría copiarse el mismo modelo de organización, sino crear una organización propia en cada país, de acuerdo a las características regionales. En esta situación es peligroso continuar. Si en la Argentina no es posible la organización única de peones y arrendatarios agrícolas, organícense separadamente y la práctica dará luego los consejos decisivos. Somos de opinión que nuestra doctrina debe surgir más de la realidad y de la acción cotidiana que del pensamiento puro de los filósofos.

I. K.

Félix Valloton, pintor y grabador en madera

Una escueta noticia de escasas líneas ahogada entre el maremagnum de los cablegramas de la prensa cotidiana, nos anuncia la muerte de Félix Valloton, insigne grabador en madera, uno de los más grandes ilustradores de libros de Francia. Perteneció a la pléyade batalladora de los impresionistas franceses, y cuyo grupo de grabadores intentaron con toda felicidad reaccionar contra el histrionismo técnico de los contemporáneos de Augusto Lepére, uno de los mejores discípulos de Daniel Urralreta Vierge, quien a su vez anteriormente, iniciara otro período de renovación, combatiendo contra el adocenamiento y el industrialismo mercantilizado de los grabadores de su época.

No hubo un solo diario, una sola revista de esta metrópoli, que se comidiera a informar al público quien fué Valloton, y cuál rol desempeñó en el arte francés en las postrimerías del siglo pasado y lo que va del presente. Los críticos de arte, los grandes sacerdotes del periodismo



FELIZ VALLOTON — "Egard Poe"

agro-ganadero, dejaron descansar sus plumas en sus correspondientes espeteras. Se trataba de un artista que tuvo sus desvíos sociales y casi anarquistas. En efecto, ya en 1909 el proletariado argentino pudo conocer el arte austero, rudo y simpático de Valloton. *Ideas y Figuras*, la revista de Alberto Ghiraldo, exornaba las páginas de un número entero con los grabados del artista suizo de nacimiento, pero francés por aclimatación definitiva. Se titulaba "Crímenes y Castigos", y era una buida sátira y un amargo reproche al régimen imperante y que sigue siéndolo. Eran "La educación cristiana", donde el cura le suministra una azotaina al párvulo, reacio al catecismo; "Protegiendo el pudor", en el cual dos polizontes llevan preso a un hombre astroso, para que no muestre lo que no debe a las señoras; "El nuevo himno", donde una turba de policías persigue posiblemente a un anarquista o a un revolucionario; "Los disciplinados", cuyo dibujo representa una niña bajo las ruedas de un automóvil, mientras dos guardias saludan, primero y ante todo, por ser el auto del jefe; "Defensores de la propiedad", donde puede verse un propietario, con cartuchera y fusil, y solamente los botines de un probable difunto, el bicornio de un carabinero, mientras el propietario, presunto asesino, exclama:

—Sí. Está muerto. Entendido! Pero, ¿estaba o no dentro de mi terreno?

Una de las últimas *charges*, o sea caricaturas, es un empleado que llega tarde, y su principal lo intima:

—La una y diez. Queda despedido.

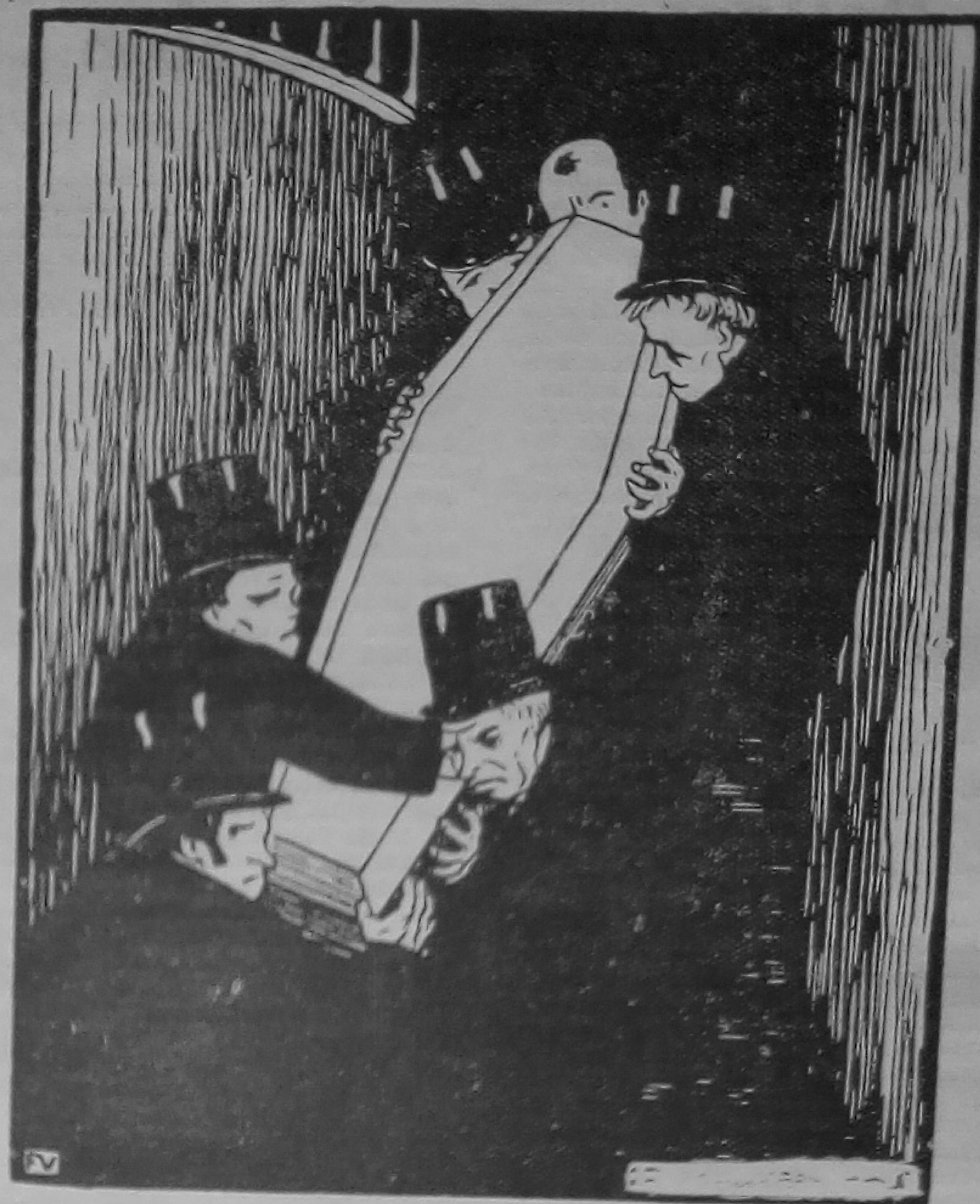
Otro, "La libertad de pensamiento". Un rimero de libros, un joven en actitud de leer, el comisario y dos polizontes que exclaman:

—Libros de Kropotkin y de Reclus ¡eh! Está usted dentro del Código penal, como subversivo y por conspirar contra el régimen vigente. En marcha...

Y así son todas sus concepciones transcriptas a una rica y noble materia de arte, expresiva, severa, y en su centro vital, en su esencia, palpita una idea, una intención — castigat ridendo mores — siempre el agror corrosivo de una sátira. Continúa la gran línea de los grabadores imbuídos de preocupaciones sociales, y cuyo epígono, entre otros, es Daumier. Es indudable el parentazgo artístico y sociológico con este maestro, amigo de los pintores de la escuela de 1830, quienes también traían un soplo innovador a la pintura y al paisaje franceses, agotada por tanto yerto clasicismo, convertido en las manos de los repetidores en banalidad elegante.

He aquí unos someros datos biográficos, los únicos en nuestra posesión. Félix Valloton nació en Lucerna el 25 de diciembre de 1865, trasladándose a los 17 años a París, con el deliberado propósito de perfeccionarse en la pintura, por la cual se sentía atraído desde niño. Durante tres años trabajó en los estudios de Lefebre y Boulanger, mediocres pintores, pero por fortuna la influencia de ambos académicos fué absolutamente nula, dejando intacto su robusto temperamento.

Un vigoroso retrato de viejo fué el comienzo de una labor honesta, reflexiva, que debía acrecentarse en belleza viril hasta la vejez. Esta primera obra, estuvo expuesta en el salón de 1885; no solamente no pasó desapercibida, sino que le fué discernida una mención honorífica. Otros retratos de colorido un tanto acre y violento, de dibujo rudo y de grandes líneas, se subsiguieron en los salones de 1886, 1887 y 1889. Pero, obligado por la imperiosa mano de la necesidad, hubo de entregarse a la vorágine de la tarea mal remunerada y casi anónima, trabajando para periódicos y revistas. En esa obra dispersa, atenta sólo a las pulsaciones de una actualidad ingrávida, insubstancial en la mayoría de las veces, publicó numerosas litografías, y entre las cuales hubo algunas de grato interés, de verdadera valía. Ello, no obstante el apremio y la inadaptabilidad de los métodos empleados, en una técnica que no correspondía a su índole temperamental ni a su visión artística.



FELIZ VALLOTON "El paso difícil"

Es en 1891 que empezará a ejercitarse en el grabado sobre madera, comprendiendo inmediatamente que al fin había dado con el camino vocacional que haría vibrar al unísono sus facultades. El retrato de Verlaine inauguró una serie magnífica de máscaras, ilustrando un libro de Remy de Gourmont, titulado "Les Masques", colección de estudios de los poetas del movimiento simbolista. Poco a poco, mediante su tesón, su inteligencia, su amplia percepción de la vida contemporánea, se le fué colocando entre los artistas de vanguardia y de los de más valer. Sigue un período de fervorosa labor, de producción cerrada que, comprendiendo doce o trece años, se resuelve en varios cuadros, algunos carteles, numerosos dibujos a pluma de gracioso carácter xilográfico, y no menos de trescientos grabados sobre madera.

De la total cantidad de su obra no se posee cifra exacta aunque se puede aseverar que ha de competir con las de los más fecundos artistas de su época.



FELIZ VALLOTON — "Stendhal"

Ya los lectores del Suplemento hubieron de conocer a Valloton por un estudio que apareció en el año 1922. Era un trabajo meditado, escrito por quien poseía una vasta penetración del tema a dilucidar.

Firmaba Zero, pseudónimo del camarada Giambiagi, pintor y grabador. Por ser del oficio, y por ende creyéndole más autorizado que nosotros, hemos de cederle la palabra, reproduciendo algunas opiniones emitidas en aquel entonces.

Después de historiar sucintamente y eficazmente la evolución del grabado sobre madera, dice:

"Su aguda observación y penetrante psicología se revelan en una serie de máscaras. Son caracterizaciones sintéticas de amplia y ruda armonía plástica; inquietante esta de Poe, el fantástico poeta del Norte; en cambio bonachona y sonriente la del fino y sutil disecador de almas que se llamó Stendhal.

Difícilmente con elementos tan reducidos podrá darse una sensación más vehemente y profunda de un tipo.

Pero esta manera de encarar el asunto, con un simple contraste de blanco y negro y pocas líneas escuetas, ha producido toda una recua de imitadores anodinos que confunden la síntesis con la nada, y la simplicidad, difícil, con la simpleza.

Donde a mi ver Vallotón afirma sus cualidades de pintor y de notable grabador, es en la "Ejecución". Hay en esta estampa simplicidad de medios: ¡pero qué riqueza en los tonos, qué negros profundos, qué luminosas medias tintas!, y esto sin salirse del carácter especialísimo del grabado en madera, sin hacer la menor concesión a su destreza en el oficio.

Es sobrio y alcanza un máximo de eficacia. Su escena espeluznante es trágicamente grotesca. El hombre no quiere morir y mira la horca con una cara idiotizada por el terror, mientras las manos rudas, toscas de los verdugos lo empujan. Detrás, una hilera de gendarmes a caballo. El dibujo es preciso y elocuente. Espléndido como sabía distrubución de masas y como expresión, es la macabra y humorística visión del *Paso Difícil*.

Observemos la composición: ese féretro, contrastando con los negros aterciopelados de los levitones, constátase cómo los hace degradar en las medias tintas de los muros. Rico de color y rico de expresión, es una prueba elocuente de los vigorosos resultados que puede dar un simple cor-

Bellezas capitalistas

EL AUTOMOVIL Y LA SALUBRIDAD. — El *Journal of the Medic. Amer. Assoc.* nos da, según el *Illinois Neath News*, una estadística significativa para apreciar la alegría de vivir en el tiempo del cinema, de los automóviles y de las doctrinas pacifistas. Se trata de una estadística de la mortalidad en Chicago y en Illinois. Primer premio: las cardiopatías; segundo premio: el cáncer; tercer premio: las violencias. Meditemos un poco sobre ese grupo. Seis mil ochocientos sesenta y siete muertos (6867), o sea la quinta parte de la cifra total, debidos a la violencia: accidentes automovilísticos, caídas accidentales, accidentes ferroviarios, suicidios, cuya cifra pasó de 886 a 1012 y en fin, asesinatos que, de 709 en 1923, han pasado a 821 en 1924.

Todo no es tal vez perfecto en el país que con justo título puede enorgullecerse de haber realizado mejor el ideal moderno.

El automóvil, del que acabamos de ver algunas consecuencias catastróficas, no sólo tiene en su pasivo, por lo demás, accidentes graves, da margen a toda serie de desórdenes de los órganos genitales femeninos.

Esos desórdenes "sobrevienen de modo insidioso, al margen de las caídas, de los choques violentos, a consecuencia de un apacible viaje desprovisto de todo accidente, bajo la sola influencia de la trepidación continua y de las sacudidas repetidas del coche, difícilmente evitables, que turban singularmente la estática de los órganos pelvianos, y la circulación útero-ovarial."

En otro tiempo, agrega el señor Siredey, el coche de caballos no se empleaba mas que para pequeños recorridos: con el automóvil las distancias no se tienen en cuenta ya, las excursiones se prolongan indefinidamente y, circunstancia agravante, se repiten en serie, varios días, varias semanas seguidas: al aumentar su atractivo, las viajeras olvidan sus incomodidades, se dejan llevar hasta el límite extremo de su resistencia.

Es también difícil defenderlas, al partir, contra las seducciones que se les ofrecen bajo las apariencias del confort mas completo, lo mismo que detenerlas en el curso del viaje, en despecho de su cansancio.

1. En el curso de las salpigo-ovaritis agudas o crónicas, los viajes en automóvil son peligrosos porque exponen a las enfermas al sufrimiento y porque las trepidaciones, las sacudidas bruscas, pueden implicar la ruptura de adherencias y el derramamiento de pus en el peritoneo.

Es excepcional que una mujer atacada por una afección anexial aguda se arriesgue a semejante aventura, pero no ocurre lo mismo en las formas crónicas, cuando una calma prolongada hace creer en una curación. De esas dos eventualidades el autor da ejemplos: recaldeamiento y extensión de las lesiones, estado grave, necesidad de exeresia total ulterior.

2. Las metritis con catarro purulento, hasta entonces toleradas sin repercusión anexial, dan lugar, bajo la influencia de un viaje en automóvil, a dolores vivos y a la salpingitis. Estos hechos se ven en particular en el curso de los viajes de boda. Los grandes úteros mal involucionados, post partum o post abortum, que a menudo son atacados por una endometritis crónica discreta, pueden, rápidamente, complicarse con infección de las trompas;

3. Los quistes ováricos móviles tuercen a menudo su pedúnculo;

4. Los fibromas pueden hacerse sensibles o sangrar.

"Accidentes análogos sobrevienen aún al margen de fibromas debidamente reconocidos, en las mujeres de 40 a 60 años, neuro-artríticas, sujetas a retoños congestivos en los años que preceden a la menopausia. Algunas presentan un útero grande y duro; en otras los órganos conservan apariencias normales. Bajo la influencia de fatigas, tienen reglas abundantes y de duración mayor. Ahora bien, el automóvil les proporciona todas las condiciones que pueden aumentar la congestión pelviana: la posición prolongada, la trepidación, las sacudidas. Resulta de ello una recrudescencia marcada de las hemorragias y todos los años en la época de las vacaciones, o en el momento de la vuelta, los ginecólogos ven un cierto número de esas víctimas del automóvil."

La retroversión favorece en toda edad esas menorragias congestivas, lo mismo que la anteversión exagerada o el descenso del útero. Por lo demás, los viajes en automóvil favorecen la aparición de la retroversión;

5. Un viaje en automóvil, emprendido durante la convalescencia de una operación ginecológica, puede comprometer los resultados. Puede ocurrir lo mismo después de los tratamientos radioterápicos.

6. Los abortos: "No vacilo en considerar este accidente, dice el señor Siredey, como muy frecuente, e insisto tanto mas sobre el peligro que presenta cuanto que las familias, aun las más instruídas, no parecen sospecharlo.

7. En fin, el señor Siredey, con Lejars, pregunta si no hay que incriminar a los abusos del deporte y en particular a los abusos del automóvil como una causa frecuente del aborto tubal" (*Progrés Medical*, enero 1926)

LOS ACCIDENTES DE TRAFICO DE UNA GRAN CIUDAD.— Según una estadística de la comisión principal de tráfico de la presidencia de policía de Berlín, el número de los accidentes de tráfico en los últimos tres meses de 1925, a consecuencia del aumento de la circulación, aumentó de 3034 a 3249. En esos tres meses han muerto en dichos accidentes 36 personas (contra 33 en los tres meses anteriores) y 1339 fueron lesionadas más o menos (contra 1369 en el trimestre anterior). A la cabeza de los causantes de esos accidentes están los automóviles con 718 casos. Le siguen los 5945 autos de carga con 675, los 8309 camiones con 389, las motocicletas con 281, los carros de caballos con 274 accidentes. El número menor de accidentes lo señalan los autobuses, unos 300, que no han producido en tres meses más que 81 accidentes. Los autos aumentaron, del tercer trimestre de 1925 al cuarto, de 14.283 coches a 14.970. La culpa de los choques se atribuye en 448 casos a los autos, en 258 a las motocicletas de tres ruedas, en 243 a los camiones, etc. A embriaguez se atribuyen 63 casos.

¡Más de cien accidentes de tráfico diarios en una ciudad como Berlín! Es un pequeño impuesto al orden capitalista.

---

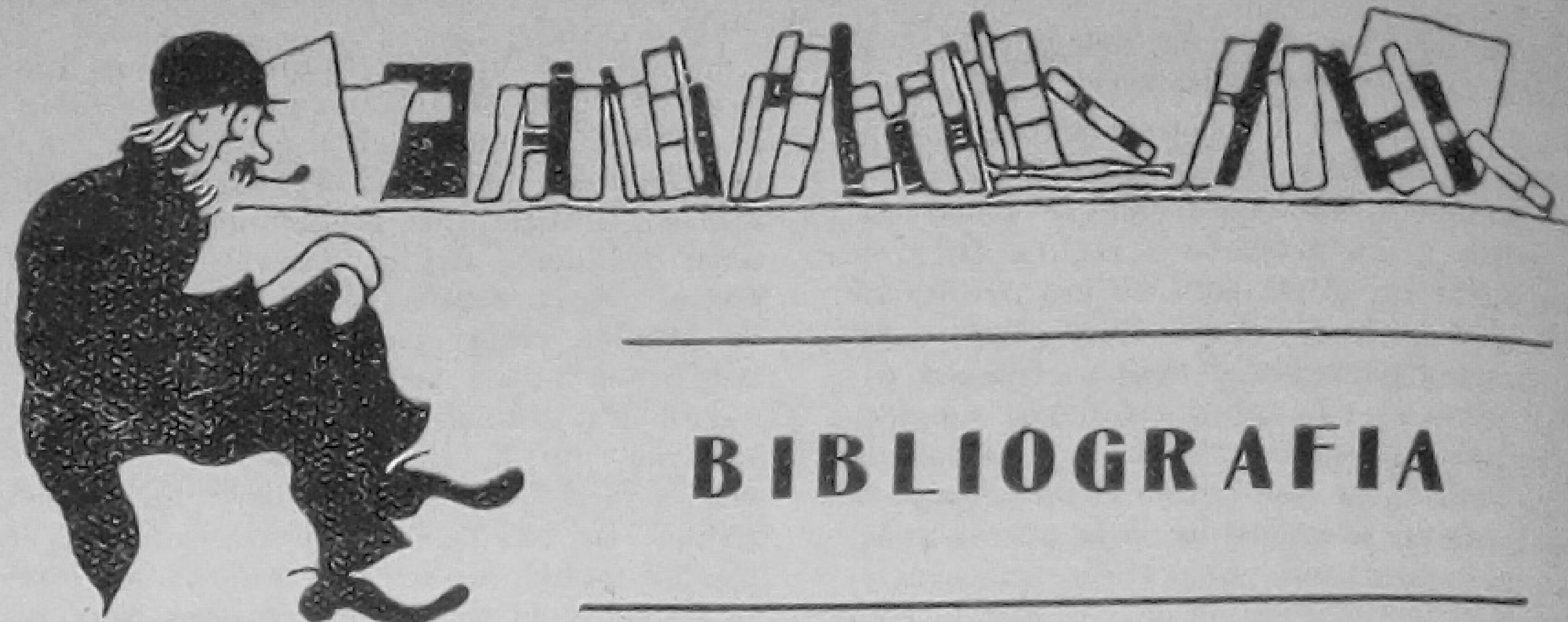
tapiumas en la mano de un artista compenetrado de los secretos de su arte.

¡Qué lejos estamos de la caligrafía anodina que campea en nuestras revistas!

El arte del grabado en madera está hecho de renunciaciones: renunciación sobre todo a lo superfluo, a lo no esencial, a la elegancia amanerada, — y ahí Vallotton es maestro. Ha sabido adoptar, con claro talento, su visión moderna de multitudes turbulentas, de sentimientos complejos y actividades febriles, de pleno aire y de ambiente caliginoso, no desprovisto de cierto sentimiento penetrante de lo grotesco, al molde austero y alegre, simple y sintético del grabado primitivo.

En el tronco del árbol secular ha hecho retoñar una rama, donde florece una nueva primavera; que tal es su obra de grabador, y ciertamente una de las pocas manifestaciones del grabado sobre madera de los tiempos actuales."





BIBLIOGRAFIA

"Los viajeros de los sitios vacíos"— Martín Andersen-Nexoe.

Son pocos los novelistas en la literatura mundial que se hayan decidido a escribir la historia epopéyica de la clase obrera, en el ininterrumpido calvario de su obsesionante miseria. Salvo papá Hugo, con "Los Miserables", que intentó petrificar en su destellante prosa, la epopeya de la pobreza, según palabras de Lucien Descaves y después Rosny *ainé*, o sea el mayor, que en su juventud se le dió por la novela social, pocos, repetimos, surgidos de las turbas de Job, pudieron escribir estos grandes frescos que se desdoblan en 1.500 páginas, y que es la novela "Pedro el Conquistador", como lo hiciera Martín Andersen-Nexoe.

De ahí la razón de esta noticia bibliográfica con el solo fin de que se conociera siquiera la existencia de semejante obra, que en breve será compilada en francés, coleccionando los folletines publicados en "L'Humanité" cuando se hallaba aún bajo la dirección de Jaurés. Se hablará primero del libro de cuentos "Los viajeros de los sitios vacíos, o sea los viajeros *sitio*", y luego se ensayaría dar una idea pálida de esa novela.

El rápido huye a través de la llanura. Todos los días los trenes rápidos parten de todos los rincones del globo hacia destinos lejanos, conduciendo a innúmeros hombres hacia los lugares más deseados por ellos. Existen, sin embargo, millares de seres que experimentan un anhelo violento de volver a un sitio donde se refugian sus más caros recuerdos, y, no obstante, se les rehusan los asientos *vacíos* de esos numerosos convoyes. Pues, por lo que se pudo notar, en ese tren rápido que rueda a la más grande velocidad hay muchos asientos vacíos.

Por violenta que sea la voluntad de partir de cualquier hombre, la sociedad le exige que pague su asiento, sino el rápido se irá sin él y con un sitio vacío más. Los proletarios que languidecen en las grandes ciudades, soñando confusamente en su tierra natal, en un país lejano y misterioso, fatigándose desde el alba hasta el crepúsculo en las gigantescas usinas de bocazas ardientes y devoradoras, apenas ganando lo imprescindible para subvenir a las necesidades más perentorias de sus familias, son los viajeros sin sitio, sin asiento. Jamás obtendrán la suma necesaria para emprender ese viaje que sería la alegría inefable, el coronamiento de una vida misérrima, y eso que cada día ponen de lado algún dinero, esperando siempre llegar al término de sus calvarios y alcanzar la soñada finalidad, pero la decepción sobreviene en el momento mismo que creían terminar la larga espera. Recomienzan otra vez, menos valerosamente que la primera, pero siempre con la misma esperanza en el fondo del corazón, hasta el día que, a través de mil sufrimientos y desilusiones, se aprestan para partir hacia el último viaje, del cual no se vuelve más y cuya meta era otra que la tan deseada.

Si en los trenes que parten llevando en su interior a muchos hombres felices, y con numerosos sitios vacíos, en la existencia cotidiana acontece generalmente lo mismo. Por todas partes y alrededor de nosotros hay milares y millares de *sitios vacíos*, y a los cuales siempre os rehusarán el acceso si no poseéis los medios con que pagarlos. Ensayad solamente de meteros en un tren sin antes muniros del correspondiente billete; os harán descender a la primera estación por haber estafado a la compañía! ¡Estafar, robar!
—Si ya no he robado — gritará el defraudador — ya que ocupé un puesto vacío, un sitio que nadie habría ocupado y que nada os hubiera reportado. —Qué quiere, mi querido estafador, no debe olvidar que los ferrocarriles no fueron construidos para los viajeros de los pueblos vacíos.

Es un resumen apresurado y aproximado de la filosofía del novelista Martín Andersen-Nexoe. Nació en uno de los barrios más pobres de Copenhague hacia el 1870. Niño aún, conoció el proletariado que describe en sus libros. Después de haber ensayado y aprendido el oficio de zapatero, hizo un poco de todo, y tuvo así mismo la ocasión de estudiar, debutando en la literatura en la verde edad de 24 años. Es solamente hacia 1910 que se le reconoce como un gran escritor: era entonces el autor de "Pedro el Conquistador".

Es una obra de grandes dimensiones, porque también trata un vasto sujeto: la historia de la clase obrera. Si en la colección de cuentos y nobelas "Los viajeros de los sitios vacíos" demuestra un pesimismo desesperante y algunas vecees un verdadero odio contra las clases poseedoras, en su anterior libro da prueba de un optimismo invencible y de una fe inquebrantable. Pedro, que se convertirá en un conquistador, viene al mundo sin qué cubrirse sus carnes frioleantas. A la muerte de su madre, emigra con su padre a la isla Bornholm, territorio danés, abandonando Suecia para siempre. La infancia de Pedro es asaz penosa; su padre es obrero agrícola en la *masia* de un rico agricultor, y sólo gana algunas coronas por año, alimentado y alojado. Ambos viven en una especie de esclavitud.

Pedro crece. Abandona a su padre para partir y caminar por la vastedad de la tierra. En la ciudad vecina, entra como aprendíz con un zapatero. Es allí donde oye hablar de los socialistas, quienes viven en la capital, — gente peligrosa que merecía ser fusilada toda, según sus palabras infantiles. Al final de su período de aprendiz es puesto a la puerta. Se dirige a Copenhague y se conduce de tal modo que le hurtan todo el poco dinero que tiene. La capital le espanta en el primer momento. Se refugia en los extremos de la ciudad y vive entre los mas pobres. Allí sus ideas van formándose poco a poco. Frecuenta los sindicatos y decide reorganizar el de zapateros.

El movimiento obrero hace su camino. A pesar que las huelgas están fuera de la ley, los patrones declaran el *lock-out* en pleno período de crisis. Los trabajadores responden con la huelga general; las defecciones son numerosas. Después de largos meses de hambre y de continuas privaciones, los obreros no pueden seguir en su resistencia, y capitulan. Pedro, sobre una acusación, desprovista de todo fundamento, es encarcelado y sólo se le liberta después de mucho tiempo.

Pedro se retira de sus camaradas al salir de la prisión y se consagra únicamente a su familia. En ciertos momentos difíciles duda de los socialistas y a veces del socialismo. Pero siempre vuelve a las ideas que le son queridas. Desgraciadamente no cree en la revolución, sino en una lenta evolución, que sólo está en la masa obrera el precipitarla. Aunque no sigamos al autor en sus conclusiones sociológicas, o algo parecido, este conquistador lo es por haber sabido vencerse a sí mismo, escudándose para servir a sus hermanos en las luchas contra sus opresores.

El último libro, "Los viajeros de los sitios vacíos", ha sido traducido al francés y, según se deduce de las críticas, achacándole su pesimismo y el odio contra los que todo lo poseen, debe señalar una evolución en sentido de profundidad. Pero no estamos juzgando a un sociólogo, sino a un novelista, que aunque de tendencias sociales, no se le puede pedir un cuerpo compacto de doctrina. Por lo que vale en su creación de individua-

...idades y de ambientes, es como hemos de tomarlo en cuenta.

Martin Andersen-Nexoe, sobre todo profundizó la psicología de los niños, y es por eso que el primer tomo de "Pedro el Conquistador" es uno de los mejores y una de las obras más notables de la literatura danesa. No se puede dar una idea, ni siquiera de una apariencia fantasmal, de una novela, que consta de 1.200 páginas. Es una verdadera epopeya de la clase proletaria. Vivió con los obreros más humildes; sufrió con ellos las privaciones y los malos tratos, nutrió las mismas esperanzas y odios; y es por eso que se convierte en una punzante y elocuente requisitoria, no sólo contra la sociedad, sino contra los hombres en general.

Esa novela apareció como folletín en el periódico socialista "L'Humanité".

Jaurés la consideraba una obra maestra, y la recomendó para el premio Nobel. Llamado que no tuvo eco y fué en vano, ya que esos señores de la Academia Sueca siempre desconfiaron de los escritores de las izquierdas y se necesitó la actitud de Anatole France durante la guerra para reconciliarlos con ellos. Andersen-Nexoe no se molesta por eso, y cuando la implantación de los Sovietse en Rusia se declaró en favor de ellos. Nunca obtendrá ese premio de una reunión de académicos, que juzgan más por las convicciones políticas del autor que por el valor intrínseco de su obra, y solamente están de acuerdo con un pacifismo bañado en agua de rosas.

De ese libro, en pocos años se hi... tiraje, en Dinamarca, de 70.000 ejemplares, para una población de 3.000.000 de habitantes.

V. V.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(Continuación)

"El terrateniente Schroder de Braunsfelde, distrito de Friedeberg, provincia de Magdeburgo, se hace enviar segadores. Unos días más tarde una de las segadoras dió a luz y precisamente en un cobertizo de abono sobre un montón de paja, por la mañana, entre 8 y 9. Después de mediodía, a las 5, la recién parida tuvo que andar un cuarto de hora hasta el patio de la finca, donde fué alojada en un chiquero desalojado, pero sin más comodidades que un montón de paja. Las ratas y otros animales compartían el chiquero."

Los cuadros de miseria que he dado de Berlín, de otras ciudades alemanas pequeñas y medianas y del campo demuestran que nuestro pueblo sufre en todas partes de la república, que sucumbe por causa de la penuria de la habitación. Un síntoma de esa enfermedad está en el manifiesto público de los primeros días de agosto de 1925, lanzado por la comisión urbana, eclesiástica y privada del socorro a la juventud de la ciudad de Pforzheim:

"800 familias de bebedores de Pforzheim, completamente arruinadas, están inscriptas en la previsión de los bebedores de la oficina de beneficencia urbana. Más de 3.000 niños de Pforzheim sucumben corporal y espiritualmente en estas familias. En 10 familias de alcohólicos se han establecido 13 abortos, 1 nacido muerto y 26 muertes prematuras de niños. Un elevado porcentaje de las prostitutas registradas por la policía a causa de su impudicia profesional, son jovencitas. El tribunal de menores debe ocuparse constantemente de numerosas muchachas, apenas salidas de la escuela. Más jóvenes aún han sido llevadas al hospital por segunda o tercera vez a causa de enfermedades sexuales. Todas las medidas educativas de la escuela, de la oficina de menores, del tribunal de menores y del tribunal tutelar, se estrellan ante la indiferencia de los padres, que en su mayoría no ofrecen un ejemplo mejor. La miseria de la habitación corrompe a menudo los niños antes de ir a la escuela."

Así se lee textualmente en el manifiesto de Pforzheim.

Según Wulffen y el juicio de otros famosos sexólogos, el instinto sexual está latente en la edad más tierna. Puede ser despertado de su latencia por descuido de los adultos, por factores que apenas observan los padres. "Una sonrisa, una mirada, un acto irreflexivo dicen al niño todo lo que debía quedarle en silencio", dice Rousseau en el *Emilio*.

Por tales causas ocasionales puede recibir el instinto sexual del niño, todavía indefinido, una dirección funesta. Con la sexualidad prematura se une luego generalmente una superexcitabilidad sexual. El instinto superexcitado experimenta un fuerte acrecentamiento y el centro sexual del cerebro reacciona a todas las excitaciones posibles, aun a las sexualmente indiferentes.

Si ese peligro existe ya para los niños normales, aumenta enormemente, es natural, en las naturalezas psicopáticas. Ferriani publica la carta de un muchacho de nueve años impulsado por el medio criminoso de su familia a una vía evolutiva anormal. Ese niño escribe a su amante entregada a sus vicios:

"Tú sabes cuánto te quiero; pero si insistes siempre en decir que no, te rompo las costillas. Entre tanto te beso."

Ustedes ven al delincuente sexual violento. En condiciones sanas, moralmente puras, podría ser prevenida tal vez la completa degeneración, ser fortificada la posibilidad de refrenamiento; pero en la estrechez del cuartel de inquilinos hay poco que esperar.

Los pedagogos sexuales dicen: la madre no debe mostrarse al niño semidesnuda. Ese aspecto lleva, lo mismo que las lecturas eróticas, al onanismo. Yo pregunto: ¿cómo puede evitarse en los estrechos cuarteles proletarios de inquilinos que los niños observen a los adultos al levantarse, al acostarse, al vestirse o desvestirse, al lavarse, etc.?

El niño proletario, dice Wulffen, cae en la onanía más fácilmente que un niño educado esmeradamente. Cuando leemos que — según una estadística de la policlínica Neisser de Breslau — de 170 estudiantes 121 son onanistas, es decir un 71 por ciento, y según una investigacinó del médico Marcusse de Munich 99 por ciento, o según el profesor Berger hasta el 100 por ciento o según Rohleder 90 por ciento — ¿cuán elevado debemos suponer el porcentaje de los niños proletarios caídos en esa enfermedad popular difundidísima y condicionada esencialmente por la miseria de la habitación, por nuestra manera antinatural de vivir?

Bloch escribe: "El egoísmo de los onanistas en el aspecto sexual aumenta el egoísmo, la frialdad de corazón, embota los finos sentimientos éticos. La lucha contra la onanía es una lucha eminentemente social por el altruísmo, despierta y fomenta la participación de la juventud en todos los problemas del bien común."

Errico Malatesta (3)



EN EL CAFÉ

La causa de las tierras mal cultivadas o incultas, de la paralización de los negocios, de la miseria general, es que nuestra burguesía no es emprendedora. Los capitalistas son miedosos e ignorantes y no quieren o no saben desarrollar las industrias, los propietarios de tierras no saben hacer más que lo que hicieron sus abuelos y por otra parte no quieren molestias, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados y el gobierno con su fiscalismo y su estúpida política aduanera, en lugar de estimular las iniciativas privadas, las obstaculiza y las sofoca en la cuna. Vea en Francia, Inglaterra, Alemania.

Jorge. —Que nuestra burguesía sea negligente e ignorante, no lo pongo en duda, pero su inferioridad explica sólo por qué es derrotada por la burguesía de los otros países en la lucha por la conquista del mercado mundial: no explica de ningún modo el por qué de la miseria del pueblo. Y la prueba evidente es que la miseria, la falta de trabajo y todo el resto de los males sociales existen en los países donde la burguesía es más activa e inteligente que en Italia: incluso esos males son generalmente más intensos en los países donde la industria está más desarrollada, salvo que los obreros hayan sabido conquistar mejores condiciones de vida con la organización, la resistencia o las sublevaciones.

El capitalismo es el mismo en todas partes. Tiene necesidad, para vivir y prosperar, de una condición permanente de semi-carestía; tiene necesidad de ella para mantener los precios y para encontrar siempre hambrientos dispuestos a trabajar en cualquier condición.

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. Si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior para el que se trabaja no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y sin embargo en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

Ambrosio. —¿Así, pues, usted cree que toda la culpa es del capitalismo?

Jorge. — Sí, o más generalmente, del hecho que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población, y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patrones.

Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la causa de la miseria es la escasez de los productos. En otro momento, puesto ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patrones no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos del trabajo.

Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y sin embargo van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos... y así por el estilo.

Ambrosio. —¿Por consiguiente son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

Jorge. —¡Oh, no! de ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.

Pero, a propósito, mañana tengo que trabajar y es ya demasiado tarde. Hasta otra vez.

IV

César. —Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón... y no digo que se equivoque del todo.

En el presente orden social hay ciertamente absurdos reales o aparentes. Por ejemplo una cosa imposible de comprenderse es la de la aduana. Mientras que entre nosotros la gente muere de hambre o de pelagra por no tener pan bueno y abundante, el gobierno dificulta la recepción del grano de América, que tiene más de lo que es necesario y no quiere nada mejor que vendérnoslo. ¡Es como uno que, teniendo hambre, rehusara comer! Sin embargo...

Jorge. —Sí, pero el gobierno no tiene hambre; y tampoco la tienen los propietarios de granos de Italia, en interés de los cuales pone el gobierno derechos de entrada sobre el trigo. ¡Si decidiesen los que tienen hambre, usted vería si rehusarían el grano!

César. —Lo sé, y comprendo que con esos argumentos logre usted abrir camino en el pueblo, que ve las cosas en conjunto y por un solo lado. Pero a fin de no engañarse es necesario examinar todos los aspectos de la cuestión y yo me preparaba a hacerlo cuando me interrumpió.

Es verdad que los intereses de los propietarios influyen mucho en la imposición de las tarifas de entrada. Pero por otra parte, si las fronteras fuesen abiertas, los americanos que pueden producir el grano y la carne en mejores condiciones que nosotros, acabarían por abastecer completamente nuestro mercado; y entonces, ¿qué harían nuestros campesinos? Los propietarios serían arruinados, pero los trabajadores estarían peor aún. El pan podría venderse a cinco céntimos el kilo, pero si no hubiera manera de ganar esos cinco céntimos, se moriría de hambre lo mismo que antes. Por otra parte los americanos querrían que fuera pagada más cara o más barata la mercadería que envían; y si en Italia no se produjese, ¿con qué se pagaría?

Me dirá que en Italia se podrían cultivar aquellos productos para los cuales son más propicios el suelo y el clima y cambiarlos con los de otras comarcas: el vino, por ejemplo, las naranjas, las flores y ¡qué sé yo! Pero, ¿si esas cosas que nosotros podemos producir a buen precio no las quieren los otros, porque no tienen empleo para ellos o porque las hacen ellos mismos? Sin contar que para transformar el cultivo se necesitan capitales, conocimientos y sobre todo tiempo: ¿qué se come entretanto?

Jorge. —¡Perfectamente! Usted ha puesto el dedo en la llaga. El libre cambio no puede resolver la cuestión de la miseria como no puede resolverla el proteccionismo. El libre cambio favorece a los consumidores y perjudica a los productores, y viceversa, el proteccionismo favorece a los productores y perjudica a los consumidores; de modo que para los trabajadores, que son al mismo tiempo productores y consumidores, en definitiva la cosa es la misma siempre.

Wulffen observa al respecto que la debilidad de voluntad y la disminución del sentimiento ético por una parte, sensibilidad acrecentada para las excitaciones del ambiente, codicia, nerviosa por otra, abren acceso sin más al delito como hecho antisocial. La transición la constituye diversamente la propensión a la mentira, que se desarrolla en todo joven onanista, ya de su insinceridad forzada para con su ambiente.

La vida en la naturaleza es considerada como el mejor medicamento contra la onania. Casi rabiosos tragamos esa sabiduría. Pero allí se levanta el cuartel de inquilinos, tras cuyas fachadas grises y sin atractivo se anida la miseria de las masas. ¡El hogar de los niños de la gran ciudad!

Una estadística hecha en las escuelas populares de Berlín entre niños de seis y de más años, dió: setenta por ciento no tenían idea alguna de una salida de sol; 54 por ciento no conocían ninguna puesta de sol, 76 por ciento no sabían lo que eran palomas, 82 por ciento no habían oído nunca una alondra, 49 por ciento no sabían lo que era una rana, 53 por ciento no conocían ningún caracol, 87 por ciento no conocían el abedul, 59 por ciento no sabían lo que era un campo de espigas, 66 por ciento no habían visto nunca una aldea, 67 por ciento no vieron nunca una montaña, 89 por ciento no vieron nunca un río. Varios escolares pretendían haber visto un lago: cuando se examinó su noticia resultó que se referían a una pecera de la plaza del mercado. Una circular entre 120 niños de Hamburgo de 10 a 16 años no dió mejores resultados.

Los números proceden del médico doctor Ebeling y del año 1912 o menos. Hoy los paseos de los escolares han mejorado un poco las condiciones. Pero también hoy son raros los paseos de los escolares que llevan al niño proletario de la gran ciudad al campo libre. ¡Pero lo que aconseja la higiene sexual contra la degeneración del instinto sexual infantil es la vida constante en la naturaleza! El medio para ello sería el traslado de la familia proletaria del cuartel de inquilinos a la colonia prevista por la ley de 1920. ¿Es esto posible?

El profesor W. Sombart estableció (1906) que así como los obreros alemanes viven ordinariamente en cuarteles de inquilinos, los norteamericanos por lo general viven en casas de una o dos familias y sin embargo el obrero norteamericano no paga más caro ques el alemán su habitación, sino más bien menos. En cambio la vivienda del norteamericano tiene por término medio cuatro habitaciones, la del alemán sólo dos. Hemos visto que el obrero norteamericano no paga más caro que el alemán comparte su estrecha vivienda con subinquilinos extraños a la familia. El consejero de gobierno Kolb en su libro "*Als Arbeiter in Amerika*", aparecido en 1909, cuenta cuánto le ha costado en América encontrar un albergue como sub-inquilino en una vivienda obrera." Las familias obreras de Chicago no necesitan económicamente aceptar un extraño como subinquilino, y menos aún alquilar una cama, no una habitación. De esa categoría desconsoladora de los inquilinos de una cama descompositores de la vida familiar, que crecen en Alemania con el progreso de la industria, como una planta venenosa, no encontré nada allí", escribe Kolb, y concluye: "Está fuera de duda que el obrero vive en Chicago considerablemente más sano y más baratamente que, por ejemplo, en Berlín. Una gran ventaja consiste en que faltan los cuarteles de inquilinos."

Cuarteles de inquilinos tras cuyos muros viven plantitas de asfalto, florecitas descoloridas, niños pálidos, de mejillas descarnadas, cuya plaza de juegos son los patios obscuros o las callejuelas tan rumorosas y sin embargo tan tétricas, sobre los cuales está tendido en lo alto un trozo de cielo gris. Eso hace que los niños, instruídos por lo que vieron sus propios ojos en las obscuras viviendas, prueben la imitación en las escaleras interiores, en los rincones, en las buhardillas de lo que han aprendido en la insalubre comunidad de habitación y de dormitorio y que ha intranquilizado prematuramente su fantasía. Esos cuarteles de inquilinos dan los niños lascivos, para quienes los subinquilinos extraños son un continuo peligro, las muchachas de doce o trece años que saben seducir al hombre; dan los niños que se someterán complacientemente al subinquilino, al "señor amueblado", al "tío", y callan.

Y con esto entro en la parte más oscura de nuestro problema, las enfermedades sexuales de los niños.

El Dr. Erik Langer, médico superior de la sección dermatológica del hospital Rudolf Vichow de Berlín, comunica en febrero de 1925 a la asociación médica forense de Berlín que las enfermedades sexuales entre las muchachas de edad escolar se multiplican desde la terminación de la guerra:

En el departamento para niños sexualmente enfermos del Hospital de Hanover antes de la guerra eran tratados diariamente. En el hospital Rudolf Virchow año de la guerra (1918) más de 40 diariamente. En el hospital Rudolf Wirchow de Berlín, fueron tratados, en 1921, 133 niños sexualmente enfermos, pero en 1924 la cifra ascendió a 250. Es decir, un aumento de 40 por ciento o sea casi la mitad. De esos niños padecían:

	1921	1924
Gonorrea	26	67
Sospecha de gonorrea	27	101
Lues congénita	33	35
Condyloma latum	17	20
Sospecha de lues	20	27

Pero hay que tener presente que en el período siguiente ha disminuído la afluencia a los hospitales a causa del seguro familiar y de los ambulatorios.

El Dr. Martin Gumpert, en la misma sección del hospital Rudolf Virchow, elabora actualmente un vasto material que demuestra que las enfermedades sexuales de los niños en las pequeñas ciudades y en el campo no son más raras que en las grandes ciudades. Una parte de los casos tratados en el hospital Virchow han sido traídos del campo. En la Deutschen Medizinische Wochenschrift informa Schoenfeld sobre la difusión de la gonorrea y del lues entre los niños de Pomerania.

Esas enfermedades adquieren proporciones aterradoras cuando son introducidas en establecimientos cerrados, hospicios, colonias de vacaciones, casas de educación. El doctor Langer comunica que en un hospicio renano 33 por ciento de los niños se volvieron sifilíticos. En Hanover fueron atacadas 15 muchachas por una infección en el hospital. En la sección de bronquitis del hospital Eppendorf se comprobó en 20, de entre 28 muchachas, gonorrea. De cuarenta muchachas enviadas en 1909 de Stuttgart a Soobald, volvieron 15 con gonorrea. Esta infección partió de una niña de ocho años que, según se comprobó, había padecido de gonorrea antes de ir a la escuela.

La higiene social exige, en consideración a tales casos, una profilaxia radical. Es necesario que colaboren estrechamente comisiones especiales dermatológicas y escuelas, padres, instituciones de beneficencia. La investigación sistemática por médicos specialistas, especialmente de los niños recién entrados en la escuela antes de su envío a las colonias de vacaciones, de la recepción en los establecimientos, en los jardines infantiles, en la escuela de juego, es necesaria. Los niños enfermos deben ser separados de inmediato de la comunidad con otros y sometidos a un tratamiento especial. Eso no debe depender de la iniciativa de determinadas autoridades, sociedades, médicos escolares, maestras, etc., sino que exige más bien una acción sistemáticamente conducida contra las enfermedades sexuales con médicos entendidos, con enfermeras, etcétera.

(Concluirá)

Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.

Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patrones, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener las materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

César. —Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

Jorge. —Serán sueños ahora: pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

César. —Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patrones, nadarán en la opulencia...

Jorge. —No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos, será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos toca mantener a los ociosos en el confort — aunque esto nos causa muy poco placer — como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

César. —Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar los obreros mientras trabajan, es decir, capital; y eso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto, o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desórden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

Jorge. —Ese es otro error, u otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital.

El capital puede faltar a ésta o aquélla empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran cantidad de capital inactivo, lo mismo que hay una gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se herrumbran, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas casas están deshabitadas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero en suma, esos obreros deben comer aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan con vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por lo tanto no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan; y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también — si fuese verdaderamente necesario — el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruída más bella que antes y en la comarca no quedan rastros del desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se habís dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna "casa obrera".

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y... los carabineros.

Ambrosio. —Pero diga un poco: usted habla de capital, de trabajo, de producción, de consumo, etc.; pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el modo mejor de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía que todos estuvieran bien; pero si para alcanzar esa utopía hubiera que renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero mil veces que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

Y además, piense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un *más allá* — no digo dios, paraíso, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello, — debe haber un *más allá* que explique *todo* y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede, y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese pues de una vez de sobornar las masas, cese de suscitar quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quieren ustedes, oh bárbaros modernos, destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es gloria de nuestros padres y nuestra? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar lo que es posible los sufrimientos de los míseros, dígales que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse. Que, por otra parte, cada cual lleve su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

Jorge. —Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los "grandes principios" y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.

¡Cómo se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los míseros... para quienes viven sobre sus hombros.

Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos trascendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieron siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia hay quien lo ha deducido) el derecho a la justicia y a la igualdad. Si dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos. Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros; y los ricos, los dominadores, serían los Caínes malditos por el padre.

Pero dejemos eso.

Ambrosio. —Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!

AÑO V — BUENOS AIRES, 22 DE MARZO DE 1926 — N.o 217

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO — 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Las guerras y los trabajadores

Entre los que quisieran sinceramente terminar con las guerras se ha dicho y repetido hasta el cansancio que solamente los trabajadores podrían y deberían acabar con ellas, porque es al proletariado en general que le afectan directamente. Las víctimas inmoladas por el Moloch capitalista, en la protección de sus particulares intereses, son tomadas en infinita proporción entre las clases menesterosas.

No ha habido artista, pensador, filósofo que no haya denostado, maldecido la locura guerrera. Recordad a Voltaire y a todos los enciclopedistas; mucho más cerca, recordad a Eugenio Carrière, el pintor de las maternidades proletarias y de los barrios obreros, en su famosa contestación del *Worwaerts*, el diario de la scialdemocracia alemana en la encuesta sobre las matanzas colectivas. El artista decía: *En todas las casas debería inscribirse: no peguéis, no maltratéis a los niños; porque la violencia individual engendra la violencia colectiva*; etc. ¿Y el patriarca Ruskin, en sus cartas dirigidas a los trabajadores de Gran Bretaña, en el 1871? He aquí con qué palabras, con qué apóstrofes candentes los emplazaba: "En estos tiempos no existe crimen físico ni moral que se halle más lejos de todo perdón — sin nigún paralelo de culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra o practicar la invención de sustancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les alcanzas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques, ¿qué merced, qué perdón hay para tí?"

Estos apóstrofes de grave dramaticidad deberían repetirse continuamente como estribillos; las crudas verdades sobre la envilecedora fagina del cuartel y del militarismo, que con ella quieren convertir a los hombres en brutos con hocicos y garras, habría que servirlas en todos los condimentos, hacerlas rebrillar en sus mil matices a fin de que los trabajadores se las estereotipasen en la conciencia, negándose rotundamente a ser víctimas o verdugos. Hay que predicar el odio santo a la guerra y también a la idea de autoridad, los dos prejuicios más intoxicadores de la mentalidad humana. No necesitamos desperdigarnos, dispersarnos en la prédica de múltiples puntos de vista. Quien mucho abarca poco aprieta. Nos son suficientes dos o tres ideas básicas, y hundir en esos dos o tres surcos la reja del arado hasta cavar profundamente en las mentes y en las conciencias y en la sensibilidad de los individuos.

Una de ellas, la principal, es la que ya fué entrevista por Ruskin, y la que por no haber sido realizada en la medida necesaria, hizo acaecedera la gran guerra. Hay, pues, que desarmar las conciencias. Y para ello debemos dar la voz de orden a los trabajadores a fin de que se rechacen, no interviniendo, no inmiscuyéndose en cualquiera industria guerrera. Ya sabemos: es fácil decirlo, aconsejarlo; pero para hacerlo, llevarlo a la práctica ya es imprescindible tener una resistencia heroica, que no todos los parias poseen desgraciadamente.

No importa. Lo mismo debemos arreciar. Se empieza siempre por las palabras, y luego ellas irán madurando los hechos. Inculquemos el asco, el aborrecimiento a la violencia, a la organizada sobre todo, como la más baja cobardía que puede cometer un ser humano, y después los resultados morales irán asomando.

Si en todos esos arsenales y astilleros donde se construyen armas y naves de guerra se pudiese proclamar la deserción de los operarios, no sería el fin de las guerras, pero sí se daría un paso gigantesco hacia la terminación de ellas. Habría represalías por parte del Estado y de los capitalistas, lo natural de esperarse; caerían también muchas víctimas, quedando, en cambio, un precedente aleccionador, una prueba elocuente de la conciencia de los trabajadores. Y el ejemplo no tardaría en cundir.

Apresurémonos a declarar, por otra parte, que los únicos con ideas sociales que ansían con todas las energías de sus pobres humanidades la desaparición total de la guerra, arrancándola de cuajo, somos nosotros los anarquistas. Somos nosotros, que no tenemos ningún interés creado para regarlo y cultivarlo con la sangre ajena. Los políticos, mancomunados, desde los conservadores de cuantos países existen en el orbe hasta los socialistas de cualquier laya y pelaje, y los comunistas, todos esquivan y aplazan la cuestión. Y nosotros somos pocos. Y de estos pocos hacen número los que descuidan las ideas básicas, generales, por sus ideucas personales.

Lo inevitable de siempre. A ello debe imputarse un poco la lentitud del progreso del odio contra la guerra. ¿Que somos escasos y que no estamos todos los que somos? Tampoco esto importa. Son crisis pasajeras a las que hemos de sobreponernos.

Por lo pronto nos toca desempeñar el rol del espectador pasivo ante los innumerables síntomas preanunciadores de nuevas contiendas sangrientas entre los pueblos. Aquí, por ejemplo, hubo una riña entre los ministros del Estado por el famoso gasto autorizado en ley secreta por el Congreso para la modernización de los armamentos del ejército. Se pelean seguramente para saber quien escamoteará una mayor cantidad de dinero de esa suma astronómica. No llevan, por cierto, estos ladronzuelos de millones, ningún fin bélico, sino el de redondear sus respectivas fortunas.

Hay, sin embargo, otra noticia que nos inquieta más. La industria de Eibar se halla atravesando una crisis. Entonces, los armeros de todas clases acordaron constituir un sindicato de la industria armera, para tratar de conseguir se le permita la fabricación de armas de guerra.

Es nada más que una gota de agua en este mar de la fabricación de armamentos. No obstante, nos hace vislumbrar el estado de la conciencia contemporánea. Suponemos que, entre los patrones, quienes gestionan el asunto de la confección de los chismes bélicos, habrá también numerosos trabajadores.

La gente que sabe instruirse no toma al azar sus materiales, sino que los selecciona. — Mme. De Lambert.

Un buen libro, un buen discurso, pueden hacer mucho bien; pero un buen ejemplo es lo que habla con más elocuencia al corazón. — Confucio.



El terror de la Liga de las Naciones

EXCESOS DE CELO ENFADOSOS

Las religiones oficiales, así como las no oficiales, se apoltronaron dentro del geroglífico de sus dogmas: imagen exacta de la serpiente mordiéndose la cola. Esto ha sido su mejor fuerza, y ahora está siendo su más claudicante debilidad. El estancamiento absoluto había de traer inevitablemente la podredumbre interior. Los engañosos signos de vida que ostenta orgullosamente en los modernos tiempos post-bélicos, son únicamente los últimos impulsos de un cuerpo paralítico. Podrá vivir indefinidamente para las funciones animales. Y nada más.

Por eso no caben las figuras sinceras, los verdaderos creyentes, rarísimos de hallar; quienes, por una disposición especial de su mecanismo interno, podrán representar el simulacro de anacronismo viviente, en pugna con las verdades científicas de la hora; pero siempre poseerán el mérito de engañarse en pleno candor y sinceridad. Por ende, son seres respetables. Estos ya rebasan del límite estrecho y retorcido del dogma, y se verán aislados como personajes raros, propicios pensionistas de cualquier Opendoor, o manicomio.

Los pregonadores de los milagros celestiales son quienes creen menos en ellos, y precisamente cuando se aparecen en forma de espíritus selectos, inquietos de nuevas verdades, revestidos de carne y músculos a la par de cualquier simple mortal. Los que se dicen descendientes de los mitológicos e hipotéticos doce apóstoles, constituyen los peores y más mortales enemigos de los apostolados, cuando éstos son capaces de escalar el verdadero heroísmo silencioso, en el sacrificio de ellos mismos.

Van Gogh, el pintor enamorado de la dorada luz de Provenza, estuvo un tiempo en Bélgica, en la época en que estallara una epidemia de tifus. Sus sentimientos nazarenos, de un altruismo pocas veces superado, le improvisaron enfermero. Y fué tanta la diligencia que desplegó en atender y cuidar a los enfermos, que un inspector del *Comité de Evangelización* constató "su enfadoso exceso de celo". Poco después se hizo misionero entre los mineros, quienes le tomaron un gran cariño y afición, y otra vez sus desbordes de misticismo, o más exacto, de bondad, provocaron las amonestaciones del obispado holandés haciéndole desistir de su empeño. Tuvo que renunciar a la carrera religiosa. En suma, la iglesia no quiere que se la perturbe sus digestiones.

Del mismo país de nacimiento de este artista nos llega una noticia casi parecida. No se constata el enfadoso exceso de celo y sí la independencia mental, nociva y perjudicial a la virgínea integridad del dogma. Y todavía se trata de un pastor reformista.

Parece que el síndico general de las Iglesias Reformadas de Holanda suspendió por un trimestre al *reverendo* W. E. Geelkerken, quien, en unos sermones pronunciados recientemente, puso en duda la leyenda de Eva y de la serpiente; además, este pastor se negó a firmar un pacto comprometiéndose a interpretar *ad pedem literam* — al pié de la letra — los Evangelios y todo lo que dice el Génesis.

El mayor y el pecado capital para la "Santa M[illegible] es el pecado de lo c[illegible] per[illegible]entado, sino el que [illegible] refiere al espíritu.

Se ha dicho que si Cristo hubiese existido y se le hubiese ocurrido la humorada de resucitar verdaderamente, el clero y todo el mundo le volvería a crucificar.

¿Pero es que diariamente no crucifican o ayudan a crucificar todos ellos a los pobres cristos que surgen del pueblo en un incontenido afán de rebeldía?

LA JUSTICIA DEL RATON

¿Dónde se hallan radicados la mayoría de los intereses capitalistas norteamericanos, representados por poderosas empresas de minas, de ferrocarriles, de la aduana y del monopolio de las comunicaciones cablegráficas, del correo, del tabaco, los alcoholes, la luz, las aguas corrientes, etc.? ¿En Chile o en Perú?

No negamos la razón ni la justicia platónica al país que la posee por derecho propio. Tampoco simpatizamos con la fuerza bruta que es Chile contra el derecho reivindicativo e inerme del Perú.

Pero la buena fe no se halla en ninguna parte. No es Estados Unidos, ni los peruanos ni los chilenos quienes dan pruebas fehacientes de rectitud y honestidad. Chile — o sus autoridades — hizo todo lo que pudo para hostilizar a los nativos que debían intervenir en la votación del plebiscito; deportó a algunos, haciéndoles firmar un protocolo como que emigraban del territorio cautivo por su propia voluntad; y azuzó a la muchedumbre del lugar, instigándola a cometer actos de vandalismo contra residentes sospechosos de peruanismo. En fin, por el derecho o por la fuerza, como reza su lema, quiso que las condiciones le fueran tan favorables que el triunfo se lo aseguraba antes de votar.

Perú, por su parte, no se quedó a la zaga. Abultó los más insignificantes sucesos; hasta inventó otros y, comprobando que su rol de víctima le era más proficuo, adoptó la actitud del mártir ante el continente americano, con el expreso deseo de inspirar lástima, mezclada con un poquito de piedad. Las autoridades norteamericanas de la comisión plebiscitaria, también ellas, desempeñaron su papel en falsete. Ciertamente, los hechos daban la razón a los representantes peruanos, pero había, además, los alicientes de las promesas de Leguía, las minas en Arica y los intereses de sus compatriotas que salvaguardar, asentados en el Perú. Entonces se conciliaba el espíritu de justicia con los fines utilitarios tan caros a los yanquis.

Supongamos que, a pesar de todo, los capitales estadounidenses se hubiesen arraigado en Chile, ¿serían los miembros de la comisión plebiscitaria tan escrupulosamente justos, obedeciendo instrucciones de su gobierno?

Sin que querramos prejuzgar, nos parece que no. En las relaciones internacionales mucho menos que con las individuales, no se tienen en cuenta los escrupulillos, la hidalguía, la magnanimidad. El ejemplo se halla en Méjico. Hay, pues, una justicia particular, con pesas falsas para la nación azteca, y otra con pesas aparentemente leales para el país de los araucanos.

No habiendo buena fe en ninguna de las partes, imposible imponer el respeto con un fallo justiciero. Fuertes las autoridades chilenas de la malicia y el fraude de sus adversarios, se aprovecharán para ganarles de mano.

Por eso, al proponer tímidamente el general Lassiter una prórroga de doce días, aplazando el empadronamiento, el gobierno de Chile le replicó insolentemente con estas palabras:

"La incertidumbre que se crea con las postergaciones del acto plebiscitario, no hace sino agravar la situación internacional que el árbitro trató de resolver".

¡Esperaron durante un año, y ahora, por doce días, creen que se les desploma el mundo encima!

Lo que hay es que la justicia del ratón, el cual con la excusa de pesar el queso se lo iba comiendo a dentelladas, está en decadencia. Poca gente la respeta, y menos las naciones, a no ser que se la impongan por la fuerza de los cañones.

D. A. DE SANTILLAN

LA CRISIS DE LA DESOCUPACION

La crisis de la desocupación, que ha sido siempre un fenómeno crónico del régimen capitalista, alcanzó después de la guerra proporciones desorbitadas en los países más industriales del mundo. Pero los millones de desocupados en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, etc., ya no siembran el pánico en las esferas del privilegio, al contrario, ofrecen un soberbio ejército industrial de reserva que permite a los capitalistas maniobrar a su antojo y dictar imperativamente a los trabajadores, las condiciones de trabajo. Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual hubiera sido un factor revolucionario; hoy, gracias a Dios, el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. Esa desocupación favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes poco más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormemente grandes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y de paciencia; pero todo eso tiene un defecto capital: quiere hallar la solución dentro del sistema capitalista y forzosamente pone una cataplasma a un mal y fomenta otro peor. El capitalismo tiene ya una potencia tal que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista. Y así se va de contradicción en contradicción y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió vida.

Quien sabe si al fin y al cabo, Marx haya tenido algo de razón al establecer el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él, la acumulación del capital, sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fué el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado ni se mostró más sumiso en espera del maná bíblico que en esta hora.

Son, precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista, los que consideran como la misión capital de su existencia el descubrimiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria presentes. Y por desgracia no pueden hoy recurrir al recurso de otros tiempos, cuando se salían por la tangente y explicaban la infecundidad de sus panaceas por las intemperancias y locuras de los anarquistas. Los anarquistas se han vuelto gentes bien educadas y reservan, parece, sus energías para la hora decisiva, desdeñosos de gastarse en animar con su fé y su pasión las luchas proletarias de todos los días. Este es, también, un síntoma de la hora.

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la campaña de la jornada de seis horas, teníamos presente el malestar insoportable de la post-guerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio pasajero a la situación del proletariado; una reducción de la jornada, hubiera significado automáticamente, por algún tiempo, el trabajo para todos, disminuyendo así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, y sin embargo, cada día tenemos conflictos y realidades más tristes y cada día se reduce más la energía combativa de los trabajadores. El hambre, o mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos, la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados, pero en esos países el grueso del ejército proletario está dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo, de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista es la concurrencia de los continentes, Europa contra América, por ejemplo. Se quisiera dar vida a una Confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados rivales de Europa y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de Africa y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o se inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados como un todo, y defenderse rabiosamente contra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

Sobre la crisis de la desocupación, no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

1.—*La jornada de seis horas*, silenciada generalmente como una utopía inocente, incluso por la mayoría de la prensa anarquista;

2.—La tesis de los capitalistas europeos, según la cual, para concurrir con los Estados Unidos, no hay más que una salida: *reducir el costo de la producción*. Por reducción del costo de la producción se entiende disminución de los salarios y aumento de la jornada de trabajo. Esta tesis es tan convincente que los sindicatos reformistas alemanes dieron su consentimiento a la implantación de esa táctica por los grandes industriales de Alemania.

3.—La tesis del *aumento de la capacidad de compra de los trabajadores*, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor y se produce el fenómeno de una crisis en que los depósitos están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifiestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aún el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran porque no encuentran consumidores, mercados para sus productos, y los consumidores mueren de hambre y tiritan de frío porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy, es un elemento integrante de todo el sistema capitalista, desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabajan menos horas y sin embargo pueden concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados Unidos, James J. Davis, en un artículo de la *Montly Labor Review* (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: "*Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios*". Y la perspicacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo por una parte y por otra ponen sus fondos a disposición de los industriales que pueden proseguir así cómodamente sus negocios! ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaran a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial para levantar un poco las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, los socialistas se inclinan a favor de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

Es siempre aburridor — para el lector al menos — el abrumar con las propias cuestiones personales, y yo le he presentado ya tantas que habré podido hacerle creer que soy el ser más agrio del mundo.

Se me dirá que no se conoce uno nunca bastante a sí mismo. Sin embargo yo no creo ser agrio. Mis disidencias con los camaradas fueron producidas siempre por razones de propaganda que no tuvieron — por mi parte — nada de personal y en las que creo estar en lo justo.

"En una disputa nadie cree estar en el error", se me retrucará. ¡Evidentemente! Por lo tanto, habiendo emprendido el relato de un rincón de propaganda, creo deber dar todos los hechos. Que el público juzgue.

Por diferentes razones, nuestro regreso a Francia — de mi mujer y mío — fué retardado en diferentes circunstancias; fué epistolarmente cómo comencé a convenirme con Pierrot y Guerin respecto del periódico a aparecer.

Estos se habían adherido a lo que yo les había propuesto, habiéndoles advertido que no podría ya, como en el pasado, dar todo mi tiempo al periódico. La parte administrativa debía ser tomada por otro camarada. Yo me reservaría la parte de la redacción. Se había convenido aproximadamente que sería Guerin el que se encargaría de la administración.

Por otra parte tengo la convicción absoluta que un periódico no es verdaderamente bien hecho más que si el que hace la cocina tiene la mano libre para eso.

"A condición de que sea capaz", claro está.

Si los artículos deben ser discutidos en comité, si cada cual debe hacer sus objeciones, hacer prevalecer su idea, se llega a la mediocridad para contentar a todo el mundo.

Que, para obviar los inconvenientes que presenta el abandono a uno solo, indudablemente, exista un pequeño grupo de individuos que tengan poder para intervenir cuando el secretario de redacción se extravíe, nada mejor. Pero incluso ese grupo director no debe estar compuesto de más de cinco o seis individuos, y esos individuos deben estar unidos para saber concertarse sin que intervengan decisiones de mayoría.

Es lo que creí haber hecho comprender a Pierrot y a Guerin. Pierrot me hizo observar que si el periódico permanecía una propiedad particular, podía ocurrir, dada mi edad sobre todo, que, como todo el mundo, rompiese mi pipa y que eso ocasionaría inconvenientes, no pudiendo prever lo que sería del periódico en ese caso.

Fué esa objeción la que me hizo insertar en el programa que les envié, la existencia de un grupo director, explicando a Pierrot que se me había reprochado bastante en otros tiempos que los *Temps Nouveaux* era yo y que no desearía nada mejor que ponerlo en manos de un grupo. Les expliqué las razones por las cuales ese grupo debía ser poco numeroso, rogándoles a él y a Guerin que no comunicaran el asunto a nadie antes de habernos visto y entendido sobre la elección de aquellos a quien nos dirigiríamos.

Había que evitar la lesión de los amores propios y no solicitar gentes que por una razón o por otra podríamos luego dejar a un lado. Hay muy buenos camaradas, estimables desde todos los puntos de vista, pero que no siempre son apropiados para ciertas labores.

Todo eso era claro. Y más tarde, cuando vi que Guerin y Pierrot habían decidido no esperar mi regreso, haciendo aparecer el periódico y llamando a toda suerte de gentes para la redacción, les escribí que eso no era lo que habíamos convenido. Pierrot, en la respuesta a mi carta, me escribía: "No hay nada demolido, nada destruído. Está claro, por otra parte, que se esperará su regreso para entenderse sobre todas las cosas. Pero yo creí bueno, y Guerin también, reunir algunos camaradas para recaldear el celo desfalleciente de los amigos. Ya en la segunda reunión, aparte de Guerin y de mí, no había más que Cornelissen y P."

Esta carta está fechada el 16 de febrero de 1919.

Envié a Pierrot y a Guerin el programa siguiente:

Programa para la reaparición de *Temps Nouveaux*.

1. Encontrar 5 ó 6 camaradas capaces de resistir las influencias de capilla, que sepan también juzgar las cosas y las gentes para asegurar un aspecto claro y lógico al periódico, que sepan imponerse a las ingerencias indeseables y apartar toda desviación.

2. El grupo deberá componerse de camaradas que se conozcan, que tengan un fondo común de ideas que les permita entenderse después de la discusión sin tener que repartirse en mayoría y minoría.

3. Ese grupo organizará la redacción y administración, decidirá sobre el modo de publicación y apelará al concurso de todos los que aprueben este programa, que les será sometido.

No es preciso decir que, aparte de la redacción, la colaboración en el periódico estará abierta a todas las buenas voluntades que valgan para ser utilizadas.

4. Un fondo de 5.000 francos será reunido antes de lanzar el primer número.

5. Ese fondo será constituído por suscriciones, producto de reuniones, conferencias, etc. — lo que implica la organización de grupos activos — los camaradas harán, pues, bien, desde el momento, encarando ese aspecto de la propaganda. Es la falta de organización y de cohesión lo que nos ha hecho impotentes ante los acontecimientos y fué causa del confusionismo en que están en tren de suicidarse los anarquistas.

Un medio para cooperar a formar ese fondo sería el ayudarnos a liquidar las existencias de folletos, volúmenes y libros que nos quedan de la antigua administración. El 50 por ciento de esa venta se destinaría a liquidar las deudas de dicha administración, el otro 50 por ciento sería vertido en el fondo de caja y para suplir los gastos de propaganda y de organización.

6. Creación de un grupo de suscritores permanentes que se comprometan a donaciones regulares.

7. En todas partes donde tengamos camaradas que, con nosotros, piensan necesaria la reaparición de *Temps Nouveaux* que nos hagan saber desde el momento el número de ejemplares cuya venta pueden asegurar, y la cifra de suscriciones que puedan reunir. Eso nos ayudaría grandemente a calcular las probabilidades de éxito que podemos tener. El pago de las suscriciones y donaciones no se pedirá más que al aparecer el periódico.

8. Cuando los fondos lo permitan, será bueno organizar, por medio de viajes circulares, visitas a los camaradas de provincia — y del extranjero si es posible — por medio de camaradas que, sin ser necesariamente oradores, sepan exponer nuestros fines, y organizar en todas partes donde sea posible, grupos de propaganda.

(Esos viajes, si se pudiesen repetir, serían una fuerza para el periódico, pero también para la propaganda en general).

9. Si llegamos alguna vez a tener con nosotros camaradas que puedan ser otra cosa que molinos de palabras, podríamos organizar jiras de conferencias, y aprovechar el pasaje de los conferencistas para organizar en las localidades en que se detengan, y en las localidades vecinas, grupos que se encargarían de enviar al periódico todo lo que podría ser útil. Pero no tendría que ser esa la única misión. Hasta aquí se habló demasiado de iniciativa, de asociación, sin practicarla nunca. Sería bueno que los camaradas se asociaren en vista de poner en pié algunas obras de propaganda.

Si quiere persistir, un grupo debe tener algún propósito de propaganda que realizar. Son los grupos ya existentes los que en el momento de la revolución, asegurarán su triunfo, siendo capaces de sustituir a las organizaciones capitalistas que se trata de destruir, de organizar la sociedad nueva.

Estas formas de agrupación no faltan si se encuentran individuos para darles vida: Defensa social, resistencia a los abusos, ligas de consumidores, grupos de cambio o de producción, basados, o acercándose lo más posible, en la forma comunista a que aspiramos, etc.

Este programa, aparte de Pierrot y de Guerin, lo comuniqué a aquellos camaradas con quienes estaba en relaciones y a quienes suponía que nos podían ayudar.

Nadie hizo objeciones. Ni Pierrot ni Guerin.

Como la realización de ese programa habría exigido algún tiempo antes de estar dispuestos a aparecer, sugerí a Pierrot y a Guerin que podríamos, mientras tanto, continuar el Boletín cuya iniciativa había tomado Guerin — había agregado un párrafo en ese sentido — con la libertad de ampliarlo a medida de las posibilidades. Así se podía preparar la aparición del periódico.

Ese programa debía ser publicado en uno de los próximos números del Boletín; ellos publicaron la primera parte, pero no el fin. Además fueron hechas algunas correcciones. Sin gran importancia por lo demás. Yo sabía que Pierrot tenía la manía de las correcciones. En cuanto a lo que no publicaron, apareció en el número siguiente: yo encaré por lo demás una campaña de manifiestos y exposiciones, antes de conseguir algo serio.

Pero, siguiendo el Boletín, una corta nota anunciaba que *Temps Nouveaux* reaparecería en forma de revista.

Comprendí que se desviaban demasiado del programa convenido y publicado, decidiendo una cosa importante sin consultarme, en una reunión donde todo el mundo había sido invitado. La línea de conducta de un periódico de propaganda no debe ser subordinada a un voto de una reunión pública.

¿A qué quedaba reducido el compromiso de no aparecer antes de haber creado un fondo de caja, encontrado bastantes abonados y haber organizado la venta que nos permitiera tener bastante resistencia para superar las primeras dificultades?

Mis buenos hombres obraban demasiado ligeramente con los compromisos libremente aceptados.

Además, si soy de opinión que un periódico debe estar abierto a todas las buenas voluntades, que debe insertarse en él todo lo que vale la pena, aunque a veces sus puntos de vista sean diferentes de los vuestros, el redactor responsable debe ser elegido con discernimiento.

No he conservado copia de toda la correspondencia cambiada con Guerin y Pierrot. Sería por lo demás incurrir en excesivas repeticiones el reproducirla. Pero he conservado la carta siguiente, que resume aproximadamente todas mis objeciones y da una idea de las suyas.

"Weston-super-Mare, 8|5.-1919.

Mi querido Pierrot,

"No hemos, Guerin y yo, cambiado de opinión, es la situación la que nos ha llevado a la aparición", — dice Vd.

Invocar el cambio de situación o de circunstancias para justificar un cambio de actitud, es, a falta de algo mejor, la razón más plausible. Pero el cambio de circunstancias, ¿justifica el cambio de actitud? Las circunstancias, ¿han cambiado realmente?

Cuando hemos encarado la posibilidad de reanudar la publicación del periódico, la situación era ésta: es preciso dinero no lo tenemos. Además, la experiencia de treinta años nos ha demostrado que un periódico que no tiene un fondo de reserva no tiene más que una existencia precaria, que la necesidad de luchar cotidianamente con dificultades pecuniarias le crea una situación inferior, forzando a los que o al que se ocupa de él, a concentrar todos sus esfuerzos para hallar los medios de hacerlo vivir, mientras que esos llamados a la bolsa de los lectores, cuando se repiten muy a menudo, acaban por no ser oídos.

Por tanto, era necesario ante todo hacer una campaña para:

1. Asegurarse un número respetable de promesas de suscrición.

2. Pedir donaciones para formar un fondo de reserva estimado necesario.

Yo pedía 5.000 francos; sólo para que no pareciera una gran suma y no porque yo la juzgase suficiente. Vosotros mismos la habéis hecho subir a 8.000.

Juzgaba necesario, antes de la aparición, hallar en todas partes donde fuera posible, camaradas que se encargaran de difundir nuestras publicaciones y formar, de ser posible, pequeños grupos a fin de hacer más eficaz y más duradera su acción.

No veo que ninguna de esas condiciones haya sido cumplida. El mundo tiene aspecto de marchar muy bien sin nosotros y nada hace sentir que no pueda aun continuar así algún tiempo sin apercibirse de nuestra ausencia.

Todo lo que veo de cambiado, es que os habéis vuelto por desplegar vuestras alas y mostrar vuestra fuerza. No creo que eso sea suficiente para justificar una acción precipitada que, estoy convencido, no demuestra más que nuestra debilidad.

Si el fracaso previsto no tuviera otro efecto que ser un fracaso momentáneo, diría yo, arriesguemos el paquete. Pero ese no es el caso. Una tentativa abortada en las circunstancias presentes sería funesta para todo nuevo comienzo — de nuestra parte al menos. — Yo no quiero arriesgarlo.

Dejo a vuestra conciencia el juzgar si, para satisfacer algunas impaciencias que no tienen otra justificación que sus propios deseos, es preciso arriesgar un mal paso que se puede evitar con más paciencia, y si, para no asociarme a lo que considero como una locura, debo ser puesto en la necesidad de excluirme de una obra que fué toda mi vida.

Por tanto, ¿tenéis un número de promesas de suscripción capaz de cubrir los gastos de la nueva publicación? — ¿tenéis los 5.000 francos al menos, que yo pedía?

Sí, si las circunstancias han cambiado. Si no, es sólo vuestra opinión la que ha cambiado. La mía es la misma.

Advertid que un número suficiente de abonados, al comenzar, no es una prueba segura de éxito.

(Continuará)

¿SON PRACTICOS LOS INTERNACIONALES?

Por A. Reinsdorf, nacido el 31 de enero de 1849, muerto en el cadalso el 7 de febrero de 1885 a consecuencia de la propaganda anarquista. Este artículo es tomado de la Berner Arbeiter-Zeitung, *16 de noviembre de 1876.*

No, los revolucionarios no son prácticos, pues todos los reaccionarios e imbéciles, todos los escribidores liberales y radicales de periódicos, los "también socialistas" y cazadores de puestos lo dicen — ¿y quién podría dudarlo ya?

En Suiza hay 22 cantones y en todos gobierna el "pueblo". Así se dice, pero consideremos ese "régimen popular". El pueblo, es decir el pueblo que trabaja, es explotado en todos los 22 cantones, lo mismo que en Prusia o Rusia; no tiene qué comer, habita pésimamente, muere de muerte prematura, estropeado, está mal educado, mal instruído, bebe aguardiente en lugar de vino, comete delitos forzado por la miseria y otras causas, va al presidio, etc. — lo mismo que en Prusia y en Rusia. Pero sin embargo "gobierna" el pueblo — así se dice, y sólo los internacionalistas no quieren creerlo.

En algunos cantones son los radicales los que tienen las riendas del poder, esos "amigos del pueblo", como en el cantón de Berna, por ejemplo, pero a pesar de todo el pueblo, el que trabaja, sufre, es maltratado y hasta golpeado por la policía — en el cantón de Uri (el cantón más archirreaccionario de Suiza) no se está peor, y en Prusia y Rusia se apalea tam-

---

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios; pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos.

Una cosa parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar una solución práctica inmediata a la crisis que se prolonga demasiado. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

bién al pueblo — sin embargo en el cantón de Berna gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas no quieren creerlo.

En el cantón de Zurich están los demócratas, esos "amigos del pueblo", en el poder, pero, con todo, al pueblo laborioso no le va bien y suspira sobre los malos tiempos que corren; la policía usa para domar a los contraventores una verga — pero sin embargo gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas son de otra opinión.

En el cantón de Vaud hay un gobierno radical, pero hace encarcelar a los obreros en huelga, y la policía, como signo de su dignidad, lleva un gran garrote — pero el pueblo gobierna — solo los internacionalistas dicen que no.

En el cantón de Ginebra han vuelto a ser elegidos los radicales, los mismos radicales que han empleado tan provechosamente para el pueblo los 50 millones de herencia (del duque Wilhelm von Brauschweig a la ciudad de Ginebra; Brauschweig fué expulsado en 1830) que sólo los ricos vieron algo de esa suma. Pero el pueblo muere de hambre y es agobiado por la labor, y los joyeros desocupados (obreros de la industria de las joyerías) pican piedras. Ahora bien, los radicales pertenecen al pueblo y este "gobierna" — los internacionalistas no quieren saber nada de eso.

Los internacionalistas no son prácticos. Cuando hay que elegir en alguna parte un candidato obrero, dicen: eso no engorda la hortaliza, pues "muchos perros son la muerte de las liebres", y con el tiempo se comprará guantes de piel, hablará de "evolución" y se volverá burgués — tenemos ejemplos! — o, si permanece rojo, no será reelegido — podemos obsequiar con ejemplos — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Si hay que hacer una ley obrera, dicen los internacionalistas: eso no tiene importancia, tendrían que ser hechas centenares de leyes obreras para obtener algún provecho, y luego importa su manejo y su ejecución — pues tenemos ejemplos — además que la deliberación de una ley obrera dura ordinariamente tres años — y luego es chapuceada — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Cuando son asesinados obreros en el túnel de San Gotardo, a pesar de la república y de la dominación popular, a pesar de la democracia y del radicalismo, a pesar de la Asociación obrera y de la sociedad de Grütli, dicen los internacionalistas: "Hasta que no se modifiquen las condiciones sociales, será siempre así" — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Y cuando los gobiernos de Ginebra y de Berna expulsan a los curas ultramontanos y en cambio traen otros curas que no se distinguen de aquellos más que en el hecho de ser doblemente caros, dicen los internacionalistas: "Un cura es un cura, el clericalismo es absurdo, sea ultramontano o "católico viejo" y tal lucha contra los curas es malabarismo radical — pero los internacionalistas no son prácticos.

Sí, los internacionalistas debían tomar parte también en todo ese malabarismo — entonces serían "prácticos" — así sostienen los imbéciles, los escribidores liberales de periódicos, los "también socialistas" y los burgueses.

Pero los internacionalistas quieren la abolición del engendro económico existente, la instauración de la igualdad económica, la comunidad de los medios y del producto del trabajo, la abolición de la explotación privada, de la explotación del hombre por el hombre. Entonces el pueblo laborioso de Suiza no morirá de hambre, ni sufrirá bajo una labor agobiadora, ni será estropeado y mal educado, no beberá un mal aguardiente en lugar de vino, no será apaleado ya por la policía. Pero entonces habrá pasado también la dominación de los liberales y de los radicales, de los imbéciles y de los burgueses, etc. — y eso es ser prácticos.

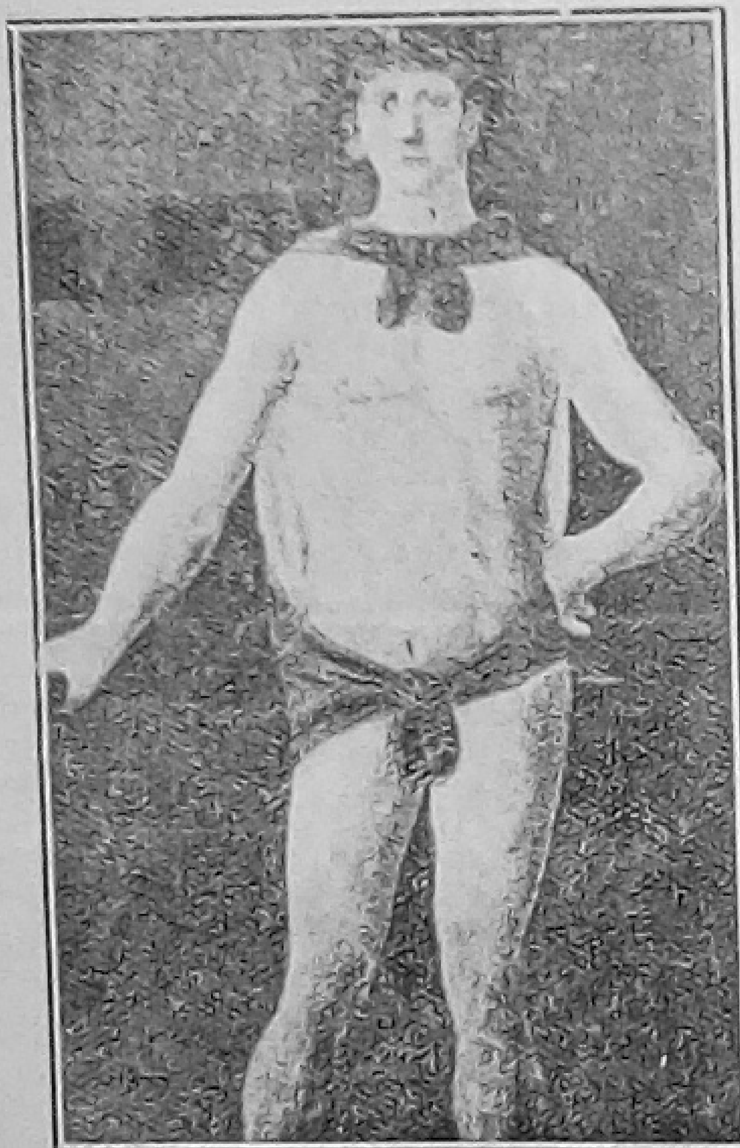
Sí, porque los internacionalistas son tan prácticos, por eso gritan los escribidores de periódicos reaccionarios: "Los internacionalistas no son prácticos", aunque saben que tal vez no pase mucho tiempo sin que el practicismo de los internacionalistas les haga poner los pelos de punta.

AUGUST REINSDORF

Pier della Francesca

No se comprende bien cómo en la hora actual el nombre de Pier della Francesca no es tan célebre, ni su obra alabada como lo puede ser el nombre y la obra de cualquier pintor de su misma época, por ejemplo: Fran Angélico, un poco mayor que él, Botticelli o Gozzoli, sus iguales en los veinte años. Se trata de Piero quizás como uno de los más grandes pintores de Italia. Su personalidad posee un poderoso carácter. Está compuesta de contrastes: por una parte una indecible dulzura de coloración y de modelado, por la otra un sentimiento naturalmente noble y de grandeza estática.

Las obras de este pintor no son muy numerosas. A excepción de dos cuadros conservados en la Galería de Londres, todos los demás han quedado en Italia. Y asimismo, el viajero que visita Italia no conocerá a Piero sino por el doble retrato del duque de Urbino y de su mujer, vistos uno y otra de perfil y que son los más puros tesoros de la Galería de los Oficios de Florencia. Para conocer bien a este artista y para experimentar una de las más fuertes emociones que puede darnos la pintura, es necesario detenerse en Arez-



P. DELLA FRANCESCA — *"Hércules"* (Afresco)

zo, ciudad importante de la Umbria septentrional. Allí se busca lo más valioso de su labor, que es un conjunto de afrescos relatando historias sagradas. En la península itálica, además de dos telas, una en el Museo de Brera de Milán y la otra en la Academia de Venecia, sus otras obras quedaron todas en su villa natal y en la región donde transcurrió toda su vida.

—

Umbria del norte dió nacimiento a tres grandes artistas que, sin asemejarse, ofrecen, sin embargo, rasgos comunes: Piero della Francesca, Melozzo de Forli y Lucas Signorelli; los tres nacen entre 1420 y 1440, añadiendo a la gracia tierna de los cuatrocentistas, quienes por la misma época trabajaban en Florencia, en Perusa y en Siena, un elemento de pasión patética que, caracterizándoles, los aislaba. Los guerreros y las extrañas princesas tranquilas que Piero pintaba en Arezzo, los condenados, ya miguelangelescos, que pintaba Signorelli en Orvieto y los grandes ángeles líricos que Melozzo pintaba en Loreto, nos llevan muy lejos de las figuras adorablemente perfectas que se pintaban en Toscana y en Umbria. Estos tres misteriosos artistas son retoños de un país montañoso, de austeridad y de soledad. Poco tienen que ver con el arte deliciosamente civilizado, aquel que se aplicaba a las descripciones familiares de un Benozzo Gozzoli o de un Ghirlandajo.

Visitamos antaño Borgo San Sepolcro, donde Piero nació. Pobre ciudadela campesina, huraña, situada al margen del camino, con sus grandes casas desnudas, velando e inclinadas sobre pequeños porches plantados en cada puerta, y adornadas por sus pequeñas lechuzas cautivas, de ojos de topacios claros.

—

No se sabe mucho de la vida de Piero. Fué discípulo de Domenico Veneziano, que, con Andrés del Castaño y Paolo Ucello, representan el elemento másculo, viril, atormentado, del primer renacimiento florentino. En los principios trabaja con su maestro en Perusa y en Florencia, después vino a realizar en su ciudad natal, en 1425, una de las primeras obras originales que se posea de él: una Virgen de la Misericordia, en la cual asoma ya su poderosa personalidad. En seguida va a Rímini a trabajar en el templo de los príncipes de Malatesta, y después emprende y concluye, en 1453 y 1469, los afrescos de Arezzo, su obra capital. Entre este tiempo, se cree que fué a Roma, — pues las fechas que se posee son inciertas, y en la ciudad eterna pinta para el papa Nicolás V dos afrescos en la Estancia de los Sellos. Cincuenta años después debía ser sacrificados al genio irradiante de Rafael.

Después, hasta su muerte (1492), trabajará, sea, en San Sepolcro o en las inmediaciones, ya en Urbino, donde se pueden ver pequeñas telas, infinitamente preciosas y que anuncian, por la delicadeza unida a la densidad, las obras finales: dos obras de altares tan finamente pintados como si fueran miniaturas, hallándose una en Londres y la otra en el Museo de Milán. Ciertos eruditos niegan que sean suyas, aunque sin ninguna causa fundamentada.

No es posible emprender, en pocas páginas, el estudio y la descripción de las obras de este maestro asombroso.

Está colocado en la gran línea de los compositores serenos, tranquilos, enemigos de los movimientos acentuados y que buscan en el estilo un agenciamiento de formas serias, dulces, equilibradas. Debe tener un sitio en la noble familia, en la cual figura Giotto y Masaccio, Giorgione y Rafael, Veermer y Poussin, Ingres y Chassériau, Corot y, puede ser, Puvis de Chavanne y Gauguin. Está lejos de la pléyade atormentada, tenebrosa, que guía Miguel Angel y que tiene por capitanes a Tintoretto, Rembrandt y Delacroix.



PIER DELLA FRANCESCA "Leyenda de la cruz" (Arezzo).

—

El tipo humano de Pier della Francesca es un gran cuerpo estable, casi petrificado, de las curvas lentas y que por su estatura, su construcción, sus volúmenes acusados, hace pensar en unas arquitecturas vivientes. Esos cuerpos tranquilos y fuertes son, cuando están desnudos, o revestidos de amplios mantos, macizos, y los más de pié, evocan majestuosas e inquebrantables columnas. Sus rostros son redondos y despojados de todo accidente superfluo. Toda la importancia reside en la conformación de la cabeza. Las frentes bombeadas, las mejillas levemente curvas; las bocas turgentes, los párpados convexos y la mirada fija, atenta, apoyada de modo que comba los ojos salientes que hacen pensar en las máscaras arcaicas. Se pueden aproximar curiosamente algunos rostros de Piero, con los egipcios, chinos y ciertas máscaras negras o peruanas.

—

Nadie es menos sensible a la realidad anecdótica y particularizada, como él. Los seres humanos son para él casi signos que emplea casi de una manera abstrac-

La vida universal y los artistas

La vida, tomada en su sentido universal, no es la aplicación de tal o cual teoría humana o divina, es una creación; y esto lo hubiéramos dicho de buena gana si no temiésemos dar lugar á un malentendido con esa palabra. Comparando los pueblos creadores de su propia historia a los artistas, preguntaríamos si los grandes poetas han esperado jamás que la ciencia descubriese las leyes de la creación poética para crear sus obras. ¿No han hecho Esquilo y Sófocles sus magníficas tragedias mucho antes de que Aristóteles hubiese calcado sobre sus obras mismas la primera estética? Shakespeare, ¿se ha dejado nunca inspirar por una teoría? Y Beethoven, ¿no amplió las bases del contrapunto por la creación de sus sinfonías? ¿Y qué sería de una obra de arte producida por los preceptos de la más bella estética del mundo? Una vez más: una cosa miserable. Pero los pueblos que crean su historia no son, probablemente, ni menos ricos de instintos, ni menos poderosos creadores, ni menos independientes que los señores sabios o artistas.

(Del libro en prensa: *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.* — Tercer volúmen de las Obras Completas de Miguel Bakunin. — Editorial LA PROTESTA).

ta, para elaborar combinaciones muy equilibradas de líneas y cuya contemplación poco a poco nos llena los ojos, luego el espíritu, de una serenidad poderosa, activa, noble y gravemente consciente. Ciertas figuras suyas, por ejemplo la Magdalena de Arezzo, el Hércules, exaltan sin afiebrar y nos hacen entrar en ese mundo superior del arte y del pensamiento enriquecido, y despojado de la poesía homérica, dantesca de la *La Escuela de Atenas* de Rafael.

Pero lo que le confiere a las obras de Piero della Francesca su atracción propiamente milagrosa es que en la historia de la pintura es una producción *aerolítica*, por así decirlo; es que a la ciencia profunda y adivinatoria de la línea y de la forma, se añaden los dones del colorista de una sorprendente modernidad. No es un colorista que procede por policromías, como el Veronés o Rubens, quienes buscan imponer una embriaguez parecida a la de las polifonías de una orquesta.

Fija los juegos delicados y sutiles de luz, no sobre el color, y sí sobre el matiz. No conoce la luz bruscamente contrastada que exige, para hacerla valer, la colaboración de las sombras; pero acude a la luz igual, que cae del cielo en napas puras y que vienen a acariciar suavemente, minuciosamente, formas sin aspereza alguna, las dulces e insensibles convexidades de las esferas. Bajo la luz reposada, marida el contorno y el modelado.

Puede ser que ni antes ni después nadie pintó de esa manera las cosas blancas: la lencería, las perlas, los aceros y las armaduras. Se podría llamar el blanco Piero, como se dice el verde veronés. Este blanco nunca es enteramente blanco y es susceptible de variaciones imperceptibles e infinitas. Esas armonías infinitesimales no son nunca banales ni ñoñas. Ejercen una seducción confidencial.

Para hablar de él, Bueckhardt emplea la palabra inimitable. En efecto, al artista de Arezzo, si nadie lo anunció hasta ahora, tampoco nadie pudo seguirle. Cosa curiosa, las analogías, las semejanzas que su arte esencialmente plástico, nos sugiere, no caen en los dominios de la pintura; se piensa antes que en esos afrescos y esos paneles en los que reina una



PIER DELLA FRANCESCA — "*Leyenda de la reina Saba y del rey Salomón*" (Fragmento)

paz celestial o inmaculada, en ciertos productos naturales absolutamente independientes de las manos del hombre: perlas, algas marinas verdes, rubias o azulencas, rizadas por las olas y las arenas lisas y compactas de las playas. Ese arte tan sabio, tan clarovidente, tan espiritualizado, solicita y obtiene del expectador una ingenuidad virginal.

Sin proceder como Angélico, por medios extrapictóricos, Piero della Francesca os llena de una emoción ultraterrenal, gracias al milagro puramente técnico de una materia que en sí misma encuentra su idealización.

J. L. VAUDOYER

Anatomía, teoría de los colores, ciencia perspéctica. Asimilarse esos conocimientos según las capacidades de cada uno, es lo más cuerdo. Téngase en cuenta, que Arte y Ciencia avanzan en dos líneas que no tienen punto de contacto, sino de llegada, quizás; y que asimismo el ansia de nuestro instinto anhela conocer. Este punto en común es, como en las matemáticas, un punto sobre el infinito. Esto es, las dos rectas jamás se encontrarán.

J. H. FABRE Y PASTEUR

Aquellos que en el año 1857 pudieron leer las dos memorias en los *Annales d'histoire naturelle* — la segunda serie de los *Recuerdos* — se dieron bien cuenta, que acababa de surgir un sabio excepcional. Ese naturalista, en efecto, sabía aunar a la observación — para la cual tuvo asimismo sus grandes maestros (1) — la experimentación. Solamente leyendo esos "Recuerdos de un entomólogo" se podrá asociar la experiencia realizada en el laboratorio y la llevada a cabo en plena naturaleza. Podríase seguir así sus investigaciones, con sus éxitos y fracasos, que le fueron necesarios a Fabre para arribar a esclarecer esos problemas de psicología animal que el insecto le presentaba al sabio doblado de filósofo, en una palabra, al biólogo.

De la naturaleza, donde se mueven libremente los insectos, hacía su gabinete de trabajo, un verdadero laboratorio al aire libre. Provocaba los actos esenciales de sus vidas empleando los más sutiles artificios para hacerlos repetir tantas veces como le era necesario para conocer su interior mecanismo: la caza, sus presas, su aprovisionamiento, su fecundación y etc. Nada se le escapaba del proceso de sus acciones, a veces infinitamente complejas, como la de la progenitura, cuando ha de ponerla en contacto con la fuente de la vida.

En otras ocasiones esa progenitura, al contrario de hallarse limitada por su debilidad, había sido armada para alcanzar el alimento a través de mil dificultades que muestran al experimentador toda la serie de sus maravillosos actos de una seguridad infalible: actos y metamorfosis que no son más que adaptaciones sucesivas a las diversas circunstancias.

No se sabe qué admirar mejor: si el genio del instinto que revela repentinamente el animal, o el genio del observador que se supera en su ingeniosidad, en su imaginación y en su perseverancia en el escrúpulo de sus verificaciones.

Nada tiene de asombroso que el profesor de Aviñón le inspirase a los sabios que supieron descubrirle, esa sorpresa conmovedora que se experimenta cuando se encuentra un genio. Lo que ya puede parecer más extraño, provocando un franco estupor, es la ignorancia y la indiferencia que continuaron rodeándole, en su ambiente inmediato, en el mismo liceo, donde él profesaba. Había sido elogiado con altura por Darwin, por Dufour (2) y por Milne Edwards. Ahora veremos como se comportaría con él el gran maestro Victor Duruy. No obstante, seguirá siendo siempre el famélico profesor de física, cargado de una familia numerosa, aislado, silencioso — salvo con sus alumnos — evitando toda ceremonia mundana oficial o de las otras, y asimismo, las visitas obligatorias, siempre y cuando podía encontrar una excusa para evitar el compromiso.

Rara vez perdona el mundo que se haga a menos de él. La gloria es una coqueta que quiere que se la busque, pero Fabre tenía otras preocupaciones. Para decir la verdad, eran dos: la ciencia, servida con el más noble desinterés, y el pan cotidiano para el hogar.

Más tarde, pensando en el largo séquito de esos años de apremiante carestía, de los cuales aun no se había librado y sólo pudo librarse definitivamente a la edad de 86 años — escribirá a propósito de un infatigable amasador de píldoras para su cría, el escarabajo, denominado Sísifo, recordando al de la mitología:

"Ese mito me complace vivamente. Es un poco la historia de todos nosotros, nosotros los odiosos malvados, dignos de tormentos eternos, pero gente de bien, laboriosa, útil al prójimo. Un solo crimen deben expiar: la pobreza. Durante casi un medio siglo dejé girones de mi carne en las aristas de la áspera cuesta; sudé mis médulas, agoté la sangre de mis venas, gasté sin calcular las reservas de mi energía, para hizar a lo alto, en lugar seguro, mi aplastante fardo, el pan de cada día: la hucha, el presupuesto medio equilibrado, he ahí que se deshace, se desliza, se precipita, se abisma. Recomienza de nuevo, pobre Sisifo, recomienza hasta la raíz, nuevamente, hasta que el bloque, precipitándose por última vez, te rompa la cabeza, liberándote para siempre" (3).

Hay que conocer este detalle para comprender que quien no había leído los trabajos del genial entomólogo no podía ver más que el humilde profesor de física del liceo de Aviñón, y en consecuencia pasase al lado suyo sin advertir el resplandor del intelecto que emanaba de esa personalidad. Así le sucedió también con Pasteur, genio también él, gran genio, pero conocido, reverenciado, glorificado, justamente glorificado. Conmueve ver frente a frente a esos dos sabios, tan bien conformados para entenderse. Desgraciadamente, Pasteur, sentado confortablemente en la cómoda y justa gloria, no conocía, al pobre y oscuro profesor y al sabio de gran magnitud, ignorando completamente quien era y lo qué valía en realidad.

Dejemos que hable Fabre. Escuchemos el relato que nos da de ese encuentro, que data de 1865, cuando Pasteur fué a informarse sobre la plaga del gusano de seda. Después del sucinto resumen de la entrevista sobre las enfermedades de esos insectos, durante la cual Pasteur confesó su perfecta, ignorancia, añade:

"Genial luchador contra la plaga de los viveros de gusanos, acudía a la batalla corriendo, desnudo como los púgiles de la antigüedad, es decir desprovisto de la más simple noción acerca del insecto que se trataba de salvar. Me hallaba estupefacto, mejor dicho, me sentía maravillado.

Lo fuí un poco menos después de lo que se sucedió. Una cuestión preocupaba a Pasteur: el mejoramiento de los vinos por la calefacción. De repente, casi bruscamente, cambiando de conversación, me interpeló:

—Muéstreme su bodega.

¡Enseñarle mi bodega! Mi bodega, una solamente mía, yo, de mezquina apariencia, que en el pasado, con el irrisorio emolumento de profesor no podía permitirme el gasto de un poco de vino y fabricaba una suerte de aguapié, poniendo a fermentar un puñado de pasas y un par de docenas de manzanas mondadas! ¡Mi bodega! ¡Mostrar mi bodega, con mis toneles, mis botellas con telas de araña y polvo, etiquetadas según la edad y la calidad de la vendimia! ¡Mi bodega!

Confundido y embarazado, esquivaba la pregunta, buscando desviar la conversación. Pero él, con una rara tenacidad, insistía:

—Le ruego que me muestre su bodega.

Ante tanta insistencia, no había más remedio que ceder. Con el dedo señalé, en un rincón de la cocina, una damajuana, sobre una silla de paja:

—He allí mi bodega, señor!

—¿Esa es su bodega?

—Sí, *eso* es todo. No tengo otra.

—Sí; ¿es todo?

—Helás.. sí, todo.

—¡Ah!

Ni una, palabra más; nada de parte del sabio. Pasteur, eso se veía muy bien, no podía conocer ese plato fuerte de especias que popularmente se llama la *vache enragée*, (modismo francés intraducible que entendería expresar algo así como miseria en extremo).

Si mi bodega, la vieja silla y la damajuana, sonaban a vacío, callándose sobre los fermentos combatidos por la calefacción, hablaba de otra cosa que mi ilustre visitante pareció no comprender. Un microbio se le escapaba: aquel de la mala suerte, la pobreza, la miseria, estrangulando la buena voluntad".

(Traducido: *L. H. Fabre* por Henri Hollard, biografía de reciente aparición, de la que ya dimos un capítulo precedente, en un número del Suplemento; y que seguirán reproduciéndose según el mayor o menor interés que posea cada uno de ellos, que más se adapte para una labor divulgadora).

---

(1) *El verdadero predecesor de Fabre fué Réamur, quien vivió unos cien años antes que él.*

(2) *León Dufour, médico y entomólogo, notable observador de las costumbres de los insectos, y que por la lectura de uno de sus trabajos, Fabre tuvo la visión del camino vocacional que debería emprender, quedando este inesperado hallazgo como uno de los acontecimientos de huella más honda en su existencia.*

Años después, León Dufour se hizo uno de sus grandes admiradores y defensor denodado de sus hipótesis y descubrimientos y del cuerpo de su doctrina científica, aunque Fabre no se propusiera precisamente eso.

(3) J. H. *Souvenir entomologique* (6.a serie, capt. I) Edición definitiva e ilustrada.

La conjugación del verbo "gobernar" en los periodos de reacción

¡Oh, cuán dulce y fácil será gobernar cuando nuestros "grandes estadistas" tengan a su disposición leyes de excepción! La conjugación del verbo gobernar se hará como describe el último número del periódico humorístico "Wespen":

1.—**Presente**: Yo ordeno, tu confiscas, él arresta; nosotros encarcelamos, vosotros condenáis, ellos prohiben.

2.—**Imperfecto**: Yo disolví, tu clausuraste, él acusó, nosotros hemos confiscado, vosotros habéis cerrado el sindicato, ellos han expulsado.

3.—**Perfecto**: Yo he deshecho la composición, tu has confiscado las formas, él ha inutilizado los clichés, nosotros hemos impedido la circulación, vosotros habéis rechazado las reclamaciones, ellos han confirmado las medidas tomadas.

4.—**Pluscuanperfecto**: Yo había dispuesto la policía, tu habías confiscado provisoriamente, él había prohibido una colecta, nosotros no habíamos investigado mucho, vosotros habíais hecho un rápido proceso, ellos habían medido a todos con un mismo rasero..

5.—**Futuro**: Yo protegeré el Estado, tu salvarás la sociedad, él echará mano al sujeto, nosotros ampliaremos el ministerio para las asociaciones y la prensa, vosotros confiscaréis los fondos de las sociedades obreras, ellos los dedicarán a la caja de pobres de la localidad.

6.—**Imperativo**: ¡Detén la ruina! ¡Intervenid! ¡No vaciléis!

7.—**Participio**: ¡Salvad! ¡Ajusticiad!

(*De la "Berliner Freie Press", agosto de 1878, antes de la ley contra los socialistas en Alemania*).

La religión de la utopía.-Tosltoy y Gorki

Según una información cablegráfica, Gorky habría abandonado su posición intelectual de humanista revolucionario y ateo, por la conversión a las ideas religiosas. En su refugio de Capri se llamó a un pope para bautizar a uno de sus vástagos, no se sabe si de poca o mucha edad. De pronto, la lectura nada nos sugirió no obstante la sorpresa que nos causara. Lejos estábamos de imaginar que el autor rebelde de los *Ex Hombres* pudiese retroceder sobre sus pasos y sufrir un cambio tan brusco en sus primitivos sentimientos. Porque en estas cuestiones de cultos y fetiches, poco o nada se debe nombrar a la razón. Ella, la pobrecita, apenas si podrá desempeñar el papel de mudo testigo.

Existía, además, otro motivo para que nuestra atención no se detuviera a reflexionar en esa escueta noticia: la duda que fuese fidedigna.

Luego, releyendo quizás por décima vez ese breve cuaderno *Reminiscencias acerca de Tolstoy*, traducido directamente del ruso al inglés por Koteliansky y Leonardo Woolf, y más tarde vertido al castellano en la revista *España*, hemos encontrado al final una conversación entre Gorky y el genio de Yasnaia Poliana, donde se discute precisamente la fe religiosa y la creencia en un dios. Nos pareció que en ese breve diálogo había palabras que podrían iluminar, hacer posible esta conversión y quizás hasta explicarla.

Desgraciadamente no poseemos más que el texto inglés y la traducción de ciertos giros y modismos no es lo más fácil para trasponerlos en castellano, conservando su prístino sabor.

Ambos escritores, con Suler, íntimo amigo de los dos, se hallaban en Crimea veraneando y convaleciendo. Paseaban apaciblemente por un bosque que bordea el mar, y conversaban. Tolstoy habla: se dirige a Gorky:

—Ahora cuénteme una historia. ¡Sabe contarlas tan bien! Algo sobre los niños o acerca de su infancia. No es muy fácil creer que usted fuese niño alguna vez. Es usted una criatura extraña, exactamente como si hubiese nacido ya adulto. En sus ideas hay mucho de ingenuidad, de infantil, o más bien algo de inmaduro pero conoce bastante sobre la vida y nadie tampoco puede pedirle más. Bueno, cuénteme una historia...



Leo Tolstoy.

Y se sentó sobre las desnudas raíces de un pino, mientras contemplaba el tráfago de las hormigas moviéndose diligentes entre las briznas de las matas de gramilla. Hubo una larga pausa. De pronto, como si quisiera propinarme un puñetazo, me preguntó:

—¿Por qué no cree en Dios?

—Es que no tengo fe, Leo Nicolayevitch..

—No es verdad. Por naturaleza es usted un creyente y no podrá andar mucho sin acudir a Dios. Lo comprobará algún día. Su descreimiento proviene de su obstinación por haber sido herido profundamente: el mundo no es como usted quisiera que fuese. Existen otras personas que no creen por timidez, por cortedad de espíritu; lo mismo les sucede a los jóvenes; adoran una mujer, pero no desean demostrárselo por el temor de no ser comprendidos, y también porque carecen de valor. La fe, lo mismo que el amor, requiere coraje y audacia. Uno debe decirse yo creo, y todas las cosas toman un curso natural, apareciendo ante nuestros ojos como las quisiéramos, revelándonos, descubriéndonos a nosotros mismos y atrayéndonos incontrastablemente.

Ahora, que usted ha sabido amar intensamente, y la fe no es más que un gran amor. Debe amar todavía más, y entonces este sentimiento se tornará en fe. Cuando se ama a una mujer, infaliblemente es la más buena y la más bella del mundo; y cada uno ama a la mujer más buena y bella del mundo, y eso es lo que constituye la esencia de la fe.

Un descreído, en cambio, es incapaz de un gran amor y hasta de amar: hoy se prendará de una mujer, y al año siguiente, si no antes, de otra. El alma de semejante hombre es de las almas astrosas, vagabundas que van viviendo vidas estériles.

Pero usted no. Es un creyente innato, y es inútil que continúe torturándose, yendo contra sus verdaderos sentimientos. Usted podrá decirme que ama la belleza. ¿Qué es la belleza? La más elevada y perfecta se encuentra en Dios.

Era muy difícil que llegara a hablarme sobre este asunto de Dios y de religión, y el tono de seriedad repentina me sobrecogió tanto que me dejó en silencio. Permanecí un largo rato callado.

El se hallaba sentado sobre esas raíces desnudas, con sus piernas en cuclillas, y luego sonrió triunfalmente y apuntando su dedo hacia mí, me dijo:

—¿A que no es capaz de romper ese silencio... ¿A que no?

Y yo, que no creo en Dios, lo miré cautelosa y tímidamente, no sé por cuales razones y mirándole fui pensando:

—El hombre tiene algo de Dios.

Hasta aquí la prosa de Gorky, cuya versión, si no resultó fielmente literaria, hemos procurado de conservar la esencia de sus ideas como trato de expresarlas. Lo que era importante.

Se ha de constatar que la desilusionadora profecía de Tolstoy, gran catador de caracteres y de atisbos introspectivos, pronunciada hace unos veinte años y quizás más, al cabo vino a cumplirse con la fatalidad que cae la piedra lanzada al vacío. Nos explicamos claramente la fuga del anciano pensador en el desesperado anhelo de evadirse de una vida social que le repugnaba profundamente para vivir otra vida acordada con su prédica, y no esta extemporánea conversión del escritor ruso. Ella ha de ser cierta y acaecida.

¿Cómo explicarse estos fenómenos psíquicos y sentimentales en estos viejos luchadores, tras de una brega tan valiente? ¿Será la debilidad inherente a la edad anciana? ¿Cansancio de los antiguos ideales, que ya no logran avivar los rescoldos de una fe semi apagada?

¿Pero cómo creer en un Dios, depositar lo mejor de uno mismo en una entelequia supraterrenal, en un supremo director cuya batuta desencadena tantos males y, si no es causa directa de ellos, los mira con fría y burguesa impasibilidad? Es demasiado grosero el infundio para poderlo trasegar con toda calma. Hasta ahora los dioses que inventaron los hombres fueron a su imagen y semejanza: vengativos, odiosos, autoritarios, con una bondad que escancian con cuentagotas, derramándose sobre los más obedientes y serviles. ¿Cómo una personalidad tan compleja y de una fortaleza única, como la que se desprende de sus libros, pudo adorar y apegarse a un dios cual nos lo pinta el catecismo cristiano? Es que en nuestros libros proyectamos lo que quisiéramos ser y no lo que en realidad somos.

Es lo inexplicable. ¿Acaso no es más racional, más indeciblemente bella, más noble y reconfortadora la religión de la utopía, la creencia en un hombre infinitamente superior en su plena virilidad e inteligencia, y trabajar para su lejanísimo advenimiento?

Este ensueño es mucho más embriagador que las religiones terrenales y prosaicas que nos han tocado en suerte. Y este ideal, ensueño, utopía o lo que sea, hace vibrar las fibras del misticismo innato que toda criatura contiene en sí como su tesoro más preciado. Bastaría afinárselas, descubrírselas a cada individuo, para que considerara burda toda otra creencia simbolizada en imágenes de palo y cera, inertes chirimbolos de un fetichismo peor que el de los salvajes.

No le inferimos el insulto a Gorky de no creer en la sinceridad de su conversión; pero sí permítasenos creer que entre las sinceridades hay también calidad, las videntes y las cadavéricas: unas engendran la vida, las otras dejan tras de sí miasmas letales; son sembradoras de innumerables muertes, bajo sus credos de conformidad y resignación y un amor hacia un pasado fenecido, que intenta resucitarlo, sin lograr que vegete nada más que la materia.

¿Es hacia esa religión que se inclinó Gorky en una oración interminable para pedir bienes de ultratumba?

Esperemos que una próxima obra suya nos revele la verdad de lo acontecido, y sepamos, si la profecía del taumaturgo de Yasnaia Poliana—quien fué creyente menos por fe que por convicción que se le debía imponer una doctrina de fraternidad al mundo — ha sido cumplida de una vez.

Entonces podremos juzgar con conocimiento de causa y explicarnos los dédalos que ha de recorrer el sentir de un hombre para renegar del patrimonio más precioso: la libertad anímica, del sentimiento y de la razón que sólo halla su ulterior perfeccionamiento en un constante devenir, en las religiones por crearse, la religión de la eterna utopía. — At.

Las consecuencias de la guerra

La figura principal, Marte, quien saliendo del templo de Juno — según la costumbre romana estaba cerrado en tiempo de paz — se abalanza con el escudo y la espada ensangrentados, amenazando al pueblo con las mayores calamidades. El dios de la guerra no se cuida de Venus, que rodeada de Amores, se esfuerza, con besos y caricias, por retenerlo.

Por el otro lado, Marte es atraído hacia adelante por la furia de Alecto, quien empuña una antorcha.

Aquella mujer vestida de negro, con el velo desgarrado y desnuda de todo ornamento, es la desgraciada Europa, que desde hace años está sufriendo los mayores ultrajes, devastaciones, hambre y miseria por causa del azote de las guerras.

PABLO RUBENS

Amberes, 12 de marzo de 1638.

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma saxual, Barlín

(Conclusión)

Los niños sexualmente enfermos no pueden quedar en la escuela y en locales limitados, especialmente cuando existen allí más niños, ni tampoco en el domicilio; deben ser tratados en el hospital mientras puedan convertirse en portadores de la enfermedad para otros. Por desgracia, en Berlín solo hay un departamento especial, el Kinderheilanstalt Buch.

En este momento (abril de 1925), en la sección para la gonorrea de ese hospital hay 56 niños, según me ha comunicado antes de ayer el Dr. Rosenstern, dos *seguramente* y otros 2 *probablemente* infectados por contacto sexual especial. De los otros 52 niños, 21 habrían sido infectados en la familia; de los 21 han dormido solos 11, y 10 han compartido la cama con otros miembros de la familia.

El consejero municipal del grupo administrativo III de la ciudad de Viena, me informa el 30 de marzo de 1925:

De los 130 niños que se encuentran actualmente en tratamiento, 60 casos son lues congénita y 70 gonorrea adquirida. Entre los últimos se establecieron 24 casos, es decir un 34 por ciento, en que los niños dormían en una misma cama con sus padres enfermos o con sus hermanos.

Ustedes ven cuán justa es la demanda: Retirar de la familia los niños sexualmente enfermos.

También debe tenerse en cuenta el tratamiento terapéutico posterior. Hoy es tratada sólo una pequeña parte de los niños sexualmente enfermos cuya elección depende del azar.

Como fuente de infección es nombrado siempre el W. C. común en las escuelas, que en su tiempo ha originado en Hanover una epidemia en niñas de 6 y 7 años. Ese W. C. había sido infectado por soldados que habían sido alojados en el edificio de la escuela. Recuerden ustedes los números de Kohn sobre el W. C. en los cuarteles de inquilinos de Berlín.

El doctor Langer califica los cuarteles de inquilinos como lugares ideales de cultivo de las enfermedades sexuales, los cuarteles de inquilinos donde los niños duermen en una misma cama con los adultos y en donde las hijas de diez y doce años son acostadas con los subinquilinos por falta de espacio, como se deduce de las declaraciones infantiles ante los tribunales.

La miseria de la habitación crea niños que buscan prematuramente el contacto sexual. Langer conoce una larga serie de casos en que niñas de 12 y 13 años se venden a escolares y en parte los infestaron. Se recuerda de un caso de su propia práctica médica en que una niña de 11 años que había sido violada previamente y había adquirido gonorrea, estuvo con 20 jóvenes.

En la sociedad alemana para el tratamiento de los psicópatas juveniles, comunicó el Dr. Gumpert en noviembre de 1924 un número de casos observados en la sección dermatológica del hospital Virchow en el transcurso de 1924.

De ellos doy sólo siete casos, y eso en el estilo lacónico de los expedientes que se usa allí:

2. L. Ll., 7 años, padre muerto, 2 hermanos, una hermana de 13 años con la cual duerme. La familia habita un cuarto y cocina. El cuarto es alquilado, el subinquilino abusó de la niña y la infestó.

3. Erna I., 10 años, la madre divorciada, vive con otro hombre, sin trabajo. La familia habita un solo cuarto. Una hermana de 8 años, con la cual duerme. La paciente ha sido violada por el "tío" que habita en la casa e infestada.

4. Erna F., 11 años, padre obrero, hermano de 17 años. La familia vive en un cuarto y cocina. Un amigo del hermano

violó a la niña hace diez días. La paciente tiene relaciones sexuales con el hermano, el hermano con la madre.

5. Lotte R., 9 años. Padre muerto, los hermanos no habitan en la casa; cuarto y cocina. La paciente ha sido violada por el sub-inquilino de 48 años e infestada.

7. Hilda G., 11 años. Padre sin trabajo, cuatro hermanos. La familia habita en un cuarto solamente, la madre ha sido infestada hace dos años por el marido. Sus cuatro hijos, que duermen en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, están infestados.

9. Hans S., 10 años, gonorrea. Del informe del médico escolar se hace resaltar: el padre ha ganado siempre, pero da poco dinero a la casa. La madre murió hace 14 días de tuberculosis. Ocho hijos, de los cuales algunos trabajan, espantosamente en la miseria. En dos muchachas (de 14 y de 8 años) han sido encontrados gonococos positivos. Toda la familia viste harapos. Vive en un domicilio compuesto de habitación y cocina. Dos camas, una cama infantil sin ropa alguna. En esas tres camas duermen 9—10 personas, entre ellas la madre tuberculosa hasta su muerte y los tres niños gonorreicos.

11. Else R., 13 años, tres hermanas, tres hermanos. La familia dispone de dos habitaciones. La paciente ha sido supuestamente infestada en la escuela por una amiga. Tiene un hermano de 11 años infestado, que muestra igualmente signos sifilíticos."

En total, observa Gumpert, en el curso de 1924 hemos observado unos 50 casos por el estilo, atribuíbles a violación, incesto, infección familiar o relaciones sexuales entre los niños.

Lo poco que conocen, incluso los círculos profesionales, esas condiciones lo demuestra la comunicación de Gumpert, que asombró enormemente a médicos dermatológicos cuando conocieron las proporciones y los tristes detalles de ese material. También los círculos de la beneficencia pública fueron hallados en casi desconocimiento completo de esas causas, así como del curso y del tratamiento de las enfermedades sexuales en los niños; esto sin hablar de la incomprensión de los pacientes. Exhorta, por tanto, a ensanchar esa misión de la salubridad más allá del horizonte puramente médico, para que abarque a todos los que quieren cooperar, por razones pedagógicas, social-políticas o simplemente humanas.

Según un informe del comisario de policía Müller, los delitos contra la moralidad aumentaron un 60 por ciento en 1924 en comparación con el año anterior. La previsora de la oficina juvenil central de la ciudad de Berlín, Charlotte Meyer, informa en la "Revista para la ciencia del derecho penal" (Vol. 45) que la oficina juvenil central en el período de febrero de 1922 hasta marzo de 1924 (es decir en dos años) ha tomado conocimiento de 25 casos de delitos contra la moralidad y en el período del primero de marzo de 1924 al 15 de julio del mismo año se ocupó de 34 casos. Indudablemente hay que calcular un número considerablemente mayor de tales deleites en los tribunales, pasando por alto los numerosos casos que pasan desapercibidos o que no son dados a conocer a las autoridades.

Y en la mayoría de los casos han sido complicados varios niños. Charlotte Meyer publica una estadística de 46 casos en que se abusó de 71 niñas y de 16 muchachos de 5 a 16 años. Los malhechores suelen ser los padres, los padrastros, los amantes de la madre, los subinquilinos. En parte los autores de esos delitos y los niños vivían juntos.

Charlotte Meyer se ocupa hondamente desde el punto de vista psicológico, de las víctimas de esos delitos y llega a la conclusión que la estructura mental de esos niños se explica por las condiciones generales de la sociedad. En los casos investigados por ella reaparece la miseria de la habitación. Doy unos casos solamente del material de Meyer, como prueba:

3. Ottilie K., nacida fuera del matrimonio, 14 años; poco después de su nacimiento se casaron los padres. En 1914 murió la madre. Ottilie fué con una tía y se educó allí. Después de ser licenciada de la escuela, Ottilie concurrió a una escuela comercial. Un viejo conocido, que no había estado en relaciones muy legítimas con ella, pagó los gastos de la enseñanza. Pasajeramente habitó la muchacha en su casa. El subinquilino de la tía, una vez que ésta no se hallaba en casa, violó a Ottilie.

6. Margarete F., 13 años, la madre había abandonado ya al padre a causa de su brutalidad y vivía con sus hijos, Margarete y un hijo menor; había aceptado un puesto de sirvienta. Después de la muerte del patrón quedó sin domicilio y tuvo que volver con su marido. Este vive con una muchacha de 18 años que queda en la casa después del regreso de la mujer y de los hijos (la casa se compone de una pequeña habitación y de la cocina), pero abandona la casa porque en sus borracheras se vuelve cada vez más brutal. Poco después el marido abusa de su hija Margarete. La madre da cuenta a las autoridades; no puede salvarse ya de las violencias; el marido es arrestado, pero en el juicio, según el párrafo 51, es absuelto.

9. Vera R., 10 años, el padre caído en la guerra. La madre cambia de oficio, lleva una pésima vida. Desde febrero de 1921 a diciembre de 1923 ha vivido en concubinato con cuatro hombres, pues una vez cedido su domicilio se veía obligada a habitar con quien la admitía; una vez habitó en una casa de prostitutas, donde Vera vió por la ventana los manejos de éstas: luego imitaba con los muchachos de la casa lo que había observado.

En una circular enviada por el Deutsche Archiv für Jugendwohlfahrt en enero de 1924 a las oficinas para la juventud, se indica que en el último tiempo la sección de los tribunales de menores de la oficina juvenil central de Berlín ha tenido conocimiento de casos crecientes en que niños y adolescentes son interrogados como testigos en procesos por delitos sociales. Hasta niños menores de cuatro años son interrogados policialmente.

¿Debo mencionarles cifras que demuestran que el alcohol juega un papel terrible en esa desdicha nacional, y que una parte de los delitos contra la moralidad sólo se explican porque el alcohol ha suprimido los frenos morales del hombre normal y ha obrado excitadoramente en los nervios sexuales?

El conocido sexólogo Leffler da una estadística de los delitos contra la moralidad. Según ella, tales delitos han sido cometidos en Viena en esta forma: domingos, 299, lunes, 190, martes, 128, miércoles, 100, jueves, 86, viernes, 100, sábado, 128. Wulffen, que reproduce estas y otras estadísticas semejantes en su obra *"Der Sexualverbrecher"*, observa: "Que los domingos son perpetrados la mayoría de los delitos, es cosa que depende del elevado disfrute de alcohol que se bebe esos días. Desde el domingo al lunes hay un fuerte decrecimiento, que se sostiene hasta fines de semana. El sábado, cuando termina el trabajo y es cobrado el salario, comienza el aumento."

Según Bar — un famoso tratadista del alcoholismo — el delito sexual aparece en un 66—67 por ciento de los casos de delincuencia originada por el alcohol. Escribe: "La influencia del alcohol en el hombre, como se sabe, precipita la disolución de las esferas motrices, aumentando especialmente en un cierto estadio el impulso volitivo, pero aflojando o suprimiendo totalmente los frenos éticos e intelectuales que han establecido en el individuo la conformación ética social y la educación. Pero el alcohol obra, sobre todo como afrodisíaco en la esfera sexual del hombre."

Forel escribe: "El alcohol tiene la virtud de paralizar la actividad cerebral y de oprimir los frenos psicológicos como sentimiento del honor, sentimiento del deber, razón, reflexión y recuerdo de decisiones anteriormente adoptadas, y esa paralización de las trabas instintivas hay

---

Errico Malatesta (4)



EN EL CAFÉ

Jorge. —Escuche, si fuese verdad que el derecho, la justicia, la moral exigieran y consagraran la opresión y la infelicidad, aunque fuere de un solo ser humano, le diría de inmediato que derecho, justicia, moral, no son más que mentiras, armas infames forjadas para la defensa de los privilegiados; y tales han sido cuando se entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender al máximo bienestar posible de todos, o de otro modo son sinónimos de prepotencia y de injusticia. Y es tan cierto que este concepto responde a la necesidad de la existencia y del desarrollo del consorcio humano, que se ha formado y persiste en la conciencia humana y va adquiriendo cada vez más fuerza a pesar de todos los esfuerzos en contra de aquellos que hasta ahora gobernaron el mundo.

Usted mismo no podrá defender más que con pobres sofismas las presentes instituciones sociales con los principios de la moral y de la justicia como usted los entiende cuando habla abstractamente.

Ambrosio. —Usted es ciertamente muy presuntuoso. No le basta negar, como me parece que hace, el derecho de propiedad; pretende que nosotros somos incapaces de defenderlo con nuestros propios principios...

Jorge. —Justamente. Si quiere se lo demostraré la próxima vez.

V

Jorge. —Por tanto, señor magistrado, si no me engaño, quedábamos en la cuestión del derecho de propiedad.

Ambrosio. —Efectivamente. Y siento verdadera curiosidad por oírle defender en nombre de la justicia y del derecho sus propósitos de expoliación y de rapiña. Una sociedad en que nadie estuviera seguro de lo suyo, no sería ya una sociedad, sino una horda de lobos dispuestos siempre a devorarse entre sí.

Jorge. —¿Y no le parece que sea ese propiamente el caso de la sociedad actual?

Usted nos acusa de querer la expoliación y la rapiña; pero al contrario, ¿no son los propietarios los que expolian continuamente a los trabajadores y les arrebatan el fruto de su trabajo?

Ambrosio. —Los propietarios emplean sus bienes como mejor les parece y tienen el derecho de hacerlo, del mismo modo que los trabajadores disponen libremente de sus brazos. Patrones y obreros contratan libremente el precio de la obra y cuando el contrato no es violado, ninguno tiene derecho a quejarse.

La caridad podrá aliviar los dolores demasiado agudos, los sufrimientos inmerecidos, pero el derecho debe permanecer intangible.

Jorge. —¡Pero qué dice usted de contrato libre! Si el obrero no trabaja no come, y su libertad se parece a la del viajero asaltado por los ladrones, que da la bolsa para que no le quiten la vida.

Ambrosio. —Admitámoslo; pero no por eso puede negar el derecho a cada cual de disponer de lo suyo como le plazca.

Jorge. —¡Lo suyo, lo suyo! Pero, ¿cómo y por qué puede decir el propietario agrícola que la tierra y los productos son suyos y cómo puede llamar bienes suyos el capitalista a los instrumentos de trabajo y a los demás capitales creados por la actividad humana?

Ambrosio. —La ley les reconoce el derecho.

Jorge. —Ah, si no es más que la ley, entonces también el bandolero de los caminos podría sostener el derecho a asesinar y a robar: no tendría más que formular algunos artículos de ley que le reconociesen ese derecho. Y por lo demás, eso es precisamente lo que han hecho las clases dominantes: o han hecho la ley para consagrar las usurpaciones ya perpetradas, o la han hecho como medio para usurpaciones nuevas.

Si todos sus "supremos principios" están fundados en los códigos, bastará mañana que una ley decrete la abolición de la propiedad privada, y lo que usted llama rapiña y expoliación se convertirá repentinamente en un "principio supremo".

Ambrosio. —¡Oh, pero la ley debe ser justa! debe conformarse con los principios del derecho y de la moral y no ser simplemente el efecto del capricho desenfrenado, o de otro modo...

Jorge. —Por lo tanto no es la ley la que crea el derecho, sino el derecho el que justifica la ley. Y entonces, ¿cuál es el derecho según el que toda la riqueza existente, tanto la natural como la creada por el trabajo del hombre, pertenece a pocos individuos y les da derecho de vida y de muerte sobre la masa de los desheredados?

Ambrosio. —Es el derecho que tiene, que debe tener todo hombre a disponer libremente del producto de su actividad. Es un sentimiento natural del hombre, sin el cual no habría sido posible civilización alguna.

Jorge. —¡Hola! he aquí cómo se convierte en defensor de los derechos del trabajo. ¡Muy bien! pero dígame ahora, ¿cómo es que aquellos que trabajan son los que no tienen nada, mientras que la propiedad pertenece precisamente a los que no trabajan?

¿No le parece que el resultado lógico de su teoría sería que los actuales propietarios son los ladrones, y que, en justicia, sería necesario expropiarlos para devolver las riquezas usurpadas a sus legítimos propietarios, los trabajadores?

Ambrosio. —Si hay propietarios que no trabajan es porque han trabajado antes, ellos o sus antepasados, y tuvieron la virtud de ahorrar y el ingenio de hacer fructificar sus ahorros.

Jorge. —¡Sí, imagínese usted un trabajador, que en general apenas gana para sostenerse en pié, ahorrando y amontonando riquezas!

Usted sabe bien que los verdaderos orígenes de la propiedad están en la violencia, en la rapiña, el robo legal o ilegal. Pero admitamos que uno haya hecho economías sobre el producto de su trabajo, de su propio trabajo personal: si las quiere disfrutar más tarde, cuando y cómo le parezca, no hay nada que objetar. Pero la cosa cambia completamente de aspecto cuando comienza lo que usted llama hacer fructificar los ahorros. Eso significa hacer trabajar a los demás y robarles una parte de su trabajo; significa acaparar mercaderías y venderlas más caras de lo que cuestan; significa crear artificialmente la carestía para especular sobre ella; significa quitar a los otros los medios para vivir trabajando libremente a fin de obligarles luego a trabajar por un salario mezquino, y tantas otras cosas semejantes que no corresponden ya al sentimiento de justicia y que demuestran que la propiedad, cuando no deriva de la rapiña franca y abierta, deriva del trabajo de los demás, que los propietarios han hecho girar de un modo u otro en su propio beneficio.

¿Le parece a usted justo que un hombre que, concedámoslo, con su trabajo y con su ingenio ha reunido un poco de capital, pueda después robar a los otros los productos de su trabajo y además asociar a todas las generaciones de sus descendientes el derecho a vivir ociosas sobre las espaldas de los trabajadores?

que atribuirla a que el instinto sexual, una vez despertado y excitado, tiende a aumentar hasta su satisfacción y en el estado de borrachera se conserva vivaz."

En la estrechez y la superpoblación de la vivienda proletaria, el bebedor se convierte en la hiena que cae arteramente sobre las víctimas del cuartel de inquilinos, paralizadas en su fuerza de resistencia por condiciones de vida que matan todo sentimiento de rubor y que corrompen los hábitos morales.

Si dada la falta actual de viviendas, no podemos despoblar ya los cuarteles de inquilinos, debemos, al menos, combatir el alcoholismo, para expulsarlo de la vivienda proletaria.

Veamos retrospectivamente el material expuesto: vemos amontonados hombres en viviendas insanas, viejas, y esos hombres son predispuestos por su situación a los desvíos morales que a consecuencia de la estrechez de la vivienda son enormemente peligrosos en sus consecuencias. Hemos reconocido la miseria de la habitación como una fuente apestada de plagas para el cuerpo y para el alma del pueblo.

La penuria de la habitación disminuye las zonas de defensa en muchos casos hasta el extremo. Diversos miembros de la familia duermen en una cama; la hija de diez y seis años duerme entre el padre y la madre en una misma cama; Hans v. Henting da cuenta de un caso parecido en relación con una estadística sobre los delitos de incesto: según la estadística de éste, que abarca 95 casos, el lugar del incesto en la habitación, en especial el dormitorio en 73 casos, la cocina en 5, el bosque en 4, el establo en 2, el sótano, el taller, la buhardilla, la taberna, los viajes, el jardín, la carretera, etc., en una vez cada una.

El señor von Henting observa: "En el dormitorio debemos suponer casi siempre penuria de espacio, pues sólo en la mayor estrechez podría pasar desapercibido el delito para la madre u otros miembros de la familia."

Creo haberles hecho comprender en mi conferencia la urgencia de combatir la penuria de la habitación, pues apenas habría una tarea social más apremiante para nuestro pueblo y nuestros gobiernos.

Hemos visto que la miseria de la habitación no ha surgido de la guerra o de la revolución, sino que es una vieja pena, causada por nuestro orden social al revés, ante todo porque la tierra, que necesitamos ineludiblemente para poder vivir, y no puede acrecentarse a voluntad, lleva en sí el carácter de monopolio y sin embargo es negociada como cualquier artículo producible a voluntad.

Las condiciones urbanas de la vivienda están dadas por el orden de edificación de la comuna, por los principios político-agrarios y la práctica comunal. Los concejos deliberantes y parlamentos provinciales, así como los órganos de administración estatal y comunal son los creadores de las leyes referentes a la comuna. Pero en última instancia, deciden abierta o simuladamente en las corporaciones legislativas los propósitos del capital financiero y terrícola.

El cuartel berlinés de inquilinos es, por ejemplo, el producto esencial del viejo plan de edificación de 1858. Entonces se eligieron diputados al parlamento provincial en base a un sistema electoral, sobre el cual el propio *Kreuzzeitung* escribió el 18 de abril de 1866: que no "testimonia otra cosa que la representación del capital financiero con la apariencia mentirosa de ser una representación de todo el pueblo"; — la "formación de una moderna aristocracia del dinero" significa "que todo lo elevado y lo noble es hundido en el polvo del más vulgar materialismo"! El sistema comunal electoral de entonces contenía todavía el privilegio de los propietarios de casas, según el cual la mitad de los puestos de concejal eran reservados a los caseros, es decir se aseguraba la mayoría a aquellos partidos que estaban interesados contra el interés público en los altos alquileres (que significan también un alto precio de la tierra), en la edificación elevada, en los cuarteles de inquilinos, es decir en el aprovechamiento inescrupuloso más rentable posible de la tierra y en la lenta ampliación de las ciudades, es decir en la más grande densidad de la población, en el agudizamiento de la demanda de viviendas. Llevaría muy lejos la demostración con ejemplos del sistema de corrupción de entonces.

La tierra no debe abandonarse a particulares como objeto comercial privado. No puede quitársele sencillamente a los propietarios que la adquirieron de una manera judicialmente inobjetable, pero el Estado puede forzar económicamente a los propietarios de tierra, por medio de impuestos, a que sometan su tierra a la finalidad social natural (1).

Estos días me decía el propietario de algunos cuarteles proletarios de inquilinos: "Para mí es completamente igual si tengo en mis casas viviendas para hombres o chiqueros, siempre que sea indemnizado debidamente". Esa expresión aclara meridianamente la situación...

VICTOR NOACK

---

(1) *Al transcribir documentos como estos, naturalmente, pasamos por alto las partes en que los autores insinúan medidas para remediar el mal descripto; nuestros lectores harán seguramente lo mismo, pues nosotros no sólo rechazamos fundamentalmente la intervención del Estado en la vida social, sino que combatimos la institución misma del Estado.*

N. de R.

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque A Batalha" — porta voz da organizacao operaria portuguesa.

Es un volumen bien presentado tipográficamente, y de texto variadísimo. Su sumario nos dará una idea aproximada de la riqueza de información y de sus relatos, sus divulgaciones de conocimientos científicos, históricos, literarios: Almanaque o Calendario del año, con el detalle de todos los meses; datos para la historia del movimient sindicalista de Portugal; resumen diario de hechos notables de la vida obrera; militantes y propagandistas muertos; ciencia, sociología, arte, literatura y crítica; curiosidades históricas y científicas; anécdotas, pensamientos; organizaciones sindicalistas; legislación obrera; direcciones de las organizaciones obreras nacionales.

Está ilustrado con grabados que aluden en su mayoría a las gestas revolucionarias del proletariado portugués, y a los hechos vandálicos cometidos contra el local de "A Batalha" — con el empastelamiento de su imprenta — sucesos ocurridos hace algunos años. También trae la lista de toda la prensa social-anarquista y sindicalista que ve la luz pública en Lisboa.

Aprender bajo la dirección de un maestro, me fué rehusado. Sin embargo haría muy mal quejándome de ello. El estudio solitario tiene también su valor. No nos obliga a moldearnos con el troquel oficial; deja intacta nuestra originalidad. El fruto silvestre, cuando llega a su plena madurez, posee otro sabor que el que producen las tierras de los invernaderos.

J. H. FABRE

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos — hablo así para ponerme en su manera de ver — que han acumulado capital, la gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por sí mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explotar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiese uno podido producir mucho más de lo que le es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiese creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras.

Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comendadores recién enriquecidos?

Ambrosio. —No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.

Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

Jorge. —No los removamos si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno y, desarrollándose, acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.

Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del ahorro? De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados!

Ambrosio. —He aquí la cuestión. La tierra inculta, estéril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y naturalmente tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

Jorge. —Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?

Ahora bien, ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios a menudo inmensos, que no trabajan ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menudo, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?

La verdad es que para la tierra, como para lo demás, y más todavía, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificarla si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza, en cuyo caso... ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

Ambrosio. —Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de propiedad no habría seguridad ni trabajo ordenado; y la sociedad se disolvería en el caos.

Jorge. —¡Cómo! ¿ahora habla de utilidad social? ¡Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad privada produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto!

Pero basta por esta noche. Discúlpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

VI

Jorge. —Y bien, ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada, y por haberla publicado, aquel periódico ha sido secuestrado (1).

Ambrosio. —¡Ah!

Jorge. —No, usted no sabe nada, claro está... No comprendo cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas críticas de sus adversarios. ¡Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confisca!

Ambrosio. —Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público...

Jorge. —Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima.

Si mis conversaciones le aburren, dígamelo... e iré a hablar a otra parte.

---

(1) *Algunos de estos capítulos fueron escritos en 1897 y publicados en L'Agitazione de Ancona, que era frecuentemente víctima del secuestro.*

Ambrosio. —No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro diré una palabra al procurador del rey. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el *derecho* a discutir.

Jorge. —Continuemos, pues. La otra vez, si me recuerdo bien, al defender el derecho de propiedad usted tomó por base primero la ley positiva, es decir el código, después el sentimiento de justicia, y por lo tanto la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto.

Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para substituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuviesen el máximo bienestar posible.

Ambrosio. —Pero verdaderamente yo no veo con qué lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, se deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su paladín.

Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecha según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos... pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplee, al menos mientras los emplee.

AÑO V — BUENOS AIRES, 29 DE MARZO DE 1926 — N.o 218

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

La Liga del ganso, del águila y de la paloma

Al fin, la institución paquidérmica de apolillada vetustez, se partió en dos, con la respectiva desolación de los escuadrones de burócratas, convertidos en marmitones: presuntos hacedores de una felicidad internacional, y en realidad eximios manipuladores de guisos y salsas secretas. Había que contentar el gusto estragado de la clientela antigua, verdaderos *gourmets* para la intriga subterránea de las catacumbas de la diplomacia, donde el empleo de la linterna sorda es de rigurosa necesidad. Esta vez el tropiezo ha sido formidable, por más que fuera el único final esperado por un núcleo de hombres sensatos.

Felicítese la idiotez universal, por rato largo no tendrá Liga de las Naciones. Para nosotros nunca existió. Poseía todas las cualidades repugnantes del feto intelectual. Algo a medias, en una anfibiedad completamente estéril. Era el vivo retrato de sus padres putativos y espirituales. Era, además, un verdadero *tour de force* el hecho de pretender amasar, conciliar concepciones mechadas de un idealismo trasnochado, con otras imbuidas de franca rapiña. Wilson, en su chochera, quiso realizar lo de un fraile del medioevo: el híbrido injerto de una paloma, de un ganso y de una águila.

Eso demuestra elocuentemente la confusión, el caos de la mentalidad burguesa. Son mentes complicadas, no complejas. Por eso enriedan, complican, enturbian las visiones más claras de la vida. Esto, cuando existe una elemental sinceridad, como pudo haberla en el caso de Wilson, pues pagó ese esfuerzo con el quebranto mortal de su salud. Convertido demasiado tarde a la idea del liberalismo, agobiado por prejuicios seculares y con un bagaje de normalista, esa Liga fué su auténtico aborto. Y de ese aborto, los politiqueros de la extenuada Europa, se aprovecharon para convertirlo en sus catacumbas y tramar la red con que están aprisionando el mundo.

Asombra, causa intensa estupefacción, comprobar cómo la bestiezuela humana trabaja, se agita, se revuelve para hacer de los asuntos más simples, madejas de hilos inhallables; afligiéndose luego y angustiándose solamente porque no quiso tomar el camino más recto y corto por parecerle demasiado sencillo, demasiado llano. Un hombre ignaro siempre desconfiará de la sencillez, como si hubiese una trampa, un engaño escondido. Es a ese patrón que se ajusta la mentalidad, o más bien la psicología del politicante burgués. Es su más fiel servidor y explotador al mismo tiempo.

Pero cuando esas mentalidades se trepan a las altas esferas de la política, y se adhieren a los asuntos internacionales, hay que añadir a esa vieja manía de complicar las cosas la mala fe y la doblez de las intenciones en todo el despliegue de la astucia ruin. Entonces todas las tragedias, malentendidos, las catástrofes son posibles y hacederas. Y la Liga ha sido el vivero de todas ellas. Al terminar una, tenía preparada otra. No estaba propiamente en el mecanismo, ya de por sí viciado, sino en los hombres de un ideario en abierta pugna con las conquistas de la dignidad y del ingenio humano.

Poco o nada importa esta última tramoya de las potencias tiburones. Ellas, Gran Bretaña, Francia y Cía., después de haber conjurado el peligro de un posible concierto de Alemania con la diplomacia moscovita, buscaron un ardid para dejarla sin asiento en la Liga, obligando ahora a perpetuarse en un statu quo que, vedándole temporalmente la alianza con Rusia, podía favorecerlas a ellas en sus posteriores maniobras en el seno del Consejo. Brasil, por supuesto, fué el motivo visible de la definitiva ruptura. Lo único es el cacareo jactancioso de estos pobres diablos de gobernantes y políticos brasileros, quienes sólo sirvieron de instrumento.

Pero, como decimos, poco importa esta incidencia, porque cualquier acontecimiento de parecida índole podía provocar de idéntica manera el quebrantamiento de esa institución internacional. En su calidad de feto, ya llevaba el germen de la muerte.

Se pretende resucitarla dentro de un plazo prudencial. Vano intento, — aunque para la vieja farsa política de los merodeadores internacionales, todo esto es un suculento negocio.

Vano intento, repetimos, de estos enterradores de la paz mundial. ¿Cómo pueden los representantes de un régimen general de ignominia, los Briand, los Chamberlain, los Mussolini — no obstante los nombres sean lo de menos, — organizar siquiera una paz temporal que dure una cincuentena de años, si sus secretos designios son los de continuar armándose, aplastando a los pueblos con tremendos presupuestos de guerra y marina. ¿Cuántos trabajos no se dan, no se cargan encima en un andar y venir de Sísifo para huirle a ese eterno problema de desarmar los espíritus?

La misma atmósfera moral que presidió la catástrofe sigue siendo la de estos tiempos. Y peor quizás. Desatadas las bridas del instinto carnicero de la fiera humana, sigue subsistiendo y subsistirá por mucho tiempo todavía, azuzado como se halla por todos los gobiernos de fuerza.

No es en ellos, los decrépitos estafermos que hoy por hoy rigen los destinos de la menguada Europa; los reaccionarios disfrazándose de palomos, que depositaremos nuestra fe de soñadores, por cierto. Lejos de esto. Es una fuerza oscura que está gestándose, dispersa energía, ejército todavía invisible de almas sedientas de justicia, quienes aparecen siempre en los momentos más turbios de la humanidad. No se hallan en una sola clase, la de los desheredados solamente, en las milicias del hambre, se encuentran en todas partes. Y ese es el signo más manifiesto de que mientras se está forjando nuevas matanzas colectivas, hay paralelamente otra parte de la humanidad que piensa en contrarrestarlas. Es la labor lenta del libro, de la educación personal, la prédica codiana de todos los hombres que sinceramente odian el presente porque aman el porvenir. Podríamos dar ejemplos de este reguero de fe que recorre subterráneamente la base de las sociedades contemporáneas roídas por el lujo monstruoso, lupercálico, por el alcohol y los tóxicos.

Basta leer el libro "Realities of War" — *Realidades de la guerra* — para comprender que en esas palabras melancólicas — al comprobar que los viejos com[illegible]tes de la guerra reniegan ahora de la [illegible]ón que prometieron hacer con sus p[illegible]anos, como ejemplar escarmiento — [illegible] vívida, una esperanza de futura redenc[illegible].

Riamos de estas carcasas matusalénicas, de un Mussolini, que habla de paz internacional y hace asesinar a destajo en su querida patria; confeccionando así un caldo de cultivo donde toda la flora microbiana de la guerra está pronta a saltar; riámonos de los Poincaré y de todos los que abogan por la violencia sangrienta en casa, que fuera se presentan como corderos pascuales.

Creen que con decretar en un congreso el desarme siempre parcial y la paz futura, se podrá cumplirla, antes, sin arrancar de raíz todos los métodos que apuntalan la patria, la iglesia, es decir todas las ignominias, que procuran convertir a los hombres en tantas manadas de lobos contra los lobos mismos.

FABULA QUE NO LO ES



Tanto elogió el zorro la voz del cuervo, que éste, por pagar su vanidad, graznó y se le fuè el queso, que es lo que esperaba don Juan.

(La Argentina es el cuervo. El zorro, la Liga de las Naciones)

D. A. DE SANTILLAN

De la revolución y la contrarrevolución

LOS SUCESOS DE LA MARINA ALEMANA EN 1917

De la mano de los documentos sacados a la luz pública recientemente por el diputado socialdemócrata Wilhelm Dittman, queremos resumir los sucesos [illegible] la marina alemana en 1917, que [illegible] ser prodigios de enseñanza par[illegible] trabajadores si éstos quisieran a[illegible] los ojos a la realidad. [illegible]

El diputado Dittman es una personalidad prominente de la socialdemocracia y fué uno de los dirigentes del partido socialdemócrata independiente que se formó durante la guerra en oposición al grueso del partido, reaccionario hasta la médula y más patriota que la corte imperial. Dittman pertenece al comité parlamentario de investigación de los sucesos de la marina, y como tal ha promovido gran escándalo periodístico con sus descubrimientos, que no constituyen más que una parte mínima de los crímenes de la oficialidad imperial y que no son más repugnantes que los crímenes socialdemócratas contra la revolución.

La misión principal de Dittman consistió en probar que el partido socialdemócrata independiente, no ha tenido ninguna participación en los amotinamientos militares, como se ha sostenido por sus adversarios políticos. El proceso de Munich demostró hasta la saciedad que era una gran injusticia acusar a la socialdemocracia en general de haber abrigado pensamientos revolucionarios. Dittman reivindica a su anterior partido de toda sospecha de revolucionarismo. La franqueza con que los socialdemócratas todos confiesan su amor a la patria y sus deseos fervientes de servir al capitalismo y al emperador, es ciertamente conmovedora. Esa franqueza los reivindica a nuestros ojos. Más vale un enemigo declarado que un amigo traidor. Si alguna vez hemos odiado cordialmente a los jefes socialdemócratas alemanes, después de los procesos de Magdeburg y Munich, y del discurso de Dittman mencionado, todo nuestro odio ha desaparecido. En cambio sentimos sólo un infinito desprecio hacia las masas obreras que esperan majaderamente su salvación de esos convictos y confesos servidores del capitalismo que ofician de jefes de millones de trabajadores.

Según las actas del ministerio de la marina, desde el comienzo de la guerra hasta fines de 1917, se dictaron en las unidades navales de la marina imperial, las siguientes condenas: 180 años y 5 semanas de prisión, 18 años y un mes de presidio y 10 sentencias de muerte (dos de ellas ejecutadas). Entre las penas de presidio figuran fallos de 10, 12 y 15 años contra algunos condenados.

En el verano de 1917 ocurrieron en la marina algunos disturbios y amotinamientos, al parecer sin ningún carácter político; la causa principal era el mal trato dado a los marineros, la escasez de alimentos y la insolencia creciente de la oficialidad. Los oficiales tenían en los barcos una cocina especial y en provecho de esa cocina se esquilmaba hasta el extremo la provisión de los marineros y del personal de a bordo. El fogonero Sachse, condenado a muerte y luego agraciado con 15 años de presidio, declaró a Dittman que en el presidio de Rensburg se comía mucho mejor en 1918 que en el barco Friedrich der Grosse en 1917. Y no contentos los oficiales con saquear las provisiones de los marineros, robaban a la luz del día los mejores alimentos para sus familias. A eso se agregó aún el placer evidente de martirizar a los pobres marineros, regateándoles las vacaciones y exponiéndoles a un exceso de maniobras, para las cuales no estaban suficientemente alimentados. Ya el 6 de junio de 1917 se produjo una huelga del hambre en el Prinzregent Luitpold; el 19 de julio nueva huelga del hambre como protesta contra la pésima alimentación, que contrastaba con la de los oficiales enormemente. Y así en todos los barcos. La situación era insoportable. En vista de la prohibición sistemática de bajar a tierra, los marineros y fogoneros decidieron obrar por su propia cuenta. El 1 de agosto de 1917 abandonaron 49 hombres del Prinzregent Luitpold el barco para ir a tierra; estuvieron en Deich y regresaron después de dos horas. De esos 49 hombres, 11 fueron arrestados. Como protesta por ese castigo parcial, al día siguiente a las siete de la mañana, abandonaron el barco, que estaba en el astillero, 400 hombres de la tripulación; unas horas después fueron hechos volver sin violencia alguna.

Pero los consejos de guerra nombrados para investigar los acontecimientos del Prinzregent Luitpold del 1 y 2 de agosto, es decir, el hecho de bajar a tierra sin permiso, quisieron hacer, de un gesto de descontento tan infantil, todo un mundo de conspiraciones revolucionarias. La investigación presentó las cosas como si los sucesos fuesen inspirados por el partido socialdemócrata independiente y tuvieran por fin una negativa de la obediencia y una paz sin anexiones. La formación de comisiones para las provisiones, formadas por soldados y marineros, con la anuencia del gobierno central, dió motivo a un movimiento de agrupación de las tropas en defensa de sus intereses contra la oficialidad. En la marina fueron el foguista Sachse, el marinero Reichpietsch y el marinero Weber, los que más se distinguieron en el fomento de esas comisiones. La tripulación de los diversos barcos de la flota halló modos de comunicarse entre sí. Las injusticias y arbitrariedades de la oficialidad irritaron más y más los ánimos.

La investigación judicial, en donde se distinguieron dos personajes que ascendieron después considerablemente en su carrera burocrática, Dr. Dobring y Dr. Loesch, encontró en la revisación de las cosas de los marineros y fogoneros arrestados, algún periódico socialdemócrata, cartas de la familia, manifiestos, y se quiso fundar en ese sólo hecho un castillo de naipes. Pero la lectura de los periódicos socialdemócratas era permitida por las autoridades. El material confiscado circulaba libremente y no podía considerarse como subversivo. Lo poco que se encontró de propaganda clandestina procedía, según Dittman, de los radicales de izquierda (espartaquistas, grupo Internacional, radicales de izquierda de Bremen, etc.), adversarios decididos de los socialdemócratas independientes lo mismo que de los socialdemócratas mayoritarios, porque ambos partidos estaban en el mismo terreno legal y guerrerista. En ocasión de la conferencia socialista de Stockholmo se manifestó en la flota una tendencia a expresar en alguna forma su adhesión a una paz sin anexiones y sin indemnizaciones de guerra. Fué un pensamiento espontáneo y no una maniobra política. La conferencia de Stockholmo fué una miserable comedia de los social-patriotas que no ha tenido ningún valor. Pero los jueces de la investigación y la oficialidad, no tuvieron por mucho tiempo la comprensión de las fundamentales diferencias que existen en el movimiento socialista y confundieron a los espartaquistas, por ejemplo, con los mayoritarios y los independientes, lo cual es, sin duda, un honor que los independientes y mayoritarios sintieron como una injuria. La realidad ha demostrado que la paz deseada por los independientes era mucho más sensata que el pangermanismo de la oficialidad del ejército y de la marina; el gran error ha consistido en querer ver en ese deseo de paz sin anexiones, una maniobra revolucionaria.

Se estableció que los marineros Sachse, Reichpietsch y Salmus habían estado en relación con algunas personalidades de los partidos socialdemócratas. Y en efecto, así fué; aprovechando sus permisos para visitar a la familia, se entrevistaron con algunos diputados a fin de inquirir noticias sobre asuntos relacionados con la marina y simultáneamente para presentarles algunas quejas relativas al tratamiento, a la comida y al servicio de a bordo. Era un hecho natural y que no implicaba ningún propósito subversivo. Pero sirvió a los jefes y a la oficialidad pangermánica, para ocultar tras esas apariencias de conspiración, sus maldades e insolencias y sus robos de la comida de la tripulación de los barcos de la flota. La actitud de los jefes socialdemócratas era muy diversa a la que les suponían la mayoría de las personas oficiales del viejo régimen. Por ejemplo, Dittman asegura abiertamente que previno en favor de la moderación y la precaución, a todos los que se quejaban "sobre los males en el ejército y la flota, que sacudían su corazón y daban rienda suelta a su justificada indignación"... Cuando algún soldado o marinero se acercaba a los diputados socialdemócratas y les presentaba hechos insoportables, y buscaba consejo y ayuda, no recibía más que una razonable advertencia para que continuara sufriendo en silencio y obedeciendo las órdenes de sus superiores. Más aún: aquellos soldados o marineros que, después de haber leído un discurso socialdemócrata en el Parlamento, o por simple inclinación instintiva al socialismo, manifestaban su deseo de ingresar en alguno de los partidos reconocidos como obreros y socialistas, recibían una diplomática negativa de los jefes socialdemócratas. Más todavía. La historia enseñó a los dirigentes del partido socialdemócrata independiente, dice Dittman, que los motines, aunque sean justificadas explosiones de indignación, son nocivos para la causa de los oprimidos, porque entregan a los gobernantes el pretexto para las represiones sangrientas. "Por eso tratamos, durante la guerra, de dirigir la justa indignación de las masas por la vía de la lucha política legal contra la dictadura militar pangermanista, que dominaba al gobierno y la dirección de la guerra..." (*Die Marine Justiz-Morde von* 1917, página 38).

La lucha del partido socialdemocrático independiente, agrega Dittmann, era una lucha política y no tenía nada de común con el sabotage militar ni con la propaganda de la deserción, ni con los amotinamientos de los miembros de la marina y del ejército. En el libro donde se recogen las pruebas de la inculpabilidad de los socialdemócratas independientes se lee (*Die Marine Justiz-Morde von* 1917, pág. 39) un fragmento de las declaraciones de la señora Zietz, personalidad dirigente de ese partido, en el interrogatorio a que se la sometió el 10 de octubre de 1917, contra todo propósito revolucionario. Dittmann proclama después de haber citado esas declaraciones: "*Cualquiera que nos hubiese hablado entonces de negativa a hacer el servicio militar, habría sido considerado y tratado por nosotros como un espía. Hasta tal punto estaba lejos de nuestras representaciones, nacidas en décadas de educación socialista, el pensamiento del sabotage militar*". Esa confesión es sincera y puede confirmarse con citas de casi todos los jefes socialdemócratas, desde Bebel y Liebknecht a los burócratas socialistas de nuestros días. Siempre estuvo lejos de la socialdemocracia el pensamiento de obrar en forma peligrosa para la estabililidad de la sociedad del privilegio.

Que en los procesos contra los supuestos insubordinados se echó mano a todos los recursos del terror judicial para forzar confesiones y declaraciones, eso es tan comprensible y tan lógico que no merece que se citen pruebas para demostrarlo.

Es también muy curioso el material probatorio del sistema de espionaje introducido en la flota por las autoridades. También los agentes provocadores han sido puestos en acción. Por otra parte, eso tampoco puede asombrarnos. Lo que es doloroso es que haya siempre pobres diablos dispuestos a oficiar de Judas y traidores de sus camaradas. Pero tampoco es motivo de asombro eso. ¿No estamos viendo todos los días y a todas horas cómo se reclutan los agentes de policía y demás lacayos del Estado y del capitalismo de entre los trabajadores mismos?

Por los inocentes sucesos del 1 y 2 de agosto de 1917 en el Prinzregent Luitpold y otros hechos parecidos, fueron dictadas sentencias de muerte a granel. El 26 de agosto se dictaron cinco contra los siguientes: el fogonero Sachse, el marinero Weber y el marinero Reichspietsch del barco Friedrich der Grosse, el fogonero Becker y Koebis del Prinzregent Luitpold. Los fiscales en ese proceso eran Dobring, Loesch y Breil. Hubo autoridades que reconocieron que esas sentencias de muerte eran inmotivadas y absurdas, pero el almirante Scheer confirmó las penas recaídas, por lo que se refiere a Kóbis y a Reichpietsch; a Sachse, Weber y Becker les agració con conmutación de la pena de muerte por la de 15 años de presidio. El 5 de septiembre fueron fusilados Kóbis y Reichpietsch, víctimas de un sistema estúpido de violencia y de sangre. Eran completamente inocentes de los propósitos que se les atribuían y además no hubo hecho alguno que justificase, no solo las bárbaras sentencias, sino el proceso mismo.

El diputado Dittmann ha demostrado que su partido no ha tenido que ver con los conatos de desobediencia ocurridos ya en 1917 en la flota; asegura que los social demócratas independientes, lo mismo que los mayoritarios, no querían más que

Víctimas de la justicia de los Hohenzollern



MAX REICHPIETSCH



ALBIN KOEBIS

Fusilados el 5 de septiembre de 1917 en mérito de una conspiración imaginaria

las vías legales, la moderación y, sobre todo, que todo intento de sabotaje militar era rotundamente condenado por ellos. Con eso quiere decir que ese sistema infame que juega tan livianamente con la vida humana, merece sin embargo, el respeto de todas las personas educadas en la escuela socialista.

El cretinismo parlamentario ha hecho tales progresos, que los socialdemócratas, en lugar de sentirse avergonzados de no haber hecho nada por la revolución y por obstaculizar los planes de la camarilla militar omnipotente, se vanaglorian y proclaman con orgullo que han querido siempre sabotear la justa indignación del pueblo, canalizándola por la la vía parlamentaria y apagar a todo precio el fuego de la revolución. Eso lo afirman con toda claridad. Debemos estarles agradecidos. Hombres que confiesan sus traiciones tan claramente, no son traidores. Pero aquellos que confían en ellos y ponen en sus manos la causa del socialismo, están fuera de toda calificación.

***

Lord Weir y Ramsay Macdonald

Del último suplemento del "The Times" de Londres, nos complacemos en destacar este juicio de un conservador *enragé*, o sea encarnizado, como puede serlo un Lord Weir, sobre el líder laborista MacDonald, muy conocido también por su mansedumbre, que se vuelve furibunda cuando habla en el Parlamento, donde deberá rugir a gusto del consumidor.

Habla Lord Weir, naturalmente en inglés:

"Toda mi vida de actividad industrial ha sido asociada con el tradeunionismo de este país, y mal puedo ignorar ninguna de sus alternativas como grandes organizaciones del trabajo en las industrias. Siempre las he defendido y las seguiré defendiendo en los límites de lo posible. Por otra parte, esto no implica, que pueda callarme sobre lo que he de considerar peligroso y defectuoso en su táctica de lucha. Quien quiera preocuparse de comprobar lo que ahora digo, podrá recurrir a mis discursos de 1919, y se encontrará todo a lo largo de mis peroraciones, como un tema continuamente desarrollado, las indicaciones acerca de las responsabilidades de las Trade-Union y también sobre las responsabilidades de los industriales hacia ellas y hacia el mismo desarrollo industrial. He señalado ejemplos, de los cuales he deducido fracasos, apuntado las causas y las consecuencias.

Cuando critiqué el trade-unionismo no lo fué acerca de su inflexible rigidez en sus cláusulas y reglamentos y la falta de elasticidad para adaptarse a los cambios y a los sobresaltos de las condiciones en las industrias. También con mucha frecuencia he incitado a los empleadores para que desarrollen sus imaginaciones en los sistemas de empresas, de métodos y procedimientos, facilitando el proceso del trabajo manual.

Querer leer en mis peroraciones el deseo de destruir las Trade-Uniones, es tan estúpido como tomar los discursos de Mac Donald y decir que desea la destrucción total de la presente sociedad."

Esta última frase, o más bien este elogio por parte de un conservador a un "socialista" — que tampoco quiso ser nunca un destructor de sociedades — es el punto a donde deseábamos llegar. Aunque muy notorios los puntos de vista del jefe del laborismo inglés y refrendados en su obra cuando pasó fugazmente por el poder, este reconocimiento por un tory es de todo punto significativo.

Nos parece, sin temor a equivocarnos, que los políticos tienen un parecido asombroso con los comediantes. En escena rugen, se insultan, se tiran de estocadas, y, una vez bajado el telón, van a cenar juntos en alegre parranda. En los cómicos es natural y lógico que no prolonguen las pasiones del tablado hasta la realidad, y tampoco nadie les pide eso; pero en cambio en los políticos, procediendo de la misma manera no es tan lógico ni natural, porque el pueblo bobalicón cree verdaderas esas riñas de mentirijillas que siempre se desarrollan en el Parlamento, y para la galería.

¿A que Lord Weir y Mac Donald, a la salida de esa sesión, irán a beber una copa de Whisky celebrando el *spirit* mutuo en las réplicas? Nada hay que más ate los lazos de la camaradería como la olla en común, cuando esa olla nos resulta gratis et amoris.

Y si esto no rezara estrictamente con los parlamentarios y políticos ingleses, la politiquería criolla es un ejemplo que tenemos siempre a la vista.

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

I

¿Dónde quedan y cómo se reparten los acrecentados resultados del trabajo para los cuales estamos hoy capacitados gracias a los coadyuvantes inanimados que nos han ofrendado los inventores y los técnicos? ¿Se reparte el valor de ese acrecentamiento de la fuerza humana de trabajo igualmente a todas las capas de la población o se bifurca la corriente de esa riqueza en su desembocadura, en diversos brazos desiguales, y a quién se dirigen? ¿Cuál es, en especial, la parte de aquellos cuyo trabajo cotidiano no ha perdido nada de su dureza, como hemos visto, porque la disminución de los esfuerzos físicos e intelectuales tiene lugar a costa de una monotonía que sofoca el placer de vivir y trabajar? En una palabra: La introducción de ese formidable maquinismo, ¿ha elevado la situación material de la clase obrera, y el progreso técnico está acompañado de una mejora económica y social para la masa del pueblo?

Si consideramos el lejano pasado, ese problema es suficientemente aclarado. No necesitamos más que recordar la conmovedora descripción de la clase obrera inglesa en el siglo pasado por Engels y los resultados mencionados de las investigaciones oficiales de aquel tiempo para justificar la afirmación que el primer resultado de la industrialización fué la creación de una miseria popular jamás conocida en tiempos anteriores. El mismo fenómeno se ha repetido en cualquier otro país en donde la máquina penetró conquistadoramente, y se repite todavía continuamente hoy en los países que adoptan el industrialismo. El terror y la miseria son considerados desde hace mucho tiempo como los compañeros obligatorios de las máquinas. Incluso los círculos amigos del capitalismo conocen ese hecho, aunque no con la asombrosa franqueza de aquel estadista japonés de quien S. y B. Webb (*The Decay of Capitalist Civilisation*) cita el proverbio siguiente: "La introducción del sistema capitalista en el Japón ha creado una clase en continuo crecimiento de personas que sufren la penuria, una clase que era completamente desconocida en el viejo Japón de las castas nobles y de los cultivadores de arroz. Ese proceso de empobrecimiento, así agregó con sonrisa filosófica el japonés, es el precio que tuvo que pagar el Japón por el aumento de la riqueza personal de sus ciudadanos dirigentes y por la ascensión a la categoría de potencia mundial".

Pero — y sólo este problema nos ocupa aquí — ¿no barre de nuevo el industrialismo, una vez conseguida la dominación, la miseria creada en sus comienzos? o al menos, —la cumbre de su progreso técnico ¿está unida a una elevación social consiguiente?

Antes de intentar una respuesta, citemos algunos juicios recientes.

En ocasión de su salutación al congreso sindical panruso en Moscú, el 11 de noviembre de 1924, el secretario de las Trade Unions inglesas, Fred Bramley, dijo entre otras cosas:

"Nos damos cuenta que el amontonamiento de riquezas, la invención de máquinas para ahorrar trabajo humano, los progresos de la ciencia y la evolución de la electricidad no han aliviado de ningún modo la situación de los trabajadores y que éstos llevan una existencia tan misera como hace 200 años".

A idénticos resultados llegaron S. y W. Webb en el escrito ya citado. Sostienen que deben confesar que desde el fin del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX la dominación capitalista ha creado "más bueno que malo", pero declaran que "los éxitos de esa dominación en la segunda mitad del siglo XIX son dudosos y que en el siglo XX, precisamente al examinar el aumento de las cifras nacionales (lo mismo que Ruskin evitamos intencionadamente la palabra "riqueza"), sus desventajas superan a sus ventajas."

Es digna de mención en este lugar la contestación del norteamericano Harry W. Laidler:

"La tarifa en cuerpo y alma que exigió la industria americana durante la segunda década del siglo XX, sobrepasa las pérdidas nacionales de la guerra desde la declaración de la independencia hasta hoy" (*Now America Lives, a Handbock of Industrial Facts*, by Harry W. Laidler).

Estas voces merecen tanta más atención cuanto que nos vienen de países en que no pesa la losa de una guerra perdida y cuyo nivel de vida despierta la envidia de casi todo el proletariado continental.

¿Qué ley explica esa contradicción aparente?

La explicación se relaciona del modo más íntimo con la transformación de los medios de producción que hemos señalado ya. Pues, ¿cuál es, en último resultado, el verdadero sentido de ese armamento industrial incesante y de la continua introducción de nuevas máquinas y de nuevos métodos simplificados de trabajo? El aumento de la producción solo no impulsa necesariamente a seguir el camino elegido. En todos los países — incluso los Estados Unidos — hay desde la terminación de la guerra grandes masas obreras para cuyas manos no existe ocupación alguna y cuya reintegración a la producción daría a ésta de inmediato y sin grandes gastos para maquinaria un enorme impulso. Pero el hecho que el mecanismo industrial de la producción del mundo sólo es utilizado hoy en sus dos terceras partes, demuestra ya que la actual perturbación económica no está de parte de nuestra capacidad de producción, sino de parte de la capacidad de compra y de consumo.

Pero, ¿qué otra fuerza motriz es entonces eficaz? Ninguna más que la que domina en general toda la producción capitalista, es decir *la aspiración al beneficio y a su continuo acrecentamiento*. Este moderno maquinismo en manos de los capitalistas no se propone más que la reducción de la parte del producto que corresponde a los trabajadores y el aumento de la cuota de los capitalistas.

Respecto de este hecho no deben inducirnos a engaño los supuestos elevados salarios de un Ford y menos aún sus tesis del salario impresas en una gran parte de la prensa obrera continental, demasiado desprovistas de crítica adecuada. Indudablemente Ford considera el problema del salario desde un punto de vista más alto que aquel a que nos tienen habituados nuestros capitalistas. Incluso encontramos en su libro *Mi vida y obra* frases que hacen aparecer a Ford como un bolchevista enmascarado entre la clase capitalista. Así por ejemplo cuando escribe: "Los salarios más elevados pagados hasta aquí están aún lejos de ser bastante elevados", o: "La reducción de los salarios es la manera más liviana y simultáneamente la más ridícula para dominar una situación difícil, dejando ya a un lado su inhumanidad". Pero al mismo tiempo Ford no vacila en cometer diariamente esa ridiculo y esa inhumanidad. Lo que lo distingue de los capitalistas por él censurados, es sólo la grandiosa elección de los medios, no el efecto, el resultado. Ford no anuncia que desde mañana el salario cotidiano será reducido en un dólar. Al contrario, consigue implantar un aumento de salario y simultáneamente disminuir la parte de producción que le corresponde al obrero hasta entonces y confiscar una nueva parte de su trabajo. Los medios para llegar a esos resultados son la introducción de nuevas máquinas y el mejoramiento del proceso de producción. Ambos pueden ponerlo en situación de aumentar la productividad del personal mucho más allá de los cuadros conocidos. Si por ejemplo aumenta la suma total de los salarios en un 10 por ciento y consigue simultáneamente acrecentar la producción un 20 por ciento mediante una nueva automatización del proceso de trabajo, entonces no sólo no ha perdido nada, sino que ha hecho beneficio extra del 10 por ciento.



El obrero ciertamente ve al principio solamente el aumento de dinero que obtiene. No examina más e ignora que su parte en el producto, sin embargo, en comparación con la anterior, ha disminuído.

Tenemos aquí una de las leyes más importantes y por parte del proletariado más desconocida que ninguna otra en su importancia; no es de ningún modo nueva, sino que fué objeto de la más seria atención en los comienzos del movimiento socialista. Karl Marx ha llamado expresamente la atención sobre ella: "La evolución de la fuerza productiva del trabajo persigue — escribe en *El Capital* — la reducción de la parte de la jornada que el obrero debe trabajar para sí mismo, a fin de prolongar precisamente por eso la otra parte de la jornada que puede trabajar gratis para los capitalistas." También en el *Manifiesto Comunista* encontramos idénticos pensamientos: ..."en la misma medida que aumentan el maquinismo y la división del trabajo, en la misma medida también aumenta la masa del trabajo, sea por el aumento de las horas de trabajo, sea por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, por la rotación acelerada de las máquinas, etc."

Rosa Luxemburg se ocupó detenidamente de ese efecto del aumento individual de la producción (*Einführung in die Nationalekonomie*):

"A cada nueva invención de la técnica, a cada nuevo mejoramiento de las máquinas, a cada nueva aplicación del vapor y de la electricidad en la producción y el tráfico, la parte de los trabajadores en el producto se empequeñece y la parte de los capitalistas aumenta. El salario relativo cae más y más, incontenible e ininterrumpidamente, la plus-valía, es decir la riqueza de los capitalistas, no pagada, exprimida de los trabajadores, se acrecienta incontenible y continuamente más y más."

El efecto aquí señalado del aumento de la productividad por el empleo de métodos perfeccionados de producción halla en la reciente evolución una espantosa confirmación que nos queda oculta en toda su magnitud sólo porque nuestra mirada se dirige a cuadros particulares y porque pasamos demasiado fácilmente por alto que las medidas principalmente empleadas para la valuación de la parte de la producción de la clase obrera, es decir el salario y la jornada de trabajo, han perdido en el curso del tiempo, en particular bajo la influencia de la mecanización creciente, toda significación comparativa. Por eso nos parece necesario penetrar más en esas conexiones.

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual.

El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre un hermano, pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa.

M. GOZALEZ PRADA

ARMANDO ENEAS

CUENTOS

La caridad

Atilio Casas era un fornido obrero, tan fornido como miserable. Trabajaba en la fábrica de Próspero Ruy, gran filántropo, patriota y propulsor de la industria nacional.

Atilio trabajó muchos años en la fábrica de Ruy. Dejó allí su juventud, allí le alcanzó la edad madura y le atrapó la vejez. Perdió sus fuerzas y jamás le abandonó la miseria. En cambio, la fortuna del filántropo Ruy mejoró considerablemente.

Ya no prestaba Atilio sus servicios con la competencia de antes, ya no servía, ahora robaba el sueldo. Este fué menguado poco a poco; hasta que por fin Próspero Ruy se decidió; no servía y lo echó a la calle. No sólo a él lo perjudicaba, sino que también obstruía el progreso de la industria nacional.

Atilio Casas, viejo, sin trabajo, con su mujer tan vieja como él y sin hijos, sufrían hambre. Pensaban morir así. Pero un día Atilio supo que existía una "Sociedad de Beneficencia" que socorre a los pobres, a ella se dirigió con esperanzas de solucionar la situación de él y de su esposa.

La "Sociedad de Benefiecncia" los socorrió, efectivamente. Todos los días pasaba el viejo a retirar dos raciones de comida.

Próspero Ruy, filántropo piadoso, era presidente de la "Sociedad de Beneficencia". El fué quien, apiadado de la situación de Atilio, propuso a la comisión aquella medida de ayuda. Agregó así, con su generoso acto, una buena acción a las mil que ya había hecho.



El estilista

Alberto Proto era un ingenioso fabricante de juguetes.

En un principio los construyó de todas clases y tamaños: lindos caballitos, vistosos soldaditos, graciosos carneros, borriquillos rellenos de aserrín, carretillas diminutas, carritos. Pero lo que mejor hacía eran los borricos rellenos de aserrín, y los que más vendía. En descubriendo ésto, Alberto Proto se dedicó exclusivamente a sus borriquitos; se hizo especialista.

Hicieron furor sus borriquitos, que fabricaba en gran cantidad. Más luego cansaron a los chicos, y la venta fué disminuyendo paulatinamente, hasta no venderse casi los juguetes de la especialidad de Proto.

Alberto Proto se apesadumbró. Se sintió herido en su amor propio de especialista, porque amaba su profesión, y, sobre todo, su especialidad, en la que había llegado a adquirir un estilo propio. Por fin, viendo que su negocio ya no le daba beneficios, resolvió fabricar carneritos. Los hacía muy bien, casi como los borriquillos rellenos de aserrín.

Pero Alberto Proto era estilista, y quiso conservar su estilo en los carneritos. Y sucedió que sus carneros llevaron orejas de burro.

El delito

La oficina estaba alborotada. Se había descubierto un robo. Mas no era el descubrimiento del hecho lo que más contribuía a este alboroto, a este interminable murmurar de comentarios, sino el motivo de ser Julián Salcedo el delincuente.

Julián Salcedo, el empleado más viejo de la casa, el que merecía más confianza a sus jefes, el más puntual, el más trabajador, ¡había robado! La noticia era increíble.

—Yo practiqué un arqueo anoche, antes de irme: nada faltaba; — declaraba el cajero — esta mañana me encuentro con que faltan quinientos pesos. El robo debe haberse cometido anoche, a la hora de salida.

Los empleados y los jefes habían estado muy lejos de sospechar de Salcedo. Pero el infeliz apareció por la tarde, todo sofocado y lloroso, llevando en el alma un remordimiento horrible. Parecía que sus canas se habían hecho más numerosas en pocas horas, que su rostro exangüe se había cubierto de arrugas, sus ojos hundidos y apagados, su cuerpo encorvado.

Y la confesión, hecha en medio de sollozos, cayó entre los empleados — hasta entre los más indiferentes — como la noticia de un cataclismo, de un descarrilamiento. Este género de noticias sorprende dolorosamente a la multitud y despierta compasión, aunque ésta apenas dure unos instantes. Así sorprendió la confesión de Salcedo.

Traía los quinientos pesos intactos, tal como los había sacado de la caja. Había obrado en un instante de ofuscación. Fué fascinado por aquellos quinientos pesos mientras pensaba en uno de sus cinco hijitos que estaba enfermo, en cama. Pensó en su mujer que debía lavar ropa para ayudarle, uniendo algunos pesos a sus ciento cincuenta de sueldo. En todo esto pensó. Y robó...

Se reconocía culpable, arrepentíase de su delito. Su conciencia lo atormentaba. No mencionó atenuantes, no les dijo que su mujer se mataba lavando, que su hijita estaba muy enferma, que sus hijos llevaban los botines rotos; nada de ésto les dijo porque íntimamente se consideraba culpable, porque su conciencia le gritaba que había hecho algo muy malo...

Julián Salcedo era un ladrón. No es ladrón aquel que "roba" — es decir, que se restituye lo que le han robado — con plena conciencia de su acción, pensando en su mujer, en sus hijos, en su miseria, sin temor a las leyes. Este es un hombre honrado y no es posible le remuerda la conciencia.

En los hombres que temen la ley no existe conciencia. Su conciencia es la ley misma. Está tan apagada en ellos esta luz, que al temor de faltar a la ley lo llaman remordimiento.

Esto último sucedía a Julián Salcedo. Por eso era un ladrón...



LA UNICA ORIGINALIDAD

En cuanto a la preocupación de la originalidad, esfuérzate en lo posible en no poseer ninguna. La que te quede como resultado de ese esfuerzo, será la única valiosa, la sola que hay interés en conservar. Y ella, quieras que no, será el substrato de tu fisonomía anímica, lo que pretendiste ser, no lo que eres y has sido.

Es por la intensidad, no por lo excepcional del sentimiento, que el hombre surge, se eleva de su mediocridad circundante y cotidiana hacia los ciclos eternos de lo poético.

Al.

Charles Louis Philippe.-Una carta inédita

El recuerdo de este escritor, hijo genuino del pueblo, a quien representa en su más noble esencia, vuelve a flotar sobre las oleadas caprichosas de la realidad literaria contemporánea. Lo recuerda Eugenio Monfort en su libro "Quelques romanciers de la generation de 1895" (Algunos novelistas de la generación de 1895); lo recuerda también, sin querer, Jean Giraudoux, poeta y novelista, — poeta estandarte de la novísima generación post-bélica — entregando a la publicidad una carta absolutamente inédita del desaparecido maestro, quien plugo llamarse a sí mismo, *obrero de la pluma*.

Les Nouvelles Litteraires la trae en la entrevista a que se le somete a Giraudoux, por el famoso reporter literario Federico Lefevre — Esopo — quien hizo hablar a las más célebres cabezas de París, del mundillo de las bellas artes, las letras y las ciencias.

Desconocido en absoluto en nuestro ambiente intelectual y artístico, apenas difundido por una revistucha rosarina — Bohemia — en 1913, con un par de traducciones de su libro póstumo *Charles Blanchard*, nos es imprescindible formular algunos de sus singulares rasgos que componen su personalidad artística y moral, antes de dar la traducción de su carta. — Fallecido en 1909, Charles Louis Philippe había renovado en la literatura francesa el sentimiento de fraternidad con los humildes que Hugo ensayara, pero con énfasis. Hijo de un galochero, conoció el pueblo como jamás ningún literato lo ha conocido, porque llevaba en su corazón sus aspiraciones y sus quebrantos.

"Yo hubiera escrito tus evangelios", dice en una de sus narraciones. En verdad, sus libros lograron la grave y enternecida solemnidad de los evangelios, por donde desfilan los mansos de corazón y las Magdalenas. "Con la precisión de un miniaturista — glosa un biógrafo suyo — con la exacta y lúcida visión de un Dickens, sin humorismo, los ha descrito: y de los labios descoloridos por el hambre, en donde se perpetúa el grito acerbo de Job, parecen exhalarse las palabras del autor de "Oliverio Twist": "Vosotros, los felices, los poderosos, los repletos, pensad en los que sufren en la sombra y son vuestros hermanos."

Vino del pueblo un pordiosero de genio. No era airada su voz, ni amenazaba con grandes tardes de hecatombes. Pero su acento sencillo y resignado dijo del delito del mundo, de la cotidiana y grosera afrenta del lujo, ante tantos desarrapados.

En el año 1913, en vísperas de la catástrofe que sumiría a la humanidad en una semibarbarie, Bourdelle, quien fuera el discípulo predilecto de Rodin, y su más útil colaborador, modeló un busto de Charles Louis Filippe, que fué inaugurado bajo los auspicios de sus íntimos amigos, capitaneados por Mirbeau, en el barrio tan amado por él, Montparnasse, la rica cantera de donde extrajera sus mejores episodios y las bellas creaciones de sus personajes.

Y hoy fueron desapareciendo los innumerables jóvenes que en aquel entonces imitaban el estilo tembloroso y cortado de ese *obrero de la pluma*, para dejar el boquete, la brecha abierta al paso de otra generación más deportiva, pindárica y chiflada, de un pirronismo que sólo aturde y divierte a veces. Es el afán exasperado y rabioso de olvidar todas las preocupaciones sociales, humanitarias y de sentimiento que embargaran a sus antecesores, entretenidos en un diletantismo anarquista — para embriagarse en el vértigo, en la velocidad del torbellino de la mecánica moderna.

El mencionado Giraudoux, y otros de su misma promoción, son los buenos y pasables personificadores de ese movimiento, que va desde el cubismo pictórico y el suprarrealismo literario al neoclasicismo de Ingres, en la parte plástica, y en las letras al siglo de oro de los poetas, con Góngora a la cabeza.

Eugenio Monfort, en cambio, pertenece a la época de Charles Louis Philippe, y cuyo estudio bastante extenso y sesudo traduciremos en el próximo número del Suplemento.

Demos, por lo pronto, la carta del novelista.

Habla Giraudoux:

"El hecho de escribir debería ser un accidente en la vida de un poeta" (1). Es lo que muy bien comprendió Rimbaud, quien, después de haber tanteado y tratado a los escritores que escriben, se calló para siempre.

Esta atracción más viva por la persona que por la obra, es lo que tuvo que sucederme con Charles Louis Philippe, de quien nunca leí nada y supe que era escritor cuando ya me hallaba en el Liceo.

La casa de su padre se encontraba casi al lado de la mía. Philippe salía del negocio de galochero del padre todas las mañanas, para instalarse sobre un banco de carpintero. Durante horas seguidas lo miraba trabajar.

Ese espectáculo del escritor me incutía un sentimiento mucho más conmovedor que la misma lectura de una de sus obras. Era una orientación que nosotros los jóvenes solicitamos de los escritores de mayor edad y avezados; es por eso que un día le escribí pidiéndole algunos consejos y tuve bastante razón en hacerlo, porque me respondió con la carta siguiente:

"París, 30 de noviembre 1898. Estimado señor:

Hube de demorarme un poco antes de contestarle, porque debo trabajar durante todo el día, porque mis veladas me las llevan mis libros y porque tengo ciertas molestias que no me dejan esa calma de espíritu que yo quisiera poseer para escribirle.

Por lo pronto me toca manifestarle que su carta me proporcionó un *bello placer* (beau-plaisir). Desde que un joven acude a otro para pedirle consejos a fin de que contribuya a la formación de su alma, es algo que dice de su clarividencia y al mismo tiempo muy grave. Es hermoso ser joven. Conserve aun por mucho tiempo ese candor confiado, el cual le hace creer que un hombre sabe y puede dirigir a otro. Le voy a decir algunas palabras, pero no les atribuya sino muy escasa importancia. No pueden más que expresar un concepto personal de la belleza humana. Me complacería sobremanera comprobar que en nada lo influenciaron.

Me habla de sus lecturas y las encuentro excelentes. Desde mi punto de vista todas las lecturas son buenas. Sería necesario adquirir la mayor suma de conocimientos posibles, pero se habría de adquirirlos con excesiva serenidad, sin dejarse convencer fácilmente. Nosotros llevamos nuestra verdad, que es la combinación de una multitud de otras verdades, apuradas en los demas; y por eso no debemos permitir que sus vidas penetren en las nuestras, sino llegaríamos hasta caer en la fealdad de la imitación. Hay que ser uno mismo, es lo que yo digo. Y la única manera para lograr serlo es dejarse madurar en completa soledad, al sol como un bello fruto en verano. No debo ser muy claro. En pocas palabras, he ahí: trate que todos los conocimientos entren en su cerebro, y ellos caminarán tanto hasta ocupar el lugar que les pudo corresponder.

Yo quisiera, no obstante, indicarle algunas lecturas poderosas para que formara su corazón. Lea a Tolstoy y sobre todo a Dostoyevsky. Dostoyievsky contiene toda la piedad humana: por aquellos que sufren, por aquellos que hacen el mal y por aquellos que son feos. Quisiera que su gran bondad penetrara en su corazón, para hacer de usted un hombre simple y vibrante. Quisiera, en fin, que hiciera de usted un hombre bueno. Vivimos entre los hombres y la bondad me pareció siempre como una gran virtud social. Es también una fuente de felicidad. Deberíamos amar todo lo que nos rodea. Deberíamos aproximarnos a las criaturas humanas con una gran piedad, pensando: son seres deleznables como yo, simples, y cuyas almas están llenas de vida. Comprender esas existencias, amarlas y embellecer-

mas con mi vida personal, es un anhelo al cual aspiro.

También yo tuve los estudios, las clases, los celadores y los profesores ceñudos, durante ocho años. Hay cosas que detesto tan fuertemente que su recuerdo me es todavía amargo. Algunos hombres fueron malos conmigo. ¡Pero qué importa! Hoy siento que han sido útiles a mi destino, sus villanías me enseñaron a estimar los hombres, desprendiendo de ellos sus funciones. Pude aprender que un albañil vale tanto como un abastecedor o como un prefecto. Sus manías me enseñaron a compadecerlos. Conocí pobres hombres llenos de dolor, que me castigaron: hoy los comprendo, no los odio más, les tengo piedad y los amo. Quisiera abrazar a alguno de los celadores que me persiguieron.

Yo no le cuento todas esas cosas, mi querido señor, para expresar es banal verdad que para todo colegial es un mal necesario, sino para demostrarle cómo se puede aprovechar nuestras desgracias en bien de nuestro espíritu y corazón.

Quisiera, todavía decirle miles de otras cosas, pero estoy escribiendo esta carta en la oficina y debo terminarla. Mi libro "La Buena Magdalena y la pobre María" acaba de aparecer. Podría enviarle un ejemplar. ¿Debería dirigirlo al liceo de Chateauroux? Hasta luego, mi querido señor; escriba cuando le plazca. Yo trataré de contestarle.

Crea en la sinceridad de mis sentimientos de simpatía

Charles-Louis Philippe.

8, rue Mauvais Garçons, París."

---

(1) *Giraudoux, al declarar que el fenómeno de escribir debe ser un accidente en la existencia de un poeta, coincide involuntariamente en una de las verdades cardinales de Tolstoy, quien detestaba que se hiciera del arte una profesión. Y el glorioso anciano, en la mitad de su vida literaria, practicó en todo lo posible esa verdad.*

En tanto que Girardoux, al citar a Rimbaud, la belleza de esa alma desorbitada, revela con los hechos que una cosa es predicar y otra sembrar trigo. Su nueva novela Bella, *no demuestra más que la obra de un perfecto artífice profesional, quien se pasará la vida escribiendo y nunca poseerá la heroicidad de callarse definitivamente a los treinta años, como lo hiciera el autor de Iluminaciones en la Sombra, en una absoluta renunciación de su gloria personal.*

En el refectorio de un cuartel



En el refectorio donde cenaban unos oficiales de caballería, escuché una interesante y curiosísima conversación. Esos galonados descendían, casi todos ellos, de las más antiguas familias de Inglaterra, pertenecientes a la más rancia aristocracia. Pero el estúpido y enloquecido ultraje de la guerra — ultraje contra los ideales de civilización —, los había inclinado a detenerse a pensar sobre la estructura de la vida social, y también acerca del problema insoluble de la familia. Algunos, por cierto, era la primera vez que se atrevían a tanto. Ellos, si odiaban a Alemania como la causa más inmediata y directa de la guerra, intentaban penetrar más a fondo la cuestión, comprobando que los jefes de las grandes naciones de Europa, no habían hecho más que sostener la filosofía de la fuerza, amasando y erigiendo sobre ella las avalanchas de los odios, el miedo centuplicado y las alianzas celebradas por encima de las cabezas de las multitudes, que habían inflamado de pasiones perversas, y enturbiado los ánimos con mentiras y falsas promesas.

—Los políticos son los únicos culpables, afirmó un teniente.

—Yo estoy por la revolución, después que se acabe esa sangrienta masacre... Con extricta imparcialidad me propondría colgar a todos los políticos, los diplomáticos y a esos llamados estadistas...

—Sí; yo estoy por el pueblo, — dijo otro. Sí, con el pobre pueblo al que siempre se le ha mantenido en la ignorancia, y cuando sus clases dominantes creen llegado el momento oportuno para apoderarse de nuevos territorios, robárselos a sus vecinos, lo llevan a la matanza; y también por que sus ejércitos a veces se aburren, apresurando la guerra que dará galones, charreteras... En todos los casos, es a él siempre al que le toca la peor parte...

—¿Y la religión? — preguntó un tercero.

—¿Qué hizo la Iglesia para impedir la guerra?... ¿Predicar los evangelios de Cristo? Tanto el arzobispo de Londres como el obispo de Canterbury, no son más que patrioteros y convencionales bendecidores de cañones y banderas... ¡Uf, Dios, cómo cansan todos ellos. Me hartan de rabia y de odio!

¡Extrañas y asombrosas palabras que pude oír en una reunión de oficiales! ¡Turbador tumulto en el alma de esos hombres! Y eran las mismas palabras que pude escuchar también en Ipres por los muchachos londinenses, quienes se expresaban tan amarga y crudamente como aquéllos.

Pero todos estos gentilhombres, todos esos muchachos que hablaban con tanta sinceridad, si alguien les volviese a recordar, a repetir lo que ellos dijeron, muchos se habrían olvidado y otros negarían rotundamente haber jamás pronunciado una palabra sobre esas cuestiones.

Sir PHILIPP GIBBS

(Del libro "Realities of War")



EL TEATRO POPULAR

Capítulo V

Otros gèneros de teatro del pueblo: drama social, drama rústico.—Leyenda, cuentos y circo.

Si he insistido en la Epopeya Histórica, es por preferencias personales, por que no está prohibido de hablar de lo mejor que se conoce — y para reaccionar contra el descrédito (no de un género que en Francia es desconocido y se halla todavía por crearlo) sino de un nombre galvanizado por ridículos fantoches románticos. No es esto más que una zona del teatro; que otras se abran ante nosotros.

Ante todo, está el drama social, ensayado vigorosamente por una generación de dramaturgos audaces. En séquito de los poetas del Norte, de Ibsen, de Bjoerson y de Hauptmann (1), Jean Jullien, Descaves, Mirbeau, Ancey, Hervieu, F. de Curel, Brieux, Emile Fabre, demostraron la vitalidad de ese género, que sobre los demás posee la ventaja de ser uno de los más necesarios: porque hizo florecer sufrimientos, dudas y aspiraciones presentes, y por eso forma parte de la acción. Hay quienes le infirieron algunos reproches, entre ellos como si quisiera descartar el ideal del desinterés en el arte.

Por mi parte los alabo, y ya he dicho mis razones. ¡Felices las épocas y las obras serenas! Pero cuando las épocas se enturbian y la nación combate, es el deber del artista de combatir a su lado, de inflamarla, de guiarla, de disipar las tinieblas y aplastar los prejuicios que obstaculizan su camino. He escuchado gemir sobre las violencias que este arte arriesga traer, y traerá puesto en este camino. Estas violencias no pueden atribuírselas a él, sino a las iniquidades contra las cuales la conciencia de la humanidad choca, y es necesario que las destruya. El arte no tiene por objeto suprimir la lucha, sino centuplicar la vida, de hacerla más fuerte, más grande y mejor. Es enemigo de todos los que son enemigos de la vida. Y si el amor y la unión es su meta, el odio podrá ser en ciertos días su arma: "El odio es muy bueno — decía un obrero del barrio de San Antonio a un conferencista que se desgañitaba en inculcarle que todo odio es malo. El odio es justo, es el que subleva a los oprimidos contra los opresores. Cuando yo veo un hombre que se impone y brutaliza a los otros, esto me indigna y lo odio y siento que tengo razón."

Quien no sabe odiar el mal tampoco sabe amar el bien. Y quien presencia la injusticia sin que intente combatirla, no es artista ni hombre. Uno de los más dulces poetas, Schiller, quien tuvo la idea más serena de su arte, no tuvo temor de lanzarse en la refriega y proponerse como finalidad atacar los vicios, vencer a sus enemigos la religión, la moral y las leyes sociales (2). Después de todo, no se obra en favor de su arte oponiendo el mal al mal, sino la luz. El mal que se reconoce, que se le mira en la cara y sabe uno que lo ve, es un mal vencido a medias. Es el rol del drama social arrojar sobre el platillo de la balanza indecisa la fuerza imperiosa de la razón.

Quedan otros géneros dramáticos que el teatro empleó aun muy poco. El drama campesino, poema de la tierra, impregnado del perfume saludable del campo y del humorismo de las provincias de habla sabrosa; Arte inapreciable, puesto que salvó la vida poética de las *patrias chicas* y sus características que desaparecen. Pouvillon, en algunas de sus tragedias pastorales; Pottecher en sus comedias de los Vosgos; el suizo René Morax, en sus dramas vendeanos de un vigoroso y tranquilo sentimiento popular (3), todos ellos nos dieron un ejemplo. Y el más grande de todos, el Homero provenzal, Mistral, del lenguaje armonioso como su alma de otros tiempos.

Sobre todo esforcémonos, arando nuestros campos, en desenterrar el rico tesoro céltico, que está desapareciendo. Examinemos las leyendas y los cuentos adormecidos. No existe un país que posea un acervo tan nutrido de romances fabulosos y de bellas historias poéticas y burlonas. El pueblo de las grandes ciudades hace tiempo que rompió los lazos con el pasado; no es más de la familia. Es muy diferente en su mayoría el que quedó en nuestras campiñas. Esas razas, que a menudo se las encuentra en toda su pureza, los tipos que encontramos esculpidos en los portales de sus iglesias góticas, se parecen moralmente a ellos, más de lo que se puede pensar. Quién sabe en qué proporción en esas almas vive el rumor de las florestas, de las hadas, donde duerme la Bella del Bosque, donde Lancelote y Ginebra o Tristán e Isolda encuentran el gato calzado con grandes botas y la pequeña Caperucita, y donde pasa la cabalgata de los cuatro hijos de Aymon, oyéndose el cuerno de Rolando! Resucitad nuestras historias del pasado. Pequeños o grandes, ¿quiénes no se alegrarán en escucharlas? Todas ellas siguen vivientes. Después de María de Francia, hace siete siglos que todos nosotros esperamos, sin decirlo, que vuelva el Pájaro Azul.

La leyenda en el teatro autoriza y pide el empleo de la música. Esta cabe no menos en el gran drama poético y rústico, y cuyo modelo admirable es la *Arlesiana*. De una manera general se debe confesar que la música en Francia no llegó al rango que le pertenece en el teatro. Los poetas se han privado de su concurso, una mitad por ignorancia y la otra por la vanidad del que no quiere compartir su arte. Sus piezas padecieron bastante. Al que se despoja de una u otra, su vuelo le resulta desigual.

¿Por qué omitir así, tan desdeñosamente, de nuestro teatro la mímica y la acción, que se la ha relegado al circo? El espectáculo de la acción es de un magnetismo poderoso tanto para el bien como para el mal; es una tontería desdeñarlo. Los juegos de los circos mantuvieron en Roma el gusto por la acción, tan necesaria a los grandes pueblos. Los griegos cultivaron conjuntamente los juegos físicos y los del espíritu. Demos al cuerpo un lugar en el arte, un amplio lugar. Nuestro teatro debe ser teatro de hombres, no de escritores.

¡Cuántas nuevas formas, apenas intentadas, podrían florecer en el teatro popular! Pero sería una labor vana describir las sombras del porvenir. Sólo cuentan las obras. Abordamos a un continente desconocido. Que cada uno se lance a la ventura; ya volverá con las manos plenas de botín. Osemos sobre todo, osemos elevar nuestro arte a la altura de la tragedia, que en estas horas se juega en el mundo. Hagamos nuestras las palabras de Schiller en la representación del "Campo de Wallestein", el 12 de octubre de 1798:

"La nueva era que se inaugura hoy, enardece al poeta para que abandone los

caminos trillados y rebase el estrecho círculo de la vida burguesa para crear un teatro que no sea indigno de esta hora sublime en la cual se agitan nuestros esfuerzos.

Solamente un gran asunto puede remover profundamente las entrañas de la humanidad; en los círculos reducidos, el espíritu se va empequeñeciendo. El hombre, en cambio, se enaltece en la medida que su finalidad resulta más elevada. Es ahora, con el sentido serio de la vida que este siglo ha desarrollado, que la misma realidad prosaica se convierte en poesía. Por eso vemos luchar naturalezas poderosas a fin de alcanzar premios importantes en el combate librado por los grandes intereses de la especie humana: la tiranía y la libertad. Es ahora que el arte, también en el teatro, donde siempre evocara un cúmulo de sombras, puede intentar vuelos de valentía y audacia; es más, debe realizarlos, si no quiere desaparecer cubierto de vergüenza ante ese otro teatro, el de la vida."

No debemos, pues, quejarnos de nuestro destino. No nos escatimó el trabajo.

¡Felices las épocas como la nuestra, que les queda una inmensa tarea para llevarla a buen término! ¡Felices los hombres que sucumben bajo el peso de una gloriosa fatiga! Ello es mucho mejor que sucumbir bajo el tedio de la nada, o contemplando tristemente las obras realizadas por los otros. No diremos, como el melancólico autor de *Los Caracteres*, fino y frágil reflejo de una época agotada: "Todo se ha dicho y uno ha llegado demasiado tarde."

Nada ha sido dicho aún para la nueva sociedad. Todo está por decirse. Todo está por hacerse. ¡Manos a la obra!

---

(1) *No olvidemos el rol desempeñado por Edmundo Goncourt, precursor de Haupmann—nuestro Haupmann francés—y la punzante piedad que se exhala de sus obras, de un realismo implacable, desdeñoso de los efectos retóricos: "La Ramera Elisa" y "Germenia Lacertaux".*

(2) *Unas palabras solamente de un género que no cuenta casi para nada en Francia*: la Improvisación. *En las provincias, donde el espíritu es vivaz y la raza más despierta, no es necesario que el teatro sea todo escrito. Esta muy bien dejar, asimismo, que la fantasía popular tenga* la ocasión y el placer de jugar libremente *sobre un canevá determinado, como existe todavía en Italia, en la que la* Commedia dell'arte *continúa bajo formas rústicas. Y para aquellos que encuentran que la improvisación no es arte, citaré solamente a Michelet, diciendo: "que sería una lástima el darle a los espíritus espontáneos de los meridionales piezas completamente hechas; un texto somero les bastará; ellos mismos buscarán de desarrollarlo. Y Goethe, que escribió en el "Campo de Wallenstein": "el género de esta pieza exigiría que a cada representación se viese algo nuevo a fin de que los espectadores no pudiesen orientarse"* (5 de octubre de 1798, a Schiller).

(3) *El magnífico llamamiento de Mazzini a los poetas del siglo XIX* (*Ai poeti del Secolo XIX*) 1832.

***

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Gustav Landauer (7 de abril 1870—2 de mayo 1919).

An den Züricher Congress, Bericht über die deutsche Arbeiterbewegung, (Al congreso de Zurich. Informe sobre el movimiento obrero alemán) 20 págs. en 8o., Berlin (s. a., 1893).

Ein Weg zur Befreing der Arbeiterklasse (Un camino para la liberación de la clase obrera), 30 págs., Berlin, 1905; se tradujo también al holandés.

Aus meinen Gefungniss-Tagebuch (De mi diario de prisión), en Socialistische Akademiker, N.os 13-18, Berlin 1895.

Von Zürich nach London, en el *Sozialist* (1896) y en folleto, Berlin, 1896, — traducción francesa: *De Zurich a Londres, Rapport sur le mouvement ouvrier allemand au Congrés internationale de Londres*, París, julio de 1896, 12 págs.; traducción española en *El Corsario*, 3 de septiembre de 1896 y siguientes; traducción inglesa: *Social Democraty in Germany*, Londres, 8 págs.; traducción italiana, Forli, 1896; traducción portuguesa, Lisboa 1914.

Der Todesprediger, Roman, Dresden und Leipzig, Verlag H. Minden, 259 págs 1893; segunda edición 1903; tercera edición Marcan-Block-Verlag, Colonia, 1923.

Durch Absonderung zur Gemeinschaft (Por el apartamiento a la comunidad), Eugen Diederichs, Jena, 1901.

Ekepsis und Mystik, Versuche in Anschluss an Mauthners Sprachkritik (Escepticismo y mística. Ensayos en relación a la crítica del idioma de Mauthner), Verlag F. Fontane und C.o, 154 págs. en 8o., Berlin, 1903; segunda edición.

Mach und Machten, Novelen, Verlag E. Flischel und C.o, 238 págs. en 80.

Die Revolution, Verlag Rütten und Loning, Franfort a. Main, 1908, 119 páginas; segunda edición en 1919.

Auruf zun Sozialismus, Edición Der Sozialist, Berlin, 1911; segunda edición, Paul Cassirer, Berlin, 1919; quinta edición Marcan, Colonia, 1925.

Ein Weg deutschen Geistes, (Un camino del espíritu alemán), 34 págs. Forum-Verlag, Munich, 1916.

Rechenschaft, Paul Cassirer, Berlin, 1919; segunda edición Marcan-Verlag, Colonia, 1924.

Wilyam Shakespeare, dos volúmenes, Rütten und Loning, Francfort a. Main, 1920.

Briefe aus der franzosichen Revolution, (Cartas de la revolución francesa) 2 volúmenes, Rütten und Loning, Francfort, 1918.

Der werdende Mensch, Aufsatze über Lebenund Schrifttun (El hombre del porvenir. Artículos sobre la vida y las letras) Hersg. von Martin Buber, 63 páginas, G. Kiepenhuer, Postdam, 1922.

Beginnen, Aufsatze über Sozialismus. (Iniciativa. Artículos sobre socialismo) Marcan-Block Verlag, Colonia, 1924.

LA PROPAGANDA DEL EJEMPLO

El 9 de febrero publica el *Avanti!* de Milán, órgano del partido socialista, — la tendencia turatiana, — una corta entrevista con Malatesta, firmada en Roma por Guido Mazzali. El hecho merece ser rememorado, pues habría hoy muy pocos ejemplos semejantes de sinceridad en la vida partidista. Por desgracia eso no es ningún síntoma de evolución revolucionaria en el partido de Turati; pero en el dolor común bajo la dictadura fascista, incluso los marxistas han tenido necesidad de templar el ánimo visitando a nuestro indomable camarada, requiriendo su opinión valiosa y constatando su firmeza y su juvenil fogosidad.

Malatesta, como Salvochea, como Reclus, es un tipo tan noblemente humano que sus palabras y el ejemplo de su vida hacen olvidar a los adversarios toda pasión de partido, todo prejuicio sectario. Por encima aun de las ideas que se profesan está la vida del hombre sincero, bueno y noble. Nosotros nos inclinamos respetuosos también ante esas grandes figuras ideales, sin importarnos el partido o la clase a que pertenecen. Sin embargo, y esto es una gran desdicha para la humanidad, un Malatesta, un Salvochea, un Reclus, un Kropotkin, no se suelen encontrar más que entre los anarquistas y como anarquistas, al lado de los perseguidos y los débiles, perseguidos ellos también, encarcelados y temidos por los que viven del privilegio y la injusticia.

¡Dichosos los tiempos del porvenir, cuando, sin amos ni esclavos, las jóvenes generaciones serán educadas ya desde el hogar en el respeto y la admiración hacia esos combatientes de la libertad, la fraternidad y la justicia, en lugar de serlo como hoy, en los manuales de historia patria, donde se exalta el crimen y se rinde culto a la expoliación del hombre por el hombre.

Somos iconoclastas, pero un Reclus o un Malatesta serán siempre para nosotros un ideal de perfección a que aspiramos y a que desearíamos que todos aspirasen. Muy clara y muy brillantemente han expuesto esos hombres la esencia de nuestras ideas; muchísimo tienen que enseñarnos desde el punto de vista intelectual, pero si les llamamos maestros y evocamos su nombre en las horas trágicas y en los momentos tristes, es por lo que tiene de consolador y de alentador su significación moral, el ejemplo de su vida.

Es una gran satisfacción poder gritar al rostro de nuestra época de dictaduras, de ambiciones personales de riqueza y de mando, el nombre de Malatesta.

Volvamos a la entrevista del *Avanti!* Guido Mazzali lo encontró a Malatesta, en un "modesto cuartito lleno de libros, sentado a una mesita hostil y fría en su devastada pobreza lineal, encorvado, recogido, presente y ausente a un mismo tiempo". Hablando sobre la situación política, Malatesta dice: "¿Crisis de conciencia, revisiones?; ¡por favor! Nuestras ideas encuentran en los hechos su confirmación. No tenemos nada que cambiar o que renegar." Oyendo el modo de hablar vivo de nuestro camarada, el firmante de la entrevista escribe: "Este hombre, que es un compendio de historia revolucionaria, que ha meditado sobre todas las insuficiencias de la vida italiana, que ha sufrido todas las sutilizaciones del pensamiento, que ha vivido ardientemente desde 1868 hasta hoy todas las tentativas de insurrección, que ha jugado la propia vida en temerarias aventuras como la de Benevento, conserva aún intacta la energía de un *condottiero* y la seguridad de un profeta".

Interrogado sobre la violencia anarquista, responde: "No hemos sido nunca (violentos). Somos adversarios de la violencia, de todas las violencias, en acto o en potencia. Admitimos, teorizamos y predicamos sólo el derecho, y el deber, de la defensa..." "Bolchevismo y fascismo son dos aspectos del mismo error, dos manifestaciones del mismo mal que lacera y abruma a la humanidad. Donde hay autoridad hay dolor. Donde hay gobierno hay esclavitud. El comunismo ruso ha sofocado la revolución que podía, que debía culminar en el ordenamiento anárquico de la vida. ¿Sabe vd. cuantos fueron los anarquistas fusilados en Rusia? ¡Cuántos de mis amigos, desterrados conmigo en Londres, fueron violentas y bárbaramente suprimidos!"

Y Malatesta reafirma su eterna confianza en el porvenir:

"Pero yo tengo fé, porque la sola realidad visible y conquistable es la utopía, lo que vosotros llamáis utopía. No es posible que el dolor de estos años haya sido sufrido en vano. Todos los sistemas de pensamiento han cedido al hacer irrupción el renacimiento burgués. ¿Donde están ya el sindicalismo y el socialismo? Admiro vuestros esfuerzos, pero no puedo tomar parte en vuestro camino..."

Y el periodista termina así sus comentarios: "Estuvo y está entre los perseguidos, en Italia como en Rusia. El anarquismo de Errico Malatesta no se discute. Se acepta o se niega. Pero se respeta: ¡siempre!"

El mismo juicio suscriben en Italia todas las personas honestas, de todos los partidos. Se rechazan o se aceptan las ideas de Malatesta, pero nadie dejará de respetar y de admirar al hombre. ¿Cuantos son los hombres actuales en la vida pública que pueden ponerse al lado de Malatesta desde el punto de vista del respeto que su personalidad impone a amigos y enemigos? No conocemos a nadie. Y si echamos una mirada a las grandes figuras del socialismo autoritario se nos presentan personalmente tan ruines, tan pedantes, tan poco elevadas moralmente, tan llenas de ambiciones de mando y tan exentas del carácter del noble apostolado, que no podemos menos de enorgullecerse de contar en nuestro movimiento con hombres tan puros, tan abnegados y tan nobles como los Reclus, los Salvochea los Malatesta y muchos otros.

Aquella Biblioteca de biografías iniciada por LA PROTESTA con la publicación del libro de Max Nettlau, no es una caprichosa determinación, ni quiere fomentar el culto a los héroes; es una iniciativa de un incalculable alcance educativo y consideramos que servirá como una palanca poderosa para elevar el nivel moral del movimiento.

Volvamos a repetir nuestra eterna prédica. Las ideas que amamos más que todo en el mundo, son infecundas si no guían nuestros pasos cotidianos, si no determinan nuestra conducta pública y privada, si no se imponen a nuestros contemporáneos a traves del ejemplo de nuestra vida. Entre un anarquista que acepte sólo intelectualmente la anarquía y que en su vida pública y privada, obra de modo contrario a ese ideal y un adversario de la anarquía que demuestra con el ejemplo su honestidad, su desinterés, su espíritu solidario y fraternal, nos inclinamos respetuosos ante ese adversario y renegaremos del presunto camarada.

Todo lo que Malatesta hâ escrito y ha dicho, con ser precioso en alto grado, puede olvidarse sin mayor perjuicio; pero lo que Malatesta representa como símbolo moral, eso es un valor imperdurable, tanto más brillante y sublime cuanto más se aparta la humanidad de una más elevada concepción de la vida.

Se habitúa generalmente a considerar que se hace propaganda sólo por la palabra, por la prensa, por la organización; nos parece que no hay más propagandistas que los que hablan en las tribunas o escriben en los periódicos. Sin embargo el mejor de los propagandistas, el aspecto más sólido y esencial de la propaganda, es la propaganda del ejemplo, la influencia de nuestra vida personal en el radio de nuestra actuación cotidiana. La gran desgracia está en que también en ese terreno, asequible a todas las capacidades, son raros, muy raros los buenos propagandistas.

Las grandes figuras históricas del anarquismo desaparecen; aquellos hombres que imponían respeto a los adversarios por sus valores intelectuales se que más rápidamente de lo que quisiéramos

después de la guerra hubo un verdadero desastre en nuestras filas: Kropotkin, Landauer, Neno Vasco, Flores Magón, Mella Tscherkesof, Osugi...

Esas pérdidas son insustituibles. Por lo menos no se advierte aún en nuestro movimiento la posibilidad de llegar algún día a llenar el vacío dejado por esos hombres. Eso es triste. ¡Pero a grandes males, grandes remedios! Si intelectualmente no existe siquiera la lejana posibilidad de llenar el vacío dejado por los viejos que se nos van, procuremos elevarnos moralmente, seguir las grandes líneas inspiradoras de una vida sincera y honesta para nosotros y nuestro ambiente. De ese modo, aquellos que rechazan nuestras ideas, no podrán menos de respetarnos como hombres. Tan trágica aun como la muerte de nuestros reconocidos mentores y maestros espirituales, es la decadencia moral del movimiento anarquista, sus desviaciones, su despreocupación por vivir más elevadamente, su menosprecio o su desconocimiento del valor de la propaganda del ejemplo. ¿No es doloroso comprobar que cada día se respetan menos nuestras ideas y el movimiento anarquista se desprestigia más?

He aquí un mal al que hay que poner remedio. Si no demostramos prácticamente la virtualidad de nuestras ideas en el ambiente de nuestras relaciones cotidianas, de nuestra vida privada y pública, los adversarios tienen derecho a dudar de nuestras ideas y de nosotros mismos.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(Continuación)

Al aparecer *Temps Nouveaux* llegamos a un tiraje de 17 a 18.000 ejemplares. El periódico cubría sus gastos. Pero sea que la curiosidad de las gentes se amortiguó — lo que me complazco en creer por amor propio — sea que no hayamos sabido satisfacerla, el tiraje se redujo poco a poco para llegar a lo que ustedes saben.

Pero con un número suficiente de suscriptores, y un fondo de caja al comienzo, estamos asegurados un año o dos. Es todo lo que podemos esperar para intentar la experiencia que vale la pena, mientras que yo me rehuso a ir a aumentar el número de las publicaciones nacidas muertas que hemos visto nacer y morir, sino en el espacio de una mañana, al menos después de una carrera ridículamente corta.

Vd. dice aún:

1. — "Si continuamos haciendo aparecer el Bulletin, gastaremos el dinero a medida que llegue, desalentando al mismo tiempo a los suscriptores".

¡Buen dios! actualmente no cubrís los gastos de una publicación de exigencias reducidas y queréis, con la misma falta de medios, intentar una obra más dispendiosa. Yo habría pensado que, al contrario, la razón que Vd. aduce les habría demostrado cuán artificial es toda esa impaciencia.

2. — Los suscriptores preguntan por su dinero. Vd. agrega: "¡Qué importan los lectores que no pagan!" Y yo digo: "¡Al diablo los suscriptores que quieren que se les dé por su dinero!" De toda mi propaganda, lo que más lamento es el haber apelado demasiado a menudo a los motivos egoístas del lector para decidirle a comprarnos publicaciones que nos costaban más de lo que ellos daban. Empecinándome en darle 12 páginas cuando nuestros medios no nos permitían más que 8; organizando tómbolas en que los compradores de boletos recibían más de lo que pagaban.

Es verdad que, apremiado por la situación, no podía elegir los medios ni tenía el tiempo de apreciar el valor moral o de propaganda. "Todo lo que podía sin compromiso prolongar la vida del periódico, era bueno para mí".

Y bien, no, todo no era bueno, en vista de la propaganda misma. No se puede contar con un público como ese. El público que debemos tratar de conquistar es el que, como nosotros, está afectado por el "prurito" de la propaganda, y que sabe imponerse algunos sacrificios para cooperar a su desarrollo. Y cuando digo sacrificios, es por falta de una palabra más exacta. No es un sacrificio lo que se hace para realizar la obra que uno juzga útil.

En nuestro primer manifiesto hemos dicho en qué condiciones queríamos marchar. O bien parece justo a los que nos dirigimos o no responde a su manera de ver.

Si les parece justo, deben darnos crédito y, como nosotros, tener paciencia hasta que hayamos reunido los medios de salir con alguna probabilidad de éxito.

Si no les parece justo, que hagan ellos mismos algo mejor.

Si por el hecho de haber dado 50 céntimos a la propaganda, y estar impaciente por asegurarse de que esos 50 céntimos no han sido gastados en mantener danzarinas en la Opera, el suscriptor debe forzarnos a cambiar nuestros planes, volvemos a caer bajo el yugo del capitalismo. Un capitalismo muy reducido, es posible pero tan exigente y desagradable como el otro. A los que hoy ayudan, a los que nos leen, les reconozco el derecho a intervenir sólo en este caso: cuando salgamos del programa por el cual hemos recurrido a su concurso.

En suma, es la cuestión de confianza entre nosotros y los que nos proporcionan su concurso. Si tienen confianza, que la demuestren dejándonos obrar del mejor modo, siempre que permanezcamos en el cuadro de nuestras promesas. Y es porque no quiero abusar de su confianza que no quiero obrar de otro modo a como hemos prometido en nuestro primer manifiesto, yendo hacia un fracaso inevitable.

Que el boletín viva o desaparezca, eso no tiene más que un valor de indicación. Publicación de circunstancia o permanente, su desaparición, — por desagradable que sea, — no implicaría ninguna consecuencia desastrosa. Pero debiendo ser la publicación futura, en nuestra intención al menos, una publicación duradera, su fracaso sería un desastre — para nuestra actividad futura — que nos obstaculizaría el camino por largo tiempo para toda tentativa nueva.

Indicad a los lectores la necesidad de mantener la publicación de eso para preparar la publicación de ésto, la ventaja de desarrollarlo como medio de transición de una publicación a otra.

Si ese llamado no tiene eco, será ya un signo de que nuestra reaparición no es tan impacientemente esperada como Vd. parece creer. Entonces no publiquen el Boletín más que cuando tengan dinero para hacerlo, contentándose, en caso de necesidad, con reducirlo a una simple circular, para no perder totalmente el contacto con el público.

Errico Malatesta (5)



EN EL CAFÉ

Jorge. —Muy bien, continúe; se diría que también usted está afectado de socialismo. Es una escuela diferente de la mía; pero en fin es siempre socialismo. Un magistrado socialista es un fenómeno interesante.

Ambrosio. —No, no, nada de socialista. Lo hacía sólo para sorprenderle en contradicción y mostrarle que lógicamente debería ser no un comunista, sino un "repartidor", un partidario de la división de los bienes.

Y entonces le diría que el fraccionamiento de la propiedad haría imposible toda gran empresa y produciría la miseria general.

Jorge. —Yo no soy un repartidor, un partidario de la división de los bienes, ni, que yo sepa, lo es ningún socialista moderno. No creo que dividir los bienes sería peor que dejarlos unidos en manos de los capitalistas; pero sé que esa división, si fuera posible, sería perjudicial para la producción. Además no podría durar y llevaría de nuevo a la constitución de las grandes fortunas, a la proletarización de las masas y a la miseria y a la explotación a outrance.

Digo que el trabajador tiene derecho al producto íntegro de su trabajo; pero se reconoce que ese derecho no es más que una fórmula de justicia abstracta; y significa, en la práctica, que no debe haber explotadores, que todos deben trabajar y todos disfrutar de los frutos del trabajo, según los modos que convengan entre sí.

El trabajador no es un ser aislado en el mundo, que vive por sí y para sí, sino un ser racional que vive en un cambio continuo de servicios con los demás trabajadores, y debe coordinar sus derechos con los derechos de los demás. Por lo demás, es imposible, máxime con los métodos modernos de producción, determinar en un producto cuál es la parte exacta de trabajo que cada trabajador ha proporcionado, como es imposible determinar en la diferencia de productividad de cada obrero o de cada grupo de obreros, qué parte se debe a la diferencia de habilidad y de energía desplegada por los trabajadores y qué parte depende de la diferencia de fertilidad del suelo, de la calidad de los instrumentos empleados, de las ventajas o dificultades dependientes de la situación topográfica o del ambiente social. Y por lo tanto, la solución no puede encontrarse en el respeto al derecho estricto de cada uno, sino que debe buscarse en el acuerdo fraternal, en la solidaridad.

Ambrosio. —Pero entonces no existirá la libertad.

Jorge. —Al contrario, es entonces solamente cuando habrá libertad. Ustedes los llamados liberales, llaman libertad al derecho teórico, abstracto, de hacer una cosa y serían capaces de decir, sin reir ni ruborizarse, de un hombre que ha muerto de hambre por no haber podido procurarse alimento, que estaba libre de comer o no. Nosotros, al contrario, llamamos libertad a la posibilidad de hacer una cosa o no hacerla — y esta libertad, que es la única verdadera, se vuelve tanto mayor cuanto más crece el acuerdo entre los hombres y el apoyo que se dan entre sí.

Ambrosio. —Usted ha dicho que si se dividieran los bienes, se reconstituirían pronto las grandes fortunas y se volvería al estado de antes. ¿Por qué?

Jorge. —Porque desde el principio sería imposible ponerlos a todos en estado de perfecta igualdad y conservar luego esa igualdad. Las tierras difieren grandemente entre ellas, las unas producen mucho con poco trabajo y las otras poco con mucho trabajo; las ventajas y desventajas de toda especie que ofrecen las diversas localidades son grandes, y grandes también las diferencias de fuerza física e intelectual entre hombre y hombre. Ahora bien, en el momento de la división surgirían naturalmente la rivalidad y la lucha; las mejores tierras, los mejores instrumentos, los mejores lugares irían a manos de los más fuertes o más inteligentes o más astutos. Por consiguiente, encontrándose los mejores medios materiales en manos de los hombres mejor dotados, éstos se verían pronto en posición muy superior a los demás y, partiendo de estas ventajas primitivas, fácilmente aumentarían en fuerza, volviendo a comenzar así un nuevo proceso de explotación y expropiación de los débiles que reconstituiría la sociedad burguesa.

Ambrosio. —Pero eso se podría impedir con buenas leyes que declarasen inalienables las cuotas individuales y circundasen a los débiles de serias garantías legales.

Jorge. —¡Uff! Usted cree siempre que se puede remediarlo todo con leyes. ¡No es en vano magistrado! Las leyes se hacen y se deshacen según el capricho de los fuertes.

Los que son un poco más fuertes que el término medio, las violan; los que son mucho más fuertes aún las suprimen y hacen otras en su interés.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. —Entonces, se lo he dicho ya, es preciso substituir la lucha entre los hombres con el acuerdo y la solidaridad, para eso es preciso ante todo abolir la propiedad individual.

Ambrosio. —En resumen, seriamente, ¿es usted comunista?

Todo es de todos, trabaja el que quiere y el que no quiere hace el amor; comer, beber, divertirse. ¡Qué país de Jauja! ¡Oh, qué hermosa vida! ¡Oh, qué bello manicomio! Já, já, já.

Jorge. —Al ver el aspecto que usted ofrece al querer defender con razonamientos esta sociedad que sólo se rige con la fuerza bruta, no me parece verdaderamente que tenga mucho de qué reir.

Sí, señor, soy comunista. Pero usted parece tener nociones muy extrañas sobre el comunismo. La próxima vez trataré de hacérselo comprender. Por hoy, buenas noches.

VII

Ambrosio. —Y bien, ¿quiere explicarme lo que es su comunismo?

Jorge. —Con mucho gusto.

El comunismo es un modo de organización social en que los hombres, en lugar de luchar entre sí por acaparar las riquezas naturales y explotarse y oprimirse recíprocamente, como en la sociedad actual, se asociarán y se pondrán de acuerdo para cooperar todos al mayor bienestar de cada uno. Partiendo del principio de que la tierra, las minas y todas las riquezas naturales pertenecen a todos y que a todos pertenecen también los productos acumulados y las adquisiciones de todo género de las generaciones pasadas, los hombres, en el comunismo, se entenderán para trabajar cooperativamente y producir todo lo necesario.

Ambrosio. — He comprendido. Usted quiere, como decía un periodicucho que he tenido en manos en un proceso de anarquistas, *que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades;* o bien *que cada uno dé lo que pueda y tome lo que necesite.* ¿No es eso?

Jorge. —Efectivamente, esas son máximas que solemos repetir a menudo; pero para que representen correctamente lo que sería una sociedad comunista tal como nosotros la concebimos, habría que saberlas inter-

3. — "La excusa de la guerra no existe ya para continuar guardando el silencio".

Vd. toma aquí el efecto por la causa.

En lo que me concierne al menos no fué porque vino la guerra por lo que cesó de aparecer el periódico, sino porque la guerra vino a empeorar una situación económicamente insostenible. No veo de ningún modo que esa situación haya cambiado.

"Hemos "caldeado" al público y espera que hagamos algo", — me dice Vd. en su carta precedente. Permítame que ría un poco de esa broma.

Vds. tuvieron dos reuniones que les pusieron en contacto con una cincuentena de camaradas; recibieron, tal vez, no es seguro, medio cuarterón de cartas de camaradas a quienes conocen más o menos, y Vd. llama a eso haber "caldeado la opinión pública". ¡Temo que si Vd. escuchara un lenguaje parecido de alguno de sus enfermos, le catalogaría de inmediato en el caso de megalomanía aguda! ¿No toma sus deseos por realidades?

4. — Vds. no harán más que la suscripción; por consiguiente, cada número dejará un beneficio en lugar de una pérdida. ¡Muy bien calculado! A condición, sin embargo, que el número de los suscriptores permita fijar la suscripción a un precio abordable.

Ahora bien, Vd. no me ha dicho cuál es la cifra exacta de las promesas de suscripción que han recibido.

Sin duda no tenemos contacto más que con un pequeño público, sin duda, aún, el género revista responde mejor a nuestro género de talento (!). Pero no hay que olvidar que la mayoría de los camaradas preferirán cien veces más el periódico que una revista; que tarde o temprano ese puesto del periódico deberá ser ocupado. Deseo ardientemente que ese puesto sea ocupado un día por el mayor bien de la propaganda (1).

Y además, ¿qué es lo que impide a un periódico o a una revista limitar su tiraje a la cifra de sus suscriptores!

En cuanto a la venta en la calle, se podría intentar organizarla. Es por eso que yo pedía que antes de salir se encontrasen camaradas en el mayor número de localidades posible, que se encargasen de organizar esa venta y se hicieran responsables de un cierto número de ejemplares.

Eso no puede organizarse más que después de un intercambio de correspondencias. Me he propuesto para hacerlo. No he visto aún una sola de las cartas recibidas. Habría tenido alguna utilidad el conocer lo que ocurre, lo que se nos responde.

No buscar más que el lector que paga es muy práctico desde el punto de vista comercial. Pero yo no veo la utilidad de un periódico semejante, salvo para satisfacer algunas vanidades, algunos casos de enfermedad plumífera. Si para existir ese periódico debe cortarse los medios de hacer propaganda, permaneciendo órgano de una pequeña capilla, equivale a contemplarse el ombligo. Es del mismo modo imbécil. Nosotros no podemos aumentar nuestra propaganda más que aumentando nuestro público. Es por eso que el suscriptor, lector que paga, debe pagar para el lector nuevo.

Hay ahí dos puntos de vista que parecen inconciliables, lo sé; hacer vivir nuestra publicación al mismo tiempo que se hacen los gastos necesarios para permitir ensanchar la propaganda. Se pueden llenar ambos fines si sabemos organizarnos. Es esa organización la que quiero comenzar antes de comprometerme en una empresa que no nos dejaría ya ningún medio de volver a comenzar si abortase.

Habiendo pasado treinta años de mi vida en realizar una obra que, a pesar de su derrota aparente, ha hecho, quiero creerlo, algún bien, sería duro para mí verme excluído de la que pretende continuarla, forzado, como estaría, a rehusar participar en la tentativa de sabotage, que es lo que sería en realidad vuestra celeridad imprevisora. Pero yo no puedo impedir que lo intenten si persisten en ello.

No pediría más que una cosa, y sería, puesto que he firmado el primer manifiesto, que se hiciera una declaración diciendo que no formo parte de la combinación, con una exposición de motivos.

"¡Esa combinación será una prueba más de mi obstinación, de mi insociabilidad, de la imposibilidad de hacer algo conmigo!" Eso no tiene importancia, estoy habituado a ese género de crítica.

Cordialmente.

Jean Grave."

Para justificar esa precipitación, se invocaba que yo había retardado mi viaje varias veces, como si mi ausencia fuese una razón para aparecer más pronto. Lo que, bien reflexionado, fué, en efecto, su única razón. Actualmente yo habría sabido bien impedir que se tomara el título de los *Temps Nouveaux* al menos.

A pesar de todo yo había esperado que, en último momento, reflexionarían y volverían a una comprensión más sana de la situación. Mi regreso estaba decidido para los primeros días de julio, les pedía que esperasen mi llegada. Esperaba, a pesar del anuncio que habían hecho de reaparición el 16 de julio, que retrocederían a última hora.

Una vez reinstalados en nuestro domicilio, mi mujer y yo fuimos a visitar a Guerin. En esa visita cambiamos una multitud de recuerdos. Al partir solamente le dije a Guerin: "Espero que habréis reflexionado. Volveré para discutir la cuestión a fondo.

"Sí, sí", me dijo Guerin. Algunos días después supe que en ese momento tenía ya en casa el primer número impreso.

No sólo habían pasado por sobre mi resistencia, sino que, si hicieron desaparecer mi nombre, se habían cuidado de indicar, como les había pedido, que dieran las razones por las cuales me había opuesto a la tentativa, o de cambiar el título, como les había pedido en otras cartas.

Así, cuando recibí el primer número, redacté una protesta, en donde, lo más cortesmente posible, historiaba nuestras disidencias, dando las razones de mi oposición y diciendo que, a creerlos, Francia estaba perdida si su publicación no veía la luz inmediatamente; pero que, sin embargo, yo creía que se engañaban.

Se rehusó insertarla. Fué Pierrot el que sirvió de portavoz a los disidentes. "Si insertamos su protesta — me decía — pasaríamos por vanidosos."

—Yo no les hice duques, les respondí.

Yo, que durante treinta años que dirigí *La Révolte* y *Temps Nouveaux* no les rehusé un artículo, ni modificado una palabra en el original que me enviaron, encontré un poco amargo que se me rehusase, en una revista que llevaba un título que desde todos los puntos de vista, tenía derecho a considerar como algo propio, la inserción de una protesta escrita todo lo moderadamente posible, sin oponer más que hechos, y que, si hubieran sido simplemente honestos, habrían insertado sin vacilación.

Pero me era duro romper con los últimos camaradas de lucha que habían quedado y aislarme. Reduje mi protesta a esta última forma, de que encuentro copia:

"Mis queridos camaradas,

Me es penoso encontrarme en contradicción con vosotros, pero considero prematuro haber anunciado, como reaparición de *Temps Nouveaux*, lo que no puedo considerar más que como continuación del Boletín agrandado.

1.—Se debía crear un fondo de reserva de 8.000 francos. — Ese fondo de caja no existe.

2.—No se debía salir más que cuando se tuviese una cifra suficiente de suscritores.

(Continuará)

---

(1) *Los hechos, ¡ay!, han demostrado bien que veía claro.*

---

pretar. No se trata, evidentemente, de un derecho absoluto a satisfacer todas las necesidades propias, pues las necesidades son infinitas, crecen más rápidamente que los medios para satisfacerlas, y por consiguiente su satisfacción es siempre limitada por las posibilidades de la producción; no sería ni útil ni justo que la colectividad, para satisfacer las necesidades excesivas, o mejor dicho los caprichos, de algún individuo, se sometiese a un trabajo desproporcionado con la utilidad producida.

Y no se trata tampoco de emplear en la producción todas las fuerzas personales, puesto que eso, tomado literalmente, significaría que es preciso trabajar hasta el agotamiento, es decir, que para satisfacer mejor las necesidades del hombre habría que destruir al hombre.

Lo que nosotros queremos es que todos estén lo mejor posible; es que todos alcancen el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo penoso. No podría darle una fórmula teórica que represente exactamente tal estado de cosas; pero cuando se haya quitado de en medio a los patrones y a los gendarmes, y los hombres se consideren hermanos y piensen en ayudarse y no en explotarse unos a otros, la fórmula práctica de la vida social sería encontrada pronto. De cualquier modo, se obrará como se sepa y se pueda, salvo modificar y mejorar a medida que se aprendiese a hacerlo mejor.

Ambrosio. —He comprendido: usted es partidario de la *prise au tas*, como dicen sus camaradas franceses: cada cual produce lo que mejor le parece y lo *echa al montón* o, si usted quiere, lleva a los almacenes comunales lo que ha producido; y cada cual *toma del montón* todo lo que necesita y le place. ¿Es así?

Jorge. —Advierto que usted está decidido a informarse un poco sobre la cuestión y supongo que ha ido a leer los documentos de los procesos más atentamente de lo que lo hace cuando se trata de enviarnos a la cárcel. ¡Si los magistrados y los policías hicieran como usted, lo que se nos roba en los allanamientos a nuestros domicilios serviría al menos para algo!

Pero volvamos al argumento. Tampoco esa fórmula de la *toma del montón* es más que un modo de hablar, que expresa la tendencia a querer substituir el espíritu mercantil de hoy por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, pero no indica ciertamente un modo concreto de organización social. Tal vez encuentre entre nosotros quien toma esa fórmula al pié de la letra, porque supone que el trabajo hecho espontáneamente será siempre superabundante y los productos se acumularían en tal cantidad y variedad que harían inútil toda regulación en el trabajo y en el consumo. Pero yo no pienso así: pienso, como le he dicho, que el hombre tiene siempre más necesidades que medios para satisfacerlas y me alegro de ello, porque ese hecho es causa de progreso; y creo que, aunque se pudiese, sería un derroche absurdo de energía el producir a ciegas para colmar todas las necesidades posibles, en lugar de calcular las necesidades efectivas y organizarse para satisfacerlas con la menor fatiga posible. Por lo tanto, una vez más, la solución está en el acuerdo entre los hombres y en los pactos, tácitos o expresos, a que llegarán cuando hayan conquistado la igualdad de condiciones y estén inspirados por el espíritu de la solidaridad.

Trate de penetrar en el espíritu de nuestro programa y no se preocupe demasiado de las fórmulas, que, en el nuestro, como en todos los otros partidos, no son más que una manera concisa e impresionante, pero casi siempre vaga e inexacta, de expresar una tendencia.

Ambrosio. —¿Pero no se apercibe que el comunismo es la negación de la libertad, de la personalidad humana? Tal vez haya podido existir en los tiempos primitivos de la humanidad, cuando el hombre, poco desarrollado intelectual y moralmente, estaba contento cuando podía satisfacer en la tribu sus apetitos materiales, tal vez es posible en una sociedad religiosa, monástica, que se propone la supresión de las pasiones humanas, que se vanagloria de la absorción del individuo en la comunidad conventual y hace de la obediencia el primer deber. Pero en la sociedad moderna, en tanto florecimiento de civilización producido por la libre actividad individual, con la necesidad de independencia y de libertad que atormenta y ennoblece al hombre moderno, el comunismo, si no fuese un sueño imposible, sería el regreso a la barbarie. Toda actividad sería paralizada; toda fecunda emulación para distinguirse, para afirmar la propia individualidad se extinguiría...

Jorge. —Y así sucesivamente...

Basta, no derroche su elocuencia. Esas son frases hechas que conozco desde hace mucho tiempo... y no son más que otras tantas mentiras, descaradas e inconscientes. ¡La libertad, la individualidad del que muere de hambre! ¡qué cruel ironía! ¡qué profunda hipocresía!

Usted defiende una sociedad en donde la gran mayoría vive en condiciones animales, una sociedad en donde los trabajadores mueren de hambre y de miseria, donde los niños perecen a millares y a millones por falta de cuidados, donde las mujeres se prostituyen para tener qué comer; una sociedad donde la ignorancia entenebrece los espíritus, donde el que es instruído debe vender su saber y mentir para comer, donde ninguno está seguro del mañana — ¿y se atreve a hablarme de libertad y de individualidad?

Tal vez la libertad y la posibilidad de desarrollar la propia individualidad existirán para usted, para una pequeña casta de privilegiados... ¡y ni siquiera! Los mismos privilegiados son víctimas del estado de lucha entre hombre y hombre que corrompe toda la vida social, y ganarían viviendo en una sociedad solidaria, libres entre libres, iguales entre iguales.

¿Cómo puede usted sostener que la solidaridad perjudique la libertad y el sentimiento de la individualidad? Si discutiésemos sobre la familia — y de ella hablaremos algún día — no dejaría usted de entonar uno de los himnos habituales a esa santa institución, base, etc., etc. Ahora bien, en la familia — en aquella al menos que se glorifica, no en la que existe realmente — reinan el amor y la solidaridad. ¿Sostendría usted que los hermanos serían más libres y desarrollarían mejor su individualidad si, en lugar de quererse bien y de trabajar todos de acuerdo por el bienestar común, se pusieran a robarse mutuamente, a odiarse y a darse bastonazos?

Ambrosio. —Pero para regular la sociedad con una familia, para organizar y hacer marchar una sociedad comunista, se necesita una centralización intensa, un despotismo de hierro, un Estado omnipotente. ¡Figúrese qué potencia opresiva tendría un gobierno que dispusiera de toda la riqueza social y asignase a cada uno el trabajo que debe hacer y la parte que puede consumir!

Jorge. —Ciertamente, si el comunismo tuviera que ser como lo concibe usted y alguna escuela autoritaria, sería imposible o, si fuera posible, se resolvería en una colosal y complicadísima tiranía, que provocaría necesariamente después una gran reacción.

Pero nada de todo eso hay en el comunismo que nosotros queremos. Nosotros queremos el comunismo libre, *anarquista*, si la palabra no le ofende. Es decir, queremos que el comunismo se organice libremente, de abajo a arriba, comenzando por los individuos que se unen en asociaciones y continuando poco a poco por federaciones cada vez más complejas de asociaciones, hasta abarcar toda la humanidad en un pacto general de cooperación y de solidaridad. Y como ese comunismo se habrá constituído libremente, libremente también deberá mantenerse, por la voluntad de los interesados.

Ambrosio. —¡Pero para que todo eso fuese posible sería necesario que los hombres fueran ángeles, que fuesen todos altruístas! Y, al contrario, el hombre es por naturaleza egoísta, malo, hipócrita, haragán.

Jorge. —Ciertamente, para que sea posible el comunismo se necesita que los hombres, en parte por impulso de sociabilidad y en parte por una justa comprensión de sus intereses, no se odien entre sí y quieran ir de acuerdo y ayudarse mutuamente. Pero esto, lejos de ser una imposibilidad, es ya hoy un hecho normal y general. La presente organización social es causa permanente de antagonismos y conflictos entre las clases y los individuos; y si, no obstante, la sociedad puede mantenerse y no degenera literalmente en una horda de lobos que se devoran entre sí, es precisamente por el

AÑO V — BUENOS AIRES, 5 DE ABRIL DE 1926 — N.o 219

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMA[illegible] — [illegible] CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 153[illegible] — Valores y giros a M. TORRENTE

Diario de un soldado (1)

El general del ejército británico Sir Frederick Maurice, estampó a manera de prefacio, en la portada de este diario de guerra del soldado Ralph Scott, entre otras razones justificativas de la aparición del libro, estas palabras:

El único y poderoso medio para ir contra la guerra, residiría en que los hechos y episodios revelados en este diario, fuesen narrados en los libros de historia de las escuelas a fin de romper de una vez con la mentira de las valerosas cargas, del retorno victorioso y de las ruborizadas damiselas arrojando rosas a los pies de los conquistadores. Cada soldado sabe demasiado que si se rehicieran los textos de historia, colocando cuidadosamente, en vez de las mentiras y de la falsedad de las acciones guerreras, la escueta verdad descarnándola en todo lo que tiene de horrible se podría destruir el espíritu de la guerra más efectivamente que con todas las convencionales ligas concebidas por políticos de cerebros agotados .

Otro de los métodos quizás más eficaces según esta mosca blanca del militarismo de su patria, consistiría en un arreglo internacional para que cada nación se aviniese a que su ejército se compusiera extrictamente del personal del gobierno. Una idea bastante original y rara, para que brote de la cabeza de un general. No atreviéndose a la supresión completa de los organismos militares, por su método trata de obligar a los que fraguan las catástrofes guerreras a intervenir en ellas. No hemos de discutir seriamente esta idea, porque expresa solamente un punto de vista personal y todavía encarado a medias. Si la presentamos fué para develar un aspecto ignorado en ciertos ambientes que están en un campo contrario al nuestro.

No dudamos que una de las tácticas de mayor resultado es minar la romántica concepción de la guerra anidada aún en millones de cabezas, sobre todo en quienes nunca tomaron parte en ella. La gran contienda no logró debelar esta leyenda del falso heroísmo de la bestia carnicera.

En este sentido, este libro no escrito por un profesional del pacifismo, si no por un vigoroso deportista de inteligencia práctica, quien no discurre contra la guerra por principio y sí por dura y cruel experiencia, es una verdadera exposición de testimonios de muda elocuencia. Solamente los que actuaron en esas horrorosas jornadas, prolongadas durante cuatro años de matanza continua, no les parecerá exagerada la furia y la amargura que se desprende de ciertas escenas terribles y macabras, comprobando, en cambio, que era la realidad normal de todos los días.

Pero donde Scott alcanza el sumo de indignación *patriótica*, por decirlo así, es contra los falsos cultivadores del heroísmo guerrero estándose en sus casitas y contra los parásitos de los estados mayores, oficiales de academia y de salón, quienes amontonan disparates sobre disparates, sin importarles un ardite de la vida de los hombres. Se horroriza al pensar que todos esos sacrificios, todos los martirios padecidos por hombres mansos de corazón y valientes de espíritu — quienes nunca pensaron fuera posible una conflagración de tal magnitud a estas alturas, — fueron en vano y nunca influirán en la balanza de los acontecimientos universales, a fin de alejar posibles contiendas armadas. Exclama:

¡Y lo lastimoso de todo esto es que nadie llegará a comprender, ni nadie logrará compenetrarse de estas ideas! Es haber vivido varias estaciones en el infierno el hecho de conocer esos largos y lancinantes momentos, donde agazapada la muerte estaba cien veces en acecho, pero solamente han transcurrido un par de años y han olvidado toda esa avalancha de trágicas circunstancias.

—Ya pasó — dirán — es necesario que olvidemos, fué tan terrible!

Y ellos, los queridos compañeros míos de las trincheras, retornarán a la vieja rutina de los años pasados, sin honor, sin ideales, sin heroismo, y volverán a ser las bestias de carga del taller, la oficina y de las usinas.

Una escena de las más características:

Los sargentos hallaron un excelente lugar para plantar sus carpas, pero por allí había un muerto alemán. Decidieron enterrarlo, y en consecuencia ahondaron un hoyo ya cavado por un proyectil de grueso calibre. Luego se presentó el problema. ¿Cómo colocar el cadáver dentro de ese hoyo? El sargento mayor lo tomó por sus botas, y el furriel le agarró muy tímidamente por las mangas. Al izarlo, los brazos del muerto se le escaparon de las manos al furriel. Entonces éste se coloco la máscara que se usa contra los gases asfixiantes, y a palazos lo embutió dentro del hoyo. ¿Pro patria?

Este no es un pasaje de los menos impresionantes y macabros que posee este libro tan denso de episodios de una elocuencia que ninguna palabra ni ningún comentario podría intensificar.

Por cierto Ralph Scott no nos ahorra horrores; sin que su intento finque en agrandar, melodramatizar las visiones de la guerra, porque proceder de manera contraria, sería falsificar la realidad, escamotear lo más punzante de ella por miedo de herir nuestras fibras sensibles. Y hace muy bien; es necesario que toda la repugnante fealdad de los hechos de guerra sea puesta en evidencia cada vez con más frecuencia, a fin de que entren en las mentalidades, se alojen en ellas y, si es que se puede, para siempre. Más pronto se olvidan los horrores guerreros, más pronto se producirán otras guerras. Hay que repetir y repasar hasta la saciedad estos episodios desdorosos para la especie humana; hay que hilar sin descanso la contraleyenda del romanticismo guerrero.

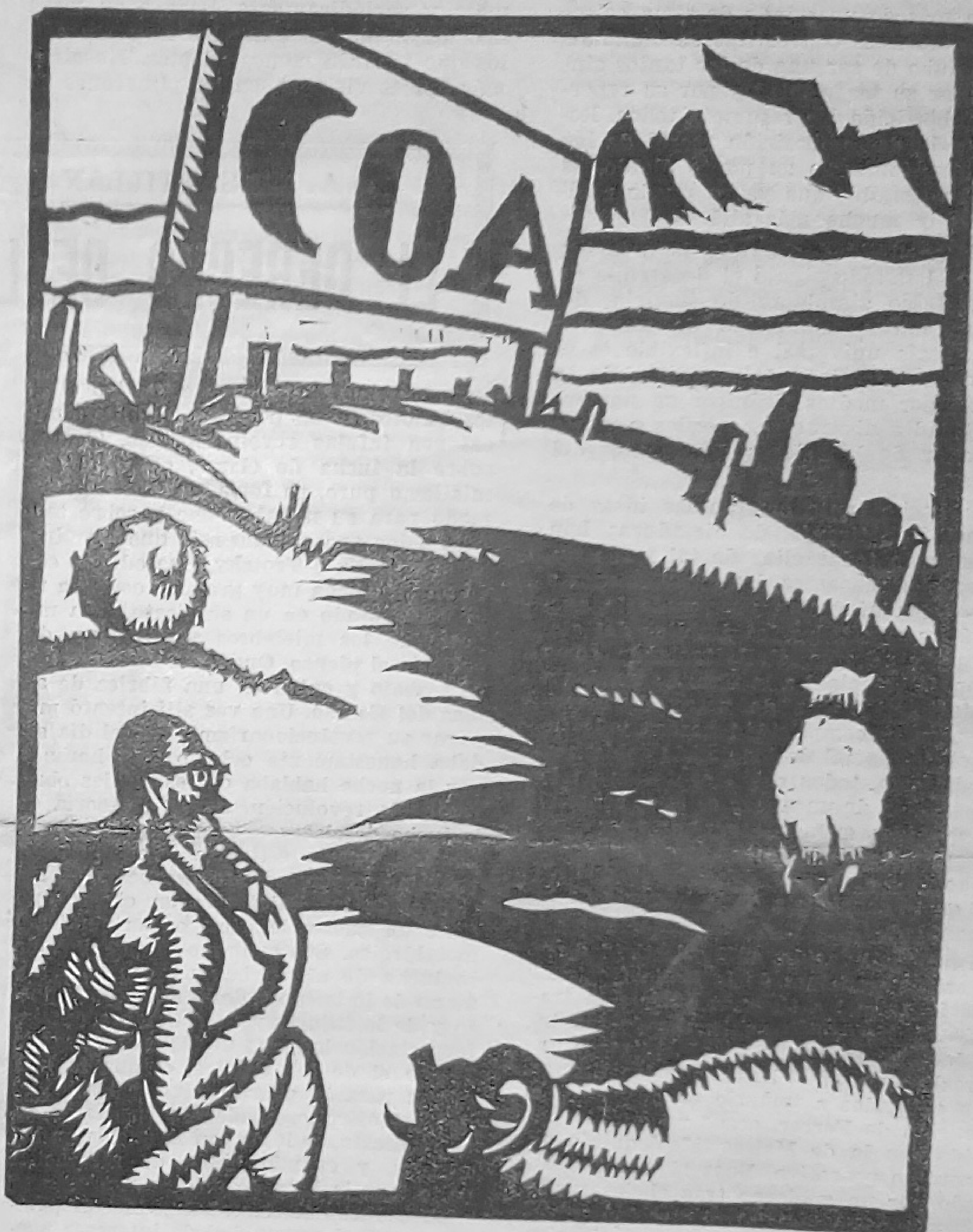
Y este libro — que infortunadamente no ha sido vertido del inglés al castellano — presentando solamente hechos sin argumentos y sin discusión, cumple su finalidad de recordarle a todo el mundo lo que es en sí la matanza a destajo de los campos de batalla.

Y nosotros, si apelamos a testimonios, situados a veces en un bando opuesto al nuestro, es por mantener viva con los más diversos medios la propaganda contra la caverna del militarismo.

---

(1) *A Soldier's Diary by Ralph Scott. London: Collins.*

EL GRABADO LO DICE



La Central Obrera Argentina como organización práctica y actual, atraerá a los elementos disciplinados, para bien de sus pastores.

ANTORCHAS VIVIENTES

La pantomima, que por voluntad del régimen fascista, plugo caprichosamente denominarse proceso judicial, en el que se debería enturbiar la memoria de Matteotti, fué jugada y finalmente rematada en Chieti por una compañía de saltimbanquis. El veredicto no pudo sorprender a nadie. Al contrario, era esperado *urbi et orbi*, por tirios y troyanos, por rojos y blancos. Pero se necesitó para llegar al resultado previsto un año y más de vastas elucubraciones para tramar su éxito, asegurándose que todos los que intervendrían en la pantomima supiesen de memoria y a maravilla los respectivos papeles. La compañía en pleno tuvo varios ensayos a fin de lograr lo que se llamaría en caló teatral *affiatamento*, es decir evitar toda pifia, toda disonancia comprometedora.

Durante la vista del proceso, todos los personajes recitaron sus partes como escolares que dicen una lección, moliendo las palabras cual loritos de juguetería con cuerda automática. El fiscal estuvo sublime en sus acusaciones hipócritas y reticentes, que asomaban y desaparecían para volver a asomar sólo la punta de la nariz, poniendo luego a su vehemente peroración ese fastial que suscitara calurosos aplausos. Helo aquí: *El dolor de la señora Matteotti nada tiene que ver con lo que se había dicho y hecho contra del hombre que toda Italia* **aclama** *ahora como su único dirigente.* Un fiscal, encargado de representar la parte civil, quien muestra cierta severidad efectista para la galería contra los acusados materiales del crimen y cubre con sus palabras de [illegible] al asesino moral, se mere[illegible] por ser, de todos, el fanto[illegible] [illegible]ento de veracidad im[illegible] [illegible]rte.

Fué p[illegible] por eso, por hallarse seguros [illegible]cción, que los acusados tuvieron prontas y listas sus coartadas; por eso Dumini pudo dar con la receta que explicaría la naturalísima muerte de Matteotti, diciendo que falleció a consecuencia de una hemoptisis, es decir por falta de respiración, como morimos casi todos. Hasta le habían abastecido de un

término técnico, a fin de otorgar más visos de realidad a sus versiones falsas y antojadizas. Y por eso, también, un corresponsal extranjero pudo constatar que en Chieti flotaba un aire de fiesta que no condecía ni poco ni mucho con el proceso, cuyas sesiones se iniciarían para revestir con el sello de la legalidad una infamia más de ese régimen de crímenes. Además, hubo de hacer constar que los acusados se hallaban rozagantes, alegres y sonrientes por el excelente trato culinario, como si en vez de ir a un lugar donde estaría en juego la libertad de cada uno, asistieran a una fiesta celebrada en su propio honor.

La pantomima llevada a término final, no nos interesa en sus detalles — glosados en la prensa periódica y diaria por la nuestra y la ajena — sino en su conjunto y en su significado de proyecciones sociales.

Son escasos los que vieron en ella un síntoma más de un estado de alma colectivo que amenaza convertirse en mundial. Si este hubo de ser uno de los tantos síntomas, por su teatralidad y por su repercusión liberticida los resume a todos. Revela que la descomposición moral de las sociedades, logrando su punto álgido, es un hecho tangible que ya no puede rebasarse ni ir mucho más allá.

La impasibilidad con que la atención de todo el mundo siguió el desarrollo de este grotesco simulacro de justicia, demuestra haber establecido de una vez que la regla universal e inflexible es el crimen, el latrocinio, la extorsión de la libertad por medios tiránicos en nombre de entidades abstractas, creadas a gusto y paladar de las clases dominantes del momento.

Han hecho tanto camino las ideas de violencia, de tiranía, de dictadura; han determinado todas ellas de tal modo numerosas las masacres, las expoliaciones a mano armada, y han propagado la guerra tácita por todos los ámbitos del globo, que el drama civil, teniendo como personaje principal a la figura sangrienta de Matteotti había de pasar desapercibido ante la complicidad gozosa y la indiferencia glacial de los demás gobiernos. Y, asimismo, todos están contestes en la perpetración de un nuevo crimen, sobre el ya cometido: crimen contra los derechos inermes y reivindicativos de una justicia mucho más alta que la fascista y que reside en la conciencia de la historia de la humanidad.

¿Pero, cuál nación, cuál colectividad podía erigirse en juez de la Italia fascista?

Están lejos los tiempos en que la tragedia de Montjuich sublevaba de ira todos los pechos. Protestas platónicas o no marcaban un precedente, que los tiranos eran obligados a tomarlo en cuenta. ¿La ejecución de Ferrer, acaso no guarda parecido con la de Matteotti? Y quizás en el sentido peorativo. Pues si uno fué fusilado por un gobierno tras el desarrollo de una parodia judicial, el otro fué arrancado al hogar, secuestrado por sicarios a sueldo de un gobierno, y nadie sabrá nunca las torturas físicas y morales que le hicieron padecer a la desventurada víctima antes de ultimarla. ¡Pero qué diferencia entre el silencio de esta tragedia y la vindicación mundial de aquella!

Y no obstante que en aquellos tiempos dominaran idénticos sistemas de gobierno que hoy y el régimen societario fuese el mismo, agazapados en su seno se mantenían incólumes grupos dispersos que concretaban en sí una conciencia colmada de sentimientos altruistas y de una cultura humanitaria que gravitaba, influía en el nivel moral de las sociedades. Era un débil freno, roto en última instancia, cuando los poderosos se imponían a sangre y fuego; y a pesar de ello, los precedentes de las ignominias quedaban escritos en obras candentes. Han hecho época. Se han registrado indeleblemente en el martirologio del proletariado.

¿Cómo contar una por una, ahora, las víctimas? No hay ya tiempo. No nos dan lugar ni tregua para labrar estadísticas. Es que la reacción capitalista y autoritaria, con el concurso del peso muerto de las masas amorfas, ha emprendido la carrera que conducirá al paroxismo de los procedimientos tiránicos, extorsionadores de la pequeña parcela de libertad individual que nos queda, acompañada con todas las aberraciones, en una total descomposición ética, la cual el régimen fascista elevó al rango de ciencia infusa.

Ahora bien: en nuestro ambiente anarquista se ha clamado por la falta de hombres eminentes, que surgieran o ingresaran en nuestras filas, o de neófitos militantes modestos que las engrosaran. Nunca la humanidad atravesó una oleada tan densa de grosero materialismo. Contemporáneamente no existe ninguna actividad que no se se dirija al fin práctico de engordar — engordar intelectualmente, física y psicológicamente. Hasta en los sentimientos, los humanos se hacen más adiposos con la consecuente hipertrofia de ellos.

¿De qué modo podríamos esperar nosotros, con nuestro ideal de sacrificio, de altruísmo y desinterés — que no ofrece más ganancias que los sinsabores inherentes a toda lucha sincera — vinieran cerebros esclarecidos, o los modestos artesanos de ideas para amasar el pan cotidiano de nuestra doctrina?

No se ha comprendido aún que cuando ese aleatorio nivel moral que proporciona oxígeno a las sociedades y las limpia somera y periódicamente, llega a su nivel más bajo, ideales como los nuestros son los que tendrán menos adeptos. Nuestras más nobles visiones, en los pizarrones de la conciencia contemporánea se cotizan muy bajo.

Ante la realidad de los hechos, puestos de relieve más que nunca por los sucesos que confluyen en el triste sainete del proceso Matteotti, no son quejas ni jeremiadas las destinadas a desmentirlos, a remediarlos, ni contrarrestarlos, sino el silencio de la labor centuplicada en la ascensión de la nueva cuesta.

¿No creen algunos que un mal conocido es más susceptible de embotar sus efectos que otro desconocido en absoluto?

Todo se halla en adecuar la propaganda para arrancar individuos, muchedumbres al Moloch materialista, que ahoga toda ansia de elevación hacia una dignidad moral. Comprendamos de una vez que frente al vertiginoso, arrasador progreso mecánico, cientificista y económico, nosotros, con nuestro credo anarquista, enarbolamos un problema hondamente moral, de puras y prístinas fuerzas éticas. Encarnar, revivir estas fuerzas como tantas antorchas vivientes, a fin de inflamar a las masas humanas, es nuestra más ingente tarea.

D. A. DE SANTILLAN

EL DERECHO DE LOS TRABAJADORES

Supongamos lo siguiente. Perico el de los Palotes es un pequeño caudillo sindical con ínfulas revolucionarias. Teoriza sobre la lucha de clases, sobre el gremialismo puro, se forja un sistemita cómodo para su malabarismo y sobre todo odia a los anarquistas más que Martínez Anido, Carlés o Trotzky. Ese odio le costó una desdicha muy grande: ocupaba un puesto rentado en un sindicato, y la mayoría de los miembros resolvió un día cortarle el pienso. Quedó en la calle. Buscó trabajo y entró en una fábrica de armas del Estado. Una vez allí intentó propagar su revolucionarismo. Por el día sudaba honestamente ocho o diez horas y por la noche hablaba en los locales obreros de la revolución. Según la teoría de la lucha de clases, — ese concepto de goma, que puede estirarse y encogerse a voluntad, según las circunstancias, — Perico el de los Palotes es un obrero que tiene un puesto legítimo en su sindicato metalúrgico. Sin embargo por encima de la lucha de clases hay un concepto humano de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto y de acuerdo a esa interpretación humana de las cosas, cuando Perico el de los Palotes, el que fabrica armas para la guardia civil y los soldados del ejército, acude a organizarse en su sindicato, se le da con la puerta en las narices, y cuando habla de revolución se le tapa la boca de un cantazo.

¿Y la lucha de clases? Dejadnos de pamplinas. ¿Qué comunidad de intereses puede surgir entre el obrero y el guardia civil? Ninguna. Entre el obrero de la fábrica de municiones o de armas y el obrero de un oficio socialmente útil, existe la misma relación.

Aun suponiendo que los sindicatos tengan por misión defender a los obreros nada más que contra los abusos patronales ¡qué diablos nos importa que el Estado explote a los gendarmes, haga trabajar tantas y cuantas hora a los agentes de policía o azote a los trabajadores de las fábricas de armas? El concepto de solidaridad proletaria no puede estirarse tanto, y que nos perdonen los teóricos de la lucha de clases. Se podrá argüir que las necesidades materiales apremiantes, que los hijos, la madre y la abuela, piden pan, que ésto y lo de más allá! Lo comprendemos todo. No queremos tampoco llevar nuestra afirmación al extremo, entonces caería en el ridículo, pero sí decimos que aquellos hombres que han perdido la dignidad hasta el punto de vender su fuerza de trabajo para labores tan abiertamente nocivas como la guardia civil o la de la fabricación de armas de guerra, están en un plano opuesto al de los demás trabajadores y lejos de quejarnos y de socorrerles cuando nos dicen que se les explota excesivamente, pensaremos siempre que se les explota poco. Una buena tunda de palos del capataz o del teniente todos los días no estaría fuera de lugar.

La idea de la lucha de clases se quiso llevaría en Buenos Aires hacia 1919 y 1920 por algunos desequilibrados a su más grande extensión. Hubo algún sujeto que nos propuso en la prensa misma la sindicación de los ladrones y otros querían la sindicalización de los vigilantes. Si hubiéramos sido partidarios de la lucha de clases en la forma que la defienden algunos filósofos de Barcelona, habríamos formado una grandiosa Federación de la industria del robo, tal vez el mayor de nuestros organismos. En la Argentina, más que en ningún otro país, nuestros camaradas activos en el movimiento obrero están habituados a pasar una buena parte del año de prisión en prisión y como no existen allí departamentos especiales para presos políticos, se ha trabado una magnífica camaradería entre anarquistas y presos por delitos comunes; los anarquistas y los ladrones son la población habitual de las cárceles del país. En consecuencia, nos hubiera sido muy fácil formar la Federación de la industria del robo, imponer en ella una elevada cotización e incluso hacer reconocer por unanimidad el comunismo anárquico, entendido en sus más simples postulados: negación de la propiedad privada... de los capitalistas y abolición de los gendarmes.

Eso no debe causarnos risa. El hecho no se presta a tomarlo a la ligera, y a reír simplemente. Es un caso muy parecido, por lo que se refiere a la solidaridad proletaria, al caso de los obreros de las fábricas de armas de guerra. ¿Hermanos nuestros? ¡Muchas gracias!

Si los que fabrican las armas con que nos asesinan los cancerberos del privilegio son hermanos nuestros, entonces también lo son los ministros y los burgueses. ¡Hermanos ministros! ¡hermanos burgueses!

El diablo es sabio porque es viejo. A nosotros nos está ocurriendo lo mismo. Cada día observamos algo nuevo. Si nos hubiéramos echado a soñar, jamás habríamos visto cosas tan morrocotudas como las que nos ofrece el espectáculo del mundo revolucionario. ¡Vivir para ver!

Los propios anarquistas, y algunos de renombre mundial, nos aseguran que los trabajadores no pueden ni deben ser anarquistas y obrar como tales. Más exactamente: ellos hablan de los sindicatos, pero como los sindicatos se componen de trabajadores, suponemos que su punto de vista relativo al conjunto de trabajadores que forman un sindicato se aplica también a cada trabajador aisladamente.

Pero entre los que así hablan hay dos especies o categorías; unos niegan que los trabajadores puedan ser anarquistas porque el anarquismo es un elevado ideal filosófico cuya comprensión no está al alcance de los simples mortales. Para comprender el anarquismo hay que ser pedante, razonador, haber leído un montón de majaderías y disponer de una cabeza tan grande como una calabaza. En consecuencia, trabajadores semianalfabetos o alfabetos, ignorantes que sois capaces de confundir a Sócrates con Julio César, vosotros debeis despediros de llegar a comprender lo que quiere el anarquismo!

Los otros razonan más o menos así: Tú, trabajador, si eres anarquista entonces dejas de ser trabajador; elige, uno o lo otro. Pero sus palabras son: Un sindicato obrero anarquista deja de ser un sindicato obrero. Un movimiento obrero anarquista no es un movimiento obrero (¿?).

Esa sabiduría nos deja turulatos. No sabemos qué responder a tanta profundidad de pensamiento — profundidad que por ser tal no alcanzamos a verle el fondo. Que se nos perdone nuestra dificultad para entender esas cosas y que aquellos a quienes nos referimos nos digan si hemos entendido bien o si nuestro anarquismo varía substancialmente del anarquismo por ellos defendido.

Nosotros no concebimos el anarquismo como un traje de día de fiesta que nos quitamos y nos ponemos a voluntad, según las circunstancias. Tampoco es para nosotros la anarquía un sistema filosófico que podemos debatir en el club apasionadamente, sin sentirnos ligados a él en nuestra vida privada o pública. La anarquía, a nuestro entender, no es tampoco un crimen, como la autoridad o la explotación. Aspiramos a que la humanidad entera sea anarquista y trabajamos todo lo que nos permiten nuestras fuerzas en ese sentido. Y nos hacemos también esta reflexión: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña. Nosotros no nos contentamos con gritar nuestras ideas de cara al desierto, como el muezín desde lo alto del alminar. No nos conformamos con la propaganda pura, con arrojar la buena semilla con los ojos cerrados. Nos decimos: si la humanidad no viene a nosotros, vamos nosotros a la humanidad y sembremos allí donde hay perspectivas de buena cosecha: el mundo del trabajo, de los que sufren y de los que tienen hambre de pan y de justicia. Y constatamos una cosa: que en esa parte de la humanidad nuestras ideas son jubilosamente acogidas por una minoría consciente y más espiritualmente despierta que el resto de los productores; y son acogidas, no como un credo que se les anuncia proféticamente, sino como algo inherente a ellos mismos, como algo que dormitaba en ellos mismos y que nosotros no hicimos más que estimular. Con esa minoría obrera que ha reconocido en nuestras ideas y aspiraciones sus propias aspiraciones e ideas, echamos las bases de un organismo de propaganda y de lucha defensiva y ofensiva, para que el esfuerzo individual sea más proficuo en resultados. Nuestras fuerzas personales se multiplican en la asociación; por eso fundamos nuestros organismos obreros. Y con esos organismos obreros, en medio del resto del proletariado organizado o desviado, propagamos en la vida cotidiana nuestras aspiraciones y luchamos para que la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Eso no es ningún delito desde el punto de vista humano, aunque lo sea desde el punto de vista legal. Nosotros no queremos explotar ni dominar a nadie, pero no queremos que nos exploten y nos dominen a nosotros tampoco, y más aún: no queremos que existan en forma alguna la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Si encaminar el movimiento obrero hacia esa finalidad — la finalidad de la anarquía — es conspirar contra el movimiento obrero, entonces confesamos que nuestra inteligencia no da para tanto, es decir para atar esas moscas por el rabo.

Se nos replica airadamente: ¡Pero vosotros quereis imponer el anarquismo a todo el mundo! Nosotros no queremos imponer el anarquismo a nadie; pero no queremos que otros nos impongan sus sistemas o sus cuadraturas de círculo. Luchamos porque la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Y luchar no es entretenerse en hacer papirotes de papel. Luchar es luchar. Los obreros textiles de San Angel, México, se proclaman anarquistas y no por eso han dejado de ser obreros. No quieren imponer sus ideas, pero si la organización de rompehuelgas del ministro Morones se pone en medio, dan una paliza a los pobres diablos que se dejan manipular tan bobamente por los sinvergüenzas. Y si en defensa de los rompehuelgas vienen los soldados de Calles, los reciben a balazos.

¡Qué horror! — gritará un pobre filósofo de Barcelona que reclama los derechos de los trabajadores, — eso no es lucha de clases, eso es desnaturalizar el

movimiento obrero! ¡Todos los trabajadores son hermanos!

Los miembros de la C. R. O. M. son tan obreros y tan explotados como los de la C. G. T., con la diferencia que unos bendicen la explotación y los otros la maldicen. Según Pestaña, el que no reconoce que los obreros tienen derecho absoluto a decidir sobre sus destinos, es un idiota, un malvado, un ser sospechoso. ¡Muchas gracias! Los obreros de la C. R. O. Mexicana deciden servir de ganado electoral y el hecho de tener compañeros ministros les llena el estómago. ¡Tienen derecho a ello! ¡Son obreros¡ Otro día se proponen ofrecerse a los patrones de los establecimientos en que la C. G. T. declaró la huelga. ¡Son obreros, tienen derecho absoluto a disponer de sus destinos! Pero entonces ¡también son obreros los miembros de la C. G. T. y las palizas que dan a sus adversarios bien dadas están! En ese terreno de los derechos de unos y otros entra a decidir la fuerza más bien que los discursos o las teorías sobre la lucha de clases.

¡Ah, — se dirá — es que las cosas *deberían* ser así o asao! Pero, amigos míos, las cosas son como son, y mientras no se modifique la estructura social y política en que vivimos, no hay que esperar que las cosas serán como deberían ser. ¡Por algo queremos la anarquía! Si las cosas estuvieran como deberían estar, es decir según la libertad y la responsabilidad de todos y de cada uno, entonces no necesitaríamos pensar en la revolución.

¡Pestaña es enemigo de la dictadura en los sindicatos! Así escribe en los periódicos. El quiere la democracia. Lo curioso es que los que se dicen defensores de esa tesis son los que han implantado una dictadura insoportable en la Confederación y los que hacen y deshacen por su cuenta como les da la gana y entablan compromisos y pactos con nuestros más mortales enemigos. Para que Pestaña tuviera derecho a hablar así, debería por comenzar a exigir que saliera de las sombras de la clandestinidad y de la dictadura el sistema de las connivencias políticas con tirios y troyanos en nombre del proletariado organizado. Pero este es otro asunto. Lo que decimos es que los trabajadores tienen derecho a regir sus destinos de acuerdo al principio de la libertad y no de acuerdo al principio de la esclavitud. O al menos, si los trabajadores tienen derecho a resolver en el sindicato por mayoría que la salvación ha de esperarse de una serie de peregrinaciones a la virgen del Pilar o de la instauración de un gobierno "obrero y campesino", nosotros también tenemos el derecho a sabotear todo lo posible esos propósitos, a imposibilitarlos con todas nuestras fuerzas. El ser obrero no es bastante para obrar bien, ni nos exime de ser adversarios de la revolución. Por eso pensamos que si la mayoría de los sindicatos resuelven suicidarse, reconocer la iglesia católica, apostólica y romana o la dictadura moscovita, nuestro deber es desconocer esos derechos y contra esas desviaciones oponemos la finalidad anárquica de la vida. Mientras no se nos pruebe que el ideal de la anarquía desvía a la humanidad de su lógico desenvolvimiento, mientras no se nos demuestre que el anarquismo es un régimen de vida peor que el régimen de vida presente o peor que las panaceas bolcheviquis, nuestro deber es impulsar a la humanidad hacia la anarquía. Para ello hay que luchar, propagar, organizar, hay que recurrir a todos los medios que no están en contradicción con nuestros fines. Esa labor revolucionaria supone dar y recibir golpes. ¡Luchar por la revolución no es entretenerse en hacer papirotes de papel ni masturbarse filosóficamente en defensa del sindicalismo puro! Es el colmo de la sofística o de la imbecilidad volver por los fueros del sindicalismo puro en un país como España y en un período en que el sindicalismo puede decirse triunfalmente que ha pasado a la historia.

¿Pero no es también un colmo oír a los anarquistas sostener la tesis peregrina que los obreros no deben ser anarquistas y que no pueden serlo, porque entonces dejarían de ser obreros?

Otrosí digo: que el camarada Blas Núñez que nos quiere dar en un periódico sindicalista de Barcelona una lección de historia social, no conoce la historia ni por los forros.

Cosas de Rusia

La habitación.—

Transcribimos de *Pravda*, 24 de enero de 1926, lo que sigue, sin comentario alguno:

"El comisario del pueblo para asuntos interiores, compañero Beloborodof, comunicó que los factores principales, característicos de la situación actual, son los siguientes: un enorme déficit de habitación, la destrucción progresiva de las casas existentes y por fin una débil actividad edificadora.

La fórmula sanitaria mínima de ocho metros cuadrados es actualmente en una gran serie de distritos un ideal inaccesible. Hay casos en que la vivienda de un obrero se reduce a 2,50 metros cuadrados. Tal es la situación real del problema de la vivienda.

La crisis de la habitación es aumentada por la circunstancia de tener una destrucción progresiva de los edificios. En Tula tenemos solamente un 10 por ciento de las casas que no necesitan reparaciones. En Ural hay un 7 por ciento de las casas totalmente destruídas y en consecuencia inapropiadas para habitarlas, y 80 por ciento exigen una reparación continua y seria. Esa situación es el resultado de nuestra falsa política en el dominio de la vivienda.

Como el problema más importante de la política de la vivienda, el compañero Belodorof indica el problema del alquiler. El comisariado del pueblo para el interior dispone en este momento de un gran material tomado de la elaboración de una encuesta sobre la vivienda en las provincias. Ese material demuestra ante todo que el aumento del alquiler llevado a cabo por el verano no ha producido ningún mejoramiento esencial en la vivienda. Mientras que en marzo (antes del aumento del alquiler), un espacio de 4,50 metros cuadrados era pagado por término medio 44,50 kopeks, en septiembre, después del aumento del alquiler costaba 60 kopeks. Ni la primera ni la segunda cifra corresponden con mucho al precio de costo, que es de dos rublos más.

El compañero Bolodorof caracteriza además el problema de la nueva edificación. Declara que si permanecemos en el ritmo actual de la nueva edificación, no seremos capaces de conservar la vivienda existente. Por estos motivos debe examinarse el asunto de la nueva edificación, pero simultáneamente emprender una comprobación de nuestros materiales de construcción, pues la nueva edificación puede ser paralizada por la falta de materiales de construcción.

La única salida de esa situación la ve el compañero Bolodorof en un aumento del alquiler de la vivienda en tal medida que cubra los precios de costo. Es de opinión que el consejo de los comisarios del pueblo tiene que modificar fundamentalmente su política de la vivienda, que tiene que renunciar a la política de la beneficencia y pasar al principio de la economía (en otros términos, rentabilidad capitalista. Redacción.), como se hizo ya en los otros dominios de nuestra vida económica.

Después de un largo debate resolvió el consejo de los comisarios del pueblo adoptar una serie de medidas que deben paralizar la destrucción del capital en el ramo de la vivienda. Para impedir la limitación de la habitación existente, el consejo de los comisarios del pueblo resolvió, en base a la necesidad de llegar a un estado de la vivienda satisfactorio, una nueva regulación de los alquileres (aumento de los mismos). El alquiler conservará aún un fundamento clasista. Para los trabajadores y empleados de las categorías de salario reducido el alquiler de la habitación debe basarse por ahora en los gastos para el mantenimiento y la renovación de la vivienda, para las categorías superiores el alquiler debe hacer posible una amortización y una rentabilidad del capital empleado en la construcción.

La vida obrera.—

De un periódico socialista, bien documentado tomamos lo siguiente:

"Las quejas sobre la protección obrera completamente insuficiente en la república obrera y campesina son generales. Casi en todos los números del órgano central de las asociaciones sindicales sovietistas, "Trud", hay rico material sobre este tema. Hace poco, por ejemplo, se quejaban los delegados al congreso de Odessa de los empleados de correos y telégrafos, así: "La protección obrera no existe. Las condiciones de la habitación son simplemente imposibles. Los obreros duermen en las oficinas sobre las mesas" (*Trud*, 24 de enero). Incluso en un centro industrial como Petersburgo fracasan las comisiones de protección obrera, lo mismo que los inspectores de fábrica. Las primeras no hacen nada para velar porque las exigencias de los inspectores de fábrica sean cumplidas. No comunican siquiera a esos inspectores los males y las contravenciones a esas leyes de protección obrera. Los inspectores mismos, a menudo no comunican a la comisión [illegible] ción obrera los resultados de sus constataciones (*Trud*, 22 de enero). La consecuencia de ello son los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales. El número total de los accidentes en Leningrado en 1925 es casi tres veces más con respecto al de 1924, con una afluencia de sólo 50 por ciento de obreros ocupados; 7608 accidentes de trabajo en 1924 están frente a 21.889 en 1925. Sólo en los talleres tranviarios hubo desde mayo 78 accidentes de trabajo. Las causas de ese acrecentamiento las explica, entre otros, un artículo de *Trud* del 20 de enero. Describe las condiciones sanitarias increíbles en una gran fábrica de goma de Leningrado que ocupa 10.000 obreros. El trabajo se ejecuta a una temperatura insoportable, en un aire cargado de gases venenosos — la ventilación se organizará tan sólo en el curso de 1926 —, a las máquinas les faltan las instalaciones protectoras más elementales. Por eso hubo que registrar en la primera mitad de 1925 no menos de 576 accidentes de trabajo, frente a 568 en todo el año 1924. El número de las enfermedades obreras aumentó en un 9,5 por cierto (*Trud*, 20 de enero). Las mismas quejas llegan de todas partes. Donde la situación es peor es en las minas del distrito del Don. Casi al mismo tiempo dan la alarma la Economitscheskaya Shin, el órgano oficial del supremo consejo económico, del 14 de enero, y el *Trud*, del 9 de enero. Una comisión especial estudió allí desde octubre a diciembre la situación técnica de las minas. Ahora bien, sobre la base del trabajo de la comisión ha llegado el comité central de la federación minera al convencimiento que las minas desde el punto de vista técnico significan un peligro y exige la realización inmediata de una serie de medidas. Ventilación, ayuda médica, agua, baños y otras condiciones elementales, faltan. Las leyes obreras relativas a la jornada, a las pausas, al trabajo de los jóvenes, a las horas extras, etc., no son observadas. La inspección fracasa. La Ekonomitscheskaya Shin describe impresiones del centro minero "Stalino" — denominado así en honor a Stalin, el hombre actualmente más poderoso de Rusia. La localidad constituye una vergüenza para el nombre, y su actividad honra poco al pueblo ruso. Se lee al comienzo del informe: "Hay 18.000 obreros aquí. Un poderoso establecimiento metalúrgico, fábrica química y minas. La ciudad no se puede comparar a nada. Sin agua, sin canalización, por todas partes barro impenetrable y pantanos; las habitaciones en cierto modo aceptables faltan por completo. Y una carestía como en Moscú". Tal es el paraíso obrero, verdaderamente ni envidiable ni digno de imitación. Y luego siguen los cuadros de la indecible miseria de la habitación, la "embriaguez de los obreros", etc. El obrero mira lleno de envidia cómo los campesinos de las localidades vecinas viven hartos y limpios y los campesinos miran con menosprecio a los obreros sans-culots. — Obreros "sin pantalones" — esos son los obreros de la república obrera y campesina?...

Los problemas del salario están naturalmente en el centro de los intereses obreros. Se sabe que el retardo en el pago de los salarios ha producido numerosísimas huelgas. Pero *Trud* acaba de declarar que está nuevamente en peligro la provisión de dinero para el pago de los salarios en las empresas del Estado (9 de enero). Han ocurrido ya casos en que los salarios obreros han quedado sin pagar. Con una cierta envidia constata *Trud*, el 20 de enero, que los salarios en las empresas privadas son más elevados que en las del Estado. Sin embargo, tampoco los salarios de las empresas privadas bastan para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. El resultado es que los obreros piden adelantos a los capitalistas y de este modo llegan a una insoportable dependencia de ellos. El autor pide que las federaciones sindicales acojan finalmente a los obreros de las empresas privadas y que instauren cajas de ahorro. Pero en el mismo número de *Trud* se queja un obrero porque en el gran centro textil de Orjeskevo Suevo, los obreros de una gran fábrica, a pesar del enorme frío del invierno han tenido que andar sin abrigos y calzado correspondientes a la dureza de la temperatura, porque la caja no pudo satisfacer todas las demandas, y adelantos a cuenta del salario no se dieron. Por lo tanto la compra de ropa abrigada a plazos es imposible...

Todos estos hechos no son más que fragmentos, fragmentos insignificantes, ¿Qué es lo que vieron de esto las delegaciones obreras? ¿Y qué han contado de ello a los obreros europeos?"

***

Dostoyevski condenado a trabajos forzados

En uno de los últimos números de la revista siberiana mensual "Sibirskiyl Ogni" aparecen estudios históricos del escritor Viatkin, conocido investigador de la vida y la obra de Dostoyevski. Uno de los documentos sacados a relucir es una lista de los delincuentes políticos que se encontraban en junio de 1850 en el presidio de Omsk. En la lista figuran siete personas, entre ellas cuatro polacos (desterrados a Siberia por su participación en el movimiento polaco), luego se leen los nombres de Pawelaristof, Sergio Durof, Fedor Dostoyevski. Sobre cada uno de los presos se llenaba un formulario especial. Sobre Dostoyevski se encontró el siguiente formulario:

Nombre del preso: Fedor Michailovitsch Dostoyevski.

Señas personales: Rostro blanco, puro, ojos grises, nariz ordinaria, cabellos rubios, un rasguño pequeño en la frente, sobre el ojo izquierdo.

Talle: vigoroso y firme.

Oficio: Ex-oficial en pensión.

Motivos del destierro: Participación en una organización revolucionaria dirigida contra la iglesia griega-ortodoxa dominante, ataca al zarismo. Intento de excitación contra el poder imperante por medio de proclamas compuestas en litografías clandestinas.

¿Por resolución de quién es desterrado?: Por orden suprema en base a un informe del gobernador general.

Castigo: Pérdida de todos los honores y derechos civiles.

Conducta: Se porta muy bien.

Duración del destierro: Cuatro años de presidio y entrega posterior al ejército como soldado raso.

¿Qué oficio conoce el preso, sabe leer y escribir?: El condenado a trabajos forzados sabe leer y escribir...

Ese condenado a trabajos forzados, que según el formulario de la prisión sabía leer y escribir, se había conquistado ya fama imperecedera por algunas de sus novelas.

¡Qué diferencia! Ved los escritorcillos de nuestros días, en cuerpo y alma al servicio de la tiranía política y económica dominante. Sobre ninguno de ellos recae desgraciadamente la "deshonra" de las persecuciones, de la cárcel, de las condenas monstruosas. Y es inmensamente triste que en un período tan trágico como el que vivimos, con dictaduras y crímenes autoritarios en todas las zonas del planeta, aquellos hombres que suponen marchar a la cabeza de la humanidad por su sensibilidad estética, hayan llegado casi unánimemente al punto de negociar con el arte literario y a no conocer las prisiones más que por fuera. Más aún que triste, es una vergüenza para la literatura.

PABLO PICASSO

Haciéndole un flaco favor a Picasso, sus corifeos, literatos y poetas, le están aplicando adjetivos que le quedan un poco grandes al maestro indubitable de la pintura contemporánea en su faceta más rabiosamente moderna. André Salmon empieza por decirle: "Quel artiste, parmi les grands autentiquement de se siécle, plus salutaire apportant le redoutable tresor du Cubisme" (Qué artista, entre los grandes autenticamente de este siglo, fué más saludable, trayendo el tesoro del Cubismo?"). Otros más arriesgados y quizás más neófitos, se abalanzan a tildarle de genio. No discutiremos por ahora la personalidad plástica del ingenioso inventor del cubismo. Ya una vez lo hicimos; aunque no se hallara fuera de lugar ajustar la calidad de los valores que le corresponden por derecho propio. Ello, siempre deteniéndonos alrededor de la sectaria definición de sus partidarios voluntariamente enceguecidos.

Primero de todo, Picasso surgió al ejercicio del arte marcado por el don de la oportunidad, en la confluencia de todas las más propicias condiciones. Algo así como el fenómeno napoleónico, en quien se maridan tanto las circunstancias terrenas como las potenciales virtudes de su temperamento, que parece realizarse el milagro de la fatalidad para encarcarlo en la grupa de la fama mundial. También algo así como Rafael, que llega a tiempo para cumplir, cerrar un ciclo de arte, favorecido extraordinariamente por su versátil temperamento y las experiencias de sus predecesores; mientras que Picasso, igualmente afortunado y favorecido, arriba a tiempo, estando destinado a abrir, a iniciar una reacción, debido a ciertos factores de la evolución pictórica. A todas estas personalidades no se puede despojarlas de la ayuda que les presta la suerte, sin verlas palidecer.

Ciertamente, por esas condiciones de versatilidad y erudición, resultó ser un gran receptor, acogiendo el fluído de las ideas que circulaban, impregnando el ambiente parisino literario y artístico. Mas si Picasso pudo ser el padre del cubismo, el verdadero abuelo, sin pensarlo ni saberlo, fué Cézanne, quien confesaba ver las formas más puras de la naturaleza bajo el desnudo aspecto de cubos, conos y esferas. Esa simple *trouvaille*, o mejor constatación de uno de los más grandes trabajadores de la pintura moderna, no había más que exasperarla con la teoría plástica y la metafísica para que resultase una tendencia novadora.

Pero el maestro de Aix todavía estaba empachado con el sentimentalismo del color, embebido por los vericuetos del arco pictórico, debíase desembarazar de esta grave impedimenta sometiendo la composición a la disciplina del ingenio, del oficio friamente ejecutado: así todas las paradojas plásticas eran posibles y naderas de los metafisiqueos estéticos. Nadie más apto que Picasso para este funambulismo malabar. Y si Picasso en ese tiempo fué el Dios máximo de las teorías cubistas, Apollinaire — el autor de "El poeta asesinado" — se hizo su profeta. De este modo, *coté a coté*, surgía una escuela literaria para auxilio mutuo.

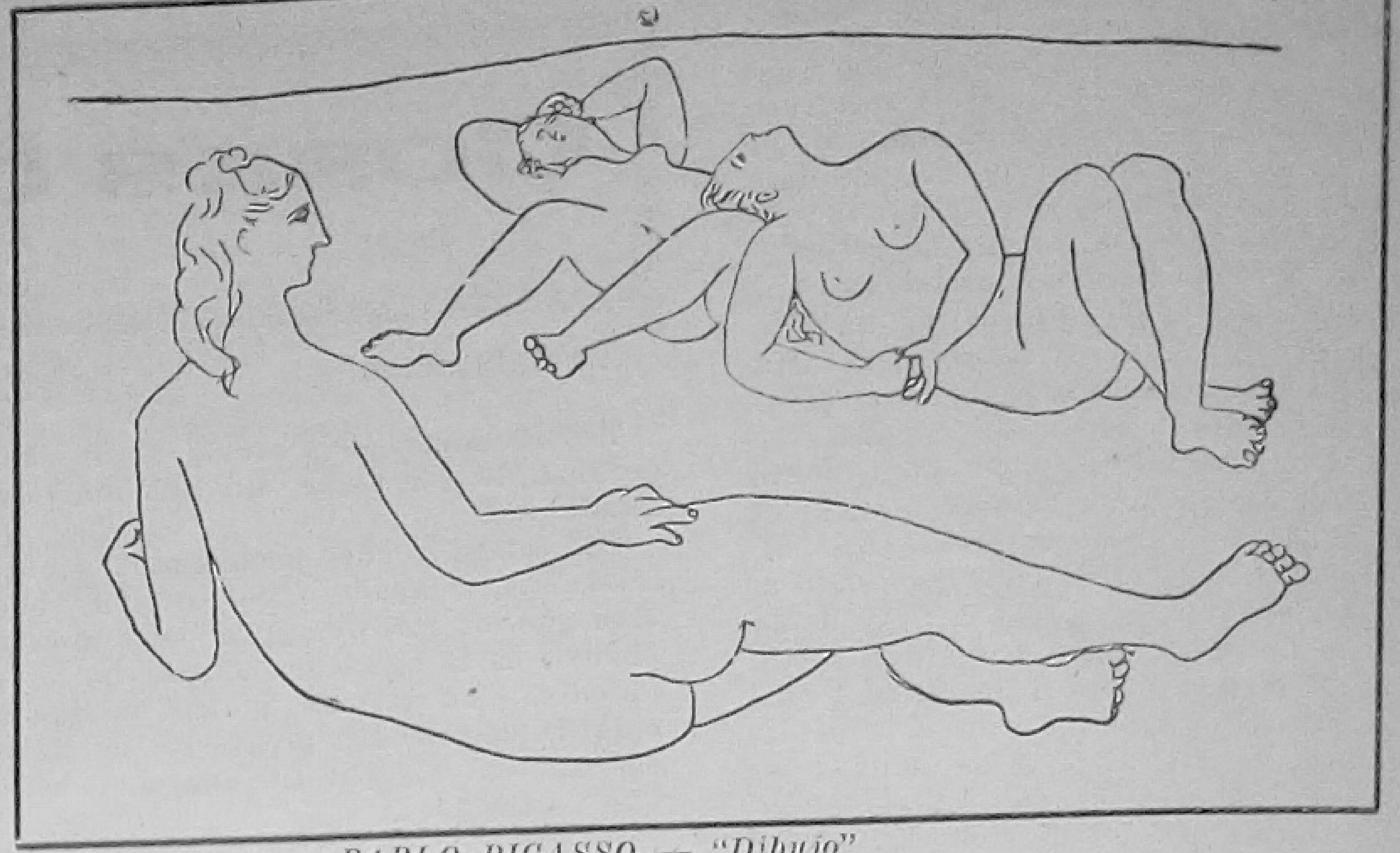
Otro hombre ingenioso de vasta cultura personal — Ramiro de Maeztu — invocó las palabras de Platón cuando pone de patitas en la calle y fuera de su ideal republica a los pintores, diciéndoles:

"Tú, pintor, me muestras una realidad de tercer orden: porque la primera es la realidad inteligible — la esencia de las cosas: la idea; el objeto sensible es ya la copia de la idea: una realidad de segundo orden; y tú me das la copia de la copia, la sombra de la sombra, una larva de otra larva, — es decir una realidad de tercer orden. Por lo tanto, propagador de las sombras, dos veces mendaz, te destierro de mi República."

Con esto que Maeztu escribió a raiz de un artículo sobre Picasso, se quería justificar con testimonios antiquísimos el cubismo. Era un menester innecesario. La tendencia cubista tuvo mejores defensores; y asimismo se justifica sola, por ser un síntoma de una época eminentemente deportiva en todos los órdenes de las actividades humanas. Lo que nunca se le ocurrió a Don Ramiro es que, a la par que Platón echaba a los pintores, también quería recluír a los poetas en una isla de clima delicioso, expuesta a algún cataclismo para que los vates perecieran siquiera en belleza. El filósofo griego detestaba las dos ramas por igual, y tal vez entendiera de versos — o más bien sentiría tanto la pintura y la poesía como muchos de nuestros filósofos, quienes intentan poner en retortas sus sensaciones estéticas.

¿Qué mejor se podría compenetrar con el espíritu deportivo y burgués de la época que este dinamismo impresionista de volúmenes y planos? A Picasso le cabe siempre la felicidad del hallazgo. Si no hubiese sido él, otro le habría descubierto El torbellino del ambiente lo exigía. Ahora que el cubismo ha sido absorbido en la medida de lo más útil y ha invadido la arquitectura y las artes decorativas y aplicadas, no hay por qué discutirlo ni apasionarse. Quedará lo bueno que tenga, y basta. Y ahora que su autor pinta cubisticamente en ratos de expansión, y se ejercita durante todo el año en un neo clasicismo derivado de Ingres, — quien se inspiraba en Rafael — se puede decidir serenamente si no primó en su vasta labor el ingenio, un ingenio endiablado, fortificado por una gran erudición de museos, o si verdaderamente en ella fué un creador con rasgos geniales.

Ardua cuestión. Terminemos con este epíteto, aplicado al dilecto Picasso por Salmón: *Artiste Neronien*. Nada más, ni menos. — At.



PABLO PICASSO — "Dibujo"



PABLO PICASSO — "Desnudo"

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

Charles Louis Philippe es uno de los novelistas más singulares de la llamada generacion de 1895. Le colocaría de buena gana en uno de los polos, poniendo en el otro a los hermanos Tharaud. Representaba la sensibilidad, la intuición, cierto desborde, y dentro de esos elementos los dones de la composición, la conciencia del arte y la voluntad. En cambio, los Tharaud nacieron siendo ya clásicos: lo son por temperamento y cultura. Philippe fué un bárbaro, un rebelde, y muy rico de la materia humana, que debe ser vaciada en la obra clásica.

Hijo de un galochero, nieto de un mendigo, venía de la viva entraña del pueblo. Criado por su madre en la aldea de Cérilly, tuvo una niñez enfermiza y en extremo sensitiva. Cuando llegó a París — alrededor de los veinticinco años — se había convertido en un hombre de pequeña estatura, fornido, de "mirada aguda y penetrante tras los anteojos de gruesos cristales, que parecía hundirse en vuestro pensamiento, descendiendo en seguida en vuestro corazón para desnudar el alma" (1). Había adquirido una apariencia apreciable de salud. Era petizo, *pero morrudo*, como él se complacía en repetir. Pudo sostenerse mediante un modesto empleo en la municipalidad. Vivía solo en una casa de huéspedes, calle de los *Mauvais Garçon*; leía mucho. Al fin hubo de encontrar camaradas y amigos, formando parte del grupo *L'Enclos* (1896) conoció a los naturistas y trabajaba con fiebre. Por lo pronto se halló con Mallarmé y René Ghil. Mas prestamente se desembarazó de esas influencias, de las cuales conservó cierto amaneramiento, una afectación literaria que le fué frecuentemente reprochada (2). Su emoción, que es profunda, se complica de un verbalismo artificial que deslúce la expresión, aunque de pronto un centelleo súbito os esclarece hasta el fondo de vuestro ser.

"La buena Magdalena y la pobre María", "La Madre y el Niño" (3), pequeños volúmenes de páginas enternecidas, donde se desprende mucha dulzura y tristeza, por la frescura de su poesía ya se había atraído la atención de los escritores, antes de publicar *Bubu de Montparnasse* (1901), historia de una pobre muchacha y de su amante. La sobriedad patética, en determinados pasajes, y la poderosa originalidad, conmovió a un mundo de refinados, a pesar de su tinte popular. Se había despojado de todo artificio y por instantes alcanzaba la pura y austera simplicidad que él buscaba con tanto ahinco. *Le Pére Perdrix* (El padre Perdiz) de asunto más logrado, pertenece también a la buena época del escritor. Atraviesa en seguida un período turbio, vacilante, durante el cual se esfuerza en desarrollar su arte, profundizarlo y además endurecerlo; desde la lectura de Dostoyevski había llegado a Nietzsche; verdadera dolorosa etapa de búsquedas, de donde hubiese salido victorioso de no haber naufragado antes (*María Donadieu*, *Croquignole*) desaparecido, apresado por la muerte prematuramente (1909). Muchas de sus novelas escritas durante los últimos años de su vida y reunidas en volumen bajo el título *Dans la petite Ville* (En la pequeña ciudad), demuestran que se hallaba en el preciso punto de realizarse enteramente. Obtiene efectos sin ningún esfuerzo, solamente enfrentando dos personajes, creando minutos psicológicos con una simplicidad sublime y escenas de una unción intensa admirable. Pone al desnudo los corazones. Esta obra es superior a *Charles Blanchard*, novela póstuma, dando, no obstante, con este libro la promesa de una perfección continuamente renovada.

La pérdida de Charles Louis Philippe a los treinta y ocho años ha sido deplorable. Su obra, lejos de hallarse terminada, habría realizado no solamente su personalidad, sino una de las posibilidades, una de las tendencias más profundas de nuestra generación. Expresaba con plenitud un aspecto. Francis James, Mme. de Noailles (4) se maravillan ante la naturaleza; en cambio Philippe, ante la selva de los sentimientos, experimenta las más maravillosas sensaciones de aquellos, y quizás más intensamente. Era hondamente humano. Intuitivo, adivinaba de una manera casi femenina los sentimientos de sus personajes, y al traducirlos los compartía.

A menudo repetía que era un novelista de clase, pero si amaba a los humildes y los pobres, es porque se sentía más cerca de ellos; y sin embargo no dejaba de ser un artista refinado. Añadía aún: "No creo que el escritor necesite de una vasta cultura. Yo lo veo, al contrario, como un bárbaro, un salvaje. Es necesario que tenga el gusto de un salvaje" (5).

Eso es el sentimiento naturalista; la urgencia de sentir y ver directamente, de experimentar sensaciones simples y poderosas, de sentirse vivir intensamente: sentimiento que caracterizó a sus contemporáneos, haciéndoles amar a Walt Whitman y a Gauguin. Es la glorificación del instinto como un medio de comprender, — de ese instinto que más o menos conscientemente fué adorado por esa generación, y que le hizo aportar algo nuevo al arte.

en general. En Philippe ese instinto le impelía a descubrir en la existencia cotidiana cosas que para nosotros hubiesen permanecido en el mismo misterio que las envuelve. De un solo impulso se dirigía al centro de los seres, percibiendo sus razones esenciales de vivir. Fué al considerarlo desde ese ángulo, que León Bloy pudo decir que tuvo genio (6). "No obstante — escribe Michel Arnauld — el amor de los pobres, concentrando su visión, lo detiene en un círculo muy estrecho. El mundo donde se mueve Philippe no es el mundo a lo Balzac, donde criaturas perteneciendo a todas las clases sociales, malgrado su desemejanza, conservan el mismo aire de realidad" (7).

Esto es muy cierto, aunque precisamente es lo que nos pareció más nuevo en las novelas de Charles Louis Philippe. Habla de los pobres y de los humildes, mostrándonos verdades que nosotros ignorábamos en absoluto, y fuera de todo lo convencional. Su punto de vista fué enteramente suyo. Rompió completamente con el realismo; su arte no es i[...] ni imparcial; arrancó sus libros de su corazón. Escribe con sangre — dijo Nietzsche — y sentirás que la sangre es espiritual.

Alrededor de Charles-Louis Philippe

Si Philippe fué un novelista de clase, como el mismo quiso serlo, se podría aparejarle a otros escritores de identica tendencia, como León Frapié (*La Maternelle*) Emilio Guillaumin (*La Vie d'un simple*) — Vida de un simple — Lucien Jean, [...]rell, Henri Bachelin y Pierre Hamp.

Enrique Bachelin tuvo un cariño entrañable por Philippe, y también a Jules Renard le profeso una admiracion grande, por la perfección de su arte. Si sus personajes son pobres y humildes como los de su camarada, no es por el amor que concibe por ellos.

En el prólogo que puso al libro de Renard *Les Cloportes*, con tono de ligero reproche escribía: "esa simpatía por los propios héroes, que nos fué importada de Rusia, a menos que nos haya venido del cielo." Pues, nada de amor, y sí respeto. Es lo que dice Marcel Coulon (8), añadiendo: *Respetar un ser es aceptar lo que nos ofrece y juzgar lo ofrecido tal como es en sí.* Es en consecuencia, una alta calidad de novelista el hecho de transportarlo en toda su verdad, que uno estima perfecta, y no tener predisposición alguna para embellecerlo o afearlo." Enrique Bachelin es un objetivo. Pinta los aldeanos como los ve, sin enternecerse ni satirizarlos. Se emociona, sin embargo en el relato de un "Serviteur" — Servidor — que es la narración de la vida de su padre, que a propósito de quien escribió en *Bajo los techos humildes*: "No es una especie de hurto a tu pasado el que yo me propongo, ni nada reclamo de ti. Los pobres no son todo en el mundo". Bachelin, cuyo espíritu es fuerte y sólido, posee una filosofía menos frágil que la de Philippe. Se halla dotado de razón, como de sensibilidad en un singular equilibrio. Como *novelista de una clase*, si se lo quiere definir así, surgido del más humilde pueblo, que describe y conoce muy bien, no defiende ninguna doctrina social, así como tampoco lo hace Philippe (9), y si sus orígenes y sus gustos lo condujeron a un arte de *clase*, se convierte ahora en una lucha de clases con Pierre Hamp.

Sus producciones *Marca Fresca* (1909 fueron acogidas con favor por el mundo de las letras. *Marca Fresca* es la historia de un sollado, desde el momento que se pesca en alta mar hasta que será servido a la mesa en un gran restorán. Solamente, cuántos sufrimientos humanos entre la partida y la llegada. Pescadores, descargadores, arrastradores hombres, mujeres, niños, la lluvia, el frío, las esperas interminables, para terminar en esos croquis de la vida mundana tan acerbos y corrosivos como los de Forain (10). "El mismo procedimiento tratándose del champán o de perfumes." Pierre Hamp ha considerado especialmente la industria como puesta al servicio del lujo y de los goces de las clases adineradas, oposición brutal entre los episodios de la producción dolorosa y del consumo que es frívolo" (11).

Piere Hamp, fué a los doce años aprendiz de pastelero, después cocinero; en seguida entra en las empresas de los ferrocarriles en las obras de explotación: más tarde irá a la Escuela de los trabajos públicos, de donde egresa con el título de ingeniero y se convierte en inspector de trabajo. Su mérito principal, según Cremieux (12), sería el de haber sido el primer obrero, quien al hablar de sí mismo lo hizo con su alma de obrero. "Toda la vida humana se le aparece en función de trabajo y la fatiga de los hombres." Así el autor de los *Metiers Blessées* es un socialista apasionado y se hizo de la misión del escritor una idea mística. "Su verbo requiere la acción."

---

(1) *Charles Max, en el número de* Cahiers nivernais *sobre Ch. L. Philippe.*

(2) *Pierre Lasserre*: Portraits et discusions.

(3) *Paul Souday.* — Les livres du temps.

(4) *Le Cardonnel et Vellay*: La Litterature contemporaine, pág. 168.

(5 *Idem., idem., página* 219.

(6) Michael Arnauld en el número de la Nouvelle Revue Française *sobre Ch. L.* Philippe.

(7) *En* Les Marges, *del* 15 *de junio de* 1919.

(8) "*Philippe está con los pobres. Digo los pobres, y me asombra que* L'Humanité *ose enrolarlo en el partido socialista unificado*". — Nouvelle Revue Française, *el mismo número citado.*

(9) *Fernand Vanderem.* Les Miroirs des Lettres.

(10) *Pierre Lievre*, Les Marges, *octubre* 1923.

(11) *B. Cremieux.* XX Siecle.

(12) *Artículo sobre Charles Louis Philippe en* Vers et Prose, (*Enero marzo de* 1910).

(*Concluirá*)

ALVARO YUNQUE

¡ADELANTE!

De frac y en automóvil con lacayo,
van los siete pecados capitales
tirando sífilis por los suburbios
y oro al asfalto de los bulevares.

*

Todos los ven pasar y todos callan,
aunque la boca a todos se les transforme en cráter.
Callan, mas la puteada que no dicen
les pone ácido nítrico en la sangre.

*

¡Si la voz no saliera desde la misma boca
por la que es imperante
comer todos los días,
qué verdades se oirían, qué verdades!

*

¿La verdad? Todos saben cuál es. ¡Todos sabemos!
Cualquier Juan Pérez o José Fernández,
la podría subir hasta las nubes
si no tuviese miedo de reventar de hambre.

*

¿La verdad? Pues, la grita Barrett aunque reviente
de puro miserable
que, al fin, bien observados, no hay otra diferencia
entre él y Don Juan Pérez o Don José Fernández:
Su verdad callan éstos, y mascan el mendrugo;
el otro se las tira a la cara, y muere de hambre.

*

Y, entre tanto, podridos de riquezas y de sífilis
van los siete pecados capitales...
No hay tiempo de llorar sobre estas cosas,
¡adelante, adelante!..



El teatro de la nueva Alemania

I

No es ninguna "arrogancia teutónica" el afirmar que durante mucho tiempo ha sido Berlín la ciudad del mundo que poseía un arte teatral más universal y progresivo. Pero hay que añadir al mismo tiempo que este teatro comienza a ofrecer ya señales de decadencia. ¿La causa? La infame, repugnante, estúpida guerra.

El inmortal Francisco Goya describió hace un siglo en una serie de admirables aguafuertes "Los desastres de la guerra". De vivir hoy debería completarlos con una nueva lámina simbólica que tuviese este subtítulo: "Antes y después"

La lámina representaría a la izquierda un "Teatro de antes de la guerra". En las plateas, espectadores idealistas, serios; en el escenario, rostros llenos de honda concentración... Como contraste, a la derecha, un "Teatro después de la guerra". En el escenario, griterío, ruido, sensacionalismo; en las plateas, el rastacuerismo internacional mezclado con los ostensibles nuevos ricos alemanes, con los beneficiados de la guerra — esa terrible casta humana que en Italia llaman "pescecani", en Francia "mercantis", en Inglaterra "profiteers" y en Alemania "schiebers" —. El cuadro de la izquierda debería llevar una inscripción: "Platea, 10 marcos"; el de la derecha: "Platea, 9.000 marcos".

Esta aguafuerte no sería aplicable a todos los teatros de Berlín pero sí, desgraciadamente, a la mayoría.

II

¡Ah! Los desastres de la guerra no son siempre sangrientos. Hay también otra clase de desastres — desastres civiles de la guerra — que produce amarga melancolía. Uno siente un dolor punzante al ver cómo una alta cultura estética... no perece, es cierto; pero, por el momento, decae.

Y, a pesar de todo, podría jurar (sin chauvinismo, basándome únicamente en los escenarios de otras partes) que Berlín sigue teniendo el teatro más rico en variaciones, más universal, más desarrollado del mundo. Todavía hoy Berlín es la única ciudad donde a veces se representan simultáneamente los siguientes dramaturgos: Shakespeare Schiller, Moliere, Calderón, Tirso de Molina, Goldoni, Plauto, Sófocles, Ibsen, Shaw, Maeterlinck, Strindberg, Echegaray, Rostand, Tagore, Tolstoi, Chejov, Kleist Heber, Hauptmann, Shnitzler, Wedekind... y Verneuil. En Berlín se encuentra hoy todavía sitio (¡y valor!) para todo nuevo experimento teatral.

Ahora, que los experimentos de los últimos tiempos no siempre resultaron valiosos. De ellos tiene la culpa la guerra, no la revolución, que en último término fué sólo su consecuencia lógica. La guerra, que ha transformado la mentalidad del público de los teatros, haciéndola más grosera, más estúpida, más aficionada al escándalo y a la "sensación". E igual ha ocurrido con la mentalidad del "regisseur". Quiero mostrar brevemente el proceso del teatro de entonces... y del de hoy.

III

En la escena alemana la persona más importante no es el actor, sino el "regisseur". Lo principal no es el virtuosismo del actor aislado, sino la representación en conjunto. El "regisseur" alemán precisa y determina la entonación de cada palabra que se pronuncia en la escena. Ordena su "concepción" del drama. El es quien resuelve, por ejemplo, si "Hamlet" ha de representarse como una balada del Norte, o como obra psicológico-filosófica. A él le corresponde decidir si la timidez de Hamlet debe arrancar de un conflicto de conciencia, o de una neurastenia. Si Shilock debe ser interpretado como un criminal cómico o como un mártir trágico. El "regisseur" es el cerebro de la representación.

Los autores le siguen, como los músicos los movimientos de la batuta del director de orquesta. (El alemán es disciplinado y obedece; en la política hasta

el año 1914 obedeció por desgracia excesivamente.)

Alrededor del "regisseur" se concentra la crítica en la Prensa alemana. Se le juzga con mucha mayor severidad que a los actores. ¡Pobre de él si el tono del diálogo en Ibsen fué demasiado ligero, o en Dumas demasiado pesado! ¡Pobre de él si en los "Tejedores" de mi amigo Hauptmann no acierta a destacar suficientemente el crescendo del cuarto acto! El "regisseur" alemán es responsable, como el general de su brigada.

IV

Este estado de cosas existe entre nosotros sólo desde hace treinta años, desde que Otto Brahm emprendió su gran reforma del teatro. Brahm obligaba casi violentamente al público a aceptar a Ibsen y Hauptmann... del mismo modo que a un bebé se le hace tomar la leche contra su voluntad. Así consiguió intensificar el gusto de todo un pueblo. Fué, en una palabra, el creador de una escena europea espiritual. A través de Berlín la obra de Ibsen llegó al mundo. Hace diez años que Brahm ha muerto. El gran "regisseur" ruso Stanislawski aprendió de él. Y de Stanislawski, a su vez, aprendió el sucesor de Brahm, Max Reinhardt.

Pero Reinhardt no era un "regisseur" para lo íntimo humano, sino para la vista. Dominaba mejor los efectos que las profundidades del alma. Era, respecto de Brahm, lo que la efectista Sarah Berhardt respecto de la honda Eleonora Duse.

Hoy día Reinhardt resulta en Berlín una concepción rebasada. El "regisseur" de un nuevo presente — Leopoldo Jessner, director de la republicana "Staatsbühne" — se ha adelantado en el camino.

V

Partiendo del teatro espiritual de Brahm y del teatro pictórico de Reinhardt, Jessner nos da el teatro expresionista. Sin caer, no obstante, en las extravagancias de dicha orientación, como un maestro que posee el sentido de la proporción. ¿En qué consiste su arte? Siguiendo en ello a algunos predecesores suyos, Jessner renuncia a las decoraciones pomposas. ¿Por amor a la sencillez? Acaso también porque no tenemos dinero. (Gracián, traducido por Schopenhauer aconseja: "convertir los defectos en adornos, como César cubría su defecto físico con la corona de laurel".) Jessner nos ofrece una escena espartana, sin adornos. En el medio una escalera en la cual se desarrollan los acontecimientos principales. Esta escalera igual puede servir para representar una sala del trono que un campo de batalla, cubierto en el último caso por un paño rojo bermejo. En "Guillermo Tell" representa la montaña... de forma que ante nuestra vista aparece una Suiza matemática, estilizada. (Un símbolo sólo de Suiza.)

¿Por qué la escalera? Jessner quiere comprimir simbólicamente el contenido de algunas escenas, valiéndose de ciertas actitudes estatuarias del acto, y cree que la mejor manera de lograr la repartición simétrica, casi geométrica, de los actores dentro del escenario es sirviéndose de una escalera... Durante dos años esta escalera estuvo de gran moda en Berlín, pero las grandes cualidades de Jessner no residen en tales caprichos.

Posee la facultad de condensar, como embrujándolo, en una sola escena el carácter de todo un drama. Por ejemplo, bajo la "regie" de Jessner el protagonista de "Richard III", de Shakespeare, se agacha al principio sobre la concha del apuntador, como un buitre sobre un pedestal. Este fugaz momento cruel se convierte en un símbolo para todo el drama. Jessner da una visión sinóptica del drama. Exprime su esencia: de ahí la palabra "expresionismo".

VI

Otro caso. En "Fiesco", de Schiller, el héroe, al volver de la victoria recibe la noticia de la muerte de su mujer. En la representación que nos da Jessner se ve arriba, en los peldaños de la escalera, al vencedor seguido de su séquito; las banderas triunfales ondean simétricamente en derredor del cortejo; pero el aire que envuelve el cuadro es turbio y siniestro de tal modo, que allí no sólo se representa una escena determinada de una obra concreta, sino que se expresa a la vez todo el concepto de "Triunfo y tristeza". Símbolo-expresionismo.

O cuando Richard III sube al trono, se percibe a lo largo de la escalera, a izquierda y derecha, una serie de dignatarios sobre todos los peldaños, hasta el fondo, como un símbolo de "Súbditos y autocracia". El lector comprende; ya no se trata aquí de la representación de una obra, sino de una fantasía sobre una obra. Jessner fantasea sobre Shakespeare, como un pianista sobre un tema de Bach. El "regisseur" expresionista no reproduce sólo las escenas de un poema, crea una serie de viñetas con el poema como fondo. La vanidad de Jessner no está sólo en ofrecer el drama, sino el extracto del drama. ¿Sofistería? Acaso. Pero Jessner es, además, un gran "regisseur", por la admirable concentración que logra dar a la palabra hablada. Por la intensidad del "tempo", que domina como si lo tuviera bajo un látigo. Apresurémonos a decir (y ahí reside el lado humorístico de todo esto) que Jessner ha renunciado ya hoy al expresionismo, lo mismo que ..., desde hace cuatro años, no pinta a lo cubista, sino a lo razonable... En tales casos viene a mi memoria una riña de gallos que presencié en Sevilla. El gallo vencedor corría la misma suerte que el vencido: ambos eran degollados. El expresionismo ha triunfado sobre el impresionismo, pero también el expresionismo será degollado.

VII

Jessner no es en la Alemania de hoy el único "regisseur" expresionista, aunque sí el mejor. (Berger, K. Martin, Fehling, merecen ser nombrados.) A su sombra florecen el desorden y la locura — locura expresionista y de otras clases —. Sólo lo paradógico se cultiva. El caso es "épater" a cualquier precio. Les da ahora por representar el "Tartufo" con vestidos modernos de calle. Los hombres de Moliere fuman cigarrillos egipcios y llevan los pantalones con vueltas, a la última moda. Si se trata de "Hamlet", los personajes visten con toda modernidad; pero en Strindberg se ve a los obreros de las fábricas con trajes color lila, rojo, verde o amarillo. De este modo las figuras de la balada de Hamlet se pasean por la escena como si anduvieran por "Unter der Linden", mientras los personajes de la época industrial parecen pájaros de la leyenda del paraíso. Todo esto no es en el fondo sino señales de la degeneración.

Se hace mover las masas con la regularidad de muñecos mecánicos, convirtiendo así la escena en una serie de cuadros sistemáticos. Es un principio descabellado el que los momentos culminantes de un drama únicamente pueden desarrollarse en el centro mismo del escenario. Y hasta hay quien pide que el personaje o los personajes que encarnan en la obra la bondad y la moral aparezcan colocados un medio metro más alto que la canalla. Es la vuelta a un arte infantil, a un arte de los pueblos primitivos.

VIII

Max Reinhardt, que, aunque dotado en muchos sentidos, se deja arrastrar a menudo por su caprichoso deseo de nuevas sensaciones, ha preparado la decadencia del teatro. Sería un poco injusto llamarle el "Barnum de la escena", como alguien ha dicho; pero (la pluma se resiste a escribirlo) él fué quien representó "Hamlet" en un circo. ¡Un drama de pensamientos en un circo para 5.000 espectadores!... Una barbaridad. En este "Mammuth Theater" no cabe hablar. Hay que berrear. Imposible lograr ninguna sutileza de tono, ningún matiz. Las figuras trágicas tienen que correr por el circo; no pueden andar a causa de las distancias. Todo esto no es sino un asesinato del noble arte dramático. Un producto de la destinada obsesión del reclamo. El fracaso de dicha tentativa obligó a Reinhardt a irse de Berlín.

Los actores confundíanse con el público. La mímica se extendía entre las filas de butacas. Espectadores y actores debían formar una "comunidad"; de esta manera pretendíase crear una "intimidad mayor". En realidad sólo se conseguía perturbar la imaginación del espectador. La bancarrota moral de semejante empresa era inevitable. En el "Teatro de los cinco mil" han comenzado ya ahora a representar operetas.

En general puede considerarse el expresionismo escénico como rebasado en Alemania. Y por eso me asombró el ver hace algunos meses en los teatros de Nueva York (en la representación del drama de Eugen O'Neil "The Hairy Ape") que este estilo expresionista, ya medio abandonado entre nosotros, se festejaba allí como una novedad revolucionaria...

IX

Berlín ofrece todavía en algunos de sus teatros un arte dramático serio y valioso. Pero la principal virtud de la escena alemana, la armonía en la representación de conjunto, ha sido en los últimos tiempos muy descuidada. La situación económica obliga al actor a trabajar hoy en un teatro, mañana en otro. El "cine", que paga más, los desvía de su camino. Un público bien diferente del de antes, los "nouveaux riches", llena hoy los teatros; un público de instintos más toscos y al que no le interesa la interpretación de conjunto, sino el "virtuosismo" de tal actor o tal actriz. Pide cosas truculentas. Llevan todavía consigo, en los nervios, el ruido de la guerra, o las excitaciones de la Bolsa. Y puesto que se trata sobre todo de complacer a este público internacional, en Berlín se representa ahora obras obscenas, sin ningún valor literario, para los extranjeros que no entienden el idioma, pero sí la pantomima...

Sí, la guerra tiene la culpa de todo. Seiscientos años antes de la era cristiana, Lao-Tse, el filósofo chino escribía ya:

Donde hubo guerra, crecen espinas,
y el año no ofrece cosechas.

Y no cabe dudar de su sabiduría, pues, según la convicción de los chinos, él era "el hijo de un rayo de sol y de una muchacha campesina". (Al menos la muchacha campesina lo afirmaba así).

ALFRED KERR

BIBLIOGRAFIA

Alexandra Kollontay — "Wege der Liebe" (Caminos del amor). Tres relatos, 410 págs. en 8.o — Malik Verlag, Berlín (1925) —

Los magnates bolchevistas sufren casi todos alguna desviación mental hacia la literatura, la teoría socialista, el comercio, la diplomacia, etc. Desde que están en el poder consideran como una de las misiones más esenciales la de emborronar cuartillas; los libros de los dictadores bolchevistas en estos últimos años son incontables; todos creen tener algo que decir y como disponen de los medios para hacerse oir, es decir para someter las imprentas de la república sovietista a sus ambiciones literarias, los libros se suceden a los libros y en la montaña de papel impreso que nos transmite la Rusia oficial, apenas encontramos con muchos esfuerzos algo que esté destinado a quedar en la memoria de las generaciones futuras.

El ministro de instrucción pública, Lunatscharsky, entre decreto y decreto, ha escrito un drama con el título *El Don Quijote Liberado*; nada tendríamos que objetarle si el drama fuera bueno y si no hubiese hecho servir a nuestro Don Quijote para sus fines partidistas, haciendo una caricatura de una de las más nobles figuras humanas, tan caracterizadas por Cervantes como el Hamlet de Shakespeare o el Fausto de Goethe. Hay derecho a tomar una de esas figuras universales del espíritu humano, pero a lo que no hay derecho es a poner en sus labios y en su conducta palabras y actos diametralmente opuestos a los que son lógicos en el carácter magistralmente definido de esos personajes. El Don Quijote que nos ofrece Lunatscharsky es una infamia ministril y nosotros reivindicamos tanto más al héroe de la Mancha, cuanto que su espíritu no nos es desconocido ni ajeno. Por lo demás el ministro ruso ha querido simbolizar en el Don Quijote, parece, el espíritu anarquista y demostrar que si la revolución no fué más lejos la culpa está en la chifladura de Don Quijote que no quiso apoyar la dictadura proletaria.

Un libro que se lee con placer y con provecho es el de Alejandra Kollontay, traducido recientemente al alemán con el título de *Wege der Liebe*. Son tres relatos interesantes desde el punto de vista del valor literario y de los problemas que plantea y que, naturalmente, no resuelve. Esos tres relatos equivalen a todo un curso sobre ética amorosa; reflejan los comienzos de una moral erótica nueva. La revolución rusa ha contribuido mucho a quebrantar los viejos dogmas del amor y ha planteado conflictos espirituales que todavía no fueron fijados en leyes bolchevistas.

Desde el punto de vista sexual hubo en Rusia, más que desde el punto de vista económico y político, un innegable progreso revolucionario; las viejas leyes morales han sufrido un formidable quebranto; las nuevas generaciones pasaron por sobre los prejuicios anacrónicos de la hipocresía social y los comisarios no han podido canalizar o echar o perder totalmente esa vida del corazón como canalizaron y echaron a perder la vida política y económica rusa. El libro de Kollontay plantea en bella forma los conflictos y tragedias del parto de la nueva moral amorosa. La poligamia, la poliandria, la maternidad sin paternidad responsable, el aborto, el placer físico sin el amor, etc. Es interesante leer esos relatos para ensanchar el espíritu en estas cuestiones en que todos, más o menos, tenemos nuestros prejuicios.

¿Cuál es la forma de la convivencia social mejor? ¿Cuáles son los límites de lo bueno y lo malo, de lo permitido y de lo repudiado en la moral del amor? Es muy difícil decirlo y apenas se puede prever para el porvenir una solución puramente individual y una amplia tolerancia mutua.

En el relato titulado *Wassilissa Maliguina*, sin embargo, encontramos uno de los tantos efectos del sentimiento antianarquista de los bolcheviquis de derecha y de izquierda y del centro; Alexandra Kollontay nos presenta un anarquista de su invención, buen revolucionario en los días de peligro para los soviets, en lucha implacable contra los enemigos de la revolución, pero que a cada paso choca con los bolchevistas en nombre de su carácter indisciplinado; luego ingresa en el partido comunista y es enviado como director de un gran establecimiento, donde revela su carácter profundamente burgués, aunque continúa siempre con la revolución. Una de sus ambiciones es vivir principescamente, comer y beber bien, vestir con elegancia, etc. Nosotros no sabemos en qué ha podido consistir su anarquismo. Pero para un comunista cualquiera que sea, no existe ningún reparo ni ningún escrúpulo cuando se trata de poner en ridículo la anarquía o los anarquistas.

Por lo demás, los relatos de la Kollontay, a quien hemos conocido ya por su crítica a las desviaciones comunistas mismas, como cabeza principal de aquel movimiento de la oposición obrera, hoy en otras manos y denominado comunismo de izquierda, esos relatos son muy instructivos y no disimulan el asco ante la burocracia sovietista, la insolencia de los especuladores de la Nueva Política Económica, la corrupción administrativa ni dejan de revelar el desencanto de los bolchevistas de buena fé de la primera hora, hondamente inspirados por sentimientos proletarios, pero sin embargo impotentes para dar un nuevo curso a la vida política del país.

Si un anarquista se permitiera en Rusia decir la mitad de lo que dice Kollontay en los relatos que comentamos, sería inmediatamente enviado a Siberia.

D. A. de S.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(Continuación)

...gún mi opinión, el número de los sus...tores recogidos no es suficiente para ...er de la publicación actual un verda...o órgano de propaganda. Su conforma... actual me parece ser un obstáculo a ...desarrollo.

...—Se debía reunir igualmente un nú... suficiente de suscritores permanen... a fin de prevenir los déficits, si los ...biese, o para ampliar la propaganda; ...condición no se ha cumplido tampoco.

...—Nada se hizo para asegurar una co...ración suficiente, de modo que no ... siempre los mismos nombres los que ...repitan.

El movimiento social internacional, que ... preocupación constante de los que hi... la *Révolte* y los *Temps Nouveaux*, ... ha sido organizado.

Si debemos reconstituir los *Temps Nou...*, debemos poner en pié algo al me... igual a la antigua publicación. Y si ... es imposible estar seguros de triun..., sepamos poner de nuestra parte la mayor suma de probabilidades posible. Esas probabilidades las veo en las medi... enumeradas más arriba.

Por mi parte, no puedo asociarme más ... a la obra que las cumpla. Si quereis reflexionar un poco al respecto, sereis de ... opinión.

Cordialmente, — Jean Grave."

Tampoco eso fué insertado, pero se me ...ó a Tcherkesof y a Paul Reclus que ...eron a explicarme que "por el bien de ... propaganda debíamos quedar unidos. Tal vez los camaradas tuvieron el error de ser tan precipitados, pero al obrar así habían creído obrar del mejor modo, que lo hecho hecho estaba y que había que pasar la esponja y tratar de trabajar juntos."

Yo fuí bastante tonto para dejarme convencer. — ¿Convencer? No, pero prometí hacer lo que pudiera para marchar con ellos.

Se debía enviarme el original, yo debía corregir las pruebas.

Durante varios números me encontré con Pierrot en casa de Guerín donde examinaba el original que se quería remitirme.

Eso era una pura comedia, porque al leer las pruebas encontraba artículos que no se me había mostrado o contra los cuales yo había hecho objeciones.

Una sola vez, antes del incidente con motivo del artículo necrológico sobre Guerín, pedí que se suprimiese un artículo que me pareció demasiado derouledista, se me rehusó. Pierrot alegó que no encontraba nada que decir en él, que además lo dió "a leer a su hija, que lo juzgó excelente"! ¿Era serio Pierrot? Yo le dejé hacer. Había prometido hacer lo posible por ayudar.

Lo que había en el fondo es que el autor era un amigo de regimiento de Guerín. Era la "redacción de los camaradas" lo que comenzaba. Cosa que yo había evitado toda mi vida.

Llegó el incidente Guerín. Fué preciso la cruz y la bandera para hacer insertar mi protesta, que se rehusó incluir en el cuerpo de la revista, haciéndolo en una hoja aparte.

Para llegar a esa inserción he debido someter dos o tres textos y cambiar gran número de cartas.

He aquí el esbozo de una de esas cartas que vuelvo a encontrar:

"Robinson, 2—3.

Mi querido amigo,

Estoy rodeado de amigos — es lo que se me asegura en diversas cartas que están llenos de estima hacia mí, claro está. Solo que le confieso que en el caso presente habría preferido tener que ver con enemigos declarados — no habrían obrado de otro modo que mis "buenos amigos" — desde hace mucho tiempo habría sabido como obrar yo mismo.

No se quiere insertar mi rectificación. Sea.— Le advierto que, de una manera o de otra, llegará a los que debe llegar. Eso no hará más que envenenar las cosas. Si es eso lo que se quiere, se obtendrá.

Más que nadie tengo derecho a hablar porque se trata de lo que concierne a *Temps Nouveaux*. Los treinta años que les he consagrado me dan ese derecho.— Y venir a decir que es gracias a otro — cuando es falso — que han podido reaparecer, es tratarme demasiado como cantidad insignificante. Yo no lo acepto. Si dejase las cosas, dejaría aclimatarse esa leyenda, aceptando su veracidad.

"No se discute una nota necrológica".— Justamente, yo reprocho a su autor el haber tenido el jesuitismo de colocar esa mentira en líneas consagradas a Guerín, para quitarme el derecho a rectificarla.

¿Por qué esos famosos amigos no han suprimido antes de que llegase al público el pasaje incriminado? Eso no era ninguna injusticia para con Guerín y me daba satisfacción.

Se ha rehusado suprimirlo, porque el autor — que es el que mueve los títeres — pensó que ese sería un comienzo de justificación del golpe de Estado que él no ha realizado. Es insinuar, sin tener el aire de hacerlo, que si no se me hubiera forzado la mano, *Temps Nouveaux* no habrían reaparecido.

En *Temps Nouveaux* hareis lo que querráis, no seréis tomados como traidores. Si el debate no se liquida entre nosotros, se liquidará en público.

Si se inserta, continuaré mi colaboración, pero eludiré toda responsabilidad en la composición de los números donde se insertan cosas absurdas.

Si se me rehusa, se publicará sin embargo y yo seré eliminado del periódico.

Es sin duda lo que se quiere.

Cordialmente.

J. Grave".

Se ejecutaron, pero de mala gana, como lo expliqué.

Entre tanto una compañera que marchaba con ellos vino a verme "para hacerme entrar en razón".

He aquí un esbozo de carta que vuelvo a encontrar referente a esa visita.

Robinson, 15-5-1920.

Mi querido compañero,

G. ha sido perfectamente injusto al detener la composición de mi protesta, visto que me atengo a lo que he dicho.

En cuanto a mi aspereza, cuando vosotros hayáis sido tratados como yo lo he sido, volveréis a hablarme. G. ha dicho que esa discusión no era digna de nosotros. Soy de su opinión. No por las mismas razones.

Desde que comenzó no hago más que chocar en contradicciones, en desmentidos de los hechos más patentes, en escapatorias, en deformaciones, de mis palabras y de mis pensamientos. Seamos pues naturales sin buscar el mediodía a las 2 de la tarde.

Los que dieron a luz el periódico sin haber cumplido ninguna de las condiciones requeridas, no tienen más que una excusa, y es que creían necesaria su reaparición inmediata.

Buscar otras es ponerse en la postura de las gentes que, cogidas in fraganti, se

---

Errico Malatesta (6)



EN EL CAFÉ

...profundo instinto social humano que provoca los mil ...actos de solidaridad, de simpatía, de abnegación, de sa...crificio que se realizan en todos los momentos, sin pen...sar siquiera en ellos, y que hacen posible que la socie...dad perdure no obstante las causas de disolución que ...lleva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoísta y altruísta y ...lo es en su misma naturaleza, diré así, biológica, preso...cial. Si no hubiese sido egoísta, es decir si no hubiese ...tenido el instinto de la propia conservación, no habría ...podido existir como individuo; y si no hubiese sido al...truísta, es decir si no hubiese tenido el instinto de sacri...ficarse por los demás, cuya primera manifestación se ...encuentra en el amor a la prole, no habría podido exis...tir como especie ni, con mayor razón, llegar a la vida ...social.

La coexistencia del sentimiento egoísta y del senti...miento altruísta y la imposibilidad en la sociedad ac...tual de satisfacerlos a ambos hace que hoy ninguno esté ...contento, ni siquiera los que ocupan una posición pri...vilegiada. Al contrario, el comunismo es la forma so...cial en donde el egoísmo y el altruísmo se confunden o ...tienden a confundirse — y todos los hombres lo acep...tarán, porque originará el bien suyo y el bien de los ...demás.

Ambrosio. —Será como usted dice; ¿pero cree que ...todos querrán y sabrán adaptarse a los deberes que im...pone una sociedad comunista? ¿Si, por ejemplo, la gen...te no quisiera trabajar? Sí, usted lo acomodará todo, en ...la imaginación, como mejor le agrade, y me dirá que el trabajo es una necesidad orgánica, un placer, y que todos rivalizarán para tener la mayor parte posible de ese placer.

Jorge. —Yo no digo eso precisamente, aunque esa sea la opinión de muchos de mis amigos. Según mi manera de ver, lo que es una necesidad orgánica y un placer es el movimiento, la actividad tanto muscular como nerviosa; pero el trabajo es actividad disciplinada en vista de un fin objetivo, exterior del organismo. Y yo se muy bien que uno puede preferir los ejercicios ecuestres cuando, al contrario, sería necesario plantar coles. Pero creo que el hombre sabe adaptarse y se adapta muy bien a las condiciones necesarias para llegar al fin que persigue.

Dado que los productos que se obtienen del trabajo son necesarios para vivir, y nadie tendría los medios para obligar a los demás a trabajar para él, todos reconocerían la necesidad de trabajar, y preferirían la organización donde el trabajo fuese menos penoso y más productivo como es, según mi opinión, la organización comunista.

Considere además, que en el comunismo son los mismos trabajadores los que organizan y dirigen el trabajo, y por consiguiente, tienen el mayor interés en hacerlo agradable y fácil; considere que en el comunismo se formaría naturalmente una opinión pública que condenaría la ociosidad como perjudicial a todos y comprenderá que aunque hubiera ociosos, no serían más que una minoría insignificante que se podría compadecer y soportar sin daño sensible.

Ambrosio. —Pero supóngase que, apesar de sus previsiones optimistas, los ociosos fuesen muchos, ¿qué harían? ¿Los mantendrían lo mismo? ¡Entonces sería lo mismo mantener a los que llama burgueses!

Jorge.— En verdad existiría una diferencia y grande; pues los burgueses no sólo nos quitan una parte de lo que producimos, sino que nos impiden producir lo que queremos. Yo no digo de ningún modo que habría que mantener los ociosos cuando fuesen tan numerosos como para originar perjuicios; tanto más cuanto que el ocio y el hábito de vivir a su capricho les darían también la idea de mandar. El comunismo es un pacto libre; el que no lo acepta, o no lo mantiene, queda fuera.

Ambrosio.— ¿Pero entonces habría una nueva clase de desheredados?

Jorge. —De ningún modo. Todos tienen derecho a la tierra, a los instrumentos de trabajo y a todas las ventajas de que puede gozar el hombre en el estado de civilización a que ha llegado la humanidad. Si uno no quiere aceptar la vida comunista y las obligaciones que implica, es cuestión suya. Se acomodará como crea con aquellos con quienes esté de acuerdo, y si se encuentra peor que los demás, eso le demostrará la superioridad del comunismo y le impulsará a unirse con los comunistas.

Ambrosio. —¿Pero entonces uno sería libre de aceptar o no el comunismo?

Jorge. —Ciertamente: y tendría los mismos derechos que tendrían los comunistas sobre las riquezas naturales y sobre los productos acumulados por las generaciones pasadas. ¡Qué diablo! ¿No le hablé siempre de libres acuerdos, de comunismo libre? ¿Cómo podría haber libertad si no hubiese alternativa posible?

Ambrosio. —¿Por tanto usted no quiere imponer sus ideas con la fuerza?

Jorge. —¿Está usted loco? ¿Nos toma por carabineros... o por magistrados?

Ambrosio. —Entonces bien, nada hay de malo. Cada cual es libre de soñar lo que quiera.

Jorge. —Cuidado, sin embargo, con equivocarse; una cosa es imponer las ideas y otra es defenderse de los ladrones y de los violentos, y reconquistar los propios derechos.

Ambrosio. —¡Ah, ah! por consiguiente para *reconquistar los derechos* emplearán la fuerza, ¿no es así?

Jorge. —Eso no se lo diré. Usted podría tejer sobre mi respuesta una requisitoria contra nosotros en algún proceso. Lo que le diré es que, ciertamente, cuando el pueblo tenga conciencia de sus derechos y quiera terminar... ustedes correrán el riesgo de ser tratados un poco rudamente. Pero eso dependerá de la resistencia que opongan. Si ceden de buena gana, todo será paz y amor; si en cambio, se obstinan, y yo estoy convencido que se obstinarán, tanto peor para ustedes.

Buenas noches.

VIII

Ambrosio. —¿Sabe usted? Cuanto más pienso en su comunismo libre más me persuado de que es usted... un hermoso original.

Jorge. —¿Y por qué?

Ambrosio. —Porque habla siempre de trabajo, de disfrute, de acuerdos, de pactos, pero de autoridad social, de gobierno no habló nunca. ¿Quién regulará la vida social? ¿Quién será el gobierno? ¿Cómo será constituído? ¿Quién lo elegirá? ¿Cuáles serán los medios de que dispondrá para obligar a respetar las leyes y para castigar a los contraventores? ¿Cómo serán constituídos los varios poderes, legislativo, ejecutivo y judicial?

Jorge. —De todos esos poderes suyos nosotros no sabemos qué hacer. Nosotros no queremos gobierno. ¿No sabe aún que soy anarquista?

Ambrosio. —¿No le digo que es usted un original? Comprendería aún el comunismo y admito que podría ofrecer grandes ventajas, pero si todo fuese regulado por un gobierno instruído que tuviese la fuerza de im-

sirven de la primera mentira que se les ocurre para excusarse.

Mi ausencia no tenía nada que ver en la aparición o no reaparición del periódico. La propaganda que había que hacer para posibilitar su reaparición, yo podía hacerla desde no importa donde.

Creer que un periódico que se dirige a 300 suscriptores — pongamos 500 si Vd., quiere — que no tienen — podrá tener la menor influencia en el curso de los acontecimientos, hay que estar inflado de fatuidad para imaginarlo, o haber perdido todo sentido de las proporciones.

Se puede tener el deseo de decir la propia opinión sobre lo que pasa. Todos tenemos ese prurito y todos estamos convencidos que lo que decimos puede tener alguna influencia. Solo que no hay que exagerar. Esa influencia no puede hacerse sentir más que a la larga, en el curso de la evolución. Que lo que tenemos que decir sea dicho hoy, dentro de seis meses o de dos años, eso no tiene la menor importancia.

Y yo continuo afirmando que, para satisfacer algunas pequeñas vanidades, no tenemos el derecho de comprometer el porvenir.

A otros les está permitido pensar de otro modo. Sin duda.

Pero los que aceptaron las condiciones que yo propuse para la reaparición de *Temps Nouveaux*, que las firmaron conmigo en el primer manifiesto, no tenían el derecho de cubrirse con ese manifiesto y obrar contrariamente a lo que habían firmado. Sin constatar al menos ese nuevo giro de su pensamiento.

Como he dicho, yo no rompo; pero quiero una situación clara para cada uno. Continuaré enviando artículos — que se podrá rehusar — pero no aceptaré ninguna corrección que no me haya sido sometida.

Continuaré proporcionando folletos y expidiendo a medida de las necesidades, pero a condición de que se me tenga al corriente de lo que se hizo para liquidar las deudas. Su venta ha superado ya el importe de esas deudas. Yo quisiera saber donde están las sumas obtenidas.

Cordialmente
J. Grave."

Después de todas estas tiranteces enumeradas en la carta transcrita, mi error fué no haber roto de inmediato. Como he explicado al romper con ellos me encontraba solo y el aislamiento no facilita el trabajo en la propaganda. Continué todavía. Sufrí un montón de pequeñas picaduras que al fin me hicieron comprender que teníamos bastante los unos de los otros.

Cuando hacíamos *Temps Nouveaux* se juzgaba el periódico aburrido, no vivaz, demasiado teórico, sin tenerse bastante al corriente de la vida cotidiana.

Teniendo tiempo para leer las publicaciones, resumía en el curso de mis lecturas todos los hechos interesantes desde un punto de vista cualquiera. Eso era regularmente echado al canasto.

No interesándose nadie por la bibliografía, se me dijo. Eso me interesaba. Traté de hacerla a conciencia. Llegó a la redacción un solo volumen interesante. Se me le remitió al fin de seis meses a pesar de mis reclamaciones reiteradas.— Un camarada de Guerin lo había tomado para leerlo.

No queriendo pasar por un farsante ante el autor y los editores, di, en mi resumen, las razones de mi retardo en hablar del libro. Se suprimió el pasaje.

En fin, el colmo, llegó a mis oídos que el señor Bertrand — siempre él — volviendo con la idea que lo había podido desviar al comienzo — la idea de poner el periódico por acciones — iba a fundar una cooperativa de librería y que la edición de la revista sería confiada a esa cooperativa.

Yo no tenía ninguna objección contra la cooperativa misma, pero mi modo de ver sobre la organización de un periódico, que expliqué más arriba, hará comprender a cada uno la cólera que me invadió al saber esa noticia.

Escribí a Pierrot que estaba cansado de todo eso, que convocase a sus cómplices. Que a título de conciliación quería que se abandonase el título de *Temps Nouveaux*. Con esa condición sólo continuaría colaborando con ellos, sino tendríamos la guerra.

La reunión tuvo lugar. Estaban presentes una docena de camaradas entre ellos el llamado Bertrand. Un personaje muy encumbrado. Quiere saberlo todo, conocer cada cosa mejor que aquellos que se dedican especialmente a ella, capaz de dar lecciones de medicina a un médico, de arquitectura a un arquitecto y así por el estilo. La señora P. le llamaba "Yo sé todo".

Siempre lleno de proyectos y de promesas, salvo olvidarlas en cuantos las hizo.

Estaba acompañado de su hijo, demasiado joven para haber estado mezclado en la propaganda de antes de la guerra, pero sin embargo lleno de suficiencia como su padre.

Bertrand comenzó a pontificar. Era por solidaridad hacia mi que se tomó el nombre de *Temps Nouveaux*. Eran pagados con la más negra ingratitud. Pero eran bastante magnánimos para pasar por sobre eso, sin olvidarse de hablar de los sacrificios que pretendía haber hecho por la propaganda.

No habiendo venido para escuchar al señor Bertrand, le interrumpí cuando vi que iba a hablar toda la sesión.

Dí mis razones por las cuales no podía continuar con ellos. Enumeré todos los hechos capaces de interesar a los lectores, hechos resaltar por mí en diversas publicaciones y regularmente enviadas al canasto sin explicación. La supresión de la nota en mi bibliografía — la puesta del periódico bajo el control de una cooperativa, etc.

Una voz de falsete se hizo oír desde un rincon, proclamando que la supresión era cosa del que hablaba, que era preciso, después de todo, tener en cuenta al lector.

Dejé pasar, expliqué que habiéndoles hecho convocar la reunión para discutir el abandono del título, era eso lo que yo quería que se discutiera. Y levantándome, salimos de la habitación mi mujer y yo.

Pierrot — era en su casa donde pasaba eso, corrió ante nosotros, diciéndome que no me marchara, que las cosas se arreglarían, y que esperase el fin de la sesión. Diciendo eso nos hizo pasar a otro cuarto.

La pieza en que nos hizo entrar era adyacente a la que reunía el areópago. Fragmentos de la discusión llegaban a nuestros oídos.

—Si renunciáis al título decía Bertrand, viene el fracaso seguro, mientras que os prometo 1500 suscriptores antes de tres meses...

¡Olá! no era solamente por mis bellos ojos que se habían acaparado del título de *Temps Nouveax*.

Murmullos de voces, algunas palabras que no entendí. Otros cuchicheaban, después la voz de C.— que no había hecho nada nunca por el periódico — dijo: "Después de todo Grave no era más que nuestro mandatario en *Temps Nouveaux!*"

—El colmo.

Otros murmullos. La sesión había terminado. Pierrot vino a libertarnos, declarando que no se había tomado decisión. Que nos haría saber. Pero al día siguiente recibí una carta diciéndome que le había sido desagradable decírmelo verbalmente, pero que los camaradas habían decidido conservar el título.

Eso, pues, era la ruptura.

Pero como de los 300 suscriptores que habían reunido había 275 que eran antiguos suscriptores de *Temps Nouveaux*, hubo algunos a quienes pareció extraña mi exclusión y escribieron para protestar y pedir explicaciones.

Dos de ellos me comunicaron las que habían recibido.

(Concluirá)

---

poner a todos el respeto a la ley. ¡Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Que maremagnum no sería?

Jorge. —Lo preveía: antes era contrario al comunismo diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo siempre que hubiese un gobierno de puño de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

Ambrosio. —Eso querría decir que para huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

Jorge. —Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

Ambrosio. —Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo. ¿De qué podra usted quejarse?

Jorge. —Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica. El pueblo está compuesto de hombres, y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general, común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir él mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podría decirlo una colectividad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones — y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fuesen instruídos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de intereses que no podra encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosas; pero, además, aquel a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fracasar y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular: pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano, por ejemplo, uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y esa mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de poderes, sin ningún mandato determinado), imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominen momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.

Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

Ambrosio. —Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

Jorge. —Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

Ambrosio. —¿Y quién impondrá ese respeto?

Jorge. —Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo, con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza a los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

Ambrosio. —¿Y si alguien viola el pacto?

Jorge. —¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

Ambrosio. —Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

Jorge. —Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

Ambrosio. —Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer los acuerdos.

Jorge. —Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que en una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a la aprobación de los mandantes.

Ambrosio. —Pero usted no supone que todos estarían de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

Jorge. —Esa gente se arreglará como crea mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

Ambrosio. —¿Y si los otros quieren molestarles?

Jorge. —Entonces... nos defenderemos.

Ambrosio. —Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

Jorge. —Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todos y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallaría tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, — y que la anarquía especialmente, que es el reino del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

IX

Ambrosio. —Déjeme volver sobre su comunismo anárquico. Francamente no puedo tragarlo...

Jorge. —Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y el del propietario, una sociedad sin Estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.

AÑO V — BUENOS AIRES, 12 DE ABRIL DE 1926 — N.o 220

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — ...ores y giros a M. TORRENTE

LA USA Y LOS SOCIALISTAS...



O por un copetin, que hará el contento del bolichero, los borrachos hasta se destriparán mutuamente.

Bombas lacrimógenas y asfixiantes en las huelgas

La nación yanqui es la tierra clásica de varios hermosos *productos*: dejando de lado sus excentricidades y sus multimillonarios, existen, entre otros, los linchamientos de negros y las represiones feroces, bestiales contra la masa obrera al rebelarse a veces. Cuando la dignidad proletaria se enardece, sube de punto y estalla en llamaradas de ira y rencor contra sus explotadores — quienes entonces adoptan aires angelicales y de mártires con miras de conmover la opinión pública, — el gobierno de los barones de la industria, por su parte, arbitra todos los medios, desde los más ruines hasta los más inicuos, para doblegar, romper la protesta airada y nobilísima de los eternamente despojados que aspiran a ser verdaderamente hombres y no bestias de carga, embrutecidas y estúpidas.

La plutocracia de porcolandia tiene un honrosísimo antecedente en su haber: la tragedia de Chicago, que dió fundamento a la protesta del 1.o de Mayo, empalidecida y lavada con agua de rosas por todos los Judas del proletariado mundial. Poetas tímidos, de un lirismo platónico, lo apodaron el suelo de Calibán, en oposición a Ariel. Se trataba de gente muy respetable por cierto, que veía ciertas antinomias espirituales del país yanqui a través de un temperamento personal, considerándolas como ofensas directas a su enfermiza o afinada sensibilidad; ejemplo: Rodó y otros. Incapaces de partir de lo particular a lo general — como le acontece a todo pensador de raza — se quedaron a mitad de camino, circunscribiendo a una dada escuela literaria o pseudo-filosófica lo que ataña por igual a toda la humanidad. Por eso sus alegatos contra la democracia del dólar no tuvieron trascendencia alguna. Hasta ahora la cruda, la dura y cierta verdad acerca de la nación tentacular de yanquilandia, ningún cronista ni escritor la dijo. Sin embargo, si existe un pueblo y un país que debe apasionarnos a nosotros más que a nadie, son los Estados Unidos de América del Norte. Allí se están forjando los destinos más cercanos de la humanidad. Y para vencer a un enemigo hay que conocerlo a fondo y a conciencia. Allí, donde a las ideas sociales se las persigue todavía como si fueran alimañas feroces, es el lugar más adecuado para dirigir nuestros esfuerzos, no solamente intensificando nuestra propaganda, sino, más que todo, estudiándolo en los múltiples aspectos de su vida societaria frente a la concepción de nuestras ideas. Allí, donde se organizó científicamente los provocadores de huelgas; los fraguadores de atentados; se implantó el espionaje en los talleres, en las oficinas, en todos los lugares de trabajo, y se hizo de los rompehuelgas una industria proficua y montada en vasta escala, es donde se nos ofrece un vasto panorama para alimentar nuestra literatura subversiva.

Alguien nos dijo que la próxima guerra se producirá entre el grupo de las potencias sajonas, Norte América y Gran Bretaña, y otras adyacentes formando un bloque, y Francia, Italia, España y otros países latinos oponiendo la otra masa enemiga. Del modo como se desenvuelven los advenimientos y el cariz que están tomando a toda velocidad, nadie sabe bien quiénes lucharán contra quiénes; pero se barrunta que una conflagración más intensamente destructora que la pretérita no tardará en aparecer. Hay que prepararse desde ya para afrontarla, si no nos es posible conjurarla ni desbaratarla con nuestras escasas y débiles fuerzas. Lo que se leerá luego son los prodromos de aquélla probable gigantesca contienda.

La huelga que a principios de marzo se produjera en Clifton y en Passaic, New Jersey (Estados Unidos), es un ejemplo que debería convertirse en enseñanza para los trabajadores sobre los métodos represivos que, generalizándose, les serán aplicados en el futuro, aquí y en otros países.

Entre las incidencias acaecidas en esa huelga, no solamente los *policemen* golpearon con sus clavas a los trabajadores, sino que contra ellos se empleo bombas lacrimógenas y asfixiantes y la manguera alternando el agua helada y caliente.

Este es otro precedente bastante honroso para la plutocracia de Porquilandia. Han sido los primeros en emplear tan seráficas armas en la defensa de sus sagrados derechos de casta ególatra explotadora, y lo fué contra una masa inerme de hombres, ancianos, niños y mujeres. Hubo muchos contusos, otros ciegos y numerosos semi-asfixiados. Hasta no se pudieron conocer las cifras aproximadas de los lesionados.



Un policemen rompiendo la máquina fotográfica de un repórter.

Por supuesto, no existen las almas cándidas y capaces de sorprenderse al saber que la prensa de la metrópoli del otro bando, rica y chantagista, no haya publicado ninguna noticia alrededor de tan graves sucesos. Es la conspiración del silencio tejida alrededor del globo, saboteando toda información que pueda perjudicar los intereses de las clases dominantes poniendo en descubierto sus métodos de terror contra sus víctimas, los eternos Abeles, sofocados por el amor fraterno de los burgueses.

La huelga de Clifton y Passaic, debió producirse a fines de febrero, ya que el *Daily Mirror* (Espejo cotidiano) de New York, trayendo las crónicas y documentos gráficos sobre los sucesos, lleva la fecha del día jueves 4 de marzo de 1926.

Empecemos a dar unos extracios literales, que lograrán ser más fidedignos que nuestras versiones:

Dicen las grandes titulares: *Reina el terror en las calles de Passaic.* Luego, como acápite, un proverbio, posiblemente bíblico: *quien oprime a los pobre, reprocha a su creador.*

La policía de Clifton y Passaic, ayudada por pesquisas y escuadrillas de gentes de mal vivir, atacó a tres mil huelguistas desarmados, que en orden y pacíficamente transitaban por los calles. Los atropelló con las clavas en alto, que caían inexorablemente sobre las cabezas, las espaldas y los brazos. Hubo varios heridos y contusos. No sólo no se contentó con esa hazaña, sino que continuó avanzando para golpear a los huelguistas y no huelguistas, a comerciantes y a transeuntes pacíficos, infundiendo terror y vergüenza en ambas ciudades.

Las salas (saloons) de bebidas, han sido abiertas. El whisky se vende a diez y quince céntimos la copa (drink), y los pesquisas alquilados por los dueños de las fábricas de tejidos, se emborrachan libremente y con permiso de las autoridades locales.

Varios hombres de negocio y propietarios del lugar, tratan de obtener una audiencia del gobernador Moore, solicitándole pida al gobierno central el auxilio de

las tropas nacionales, o el mismo envío de la policía de la capital del Estado de New Jersey.

Entrevistado el gobernador por un reporter del *Daily Mirror*, declaró:

"—Yo estaría dispuesto a actuar en esta emergencia muy grave, como árbitro. pero como hasta ahora nadie dió señales de querer esto, debo observar una actitud equidistante. La policía local pudo terminar de manera pacífica la huelga hace tiempo, si se hubiese conducido menos brutalmente.

Por otra parte, acudir como a un remedio heroico a la milicia nacional, sería agravar los sucesos y el conflicto presente, empeorando de rechazo la situación, desesperada de sí, de los huelguistas."



La policía arrojando bombas de gases asfixiantes contra un grupo de huelguistas. Nótese la humareda.

Piquetes de huelguistas

"Hoy los piquetes de huelguistas que deberán recorrer las calles se protegerán, llevando máscaras y cascos de acero que les servían a los soldados norteamericanos en las trincheras. Es necesario se defiendan de las clavas de los policemen y de las bombas de los pesquisas. Nosotros nos mantendremos firmes, — dijo el líder del movimiento, El desórden y las revueltas han sido provocados por la policía. Las palizas suministradas a los reporteros y la destrucción de las máquinas fotográficas, prueban el aserto de que la policía no deseaba se conociese la verdad de los hechos. Los atacados por los pesquisas fueron unos treinta fotógrafos y periodistas. El capitán Anthony-Batillo gritaba: "Quítenles las máquinas".

En otro sitio de esta crónica se cuenta que, habiéndose refugiado los corresponsales de diversos diarios en un edificio, para evitar los malos tratos, la policía llevó repetidos asaltos a las puertas de entrada, y al fin, cuando pudo penetrar en el interior, empezó a romper muebles, vidrios, sacar las ventanas de sus marcos, e intentando detener a cuanto cristo había allí, logró hacerlo solamente con tres del grupo acosado.

Los nombres de los maltratados y apaleados y de los que sufrieron detención, se publican en una larga lista, sumando una cuarentena, en este diario ilustrado. Transcribirlos para aportar una mayor cantidad de testimonios, sería tarea ociosa. Nos basta consignar el dato y la nota gráfica, donde se ve que un policeman estrella la máquina contra el suelo.

Referente al empleo de bombas lacrimógenas y de gases asfixiantes, así como la manguera de agua helada contra un grupo relativamente numeroso de huelguistas, parece que el salvaje incidente aconteció por la tarde de un martes 2 de marzo.

Las cosas sucedieron así. Un tal Preiskel, jefe de la Seguridad Pública de Clifton y Passaic, — quien tendría grandes capitales colocados en las industrias textiles del lugar — en compañía de otro jefe policial de alta graduación, habrían mandado personalmente el ataque contra los obreros en huelga, que se habrían estacionado en la calle sin demostrar actitudes hostiles ni actos descompuestos. Entre ellos había mujeres y niños. Se dice también que cuando los bomberos dirigieron la bomba a vapor para suministrarle la rociadura a la masa proletaria, se hallaban completamente borrachos, como lo estaban los pesquisas a sueldo, encargados de arrojar las bombas.

Hemos consignado los hechos en un cuadro sinóptico de fiel y estricta síntesis. La causa del estallido del movimiento huelguista, respondió a la repentina poda de los salarios. En algunas fábricas se importó de Méjico y del sud mano de obra de color, contratada a bajos precios, hallándose en pleno vigor el sistema del espionaje y la oficina dactiloscópica.



Uno de los ataques de la policía contra los huelguistas

D. A. DE SANTILLAN

LA LIBERTAD CON FRENO

Nosotros, los entusiastas de la acción revolucionaria, los predicadores incansables de la acción coordinada, de la autodisciplina, los adversarios irreconciliables del amoralismo y del particularismo, los que afirmamos abiertamente que nuestro movimiento es un movimiento social, con un centro de gravitación social y no individual, los que llevamos una guerra sin cuartel al capillismo y al pontificismo, nosotros precisamente hemos tenido que recordar las palabras inmortales de Rabelais: "¡Haz lo que quieras!" Teníamos el presentimiento de una desviación vergonzante en la concepción del anarquismo de muchos camaradas de ambos mundos, y hemos repetido las palabras de Rabelais para que no se olvidase la esencia del anarquismo: "¡Haz lo que quieras!! ¡Obra como te dé la gana!" En nombre de mil supuestas inquietudes, en nombre de la economía, de la historia, de la filosofía, se intenta introducir en la doctrina anarquista una concepción de la *libertad con freno*, algo así como la libertad que nos deja el mundo capitalista siempre que no sacudamos las piedras angulares de su existencia. Diversos periódicos han protestado contra nuestra repetición del "¡Haz lo que quieras!" El que más y el que menos quisiera poner restricciones a ese punto de vista y, hasta ahora, los comentarios que hemos leído fueron de corte puramente burgués. Uno de ellos queremos transcribirlo. La revista *Acción* de París se ha sentido movida a protestar contra un artículo nuestro sobre ciertos puntos de vista antianarquistas publicados en ella y de paso dice: "En cuanto a la caprichosa teoría del "haced lo que querais", demasiado conocidos son los funestos resultados que su uso y abuso ha producido en nuestros medios, por cuyo motivo consideramos erróneo y peligroso el preconizarla" (febrero de 1926). Esta confesión nos asombra realmente. ¿Qué quiere decir eso sino que es preciso desconfiar de la libertad y sustituirla de forma que el "Haz lo que quieras!" se convierta en el *"¡Haz lo que yo te mande o lo que te mande el comité central!"* Sin embargo no son sólo los camaradas que se han sucedido tan a menudo en la redacción de nuestra revista parisién los únicos que tienen miedo a la libertad; casi todo el movimiento obrero revolucionario y anarquista de España parece adolecer del mismo mal. Hace poco se celebró en Madrid una conferencia de delegados de regionales adherentes a la Confederación del Trabajo. Sobre su valor no somos nosotros los que debemos juzgar. Tampoco podemos detallar las resoluciones tomadas, aunque este silencio repugna a nuestra conciencia. Pero una cosa sí queremos traicionarla: los delegados a esa conferencia eran todos unánimemente adversarios del "¡Haz lo que quieras!" y si fuéramos a buscar un equivalente del espíritu centralista y autoritario que en ella prevaleció, tendríamos que recurrir a los ejemplos de la dictadura sobre el proletariado ruso. Nosotros entendemos que combatir la dictadura de Primo de Rivera para poner en su lugar la de un comité confederal es patinar sobre el mismo lugar. También entendemos que nuestro camino es el de la libertad y el de la educación libertaria y toda táctica y todo sistema que atente a esa educación libertaria son obstáculos que ponemos a la revolución.

Nuestra revolución, nuestra propaganda, nuestra ideología, nuestras aspiraciones son libertad y solidaridad. Si un partido político intenta sustituír a otro en el poder, sea por medio del golpe de Estado o de unas elecciones reñidísimas, nosotros nos lavamos las manos y nos las metemos en el bolsillo. Pero en las acciones en que intervenga y se comprometa nuestro movimiento, exigimos el reconocimiento y la práctica de la libertad y no aceptamos dictadura alguna, proceda de Primo de Rivera, de Lenin o de un comité confederal cualquiera. Toda dictadura es lo contrario de la revolución; la revolución social que nosotros anhelamos no prospera más que con la libertad, pero no con esa libertad que interpreta la burguesía francesa en tal forma, que puede esculpir la palabra en los frontispicios de las prisiones y de los cuarteles; la libertad a que nosotros nos referimos es la que se traduce por la iniciativa libre y la solidaridad, la que no se supedita a las órdenes de ninguna corporación legislativa burguesa ni proletaria, la que abre nuevas rutas y crea nuevas formas de vida según las necesidades y aspiraciones del pueblo mismo, la que rompe diques y da puntapiés a los que se proponen canalizarla, ponerle diques y montarla después con botas militares o sofismas marxistas. La libertad para nosotros no debe ser una palabra vana, una trampa habilidosa para papar moscas y embaucar incautos. Si basamos toda nuestra propaganda en la doctrina de la libertad, no lo hacemos para explotar la sed inextinguible de la humanidad de vivir una vida libre; no predicamos la libertad como predican los curas la castidad con el pensamiento fijo en el ama o en la sobrina o en la mujer de fulano o zutano; no predicamos la libertad con la idea fija de montar en un sillón de gobernador o vestirnos los hábitos diplomáticos de un Tschicherin. Nuestra libertad no admite comisariocracia alguna y cuando hablamos de élla, cuando hablamos de nuestra revolución se nos viene al pensamiento la lucha despiadada contra la autoridad, pero no la implantación de una autoridad nueva. Por eso tratamos desde ahora mismo de inculcar en el ánimo de todos que la edificación del porvenir de libres y de iguales no ha de hacerse por decretos, por órdenes externas en nombre del derecho divino, del éxito de un golpe de Estado o del pueblo. Hemos advertido más de una vez en los momentos de posibilidades de triunfo de nuestras fuerzas y de pánico de la burguesía, que la inmensa masa de los trabajadores no sabe qué hacer, espera órdenes de algún centro cualquiera de autoridad. En grandes huelgas, en grandes conflictos entre nuestro movimiento y el Estado capitalista, hemos constatado nuestra derrota porque, en el momento oportuno para la acción general, los combatientes esperan impacientes la orden de alguien que les diga lo que deben hacer. En enero de 1919 en Buenos Aires y en todo el país, si hubiéramos formado un gobierno *obrero*, habría sido probable la implantación de la dictadura proletaria, es decir nuestra dictadura, la de los anarquistas. No hemos formado el "gobierno obrero y campesino" y la burguesía se repuso del pánico del primer momento y verificó en el país 55.000 arrestos. ¿Es que debemos llorar ahora la pérdida de aquella probabilidad? Creemos que no. Si el triunfo de la revolución tenía que ser por medio de la instauración de un gobierno formado con camaradas nuestros, habríamos hecho lo que hicieron los bolchevistas en Rusia y para ese viaje eran vanas las alforjas. El reproche

---

Comprobamos una vez más de cómo la ciencia oficial, a cuyo mantenimiento y elaboración contribuyen los oprimidos, se revuelve contra éllos en manos de sus verdugos. El principal enemigo para el capitalismo no está fuera de las fronteras — ya que a la burguesía internacional nada la separa y todo la une — y sí adentro, cuando los explotados se yerguen en rebelión y tienen la inconcebible estupidez de creer en la legalidad y en la compostura que no pretende alterar en nada el orden presente.

Pero si a los norteamericanos se les ocurrió echar mano de medios repelentes y posiblemente repudiados hasta por un orangután de la selva, a las autoridades argentinas puede caberles el honor de matar indios desde un aeroplano y con ametralladoras.

El número correspondiente al primero de Mayo contendrá 16 páginas y valdrá diez centavos — ¡Adquiéralo usted, camarada!

No haber hecho la revolución es menos grave que la acusación de haber contenido y asesinado la revolución.

De esa probabilidad de revolución en la Argentina en 1919 los autoritarios dedujeron: *es preciso regimentar masas para que en el momento dado obren según se les mande desde los comités centrales.* Nosotros decimos: *es preciso crear una mentalidad libertaria en masas populares cada vez mayores, para que en el momento dado obren por sí mismas, sin esperar órdenes de nadie, y hagan lo que quieran, lo que les dé la gana, lo que se les antoje, lo que mejor les parezca.*

¿Cómo queremos hacer una revolución libertaria con una mentalidad autoritaria, con el eterno *ordeno y mando?*

Nuestra época está tan envenenada de autoritarismo, que incluso entre anarquistas se habla menospreciativamente de la libertad y ya se advierten muchos síntomas entre los anarquistas absorbidos por el sindicalismo que en lugar del grandioso "*¡Haz lo que quieras!*" de Rabelais, quisieran proclamar: *la libertad es un prejuicio pequeño-burgués!*" — las palabras sacramentales de Lenin.

Amigos de la revista *Acción*, todos aquellos que protestais contra nuestra repetición del "haz lo que quieras", "haz lo que te dé la gana"! La anarquía es la doctrina de la libertad, de la verdadera libertad que se fundamenta sobre la fé inquebrantable en la humanidad y en sus destinos. Si no aceptais el "¡Haz lo que quieras!" aceptareis por supuesto esta hermosa perspectiva: ¡Haz lo que yo te mando o lo que te ordena el comité central!" No hay términos medios. O quereis la libertad con frenos o quereis la libertad sin freno. O interpretais la libertad como la burguesía francesa o la interpretais como los anarquistas. Elegid. Nosotros hemos elegido. En cambio vosotros quedais en una situación ambigua. Quisierais burlaros de la libertad como Lenin, pero no teneis el valor de ocupar la posición consiguiente. Eso habla muy poco en favor de una clara comprensión de la anarquía.

Y la respuesta que tendríamos derecho a esperar a estas observaciones, no se liquida con algunas intemperancias de lenguaje. Nuestra pregunta es clara: ¿Quereis *la libertad con freno?* Tampoco vale salirse por la tangente y mencionar hechos de camaradas que hicieron lo que les dió la gana y causaron muchos daños. De antemano presentamos nuestra guerra al amoralismo y a la irresponsabilidad, lo que quiere decir que la libertad sin la responsabilidad no ha sido nunca prestigiada por nosotros ni por ninguna persona normal. Pero la responsabilidad no es un freno, no es un bozal que se nos impone desde fuera de nosotros mismos, es la base, el fundamento, la condición del florecimiento y la comprensión de la libertad.

MAX NETTLAU

El anarquismo en la antigüedad

De los carpocráticos a los Hermanos del espíritu libre

En los doce o quince siglos después de la última floración de la antigüedad griega, en cuyo período se desarrollaron precisamente las ideas libertarias de los estoicos, imperaba toda suerte de autoridad. A la dictadura temporal de los macedonios siguió la dictadura férrea y constante de Roma, que sólo fué quebrantada por la locura cesarista en que cayeron los pueblos del oriente y del centro de Europa. Entretanto el misticismo oriental entenebreció los espíritus y adquirió, en una derivación que se servía de argumentos primeramente democráticos y hasta comunistas, el cristianismo, un poder sobre el espíritu y la moral de casi toda la humanidad que persiste aún, de manera que ésta, se encuentra todavía en mísera ignorancia y fanática borrachera, una tutela espiritual que aprovechó todo gobierno a través de los siglos. Toda buena disposición inicial de los nuevos pueblos que entraban en el escenario de la historia, sucumbió al contacto con la autoridad política, y pronto también espiritual, concentrada en Roma, y la explotación social intensiva, favorecida en el más alto grado por esa autoridad, degeneró y el resultado fué una serie ininterrumpida de guerras y de intrigas de los Estados europeos desde las llamadas emigraciones de los pueblos hasta hoy, imitando cada cual a Roma y siendo cada uno enemigo de todos — y las fuerzas libertarias fueron siendo impotentes para modificar lo más mínimo ese estado de cosas. Sin embargo actúan, pero su corriente es un pequeño arroyuelo en comparación con la corriente de la autoridad, a la cual están dispuestos pueblos enteros en todo instante a llevar el tributo de su sangre, mientras que la libertad no dispone más que de pequeñas minorías, que contribuyeron con muchos sacrificios. No obstante, esperamos que la humanidad se abrirá el camino hacia la libertad.

Así ocurrió que en esos muchos siglos incluso la indignación social adquirió generalmente formas autoritarias; encontramos ese carácter en las luchas sociales y políticas de los plebeyos romanos, en los tiempos de Mario, de los Graccos y de Catilina, de las guerras de los esclavos con Spartaco y hallamos humildad espiritual y resignación en el cristianismo primitivo comunista y sus retoños, el monaquismo, — fanatismo doctrinario en las sectas religiosas, los heréticos de toda naturaleza, a quienes sólo su impotencia impidió convertirse en perseguidores, — inextricable confusión en las esperanzas de muchos, los creyentes del año milenario, *etc.*, y extenuado apartamiento del mundo en los creyentes que intentaban realizar entre sí algún ideal religioso, a menudo con la comunidad de bienes dentro del grupo. Para la libertad, todos esos no se cuentan, porque en ellos mismos el fanatismo habría sofocado siempre el respeto a la libertad de los demás. Un Juliano el Apóstata, que anhelaba la libertad de espíritu de los griegos vale por todos ellos.

Pero seguramente hubo en todos esos numerosos movimientos o ambientes que se desviaban de la rutina algunos que evolucionaron más por medio de ellos o junto a ellos, que siguieron su propia vida y que en todo caso fueron tan odiados por las sectas como éstas eran odiadas por sus perseguidores. O hubo gentes que tomaron su destino en sus manos, se batieron y fueron aniquilados como rebeldes o bandidos. O bien algunos se dedicaron a estudios, investigaron el prístino pensamiento de la antigüedad, lo que en el tiempo del entenebrecimiento cristiano era peligroso, experimentaron y se elevaron por sobre la superstición de su tiempo, desearon entenderse con otros de lejanos países, por medio de sociedades secretas o relaciones instructivas que pudieron llegar al mundo árabe-africano, en el que se estudiaba fervientemente; por todos esos continuó viviendo la libertad. No pudieron escribir libros y transmitir sus doctrinas a discípulos, tuvieron que obrar privada y secretamente, y nosotros no sabemos más que de aquellos que fueron descubiertos y se convirtieron en víctimas de sus ideas. Tampoco entonces se nos transmite más que raramente su "crimen", su "herejía", y por tanto estamos en la ignorancia sobre sus verdaderas ideas. No sabemos si algunos de ellos, espíritus sosegados, no en estado de exaltación, han reflexionado sobre las ideas de la libertad hasta el fin, pero muchos hicieron lo más posible y el sistema imperante tuvo en ellos sus enemigos mortales que lo combatieron incesantemente en voz alta o en silencio.

Habría que revisar el infinito material histórico de esos tiempos en todas sus formas para constatar entre los muchos que aparecen de algún modo como enemigos de la situación de terrible opresión espiritual y material, los elementos conscientemente antiestatales, efectivamente libres, — una labor que todavía no ha sido hecha. Por consiguiente no puedo referirme más que a pocos detalles.

Es mencionado así el gnóstico Carpócrates de Alejandría (1), cuyo hijo Epífanes resumió su doctrina en el libro *Peri dikaiosynes* (Sobre la justicia); pero de esa obra no nos quedan más que fragmentos en los escritos cristianos contra los heréticos. La justicia divina se manifiesta, según Carpócrates, como una comunidad con igualdad (*Koinonia met' isotetos*); dios asegura *igualmente* todo a todos. "Como de la luz del sol nadie puede tener más o menos que los demás, así debe procederse con todas las cosas y disfrutes. Y así ocurre efectivamente en toda la naturaleza. Por doquier vemos que son aseguradas al ser vivo todas las comidas en común para el disfrute igual, y que ninguna ley perturba esa condición querida por dios, que produce el acuerdo de todos"... Tampoco (sobre la generación) hay ley alguna escrita, que se documente de dios... Aquí como en todas partes ha ofrendado dios igualmente todos los bienes a todos". — Dios, que sembró en nosotros los apetitos, ordenó que los empleemos y no los extirpemos en ninguna parte, como tampoco ningún otro ser vivo refrena sus apetitos...

Los carpocráticos pertenecen a los primeros que reconocieron el derecho de todos a todo hasta sus extremas consecuencias y los primeros que trataron de realizarlo, fueron perseguidos y aniquilados, lo que no impidió que desde aquel tiempo, a mediados del siglo II, se continuaran difundiendo las mismas ideas por algunas comunidades locales o por sectas que formaban internacionales secretas, realizándolas en su ambiente. La religión la constituía aquí el derecho natural, la forma pura, a la que se apelaba contra la corrupción de la religión sacerdotal dominante. Para los que pensaban un poco más allá, dios y la naturaleza eran idénticos, y la ciencia que no había muerto enteramente era su guía. La propaganda y también la precaución, así como el hábito general produjeron el encubrimiento religioso. Era peligroso para la vida el dudar sólo de la religión oficial, habría sido mortal y habría quedado incomprendido el negar desde el comienzo toda religión. No sabemos hasta qué punto llegaron los círculos más íntimos de las sectas. En todo caso la idea de que dios o la naturaleza habían puesto en cada uno la capacidad de formarse su propia ley, es decir de ser libre y de libertar a los otros, estaba tan vulgarizada como la del más libre comunismo, la disposición libre de todos sobre todo. Pero no todos llegaron a esa consecuencia y junto a las sectas anarquistas hubo quizás en idéntica proporción que hoy, sectas moderadas de toda especie, que — lo mismo que hoy, desgraciadamente — se demostraron como el mayor obstáculo: en el camino del ateísmo y del anarquismo de aquellos tiempos estaban las sectas reformistas, el posterior protestantismo y la burguesía aspirante al dominio, tan funestamente como la socialdemocracia e idénticas tendencias se colocan hoy entre el sistema imperante y la revolución.

Es infinitamente difícil hacer resaltar en la historia de las revoluciones, de las sectas y de los herejes de los últimos períodos del mundo antiguo y de la edad media, los elementos realmente libertarios, pues apenas se ha comenzado a extraer de su envoltura religiosa o de la desfiguración de sus hechos por los cronistas siempre reaccionarios, los elementos sociales, políticos, librepensadores en general (2).

Por ejemplo, hace muchos años me tradujo el doctor Atabekian, de la historia de Armenia, en tres volúmenes, Venecia, 1795, II, pág. 884 y siguientes, lo que se contaba allí de *Smbate*, de la aldea de Zarehavan, que, influenciado por los paulistas neo-maniqueos y por un persa Mususik, habría difundido en el distrito de Thondrak, bajo la máscara cristiana, herejías. Negaba la vida futura, la providencia, el espíritu santo, todos los ritos eclesiásticos, todas las doctrinas de la existencia de los pecados y del castigo. "negaba todo y toda ley y autoridad... y era como una encarnación del diablo transformado en ángel luminoso." — Por consiguiente en todo caso un hombre magnífico, cuyo fin, que no conozco, ha debido ser bastante triste, tal vez un anarquista convencido — o sólo un rebelde nacionalista, a quien el cronista, al ocuparse de él, atribuye mecánicamente la lista entera de los pecados contra la superstición sagrada y sus representantes; sólo una investigación especial podría aclarar este caso, y así ocurre con todo el resto del material casi inexaminado (3).

Segurísimo parece ser que, refiriéndose a las palabras de Pablo a los galateos: "Pero si gobernais el espíritu, no estais bajo la ley", la idea panteísta, dios penetra toda la naturaleza, el alma del hombre es una parte de dios — surgió en algunos la convicción de una unidad con dios que los ponía por encima de la ley humana. Compartían más o menos el punto de vista de los carpocráticos y llegaron, como éstos, al reconocimiento y, donde pudieron, a la práctica del más libre comunismo, que, como no les eran permitidas las demás manifestaciones, como colonias, se limitó a su vida privada.

Razón suficiente para entregarlos a la más aniquiladora persecución. Esas ideas fueron expuestas en una forma moderada por Amaury de Bena, un profesor de la Universidad de París (muerto en 1204). Propagadas por sus discípulos, llevadas por Ortlieb de Strasburgo a Alemania, encontraron esas ideas los partidarios más convencidos y dispuestos al sacrificio en los círculos místicos sensibles, los llamados *Hermanos y hermanas del espíritu libre*, que se pusieron fuera de la sociedad y de sus leyes, de sus usos y costumbres y fueron combatidos a muerte por la sociedad (4). En los últimos siglos de la edad media la parte sud de Francia, el país de los albigenses, partes de Alemania hasta Bohemia y el Bajo Rhin hasta Holanda y Flandes, junto a partes de Inglaterra, Italia y también de Cataluña en España, fueron lugares de vivaces movimientos de sectas, pero en las cuales predominaron con mucho los elementos místico-religiosos y los autoritarios. Las ideas más libres han debido ser abrigadas por algunos pensadores e investigadores, los mencionados grupos del *Espíritu libre*, y ciertos grupos techecos de consciente pacifismo, de espíritu persistente de asociación y de renuncia a la dominación temporal que se desarrollaron en oposición a los husitas nacionalistas autoritarios. Pedro Schelcicky ha debido ser una especie de Tolstoy de su tiempo, y las ramificaciones de ese movimiento, los hermanos bohemio-moravos, se mantuvieron largo tiempo agrupados, pero perdieron el espíritu antiautoritario que parece haber animado realmente a Schelcicky y a sus más íntimos compañeros (5).

Holanda y Flandes se convirtieron poco a poco en un asilo para las sectas moderadas; pero las libertarias fueron perseguidas también allí teriblemente. Una de ellas ha debido ser la de los *Krompdraggers* o *Kloeffers* de fines del siglo XIV (6). Allí se desarrolló también el movimiento de los *loistas* o *libertinos* de Amberes, que ha descripto Georges Eekhoud tan intuitivamente en su libro *Les Libertins d'Anvers. Légende et Histoire des Loistes* (París, 1912, 403 págs.).

Mas no quisiera tratar de penetrar en este terreno inseguro.

(1) *G. Adler*, Geschichte des Sozialismus und Kommunismus von Plato bis Zur Gegenwarta, *págs.* 77-80; *El comunismo*

anarquista de los carpocráticos, utiliza la Ketzergeschichte des Urchristentums *por Hilgenfeldm* (1884.

(2) *Junto a algunas fuentes de los últimos tiempos del paganismo o islamitas y algunos escritos moderados de las sectas teológicas, todo el material fué conservado sólo por fanáticos cristianos, padres de la iglesia, cronistas, y en actas de procesos de los últimos tiempos de la edad media. Con ellos se componen desde hace sigios historias de dogmas y de herejes de las que se extrajo todo el léxico heréntido en donde se notifican mecánicamente innumerables detalles; por ejemplo* Pansebeia: or a Wiew of all Religions... also, a Discovery of all known Heresies..., *por A. Ross, un vasto catálogo de herejías (cuarta edición, Londre, 1762)*; Kritische Geschichte des Chiliasmus (*Francfort y Leipzig*, 1781-83); Le Pantheisme... *por François Bauvier (Mons, hacia* 1883); Dictionnaire universel des Rerésies, des Erreurs et des Schismes, *por el abate M. T. Guyot (Lion; Paris* 1847) *etc. — Pero también librepensadores acumularon ese material e intentaron examinario; por ejemplo Pierre Bayle en su famoso* Dictionnaire historique et critique, *cuya tercera edición, más de* 3.000 *páginas en folio, fué impresa en Rotterdam*, 1714-20 *en cuatro volúmenes, y el anarquista Sylvain Maréchal en su* Dictionnaire des Athées anciens et modernes (*Paris, año VIII, LXXVI* — 524 *págs. en* 8.°); *ese diccionario de los ateos contiene también muchos precursores anarquistas. Una reimpresión ampliada apareció en Bruselas en* 1833 (*de esta edición del título en París*, 1853). — *Naturalmente esas acumulaciones no críticas fueron profundizadas por investigaciones especiales teológicas e históricas, y en ellas nuevamente continúan edificándose resúmenes solgialhistóricos y librepensadores. Así por ejemplo la historia del socialismo del profesor Georg Adler, ya mencionada, e incompleta* (1899), *la* Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen, *marxista, trabajos diversos de Karl Kautsky y la primera parte de la pequeña* Allgemeinen Geschichte des Sozialismus un der sozialen Kampfen (1922) *por M. Beer, una introducción muy informativa en ese dominio. De parte de los librepensadores tratan de penetrar en el asunto por ejemplo W. E. H. Locky*, History of the Rise andInfluence of the Spirit of Rationanalism in Europe, *reimpresión de la "Rationalim Press", Londres*, 1910, 2 *volúmenes; Edward Clodd*, Pioneers of Evolution, From Thales to Huxley (*Londres*, 1907), *la gran historia del ateísmo por Fritz Mauthner; véase también* Biographical Dictionary of Freethinkers, *por J. M. H. Wheeler (Londres*, 1889). *De parte de los anarquistas no se ha investigado ni cosechado persistentemente aún.*

(3) Un précurseur anarchiste *es por ejemplo la reimpresión del artículo de un diario en el* Supplément des Temps Nouveaux (*Paris, vol., pág.* 556-57), *en el que el turco Dr. Abdullah Dyevdet habla del poeta sirio Ebu-Ala-el Muarri, que fué diversamente transcripto, sin que se demuestren de algún modo ideas anarquistas; ciertamente no conozco un trabajo ulterior puesto en perspectiva sobre ese poeta. — O se cuenta que el poeta sueco Lasse (Lars) Johansson, llamado* Lucidor (1638-1674) *es tal vez un precursor del anarquismo en Suecia, sin aportar pruebas al respecto; véase Haakon Lerenge en* L'Idée anarchiste, *París*, 10 *de abril de* 1924. — *Hay numerosos poetas socialcríticos y entusiastas de la libertad, pero sin embargo distanciados del anarquismo, porque a pesar de todo eran autoritarios. Juvenal, François Villon y Byron escribieron probablemente más avanzadamente que Lucidor, para mí desconocido, y sin embargo nadie les llama precursores anarquistas. Sólo el que rechaza consecuentemente la autoridad en todo caso es anarquista. El hecho de que innumerables gentes, de que todo hombre razonable, pisoteen a cada paso la autoridad, sólo prueba que la libertad es el elemento vital del hombre y que el autoritario consecuente es un monstruo.*

(4) *Véase Haupt.* Beitrage zur Geschichte des Sekte vom freien Geiste (Zeitschrift für Kirchengeschichte, *vol. VII, cuaderno I, Gotha*, 1884); *Jourdain*, Sources philosophiques des hérésies d'Amaury de Béne et David Dinant, *en* Actes de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres, I, 26; *Jund*, Histoire du panthéisme populaire au moyen age (*Paris*, 1875); *los escritos de W. Preger, etc., todo inaccesible para mí.*

(5) *No puedo resolver si los llamados* adamitas, *que en* 1421 *fueron aniquilados en su isla del Naser por Ziska, el jefe husita, eran afines realmente a los Hermanos del espíritu libre, con su ejercicio efectivo de la idea que el hombre, como parte de dios, está libre de todo pecado y por tanto debe obrar según sus impulsos, o si constituían sólo uno de los grupos husitas nacionalistas-comunistas fanatizado. Los continuadores de esa secta trataron de acercarse a los hermanos bohemio-moravos. Véase Josef Svátek*, Kulturhistorischer Bilder aus Bohmen (*Viena*, 1879, *págs.* 97-117: *adamitas y deístas en Bohemia*).

(6) *E. Armand en* l'en dehors *de Orleans (número* 44, 1 *de octubre de* 1924) *llamó la atención hace poco sobre éstos según la* Geschiedenis von Antwerpen, *por Mertens y Torfo.*

(7) *Parcialmente aparecieron antes en la* Societé Nouvelle (*Mons*, 1908-10). — *Véase también Julius Frederich*, De Secte der Loisten of Antwerpsche Libertijnen (1525-1545). Eligius Praystinsk (*Loy de Schaliedecker (Loist le Couvreur)*) en zinj aanhangers (*Gante; Haya*, 1891, *IX.* 64 *páginas*).

Gregorio Sciltian - Pintor armenio

En Roma existe una casa de arte, en cuyas aulas se aceptan todas las tendencias artísticas, siempre que ellas sean el exponente de una personalidad definida, cuajada y madura, pero que no llegue a la decrepitud. Se llama *Bragaglia's House of Art;* porque además del nacionalismo cultivado con cierta intensidad, se abrigan designios de hacer de la ciudad eterna un centro cosmopolita para las cuatro artes Algo así como un motejo de París. Los catálogos que nos enviara quizás una mano amiga y anónima, están en su mayoría redactados en inglés o en francés, excepción hecha por la revista teatral *Index* y el prospecto de una muestra de un pintor armenio.

Esa casa fué fundada — creemos — hace unos seis o siete años, por los hermanos Bragaglia, pintores, escritores, escenógrafos y creadores del teatro de los Independientes.

Bajo el título *ce que nous avons donné*, o sea, lo que nosotros hemos realizado — nos informan en los términos siguientes:

"Efectuamos 116 exposiciones y numerosas reuniones artísticas. Representamos 43 novedades teatrales entre las más valiosas de la literatura dramática; emprendimos una propaganda activa en el extranjero por medio de varias publicaciones, y exposiciones personales de artistas italianos, participando en los certámenes internacionales; publicamos folletos, revistas, diarios que llamaron la atención por su originalidad; a nuestras propias costas refaccionamos las Termas Romanas, haciendo de ellas un centro de reunión para los artistas, creando un anexo a nuestro círculo de *Las Crónicas de Actualidad;* siendo todas estas iniciativas de una gran utilidad desde el punto de vista de las relaciones intelectuales de los italianos con los extranjeros, y mucho más prácticas que cualquier ministerio o comisión de bellas artes.

Para el año que se inicia, a la apertura de nuestro teatro, volveremos a iniciar la publicación de nuestras revistas, y diarios y libros, dando un fuerte impulso a nuestras otras iniciativas, y organizaremos manifestaciones útiles al movimiento artístico y a los mismos artistas."



SCILTIAN — Hombre peinándose

Aunque el íntimo sentir de quienes regentean la casa o sea esa industria de la producción artística italiana se pronuncie por las escuelas avanzadas, la mayoría de los expositores entran en todas las clasificaciones que poco o nada tienen de pintura o escultura de vanguardia.

Elijamos, por ejemplo, a Romeo Costetti, amanerado pintor y dibujante, quien apenas excede de la mediocridad común: su hermano Giovanni, mejor que él, excelente aguafuertista muy dado a representar escenas rústicas del agro toscano, con la representación de sus robustos campesinos y picapedreros como substanciaciones de la tosquedad del suelo. El Suplemento publicó una punta seca suya, que sin ser de un valor extraordinario, le revelaba como un talento sólido y constructivo. También en esa larga lista de nombres hay un argentino, apenas conocido en su país. Se trata de G. Socrate, discípulo de Romeo Costetti — con Thibon, Caggiano y Ballerini — quien luego se dedicó a la escenografía, distinguiéndose en ese vasto plano del arte. Luego expuso Climt, el conocido decorador y retratista húngaro, Sachetti el caricaturista, Boccioni y varias exposiciones colectivas de pintura italiana y extranjera.

La transigencia era forzosa y necesaria, ya que las huestes futuristas no podían hacer todo el gasto de la temporada.

Referente a las actividades teatrales, se dió preferencia a los autores novadores. Se halla Pirandello, con *L'Uomo del fiore in bocca*, Bernard Shaw, con *L'Imperatrice Bolscevica*, *La Morte e il Diavolo* de Wedekind, *La Metempsicosis*, de You-Ceu, de Yupetuen, — comedia china en cinco actos; *Fedra*, de Unamuno y vienen después los Marinetti, Soffici y compañía.

Como se deducirá, es un teatro dirigido solamente a un número restringido de espectadores, y, para decirlo francamente, confeccionado a medida de una determinada élite, compuesta de artistas y de ricos burgueses que pueden otorgarse el lujo de asistir a funciones catadas a medias u oídas dormitando.



SCILTIAN — Vendedora de pescado

La parte plástica tal vez se ha de dirigir a un círculo más vasto, por incluir varias manifestaciones artísticas, distintas y contrapuestas en magníficos contrastes, altamente aleccionadoras para quienes saben aprovecharlas con inteligencia y tino.

No se vacilará en afirmar que todo esto tiene un aire de odioso aristocratismo, que no podrá nunca atraer a uno que se nutra de un concepto humano del arte, donde todos los hombres comulguen por igual, según la propia capacidad emotiva. Pero mientras no haya pueblo en el sentido lato del término, y sigan imperando los gustos discutibles de un público mordido por sus instintos sensuales, debremos seguir separando lo poco bueno que haya entre tantos esfuerzos marrados, inútiles y hasta perjudiciales.

Por lo pronto, el pintor armenio que citáramos al comenzar estas líneas, es de recia contextura y legible en su escritura plástica.

En el prólogo que escribe Roberto Longhi, en el catálogo de esta exposición, son pocas las indicaciones que se ofrecen para guiar al lector en el conocimiento del artista. Se nos informa vagamente que es armenio y vive y trabaja en el islote de San Lázaro, a poca distancia de Venecia; también hay la noticia que expuso un par de telas en la Bienal de esa ciudad en 1924. Espiguemos en lo que podamos y en lo de más utilidad para el caso de fijar su filiación plástica.

Comienza, Longhi:

"Mis notorias preferencias históricas me indujeron a señalar la concreta afinidad de Sciltian con el círculo de la buena y gran pintura; mientras que mi habitual indiferencia por el estado civil y los certificados concedidos por la municipalidad artística de París, me hacen olvidar la historia moderna que pueda contener en potencia estos cuadros.

Lo que más pesa en su concepción de arte es que, — así como el Caravaggio o el Velázquez joven — ante sus ojos se halla una verdad palmaria como un constante cronómetro para medir la naturaleza y la vida.

Se entiende que la realización de arte no se alcanza con meras referencias, extractadas del natural, ni niego tampoco que esas referencias se nos aparezcan en ese común modelo, casi innoble, — salvo nuestra solidaridad con los oprimidos — del portero del hotel "Del Mundo", como un poderoso asunto de arte. Pero aquí

donde han sido pintados a la buena y colgando los pies y algunos objetos, resaltan vigorosamente acentuados por el ambiente severo y limpio de todo aditamento inútil: se trata de un pedazo de jamón ligeramente deformado por la reciente inmersión, y de dos cepillos de dientes. Se podría discutir si disminuiría su valor por hallarse en un bodegón sevillano del mil setecientos veinte.

No es solamente la tercera parte de ascendencia española que el pintor puede ostentar. He ahí, en el retrato conducido a feliz término por Sciltian, derivado de una especie de infante marquesano hermano espurio de Felipe IV, con aquel blandirse enérgicamente de los zancos oscuros sobre la fibra clara del fondo impreciso.

Los asuntos habituales del artista surgen a través de la incidencia que existe entre lo sevillano y lo romano. La frutera, la pescadora de Campo dei Fiori son la herencia del seiscientos internacional romano, donde Herrera el Moro se llamaba *el español de los peces*.

Los objetos, a veces, por eso mismo, parece que salen de la fabricación de las manos, las que empuñan el pincel con más empeño de lo que ocurre para que resalten tan nuevecitos.

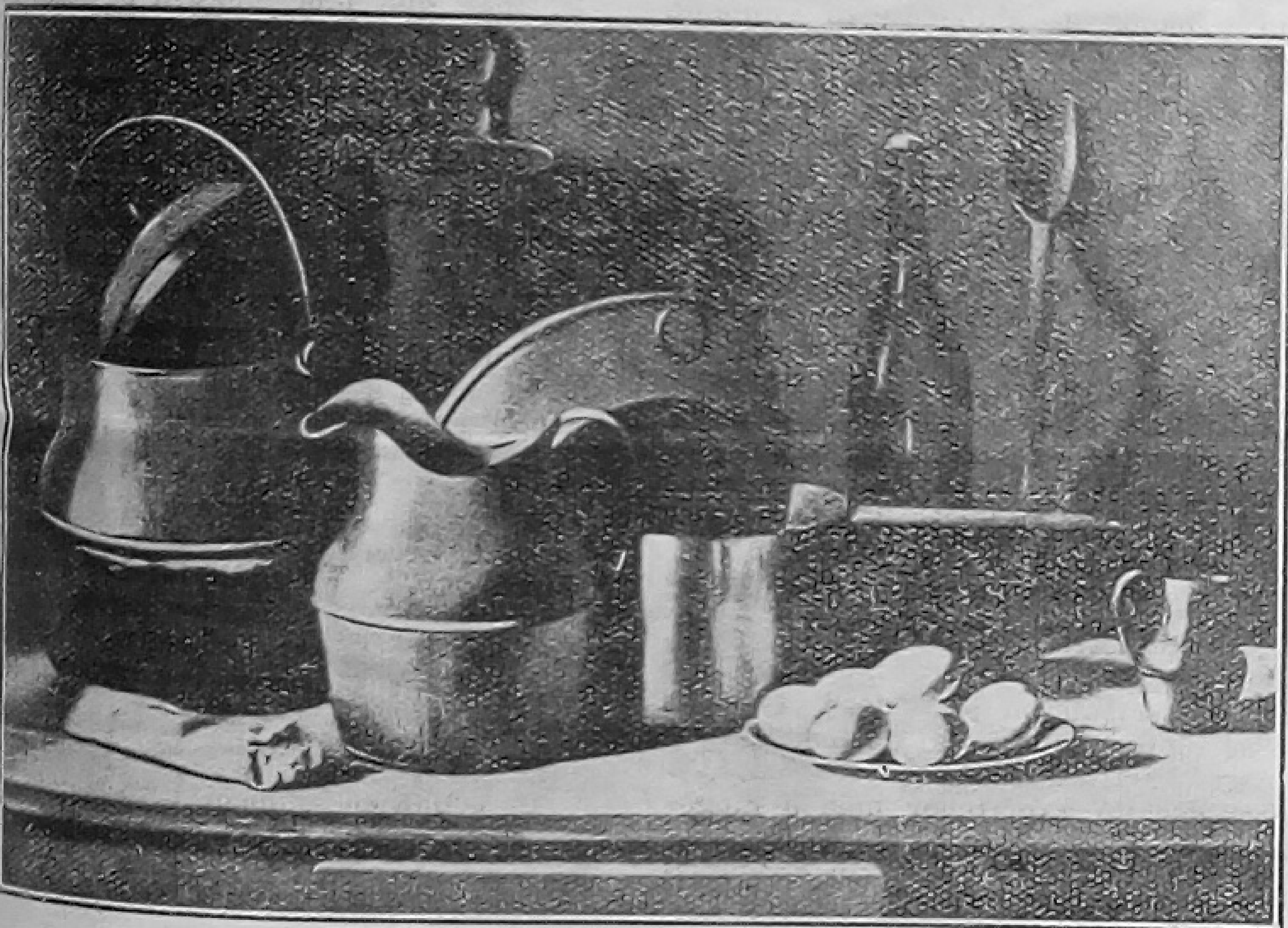
Sin embargo, no hay ninguna duda sobre el vigor de los tonos eminentemente febriles, como acontece especialmente en la tela de *Los enseres de cocina*, en la cual no se extienden sobre los objetos, y sí los substancian, formándose una amalgama que se ensimisma en la fosa del claroscuro. Se distinguen los marrones, los amarillos, las tierras plúmbeas, extraídas de las vísceras de la madre naturaleza, con la certeza y la clarividencia de quien sabe de cómo el pincel es la varita mágica a cuyo conjuro florece el milagro de la belleza.

Creemos sinceramente que también esta rápida y enérgica transposición de la vida en la pintura, sea un ennoblecimiento suficiente para el arte. Opinamos que se trata de un sentido transportado por el procedimiento parvo de las transferencias. No obstante, entrevemos que suele vivir en las raíces cargadas de savia de la fantasía figurativa, en vez de residir en el cáliz de las flores más elevadas y más frágiles, donde podrán habitar las almas fantasistas, abigarradas, y más risueñas.

Pero Sciltian queda óptimamente al pié del árbol de copa sonora por el trinar de los ruiseñores. Una veracidad palmaria, un portento de evidencia se halla ante sus ojos como constante metro para medir la naturaleza y la vida.

A su talento sólo le pedimos que nos ofrezca más puros, más nítidos los simples consuelos de la realidad.

¡Oh buen *mechitarista!* (En armenio, el que reconforta y consuela).



SCILTIAN. — *Enseres de cocina.*

Y. BECQUEREL

LOS LIMITES DEL CIELO

Grave cuestión que divide y apasiona a los astrónomos, formando dos bandos: los newtonianos y los einstenianos. Si no poseemos datos y medidas positivas, se conoce que nuestro universo galileano es muy pequeño. Aunque los últimos sondajes efectuados por los sabios Seares y Van Rhign hayan establecido que el número total de estrellas es de doscientos mil millones a trescientos treinta y cinco mil millones, y que el diámetro del universo, según nuevas mediciones, sea en el orden de 300.000 años de luz, no contiene el cielo entero. No es más que una ínfima parte, puesto que él mismo se halla perdido dentro de la inmensidad, en el medio de una muchedumbre de universos lejanos, tan poblados de astros y en una extensión tan vasta que las nebulosas en espiral han sido avaluadas por millones. ¡Y estamos muy lejos de haberlas contado todas! Nuestros gigantescos telescopios todos los días descubren algunas.

Como los universos son separados entre ellos por una distancia siempre más grande que su diámetro, como después de millones de siglos ellos atraviesan los espacios en todos los sentidos, alejándose o aproximándose con una velocidad oscilante de 500 a 1.000 kilómetros por segundo, es necesario que el cielo posea una formidable extensión para que esos universos no hayan encontrado todavía su fondo y sus límites.

Y después de todo, el cielo, ¿será verdaderamente limitado? No; nos dirán los partidarios de Newton. Nosotros no podemos poner límites al tiempo y al espacio, puesto que somos incapaces de concebir regiones y espacios substraídos a las leyes de la gravitación. Debe haber un infinito en el espacio sin límites, universos islas, vías lácteas lejanas, como la nuestra, donde sus soles y planetas nacen, evolucionan y se pulverizan desde el fondo misterioso e incognoscible de la eternidad.

Es imposible — responden los discípulos de Einstein. El cielo no es geométricamente euclidiano en el infinito de su conjunto. Su substancia, su espacio, su tiempo forman un todo indisoluble, finito, limitado, de cuatro dimensiones, tomando la forma de hiper-esfera, donde el espacio tiempo es cilíndrico. Es muy difícil de representarnos visualmente esa concepción geométrica para nosotros que no poseemos más que tres dimensiones.

Pero, como tan claramente se expresó Jean Becquerel en su bello libro sobre la relatividad y el principio de la gravitación, representemos un hombre inteligente dejado en completa ignorancia acerca de la forma de la tierra, y que se halle a orillas del mar mirando cómo se aleja un navío.

La desaparición progresiva del casco del barco y luego de su arboladura, será para él una revelación. Habiendo comprendido que es una curvatura lo que oculta al navío, y en consecuencia la superficie es curva, ese hombre concebirá la posibilidad de una superficie limitada, finita, de un mundo esférico, donde él se encontraría. Parecida revelación nos es dada por la teoría de Einstein, por el simple hecho que un rayo luminoso no se propaga en línea recta en el vacío, sino encorvándose. El espacio, el cielo, debe ser finito, bien que ilimitado, ya que se puede dar indefinidamente la vuelta alrededor de él. ¡El tiempo, pues, sería lo único infinito! Por esa hipótesis, la curvatura de conjunto del espacio sería determinada por la curvatura del conjunto de la materia universal. Los astrónomos buscaron de comprobar esa concepción, ensayando avaluar la masa de la materia conocida.

Es así que Eddington, valuando la masa del sistema estelar de nuestro universo galileano en un mil millones de veces de aquel del sol, y admitiendo que las nebulosas en espiral tienen otro millón de veces de esas masas, habría obtenido un rayo de cielo de un orden de tres mil millones de kilómetros, lo que importaría algunas centenas de años de luz.

Ante ese resultado demasiado débil, contradecido por el término medio de las medidas de las distancias estelares, otro astrónomo, Kapteyn, se apoyó sobre una base más sólida. Admitió que la masa contenida en 1000 parsec cúbicos (medida astronómica que representa 3 años y 25 días de luz), es en media 80 veces más que la masa del sol, obteniendo empero un rayo del cielo del orden de cinco mil millones de kilómetros.

Esa cifra, habiendo sido superada por la medición de las distancias de las nebulosas, Einstein propuso un rayo de 150 millones de años de luz, la que fué notoriamente insuficiente, como se habrá notado, pues la última nebulosa en espiral que Shapley concluía de medir, se halla a una distancia aun más grande con unos 160 millones aproximadamente de años de luz.

Y como se está haciendo necesario conocer las distancias de las nebulosas más alejadas, ¿qué es lo que nos reservan las próximas mediciones?

Adivinamos que algún día se nos pueda dar el diámetro de toda la materia del cielo llamado una formidable *hiper-esfera*, ¿esto solucionará el gran enigma celeste?

Pues nuestro espíritu prosternado ante esa prodigiosa realidad, siempre se preguntará: ¿más allá de los cuatrillones de kilómetros, del otro lado de los límites de esa masa material que obedece a las leyes de Einstein, qué habrá?



Hamlet y Mefistófeles

Hamlet encarna el elemento de la negación, elemento que otro poeta nos ha presentado bajo el tipo de Mefistófeles. Hamlet es Mefistófeles encerrado en el más pequeño círculo de la naturaleza humana, por donde, en el héroe de Shakespeare, la negación no es un mal, pues lucha contra el mal. El excepticismo del príncipe duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal contra el cual emprende una lucha a muerte. Hamlet duda del bien, o mejor dicho, no se fía de él; no cree en su realidad, en su sinceridad; lo ataca, no porque es el bien, sino porque lo toma por un falso bien; un disfraz bajo el cual se esconden el mal y la mentira.

No es la de Hamlet la risa diabólica y sin compasión de Mefistófeles; en su sonrisa más amarga se transluce la melancolía, una tristeza que nos revela sus dolores y con él nos reconcilia.

El escepticismo del príncipe dinamarqués no es la indiferencia, sino lo que constituye su valer y su trascendencia. El bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo se confunden para él en algo accidental, ciego e inconsciente. Hamlet, a la par que se niega a creer en la inmediata realización de la justicia, entabla una lucha encarnizada contra la injusticia, y se convierte en uno de los principales campeones de la verdad, en que no puede creer enteramente. Pero, como el fuego, la negación encierra una fuerza devastadora; y ¿cómo mantener esta fuerza en sus justos límites? ¿Cómo mostrarle en dónde ha de detenerse y qué ha de respetar cuando ambas cosas están unidas por un indisoluble lazo?

Aquí es donde, como se ha observado con frecuencia, se descubre la parte trágica de la naturaleza humana. Para obrar es preciso querer y pensar; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y este divorcio es cada día más profundo.

Así es cómo el vivo color de la voluntad natural desaparece al pálido reflejo del pensamiento — dice Shakespeare por boca de Hamlet.

IVAN TURGUENEFF

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

(*Conclusión*)

La inclinación de esos escritores por los humildes, los personajes y los medios que de ellos describen, parecieran reanudar la tendencia naturalista. ¡Sin embargo, qué lejos están! ¡Qué naturalismo más transformado, desarrollado, esclarecido aquí por el amor, allá fortificado por una documentación precisa, fundada sobre sólidos conocimientos técnicos!

Ese naturalismo nuevo, como el de un Foupnell (*Nono*), el de Viollis, de un Geniaux, el de un poco más tarde, de un Jean-Richard Bloch, lo mismo que el naturalismo católico de Baumann (*L'Immole*).

Existe en Juan Viollis un poeta de una sensibilidad delicada y un observador de raza. El poeta se revela en su primer cuento *L'Emoi* y luego en su *Petit Cocur* (pequeño corazón). Habiendo meditado mucho en su arte, no aborda la novela sino después de haberse ejercitado pacientemente, después de haber probado sus fuerzas. Escribe entonces *Monsieur le Principal*. Habló de sí mismo para enunciar una "fórmula de novela que permita escaparse de lo que el naturalismo tenía de pesado y de glacial, manteniendo siempre sus métodos de documentación (13). Fórmula que se podría aplicar a casi todos los novelistas de esa generación. Después de esos breves volúmenes un poco tímidos, crece, se agranda y se desarrolla, toma amplitud, se enriquece, profundiza su observación y produce en fin *La Flûte d'un sou* (La flauta de un centavo), novela poderosa, que algún día se le otorgará su justo lugar y que yo no puedo más que citar, porque aun escrita antes de la guerra, la fecha de su publicación es posterior al periodo estudiado aquí.

Carlos Geniaux, que después de la novela de *L'Homme de Peine* (1907), se ha hecho un novelista excelente, situó los episodios de sus narraciones en paisajes opuestos y diferentes. Su *Ocean* es el drama áspero del mar bretón.

Juan Vignaud (*La terre ensocerlée* — La tierra embrujada), Gaston (*Champi-Tortu*, Paul Reboux (*Maison de dances*), Charles-Henri Hirsch (*Eva Tumarché*), son buenos escritores y perfectos letrados.

* * *

Colocando a Charles-Louis Philippe en uno de los polos de la generación de 1895, indicamos que en el otro se encontrarían los hermanos Tharaud.

Aquél, el primero, en efecto se abandona a su sensibilidad. Se deja gobernar por ella y proclama que un escritor debe ser un salvaje, y por lo pronto *sentir*. Este título es el carácter representativo de una tendencia dominante de su época literaria: la subordinación de la razón a los instintos, la soberanía de los sentidos.

Mas los segundos ponen por encima de la sensibilidad la razón. Son equilibrados. Opuestos a todo desórden, a todo azar, quieren poseer un dominio sobre sus sensaciones, pensar. Metódicos, practicaron un arte donde prima la composición. En una entrevista declararon: "Lo que nos interesa es la emoción intelectual: todo lo que se evade de la sensiblería, de la sentimentalidad, a menos que sea intelectualizada. Nos repugna sobre todo la literatura de la gente excitada" (14).

Mientras que Charles-Louis Philippe y los novelistas que le rodean intentan modernizar el naturalismo prosiguiendo la tradición de un arte de libertad, de verdad y de humanidad, en suma de tendencia popular, los Tharaud anhelan vivificar el clasicismo, reintegrar cierto intelectualismo en la novela. Para eso adoptan fórmulas antiguas, que ellos renuevan sin embargo, con el estudio de la vida contemporánea, por la curiosidad de sus almas viajeras, por sus encuestas a través de Europa y del Africa del Norte (15) y por el gusto del exotismo. Tienden así hacia un arte aristócrata.

En sus romances aportan la seriedad de las aulas universitarias, pareciendo que se hallan mejor preparados para estudiar piezas de archivos, para el examen de documentos históricos, que para descifrar las pasiones de los hombres. Sus obras, las más logradas, poseen siempre un aire de segunda mano, y frecuentemente uno siente que son más historiadores que novelistas. Así, poco a poco abandonan la novela, que al principio parecía ser uno de sus principales objetivos, y se abocan a la confección de trabajos de observación política, de grandes investigaciones realizadas en el extranjero a fin de explicar el desarrollo de acontecimientos históricos (*La Bataila de Scutari*, *Cuando Israel sea Rey*).

Pero en 1913 decían: "Nosotros buscamos ante todo una historia, un suceso viviente para narrar (16). Historia que fué *Dingley el ilustre escritor*, pequeño libro muy bien hecho, pero frío, apareciendo más como una reconstitución contemporánea que como una narración novelada.

Este aspecto confitado, libresco y artificial se encontrará en la mayor parte de sus novelas, en las cuales la perfección es laboriosidad. La anécdota trama de la obra "La querida sabia", puede ser verdadera, mas es inverosímil, fuera de la verdad humana. En la *Fiesta Arabe*, al contrario, en que la inclinación de los Tharaud es por lo pintoresco oriental, se hacen apreciar bastante los autores.

Son descriptores visuales más bien que psicológicos. Sobre la manera de describir de los Tharaud, el juicio de más acierto ha sido enunciado por Armando Praviel: "Ellos ven maravillosamente, ciertamente, más su pintura demasiado sabia no posee la asombrosa vida de un croquis realizado en el apresuramiento y la fiebre de quien comulga, hondamente, con el paisaje. Saben ver con una singular agudez desfilar ante ellos los pueblos más diversos; no dejan escapar un bucle ni una joya, ni un par de espuelas; saben estudiar los hombres y las razas con el paciente método de los etnólogos e historiadores, y, no obstante tantos alardes de ciencia, algunos de sus volúmenes de viajes, donde intentan hacer centellear con sus plumas bellos soles, son un poco fríos. No se puede menos de recordar que si los Tharaud tuvieron entre sus antecesores algunos marinos, son también profesores."

Por otra parte, se les reprochó a los Tharaud su sobriedad excesiva. "No confundamos sobriedad con elipses", escribía respecto a ellos Lasserre.

Confesemos, a pesar de todo, que uno de los trabajos donde la sobriedad no aparece como signo de pobreza, como escasez de vena verbal, y al contrario cual la realización perfecta de su arte, de su particular concepción del arte, es en "El Relevo", una pequeña narración de guerra que es una pequeña obra maestra. En efecto, los Tharaud pueden llegar al alto rango de la obra maestra. Poseen movimiento, fluidez, y saben expresarse en una bella prosa. Son autores para antologías, "un poco o demasiado conscientes, quizás, pero seriamente organizados" (17)

Si su arte es más intelectual que sensitivo, es también arte. Por su ejemplo trajeron el recuerdo de la importancia de la composición. Siempre se aplicaron a hacer de la novela una obra de arte. Ejercieron una influencia bienhechora entre los novelistas de su generación y se les debe situar en el rango de los artistas más respetables.

EUGENE MONFORT

---

(13) "*Existe un abismo entre esa atracción hacia la realidad y la antigua documentación naturalista. Esos reporter de genio, — pues bien a menudo no son otra cosa los hermanos Tharaud — poseen un espíritu demasiado claro, la calidad del talento y la fineza del sentido artístico demasiado desarrollado para que se dejen arrastrar hacia esas historias chatas de la libreta de apuntes. Si ellos se desplazan y viajan, es que les es necesario impregnarse de la realidad, de penetrarla por un esfuerzo de simpatía y, como diría Bergson, instalarse en ella para siempre,*

—Jules Bertrand. — *Le Roman nouveaux.*

(15) *Muller y Picard.* — Les tendances presents de la Litterature Française.

(16) *En* Le Correspondant: *Dos grandes literatos, los hermanos Tharaud.*

(17) *Paul Souday.* — Les livres du temps.

EUGENIO MONTFORT

El autor del estudio de "Algunos novelistas de la generación de 1895" fundó hace veinte años la revista de crítica y de arte "Les Marges", publicada en París, en cuyas páginas colaboraron y fueron redactores efectivos todos los escritores que triunfaron en las primeras décadas de este siglo.

Personalmente su tendencia literaria se caracteriza por un señalado humanitarismo, que contrasta abiertamente con las generaciones actuales, de la cual algunos escritores todavía ahora contribuyen con sus producciones a sostener el nivel intelectual de la mencionada publicación, que sigue apareciendo.

Bastará este fragmento, que nosotros extractamos de uno de sus artículos insertados en su misma revista, antes de la guerra, en 1913, para dar una muestra de cuáles eran sus preocupaciones sobre el porvenir de los humanos en relación con las sociedades contemporáneas:

"En ningún momento de la historia los hombres se han sentido tan lejos como ahora del pasado. La sociedad parécenos en vísperas de transformarse. Algo tiembla, algo palpita en las entrañas del mundo. Vivamos, pues, en nuestra época, tratando de comprenderla, amándola, ayudándola. Y, sobre todo, no nos agarremos a las bellas formas del pasado."

Si la realidad se cargó con la tarea de aplazar la prematura profecía del poeta, los anhelos no son por eso menos nobles.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(*Conclusión*)

"31—7—1920

Mi querido...

¿Cree Vd., que la separación no nos ha sido penosa? Hemos intentado todo para evitarla, Paul Reclus sobre todo, que tiene un alma de cristiano. En cuanto a mí, yo habría roto hace mucho tiempo.

No tenemos ni ambición ni vanidad. Hemos vuelto a tomar *Temps Nouveaux* a instigación de Grave. Pedía que se le descargase de deudas y de toda la cocina del periódico, adminitración, etc.

Guerin aceptó todo. — Yo me embarqué en la galera sin ninguna especie de entusiasmo. Retardando sin cesar su regreso de Inglaterra y apremiándonos los camaradas, Guerín y yo lanzamos el primer número en junio de 1919, con gran furor de Grave. Después la vida continuó siendo imposible. Grave habita en los alrededores, no quiere molestarse para venir a París y quiere que todo marche según sus órdenes, como cuando hacía él solo el periódico. Nuestro grupo hacía lo que podía, todos estabamos singularmente molestos y cansados.

Felizmente el viejo Tcherkesof y Paul Reclus intervinieron para decir a Grave que no tenía la propiedad exclusiva de la propaganda ni de los *Temps Nouveaux*. Y eso lo decidió a marchar más o menos bien.

Pero eso no fué más que un apaciguamiento. Grave ausente, trabajado por la enfermedad de la desconfianza. Guerín muerto, Grave insinuó que se le había querido dejar al margen. Ninguna prueba lo satisfizo. Nos envió lo insertado en el número 9, declarando desinteresarse de la revista.

Habiendo sucedido Jacques Reclus a Guerin, encontró las mismas dificultades. En fin, paso por sobre los detalles. No siendo suficientes los fondos pensamos crear una cooperativa de librería, para hacer vivir el periódico. Grave es también partidario de ello, pero exige ahora que se abandone el título. Eso era descabellado. No habíamos conservado al comienzo el título más que para no abandonar a Grave. Ahora es demasiado tarde.

Afectado por la enfermedad de las persecuciones, Grave se retira. Pero quisiera que el periódico muriese con él. Por honestidad hemos querido que el público fuese prevenido de la escisión.

Salud...

Grave no hará, por otra parte, más que escribir libros. Habría querido que la revista desapareciese con él".

No queriendo abrumar a un viejo camarada de lucha he suprimido su firma, pero los lectores que tienen algún sentido crítico juzgarán entre mi exposición y sus afirmaciones. Que vean de dónde salen las mentiras. Sin embargo, atraeré su atención sobre estos cuatro puntos:

1 — El firmante dice que les había escrito que quería se me desembarazara de deudas, de la cocina del periódico, etc.; que al comienzo no conservaron el título del periódico más que por no abandonarme, y por fin que es por honestidad que publicaron la pequeña nota anunciando mi ruptura definitiva con ellos. Como hábil discípulo de jesuíta, el autor de esa carta sabe servirse de semi-verdades para formar grandes mentiras.

Es verdad que les había escrito que en lo sucesivo, teniendo que ocuparme de mis cosas personales, no me sería ya posible consagrarme a la redacción. La carta a Pierrot, publicada más arriba, y no es más que una muestra de todas las que hemos cambiado, no podía dejarles ninguna duda sobre mis intenciones.

2.— La fecha de la misma carta juzga esta otra afirmación: "que es por solidaridad hacia mí que han conservado el título". Antes de aparecer la revista sabían que yo no estaba con ellos. Eso no les impidió aparecer y conservar el título sin decir una palabra de esa escisión. Al contrario, rehusaron insertar mi protesta.

3.— La inserción de la nota que anunciaba mi ruptura definitiva con ellos no tuvo nada de espontáneo de su parte. No se hizo sino a instancia mía. Sabiendo que era inútil pedírsela, me dirigí a la camarada de que he hablado y que era un poco más honesta que ellos, le pedí que hiciera comprender a sus compinches que debían al menos tener el pudor de anunciar que me retiraba de la revista, y dar las razones.

Mi salida se anunció, pero sin dar las razones.

4.—Al descargarme de la administración es verdad que les decía que esperaba que el camarada que se hiciera cargo de ella querría encargarse también de ver mis antiguos acreedores y regular las cuentas con ellos. Pero, ¿en qué condiciones? Es lo que explicaré después de haber dado la segunda carta que se me comunicó, procedente del mismo individuo:

"19|8 — 20.

Camarada,

¿Por qué acusarnos de robo sin pruebas? Los camaradas que trabajan en la aparición de *Temps Nouveaux* no tienen, ni unos ni otros, ninguna vanidad, ninguna ambición. Le damos todo nuestro tiempo y nuestro dinero; trabajamos para ganar nuestra vida y no tenemos absolutamente nada que ganar aquí.

Es Grave el que nos ha incitado después de la guerra a tomar el periódico. Confieso que eso no me tentaba demasiado. Lo hice por amistad hacia grave y por la propaganda.

Grave declaró que no quería ocuparse de la administración ni de la cocina (jesuita) del periódico. Nos comprometió a crear un comité de redacción cuyos nombres nos dió (mentiroso) y nos pasó las deudas del periódico (tres veces mentiroso).

Hemos tratado de hacer aparecer *T. N.* como revista mensual, por no tener tiempo de hacerlo de otro modo. Pero como Grave habita en los alrededores, no fué posible entenderse, porque no vino jamás a las reuniones del comité.

En realidad hubo algunas tiranteces que fueron allanadas por la intervención de Paul Reclus y del viejo Tcherkesof. Después de la muerte de Guerin Grave se volvió más y más desconfiado, e "imaginó" (no puedo decir otra palabra) un complot que habríamos formado para desembarazarnos de él. Quedamos estupefactos, tratamos de convencerle de su error, fué en vano. No habíamos tomado el título de los *T. N.* más que para solidarizarnos con Grave. Nos apenamos mucho por la ruptura impuesta. Pero es Grave el que la originó.

Sin embargo no habíamos cambiado de hombro nuestro fusil ni renegado nuestras ideas. Henos aquí metidos en una empresa que no habíamos querido. Ligados por nuestros compromisos, estamos obligados a aparecer. Quisiéramos sólo cambiar el título, dar satisfacción a Grave. Es todo lo que podemos hacer, porque comprendo bien que Grave no podrá hacer aparecer una publicación más que a condición de ser el amo absoluto. Salud..."

Aquí, si quedan las mismas mentiras, reforzadas por otras nuevas, el tono se ha cambiado un poco.

Se constata que es a instancias mías — lo que es verdad — que pensaron en hacer reaparecer el periódico — ¡no es ya cuestión de Guerin, sin el cual el periódico no habría aparecido! — y que les he molestado luego. Que soy yo el que les he forzado a establecer un comité de redacción, cuyos nombres habría, dado.

Mi carta, publicada más arriba, responde victoriosamente a todas estas mentiras.

Tienen en brazos una revista que no querían. ¿No lo habían querido así?

En cuanto a las reuniones del comité en efecto, no niego que no fuí nunca. Habiendo sido formado contra mi consentimiento, no he querido jamás reconocerlo. Pero he ido siempre a las citas de Pierrot y de Guerin.

A fin de cuentas, ellos querían tener un periódico propio, de que fueran los amos, a eso no tendría ninguna objeción que oponer si me lo hubiesen dicho francamente. Estaban en su derecho.

Pero desde el comienzo, es de la reaparición de *T. N.* de lo que se trataba, de los *T. N.* que existían antes de la guerra y no de otros.

Sin duda habrían existido las mismas objeciones en cuanto a la oportunidad de la aparición, del fondo de caja y de la necesidad de organizar la venta y la suscripción; viniendo de ellos la iniciativa, es a ellos a quienes les habría afectado y no a mí.

Eso es lamentable, porque los pocos que habíamos quedado del viejo movimiento nos desuníamos, nos reducíamos a la impotencia.

Ahora, por su parte hacen un periodiquito, yo tengo mis folletos de aparición lenta, no tenemos ninguna influencia en el movimiento actual; mientras que reunidos nos habría sido posible tal vez volver a ocupar nuestro puesto en el movimiento, echar las bases de una agrupación capaz de hacer algo.

Oh, yo no me ilusiono. En este período de rebajamiento espiritual debe ser difícil hacer obra seria, pero, sin duda, habríamos podido echar las bases para un trabajo futuro, intentar, al menos, combatir esa corriente de achatamientos y de demagogia en que el movimiento anarquista está en vías de sumergirse.

Como lo preveía en mi carta a Pierrot, si no rehacíamos el puesto de un periódico de propaganda seria, tarde o temprano ese puesto sería ocupado y tal vez no en bien de la propaganda.

Mi predicción se ha realizado, ay, al pié de la letra.

Pero queda la mentira de las deudas antiguas de que yo les habría encargado. Veamos cómo me he descargado de ellas:

Cuando el periódico cesó de aparecer, se debía:

al impresor del periódico, alrededor de . . . . francos 1.300
al camarada Prouvost, resto de los 3.000 francos que me había prestado para salvar el periódico . . . . . . " 501.50
al almacén de papel . . " 60.—
La Productrice (impresión de folletos) . . . . . " 160.—

Total, francos 2021.50

Pero si había esas deudas, había mercaderías y fondos para pagarlas.

Guerin me había proporcionado un estado de las entradas y gastos que había hecho para los *T. N.* en mi ausencia.

Había recibido incluso 365 francos que le remitió Girard . . . 1.735,10 francos

Al contrario había gastado . . . . 1.283,70 "

En esta última suma estaban incluídos los 501,50 debidos y pagados al camarada Prouvost, 407,30 para el cambio de domicilio de rue Broca. Quedan, pues, en caja 451,40 francos.

Contra todas mis recomendaciones vendieron como papel viejo todo lo que quedaba de "Guerre-Militarisme", Patriotisme-Colonisation", de "Terre Libre" y de "Coin des Enfants", y otros diferentes folletos cuyo total era de 1.400 francos.

Nos había quedado papel para un folleto, por el cual el impresor me pagó 160 francos.

Dí a Guerin por una venta de litografías hecha por mí, 500 francos.

Bertrand había comprado (a buena cuenta) las planchas de la instalación de la rue Broca por 250 fr.

Guerin había vendido litografías de Naudin por 200 fr.

Habían recibido, pues, en total, 1.520 francos.

Pagadas las deudas les quedaban a su favor 1441,40 francos.

Pero eso no era todo. Habían quedado al menos, si no más, 100 litografías de Naudin que podían venderse a 20 francos por lo menos la pieza, varias colecciones completas de nuestras litografías (valuación moderada, 5 fr. el ejemplar — cada colección de 30 ó 31 litografías) — Los Pissarro, había dos que podían venderse a 100 francos cada uno, sin contar los Meunier, Steinlen, Nouvant, que podían también venderse a buen precio.

Durante todo el tiempo que colaboré con ellos he proporcionado los pedidos de folletos y litografías que me transmitían y cuyo total representa algunos centenares de francos.

Eso es lo que esos señores llaman haberles dejado la carga de las antiguas deudas.

No agregaré más que una palabra, ignoro qué transacciones han sido hechas para pagar esas deudas.

Que el lector juzgue.

***

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Procesos — Prisiones — Hechos revolucionarios

Bauer Edgar. — *Pres process Edgar Bauer's* (Proceso por delito de prensa contra Edgardo Bauer), Berna, 1845.

Edgar Bauer. — *Die Reise auf Offentliche Kosten* (El viaje a costa del Estado), en la revista *Epigonen*, vol. V, 1847, pág. 9—112, Berlin.

Der erste Hochverrathsprocess vor dem deutschen Reichsgericht (El primer proceso por delito de alta traición ante el tribunal nacional alemán), Leipzig, 1881 118 págs. en 8o. — contra Dave y compañeros.

Errico Malatesta (7)



EN EL CAFÉ

Pero si quisiera hacer abstracción de su posición, si tuviera energía para vencer sus hábitos de espíritu y quisiera reflexionar sobre la cosa sin prevenciones, comprendería fácilmente que, admitido que el fin de la sociedad debería ser el mayor bienestar posible de todos, el comunismo anárquico es la solución a que se llega necesariamente. Pero si, al contrario, usted piensa que la sociedad ha sido hecha para engordar algunos pocos pillos a expensas de todos, entonces...

Ambrosio. —No, no, admito que la sociedad debe proponerse el bien de todos, pero no por eso puedo aceptar su sistema. Me esfuerzo verdaderamente por ponerme en su punto de vista, pues he tomado interés en la discusión y quisiera al menos darme una idea clara de lo que ustedes quieren; pero sus conclusiones me parecen de tal modo utópicas, de tal modo...

Jorge. —Pero, en suma, ¿qué es lo que encuentra oscuro o inaceptable en la exposición que le he hecho?

Ambrosio. —He ahí la cuestión... no sé... todo el sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del derecho, sobre la cual no podremos entendernos; suponiendo que — como usted sostiene — todos tengan un derecho igual a gozar de la riqueza existente, comprendo que el comunismo pueda parecer el orden más simple y tal vez el mejor. Pero lo que no me parece de ningún modo posible es una sociedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre la libre voluntad de los asociados...

Jorge. —Justamente.

Ambrosio. —Y este es su error. Sociedad significa jerarquía, disciplina, sumisión del individuo a la colectividad. Sin autoridad no hay sociedad posible.

Jorge. —Todo lo contrario. La sociedad propiamente dicha no existe más que entre iguales; y los iguales tienen hábito de entenderse entre sí cuando hallan placer y conveniencia en ello, pero no se someten uno al otro.

Sus relaciones de jerarquía y sumisión, que le parecen la esencia de la sociedad, son relaciones de esclavo a patrón; y usted admitirá, creo yo, que el esclavo no es, propiamente hablando, el asociado del amo, como el animal doméstico no es el asociado del hombre a quien pertenece.

Ambrosio. —Pero, ¿cree verdaderamente posible una sociedad en donde cada cual haga lo que quiera?

Jorge. —A condición, se entiende, de que los hombres quieran vivir en sociedad y se adapten por consiguiente a las necesidades de la vida social.

Ambrosio. —¿Y si no quieren?

Jorge. —Entonces no habría sociedad posible. Pero como es sólo en la sociedad donde el hombre, al menos el hombre moderno, puede encontrar satisfacción a sus necesidades materiales y morales, és extraño suponer que quiera renunciar a lo que es para él condición de vida y de bienestar.

Los hombres se ponen difícilmente de acuerdo cuando discuten en abstracto; pero apenas hay algo que hacer que es necesario hacer y que interesa a todos, siempre que nadie tenga medios de imponer a los demás su voluntad y de obligarles a obrar como desea, pronto cesan las obstinaciones y las tiranteces del amor propio, se vuelven conciliadores y la cosa se realiza con la mayor satisfacción posible de cada uno.

Se comprende: nada humano es posible sin la voluntad de los hombres. Todo el problema para nosotros está en cambiar esa voluntad, es decir en hacer comprender a los hombres que combatiéndose uno a otro, odiándose, explotándose recíprocamente, pierden todos, y en persuadirlos a que quieran un orden social fundado en el apoyo mutuo y en la solidaridad.

Ambrosio. —Por consiguiente, para establecer su comunismo anárquico deberán esperar a que todos estén persuadidos y tengan la voluntad de establecerlo.

Jorge. —¡Oh, no! ¡Buenos estaríamos! La voluntad es determinada en gran parte por el ambiente, y es probable que mientras duren las condiciones actuales la mayoría continuará creyendo que la sociedad no puede ser organizada diversamente a como lo está.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. — Entonces el comunismo y la anarquía serán establecidos entre nosotros... cuando seamos un número suficiente para establecerla — convencidos de que si los demás ven que nos encontramos bien, harán pronto como nosotros. O al menos, si no pudiéramos realizar el comunismo y la anarquía, trabajaremos para que las condiciones sociales cambien de modo como para determinar la voluntad en el sentido que nosotros queremos.

Comprenda bien: se trata de una acción recíproca de la voluntad sobre el ambiente y del ambiente sobre la voluntad... Nosotros hacemos y haremos lo que podamos para que todo se encamine hacia nuestro ideal.

Lo que debe entender bien es esto. Nosotros no queremos violentar la voluntad de nadie; pero no queremos que otros violenten la nuestra o la del público. Nos rebelamos contra aquella minoría que explota y oprime al pueblo con la violencia. Una vez conquistada la libertad para nosotros y para todos, y, claro está, los medios para ser libres, es decir el derecho a servirnos de la tierra y de los instrumentos de producción, no contaremos ya más que con la fuerza de la palabra y del ejemplo para hacer triunfar nuestras ideas.

Ambrosio. —Muy bien; ¿y cree llegar así a una sociedad que se rija simplemente por la voluntad concordante de sus miembros? Sería el caso de decir que eso sería un caso sin *precedente!*

Jorge. —No tanto como lo imagina. En realidad ha sido siempre así, si se considera que los vencidos, los dominados, las bestias de carga y de matadero del consorcio humano no forman propiamente parte de la sociedad.

En los Estados despóticos, donde todos los habitantes son tratados como un rebaño al servicio de uno solo, ninguno más que el soberano tiene voluntad... y aquellos de quienes el soberano tiene necesidad para tener sumisa a la masa. Pero a medida que otros consiguen emanciparse y entrar en la clase dominadora, en la sociedad propiamente dicha, sea por medio de la participación directa en el gobierno, sea por medio de la posesión de la riqueza, la sociedad se va plasmando de manera como para satisfacer la voluntad de todos los dominadores. Todo el aparato legislativo y ejecutivo, todo el gobierno con sus leyes, sus soldados, sus esbirros, sus jueces, etc., no sirve más que para regular y asegurar la explotación del pueblo. De otro modo los patrones encontrarían más simple y más económico ponerse de acuerdo entre sí y pasarse sin el Estado. Los burgueses mismos lo dicen... cuando olvidan por un momento que sin los soldados y sin los esbirros el pueblo iría a aguarles la fiesta.

Destruya las divisiones de clase, haga que no existan esclavos para el freno e inmediatamente el Estado no tendrá razón de ser.

Process gegen den Anarchisten Hermann Stellmacher (Proceso contra el anarquista Hermann Stellmacher), Viena, 1884.

Der Hochverrathsprocess und die Affaire Merstallinger (El proceso de alta traición y el asunto Merstallinger), Viena, 1883, 238 págs. en 16.º — publicación socialista.

Der anarchistische Prozess Reinsdorfs und Genossen. Con retrato de los 8 acusados. Edición de S. Werner, Leipzig, 1884.

Bericht über die Schwurgerichtsverhandlung von 29 Juni bis 1 Juli 1885 gegen Julius Lieske..., (Informe sobre el proceso del 29 de junio al 1 de julio de 1885 contra Julio Lieske...), Leipzig, 1885, 10 págs. en 8.º.

Most Johann. —*August Reinsdorf und die Propaganda der That* (A. R. y la propaganda del hecho), New York, 1885, 79 páginas.

Müller Eduard. — *Berich über die Untersuchung getreffend die anarchistische Umtriebe in der Schweiz...* (Informe sobre la investigación referente a los actos de los anarquistas en Suiza...), Berna, 1885, 186 págs. — publicación oficial del gobierno suizo.

Most Johann. — *Die Hölle von Blackwell's Island* (El infierno de Blackwell's Island), New York, 1887.

Most Johann. —*Zwischen Galgen und Zuchthaus* (Entre el cadalso y el presidio), New York, 1887.

Anonymus Veritas (Most). — *Acht Jahre hinter Schloss und Riegel* (Ocho años tras cerrojos), 80 págs., New York, 1896; segunda edición, New York, oct. 1890.

Landauer G. — *Aus meinem Gefängniss-Tagebuch*, en el "Sozialistische Akademiker", números 13—18, Berlín, 1896.

Schütte Max. — *August Reinsdorf und die Niederwald-Verschworung* (A. R. y la conspiración de Niederwald), Berlín, 1902.

Oerter Sepp. — *Acht Jahre im Zuchthaus*, (ocho años de presidio), Verlag Anarchist, 1905-1906, Berlín; nuevas ediciones.

Paul Koschemann. Das Attenta auf dem Polizeioberston Krause in Berlin (Paul Koschemann. El atentado contra el coronel de policía Krause en Berlín), Verlag Der freie Arbeiter, Berlín, diciembre de 1906, 32 págs.

Oestereich Rud. —*Wegen Hochverrats im Zuchthaus* (En presidio por delito de alta traición), 32 páginas, Verlag Tribune, Berlín, 1913.

Ramus Pierre. — *Friedenskrieger des Hinterlandes.* (El combatiente por la paz de tierra adentro, novela), 400 págs., Viena, 1924.

Rocker Rudolf. — *Hinter Stacheldrath und Gitter* (Tras rejas y alambre de pua), Verlag Syndikalist, Berlín, 1925. — Describe la prisión durante la guerra en Londres.

***

Por lo demás, aun hoy la parte esencial de la vida social, tanto en la clase dominadora como en la dominada, se realiza por acuerdo espontáneo y a menudo entre individuos: por costumbres, punto de honor, respeto a la palabra dada, temor a la opinión pública, sentimientos de honestidad, de amor, de simpatía, reglas de buena conducta — sin ninguna intervención de la ley y del gobierno. Ley y gobierno se vuelven necesarios sólo cuando se trata de relaciones entre dominadores y dominados. ¡Entre iguales todos tienen vergüenza de llamar al esbirro, de recurrir al juez!

Ambrosio. —No exagere. El Estado realiza también cosas útiles a todos, da la instrucción, vela por la salud pública, defiende la vida de los ciudadanos, organiza los servicios públicos... ¡No dirá que éstas son cosas inútiles o perjudiciales!

Jorge. —Oh, hechas como el Estado suele hacerlas, se podría casi decirlo. Lo cierto es que quien hace realmente esas cosas es siempre el trabajador, y el Estado, erigiéndose en su regulador, no hace más que transformarlas en instrumentos de dominación y volverlas en provecho especial de los gobernantes y de los propietarios.

La instrucción se propaga si existe en el público el deseo de instruirse; la salud pública es próspera cuando el público conoce, aprecia y puede poner en práctica las reglas de la higiene y cuando existen médicos capaces de aconsejar bien a la gente; la vida de los ciudadanos está segura cuando los hombres son habituados a considerar como sagrada la vida y la libertad humanas y cuando... no hay jueces ni gendarmes para dar el ejemplo de brutalidad; los servicios públicos se organizan cuando el pueblo experimenta la necesidad de ellos.

El Estado no crea nada; en la mejor de las hipótesis no sería más que un rodajo superfluo, un derroche inútil de fuerzas. ¡Pero si no fuese más que inútil!

Ambrosio. —Basta. Pienso que me ha dicho suficientemente; quiero reflexionar.

Hasta la vista.

X

Gino (obrero). — He sabido que se discute aquí por la noche sobre la cuestión social y he venido para hacer, con permiso de estos señores, una pregunta a mi amigo Jorge.

Dime, ¿es verdad que vosotros los anarquistas quisierais que no hubiese policía?

Jorge. —Ciertamente. ¡Oh, qué es eso! ¿no estás de acuerdo? ¿De cuando acá te has vuelto amigo de los policías y de los carabineros?

Gino. —No soy su amigo, tú lo sabes. Pero no soy tampoco amigo de los ladrones y de los asesinos y quiero que mi bien y mi vida sean guardados y bien guardados.

Jorge. —¿Y quién te guarda de los guardianes?... ¿Crees que los hombres se vuelven ladrones y asesinos sin causa alguna?

¿Y que el mejor modo de proveer a la propia seguridad es el de echarse al cuello una banda de gentes que, con el pretexto de defendernos, nos oprime y nos desuella y hace mil veces más daño que todos los ladrones y todos los asesinos? ¿O no sería mejor destruir las causas del mal obrando de manera que todos pudiesen estar bien sin quitarse uno al otro el pan de la boca, y que todos pudieran educarse y desarrollarse de manera como para desterrar del corazón las malas pasiones de la envidia, del odio y de la venganza?

Gino. —¡Qué dices! los hombres son malos por naturaleza y si no hubiese leyes, jueces, soldados y carabineros para imponerles respeto, nos devoraríamos entre nosotros peor que los lobos.

Jorge. —Si fuese así, habría una razón de más para no dar a nadie el poder de mandarnos y de disponer de la libertad ajena. Obligados a luchar contra todos, cada cual con las propias fuerzas, correríamos el riesgo de la lucha y podríamos ser de tanto en tanto vencedores o vencidos; seríamos salvajes, pero gozaríamos al menos de la libertad relativa de las selvas y de las ásperas emociones de la bestia de presa. Pero si diésemos voluntariamente a algunos el derecho a imponernos su voluntad, según tu opinión por el solo hecho de ser hombres, dispuestos a devorarnos, sería equivalente a entregarnos nosotros mismos a la esclavitud y a la miseria.

Pero tú te engañas, amigo mío; los hombres son buenos o malos según las circunstancias. Lo que es común a todos es el instinto de conservación, la aspiración al bienestar y al desarrollo de sus propias facultades. Si para vivir bien es preciso causar el mal a los demás, pocos y con muchos esfuerzos resistirán a la tentación. Pero haz de modo que los hombres encuentren en la sociedad de sus semejantes las condiciones de su bienestar y de su desenvolvimiento y habrá tanta dificultad en ser malos como la que existe hoy para ser buenos.

Gino. —Supongámoslo. Pero en espera de que llegue la transformación social, la policía impide que se cometan delitos.

Jorge. —¿Lo impide?

Gino. —En fin, impide un gran número y entrega a la justicia los autores de los delitos que no pudo impedir.

Jorge. —Ni siquiera eso es verdad. La influencia de la policía sobre el número y la importancia de los delitos es casi nula. En efecto, cualesquiera que sean las reformas que se hagan en la organización de la magistratura, de la policía y de las prisiones, y por mucho que se aumente o se disminuya el número de los esbirros, mientras no cambien las condiciones económicas y morales del pueblo, la delincuencia permanecerá inalterada o poco menos.

Al contrario, basta la más ligera modificación de las relaciones entre propietarios y trabajadores, o una alteración en el precio del trigo o de los demás alimentos de primera necesidad, o una crisis que deje a los obreros sin trabajo, o la propaganda de una idea que abra al pueblo nuevos horizontes y le aporte la sonrisa de nuevas esperanzas, para que pronto se observen los efectos en la disminución o en el aumento de la delincuencia.

La policía, es verdad, envía a la cárcel los delincuentes, cuando puede echarles mano; pero ésto, puesto que no sirve para evitar nuevos delitos, es un mal agregado al mal, un sufrimiento más infligido inútilmente a seres humanos.

Y aun cuando la obra de la policía consiguiera evitar algún delito, eso no bastaría, ni con mucho, a compensar los delitos que provoca y las vejaciones que impone al público.

La función misma que ejercen hace que los esbirros tengan sospechas de todo el mundo; haciéndolos cazadores de hombres, se les induce a poner su amor propio en el descubrimiento de los "bellos" casos de delincuencia, creando en ellos una mentalidad especial que acaba a menudo desarrollando instintos absolutamente antisociales. No es raro el hecho de que el policía, que debería prevenir y descubrir el delito, lo provoca, al contrario, o lo inventa, en interés de su carrera o simplemente para darse importancia y hacerse necesario.

Gino. —¡Pero entonces los policías serían ellos mismos los malhechores! Eso puede ser verdad algunas veces, tanto más cuanto que el personal de policía no es reclutado siempre en la flor y nata de la población; pero en general...

Jorge. —En general el ambiente obra inexorablemente, y la deformación profesional alcanza aun a aquellos que habrían sido llamados a cosas mejores.

Dime, ¿cuál puede ser o cuál puede llegar a ser la moralidad de uno que se compromete, por un salario, a perseguir, arrestar, martirizar a cualquiera que le sea indicado por sus superiores, sin preocuparse si es un reo o un inocente, si es un malhechor o un apóstol?

Gino. —Sí... pero...

Jorge. —Déjame que te diga algunas palabras sobre el punto más importante de la cuestión: es decir sobre lo que son los llamados delitos que la policía se encarga de prevenir y reprimir.

AÑO V — BUENOS AIRES, 19 DE ABRIL DE 1926 — N.o 221

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

"La Nación" y su grumete

El congreso inaugurado en Wáshington, de la prensa panamericana, ha tenido como característica principal y única, la de reunir a la hez y la espuma del filisterismo universal. *A tout signeur tout honeur.* Jamás se podría pronunciar la famosa frase que hay que abotonarse el saco para que no nos roben el reloj, porque ellos, los empresarios de tahonas periodísticas y directores de voluminosos rotativos, no se dedican a esa industria de menor cuantía. Pican más alto y más hondo. De esto, que casi todo el mundo se ha enterado a medias o enteras, y casi nadie se da por entendido, es lo que se llama una industria lícita. Tanto puede serlo, como lo son las casas de tolerancia. La diferencia no es mucha, aunque se crea lo contrario. No sabemos qué puede ser más repulsivo para la dignidad de la especie, la prostitución física o la mental. Ambos han de serlo, con gradación máxima o mínima, y con más o menos intensos alcances sociales.

Estos señores, después de haber expuesto sus respectivas *ponencias*, cayeron en la manía de siempre: de que cada uno con sus organitos u organillos debían propender al establecimiento de la paz del mundo. Es claro, cuanto más cínicos más deben encubrirse con palabrotas hipocritonas.

Constatemos de paso que no se celebró congreso agrícola-ganadero, médico, de higiene, de odontología y de obstetricia, donde no se haya apelado al socorrido tópico de la paz mundial. No se sabe bien de qué modo puede acontecer que esa inmensidad de deseos no contenga una sola o muchas voluntades a fin de acercar siquiera un poquito esa paz de ellos, no la nuestra, muy lejana todavía. Perogrullo, famoso filósofo florentino de la antigüedad, deduciría que esa inmensidad de deseos son aparentes y falsos.

Mas hemos repetido tanto estas ideas, guisadas de diferente forma, que nuestra intención no fué desarrollarlas, sino apuntar la incongruencia, o más bien el engaño a sabiendas de estos directores y *regisseurs* de empresas de publicidad, quienes, con sus agencias cablegráficas, diarios y revistas contribuyeron en mucho a la matanza de millones de hombres de la pasada catástrofe y ahora nos salen cantando una falsa palinodia de propósitos angelicales. ¡Ellos, los grandes financistas, especuladores que fueron precisamente los organizadores de cuanta guerra hubo en el curso de una cincuentena de años! Pensamos que entre los de la *ponencia* de paz mundial se hallará ese conde junker fascista de Alemania, dueño de los principales diarios conservadores, entre ellos el *Tageblatt*, fábricas de papel, etc. En una palabra, un lord Nortcliff, junker y fascista.

También el retoño de la dinastía Mitre abogó por la paz y la fraternidad de este continente.

No hemos leído las *ponencias* de los otros miembros. Pero la del presunto director de "La Nación" nos la comimos con los ojos de cabo a rabo. ¡Y decir que aún nos hallamos vivos!

Si Barrett opinaba del abuelo que era un tartamudo pensando y escribiendo, y solamente un hábil hacedor de lugares comunes, no se podría adivinar cuál epíteto le merecería el nietezuelo o el tataranieto de marras. Conocemos las ideas de aquél pensador, por haberlas expresado a menudo, acerca del periodismo, y siempre lo consideró de la misma importancia ideológica de un catálogo de avisos. Hoy lo es más que nunca. De eso y de lo otro: es decir, del chantaje encubierto, indirecto, o a la vista.

Don Jorge Mitre, como él mismo lo dijo hace algunas semanas, prefiere el periodismo objetivo. No entendemos bien claro lo que quisiera decir; si imparcial, equidistante, o el de un espectador impasible, que anota los sucesos, los hechos y etc., mecánicamente, sin aumentarlos en sus proporciones ni disminuirlos un ápice. Ya comprendemos: será el que se circunscribe a lo noticioso. ¿Nada más que ésto?

Incapaz del esfuerzo de generalizar — lo que supondría razonar con cabeza propia y no ajena — se contempla a la gran distancia que es un inepto mental, nacido sólo para la vida social y decorativa.

Demos un ejemplo. Este:

La crisis del editorial, se decía durante el curso de la gran guerra, cuando se aludía a la escasa parte que le cupo a la prensa en definiciones parciales de gran trascendencia y en decisiones finales. Apenas si algunos artículos de The Times *que precedieron a la caída de Kitchener podrían haber creado una impresión diferente; pero habría sido de recordar que acaso fueron de mayor eficacia que los ataques al ministerio y la comprobación del hecho concreto que los motivaba: el escaso alcance de las municiones británicas. Aquí, en este país, me fué dado asistir al espectáculo de desaprobación que acogió a un editorial de* The New York Times *propicio a las primeras proposiciones de paz alemanas, a pesar de que su buena dosis de sentido común y los sucesos posteriores mostrasen que merecía ser sustentado con una postura más firme y recibido con una reacción menos violenta.*

Afirmemos de paso que la crisis del *editorial* existió siempre, por su sabiduría de enciclopedia Larousse, por la gravedad grotesca de sus posturas. Pero este no es el caso. Larvas, infusorios de ideas nadando en formas veladas, opacas, son las suyas.

El resto del exordio equivale al principio. Hay, sin embargo, un hallazgo de expresión... metafórica. Discurriendo del restablecimiento del *ritmo regular de la vida internacional*, dice:

Es como si al lograrse el silencio quedara restaurada la oquedad autoritaria con que suele resonar la voz de los grandes jefes, aun cuando el periodismo goza del privilegio de no desmedrarse por la insubordinación y la desobediencia a los dictados de su cátedra.

Conocemos de vista esa cátedra; quizás la más pingüe y jugosita es la del turf...

Confesemos, en atenuante a Don Jorge A. Mitre, que cuando enumera y detalla hechos materiales, su escritura es expedita, menos gangosa.

Es cuando se mete con el arte, donde llega a la infantilidad ridícula y bisoña. He aquí una "opinión":

Aunque todos estos esfuerzos sólo representan por hoy una promesa, resulta conformador el espectáculo de nuestra juventud buscando su personalidad artística en las fuentes puras de la tradición americana, mientras en el Viejo Mundo el arte, en plena decadencia, vive al acecho del snobismo y del escándalo.

Wistler, el ático pintor, en su famosa conferencia "Nine's o clock of the Morning", afirmaba que el renacer y la decadencia, en el arte, no eran más que una mera ilusión: existía, empero, un constante morir y nacer, sólo visto por observadores de un doble fondo, o sea de inteligencia muy penetrante. Opiniones discutibles ambas, admitimos que la decadencia, el snobismo y el escándalo, allá en el viejo mundo, son hechos positivos; en cambio, el pseudo arte americanista, inexistente, es apenas una débil rama subsidiaria, nutriéndose con toda la escoria del arte europeo. Lo que se da en estos pagos como arte escultórico y pictórico, es, en general, algo amorfo e impersonal. Bernaldo de Quirós, a quien cita como algo de soberbio y excelente, algo como lo mejor de aquí, trabajador infatigable, que sólo después de diez años de trabajo se resuelve a afrontar la crítica neoyorquina, es uno de los peores ejemplos. Es un pintor como tantos. Hace mucho tiempo que fabrica pintura para la exportación. Por eso pintarrajea sus cuadros de

ESPECIALIDAD PARA DICTADORES



—¿Le hago herraduras señor?
—Nó, hombre, nó. Una de esas fundas, pero de buen acero ¿eh?

D. A. DE SANTILLAN

CÓMO NACE UNA NUEVA CASTA

El capitalismo ha creado el moderno proletariado de las ciudades con su sistema de producción, su técnica y su forzosa especulación. Es también el capitalismo el que da nacimiento a una nueva casta social que debe ser tomada ya en serio y que, por más que en los efectos de su ejercicio no constituyen más que una ramificación del gran complejo de los explotadores del trabajo, tiene sin embargo, sus características propias y es, indudablemente, más peligrosa para la difusión y la fuerza del pensamiento revolucionario que todas las demás fracciones enemigas de la libertad. Nos referimos a la casta de los *funcionarios obreros*, de los que han hecho un oficio de la administración y la dirección de las organizaciones proletarias. En un país latino es muy difícil darse una idea aproximada de la importancia y del poder de la casta de los funcionarios sindicales y de los partidos obreros. Por mucho que se haya visto, por mucho que se haya hablado de aventureros como Largo Caballero, como Morones; por mucho que se haya gritado contra la corrupción y la venalidad de los dirigentes de las sociedades ferroviarias de la Argentina, o contra cazadores de puestos rentados del camaleonismo, todo eso es agua de borrajas en comparación con lo que ocurre a diario en los países esencialmente industriales de Europa y de Estados Unidos. Los sueldos de los personajes de primera fila de la American Federation of Labor, no tienen nada que envidiar a los de un ministro del gobierno nacional argentino. Y, sin embargo, no es lo peor esa retribución principesca de los jefes obreros; el mal está en el funcionarismo mismo, que termina siempre por crearse sus derechos, adquiridos para consolidar su situación y para pasar de la categoría de servidor a la categoría de amo del proletariado.

En los países más industriales, el funcionarismo obrero constituye todo un Estado administrativo dentro del Estado político general; son millares y millares las personas que viven de la cómoda ocupación de administrar los organismos proletarios. Podrían formarse grandes ciudades en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etc., con el solo personal burocrático de las organizaciones obreras y de los partidos socialistas. Y contra esa avalancha aplastadora, contra esa casta que se forma sobre las espaldas de los que producen, en nombre de los intereses mismos del trabajo, es ya inútil e impotente nuestra voz de alarma y nuestra crítica despiadada. La casta de los burócratas obreros aparece en un cierto grado del desenvolvimiento del capitalismo; nuestro ejemplo y nuestra resistencia podrán oponer algunos obstáculos a la aparición y a la consolidación de esa casta funesta, pero no pueden impedir definitivamente que arraigue entre el proletariado. Esa constatación de la impotencia de nuestro esfuerzo ante los fenómenos inherentes a la esencia de la vida capitalista y autoritaria, puede ser bien triste, pero tenemos que reconocer que es verdadera. Nos queda sólo un recurso: luchar contra el capitalismo y su expresión política por una nueva sociedad. Los paliativos que pudiéramos condicionar por una resistencia heroica a los males cotidianos, serán siempre muy frágiles si nuestro esfuerzo no logra algún día poner un fin a la marcha triunfal de un sistema de producción y de vida que atenta a la esencia de la naturaleza humana.

Una condesa inglesa, miembro del Labour Party, Barwick, ha regalado a las Trade Uniones un magnífico palacio que cobijará una *Universidad sindical*. Hay en Inglaterra diversas instituciones obreras y privadas que se dedican a la instrucción proletaria y son algo así como Universidades populares, por ejemplo el Ruskin-Collegge, la Liga de educación obrera, el consejo nacional del Labour College, el comité de educación de las cooperativas, etc. Todas esas instituciones se esfuerzan por ampliar el radio de la instrucción y llevar a aquellos mejor dotados de la clase obrera algunas migajas de ciencia. A iniciativa de las Trade Uniones todas esas instituciones cooperarán de una manera u otra a la fundación de la Universidad sindical, sobre la base del palacio de la condesa Barwick en Easton Lodge. "Por primera vez — decía el consejo general de las Trade Uniones en *The Labour Press Service* — en la historia del movimiento sindical se ha ofrecido la posibilidad de instaurar una Universidad que pertenece enteramente a los sindicatos y es controlada por ellos, y cuyo fin exclusivo es instruir a los militantes para el servicio dentro de su organización."

El consejo de las Trade Uniones espera que pronto podrán concurrir a la nueva Universidad planeada 200 estudiantes, con su respectivo cuerpo de profesores.

He aquí algo que puede llenar de alegría a los que piensen que la revolución nos vendrá de la Universidad o de los conciliábulos doctorales. Alguien podrá palmear de júbilo y decirnos: ¡He ahí cómo se trabaja! ¡Tomad el ejemplo de los tradeunionistas ingleses! — Pero el asunto no es como para alegrarse ni palmotear las manos estúpidamente. El asunto es muy grave. No es el espíritu de la revolución el que saldrá ganando con esas instituciones culturales; es la reacción, es el privilegio, es el capitalismo, etc. Son todas las fuerzas del pasado las que pueden regocijarse. Esos 100 ó 200 estudiantes que nos entregue cada año la Universidad sindical, serán los más eficaces bomberos de la rebelión popular. Y no puede ser de otro modo. La Universidad sindical de las Trade Uniones no tiene otro objeto que fortificar la nueva casta de los funcionarios obreros, de los secretarios sindicales, de los leaders rentados. Y hay que conocer un poco el mecanismo y la extructura de los gigantescos aparatos administrativos de los grandes sindicatos de los países industriales, para saber hasta qué grado es impotente toda protesta contra ese estado de cosas. Una cosa es procurar instruirnos lo más posible para servir la causa de los trabajadores, la causa justa y la causa digna, y otra cosa es instruirnos para ascender en el escalafón de la burocracia sindical y tener más probabilidades de hacer carrera en el aparato administrativo y propagandista del moderno movimiento obrero. ¡Cuán pocos son aquellos que, poseyendo un gran caudal científico, se resignan a compartirlo, como iguales entre iguales, a los trabajadores: la inmensa mayoría explotan sus conocimientos y hacen cálculos sobre ellos, como un vulgar comerciante con sus mercancías.

La nueva Universidad sindical será un semillero más de funcionarios de las Trade Uniones y de los partidos socialistas: se propone serlo. Por eso no nos regocijamos, por eso no batimos palmas, y en cambio se nos llena el corazón de tristeza, pues vemos cómo cada día son más los obstáculos opuestos a la revolución y más fuerzas que trabajan por la consolidación del mundo actual y por la explotación progresiva y en todas las formas de la paciente masa de los productores.

¿Qué hacemos nosotros frente a todo ese mundo que remacha cadenas y rinde culto a la autoridad y a las más bajas pasiones? Somos pocos, en algunos países somos menos que un cero a la izquierda, y en aquellos donde podríamos ser algo, las vanidades de los ambiciosos, los envenenados de burguesismo y los sedientos de autoridad, cobijados por error o por malicia en nuestras filas, no hallan ocupación más digna de ellos que la de tirarnos piedras y poner obstáculos en nuestro camino. Es verdad que somos tercos, pero la ola autoritaria que invade los corazones en esta hora, no puede menos de llevar a nuestra alma un sentimiento de amargura, de pesimismo y de desaliento.

No somos enemigos de la instrucción de los trabajadores: ¿a qué se reduce toda nuestra obra, sino a llevar a la convicción de todos los que lean nuestras publicaciones un concepto más elevado de la vida? Pero queremos evitar simultáneamente que la instrucción de algunos sirva de pedestal a sus aspiraciones egoístas. Para ello nuestro sistema se basará siempre en la elevación de la mentalidad colectiva, más que en el cultivo de algunas individualidades. ¿No tiene la Editorial LA PROTESTA la significación de una verdadera Universidad proletaria? Con la diferencia a su favor que no tiende a formar una camarilla para ocupar los puestos dirigentes del movimiento, sino que se dirige a todas las buenas voluntades, a todos los que quieren ensanchar sus horizontes y fortificar sus inclinaciones y desvanecer sus dudas y enriquecer su caudal ideológico. Por desgracia, esa obra avanza lentamente y las fuerzas autoritarias se multiplican cada día más. Sin embargo es algo, es un primer paso, y un primer paso bien dado. Algún día podremos darle más amplitud, acrecentar su intensidad cultural y entonces podremos reirnos de las condesas que ceden palacios y de los organismos obreros que erigen universidades en concepto de almácigos de su futura burocracia. Con nuestra Editorial trabajaremos sólidamente para la revolución, creando, no una minoría privilegiada, sino un vasto movimiento de un elevado nivel mental. Nuestra Editorial será una Universidad abierta para todos y más pródiga en ideas y más rica en verdadera ciencia, que la Universidad sindical mejor montada. Trabajemos porque ese sueño se convierta en realidad. Sostengamos nuestras posiciones sitiadas y amenazadas por todos lados hasta que una parte de las masas hoy seducidas por la sirena de las dictaduras, vuelva los ojos a la realidad. Entonces llegará nuestra hora, pero no llegará nuestra hora jamás si desaparecemos como movimiento social y ocupa enteramente nuestro puesto un retoño del autoritarismo. ¡Hay que pasar de la pasividad mortífera al esfuerzo creador, aunque no sea más que para mantener nuestras posiciones!

---

un gauchaje carnavalesco y en tonos efectistas y chillones.

Basta. No le pidamos a un director de diario que piense ni que escriba. Sería un craso error. No obstante, causa asombro que con tan escaso bagaje intelectual se descubra impudorosamente en público.

Alguien, al referirse a Don Jorge A. Mitre, respecto al puesto ocupado por él en "La Nación", decía que era un grumete piloteando un *dreagnouth*. Para un diario burgués, tanto vale el grumete como su portero, siempre hablando del puesto directorial.

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

Las consideraciones que comenzamos hoy a publicar, se deben a la pluma de Néstor Machno, el famoso guerrillero de Ukrania, que ha escrito en su acción heroica el mejor de los programas revolucionarios. Podremos disentir en tal o cual punto de detalle y también en algunas afirmaciones y puntos de vista generales, eso no priva a este trabajo de su alto valor para juzgar el esfuerzo de ese bravo camarada. Por lo demás, hay dos maneras de armonizar: una en la discusión teórica y otra en la acción práctica. Por desgracia, en este triste período, a falta de otro campo de acción, debemos contentarnos con tratar de armonizar todo lo posible en la teoría, presintiendo, sin embargo, que si algún día llegase el momento de la acción revolucionaria, seremos más, muchos más, los que nos pondremos de acuerdo de inmediato que los que hagan rancho aparte en el culto a la disputa bizantina, a la vanidad y a la discordia. Leed, camaradas, las consideraciones que siguen, de un hombre sencillo, bueno, y siempre dispuesto a trabajar por el triunfo de sus ideas, que son también las nuestras. — Nota de Redacción.

El anarquismo es vida libre y labor creadora independiente de los hombres.

El anarquismo no es la doctrina de una teoría y el programa artificialmente creado en base a esa teoría, que hacen el intento de abarcar completamente la vida humana. El anarquismo es una doctrina de la vida en todas sus sanas formas, de la vida real, que sobrepasa todas las formas artificiales, una vida que, en último resultado, no se deja comprimir en esas formas.

La fisonomía político-social del anarquismo, es una sociedad libre, sin gobierno, de libertad, de igualdad y de solidaridad en la vida de sus miembros.

El fundamento del anarquismo está en la responsabilidad libre del hombre, que es idéntica en todos y en todos los tiempos, — es decir una responsabilidad que significa por sí misma el aseguramiento de la libertad y de la justicia social siempre en la misma medida para todos y para cada uno de los seres humanos.

De ahí nace el comunismo.

El anarquismo será integrado por la naturaleza de los hombres en la vida humana. El comunismo por el desenvolvimiento lógico del anarquismo.

De ahí resulta la necesidad de formular teóricamente, por medio del análisis científico y del material efectivo, los postulados fundamentales del anarquismo, una necesidad que condujo a unos, — es decir, los enemigos de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la vida de los miembros de la sociedad humana — al sofocamiento de la naturaleza del anarquismo y a una calumnia de ese gran ideal, pero que condujo a los combatientes por el derecho de cada uno a una existencia humana, a un múltiple desenvolvimiento y a un esclarecimiento de ese ideal humano general.

Godwin, Proudhon, Bakunin, Most, Kropotkin, Malatesta, S. Faure y muchos otros en este camino, según me parece, no han creído de ningún modo ni creen poder uncir el anarquismo, por el desenvolvimiento teórico que le dieron, a los cuadros de dogmas científicos inconmovibles.

El dogma científico del anarquismo es la aspiración a demostrar su naturalidad en la naturaleza humana, la naturalidad que no suprime el hombre en su propio interior, en todos los tiempos y en todas sus conquistas creadoras.

Lo inconmovible en el anarquismo científico es su esencia natural, expresada en sus rasgos fundamentales en la negación de todas las cadenas, de toda esclavitud humana.

En lugar de las cadenas y de la esclavitud que dominan la vida del hombre y que el socialismo autoritario no destruye, siembra el anarquismo la libertad y el derecho ilimitado de los hombres a la libertad.

Como anarquista revolucionario habiendo participado en las actividades prácticas del pueblo revolucionario de Ukrania, un pueblo que sintió instintivamente las demandas vivientes de las ideas anarquistas, y que expresó ese sentimiento en sus actos, un pueblo que ha hecho sacrificios incontables en esa dura ruta, y que sin embargo no cesó nunca de hablar de su libertad, y de la libertad y de la ausencia de gobierno de su vida social, — he tomado sobre mí, perseverante e inconmoviblemente, todas las cargas de esa ruta, junto con él. Como yo era débil y no tenía la fuerza para abarcar y for-

...todo a tiempo en esa ruta, he dado traspiés a menudo; pero como comprendí justamente el objetivo final a que yo mismo aspiraba y hacia el cual llamé a los hermanos que me rodeaban, vi en la vida el influjo natural del anarquismo sobre las masas en su lucha por la libertad y la independencia del hombre. Sobre la base de la experiencia de la lucha práctica puedo confirmar que el anarquismo es tan revolucionario y tan multiforme y poderoso en sus formas de aparición, como la vida creadora del hombre. Aunque sólo descubra en tí una sola chispa de solidaridad espiritual con el destino de un anarquista revolucionario, te llamaré siempre al combate por el ideal del anarquismo, hermano esclavizado.

Unicamente si luchas y afirmas en la vida el ideal de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la familia humana, en la humanidad, comprenderás el anarquismo.

El anarquismo ha surgido así de la naturaleza del hombre. El comunismo — por el desenvolvimiento del anarquismo.

En consecuencia, el anarquismo es un fruto natural en el hombre. Al libertar el anarquismo al hombre de la esclavitud psicológica que ha sido artificilmente inyectada en él, hace de él un combatiente consciente contra toda esclavitud.

Tanto por este como por otros conceptos, el anarquismo es revolucionario.

Cuanto más consciente es el hombre, cuanto más hondamente penetra en sí mismo en el dominio del pensamiento y reconoce como una infamia la servidumbre que se le ha impuesto, tanto más revolucionario se expresará en él el espíritu anárquico de la voluntad, del pensamiento, y también de la acción en relación con ese pensamiento.

Esto se refiere a todo individuo — al hombre y a la mujer — aunque no hayan oído jamás una palabra de anarquismo. La naturaleza humana es anárquica; se resiste a todo lo que la restringe.

Esa esencia de la naturaleza del hombre se expresa, según mi manera de ver, con el término "anarquismo".

El anarquismo desempeña ya, como ideal de la vida humana, una misión notable en la evolución de la vida del hombre. Tanto los opresores como los oprimidos, comienzan paulatinamente a observar ese hecho; unos — es decir los primeros —, tienden a desfigurar con todos los medios imaginables, sin retroceder ante ninguno, ese ideal; pero los otros — los últimamente nombrados — tienden a comprenderlo más claramente y a desenvolverlo más.

La civilización de esta sociedad, ha contribuido considerablemente a que el ideal del anarquismo sea cada vez más sensible, tanto para el amo como para el esclavo de la sociedad actual. Esta civilización no ha podido realizar sus fines en ese tenebroso destino de su misión, (ha intentado adormecer y apagar la protesta de la naturaleza humana contra la propia ignominia).

En su circulación no ha podido aniquilar los espíritus independientes de la ciencia, — que descubrieron al hombre su descendencia, le probaron la inexistencia de Dios (al que apelaron, como al creador de los hombres, aquellos que instauraron los dioses terrestres correspondientes), etc. Con la demostración de esas verdades cayó, claro está, fácil e ineludiblemente, la artificiosidad de los "divinamente" ungidos en la tierra, demostrando las vergonzosas relaciones creadas por ellos entre los hombres.

Todos estos fenómenos han contribuido en una medida importante al desenvolvimiento del anarquismo consciente. Ciertamente, con la evolución del anarquismo, se han creado también nuevas ideas: el liberalismo y el llamado socialismo "científico" de Estado, y además el comunismo. Pero esas doctrinas se demostraron, no obstante su poderosa influencia en la psicología de la sociedad actual, o al menos sobre una gran parte de esa sociedad, artificiales, y no se desarrollaron en su camino hasta el fin; esas doctrinas, repetimos, se demostraron en un plano inclinado y tendientes a formas de vida anacrónicas.

El hombre libre, — que se ha reconocido a sí mismo y reconoció a sus semejantes en su ambiente, — ha enterrado, junto con la violencia brutal y el engaño que se le impusieron, junto con la servidumbre repulsiva y la baja esclavitud de lo viejo, todo el pasado que avergüenza al espíritu humano.

En la masa, el hombre se ha libertado ya un poco de la atmósfera de la mentira y de la villanía a que ha sido esclavizado desde su nacimiento, por los dioses terrestres con ayuda de la fuerza brutal de las bayonetas, del dinero y de la jurisprudencia, por una parte, y de la ciencia hipócrita, por otra.

Al libertarse el hombre de esa ignominia, se reconoce a sí mismo; pero una vez que el hombre se ha reconocido, se abre ante sí el mapa de su vida, en donde percibe en primera línea su existencia pasada, repulsivamente rastrera, infame, esclavizada, una vida que, como está ligada a cuadros artificiales, ahoga en él, en un cuadro servil, todo lo puro, lo luminoso, lo inmaculado con que ha venido al mundo; una vida que lo transforma al mismo tiempo en un burro de carga, en un esclavo, por lo que se refiere a unos, y en un señor, por lo que se refiere a otros, pero en un señor estúpido, en un loco que rompe y pisotea todo lo que hay de más noble en los hombres, que rompe y pisotea también eso mismo en sí y en los demás, y hace todo eso por orden de otros. Y aquí despierta por fin en el hombre la libertad de su verdadera naturaleza, que no depende de nadie, que arroja de sí todo lo artificial, todo lo que perturba la maravillosa hermosura y la pureza de su naturaleza, que se revela y se desarrolla en la creación independiente.

Aquí tan sólo vuelve el hombre a sí mismo y pronuncia el fallo de muerte de su pasado, rompiendo con él toda la solidaridad psicológica en que se fundó su vida injusta, heredada de sus predecesores, pero en particular desarrollada por él mismo, artificialmente, por lo afirmado por los sacerdotes de la ciencia, tanto en el aspecto social como en el individual.

De ese modo se mueve el hombre, — antes de generación en generación, ahora de año en año —, en el proceso de su evolución hacia un elevado fin moral: no ser uno mismo sacerdote, ni proclamador del poder sobre otros seres, ni soportar que esos ídolos lleguen por él a la dominación.

El hombre libre, libre de dioses terrestres y "celestes" y de todas sus prescripciones, libre de las supuestas leyes "morales" que resultan de esas prescripciones, levanta su voz, tanto en la palabra como en la acción, contra la esclavización de los hombres y la deformación de su naturaleza, cuya esencia consiste siempre invariablemente en la aspiración a la independencia y a la libertad, en la aspiración al perfeccionamiento.

Ese hombre rebelde, que ha vuelto a sí mismo, y que ahora ve con los ojos abiertos — ese hombre que puede ver con su espíritu en su corazón las ignominias humanas; ese hombre — el anarquista revolucionario, ese ser solidario, libre, que tiene sed de libertad, de abundancia y de perfección en la vida para sí y para sus semejantes, que pisotea la servidumbre y el idiotismo social madurados históricamente en la rapiña y en el empleo de la violencia, — ese hombre, impulsado por su honda fé y por su abnegación en la ruta trazada, crea grupos de hombres libres, soldados por la idea de su objetivo final y por la acción para la consecución de ese fin. Tales grupos se fortificarán idealmente en su desenvolvimiento y se ensancharán desde el punto de vista de la organización, manteniendo una línea de conducta verdaderamente comunista en todas las conquistas creadoras en ese grande y difícil camino.

Los hombres que pertenecen a esos grupos, se libertan de la tutela imbécil y, en la mayoría de los casos, criminal, de otro hombre sobre ellos, en tanto que el individuo llega a sí mismo en esos grupos como personalidad propia, es decir, llega a ser un hombre que condena el lacayismo ante otros seres. Ese hombre ordinario, que abandona el arado o vuelve de la fábrica, o viene del banco universitario o del gabinete del sabio, reconoce que el ser lacayo ante otros hombres, el llevar diariamente sobre las espaldas la carga del esclavo, del desheredado, es indigno. El que es obrero debe crear como hombre libre, el sabio no debe convertirse en un funcionario ni vender toda su sabiduría por dinero, pues el lacayo no es el ideal de la vida humana.

En tanto que el hombre se acerca a la verdadera personalidad, desechará de sí aquellas ideas imaginarias, las ideas que pisotean los derechos de la personalidad; las ideas de que viven forzosamente el amo y el siervo de la sociedad actual. En tanto que el hombre pone en primer término los elementos puros y luminosos de su libertad, por medio de los cuales habrá de nacer una sociedad nueva, libre y humana, se convertirá en un anarquista revolucionario y comunista consciente.

De ese modo será conquistado el anarquismo como un ideal de vida del hombre, inconscientemente por éste, es decir, el hombre libre lo concibe como es en realidad: profundo, puro y claro en el sentido humano, en armonía siempre con la vida libre, con la creación del hombre, con la naturaleza humana misma, con el ideal social aceptado libremente para su propia dicha y la de los demás.

(Continuará)

LO QUE ES EL FASCISMO

En el *National Liberal Club*, el profeso Cayetano Salvemini pronunció una extensa conferencia, *Che cosa é il fascismo*, que fué un proceso inteligente, sin encono, pero hondo en sus miras al régimen que humilla a Italia frente a quienes creen que los bienes morales deben salvarse por encima de todo.

Se explican las causas del nacimiento del fascismo y cómo, sin los procedimientos terroristas y mazorqueros, de destruirlo todo a sangre y fuego, la Italia burguesa de la casa Saboya se hubiese salvado de la revolución comunista, que fué siempre un mito. La baja cobardía de la burguesía tiburonesca de postguerra ha sido la más culpable de todo el martirio sufrido por el pueblo proletario italiano.

En la imposibilidad de dar una traducción íntegra de este documento de severidad y serenidad extraordinaria, reproducimos algunos pasajes llamativos.

Los trenes llegan a horario.

Ante estas tragedias morales, nosotros, que nos esforzamos en mantener vivo el sentido de dignidad humana en nuestro pueblo, nos quedamos mortificados cuando algún forastero nos dice tranquilamente:

—Pero los trenes llegan a horario.

Este señor no se pregunta, si bajo el régimen fascista la justicia llega a horario; si la libertad llega a horario, si la dignidad humana llega a horario.

También la seguridad de la justicia, también la garantía de la libertad, también el respeto por la dignidad humana, son servicios públicos en los países civiles. El forastero que sólo se cuida de los trenes, y no de los otros servicios públicos del régimen fascista, juzgará quizás que el pueblo italiano se ha degradado tanto de no merecer un buen funcionamiento de los servicios públicos de carácter moral? ¿O es que él se ha degradado al punto de solamente apreciar los servicios públicos de carácter material?

A nadie le es lícito permanecer alejado.

A nadie se le permite retirarse inobservado e independiente en su pequeño rincón, todos deben adherirse al régimen, formal o explícitamente. Aquellos que no poseen opiniones políticas o conciencia moral, pueden hacer acto de adhesión sin dificultad alguna, prestos a cambiar de fé apenas muden las circunstancias. Pero quien tiene sus convicciones, que posee un pasado político, se encuentra en una situación espantosa. Deberá traicionar la propia fé o avenirse a ser arruinado.

Quien no tiene hijos, quien no se halla ligado con vínculos indisolubles a la tierra, podrá encontrar trabajo en el exterior, emigra y comienza su vida. Pero pocos pueden afrontar lo ignoto. Los más se hallan atados a la tierra. Piensan que no es el caso de continuar una resistencia que antes o después será rota; una madre, una esposa, esperan en silencio la decisión. Hacen un primer acto apenas perceptible de aquiescencia. Puestos en el camino, no pueden detenerse más. Millares y millares de conciencias son violadas de esta manera.

Hay gente que se deslumbra.

Existe gente que deslumbrada por el triunfo del fascismo, augura una propia dictadura para su país. Se sienten incapaces de resolver con sus fuerzas, bajo el régimen de libertad, ciertos problemas que parecen insolubles; pierden toda fe en la libertad, y esperan ser salvados por un dictador, como el enfermo busca un remedio a su dolencia en los estupefacientes. Esta gente carece sobre todo de imaginación. Juega con la palabra dictadura, sin darse bien cuenta de la realidad concreta, escondida en esa palabra. Mudarían de parecer si comprendieran cual precio de humillación debe pagar un pueblo que deja destruir sus libertades.

Cuando ustedes dicen que en Italia no existe más libertad de prensa, ustedes emiten una breve proposición de nueve breves o más letras; y luego pasan a conversar de otras cosas. Ustedes *ven* más bien los inconvenientes de la prensa libre, y se sienten disgustados. Quizás consideren a los diarios como un flagelo de la civilización moderna, y piensan que no sería nada de extraño que ciertos periodistas llevasen un bozal.

¡Pero cuanto mayores, infinitamente mayores son las desventajas de una prensa amordazada y suprimida, o monopolizada por el gobierno!

Nosotros, italianos, sabemos de qué sabor es esta experiencia. Sin prensa libre uno se convierte en ciego, sordo y mudo. Nada sabe, ni nada puede pensar. También el pueblo italiano aprenderá. La primera impresión que produce un régimen semejante es una sensación de estupor, de humillación y de intenso desaliento. De un momento a otro, cesa toda actividad política. Los partidos son anulados. Las conversaciones espiadas, ¿de qué conversar? Es el retorno a la vida del clan. Es una especie de noche perpetua, donde erran los espíritus vacíos de ideas.

La libertad es como el aire. La libertad es como la luz. Hasta que gozamos, poco o mucho de ella, no nos preocupa. Sólo cuando se comienza a perderla, es que advertimos que no podemos vivir sin ella. La libertad es necesaria a nuestro desarrollo moral, como el aire y la luz lo son al desarrollo físico.

GAETANO SALVEMINI



FELIX CASORATI

Durante cuatro años, desde el 14 hasta el 18, las más poderosas y monstruosas máquinas de guerra han revuelto la tierra, el aire y el agua. Todas las energías y todos los espíritus de los hombres se hallaban en vigilante tensión hacia aquella obra de destrucción. Nada era sagrado ni nada podía ser digno de vivir. Las casas eran violentadas, las iglesias derribadas, y el mismo hombre convertido en blanco del tiro de la artillería. Recuerdo haber visto en el Piave, en Caposile, los soldados intentando destruir en una villa afrescos del buen siglo veneciano, para utilizar las tablas y las bigas en la construcción de un barracón. Nada podía decir: a la mañana siguiente el cañon habría hecho todo aquello añicos y polvo. El arte también tuvo que combatir y padecer la guerra. Y también los artistas.



FELIX CASORATI — "Retrato"

Creo que la guerra influyó sobre el arte de estos diez años, más de lo que se ha podido notar.

Combatientes o no combatientes, pueblos beligerantes o neutrales, asistieron o colaboraron a la orgiástica, frenética obra de destrucción. ¡Pensad si es posible que el artista hubiese podido permanecer ileso, ausente y exento! Cuando el pintor volvió a tomar en su mano el pincel para representar la imagen del mundo, debió reproducir una serie de convulsiones y escombros. Hemos presenciado así el desarrollo victorioso de las teorías cubistas en Francia, futuristas en Italia, expresionistas en Alemania: las tres, todas, tienden, aunque de diferentes modos, a la descomposición del objeto sensible, al aniquilamiento de la criatura.

Se fué todavía más allá. Se ha intentado proclamar un arte absoluto, *sin objeto*, una pintura negativa, cuales fueron la metafísica y la alquimia.

Estuvieron de moda las impresionantes máscaras polinesias y las esculturas negras; se buscó una paternidad y un apoyo en la plástica terrible de la época románica, en la espasmódica escultura gótica. Al horror de la civilización se añadió la tortura del arte salvaje.

También Italia hubo de sufrir estas crisis; pero en la ley y en los ejemplos que le venían de tras los Alpes, fué élla la primera en detenerse en la loca carrera hacia el caos, hacia la nada.

Pudo oponer a la descompuesta manía de lo *nuevo*, su innato, su indestructible instinto de orden e intrínseco clasicismo. El artista italiano es necesariamente un clásico: no puede hacer a menos del objeto sensible, de una plácida relación de aquél a la forma. En toda la historia de la pintura italiana no existe un monstruo, una mueca que verdaderamente incuta terror: porque lo atormentado, lo lúgubre, lo quimérico, el desorden es la antípoda de la concepción que los latinos poseen de la vida y del arte.

Guillermo Hansenstein, uno de los críticos más audaces y más brillantes, intenta definir las contemporáneas tendencias del arte europeo, dictando la ley suprema: "El arte es verdadero y auténtico cuando es la función substanciada de materia, de objeto.

La medida de la objetividad substancial será la medida evidente del arte."

La posición de Félix Casorati en el arte italiano de estos tiempos es clara y definitiva. Si hay un artista, entre los de la última aventura, que se halla convencido de encontrarse en el recto y único sendero a seguirse, que jamás titubeó ni se desvió, fué precisamente él. Desde su primera obra, desde la naturaleza muerta, desde el cuadro "Las Viejas" hasta el retrato de René Gualino, se notará la característica, de las sucesivas transformaciones de sus medios, pero se deberá reconocer que es único el temperamento.

Desde los 25 años, su rudo y tenaz cerebro de piamontés se halla en continuo trabajo para resolver el complejo problema de crearse un estilo, una personalidad que al ser completamente moderna, introduzca profundamente sus raíces en la milenaria tradición de la raza.

Decididamente anti-impresionista, aun en aquellos tiempos en que se difundía y se anegaba a Italia de las fáciles teorías traídas de tras los Alpes, impuso a su vena de artista los cepos de un programa de estudio severo, que luego prosiguió durante todo el curso de su existencia artística. El objeto, o el sujeto, posee para él un valor esencialísimo; tiene contornos sólidos, definidos, sintiendo naturalmente como lo sentían los clásicos. Preocupado por la composición, a fin de realizar con máxima evidencia los volúmenes y la profundidad, surgió la tortura entre el concepto y la forma. Especialmente las primeras obras son, más que todo, antes que pinturas, arquitecturas; y puedo saber que él mismo se complacía en esa definición.

Se cuenta de un maestro del tiempo antiguo, que sometía sus telas y las de los otros a un temible y curiso experimento: para examinarlas y descubrir los defectos, les daba vuelta en todo sentido, colocándolas de lado y poniéndolas cabeza para abajo. Si el equilibrio de los colores, de las masas y de las líneas no se rompía; si la composición, aunque dada vuelta, subsistía, juzgaba que la obra poseía la calidad esencial de una buena pintura.

No quisiera que con Casorati se hiciera lo mismo, ni creo que tampoco lo haya hecho, pero su pintura resistiría a la prueba.

Ni la crítica ni el público lo amaron. Le acusaron de ser cerebral, e indudablemente las férreas leyes de la disciplina esterilizaron su inspiración. Dijeron que la factura era fría, leñosa, y en realidad se siente el esfuerzo de abandonarse a la sensual alegría de pintar. Se afirmó, además, que su estilo era árido y rebuscado, y en verdad sus primeras obras se caracterizan por la búsqueda de las particulares simetrías de elementos mecánicos o geométricos.

Más que el pintor humano era el estudioso; pero el deseo de definir una certidumbre, la necesidad de adquirir una técnica segura, la exigencia de determinar un estilo, le mantuvieron firme a lo largo del camino que se había trazado, indicándole la pintura como un terrible fin, y no todavía como un medio para expresarse.



FELIX CASORATI — "Retrato doble"

De año en año, de trabajo en trabajo, su personalidad ha ido afirmándose, en tanto que la materia se purifica, se esclarece, y ya ha desaparecido la fatiga, de la construcción.

Y hoy, que él posee las cualidades de técnica y de sabiduría, que pueden reconocerse en los lejanos maestros de nuestra pintura, sabe también que podrá dar libre desahogo en los límites severos de su concepción pictórica, a los impulsos de su alma, a los sentidos, a la emoción.

De este modo completa su figura, ya comienza, no solamente a interesar, sino a ser querida. Hoy son muchos los que lo aceptan y lo aprecian, sin reticencias, en las obras que exhibe y lo que él declara.

S. PIANTANIDA

FRANCISCO DE GRANADA

AÑO DE GUERRA

"Cantando pasan los quintos,
y cantando marcharán,
si regresan es seguro
que cantando no vendrán"

Llovió mucho y fuerte,
hasta hacerse más blanda que sopa la tierra,
la mustiés sequerosa del campo,
verdeó en promesa,
y los labradores,
que antes no querían
ni arar los rastrojos,
uncieron sus yuntas; la reja
se limpió de herrambre, abriendo los surcos
y brilló volteando la tierra.

Principiaron a sembrarse los campos;
ya no había pesares, ya no había tristezas;
cantaban los mozos coplas amorosas,
gozosas reían las mozuelas;
las calandrias en los olivares
trinaban sin tino, locas de contentas;
todo sonreía celebrando el año
que en bien de los pobres Cristo corrigiera.
Por lo que decían los viejos —¡Qué cambio de tiempo!
—¡Dis está allá arriba! — proferían las viejas
—¡Qué año más hermoso! — exclamaban todos.
—¡Completo sería, si no hubiera guerras!

De aquel pueblecito,
un montón de casas al pié de la sierra,
solían llevar siempre
mozos al servicio: mozos a la guerra;
algunos volvían, más no regresaban
tan puros e ingenuos como antes lo eran;
hablaban de muertes, decían de enemigos;
hombres que siguiendo un trapo cualquiera,
conquistaban lauros a fuerza de sangre
y creaban fronteras;
palabras extrañas que allí se escuchaban,
como sanguinarios aullidos de fieras.

¡Qué año más hermoso fué ese año, Dios mío,
para la cosecha!
¡Y qué dolor trajo para el pueblecito,
la maldita guerra!...

Reclamó la patria toda la mozada;
en ciudades, pueblos, villorrios y aldeas,
juntaban los hombres, el juez y el alcalde,
como a las ovejas.
¡Qué cuadro más triste ofrecían los mozos,
que días antes fueran
la alegría del campo por su trajineo
en dulces faenas;
¡ya dejar el campo, dejar el trabajo
para ir a la guerra!...
Algunos lloraban,
otros, los más fuertes, cantaban sus penas,
los de más coraje protestaban todos,
preguntando el por qué de la guerra.

. . . .
. . . .
. . . .

Con dolor los viejos, recuerdan el año.
No se levantó; se perdió en la tierra
la cosecha grande. ¡Murieron los mozos!
¡Si no hubiera habido...! ¡Maldita la guerra!

CHARLES LOUIS PHILIPPE

EL PAN

Fué un día del mes de Agosto, cuando ella se levantó de la silla sin que nada hubiese anunciado de antemano que iba a decidirse. Se levantó sin vacilar; cogió una cesta grande. El niño estaba a su lado, y ella le dijo:

—Vamos, Carlos, ven conmigo.

Cerró cuidadosamente la puerta; quedó en la calle. El niño la miraba con sorpresa; quizá ella temiera sus preguntas. Entonces le dijo con voz de mando:

—¡Vamos!

En seguida, caminó; su vida comenzaba.

Tomó por el camino real; andaba ya con ese paso igual y algo lento de los que desde largo tiempo frecuentan las grandes rutas. Llevaba la cesta en el brazo izquierdo. Se inclinaba a la derecha para hacer contrapeso; bajaba la cabeza y se acordaba de esas mendigas que, sabiendo que nada les pertenece de cuanto ven por los caminos, pierden las ganas de mirar lo que hay en torno. El niño era aún muy joven. Caminaba como las [illegible], junto a su madre, alargando el paso, corriendo, retozando, deteniéndose algunas veces. Miraba a su madre por delante, de soslayo, por detrás, dando vueltas. Acabó por cansarse de aquel juego y le dijo:

—¿Adónde vamos, madre?

A buen seguro que no iba ella muy [illegible]. Le contestó con sequedad:

—No me fastidies, ya verás.

Algo más lejos volvió a la izquierda y tomó por una vereda que al punto sedujo al niño por sus escabrosidades, por sus [illegible], y por algunas encinas que, plantadas en los bordes de los campos, daban una grata sombra que iba corriendo [illegible]. De encina en encina, fué por el [illegible]. El cielo estaba puro, el sol ca[illegible]. De encina en encina refrigerábase; la sombra tenía el sabor de un vaso de agua. Los pájaros hacían como él, y cuando se encaramaban entre hojas, celebraban en su lenguaje la victoria que acababan de ganar contra el sol ávido. Vió uno que, con la cabeza erguida balanceaba la cola, y parecía presa de tan grande alegría, que al mirarlo entraban ganas de volverse, como él, un pajarillo. Habló a su madre, quiso enseñárselo, y preguntó:

—¿No es a ese pájaro que llaman ruiseñor?

Ella ni aún lo miró y contestó en seguida:

—No lo sé.

Sólo al estar algo más lejos pareció menos ensimismada. A fuerza de andar por los caminos, llegaron junto a una casa. Entonces ella sintió la necesidad de armarse de valor, y para ver si era capaz de hacerlo, como el chico no dijera nada, empezó a hablar de esta manera:

—Mira: llegamos a la alquería del Coto [illegible]. Vamos a casa de la tía Renón.

La tía Renón, que estaba en el patio dando de comer a las gallinas y demás [illegible], viólos llegar con sorpresa; aun no [illegible] nada. En seguida, les gritó:

—¡[illegible]! ¿Es usted Solange? ¿Y viene con este buen mozo?

Solange comenzó sin preámbulos:

—No me queda más remedio, tía Renón; [illegible] ha sido preciso que me decidiera [illegible] a ver.

La tía Renón era una campesina de [illegible] voluminoso, senos abultados y [illegible]. Había tenido hijos, había amamantado, había puesto mano [illegible] quehaceres. Pero ahora era anciana; su puesto no era ya el de antes; no iba a los campos, quedábase en la casa, [illegible] la Tía. Daba de comer a las [illegible], daba de comer a los puercos, daba de comer a las gallinas. Ordeñaba las vacas, preparaba la comida para los mozos.

—Mire Vd., Solange, le hace falta así [illegible]. Si hubiese venido algo más tarde habría encontrado peras. De todos modos ¡tome usted este queso! Aquí tiene unos cuantos huevos, pero que no lo vean los mozos. Vuelva Vd., por aquí en el tiempo de las castañas, habrá [illegible] y nueces. [illegible] ¡Ah, si quiere usted [illegible] hacia las cuatro y media, iré a ordeñar las vacas. ¿No querrías tú, chiquillo, un trago de leche?

Solange contestaba:

—No, tía Renón; nos ha dado usted lo que hacía falta, y ahora nos toca irnos.

Y en el umbral de la puerta recapituló todos los motivos que la impulsaron a venir:

—Ya lo ve usted, lo he probado todo. He tratado de buscar trabajo, pero ¿cómo quiere usted que encuentre? Bien lo tengo ya. Luego traté de comer menos, pero me caía de flaqueza. Además cuando una se ha pasado todo el día llorando, yo le aseguro a usted que por la noche tiene ganas de comer! ¡En fin, a la mano de Dios! Mire usted, voy en busca del pan.

Ella buscaba el pan. Es un empleo duro. Cuando lo lograba, se daba cuenta de que en la vida hay cosas que importan tanto como el pan.

No la recibían mal en las alquerías, sin embargo. Los perros ladraban, pero no se le echaban encima. Las mujeres, al verla venir, abrían la puerta y gritaban al perro:

—¡Cállate, so animal!

Luego decían:

—¿Y qué me tocaría hacer a mí, pobre Solange, a mí, que tengo dos chicos, si llegara a perder a mi hombre? También tendría que buscarme el pan.

Además, aunque fuera bien recibida, nunca estaba segura. Un antojo, un capricho cualquiera, o que por una vez hubiese dado las gracias con menos fervor que de costumbre, habrían bastado para ofender a las gentes, pues quienes hacen el bien quieren que los demás lo noten. No habrían tenido miramientos para decirle:

—No puedo darle a usted nada. El pan que tengo lo necesito para mí.

Después de todo, el pan que recibía no le causaba gusto alguno. Lo ponía en la mesa, lo dejaba un buen rato; sentíase algo triste, sentíase algo avergonzada, se decía:

—Seguramente es bueno este pan, pero no tengo ánimos para comerlo. Dábanle pedazos grandes. Algunas veces cachos de pan dorado, sin salvado ni centeno, hecho de harina sola. Bastaba tener saliva. El pan se deshacía en la boca; el pan se comía sin sentirlo.

El niño era dichoso. No se daba cuenta aún, acababa de descubrir que se puede comer algo bueno. A veces, sin motivo, sólo por gusto, exclamaba:

—Mamá, tengo hambre.

Ella le cortaba grandes rebanadas. El echaba a andar por la casa para comérselas paseando. Luego se ponía a cantar. A ella no le gustaba esto. Le decía:

—No debes estar contento, hijito, es el pan que hemos mendigado...

(Del libro póstumo "Charles Blanchard").

***

Goethe y su concepción teogónica

"Es natural al hombre — decía Goethe— considerarse como el fin de la creación y no dar valor a las demás cosas más que en relación consigo mismo y en cuanto le sirven y aprovechan. Se apodera del mundo vegetal y animal, y cuando ingiere otras criaturas, como alimentación adecuada, se muestra reconocido a su Dios y alaba su bondad, que tan paternalmente cuida de él. A la vaca le toma la leche; la miel a la abeja; a la oveja la lana, y porque da a estas cosas un fin útil para sí, cree que han sido creadas para eso. No puede pensar que ni aun la más mínima hierba no ha sido hecha para él, y si actualmente no ha reconocido su utilidad, espera que en lo futuro le descubrirá alguna.

"Y pensando así en lo general, piensa del mismo modo en lo particular; lleva a la ciencia su idea de la vida corriente, y pregunta el fin y la utilidad de cada una de las partes de los seres orgánicos.

"Esto puede pasar durante algún tiempo, y durante algún tiempo la ciencia puede satisfacerse así; pero pronto se encontrará con manifestaciones que no pueden explicarse con un punto de vista tan mezquino y en las cuales necesita el apoyo de una concepción más elevada para no perderse en un cúmulo de inextricables contradicciones.

"Estos maestros utilitarios dicen: el buey tiene cuernos para defenderse. Pero ahora pregunto yo: ¿Por qué no los tienen las ovejas? y si los tienen, ¿por qué los tienen tan retorcidos que no les sirven para nada?

"La cosa cambia de aspecto si digo: el buey se defiende con los cuernos porque los tiene.

"La cuestión del fin, la cuestión del *para qué*, no es científica. Mucho más fecunda es la cuestión del *cómo*. Pues si pregunto: ¿Cómo tiene cuernos el buey?, esta pregunta me conduce al estudio de su organización y me enseña en seguida por qué el león no tiene cuernos ni puede tenerlos.

"Así el hombre tiene en su cráneo dos partes vacías, huecas. La cuestión del *para qué* no nos serviría de gran cosa en este punto, mientras que la cuestión del *cómo* me enseña que estos huecos son restos del cráneo animal, que en las organizaciones inferiores son muy grandes y que el hombre, a pesar de su elevado nivel, no los ha perdido del todo.

"Los profesores utilitarios creerían haber perdido a su Dios si no pudiesen adorar a aquel que ha dado cuernos a los bueyes para que se defiendan. Pero a mí permítaseme adorar al que fué tan grande en la riqueza de sus criaturas, que, después de haber hecho miles de plantas diversas, hizo una en que todas las demás estaban contenidas, y después de haber creado miles de animales diversos, creó un ser que los compendia a todos: el hombre.

"Venere quien quiera a aquel que les da alimentos a los animales y a los hombres toda la comida y bebida que pueden necesitar. Yo adoro al que ha puesto en el mundo tal fuerza productiva que basta la millonésima parte de ella para que hormiguee la tierra de criaturas, de modo que ni guerra, ni peste, ni agua, ni fuego puedan nada contra su fecundidad. Ese es mi Dios."

GOETHE

1836.

(*Conversaciones con Goethe*, S. P. Eckermann).

LOS MEDICOS

... Los médicos han estudiado y conocen muchas enfermedades; pero para curar un enfermo, hay que examinarlo con el instinto que da una gran bondad. En los hospitales, los cirujanos internos, viejos y jóvenes, practican la ciencia de las escuelas; sin embargo mueren muchos hombres, y es porque no se les sabe cuidar con amor. La bondad es más fuerte que la ciencia humana. Sería preciso que la medicina fuera un sacerdocio, y que los médicos profesaran su oficio como quien cumple un sagrado deber. Haría falta que cada día el médico, lejos de los placeres del mundo, penetrara dentro de su pensamiento y de su corazón para recogerse y fortificarse.

El cerebro es suficiente para conocer las enfermedades: pero un cerebro aunado con un gran corazón, ¡ésto es lo que hace los milagros! Se adivina lo que se había comprendido y el amor, sobrepujando a las ideas, guía en todos los dédalos. Isaac Newton descubrió la gravitación, no porque fuera un sabio, sino porque tenía alma de poeta.

Los médicos que recorren los campos, con su sangre espesa y sus ideas serenas, entran en las casas y miran las enfermedades como un ingeniero contempla un terraplén que hay que desmoronar. Los hombres son, para ellos, simple materia donde ejercer su oficio, y la medicina es una ciencia que no se puede aplicar a los hombres como la que se aplica a las piedras.

CHARLES-LOUIS PHILIPPE

"La Madre y el Niño"

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

II

Mientras que en la ciudad medioeval prevalecía el "salario justo", en el sistema capitalista la valorización de la fuerza de trabajo está sometida a las mismas leyes que todo otro artículo, con la diferencia que el valor de los artículos consiste en los gastos de producción, de material y de cambio, pero el valor de la fuerza de trabajo, corresponde a la suma de los gastos necesarios para su conservación.

¿Qué hay que comprender por "conservación de la fuerza de trabajo?" Ese término quiere decir más que la suma de las meras necesidades materiales de la vida del obrero individual. Incluye también los gastos para la suplantación correspondiente por las generaciones nuevas. El obrero debe poder mantener también a su mujer y a sus hijos. Además están involucrados en él los gastos de aprendizaje de los obreros de oficio, el costo de los estudios para los obreros intelectuales y demás. Toda modificación en el costo de uno o de todos estos componentes lleva, pues, también a una modificación del precio de la fuerza de trabajo.

Tampoco las "necesidades materiales de la vida" son cantidades fijas y permanentes. Pueden mostrar en diversas regiones grandes diferencias y modificarse también en períodos mayores o menores en una misma localidad. Nos referimos aquí en especial a las oscilaciones de los hábitos de vida y de las necesidades vitales.

Es significativo que el capitalista, que —lo expresa ocasionalmente con franqueza y lo demuestra diariamente al paralizar una importante función económica, cuando no es rentable para él — es el único a quien guía la aspiración de la ganan-

cia, intenta siempre, incansablemente, modificar de tal modo las condiciones mencionadas, que el precio del trabajo baja sin que, como sería por ejemplo el caso de una redución de los precios de los artículos, obtenga de ello una ganancia. La aspiración de los capitalistas está dirigida, después, especialmente a rebajar el nivel de vida del obrero y aquí se le ofrecen los medios más diversos, de los cuales muchos han sido aplicados en tal proporción, que han llevado parcialmente a la formación de ramas especiales de la industria. Un gran rol es jugado aquí por la falsificación de los alimentos, que ha llegado, por los progresos de la ciencia química, a su prosperidad culminante y a lo cual estamos ya tan habituados que apenas las advertimos. También la vivienda pertenece a esos empeoramientos del nivel de vida de la clase obrera. Hasta la aparición de la industria era algo completamente desconocido ese amontonamiento de masas humanas. En general, todas las condiciones de nuestra vida están expuestas a continuos empeoramientos. No tenemos más que referirnos a la uniformación de la habitación y de la indumentaria. Todo se ve desde el punto de vista de la produción en gran escala y mecánica.

En el mismo sentido obra también la suplantación del trabajador de oficio. El empleo en grandes proporciones de esos medios de reducción que hacen las industrias norteamericanas, ha sido indicado ya. Con ello se libra el capitalismo del pago de un premio para los conocimientos profesionales y al mismo tiempo para los gastos de aprendizaje de la profe. Otra ganancia está en que la fuerza humana de trabajo puede utilizarse completamente desde la adolescencia o antes. Pero la ventaja más directa, más decisiva, es que los establecimientos, con un proceso de producción de tal modo mecanizado, no son dependientes ya sólo de tracciones del mercado del trabajo, sino que pueden dirigirse a todo el mercado del trabajo para encontrar suplantación de las fuerzas de trabajo consumido o que abandonan el establecimiento. Esto es tanto más importante cuanto que el precio de la fuerza de trabajo, lo mismo que el precio de los artículos—es sometida a la ley de la oferta y la demanda.

Pero esa ley no se comporta lo mismo ante la fuerza de trabajo que ante las mercaderías, lo que se explica por la desigualdad económica general entre el productor de artículos o propietario de artículos y el propietario o vendedor de fuerza de trabajo. La mercadería puede ser retirada fácilmente cuando su venta no parece ventajosa. La ley de la oferta y la demanda puede hasta excluirse completamente de ella, cuando los capitalistas se asocian en un cartel de precios o cuando restringen la producción. Tales influencias en la oferta, no son posibles o sólo muy condicionadas en la fuerza de trabajo. No sin razón se ha dicho de los obreros que están continuamente en situación de bancarrota y que deben liquidar su fuerza de trabajo a todo precio.

Es verdad que los obreros se han agrupado en todos los países industriales en sindicatos que intentan ejercer, en ciertas circunstancias, por los medios de la negativa organizada y corporativa del trabajo, una influencia en el precio del trabajo y hasta un cierto grado pueden también ejercerla; pero esa asociación tiene, sin embargo, límites muy restringidos.

Un abaratamiento de la fuerza de trabajo, puede, además, ser alcanzado por el hecho que el costo del mantenimiento de la vida, no depende ya sólo del padre de familia, sino de los demás miembros — mujeres e hijos — integrados en la vida industrial, que de ese modo se hacen cargo de una parte del mantenimiento del hogar.

Esa ruta del abaratamiento del costo de trabajo ha podido realizarse con la aparición de las máquinas y la simplificación del trabajo conseguido por ellas con una disminución simultánea de los esfuerzos físicos, y ha conducido ya, tras breve tiempo, a un formidable empleo de mujeres y de niños. No en último término ha contribuido la confiscación de toda la fuerza de trabajo de la familia obrera, sin consideración a la labor casera de la mujer y a los niños necesitados aún de atenciones, a la fuerte reducción de los salarios en el primer tercio del siglo pasado.

El medio más decisivo y en todos los tiempos el más discutido para la reducción de los gastos de trabajo, es el aumento y la prolongación de la jornada. Esa discusión es, justamente considerada, la disputa en torno a la parte de la vida que el obrero sacrifica al capitalista. Aquí están diametralmente opuestos los intereses de dos partidos. Cada cual defiende su derecho: el obrero lidia por el derecho a afirmar el propio poder de disponer sobre una parte lo mayor posible de su vida; el capitalista por el derecho de utilizar en su provecho una parte todo lo mayor posible de la vida del obrero. Pues cuanto más tiempo pueda forzar el capitalista al obrero en su servicio, tanto menor será el porcentaje que necesita asegurar al trabajador por el producto de su propio trabajo.

La lucha por la jornada ha dominado ya en las épocas anteriores al capitalismo y se ha inflamado repetidas veces en el período de las manufacturas. Sin embargo los capitalistas consiguieron sólo lentamente ampliar la jornada. Si finalmente pudieron los capitalistas imponer a los trabajadores la jornada "natural", es decir, desde la salida a la puesta del sol, y hoy nos parece terrible, hay que tener presente que frente a la larga jornada en el verano, está la corta jornada del invierno y que el trabajo del verano era interrumpido por muchas y largas pausas. Otro alivio de esa jornada "natural" son los incontables días de fiesta de aquel tiempo. "De la amplitud de los días de fiesta — dice Sombart en su historia del moderno capitalismo — nos damos una idea difícilmente aproximada: todavía en el siglo XVII apenas se trabajaba, en la industria del hierro de algunas localidades, cien jornadas de ocho horas. En París, donde en el año 1666, se quería reducir los ciento tres días de fiesta a ochenta, estallaron disturbios y se agregaron seis más". "Así encontramos, en la época inicial del capitalismo, aquella rara circunstancia de la incompensabilidad temporal que nos asombra tanto en el trabajo de la edad media: junto a jornadas infinitamente largas, (generalmente de la salida a la puesta del sol, incluso en el verano), innumerables días festivos, aumentados aun por el hábito del lunes "azul" (y también del martes) y de lo que hoy se llama "sábado inglés"; Vauban contaba aun sólo 180 días efectivos de trabajo al año."

Esa situación casi idílica ha durado íntegramente hasta el estallido de la revolución industrial y fué quebrantada definitivamente sólo con la implantación de las primeras máquinas.

Del último tercio del siglo XVIII data la gran confiscación de la vida del obrero y su transformación en un esclavo de la fábrica, a quien ni siquiera le está deparada la protección de las leyes del agotamiento natural. El punto culminante de esa explotación de la fuerza de trabajo, que va hasta la piratería franca de la vida, está en la mitad del siglo XIX, pero el curso ulterior sólo aporta un lento mejoramiento gradual, y la satisfacción de la demanda hecha ya en 1866 en el congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, las ocho horas, se acerca, a su realización, aunque incompleta, medio siglo más tarde.

Pero no hay que olvidar que la implantación efectiva de las ocho horas, en la segunda y tercera década del siglo XIX, no tendría la misma significación que una regularización idéntica de la jornada en 1870-80 del siglo pasado. Entretanto, se ha producido una intensidad del trabajo apenas sospechada hace medio siglo, lo cual hace que la fuerza de trabajo se agote más rápidamente. Por ese aceleramiento del ritmo del trabajo, es artificialmente reducido el período activo de la vida, es decir, el período vital del obrero, durante el cual posee su completa fuerza creadora, y acelera el advenimiento de la edad inepta para el trabajo. En otras palabras: El horror civilizado del exceso de trabajo, es sustituido, en el mejor de los casos, por el horror peor aún de la intensidad del trabajo, tal como ha encontrado hasta ahora su realización clásica en los grandes establecimientos norteamericanos y como entra de contrabando en Europa bajo la denominación inocente de "dirección científica de las fábricas." De ese modo amenaza convertirse todo éxito de los obreros, en la lucha por la limitación de la jornada, en una victoria de Pirro, en una ilusión, si no se consigue al mismo tiempo imposibilitar un tráfico más rápido de la fuerza de trabajo.





También hay que tener en cuenta otros factores en la valorización de la jornada. El desenvolvimiento industrial — para dar un ejemplo — ha llevado a la formación de poderosos centros de trabajo, que se han distanciado cada vez más de los centros de la vivienda obrera. Eso significa que el empleo de tiempo del obrero, para ir y venir del lugar del trabajo, es mayor y la disposición real del obrero sobre su jornada, ha decrecido más aún. Es verdad que con ese desenvolvimiento ha tenido lugar también un aumento de los medios de comunicación, (trenes, bicicletas, tranvías, y últimamente el pequeño auto), pero todo esto no ha acortado correspondientemente el empleo de tiempo del obrero.

Las distancias que tienen que recorrer hoy, a menudo, los obreros para llegar al lugar de trabajo, son ilustradas por tres cuadros estadísticos del informe anual de los funcionarios sajones de la inspección industrial para 1923-24, cuyos datos resultan de las estadísticas hechas en 23 grandes establecimientos. Según ese documento, de cada 100 obreros, sólo 16,3, habitan en la localidad del establecimiento; 23,3 por ciento a una distancia de 2 kilómetros; 30,5 por ciento a una distancia de hasta 5 kilómetros; 13,6 por ciento hasta 7 kilómetros; 7,3 por ciento hasta 10 kilómetros; 5 por ciento hasta 13 kilómetros; 1,9 por ciento hasta 20 kilómetros; 2 por ciento hasta 30 kilómetros y 0,1 por ciento a una distancia mayor de 30 kilómetros. Sólo para el 51 por ciento era el tiempo empleado en ir o venir, de media hora o menos. 32,7 por ciento necesitaban hasta una hora; 11,4 por ciento hasta hora y media; 3,5 por ciento hasta dos horas, y 1,3 por ciento más de dos horas para ir y otro tanto para regresar del lugar del trabajo. Con eso excepciones esas estadísticas se refieren a establecimientos situados fuera de la ciudad. Puede parecer que los ejemplos expuestos son especialmente desfavorables para los trabajadores. Pero consideremos las cifras de los dos establecimientos situados en la gran ciudad y se observará que la diferencia no es muy grande. En esas dos fábricas las condiciones son aún más desfavorables que en el término medio citado, pues sólo el 44,3 por ciento de los obreros necesitaban media hora y menos, mientras que el 36 por ciento necesitaban hasta una hora, 11 por ciento más de dos horas para acudir al establecimiento y otro tanto para regresar.

Sin haber agotado todos los factores que hay que considerar para la valuación de la jornada, creemos sin embargo poder deducir la siguiente conclusión: También la jornada es, como el salario, algo muy distinto en diversas épocas y bajo diversas circunstancias. Por eso no hay que medir con la misma medida la jornada del período de las manufacturas y la jornada de una fábrica de la mitad del siglo XIX, o ésta con la jornada de nuestros días. Las doce horas que pasaba el zapatero del siglo XVIII en su labor son — aun cuando se pase por alto los numerosos días festivos de aquel tiempo y el tradicional "lunes azul" — algo distinto de las ocho horas durante las cuales el zapatero actual es encadenado en la moderna fábrica de calzado, en su efecto sobre los obreros, y no podría ser considerada esa diferencia con la simple proporción 12 a 8. Eso se revela, ya en el cuadro externo de una vieja habitación de zapatero y en la sala de trabajo de una fábrica de calzado de nuestro siglo. Allí oficiales alegres que silban y cantan, manteniéndose recíprocamente despiertos en el trabajo por la conversación y las bromas, aquí los movimientos mecánicos de los esclavos de las máquinas — las ocho horas son una eternidad — que no pueden esperar una redención de esa monotonía más que en la muerte. En ese ambiente no hay ya espacio para conversaciones animadas y canciones alegres.

Aquí domina sola la sorda rotación de los monstruos de hierro que sofocan pronto, también el pensamiento humano.

El tiempo en que el canto acompañaba el trabajo ha pasado, ha pasado el tiempo del zapatero versificador y el del fundidor de campanas filósofo. Por la especialización y la mecanización se ha privado al trabajo de todo sentido interior para la actividad creadora. No es ningún milagro que no tropecemos ya con aquel tipo del inventor obrero de que se conocen tantos ejemplos en el siglo pasado, pues no existe ya ninguna relación interna más entre la obra y el creador. Para el moderno obrero fabril la máquina no es una ayuda, sino un instrumento de tortura del cual sólo conoce en casos rarísimos sus leyes funcionales. Por eso no hay que medir la diversidad de la jornada de trabajo sólo en base a su duración.

En el libro de Ford, ya varias veces citado, inténtase negar ese efecto aterrador de su sistema de producción y se quiere demostrar con algunos ejemplos que sus obreros se sienten muy bien en el trabajo que se les entrega y sólo raramente piden un traslado a otro lugar. Pero algunas cifras que menciona en otro capítulo de su libro son apropiadas para refutar perfectamente su propia afirmación. Así por ejemplo, sabemos que en 1914, a pesar de que los salarios pagados por Ford eran generalmente más elevados que el salario usual y de que la jornada de trabajo fué reducida desde enero de ese año de 9 a 8 horas, han tenido que ser incorporadas 53.000 personas para mantener el contingente obrero en la cifra de 14.000 hombres. En otros términos, eso quiere decir que en el curso de un año han sido empleadas cuatro veces más personas de las que ocupaba por término medio el establecimiento. Esta es la mejor prueba de que los métodos de Ford han tenido que obrar como una plaga en los trabajadores. Espontáneamente, como Ford dice, no ha debido ser resuelta la disminución de la jornada y la elevación de los salarios. Es claro que un cambio tan formidable como el que existía en 1914, debía ser fatal para la empresa. Cuáles son hoy las condiciones bajo ese aspecto, no lo sabemos exactamente. Ford advierte que no se lleva ya ninguna estadística sobre el cambio del personal, pues entre tanto ese problema ha perdido todo interés para el establecimiento. Pero el cambio de personal es siempre importante, pues Ford mismo lo calcula en 3 a 5 por mes, lo que al año daría el asombroso porcentaje de 36 a 72.

Pero aunque el cambio anual de personal no merezca ser hoy nombrado sobre el término medio de la industria americana, con eso se ha probado muy poco. Hay que tener presente que el espectro de Ford se presenta hoy al obrero en todo establecimiento industrial. Muy probable es también la gran desocupación que después de la guerra ha mantenido continuamente casi seis millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, dismi

nuyendo así la perspectiva de ocupación en otros establecimientos, lo cual no ha dejado de tener su influencia, en la gran permanencia del personal de las obras de Ford.

En ningún caso puede negarse que la amplia metodización del proceso de trabajo que incluso controla fragmentos de segundo de los obreros, está ligada a un agotamiento prematuro y a un desgano más rápido de la fuerza de trabajo. Una indicación bien clara al respecto la contienen todas las estadísticas referentes a la duración de la vida humana. Un estadístico de la *Metropolitain Life Insurance Co.* de New York ha calculado que la vida del obrero industrial en la ciudad del mismo nombre no llega más que a 62 años, mientras que la duración de la vida de los demás obreros es de 70 años (*Monthly Labor Review*, Wáshington, enero de 1925). Más desfavorable sería aún el cuadro si la estadística se refiriese no a la duración de la vida, sino a la duración de la capacidad de trabajo, pues ésta se agota indudablemente antes. Un ingeniero americano — Walter N. Pe... lakow — ha declarado en una conferencia, en ocasión de una reunión común de la sociedad Taylor y de la sociedad norteamericana de ingenieros mecánicos en New York, que la fuerza de trabajo de un obrero ocupado según el sistema Taylor es agotada ya a los 45 años y que 9 de cada diez obreros son incapaces de resistir la proporción del trabajo prescrito).

BIBLIOGRAFIA

"IDEARIO" — Ricardo Mella.—

Los camaradas de España, hace un tiempo, desde la desaparición de Ricardo Mella, se propusieron llevar a cabo una labor que ha de resultar el más bello homenaje al escritor, al hombre de saber y al luchador de fé inquebrantable.

Se procura recoger todas las páginas dispersas que con generosidad intelectual ejemplar, sembró su talento robusto y siempre bien informado.

Se anuncia, por lo pronto, el "Ideario", en que, debidamente clasificados, se recogerán sus trabajos más notables, que se publicaron en diversos periódicos y revistas. Esta colección de artículos y estudios que próximamente será puesta en venta, consta de un volúmen de 400 páginas, pliego más o menos, en tamaño 4o. estrecho, o sea 22 x 14 centímetros. Fuera de texto, llevará un retrato de Ricardo Mella, impreso en papel *couché*.

Además de las secciones que tendrá el libro con texto conocido, se añadirá al final otra nueva titulada "Fragmentos inéditos", en la que los editores se proponen insertar, por lo menos, un hermoso trabajo escrito por Mella en los últimos tiempos, que se pudo conseguir después de comenzada la tirada. Si no se lograra obtener otros trabajos igualmente desconocidos, este a que se refieren los editores consiste en cinco cuartillas, el cual procurarán darlo en facsímil.

Los editores de "Ideario" esperan, por todo ello, que cuantos se educaron y deleitaron con los escritos de Ricardo Mella presten interés a esta empresa de fervoroso homenaje a la memoria del maestro. Al efecto, ruegan a cuantos piensen adquirir el libro que envíen el importe del mismo por adelantado, para así hacer frente en mejores condiciones a los gastos de edición. En reciprocidad se les servirá el tomo a cuatro pesetas, en vez de a cinco a que se venderá luego en las librerías.

Para todo cuanto se relacione con "Ideario" dirigir la correspondencia a José Villaverde, Velázquez Moreno, 49, Vigo; y a "Solidaridad Obrera", Cabrales, 88, Gijón.

EL RETABLO DE MAESE PEDRO

¿A quién no le ha llamado la atención en las grandes ciudades, de cualquier país que sean, bajo cualquier forma de gobierno que vivan, y sea cualquiera que sea el color de la piel de sus habitantes, esos corrillos que se forman espontáneamente en las esquinas de las calles o en las plazas, en torno a un vendedor de específicos milagrosos para hacer crecer el cabello, para componer platos rotos o para cualquier otro menester? Se da uno cuenta de que se le estafará, de que nada hay de cierto en lo que el charlatán pregona, sin embargo nos paramos, escuchamos con la boca abierta tantas maravillas, que acabamos por comprar el específico para componer los platos rotos. ¿Hay cosa más estúpida y más insulsa que un gitano que hace bailar un oso o que un titiritero que hace piruetas? Sin embargo allá vamos y formamos corro y damos nuestro óbolo. La humanidad parece que no se compusiera más que de bobos que admiran el retablo de Maese Pedro y de Maeses Pedro que viven de la estupidez de los demás.

Pero al fin y al cabo, los charlatanes de feria que nos sacan algunos centavos por sus panaceas infalibles, son los Maeses Pedro más inofensivos; hay otros más peligrosos, más fatales para nuestro bienestar y nuestra libertad, y también nos paramos a escucharles y también nos dejamos engañar por ellos. Nos parece que en resumidas cuentas nada perdemos con formar en el público de un diputado ni con darle lo poco que nos pide, una simple papeleta electoral cada cuatro años poco más o menos; son tantos los espectáculos de la vida, son tantas las atracciones que se nos ofrecen, que raramente nos paramos a meditar sobre nosotros mismos; por eso no comprendemos los males que hemos contribuído a crear con sólo haber formado parte por un momento del público de un candidato a diputado.

Tradicionalmente se nos ha educado en esa concurrencia a todos los tablados de la farsa y hasta se nos ha impuesto esa concurrencia como una especie de deber, — religioso, cívico. ¿Cuán trágico no ha sido durante milenios y sigue siéndolo aún el retablo religioso? ¿Hay cosa más idiota que la invención del catolicismo y su liturgia? Y el sacerdote, ¿no es un ser repulsivo por todos conceptos, como simulador taimado y como explotador de la inconsciencia pública? Sin embargo, no falta nunca público para esos redomados Maeses Pedro de la farsa religiosa. El pobre diablo de feligrés se dice: "¡en resumidas cuentas nada se pierde si al morir no encontramos ni el infierno ni el paraíso de las santas escrituras!" — y es tal su celo en el cumplimiento de los deberes para con la iglesia, que no se para a reflexionar que al dar su persona a esa farsa, pierde hasta el sentido de la vida.

Y eternamente bobos, eternamente inclinados a admirar los retablos de la picardía y de la mentira, hemos dado existencia al militarismo, al rey, al presidente, etc., etc. Por todas partes, en todas las latitudes, en todos los climas, una parte de la humanidad, — desde el charla-

Errico Malatesta (8)



EN EL CAFÉ

Ciertamente entre los actos que el Código castiga hay algunos que son y serán siempre malas acciones; pero son excepciones, y dependen del estado de embrutecimiento y de desesperación a que la miseria reduce a los hombres.

Pero en general los actos castigados son los que lesionan los privilegios que los señores se atribuyeron y los que atacan al gobierno en el ejercicio de su autoridad. Por consiguiente, la policía, eficaz o no, sirve para proteger, no la sociedad entera, sino a los señores y a tener sometido al pueblo.

Tú hablabas de ladrones. Pero, ¿quién es más ladrón que el propietario que se enriquece robando el producto del trabajo de los obreros?

Hablabas de asesinos. Pero, ¿quién es más asesino que los capitalistas que, por no renunciar al privilegio de mandar y vivir sin trabajar, son la causa de las privaciones atroces y de la muerte prematura de millones de trabajadores, sin hablar de la continua hecatombe de niños?

Estos ladrones y estos asesinos, mucho más culpables y mucho más peligrosos que los pobres diablos impulsados al crimen por las miserables condiciones en que se encuentran, no son molestados por la policía: ¡están bien!...

Gino. —En resumen, tú crees que, hecha la revolución, los hombres se volverán de inmediato, de los pies a la cabeza, angelitos. Todos serán respetuosos de los derechos ajenos; todos se querrán bien y se ayudarán; no habrá ya odios ni envidias... el paraíso terrestre, ¿no es así?

Jorge. —De ningún modo. Yo no creo que las transformaciones morales tengan lugar repentinamente. Es verdad, un cambio grande, inmenso lo habrá por el solo hecho del pan asegurado y de la libertad conquistada; pero todas las malas pasiones, que se encarnaron en nosotros por la acción secular de la esclavitud y de la lucha de cada uno contra todos, no desaparecerán de un golpe. Existirá por largo tiempo aún quien se sentirá tentado a imponer con la violencia la propia voluntad a los demás, quien querrá aprovecharse de las circunstancias favorables para crearse privilegios, quien conservará hacia el trabajo la aversión que le han inspirado las condiciones de esclavitud en que está constreñido a trabajar hoy, etc.

Gino. —Por tanto, ¿aun después de la revolución será preciso defenderse contra los malhechores?

Jorge. —Muy probablemente. Bien entendido que entonces serán considerados malhechores no los que no desean morir de hambre sin rebelarse, y menos los que atacan la organización social actual y tratan de sustituirla por una mejor, sino aquellos que causen mal a todos, los que atenten a la integridad personal, a la libertad y al bienestar ajenos.

Gino. —En consecuencia se necesitará siempre una policía.

Jorge. —De ningún modo. Sería verdaderamente una imbecilidad si, para guardarse contra algún violento, algún haragán y algún degenerado, se abriese escuela de haraganería y de violencia constituyendo un cuerpo de bandidos que se habitúan a considerar a los ciudadanos como carne de esposas y de prisión y a hacer de la caza al hombre su principal y única ocupación.

Gino. —¡Y entonces!

Jorge. —Entonces nos defenderemos por nuestra cuenta.

Gino. —¡Y crees que eso sea posible?

Jorge. —No sólo creo que sea posible que el pueblo se defienda por sí mismo sin delegar a nadie la función especial de la defensa social, sino que estoy convencido que es el único modo eficaz.

¡Dime! Si mañana llega a tu casa alguien perseguido por la policía, ¿lo denunciarás?

Gino. —¡Estás loco! Ni aunque fuese el peor de los asesinos. ¿O es que me tomas por un policía?

Jorge. —¡Ah, ah! debe ser un buen oficio el de policía si todo hombre que se respeta se estimaría deshonrado ejerciéndolo, aun cuando lo considere útil y necesario a la sociedad.

Y ahora, dime otra cosa. Si llegase a tu casa un enfermo de enfermedad infecciosa o un loco peligroso, ¿lo llevarías al hospital?

Gino. —Ciertamente.

Jorge. —¿Incluso por la fuerza?

Gino. —Pero... ¡comprende! ¡si se le dejase libre padría hacer daño a tanta gente!

Jorge. —Ahora explícame, ¿por qué te guardarías bien de denunciar a un asesino, mientras llevarías al hospital, incluso con la fuerza, a un apestado o a un loco?

Gino. —Pero... ante todo porque me repugna oficiar de policía, mientras que considero cosa honrosa y humanitaria hacer de enfermero.

Jorge. —Por tanto tú ves que el primer efecto de la policía es el de desinteresar a los ciudadanos de la defensa social, más aún: el de ponerlos de parte de aquellos a quienes, con razón o sin ella, persigue la policía.

Y además, cuando llevo alguien al hospital sé que lo dejo en manos de los médicos, los cuales tratan de curarlo para ponerlo en libertad en cuanto se haya vuelto inofensivo para sus semejantes. En todo caso, aunque sea incurable, tratan de aliviar sus sufrimientos y no le infligen nunca un tratamiento más severo del que es estrictamente necesario. Y si los médicos no cumpliesen con su deber, el público les obligaría a ello, porque se entiende que la gente está en el hospital para ser curada y no para ser martirizada.

Mientras que al contrario, si se consigna a alguien en manos de la policía, ésta considera cosa de amor propio el hacerlo condenar, importándole poco que sea reo o inocente; además lo encierra en una prisión donde, en lugar de tratar de mejorarlo a fuerza de atenciones afectuosas, hace todo lo posible para hacerlo sufrir y lo exaspera cada vez más, poniéndolo luego en libertad como enemigo mucho más peligroso para la sociedad de lo que lo era cuando entró en la cárcel.

Gino. —Pero eso se podría modificar con una reforma radical...

Jorge. —Para reformar, amigo mío, o destruir una institución, lo primero que hay que hacer es no crear una corporación interesada en conservarla.

La policía (y lo que digo de la policía se aplica también a la magistratura) al ejercer el oficio de enviar la gente a la cárcel y de masacrarla cuando se presenta la ocasión, acaba siempre por considerarse y por estar en lucha con el público. Se encarniza con el delincuente verdadero o supuesto con la misma pasión con que el cazador persigue la caza, pero al mismo tiempo tiene interés en que haya delincuentes, porque ellos son la razón de su existencia; y cuanto más crece el número y la nocividad de los delincuentes, más crece el poder y la importancia social de la policía!

tán de feria hasta el rey o el supremo comisario del pueblo—, mantiene los retablos de la farsa, y la otra, la inmensa mayoría, trabaja y suda y se paga con la satisfacción de ver bailar un oso, de recibir la bendición de un cura o de escuchar el chorro de la elocuencia de un candidato.

Nosotros queremos transformar el mundo, crear el hombre del porvenir, el hombre nuevo que comprenda que es tan indigno formar corro a un Maese Pedro impudente, como oficiar de Maese Pedro y explotar la estupidez de las gentes. Para eso es insuficiente dar un golpe de Estado o hacer conspiraciones bufas. Nuestra propaganda tiene que plantar su piedra angular en la educación del hombre para la libertad, la igualdad y la solidaridad. De lo contrario no edificaremos nada sólido con los materiales actuales que nos presenta la humanidad, — pillos que explotan y bobos que se dejan explotar.

En este trágico período histórico que vivimos, nuestro concepto de la revolución y de la propaganda tiene que experimentar saludables variaciones. La revolución catastrófica que soñaron y que sueñan muchos anarquistas jacobinos, o mejor dicho, muchos supuestos anarquistas, no se volverá a reivindicar. Ha pasado ya al museo de las antiguallas, a la historia de los errores humanos.

En el cotidiano tráfico de nuestra propaganda, hemos hecho muy poco hincapié en el valor moral del movimiento, en la significación revolucionaria de una vida pura y ejemplar. Y prevemos que de esta crisis tendremos que deducir una valiosa enseñanza: *seamos o no, en el porvenir, una fuerza social poderosa, si el anarquismo no propulsa y no practica desde ya una moral superior, será impotente como creador de un mundo nuevo.*

¿Es que hemos desterrado de entre nosotros mismos el retablo de la farsa?; ¿es que nos hemos educado en el sentido de la libertad y de la igualdad, lo suficiente como para haber superado ya el triste estadio de la división del movimiento en público dispuesto a formar corro y en charlatanes dispuestos a explotar el público? Creemos que no, continuamos la farsa en el movimiento mismo; si no damos nuestra papeleta de voto a un candidato al Parlamento, la damos al jefe de capilla que por una razón u otra, ha sabido atraernos a su lado; quién en nombre de una panacea ideológica genial, quién en nombre de sus bajas pasiones o de lo que sea, lo cierto es que sigue viviendo entre nosotros Maese Pedro y el público idiota que le aplaude y le paga. Hasta podríamos decir que hay en el movimiento anarquista, actualmente, más afición al retablo y más titiriteros de feria, que fuera de él, proporcionalmente al número de los adeptos. Y en general, no tenemos por qué enorgullecernos del espectáculo internacional que presenta el anarquismo en esta hora y habría razón para dudar que haya en él un rasgo cualquiera de superioridad frente al resto de la sociedad, frente al público que acude al retablo de la Iglesia, al del Estado o que hace corro al vendedor de específicos. Que cada cual eche una ojeada a su alrededor para convencerse que, desgraciadamente, no exageramos.

Nos produce muy pocas inquietudes la fuerza numérica del movimiento, el número vendrá algún día, cuando la acción de nuestra propaganda y la prédica de nuestro ejemplo aparten a los hombres de los tablados de la farsa y los orienten hacia la reconquista del derecho a la libertad y al bienestar; lo que nos inquieta y lo que nos angustia es la convicción de haber perdido el título moral a creernos en un estadio de evolución social superior. Entre nosotros tienen curso las mismas pasiones, los mismos odios, las mismas ambiciones que fuera del movimiento, — entre el público que compra un frasquito milagroso al charlatán de feria o acude en la seguridad de cumplir un deber a presenciar la pantomima eclesiástica o la carnavalada militar. Eso, eso sí que nos desconsuela y nos desalienta. El ser pocos no es un mal, pero el no ser nosotros mismos, el estar siempre dispuestos a formar corro a un titiritero, y a fundar una capilla del odio y la rivalidad, eso es un signo inquietante de veras. El anarquismo debiera haber superado ese estadio de evolución.

¿Qué derecho tiene a hablar en nombre de la anarquía el charlatán que oficia de pastor de un rebaño mayor o menor? Nos parece que tiene el mismo derecho que el rebaño, es decir, ninguno. Se usa y se abusa hoy de la palabra *anarquía*, como antes de las palabras *república* y *democracia*; todos quieren ser anarquistas y poco a poco habrá en nuestro movimiento, de seguir así, espacio para todas las bellaquerías y todos se encubrirán con el manto del anarquismo.

Esto no puede seguir así. Que aquellos que comprenden toda la magnitud de la desviación creciente a que asistimos, dirijan todo el esfuerzo de su voluntad a poner remedio al mal, sin levantar un tablado frente a otro, sin formar un rebaño frente al otro rebaño, poniendo únicamente frente a las funestas desviaciones el ideal y la práctica moral de la anarquía!!

EL TERMINO MEDIO

Antes de ir más allá, permítaseme decir algo en completa oposición al muy legendariamente famoso proverbio latín: IN MEDIO TUTISIMIS IBUS: tú te encontrarás más a salvo, adoptando el justo medio.

Hablando de dos distintas tendencias literarias, ustedes no esperarán otra cosa de mí, sino que les diga que el punto de mira del estudioso, deberá ser evitar los extremos, tratando de no ser liberal ni conservador. Error craso, si los hay. Y es precisamente el consejo que nunca les daré. Al contrario, yo pienso que el citado proverbio es el más dañino, malicioso y uno de los más absurdos que jamás pudo inventar este mundo.

Yo creo muy firmemente en los extremos, — ¡en violentos extremos! —. Y estoy muy seguro que el progreso mundial, ya sea literario o científico, religioso, social y político, se obtuvo mediante la ayudan colaboración de los extremos.

LAFCADIO HEARN

(Fragmento de una carta).

Para que el delito sea tratado racionalmente, para que se investiguen las causas y se haga realmente todo lo posible para eliminarlo, es preciso que este trabajo sea confiado a los que están expuestos a sufrir las consecuencias del delito, es decir al pueblo entero, y no ya a aquellos para quienes la existencia del crimen es fuente de poder y de ganancia.

Gino. —¡Eh! puede ser que tengas razón. Hasta la vista.

XI

Ambrosio. —He reflexionado sobre lo que me ha dicho en nuestras conversaciones... y renuncio a disentir. No es porque me confiese vencido; pero... en suma, ustedes tienen las mejores razones y el porvenir podría ser bien de ustedes.

Yo en tanto soy magistrado, y mientras exite la ley debo hacerla respetar. Usted comprende...

Jorge. —¡Oh, comprendo muy bien! Continúe, continúe. Será misión nuestra abolir las leyes y libertarlo así de la obligación de obrar contra su conciencia.

Ambrosio. —Poco a poco, no he dicho eso... pero pasemos adelante.

Quisiera algunas explicaciones de usted.

Podríamos quizás entendernos en las cuestiones referentes al régimen de la propiedad y a la organización política de la sociedad; después de todo son formas históricas que han cambiado muchas veces y que tal vez cambiarán aún.

Pero existen instituciones sagradas, sentimientos profundos del alma humana que ustedes ofenden continuamente: ¡la familia, la patria!

Por ejemplo, ustedes quieren poner en común todas las cosas. Naturalmente pondrán en común también las mujeres y harán así un gran serrallo, ¿no es verdad?

Jorge. —Escuche; si quiere discutir conmigo, hágame el favor de no decir tonterías y de no hacer chistes de mal gusto. Es demasiado seria la cuestión que tratamos para esmaltarla con bromas vulgares.

Ambrosio. —No... yo hablaba en serio. ¿Qué harán ustedes de las mujeres?

Jorge. —Entonces tanto peor para usted, porque es verdaderamente extraño que no comprenda el absurdo de lo que ha dicho.

¡Poner en común las mujeres! ¿Y por qué no dice que queremos poner en común los hombres? Lo que únicamente puede explicar ese concepto suyo es que ustedes, por hábito inveterado, consideran a las mujeres como seres inferiores hechos y puestos en el mundo para servir de animal doméstico y de instrumento de placer para el señor varón. Usted considera la mujer como una cosa y supone que es preciso asignarle el destino que se asigna a las cosas. Pero nosotros, que consideramos a la mujer como un ser humano semejante a nosotros y que debe disfrutar de todos los derechos y de todos los medios de que goza o debe gozar el sexo masculino, encontramos simplemente vacía de sentido la pregunta: ¿qué hareis de las mujeres? Pregunte más bien: ¿qué es lo que harán las mujeres? y le responderé que harán lo que quieran y que, así como, lo mismo que los hombres, tienen necesidad de vivir en sociedad, es seguro que querrán convenirse con sus semejantes machos y hembras para satisfacer sus necesidades con la mayor ventaja propia y de todos.

Ambrosio. —Comprendo; ustedes consideran la mujer como igual al hombre. Sin embargo muchos hombres de ciencia, examinando la extructura anatómica y las funciones fisiológicas del organismo femenino sostienen que la mujer es naturalmente inferior al hombre.

Jorge. —¡Oh, se sabe bien! Siempre que haya alguna cosa que sostener, habrá algún hombre de ciencia dispuesto a hacerlo. Hay hombres de ciencia que sostienen la inferioridad de la mujer, como hay otros que sostienen, al contrario, que las facultades de la mujer y sus capacidades de desenvolvimiento son equivalentes a las del hombre, y que si hoy generalmente las mujeres son menos inteligentes que los hombres, eso depende de la educación que reciben y del ambiente en que viven. Si investiga bien encontrará también hombres de ciencia, o al menos mujeres de ciencia, que sostienen que el hombre es un ser inferior, destinado a libertar a la mujer de los trabajos manuales y dejarla entregada a sus vocaciones geniales. Sé que en América se ha sostenido esa tesis.

Pero qué importa. Aquí no se trata de resolver un problema científico, sino de realizar un voto, un ideal humano.

Proporcione a las mujeres todos los medios y toda la libertad de desenvolvimiento y resultará únicamente lo que puede resultar. Si la mujer será igual al hombre o si será más o menos inteligente, se verá en los hechos y saldrá aventajada la ciencia misma, que tendrá entonces hechos positivos para sacar sus deducciones.

Ambrosio. — Por lo tanto, ¿ustedes no toman en consideración las facultades de que están dotados los individuos?

Jorge. —En el sentido que deban crear derechos especiales, no. En la naturaleza no encontrará dos individuos iguales; pero nosotros reclamamos para todos la igualdad social, es decir los mismos medios, las mismas oportunidades — y creemos que esta igualdad no sólo responde al sentimiento de justicia y de fraternidad que se ha desarrollado en la humanidad, sino que redunda en beneficio de todos, sean fuertes o débiles.

También entre los hombres, entre los varones los hay más y menos inteligentes, pero no por eso se admite que uno debe tener más o menos derechos que el otro. Hay quien sostiene que los rubios están mejor dotados que los morenos y viceversa, que las razas de cráneo oblongo son superiores a las de cráneo ancho o viceversa; y la cuestión, si tiene un fundamento en la realidad, es ciertamente interesante para la ciencia. Pero dado el estado actual de los sentimientos y de las idealidades humanas, sería absurdo pretender que los rubios y los dolicocéfalos deben mandar a los morenos y a los braquicéfalos, o al contrario.

¿No le parece?

Ambrosio. —De acuerdo; pero volvamos a la cuestión de la familia. ¿Quieren ustedes abolirla u organizarla sobre otra base?

Jorge. —He aquí. En la familia es preciso considerar las relaciones económicas, las relaciones sexuales y las relaciones entre padres e hijos.

En cuanto a la familia como institución económica, es claro que una vez abolida la propiedad individual y por consiguiente la herencia, no tiene ya razón de existir y desaparece de hecho. En este sentido, por lo demás, la familia es abolida ya por la gran mayoría de la población compuesta de proletarios.

Ambrosio. —¿Y para las relaciones sexuales? Ustedes quieren el amor libre, la...

Jorge. —Vamos. ¿O es que cree usted verdaderamente que pueda existir un amor esclavo? Existirá la cohabitación forzosa, el amor simulado por la fuerza, por el interés o por la conveniencia religiosa o moral; pero el amor verdadero no puede existir, no se concibe si no absolutamente libre.

Ambrosio. —Eso es verdad. Pero si cada cual siguiese los caprichos que le inspira el dios amor, no habría moral y el mundo se convertiría en un lupanar.

Jorge. —¡En lo que se refiere a la moral, ustedes pueden vanagloriarse verdaderamente de los resultados de sus instituciones! El adulterio, la mentira de toda suerte, odios largamente incubados, maridos que matan a las mujeres, mujeres que envenenan a los maridos, los infanticidios, los niños crecidos en medio de escándalos y las querellas familiares... ¿es esa la moral que usted teme amenazada por la libertad en el amor?

Hoy sí que el mundo es un lupanar, porque las mujeres están obligadas a menudo a prostituirse por hambre; y porque el matrimonio, con frecuencia contraído por puro cálculo de intereses, es siempre en toda su duración una unión donde el amor o bien no entra de modo alguno o bien entra sólo como un accesorio.

AÑO V — BUENOS AIRES, 10 DE MAYO DE 1926 — N.o 222

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

MENOS PAN Y MAS HORAS DE TRABAJO

A través del fárrago de declaraciones de todos los matices políticos, de noticias e informes panorámicos, intentando darnos un cuadro sinóptico de las probables causas que provocaron la huelga general en Gran Bretaña, una sola se destaca diáfana y evidente. Es esta:

"Los mineros fueron puestos ante la situación pavorosa del lock-out, negándoseles el salario que necesitaban para conducir una existencia precaria. Las últimas proposiciones recibidas por el primer ministro Baldwin, se relacionaban con la reducción de los salarios y la prolongación de las horas de trabajo."

Y el *impasse* advino, haciendo imposible toda negociación entre los dueños de minas y los representantes de las trade unions. Habiendo el gobierno suspendido los subsidios a las industrias del carbón, los capitalistas que las explotan emplearon el procedimiento clásico del repertorio burgués, imponiendo el gravámen y el sacrificio a su masa obrera. Menos pan y más horas de trabajo. La injusticia era tan flagrante, tan palpable que por un momento la negra muchedumbre de los mineros tuvo de su parte las simpatías de casi todo el pueblo británico. Asumida la actitud insurreccional con el paro general, estas simpatías están declinando. El conservatismo inglés posee un poderoso fondo de infantil y primitiva animalidad. Le irritan las amenazas que pueden perturbar sus funciones digestivas. Explica esto, que la reclutación de voluntarios para atenuar los efectos de la huelga general, sea cada vez mayor.

Pero por encima de los argumentos de los políticos de todo pelo y calaña, se halla, pues, el derecho de esta masa a defenderse. Es su mismo instinto de conservación que se lo dicta. No quiere ser más miserable de lo que ya es; se rehusa a embrutecerse más de lo que ya lo está, con una jornada de labor más larga que nunca. En fin, quisiera también ella disfrutar humanamente de esta vida. Para negarle ese ínfimo derecho, los políticos conservadores, liberales, laboristas, inventaron otra multitud de sofismas oponiéndosela a esa muchedumbre obrera doliente y hambrienta. Veámoslo.

Empecemos por Baldwin, en su discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes. Extractaremos sus puntos principales. Confesó que en la conferencia, *los [illegible] hostiles manifestados por los [illegible] de los mineros, determinaron al gobierno a no tolerar imposiciones.* Débil [illegible] para no otorgar justicia. En otra [illegible] reprocha *el espíritu de intransigencia que caracteriza a los dos bandos*, especialmente a los mineros, que no piensan que la comunidad está por encima de los [illegible] particulares. Pudo agregar, el rey y la patria. Más allá, se encaró con los laboristas, y les dijo:

[illegible] los autores del movimiento no pueden dejar de darse cuenta de que están desafiando al gobierno organizado. No puedo creer que los dirigentes hubiesen llegado a la proclamación de una huelga general si se hubiesen advertido que lanzaban un desafío a las autoridades constituídas y que nos llevaban más cerca de la guerra civil de lo que hemos estado durante tantos siglos.

Sin embargo, el derecho legal de declarar la huelga existe todavía en Inglaterra, con la misma razón para los patrones de decretar el lock-out. No obstante [illegible] fué la causa y el otro el efecto.

Sus últimas palabras han sido estas: *Los obreros tienen una discusión con los propietarios de las minas, y cualquier forma de arreglo a que se llegue deberá implicar una reducción de salarios.*

Por las buenas o las malas, los mansos de corazón han de ser las víctimas. Se hallan a la vista los sofismas de la mansedumbre, de la buena educación para los explotados, y no por los explotadores. Ni siquiera es novedoso este primer ministro, en defender lo indefendible. Disculpémosle, hace su oficio y desempeña su papel.

Tengamos también compasión por Thomas, quien, rodeado por una muchedumbre que le reclamaba noticias, contestó con los ojos llenos de lágrimas:

—Ha comenazdo la huelga general. Yo no puedo más...

Pero Mr. Puhg, el terrible Puhg, bestia negra de Baldwin, es completamente inexcusable. En respuesta a la nota del primer ministro, acerca de la huelga de los tipógrafos del *Daily Mail*, escribía: *referente a la libertad de prensa, el Consejo General no tiene conocimiento que se la haya violado, y la decisión adoptada por los tipógrafos está formalmente prohibida, pues ellos no pueden adoptar tal actitud independientemente y sin previa autorización.*

Declara que no acepta la responsabilidsd de ese hecho y tomará prontas medidas para evitar actos de indisciplina.

Y este hecho que repudian los laboristas es el más espontáneo, el más hermoso y más valiente que se produjo al empezar la huelga. La dirección del *Daily Mail* quiso publicar un editorial titulado: *Por la patria y por el rey.* Demos su texto íntegro:

"Los mineros, tras semanas de negociaciones, han rechazado las propuestas que les han sido hechas, y las minas de hulla de Gran Bretaña han suspendido su funcionamiento. El consejo ejecutivo del congreso de las Trade Unions, que representa a todas las uniones obreras del país, ha decidido apoyar a los mineros, yendo a la huelga general, que es la medida extrema.

"Esa decisión hace que la situación cambie por completo de aspecto. La industria hullera, que pudo haber sido organizada con buena voluntad de parte de todos, ahora se ha convertido en el objeto de una gran lucha política, que la nación no ha preferido, pero a la que hace frente con la más grande frialdad y firmeza.

"La huelga general no es una medida de protesta industrial. Es un movimiento revolucionario que hace que sufra una gran masa de inocentes, y, por consiguiente, pone en situación violenta al gobierno. Es un movimiento que solamente puede triunfar derrocando al gobierno y anulando los derechos de los pueblos libres. No puede ser tolerado por ningún gobierno civilizado y debe combatirse con todos los recursos con que cuenta la comunidad. Se ha proclamado el estado de emergencia y las leyes exigen que hombres y mujeres se pongan al servicio de su rey en este momento de emergencia."

Para impedir la salida del diario, 600 empleados, comprendiendo los departamentos administrativos y talleres, abandonaron el trabajo. La sucursal de Manchester, empero, mantuvo la circulación. Operarios y tipógrafos de otros rotativos de tanta y más importancia que el *Daily Mail*, tambin se declararon en huelga porque las direcciones respectivas intentaron reproducir el editorial en disputa. Entonces el consejo general del congreso de las Trade Unions resolvió declinar toda responsabilidad sobre este incidente. Hay más. Por su parte Mr. Cook, de la Federación de Mineros, le expresó a un corresponsal de una agencia noticiosa que *la huelga duraría una quincena y que el resultado de unas elecciones generales nuevas seguramente llevaría al poder a los laboristas.* Mientras las familias de los mineros padecen necesidades y estrecheces, por no decir abiertamente hambre y sufrimiento, Mr. Cook piensa en la banca parlamentaria o en la cartera de un ministerio.

¿No son estos sofismas de diferentes colores, sofismas laboristas o conservadores, sofismas de la disciplina, sofismas parlamentarios, que tratan de enredar a los trabajadores que se echaron a la calle a la conquista de un poco más de pan, de descanso y de bienestar para los suyos?

En tanto el gobierno pone en práctica todas sus mañas y medios de difusión para hacerle creer a la mayora de la población inglesa que se halla frente a un movimiento revolucionario, al borde de la guerra civil.

Y obrando en consecuencia, acuarteló sus tropas, armó su policía secreta, o sea los pesquisas de Scotland Yard y lanzó por las calles camiones cargados de soldados con equipo de guerra y cascos de acero. En vano Lloyd George dijo que *esta huelga no estaba destinada a violar la Constitución, y sólo tenía como objeto la solución de un conflicto comercial;* inútiles fueron las lágrimas de Thomas, quien en tono patético exclamaba que si se hiciera un plebiscito entre las masas de la población para saber si querían la revolución, ni un dos por ciento votaría por ella. Hasta los más reaccionarios, los tory, coinciden en afirmar lo mismo. No obstante la ley de emergencia, o sea el estado de sitio fué puesta en vigor.

No ocultamos la extraordinaria importancia del movimiento iniciado por el proletariado británico y las repercusiones mundiales que pudiese tener en caso de triunfar. Lo malo es que se deje guiar por la burocracia laborista y politiquera, disciplinados y genuinos bomberos que apagan todo acto espontáneo, todo acceso

"Optimismo británico"



JOHN BULL —¿Miedo yö?...No me asustan estas cosas...Tengo crumiros, rompehuelgas, socialistas políticos y la clase media, que - aunque no sirven para nada - aprovecharè en esta emergencia... ¿Miedo yö? ¡Miren como rio! Si me hace una gracia enorme esta huelga obrera...

D. A. DE SANTILLAN

Problemas del día

El movimiento obrero y el anarquismo



No es culpa nuestra si tenemos que machacar hasta el aburrimiento sobre el mismo asunto, perdiendo en él un tiempo precioso, sin la perspectiva, tal vez, de llegar a un acuerdo práctico. Volvamos a resumir una vez más nuestros puntos de vista, que hasta hoy no encontraron más que una opinión serena y razonada, la de Malatesta, aunque esa opinión vale por muchas. En las objeciones de los sindicalistas hay tal cúmulo de contradicciones, que en lo único que concuerdan es en el prurito rencoroso y en la frase hiriente. De esa manera se podrá sentar cátedra de demagogia, pero así no se destruye nuestra argumentación.

Examinemos, pues, las afirmaciones de Malatesta, no contra Malatesta mismo, en quien no podemos menos de admirar la unidad de criterio de toda su vida, y con el cual una disidencia no impide de ningún modo la más íntima cooperación, sino contra aquellos titiriteros que se valen de los argumentos malatestianos para combatir la anarquía y restarle influencia en las filas del proletariado. El propósito final de Malatesta es idéntico al nuestro, sólo que nosotros aseguramos que nuestra táctica es mejor que la suya, que nuestra intervención en el movimiento obrero es más prometedora que la intervención por él recomendada. Sin embargo, ni nosotros ni el divergente en las regiones de la metafísica, todos queremos ser realistas y tener en cuenta las perspectivas que nos ofrece el medio en que actuamos.

Y el medio ambiente que tenemos ante nosotros en más de veinte países de habla española, con una población de unos 120 millones de habitantes, es el siguiente:

En casi todos esos países el anarquismo no se concibe como un mero entretenimiento filosófico; nuestras ideas están ligadas a los más fuertes movimientos de masas y polarizan las actividades de la parte más despierta del proletariado. La palabra anarquía no causa miedo a nadie y los trabajadores que la temen o que la rehuyen, o bien son aquellos pocos envenenados por la propaganda de la Iglesia y del Estado o por la de los partidos políticos, y esos trabajadores, por lo general, no suelen formar parte en las filas de la guerra social. Podemos permitirnos el lujo de pasarnos sin el concurso de aquellos que tienen horror a la palabra anarquía, lo cual no impide que nuestra propaganda se dirija a ellos como a todo el mundo para convencerlos de su error.

En una palabra, en todos los países de habla española — y portuguesa también — los anarquistas forman o pueden formar organizaciones obreras mayoritarias, es decir, concentrar las fuerzas más numerosas del proletariado militante bajo la bandera de la anarquía. ¿Es que Malatesta puede recomendarnos que no lo hagamos? Su preocupación es quedar en contacto con las masas. ¿Es que nuestro método no es más eficaz para quedar en contacto con las masas que el suyo?

Malatesta nos acusa siempre de no haber interpretado bien su manera de pensar; transcribamos, pues, sus opiniones: *"Sostengo que, no siendo anarquista la masa de los obreros, una organización obrera que se titule anarquista, o debe componerse sólo de anarquistas y por tanto no ser más que un simple e inútil duplicado de los grupos anarquistas, o bien permanecer abierta a los obreros de todas las opiniones y por consiguiente reducir la etiqueta anarquista a un simple aforismo, bueno sólo para comprometer a los anarquistas en las mil transacciones a que es constreñido un sindicato que lucha en el ambiente actual y quiera defender los intereses inmediatos de sus miembros"*...

Primeramente: en todos los países de habla española, la inmensa mayoría de los obreros organizados o con deseos de organizarse tienen ya sus nociones que les permiten distinguir lo blanco de lo negro; los obreros que no distinguen lo blanco de lo negro no se organizan o caen bajo el radio de influencia religioso o político de sus preferencias o de sus tradiciones. La propaganda revolucionaria y la propaganda reaccionaria han llegado a tales proporciones que no hay rincón donde los obreros no hayan escuchado ya algo al respecto y así se van formando las opiniones. Porque nuestros camaradas han sido más activos en los países de habla española que las demás escuelas y partidos que se disputan la orientación del movimiento obrero, ellos fueron y son aún los que forman las primeras organizaciones de lucha proletaria y, claro está, desde el comienzo proclamaron que en religión son ateos, en política anarquistas y en economía comunistas. Una activa propaganda no tarde en agrupar en torno a nuestros postulados fundamentales un organismo obrero central que orienta más o menos las luchas proletarias de la región de su influencia. Esta es una realidad en todos los países de habla española o puede serlo. En Centro América y en la costa del océano Pacífico no ocurre todavía eso, pero es porque los anarquistas son allí muy poco numerosos aún. La A. I. T. tiene un delegado por esos países y no está lejano el día en que también ellos muestren el ejemplo de un movimiento obrero inspirado por la anarquía; hoy no tienen movimiento obrero alguno, porque las organizaciones obreras patrióticas, políticas, etc., no son obreras más que de nombre. En una palabra el movimiento obrero revolucionario en los países de habla española es anarquista, y donde no existe ese movimiento obrero anarquista no existe tampoco ningún movimiento obrero digno de tal nombre.

La etiqueta anarquista no da convicciones anarquistas a quien no las tiene. Naturalmente. Pero si nosotros defendemos esa etiqueta y procuramos que sea el signo distintivo de todas nuestras organizaciones, es porque: a) eso no nos impide constituir organizaciones obreras mayoritarias, como no impidió a los socialdemócratas formarlas en Alemania y Austria en nombre de sus doctrinas autoritarias; b) una bandera, aunque no sea un arma, es un símbolo que puede representar todo un mundo; c) no nos interesa un movimiento obrero que no se encamine hacia la anarquía, hacia la lucha contra el capitalismo y el Estado, hacia la destrucción del principio de autoridad. Queremos oponer nuestras ideas al mundo del privilegio y esas ideas se expresan con algunas palabras: la anarquía es la expresión de lo que queremos; por eso nos esforzamos por hacer ostentación de ese nombre; no ignoramos que se puede ser un buen anarquista sin llamarse tal, pero nuestro movimiento existe ya y mientras estemos en lucha contra el mundo actual, no sólo debemos ser anarquistas ante nuestra conciencia, sino ante la sociedad entera. La palabra anarquía dentro del mundo capitalista es una consigna de guerra, no de paz y de masturbación espiritual. Los obreros sanos de espíritu, los que no fueron envenenados irremisiblemente por el autoritarismo, no tardan en amar la anarquía, más o menos luchando en primera fila contra la injusticia presente y ejerciendo la más amplia y noble solidaridad con los oprimidos y los explotados, sean miembros o no de nuestros sindicatos. En casi todos los países de habla española, los obreros que acuden a la organización van ya preparados de algún modo por la propaganda previa y con un fondo de confianza en la anarquía y en los anarquistas. No todos son filósofos, claro está, no todos pueden dar conferencias sobre el anarquismo; pero el mismo caso es el de los componentes de los grupos de afinidad anarquistas, cuya inmensa mayoría no tienen más que algunas vagas nociones sobre la significación de nuestra idea, lo cual no les impide luchar y sacrificarse y morir por ella. Tenemos en México cien mil obreros organizados en nombre de la anarquía, para la instauración de una sociedad libre; muchos de ellos, campesinos, no saben leer ni escribir; pero cuando se trata de sacrificio y de lucha por esa idea nada tienen que reprocharle los anarquistas más literarios y filosóficos.

En cuanto a que los sindicatos compuestos de anarquistas o simpatizantes no serían más que un duplicado inútil de los grupos de afinidad, nosotros podríamos decir también lo contrario, pues estamos viendo en varios países como se fundan sindicatos que recomiendan la propaganda de la anarquía y en cambio no existen en ellos grupos o no existen más que para organizar sindicatos y orientarlos desde el principio de acuerdo a nuestras ideas y tácticas. En casi todos los países de habla española, repitámoslo, el centro de gravedad de nuestra propaganda está en el movimiento obrero, y en ellos la anarquía va unida a la concepción de un movimiento social de masas oprimidas y explotadas, por eso se explica el que queramos mantener nuestro predominio en la orientación del proletariado. La experiencia demuestra que en los países a que nos referimos, el obrero desorganizado no acude al sindicato en tanto que obrero, sino en tanto que obrero revolucionario; el obrero que no piensa si quiere la revolución, no acude tampoco al sindicato.

Estimamos que, desde el punto de vista práctico, derrocharíamos inútilmente fuerzas si primero nos dedicásemos a organizar obreros puros, para propagarles luego la anarquía. Tenemos el mismo trabajo para llevar a un obrero puro al sindicato que para llevar a un obrero impuro, es decir, infectado de anarquía. Por tanto, le inficionamos la anarquía simultáneamente con la organización, nos esforzamos por sintetizar ambas cosas y no por dividirlas absolutamente. Y es tal la influencia de nuestro movimiento en los países de habla española que incluso el reformismo sindical, en otros países cacareador de la neutralidad de los sindicatos, o bien quiere hacernos competencia aprobando declaraciones de principios libertarias o bien rompe con la idea de la neutralidad. (*Este es el caso de la Unión General de los Trabajadores, afiliada al partido socialista español*).

Otra preocupación de Malatesta es la desviación a que se ve forzado un sindicato que se interese por las luchas actuales. Tampoco esto nos convence. Nosotros consideramos las luchas actuales por las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores como susceptibles de educar y de fortificar el sentimiento revolucionario de los obreros; no las consideramos como un mal necesario, sino como una acción preparatoria ineludible; el que se desentiende de las luchas del día por el mejoramiento de la suerte de los que trabajan o bien es que su situación personal le permite una existencia libre de inquietudes materiales, o bien es un revolucionario muy platónico. En la mayoría de los países de Europa la acción de los sindicatos se entiende de un modo singular que no compartimos de ninguna manera. Nuestros sindicatos no corren el mismo peligro, porque la lucha entre nosotros no se reduce a negociaciones de comités sindicales con los capitalistas o el gobierno; no vemos por qué el presentar un pliego de condiciones al patrón y declarar la huelga si no lo acepta implicaría un desdoro para el anarquista. Lejos de ser perniciosas las luchas cotidianas de los sindicatos revolucionarios o anarquistas, es en ellas donde se nos ofrece la mejor ocasión hoy para probar nuestras tácticas y métodos y educar las masas en sentimientos de solidaridad, recordándoles siempre sus derechos a las riquezas sociales y su posibilidad de una vida libre, de igualdad y de solidaridad.

—

El caso de España merece una mención especial. En ella la tradición más vieja del moderno movimiento obrero, es una tradición anarquista por una parte, y por otra socialdemócrata. El anarquismo no fué nunca un obstáculo a la organización obrera, al contrario, fué su aliciente, su razón de ser, el que dió sentido y estímulo a las luchas heroicas de los trabajadores españoles desde hace más de medio siglo. No obstante la finalidad anarquista, nuestra organización obrera de ese país, fué siempre un organismo mayoritario, el eje de las luchas sociales de los trabajadores. Hoy que ha fracasado el sindicalismo en todas partes, como doctrina incongruente y como hecho reformista y traidor, surgen algunos individuos que oficiaron de jefes obreros en estos últimos siete u ocho años y que, para no perder el puesto en primera fila, achacan los errores de que ellos mismos son responsables directos, a la anarquía y a los anarquistas. Uno de sus pretextos para iniciar la reorganización de lo que esos individuos desorganizaron a causa de su irresponsabilidad y de la embriaguez de la fuerza numérica, es que la anarquía aleja de los sindicatos a los trabajadores. Eso es una mentira. Los trabajadores que se alejaron de la Confederación fueron aquellos a quienes se sindicó por el terror de las bandas que servían de instrumentos a los actuales negadores del anarquismo; en nombre de la anarquía la Confederación será siempre un organismo de mayoría, y aunque no lo fuera, no por eso tendría menos razón de ser. Lo que pasa no es más que una vulgar lucha de ambiciones, de predominio personal; los que quisieran alejar de la Confederación la etiqueta anarquista, se esfuerzan de un modo u otro por atribuir al anarquismo todos los males que ellos mismos causaron, para lograr así deslumbrar por un momento a las masas semi-desalentadas después de tantos descalabros y volver a ocupar los primeros puestos del movimiento... y cumplir de ese modo los compromisos contraídos con los politicantes al margen de los trabajadores organizados. Y se han dado maña para hacer aparecer a los anarquistas que se oponen a sus maniobras como perturbadores del orden y aprovechadores de un momento difícil del movimiento para quebrantar la unidad por ellos deseada. Los comunistas podrían decir lo mismo cuando se reacciona contra sus golpes de mano arteros. Pero digan lo que quieran, los únicos perturbadores son aquellos que atentan en este momento contra las tradiciones del movimiento, merecedoras de la más encarnizada defensa. Es ciertamente dolorosa la contienda cada vez más irreconciliable entre los anarquistas negadores de la anarquía dentro de la Confederación española; pero los anarquistas que pueden estar orgullosos de su obra no tienen por qué ceder el puesto a los políticos comunistas o sindicalistas. Y sea cualesquiera que sea el resultado final, de todo desastre originado por estas disidencias, son responsables los que quieren torcer caprichosamente el rumbo del movimiento obrero español.

---

de entusiasmo y de arrojo, que a veces no es más que la sabiduría de los valientes.

Por eso abrigamos escasas esperanzas en la victoria de los huelguistas. Tanto más que las maniobras gubernativas llevan el escondido propósito de destruir las Trade Unions, o por lo menos debilitar en todo lo posible su poder efectivo. Y para eso cuentan con suficientes fuerzas y con feroces recursos.

Pero la conferencia Baldwin-Thomas, que se celebrará al final de la sesión de la Cámara de los Comunes, con el fin de que los propietarios desistiesen del lock-out y las corporaciones obreras diesen por terminada la huelga general, podría volver la situación al statu quo de antes.

Después de haber mostrado a Malatesta que, si los anarquistas deben quedar en medio de las masas y actuar en las organizaciones obreras numéricamente más fuertes, en los países de habla española tenemos la circunstancia especial que las organizaciones obreras numéricamente más fuertes son las de los anarquistas. Con etiqueta o sin ella, son obra de los anarquistas y serán orientadas por ellos, por consiguiente, si son orientadas de acuerdo a las ideas y tácticas del anarquismo, démonos la satisfacción de ponerles la etiqueta, es decir, de plantar en ellas el símbolo de nuestras aspiraciones, tanto más cuanto que somos de opinión que la revolución será anarquista o no será. Si una media docena de obreros se va, vendrán dos docenas a sustituírlos, porque el proletariado militante no pone los ojos exclusivamente en el presente, quiere también avanzar a la conquista del porvenir y el porvenir por nosotros soñado no repugna al obrero, sino que lo atrae.

¿Es que nuestra táctica — porque el problema, como Malatesta mismo dice, es un problema de táctica — varía sustancialmente, o debiera variar en los países en que somos minoría en el proletariado organizado? Creemos que no. Malatesta dice:

"De acuerdo con los compañeros españoles y sudamericanos sobre la finalidad anárquica que debe guiar toda nuestra actividad social, estoy en contraste con algunos de ellos sobre si conviene o no imponer a los sindicatos obreros el programa, o más bien, la etiqueta anarquista — y, no consiguiendo hacer aceptar de la mayoría dicho programa, se convenga mejor en quedar en el seno de la organización general para hacer propaganda y ejercer obra de control y de oposición en ella contra las tendencias autoritarias y colaboracionistas que se manifiestan generalmente en toda organización obrera, o bien separarse y formar organizaciones de minoría."

Habiendo expuesto las condiciones de nuestro movimiento en los países de lengua española, no volvemos a insistir sobre el mismo asunto. Malatesta cree que donde la mayoría no nos quiere, es mejor quedar allí que retirarnos y fundar organizaciones minoritarias para llegar a ser mayoría gracias a nuestra propaganda. Puede haber casos en que eso sea conveniente, cuando la esperanza de conquistar la mayoría tiene alguna razón de ser. En general, la situación es esta: cuando quedamos perdidos en esos grandes organismos reformistas que agrupan en algunos países de Europa el grueso del proletariado organizado, la eficacia de nuestra acción se reduce a cero, absolutamente a cero. Eso de controlar y de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas, no son más que palabras sin realidad alguna. Si queremos sanear un pantano, es mejor que comencemos por fuera, pues si nos empantanamos también en él, estamos perdidos. La iglesia no se combate entrando en los conventos o haciéndonos curas; los partidos políticos, tampoco; las organizaciones obreras reformistas, tampoco. He aquí la realidad: en algunos países, cuando somos una minoría inofensiva en los grandes sindicatos reformistas, se nos deja hablar en las asambleas y hasta escribir algún artículo en la prensa sindical. El camarada Rocker nos ha contado varias veces sobre la gran tolerancia que hay en las Trade Unions inglesas; en ellas puede cualquier anarquista hacer uso de la palabra sin que se le tape la boca de un garrotazo; pero esos buenos ingleses oyen hablar a un anarquista como si oyeran llover, y luego obran según los dictados de los magnates del movimiento tradeunionista. Por nuestra parte, entre ir a pronunciar un discurso a una asamblea trade-unionista e ir a hacer lo mismo a la costa del mar, frente al murmullo de las olas, como hacía Demóstenes para ejercitarse, creemos que no hay mucha diferencia. Esa tolerancia es la tolerancia de las arenas del desierto; también allí podemos pronunciar discursos impunemente. En todas partes, sin embargo, no existe la tolerancia de los trade-unionistas ingleses, y tratar de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas de los grandes sindicatos equivale a salir con la cabeza rota y eso será todo lo meritorio que se quiera, pero vale más un asno vivo que un sabio muerto. Podríamos contar millares de casos para demostrar a Malatesta que nunca estaremos más aislados de las masas que manteniéndonos en un sindicato reformista incorregible, aunque abarque la mayoría del proletariado organizado. Podríamos invitar a Malatesta a que venga a Alemania a hacer propaganda anarquista dentro de las organizaciones socialdemócratas, que son los organismos obreros mayoritarios, para que pruebe realmente la imposibilidad material de levantar en ellos la voz. Todos los anarquistas que intentaron seguir esa vía, o se convencieron de su error o terminaron siendo burócratas y reformistas. Y es natural, porque en un pantano no se conserva fácilmente la salud; esa es una de las razones por las que no vamos tampoco al parlamento. A propósito de parlamento, estamos tentados a oponer a Malatesta, cuando habla de hacer propaganda en los grandes organismos reformistas, la misma argumentación malatestiana contra el parlamentarismo.

Felizmente, la experiencia práctica de la impotencia de toda acción en el movimiento obrero reformista ha llevado a nuestros camaradas a la idea de organizar un movimiento sindical propio, minoritario, y por medio de ese movimiento se mantiene mucho más el contacto con las grandes masas que de la manera recomendada por Malatesta, y sobre todo permite el desenvolvimiento de una propaganda nuestra para ir minando poco a poco las ciudadelas en que se hizo de los trabajadores soldados de la reacción y del colaboracionismo. Lo que nos diferencia de las organizaciones minoritarias de esos países es que, en lugar de inspirarse en la anarquía, pretenden, como en Suecia, como en Holanda, como en Noruega, basamentarse en las doctrinas del sindicalismo revolucionario, una mixtura que no tiene la consistencia ideológica del anarquismo para hacer frente a las corrientes de autoridad. Hay que prever que nuestra organización sindical nunca llegará a ser mayoritaria dentro de unos años; el núcleo más importante de sus orientadores es sindicalista. Estimamos que habría podido avanzar un poco más y substituir el sindicalismo por el anarquismo con los mismos resultados finales: la descomposición de la hegemonía socialdemócrata en el movimiento obrero y la constitución de una fuerza proletaria para la libertad. Si los iniciadores de ese movimiento hubiesen quedado en los organismos socialdemócratas, hubiesen cantado a la luna y no contaríamos hoy en los países escandinavos con ninguna posibilidad de la vasta propaganda que se realiza en ellos. En cuanto a Alemania, nuestras fuerzas son pocas, pero lo que hay se debe a la organización anarco-sindicalista, un nombre que nos agrada poco, es verdad, pero que no es entendido más que en sentido del comunismo anárquico. Viendo la obra realizada por nuestros camaradas en esos países las recomendaciones de Malatesta nos causan una verdadera pena, porque nos duele ponernos frente a él, cuando son tantos los lazos que nos unen en la concepción de la anarquía.

¿Es que Malatesta quiere cerrar los ojos a estas realidades? Nosotros no discutimos por placer de discutir, sino porque nos es imposible comprender por qué Malatesta difiere de nosotros en una cuestión táctica tan palpable, tan simple, cuya solución se cae de su peso.

Terminemos por hoy; en vista de que Malatesta no confunde el sindicalismo con el movimiento obrero, según se advierte textualmente, dejemos a un lado el sindicalismo, que no lo queremos ni como doctrina ni como hecho, y veamos lo que es el movimiento obrero:

Examinad en cualquier país que se os antoje la situación efectiva: el movimiento obrero se os presenta por una parte como sindicalismo de Estado, por otra como organismos políticamente neutrales en su doctrina y colaboracionistas en la práctica, por otra como apéndices económicos de los partidos obreros, por otra como sindicatos anarquistas organizados y dirigidos por los anarquistas. Un movimiento obrero al margen o por encima de las diversas tendencias que actúan en nombre de la revolución y del socialismo o de la reacción entre las masas proletarias, no existe, y este hecho no hizo reflexionar a Malatesta lo suficientemente como para darnos una respuesta satisfactoria. Y en general, el proletariado organizado es casi en todas partes una minoría, raramente una mayoría. Malatesta, el voluntarista, tiene que reconocer que el movimiento obrero, ese hecho universal no nace por generación espontánea, sino por el esfuerzo de las minorías que actúan en la propaganda y la organización desde diversos puntos de vista. Aunque se diga lo contrario, para cazar incautos, nadie quiere los sindicatos neutrales, y nosotros tampoco los queremos; de ahí que el movimiento obrero para nosotros, no sea una noción abstracta que existe independientemente de nosotros, y de los otros, sino una creación de nuestro esfuerzo y del esfuerzo de todo el que quiera intervenir en las filas de los trabajadores, bien para que lo elijan diputado, bien para buscar en las secretarías rentadas de los sindicatos un modus vivendi, bien para preparar a los hombres por la propaganda, la educación y la acción para salir de este valle de lágrimas y entrar en la tierra de promisión de la anarquía. Otra interpretación del movimiento obrero tendrá que demostrarnos ante todo que se basa en experiencias reales. Nosotros no queremos el movimiento obrero que no quiere la revolución, y si podemos destruirlo, lo destruímos; ahora bien, por revolución se entienden muchas cosas, pero en cuanto se desea un movimiento obrero revolucionario, nosotros, los anarquistas, trataremos de que por revolución se entienda la anarquía y no un gobierno obrero y campesino como el de los bolchevistas o una flamante república alemana — orgullo de los socialdemócratas — con un gran duque a la cabeza.

El mal de estas discusiones es que no se dirigen al gran público, sino a una minoría de camaradas iniciados y esto no es lo que nos haría falta hoy; pero, ¿qué hemos de hacer?

R. TELLEZ BLACUTT

Las virtudes negativas del hombre mediocre

El mediocre, (para Ingenieros y para todos los que hemos leído a Ingenieros), es el hombre prototipo de las muchedumbres, el que sintetiza perfectamente el modo de ser de las turbamultas, el incapaz de sobresalir el medio por estar íntegramente plasmado para formar la parte amorfa, densa y pastosa de los pueblos.

El mediocre, es algo más que una bestia, pero es algo menos que un hombre; es el tipo por excelencia del adaptable y del plasmable, no piensa por sí, y, en su manera de ser, es el reflejo del medio que lo rodea. Es incapaz de levantar la cabeza más alto que los demás, porque toda dominación le es profana; incapaz para sostenerse sin apoyo, porque la soledad y el abandono le causarían vértigo; incapaz para obrar de conformidad a los dictados de su conciencia (siempre rudimentaria), porque la "conciencia plena de las cosas" no es de su dominio...

Resumiendo su aptitudes, se podría decir de él, que es el "imitativo" con todas las serviles virtudes de la adaptación.

En Zoología y Biología, se llama *mimetismo* a la propiedad que tienen todos los animales de tomar para sí alguna o algunas de las propiedades más notables del medio en que viven, con objeto de preservarse de la destrucción...

El mediocre, al amoldarse perfectamente a los prejuicios y mentiras convencionales de su época, ejerce instintivamente el mimetismo psicológico, es decir, disfraza convenientemente su insuficiencia para no perder el equilibrio en el torbellino de la vida; débil e impotente por temperamento o efectos de educación, tiene necesidad de someterse enteramente a la "corriente general", por mucho que no ignore que ésta lo empuja por la pendiente fatal de los prejuicios hacia las profundidades ensombrecidas del error.

De ahí que, no siendo más que una célula pasiva en un organismo viciado, una molécula incipiente en un conjunto que obra bajo el influjo de fuerzas poderosas, no puede poseer la "virtud de la verdad" y viva siempre, de un modo anormal, en medio de las ciénegas inmundas de la hipocresía y la falsía, dos fantásticos biombos detrás de los cuales se ocultan siempre las almas desprovistas de todas las "virtudes de la fuerza"...

De ahí que, no pasando de ser un ente asustadizo y tembloroso, incapaz de oponerse ni marchar en dirección contraria a la de todos, el mediocre, es arrastrado por las turbamultas en dirección de un cementerio de almas fracasadas por un camino de claudicación contrario al de toda dignidad, encarnando, en sus ideales y en sus aspiraciones, (si así puede llamarse a su bastarda manera de pensar y sentir) todas las flaquezas y deplorables debilidades que han caracterizado, en todo tiempo, a los grandes cretinizados "rebaños humanos".

El mediocre, al pensar como piensan todos, y al sentir como sienten todos; al eclipsar completamente su personalidad dentro del poder aplastante de los pueblos y las leyes contradictorias e ineficaces de los hombres; es decir, al hacer el papel de célula muerta en un organismo vivo, viene a resultar como un cuerpo sin alma, o mejor: como un alma llena de falsías y de perversidades encerrada en una caparazón acromática. Porque, "pensar como piensan todos", implica falsear la razón de las cosas, dando a éstas un valor relativo y falso basado en las menos eficaces de sus propiedades, y, "sentir como sienten todos", es erigir en suprema razón de ser de los ideales, a los más bajos instintos de conservación animal y a los más inconcebibles extravíos del afán noble de la "distinción verdadera".

El mediocre, *cree*, (porque no sabe razonar), en la sinrazón de los prejuicios; confunde los valores positivos con los negativos; labora en un sentido perfectamente inútil; piensa en lo que no debe pensar, y, finalmente, sueña y aspira con lo que pudiera constituir la vergüenza y la anulación de una "personalidad superior"... Es esencialmente práctico y odia al soñador; es enemigo de todos los que aspiran y pueden más que él, y tiene un rencor salvaje y brutal para todo lo que brilla con mayor persistencia que las cenizas grises de sus pensamientos.

El mediocre, es característicamente envidioso, rastrero y cobarde; no tiene mayor virtud que la mentira y se sostiene milagrosamente sobre el "tinglado de la farsa", (que es como conviene llamar a esta época de oscurantismo), gracias a la forma perfectamente servil con que se arrastra ante los que pueden más que él y lo dominan.

El mediocre, es uno de los enamorados más pertinaces de la figuración y el renombre efímeros que adjudican los pueblos a los individuos que mejor los encarnan; no desperdicia resquicio alguno para colocarse en planos que no debe estar colocado y, por esto, es capaz de todas las villanías para aparentar la contextura de un hombre honrado.

El mediocre, tiene el culto del oro y del relumbrón efímero de las cosas brillantes y puede amoldarse a las mayores incongruencias ante la fascinación de un montón de libras esterlinas; la comodidad, la holganza y los ficticios placeres de todos los tiempos carentes de la plena vida de la naturaleza, son el imán poderoso hacia el cual convergen todas sus aspiraciones, por todos los caminos, menos por el de la dignidad.

El mediocre, es adorador de su propia pequeñez, y, por eso, la forma más ruda del egoísmo humano, impera, como un fetiche mongólico, en su podrido y deformado corazón. Se admira a sí mismo sobre todas las cosas, y es incapaz del menor gesto ante la tragedia dolorosa de los grandes derrumbamientos sociales.

Desconocedor de la vida, de la verdadera vida del que ha arrastrado sus huesos por todas las playas del inmenso mar del dolor humano, sin haber visto nunca mayores horizontes que los que circuyen su terruño, viendo todas las cosas y la razón de todas las cosas como a través de unos lentes ahumados, juzga, como el juez que no sabe de lo que juzga, y todo

lo considera pequeño, ruin y despreciable como la ruina incolora de su espíritu.

El mediocre, considera sus actos como la voluntad incontenible e invencible que gobierna y dirige los engranajes del universo mundo, no con la serenidad del que se sabe superior a todos los que le rodean, sino con la fatuidad del que cree a todos por debajo de su propia pequeñez.

El mediocre, es siempre ignorante, y, su juicio sobre los seres y las cosas, las causas y los efectos, casi siempre marra... Critica acerbamente al que no sabe calzarse bien los guantes, sin fijarse nunca que jamás tuvo un rasgo de piedad, o que nunca supo de la resolución de un problema sobre el por qué de los "diferendos generales".

Conservador y retardatario por excelencia, es el primer escollo que se presenta ante las grandes innovaciones sociales; adorador ferviente de todos los mitos creados y esclavo sumiso de todas las viejas instituciones, se presenta ante los iconoclastas y reformadores, como la barrera infranqueable dispuesto a cerrar el paso aun al mismo carro alado del sol...

Adulador y farsante, verboso y galante, sumamente flexible, se arrastra de rodillas, con la misma maestría tanto ante los vientres galoneados, como ante las prostitutas encumbradas, sin un sonrojo en el rostro, sin una protesta en los labios.

Además, como nunca puede permanecer de pie por el temor de encolerizar al "número" que se encuentra siempre de rodillas, se busca un amo para encadenarse a sus pies y ejercitar las acrobáticas virtudes que posee en las vértebras de su esqueleto de caucho, hecho a todas las genuflexiones y a los más difíciles rastrerismos... Como quiera que su alma, (y con mayor razón que su cuerpo), necesita de las cadenas de la esclavitud para poder vivir respirando el aire viciado del servilismo, (único respirable para sus pulmones), aparte de forjarse sus amos, crea en su mente un ente descabalado y deforme, prototipo de la imperfección, fiel reflejo de su impotencia, para luego colocarlo en el altar supremo de las máximas adoraciones, como al "Supremo Creador" de su triste orfandad y vida miserable... y adora a "Dios" en el mito simiesco que brota de su cuadrada cabeza.

En fin, es el enemigo declarado del Genio, porque éste lo desprecia: grotesco y deforme en su alma, es el antípoda del grande: un hiperbóreo en las riberas de la mentalidad superior... Acostumbrado a las tinieblas, la luz lo mata, y por eso la escupe sin pensar que nada puede la baba inmunda del gusano ante el vuelo prepotente del águila caudal que pasea sus miradas de fuego por sobre un mundo en escombros, desde las escarpadas rocas de una cima rocallosa e inaccesible.



PANORAMA PLASTICO

Nos hallamos hartos de negaciones. No nos es muy grata al espíritu esta función crítica, que rara vez tropieza con motivos donde prender su admiración en un vuelco generoso. Ingrata faena, a fe, la que nos hemos impuesto como un penoso deber.

No obstante la inusitada actividad de las exposiciones, personales y colectivas, el año fenecido fué de una vacuidad desoladora. Las artes plásticas argentinas se hallan en un punto muerto, en una crisis dilatada y que tiene miras de prolongarse aun por mucho tiempo.

Jamás hubo mayor número de triunfadores y jamás esos triunfadores fueron más baladíes y efímeros. Si diésemos oído a las voces laudatorias venidas del extranjero, el enorgullecimiento sería inevitable. Figari, consagrado por cierto sector de la crítica de París, y también Quinquela Martín, por quien se celebró una especie de apoteosis; José Fioravanti alabado sin mesura por la crítica madrileña, la que pudo incluir hasta a Larrañaga y María Elena Bertrand, caen todos ellos en los dominios diplomáticos. Si exceptuamos a Figari, en quien es reconocible algún valor, los demás no sobresalen del nivel de lo mediocre y de lo pésimo. Estos sucesos de estima, por los cuales se adula la prosperidad agropecuaria del país, los patrioteros, además de bebérselos en serio, se marean con ellos.

Se objeta, en disculpa del raleo de personalidades originales y de la presente flacidez de la labor pictórica y escultórica de aquí, que el fenómeno de la decadencia del arte es mundial. Se citó, por un personaje influyente, — quien ciertamente opinaba con cabeza ajena — que las artes del viejo mundo se hunden en el esnobismo y el escándalo.

Concedamos una pequeña partícula de verdad en todo ello; ya que los manejos de los *marchands* parisienses se están volviendo cada vez más dañinos y perjudiciales contra la auténtica valía de la producción artística; mas no solamente la disculpa se halla fuera de lugar, sino que quienes la invocan son los que menos creen en ella. Al contrario, consideran que nosotros somos superiores, y si no dicen precisamente eso afirman que estamos destinados a inyectar un renovado vigor en la reseca rama del arte occidental.

La exposición ambulante de artistas argentinos, organizada por el normalista Nazar Anchorena, al parecer tuvo por fin principal demostrar a los europeos cultos, que bien poco les quedaba por enseñarnos aún. Hubo hasta el pensamiento *epatante* de asombrar. Y a pesar de los frenos diplomáticos, ni la crítica madrileña ni la parisiense le fué muy favorable, y algunas verdades han sido dichas acerca de esa peregrina muestra, que, entre dos o tres excepciones de real valer, los otros descienden vertiginosamente desde lo mediocre para abajo.

Notamos, así, un gran movimiento para la exportación. No se exporta ganado en pié, ni trigo, ni frutos del país solamente, también exportamos doctores, disertantes sobre los más variados tópicos, y, aún lo más calamitoso: arte autóctono y artistas ídem. Uno de éstos, quienes expusieron y se pasearon por el extranjero, descubrió, en compañía de otros colegas del mismo caletre, que nuestros pintores y escultores nada podían ya aprender de sus coetáneos de Europa. El magnífico artista suizo Hodler les mereció el calificativo de affichista.

Se comprenden, pues, las causas del notable atraso en que vegetamos aquí en relación con las cuestiones de arte. Primeramente: esa racha *pour l'exportation* está generando una pintura que apresa y viola burdamente los motivos de la tierra con el fin de labrar mal o bien una especie de *arte argentino* que por lo banal pintoresco llame la atención del extranjero snob a la pesca de exotismos. Segundo: con tan delicioso método para cazar incautos que paguen suntuosamente esos cuadrazos, se falsea, se desvía la verdadera ruta del arte, para convertirla en mera industria. Tercero: esos coronados tan fácilmente por el éxito, allá en el viejo mundo, repantigados sobres sus laureles, no se hallan dispuestos a estudiar, observar y luego nos espetarán espontáneamente esos juicios superficiales, bijor verdaderos de una irreductible ignorancia.

Por otra parte, quienes asomaban un despunte novedoso u original, agotada la primera vena, retrogradaron o se estatizarca en un amaneramiento que decía de la impotencia de renovarse. Los que figuraron como *maestros* antiguos, los Colivadino, Ripamonte, De la Cárcova, los Quiroz y otros, temiendo peligrosas com-



SANTIAGO L. PALAZZO — "Interior"

paraciones no exponen, o exponen muy poco, y algunos prefieren hacerlo en el extranjero, donde con una hábil estrategia diplomática les está asegurada la venta. Los egresados de la Academia de Bellas Artes parece que se conforman con su diploma de profesores de dibujo, y su única mira es explotar la carrera, ya tratando de conseguir una cátedra u optando por dedicarse a menesteres comerciales.

El hecho es que nunca como ahora, hubo menos renovación, para suplantar a los desertores, a los agotados. La explicación es obvia: hace unos cuatro o cinco años, fueron numerosos los jóvenes que representaban incitantes promesas y bellas esperanzas, y como aquí la victoria es fulmínea y temprana, todas las promesas y esperanzas se malograron definitivamente. La mayoría de estas juventudes, guiadas por el instinto o una milagrera intuición, dieron frutos agridulces — simpáticos por la frescura de sentimientos e intenciones, realzada por una factura franca y resuelta — ya que todavía en esa edad la duda no nos muerde y no nos hace vacilar, — pero un poco más tarde, cuando empezaron a abordar obras de aliento, les faltó una preparación sólida, y se vieron en la dolorosa obligación de claudicar. Puede ser que haya quien se rehaga con el andar del tiempo, si se somete a una disciplina férrea de estudio, aunque ello parezca un tanto improbable. Uno de los ejemplos más típicos y que resume todos los vicios y defectos de nuestra educación artística, es el de *un pintor*. A los ventiún años pintó un retrato, de pié, de manera casi magistral, y en este último salón, después de unos nueve o diez años, presentó un cuadrazo sin calidades pictóricas ni estro, algo así como una horrorosa oleografía. Se supone que un artista en plena juventud, de haberse ceñido a un estudio severo, aun insignificantemente hubiese evolucionado, siquiera en la parte formal y exterior de la pintura. Y casos como éste, abundan. Son incontables en la muchachada artística, por ser la pereza mental uno de los achaques más difundidos entre ella.

Son muchos los que creen en el ejercicio continuado a lo faquín, acarreando pintura de la paleta a la tela, y no comprenden que es una calistenia como cualquier otra, obrando únicamente en las facultades mecánicas. La culpa más grande se halla en los maestros. Ninguno de ellos les indicó la necesidad de los estudios paralelos, en los libros, en el natural, en el taller, en los museos, poniendo a contribución, simultáneamente, los sentidos más vivos de la criatura humana. Por eso hemos combatido la academia y los académicos, y pregonamos la urgencia de la creación de talleres libres, dirigidos y profesados por artistas independientes, quienes inculcarían los métodos más modernos, que renovaron la enseñanza de las artes plásticas en Rusia, en Bélgica, Italia y Francia.

Es una iniciativa factible de realizar, pero son demasiados los intereses creados para que algún día se la ponga en práctica.

¿Cuál acontecimiento pudo tener las resonancias de un verdadero espectáculo de arte? En las muestras colectivas de artistas extranjeros, la más homogénea, la más depurada, denotando un esclarecido discernimiento y un innegable buen gusto, fué la organizada por Domingo Viau. Nos trajo un Monet, de la época de Londres, una marina de grises nacarados, de armonía suavemente ensordecida; dos Raffaelli, un paisaje urbano de atorbellinada coloración, con toda la vivacidad de un gran croquis y una colección de Carrière, dibujos y óleos, algunos de una bella ternura y de sabio arabesco de luz y sombra.

Las demás exhibiciones colectivas de arte extranjero, casi todas respondieron a puros fines comerciales, sin la excelencia de las producciones. No vale la pena nombrarlas. Las personales de artistas europeos, la de Lucien Simon, resultó después de todo, la más valiosa, desde el exclusivo punto de vista pictórico. Eran acuarelas magistralmente tratadas resintiéndose de una superficialidad que no penetraba más allá del elemento pintoresco. Los Palmarola, los B. Gill Roig y otros más o menos como ellos, representaron la pintura corriente y moliente, algo así como un depurativo y una reacción para incitarnos a gustar de las buenas telas de los grandes maestros.

Las exposiciones personales de los artistas argentinos, casi ninguna rebasó de una línea común. Excepto Irurtia, con sus cabezas femeninas, los demás no sobrepasaron, en sentido de progreso, la labor realizada en otros años. Pansozzi, Octavio Pinto, Cordiviola, todos pintores de cierta expectabilidad, no lograron superarse. Vena, siempre extático en su manera y Betti perdiendo un poco la frescura de sus primeros años juveniles, en la perfección de un minucioso oficio; la retórica del pintor velando la elocuencia de la emoción. Confesaremos, pues, que la muestra Pettoruti, al finalizar el año, en los "Amigos del Arte", fué forzosamente la mejor, por la armoniosa corrección de sus cuadros, admirablemente

compuestos en un orden decorativo; es decir, sacrificando el análisis profundo y emocionado del color, por la extensión a decorarse con el arabesco del dibujo.

El Salón Nacional nos sorprendió, como siempre, por la descabellada adjudicación de los premios, salvo Guillermo Butler y Macaya, y también por la inesperada revelación de dos personalidades desconocidas, y de una singular originalidad. Nos referimos a Juan del Prete y Víctor Pissarro. Juan Tapia envió un paisaje que fué incontestablemente uno de los de más valor pictórico del Salón. Reducido en tamaño, pero lleno de sugerencias en su armonía de grises dorados, El Tabaquillo, demostró de una vez las relevantes condiciones plásticas de ese pintor, quien posee el escondido sentimiento de un poeta. Falcini y Caratella Manes fueron las dos notas más poderosas del Salón, en la sección escultura. No hemos de repetirnos, lo que dijéramos en otra oportunidad. En arquitectura, sólo dos nombres se destacaron en una obra común: Alberto Presbich y Ernesto Vautier.

La sala de independientes, alevosamente organizada por la comisión de Bellas Artes, se inauguró semanas después del cierre del salón oficial. Los concurrentes clamaban irrisoriamente contra ese título, quienes, no teniendo nada de independencia mental y artística, se cubrían con ese rótulo como con una hermosa hoja de parra. Era para despistar, aunque las obras los contradijeran. Y entre lo malo y lo aberrativo, hubo dos expositores que atrajeron la atención, en cierta manera, Juan Antonio, con un retrato y dos paisajes; uno de ellos, un panorama de techumbres, una vista urbana, que constituía un hallazgo de armonía fría y dibujo esquemático apropiado a la expresión tediosa del tema. Xul Solar, el otro; espíritu verdaderamente culto e independiente, exponía tres acuarelas. La emoción del color se aunaba a la ideación fantástica del asunto: sensaciones cerebralizadas, engastándolas en una atmósfera de cuentos de hadas.

Esta es la suma y cifra de las ruidosas manifestaciones artísticas del año fenecido. Es un desalentador resumen, y tememos que nos toquen temporadas peores. Esto sucederá hasta que no sea barrida toda la caterva de señores que hicieron de la cosa de arte una función burocrática.

Y para ello deberán transcurrir años, puesto que los viejos *maestros*, cargados de puestos vitalicios, cátedras y otras cosas parecidas, son reemplazados por nuevos *maestros* con iguales o más intensas ansias de medrar.

Requiescat in pace. Es nuestro responso escanciado sobre el cráneo de tantos cadáveres que comen, beben y andan. La mezquina corruptela del régimen vigente, hace hacederos estos fenómenos. Los que nos conservamos incólumes al margen de ellos, nos dejan en absoluta indiferencia; ni pasión ni celo experimentamos contra todo *triunfador*.

Los hermanos Palazzo, pintor y escritor

Los hermanos Palazzo, Santiago y Juan, pintor uno y el otro escritor, son uno de los casos artísticos más extraordinarios que se produjo hasta ahora en la Argentina. Hemos dicho extraordinario, y añadiremos también único, por las circunstancias de precocidad artística, de pobreza y de vida empavorecida por todas las grandes desventuras.

Enquistados entre las paredes sonoras de ese gran corazón del pueblo, hecho de roña y barro, que es el conventillo, carne de conventillo y de miseria ellos también, se diferenciaban de sus coetáneos de galera por la sensibilidad finísima y una inteligencia ávida de aprender. Se diferenciaban, además, de los otros pensionistas del inquilinato, por esa capacidad de absorber el dolor ajeno en cantidades inusitadas para el común de los mortales. Habían nacido en el duelo y en la pena; la desnarigada les solía visitar a menudo para conducir suavemente al reino de los abismos siderales algunos de los suyos, y éllos podían sobrecargar, enjugar los dolores de los demás y vivir aún con la sonrisa en los labios, engolfados, embebidos en sus tareas de arte: dichosos solamente en el acto de la creación.

Y el abscóndito valor de sus obras se halla ahí: en haber amado mucho, haber sufrido mucho, sin jamás exhalar una queja ni lagrimear sobre sus íntimas lacerias, ni dar el traspié fatal de los miserandos: es el silencioso, el secreto heroísmo que nos endurece, ennobleciéndonos. Un amor, cuando es activo e iluminado, abre la esclusa de la clarovidencia y nos baña el mundo con una luz nueva, y el caso de los Palazzo es un caso de un gran amor, hasta el delirio, por su arte, y amor por todas las cosas más ínfimas, terrenales, feas, y humildes, abrazando a todos los seres que los rodeaban. Y también odio, odio contra lo vulgar, lo malo, lo perverso. Quizás nunca se ha comprendido bien que el árbol del gran amor, cuanto más intensa es su floración, más necesita hundir sus raíces en el limo salobre de los odios enardecidos por injusticias irritantes.

Se cuenta, por ejemplo, de Santiago que malquería y rara vez le dirigía la palabra a un pintor pariente suyo, de cierto renombre, — premiado en algunos certámenes — por el simple hecho de merecerle su obra pictórica una pésima opinión. Pudo ser una chiquillada, pero demuestra su altiva intransigencia y que con encendidos celos velaba cándidamente por los fueros de su querida pintura.

De los dos, la labor más honda y compleja fué alcanzada por Juan, el escritor, con su único libro de novelas y cuentos, "La Casa por Dentro". Santiago tiene en su atenuante la circunstancia de la furiosa brevedad de su ejercicio plástico en unos pocos años de trabajo, y que murió muy joven, a los veintiún años, siendo casi un niño.

En una visita que hiciéramos a la casa de la familia hace unos dos meses, con dos pintores y un escritor, quienes algunos conocieron en vida a los malogrados hermanos, hubimos de maravillarnos a conciencia, pensando: ¿qué no hubiese podido realizar ese muchacho pintor, si en edad tan temprana logró acertar con notas tan justas de carácter, de color y de composición? Le era innato el sentido del dibujo, algo instintivo de quien dibuja con la naturalidad absoluta con que respira y habla. Veía todo por masas, que agrupaba con graciosa proporción. Se dice que jamás frecuentó academia alguna y todo lo aprendió al margen del obligado trabajo cotidiano. Hemos contemplado algunos carbones, y nos han sugerido la medida de la potencialidad de su temperamento. Nada desnuda tanto el alma de un artista como esos apuntes febriles donde se entrega y se abandona totalmente. Un cuadro, una composición, siempre se la trabaja con vistas al público o a la próxima exposición; en cambio, los bocetos, los apuntes, se hacen ante la realidad, urgidos por el instinto pictórico. Por eso son indiscretos. A veces descubren calidades, que en las grandes telas se hallarían ocultas, difusas y desperdigadas. Pero si la cartera íntima de un artista, con sus fracasos y aciertos, nos deja adivinar lo que podría ser, los cuadros con la materialidad del procedimiento, nos dicen lo que en realidad es, con sus limitaciones y defectos.

Y sus cuadros de gran tamaño, donde aborda la composición, son esfuerzos de un verdadero pintor de raza. Se evidencia una personalidad que intenta andar sola. Se notan rezagos de admiración hacia Zuloaga en el lienzo con la figura de mujer sentada y el violinista de pié. En la otra composición, que es posterior y quedó inconclusa, existe más libertad de factura, y los verdes crudos y los tonos gritones se amalgaman en una armonía primaria y ruda, pero placentera por la sana franqueza. Se nota que Santiago tenía prendida en los ojos la imagen plástica con la cual revestiría el retazo de naturaleza elegido, otorgándole una modulación nueva: la suya. Hay cuadritos tan sentidos, de una gracia natural y de un equilibrio de tal modo armonioso, que se dirían pequeñas obras maestras. Por ejemplo, el "Interior" representando una velada de muchachos, sumido en una atmósfera de calidez, en cuyo fondo sonoro canta el color quedamente.

A pesar de todo, este muchachuelo permaneció todavía en el aspecto exterior del problema plástico. Le inquietaba el movimiento y el color: el movimiento, no por el carácter existente en él, sino en función dinámica, y el color, como manchas felices, mas no como una armonía total. Esto, en tal verdor de juventud, era irremediable. El arte pictórico es el que menos soporta las precocidades.

Sin embargo, su labor pictórica, vista en conjunto, alcanzó a poseer el grado de perfección necesaria para que resultase una verdadera obra de arte. Es un valor duradero dentro de la pintura argentina de hace unos quince años, y que se irá aquilatando con el tiempo. Hagamos notar que, modesto como fué, ejerció una saludable influencia entre los artistas que trabajaron con él. Se lo imitó un poco en la particularidad de sus escenas y en el movimiento de sus personajes.

Santiago Palazzo fué una pérdida irreparable para nosotros, los artistas independientes, y también para el arte nativo. Quedará definitivamente con los de Malharro, Silva, Navazio, Lamanna; no como otros ilustres difuntos, y si como artista de vida perenne. El Museo no posee una sola obra suya. Debe poseerla; por lo menos una tela grande y chica. La monografía documentada y amorosamente escrita, la emprenderemos el día que alguien se comida, proporcionándonos los documentos y datos necesarios.



Distribución de los frutos del trabajo...

Juan Palazzo, no sabemos si por mayor edad, demostraba la madurez intelectual de un escritor que sabe lo que quiere y lo realiza de acuerdo con sus medios de expresión, superando en alcances profundos a su hermano Santiago.

En el proceso de creación, asistidos ambos por la misma musa de dolor y miseria, Juan es más completo que Santiago. Penetra más a fondo sus temas de arte. Los desarrolla armoniosamente en un intento de componer y situar las figuras en sus respectivos planos. Los caracteres surgen nítidos, y un rasgo le es suficiente para hacerlos inolvidables. Tómese la novela *Redención*, la mejor, la más completa y equilibrada del libro. Carola, muchacha del pueblo, por su rústico sentido de poesía parece que su alma la amasó el autor con las palabras más fragancíosas, dictadas por sentimiento innato de poeta. Siendo pura, tierna, sensitiva, *primorosamente sensitiva*, "con las manos alargadas en todos los momentos para acariciar al recién llegado", era fatal padeciese el calvario de ser engañada; que se casara venciendo invencibles repugnancias, con el repulsivo Plano, para cumplir el mandato de la madrastra, quien, a punto de morir deseaba verla a salvo de toda contingencia; y luego siguiera la trayectoria de la caída final, obligada por su marido, Plano, y redimirse a medias por la amistad de Palleros.

Todos los personajes que actúan en esta novelita se desenvuelven en una esfera de acción única, destacándose con poderoso vigor en virtud de los contrastes. Ya sea el Gastón Bordenave, *romántico* enamorado, quien toma lo que le parece, y cuando se harta se despide con una bofetada; o el canalla Plano, la madrastra, y el redentor Palleros, de carácter bueno e inofensivo, son figuras bien estudiadas. Por eso, ni por un instante tienen un gesto en falso, ni se escapan de su esfera de naturalezas vivientes.

Percibimos muy bien que él se trata de ciencia y de estudio, de enconadas búsquedas por las tremantes veredas de la vida, este muchacho heroico se arrancó los héroes de su corazón y les insufló la sangre de su espíritu. De ahí la profunda naturalidad con que blasfeman, se putean, se embriagan, se entregan, aman toda esta galería de seres tristes, trashumantes polichinelas de la sentina social. Y las demasías de lenguaje, las palabras que hieren y golpean como guijarros, ¡cuán oportuna y fuertemente colocadas! Nos hallamos lejos de las exageraciones realistas, de las truculencias y de la acumulación cuantitativa de calamidades y catástrofes de los maestros de la joven generación.

Es extraño y curioso, teniendo un modelo tan cerca y a mano, como es el libro de Palazzo, se recurra a fuentes extranjeras en demanda de nuevos patrones y modelos literarios. Nos referimos, exclusivamente, a quienes hacen profesión de literatura realista. Mucha gente ha perdido el don de leer y catar, discerniendo entre lo bueno y lo malo. En una palabra, la mayoría lee con fines de saquear



Billibalb Krain — **SIN HOGAR**

la paja y el trigo, y siempre se le huye al elemento interior.

Este elemento interior, esta atmósfera poética que impregna todo el libro "La Casa por Dentro", es lo que debería adoptarse como modelo ideal. No la letra ni el ritmo exterior, ni las posturas sentimentales de los personajes. No obstante que, como procedimiento literario de sobriedad y de acción verbal, podía ofrecer más de un buen ejemplo.

En fin, existe un acuerdo absoluto y armonioso entre las ideas, las sensaciones y los sentimientos y la expresión que las corporiza, cuajándolas verbalmente.

El ángulo moral que Juan Palazzo empleó para contemplar la vida, es de un pesimismo salobre, de un amargor que, si momentáneamente nos acibara los labios y nos infunde asco y vago terror, por ciertos aspectos demasiado crudos de la existencia proletaria, nos tonifica con el aletazo de latente rebeldía. Existe una sorda protesta, una muda protesta, que así como se dirige directamente contra los hombres lo hace también contra el destino ciego, creador inconsciente de tanta y tanta inútil fealdad y humanas monstruosidades.

Hay finales de novela hondamente desoladores, que no lo son por voluntad explícita del autor, sino por la concatenación inevitable de una serie de circunstancias: es decir, está muy lejos del cálculo y del efecto buscado para impresionar al lector, y no intentando enmendar los incongruentes designios de la vida, deja que el ciego destino de cada criatura se cumpla libremente. El preconcepto está descartado; el afán de catequizar, de adoctrinar, también. Es un realismo, a veces de inaudita desnudez y crudeza subjetivado por un temperamento reflexivo de poeta.

De lo más oscuro del informe bloque del pueblo se desprendieron, se elevaron y se desencantillaron en un esfuerzo hercúleo, estos muchachos de faz macilenta y de ojos de iluminados, para reflejar en el azogue tembloroso y brillante de su arte el dolor, las angustias, el sufrir incesante, la arrasadora y embrutecedora miseria de sus hermanos en pobreza.

Crearon héroes porque ellos fueron heroicos en todos los trances de sus no muy gratas existencias. Es la suprema ley, para todo verdadero creador: ser héroe, cotidianamente contigo mismo, entonces la materia heroica será dúctil arcilla en tus manos.

"La Casa por Dentro" sigue siendo, para nosotros, uno de los valores únicos de la literatura argentina, en su faz vernacular, y a Juan Palazzo lo colocamos en el cielo de nuestra admiración, con Evaristo Carriego.

At.

***

Huelga de esposas...

Una breve noticia cablegráfica, leída al azar en un diario, nos informaba que en Inglaterra millares de mujeres se declararon en huelga contra sus respectivos maridos, hermanos y padres, obreros de las minas, porque perseveraban en la huelga emprendida ante sus patrones.

Glosemos con tiento esta información, dada la afición extraordinaria de los corresponsales en abultar cualquier hecho, y si fueron una centena estas mujeres huelguistas, las convertirán en muchos millares.

Un suceso de esta laya es probable, acaecible y posee innegables visos de verosimilitud. El mecanismo cerebral de la mujer vive constantemente en el presente; se nutre de lo inmediato y de todo lo que es apariencia, contemporaneidad. El hombre, hasta el de un talento mediano, vive más en el futuro, que en lo actual. Tiene capacidad para proyectarse más allá de las preocupaciones cotidianas y domésticas. Además, su función de progenitor es accidental. Frecuentemente el hogar y la familia le absorbe menos dedicación y tiempo que su trabajo, o lo que pueda ser su tarea vocacional. Recurramos a los arquetipos de la especie para ser más claros y convincentes.

Carlyle, en una confesión póstuma, declaró que hallándose bajo el mismo te-



cho con la que fué compañera de toda su vida, rara vez se veían. Es decir, se encontraban en las horas prescriptas del desayuno, del almuerzo y de la cena, pero en realidad no se *veían*. La labor ciclópea de pensar y crear hubo de abstraerlo durante la mayor parte de su existencia. Entre ellos nunca medió más que una amistad platónica. Al final de su vida, conversando con Frank Harris, su biógrafo, se reprochaba de haber sido tan inhumano y de no haberse percatado del crimen cometido al sacrificar esa criatura a un mito como puede serlo el arte frente a la vida y el hecho de escribir libros. Y, quejoso, exclamaba en italiano:

—¡Ah, povero di me!

Si citamos este episodio que constituye uno de los casos extremos y no comunes, es para poner un ejemplo típico, del cual se podrá derivar infinitas gradaciones. La entelequia hombre podrá ser un animal sociable como lo es en general la criatura humana, pero doméstico lo será a regañadientes, obligado por necesidades sexuales, más que paternales. Y este fenómeno se verifica con más evidencia por las condiciones que ofrece la sociedad actual constriñendo, ahogando el amor desinteresado, espontáneo y libre.

Al contrario, la mujer, por su constitución fisiológica, es una bestiezuela eminentemente hogareña, doméstica. Toda su vida la llenará un hombre o varios, según las circunstancias o el temperamento. Su incesante preocupación es el amor y la maternidad.

Por ello se habló de inferioridad, con respecto al hombre, cuando la misión que les fué asignada a ambos por la naturaleza, los hizo distintos en su conformación fisiológica. Por fisiología, la mujer es ultraconservadora, dejando de lado numerosas excepciones de marimachos. El hombre lo podrá ser en otro orden, intelectualmente, pero nunca lo será por la fuerza fatal que le encadena irremediablemente a la roca de su estructura fisiológica. Y ellas son así, a pesar suyo, a pesar de las protestas de su ser pensante y sentimental, porque obedecen a una ley inflexible, como son las leyes naturales.

En este incidente huelguístico, si es cierto que aconteció — hubo esa fuerza oscura, avasalladora, que impele a esos millar de mujeres a ponerse de lado de sus enemigos, los patrones de minas, al tratar de contrarrestar la acción reivindicadora de sus maridos, hermanos y padres.

Debíamos explicarnos esta extraña traición, que sacrifica lo temporal, el alimento de unos días, a un futuro mejor, y al sentir necesidad de razonarlo, lo hicimos aun a riesgo de proferir algunas perogrulladas.

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(Continuación)

La idea del anarquismo como doctrina de la nueva vida humana en su evolución social e individual y en su creación, se encuentra en tanto que idea, por la cual es fundamentada teóricamente la verdad indiscutible de la naturaleza del hombre y en base a hechos irrefutables, indestructibles es descubierta toda pústula de la injusticia de la sociedad contemporánea; la idea del anarquismo, decimos, se encuentra en los cuadros de la vida presente en la mayoría de los casos en situación ilegal, raramente en forma semi-legalizada; pero completamente legal no existe el anarquismo en ninguna parte.

Esto se explica por el hecho que en el período actual del desenvolvimiento de la sociedad no vive su propia vida, sino la vida del amo y del esclavo; del Estado. Sí, más aún: la sociedad se ha despersonalizado completamente. En realidad no existe. Todas las funciones, toda la edificación y creación en todos los dominios de los asuntos sociales han pasado al Estado. Este es tomado hoy por la sociedad misma. Un grupo de hombres que, dejando a la humanidad entera desnuda, se ha elevado por encima de los demás y ha creado "leyes de vida" artificialmente para esa humanidad, se presenta ahora como sociedad humana. El individuo en la masa que cuenta tantos centenares de millones, no es nada en comparación con ese grupo de ociosos que llevan el nombre de gobernantes y de dominadores de la política, de la explotación y de la opresión. Esos chacales que han perturbado y subyugado el mundo — los gobernantes de la derecha y los de la izquierda — los burgueses y los socialistas de Estado — esos no quieren comprender la gran idea del anarquismo.

Los primeros, es decir los burgueses, también los socialistas de Estado de todas las tendencias, incluso los colectivistas que se han puesto el nombre de comunistas o bolchevistas, están dispuestos a cambiar mil veces los nombres de la dominación de los unos y de la esclavitud de los otros en esta sociedad, modificando esos nombres según las circunstancias en sus programas, pero sin embargo lo esencial permanece en pié y se reconoce claramente el ensayo para encontrar una reconciliación de las contradicciones naturales en la asociación de dominación y esclavitud. Y aunque saben que esas son contradicciones irreconciliables, las conservan para que no se manifieste prácticamente en la vida el gran ideal de verdad de los anarquistas comunistas.

Los socialistas y los comunistas de Estado han decidido en sus absurdos programas que hay que libertar ineludiblemente a los hombres desde el punto de vista "social"; en este dominio se puede admitir también un desenvolvimiento de su vida social. Pero que el hombre obtenga la completa libertad espiritual, que el hombre sea libre en el sentido humano y no sea súbdito más que de su conciencia, de las leyes naturales de la naturaleza humana, sobre eso no hablan; pero se ocupan, en cambio, con los burgueses de que no se realice una tal liberación del hombre especialmente sin la tutela de su poder, bajo ninguna circunstancia.

Pero una "liberación" bajo la dirección suprema de un poder cualquiera, en especial de un poder político, sabemos muy bien qué clase de sofisma es.

El burgués, que no ha puesto nunca las manos en el trabajo efectivo de la producción de todo lo útil y lo hermoso que necesita la humanidad, dice ordinariamente de los que trabajan: el esclavo debe seguir siendo esclavo. Nosotros, que tenemos un capital tan grande a disposición, en la industria y en la agricultura, no podemos realizar ningún nuevo principio de la vida social. La vida actual es para nosotros completamente buena. Ante nosotros se inclinan todos: reyes y presidentes, gobiernos y la mayoría de los sabios; pero los esclavos son vasallos suyos...

No — dicen, al contrario, los socialistas burgueses y los comunistas de Estado, — en eso no estamos de acuerdo. Y se dirigen a los que trabajan y los organizan en partidos, los llaman a la insurrección, a la sublevación, y dicen: arrojad de su poder a los burgueses y dadnos a nosotros los socialistas y comunistas de Estado, el poder; queremos obrar en vuestro favor, queremos libertaros.

Y los trabajadores, que por su naturaleza odian el poder más que a los ociosos que se sirven de él, sienten arder en sí el odio al poder. Se levantan, hacen revoluciones, destruyen el poder, derrocan a aquellos que lo representan.

Y luego, sea por ingenuidad, sea por torpeza, dejan que los socialistas lleguen al poder. En Rusia se ha dejado a los comunistas de Estado apoderarse del poder político.

Y luego, esos vulgares jesuítas, esa inmundicia humana, esos verdugos de la libertad matan, fusilan incluso a hombres inocentes. Fusilan lo mismo que hicieron los burgueses y parcialmente aun se muestran peores.

Fusilan a los hombres para subordinar a los que piensan de otro modo, como individuos o como masa, a su poder; para sofocar para siempre el espíritu de la libertad y la voluntad creadora en los hombres; para hacer de ellos esclavos espirituales y lacayos físicos para un grupo de canallas que han montado en el trono de los poderosos derribados y se crean sin remordimiento de conciencia una guardia para su protección, y para asesinar a los hombres libres. Y con ayuda de los asesinos subordinan a sus caprichos la vida del hombre y la gobiernan.

Y bajo el peso de las cadenas, del nuevo "gobierno obrero" socialista, el hombre sufre y suspira. En otros países suspira bajo el yugo de los socialistas que se aliaron con la burguesía, y suspira bajo el yugo de la burguesía misma. Suspira en todas partes, y suspira como individuo y como masa de millones y millones de seres.

Suspira toda la especie humana bajo el yugo de la violencia y de su locura política y económica.

Suspira — pero raramente se preocupa alguien desinteresadamente de sus suspiros. Los verdugos nuevos y viejos son fuertes, son fuertes intelectualmente, son fuertes también físicamente y los medios para el mantenimiento de sus fuerzas son eficaces en ellos. Todo lo que se les opone saben apartarlo a tiempo.

Y el hombre, que manifestó por un momento su voluntad creadora, que se levantó por sus derechos a la vida, para lidiar por una vida libre y dichosa, cae de nuevo bajo el yugo de la opresión y bajo la desesperanza nacida de la opresión; deja caer las manos ante sus verdugos, aun cuando los verdugos le echan el lazo al cuello.

Y el hombre cierra servilmente los ojos cuando los verdugos, para completar su triunfo, hacen poner la cuerda en su cuello.

Sólo el hombre que se ha forjado sus convicciones de las graves condiciones de su vida personal y de las observaciones de la vida espantosa de la especie humana, es decir, las convicciones de que los demás hombres son sus hermanos, que la libertad del hombre no debe ser menos intangible que su vida; sólo el hombre que está dispuesto a conquistar esa libertad y a defenderla, que está dispuesto a poner fin a la existencia de todo gobernante y verdugo (si no renuncian voluntariamente a su infame oficio de abreviar la vida de los demás), sólo ese hombre es libre. Un hombre que, como objetivo de su lucha contra el mal de la sociedad actual, no quiere un cambio del poder del verdugo burgués en un verdugo socialista o comunista, ni una "república obrera" (como se llama ampulosamente esa villanía por los bolchevistas), sino la instalación de una sociedad verdaderamente libre, or-

organizada sobre los principios de la responsabilidad personal y que asegure a todos en la misma medida la verdadera libertad y la justicia social. Sólo un hombre tal es un anarquista revolucionario. Contempla sin temor los actos del Estado de verdugos y de igual modo pronuncia su sentencia de muerte con estas palabras: "No, así no puede ser. Rebelaos, hermanos esclavizados, arriba, a la rebelión contra todo poder, destruid el poder de la burguesía y no toleréis que se instaure el poder de los socialistas y comunistas. Destruid todo poder y arrojad de vosotros a sus representantes. Vuestros amigos no debéis buscarlos entre ellos".

El poder de los socialistas o comunistas de Estado no es menos infame que el poder de la burguesía.

Incluso hay momentos en que el poder de los socialistas o de los comunistas de Estado es más infame que el poder de la burguesía. Entonces se rompe toda conexión con la idea de la vida. Entonces pisotea también sus propias ideas, es decir, las ideas del comunismo de Estado y del socialismo.

Se divorcia de todo sano pensamiento y luego echa mano en secreto a las condiciones fundamentales del poder de la burguesía. Y porque echa mano en secreto a ellas, no quiere mostrarlo a las masas gobernadas por él. Y como engaña a las masas en nombre del socialismo, es peor que cualquier otro gobierno. Pero las masas humanas observan eso y la indignación nace en ellas. Luego el poder se arroja sobre los rebeldes con todo el furor de su impunidad y los abate, los oprime sangrientamente y los degüella supuestamente, en el nombre de sus ideas, las ideas del socialismo y del comunismo estatal. Pero en realidad sus ideas habían sido arrojadas ya al muladar. Interviene como poder de Estado en ese momento, sean cualesquiera que sean las ideas de aquellos a costa de los cuales se impuso y contra los cuales se dirige ahora con ayuda de los viejos medios desfigurados de la burguesía. En tales momentos el gobierno de los socialistas o de los comunistas es más infame aún que el de la burguesía; pues en tales momentos no tiene su propio cauce; y mientras que el poder de la burguesía hace subir al cadalso a los revolucionarios que no le reconocen, el poder de los socialistas o comunistas los mata a traición, simuladamente, o los degüella durante el sueño. Sólo en el acto son ambos infames; pero por la forma como lo realizan — el poder de los socialistas y comunistas es más infame.

Como la mejor confirmación de todo lo dicho puede considerarse toda revolución política, cuando la burguesía, los socialistas y los comunistas estatales luchan en el respectivo país por el predominio político, atrayéndose en ese camino las masas populares.

La confirmación más luminosa e instructiva de lo dicho sobre el poder gubernativo está en las consecuencias de la actividad de los socialistas y de los comunistas rusos en las dos revoluciones rusas, la de febrero y la de octubre.

Cuando las masas laboriosas de la Rusia imperial se sintieron semilibertadas, en el concepto político, de la reacción zarista y de los terratenientes, aspiraron a la completa liberación. Expresaron parcialmente su aspiración en la forma de expropiación de la tierra de los terratenientes y de los conventos y cediendo esa tierra expropiada al usufructo de aquellos que querían trabajarla sin fuerzas asalariadas, parcialmente por la declaración de algunas fábricas, establecimientos, imprentas y otras empresas sociales como posesión de aquellos que trabajaban en ellas, después de lo cual se hizo el ensayo de crear entre el campo y la ciudad relaciones libres y fraternales de cambio. Y naturalmente no querían tener en cuenta para sus planes y su sana aspiración que había en Kiew, en Karkof o en Petersburgo algún gobierno.

El pueblo aspiraba independientemente a echar los cimientos de una nueva sociedad por intermedio de sus organizaciones obreras, que a los ojos del pueblo expulsaría de sí en el desenvolvimiento de dicho organismo social todo lo parasitario y lo gubernativo, — el poder absurdo de unos sobre otros, que los trabajadores no necesitan de ningún modo. Una sana aspiración popular existía especialmente en Ukrania, en el Ural y en Siberia. Se sentía también en los centros de los poderes gubernativos que sucumbían y que renacían en otra forma y con otro nombre: en Petrogrado y en Moscú, en Kiew y en Tiflis. Mientras tanto, los socialistas y los comunistas tenían en todas partes numerosos partidarios de su idea de gobierno y asesinos asalariados a su disposición. Por desgracia hay que constatar que no sólo tenían consigo más que asesinos asalariados; también tenían gentes de nuestras filas, de las filas de los trabajadores, y en especial con ayuda de esos asesinos a sueldo consiguieron sofocar en germen las libres aspiraciones del pueblo.

¡Y cómo han sabido dominarlas y con qué medios!

¡La inquisición de la edad media podría tenerles envidia! Pero nosotros, que conocemos la naturaleza de todo gobierno, gritamos a los jefes del socialismo y del comunismo bolchevista: "¡Infamia y vergüenza!" Habéis escrito tanto y habéis disputado con la burguesía sobre las crueldades que cometían con sus súbditos. Os habéis declarado con verdadera furia por la pureza revolucionaria y os habéis entregado a la liberación de los que trabajan. Una vez llegados al poder, os mostráis exactamente como los vulgares lacayos — en un caso lacayos de la burguesía misma, en otro lacayos de sus medios, volviéndoos a menudo a la burguesía, de manera que ella misma se asombra y a menudo sonríe...

La burguesía por lo demás, conservando en los últimos años las experiencias del comunismo bolchevista, ha comprendido muy bien que esa quimera de un socialismo estatal científico no puede salir adelante nunca sin sus medios, sin ella misma. Ha comprendido que no le corresponde reír de sus propios retoños. Ha comprendido que en el sistema de ese socialismo está de moda una explotación y una opresión de la mayoría trabajadora de las masas humanas como no puede desearse mejor — la vida viciosa de los parásitos no ha sido suprimida, en el sistema de ese socialismo, no ha hecho más que recibir otros nombres y se desarrolla y echa nuevas raíces.

(*Continuará*)

El espíritu insurreccional

Leemos en una interesante tesis de doctorado sobre la fiesta del primero de mayo, por Friedrich Giovanoli (*Die Maifeierbewegung*, Kalsruhe, 1925, pág. 102) estas palabras significativas:

"La organización lisa, sin choques, a menudo digna de admiración de las mayores demostraciones de masas que haya visto jamás el movimiento social, llena a la socialdemocracia y a los sindicatos (reformistas) con no poco orgullo y satisfacción"...

Ningún partido ha llevado hasta tal punto la noción del orden y de la disciplina en las filas obreras; hay que reconocerlo. Aun no hace muchos años, cuando los anarquistas de la Argentina convocaban una manifestación, la policía dis-

---

Errico Malatesta (9)



EN EL CAFÉ

Asegurad a todos los medios para vivir convenientemente, dad a las mujeres libertad completa de disponer de su persona, destruid los prejuicios, religiosos y demás, que vinculan a hombres y mujeres a una cantidad de *conveniencias* que se derivan de la esclavitud y que la pervierten — y las uniones sexuales serán hechas por el amor, durarán tanto cuanto dure el amor, y no producirán más que la felicidad de los individuos y el bienestar de la especie.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿usted es partidario de las uniones perpetuas o temporales? ¿quiere las parejas separadas y la variedad de las relaciones sexuales o la promiscuidad completa?

Jorge. —Nosotros queremos la libertad.

Hasta aquí las relaciones sexuales han sufrido tanto la presión de la violencia brutal, de las necesidades económicas, de los prejuicios religiosos y de las prescripciones legales, que no es posible deducir cuál es el modo de relaciones sexuales que mejor responde al bienestar físico y moral de los individuos y de la especie.

Ciertamente, una vez eliminadas las condiciones que hacen hoy artificiosas y forzadas las relaciones entre hombre y mujer, se constituirán una higiene y una moral sexuales que serán respetadas, no porque sean leyes, sino por la convicción, fundada en la experiencia, de que satisfacen el bienestar propio y el de la especie.

Pero eso no puede ser más que el efecto de la libertad.

Ambrosio. —¿Y los hijos?

Jorge. —Comprenderá que una vez admitida la propiedad común, y establecido sobre sólidas bases el principio de la solidaridad social, el mantenimiento de los niños corresponde a la comunidad, y su educación estará a cargo y en interés de todos.

Probablemente todos los hombres y todas las mujeres amarán a todos los niños; y si, como creo seguro, los padres tuvieran un afecto especial por los nacidos de ellos, no tendrían más que motivos para regocijarse sabiendo que está asegurado el porvenir de sus hijos y teniendo el concurso de toda la sociedad para su mantenimiento y educación.

Ambrosio. —¿Pero respeta al menos el derecho de los padres sobre los hijos?

Jorge. —El derecho sobre los niños está hecho de deberes. El que más derecho tiene sobre ellos, es decir, el que más derecho tiene a guiarles y a cuidarles, es el que más los ama y más se ocupa de ellos: y así como los padres ordinariamente aman más que todos a sus hijos, es a ellos a quien compete principalmente el derecho a proveer a sus necesidades. En esto no hay que temer contestaciones, porque si algún padre desnaturalizado ama poco a sus hijos y no los atiende, estará contento de que otros se ocupen de ellos y lo desembaracen de ese cargo.

Pero si por derecho del padre sobre los hijos entiende usted el derecho a maltratarlos, a corromperlos, a explotarlos, entonces, ciertamente, niego de un modo absoluto ese derecho, y creo que ninguna sociedad digna de ése nombre lo reconocería y lo toleraría.

Ambrosio. —Pero, ¿usted no piensa que esa manera de confiar la responsabilidad del mantenimiento de los niños a la colectividad provocaría un tal aumento de la población que no habría ya de qué vivir todos? Usted no quiere sentir hablar de malthusianismo y dice que es una cosa absurda.

Jorge. —Le he dicho ya otra vez que es absurdo pretender que la miseria presente depende del exceso de población y absurdo el querer ponerle remedio con las prácticas malthusianas. Pero reconozco voluntariamente la gravedad de la cuestión de la población, y admito que en el porvenir, cuando todos los que nazcan tengan asegurado el sostén, la miseria podría renacer por exceso real de población. Los hombres emancipados e instruidos pensarán, cuando lo estimen necesario, en poner un límite a la multiplicación demasiado rápida de la especie; y agrego que no pensarán en serio sobre ello más que cuando, eliminados los acaparamientos, los privilegios, los obstáculos opuestos a la producción por la avidez de los propietarios y todas las causas sociales de la miseria, aparezca a todos sencilla y evidente la necesidad de proporcionar el número de los seres vivos a los posibilidades de la producción y también al espacio disponible.

Ambrosio. —¿Pero si los hombres no quieren pensar en eso?

Jorge. —¡Tanto peor para ellos!

Usted no quiere comprenderlo: no hay ninguna providencia, sea divina o natural, que se ocupe del bien de los hombres. Su bien es necesario que los hombres se lo procuren por sí mismos, haciendo lo que juzguen útil y necesario para conseguir el fin.

Usted dirá aún: ¿pero si no quieren? En ese caso no conseguirán nada y permanecerán presa de las fuerzas ciegas que les circundan.

Lo mismo pasa hoy: los hombres no saben cómo hacer para ser libres, y si lo saben, no quieren hacer lo que es preciso hacer para libertarse. Y por eso siguen siendo esclavos.

Pero esperemos que más pronto de lo que usted cree sepan y quieran.

¡Entonces serán libres!

XII

Ambrosio. —Usted concluía el otro día que todo depende de la voluntad. Si los hombres quisieran ser libres, decía, si quisieran hacer lo que es preciso para vivir en una sociedad de iguales, todo marcharía bien; si no, peor para ellos. Eso estaría muy bien si todos quisieran la misma cosa; pero si los unos quieren vivir en la anarquía y los otros prefieren la tutela de un gobierno, si los unos están dispuestos a tomar en consideración las necesidades de la colectividad y los otros quieren gozar de los beneficios que se derivan de la vida social, pero no quieren adaptarse a las necesidades que nacen de la vida social, y quieren obrar a su modo sin ocuparse del daño que puede resultar para los demás, ¿cómo harían si no hay un gobierno que determine e imponga los deberes sociales?

Jorge. —Si hay gobierno, triunfa la voluntad de los gobernantes, de su partido, de los cointeresados — y el problema, que es el de satisfacer la voluntad de todos, no es resuelto. Al contrario, la dificultad es agravada. La fracción que gobierna no sólo puede ignorar o violentar la voluntad de los demás con medios propios, sino que dispone, para imponerse, de la fuerza de todos. Es el caso de la sociedad actual, en donde la clase obrera proporciona al gobierno los soldados y las riquezas que sirven para tener esclavizados a los obreros.

Creo haberlo dicho ya: queremos una sociedad en que todos tengan los medios para vivir como les parezca, pero en que ninguno pueda obligar a otro a someterse a su voluntad. Aplicados esos dos principios: la libertad pa-

ponía que la Asistencia Pública tuviera listas las ambulancias para los heridos inevitables. Y en general fueron los anarquistas los que dieron por mucho tiempo a las demostraciones del primero de mayo en todos los países su carácter de protesta proletaria y no de simple fiesta del trabajo. Los socialdemócratas alemanes educaron los millones de obreros que cayeron bajo su influencia en una concepción del primero de mayo que se redujo siempre a hacer excursiones familiares por los parajes más hermosos de los alrededores de las grandes ciudades, donde el buen obrero socialdemócrata manifiesta sus sentimientos respecto de los mártires de Chicago tomando café al aire libre, en las posadas y restaurants. Esa educación nos explica toda la historia presente de Alemania.

Pero el caso de Alemania es el de casi todos los países. En nombre del socialismo se ha tratado de castrar todos los impulsos insurreccionales del pueblo; del París heroico de las barricadas tradicionales no queda más que una serie de metafísicos del sindicalismo y de funcionarios rentados de los sindicatos. El pueblo ha sido educado como para no incurrir fácilmente en el pecado de la exteriorización violenta de sus sentimientos. Y en esa obra de castración sólo una fuerza ha podido hacer maravillas en todos los países: el socialismo marxista.

He aquí como hablaba un diario socialdemócrata de Viena sobre la demostración del primero de mayo de 1922, en que tomaron parte 300.000 obreros: "¡No menos admirable que la enorme participación fué la *disciplina irreprochable!* Ese desfile lo había organizado el partido socialdemócrata, lo habían organizado nuestros magníficos ordenadores y no sólo hay que hacer resaltar gloriosamente que no hubo ni un solo incidente, ni el más mínimo motivo de consuelo y de alegría para la prensa antiobrera; no sólo hay que hacer resaltar lo negativo, sino también lo positivo, el arte grandioso de traer esos centenares de millares desde todas partes a la plaza del Ayuntamiento, sin choque alguno, y el hacer disolverse nuevamente esa infinita concentración humana sin contratiempos, sin incidente"...

Ese es el orgullo del socialismo marxista: ha sabido domar los impulsos de las masas, ha sabido reunir sin peligro de revolución y de derramamiento de sangre enormes masas obreras, manipular con ellas como Maese Pedro con los títeres sin que ocurra ninguna desgracia. Ciertamente es todo un arte digno de admiración el de los socialdemócratas: sus manifestaciones obreras dan la sensación de procesiones eclesiásticas. El espíritu rebelde es sofocado por los discípulos de Marx en las masas proletarias como ningún poder de la reacción podría hacerlo. Hay que reconocerles ese mérito que tanto les llena de orgullo; hay que rendirles homenaje y declarar en nuestra prensa que, en efecto, pueden estar satisfechos de su obra. Pero recordemos al mismo tiempo estas palabras de Proudhon: "Toda sociedad en donde la potencia de insurrección es comprimida, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad más probada". Que esa potencia de insurrección sea comprimida por el knut del zar, el manganello fascista o el arte socialdemócrata de domesticar las masas, el resultado es siempre el mismo: una sociedad muerta para el progreso.

Pensamientos de Tolstoy

Hay personas que entran en el ejército sin saber lo que hacen; es posible encontrar también quienes desean hacer la guerra contra los pueblos extranjeros, o que esperan perpetuar la esclavitud de los trabajadores; u otros que aman así, simplemente, el homicidio por el homicidio. Y estos hombres precisamente pueden ser soldados. Pero esos hombres ya no pueden ignorar que existen otros, y los mejores del mundo, cristianos o musulmanes, fieles a Brahma o discípulos de Confucio, a los cuales, sin excepción de fé, la guerra y los soldados les inspiran repugnancia y desprecio, y que el número de estos hombres crece de hora en hora. Los más sutiles razonamientos no pueden nada contra esta simplísima verdad, esto es: que un hombre que se respeta no tiene el derecho de hacerse el esclavo de un desconocido, o conocido, cuyo único fin es matar. Ahora bien, servicio militar o disciplina militar no tienen otra finalidad. — (*Los tiempos se acercan*).

* * *

La mayoría de los monumentos se levantan hoy en día, no a hombres de Estado, a generales, y menos aún a los ricos, sino a artistas, sabios, inventores, a hombres que lejos de tener comunidad alguna con el gobierno, han luchado a menudo en su contra. Y éstos precisamente son glorificados por la poesía y el arte.

* * *

Los hombres que no comprenden la vida, no pueden no temer a la muerte.

* * *

El rasgo distintivo del hombre civilizado es el de obedecer a lo que se considera por los más como inicuo, es decir, a la conciencia.

* * *

Es necesario obrar en la vida según la razón y la conciencia, puesto que es la ley del ser razonable, ya sea tomado singularmente, o sea considerado en la humanidad entera.

* * *

Al hombre que en sí siente la fuerza de cumplir una gran acción, le son inútiles las palabras.

* * *

Las palabras tienen siempre un sentido clarísimo hasta que nosotros no les damos a propósito un sentido falso.

* * *

Ni el hombre ni la humanidad pueden volver atrás.

* * *

La razón es independiente del corazón, y a menudo sugiere ideas que chocan con los sentimientos, ideas incomprensibles y crueles para el corazón.

* * *

El estado de la humanidad, con sus fortalezas, cañones, dinamita, fusiles, torpedos, prisiones, horcas, iglesias, fábricas, aduanas es verdaderamente terrible; pero ni las fortalezas, ni los cañones, ni los fusiles tiran por sí mismos, las horcas no ahorcan, las iglesias no engañan a nadie solas.

Todo esto es hecho por los hombres. Y cuando los hombres comprendan que no debe hacerse, todo esto no existirá más. Ya comienzan a comprenderlo. Si no todos, por lo menos "los hombres de vanguardia", los que serán seguidos por todos los otros. Y dejar de comprender lo que se ha comprendido una vez es imposible y lo que ha sido comprendido por "los hombres de vanguardia" puede y debe ser comprendido por todos los otros.

---

ra todos y los instrumentos de producción para todos, todo el resto viene naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, y la nueva sociedad se organizará del modo que mejor convenga a los intereses de todos.

Ambrosio. —¿Y si algunos quieren imponerse con la fuerza material?

Jorge. —Entonces serían el gobierno, o los aspirantes a gobernar, y nosotros los combatiríamos con la fuerza. Usted comprende que si queremos hoy hacer la revolución contra el gobierno, no será para someternos dócilmente mañana a nuevos opresores. Si éstos vencieran, la revolución sería vencida, y habría que volverla a hacer.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿admitirá principios morales, superiores a la voluntad, al capricho de los hombres y a los cuales todos estén obligados a conformarse... al menos moralmente?

Jorge. —¡Oh! ¿qué es esa moral superior a la voluntad de los hombres? ¿Por quién es prescripta? ¿de dónde procede?

La moral cambia según las épocas, los países, las clases, las circunstancias. Expresa lo que los hombres reputan la conducta mejor en un momento dado y en circunstancias dadas. En suma, para cada cual es conforme a la buena moral lo que le agrada y le parece bueno, por razones materiales o sentimentales.

Para usted la moral implica el respeto a la ley, es decir la sumisión a los privilegios que disfruta su clase; para nosotros todas las prescripciones morales se compendian en el amor entre los hombres.

Ambrosio. —¿Y los delincuentes? ¿Respetarán ustedes su libertad?

Jorge. —Para nosotros delinquir significa violentar la libertad de los otros. Cuando los delincuentes son muchos y poderosos, y tienen organizado su dominio de una manera estable, como es hoy el caso de los propietarios y de los gobernantes, es preciso una revolución para librarse de ellos.

Cuando al contrario, la delincuencia es reducida a casos individuales de inadaptación o de enfermedad, tratamos de descubrir sus causas y de aplicarle los remedios oportunos.

Ambrosio. —¿Y entonces? Necesitaríamos una policía, una magistratura, un código penal, carceleros, etc.

Jorge. —Y por consiguiente, dirá usted, la reconstitución de un gobierno, el regreso al estado de opresión bajo el cual estamos hoy.

En efecto, el mal mayor del delito no es tanto el hecho singular y transitorio de la violación del derecho por algún individuo, como el peligro de que sirva de ocasión y de pretexto para la constitución de una autoridad que, con la apariencia de defender la sociedad, la someta y la oprima.

Sabemos ya para qué sirven la policía y la magistratura, y cómo ellas son causas en lugar de ser remedio de innumerables delitos.

Es preciso, pues, tratar de destruir el delito eliminando sus causas; y aun cuando quedase un residuo de delincuentes, las colectividades directamente interesadas deberán pensar en ponerlos en la imposibilidad de perjudicar, sin delegar en nadie la función específica de perseguidor del delito.

¿Conoce la fábula del caballo que pidió protección al hombre y lo hizo montar sobre su lomo?

Ambrosio. —Bien, bien. En lo sucesivo hablaré para informarme y no para discutir.

Otra cosa. Dado que en esa sociedad todos son socialmente iguales, todos tienen derecho a los mismos medios de educación y de desenvolvimiento, todos tienen libertad plena de escoger la propia vía, ¿cómo haría para proveer a los trabajos necesarios? Hay trabajos agradables y trabajos penosos, trabajos sanos y trabajos insalubres. Naturalmente, todos escogerán los trabajos mejores; ¿quién haría los otros, que son a menudo los más necesarios?

Y además tenemos la gran división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿No le parece que todos quisieran ser doctores, literatos, poetas, y que ninguno querría cultivar la tierra, hacer zapatos, etc., etc.? ¿Y entonces?

Jorge. —Usted quiere prever la sociedad del porvenir, sociedad de igualdad, de libertad y, sobre todo, de solidaridad y libre acuerdo, suponiendo que persistan las condiciones morales y materiales de hoy. Naturalmente, la cosa parece, y es, imposible.

Cuando todos tengan los medios, todos alcanzarán el máximo desenvolvimiento material e intelectual que sus facultades naturales permiten: todos serán iniciados en las alegrías intelectuales y en los trabajos productivos; el espíritu y el cuerpo se desarrollarán armónicamente; en grados diversos, según las inclinaciones y la capacidad, todos serán hombres de ciencia y literatos, y todos serán obreros.

¿Qué sucedería entonces?

Imagínese que algunos millares de médicos, ingenieros, literatos, artistas, fuesen transportados a una isla vasta y fértil, provistos de instrumentos de trabajo y dejados a sí mismos.

¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que trabajar con sus manos o que se matarían entre ellos antes que concertarse y dividirse el trabajo según las inclinaciones y las capacidades? Si hubiera trabajos que ninguno quisiera hacer, los harían todos por turno, y todos buscarían los trabajos insalubres y duros.

Ambrosio. —Basta, basta. Tendría otras mil preguntas que hacerle, pero usted ambula en plena utopía y encuentra modo de resolver con la imaginación todos los problemas.

Preferiré que me hable un poco de los medios y del camino que se proponen para realizar sus sueños.

Jorge. —Con mucho gusto, tanto más cuanto que, según mi opinión, aun siendo el ideal útil y necesario como faro que indica la meta final, la cuestión urgente es la de lo que se debe hacer hoy y en el porvenir inmediato.

Hablaremos de ello la próxima vez.

XIII

Ambrosio. —Por tanto, esta noche nos hablará de los medios con los cuales se propone realizar sus ideales... establecer la anarquía. Yo me los imagino ya. Serán bombas, masacres, fusilamientos sumarios; y además saqueos, incendios y otras dulzuras por el estilo.

Jorge. —Señor mío, usted ha errado la dirección simplemente; usted ha creído hablar con algún oficial de esos que mandan a los soldados europeos cuando van a *civilizar* el Africa o el Asia, o cuando se *civilizan* entre sí en Europa.

Yo no pertenezco a esa categoría, le ruego que lo crea.

César. —Creo, señor presidente, que nuestro amigo que en resumidas cuentas nos ha mostrado que es un joven razonable, aunque demasiado soñador, espera el triunfo de las ideas de la evolución natural de la sociedad, de la propagación de la instrucción, del progreso de la ciencia, del desenvolvimiento de la producción.

Y, después de todo, no hay nada de malo en eso.

Si la anarquía debe venir, vendrá; es inútil romperse la cabeza para evitar lo inevitable.

Además... ¡es una cosa tan lejana! Vivamos en paz, pues.

Jorge. —¡Sí, no habría verdaderamente razones para requemarse de bilis!

No, señor César, yo no cuento con la evolución, con la ciencia y con lo demás. ¡No habría poco que esperar! Y lo que aun es peor, ¡se esperaría en vano!

La evolución humana marcha en el sentido en que la impulsa la voluntad de los hombres y no hay ninguna ley natural que deba fatalmente llevar a la libertad más bien que a la división de la sociedad en dos castas permanentes, casi diré en dos razas, la de los dominadores y la de los dominados.

Todo estado social, desde el momento que ha encontrado las razones suficientes para existir, puede también persistir indefinidamente si los dominadores no encuentran una oposición consciente, activa, agresiva de parte de los dominados. Los factores de disolución y de muerte espontánea que existen en todo régimen, aun

AÑO XXIX — BUENOS AIRES 1.° de MAYO DE 1926 — SUPLEMENTO AL N. 5319

LA PROTESTA

EDICION EXTRAORD



1886 - 1.° DE MAYO - 1926

Fechas históricas

EL SIGNIFICADO DEL 1.° DE MAYO

Contra la tendencia de los políticos marxistas a convertir en fiesta la rememoración de la tragedia de Chicago, perdura en el espíritu de los trabajadores organizados la sensación dolorosa, año tras año renovada, de los ya lejanos acontecimientos cuyo epílogo dió su alta significación al 1.o de Mayo. La propaganda del socialismo de Estado tiende a desfigurar los motivos sentimentales y las razones éticas que dieron su primer impulso a esa sistematización de la protesta del proletariado mundial. Y en cierto modo, con la complicidad de los gobiernos, los partidos reformistas consiguieron desfigurar el símbolo trágico que recuerda el crimen de la plutocracia yanqui, síntesis del orgullo, la avaricia y el terror que dominan al mundo del privilegio.

Hay, sin embargo, en la entraña de esa tragedia, algo que no pueden borrar los años de la memoria de los trabajadores. Con caracteres rojos — rojos como la sangre de todas las víctimas inmoladas al terrible Moloch capitalista — está escrita esa página en la historia del proletariado. Y Chicago será siempre, para los anarquistas y para los hombres dignos, la personificación de las ciudades tentaculares, insolentes en su fiebre de riquezas, que oprimen a los pueblos y amordazan el pensamiento fecundo de la libertad.

Si la fecha histórica del 1.o de Mayo, despojada de su trágico simbolismo, sirve sólo para recordar una jornada de los obreros organizados — la iniciación de la lucha por las ocho horas —, claro está que los marxistas están en su papel al festejar ese día según su ritualismo político. Pero no existe la consagración de una conquista efectiva, porque la demanda formulada en 1886 por los trabajadores del Estado de Illinois sigue siendo la preocupación constante del proletariado. ¿Qué es, pues, lo que rememora y glorifica el socialismo autoritario con su Fiesta del Trabajo?

Despojar de su valor simbólico la fecha del 1.o de Mayo, significa desvirtuar el altruismo de un martirologio que representa, en la sucesión de las luchas de los pueblos contra toda clase de tiranías, lo que tiene de perdurable el espíritu de rebeldía del proletariado. Los sucesos de Chicago adquirieron excepcional importancia por el móvil que los determinó y por las consecuencias que de ellos se derivaron. De ahí que se recuerde como ejemplo un crimen cien veces superado por el salvajismo gubernamental, teniendo más en cuenta las circunstancias que rodearon el proceso y la condena de aquellas víctimas de la naciente plutocracia yanqui que la calificación moral del delito sancionado por los representantes de la justicia histórica.

Para los anarquistas sigue en pié el objetivo que llevó a la horca a los revolucionarios de 1886, en la ciudad de Chicago. La misma tragedia se repitió en todos los países, la misma aspiración emancipadora impulsó a la lucha a millones de parias, idénticas causas gestaron la protesta del mundo del trabajo en el transcurso de estos últimos 40 años. Y, como corolario de tantos sacrificios, los trabajadores siguen reclamando el cumplimiento de la jornada de ocho horas, legalizada por la burguesía con el concurso de los jefes de la social-democracia.

Reivindiquemos, pues, el simbolismo de la fecha trágica. Chicago es la personificación del régimen capitalista, con su sistema de explotación, con su máquina jurídica, con sus jueces y con sus esbirros. Y el 1.o de Mayo, que recuerda el martirologio de los rebeldes de 1886, no puede ser la consagración de una conquista que, a pesar de los sacrificios demandados, está aún en el comienzo de su realización.

El día de la protesta universal no puede ser confundido con la fiesta pascual de los jesuítas del socialismo. No podemos cantar al año nuevo en un mundo donde imperan las tinieblas y el dolor domina soberano sobre el infortunio del pueblo. Debemos, sí, ver en cada 1.o de Mayo la esperanza de una nueva social y la promesa de días mejores, pero sin olvidar que es la memoria de los mártires de Chicago la que reivindican los trabajadores al exponer su descontento con la paralización de todas las energías productoras.

Contra la grotesca farsa socialista contra esa ritual consagración de la "fiesta del trabajo", legalizada por los gobiernos más jesuítas —, debemos oponer el origen de la tragedia de Chicago y el valor simbólico del 1.o de Mayo.

Hoy es día de recordación y de protesta: la fecha luctuosa que recuerda el crimen de la plutocracia yanqui y todos los crímenes cometidos por el capitalismo en medio siglo de explotación y tiranía. Tened bien en cuenta esto, trabajadores: hoy es el día de la protesta universal de todos los hijos dignos del trabajo.



D. A. DE SANTILLAN

El 25 aniversario de la fundación de la F. O. R. A.

La F. O. R. A. cumple en este mes el 25 aniversario de su fundación. Si echamos una ojeada a su pasado comprenderemos toda la enorme significación de ese organismo en el movimiento obrero del país. En el cuarto de siglo de existencia que lleva, las más heroicas y las más memorables luchas obreras han estado ligadas a la F. O. R. A., a su influencia directa o indirecta. Ninguna otra fracción revolucionaria puede presentar un historial tan pródigo en hechos y tan combativo como el de la F. O. R. A.

Pero hay aún algo en la Federación que vale tanto como la organización misma, que vale más, nos atreveríamos a decir: sus ideas, su doctrina teórica y práctica. La F. O. R. A. como organización puede desaparecer y ha desaparecido más de una vez; como idea es imperecedera, como doctrina estará siempre en pié.

Se nos dirá que este 25 aniversario de su fundación, nos sorprende en una situación de disgregación interna, de relativa impotencia material. Esta vez no son las hordas patrióticas, como en 1910, las que dan un golpe mortal a su existencia; los que ahora conspiran contra ella, son supuestos amigos, y los adversarios de enfrente lanzan gritos de júbilo, la burguesía supone que el fantasma del anarquismo desaparecerá por fin, los mercenarios de Moscú esperan ansiosos recoger algunos de los restos de la F. O. R. A., los aventureros del obrerismo viven en la esperanza de obtener más cotizantes para alimentar la nueva casta parasitaria de los funcionarios sindicales. ¡Hasta cuando durarán esas piadosas ilusiones? La Federación no muere, la Federación no puede morir; la moda de las oposiciones y de las escisiones tiene que pasar, las masas que se dejaron seducir un momento por falsos mentores, han de reaccionar forzosamente y volverán sin sus mentores a la F. O. R. A.; todos los que levantaron bandera de guerra contra la Federación y LA PROTESTA desde 1920 hasta hoy, han carecido de una base ideológica definida; los que se desviaron por un momento siguiendo sofismas imbéciles o apetitos mal reprimidos, no han conseguido poner frente a la F. O. R. A. y al movimiento representado por ella y por este diario, una doctrina consistente para justificar su actitud; y ese es el mejor triunfo y el mejor exponente de la virtualidad de la F. O. R. Argentina; esos adversarios del propio seno, para poder continuar con apariencias de vida tienen que hacer ver que defienden las ideas de la Federación; los que en un momento de impudencia y de malevolencia, al volver las espaldas a la F. O. R. A., volvieron también las espaldas a las ideas de la F. O. R. A., esos han cambiado de casaca, esos no pertenecen ya a ninguna variedad del anarquismo, esos han muerto para nosotros.

Pero, ¿cuántos de los actuales adversarios, dejando ya a un lado los caudillos que buscan laureles aun a costa de los principios más elementales de la dignidad personal, cuántos de sus actuales adversarios no saben explicarse por qué lo son? El campo de las ideas está bien definido, de una parte está la F. O. R. A y de otra parte los enemigos de la libertad, los enemigos de la anarquía. No hay términos medios; se puede desarrollar un esfuerzo independientemente de la F. O. R. A., se puede preferir otro campo cualquiera de acción, pero, adheridos o no de la Federación, ¡los anarquistas son todos amigos suyos, ningún anarquista es su enemigo!

Es preciso ver la realidad por encima de las pasiones del momento. La F. O. R. A. es un cuerpo de doctrina que eslabonará siempre las fuerzas anarquistas y simpatizantes del país. Frente a la Federación no ha podido surgir nunca un sistema de ideas susceptible de fundamentar una escisión del anarquismo regional. ¡Y no se han hecho pocos ensayos en los últimos 15 años! Esa impotencia para negar las ideas fundamentales de la F. O. R. Argentina, es la clave que explica su vitalidad. El que se declaró adversario de las doctrinas de la Federación, no tardó en mostrarse de cuerpo entero: pescador de puestos públicos, comerciante o político vulgar. ¡Camaradas que conocéis un poco la historia del movimiento en los últimos veinticinco años! ¿Qué adversario de la F. O. R. A. ha continuado fiel al anarquismo? Ninguno.

He ahí por que no tienen motivos para regocijarse ni los burgueses ni los moscovitas, ni los aventureros del obrerismo La inmensa mayoría de los que ahora parecen volver las espaldas al movimiento, en el fondo no tienen razón alguna para la lucha intestina; todas las guerrillas se hacen en *nombre de la F. O. R. A.*, aparte, naturalmente, de los tres o cuatro caudillos repletos de vanidades y de apetitos incalificables, y de los charlatanes que no han sabido ni sabrán jamás decirnos lo qué quieren, ni lo que son. Por eso la situación no tiene nada de desesperada. La muerte de la F. O. R. A. estaría en su desviación de su ideología tradicional; entonces sí que los burgueses, los moscovitas y los aventureros del obrerismo, tendrían razón para regocijarse. Como eso no ha ocurrido, como los mismos que la combaten no pueden encubrirse en otras ideas que en las ideas de la Federación, ¿qué nos importan las desmembraciones del momento? Llegará la hora en que los que cometieron el pecado de seguir a un caudillo, reconocerán su error y, fieles a sus ideas, volverán a ocupar su puesto en el lugar que les corresponde. De eso estamos segurísimos, porque de lo contrario tendríamos que tener la convicción de que todos sus presuntos adversarios del momento, han vuelto las espaldas al anarquismo, lo que no es posible.

Un poco de paciencia. Aquellos adversarios que no volvieron las espaldas al anarquismo, cuando adviertan que hacen un papel estúpido, que se dan golpes a sí mismos, que se condenan ellos mismos a la impotencia, seguirán los impulsos de sus afinidades ideológicas y volverán a ocupar su puesto.

Pero no es bastante abrigar la seguridad de que la F. O. R. A. no sufre mayormente con los desmembramientos actuales que no se basan en ninguna diferencia de ideas; esos desmembramientos la reducirán pasajeramente en su potencia material, pero no afecta la raíz de su vida. Lo que nos importa es hallar el modo de ampliar el radio del movimiento y de la influencia del anarquismo. Cada día tendremos que combatir más contra un enemigo terrible, que hasta ahora apenas se ha manifestado tal cual es: el industrialismo moderno. Nosotros no creemos en las leyes económicas marxistas, pero no por eso dejamos de sentir inquietudes ante el avance del moderno industrialismo, con su acrecentamiento del ejército obrero de reserva y con su empobrecimiento y su reducción del nivel material de la vida de las grandes masas.

Vemos que en todos los países europeos de gran industria, el movimiento obrero quedó en manos de los reformistas porque supieron crear instituciones sólidas, un aparato administrativo inconmovible desde el punto de vista material; el proletariado afluye a esas instituciones sin sentirse atraído de ningún modo por las ideas reformistas, al contrario, dispuestos a la adopción de ideas de reivindicación; pero una vez allí se pierden irremisiblemente para la revolución.

Cuando estudiamos el ejemplo de Alemania, de Bélgica, de Austria, de Inglaterra, etc., vemos que si los reformistas hoy inexpugnables, no hubiesen procurado desde el principio basamentar materialmente su movimiento, jamás habrían logrado el inmenso poder de inercia que poseen. Ahora ya es tal vez tarde para echar las bases de un sólido movimiento nuestro en esos países; tendremos siempre que ser una pequeña minoría. En todos los países latinos, la situación varía, en ellos nos es posible edificar el movimiento sobre bases cada vez más firmes y más vastas.

Tomemos un ejemplo: el anarquismo en la Argentina tuvo una idea feliz, gracias a la generosidad de Juan Creaghe, primero, luego a la solidaridad del movimiento entero: la fundación de LA PROTESTA con su imprenta. ¿Es que LA PROTESTA sin la imprenta hubiese sido posible tanto tiempo? ¿Y es que el movimiento habría alcanzado tales proporciones sin LA PROTESTA? La F. O. R. A. misma habría sido problemática sin el apoyo del diario. Si no nos dejamos llevar por la ceguera momentánea y por los pequeños odios, tenemos que reconocer unánimemente que si la existencia de LA PROTESTA se debe al movimiento anarquista de la Argentina, éste movimiento mismo es en gran parte obra de LA PROTESTA. Pero sin la base material de la imprenta que se le ha dado, su labor no habría podido ser tan vasta y su persistencia no habría sido nunca asegurada.

¿Es que no podría edificarse en ese sentido también la base material de la F. O. R. A.? Existe la garantía de su persistencia, de su triunfo final sobre todas las reacciones y todas las disidencias internas. Pero tropezará con obstáculos cada día mayores a su desenvolvimiento en la invasión misma del industrialismo y del capitalismo modernos. La característica de los movimientos sociales y políticos de nuestros días no es la de antes, — un campo libre, una colectividad a quien no une más que el interés electoral de una hora cada varios años, o las necesidades de las luchas defensivas y ofensivas del día. Un movimiento social y político en nuestros días tiende más y más, por la fuerza de las cosas, a constituir un ambiente estrechamente soldado por mil vínculos de interés material e ideológico. El individuo aislado, el que no se adhiere a ninguna fracción revolucionaria o política, si es obrero, tiene que sufrir, tarde o temprano, las consecuencias de su situación. Las tendencias conservadoras son más insolentes que nunca y no sólo ejercen entre sí la práctica del apoyo mutuo, sino que evidencian un espíritu solidario que, por lo menos, está en el interés nuestro imitar. Más o menos numerosos, los anarquistas seremos acorralados cada día más, las circunstancias mismas nos harán estrechar filas, hasta diferenciarnos, no sólo por las ideas, sino materialmente del resto de la sociedad. Es decir, queramos o no, tendremos que formar una especie de sociedad dentro de la sociedad general. Esa característica no era conocida antes, y ahora advertimos que es inevitable. Las luchas entre la libertad y la autoridad, se volverán más agudas, y no serán sólo luchas de ideas, como quisieran suponer algunas figuras apostólicas e ingénuas. Se tratará de aplastar nuestro movimiento por la fuerza, como se hizo ya en varios países sitiando desde todos los puntos de vista nuestras posibilidades de expansión. La defensa contra ese ataque la verán algunos en la dispersión; pero la dispersión, el misticismo, nos salvará individualmente, pero nos matará como movimiento. Nosotros opondríamos a ese ataque, desgraciadamente ya llevado a cabo en tantos países, la concentración, la fortificación de nuestra pequeña *sociedad*.

Quisiéramos que nuestro movimiento se definiese y se formase como *una gran familia*, pero no como una familia vaga y dispersa que no dispone de un hogar y que no puede palparse materialmente. Necesitamos sentir el contacto de los compañeros y vernos juntos y asegurarnos a todas las horas que no estamos solos.

Cuando un movimiento comienza y se siente en la inseguridad de su porvenir inmediato, se vacila en fundamentarlo materialmente, porque toda obra sólida podría ser un castillo en el aire. Pero cuando el movimiento ha echado raíces y no se siente ya ninguna inseguridad por su persistencia, una base material sólida es el mejor medio de fortificarlo y de asegurarle su labor cotidiana. La F. O. R. A. debería estudiar la posibilidad de restauración de una *Casa del Pueblo* propia, en cada ciudad de importancia por lo menos. Esa táctica la emplearon los socialistas en casi todos los países, y si no se hizo así en la Argentina por ellos mismos, se debe en primer lugar a la inseguridad de su movimiento obrero y al peligro de que algún día cayese en nuestras manos. Privad al partido socialista español y a su Unión General de Trabajadores de su Casa del Pueblo, de Madrid, y veréis cómo se reduce a bien poca cosa. Privad al partido socialista belga de sus casas del Pueblo y le quitaréis una de las piedras angulares de su poder, etc. Y eso se entiende. La parte del proletariado un poco despierto, busca la agrupación instintivamente, y afluye a esos lugares llamados *obreros;* una vez allí es envenenado espiritualmente de tal forma que raramente vuelven a salir con el espíritu libre y el pensamiento independiente. Los anarquistas de la Argentina han conseguido hasta aquí que los socialistas no levantaran sus añagazas para cazar carne electoral. Es mucho. Ahora deberían completar su obra haciendo que esas Casas del pueblo que sirven en otros países, en manos de los reformistas, para desviar a los trabajadores del pensamiento de la revolución, se conviertan en poder de los anarquistas en factores de agrupación de fuerzas obreras y focos de propaganda y de educación libertarias.

Si algún camarada quisiera tomarse el trabajo de hacer un resumen de lo que paga anualmente nuestro movimiento en Buenos Aires solamente en concepto de alquiler de locales y teatros, nos daría seguramente una sorpresa que conduciría al pensamiento de una Casa del Pueblo anarquista en Buenos Aires, obra de tres o cuatro años a lo sumo.

No hablamos de esto precipitadamente, como de una idea repentina. La hemos meditado, nos hemos hecho objeciones y no hemos podido vencerla en nosotros mismos. El estudio de las realidades proletarias de otros países nos ha fortificado en el pensamiento de la conveniencia de fundamentar el movimiento anarquista en los países que se sostiene aún, de la forma más sólida posible.

Gracias a los esfuerzos y sacrificios de nuestros precursores, no necesitamos ya vivir en las sombras ni jugar a las conspiraciones de opereta. Somos un movimiento revolucionario que nada tiene que hacer en el misterio; necesitamos, al contrario, salir a la luz, desvanecer la leyenda de inclinaciones terroríficas; nosotros combatimos la civilización capitalista y el principio de autoridad frente a frente, y en los países que sumamos una respetable fuerza numérica, deberíamos apresurarnos a aprovecharnos de esa situación para consolidar nuestra posición material, ya adquiriendo una imprenta para un diario o levantando un edificio para nuestros sindicatos, un teatro para nuestros camaradas o lo que sea.

Camaradas, nuestra revolución no es un golpe de Estado ni resultará de una conspiración misteriosa de tres o cuatro docenas de ilusos. Requiere una obra seria y responsable de propaganda y proselitismo sistemático; tal vez tenemos ante nosotros un largo período histórico de prevalencia reaccionaria, en el cual la idea de revolución no se pondrá a la orden del día de las grandes masas. Es preciso prepararnos para esa eventualidad de un largo trabajo de varias generaciones. Aliviemos la obra de los que nos sucedan, dejémosles un aparato de propaganda mucho más eficaz que el encontrado por nosotros.

En resumen: en este 25 aniversario de la fundación de la F. O. R. A. podemos decir tranquilamente: la F. O. R. A. es una idea definida, frente a la cual no prosperan más que las tendencias autoritarias del movimiento obrero. En medio del confusionismo y del hibridismo internacional, la F. O. R. A. dispone de una doctrina inconmovible, ante la que se rinden tarde o temprano todos sus adversarios que no son simultáneamente adversarios del anarquismo. Forjemos ahora la palanca para que esa idea, para que esa doctrina tenga más eficacia, más fuerza, y cobre nuevo vigor expansionista. Y esa palanca es la fundamentación del movimiento en bases materiales de concentración y de propaganda.



EMILIO LOPEZ ARANGO

EL ANARQUISMO Y LAS PREOCUPACIONES DEMOCRATICAS

Causa asombro la desorientación del movimiento anarquista, dividido en "grupos afines" y en capillitas específicas, frente a los acontecimientos de esta hora. Identificados en un principio filosófico que carecería de base si no se expresara en la realidad social — contestes en reconocer como inicuo el sistema burgués y como generador de violencias e injusticia al Estado, en cualquiera de sus aspectos jurídicos y económicos —, los anarquistas no llegamos aún a plantear teóricamente la solución de los problemas sociales contingentes. Menos, pues, podemos ofrecer un método preciso para preparar al pueblo para la revolución, hecho histórico que no podrá acontecer mientras predominen en el proletariado las preocupaciones autoritarias y el espíritu de servidumbre renovado por la estatolatría marxista.

De esa falta de método para juzgar los sucesos cotidianos, que no por ser vulgares dejan de tener mucha importancia en el encadenamiento de los hechos que forman la historia, se resiente mucho la propaganda anarquista. Se cree generalmente que con declarar la necesidad de destruir el sistema capitalista se formula un programa revolucionario. Pero es evidente hoy que, en el juego de la lucha del pueblo contra sus opresores la ilusión liberalista y democrática juega un importante papel y la promesa de fáciles conquistas económicas desvía al proletariado de los objetivos finales... entregándolo a los reformadores y a los demagogos.

¿En qué medida logran los anarquistas neutralizar esa influencia castradora de los políticos que ofrecen el pan y la libertad mediante fórmulas específicas que no alteran la substancia del Estado? ¿Qué fuerza de sugestión ejerce nuestra propaganda en las grandes masas, fáciles al descontento pero también propensas a dejarse conformar con deslumbradoras promesas? ¿Qué elementos de juicio aportamos a las luchas del proletariado, tanto en su acción cotidiana como en los periódicos estremecimientos del monstruo que dormita encadenado a los potentes pilares del régimen capitalista y que en sus bruscos despertares logra a veces romper las cadenas que lo maniatan?

He ahí los interrogantes que nos hemos formulado muchas veces al constatar la carencia de objetivos reales en la mayoría de los anarquistas. Porque en las condiciones presentes de la propaganda revolucionaria, que señalan una decadencia en continua progresión tanto en el espíritu de beligerancia del proletariado como en la resistencia moral de los hombres que se creen emancipados de los prejuicios más funestos, se llega a dudar de que en realidad exista una corriente anarquista, de cauces propios, independiente del oportunismo subversivo de los políticos marxistas y opuesta al grosero materialismo de los que explican la historia mediante este precepto: "el hombre vive para comer".

* * *

En el anarquismo puro — así llamado por algunos teorizantes de la metafísica libertaria porque se desenvuelvé en los estrechos límites del grupo de afinidad, lejos de las *impurezas* del movimiento obrero —, predominan casi siempre las abstracciones espiritualistas — de un espiritualismo antideísta, pero no por eso menos metafísico — y las preocupaciones democráticas. Y es ese empecinamiento por conservar el ritualismo de los primeros revolucionarios, que por la hostilidad del pueblo y por efecto de las persecuciones se veían obligados a discutir en las logias los problemas sociales y a decidir sus acciones subversivas en comités secretos, el que mantiene alejados del movimiento obrero a no pocos anarquistas.

Como especulación filosófica, como escuela literaria o como simple exponente de snobismo subversivo, la anarquía no vive ni palpita al unísono de los acontecimientos sociales. Los anarquistas encerrados en su capilla y preocupados de sus "fórmulas científicas", de su ritualismo y de sus trascendentalismos metafísicos, ajenos siempre a las luchas, aspiraciones y miserias del proletariado, de las que a lo sumo conocen el límite de la extrema penuria, ¿cómo pueden en un momento de convulsión comprender el móvil que inspira las protestas populares y descubrir en los acontecimientos que los toman de sorpresa la entraña de un problema que jamás abordaron?

Se explica que los teorizantes más empedernidos de la abstracción espiritualista y los más reacios a identificarse con el proletariado, frente a un fenómeno excepcional como la revolución rusa, hayan creído ver la realidad de las posibles conquistas sociales. Esos hombres, despertados bruscamente de su sueño rosado, confundieron las exterioridades subversivas del bolchevismo con el nervio que había gestado e impulsado el movimiento subversivo de 1917. Y fueron cultores de la dictadura, posiblemente porque se creían ellos los genios tutelares del pueblo y los llamados a orientar y dirigir la lucha contra la odiada burguesía.

En la misma medida, partiendo de una base igualmente falsa, se opera hoy una reacción en el espíritu de los que creían factible vencer a la burguesía con las armas del bolchevismo. Trasladada la violencia al campo capitalista, agotadas las mejores energías del proletariado y convertidos los jefes de revoluciones catastróficas en los más decididos pregoneros del equilibrio social, los sistemas dictatoriales ofrecen la otra cara de Jano: la verdadera faz del despotismo y de la injusticia históricas, reencarnadas en los regímenes de naturaleza proletaria con todos sus vicios y corruptelas.

La reacción espiritual contra los hábitos y costumbres del hombre de la ante guerra, señala un cambio en la conducta de los revolucionarios. Pero la vuelta a las condiciones anteriores, que se empeñan en reivindicar como otras tantas conquistas del pensamiento eterno... los teóricos marxistas, constituye una negación de las ideas de progreso y del espíritu creador del pueblo. Si la lucha contra la dictadura, ahora que se nos revela como un monstruoso instrumento de opresión capitalista, debe encararse siguiendo el viejo método histórico de los políticos burgueses y de los estatólatras del socialismo, ¿en qué medida proyecta sus propias conquistas el proletariado consciente? Retornar al punto de partida no significa en modo alguno poner en movimiento las energías revolucionarias de los trabajadores organizados. De ahí que todo lo que signifique un reajuste de la máquina capitalista, un apuntalamiento del sistema económico vigente — del que son fruto los ensayos gubernamentales de los que rinden culto a la violencia —, aun cuando tienda a modificar los aspectos de la cuestión social y a limitar el abuso del poder, constituya una nueva entrega de los pueblos a sus seculares tiranizadores.

Si la oposición a la dictadura lleva a los anarquistas a coincidir con el formulismo mecánico — de mecánica estatal — de los burgueses liberales; si en el juego de los acontecimientos políticos de un país las minorías revolucionarias renuncian a su propio programa para cooperar al triunfo de un partido avanzado; si en la lógica sucesión de gobiernos bajo el imperio de crisis tan profundas como la que perturba la estabilidad del capitalismo en esta hora difícil, se dejan en olvido los fundamentos éticos de la anarquía, y se tiene únicamente en vista el problema contingente de las necesidades económicas; y si, finalmente, la personalidad del movimiento revolucionario desaparece absorbida por el factor oportunidad o posibilidad, ¿con qué elementos de juicio podremos intentar un movimiento de avance una vez restaurado el Estado de acuerdo con las viejas fórmulas democráticas?

Intervenir en la gestión política de los partidos opositores — enemigos de la dictadura por pura fórmula, puesto que en la práctica estuvieron siempre con las medidas de excepción y fueron los contumaces transgresores de los principios

constitucionales que ahora proclaman santos —, tomar parte en un ordenamiento de las instituciones capitalistas a título de gestores de un mayor bienestar colectivo, ofrecer a la oposición burguesas el apoyo de los trabajadores con la vana promesa de libertades y derechos jamás respetados, es perder la posibilidad de una intervención directa en el ajuste de cuentas con la misma burguesía. La crisis del Estado se apura facilitando su descomposición, no acudiendo en ayuda de los que tratan de apuntalarlo con nuevas ilusiones redentoristas. Y el anarquismo se niega como doctrina si sus intérpretes y defensores lo mediatizan a la influencia de los partidos extremos y lo hacen servir a los intereses del capitalismo.

Señalamos hoy la creciente influencia democrática en el movimiento anarquista europeo, porque entendemos que ese proceso de regresión constituye un peligro tanto o más grande que el que representó en los últimos años la práctica dictatorial del bolchevismo. Por el empleo de la dictadura obrera... se operó el monstruoso parto de la reacción. El fascismo nació en Rusia, por el aborto de un sistema comunista primario. Pero la lucha contra los sistemas reaccionarios, reducida a un simple cambio de formulismos en el ordenamiento político del Estado, carece de valor histórico si se opera en la esfera de los partidos despojados del poder o aspirantes a formar con sus adeptos la nueva casta gobernante.

La democracia será, en esta crisis moral que lleva al hombre al borde del abismo, una solución perentoria. Aceptarla como una necesidad del momento será cuerdo y razonable. Mas, ¿debemos los anarquistas entregarnos a esa labor de reconstrucción exigida por los políticos divorciados con los gobiernos de fuerza que ellos mismos contribuyeron a gestar? Dejemos a la burguesía liberal y a los taumaturgos del Estado-juez, que trabajen en sus propios medios la liquidación de los sistemas dictatoriales. Nuestra labor no puede detenerse en esas preocupaciones políticas, más mecánicas que espirituales, de los que defienden una sociedad basada en el robo legal, en los privilegios hereditarios, en el derecho a la explotación y al usufructo del trabajo ajeno. Y si preferimos un régimen de garantías jurídicas a un sistema despótico impuesto por una minoría audaz, ese hecho no debe obligarnos a colaborar con quienes lo aceptan con el carácter definitivo de las únicas posibles conquistas.

* * *

Rechazamos como perniciosas las preocupaciones democráticas difundidas por el extravío ideológico, la mentecatez y la ignorancia, en el movimiento anarquista de Europa. Ni a título de transitoriedad, como lo reclaman algunos libertarios mesiánicos, aceptamos la intervención de los anarquista en el ajuste de cuentas de la burguesía liberal. Menos, pues, podemos aceptar el compromiso de alianzas con partidos políticos que, explotando el peligro de la dictadura, buscan en el proletariado la argamasa que necesitan para levantar nuevos puntales para el afianzamiento del Estado.

Una revolución sujeta al proceso reconstrutor que tratan de operar los explotadores del mito democrático, toma del pueblo la potencia física, la fuerza animal, el impulso instintivo; pero una vez triunfante el partido que la dirige, debe cesar toda beligerancia subversiva para dejar campo libre a los políticos encargados de legalizar el nuevo gobierno. Quiere decir, pues, que el proceso revolucionario, en los dominios de la política estatal, cesa en cuanto se consigue la restauración del Estado, y todo propósito de continuidad histórica, en ese aspecto de la lucha de los pueblos contra sus dominadores, constituye un acto condenado por las leyes revolucionarias... que dictan los caudillos victoriosos.

Si el problema se plantea bajo otros aspectos, si por la caída "natural" de la dictadura los partidos democráticos asumen la tarea de la reconstrucción del Estado — que puede derivar a la república en un régimen monárquico, pero sin que se alteren los fundamentos históricos del sistema capitalista —, la intervención de los anarquistas en la asamblea constituyente llamada a definir el carácter político de la restauración institucional, queda también subordinada al interés de la burguesía. Y poco importa que señalen frente a la complicidad de todos los partidos de orden, el engaño de las reformas sociales y la mentira de las garantías legales subordinadas al interés de la clase privilegiada. Al colaborar en ese ajuste de la máquina estatal, aun cuando rechacen compromisos con los enemigos del proletariado, delegan facultades de independencia que no reconocerán en lo sucesivo los mismos trabajadores a los que no supieron conservar su influencia moral en los momentos en que más necesaria era una afirmación de las ideas.

* * *

La independencia del movimiento obrero será posible cuando los trabajadores se compenetren de un ideal social integralista. Pero la clase trabajadora organizada, unida por necesidades materiales y sujeta a la influencia de contradictorias doctrinas, no puede encontrar por sí misma, por el imperio de los instintos, el camino de la revolución. ¿Conseguimos los anarquistas, con esa táctica ambigua de los que subordinan los medios a los fines, fijar una línea recta el proceso revolucionario de los pueblos? ¿Demostramos siquiera la independencia de juicio que reclama el estudio de los fenómenos sociales que escapan a la comprensión de la masa ignorante? Los hechos demuestran que en el anarquismo se desarrollan tendencias negativas y florecen escuelas de filosofastros empeñados en deducir de cada lucha vulgar la cuadratura del círculo... económico. Y las preocupaciones democráticas de los libertarios, decepcionados por el ejemplo ruso, son la más cruda confirmación de la impotencia ideológica y de la carencia de objetivos revolucionarios en las tendencias anarquistas situadas en la esfera política del liberalismo burgués y en el círculo vicioso de la metafísica materialista de los discípulos de Marx.

Para fundamentar una oposición irreductible al Estado, hay que definir la trayectoria de un movimiento antiestatal que no esté expuesto a las influencias políticas y a las crisis económicas de cada momento histórico. Y el fundamento de la ética anarquista no puede extraerse de los hechos contingentes, de la gestión particular de las oposiciones extremas que juegan al cambio de sistemas, si no surge de la concepción integral de la idea de justicia y del grado de resistencia que los verdaderos revolucionarios sepan oponer a las realidades presentes.

He ahí, pues, la forma en que nosotros trazamos la trayectoria del movimiento revolucionario en esta hora crítica. La dictadura es un mal, pero la democracia es un engaño. No queremos, en consecuencia, evitar a los pueblos el dolor de las humillaciones violentas para hacerlos caer en el sometimiento voluntario de los despotismos de mano enguantada. Deseamos, sí, proyectar sobre el escenario social la solución teórica del problema humano, valorizando las fuerzas populares con las ideas anarquistas.

LA TRAGEDIA DE CHICAGO FRENTE A LA POSTERIDAD

Discurso de Spies, Fischer y Lingg ante el tribunal que los condenó a muerte

Discurso de Spies

¡Señores! Al hacer uso de la palabra ante este tribunal, lo hago como representante de una clase a los de otra.

Comienzo con las palabras con que se aproximó ante el verdugo el dux de Venecia Marino Fallieri, hace 500 años: —"¡Mi defensa es vuestra acusación! Las causas de mi supuesto delito: ¡vuestra historia!"

He sido acusado de asesinato — como cómplice o ejecutor. En base a esa acusación se me ha sentenciado... Las pruebas de mi culpabilidad no las presentó "el Estado". De los testimonios expuestos no se desprende que yo tenga algo que ver en el lanzamiento de la bomba ni que sepa quién la arrojó — por consiguiente, ustedes pesan las declaraciones de los cómplices del fiscal y de Bonfield, las declaraciones de Tompson y de Gilmer según los precios que pagaron por ellas. Si no existe prueba alguna que evidencie que soy *legalmente* responsable de aquel hecho, entonces una condena o la ejecución de la sentencia no es nada menos que un asesinato preconcebido, un asesinato malvado y a sangre fría! Asesinato planeado tan infame y canallescamente que no hay que buscar casos de precedencia más que en la historia de las persecuciones religiosas y políticas... Asesinatos judiciales han sido perpetrados en muchos casos cuando los representantes del Estado obraron en la buena fé que sus víctimas eran culpables del delito que se les acusaba. Pero en el caso actual, los representantes del Estado no pueden disculparse con ese subterfugio y eso porque ellos mismos han fabricado aquellos testimonios que fueron utilizados como pretexto para nuestra condena — como pretexto fueron utilizados por un jurado escogido para condenarnos... Ante este tribunal y ante el pueblo que forma supuestamente el Estado, ¡acuso de conspiración criminal al fiscal y a su digno compañero Bonfield!

Para ilustrar esa acusación no quiero mencionar aquí más que un pequeño acontecimiento. La noche en que la guardia pretoriana de la laudable *Citizien Association* — conspiración de magnates ferroviarios, comerciantes y bancarios — cayó sobre el mitin obrero del Haymarket con propósito criminal, aquella noche, hacia las 8, encontré a un joven de nombre Legner, un miembro de la sociedad deportiva *Aurora*. Nos acompañó a mí y a mi hermano, y permaneció durante toda la noche a mi lado, hasta que, unos segundos antes de la explosión, salté del coche. El sabía que aquella noche no encontré al señor Schwab; sabía que no tuve con nadie una conversación como la que pretende haber oído Tompson, el protegido del mariscal Fieldsche; sabía que no había bajado del coche para dar una cerilla encendida al arrojador de la bomba. No es socialista. ¿Por qué no lo trajimos como testigo...? Los apreciables representantes del Estado, Grinnell y Bonfield, lo han quitado de en medio a tiempo. Esos apreciables señores estaban informados de todo lo que Legner sabía. Sabían que sus testimonios marcarían a los "intangibles" Gilner y Thompson como canallas perjuros. El nombre de Legner apareció en la lista de los testigos del Estado. Pero por motivos comprensibles no fué llamado como testigo. "No,—ha contado a varios amigos—se me ofrecieron 500 dólares con tal de que abandonase la ciudad y se me amenazo con todo lo posible en caso de que compareciese como testigo de la defensa." Replicó que no se dejaba ni comprar ni amaestrar para servir de instrumento a una conspiración sanguinaria tan cobarde y despreciable. Ahora bien, cuando nosotros necesitábamos a Legner, había desaparecido. Interrogamos, y entonces respondió el señor Grinnell — ¡y Grinnell es un hombre "respetable"! — que también él había buscado al joven y no lo había encontrado.

Tres semanas más tarde supe que ese joven había sido asaltado aquí y llevado violentamente a Buffalo, New York, por dos ilustres sostenes de la ley y del orden, dos policías secretos de Chicago. Haced responder al señor Grinnell, haced responder a su mandataria, la Citizien Association, de esa inculpación. ¡Y que el pueblo juzgue a esos asesinos complacientes!

¡No! Repito que la acusación no ha podido demostrar nuestra culpabilidad legal, ni siquiera por los testigos comprados y perjuros; ni siquiera por la originalidad con que han sido conducidos los debates judiciales, la obra artística no les ha resultado. Si no consiguen eso y sin embargo pronuncian sobre nosotros el fallo de un jurado nombrado con el fin de declararnos culpables, mientras no consigan eso — digo — son ustedes, los representantes y altos sacerdotes de la ley, los verdaderos, no, los únicos contraventores de la ley! En este caso: ¡los asesinos!

Es deseable que el pueblo sepa esto.

Y si hablo del pueblo, no entiendo con esa palabra un par de docenas de cómplices de Grinnell, — ni a nuestros honestos patricios que han extraído sus millones de la miseria de las masas. Esos zánganos pueden significar el Estado; pueden controlar el Estado; pueden tener sus Grinnell, sus Bonfield y sus mercenarios. No, cuando yo hablo del pueblo, hablo de la gran masa de las abejas del trabajo, que por desgracia no han comprendido aún qué monstruosidades se cometen en su nombre, "en nombre del pueblo"...

El asesinato planeado de ocho hombres, cuyo único delito consiste en haberse atrevido a decir la verdad, debería abrir los ojos a esos millones de seres deslumbrados y llevarlos a la conciencia. ¡En efecto, he observado que nuestra condena ha obrado ya milagros en ese sentido! Y obrará más aún.

La clase que está ávida, con bestial codicia, de nuestra sangre, la clase de los buenos y piadosos cristianos, ha intentado por medio de su prensa y por todos los modos imaginables, ocultar cuidadosamente los hechos tales como son y mantenerlos en secreto. Y eso lo consiguió en parte, añadiendo a los odiados acusados el calificativo de "anarquistas" y describiéndolos como una tribu recientemente descubierta o como una especie de caníbales; además inventando tenebrosas y espeluznantes leyendas de conspiraciones misteriosas y obscuras, y difundiéndolas contra ellos. Esos buenos cristianos trataron de encubrir así el hecho de que en la noche del 4 de mayo 200 hombres armados bajo el comando de un matón notorio y sin conciencia, cayeron sobre un pacífico mitin de ciudadanos — ¿con qué propósito? ¡Con el propósito de asesinar o de matar así a tantos de ellos como los fuera posible! — Apelo a las deposiciones de dos testigos.

¡Los jornaleros de esta ciudad se irritaron un poco, por la desvergüenza de sus benéficos amos! Comenzaron a decir ciertas verdades que sonaron desagradablemente en los oídos de los patricios. Hasta se atrevieron a presentar sólo algunas demandas comedidas. Sostuvieron que ocho horas de trabajo intensivo por día por sólo dos horas pagadas era bastante... Ese populacho sin leyes tenía que ser reducido al silencio, y era la cosa más fácil hacerlo por la intimidación. Asesinando al menos a aquellos a quienes distinguían como jefes... Sí, a esos perros extranjeros había que hacerles ver de una vez para siempre que no tienen que ocuparse, en el porvenir, de las honestas maquinaciones de bandidos de sus benéficos amos cristianos...

Bonfield, el hombre que haría enrojecer de vergüenza a los héroes de la noche de San Bartolomé, el ilustre Bonfield, con un rostro que habría prestado a Doré inapreciables servicios como modelo para los demonios de Dante — él — Bonfield — fué el hombre apropiado para ejecutar la conspiración de la *Citiziens Association* de nuestros patricios.

Si yo hubiese arrojado la bomba o incitado a que se arrojara — ni un momento vacilaría en declararlo aquí... Es verdad, se consumieron algunas vidas humanas. Muchos fueron heridos. Pero centenares de vidas humanas fueron salvadas así. Si no hubiese caído la bomba, habría hoy cien viudas y algunos centenares de huérfanos allí donde no hay más que algunos... Hemos sido acusados

y condenados a causa de conspiración por los verdaderos conspiradores y por sus instrumentos.

Esa es, señores, la razón por la cual no debía sentenciarnos un tribunal ¡si esa denominación tiene en general algún significado!

"Pero — dijo el Estado — vosotros habéis publicado artículos sobre la preparación de dinamita y de bombas". — Que se me muestre uno solo de los diarios de esta ciudad que no haya publicado artículos idénticos. Me recuerdo exactamente de un artículo en la *Tribune* del 23 de febrero de 1885. Ese diario daba una descripción y dibujos de diversas máquinas infernales y bombas. Me recuerdo eso especialmente porque compré el periódico en el tren y tuve tiempo bastante para leerlo. Desde entonces el *Times* ha publicado a menudo artículos parecidos sobre ese objeto. Algunos de los artículos sobre la dinamita encontrados en la *Arbeiter-Zeitung*, son artículos traducidos del *Times*, escritos por John Mulligan y Fritz John Porter y en los cuales se recomendaban las llamadas bombas de dinamita como el medio más eficaz contra los obreros en huelga. Tengo derecho a preguntar: ¿por qué no han sido acusados y declarados culpables los redactores de ese periódico? ¿Tal vez porque ellos recomendaban sólo la aplicación de esos explosivos destructores contra el populacho? Quisiera que se me informase al respecto. ¿Por qué no está el señor Stone entre los acusados de este proceso? Se encontró una bomba en su posesión. Además, el señor Stone publicó en enero próximo pasado un artículo que contenía instrucciones detalladas sobre la fabricación de bombas. Según esas descripciones, se habría podido fabricar bombas con un costo de 10 centavos por pieza. La *News* tiene una difusión diez veces mayor que la *Arbeiter-Zeitung*. ¿Es presumible que la bomba lanzada el 4 de mayo fué hecha según la receta de la *News*? Hasta que esos señores no sean acusados de asesinato y hechos comparecer, afirmo, excelencias, que esa parcialidad en favor del capitalismo no concuerda con la justicia y que la sentencia no debía ser pronunciada.

Se nos condena porque somos extranjeros

El principal argumento de Grinnell contra los acusados, fué: "Son extranjeros, no son ciudadanos". No puedo hablar por los demás. Hablo por mí mismo. He habitado al menos tanto tiempo como Grinnell en este Estado y he sido tal vez un ciudadano tan bueno como Grinnell — al menos no deseo que se me compare con él.

Grinnell, como nuestros abogados han constatado ya, apeló al patriotismo del jurado. A eso replico y cito sólo las palabras de un escritor inglés: "El patriotismo es el último refugio de los pillos". Mis esfuerzos en favor de los hombres desheredados y privados de derecho, mi propaganda en ese concepto, la popularización de doctrinas económicas, en una palabra, la instrucción de los obreros es declarada conspiración contra la sociedad. La palabra "sociedad", como se sabe bien, ha sustituído aquí al "Estado", tal como lo representan los patricios de hoy. Siempre ha sido opinión de las clases dominantes que las masas deben ser mantenidas en la ignorancia, si no se quiere que su servidumbre, su modestia y su obediencia, ante los poderosos se pierdan en la medida que su inteligencia crece. Hace un cuarto de siglo se consideraba un crimen inculcar conocimientos a los esclavos negros. ¿Por qué? Porque el esclavo inteligente rompe sus cadenas a todo precio. ¿Por qué es considerada hoy la instrucción de los obreros por una cierta clase como un crimen contra el Estado? Por las mismas razones. El Estado, por lo demás, ha eludido en este caso, como se sabe bien, el hacer intervenir ese punto en el debate. Según los testimonios que presentó, tuvo que aparentar que en nuestros discursos y escritos no habríamos predicado más que la destrucción y la dinamita.

El tribunal dijo hoy por la mañana que no hay en la historia un caso como este. He notado durante este proceso que los señores de la profesión legal no están muy versados en la historia mundial. En todos los casos históricos de la naturaleza del presente, la verdad ha sido alterada por los sacerdotes del poder dominante en su

¿Qué hemos dicho en nuestros discursos y escritos?

Hemos explicado al pueblo su situación y sus relaciones con la sociedad. Le hemos aclarado diversos fenómenos y leyes sociales y las condiciones bajo las cuales se producen. Hemos demostrado por la vía de la investigación científica irrefutablemente y llevado al conocimiento público que el sistema del salariado es la raíz de las actuales injusticias sociales — injusticias tan monstruosas que claman al cielo. Hemos dicho además que el salariado como forma especial de la evolución social debe ceder el puesto a consecuencia de lógica necesidad a formas más elevadas de civilización, que el salariado debe abrir el camino y dar el fundamento a un sistema de comunidad social, es decir al socialismo. Dijimos que esta o aquella teoría, éste o aquél plan en lo concerniente a la instauración futura de las cosas no es una cuestión de libre elección, sino una necesidad histórica, y que nos parecía que el progreso marcha en dirección al anarquismo, por el cual entendemos una sociedad sin reyes, castas y clases, una sociedad de soberanos de sí mismos, en la que se creará un equilibrio inconmovible como fundamento del orden natural por medio de la libertad y de la igualdad económica de todos.

No es probable que los honorables señores Bonfield y Grinnell puedan imaginarse un orden social que no sea mantenido por el bastón y la pistola del agente de policía, ni una sociedad sin prisiones, cadalsos y fiscales. En una sociedad semejante, tal vez no encontrasen un puesto para ellos mismos. Pero, ¿es esa una razón para hacer del anarquismo una doctrina tan digna de repudio y tan peligrosa?

Un proceso al anarquismo.

Grinnell nos ha dado a entender que aquí se procesa al anarquismo. La teoría del anarquismo pertenece al dominio de la filosofía especulativa. En el mitin de Haymarket no se pronunció una sílaba de anarquismo. En aquél mitin se habló del tema muy popular de la reducción de la jornada de trabajo. Pero — "el anarquismo es procesado" — erupta el señor Grinnell. Si ese es el caso, Excelencias, muy bien, entonces pueden condenarme, pues soy anarquista. Creo con Bukle, con Paine, con Jefferson, Emerson, Spencer y muchos otros grandes pensadores de este siglo, que el Estado de las castas y las clases, que el Estado en que una clase domina a la otra que vive de su trabajo, y se llama a eso *orden* — sí, creo que esa forma bárbara de organización social que está consagrada a la muerte junto con vuestro sistema de asesinato y de saqueo santificado por las leyes, que tiene que ceder el puesto a una sociedad libre, a una asociación voluntaria. Vds. pueden anunciarme la pena de muerte, pero dejen que el mundo sepa que en el Estado de Illinois en 1886, han sido condenados a muerte ocho hombres, sólo porque no han perdido la fé en un porvenir mejor y en la victoria final de la libertad y la justicia.

"Habéis predicado la destrucción de la sociedad y de la civilización", — dijo Grinnell, el servidor y agente de la Asociación de banqueros y burgueses. — Ese hombre tiene que aprender aún lo que es la civilización, de lo contrario no hablaría así. ¡Es un argumento tan viejo, tan sobado contra el progreso de la humanidad! ¡Ved la historia de Grecia y de Roma, leed la de Venecia! Echad una ojeada a las obscuras páginas de la historia de la iglesia y seguid el sendero espinoso de la ciencia: — Siempre y eternamente gritan las clases dominantes: "¡Nada de cambio, nada de modificación! ¡Queréis destruir la sociedad y la civilización! — Ellas se encuentran tan cómodamente en el sistema imperante, que la más mínima alteración les llena de miedo y de temor. Aman sus privilegios tanto como su vida, y toda modificación amenaza esos privilegios. Pero la civilización es una escalera cuyas gradas son monumentos de tales modificaciones. Sin esos cambios sociales, realizados todos contra la voluntad y el poder de las clases dominantes, no habría hoy civilización alguna. Por lo que se refiere a la destrucción de la sociedad, cuya aspiración se nos atribuye, eso suena como una fábula esópica del zorro astuto. Nosotros hemos puesto nuestra vida en el juego para salvar la sociedad de su enemigo mortal, de su enemigo mortal que la mantiene sujeta por el cuello, que absorve su sangre vital, que devora sus hijos — queríamos curar sus heridas sangrientas, queríamos librarla de los lazos con que ha sido ligada, de la miseria en que la habéis sumido — ¿y nosotros seríamos sus enemigos? Honorables jueces, ¿oís las risas burlescas del infierno? ¿Hemos predicado la dinamita? No, hemos deducido de las enseñanzas de la historia mundial que las clases dominantes actuales no oirán la voz de la razón como no lo hicieron sus predecesores; que intentarán oponer a la ola del progreso la violencia brutal. ¿Era eso una mentira o hemos dicho la verdad? ¿No funcionan las grandes industrias de este país ya bajo la vigilancia de la policía, del detective, del sheriff? ¿No es cada día más evidente el regreso al militarismo? ¡Soberanos americanos, reflexionese! ¡trabajan como esclavos de las galeras bajo la vigilancia militar! Hemos predicho eso y predecimos ahora que esas circunstancias tienen que volverse pronto insoportables. ¿Qué hacer entonces?

Inculparnos de haber hecho el 4 de mayo un intento de derribar violentamente el sistema actual, a fin de "introducir un sistema anarquista", es una afirmación demasiado absurda, incluso para ser hecha por un funcionario político. En caso de que Grinnell creyese que hubiéramos hecho un ensayo tal, ¿por qué no hizo que el doctor Bluthard nos investigase para ver cual es nuestro plano mental? Solo locos habrían podido imaginar un plan tan glorioso, y a los locos no se les puede acusar de asesinato. En caso de que hubiese existido algo así como una conspiración o un plan meditado de antemano, ¿no creen ustedes que las cosas habrían tomado aquella noche y después otro curso?

La base de mi delito

Toda esa conspiración se basa en un discurso que pronuncié el aniversario del nacimiento de Wáshington hace más de año y medio, en Grand Rapids, Michigan. Había sido invitado con ese objeto por los Caballeros del Trabajo. Dije que nuestro país estaba lejos de ser lo que habían querido que fuera los revolucionarios del último siglo. Dije que esos hombres, si viniesen hoy, barrerían con escobas férreas los establos de Augías y que indudablemente también se declararía socialistas. No es improbable que yo haya dicho que Wáshington habría sido ahorcado si la revolución hubiese fracasado. Grinnell hizo de esa blasfemia su flecha capital contra mí. ¿Por qué? Porque se propuso aguijonear contra nosotros el espíritu de la ignorancia. Pero ¿quién pondrá en duda la exactitud de la afirmación? Que yo me haya comparado por eso con Wáshington, esa es una mentira rastrera. Pero, y en caso de que lo haya hecho, ¿sería eso un crimen? He podido decir al individuo que se presentó aquí como testigo que los obreros debían procurarse armas, pues según toda la probabilidad, el último golpe lo daría la fuerza. He podido decir que en Chicago están armados tantos y cuantos. Pero que nosotros queríamos iniciar la revolución social, eso no lo he dicho nunca. Déjeme decir aquí que las revoluciones no pueden hacerse caprichosamente, como no se hacen los terremotos y ciclones. Las revoluciones son los efectos de hechos determinados. Yo hice de la ciencia social desde hace más de diez años, mi estudio especial y no habría podido decir tal absurdo. Creo que la revolución está ante las puertas, que en realidad ha comenzado ya. Pero el médico, ¿es responsable de la muerte del paciente porque la predijo? En caso de que alguien sea responsable de la próxima revolución, será la clase dominante, que se rehusa tenazmente a hacer concesiones, mientras son necesarias reformas; que se aferra al pensamiento de poder paralizar el progreso y ordenar la quietud a los eternos poderes de que ella misma es también insignificante criatura.

La actitud que se asumió generalmente es que somos responsables *moralmente* del desórden policial del 4 de mayo.

Hace cuatro o cinco años estuve en esta misma sala como testigo. Los obreros habían intentado procurarse apoyo por vías legales. Habían votado y elegido entre otros su candidato municipal en 14 Wards. Pero el nombre no fué del gusto de la compañía tranviaria. Eso lo supieron dos de los tres jueces electorales de su distrito y se llevaron las urnas a su casa, donde corrigieron los resultados de las elecciones de modo que los constituyentes del candidato elegido fueran privados de su representante legal y la elección resultó a favor de la criatura de la compañía tranviaria. Los obreros expendieron para la persecución de los ejecutores del delito 1.500 dólares. Las pruebas eran tan convincentes, que éstos confesaron haber modificado el resultado de las elecciones y falsificado las listas electorales. El juez Gardner, que presidió en este tribunal, los absolvió, considerando que los acusados no habían obrado notoriamente con propósito criminal. No quiero hacer ningún comentario a eso, pero si entramos en el campo de la responsabilidad moral, se abre para nosotros un horizonte enorme, y también aquel suceso tiene una gran importancia. Todo el que cooperó en el pasado a frustrar los esfuerzos tendientes a provocar reformas, es también responsable de que haya hoy revolucionarios en esta ciudad. Pero aquellos que intentaron llevar a cabo reformas, deben ser absueltos de esa responsabilidad, — y a ese número pertenezco yo también. En caso de que el fallo se base en la adopción de la responsabilidad moral, Excelencias, menciono eso como una razón por la cual no debería pronunciarse sentencia.

En caso de que la decisión dada por el tribunal esta mañana sea legalmente justa, entonces no hay en este país nadie que no pueda ser legalmente ahorcado. Les aseguro que si yo fuera el ejecutor de la ley, no habría en esta sala quien no pudiera ser ahorcado "legalmente y en derecho", según las mismas leyes exactamente que se leyeron en esta sala esta mañana. El ministro de policía de Napoleón, Fouché, dijo a aquel: "Déme usted una línea que haya escrito alguien, y yo llevo al correspondiente autor al cadalso". Este tribunal ha dicho lo mismo en el sentido. Según las leyes citadas, toda persona de este país puede ser acusada por conspiración y, según la situación del caso, por asesinato. Todo miembro de un sindicato, de los Caballeros del Trabajo o de alguna otra organización, puede ser declarado culpable de conspiración, de asesinato y hecho responsable de violencias que no ha cometido, como ocurrió con nosotros. Una vez creado ese caso de precedencia, impulsan ustedes a las masas que se ocupan de la pacífica agitación, hacia la revolución franca. Con ello cierran la última válvula de seguridad. Y la sangre que sea derramada entonces, la sangre de los inocentes, caerá sobre ustedes.

La ley del talión

"Siete policías han muerto — dijo Grinnell mirando al jurado para exigirle comprensión. — "Pedimos por vida", y se declaró culpables a un número igual de hombres, de los cuales no puede decirse verídicamente que hayan tenido lo más mínimo que ver con la muerte de las víctimas de Bonfield. Los mismos principios de derecho los encontramos entre los salvajes. Entre ellos, las injusticias son equilibradas, por decirlo así. Los árabes, chinos y otros pueblos exigen por cada uno de los suyos caído por mano enemiga, la vida de un enemigo. De las personas no se preocupan mucho, siempre que reciban una vida por otra vida. Ese principio rige aún entre los autóctonos de las islas Sandwich.

Si debemos ser ahorcados de acuerdo a ese principio, que se nos diga, y que sepa el mundo qué país cristiano y civilizado es éste en donde los Gould y los Vanderbilt, los Stanford y los Armour actúan en ayuda de la libertad y de la justicia.

Grinnell ha hecho resaltar repetidamente que en este país imperan la inteligencia y la civilización. ¿Quién puede ponerlo en duda después de lo dicho?

El veredicto contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre sus víctimas expoliadas — el gran ejército de los obreros y los campesinos. Si vuestras excelencias no desean que se deduzca de él esa conclusión, si no quieren infundir-

les (a los campesinos y a los obreros) la fé a que hemos llegado con el senado espartano, el areópago ateniense, el consejo veneciano de los diez, etc. — entonces no deben pronunciar sobre nosotros la sentencia.

Si ustedes creen que al ajusticiarnos pueden extirpar el poderoso movimiento obrero, — el movimiento de cuya victoria definitiva esperan su redención millones y millones de obreros y obreras pisoteados y en la miseria, si ustedes creen eso, ¡pueden ajusticiarnos!... Pisará aquí una avispa, pero... aquí y allí y en todas partes, se levantarán enjambres. Es como un fuego subterráneo ese movimiento obrero que ustedes no pueden apagar. La tierra en que ustedes están arde, ustedes no comprenden eso; no creen, como sus antepasados, que consideraban un deber civilizar la quema de los brujos, en el encantamiento — ¡pero creen en conspiraciones! Creen que todos estos sucesos de los últimos tiempos son obra de conspiradores. Lo que ustedes ven y tratan de asir no es más que el reflejo engañoso de las combinaciones de la mala y temerosa conciencia.

¡Ustedes quieren extirpar a los conspiradores y a los agitadores! Ah, no se extirpan más que así: echad mano a todo propietario de fábrica que amontonó riquezas con el trabajo no pagado de sus esclavos, echad mano a cada terrateniente que ha llenado sus cajas de caudales con el dinero de sangre exprimido a sus víctimas; extirpad toda máquina que revoluciona la industria y la agricultura, que aumenta la producción y deja a los obreros sin pan, que aumenta la riqueza general y mientras el creador está en medio de sus tesoros y es martirizado por el tormento de Tántalo del hambre! Destruid los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, el vapor, la mina, destruíos a vosotros mismos — ¡pues todo, todo tiene el carácter de nuestro período revolucionario!

La revolución está en vuestro régimen

¡Ustedes, señores míos, son los revolucionarios! Ustedes se rebelan contra los efectos de las condiciones sociales en que fueron arrojados a un magnífico paraíso por la mano de la Fortuna! Ustedes se imaginan que, aparte de ustedes mismos, nadie tiene derecho a ese lugar. Afirman ser los elegidos, los únicos propietarios... Pero los poderes por los que ustedes llegaron al paraíso, las fuerzas industriales, continúan su obra. De día en día se vuelven más fuertes y activos. Su aspiración es elevar la humanidad entera a esa altura, hacer de nuestra tierra un paraíso para todos. En su ceguera, ustedes piensan poder paralizar la ola de la civilización y la aspiración humana a la libertad por un par de policías, un par de cañones Gatling y algunos regimientos de milicia apostados a la orilla del mar. Ustedes creen poder volver las olas tempestuosas al abismo mediante la violencia brutal, haciendo levantar un par de horcas. ¡Ustedes son los verdaderos revolucionarios, pues obstaculizan la marcha natural de los acontecimientos! Ustedes solos son los conspiradores y destructores.

Ayer dijo el tribunal, relativamente a la demostración ante la Bolsa: "Esos hombres marcharon con el fin exclusivo de saquear la Bolsa". Aunque no puedo comprender qué sentido habría en tal atrevimiento, aunque sé que aquella demostración fué empleada simplemente como medio de propaganda contra el sistema que legaliza los honestos negocios que se llevan a cabo allí, quiero suponer que aquellos tres mil obreros que había en la demostración hayan tenido realmente el propósito de saquear la Bolsa. En ese caso no se habrían distinguido de los honorables bolsistas más que por tratar de recuperar por vías ilegales la propiedad que se les ha robado, mientras los otros, los bolsistas, saquean el país entero con ley o sin ella — pues ese es un elevado y magnífico oficio. Este tribunal "del derecho y la justicia, ante el cual todos son iguales y no vale en modo alguno la apariencia de la persona", declara, pues, este principio: "Cuando dos hacen lo mismo, no es lo mismo". Agradezco al tribunal por esa confesión. Contiene, por decirlo así, todo lo que hemos predicado y por lo cual vamos a ser ajusticiados. El robo perpetrado por las clases privilegiadas es un oficio decente. Es un delito cuando es ejercido por las demás clases en su propia ayuda.

El robo, el asesinato y la expoliación constituyen el "orden" de una cierta clase de señores que prefieren adquirir el sostenimiento de su vida de ese modo, en lugar de trabajar honestamente... Esa especie de "orden" — es verdad — ha sido combatido por nosotros y su destrucción ha sido por nosotros deseada. Confesamos ese crimen... ¡Contemplad el campo económico de batalla! ¡Ved el país devastado por el robo y el saqueo de los cristianos patricios! ¡Acompañadme a los barrios de los creadores de riqueza de esta ciudad! ¡Venid conmigo a los mineros semi-muertos de hambre del valle de Hockin y dirigid una mirada a los parias del valle Monogahela! ¡Viajad en los trenes del ciudadano mejor de este país y el más amante de la ley, Jay Gould, y decidme si la persistencia de ese "orden" se puede justificar con argumentos de la moral! ¡Yo digo que la persistencia de ese orden es criminal, asesina! Su persistencia significa la persistencia de la esclavización sistemática de nuestras mujeres y nuestros hijos en las fábricas: la persistencia de la desocupación de millones de hombres laboriosos, y su degradación. Su persistencia significa la persistencia de la intemperancia, de la prostitución sexual y espiritual: la continuidad de la miseria, de la penuria y de la servidumbre por una parte y del peligroso amontonamiento del botín del robo, así como del parasitismo, de la crapulosidad y de la tiranía, por otra parte. Significa la continuidad del vicio en toda forma; la continuidad de la lucha de clases, de la huelga, de los levantamientos y de los derramamientos de sangre... (sarcásticamente):

¡Ese es vuestro orden, señores míos! Sí, y ustedes son dignos de ser sus defensores. Están eminentemente calificados para ese papel. No les hago cumplimientos.

Grinnell habló de Víctor Hugo. Lo que él dijo no necesito repetirlo. Quiero responderle en el idioma de uno de nuestros pensadores alemanes: "Nuestros ciudadanos bien cebados levantan estatuas en honor de los clásicos. Si hubiesen leído sus obras las quemarían". Pues entre los artículos de la *Arbeiter-Zeitung* leídos aquí y utilizados por el Estado como material de cargo para convencer a los jurados del carácter peligroso de los anarquistas acusados, se encuentra una cita del *Fausto* de Goethe:

"Se heredan ley y derechos, — como una eterna enfermedad..."

E Ingham ha contado en su discurso a los cristianos jurados que nuestros compañeros, los comunalistas franceses, derribaron en 1871 al dios todopoderoso y pusieron en su lugar una baja ramera.

¡El efecto fué soberbio! Los buenos cristianos se indignaron. Yo hubiese deseado que vuestra excelencia hubiese informado a estos instruídos señores que el citado episodio tuvo lugar en París hace casi un siglo y que los criminales profanadores del templo fueron contemporáneos de los padres de esta república, y que entre ellos se encontraba Thomas Paine. La mujer no era tampoco una prostituta, sino una noble ciudadana, que en aquella ocasión representó alegóricamente la diosa de la razón.



El terror de arriba

Respecto a la carta de Most que se leyó aquí, el señor Ingham dijo:

"Esos (se refería a Most y a mí) habrían podido ultimar con dinamita millares de seres inocentes".

Todo lo que yo sabía sobre esa carta lo he dicho en las declaraciones, pero quiero agregar aquí que hace dos años estuve como corresponsal en el valle Hocking. Durante mi permanencia allí vi cómo eran asesinados centenares de hombres, lentamente, gradualmente. No era la dinamita, ni los anarquistas los que realizaban la obra diabólica. Era la obra de una banda de muy respetables monopolistas (*burlescamente*), "ciudadanos amantes de la ley", ¡con su permiso! Es innecesario, según mi opinión, decir que esos asesinos no fueron nunca acusados. La prensa tuvo muy poco que decir al respecto, y el Estado de Ohio estaba con ellos.

¡Qué horror habría provocado si las víctimas de ese complot infernal hubieran opuesto resistencia y hubiesen hecho volar algunos de esos degolladores!

Cuando en East St. Louis los asesinos a sueldo de Jay Gould ("los hombres con engrudo") mataron a tiros a sangre fría seis hombres y mujeres, se tuvo muy poco que decir, y el gran jurado se rehusó a acusar a ese gentlemen. Lo mismo ocurrió en Chicago, en Milwaukee y en otros lugares.

Un fabricante de muebles de Chicago (Bruschke) tiró e hirió mortalmente en la primavera pasada a dos obreros. Fué hecho comparecer ante el gran jurado pero éste se rehusó a acusar a ese "Gentlemen".

Pero si en una ocasión un obrero opuso resistencia a los intentos criminales de la policía, arrojó una bomba y derramó sangre de una parte y de otra — entonces se desencadenó un monstruoso alarido en todo el país — "una conspiración atacó nuestras más sagradas instituciones" — y se exigen en cambio de ese hecho ocho víctimas. Mucho se ha dicho sobre la opinión pública, mucho sobre la indignación pública. Ahora bien, es un hecho que ningún ciudadano se atrevió a pronunciar otra opinión que la dictada por las autoridades del Estado; si se hubiesen permitido tener otra opinión se les habría simplemente encarcelado. Se les habría llevado al cadalso. Eso se hace pasar por "opinión pública".

Nuestros principios

Estas gentes, dijo Grinnell, no tienen principios; son asesinos, ladrones comunes, etc. Confieso que nuestras aspiraciones y objetivos serán siempre incomprensibles para los rufianes sin principios, pero de eso no se nos puede hacer responsables.

Si no me equivoco, esa afirmación se basaba en el hecho de querer nosotros destruir la propiedad. No sé si esa desfiguración de los hechos se hizo a sabiendas, pero deseo constatar aquí, para poner en su lugar nuestra doctrina, que esa afirmación es una infame mentira.

Se han leído aquí artículos de la *Arbeiter-Zeitung* y de la *Alarm* para hacer ver el carácter peligroso de los acusados. Los artículos que aquí se dieron a conocer hablaban sólo de las ignominias ordinarias de la policía, llevadas a cabo por ésta contra los obreros en huelga. Otros artículos no han sido leídos, sólo aquellos que convenían al fiscal. Y refiriéndose a esos artículos, dijo el fiscal — sabiendo que mentía — "estas gentes no tienen principios".

Pocas semanas antes de ser arrestado y de ser acusado del crimen por el que se me condena, fuí invitado por los sacerdotes de la iglesia congregacionista a pronunciar una conferencia sobre el socialismo, y a debatir con ellos. Esto ocurrió en el Grand Pacific-Hotel. No puede decirse, pues, que he aceptado mis principios después del arresto, después de ser acusado y después de ser condenado, para justificar mis actos. Quiero leer aquí lo que dije allí:

Defensor Black: Digamos la fecha del periódico.

Spies: 9 de enero de 1886.

Black: ¿Qué periódico es?

Spies: *Alarm*.

Spies: (*continuando*) Cuando fuí preguntado en esa ocasión por lo que significa el socialismo, declaré lo que sigue:



"El socialismo no es nada más que el resumen de los fenómenos de la vida social del presente y del pasado examinados en sus causas y presentados en su conexión causal. Esto se basa también en el hecho establecido que las condiciones e instituciones económicas de un pueblo, o de los pueblos, forman el fundamento de todas las instituciones sociales, ideas y hasta religiones, y además que todas las modificaciones en los órganos económicos, etc. y todo progreso nacieron de las luchas debatidas en las diversas épocas entre las clases dominantes y las oprimidas.

Ustedes, señores, no pueden ponerse en ese punto de vista del conocimiento empírico; su profesión hace que se coloquen en el punto opuesto, es decir en aquel que no quiere saber nada de lo que es y que quiere saberlo todo sobre las cosas que son incomprensibles para los hombres. Por eso no pueden ser ustedes socialistas (Voces: ¡Oh!).

Como temo que no me entiendan, hablaré ahora algo más claramente.

No debería serles desconocido que en el curso de este siglo se hicieron una infinita cantidad de invenciones y descubrimientos que produjeron grandes, asombrosas transformaciones en la elaboración de las necesidades y comodidades de la vida. El trabajo de las máquinas ha suplantado en gran parte a los hombres. La máquina tuvo por consecuencia la reunión de muchas fuerzas de trabajo y una productividad cada vez mayor. Las ventajas que resultaron de esa concentración de las fuerzas de trabajo fueron de tal naturaleza que ensancharon más y más éstas. De ese proceso de la concentración de los medios y fuerzas de trabajo resultó, con la conservación del anterior "sistema de la división", la desproporción que sufre la sociedad.

Los medios de producción llegaron a las manos de un número de personas cada vez menos numerosas, mientras que los obreros expropiados y sin trabajo a causa de las máquinas, cayeron en el pauperismo, el vagabundaje, en el llamado crimen y en la prostitución — males todos que ustedes, señores míos, se proponen extirpar del mundo con su librito de oraciones.

Los socialistas no los toman por eso ya en serio, sino sólo en broma (rumores). O díganme, si les place, lo que han hecho hasta aquí con sus predicaciones de moral cristiana para aliviar la suerte de los míseros, de los llevados al crimen y al vicio por la amarga miseria. (*Algunos se ponen de pié: ¡En algunos casos hemos hecho mucho!*). En algunos casos han dado tal vez una limosna. Pero, ¿qué influencia tiene eso, si puedo preguntar, en las condiciones sociales y en la transformación de las mismas? ¡Ninguna, absolutamente ninguna! Confiesen, señores, que no pueden mencionarme un solo ejemplo.

Pero bien. Aquellos proletarios condenados a la miseria y al hambre por el ahorro de trabajo de la gran producción, cuyo número en este país se estima en millón y medio por lo menos — es improbable que ellos y los millares que se agregan diariamente a ellos, y los millones que trabajan por salarios miserables de hambre toleren tranquilamente y con resignación cristiana su aniquilamiento por la mano de los amos ladrones y asesinos, pero al mismo tiempo muy cristianos. Se defenderán; vendrá la lucha. La necesidad de la posesión común de todos los medios de trabajo se convierte en realidad y la era del socialismo, del trabajo colectivo comienza.

Cómo se soluciona el problema

La expropiación de las clases poseedoras, la socialización de esa propiedad y el trabajo cooperativo general — no para fines especulativos, sino para la satisfacción de las exigencias que hacemos a la vida: es decir, trabajo común con el fin de mantener la vida y el disfrute de todos — eso es, en grandes líneas, el socialismo. Pero esto no es, como ustedes tal vez suponen, "un plan hermosamente imaginado", cuya realización sería deseable si fuera posible — no, esa socialización de los medios de producción, de las vías de comunicación, de la tierra, etc. no sólo es algo deseable, ¡se ha convertido en una necesidad imperiosa! Y donde encontramos en la historia que algo se convirtió una vez en una necesidad, vemos siempre que la supresión de la necesidad por la producción de lo lógicamente indispensable fué el primer paso. Nuestras grandes fábricas, minas, vías de comunicación y de transporte son demasiado grandes desde hace tiempo para la administración privada, dejando ya a un lado todo lo demás. El individuo no puede controlarlas ya. En todas partes, hacia donde quiera que dirijamos la mirada, chocaremos con lo antinatural y lo desventajoso de la producción privada irregular. Vemos cómo un hombre o un número de hombres no sólo ha llevado al dominio de su propiedad privada todos los descubrimientos técnicos, sino que también confiscaron para su aprovechamiento exclusivo todas las fuerzas naturales explotables, como el agua, el vapor, la electricidad. Toda nueva invención, todo descubrimiento les pertenece.

El mundo existe sólo para ellos. Apenas observan que aniquilan a diestro y siniestro a sus semejantes; consideran como una buena acción y una obra legítimamente cristiana el hacer elaborar piezas de oro por sus máquinas con los cuerpos de tiernos niños. Se asesina, como he dicho, tiernos niños y mujeres por el duro trabajo y mientras tanto se deja morir de hambre a hombres vigorosos por falta de ocupación. Esos fenómenos y centenares de otros más nos llaman la atención.

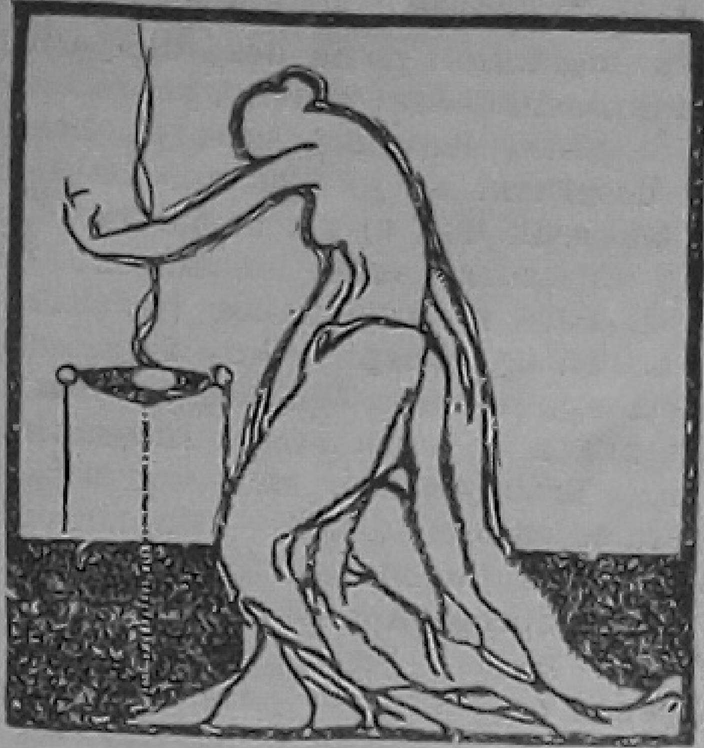
Se pregunta uno cómo es posible algo semejante, y se encuentra la respuesta en la culpabilidad del establecimiento privado. El pensamiento de la fábrica cooperativa, común, racional, se imprime ineludiblemente en el observador. Las ventajas de ella son tan convincentes, saltan tanto a la vista — ¿y dónde habría otra salida? Según las leyes físicas, un cuerpo se mueve consciente o inconscientemente en la dirección en que menos resistencia encuentra. Lo mismo la sociedad como conjunto. La vía del trabajo y del reparto cooperativo fué allanada por la concentración de los medios de trabajo en el sistema capitalista privado; marchamos ya por ella. No podemos retroceder ya, ni aunque quisiéramos. El poder de las circunstancias nos lleva al socialismo.

Un sacerdote me preguntó de qué modo debe realizarse ese estado de cosas; dijo que al parecer yo organizaba una revolución. Era poco antes de mi arresto, y respondí:

"Eso no se puede organizar. Una revolución es una ebullición repentina, una convulsión del cuerpo social febriscente. Preparamos a la sociedad para ella e insistimos a que los obreros se armen y se mantengan listos para la lucha. Cuanto mejor armados estén los obreros, tanto más fácilmente se ventilará la lucha, tanto menos derramamiento de sangre habrá."

¿Suena eso — como se me reprocha — como si yo hubiera organizado en aquel tiempo una revolución — una revolución social, que debía ocurrir el 1o. de mayo o los días siguientes? ¿Suena eso como si yo hubiera querido poner la anarquía el 1o. de mayo en lugar del orden "ideal" del presente? Yo creo que no.

El socialismo no exige la destrucción de la sociedad. El socialismo es una ciencia que ordena, que construye y no que destruye. Mientras el capitalismo priva de la propiedad a las masas del pueblo en favor de una clase privilegiada — mientras el capitalismo es aquella escuela de economía que enseña cómo una clase vive del trabajo, es decir, de la propiedad de otra, el socialismo enseña que todos pueden ser "propietarios" y enseña además que cada cual debe trabajar honestamente en pro de su mantenimiento y no



tiene derecho a jugar al "respetable comerciante", "banquero", "bolsista", etc., como los magnates que aparecieron en el Box del jurado y declararon que debíamos ser ajusticiados. (No dudo en manera alguna que tal era la opinión de los señores). En una palabra, el socialismo quiere introducir un sistema general del trabajo colectivo y hacer llegar así a todo miembro de la familia humana los resultados y beneficios de la civilización, que en el capitalismo son monopolizados por una clase privilegiada y no son empleados como debieran serlo, sino en favor del egoísmo brutal de una clase avariciosa. Bajo el capitalismo, los grandes descubrimientos del pasado están lejos de ser una bendición para la humanidad, han sido transformados en una maldición. Bajo el socialismo se realizará la profecía del sabio griego Antíporas, que gritó ante el descubrimiento del primer molino de agua: "Este es el emancipador de los esclavos masculinos y femeninos", y lo mismo la profecía de Aristóteles: "Si en el futuro todo instrumento realiza su labor a la voz de mando, como el artificio de Dédalo o como el trípode de Efeso, que iban instintivamente a su labor sagrada — si los telares tejen así por sí mismos, amos y esclavos no serán mucho tiempo necesarios".

Vivimos la era de las grandes transformaciones sociales

Los socialistas afirman que ese tiempo ha llegado... ¿Y pueden ustedes negarlo? "Sí, dicen ustedes, esos paganos ¡qué sabían ellos de economía nacional, de civilización y de cristianismo!" Tienen ustedes razón. No tenían ninguna noción de eso, de que por medio de esas máquinas ahorradoras de esfuerzo se podía prolongar la jornada de trabajo y hacer más insoportable aún la carga del esclavo. Disculpaban la esclavitud de los unos porque ofrecía a los demás la ocasión del desenvolvimiento humano. Pero predicar la esclavitud de las masas para que unos advenedizos semi-instruídos lleguen a ser "fabricantes influyentes", "grandes propietarios de mataderos" o "prominentes comerciantes de zapatos de charol", para hacer eso hacían falta los órganos cristianos específicos.

El socialismo enseña que las máquinas, los medios de transporte y de comunicación, son el resultado de la acción común de la sociedad pasada y presente, y por consiguiente pertenecen íntegros a la sociedad, lo mismo que la tierra, las minas y todos los instrumentos de trabajo deberían pertenecerle. Esa explicación implica que los que se apropiaron de esas riquezas, aunque de manera legal, deben ser expropiados ahora en beneficio de la sociedad. La expropiación de las masas por los monopolistas llegó a tal grado que la expropiación de los expropiadores se ha vuelto una necesidad ineludible, un acto de autoconservación. La sociedad reclamará su propiedad aunque levanten ustedes un cadalso en cada calle. Y el anarquismo — ese *enfant terrible* — concluye: que bajo la libertad individual y la igualdad económica el Estado político tiene que desaparecer como una antigualla bárbara — luego seremos todos libres y no habrá ya amos y esclavos. Entonces no habrá puesto para la policía y la milicia a fin de mantener la "paz y el orden", de las cuales telegrafió un general ruso a su zar, después de haber masacrado media Varsovia: "la paz reina en Varsovia".

¿Què es el anarquismo?

El anarquismo no significa derramamiento de sangre, ni robo, ni veneno, ni puñal, etc. Esas monstruosidades, al contrario, son los signos característicos del capitalismo. El anarquismo y el socialismo significan la reorganización de las sociedad sobre principios científicos y la abolición de las causas que crean los vicios y los crímenes. El capitalismo crea primeramente las enfermedades sociales y luego quiere curarlas con castigos.

El tribunal ha sabido decir mucho sobre el carácter excitante de los artículos de la *Arbeiter-Zeitung* leídos aquí. Permítanme leerles un artículo de fondo que apareció en *Commonwealth* en Fond du Lac, octubre de 1876. El periódico es republicano, y si no me equivoco, el tribunal es también republicano:

"¡A las armas, republicanos! En toda pequeña ciudad de Visconsin hay trabajo para gentes que no temen marchar con el fusil ni tienen miedo a la sangre y a los cadáveres cuando se trata de mantener la paz.

(Esa es la misma paz de que hablé ya)

El artículo continúa: "Para mantener la paz, para eludir una lucha de partido, para que la administración de los intereses públicos no caiga en manos tan repugnantes como las de James G. Jenkin, todo republicano de Visconsin debe armarse antes de ir el próximo día de elecciones a las urnas. Los graneros, casas y demás bienes de los demócratas activos deben ser incendiados para que sepan que el partido republicano tiene el derecho a gobernar, que es el partido por el cual deben votarse o es mejor que no acudan con sus huesos inmundos".

"Pero, si no obstante, insisten en querer votar y no se separan de su Jenkin, salidles al camino, echaos en los bosquecillos, tras las colinas o en alguna parte y disparad contra esos perros cobardes y agitadores. Si en alguna localidad son demasiado fuertes y consiguen recoger sus votos de oposición, romped las urnas y romped las papeletas que respiran odio. Ha llegado el momento del trabajo efectivo. La fiebre amarilla no quiere atacar a esos demócratas a lo Morrison, por consiguiente debemos echar mano a medios menos ruidosos, pero tanto más eficaces; los propagandistas deberán ser abatidos, y el que se oponga, que lo haga por su cuenta y riesgo. Republicanos, id a las urnas según las indicaciones anteriores y no os dejeis asustar por un poco de sangre. Lo que consolidó el Sur, debe consolidar también el Norte!"

Aquí hay un ejemplo, Excelencias, que no tiene comparación con ninguna de nuestras publicaciones.

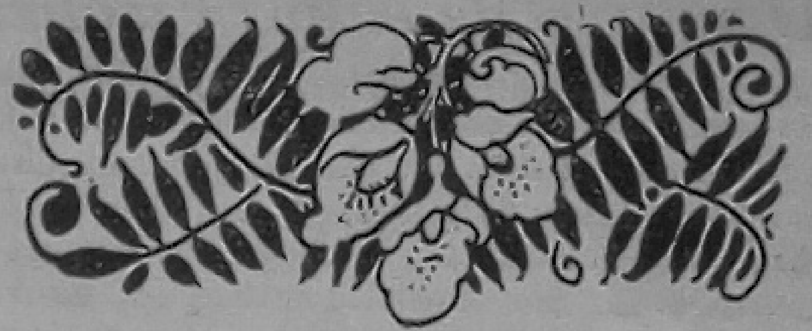
El libro de John Most traído ante el tribunal, no lo he leído nunca y confieso que aquí se leyeron pasajes de él que eran repulsivos, que tenían que ser repulsivos a todo el que posea un corazón. Sin embargo, quisiera llamarles la atención sobre el hecho que esas repulsividades han sido ejecutadas por el ex prefecto de policía Andrieux en París. ¡Su colega, señores! Los representantes de vuestro orden, ¿retrocedieron jamás ante sacrificios sangrientos? ¡Nunca!

Nuestra conspiración es una burda patraña.

Se ha dicho que maquinábamos una conspiración. Replico que a mi amigo Lingg lo he visto sólo dos veces en ocasión de reuniones de la Central Labor Union, a donde acudí como orador. Lo he visto sólo dos veces antes de mi arresto, y no le hablé nunca.

Con Engel hace un año que no he tenido contacto alguno. Y Fischer, mi supuesto lugarteniente, anduvo dando vueltas para agitar contra mí. Nada más de eso.

Sus excelencias han dicho hoy por la mañana que tenían que juzgar nuestros propósitos de acuerdo a lo que hemos hablado y escrito. — Si yo tuviese tanto poder como el tribunal, condenaría a este seguramente por las advertencias hechas durante el proceso. Menciono el lenguaje exacto del tribunal: "No se deduce que todas las leyes son estúpidas y malas porque lo sean muchas". ¿No es eso un escarnio a la ley, no es un delito de alta traición? Y además, yo no puedo comprender en qué se diferencian las leyes malas de las buenas. No, seguramente no. Si no obedezco a una ley mala y soy llevado ante un mal juez, seré indudablemente condenado



Por lo que concierne al informe de la *Arbeiter-Zeitung* sobre la demostración ante la Bolsa, leído igualmente esta mañana, quiero decir — y esto es lo único que aporto en mi defensa, que no supe nada de ese artículo hasta que no leí el periódico. El que lo escribió lo hizo como respuesta a unos ataques hechos por un periódico de la mañana. El lenguaje empleado en aquel artículo no hubiera sido nunca permitido, si yo lo hubiese visto antes.

Ahora bien, si no se nos puede relacionar directamente con el lanzamiento de la bomba, ¿dónde está la ley que prescriba que estas gentes deben ser elegidas y castigadas? Muéstrenme la ley, si es que existe. En caso de ser justo el punto de vista del tribunal, entonces media ciudad, la mitad de la población, tendría que ser ahorcada, pues es tan responsable del suceso del 4 de mayo como nosotros, y si la mitad de la población de Chicago no es ahorcada, entonces muéstrenme la ley según la cual debemos ser ahorcados nosotros. No existe tal ley. ¡Su decisión, el fallo que nos declara culpables no son más que actos arbitrarios! Es verdad, la ciencia jurídica no conoce ningún caso de precedencia de esta especie.

Nuestra responsabilidad

Es verdad que hemos incitado al pueblo a armarse. Es verdad que hemos proclamado siempre que el gran día para una modificación de las cosas se aproxima. No deseábamos ningún derramamiento de sangre, pues no somos bestias. Si fuéramos bestias no seríamos socialistas. Nuestro sentimiento humanitario nos impulsa a ese movimiento para la emancipación de los oprimidos y de los que padecen la miseria.

Es verdad que hemos incitado al pueblo a armarse, a prepararse para el día que llega. Eso parece ser la razón por la que se mantiene el veredicto. "Pero cuando existe una larga serie de insanidades y de opresiones, que indudablemente confluyen al mismo fin — a maltratar al pueblo y a llevarlo en brazos del absoluto despotismo, entonces es derecho y deber del pueblo derrocar esa forma de gobierno y tomar medidas de seguridad para el futuro". — Esa es una cita de la declaración de independencia de este país. ¿Hemos contravenido a alguna ley al mostrar al pueblo que las injusticias que se manifestaron en los últimos veinte años han perseguido continuamente un objetivo único, es decir: la instalación en este país de una oligarquía tan fuerte, tan poderosa, tan monstruosa como jamás existió en país alguno? Comprendo muy bien por qué ese individuo Grinnell no impulsó al gran jurado a acusarnos de alta traición. Comprendo eso exactamente. No se puede acusar a alguien de alta traición por defender la constitución contra aquellos que la pisotearon. No habría sido un trabajo fácil, señor Grinnell, inculpar a esas gentes de asesinato.

Finalmente

En conclusión: esas son mis ideas. Constituyen una parte de mi mismo. No puedo desprenderme de ellas, y si pudiera no lo haría. Si ustedes creen poder aniquilar esas ideas, que ganan cada día más terreno, al enviarnos al cadalso — si ustedes hacen sufrir la pena de muerte de nuevo a gentes que se atrevieron a decir la verdad — nada más tenemos que decir. No hemos dicho más que la verdad. ¡Demuéstrennos una sola mentira! Y si por proclamar la verdad hay que sufrir la pena de muerte, adelante — ¡orgullosa y altivamente pagaré el precio! La verdad — por ella murieron Sócrates, Cristo, Huss, Giordano Bruno, Galileo, por ella murieron legiones de los más nobles y de los mejores. Ellos nos precedieron: ¡estamos dispuestos a seguirles!

Discurso de Adolf Fischer

Excelencias: me interrogáis por qué no debía ser pronunciada contra mi la sentencia de muerte. No quiero decir mucho, sólo algunas palabras, y esas son que protesto contra mi condena a muerte, porque no he cometido ningún delito. Aquí, en esta sala he sido procesado por asesinato y convicto de anarquismo. Pero si tengo que morir por ser anarquista, por mi amor a la libertad, a la fraternidad y a la igualdad, no quiero resistirme. Si la muerte es el castigo por nuestro amor a la libertad de la especie humana, digo francamente que he perdido mi vida. Pero asesino no lo soy. Aunque estuve en Haymarket, tuve tan poco que ver con el lanzamiento de la bomba, como tal vez el fiscal Grinnell mismo. No niego que fuí uno de los convocadores del mitin de Haymarket, pero el mitin no había sido convocado con fines violentos y para la perpetración de crímenes.

No, ese mitin fué convocado para protestar contra las brutalidades y crímenes cometidos por la policía en día anterior en el establecimiento de Mac Cormick. El testigo del Estado, Waller, y otros, han declarado aquí y yo no necesito más que repetirlo, que el lunes por la tarde tuvimos una reunión en donde, naturalmente, el asunto de Mac Cormick, que había tenido lugar pocas horas antes, se puso a discusión y decidimos convocar el mitin de protesta. Waller presidió la mencionada reunión y propuso él mismo que el mitin tuviera lugar en la plaza del mercado, pero finalmente se decidió como lugar del mitin el Haymarket. Como presidente de la reunión se me comisionó para hacer imprimir manifiestos e invitar oradores; eso hice y nada más.

Al día próximo fuí a casa de Wehrer y Klein, hice imprimir 25.000 circulares e invité a Spies a hablar en el mitin. Es un hecho, y yo no lo niego, que tenía en el manuscrito original la frase "¡Trabajadores, acudid armados!" y tenía motivos para ello, pues no quería que los obreros fuesen asesinados como en otros mitines. Cuando esa circular fué impresa y se me llevó a la *Arbeiter Zeitung*, vió el compañero Spies una de las circulares. Yo le había invitado antes a hablar. Me mostró la circular y dijo: "Fischer, si estas circulares se reparten no hablo." Comprendí que era mejor borrar esa frase y Spies habló. Esto es todo lo que tuve que ver con el mitin. Llegué un cuarto de hora después de las ocho al Haymarket y permanecí allí hasta que Parsons interrumpió el discurso de Fielden. Parsons vino al coche y dijo que amenazaba lluvia y que sería mejor que el mitin se trasladase al local de Zepf. En ese momento llegó un amigo mío, que declaró aquí entre los testigos, y nos fuímos al local de Zepf, nos sentamos a una mesa y bebimos un vaso de cerveza. Al sentarme llegó mi compañero Parsons con otras personas y cinco minutos después tuvo lugar la explosión. No tuve idea alguna de que hubiera ocurrido algo parecido, pues, como los testigos mismos de cargo declararon, no hubo entre nosotros convenio alguno para llevar a cabo esa noche alguna violencia. Era única y simplemente un mitin de protesta.

Ahora bien, como he dicho antes, el veredicto dictado en esta sala por un tribunal de jurados, no fué por asesinato, sino contra el anarquismo. Sé que estoy condenado a muerte porque soy anarquista y no porque soy un asesino. No he cometido nunca un asesinato, no he cometido en mi vida un delito, pero conozco un cierto individuo que está en camino de ser un asesino — un asesino alevoso, y ese individuo es Grinnell, — el fiscal Grinnell,— pues hizo comparecer como testigos a gentes de quienes sabía que jurarían en falso, y acuso públicamente a Grinnell de asesino, de asesino alevoso si soy ajusticiado. Sin embargo, si la clase dominante cree que extirpa por la ejecución a los anarquistas y al anarquismo, se encuentra en un gran error, pues para los anarquistas sus principios son más queridos que su vida. Un anarquista está siempre dispuesto a morir por sus principios. Pero en este caso estoy acusado falsamente. Soy condenado por ser anarquista. Esto es todo lo que tengo que decir.

Discurso de Lingg

¡Tribunal! Con la misma ironía que se opuso en mi aspiración a crearme una existencia humana digna en este "país libre", se me permite ahora, después de haber sido condenado a muerte, la libertad de hablar aún. Si hago uso de esa libertad, lo hago para poner en la picota la injusticia, las mentiras y villanías que se amontonaron sobre mí. Se me ha acusado de asinato y condenado. ¿Qué pruebas se han aportado contra mí? Se ha traído al individuo Seliger para declarar en contra mía.

A ese hombre le ayudé a fabricar bombas. Se ha demostrado además aquí, que las he llevado con ayuda de un tercero al número 58 de Clybourn Av. Pero ni siquiera con el testigo de cargo Seliger, se ha podido probar que una de esas bombas haya sido llevada a Haymarket. Han comparecido dos químicos como peritos, pero no pudieron constatar más que el metal de que se componía la bomba de Haymarket tenía alguna semejanza con el de mis bombas. El señor Ingham intentó aquí negar en vano que las bombas fueron diversas. Tuvo que confesar que hay una diferencia de pulgada y media, pero no dijo que la diferencia del espesor del casco es de un cuarto de pulgada.

Esas son las pruebas por las que soy condenado a muerte. Pero no soy condenado por asesinato, el juez lo ha constatado hoy por la mañana en su resumen, Grinnell ha declarado infinidad de veces que no somos procesados a causa de asesinato, sino a causa del anarquismo y soy condenado porque soy anarquista.

¿Qué es anarquismo? Los que hablaron antes que yo se han expresado al respecto bastante claramente y es innecesario para mí volver sobre ello. Mis compañeros han mostrado bastante claramente lo que queremos.

El fiscal no ha dicho eso, sino que ha criticado y maldecido nuestra táctica.

Grinnell nos ha indicado las elecciones en el movimiento obrero, Ingham considera justo incluso un movimiento por las seis horas.

Pero en toda extensión de alguna elección o movimiento sindical se ha empleado la violencia brutal, el knut de la policía.

Se me ha reprochado el menosprecio de la ley, del orden. ¿Cuál es ese orden? Es representado por la policía que tiene ladrones en sus filas. Aquí está el capitán Schaack. El mismo me ha confesado que en su oficina han sido robados mi sombrero y mis libros, robados por policías.

¡Esos son los protectores de la propiedad!

Los detectives que me han arrestado, han penetrado como criminales en mi habitación: con falsos disfraces — como el carpintero Lorenz de la calle Burlington, — se me presentó uno de ellos. Esos eran perjurios. No se ha hecho comparecer a la señora Klein, que estaba presente, ella habría podido testimoniar que los detectives han penetrado en mi habitación con falsas patrañas, que sus declaraciones son perjuicios. Sin embargo, continuemos.

El capitán Schaack es un capitán de la policía. Ha jurado en falso, ha jurado que le había confesado que estuve en el mitin el lunes, y yo le expliqué claramente que estuve en un mitin de carpinteros en Zepfs Halle.

Ha jurado que le he dicho que aprendí la fabricación de bombas en el libro de Most. Es un nuevo perjurio.

Subamos un estadio más en los representantes de ese orden. Grinnell y consortes, han hecho jurar en falso, a sabiendas digo. La prueba la han dado los señores defensores.

Yo mismo he visto cómo Grinnell hizo conocer aquí a Gilmer a las personas respectivas sobre las cuales tenía que declarar, ocho días antes de que compareciese como testigo.

Grinnell ha hecho jurar en falso, a sabiendas, por su policía y demás pillos. Es el asesino de siete hombres, entre los cuales me encuentro yo.

Grinnell tiene el triste valor de llamarme cobarde en esta sala del tribunal, donde no puedo hacer nada. ¡Un canalla que se ha liado a sujetos comprados, viles, para llevarme al cadalso! ¿Y por qué? Por egoísmo villano. Para recibir un puesto superior, por dinero. Y un tan canalla, que quiere asesinar siete hombres, por falso juramento de otros pillos, un tal canalla, me llama cobarde... Y se me atribuye el crimen de despreciar tales representantes del orden, tales bellacos.

Anarquía quiere decir sin gobierno; fué interpretada aquí como desorden. Un sistema sin semejante "orden", representado por canallas, ladrones, etc., es llamado aquí desorden. El juez mismo ha tenido que confesar que el fiscal no ha conseguido implicarme en el lanzamiento de la bomba. Pero se sabe hallar recursos: se me acusa de conspiración. Y ¿cómo se prueba esa conspiración? Se declara simplemente a la Asociación Internacional de los Trabajadores, una conspiración. Yo era miembro de ella — en consecuencia estoy implicado en la conspiración. Sí, nada sobrepasa a la habilidad del fiscal.

Apenas es necesario para mí volver a decir en qué relaciones he estado con mis compañeros de dolor, pues mi amigo Spies ha dicho ya cómo nos hemos conocido. Puedo decir francamente que no conozco a mis compañeros de dolor más que al capitán Schaack. La miseria general, el furor de la bestia capitalista nos ha asociado en nuestra agitación, no personalmente, sino en la misma acción.

Esa es la conspiración de que se me acusa.

Protesto contra la sentencia, contra la decisión del juez. No reconozco la ley que ha sido hecha hace centenares de años por alguien ¡No reconozco el fallo de hoy del juez! Mis defensores han demostrado perfectamente, con decisiones de tribunales de la misma categoría que este, que se nos debe conceder un nuevo proceso.

El fiscal ha demostrado con tres veces más fallos de tribunales, tal vez de mayor categoría aún, lo contrario, y estoy convencido que si en otro proceso ese fallo se dictara con ayuda de 15 volúmenes, se nos traerían cien volúmenes que demuestran lo contrario cuando se trata de condenar anarquistas.

Y ni siquiera de acuerdo a tales leyes, que un escolar tiene que despreciar, ni siquiera con tales medios se me ha podido hallar culpable legalmente, se necesitó para ello el falso juramento.

Repito que soy un enemigo del "órden" actual y repito que combatiré ese orden con todas las fuerzas hasta el último momento.

Les aseguro que muero alegremente en el cadalso, porque estoy convencido que los centenares y millares a quienes he hablado, se recordarán de mis palabras.

En esa esperanza les digo: ¡Os desprecio, desprecio vuestras leyes, vuestro "orden", vuestra sociedad!

¡Ahorcadme por eso! ¡ahorcadme!

LEONARD D. ABBOT

El anarquismo de Walt Whitman

En vista del movimiento que propicia la erección de una estatua a Walt Whitman, en Nueva York, es interesante recordar que entre todas las supremas figuras de la literatura estadounidense el autor de *Briznas de hierba* resulta ser el único más o menos estrechamente ligado con el anarquismo. Verdad que se puede también hallar algunas huellas de sentimientos anarquistas en los libros de Emerson y de Thoreau; pero ninguno de estos dos escritores es conocido por sus significativas inclinaciones hacia la anarquía, mientras que Whitman, al contrario, leía diariamente *Liberty*, de Benjamín Tucker, y contaba numerosos anarquistas entre sus más íntimos amigos.

Uno de ellos fué William Douglas O'Connor, autor del folleto "The Good Gray Poet". Su anarquismo, si no ha sido muy acentuado se revela con claridad meridiana en los tres volúmenes "With Walt Whitman in Candem". Libros que fueron escritos con amorosa devoción por Horacio Traubel. No existe episodio más dramático en la existencia del genial poeta, que en los que figuró O'Connor. El vate cívico estaba empleado, en 1865, en una oficina del Estado, en Wáshington. Un día, después de las horas de trabajo, un superior suyo, secretario del ministerio del interior, James Harlan, descubrió en el escritorio de Witman una copia destinada a la imprenta de "Leaves of Grass" (Briznas de hierba), para emprender una nueva edición. La desnudez de la expresión y la ruda franqueza de "Children of Adan" (*Hijos de Adán*), fué un poco demasiado para la burocrática alma prudente y pudorosa de Mr. Harlan. A la mañana siguiente despidió a su subordinado por *perder su tiempo escribiendo libros inmorales.* Entonces O'Connor tomó la defensa de su amigo poeta con una convicción y elocuencia tan ardiente que aún podría conmover al lector si pudiera leerla. Parece que éste empezó siendo abolicionista, pero pronto amplió el panorama de sus ideas y sentimientos, hasta adoptar espontáneamente la prédica anarquista de Benjamín Tucker. Se puede decir que el resumen total de su vida fué el de un llameante libertarismo. Otro de los amigos anarquistas de Whitman fué un escultor, Sidney H. Morse, quien modeló el busto del poeta, y además dirigía una editorial con Tucker, que editaba una revista quincenal, "The radical Review", publicada en New Berford, Mass. Desde que apareciera esta publicación, en 1877, se insertó una muy cordial y justa crítica sobre los poemas whitmanianos, firmada por Joseph B. Marvin.

Cuando Ezra Heywood, de Princeton, fuera procesado en el mismo año por haber sido el autor de "Cupide Yokes" (Juegos de Cupido), y condenado a sufrir pena de prisión, Whitman defendió los derechos del escritor para expresar libremente sus opiniones, y objetaba al mismo tiempo las ligeras censuras formuladas por su íntimo O'Connor referentes a este libro y al autor. Y también "The Radical Review" publicaba un artículo firmado por Sidney Morse, simpatizando con el prisionero.

Cinco años después, Tucker hubo de indignarse tanto cuando Oliver Stephens, juez de distrito, intentara suprimir la *Edición Osgood* de los poemas de "Leaves of grass", que quiso editarlo por su propia cuenta, cargando con todas las responsabilidades, e ir a la carcel si era necesario, solamente por defender los principios de la libertad de imprenta. Por su parte, Whitman se decidió a comprar la composición en tipos de su libro, haciéndolo imprimir en Filadelfia, pero nunca olvidó el valiente y el hermoso gesto de fraternal afección hacia él, de Tucker, y su actitud en esos momentos críticos.

En el año 1887, cuando en Chicago fueron ejecutados los anarquistas, sucedió que era el mismo año que Sidney hospedábase en el campamento en Nickle Street, Candem, y se hallaba modelando el busto del anciano bardo. Ambos discutían fuertemente acerca del falso aparato de ese proceso y sobre sus desastrosas consecuencias para la opinión sana de Norte América. Morse ardía todo entero de ira y odio contra la inicua farsa. Por su parte Whitman, no participando del mismo ardor de su camarada, exclamaba: "Quisiera que no se cometiera semejante crimen y que los anarquistas de Chicago fuesen absueltos."

Nuestra información acerca de los últimos años del genial poeta se reduce en su mayoría a los escritos del citado Horace Traubel, y no necesitamos recordar que éste, en los últimos tiempos, abrazó el comunismo, escribiendo para publicaciones socialistas, y fué amigo íntimo de Eugenio V. Debs. Socialistas, anarquistas, partidarios del impuesto único, libre pensadores, todos iban a visitar a Whitman. Siempre se rehusó a embanderarse exclusivamente en una sola doctrina o tendencia social, pero su espíritu templado en el libre examen, vivifica de un soplo libertario sus más viriles cantos. Respecto a la censura, le decía a Traubel:

"—Necesito la más amplia libertad para mí y para los otros, — hasta lo más *licencioso* me parece justificable — antes que toda censura; el espíritu de censura es siempre ignorante y malo; que el censor sea un hombre de grandes virtudes o un hipócrita, no hace diferencia alguna: el mal siempre es mal".

En otra ocasión, al discutir sobre las expurgaciones que perpetraban ciertos

censores ignaros, se puso a gritar exasperado:

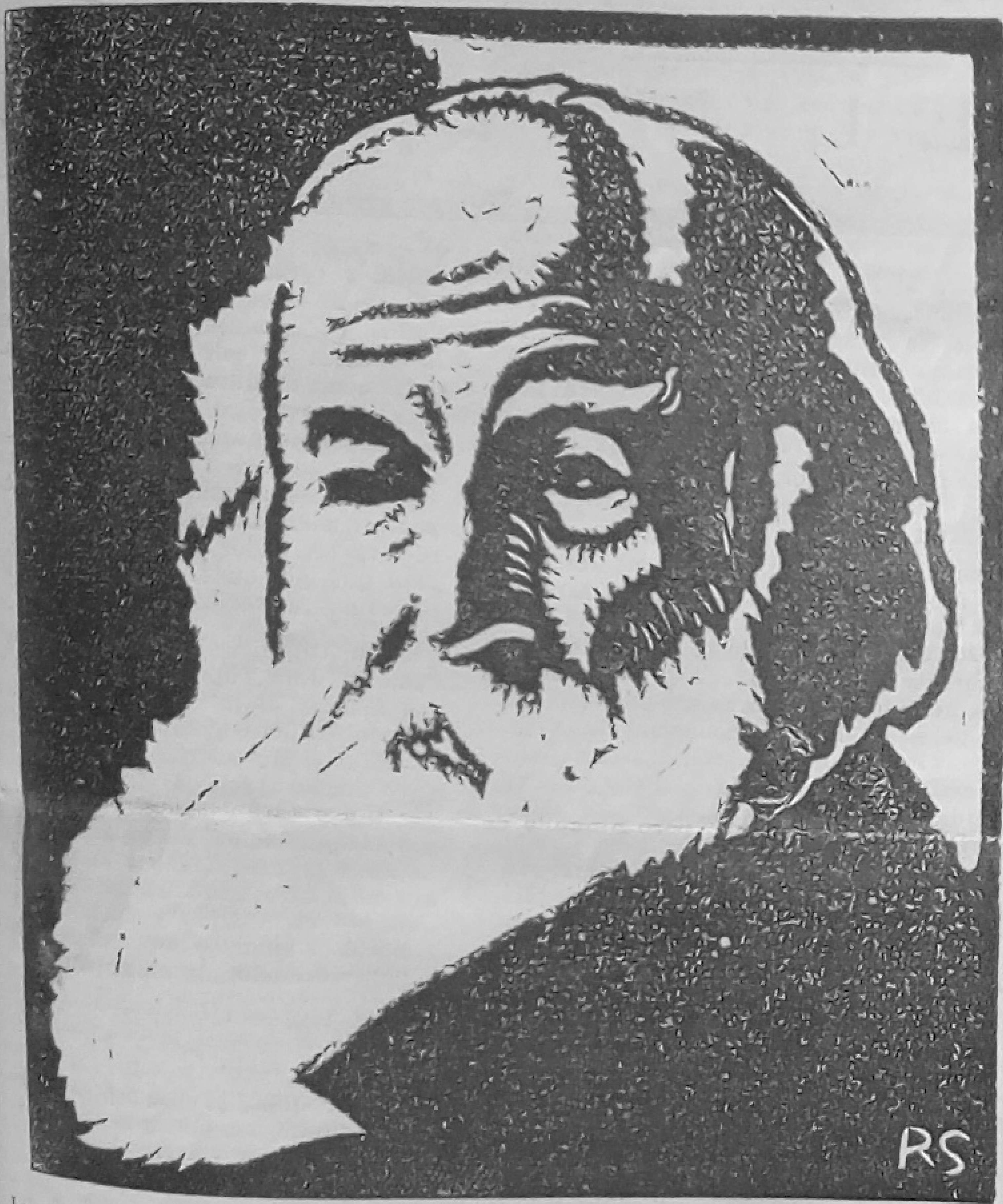
"—¡Al diablo los libros expurgados! ¡Sí, al diablo con todos ellos! No existe libro más sucio y malicioso que el libro expurgado.

No se casó. Decía que *la irrefrenable pasión por la libertad* y lo espontáneo había influído poderosamente para conservarlo soltero. Al fin de su existencia, al escribirle al profesor inglés John Addington Symonds, le hacía esta confesión:

"Mi vida, tanto en mi juventud como en mi florida madurez, se sumió casi siempre en la alegría de los goces viriles, sin dar pié a crítica alguna. Sin haberme casado, he sido padre de seis hijos, —dos han muerto — y uno de ellos es un nieto que vive en el sur, con quien me comunicaba ocasionalmente, — circunstancias en conexión con los intereses de fortuna nos distanciaron insensiblemente y nuestras íntimas relaciones quedaron suspendidas."

una populosa ciudad" — no fué inspirado por una mujer, como generalmente se cree, sino por un hombre. Es esa una versión aceptada por muchos, a pesar de todo. También existe una fotografía de Whitman con Pet Doyle (reproducida en el tercer volumen de *Whit Walt Whitman in Candem*), que alguien la presentó paralela a otra parecida donde se ven retratados juntos Oscar Wilde y Lord Alfred Douglas. Los *homo-sexuales* del mundo entero parece que le adoptaron como uno de sus líderes naturales. Por su parte, Edward Carpenter, autor de un opúsculo que publica a los ochenta años — *Some Friend's of Walt Whitman* — "Algunos amigos de Walt Whitman" — trata de descubrir con nobles intenciones la verdad fiel y escueta de las achacadas anomalías del poeta (*Walt Whitman's anomaly*) (1).

—



Los hijos de Walt Whitman han resultado ser tan legendarios como los de Jean Jacques Rousseau, y si citamos esta carta es por la analogía que guarda con el poema *Children of Adam*, — lo que viene a demostrar de cómo su actitud frente al problema del casamiento fué tan anárquica — en el sentido más noble de la palabra — como fuera posible para un hombre.

—

Walt Whitman supo amar al hombre con tanta intensidad, que él mismo nos cuenta, en algunos de sus cantos, que a veces su razón era obscurecida por la emoción. Los [illegible] no solamente en instantes y en for[illegible]tadas de optimismo, sino también en momentos de turbia tristeza, y los episodios de cómo se hizo enfermero paciente y cariñoso de la juventud herida en la histórica guerra civil de secesión, son uno de los hechos más memorables en la historia cívica de este país. Cuando Symonds le escribió, no mucho antes de su muerte, preguntándole qué podía significar "ese amor de los camarades", si era de la clase de amores que los antiguos griegos permitían sostener entre hombres maduros, jóvenes y adolescentes, el autor de "Calamus" le replicó que semejante interpretación entrañaba una patente maldad, y no era tampoco lícito desprender de sus escritos una morbidez tal de sentimientos sobre esos asuntos.

Mas a despecho de su negativa, parece que los hechos hablan por sí. El profesor Emory Hollaway, que puede ser una autoridad en la materia, afirma que uno de los más punzantes poemas de *Briznas de Hierba* — "Una vez crucé a través de

La substancia anárquica se halla implícita en su temperamento; es el substrato íntimo de su poesía en la variación y la libertad de ritmos. *Briznas de Hierba* ha sido considerado unánimemente como el libro más poderosamente original aparecido en los tiempos contemporáneos. No es solamente diferente, opuesto a lo que el mundo se hallaba acostumbrado a admirar, y sí fundamentalmente lo contrario a todo lo publicado a su alrededor. Ilumina una ancha ruta con infinitas y nuevas probabilidades.

El anarquista se revela en casi todas las páginas que escribió. No es necesario hacer hincapié en que su anarquismo está empapado de amor, no es destructivo y conserva una fe inquebrantable en el mito de la inmortalidad. El se identifica con los adalides de la rebelión, con aquellos *que harán sonar el gong de la revuelta*. Uno de los primeros poemas de *Briznas de Hierba* posee por llave mayor este motivo: "Resístete mucho y obedece muy poco". En el magnífico canto "Song of the open Rodd", grita: *Mi llamado es una llamada de batalla; es en mí que nutro una incesante rebelión*. Y también comprendió muy bien la deserción de los falsos revolucionarios.

Ningún patriotismo pudo satisfacerle: "Mi espíritu se halla transfigurado de compasión y de voluntad para las criaturas del mundo entero".

Ciertamente, pudo prestar indirectamente su apoyo a la causa de la Guerra de Secesión, pero al final de ella logró comprender que "en total, el maldito negocio de la guerra es en sus 999 partes diarrea, (interprétese por cobardías, acciones turbias) y una ínfima parte gloria."

Su visión de América, la América soñada poemáticamente, debía ser limpia de toda esclavitud, limpia de la división irritante de castas, y, ¡quién lo duda!, limpia de la gangrena de las leyes.

En el "Song of the Broad Axe", nos ofrendó una imágen grandiosa de la ciudad ideal. Es un poema que nunca perecerá.

—

He aquí la traducción del poema que transcribe el autor del artículo. Es un pálido trasunto, más bien moral que rítmico, lo que nos fué posible alcanzar con la pobreza lancinante de nuestra prosa. Es verdaderamente el tapiz al revés, de que habla Hurtado de Mendoza. Da una idea de la importancia del dibujo, y no de la infinita matización del color.

Que el lector juzgue:

"Donde la ciudad se levanta, con la casta de los valientes, pléyades de oradores y bardos. — Donde la ciudad se levanta, ardientemente amada por esos bravos, y ella les devuelve ese amor fortaleciéndolos con su comprensión. — Donde no existe monumento alguno, porque el heroísmo vive en los hechos y en las palabras. — Donde la frugalidad se halla en su sitio y la prudencia en su propio lugar. — Donde la mujer y el hombre piensan ligeramente de la ley escrita. — Donde cesa el esclavo y el propietario del esclavo también cesa. — Donde el populacho se encrespa iracundo contra la inacabable audacia de las personas elegidas. — Donde la autoridad exterior siempre entra después que la autoridad interior. — Donde el ciudadano es siempre sagrado y el supremo ideal, y los presidentes y gobernadores, si los hay, son sirvientes pagos. — Donde los niños son enseñados a aprender la propia ley, bastándose a sí mismos. — Donde la armoniosa ecuanimidad ilumina los negocios. — Donde las especulaciones del espíritu son alentadas. — Donde las mujeres caminan como en pública procesión por las calles, lo mismo que los hombres. — Donde ellas entran en las públicas asambleas y toman asiento lo mismo que los hombres. — Donde se levanta la ciudad en que la limpia belleza de los amores sexuales flamea. — Donde se levanta la ciudad de los padres sanos. — Donde se levanta la ciudad de las buenas madres de vientre fecundo. — Esa es la gran ciudad."

—

(1) *Aunque lectores asiduos de la literatura inglesa y norteamericana, no nos hallamos suficientemente informados sobre la bibliografía biográfica del bardo americano. De ahí que desconociéramos en absoluto, y con nosotros muchos lectores de aquí, lo que Leonard Abbot indica como parte homo-sexual en la vendimia de la poesía cívica whitmaniana.*

Un poema que insertamos de las traducciones de Armando Vasseur, nos ofrece este sentimiento de camaradería amorosa y está tan virilmente expresado y es de una desnudez tan inmaculada, que compararlo con Oscar Wilde nos pareció completamente fuera de lugar.

En uno pudo ser vicio, desviación, cualquier cosa, puesto que era algo escondido, privado y nunca lo dejó asomar a la superficie de su literatura; el otro, el vate épico, lo hace el centro de todos sus cantos, lo flamea como cien banderas agitadas por vendabales, vientos y brisas, y este amor al hombre, el amor a su semejante, más simpático, más valiente y más bello, lo abriga bien adentro de su corazón.

Lo que se esconde puede apodarse vicio; lo abierto, lo que se hace a la vista de todo el mundo, se desprende de la categoría de los vicios. Un griego de la antigüedad, que tomó una mujer en medio de la calle, la echó al suelo, y cuando fué sorprendido por el escándalo y el revuelo, exclamó: "estoy plantando un hombre", pudo pertenecer a la calaña de los cínicos, de los sin pudor, pero nadie podrá tildarlo de vicioso. En efecto, era un secuaz de Diógenes.

Es para demostrar que si Oscar Wilde pudo serlo, Walt Whitman nunca lo fué.

ALVARO YUNQUE

Un cuento para el 1.° de Mayo

Los empleados de la casa Juan Berraondo y Compañía, importadores, reuniéronse el 30 de abril. Eran diez. Deliberaron largamente. Al fin decidieron que dos de ellos, Cándido Gómez y Tomás Paredes, se presentaran al amo, a exponer el petitorio de los demás. Se trataba de algo verdaderamente espantable dentro de las costumbres del comercio: Al día siguiente era 1o. de Mayo, el día de los trabajadores, y ellos pretendían no trabajar. Los más timoratos, los viejos, el tenedor de libros, por ejemplo, en cuya cabeza los cotidianos lugares comunes de treinta años de noria, amontonaban "la nieve de los años", como decía él mismo, incapaz de decir nada nuevo acerca de las canas; se había extremecido de pavor ante la perspectiva de solicitar del amo ese día, ¡el día rojo!... Mas la idea había partido de Cándido Gómez y de Tomás Paredes; justo era que ellos fueran ante el amo, a peticionar... Fueron. Don Juan Berraondo, un hombre cetrino, flaco, de ojos saltones, como si se hubiesen salido de las órbitas a fuerza de irse tras de todos los papeles que ante ellos pasaron, por ver si en ellos estaba escrita la palabra "pesos", don Juan Berraondo los recibió de pié, con los lentes en la mano, contraída la boca.. Antes de entrar al escritorio, los empleados en comisión, habían echado a la suerte cuál de los dos hablaría al patrono. Tocóle a Cándido Gómez. Era éste el más nuevo y el más joven de todos, un mozo pálido, de ojos húmedos y sin movilidad, como los de un ternero. Hablaba con voz opaca, dulcemente; pero a pesar de su aspecto nada revolucionario, por el color de sus ideas, competía con Tomás Paredes, el que al hablar ponía los pelos de punta al pobre tenedor de libros. Tomás Paredes era un joven rubio, de ojos inyectados que le daban un aspecto iracundo. Hablaba a gritos y con una facundia de recipiente que se está vaciando. Esta era la sensación que daba al oírlo: que sacara de sí, atropelladamente, en chorro continuo, todas las palabras de los muchos libros que hacía diez años viniera arrojando en su cerebro. Quien lo oía por primera vez, quedaba encandilado; mas otras veces que se le oyera, no producía el mismo efecto. Sonaba a cosa oída ya. Tomás Paredes se repetía. Con habilidad de prestidigitador, levantaba él, seguramente, las palabras que antes arrojara a los cuatro vientos en continuo chorro y las volvía a meter en su cerebro, para arrojarlas otra vez en cuanto la oportunidad se le presentare. Y las arrojaba, a modo de chaparrón, sobre los lomos de algún empleado viejo y con más hijos que ideas: El tenedor de libros era su víctima cotidiana. Al comisionarlos ante el patrono, tácitamente quedó convenido que el elocuente Tomás Paredes se haría voz del deseo de todos; mas casi al llegar a la oficina de don Juan Berraondo, propuso aquel echar la suerte, aceptó Cándido Gómez; y a él le tocó hablar. Por eso el patrono, lo escuchaba ahora de pié, con los lentes en la mano y contraída la boca. Parecía que, trago a trago, — palabra a palabra — le estuviera haciendo sorber alguna cosa muy agria. Tal era su mueca.

—... Y los compañeros han creído — terminó el empleado-orador — han creído que era justo, ya que el 1.o de Mayo es el día de los trabajadores, han creído que era justo no trabajar ese día...

Con el gesto y el ademán furibundos, don Juan Berraondo lo hizo callar. Los ojos se le revolvían en las órbitas, las manos le temblaban. La cólera y el asombro, inusitada combinación química, hacíanle hervir la poca sangre de su flaco cuerpo. Enrojeció, tornóse lívido otra vez; y tartajeó al fin:

—¡A la calle, a la calle! ¡Prefiero que se vayan a la calle todos antes que dar ese día! ¿Ustedes son revolucionarios o empleados de comercio? ¿Ustedes son anarquistas?

Cándido Gómez intentó explicarle:

—No es que seamos anarquistas ni revolucionarios. Somos trabajadores, simplemente. Hemos creído que siendo trabajadores, era justo que gurdásemos nuestro día, como los patrones guardan el 25 de mayo o los cristianos el 25 de diciembre...

—¡Era justo!, gritó el patrono... Y calló, atorado, la palabra "justo" se le quedaba en el gaznate atravesada. Era un hueso demasiado grande. ¿Justo? ¿Pero hasta entonces, en los treinta y cinco años que llevaba al frente de su casa importadora, qué había sido lo justo?



¿No había sido su voluntad lo único que lo dictaminara? ¿Y ahora?... ¡Oh! ...

—¿Justo? — gritó — ¿Justo?... Oiga bien esto, dígaselo a sus compinches: El que mañana, 1.o de Mayo, me falte a la casa, será suspendido quince días. ¡Quince días por holgazanear, y sin sueldo, tendrá el que falte mañana! ¿Oye? ¡Bueno! Ahora vaya a decir esto a sus compañeros. ¡Faltar al trabajo el 1o. de Mayo, significa rebelión, rebelión, rebelión!...

Sin inmutarse, Cándido Gómez, repuso:

—¿Por qué darle tanta trascendencia? Significa sólo hermanarse con los demás trabajadores. Y usted, que es cristiano, ¿por qué ha de ver mal que los hombres se hermanen?

Don Juan Berraondo, de súbito, sintió miedo. Sintió que aquel mozo de hablar lento y opaco, venía terriblemente armado de razones, sintió que la hoja punzante de su lógica le había entrado en la carne del corazón; y acorazóse de violencia. Comprendió en seguida que ésta se hallaba hecha del mismo material que su caja de hierro. Se parapetó en ella. Golpeando con los puños en el escritorio, gritó:

—¡Significa rebelión, rebelión, rebelión! ¡Y nada más! ¡No acostumbro a discutir con mis empleados! Lleve mi respuesta a sus compañeros. Les dió las espaldas. Lentamente, Cándido Gómez y Tomás Paredes, salieron.

No necesitaron decir nada a los demás. Ya éstos habían oído la voz temible del amo que gritaba.

Tomás Paredes, tomó su sombrero y, con ademan mosqueteril, saludó a sus compañeros que se hallaban meditativos:

—¡Muchachos, hasta pasado mañana! ¡Que mañana trabajen los carneros, yo no trabajo!... Salió. Los demás se anudaron más aún.

—¿Qué hacemos? — preguntó uno.

El tenedor de libros, levantando los brazos al techo, respondió:

—¡Y lo pregunta todavía!...

—¡Quince días!, dijo otro, medio mes de sueldo. Yo gano doscientos pesos. Tengo cuatro hijos. ¿Dígame usted, Cándido Gómez, respóndame usted, Cándido Gómez, cómo haré, si falto, para arreglármelas con cien pesos? De casa nada más gasto noventa...

—No falte, respondió el otro, venga a trabajar.

—¿Pero qué dirá de mí Paredes?...

—Paredes no tiene cuatro hijos.

—¡Ya lo creo, ya lo creo!—volvió a gritar con los brazos arriba el tenedor de libros. Yo tengo una nieta delicada, está tomando un tónico que me cuesta cinco pesos la botella; ¡y cada dos días una botella, cada dos días! Si falto, mi nieta se quedará sin tónico...

—No falte, volvió a decir Cándido Gómez, venga a trabajar.

—¡Sí, vendré, vendré, sí!... ¡Qué me importan todos los Tomás Paredes del mundo! ¡Mi nieta primero, mi pobrecita nieta primero!...

—A Tomás Paredes, habló otro, le es muy fácil faltar. ¡El es soltero!!

—¡Es verdad!, asintió otro aún, él y Cándido Gómez son los únicos solteros. Los demás tenemos hijos, obligaciones...

—Yo tampoco faltaré mañana. Yo vendré mañana, aseguró Cándido Gómez.

Esto los decidió definitivamente: Resolvieron trabajar el 1o. de Mayo, no hermanarse con los demás trabajadores. Ya afuera, casi al doblar la esquina, Cándido Gómez oyó que lo chistaban. Se volvió. Era el tenedor de libros. Se llegó a él, le apretó la diestra con las dos manos, fuerte, efusivamente, conmovidamente:

—¡Gracias, gracias, muchas gracias!, le dijo.

Y se volvió para seguir su camino.

—¿Por qué?; preguntó el mozo.

—Yo sé por qué. Ya me entiende usted. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

* * *

Cándido Gómez fué hasta la casa de Tomás Paredes. No le habló, pero dejóle un papel comunicándole lo resuelto: no faltar.

Tomás Paredes faltó, sin embargo. Fué suspendido los quince días. Al cabo de ellos volvió, arrogante y despreciativo. Habló a los demás, altanero como si sus pies pisaran una peana de martirio. Sentíase estatua. Los quince días de suspensión, lo elevaban quince metros sobre la cabezas gachas de sus humillados compañeros. Habló tres días consecutivos, ante el silencio de los demás:

—El gesto me ha costado ciento veinte pesos. ¡No importa! ¡Mi dignidad no se llama ciento veinte pesos!

Los demás callaban, mustios. Cándido Gómez, varias veces intentó hablarle. El otro exasperado, le gritaba:

—¡Aquí hay un revolucionario y nueve carneros!

Una tarde se discutió, al fin:

El tenedor de libros —Es fácil hablar y gritar cuando como usted se es soltero y no se tienen obligaciones. Aquí unos tienen hijos, yo tengo una nieta enferma. Medio mes de sueldo me hubiese partido...

Tomás Paredes —¡Bien! Ya que ustedes son esclavos de su situación material, pase. ¿Pero por qué trabajó Cándido Gómez?...

Todos callaron. En realidad ellos habían sido los primeros en asombrarse de su decisión de trabajar aquel día. Tomás Paredes, no cesaba de rugir:

—¿Por qué trabajó Cándido Gómez? ¿Por qué trabajó ese revolucionario?

Cándido Gómez. —Trabajé precisamente por eso, porque soy revolucionario.

El otro rió estrepitosamente, pero la cólera le resquebrajaba la risa. Creyó que el otro se quería defender con una paradoja; y él, ducho en ellas, él que sabía cuánto desconciertan a los ingenuos, encolerizábase que se le tomara por tal y se le quisiese combatir con paradojas.

Tomás Paredes. —¡Jo jo jo! ¿Revolucionario? ¡Jo jo jo!... ¿Paradojas a mí? ¡Jo jo jo!...

Cándido Gómez. —No es paradoja. Yo no quería hablar; pero su actitud demasiado heroica, me obliga a hablar. Escúcheme. Yo gano igual que usted: 240 pesos. No tengo, igual que usted, mayores obligaciones. Medio mes de salario de menos no me habría colocado la soga al cuello, igual que a usted. Sin embargo, decidí trabajar. Usted se ha dado el lujo, óigame bien, ¡el lujo!, de no trabajar. ¿Y por darse un lujo se siente héroe? Su heroicidad le ha costado bien barata: 120 pesos. Y 120 pesos que usted malgasta en diversiones o en el café todos los meses. Yo, en cambio, aunque me hubiera podido dar ese lujo, no me creí autorizado para dármelo. ¿Sabe usted por qué? Pues, porque nuestros compañeros, que tienen hijos, no se podían dar ese lujo. Ellos no estaban en condición de comprar su heroicidad por la mitad de su sueldo, porque éste les es imprescindible, porque de él comen sus hijos. Usted se ha dado ese lujo sacrificando lo superfluo; pero a la vez también se ha dado usted el lujo de humillar a sus compañeros. Y repare usted qué cruel lujo, más cruel que el de exhibir riquezas y felicidad a que nos tienen acostumbrados los burgueses. Yo trabajé para no humillarlos.

Le digo estas cosas que no hubiera querido decir nunca, porque su vanidad me obliga. Yo trabajé humillándome para hermanarme con la desgracia común. Por eso le dije que yo trabajé el 1o. de Mayo, porque era revolucionario, precisamente. Usted humilló a sus compañeros y yo me hermané con ellos. De nosotros dos, ¿cuál es el revolucionario?

ARMANDO ENEAS

EL MILAGRO

"Entra el hombre en la vida llorando. ¿Por qué?... ¿Porque sale de las tinieblas, de la nada, de lo ignoto? ¿Porque al primer contacto con ella comprende que lo hará sufrir mucho?... ¿Son gemidos de dolor, los gemidos primeros, aunque no — ¡ay! — los últimos?... ¿O son de felicidad, por pasar de la nada, — ¿qué es la nada? — del *no ser* al ser?... ¡Misterio!...

Después de estos primeros gemidos — pero aseguran que los produce el aire al entrar en los pulmones: ¿será que el aire ya está emponzoñado de la maldad de los hombres y causa daño?... — Después de estos gemidos, el niño es un ser vivo. El alba de este ser es la Inconsciencia. Vive. Crece. ¿Por qué crece, cómo crece, para qué crece?... Es la vida... Pero ¿qué es la Vida? ¿Para qué es la Vida?... ¡Misterio!...

Llega la infancia. Ríe, canta, corre, llora. Teme el dolor físico. Teme morir. ¡No quiere volver a la nada!... Quiere vivir y no sabe aún qué representa eso. ¿Por qué? ¿Qué fuerza lo impulsa?... ¡Misterio!...

La adolescencia. Primeras amarguras; descubrimiento de injusticias. Amor, — ¿qué es esto, dónde está, de dónde viene? — desilusiones... Y todo ¿por qué y para qué?... ¡Misterio!...

Aquí el camino del hombre — ¿qué camino, en qué consiste "eso"?... Lo llamo así porque no sé cómo expresarme, es una palabra sin sentido que empleo para no perder el pensamiento — Aquí el camino del hombre se bifurca. Son infinitas sus ramificaciones. Unos comienzan a vivir alegremente... ¿Por qué?... Otros comienzan a ser desdichados... ¿Por qué?... Otros viven alegres y hacen desdichados... ¿Por qué?... Otros son desdichados y hacen desdichados. Unos son malos y otros son buenos — ¿qué es ser "malo", qué es ser "bueno"? — Unos obran y otros no. Unos mandan y otros obedecen. Unos son rebeldes, otros resignados. Todos aman la Vida. ¿Todos aman la Vida?... ¿Y por qué?... ¡Misterio!...

La edad madura. El hastío de la Vida; el disfrute — ¿disfrute? — de la Vida. La muerte voluntaria; el temor a la muerte. Los que temen la muerte ¿temen volver a la nada, aman su dolor, temen el postrer sufrimiento?... ¿Por qué se quiere vivir?... ¿Por qué se quiere morir?... ¿Por qué, por qué?... ¡Misterio!... ¡Misterio!... Misterio!"...

Juan Antonio, el hombre a quien torturaba la duda, apretábase la cabeza con las manos, al punto de hacer crujir su cráneo ardiente y caótico. Tenía cincuenta años. Había sufrido mucho. Desde que tuvo razón sufrió. Podía decirse que su razón y su vida nacieron al unísono, porque siempre dudó. Había dudado cincuenta años ¡y aun dudaba! Estudió mucho, aprendió otro tanto. Estudiando pasó sus años — estudiando y dudando — y no conoció el amor, y no conoció alegrías. Y seguía viviendo, sin embargo...

¿Por qué?... ¿Qué le retenía a la vida? ¿Sabíalo él, acaso? ¡Había estudiado tanto, y no lo sabía!...

—¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿Por qué?... — preguntábase, desesperado hasta el extremo de temer volverse loco.



Una voz hosca y fría, respondíale implacable, gozosa:

—¡Misterio!, ¡Misterio!, ¡Misterio!...

¡Qué tortura aquella!... Hondo sufrimiento es la duda, hondo y horrible. Sólo comparable a lo que se siente en el momento de ahogarse: después de haber nadado mucho tiempo se cansa el náufrago, sus músculos adoloridos van cediendo, ya no avanza el infeliz, sólo da vueltas en el agua, manoteando desesperado; y este es el instante horroroso; el hombre tiene la certidumbre de que va a morir, de que ya

nadie ni nada le salvará, no tiene esperanza alguna... ¿no tiene esperanza? Sí; el hombre, en un trance tal, la tiene. Es una débil llamita, casi imperceptible, ignorada por él; pero que le hace dar desesperados manotones, retardar el instante funesto. A veces se ahoga. Otras veces encuentra un objeto salvador. Y este objeto en la vida del hombre, este algo a que se aferra después de manotear en la duda, después de temer morir en ella; es la fé. Quien lo mantendrá dócilmente en la superficie, en un dulce balanceo, hasta dejarlo en playa segura.

Pero Juan Antonio no tenía fé, ignoraba lo que era, nunca la había tenido. Sólo dudaba...

—¡Para qué vivo? ¿Qué objeto tiene mi vida? ¡No sirvo de nada! En esta situación, mi vida se hace insoportable... Pero los demás hombres sufren como yo y, no obstante, se muestran satisfechos, alegres. ¿Cómo pueden ocultar tan bien sus penas?.. ¿O no padecen este suplicio que a mí me mata?... Ellos son felices y yo, yo ¿por qué no soy feliz?... — se retorcía frenético en el paroxismo de su duda.

Pero sólo el silencio le respondía. Alrededor suyo todo era silencio, dentro de sí también sentía el silencio, el vacío. Tuvo la impresión de que ya no tenía órganos, de que era una enorme vejiga que flotaba en el espacio, silencioso. El pánico se apoderó de él.

Se levantó, enajenado, con la vista extraviada. Abrió la puerta y salió corriendo.

—¡Mejor morir, abandonar la vida, que [illegible] tortura.. ¡Morir, morir en seguida!...

Corría como un loco; la poca gente que transitaba por las calles mirábalo sorprendida. Era de noche. Un vigilante lo [illegible], se apartó y dejó de correr, yendo a paso rápido: ¡Un coche, un tranvía, un automóvil, un río o un precipicio donde acabar con su maldita existencia!... Vió un automóvil, quiso tirarse debajo de él... pero no lo hizo...

Repasó su vida. Recordaba y andaba [illegible] siempre, sin rumbo determinado. [illegible] cuatro años cuando el dolor lo [illegible]. ¡Cómo lloró aquel día! Perdió a su madre... su padre era un borracho que le daba palizas terribles. Lo mandó a trabajar a los nueve años. Sufrió...

—Otro auto, ¿me arrojo?... No, después, más tarde, un instante más...

Seguía recordando; porque sentía gran necesidad de ello. ¿En qué pensaba?... [illegible]... Luego murió el padre y él quedó solo... Los hombres se encarnizaron con él... Vino el desaliento... un intento de suicidio... luego quiso estudiar para saber por qué vivía... Schopenhauer, Nietzsche, Goethe, mil otros sabios... ¡cincuenta años!... La duda y el desaliento... ¡Siempre duda y desaliento!...

En esto detúvose con sorpresa. Se encontraba a la orilla de un río. [illegible] estaba desierto. El momento era propicio para lanzarse al agua. Llenóse los bolsillos de guijarros... Sentíase feliz, se sentía en posesión del secreto de la felicidad. Ya no más dudas, no más sufrimientos. La calma, la calma absoluta. El reposo [illegible], sin fin... Se figuró la voluptuosidad de sentirse muerto. En aquel instante sonreía dichoso. Por primera vez, [illegible] sus recuerdos.

* * *

Se oyó un grito lastimero. Otro!.. Gemidos ahogados... ¿Qué ocurría?

Juan Antonio se volvió. Escrutó; vió a pocos pasos de él un bulto blanco, parecía una mujer. ¿Sería una alucinación provocada por su espíritu alterado? Pero no, aquello era realidad. Corrió hacia el bulto, horrorizándole lo que vió.

Una mujer trataba de estrangular, con sus propias manos, a un pobre ser de pocos meses.

—¡Eh!... ¿Qué haces?... ¿Qué haces, desdichada?... — le gritó, dándole un brutal [illegible], que desmayó a la desdichada.

Tomó apresuradamente a la criatura, la [illegible] en brazos. ¡Vivía aún! Le insufló aliento... Quedaba salvada.

Durante esta escena se olvidó completamente de su situación, sólo pensaba en salvar la vida a aquel naciente ser. Pero las piedras que llenaban sus bolsillos le volvieron a la realidad. Una sonrisa [illegible] contrajo sus labios. Se admiró de su acción. ¿Por qué había hecho aquello? [illegible] odiaba la vida, que consideraba [illegible] felicidad el morir, salvó una existencia. ¿Qué fuerza extraña lo dominó? Y no se arrepentía...

—¡La mujer está aún en el suelo!...

Pasaba de una idea a otra, sin transición alguna, febrilmente. Parecíale que estaba soñando, que era víctima de un sueño espantoso.

Levantó la mujer del suelo, la hizo volver en sí. El primer movimiento de ella fué tratar de huir, espantada ante el mirar de Juan. Pero éste se dulcificó, tuvo lástima de ella, y la dijo palabras tranquilizadoras.

Contó una historia dolorosa. Había sufrido grandemente, le habían engañado, no tenía padres, la gente la execraba a causa de aquella criatura; era la prueba de su "delito" y, desesperada, pensó en hacerla desaparecer. Lloraba.

En Juan Antonio se realizaba un proceso rápido y extraño. Se sorprendió de su idea de quitarse la vida, hasta parecióle que no era él quien la había tenido. Apreciaba ahora su existencia. Reflexionó en la acción que acababa de llevar a cabo y sintió que la misma fuerza poderosa y oculta que le hizo salvar al niño, empapaba toda su alma. Corría por todo su ser una alegría, un bienestar infinito. Ahora se espantaba ante el propósito que había abrigado hasta un momento antes. Ahora, que poco a poco se hacía la claridad de su espíritu, deseaba vivir; lamentaba sinceramente no haberse dado cuenta hasta ese instante. Pero estaba dispuesto a recomenzar su vida, ya que la comprendió al fin. Horrorizábase al pensar que estuvo a punto de morir sin conocer aquella sensación dichosa, que de pronto se le revelaba...

Lloró de dolor y de dicha, mientras escuchaba a la mujer; pero esta vez de dicha verdadera. ¡Se sintió tan bueno!... Se había iluminado su existencia, la duda de cincuenta años había sido vencida, solamente un segundo bastó. ¡Comprendió la Vida, comprendió el objeto de su existencia!... Y él había intentado destruírla, sin reparar en el tesoro inmenso que una vida encierra. ¡Oh, dicha!...

La criatura, que dejó en el suelo, lloraba. Juan se la alcanzó a la desconocida, sin decir palabra; ella lo comprendió. Tomó su hijo, lo estrechó contra su seno y le dió de mamar.

Un milagro se produjo en Juan Antonio. Encontró la fé. ¡Qué amor sintió por la vida, por la verdadera Vida! ¡Cómo amaba a los hombres!... Habló a la mujer cariñosamente, como hermano, pues sentíase hermano de todos. La habló largamente.

Balbuceaba:

—¡Gracias, Dios mío; gracias, Dios!... — en medio de un júbilo inefable llamaba Dios a su conciencia.

Y agregaba, dirigiéndose a la mujer:

—Vivirás en mi casa; tu vida te dá derecho a ello, y comerás de mi pan, que también te pertenece...

Lloraba dulcemente. Porque su conciencia, tanto tiempo apagada entre las tinieblas de su vida, había surgido como un enorme foco de luz.

JOSE M. ACHA

ETIOLOGIA DEL DELITO

LA JUSTICIA DISTRIBUTIVA

La idea de la justicia distributiva ha tenido, sin duda, un origen convencional. Fué la expresión de la necesidad de conservar intereses regulando las manifestaciones del derecho, según la condición material del hombre.

Pero no es cosa que deba preocuparnos en demasía; lo esencial es contemplar hasta qué grado el sistema responde a una necesidad social y hasta qué extremo la satisface. Se sutiliza tanto sobre la virtud del procedimiento, como sobre otras tantas prácticas sociales, que no llenando el objetivo que las determina, están pendientes del juicio de los hombres y sufren el examen de la crítica. Un ensayo de siglos no ha demostrado la eficacia del método. Resulta tanto más ineficiente, cuanto más se lo corrige.

Es que la mentalidad colectiva realiza progresos ascendentes, evoluciona en el orden de las concepciones y busca expresión para sus deducciones dentro del círculo estrecho de la ética corriente, debiendo chocar con una realidad inconmovible, refractaria a las innovaciones, que atenten contra los intereses creados. A no ser así, el derecho de castigar hubira sido abolido tiempo hace, una vez que su inutilidad es reconocida hasta por muchos de los encargados de aplicarlo.

Ya no se cree en el éxito de las terapéuticas actuales para curar males milenarios, después que se ha descubierto su origen. Conformes en reconocer sus fuentes verdaderas, sociólogos y revolucionarios, no lo están, sin embargo, en la necesidad de secar sus manantiales. Hay una razón de interés y otra de rutina que lo impiden. Se eluden los fundamentos del problema con un argumento muy supino, bastante difundido entre cierta clase de gentes. Si la medicina preventiva no extirpa en absoluto las enfermedades, si apenas las limita y, por otra parte, no evita la muerte de los organismos, es fantástico pensar en el saneamiento de las almas. No se repara en que existe una ciencia superior, precisamente porque no es de laboratorio, cuyos designios son irreplicables y se imponen por imperativos de equilibrio biológico.

El hombre no puede superar su propia función como célula del universo, pero puede transformarla como entidad moral y social. Puede elevar su vida a las cumbres más inconmensurables, sin pretender conservarla con carácter de infinita, porque eso sería provocar el desequilibrio del Cosmos. No ha de proponerse nada de lo que salga del orden de la actividad universal, porque sería anhelo intrascendente.

No obstante, ha corregido muchas leyes de la Naturaleza y le restan muchas más que rectificar, a tal grado ha ascendido su capacidad creadora. Pero no ha hecho sino aprovechar, por medio de su ingenio fecundo, aquellos elementos que ésta brinda generosamente a quienes sean dignos de usufructuarios. El sentido del progreso parece no ser extraño ni aún a las fuerzas que calificamos de inconscientes, pues son más pródigas en bienes para la humanidad, cuanto mayor es el esfuerzo que ésta verifica para descubrir su dinamismo y canalizarlo por corrientes destinadas a fertilizar los campos áridos y mustios en que vegeta. Parece que lejos de resentirse en su función el gran mecanismo universal, ante el afán del hombre por penetrar sus misterios, se vigorizara, identificándose en un todo tangible y sensible mediante la comprensión mutua entre el individuo y las cosas que lo rodean. Parece, en fin, fuera el ente humano el reflejo de la solidaridad infinita que traduce la actividad perenne de los elementos naturales y va descubriendo, con la develación de sus secretos, una trayectoria ascensional, siempre hacia planos de mayor elevación, hacia etapas de mayor belleza, hacia lo no previsto o apenas soñado por las imaginaciones inquietas.

No se ha establecido, ciertamente, un paralelismo entre esa evolución del pensamiento y el desarrollo de las formas sociales. Estas se han cristalizado en los moldes de la tradición. Se conmueven al impulso de fuerzas extrañas a su propia naturaleza, las sacuden los acontecimientos borrascosos, pero no se diluyen ni se renuevan. En ese aspecto, el progreso es una paradoja. De ahí esa evidente contradicción entre la teoría y la práctica de determinadas doctrinas.

En efecto, la noción del delito ha sufrido rectificaciones fundamentales. Para conciliar las conclusiones derivadas de su génesis, estudiada a la luz de la razón, se han modificado los sistemas penales sin resultados positivos. Ni frío ni caliente: la panacea para ese mal aun está sin descubrir. La benignidad de las leyes fué tan estéril en resultados como su rigurosidad. Los tuteladores de la sociedad han querido ponerse a tono con las deducciones de la ciencia, sin extirpar las raíces de ese cáncer devastador. Han pretendido limitar su extensión podando las ramas viciadas del árbol del mal, mientras se abona el suelo en que descansan sus raíces, para vigorizarlo.

Sin embargo, el problema ha dejado de ser una incógnita. Es uno de los muchos cuya solución no admite réplica. Hay que devolver a la personalidad humana derechos arrebatados por un sistema de despójo criminal, de todos los elementos de conservación y desarrollo inherentes al individuo como actividad funcional, y progresista. Es vana la pretensión de trazar un camino para todos, mientras permanezcan cerrados los de la libertad de vivir y de progresar para la mayoría. A través de esa ruta se va flotando sobre charcos de sangre. No hay manera de trasponerla sino a tan caro precio. En ello convienen aún muchos de los que no comparten nuestras concepciones sociales, pero no se preocupan por rectificarlas.

Tampoco nos mueve ningún empeño en decidirlos por esa conducta. Las líneas están bien tendidas entre el espíritu de la revolución y el de la conservación. Pero como intérpretes de una nueva concepción de la justicia, nos corresponde encarnarla en el mayor número de conciencias, vulgarizando ideas extrañas a la mentalidad colectiva.

Tiene demasiados cultores el espíritu de la venganza, que a eso se reduce la práctica de lo que, por una de las muchas aberraciones de la razón, se viene llamando justicia. Y el secreto del porvenir no depende de los que se insurgen sino de los que piensan.

Hay que ver cuáles son los que se agitan por la presión de fuerzas extrañas a sus propias decisiones, y cuántos lo hacen por impulso de su propia reflexión. No es difícil que del balance resulte menor el número de los convencidos al de los impulsivos. Abundan los que no tienen ninguna fe en la naturaleza del alma humana aun allí sobre el plano de la actividad revolucionaria. Bien lo dice el hecho corriente de que se malogren los más, en ese plano de acción, y se conserven en él los menos.

La razón está en la inercia mental. Han observado mucho mejor ciertos problemas a través de la complicada maraña de las pasiones, las tendencias y los errores del hombre actual, muchos refractarios a las ideas nuevas, que una buena parte de sus cultores. Lo dicen las trabas en que se enrieda el pensamiento anarquista para avanzar sobre los principios consagrados como hábitos de vida, a causa del criterio simplista de bastantes de sus propagandistas. Se dogmatiza sobre generalidades y rara vez se analizan cuestiones de fondo como para hacer comprender al mundo profano que no somos pregoneros de una fe irracional, de una creencia mística o de una tendencia empírica, sin elementos de convicción en que fundar nuestros proyectos constructivos, nuestras arquitecturas sociales. Hay objeciones vulgares que no se refutan con argumentos simplistas, aunque exceda en simplicidad el criterio corriente sobre la noción del bien y del mal, del delito y de la pena. Conviene observar que al prejuicio encarnado en la mentalidad popular en torno a esta cuestión, se añaden otros más en complicadísima red de preceptos morales absurdos y no puede atacarse uno sin herir a todo su conjunto, provocando, o el choque con las preocupaciones arcaicas, o despertando las inteligencias a la reflexión y por ende al examen de un problema social en su aspecto más nítido, más serio y fundamental.

Convengamos en que la vieja falsa noción de la naturaleza del hombre, es hoy más propicia a las masas sin educación intelectual que a las clases dirigentes, aquellas que por necesidad más que por ciencia social, sostienen el monstruoso armatoste de la presente civilización. El concepto teológico del castigo, reflejado en la expresión "ojo por ojo, diente por diente", ha sido excluído teóricamente de las concepciones éticas presentes, pero prevalecen los odios emergentes de una aberrativa organización de la vida y sus explosiones traducen a la práctica esa cruel y bárbara sentencia. Mientras la honradez consista en la sumisión a las formas estatuídas, mientras el derecho de crítica y su derivado indefectible, el de progresar, no sea reconocido al hombre, poco han de servir las más bellas deducciones extraídas de su naturaleza moral, ya que se la sigue obligando a deforma-

ciones criminales o salvajes para conservar la materia, en lucha desigual con el privilegio y la violencia que los ampara. Nadie cree a una hora dada que tiene por amigo al criminal de la primera ocasion, no es posible que una naturaleza inclinada al mal necesite de los excitantes de una ocasión para despertarlo.

Si comprobamos, pues, que la ocasión hace al ladrón y a la vasta gama de delincuentes, es preciso que la aplicación de la justicia empiece por ser justa, es decir, por imponerse al autor real y no al instrumento ejecutor de sus designios. Mas, ¿donde buscarlo cuando no hay responsabilidades particulares, y si existen, se comparten entre todos los hombres? ¿Ante qué tribunal, como no sea el de la razón, han de presentarse las quejas contra un delito colectivo, en el cual ni un solo miembro de la sociedad humana deja de tener su poca o mucha participación?

Falta aún distinguir con absoluta precisión la naturaleza del bien y del mal, pues ni todas las acciones reputadas malas lo son en igual grado para todos los hombres y sí útiles para unos y perniciosas para otros, ni todos los actos calificados de altruístas, humanos y generosos, son totalmente beneficiosos a la colectividad. Hay quienes, eliminando la vida de un ser por obra del azar, proporcionan alegría a una cantidad, determinan el bien de otros, lesionan los intereses de otros más y provocan el dolor de algunos corazones y la satisfacción en otros. Hoy por hoy, la solidaridad humana es una ficción, y la desgracia de unos suele representar la felicidad de otros, tal como la entiende este mundo metalizado y pervertido por la exacerbación de apetitos.

Y donde la solidaridad no existe, el concepto de la justicia debe ser una sangrienta irrisión. Lo que no es inmanente de las propias relaciones entre los hombres y se decide por la voluntad de unos cuantos, lleva en sí el sello de la arbitrariedad, una vez que no ha de imponerse sino menoscabando el derecho de alguien.

Pero para eso se dice que los derechos están perfectamente definidos en la sociedad y ampliamente garantizados por la justicia, no por la justicia resultante de la armonía de esos derechos, que es lo que eluden esbozar los legistas y predicadores de moral al uso, sino por la violencia organizada, expresión negativa de la justicia e irritante motivo de injusticias, de todas las injusticias presentes y pretéritas, que han ensombrecido la vida humana, escarneciendo la razón y ultrajando la dignidad de la especie, reducida a un sistema de relaciones bestiales, que avergonzarían a nuestros antecesores legendarios, al hombre prehistórico.

Hasta ahora a nadie se le ha ocurrido, excepto a los anarquistas, que el mundo podría ser regido de otro modo. Ninguna escuela social o científica aborda el problema en su verdadera entraña. Ninguna excluye el castigo y la recompensa de entre el consenso humano, bajo ningún sistema social, por una explicable desviación de criterio, elaborada en toda esa oscura noche de los siglos que nos han precedido, más que por el afán de conservar prácticas monstruosas, que en el fondo de las conciencias más o menos sensibles a la repercusión del dolor, opera sensaciones desagradables.

Prevalece, no obstante, una corriente, que no tenemos por qué calificar de mal intencionada, bastante demostrativa de la evolución del criterio público, no ya legal, por la cual se llega insensiblemente a la verdadera etiología del delito, cuando se pide mayor difusión de la cultura como un medio de desbrozar los espíritus de males pasiones, se aboga por la represión del vicio, por la protección de los infortunados, colocados en los umbrales de la delincuencia al impulso de circunstancias insuperables, que exigen al individuo matar o morir, desconocer derechos ajenos, legítimos o no, e imponer su propio derecho a conservarse, y se insiste en la necesidad de curar las almas más que en la de castigar los cuerpos. La teoría es humanitaria, pero su aspecto superficial, excluyente de los fenómenos determinantes de esa dolencia colectiva, la torna intrascendente. Empieza por diagnosticar sobre la enfermedad, sin remontarse a su origen, eludiendo el estudio de las causas que la producen.

"Todo crimen es una dolencia", según una definición muy antigua. Y todo remedio actual no obra siquiera ni como paliativo. No escasean los medios de elevar la noción del respeto entre los hombres, la del horror por el mal recíproco, la del sentimiento de solidaridad social, desde que el libro adquirió su portentoso desarrollo y llega a todas las manos, hasta constituir una verdadera necesidad de estos tiempos, que no rehuyen la mayoría de las personas, sin que el espectro trágico del crimen deje de atormentar el alma de la humanidad.

Es que el esfuerzo universal por conservar la vida y engrandecerla erró su ruta, y en vez de integrarla en una función armónica, la disgrega en tantas potencias aisladas como individuos existen, librando cada cual su batalla para no malograrse, según puede y contra quien puede.

La justicia que no interpreta las necesidades de todos, tiene que ser manifestación general y arbitraria de las necesidades de unos cuantos.

A eso se limita la que hoy se dispensa en forma distributiva, ahondando el abismo espantoso de las irritantes injusticias, sobre las cuales cifra su existencia el orden social imperante y deprimente de la dignidad humana.

JOSE DE CORES

La lentitud proselitista del anarquismo

ALGUNAS DE SUS CAUSAS

La lentitud con que penetran nuestras ideas entre las multitudes asalariadas, se presta al equívoco de creer que el ideal anarquista, por sus valores filosóficos y morales, no es susceptible de ser comprendido y asimilado por los trabajadores, en razon del poco desarrollo de su mentalidad. Pero si así fuera, ¿a qué se debe que los cultores del intelecto no se declaren anarquistas, máxime si, como es de suponer, adquieren nociones de todas las manifestaciones del pensamiento? Por ignorancia no puede ser. Porque exista otro ideal superior en valores de todo orden, tampoco. ¿Sera entonces, acaso, por "impedirselo" el peso de los intereses creados, o el de hereditarios prejuicios de orden moral? Indudablemente, inutil sería buscar otra causa. Pero en tanto que para nosotros el mismo razonamiento aplicado al intelectual es aplicable al obrero, hay muchos que se resisten a esto último atribuyendo unicamente a la ignorancia de los asalariados el que no se encaminen con mas presteza y denuedo a la senda abierta por el anarquismo.

Como podrian escandalizarse de nuestra afirmacion los que por suficiencia intelectual se consideran a muchos codos por encima de las masas, no estará demas que apelemos a algun ejemplo para mejor ilustracion del criterio expuesto.

Supongamos que queremos hacer conocer nuestras ideas a dos hombres, doctorado uno, y semianalfabeto, o analfabeto del todo el otro. Al primero lo elegimos, siempre hipoteticamente, entre el corto número de los que se dedican por entero a las actividades intelectuales, sin inmiscuirse para nada en la política. Al segundo lo vamos a traer también de entre otro corto número de obreros: de aquel que, bien que vote rutinariamente en su pueblo, no ha sido aún tocado ni influenciado por las luchas sociales y políticas modernas. No obstante, uno y otro representan apreciables fracciones de opinion como se verá por sus conclusiones. Conste que no queremos fantasear y sí exponer razones que puedan ser comprobadas en todo momento, por quien quiera que considerara caprichosos o arbitrarios nuestros argumentos.

Ya con nosotros, los tomamos por separado y les explicamos, idénticamente en forma y fondo, cómo el privilegio de autoridad genera la casi totalidad de los males sociales, y cómo, por qué medios éticos y revolucionarios, queremos destruirlo — y con el Estado, de que es origen — para que surja en su lugar la "anarquía", el no gobierno. Involucramos en esa explicación el rol de las religiones, el del militarismo, el de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; el de los sistemas carcelarios y capitalista; el de las escuelas gubernamentales y religiosas; el matrimonio y la familia, etc... A la vez que le damos esas explicaciones, procuraremos hacerles comprender que la concepcion "comunista" es, para nosotros, inseparable de la de no gobierno, anarquía, por reflejar esta nuestro pensamiento en el orden político y moral, y ser aquella, su inevitable complemento en el terreno económico.

Y ahora que uno y otro tienen ya una ligera nocion de los principales obstaculos que deben ser destruidos, y en que forma, para poder labrar la felicidad humana; ahora que saben que el comunismo anárquico es un regimen de convivencia social basado en el libre acuerdo y en el apoyo mutuo, en el que cada uno producirá según su voluntad y consumirá según sus necesidades, sin que la ley ni autoridad alguna pueden influir en contrario, puesto que no existirán, ¿qué nos dicen, que contestarán a nuestras razones y sugestiones proselitistas el docto y el ignaro?

El ultimo empezaría por pedirnos ciertas aclaraciones de términos empleados por nosotros — cosa innecesaria al primero — y seguramente terminaría por decirnos: "todo lo que me dice de los ricos, de los políticos, de los cuarteles, de las leyes, de las carceles y de los curas es mas que cierto; todo lo que me dice del comunismo anarquista es muy bonito, es el propio paraíso terrenal; pero me parece que eso tardará mucho en llegar, si llega, porque sin una autoridad que castigue al ladrón y al asesino, me parece que nadie trabajaría y que terminaríamos por matarnos unos a otros antes de entendernos."

Si esta contestación nos desalienta y renunciamos a insistir o a ampliar lo dicho para convencerlo, quedaremos ante el ni mas ni menos que como unos locos lindos, que discurren maravillosamente sobre cosas que nos han hecho perder la cabeza. Pero si, por el contrario, insistimos en atraerlo a nuestras ideas ayudandolo con nuestra opinion a salir de tales dificultades, podemos dar por seguro que este hombre será de la anarquía y que luchará por ella en la medida que su temperamento y el ambiente que lo rodea se lo permitan. Es mas, cualquiera que sea el rendimiento de sus actividades, podrá notarse que ni bien abrace nuestro ideal, será asaltado por una insaciable sed de saber que irá ensanchando su mente día a día. La conclusion es clara, pues: no es el gran desarrollo de su mente lo que lo inclina a las ideas, y si estas las que lo llevan a desarrollarla.

A su vez el docto nos diría: "Admiro vuestras teorías en cuanto a la profundidad y extensión de su espíritu crítico se refiere, pero, humanamente, no puedo admitir vuestra prédica de violencia, ni los desastres que implicarían las revoluciones catastróficas que perseguís, llevadas a la realidad. No comprendo por qué necesariamente se deba de destruir para crear. Pues, si bien es cierto que en los regimenes sociales contemporáneos existen muchas injusticias que deben ser reparadas suprimiendo de un lado y agregando en otro (reformando, remendando) ello debe quedar librado a la cultura general (estatólatra y de quien pueda pagarla) a objeto de que la evolución efectuada no rompa el equilibrio (de las leyes) llamado a encadenar los acontecimientos ordenadamente, biológicamente. Más allá de esto están los enconos, las venganzas, la fiereza, la regresión al hombre primitivo en fin. Por lo demás, para que vuestras concepciones de futuro, tan bellas como ingénuas, llegaran a realizarse algún día, sería menester que los hombres se convirtieran en ángeles, cosa sumamente difícil en virtud de que los ángeles no sienten necesidad de albergue, ni de vestido, ni de alimentarse, ni de trabajar, ni de sexo opuesto etc., y los hombres sí. Seguid, pues, entregados si así os place, a vuestras ensoñaciones de ilusos visionarios que, mientras no exhortéis ni apeléis a la violencia, sedimento de barbarismo salvaje, podréis contar (como muertos que caminan) con mi mejor buena voluntad."

He ahí, en síntesis, el tenor y el alcance de la acogida que dispensaría a nuestras declaraciones de fé anárquica. Su capacitacion intelectual, aun presentado en el mejor de los casos, en lo tocando a estas cuestiones, no lo distingue en nada del mas vulgar reformista. Claro esta que nosotros podríamos rebatir una por una, todas sus apreciaciones y, quizá de hacerlo explicándole que evolucion y revolucion son términos inseparables, que la violencia por nosotros admitida no tiene otros alcances que los de repeler la que con nosotros se ejerce, que el concepto "destruir para crear" equivale al científico "transformar" o al de 'desintegracion e integracion', y así por el estilo todos los demas tópicos, quizas, decimos, acabara por acoger como lógicas todas o casi todas nuestras conclusiones. Empero nos haría aun una nueva objeción, y con ésta, parodiando a Voltaire respecto de dios, consciente o inconscientemente volvería al punto de partida exclamando, referente al Estado, que si este no existiera habría necesidad de crearlo. Y a nosotros nos quedaría en último término la respuesta que Bakunin dio a Voltaire — siempre respecto a la existencia de Dios — diciéndole que si el Estado existiera después de la actual civilización habría necesidad, como en esta de destruirlo. Otro temperamento sería tan inútil como estériles resultarían para convencerlo nuestras más ingeniosas y elocuentes apelaciones.

Parecería, por tanto, que la inteligencia distancia al intelectual de nuestras ideas. No es así sin embargo; pero como quiera que sea — procuraremos explicarlo más atrás — es indispensable tener presente estas manifestaciones espirituales de dos tipos generalizados y característicos como los descriptos para tratar, partiendo de las mismas, de buscar las causas que vienen dando al anarquismo un cariz de movimiento populachero, plebeyo, bien que ello disguste a los que sostienen el absurdo de que el obrero, el populacho, está mentalmente incapacitado para extasiarse con las bellezas de la filosofía anarquista.

Una de las primeras cosas que en tal sentido debieran tenerse presentes es que la cultura y la ética anarquistas no son, figurativamente, menos opuestas a la cultura y a la ética predominantes que la explotación es a la miseria, la tiranía a la servidumbre, etc.

El obrero, inteligente o no, antes de albergar en su mente y en su pecho un ideal superior no tiene otra moral ni desea otra cultura, en el caso de desearla, que no sean las reinantes por tradición; espiritualmente en nada difiere de sus opresores por más que su situación sea de lo mas precaria y humillante imaginable; pero al albergarlo, si su sensibilidad y fortaleza de animo lo inclinan a ser consecuente con los postulados del nuevo ideal elegido, de hecho su cultura tomará una dirección opuesta a la ambiente, y lo mismo su moral, repitiendo esta suerte en el orden espiritual la irreconciliacion que en el economico y autoritario. Faltando esta sensibilidad y fortaleza, el conocimiento íntimo y profundo de un ideal más, le servirá únicamente para ser más útil a la vieja moral en que caerá de nuevo si logra desprenderse del amoral escepticismo que ha de torturarlo y esterilizarlo arrastrándolo de una a otra idea, de uno a otro credo, de uno a otro placer o deporte.

No otra cosa sucede a los intelectuales. Cuando no se abrazan a una idea o a un partido con el mismo pensamiento íntimo con que abrazan a la mujer que eligen por su rica dote, saltan de uno a otro conocimiento sin decidirse por ninguna corriente social o partido "porque en todas hay alguna parte de verdad y en ninguna hay contenida la verdad absoluta; porque todas son necesarias, ineludibles como consecuencia obligada, ineludible y fatal también, de la diversidad más o menos eslabonada o escalonada de las facultades psíquicas que constituyen los distintos caracteres y grados de inteligencia. Y puesto que todo sucede así por la simple razón que no podría suceder de otro modo, ¡"allá penas!" — se dicen para eludir compromisos con las ideas superiores y extraer del ambiente hipócrita y corrompido en que viven, la mayor cantidad posible de placeres materiales, de goces viciosos.

Los mismos capitalistas y gobernantes en su casi totalidad no piensan de otra forma. Con tal que las ideas no impli

quen agresividad a sus intereses materiales, ni merma de sus placeres viciosos, todas serán para ellos justificadas y hasta razonables; eruptarán un "cada loco con su tema" y se quedarán tan orondos. Y lo que aún es peor ¡ay! ¿cuántos proletarios antes y después de conocer los ideales anarquistas, antes y después de desarrollar su intelecto, no piensan y obran a ese respecto en forma idéntica al intelectual y al burgués? Si su salario le ofrece perspectivas de ser vitalicio o duradero, si le permite en forma regular cubrir las necesidades del hogar, si le facilita la frecuentación de la taberna o del café y todavía le alcanza para llevar una migagas al juego, al prostíbulo y a los restantes lugares de corrupción, "lo demás son pamplinas" para él y nos dirá que hágamos el favor de dejarlo tranquilo.

No es, no, la ignorancia la principal barrera que deba salvarse para atraer al proletariado a nuestras ideas. Ello es necesario, pero no suficiente. De poco o nada nos servirá inundar su mente de luz para que conozca lo deprimente e injusto de su situación y pueda a la vez vislumbrar el futuro que perseguimos, si no logramos conmover su corazón, si su sensibilidad atrofiada o conformada para la sumisión es impermeable al bien y a los sentimientos fraternos.

Ese es, y no la ignorancia, el principal obstáculo con que tropiezan nuestras ideas en su desenvolvimiento. Si cuantos las conocen — y son muchos en todas las esferas sociales — dedicaran a ellas algún esfuerzo; si muchos que conociéndolas se dedican a estorbar su progreso o a combatirlas por intereses subalternos, se concretaran a una pasividad sin negaciones; si muchos otros que diciendo reconocerlas como las más bellas y perfectas no pretendieran justificar su apego a las costumbres alegando que es un ideal muy lejano y que antes deben ser vistas y vividas muchas cosas ¿dónde no estaríamos hoy ya? ¡Oh, peso muerto y fatídico de una especial conformación espiritual, modelada por rancias creencias, costumbres y taras de un pasado más o menos remoto!

Atentos a todas las razones expuestas, afirmamos que el anarquismo, por su propia naturaleza y contenido, no es menos accesible y asimilable para el obrero que lo es para el intelectual, y que, por las mismas razones, será siempre refractario a cualquier intento de aristocratizarlo o plebeyizarlo. Que sea el proletariado quien nutre en la actualidad casi exclusivamente sus filas, ello debe achacarse a que su mente, al revés de lo que ocurre al intelectual, al burgués, no ha sido aún esterilizada con los sofismas de esta época; a que su vida penosa lo inclina a prodigarse y a sacrificarse en holocausto de algo o de alguien que considere humano y justo, sin precio para sus actividades. Ciertamente no faltaron en el anarquismo intelectuales que procedieran respecto de sus actividades, en forma idéntica. Pero esto ocurrió en los albores de nuestro movimiento y se repitirá el caso en forma sorprendente cuando se vea tan cerca como entonces se veía la revolución social que ha de poner fin al caduco e inhumano sistema vigente. Hallar los medios de acercarnos nuevamente a este día equivaldría a destrozar de golpe todos los interesados calculismos que impiden al obrero y al intelectual reacios, arriesgarse en empresas que, hoy por hoy, no ofrecen otra cosa que sacrificios.

GABRIEL BIAGIOTTI

DISQUISICIONES EN TORNO A LA CUESTION SOCIAL

Lo qué es el Estado y lo qué queremos los anarquistas

La vida en sociedad está sujeta a dos ineludibles necesidades, convertidas en factores de igual y necesaria solución: las relaciones y la economía —, de ahí que la anarquía signifique la solución de la primera y el comunismo del segundo. Anarquía en lo relativo a las relaciones sociales, y comunismo respecto a la producción y al consumo.

Como el presente régimen es un sistema de irritante desigualdad social, en pugna con la lógica y en oposición a las leyes de la naturaleza, de ahí que el anarquismo enarbole la defensa del inviolable derecho de la humanidad, atacando el conjunto de todas las injusticias que determinan el presente y profundo dolor universal.

Si los hombres no vegetaran bajo el peso de seculares atavismos y si los hombres tuviesen un conocimiento exacto del proceso histórico y de todos los cambios que se han operado a través de los tiempos, su rebelión sería incontenible y el derrumbe de todas las tiranías, un hecho. Pero, desgraciadamente, la inmensa mayoría de los hombres desconocen la trayectoria recorrida, principalmente la que describieron los hombres más crueles y audaces. Cuando el hambre, la miseria y el sufrimiento golpean a las puertas del oprimido, una ligera reacción indúcele a meditar sobre las causas de su malestar; pero su mente pronto torna a su habitual resignación y a sus labios asómase la burda y vulgar palabra: "qué se va a hacer si el mundo siempre fué así y así siempre lo será".

Hombres resignados y mansos como la bestia de carga, y con un concepto equivocado de la historia humana, no pueden acelerar la evolución por la libertad del hombre. Es necesario, por medio de la constante, humana y científica prédica, pulverizar la falsa moral que burdas enseñanzas inculcaron en la mente de los hombres, demostrarles lisa y llanamente que el mundo no fué siempre así y menos podrá en tal forma perpetuarse. Mientras los privilegiados se esfuerzan por sostener la falsedad del *mundo siempre fué así*, los anarquistas esforcémonos en demostrar lo contrario. Bastará con presentar el proceso evolutivo histórico, en sus continuos cambios y adaptaciones, para evidenciar el absurdo. Los hombres entrarán en vía de reflexión, y por decoro, por dignidad no harán pronunciar a sus labios tan burdo adagio. Si todos no podrán transformarse en activos campeones del ideal, en cambio se gestará en su mente un mayor conocimiento del proceso histórico humano, lo cual hará factible un mayor acercamiento, simpatía y afecto hacia los que denodadamente luchan.

Nadie se concreta a ser esclavo por consciente y expontánea voluntad. Salvo excepciones, todos lo son, ya sea por egoísmo, por cobardía o por ignorancia. Hagamos obra ilustrativa y educativa en el pueblo: despejemos su cerebro, iluminemos su mente, inculquémos las sacrosantas verdades en que se inspira la "Anarquía", y el mundo de los mortales, seguirá, a pesar de déspotas y tiranos, su marcha indetenible hacia el comunismo anárquico.

La historia nos dice, repite y enseña, que la humanidad ha tenido un comienzo huérfano de toda luz y progreso. El hombre de las prehistóricas edades, habitando los bosques, cuevas, grutas y selvas, vivía desnudo, alimentándose de frutas, con la caza y la pesca. Del hombre aislado y su progenie, formáronse luego las tribus y agrupaciones, compareciendo sobre el planeta, en distintas regiones y latitudes, distintas razas, las que por una inconsciente inclinación diéronse sus respectivos caciques, y los caciques han venido sucediéndose hasta nuestros días, aunque con distintas apariencias, distintas investiduras y facultades. Hoy imponen su dominio bajo las fórmulas y prácticas denominadas "legales", basadas en lo que se llama "código" ó "ley".

Súbditos eran los que soportaban el dominio del cacique. No han dejado aún de ser súbditos los que soportan la imposición del Estado, del militarismo, de la autoridad y del capital. El cacique hacía castigar a sus subordinados, y aun prosigue el castigo, la tortura y la muerte contra los que conscientemente se insurreccionan en defensa de sus libertades y derechos.

Los caciques, primeros tiranos de la humanidad, desconociendo la escritura, no pudieron reglamentar su arbitraria imposición. Sólo ejercieron el dictado de su bestialidad con desencadenada violencia. Los actuales estranguladores de libertades y cercenadores de derechos, refinados audaces, empedernidos déspotas, contumaces hienas simuladoras de buen sentido y bondad, recurren en primer término a reglamentar en letra todos los madados que ellos imponen (y que dicen no imponerlos, sino que así lo determina la "ordenanza", el "código" o la "ley"); pero cuando las víctimas no acatan pacíficamente lo que el tirano dispone y la ley expresa, entonces la violencia, el cañón y la metralla suplantan a la ley escrita, para imponer la voluntad de los tiranos de la humanidad.

Al cacique, primitivo degollador de libertades y crucificador de derechos, le fué imposible manifestar en letras de molde su expresa voluntad; pero hoy, lo que la letra de molde no consigue, el fusil, la bayoneta y el cañon lo alcanza. Son progresos de la época: crueldad, simulación y metralla.

¿Quién, hipócrita y canallescamente, podría desvirtuar que en la prehistórica infancia de la humanidad, la tierra no fué un patrimonio común, sin límites, sin fronteras ni mojones? ¿Por qué ese cambio en detrimento de la mayoría de la humanidad? Ni aún recurriendo con mala fé a la falsa hipótesis de que el derecho de propiedad individual data del principio humano, quedaría desvirtuado con sólo decir que no habiendo existido en dicho principio el papel, la tinta, la pluma y la forma de escribir, demuestra ese hecho, que no existió el título de propiedad individual, siendo, a viceversa, un derecho común.

Lo dicho evidencia en forma irrefutable, que se llevó a cabo la usurpación del derecho a la tierra, habiendo ello determinado la esclavitud de los desposeídos. Por una serie continua de cambios y amoldamientos, hasta que las multitudes aceptaron a sus mandatarios, con otorgación de dominio y facultad de mando, desde ese día, la tierra no tomada y utilizada por los existentes, fué declarada del Estado, el cual velaría por ella, contra las posibles invasiones de otros pueblos o razas.

Los Estados, todos indistintamente, una vez investidos del poder de dominio y posesionados de la tierra, sólo necesitaron continuar su audaz piratería para sentirse siempre más fuertes, y las masas fueron convertidas en indefensos esclavos.

Todas las ordenanzas, decretos y leyes que los Estados proyectaron y sancionaron, propendieron a un mayor afianzamiento del poder de las clases dominantes, siendo hoy tan fácil dominar el mundo, con sólo decretar y rubricar la imposición, diciendo: "publíquese, comuníquese y cúmplase."

El Estado es un formidable fuerte, en el cual se amparan todos los dominios y privilegios. Su formidable poder consiste en que los mismos desheredados forman todas las fuerzas necesarias de defensa para ese injusto poder. El pueblo sufre, gime y llora, produce sin cesar, pero no es dueño de la producción. Mueve la palanca de todos los progresos materiales, los cuales son acaparados por las parasitarias clases improductivas. Es en el desconcierto social una máquina productiva, más no un hombre colocado en la igualdad de goce, derecho y deber.

El derecho de propiedad sobre la tierra, determinó la esclavitud de la clase desheredada. Y por razones de lógica, la tierra retornaría a ser de patrimonio común. La supercheria y el engaño efectuaron dicha usurpación, pero la ciencia, la verdad y la razón, se aprestan a reivindicar un sagrado derecho que el egoísmo y la crueldad no pueden ni deben violentarlo.

Sólo el clero, el Estado y el capital pueden sostener este régimen malvado a fin de mantener en tinieblas la mente de las víctimas; pero es vano intento; ya es tarde. El enigma ha pasado por un científico exámen y se ha obtenido su más amplia descifración. El mundo es una espesa red de urdidos engaños. La servidumbre y la esclavitud no tienen causa de ser, la usurpación del derecho a la tierra dió margen a la formación de siervos y señores, los cuales no pueden perdurar para toda la eternidad.

Soplan saludables vientos. La quietud de las víctimas se trocó en airados reclamos y enérgicas protestas; los absurdos están en descubierto y la mansedumbre es rebelión. La negación de ese advenimiento por parte de los tiranos no puede equivaler a un axioma infalible. Tienen ellos intereses en seguir esclavizando a la humanidad, y el anarquismo se propone, y lo conseguirá, la liberación de todos los hombres.

¿Cuáles son los fines que persigue el comunismo anárquico?

1.o—Que la tierra vuelva a ser patrimonio común.

2o.—Que los hombres, por lógica y razón, deben aportar su pequeño esfuerzo a la producción de cuanto sea útil y necesario, suprimiendo lujos innecesarios y armamentos bélicos.

3o.—Que al amparo de la producción en común se halle a la vez asegurada la existencia del hombre dentro de la igualdad de deberes y derechos.

4o.—Supresión de todo gobierno o autoridad, practicando el libre acuerdo, convergente en el común interés.

5o. Supresión de los ejércitos, patrias y fronteras, desarrollando los vínculos de la paz universal, el afecto y la solidaridad entre los hombres.

6o.—Supresión del dinero, ya que una vez puesta en común la producción y el consumo, el dinero no tiene misión que llenar.

7o.—Protección y amparo, sin restricción de ningún género, a toda persona inhabilitada para el trabajo.

8o.—Continuación de una enseñanza que mejore en todo lo posible las bases societarias de la comunidad anárquica y el sentimiento de los hombres.

9o.—Siendo las materias primas de interés común, aumentar las máquinas en toda su aplicación y cuanto las circunstancias aconsejen.

10—Que la solidaridad se practique en su mayor amplitud, haciendo factible el intercambio de productos entre la comunidad universal del trabajo.

J. RODRIGUEZ

IRRADIACIONES DE LA IMPOTENCIA

El factor de discordia más importante y de mayor trascendencia es, sin duda alguna, en cualquier orden, la impotencia.

Cuando la sensatez y el razonamiento —que constituyen el freno de los impulsos puramente instintivos —, imponen su acción concienzuda al imperativo del instinto, el trueque del ser humano en fiera, del hombre examinador en ejecutor ciego, no se opera. Pero, desgraciadamente, el elemento llamado a modelar y a moderar los impulsos instintivos es de escasísima potencia para dominarlos, por cuya causa en la mayoría de los casos la fuerza triunfa sobre la razón, el nervio sobre el cerebro, la venda sobre el iris.

El vencido en un lance amoroso, el derrotado en una cruzada poética, o el dominado en una lidia ideológica, será en todo momento y lugar, cuando no posee el dominio de sus inquietudes mórbidas, de sus tentaciones gestadas por el deseo exclusivo de afianzar su venganza, un peligro permanente, contra el que habrá que prevenirse constantemente.

No sería una exageración si se afirmara que todos los dramas derivados de las relaciones amorosas, llamados pasionales, tienen su origen y desarrollo en la carencia de dominio de sí mismo, en la impotencia cerebral, ya sea por debilidad frente a la dura gravedad del caso, ya por la absoluta incomprensión del problema que se le plantea. No se justifican hechos de tal naturaleza sin la intervención predominante de alguna de las deficiencias mencionadas.

El enamorado que atenta contra su rival, lo hace porque prevé su fracaso como galanteador, o porque ha fracasado

totalmente. ¿Por qué insistir en la conquista de un objeto cuando el mismo objeto es refractario a ello?

El homicida pasional — ya sea del sexo masculino o del femenino —, es empujado al hecho violento contra el ser amado por las tentaciones de su propia incapacidad, después de haber saboreado las derrotas de sus aventuras amorosas. En este caso no es desalojado por la superioridad de un rival, sino que es impugnado, precisamente, por quien debiera ser requerido, solicitado.

En los suicidas, tanto en los casos individuales como en los que interviene el mutuo acuerdo, el factor inductivo de tan extrema resolución no es otro que la impotencia, fuerza negativa que cohibe a los seres hasta el punto de no permitirles dar con ninguna salida victoriosa, que en este caso sería más bien salvadora que victoriosa, puesto que sólo se trata de sobreponerse a un estado de ánimo deprimente.

Sin ser violentos y sin dejar de ser atentatorios, emplean múltiples y variados recursos los impotentes para salir airosos, o para dar cumplimiento a sus deseos de venganza, contándose entre ellos el empleo de los alcaloides, el soborno directo o indirecto, la intriga, la calumnia., etc. En ninguno de los casos mencionados hay triunfo; sólo puede haber, cuando se llega a conseguir esto que se procura, desahogo y venganza.

Los políticos en desgracia proceden con más frialdad, ya que sus acciones no obedecen a los tempestuosos impulsos de una pasión, sino al hormigueo de un apetito Organizan bandas para que defiendan de la forma más conveniente sus posiciones en peligro o arman algún brazo que se atreva a quitar de en medio del camino a quien les impida el paso. Si por estos medios no triunfan, realizan alianzas con las fracciones políticas de menor cuantía, con el objeto exclusivo de crear un plantel de fuerza opositora destinada a obstruir la labor de la fracción dominante.

Las fracciones aliadas para un propósito inmediato, relegan a segundo término sus objetivos finales, o se olvidan de ellos por completo, mientras sostienen la guerra al contrario directo de esta eventualidad. Con frecuencia suele darse el caso de que una de las fracciones aliadas, debido a la cooperación, se impone sobre la fuerte. Una vez afianzado su propósito inmediato, abandona, como es lógico, toda actividad en ese sentido, para dedicarse a las necesidades del fin básico, del motivo originario para el cual fué creada esa fracción. Desde ese mismo momento, rompe el tratado con sus aliados y coloca sus fuerzas de frente a todos. Así lo exige su programa de hegemonía, su sed de dominación.

La potencia o virtud eficaz de la doctrina queda velada en estas oportunidades — que son habituales — como completa nulidad. La coalición de fuerzas divergentes, unidas para un caso semejante, ha proporcionado el triunfo a una de las fracciones.

Entonces, una nueva alianza de los derrotados, enemigos hasta ayer, viene.

Al mencionar estos ejemplos, propios de los partidos políticos, se puede hacer extensivo el procedimiento a las naciones, puesto que son exactamente iguales. Las alianzas hechas para llevar a cabo la guerra entre pueblos a los cuales hicieron despedazarse cien veces en favor y otras tantas en contra, se repiten y se repetirán mientras los pueblos se presten para la guerra.

El mismo proceso de alianzas a que están sujetos los partidos políticos y los gobiernos para realizar eficazmente determinados golpes, se viene manifestando en el campo anarquista. A parte de ser una práctica deleznable, con el empleo de ella queda evidenciado el testimonio más terminante de que no tienen nada de anarquistas los que de tales prácticas han hecho una norma de conducta y un sistemático método de guerra. Todo eso sienta muy bien a los políticos y a los gobiernos, profesionales del engaño y el envilecimiento de los pueblos, al propio tiempo que invocan ser sus protectores.

No se debe confundir la derrota con la impotencia.

Se puede salir derrotado de todas las batallas, y no por ello ser impotente. Por el contrario, se puede triunfar en todos los combates y ser el más completo senil.

El célebre personaje de Cervantes, apesar de salir molido en cuantos encuentros tuvo, su entereza espiritual siempre aparece potente como una roca. Jamás realizó ni pensó en alianzas con nadie para combatir a sus enemigos, los que a su juicio eran muchos. De su conducta pueden sacar muy buenas enseñanzas los tímidos y los inconsecuentes.

Todo tratado de alianza, especialmente entre adversarios, tiene su origen inductivo en la impotencia y en la desconfianza, que del propio poder tienen quienes lo realizan. Paralela a este convencimiento, marcha la obsesión de ser conquistadores. El espíritu napoleónico sigue encarnándose en las generaciones presentes. Sólo quien sueñe en la conquista de algún imperio puede fraternizar con piratas. Nada les importa el claudicar o el arrastrar la dignidad por el fango hasta perderla por completo, con tal de conseguir el alto grado de emperadores de la opinión, sin tener en cuenta qué opinión es la por ellos presidida. Bástales con que atrás de sus espaldas surja una turba más o menos numerosa, para que de inmediato se forjen la frágil idea de ser deidades divinizadas con autoridad otorgada para reinar en el cielo y en la tierra, ser dueños de vidas y haciendas, y disponer de cuerpos y almas.

La ilusión y la vanidad que han adquirido al calor de sus satélites infla su imaginación hasta el extremo de creerse poseedores de la famosa *lámpara maravillosa*, con la cual piensan realizar empresas atrevidas y enormes...

Pero nada representan los castillos fabulosos levantados por la audacia candorosa del sueño profundo, ante el primer pestañeo matinal.

El sueño y la imaginación, son muy veloces; no llevan conductor que les regularice la marcha. ¡Otra caso muy distinta es la realidad!

Todo hombre que tome por juez y norte de sus actividades el examen de conciencia y el rasgo de sinceridad propios, de ninguna forma puede encastillarse en el empeño de querer saborear una opinión que no les pertenece, que no les responde. Unicamente la torpeza o el deseo de hacer mal pueden darle aliento para continuar en tan desleal tarea.

Para un militante sincero no es fuerza que deba volcar sus actividades sobre un determinado lugar, sobre todo cuando en ese lugar están otros militantes fecundando las conciencias vírgenes con el germen del mismo verbo que él lleva en su bajel. Abundan en demasía las mentalidades sumergidas en tinieblas que claman por un rayo de luz que los ilumine. Lo que faltan son muchos portadores de esa luz, misioneros laboriosos y honestos del ideal anarquista.

Sócrates, el gigante de la prédica, el defensor incansable de la justicia y los derechos humanos, no precisó escalar las gradas del Pritaneo para elevar su grandeza de pensador sublime por encima de los senadores atenienses. Escogía para el desarrollo de sus pláticas culturales los lugares de afluencia popular, como ser plazas y mercados. Allí, en medio de aquella concurrencia obscurecida por la ignorancia, esculpió su monumental obra, que ha sido, entre sus contemporáneos, la más fructífera y sana.

Pero los falsos apóstoles, los predicadores de la muerte, no saben, no pueden saber nada de crear; sólo saben destruir. Y en esa innoble tarea emplean sus energías y encuentran la satisfacción de sus mal conformados instintos. Los que tratan de resarcir la pobreza de sus almas en la contemplación del daño ocasionado de intento al semejante que va laborando con rudos sacrificios la piedra angular de un mundo nuevo, no pueden tener sentimientos de redentores.

En cualquiera de sus manifestaciones aparece, despojada de todo rubor y honestidad, la negación de la vida.

El alma destructora de Atila que deseaba no volviese a surgir otro tallo de hierva por donde él pasase montado en su corcel, palpita en sus corazones, tan obscuros y tenebrosos como catacumbas romanas.

Con todo que poseen grandes atributos destructores, no les dá por enfilar sus dardos hacia los viejos y mohosos muros del régimen presente, en homenaje de consecuencia al membrete de anarquistas que ostentan indebidamente. Pero ya hemos dicho que la impotencia es la base fundamental de donde irradian las derivaciones de todo lo que concierne a un proceso de desviaciones, tanto de las ideas, como de las luchas que en nombre de ellas se plantean.

El que muchos rebosantes de virilidad defiendan el cuerpo de una hembra en su plenitud contra el asalto de una pléyade de eunucos, quienes no harían más que esterilizar sus órganos reproductores a fuerza de ser fornicada por castrados, por mulos infecundos, es un acto de soberana justica, de lógica positiva.

Esta es la cuestión palpitante e irritante que acampa en nuestros medios.

EDMUNDO LATELARO

R E F L E X I O N E S

La clase trabajadora, para poder tener una organización que no finalice siempre en simples promesas de libertad y justicia, sino que sirva a la vez de herramienta y estímulo para la consecusión de los anhelos tan queridos como necesarios para nuestra felicidad, tiene que curarse de ese prejuicio de origen esencialmente autoritario, que consiste en creer que los cuerpos más grandes o volúminosos son siempre los más fuertes y potenciales, así lo afirmen los matemáticos — ¡Cuán cierto es que no hay cosas absolutas o que no es posible que una tesis sea absoluta en toda aplicación! — Es por culpa de este concepto que el trabajador fué llevado a aceptar sin mayor preocupación, como en todo, el número y que haya cifrado sus esperanzas de futuro en la voluminosidad del cuerpo... Hoy este es un mal de esencia morbosa, que le tiene preso entre sus redes. Pero hay errores que se cristalizan en la mente humana, que cuestan muchas generaciones para extirparlos.

Los hombres tenemos la manía de irnos a los extremos, y éstos terminan por tocarse; así una gran parte de aquellos que se bautizaron anarquistas, con su manía de irse al extremo opuesto de este régimen de explotación, coacción y esclavitud, terminaron por ser cultores de lo mismo que dió pábulo a lo que tanto dicen combatir. Propagan que son anarquistas aún beneficiándose moral y materialmente de lo obtenido por el esfuerzo común, sin dejar en ningún instante u ocasión de reclamar derechos y más derechos; pero, so pretexto de imposiciones y otras yerbas, no sólo se niegan a dar su óbolo a la organización, sino que se niegan en nombre de la libertad a guardar las más elementales normas de conducta colectiva. ¿No obran así en el fondo nuestros opresores?

Pretenden por otra parte estas gentes que la libre asociación no tenga normas ni ciertas reglas que a su respecto reclama el libre desenvolvimiento de la colectividad; he aquí el justo medio entre los dos extremos en que el anarquismo procura educar al hombre.

La solución del problema no consiste en ser anarquistas en el sentido burgués de la palabra, sino en perfeccionar nuestra personalidad para que adquiera la capacidad suficiente para vivir dentro de esa disciplina moral de que nos habla P. Gille, sin lo cual no seremos otra cosa que levantiscos dispersos sin responsabilidad ni cohesión en la lucha, ni capacidad para la reorganización.

Los socialistas hablan de cambios, de reformas, y los bolcheviquis de transformaciones, de revoluciones. Los anarquistas insistimos en que mientras perdure en la práctica la ley de los hombres, nada cambiará en el hecho, en el fondo. Veamos: ¿Qué diferencia hay entre la esclavitud o el tráfico de negros, y el salariado y su agravante la desocupación forzosa? ¿Acaso no se contratan hoy, como hace dos mil años, las desenfrenadas Clodias para deshonrar a los Cicerones? La política toda ¿no es sinónimo de contubernio? ¿Qué es lo que da realce a las reuniones públicas y brillo a los salones, sino el progreso de la difamación y la habilidad en la calumnia? ¿Qué es, en fín, el periodismo más que sinónimo de chantage en pequeña o grande escala? Cuando se alcanza a ver claro a dónde conducen los objetivos del obrerismo, uno no puede sino pensar en aquel personaje de la gran revolución, que se pasó la noche afilando hachas, picos y sables.

¿Civilización? Ah, sí; todavía hoy esta palabra significa Napoleón haciendo volar el puente del Paso Berecina, Bismarck negándole el cloroformo a los heridos franceses ya salpicados por la derrota, sometiéndolos así a la tortura del bisturí y del serrucho. Cuando no es una mina que se hunde, una caldera que explota o un albañil que se hace tortilla en la calzada. La civilización crece, penetra en Marruecos, Siria, la India y Oriente. ¿Es que crece la civilización? Sí, tanto y a la medida que se acortan las polleras de las mujeres... No queremos que el hombre se haga civil; queremos que se haga humano.

No somos sólo enemigos de las leyes por las condiciones en que son promulgadas, ni porque van consciente y premeditadamente a dañar y privar de libertad al productor. Lo somos más que nada, porque todas ellas niegan todo avance, todo progreso, todo porvenir, ya que encadenan a su imperativo la vida futura de los pueblos, impidiendo así la negación o distanciamiento del punto de partida, que es la base de todo progreso.

Verdad, verdad inconcusa es que la ley es la peor enemiga de la espiritualidad, entendida ésta en su verdadero sentido: integridad de la personalidad humana, puesto que fué multiplicándose a medida que se multiplicaba la perfección del hombre y exigía personalidad y derecho a actuar la libertad. Las leyes se fabricaron y se fabrican a medida de la necesidad de dominar la independencia popular. Véase sino: Cuando un pueblo está "revolucionado", aparecen las leyes y decretos acomodados con el único fin que eso que pudo ser libertad sea... tan sólo cambio de casaca para el tirano.

Hoy en día a cualquier cosa se le llama progreso. Progreso es habilidad en torturar, es tener más vicios o tener más máquinas y productos del sudor y dolor ajeno acumulado con la etiqueta de... lo mío. ¡Progreso! ¡Civilización! Amor! ¡Justicia! Parece mentira que tan hermosas palabras se puedan usar como tapaderas de tan cochina cosa como el régimen que aguantamos. En verdad que si a algo se puede llamar progreso, es a la diferencia que existe entre la edad de piedra al renacimiento, y de nosotros a la futura era de libertad y justicia, de amor y felicidad.

La moral lo es todo; entendida ésta como moralizadora de nuestra vida totalmente al servicio del bien y de la justicia. Esto explica por qué grandes sabios fueron y son enemigos de la anarquía.

Sin esa concepción ética del futuro, Proudhon, Reclús y Kropotkin hubieran sido servidores de sus respectivos gobiernos.

—

Un trabajador — salvando excepciones — por inmoral que sea, es siempre más moral que sus explotadores. Se acepta que las causas que producen las buenas o malas acciones, las conscientes o inconscientes, radican en el régimen social. Para aquellos seres que con propiedad llaman inferiores, ya que su vida no consiste más que en comer, trabajar o explotar, la vida es simple. En cambio, para los que los días y los años son cortos a pesar de su constante actividad en la batalla contra las injusticias, la vida es intensa, plenamente intensa. En consecuencia, es más moral quien más intensamente emplea los días de su existencia y por lo tanto quien está también más en el camino de la perfección. El trabajador, el verdadero trabajador, se entiende, por desconocedor, que sea del anarquismo, de acuerdo con ello es siempre más moral que los explotadores, y ¡cuánto más no lo será un trabajador anarquista!

El anarquista, por ser ideológicamente el único que puede hablar de fraternidad hoy y por tender toda su propaganda y su acción a ese objetivo, es de hecho un hombre bueno y generoso. Mal puede entonces propagar a la vez la manifestación del odio como cosa *santa*, buena y útil. El odio es ancestral, inconsciente, inhumano; si hoy odiamos es por haberlo adquirido en herencia de nuestros antepasados. Si algo nos parece impropio de los racionales, es el odio.

¿Que hay que odiar al burgués y al agente del gobierno? Pero si son simples productos de una forma de asociación y de instrucción, y además el anarquismo no se preocupa de las ramas, sino de las raíces del mal. ¿Que, entonces, hay que enseñar a odiar a la ley y a la propiedad? ¿No es acaso más fecundo enseñar a amar la libertad y la equidad? Supongamos a un escultor frente a un pedazo de mármol. Odiará al mármol, tendrá su pensamiento fijo en lo tosco que es, en los martillazos que se dé, en los pedazos que salten y le hagan daño? No, verá en sus líneas la estatua futura, producto de su trabajo y de su amor. Si el artista odiara en vez de embellecer simbólicamente el mármol, nos parece que no llegaría a realizar ninguna manifestación artística.

En verdad nos parece que hablar de fomentar el odio como cosa fecunda para la revolución, es emplear armas de dos filos. Fácil es decir: "odia a tu explotador"; difícil es explicar y fomentar el amor al futuro, a la vida libre, a la humanidad redimida.

—— *** ——

Una extraña velada transcurrida en un campo de batalla

—

¡La extraña velada transcurrida en el campo de batalla! — Cuando tú, hijo y camarada mío, caíste a mi lado, ese día, — No te dirigí más que una mirada a la que tus caros ojos contestaron con otra mirada que no olvidaré jamás, — Y la mano que trataste de levantar del suelo en que yacías apenas rozó la mía; — En seguida avancé en la batalla donde la lucha continuaba con iguales probabilidades, — Hasta que, relevado de mi puesto muy tarde de la noche, pude volver al fin al sitio donde tú habías caído, — Y te encontré helado en la muerte, camarada querido, hallé tu cuerpo, hijo de los besos dados y recibidos (jamás vueltos a dar sobre la tierra), — Descubrí tu faz a la luz de las estrellas; — (Singular era la escena). El viento nocturno pasaba fresco y ligero; — Largo, largo tiempo estuve allí velándote, mientras a mi alrededor el campo de batalla se extendía confusamente; — Velada prodigiosa, dulce velada, allí, en la noche queda y perfumada, — Ni una lágrima cayó de mis ojos, ni un suspiro profundo exhaló mi pecho; largo, largo tiempo te contemplé. — Luego extendiéndome a medias sobre la tierra, me mantuve a tu lado, con el mentón hundido entre las manos, pasando horas suaves, horas inmortales y místicas, contigo, camarada querido, — sin una lágrima, sin una palabra; — Velada de silencio, de ternura y de amor, velada por ti, mi hijo y mi soldado. — En tanto que allí arriba los astros rodaban en silencio, y otros hacia el oeste subían insensiblemente; — Suprema velada por ti, valiente hijo, (no te pude salvar, tan pronto fué tu muerte, — Vivo te amé rodeándote fielmente de todas mis solicitudes; creo que volveremos a vernos seguramente); — Y cuando se iban las últimas sombras de la noche, en el momento preciso en que apunta el alba, — Envolví a mi camarada en su manta, enrollé bien su cuerpo, — Replegando cuidadosamente la manta por debajo de la cabeza, y cuidadosamente bajo los pies, — Y allí bañado en el sol levanté, deposité a mi hijo en su fosa, en su fosa toscamente abierta. — Terminando así mi extraña velada en el campo de batalla envuelto en sombras, — Velada por el camarada muerto repentinamente, velada que jamás olvidaré, ni, cómo, al apuntar el día, — Levantándome de la helada tierra y envolviendo cuidadosamente al soldado en su manta — Lo sepulté allí donde cayera.

Walt Whitman

MENTANA

El proceso de Leveille, Decamp y Dardare por el primero de Mayo de 1891, en Clichylevallois

No es un proceso que tenga en sí una importancia extraordinaria este de Levaillé, Decamp y Dardare, a raíz de las manifestaciones del primero de mayo de 1891, aunque sí se le debe atribuir y reconocer por parte de los anarquistas, cierta importancia, desde el punto de la influencia que pueda tener y de los ejemplos que inevitablemente suscita la resistencia armada de la policía.

Pero la importancia de este proceso — cuyos ecos se vieron apagados por la ola de indignación que en aquel tiempo había levantado en Francia la matanza de Fourmies — más que en los imputados, está en sus actitudes, en sus declaraciones y en los magistrados que instruyeron y condujeron el proceso, en el Consejero de la Corte de Apelación, Benoit, que había encauzado el debate contra Leveillé, Decamp y Dardare, en el Procurador General, Bulot, que había vigilado la instrucción del mismo y sostenido la acusación.

Las atroces violencias que sobre los tres acusados, gravemente heridos, habían ejercido los agentes de policía, la impunidad que a las terribles agresiones habían largamente acordado el Presidente Benoit y el Procurador General Bulot y la indiferencia que la prensa liberal, que solamente hace sentir su indignación cuando se trata de víctimas ilustres, había guardado frente a este proceso de oscuros rebeldes, y a su odiosa condena, levantaron frente a los anarquistas de los aledaños parisinos, los cuales iniciaron la serie de atentados que aterrorizaron a Francia durante cuatro años y sólo tuvieron fin en junio de 1894 con la ejecución de Sadi-Carnot, el pregonero de las infames leyes, por obra de Santos Caserío.

La tortura, el proceso, la condena de Leveillé, Decamp y Dardare fermenta la insurrección anárquica, incita a la venganza formidable, inexorable, a Ravachol.

Recordarán, en efecto, los compañeros, que los primeros atentados de Ravachol fueron directamente contra el Presidente Benoit (explosión del Boulevard Saint Germain) y contra el Procurador General Bulot (explosión de la Rue Clichy).

Con este título el proceso del Primero de Mayo de Clichy-Levallois, encuentra su puesto en esta rúbrica para ilustrar los procesos de Ravachol y de los cuales queda, por decir así el antehecho necesario.

El primero de Mayo de 1891 un grupo de anarquistas se habían reunido, hacia las dos de la tarde, en la Plaza de la República, en Levallois-Perret. Se pronunciaron discursos de circunstancias, sin que ningún agente del orden se hubiese escandalizado; se cantaron también himnos heterodoxos; luego, precedido por un núcleo de mujeres, que llevaban desplegada una bandera roja y seguido por una retaguardia de curiosos, el grupo se había avecinado a Clichy, lugar en el cual debía solemnizarse el recuerdo de la trágica fecha.

La noticia, entretanto, de que la pequeña manifestación de Clichy se había precedido de símbolos sediciosos, había alarmado al comisario de policía, Guilhelm, que acompañado por el subcomisario y unos cuantos agentes partió para dispersar la banda y secuestrar la bandera roja.

En verdad no iba el comisario de policía con mucho entusiasmo; tanto, que a mitad del camino un brigadier le observó que a ese paso no alcanzarían a los perturbadores del orden, autorizándolo a tomar un coche en compañía de un par de agentes junto con el sub-comisario, pensando que después de todo él había cumplido con su deber y que de no encontrase con aquella turba de rabiosos todo marcharía perfectamente.

Al dar vuelta en el Boulevard National los tres agentes que iban en el coche avistaron la manifestación frente a una fonda. Las banderas rojas se repleagaban y la mayor parte de los componentes del mitin entraban en la mencionada fonda con el fin, indudablemente nada sedicioso, de tomar algún refresco o cuando más un bocado.

Bajaron del coche, se acercaron al punto de reunión, entrando propiamente en el momento en que algunas mujeres estaban envolviendo, en amplias hojas de papel, las banderas rojas.

A los tres polizontes el rojo les produjo el mismo efecto que les produce a los pavos y a los toros; les enfureció tan locamente que se arrojaron sobre las infelices, daga en mano, hiriendo ciegamente. Algunos de los circunstantes repelieron la agresión a golpes de puño, produciéndose un tumulto general, un coro de lamentos y de blasfemias, interrumpido de vez en cuando por el ruido seco de los balazos. La contienda continuó con más recrudecimiento en la calle, dos polizontes yacían en tierra gravemente heridos, uno en el carrillo y en el vientre, y el otro en el pecho, mientras venían en socorro del enloquecido brigadier, cuatro gendarmes a caballo, que tirando sobre la multitud despejaban el campo en el cual quedaban a completa merced del enemigo Leveillé, Dardare y Decamp más o menos heridos gravemente. Quien conoce a la policía — ésta es igual bajo todas las latitudes, en Francia, en España, en Rusia, y en América — sabe con qué ferocidad toma sus venganzas. Los polizontes se tomaron el desquite apaleando ferozmente, en el mismo Boulevard National, a los tres desgraciados que gemían en el suelo; los puñetazos, los puntapiés en el vientre, los vergajazos que recibieron en pocos minutos por aquellos enfurecidos verdugos, Leveillé, Decamp y Dardare, extenuados, heridos sangrando por todas partes, no son para contarse. Decamp resultó con una oreja rota, el rostro con una herida que le corría desde la sien a la mandíbula. Leveillé, que durante la contienda en el Boulevard National había sido herido por una bala, en una pierna, pidió vanamente un poco de agua para lavarse la herida; a Dardare, uno de los agentes, Dufoulon, estaba dispuesto a hendirle la cabeza con el machete y gracias a un hábil esguince había logrado evitar el golpe, y que sin la pronta intervención de la autoridad superior los tres hubiesen sido masacrados, sin duda alguna, como perros.

Baste decir que al día siguiente, al ser visitados por primera vez, por el juez instructor Couturier, éste se negó a tomar declaraciones, manifestando que ante todo, debían ser conducidos a la enfermería y debidamente curados.

•

Preside el Consejero de Apelación Benoit. Sostiene la acusación el Procurador General Bulot. La defensa de los imputados estaba a cargo de los abogados: Lagasse, por Dardare y Decamp; Allain, por Leveillé.

Los tres acusados se declaran anarquistas. Reivindican altivamente el derecho de pensar como ellos crean y de desear que este mundo, levantado sobre la desigualdad y el odio, sea sustituído, con el concurso de los hombres de corazón, de pensamiento y de acción, por una humanidad menos bárbara y menos miserable, ya moralmente, ya materialmente. El Primero de Mayo encierra para ellos el significado de éste propósito de concordia y de renovación, y sobre la fecha proletaria habían intentado llamar la atención de los trabajadores, sea con la manifestación pública, sea con el modesto discurso que pronunciaron con el objeto de explicar el significado de la memorable fecha. Todo hubiese terminado tranquilamente sin la brutal e injustificada intervención de los feroces polizontes del Comisario Guilhelm. Ninguno había amenazado el orden, ninguno había turbado la pública quietud, ninguno, tampoco, había ultrajadodo las instituciones ni las leyes, y cuando los tres esbirros de Guilhelm se lanzaron, daga en mano, apuntando con los revólveres, a nuestras mujeres, la manifestación pública había terminado.

Presidente: — La acusación sostiene que a un signo de Dardare vosotros habéis disparado sobre los agentes.

Decamp: — Debí empuñar el revólver para refrenar el furor bestial de vuestros esbirros alcoholizados, para defender la piel, para salvar al padre de cuatro hijos que en casa no viven si no de mi trabajo. Y de que razas de verdugos debí yo defenderme preguntadle al juez Couturier, que nos visitó en la cárcel al día siguiente, preguntadle al mismo comisario de policía Guilhelm. Vos, en lugar de encarcelar a los provocadores y asesinos nos arrestáis a nosotros y nos juzgáis de acuerdo al artículo 233 del Código Penal, nos mandáis a la guillotina. Y bien, es mejor la guillotina que vuestras cárceles, mejor el verdugo que vuestros guardianes del orden y de la seguridad de los ciudadanos. Alta y orgullosa se levantará mi cabeza sobre el cadalso, que es la de un hombre honrado, seguro que, lejos de sofocar la idea anárquica y el fervor revolucionario de los compañeros, nuestra sangre los revigorizará y animará para extremas audacias.

Dardare: — Declara haber tirado dos balazos cuando sobre él, sin ninguna razón, sin sombra de provocación, los polizontes se dispusieron a hacer fuego.

Pres.: — En vuestros bolsillos se han encontrado seis cartuchos cuyas balas habían sido limadas.

Dardare: — Ya, pero las cuatro balas que quedaron en el tambor de mi revólver no habían sido usadas. Es menester inferir, entonces, que yo alteraba las balas para tenerlas en el bolsillo y hacérmelas secuestrar, para después servirme de aquellas inalteradas.

Pres.: — ¿Os las han puesto, pues, en el bolsillo para agravar vuestra situación?

Dardare: — ¿Cree verdaderamente el Presidente que nuestra policía sea incapaz de hacer estos trucos?

Leveillé, que renguea aún a causa de la herida en la pierna, declara que disparó en légitima defensa, mientras trataba de salvarse huyendo. A pedido de la defensa es oído el Comisario Guilhelm, a quien el Presidente pide cuentas del bestial tratamiento infligido en la comisaría a los tres arrestados.

Guilhelm: — Encontré a los tres arrestados bastante maltratados cuando volví por la primera formalidad, pero no puedo decir si los agentes los habían puesto en ese estado.

Pres.: — Pero ¿de dónde volvíais?

Guilhelm: — De lavarme las manos.

Abog. Lagasse: — Como Pilatos.

Pres.: —¿Por qué no subísteis al coche con vuestros agentes cuando se dispusieron a alcanzar a los sediciosos?

Guilhelm: — No había más lugar en el coche.

Pres.: — Y ese día ¿no había más coches en París?

El testigo abandona la sala trás el murmullo amenazante del público, que se calma solamente cuando se levanta el fiscal Bulot, el cual, en su requisitoria contra la anarquía, pasa de largo las circunstancias procesales, no dice palabra de la agresión policial, ni de la tortura sufrida por los acusados. Son anarquistas y como tales pide al jurado toda la severidad; quiere, en suma, la pena capital.

Después de una espléndida defensa por los abogados Lagasse y Allain que ponen en la picota a Guilhelm y sus esbirros desvergonzados, los jurados producen un veredicto negativo respecto a Leveillé, que es puesto en libertad, afirmativo en cuanto a Decamp, pero con atenuantes, y de la misma manera a Dardare, pero excluyendo los agravantes.

Leveillé es absuelto.

Decamp es condenado a cinco años de cárcel (1).

Dardare a tres de la misma pena.

Ravachol tratará seis meses después de vengarlos a todos, terriblemente.

(Del libro "Cara a cara al enemigo" Crónicas del anarquismo militante.)

---

(1) *Decamp, que fué condenado por los Asises del Sena el 28 de agosto de 1891 a cinco años de cárcel, está hace mucho tiempo en los Estados Unidos. Diversamente a los otros prófugos ha tenido en las varias luchas iniciadas por los trabajadores, algunas actitudes equívocas, que obligaron a algún compañero a enrostrarle que él no era digno ni de la venganza ni del sacrificio de Ravachol.*

LA CONQUISTA DE LAS SEIS HORAS

Ha llegado otro primero de mayo. Día de fiesta. Canciones revolucionarias. Mitines o demostraciones y discursos usuales. Artículos especiales para la prensa obrera. Y así un año y otro año, un lustro y otro lustro. Es un día feriado más, reconocido oficialmente por todos los gobiernos. Nos ha sido robado por los reformistas y los legalitarios. La sangre de nuestros camaradas de Chicago ha servido para que los merodeadores del movimiento obrero luzcan todos los años su facundia en las plazas públicas y ha dado origen a un nuevo carnaval. ¡El carnaval del primero de mayo! ¡Cuán punzante es ver cómo se desfigura así la historia y cómo se juega con la memoria de unos hombres heroicos que no interpretabn la vida a través de las gafas de un gordo diputado socialista o a través de la vacuidad inescrupulosa de un saltimbanqui cualquiera del obrerismo.

Los anarquistas no pueden resignarse a estas degeneraciones del primero de mayo; el primero de mayo es cosa suya; lo han afirmado al precio de su vida, y es preciso que vuelva a sus manos, que vuelva a su espíritu, que vuelva a su significación primitiva.

Hace cuarenta años se produjo el primer gesto de energía de los trabajadores en favor de la jornnda de ocho horas. Pero la idea de esa reducción de la jornada había nacido un cuarto de siglo antes; ya en 1866 recomendó la vieja Internacional la lucha por las ocho horas en su congreso de Ginebra. El pensamiento ha germinado poco a poco, se hicieron ensayos de peticionar a las autoridades legislativas el reconocimiento de esa reducción de la jornada, y cuando al fin se vió que todo eso era inútil, resolvióse implantar las ocho horas por voluntad expresa de los trabajadores desde el 1.o de mayo de 1886. A la cabeza de ese movimiento, cuya más decidida expresión se manifestó en los Estados Unidos, se pusieron los anarquistas. Contra ellos hubo toda suerte de invectivas, se lanzaron los insultos más groseros. Los economistas al servicio del capitalismo quisieron demostrar con números exactos y estadísticas que la jornada de ocho horas era irrealizable. Algunos capitalistas humanitarios sostenían que la jornada de ocho horas sería un perjuicio para los trabajadores, porque no sabrían qué hacer de las horas de ocio y se irían a emborrachar continuamente. La ociosidad es madre de todos los vicios, decían. Y no faltaron jefes obreros y socialistas que cooperaron durante muchos años y continúan cooperando con los grandes industriales en el sabotage de la idea y del hecho de las ocho horas. Si hoy, cuarenta años después del inolvidable primero de mayo de Chicago, las ocho horas no son todavía en todas partes una realidad, se debe al espíritu reaccionario del socialismo legalitario y del reformismo sindical; al espíritu reaccionario de esos mismos sujetos que nos acusan a nosotros de predicar sólo cosas vagas y abstractas y de descuidar las conquistas prácticas para el mejoramiento de la vida presente de los trabajadores!

Si queremos reivindicar el primero de mayo, hemos de infundirle sangre nueva, obrando en el mismo sentido que aquellos bravos camaradas a quienes debe su origen. Si hace medio siglo la jornada de ocho horas era una conquista proletaria importante, hoy no lo es. Ocho horas, con el sistema actual de trabajo en los modernos establecimientos, exigen más desgaste de energías que una jornada de trabajo de 12 ó 14 horas en las épocas anteriores al maquinismo industrial. Aquel artesano de la edad media que trabajaba de sol a sol, en medio de canciones alegres y de pausas, ritmando sus movimientos según sus canciones y no según el tono de una máquina, abandonaba su labor cotidiana sin haber gastado todas sus fuerzas. El obrero de un moderno establecimiento fabril, al cabo de ocho horas de trabajo, sale agotado por completo, incapaz de pensar serenamente, con ánimo despejado. Las ocho horas representan en las actuales condiciones lo que en otros tiempos doce o catorce. Por eso era hace medio siglo una justa reivindicación la de la jornada de ocho horas y hoy es insuficiente en alto grado. Velando por la salud de la especie humana, debemos esforzarnos por aliviar un poco la dura carga de los esclavos del capitalismo. Y velando por los intereses de la revolución, tenemos forzosamente que ir a la conquista de una nueva disminución de la jornada, para que el proletario de nuestros días tenga la posibilidad de dedicar una parte de sus energías a la lucha espiritual por un mundo mejor.

La jornada de seis horas no es una reivindicación excesiva. Es un resultado lógico del desenvolvimiento industrial en estas últimas décadas. Y además es una solución segura a la crisis de la desocupación de la post-guerra, que, de lo contrario, no tendrá fin. La conquista de las seis horas no es la revolución, no es más que un alivio pasajero para un cierto número de años, hasta que el capitalismo halle modo de confiscar de otro modo las reivindicaciones proletarias a que se ha visto forzado a acceder. Pero en ese período de alivio y de mejoramiento, la idea de la revolución puede hacer tales progresos y abarcar tantas fuerzas como para contrarrestar después el desenvolvimiento criminal del sistema capitalista.

Si los anarquistas se decidieran a infundir en el movimento degenerado del primero de mayo la reivindicación de las seis horas de trabajo, el primero de mayo volvería a ser lo que ha sido y su advenimiento volvería a hacer latir los corazones en impulsos de esperanza y de combatividad.

En estas últimas décadas se ha producido un desarrollo técnico en el proceso de la producción que no debe menospreciarse. Tomemos por ejemplo la industria del automóvil en los Estados Unidos. En 1899 había 2.241 obreros ocupados en esa industria, y producían 3.723 coches. En 1923 la producción ascendía a 3.890 mil ciento cincuenta y cuatro coches y el número del personal ocupado era de 241.356, lo cual nos da una proporción de 1 a 1.044,4 para la producción en esos 24 años y de 1 a 107,6 para el aumento del personal obrero. Explicada en otros términos, esa proporción quiere decir que de trabajar en 1923 lo mismo que en 1899, para obtener la producción actual de automóviles se necesitarían aproximadamente, en lugar de 241.356 obreros, no menos de 2.413.560. En esa misma industria y según esos datos, en 1909 la productividad por cada obrero era de 1,66 y en 1923 la cifra de la productividad anual por cabeza era de 16,11 coches.

¿Por qué no reflexionamos en eso? Se dirá que la industria del automóvil marcha a la cabeza de ese nuevo desenvolvimiento de la técnica capitalista de la producción. Pero si en las demás ramas de la industria no se ha llegado hasta tal grado a la reducción del personal simultáneamente con un acrecentamiento monstruoso de la producción, un hecho indiscutible es que no hay industria que en estos últimos diez años haya quedado intacta desde ese punto de vista. Por todas partes es cada vez más reducido el personal obrero y en todas partes aumenta sin embargo la capacidad productiva. La red ferroviaria del Canadá era en 1913 de 29.773 millas y ocupaba 178.625 personas; en 1923 la red ferroviaria era de 39.773 millas y ocupaba 165.635 personas. Con un aumento en diez años de más de 10.000 millas, ha disminuído el personal en unas 13.000 personas. El mismo fenómeno puede constatarse por doquiera. En las condiciones técnicas actuales de la producción y de la economía capitalista, hay exceso de brazos, y no un exceso que apenas se advierte de tanto en tanto en el mercado del trabajo, sino un exceso crónico que suma millones y millones de personas.

Y más aún. Si se pusieran en aplicación los novísimos descubrimientos técnicos en la agricultura y la industria, se reduciría muchísimo más el actual personal necesario y al mismo tiempo se aumentaría la producción. Pero los capitalistas no se apresuran a echar mano a esos recursos, porque, desgraciadamente no les faltan brazos baratos y dóciles.

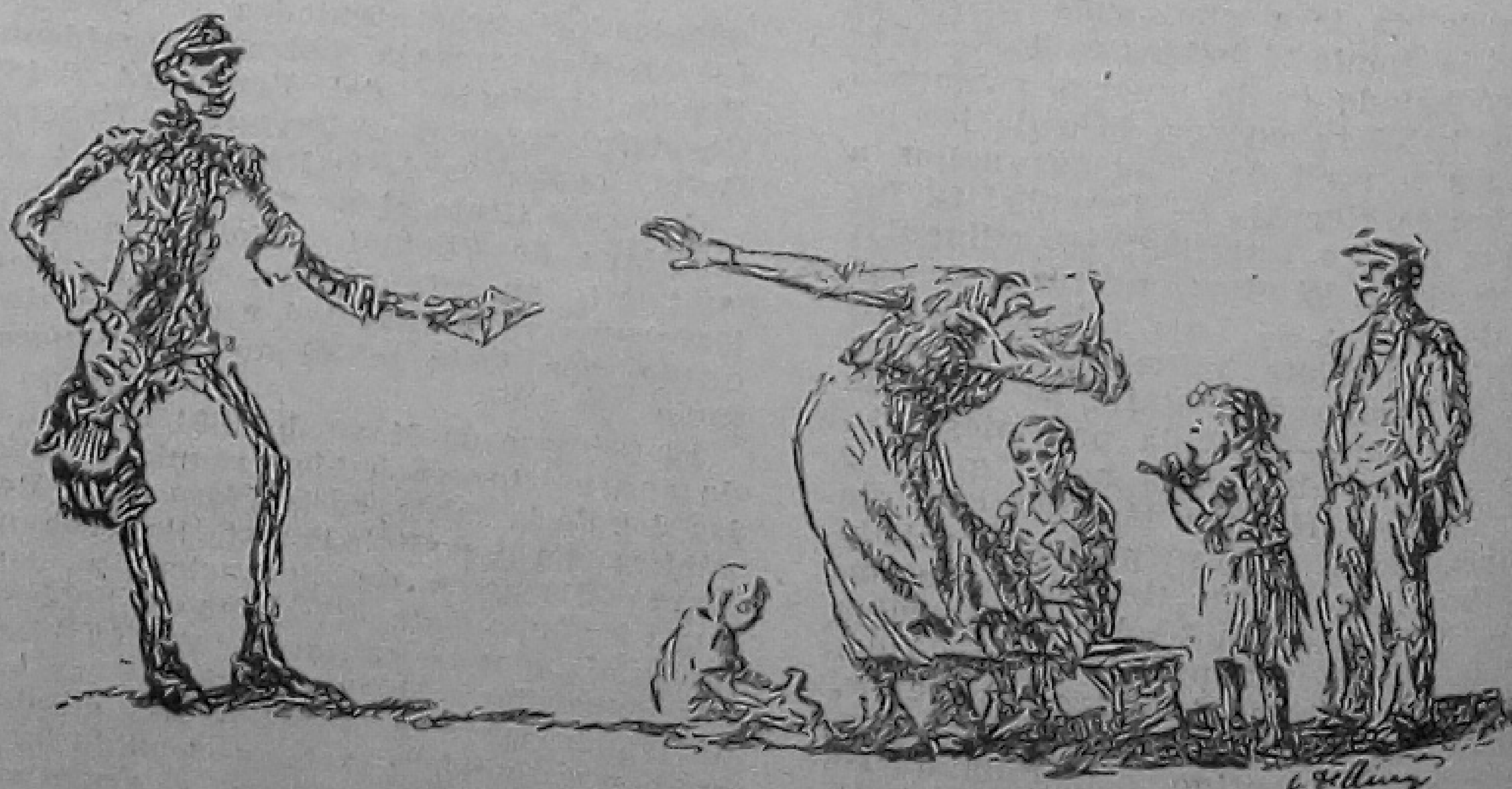
El gran argumento que se podría oponer a una reducción de la jornada sería su insuficiencia para abastecer a todas las necesidades humanas. ¿Es que hay economista o capitalista que se atreva a decir que con la jornada de seis o de cuatro horas no se puede producir hoy el doble que hace diez o quince años? ¿Es que habría el descaro de asegurar que con la jornada de seis horas no se produciría todo lo que es necesario para la vida? No, es demasiado evidente la causa a que se debe la crisis crónica de la desocupación internacional y la crisis del mercado capitalista. Hay por una parte exceso de producción y por la otra una débil capacidad adquisitiva o de compra. Los depósitos están repletos y la gran masa de los consumidores no puede comprar lo más necesario para el sostenimiento de su vida. Una reducción de la jornada haría desaparecer millones de desocupados y con ello el consumo se acrecentaría enormemente. Y ese aumento del consumo daría un nuevo impulso a la producción. No necesitamos hacer crítica alguna a la esencia de la economía capitalista; no necesitamos demostrar lo absurdo de ese sistema. Para reclamar una disminución de la jornada de trabajo, que no es la revolución, nos basta quedar dentro de los razonamientos capitalistas mismos. Esa reivindicación tan sencilla que podría antojársele a algunos una utopía revolucionaria, podría ser sostenida por cualquier político liberal. Por sí misma no modifica en lo más mínimo el sistema de explotación del hombre por el hombre. Si nosotros la prestigiamos como revolucionarios, es por sus consecuencias indirectas y ulteriores, no porque implique una transformación social cualquiera. Y si profundizáramos el asunto, veríamos que las ocho horas han podido significar un quebranto infinitamente más profundo de la economía capitalista hace cuarenta años, de lo que podrían serlo hoy las cuatro o cinco horas. Una jornada de seis horas, dado el desarrollo técnico que constatamos en todas las ramas de industria, puede llevarse a la práctica sin inconveniente alguno e incluso hasta, para algunos países o para muchos capitalistas, para los especuladores de la talla de Ford, con beneficio comercial. Sufrimos por la disminución de la capacidad de compra del consumidor, llevada al extremo por la desocupación monstruosa de la post-guerra. Si se aumenta la capacidad de compra de los trabajadores, de la masa consumidora fundamental, el capitalismo entraría tal vez en un período de prosperidad general que le resultaría altamente lucrativo.

Henos aquí, pues, tratando de demostrar que la jornada de seis horas resultaría tal vez un inesperado beneficio para el capitalismo. Y hacemos esto para convencer, no a los capitalistas, sino a los trabajadores mismos que son, parece, los que más temen a esa disminución de la jornada de trabajo.

¡Anarquistas! Mientras los gordos diputados socialistas eruptan hoy en el mundo entero himnos al trabajo, a la blusa azul y a las manos callosas, preparémonos para infundir sangre nueva al movimiento del primero de mayo y volverlo a tomar en nuestras manos en nombre de la jornada de seis horas. Por el respeto y la admiración que nos inspiran los mártires de Chicago, nuestros camaradas y nuestros hermanos de fé, es preciso que volvamos a convertir el primero de mayo en un símbolo de aspiraciones proletarias y no en un día carnavalesco de fiesta de los aventureros de la política y los saltimbanquis del obrerismo.

No hace falta más que la voluntad de los anarquistas para que en lo porvenir el primero de mayo sea lo que debe ser: un exponente de fuerzas obreras dispuestas a la lucha y no una procesión de elementos castrados por el cretinismo legalitario y camaleónico.

Bellezas del militarismo



La última noticia de él

AÑO V

BUENOS AIRES 17 DE MAYO DE 1926

N.o 223

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANA[L] ... CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — [Gi]ros a M. TORRENTE

A la buena causa por los medios buenos

El que defiende una buena causa con medios moralmente inferiores, denigra y perjudica esa causa, y más se ganaría con la no existencia de un adepto inescrupuloso, para quien todos los medios son buenos, que con su existencia. Dime cómo obras, y te diré cómo sientes. El que obra canallescamente, aunque diga que lo hace por amor al más sublime de los ideales, es incapaz de abrigar sentimientos nobles y elevados. Los sentimientos y las ideas de los hombres determinan su conducta; un noble sentimiento no puede expresarse en una mala acción. Los que en su vida cotidiana evidencian las pasiones más bajas y los sentimientos más mezquinos y estrechos, y aluden a una gran idealidad, no los creemos: se cubren con un manto ajeno; se parapetan tras una doctrina que no es la suya; usurpan una posición ventajosa, tal vez, para sus apetitos, pero sintomática del más villano mimetismo.

Los métodos de Loyola pueden servir para conquistar una situación de predominio, para llegar al poder e imponer el reconocimiento de las propias complacencias, sea en el campo religioso, sea en las esferas políticas, sea en el movimiento obrero. Entre Cristo y Loyola, hay la misma diferencia que entre un héroe efectivo y su imitador en el teatro; Loyola es el lobo que se viste con la piel de oveja de Cristo para la mayor prosperidad de sus codicias. No ha habido un ideal libre de tales desviaciones, de tales caricaturas y de tales corrupciones. La anarquía no constituye una excepción.

¿Se concibe un gran sentimiento y una gran pasión por la justicia, cuando no se vacila en ser injustos a cada paso, en nuestras relaciones con nuestros compañeros y con el ambiente en general que nos circunda? A la justicia no se va por la injusticia, como no se va a la libertad por la vía del autoritarismo. El que ama realmente la justicia, no puede contravenirla, no puede venderla por treinta dineros, o por una grosera satisfacción de vanidades y de ambiciones personales. El que siente pasión por la justicia, la practica, no la pisotea, la respeta siempre, no la desconoce a capricho ni ante nadie.

No ama la verdad el que miente a sus amigos, a sus compañeros, a sus semejantes, y el que se miente a sí mismo para justificar sus claudicaciones. La verdad es, como la justicia, un sentimiento, no una abstracción metafísica separada de la vida. El que dice luchar contra la mentira y se sirve de la falsedad constantemente como de un arma favorita, es un embustero que se disfraza con vestido ajeno para sorprender mejor a la víctima propiciatoria. Con métodos que repugnan a la veracidad, con sistemas que hacen de la palabra un instrumento para disfrazar el pensamiento real, se pueden obtener posiciones en el dominio de la demagogia, pero no se trabaja por la creación de un mundo nuevo, no se esculpe el hombre del porvenir, sino que se reproduce y se nutre el vicio y la degeneración del presente.

¿Y qué valor tiene la palabra libertad en labios de aquel cuyo corazón anhela el mando, la elevación política o social, sobre el resto de los humanos?



El ahorro es la base de la fortuna...de los banqueros

La palabra libertad es pronunciada por todos los partidos, por todas las clases de la sociedad. Incluso los que nos gobiernan y nos esclavizan por la fuerza, hablan de la libertad y pretenden hacernos creer que la aman y que no la lesionan. Contra ellos nada tenemos ya que decir, ni que reivindicar. Pero sangra el corazón cuando entre aquellos mismos que dicen haber hecho de la libertad un símbolo de lucha y de vida, esa grandiosa concepción no sirve tampoco más que para pronunciar d[iscursos] y cantar himnos a sus maravill[as]. La libertad que no se expresa interiormente — en la extirpación de todo sentimiento de esclavitud y de toda codicia de mando — y exteriormente — en la lucha contra la autoridad ajena, sin tratar de imponer la nuestra, esa libertad que no se manifiesta más que en los discursos solemnes y no en los hechos de cada día, es uno de los más peligrosos y astutos enemigos de la libertad misma.

¿Y cómo queremos hacer creer que aspiramos a la fraternidad humana, al amor, si en cada uno de nuestros gestos se trasluce la insolidaridad, la malevolencia, el odio? No es posible un sentimiento fraternal en el que practica el odio y hace de la maldad un arma, contra el camarada o contra el extraño, contra el proletario o contra el burgués, contra el blanco o contra el negro. Hemos conocido a un hombre justo, veraz, bueno, amante apasionado de la libertad y de la fraternidad: Kurt Wilckens. Kurt Wilckens era incapaz del odio y no ha odiado siquiera a Varela, el asesino. Por eso ha impresionado tanto su heroismo y ha causado tanto respeto su gesto. Cuando ponemos mentalmente frente a Wilckens a muchos de los que pretenden cantarle loas, nos duele el alma y sentimos un profundo desprecio hacia tan grande doblez.

La fraternidad no puede traducirse en odio al hombre, en maldad sistemática, en insolidaridad. El que nos dice que abriga sentimientos fraternales y esgrime armas ruines para vencer y doblegar al adversario, miente.

Se nos está combatiendo hoy, por elementos que se parapetan tras el manto de la anarquía, con las armas más indignas, bajas y desleales que uno se puede imaginar. No juzguemos a los que así obran; pero podemos monologar y confesar ante nuestra conciencia, los propios sentimientos. Nosotros no esgrimiremos esas armas ruines y desleales para defender nuestro ideal de libertad y de justicia, y menos aún para hacer frente a los adversarios que se reclaman de nuestro propio campo.

Se sabe que la burguesía no vacila ante ningún medio, siempre que se trate de obtener los fines perseguidos; pues bien, tampoco combatiremos a la burguesía con sus propios medios. Una buena causa que no sea defendida y propagada con buenos medios, pierde su pureza, su superioridad moral, porque sus supuestos defensores, que son capaces de recurrir a una vileza en su defensa, demuestran que no la comprendieron ni la sienten. El arma villana contra el amigo o el adversario, envilece a quienes la emplean; el que hoy es desleal en la lucha, no puede ser leal mañana en la vida libre, y, al menos, no tiene derecho a hablar de sentimientos superiores y a predicar una elevación de la humanidad para la comprensión de sus destinos. No, no combatamos siquiera a la burguesía con armas indignas de nuestras sublimes ideas, a pesar de que ella no vacile en aniquilarnos con todos los medios. Hay que vencer el mal por la fuerza del bien, hay que destruir la injusticia con los sentimientos justicieros. El odio engendra el odio, no lo extirpa. La maldad engendra la maldad, no la suprime del corazón humano. El odio contra las malas instituciones no excluye el amor a los hombres, la fraternidad.

He aquí una consigna de reconstrucción: ¡a la buena causa por los buenos medios! El jesuitismo no sirve a Cristo, sirve a la iglesia, dos polos opuestos. La intriga jesuítica, la malevolencia, el odio, la insolidaridad, el arma indigna y rastrera pueden ganar victorias para el encumbramiento de nuestras personillas o para la satisfacción de nuestras vanidades, pero conspiran contra la anarquía. A la anarquía no se va por la vía del mal, de la insinceridad, de la mentira, de la calumnia. El triunfo de esas bajas pasiones, que son el polo opuesto de las malas pasiones que quería desencadenar Miguel Bakunin, es una derrota de la anarquía, en todas partes y siempre.

El que tiene ante sus ojos una buena causa, no recurre a medios innobles, porque no los necesita ni puede rebajarse a emplearlos. La buena causa requiere, en todas partes y siempre, buenos medios para defenderla, propagarla y afirmarla.

MAX NETTLAU

UNA RENOVACION DEL ESFUERZO ANARQUISTA FRENTE A LA REACCION MUNDIAL



Al atravesar sin guía ni mapa un gran bosque, o al subir a una montaña poblada de árboles, se es llevado a menudo, por resplandores que se manifiestan de tanto en tanto, a creerse al fin del camino, mientras que no son más que claros, pequeñas praderas o una nueva terraza de la montaña lo que tenemos ante nosotros, y el camino prosigue aun muy lejos. De igual modo si ahora se mira hacia atrás sobre la evolución histórica o científica, que necesitó siglos y mil peripecias para culminar en una solución un poco definitiva, vemos en qué grado fué grande desde el principio y en cada etapa la esperanza de llegar pronto al fin, cómo han sido también grandes la laxitud y la desilusión, grandes las pausas, los desvíos, los extravíos, pero al fin se llegó a la culminación de casi todo.

Lo mismo ocurrirá con el socialismo y la anarquía que nos son tan caros. Tenemos hoy una sonrisa para las grandes esperanzas de Robert Owen y de Charles Fourier que, hace un siglo, creían poder convencer a los ricos y a los poderosos de las verdades sociales mediante un razonamiento lógico y la apelación al sentimiento generoso, o por el ejemplo de un Falansterio acabado que, como el modelo de una nueva máquina útil, se reproduciría generalmente. Sonreímos ante las esperanzas blanquistas que se basan en algunas barricadas y en un golpe de mano sobre el Hotel de Ville. Pero otras esperanzas, más vastas y sólidas, fueron también frustadas — la Internacional de 1864 que, durante algunos años, pareció que abrazaría millones de trabajadores de todos los países, se ha desvanecido pronto después de la derrota de la Comuna en 1871, y las luchas intestinas de los años 1871-72. El parlamentarismo obrero, nueva gran esperanza de una parte de esa Internacional deshecha, quedó ensombrecido igualmente por su éxito mismo — cuantos más diputados y electores socialistas hay, menos socialismo existe: ese es un axioma por decir así, matemático, resultado de largos años de experiencia. El sindicalismo la parte antiautoritaria de la Internacional no ha dado tampoco los frutos que se esperaban y se esperan aún de él: ha obtenido un grado de expansión y de intensificación según el cual su fuerza interior, **extraída del suelo** por una planta, extraída **de las masas** obreras que constituyen y reconstituyen continuamente el medio sindicalista, no ha sido bastante grande para impulsarle hacia adelante, hacerle florecer amplia y armoniosamente, sino que produjo crisis diversas todavía no superadas. Las ideas anarquistas, necesariamente, siendo como son la concepción socialista más completa y más refinada, la que, aun teniendo sus verdaderas raíces en la libertad humana que cada individuo ejerce instintivamente en las innumerables funciones de su vida personal, en apariencia la más lejana de la rutina cotidiana, esa enemiga de todos los instantes de la libertad humana, las ideas anarquistas, pues, excesivamente favorecidas por la desviación de numerosos hombres y mujeres generosos, por el talento de algunos, por el ejemplo siempre creciente de la insuficiencia del autoritarismo, han llegado igualmente a un grado de crecimiento en que les haría falta alguna fuerza adicional, algún impulso nuevo para crecer más. En fin, el estatismo que culminó en la guerra, llegó también al fascismo, ha producido por contagio ese socialismo venenoso encenagado en el autoritarismo, el socialismo dictatorial, completamente inevitable parece, de un período de recrudescencia autoritaria general. Hay aún, no lo olvidemos nunca, al margen del socialismo y de la anarquía, por demasiado cerrados y enclaustrados, movimientos muy diversos de aspiraciones sociales, morales, intelectuales, a menudo incompletas pero con frecuencia generosas y que abarcan muchas fuerzas y buenas voluntades que el socialismo y también la anarquía demasiado rigoristas algunas veces, etiquetados, no supieron asimilarse.

Pero ¿a qué distancia estamos de nuestro objetivo, de un socialismo verdaderamente igualitario y libertario? — eso lo ignoramos completamente. Se figuró uno entrever ese fin tantas veces, — hace ya de cincuenta a sesenta años hubo apresuramiento por dar a la Internacional una organización que fuera imagen de la sociedad futura, un cuadro que llenase los primeros elementos del orden nuevo — después se confió en la revolución social, luego en la acción directa del sindicalismo y en que la sociedad nueva surgiría del sindicalismo mundial, — para algunos vino más tarde la organización por consejos, el *Rätesystem*, — el sovietismo era el camino directo hacia la realización socialista; — pero todo eso fueron esperanzas frustradas, esfuerzos demasiado débiles y *algunos siglos después* es probable que se sabrá exactamente que todo eso no *podía triunfar* aun porque la distancia a recorrer era, — es, pues, — mayor y está más sembrada de obstáculos de lo que alguien de nuestro tiempo haya podido prever.

Estas reflexiones no terminan para mí en un desaliento — al contrario, es la comprensión de las dificultades enormes lo que explica por qué las esperanzas de una solución más rápida han tenido que marchitarse: cuando se está en el primer trozo del camino solamente no se puede estar en su último trecho ya y la distancia entre la organización social secular basada en el acaparamiento y la dominación de unos sobre el despojo y la obediencia resignada de los otros y una sociedad de iguales y de libres es evidentemente muy grande. No nos damos cuenta a menudo de los cambios que se necesitarían verdaderamente, no sólo materiales, sino también mentales y morales en un gran número de hombres y mujeres, para que un ideal realmente socialista pueda comenzar a ser realizado—y al buscar más bien el medio de abreviar la distancia que de llegar al fin con una masa verdaderamente preparada y dispuesta a la vida nueva, hacemos peligrar aun la eficacia de nuestra acción.

Una masa no preparada puede tener todo el poder en sus manos, como en 1917 en Rusia, como en 1918 en Alemania — todo se le deslizará de las manos, como en Rusia, como en Alemania — y esos esfuerzos han quedado aislados, no apoyados por los otros países, lo mismo que la Comuna de 1871 fué sofocada en el aislamiento. El heroísmo anarquista, la determinación sindicalista han estado siempre frente a un aislamiento parecido. No fué nunca labor perdida, lejos de ello, pero la inercia de las masas remachadas al sistema actual, a la rutina de todos los días es tan grande que ni el clarín de la revuelta, el resplandor del incendio revolucionario en el país vecino, el acto de abnegación anarquista, de solidaridad sindicalista, de acción directa palpable ante sus objos, a sus puertas, no han podido sacudir esa somnolencia.

Tanto menos, pienso, cesará esa somnolencia por alguna espontaneidad milagrosa, ni gracias a alguna organización, útil sin duda, pero siempre necesariamente sumaria y en la superficie, influenciando a unos y modificando muy poco a los otros, creando organismos de composición muy desigual para ser verdaderamente sólidos y capaces.

Los años pasan en el curso de todo este trabajo muy poco coordinado, a menudo obstruyéndose mutuamente y que está lejos de producir los hombres de la sociedad nueva tal como nosotros la soñamos. ¿Qué harán esas masas de comunistas fanatizados que se cultivan hoy a todo vapor, — esas masas de socialdemócratas imbecilizadas y cada vez más desorientadas que ven ensombrecerse el parlamentarismo, el marxismo, el reformismo y no saben poner nada en su puesto, — esas masas de sindicalistas incluso, en otro tiempo tan penetradas de sentimiento libertario y de espíritu de acción, hoy desgarradas entre sí y en parte puestas a remolque de los partidos políticos socialistas? Y hasta se podría decir: ¿qué harán muchos, muchos anarquistas presentes que se extravían en la discusión intestina sin fin y buscan más bien los medios de perfección personal, aunque fuese al precio de un aislamiento casi completo, que los medios de *cooperar* con libertarios de matiz un poco diferente, e incluso con cualquier otra fuerza no autoritaria y anticapitalista de buena ley, cosa especial tanto para el esfuerzo final como para la vida nueva? Existe, — según mi impresión, una disgregación enorme de las fuerzas anticapitalistas y por eso, más que nada, recibe todo el sistema presente un apoyo que ninguna otra fuerza habría podido darle.

Este sistema, reconocido generalmente como el bandidismo legalizado y soportado por la fuerza armada y por la "servidumbre voluntaria", ha vivido gracias a la estupidez de las masas por su servidumbre a través de las edades — pero subsiste desde hace mucho tiempo sólo gracias a la incapacidad socialista para saber ponerle fin. Coloquémonos un momento en la piel de un obrero indiferente de nuestro tiempo. Si quisiera acercarse al socialismo, a la anarquía, encuentra, no uno, sino tres, seis que están en lucha a muerte cuyos periódicos están llenos de polémicas y de desprecio supremo hacia los otros matices; encuentra esa misma vida de partido en las organizaciones y en los grupos, en la literatura y vé en qué grado absorbe todo eso las fuerzas y empequeñece la acción. Se asocia a una de esas fracciones o pierde la confianza en todas y queda en su casa. En el último caso será tal vez un socialista silencioso de la vida privada, pero que estará en su puesto el día de la lucha — o será reabsorbido por la vida banal, se interesará por el deporte o cosa parecida y sentirá un escepticismo absoluto.

Me parece que a pesar del grande, del muy grande esfuerzo socialista, sindicalista, sindicalista y anarquista en tantos países, una parte enorme del pueblo vacila aún en ocupar su puesto en las filas avanzadas porque no puede adquirir esa verdadera confianza en la idea socialista que inspira a los convencidos serios; o bien, atraído por el ambiente, entra en las organizaciones socialistas, pero sin sentir mucho deseo de hacer propaganda y de acción. El socialismo de todos los matices es verdaderamente demasiado incompleto aún y hace demasiado poco por adquirir una verdadera competencia. Hay quien cree que todo se ha dicho ya, que todo está en los libros, folletos, programas, etc. y hay quien cree que es inútil ocuparse de detalles, etc., que la espontaneidad o una experiencia (necesariamente inexperimentada en su comienzo) harán lo necesario en el momento decisivo — y hay muy pocos que creen en la necesidad del estudio previo y que lo practican verdaderamente, sin pedantería, como se hace en no importa qué ciencia viva que no descansa un solo instante, que se renueva constantemente y que no cree ni en el manual de la década pasada, aunque fuese el mejor, ni en una hora futura de realizaciones espontáneas milagrosas, sino sólo en su trabajo y en su estudio incesantes, jamás acabados y siempre en avance. Desde hace largo tiempo la ciencia ha sabido deshacerse de las querellas doctrinarias y personales que estuvieron a su altura en el siglo XVII ya y después fueron en decrecimiento; desde hace mucho la ciencia ha eliminado el factor azar; esa espontaneidad esperada tiene una apariencia muy libertaria y tendrá un puesto cada vez mayor en un medio verdaderamente libre, pero tiene también una de las raíces en la teología la creencia de lo desconocido, de lo extra-natural, resto de la fe en la intervención divina, el *deus ex-machina* de las tragedias griegas. Entre la autoridad preestablecida y el azar presupuesto existe, pues, el verdadero camino del trabajo y del esfuerzo continuos de la ciencia — y los socialistas lo desdeñan demasiado.

Así ocurre que el capitalismo decaído moralmente y a quien un vigoroso impulso de los obreros pondría a la puerta de las fábricas en cualquier momento, si los obreros lo quisieran, disfruta de una prolongación de vida, de una inmunidad inesperada y no se ha hecho decir dos veces que se aproveche más y más; sus aprensiones experimentadas en 1917-18 se han desvanecido desde hace mucho y ha tomado la ofensiva bajo la forma de fascismo más o menos internacional. Hay que verle, tan orgulloso como nunca en los países ricos, en los Estados Unidos, etcétera, y dócil, chupando sin embargo la última gota de sangre de un país empobrecido, como Alemania, y en términos bastante convenientes con el diablo mismo el sovietismo supuestamente comunista, en Rusia. No vacila ya y hace conquistas, penetra en la mentalidad de las naciones como nunca. Leed esos libros terribles de Sinclair Lewis en los Estados Unidos, *Maint Street* (año 1920) y *Babbitt* (1923) y veréis con qué intensidad más insinuante y absorbente que jamás lo haya sido un credo religioso o bien muy parecido al fanatismo religioso más desarrollado, esa mentalidad penetró en el pueblo norteamericano, — pero lo mismo ocurre en cualquier otro país; *Main Street* no sólo es ese bloc inmenso de los Estados Unidos, es el mundo capitalista entero, independiente de las diferenciaciones locales.

Entonces ¿se cree verdaderamente que al lado de ese envenenamiento mental y moral la población obrera permanece sana y en salvo? No, es atraída de mil modos hacia el mismo torbellino y el socialismo disgregado, las organizaciones formales no tienen la fuerza intelectual y moral para obrar en contra y nuestros grupos libertarios, bastante desgarrados también ellos, tampoco. Todos sufren ese retroceso, esa degradación progresivas y los años pasan agravando el mal.

¿Hay un remedio? Tal vez no—tal vez se luchará en vano conra la marcha hacia atrás de todo el mundo, como en los siglos cuarto y quinto de nuestra era se luchó en vano queriendo continuar la civilización y la ciencia adquiridas y se tuvo que llevar por largo tiempo luto por el progreso y atravesar los siglos más negros de la historia. Tal vez *Babbitt* y *Mussolini*, esos dos tipos capitalistas perfectos, nos preparan nuevos siglos negros. Pero hay que trabajar sin embargo y siempre llenos de esperanza — ¿qué se podría, pues, hacer?

Al lado de ese trabajo y de ese estudio que deben hacerse, pero que no se hacen a la voz de mando, hay ciertas cosas que se podrían hacer sin gran dificultad, si sólo se quisiera salir de una rutina a veces bastante egocéntrica. Voy a hacer esas proposiciones bajo forma de sueño o de ensoñaciones, de tal modo se alejan de las cosas que se hacen realmente. Que se me permita soñar un poco.

Sueño, pues, con periódicos que excluyeran la polémica contra personas y organizaciones y que pusieran la de las ideas en un nivel más elevado e instructivo. Pienso que en proporción a nuestro gran objetivo y al trabajo enorme que queda por hacer, nuestras propias cualidades y defectos y los de las organizaciones son de importancia mínima y que se balancean mutuamente, de suerte que no vale la pena hablar de ellas. Cada trabajo efectivo produce también algunas pérdidas, algunos desechos; son gastos falsos que sin duda hay que limitar, pero no por discusiones públicas que les dan una importancia demasiado grande.

Esos periódicos harían aun mucha propaganda elemental y práctica, partiendo de las actualidades de la hora. Habrá

siempre otros periódicos o revistas para discusiones más avanzadas, pero hay tanto terreno nuevo que romper, tantos desilusionados que volver a ganar, que sería bueno que los periódicos mayores, los que pueden hacerse más atractivos para las masas se tomen el trabajo de crear un nuevo impulso socialista y libertario en el pueblo.

Eso sería secundado por un esfuerzo nuevo continuo de los grupos y de los sindicatos para ser verdaderamente de buen consejo y de ataque en las cuestiones de actualidad de su localidad y oficio — no bajo forma de política local y de reformas, sino bajo la del buen sentido y el buen ejemplo antiautoritario y de acción directa. Adquirirían así un nuevo prestigio que les llevaría a actos mayores de ese género y crearía entre ellos y el pueblo esa solidaridad íntimamente sentida que es la única que puede hacer posible su cooperación en la hora de la verdadera gran lucha.

Se pasarían por alto las divisiones existentes; entre los hombres que quisieran trabajar así habría amnistía y tregua completas — los que quisieran continuar querellándose serían libres de hacerlo; se haría bien en no ocuparse de ellos y en no mostrar ninguna curiosidad por sus actos.

Así más o menos se renovarían nuestras filas y se haría renacer un interés popular verdaderamente amplio que la excesiva intolerancia presente hacia cada inclinación personal no puede crear. Estas disensiones no son bastante decisivas y claras para apasionar los ambientes más amplios y hacen que se pierda ese tiempo precioso en que la reación hace sus conquistas nuevas.

La idea libertaria es tan rica y tan amplia que una vez aceptada seriamente por alguien, arraiga en su cerebro y en su corazón, de la manera congénita a su individualidad. Será, pues, según las influencias que han formado su carácter, más social o más individualista. Es, pues, el individuo mismo el que determinará eso, y no algún propagandista, periódico o pensador libertario reconocido. Si Kropotkin defiende el comunismo apasionadamente, no es que establezca por eso la supremacía del comunismo sobre un individualismo social, sino que muestra sólo que esa manera de sentir convino más a su naturaleza, y lo mismo ocurre con Malatesta y con todos los demás a quienes se cataloga entre los que no aman el individualismo. Si otros sienten más que ellos la necesidad de individualizarse, aun quedando en el terreno social común a unos y a otros, es enteramente asunto suyo — sus ideas especiales no son más que el reflejo de sus sentimientos y necesidades personales. Como no queremos producir hombres que piensen según Kropotkin o según Malatesta, o según tal o cual individualista, supongamos Armand o Molaschi, sino hombres *que piensen según su propia naturaleza*, toda esta discusión al respecto, interesa poco al público, y así pasa con otras muchas cuestiones que restringen la amplitud de las concepciones libertarias. Lo mismo pasa con los métodos, etc. — Pienso que somos aún tan pobres, tan poco numerosos, que no debemos rechazar ningún concurso sincero y que importa muy poco el que nosotros, los artesanos de la primera hora, seamos más o menos imperfectos — lo que importa es que se trabaje, que se rompa nuevo terreno y no que, en medio de la terrible lucha presente, se dispute y se corrija uno mutuamente, hasta considerarnos nosotros mismos pequeños santos inmaculados en lucha con una multitud de diablos, [illegible] decir, de camaradas que tienen opin[illegible] es un poco diferentes de las nuestras [illegible]ones

Pero, ¿cuándo llegará esa re[illegible] Verdaderamente sería ya tie[illegible] novación? ha pedido mucho, que se h[illegible] mpo. Si se un esfuerzo pasajero. Est[illegible] ga al menos blará mucho del cinc[illegible] verano se hamuerte de Bakunin, el [illegible] tenenario de la (1876). Entonces, [illegible] 1o. de julio de 1926 rales, se proclan[illegible] des pués de sus funefuerzo para h[illegible] q[illegible] se haría un essocialistas, eso no [illegible] sar las luchas entre razón para no hac[illegible] durá, pero no es una pués — tanto tir[illegible] r cincuenta años deslas dos fechas — [illegible] mpo ha pasado entre toritarios y anti[illegible] un nuevo esfuerzo. Autados, es inevita[illegible] autor itarios, están sepade unir esos [illegible] ble; el socialismo no pueaunque todos [illegible] esiaho nes tan diferentes, de la libertad [illegible] e deri van de la concepción . — P[illegible] ero entre anarquistas y sindicalistas, divididos por matices de opiniones y personalidades, *sería un hermoso testimonio a la memoria de Bakunin* si esa idea de 1876, se volviera a tomar en 1926: *si se declarase en esta ocasión el olvido de las recriminaciones del presente y del pasado* y se guardase uno de volver a comenzar nuevas recriminaciones. Eso no duraría siempre, sin duda, pero sería, al menos, una experiencia interesante y hecha en una circunstancia en que la memoria de ese hombre nos reuniría a todos no implicaría una concesión o una cesión para nadie; nadie sería sindicado de haber dado el primer paso. Eso no implica una indiferencia ante los matices de ideas, y no puede, evidentemente, hacer ceder el paso por algún tiempo a todas esas bagatelas ante la gran necesidad que siente nuestra propaganda de ensancharse y de afirmarse en este mundo de Babbitts, de Mussolinis y de socialistas autoritarios, que están moralmente a remolque de ellos.

He aquí mi sueño. No se aplica a ningún país en particular. Reconozco e ignoro mucho las dificultades locales de cada país. Pero todo ello no debería ser un obstáculo si quisiéramos apresurar un poco nuestro progreso hacia el gran objetivo, la *anarquía*.

18 de marzo, 1926.

D. A. DE SANTILLAN

A NADAR SE APRENDE EN EL AGUA O LA LIBERTAD SIN FRENO

Los que confían en el poder creador de la libertad son infinitamente pocos en comparación con la inmensa mayoría de los que quieren poner a la libertad un freno, sea en defensa de sus intereses, sea porque no creen en la vida libre.

El miedo a la libertad o la falta de confianza en su lógico desenvolvimiento son sin duda obstáculos que tendremos que vencer antes de llegar a la tierra de promisión del futuro. Si no compartimos esas preocupaciones, si no tememos a la libertad ni desconfiamos de ella, podemos, sin embargo, explicarnos psicológicamente el estado de ánimo de aquellos que sinceramente quisieran mantener las argollas esclavizadoras en las manos del hombre libre. Serían legiones los amigos de la libertad, si una historia milenaria no nos hubiera inculcado, en el corazón y el cerebro, por una parte la servidumbre voluntaria y por otra el miedo a la libertad. Hay, sin embargo, en el fondo de todo esclavo, de todo hombre, una posibilidad de amar y de comprender la libertad. Preguntad a cualquier honesto comerciante o a cualquier dignísimo industrial si no le gustaría la vida por nosotros entrevista de amor, de solidaridad y de libre iniciativa; os dirán que ese es un paraíso, pero que es irrealizable, os dirán que, si todas las personas fueran como ellos, no se necesitaría guardia civil, cosacos, gobierno, etc., pero que hay gentes malas que en cuanto faltase el respeto impuesto por el tricornio o el sable del gendarme, cometerían estragos. Para esas malas gentes será siempre necesario el carcelero, la ley, el juez, el gendarme... ¿Creéis que hablan siempre con maldad, con picardía los honestos comerciantes cuando hablan así? No. Individualmente, todo el mundo se considera bueno, capaz de regirse por sí mismo, de formar su propia ley; cuando se reclama el gendarme, el juez, el carcelero es cuando uno se refiere a los demás, a los vecinos o a los extraños, a los habitantes de otro barrio, de otra [illegible] idea o de otro país. ¿Por qué esa desconfianza del hombre en el hombre? Esa desconfianza justifica todos los despotismos, y nosotros, los anarquistas, debiéramos esforzarnos por desvanecerla, proyectando, al contrario, esa fe en sí mismo en la posibilidad de gobernarse sin intervención de autoridad extraña, sentimiento que existe en todos los hombres, del individuo a la humanidad entera. Es precisamente la convicción que nosotros podríamos vivir mejor sin leyes y sin autoridad ajena que con ellas, lo que nos hace suponer que todos los hombres podrían hacer lo mismo. No somos de una pasta fundamentalmente distinta de la del resto de la humanidad; por el hecho de amar y de propagar conscientemente la anarquía no nos consideramos una categoría humana excepcional, de una pasta distinta. Somos como todas las demás criaturas, tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. Pero con defectos y cualidades bien evidentes, cuando se trata de la libertad, a veces nos creemos erróneamente una especie de seres escogidos para la vida libre; un camarada de Gijón aseguraba hace poco: el "¡haz lo que quieras!" está bien para nosotros, para una minoría anarquista consciente, pero la gran masa necesita un freno, necesita, más o menos, que se doren sus cadenas con el mejunje milagroso de un gobierno obrero; otro camarada de Andalucía nos repite la misma inquietud: la libertad no vale una bicoca si los hombres no saben hacer uso de ella y, en resumidas cuentas, propone que sentemos cátedra de maestros Ciruela de la libertad. ¡Siempre Pedro que ama a Cristo y lo reniega tres veces! La libertad no es una doctrina, la libertad es un hecho, camaradas! En los libracos de filosofía y en las cátedras universitarias se habla de la libertad, se razona sobre ella, pero no se siente; en un profesor que nos explique un curso sobre la libertad puede faltar todo instinto y toda pasión libertaria. No, no es esa nuestra libertad, nuestra libertad es un hecho, es la vida que rompe las trabas impuestas a su desenvolvimiento, nada más. La libertad mía puede ser distinta por su radio de acción a la tuya, la libertad no es una doctrina que pueda condensarse en determinados mandamientos o enseñarse como se enseña un catecismo; si hay una idea indisolublemente unida a la práctica es la idea de la libertad. No hagamos de ellas una noción metafísica, dejémosle las proporciones humanas que tiene, de acuerdo a la razón y a las necesidades de cada uno.

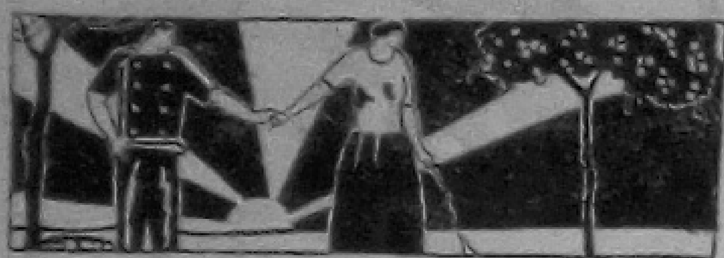
Lo mismo que a nadar se aprende en el agua, a vivir la libertad no se aprende más que en la práctica de la libertad. No seríamos nosotros los que fuéramos llenos de confianza a un lago después de haber escuchado una conferencia de un profesor de gimnasia sobre el arte de nadar. No, nosotros queremos aprender a nadar, nadando en el agua y no en seco. Lo mismo queremos aprender a vivir en la libertad, siendo libres.

Una voz nos interrumpe: ¿y qué harán los hombres que no sepan hacer uso de la libertad, que no sepan servirse de ese instrumento? — ¡Que hagan de su capa un sayo, si así les parece bueno! Por lo demás, sinceramente, no podemos imaginarnos, no obstante todo el esfuerzo mental, un individuo que no sepa qué hacer de su libertad. El planteamiento de esos problemas perogrullescos equivale a cortar los cabellos en cuatro, a metafisiquear por metafisiquear. Si se nos dijera: ¿Qué hará el pobre campesino cuando no exista ya la langosta?, no sabríamos qué responder a tan profunda sabiduría. Cuando se nos dice: ¿qué será del hombre que no sepa hacer uso de la libertad?, nos quedamos también un poco perplejos en pose de meditación; pero acabamos por rascarnos la punta de la nariz sin haber hecho claridad en el espíritu. ¿No sería más que absurdo asegurarnos previamente de lo que harán nuestros compañeros presos si se les pusiera en libertad antes de iniciar una campaña de propaganda pro-amnistía? Que hagan lo que se les antoje, que se mueran de hambre en su domicilio amarrados en blanca si eso les agrada y no quieren la libertad, pero nuestro deber humano es libertarles, aunque alguno de ellos, desagradecido, se robe después el asno de Sancho Panza.

Doctrinarios impenitentes e irreductibles: ¿la esclavitud es una condición humana de vida o no? Respondéis unánimemente que no. Esa es también nuestra opinión. La esclavitud es siempre degradante, en cualquier grado que exista y cualquiera que sea el sofisma con que se trate de justificarla. Allí tenéis el espectáculo del obrero contemporáneo; vive peor que un esclavo de la antigüedad, y aun no hace muchas décadas que los negreros norteamericanos reprochaban a los industriales europeos que eran más inhumanos con sus obreros que ellos, los negreros, con sus esclavos, a quienes alimentaban y trataban, al menos con el interés con que se cuida un caballo, para servirse mejor de él. Pero aunque el esclavo haya estado económicamente mejor que un proletario industrial de nuestros días, el proletario no volvería por nada del mundo a la situación degradante de la esclavitud. Es verdad, ha roto para siempre una forma de esclavitud, pero cayó en una esclavitud nueva. La misión que nos compete es libertar al hombre de la esclavitud que sufre sin tener la pretensión de enseñarle lo que ha de hacer cuando sea libre. ¡Que haga lo que quiera! Tal vez el esclavo de hoy, libre de sus cadenas, pueda enseñarnos a nosotros, maestrillos inflados de egolatría, la potencia creadora de la libertad. Tengamos fe en la vida, confiemos en la libertad sin freno.

Y en último resultado, después de milenios de servidumbre, después de haber arrastrado cadenas en nombre de dios, del monarca, de la república, del pueblo, del socialismo marxista, probemos la libertad plena, absoluta, sin traba ni bozal alguno. Un estado de cosas peor que el presente no puede producirse. La gama de la autoridad ha sido ensayada en todas sus gradaciones; sería ya hora de probar la vía de la libertad sin ninguna restricción. Con la historia del pasado y del presente en la mano, podríamos demostrar con Proudhon, que la libertad no es la hija, sino la madre del orden, que si la humanidad no ha enloquecido en el fárrago de leyes y de disposiciones autoritarias fué porque, al margen de la vida decretada por los poderes dominantes, quedado siempre un relativo espacio para una determinada posibilidad de vivir y de crear en la libertad. Hasta hoy, después de haber ensayado la autoridad toda la gama de sus graduaciones, jamás absorbió enteramente nuestra vida el mecanismo de la dominación y la explotación del hombre por el hombre, siempre hem[illegible] sabido salvar algún resto de autonom[illegible], algún campo de actividad espontánea. Desafiamos a los estatistas más celosos a que nos muestren una sola persona, del rey abajo, que obre según la ley. La vida legal no nos domina en absoluto, aunque, ciertamente ha sabido canalizar una parte importante de nuestra existencia de forma que nos obliga a mantener un monstruoso parasitismo social. Rompamos aún los lazos legales que mantienen el desórden injusto e infame que maldecimos, y veremos cómo, en la libertad absoluta, nace el orden más perfecto e irreprochable, un orden viviente, en evolución incesante según las necesidades y aspiraciones de la vida misma y no según los caprichos o los apetitos de los privilegiados.

Que se intente poner frenos a la libertad en nombre de la teología o del derecho político o del gobierno obrero y campesino, nada nos extraña, pero en nombre de la anarquía, no, no podemos consentirlo. En materia de libertad no hay más que dos polos irreconciliables, el de los que la aceptan y el de los que la niegan, y entre esos dos polos tenemos que elegir



forzosamente. Nosotros, como anarquistas, no queremos que la libertad sea una frase, no queremos que se convierta en una doctrina separable de la vida. La libertad es lo contrario de la esclavitud; si consideramos que ésta disminuye el contenido de la vida, aceptemos aquélla, que ofrece la garantía del pleno desenvolvimiento de nuestras posibilidades. Buscar un término medio es buscarle tres pies al gato.

La libertad del prisionero que dice a sus verdugos: "¡dentro de estas cuatro paredes mi espíritu es libre!" nos consuela muy poco. Y es, ni más ni menos, esa la libertad que muchos libertarios desean en primera línea. ¿Por qué? Una explicación unilateral sería insuficiente. Renunciamos a aclarar ese extraño deseo, que en todo caso nos parece revelar una vida real muy pobre. Ciertamente, cuando se nos aprisiona el cuerpo, decimos, por decir algo, para engañarnos a nosotros mismos: el espíritu es libre — pero sólo para engañarnos a nosotros mismos. La libertad del espíritu sin la libertad del cuerpo es tan absurda como la libertad política sin la igualdad económica. La libertad física es la primera condición para el florecimiento de la libertad integral.

He ahí el objetivo de nuestras luchas: la conquista de la libertad física para los hombres, el quebrantamiento de las cadenas exteriores. Sólo entonces aprenderá el hombre a vivir en la libertad. La libertad separada de la vida real es como la teoría de nadar fuera del agua; nos sirve para filosofar, pero no para nadar efectivamente. Y ya podríamos presentar ejemplos de teóricos de la libertad que se ahogaron en la vida libre. Ahí está Rusia y el ejemplo de muchos anarquistas en ella. Cuando llegó el momento de la acción, fueron los campesinos ignorantes de Ukrania los que demostraron que sabían nadar mejor que los teóricos del nado libertario encastillados en Moscú o en Petersburgo, y redactando allí periódicos anarquistas.

At.

POR LOS SALONES

La obra del pintor José A. Merediz, es casi desconocida en nuestro país, siéndolo también para nosotros. El juicio que podríamos formarnos acerca de ella, es así más difícil e inseguro. A los que le seguimos paso a paso y año a año en sus envíos a los salones colectivos o en sus muestras personales, la composición de lugar no nos resulta tan violenta como en el presente caso.

Las veintidós telas que exhibe en "Los Amigos del Arte", óleos todos, parecen abarcar distintas épocas y una manera ya superada. Las últimas, que se hallan en la primera sala, datan del año 1922. Cuatro años para un artista en el aprendizaje — suponemos que se aprende siempre — y perfección de su arte, es una grave etapa en el sentido de su significación. Muchos progresos son acaecederos, y a veces hasta pueden ser factibles cambios radicales y hondas evoluciones.

Por ende, confesamos nuestra perplejidad ante estas obras modestas y parcas en su retórica. De desnuda honestidad, chocan un poco por su oposición con la tropical énfasis pictórica de la mayoría de los artistas nuestros. Muestran con agradable franqueza las limitaciones y los alcances, los defectos y calidades del autor. De todas las artes, la más indiscreta es la pintura, dice Fromentin. Ello sucede casi siempre con más o menos evidencia. Merediz es uno de los ejemplos más transparentes y claros. Ante suyo, nadie se puede llamar a engaño. Gusten o no gusten sus cuadros, no se podrá acusarlo de atraer con algún *trompe l'oeil*, es decir, con algo que se prometía y luego no cumplió: virtuosidad aparente, causa de vacío interior. Es un pescador que no pone cebo en el anzuelo. Si los peces quieren picar, que piquen. Si no, cada uno a sus negocios. Sea ésta una postura espiritual inconsciente o involuntaria, mereció nuestro aprecio.

Y los peces se vieron desconcertados, es más, sin saber donde aferrarse o a qué atenerse. Y estos peces, que pueden ser ni más ni menos que los artistas, — obligado público de toda exposición — emitieron juicios decisivos, sin darse la pena de fundamentarlos. Esto hicieron la mayoría de ellos, con sus inevitables excepciones. No les pareció un mérito de por sí, que esta pintura fuera legible, llana y tan desprovista de los sólitos alardes oratorios del pincel. No había pinceladas valientes que admirar ni recetas culinarias que elogiar, como en los cuadrazos de los aventajados discípulos de la academia: los triunfadores de la hora.

Ensayemos, pues, a definirle a Merediz una personalidad postiza y provisoria a través de esos lienzos, — una labor transpuesta algunos años hace. Parecería un arte hecho de renunciaciones. Pero no nos engañemos acerca de este aspecto. Es suprema virtud cuando por sobra o plétora de sentimientos o de dones se posee el valor de renunciar a ellos para quedarnos con lo imprescindiblemente necesario, evitando la exhibición impudorosa de la fatal exageración de nuestras calidades; y otra cosa es que la renunciación sea ingénita a nuestro temperamento. Algo así como una ley emanada por todo nuestro ser. Podrá ser interesante y meritorio ser rubio, o negro, bello o bonito, pero es independiente de la voluntad de uno mismo.

Nos proponemos enunciar lo siguiente: que la apariencia general de corrección austera ofrecida por la pintura de Merediz, se debe exclusivamente a cualidades físicas. Asimismo no pierde su valor. El rubio no dejará de serlo, por no haberlo querido. Por eso será que ella llega a infundirnos una impresión de correcta pasividad, y pese a lo vibrante *per sé* de sus tintas — rojos, verdes, azules sumarios — de armonías de ritmo fragmentado y tonalidades insonoras. Reparo que oponemos más bien al espíritu de su arte, que a la formalidad plástica.

Si el distingo peca por sutil, ya que el espíritu y la forma es un todo indisoluble, el pintor que hay en Merediz y domina hoy su oficio, sale airoso en más de una prueba. A veces le sucede a medias. Por ejemplo, en el *Puente de San Luis*, cuyo primer término de peñascales está deshecho, destruído, presentando una masa opaca y confusa que desmerece la composición total.

En cambio, en las naturalezas muertas parece que sus facultades pictóricas se abandonasen a su libre juego, en una completa espontaneidad y plenitud. Es lo que da la justa medida de su real valimiento. Hay instantes en que logra expresarse con emocionada delicadeza, lo que en rara ocasión acontece en sus telas de respetables dimensiones. No creemos que sean muchos los pintores de aquí que puedan jactarse de haber pintado esas "Flores" marcadas con el número 14. Trabajada la materia con la simplicidad, efecto de una provecta sabiduría técnica, Merediz compuso una de sus más inspiradas o sentidas armonías, al valerse de los tonos bajos de las tierras moradas y rosadas envolviendo en suave calidez y haciendo resonar la matización blancuzca y azuleja, rosa y violada de esas flores. Afirmemos que es uno de los buenos cuadritos de esta sala. En la otra, producida en época anterior, existe también una naturaleza muerta que se atrajo nuestra sincera simpatía.



Hans Gerner — **LA SEDUCCION BELICA**

No quisiéramos se interpretara que esta exposición vale solamente por las obras mencionadas. No, por cierto: vale por su innegable interés constructivo, de que cada elemento del cuadro se yergue recíamente en su sitio; por la honestidad y la seriedad del esfuerzo y por la modestia — que no es el signo de apocamiento en los modestos por obligación o necesidad — y sí por el severo concepto que se posee, respecto a uno mismo.

Características muy raras de hallar en nuestro ambiente y entre nuestros artistas.

Merediz se presenta ante nosotros en su total desnudez — fallas y limitaciones, virtudes y talentos — nada intenta ocultar, ni usa afeites para que aparezca más bonita, ni más coquetamente atractiva su tajada de verdad artística; es espontáneamente sincero por naturaleza. Agradezcámoselo. Y nosotros, para retribuirle, ensayamos decirle nuestra opinión, nuestra pequeña verdad también, fruto áspero de nuestra sinceridad.

M. L. NAUDEAU

Cuadros de la civilización moderna

EL BARRIO SHITAYA (JAPON)

¿Quién jamás alcanzará a describir, con la negrura que se merece, los horrores de ese barrio humeante en su podre? Existen allí dos mil casas donde la miseria resulta espantosa, horripilándonos ante esta última degradación humana. Las calles son pobladas, en todo lo ancho y lo largo, de gente tan pobre que sólo tiene un frazada sucia para envolverse al dormir... Y para los que no tienen casa, existen hospedajes en los cuales, con un sueldo, pueden amontonarse por centenas sobre un tapiz; abrigados por la roña y la peste de toda clase de enfermedades...

Shitaya, no es solamente un refugio de baldados, de mendigos, de cantores ambulantes, malhechores y truhanes; no es solamente el muladar de los exhombres. Hay muchos artesanos, jornaleros, pequeños comerciantes; todos aquellos que el paro forzoso ha reducido a un completo estado de rebajamiento, de degradación física y moral. Es el barrio infernal de los comedores de inmundicias... Se alimentan de entrañas, de cabezas de pescado; picotean un arroz fermentado o apolillado; frutas podridas, y comen carnes verdosas en plena descomposición... Hay que creer que la vida en general de este país, se halla muy empobrecida para que las empresas comerciales puedan haber realizado su fortuna sobre ese fangal...

Hay restoranes a un sueldo la porción, que sirven guisos abominables, disputados a las moscas estercoleras y a los gusanos que roen las carroñas... Una compañía les asegura el abastecimiento de las sobras de los grandes hoteles, cuarteles y hospitales; ella tiene sus recolectores, cuyo oficio es separar los intestinos de animales y los restos de la comida que comienzan a pudrirse en las profundidades de los recipientes de la basura.

Del libro: "Japón Moderno".

El genio, Mauclair y Quinquela

Camilo Mauclair, el *Mauclair de la Luz*, como lo apodara certeramente Octavio Mirbeau, Mauclair, quien fué amigo de Rodin, Carriére y compuso sobre el escultor y el pintor los libros más mediocres que pudieran darse, escribió hace dos domingos un par de páginas en el *Suplc.* de "La Nación". Intentaba discurrir acerca de la personalidad de Quinquela Martín. En uno de sus párrafos más suculentos decía lo siguiente:

"Cuando yo me impacientaba ante la pobreza de nuestros independientes, a pesar de sus pretensiones, siempre pensé que la renovación pudiese venirnos de una región ultraoceánica como la Argentina y que bastaría, para ello, la aparición de una fuerte personalidad para determinar otras personalidades. ¿Es Quinquela el hombre marcado con el signo necesario? Yo lo deseo, porque sus dones son raros, su carácter es entero y la vida templó sus energías como un buen acero. En todo caso, resultará muy interesante seguirle en la decena de años venideros. Y su caso me ha permitido desflorar un problema curioso, puesto que la naturaleza y el destino hicieron de este hombre lo que fingen desear una porción de falsos ingenuos, elevados gracias a la complicación de los medios parisienses; ciertamente que aun se puede ver en estos medios cavernas, pero las cavernas sólo contienen bandidos vestidos a la moda y no dibujantes de piedra o santos como el pastorcito de Giotto."

Perdón por la cita tan larga. Era necesario conservar intacta la tonalidad emocional del autor. Este respetabilísimo y venerado escritor y crítico osificado a quien Martín Malharro le reprochara de hacer rostros de miradas estrábicas, mesas y sillas torcidas, en el tiempo en que fué pintor, transcurrió su existencia en la tarea vana de negar a Pablo Cézanne, prodigándole los epítetos más pintorescos que hubieran podido ser injustos hasta para el pintor más bruto y burro. Después de estos honrosos antecedentes, de esta notable y célebre pifia, nos presenta a Quinquela para suplantar las influencias cézannescas y como un probable reformador de la pintura mundial. Si se reflexiona que desde París irradian todas las modas, tanto la del modisto como de los últimos figurines literarios y plásticos, no se encontrará del todo exagerada nuestra afirmación acerca de la [illegible] misión que Mauclair le asigna a Quinquela Martín.

No discutiremos todos los dones raros ni el carácter y el talento a carradas que pudo concederle el escritor francés al pintor argentino. Seamos todavía más generosos que él. Concedámosle otro poco más de dones raros y talentos maravillosos. ¿Bastará todo esto para forjar una personalidad de artista que lo cuaje como el diamante de roca y posea el acento y el aliento genial puro, diáfano, cristalino de Walt Whitman, y un peldaño más arriba de un Poe o del mismo Cézanne?

¿Y éstos han sido los grandes innovadores, los profurados revulsionadores de la época moderna, y todos fueron escarnecidos, aislados como a canes leprosos y escupidos e insultados como a tales, porque traían en ellos el torturante dolor de la chispa genial.

Mal que le pese, la literatura de occidente, y en especial modo la francesa y la italiana, se han nutrido copiosamente de Walt Whitman y de Poe. El unanimismo, la poesía multitudinaria de Jules Romains y los super-realistas, el ultimísimo módulo de Francia, ¿hubiesen [illegible] nacido sin la aparición del barbudo de Camden Town? ¡No, por cierto! Y en pintura, los Gauguin, los Van Gohg, ¿hubiesen sido lo que fueron, así como todos sus sucedáneos modernos, desde [illegible] abajo, sin la presencia del maestro de Aix?

De todos los maestros del impresionismo ninguno dejó tras sí huella más honda que Cézanne, ni más discípulos, imitadores y remedadores.

¡Cuánto más desearíamos nosotros, pintores, escultores y escritores, que Martín Quinquela fuese el genio descubierto y proclamado por Mauclair! El no empleó [illegible], pero la faena que le señala [illegible] que un genio puede llevarla a cabo. De serlo, el simpático pintor boquense, al paso que nos honraría con las alas de su gloria inmarcesible y mundial, podría enseñarnos mucho y darnos más de una lección de buena pintura, que bastante falta nos hace a todos. Pero no es así, desgraciadamente.

Martín Quinquela no es Walt Whitman, ni Poe, ni Cézanne, es solamente Quinquela Martín, pese a las profecías del crítico francés; y nuestro deber — penoso a veces — será el de aceptarlo como es, y no corregido, aumentado, desfigurado e inflado como nos lo fabricaran en el extranjero.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO

MISERIA

El sol irradiaba a lo largo de la vereda, dorando puertas y fachadas de edificios, calcinando los toldos abiertos, formando fuertes sombras bajo los balcones y en los zaguanes.

La calle ardía en movimiento. Pasaban tranvías, carruajes, automóviles, en rápida sucesión. Ruidos de cornetas, de campanillas; fragores de ruedas sobre el adoquinado; voces múltiples de vendedores que aturdían los tímpanos. Y luego un ir y venir de gente; aquí, ante la puerta de la carnicería, el corro infaltable de mujeres que picotean a media voz, codeándose y tirándose de la manga en señal de inteligencia; allá, en la bodega, algunos pegajosos parroquianos, con los ojos entornados y lamiendo sus labios sedientos de alcohol; más allá, una mujer lozana y rubia que mete su cabeza en el interior de un carrito de verdulero, mientras coge unas frutas.

Era mediodía. Aprovechando el segundo en que la calle quedaba libre, Inocencio Peñalva, su hijo Virgilio y el mozo de cuerda, cruzaban la calzada, llevando a cuestas los muebles y trebejos del primero a la nueva morada.

Doña Concepción les alcanzaba los objetos. Ellos cargaban, doblaban por los tres corredores, bajaban una escalera, atravesando en seguida la calle para penetrar en el caserón de enfrente. Llegados a éste, transponían dos grandes patios, haciendo alto en la pieza vacía. Pero casi al final de la mudanza, doña Concepción tropezó con un lío de ropas. Le clavó fijamente la mirada; después lo tomó con ambas manos y lo puso sobre su pecho, apretando fuerte, muy fuerte. Eran los trapos del nene, del primogénito que una semana atrás cerrara los ojos para siempre.

—¡Qué pena! — exclamó. Y comenzó a llorar en silencio, para ella sola, con el dolor de una dicha que queda trunca.

Inocencio bajó los ojos turbios, como sintiéndose en parte culpable.

Había conocido a Concepción en los bailes de matinés, que frecuentaba a escondidas de la madre. Allí trabaron relaciones, se hicieron íntimos. Por ese entonces, Inocencio era un muchacho alegre, bromista y tomador. Concurría a casi todas las fiestas de las sociedades recreativas, y él mismo presidía una que se llamó "los esponjas", fundada con el fin exclusivo de abaratar el alcohol que consumían los contados socios. Ella, locuela y contestadora, iba de taller a taller, como costurera. Los domingos y días feriados, hacía las escapatorias a los bailes, burlando a la vieja que tomaba en serio las patrañas de la señorita. Con el tiempo consiguió salir de noche, y en ocasiones sin avisarle nada. La ingenua mujer aguardaba su llegada. El reloj marcaba la una, las dos de la mañana; y la joven no aparecía. Mas de improviso, tropezando de cien maneras, caía cerca de la madre lo mismo que un rayo.

—¿De dónde vienes? — era su eterna pregunta.

—De un baile en casa de una amiga.

Pero eso de la amiga ya no conseguía éxito. Comprendiendo que mentía, comenzaba a sermonearla, demostrándole el peligro que corría yendo a los salones. Era una represión tan tímida como razonable. Concepción, si venía fresca, fruncía el ceño y callaba, mas cuando los vapores de un licor le subían a la cabeza, sin mucha ceremonia mandaba a la madre a *freir* papas.

El continuo roce de los cuerpos había acelerado la posesión. Ese acontecimiento, en lugar de atemorizarla, estimuló sus instintos y veleidades de mujer. A las obligaciones y deberes, oponía cuatro frases rotundas y descaradas; a los pruritos del qué dirán, se encogía de hombros, exclamando: —¡Qué me importa!; — a las lágrimas de la buena madre, objetaba que ella en su juventud había hecho igual o peor.

Su pensamiento era de que no había gente honesta, virtuosa, en que no asomara sobre los pliegues de sus faldas los borrones de una mancha.

Con este cómodo criterio procedía en todo; y nadie, por lo tanto, regía en su persona. Así, cuando vió que de un momento a otro sería madre, mientras los vecinos del barrio hilaban tremendas hipótesis y desmenuzaban mordaces disquisiciones alrededor de su porvenir, ella, con una parsimonia llena de altivez y desprecio, legalizó ocultamente la unión, prescindiendo de la intervención materna.

Más tarde tuvo el hijo, a quien prodigaba renovadas caricias. Lo quería entrañablemente, con pasión. Por él velaba noche a noche, sin que esto la malhumorara en lo más mínimo.

El siguiente año nació el segundo, Virgilio, de piel oscura semejante al *padre*.

A medida que transcurría el tiempo, el primogénito exigía grandes cuidados, pues era enclenque de constitución. Por otra parte, contaba ya tres años y todavía no articulaba sonidos. Se le oían frases sueltas, pocas, como *mamá*, *papá*, y eso de raro en raro, tras un esfuerzo penoso que agotaba la voluntad de los padres. En la mesa veinte veces decían *sopa*, *vino*, y alguna otra expresión de uso cotidiano para que el chico la repitiera; pero nada, imposible. Quedaba en silencio o hacía esfuerzos por decir algo, y entonces se le trababa la lengua y parecía que iba a ahogarse. Un día, sin embargo, impelido por una fuerza extraña que asombró a los padres, pronunció: *opa*. La alegría fué intensa. Doña Concepción lo besó hasta cansarse, y él, loco de contento, le metió la cuchara a la boca, muy adentro inundándola de caldo, que al desbordarse le bajó por el mentón y cruzó la desnuda garganta.

Con la llegada del invierno, el niño enfermó de nuevo. Y fué para no sanar más, porque murió.

En seguida resolvieron cambiar de pieza para olvidar los tristes recuerdos, para eludir las horas opresoras, que siempre amilanan y resquebrajan en los primeros golpes. Continuando allí, renovarían a cada rato el dolor pues, según ella, el espíritu del nene vagaba por la superficie blanca del cielo-raso.

Todavía sus manos aprisionaban los trapos. Inocencio, ahora cruzado de brazos, proseguía mirando con resignación al suelo. De pronto, cesando el lloro, supersticiosa y remordida interrogó ella:

—¿Te acuerdas que decía mamá que Dios nos castigaría?

—Bueno, vámonos.

Cogió ella la lámpara, él varias corchas, y después de echar una última mirada a la pieza, mirada profunda, mirada de amor, de pena, de despedida, de escepticismo y desengaño, cerraron la puerta, colgaron la llave en un clavo, y franquearon los corredores, bajando pesadamente la escalera que parecía hundirse a sus pies.

En el turbulento caserón vivían familias de diversas naciones; grupo cosmopolita que reunía en un solo cuadro la mitad de Europa.

De izquierda y a la entrada, la casera. En la habitación siguiente moraba un matrimonio; él era alemán, rosado de cara; ella era suiza, alta, enjuta, ágil. Sustancialmente romántica, se alimentaba de recuerdos, evocando con los ojos húmedos las montañas y lagos azules de su pueblo natal. Luego seguían en orden una familia italiana y otra española. Las tres piezas que daban a la derecha, eran alquiladas por turcos y beduínos; hombres rudos y primitivos estos últimos, que adoraban desde lejos la singular figura de Mahoma.

Pasando un portón, coronado por cuatro estatuas decorativas y plebeyas, estaba la cueva de Inocencio. En la contigua vivía la rubia Mercedes, mujer de nobles facciones, que a pesar de ser esposa y madre, soñaba con volver algún día a las tablas en calidad de tonadillera. Venía en seguida el matrimonio más serio, más modesto y ejemplar del caserón, Madama Margot y Mons. Laurí. El lucía, como precioso tesoro, una enorme barriga globular y flotante, que meneaba de izquierda a derecha. Madama Margot, la pobre, no sobresalía en nada. Era seca, rugosa, bajita, insignificante. Fregaba siempre los platos y pocas veces hablaba mal de uno. Ambos llevaban una existencia apacible, ordenada: comer bien, beber bien, dormir bien. La vida para ellos era una eterna asimilación de grasa, de vino, de sueño; tres principios capitales que se completaban forzosamente, pues todo empacho y toda borrachera termina en la cama.

Cerraba el fondo el curioso taller de un muchacho, de un artista tan pintor como revolucionario. Por último, frente a la cueva de doña Concepción, se alojaba una pareja catalana.

La vista de aquel grupo heterogéneo fué una especie de hallazgo para ella. La distraía sobremanera, como que residía en su medio. En las horas de la tarde, especialmente, cuando disponía de más tiempo, mientras Virgilio sesteaba, ella, sentada cerca de su puerta, recorría

con la vista los rincones de las cocinas, escudriñando uno por uno los gestos y ademanes de la gente que había en el patio. Lo que verdaderamente absorbía su insaciable curiosidad eran esos beduínos de complexión robusta y cara cetrina, que entraban y salían sin saludar ni mirar a nadie, discutiendo entre sí y lanzando al aire tremendos alaridos como anatemas.

A menudo formaban rueda. Ella los veía, asomándose por entre la enredadera que cubría las rejas del portón. A un paso suyo, había uno, displicente, fantástico, que de hora en hora fumaba narguile, haciendo canturrear al agua del botellón su eterno glá-glá, semejante a los gárgaras. Y un poco más allá otro, Said, espíritu trashumante y furibundo fanático, que vendía artículos de tienda a las mujeres recusadas. ¡Cómo se henchía de humor, oyéndole tocar en una lata de dos cuerdas los aires tristes de su país, al son de un canto más triste y más incomprensible aún! El pobre beduino desahogaba en esa forma las nostalgias de su corazón.

De visita, y a cada rato, aparecía un turco, corpulento, ridículamente amable, por demás compuesto en el vestir. Decía llamarse Emilio Amado. Alardeaba elegancia, soltura y retorcíase siempre los bigotes. Ninguno en la casa le conocía medios de vida. A éste, doña Concepción le puso por mote "el tilingo", aunque en el fondo le fuera muy simpático.

Cuando largo y vibrante el pito del puerto señalaba las cinco, servíale la leche a Virgilio, y en seguida, con la botella en brazo, cruzaba a la vinería de enfrente. Después hacía cualquier cocido. Inocencio llegaba, decía dos o tres palabras, las necesarias, tomando asiento junto a la mesa. Durante la cena, reinaba un glacial mutismo. Inocencio venía rendido, sintiendo aún el ruido entorpecedor de la minerva, chamuscado por las copas que se empinaba en el camino. Ella, por costumbre, rehuía conversar con el marido.

—Virgilio, quedate quieto; Virgilio, no grités.

El:

—Servite vino; servime a mí.

Y basta. ¿Qué cosa podían contarse, que no se hubieran ya comunicado? ¿Para qué repetir la cantilena cotidiana? En el gesto y en el movimiento se adivinaban; más todavía: solían hablar por señas. Eran como esos seres demasiado simples que se agotan en la primera plática, en el primer esfuerzo, en el primer goce, incapaces por naturaleza de renovar y diferenciar las mismas sensaciones. Invariablemente, apenas concluían de engullir, solo o bien con Virgilio, Inocencio iba a la vinería, su mejor paseo. Allí era expansivo. Las nubes del aburrimiento que envolvían su espíritu, se dispersaban, y en tanto que entusiasmado jugaba al truco, afluían de sus labios frases intempestivas de elocuente originalidad.

Aquel hombrezuelo, de piel mulata, vientre abultado, cara inexpresiva y de dormilón, que era un viejo a los treinta años, contaba con el numeroso auditorio de la bodega, a quien entretenía espléndidamente.

Igual le ocurría a ella. En presencia del esposo era tarda en el decir, pero a espalda suya picoteaba en todas partes. Valida de cualquier excusa, se metía en la pieza de los catalanes; paraba a la rubia; avanzaba hacia la pileta para cuchichear con Madama Margot; y sin mucho violentarse, como llevada por la sorpresa, se escurría en la habitación-ropería de Said, inventariando, sarcástica, la excesiva cantidad de trajes y sombreros que cubrían totalmente las cuatro paredes.

Para aquella gente sabía ser amena, chispeante. Relataba sabrosas historietas; remedaba las frases y maneras jeroglíficas de los beduínos. Por ella, los ánimos comenzaron a levantarse y la casa se inundó de alegría. Con frecuencia celebraban tremendos aquelarres en el cuarto de la rubia. Madama Margot servía de blanco. Vieja y horrible como era, la convencían de que aun conservaba rasgos vivaces de su ya lejana juventud; que sus botines valían por la durabilidad. A todo esto Madama Margot asentía con un entusiasta movimiento de cabeza, repitiendo, no obstante, letánica:

—¡Oh, sí, ya lo creo que sí! ¡Oh, sí ya lo creo que sí!

(*Continuará*)

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(*Conclusión*)

¡Y eso es realmente así! Echese una mirada a los merodeadores bolchevistas con sus monopolios, a las conquistas revolucionarias inmediatas del pueblo en el curso de la revolución, a su espionaje, a sus instituciones policiales y judiciales, a sus prisiones, a sus ejércitos de alguaciles y corchetes azuzados contra la revolución. Pero además, como poder continuamente reclutado — ¡el "ejército rojo"! Son siempre los mismos, sólo las funciones han sido nombradas de otro modo; son las mismas funciones que entre tanto fueron puestas en movimiento de un modo más irresponsable aún y por tanto más vicioso.

El liberalismo, el socialismo, el comunismo estatal son tres hermanos que aspiran por vías distintas — cada cual a su modo — al poder sobre los hombres — à un poder que impide a los hombres avanzar al perfeccionamiento que se desarrolla en la independencia y en la libertad y que constituye un elemento sano y realmente vital en el ideal social de toda la especie humana.

¡A la rebelión! — grita el anarquista revolucionario a los hombres esclavizados; a la rebelión, levantaos y destruid todo poder, pero sin contribuir a que eche raíces otro. Sed libres y defended la libertad de los demás contra el poder de Estado. El poder de Estado es llamado a la vida en la sociedad humana por aquellos que no han vivido nunca realmente y no quieren vivir en el futuro del sudor de su frente. El gobierno — sea cualquiera que sea — no dejará jamás que la sociedad libre y laboriosa entre en la vía de la dicha y la alegría.

El poder gubernativo ha sido creado por los ociosos con fines de explotación y de opresión.

Lo mismo si el poder gubernativo es dirigido por burgueses, por socialistas o por comunistas, lo mismo si es dirigido por obreros o por campesinos, — no servirá nunca a la vida sana y feliz, personal y social del hombre. La naturaleza de todo poder es siempre una y la misma: aniquilamiento de la libertad del hombre; espiritualmente debe ser transformando en un esclavo, físicamente en un lacayo de los poderosos mismos y de todas sus criaturas siniestras.

Un poder de Estado sin cuernos no lo hay. Todo poder tiene sus cuernos y da cornadas a quien aspire a una vida libre y justiciera.

Arroja de tí, hermano esclavizado, el poder y no toleres que te domine a tí y a tus hermanos, a cualquier hombre que sea, viva cerca o lejos de tí.

La vida social efectiva, sana y alegre no se puede edificar con ayuda de programas y de un poder gubernativo, que pretende comprimir toda la amplitud y profundidad de esa vida en fórmulas artificiales de leyes escritas: no se conseguirá más que por la libertad del hombre, por su labor, por su independencia en la vía de la destrucción y de la edificación.

La libertad de cada uno produce una libertad acabada, sin gobierno, agrupada en el objetivo general, descentralizada en su conjunto.

Ese es el comunismo anarquista.

II

En nuestra representación, el comunismo anarquista es la grandiosa representación de la armonía humana. Es formada por los individuos libres, que se agrupan voluntariamente en asociaciones libres, que luego se alían en federaciones y confederaciones según sus inclinaciones, intereses y las demandas sociales que aseguran en igual medida a todos los hombres en la tierra la libertad y la justicia social.

El comunismo anarquista quiere una sociedad que establezca la vida libre del hombre, el derecho a su ilimitado desenvolvimiento, ante todo por el aniquilamiento de todos los males e injusticias del mundo que han arrastrado la humanidad y cuyo progreso y desenvolvimiento ulterior han sido conducidos por una ruta falsa, por lo cual la humanidad fué dividida en clases y estados, cuya vida es construída artificialmente, y lo que aun es más vergonzoso, construída sobre los principios de la explotación y la opresión de unos por otros.

Una sociedad — una sociedad libre, sin gobierno — que se propone por objetivo adornar la vida con su trabajo, su espíritu, su voluntad, con todo lo que la naturaleza ha dado al hombre, con lo que el hombre puede extraer de sus riquezas inagotables y todo lo que en general puede crear de provechoso y hermoso para sí y para los otros, libremente, el hombre libre, el miembro de una sociedad libre, embriagado por las bellezas de la tierra y hecho feliz por su vida libre, por su razón, que se ha formado en esa vida —esa sociedad es el comunismo anárquico.

El comunismo anárquico se fundamenta en la vida íntegramente desarrollada, creada independientemente y absolutamente libre del hombre. De ahí que sus miembros sean hombres libres y alegres en su vida.

El trabajo, las relaciones fraternales recíprocas entre ellos, amor a la vida y una pasión por la belleza, por la creación y p r la libertad en esa creación, guían la vida y la acción de esos hombres. Por eso no necesitan prisiones, ni verdugos, ni espías, ni provocadores (primero empleados por la burguesía, luego adoptados por los comunistas de Estado y desarrollados más aún). Tampoco necesitan el "ladrón" y el asesino organizado, cuyo nombre es Estado. ¡Prepárate, oh hermano esclavizado, a crear esa sociedad! Prepárate idealmente para esa labor, pero también orgánicamente. Sin embargo, reflexiona bien que tu organización debe ser sólida y resistente en sus medios sociales. El enemigo de tu liberación es el Estado. El Estado es personificado en la forma de la *Federación de los "cinco", el propietario, el guerrero, el juez, el sacerdote y aquellas partes de la ciencia* que desfiguran la verdadera esencia de las leyes naturales, de la naturaleza humana, que se fundó en "leyes históricas" y normas jurídicas — en normas escritas por mano hábil a sueldo y con propósitos criminales —, que se esfuerza por demostrar los derechos de los otros cuatro en sus sanciones, en las sanciones nocivas para toda la especie humana con el fin de canalizar la vida humana en todos sus asuntos sociales y personales.

El enemigo es fuerte; pues ha pasado siglos de su vida en la experiencia del robo y de la violencia, de la expoliación y del asesinato. Ha sufrido su crisis interior y acaba de modificar exteriormente su fisonomía y eso sólo en la medida que la ciencia nueva le amenaza con la muerte, — la ciencia que despierta a los hombres de su pesado sueño secular, que libera a los hombres de prejuicios creados por los augures de la ciencia oficial que pertenecían a la Federación de los "cinco", y que da al hombre un arma en la mano con la que se reconoce él mismo y halla el puesto conveniente en la vida.

Toda modificación de la fisonomía exterior de nuestro enemigo, hermano esclavizado, podemos advertirla en todo lo que penetra desde el gabinete del reformador instruído en los asuntos estatales del mundo.

Más claramente podemos percibir esa adaptación a todas las revoluciones en que nosotros mismos hemos participado. En el último caso, nuestro enemigo directo — la federación de los "cinco" o Estado — pareció haber sido extirpado por completo de la faz de la tierra, no sólo exteriormente, sino también en toda su esencia interior, — pero sólo pareció así.

En realidad nuestro enemigo no modifica en el momento dado más que su fisonomía, su exterior y busca nuevos aliados, copartícipes en la lucha contra nosotros. (En este concepto, la enseñanza del comunismo bolchevista en Rusia, en Ukrania, en Georgia y en muchos pueblos de Asia es muy instructiva; la historia de la lucha del hombre por su liberación no olvidará jamás esa enseñanza, como algo terriblemente siniestro, arrollador).

El único medio de confianza para los hombres esclavizados en su lucha contra el mal, que los amarró a las cadenas de la servidumbre y que no los libertará voluntariamente, es la revolución social, como profunda y legítima transformación de las masas humanas en el sentido evolutivo.

La revolución social se manifiesta elementalmente en tanto que se le allana en esa dirección el camino de la organización y se facilita la explosión de los diques artificiosamente construídos contra ella y de ese modo se acelera su aparición.

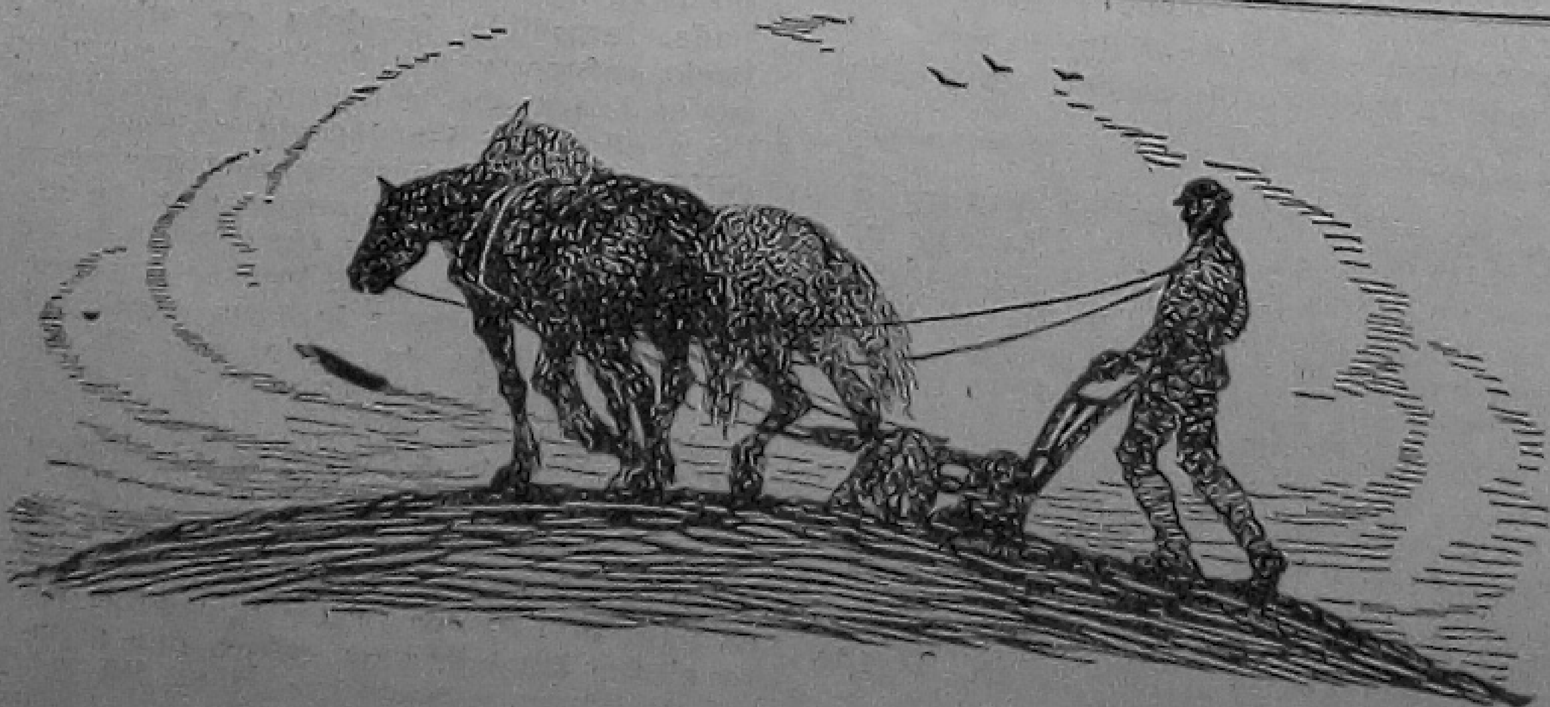
En esa tendencia trabajan los anarquistas revolucionarios ya.

Y todo hombre esclavizado que siente sobre sí el yugo de su situación y reconoce que esa infamia oprime la vida de toda la especie humana, tiene que acudir en su ayuda, en ayuda de los anarquistas. Todo individuo debe sentir en sí la responsabilidad de la vida de toda la especie humana, y defenderla contra el ajusticiamiento por los verdugos de la federación de los "cinco", defenderla también en el sentido que sea abolida de la sociedad humana esa función de verdugo y se garantice a todos los hombres la posibilidad de respirar libremente a plenos pulmones.

Pero aquí todo hombre, y en especial el anarquista revolucionario, en su cualidad de combatiente que llama a todas las buenas voluntades a la lucha por el ideal de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la familia humana, debe recordarse que la revolución social necesita los medios correspondientes para su desenvolvimiento creador. En particular la revolución social, exige organizaciones y medios de resistencia en aquel período, pues, al estallar elementalmente, destruye la servidumbre y siembra la libertad, el derecho de cada uno al desenvolvimiento ilimitado, estabilizando condiciones libres y rechazando toda restricción de la libertad.

Precisamente en este período en que el hombre, como individuo o en masa, vió surgir la verdadera libertad en sí y a su alrededor y se atreve a realizar prácticamente las conquistas de la revolución social — precisamente entonces necesita la revolución esos medios más urgentemente que nunca y los exigirá.

La revolución en Rusia, donde los anarquistas revolucionarios desempeñaron



un papel digno de mención, pero no pudieron realizar su misión histórica porque no tuvieron a su disposición los medios de acción convenientes, — la revolución nos evidencia perfectamente la verdad siguiente: que las masas humanas que se libraron de las cadenas de la esclavitud no tienen de ningún modo el propósito de conservar esa esclavitud en nuevas formas. En los momentos revolucionarios, las masas, al romper las cadenas de la servidumbre, buscan decididamente nuevas formas y libres relaciones — relaciones que no sólo corresponden a sus aspiraciones puramente anárquicas en la construcción de una nueva vida social, sino que podrían también defender sus nuevas empresas cuando el enemigo cae sobre ellas.

Si se observa ese proceso, se llega siempre a la convicción que tales relaciones, las más dignas de confianza y las más fecundas, no pueden ser más que asociaciones libres, asociaciones sociales para las cuales la vida misma pone a su disposición los medios sociales, soviets libres.

Partiendo de esa convicción, el anarquista revolucionario, que se levanta lleno de abnegación, llama también a los esclavizados a la lucha por una asociación libre, creyendo que la revolución social, al destruir la servidumbre, siembra en todas partes y para todos la libertad y que el hombre debe cooperar al advenimiento de una vida nueva, libre y alegre con sus principios de organización y proteger esos principios contra las fuerzas enemigas. La práctica enseña que esa fe misma tiene que ser protegida y vigilada, exactamente como todo lo que sale de ella a la acción práctica del hombre, — pero tal protección no es de confianza más que cuando se expresa en el mismo lugar, y eso por las masas mismas.

Sólo las masas que hacen la revolución y cuyos principios ponen a la misma altura de la vida, podrán crear los medios correspondientes para el mantenimiento y el socorro de su fe y de todo lo que nace de ella.

Al realizar la revolución las masas humanas, buscan asociaciones libres. A eso son movidas por el anarquismo que vive naturalmente en ellas. Por esa vía elaboran las masas los medios convenientes para sus actos y permanecen siempre en sus deliberaciones libres con especial preferencia. Es justamente lo que el anarquismo desea elaborar, para libertarlas de la presión de las instituciones gubernativas. Al realizar las masas la revolución, llegan por sí mismas a esa aspiración; los anarquistas revolucionarios deben ayudarles a formular esos principios; el problema económico de las libres asociaciones sociales encontrará su completa expresión en las cooperativas de consumo y de producción, en las que se formarán como fuerza unificadora y como factores expresivos de la claridad en el desenvolvimiento de la fecundidad creadora del soviet libre, cuya esencia tendrá que consistir en el curso de la revolución social en que las masas que se rebelaron con su ayuda, tomen inmediatamente en sus manos toda la herencia social; tierras, fábricas, establecimientos, minas, ferrocarriles la navegación marítima y fluvial, bosques y otras riquezas. Y agrupándose según sus intereses e inclinaciones y según su ideal, en cuyo nombre contribuyeron al advenimiento de la revolución social, ofreciéndoseles la posibilidad de expresarse en todas sus ramificaciones, y al resultar triunfantes en todas esas ramificaciones, edificarán toda su multiforme vida social: completamente libres e independientes en su ambiente.

Sin duda la lucha reclamará colosales sacrificios humanos, pues esa será la última lucha del hombre libre o del casi enteramente libre, con el esclavizado y el opresor, esa lucha será su libertad.

En esa lucha no habrá ni vacilaciones ni sentimentalidad. ¡Vida o muerte! — ese es el problema que debe tener en cuenta todo individuo que aprecia sus propios derechos y los derechos de toda la especie humana a la vida — no a la existencia del asno de carga, no a la existencia de un esclavo, como tiene que vivir forzosamente, sino a la vida humana en el puro sentido de la palabra.

Como ahora primará en él el sano instinto humano, avanzará como vencedor por esa vía en pro de la vida y del amor para sí y para sus hermanos.

Organizaos, hermanos esclavizados, llamad a todos los hombres a vuestras filas, llamad a los que labran la tierra o trabajan en la fábrica, a los que estudian y a los que enseñan. Llamad al sabio, que venga de su gabinete y os ayude en las cosas que podéis recibir de él en vuestro dificultoso camino.

Es posible que de cada diez sabios, nueve no te escuchen, y si te escuchan lo harán para engañarte; pues son servidores de la federación de los "cinco" — pero el décimo vendrá y será tu amigo y te ayudará a superar la mentira de los otros nueve. Pero la violencia, la violencia brutal de los gobernantes, de los legisladores, esa tendrás que superarla con tu propia fuerza.

Organizaos, llamad a todos, llamad a todos los hombres a vuestras filas y exigid de todos los gobernantes que renuncien voluntariamente a su villano oficio de oprimir la vida del hombre.

Si no quieren renunciar a su miserable industria, levantaos, desarmad la policía, la milicia y todas las instituciones de defensa de la federación de los "cinco", haced inofensivos por un cierto tiempo a todos los gobernantes, quemad sus leyes, destruid las prisiones, aniquilad los verdugos, como ignominia de la especie humana, — destruid la violencia.

Llamad a vuestras filas a los soldados del ejército reclutado por la fuerza. En el ejército hay muchos asesinos que han sido colocados expresamente contra ti y sobornados por la iglesia para matarte. Pero también en él hay amigos; ellos descompondrán los cuadros de tus asesinos y correrán en tu ayuda.

Después de habernos agrupado todos en una gran familia, queremos avanzar como hermanos agrupados contra las tinieblas y la ignorancia. ¡Arriba, por el ideal de la humanidad! Vivir fraternalmente, ser libres, no depender servilmente de nadie ni ser humillados.

La violencia brutal de los enemigos de la libertad del hombre será respondida por nosotros con la violencia de nuestro ejército revolucionario libremente formado.

Si nuestros enemigos no concuerdan con nosotros desde el punto de vista de las ideas, queremos responderles con un comportamiento justiciero en la edificación de nuestra nueva vida según los principios de la responsabilidad de cada uno de nosotros, una responsabilidad que ofrecerá la verdadera seguridad de la justicia social y de la libertad en la vida individual y colectiva del hombre, que se extiende en la misma medida a todos y a cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra.

Y sólo criminales en cuerpo y alma, los criminales de la federación de los "cinco", no querrán venir con nosotros por esa ruta en dirección a la nueva vida, a la nueva y fecunda actividad, a la dicha de una existencia libre, alegre.

Esos criminales harán el intento de combatir contra nosotros por sus privilegios de dominación, y entonces tendrán que sucumbir.

Así vive, pues, esa clara y firme convicción en la lucha de los hombres por el ideal de una armonía humana general, por la sociedad anarquista.

NOTA. — *Este trabajo apareció también en alemán con el título* Das ABC des revolutionaren anarchisten, 16 *págs. Der freie Arbeiter, Berlín, enero* de 1926.

Errico Malatesta (10)



EN EL CAFÉ

cuando no encuentren una compensación y un antídoto en otros factores de recomposición y de vida, pueden ser neutralizados por la acción de quien dispone de la fuerza y la dirige a su capricho.

Podría demostrarles, si no temiese ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias *naturales* de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La ciencia es arma poderosa, que puede ser adoptada lo mismo para el mal que para el bien. Y así como en las condiciones de desigualdad actuales, es más accesible a los privilegiados que a los oprimidos, es más útil a aquéllos que a éstos.

La instrucción, al menos la que va más allá de un embadurnamiento superficial y casi inútil, es inaccesible para las masas desheredadas, — y además puede ser dirigida en el sentido que quieran los educadores, o más bien de los que elijen y pagan a los educadores.

Ambrosio. —¡Pero entonces no queda más que la violencia!

Jorge. —Eso es, la revolución.

Ambrosio. —¿La revolución violenta? ¿La revolución armada?

Jorge. —Precisamente.

Ambrosio. —Por consiguiente las bombas...

Jorge. —No nos ocupemos de eso, señor Ambrosio. Usted es magistrado, y a mí me desagrada tener que repetirle que no estamos en el tribunal, y yo, por el momento, no soy un acusado a quien puede tener interés en arrancar una palabra imprudente.

La revolución será violenta porque ustedes, las clases dominantes, se sostienen con la violencia y no muestran ninguna disposición a ceder pacíficamente. Habrá por tanto fuego de fusilería, cañonazos, bombas, ondas etéreas que harán estallar a distancia sus depósitos de explosivos y los cartuchos en las cartucheras de los soldados... habrá lo que haya. Esas son cuestiones técnicas que, si le parece, dejaremos a los técnicos.

Lo que puedo asegurarle es que, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes, no irá más allá de los estrictos límites asignados por las necesidades de la lucha, es decir que será determinada sobre todo por la resistencia que ustedes nos opongan. Si ocurriera algo peor, será debido a su obstinación y a la educ[illegible] que están dando al pueblo con su ejem[illegible]

César. —¿Pero cómo haréis esa revolución si sois cuatro gatos?

Jorge. —Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agradaría eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce. Quiero decir que nos esforzaremos por ser ocho, y después diez y seis...

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer y estén decididos a hacerlo. Nuestra misión es preparar la masa, o la mayor parte posible de la masa, y obrar en la buena dirección cuando se presente la oportunidad. Y por buena dirección entendemos: expropiar a los detentadores actuales de las riquezas sociales, destruir la autoridad, impedir que se constituyan nuevos privilegios y nuevas formas de gobierno, y reorganizar directamente, por obra de los trabajadores, la producción, la distribución y toda la vida social.

César. —¿Y si la ocasión no se presenta?

Jorge. —Pues bien, trataremos de hacerla presentarse.

Próspero. —¡¡Cuántas ilusiones se hace, muchacho!!!

Usted cree estar aún en la época de los fusiles de chispa.

Con las armas y con la táctica moderna serían masacrados antes de moverse.

Jorge. —No está probado... A nuevas armas y nueva táctica se pueden oponer unas armas y una táctica de igual valor. Y además, esas armas están realmente en manos de los hijos del pueblo, y ustedes, al obligar a todos a hacer el servicio militar, enseñan a todos su manejo.

¡Oh, ustedes no se imaginan cuán impotentes serán el día que haya un número suficiente de rebeldes!

Nosotros, los proletarios, la clase oprimida, somos los electricistas y los gasistas, somos nosotros los que conducimos las locomotoras, somos nosotros los que fabricamos los explosivos, perforamos las minas, somos los que guiamos los automóviles y los aeroplanos, somos los soldados... somos nosotros, por tanto, los que les defendemos contra nosotros mismos. Ustedes no viven más que por la voluntad inconsciente de sus víctimas. ¡Cuidado con el despertar de las conciencias!...

Y además, ya saben, entre nosotros cada cual hace lo que quiere, y su policía está habituada a observar por todas partes, salvo donde está el peligro real.

Pero yo no quiero darles un curso de técnica insurreccional. Este es un asunto que... no les concierne.

Buenas noches.

XIV

Vicente (joven republicano). —¿Permitís que intervenga en la conversación para hacer algunas preguntas y algunas observaciones?... El amigo Jorge habla de anarquía, pero dice que la anarquía debe venir libremente, sin imposiciones, por la voluntad del pueblo. Y dice también que para dar libre desahogo a la voluntad popular es necesario derrocar con la insurrección el régimen monárquico y militarista que hoy sofoca y falsea esa voluntad. Eso es lo que queremos los republicanos, al menos los republicanos revolucionarios, es decir, aquellos que quieren establecer verdaderamente la república. ¿Por qué, pues, no se declara nuestro amigo republicano?

En la república el pueblo es soberano, se hace lo que el pueblo quiere, y si el pueblo quiere la anarquía, se tendrá la anarquía.

Jorge. —Verdaderamente creo haber dicho siempre *voluntad de los hombres* y no *voluntad del pueblo,* y si he dicho esto último ha sido una manera de hablar, una inexactitud de lenguaje que por lo demás todo mi razonamiento ha corregido.

Vicente. —Pero, ¿qué significan esas cuestiones de palabras? El pueblo, ¿no está compuesto de hombres?

Jorge. —No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la *democracia,* que significa gobierno del pueblo, y *anarquía,* que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.

El pueblo es ciertamente compuesto de hombres, es decir de unidades conscientes, interdependientes todo lo que se quiera, pero que cada una tiene una sensibilidad propia y por lo tanto intereses, pasiones, voluntad particulares que, según los casos, se suman o se restan, se refuerzan o se neutralizan recíprocamente. La voluntad más fuerte, mejor armada, de un hombre, de un partido, de una clase, puede dominar, imponerse y conseguir hacerse pasar como voluntad de todos; pero en realidad lo que suele llamarse "voluntad del pueblo" es la voluntad de los dominadores — o es un híbrido producto de cál-

BIBLIOGRAFIA

Jaspers Karl — "Psychologie der Weltanschauungen.—

(Psicología de las concepciones del mundo y de la vida; tercera edición, 486 páginas, en 4o.). Editorial Julius Sprisger, Berlín, 1925. Precio en rústica, 15 marcos, encuadernada 16.50.

Sería muy extenso tratar de exponer la posición de Jaspers, profesor de filosofía en la universidad de Heidelberg, en el mundo del moderno pensamiento filosófico alemán. El hecho de que su obra "Psychologie der Weltanschauungen", publicada en 1919, haya visto la luz en 1925, en tercera edición, habla ya elocuentemente sobre la personalidad del autor y los méritos de ese libro.

El autor explica por qué denomina a su obra psicología y no filosofía; sin embargo su esfuerzo será mucho más apreciado por los filósofos que por los psicólogos, sobre todo los psicólogos experimentales, apegados extremamente al hecho concreto y mensurable. En general, es una obra que podría ponerse en manos de un público más vasto que el extrictamente filosófico. No quiere ser una guía para la vida humana, no quiere dar un impulso en una dirección determinada, o más claramente para nosotros, no es una obra de propaganda de un credo político, filosófico o social, sino un esfuerzo de aclaración, de explicación de las realidades y tipos del pensamiento. Podría ser un nuevo capítulo de la "Fenomenología" hegeliana, un capítulo fecundo que abre la vía a nuevas investigaciones y que descubre amplísimos horizontes. La idea directiva no es buscar lo frecuente, el término medio, porque es frecuente y término medio. "Buscamos las figuras específicas aunque sean raras. Nuestro campo no es el que vemos cuando, por ejemplo, hemos investigado sobre 100 hombres de nuestro ambiente, sino el material que surge cuando vemos lo que percibimos en la experiencia histórica, interna y actual en características, aunque no sea más que una vez, aunque sólo pueda verse y construirse típicamente". (pág. 14).

El contenido de la obra consta de los siguientes capítulos:

Una magnífica introducción rica en consideraciones metodológicas, donde se exponen pensamientos fundamentales sistemáticos. Otro capítulo describe las actitudes espirituales, objetivas, reflexivas y entusiastas. Ese estudio sobre las actitudes espirituales nos lleva a la comprensión de las visiones del mundo, visiones sensual- espaciales, cultural-espirituales, metafísicas. Un extenso capítulo sobre la vida del espíritu y un apéndice sobre la ideología de Kant completan el volúmen. Con eso, claro está, no hemos dado una exposición de la riqueza del detalle, que interesa tanto como el pensamiento total de este ensayo de psicología racional.

Creemos vivir en un período histórico, no sólo de creación de nuevos conceptos de la vida y del mundo, sino de lucha recíproca por el predominio de sus valores respectivos. La lectura de la obra de Jaspers, que no profetiza ni indica un camino, sino que explica y ensancha ante nuestros ojos la amplitud y la diversidad de la vida del pensamiento, no puede menos de ser útil para ensanchar el espíritu y desarraigar de él los dogmas del exclusivismo y de la ceguera dogmática.

Sobre algunos puntos especiales de este libro hablaremos más detalladamente en otra ocasión.

—

Ramus Pierre. — *Manifiesto anarquista (Biblioteca mundial, Plaza Mirravalle, 13 México), D. F. 1925, 38 páginas.*

Se trata de una versión española de la tercera edición de ese folleto hecha por nosotros, con una carta especial del autor a los revolucionarios de México. Se vende al precio de 20 centavos mexicanos.

—

Ricardo Mella—*Organización, agitación, revolución" (Editorial Ni Dios ni Amo, Aguascalientes, Méx.)*, 1925, *32 páginas en 16.o.*

Este folleto es bien conocido por haberse reimpreso numerosas veces, la última en Santiago de Chile hace dos o tres años. Se lee siempre con utilidad.

—

López Doñez José. — *"Don Miguel Hidalgo no fué autor de la independencia de México" (México, D. F., 30 pags.)*, 1925

Iden. — *"Lacras del clero católico mexicano durante la revolución de la independencia" (México, D. F. 43 págs.)*, 1925

El camarada López Doñez ha escrito estos dos folletitos de carácter histórico, exponiendo en el primero la influencia de la revolución francesa en la independencia de México y en el segundo un resumen de la acción del clero católico contra el movimiento de la independencia. Una serie interesante de constataciones.

—

"La inexistencia de dios" (Barranquilla, Colombia, 1926, 14 páginas.

Se trata de una conferencia pronunciada por el diputado Arturo N. Lois en el local de los I. W. W. de Santiago de Chile y publicada por el grupo editor del periódico anarquista de Barranquilla, "Vía Libre".

—

"La Novela Ideal". — De esta publicación quincenal editada por la "Revista Blanca" de Barcelona, hemos recibido algunos números. Los dos últimos que llegaron a nuestro poder, *El pecado del amor*, por Ricardo Vaqué, y *Amor y sacrificio*, por Solano Palacio, se leen agradablemente, tanto por el estilo fluido como por el argumento.

Albrecht Paul. — *Freiheit der Liebe* (Libertad y amor), *Edición del "Freie Arbeiter" Berlín*, 1926, *24 págs. en 8o.*

Es uno de los primeros ensayos literarios del camarada Albrecht, muy conocido en el movimiento de la juventud anarquista alemana por sus dotes oratorias.

D. A. de S.

---

ciales numéricos que no responde exactamente a la voluntad de nadie y no satisface a nadie.

Ya por declaración misma de los demócratas, es decir de los republicanos (puesto que éstos son los verdaderos y únicos demócratas) el llamado gobierno del pueblo no es más que el gobierno de la mayoría que expresa y realiza su voluntad por medio de sus representantes. Por lo tanto, la soberanía de la minoría es un simple derecho nominal que no se traduce en los hechos; y notad que esta minoría, además de ser a menudo la parte más progresiva y avanzada de la población, puede ser también la mayoría numérica, cuando varias fracciones se encuentran en desacuerdo en presencia de una minoría compacta por comunidad de intereses y de ideas o por sumisión a un hombre que la gu[illegible]

Pero la parte que logra hacer triunfar sus propios candidatos y que se llama mayoría que se gobierna a sí misma, ¿es realmente gobernada según su voluntad? El funcionamiento del régimen parlamentario (necesario en toda república que no es una comuna independiente y aislada) hace que el representante de cada unidad del cuerpo electoral no sea más que uno entre tantos y no vale más que por una centésima o una milésima parte en la confección de aquellas leyes que deberían ser, en último análisis, la expresión de la voluntad de la mayoría de los electores.

Y ahora dejemos la cuestión de si el régimen republicano puede realizar la voluntad de todos y dime al menos cuál es vuestra voluntad, qué es lo que quisiérais que fuese la república y cuáles son las instituciones sociales que debe establecer.

Vicente. —Está claro:

Lo que yo quiero, lo que quieren todos los verdaderos republicanos, es la justicia social, la emancipación de los trabajadores, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Una voz. —¡Sí, como en Francia, en Suiza y en América!

Vicente. —Esas no son verdaderas repúblicas. Debéis criticar la república verdadera, la que queremos nosotros, y no los diversos gobiernos, burgueses, militaristas y clericales que toman en las diversas partes del mundo el nombre de república. De otro modo también yo, para combatir el socialismo y la anarquía, podría citar muchos que se dicen socialistas y anarquistas y son cualquier otra cosa.

Jorge. —Muy bien. Pero ¿por qué las repúblicas existentes no han resultado repúblicas verdaderas? ¿Por qué, habiendo partido todas o casi todas de aquel ideal de igualdad, libertad y fraternidad que es el vuestro y puedo decir también el nuestro, se han convertido y se convierten más y más en regímenes de privilegio, en donde los trabajadores son tan explotados y los capitalistas tan poderosos, el pueblo tan oprimido y el gobierno tan prevaricador como en cualquier régimen monárquico?

Las instituciones políticas, los órganos reguladores de la sociedad, los derechos reconocidos a los individuos y a las colectividades por nuestra constitución son los mismos que habría en vuestra república. ¿Por qué han sido tan malas las consecuencias o al menos tan negativas, y por qué habrían de ser diversas en la república que vosotros estableceréis?

Vicente. —Porque... Porque...

Jorge. —El por qué lo diré yo, y es que en aquellas repúblicas las condiciones económicas del pueblo permanecieron las mismas; permaneció inalterada la división de la sociedad en clase propietaria y clase proletaria, y por tanto el dominio verdadero quedó en manos de los que, poseyendo el monopolio de la producción, tenían a su disposición las grandes masas de los desheredados. Naturalmente, la clase privilegiada se dedicó a consolidar su posición, que podía haber quebrantado la sacudida revolucionaria de que nació la república, y pronto las cosas quedaron como estaban... salvo, posiblemente, aquellas diferencias, aquellos progresos que no dependen de la forma de gobierno, sino de la conciencia acrecentada de los trabajadores, de la fe mayor en la propia fuerza que adquieren las masas siempre que logran derribar un gobierno.

Vicente. —Pero nosotros reconocemos toda la importancia de la cuestión económica. Estableceremos una tarifa progresiva que hará recaer sobre las espaldas de los ricos la mayor parte de las cargas públicas, aboliremos las leyes aduaneras protectoras, estableceremos un impuesto sobre las tierras incultas, fijaremos un mínimo de salario, un máximo de precios, haremos leyes protectoras de los trabajadores...

Jorge. —Y si consiguiérais hacer todo eso, los capitalistas hallarían aun modo de inutilizarlo o de volverlo en su beneficio.

Vicente. —Entonces los expropiaremos incluso sin indemnidad y haremos el comunismo.

¿Estás contento?

Jorge. —No, no... el comunismo establecido por la voluntad del gobierno y no por la obra directa, voluntaria, de los grupos de trabajadores, no me sonríe verdaderamente. Si fuese posible eso, sería la tiranía más sofocadora a que haya estado nunca sometida una sociedad humana.

Pero vosotros decís: haremos esto o aquello como si por el solo hecho de que seáis republicanos de la víspera, cuando la república haya sido proclamada, seréis vosotros mismos el gobierno.

Ahora bien, la república es el régimen de lo que llamáis la soberanía popular, y esa soberanía se expresa por medio del sufragio universal, el gobierno republicano será compuesto por los hombres que el sufragio designe.

Y como vosotros no habréis deshecho en el momento mismo de la revolución el poder de los capitalistas, expropiándolos revolucionariamente, el primer parlamento republicano será como lo quieren los capitalistas... y si no el primero, que podría resentirse un poco de la tormenta revolucionaria, ciertamente los parlamentos sucesivos serán los que los capitalistas deseen, y se esforzarán por destruir lo poco de bueno que la revolución hubiera, por ventura, podido hacer.

Vicente. —Pero, entonces, puesto que la anarquía no es p[illegible] [illegible]emos soportar tranquilamente la monarquía quien sabe cuánto tiempo!

Jorge. —De ningún modo. Podéis contar con nuestro concurso, como nosotros solicitaremos el vuestro, siempre que las circunstancias se presenten propicias para un movimiento insurreccional. Naturalmente, el alcance que nos esforzaremos por dar a ese movimiento será mucho más amplio de lo que quisiérais vosotros; pero eso no impide el común interés que tenemos hoy en sacudir el yugo que nos oprime a nosotros y a vosotros. Después, veremos.

En tanto hagamos propaganda y tratemos de preparar las masas para que el próximo movimiento revolucionario realice la más profunda transformación social que sea posible, y deje abierto, amplio y fácil, el camino hacia progresos ulteriores.

XV

César. —Volvamos a nuestra conversación habitual. Según parece, la cosa que más inmediatamente les interesa es la insurrección; y admito que, por difícil que parezca, puedan hacerla y vencer en un día próximo o lejano. En sustancia los gobiernos se apoyan en los soldados; y los soldados de la conscripción que van y quedan en el cuartel con repugnancia y porque son forzados a ello, son un arma poco segura. Ante una sublevación general del pueblo, los soldados, que son pueblo también, no resisten largo tiempo; y apenas es roto el prestigio y el miedo a la disciplina, o huyen o se van con el pueblo.

Comprendo, pues, que haciendo mucha propaganda entre los trabajadores y entre los soldados, o entre los jóvenes que mañana serán soldados, puedan ustedes ponerse en situación de aprovechar una ocasión oportuna —crisis económica, guerra desgraciada, huelga general, carestía, etc. — y derrocar el gobierno.

¿Pero luego?

AÑO V — BUENOS AIRES, 24 DE MAYO DE 1926 — N.o 224

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PR... ...S.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Val... TORRENTE

Lo trágico cotidiano

La Argentina, para Europa, sigue siendo la tierra de promisión: una especie de Canaan bíblico, de feracidad milunanochesca. Crean o no los europeos en esta infantil patraña, lograron que fuera precisamente la Argentina, con la mayoría de sus habitantes y sus poderes públicos, quien se la bebiese. Siendo este para ella y ellos, un rol halagador, ¿qué importa sea mentira? La vanidad patriótica posee unas tragaderas enormes.

Por eso, no hubo viajero, personaje ilustre, periodista o escritor, que no continuase tejiendo esta leyenda en folletos, en libros y conferencias. Huret, Rusiñol fueron las raras excepciones. Sin embargo, ellos mismos, por la brevedad de la permanencia en el país, trataron el tema más bien superficialmente.

No acontece así con otros pueblos y naciones. El propósito de adular no es tan evidente y burdo. Los Estados Unidos, si tuvieron sus panegiristas, les surgió también una multitud de detractores. En todo caso las amargas y crudas verdades, a veces ciertas o exageradas, han sido dichas para bien de todos.

A la Argentina se le otorga el trato de los menores de edad. La verdad se la esconden, por cortesía, por cálculo y casi siempre con fines interesados. Parecen ejercer esos hombres de Europa y sus gobiernos un tutorazgo sobre un heredero rico a quien no hay que contrariar en sus más nimios caprichos. Quiere tener una pintura propia, autóctona; una arquitectura indio-colonial, un teatro idem, literatura, ciencia. En fin, todo eso que sólo se alcanza en la lentitud de los siglos y por una cultura acumulada puede ser su patrimonio exclusivo, apto para padecer la más peligrosa comparación con el de otras civilizaciones, a veces milenarias. Sus pintores son genios, sus arquitectos lumbreras, etc.

Es un juego diplomático que no engaña a nadie y menos a quienes lo promueven, y únicamente se darán por engañados y convencidos los figurones agasajados tan falaz y bombásticamente.

No hubo hasta ahora escritor nativo o extranjero — quién sabe si éste en su carácter de espectador pudiera ser más verdaderamente imparcial — que se haya propuesto narrar el reverso de este fingido Eldorado, — ese reverso que se halla esparcido por todas partes: en las provincias paupérrimas, agusanadas por la miseria y las enfermedades; en los obrajes, en los ingenios; en la misma metrópoli, con sus conventillos, en su proletariado de la oficina y del taller, que mal vive y vegeta en promiscuidad vergonzosa, encerrado en estrechas piezas y en reducidos y caros departamentos; esa infrahumanidad, en la cual todas las explotaciones son posibles, y nunca cree hallarse tan mal, tan miseranda como lo es realmente su existencia de espaciados goces y de sufrimientos interminables. Y, a todo se acostumbra la criatura humana, y a veces, en su abulia de bestia paciente, no se imagina que la vida pueda ser diferente.

De ahí salta la necesidad que alguien le presente su espejo para ellos, las víctimas, y les revele la fisonomía de su vida, y a los otros como una acusación y un reproche. De tanto en tanto estos espejos aparecen, y en los últimos años que acaso ha sido más frecuente su aparición.

Uno de los últimos libros de escritores que se trasladan a una nación para sospecharla en el ritmo de su vida colectiva; observar sus pulsaciones industriales; medir en la musculatura de las clases sociales que la sostienen, para luego presentar sus conclusiones como si se tratase de un caso clínico, es el "Japón Moderne" de M. L. Naudeau. No hablaremos de las calidades y méritos de ese libro. Los lectores del Suplemento lo conocen sólo por un pequeño fragmento. "El barrio de Shitaya". Una comisión de intelectuales belgas, entre ellos Barbusse, preparan una serie de publicaciones sobre el terror blanco en los Balcanes. De Rusia nos llegan boletines y folletos denunciando el verdadero estado de cosas en ese país.

Y aquí, donde ese terror blanco es subterráneo, donde la explotación no conoce freno y el egoísmo insolidario adquiere formas bestiales, artistas, escritores extranjeros y nativos, no encuentran nada que tachar, ninguna cosa, según ellos, que rompa con lo que parece normal en todo el mundo.

Y cuando los nativos escriben acerca de los lejanos obrajes o de la miseria de las ciudades, lo hacen como tópico literario. La verdad, para adaptarse al capricho de la ficción, se diluye, desaparece.

Por ejemplo, ese barrio de la quema, con su población astrosa, trashumante, que hociquea entre los desperdicios, entre las basuras que arroja por los cuatro costados esta ciudad babélica, ¿no puede ser acaso comparado con los comedores de inmundicias de ese otro barrio japonés de Shitaya?

El reciente escándalo promovido por ese propietario que desclavó las chapas de los techos precarios de viviendas infames, a fin de dejar a la intemperie las familias que quería desalojar, puso de actualidad ese infernal muladar. Desde el tiempo que existe, nadie lo advirtió hasta ahora. Ni como asunto literario ni a título de documentación social, ni como episodio vergonzante y reprensible. Por cierto, los ilustres viajeros no se les conduce a visitar un lugar tan mal oliente.

No es eso solo. Hace poco una familia rusa, corrida de Misiones por la explotación inhumana y el hambre, vino a la metrópoli y tuvo que acampar en un baldío, en las inmediaciones del puerto, durmiendo a cielo descubierto. Y otras, no hallando sitio en el "hotel" de inmigrantes, hubieron de avenirse a lo mismo.

Todos estos pequeños y tremendos incidentes son los que, desde el fondo tenebroso de la sentina social suben a flote y se expanden sobre las sábanas escritas de la prensa. ¿Y los otros, que sumarán centenares, millares por día? Algunos rotativos los registran al azar; a otros les sirven para esos desfogues demagógicos, que siempre finalizarán pidiendo leyes y una pronta intervención de los poderes públicos.

Otros más, para acrecer momentáneamente el tiraje; mientras, lo trágico cotidiano va carcomiendo, horadando por todas partes esta sociedad con su gotear incesante y son estas ínfimas e insignificantes tragedias las que acumulan las grandes tragedias que harán época en la historia.

25 de Mayo de 1926



EN CORO—¡Hurra por nuestra república en su aniversario! ¡Solemnemente juremos honrarla como hasta hoy!

...adaptabilidad

Al recibir el papa a los representantes de la *Acción Católica*, — que nos suponemos será tan panurgiana o carneril como nuestras asociaciones de *Obreros Cristianos* — pronunció una alocución conmemorando la encíclica "Rerum Novarum".

El pontífice se refirió a los relaciones entre el capital y el trabajo desde la edad media hasta nuestros días, diciendo que *una de las mayores fuerzas de la Iglesia es su adaptabilidad.*

Es una confesión asaz inesperada, por ser ella de quien viene. No hemos de desmentir a tan grande autoridad en la materia. Para nosotros es una de las verdades más convencedoras que ha sido dicha por uno de los miembros preeminentes de la religión católica. No hemos proclamado otra cosa, sino que la Santa Iglesia sabía adaptarse a las circunstancias, siempre, cuándo y cómo más convenía a sus intereses materiales. Por lo pronto estuvo siempre al lado de los poderosos, fueran éstos bandidos o ladrones. Desde Cristo acá, jamás se halló al lado de los más débiles. Es un antecedente que muchos creyentes no tomaron en cuenta para batir las cataratas de su fe ciega.

El pontífice, quiera o no, dijo una perogrullada, coincidiendo con el lema jesuítico y loyolesco: todos los medios son buenos, y etc. Además queremos entender que las fuerzas a que se refiere ese gerente de la católica compañía que vende a plazos lotes en el cielo, no son las espirituales ni las místicas, sino las materiales. Con espíritu, con misticismo no se triunfa en este mundo. Tal vez sera en el otro, aunque no estamos para meternos en líos ultracelestiales.

Entre el clero disidente se opina que la de este papa no es la cabeza más fuerte que calzó la mitra de San Pedro. Se le reprocha moverle intrigas a Mussolini quien, — más papista que el papa — impuso el catecismo en las escuelas y dictó una ley sobre las blasfemias. Trata de arrancarle los bienes temporales que la Santa Madre Iglesia persigue con tanta sagacidad como misticismo, desde que fué debelado el poder papal por las tropas de Víctor Manuel II.

Pero ya concluirán por amistarse. El hisopo y la espada casi siempre asesinaron o robaron de común acuerdo, santificando el robo y el asesinato. ¿Qué hicieron los frailes en la conquista de América? ¿Qué no perpetraron los misioneros en China, en estas últimas décadas, sino preparar la invasión de las empresas de explotaciones europeas, importando opio, apoderándose de casi toda la vida económica de esa famensa región oriental?

No lo dudamos: es esa su fuerza de adaptabilidad.

***

Las torres de Notre Dame y la policía

Parece que estalló un petardo en la legación norteamericana. Y decimos *parece*, porque nosotros ni oímos el estallido ni estuvimos presentes en el instante en que ese almacenero en vacancia fué ligeramente rasguñado en un brazo. Pero como la prensa, nuestros caros colegas, afirman ser cierto y dan como acontecido el horrible atentado carnavalesco, debemos rendirnos a la evidencia. A éllos, los gallináceos que escriben al centímetro en los periódicos, les ofreció el pretexto de hilar tremendas hipótesis. Entre otras, la del famoso proceso de Sacco y Vanzetti. ¿Cuándo no debía ocurrir que, para darle un motivo lógico a sus prosas anodinas y tontas, no cometieran la villana

cobardía de azuzar la perrera contra trabajadores inermes, sin otro delito en la conciencia que el distinguirse de sus hermanos en cadena, poseyendo ideas y nociones de su condición de explotados?

Eso ya basta para ser indicados como presuntos dinamiteros. Lo que esos viles y amorales plumíferos no se atreverían a hacer contra un particular, la acusación abierta por presunciones, lo perpetran contra toda una colectividad, la más útil, porque contribuye para darle de comer a ellos, y la más expuesta a todos los mordiscos de los canes de toda suerte y laya, desde el patrón, el casero y el policía para abajo.

Con el discernimiento que caracteriza a las policías de todo el mundo y de todos los tiempos, y la de aquí, que bate el record en lo obtuso y en lo malvado de sus procedimientos, hemos de esperarnos más de una barrabasada. Por lo pronto, las detenciones, las requisas realizadas en los locales obreros son ya daños irremediables.

Legendaria es la frase de no sabemos quién. Decía este personaje desconocido: *Si la policía de París me acusara de haber robado las torres de "Notre Dame", antes de dejarme prender huiría, y al no poderlo hacer, me suicidaría.*

Y desde entonces, habiendo transcurrido unos cien años, suponemos que las policías progresaron en sus medios horrendos para obligar a confesar a los supuestos criminales, de crímenes que nunca cometieron.

D. A. DE SANTILLAN

El hombre y el proceso de la producción

El capitalismo ha llegado a un grado tal de desarrollo, que con su método económico de producción el hombre ha dejado ya de ser el centro, para convertirse en un despreciable accesorio. Ni como productor ni como consumidor, es el hombre un centro económico dentro del capitalismo. En el proceso de la producción el hombre ha sido sustituído por la máquina, que, si fué creada para aliviar la pesada carga humana del trabajo, no tardó en ser la dominadora; en el moderno establecimiento fabril, la máquina impera soberana, el hombre obedece como un esclavo automático, sin voluntad propia y sin espíritu creador alguno.

Tampoco en el dominio del consumo está el hombre en el centro de la economía capitalista; no se produce para satisfacer las necesidades humanas efectivas; se produce con fines especulativos; se produce para acumular riquezas, no para llevar el bienestar al individuo y a la comunidad. Más de la mitad de las industrias son inútiles o nocivas desde el punto de vista de las necesidades humanas reales. El fabricante no calcula sobre el cosumidor probable de sus mercaderías; no tiene presente más que la ganancia, y a la pasión de la ganancia lo sacrifica todo, desde la honestidad más elemental hasta los sentimientos básicos del humanismo y la responsabilidad. El consumidor está en el mercado como el obrero en la fábrica: Son accesorios de la producción y el consumo capitalistas.

Aquella medida humana que Protágoras quería aplicar a todas las concepciones y a todas las obras del hombre, ha desaparecido de la economía capitalista. Por eso vemos a cada paso tantas monstruosidades, tantos derroches de esfuerzos inútiles y antihumanos, tantos contrastes y desequilibrios.

Y aun hay algo más grave: el espíritu y el hecho del capitalismo parecen haber pasado más de lo deseable a las concepciones sociales y revolucionarias que quisieran cimentar un mundo nuevo. Una inmensa mayoría de los socialistas autoritarios, no aspiran en modo alguno a la supresión del capitalismo, ni teórica ni prácticamente; a lo sumo, y esto en el caso de quedar fieles a sus postulados revolucionarios, quieren sustituir la dominación de la burguesía en el proceso de la producción y del consumo, por la socialización, por la dominación de los productores y consumidores mismos. ¿No está ahí un nuevo sofisma que corresponde, en el terreno económico, a la paneca del gobierno del pueblo por y para el pueblo en el terreno político? El mal no estaba en la forma de gobierno ni el remedio en la sustitución de la monarquía por la república; el mal estaba y está en el gobierno mismo; es el gobierno el que hay que suprimir para evitar los males ineludiblemente ligados a él. Lo mismo en la economía: no es la dominación de los medios de producción y de la tierra por los capitalistas, lo que debemos suprimir, es el capitalismo en sí, como método de producción y expresión de una civilización antihumana.

La anarquía no prestigia un determinado sistema económico, pero lleva a la economía también sus afirmaciones y principios fundamentales, lo mismo que a todas las esferas de la vida humana. Aunque predomine entre nosotros la simpatía por el comunismo, eso no quiere decir que sea el comunismo la única forma económica de la vida libre. Para nosotros tiene muy poca importancia el que mañana, una parte de la sociedad se organice según lo previsto por Kropotkin o según los deseos de los individualistas más huraños, o según una combinación de ambos. Para nosotros no es lo esencial el método económico de producción que sustituya al método capitalista; lo esencial está en que vuelva el hombre a ser el *centro*, el factor capital de la economía, tanto en la producción como en el consumo. Queremos que el hombre domine el proceso de la producción, y no que sea dominado por él. Esta es toda la esencia de nuestra concepción económica.

El viejo Karl Kautsky sostiene la tesis de que la condición previa para la realización del socialismo, es un elevado estadio de evolución de las fuerzas productivas del país. Eso es el germen del marxismo. Pero Kautsky da esta explicación de lo que entiende por "fuerzas productivas": no sólo la riqueza del suelo y las máquinas; "la fuerza productiva más importante es en todas partes el hombre mismo con sus capacidades en parte nativas, en parte adquiridas" (*Terrorismus und Kommunismus*, prefacio a la segunda edición, Berlín, 1925). No sabemos decir en qué medida corresponde esa explicación del teórico marxista a sus concepciones anteriores. Pero ese es nuestro pensamiento y esa afirmación, que merecerá el anatema de cualquier comisario del pueblo, sólo a fuerza de sofismas podría conformarse con las doctrinas y el espíritu de San Carlos Marx. El hombre que piensa y obra independientemente, confiesa Kautsky más adelante, es un factor económico de primer orden. También nosotros decimos lo mismo; la diferencia consiste en que Kautsky se va luego por los cerros de Úbeda y desconoce al hombre en la vida económica y política, poniendo, en lugar de esa fuerza productiva capital, el industrialismo moderno y la democracia; nosotros quedamos firmes y sacamos las consecuencias lógicas de la premisa que sienta al hombre como un centro en el proceso económico.

Con lo que no estamos conformes, es con la afirmación general que defiende el punto de vista de una elevada productividad como condición para la realización del socialismo. La realización del socialismo, la vida socialista, no consiste sólo en producir mucho y consumir hasta reventar; el socialismo es posible en todos los estadios económicos, porque es expresión de una nueva cultura, de una nueva convivencia social. La abundancia de todo lo necesario no sólo sería deseable en el socialismo, sino que lo sería también hoy, en el régimen capitalista. Pero la abundancia por sí misma no crea el socialismo, pues si fuera así los burgueses serían los primeros socialistas. No negamos que la entrada en el mundo nuevo de la libertad para todos, con la barriga repleta, sería más agradable que la entrada con la barriga vacía. Pero, hartos o hambrientos, si no existe en los hombres el deseo y la aspiración de una nueva vida, de una nueva forma de convivencia social, el socialismo y la anarquía no se realizarán.

—

Una prueba más del valor del hombre en el proceso de la producción, nos la da el ingeniero Otto Schulz-Dubois, en un estudio sobre la intensidad de trabajo en la albañilería en la ciudad de Francfort. Desde 1885 a 1910 la intensidad de trabajo fué en aumento; desde 1910, la altura lograda se conservó hasta la guerra. *Toda reducción de la jornada tuvo siempre por consecuencia un aumento sensible de la intensidad de trabajo.* Al introducirse la jornada de diez horas en 1890, la intensidad de trabajo tuvo un fuerte impulso. En los años que siguieron a la guerra, hubo un profundo descenso debido en primer lugar a la alimentación deficiente y otras causas. En 1923, el año terrible de la inflación monetaria y del hambre, la intensidad de trabajo decreció también considerablemente. Los capitalistas sostienen que el hambre es el mejor estímulo al trabajo; la realidad demuestra bien palpablemente que el hambre disminuye el placer del trabajo, su intensidad. El ingeniero Schulz dice: "Los salarios más elevados con su capacidad adquisitiva superior, y la reducción de la jornada de trabajo, operan un acrecentamiento del nivel de vida. Pero el mejoramiento del nivel de vida tiene por consecuencia un aumento de la alegría y de la diligencia para el trabajo!"...

Esto no tiene nada de nuevo, y por eso defendemos la idea de una reducción de la jornada a seis horas, convencidos de que eso no tendrá por consecuencia una disminución de la producción, sino un aumento de la intensidad de trabajo, lo cual pondría al hombre en situación de soportar menos penosamente los esfuerzos exigidos por la moderna técnica. Pero es sólo un recurso temporal para aliviar la suerte humana en el sistema capitalistas actual, cada vez más arrollador de la personalidad física y moral del individuo. Como principio básico tenemos la significación del hombre, en su disgusto o su placer ante el trabajo, convertido en factor de gran importancia en el proceso productivo, que se suele considerar como algo mecánico e inanimado. El hombre puede animarlo todo con su voluntad y nosotros deseamos que así sea. Hoy mismo, en que el individuo no es más que un accesorio insignificante en el proceso productivo, en que el ritmo de su actividad no parte de sí mismo, sino de las máquinas, la intensidad de trabajo es muy variable, en proporción con la duración de la jornada y el salario. Nuestro sistema económico, o sea la ausencia de todo sistema, consiste en permitir que el hombre domine soberanamente todo el proceso productivo, que lo someta a sus necesidades, a sus gustos, a sus posibilidades. Hoy el peso del trabajo es puramente pasivo; influencia la intensidad de su labor según el estado de sus fuerzas físicas, pero eso es muy poco.

—

La realización del socialismo no está ligada tampoco a una determinada jornada de trabajo; el problema no es trabajar poco, sino trabajar en lo que se quiere y según lo que se desea. La libertad sería la suprema ordenadora de esas dificultades. Si yo amo el trabajo del campo, trabajaré de sol a sol, sudaré con placer, gastaré mis energías con voluptuosidad. Lo mismo en la industria o en un esfuerzo intelectual cualquiera. Cuando el hombre sea factor determinante y no esclavo de la producción, pondrá su personalidad en el trabajo y no estará ante el problema de la prolongación o de la reducción de la jornada, pues el trabajo constituirá una plolongación de la vida y no una maldición o una carga, un arte y no un mal necesario.

Algunos camaradas han querido atraer las masas asegurando que en la sociedad futura no habrá necesidad de trabajar más que un par de horas para producir lo necesario. No, eso sería insoportable y nosotros oficiaríamos de rompehuelgas para conquistar el derecho a trabajar todo lo que querramos, haciendo del trabajo un medio para embellecer y enriquecer nuestra vida interior y exterior. La libertad haría el milagro de convertir al obrero en artista, al autómata en creador, — a todos los obreros y a todos los autómatas.

¿No sentís en vuestro interior fuerzas creadoras para poner el alma en el trabajo? ¿Y no chocáis a cada paso con los escollos de esta civilización antihumana en que se estrellan las mejores voluntades y los más valiosos y fecundos esfuerzos? Si el capitalismo no acaba por matar el hombre en el hombre, llegará el día en que el esclavo, el autómata viviente de la máquina inanimada reclamará sus derechos a la soberanía y al ejercicio de su inteligencia y de la fuerza de sus brazos. Entonces volverá las espaldas al capitalismo y fundará una vida económica donde el hombre será la medida de todas las cosas y el centro de la producción y el consumo.

JOHN RUSKIN

EL ORIGEN DE LA RIQUEZA

¿Qué entendemos por ricos? En verdad, la riqueza obra solamente como negación. La potencia de tu dinero, nace del hecho de que tu vecino lo necesita. Si no fuera así, para tí sería inútil. El arte de volverse rico es el de empobrecer al vecino. Los miembros de una sociedad de millonarios veríanse obligados a lustrarse sus propias botas. La opulencia de algunos es esencialmente el signo de la potencialidad sobre la pobreza de los muchos. Aquello que parece riqueza, no parece sino el índice dorado de una ruina de largo alcance; es el puñado de monedas recogido por el vaquero en la playa, a causa del naufragio de un bajel. Comprar en el mercado más propicio, sí, pero, ¿por qué son tan bajos los precios? El carbón de madera puede ser más barato, después del siniestro del incendio que devoró mil viviendas humanas, pongamos el caso. Los ladrillos pueden venderse a ínfimos precios después de un terremoto. Pero es muy difícil que nos quepa en la cabeza que los incendios y los terremotos han de ser beneficios racionales.

Vender en los mercados mejores para tus mercaderías; pero, ¿por qué es caro? Hoy vendiste a precios subidos tu trigo, tu pan; es que una muchedumbre de pordioseros y hambrientos tuvieron que darte hasta su última moneda, y luego quedarse sin trigo o pan por semanas o meses. O lo adquirió un especulador rico, quien mañana te comprará la granja en que vives por una miseria.

En una sociedad que se regula meramente por la mecánica de las leyes de la oferta y la demanda, y protege esas leyes abiertamente por la violencia, los que se enriquecen son generalmente los egoístas, los rapaces industriosos, los de acción rápida, guiados sin ningún escrúpulo, los sin sensibilidad, sin imaginación e ignorantes.

El país más rico debiera ser el que sustentara un mayor número de seres nobles y felices.

(*De "Unto the last"*).

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

Para la pluralidad de los hombres, la palabra anarquía tiene un sonido tan malo, que la mayor parte de los lectores se apartarán probablemente indignados de estas páginas, llenos de asombro por lo insolente que uno ha podido ser para escribirla. En la multitud de los habladores y escribidores de lugares comunes, no hay ya salvación para nosotros: ningún reproche es para nosotros demasiado duro, ninguna calificación demasiado injuriante. El que habla públicamente sobre asuntos sociales y políticos, encuentra que la difamación de los anarquistas es un salvoconducto infalible para hacerse popular. Todo crimen imaginable nos ha sido atribuído, y la opinión pública, que es demasiado perezosa para ir tras la verdad, se deja persuadir fácilmente de que anarquía es otro nombre para perversidad y confusión. Cubiertos de ignominia y abandonados como botín al odio, somos tratados según el principio que expresa el proverbio inglés en las palabras: Si queréis colgar un perro, dadle un mal nombre.

En todo eso no hay nada sorprendente. El coro de las maldiciones que cae sobre nosotros, está completamente en la naturaleza de las cosas, pues hablamos en un idioma que no está santificado por el uso y no pertenecemos a ninguno de los partidos que se disputan la posesión del poder. Como todos los innovadores, no traemos la paz, sino la espada, y no nos sorprende en modo alguno el ser recibidos como enemigos.

No por eso tomamos a la ligera el tener que chocar con tanta malevolencia y no queremos darnos por contentos con la conciencia de que es inmerecida. Aceptar la pérdida de un bien tan precioso como es la simpatía pública, sin investigar primero seriamente la verdad, y examinar cuidadosamente nuestro deber, sería un comienzo de ligera locura. Nuestra misión es, en una medida de que no tienen sospecha alguna los que se dejan llevar sin resistencia por la corriente de la opinión pública, procurar a nuestra conciencia bases racionales para la fé que vive en nosotros, fortificar nuestras convicciones por medio de la investigación de la naturaleza y de la generación humana, y ante todo, compararlas con aquella justicia ideal que ha sido elaborada gradualmente por las incontables generaciones de la humanidad. Ese ideal es conocido de todos y está casi demasiado sobado para tener que explicarlo aún. Vive en las doctrinas morales de todo pueblo, lo mismo si es civilizado que si es salvaje; toda religión ha tratado de adaptar ese ideal a sus dogmas y mandamientos, pues es el ideal de la igualdad de los derechos y de la reciprocidad de los servicios. "Todos somos hermanos", esa máxima es repetida de un confín al otro del mundo, y el principio de la fraternidad general que se expresa en ella entraña la completa solidaridad de los intereses y de los trabajos. ¿No se debe confundir ese principio, que las almas sencillas han adoptado como consecuencia necesaria del estado de la sociedad, con el que los socialistas de nuestro tiempo describen con las palabras: "A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas"? Sí, somos almas sencillas y no abandonamos ese ideal de la moral de los hombres. Ciertamente, el metal puro está mezclado con mucha escoria, y el egoísmo personal y de grupo de familias, ciudades, castas, pueblos y partidos han ocasionado por esa razón algunas angustias y variaciones. Pero no nos entregamos aquí a la ética de los intereses egoístas, para establecer el punto hacia el cual aspiran más o menos todas las ideas particulares. Ese punto más elevado de la aspiración es la justicia. Si la humanidad no es ningún sueño vacío, si todas nuestras impresiones, todos nuestros pensamientos no son meras alucinaciones, entonces domina este hecho decisivo la historia humana: que toda tribu y todo pueblo anhela la justicia. La verdadera vida de la humanidad es únicamente un solo y largo grito en pro de aquella justicia fraternal que continúa siendo un objetivo inalcanzado. Se oyen palabras que pronunció el viejo Hesiodo hace casi tres mil años y con las cuales les respondido a todos los que afirmaban que la lucha por la existencia nos condena a eterna contienda. "Peces, animales salvajes y aves de rapiña pueden comerse entre sí — pero nuestra ley es la justicia."

¡Cuán enorme, sin embargo, es la distancia que nos separa de la justicia que ha clamado el poeta en el crepúsculo matutino de la historia! ¡Qué progreso debemos hacer aún antes de poder cesar con razón de compararnos a las bestias que luchan por un trozo de carroña! En vano nos pretendemos civilizados, si por civilización hay que entender, con las palabras de Alfred R. Wallace, "la armonía de la libertad individual con la voluntad de la comunidad." No es verdaderamente un arte criticar la sociedad actual, su moral, sus convencionalismos y leyes y señalar cómo se desvía su comportamiento de la justicia ideal que han expresado los pensadores en palabras y que anhelaron en todo tiempo los pueblos. El que repite la crítica gastada, se pone en peligro de hacerse un nuevo declamador adiestrado que grita en la plaza del mercado lo que todo el mundo sabe ya. Pero, sin embargo, ¿no es nuestro deber, mientras la verdad no sea escuchada, expresarla sin cesar? El que es sincero tiene el deber para consigo mismo de descubrir la horrible barbarie que prevalece todavía en las profundidades ocultas de una sociedad que parece exteriormente tan bien ordenada. Tómense por ejemplo nuestras grandes ciudades, las cumbres de la civilización, especialmente la má poblada y en algún concepto la primera de ellas, el enorme Londres, que en su circuito reune los tesoros del mundo, donde todo depósito de artículos vale el rescate de un rey; donde se encuentra suficiente y más que suficiente alimento y vestido para las necesidades de los millones amontonados, que se aprietan en sus calles en mayor número que las hormigas que pululan en el laberinto de sus galerías subterráneas. Y, sin embargo, los pobres que lanzan miradas hambrientas y avaras a esos tesoros, se cuentan por centenares de millares; junto a la inaudita magnificencia, consume la penuria en la vida capas enteras de población; y sólo de tanto en tanto oyen los felices para quienes están amontonadas esas riquezas, como un bronco rumor de la aflicción, la áspera queja que surge eternamente de esas ocultas profundidades. Bajo el Londres de la moda, hay un Londres maldito, un Londres cuyo único alimento es el repulsivo desperdicio, cuyos únicos vestidos se componen de trapos sucios, y cuyas únicas viviendas son cuevas malolientes. ¿Tienen los desheredados el consuelo de la esperanza? No, a ellos les está privado todo. Hay algunos de ellos que viven y mueren en agujeros húmedos y obscuros y no ven una sola vez el sol con sus ojos.

¿De qué sirve al mísero repudiado, que arde en la fiebre o que codicia el pan, que la Biblia de los cristianos abra más ampliamente para él las puertas del cielo que para los ricos? Al lado de su actual miseria, todas esas promesas de bienaventuranza, aunque las escuchara, parecerían la burla más amarga. ¿Pero no parece sobre eso — si se puede juzgar según la compañía en que la mayoría de los predicadores del evangelio se sienten más a gusto — que las palabras de Jesús se han vuelto al revés, que el "reino de dios" es la recompensa para los dichosos de este mundo — un mundo en que el régimen sacerdotal y temporal están en la mejor armonía, y donde la religión lleva tan seguramente al poder terrenal como a la bendición divina? "La religión debe llevar a la promoción, la irreligión debe impedirla; como ha reclamado un famoso intérprete de la Biblia (1) en palabras que dirigió a su rey.

(1) *Alejandro Cruden, en el prefacio a la "Concordanz".*

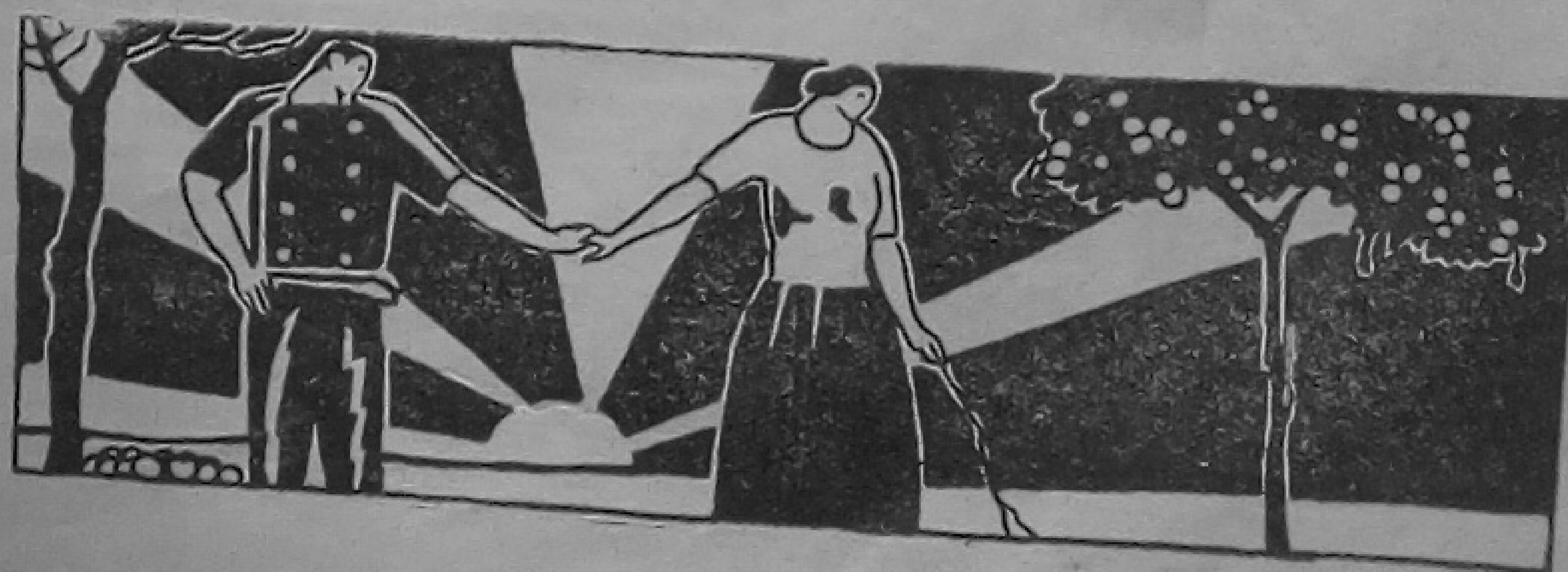
Cuando el arrivismo prospera así en la devoción, e hipócritas tienen religión para prestar más valor de feria a lo que gustan llamar su conciencia, ¿puede sorprender que el gran ejército de los desconsolados olvide el camino de la iglesia? ¿Se equivocan cuando afirman que ellos, a pesar de todas las invitaciones oficiales, no siempre serían bienvenidos en las "casas de dios"? No queremos hablar aquí de aquellas iglesias cuyos puestos son vendidos a determinados precios, que, por consiguiente, sólo puede entrarse en ellas con la bolsa en la mano: ¿pero no debería significar nada para los pobres el ser contenidos en el umbral por las frías miradas de hombres bien vestidos y los labios comprimidos de mujeres elegantes? Aunque no cierre la entrada ningún muro, está en el camino un terrible obstáculo: el aire pesado del odio y el asco ques se levanta entre los desheredados y los privilegiados.

Y, sin embargo, la primera palabra que el sacerdote pronuncia cuando está en el púlpito, es: "Hermanos", una palabra, pues, que a consecuencia de una diferenciación expresiva sólo significa una especie de fraternidad potencial y teórica, sin efecto y sin realidad. Sin embargo, su sentido originario no ha desaparecido completamente, y cuando el desheredado que la oye no se ha vuelto estúpido por el hambre, si no es uno de los hijos del hombre, aplastados, que repiten idiotamente todo lo que oyen — ¡qué ardorosos pensamientos no debe despertar en él esa palabra: "Hermanos", cuando la escucha de labios de un hombre que tiene tan poco sentimiento de su fuerza! Las impresiones de mi niñez suben a mi memoria. Cuando oí rezar por primera vez el "Padre nuestro que estás en los cielos", que debía darnos "el pan de cada día", pensé que caería por alguna intervención misteriosa, una comida en todas las mesas del mundo. Me imaginé que esas palabras repetidas millones y millares de millones de veces, serían un grito de la fraternidad de los hombres y que cada uno debía pensar en todos cuando las pronunciaba. Estaba equivocado. Sólo en un par de seres es sincera la oración; en la mayoría es sólo un sonido vacío, un silbido en el aire, como cuando el viento sopla a través del junco.

Los gobiernos se ahorran el hablar al pueblo de fraternidad; no se mortifican ya con una broma tan triste. Es verdad, la jerga cortesana compara en algunos países al dominador con un padre cuyos hijos son los súbditos, pero esa fórmula de que los hambrientos podrían abusar fácilmente exigiendo del padre pan, no es tomada ya en serio. Mientras los gobiernos fueron considerados como representantes inmediatos de un amo celestial, que ejercían sus funciones por la gracia de dios, la comparación era tolerable; pero ahora son muy pocos los que reclaman esa semi-divinidad. Como están privados de la consagración religiosa, no se consideran ya por responsables del bien común y se contentan simplemente con prometer buena administración, justicia imparcial y estricto ahorro en la ejecución de los asuntos públicos. Nadie que sondee la política de nuestro tiempo puede negar la veracidad de las palabras que se atribuyen de igual modo a Oxenstierna y a Lord Chesterfield: "¡Vete, hijo mío, y vé con qué poca sabiduría es gobernado el mundo!" Corresponde ahora a la instrucción general saber que la dominación, lo mismo si es monárquica, aristocrática o democrática, lo mismo si se funda en el derecho de la espada, de la herencia o de las elecciones, es ejercida por hombres que no son mejores ni peores que sus iguales pero cuya posición los expone a mayores tentaciones de hacer mal. Como están elevados por sobre la multitud, que aprenden pronto a despreciar, llegan finalmente a tenerse por seres superiores a causa de su nacimiento; como han sido cortejados por la ambición en mil figuras, por la vanidad, por la avaricia y el capricho, son corrompidos, y eso tanto más fácilmente cuanto que en la cosa está siempre al acecho el adulador egoísta para aprovecharse de sus vicios. Y como posecn una influencia predominante siempre, como tienen en la mano la poderosa palanca que mueve el enorme aparato del Estado — funcionarios, soldados, policía —, todo descuido, toda falta, todo crimen que cometan tiene que repetirse en lo infinito y pesar cada vez más al crecer. Es demasiado verdadero: un arrebato de la cólera en un dominador, una mirada oblicua, una palabra ambigua pueden llevar el luto a pueblos enteros y entrañar desdichas para toda la humanidad. Los lectores ingleses que están familiarizados con la Biblia, se recordarán de la fábula acertada de los árboles que querían un rey. Los árboles, los pacíficos y los fuertes, los laboriosos y los benditos, el olivo que crea el aceite, la higuera que da el buen fruto, la viña, de donde viene el mosto "que regocija a los dioses y a los hombres", rechazan la dominación; el zarzal la acepta y de esa maleza nociva parte el fuego que destruye los cedros del Líbano.

Pero los administradores del poder, que han recibido la función sublime sea por la gracia de dios, sea por el sufragio universal, ¿pueden distribuir la justicia, ser considerados de algún modo como infalibles o sólo imparciales? Se puede decir que las leyes y sus intérpretes mostrarán para todos los hombres la equidad que vive en la representación del pueblo? ¿Son ciegos los jueces cuando se presentan ante ellos los ricos y los pobres — Shilock con su cuchillo criminal y el desgraciado que ha vendido de antemano una libra de su carne o algunas onzas de su sangre? ¿Mantienen siempre igual los platillos de la balanza para el hijo del rey y el hijo del mendigo? Es natural que esos funcionarios crean firmemente en su propia imparcialidad y se tengan por el derecho personificado en figura humana, cada cual establece — algunas veces sin saberlo — la moral especial de su oficio; pero los jueces, lo mismo que los sacerdotes, no pueden resistir la influencia de su ambiente. Su comprensión para lo que constituye la justicia, procede de las opiniones del término medio de la época y es influenciada inadvertidamente por los prejuicios de su clase. Por honestos que sean, no pueden olvidar que pertenecen a los ricos y a los poderosos o a los menos dichosos que están aún en el camino del privilegio y de los honores. Tienen, además, una veneración ciega por los casos de precedencia y se imaginan que hábitos heredados de sus predecesores, tienen que ser derecho. Cuando examinamos sin preconceptos la administración oficial de justicia ¡cuántas injusticias no encontramos en los procedimientos legales! Por ejemplo los ingleses están indignados — con razón — sobre el modo francés de interrogar a los prisioneros, pues esos hombres deben inviolablemente y sin excepción ser culpables hasta que son convencidos de su culpa; los franceses, al contrario, observan, no sin motivo, con repugnancia como la justicia inglesa incita a la traición por medio del gobierno inglés, asegurando a los traidores impunidad y dinero, con lo cual coopera a la depravación de los caídos y los estimula a hechos de vergonzosa villanía que asquean sinceramente a los niños de la escuela, que son más morales que sus padres.

(Continuará)



Por los Salones

(Witcomb)

Gabriel Morcillo

Henos aquí ante uno de los peores ejemplos de un volatinero del pincel. Alabado profusamente por la crítica oficial; y como por la vistosidad de su cocina pictórica son muchos los que pueden dejarse ilusionar, importa hablar. No es el primer año que vemos cuadros de este pintor granadino, que críticos ignaros e incautos desean colocarlo como "uno de los pocos nombres nuevos dignos de citarse junto a los maestros representativos del moderno arte español".

Se necesita una desviación de la sesera y una insensibilidad absoluta para no experimentar una sensación de asco frente a esa pintura grosera y gorda, lustrada a muñeca. Ni como asunto ni como corte de composición cambió nunca. Son los mismos desnudos andróginos, de un orientalismo de pega y propio de alcoba burguesa. Todo es convencional, en el sentido más burdo del amaneramiento. Acida a fuerza de brillantez, es la mala pintura por la mala pintura, que se cierra en el círculo vicioso de su inutilidad. Hay diestros artesanos que no van más allá de la materia, pero son honestos, sin pretensiones y en su observación sincera a veces logran realizar trozos felices de factura que, además del deleite que provocan, algo pueden enseñarle al estudioso, al artista o al veedor inteligente. Con Morcillo, ni eso sucede. Porque todo está hecho con trucos, recetas y trampas. Su extrema habilidad consiste en combinar todos estos trucos, recetas y trampas. Y hacer algo presentable para engañar al público que no profundiza sus sensaciones y a los críticos miopes e ignaros, quienes toman estos simulacros de un virtuosismo banal, como una manifestación de arte. Estos cuadros ni quieren ser — y no pueden — decoración, retratos ni composiciones de caballete, y participando de todos estos géneros, no son nada, algo híbrido y sin consistencia.

Es un espectáculo de masturbación sensorial como puede serlo el batacian, sin poseer, por cierto, su vida o su mala vida, por no constituir esta pintura sino su yerto remedo. Pero los fines que informan a ambos — el oficio pictórico y el oficio de desnudarse — son idénticos. Son los detritus del arte burgués.

Gastón Latouche

Es este el artesano que nosotros oponemos al vacuo charlatanismo pictórico del *artista* granadino. Sin poseer un talento excepcional, este pintor francés, ni cosa parecida, sus cuadros no son amables a la vista, por su atavío humilde, por no pretender hacer alarde de ninguna especie, ateniéndose solamente a sus facultades manuales que a veces consiguen efectos cautivantes en su total armonía.

Podrá ser más o menos mediocre, como su colega español, pero tiene la ventaja sobre éste que no intenta disfrazar su mediocridad con batas de seda y kimonos floreados, tal un palurdo de las clases altas o de las bajas. Parece conocer sus límites y no los traspone; es sensato, y su sensatez no le hace ir más allá de lo agradable. Pinta telas ídem, en vista de gente con gustos no muy exigentes, que se diluyen en el placer de lo pintoresco de una anécdota, envuelta en coloraciones suaves y dulzonas.

En fin, es una mediocridad noble, porque no se esconde, y asimismo con rasgos personales, porque no imita ni calca a nadie. Dá todo lo que tiene y puede. Muchos de su misma condición han hecho pastichos, poniendo a contribución la técnica, la calidad tonal y la apariencia de estilo de los grandes maestros.

Todas estas no son grandes virtudes, aunque pueden serlo dentro del marco de lo relativo.



Tableaux Modernes (Escuelas Belgas y Francesas.

La denominación es un poco caprichosa. No son modernos los cuadros de la escuela belga, y menos los de la francesa. No se puede contar como muy moderno a Eugenio Delacroix, quien nace y muere en 1798-1863. Lo es un poco más Renoir, que nació en 1841 y desapareció en 1920, después de una labor copiosísima y de un gran valor.

De Delacroix, del maestro del romanticismo pictórico francés, se exhibe un cuadro de reducidas dimensiones: "La Jeune lionne" (Leona joven). Esto no se podrá tomar jamás, no sólo como lo más representativo, sino como un vago indicio del prodigioso talento con chispazos de genio, del que ejerciera una saludable influencia en los pintores de mediados del siglo pasado. Las quiebras de las grandes glorias son éstas: que luego, después de haber muerto, con el afán del lucro se expone a la venta hasta lo que fueron sus estudios más defectuosos. Sin embargo, esa o no sea esta leona de Delacroix, es un buen boceto. No hay duda, la firma está por encima de su valor intrínseco.

Algo parecido nos sugiere la *Tete d'enfant* (cabeza de niño) del maestro de la escuela del impresionismo. Apenas si es una débil muestra de la pintura de Renoir.

En cuanto a los otros expositores, en su mayoría belgas, quitando Alfredo Delanois y algunos otros vivientes, son la antigualla mediocre de las generaciones clásicas, o neo-impresionistas.

De la pintura fuerte y vigorosa de Ensor, de Laermanns, no hay siquiera de los que pudieron ser sus discípulos. — At.

HUGO BERNASCONI

ARTURO TOSI

Entre las dos principales tendencias —impresionismo y neoclasicismo— a que se pueden reducir teóricamente los numerosos y dispares conatos de la pintura italiana, uno de los sitios particulares le espera al arte de Arturo Tosi: un puesto característico por la vehemente instantaneidad y la franqueza moderna de su visión y de su factura; igualmente distante de la impulsividad fácil del último impresionismo y de la frigidez esquematizada de la nueva academia: sin que por eso se mantenga en el medio o ambiguamente entre dos bandos, como puede acontecer con los mediocres, y más bien realizando por potencial instinto e inteligencia, una personal superación de ambas posiciones teóricas.

A este feliz resultado llegó Tosi por la unión de dos intrínsecas virtudes: una indefectible sinceridad artística que no le permitió nunca substituir las adquisiciones de la emoción del instinto por las cómodas fórmulas intelectuales, y la despierta ductilidad de su intelecto que lo mantuvo atento y propicio a las nuevas corrientes artísticas de nuestro tiempo, pronto a asimilarse lo que más podía ser útil a su expresión, sin dejarla que la desvirtuase totalmente.

Así, no pudiéndose señalar en su labor de la treintena, ningún cambio brusco en su manera, al contrario, siguiendo siempre una trayectoria rectilínea, le aconteció más de una vez sorprender al público con la novedad de su expresión, que al mismo tiempo se presentaba con el carácter de lo imprevisto y de la consecuencia: signo indudable, cuando ambos elementos se unen en una buena y vigorosa vitalidad.

Derivando también él del impresionismo (impresionismo lombardo), ya aclimatado en el ambiente por Cremona, Bianchi, Gola, Bazzaro y Grubicy, asimilándose rápidamente los resultados — más que las teorías — de los post-impresionistas franceses, nunca renegó de sus conquistas de luminosidad y de instantaneidad; pero injertando en éstas el anhelo constructivo de las nuevas tendencias, realizó expresiones siempre más fuertes y equilibradas, cada vez más simples y persuasivas, de una rara salud espiritual: y toda su carrera artística se resuelve en esa constante fidelidad hacia sí mismo y en esta lógica ascensión.

Nacido hace cincuenta y tres años, — después de haberse hecho notar por algunos ensayos de paisajes de gran vivacidad cromática, de un ímpetu, más manual que nacido animicamente, anduvo a través del análisis del divisionismo, afinando, no solamente más el ojo, y expurgando su paleta, sino castigándose en los medios materiales de expresión; de modo que, sin darse cuenta él mismo, fué día a día interiorizándose con aquel innato ímpetu que en sus primeros ensayos lo había arrastrado a la truculencia de la pasta colorante, y a un grave descuido de la solidez de la estructura de la composición del cuadro.

Dedicado por algunos años al estudio de la figura humana, pudo ser señalado por la realización de algunos buenos retratos (en particular la bella cabeza "Malinconia", que se halla en la *Galleria Cívica* de Milán y el robusto "Retrato" de su padre) entregándose luego totalmente al paisaje; prefiriendo las llanuras envueltas en la tenuidad de los vapores o sobre los poyos de las colinas gemadas de flores, y las grisuras otoñales sobre las tierras recien aradas, limitados por las azules lejanías.

Obtuvo así, en una pintura rápida, armonías de tocante delicadeza y de impecable distinción... Distinción en el color y en el corte, instantaneidad de expresión con rasgos nerviosos; una fineza casi mórbida de los pasajes de un tono a otro; un dulce sentimiento elegíaco de la campiña y una absoluta sinceridad al mantenerse en los límites de la propia emoción, sin sombra de exageraciones retóricas, son estas las características de este fecundo período.

Pero, arribado a la madurez de los años y del intelecto; afinado en los sentidos y en el espíritu, por el cotidiano ejercicio del arte, — cuando los dilectos resultados conseguidos podían más fácilmente inducirle a la adopción de una manera, cayendo en la repetición de sí mismo, supo reabrirse un nuevo camino, volviendo a tomar robustamente contacto con la eterna primitividad de la naturaleza.

Le aconteció, entonces, de encontrar nuevamente su propia primitividad; esa calidad primigenia poseída por cada alma individual, que muchos jóvenes de hoy van buscando erradamente en una imitación erudita. Y he ahí que en esta íntima comunión se desborda aquel ímpetu de sus años mozos, pero ya para siempre hecho ímpetu interior, contenido por estar sobrecargado de fuerza.

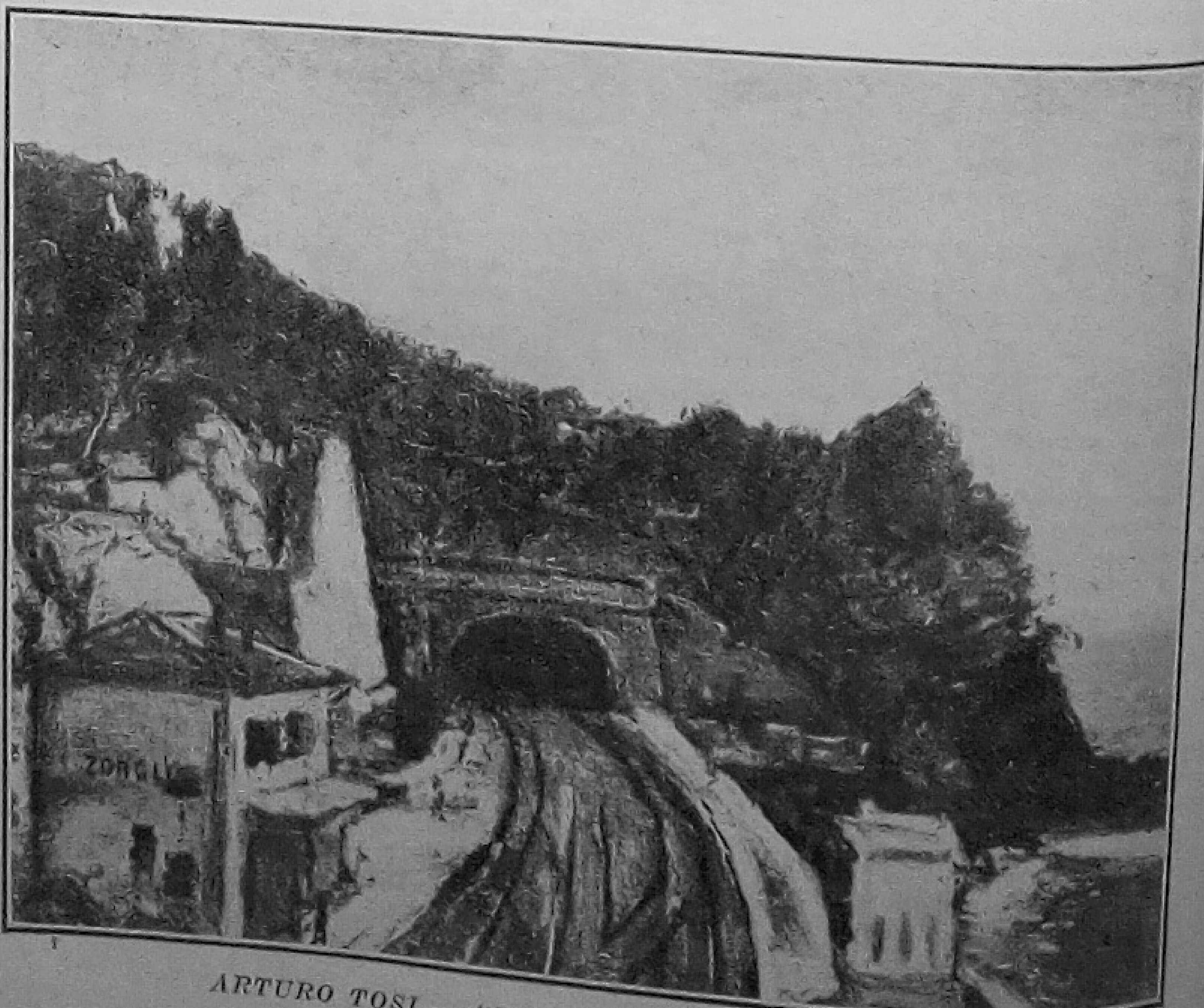
Es en este tiempo que, respondiendo a este deseo de mayor nitidez y virginidad en las cosas, se trasladó a las llanuras milanesas, a los pre-alpes del Bergamasco, donde la naturaleza, no obstante ser virgen y libre, no es salvaje y sí vestida de verduras cultivadas, de lejanas nieves, alegres y acogedoras.

Sucesivamente, el espectáculo y el estudio del mar en su compleja simplicidad en tonos y líneas, le valió mucho para completar este paisaje decisivo.

El color, que de exquisito en exquisito, amenazaba disolverse en vaporosidades inconsistentes, se rehizo súbitamente intenso y resuelto como en los ensayos juveniles; pero en un sentido más grave, emergiendo de los colores elementales del espectroscopio a las coloraciones turbias y jugosas del humo y de la onda.

Donde antes no era más que la fascinación de una juventud trepidante, surgo ahora una masculinidad saturada y segura. La naturaleza cesa de ser para el pintor un placentero y florido arriate y se presenta tal cual es: una cálida forja de cosas.

Esta reconquista de la seriedad de la coloración, se valoriza y se completa por una progresiva visión de la forma, concebida con un amplio reasunto y de más reposada solidez. Al rápido abocetamiento de los tonos, que por armonizarse se mezclaban unos a otros, se sucede una armonía, no menos estrechamente entrelazada, de largos y nítidos planos de color, que si pudieron ser sugeridos a su inteligencia por la búsqueda de los cubistas, no caen jamás en la fijeza geométrica, y por derivar tales como son por la directa sensibilidad de la naturaleza, le resultan siempre vivientes y espontáneos. También aquello que tenían ayer de sumario, tumultuoso y excesivo, se está convirtiendo, en sus últimas obras, más ordenado y ceñido, otorgándole al cuadro una más clara estructura y una vitalidad más fundida con el todo. Es de presumir que precisamente en esta dirección, Tosi, acostumbrado a un continuo progreso, podrá hacer todavía bellas conquistas.



ARTURO TOSI — "Zoagli" (Rivera de Liguria)



ARTURO TOSI "Al pie de la colina"

Para acercarse siempre más a este concepto de sólida y libre forma, le ayudó una práctica asídua del dibujo — rara en estos días entre los pintores, y más rara aún entre los paisajistas — no tan entendida para adueñarse neumónicamente del singular aspecto de las cosas, como para encontrar los valores expresivos de sombra y de luz, exprimiendo — por así decirlo — la esencia del claroscuro. De aquí la impresión de atmósfera coloreada que nos dan sus dibujos.

Toda su producción se dirigió, en verdad, hacia la intensidad del tono y la robustez del claroscuro, sin hacer a menos del sentido de la atmósfera límpida, pero húmedamente vaporosa que siempre fué la característica de la pintura lombarda, desde Borgogne a Ranzoni, a Cremona, y es en esta atmósfera de dulcedumbre, que Tosi supo alcanzar la gran limpidez del color, en particular modo en la pintura de las flores a la que se dedicó en estos últimos años como más apto a extraer de su paleta una extrema sonoridad. Es así que su pintura nos trasunta, sustancialmente, algo como una sentida melancólica dulzura que no se repliega sobre sí misma, sino que se eleva virilmente hacia los vértices de la tierra.

Por tantas virtudes de temperamento y de intelecto, por tanta lealtad de propósitos y constancia laboriosa, y sobre todo, por esa su íntegra fidelidad hacia su persona y hacia su tierra — que produce lógicamente la esencia de la raza — Arturo Tosi se nos aparece hoy no sólo como uno de los más típicos representantes de la pintura lombarda, sino también como el más definido pintor de paisajes que nuestra generación le dió a Italia.

——— *** ———

MAURICE DENIS

De Gauguin y Van Gogh al clasicismo

A mis queridos discípulos de la Academia Ranson.

La gran tormenta que renovó el arte francés hacia el 1890, salió del negocio del "Père Tanguy", comerciante en colores de la calle Clazel, y de la posada Gloanec en Pont-Aven. En Pont-Aven Gauguin enseñaba a algunos discípulos, Chamaillar, Bernard, Filiger, Serusier y el holandés de Haan, tal era la "pesada escuela de maneras rudimentarias, entre sendos vasos de sidra" (1). En lo de Tanguy, un viejo de la Comuna, un dulce soñador anarquista, se exponían, para edificación de los jóvenes, las producciones revolucionarias de Van Gogh, de Gauguin, de Bernard y de sus émulos, colgadas en desorden al lado de las telas del maestro incontestable, del iniciador del nuevo movimiento, Pablo Cézanne.

Bernard, Van Gohg, Anquetin, Toulouse-Lautrec eran rebeldes del taller de Cormon; nosotros, Bonnard, Ibels, Ranson, Denis, rodeando a Serusier, fuimos los rebeldes del taller de Julián. Simpatizando con todo lo que nos parecía nuevo y subversivo, íbamos, no solamente hacia los que hacían tabla rasa de la enseñanza académica, sino también, y sobre todo, del naturalismo, fuese romántico o fotográfico, entonces admitido universalmente como la sola teoría digna de una época de ciencia y de democracia. Nos hemos vuelto a encontrar después entre los primeros Independientes, entre los cuales ya se sentía la influencia de Seurat y de Signac.

A las audacias impresionistas y divisionistas, los recién llegados agregaban una ejecución zurda y una simplificación caricaturesca de la forma; y ese era el simbolismo. Ahora estamos acostumbrados a ese género de audacias, y el público también se ha hecho a ellas; pero entonces las confundía con las de los Incoherentes y los cabarets de Mont-Martre. El afiche y las revistas ilustradas popularizaron esas enormes fantasías de dibujo, esas exageraciones del carácter, entonces inéditas y completamente desconocidas para el viejo Grevin, Willete y hasta para Cheret, cuyas invenciones elegantes comenzaban recién a florecer en los muros de París. Las síntesis de los decoradores japoneses, no bastaban para alimentar nuestra necesidad de simplificación. Idolos primitivos o del Extremo Oriente, calvarios bretones o imágenes de Epinal, figuras de tapicerías o de vitraux, mezclado con recuerdos de Daumier, el estilo zurdamente poussinesco del Cézanne de las bañantes, de las pesadas paisanerías de Pissarro. A quienes han sido testigos del movimiento de 1890, nada les puede ya asombrar: los esfuerzos más salvajes, más incomprensibles de los ahora llamados "fieras" no pueden sino recordarnos las extravagancias de nuestra generación. Para conocer la emoción, el vértigo de lo inesperado, es preciso haber visto el café Volpini en la Exposición de 1889. Allá, en un rincón apartado de la gran feria, lejos de las artes oficiales y de las obras maestras acumuladas en la Retrospectiva, estaban abundantemente colgados los primeros Gauguin, los Bernard, los Anquetin, etc., reunidos por primera vez. Las curiosidades más hilarantes de la Exposición eran, y lo serían aun hoy, a pesar de la diferencia del público, las obras de Willumsen o de Rasetti, expuestas años más tarde en el pabellón de la Ville de París (Independientes).

El reproche que nos hacían los críticos de entonces, era el de que pretendíamos volver a balbucear. En efecto, volvíamos a la infancia, haciéndonos los bestias, y era entonces, sin duda, lo más inteligente que se podía hacer. Nuestro arte era un arte de salvajes, de primitivos. El movimiento de 1890 procedía a la vez de un estado de extrema decadencia y de una fermentación de renuevo. Era el momento en que el nadador que zambulle, al tocar fondo, asciende.

Sin duda la borrasca de 1890 había sido preparada. Los artistas cuya aparición, que hiciera tanto escándalo, fueron producto de su tiempo y de su ambiente; sería injusto aislarlos de sus mayores, los impresionistas, y particularmente parece que la influencia de Camilo Pissarro fué sobre ellos considerable. Tampoco se les podría reprochar de haber desconocido a sus predecesores inmediatos, pues han manifestado desde sus comienzos la más gran estima por los que los habían puesto sobre el camino: no solamente Camilo Pissarro y Cézanne, y Degás y Odilon Redon, sino también Puvis de Chavannes, cuya gloria oficial hubiese podido, sin embargo, ser un freno a su juvenil intransigencia.

Era entonces el final necesario — acción y reacción, todo junto — del gran movimiento impresionista. Se ha dicho de todo sobre este asunto: ausencia de toda regla, la nulidad de la enseñanza académica, el triunfo del naturalismo, la influencia de los japoneses, habían determinado la eclosión alegre de un arte aparentemente libertado de toda traba. Motivos nuevos, el sol y las iluminaciones artificiales y todo lo pintoresco de la vida moderna, habían sido admitidos en los dominios del arte. La literatura mezclaba a las vulgaridades del realismo agonizante los refinamientos del Simbolismo; el "trozo de vida" se servía completamente crudo; al mismo tiempo que el amor aristocrático por el vocablo raro, por el estado de alma inédito y de la obscuridad en la poesía, exasperaba el lirismo de los escritores jóvenes. Lo que nosotros le pedíamos a Cézanne, a Gauguin y a Van Gohg, ellos lo encontraban en Verlaine, en Mallarmé, en Laforgue: "De todas partes, decía Alberto Aurier en el artículo-manifiesto de la *Revue Encicloped:que*, se reivindica el derecho al ensueño, el derecho a los pastores del azul, el derecho a volar hacia las estrellas negadas de la absoluta verdad.

Las copias miopes de anécdotas sociales, la imitación imbécil de las verrugas de la naturaleza, la observación chata, el *trompe-l'oeil*, la gloria de ser tan fiel, tan banalmente exacto como la daguerreotipo, no conforma más a ningún pintor, a ningún escultor digno de ese nombre." Los músicos, menos nihilistas que los pintores, pero como ellos preocupados de mayor libertad individual y de más expresión, reciben, sufren la influencia del romanticismo wagneriano, de lo pintoresco ruso y de la música pura que les revelan César Frank, Bach y los contrapuntistas del siglo XVI.

Todo fermentaba. Pero al fin es necesario decir que en las artes plásticas, la idea de arte, por de pronto limitada a la idea de copia, no se apoyaba sobre otra cosa que sobre el prejuicio naturalista del temperamento, o mejor dicho, de la sensación individual. Ellos ven así, decía la crítica. Nosotros llevamos al colmo el desprecio por las convenciones, sin otro propósito que el de negarlas: el derecho de hacerlo todo no reconocía ninguna restricción. Fué el exceso de ese desorden que trajo como reacción el espíritu de sistema y el gusto de las teorías. Seurat fué el primero que trató de substituir a la improvisación, más o menos caprichosa, del natural, un método de trabajo reflexivo. Buscó de poner orden, de crear una nueva doctrina que todo el mundo esperaba. Tuvo el mérito de intentar la reglamentación del impresionismo. El apresuramiento con que sacaba conclusiones estéticas de ciertas teorías de Chevreul o de Carlos Henry, o de sus propias tentativas, ha hecho de su obra, desgraciadamente muy pronto interrumpida, una experiencia truncada. Por admirable que haya sido ese primer esfuerzo contra la libertad, es un hecho que, a pesar de la inteligencia, la perseverancia y el talento del coladorador de Seurat, Pablo Signac, no tuvo repercusión profunda, mientras que el sintetismo y todos los propósitos de Gauguin y de Van Gohg han tenido una influencia considerable sobre los jóvenes pintores en Francia, en Alemania y hasta en los extremos de Europa.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO

MISERIA

(Conclusión)

Este hermoso *sí*, producía un cosquilleo que, contagiándose y aumentando rápidamente, concluían las otras mujeres por agarrarse a la barriga para estallar en descomunal risotada.

Otras veces era con la casera, señora de sesenta años. Cuando se dirigía al fondo, doña Concepción la chistaba:

—Isabel... Isabel; oiga.

Y ante el gesto malhumorado de la encargada, por esas maneras impropias, el grupo solidario sonreía maliciosamente.

Así pasaban la vida. Pero entre otras, había una cosa que a ella le preocupaba en serio. Era el turco Emilio, cuyo golpe de vista fascinador turbaba su parsimonia característica.

El tilingo la tenía loca. Este, sin embargo, permanecía impasible, retorciéndose los bigotes. Doña Concepción asediaba su llegada, interceptándole el camino. Esquivando su encuentro, el turco saludaba solemne, siguiendo adelante.

Fracasadas esas tentativas, recurrió a la insinuación. Cuando lavaba, inclinando su voluminoso torso sobre la silla que sostenía el tacho, dejaba ver las piernas a la altura de la fosa poplítea. Era un arranque acelerado, furioso, carnal. La ancha pollera se abría y cerraba. Las dos porciones del glúteo se estremecían palpitantes. Y nunca concluía de frotar las ropas; nunca cesaba de darse vuelta, respirando sofocada y oprimiendo los labios con dolorosa voluptuosidad. En vano. El otro miraba, sí, pero ni entusiasmado ni indiferente, acaso con cierto desencanto frente a un objeto que quisiera, mas no puede ser mejor; tal vez por puro cumplimiento; quizás para satisfacer su orgullo de hombre festejado. La verdad era que habían corrido tres meses de inútil espera. Ella sabía de sobra que las líneas de su cuerpo eran enormemente desiguales; que su cara, chica y punteada de manchitas, lo mismo que los brazos, repelían al mirador; que sus cabellos eran una mixtura de amarillo y castaño; que llevaba los senos caídos; que bebía indecorosamente; que era una mujer rara, infrahumana; que el marido era llevadero; que su pretensión estaba muy mal, muy mal. Mas, ¿cómo refrenarse? Sus antojos eran imperantes, y exigían rápida realización. Se le había metido en la mollera atraerse al turco, y atacaba impertérrita.

Al verlo llegar, le brindaba con cien sonrisas. Y nada. Volcánica, por último, usó el guiño manifiesto, decisivo e interrogante, como diciéndole: ¿vienes? Tampoco nada.

Cierta mañana, tras un breve cambio de palabras, le zumbó veloz, como en broma:

—Vea, por cinco pesos, a cualquiera le doy ésto.

Y señaló su trasero.

Emilio, rojo de vergüenza, se marchó de allí.

Perdida la última esperanza, entrególe a la desesperación, a la rabia, a la envidia.

—¡Se ha fijado usted en ese tilingo!

En la mesa conversaba menos que nunca. Permanecía cabizbaja, masticando con lentitud. A ratos enhiestaba la cabeza, dibujándose en su rostro la expresión del pleno aburrimiento, los gestos mal disimulados de su desamor hacia el infeliz allí presente. Inocencio le preguntaba:

—¿Por qué ponés esa jeta?

—¡Qué sé yo!

Cogía la botella, y llenaba su vaso una, dos, tres veces. Se sorbía el líquido de un trago, golpeando ruidosamente con la copa sobre la mesa. Ocurría que Inocencio, fuera de sí, comenzaba a dar patadas en el suelo. Fingiendo ignorancia, ella interrogaba a su vez:

—¿Qué tenés?

—¡Esto sí que está lindo! Servime a mí como corresponde.

La botella se vaciaba, y allá iba por otro litro, que asimismo desaparecía.

A la tarde, de nuevo cruzaba a comprar el agrio y turbio campeche. Virgilio sesteaba. Sentada junto a la mesa de aquel cuarto maloliente y desordenado, ajena al mundo, bebía y bebía atiborrándose por completo. Su cabeza era un caos y ardía en fiebre. Sus ojos relampagueantes, brillaban igual que cristal húmedo. En la región de su labio superior, bordeaba la señal violácea del vino. Deshecha, se balanceaba de uno a otro costado, estirándose de piernas, moviendo los brazos, replegándose luego. A sus contorsiones acompañaban muecas horribles. Después parecía serenarse. Entornaba los ojos, vencida por el amodorramiento. Después despertaba, reaccionaba y se prendía al vino.

Una tarde, completamente ebria, se retorcía como un junco. Quiso continuar bebiendo, pero le faltaron las monedas necesarias. Sin reflexionarlo, agarró la botella junto con el vaso; salió del cuarto y bordejando por el patio, llegó hasta donde vivía la encargada. En tono autoritario le pidió dinero, y ella se negó a dárselo. Furiosa, volvió a la cueva.

En ese instante el chico lanzaba ensordecedores ronquidos. Inundada de cólera, avanzó resuelta en dirección a la cama. Lo asió de la cintura, y en seguida, ciega, brutal, sus puños cayeron a martillazos sobre los omoplatos y los riñones.

—¡Chino! ¿Esas son formas de dormir? ¿Lo aprendiste de tu padre? ¿Eh? ¿sí? Bueno, tomá, tomá — respondía con golpes a sus mismas preguntas.

Agotada, se echó en la silla. Virgilio, machucado, profería gritos que partían el alma. Los vecinos salieron al patio. Algunas mujeres, más olfativas que indignadas, dirigían la vista hacia el cuarto cerrado; otras protestaban a media voz; Said arrojaba incomprensibles anatemas, blandiendo los puños al aire. El paisano vecino, sin inmutarse, filosóficamente, transfundía su pacífica sensibilidad en el humo azul del narguile que lanzaba a grandes bocanadas. Sólo Madama Margot fué a reprenderla. Intentó abrir la puerta pero en vano. Nadie respondía. Virgilio ya no gritaba. Madama Margot insistía ahora amenazante.

—Abra, le digo; abra, que si no será peor.

De pronto asomó en el marco del vidrio la minúscula cabeza de doña Concepción, y observando a la otra de hito en hito, la apostrofó despreciativa, escupiendo en el cristal:

—¡Andá al diablo, vieja franchuta!

Y se dejó caer otra vez en la silla. Ya estaba harta de su vida, de la gente, de todo. Muerto el primogénito, no deseaba saber nada de hijos. ¿Para qué? Le nacían enfermos, raquíticos. Virgilio era un manojo de carne blanda. Tenía la sangre viciada igual que ellos, y en la mesa reclamaba siempre su parte de vino, de lo contrario lloraba.

¡Tener hijos! ¿Para qué?

Esta interrogación la foquetaba de veras. Pero Inocencio que, engolfado en un mundo de vagas sensaciones, apenas veía la realidad de las cosas, oponía razones morales, para ella de escasa solidez, como la sociedad, el deber, el instinto de la especie, la familia.

Habían pasado dos años. En la casa ya no predominaba su espíritu versátil y tramoyista. El cambio de varios vecinos, y el aislamiento que se le hizo a consecuencia de los inevitables chismes, fueron los móviles principales. Posteriormente a la cómica ruptura formal con el tilingo, se enemistó con Madama Margot y la pareja de catalanes. Todo esto la obligó a librar una formidable batalla con la rubia, enviando al marido de ésta un equívoco anónimo en el que campeaba la más negra trapisonda. En ese papelucho, ausente de ortografía, llamaba a Mercedes "cochino", y al esposo "honrrado hombre que sudaya la gota gorda, trabajando, mientras la infame en brasos de otro le desteñía la sábana".

Malquista con todos, a la postre se encontró sola, condenada al silencio que, para doña Concepción, era uno de los mayores males.

Por ese tiempo la sorprendieron de consuno el nacimiento de un nuevo hijo y la enfermedad de Virgilio.

Próxima a parir, intentó convencer a Inocencio sobre el punto que éste no admitía, por considerarlo escabroso y despiadado. Ella forcejeaba, arreglándoselas para aparecer persuasiva, convincente. Con una persistencia ya ejercitada, le tendía el señuelo de las caricias, de los lloriqueos, de sus sufrimientos. Ahondando siempre, lograba sumergirle en un mundo terriblemente dantesco, donde sus hijos danzaban un tronco al extremidades.

Fueron para ella días de rabietas, de violentas discusiones y amenazas horrendas. A la terquedad de Inocencio se unía algo más grave que la tenía fuera de quicio. Apenas traspasaba los umbrales de su cueva, las miradas de sus enemigas caían como flechas en el vientre fecundo. ¡Ah, cómo sonreían las muy puercas viéndola andar despatarrada y con pesadez! Con frecuencia las sorprendía cuchicheando en los rincones, contra las paredes, dentro de las piezas, detrás de las cocinas. Sólo llegaba a ella el runrún de las frases dichas a boca entrecerrada. Radiante de furor, solía acercarse de puntillas, aguzando el oído. El desbande era inmediato, pues quien más, quien menos, todas la temían. Pero con claridad entendía lo que murmuraban de ella. Seguramente la desmenuzaban por su crueldad con Virgilio, por sus frecuentes borracheras, por su falta de puntualidad en el pago de los alquileres, porque sopló a Fulana su deseo de abortar, por el anónimo, porque nunca las dejaba tranquilas. — No importa — decíase. — Ya me las pagarán.

Y se mordía los labios.

A pesar suyo, se abandonaba y cedía al impulso dominante de la naturaleza. Rencores, propósitos, ideas, se esfumaban poco a poco en el vacío. El egoísmo acabó por vencerla. Así nació el hijo. A los breves días enfermó Virgilio.

Virgilio jugaba y corría con los demás chicos, pero a lo mejor deteníase, fatigado, dolorido, poniendo una cara de prematura tristeza. Cuando esto sucedía, acurrucábase en un rincón cualquiera para descansar. Al cabo de un rato, volvía a sus diabluras de muchacho, corriendo, montado en una escoba, por el fondo del caserón.

Más tarde, le resultó doblemente penoso traquetear a su gusto. A la fatiga, se agregó un abatimiento físico casi continuo. No ya correr, hasta caminar le era imposible sin experimentar en los muslos y en las piernas una especie de entorpecimiento.

Con frecuencia se quejaba a la madre.

—No es nada — replicaba indiferente.

De noche, sin embargo, y en presencia de Inocencio, solía frotarle la espalda con una tintura. Virgilio, al levantarse, iba en busca de los otros. Transcurrida una hora, recomenzaban los dolores dilacerantes como en la jornada anterior; y entonces, caminando a gatas, se acercaba a la madre gimiendo, insistiendo, suplicando:

—Mamita, ¡me duele!

—No es nada.

—Mamita, mamita, ¡me duele mucho!

—Son mentiras.

En esa forma siguió dos meses, jugando y sufriendo. Un día se le formaron supuraciones. Después, en la región lumbar, asomó una pequeña prominencia angulosa. Su estado les inspiró miedo, y recién resolvieron llevarlo a un hospital para que lo revisaran. Allá le dijeron que padecía el mal de Pott.

A indicación del médico, todos los mediodías le hacían recibir baños de sol en pleno patio. Era una escena extraña y afligente. Rodeado a cierta distancia de los otros pequeños, doblegaba la cabeza lo mismo que un perro vencido por el hambre. Los rayos benéficos caían oblicuos sobre la espalda amarilla y de omoplatos unidos, cuyas alas se teñían de un sudor violeta.

Y vino el invierno, como decir la muerte. Debido a las paredes demasiado altas, el sol no llegaba al suelo, sumergiendo la casa en una enfermiza semioscuridad. En cambio de baños, intentaron darle aceite de Noruega. Desde el primer instante lo rechazó.

—Es feo — había dicho. — Me gusta más el vino.

Cosa que no le negaron. Mientras tanto amamantaba a Roberto, su tercera desgracia.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de diestra a siniestra besándole en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicaresca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidriales del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magnolia; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contonear la mole de su cuerpo en un travieso y diabólico vaivén o lanzar una ojeada de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvía monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arropado en sucios pañales, dejábalo en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constante. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guiñapos de los chicos, en el piso destartalado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el pan que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

—¿Ves lo que son los hijos? — le decía a Inocencio. — ¿Comprendes ahora?

Inocencio hundía la cabeza. Doña Concepción proseguía subiendo de tono, de tal modo, que Virgilio, atemorizado, se escurría de la pieza.

Estas escenas se repetían diariamente, en la mesa y en el lecho. El nunca replicaba, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yetta, el destino, qué le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.

—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?

—Callate, perro.

—¡Vaca!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:

—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su





ser. Los domingos, especialmente, cuando lo llevaba consigo a la plaza San Martín para que el chico jugara en la arena, no podía contemplarlo fijamente cinco minutos sin que asomaran en su ojos unas lágrimas. Pues el contraste era violento. Había allí una bandada de criaturas sanas, de mejillas sonrosadas, de labios purpúreos y eléctricos en los que chispeaba la fresca sonrisa de la infancia. El suyo permanecía tieso, grave, aplanando arena para hacer una montaña que nunca subía lo suficiente. Montaña que, como él, caía al más leve soplo.

Si era en el taller, la imagen de Virgilio se le aparecía gráfica. Lo veía en la cueva, arrinconado, con la boca entreabierta; en la mesa, sin probar bocado y a la zaga del vino sobrante; en el patio, haciendo simulacros de soldadito que al andar doblega la columna vertebral. Lo veía más tarde en la escuela, desatento y siendo la mofa de sus condiscípulos. Lo veía ya joven, inútil y exhausto, acodado sobre el mostrador de los almacenes. Luego, sucesivamente, lo veía en el hospital, en el manicomio, en la cárcel con la nariz fuera de la reja... De lejos venían los acentos de reproches, las amargas recriminaciones. Por asociación llegaba a Roberto. ¿Sería también un perdido? ¿Un incompleto? ¿Andaría como el otro hociqueando el suelo, bajo el peso de una herencia de pesadumbres? Sí no, quién sabe. De cualquier modo, él era un inconsciente, un atolondrado, un pobre de espíritu que obraba según la presión de los vapores alcohólicos.

De mañana, y a su regreso del trabajo, movido por el desastroso arrepentimiento, colocaba en sus rodillas a Virgilio. Así quedaba minutos largos, aparentemente encantado. A ratos le sonreía, pero era una sonrisa agria, aniquiladora. Por momentos lo estampaba un beso, pero era un beso rápido, maquinal. A petición del chico, le narraba un cuento, un cuento insulso que suspendía a la mitad.

Después de cenar, lo sentaba en el mármol de la puerta, y él, parado, miraba sin ver, la bóveda del cielo, el rodar de los carruajes y tranvías. Había jurado no pisar más la bodega, huir de ella, empleando el dinero en cosas útiles. Pero un nuevo plan de vida era tarea ardua. Una, dos noches se abstuvo de cruzar la calzada. Luego fué y pidió vino y hasta se bebió la porción que en vano rehusara probar. Más aún. Se trataba de medios litros, que los repetía a solas en varias sesiones. Volver borracho se convirtió una costumbre. Si en semejante estado antes le mordía cierto pudor por los vecinos, ahora como ex profeso buscaba la compañía de los mismos, sin medirse en las palabras, sin contener su aliento fétido.

Una noche salía de la bodega delirante, fantástico. Había bebido de manera tan escandalosa, que el vino le chorreaba



por la camisa. En su cerebro bullía una idea, una idea negra, macabra, que surgió al principio nebulosamente, y después precisa, clara, contorneada. Espantado, recurría al vino. Su espíritu se embotaba, pero la idea avasalladora le oprimía, acorralándolo, venciéndolo. El reloj, que él no percibía, marcó las doce, luego la una. Su petrificamiento era absoluto. Cuando cerraron el negocio, vació todavía otra botella. Entonces abandonó el local, obligado, de lo contrario hubiera permanecido así hasta despuntar el día.

Ya en la calle, cruzó la acera y se detuvo ante la puerta del caserón. Desde luego entró, caminando a tientas, pues la noche era completamente oscura, y en la casa no se distinguían los objetos. Se palpó los bolsillos buscando fósforos. No llevaba. Anduvo algunos pasos y de nuevo se detuvo. En su volcánico cerebro bullaba la idea. Esa idea lo iluminó, haciéndole apresurar la marcha. Al penetrar en la cueva, la luz de la lámpara que encontró encendida, ardía tenuamente. Aquello se le figuró un antro del vicio, la representación de su vicio, de su ancestral vicio.

Todos roncaban. Balanceándose, pensaba, pensaba siempre en la misma idea. Los oídos le aturdían por la afluencia de la sangre. Los dientes le castañeteaban, la respiración le era dificultosa. Sentía en su cuerpo temblor y escalofrío.

Maquinalmente y tropezando, se dirigió a la cama. Agachándose todo lo que pudo hasta juntar sus labios a la cara de ella, le dijo bajito, dándole tirones:

—Concepción, escucha. Escúchame, Concepción. Despierta. ¡Ah!, oye. Se me ocurre una idea, una gran idea.

Sorprendida, se incorporó.

—¿Qué pasa? — inquirió con un ademán.

—No te asustes — prosiguió en un lenguaje cariñoso y cortado; — no te asustes. Tienes razón; nuestros hijos no valen nada, son como gallinas enfermas. Tienes razón; no valen nada, nada, nada, pero lo que se llama nada. Tienes razón. Es mejor matarlos.

—¿Qué dices?

Y mientras, atónita, lo contemplaba ella, Inocencio se llegó a la cuna de Roberto. Por la luz tenía el niño un tinte de cera pálida. Procurando no despertarlo, lo tomó en sus brazos, y luego, cuando le quitó los trapos de encima, cuando lo hubo amordazado con un pañuelo estampó sus manos abiertas a cada lado de la cintura, y apretó, apretó, hundiendo las uñas en la carne blanda, sedosa, informe.

Como la otra vez Virgilio, Roberto, libre de la mordaza, comenzó a gritar. En el silencio, los gritos sonaron desgarradores.

Doña Concepción, que preveía las consecuencias del drama, saltó súbita del lecho, le arrebató el niño, y corriendo, fué a golpear a la puerta de la encargada. Esta salió y ambas volvieron. Roberto que renacía, continuaba gritando. Doña Concepción, antes que todo, expresó que le había dado un ataque.

Entonces Inocencio se interpuso entre las dos, y en el mismo lenguaje cortado, lento, finalizó:

—Ella miente. Falta a la verdad. No es eso, ¿sabe? Es la miseria, la puerca miseria, esta vida de miseria...

Y sin poder tenerse en pie, se desplomó en la cama, boca abajo, estallando en ese convulsivo llanto de los borrachos.

1918.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

I. K.

LA RAZON NO BASTA

"¡La razón no basta!" — así tituló Ricardo Mella un artículo; esas breves palabras nos han producido tan hondo sacudimiento, como si hubiese caído uno de los puntales de nuestro espíritu. "¡La razón no basta!"

Y nuestra fantasía recorre en un vuelo veloz la historia de los siglos, desde las épocas más remotas, y examina los hechos grabados en el recuerdo, los compara y concluye automáticamente en esta triste y trágica perspectiva: "¡La razón no basta!"

Pero si la razón no ha bastado en el pasado, podrá tal vez bastar en el porvenir para determinar la vida del individuo y de la sociedad — es de esta forma como quisiéramos consolarnos. No obstante el corazón no late como cuando descubre una solución largamente anhelada; el alma permanece muda: bastará o no bastará la razón en el porvenir, nada sabemos. Lo cierto es que hoy no basta.

¡Dichosos los que no conocen las torturas de la duda e ignoran las angustias del desaliento y el pesimismo! Esas vacilaciones del espíritu martirizan más que las torturas físicas. Sentirse con fuerzas para el trabajo creador, con energías para dar golpes incesantes en el edificio de la vieja civilización, ver claramente las raíces del mal y entrever el remedio, estar seguros de que la justicia, la razón, la verdad están con nosotros y al mismo tiempo tener que confesar vuestra impotencia, la ineficacia de vuestra obra, el triunfo de aquellas malas pasiones que quisiérais sustituir por sentimientos más nobles y elevados, ver cómo vuestro amor a la verdad, a la justicia, a la libertad es pisoteado por la malevolencia y la mentira triunfante, comprobar que predicáis en el desierto, peor aún, que vuestras aspiraciones rebotan en la peña de la indiferencia o en el muro de los odios y os hieren de rechazo, ver cómo pasan los días y los meses, y los años, y siempre igual o cada vez peor, y tener que llevar al corazón la duda ¡y reconocer que la razón no basta! — ¿no es ese un tormento más punzante que el tormento físico?

Y nuestros precursores en el movimiento anarquista han podido tal vez templar el ánimo al contacto del ambiente fraternal e igualitario creado al calor de las ideas. Ni ese consuelo nos queda a nosotros, que vivimos con más inquietud y desencanto en lo que fué un movimiento que fuera de él. Hemos perdido toda cordialidad, nos hemos dejado envenenar por el mundo que queríamos transformar en un sentido de progreso y de bienestar para todos. ¡Hemos perdido el derecho a criticar el mundo de la burguesía y del autoritarismo! ¿Qué es lo que podemos ofrecer a los pueblos oprimidos y a las almas sedientas de libertad y de justicia? ¿Nuestras actuales pasiones? ¿Nuestro ejemplo actual de hostilidad y de insolidaridad internas?

No sabemos cómo poner diques al torrente desbordado; nuestra fuerza es eficaz para la labor constante, para la edificación sistemática, pero lo que se necesita es la energía titánica para resistir a un mundo que se hunde en la pasión del dominio y en los pantanos del odio; lo

---

Errico Malatesta (II)



EN EL CAFÉ

Usted me dirá: el pueblo obrará por sí mismo, organizará, etc. Pero esas son palabras. Lo que probablemente sucederá es que después de un período más o menos largo de desorden, de disipación y tal vez de estragos, un nuevo gobierno ocupará el puesto del caído, restablecerá el orden... y todo continuará como antes. ¿Para qué, pues, tanto derroche de fuerzas?

Jorge. —Si debiese ocurrir lo que usted dice, no por eso habría sido inútil la insurrección, porque después de una revolución las cosas no vuelven nunca exactamente a su estado anterior, por el hecho que el pueblo ha disfrutado un período de libertad y experimentó también su fuerza y no es fácil hacerle aceptar de nuevo las condiciones de antes. El nuevo gobierno, si lo hay, comprende que no podría permanecer en el poder si no diese alguna satisfacción, y de ordinario trata de justificar su ascenso dándose el título de intérprete y continuador de la revolución.

Naturalmente, la misión que se impondría el gobierno realmente sería impedir que la revolución fuese más lejos y restringir y alterar, con un fin de dominación, las conquistas de esa revolución; pero no podría volver las cosas a su estado de antes.

Y eso es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones pasadas.

Pero nosotros tenemos razón para confiar que en la revolución próxima se obrará mucho mejor.

César. —¿Y por qué?

Jorge. —Porque en las revoluciones todos los revolucionarios, todos los iniciadores y actores principales de la revolución querían transformar la sociedad por medio de leyes y querían un gobierno que hiciese e impusiese esas leyes. Era forzoso, pues, que se crease un nuevo gobierno y era natural que el nuevo gobierno pensase ante todo en gobernar, es decir, en consolidarse en el poder y por tanto en formar a su alrededor un partido y una clase privilegiada interesados en su permanencia en el poder.

Pero ahora apareció en la historia un nuevo factor representado por los anarquistas. Ahora hay revolucionarios que quieren hacer la revolución con fines puramente antigubernativos, y por tanto la constitución de un nuevo gobierno hallaría un obstáculo que no encontró nunca en el pasado.

Además, los revolucionarios del pasado, queriendo hacer las transformaciones sociales, cualesquiera que fuesen, por medio de leyes, sólo tenían en cuenta las masas por el concurso material que debían prestar, y no se ocupaban de darles una conciencia de lo que debían querer y del modo como podían realizar sus aspiraciones. En consecuencia, naturalmente, el pueblo, bueno para destruir, pedía luego un gobierno cuando necesitaba organizar la vida social ordinaria.

Pero, al contrario, nosotros tendemos con nuestra propaganda y con las organizaciones obreras a constituir una minoría consciente que sepa lo que quiere y que, mezclada con la masa, pueda proveer a las necesidades inmediatas y tomar aquellas iniciativas que en otro tiempo se esperaban del gobierno.

César. —Muy bien; pero como ustedes no serán más que una minoría y probablemente en muchas partes del país no tendrán ninguna influencia, se constituirá, sin embargo, un gobierno y tendrán que soportarlo.

Jorge. —Es, en efecto, muy probable que gobierno logre constituirse; pero que deberemos soportarlo... eso lo veremos.

Nótelo bien. En las revoluciones pasadas se tenía en cuenta ante todo la formación del nuevo gobierno y de ese gobierno se esperaba después el nuevo orden. Y en tanto, las cosas permanecían substancialmente en el mismo estado, y hasta se agravaban las condiciones económicas de las masas por la interrupción de la industria y del comercio. De ahí el cansancio que sobrevenía rápidamente, el apresuramiento por acabar y la hostilidad del público contra los que querían prolongar demasiado el estado insurreccional. Y así ocurría que el que se mostraba capaz de restablecer el orden, fuera un soldado afortunado o un politicante hábil y audaz, incluso el mismo soberano que había sido expulsado, era acogido con el aplauso popular como un pacificador y un libertador.

Nosotros, al contrario, entendemos la revolución de un modo diverso. Queremos que las transformaciones sociales a que tiende la revolución comiencen a realizarse desde el primer acto insurreccional. Queremos que el pueblo tome de inmediato posesión de la riqueza existente; que declare del dominio público los palacios de los señores y provea por iniciativa de los más voluntarios y activos a que toda la población sea alojada lo menos mal posible y se eche pronto mano, por medio de las asociaciones de constructores, a la edificación de las nuevas casas que se estimen necesarias; queremos que se comunalicen todos los productos alimenticios y bajo el control real del público, la distribución igual para todos; queremos que los agricultores se apoderen de las tierras incultas y de las de los señores y se convenzan prácticamente que en lo sucesivo esas tierras pertenecen a los trabajadores; queremos que los obreros se substraigan a la dirección de los patrones y continúen la producción por cuenta suya y del público; queremos que se establezcan pronto relaciones de cambio entre las diversas asociaciones productoras y las diversas comunas; y al mismo tiempo queremos que se quemen, que se destruyan todos los títulos y todos los signos materiales de la propiedad individual y del dominio estatal. Queremos, en suma, hacer sentir desde el primer momento a las masas los beneficios de la revolución y resolver las cosas de manera que sea imposible restablecer el orden antiguo.

César. —¿Y le parece que todo eso sea fácil de hacer?

Jorge. —No, sé bien todas las dificultades que se encontrarán; preveo que nuestro programa no podrá aplicarse de inmediato en todas partes y que donde se aplique, dará lugar a mil choques, a mil errores. Pero el solo hecho de que haya hombres que quieren aplicarlo y que tratarán de realizarlo donde sea posible, es ya una garantía de que en lo sucesivo la revolución no podrá ser ya una simple transformación política y deberá proponerse un cambio profundo en toda la vida social.

Por lo demás, algo semejante, aunque en proporciones relativamente mínimas, fué hecho por la burguesía en la Gran Revolución francesa del fin del siglo XVIII, y el antiguo régimen no pudo restablecerse más a pesar del Imperio y la Restauración.

César. —Pero si, no obstante todas sus buenas o malas intenciones, se constituye un gobierno, todos sus proyectos se desvanecerán y deberán someterse a las leyes como los demás.

Jorge. —¿Por qué?

Ciertamente, es muy probable que se constituya un gobierno o gobiernos. ¡Hay tanta gente que desea mandar y tantísima que está dispuesta a obedecer!

Pero que ese gobierno pueda imponerse, hacerse aceptar y convertirse en un gobierno regular es muy difícil si en el país hay bastantes revolucionarios y éstos han sabido interesar suficientemente a las masas para impe-

que se necesita es cerrar el paso al torrente de la ignominia triunfal y volver a agrupar las pasiones nobles, las aspiraciones elevadas, los pensamientos sinceros; lo que se necesita es volver la fiera a su guarida. ¿Quién es el titán que se atreve? La corriente desencadenada os derribará, seréis víctimas de su empuje incontenible y viendo sus devastaciones casi no nos queda más que un recurso: contemplar cómo se derrumban nuestros ensueños, ver cómo se disgrega y se desmorona el único ensayo de oposición al mal, a la mentira, al robo y al crimen hecho por la sociedad moderna: *el movimiento anarquista*. Si éste se descompone también, si el contagio letal de esta hora no deja impune siquiera el anarquismo, ¿qué es lo que debemos hacer? ¿qué es lo que tenemos que pensar?

Todo apostolado, todo esfuerzo de voluntad a través de una vida requiere ciertos alicientes, determinados apoyos morales y una fe inquebrantable a pesar de las vacilaciones. Pero, ¿qué es lo que nos queda a nosotros? ¿La fuerza? la monopolizan los privilegiados. ¿Las simpatías de una parte del pueblo? las vamos perdiendo enteramente, si no las hemos perdido ya. ¿La razón? — pero ¡la razón no basta! Tan pocos aspectos favorables hay de nuestra parte que ni siquiera contamos con el conformismo de aquellos espíritus que se cansan de la lucha y mueren o se suicidan intelectualmente antes de morir materialmente. No comprendemos cómo aquellos que se sienten abatidos, impotentes para la acción creadora, para hacer frente al mal y a la mentira, se dan por vencidos y se refugian al margen de lo que otrora fuera su campo de acción y la expresión de sus esperanzas. Por eso es aun más trágica esta posición nuestra. Vemos que la razón no basta, que la maldad triunfa, que la autoridad está más consolidada que nunca, que hemos perdido el derecho a combatir los vicios y los egoísmos de nuestros adversarios, vemos que el último baluarte, la última fortaleza internacional contra la injusticia y la dominación: el anarquismo, amenaza convertirse en ruinas, desaparecer en este vendaval arrollador que surgió de la catástrofe mundial del 14; sin embargo, por claramente que veamos o nos parezca que vemos esas cosas, no abandonamos nuestro puesto, no rendimos nuestra bandera! Lo último que muere es la esperanza y cuando la razón nos dice que nos ponemos en ridículo al asirnos a nuestra última piedra salvadora, la esperanza; cuando la razón nos presenta el espectáculo desconsolador de ruinas y de desastres, nos decimos también: ¡la razón no basta!

La vida reclama sus derechos. Pigmeos frente a un mundo, no nos rendimos. La razón no basta para hacernos abandonar un combate que lleva trazas de interminable y de infecundo durante muchos años, aunque tampoco baste para definir el triunfo de una causa. Pero nuestra resistencia al mal hará milagros; nuestro ejemplo ha de ser más elocuente un día que las pasiones mezquinas y las ambiciones bastardas que nos obligan a callar.

Y como toda actitud requiere una justificación ante la conciencia, a nosotros nos basta saber que hemos obrado con el corazón en la mano, que hemos abrigado sentimientos de fraternidad y de justicia, que hemos aspirado sinceramente a ser cada vez mejores. Si eso no basta, si eso no es bastante para edificar un mundo nuevo, para hacer sonar la última hora de esta falsa civilización, es una de las condiciones previas para abrir una brecha en el camino del porvenir.

Además ampliamos nuestra experiencia incluso en estos desastres seguidos: la guerra, el triunfo del bolchevismo en Rusia y del fascismo internacional, la disgregación del movimiento anarquista, la sofocación de los aspectos buenos y nobles del hombre. En ese panorama indescriptible reafirmamos una vieja verdad: la cuestión social es una cuestión social y no individual, ha de resolverse socialmente y no individualmente. El triunfo del fascismo y del bolchevismo ha desbordado el torrente, ha dado rienda suelta a la fiera que dormita siempre en el hombre; ¿cómo queríamos que el anarquismo constituyese un oasis, una fortaleza inexpugnable? Reflexionemos un poco: ¿será posible que ese movimiento constituya una fortaleza sólida en medio del vendaval devastador? Prevemos que la reacción contra el mal ya no será cosa del anarquismo, iniciativa puramente nuestra; será la vida misma la que ha de detenerse al borde del abismo. Nosotros podremos tal vez, cuando llegue la hora, contribuir a favorecer ese proceso del espíritu del mal, pero hemos perdido la posibilidad y el derecho de tomar la iniciativa y de presentarnos al mundo, en tanto que movimiento, como una encarnación de la parte más noble y más digna de la humanidad. Sin embargo ¡no nos rendimos!

Camaradas, por encima de todo, apelemos aun al esfuerzo mancomunado. Si la razón nos dice que ha de ser en vano, digamos con Mella que la razón no basta, que la esperanza es lo último que muere y aun no ha muerto en nosotros.

México: el paraíso socialista

El camarada A. Guerrero, de Aguascalientes, editor del periódico *Ni dios ni amo*, nos remite copia del siguiente documento, que transcribimos sin comentario:

Al C. A. A Guerrero,
Apartado postal 44
Presente.

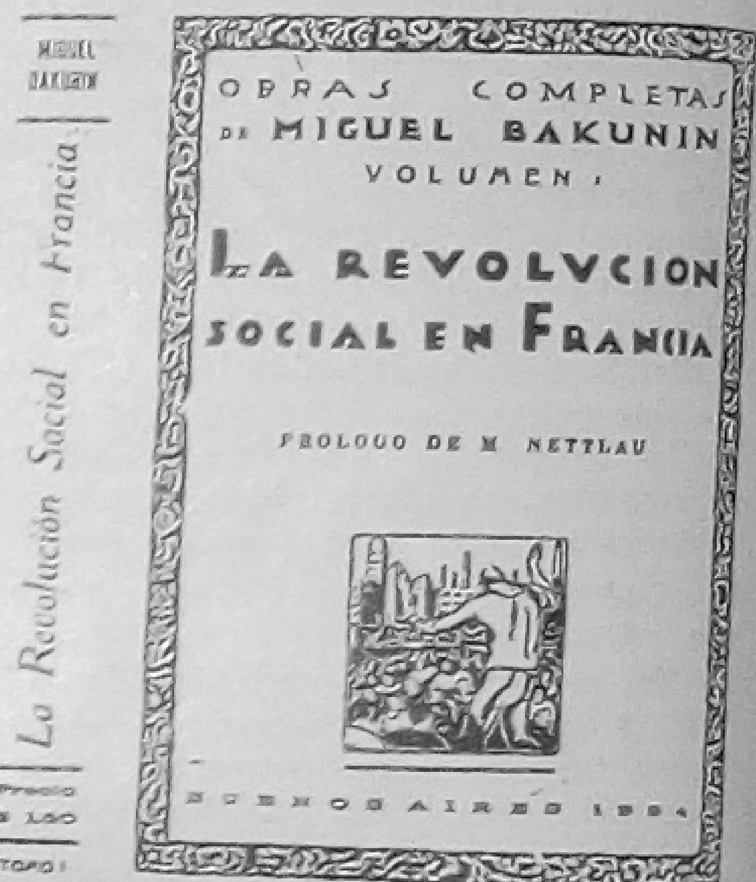
La Dirección General de Correos, por conducto del Departamento de Estafeta, Servicio Interior, Negociado "B" Mesa 2.a, en oficio número 12761 de fecha 26 de febrero último, me dice lo que sigue:

"Con relación a su nota N.o 93 de 12 del mes ppdo., le manifiesto que en vista de que la publicación denominada "Ni Dios ni Amo", a que se refiere, contiene conceptos de carácter subversivo y anárquico, no es de aceptarse para su registro como artículo de segunda clase NI DEBE PERMITIRSE SU TRANSPORTE POR CORREO, *por lo tanto, se servirá usted dar las instrucciones del caso al personal de esa oficina, para que no se admita la publicación mencionada, para su circulación por la vía postal, bajo ninguna forma".*

Lo que transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes.—

Aguascalientes, Ags., a 1 de marzo de 1926.

EL ADMINISTRADOR



dir que un nuevo gobierno halle modo de hacerse fuerte y estable.

Un gobierno tiene necesidad de soldados, y nosotros haremos lo posible para que no haya soldados; tiene necesidad de dinero, y nosotros haremos lo posible para que nadie pague los impuestos y nadie le dé crédito.

Hay comunas y tal vez regiones en Italia donde los revolucionarios son bastante numerosos y los trabajadores están bastante preparados para proclamarse autónomas y proveer por sí mismas a sus asuntos, rehusándose a reconocer el gobierno y a recibir a sus agentes o a mandarle sus representantes.

Esas regiones, esas comunas serán centros de irradiación revolucionaria contra los cuales será impotente todo gobierno si se obra pronto y no se le deja el tiempo para armarse y consolidarse.

César. —¡Pero esa es la guerra civil!

Jorge. —Puede ser que sí. Nosotros queremos la paz, anhelamos la paz... pero no sacrificaremos la revolución a nuestro deseo de paz. No la sacrificaremos porque sólo con ella se puede llegar a una paz verdadera y permanente.

XVI

Felipe (mutilado de guerra). —No puedo contenerme más y ustedes me permitirán decirles que estoy maravillado, diré casi indignado, viendo que, aun siendo de varias opiniones, parecen encontrarse de acuerdo en ignorar la cuestión esencial, la de la patria, la de asegurar la grandeza y la gloria de nuestra Italia.

Próspero, César, Vicente y todos los demás, menos *Jorge* y *Luis* (un joven socialista), protestan clamorosamente de su amor a Italia, y Ambrosio dice por todos: —En nuestras conversaciones no hemos hablado de Italia, como no hemos hablado de nuestras madres. No era necesario hablar de lo que está por encima de toda opinión y de toda discusión. Ruego a Felipe que no ponga en duda nuestro patriotismo, ni el de Jorge siquiera.

Jorge. —Oh, no; el patriotismo mío pueden muy bien ponerlo en duda, porque yo no soy patriota.

Felipe. —Sí, me lo imaginaba: Usted es de aquellos que gritan *¡abajo Italia!* y que quisieran ver nuestro país humillado y vencido, dominado por los extranjeros.

Jorge. —De ningún modo. Esas son las calumnias habituales con que se trata de engañar a la gente para prevenirla contra nosotros. No excluyo que haya gente que crea de buena fe esas patrañas, pero eso es fruto de la ignorancia y de la incomprensión.

No queremos ninguna suerte de dominación y por tanto no podemos querer que Italia sea dominada por otros países, como no quisiéramos que Italia dominase a los demás.

Consideramos como nuestra patria el mundo entero, como hermanos nuestros a todos los hombres; por tanto, sería para nosotros simplemente absurdo el querer humillado y perjudicado propiamente el país en que vivimos, en el que tenemos nuestros parientes, cuyo idioma hablamos mejor, el país que nos da más y a quien damos más en el cambio de trabajo de ideas, de afectos.

Ambrosio. —Pues ese país es la patria de quien continuamente blasfeman.

Jorge. —No blasfemamos contra la patria, contra ninguna patria. Blasfemamos contra el *patriotismo*, contra lo que ustedes llaman patriotismo, que es orgullo nacional, que es predicación de odio contra los demás países, que es pretexto para lanzar pueblos contra pueblos en guerras asesinas en provecho de mezquinos intereses capitalistas y de desmesuradas ambiciones de soberanos y de políticos.

Vicente. —Poco a poco.

Tenéis razón si habláis del patriotismo de tantos capitalistas y de tantos monárquicos para quienes el amor a la patria es verdaderamente un pretexto; y yo desprecio y aborrezco como vosotros a quienes no arriesgan nada por la patria y a quienes en nombre de la patria se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores y de los hombres sinceros de todas las clases. Pero hay hombres que son patriotas en serio, que han sacrificado o están dispuestos a sacrificar por la patria todo, bienes, libertad, vida.

Vosotros sabéis que los republicanos han estado inspirados siempre por el más alto patriotismo y que han siempre pagado con su persona.

Jorge. —Admiro siempre a quien se sacrifica por sus ideas, pero eso no puede impedirme comprender que las idealidades de los republicanos y de los patriotas sinceros, que se encuentran ciertamente en todos los partidos, han sido superadas y no sirven más que para ofrecer a los gobiernos y a los capitalistas una manera de enmascarar con motivos ideales sus miras reales de arrastrar las masas inconscientes y la juventud entusiasta.

Vicente. —Pero, ¿cómo superadas? El amor al propio país es un sentimiento natural del corazón humano y no será superado nunca.

Jorge. —Lo que vosotros llamáis amor al propio país es apego al país donde tenéis mayores lazos morales y también mayor seguridad de bienestar material, y eso es ciertamente natural y durará siempre, o al menos hasta que la civilización haya progresado hasta el punto que todo hombre encuentre en realidad su país en todas las partes del mundo. Pero eso no tiene nada de común con el mito *patria* que os hace considerar los demás pueblos como inferiores, que os hace desear el predominio del vuestro sobre los otros, que os impide apreciar y utilizar las obras de los llamados extranjeros y que quisiera haceros considerar los trabajadores más afines a sus patrones y a los esbirros compatriotas que a los trabajadores "extranjeros", con los cuales tienen de común los intereses y las aspiraciones.

Por lo demás, nuestro sentimiento internacional, cosmopolita, no es más que el desenvolvimiento, la continuación de progresos ya realizados. Podéis sentiros más apegados a vuestra aldea nativa o a vuestra región por mil motivos sentimentales y materiales, pero no por eso sois patriotas de campanario o regionalistas; os vanagloriais de ser italianos y, si llegara el caso, pondríais el bien general de Italia por encima de los intereses locales y regionales. Si consideráis que ha sido un progreso ensanchar la patria de la comuna a la nación, ¿por qué encerrarse ahí y no abarcar el mundo entero en un amor general hacia el género humano y en una cooperación fraternal entre todos los hombres?

Ya hoy las relaciones entre país y país, los cambios de materias primas y de productos agrícolas e industriales son tales que un país que quisiera aislarse de los demás, o peor aún, ponerse en lucha con los demás, se condenaría a una vida raquítica y a un desastre definitivo. Abundan ya los hombres que por sus relaciones, por su género de trabajo y de estudio, por su posición económica se consideran y son verdaderamente ciudadanos del mundo.

Y por otra parte, ¿no veis que todo lo que hay de bello y de grande en el mundo es de carácter mundial supranacional? Mundial es la ciencia, mundial el arte, mundial la religión que, a pesar de sus mentiras, es sin embargo una gran manifestación de la actividad espiritual de la humanidad. Universales, diría el señor Ambrosio, son el derecho y la moral, pues cada cual procura ampliar a todo el género humano sus propias concepciones. Toda nueva verdad descubierta en un punto cualquiera del mundo, toda nueva invención, todo producto genial de un cerebro humano sirve, o debería servir, para toda la humanidad.

Volver al aislamiento, a la rivalidad y al odio entre pueblos y pueblos, obstinarse en un patriotismo mezquino y antihumano, sería ponerse al margen de las grandes corrientes de progreso que impulsan la humanidad hacia un porvenir de paz y de fraternidad, sería ponerse al margen y contra la civilización.

César. —Usted habla siempre de paz y de fraternidad; pero déjeme hacerle una pregunta práctica. Si por ejemplo los alemanes o los franceses vinieran a Milán, a Roma, a Nápoles a destruir nuestros monumentos artísticos y a masacrar y oprimir a nuestros compatriotas ¿qué haría usted? ¿se alegraría?

AÑO V — BUENOS AIRES, 31 DE MAYO DE 1926 — N.o 225

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

ANVERSO Y REVERSO

La traición del laborismo inglés a los mineros es ya tan evidente y sabida, que sería ocioso hablar de ella. Mr. Cook hizo declaraciones terminante y francamente acusadoras al respecto. Los flanqueos y las ambiguas maniobras responden fielmente a la mentalidad de los socialistas. En las graves circunstancias de la huelga general, la ambigüedad de los procederes, la contradictoria preocupación de la salvaguardia de los intereses de la burguesía, tomaron casi el aspecto de una abierta traición.

Pudo no serlo para Mac Donald y Thomas. El afán de ambos consistía en acreditar su partido como una facción de orden y sumamente respetuosa de las leyes y de la Constitución. La aspiración a gobernar los conduce lógicamente a observar esa conducta pasiva y panurgiana e imponérsela a sus afiliados. El rechazo de los subsidios de la Internacional Sindical moscovita los caracteriza cumplidamente. Quieren disipar la menor sombra que los sindique como revolucionarios. No fueron, pues, traidores, en la acepción exacta y física de la palabra, pero en substancia lo han sido queriéndolo o no queriéndolo. Los resultados, el abandono de los mineros a sí mismos, son precisamente los genuinos productos de su traición. Objetan que fueron engañados por Baldwin y compañía; porque estaban predispuestos a dejarse engañar, a creer en cualquier frágil promesa con el fin de impedir que un incontenido estallido popular destruyese las instituciones y dañase irremediablemente los intereses de la comunidad burguesa, que son también los suyos.

Pero, como dijimos al principio, no se trata de la traición inconsciente o no del laborismo contra los sagrados derechos del proletariado. Otra cosa deseamos demostrar: lo que el laborismo ha defendido y ha desamparado, cuando poseía el timón en la mano de esa gigantesca huelga general.

Otro examos el medallón en su reverso y anverso. Un mundo y otro mundo. Nunca el contraste fué tan vivo, hiriente y brutal. Desglosamos de un cablegrama, procedente de Londres, la siguiente noticia sobre ese mundo que ríe y baila y comete extravagancias propias de pupilos de manicomio.

Tocando a su término la estación social londinense, los salones sociales de la aristocracia y de la burguesía rica adoptan las innovaciones que se introdujeron en los pisos y decorados de los "music-halls". Estos ensayos han hecho furor y la competencia "no sabe ya qué hacer para mantener siempre llena la lista de huéspedes de tertulias.

El piso de vidrio y de espejos ha sido la innovación más popular y está siendo instalado en los salones de baile de las más elegantes residencias. El cristal se trata convenientemente de modo que no resulte demasiado resbaladizo. Este piso se coloca sobre una superficie de caucho blando para protegerlo de su rigidez; consiguiéndose mediante la disposición de las luces producir efectos fantásticos.

Estos efectos se producen desde ventanillas especiales que desparraman luces de colores en los recintos de bailes, encendiendo, o eclipsando en determinados momentos.

La novelista miss Mary Bordon, instaló en su sala de baile un piso de acero, pintado en azul, que tiene toda la brillantez de un espejo.

En el Hotel Savoy se ha colocado otro piso neumático, dando a los danzarines la impresión de que bailan "en el aire". Han dado, en cambio, resultado las tablas apoyadas en resortes. Lo que se quiere ahora en los pisos de baile es la suavidad y la firmeza que facilitan los cadenciosos pasos del tango y el vals, eliminándose poco a poco el shimmy y más aún el charleston, que hunde las casas....

Para la gente que posee solamente un poquito de imaginación y el menor sentido de la solidaridad humana, esta simple información le bastará para pintar el cuadro con los más vívidos colores. Héla aquí:

El lock-out minero, que se prolonga ya desde hace 25 días, parece continuar indefinidamente. Entretanto, para un millón de mineros, con tres millones de personas que de ellos dependen, se está aproximando el espectro del hambre. Los fondos de la Federación de Mineros están mermando rápidamente.

Ya al empezar la huelga general, las familias de los mineros del distrito minero de Gales fueron obligadas a acogerse a las sociedades de beneficencia y filantrópicas, debido a que los subsidios de las federaciones locales no les alcanzaban a ellas.

Mientras, en la colectividad de los felices y satisfechos se despilfarran, se queman centenares y centenares de miles de libras esterlinas en vicios, en placeres y diversiones vanas, esa misma comunidad en cuyo seno abriga esa colmena de zánganos y parásitos, le escatima unos pocos peniques a quienes viven durante toda su vida en las entrañas de la tierra para sustentar sus familias miserablemente.

He ahí lo que ha defendido el laborismo inglés: la corrupción, la orgía sistemática, el criminal despilfarro de los bienes de todos, acumulados con sangre y lágrimas proletarias, — y ha desamparado lo que mentidamente dice defender, una multitud de hombre y familias que deberán comer un poco menos, abrigarse escasamente y reducirse a una existencia de privaciones más frecuentes, porque en su salario de hambre les faltarán esos peniques.

— ••• —

Desinterés y rapiña

El pleito del Pacífico puede jactarse de poseer una larga historia, matizada de incidentes pintorescos unos, agrios y sangrientos otros. Detenido el proceso plebiscitario por desavenencias de las partes en litigio, el Mr. Kellogg, representante irreemplazable de la diplomacia del dólar, hizo ya un haz bastante abultado de propuestas a los litigantes. Una de las que más caracteriza el espíritu norteamericano, consistía en adquirir a Chile los territorios cautivos para entregarlos a Bolivia, previa indemnización al Perú. Las ramificaciones del capitalismo estadounidense en suelo boliviano y peruano, hacían de esta proposición un excelente negocio para los consorcios bancarios de Wall Street. No era por espíritu cristiano ni por pruritos justicieros ni por el sentimiento de la defensa al más débil, que los altos financistas yanquis versarían esos millones. Esas sumas casi astronómicas no las sembraban a fin de que la paz del continente euramericano no fuera turbada, sino para que les redituara intereses usurarios y extorsivos y facilitar las operaciones del comercio norteamericano, expandiendo su invasión. Nada de esto sale de la cuadratura matemática de la lógica burguesa. Chile, Perú, Bolivia, de hallarse en la misma situación de fuerza y de poderío que la nación de las treinta y pico estrellas, no hubiesen obrado diferente. ¿Es acaso otra ética la que rige y determina las acciones de las clases dominantes de las tres republiquetas? ¿No es la misma moral del despojo individual y colectivo, presentado con visos legales a fuerza de sofisticaciones?

Ciertamente, la diplomacia del dólar se la señala de imperialista. Pero, en una palabra, todos los gobiernos son lo mismo. Por eso las negociaciones diplomáticas, o lo que sean, se están prolongando indefinidamente.

Estados Unidos, después de abogar por lo que más le convenía, con la compra del territorio en litigio, se avino a que se dividiera en tres fajas. Una para Chile, otra para Perú y un probable estrecho corredor para Bolivia.

Por su parte, el gobierno boliviano, por boca de su periodismo oficial, declaraba que si sinceramente se deseaba llegar a un arreglo práctico y equitativo al margen del plebiscito, que los hechos tornaron impracticable, el único temperamento aceptable era el de partir de una base, asegurando a Bolivia, no una deficiente salida al mar, sino el mismo puerto de Arica, ya que vive de la economía boliviana y es el vínculo natural de su expansión comercial.

A su vez la revista *Variedades*, casi órgano oficial del tiranuelo Leguía, dirigida por el diputado Clemente Palma, hijo del autor de "Leyendas Peruanas", escribía que la fórmula aceptable para el Perú vendría a ser una división en tres partes. Añade:

"Se adjudicaría al Perú la parte del Norte, hasta Arica, inclusive. Se constituiría, en la parte central, un corredor que comprendería la caleta de Víctor, para Bolivia, quedando para Chile la faja del Sur."

Y termina diciendo que otras fórmulas serían inaceptables. Bolivia quiere retener Arica, y el Perú también. Pero Chile, sin rechazar abiertamente esas proposiciones, se ha empecinado con la idea que la celebración del plebescito es factible y completamente legal, aun con la total ausencia de los votantes peruanos. Por lo pronto, que se realice o no la votación plebiscitaria, el presidente Coolidge aprobó la suma de gastos fijada por la comisión organizadora del plebiscito, que asciende a 130.000 dólares, desde el 10 de junio al 20 de agosto. Chile y Perú pagarán 65.000 correspondientes a cada una...

Y la solución de este largo pleito, que data de una época asaz alejada, no se ve asomar. Se halla en el mismo sitio que cuando desembarcó Pershing, saludado como el mesías y el salvador.

No sabemos en qué lugar, el historiador Ferrero, discurriendo sobre los recientes escándalos de la Liga, afirmaba que no era la tramitación exterior que pudo causarlos. Y sí la atmósfera moral, y que, cambiándola por otra más desinteresada, era probable que los obstáculos actuales fuesen allanados. Si el desinterés primara como suprema ley en la Liga, y en el litigio chileno-peruano-boliviano-estadounidense, la Liga no sería un organismo burgués, ni los gobiernos chi-

FINAL PREVISTO



Todos los socialistas, se llamen Thomas o Repeto, Justo o Mac Donald, ya en la China o en Londres, siempre han sido, son y seràn los judas del proletariado.

D. A. DE SANTILLAN

La anarquía en el movimiento obrero español

Cuando se encuentran dos indios chiriguanos, sus primeras palabras son: ¿Estás vivo o no? La mentalidad primitiva no puede distinguir, tan fácilmente como nosotros, la realidad del producto de la fantasía. La muerte, para ellos, no es lo que es para nosotros, y de ahí que hayan creado las almas, las encarnaciones, etc. Para los indios chiriguanos no existe la muerte más que como una transformación; los muertos continúan su existencia entre los vivos y por eso, al encontrarse, se interrogan si pertenecen a los muertos o a los vivos.

Cuando comenzamos una discusión con algún camarada, sentimos tentaciones de preguntarle: ¿usas las palabras para disfrazar tu pensamiento o no? Hay tal desborde de insinceridad, de malevolencia; hay tal confusión entre la verdad y la mentira, entre lo noble y lo innoble, que nos comienza a faltar la confianza en nuestros interlocutores. En nuestra prensa falta el sello de la sinceridad y de la convicción; se defiende un argumento, no con el corazón en la mano, sino con el ingenio astuto del que quiere vencer al adversario a toda costa, aun a costa de lo que uno mismo considera verdadero y legítimo. Con ese espíritu, con esa falta de convicción en lo que decimos o escribimos, mal podremos llevar el convencimiento y la buena nueva a la parte de la humanidad que tantea en las tinieblas en busca de una solución prometedora.

Por consiguiente, amigo Fabio, si quieres discutir conmigo, dime primero si dices o escribes lo que piensas y si piensas lo que dices y escribes. Ese testimonio público de sinceridad es necesario para fortalecer la confianza quebrantada en tus buenas intenciones de reconocer la verdad y de no escaparte por los cerros de Ubeda.

Cuando hemos hablado del anarquismo en el movimiento obrero español, un coro chillón respondió unánime: ¡Lagarto, lagarto! ¿Es que hemos cometido una herejía, nosotros, que por temperamento y por convicción somos un tanto tradicionalistas y reaccionarios a las panaceas universales de los innovadores cotidianos? Nosotros ¡ay! estamos más bien dispuestos a resistirnos por principio contra toda innovación que a apoyarla por principio. Nosotros tenemos la tentación de calificar de volubles los espíritus inquietos que desean cambiar todas las semanas de opinión como de camisa. Habíamos creído, pues, que nuestra tesis del anarquismo en el movimiento obrero, tan vieja, tan comprensible habría de ser considerada como un descubrimiento de Pero Grullo y no como una importación de ultramar inventada por nuestra imaginación tropical. ¿Por qué ha producido tanto espanto nuestra afirmación, precisamente en España?

Una breve disgresión histórica no estará de más.

El moderno movimiento obrero de España data del período de la fundación de la Internacional. Hubo antes en Cataluña, sobre todo, un movimiento corporativo de tendencias muy radicales algunas veces; sin embargo, la verdadera historia moderna del proletariado revolucionario organizado, data del viaje de Fanelli a España (1868-69), y de la fundación de las secciones internacionales de Madrid y de Barcelona. Y lo más curioso del caso, es que la Internacional española, se fundó con el programa de la "Alianza de la democracia socialista", el grupo íntimo de Bakunin, — programa que no transcribimos porque nos llevaría muy lejos; sin embargo, he aquí un párrafo: La Alianza, "enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo, el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes, se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos de sus países respectivos, tanto agrícolas como industriales"... El programa de la Alianza, como programa de la Internacional española, era algo completamente natural, de que no se arrepintieron nunca los camaradas españoles. Veinte años más tarde, escribía Anselmo Lorenzo, comentando los estatutos de la vieja Internacional: "en buena hora que se entrase a formar parte de aquella asociación, sin distinción de color ni nacionalidad, pero, ¿sin distinción de creencias? Pues si las creencias determinan las aspiraciones, y éstas los actos, ¿cómo podía presumirse que con creencias distintas y aun opuestas, se llegaría a conseguir la unidad de acción necesaria para transformar radicalmente el mundo? (*El proletariado militante*, tomo I, pág. 12-13). Ese pensamiento podríamos seguirlo a través de toda la historia del proletariado español, hasta 1918. Hubo algunos ensayos para hacer de la organización obrera algo independiente del concepto revolucionario, por ejemplo, en el congreso de Valencia de la Federación regional en 1883 y en el congreso de Barcelona de 1888, pero sólo por breve tiempo, pues la tentativa de Valencia tuvo por resultado la separación de los anarquistas militantes de la *Federación nacional española*, lo cual produjo su disolución en su congreso de Madrid de 1888. La *Federación de Resistencia al Capital*, fundada en Barcelona, quiso poner trabas a la fundación de la Unión General de Trabajadores, haciendo adoptar una declaración de principios que llamaríamos sindicalista, aunque no se conocía todavía la palabra; pero como los socialistas no eran tan tontos como se les quería suponer, la Federación de Resistencia al Capital abandonó en seguida su neutralismo formal y continuó representando y propagando los ideales de la anarquía.

¿Y por qué no mencionar el congreso de Saint-Imier y la actitud internacional del proletariado revolucionario organizado de España? En la famosa lucha histórica entre marxistas y bakuninistas, ¿hubo alguna vacilación en la masa obrera española? ¿No se pronunció unánimemente, con excepción de los nueve miembros de la *Nueva Federación Madrileña*, con Lafargue a la cabeza, por la tendencia libertaria de Bakunin? ¿No aprobaron los delegados españoles el pacto de Saint-Imier, que se considera como la primera manifestación internacional de las ideas anarquistas, el punto de partida del anarquismo moderno? Y ese pacto de Saint-Imier, ¿no fué aprobado en el congreso de Córdoba, de diciembre de 1872, por todos los delegados, *menos uno* que posteriormente reconoció que había sido víctima de una maniobra de los acólitos de Lafargue? Ese congreso de Córdoba no fué una de esas reuniones hechas a la ligera, para justificar un extravío de los dirigentes; hubo cuarenta y ocho delegados presentes, por 40 localidades. En esa época la Internacional española tenía 101 federaciones locales, compuestas por 56 secciones mixtas y 332 sindicatos de oficio.

El ser la Internacional española el organismo más revolucionario y combativo de la vieja Internacional, el proclamar su *anarquía*, su *ateísmo* y su *colectivismo* como doctrina, no impidió que Marx mismo hiciese aprobar, en la conferencia de Londres de 1871, una declaración de simpatía por la buena marcha de la organización española, declaración de simpatía que fué renovada también en el congreso de Saint-Imier, tal vez a inspiración de Bakunin.

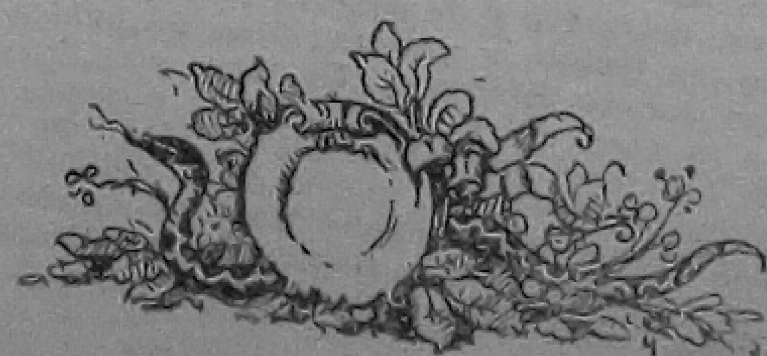
Y el panorama de la prensa obrera de España, ¿no ha sido siempre una hermosa manifestación en favor del anarquismo? Estamos buscando mentalmente un solo periódico de la organización obrera española, que no haya sido anarquista, desde los tiempos de su nacimiento hasta que nos vinieron los profetas de última hora, con la metafísica sindicalista, pero no encontramos ninguno. Toda la prensa obrera española, dejando a un lado la de los socialdemócratas, que no han querido nunca cometer el pecado de tener algún contacto con las ideas y los hechos revolucionarios, toda la prensa obrera española, repetimos, ha sido anarquista; todos los militantes obreros en España, desde Lorenzo hasta que surgieron los carabineros del sindicalismo, después de la guerra, todos, han sido militantes anarquistas.

¿Dónde está nuestra herejía? ¿por qué gritan ahora algunos periódicos españoles: ¡Lagarto, lagarto!, cuando hablamos del anarquismo en la organización obrera? ¿Es que fué alguna vez el anarquismo un obstáculo al desenvolvimiento de la organización? ¿Es que puede abstraerse el anarquismo de la historia del moderno proletariado revolucionario de España? Queremos una respuesta categórica, *sí o no*. ¿Quién fué el creador y el animador del movimiento obrero español, el anarquismo o el Papa? ¿Por qué esa incomprensible y necia insistencia en negar un hecho tan universalmente reconocido, tan evidente?

Amigos, podéis aludir a Alemania, a Inglaterra, a los Estados Unidos, a Bélgica, etc. En esos países hay organizaciones obreras que cuentan millones de afiliados, millares de funcionarios a sueldo. ¿Es ese vuestro ideal? No queremos suponeros canallas ni traidores a la revolución; pero si vuestro ideal es el de las grandes organizaciones obreras de Alemania, de Inglaterra, etc., entonces sois ambas cosas. La contrarrevolución viene tanto del proletariado como de la burguesía; vosotros, camaradas que espumarajeais ahora de rabia contra el anarquismo, sois revolucionarios, queréis serlo y queréis siempre una organización obrera para la revolución y no para mantener parásitos sindicales. Tal vez toda vuestra irritación contra el anarquismo obedezca a otras causas, que no tenéis la sinceridad de confesar, porque el anarquismo en España ni pudo ni podrá separarse de la organización obrera, ni es deseable que se separe, en bien del anarquismo y en bien de la organización obrera. No hay por que arrepentirse del pasado del movimiento obrero español, al contrario, hay motivos para estar orgullosos de él. Lo que nosotros queremos es que se le respete, ya que no hay vigor intelectual para superarlo, por eso nos oponemos y nos opondremos en nuestra propaganda a que cambie de ruta tan tontamente como se quiere, parece, cambiar ahora, renegando de una idea que está muy por encima de sus detractores ¡de todos sus detractores!

Otros que quieren nadar en dos aguas, mostrar dos caras, dicen: una cosa es una organización obrera con finalidad anarquista y otra cosa es una organización obrera anarquista.

Si no atan mejor esas moscas por el rabo, no nos entenderemos: Esos juegos de palabras se dejan para los teólogos que discutían si el ratón que se había comido la hostia consagrada estaba santificado o no. Nosotros debemos emplear un lenguaje más humano, hablar más claramente, dejar la filosofía para los sabios y para los desocupados. Pero eso puede quedar para otro día. Nos interesaba solamente preguntar si es separable, el anarquismo español, o no, de la historia de la organización obrera a que dió su combatividad y su entusiasmo y su conciencia, desde la Federación de la Internacional, hasta la C. N. T. Una vez aclarado ese punto pasaremos a otros no menos importantes.



Pacifismo burgués

Ya no llevamos la cuenta de las conferencias de desarme propuestas o realizadas desde la celebración de la paz en 1918. Estamos tan desengañados al respecto de las gestiones de los Estados burgueses sobre el tópico de desarmarse por cuentagotas, que poco nos importa de todas ellas. Lo insoportable es la farsa.

A veces, en un acceso de ingenuidad nos preguntamos: ¿Es que quieren engañar al mundo, a los pueblos que soportan tan terribles gravámenes a causa de los presupuestos de guerra y marina, o es que al mismo tiempo se engañan a ellos mismos?

Creemos de buena fe que es un juego inconsciente, en que existen las dos suertes de engaño: la exterior y la interior. Un buen actor, para que el público se posesione y sienta que es verdad la falacia de la ficción escénica, empezará por creerla él mismo.

Un lord Roberto Cecil que mociona para que la comisión de la Liga inicie una propaganda para divulgar los horrores de la guerra sostenida con gases asfixiantes, a fin de que el mundo sepa lo que le esperaría en las guerras futuras y para que el clamor universal obligue a todas las naciones a abandonar esa arma, es uno de esos actores que se engañan a sí mismos con la finalidad de que lo crean los demás.

Por su educación y su posición social es aún de los partidarios sinceros de las *guerras humanitarias* — ¡qué contrasentido! —, de la acción bélica que obedezca a ciertas reglas inflexibles, como se estila en el cricket y en el golf. Para eso es un *sportman* o sea un *gentleman*, gentilhombre y pacifista burgués, que desea la guerra a media llave. Su total supresión es para él algo absurdo, que nunca se podrá llevar a la práctica. En lo recóndito de su pensamiento, piensa, a pesar suyo, con Von Bernhardi, el feroz apologista del imperialismo guerrero, que las guerras serán siempre necesarias a la humanidad, como una saludable sangría.

Si se reflexiona que este par inglés no es de las más estrechas mentalidades, ni de ideas excesivamente ultramontanas entre los que se congregan en Ginebra, en el seno de la Liga, para preparar la próxima conferencia de desarme, se podrá comprender cuál ha de ser su labor de pacifismo a dosis mínimas. Naturalmente, nula y francamente perjudicial, dado que entretienen la esperanza del mundo con la comedia de los principios de concordia, con la farsa de un supuesto odio a las matanzas colectivas, haciéndole pagar muy cara la representación escénica de todos esos buenos y aparatosos sentimientos.

No se sabe si vale más un furioso imperialista o un falso pacifista, para el avance moral de la humanidad.

No dudamos que en los tiempos llamados bárbaros por no haber sido estudiadas bien, estas conferencias de desarme hubiesen resultado fuertemente risibles y grotescas.

Puede ser que los pueblos de entonces, y sus clases dominantes, se jactasen de ser crueles, despiadadas, de no poseer el menor sentido de humanitarismo. Pero ahora, que no nos jactamos ni hacemos alardes tan abiertamente como entonces, somos tan despiadados, tan malvados y tan carentes de todo sentimiento de humanidad como lo eran los hombres en aquellas lejanas épocas, no tan lejanas tampoco, porque la inquisición apostólica se halla bastante cerca.

El progreso se ha realizado, pues, en disimular nuestros sentimientos, nuestras malas pasiones.

No se niega tampoco el progresivo avance de la humanidad. La vida en general — desde el astro al hombre y las especies animadas más infinitesimales — no retrocede ni se estanca. Pero entre el progreso material y mecánico de la humanidad, y el moral, el espiritual, existe todavía una distancia de mil años de luz, medida astronómica, la única adecuada en estos casos. Es decir, una cantidad respetable de centurias.

Somos, moralmente, rudimentos de hombres, con respecto al hombre que vivirá de aquí a una porción incalculable de años.

---

leno, peruano, boliviano y estadounidense serían lo que son.

Pero como la suprema ley de todos ellos es la rapiña, es muy difícil que unos y otros se avengan a ceder en detrimento de sus propios intereses. Entonces, será el más débil el que perezca. Y la justicia, que no se nutre de pequeñas injusticias, seguirá siendo un mito inhallable.

El terror blanco en los Balcanes (1)

I

He aquí en cuáles condiciones fué concebida y realizada la investigación a propósito del terror blanco en los Balcanes. Ciertos círculos intelectuales de Francia, Inglaterra y de algunos de los países de Europa central, fueron conmovidos por informaciones denunciando hechos monstruosos que tuvieron por escenario las regiones balcánicas. Se trataba de feroces represiones, de encarcelamientos, de torturas, de ejecuciones y de masacres en masa. Esas revelaciones suscitaron las protestas de numerosas personalidades notorias de los países occidentales y centrales. Nosotros pensamos que en esas circunstancias había lugar a una investigación para poner en claro esa trágica cuestión, transportándonos sobre el terreno de los sucesos para verificar las acusaciones bien o mal fundadas que se hicieron públicas.

Nuestro paso por Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia y Hungría, provocó un revuelo extraordinario en los diarios y en la opinión pública de esos países. Hubo entrevistas, artículos y campañas por la prensa, polémicas y hasta incidentes parlamentarios en casi todas partes, pero en mayor cantidad en Rumania, donde la prensa discutía los diferentes problemas suscitados por nuestra gratuita ingerencia en sus asuntos internos.

Se pueden resumir esas discusiones de una manera general, diciendo que el derecho de los extranjeros de investigar los actos del gobierno en nombre de la justicia y la verdad ha sido admitido por la generalidad de la masa obrera y campesina y por cierto número de espíritus generosos y abiertos, no siendo combatido sino por las agrupaciones y los órganos xenófobos y chauvinistas.

Me permito añadir, con toda conciencia, que nuestras investigaciones fueron conducidas con el sentimiento constante de la gran responsabilidad moral que pesaba sobre nosotros y la firme voluntad de no acoger sino los documentos incontestables, sin jamás dejarnos guiar por el menor preconcepto político o por nuestras opiniones personales.

Tanto en las capitales como en los lugares en que permanecimos, hemos agotado todas las fuentes de información. Estuvimos en contacto con personalidades oficiales: ministros y altos funcionarios, con los directores de los diarios, con la élite intelectual, con los trabajadores de las ciudades y el campo y con sus representantes.

Nuestras conclusiones son éstas: "El terror blanco no es una vana palabra, y en los pequeños países tributarios de las grandes potencias, que se reparten la península, las antiguas provincias del imperio turco, se extiende en estos momentos una maquinación monstruosa contra la vida de los pueblos. No hay ya ningún pretexto para cerrar los ojos a la trágica evidencia. No existe tampoco el derecho de no divulgarla ante la opinión mundial, porque se poseen pruebas documentadas y fehacientes.

Un volumen no bastaría para contener esa sangrienta enciclopedia. Me hallo obligado, para caracterizarla en su conjunto, a hacer abstracción de las terribles enumeraciones, cuya documentación se amontona a mi alrededor, indicando las grandes líneas de ese drama social y político.

Todos los países balcánicos presentan rasgos comunes. Son los países débiles, de peso imperceptible en el *concierto europeo* y de situación asaz precaria. Unos — los vencidos, como Bulgaria — han sido mutilados territorialmente y encerrados en cláusulas de represión y de represalias. El presupuesto de Bulgaria presenta un déficit que aumenta cada año. En un país donde la población es agrícola en proporción de 80 o|o, la agricultura se halla en el marasmo: se cuenta un arado de hierro cada 49 hectáreas de tierra cultivada. La miseria es una plaga endémica en el campo. El cultivo principal es el del tabaco, porque ha sido acaparado por un poderoso consorcio patronal, y porque el campesino carece de dinero, siéndole suspendido todo crédito si no es con intereses usurarios de 30 o 40 por ciento. Entonces el cultivo del tabaco, aunque poco remunerador para él y los demás campesinos, no exige mucho dinero y útiles de labranza menos dispendiosa. La industria es casi nula por así decirlo.

Los otros países balcánicos, como Rumania, pertenecen a la categoría de los vencedores de la guerra. Los tratados de paz doblaron su superficie y su población, encontrándose de la noche a la mañana con una cintura de nuevas provincias: Dobrudja, Besarabia, Bucovina, Transilvania y Banat. Este aumento superficial le aprovechó a una oligarquía de especuladores, quienes desequilibraron la vida económica. Se puede decir lo mismo de Yugoeslavia, que se reconstituyó con el núcleo de la antigua Serbia, donde la prosperidad de algunos nuevos ricos y la actividad de ciertas empresas en manos de los extranjeros, ha producido la estagnación y la miseria entre la masa trabajadora, es decir, la que compone casi la totalidad de la población.

Anotemos también los enormes gastos que hacen esos pequeños países para mantener un ejército — en Bulgaria, sobre un presupuesto de 5.700 millones de *levas*, hay 2.800 consagrados al ejército y a la policía. El último presupuesto de Yugoeslavia fué de 120 millones de *dinars*, de los cuales 30 incumbían al ministerio de guerra. Existen 45.000 gendarmes en Rumania y 60.000 en Yugoeslavia.

Las múltiples causas de conflicto surgidas de los tratados de paz de Versalles, de Neuilly, de Saint Germain y Trianon, crean un estado latente de guerra o por lo menos de antagonismo presto a degenerar en conflicto al menor estallido, entre esos países aplastados por el malestar económico y donde el costo de la vida es cuarenta veces más elevado que antes de la guerra, y más en Bulgaria, que los salarios aumentaron quince veces más en comparación de los de antes de la guerra.

La causa de esa continua hostilidad tan peligrosa para la paz mundial, procede de que esas regiones, formando una unidad geográfica y étnica, como Macedonia y Tracia, han sido despedazadas arbitrariamente, a satisfacción de los vencedores. Son hogueras permanentes de reivindicaciones y disputas que hacen imposible — por lo menos — una paz militar en los Balcanes. El conflicto grecobúlgaro es el de más reciente fecha; pero es lógico esperar nuevos rozamientos.

II

Lo que se resume de la vida interna de los Balcanes, es que cada país de la península se halla entre las manos de un gobierno, que representa una ínfima minoría, sea cotarro o partido, siendo sus componentes la burguesía rica, el elemento militar y nacionalista. Se puede decir que este gobierno de parásitos, que apresaron el poder a consecuencia de combinaciones artificiales o de juegos fraguados en los parlamentos, o bien por asonadas y motines cuarteleros, sirven sólo sus intereses y los de las clases que los sostienen, manteniéndose con medios terribles y ficticios: la falsía y la violencia.

Esos métodos de gobierno sofocan metódicamente todo conato de independencia y de emancipación. Toda veleidad en este sentido, aspirando a una justicia social; toda tentativa de organización democrática en sus formas más atenuadas, son aplastadas por el ejército y la policía. Las elecciones no son libres; la prensa no es libre y los trabajadores no pueden hacer valer sus legítimas reivindicaciones. Nada garantiza la vida ni la libertad de los ciudadanos. En ciertos países, como Bulgaria, y en determinada medida Rumania y Yugoeslavia, las coaliciones oligárquicas hacen desaparecer por todos los medios — la matanza, las condenas en masa y mismo el asesinato — los grupos y las personalidades de la oposición,—no solamente proceden así contra los extremistas, sino con todos aquellos que arriesgan la menor crítica a la autoridad constituída.

En todos los países balcánicos a los cuales se puede agregar Hungría, existe una "ley de seguridad del Estado". Estas leyes, que son plasmadas sobre el modelo una de otra, y que llenarán de estupefacción a los historiadores futuros, son monumentos de iniquidad, desafíos al derecho humano y al mismo derecho legal y consagrado. Ellas permiten a los gobiernos aniquilar completamente a aquellos que no se hallan conformes con sus ideas y tendencias, permitiendo a un juez condenar a muerte a un ciudadano por el delito de una propaganda estimada subversiva; — extendiendo, además, el hecho de la complicidad, al punto de aplicar el mismo sistema punitivo a los parientes del inculpado. Esa terrible hecatombe de la oposición, de los opositores, se prosigue también en Rumania, como en Yugoeslavia, Grecia y Hungría. Mas la faz cínica y patética le pertenece a Bulgaria. El actual gobierno búlgaro (no se debe otorgar ninguna importancia fundamental a la concentración que eliminó a Zankof para dejar al ministerio de la guerra esa alma maldita, el general Volkov, haciendo ingresar los exterminadores militares, como Vassiliev y Gueorguiev), ha proseguido ese plan diabólico de desembarazarse por el asesinato de todos sus adversarios políticos, es decir de los dirigentes y amigos del partido campesino, del partido comunista y también de cualquiera que milite en la oposición.

Ese terror blanco logró instaurarse en parte por la vergüenza en que está sumida nuestra época. Las condenas en masa o aisladas, los asesinatos, las torturas o los encarcelamientos practicados en todo momento han barrido las oposiciones, y han dado lugar a subyugar, en una esclavización que recuerda las épocas más sombrías del medioevo, a la clase obrera, a la clase campesina, a los intelectuales animados de ideas avanzadas o solamente democráticas.

Esa matanza sistemática pudo consumarse por el poder omnímodo que poseen en los países balcánicos los cuerpos de oficiales. El militarismo es en Sofía, como en Belgrado, como en Bucarest y Budapest, una institución tiránica y omnipotente.

Al lado del militarismo oficial, organizado, del ejército, al lado de las ligas militares tales como la *Mano Blanca* serbia, la *Hubrat* búlgara, la liga militar rumana, cuyo rol es incalculable, existe otro organismo tan formidable y omnipotente: la policía. La de Rumania dispone de millones, de diarios propios y de recursos ilimitados. Fuera de los asesinatos notorios cometidos en plena calle en Bulgaria, en las personas de hombres conocidos, hay otros oficiales, de los cuales se ignora el nombre de la víctima y cuyos culpables gozaron siempre de una perfecta impunidad. No hay frenos en los procedimientos indecibles que la policía rumana emplea con el fin de arrancar sedicentes confesiones a sus prisioneros, fabricando tesis que justifiquen sus represalias. La tortura se la practica tan frecuentemente que no se tiene el valor para enumerar los casos pavorosos que se conocen. Pero todos esos casos fueron examinados e impresos indeleblemente en escritos para que sirvan de edificación a los futuros historiadores de nuestra época.

La tortura se la aplica también a los testigos del proceso, como fué constatado de manera innegable en la gran causa judicial seguida a 500 campesinos besarabianos de Kichenev (Rumania).

Otra de las organizaciones que los tiranos balcánicos utilizan, es el ejército de Wrangel. Esos contrarrevolucionarios de profesión se adaptan a todas las tristes y criminales faenas de la opresión. Están perfectamente organizados y son subvencionados en Yugoeslavia y en Bulgaria. Bajo el falso pretexto del bolchevismo y a consecuencia de pretendidos complots, masacraron en las campiñas millares de inocentes.

El famoso comité macedonio, instituído para defender la autonomía de Macedonia, abandonó ese objetivo para ponerse al servicio del gobierno Volkov-Zancof, suprimiendo a todos aquellos que hacen sombra a esos dirigentes enemigos de su pueblo.

Añadamos que al movimiento antisemita se le cultiva igualmente, y es conducido por los oficiales balcánicos para realizar sus fines reaccionarios. (Liga de estudiantes antisemita de Rumania, organizaciones fascistas búlgaras *Rodna Zachtita*).

Este cuadro de los medios puestos en práctica por un puñado de malhechores altamente situados para mantener el país en el desorden y en la esclavitud, no sería completo si no agregásemos el apoyo que prestan a esa obra las grandes potencias occidentales.

Los fines que persigue la ingerencia ultracuidadosa de Inglaterra, Francia e Italia en los asuntos internos de los pueblos balcánicos, nada tienen que ver con el interés de esos pueblos, y menos todavía con la paz general. Son, al contrario, una obra de división y de desorden que ellas realizan con la finalidad de obtener cada una una hegemonía política o económica.

La complacencia que demuestran nuestros poderes oficiales hacia los culpables que martirizan honestos y nobles pueblos, valerosos y trabajadores; la ayuda más o menos pagada que la gran prensa europea ofrece para ocultar un estado de cosas monstruoso, ya sea por el silencio o por las informaciones deformadas o por vergonzosas defensas, debe quitarle toda ilusión a la gente honesta, a fin de que reaccione tratando de impedir los sangrientos escandalos balcánicos.

Hemos encarado los medios para luchar contra un estado de cosas que empuerca nuestra época moderna. Se crearon comités en París, en Londres y en Viena, para defender a las víctimas del terror blanco. El objeto de esos comités es hacer conocer la realidad de los atentados, mediante informaciones precisas, irrefutables, y unir en un haz indisoluble las protestas de la gente honesta, que a pesar de todo, existe en el mundo.

Esas protestas de la conciencia pública pueden aún influir en una política de terror y de asesinatos que ya produjo — para no citar mas que dos ejemplos — 20.000 víctimas en Bulgaria y 18.000 en los campos de Besarabia en estos últimos años. Nuestros comités compuestos de personalidades de carácter y autoridad probada, proseguirán, con un sentido práctico de la realidad, una campaña contra las leyes inhumanas de represión, reclamando una amnistía plena y no una parodia, como hasta ahora se hizo en esos desventurados países. Ellos, además, exigirán, en lo que concierne a Bulgaria, libertad completa para socorrer a las familias y los hijos de las víctimas, — un derecho primario y humano que ha sido abierta y públicamente rehusado por un gobierno que extiende su ilimitada crueldad hasta perseguir a los parientes de los prisioneros, de los condenados a muerte, como si fueran cómplices.

Estos hechos se harán conocer detalladamente en un volumen de próxima aparición — H. B.

(1) *Si hemos traducido y publicado este artículo, fué por su valor documentario y porque arroja una nueva luz sobre las gestas del terror blanco y de la debatida cuestión balcánica, el polvorín de Europa, — polvorín que las grandes potencias occidentales emplean todos los medios para que estalle un día u otro. Esta investigación fué llevada a cabo por una comisión de intelectuales europeos que la condujeron por su propia cuenta en el escenario de los sucesos. Entre ellos se hallaba León Vernochet, profesor en la península balcánica, la señorita Paul Lamy, jurisconsulta del foro de Bélgica, y Enrique Barbusse.*

No se nos escapa que este terror blanco se halla diseminado por todo el mundo, y los miembros de esta comisión, o sea el mismo Barbusse, hubiese podido encontrar los mismos sangrientos y edificantes sucesos en Italia, y en la Rusia de los Soviets, que no le va en zaga a ninguno de los Estados balcánicos.

Pero debemos contentarnos con que nos presenten estos hechos casi desconocidos para nosotros.

XII Salón anual de acuarelistas y etc.

Insistimos. El salón de los acuarelistas y sus etcéteras, sigue siendo tan vulgarmente mediocre, tan soso y tan aborreciblemente *chic* en su conjunto como lo ha sido, con ligeras variaciones, casi siempre. La mejoría de su mediocridad aguda y perenne, anunciada por ciertos foliculários, es sencillamente una fementida adulación. Aquí se posee el falso concepto de que la mentira indulgente es un tónico para la reconstitución de optimismos. Es un engaño aparente que se infieren mutuamente los pobres de espíritu. Como sucede en todas las ocasiones de celebrarse certámenes colectivos, se ha prodigado un cúmulo de barbaridades en forma de loas y alabanzas, no en todas las circunstancias sinceras. Es el errado criterio de que el elogio estimula a las verdes juventudes, como también a las caducas madureces. Esos espaldarazos inmerecidos, esas loas desmedidas y descabelladas, obrando deletéreamente en muchos temperamentos, han hecho y están haciendo más víctimas, más artistas marrados, paralíticos e impotentes que los peores estupefacientes químicos. Contra ese falso criterio, contra la blandura de carácter de la crítica pictórica actual, hemos de combatir siempre, a riesgo de pasar por machacones. Si nuestra severidad asume a veces aspectos de crueldad y de injusticia, es por la natural reacción que provoca en nosotros la ceguera, la ignorancia, la insinceridad y la desaprensión.

Saquemos a flote de este conjunto una media docena de expositores. Pongamos unos cuantos más para que sigan a éstos que nos proponemos considerar buenos, en relación a sus diversos valores. Escaso es el número para otorgar un relativo interés a un certamen que, al decir de dos colegas nuestros, reune 180 y 300 obras respectivamente. Parece que los críticos oficiales, mejor dicho los cronistas, ni en la simple enumeración de las obras pueden ni quieren estar de acuerdo. Datos fidedignos de "La Prensa" y "La Nación".

No se nos escapa que si uno de estos salones similares nos revelase un talentazo, una sola personalidad vigorosa les bastaría con ello para cumplir su misión. Aunque debiéramos pagarla cara, nos daríamos por satisfechos. Pero en los doce años de su fundación, sólo pudo ofrecernos mostrencos y personalidades que por lo blanduchas y amorfas se las diría forjadas en el limbo, donde la tibieza y la sosez debe ser el condimento de toda alma. ¡Dadnos un solo nombre que signifique siquiera un gran ingenio, y nos declararemos vencidos!

Hay pintores que han expuesto asiduamente durante algunos años, y que se hallan en una subespecie, entre el hijo de papá y el diletante, sin un rasgo de carácter, de virilidad artística, sin espíritu, sin nada que los destaque del almacenero de la esquina, exceptuando sus exhorbitantes pretensiones. Estamos hartos de sus tilinguerías pintarrajeadas. Ya que han sido alabados de manera feroz e inaudita, vamos a decirles lo que se merecen.

Un ejemplo que tipifica esa subespecie es Jorge Larco. Resume en sí todas las deleznables aptitudes del ilustrador, del affichista y de un problemático pintor. En realidad, es un pastichista. Se halla en un género interlope, o sea fraudulento, que demuestra a las claras que quiere suplir el estudio serio, la observación atenta con la trampa de la grosera aparatosidad del efecto manual y acaramelado. Y como esas mismas facultades, en las que fía tanto, no van mucho más allá del aprendizaje del verdadero oficio, sus *cosas* resultan verdaderas catástrofes, pese a su aparente corrección ante los ojos de muchos. Carentes de vigorosas estructuras, con un dibujo que no apresa volúmenes y apenas logra débiles descripciones, de coloración vulgar y bombonesca, sus cuatro envíos son el fruto natural de una vaciedad pedante. Catástrofes donde sucumbe todo: el dibujo, las armonías de color, el carácter, que es el nervio de la composición, el hálito espiritual del artista, y queda en pie la petulancia tilinga y vana. Ciertamente, le hemos juzgado con un rasero que no se merecía; pero estamos hasta las narices de esa pintura facilona y de una bonitura hortera. Lino Palacio entra en la misma declinación y desinencia. Ni ilustrador pasable es. Afectado y mezquino, posee un dibujo mecánico, industrial, bueno para confeccionar figurines de tienda. Bonomi José es otro de los pendolistas. Podrá ser un buen calígrafo. Octavio Fioravanti, que colinda con esa subespecie de pintores-ilustradores y viceversa, hace esfuerzos para zafarse de ella. Coloca sus buenas intenciones sobre facultades precarias que a veces tienen su momento feliz, entre otros muchos desventurados. En definitiva: se comprueba que lucha para no incurrir en banalidades, y entonces, al no acertar, es crudo, antipático por el falso carácter con el que quiere singularizar sus figuras o sus composiciones. Las que presenta ahora no son las menos logradas de su copiosa producción como decorador de revistas.

Antonio Bermúdez Franco, que le ha hurtado los medios de expresión mecánica a Bagaría, y cuyos dibujos comentando hechos de actualidad en *Crítica* nos dieron la medida de su caletre de ser pensante, presenta un tríptico que dentro de su manera superficialona de contemplar la vida, es placentero, más como viñeta que por la significación racial o psicológica, inventada por alguien. En cambio *Don Diógenes* y *Vieja del Albardón*, por la falsa gesticulación y el detallismo minucioso, le traicionan de modo manifiesto; y estas dos insulsas grafías no son ya el retrato de Diógenes y de la Vieja, sino su propio retrato. En el tríptico fué sobrio y por ende eficaz y expresivo, en las dos obras restantes cayó en lo difuso porque no existe en ellas un punto dominante sobre el cual, al subordinarse los demás valores, dé la esencia de un carácter. Y aquí hemos terminado la faena más desagradable de esta exposición colectiva. Los hay peores que los nombrados; pero precisamente éstos pasan por mejores, pero muchísimo mejores que aquéllos peores, inevitable cohorte de toda manifestación de semejante jaez.

Es un íntimo placer el que experimentamos cuando el elogio es lo desbordante de una sincera fruición espiritual. No existen obras en el presente certamen que nos toquen hondamente. Empero, las hay comunicativas que producen el mismo efecto de una charla alegre y enfervorizada. El conjunto de paisajes de Pascual Ayllón, responde a esa designación. Le caracterizaríamos de pintor y hasta de artista manso. Ello para distinguirlo de los de aguileña garra, inquietos y complejos. Y dentro de esa mansedumbre y de cierta flacidez sentimental logra animar la materia pictórica de un plácido fervor. De la yerta



Martha Schrag — EN LA MINA

objetividad del Salón Libre con algunos de sus óleos, aligeró la factura haciéndola cobrar transparencia y resonancia por una valorización más ajustada. La retina se afinó más, y por ende la matización enriqueció e hizo nítida su visión. De los catorce paisajes preferimos "Día Gris en Santa Ana".

Adolfo Bellocq es un artista aplicado y laborioso, que intenta estudiar seriamente. De pocos se puede decir lo mismo. Sus cincografías y sus grabados en madera, son una buena prueba de la calidad de su talento gráfico y de su laboriosidad. No es de los que escatima trabajo ni afanes en lo que emprende. En la técnica diligente y atildada, se dijera que persigue a los primitivos grabadores de la época de los incunables. Sea o no sea así, estos grabados se resienten de cierta aterida frialdad por la uniforme calidad tonal. No le reprochamos que no haga color, porque probablemente no se lo ha propuesto, sino que con las líneas puras, según la gradación de ellas, se puede valorizar siempre en vista de la concurrencia a un punto de máxima intensidad. Es de lo que está huérfanas las composiciones como "Tilcara" y casi todas las cabezas. Y en todas ellas, no hay economía en la expresión, sino que se llega a su truculencia. Cuanto más retenida es la expresión dada, de una fisonomía, más potencialidad adquirirá.

Denótase una influencia palazzesca y riganellesca de personificar vagos y proletarios gesticulantes. Ella está realizando verdaderos estragos entre la juventud artística. Es la teatralidad de las actitudes y de los gestos.

Leonie Matthis es de la pintoras más artesanas de este salón. Es decir, la que posee a fondo su oficio y lo emplea con una absoluta honestidad de medios. Y los resultados son altamente simpáticos y bellos a veces, porque cuando se posee un completo dominio sobre los recursos manuales, éstos se ennoblecen.

El escultor Antonio Sibellino con su "Estudio" al carbón, nos convence que es uno de los dibujos más felizmente concebidos y más severa y seriamente ejecutados de este salón. En esa armoniosa cabeza de niño, de semblante infantilmente ensimismado, existe el silencio animado de una intensa vida interior. No es una frase decorativa, ni un argumento subjetivo lo que esgrimimos para avalorar su trabajo.

No. Desdeñamos esos fáciles escamoteos. Esa intensidad anímica ha sido alcanzada con procedimientos puramente plásticos, regidos por la inteligencia y el sentimiento: es el equilibrio, el amalgamamiento y la interpretación de ambas facultades que hace la lineación del dibujo viviente y que el colorido se convierta en halo emotivo, en atmósfera coloreada. No sabemos quién dijo que en todo hombre de talento, al ser sincero, hay en él germen de un clásico. Esta cabeza es, por eso, clásica y moderna al mismo tiempo. No ha sido vista, y colocada en el peor lugar. De haber sucedido lo contrario, era suponer una inteligencia en el jurado, y otros etcéteras que de hecho han demostrado no poseer.

Del Preto señalado por nosotros y un grupo de pintores y escultores amigos nuestros, ha sido acaparado por la crítica oficializante — cuando el Salón Nacional lo ignoró completamente — para endilgarle las sólitas alabanzas irreflexivas y melosas. En sus tres acuarelas evidencia la misma cantidad de defectos y cualidades que en los anteriores envíos a los independientes y al nacional. La obsesión de la factura fresca, realizada mediante rápidas y fogosas síntesis, lo libra al azar de fortuitas circunstancias. No es dueño de sus medios de expresión, sino ellos de él. Expliquémonos. Por lo pronto, con ese método de trabajar no se penetra más allá de la superficie material de las cosas. Y además, es un retorno al *machiettismo* italiano, apoyado en el *temperramento* y en una intuición resbaladiza. Al decir que los medios se adueñan de él, afirmamos que ello se debe a su preocupación absorbente de algo secundario en el arte. Una demostración casi matemática, la tendremos en "Un chico"; lo ellíptico ha ido más allá de lo debido, y en vez de una pieza jugosa, puesta armoniosamente en valores, nos encontramos con una esquematización vacua y fría. En *Marina* la misma esqueletización... Estábamos por decir, cadavérica. "Paisaje", obedeciendo a las mismas leyes de las otras obras, es en su interior totalmente diferente. La síntesis es aquí signo de intensidad, de fuerza contenida, de dinamismo, por los bruscos valores que se contraponen y se benefican. ¿Es posible que un artista se halle pendiente de un acierto casi milagroso como el del asno que tañó la flauta por casualidad? No. El arte, nos repite incesantemente un amigo, está hecho de renunciaciones y de dura disciplina. Hay que renunciar a los aspectos exteriores, brillantes, encandiladores, para poder abalanzarse intensamente al fondo de todas las cosas y de las criaturas de la creación.

Nos queda por citar a Giordano La Rosa, con su "Puente en el Riachuelo", una promisora composición al temple, de fina tonalidad y de un dibujo ceñido que *vé grande*. En su género, es uno de los mejores envíos de este salón. Anto-

nio Victorica en su "Cabeza de Estudio" se exhibe como un sensitivo que subordina la solidez de la estructura de la pintura a la sugestión de estados de alma.

Gracioso y burlesco, Macaya, con su guache "La Cantina". — At.

***

Por los Salones

(Witcomb)

Gregorio López Naguil

Es uno de los pintores argentinos que se cotizó con puntos muy altos en la bolsa desde donde se lanzan los casi siempre prematuros triunfadores. En un tiempo tuvieron una extraordinaria boga sus dibujos — demasiado coquetos, inspirados en un errado concepto de la ilustración — así como sus pinturas. Es la invariable historia de aquellos que fueron promesas, la esperanza rósa del amanecer de una larga jornada de trabajo y de una vida bellamente empleada, y luego declinan al empezar o a la mitad del viaje, para ofrecernos la desilusión de un rápido ocaso.

Un espectáculo semejante como nos presentan los lienzos de López Naguil, no es para infundir ánimo ni regocijo a nadie. Quisiéramos creer que fuera ésta una pasajera crisis, un desvío temporal. Pero nada revela que sea así. Hay una seguridad, una tozudez en el camino equivocado, que excluye toda posibilidad de duda. Es la perfección — si se nos permite la paradoja — de lo que oprime, sofoca y ahoga el noble arte de pintar: la copia banal, fotográfica, o más bien *terre a terre*, de un absoluto prosaísmo; el color irreflexivo que degenera en colorinches; y el propósito, inconsciente o no, de lo decorativo affichesco.

Toda manifestación de arte se avalora superlativamente por la meditación, el espíritu o la voluntad que lo copone en dosis más o menos intensivas. Hay calidad de emoción, de inteligencia, de espíritu y de dones plásticos. Los paisajes mallorquines del artista argentino denotan una sola calidad de voluntad: la del trabajo: la de llenar aturdidamente grandes cuadros; sin darse la pena de observar la naturaleza, estudiarla en sus más variadas expresiones, con el anhelo de componer, de ordenar sus ritmos y sus armonías.

En vez de poner orden en los distintos elementos de la naturaleza, al decir de Ruskin, impone el desorden, la confusión de su nebuloso intelecto, que no disocia, no analiza, que no distingue ni individualiza en detalles y en el conjunto. ¿Qué es poner orden? Es el proceso de disociación mental y anímico que inventaría, penetrando con la observación y la meditación, la íntima esencia de los objetos, para otorgarles el rasgo que los distingue unos de otros, caracterizándolos diferencialmente.

Nada vale entregarse a empastes generosos, a veces de una exorbitancia de mal gusto, si esa riqueza de materia pictórica no es un medio para expresarnos más intensa y claramente, sino un yerto e inútil fin que no se sabe dónde se dirige. Y este es el oficio de López Naguil, mal oficio, por supuesto. Son muchos, por no decir infinidad, los pintores que se contentan buscando en su paleta lo que deberían buscar en su cerebro cuando lo poseen. Es que para éstos es un órgano superfluo y hasta nocivo. Se les podía extirpar, que seguirían pintando. Tampoco se aplica a Naguil lo del virtuoso, en quien la mano logra aparentar muchísimo más de lo que se propusieran sus intenciones. Existen idiotas de esta condición, que pueden pasar por personas inteligentísimas. No se halla entre ellos el pintor argentino. Su desviación no alcanzó hasta ese grado. Es indudable que la tendencia exterior, objetivista, que cultiva con particular empeño, no tiene otra salida lógica: la del habilidoso en el pincel. Sus evidentes errores, casi elementales, de entonación general y perspectiva, nos desengañan también sobre este aspecto. Mejor. Por lo demás, si tuviera lo otro, esos errores nada significarían.

Estamos, pues, ante un turista del paisaje. Lo ve y lo contempla en automóvil, quién sabe si a una velocidad de cien kilómetros por hora. Se satisface con su imagen física y grosera. De por sí, la naturaleza no lo es. Pero no nos sentimos en vena para seguir reencarnando el hermosísimo papel de Perogrullo.

Añadiremos, empero, que no es suficiente siquiera para llegar a "una emoción de retina", según el decir pintoresco del crítico de "La Nación", y mediante esa emoción de retina "resolver problemas de representación física" — plantarse ante una vista panorámica para pintarla solamente con el auxilio de los colores, de las manos y los ojos. No, no es suficiente. Por lo menos hay que penetrar en ese paisaje, desentrañarlo, vivirlo aunque sea durante unas horas o un mes, para impregnarlo de la imprescindible materia humana. Si se carece de esa capacidad de penetración, la obra de arte será siempre un cadavérico simulacro de lo que se quiso copiar. Digan lo que digan las bestias rumiantes de la escolástica.

La naturaleza inanimada, es decir la parte no humana de la creación, para poseer el ritmo de la vida perenne de la creación de arte, ha de completarse con lo recóndito de nuestra naturaleza.

Desprovistas de este principal atributo, las obras de Naguil no son más que la producción de un turista-pintor.

El caso del artista argentino, por ser la suma y cifra de otros muchos similares, merecería más detención y estudio para razonar las causas de estos repetidos fracasos y absoluto estancamiento, acontecidos en el máximo vigor físico de la edad.

Por otra parte, sinceramente hemos de declarar que nunca pudieron alegrarnos los errores y los fracasos de los demás. Y menos en la presente ocasión. Los que nos juzguen así, por la inusitada severidad de nuestras opiniones, es que nos enjuician a través de su propia mezquindad.

At.



Martha Schrag — DE MAÑANA, AL TRABAJO

PEDRO KROPOTKIN

LERMONTOF

Se cuenta que cuando Turguenef y su íntimo amigo Kavelin se encontraban — Kavelin era un simpatiquísimo filósofo y escritor de cosas jurídicas—uno de sus argumentos preferidos de conversación era: "¿Pusckin o Lermontof?". Turguenef, como se sabe, consideraba a Pusckin uno de los más grandes poetas y especialmente uno de los más grandes artistas mientras que Kavelin sostenía que Lermontof, en sus mejores creaciones, era muy poco inferior a Pusckin en cuanto artista, que sus versos eran verdadera música, y que, al mismo tiempo, la inspiración de sus poemas era mucho más elevada que la de Pusckin. Si se reflexiona que toda la carrera literaria de Lermontof está encerrada en el breve período de ocho años — murió en un duelo a los veintiséis años — las dotes y las cualidades de este poeta se bastan a sí mismas. Por las venas de Lermontof corría sangre escocesa, o por lo menos el fundador de su familia había sido escocés, Jorge Lermontoth, que, con setenta escoceses e irlandeses había estado primeramente al servicio de los polacos y más tarde, en 1613, de los rusos. Desconocemos aún la vida privada del poeta.

La felicidad no le sonrió en su infancia ni en su adolescencia. Su madre amaba la poesía, siendo, tal vez, poetisa — si bien la perdió cuando apenas contaba tres años, y ella veintiuno. Su aristocrática abuela apartólo del padre — un pobre oficial que amaba entrañablemente a su hijo — y se encargó de su educación, impidiendo toda relación entre padre e hijo. El muchacho poseía talento, y ya a la edad de catorce años comenzó a escribir versos, al igual que Pusckin, primeramente en francés, y después en ruso. Sus poetas predilectos eran Schiller y Shakespeare.

Después de los diez y seis años comenzó a frecuentar la universidad de Moscú, de la que fué, a pesar de todo, expulsado al año siguiente, por haber ofendido a un profesor. Ingresó en la escuela militar de Petersburgo y fué oficial de los húsares a los diez y ocho años.

A los veintidós años, su nombre se hizo inesperadamente célebre por una poesía que escribió a raíz de la muerte de Pusckin (1837). Un gran poeta, y al mismo tiempo, un amigo de la libertad y enemigo de la opresión, se revelaron de inmediato a través de esta apasionada manifestación del joven poeta; siendo los versos finales los que obraron con particular energía: "Sois vosotros, turbamulta grosera, que circundáis el trono, los que ahogáis a los hombres de genio, a los hombres de la libertad y la gloria. ¡Aun hoy os escondéis bajo la ley, y los tribunales y el derecho se silencian ante vosotros! Pero existe un tribunal de Dios para vuestros corruptores. Un severo juez os espera. Y aquel no lo compraréis con el sonido de vuestro oro... Y con toda vuestra sangre impura no podréis cancelar la derramada por el poeta!"

A los pocos días todo Petersburgo y muy pronto toda Rusia, sabían de memoria esta poesía, que se difundió en millares de copias.

Este apasionado grito de su corazón le costó a Lermontof el destierro. Y la intervención de influyentes amigos lo libró de ser enviado inmediatamente a Siberia.

Fué transferido del regimiento de la guardia al que pertenecía, a uno de línea en el Cáucaso: lugar que ya conocía y que lo había impresionado gratamente. Pero ahora, la magnificencia de las grandes cadenas montañosas lo impresionó aun más hondamente.

El Cáucaso es una de las regiones más bellas de la tierra.

Lo componen una cadena de montañas bastante más grande que los Alpes, circuida por bosques, jardines y estepas infinitas, situada en un clima meridional, en una región seca, donde la transparencia del aire acrece la natural belleza de las montañas. Los gigantes vestidos de nieve se pueden ver desde la estepa, a muchas millas de distancia y la inmensidad de cada cadena produce una impresión tal, como no se puede gustar en ningún otro lugar de Europa. Además, una vegetación semitropical cubre las pendientes de las montañas donde se anidan las aldeas con su aspecto semimilitar y sus torres, que ora se iluminan por efecto de la luz de oriente y ora se ocultan entre las negras sombras de los estrechos pasos, habitadas por la gente más bella de toda Europa. En fin, por el tiempo en que Lermontof se encontraba allí, los montañeses estaban en lucha contra los invasores rusos combatiendo con invencible coraje por cada valle de sus nativas montañas.

Todas estas bellezas naturales del Cáucaso se reflejan en la poesía de Lermontof, en grado tal que en ninguna otra literatura existen descripciones de la naturaleza tan bellas ni tan profundas y exactas. Bodenstedt, su traductor alemán, y amigo personal, que conocía bien el Cáucaso, tuvo sobrada razón cuando observaba que sus pinturas valían por muchos volúmenes de descripciones geográficas.

La lectura de muchos volúmenes sobre el Cáucaso nada nuevo añadirá a la impresión que producen en el lector las poesías de Lermontof. Turguenef recuerda, en cierto lugar, la descripción de Shakespeare del mar, visto desde los escollos de Dover (en "King Lear") como una obra maestra de poesía objetiva en la descripción de la naturaleza. Debo confesar sin embargo, que la concentración de la atención sobre los pequeños detalles propios de esta descripción, no responde a mi sentimiento. No da impresión alguna de la inmensidad del mar visto desde los arrecifes de Dover ni de la fabulosa policromía del agua en un día de sol. Semejante reparo no podría caber a la poesía de la naturaleza de Lermontof. Bodenstedt dice justamente, que Lermontof ha sabido satisfacer al naturalista y al amador del arte. Sea que su descripción de la colosal cadena de montañas, donde la mirada se pierde, ya en las cimas cubiertas de nieve, ya en la infinita profundidad de los abismos, o en los recuerdos de algún detalle: un torrente

de montaña o los bosques infinitos, o los plácidos valles de la Georgia cubiertos de flores, o la muchedumbre de luminosas nubes flotando en los vientos secos del Caucaso septentrional — permanece siempre tan fiel a la naturaleza que su cuadro surge ante nuestros ojos en colores naturales, y está impregnado de una atmósfera poética que nos hace sentir la frescura de los montes, el bálsamo de sus selvas y praderas y la pureza de su aire. Y todo esto está escrito en versos maravillosamente musicales. Los versos de Lermontof, si no son tan "sentimentales" como los de Pusckin, en cambio son casi siempre más musicales. Suenan como una bella melodía. La lengua rusa es siempre asaz melodiosa, pero en los versos de Lermontof alcanza casi el grado melódico de la italiana.

Desde el punto de vista intelectual, Lermontof está mas cerca de Shelley que de cualquier otro poeta. El autor de *Prometeo encadenado* lo había impresionado fuertemente, empero, no trató de imitarlo.

En sus primeras producciones imitó a Pusckin y el byronismo de Puskin. Pero bien pronto encontró su propia senda. Todo lo que puede decirse es que el espíritu de Lermontof estaba agitado por los mismos grandes problemas del bien y del mal, que luchan en el corazon humano al igual que en el universo, y que agitaban a Shelley. Como Shelley entre los poetas y Schopenhauer entre los filósofos, el sentía aproximarse la ardiente necesidad de una revision de los principios morales corrientes, característicos de nuestra época. Expreso estas ideas en dos poesías: *El Demonio* y *Mziri*, que se completan mutuamente. El pensamiento fundamental de la primera, es el de un alma soberbia que ha roto con la tierra y con el cielo y mira desdeñosamente a todos los que se dejan arrastrar por pasiones ínfimas. Arrojado del paraiso, odia la virtud humana, conoce estas bajas pasiones y las desprecia con toda su superioridad.

¿Podía elegirse tema más inverosímil que el amor de este demonio por una joven georgiana, que oculta su amor refugiándose en un convento, donde muere? Sin embargo, leyendo el poemita, cada verso es un primor por la riqueza de descripciones concretas y puramente realistas, de sentimientos humanos; todo de la mas exquisita belleza. La danza de la muchacha en su castillo georgiano antes de la boda, el encuentro del novio con los ladrones y su muerte, el galope de su fiel caballo, el dolor de la prometida y su retiro a un convento, el amor del demonio y cada uno de sus movimientos — todo es del más puro realismo, en el sentido más elevado de la palabra; ese realismo que Pusckin imprimió de una vez para siempre en la literatura rusa.

Mziri es el grito de un alma joven que aspira a la libertad. Un muchacho sacado de una aldea de las montañas de Circasia, es llevado a un pequeño monasterio ruso. Los monjes creen haber extinguido en él los deseos y las pasiones humanas. Y no es así. Su fervoroso anhelo es volver a ver su aldea, sus montañas; apretar contra su pecho a una criatura que lo ama...

Furiosa tempestad asola la tierra... temerosos, los monjes oran en la iglesia; el muchacho huye del monasterio, por tres dias vagabundea en las selvas.

Por primera vez en su vida, goza de algunos momentos de libertad; siente toda la energía de su juventud: "Yo era como una fiera salvaje — dice más tarde — y estaba dispuesto a combatir contra la tempestad y los tigres de la selva". Pero como una planta exótica, debilitado, no logra encontrar el camino para retornar a su país natal. Se pierde en los bosques que lo circundan en centenares de millas y luego de algunos dias es encontrado exhausto, no muy lejos del monasterio. Muere a consecuencia de las heridas producidas en la lucha con un leopardo.

"La tumba no me asusta, le dice a un viejo monje que lo asiste. — El dolor, dicen, duerme allá, en la eterna y gélida páz. Empero, me duele dejar la vida... Soy joven, muy joven... ¿Has conocido alguna vez los sueños libres de la juventud? ¿No has olvidado tus primeros odios y amores? ¿Es posible que este hermoso mundo haya perdido para tí sus bellezas? Eres débil y canoso, has perdido tus deseos. En un tiempo, tú también viviste; tienes algo que olvidar en el mundo. Tú has vivido y yo también pude haber vivido!" Habla luego de las bellezas que pudo admirar en esos días de plena libertad, de honda alegría y de lucha con el leopardo. "¿Quieres saber lo que hice cuando era libre? Viví. Sin estos tres días mi vida hubiese sido más sombría y obscura que tu vejez enferma". Hablar de todas las bellezas de este poema es imposible. Hay que leerlo.

El demonismo o pesimismo de Lermontof no era el demonismo de la desesperación, sino una intrépida protesta contra todo lo que hay de innoble en la vida, y a este respecto, su poesía influyó formidablemente sobre todo la literatura posterior. Su pesimismo era la irritación de un hombre severo que ve a su alrededor a otros debiles y bajos. Con su innato sentimiento de la belleza, que evidentemente no puede existir sin lo bueno y lo verdadero, y rodeado al mismo tiempo — especialmente en las altas esferas en que vivia y en el Caucaso — por hombres y mujeres que no lo comprendían, ni se atrevían a comprenderlo, fácilmente debió llegar a un desprecio pesimista y al odio de la humanidad; pero conservó siempre su fe en las cualidades elevadas del hombre.

Era natural que en su juventud — sobre todo en el período de reacción universal, desde el 30 hasta el 40 — hubiese expresado su descontento del mundo en una creación tan general y abstracta como *El Demonio*. Algo parecido le habia sucedido a Schiller. Pero gradualmente, su pesimismo tomo formas más concretas. Ya no fué la humanidad en general y menos el cielo y la tierra lo que despreció en sus producciones subsiguientes, sino los rasgos negativos de nuestra generación. En su cuento en prosa *Un heroe de nuestro tiempo*, en su *Pensamientos* (Duma) etc., entreveia ideales mas elevados, y ya en 1840, es decir un año antes de su muerte, pareció abrir una nueva pagina de su vida en la que su espíritu critico y constructivo se hubiese ocupado de los males reales de la vida actual y en la que, evidentemente, el bien real y positivo hubiera sido su finalidad. Pero un duelo le impidió llevarla a cabo.

Lermontof fué, antes que nada, un *humanista* — un poeta profundamente humanitario. A los veintiséis años escribió una poesía de Ivan el Terrible, *El canto del mercader Kalachnicof*, que puede ser considerado, justamente, como una perla de la literatura rusa, sea por su maravillosa fuerza épica, como por su primoroso estilo: la poesía produjo honda impresión en Alemania, cuando fué conocida por la traducción de Bondenstedt. Esta impregnada del mas violento espíritu de rebelión contra los cortesanos del terrible zar.

Lermontof amaba profundamente a Rusia, pero no la Rusia oficial, no el sofocante poder militar de una patria tan cara a los llamados patriotas; y escribía: "Yo amo a mi patria, la amo apasionadamente y a pesar de lo que diga mi razón, ni su gloria, conquistada con sangre, ni su paz tan llena de orgulloso desdén, ni la tradición de su sombrío pasado pueden despertar en mí una vision feliz..."

Lo que él amaba de Rusia era su vida de campo, sus llanuras, la vida de sus campesinos. Sentía al mismo tiempo, un acendrado amor por los nativos del Cáucaso que luchaban asperamente contra los rusos, por su libertad. Y a pesar de ser ruso y miembro de los expediciones militares contra los circasianos, su corazón, sus simpatías estaban de parte de este valeroso pueblo, que anhelaba ardientemente su independencia. Su poesía *Ysmail-Bey*, es una apoteosis de esta lucha entre circasianos y rusos; en otra, una de las mejores, describe a un circasiano que huye del campo de batalla para refugiarse en su aldea; y la madre se niega a ampararlo, como a un traidor. Otra gema poética: una de sus poesías más cortas, *Valerik*, la cual está considerada por los que realmente saben lo que es la guerra, como su más precisa descripción en poesía.

El también odiaba la guerra. Una de sus admirables descripciones de combatientes la cierra con estas líneas:

"Pensé: qué miserable es el hombre! ¿Qué cosa desea?... El cielo es puro y aquí abajo hay lugar para todos: solitario sin motivo ni necesidad, vive de odios. ¿Por qué?"

Murió cuando sólo contaba veintiséis años de edad. Desterrado por segunda vez al Cáucaso (a raíz de un duelo que tuviera con el hijo del embajador francés) residía en Piatigorsk, y frecuentaba la sociedad superficial que se reunía, de ordinario, en las estaciones balnearias. Sus palabras y sus sarcasmos dirigidos a un oficial, Martinof, que acostumbraba vestirse con una capa a la Byron para ganar así más fácilmente el corazón de las muchachas, lo llevaron a un duelo. Lermontof tiró intencionadamente de lado, como ya había hecho en su primer duelo; pero Martinof apuntó, lenta y deliberadamente, lo que provocó las protestas de uno de los padrinos, matando a Lermontof en su sitio.

JUAN GUIJARRO

LA POLITICA

Siempre es buen tiempo para hablar de política en este país en el que de ella vive la parte ociosa de la nación. Y siempre es buen tiempo para combatirla, ya que la soportamos a la fuerza sobre nuestras espaldas como un fardo de plomo que nos empequeñece y arruga.

No hablar mal de la política, es protegerla con la complicidad de nuestro silencio indiferente o cobarde. No atacar la política, es hacer política. Es necesario odiarla para combatirla; ocuparse de ella, para entorpecerla. No votar es recriminarle su esterilidad. Felizmente, pocos creen en la política. Sus mismos expendedores no creen en ella, desacreditándola con su mal ejemplo y mala fe. La droga parlamentaria de las democracias a sueldo, el voto, ha perdido su eficacia; la cirugía social creada por los sindicatos y los gremios, ha venido a comprobar que sólo extirpando el cáncer burocrático se curará la nación. Una huelga bien conducida es más eficaz que cualquier organización política y sería una ingenuidad creer que la situación de los obreros mejorará con las leyes engendradas en el vientre satisfecho de un ministro. Las leyes, como las drogas, sirven para calmar los procesos agudos de un país, pero, como las drogas, sirven también para convertir un período agudo en una enfermedad crónica. De nada nos han servido los ingredientes homeopaticos en la farmacopea parlamentaria, a no ser para desacreditarla. El cuarenta por cien de la población no vota, el sesenta restante, son empleados u obreros nacionales. Sólo votan los afiliados a un partido y son el menor número. El voto obligatorio le ha quitado conciencia a la boleta electoral, aunque el voto secreto le ha dado legitimidad, permitiendo votar en blanco. Se vota del mismo modo que se hace el servicio militar o se pagan los impuestos, de mala gana, a la fuerza, con asco. Pocos ciudadanos de espíritu libre concurren a las urnas. Urnas!: nombre simbólico tratándose de política. Los gobiernos lo saben, pero callan. Mal negocio sería para un gobierno obligar a votar a los que no quieren hacerlo. Son enemigos que renuncian.

Al pueblo es fácil engañarlo, pero es difícil engañarlo por mucho tiempo; no cree en las teorías porque vive de los hechos, los políticos le halagan con frases y el pueblo no vota. Si bien es cierto que hacen algo los hombres que piensan bien, el progreso avanza, tan sólo, por los que hacen el ejemplo en la gran rueda del mundo. No votemos. No creamos en los hombres mientras sus ideas no se cristalicen en normas de conducta. No votemos. Hombre de ideas no es el que piensa bien, sino el que, pensando bien, obra de acuerdo con lo que piensa. Pensar bien!!, hasta los malvados lo hacen por astucia. No votemos. Un partido político, es un conjunto de hombres que dicen tener buena fe, un ideal en el alma y que pretende alcanzar el poder. Buena fe e ideal ¡estupendo!; los que tienen un ideal y buena fe resultan monstruos en este Sahara de corazones; pero la aspiracion de alcanzar el poder enturbia las dos virtudes precedentes. No hablemos de los políticos apoltronados en el gobierno, nauseabundos a la fuerza, hablemos de los otros: descontentos, revolucionarios que anhelan transformar las leyes implantando sanas costumbres. Gobernar es adaptarse; el ideal no se adapta nunca.

El cristianismo, transformado en política, se pudrió; sus santos se convirtieron en jesuitas: los ideales del pueblo explotado pretendiendo convertirse en realidad mediante sus parlamentarios satisfechos, se transforman en algo sucio. No votemos. Antes de los ideales del pueblo están sus ambiciones personales... ¿Excepciones?, ¡ay!, son muy pocas; nada podemos aun contra las aplastantes mayorías. No votemos. Se vive de la política como de cualquier otra industria, pero cada día se vive menos. Haciéndose más difícil la tarea de conquistar voluntades, se recurre a procedimientos más rápidos, se conquistan apetitos. No se habla de ideales, sino de puestos. No se proclaman igualdad y fraternidad humanas, sino más sueldo y menos horas de trabajo. No votemos. No hay ningún partido político que no esté lo suficientemente desacreditado como para que no se dude de él. No votemos. No hay política honrada, hay hombres honrados, pero que dejan de serlo en cuanto hacen política. Los que están en el gobierno son conservadores, tratan de conservar sus avanzadas en la lucha social; los otros ambicionan llegar al poder y, a medida que avanzan, se impregnan de la sucia adaptación que les van imponiendo las exigentes conveniencias. No votemos. Todos los partidos políticos son revolucionarios, lejos del poder; se hacen "evolucionistas" y antirevolucionarios, a medida que crecen las posibilidades de alcanzarlo, y terminan siendo reaccionarios cuando llegan al poder. Nó votemos.

Los pueblos están fatigados de las leyes de sus gobiernos. La miseria que ha existido siempre, prueba de que las leyes han sido injustas siempre. No votemos. Imponiendo una ley tendremos súbditos de esa ley, no partidarios de la misma; expliquemos el principio de esa ley, creamos la necesidad de ella y dicha ley se adherirá a las costumbres como un hábito. El voto obligatorio prueba de que el pueblo no quiere votar, no siente la necesidad de hacerlo, porque lo cree una cosa estéril, malsana. No votemos. En política no hay amigos, hay cómplices, porque lo que los une no son iguales afectos o aspiraciones iguales, sino comunes intereses o comunes antipatías, y el interés o el odio son una argamasa poco sólida para unir corazones. No votemos. No pudiendo existir cordialidad verdadera donde no median elevados propósitos, en política, cuando más, lo que puede existir es una disimulada complicidad, un pacto secreto de mutua conveniencia. No votemos. Seamos libres por nosotros mismos, no por la política. Cada cambio de gobierno será un cambio de traje para la nación que modificará sus formas exteriores, pero que no trastocará en nada ni la estructura de sus huesos ni la potencia de sus músculos. No votemos. Nuestra libertad consiste en ser cada vez más útiles. No votemos. Huyamos de la política. Habituados a llamarle país libre a aquel en el que hay grandes fortunas, avarientos latifundios, insaciables empresas capitalistas y siniestros derroches gubernativos, no olvidemos que país libre es aquel en el que sus habitantes no sufren, en el que cada obrero tiene un salario que le permite ponerle alas a su vida interior y en el que cada uno de sus ciudadanos no tiene obligaciones que repugnan a su espíritu. El voto obligatorio es una monstruosidad. Querer construir países libres con hombres que no son libres es el contrasentido de las repúblicas llamadas pomposamente democráticas. No votemos. No votar es ponerse del lado de los desposeídos, porque es desobedecer al gobierno, que son los ricos. Poniéndonos del lado de los pobres, siempre estaremos más cerca de la verdad; la aproximación a los poderosos nos envilece, cuando no lo hace con su desprecio, lo hace con su sola proximidad, porque si no llegan a contaminarnos con sus costumbres, nos acostumbran a tolerarlas, lo cual es un principio de contaminación. El proletario que no odia al gobierno es

un burgués en germen; votar, es una forma de acatamiento; no votar, es la expresión de su desprecio. Los partidos políticos, fábricas de concejales, diputados y senadores que ayer no más renegaban del poder, jurando no ambicionar alcanzarlo, no mejorarán la situación de los pobres con las mejoras parciales de aumento de salario, sino induciéndolos a no ser sumisos. El aumento de salario es la vacuna contra la huelga que es la muerte del capital. No votemos. Hagamos huelga de urnas. La política sin mesas electorales se reduce a un comercio sin mostrador. Se funde.

En política todo se sacrifica al interés inmediato de la próxima elección. Las bocas de los políticos, como nichos abiertos, siempre están dispuestas a tragarse la verdad; su oratoria es agua que, hidratando las conveniencias colectivas y haciéndoles perder su solidez, las conduce por los cauces más estrechos... No votemos. Los gobernantes, políticos en el poder, han hecho del trabajo una cosa pesada y brutal, cuando debiera ser una satisfacción como lo es el cumplimiento normal de todas nuestras funciones; pero los gobiernos — grandes trusts de los ricos — se empeñan en que no sea así, porque siendo el trabajo una carga pesada y brutal, han creado en el pueblo la ambición de enriquecerse; la codicia, y he aquí que, creando en el pueblo la ambición de enriquecerse, lo han subordinado a todas sus perversiones y caprichos. No votemos. Huyamos de la política. Castremos nuestras ambiciones personales y nuestros sueños no abortarán jamás.

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(Continuación)

Sin embargo, la ley, lo mismo que la religión, sólo desempeña un papel secundario en la sociedad actual. Se apela a ella raramente para regular las relaciones entre pobres y ricos, poderosos y débiles. Esas relaciones son el resultado de las leyes económicas y proceden del desenvolvimiento de un sistema social que se funda en la desigualdad de las condiciones.

Laissez faire! ¡Abandonad las cosas a sí mismas! han dicho los árbitros en el teatro de la guerra. El campo es libre; es verdad, está cubierto de cadáveres; es verdad, patalea el conquistador sobre los cuerpos de los vencidos; es verdad, por medio de la oferta y de la demanda y las conspiraciones y monopolios a que conducen, la mayoría de la sociedad se vuelve esclava de los pocos, pero sin embargo — dejad las cosas a sí mismas, así cuadra al juego honesto! Sobre la base de ese acertado sistema, un advenedizo, sin hablar del gran señor que hereda al nacer grandes condados, está en situación de comprarse con dinero sonante millares de hectáreas de tierra, de expulsar a los habitantes que las cultivan y de tolerar allí donde antes estaban los hombres y sus moradas, sólo manadas de corzos y de ciervos y un par de árboles. De este modo un comerciante, que tal vez es más astuto, más hábil o tal vez más favorecido por la dicha que sus semejantes, puede hacerse amo de un ejército de trabajadores que, si no los deja morir de hambre, están completamente a su disposición. Para abreviar, la concurrencia en el comercio permite, bajo la protección paternal de la ley, que la gran mayoría de los comerciantes — el hecho es testimoniado por numerosas encuestas médicas — falsifiquen artículos alimenticios y bebidas, vendan substancias peligrosas como alimento sano y maten por el envenenamiento lento, sin perder un solo día en sus deberes religiosos, a sus hermanos en Cristo. Se puede decir lo que se quiera, la esclavitud, por cuya abolición han combatido tan heroicamente los abolicionistas en América, continúa existiendo en otra forma en los países civilizados; pues a poblaciones enteras se les ha dejado sólo la elección siguiente: o bien morir de hambre o aceptar vejaciones que repugnan, y por consiguiente eligen sólo las penas. Y si quisiéramos examinar exactamente la sociedad bárbara a que pertenecemos, tendríamos que reconocer que el asesinato, aunque disimulado en mil formas científicas y engañosas, pone aún, como en los tiempos primitivos, un fin a la vida de la mayoría de los hombres. El economista ve sólo campo de batalla enorme en la circunferencia y cuenta con la frialdad del estadístico los caídos, como en la noche de una gran batalla. Júzguese por las siguientes cifras. La mortalidad más baja entre los acomodados alcanza a lo sumo a uno entre sesenta. Como la población de Europa forma la tercera parte de mil millones, los casos de mortalidad por término medio, — la prorrata correspondiente a la mortalidad de las clases acomodadas — no podría pasar de cinco millones. ¡Pero asciende a tres veces cinco millones! ¿Qué hemos hecho con esos diez millones de seres humanos que fueron muertos prematuramente? Si es verdad que tenemos deberes recíprocos, ¿no somos responsables por la esclavitud, el frío, el hambre, la miseria de toda especie que condena a los desdichados a la muerte prematura? Generación de Caínes, ¿qué hemos hecho de nuestros hermanos?

¿Y qué medios salvadores han sido propuestos contra el mal social que nos carcome verdaderamente hasta la médula? ¿Puede la caridad, como sostienen algunas buenas almas — a quienes una multitud egoísta responde en coro — puede la caridad aceptar la lucha contra el mal tan difundido? Ciertamente, conocemos algunos devotos que sólo parecen vivir para hacer el bien. Ante todo, ese caso se presenta en Inglaterra. Entre las mujeres sin hijos, que sienten la necesidad de trasladar su amor a la especie humana, se encuentran muchos seres maravillosos que pasan su vida consolando a los afligidos, visitando enfermos y sirviendo a la juventud — interiormente tiene que conmovernos la bondad abnegada que manifiestan esas damas hacia sus semejantes desdichados; pero cuando se toman en conjunto todos esos esfuerzos, ¿qué valor económico puede atribuirse a todos esos esfuerzos bien intencionados? ¿Qué suma representa toda la beneficencia de un año en comparación con la ganancia que obtienen prestamistas y usureros a menudo con sus especulaciones de un solo día? Mientras que esas damas ofrecen una taza de té a un pobre o preparan una bebida para enfermos, su padre o hermano produce la miseria y la ruina sobre millares de obreros ingleses o de *coolis* hindúes por un golpe atrevido en la bolsa o por un buen negocio de productos. Y por respetables que puedan ser con frecuencia hechos de beneficencia desinteresada, ¿no es una cosa del antojo personal y que su distribución de-

Errico Malatesta (12)



EN EL CAFÉ

—¡Qué dice usted! Me apenaría ciertamente mucho y haría todo lo posible por impedirlo. Pero, observe bien, igualmente me apenaría y haría todo lo que pudiera por impedirlo si los italianos fuesen a destruir, a oprimir y a masacrar a París, a Viena, a Berlín o a Libia.

César. —¿*Igualmente* de veras?

Jorge. —En la práctica, tal vez no. Me desagradaría más el mal hecho en Italia, porque en Italia es donde tengo más amigos, porque las cosas de Italia son las que conozco mejor y por consiguiente mis impresiones serían más vivas, más sensibles. Pero eso no quiere decir que el mal causado en Berín sería menos un mal que el causado en Milán.

Es como si mataran un hermano mío, un amigo. Sufriré ciertamente más de lo que sufro cuando matan a alguien que no conozco; pero eso no quiere decir que la muerte del que me es desconocido sea menos criminal que el asesinato del amigo mío.

Felipe. —¡Bien, pero, ¿qué habría hecho para impedir una posible entrada de los alemanes en Milán?

Jorge. —No he hecho nada. Más bien mis compañeros y yo hemos hecho lo posible para mantenernos fuera del conflicto; pero es porque no habríamos podido hacer todo lo que habría sido útil y necesario.

Felipe. —¿Qué quiere decir eso?

Jorge. —La cosa es clara. Nosotros nos hemos encontrado en situación de tener que defender los intereses de nuestros amos, de nuestros opresores y de deber ir matando hermanos nuestros, trabajadores de otros países llevados al matadero como éramos llevados nosotros, por sus patrones y sus opresores. Y nos hemos rehusado servir de instrumento a los que son nuestros verdaderos enemigos, es decir, a nuestros amos.

Si hubiésemos podido antes libertarnos de los enemigos internos, entonces habríamos tenido que defender nuestra patria y no la de esos señores. Habríamos ofrecido la mano fraternal a los trabajadores extranjeros enviados contra nosotros, y si éstos no hubieran comprendido y hubiesen querido continuar sirviendo a sus amos contra nosotros, nos habríamos defendido.

Ambrosio. —Pero usted no se preocupa más que de los intereses de los trabajadores, de los intereses de su clase, sin comprender que, por encima de las clases, está la nación. Hay sentimientos, tradiciones, intereses que unen a todos los hombres de una misma nación, a pesar de todas las diferencias de condiciones, de todos los antagonismos de clase.

Y además está el orgullo de la raza. ¿No se siente orgulloso de ser italiano, de pertenecer al país que ha dado la civilización al mundo y que aun hoy, a pesar de todo, se encuentra a la cabeza del progreso? ¿Cómo no ha sentido nunca la necesidad de defender la civilización latina contra la barbarie teutónica?

Jorge. —Por favor, dejemos a un lado la barbarie de éste país o aquél.

Podría decirle que si los trabajadores no saben apreciar su "civilización latina", la culpa es de ustedes, de la burguesía que los ha privado a los trabajadores de los medios de instruirse. ¿Cómo pueden pretender que uno se apasione por una cosa que nos han hecho ignorar?

Pero terminemos con estas mentiras. ¿A quién quiere hacer creer que los alemanes son más bárbaros que los demás, cuando hace unos años ustedes mismos estaban llenos de admiración ante todo lo que procedía de Alemania? Si mañana cambiasen las condiciones políticas y los intereses capitalistas fuesen diversamente orientados, dirán de nuevo que los alemanes están a la cabeza de la civilización y que los bárbaros son los ingleses y los franceses.

Pero, ¿qué importa eso? Si un país se encuentra más adelantado que otro tiene el deber de propagar su civilización, de ayudar a los hermanos atrasados y no debe aprovecharse de su superioridad para oprimir y explotar... aunque no fuera más que porque todo abuso de poder lleva a la corrupción y a la decadencia.

Ambrosio. —Pero de cualquier modo, respete al menos la solidaridad nacional que debe ser superior a toda competencia de clase.

Jorge. —Comprendo. Es esa pretendida solidaridad nacional la que a ustedes les interesa sobre todo, y es esa la que nosotros combatimos. Dado que solidaridad nacional significa solidaridad entre capitalistas y obreros, entre opresores y oprimidos, eso equivale a decir acomodamiento de los oprimidos con su estado de sujeción.

Los intereses de los trabajadores son opuestos a los de los patrones, y cuando por circunstancias especiales fuesen transitoriamente solidarios, nosotros trataremos de hacerlos antagónicos, pues la emancipación humana y todo el progreso futuro dependen de la lucha entre trabajadores y capitalistas que conducirá a la desaparición completa de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre.

Ustedes pueden tratar aún de engañar a los trabajadores con las mentiras del nacionalismo; pero en vano. En lo sucesivo los trabajadores han comprendido que sus hermanos son los trabajadores de todos los países, y que sus enemigos son todos los capitalistas y todos los gobiernos, nacionales o extranjeros.

Y con esto les doy las buenas noches. Sé que no he convencido ni a los magistrados ni a los propietarios que me han escuchado. Pero para Felipe, Vicente y Luis, que son proletarios como yo, tal vez no haya hablado en vano.

XVII

Luis (socialista). —Ya que todos han dicho su opinión, permítanme que diga también la mía.

Soy solo aquí de mi manera de ver y no quisiera exponerme a la intolerancia combinada de burgueses y anarquistas.

Jorge. —Me asombro de que hable así.

Usted, más bien tú, pues somos trabajadores ambos y podemos, debemos considerarnos amigos y hermanos, tú pareces creer que los anarquistas son enemigos de los socialistas. Al contrario, somos sus amigos, sus colaboradores. Aunque muchos de entre los jefes socialistas han intentado e intentan aún poner en oposición el socialismo y el anarquismo, la verdad es que, si socialismo significa una sociedad o la aspiración a una sociedad en que los hombres vivirán como hermanos, en la que el bien de todos sea condición del bien de cada uno, en la que nadie sea esclavo y explotado y todos tengan los medios para alcanzar el máximo desenvolvimiento posible y disfrutar en paz de todos los beneficios de la civilización y del trabajo común, no sólo nosotros somos socialistas sino que tenemos el derecho a considerarnos los socialistas más radicales y más consecuentes.

Por lo demás, incluso el señor Ambrosio lo sabe, pues ha enviado a muchos de los nuestros al presidio, en Italia hemos sido nosotros los primeros en introducir, explicar y propagar el socialismo; si poco a poco acabamos por abandonar el nombre y por llamarnos simplemente anarquistas, ha sido porque a nuestro lado surgió otra escuela autoritaria y parlamentaria, que consiguió pre-

pende muy a menudo de las simpatías religiosas o políticas del dador más que del valor moral de los que la reciben? Pero aun cuando la limosna fuera realmente distribuída a los que más la necesitan, la beneficencia, sin embargo, incurriría en la gran falta de crear el que recibe y el benefactor, relaciones innegables de desigualdad. El último se regocija en la conciencia de hacer algo bueno, como si no satisficiera simplemente una deuda; y el que recibe la limosna solicita pan como una dádiva, en lugar de ambicionar trabajo como un derecho o, en caso de ser inválido, solidaridad humana. Así es creada la mendicidad repugnante, con sus mentiras, sus astucias y su rastrera y lacrimosa hipocresía, y desarrollada cada vez más. ¡Cuánto más nobles son las costumbres de algunos países llamados bárbaros, donde el hambriento acude simplemente a casa de aquellos que están a punto de comer, bien venido para todos y luego, cuando está satisfecho, continúa su viaje con un saludo amistoso, pero permanece sin embargo en todos los aspectos igual al hospedero y no es deprimido por el sentimiento penoso de la obligación por el bien recibido! Pero la beneficencia crea el patronato y la superficialidad — los míseros frutos de un sistema infame, y sin embargo lo mejor que puede ofrecernos una sociedad de capitalistas!

Tenemos derecho a decir con eso que los jefes de la moderna sociedad que hacen caer por medio de las privaciones en la miseria, hundirse en la indigencia y corromperse por los vicios a los hombres a quienes gobiernan — y de cuyo destino por eso han asumido la responsabilidad — han hecho bancarrota moral. Pero donde los amos fracasan pueden triunfar, tal vez, los hombres libres. El fracaso de los gobiernos no es para nosotros motivo alguno para perder el valor; nos señala, al contrario, cuan peligroso es confiar a otros la vigilancia de nuestros derechos, y nos fortifica más aún en nuestra firme resolución de tomar en las propias manos, la propia causa. No pertenecemos a aquellos que por la práctica de las hipocresías sociales, el disgusto de una vida envilecida, y la inseguridad del porvenir, ha caído en la necesidad para plantearse la tenebrosa pregunta — sin hallar el valor para una respuesta—: "¿Merece la pena vivir?" Sí, a nosotros nos parece la vida digna de ser vivida, pero sólo cuando tiene su objetivo — no el bienestar personal, no un paraíso, ni en este ni en el otro mundo —, sino la realización de un anhelo, de un ideal, que es propio de nosotros y corresponde a nuestro ser más íntimo. Aspiramos al ideal de la igualdad, tenido ante sus ojos como un sueño celeste por los pueblos subyugados siglos y siglos. Lo poco que puede hacer el individuo ante nosotros, es una rica recompensa por los peligros de la lucha. En esas circunstancias, la vida es buena, incluso una vida llena de dolores y sacrificios — aun cuando debiera ponerle fin repentinamente una muerte prematura.

La primera condición de la igualdad, sin la cual todo progreso será la más pura burla — la aspiración de todos los socialistas sin excepción —, es que todo el mundo tenga pan. Hablar a los hambrientos de deber, de renunciación, de virtudes etéreas, no es nada menos que una cobardía. El hombre rico no tiene derecho a predicar moral al mendigo ante su puerta. Si fuera verdad que los países civilizados no produjeran alimentos suficientes para todos, se podría decir que el pan, gracias a la concurrencia, estaría reservado a los fuertes, y que los débiles debían contentarse con las migajas que cayeran de la mesa del comilón. En una familia donde existe el amor, las cosas no se organizan de ese modo; al contrario: los pequeños y los débiles reciben la primera parte; pero hay que confesar que la carencia podría fortificar las manos de los violentos y hacer de los poderosos los propietarios exclusivos del pan. Pero, ¿las sociedades de nuestro tiempo, han sido impulsadas realmente a esa estrechez? Al contrario; lo mismo, ¿qué valor pueden tener las predicciones de Malthus para un lejano futuro?; es un hecho seguro e indiscutible que en los países civilizados de Europa y de América, la suma total de los medios alimenticios, producidos o cambiados por productos industriales, es más que suficiente para el sostenimiento del pueblo. Aun en tiempos de parciales malas cosechas, los depósitos de granos no necesitan más que abrir sus puertas para que todos reciban una parte satisfactoria. No obstante la dilapidación y el derroche, no obstante las enormes pérdidas que tienen lugar en los transportes y casas de comercio, en los depósitos y demás, existe bastante para poder alimentar ricamente a todo el mundo. ¡Y sin embargo hay quien muere de hambre! Y sin embargo hay padres que matan sus hijos porque, cuando los pequeños claman por pan, no pueden dárselo!

Otros pueden apartar sus miradas de esos horrores, nosotros, los socialistas, los miramos precisamente cara a cara y buscamos sus causas. Esas causas están en el monopolio del suelo, la apropiación de la tierra que pertenece a todos, por unos pocos. Los anarquistas no somos los únicos que decimos: el grito en pro de la propiedad colectiva de la tierra se ha vuelto tan fuerte que tienen que oirlo todos los que no se tapan intencionadamente los oídos. La idea hace progresos rápidos, pues la propiedad privada en su forma actual ha cumplido su tiempo y los historiadores testimonian en todas partes que el viejo derecho romano no se identifica con la justicia eterna. Sin duda sería vana esperanza confiar que los propietarios de la tierra, que han sido nutridos, por decirlo así, con las representaciones de la casta, del privilegio y del derecho de herencia, devolverán voluntariamente a la comunidad las tierras dadivosas. No ganarán la gloria de asociarse a sus conciudadanos como iguales; pero cuando la opinión pública esté madura — y y ésta crece de día en día — será inútil que los individuos se resistan a la voluntad unánime del pueblo, y el hacha caerá sobre la raíz del árbol venenoso. El terreno cultivable volverá a la posesión común; pero no será arado y sembrado ya, como hasta aquí, por manos ignorantes, casi al azar, sino que la ciencia coadyuvará en la elección del clima, de la tierra apropiada, de los métodos de cultivo, de los abonos y de las máquinas. La agricultura será ejercida con la misma precaución que las combinaciones mecánicas y los experimentos químicos; pero el fruto de su esfuerzo no será quitado al agricultor. Muchas sociedades de llamados salvajes tienen su tierra en posesión común y por bajas que puedan estar, a nuestros ojos, en esto nos superan: no conocen la privación. ¿Somos demasiado exigentes cuando aspiramos a un estado social que debe añadir a las conquistas de la civilización la felicidad de esas tribus primitivas?

(Continuará)



valecer y hacer del socialismo una cosa tan híbrida y acomodaticia que no se podía conciliar con nuestros ideales y con nuestros métodos y repugnaba a nuestros temperamentos.

Luis. —En efecto, te he oído razonar y ciertamente estamos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en la crítica contra el capitalismo.

Pero no estamos de acuerdo en todo, primeramente porque los anarquistas no creen más que en la revolución y renuncian a los medios más civiles de lucha que han substituído los métodos violentos tal vez necesarios otras veces — y además, porque aunque se debiese terminar con una revolución violenta, sería preciso que pusiera en el poder un nuevo gobierno para hacer las cosas ordenadamente y no dejarlo todo al arbitrio y a la furia de las masas.

Jorge. —Bien, discutamos. ¿Crees en serio que se pueda transformar radicalmente la sociedad, destruir el privilegio, echar abajo el gobierno, expropiar la burguesía sin recurrir a la fuerza?

Espero que no te harás la ilusión que los propietarios y los gobernantes querrán ceder sin resistencia, sin emplear la fuerza de que disponen, y desempeñar en cierto modo el papel del ahorcado por persuasión. Si no, pregunta a estos señores presentes que, si pudieran, se desembarazarían de muy buena gana, y con los medios más expeditivos, de mí y de tí.

Luis. —No, no me hago ilusiones.

Pero dado que los trabajadores tienen el voto político y administrativo y son la gran mayoría de los electores, me parece que, si supieran y quisieran, podrían enviar al poder sin muchos esfuerzos personas de su confianza, socialistas y si quieres también anarquistas, los cuales harían buenas leyes, nacionalizarían la tierra y las fábricas e instaurarían el socialismo.

Jorge. —¡Sí, si los trabajadores supieran y quisieran! Pero si estuvieran tan adelantados como para comprender cuales son las causas y los remedios de sus males, si estuvieran decididos a emanciparse de veras, entonces se podría tal vez hacer la revolución sin o con poca violencia, pero entonces podrían también hacer por sí mismos lo que desearan y no habría necesidad de enviar al parlamento y al gobierno hombres que, aunque no se dejen embriagar y corromper, como tan a menudo acontece, por los atractivos del poder, se encontrarían en la imposibilidad de proveer a las necesidades sociales y de hacer lo que los electores esperan de ellos.

Pero sin embargo, los trabajadores en su gran mayoría no saben y no quieren; y están en tales condiciones que no tienen la posibilidad de emanciparse moralmente si antes no mejoran su situación material. Por eso la transformación social debe tener lugar por iniciativa y por obra de aquellas minorías que por circunstancias afortunadas han podido elevarse sobre el nivel común — minorías numéricas que acaban después siendo la fuerza preponderante y arrastrando consigo la masa atrasada.

Observa los hechos y verás pronto que, precisamente por las condiciones morales y materiales en que se encuentra el proletariado, la burguesía y el gobierno logran obtener siempre el parlamento que les conviene. Y es por eso que conceden y dejan subsistir siempre el sufragio universal. Si vieran el peligro de ser desposeídos legalmente, serían los primeros en salir de la legalidad y en violar lo que llaman voluntad popular. Lo hacen ya siempre que por equivocación las leyes se vuelven contra ellos.

Luis. —Tú dices eso, pero entre tanto vemos que el número de los diputados socialistas aumenta continuamente Un día llegará a ser la mayoría y...

Jorge. —¿Pero no ves que cuando los socialistas entran en el parlamento, se domestican pronto y, de un peligro que eran, se convierten en los colaboradores, en los sostenedores del orden vigente? En el fondo, enviando socialistas al parlamento, se hace un servicio a la burguesía, porque se quitan de entre las masas y se transportan al ambiente burgués, los hombres más activos, más capaces, más populares.

Por lo demás, ya te lo he dicho, cuando los diputados se volvieran verdaderamente un peligro, el gobierno los expulsaría a bayonetazos del parlamento y suprimiría el sufragio universal.

Luis. — A tí te parece así porque concibes siempre las cosas de un modo catastrófico.

Al contrario, el mundo marcha poco a poco, por evolución gradual.

Es preciso que el proletariado se prepare a sustituir a la burguesía, educándose, organizándose, enviando sus representantes a todos los cuerpos deliberantes y legiferantes, y cuando esté maduro tomará en sus manos todas las cosas y se instituirá la nueva sociedad a que aspiramos.

En todos los países civilizados aumenta el número de los diputados socialistas y naturalmente también el apoyo que tienen en las masas.

Un día serán ciertamente la mayoría, y si entonces la minoría y su gobierno no quieren ceder pacíficamente e intentan suprimir con la violencia la voluntad popular, responderemos a la violencia con la violencia.

Es preciso dejar tiempo al tiempo. Es inútil y es dañoso el querer forzar las leyes de la naturaleza y de la historia.

Jorge. —Querido Luis, las leyes de la naturaleza no tienen necesidad de defensores; se hacen respetar por sí mismas. Los hombres las van descubriendo trabajosamente y se sirven de ellas para el bien o para el mal; pero, cuidado con aceptar como leyes naturales los hechos sociales que los interesados (en nuestro caso los economistas y los sociólogos que defienden la burguesía) califican de tales.

En cuanto a las "leyes de la historia", son formuladas después que la historia se ha hecho. Hagamos primero la historia.

El mundo marcha poco a poco o con prisa, va hacia adelante o hacia atrás, según la resultante de un número indefinido de factores naturales y humanos, y es un error confiar en una evolución continua que procediese siempre en el mismo sentido.

Es ciertamente verdad que la sociedad está en continua, en lenta evolución ahora; pero evolución, en el fondo, no es más que cambio, y si hay algunos cambios en la vía que nosotros consideramos buena, es decir, que favorecen la elevación del hombre hacia un ideal superior de fraternidad y de libertad, otros, al contrario, refuerzan las instituciones vigentes o rechazan y anulan los progresos ya realizados.

Mientras exista entre los hombres el estado de lucha, ninguna conquista es segura, ningún progreso en la organización social se puede considerar como definitivamente adquirido.

Nosotros debemos utilizar y favorecer todos los factores de progreso y combatir, obstaculizar, tratar de neutralizar las fuerzas de regresión y de conservación.

Hoy los destinos de la humanidad dependen de la lucha entre trabajadores y explotadores y toda conciliación entre ambas clases hostiles, toda atenuación de la lucha, toda colaboración entre capitalistas y trabajadores, entre gobierno y pueblo hecha con la intención o el pretexto de atenuar los contrastes sociales, serviría sólo para favorecer la clase de los opresores, para consolidar las instituciones bamboleantes y, lo que es peor, para separar de las masas los elementos proletarios más evolucionados y formar una nueva clase privilegiada cointeresada con los barones de la industria, de la finanza y de la política en mantener la gran mayoría del pueblo en un estado de inferioridad y de sujeción.

Tú hablas de evolución y pareces creer que necesaria, fatalmente, querramos o no querramos los hombres, se llegará al socialismo, es decir, a una sociedad hecha para igual ventaja de todos, en la cual, perteneciendo a todos los medios de producción, todos serían trabajadores, todos disfrutarían con igual título de todos los beneficios de la civilización.

Pero esto no es verdad. El socialismo vendrá si los hombres lo quieren y hacen lo que es preciso para rea-

AÑO V — BUENOS AIRES, 7 DE JUNIO DE 1926 — N.o 226

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

HOGUERAS DE ODIO

Ha sido vencido Abd-el-Krim. Después de guerrear intrépidamente durante seis años y más, finalmente ha sido derrotado. Defendía su suelo. El y su pueblo eran los agredidos; y si pudieron resistir tanto, fué por estar convencidos de la justicia de su causa y de su derecho. Los invasores, al hacer bien la cuenta de lo que costó en sangre y en dinero esos áridos y ardidos peñascales deberían proclamar bien alto la valentía de los moros montañeses y del caudillo que los condujo numerosas veces al ataque y a victorias parciales. Ante esos salvajes, que no podrán tener otra virtud que su valor personal, el desprendimiento suicida de sus existencias, deberían doblar la rodilla en tierra quienes rinden pleitesía al coraje animal, y respetarlos, tanto más, como a aquellos militares que los vencieron. ¿Cuál es la suprema calidad, el ideal de estos profesionales de la milicia, la que más ensalzan, sino el coraje físico, la del arrojo ciego ante la muerte? En este sentido, coraje a coraje, los moros son los vencedores.

Los gobiernos francés y español y sus pueblos, se entregan a demostraciones de exuberante regocijo. No les asiste derecho ni razón. Si la educación civil, de ideas y sentimientos cristianos y caballerescos, de la cual hacen un galardón y una trampa, fuese un hecho vivo, la victoria sobre un pueblo casi indefenso e inerme debía causarles vergüenza. ¿Y cómo y de qué manera han vencido estos mariscales de Francia y estos brutos y borrachos generalotes de España! En hombres, en una proporción de mil a uno; en armamento, de un millón a un mínimo. Toda la ciencia de matar, que se preparara durante un siglo, fué arrojada contra los moros como una gigantesca catapulta. Tanques, aeroplanos, artillería de costa y de montaña, en fin, todo el arsenal que los hombres fabrican para su propia destrucción. Y todavía no les fué fácil. Tomaron precauciones exageradas contra Abd-el-Krim y sus [illegible] que ahora, disipado el peligro, se [illegible] del ridículo en que incurrieron. [illegible] y otro generalote han sido citados en la orden del día del ejército francés por ese *glorioso* hecho de armas. El [illegible] español ya ha distribuído un lote de ferretería al valor militar. ¡Brava [illegible] esta que inculca la civilización a [illegible]! Y por esos hechos cobardes, [illegible] y bellacos, casi se les proclama poco menos que salvadores de la patria.

Tales antinomias entre la realidad y la [illegible] exhibida en público, contrastes monstruosos que repugnan a cualquier conciencia recta y sana, se purgan siempre, aunque sea a largo plazo. Si se miente, no se roba ni comete crímenes impunemente. Y tal vez más los colectivos que los individuales. Y esta civilización greco-latina está pereciendo por [illegible] por exceso de mentir, robar y matar. No existe época remota, pasada o presente que no se parezca en sus rasgos principales. Mas cuando se relajan los resortes morales y empieza la caducidad, simultáneamente se produce la existencia del apetito rapaz, del egocentrismo, ese mórbido y antinatural egoísmo para satisfacerse le sigue la fuerza centrípeta de la mentira, del robo y del crimen. Es un círculo vicioso que tiende a anularse a sí mismo. ¿No ha sido acaso ese el fin de todas las civilizaciones?

Tomemos un hombre y tendremos en miniatura la imagen de la sociedad constituída. Como él, es un organismo viviente. Por ende, su proceso es idéntico: [illegible] adolescencia, juventud, virilidad, [illegible]. La evolución de estas [illegible] en la criatura humana, [illegible] según su vitalidad sana o viciada, y acelerarse las últimas, si despilfarra sus energías en excesos de toda suerte. Lo físico siempre va unido a lo moral; uno es consecuencia de lo otro. Las sociedades y las civilizaciones no podían escaparse a esta ley inflexible de la naturaleza. Nacen, viven y sucumben.

Discúlpese estas consideraciones simplistas, en gracia a la mayor claridad

Y bien, la civilización greco-latina está pereciendo por exceso de mentir, de robar y matar. Se ha creado su propia balanza de precisión para pesar las *razas inferiores*. Una vez calificadas de tales, las toma bajo su "protección", evangelizándolas a tiros y a palos. Este afán de evangelización subirá de punto si poseen minas de hierro o de petróleo. Ha tiempo que Europa fabricó un metro antojadizo, con el cual pretendió y pretende medir las costumbres, las normas de vida, las religiones y filosofía de otras culturas. Está tan cerrada a cal y canto frente a lo que rebasa sus fronteras naturales e ideales como estaba hace casi tres millares de años el mundo griego, que reducía la periferia del planeta y de los países civilizados a los dinteles de sus propios límites. Pese ello a los actuales medios de comunicación terrestre y extra-terrestre. Moralmente, el mundo occidental está emparedándose. Invade el suelo extraño para devastarlo e imponer sus vicios, sus sistemas de explotación y de embrutecimiento. Esclaviza los pueblos, llamados caprichosamente inferiores, — dictado que se ajusta a sus conveniencias, — para sustentar el lujo, la corrupción crecientes de sus clases dominantes en las metrópolis. Sonó, ya hace rato, para las civilizaciones burguesas, la hora de la carrera hacia su desmembramiento, hacia la propia dilaceración.

La circunstancia de haberse terminado provisionalmente esa guerra de Marruecos, odiosa, injusta y felona como todas, ni la rendición de Abd-el-Krim, no daría aparentemente pie para tan arriesgados y tremebundos vaticinios. Sin embargo, es un síntoma más ,que se se agrega virtualmente a todos los otros producidos por el imperialismo depredador. Son las hogueras del odio, de la rebelión que se van propalando en Siria, donde Francia hizo pasear por las calles de Damasco las cabezas de sus habitantes rebeldes; como también Gran Bretaña lo hiciera en Egipto al ahorcar algunos rebeldes; en China colocando en jaulas las testas decapitadas a los estudiantes, en India y en todas partes, donde la civilización de los desciviIizados extiende sus tentáculos de pólipo absorbedor.

La guerra del Rif no ha terminado con la involuntaria defección de su caudillo. Más profundas son las causas que la generaron. Habrá un apaciguamiento pasajero. Pero mientras dure esa tregua, los risibles *vencedores*, con sus ansias de desquite y de vengar en los nativos pasadas represalias, harán que nuevos levantamientos se produzcan. Además, imperios como Inglaterra, naciones coloniales como Francia, endeudadas, y esta última bajo la amenaza constante de una bancarrota financiera, necesitan que los gravámenes de las colonias rindan el máximo para satisfacer apremiantes vencimientos. Es el círculo vicioso de que habláramos antes, que llegó a la más grande intensidad, creado ficticiamente por todos los desenfrenos desde los armamentos de guerra y marina hasta lo fastuoso de millones de existencias parasitarias.

En los momentos actuales, los gobiernos francés y español tienen en su programa de festejos un número de singular y extraordinaria atracción para sus respectivas plebes: la rendición, desde tantos años soñada, al fin acontecida, de Abd-el-Krim. Será un acontecimiento que podrá prolongarse bastante tiempo. Aunque precaria e ilusoriamente, podrá desempeñar el rol de pan y circo de los antiguos tiempos romanos: desviar la atención del público de la miseria que lo carcome.

Nunca le perdonarán los españoles, es decir, sus castas gobernantes, y en especial su camarilla militar, al mullahj, quien pudo tener en jaque a un ejército aprovisionado y aguerrido con un puñado de cabilas apenas armadas; pero más valientes que esos soldadotes de academia y de profesión.

Tampoco las damas españolas impetrarán gracia para que se trate gentilmente al moro prisionero. No olvidan que una de ellas recibió una dura lección de democracia cristiana de sus labios. Se le había ofrecido una fuerte suma como rescate para obtener la libertad de un hijo de una de esas damas aristócratas. En la gestión se hizo intervenir a príncipes y princesas. Abd-el-Krim se negó, contestandole que su hijo no tenía más prerrogativas que cualquier soldado del pueblo, y que si su devoción y su cristianismo no le servían para pensar en otras madres más pobres que ella, quienes necesitaban ser sustentadas por sus hijos, no sabía para qué podía servir su religión.

No llegaremos a decir que el caudillo moro es un héroe, mas si hubiese de haber uno, no serían por cierto los generales vencedores, franceses y españoles.

Y en tanto las hogueras del odio que esta civilización greco-latina va diseminando por los envejecidos flancos del mundo, son los avisos siniestros y faustos de un próximo crepúsculo.

La vuelta de los conquistadores franco-españoles



Chin-¡pum!.. ¡pum! ¡chin!.. bra... lá la ra là!..

LUIS FABBRI

El problema de la delincuencia en la anarquía

Una de las mayores preocupaciones de los que discuten los ideales del anarquismo la constituye el problema de la delincuencia. ¿Cómo impedir o reprimir el delito en una sociedad en que no existan gobiernos, leyes represivas y preventivas, policía?

Pero los que así se preocupan de las consecuencias sociales de un ordenamiento político anárquico, casi siempre olvidan el substrato socialista del anarquismo; es decir, olvidan que el régimen de igualdad auspiciado por el socialismo dará la posibilidad material de la máxima libertad, será la garantía mejor del orden en régimen anárquico, del mismo modo que la libertad anárquica será una garantía de la igualdad socialista.

Nosotros no somos profetas, y no podemos prever cómo marcharán todas las cosas en una sociedad con base libertaria; pero, entretanto, no es difícil deducir de la misma observación de los hechos sociales, y sobre las indicaciones de la ciencia y la experiencia histórica pasada, que con la instauración de un ordenamiento, en el cual, con la eliminación del monopolio de la propiedad, hayan sido suprimidas las causas económicas del delito, muchos delitos, es decir los efectos de aquellas causas, serán eliminados también. Si la propiedad privada, como decía Ellero, es la funesta generadora de todos los delitos, éstos no se cometerán cuando ya no exista lo que los genera.

Cuando todos puedan satisfacer sus necesidades, es obvio que nadie será llevado por la necesidad a ofender la libertad, el interés y la existencia ajena. Cuando nadie tenga el derecho a los medios materiales para oprimir a sus semejantes, todos se encontrarán, sino en la imposibilidad, por lo menos en la inutilidad de cometer violencias. Cuando la educación esté extendida a todos, y ya no se dé una, falseada por intereses y prejuicios, serán eliminados la mayor parte de los delitos que tienen su origen en la ineducación y en la ignorancia humana.

Es preciso siempre tener presente, cuando se discute de anarquía, que el objetivo que se proponen los anarquistas, en la propaganda, en el movimiento y en la acción, no es solamente alcanzar un mayor bienestar material para todos los hombres, sino también hacerlos moralmente mejores y sobre todo eliminar las ocasiones y los incentivos a hacer el mal: esto es, crear un ambiente en el que cada uno tenga interés en ayudar y no en hacer mal a sus semejantes.

Pero las pasiones, se objeta, existirán siempre, y lograrán enceguecer y envenenar a los hombres, a menos que no se pretenda que los hombres se vuelvan ángeles.

No es de excluir que un régimen anarquista acabará por hacer a los hombres mejores de lo que ahora son, no por un efecto milagroso de la propaganda, sino por una influencia benéfica del ambiente y por la eliminación de las causas materiales, económicas y sociales del mal. ¡Pero ni aun entonces serán ángeles los hombres! Que si ello fuese posible, con cualquier régimen, aun de un absolutismo el más autoritario, las cosas marcharían viento en popa y todos se hallarían bien lo mismo. Pero porque los hombres no son ángeles ni pueden volverse tales, y cada uno tiene índole y pasiones no uniformes a los otros, precisamente en ello reside la mayor razón de ser del anarquismo.

El cual tiende a instaurar un estado de cosas en que la libertad más amplia permita el libre juego de las pasiones y las deje desarrollarse y satisfacerse normalmente, de modo que las pasiones de unos no choquen o choquen lo menos posible con las pasiones de otros; de modo que la coerción de los prejuicios o de los privilegios políticos y económicos no les sean un obstáculo, y no las impulsen así, con la violencia y la compresión, a una violencia mayor y a desviaciones y degeneraciones perniciosas para el individuo y para la colectividad.

Hay que persuadirse, en efecto, que las llamadas "malas pasiones" de los hombres, no son otra cosa, la mayoría de las veces, que una degeneración o una desviación de las pasiones más sanas, de pasiones que pueden ser y son casi siempre buenas en su origen, pero que se vuelven nocivas cuando un ambiente falso, corrompido y prepotente las constriñe de mil modos a desviarse del recto camino.

Si se examinan en su esencia y en sus determinantes la mayor parte de los delitos pasionales, — excluyendo, naturalmente, aquellos, y son la mayoría, que, bajo la apariencia de la pasión esconden un motivo económico, y entran entonces en el número de los delitos eliminables con la eliminación del privilegio de la propiedad, — se encuentra que la mayor parte de esos delitos han sido provocados directa o indirectamente por una violencia hecha a la naturaleza, por un obstáculo interpuesto al libre juego de las pasiones humanas.

* * *

¿Se dirá entonces que en la anarquía no se cometerán ya delitos de ninguna clase? No hay que ser tan utopistas y simplistas, tan absolutos.

Si es cierto que en una sociedad igualitaria y libertaria no se cometerán ya la inmensa mayoría de los delitos que caracterizan a la sociedad burguesa, debidos a causas económicas y sociales eliminables, se cometerán otros (desde que la perfección quizá es deseable, pero no es posible, por cierto) debidos a resabios de las degeneraciones pasadas, o determinados por razones fisiológicas y naturales. Y existirán también aquellos a que hoy no se da importancia, pero que serán considerados delitos en relación al ambiente más evolucionado y a la moral nueva que se habrá ido formando.

Hay razones para esperar que esos delitos no tendrán el mismo carácter de violencia de los actuales; pero no serán por eso menos dolorosos, en relación a la mayor sensibilidad que se habrá desarrollado. Así como ciertos dolores de los niños, que los adultos consideramos risibles, son, en relación con la psicología del niño, dolores agudos y desgarradores.

¿Cómo evitar entonces, y cómo reprimir ciertos delitos? Aun entonces la sociedad tendrá derecho a defenderse de los delincuentes; ¿cómo se defenderá?

Recordamos, ante todo, que la sociedad no es un ente o personalidad específica, que obra por sí e independientemente de los individuos que la componen. Ella no es, y especialmente no será en la anarquía, más que el conjunto de los individuos; quienes, de acuerdo, habrán establecido y libremente ejecutarán su pacto mutuo de asociación. La sociedad se defenderá, pues, o mejor los individuos que la compongan estarán de acuerdo en defenderse, dando y dejando a todos y a cada uno los medios de defensa, e impidiendo que de estos medios surja un privilegio o monopolio cualquiera. Serán los individuos quienes, solos o asociados, impedirán que otros les hagan daño.

Cuando el ofensor de los derechos ajenos, vale decir el delincuente, se vuelve un peligro, no solamente ocasional y que se puede conjurar a veces, sino permanente, y la resistencia de uno solo no valga para eliminarlo, especialmente si el delincuente se asocia a otros como él, entonces la defensa no sólo es necesaria, es también un deber.

Nosotros, para no caer en lo imaginario y lo utópico, no podemos prever *cómo* será organizada la defensa. Sólo podemos hacer hipótesis; pero, cualquier hipótesis que se prefiera, esto es cierto: que la sociedad anarquista se defenderá sin órganos a propósito y especiales, profesionales, de represión y de ataque, y sí directamente con el concurso de todos los interesados aptos y necesarios, unidos para la defensa.

Y esta defensa, para no degenerar a su vez en opresión, deberá estar lo más posible animada de sentimientos humanos y sociales, no ser guiada por sentimientos de venganza, por el deseo de devolver mal por mal. El único intento a alcanzar es el de impedir el mal, no el de agregar un mal a otro.

El delincuente será considerado — y esto tiene valor también y especialmente para la objeción sobre la delincuencia debida a taras orgánicas o a causas naturales, — como un enfermo del cual es necesario guardarse y que hay que ponerlo en la imposibilidad de hacer daño, como se le impediría a un hidrófobo morder; pero que se debe también curar, porque posiblemente curará, sin tergiversar y hacerlo sufrir al mismo tiempo más de lo humanamente inevitable.

Hay insignes criminalistas y penalistas que, aun no siendo anarquistas ni socialistas, sostienen que la delincuencia es una verdadera enfermedad, que necesita hospitales y no cárceles, enfermeros afectuosos y no carceleros crueles, médicos y no jueces, más atención y no peor trato que a los demás. No queremos llevar tales conclusiones a los extremos de la exageración; pues un grado de responsabilidad puede siempre existir, aun en el delincuente, y por tanto es necesario también apoyarse en el sentido de esa responsabilidad para mejorarlo. No habría ciertamente necesidad de caer en el exceso de crear, con el pretexto de la cura, una especie de privilegio de tratamiento para los anormales de la delincuencia.

Pero la moral anarquista deberá, de todos modos, tener en cuenta todos los consejos de la ciencia sobre este penoso asunto, dejándose conducir por la norma humana de impedir el mal haciendo el bien, o por lo menos causando el menor dolor posible.

Sólo siguiendo esa norma se llegará a eliminar radicalmente las causas materiales y sociales de la delincuencia. El hábito de la vida igualitaria y libertaria purificará las costumbres y ennoblecerá las pasiones. Teniendo como mira, por y para la defensa de la sociedad, la curación y no la pena del delincuente, se alcanzará mejor que con otros medios el fin de reducir el número de delincuentes a los mínimos términos. Educando, en fin, en el seno de la sociedad de los libres e iguales las generaciones futuras según los sistemas más racionales, en el culto y en la práctica de la solidaridad y del amor, como en la repugnancia por toda injusticia y violencia, esa educación reducirá los delitos a una cantidad mínima o a formas siempre menos dolorosas, en cuanto esto sea consentido por la imperfección de la naturaleza humana.

Lo cierto es que ningún otro sistema de vida y de organización social de cualquier modo inficionado de autoritarismo podría garantizar, en este terreno, resultados mejores que un régimen con bases sociales anarquistas. Y esto es lo que importa.

Los anarquistas quieren mejorar la sociedad mejorando en sentido libertario e igualitario las condiciones. Pero no se pretenda de ellos, para tener el pretexto polémico de hacerlos pasar por utopistas, la promesa de un nuevo paraíso terrenal. Más modestos, se limitan a sostener que la anarquía, a pesar de todos los defectos y todas las imperfecciones que seguramente no le faltarán, asegurará un estado de cosas mejor que el actual y mejor que cualquier otro que pueda ser prometido por los varios partidos políticos autoritarios.



ANGEL SAMBLANCAT

Con el corazón extasiado

Con este título acaba de publicar la Editorial Bauzá, de Barcelona, un libro de Angel Samblancat, del que creemos interesante reproducir el siguiente prólogo:

Animados por el lisonjero éxito de "Jesús atado a la columna", vuelven el autor y el editor de este libro a poner con él a prueba la simpatía, la bondad y la clemencia infinita del público.

Una vez se ha delinquido, el reincidir es inevitable. Capturado el espíritu por la emoción del riesgo, de la aventura, no se liberta de su seducción.

Quiere a toda costa volver a las andadas, reiterar con pertinaz contumacia la fechoría, desafiar la cólera de los hombres, provocar, tentar a Dios.

El primer desliz, el primer mal paso es el que hay que mirar de no dar; que, luego, una vez abiertas las válvulas, una vez dado el vapor a la máquina y puesto el convoy en la pendiente, ¡cualquiera para el tren, cualquiera refrena el potro desbocado!

Estoy por decir que una vez se pecó, es más dulce que el pecado en sí mismo, el pensamiento de volver a pecar, de repetir la villanía, la bellaquería.

Pecar, como todo, hay que hacerlo con decisión.

Es preciso hacerlo con arrojo, con testarudez, con ánimo de llegar a ser un artista, un canalla o un volatinero genial, con propósito de elevar la pasión a vicio y enfangarse en él hasta el cuello.

En nada, y en esto menos, está permitida la mediocridad.

*

Aunque justificaciones huelgan, he de alegar en mi descargo, algunas razones.

Si me estoy descarriando, si mis audacias se hacen un tanto desmedidas, a vosotros os corresponde vuestro tanto de culpa.

No me hubierais dado alas y no hubiera yo echado a volar.

No hubierais aplaudido mi "Jesús" y no tendríais el disgusto de verme de nuevo en el trípode; ahora no experimentaríais el dolor, no tendríais el remordimiento del mal causado con vuestra imprudente generosidad.

El perdón de mis yerros presentes, por tanto, se impone.

Los de hoy son hijos de los de ayer. Y si con aquéllos mostrásteis benevolencia e indulgencia, no hay que escatimármelas ahora.

Perdonándome a mí, os perdonáis a vosotros mismos, echáis un velo sobre vuestras propias flaquezas, sobre vuestra debilidad, de la que yo soy un brote legítimo.

Luego ¡los extravíos de amor son tan dignos de lástima! Yo quisiera ser cura para ir por la calle echando bendiciones a los enamorados, absolviendo samaritanas y magdalenas, abriendo el paraíso a todos los enfermos del corazón.

Escribir es pecado de amor, y por eso el autor de tamaño delito merece todas las atenuantes, está totalmente exento de responsabilidad criminal.

El pensamiento tiene sexo, ha de tenerlo. La pluma ha de ser una reja de arado, un útil de sembrador, el vehículo de las emisiones, de las efusiones del espíritu, la sagrada cañería por donde desciende la sangre destilada del cerebro.

Escribir es parir, es una maternidad, es ser a la vez padre y madre. Escribir no es retozar, gozar y divertirse. Este mundo ha sido hecho jugando al fútbol, y por eso es tan doloroso. Si un creador se lo hubiera sacado del costado, si fuera un pedazo de sus entrañas, habría en él más armonía, más caridad.

Insistamos, aunque sea aburrido. Recalquemos lo que íbamos diciendo, que buena falta hace.

Escribir no es manchar la pureza del papel, no es ensuciar cuartillas vírgenes, no es verter tinta o sudarla y enturbiar el agua como un calamar.

Escribir es abrazar al hijo del hombre, dar besos penetrantes y eficaces a las al-

mas, copular con todo lo viviente, con lo animado e inanimado, fecundar el cosas, abrir surcos en el muslo, en el vientre de la más dura piedra y colocar, depositar allí un pellizquito de polen.

Pocos saben lo dulce que es esto.

¡Santo, sagrado placer de crear, de generar!

Dios es digno de envidia porque es padre, por la innúmera caterva de criaturas en que ve su imagen reflejada, porque es el gran obrero del mundo, el compañero Dios, como decía un socialista en un mitin.

El artista es divino, porque ha arrebatado al cielo un ascua, una chispa de esa facultad.

* * *

—¿Ya está aquí otra vez este asno?— preguntará algún enemigo mío.

Sí, señor. Ya está aquí otra vez.

Y viene con una rosa en el pecho, con una flor en la boca, con la garganta llena de cantos.

El quisiera hacer de las palabras las más bellas piedras preciosas par tiráros- las a la cabeza, para coronaros la frente de resplandor.

Quisiera serviros en su prosa toda la hermosura y toda la melodía del universo.

Quisiera mudar en oro todo lo que tocara, para dároslo.

Quisiera que su boca escupiera perlas y que, al más pequeño golpe de su varita mágica, la roca se trocara en fuente y la inmundicia de la calle, las entrañas del arroyo se convirtieran en esmeraldas y en sortijas.

* * *

Yo no me trato con la aristocracia. No he visto nunca un marqués, no sé lo que es un marqués, ignoro qué facha tiene un marqués, y por eso no te encontrarás, lector, aquí con semejante personaje, ni con otros de su calaña.

Yo pinto lo que observo. Traslado a mis libros lo que me rodea. Si en estas páginas percibes mal olor, este mal olor, te lo juro, no sube de mi alma. Lo despide la realidad que nos circunda. No vivimos en un jardín, sino en un sumidero, y de allí los ingratos efluvios que hieren nuestras narices.

Este libro es un montón de andrajos, una carretada de basura — lo digo yo para ahorrarles a los críticos el trabajo del descubrimiento; — es una tolvanera, un torbellino de humanas piltrafas.

Desfilan por él procesionalmente, en macabra caravana, golfos, borrachos, rameras.

Eso sí.

Golfos con una estrella en la frente. Borrachos, como Cristo, coronados de espinas. Rameras con el corazón saltado, con el corazón fuera del pecho, como la Virgen María. Mujeres, madres, "matres", dolorosas, con las entrañas deshechas, con las entrañas traspasadas, sangrando, arrastrando, pisándoselas.

No faltará algún miope, que, como de "Jesús atado a la columna", diga de este libro que es un estercolero.

Toda la tierra es un estercolero. Los más soberbios monarcas y emperadores no reinan más que sobre estercoleros. Aquel famoso Carlos de Portugal, cazado por su pueblo a tiros en Terreiro do Paço, tuvo atisbo de esta verdad cuando dijo que su reino era una piojera.

En todo caso, si esta obreja mía es un estercolero, es un estercolero fumigado, desinfectado, de porquería que yo no he hecho y a la que yo he prendido fuego y he trasformado en abono.

Mi estercolero, en todo caso, ahora resplandece como un sol, tiene la cumbre empenachada de luz y florecida de lirios. Si está claro, en su fondo parpadean ojos de ángeles; en sus aguas turbias se miran las nubes; su cristal empañado refleja como un espejo, las torres agudas, los bordados y calados de piedra de las catedrales.

* * *

Fué un santo, que lamía el dolor de los pobres que no podía curar, para aliviarlo; que chupaba las llagas de los leprosos y de los cancerosos.

Con ese heroico fervor anhelamos nosotros fraternizar con nuestros semejan-

Nos hemos sentido siempre humanos y hermanos de los que sufren por lo más humano y solidario que hay, que es el dolor.

Y así mandamos hoy "Con el corazón extasiado", como ayer "Jesús atado a la columna", por esos orbes — terráqueos o no — a consolar al triste, a poblar la eterna soledad de los abandonados.

Lo envío a enseñar, a hacer saber a los que lo ignoran que el pan nuestro de cada día es tan bueno porque es carne humana, porque está amasado con gotas de sudor; que el pan es tan blanco y tan dulce, porque lleva azúcar y harina de los huesos de los que lo elaboran.

Este libro es una nueva postulación de piedad, ya que no puede ser una exigencia de justicia. Lo tremolamos en la diestra como un memorial, ya que no podemos hacerlo como un estandarte, como una flámula.

Aspira con su verbo candente a purificar por la emoción. Es una extensión de la sensibilidad y de la misericordia hasta lo más bajo, hasta lo más caído, hasta lo más derrotado y chafalado.

Es o quiere ser la hostia, la comunión de todos los excomulgados de la vida, un trozo de la danza macabra, del desenfrenado y desesperado galope de la humanidad miserable.

¡Adelante, señores! La puerta está franca. Pasad.

D. A. DE SANTILLAN

Del primero de mayo, de la ostentación y de la etiqueta

Ha pasado otro primero de mayo, una fecha que no se puede ya borrar a voluntad de la historia humana. Hemos vuelto a ver en Alemania el arte socialdemócrata y comunista de poner en movimiento grandes masas, sin el menor incidente, sin el más lejano peligro para la estabilidad del orden constituído. Millones de obreros se reunen por la mañana, acuden en demostración a los lugares predeterminados, en filas rigurosamente militares, marcando el paso al son de las bandas de música; en el punto de concentración *hacen que oyen* algunos discursos y el acto se da por terminado; las columnas se vuelven a separar en el orden más perfecto y, después de alimentado el espíritu con los discursos de los diputados y funcionarios del partido o del sindicato, nutren el cuerpo más o menos demacrado con la pitanza de mediodía. Por la tarde, la rememoración de la tragedia de Chicago consiste en reuniones en los grandes locales de los cafés, restaurants y cervecerías, donde la orquesta toca la Internacional y la cerveza circula que es un placer para los fabricantes. La juventud proletaria baila, los adultos beben a la buena salud de las ocho horas. Eso es todo el primero de mayo. ¡Oh, terror de la burguesía!

Hemos advertido, sin embargo, una nota nueva este año. Nuestros camaradas han tenido que decidirse a demostrar un poco más al mundo que existen. Los años anteriores, en razón de la repugnancia a las ostentaciones y exhibiciones, nuestro movimiento daba la apariencia de una agrupación de pequeños filósofos. Es una buena cosa abrigar en el espíritu profundas convicciones; pero un movimiento social revolucionario tiene que mostrarse de algún modo como algo compacto, distinto del resto, exhibirse para darse a conocer y llamar la atención del público indiferente. Impulsados por la juventud, nuestros camaradas se han decidido este año a obrar un poco más demostrativamente. Se compraron magníficas banderas negras y estandartes que dieron una nota singular de extrañeza este primero de mayo; se recorrieron las calles de Berlín al son de bandas de música, enarbolando las banderas negras, metiendo un poco de ruído, acompañados por sendos camiones de fuerzas policiales perfectamente armadas. En otras localidades de menor importancia, la demostración se hizo en camiones y autos con grandes letreros alusivos a la organización y a la anarquía, con las banderas negras en alto como símbolo distintivo. Ha costado mucho vencer la repugnancia de un gran número de camaradas a consentir semejante exhibicionismo, pero los resultados de este primero de mayo han de tener por consecuencia una mayor acción ostentativa.

En el cúmulo de partidos políticos, de organizaciones obreras, de milicias socialdemócratas y comunistas, por una parte, y por otra de las fuerzas enormes de la reacción, que meten ruído, que se exhiben si son 10 para aparentar que son 100, nuestro movimiento no tiene más que un recurso para no abandonar la acción proselitista en las masas obreras, y ese es la ostentación, el esfuerzo para llamar la atención del proletariado y del público en general.

En la desesperación por el silenciamiento y la indiferencia ante nuestras ideas, a nuestros camaradas de hace medio siglo, se les ocurrió la idea de la *propaganda por el hecho*, cuyo más alto exponente es la insurrección de Benevento en que tomaron parte Cafiero y Malatesta. Esa propaganda por el hecho ha perdido ya la posibilidad de desarrollarse en nuestros días; las fuerzas sociales enemigas están en la brecha y la insurrección de unas decenas o unos millares de anarquistas no haría más que provocar una reacción aniquiladora, sino el más grande de los ridículos. Los tiempos han cambiado, y la propaganda por el hecho, en su significado primitivo (Cafiero y Malatesta) y en su degeneración posterior a la categoría de un vulgar ejercicio de la violencia ciega y del hecho individual, no podríamos ya resucitarla en beneficio de nuestras ideas y de nuestro movimiento.

Se podría escribir todo un libro sobre la defensa de la etiqueta anarquista en nuestras organizaciones obreras, y la lucha de los adversarios del propio campo contra el *rótulo*. Fué en la Argentina donde se han librado las más reñidas batallas en torno a la etiqueta. Tienen razón los que dicen que las convicciones se llevan en el corazón y en el cerebro, pero más razón tienen los que dudan de esas convicciones si no existe el valor para proclamarlas altamente y defenderlas contra la indiferencia o el odio de sus enemigos. Las palabras en sí no tienen ningún valor, pero lo tienen, y muy grande, como representación y símbolo de realidades. La *anarquía*, el movimiento anarquista, es una realidad perfectamente definida en los libros y en la vida; el que teme la palabra, el que la rehuye, revela poca comprensión y seguridad en las ideas que esa palabra representa. No se puede ser anarquista convencido si falta el atrevimiento para ser anarquista por fuera y por dentro. La anarquía es la insurrección permanente contra el mundo de la explotación, del privilegio y de la tiranía. El anarquista que abandona o rehuye la palabra, es un soldado que deserta de las filas, y mientras sus compañeros libran la batalla al enemigo se esconde en casa vestido de civil para que no se lo reconozca. Ser anarquista no es un crimen, ser anarquista no es una deshonra, no es una mancha que debamos cubrir avergonzados; es lo contrario, un timbre de orgullo, un sello de grandeza moral, de espíritu solidario, de aspiración justiciera. Por eso consideramos lógico, necesario, ineludible, que nuestro movimiento proclame sus convicciones, que nuestros camaradas tengan la valentía de defenderlas cara a cara contra el mundo entero. Es preciso que la gente nos señale con el dedo y diga: ¡esa organización es anarquista, ese hombre o esa mujer son anarquistas! Lo contrario es un cómodo mimetismo que prepara la revolución para el día del juicio final.

Hace muchos años que el anarquismo no obra ostentativamente, que tiene miedo a exhibir sus propias ideas, a mostrarse como fuerza social característica. Son pocos los grupos que defienden encarnizadamente, más contra los propios anarquistas que contra la burguesía misma, la lógica de la etiqueta, la consecuencia del rótulo. No debiera ocurrir eso; el anarquismo no debe renegar de su bandera, que continúa representando el ideal inextinguible de la libertad y del bienestar para todos. ¿Y no es ya una forma de renegar el eludir la palabra y el esforzarnos porque la gente no se entere de lo que somos y de lo que queremos? ¿No es ya una forma de renegar del anarquismo el esforzarnos por dorar la píldora, es decir, por presentar nuestras ideas como una trampa en que caerán los incautos que no se den cuenta que lo que les decimos equivale a las doctrinas de la anarquía? Existe, es verdad, una cierta leyenda marxista-burguesa contra el anarquismo; pero, según nuestra opinión, el peor medio de contrarrestarla es su acatamiento por nosotros mismos.

Esperemos que algún día se reanimará nuestra propaganda internacional, que volveremos a entrar en un período proselitista, que reiniciaremos la acción propagandista sobre las grandes masas obreras; entonces advertiremos más que hoy la necesidad de la etiqueta, del rótulo, de la bandera simbólica, de la exhibición, de la ostentación. Muy necesarias son las convicciones en el fondo de la conciencia, pero si son pasivas, si no se expresan en nuestra vida, en nuestros actos, en nuestras iniciativas, el mundo continuará ignorando que existe un ideal de libertad y de bienestar para todos, que se llama anarquía, y que ese ideal podría resolver fácilmente todos los problemas de la vida social y política contemporánea si tuviese la fuerza junto a la razón y a la justicia.

Un *filósofo de la anarquía*, si lo desea, puede muy bien atender únicamente a su vida interior, sin importarle lo que pasa en el mundo real; pero un *combatiente de la anarquía* debe ser anarquista por dentro, ante su conciencia, y por fuera, ante la sociedad en que actúa.

Por desgracia, la humanidad entera no es anarquista; tenemos ante nosotros una inmensa labor de propaganda; pero esa propaganda hay que llevarla a cabo con todos los buenos recursos, y un buen recurso es el simple movimiento externo, la ostentación y la exhibición de nuestra bandera, la proclamación de nuestras convicciones; hay una gran masa humana que, sin afición ni inclinación al tiempo para la reflexión y el estudio, se adherirá a aquellas tendencias que hayan afectado exteriormente sus sentidos y su imaginación. Un buen medio es crear bibliotecas, pero si esperamos que las bibliotecas se llenen automática y espontáneamente de lectores curiosos por investigar la verdad, podemos esperar sentados. La fórmula mahometana: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña, nos parece contener una profunda comprensión de la alianza de la fe y la voluntad. Si el pueblo no viene a nosotros, vayamos nosotros al pueblo; pero ir al pueblo no quiere decir vestirse de blusa, como han hecho algunos politicantes cuando se trataba de cazar incautos; ir al pueblo no quiere decir compartir su pasividad y vivir una vida de reflejo, sino acudir a él con el nervio de una idea despertadora y la voluntad en tensión. Hay que ir al pueblo a despertarlo, a sacudirlo, a impedir que elija caminos tortuosos, no a cantarle canciones líricas para que duerma más profundamente ni a dormirnos con él.

Mayo 3, 1926.



Un escultor yugo-eslavo: Tomás Rosandic

Es innegable que el generalizado concepto de la escultura y la arquitectura, estructurada a base de volúmenes y planos geométricos, influyó de tal manera en un determinado núcleo de público, que le incutió espontáneamente la indiferencia y el desconocimiento hacia escultores casi geniales o de un rotundo talento plástico. Nos referimos en primer término a Rodin, un poco ensombrecida su inmarchitable gloria por la horda y la avalancha de los adoradores de los idolillos negros y del arte africanizado. Nos explicamos esta reacción en dirección a los *sauvages* para descivilizarse un tanto, pero no aceptamos la negación absoluta e inmotivada. No se piensa que hay muertos, artísticamente, con la capacidad de resucitar a largo plazo. Estos ejemplos menudean hoy, en la época de las rehabilitaciones póstumas. Y uno de estos enterrados prematuramente es el autor del "Beso", cuyo calco se halla en nuestro Museo Nacional. Y que tendrá varias resurrecciones, no nos cabe ninguna duda. De su obra inmensa permanecerá en pie lo que en ella es esencialmente puro.

En segundo término, no se le está olvidando, ni se le muestra indiferencia, sino desdén, y olímpico, es a Mestrovich el estatuario serbio. Y nadie pone mientes en que fué uno de los primeros en imponer e insuflar el orden y el sentido arquitectural a la escultura de entonces. El mismo Rodín aprovechó la lección. Y los mismos que en estos tiempos tienden a realizar con la estatuaria un impresionismo de planos y volúmenes toscamente tallados, no hubiesen existido o no habrían llegado a tales conclusiones plásticas sin este su precursor. No negaremos el decorativismo un poco grandilocuente de Ivan Mestrovich. ¿Pero qué importa eso si su rotundo talento plástico ha frutecido obras de un valor casi imperecedero, con esas series de torsos de las viudas? Una bárbara ley prohibía a toda mujer serbia que al enviudar volviese a tomar marido. Mestrovich no hizo literatura ni se empantanó en sentimentalismos mórbidos a lo Bistolfi y compañía, sino que puso toda la furia del macho, del esposo, del hermano y del padre indignado y compadecido. Y esas esculturas son del más puro sabor plástico, si las hay, y también impregnadas de una intensa humanidad. Lo ético y lo estético, según Pitágoras, en dosis casi absolutamente iguales.

Por hoy, no teniendo documentos gráficos a mano, no hemos de referirnos a su personalidad artística. Es un discípulo suyo e íntimo amigo, el que caberá en esta crónica.

Es yugoeslavo y se llama Tomás Rosandic. Nació en Spalato, sobre Mosor, en 1878. No fué por cierto un precoz, porque solamente pudo manifestarse en su segunda juventud. Sus primeros años transcurrieron ayudando y aprendiendo el oficio de tallador de piedras con su padre. Las toscas herramientas le guiaron en su naciente instinto artístico en el rudo batallar con la piedra. ¡Buena escuela para aprender a dominar la materia, el oficio y la vida! Su modestia de humilde artesano le hizo pasar su primera juventud tallando durante todo el día y de noche frecuentando un curso nocturno de dibujo.

Es por ese tiempo cuando el artista casi se había resignado a permanecer un obrero durante el curso de toda su existencia, que se encuentra con Mestrovich. Se ignora la fecha de ese providencial encuentro de esos dos muchachos, en que uno debía influir en el otro para hacerle torcer el cauce de su vivir hacia rumbos más armoniosos y planicies luminosas y libres.

Parece que el escultor serbio acababa de llegar de Spliet para trabajar de albañil y estudiar dibujo. Los dos jóvenes, alentados por la misma llama oculta que les roía, pronto hubieron de ser amigos. La intimidad de esos años le fué altamente beneficiosa a Rosandic.

Mestrovich luego pudo auparse de su condición de trabajador manual, merced a su poderoso talento, logrando la notoriedad mucho antes que su discípulo y amigo. Este, buscándose a sí mismo, ya orientado en otro sentido de más vastas miras, inclinóse por el estudio de la ornamentación monumental; copió estatuas para penetrarlas en su esencia; se instruyó con lecturas sobre arte antiguo y moderno, y dedicóse severamente a estudiar el cuerpo humano animado y anatómicamente. Pocos años le bastaron para realizar progresos extraordinarios. En el deseo de visitar y observar en el extranjero las obras maestras, y de una más intensa necesidad de perfeccionarse, se trasladó a Roma. Allí, durante unos meses, dibuja, copia fervorosamente las obras de los grandes maestros. No pudiendo encontrar una ocupación que le proporcione el pan cotidiano se marcha a Florencia. Allí también la permanencia le sirve para formarse un criterio de los escultores que luego debían influir en su arte. No hallando el necesario *panem lucrandi*, o sea un menester que le permita vivir no solamente de la pintura y la escultura que contemplaba cada día, parte para Venecia. Al fin da en esa ciudad con una ocupación viable, y se queda dos años soportando duras privaciones. Concurre a clases de modelado, y después trabaja hasta las cuatro de la mañana.

En 1906 presenta por primera vez una estatua en la exposición de Milán. La crítica le fué francamente adversa. Casi sin recursos, un poco extenuado por el esfuerzo anormal, retorna sus pasos y regresa a Spliet. Trabaja diariamente, casi con furia, para probarse que no es un fracasado. Se encuentra otra vez con Mestrovich en toda su carrera ascensional, de quien sufre la poderosa influencia plás-



TOMAS ROSANDIC — *"Autorretrato"*
(Aguafuerte)

tica, dejándose arrastrar por su concepción de la estatuaria monumental estilizada, dentro de lo vernacular. Pone su estudio de Viena a la disposición del amigo entrañable.

Rosandic comienza así una nueva etapa. Entonces en Austria estaba en boga el academismo más retardatario. Obtienen varios éxitos, unos sucesos de estima y otros francamente rotundos. Abierto el paso por Mestrovich, la incomprensión no se muestra tan enconada.

En 1908 envía a la exposición de Medomlicht en Spliet, en compañía de los escultores Mestrovich, Ratschki, Kisman, Mitovich, Dechkovich; en 1910 en Zagreb, en 1911 en Roma, en 1912 en Belgrado, ya con un conjunto de sus obras en una exposición celebrada de arte yugoeslavo.

En 1917 en Londres, en 1919 en Hamburgo. En todas estas muestras de su labor, resultado de la edad madura, es considerado por la crítica internacional como uno de los fuertes escultores contemporáneos.

Teniendo en cuenta que con Mestrovich casi puede ser tomado por un precursor, el juicio que nos merezca su obra debe ser elogioso. Es probable que el es-



TOMAS ROSANDIC — *"Retrato de la mujer del artista"*

cultor serbio, autor de las "Viudas", tenga sus antecesores y sus padres putativos entre los estatuarios alemanes. Por débil que sea la innovación que realiza un hombre, ésta no nace como un hecho aislado y desprovista de las raíces que la aten a pequeñas innovaciones anteriores.

Rosandic, siguiendo huellas visibles de su amigo, colocando el pie en cada una de todas ellas para afirmar su concepción escultórica, no está exento de méritos y de condiciones singulares. Mas gotizante que Mestrovich, existe en él un sentimiento más religioso que panteísta. Por eso no llega a la grandilocuencia de su maestro. Su Cristo a lo Grunewald, de una delgadez espiritualizada y metafísica y — si se nos permite el terminacho — lo emparenta a los imaginistas del medioevo, o sea los talladores populares de imágenes. Todos llevamos en nosotros un Cristo — llámesele H para el caso — es decir, el ensueño de nuestra constante perfección y redención moral y también la de los demás. El de Rosandic, su "Ecce Homo", se podría afirmar que es la alquitarada esencia de un hombre macerado por el sufrimiento y la tortura del absoluto dominio de sus oscuras pasiones. Rebasa el fetichismo para presentarnos sencillamente un apóstol de una bondad que, para predicar, emplea el arma del sacrificio de sí mismo. Su faz demacrada, afinada por el llamear del espíritu que la consume, nos hace pensar en Fermín Salvochea, ese místico de la anarquía.

Mientras Mestrovich es casi siempre épico, hasta cuando dramatiza o decora, Rosandic, sin desviarse de una plástica robusta, resulta más contenido, más interior en sus instantes patéticos, expresando sentimientos y pasiones comunes.

Alguien ha dicho de él: "Ignoramos si algún escritor ha narrado la historia de ese bohemio, pero es innegable que los hombres de su generación eran atacados acerbamente, censurados por su empirismo, o mejor, por su heroísmo, de hacer lo máximo con pocos medios y pequeños, realizando lo imposible para llevar a un alto nivel la educación de nuestro pueblo; de esta manera han colocado los fundamentos que, de una y otra parte, echaron las raíces en la confluencia del socialismo y del nuevo nacionalismo... Y en el movimiento artístico iniciado contra el viejo tradicionalismo, defensor de un falso pudor.'

Tomás Rosandic ha puesto sus facultades de artista al servicio de causas nobles y generosas, en un tono reivindicativo. Los héroes de las leyendas populares han sido sus frecuentes modelos. Sus psiquis, rudimentariamente rebeldes, fueron interpretadas con gran vuelo y con medios plásticos nobles, esculpiendo lo esencial, lo más característico del alma yugo-eslava. Eran ellos seres impulsados por una potencialidad anímica excepcional, que los convertía en mártires y héroes: mártires del pensamiento y de la acción. "La Madre y el Niño", "Un Muchacho" y la colección de bajorelieves en madera — materia que sabe trabajar magistralmente — son obras de un sabor marcadamente popular, animadas por un pensamiento heroico, y como bien dice uno de sus críticos, A. Ouyevitch, "invadidas por un ardor generoso de éxtasis religioso."

Varios retratos, especiálmente el del poeta B. L., "La Dalmacia", "Cabeza de hombre joven", "El niño mamando", "La furia", pertenecen a una producción en que priva el realismo. En esa faz dió excelentes pruebas de su talento como modelador que extrae de la realidad estados de alma, con métodos veristas.

La nómina de sus obras ha de ser inútil para el lector. Entre sus más bellas estatuas se halla "La Pucelle", "Pubertad", "Juventud", "Columna", obras dispersas en pinacotecas particulares y museos.

Si durante su permanencia y viajes por Italia, joven todavía e inexperto, pudo sufrir las influencias de la escultura italiana con Trentacoste, Fulvio, Corsino y etcétera, todos malos escultores, años después, ya en la plena eclosión de su personalidad hubo de ejercer a su vez un influjo poderoso sobre algunos escultores de Rusia, de Alemania y tchecoeslovacos.

Se reprochó a él como a otros, por críticos alemanes y franceses, que Rosandic apresuró el advenimiento de las modernísimas escuelas, cubismo y la estilización a *outrance*, o sea a costa de todo, — no se piensa que los afiliados a esas escuelas, niegan tozudamente su paternidad, como niegan a Rodín, Mestrovich y a todos los que fueron sus precursores.

Es justo que sea así, que los hijos nieguen a los padres, pero que los nieguen superándolos.

Tomás Rosandic, en el cenit de su segunda juventud, aun ha de evolucionar, no para vestirse a la moderna y sí para intensificar el carácter de su propia obra. Como José Bernard, de quien en el Suplemento se publicara una semblanza, posee el sabor rústico y ennoblecedor del trabajo manual. — At.



TOMAS ROSANDIC — *"Juventud"*
(Fragmento)

La mujer en la India

Según el último censo de la población y de la industria hindú, la cifra de la población femenina de la India, es de 155 millones; de esos 155 millones, 46 millones trabajan para ganarse el pan de cada día (33 millones en la agricultura y 5 millones en los establecimientos industriales). La población total de ese país es de 380 millones de habitantes. La cifra de cinco millones de obreras industriales, parece pequeña en comparación con la cifra total de la población, pero hay que tener en cuenta que la cifra total de los trabajadores industriales masculinos, no asciende más que a 10 millones. Por tanto, la mujer obrera de la India forma un 50 por ciento de la totalidad de la población proletaria ocupada en la industria de ese inmenso país. En Alemania, donde, sobre todo después de la guerra, el trabajo femenino en las fábricas se acrecentó considerablemente, según los datos de 1922, de 14 millones de asalariados sólo 3 millones son mujeres, o sea una tercera parte.

Más notable es aún el hecho de la preferencia de las mujeres para los trabajos pesados; por ejemplo: frente a 235.000 hombres ocupados en la minería y en la industria picapedrera de la India, hay 113 mil mujeres, lo que equivale a un 50 por ciento. En Alemania, en 1907 sólo un 2'1 por ciento de las personas ocupadas en la minería eran mujeres. Y a esas cifras hay que agregar

INNOVADORES Y MODISTOS

Puesto en fuga en las ciudades del Brasil, Río de Janeiro y San Pablo, el inventor y cortador de los figurines futuristas, Marinetti, se viene hacia nosotros con la cansada esperanza de encontrar un núcleo más compacto de adictos. Este estentóreo tenor del intelecto posee por aquí, desparramados, sus lugartenientes que formarán en el *corp de garde* de la claque. Honroso será para ellos tenerlo cual un bizarro capitán con quien podrán pavonearse ante los parientes, los amigos y la novia, exhibiéndole por las calles como una fiera de una fauna aun desconocida.

Es una celebridad un poco *demodée*, es decir pasada de moda, pero al fin figura entre los personajes de renombre mundial de sexta o séptima categoría: una celebridad de bailarina, de estrella de music-hall. Ofrece al público un programa de números que son verdaderamente proezas clownescas en la cuerda floja del ridículo.

También se presenta como el San Bautista del fascismo, del cual se abroga no solamente la paternidad, sino el *abuelato*, valga el neologismo. El mismo lo afirma: *el futurismo ha sido el precursor y el padre espiritual del fascismo*. No le agradecemos el engendro, el de este régimen de coacción, de dolo y de crímenes horrendos, consumados siempre cobardemente y a mansalva. Es una razón más para declararle un idiota-megalómano, un desecho intelectual con mucho ingenio, patrimonio primordial de los charlatanes de todas las épocas. Pero creemos que se da demasiada importancia al exhibirse como el Bautista, que con las aguas de un Jordán imaginario ungió al bruto de Predappio, que por entonces, como buen socialista, un marxista puro, odiaba toda manifestación de arte y más las que pretendían ser geroglíficas y avanzadas.

La clave nos la da Ardengo Soffici en su *Giornale di Bordo*, cuando en una de sus *boutades*, o salidas de tono, nos dice que el mundo se animó en el instante en que Caín ultimó a Abel con la quijada de un asno. La secta de los *cainitas*, como ustedes podrán comprobar, existió siempre en todos los tiempos, como abundan desde entonces acá los *sofistas*. Ambos hicieron casi siempre buenas migas. Mussolini es un cainita y un sofista experimentado, empedernido y consuetudinario y por esas sus dotes, y por la capacidad de asesinar su propia madre si con ello ha de satisfacer sus ambiciones, digno de ser erigido en jefe supremo y el papa negro de la secta.

Por lo demás, el futurismo, como tendencia innovadora de arte, no sirvió nada más que como acto espectacular, como una drástica purga, que no podía tener otra trascendencia que la de un momento reactivo contra la podredumbre académica italiana. No era apto a rebasar las fronteras de Italia, ni a universalizarse como lo fué el cubismo en su sentido constructivo. Por eso hace tiempo que el futurismo está enterrado y Marinetti se parece a esos generales colombianos, que lo son ante sí y sin ejército que mandar. En su misma patria se le castigó con un supino olvido.

Hubo que organizarse un movimiento de rehabilitación de algunos amigos suyos y elevar un petitorio al gobierno para que su nombre sonara por los ámbitos del suelo italiano. Luego, en Milán, al inaugurarse una exposición de cuadros futuristas con la asistencia del dux, el modisto aprovechó la coyuntura para que se consagrara el futurismo como arte oficial. Una tendencia de arte con pretensiones revolucionarias, que para vivir e imponerse necesita oficializarse, es porque está bien muerta y hecha una carroña pestilente. El futurismo no es ya más que un vago recuerdo. Se distinguió por su absoluta impotencia creadora. Lo único que enjendró fué el dadaísmo, que resultó ser su última consecuencia, extrayendo de él toda la vacuidad grotesca, para heredar, además, esa impotencia ingénita, esa esterilidad de mula.

Charlatanes, payasos, clowns y modistos es de lo que está compuesta la troupe futurista italiana y dadaísta francesa.

Todo movimiento artístico con pujos novadores nos deja, por lo común, una personalidad de más o menos intensa originalidad. La única excepción, el más artista del grupo, es Ardengo Soffici, Papini, convertido a las seráficas e industriales doctrinas del catolicismo romano y apostólico, nos da la impresión de un saltimbanqui del pensamiento: una inquietud de superficie más que de profundidad.

Respecto al modisto Marinetti, si ha sido jefe del movimiento, lo fué por sus millones, por su talento de empresario de espectáculos más que por su validez de poeta y de artista. De no haberse metido en el escándalo de las charangas callejeras, de las proclamas teatralmente furibundas, hubiese logrado ser un excelente rimador, quién sabe un eximio verbalista; pero nada más. Su megalomanía le indujo a soñar con un principado intelectual; y por esos años, cuando un grupo de artistas y anarquistas fundara en París la tendencia de *L'Action d'Art*, y se proclamara la máquina, la linotipo, como el portento más grande del ingenio humano, él comprendió cuál era su camino, y lanzó la palabra *Futurismo*, que Gabriel Alomar empleara antes en un ensayo político como una particularidad filosófica contra el estatismo de los catalanistas conservadores.

Ya nos hallamos a estas alturas, hablando de asuntos secundarios para nosotros y nuestros lectores. Los que nos empecinamos en contemplar todas las manifestaciones del arte y de la vida a través de un ángulo moral, oponemos contra el modisto a los innovadores silenciosos, la verdadera sal de todas las edades. Los modistos, — literatuelos, sofistas, retóricos — contemporáneos de esos creadores ignorados y obscuros, quienes laboraban en un fecundo silencio, aquellos los molestaron con sus garrulerías, los aturdieron y hasta llegaron a ocupar el puesto de ellos en el favor público.

Y era natural que así acaeciera. Porque los modistos mayores y menores lanzaban sus figurines, que calzan el minuto, la hora, el día a la moda; vestían los maniquíes de sus sensaciones de cintajos, de sederías, de luna, de rocío, o los mecanizaban pindáricamente, como sucede ahora, satisfaciendo el gusto momentáneo de la turbamulta de hombres y mujeres de aquellos tiempos y de estos tiempos.

Ciertamente, estos antiguos menestrales del decir ejercían su oficio, diremos casi manual, con la sola pretensión de adornar, decorar su tedio y halagarse a ellos y a los demás, resultando un arte tan suntuario como el de los modistos de la Rue de la Paix, Paquin, Poiret, etc. Por eso mismo no eran tan censurables.

En cambio Marinetti, desde la utilería y la sastrería de su retórica eléctricamente modernizada, pretende el título de innovador artístico y también político: es decir, los que son jalón de una época: Cronwell y Dante.

Modisto, charlatán, cainita y basta. Conténtese con vestir los maniquíes de sus ocurrencias — no ideas — tan agradablemente como para que lo aplaudan, le silben y no lo corran, obligándole a fugar.

Y cuando intente tejer el panegírico del fascismo, gritémosle:

—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

...se estableció una limitación de ...jornada de trabajo a 11 horas para ...fábricas que ocupen más de 50 per-...

...se ve, la India progresa; la ...Bretaña está orgullosa con la ri-... ...natural y humana de ese dominio, ...capitalistas se irritarían si se les ...la idea de una desmembra-... ...imperio británico por la revo-... ...qué necesidad tienen los capi-... ...de un cambio social mientras ...numerosas las bestias de carga ...metrópolis y de las colonias?



Eduard Bischoff — EL SEMBRADOR

N. DE BRITO

Enrique Ibsen

Su filosofía y el alcance social de su obra

En la costa noruega, en Skien, la roca árida sobre que descansa la población que mira al mar, orgullosa y severa, nació Enrique Ibsen, grande entre los grandes dramaturgos de todos los tiempos.

En la abundancia comercial paterna, perdulariamente tirada a manos llenas, sin cálculo, en contraste con la rigidez germánica de su anciana madre, parpadeó al principio como lampo que ensaya la luz llamada a alegrar el ambiente, dejando ver claramente los contornos de las cosas, el sentimiento de la vida desencantada de sus artificios, irrumpió su existencia magnífica que en sesenta y ocho años de trayectoria sorprendería al mundo con la creación inmortal de sus dramas, con el fuego intenso de las pasiones que dominan a los hombres, y como un azote al error, y como un estigma a la mentira, la majestad de su genio imperecedero debía fijar a la humanidad el verdadero sentido de la vida.

Taciturno el temperamento de Ibsen, jugaba perfectamente, porque provenía de la mirada de sus ojos y se conformaba con lo agreste del paisaje de su tierra natal, donde, como él mismo confiesa, se veía por todas partes la superficie escarpada, sin ninguna vegetación y sin un horizonte libre.

Su orfandad a los diez y siete años, ensombreció aun más su espíritu bisoño, llevándolo las necesidades de la vida hacía las márgenes del Skager-Rack, entre la quietud fría de sus ochocientos habitantes, entremezclando, en el laboratorio modesto de Grimstad, los productos farmacéuticos con sus versos ingenuos y despreocupados. Sólo en 1653, esto es, treinta años después de su nacimiento, aparecieron sus primeras poesías.

Es el estremecimiento revolucionario de la época que sacudía los Estados de Europa en sus fundamentos el que sacude al autor de Brand. Escandinavia entera y Noruega son conmovidas por una onda de liberación del yugo dinamarqués, presto a someterlas. Es el eco de la revolución, es el alma de la insurrección que atraviesa inexorable y vibrante, Francia y Alemania, Austria y toda la Europa central. La revolución francesa habíase tornado ideológicamente universal. Ibsen comienza a abrir los ojos, y, al decir de uno de sus biógrafos, por un fenómeno frecuente en las naturalezas ardientes, que traducen rápidamente las ideas en sentimientos, se emociona y se enciende ante el grito de Poetefi, el poeta nacional húngaro: "¡De pie, pueblo de Hungría, de pie por tu independencia!"

Ibsen acude al llamado vehemente con una oda a la libertad. La "Catilina" de Salustio y la "Catilinaria" de Cicerón inspiran la *Catilina*, debut dramático que sus veinte años producen.

Yo soy hombre cuyo corazón late por la libertad. — El enemigo declarado de toda injusticia, — El amigo de los oprimidos y los débiles, — El hombre, en fin, que arde en deseo insaciable — De echar por tierra los poderosos de hoy.

En la Universidad de Cristianía, donde ingresa en 1850, se satiriza en una revista literaria, "los hombres de orden", los prudentes conservadores del tiempo. La compañía es de las mejores: Bjornstjerne Bjoerson, Vinge y Betten Hansen. Lee poetas con atención: Shakespeare, Schiller y Goethe; con avidez los filósofos Kierkergaard y Kant. Mas las tristes circunstancias de su vida y la aproximación del amor, que le impulsaba al matrimonio, abrieron un paréntesis en su existencia y, pasando por los teatros de Bergen y Cristianía, escribe dramas patrióticos como *Dana Iger*, *d'Oestraat*, *Féte a Solhang*, *Guerriers de Helgeland* y *Pretendants a la Couronne*. Su obra resume la leyenda y la tradición noruega.

Es del 1863 que data la reacción filosófica del dramaturgo, que en la *Comedia del Amor* inicia sus procesos de crítica a las conveniencias sociales. En esta pieza se refleja el antagonismo existente entre la realidad y el idealismo,

con el dominio del amor y del matrimonio.

El amor y el matrimonio burgués, están basados en la mentira y en la decadencia moral e intelectual de la personalidad". Esta misma tesis es defendida en "Casa de Muñecas".

En el drama en cinco actos "Brand" confiesa Ibsen que hizo solamente una obra de arte, de imaginación en que son esbozadas las ideas en él ya maduradas.

El escritor da forma a sus pensamientos tumultuosos, imprimiendo unidad a su labor artística. El pastor Brand no es un filósofo o un metafísico. Su única afirmación se expresa por el anatema: "Os conozco bien, almas de bueyes, espíritus fuertes. A todos vuestros Padrenuestros falta el soplo ardiente de la bondad y el fervor ansioso que eleva el canto a los cielos".

Después de "Brand", Ibsen escribió en la Italia meridional, en Ischia y Sorrento, el *Peer Gynt*, que Grieg aprovechó para sus dos conocidas "suites". Es un poema dramático impregnado de fervor íntimo, evocativo, familiar. En proporciones exageradas la figura de Aase está modelada en la acción del dramático El Peer Gynt seducía de tal modo al autor, que llega a reprochar escandalizado a los críticos que lo denigran. En esta obra el asunto y la tesis son opuestas a la de "Brand".

Con los "Puntales de la Sociedad", Ibsen entra en el círculo de combate contra las mentiras convencionales que desnaturalizan al hombre. Él lo dice: "¿Quieren guerra? La tendrán. Seré de hoy en adelante un fotógrafo que hace pasar delante de su objetivo a sus contemporáneos, uno por uno. No dejaré escapar ni al niño en el seno de la madre, ni un pensamiento, ni una intención fugitiva, siempre que me halle en presencia de una alma que merezca mi observación".

Ibsen arranca a los hombres a la vida y los trae a la escena revestidos de hábitos interiores que los determinan a agitarse. Para mudar de métodos no mudan de ideas.

En esta obra, la moral se ciñe a este principio: La libertad y la sinceridad deben ser los verdaderos puntales de la sociedad.

En 1879 aparece *Casa de Muñecas*, conocida de sobra en los medios teatrales. En 1881, Ibsen, con los "Espectros", demuestra que su individualidad se acaba de afirmar en la orientación que tomara. Ha de ser la propia multitud la que sentirá todo el peso del carácter de sus personajes y la dureza de las circunstancias en que se mueven.

Después de "Los Espectros" crea su drama inmortal, "Un Enemigo del Pueblo".

Sería ocioso repetir lo que sobre él dije en otra ocasión. Menciono solamente la influencia que Proudhon tuvo en sus ideas afirmando que lo que transforma al individuo desde su nacimiento, es la conducta de los propios hombres, que por egoísmo, renuncian a su expansión natural, deteniéndose en sus corrientes de justicia por las muchas concesiones que reclama el régimen actual. De 1884 a 1886 aparece *El Pato Silvestre* y *Rosmersholm*. Sienta el primero; al decir de Ossi Lourie en "La filosofía social dans le théatre de Ibsen", la tesis de que "vale más destruir la felicidad que dejarla subsistir sobre una mentira". "Rosmersholm" desorienta a los críticos ibsenianos hasta el punto de atribuir al gran dramaturgo un período de pesimismo. En *La dama del mar* y *Hedda Gables* entra el autor en el ciclo literario de su vida que se debate entre la oposición del ideal a la realidad en el amor.

La expresión máxima del carácter diabólico es dada por el protagonista de esta obra. Es la fuerza y la fiebre dominadora femenina que atraviesa virilmente la escena, con un poder de opresión verdaderamente notable.

Hay por otro lado el imperio del instinto brutal, decisivo. Posesionado ya de sus facultades creadoras, Ibsen produce *Solness el Constructor*, drama soberbio de técnica en que se glorifica el poder individual del trabajo, la fuerza indestructible de su bondad.

El pequeño Elyof, escrito en 1894, viene a contradecir el individualismo del dramaturgo, pues la idea básica se apoya en la supremacía del altruismo sobre el egoísmo individual.

La última obra de Ibsen es esa extraordinaria composición dramática a que Prozor, el gran traductor de su teatro, dió por título "Quand nous revelleirons d'entre les morts", que fué escrita en 1899.

Es una de las más estupendas creaciones de su genio. En su torno han girado las discusiones más apasionadas. El publicista Eduardo Rod comenta: "El último drama de Ibsen es tal vez una obra única, digna de figurar entre las mejores y sobre la cual girará el comentario de los inteligentes por todo el tiempo que la civilización dure".

El problema de la vida y del trabajo es duramente puesto en paralelismo, sucediéndole la eterna duda: *La vida antes de todo?* o la consagración del trabajo, la realización de nuestra obra sin la preocupación de la vida que se estremece en torno nuestro?

El 23 de mayo de 1906 murió Ibsen, a la una y media de la tarde y a los 78 años, dos meses y tres días. No fueron los funerales nacionales que Noruega le consagró lo que han hecho inmortal su nombre y su obra extraordinaria. El teatro Real de Cristianía, en la víspera de la ceremonia dió una representación extraordinaria de "Los Espectros". Antes que el telón se levantara, la orquesta ejecutó "La muerte de Aase", de Grieg.

Más que todas las pomposas consagraciones oficiales, vale la labor monumental que su genio dejó al mundo culto. Es imposible aquilatar el valor del teatro ibseniano por el simple conocimiento de una de sus obras. Es necesario considerar en bloque su monumental filosofía vivida. Ibsen fué poeta y dramaturgo.

Mas su arte es puro, su poesía es exclusiva. Sus pensamientos y su filosofía parecen de un ser quimérico. Las ideas que se desenvuelven en sus obras se destacan así: la parte neagtiva: *la sociedad actual*, la parte positiva: *la sociedad nueva*.

Los hombres no quieren sino revoluciones especiales y localizadas, revoluciones exteriores y políticas. Charlatanismo. ¡Lo que se precisa realizar, a toda costa, es la revolución del espíritu humano!

BIBLIOGRAFIA

Kurt Kersten — "Ein europaischer Revolutionär", Georg Forster, año 1754-1794. (Un revolucionario europeo, G. F.) A. Seehof und Co., Berlín, 1921, 93 págs. en 8. —

Este pequeño librito se lee de un tirón; está apasionadamente escrito y más que una biografía es una psicología de Georg Forster, un sabio y un revolucionario de la segunda mitad del siglo XVIII. A nosotros nos interesa Georg Forster, no sólo porque ha sido un revolucionario, sino porque, parece, ha tropezado diversamente con la idea anarquista, lo que Kurt Kersten constata en este escrito. Nuestro Gustavo Landauer ha hecho una selección de sus cartas de 1789-1793 en sus "Briefe aus der franzosischen Revolution". Max Nettlau menciona en su primer volúmen de la historia de la idea anarquista, el pasaje en que Forster manifiesta su interés por la obra de William Godwin, "Enquiry of Political Justice" que envió el autor a la Convención francesa y ésta la sometió a estudio de Forster.

La vida de Forster, siempre agitada y en tensión, se resume en estos datos: Nació en Polonia, cerca de Danzig, en 1754; su padre era un sacerdote de procedencia escocesa que llegó por su propio esfuerzo a ser un conocido naturalista y explorador; el joven Forster conoció las estrecheces económicas de la vida y no ha pasado una infancia feliz; en 1773-1775 acompañó a su padre en el viaje de exploración de Cook alrededor del mundo y describió ese viaje en alemán. Después de alguna residencia en Londres y de algunos viajes a París, residió en 1779 en Kassel, en 1784 en Vilna; en 1785 se casó con Therese Heyne, hija del conocido filólogo de Gottinga; el matrimonio no ha sido feliz tampoco. En 1788 ocupa el puesto de bibliotecario en Mainz, donde, al estallar la revolución francesa, se formó un considerable foco de reacción. En 1790 hizo un viaje de exploración por el Rhin, Brabante, Flandes y Holanda, con el joven Alejandro von Humbold, uno de los más grandes naturalistas alemanes de la época, también uno de los más avanzados pensadores, que no vaciló en proclamar su fe relativamente antiestatista. Forster se convirtió en Mainz en un defensor celoso de la revolución francesa, pronunciándose por una adhesión de Mainz a Francia para borrar las fronteras del nacionalismo. La mala administración del general francés Custine en Mainz, hizo que este primer apoyo alemán a la revolución francesa fracasara. Forster fué a París en 1793, y un año más tarde murió, reflexionando sobre planes de acción, de propaganda, siempre fiel a la revolución libertadora. De sus descripciones de viajes y de sus escritos, sus cartas de los años de revolución serán siempre un valioso testimonio para la altura de miras de Forster y para la historia de aquel tiempo.

Mella Ricardo — "Ideario". Prólogo de José Prat, Gijón, 1926.—

Tenemos ante la vista los primeros 15 pliegos del primer tomo de las obras completas de Ricardo Mella; faltan aún siete u ocho pliegos para completar el volumen. Pronto estará en situación de correr el mundo y no profetizamos si decimos que esta recopilación ocupará un puesto prominente en la pequeña biblioteca de todos los estudiosos del anarquismo. A Ricardo Mella no se le puede pasar por alto; el pensamiento de ese hombre tiene algo tan profundo, tan atractivo, tan educativo, que tratar de ignorarlo o de silenciarlo es conspirar contra nosotros mismos, contra el porvenir de las ideas de libertad. Raramente ha reunido un escritor anarquista la serenidad de Mella, su claridad de estilo y su amplitud de miras. Si Mella hubiese nacido en otro país que en España, su nombre se hubiese universalizado como uno de los grandes orientadores humanos. Al leer las primeras 240 páginas del "Ideario", homenaje a Mella y a sus ideas que le rinden sus amigos íntimos, pensamos involuntariamente en los filósofos de la Grecia clásica.

Nosotros estamos empeñados desde hace años en presentar las obras y la personalidad de Bakunin, estimando que el contacto con una personalidad tan gigantesca y tan noble no puede menos de ser un valioso aliciente educativo. Sin embargo, si fuésemos a tomar a Bakunin al pie de la letra, encontraremos muchos más motivos de desacuerdo que de armonía. Lo que vale en Bakunin es el *conjunto de su personalidad y de sus ideas*, su valor no está en algunos detalles aislados de su vida y de sus escritos, está en la impresión que nos produce su conjunto, en la síntesis que elabora nuestro espíritu; los filósofos alemanes llamarían a eso *Weltanschauung*.

Lo mismo Mella, aunque otro temperamento muy diverso, pero de una pieza también, con ser tanto en el detalle como en el conjunto un gran valor, para la posteridad no tendrá el valor, de catecismo o de guía práctica; la síntesis de la concepción del mundo y de la vida que nos presenta Mella es lo que nos interesará siempre propagar. Sería un error querer aplicar sus escritos a las situaciones inmediatas y a las circunstancias futuras. Lo que hay que hacer es conpenetrarse del sentimiento y de la concepción de la libertad de Mella y no aferrarnos a la letra de sus escritos, por sugestivos que sean.

La mayoría de los pequeños trabajos de éste libro son tomados de *Acción libertaria*, Gijon-Vigo, 1910-11. *El libertario*, Gijón, 1912-13 y *Acción Libertaria*, segunda época, Madrid, 1913-14. Puede decirse que son inéditos para la mayoría de los lectores actuales pues han sido publicados en esos periódicos anónimamente o con pseudonimos y, de no haber tomado en sus manos Pedro Sierra esta labor, una parte de las páginas de éste volumen habría quedado enterrada en los viejos periódicos, inaccesibles para casi todos los nuevos combatientes del anarquismo. Habría aún, sin embargo, material para otro volumen de escritos dispersos por nuestra prensa de Europa y de América, sin contar los folletos que circulan más o menos en nuestras librerías.

La ordenación de los vastos materiales supone un íntimo conocimiento de la obra de Mella. Los editores han pensado, seguramente, que ante todo convenía presentar un conjunto de ideas y de sugestiones susceptible de dar una impresión perfecta de la personalidad del autor; si luego las circunstancias permiten llevar adelante la obra iniciada, bien, sino, el primer volumen contiene ya a Mella íntegramente.

Prologa el libro José Prat, uno de los más viejos amigos de Mella, compañero íntimo de ideas. La impresión, el formato, el tipo de letra, todo ha sido esmeradamente elegido y cuidado. Sin embargo los camaradas que editan esta obra nos escriben que su iniciativa no ha podido hallar más frialdad en el ambiente anarquista. Eso es triste. Por lo demás se entiende, nuestros camaradas tienen mucho más interés en las luchas de ambiciones personales que en nutrir su espíritu de pensamientos elevados y de sentimientos nobles. ¿No tropieza también nuestro esfuerzo con la hostilidad encarnizada de los impotentes y de los eunucos, incapaces de levantar el corazón y la mirada por encima de las pequeñeces y las ruindades cotidianas?

D. A. de S.

El militarismo, el capitalismo y las milicias de partido

Hace un tiempo, en una conferencia pública del camarada Rocker en Berlín, se promovió una discusión con el marxista de izquierda Franz Pfemfert sobre los ejércitos permanentes y el capitalismo. Rocker sostuvo accidentalmente que los ejércitos permanentes pueden desaparecer sin que por eso sufra el capitalismo la menor oscilación. Pfemfert creyó haber oído una herejía y Rocker explicó más ampliamente su pensamiento, ratificando su afirmación y agregando que desde el momento que el capitalismo halle otro medio de defensa menos costoso e igualmente seguro, los ejércitos desaparecerán, sin que eso implique ninguna concesión a las exigencias revolucionarias. Ya en algunos países se está en vías de abolir el ejército permanente y no por eso se mueven en lo más mínimo los cimientos de la sociedad actual del privilegio y de la explotación.

En efecto, el ejército ha perdido su significación de otros tiempos. La moderna técnica bélica parece llamada a sustituir al soldado históricamente conocido. No está lejano el día en que ir a la guerra equivaldrá poco más o menos a ir a la fábrica a elaborar gases asfixiantes y otros nuevos recursos de destrucción. Los generales serán suplantados por químicos y técnicos y las espadas y los fusiles no son ya hoy eficaces más que en las luchas sociales, no en las guerras. El valor individual no representa nada tampoco, como no representa nada en una moderna fábrica la habilidad profesional del obrero.

En otros tiempos un ejército podía crear nuevas naciones, destruir Estados. Hoy la existencia de un Estado ante otro no depende exclusivamente del ejército; victoriosos o vencidos, los Estados continúan en pie. Y el imperialismo no se manifiesta ni puede manifestarse ya en la anexión política de los Estados vecinos; a lo sumo, ocurre aun eso en los países coloniales de Africa y de Asia; entre los grandes Estados capitalistas, el anexionismo es absurdo, irrealizable. El capitalismo tiene medios de expansión y de dominación más irresistibles y más sólidos que la mera fuerza de las armas invasoras; la invasión norteamericana en los países de habla española, testimonia sobre el poder de esa dominación.

Y la guerra mundial que terminó militarmente en noviembre de 1918, pero que siguió bajo otras formas no menos

terribles y criminales, evidencia igualmente que el ejército permanente no es la única fuerza bélica de que dispone el capitalismo.

A Alemania no le está permitido tener más que cien mil hombres en su nuevo ejército. Aunque tuviera un millón, su impotencia ante el resto de Europa unida contra ella, sería la misma. El número de los soldados no decidiría en modo alguno un solo paso de su política exterior. Una guerra moderna tiene que asegurarse más de la provisión de petróleo, de carbón, etc. que de la existencia de soldados.

En una palabra: dado el ritmo veloz de la carrera capitalista hacia nuevos e imprevistos desenvolvimientos, no sería imposible que las condiciones políticas y económicas llevasen a la abolición de los ejércitos permanentes, que se están mostrando demasiado caros. Esa abolición de los ejércitos permanentes está muy lejos de significar una victoria revolucionaria. En todo caso, no debemos hacernos ilusiones. La existencia del capitalismo no depende únicamente de su apoyo en las bayonetas de los soldados. Si no tuviera a su disposición más fuerzas, su estabilidad sería siempre problemática. Pero hay poderosas fracciones sociales que la apoyan de un modo u otro, y los elementos conscientes en lucha contra el sistema de vida mísera y esclava que vivimos son una minoría invisible, más impotentes de lo que podríamos suponer.

Cuando muchos de nuestros camaradas sueñan o divagan aún con revoluciones garibaldinas a pistoletazos y a sablazos, nos llena de asombro esa ceguera que no les deja ver los años que han pasado después que Garibaldi o los guerrilleros de otros tiempos podían poner en el platillo de la balanza su valor personal o su genio militar. Hay que acostumbrarnos a encarar nuestros medios ofensivos y defensivos de una revolución de acuerdo a nociones más realistas y más sensatas. La revolución social no será un simple problema de estrategia ni se resolverá a pistoletazos o a cañonazos.

Esto no quiere decir que rechacemos en principio esos medios violentos. Estamos muy lejos de ser tolstoyanos; lo que queremos decir es que la revolución social ha de contar con fuerzas más esenciales y decisivas que las meras fuerzas armadas.

Una cosa, sin embargo, es el triunfo de la revolución social y otra es la preparación de la reorganización de la sociedad a que aspiramos.

En los países donde somos cuatro gatos, efectivos que a lo sumo conseguimos publicar dificultosamente un periódico, los problemas que debemos forzosamente resolver son pocos; pero en las regiones en que nuestro movimiento tiene una relativa fuerza social, la situación varía mucho desde el punto de vista de las concepciones tácticas. En el congreso campesino de Guadalajara, México, alguien propuso que cada pueblo o comunidad campesina armase a sus hombres para resistir a las usurpaciones de los terratenientes y de sus tropas. La proposición se rechazó en vista de que eso equivaldría a formar una especie de ejército anarquista. Sin embargo, el problema es más complejo y no se resuelve con una rotunda negación. Especialmente en México existe el problema de la defensa armada del movimiento y el mismo problema tendremos en la Argentina y en otros países cuando se reanuden las actividades. La existencia de nuestro movimiento exigirá cada vez más que pensemos en los medios de defensa, no sólo contra las autoridades, sino contra las bandas partidistas o milicias armadas que se están difundiendo por todas partes.

Los socialdemócratas alemanes se vanagloriaban de tener un ejército republicano de cien mil hombres a su disposición; los comunistas, por mucha propaganda que hicieron, no llegaron a tanto, pero las milicias militares en Alemania ascienden a 20 ó 40 mil hombres. Tenemos además las bandas reaccionarias, sostenidas por las asociaciones capitalistas industriales y agrarias, cuyo número no puede calcularse, pero que es muy superior al de las milicias socialdemócratas y comunistas juntas. En Francia, donde el ejército permanente es muy superior al alemán, también se comenzaron a formar milicias de partido; y en Italia se sabe bien lo que significan las bandas fascistas. En Estados Unidos existen también poderosas formaciones militares o militantes al servicio de la reacción. Y ensayos parecidos se intentaron o se intentarán en todas partes. ¿Es que pensamos que ese fenómeno no nos interesa en modo alguno? Creemos que sería un error pasarlo por alto. Quién sabe a qué nos llevará la necesidad de defensa! Recordemos que entre los anarquistas italianos hubo muchos jóvenes en 1920-21 que tomaron parte en el ensayo de formación de cuerpos militarizados de defensa, como los *arditi del popolo*.

Es de creer que entramos en un período en que esas milicias de partido se convertirán en instituciones semi-oficiales indispensables para la conquista del poder político; todas esas fuerzas no serán hostiles, lo mismo que las fuerzas armadas del Estado. Esas milicias serán generalmente impotentes para transformaciones fundamentales de la sociedad; su misión se reducirá a un plano más bien defensivo que ofensivo. Pero pueden obstaculizar fácilmente toda nuestra propaganda, como lo hacen ya, cuando tienen interés en ello, en los países en que existen, como en Alemania. Cada día se evidencia más que los grandes partidos políticos de derecha y de izquierda confían muy poco en la simple legalidad; creen en dios, pero tienen también firmemente por el carro, es decir, creen en la ley, pero procuran asegurarse el amparo de ella. Ya no hay un solo gran partido que vaya a las elecciones y se contente con el resultado de las mismas; un partido es hoy todo un Estado dentro del Estado y esté o no en el poder es siempre una fuerza y procura crear intereses para estabilizar sus miembros y atraer fuerzas nuevas, y esos intereses creados requieren una constante defensa.

Un examen de la realidad desde el punto de vista aquí esbozado nos llevaría muy lejos. Pero nos importa hacer resaltar el problema: no se trata de saber lo que haremos al día siguiente de la revolución, sino de saber lo que haremos antes de la revolución para fortificar más cada día nuestro movimiento y para defenderlo contra los viejos y nuevos enemigos. También es importante levantar la mirada por sobre las ideas hechas y examinar problemas de mucha trascendencia, como por ejemplo la disposición de vastas capas de la burguesía a suprimir los ejércitos permanentes, por ejemplo en Dinamarca. Es la burguesía misma, no los socialdemócratas o comunistas, la que prestigia esa medida de economía social. Y cuando la burguesía no vacila en algunos países en recomendar la supresión del ejército permanente, no será porque esa medida le será desventajosa. Hacemos resaltar ese hecho porque muchas viejas concepciones tácticas nuestras van perdiendo su valor y nos hace falta especular un poco más con los datos de las nuevas realidades.

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(Continuación)

Una vez que tengamos pan para todos, ambicionaremos algo más amplio — la igualdad de los derechos; pero eso se realizará entonces prontamente, pues el que no tiene necesidad de inclinarse ante sus semejantes para obtener un bocado, es ya su igual. La igualdad de las condiciones que — ¿hay realmente energúmenos a quienes deba decírsele? —, no afecta en lo más mínimo la infinita diversidad de las naturalezas humanas, la anhelamos continuamente y la tenemos por ineludible, pues es el único camino por el que podemos llegar a una verdadera moral pública. Un hombre sólo puede ser verdaderamente moral cuando es su propio amo. Desde el momento que despierta a la comprensión de lo que es bueno y justo, le compete guiar sus propios movimientos, buscar en su conciencia las razones de su acción, y hacer simplemente lo suyo, sin temor al castigo ni la esperanza de la recompensa. Mientras tanto su voluntad será inevitablemente fortalecida cuando ve a otros hombres, que se dejan conducir, como él, por su propia voluntad, marchan por el mismo camino. El ejemplo recíproco creará pronto a la ética una forma colectiva a que se pueden adherir todos sin esfuerzo; pero desde el momento en que aparecen mandamientos forzados por penas legales, en lugar de la voz personal de la conciencia, la moral termina. Esto ha dicho el apóstol pagano: La ley es el padre de los pecados. Sí, más aún, no es otra cosa que los pecados mismos, porque en lugar de dirigirse a la parte mejor del hombre, a su condición primitiva libre, se dirige a su parte más mala — dominación por el temor. Por tanto, a cada cual le interesa resistirse a las leyes que él no ha hecho y defender sus derechos personales, que son también los derechos de los demás. Se habla a menudo de la oposición entre derechos y deberes. Eso es pura charla; no hay tal contradicción. Todo el que percibe sus derechos, cumple con ello su deber para con sus semejantes. Privilegio, no derecho, es lo contrario del deber.

Aparte de la disposición sobre la propia persona, incluye la sana moral otra condición — la recíproca benevolencia que surge igualmente de la igualdad. Las palabras del Mahabarata santificadas por el tiempo, son más verdaderas que nunca: "Los locos no son los amigos de los sabios; el hombre que no tiene un carro, no es amigo del que lo tiene. La amistad es la hija de la igualdad, no nace nunca de la desigualdad." Sin duda está dado a aquellos hombres que sobresalen por su pensamiento, su cordialidad o su fuerza de voluntad, el ganar la simpatía de la multitud; pero sin embargo, si la adhesión de sus partidarios y admiradores no procede de la afinidad entusiasmada del espíritu y del corazón, entonces se transforma pronto — bien en fanatismo, bien en servilismo. El que es saludado por los gritos de la muchedumbre como amo, debe atribuirse casi necesariamente virtudes extraordinarias o tenerse por "agraciado de Dios", de modo que en su propia estimación se presenta como instrumento de la providencia y luego usurpa sin vacilaciones y sin remordimientos de conciencia privilegios que deja a sus hijos como herencia. Pero al elevarse en rango, ha bajado moralmente, y sus adeptos y veneradores serviles han bajado más todavía; esperan la voz de mando que viene de los labios del señor; si descubren en lo profundo de su conciencia un ligero movimiento de contradicción, lo sofocan; se vuelven mentirosos ejercitados, se envilecen hasta la lisonja y pierden el don de mirar en la cara a los hombres dignos. Entre el que manda y el que obedece y cuyo envilecimiento es mayor de generación en generación, no hay posibilidad alguna de amistad. Las virtudes se han cambiado; la franqueza fraternal ha desaparecido; la independencia se convierte en delito; arriba la compasiva condescendencia, el altivo menosprecio; abajo la admiración envidiosa y el odio furtivo. Apele cada cual al pasado y planteémonos sinceramente el problema: "¿En compañía de quiénes hemos sentido el mayor placer?" ¿de personalidades que nos han "honrado", que conversaron con nosotros, o de gentes sencillas con quienes nos hemos "dignado" entretenernos? ¿O fueron más bien nuestros iguales, cuyas miradas se dirigen a nosotros ni suplicantes ni imperiosas y a quienes podemos amar abiertamente, sin pensamientos ocultos o reservas?

Para vivir en la igualdad y arrancarse a las falsedades e hipocresías de una sociedad de altos y bajos, muchos hombres y mujeres se han agrupado en estrechas alianzas y han fundado un pequeño mundo en la soledad. América pulula de sociedades de esa especie. Pero esas sociedades, de las cuales pocas prosperan y muchas sucumben, están todas más o menos bajo la ley del poder; llevan el germen de su propia disolución en sí y son nuevamente absorbidas por el mundo que han abandonado gracias a la ley natural de la gravitación. Pero aun cuando se encontrara en ellas la perfección, aunque el hombre hallase en ellas la más elevada felicidad de que es capaz su naturaleza, tendrían que soportar sin embargo el reproche del aislamiento egoísta, pues levantaron entre ellos y el resto de los hombres un muro; sus alegrías son egoístas, y la consagración a la humanidad volverá a llevar a los mejores de ellos siempre a la gran lucha. Pero los anarquistas no queremos separarnos del mundo para edificar una pequeña iglesia oculta en alguna parte en el yermo desierto. Aquí está la arena del combate y aquí quedamos inconmovibles, preparados a prestar nuestra ayuda en todas partes donde sea necesitada. No abrigamos exageradas esperanzas, pero sabemos que nuestro esfuerzo no se perderá. Muchos de los ignorantes que ahora nos maldicen, sea por amor a lo tradicional o por candidez de corazón, se adherirán finalmente a nuestra causa. Por un hombre a quien las circunstancias permiten estar con nosotros libremente y sin reservas, hay centenares que se ven obstaculizados por las duras necesidades de la vida para confesar abiertamente sus opiniones; pero espían desde lejos la ocasión y abrigan nuestras palabras en la cámara de los tesoros de su corazón. Sabemos que hacemos nuestra la causa de los *pobres*, de los desheredados, de los que sufren; tratamos de devolverles la tierra, los derechos personales, la confianza en el porvenir; ¿no es natural que nos alienten con la mirada y la actitud aun cuando no se atrevan a venir hacia nosotros? Pero cuando lleguen los tiempos de la confusión, cuando la mano férrea del poder haya perdido su apoyo y los dominadores paralíticos titubeen bajo el peso de su propia violencia; cuando las "formaciones" queden libres por un momento de la opresión de arriba y se reorganicen según su afinidad natural — ¿de qué parte estarán entonces los muchos? Aunque nosotros no pretendemos el don de profetas, ¿no debemos decir consolados sin temeridad que la gran mayoría se adherirá a nuestras filas? ¿No hacen incluso nuestros enemigos, cuando no se cansan de repetir que el anarquismo es sólo el sueño de un par de ilusos, continua propaganda en nuestro favor por las injurias que nos arrojan y los planes y maquinaciones que nos atribuyen? Se dice que los magos de la edad media, cuando querían citar al diablo, comenzaban su encantamiento pintando su retrato en la pared. Desde hace mucho tiempo los modernos nigrománticos han empleado el mismo método para conjurar el anarquismo.

En consideración a la gran obra del porvenir, y para que esa obra sea realizada nos interesa aprovechar toda ocasión oportuna. Entretanto, aunque nuestro objetivo es vivir sin gobiernos y sin leyes, estamos forzados a sometemos a muchas cosas. ¡Cuán frecuentemente estamos en situación de realizar nuestra voluntad libre y de no guiarnos por lo que los hombres reclaman unos de otros en base a la rutina convencional? En ningún caso fortaleceremos la autoridad apelando a ella o peticionándole algo, y tampoco contribuiremos por nuestro impulso a la consolidación de las leyes buscando en los tribunales nuestro derecho, ni seremos los promotores de nuestra propia desdicha prestando nuestro voto o nuestra influencia a algún candidato. Es fácil para nosotros no aceptar ningún servicio de la violencia, no nombrar a nadie amo y no dejarnos tratar como señores para permanecer simples ciudadanos en las filas y decididos a comportarnos en toda situación como iguales entre iguales. Que nuestros amigos nos juzguen por nuestros hechos y repudien a aquellos de entre nosotros que no tienen firmeza alguna.

Hay individualmente muchos hombres de sentimientos benévolos que se mantuvieron hasta ahora alejados de nosotros y hasta consideran nuestros esfuerzos con un cierto recelo y que sin embargo nos prestarían alegremente su ayuda si no los contuviera el temor a la violencia que se desencadenaba casi ineludiblemente a consecuencia de la revolución. Y no obstante, una investigación profunda de las circunstancias actuales tendría que mostrarles que el supuesto período de tranquilidad en que viviríamos, es en realidad una época de crueldad y de violencia. Sin hablar de la guerra y de sus crímenes, cuya complicidad no puede eludir ningún Estado civilizado, ¿se puede negar que el asesinato, las enfermedades y la muerte son consecuencias esenciales

del orden social existente? El orden usual es mantenido por hechos de brutalidad y de violencia, pero cosas que ocurren cada día y cada hora no son tenidas en cuenta, vemos en ellas una serie de acontecimientos habituales que no son más extraordinarios que la sucesión de los tiempos o el cambio de las estaciones. Parece precisamente perverso rebelarse contra el ciclo de la violencia y de la opresión santificadas por el hábito y la tolerancia de los siglos. Muy lejos de querer colocar tiempos de desorden y de guerra en lugar de una era de dicha y de paz, nuestra finalidad única es poner fin a la sucesión infinita de la miseria que hasta ahora, como en base a una resolución general, lleva el nombre de "progreso de la civilización". Por otra parte, el observador tranquilo y psicólogo de la historia y de los hechos humanos tiene que reconocer que los actos de venganza son fenómenos inevitables en un período de fuertes transformaciones.

(Concluirá)

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Literatura histórica, memorias, biografías

Véase Johann Most (*Die Molle von Blackwells Island*, 1887; *Zwischen Galgen und Zuchthaus*, 1887; *August Reinsdorf und die Propaganda der That*, New York, 1885; *Acht Jahre hinter Schloss und Riegel*, 1896); *Memoiren*, 4 vol., New York, 1903-7).

Igualmente la bibliografía de los procesos, hechos revolucionarios, etc.

(M. Nettlau). — *Die historische Entwicklung des Anarchismus* (La evolución histórica del anarquismo). Int. Bibliothek, 1890, 16 páginas.

(M. Nettlau). — *Der Londoner Congress. Zur Beleuchtung der Vorgaenge auf demselben* (El congreso de Londres. Para el esclarecimiento de los acontecimientos del mismo), Berlin, 1896, 71 páginas en 8o.; tomado del "Sozialist", 8 de agosto al 17 de octubre.

Kritschal August. — *Zur geschichte der Arbeiterbewegung Oesterreichs*, 1867-1892 (Para la historia del movimiento obrero en Austria), Gratz, 1893, 53 págs., confiscada; reimpresa en Berlin, 1894, 50 págs. en 8o.

Nettlau M. — *Michael Bakunin, Eine Biographie*. Vol. 1-3, Londres, Privately printed by the author, 1896-1900 (Autogr.). I, 1814-1868; II, 1868-1871; III, 1871-1876.

Mackay J. H. — *Max Stirner, Sein Leben und sein Werkn*, Berlin, 1898; segunda edición en 1910.

Nettlau M. — *Michael Bakunin. Eine biographische Skizze*. Mit Auszügen aus seinen Schriften und Nachwort von G. Landauer (M. B. Un esbozo biográfico, con fragmentos de sus escritos y un epílogo de G. L.), Berlin, 1901, 8o.

Die justizgreuel von Barcelona. Dokumentarisch belegter Bericht über die Anwendung der Tortur im heutigen Spanien (Los horrores de la justicia en Barcelona. Informe documentado sobre el empleo de la tortura en la España actual), 2 ediciones, Berlin, "Der Sozialist", 1897, 24 páginas.

Schüte M. — *August Reinsdorf und die Niederwald-Verschwoerung*, (A. R. y la conspiración de Niederwald), Berlin, 1901.

Ramus Pierre. — *Nach Vierzig Jahren, 28 Sept. 1864-28 Sept. 1904* (Después de 40 años, 28 de sept. 1864-28 de sept. 1904. Una memoria en ocasión del 40 aniversario de la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores), Londres, 1905; tomado del "Freie Arbeiter" de Berlin, 1904.

Weidner Albert. — *Aus den Tiefen der Berliner Arbeiterbewegung* (De las profundidades del movimiento obrero berlinés), Berlin, junio de 1905.

Kropotkin P. — *Kritische Beitrage zur Charakteristik von Karl Marx* (Contribuciones críticas sobre la característica de Karl Marx), Edición del "Anarchist", Berlin, 1906.

Ramus P. — *Die Uhrheberschaft des Kommunistischen Manifest* (Los autores del Manifiesto comunista), contribuciones de Tcherkesof, Labriola y P. Ramus) Edición del "Freie Arbeiter", 1906.

Kropotkin P. — *Memoiren eines Revolutionar*, 2 vol. Traducción de Fannwitz, Stuttgart, 1906; nueva edición en 1922.

Ramus P. — *William Godwin, der Theoretiker der Kommunistischen Anarchismus*... Mit Geleitwort von Dr. W. Borgius (W. G., el teórico del anarquismo comunista... Con prefacio del Dr. W. B.), Leipsig, Félix Dietrich, 1907; traducción rusa, "Golos Truda", 1924.

Roller Arnold. — *Blätter aus der Geschichte des spanien Proletariat*... (Páginas de la historia del proletariado español. En ocasión del décimo aniversario del ajusticiamiento de Miguel Angiolillo. Con un prólogo de Pedro Vallina), edición Revolutionar, Berlin, 1907; traducción española en el Suplemento de LA PROTESTA.

Ramus Pierre. — *Franzisko Ferrer, Sein Leben und Wirken* (F. F., su vida y su obra), edición Jahrbuch der Freie Generation, Klosterneuburg-Viena, 1910.

Pierre Ramus. — *Die Opfer und Martyrer des Justizmordes von Chicago, 11 November 1887* (Las víctimas y los mártires del asesinato judicial de Chicago, 11 de noviembre de 1887), Edición Freie Generation, 219 págs., Zurich, 1912; nueva edición, Viena 1922, 176 págs.

Peukert José. — *Erinnerungen eines Proletariers aus der revolutionare Arbeiterbewegung* (Recuerdos de un proletario sobre el movimiento obrero revolucionario. Con un prólogo de Gustav Landauer), Edición "Der Sozialist", 334 págs., Berlin, 1913.

Nettlau M. — *Errico Malatesta, Das Leben eines Anarchisten* (Errico Malatesta, la vida de un anarquista). Edición Fritz Kater, Berlin, 176 páginas, 1922; edición española, LA PROTESTA, Buenos Aires, 1924; traducción italiana "Il Martello", New York; resumen en inglés, por H. Havel.

Rocker Rudolf. — *Johann Most, Das Leben eines Rebellen* (Johann Most, La vida de un rebelde). Edición Fritz Kater, Berlin, 1924, 436 págs. *Nachtrag*, 1905 44 páginas.

Engert Dr. R. — *Beitrage zur Stirnerforschung* (Contribuciones a la investigación sobre Stirner), Números 1-4, Dresde, 1921-24.

Arschinof P. — *Geschischte der Machno-Bewegung*, 1918-21, (Historia del movimiento machnovista, 1918-21), Berlin, 1924, Edición del "Freie Arbeiter".

M. Nettlau. — *Der Vorfrühling der Anarchie. Ihre historische Entwicklung von die Anfangen bis zum Jahre* 1864 (La aurora de la anarquía. Su evolución histórica desde los comienzos hasta el año 1864) Edición Fritz Kater, Berlin, 1925., 8o. mayor, 236 págs.

La bibliografía histórica del anarquismo en Alemania podría ser completada con los trabajos importantes escritos de tanto en tanto en nuestra prensa o en las publicaciones históricas, como el Archif del profesor Grümberg, donde Nettlau ha colaborado; también existe una literatura de ciertas proporciones, académica o simplemente burguesa, hostil u objetiva, pero sería imposible mencionarla aquí donde nos preocupamos de dar un resumen del esfuerzo anarquista en los diversos aspectos de la actividad intelectual.

Errico Malatesta (13)



EN EL CAFÉ

lizarlo. De otro modo podría venir, en lugar del socialismo, un estado social en donde las diferencias entre hombre y hombre fuesen agrandadas y permanentes, en el que la humanidad estuviera dividida como en dos razas diversas, los señores y los siervos, con una clase intermedia que serviría para asegurar, con el concurso de la inteligencia y de la fuerza bruta, el dominio de los unos sobre los otros — o bien pudiera simplemente perpetuarse el estado actual de luchas continuas, de mejoramientos o empeoramientos alternantes, de crisis y de guerras periódicas.

Diré también que si se abandonasen las cosas a su curso natural, la evolución iría probablemente en el sentido opuesto al que quisiéramos nosotros, iría hacia la consolidación de los privilegios, hacia un equilibrio estable creado en provecho de los actuales dominadores, pues es natural que la fuerza sea de los fuertes, que quien comienza a luchar con ciertas ventajas contra el adversario, adquiera mayores ventajas aún en el curso de la lucha.

Luis. —Tal vez tengas razón; pero precisamente por eso hay que utilizar todos los medios a nuestra disposición: educación, organización, lucha política.

Jorge. —Todos los medios, sí, pero todos los medios que conducen al objetivo final.

Educación, ciertamente. Es lo primero que se necesita, pues si no se obra sobre el espíritu de los individuos, si no se despierta su conciencia, si no se excita su sensibilidad, si no se suscita su voluntad no hay progreso posible. Y por educación no entiendo tanto la instrucción que se aprende en los libros, necesaria también, pero tan poco accesible a los proletarios, sino de la educación que se adquiere mediante el contacto consciente con la sociedad, la propaganda, las discusiones, el interés en las cuestiones públicas, la participación en las luchas por el mejoramiento propio y ajeno.

Esta educación del individuo es necesaria y sería suficiente para transformar el mundo si pudiese extenderse a todos. Pero sin embargo eso no es posible.

El hombre es influenciado, dominado, casi diré formado, por el ambiente en que vive; y cuando el ambiente no es apropiado, sólo puede progresar luchando contra él. Y no existe en un momento dado más que un número limitado de individuos aptos, por capacidad congénita o por circunstancias especiales favorables, para elevarse por encima del ambiente, para reaccionar contra él y contribuir a transformarlo.

Y he aquí por qué es la minoría consciente la que debe romper el hielo y cambiar violentamente las circunstancias exteriores.

La organización: cosa óptima y necesaria, siempre que sea hecha para combatir el capitalismo y no para ponerse de acuerdo con él.

Y, además, nota bien. Si se quiere mejorar, hacer soportable el sistema capitalista y por consiguiente consagrarlo y perpetuarlo, entonces ciertos acomodos, ciertas colaboraciones pueden parecer aceptables; pero si se quiere verdaderamente destruir el sistema, entonces es preciso ponerse claramente al margen y contra el sistema.

Y ya que la revolución es necesaria y de cualquier modo la cuestión deberá cambiar siempre con la revolución, ¿no te parece que es preciso prepararse desde ahora espiritualmente y materialmente, en lugar de ilusionar las masas y de debilitarlas con la esperanza de poder emanciparse sin sacrificios y sin luchas cruentas?

Luis. —Bien. Supongamos que tengas razón y que la revolución sea inevitable. Hay muchos socialistas que dicen también lo mismo. Pero será necesario siempre constituir un gobierno para dirigir y organizar la revolución.

Jorge. —¿Y por qué? Si no existe en medio de las masas un número suficiente de revolucionarios del brazo y del cerebro, capaz de proveer a las necesidades de la lucha y de la vida, la revolución no se hace, o si se hace, no triunfa. Y si ese número existe, ¿para qué puede servir un gobierno sino para paralizar la iniciativa popular y en sustancia para truncar la revolución misma?

En efecto, ¿qué quereis que haga un gobierno parlamentario o dictatorial?

Ante todo deberá pensar en asegurar su existencia en tanto que gobierno, es decir constituir una fuerza armada para defenderse contra los adversarios y para imponer su voluntad a los recalcitrantes; después deberá informarse, estudiar, tratar de conciliar las voluntades y los intereses en conflicto y por tanto hacer leyes... que probablemente no contentarán a nadie.

Entretanto, habría que vivir. O la propiedad habría pasado de hecho a manos de los trabajadores y entonces dado que es preciso proveer a las necesidades de todos los días, los trabajadores mismos deberán resolver los problemas de la vida sin esperar las decisiones de los gobernantes, a quienes no quedaría más que... declarar la propia inutilidad como gobernantes y confundirlos en la multitud como trabajadores.

O bien la propiedad quedará en manos de los propietarios, y entonces éstos, detentando y disponiendo a su capricho de la riqueza, permanecerían los verdaderos árbitros de la vida social y harían de modo que el nuevo gobierno compuesto de socialistas (de anarquistas no porque los anarquistas no quieren ni gobernar ni ser gobernados) o sería forzado a doblegarse a la voluntad de la burguesía o sería pronto dejado a un lado.

No me extiendo más, porque debo partir y no sé cuándo regresaré. Estaremos un tiempo sin vernos. Reflexiona en lo que te he dicho. Espero que a mi regreso encontraré un nuevo compañero.

Salud a todos.



AÑO V — BUENOS AIRES, 14 DE JUNIO DE 1926 — N.o 227

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

BAKUNIN

Pronto hará cincuenta años que Miguel Bakunin dejó de existir; espontáneamente se recuerda en la prensa anarquista del mundo, la fecha del 1 de julio de 1876. Nadie ha dado la orden de honrar la memoria de aquel hombre extraordinario; ninguna comisión central ha prescrito que se rememore de igual modo en los distintos países ese aniversario de la desaparición de un militante genial de la libertad. Sin embargo, se habla en todos los países de Bakunin, del 1 de julio, y se preparan manifestaciones de simpatía hacia ese nombre que vale por el mejor de los programas y el más definido de los símbolos. Hay nombres que pueden prestarse a diversas interpretaciones, el de Bakunin es reconocido universalmente como una bandera de libertad y de solidaridad; no puede confundirse con nada; es una personalidad de una pieza y ningún escolástico conseguirá jamás desfigurar ni escamotear a las masas de los oprimidos y de los explotados. Fracasó el ensayo para matarlo moralmente, hecho por uno de los cerebros más poderosos del movimiento socialista, Karl Marx; lo que no consiguió Karl Marx no lo conseguirá ninguno de esos politicastros y cazadores de puestos públicos que han querido tapar sus miserias morales, sus claudicaciones y sus traiciones con el nombre de Bakunin; para eso son demasiado pequeños, demasiado mezquinos. Bakunin pertenece al pueblo, y si queremos que nos pertenezca a nosotros, ha de ser a condición de que nunca nos separemos del pueblo, de sus luchas, de sus aspiraciones, de sus victorias y de sus derrotas.

La espontánea resurrección internacional del nombre de Bakunin, a que hemos referido, ¿será un síntoma de que nuestro movimiento comprende por fin la significación de ese compañero? Volver a Bakunin es reconocer el factor revolucionario que vamos olvidando excesivamente: *la acción*. Desde hace mucho parece que el anarquismo ha sido castrado en su vigor y en sus impulsos primitivos. Nos olvidamos que la guerra social no se ventila con filosófica pasividad, razonando constantemente en lugar de obrar, teorizando en lugar de vivir y de luchar prácticamente. Esto no quiere decir que hemos de dedicarnos a fabricar motines, como nos reprochan los sacerdotes de la iglesia marxista; cuando Bakunin lucha en las barricadas de Praga o Dresde o de Lyon, cuando se prepara al levantamiento en Bolonia o desea embarcarse para Polonia a fin de dar una dirección revolucionaria a las luchas cantonales, no es un simple revoltoso, sino un revolucionario de vastas perspectivas que no se contenta con filosofar sobre la revolución, sino que desea coadyuvar a ella con el propio ejemplo. Volver a Bakunin es transformar nuestra mentalidad pasiva, contemplativa, en una mentalidad activa. No se necesita ser motines para ser hombres de acción; la acción no es un simple movimiento gimnástico de los brazos y de las piernas; la acción revolucionaria es ante todo, una conformación activa, batalladora, del espíritu. No dar al anarquismo el valor de una hermosa filosofía, sino reconocerle sus características de movimiento popular contra el capitalismo y el Estado, es volver a Bakunin. No contemplar la vida como espectadores, sino como actores, es volver a Bakunin. Despertar en nosotros no sólo el conocimiento, sino más bien la pasión de la libertad, es volver a Bakunin.

MUSICA BURGUESA



Jazz-band "La paz armada"

Esa vuelta a Bakunin, esa vuelta a la concepción activa de la vida y del mundo es hoy, no sólo una promesa fecunda, sino una necesidad ineludible. Nunca hemos tenido más necesidad de movimiento, de acción propia, frente a todas las corrientes del autoritarismo que van dominando material y moralmente el mundo. El anarquismo tiene que representar el polo de las fuerzas que vuelven por los fueros de la libertad y de la dignidad humanas; si no lo hace no cumple con su misión histórica, y su porvenir no puede de infundir grandes optimismos si persiste en ser espectador pasivo de los acontecimientos que ponen en escena las fuerzas de la reacción internacional.

El panorama del anarquismo, cincuenta años después de la muerte de Bakunin, es altamente desconsolador. Unos filosofan serenamente, con calma búdica, como si viviesen en el mejor de los mundos; otros, sin fé en sí mismos, buscan en alianzas con la burguesía supuestamente liberal un campo de acción en donde sus ideas habrán de quedar relegadas a un puesto secundario, como si esas ideas no tuviesen la capacidad de inspirar una acción independiente y de convertirse en el polo de los esfuerzos de la parte más noble de la humanidad; otros confunden el anarquismo con sus intereses personales o con los intereses de su organización o capilla; otros consideran que no hay campo libre para todos en la lucha contra la tiranía y la explotación y se entretienen en luchar por el hermoso ideal de quedar solos en la arena. Raros son los hombres aislados y los grupos que comprenden la gravedad de la hora; y a esos pocos o no se les escucha o se les siembra el camino de obstáculos, se les combate con todas las armas, se les injuria, se les calumnia, como si fuese un crimen querer sacudir las mentalidades pasivas y llevar a cabo un esfuerzo para remover las aguas del lago y desencadenar las pasiones de lucha, de realización, de ataque. Es trágico que haya tantas fuerzas de la libertad inactivas, siendo tan vasta la labor y tan grande el peligro que atravesamos.

LA PROTESTA quiere salir del marasmo en que nos ha sumido el cansancio y la decepción de los años subversivos de la post-guerra y llevar sus inquietudes y sus voces de alarma a todos los países, a todos los corazones capaces de latir por una buena causa. Creemos que este trabajo rudo animará algún día nuevas fuerzas y sacudirá de su sueño las fuerzas dormidas. Sin proponérnoslo de antemano, hemos trazado en nuestra labor cotidiana un programa de acción claro, fecundo en perspectivas, susceptible de poner en movimiento las grandes masas afines. Queremos reiniciar la lucha contra la autoridad y llamamos a todos los hombres de buena voluntad a secundarnos. Aquellos que persisten en la calumnia jesuítica e irresponsable o que acechan oportunidades para hacer triunfar sus apetitos, tendrán que volver en sí y advertirán un día los daños que han causado a la causa del anarquismo. Nosotros no tenderemos más la mano de la reconciliación a los que han pasado el límite de las infamias tolerables; hay abismos entre los militantes de este país que no se franquearán tal vez nunca; personalmente no será fácil volver a reanudar relaciones con quienes tan alevosa y tan canallescamente se han comportado; pero eso no impide de ningún modo secundar todo noble esfuerzo, toda buena iniciativa, venga de donde venga. En nosotros ni hallaron ni hallarán un obstáculo ningún individuo o ningún grupo que realice una buena labor, aunque no podamos volver a tender la mano a algunos de sus componentes. La anarquía está por encima de todos los personalismos, y donde quiera que se trabaje sinceramente por ella estaremos nosotros dispuestos a cooperar con todas nuestras fuerzas. No exigimos a nuestros adversarios la misma norma de conducta; que hagan lo que quieran; los anarquistas sabrán distinguir el esfuerzo sincero y consciente de la pasión del cisma y contribuirán moral y materialmente a la obra que más responda a sus sentimientos y a sus aspiraciones.

Pero volvamos a Bakunin. LA PROTESTA quiere rendir a ese gigante el más merecido homenaje, poniendo sus pensamientos al alcance del proletariado revolucionario de habla española. Hace ya cuatro o cinco años que hemos comenzado la publicación de las obras completas y aún hemos avanzado muy poco, casi nada; por nuestra parte hemos ido venciendo todos los obstáculos; estamos tan firmes como el primer día, y tarde o temprano llevaremos a cabo la labor emprendida. Porque si la voluntad para el mal es tenaz, nuestra voluntad para el bien es más tenaz aún, y venceremos.

A las obras de Bakunin queremos agregar la historia de su vida, cuatro volúmenes de unas cuatrocientas páginas cada uno, con estos títulos:

La juventud de Miguel Bakunin
Prisiones y viajes de Bakunin
El período internacionalista de Bakunin (dos tomos).

El autor de esa biografía monumental, como se habrá sospechado es Max Nettlau, que aprovechó las investigaciones sobre Bakunin hasta hoy y ha dado a la historiografía social la más notable con-

tribución que se conoce. Esa biografía de Bakunin es un fragmento de la historia social y revolucionaria del siglo XIX en muchos países y el interés que despertará ha de sobrepasar con mucho los límites del movimiento anarquista. Con ese libro y la edición de los diez volúmenes proyectados de las obras de Bakunin no sólo queremos resucitar a ese gran revolucionario para que continúe su obra en el proletariado moderno, que está muy lejos de haber realizado su pensamiento todavía; no sólo queremos poner al alcance de nuestros camaradas un material preciso de autoeducación y de propaganda libertaria, sino que queremos que la anarquía hable a un círculo más amplio de la humanidad. Bakunin es una personalidad que no puede ser silenciada por los adversarios de la libertad, como tampoco puede ser silenciado Marx por amigos y enemigos. Queramos o no, nos es preciso conocer a Marx para mejor resistir el avance del marxismo; quieran o no quieran nuestros enemigos, tendrán que conocer a Bakunin los que quieran poner vallas a la marcha de la anarquía, y ¡cuántos de los que tomen los libros de Bakunin como enemigos terminarán de leerlos con un cambio completo de su mentalidad!

Nosotros emprendemos ese formidable plan editorial con un espíritu de acción como si combatiésemos en una barricada; con la diferencia de que tenemos aún más seguridad en el éxito de esta obra que en el desenlace de la lucha callejera. Una vez publicadas las obras y la biografía de Bakunin, se reconocerá por todos que hemos elevado a la anarquía un monumento positivo que no podrán ignorar ni la juventud estudiosa de todas las clases ni los que siguen con alguna atención el desarrollo de los problemas sociales, dejando ya a un lado, porque es natural, todos los anarquistas, los de un lado y los de otro lado de la barrera.

Lo lamentable es que se nos deje solos en esta tarea, que no se comprenda por todos la magnitud de este esfuerzo ni se prevean los resultados que habrá de tener para el porvenir del anarquismo. Hubiéramos esperado una cooperación mayor de nuestros camaradas para llevar a buen fin estas ediciones; sin embargo no desesperamos de ver aún a todos los anarquistas de habla española darnos la mano y prestarnos su concurso. El monumento a Bakunin que nosotros nos proponemos levantar no es un monumento a un ídolo insuperable, es una labor constructiva para decir nuestra palabra en el movimiento espiritual de nuestro tiempo y para preparar a las generaciones futuras un camino menos espinoso. Somos entusiastas del movimiento obrero, pero no ignoramos lo que puede el movimiento intelectual por encima de todas las clases. Para no quedar ignorados en ese movimiento de los espíritus es para lo que necesitamos terminar un día la edición de las obras de Bakunin y de su biografía monumental.

¿No es bien trágico que ni siquiera se nos combata en el mundo de las ideas? Y no se nos combate, porque se trata de ignorarnos completamente, porque los grandes sabios que hubieran podido mantener vivo el interés de la humanidad por la anarquía, los Reclus, los Kropotkin, etc., han desaparecido y se cree que el anarquismo ha muerto con ellos. Necesitamos reaccionar contra ese silenciamiento y un primer paso lo queremos dar nosotros de la mano de Bakunin y amparados en su nombre.

¡Anarquistas de habla española, ayudadnos!

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00 POR AÑO — PAGO ADELANTADO

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo



III

El efecto más directo y transcedental del aumento de la producción individual es la mayor invendibilidad de la fuerza de trabajo.

La existencia de una reserva obrera, es decir el hecho que una parte mayor o menor del proletariado de un país esté continua e involuntariamente sin trabajo y que no encuentre ningún comprador de su fuerza, es un fenómeno dado a conocer tan solo al comienzo de la revolución industrial. Hasta entonces la desocupación involuntaria era desconocida, puede decirse. Al contrario: casi en todos los tiempos disputábanse artesanos, manufacturas y gobiernos por los trabajadores. Eso se modificó con la victoria definitiva del vapor. Este no solo sustituyó los brazos que faltaban, sino que ocupó también el puesto de los obreros. Desde entonces, con cortas interrupciones, hubo siempre desocupados. Pero nunca fué su número tan grande y nunca fué la desocupación tan continua como en la post-guerra.

No queremos afirmar que la actual desocupación es exclusivamente una consecuencia del aparato de producción extraordinariamente mejorado — principalmente en Estados Unidos y en Inglaterra. Pero también sería erróneo, seguramente, ver la causa solo en la guerra y en sus efectos. Contra tal sofisma no solo debía prevenirnos el discurso ya mencionado del ministro norteamericano Hoover, sino, más apremiantemente, la explicación que el ministro de trabajo inglés, Sir Arthur Steel-Maitland, ha dado en ocasión del gran debate sobre los desocupados en la Cámara de los comunes en la primavera de 1925. Steel-Maitland ha reconocido sin circunloquios que una gran parte de la desocupación dominante en Inglaterra hay que atribuirla al desenvolvimiento técnico extraordinariamente rápido y precipitado durante las últimas décadas. La guerra retiró de la producción cinco o seis millones de personas y la industria inglesa ha sustituído los brazos obreros que faltaban con máquinas. Los métodos de trabajo empleados permitirían por ejemplo producir la misma cantidad de hierro y de acero con el 70 por ciento del personal necesario hace diez años.

Naturalmente, no se puede argumentar: esa máquina, servida por un solo hombre, realiza el trabajo de 30 obreros y deja 29 cesantes. Las cosas no se presentan con esa sencillez, pues la máquina no surge por arte de magia, sino que su construcción exige numerosos brazos. Prácticamente reciben los obreros de un oficio a los que quedan cesantes en otro. Pero solo hasta un cierto grado, pues no existe el estímulo para la implantación de nuevas máquinas más que cuando los gastos que esa modificación reclamaría ofrecen una ventaja frente a los gastos del personal actual. Luego interviene un nuevo reparto de la ganancia de las fuerzas de trabajo ahorradas. Una parte pasa a los constructores de máquinas, otra al personal necesario para servirlas, mientras que una tercera parte sirve como renta del capital colocado en la máquina. La diferencia sobre la suma de esas tres partes, diferentes según las circunstancias, es la ganancia del capitalista. Hasta qué punto puede éste emplear la ganancia para nueva acumulación de capital, eso depende de la coyuntura, de la concurrencia. Pero en los casos más favorables podría tener lugar el abaratamiento del producto de las máquinas solo en la proporción de la diferencia mencionada. Somos llevados así a un importante conocimiento: la suma de los salarios totales del constructor de las máquinas (y de los oficios auxiliares), junto con el salario del maquinista, no debe llegar a la suma de los salarios de los 30 obreros ocupados anteriormente, sino que debe dejar al menos un excedente necesario para la renta y amortización del capital representado por la nueva máquina. Con otras palabras: el capitalista no recurrirá a un perfeccionamiento de los métodos de producción más que cuando la suma total de los gastos de compra y de funcionamiento es considerablemente reducida en comparación con la suma total de los salarios pagados hasta entonces o cuando el valor de la producción es aumentado correspondientemente. Ahí está el secreto del hecho que todo mejoramiento técnico de la producción tenga que ser desfavorable para los obreros.

Ese desequilibrio puede expresarse distintamente. Puede llevar a la suplantación del obrero de oficio, con lo cual la diferencia de salario entre el obrero de oficio y el obrero sin oficio beneficia al patrón, pero puede también, y esta será la regla — tener por consecuencia la suplantación de obreros en general. Eso no quiere decir que deba inmediatamente producirse el fenómeno de la desocupación. El mundo es grande y el círculo de los compradores de una fábrica no corresponde necesariamente al ambiente obrero de la propia empresa y ni siquiera del propio país. La producción puede ampliarse y los obreros teóricamente superfluos pueden ser ocupados en la parte ensanchada de la producción. Pero eso no debe llevarnos a la ilusión que fuerza de producción y fuerza de compra del obrero se desarrollan desigualmente y que divergen en una mayor desproporción en desventaja de la última. Es decir: la parte que puede el obrero comprar de su propia producción, se reduce más y más y la producción no choca con la perturbación de la venta mientras la población de otros países pueda recibir la producción o mejor dicho posea fuerza de compra suficiente.

Hasta la guerra — aunque bajo duras luchas de concurrencia, cuyo desenlace debía ser no en último resultado un objeto de la guerra — se ha conseguido eso. Es decir, los países transatlánticos industrialmente retrasados ofrecían grandes posibilidades de recepción del excedente de la producción de los países industrialmente más avanzados. Pero entre tanto se realiza también en esos territorios, hasta ahora no industriales, un cambio fundamental, pasando más y más a la propia producción fabril. Con eso entran esos países en una época económica completamente nueva. Si hasta ahora no conocieron el capitalismo más que en forma de capital comercial y agrario, éste es relevado ahora por el capital industrial. El capital europeo y norteamericano no aspira ya solo o principalmente a los tesoros que produce una tierra fértil o que mantienen ocultos las montañas en sus repliegues, quiere explotar también la fuerza humana de trabajo en la misma proporción y con la misma intensidad que en su país y comprimir esas masas humanas expropiadas y empobrecidas igualmente en modernas salas de máquinas.

Esa transformación no se realizará de hoy a mañana. Encuentra, como muestra el enorme movimiento de la India, muchas resistencias, que no son tan fuertes en última instancia más que porque arraigan en una vieja religión milenaria. Pero el capital tiene siempre para sus planes un explorador poderoso. Envía de antemano la miseria, y aumenta esta — en determinados casos con ayuda de elevados impuestos — aun en los más parcos hasta que fuerza invenciblemente al trabajo.

La actual desocupación dominante es considerada ya por muchos como un primer reflejo del proceso que se desarrolla en lejanos países.

Sea como quiera: la conexión de la desocupación con la evolución de las fuerzas productivas no hay que perderla de vista. Pero esa causalidad desarrolla en su curso ulterior leyes causales propias. Primeramente influencia, como se ha dicho, la ley de la oferta y de la demanda en el mercado del trabajo y constituye por eso una amenaza constante de las condiciones de trabajo de los que trabajan. Pero influencia directamente también sus condiciones de vida, pues el proletariado es siempre algo íntegro, un todo íntimamente soldado. Es un solo círculo de sangre el que lo atraviesa y todo desocupado pesa, en general directamente, sobre los que trabajan. La desocupación no afecta siempre a las mismas personas. Cuando, como desde hace años en Inglaterra, a cada ocho o diez obreros corresponde un desocupado, eso significa que aun dejando a un lado las interrupciones de la labor, como a consecuencia de conflictos obreros, de enfermedad, etc., por término medio todo obrero es desocupado anualmente de un mes a mes y medio y su ganancia de los otros meses tiene que repartirla en ese período.

Esta es una de las tantas cosas naturales que no se sabe por qué pasan inadvertidas. Por lo menos se ha considerado hasta aquí raramente esa conexión entre salario y desocupación. No se suelen tener en cuenta al hacer los cálculos del salario real, más que las cifras de las tarifas o de los salarios. El reparto que debe hacer el obrero de su ganancia para hacer frente a todas las eventualidades, no existe para la mayoría de los teóricos del salario.

¿Están confirmadas las leyes de la evolución citadas, de parte del capital? ¿Es justo que corresponda al *capital la parte del león* de ese aumento de la productividad?

Utiles puntos de apoyo para la respuesta a esas preguntas, los ha dado el *National Bureau of Economic Research* en un informe con el título *Income in the United States, its Amount and Distribution*, 1909-1919. El mencionado Bureau está parcialmente bajo la dirección de la American Federation of Labor y ha dedicado alrededor de un año a ese trabajo.

Según los datos de ese informe, las entradas anuales en los Estados Unidos ascendían a 28 mil millones de dólares en 1909 y en 1918 esa suma era de 61 mil millones, habiendo tenido en cuenta la reducida capacidad de compra de 39 mil millones de dólares. En 10 años, pues, la entrada anual de ese país aumentó el 38'5 por ciento, lo que en consideración al aumento de población en el mismo período, significa un enorme acrecentamiento.

¿Cómo participa la población en esa riqueza creada anualmente? Según los datos relativos a 1918 tenían:

aproximadamente un 5 por ciento de la población, una entrada menor de 500 dólares;

un tercio de la población tenía una entrada que oscilaba entre 500 y 1.000 dólares;

un 47 por ciento tenía una entrada entre 1.000 y 2.000 dólares;

un 13 por ciento tenía una entrada entre 2.000 y 5.000 dólares, y el resto de la población más de 5.000 dólares.

85 por ciento de la población tenía, pues, menos de 2.000 dólares de entradas anuales; pero a ese 85 por ciento le correspondía únicamente el 58.73 por ciento de la entrada total; el resto o, 41'27 por ciento de la entrada anual, se repartía en el 15 por ciento de la población que tenía más de 2.000 dólares de entrada. También en este grupo son muy desiguales las partes, pues entre ese 15 por ciento hay un 2 por ciento de la población que tenía más de 5.000 dólares de entradas y que se apropiaban de una quinta parte de la entrada total anual de los Estados Unidos.

Dos importantes conclusiones resultan de aquí; de 1.000 personas, apenas tie-

...no algo sobrante al fin de año 85. Sólo el 15 por ciento de la población puede "ahorrar" y acumular caudales. Toda la afluencia de riqueza anual, es decir, la parte de la producción que sobrepasa el consumo, es usurpada por un puñado de hombres, aunque estos viven desigualmente mejor, y probablemente realizan mucho menos trabajo útil que el mismo número de los demás. Lo que el estadístico llama eufemísticamente "riqueza popular" o "riqueza nacional", se concentra cada vez más en menos manos. En realidad, en el curso de las últimas décadas, se ha producido un enorme desequilibrio en la distribución de la riqueza popular de los Estados Unidos. Los datos oficiales dan estos resultados:

EN 1890

Grupo	Porcentaje de la población	Término medio de la riqueza	Riqueza total aproximada	Porcentaje
		dólares	dólares	
Millonarios	0,03	3,000,000	12 000,000,000	20
Ricos	8,97	27,000	30 600,000,000	51
	9,00	37,358	42 600,000,000	71
Clase media	39,00	2907	14 400,000,000	24
Pobres	52,00	451	3.000,000,000	5
	100,00	4,725	60.000.000.000	100

EN 1915

Grupo	Porcentaje de la población	Término medio de la riqueza	Riqueza total aproximada	Porcentaje
Ricos	2,00	42,000	84,000,000,000	60
Clase media	33,00	1.480	49,000,000,000	35
Pobres	63,00	107	7,000,000,000	5
	100 00	1400	140,000,000,000	100

Según ese cuadro, en 1890 el 52 por ciento de la población recibía una vigésima parte de la riqueza total; 25 años después, ha tenido que contentarse con una suma el 65 por ciento de la población. Simultáneamente se concentra en otra parte — el 2 por ciento de la población —, un 60 por ciento de la riqueza total.

Un cuarto de siglo de desenvolvimiento incesante no sólo no ha enriquecido a las masas de la población, sino, al contrario, el número de los pobres ascendió del 52 por ciento, al 65 por ciento, y al mismo tiempo la parte de riqueza que corresponde a cada persona se ha reducido a menos de una cuarta parte.

La comprobación es de tanta importancia que deja en la clase obrera todos los demás hechos en la sombra, y tiene que ser considerada como una demostración elocuente que todos los éxitos del proletariado en el dominio económico, social y político, son en último resultado, insignificantes. Sin embargo, sería falso también pensar que ese empobrecimiento continuamente progresivo de las masas en medio de una riqueza continuamente creciente, se circunscribe al imperio del dólar. El robo ininterrumpido de los bienes anualmente creados, está tan íntimamente ligado al sistema capitalista, como la corteza del árbol. Todo perfeccionamiento del aparato de producción parece que no tuviera otro objeto que perfeccionar ese mismo robo.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

El pequeño volumen cuya publicación iniciamos hoy, ha sido traducido para el SUPLEMENTO, del idioma sueco en que fué escrito; nosotros nos congratulamos de poder ofrecer a los lectores del castellano un resúmen de la vida y la obra de Gustav Landauer, uno de los cerebros más esclarecidos de la Alemania moderna, asesinado en Baviera por la reacción el 2 de mayo de 1919. Desde hace años abrigábamos el pensamiento de dar a conocer la labor y las ideas de Landauer; sirva, pues, el presente trabajo de introdución; a él procuraremos que sigan fragmentos de la obra vastísima de escritor revolucionario y de propagandista que nos ha dejado en herencia el autor de *Aufrufzum Sozialismus.*

¿Qué importa la vida? Morimos pronto, morimos todos, no vivimos. Nada vive más que lo que [illegible] de nosotros, que lo que [illegible] con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que el hecho de las manos honradas y la [illegible] del verdadero espíritu.

(Últimas palabras impresas, de Landauer).

Estas palabras impresas por [illegible] nos indican que la vida para [illegible] significaba actividad y creación y construcción. La criatura no vive, no siente lo que [illegible] vivir; únicamente lo siente [illegible] transforma en creadora. Estas [illegible] nos dan un aspecto de la vida de Landauer; el contenido de su vida era el de un creador, su energía vital, energía creadora. Cuando esa energía se agota, entonces se agota la vida misma. El campo de actividad de Landauer no está en el dominio de la violencia brutal que caracteriza al hombre de los tiempos pasados y que constituía el ideal de Homero. Su creación y su acción corresponden a la época en que Hamlet está en el escenario de la poesía. En la tragedia griega, Oreste mata a su madre, pero dos milenios después, Hamlet no puede ya obrar así. Landauer nos enseña él mismo, el mundo en que vive Hamlet y que en la misma medida lo caracteriza. "¡Madre, madre, madre!", grita Hamlet y trata de realizar un hecho en cuerpo y alma por las formas del idioma, pues ese es su elemento. Formar palabras mediante la actividad del espíritu es también el ideal de Landauer. Pero Landauer llega con amargura a la conclusión: "Hamlet está en el límite de dos épocas del mundo y por eso percibe sus vastas perspectivas; describe ya el hombre espiritual del hecho nuevo, el hombre de la libertad que en este mundo es un solitario, un rebelde tenaz y un poeta que debe formular palabras, porque no le está permitido formar la sociedad de los hombres".

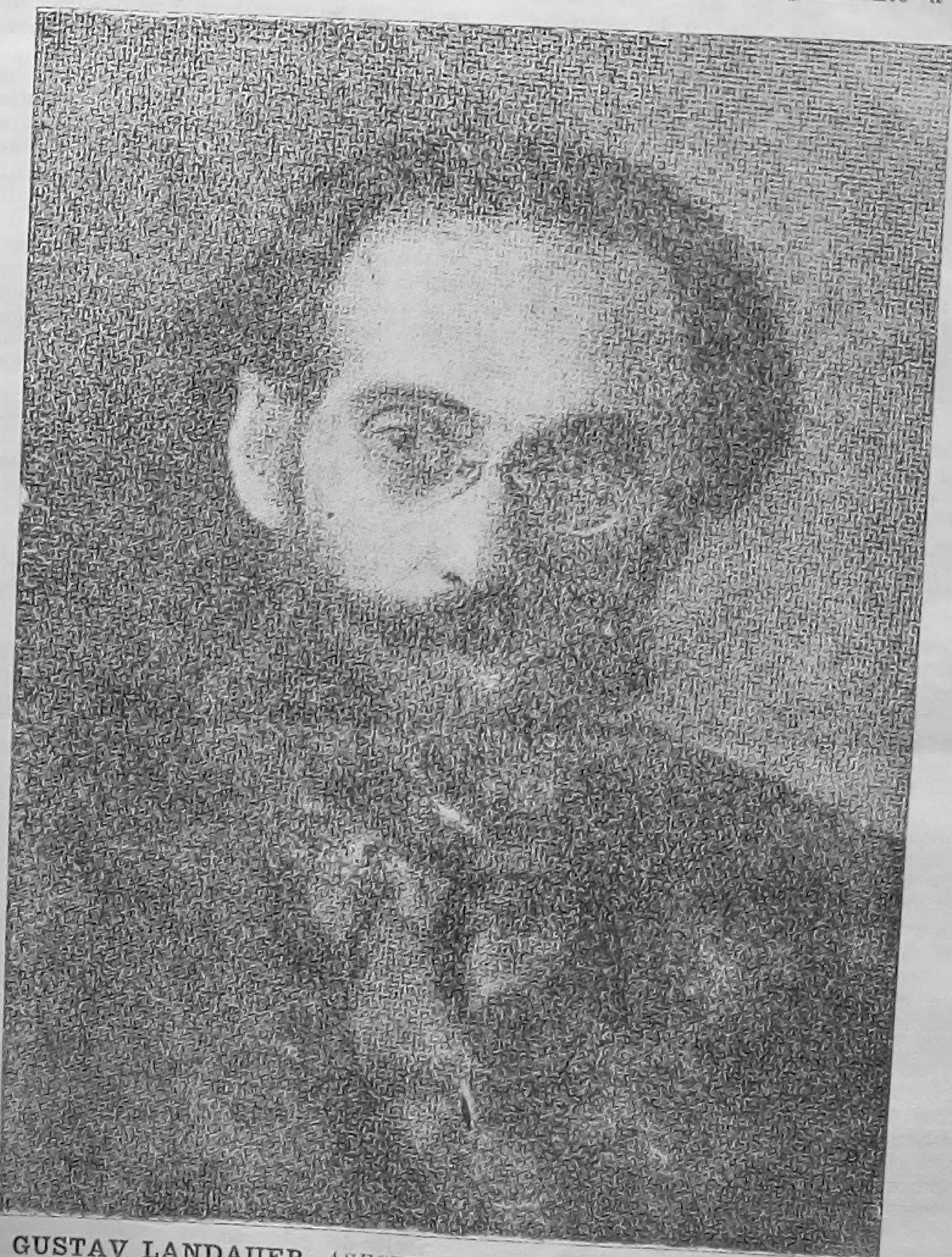
—

Gustav Landauer nació el 7 de abril de 1870 en Karlsrue, en Baden. Su padre era un comerciante judío acomodado. El joven Gustav visitó el Gimnasio de su ciudad natal. En un artículo de *Der Sozialist* en 1913, nos da Landauer una descripción de su período juvenil. En ocasión de la celebración de los veinticinco años de gobierno de Guillermo II, escribió Landauer una sátira apropiada sobre sí mismo, lo que por lo demás no hacía. En ese artículo, dice:

"Qué día de la semana era el 15 de junio de hace 25 años, no lo recuerdo; los periódicos, cuya memoria es mejor, porque no está en la cabeza sino en el papel, lo dirán en los artículos recordatorios de estos días. Pero que no era un domingo, como este año, lo sé; pues yo estaba entonces en el banco escolar, poco antes del bachillerato, cuando entre 11 y 12 comenzaron a sonar a una vez todas las campanas de la ciudad. Yo comprendí pronto lo que significaba y miré al profesor como interrogándole; pero él, en el celo filológico, no comprendió o no quiso comprender, y continuó gesticulando sobre Sófocles o Platón hasta que el criado de la escuela abrió la puerta y nos llamó al aula donde el director participó a los alumnos de todas las clases, con los lugares comunes patrióticos indispensables, que el emperador Federico había muerto.

Por lo demás, pocos meses antes había estado yo en la tribuna de esa grandiosa aula y canté loas al patriotismo, a los diez y siete años. La gran duquesa Luisa había instituído años antes para nuestro Gimnasio un premio: los discípulos de la primera clase, siempre que sus manuscritos fuesen aprobados, podían pronunciar anualmente un discurso sobre tema patriótico y recibían entonces una medalla de plata con el retrato de Fichte; pero el que era premiado, recibía la moneda de oro y además los discursos de Fichte a la nación alemana, que la gran duquesa y sus consejeros no habían leído o comprendido nunca ciertamente. Esa fiesta era llamada acto de Fichte y en signos de Fichte pronuncié un discurso sobre Federico Barbarroja, en el cual recogí en patética comunidad la patria, la unidad del imperio y la revolución con la vieja casa de Suavia, inspirado por los colores oro-rojo-negro y en la mención festiva del más prohibido de todos los poetas en las escuelas, H. Heine. Recibí en tono desdeñoso ante el público congregado, una severa amonestación por parte del director, un compasivo apretón de manos del buen profesor de matemáticas y la medalla de plata bajo toda especie de consideraciones; mi madre la conserva aún; yo no he querido nunca tener conmigo el busto de Fichte acuñado por la Gran duquesa.

Algo antes había tenido un encuentro personal con esa madre de la patria, y como fué la única vez en mi vida que he tenido algo que ver personalmente con una cabeza coronada, quiero relatar hoy en ocasión del jubileo del sobrino, mi encuentro con la tía. Nuestro Gimnasio festejó también entonces un jubileo, o sea su tercer centenario de existencia, y los alumnos de la primera clase interpretamos el Filoctetes de Sófocles en alemán. Yo había ingresado en el establecimiento un par de semanas antes, procedente del Realgimnasio y no tenía ninguna razón ya por esos motivos externos, aparte del aburrimiento que me proporcionaba la escuela, para compartir el júbilo, pues no conocía ningún profesor ni ningún compañero de clase y no estaba ligado a la escuela por nada; pero sin embargo trabajé en la ejecución de la obra de Sófocles como uno de los guías del coro. Después fuimos presentados a los Grandes duque; los discípulos de la primera clase superior a él y los de la primera clase inferior a ella. El modo como los monarcas despachan tales graciosas ceremonias es conocido hoy por el *Feldherrnhügel;* yo lo conocí a los diez y siete años. La Gran duquesa, cuyo acento prusiano me chocó, preguntaba rápidamente a cada



GUSTAV LANDAUER, *ASESINADO COBARDEMENTE POR LA REACCION, EL 2 DE MAYO DE 1919 EN MUNICH*

uno algo y se volvía, mientras se respondía, al próximo. Así por ejemplo, preguntó al que iba delante de mí por el profesor B. que había muerto poco antes, y luego se dirigió a mí: "Y usted disfrutó también de la enseñanza del profesor B.?" Antes de que pudiera declarar por qué no fué posible todo eso, pues yo había pertenecido a otra escuela, me privó el director de la negación: "No, este es un escolar nuevo". La alteza real me miró asombrada y pronunció estas sentenciosas palabras: "¡Oh, y tan grande ya!" Yo me agaché para ocultar la risa, lo que ya no era necesario, pues hablaba con el próximo.

Tales sucesos y todo lo que se relacionaba con la escuela eran sólo episodios en mi vida creciente. La escuela, con los deberes para la casa me privaba de 7 a 8 horas diarias, pero significaba para mí, incluso las excepciones, sólo una alteración de tensión nerviosa y de adormecimiento y un enorme robo en mi tiempo, en mi libertad, en mis sueños y en mi impulso activo dirigido a las propias investigaciones y experimentos. Como por lo demás estaba bastante aislado, los muchachos de mis aventuras procedían todos del teatro, de la música y ante todo de los libros. Por ese tiempo se publicaban las obras de H. Ibsen en la edición barata de Reklam y causaron en mi alma una impresión formidable dirigiendo todo el anhelo romántico de mi corazón a la realidad actual. Las ansias, la pureza, la belleza y el deseo de satisfacerlas habían estado en mi alma y encontraron alimento en Richard Wagner, cuyos dramas musicales respiré con delicia siempre que pude desde los quince años en la Juchhe, como se llama entre nosotros a la fila cuarta del paraíso. Pero cuanto más obraba esa bebida encantada, tanto más me retiré de la contemplación de la desdeñosa realidad. Ibsen fué el que me bajó del sueño de la belleza al placer de la realidad, el que me obligó con fuerza fascinadora a no ignorar los fundamentos reales de la sociedad y su fealdad, sino a apercibirlos y criticarlos y a oponerles el llamado y la lucha del individuo. De socialismo no sabía entonces nada y no tenía sospecha alguna de problemas económicos; lo que me puso en oposición a la sociedad circundante y lo que me irritó no era la pertenencia a una clase o la simpatía social, sino los continuos choques del anhelo romántico con las estrechas barreras filisteas. Así sucedió que fuí anarquista sin saberlo, antes de ser socialista y que soy uno de los pocos que no tomaron el camino de la socialdemocracia. Ibsen recibió pronto compañía con el *Zarathustra* de F. Nietzsche. Algo de eso me afectó en primer lugar tan íntima y fuertemente por el sacudimiento del poeta sobre su vida espiritual; vivía desde hacía tiempo en los filósofos y había leído ya siendo alumno del gimnasio a Schopenhauer y a Spinoza. Entonces vino a mi encuentro uno en el que no se había elevado el pensamiento puro y claro sobre el sentimiento ardiente, sino que el pensamiento y el sentimiento estaban tan asociados, que todo anhelo amoroso y el ardor, parecían dedicados a una amante de la idea. Allí había lírica, riqueza de colorido del idioma, frondosidad en la metáfora del discurso, ritmo de marcha y de danza, consagración y superabundancia, delicia y tortura, — y todo eso en torno a las ideas. Pero además, como en Ibsen, la vuelta a la realidad: había actividad en esa contienda espiritual, y debía ser creada y formada y aniquilada y derribada.

De esa historia de mi juventud, donde no quiero penetrar en la parte fundamental, en mi propia naturaleza sobre la base de la herencia, del temperamento y de la vida personal en el hogar y con los amigos, sino sólo citar algunas influencias decisivas de afuera, se deduce que mi situación con respecto a los veinticinco años de historia contemporánea que han transcurrido, está ruramente mezclada de presencia y de no participación. He sido nutrido desde muy temprano por el asco contra el todo, como para que pudiera abrigar indignación u odio contra el individuo. Por artista se entiende en nuestro tiempo un hombre que tiene ojos en que viven cuadros y ritmos del propio orden universal, que expresa ese mundo interior en figuras y crea por su fantasía y su energía creadora un nuevo mundo propio y ejemplar: un hombre que entonces recoje sus productos, nacidos de su interior, como Palas Atenea de la cabeza de Júpiter, lo mismo que un mercader italiano de figuras de yeso, y regresa con ellos resueltamente al otro mundo, el de la realidad común y regateando, chalaneando y extorsionando, haciendo reclame y calculando y acechando hábilmente toda ocasión vende las figuras de su ensueño y del sagrado anhelo a los mismos hombres a quienes su existencia creadora les parece a lo sumo de duendes o de caricaturas. Mi mezcla de presencia y de no participación es diversa a la del artista de nuestro tiempo: por mi parte quisiera ayudar a crear de la sustancia de la realidad misma un cuadro; a producir una sociedad y una obra en que el arte fuera más la expresión de la comunidad y la transfiguración y transformación fantástica de la realidad que el anhelo del abandono...

Guillermo II me tiene sin cuidado, y si intento presentarlo en los últimos veinticinco años del pueblo alemán, apenas percibo algo más que él ha sido el padre de la concepción del Simplicissimus del pueblo aleman. La de un espíritu de la resignación alegre sobre su irritación pasiva; el espíritu de los puños crispados en el bolsillo; el espíritu que ha hecho del pueblo alemán un público curioso de teatro que contempla impotente la comedia del *Deutches Reich*. Un espíritu que tiene poco que ver con el precioso lema de Simplicissimus: "Me quiso agradar así, para decir la verdad risueñamente", porque la risa de nuestro tiempo es extraña a toda productividad y a toda pureza. Por eso el punto culminante de este gobierno de veinticinco años fué noviembre de 1908, en que durante dos días han oficiado en el Reichstag de tribunal contra Guillermo II los diputados de todos los partidos, en que todos los partidos reconocían unánimes que el emperador había perjudicado seriamente a Alemania y en que fueron pronunciadas por los representantes de una mayoría palabras de extrema irritación, de burla y de alusiones apenas encubiertas y fué excitada la tempestuosa hilaridad en toda la casa mediante ciertas aseveraciones, hasta que finalmente el canciller se dirigió a Postdam y trajo consigo una especie de promesa. Fué un debut, fué una pequeñez, pero fué algo. Seríamos un poco menos público y cortejo y algo más pueblo si en estos días nos diésemos cuenta de que para cada cual sólo puede haber un monarca único: el propio hombre en su interior".

Landauer rindió su bachillerato y se dirigió a Zurich, donde estudió filosofía, historia mundial, historia de la literatura y del arte. En Zurich entró en contacto con socialistas radicales, y pronto fué uno de los más ardorosos, de los más dotados y de los más entusiastas adeptos del anarquismo y del socialismo. Mantuvo en alto la bandera de esas concepciones durante treinta años, hasta que, como abanderado de la causa del proletariado y de la humanidad, se convirtió en víctima de sus concepciones. En ese período temprano comenzó su actividad literaria. Se inició con una novela: *El Predicador de la muerte*, en la que defendió ya a los 21 años las doctrinas libertarias. Aunque se puede descubrir en ella algo del pesimismo de Schopenhauer, sin embargo en esa novela lucha el pesimismo con el optimismo socialista, como se ve por el siguiente discurso antiparlamentario y antipolítico:

"¿Qué nos importan las elecciones? ¿Debemos creer en los malos pastores del pueblo que especulan con nuestra tontería y la agitación de estos tiempos, debemos creer que nuestro bienestar depende de las papeletas que arrojamos a las urnas, de los diputados que enviamos a Berlín? ¿Debemos creer que los obreros necesitamos un representante para conseguir lo que queremos? No, digo, ese punto de vista es falso, debemos ayudarnos a nosotros mismos.

Es falsa la opinión de que el sufragio general igual y directo, que se nos ha dado hace unas décadas, sea una concesión del gobierno a la llamada soberanía del pueblo. Al contrario, fué un medio hábil para domesticar el movimiento revolucionario de esos espíritus libres por medio de todas las artes de la mentira y de la seducción, con la ayuda de las masas inconscientes, y mediante la participación aparente en el poder político para atraer los demagogos ambiciosos, que ofician de representantes del pueblo y convertirlos en meros ayudantes parlamentarios del gobierno.

(Continuará)

At—

Arte Moderno Italiano

Alberto Salietti

Antes de emitir opinión y juicio alguno acerca de la ya copiosa obra, no del todo desprovista de valores que la individualizan, — de este pintor italiano, daremos breves indicaciones biográficas. Son ellas necesarias si deseamos tomar buena noticia del hecho que, en muy temprana edad ha sido anunciado por los timbales, los bombos, las trompetas y otros instrumentos de la crítica contemporánea ,como una promesa radiosa y mitad realizada y cumplida entre los jóvenes de la novísima generación.

Alberto Salietti nació en Rávena en 1892. Contaría apenas doce años cuando llegó a Milán para aprender durante un tiempo más o menos largo, el oficio paterno de decorador mural, dedicándose después de lleno a la pintura. Siguió los cursos de la Academia de Brera, terminándolos en 1914. Soldado por todo el período de la guerra, le sirvió esa pausa para carenarse interiormente de perniciosos sedimentos depositados por la artificiosidad de la enseñanza oficial. Reanudó su labor en 1918, ilustrando libros y revistas, sin dejar de concurrir a las exposiciones efectuadas en las principales ciudades, donde fué distinguido y alentado por la crítica. En 1921 obtuvo el premio Fumagalli en los concursos de figura, en Brera. Participó en las grandes muestras colectivas, como en las de 1920 de Roma y Venecia.



ALBERTO SALIETTI — "Liguria"

Después de 1923, la exhibición de un grupo importante de sus obras en la XIV muestra de *Ca Pesaro*, en Venecia, hubo de ser muy apreciada. No son pocos los lienzos que figuran en buenas colecciones particulares de afamados aficionados.

He ahí la faz exterior de un artista, el *pié de la letra* de una existencia que hizo sus votos cenobíticos por la pintura. Decimos cenobíticos dado el indudable aliento voluntarioso — esencia de vocación — que respira y rezuma la cifra total de sus obras. Cualesquiera sean las desviaciones y los tanteos en la oscuridad de un camino aun no entrevisto, ello deben poseernos de respeto. Son los yerros inevitables de los descontentos, de los sinceros, de los no conformistas con el chirriar de los goznes herrumbrosos de brazos que se agitan en la rutina de pintar sin conciencia e inconscientemente.

—

Alberto Salietti, a los 34 años se halla en el ápice de su fecundidad y en plena producción. Los veintiseis grabados de sus cuadros, y uno litografiado en colores, ilustrando las páginas de un breve volumen, nos proporcionan un índice y una guía para seguirle en la parábola de su evolución, que abarca el escaso período de cuatro años: desde 1920 hasta 1924. Se supone que para presentar al público una colección, sintetizadora de un conjunto, se escogió las obras más representativas de sus sucesivas maneras. Su producción en su acervo común ha de ser mayor. Es, pues, una laboriosidad que si no pasma, no se da con mucha frecuencia.

El artículo de intención monográfica, más literario y subjetivizante que analítico, firmado por Hugo Nebbia, puesto como introducción para informar al veedor, más que al lector, no ofrece suficientes asideros para representarnos la imagen plástica, viva del arte de Salietti. Pero aun cuando deberemos recurrir en su demanda para alguna cita o testimonio, no será para adoptarlo como elemento de juicio, sino en afirmación de nuestra tesis sobre la tendencia neo-clasicista que se halla en toda su vigencia en Italia. Retrocedamos unos pasos.

En particular, la zona pictórica del ambiente artístico italiano hace una quincena de años, fué sacudida brusca y bro-

por el ruido ensordecedor de charrangas y charangas futuristas, que, de la revista "Lacerba", realizaban exposiciones espectaculares y manifestaciones callejeras. Querían quebrar el sueño hipnótico sobre el pasado glorioso de sus grandes maestros, y despertar a los artistas ante la baraunda cotidiana del vivir moderno. Y ellos, interiormente, se encontraba ante un caótico desorden, sumergido en los dominios plásticos por iconoclastas furibundos. Lo paradojal, las manifestaciones humorísticas, los fumismos y el *menefichismo*, o sea el *qué me importa* irreverente, fueron la regla normal. Esta furiosa y aniquiladora reacción contra el devastador academismo reinante contra los pintores y escultores tradicionalmente ñoños — los Ettore Tito, los Sciatola, los Trentacoste y etc. — trajo efectos fecundantes y bienhechores.

Transcurrida esa época purgativa, orientados los espíritus por ideas y sentimientos nuevos, y hasta aquellos que más invectivaron contra los tesoros de la antigua pintura italiana, volvieron hacia ella, o hacia sus maestros predilectos, en demanda de un orden, una disciplina, un método.

Lo confirma Nebbia cuando dice: *Hoy, ante el renovado fenómeno de una pintura que no se quisiera derivase de un tradicionalismo, proba de concepto y de ejecución, prudente y substanciosa, realizada en una forma, firmemente apoyada sobre la misma huella de la tradición, nosotros los que hace unos pocos años hubiésemos podido sonreir juzgando ligeramente tan inesperada cordura frente a ciertas arbitrariedades como las que respondían al espíritu de nuestros tiempos, tendremos siempre motivo para alegrarnos*, y etc.

Es lo cierto y la verdad. El temperamento lógicamente realista, excesivamente racional de los italianos, tuvo que retornar otra vez a su natural y tradicional cauce, después de haber divagado por entre las borracheras metafísicas y teoricistas. Era demasiado fuerte para su carácter, para sus cerebros latinos de neuropatía, dedeñadores de abstrusas sutilezas y abstracciones plasticas. Y mientras en Alemania se continuó perpetrando con su vigor el *expresionismo*; y en Francia el cubismo lograba crear casi un estado de alma colectivo, en Italia los artistas se quedaron en lo abstracto su ... — post-futurista y neo-cubista — y los más se convirtieron resueltamente al clasicismo, al neo-tradicionalismo.

... eso sí, al pretérito secular, prestigioso, con una visión más ... más intensamente comprensiva ... de sus próximos antepasados, ... se llenaban la boca de nombres ... universalmente conocidos ... ignorar absoluta y supinamente la ... — valga el término, —, de ... inmortales. La reacción, o sea ... momentánea se retiraba, no a su ... un poco más allá... Se había de imponer una estricta disciplina ... ocurrió de renunciamientos, y ... pensó más en incendiar bibliotecas y museos. Al contrario, se les visitó con frecuencia aún. La pintura se ... se buscó la sabiduría de ... simples; de las extructuras ... y fuertes, adorándose el truculento carácter de un ingenuismo ficticio ... por la retoría de entelequias ... hasta la médula de los ...

... puesta en vigencia, suponemos que una minoría de talentos no comprendió y sigue cometiendo nuevos errores, aunque generalmente imbuidos de la peste de una pintura de sobriedad.

... en los actuales momentos, ... la teoría y la práctica pictórica, el ingrismo o rafaelismo ... estuvo y se está expandiendo ... verdadera tiranía, en tanto que ... incurriendo en idénticos excesos, los artistas llegan a ser más clásicos que los antiguos clásicos... Consecuentemente exageran sus defectos y cualidades; y es así como ... que se hallan por debajo ... de toda época y tiempo, ... el mortal riesgo de involución ... hacia la frigidez aca-

Basta hojear la colección reunida de sus cuadros, y donde priman tan diversas y dispares maneras, para percatarnos que es uno de los casos más ilustrativos de la regla general. Todavía no pudo amalgamar, homogeneizar todas las contradictorias influencias que su temperamento asimiló a medias. Pugnan tenazmente sus pujos de teorizante, sus dotes de verista y su erudición de museo, todo ello muy fresco, sin rumiar y sin digerir.

Sin quererlo su prologuista, Nebbia, lo confirma al escribir: "Te se podría definir como un instintivo. Pero esta sería una afirmación tan arbitraria como



ALBERTO SALIETTI — "Campesina"

cándida; por más que tu naturaleza sea franca y sincera y la menos contrahecha por la escuela y el ambiente (fuerte retoño de Romaña, que transcurriste la mayor parte de tu vida en Milán) es siempre evidente cómo aun cargas el gravoso y peligroso peso de las muchas cosas vistas y sentidas en este complicado período, en el cual se intenta rumiar lo del pasado y del presente, para extraer de ellos algún jugo vital."

No nos hacía falta esta confesión inesperada. Examinando ligeramente sus composiciones, inspiradas en tendencias plásticas y espirituales tan diferentes y tan opuestas se desprende en seguida la carencia de una orientación definida. Es una personalidad en formación, que probablemente ensaya su sensibilidad en el cambio radical de métolos y de escuelas. ¿Qué pensar si nos encontramos repentinamente con un retrato de una joven mujer sentada (de la A. Zotti) de fuerte acento realista, ejecutado en 1922 y al retroceder al año 1920 vemos un "Paesaggio e Figure", estilizado con dureza y con un fondo de campiña, interpretada con una ingenua síntesis de primitivo? Pasemos al año 1923. Hay un interior hermoso por la severidad con que está compuesto; una escena doméstica de pintura holandesa, también con su carácter ingenuo y primitivista; y el mismo año, en la tela "Le due Sorelle" hace una escapada a la realidad, se olvida de los museos y produce una composición de un verismo ennoblecido.

No insistiremos. Son escasos los que poseen esa fuerza de orientación que sólo la da una doctrina, no compuesta de teorías fragmentarias, sino hecha espíritu, elemento invisible. Ingres decía de Poussin *que no hubiese sido tan grande al no poseer una doctrina.* Pero mientras no sea ésta producto de nuestra experiencia, de nuestras meditaciones, de lo que libamos en diferentes cálices y lo hacemos nuestro por el sentir, por la voluntad y la penetración, no será más que una alcación espuria, en el estado de larvaciones teóricas indigeridas.

Y estas oscilaciones de Salietti entre diferentes modos de sentir, de ver y de realizar, no obedecen tanto a una inquietud anímica como a preocupaciones de índole secundaria y material: preocupaciones más de artesano que de artista. Esa reunión de ideas, conocimientos y hasta facultades heteróclitas que se cohiben y van en detrimento de una y otra cuando se trata de desarrollarlas a fondo, le impiden para crear composiciones que sean organismos vivientes. Es, pues, más clásico que los clásicos auténticos, porque toma de ellos lo que es meramente aspecto. En cambio, al abandonarse a su cualidad primigenia, que creemos es su veta realista, nos resulta un talentoso pintor capaz de obras singulares.

Por otra parte, su juventud no merece esta hosca severidad. Es porque encarna un síntoma general de la pintura italiana que adoptamos esa actitud exigente.

Ya sus obras de 1924 anuncian que está por hallar su orientación donde fundirá sus dones naturales, y los externos, que no son dones, y si adiestramiento maleable, apto a vestir la mentira o la verdad. La compañía de su hermano mayor Tosi, el paisajista, ha de conducirlo al hallazgo milagroso de sí mismo. Lo denotan los últimos paisajes de 1924.

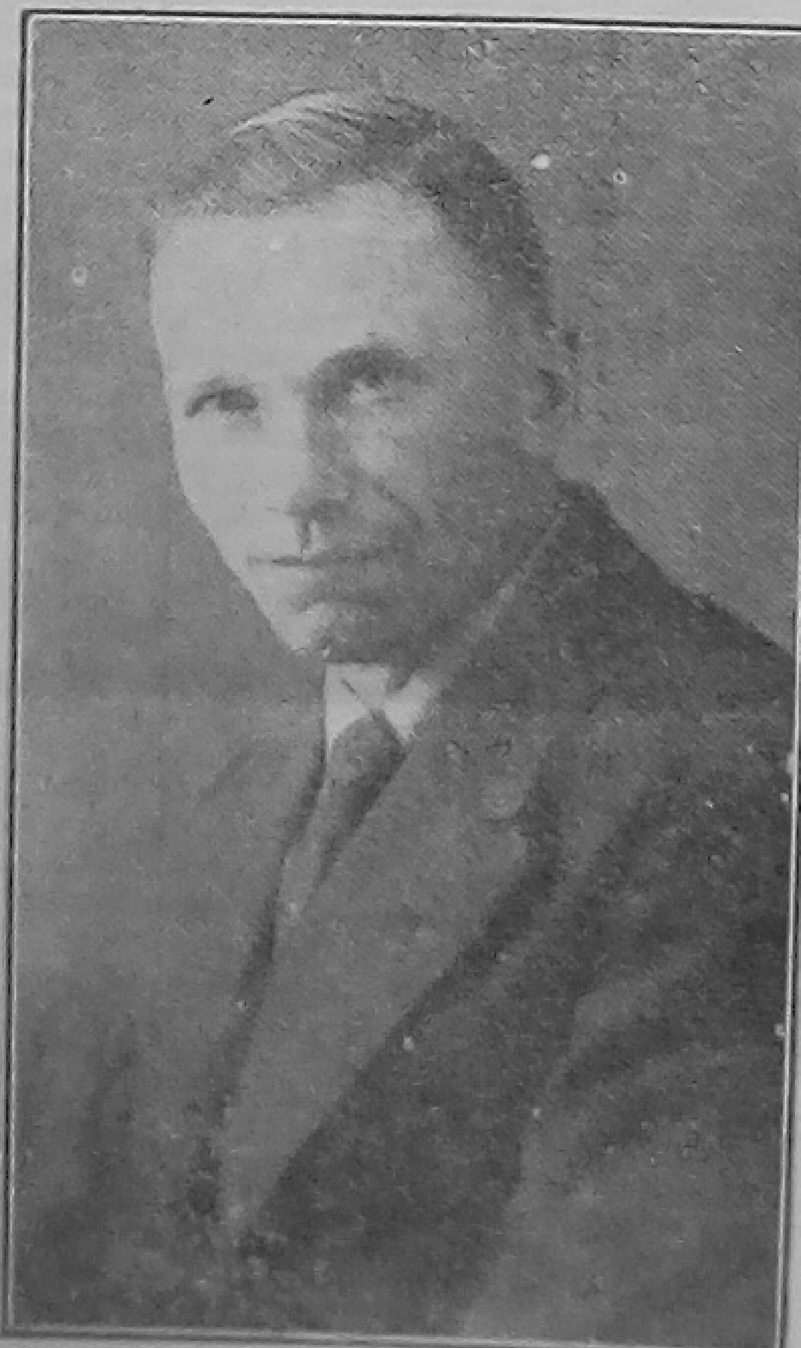
— ••• —

KURT G. WILCKENS

El culto vivo a los héroes es lo que más enaltece la naturaleza humana. Es la capacidad noble de arrebatarnos en entusiasmo, en regocijo íntimo por los hechos, por las acciones altamente morales o por una vida ejemplarmente bella por su virilidad creadora. Es también deseo de identificarse con los altos ejemplares de nuestra especie. Es un anhelo instintivo de perfección, nuestro retrato proyectado hacia un porvenir que creemos que nos hará mejores. Un hombre quizás valga moralmente por su capacidad admirativa, por la calidad de ella y del fin al cual se adhiera. Somos grandes en lo que nos entregamos y no cuando nos damos avaramente.

Pero al tornarse ese culto vivo en algo inanimado, en algo muerto, en ciega deificación, este yerto sentimiento no es más que la grotesca contrafigura de esa noble y fecunda facultad. Toda deificación esclaviza de hecho al que la practica, la alimenta. Los dioses han muerto para siempre. Estamos solos, bien solos. Lo estuvimos siempre, pese a todas las religiones habidas y por haber, y solamente a fuerza del heroísmo de los mejores hemos subsistido y venimos venciendo por siglos y siglos la sañuda, la dura, hostil y siempre enemiga realidad material de este planeta, convulsión vibrante del universo. La humanidad, de sus entrañas no pudo parir más que héroes. Son las castas dominantes de ella las que los transformaron en dioses.

Los anarquistas, a diferencia de todos aquellos que existieron como sectas, clanes religiosos, falansterios místicos o partidos sociales y políticos, jamás elevaron sus sentimientos, aun cuando fueran muy cálidos, a la obcecación del endiosamiento de un ente, de un fetiche, ni de los héroes, que no fueron raros en sus filas. Ni autoridad terrena ni mítica. No son principios teóricos que nos inculcan esta con-



ducta, y sí nuestra conciencia de hombres libres. Es que queremos sustentar admiraciones, cultos que no nos depriman y que, en cambio, nos fortalezcan, nos hagan cada vez más virilmente bellos.

Y si hoy recordamos a Kurt Wilckens, el de la naturaleza apostólica, el que se entregó como nosotros debiéramos entregarnos cada día, es por todos esos motivos, para fortificarnos, emulándolo en el ejemplo de bondad y pureza.

Si la tabla de valores morales no estuviese subvertida en esta sociedad hipócrita-cristiana, el verdadero héroe sería el que todo lo da, incluso ese bien precioso que nos es a todos: la propia existencia. Pero cuando esta entrega obedece a móviles superiores y desinteresados, la calidad del heroísmo sube en quilates.

Y eso es Wilckens, una de las figuras más puras del anarquismo y, en el porvenir, de la humanidad. Ni el verdugo que ultimara odiaba.

Y los que recuerdan al asesino galoneado, jamás podrán invocar las mismas razones para elevarle al rango de los héroes nacionales, la del desinterés.

— ••• —

La gran cuestión: ¡Comprender!

La guerra ha logrado torturar a los pueblos: los ha sobrecargado con tal cúmulo de sufrimientos que parecería imposible que los pudiesen soportar.

Tal vez hoy tengamos nosotros el derecho de preguntarnos si ha sido o no sufrido en vano ese martirio, y de querer que, al menos, tan prodigiosa experiencia de dolor sirva para algo.

Y yo mismo me planteo el problema.

Pienso que los hombres han soportado un sufrimiento que les era impuesto, en toda su extensión, en toda su fuerza. Pero no lo han comprendido.

Han sufrido su peso aplastador, más o menos lo han apreciado como "un todo", esto es, en su verdadero aspecto. No se han dado cuenta de su causa, que era más importante que el mismo sufrimiento. No han sabido deducir la solución. No han aprendido nada.

Por esta razón perdura la fuente de su mal; la amenaza que encierra persiste y crece sin cesar.

Si los hombres hubieran "comprendido", sabrían que la universal carnicería no ha sido un accidente, sino la consecuencia lógica de las actuales condiciones de vida. Es una visión equivocada la de ver en la guerra la manifestación de una humanidad cuyos instintos primitivos han sido desencadenados, y que no ha logrado aún vencer a la bestia que hay en el hombre. No conviene ya buscar el mal en la naturaleza esencial del hombre, sino en su ceguera.

Las divisiones sociales, al subyugar a numerosas agrupaciones para asegurar el bienestar de algunos pocos, son responsables del órden inícuo que condena a muerte a las democracias. Este orden mantiene tan sólo su poder, merced a la ignorancia de las masas. Ellas no advierten la verdad y su indiferencia las obliga a trabajar, bien a pesar suyo, en favor de su propia destrucción.

El sostén de tal orden, hasta el agotamiento completo de la humanidad, sería indudable si algunos hombres no hubieran padecido profundamente durante largo tiempo como para inferir consecuencias, para relacionar causas, para ir ahondando hasta llegar al fondo de todo dolor; en una palabra, para "comprender".

Comprender es cosa grave, importante, difícil. Algunos mortales se han visto iluminados por la gracia de la verdad, y emplean entonces sus fuerzas, su capacidad, su vida en enseñar a los otros que el infortunio actual del mundo, no es el resultado de la guerra, sino culpa de la presente organización de la sociedad.

De hoy en más, la salud de los pueblos reside en la claridad de su visión.

Los hombres que "saben" y que comprenden, deben ser escuchados.

La obra que realizan no es de violencia; es una obra de sabiduría y de serenidad. Sus palabras no encarnan solamente la verdad; encierran la única razón que tenemos para creer en una Paz futura.

¡El despertar de la conciencia humana! He aquí el fin luminoso que ansían. Es la más apremiante y, asimismo, la más gloriosa de todas las tareas. No hay otra, so pena de desesperar del porvenir del linaje humano.

ANATOLE FRANCE — (1920)

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(Conclusión)

Está en la naturaleza de las cosas el que no pueden ser evitados. Aunque los hechos de violencia provocados por el espíritu del odio son testimonios de un desenvolvimiento moralmente atrasado, esos actos se vuelven cada vez más ineludibles y naturales cuando las relaciones de hombre a hombre son de perfecta igualdad. La forma primitiva de la justicia, como la han comprendido los pueblos primitivos, era la de la venganza y millares de tribus salvajes siguen aún ese sistema. Nada pareció más justo que nivelar una injusticia por una injusticia igual ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Si ha sido derramada la sangre de un hombre, tiene que morir otro! ¡Esa era la forma barbara de la justicia! En nuestras sociedades civilizadas está prohibido al individuo tomarse justicia con las propias manos. Los gobiernos, en su calidad de comisionados de la sociedad, tienen la función de realizar la justicia en nombre de la comunidad, una especie de venganza algo más instruida que la de los salvajes. En esas condiciones el individuo renuncia a la venganza personal; pero cuando es engañado por los representantes a quienes confía la realización de sus derechos, cuando observa que sus agentes traicionan su causa y se alían con sus opresores; que la justicia oficial empeora la injusticia que padece; en una palabra, cuando se agravió clases enteras y capas de población y éstas no tienen esperanza de encontrar en la sociedad a que pertenecen, alguien que paralice los abusos, ¿no es bien probable que tarde o temprano se tomarán de nuevo el derecho innato de la venganza y la ejercerán despiadadamente? ¿No es eso en realidad una disposición de la naturaleza, una consecuencia de la ley física del golpe y del contragolpe? No sería filosófico ser sorprendidos por ese hecho. A la opresión se ha respondido siempre con la violencia.

Sin embargo, si es verdad que las grandes transformaciones son acompañadas siempre de obscuras explosiones de odio personal, los que aman la especie humana no apelan a esos malos instintos cuando quieren provocar las fuerzas activas del entusiasmo, de la abnegación y de la nobleza. Si las transformaciones no tuvieran otro resultado que castigar a los opresores, que hacerles por nuestra parte sufrir, que vengar maldad con maldad, entonces el cambio no sería más que aparente. ¿Qué importa al que ama verdaderamente a la humanidad y desea la dicha de todos que el esclavo se convierta en amo, que el amo sea condenado a la esclavitud, que cambie el látigo de manos y el dinero pase de un bolsillo a otro?

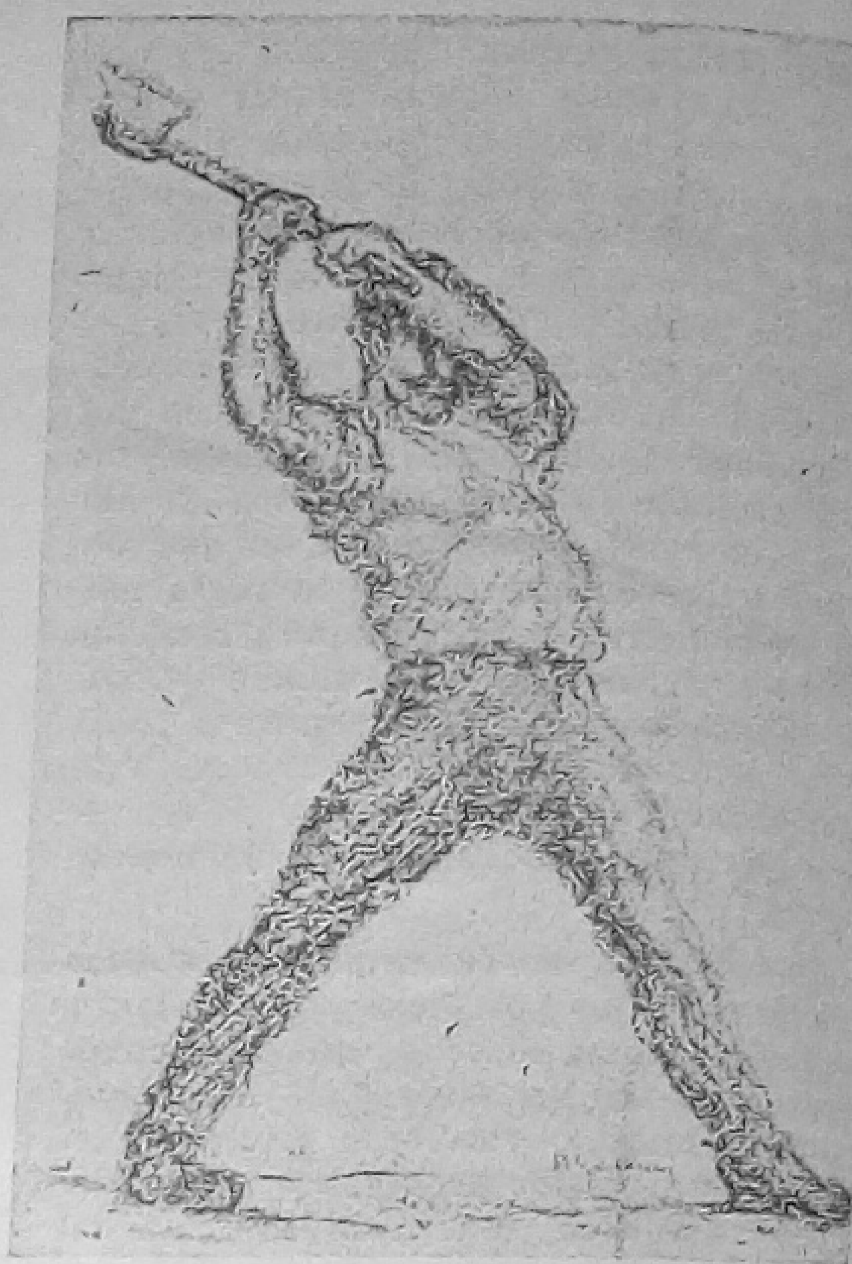
Nosotros no consagramos al aniquilamiento a los ricos y a los poderosos, sino a las instituciones que han posibilitado y favorecido el nacimiento y el crecimiento de esas malas criaturas. Nuestra misión es modificar las condiciones y debemos ahorrar toda nuestra energía para esa obra; derrocharla en venganza personal sería el más puro infantilismo. "La venganza es el placer de los dioses", decían los antiguos; pero no es placer de mortales que se aprecian, pues saben que ser los propios vengadores no significa otra cosa que rebajarse al grado de sus antiguos agresores. Si queremos elevarnos a un grado superior al de nuestros adversarios, debemos hacer que, después de haberlos vencido, bendigan su derrota. El axioma revolucionario: "Por nuestra libertad y por la vuestra", no debe ser una frase vacía.

Los hombres han tenido eso en todos los tiempos en el sentimiento; y después de todo triunfo temporal, la nobleza de la victoria extingue las amenazas del pasado. Es un hecho confirmado siempre que en todo los movimientos populares que surgen en torno a una idea, la esperanza en un tiempo mejor y ante todo el sentimiento de una nueva dignidad, llena el alma de elevados y generosos sentimientos. En cuanto la policía, la política y la burguesa, suspende su actividad y las masas dominan la calle, el ambiente moral se vuelve distinto, cada cual se siente responsable del bien y de la satisfacción de todos. Casi no se vuelve a ver el importunamiento por individuos; incluso los delincuentes profesionales suspenden su sombrío oficio, pues también ellos sienten que hay algo grandioso en la atmósfera. ¡Ah, si los revolucionarios, en lugar de obedecer una idea indefinida, como pasó siempre, hubieran concebido un objetivo determinado, un plan bien reflexionado para la instauración de la sociedad, si hubiesen querido firmemente la realización de un nuevo orden de cosas en que estuviera garantizado a cada ciudadano pan, trabajo, instrucción y el libre desenvolvimiento de su ser, no habría habido peligro al abrir de par en par las puertas de las prisiones y decir a los desdichados que habían encerrado: "Andad, hermanos, y no peguéis más".

Deberíamos dirigirnos siempre a la parte más noble del hombre, si queremos realizar grandes hechos. Un mariscal que lucha por una mala causa, estimula siempre a sus soldados prometiéndoles botín; un hombre benévolo, que aspira a un noble fin, alienta a sus compañeros por el ejemplo de su propia abnegación y de sus espíritu de sacrificio. Para él es bastante la fé en sus ideas. Como dice el refrán: la voluntad de los hombres es su reino celestial. ¡Qué importa que sea tratado de loco! Aunque su empresa no fuese más que un sueño, no conoce nada más hermoso y encantador que la exigencia de obrar y hacer el bien; en comparación con eso las realidades vulgares son para él sombras, espectros que sólo tienen una vida efímera.

Pero nuestro ideal no es un sueño. La opinión pública lo sabe muy bien; pues ningún problema le preocupa más urgentemente que el de la transformación de la sociedad. Los acontecimientos vierten previamente sus sombras. ¿Hay entre los hombres que piensan uno sólo que no sería de un modo o de otro un socialista, es decir, que no tendría su plan para las modificaciones en las condiciones sociales? Incluso el orador que pone en tela de juicio, ruidosamente, la existencia de un problema social, comprueba lo contrario de lo que dice con mil proposiciones. Y los que quisieran volvernos a la edad media, ¿no son socialistas también? Sostienen que habrían encontrado en el pasado, que no debe reedificarse de nuevo según las ideas modernas, las condiciones de la justicia social que establecería para siempre la fraternidad de los hombres. Todos están a la espera del nacimiento de un nuevo orden de cosas; todos se preguntan, unos con enojo, otros con esperanza, lo que nos traerá el día próximo. No vendrá con las manos vacías. El siglo, que ha sido testimonio de tantos descubrimientos en el mundo de la ciencia, no puede terminar sin traernos mayores conquistas aún. Instalaciones técnicas, que por un solo impulso eléctrico hacen palpitar en las cinco partes del mundo el pensamiento, han pasado con mucho nuestra moral social que es en muchos conceptos el producto de la hostilidad mutua de los intereses. El eje ha sido desencajado; el mundo tiene que ser conmovido para volver al equilibrio. En el espíritu la revolución está lista; es ya pensamiento, es ya voluntad: sólo falta que sea realizada, y esa no es la parte más difícil de la obra. Los gobiernos de Europa habrán alcanzado pronto los límites de la posibilidad de expansión de su poder y estarán frente a frente de sus poblaciones crecientes. La energía superflua que se derrocha en lejanas guerras, encontrará luego que hacer en casa — los pastores de los pueblos en su locura intentan, como han hecho antes a menudo, agotar sus energías, conduciendo europeos contra europeos. Esto es verdad, por esa vía pueden obstaculizar la solución del problema social; pero tras cada postergación reaparecerá más terrible que antes.

Que los economistas y los hombres de Estado inventen constituciones políticas o sistemas de salario en que el obrero pueda ser amigo de su amo, súbdito del hermano, del potentado, nosotros, "terribles anarquistas" que somos, solo conocemos un camino para establecer la paz y la amistad entre los hombres: la opresión del privilegio y el reconocimiento del derecho. Nuestro ideal es, como se ha dicho, que la igualdad fraternal a que todos aspiran, pero como a un sueño, adquiera figura en nosotros y se convierta en realidad concreta. La vida no nos agrada si la alegría de la vida debiera ser sólo para nosotros; protestamos contra nuestra dicha si no la podemos compartir entre hermanos; para nosotros es preferible peregrinar con los desheredados y los reprobados que sentarnos a los festines de los ricos coronados de rosas. Estamos hartos de estas desigualdades que hacen enemigos unos de otros; queremos poner un fin a ese furor que impulsa siempre a los hombres a choques hostiles y que sólo nace de la sumisión de los débiles por los fuertes en forma de esclavitud, de dependencia y de servidumbre. Después de tanto odio necesitamos amarnos, y por esa razón somos enemigos de la propiedad privada y despreciadores de las leyes.



H. MAX P.

PITÁGORAS

SU DOCTRINA FILOSOFICA

La vida de Pitágoras está envuelta en una leyenda misteriosa. Aparece como el sabio más profundo y el fundador de secretos ocultos. Pero como todo eso es independiente del objeto que perseguimos, nos concretaremos a dar una idea general de su doctrina filosófica.

Pitágoras, con la creación de su doctrina filosófica sin precedentes, ni aun en la fecundidad de los sistemas filosoficas de la India misteriosa, es el punto de partida del misticismo en la filosofía.

El Pitagorismo, al revés de todo sistema, no es hasta ahora susceptible de modificaciones y variaciones más o menos fecundas; vive dentro de los lineamientos precisos señalados por el genio insuperable del filósofo griego, por mas que en su concepción no se quiera vislumbrar que el número es la esencia de las cosas, y por más que algunos pensadores hayan querido encontrar una similitud marcada con algunas corrientes, filosóficas orientales, como la Cábala hebraica, en que el número no es sino un símbolo desprovisto de esencia propia o interna. Unicamente existen en ambas doctrinas ciertas analogías de vocablos, pero no de significado esencial.

El concepto tradicional de la filosofía pitagórica es que la idea del número lleva implícitamente el concepto de armonía, así como también las ideas de Unidad y Absoluto, lo que implicaría fundir la doctrina en una mecánica de lo estable, carácter que está lejos de tener el pitagorismo. El fondo va más allá del número y de la armonía, que son solamente la expresión inefable de un solo ritmo. Y ritmo es un movimiento uniforme, sujeto a un isocronismo indefinido.

La ciencia moderna en su afán de intensificación, ha dado la clave de la doctrina pitagórica, principalmente la Física. Un estudio detenido nos hace entrever que el sabio helénico en el curso de sus contemplaciones profundamente estéticas, había hallado una relación numérica constante en la escala musical, y las notas, muchísimos siglos antes de que se formularan las leyes relativas a las vibraciones musicales y luminosas.

Pitágoras buscaba la explicación de la naturaleza por medio de la relación estrecha que encontró entre ella y el hombre. Construyó su filosofía con sus intuiciones estéticas de música y de belleza, que hiciera suya, en parte, Platón, para crear su filosofía altamente idealista.

El genio crítico de Aristóteles realizó serias investigaciones sobre el pitagorismo y nos refiere que los cultivadores de dicha escuela se dedicaron principalmente a las matemáticas y las hicieron realizar grandes progresos; pero que, enfrascados exclusivamente en estos estudios, imaginaron que los principios de las matemáticas son también los principios de todos los seres. En seguida los pitagóricos establecieron la afinidad del número con las relaciones de la escala y de las notas musicales, y llegaron a afirmar que los elementos de los números son también elementos de las cosas. De esta manera en su concepción cosmológica, decían que el número diez era el representativo de lo universal, de los astros, y como no hubiese sino nueve visibles, inventaron la Antitierra para completar la década perfecta.

"Parece, dice Vasconcellos, que los pitagóricos, adoptando el número por principio, lo han considerado como la esencia de las cosas y la causa de sus modificaciones y cualidades. Ahora bien, los elementos del número son lo par y lo impar, siendo lo primero ilimitado y lo segundo limitado o justo. La unidad es impar, de igual manera que es ella la que da nacimiento a la serie entera, según los pitagóricos. Entre estos filósofos hay también otros que reconocen diez principios arreglados y contenidos en diez series principales."

La doctrina de Pitágoras tiene, posiblemente, un doble carácter, y de allí que sus discípulos como Filolao, en los fragmentos de Las Bacantes que nos ha legado, emplee un lenguaje simbólico.

Profundizando la verdadera interpretación que debe darse al concepto de número, todos los autores están de acuerdo en afirmar que eran tres los aspectos de esta concepción: el aritmético o cuantitativo, el analítico o esencial y el geométrico o formal.

Según el aspecto aritmético, parece que la forma primitiva del pitagorismo fué suponer que todos los fenómenos se desenvolvían en serie igual que el de los números, que son mónadas homogéneas; conforme a esta base los números constituyen la esencia y la ley del desarrollo de todo lo que existe, aunque no se halle definida la distinción entre forma y materia, siendo el atributo principal de ésta el ritmo uniforme de dinamismo.

Conforme al aspecto analítico de número, las cosas se encuentran entre dos principios contrarios: el limitado que permite que los objetos tengan determinación y sean susceptibles de ser conocidos por el hombre, que tengan comienzo y fin; y el ilimitado con un fondo indicado en su propio nombre e incognoscible para el hombre. Además, consideraba el pitagorismo, que el elemento esencial de las cosas es el punto; de es-

...considerabа el cuerpo sólido ...conjunto, simbólicamente, de tres ...o principios, la superficie de dos. ...(1) *Y el principio productivo, para ...la armonía, que da unidad a lo ...y que une los elementos contra-... ...la armonía de lo par y de lo ...simbolizada en el número.*

...por último, según el aspecto geomé-...formal, que convierte la doctrina ...número en una teoría perfectamente ...aunque pierda todo su contenido ...la unidad mónada que es el ele-...más simple y anterior a todo otro ...también el del punto; el punto en-...la línea, y ésta a la superficie, y ...superficies forman los cuerpos sóli-... En definitiva, las unidades son nú-...y éstos deben ser el principio de ...universal y de todo lo que existe. ...fácil vislumbrar que aquí aparece una ...de convertir en racionalista una ...esencialmente mítica, sólo com-...ble, "abriendo el alma al rumor ...ble".

...desterrar toda inversión de los ...fundamentales de la doctrina ..., lo esencial es notar que los ...no eran considerados como co-..., al contrario, las cosas como nú-... De otro lado, la armonía era con-...de las relaciones de los núme-...de las cosas, y no era, pues, un ...como algunos críticos han que-..., sino un efecto inmediato y ...de la conciencia.

...pensador de Crotona fué, según ..., el verdadero iniciador de la ...ción referente a la causa de las ... Y ese afán constante hizo que él ...continuadores descubriesen que la ...orden eran los más altos elemen-...la vida humana: la naturaleza les ...espectáculos admirables de or-...regularidad, principalmente en el ...de los movimientos celestes, ...creyeron hallar en el nú-...la armonía. Pero, según la atinada ...de Schleiermacher, en el ...esta especulación empírica, ha-...ideal que procuraron reali-...*ético y el estético, como una ...primordial del carácter espi-...de la doctrina*, emanada de in-...hondas de artista, con el obje-...pretender salvar el eterno dua-...cuerpo y alma, espíritu y ma-...

...ahora, cuál era el fondo es-...la doctrina pitagórica, que si ...logró fundar una Estética, trajo ...filosofía, conceptos maravillosos ...y armonía.

...la especulación pitagórica un ...empírico y una reacción espi-...de índole artística. El filósofo ...número, en las cosas suscepti-...percepción sensorial un ritmo uni-...movimiento, que está en la ...de las cosas, este ritmo al pene-...el alma humana produce una ...que vibra al unísono del mismo ...¿qué es ese ritmo? La armonía ...que debe ser simbolizada por ...y sus relaciones de constan-...*inefable de las cosas, que ...exquisita cree percibir ...de expresarse en la escala ...rigor a la concepción del nú-...sus relaciones y que ...la ciencia de las ...símbolo de dichos movi-...*. Este concepto del nú-...a degenerar en matemáticas. ...el problema de por qué ...causa de goce y otros ...problema es la interrogación, ...otras formas, perenne de la ...de todos los tiempos.

...simbólica del número ...Pitágoras y sus discípulos se ...investigar la ciencia del nú-...número se compone de los ele-...impar; el número tres es ...tiene medio, princi-...universal se halla simbóli-...número diez. Llegaron tam-...que el sentido de orden ...constituirían el nexo de fu-... y del sujeto, del mundo ...son las dos fases de la ...

...ción del ritmo parcial ...estética era, para ...de esencia de las ...subjetiva, perso-...filosófico de las cosas vendría así a coincidir con percepciones del arte; pues decía que las leyes de la belleza eran el medio de operar del espíritu sobre el mundo material. Ese ritmo único, idealizado "mueve las almas y las estrellas".

Pitágoras vislumbró la intuición de los grandes músicos modernos. El ritmo no era sino la forma, el fondo constituía la armonía. El ritmo reflejaba el fluir incesante del espíritu y de la naturaleza; no era rígido ni estático, *era el ritmo libre y que podía ser original, según la concepción del artista, siempre que conservase el vigor de la armonía íntima.*

Por otra parte, su doctrina de la metempsícosis y su metafísica progresiva, vienen a probar ésta faz de la concepción pitagórica. o sea de que el ritmo no es sólo forma que adopta el fondo armónico y misterioso de las cosas.

Por más que no se llegara todavía al conocimiento de la ley de causalidad que rige el mundo fenoménico, en el de los nóumenos, como diría Kant, el pitagorismo había formulado el ritmo de lo desinteresado y bello, que gobierna el desenvolvimiento de la vida espiritual.

---

(1) *La calidad fundamental de toda obra de arte se halla expresada en el apotegma pitagórico: La armonía, que da unidad a lo múltiple, y que une los elementos contrarios.*

(2) *De lo que se olvidan numerosos artistas contemporáneos.*

***

CHARMIAN LONDON

Cómo conocí a Jack London

La primera vez que encontré a Jack London fué en un día de primavera en Berkeley, California (1). Habiendo perdido mis padres muy temprano, tuve que acogerme a una tía, cuyo marido sostenía no sé que relaciones con un *magazine* "The Overland Mently", editado en San Francisco, que dió a conocer un buen número de nombres de escritores que después casi todos llegaron a la celebridad.

Mi tío, con algunas palabras de caluroso elogio, conmovió a su mujer, despertando al mismo tiempo su curiosidad respecto a ese joven que le había sometido a su juicio novelas verdaderamente notables. Ella, intrigada, quiso conocer ese fenómeno, para inquirir cómo vivía y trabajaba. He ahí cómo fué recibido Jack London en nuestra casa de Berkeley.

Ese día, regresando un poco tarde después del mediodía, llegué en el momento en que mi tía le acompañaba hasta la puerta. Reveo todavía el corredor sumido en una semipenumbra, y los rayos del sol, tamizado por los vidrios coloreados de una pequeña ventana, jugando con los bucles de un joven de una veintena de años, de anchas espaldas, que mi tía me presentó. Me miró con timidez. Pude notar que sus ojos eran grises-azules, francos y joviales, y él, al saludarme, me sonrió.

Vestía un traje de ciclista con un cuello blando y una corbata flotante. Sobre su brazo tenía una enciclopedia inglesa que mi tía acabada de prestarle. Tomó mi mano con hesitación y sus ojos estudiaron un momento los míos. Luego, con paso ligero, descendió los escalones que mediaban de la puerta de calle a la verja; montó en su bicicleta y agitando su gorra gris como último saludo, desapareció tras de la primera esquina de la calle.

—No es seguramente una de las más elegantes de tus visitas. — le dije riendo a mi tía. quien reprendió mi espontánea reflexión de niña aturdida.

—Es muy pobre, — continuó ella — pero de un gran talento que irá muy lejos, muy lejos...

Nuestro próximo encuentro se produjo en San Francisco, donde mi tía, su primer biógrafo, lo había retenido a almorzar. Ocupada en otras cosas, no había pensado más en él. Durante la comida hablamos con animación de sus obras, y, entre otros escritores, particularmente Rudyard Kiplyng, hacia quien Jack London experimentaba una viva admiración y un gran cariño. En efecto, desde que adquirió cierta fama, los críticos le saludaron como un joven Rudyard Kiplyng americano.

En el curso de esa pequeña reunión amistosa casi íntima, recuerdo que sus modales estaban llenos de seducción y que pronto nos cautivaron a mi tía y a mí. De tiempo en tiempo estallaba en explosiones de entusiasmo a propósito de casi todos los tópicos que tratábamos: un escritor favorito, un bello poema, alguna región encantadora de California, que los tres conocíamos.

La impresión que me produjo, nada tiene que ver, sin duda alguna, con la que se pudieron forjar los lectores de Jack London. Creerán que fuí impresionada por su rudeza, su fuerza, su poder dominador. Nada menos exacto. Escuchándole hablar, escrutando su fisonomía, pensaba que era difícil asociar la naturaleza dulce y sensitiva de ese joven escritor, su timidez presta a ruborizarse, con los diceres y rumores que corrían acerca de él. Se decía, en efecto, que tuvo una infancia y una adolescencia turbulenta: niño, había vendido periódicos en los barrios bajos de Oakland; más tarde, realizó terribles hazañas, en compañía de gentes sin nombre, en la gran bahía de San Francisco, o en Oakland, con bandas de vagabundos. Estuvo como marinero navegando a lo largo de las costas del Japón en una goleta armada para la pesca de la foca. Después se unió con vagabundos profesionales y con miles de parias para recorrer casi todo el continente americano, viajando a veces en los furgones de los equipajes, o peor todavía, bajo los vagones de los pasajeros, con peligro de su vida, y luego, más tarde, regresó recorriendo en sentido inverso todo el Canadá.

Siendo verdad todo esto, adquiriría más mérito ante mis ojos. Cuando empezó a escribir sobre la vida de ese vasto mundo que recorrió y conoció, no trató más asuntos que los temas, sujetos vividos por él: los hombres, las mujeres, los niños, los animales: el dolor, el sufrimiento, la fatiga, las desilusiones, la fé y la dicha, el amor y la muerte. Poseía la facultad de observar y comparar. Sediento de aventuras, en el fondo de su alma sentía de una manera extraordinaria todas las bellezas que se pueden encontrar en el ser humano, en las bestias y en la naturaleza. Su super-sensibilidad de cuerpo y espíritu era tal, que asimismo, sabiéndose jugar bravamente en el juego de la vida, debería sufrir mucho más de los reveses de fortuna que los que los tocaban a aquellos que frecuentaba, aun de fibras más rudas, que por los suyos. Otto Weininger ha escrito: "Un verdadero genio es aquel que penetra el fondo de las cosas de la manera más intensa." Si Jack London fué un genio, — contra el cual se defendía con gran vehemencia — yo creo, sin embargo, que era esa la forma de su genio.

Estuve un tiempo sin verle. Me fuí a Europa, y a mi regreso él partía para Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Durante la permanencia de seis semanas en las tabernas de Londres de los barrios bajos, vivió y escribió la historia del *East End* (Whitechapel). Ese libro tiene por título: *El Pueblo y el Abismo*. Varias veces le escuché a Jack declarar que de los cincuenta volúmenes que había publicado, éste era en el que había puesto más emoción.

Entre otros, los que prefería especialmente son las narraciones de "El Silencio Blanco", "El Valle de la Luna", "Las cartas de Kepton-Wace" (escrito en colaboración con Ana Strumsky, que fué una de las camaradas de Jack en la Universidad de San Francisco), y "Martín Eden".

Si el hombre moderno tiene una capacidad de producción mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué en los Estados Unidos no están convenientemente alojados y alimentados quince millones de hombres? ¿Por qué trabajan millones de niños? La culpa es del capital, que dirige esa producción en forma tan criminal e injusta".

(De *Hiron Heel*.)

P. BECQUEREL

NOTAS CIENTIFICAS

La conquista de la hulla azul

...Es la conquista de la formidable oscilación del océano, que se resume en la marea que cubre periódicamente largas y anchas zonas de riberas y en el perpetuo movimiento de las olas que se lanzan sin nunca detenerse al asalto de los litorales, desgastando la rocalla, destruyendo los acantilados y ahondando los golfos.

Ahora bien, ¿de qué manera se podrá emplear, utilizar esa energía colosal que se pierde sin provecho alguno? Es lo que se han propuesto realizar y llevar a la práctica numerosos ingenieros.

Por lo pronto, las bajas y altas mareas, debidas a la atracción lunar, retuvieron particularmente la atención de los estudiosos en hidráulica. En efecto, después de 1837 hasta nuestros días, se cuenta más o menos el despacho de una centena de patentes de invención, de las cuales una veintena han sido ya publicados.

Una comisión oficial, denominada de la *Hulla azul*, desde algunos años hasta ahora estudió todos esos proyectos durante numerosas sesiones y examinó las maquinarias propuestas, buscándoles el emplazamiento más adecuado para realizar los ensayos.

Los procedimientos que emplearon para resolver el problema han sido clasificados en tres categorías, según los principios en que se apoyan.

En la primera categoría se utiliza la potencia de la marea mediante flotadores que ella acciona continuamente. Esos flotadores se hallan en comunicación con transmisiones mecánicas de la usina de la costa, y su lento movimiento se transforma en otro regular que hace girar los motores.

De modo que un cuerpo flotante de 2.500 toneladas es susceptible de proporcionar una centena de caballos de fuerza con cuatro paros forzosos de veinticuatro horas durante el mes.

En la segunda categoría, se han fabricado aparatos mecánicos rotativos munidos de alas cuyas paletas, sumergidas en las corrientes, utilizan su velocidad. Es sobre ese tipo que se han construído molinos a marea, que se reunieron con los molinos a viento de nuestros abuelos. Es así que la energía recogida con estos ejes y paletas es solamente de 10 a 15 caballos.

En la tercera categoría se colocó todos los modelos que son basados en el principio más práctico de la utilización de una caída de agua.

Se crearon esas caídas en el fondo de bahías, donde se forma un depósito de agua mediante compuertas y presas. En la marea alta se llena ese depósito, que se vacía cuando la marea se retira. Durante su caída pasa a las turbinas de una usina eléctrica, construída sobre la presa. Para evitar la interrupción producida que se necesita para llenar el depósito, el estanque o cuenca, se puede combinar un ciclo de dos depósitos alternados. Cuando uno se llena, el otro se vacía, y viceversa. La usina se colocará en medio de ambas presas.

La compensación se puede todavía hacer de otra manera: cuando a la acción de la marea se añade un volumen de agua dulce de un depósito superior, procedente de una ribera o de un río, que desemboca en ese sitio en el mar.

En fin, existe una gran ventaja en munir esas instalaciones de transformadores hidráulicos, tales como los dispositivos de las bombas de doble alternativa del ingeniero Fouche, que con la presión de una caída baja de dos metros y, por ejemplo, sobre la velocidad de la corriente de agua de veinte metros cúbicos por segundo, se puede remontarla hasta un depósito situado en los acantilados a una altura de 200 metros.

Se crea así una caída poderosa con una velocidad de 400 litros por segundo, cayendo sobre las ruedas "Pelton" (la turbina), imprimiéndoles una marcha velocísima, que reduce al mínimo de economía el material electromecánico que le es propio.

Ese procedimiento de altos rendimientos es de los llamados a tener un gran porvenir, puesto que resuelve de modo práctico el problema tan complejo de una usina mare-motriz aislada y autónoma.

Resumiendo: se desprende que el punto capital del éxito de un establecimiento semejante a una usina, reside en la diferencia de la altura entre el nivel de la alta y la baja marea.

Como la altitud de las mareas en el Mediterráneo no sobrepasa de los 30 centímetros, no se puede pensar más que en las costas de la Mancha y del Atlántico como probables puntos de instalación de usinas maremotrices.

Sobre el litoral del océano, la altitud máxima de las mareas del equinoccio varía, según las regiones. De cuatro metros a 50 en San Juan de Luz, alcanzando desde 6 metros hasta 65 en La Rochela y de 7 a 10 en Brest; de 13 a 65 en Saint-Malo, de 7 a 55 en El Havre, y de 9 a 30 en Boulogne.

Las partes del litoral más fácilmente utilizables son aquellas regiones en donde las grandes mareas, como en Finisterre, las Costas del Norte, la Ille-et-Villaine, el Morbihan, presentan ya cuencas naturales que se puede económicamente colocarles compuertas y presas, munidas de turbinas especiales y de transformadores hidráulicos. Sobre la costa de Bretaña se eligieron ya un centenar de localidades, en las cuales serían ventajosas las estaciones maremotrices.

La primera estación de ensayo, actualmente ya en vías de realización, es la de Aber-Vrach, a 25 kilómetros de Brest, y cuyos planos son de una ingeniosidad única. Esta estación está combinada con una usina de socorro situada en la ribera de Diouris, con la que constituirá un depósito de doce millones de metros cúbicos, que se conjugará por otra parte con las otras centrales térmicas de Brest y de Haute-Blavet, asegurándole a esa región un rol industrial considerable.

Se puede citar todavía el último y grandioso proyecto del ingeniero parisiense M. Schwob, basado sobre un ciclo de utilización y sobre un modo particular de distribución eléctrica, según el sistema de Thury. Ese proyecto consiste en construir en la bahía Fresnaye una formidable usina de 400.000 caballos. Su construcción costaría unos 375 millones de francos.

Pero antes sería prudente esperar los resultados de los ensayos de Aber-Vrach.

Llegamos entretanto a los procedimientos concernientes a la utilización de las pequeñas marejadas, es decir el movimiento del oleaje en la costa del litoral, así como a lo largo de las costas del Mediterráneo.

Los aparatos están constituídos por flotadores, que transforman, por mecanismos apropiados, las oscilaciones verticales de las olas, en movimientos rotatorios, accionando ejes de las transmisiones de diversas máquinas instaladas en la ribera. Desgraciadamente, esas instalaciones son fácilmente destruídas por las tempestades.

Sin embargo, los experimentos verificados por un ingeniero, M. Fusenot, de Guyotvillemen, Argelia, son bastante satisfactorios y convincentes.

Ese ingeniero habría encontrado el medio de proteger su dispositivo por una especie de dique, munido de un túnel que desemboca en la bahía donde coloca sus flotadores. Con una instalación de seis flotadores de cuatro toneladas cada uno, llega a producir 300 caballos de fuerza motriz, devengándole cada caballo 500 francos! Pero no cuenta lo que le cuesta en gastos accesorios, además del motor, la protección de los aparatos, bombas, turbinas, dínamos, que resulta ser el triple precio de una usina ordinaria.

Sea lo que fuere, ese mecanismo que transforma en fuerza motriz el movimiento del oleaje, significa ya un gran progreso.

He ahí cómo se presenta la utilización de la hulla azul en sus dos aspectos y bajo de dos formas: la potencia de las grandes mareas y la oscilación de las olas.

Entramos, pues, resueltamente, en una nueva fase de realizaciones prácticas, de las cuales ya se puede prever que en un porvenir muy cercano, la energía del mar domeñada y domesticada por la ciencia y la mecánica, reemplazará ventajosamente a la hulla negra.

Transformará completamente la vida industrial y económica de las ciudades costeras y de los puertos que tendrán a su disposición la electricidad necesaria para manufacturar las materias primas procedentes de los cuatro extremos del mundo.

BIBLIOGRAFIA

Letters to Judd, an american workignman, by Upton Sinclair.—

Estas cartas dirigidas a Judd, un obrero norteamericano, son un intento de divulgación, llanamente confeccionado, acerca de los métodos capitalistas, explicando, con documentos y cifras, de qué modo el capital, apoyado por leyes de violencia y de coerción al débil, se queda siempre con lo mejor y la mayor parte de la riqueza labrada por una comunidad de esfuerzos. Si esta es una verdad empíricamente archisabida, era necesario enseñarle la lección a los trabajadores para que con datos fehacientes supiesen cómo se les roba y explota, y pudieran defender su derecho con válidas razones.

En la portada de este folleto se dice cuál es el objeto que se propone. El autor se pregunta: "¿Por qué hay tanta miseria o pobreza en la nación más rica del mundo? ¿Por qué, a través de todo el territorio norteamericano, los ricos se enriquecen más y los pobres a la inversa, van siendo cada vez más pobres? ¿Quiénes acaparan la riqueza y el bienestar común que los trabajadores producen, para emplearlo contra estos mismos? — Ahí están los hechos y también sus causas y razones y su remedio, redactados con lenguaje sencillo y comprensible para todas las mentalidades. Treinta años de estudio de los problemas sociales y económicos de Norteamérica se hallan contenidos en este opúsculo; y también treinta años aprendiendo cómo se escriben libros.".

El autor declara que la crítica de la gran prensa no se molestará en publicar veinte renglones para expresar su opinión sobre el texto de su folleto. Entonces, para que se divulgue y se lea, renunció a sus derechos de autor y ofrece las formas impresas a cualquiera que desee editar grandes cantidades.

Hallándose en inglés, estos beneficios no pueden aprovecharnos, a menos que alguien lo traduzca; aunque por lo particular del asunto, dedicado exclusivamente a los problemas estadounidenses, muchas cosas no serán aplicables aquí y casi resultarían incomprensibles para nosotros. Naturalmente, las verdades generales caen bien en todas partes.

Estas Cartas a Judd tienen cierto parecido, como propaganda dirigida al pueblo, con "En el café", de Errico Malatesta. Pero donde éste hace filosofía de los hechos cotidianos para abarcar en su horizonte intelectual todos los temas contemporáneos de las sociedades presentes, Upton Sinclair se auxilia con las ciencias económicas, barajando un sin fin de cifras, empequeñeciendo, estrechando su punto de vista en el examen de determinados tópicos, para llegar aparentemente a las mismas conclusiones: que debe ser derribado el sistema capitalista. U. Sinclair, aun no siendo un marxista declarado, sigue la misma tendencia, aunque no al pié de la letra, sino en una interpretación libre.

Para realizar esos fines anuncia una nueva revolución americana, o sea en los Estados Unidos. Y dice: *ello no significa revueltas y tumultos, como se imaginan nuestros enemigos; pero tampoco puede significar una sumisión esclavizada a todas las represiones gubernamentales.*

Y para esa revolución apela a los manes de los grandes estadistas norteamericanos, Sam Adams, Patrick Henry, George Whâshington, Tomás Jefferson, de quienes dice que si se reprodujeran las palabras donde hablan del derecho del pueblo de arrojar por la borda a los injustos gobiernos, las buenas señoras que se llaman a sí mismas "Hijas de la revolución americana", tendrían el más gran choque de sus respectivas existencias. Y cita a Abraham Lincoln, en uno de sus discursos:

"Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Por cualquier causa justificada, si estuviese descontento del gobierno existente, puede ejercer sus derechos constitucionales para enmendarlo, o su derecho a la revolución para desmembrarlo o echarlo abajo".

En la carta magna de este país, de la Argentina, se exponen los mismos o parecidos postulados liberales con diferentes palabras. Y este liberalismo tan generoso en el papel, le arrancó una exclamación a Anatole France cuando nos visitó, que era más o menos esta frase: "Sé que tenéis una de las constituciones más nobles y libres del mundo y que algún día pensáis llevarla a la práctica."

Upton Sinclair, al poner como testimonios los próceres de su país, es probable que hizo cuestión táctica; ya que mucho más radicales al respecto lo son otros pensadores de raza.

Pero desde el momento que no nos fué posible dar una idea de la copiosa documentación que le presenta como uno de los intelectuales más informados sobre vastos asuntos económicos y sociales de su ambiente, hemos querido, con lo que antecede, indicar los remedios que proponía como solución definitiva a esos vivientes y palpitantes problemas.

Finalmente el único *hint*, o sea el vislumbre que se nos da sobre esa revolución pacífica, o remedio, es, en este párrafo, dirigiéndose a Judd:

"Es necesario que concluyamos de una vez con el capitalismo. Está muy cerca de su derrumbe y pronto será incapaz de dirigir las usinas, las fábricas y talleres que construyó, o transportar los alimentos para la población de sus ciudades gigantescas. Debemos detener la producción que beneficia exclusivamente los intereses de los capitalistas y aprender a producir solamente para aquellos que trabajan. Es un camino que te indico para que el cambio se realice bajo el amparo de nuestra Constitución; y añado: si hay violencia, deja que los capitalistas sean los primeros en empezar, y entonces tú, Judd, y todos los obreros serán los que la finalicen."

Lo malo es que hace mucho que la violencia de los capitalistas empezó...

Al volver a discurrir de Lincoln, dice que así como él odió el poder de los partidarios de la esclavitud, así odia Sinclair el capitalismo. Un poco más abajo hace su profesión de fé, y escribe:

"Soy uno de los creyentes de estas tradiciones; desciendo de una línea de mis antepasados que perteneció a la marina de guerra. Mi bisabuelo tuvo el comando de la fragata "Constitución"; por eso estoy siempre de pié en la cubierta de la antigua nave, mientras sus propietarios, hacedores de millones, y sus políticos, sirvicates alquilados, tratan de torpedearla. Cuando quise leer la Constitución Americana en una plaza pública y un jefe de policía completamente borracho me arrojó a una prisión y otros periodistas, también borrachos, aplaudieron, te aseguro, Judd, que maldije mi tiempo. Una vez, durante dos años, me puse a leer, a estudiar el período anterior de la guerra de Secesión, y pude comprender cuán grande es la reserva moral que guarda el suelo norteamericano. Sé también cuánto son capaces de esperar, y qué lentas son para moverse y entrar en movimiento. El hecho es que existen; están aquí y yo les lanzo mi llamado y espero su respuesta. Cuido precisamente mi salud con la idea de poder vivir para cantar una vez más el himno de batalla de la república: *Mis ojos vieron la gloria de la venida del Señor.*"

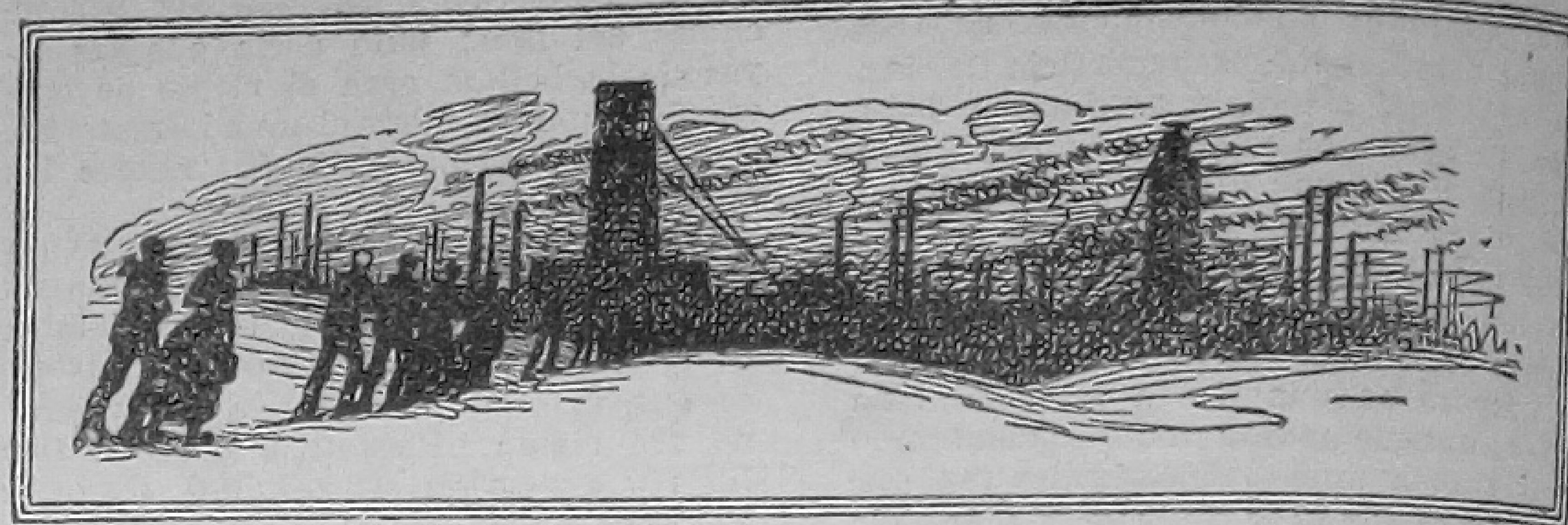
Con estas citas repetidas nos propusimos exhibir los propósitos finales del autor, y demostrar, al mismo tiempo, nuestra imparcialidad al juzgar miras no del todo en consonancia con nuestro sentir de anarquistas. La actitud de independencia mental que siempre adoptó y mantuvo hasta ahora Upton Sinclair frente a la plutocracia yanqui, le hace acreedor al respeto de los hombres desprovistos de mezquinos sectarismos.

En los últimos tiempos tuvimos noticias de una polémica ventilada en "The Road to Freedom", periódico anarquista que aparece en Nueva York, en la que intervenía Sinclair y un camarada nuestro. Sólo pudimos leer la respuesta firmada por este compañero, T. H. Bell. La carta que se alude del novelista, donde parece que defendía el bolcheviquismo comparándolo favorablemente con las tiránicas autoridades de California, no tuvimos la suerte de leerla.

De ahí la imposibilidad de abrir juicio sobre este incidente. Por lo demás son conocidas las simpatías de Sinclair por la Rusia bolchevizada.

El trabajo que comentáramos ligeramente es muy valioso como documentación, descubriéndonos aspectos inesperados de los manejos del capitalismo yanqui.

Entre estas cartas a Judd existe más de una que podría ofrecer un gran interés para nosotros. Por eso trataremos de traducirlas.



AÑO V — BUENOS AIRES, 21 DE JUNIO DE 1926 — N.o 228

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEM... — ...O: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — ...valores y giros a M. TORRENTE

El frenesí de la velocidad

...l embrutecimiento de las masas po... ...lares, velado o evidente, ha sido el ...n político, constantemente llevado a ...o por todos los gobiernos que sur... ...on desde los clanes hasta los más ...rosos imperios. En épocas lejanas ...a un derecho inalienable e indiscuti... ...pese a las sucesivas sublevaciones ...otas, esclavos y parias.

...y, en el siglo de la electricidad y del ... cambiaron las apariencias, no la ...ia de esa política. Nada importa que ...strucción del pueblo se extienda y ...ultiplique. A sus amos, más astutos ...itarios que los antiguos, les convie... ...e sepa leer y escribir. Siempre ren... ...la. Los estudios superiores son li... ...para todos, pero máxime para los ...ados, los hijos de las clases domi... ...s. Es que ni los colegios ni las uni... ...dades se hallan exentas de esa po... ...a encubierta o a la vista, de incul... ...prejuicios embrutecedores, envueltos ... camouflage de muchos conocimien... ...iles por cierto. Es la vacuna del ...o autoritario aplicada a la niñez ...a juventud para que el virus obre ... desarrolle durante toda una vida. ...ilia y la escuela son, en la socie... ...mente, la forja de los hombres.

...las masas de estos hombres, po... ...r en general de la criatura hu... ...mbién se les ofreció tan numerosos ... tan innumerables pretextos pa... ...utecerse, para avillanarse. Se les ...ma, con diferentes métodos, en... ...vestidos, la eterna fuga, la huida ...o de ellas mismas. La medida má... ...la extrema manera de huir, el ol... ...al de la propia omnipresencia, se ...n los alcaloides, en los estupefa... ... Es por lo pronto el suicidio apre... ...e la personalidad pensante. Las ...ciones del tabaco y del alcohol, ...n así instrumentos inofensivos.

...hay todavía otros medios más ...dos para llegar a los mismos fi... ...que, si este siglo y los fines del ...udieron denominarse de la elec... ...también merece acoplárseles el ...te en todos los aspectos de la ...d humana. Por él se ha instaura... ...al de la velocidad, el imperio ...da y de los *records*. Los hay pa... ...lada para esa pareja que en ...nidos danzó durante 48 horas, ...cansar. La divisa de los seres ...trimerías de esta civilización, ...la de no encontrarse nunca ...con ellos mismos, y la de ro... ...rdimiento en aturdimiento. Y ...ndistintamente para todas las ...ales, aunque más extremada ...los que penan en las capas in... ...quieren ausentarse, aunque por ...mentos, del infierno de sus ...necesidades y miserias. Y es ...cialmente que el sistema bur... ...ize, ofreciéndoles sus deriva... ...mantenerlas en constante dis... ...viando sus pensamientos de ...ión de ininterrumpidas penu... ...el cinema, el periodismo, el ...sus más variadas fases, lotería, ...carreras de caballos, el fut... ...y, de cuando en cuando, los ...cionales de vuelos intercontí... ...transoceánicos, que resumen en ...estros un poco arbitrariamen... ...ese frenesí de la velocidad; ...idelea. Es una forma de pa... ...ante que le cabe el mérito del ...o a este siglo mecanizad...

Huye de sí mismo en raudo vuelo el sub-héroe que cabalga un aeroplano por la inmensidad de la atmósfera, como huyen los millares de espectadores frente a las pizarras anunciadores de las incidencias de sus etapas. Es una multitud que voluntariamente se deja enajenar su omnipresencia para entregarse a ese momentáneo frenesí devorador, que luego le dará pasto para comentarios y discusiones interminables durante semanas y meses. Todos sus días se tapizan de esos instantes de fugitiva embriaguez de los sentidos, única sustancia nutritiva para su hambre de ilusorio olvido. Y cabalgando también ella, la gran muchedumbre neutra, en oleajes de sensaciones embrutecedoras, conservará intacto, inusado lo mejor de ella, quizás su alma, su partícula de heroicidad viril, porque sus exparcimientos espirituales y la educacion de sus nervios y cerebros se redujeron a lecturas folletinescas, carreras hípicas, futbol, box y etc. En una palabra, todo lo que el homúnculo civilizado tiene a su disposición para embotar sus órganos más nobles.

El cacareado *mente sana en cuerpo sano*, que exige violentos ejercicios físicos, no siempre es un indicio de sanidad mental ni de sentimientos gentiles. A veces es todo lo contrario. Los idolillos de la puntería de la patada y de la potencia del puñetazo, elevados al rango de pequeños héroes muy brutos, desde mucho tiempo vienen dando lugar a escenas no del todo edificantes. Citemos una concreta y de las tantas ya sucedidas. He aquí cómo un cronista deportivo de "La Nación" narra un partido de futbol, del domingo próximo pasado:

El partido entre el primer cuadro local y el de Sportivo de Almagro había provocado honda expectativa Por eso las tribunas, a pesar del día desagradable, se vieron totalmente ocupadas, y cuando todo parecía indicar que el match se desarrollaría en forma normal, los primeros incidentes dieron la nota desagradable. El entusiasmo fué en aumento, sin embargo, y apenas el Sportivo de Almagro marcó el primer goal la aclamación estruendosa cesó instantáneamente: habían sonado disparos de revólver y fué menester indagar el resultado. ¿Se había producido algún incidente grave? ¿Acaso entre los espectadores había muertos y heridos? Nos apresuramos a averiguar y pronto supimos la verdad de lo ocurrido: "Se trata, nos dijo, de un acalorado partidario de Sportivo de Almagro, de un amigo del barrio que festeja el goal que marcó Uriarte..."

La información nos pareció un tanto exagerada, pero más tarde, cuando Sportivo de Almagro obtuvo el segundo tanto, sonaron otros disparos, y entonces interrogamos al autor.

—¿No ve, acaso — nos dijo — qué magnífico goal marcó el centroforward Uriarte?

Y mientras, excitado todavía por la victoria que se definía a favor de su cuadro en forma tan categórica, guardando su revólver, el hombre lamentaba no tener más balas para celebrar otro goal probable.

Pero después de los tiros de revólver, hay ladrillazos y botellazos. Sigan leyendo:

Cinco minutos antes de la terminación del match, el encargado del botiquín de Sportivo de Almagro arrojó una botella contra los espectadores y, por fortuna, el proyectil se estrelló contra un poste del alambrado, evitándose algún accidente serio.

A continuación, el linesman García solicitó un free-kick para Perinetti, a consecuencia de un out-ball, y se produjo un breve incidente entre ambos; casi en seguida, un espectador arrojó con violencia una botella, que pasó a escasos centímetros de Recanattini; Calvelo recibió en la espalda un ladrillazo, que lo hirió, volteándolo, y, terminado el match, varios espectadores rodearon al linesman García con ánimo de agredirlo.

No nos cabe duda, ese desgano que demuestran las multitudes hacia ideologías de índole altruista y de filosófico desinterés, la nuestra, por ejemplo, mucho tiene que ver con este frenesí deportista, con este vertiginoso vivir que se desgasta a expensas de las pasiones animales. Cultivada intensivamente, por el orden actual, esta forma de existencias frenéticas sobrecargadas de apetitos de presa, no queda sitio para preocupaciones más elevadas y de más enjundia.

Pacificaciones macabras

La civilización hispano-francesa ha comenzado su labor regeneradora de pacificar las regiones marroquíes. Prisionero Abd-el-Krim, disputada esta presa mayor por España que, a toda costa quiere cobrarse las afrentas, las humillaciones de un enemigo más débil que ella en poderío, quisiera inventariar todas las ejecuciones de prisioneros, todas las torturas infligidas por el caudillo moro a los graduados españoles que deseaban arrancarles secretos valiosos. Para decirlo de una vez, intenta instaurarle una suerte de proceso judicial por todas las empresas feroces, bárbaras o no, que cometió en su defensa y en defensa de los suyos. Algo parecido a lo que se quiso hacer con el ex-kaiser, y que las potencias aliadas renunciaron a realizarlo para no establecer un peligroso precedente que al-

EL FIN DE LA BURGUESIA



—¿Quién eres y que haces?
—Soy el partido comunista, sepulturero de la burguesía...
—Presiento que entre los vivos no deben existir burgueses, porque tú no has sepultado nada más que proletarios.

gún día podría ser tenido en cuenta para ellas. Francia intenta no acceder a las pretensiones de las autoridades militares españolas, arguyendo que tamaña providencia de maligno desquite contra un vencido podía exasperar a los cabileños y arrojarlos a nuevos excesos.

Abrigamos la peregrina idea que esas precauciones del gobierno francés son casi inútiles. Ciertamente, si se le trata de tal manera a Abd-el-Krim, que a la postre se convierta en un mártir a los ojos de los suyos, prontamente la mesnadas supersticiosas de moros, lo endiosarán y harán de él una bandera de combate.

Pero lo que las tropas españolas y los indígenas adictos están cometiendo ya, les dejará un sedimento de rencorosa rabia que a la corta o a la larga será nueva levadura para un sin fin de venganzas y de sangrientas revanchas. Es probable que la función de verdugo se la asignen a las cabilas fieles a España, siempre respaldadas y azuzadas por la milicia española. Una cabila que se apoderó de Xauen, procedió a una degollina general, según se desprende de noticias cablegráficas. Dice:

El campo de Xauen presenta un aspecto sangriento y trágico; en todas las almenas de la Alcazaba y en las murallas que circundan a la población se ven colgadas de enormes garfios centenares de cabezas de rifeños, y al pié de las murallas, en las calles y los fosos, multitud de cadáveres decapitados. Estos son enterrados muy lentamente, temiéndose que se desarrolle una epidemia.

Los cabileños triunfantes recorren las casas buscando dinero, que creen escondido por los rifeños cuando el asalto a la población. El botín tomado es enorme, habiendo, además, quedado en poder de los yebalas 300 mujeres y niños rifeños.

Los altos militarotes españoles, brutos y borrachos, dan desahogo a sus instintos bestiales de revancha imponiendo la pacificación de los cementerios.



D. A. DE SANTILLAN

Armas para el espíritu

Glosas al cincuentenario de la muerte de Bakunin

I

¡Hermanos, levantad los ojos sobre las barreras de la cotidiana rutina! Hay horizontes mucho más vastos, hay perspectivas mucho más grandiosas y panoramas mucho más reales en los dominios del pensamiento que en la mera realidad de los sentidos. ¿Creéis, tal vez, vivir en la realidad porque no levantáis los ojos del suelo, ni dáis rienda suelta a la fantasía para que salga de los caminos trillados? Los ojos están en la cabeza y conformados para mirar más allá del terreno que pisamos, y la cabeza no vive menos en la realidad que los pies, aunque no se arrastre por el suelo como ellos.

¡Un momento de calma, esclavos de la fábrica, de la mina, del campo! Contemplemos juntos los vastos horizontes que no hieren los órganos de los cinco sentidos vulgares, pero que no por eso son menos reales y efectivos.

Sentemos como premisa demostrada que hay en la historia humana dos fuerzas activas: las de la autoridad y las de la libertad, y supongamos que estáis, hermanos, convencidos de que junto con la autoridad está el mal, la guerra, la explotación y la dominación del hombre por el hombre, el privilegio de unos contra el despojo de otros, etc., etc., y que la libertad representa el bien, el principio de toda vida y de todo avance progresivo, y la fuente creadora en el individuo y en la sociedad. La autoridad absoluta es la muerte, por eso no existió nunca en el dominio social, aunque hayan sido denominados absolutistas ciertos déspotas y ciertos despotismos. La libertad ha tenido siempre su radio de autonomía, mayor o menor, al margen de las usurpaciones autoritarias; ha sabido buscarse sus *oasis*, teóricos o prácticos, y no ha sido jamás completamente aniquilada, pues en el momento mismo de su aniquilamiento absoluto habría cesado la vida humana sobre la tierra. Sin embargo, no podemos negar un hecho indudable, una especie de ley histórica que no es refutada por ciertos períodos de algidez del espíritu de libertad de que nos informan las crónicas del pasado: en la guerra milenaria entre las fuerzas de la libertad y de la autoridad, no sólo conservaron estas últimas la prevalencia, sino que ensancharon el círculo de sus atribuciones en daño de las fuerzas y del principio de libertad. Se han querido conquistar por una parte ciertos derechos que dan apariencia de dignidad y de libertad, pero la autoridad se ha escurrido por otras vías, más o menos encubiertas, y ha clavado sus garras en la carne doliente de las víctimas. El hombre de nuestros días es más esclavo que el esclavo de la antigüedad, aunque se le llame soberano el día de las elecciones, como se le llamó, por escarnio, rey de Judea a Cristo. El despotismo antiguo era un despotismo puramente político y religioso; en general, fuera de ese dominio en que se exigía obediencia absoluta, el hombre se movía libremente. Cuando el déspota era dueño de vidas y haciendas, su poder tenía algo de místico y se le rendía acatamiento voluntario a condición de que respetase ciertas franquicias y fueros. La autoridad no era considerada por las grandes masas como el mal, sino como algo divino y humanamente legítimo, y sin embargo, se ponían ciertas condiciones, ciertas vallas al ejercicio del poder. Esa calumniada edad media vió, no obstante el predominio despótico del poder eclesiástico en Europa, instituciones económicas de libertad, dignas del más ferviente elogio de hombres como Kropotkin. ¿Qué condiciones oponemos hoy al ejercicio del poder, a pesar de haberlo reconocido y desenmascarado como un vulgar bandidaje burocrático, policial y militar? Ninguna. Estamos entregados, mucho más que en los tiempos pasados, a las arbitrariedades y abusos del Estado y de los hombres que lo representan y que hablan en nombre del pueblo. Además estamos sometidos al capitalismo, que representa por sí mismo un poder esclavizador más absolutista y más agotador que la iglesia medioeval. Hemos desechado de nuestra conciencia el fantasma de un dios, que hubiéramos podido imaginar bueno y justiciero, y en cambio hemos creado al capitalista, un ser gordo, malvado e injusto a quien ni siquiera los modernos teóricos del reformismo pueden presentar como encarnación de alguna buena virtud.

Nunca han sido reconocidos el capitalismo y el Estado más exactamente en su esencia antisocial y antihumana, y al mismo tiempo nunca fué tan poderoso el espíritu de la autoridad y la esclavitud voluntaria, una esclavitud consciente, y por eso mismo mucho más merecedora de tal nombre, que la esclavitud antigua de los esclavos que no habían llegado a razonar su situación y en última instancia no consideraban su despojo de todo derecho como algo radicalmente injusto. La moderna civilización ha traído consigo, a costa de infinitos sacrificios y luchas sangrientas por la libertad, un poco de luz a todos los cerebros, pero parece que esa luz no tuvo más resultados que un nuevo remachamiento voluntario de las propias cadenas del esclavo. Nunca fué el hombre tan poderoso para el mal como hoy, y nunca fué tan impotente para el bien, para el progreso, para estimular el desenvolvimiento de la vida.

El principio de autoridad fué primero un hecho; al hecho se asoció la teoría, la justificación y la fuerza. El pensamiento libre ha derruído los sofismas igualmente estúpidos; gracias a las luchas del proletariado moderno también esos sofismas han desaparecido. El poder es hoy a los ojos de todas las personas normales, un vulgar aparato del bandidismo elevado a suprema categoría de gobierno. Un profesor que divagase como hace cincuenta años, sobre el Estado, provocaría las carcajadas de sus discípulos. Uno de los grandes cínicos de nuestros días dijo que el Estado son los carabineros: la guardia civil, el ejército, la fuerza. Tal vez sea ese el fundamento para una más verídica definición del Estado en los textos del derecho político.

— —

¿De qué nos vale reconocer la esencia antisocial y antihumana del Estado y del capitalismo, si cada día les dejamos pasivamente usurpar más atribuciones, invadir nuevos dominios de nuestra vida, absorbiéndonos hasta la última gota de sangre y hasta el último fruto de nuestro trabajo? ¿De qué nos vale el razonamiento sobre nuestras miserias y nuestra esclavitud, si hemos disociado el pensamiento de la acción? En la escuela hemos aprendido aritmética, por ejemplo; con esa aritmética podemos calcular lo que nos roba el patrón, lo que consume el Estado, lo que cuesta el pecado mortal de la autoridad en la vida de las sociedades. Pero esos cálculos que debieran ser instrumentos para la acción, justificativos de la acción, son considerados como fines en sí, dejaron de ser aguijón para la lucha. Por eso es más infame nuestra esclavitud que la esclavitud antigua: somos esclavos *conscientes*, tan razonadores como pasivos y dóciles.

Con esa desesperante mentalidad, con ese pasivismo inhumano y degradante, entramos en uno de los más negros períodos de la historia: *la dictadura política más sofocante que hayan conocido los siglos y un nuevo desenvolvimiento del capitalismo*, iniciado ya en los países más industrializados, *que tendrá tan funestas consecuencias para el proletariado como la introducción de las máquinas en el período inicial del capitalismo moderno*. La revolución técnica que se está operando y a la que ni siquiera el pensamiento abrigamos de oponerle alguna resistencia, multiplicará nuevamente de una manera espantosa los recursos del poder capitalista, porque reducirá en las mismas proporciones la potencia y la autonomía del pensamiento de sus víctimas. Ante esa transformación gigantesca, económica y política, se contarían fácilmente en todo el mundo los que comprenden la gravedad de la hora y los que estarían dispuestos a obrar efectivamente para dar un nuevo rumbo a la historia...

Algunos amigos nuestros, — al contrario de los que disociaron su pensamiento de su acción —, disociaron su acción de su pensamiento y se ocupan de ahorrar de sus salarios de hambre algunos céntimos con que comprar algún revólver viejo para combatir la dictadura política. Esa ingenuidad, si no fuese tan trágica, podría provocar la risa. Con revólveres viejos no hay absolutamente ninguna posibilidad de contrarrestar el predominio y la internacionalización de los crímenes del estatismo dictatorial; ese fenómeno es un fruto del período en que entramos y que no se resuelve siquiera con un cambio de los personajes que parecen tener en sus manos los hilos del retablo, y que en cambio no son más que marionetas movidas por las inmensas fuerzas que rinden culto al principio de autoridad y se postran ante el becerro de oro. *Hay que hacer guerra al conjunto* o liarnos la túnica a la cabeza para caer en una posición digna de nuestra bandera y de nuestras aspiraciones. Lo mismo que no viven los pies más en la realidad que la cabeza por el hecho de arrastrarse por el suelo, tampoco aprieta más el que pretende abarcar muy poco, como por ejemplo, la lucha contra un dictador cuando la necesidad es la lucha contra la dictadura, contra las fuerzas que la provocaron y sostienen. Más vale un pájaro en la mano que ciento volando, dicen los que presumen de prácticos; pero cuando se trata de hacer frente a una epidemia hay que combatir la epidemia en sus causas, en el conjunto de sus manifestaciones, pues de lo contrario correremos el peligro de quedarnos sin el pájaro que quisiéramos tener en la mano y sin los ciento que vuelan.

Si no en todas las épocas, en ésta, más que revólveres viejos para la defensa del cuerpo, necesitamos armas para el espíritu, para la acción intelectual contra la invasión de la mentalidad autoritaria en todos los dominios de nuestra existencia.

Esa gran minoría de legionarios de la libertad, por pasión y por convicción, los anarquistas, está sufriendo ya las primeras consecuencias del veneno de la época; en lugar de estrechar filas, de formar un bloque sólido contra el enemigo tan poderoso y arrollador, se entretienen en vulgares luchas de predominio personal, confunden sus ideas con los intereses de una organización, de un periódico o de una capilla, poniendo en esa contienda grosera de intereses, las pasiones y los medios más reprobables. De esa manera, lo que debiera ser hoy un oasis para refrescar el alma en el enorme desierto de la devastación capitalista y estatal de la independencia humana, no se distingue mucho del resto de la sociedad.

Se impone, pues, apelar por sobre los límites mismos de lo que *habría que* considerar como nuestro movimiento, a todos los hombres de buena voluntad. Cuando se quebranta la fé en la agrupación social, hay que salvar por lo menos la fé en nosotros mismos, hay que formar en nuestro espíritu y en nuestro corazón un oasis individual que volverá un día a convertirse en un oasis colectivo, social. El individuo es impotente para obrar revolucionariamente en el sentido de una transformación social; pero puede conservar el fuego sagrado de una idea, cuando amenaza extinguirse en el hogar común. Y como anarquistas, en este negro período histórico en que entramos, en que hemos entrado ya, sin la suficiente fé en el pueblo adormecido artificialmente en unos países por la miseria, y en otros por la victoria de la guerra, y en los demás por falta de iniciativa propia, sin fé suficiente en el propio movimiento para obrar armoniosamente como fuerza autónoma, debemos apresurarnos a forjar armas para el espíritu en tanto que individuos, a fin de conservar en nuestra conciencia el ideal de la libertad que está sufriendo la más terrible de las derrotas, una derrota en que no somos combatientes activos, sino casi meros fugitivos sin armas en la mano, y sin ideas en el cerebro para resumir la situación y volver en sí.

¡Formemos armas para el espíritu!. Ese será el primer paso para una revancha, para una reconstrucción de nuestros cuadros en la comunión del ideal maltrecho.

— ••• —

ENRIQUE NIDO

Nuestros lectores ya estarán enterados, por habernos ocupado de ello en el diario, de la desaparición de este querido camarada.

En un próximo número del SUPLEMENTO nos ocuparemos más extensamente de la vida y obras del que en vida fué nuestro estimado colaborador y amigo.

MAX NETTLAU

La historia del primer libro anarquista

(En ocasión de la nueva biografía de William Godwin)

En la historia de las ideas anarquistas elaborada en el Suplemento y ampliada en el libro, *Die Vorfrüling der Anarchie*, he hablado muy poco de William Godwin y de la historia del primer libro anarquista, la famosa *Enquiry concerning Principles of Political Justice*... (Investigaciones de los principios de la justicia política...) de 1793. Es porque los materiales sobre Godwin son abundantes y han sido en gran parte presentados en una vasta biografía publicada en 1876, gracias a las relaciones de Godwin con Shelley y otros hombres memorables en Inglaterra, que son continuamente objeto de publicaciones especiales, desde 1876 es también mejor conocido el rol de Godwin. Pero no podía ponerme al corriente de todos esos trabajos muy dispersos. Eso es posible ahora gracias a un libro muy competente, publicado en Londres y en New York en febrero de 1926: *Life of William Godwin*, por Ford K. Brown, XV, 387 págs. en 8o. con seis buenos retratos de Godwin y de las personas que entraron en su vida, entre las que se encuentra, en primer lugar, la gran rebelde feminista Mary Wollstonecraft, cuya hija, y de Godwin, fué de 1814 a 1822 la mujer del poeta Shelley, el hombre que leyó a los 17 años *Political Justice* y estuvo bajo la influencia de ese libro memorable toda su corta vida de poeta rebelde desde entonces, los años de 1809 a 1922, lo que mejor se constata cuanto más se profundiza el conocimiento de Shelley.

Esta biografía nos da ciertamente el resumen de lo que se encontró de nuevo sobre Godwin estos últimos 50 años y también lo que queda por hacer. Se da cuenta muy distintamente de su lectura del origen y de la suerte de ese libro de investigación sobre el sistema social y político de entonces, que no cambió aun en nuestros días, que culminó naturalmente, con lógica recta e inevitable, en la anarquía, y se conocen también los factores que obstaculizaron entonces la marcha victoriosa de la idea victoriosamente presentada por ese libro, — factores que actúan todavía en su obra funesta. Se advierte también que ese libro está agotado, sin embargo ahora a partir de una base bastante segura, cuando se trate de profundizar esa vida de 80 años (1756-1835), la parte de los años desde 1791, cuando el pensamiento recto, el pensamiento lógico imparcial, el arrojo completo, conocimientos y juicio a la altura de su época se concentraron exclusivamente en ese hombre y en él antes que en ningún otro de su tiempo. Él mismo no estuvo a esa altura antes de 1791 y no pudo mantenerse en ella después de 1801, pero ha hecho bastante con su trabajo publicado en 1793, por la multitud de las influencias sobre el espíritu del generoso Shelley y otros que han operado en el sentido individual por la tenacidad de su espíritu que supo pensar hasta el fin lo que otros no se atrevían a pensar, y coordinar sus ideas y deducir las conclusiones lógicas entonces, sin espantarse.

Godwin nació en una familia de clero no-conformista en provincia y fué destinado a una carrera que le valió al menos una [illegible]. En ese ambiente, al lado de la iglesia oficial, con sus prejuicios y opiniones establecidas, se [illegible] también muy a menudo en [illegible], pero algunos se dieron a la discusión, a la disputa, y así el espíritu, principalmente los adeptos a las sectas más pequeñas, "extremas" y aisladas estaban a la defensiva. Es lo que ocurrió a Godwin que desde la edad de once años [illegible] en las ideas de la secta de Glas y de Sandeman, que rechazaba las autoridades y reclamaba in[illegible] de la propiedad acumulada [illegible] de la iglesia. Tales influencias y la lectura de la historia antigua, las luchas de los griegos y los romanos en su bella época contra la tiranía, más tarde en Londres las ideas de los liberales y radicales en política, pronto también la lectura de los pensadores antirreligiosos más atrevidos en Francia, de D'Holbach, Helvetius y otros, hicieron de Godwin — que en 1783 abandonó su profesión de pastor — desde 1787 un no-creyente definitivo que desde entonces reconoció (según sus palabras en 1800), la idea de un creador inteligente y de un gobernador del universo" como "el antropomorfismo más irracional y ridículo".

Es evidente que fué de los que saludaron la toma de la Bastilla y la revolución francesa desde los años 1789-1790 y ese espectáculo, como el de la revolución americana de 1776, de la lucha victoriosa por la independencia, influenció sin duda su manera de considerar las revoluciones para toda su vida. Fué siempre amigo apasionado del razonamiento y de la educación y su concepción de los medios para cambiar el mal presente en bien público fué la de la educación y de los grandes *cambios colectivos* casi unánimes, tales como América y Francia desde 1789 a 1790 parecían representarlos.

Es decir que, vistos desde la distancia y sin considerarlos desde muy cerca, esos dos cambios han mostrado entonces a sus admiradores una unanimidad nacional casi completa en el deseo de un cambio; América conservó realmente esa unidad de espíritu y llegó al fin derechamente. La Francia de 1789 pareció presentar igualmente una voluntad general de reforma seria y no se entrevió aun la guerra civil de muchos años posteriores, a partir de 1792. Godwin, comparando esos movimientos en apariencia unánimes con las luchas de la guerra civil de muchos años que precedieron a la revolución inglesa del tiempo de Cronwell, vió en ellos los resultados de la educación de los espíritus y de la gran propaganda, que afectó los espíritus y los corazones desde el tiempo de Voltaire, Diderot y Rousseau y pudieron hacerle creer en 1789-1790 que en Francia había verdaderamente un pueblo entonces, cuyas clases todas estaban inspiradas por la inteligencia para ver los males del viejo sistema y por el impulso generoso de la voluntad de cooperar en ponerles remedio. Vivía en la región del espíritu y observó muy poco en qué grado llevaba el interés a ciertas clases a perpetuar el mal, aunque fuese bajo otras formas exteriores, provocando así forzosamente la guerra civil en la obra comenzada con una unanimidad aparente y tan altamente proclamada al mundo.

La aristocracia y la burguesía inglesa vieron muy pronto que un progreso generoso, unánime, tal como lo hicieron entrever a los espíritus avanzados no corrompidos los acontecimientos de 1789, lesionaría sus privilegios monstruosos y su portavoz, Edmund Burke, publicó en noviembre de 1790 un libro de notoriedad general, *Reflexions*... (Reflexiones sobre la revolución en Francia y los procedimientos de ciertas asociaciones en Londres, libro de IV, 356 págs., en una de sus numerosas ediciones, 1790) y libro al cual opusieron refutaciones todos los reformadores, entre los primeros Mary Wollstonecraft en 1790 por su *Vindicación de los derechos de los hombres* y en marzo de 1791 Thomas Paine por sus *Hights of Man*, libro cuyo manuscrito fué remitido a un pequeño grupo, Holcroft, Thomas Brand Hollis y Godwin, que lo hicieron publicar no sin dificultad. Vemos así a Godwin en un grupo de los más avanzados, ocupándose del libro del panfletario demócrata más temido de la época.

A Godwin el libro de Paine debió parecerle una presentación bien incompleta e imperfecta aún de las ideas nuevas y en mayo de 1791 concibió la idea de presentar esas ideas de una forma mucho más elaborada; el 10 de julio un editor se comprometió a la publicación del libro proyectado y le dió los medios para vivir durante su trabajo; abandonó sus otras labores literarias, y desde el otoño de 1791 al fin de 1792 se entregó completamente a su trabajo que elaboró lentamente y sometió durante ese tiempo a la discusión de sus amigos, los espíritus más avanzados de Londres en esa época. Así, pues, ese libro fué compuesto con todo reposo y en buenas condiciones — el prefacio está fechado el 7 de enero de 1793 — y se publicó en febrero de 1793 — dos volúmenes en 4o. de un total de XIII, 21 y 895 páginas. Fué puesto a la venta a tres guineas (alrededor de 38 pesos); el editor pagó a Godwin aún 700 guineas (8.500 pesos) y debía pagarle aún 300 guineas (3.600 pesos) después de la venta de 3.000 ejemplares. Hubo una segunda edición en 8o., vendida a 14 chelines, de XXXI y 1009 páginas en 1796 (fines de 1795) y una tercera en 1798. Se puede constatar sin engañarse uno, que ese primer gran libro que llegó a conclusiones tan claramente anarquistas, fué al mismo tiempo el más caro, el mejor pagado al autor, el más difundido relativamente y el mejor acogido generalmente de la literatura anarquista hasta hoy; bajo las dos últimas categorías, sin duda algunas publicaciones de Proudhon tuvieron una gran boga, tal vez no semejante a la que disfrutó por algún tiempo este libro verdaderamente único, *Political Justice*.

El libro de Godwin encontró un gran interés. Si fué instintivamente odioso a la crítica reaccionaria, nadie supo entonces atacarlo seriamente, hallar un defecto, una brecha en su lógica cerrada. Fascinó al mundo; fué leído en las numerosas sociedades literarias y políticas y se formaron en Inglaterra y en Escocia centenares de grupos para comprarlo por contribuciones comunes y leerlo y discutirlo altamente juntos; muchos artesanos y obreros pertenecieron a esos grupos. Asociaciones populares hicieron extractos en folletos; aparecieron ediciones falseadas en Dublín y en Filadelfia, también en Escocia, según el libro de Brown, aunque la existencia de una reimpresión escocesa me parece dudosa hasta su demostración positiva.

Ese libro fué, pues, la producción representativa del pensamiento avanzado en Inglaterra en esa época, la obra de un hombre que supo asimilarse la crítica inglesa y francesa que precedió a la revolución francesa y los movimientos que la acompañaron en Inglaterra, y que supo manejar la lógica, el razonamiento recto que, sin temor a las consecuencias, iba derechamente al fin.

Se había ido hasta el fin en materia de religión; la lógica del *Sistema de la Naturaleza* de d'Holbach, 1770, no podía ser superada. En política, en economía y en moral no se había ido tan lejos y el mérito, único entonces, de Godwin, consiste en llegar por la misma lógica escrupulosa a la disección de los vicios del gobierno, de la propiedad, de la moral, del matrimonio, etc., y en coordinar al ateísmo religioso el ateísmo político, la negación de esa otra ficción divina, el Estado o gobierno, el ateísmo social, el destronamiento del dios ficticio, la propiedad privada — y ateísmo moral, el derrumbamiento del reino de las ficciones de coacción moral de toda suerte, de la esclavitud sexual, etc. Bajo todos estos aspectos Godwin llega gradualmente a la negación de todo ese terrible sistema de coacciones tan variadas que pesa sobre el mundo y a la discusión de las condiciones de una vida libertada de todas estas cadenas y obstáculos, — de un mundo libre. Ha hecho todo lo posible, ha hecho el balance del sistema villano que pesa sobre el mundo y ha mostrado por qué eliminaciones de las faltas del pasado podrá el mundo libertarse y devenir al fin dichoso.

No es muy difícil explicarse psicológicamente que el hombre que, tal vez el primero, atravesó metódicamente todos los aspectos que acabo de mencionar, tras gran viaje de descubrimiento por el razonamiento del presente viciado y abominable al porvenir sano, racional y feliz, supo calcular las distancias que nos separan de ese objetivo y que no estuvo inclinado a prestar oído a los que, por algún medio extraordinario, por un salto cualquiera, creían poder abreviar la distancia, disminuir el esfuerzo necesario para llegar al fin. Godwin creyó en la educación como en el único medio para avanzar, en el estudio, pues, en la reflexión, la discusión, la persuasión por el argumento y el esfuerzo colectivo de una gran mayoría de convencidos, preparados intelectualmente para el último golpe de mano colectivo necesario para dar un paso hacia adelante. No creía, pues, en las revoluciones impuestas por las minorías, que no sabrían obrar más que por el terror, la autoridad, la dictadura.

Es inútil criticar aquí este punto de vista: está la revolución de las minorías que nosotros queremos, la que no trata de dominar, sino que presenta un ejemplo, una enseñanza, y que en el fondo es la educación, aunque fuese con el fusil en la mano, pero educación persuasiva por sus argumentos, el bien que aporta, y no por el decreto del dominador y los medios de coacción empleados por sus instrumentos. El principio de la educación es, pues, evidentemente el único que vale, pero el campo de la educación es mucho más vasto, sus medios más diversos de lo que Godwin ha podido ver entonces.

Pudo ver, al contrario, la revolución francesa culminando en una dictadura progresiva, dictadura de los partidos, de las facciones, de los comités, de los directores y en fin la de un solo hombre, el tirano de los antiguos tiempos, el usurpador, el primer cónsul, luego el emperador, Napoleón. Ha visto igualmente que los medios revolucionarios de Londres sufrían esa misma influencia y en la asociación más activa entonces, la London Corresponding Society, las opiniones de los adeptos de Godwin, a quienes se llamaba perfeccionistas, los amigos de la propaganda educativa fueron dejados en minoría por los partidarios de la acción que terminaría imponiendo su voluntad de manera revolucionaria. Godwin tenía fe en las revoluciones que se denominarían — según su punto de vista — naturales, como las de 1776 y 1789, — pero no creía en las revoluciones que podríamos llamar artificiales, insurrecciones de minorías que, si triunfasen, se verían obligadas a mantenerse en el poder por la fuerza, por la dictadura. Era inevitable, pues, que hubiese grandes disentimientos entre él y los revolucionarios autoritarios, principalmente su jefe más activo y apasionado, John Thelwall.

Godwin había prestado buenos servicios a los revolucionarios perseguidos; principalmente cuando su gran proceso fué inminente en octubre de 1794 y el gobierno estaba dispuesto a ahorcar a los condenados y a proceder, después de ese proceso, a una proscripción general de los hombres avanzados en Inglaterra y en Escocia, — entonces fué Godwin el que en una carta famosa al *Mornig Chronicle* del 20 de octubre, las *Cursory Strictures*... (Crítica rápida de la memoria del Juez Eyre a los grandes jurados), puso el dedo en la fábula de la acusación formidable, acusación que presentaba todos los numerosos hechos de la propaganda revolucionaria de la asociación perseguida para deducir del conjunto en la intención insurreccional de los acusados, por consiguiente en su culpabilidad, que los entregó al verdugo. Godwin protestó tan altamente contra esa manera abominable de *construir* un crimen no consumado (constructive treason) que todo el mundo se indignó, y a pesar de las numerosas pruebas *parciales* presentadas al jurado, el jurado absolvió al primer acusado, Thomas Hardy, después de un nuevo proceso al segundo, John Horne Tooke, después del tercer proceso a John Telwall y entonces fué sobreseída la causa contra los otros prisioneros y la persecución general no pudo hacerse. Godwin había dado en un momento decisivo ese golpe de mano inteligente y feliz que salvó a muchas víctimas y a él también.

Pero, como he dicho ya, el abismo que le separaba de los revolucionarios autoritarios de entonces era tan profundo como el que separa hoy a los anarquistas y a los bolchevistas y en el fondo hubo exactamente la misma diferencia fundamental. El primer anarquista de esos tiempos, aislado necesariamente, aunque muy admirado y seguido por cierto tiempo por algunos jóvenes, incluso esos poetas de gran talento, los Shelley, los Coleridge y los Wordsworth, — el primer anarquista, pues, no pudo hacer frente largo tiempo, casi solo, a todos los que se encarnizaban contra él, primero los revolucionarios autoritarios, los bolchevistas de aquella época, luego poco a poco la burguesía tomó aliento y comenzó, impregnada de moralidad, a atacar a Godwin ante todo bajo el aspecto *moral*.

Estaba unido, primero en unión libre, con la mujer que reivindicó entonces más alta y generosamente los derechos femeninos, Mary Wollstonecraft, y después de

su muerte prematura escribió su vida y publicó sus escritos póstumos. Esa fué la señal para la traílla de la moral oficial inglesa para rodar sobre él — y en general la reacción inglesa, no atreviéndose a herir directamente después del fracaso de las persecuciones de 1794, organizó entonces, sobre todo en 1797-1801, un verdadero fascismo literario, un asalto *outrancier* por todos los medios del insulto grosero y de la calumnia vil contra todos los hombres avanzados, el matiz bolchevista tanto como el matiz anarquista. Fué la época de las publicaciones llamadas anti-jacobinas, de periódicos, poesías, caricaturas, novelas, etc., teniendo todos por objetivo arruinar en la opinión pública a los amigos de la revolución. Y ese fascismo tuvo pronto el apoyo de diversos antiguos entusiastas principalmente los jóvenes poetas mencionados que volvieron todos a la religión, a la moral, al patriotismo y al seno de la burguesía.

Todo éso presenta similitudes notables con nuestra época en Europa, donde la voz de la libertad fué ahogada lo más posible por el bolchevismo y donde luego surgió el fascismo que se apresta a dar el último golpe a todo lo que queda en pié.

Debemos luchar por quedar en pié en nuestro tiempo, cuando nuestras ideas han adquirido sin embargo cierta base sólida y, esperémoslo, indestructible. Es fácil figurarse que Godwin, tan aclamado y halagado en 1793, aislado por lo que ocurrió sobre todo desde 1798 a 1801, no pudiese hacer frente a todas esas pasiones desencadenadas contra él — después de su última publicación, digna respuesta a sus enemigos, publicada en 1801, abandonó la lucha directa, sin abandonar sus ideas. No rompió su pluma, porque tuvo que escribir para vivir y ha escrito aun mucho, pero aun introduciendo un poco de educación para la libertad en sus escritos hasta el último día de su vida — escribió hasta su muerte, a la edad de 80 años en 1836 — no volvió sobre el conjunto de sus ideas que reposaba en *Political Justice* de 1793, libro que el gran público no leyó entonces, bien que conservó un vago recuerdo que fué un ataque terrible, pero rechazado, contra todo lo que es sagrado al buen burgués, pero que hombres de valor intelectual consultaron siempre y apreciaron sin inspirarse en todas partes en él, a excepción del joven Shelley.

Queda el problema de cómo en los 43 años de su vida que sucedieron al libro de 1793 modificó Godwin indudablemente una parte de las ideas de *Political Justice*, aun permaneciendo fiel, como se sabe, a su conjunto. Hubo en su vida privada desenvolvimientos que disminuyeron su valor moral y que han podido influir en sus ideas deteriorándolas; hubo también (y esto será en relación con el factor que acabo de mencionar) el aislamiento a su alrededor hecho por sus enemigos hacia 1801 y que habría podido crear una verdadera resolución, una falta de fe en el progreso hacia la verdadera justicia por la razón, — y está, también, ese otro factor poderoso: mayor experiencia, reflexión, en una palabra lo que produce modificaciones que son mejoramientos y que un hombre, petrificado en sus ideas o demasiado vanidoso o perezoso para continuar estudiando y aprendiendo, sería el único que rehusaría hacerlo. Sería importante examinar desde este punto de vista libros como: *The Inquirer...* (El investigador: reflexiones sobre la educación, los hábitos y la literatura), una colección de ensayos de 1798 y sus *Thoughts...* (Pensamientos sobre el hombre, su naturaleza, sus producciones y descubrimientos) de 1831 y sus ensayos póstumos (1873) o como lo que ha puesto en sus novelas, muy filosóficas a menudo, como *Caleb Williams*, 1794, *St. Leon*, 1799, *Fleetwood*, 1805, *Mandeville*, 1817 y otras dos, etc. Hay que lamentar mucho que no haya escrito dos libros *Firts Principles of Morals* (Primeros principios de moral) y *Two Dissertations...* (Dos disertaciones sobre las razones y tendencias de las opiniones religiosas) proyectados en 1789.

Yo no hice esa investigación de que hablo, pero según las indicaciones dispersas en la biografía de Brown, veo que Godwin sintió que había contado demasiado exclusivamente con la razón en el hombre y que comprendió la necesidad de agregar como motor poderoso de sus actos el sentimiento (feeling). No se sentía ya el derecho a dictar a la razón que dominara el sentimiento. Eso quiere decir, si comprendo bien, que sintió la necesidad de aproximarse a la verdadera vida humana, a la naturaleza, y humanizar así su obra. El siglo XVIII en sus mejores producciones vagó muy a menudo con mucho exclusivismo en las alturas frías de la razón o bien se sumergió demasiado en las profundidades del sentimiento y de las pasiones; Godwin habría querido dar libre desarrollo a ambos si hubiese rehecho su obra. ¿Lo habría conseguido? Lo ignoro, y tantas circunstancias adversas obraban sobre él, desde 1801, que es tal vez mejor que no haya llegado a tocar el gran monumento de la futura libertad humana erigido por él, al saludarle, el primero, en 1793, año que vió la autoridad en su apogeo en Robespierre, pero también la libertad en *Political Justice*.

Lo que hay que lamentar para siempre es que cuando el joven Shelley, entusiasta del Godwin de 1793, por la lectura de su libro, encontró al Godwin de 1812, no quebrantado, pero gastado y maltratado por la vida, fué ya tarde, parece, para que hubiese podido producirse una cooperación feliz y fructuosa del filósofo desilusionado y del poeta de primer orden, entusiasta e impetuoso de acción.

Pero si Godwin fué aislado por la pasión de los autoritarios, arruinado y reducido al silencio por la sociedad que se volvió feroz, sintiéndose amenazada en sus usurpaciones y goces, su pensamiento obró siempre sobre los mejores hombres de su tiempo — asunto muy poco estudiado aún. En el libro de Brown nos dice que en 1816 Robert Owen iba a verlo y conoció sin duda su obra mejor de lo que permite constatar hoy la ausencia de documentos. Dijo a la hija de Mary Wollstonecraft, entonces, que no había encontrado una mujer que pensara tan exactamente como ella (murió en 1797) o que haya entrado tan calurosamente y tan asiduamente en sus planes. De Owen escribe entonces uno de los godwinianos temporales y reaccionarios después, Southey, que "Owen fué ni más ni menos que un *pantisócrata*, como yo lo fuí en mi juventud" (en 1794), es decir uno de los que en *pantisocracia*, en un valle feliz de América, soñaba con realizar las ideas anarquistas de *Political Justice*, sueño hermoso, pero breve.

La obra de Godwin crece cuanto más se le examina de cerca. He ahí un poco de la historia del primer libro anarquista.

VIENA — MARZO DE 1926

At—

POR LOS SALONES

Exposición de pintura española (Witcomb)

Estas muestras que eufemísticamente se clasifican de pintura española, se vienen sucediendo año tras año sin otra finalidad que la del sórdido mercachiflismo. Casi nunca respondieron a su denominación pretenciosa. No siempre pudo ser un índice de la producción pictórica contemporánea de España. Al contrario, si tuviésemos que juzgar el arte de ese país por los cuadros de esos pintores que fueron turnándose en una rotación monótona, un muy pobre concepto nos formaríamos de él. Pero nosotros jamás le inferimos esa ofensa.

En efecto, el número de principal atracción de estas exhibiciones de *bric a brac*, lo constituyó invariablemente Joaquín Sorolla. Desde ahí para abajo, los valores siguen degradándose hasta descender a las nulidades más insulsas, sin una pizca de sal o de espiritualidad.

Hace tiempo, pero mucho tiempo, diríamos siglos, que Sorolla fué enterrado en la fosa común de las mediocridades brillantes. En el orden español es un artista de segunda o tercera clase, y en el orden internacional poco cuenta entre los valores absolutos. Desde la lejana época en que lo elogiara aberrativamente Mauclair, como él solo sabe hacerlo, señalando a la admiración parisiense esos *tonos blancos sobre blancos* como algo portentoso; y desde su prestigio casi triunfal con ventas fabulosas en Norte América mucha agua renovadora pasó bajo las arcadas de eso hondo e inefable misterio que son las Bellas Artes. Y son esas aguas del tiempo las que están borrando, ahogando su memoria, porque ellas fueron siempre las grandes niveladoras.

Pero digamos en pocas palabras desapasionadas y serenas, qué representa la obra sorollesca como creación de arte. Su pintura nó se distingue por la más leve originalidad en su sentido intenso, y apenas es una manifestación personal de verismo, realzado por algunas recetas hurtadas a los impresionistas franceses. Cultivó lo instantáneo en lo que posee de superficial fotográfico. Su luminismo tan altamente mentado, es de calidad affichesca, conseguido por el contraste de tintas, más que por valores armónicos. Confeccionaba pequeñas manchas en la playa de Valencia — según confesión de su propio hijo — y las agrandaba en el taller, sin estudiarlas para luego organizarlas en forma de composición. Aposta les dejaba ese carácter de repentinismo, como valiosa virtud, inducido ciegamente por la falsa premisa que considera el arte pictórico cual un funambulesco malabarismo y de una espontaneidad caótica. Quizás este Sorolla y Bastida pagó el tributo a la moda de entonces, enamoriscada perdidamente de la *improvisación*, de las *facturas frescas*. De ahí la ausencia total de un espíritu; una pintura de un pintor sin cabeza, todo manos, hecha de recursos manuales y de una frivolidad abrumadora. Una especie de periodismo pictórico, del cual el artista valenciano fué uno de sus más hábiles *reporters*.

Y este artista ha sido durante años y años de los más expendidos y cotizados en los mercados sud y norteamericanos, siempre presentado por los mercaderes españoles como uno de los probables inmortales de la pintura española.

Sus discípulos, ya de hecho o espirituales, han descendido todavía más a un realismo de copia insubstancial, a veces grosera, otras de una lindura sin importancia, careciendo de valor para reaccionar contra esa nefasta influencia e impermeables para acoger modernas tendencias que bien o mal animan con renovados bríos la pintura contemporánea de Europa. Así trabajan en un atraso de veinte años, no de los centros capitales donde incesantemente se renuevan las fórmulas de arte, sino de la misma Cataluña, subentendido que en Barcelona existen tantos académicos y pintores malos como en todas partes. Lógicamente los Bou y otros estarán entre ellos. Y nos hallamos propensos de incluir la mayoría que allí exponen.

La verdad, quitando Mir, con un lienzo de coloración vivaz, ni cerca de lo mejor que pintó, los demás flotan en los dominios de la relatividad, donde todas las disculpas hallan cabida para aminorar evidentes fallas.

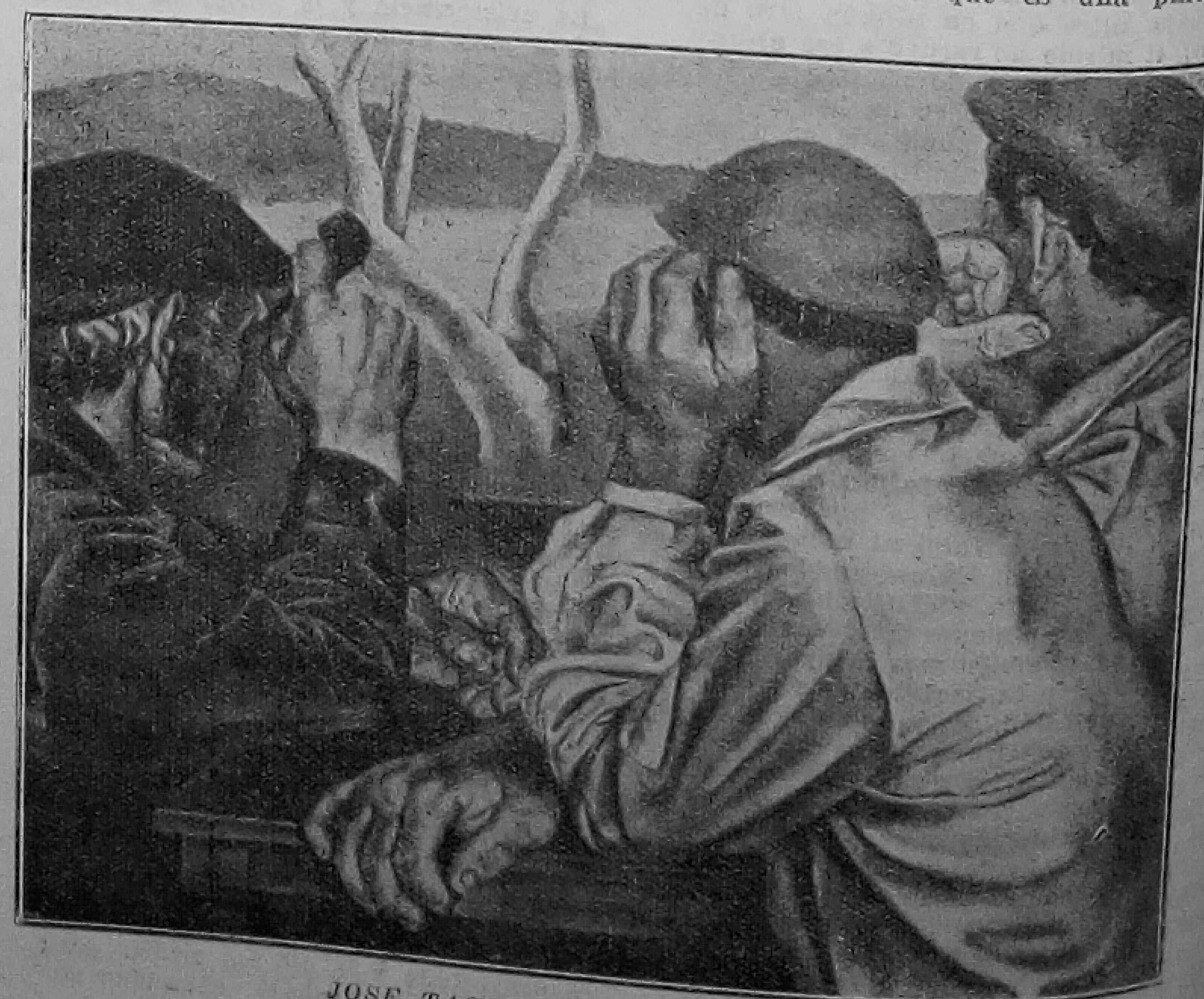
Respecto a Romero de Torres, de quien hay unos siete cuadros, ya nos tocó comentario varias veces, expresando nuestra opinión francamente adversa. Se ha especializado en una pintura de tonos sombríos, malsanos, que doran carnaciones, que modelan formas de intento turbadoras, llevando la inquietud carnal al veedor. Son asuntos y anécdotas para excitación de vejetes valetudinarios y libidinosos, y de elegantes pollas y pollos insexuados. Su renombre es el signo seguro del morbosismo de la época, aunque se trate de exornar su arte como el símbolo de la Andalucía trágica, esclavizada por la desesperada sed del sexo. Literatura, literatura y literatura.

Sin embargo, toda la pintura española no se puede reducir a tan estrechos límites, ni tampoco como una productora de tan magros y malhadados resultados. En una revista alemana, "Deutschekunst Uddekoration", pudimos contemplar magníficas reproducciones en blanco y negro de cuadros de José de Togores, de quien se publican los grabados de dos de sus obras, que sin ser las más intensas de su saber plástico, se sostienen entre las mejores. Relativamente joven este artista catalán con ascendientes andaluces, en edad temprana emigró a París, — creemos que en 1918 — conociendo a Picasso. Influenciado más por la tendencia neo-clásica francesa que por el cubismo, del cual tuvo el tino de apropiárselo en su esencia de doctrina constructiva, tampoco se quedó en ella, en su literalidad, como otros fanáticos, sino que se puso a estudiar atentamente a maestros más modernos, a quienes eligió como a sus predilectos. Renoir fué uno de ellos; Hodler otro y Puvis de Chavannes el tercero. Son admiraciones que Togores confesó sin reparos, ya que poniéndose bajo la advocación de esta prestigiosa y heterogénea trilogía, no toma ría de ellos sino lo interior, lo no visible a todos los ojos, algo así como hiciera con la plástica cubista.

Reconocido en Francia y Alemania como uno de los vigorosos e inteligentes pintores de la generación que se dió en llamarla ultraísta, siendo él de los potentemente dotados, es casi desconocido en su misma patria.

Parece que realizó sendas exposiciones en el extranjero, tal vez en París y Berlín, y que varios críticos alemanes y franceses — y creemos también algún español —, escribieron monografías sobre su ya abundante obra. Algunas galerías particulares y públicas — como la de Alfred Flechtheim en Frankfurt — poseen telas suyas.

De la contemplación de los meros grabados, se deduce que es una pintura



JOSE TAGORES — "Pescadores"

... de firme estructura, de plasticidad ... y de composición resuelta. No ne... que no es más que un exce... eclecticismo derivado, en una única ... personal, de las escuelas ... y de los modernos descubrimien... Pero el hecho de que a ninguna de ... las haya empleado servilmente, ... un carácter que posee ya una ... definida para seguir expresándose.

Suponemos que en Cataluña, y otras ... de España, José de Togores no ... el único de la joven generación que ... destacarse como un buen artista. ... dablemente existirán, sino muchos, ... número bastante respetable. Entre ... sabemos de la existencia de Ma... Andreu, catalán que expuso en una ... pinacoteca de París, motivando ... difundida revista francesa titula... "L'Amour del'Art", le dedicara un ...

... no serán los mercachifles que or... semejantes muestras, los que nos ... conocer a esa juventud. Ellos, an... y por encima de todo, codician ... inmoderadas como un mé... modo de propaganda educativa del ... El día que esos muchachos, de tan ... lleguen a ser *pompier*, (bom... y les puedan asegurar un buen ... de utilidad, se decidirán a traer-

...posición del Dr. Pedro Figari —(A. A. de ...arte)

... este artista doctor, como él mismo ... en hacer estampar en la ... su catálogo, hemos emitido jui... favorables en las diversas ex... que realizara periódicamente, ... y más en un mismo año.

... pintor, quien no obstante ha... edad provecta, demuestra po... fecundidad alarmante.

... de una gira triunfal por el ... según las *sirenas* del ... que le cantan a quienes de..., presenta la enormidad de ..., y algunos de respetables di...

... buena voluntad que pongamos ... a trasegar ese *camelo* ... en muy bonitos colores, ... otra su última palabra. Por ... la cansadora monoto... exhala de estos asuntos re... el agotamiento, desdobla... en dos o tres cuadros. ... sabemos de dónde saca tantos .... Probablemente se sir... como notas decorativas. ¡Allá ..., que otra vez los exhuman ... a sus patroncitos, y él, ... el pintor!

... el pálpito, — sugerídonos ... historiador —, que Fi... historia, al contrario, la ... tampoco buena pintura. Res... actuales 69 obras, podemos ... no son ni peores ni mejores ... vimos siempre. El defecto ... ser eternamente las mismas. ... catálogo se incluyen algunos ... de artículos de los críticos ... decir, franceses, que se pu... de su muestra realizada ... sólo vale la pena, sino un ... el presente, sino el antiguo ... —, destacar uno de ellos. ... ha de demostrar que ... burlarse muy finamente ... pretensiones de poseer un ... y autóctonamente ar... Andrés Salmon, impertérrito ... Picasso y sus secuaces. Es-

... Figari, gracias a Figari, pin... gauchos, la América latina ... que temer. Nosotros no con... sus gauchos con algunos ... cine o de novela de aven-

... una sorprendente felicidad, ... la poesía de las tierras ... de esas inmensidades que ... que los viajeros llamaron el ... dónde la antigua belleza ... con la gracia jesuita, dón... española se funda, sobre ..., dónde se extienden ... una conmovedora deso... como el mar, tan crueles ... la pampa.

... hombre de fina cul... que tomó el pincel en la mi... confía desde luego que él pensaba menos, entonces, en llegar a ser un gran pintor que en pedir a un pintor sus medios como una posibilidad para rendir inmediatamente sensibles lo trágico y la dulzura de las dos patrias tan estrechamente ligadas, el Uruguay y la Argentina.

...Así nos parece en esta segunda exposición parisiense, que marca sobre la primera un enriquecimiento singular".

Nótese bien que nada dice en concreto de la calidad de su pintura, y en cambio cita al *jurista eminente*, que *con una felicidad sorprendente ha desprendido la poesía de las tierras americanas...*

Que la ironía sea intencional o no, para quien sabe leer entre líneas, existe... Suponemos también que del trabajo de Andrés Salmon, el doctor Figari excogió el párrafo más elogioso, el que más evidentemente le favorecía.



ENRIQUE WAROQUIER — (Venecia) "La Aduana y la Iglesia de La Salute"

—— *** ——

Las artes plásticas en el extranjero

Acuarelas Venecianas Enrique Waroquier

Un perfume resucita los rasgos de un rostro, el lunar destello de un hombre desnudo, todo un ser.

Es por el color que aquí se resucita Venecia. Ella, por el arte de Henry Waroquier, nos solicita de pronto por la vista y luego por el olfato. ¡He ahí el olor salobre que sube de la laguna y ese frescor sahumado de las sombras! Tened cuidado, el último escalón es siempre viscoso al borde del palacio ducal. El complaciente barquero os ofrece el apoyo de su sólida espalda para saltar a la góndola. Sentado ya, vuestra mano toca los cojines de cuero, sus flecos. Os recuerda la oscilación tan particular de la góndola toda vez que un *vaporetto* acaba de pasar, promoviendo el chapoteo del agua en la superficie.

Contemplando las acuarelas venecianas de Waroquier, mi memoria es como una pieza cuyas ventanas se han abierto bruscamente. Es la pátina rojo-marrón de las paredes enjabelgadas; el verde vidrioso, arseniatado, del domo de San Simeone en frente de la estación. Ese domo es demasiado alto para la arquitectura que lo lleva, un gigantesco huevo de feria, mágicamente colocado sobre un portahuevo. Son también los blancos mates, enlucidos por siglos de vientos marinos y de soles, de la Aduana del Mar, un bello y pequeño monumento en cuya cima tornivuela una diosa de oro sobre un globo negro. A la derecha y a la izquierda los muelles se empequeñecen hasta llegar a un estrecho canal de un arrabal donde tiende la ropa la gente del pueblo. El cuartel de Tattere se halla cerca y la fragata escuela, en cuya arboladura hay un gallo de trapo. Después pequeñas plazuelas cuadradas poco profundas, hechas para las intrigas de los personajes de ese clásico comediógrafo que se llamó Goldoni.

Digámoslo de una vez: Waroquier no nos habla de la Venecia artificialmente feérica, empavesada por un eterno sol crepuscular, que tiene por cuna la paleta arbitraria, la paleta rutilante de Turner o de Ziem. Sus acuarelas se ejercen sobre vuestra sensibilidad por el influjo del humilde, despótico prestigio de la verdad.

——

Verdad inteligente y reflexiva, servida por los recursos y la aparente torpeza de una inimitable técnica: los mejores pintores de Venecia no fueron virtuosos, y sí obreros bien pertrechados. Recuerdo a Canaletto, diseñando sus arquitecturas con la paciencia y la lealtad de un geómetra, de un perspéctico; recuerdo a Corot, que coloca a San Jorge en la laguna con la ingenua confianza del infante que posa su pequeño barquito sobre una fuente. Sueño con Whistler trazando sobre la plancha de cobre esas delicadas maravillas, esas líneas tan sutiles, cruzándose, entrelazándose, que uno no osa respirar como si se hallara ante una tela



JOSE TOGORES — "Desnudo"

de araña, pero como ella son de una precisión estrictamente infalible.

Rememoro a la Venecia de los hermanos Bellin, a la de Mansueti, de Carpaccio. Recordad sus grandes telas decorativas — conservadas en la Academia — que demuestran un espíritu de análisis a la vez dócil y caprichoso al pintar las regatas en el Canal, las procesiones náuticas, con sus personajes vestidos como pájaros multicolores, destacándose sobre las fachadas color cuero, color de hoja muerta y de flores mustiadas.

A través de las edades, la Venecia carpaccinesca y la de Waroquier, se reunen. ¿En qué se parecen ellas? Puede ser por esa riqueza grave y por su coloración, y asimismo porque son pobladas por un sinnúmero de personajes. No son una de esas acuarelas animadas por una población abigarrada. No son figuras que posan para el pintor, como se encuentran en las telas de un Leopoldo Robert, y sí figuras familiares, gentiles, verídicas, sin que por ello sean servilmente veristas. Todos los venecianos, que sean ellos de origen o de adopción, las reconocerán sin ninguna dificultad: marineros, soldados, paseantes con negras chalinas, curas, mendigos y barqueros: los campesinos de *tierra firme* dormitan sobre sus banastas concluído el mercado; el vendedor de pescado corre por los muelles; el vendedor de pulpos, mariscos, extiende sobre las lacas de la acera su mercadería rutiladora, viscosa y transparente. Una nube de chiquillos se agrupa a su alrededor. Estos son los personajes habituales de sus acuarelas. Su verismo se alquitara por su fantasía. En ella no hay un solo turista. No los encontró. No halló a su paso las tropillas migradoras de extranjeros excéntricos saliendo del Danieli o del Grand Hotel. Es que fué él quien no quiso cruzarlos al paso.

Malgrado el prestigio de un fatigoso pasado, no obstante las sagradas sombras que la visitaron y que la cortejaron, haciéndole el amor con sus liras y paletas, esas sombras encantadas que Barrés viera flotar en las corrientes del Adriático, Henry Waroquier pudo pintar Venecia con el amor ferviente y humilde de cualquier pintor desconocido de los burgos catalanes y bretones, que también se enamoraron de esa señora de las aguas.

Conservar esta perfecta virginidad puede ser acaso un milagro, y quizás sea esa la mayor razón para explicar el hondo y duradero encanto que ejercen sobre nosotros esas acuarelas.

J. V.

—— *** ——

LEON WERTH

Pintura antigua y moderna

En los últimos años del siglo XIX, las jóvenes confinadas a cualquier provincia, tañían el piano y pintaban flores sobre porcelana. Tal era el arte en la familia, pilar de la burguesía. También las familias sabían que el gran arte estaba encerrado en los nichos de los museos. La importancia estaba perfectamente determinada por los críticos de arte del Baedeker, o sea la guía internacional de las ciudades. Los viajes de boda formaban la educación de las jóvenes esposas. Regresaban de Italia reteniendo algunas veces el nombre de Tiepolo. Todo estaba ordenado y en su propio lugar. Los maestros de otros tiempos eran de la época de los viejos maestros, como el siglo XIX era la época del maquinismo, o la época del progreso. La burguesía sabía en qué templos oficiar: los museos eran los dioses. Se hallaba completamente segura y tranquila, como que hay un dios en los cielos. Sin duda, el arte del presente no puede igualar al del pasado. El pasado había venido al mundo con olor, color y sabor del pasado. El pasado había venido al mundo con su misterio. El presente no era más que un tiempo sin pátina, tiempo al alcance de la mano. Pero ninguna época puede hacer a menos de los pintores, garantizados por el gobierno. Son los generales del arte. Se les reconoce fácilmente por sus medallas.

Sin embargo, por la abundancia de los problemas planteados, por la riqueza de las obras, por el poder de un lenguaje jamás inmóvil, evolucionando bajo la apariencia de mutaciones bruscas, el siglo XIX igualó en Francia las más grandes épocas de la pintura. La gran burguesía, y la mediana burguesía, no lo sabía. El abogado, el escribano, el médico iban a visitar el Salón de Primavera y, cuando no podían costearse hasta la metrópoli, contemplaban en la vitrina de la calle principal de su pueblo una naturaleza muerta bien masillada, o flores rizadas con unas tijeras de hierro caliente, por el pintor local. La burguesía no conocía el nombre de Cézanne. Los que se reían de Cézanne eran iniciados, estetas. La burguesía se arrepiente hoy de esta ignorancia. De haberlo sabido, habría comprado.

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La

pintura del siglo XIX es una prueba. Se dice que los pintores gustaban pintar para ellos, para algunos amigos, algunos mercaderes y para el extranjero. Y el hecho, si nos atenemos a la lógica, aparece tanto más extraño cuanto qué la pintura — de Corot a los impresionistas, por ejemplo — nunca tendió a lo exotérico, variando sin brutalidad, según leyes internas, no contrayéndose según las fluctuaciones de las estaciones y de las modas. Siempre, por esta ausencia de contacto entre los artistas y la multitud, los jóvenes que se destinaban a la pintura debían, en sus principios, cruzar una suerte de *no man's land*, o sea una tierra sin hombres, vulgo desierto.

Los tiempos cambiaron. Los filisteos han muerto. Todo pasa, diría un sabio, como si los filisteos hubiesen verdaderamente muerto. Se escucha jurar, por bajo los bigotes, pero contra Picasso. Ahora las viejas mansiones de provincia abrigan entre sus paredes telas modernas. La dueña de la casa las muestra con orgullo, con la misma clase de orgullo como si exhibiese un vestido de la calle de la Paix, — calle de las modistas y modistos. Sigo dócilmente a la dueña de la casa, levanto la naríz y los muros empiezan a desfilar. Es como si ella me dijera: Es pintura confeccionada por los modistos de la famosa casa Poiret. — Tengo unas ganas locas de gritarle: Ponga los cuadros de los académicos más en boga, Carolus, Gervex, Merson y etc.

Parisino o provincial, el esnobismo fué musical y literario. Lo es también pictórico, pictórico ante todo. He ahí modificadas las relaciones entre el artista y el público. No hay más el desierto por medio entre una y otra mitad. *No more the man's land*. Los diarios hablan de los pintores casi lo mismo que de los figurones célebres, cantantes, ladrones, políticos. Las revistas los interrogan de los problemas de estética y sobre los deportes de las vacaciones. Los mercaderes de cuadros tienen negocios tan lujosos como los comerciantes de autos. ¿Qué será del destino de esos pintores, en esta feria de la pintura en que se ha convertido París? ¿Serán ayudados o aplastados por estas nuevas costumbres? El talento, ¿tendrá menos que penar para vencer la universal apatía con obras fáciles, que las que se necesitaron para vencer la indiferencia y la rutina? Se ha desarrollado una clase de periodismo de la pintura, ¿será éste menos de temer que la mediocre, la sana pintura, pero honesta?

---

(1) León Werth, ferviente admirador de Octavio Mirbeau, su discípulo iniciado por él en la vida literaria, es uno de los escritores que más aguda y finamente satiriza las instituciones burguesas, sus costumbres, sus corruptelas y principalmente el arte apoltronado de alcoba y cosquilla de la burguesía. Autor de varias novelas de tendencia satírica y social por ejemplo "Clavel" (*), algo de terrible y sarcástico contra la guerra, se le proclama como el heredero de la tendencia mirbeauniana.

Es que lo sugiere Romain Rolland en una especie de retrato que hizo de Werth, en ocasión de un homenaje organizado por los escritores de las izquierdas. Traduzcámoslo, porque es una de las siluetas más justas que se ha hecho de este escritor. Escribe Rolland:

"León Werth es un artista y un hombre libre. Por eso me es doblemente caro. Amo ver en la fiereza de este escritor el heredero de Mirbeau. Posee la ironía vengadora, el desdén poderoso, la sana misantropía, y esa llama de arte cuyo esplendor ilumina hasta la nada.

"Pero su voz no tiene la sonoridad de las trompetas de Mirbeau, soñando en el desplome de las viejas murallas fétidas de una sociedad corrupta. Mirbeau creía en los hombres y, malgrado todo, creía también en la victoria final. Mirbeau vivía aún en los tiempos de las grandes ilusiones, — Werth no conserva ni una.

Yo conservé algunas todavía. Creo en los hombres. Y sé que existen: Aquel que despojado de todas las ilusiones, sostenido por el solo vigor de una vida ardiente, camina al borde del abismo, con una alegría intrépida, que desdeña la esperanza, — ese es un hombre.

Y ese es *León Werth*."

En ese breve trabajo "Pintura antigua y moderna" están contenidas en potencia esas cualidades que indica Rolland. Es muy poco ello para caracterizar un escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

(*) *Clavel soldat*, — roman (Albin Michel, editeur, 1917. — *Clavel chez les mayors*, 1918. (*Clavel Soldado y Clavel entre los mayores*).

MARIA KRISCHE

LA TRAGEDIA BIOLOGICA DE LA MUJER

Como una especie de complemento de los trabajos de Vaerting, apareció en alemán la traducción de un pequeño trabajo, pero importante para la apreciación del problema de la mujer, "La tragedia biológica de la mujer", por A. W. Nemilow, profesor en la universidad de Leningrado. Mientras que los trabajos de Vaerting hacen resaltar esencialmente lo unitario de lo masculino y lo femenino, aquí se pone de relieve lo diferencial.

En forma sencilla como científica trata el médico el hecho de la molestia sexual especial de la mujer. Apoyándose en el conocimiento que no hay para los seres humanos una vida al margen de la sexual, demuestra que el ser humano, en interés de la conservación de la especie, es más sexual que cualquier otro animal, incluso que el mono de tan ponderada sexualidad. El animal sigue el impulso sexual sin conciencia de las consecuencias. Pero el hombre es un animal cerebral, relaciona con el pensamiento el acto sexual, con lo que de él resulta y puede estimar lo que significa para él el parto y el hijo. Ese hijo es una personalidad fuera de él mismo, a quien tiene que aportar sacrificios. El individuo en sí no tiene un interés especial en que la especie continúe. De ahí que puede presentarse el caso que el hombre consciente eluda la conservación de la especie que pesa sobre él, cosa que no hace nunca el animal. Por eso en los seres humanos son necesarios "medios de atracción de la naturaleza" más fuertes, y como tales obran los órganos sexuales para ponerlos al servicio de la conservación de la especie. Nemilow se refiere a la magnitud de los órganos sexuales, que pone en relación con el peso del cuerpo y afirma que realmente la sexualidad desempeña en los seres humanos un papel más importante que entre los animales.

Nemilow trata luego, en diversos capítulos, de las diversidades sexuales del hombre y de la mujer, que según él pesan tan amplia y unilateralmente sobre la mujer que en base a ese yugo dado por la sexualidad, habla de una *tragedia de la mujer*, tragedia sin solución porque es inmutable. Aparte del breve período de la vida infantil hasta la madurez sexual, está la mujer continuamente bajo la presión de la función sexual. Distingue cuatro períodos en la vida femenina. El primer período hasta la primera maduración de un óvulo del lugar femenino de reproducción, que se anuncia por la aparición de la menstruación; el segundo período hasta el primer acto sexual; el tercer período y el más importante, porque es el más activo, desde el primer acto sexual hasta el climaterio, y el cuarto, el período de la ancianidad. La imaginación y la menstruación tienen un grandísimo influjo en el sistema nervioso y en la fuerza de trabajo. Modificaciones esenciales se establecen en ese tiempo en la mujer normal, completamente sana, modificaciones en la presión sanguínea, en la actividad del corazón, en la menor fuerza de resistencia contra las causas de enfermedad; si la mujer no es enteramente sana, el equilibrio psicológico en esos días padece. Se ha comprobrado también elevada inclinación al delito y al suicidio. (Según Weinberg, más de la mitad de los suicidios femeninos corresponden al período de la menstruación). Simultáneamente es dada una detallada exposición del proceso de la maduración ovular en el ovario, del camino que sigue el óvulo, y de las conexiones entre maduración ovular y menstruación, sobre lo que existe aún mucha oscuridad. No es ninguna purificación para el cuerpo, sino una reducción de la vieja membrana mucosa de la matriz en favor de la nueva, que da al nuevo óvulo nuevas posibilidades de fijación y de desenvolvimiento. El papel del hombre en la vida sexual, según Nemilow, es activo, avasallador, el de la mujer pasivo, puramente receptivo, pues el primero es el conquistador, el que toma posesión, el que obra; la mujer no es activa más que en la seducción; en lo demás es receptiva; incluso puede ser receptiva sin estar sexualmente excitada. Por eso la sexualidad, según Nemilow, fortifica las fuerzas creadoras del hombre y aumenta la pasividad de la mujer hasta el desprendimiento personal, inspirándola con "las tiernas esperanzas y el deseo" de ofrendarse. Frente al hijo, la mujer, a pesar de todo el malestar de los nueve meses, no puede sentir la alegría del creador, pues no depende de ella "el que nazca un Newton o un majadero" (¿depende del hombre activo, tal vez?). Como desventaja de la mujer, se menciona también el hecho de la frialdad sexual femenina muy difundida. (Según M. v. Kemnitz, en algunos pueblos, del 60 al 80 por ciento de todas las mujeres son sexualmente insensibles). Después de una discusión profunda de los peligros del parto, que en los seres humanos es más doloroso que en los animales y más peligroso, a causa de la estrechez pelviana condicionada por la posición vertical, de la fundición del feto con las paredes de la matriz y a causa de la forma redonda de la cabeza del niño en cambio de la cabeza puntiaguda del animal, se refiere Nemilow a la molestia ulterior con el amamantamiento del niño, que impresiona nuevamente el sistema nervioso y puede conducir a perturbaciones psicológicas, finalmente a la unión con el niño durante un largo espacio de tiempo, que comienza con la "sensibilidad nativa del sistema nervioso de la mujer para el encanto del propio hijo" (instinto maternal). Según Nemilow, la parte del hombre en la conservación se agotó en el acto sexual. En su alma no tiene lugar "una desfiguración de la perspectiva", es decir una ilusión a favor del niño, como en la madre. Aunque la ley, la educación social le obligan a preocuparse del hijo, hasta a sacrificarse a él, eso es algo exterior que no nace del propio impulso. La conclusión de las investigaciones es constituída por una exposición del climaterio, que se produce en la mujer de diez años antes de la falla sexual del hombre y según Nemilow es de consecuencias mucho más vastas y más destructivas para la vida intelectual.

Cuando se está al fin del pequeño trabajo se comprende su título. Es realmente una tragedia la que aparece ante nosotros y se comprende ahora la vía dolorosa que tuvo que recorrer la mujer en la historia de la civilización. Ningún hombre dejará ese libro de la mano sin que le venga a la memoria la oración del judío piadoso: "Señor Dios, te doy gracias por no haber nacido mujer". Queda uno directamente conmovido ante la injusticia de la naturaleza, que puso todo lo trágico en uno de los sexos. Frente a ese duro yugo biológico (dado por la naturaleza) no es fácil creer en la igualdad de la mujer respecto al hombre, en favor de la cual habla Nemilow, refiriéndose a los experimentos de Steinach, que mostraron que se puede cambiar el carácter masculino en femenino (de conejos hembras resultan animales que tienen la apariencia y el comportamiento de machos, cuando se les injertan glándulas germinales masculinas, y viceversa) y la participación de la mujer en la vida pública rusa. Nemilow ve en la limitación de la natalidad, que no debe ser obtenida por el aborto, sino por medios preventivos eficaces como los que hoy existen, un aseguramiento de la fuerza creadora espiritual de la mujer y concluye en la interrogación: ¿cómo se hará frente luego en todos los Estados al retroceso catastrofal de la naturaleza?

La demostración científica del recargo sexual particular de la mujer es indudablemente tan convincente que hay que concordar por completo con el investigador ruso cuando resume su demanda con estas palabras: "dado ese yugo biológico de la mujer, no puede tratarse más que de hallar una forma sexual en que menos influencia tenga ese yugo". Entre nosotros la situación particular de la mujer ha sido poco reconocida, y muy poco reconocida también la necesidad de una nivelación económica y psicológica. La legislación sovietista y la segunda Internacional defienden el punto de vista de la necesidad de una protección particular a la mujer frente a la concepción defendida por las mujeres de la burguesía anglo-sajona, que reclaman simplemente los mismos derechos por el mismo trabajo.

Como casi todo el que defiende nuevos pensamientos, también Nemilow parece sobrepasar el objetivo. Otras investigaciones médicas, como las de la doctora Matilde v. Kemnitz, que se ocupó ya hace años de esos problemas, ponen en duda que sean tan grandes los daños de la menstruación en el sistema nervioso que no puedan ser reducidos por la voluntad de la mujer instruída y sana a un mínimum insignificante. Cuando se habla de suicidios femeninos en el período de la menstruación habría que dar al mismo tiempo cifras para saber si en general corresponden más suicidios al sexo femenino que al masculino, lo que me parece muy dudoso.

Las preñeces no son nunca para la mujer instruída estados persistentes. La maternidad y el amor inclinan a la mujer ciertamente a la abnegación, pero eso es individualmente muy distinto, en todo caso no quiere decir de ningún modo que la mujer deba sentirse feliz sólo en las ofrendas. Tampoco necesita vivir la mujer en el amor tan receptivamente como es hoy el caso, considerándosela como inferior desde el punto de vista de la sexualidad. Una parte esencial en la situación oprimida de la mujer está en su pasividad. El hombre es el poseedor indiscutible de la mujer, no pregunta si está cansada, menosprecia todo lo necesario al despertar de la mujer. No tiene en cuenta lo que llamamos el ritmo femenino, los períodos de mayor sexualidad de la mujer, antes y después de la menstruación. Conocemos aun demasiado poco las condiciones en que tiene lugar la satisfacción sexual de la mujer.

Lo más discutible me parece la actitud de Nemilow ante la paternidad, aunque no está solo. Falta todo ensayo de una demostración de que el padre no tenga ese sentimiento especial para el propio hijo. Nemilow pasa por alto completamente que la seguridad de la conservación de la especie está garantizada, no sólo por el aumento del impulso sexual, sino también, y tal vez en mayor grado, por la mayor protección a la niñez, tal como podemos observar en una elevada evolución de la vida. En los seres humanos esa evolución culmina en el instinto materno y paterno *consciente*. Ya los animales superiores, como lo ha expuesto hace poco el profesor Alverde en su sociología animal, conocen la paternidad. Se ejerce en la cooperación durante el tiempo de incubación, que observamos en la

mayoría de las especies superiores, instinto defensivo frente a la hembra y a la cría, y constituye una especie de estación de socorro y seguridad para la madre y el hijo. Pero si no existiese en el hombre nada frente al fuerte instinto materno, ambos sexos deberían hablarse, como dice Nemilow, en "idiomas distintos". Pero se vuelven a encontrar en la condición de padres, y eso demuestra aun que la igualdad de la especie supera a la diversidad de sexo.

En resumen, es un libro extraordinariamente digno de lectura al que, pasando por alto la crítica a algunos detalles, hay que reconocer su veracidad en lo esencial. (De "Urania", Jena).

LA PATRIA

Para el campesino, la patria es el valle que lo vió nacer. Para el aldeano, la patria no tiene más circunferencia que la de las oscilaciones de la campana de la capilla. Para el provinciano, la provincia. Para el nacional, no hay más hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, la patria es la Humanidad; el pueblo, el género humano.

* * *

La sociedad actual de Sud América no difiere de la vieja sociedad de la Europa feudal, sino en la forma exterior. En el fondo no es otra cosa que un arreglo en que unos pocos individuos privilegiados viven del trabajo común de los otros.—

JUAN BAUTISTA ALBERDI

QUIEN LA HACE, QUE LA ESPERE...

Bajo mi vista tengo una circular firmada por un grupo de trabajadores afiliados al partido comunista de Rusia. Se trata de descontentos de la extrema izquierda que se indignan y protestan contra la conversión de la derecha por la fracción que detenta el poder, y contra su política que sacrifica los intereses del comunismo internacional a los particulares de Rusia. Los miembros de ese grupo se quejan de ser maltratados y perseguidos... Sus camaradas G. Myasnikoff, N. Kusnezozz, Prestanof, etc., fueron deportados a Siberia. Las expulsiones de Moscú no se cuentan más por lo numerosas.

La lectura comenzaba a interesarme, cuando algunos renglones más abajo leo que estas medidas represivas están muy bien al adoptarse contra los socialistas de la extrema derecha, o sea los mencheviquis; pero son inadmisibles si se aplican a los mismos comunistas de la extrema izquierda. El termómetro de mi simpatía de pronto descendió bajo cero.

Quien admite la cárcel para los otros debe prepararse para sufrirla él también. Y bien considerado todo esto, encuentro que los plañidos de estos comunistas, son poco elegantes. (*De "En Dehors" de Orleans*).

Creemos que con lo transcripto de la nombrada revista, sobran los comentarios que podamos hilvanar nosotros sobre la actual situación política rusa.

P. J. PROUDHON

La propiedad intelectual

El soldado da su vida por su país sin haber recibido otra cosa que su sueldo, es decir, lo estricto necesario. El cantor que pone en palabras, en música, si queréis, lo que el otro ha puesto en acción, *morir por la patria*, exige más que vivir: ¡exige una corona, campos, prados, viñas, propiedades!

Lucía de Lammermoor expira al saber el regreso de su prometido: da su vida con su amor, al hombre que abandonó por obediencia, creyéndolo muerto, y cuando no puede darle ya nada. El *maestro* que borda sobre ese tema una ópera, reclama para sus notas, perpetuidad de privilegio; la actriz que las canta, quiere también oro, oro, oro. Lais, pidiendo a Aristipo mil dracmas por una noche, entendía el amor como la cantante entiende el arte. Padres de familia: ¿qué práctica recomendaréis a vuestras hijas: la de Lais o la de Lucía de Lammermoor?

Hay en la Biblia una historia, no más conmovedora, pero más instructiva sin comparación que la de José: es la historia de los Tobías. Tobías padre, vuelto ciego, habiendo perdido todos sus bienes, con su mujer vieja y cacoquina, se resuelve a enviar su único hijo a su antiguo asociado Gabelo, para reclamarle el reembolso de una deuda, su último recurso. El viaje es de trescientas leguas, en país bárbaro, sin caminos, sin policía, lleno de cortacabezas e infestado de malhechores. Si Tobías hijo, con su bastón por viático, conseguía pasar, había que tener la seguridad que con su dinero no regresaría. La madre hace una oposición desesperada. Sin embargo, es preciso partir. El azar hace encontrar al joven un compañero de viaje. Rafael ha visitado todos los países; conoce todos los senderos, habla todas las lenguas, ha estudiado todas las ciencias; ha conversado con todo Israel. Toma a Tobías bajo su protección, le salva la vida al paso del Eufrates, le hace casarse con una bella y rica heredera, se encarga él mismo de llevar a cabo el cobro de la letra; después vuelve a la joven pareja sana y salva, colmada de riquezas; devuelve la vista al ciego, el hijo a la madre. Y cuando las buenas gentes, que lo deben todo a ese desconocido: la vida, la vista, el amor y la riqueza, le ofrecen compartir su fortuna, responde: No me alimento de esa carne. ¿No parece estar oyendo a uno de esos obreros de que está lleno París, que, al ir a su trabajo, se arroja en el Sena helado, salva la vida a un niño inhábil, a una mujer desolada, y no tolera siquiera que se le reembolse el cuarto de jornada que le descontará el patrón? Rafael, a quien la Biblia llama un ángel, es el genio que se prodiga, y no acepta por salario más que el don del corazón, igual a él y el único que puede pagarle. Que un literato, sobre esa muestra, escriba una novela: su primer pensamiento será la prohibición de reproducirla. — Yo no soy un ángel, observa. — ¡Pardiez, alma grosera, se sabe perfectamente: tú eres un ogro!

("*Los mayorazgos literarios*").

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(*Continuación*)

¿No es característico que se haya hecho proverbial la manera de hablar y el tono parlamentario como un cierto método escurridizo como la anguila, cortés e hipócrita, en absoluto falso? ¿No da que pensar que en todos los parlamentos sean esas gentes finas, débiles de carácter, aristocráticas, que sólo pueden llamar propia a su lengua que esquiva corrientemente las escabrosidades y asperezas, las que desempeñen el papel principal?

El llamado Estado constitucional, significa una unión, un compromiso del gobierno feudal medioeval, del junkerismo, de la realeza por la gracia de dios, por una parte, con la sociedad burguesa, por otra. Es verdad, mientras esa lucha se ventilaba entre el mundo burgués y el feudal, nuestro puesto estaba al lado de la burguesía; entonces éramos demasiado débiles para combatir simultáneamente contra ambos o para contemplar como espectadores risueños, el combate. Pero hoy la lucha no es ya una lucha aparente, hoy no sólo lucha una concepción de la vida contra otra, sino un interés contra otro. Sólo nosotros, que somos fuertes en nuestra comunidad, tenemos una concepción de la vida, debemos unificar más y más contra nosotros a nuestros adversarios, combatiéndolos a ambos. Dejamos su Estado y sus instituciones capitalistas y sus iglesias y sus parlamentos, estamos fuera de todo eso, y donde no lo estamos aún, donde la miseria nos fuerza a prestarles servicios de esclavos, para ganar el salario en el trabajo, allí cesaremos alguna vez también, cesaremos de una vez, cuando nos parezca conveniente, cuando haya llegado la hora...

La pregunta: ¿qué nos importan las elecciones?, se amplía así: ¿Qué nos importa la política? ¿Somos, como se dice, un partido político, o somos otra cosa, algo más grande? ¿Qué es la política? El arte del Estado, se dice, y esto es justo. Sin Estado no existe diplomacia, ni parlamento, ni política. Pero, ¿qué diablos nos va en el Estado, el sostén del orden social actual? Es falsa la opinión de que podríamos introducirnos, por alguna puertecita excusada, en el Estado actual, y de ese modo obtener nuestro fin. Es falso que esa puertecita excusada, el parlamentarismo, haya quedado abierta por imprevisión, o por necesidad; al contrario, los actuales gobernantes la han abierto de par en par para seducirnos y educarnos para el gubernamentalismo y para los sillones del Estado, y el peligro de que puedan obtener su propósito es grande.

Nosotros no somos un partido político; no queremos hacer ley alguna para establecer el orden en la lucha de intereses y para oprimir a los débiles y asegurar a los ricos; no queremos remendar el mundo actual, para hacerlo soportable, no, lo digo francamente, lo queremos hacer insoportable para empujarlo más rápidamente a su muerte. No conocemos ley alguna entre las diversas naciones; nosotros somos hoy todos unos como proletarios en la lucha contra el capital, y queremos que todos los hombres sean unos como hombres, como individuos en la lucha contra las fuerzas enemigas naturales, en lucha por el progreso y la cultura...

Para conseguir ésto, nos dirigimos ante todo como educadores al individuo. Le decimos: mira, hermano, no existe para ti un deber frente al Estado o la llamada totalidad, no existe ningún deber frente a dios, todo eso es mentira y engaño. Cómo tienes tú que obrar es lo que tienes que creer; sobre eso tú únicamente debes componértelas con tu razón. Y para eso se ha dado, por la descendencia común de todos los hombres, no obstante todas las desigualdades y diferencias, que tengan una sola razón, y que un espíritu moral sea capaz de abarcar al menos lo más grande que ha descubierto y encontrado el más avanzado y elevado de los geniales. Ciertamente, debemos suprimir primero un caos de superstición, de absurdo y de mentira, el pensamiento capitalista ha sido demasiado introducido también en los trabajadores, pero felizmente no lo tolera a la larga con sus intereses y por eso ocurre que la masa obrera tiene tan buena comprensión para toda nueva gran idea. Eso no se aplica a la burguesía, — a ella se le puede predicar la razón todo lo que se quiera, la mayoría burguesa no puede darnos la razón aunque sea honesta. Si un burgués debe dejarse convencer por una idea que corresponde a otra concepción del mundo, entonces tiene que ser un hombre libre, elevado por encima de los intereses de la propia clase. Y esos son pocos.

Pero, ¿quién de esos trabajadores no comprende, cuando le digo: pagas impuestos, eres soldado, trabajas en la fábrica, no porque es tu voluntad, sino porque debes hacerlo porque estás esclavizado, porque los que te esclavizan son los más fuertes? Tú puedes, también el individuo puede, tú puedes cesar de trabajar si quieres, pero morirás de hambre; puedes rebelarte contra las leyes del Estado y de la moral que no te interesan, pero serás privado entonces de tu libertad, si no muerto, y eso por vía legal, — pues el derecho es la fuerza. Puedes dejar todo lo que haces, si no es tu voluntad el hacerlo; pero bajo la servidumbre en que estás, no puedes hacer lo que quieres. No puedes satisfacer tu ardorosa sed de instrucción, no puedes crearte una existencia humana, no puedes suprimir del mundo que te asquea la mentira de los negocios, la bolsa, la prostitución, el sacerdocio embustero y el funcionarismo ni la educación juvenil contradictoria que ensombrece el espíritu. En una palabra, no puedes vivir como quieres, debes vivir como quieren las circunstancias mantenidas, defendidas e idealizadas por la sociedad burguesa actual.

En ese estado sólo hay un medio. Todos los que sufrimos bajo esas circunstancias, nos agrupamos en una comunidad militante. No queremos cesar de profesar la razón y de instruir a las masas hasta que hayamos logrado que se unan los proletarios de todos los países, para derribar la concepción capitalista e instalar la socialista. Organicémonos en sindicatos, reclutemos en todas partes, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas, en la familia, en las grandes reuniones. Cuando esa organización libre sea bastante fuerte, entonces cada grupo aislado puede contar con todos los demás en la lucha por el mejoramiento pasajero de las condiciones de la vida, por la reducción de la jornada de trabajo, por la elevación del salario y para hacer frente al capital. Entonces cada grupo particular puede desahuciar provisoriamente la sociedad burguesa, aunque no sea más que para señalar lo qué vendrá. Y esa nuestra organización de lucha debe ser ya un modelo de la sociedad futura. En ella todos obran en cuerpo y alma por los demás, por la causa común; uno para todos, todos para uno.

Por eso os digo: ¡Compañeros, no elijáis diputados al Reichstag! No elijáis representantes que deben combatir por vosotros con discursos parlamentarios. La palabra no existe para la lucha, sino para la enseñanza, y para la lucha no hay representación alguna. Luchad por vosotros mismos, proletarios, no con la lengua, sino con toda vuestra persona; luchad donde la lucha debe ser ventilada, en el terreno del trabajo, y allí no combatiréis solos, sino todos estrechamente asociados y unidos".

Aunque estas ideas no son nuevas, sino un discurso ordinario de propaganda, Landauer tuvo ya desde muy joven ese pensamiento, que profundizó después y propagó con la fuerza sin ejemplo de su idioma, que sólo pocos agraciados pueden llamar suya.

A los 22 años llegó Landauer a Berlín para continuar estudiando. Aquí entró en contacto con Benedict Friedländer, que reunía a su alrededor un grupo activo en pro de las ideas socialistas, pero, sin embargo, no puramente anarquistas. La obra principal de Friedländer: "*Las cuatro corrientes principales del moderno movimiento social*", ejerció una influencia no

insignificante en los "jóvenes", Friedländer difundió y popularizó en especial las ideas de Eugen Dühring. En el mundo socialista, principalmente en el movimiento marxista, se conoce a Eugen Dühring sólo por el libro de Friedrich Engels *"Anti-Dühring"*. Pero con ese libro no se puede uno dar una idea de la personalidad de Dühring, a cuyos más encarnizados enemigos pertenecía Engels. Es indudable que no se conoce a un hombre por lo que informan sobre él sus adversarios. Dühring pertenece, no obstante el libelo de Engels, a los espíritus más importantes de Alemania, muy superior por sus vastos conocimientos y por su pensamiento genial a Marx y a Engels. Dühring, a causa de su resistencia contra Bismarck, fué expulsado de su cátedra en la Universidad, donde oficiaba de privatdozent pago, y dejado en la miseria. No testimonia en pro del carácter de Engels el hecho de que haya tratado a Dühring como lo hizo. Lo único que se podía reprochar a Dühring es que en su vida — llegó a los 90 años — modificó sus concepciones. Pero esto es comprensible si se piensa que Dühring era un pensador gigantesco y siempre en marcha que no se paralizó en un dogma, sino que aspiró incesantemente a presentar y a resolver nuevos problemas. Así sucedió que Dühring no creó una doctrina y luego se encerró en ella; desarrolló sus ideas más y más, y encontramos en este polígrafo una multitud de pensamientos que ciertamente no pueden ser catalogados en un sistema simple. Lo esencial que distingue el socialismo de Dühring del marxismo, es la acentuación del principio de la personalidad, o como lo llama Dühring, del personalismo. Dühring toma la personalidad individual como objeto de sus consideraciones y vé en el cambio de relaciones de las personas el núcleo íntimo del problema social. Esa ideología alejó a Dühring del marxismo y lo acercó a las ideas anarquistas. El "sistema societario" expuesto por Dühring en muchos escritos, está entre el marxismo y el anarquismo.

En ese ambiente entró Gustav Landauer. No eran las circunstancias exteriores las que lo llevaron a ese ambiente y al anarquismo. Fué su vida interior, su apasionamiento interno, la que indicó a Landauer el camino que estaba forzado íntimamente a seguir.

En Berlín vió Landauer la miseria acumulada; vió al proletariado, no como en Karlsruhe y Heidelberg, sino como una masa enorme, gigantesca. Y esto le quitó el sueño largas noches. "Me parece insoportable que pueda comer hasta saciarme mientras los demás sufren hambre". En eso está su profesión de fe socialista. Fué colaborador de un semanario editado por el crítico del lenguaje Fritz Mauthner. Al principio su colaboración era puramente literaria, pero pronto pasó a los problemas sociales y políticos y se hizo netamente socialista.

En el campo socialista dominaba hacia esa época, poco después de la supresión de la ley contra los socialistas, una vida agitada. Los "jóvenes" se desgajaron del partido socialdemócrata y se reunieron bajo las banderas de las ideas anarquistas y en parte sindicalistas. A esos "jóvenes" pertenecía Bruno Wille (que cayó después completamente en el campo burgués), el naturalista W. Bölsche, el escritor Wilhelm Spohr, más tarde también el médico Dr. Friedeberg. En ese ambiente se encontró Landauer y fué pronto uno de los más activos. Secreó un órgano, *Der Sozialist*, y Landauer fué su redactor. El periódico fué uno de los mejores órganos socialistas que haya habido en Alemania. Landauer escribió excelentes artículos, en los que defendía un socialismo que no tenía consideración ni con el partido ni con una camarilla; pero ante todo combatió el Estado prusiano. Ya entonces desarrolló Landauer su ideal. La construcción socialista de la humanidad debía ser realizada sin compromisos, desde el principio y de nuevo, desde abajo y en pequeña escala y luego más y más en grande y en amplitud; pero no con los politicantes y por el Estado, eso era la muerte. Fué por encima de la periferia de los partidos y del orden social actual. Y cuando habló y escribió sobre lo que ardía en su alma, no pudo evitar el ataque a la miseria estatal actual y las colisiones con el Estado. La policía prusiana secreta estuvo pronto tras su rastro y la sección política lo siguió en cada paso. Pronto perteneció Landauer a las personas más vigiladas de Alemania. Era caza libre para la policía; sin embargo, persistió inconmovible en su actividad.

El padre de Landauer, un ciudadano tranquilo y bien visto, no pudo comprender que su hijo se volviera anarquista. Las condiciones externas en que había crecido el joven, no daban motivo para una evolución semejante. Pero esa conversión se hace fácilmente comprensible, cuando nos dirigimos al mundo interior del hombre, cuando tenemos presente que los pensamientos y sentimientos y todo el contenido de la conciencia de un hombre no sólo reflejan las condiciones materiales externas, sino que llevan ya desde el nacimiento las predisposiciones para vivir una propia vida individual y original. La herencia de los padres y de los abuelos está en nosotros como un germen de obscuras y nebulosas posibilidades, inclinaciones y fuerzas personales que aspiran a la conciencia. Está en el dominio de la evolución interna el que la vida de nuestros antepasados obre en nosotros en los ensueños, percepciones y sentimientos, la mayoría de las veces en el umbral de la conciencia, pero a menudo en el dominio de lo consciente. Ese verdadero germen de la teoría de la herencia nos explica por qué la vida de un Kropotkin, de un Bakunin y de muchos otros se volvió hacia direcciones opuestas al medio en que crecieron. Lo que impulsa a un hombre hacia la obra buena, lo que lo mueve a sacrificarse por los otros, no está en las condiciones materiales externas, sino en su carácter psicológico. "No está fuera, allí lo busca el loco; está en tí, tu lo llevas eternamente", canta Schiller. Lo que un hombre apasionadamente inspirado produce y forma de su interior, de su yo, no es filisteo, conservador, es, como en Sócrates, algo subversivo, sin sosiego, que no persevera, que no se satisface con una luz obtenida, que avanza de claridad en claridad, impulsado por santa pasión, por una fuerte voz interior. Ese espíritu vive en todos los seres, en todos los combatientes de la libertad, que bajan de las esferas del bienestar hacia sus hermanos de la pobreza y la miseria.

(Continuará)

El pleito del pacífico

Nunca podrá creerse que la diplomacia yanqui, es decir el ministerio de relaciones exteriores, no supiese anticipadamente la improbabilidad casi absoluta de que el plebiscito resolviese el viejo pleito del Pacífico. De los sucesos conocidos se deduce que sus *buenos oficios*, solicitados por los dos contrincantes, tendían secretamente a hacer preponderar sus intereses comerciales en el continente latinoamericano. La proposición de compra de las provincias cautivas, para donárselas a Bolivia, establecía de hecho una avanzada de su imperialismo. El gobierno de esa nación hubiese sido su eterno deudor. Es el mismo procedimiento llevado a cabo en Méjico y Centro América. Primero la exportación de fuertes capitales industriales para contratar la mano de obra de los nativos; toma de posesión de vastos terrenos petroleros, mineros o auríferos, cuando los hay, y después, poco a poco, la vida económica del país, invadido pacíficamente, habrá de pedirles permiso a los magnates de Wall Street para poderse desenvolver pasablemente. Es la realidad que está aconteciendo en Perú, y que Bolivia la conoce desde largo rato.

No discutiremos los cargos, justos, veraces o no, que Lassiter le hace al gobierno chileno. — Incidentes todos ellos previstos desde el momento que Chile, en las supuestas elecciones plebiscitarias, desempeñaba el naturalísimo papel del caballo del comisario, que con trampa o sin trampa debía ganar. La mala fe de la Casa de la Moneda ha de ser evidente. Tampoco este punto discutiremos.

Lo que nos parece ya más digno de discusión es el retiro de la Comisión plebiscitaria. ¿De qué modo explicarnos esta escrupulosa y estrictísima justicia en esta actitud del continente, y que cambia en forma radicalísima en la latitud opuesta? ¿Está imbuída de desinterés esta acción justiciera, o al revés, la guían fuertes y utilitarios intereses?

Existe un antecedente. Chile rechazó después de negociaciones preliminares, la partición del territorio, o su venta total, en beneficio de un tercero apoyado por los capitales norteamericanos. Insistió siempre que quería se efectuase el plebiscito. Aunque en principio se aviniese a otros arreglos, la antigua idea de la votación le obsesionaba. Cedía un poco para volver otra vez a la carga.

Busquemos ahora si la realización del acto plebiscitario hubiese sido convenientemente beneficiosa para los intereses comerciales del capitalismo norteamericano, es más, de inmediatos rendimientos. En la suposición que venciera Chile, menos que nunca. ¿Y si el Perú resultase victorioso? Aunque fuese ello improbable, la adhesión incondicional de su gobierno, que hipotecó todas las riquezas naturales y los servicios públicos a empresas yanquis, siempre haría más deseable esa victoria peruana. La expansión yanquizante era así tal vez más fácil.

Queda otro punto para examinar. El prestigio norteamericano en esta emergencia, a las miradas superficiales se acrecienta y se intensifica por haber defendido los derechos del más débil, del inerme. Lo curioso es que esos raros antojos de rectitud pundonorosa no los cumpla, por ejemplo, con algunas republiquetas centroamericanas que yacen bajo las pezuñas hendidas de su milicia y de sus autoridades, que llegaron a cerrar las escuelas de habla castellana con el pretexto de que eran centros subversivos o de reivindicaciones patrióticas.

La seguridad con que defiende sus fueros el gobierno chileno en el trance desesperado en que se puso al descubierto sus fraudes, le viene de la convicción de la claudicante autoridad moral de la nación elegida como árbitro. Por su parte, aquél, al conocer la noticia que los miembros de la comisión norteamericana abandonarán el territorio en pleito, regresando a su país, decidió volver a tomar posesión de él, alegando que el plazo fijado de diez años por el protocolo de Ancón para la realización del plebiscito, es el mínimo y no el máximo. Y objeta que quedará en posesión hasta que se efectúe el acto eleccionario, y que de no celebrarse, la soberanía chilena se tornaría absoluta y permanente, de acuerdo con los términos del laudo.

Esta es la situación actual del largo pleito del Pacífico, después de los gastos ingentes, dolorosamente desembolsados por los pueblos de ambos gobiernos contrincantes, los cuales con estas campañas de mutuas revanchas territoriales consiguieron envenenar los ánimos de un patrioterismo letal. Los dos, quizás más el peruano que el chileno, lograron acreditarse como verdaderos salvadores de la patria. En estos ríos revueltos, la politiquería es la única que gana siempre. Al tiranuelo Leguía le erigirán otra estatua, a más de la que ya tiene en vida.

BIBLIOGRAFIA

"A Batalha". Almanaque para 1926. (Lisboa, sección editorial de "A Batalha", 132 págs. en 8°). Precio, 5 escudos.

Los camaradas de la C. G. T. de Portugal, no contentos con el cotidiano, han dado vida a un Suplemento semanal y a una revista quincenal ilustrada, habiendo impreso también algunos folletos de propaganda. Pero un magnífico esfuerzo lo constituye el "Almanaque para 1926", repleto de materiales diversos, instructivos y de valor histórico. El estudio de Alexandro Vieira, un conocido militante, sobre el movimiento sindicalista de Portugal, de 1908 a 1919, da al Almanaque un gran valor. Se encontrará también una reseña de los hechos más importantes ocurridos en Portugal en el dominio de la revolución y la contrarrevolución desde febrero de 1919 a junio de 1925. Hay algunos retratos de militantes actuales y de los muertos en estos últimos años; por desgracia, se encuentra también la reproducción de la fotografía de los sujetos de la catadura reformista y política de Marcel Bidegaray y Trejón Gómez, lo que desdice un tanto del contenido del Almanaque. Gran número de clichés relativos al movimiento y a las luchas del proletariado embellecen el libro. Hay también una amplia lista de las sociedades obreras y de la prensa obrera portuguesas.

Blondel Ch. — "La mentalité primitive". Préface de Levy Bruhl. Librairie Stock, París, 1926, 122 pp. Precio, 5 francos.

El estudio de la mentalidad primitiva no es nuevo: ese tema ha interesado a muchos investigadores y existen diversas concepciones y diversos puntos de vista al respecto. Ch. Blondel, profesor de la Universidad de Estrasburgo, conocido por otros trabajos psicológicos, ha resumido en este pequeño volumen de una nueva serie de la biblioteca "La culture moderne" publicada por la Librairie Stock, ese capítulo de la vida mental de los pueblos primitivos según las ideas predominantes al respecto en las publicaciones de Levy-Bruhl.

He aquí algunos párrafos que resumen la tesis del autor:

"El espíritu del primitivo, ¿es idéntico al nuestro? No podemos saberlo de antemano y únicamente los hechos tendrían derecho a decírnoslo. Ahora bien, interrogados como es debido y sin idea preconcebida, nos enseñan al contrario que la mentalidad primitiva no es simplemente el producto caprichoso y pueril de espíritus que se aventuran a ciegas por las vías que nos son familiares. Compleja y coherente a su modo, tiene sus caracteres y sus leyes propias"... (pág. 12-13).

Después de hacer algunas consideraciones sobre el problema del método de investigación, traza un paralelo entre la mentalidad del primitivo y la mentalidad del civilizado, concluyendo en la diferencia de mentalidad. "Gracias a las ideas puestas a su disposición por la colectividad, los hombres pueden en nuestros días formarse del mundo una representación puramente intelectual y objetiva. La actividad mental de los primitivos no les permite nada de eso. Lo que hay de conocimiento en su representación del mundo está penetrado de elementos afectivo-motores que, necesariamente, no tienen nada de objetivo a nuestros ojos"... (página 48-49). Importante para la comprensión de la tesis de Blondel es este pensamiento: "La ley que regula la mentalidad primitiva en sus manifestaciones merece ser llamada ley de participación. Implica que la mentalidad primitiva juzga siempre de las cosas y de sus relaciones, no según sus caracteres objetivos, sino según las propiedades ocultas que sus representaciones les suponen" (pág. 50). Para el primitivo la realidad entera es mística. Las cosas tienen, al lado de sus propiedades objetivas, propiedades ocultas. Y estas últimas son tan reales para ellos como las primeras, si no más aún. Para la mentalidad civilizada todo efecto tiene su causa natural, para la mentalidad primitiva todo efecto tiene una causa mística. "La acción física no se concibe sin acción mística. Propiamente hablando, no hay más que acciones místicas, sin las cuales las acciones físicas no son y no pueden nada" (pág. 92).

El librito está escrito para el gran público y constituye una buena introducción al estudio de ese problema, que tiene un interés científico y un interés práctico a la vez.

Fabbri L. — "Crítica revolucionaria" (selección). — Publicaciones Mundial, Barcelona (1926). 220 páginas en 8°. Precio, 2 pesetas.

La casa editorial Publicaciones mundial, de Barcelona, ha recogido en este volumen diversos trabajos de nuestro camarada Fabbri, como por ejemplo: "Períodos de crisis", "La función anárquica en la revolución", "El individualismo stirneriano en el movimiento anarquista", "Influencias burguesas sobre el anarquismo", "El sindicalismo, el miedo a la libertad," etc., etc. Casi todos esos trabajos se conocían ya en español y han sido bastante leídos y apreciados. Sin embargo, bien impresos y accesibles por su precio, se han de difundir ampliamente en nuestro ambiente y fuera de él.

D. A. DE S.

AÑO V

BUENOS AIRES, 28 DE JUNIO DE 1826

N.o 229

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMAN[AL] ... CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — ... y giros a M. TORRENTE

Guerras zoológicas

En el último congreso del partido comunista ruso, Kalinin, presidente de la república socialista, dijo:

¿Podemos nosotros ir hacia los campesinos y hablarles de igualdad? No, no, porque ellos querrán también hablarles de igualdad a los demás trabajadores. Esto es contrario a la dictadura del proletariado. ¿Podemos recordarles a los trabajadores ideas de igualdad? Tampoco lo podemos hacerlo. Un comunista y otro no partidario se hallan en el mismo trabajo; el comunista es pagado según la categoría de salario sexta, y el otro trabajador en la tercera. Desde el momento que pretendemos igualdad indistintamente para todos, el obrero no afiliado al partido exigirá que se le pague el mismo sueldo de un comunista. ¿Es hacedero esto, camaradas? Naturalmente que no. ¿Y puede haber igualdad aun entre comunistas? Tampoco es posible, ya que entre ellos existen diferentes cargos, diferentes pagos y diferentes derechos.

He ahí, en apretada síntesis, el simbolo de una nueva esclavitud, que por teñirse de rojo con los colores violentos de la revolución, no resulta menos agobiante en la práctica de los hechos.

Ya nadie duda que el problema de la emancipación económica y política de los trabajadores en general, en Rusia, ha sido resuelto a medias, cuando no en una ínfima parte. El bolchevismo en su ideología marxista, brodequin estrecho para que expliesen todas las palpitaciones de la vida universal, ha dejado en pié la irritante injusticia de la división de clases y subclases, no las naturales, sino las antojadizas y convencionales, como esa de la afiliación al partido oficial. De esta manera se está reeditando los mismos vicios, las mismas corruptelas de las cuales adolecen los sistemas liberaloides y preponderantemente burocráticos. También en Rusia la burocracia es de una voracidad presupuestívora enorme. El Estado y su secta es el Moloch, al que hay que sacrificárselo todo; es algo así como una abstracción casi mítica esto de la dictadura del proletariado, cuando los verdaderos proletarios no son dueños de sí ni de sus acciones, y se les manda tiránicamente, so pena de comer menos, de poseer menos derechos que deberes, al no ser comunistas sellados y patentados. Esto de la dictadura proletaria, va a quedar irrisoriamente, con el tiempo, como el maltrecho lema de la revolución francesa: *Fraternidad*, *Igualdad*, etc. No; no transcurrirán muchos años para que reste solamente la letra muerta, bien muerta de este postulado, fementidamente libertador. De hecho lo está ya.

Narra Alvaro del Vayo, en su libro "La Nueva Rusia", que para entrar en las universidades proletarias se exige al postulante que reseñe toda la genealogía de sus antepasados, retrocediendo hasta la tercera generación, para saber si existen rastros de sangre burguesa o aristocrática. Este corresponsal de diarios conservadores, quien no puede ser sospechado de rusófobo, consigna el dato, sin ahondarlo. Aunque muestra su disconformidad con estas medidas absurdas y contraproducentes para el mismo porvenir de Rusia, no se atreve a desaprobarlas desembozadamente.

El absurdo se halla en considerar que una clase sola pueda acaparar el privilegio del mejor intelecto, de la mayor capacidad para toda suerte de actividades. Se amenaza crear nuevas castas que usurparían preeminencias exorbitantes por la sola razón de su nacimiento, de ser quienes son.

La primera declaración del partido bolchevique, cuando por azares del destino pudo monopolizar el poder, decía lo siguiente:

Democratización de la ciencia y proletarización de la cultura, colocando todo el aparato universitario bajo la dirección ideológica del Estado obrero, representado por el partido comunista.

En su finalidad primordial parecía que intentaba abrir las puertas de las universidades al pueblo, sin marca ni señales. Se comenzó por derogar el sistema de matrículas y el examen previo, así la entrada a las aulas de las facultades era completamente libre. Pero poco a poco, esta democratización cultural adquirió caracteres de un extraño absolutismo.

Izvestia, en mayo de 1924, publicaba el texto de un decreto sobre la reducción del número de estudiantes en las universidades y escuelas especiales. Se aducía la poderosa razón que la plétora de alumnos había sobrepasado la capacidad máxima de esos centros de enseñanza. La facultad de Ciencia de Moscú, organizada para dar cabida a cuatro mil estudiantes, consignaba 5.700 matrículas. Igual ocurría con otros institutos de investigaciones, en que antes de la guerra trabajaban de 15 a 20 alumnos, se encontraban ahora 80 o 100. Las universidades de Kazan, Saratoff, Jaroslav, Perm, no eran diferentes de las demás respecto a su incapacidad cuantitativa.

Se objetaba, además, que el gobierno no sabía qué hacer con los centenares de egresados de los numerosos centros de cultura, y ellos se veían condenados a arrastrar una existencia parasitaria.

Pero un poco más allá, aparecía una cláusula en el decreto, que decía que la "reducción no afectaría en ningún caso a los estudiantes de extracción proletaria". Y es por ese punto que se descubría el propósito de realizar una nueva limpieza. Suponemos también que estos estudiantes eran feligreses comunistas. Y es lo cierto, porque a todo aspirante a instruírse en las aulas proletarias, se le entrega un cuestionario, en el cual hay preguntas como estas:

¿Cuál es su actitud frente a la revolución de octubre? ¿De qué clase descendéis?

No titubeamos en afirmar que es tán criminal acaparar el pan de todos los días para repartirlo avariciosamente, como coaccionar los espíritus, escatimándoles o negándoles ese otro pan que nutre el intelecto.

El autor del libro del cual hemos extractado algunos datos, se consuela con que las generaciones futuras, los niños de hoy, menos intoxicados por un sectarismo inquisitorial, y como decía la hija de Tolstoy, — más alejados del espectáculo de tanta sangre vertida casi inútilmente — sabrán ser más tolerantes, más abnegados y de miras más ampliamente universales.

FRANCIA Y LOS POLITICOS



Todos dicen que me sacarán de este atolladero, y lo único que hacen es gozarme.

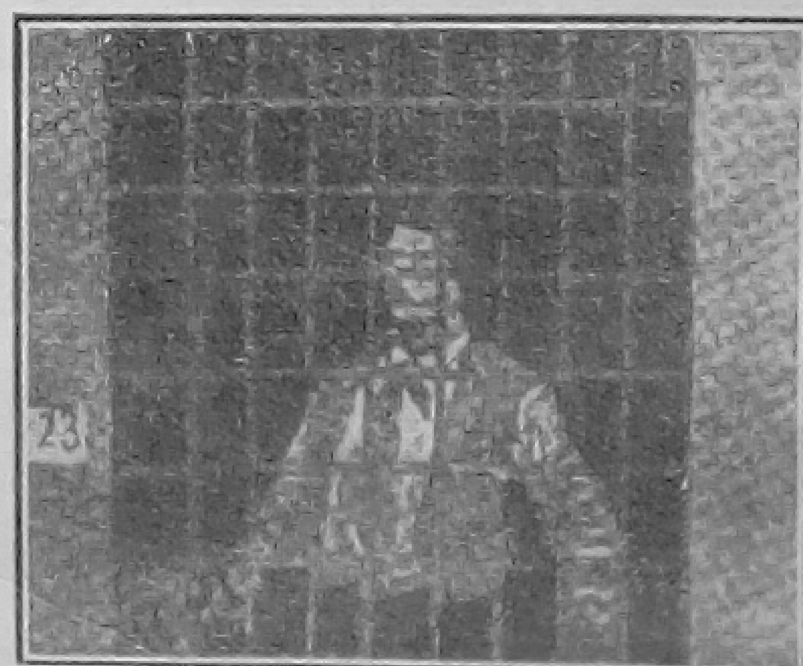
Oculto significado de una huelga

Si nos hemos dado la pena de traducir este suelto de nuestro colega el periódico anarquista *Freedom*, es porque merecían reproducirse opiniones de camaradas, quienes, hallándose en el lugar de los hechos, podían conocer la realidad de las incidencias ocurridas en la huelga general inglesa y por ende deducir conclusiones más en consonancia con la verdad de los sucesos. Que este movimiento no fué inútil para la causa de la futura emancipación proletaria, es lo que tiende a demostrar ese breve trabajo.

"La huelga general ha marcado una definida etapa, inaugurando una nueva era en la historia industrial y política de este país. Quienes conservan atenta la vista y el oído, no han podido hacer a menos de darse cuenta de la evidencia del antagonismo de clase existente en el presente conflicto y que es un hecho, la guerra de clases. Eran quienes todo lo poseen *versus* quienes nada tienen. Hubo varias excepciones, pero aquellos que obraron en franca oposición contra los trabajadores, procedían en gran parte de las clases comerciales, de las profesionales y de las castas burguesas-aristócratas. La *city* — el centro de ciudad — y el East End — barrio de los ricos — se movilizó en un santiamén, poniendo a disposición del gobierno sus automóviles y todo lo que les pareció de mayor utilidad. La prensa en su totalidad se mostró hostil, y los magistrados dictaron sentencias de venganza a cada uno que compareció ante ellos acusado por nimios motivos de la huelga o por hablar y circular impresos. Las clases privilegiadas se hallaban tan decididas a llegar al último extremo para rendir incondicionalmente a los huelguistas, capitaneados por el Consejo General de las Trade Unions, que cuando el arzobispo de Canterbury, quien actuando en nombre de las iglesias cristianas, lanzó un llamado exigiendo la pronta reanudación de las negociaciones, el gobierno se rehusó brutalmente a escucharlo o tenerlo en cuenta. Cuando a Wiston Churchill se le preguntó en los Comunes por qué razón ese llamamiento no se publicó en la *British Gazette* (rotativo que el gobierno editó durante la huelga), contestó desdeñosamente que no se había enterado de su aparición. Su actitud y la de cuyas clases es el genuino representante, parecía decir a ese arzobispo: "No se meta en nuestras cosas, que nosotros le vamos a dar su merecido a esos condenados tradeunionistas".

Por otra parte, los trabajadores en general se portaron con una firmeza ejemplar, en su magnífico gesto de solidaridad en defensa de los mineros, expresando su determinación de que sus camaradas no volviesen a las minas en las mismas condiciones de antes.

"La huelga general nada tuvo de revolucionaria, indudablemente, — es que fué conducida por los más moderados líderes y los más serviles ante las leyes, de las Trade Unions. Pero nosotros estamos seguros que cuando se produzca otra huelga general tendrá fines eminentemente revolucionarios y no se confinará solamente a un pedido de mejoras y aumento de salarios. Los trabajadores abrieron los ojos y fortalecieron su conciencia desde el día tres de mayo".



MAX NETTLAU

LA OBRA DE MIGUEL BAKUNIN

Cincuenta años después de la muerte de Bakunin, recibimos noticias sobre su verdadera naturaleza sólo de muy pocos de los que lo conocieron en su juventud; en cambio, los capítulos de su agitada vida, que se desarrolló en tantos lugares, están ahora ante nosotros, algunas veces más exactamente de lo que fué conocido en su conjunto el ambiente de Bakunin en su tiempo. Los círculos sucesivos avanzados y revolucionarios vieron raramente todo su pasado y así ocurrió que se lo juzgó prematuramente por lo visto en un período dado, por tanto unilateralmente, y que lo pasado se convirtió con asombrosa rapidez en leyenda o cayó por completo en el olvido, de donde mucho reapareció largo tiempo después, hace poco, incluso en este año mismo, por documentos casualmente conservados, tan pronto abundantes, tan pronto escasos, tan pronto poniéndonos aun ante enigmas no resueltos o insolubles. Pero la leyenda tiene una vida tenaz y próspera a pesar de los innumerables hechos más exactamente documentados, que tenemos ya hoy ante nosotros y a pesar del estudio más íntimo también de todos los movimientos espirituales, acciones y personas que intervinieron en la vida de Bakunin. Seguramente es también importante la leyenda que nace de la visión viviente para la comprensión de una personalidad, pero lo es igualmente también el material existente en cartas y documentos íntimos, que permanece tan a menudo ignorado de los contemporáneos. Por consiguiente, aunque no hemos podido conocer más a Bakunin, no debemos desesperar del todo de recibir una cierta visión de su vida por el aprovechamiento crítico, según la posibilidad, de todo el material existente.

Para mí resultó de tal ocupación ante todo la impresión de una continuidad intensiva y rara en su naturaleza, en sus sentimientos, en sus ideas; se desarrolló tempranamente en un cierto ambiente de un cierto modo y permaneció el mismo desde la infancia al lecho mortuorio.

La juventud.—

Creció en un ambiente que obró en él como una utopía, un oasis, un idilio y toda su vida fué una lucha por la realización y el perfeccionamiento de esa utopía, su difusión general, y un combate incesante, una rebelión continua contra todas las potencias que se oponían a ella. Una lucha por lo bueno, lo hermoso y lo justo y la inteligencia creciente para la ampliación y el profundizamiento de esa lucha, la verdadera lucha de la humanidad contra las fuerzas tenebrosas que obstaculizan su desenvolvimiento — ese fué el contenido de la vida de Bakunin, inconsciente y consciente, en su niñez, en su adolescencia, en su ancianidad. No eludir esa lucha jamás, sacrificar a ella todo, ser incansable, — esa fué la principal expresión de su poderosa fuerza vital; esa intensidad y exclusividad de su volición subversiva y de su voluntad le convirtió en una personalidad tan impresionante, que arrastró a muchos consigo, desarrollando sus capacidades revolucionarias latentes hasta llegar a un fuego revolucionario temporal, pero sólo pocos poseyeron la fuerza interior para seguirle constantemente. Esto llevó a separaciones y a severos juicios de los que quedaron atrás. Pero Bakunin prosiguió su camino, encontró siempre nuevos elementos capaces de evolución, — su verdadero objetivo, que vió cada vez más claramente, — el despertar de los instintos revolucionarios latentes, no sólo en el individuo, sino en todos, en las grandes masas del pueblo esclavizadas, — no pudo alcanzarlo, por mucho que se esforzó — y eso no fué culpa suya, pues tampoco hoy, cincuenta años después, ha sido alcanzado. Pero nadie lo vió más claramente ni obró con más intensidad en su favor que Bakunin.

El medio tan favorable para su desarrollo en donde creció fué la casa paterna, la finca de Premuchino, con los padres y dos hermanas algo mayores que él y otras más jóvenes y cinco hermanos menores. Según esa serie, tuvo un cierto modelo en las hermanas mayores, protegió a las menores y fué el espíritu y el modelo de los hermanos menores. El padre era anciano, vivía entonces sólo para la familia, a la que debió aparecer como la encarnación de los mejores rasgos humanitarios del siglo XVIII. Por circunstancias peculiares creció en Italia y vivió en ella y en Francia, hasta la revolución, el período de esclarecimiento intelectual que le precedió, con alegría y esperanza, pero, siempre moderado, fué intimidado por la revolución. En Rusia supo libertarse del servicio del Estado y vivió con la madre y las hermanas en la posesión familiar de Premuchino, junto al Osuga, en el gobierno de Tver, una comarca al nordeste de Moscú, y más cerca de esa ciudad que de San Petersburgo, no desprovista de encanto como panorama; era un conocedor de la naturaleza, un amigo de la naturaleza y jardines, parque y bosque que rodeaban la morada, fueron cuidados con gusto. Los mejores libros del siglo XVIII, todo lo liberal y estéticamente simpático, fué venerado; la literatura italiana, francesa, alemana e inglesa y los idiomas tuvieron acogida y existió un trato por cartas y largas visitas con hombres y familias de idéntica naturaleza de cerca y de lejos en la vasta Rusia. Premuchino fué muy conocido como foco de las aspiraciones espirituales más ideales y en tal espíritu se condujo en cierto grado la educación de los numerosos hijos que nacieron del matrimonio concertado más tarde, en 1810. El viejo Bakunin, posteriormente cegado, murió en 1856, su viuda en 1864.

Ciertamente, todo eso no se basaba en el derroche, pero en todo caso era siempre una vida muy cómoda de campo con residencias ocasionales en ciudades como Torschok, Tver y Moscú, debida al trabajo de los siervos, cuya situación trató de mejorar Alejandro Bakunin cuando regresó del occidente, pero sin decisión especial y sin éxito. El viejo Bakunin mismo había tomado en sentido moderado parte en las conspiraciones que fracasaron tan trágicamente en 1825 y eso fué para ese hombre, que no buscaba la lucha y que ejerció con preferencia su crítica al mundo y a los tiempos en algunos versos de su poesía descriptiva, *El Osuga*, que se conservó en manuscrito, y en donde cantó, con conmovedor esmero y tenacidad, todo rincón de la casa y del patio, del parque y del bosque, — esa catástrofe política de 1825-26 le hizo todo lo reservado y precavido que pudo en la educación de sus hijos; pero no pudo ni quiso oprimir seriamente, sin embargo, el espíritu liberal que vivía en él, y así crecieron los niños bajo impresiones e influencias extraordinariamente humanas y no vieron ni la miseria de los siervos en su verdadera luz ni la reacción imperante fuera de su oasis, como tampoco lo infinitamente raro que era en la Rusia de entonces un ambiente tan feliz como el suyo.

Todo esto, el círculo fraternal y el padre humano, la naturaleza alegre y la temprana mirada hacia lejanos países y objetivos espirituales, influenció realmente, con una sola excepción, a esos niños por toda la vida y obró en Miguel del modo más fuerte. En el gran grupo fraternal conoció la solidaridad práctica, la defensa de los más débiles... mientras que su talento y su energía sobrepasaron en todo caso a la de los otros, las hermanas han debido preocuparse para que no se desarrollara de eso un brutal predominio. Realmente muestran numerosas cartas cuán íntimamente estaba ligado Bakunin, ya crecido, a sus hermanas y cuán apasionadamente condujo en favor de ellas las luchas familiares. Pues la madre, fría en materia de aspiraciones ideales, preocupada del porvenir práctico de sus hijos, y el padre que se volvía poco a poco conservador, estaban casi siempre frente a ese grupo de hijos rebeldes de algún modo y alentados e ingeniosamente guiados por Miguel.

De la carrera de las armas a la filosofía.—

En ese círculo pensó siempre Bakunin, a quien se envió a los quince años a la escuela de artillería de Petersburgo, y que desde 1833 y más tarde sirvió de oficial en una pequeña localidad de la Rusia blanca. Conoció en Petersburgo hombres interesantes, pero nada le satisfacía, hasta que en el curso de 1835 se libertó del oficio de oficial, una ruptura con su carrera, muy penosa para su padre. Había conocido suficientemente desde la escuela de artillería la verdadera vida rusa, que contradecía todos sus sueños de perfeccionamiento espiritual y de comunidad solidaria y se atuvo a su decisión. Luego buscó él mismo su camino y lo mostró también a sus hermanos, en particular a las hermanas, que lo veneraban, sin seguirle enteramente, pues buscando también ellas por su parte caminos de perfección, habían caído primeramente en los extravíos de la exaltación religiosa. Miguel las condujo un paso más adelante, a una filosofía semi-religiosa, infinitamente ideal, a un fichteanismo espiritualizado hasta el extremo. El mismo vivía sólo en el pensamiento de enseñar alguna vez en Moscú filosofía, y luchó largos años con los padres por los medios para instruirse en las universidades alemanas. Con sus hermanas mayores y algunas muchachas amigas formó un círculo íntimo, que se puede ya llamar su primera sociedad secreta — un grupo de jóvenes rendidos completamente unos a otros, que perseguían con fé conmovedora y con honda cordialidad un ideal espiritual que esperaban encontrar por la filosofía y querían transmitir su liberación a toda la humanidad. El camino era aún un extravío, pero el fin era ya el mismo de más tarde; esos jóvenes, inspirados por Miguel, querían ayudar a todo el mundo y se sentían tan fuertemente movidos a ello, por la solidaridad íntima entre sí — toda sociedad secreta posterior de Bakunin se basa en el mismo principio de iniciadores, de ningún modo jefes, completamente abnegados, que permanecen sin ambición, anónimos, y del despertar por ellos de los instintos capaces de desarrollo que dormitan en las masas, con la finalidad de la liberación general y de la suprema dicha humana.

Para los padres, esto era muy desagradable y Miguel obró una segunda vez según su manera de ver al partir en febrero de 1836 para Moscú a fin de independizarse allí mediante la enseñanza de matemáticas. No lo consiguió enteramente, y en lo sucesivo vivió hasta el verano de 1840 en Moscú, en Premuchino y raramente en Petersburgo, íntimo de Stankevitsch, luego de Belinski e, incomodado también íntimamente con ellos, pasando del culto a Fichte al estudio intensivo de Hegel y del hegelianismo, cuatro largos años con muchos estadios íntimos de evolución, siempre con la fé más completa de acercarse por el conocimiento filosófico al objetivo del ennoblecimiento y la liberación de los hombres. Finalmente consiguió embarcarse el 11 de julio de 1840 en Petersburgo para Lübeck, a fin de concurrir a la universidad de Berlín.

Seguramente conocía ya bien el mecanismo de la verdadera vida rusa, por Herzen y Ogaref conoció la política radical y las tendencias sociales, por los eslavófilos de Moscú el nacionalismo, por los duros choques con Belinski los abismos entre la filosofía y la vida real, etc., pero como algunos de los mejores de su tiempo, continuó creyendo que encontraría en la filosofía la verdadera sabiduría, la clave para una vida mejor y no descansó hasta que pudo estudiar por fin el hegelianismo en Berlín directamente en su fuente.

Bakunin en Alemania.—

Los años 1840-42, en los cuales se desarrolló hacia la izquierda el hegelianismo alemán y triunfó diversamente en la más estrecha alianza con la política revolucionaria y el socialismo que avanzaba, en los cuales ascendió también la nueva estrella de Ludwig Feuerbach, fué Bakunin desde el comienzo uno de los que hicieron más consecuentemente esa evolución, que se realizó más tarde, como se sabe, en Dresde, donde vivieron Bakunin, su hermano Pablo y el poeta Turguenief, y también la hermana de Bakunin, Bárbara, y que resuena en las palabras de la publicación alemana famosa que siguió a sus trabajos rusos, *La reacción en Alemania*, en los *Deutschen Jahrbücher* de Ruge: ..."Dejadnos, pues, confiar en el eterno espíritu, que sólo destruye y aniquila porque es la fuente inagotable y eternamente creadora de toda vida. ¡El placer de la destrucción es al mismo tiempo un placer creador!" (21 de octubre de 1842). Los habituados al modo filosófico de expresión de entonces, reconocieron ese estudio como un manifiesto revolucionario.

Entonces conoció Bakunin en Dresde por los escritos de Lamennais, de Lorenz Stein, etc., en 1843 en Suiza, por Witling y otros comunistas alemanes, Villegardelle y muchos otros, hasta 1847, todos los matices del socialismo y del comunismo de entonces, y si se conoce su vida hasta entonces, según las fuentes, se comprende que hacía tiempo que no era ya el hombre que se habría podido adherir como discípulo o partidario a ninguna de esas tendencias separadas tan agudamente a veces. Su socialismo había nacido en él mismo, o más bien su *necesidad y su sentimiento* simultáneos tan poderosos de *libertad y de solidaridad*, nutridos tanto tiempo con mística y metafísica, adquirieron finalmente contenido social y real — la vida, la libertad integral, la dicha social de todos eran sus fines, y su consecución exigía destrucción y reconstrucción, es decir la revolución en todos los dominios y la reconstrucción libertaria y social, cuyos pensamientos básicos eran la asociación voluntaria y la federación donde no es realizable la autonomía absoluta, pues con el tipo social de vida del hombre la existencia individual aislada del resto de los hombres es casi siempre imposible.

Eso es el socialismo y la anarquía de Bakunin en su forma posterior y sólo esa puede haber sido la primera formulación de sus ideas. Ninguna de las tendencias con que entró en contacto en 1842-49 defendía esas ideas con plena consecuencia; por eso no entró Bakunin en ninguna de ellas, aunque un tiempo se llamase comunista y en otro tiempo se relacionó íntimamente con Proudhon. No se sabe si resumió por escrito en 1845-47 sus ideas, pues se perdieron sus manuscritos de entonces; una prueba indirecta la da su manera de considerar el problema de las nacionalidades, el *federalismo* presentado en los *Fundamentos de la nueva política eslava* de 1848, que sólo es una aplicación especial de sus ideas político-sociales generales, cuyo aspecto socialista no encontró o no buscó la ocasión de expresar, porque desgraciadamente desde 1846 a 1863 le absorbieron teorías, planes y ensayos de acción eslavo-nacionalistas. Por eso ocurrió que su energía se perdió para el socialismo en 1848-49 y que pudo formarse la leyenda que no habría evolucionado hacia el socialismo más que en 1864.

La actividad nacionalista.—

En esos años nacionalistas se manifestó en todo caso lo que introdujeron desde la infancia las influencias exteriores en su ambiente humano tan favorecido. El ha descrito todo eso tan exactamente como para que pueda existir aun duda sobre su odio a los alemanes, no escuchó impune a los eslavófilos de Moscú, fué seducido por la ideología polaca (sin embargo, no hasta el punto de reconocer la llamada "Polonia histórica", un reino que incluyese la Pequeña Rusia, la Rusia Blanca y Lituania) y fué fanático de los demás eslavos cuanto menos conoció directamente sus condiciones. Tuvo la al

...gativa: quedar solo con su edificación ...tiva según la especie de una reconstrucción socialista-anarquista o subordinarse a los objetivos polacos en colaboración con los polacos, hacer política paneslavista y rusófila en cooperación con los checos y los sudeslavos o aspirar a la fundación de una Austria eslava o de Estados nacionales eslavos. Eligió lo primero y estuvo siempre realmente solo, pues no tuvo nunca compañeros efectivos, aparte de algunos jóvenes estudiantes checos en el invierno de 1848-49, tuvo siempre adversarios entre los nacionalistas eslavos — pero la lucha contra los alemanes estableció sin embargo una especie de contacto. Aquí fué tan ingenuo, que esperó toda la vida de los alemanes que ...vería todas las conexiones ya históricas en favor de sus deseos nacionales ...les que estaban absolutamente aislados, eso no podía tener lugar, porque frente a los alemanes no estaba más que Bakunin como portavoz de una reconstrucción nacional general idealmente justa, en cambio todos los demás eslavos eran defensores de un nuevo predominio nacional, un cambio de papeles, que Bakunin mismo declaró que no valía la pena.

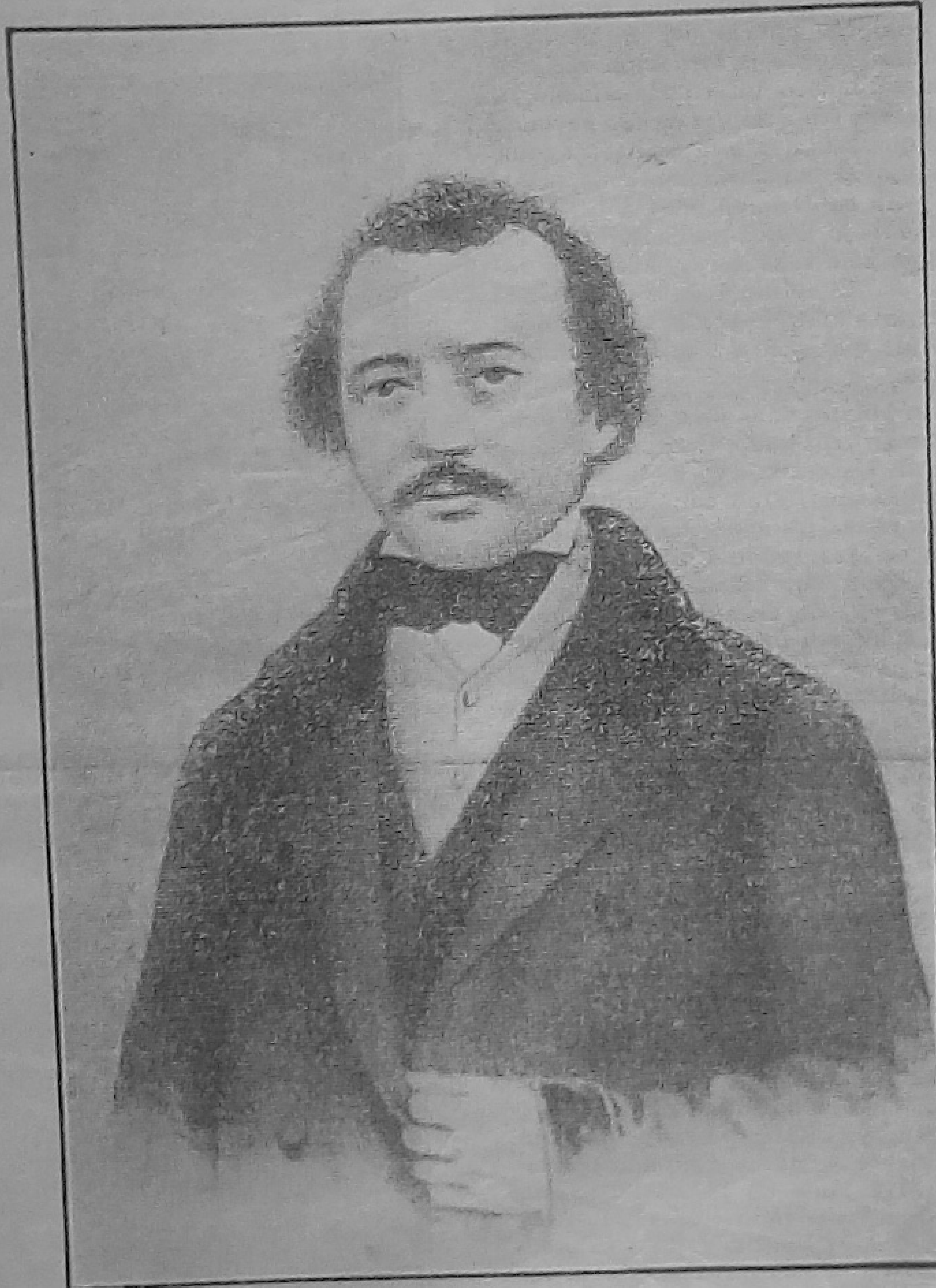
Por consiguiente, la infecundidad fué el resultado de toda esa actividad, lo que era de prever, pues en una sociedad generalmente corrompida, sólo la destrucción completa de lo existente puede establecer el campo libre para la reconstrucción, y un problema aislado no puede ser resuelto idealmente pasando por alto todos los demás. Bakunin perjudicó infinitamente el efecto de su acción total por su unilateralidad; por eso se aferra al pasado, cuando mira en lo demás tan decididamente al porvenir. Prácticamente pudo beneficiar poco a la causa eslava en los días de la breve insurrección de la semana de Pentecostés en Praga; la revolución bohemia, esmeradamente planeada por él, no se produjo y la única revolución efectiva a que se adhirió, porque estaba precisamente en el lugar, y a la que se dedicó con energía y valor, fué la revolución de mayo de 1849 en Dresde, donde desempeñó un digno papel y que luego fué el punto de partida de sus muchos años de encierro en Dresde, Königstein, Praga, Olmütz y Petersburgo y Schlüsselburg, a los que siguió su deportación a la Siberia occidental y oriental en 1857, de la que se libró por una fuga hábilmente tramada. Llegado por el Japón, los Estados Unidos a Londres, actuó en París y en Suecia aun en 1862-63 en favor del apoyo de la insurrección polaca, ... entonces por movimientos revolucionarios rusos, sin poder intervenir realmente, pues sólo él creía poder unificar idealmente las ideas nacionales y sociales, mientras que todos los demás, exceptuando Potebnya y algunos otros rusos que se sacrificaron — no eran más que nacionalistas o no más que socialistas y no podían ni querían colaborar.

Bakunin vió luego en Londres, en 1862, por Mazzini, en el invierno de 1863-64, por su viaje italiano, que le llevó también a ver a Garibaldi, en qué grado se excluían en el territorio de Italia — para ... neutral, al que consideraba sinceramente y con simpatía — el socialismo y el nacionalismo, y cómo Napoleón III asumía para esas naciones la misión del zar para los pueblos orientales. Por fin cesó en la especialización nacionalista y se consagró con toda su fuerza a la revolución social.

Del nacionalismo a la revolución social.—

Cuando Bakunin, después de su viaje — Londres, Bruselas, París, Suiza occidental, Norte de Italia, Florencia — echó una ojeada a la situación, tuvo que advertir el despertar de los movimientos obreros después de los años de reacción desde 1848, pero también lo desigual y a menudo lo elemental que era su socialismo. El mismo ayudó al socialismo italiano en Florencia y en Nápoles a salir de sus comienzos, pero eso sólo no podía satisfacerle. Creía en los instintos revolucionarios del pueblo que esperaban un despertar y en ese sentido creyó obrar del mejor modo por una Sociedad internacional revolucionaria, que naturalmente debía ser secreta. Tenía que ser secreta para poder proceder sin circunloquios revolucionariamente, y también para no dejar espacio a la ambición, a la dictadura, ... ciego, que arruinaban todo movimiento. El carácter secreto de su trabajo puede tener sus sombras, pero fueron superadas por las ventajas mencionadas y por el destino principal de tal organización, la coordinación de movimientos dispersos y en consecuencia el fortalecimiento de su eficacia y la creación de poderosas corrientes para obrar decisivamente en los instintos populares latentes y abrir el camino al gigante popular dormido.

Así más o menos se imaginó Bakunin las funciones de tal organización; a eso se agregó la labor indirecta, casi enteramente suya, de encontrar los elementos adecuados, esclarecer sus opiniones por la discusión, examinar su carácter y agruparlos para la acción armónica. Una multitud de labores prácticas que absorbieron durante años la habilidad de Bakunin, su diligencia y su asiduidad. Su obra era fatigosa, y los resultados inmediatos no habrán correspondido a las esperanzas iniciales, pues los grandes cuadros no podían ser llenados por un solo hombre, pero un número de gentes muy capaces se reunieron sin embargo desde 1864, ya antes de la fundación de la Internacional el 29 de septiembre, y han hecho lo que dependía de ellos.



MIGUEL BAKUNIN
Retrato de la primera etapa de su actividad revolucionaria

Esa fué la *Fraternité Internationale*, a la que en septiembre de 1868, no según el propio deseo de Bakunin, debía dársele una forma pública, la *Aliance Internationale de la Démocratie Socialiste*, dentro de la cual existiría aún una Alianza secreta, una superabundancia de organizaciones que no entró nunca prácticamente en actividad; hubo siempre la sección pública y el grupo íntimo existente en ella o sólo algunos miembros que estaban en relación directa secreta, es decir privada con Bakunin y compañeros de otras localidades. Hubo quienes no cultivaron las relaciones más que en su comarca — como los compañeros íntimos en el Jura suizo, los miembros de la Alianza en España, los hermanos nacionales en Italia — y otros que se convenían con Bakunin y otros por sobre las fronteras nacionales, los hermanos internacionales. En la práctica, los compañeros militantes son mantenidos así en todas partes en relación directa; algo que la pesadez de las organizaciones públicas y otras circunstancias, de lo contrario, no habrían hecho posible.

Así actuó Bakunin de 1864 a 1857 en Italia, donde fueron obtenidos tantos hermosos éxitos locales y se privó al nacionalismo absorbente de hombres de valor.

Cuando la democracia burguesa europea comenzó a moverse algo en los últimos años de Napoleón III y se reunió en septiembre de 1867 el congreso de la paz de Ginebra, al que concurrieron Garibaldi y muchos socialistas, reapareció Bakunin por primera vez después del discurso a los polacos de 1847 y de los discursos suecos de 1863, ante una gran reunión europea, y causó bastante impresión. Ingresó en el comité de la Liga de la Paz y de la Libertad fundada allí, pues quería obrar desde esa plataforma públicamente y al mismo tiempo, en secreto, en ese ambiente, extendiendo el círculo de la Fraternité, especialmente hacia Francia. También aquí triunfó en algo, pero las grandes esperanzas fueron frustradas.

La Internacional.—

La Internacional aun estaba tan identificada desde su fundación con Karl Marx — que se había comportado en 1848 tan odiosamente contra Bakunin, al que se aproximó en noviembre de 1864, pero a quien no infundió ninguna confianza personal sin embargo, y que además era su verdadero antípoda autoritario y hostil a las aspiraciones nacionales eslavas, — que Bakunin no entró en ella más que cuando en el curso de 1867-68 vió que la Liga no correspondía a las esperanzas más modestas, porque, con todo el radicalismo político y antirreligioso, el antisocialismo indestructible, sobre todo, era la característica de todos sus miembros, excepción de Bakunin y sus amigos. La Internacional, que en especial en 1868 pareció emanciparse algo de Marx, era el campo natural de trabajo de Bakunin, y después del congreso de la Liga en Berna, la minoría socialista — Bakunin y sus amigos, muchos de ellos miembros de la Fraternité — entró en la Internacional, primero en la forma de la Alianza internacional pública que formó secciones locales y que, como se ha dicho, no correspondía al deseo de Bakunin.

Entonces comenzaron para Bakunin los años de la actividad internacional más ferviente, en los que, como es fácil ver, no determinaron sus pasos la aspiración formalista a querer dominar por medio de una organización secreta, sino el celo propagandista y el enérgico fomento de la tendencia realmente socialista, el colectivismo revolucionario de entonces frente al reformismo y a la politiquería social que no faltaban, y fué mucho lo que se hizo en aquellos años hasta 1870 por él y sus compañeros. La propaganda directa en Ginebra, cuya naturaleza puede conocerse por los artículos de *l'Egalité*, y en el Jura suizo, la fundación de la Internacional y de la Alianza en España por el viaje de Fanelli a Madrid y a Barcelona en el invierno de 1868-69, algunas iniciativas en el sur de Francia y en Italia, junto a una actividad ligada al nombre de Netschaef, — un revolucionario ruso que desde 1872, entregado por Suiza a Rusia, hasta 1883 estuvo en las más duras prisiones rusas, donde murió. Por su modo de acción, incluso respecto de Bakunin, se expuso a las mayores críticas, que mereció completamente, pero está inmensamente más alto que creaturas como Utin, de quien recibió Marx el "material de acusación" contra Netschaef y Bakunin, y que eran compañeros para él y Engels. El congreso de Basilea, en septiembre de 1869, vió a Bakunin entre los delegados. Después abandonó a Ginebra y vivió en Locarno, lo que le facilitó después su actividad de los años 1871-74, que se dirigió más intensamente a Italia.

Toda esa acción había excitado el más profundo rencor en Marx, que creyó en peligro su dominación en la Internacional mediante el consejo general de Londres, — dominación tolerada ante todo por pereza. Marx no combatió abiertamente, sino que procedió con todos los refinamientos literales de los estatutos contra el fantasma de la Alianza, mano a mano con los jefes de la *Féderation romanda*, de Ginebra, perturbados por Bakunin en sus negocios políticos, a causa de lo cual esta organización se escindió en las Pascuas de 1870 y surgió después la Federación del Jura de las secciones jurasianas que permanecieron revolucionarias. Bakunin, que deseaba una lucha de ideas con Marx, pero que no quería provocar una disidencia personal, calló hasta el último momento ante el público, aunque sus manuscritos muestran cuán impulsado se vió algunas veces a presentar su causa en su verdadera luz a toda la Internacional. Escribió, escribió, pero se contuvo sin embargo ante una publicación.

La guerra y la revolución.—

Entre tanto, la guerra de 1870-71 postergó aún el choque inevitable. Entonces, desde agosto de 1870, impulsaron a Bakunin en todo caso varios factores poderosos a la acción. Sea dicho aquí que los círculos revolucionarios de 1860-70 vivían en la esperanza que el derrumbamiento previsible del segundo Imperio en Francia y el florecimiento de la Internacional llevarían en pocos años seguramente a un nuevo 1848 procedente de París, que entonces, evitando las viejas faltas e inspirado por la conciencia socialista de los obreros de muchos países, sería el ensayo de una verdadera revolución social. Bakunin habría obrado preparatoriamente en el sentido de esas esperanzas y las vió destruidas si la guerra proseguía su curso, pues le seguiría un período de dictadura militar y de reacción general. Recurrió a todo para salvar la situación revolucionaria, transformando la resistencia francesa en la guerra en la revolución social misma. Sus planes de acción desde agosto de 1870 tienen su base en esas concepciones, por lo demás firmemente arraigadas, y en otros factores. A esos planes de acción siguió en septiembre su conocido ensayo de acción en Lyon, un acto de vastas aspiraciones, pero que fracasó ante todo en el aislamiento en que se encontró Bakunin en un ambiente de los más mixtos, casi extraño a él, que no podía transformar o arrastrar consigo en unas semanas. Su objetivo habría sido oponer a la guerra, en medio de la guerra misma, la revolución social negadora del Estado, que habría pasado del Sur de Francia a España y a Italia y tal vez también habría sido llevada por los eslavos de Austria-Hungría a Rusia hasta las masas campesinas rusas.

Estuvo demasiado solo, en Marsella en octubre más aún que en Lyon, regresó a Locarno, muy desilusionado y escribió en ese triste invierno primero los manuscritos referentes a la situación de entonces, luego exposiciones cada vez más profundas de sus puntos de vista totales, hasta llegar a las páginas tan luminosas y hermosas que conocemos como *Dios y el Estado*. Allí le sorprendió el 18 de marzo de 1871 en París y la elección de la Comuna el 26 de marzo, a lo que siguió

pronto la lucha aniquiladora de los versalleses contra el París popular revolucionario. Entonces, en mayo de 1871, corrió Bakunin al Jura, donde los internacionalistas preparaban todavía planes que se referían al Jura francés, a una comuna en Besançon, débiles intentos a que puso fin la semana sangrienta de mayo.

Bakunin y Mazzini.—

De vuelta de Locarno, halló Bakunin pronto una nueva tarea en la defensa de la Internacional y la Comuna contra los ataques realmente pérfidos de Mazzini, y esa defensa literaria comenzada en Milán fué un paso decisivo para el desenvolvimiento del socialismo en Italia, pues hizo apartarse finalmente a muchos de los mejores del nacionalismo, entrando diversamente en contacto personal con Bakunin y conociendo el socialismo en su forma pura, revolucionaria, como lo defendía Bakunin, es decir, como anarquismo, y difundiéndolo con gran energía, lo que permitió en agosto de 1872 constituir en Rimini la Federación italiana de la Internacional con la que estuvo Bakunin en la más íntima relación y cuyo congreso de Bolonia (marzo de 1873) se declaró enteramente por las ideas formuladas por él, el ateismo, la anarquía y el colectivismo.

Marx y Bakunin.—

Marx vió en todo lo que hacía Bakunin una perturbación de su plan consistente en hacer de la Internacional de los diversos países partidos políticos obreros socialdemócratas, una táctica que trató de imponer por medio de la conferencia irregular de Londres de septiembre de 1871 y por muchas maquinaciones locales. Esos esfuerzos por imponer a una sociedad compuesta de grupos autónomos una doctrina oficial, condujeron a un movimiento de protesta que comenzó en noviembre de 1871 en el Jura, apoyado por Bélgica, España e Italia, y eso incitó a Marx a la lucha personalista contra Bakunin, comenzada a principios de 1870 con una *Comunicación confidencial* mantenida en secreto, con una *circular privada* de mayo de 1872, pero que fué difundida abiertamente, una acción de tal modo asquerosa y odiosa en todos sus detalles que excluyó desde entonces la concurrencia pacífica de las ideas, que habría podido llevar a un pacífico paralelismo de ambas tendencias.

Siguió el congreso de La Haya de la Internacional (septiembre de 1872), en donde Marx no sólo hizo decretar todo lo que deseaba por una mayoría artificial, sino que satisfizo también su odio personal, haciendo votar una resolución que intentaba deshonrar a Bakunin personalmente con ayuda de un documento secreto y como acusador clandestino, sin notificación alguna de la acusación a los acusados, es decir sin posibilidad de un esclarecimiento, por una mayoría sumisa que se hallaba en la ignorancia sobre el asunto. Se conocen hoy todos los detalles de esos sucesos y conozco incluso el documento en cuestión. Si después de conocer esos sucesos, otros y yo poseemos la opinión más desfavorable imaginable sobre Marx, no se considere como prevención, sino investiguese primero ese asunto como lo hemos investigado nosotros.

No se podía tener más que ver con Marx. La Alianza, de la que Marx, según permite decir la correspondencia hoy conocida de ambas partes, tuvo una idea completamente falsa, había sido presentada a la publicidad en la forma más desfigurada posible por Paul Lafargue en España y por el congreso de La Haya, etc. Eso no impidió a Bakunin reorganizar radicalmente la Alianza de los revolucionarios socialistas, secreta, inmediatamente después del congreso de La Haya, con sus compañeros italianos y españoles (Zurich, septiembre de 1872). Igualmente se confirma ahora la solidaridad de las federaciones antiautoritarias, que primero se expresó por la protesta de la minoría del congreso de La Haya producida por James Guillaume, por el pacto de Saint Imier en el Jura, en el congreso realizado allí a mediados de septiembre, al que siguió un año más tarde la reorganización completa de la Internacional antiautoritaria en el congreso de Ginebra. Del ala de la Internacional fiel a Marx no quedaban, entonces, en 1875, más que ruinas que no se volvieron a manifestar y fueron liquidadas definitivamente en 1876 en Filadelfia.

Marx, cuyo valor teórico reconoció siempre Bakunin completamente, mientras Marx no tuvo para él mas que burlas e injurias, por el congreso de La Haya se había vuelto imposible en la Internacional. Engels mas aún, y todas las partes vivientes del organismo en otro tiempo tan prometedor estaban en amistad con Bakunin y simpatizaban con sus ideas. Fueron ante todo el Jura, una parte de las secciones francesas, Bélgica, Italia, España y además la juventud rusa, con la que Bakunin entró en una estrecha relación en 1872-73, especialmente cuando pasó en Zurich algunos meses, y cuyo "ir al pueblo" abnegado, así como los primeros ensayos de rebelión correspondían a la influencia directa e indirecta de su propaganda y al influjo personal sobre algunos de los mejores.

La lucha de la Internacional fué ganada, pues, por desgracia, a costa de la separación, quisiera decir, espiritual y sentimental, de ambas partes, a las que Bakunin y sus amigos habían recomendado a menudo la labor paralela tranquila con la autonomía de las ideas y de la táctica de cada una de las partes y la solidaridad en la lucha económica contra el capital. Sólo eso habría podido llevar a un mejoramiento de la situación recíproca, a un verdadero internacionalismo, a una verdadera fraternidad de los pueblos, mientras que realmente la escisión aguda sólo condujo al empeoramiento de la situación y no contribuyó poco a la catástrofe que arrojó a Europa desde 1914 en los tiempos más tenebrosos, haciendo retrogradar su mentalidad en siglos, pronto tal vez más aún, — por el momento al fascismo, al que podrá seguir la franca bestialidad.

Bakunin comprendió bien que en todo eso no habían triunfado ni Marx (formalmente), ni las ideas representadas por él (virtualmente), sino solo la reacción y que una causa principal de la catástrofe estaba en que los instintos populares revolucionarios, supuestos y firmemente creídos por él, dormitaban más hondamente o esperaban más miseramente desarrollados de lo que él había supuesto — y momentáneamente no había nada que hacer; él mismo no viviría la revolución. Estaba preparado aun en julio de 1873 a ir a España, donde pareció estar próximo el estallido de una revolución; el viaje, por motivos externos, fué imposible y no le habría procurado más que desilusiones, como la insurrección italiana planeada para agosto de 1874, cuyo estallido en Bolonia esperó en vano en el lugar mismo. Esos dos desengaños y tristes experiencias personales con algunas personas próximas a él en los meses de julio a septiembre de 1874, produjeron, junto al quebrantamiento de su salud por los años de prisión rusa y su situación personal, su retirada del movimiento, y no vivió más que poco más de un año, desde octubre de 1874 a junio de 1876 en Lugano, interesado en todo, intelectualmente fresco, sólo sin la posibilidad de vasta acción. Se creó alguna esperanza por la lucha de entonces contra el clericalismo en Alemania y Francia, reconociendo perfectamente la necesidad de la liberación espiritual.

La lucha por el todo.—

En lo último está un rasgo fundamental de su sér, el ir siempre al *todo*. ¿Qué es el hombre económicamente libertado cuando pesa sobre él el Estado, la dictadura, y cuando la religión, la educación, continúa manteniéndolo moral e intelectualmente ligado? Todo socialismo efectivo debe significar, pues, liberación política y económica, intelectual y moral. En el hombre late la necesidad de libertad y toda la experiencia de su vida le muestra la impotencia del hombre aislado, la necesidad de la solidaridad y de la reciprocidad. Todo eso lo tenía en cuenta Bakunin y sus ideas están por tanto sobre una base firme, real, consideran al hombre viviente, que siempre es un producto total de los más diversos factores y que no se dejará registrar nunca en las categorías de los economistas y de los políticos, y que quebrantó ya las cadenas de la teología y de la ignorancia de los siglos tenebrosos, habiendo encontrado ya algunos focos duraderos del pensamiento libre y la ciencia.

No son los programas parciales sutilmente descubiertos los que llevan a la humanidad su liberación, sino el completo alejamiento de todo el edificio sofocadoramente autoritario y parasitario y el libre desarrollo de las posibilidades y fuerzas libertarias y solidarias que existen en cada uno. En este sentido obró Bakunin en pro de la destrucción y de la reconstrucción, en pro de una aspiración incesante de libre desenvolvimiento y de ayuda igual para todos, que es lo único que hace posible y fortifica la propia evolución libre. Tal impulso le animó probablemente de un modo inconsciente, desde la infancia en su hogar feliz, de un modo consciente en su juventud y en su ancianidad. Continúa viviendo para nosotros como ejemplo de tenacidad y de claridad de objetivo, necesarias para una lucha como esa, y nuestro progreso desde hace cincuenta años fué por desgracia tan pequeño que sus ideas, métodos y pensamientos están muy lejos de haber sido superados o de ser anacrónicos.

AMADEO LLUAN (ENRIQUE NIDO)

Amadeo Lluan, o Enrique Nido, según su pseudónimo de militante, el camarada que acaba de desaparecer, fué un hombre de acción y pensamiento; acción anárquica en la vida, y pensamiento, substanciado de doctrina libertaria. Anarquista hubo de serlo en la medida que lo permite la existencia de mezquindades cotidianas y en la traba del sistema actual. Por lo menos puso toda su voluntad para conducirse lo más conforme posible con los postulados éticos de la amplia ideología del anarquismo. Puede declararse que, durante la no muy larga vida, en lo humanamente probable nunca se desvió de esa conducta rectilínea. Si tuvo sus desmayos y sus errores, es porque no existen personalidades, por moralmente hermosas que sean ellas, que puedan librarse de estas inevitables caídas. Pero esos errores y desmayos jamás fueron vulgares ni comunes. Lejos de proclamarle un dechado de perfección, hemos de procurar de hallarnos lo más cerca posible de la verdad al relatar las incidencias de su vivir. Veremos que sus yerros fueron siempre los de un espíritu generoso y perpetuamente inquieto en el anhelo de evolucionar.

Nacido en 1889 en Barcelona, educado en un medio propicio a las ideas libertarias, y además emparentado con las familias de Miranda y Anselmo Lorenzo, prestamente actuó en los movimientos sociales. De sus actividades de militante en su ciudad natal no se posee una información detallada y precisa, sólo pudo saberse que fué él quien, después de detenidas



AMADEO LLUAN (ENRIQUE NIDO)

indagaciones, descubrió la verdadera personalidad del célebre confidente de la policía barcelonesa, Juan Rull, fingido y siniestro terrorista de encargo, desenmascarándolo en plena asamblea obrera. El fin trágico que tuvo éste, es bastante conocido. Emigrado a Francia por cuestiones sociales, se destacó como un incansable propagandista en Marsella. Los compañeros de entonces sabemos que le recordaron con cariño. Las causas de este voluntario exilio están envueltas en un halo de misterio. Sin embargo, indirectamente, alguna noticia tuvimos por quienes en aquellos tiempos le trataron personalmente, informándonos que su precipitada expatriación obedeció a razones apremiantes y perentorias. Era en los momentos que la reacción policial se ensañaba en Barcelona contra los militantes y obreros. En esos tiempos que la acción violenta tenía su mayor predicamento, se respondía a los de arriba por los de abajo con los mismos medios contundentes. Entre todos los esbirros y verdugos de alto

...ego, había uno que se distinguía por su ferocidad, por sus bestiales instintos al imponer las peores torturas a los trabajadores presos, y un día nuestro camarada, sublevado en sus fibras más nobles, lo ajustició. Cumplía así un secreto designio popular.

Venido a estas tierras con el ensueño de encontrarse con una democracia que se diferenciara un tanto en sus proyecciones liberales de las de Europa, llegó justamente el 1o. de Mayo de 1909. Apenas arrojado de la sentina del transatlántico y puestos los pies en las calles de Buenos Aires, tuvo que presenciar la masacre proletaria llevada a cabo por las hordas del ínclito jefe de policía Ramón L. Falcón, de detestable memoria por sus estrechas miras groseramente reaccionarias. Es de imaginar cuál fué la impresión que le hiciera a Nido este sangriento espectáculo, ejercido a costa de víctimas humildes e indefensas. Se puede asegurar que hubo en él asco, horror y piedad. Su estupefacción no hubo de ser menor al encontrarse así por azar con estas armas de cobardía. Las había huído por su odiosidad en su país natal, y se hallaba que los apetitos burgueses acuciados por el terror de perder sus privilegios inhumanos, empleaban ciegamente las mismas armas, siempre dictadas por el miedo cerval. Nunca recibimiento alguno pudo ser más apropiado para enardecer y enconar los sentimientos de un anarquista. En esos enormes instantes de angustia colectiva, la ley del perdón evangélico era un mito, cuando no demostración de flaqueza de ánimo.

¿Cómo no explicarse, entonces, con este antecedente, que a los cinco meses, cuando la clericanalla española, con la anuencia de Maura, asesinara a Francisco Ferrer — a quien nuestro camarada conocía personalmente — no intentase protestar ruidosamente contra el consulado español de Rosario, donde a la sazón se hallaba radicado?

Le quitaban horrendamente al maestro de su juventud y al amigo, dejándole en la desolación de una orfandad espiritual, sin reivindicarlo. En este desventurado incidente sufrió mutilaciones en una mano, y se le condenó a cinco años de prisión, descontándolos en la penitenciaría de esa ciudad.

Libre ya del largo cautiverio, fundó en un barrio obrero una escuela racionalista. Allí, día a día, durante ocho o nueve años, con el cariño inagotable que sólo puede sostenerse por una genuina vocación de educador, se entregó a la infancia proletaria, a la niñez que modelaría en el libre examen y en la independencia mental. Una enseñanza pletórica de nociones y conocimientos, desprovista de prejuicios ancestrales, pero también exenta de estrechos sectarismos y dogmatismos deformadores. El artista, como el verdadero maestro, uno ante la naturaleza y el otro ante esa pequeña porción de humanidad viviente, debe presentarse limpio para dejar que el discípulo desenvuelva sus facultades libremente. Es así que creemos que fué Nido como docente: limpio de todo sedimento sectario, fuesen cuales fueren, y ello lo deducimos de las breves cuartillas que escribiera para el aniversario de Francisco Ferrer, publicado en este Suplemento. Eran unos puntos de mira sobre la educación racionalista, reaccionando casi contra su propio fundador. Si tuviéramos que enumerar los argumentos que aducía para basar su tesis, no nos sería fácil enunciarlos en sus exactos términos, ya que el mismo autor esbozaba el tema, pensando en un ulterior desarrollo para una ocasión más propicia. Lo que recordamos es que defendía la libertad de enseñanza, sin matiz alguno político o místico. Eso es todo, y nos basta para imaginarnos lo que hubo de ser nuestro camarada como maestro de escuela, quien, además del conocimiento y la ciencia agregaba esa bondad de sentimientos que guió los actos de su vida.

Al estallar la conflagración mundial en 1914 y al comprobar en la ruptura de hostilidades cómo los pueblos se disponían a tirarse idiotamente de cabeza en la embriaguez de la locura guerrera, creciendo, expandiéndose la movilización como un torrente devastador, sin que ningún movimiento internacional se pronunciase en su contra, se apoderó de él una de las más hondas crisis que padeciera en su existencia de activo militante. Una desazón desgarradora le hizo su presa, arrancándole la fé pretérita depuesta en ideales humanitarios. En ese vórtice que amenazó devorar una civilización gangrenada de egoísmos, esa tromba de sangre y fuego que abarcó los cuatro confines del mundo, dió lugar a que fueran numerosísimos los que dudaran de los ideales de fraterna bondad. Pero si Nido pudo desilusionarse de la paciente labor de internacionalismo construída en el pasado, no perdió su confianza en el factor hombre, ni en el ideal que nutrió toda su vida. Eso sí, se replegó sobre sí mismo, creyendo en la tarea reeducadora del individuo. Fué por esos tiempos que con otro camarada fundara "Estudios", de tendencia individualista, sin caer en el nietzscheísmo o stirnerianismo egolátrico de las sólitas capillas. Constituía en su esencia una prédica moralizadora, bregando para que cada célula humana se labrase una conciencia orientadora. En una palabra, empezar por la propia emancipación de prejuicios letales y resabios esclavizadores: una especie de autoeducación. Doctrina ésta quizás objetable, más, interpretada con cierta inteligencia, es una escuela de virilidad y de estoicismo, porque intenta convencer por el ejemplo. No hemos seguido atentamente la trayectoria de esta publicación hasta el final, aunque la seguimos en una buena parte de su campaña en Rosario. No es, pues, el caso de renovar ninguna discusión al respecto. No será tampoco superfluo afirmar que estas momentáneas desviaciones para reconcentrarse, recogerse en sí mismo, en una recapitulación total de un determinado período de actividades, quienes las practicaron salieron fortificados de esas crisis.

Y es al producirse la gran convulsión rusa que estremeciera en una oleada de optimismo a la opinión mundial, inaugurando la era de los bolchevistas, cuando Nido se reintegra al movimiento común del anarquismo. Es decir, participa más directamente y su colaboración aparece en todas partes. El diario y el Suplemento lo contaron entre sus más valiosos y diligentes colaboradores.

Amadeo Lluan, o Enrique Nido, supo acumular un caudal de cultura propia enteramente asimilada, con la ayuda del tiempo y de una voluntad tesonera. Se vislumbra ello en los ensayos a veces someros y demasiado esquemáticos, sobre los filósofos de la antigüedad y de los modernos. Es un desfile de todas las escuelas y sistemas, que comenzando con Sócrates finaliza con Bergson. Al que le infiere peor tratamiento es a Nietzsche, no obstante la tacha que se le adjudicó a Nido, de irreductible individualista. Poseyó un talento más expositivo y didáctico que el apto a bucear en los mares profundos del saber. Y una de sus supremas virtudes estribó en su intuición certera que lo guió a adueñarse, en el patrimonio de la cultura universal, lo que más podía serle útil a las características de su personalidad de escritor, y qué él aplicaría para esclarecer y fundamentar la doctrina anarquista. Lo que acontece en "El Pensamiento filosófico y el Anarquismo".

Su habitual escritura fué siempre de una diafanidad que translúcidamente tranparentaba la firmeza de sus conceptos y la cautivadora agilidad de sus pensamientos. Se constataba con ello un cerebro madurado al calor de hermosas convicciones, conseguidas a fuerza de reflexión. Su terminología, si incurría en vocablos científicos en contadas ocasiones, eran completamente naturales y apropiados. A las claras se le veía como a un enemigo acérrimo de las divagaciones líricas o de los vagabundajes sentimentales, que nos afectan a una buena cantidad de nosotros.

Esquemático y un poco frío, él, tan cálido en su vivir, podía serlo para evitar frondosidades superfluas y también porque sus lecturas se apuraron en los filósofos y los hombres de ciencia. Poseedor de varios idiomas, sus servicios de traductor fueron requeridos frecuentemente en bien de la propaganda. Recientemente, de común acuerdo con el camarada Abad de Santillán, resolvieron fundar una biblioteca de opúsculos de carácter histórico, de la cual Nido debía ser uno de sus autores. Desventuradamente, su prolongada enfermedad le impidió concurrir con su abnegado esfuerzo, y sólo alcanzó a escribir el prólogo para el primer volumen, que firma Max Nettlau, "Miguel Bakunin, la Alianza Internacional y la Alianza en España".

Colaboró con regular frecuencia en revistas extranjeras, una de ellas "La Revista Blanca". Hace unos meses, el periódico anarquista "Freedom", de Londres, tradujo dos o más de sus trabajos. También algunas revistas italianas reprodujeron artículos suyos.

Es autor, como se sabe, del libro "El Pensamiento filosófico y el Anarquismo", "Páginas de Afirmación" y de una labor dispersa en diarios y revistas, de una actividad de escritor militante, durante una quincena de años. Fué uno de los organizadores del archivo internacional de publicaciones anarquistas. Cuando el primer congreso anarquista en la Argentina se le encomendó el informe, que luego se editó en folleto. Al morir deja una compañera y tres hijos.

Al contemplar el espectáculo de esta vida de natural modestia, de llana sinceridad que se volcó toda entera en pensamiento y acción, inconscientemente recordamos a Stepniak, el autor de *La Rusia Terrorista*, aquel que después de apuñalear en las calles de S. Petersburgo a Mezentsef, el jefe de policía, se indignaba contra el compañero de fuga porque fustigaba los caballos, dándoles zurriagazos.

Salvando la gran distancia que separa a uno y otro revolucionario, se encontrará un cierto parecido en el valor personal hasta la temeridad, y la delicadeza de sentimientos, propios de héroes y apóstoles.

Desaparecido en la plena virilidad de su intelecto, cuando hubiera podido dar obras de más madura enjundia para la propaganda, es una pérdida muy difícil de reemplazar para el anarquismo, especialmente para el de nuestro país.

At—

POR LOS SALONES

Exposición de pintores argentinos

"La Peña", que se ha propuesto realizar exposiciones periódicas de autores argentinos, comenzó una, compuesta por Guillermo Butler, Thibón de Libian, Juan Tapia, Adolfo Travascio, Xul Soler, Curatella Manes y Riganelli.

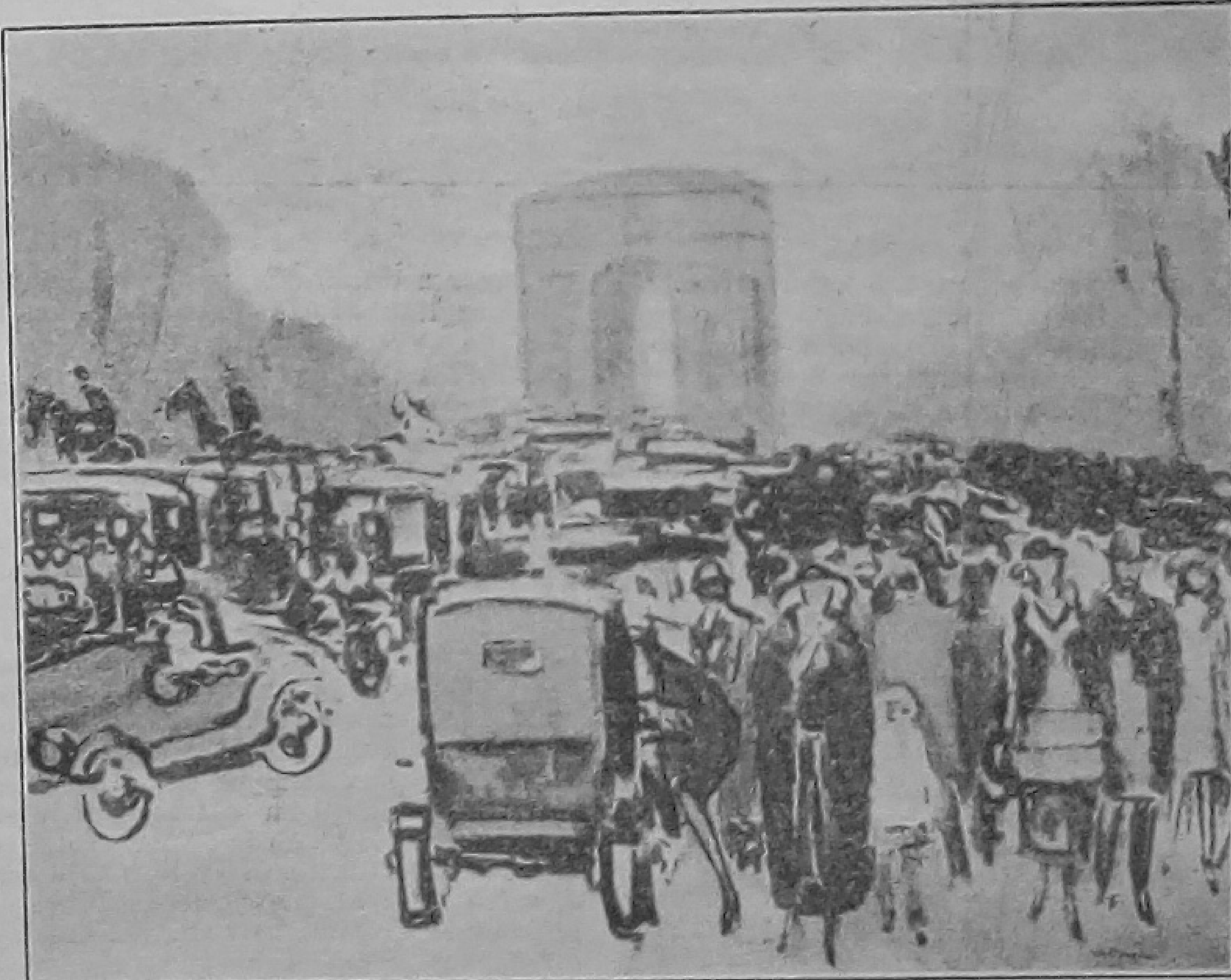
Los menos glosados en esta publicación son Tapia, Travascio y Curatella. Estos tres artistas poseen un conjunto de obras que pueden delinear cumplidamente sus personalidades y los tres son de un fuerte interés.

Curatella Manes, quien vive en París, no obstante todas las negaciones que ha sufrido aquí por parte de sus propios colegas en función de arte, y de los críticos topos e ignaros, ha sido ya consagrado por la crítica internacional. Un artista como André Lhote, de sólida cultura artística, le ha dedicado artículos laudatorios, sostenidos por la lógica de un discurso de apretada y válida argumentación.

No pudieron influir en nuestro ánimo estos elogios transoceánicos, puesto que el año pasado fuimos sus defensores denodados contra la jauría de los vituperadores. Su bajorrelieve monumental, que figurara en el monumento arquitectónico "La douce France" de la Exposición Internacional de Artes Decorativas, en París, fué nuestro punto de partida para considerarlo uno de los escultores más descollantes del porvenir, quién sabe si solamente de la Argentina, sino también del extranjero. No quisiéramos caer en las extralimitaciones del ditirambo, un vicio tan difundido en estos lares; pero existen razones para abrigar esta esperanza. Una de ellas es su juventud comparada con la obra ya andada, la que está haciendo y la que se prevé podrá realizar.

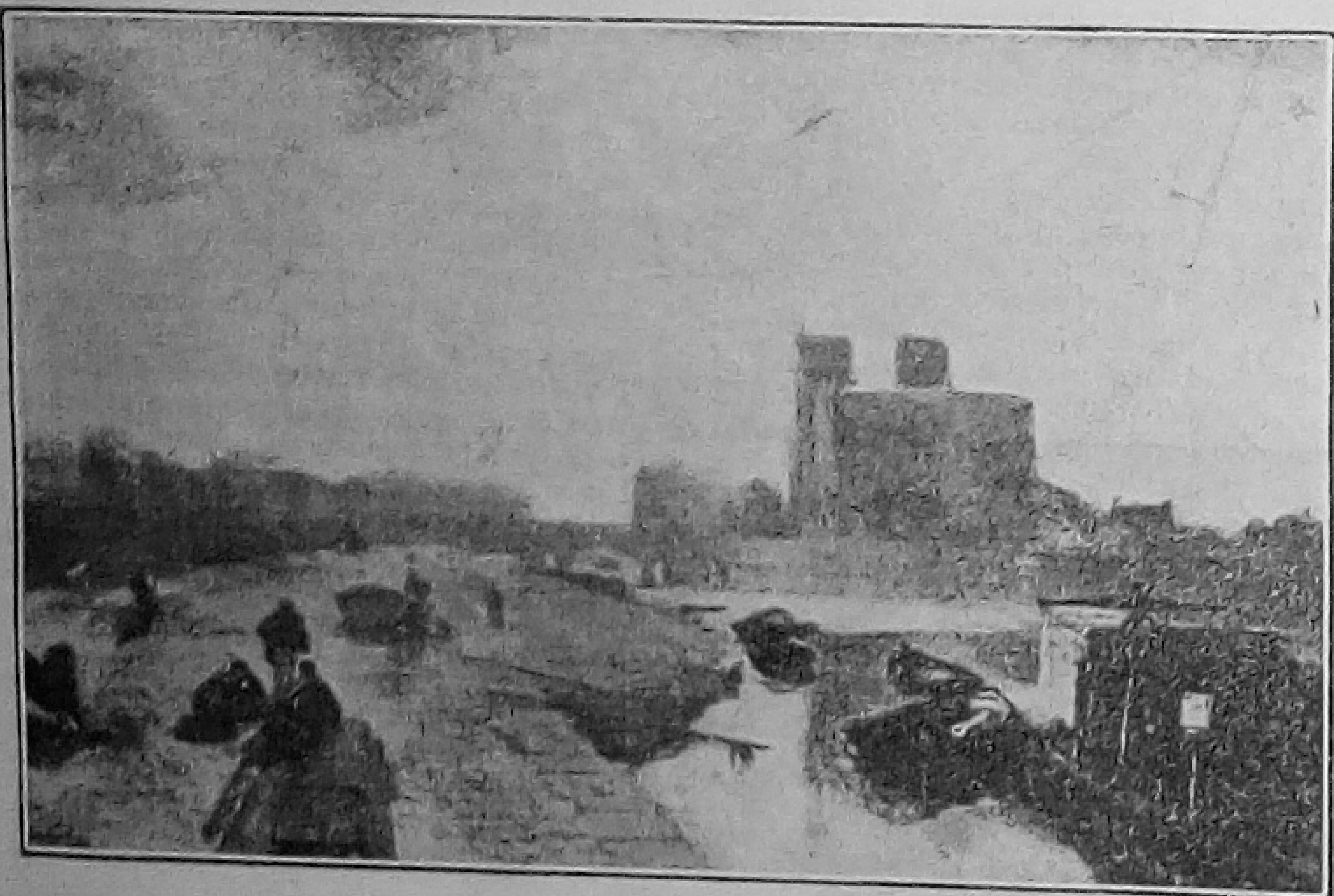
Son escasas las esculturas suyas que se exhiben allí, en ese sótano convertido en un ambiente de arte casi europeo, un poco burguesón por lo frívolo, y con marcado carácter de sociedad recreativa. Sin embargo complementan, en cierta manera, las que viéramos anteriormente. Son un bajorrelieve de tierra cocida, otro en yeso, un desnudo en forma de tanagra, y una figura vestida, tratada idénticamente. No nos explicamos bien por qué todas ellas nos incuten la sensación de un arte de raíces populares. Hay algo de tosca delicadeza, que parece constituir un atributo exclusivo del pueblo — entendiendo éste no como un mito de clase y sí como la masa anónima donde lo substancial de la humanidad se funde en una sola aleación. Principalmente se puede deber ello a que esta tendencia de arte deriva de otras que fueron voluntariamente expresiones colectivas de estados sociales y culturales de determinadas civilizaciones: supóngase la egipcia, las indochinas, donde una muchedumbre de artistas y artesanos anónimos trabajaban para una manifestación total. Y las artes de vanguardia, sino se han avenido a este anonimato colectivo, en el cual nadie figura y figuran todos, propenden a que la escultura y la pintura retornen a su antiguo rol utilitario de adorno y decoración de una masa arquitectónica. Entonces al artista urgíale expresarse en otra técnica, menos minuciosa, menos detallista: proceder por grandes planos y vastos volúmenes.

Y bien, Pablo Curatella Manes supo asimilarse la sola esencia de esta doctrina constructiva, insuflándole además la calidez de un temperamento meridional,



VAN DONGEN — "Avenida del bosque"

— si no lo es por su nacimiento, se revela en su sensualidad táctil. Así animaba con soplo vital la abstracción de una teoría plástica. Es en lo que se diferencia de sus coetáneos, los deshumanizadores de las formas en un grado tan extremo que ya no son abstractos y sí abstrusos. El artista argentino, aun cuando esquematiza, conserva siempre la esencial estructura humana. La despoja sólo de lo superfluo, para ordenarla en líneas, volúmenes y planos, dentro de una composición rítmica. Tomemos por ejemplo este desnudo, que tildamos de tanagra por la armoniosidad de sus perfiles, y ensayemos a decir en qué es contrario al *bibelot*. Generalmente se cree que el tamaño hace lo estatuario, el monumento o lo monumental. Es una falacidad de idea y sensación muy difundida. Es cómo se ha tratado las partes de una figura o etc., cuando adquirirá grandiosidad; todo ello en vista del carácter y del equilibrio a veces agrandado y siempre exacto, de las proporciones. Si se tomara una tanagra griega, agrandándola hasta el tamaño natural, resultaría una estatua quizás tan ática y graciosamente monumental como sus hermanas mayores, los más bellos ejemplos de la escultura griega. Si hemos exagerado un poco el símil, es con el fin de una mayor comprensibilidad. Y tanto el desnudo y la figura vestida de Curatella Manes llevan todos los elementos de la gracia arquitectónica de una estatua; en cambio, una de un metro y ochenta, que no participase de la virtualidad de esas características, no sería más que un monstruoso bibelot, ya por ser una copia pedestre o frívolamente agradable, en cuya creación no entró para nada el espíritu de un artista. Pero donde Curatella logra plasmarse de modo casi definitivo, es en los bajorrelieves; uno de ellos, el de tierra cocida, posee en esencia el más puro clasicismo, comprendido como suprema euritmia. Se comprueba otra vez que con cualquier procedimiento, cuando el talento es creador, se le rebasa en su formalidad.



JOHN JONGKIND — "Notre Dame"

Tapia se manifiesta, en estos cuadros de un ciclo sobrepasado en algunos años, con el don de las síntesis constructivas y de un sensibilidad casi innata, si cabe, para el color. Tiene armonías graves, graduadas y justas en sus matizaciones, de gran sabor poético. Naturalmente, estos instantes felices y culminantes no se producen con la misma intensidad en las varias telas allí expuestas. En dos o tres, a lo más, pero son todas ellas indiscutiblemente de un pintor dotado y orientado.

Adolfo Travascio, puede decirse que es una revelación para el público de Buenos Aires. Vive, trabaja y expone en La Plata. El año pasado envió obras suyas al Salón de Primavera. Inmerecidamente fué tratado con despectiva indiferencia.

Austero y parco en sus medios expresivos, estiliza para captar, en la medida de sus fuerzas, el carácter de cada objeto y la totalidad de la composición. Sobrio y esquemático de color, consigue sus armonizaciones por la sucesión de zonas y planos coloreados. Y es así que alcanza a ser fuertemente expresivo, plásticamente expresivo, porque, sintetizando, transfigura y les hace cobrar una insólita magnitud a las cosas que pinta. Dijérase que no siente esa ligera embriaguez del colorista nato, esa voluptuosidad de sumerjirse y abandonarse en una pasajera orgía de color. En cambio, lo usa parsimoniosamente para expresarse de manera sólida, clara y rotunda. Las barcas, el mate y algunas otras naturalezas muertas, son, a nuestro parecer, las composiciones que más fueron conducidas a su plenitud.

Exposición Pettorutti, Xul Solar, Nora Borges (A. A. del Arte)

Casualmente tuvimos que escuchar a Marinetti, y le sorprendimos casi al final del acto, en función de cicerone. Grande fué nuestra decepción; ni para adversario puede tenérsele en cuenta. Manso en sus ocurrencias, en sus actitudes, ambiguo y escurridizo como una anguila y con una mansedumbre de tigre embalsamado, provocó nuestra profunda piedad. Es la estatua de sal petrificada, con la cara vuelta para atrás, hacia un futurismo próximo pasado, que peina las canas de unos diez y siete años de edad, que con el vertiginoso dinamismo centrífugo de la época actual, suman siglos. Es un histrión que no supo retirarse a tiempo de la escena. ¿Y qué histrión pudo arrancarse oportunamente del tablado de sus morbosas vanidades? Ningún nombre nos consigna la historia.

Hay que rezarle el *requiescat in pace* al futurismo, ya que su máximo apologista y trompetero acaba de enterrarlo para *in eternum*. En verdad que es el cadáver de una tendencia de arte con más ruido de nueces que ideas matrices, la que ha sido sepultada en suelo argentino. Aquí no se podrá hablar de futurismo sin que hasta los niños de teta se rían a carcajadas, al recordar la media docena de lugares comunes que nos espetó este lacio capitán Fracaso de lamentable pelada de vejete caduco.

Decirnos que Da Vinci, Dante, Miguel Angel y etc., fueron futuristas en relación al ritmo cansino de su tiempo, son verdades manoseadas al alcance de cualquier Cupertino del Campo, colmo de ineptitud y de sordera intelectual. Si nada nuevo podía decirnos después de lo dicho hace diez y siete años, nunca debió prestarse a la chirinada de esa gira de estrella de *café chantant*. Pero abandonémoslo a su suerte de simulacro de genio, ya fracasado; es que el pobre nos inspira una profunda compasión. Hay gente que no sabe morir a tiempo.

Y este Marinetti en salmuera, al intentar explicar los cuadros de Pettorutti cometió la burrada mayor y le infirió una ofensa mortal al que quiso ensalzar. Su pretendida exégesis se redujo a entonar ditirambos, como si todos esos cuadros fueran de inigualada perfección. En esto también estuvo al nivel de un León Pagano cualquiera, Himalaya de la mediocridad enervante. ¡Como si una obra de arte, en vez de ser sentida más o menos intensamente por todos, necesitase largas explicaciones para coaccionar admiraciones!

De Xul Solar, de quien habláramos repetidas veces, no cabe más que declarar que es profundamente personal, y si a veces incurre en raras cerebraciones fantásticas, jamás deja de ser sincero en la delicadeza, en la candidez de sus coloraciones.

Nora Borges demuestra una aguda sensibilidad verdaderamente femenina, tanto al dibujar como al pintar. Aún un poco afectada en una ingenuidad no del todo natural, es una firme promesa. Hay allí una naturaleza muerta y un cuadro de armonías verdes y azules, de verdadero mérito. Está ordenado con un sentido ya desarrollado del equilibrio de los valores de una composición. ¡Ojalá que no escuche falsas consejas y no finque en el amaneramiento una ficticia originalidad y un estilo falso!

Exposición Georges Bernheim (Witcomb)

Es una exhibición de pintura francesa que no guarda ninguna relación cronológica. Son épocas diversas y tendencias dispares. V. gr., hay un Corot de tonalidades de luces crepusculares, que destacan, valorizan arboledas de glaucos y espesos betunes; y tres cuadros más allá, el veedor se hunde en una tela de Van Dongen de fondo sombriamente liláceo, de una transparencia de agua estancada, donde se yerguen, en graciosas elipsis, frágiles ramas de glicinas florecidas, en pétalos de nieve matizados de un lila apenas rosado. Un clásico de la época de Roma, que pinta bajo la égida prestigiosa de Poussin y Lorena y un pintor moderno, indudablemente de un grande y sólido talento, que posa en fumista del pincel. Es uno de los contrastes más chocantes que a una testa imbuida de preceptismos podría inducirla a escribir un prieto capítulo de escolástica acerca del esplendor y la decadencia de la pintura. Pero ya no existen esos reaccionarios del arte, quienes hacían valer su tesis con hábil y cerrada dialéctica. Los que les sucedieron en el reaccionarismo, horros de valor moral alguno, fingen adoptar un eclecticismo de café con leche. Son ellos los capaces de encajarle los mismos puntos admirativos a Corot y a Van Dongen. Esperemos que esta vez no sea así. Más inteligentes que nosotros, deberían extraer la pertinente lección pictórica de esos cuadros del relativamente antiguo artista y del ultramoderno. Tampoco se comedirán a ello.

Corot, bajo la influencia subyugadora de esos dos poderosos artistas, pudo, aun imitándoles en el procedimiento, dar de sí lo que por el estro íntimo es una creación de arte, impregnándola de una armonía de luces de aquietada vibración. Piénsese; al lado mismo se halla un paisaje de Le Sidaner, *Nocturne*; y bien, éste, que ha sufrido todas las conquistas lumínicas de los impresionistas, resulta que su lienzo es completamente opaco, examinado únicamente desde el riguroso punto de vista de la luminosidad. La enseñanza a deducirse es de una simplicidad perogrullesca: que cuando la facultad creadora es potente, no son los procedimientos que le impedirán o ayudarán a manifestarse. Ahora, no nos objetarán que por ser un nocturno no deberá ser en exceso luminoso. Es que esa luz se crea por el contraste y ajuste de los valores. Puede ser tan luminoso un mediodía como una media noche, sólo variará en la calidad de las luces, más cálidas, más graves, más sordas y frías y etc. Siendo éste, a veces, un problema secundario de la pintura, es que, como decimos, entra en mucho la facultad creadora para rebasar lo elemental del procedimiento. En una palabra, aunque forcemos el término, nos parece infinitamente más cerca Corot del modernismo que hoy impera con el espíritu de lo neo-clásico, que Le Sidaner, quien puede ser moderno por vivir todavía.

Respecto a Van Dongen, el pintor menos conocido aquí, o muy parcialmente, no nos decidimos a aceptarlo de plano. El año pasado vimos "Les courses a Auteuil" y "Notre Dame de París", y ahora se repite con la "Avenue du bois", "Les Champs Elysées" y "Fleurs", lienzo en el que se emplea otra calidad de pintura, difiriendo no poco de las anteriores telas. Estas son sólo una demostración palmaria de su capacidad de prestidigitador del pincel. Son grandes croquis de una apariencia marcadamente ilustracionista. Es verdad que con pocos medios y someros trazos — tanto, que en muchos lugares está aún la tela desnuda — nos da una ilusión de volúmenes y de gradación de tonos, pero se bordea peligrosamente en la banalidad de efectos gruesos y escenográficos. Podrá ser un eximio pintor vislumbrado en esas flores; lo que no creeremos nunca es que un gran artista se preste a tales payasadas. Esperemos formarnos otro concepto más favorable cuando podamos contemplar un conjunto de sus obras. Por esas cuatro telas únicamente sabemos que es de una monotonía de procedimiento agobiadora.

Claude Monet, con "Le Pont de Londres", nos infunde la convicción hasta qué punto puede alcanzar de expresión lírica la pintura. Es una composición hímnica; esa luz solar que se quiebra entre la niebla y pugna por penetrarla, posee vibraciones de un ritmo continuo por los matices de que está compuesta. Es una armonía de grises pletóricos de color. Monet, por su retina privilegiada y su intenso temperamento lírico, se disputa la supremacía en la escuela impresionista con Renoir. Hay quien afirma que éste le supera. Son desdeñables calificaciones de archivistas de oficio. Indudablemente son los dos epígonos de esa tendencia, uno de los movimientos más importantes de la pintura contemporánea. Cézanne ya se sale de esa declinación escolástica, para entrar en la esfera de los grandes innovadores, quizás equiparable a un Greco. Marca el fin y el comienzo de una nueva época pictórica.



ADOLFO MONTICELLI — "Retrato de Niño"

Pissarro, de quien hay un solo cuadro expuesto en el conjunto de los maestros impresionistas exhibido en "Los A. del Arte", fué el artesano voluntarioso, de lúcida inteligencia y de una tenacidad única para el trabajo. Pudo lograr una suma estupenda de resultados a fuerza de estudio y de un continuado ejercicio que se prolongó durante toda su vida. Partido de Courbet, con esa tela de fuertes y profundas tonalidades verdes en la de la serie de "Los A. del Arte" hasta la expuesta ahora y otra que viéramos el año pasado, un puente de París, fué ascendiendo en una incesante depuración espiritual. Pudo carecer de vuelo aquilífero, en cambio siempre le acompañó un escondido sentimiento eclógico de la naturaleza y de todas las cosas, que apenas asomaba aljofaraba su pintura. De todos modos, fué un ejemplo de consecuencia moral en la vida y en el arte.

Eugéne Boudin, en *Plage de Deauville*, uno de los antecesores, con John Jongkind, del impresionismo, es de los artistas de equilibrio casi milagroso entre el talento, que nada tiene de extraordinario, y sus medios de expresión. En esa fusión casi absoluta se halla la calma belleza de su arte. Esta playa de Deauville es de una gracia inefable, y como factura, la de un artesano, quien al poseer a fondo su oficio, lo usa con fluidez.

Jongkind, con la presente tela "Notre Dame", se revela como un maestro incontestable, que dentro de un realismo a veces minucioso en sus primeros cuadros, fué de un gran poder imaginativo, un artista de la más noble calidad.

Se halla además Monticelli, con algunas cabezas expresivas, el infaltable Ziem, de la rutilante feria de colores, Albert Besnard, director de la Academia de París, recientemente decorado con la Legión de Honor, lo que motivó la protesta burlona de un sector de artistas avanzados, y el rechazo de la cintita roja por parte de Dunoyer de Segonzac, quien dijo que no quería ser soldado donde los comandantes eran *cuistres*, o sea unos pedantes fosilizados. Hay todavía algunos otros de poco menos importancia para nuestro punto de vista del arte.

ENRIQUE NIDO

El ataque a las ideas

El ataque despiadado que a las ideas anarquistas llevan nuestros adversarios no puede dar, a la corta ni a la larga, ningún resultado. Atacar el anarquismo es machacar en hierro frío y de esta gran verdad hace tiempo que debieran hallarse convencidos sus impugnadores.

El anarquismo reposa sobre un fundamento de eternidad que yace en lo hondo de la especie y todos los ataques de orden moral u orgánico de sus detractores fallarán en el tiempo irreductiblemente.

No se puede atacar, con seguridades de éxito, una idea que goza de gran salud y cuya robustez de alma y cuerpo se vienen reveladas por la expansión universal que tuvo desde el día de su aparición.

Las represiones gubernamentales, que en todo tiempo sufrieron los anarquistas, no amenguaron en nada la intensidad del anarquismo, que si bien en algunas zonas del planeta fué reducido al silencio por las hordas del Estado, en ellas revivió después con más o menos vigor que antes. Tampoco pudo hacer nada contra él la crítica pseudo filosófica o pseudo científica de los escribas aburguesados de la sociedad.

Se podría criticar, del anarquismo, el que no tenga una concepción genésica del universo o un concepto psíquico-biológico de explicación de la mecánica viva y la mecánica inerte, para poder vivir por sí, sin ayuda del sabio, pero, esto no es un motivo que pueda desvalorizar en nada los fundamentos de su filosofía social elevada a justo sistema de vida sin privilegios de clase alguno.

La interpretación sociológica del anarquismo es insuperable por llevar adherido el sentimiento de justicia de los pueblos que siempre se ha manifestado igual, aunque con diversas denominaciones entre la humanidad.

No puede morir ni desaparecer lo que reposa sobre un infinito de actividades substanciales, sobre principios y leyes de materia orgánica, por lo que resulta tiempo perdido intentar su anulación.

Las escisiones y los falsos compañeros que por desgracia circulan en nuestro medio, podrán traerle, en cierto punto, cierto desprestigio moral, pero esto no debe imputarse a los anarquistas en general sino a los Judas que se introducen en él.

Cada hombre es responsable de sus actos y no se debe culparse a la familia o a la colectividad del mal que hace uno de sus miembros. Este es un concepto antiguo del derecho romano, que todavía subsiste, como se ve, en la conciencia un tanto retardataria de nuestros injustos jueces.

Beneficencia

Los sentimientos más nobles de la humanidad cuando salen de su cauce esencial y se oficializan pierden todo el valor y la belleza primitiva que les son peculiares por la ley de natura.

Las tendencias de amor al prójimo, de solidaridad y ayuda al desvalido, al necesitado de luz y pan, que son también características de la especie, se hallan falseadas en nuestra sociedad por las congregaciones religiosas y las llamadas sociedades de beneficencia.

Por un motivo cualquiera nuestras damas de la aristocracia rastacueril salen en peregrinación por las calles de la urbe postulando una limosna que servirá a mitigar los dolores del pobre, las desnudeces y el hambre que azotan los cuerpos escuálidos de las víctimas de la sociedad.

El frío intenso que en estos días se ha hecho sentir, como una salutación glacial del dios Pan, ha servido de pretexto a las damas que componen la comisión del Santísimo Rosario para sacar de los bolsillos del comercio local y particular luego en ayuda de los pobres, de los que en medio de nuestra abundancia carecen de pan ni casa.

Ya sabemos lo que son en la práctica esas entidades religiosas de beneficencia. La mayor parte del dinero recaudado para los necesitados, va a parar a los bolsillos sin fondo de la clerecía.

Siempre hay una capilla derruída que es necesario componer antes de que se venga al suelo y aplaste a los devotos feligreses. Cuando no, son las campanas de tal o cual Iglesia que necesitan una reparación. Pretextos no les faltan nunca a las almas misericordiosas del Señor para engullirse unos miles de pesos sacados al público con el cuento del pobre. A éste le llegarán, a lo sumo, algunas migajas, algunas sobras del festín que a sus expensas se dan los ricos y los religiosos. Todo es materia de negocio y explotación en esta infame civilización cristiano-capitalista.

Y no se quiere todavía que haya revolucionarios, es decir, hombres que denuncien los crímenes y las infamias que cometen los que están bien y tienen asegurada su existencia en detrimento de los que nada tienen, puesto que se lo han quitado todo. Aire y espacio, tierra y pan, vida y salud.

No se requiere que haya protestadores ni descontentos de este régimen económico que está en crisis y sobre el cual hace tiempo que dieron ya su fallo inapelable los grandes humanistas anárquicos de la civilización del porvenir.

No se quiere que haya quien se agite y trabaje por un equilibrio mejor de las situaciones morales y económicas que caracterizan las clases distintas de la sociedad.

Los que tienen no quieren ceder a razones y sólo consienten en dar a los menesterosos los restos baboseados de su ágape en permanencia.

Sólo la fuerza podrá arrebatarles un día lo que tan injustamente detentan y ponerlo, para siempre, en las manos reivindicadoras del pueblo.

***

Efemérides de la vida de Bakunin

1814, 30 DE MAYO. Nacido en Premuchino en la posesión de sus padres, donde creció (en la Rusia central, al nordeste de Moscú).

1828, DICIEMBRE. Es enviado a Petersburgo a la escuela de artillería. Enero de 1833, oficial en Petersburgo. Comienzos de 1834 enviado a la Rusia blanca, Lituania. Comienzos de 1835 en Tver, luego en Premuchino, abandonando el servicio a fines de 1835.

1835—40. Interés filosófico. Fichte, Hegel, Stankevitsch, Belinski, luego Herzen y Ogareff, su objetivo: estudios filosóficos y una cátedra; Moscú, Premuchino, Petersburgo.

1840, JULIO. De Petersburgo a Berlín. Tres semestres de estudios filosóficos en Berlín hasta el verano de 1841-42.

1812.PRIMAVERA. A Dresde. Hegelianismo radical, Arnold Ruge. Octubre: artículo de los Deutschen Jahrbücher. Revolucionario filosófico, político y social.

1843, ENERO. Con Herwegh a Zurich. Weitling, Berna, Ginebra y Lyon.

1844, FEBRERO. Desobedece la orden de regreso a Rusia y parte para Bruselas; Joachim Lelewel. Mediados del año viaje a París. Marx y el círculo del Vorwaerts, Ruge, Herwegh y otros.

1845. Después de ser condenado a destierro perpétuo a Siberia y confiscación de sus bienes en Rusia, pronuncia su primer protesta pública contra Rusia en la *Réforme*, 25 de enero. — 1845-47 en París: Proudhon, Karl Vogt, Polonia, Herzen y Belinski, etc.

1847, 29 DE NOVIEMBRE. Su discurso a los polacos que origina la expulsión de Francia. A Bruselas. Marx. Muchos polacos. Un segundo discurso a los polacos, febrero de 1848.

1848. Después de la revolución de febrero en París. Comienzos de abril sobre Francfort, Colonia (ruptura con Marx), Berlín a Breslau; allí en el ambiente conspirador polaco. De mayo a junio en Praga. Congreso eslavo. Semana revolucionaria de pentecostés. A Breslau, luego a Berlín, expulsión de Prusia en el otoño. Refugio en Koethen, Anhalt. Luego en Leipzig, en íntimo contacto con el comité central democrático. Preparación de una revolución en Bohemia.

1849, PRIMEROS MESES. Traslado a Dresde. Viaje secreto a Praga. El estallido de la revolución de mayo en Dresde le liga a ésta ciudad. Participación intensa en el núcleo más íntimo del movimiento. Prisionero en Chemnitz en la noche del 10 de mayo.

1849, MAYO, A JUNIO DE 1850. Cárcel en Dresde y fortaleza en Koenigstein. Proceso. Condena a muerte y extradición a Austria.

1850, JUNIO, hasta mediados de 1851. Prisión en Praga y Olmütz. Proceso, condena a muerte y extradición a Rusia.

1851-1854 en la fortaleza Pedro-Pablo de Petemburgo, luego hasta marzo de 1857 en la fortaleza de Schlüsselburg. Deportación a la Siberia occidental, Tomsk.

1858. Casamiento con Antonia Kviatkowska en Tomsk.

1859, MARZO. A la Siberia oriental; Irkutsk y viajes por Siberia.

1861, 17 DE JUNIO. Comienza la fuga de Irkutsk hacia el mar, al Japón y por Norteamérica a Londres, 27 de diciembre.

1862, en Londres: Herzen y Ogareff; movimientos rusos y la insurrección polaca en preparación. Viaje a París.

1865, FINES DE FEBRERO. Sobre Hamburgo y Copenhague a Suecia, generalmente en Stockholmo. En el otoño sobre Londres, Bruselas, París, Suecia y el norte de Italia a Florencia en los primeros meses de 1864.

1864, en Florencia. Comienzos de la sociedad secreta internacional. En el verano viaje a Suecia. En el otoño por Londres (último encuentro con Marx), Bruselas, París (último encuentro con Proudhon) a Florencia.

1865, en Florencia, desde el verano en Sorrento, en el otoño en Nápoles.

1866, HASTA AGOSTO DE 1867 — en Nápoles y alrededores; expansión de la sociedad secreta y comienzos socialistas locales.

1867, SEPTIEMBRE. — en el congreso de la paz de Ginebra. — En Ginebra y en los alrededores de Clarens y de Vevey hasta el otoño de 1868. Viajes a Berna al comité central de la Liga de la paz y de la libertad.

1868, JULIO. Ingreso en la sección central de la Internacional de Ginebra.— Fines de septiembre — congreso de la Liga de la paz y de la libertad en Berlín. Salida de la Liga. Fundación de la Alianza pública y secreta.

1868, OTOÑO HASTA EL OTOÑO DE 1869.— En Ginebra: actividad en la Internacional ginebrina, en la sección local de la Alianza, en el Jura, en Ginebra con Netschaeff, labor para Italia, España, sur de Francia.

1869, SEPTIEMBRE. En el congreso de Basilea de la Internacional.

1869, DESDE EL FIN DEL OTOÑO, hasta julio de 1874 — en Locarno.—

1870, desde los primeros meses hasta julio, varios viajes a Ginebra por asuntos rusos.

1870, mediados de septiembre hasta fines de octubre — viaje con propósitos revolucionarios a Lyon — el movimiento lyones del 29 de septiembre — y Marsella.

1870, 1871 EN LA PRIMAVERA.— Pequeños viajes a Milán y Florencia.

1871, DE ABRIL A FINES DE MAYO — viaje al Jura durante la Comuna.

1871, AGOSTO.— Comienzo de la protesta contra Mazzini e intensas relaciones italianas, que persisten hasta agosto de 1874.

1872, PRIMAVERA.— Comienzo de las íntimas relaciones con un grupo de Zurich, luego con Carlo Cafiero (mayo-junio).

1872, 4 DE JULIO AL 11 DE OCTUBRE EN ZURICH.— Viajes al Jura y a Ginebra.— Trato intenso con jóvenes estudiantes rusos y serbios.

1872, SEPTIEMBRE. La reunión de Zurich, para la reconstrucción de la Alianza de los socialistas revolucionarios. El congreso del Jura y el congreso Internacional de Saint Imier (Jura bernés).

1872, DE OCTUBRE A AGOSTO DE 1873 — en Locarno desde el 22 de octubre.— La imprenta rusa y sus publicaciones en Zurich. Viaje propuesto, pero no posible a Barcelona, julio de 1873. La adquisición de la Baronata en base a convenios con Cafiero, verano de 1873. Visita de delegados del congreso de la Internacional en Ginebra. Retirada del movimiento público.

1873. DESDE FINES DE OCTUBRE AL 27 DE JULIO DE 1874 — en la Baronata, Locarno; la crisis de esa empresa y la ruptura con Cafiero, julio de 1874. — Desde diciembre de 1873 preparativos conspirativos italianos para el verano de 1874.

1874, 30 DE JULIO AL 12 DE AGOSTO — residencia revolucionaria en Bolonia; el movimiento de la noche del 8 de agosto (Prati di Caprara) fracasa.

1874, 14 AL 26 DE AGOSTO — en Splügen, Suiza. Ultimas esperanzas revolucionarias hasta el 21 de agosto — Luego decisión de retirarse también del movimiento secreto.

1874, 21 DE AGOSTO, Splügen, luego generalmente en Sierre (Valais) hasta el 25 de septiembre en Neuchatel — penosas discusiones y, el 25 de septiembre, ruptura mortificante de sus compañeros más íntimos con Bakunin.— 26 de septiembre al 5 de octubre — en Berna con sus viejos amigos privados.— 7 de octubre — regreso hacia su familia en Lugano.

1874, OCTUBRE HASTA EL PRIMER TERCIO DE 1876. — En Lugano; grave enfermedad le lleva a Berna.

1876, 14 DE JUNIO — en Berna, en una pensión de enfermos, en donde le alcanza la muerte EL 1 DE JULIO.

M. N.

D. A. DE SANTILLAN

Armas para el espíritu

Glosas al cincuentenario de la muerte de Bakunin

II

Cuando estamos sedientos de beber en la fuente de la ciencia acudimos a los libros, o a escuchar la palabra de los maestros, es decir, a recoger el fruto del esfuerzo intelectual de los milenios, sin que eso signifique ninguna esclavización al pensamiento ajeno. Hoy no es la ciencia pura la que nos hace falta. Lo que nos hace falta es "el diablo en el cuerpo", el sentimiento y la pasión de la libertad, la fortificación del carácter para una lucha gigantesca contra un mundo hostil. Y así como no todos los hombres son creadores en ciencia, tampoco todos lo son en la vida moral, desde el punto de vista de la personalidad, del carácter. Por consiguiente, lo mismo que se acude a los hombres de ciencia o a los libros para saber si Sócrates fué un filósofo o un general o para darnos una idea del mecanismo celeste, — para educar nuestro carácter, para templar nuestro corazón, para formar nuestra personalidad, acudimos al ejemplo de aquellos hombres presentes e históricos que simbolizan un ideal de superación y que representan el símbolo de nuestras aspiraciones. Los que tienen sed de dominio buscarán sus inspiraciones en la galería de la historia política; los que ambicionan la riqueza husmearán los métodos y virtudes de empresa de los grandes reyes de la industria, del comercio o de la banca; los que se inclinan hacia el campo literario, buscarán en la literatura, en las grandes figuras creadoras de la historia literaria los espíritus afines, los modelos y maestros. Nosotros no podemos eludir esa ley espontánea y natural de la psicología humana y buscamos también la inspiración de las figuras simbólicas de la dirección de nuestros esfuerzos. Somos revolucionarios y anarquistas y vivimos en un período de los más trágicos para el porvenir de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones; una reflexión detenida nos lleva a la conclusión de que la necesidad más urgente de la hora es templar el carácter y dar armas al espíritu a fin de volver a interpretar la revolución como un proceso activo y no como un pacífico raciocinio o una simple crítica pasiva a los hombres, a las instituciones y a las cosas. E involuntariamente nos viene a la memoria la figura genial de Miguel Bakunin, gigante de cuerpo y de pensamiento. Bakunin, una naturaleza primitiva, vigorosa, semisalvaje, tuvo que abrirse brecha en el mundo de sus contemporáneos a fuerza de voluntad. Pero no pudo contar nunca más que con una minoría de camaradas afines. Y sin embargo, ¿cuánto no hizo para poner un dique al desborde del autoritaris-

mo? Tenemos la convicción que si viviese entre nosotros, en una época en que los partidarios de la anarquía se suman por centenares de millares, sabría hallar el medio de poner en acción esas enormes fuerzas adormecidas o pasivas y resistir con ellas la invasión de las tenebrosas potencias de la esclavización y de la opresión humanas. No hay ninguna idolatría en nosotros, pero en la trágica situación en que nos hallamos, invocamos a Bakunin como el más poderoso inspirador, como una solución a los problemas de la historia contemporánea. Bakunin tiene esto de característico: que no separó el pensamiento de la acción, que no hizo de sus ideas un mundo aparte, con vida propia al margen de la lucha por su realización y su difusión. Bakunin era un hombre de una pieza, no conocía la doblez, fué siempre franco y noble; como personalidad moral ha estado a mil codos sobre su adversario Marx, en torno a cuyas ideas hormiguea hoy un ejército de exégetas, de sacerdotes, de discípulos y de vulgares politicantes. Pero como su vida no ha sido una vida ejemplar, Marx podrá hablar a la mentalidad dogmática de sus secuaces, pero no habla al corazón del pueblo, no alienta las luchas revolucionarias que son inseparables de los sentimientos nobles y elevados. Bakunin, en cambio, se ha convertido en un símbolo popular; ya durante su vida era para muchos un héroe de epopeya. En torno a Bakunin se ha formado una vasta leyenda, pero la leyenda no es más sugestiva y atractiva que la realidad misma, tal como se ha conservado gracias a la tenacidad y a la paciente construcción de Max Nettlau.

¡Camaradas de todos los países! El nombre de Bakunin puede servirnos de lazo de unión y de inspiración en este momento en que el capitalismo hace más estragos que nunca, en que el estatismo es más soberano que jamás lo ha sido, en que se fraguan nuevas guerras mundiales, más desastrosas de lo que pueda representarse la imaginación más frondosa, en que la humanidad, por interés y por cobardía, se suma al carro triunfal de los fuertes y pisotea todo sentimiento de justicia, escarnece toda aspiración de libertad. Bakunin es la encarnación de la rebeldía del pueblo; hay que despertar a ese pueblo haciendo revivir a Bakunin, como si continuase en espíritu entre nosotros infundiendo aliento a los débiles, dirigiendo hacia el bien la fortaleza de los fuertes.

Sin renunciar a ningún otro medio, sin menospreciar ninguna otra posibilidad, nosotros quisiéramos que Bakunin continuase su labor entre nosotros por medio de sus obras. Felizmente, después de muchos esfuerzos, las obras de Bakunin en idioma español están en marcha, aunque por desgracia no con la premura que fuera de desear en vista de tantos peligros como se ciernen sobre la humanidad y en particular sobre nosotros en tanto que anarquistas y revolucionarios. La Editorial LA PROTESTA ha iniciado la publicación de diez volúmenes de escritos del creador genial del anarquismo moderno, ligado al destino de las masas populares. No es nuestra la culpa si no se avanza más rápidamente.

Aprovechando la oportunidad del cincuentenario de la muerte de Bakunin, queremos dar a conocer a los libertarios de habla española o conocedores de ese idioma una iniciativa que, por su magnitud y por su naturaleza, trasciende del interés de los camaradas de un solo país o de un grupo y que además no puede realizarse sin una cierta cooperación internacional. Se trata de la biografía monumental de Miguel Bakunin, llamada a convertirse en la obra clásica de la historiografía social.

Max Nettlau, no obstante disponer de una capacidad de trabajo increíble, ha dedicado casi cuarenta años a las investigaciones en torno a la vida y a la obra de Bakunin, con una minuciosidad histórica asombrosa, y consiguió levantar un monumento imperecedero al anarquismo con los resultados de su trabajo. Recién acaba de terminar la redacción de una nueva biografía, en donde recoge los resultados de la primera, publicada en alemán en forma heptográfica en sólo 50 ejemplares (Londres, 1896-1900, tres grandes volúmenes), con los inmensos materiales encontrados en los archivos de la familia Bakunin, que se creían perdidos y en los archivos de la policía secreta del zar. Puede decirse, pues, que el verdadero Bakunin ha sido hecho revivir tal como fué realmente. La admiración que provoca su nombre, no sólo no disminuye cuando se le conoce íntimamente, sino que aumenta y se cristaliza, por decirlo así, en las formas más fecundas para el desenvolvimiento del propio espíritu del que estudia esa vida agitada y batalladora en casi todos los países de Europa. Pero la nueva biografía de Bakunin es más que una biografía de Bakunin; es una instructiva contribución a la comprensión del socialismo en el siglo XIX y un auxilio importantísimo para juzgar los hechos pasados y las situaciones presentes. Muchos enigmas de la hora que corre se desvanecen como por encanto al estudiar la riqueza de materiales de este libro, que no tiene igual en la literatura socialista ni en la literatura académica y burguesa. Quisiéramos hacer comprender a todos los anarquistas las razones de nuestro entusiasmo al leer los originales de esta obra. Será para nuestro movimiento un baluarte moral inexpugnable y el respeto que impondrá a propios y extraños esa labor imposible de silenciar o de dar por no realizada, nos permitirá recoger abundantes cosechas de simpatía y de adhesión hacia nuestro movimiento en los que hoy nos menosprecian y desearían pasarnos por alto. Para dar una idea de la riqueza del esfuerzo de Max Nettlau habría que escribir todo un libro, y más si quisiéramos apuntar las ilusiones y las esperanzas que hace nacer en nosotros, tanto por la impresión y la influencia en nuestro espíritu como por la impresión y la influencia que tendrá en el mundo socialista de todos los matices y en general en el mundo intelectual. E insistimos particularmente en el valor de esa influencia fuera de nuestro propio ambiente, porque tanto como el cultivo y el cincelamiento de nuestra alma nos interesa la acción sobre nuestros contemporáneos, y es la acción sobre nuestros contemporáneos lo que menos se manifiesta desde hace 15 ó 20 años, no obstante ser un requisito de primer orden para el proselitismo y el desenvolvimiento de la mentalidad revolucionaria.

La nueva biografía está dividida en cuatro tomos bastante repletos, de unas 450 páginas cada uno. El primero abarca desde mayo de 1814, el nacimiento de Bakunin, hasta mayo de 1849, la insurrección de Dresde, la retirada de los combatientes y el arresto de Bakunin en Chemnitz. Es el período de la juventud en Rusia, Alemania, Suiza, Francia y Bélgica. El segundo tomo lo llenan los 12 años de prisión en Alemania, Austria, Petersburgo y de destierro en Siberia, su fuga, sus viajes por el occidente de Europa, su período de fervor nacionalista hasta su consagración a la revolución social y su elaboración de las ideas anarquistas en la forma que hoy las conocemos; termina el volumen con la intervención de Bakunin en el congreso de 1868 de la Liga de la paz y de la libertad, (Berna) y con la fundación de la Alianza de la democracia socialista. Los volúmenes tercero y cuarto están dedicados a la Internacional y a la Alianza hasta la muerte de Bakunin el 1 de julio de 1876.

Una vez impresos en formato octavo, impresión densa, tendríamos unas 1700 páginas, que requieren no una lectura fugitiva como una novela, sino un estudio sereno y reflexivo. Es una obra de historia social como no hay otra, una obra de cultura del espíritu y simultáneamente de elevada propaganda intelectual en favor de la anarquía y de la lucha por un mundo mejor. Un arsenal de argumentos y de ideas para los militantes, un medio de educación y de perfeccionamiento para todos. Un motivo de esperanza y de orgullo para los que aman y comprenden la anarquía.

No sabemos si todos sienten la inquietud que sentimos por el porvenir de nuestro movimiento y por el brillo de nuestras ideas; no sabemos si todos los camaradas comprenden la imperiosa necesidad de realizar esfuerzos serios y tenaces para influenciar la marcha de la historia en sentido diferente del actual. Por nuestra parte confesamos un infinito desasosiego y la necesidad consciente de obrar contra el mundo entero que pisotea toda libertad e independencia humanas y menosprecia los más nobles sentimientos y persigue las más justas aspiraciones. Y como la palabra ha perdido su fuerza como vehículo del pensamiento y reflejo de la acción, predicamos con el ejemplo y hemos puesto manos a la obra, muy pocos en número, pero con plena confianza de que la labor comenzada no se paralizará por falta de compresión y de ayuda. Aparte del idioma español, ningún idioma puede permitirse la publicación de una obra anarquista en 1700 páginas, tanto más cuanto que no existen ya los Francisco Ferrer que dedican su fortuna a la propaganda. Es, pues, el español el idioma en que debe ver la luz por primera vez la biografía de Miguel Bakunin.

Nosotros, que comprendemos la necesidad de la acción y que exhortamos a salir de la mortal pasividad presente, nos hemos dedicado a allanar las primeras dificultades para la edición de esa obra monumental con el mismo espíritu que revelaríamos en una conspiración contra el despotismo o en una vasta insurrección contra la mentalidad autoritaria.

III

Poned frente a frente el partido de la guerra y de la explotación del hombre por el hombre y el partido de la paz y de la libertad. En esa comparación advertiréis la magnitud de las desproporciones. La inteligencia, la fuerza, la riqueza, los hombres más activos, los más emprendedores, los más hábiles están en el partido de la guerra y de la explotación. Con el partido de la paz y de la libertad no hay más que una minoría proletaria generalmente irresoluta, pobre en posibilidades, pero más débil de voluntad. No hemos salido apenas de la gran catástrofe de 1914-18 y estamos ya entretenidos en las aventuras coloniales en espera de una nueva hecatombe, que, si se produjese, mañana volvería a mover millones y millones de hombres, continentes enteros, sin resistencia alguna. No nos hacemos ninguna ilusión, somos hoy más impotentes que en 1914 para poner trabas a los planes ambiciosos de los privilegiados y frente a una nueva guerra o a un acontecimiento semejante, nosotros, los anarquistas, con la minoría proletaria afín, no constituiríamos un obstáculo de gran significación; nuestra resistencia sería fácilmente arrollada y silenciada. No es porque nuestro número sea tan despreciable, sino porque la voluntad y el deseo de obrar son despreciables, porque no tenemos el diablo en el cuerpo más que para las discusiones bizantinas y los debates teóricos.

Sin embargo, lo último que se pierde es la esperanza y no debemos cesar de tocar a rebato las campanas de la alarma los que vislumbramos la gran tragedia de la impotencia de las fuerzas de la libertad en esta hora. Es preciso construir pacientemente lazos de conexión y de solidaridad entre todos los anarquistas del mundo, para provocar una acción sistemática que vaya minando poco a poco el viejo edificio social. Somos un número suficiente para hacer mucho más de lo que hacemos ahora.

Es inútil insistir sobre el valor de nuestra prensa y de nuestra literatura y sobre la enorme potencia moral y orientadora que pueden representar. Pero nuestra prensa actual, de todos los países y de todas las graduaciones, no está a la altura de las necesidades y deja mucho que desear por varios conceptos, por el débil espíritu de batalla que la informa, por la superficialidad y rutina de su propaganda y por su nivel intelectual. Pero sería vano querer dar una mayor valorización de nuestra prensa cuando nuestro movimiento dispone de tan pocas fuerzas intelectuales sinceras y de prestigio. Habría que comenzar por hacer accesible a un número más y más grande de camaradas un ensanchamiento de su cultura revolucionaria, que serviría de estímulo y de garantía constantes para el incesante enriquecimiento de la prensa, de las 150 publicaciones más o menos de que disponemos en los diversos países.

Considerando esa situación nos hemos propuesto por tarea inmediata la renovación y el enriquecimiento de nuestra literatura, y en los países de habla española se puede advertir ya que el esfuerzo no ha sido del todo inútil. Esa renovación de la literatura revolucionaria y de propaganda ha de dar sus frutos, elevando la mentalidad de nuestros camaradas y despertando en algunos de ellos la pasión de las investigaciones serias, de los estudios profundos. Hay que crear paralelamente a nuestro movimiento obrero un movimiento intelectual libertario capaz de imponer respeto a nuestras aspiraciones y de remover sin cesar nuestro caudal ideológico, actualizándolo para su mayor comprensión, infundiéndole la vitalidad del contacto continuo con las necesidades y condiciones variables de las grandes masas.

No menospreciamos ningún matiz de la propaganda y del esfuerzo anarquista, pero bien claro está que la propaganda impresa es algo ineludible y fundamental. Ahora bien, esa propaganda impresa debe ser mejorada, superada, enriquecida bajo todos los aspectos a fin de que llene la misión a que se le destina.

Pero como el mejoramiento de nuestra prensa presupone la condición de un cierto número de camaradas más o menos ricos en ideas, capacitados para la propaganda impresa, de una respetable cultura revolucionaria — el mejoramiento y el enriquecimiento de nuestra literatura tiene por condición previa la existencia de los materiales apropiados, en primer lugar los libros. Pero hoy el libro se ha vulgarizado hasta tal punto que no hay en el mundo quien no pueda permitirse el lujo de adquirir algún volumen. Ciertamente, con esa difusión del libro se produjo una diminución de su valor intrínseco y de su poder sugestivo como despertador de almas. En consecuencia, es indispensable una selección de nuestras lecturas. Puede ser muy interesante conocer el mecanismo de los planetas y la fauna del mar, pero la revolución gana con eso muy poco, o nada. La cultura que nos interesa adquirir a nosotros, anarquistas, es una cultura revolucionaria, porque es ella la que nos facilitará la comprensión de nuestros problemas y la que nos templará el alma para la resistencia al mal y a la mentira del privilegio.

En ese sentido la biografía monumental de Bakunin es una piedra angular para la fortificación del espíritu anarquista. Además, tiene el valor de merecer el estudio de un cierto número de gentes que, sin ser anarquistas, conservan una cierta independencia de espíritu y ejercen innegable influencia en un público mayor o menor, — estudiantes, profesores, sabios, intelectuales de diversas categorías. Un libro como la biografía de Bakunin equivale a todo un pequeño ejército de combatientes del viejo mundo de la autoridad.

Suponemos que hay en todos los países camaradas deseosos de poner en pie de guerra, multiplicada en millares de ejemplares, la biografía de Bakunin, esas vigorosas 1.700 páginas de que hemos hablado anteriormente. Por eso apelamos a ellos. La publicación de una obra de tales proporciones sobrepasa las fuerzas de los camaradas de un solo país y como su valor es de interés internacional, internacionalmente hay que llevarla a cabo, mostrando ya en esa cooperación un sentimiento internacionalista que va más allá de las palabras de moda.

La Editorial LA PROTESTA pondrá en breve manos a la obra para iniciar la publicación de esa biografía en la forma más asequible a todos los anarquistas. Pero si en lugar de contar sólo con las propias fuerzas, contase con la cooperación internacional de los anarquistas de habla española y conocedores del idioma, en lugar de emplear tres o cuatro años en llevar a buen fin la iniciativa, podría realizarla en unos meses para bien de todos. La publicación de esa obra voluminosa exige una suma de 30.000 pesos aproximadamente, o sea 10 mil dólares americanos. Si la Editorial LA PROTESTA debe reunir esa suma entre sus lectores, la publicación requerirá varios años de esfuerzo constante, perdiendo así la obra el valor que tendría hoy mismo en la calle en pocos meses para afianzar y ensanchar el radio de las simpatías hacia nuestras ideas, un requisito para hacer frente a la reacción internacional.

Los detalles de esa iniciativa serán elaborados posteriormente. Nosotros la ponemos en conocimiento de algunos de nuestros periódicos, para que se enteren todos los interesados y decidan por sí mismos si la publicación de la biografía monumental de Miguel Bakunin, cincuenta años después de su muerte, merece los honores de una cooperación internacional de todos aquellos que se proclaman con orgullo continuadores del pensamiento de aquel gigante cuyo cuerpo dejó de existir el 1 de julio de 1876 en Berna, pero cuyo espíritu es inmortal.

¡Que digan ahora su palabra los que consideran de su deber decir algo!

AÑO V — BUENOS AIRES, 5 DE JULIO DE 1926 — N.o 230

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SE… — …CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1… — Valores y giros a M. TORRENTE

No insultéis, no peguéis a los niños

…sabemos cuál de los últimos bió… e historiadores alemanes — crec… que Teodoro Wolff — al hablar ín… …mente de la disciplina prusiana y …l kaiser, decía que cuando éste sumi… …ba algunos puntapiés a los hazme… de sus generales, o a sus hijos o hi… …estos puntapiés iban repercutiendo …artel en cuartel, de escuela en escue… …hasta recorrer toda la escala social, …el ciudadano más encumbrado has… …proletario. Era ésta la palabra de …el motto de una nación suma y …losamente ordenada y disciplinada …amartillo.

…"El preludio", se discurre de episo… de otro género donde la camarilla …terrado de Doorn arriba a excesos …mente bestiales, propios de menta… …trogloditas, suponiendo que con …calumniamos a nuestros oscuros …ísimos antepasados a causa de …espesa ignorancia sobre esas épo… …primitivas. Las veladas orgiásticas — …das por Maximiliano Harden como …cierto de homo-sexuales —, de una …ría colosalmente germánica, así co… los chistes soeces y prostibularios y …lación de sus familiares más ínti… …stituían para el coronado histé…rico una de sus deliciosas distracciones. Así, este siniestro personaje entendía y quiso voluntariamente simbolizar el espíritu prusiano para darle un ejemplo al mundo de virilidad y marcialidad barata con sus infinitas paradas militares y navales. Teodoro Wolff, al apuntar todos los garrafales errores de la diplomacia alemana y descubriendo en *El preludio* las intimidades de la corte del ex kaiser, intentaba explicar la preparación y las causas del desastre de la guerra, por la Alemania de pre-guerra, insolentemente materialista e imperialista.

Y este espíritu, instaurado por el canciller de hierro, para quien todos los medios eran buenos si lograban los fines por él deseados, vive todavía en la tierra de Goethe y Heine, y con una lozanía vigorosa. Si se conversa con alemanes de otras regiones, fuera de Baviera y Prusia, se les oirá regañar entre dientes del funesto prusianismo, sin atreverse a protestar abiertamente.

El reciente plebiscito acerca de la disposición de los bienes de los ex mandatarios de las casas reinantes, demostró que la monarquía posee raíces aún bastante arraigadas en la mayoría de la población. Un sentimiento de codicia tan flagrante en su baja mezquindad, en quienes les ahogan todos los lujos superfluos, no bastó para convencer al pueblo entero alemán de la ruindad de esos reyes, príncipes y sus cohortes, que aman la patria meramente por la suntuosa paga: han encarnado el papel de aquellos orangutanes y simios purpurados de Juliano el apóstata, quien los convirtió en la contrafigura de sus ministros y al arrojarles puñados de nueces y avellanas, abandonaron sus sitiales y su dignidad ministerial, para ponerse en cuatro patas y mostrar el atributo de su cola. También aquellos personajes reales de soberbio empaque, han exhibido al mundo sus respectivos apéndices de orangutanes civilizados, o sea el símbolo de la vileza de sus almas avaras, miedosas e ineptas para afrontar el juego valiente de la vida, donde uno se echa a ganar y a perder. Desde antiguo sabíamos que las criaturas que reinaron, no fueron jamás un dechado de virtud franciscana ni de valor moral, notándose entre ellos no pocos parricidas, matricidas y otros asesinos surtidos.

No desmienten la cría estos príncipes, principitos, princesas y reyezuelos de las reales casas de Alemania, que si no se devoran entre ellos como antaño, ni se envenenan mutuamente o se trucidan, es porque los tiempos han cambiado, dulcificándose las costumbres, no los hechos en sí y en su ferocidad. Pero el espíritu de absorción tiránica, de crueldad ególatra heredada por el miedo ancestral, continúa siendo en ellos latente e idéntico.

Es un contraste un poco brusco y vivo, con la avaricia extremada de la realeza alemana, el caso de ese Jeremías Smith, quien al actuar en Hungría como fiscalizador financiero de la Liga de las Naciones y pagársele cien mil dólares, importe de sus dos años de servicios, devolvió el cheque, diciendo:

—Dadlo a los pobres. Vuestros pobres lo necesitan más que yo.

¿Es que la miseria y la pobreza no se halla tan cruentamente extendida en Alemania como en Austria y Hungría? Esos reyes y príncipes teutones piensan, como siempre han pensado más en sí que en los otros. Sin embargo, el abogado norteamericano parece que no es un hombre de fortuna, y tuvo hasta el buen gusto de rechazar una alta condecoración ofrecida por el gobierno húngaro, objetando:

—Si hacéis esto, jamás os lo perdonaré, porque vuestra amistad y vuestra gratitud son para mí más preciosas que cualquiera condecoración.

No es que nos conmueva demasiado la acción de este norteamericano; pero como contraste, logra poner en evidencia dos morales opuestas, la de la solidaridad y la de la absorción canibalista, que entra mucho en la moral militarizada del prusianismo, elevada a la quintaesencia de la virtud patriótica.

Y bien, para constituirse en doctrina y obtener esa disciplina cuartelera en toda Alemania, o sea su prusianización, el método más eficaz ha sido el señalado y metódico puntapié suministrado en la real familia, para que todas las instituciones y las demás familias lo imitaran ejemplarmente. Huídos o desparramados los personajes de la época imperial, el método sigue en vigencia, embruteciendo la carne infantil, pervirtiendo la psiquis y convirtiendo a una nación, compuesta de individualidades, en una masa de esclavizadas obediencias, que tanto podrán servir para el bien como para el mal, para construir las armas que usarán en la destrucción de ella misma, como la proficua herramienta, el arado que les proporcionará de comer.

La observación de Eça de Queiroz, que el ex kaiser era un peligro para la paz europea, al poseer bajo su imperio, indiferentemente, cuarenta millones de súbditos, de obreros, de soldados, y todos ellos de una maleable y dócil voluntad, ha sido comprobada en la guerra. No aconteció de otra manera en las demás potencias beligerantes, aunque no con la misma unanimidad. Que esa moralidad esclavizante no pudo ser extirpada hasta ahora, lo demuestran las discusiones para abolir los castigos corporales en las escuelas prusianas.

Para la supresión de estos procedimientos de barbarie inaudita que inculca la ley del talión, el diente por diente y etc. de la Biblia hebraica, en la infancia, convirtiéndola en víctima y victimaria, se citó casos recién acaecidos, afirmando que esa forma de disciplina sólo puede tener efectos desastrosos en la psicología de los educandos.

Entonces, al discutirse la cuestión tendiente a declarar ilegal y contraproducente la brutal metodología de los maestros, que continúan aplicando penas corporales a los alumnos, la Dieta prusiana resolvió no propiciar la sanción de ese proyecto de ley. En la comisión había miembros socialistas que eran partidarios de la reforma, especialmente referente a las escuelas de niñas, mientras que los monárquicos nacionalistas y centristas aun creen en la antigua disciplina prusiana, pretendiendo mantener en vigor esas medidas drásticas.

Hace ya muchos años que Eugenio Carriére, el pintor de espíritu moral más fuerte de la época, contestaba a una encuesta sobre la guerra, en el *Worwaerts*, el órgano de la social-democracia alemana, con estas simples y nazarénicas palabras: *Hay que inscribir en las puertas de todas las casas, no insultéis, no peguéis a los niños, porque cuando sean grandes devolverán los insultos y los golpes que recibieron de pequeños.*

Para llevar a la realidad este hermoso postulado, que infiere el origen de la carnicera violencia colectiva de las guerras, a las violencias individuales, no solamente en Alemania no se empezó una prédica y una propaganda bastante vasta, sino en casi ningún país de la tierra.

Y por cierto, en tanto no claudique, no sea destruída y disuelta para siempre la visión sangrienta y guerrerista que los pueblos y los gobiernos sostienen sobre el destino de la humanidad, no se podrá avanzar mucho en la regeneración de la niñez universal, para que no continúen procreándose en una mayor cantidad los Caínes que los Abeles en las luchas zoológicas de la existencia.

Aberraciones burguesas



La disciplina escolar, con sus innúmeras …turas y humillaciones, es la cartilla con que …stado fabrica los esclavos del futuro.

REGIMEN DE CUARTELAZO

El intento de una asonada militar en España y contra el régimen primista, aun abortado en germen, ofrece un signo sintomático.

Cuando en suramérica las republiquetas eran gobernadas tiránicamente durante años, por mariscales y generales, los cuartelazos urdidos por otros generales y mariscales enemigos del gobierno, constituían la única forma de desalojo de las posiciones oficiales. La dictadura militar, tan en boga ahora contra el parlamentarismo innocuo y tragón, según han descubierto recién los hombres de espada, la padeció mucho antes Méjico, Perú y varios países centroamericanos. La prolongada estadía de Porfirio Díaz en el poder, dió lugar a un largo período de continuas revoluciones, que hasta en estos tiempos no cesaron del todo. En el Perú, el general, y luego mariscal, Cáceres, produjo varios motines con su derrocamiento definitivo, seguidos de continuas revueltas, generadas por un sistema obtuso de violencia y coacción que los presidentes civiles, en vez de subsanarlos, los agravaron. Idéntico proceso se produjo en otras naciones adyacentes. No se crea que nos hallamos en vena de defender ninguna forma de gobierno, sino de realizar una simple constatación de hechos, contemporáneos y pasados.

La misma antigua Roma, en su decadencia, regida por sus generales victoriosos, pereció a manos de los pretorianos que quitaban y ponían emperadores.

No dudamos que la historia es una sucesión de las mismas experiencias, repetidas, mejoradas o aumentadas, pero iguales en su esencia.

El general Weyler, firmando un manifiesto revolucionario, es, en fin, si algo peregrino, un personaje histórico que se reedita a estas alturas. Primo de Rivera se hallará constantemente obligado a otorgarles todo género de comodidades, de emolumentos y de premios a la virtud a los militares y altos graduados que le son adictos, no tanto para que contrarresten en cualquier momento acciones revolucionarias casi siempre hipotéticas, sino por el pavor de verlos huir con el enemigo.

Será este el incesante juego de su gobierno, y algún día morirá políticamente o físicamente, por el mismo cuartelazo con el cual él se trepó a la dictadura.

Si en la América latina, que tantas taras heredó de la raza hispánica, sucedió siempre así, casi con precisión cronométrica, es imposible que Primo de Rivera ni España se escapen a esta regla.

Luego, como corolario a los excesos de una tiranía cretinizante, se subentrará la inevitable secuela de las revueltas, que de no liberar al pueblo español, le servirán como una magnífica gimnasia para usar de su libertad en el futuro.

—— *** ——

Estadísticas sin comentarios

Composición de la universidad

En el último semestre de invierno 1925/26, concurrieron a las universidades alemanas 49.000 estudiantes. De ellos sólo 499, es decir, el uno por ciento, eran hijos de obreros. De esos hijos de obreros 60 estudiaban en Berlín, 72 en Bonn, 30 en Breslau, 5 en Erlangen, 41 en Francfort, 25 en Giessen, 10 en Goettingen, 3 en Greifswald, 8 en Halle, 56 en Hamburgo, 4 en Munich, 8 en Marburgo, 47 en Maguncia y 4 en Wurzburgo. En Heidelberg y en Freiburg no hay ningún hijo de obrero.

En las Escuelas técnicas superiores, la desproporción es más desfavorable. De los 17.000 estudiantes del pasado semestre no hay más que 88 hijos de obreros, o sea ½ por ciento.

La procedencia de los estudiantes es también instructiva: de la población universitaria estudiantil de Alemania, 19.500 son hijos de funcionarios, o sea el 39.9 por ciento; un 7'8 por ciento procede de los grandes propietarios agrícolas. De comerciantes e industriales ricos, procede un 36'8 por ciento.

En las Escuelas técnicas superiores (Technische Hochschule), la proporción es parecida: 37 por ciento de los estudiantes son hijos de funcionarios, 6 por ciento de propietarios agrícolas, 43'3 por ciento de comerciantes e industriales.

Belleza de la minería prusiana

En el curso del año 1925, según publicaciones oficiales del ministerio de comercio prusiano, en las minas de Prusia hubo 113.169 accidentes del trabajo, de ellos 1564 mortales.

Accidentes del trabajo en Baviera

En 1925 hubo en el Estado de Baviera, según las noticias oficiales de la inspección industrial, 41.994 accidentes del trabajo, o sea, en comparación con el año anterior, un aumento de 49 por ciento. De esos accidentes no hubo más que 109 mortales. En estas cifras no se reflejan, claro está, los accidentes de tráfico.



D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

I

En su libro sobre la *Democracia en América*, el sociólogo Tocqueville expresó este pensamiento: "El arte hace progresos, el artesano retrograda". En menos palabras no podía reflejarse la tendencia general del desenvolvimiento capitalista: la técnica industrial y agrícola progresa, el obrero pierde más y más su humanidad, decae física, intelectual y moralmente. Aunque no muchas, se hacen oir ya en nuestros días voces de alarma contra ese imperioso desenvolvimiento del sistema económico, pero esas voces de alarma son impotentes para poner obstáculos a esa marcha asesina de la técnica, que hace ya más de un siglo que dejó de servir al hombre: el alivio de la pesada labor humana ha sido la finalidad perseguida por los primeros inventores de máquinas. Pero ese noble deseo ha sido totalmente olvidado y en su lugar tenemos la moderna técnica que no tiene otro objeto que multiplicar los beneficios del capital.

Podría escribirse una biblioteca entera sobre el retroceso físico, intelectual y moral de la humanidad simultáneamente con el progreso de la técnica económica capitalista. Los primeros propagandistas del anarquismo vieron claramente ese hecho y procuraron reaccionar con sus proposiciones tendientes a renovar radicalmente la actual organización social. Andando el tiempo la noción de esa triste realidad casi se ha borrado de la ideología revolucionaria de los trabajadores: parece que el enemigo no fuera más que el capitalista, que el patrón, y sin embargo, el capitalista, el patrón, no puede obrar de otro modo a cómo obra, y si el proletariado resolviera un día y realizara el pensamiento de la posesión de las fábricas, sin pensar en cimentar la producción y el reparto sobre nuevas bases y sin torcer el rumbo industrialista de la moderna técnica, la situación sería la misma. Hay que comprender este concepto básico: el hombre no debe ser un simple accesorio de una máquina, al contrario, es la máquina la que debe ser un simple accesorio de la actividad humana. El hombre no debe ser uncido a un sistema determinado de producción, es el sistema de producción el que debe ajustarse a las necesidades y aspiraciones del hombre.

Hoy hemos llegado al punto de no poder someter en modo alguno a la voluntad humana, el curso del desarrollo de la técnica capitalista; es la técnica la que manda, la que nos doblega; un descubrimiento en un dominio cualquiera produce inevitablemente otros descubrimientos en otros dominios, y, quiérase o no se quiera, hay que rendirse al principio básico de la economía capitalista: producir lo más posible con los menores gastos para ganar lo más que se pueda. El millonario más poderoso no podría eludir esa ley férrea y así damos de año en año saltos gigantescos hacia un destino desconocido, cada vez más impotentes, cada vez más esclavizados, cada vez más insignificantes con nuestros brazos o nuestro pensamiento. El capitalismo quiere, se diría, realizar el ideal de la fábrica sin hombres.

Todos los hombres de pensamiento libre han visto el mal y han previsto los funestos resultados que vemos hoy si queremos abrir los ojos en cualquier parte del mundo; pero todo ha sido hasta aquí predicar en el desierto; las máquinas han sofocado la voz de alarma e incluso aquellas luchas heroicas de los ludditas ingleses contra las máquinas que les robaban el pan, lo mismo que los modernos conatos de resistencia obrera a la introducción de los novísimos métodos norteamericanos de la subdivisión del trabajo hasta el último extremo concebible todo eso fué y es impotente. Gandhi, el famoso hindú, ha protestado contra el industrialismo y ha recordado a su pueblo la vida dichosa de los tiempos del telar a mano y los aparatos primitivos de producción. Es una revuelta inútil e incapaz contra el mal, lo mismo que la de los ludditas, destructores de máquinas. Pero es un síntoma de la inquietud que surge diversamente ante la marcha triunfal del industrialismo.

El economista J. B. Say proclamaba hace un siglo: "Un hombre que no hace durante toda su vida más que una misma operación, consigue seguramente ejecutarla mejor y más rápidamente que otro, pero al mismo tiempo se vuelve menos capaz de cualquier otra ocupación, sea física, sea moral; sus demás facultades se extinguen, y resulta de ello una degeneración en el hombre considerado individualmente. Es un triste testimonio que hay que dar cuando no se ha hecho nunca más que la décima octava parte de un alfiler; y no se imagine que es el obrero que lleva toda su vida una lima o un martillo el que degenera así de la dignidad de su naturaleza; es también el hombre que por su estado ejerce las facultades más delicadas de su espíritu. En resultado, se puede decir que la separación de los trabajos es un hábil empleo de las fuerzas del hombre; que acrecienta prodigiosamente los productos de la sociedad; pero que quita algo a la capacidad de cada hombre individualmente."...

Eso se decía hace más de un siglo. ¿Qué diría hoy J. B. Say, el gran economista? La especialización del trabajo ha llegado a extremos monstruosos y aun se intenta progresar indefinidamente por esa vía. Y tiene que hacerse por la fuerza misma de las cosas, pues de lo contrario la concurrencia industrial sería funesta para los capitalistas que se rehusaran a modernizar sus métodos productivos. En este callejón sin salida, únicamente los anarquistas se atreven a lanzar la consigna salvadora: *¡Fuera del capitalismo, fuera del estatismo!*

¿Pero qué significa la voz de los anarquistas contra la economía capitalista cuando son tantas las fuerzas sociales que les vuelven la espalda y no se burlan de esas utopías porque no se paran siquiera a escucharlas?

Esta situación es trágica. Vemos bien claramente cómo el sentido de la humanidad pierde terreno a medida que el capitalismo avanza en su marcha triunfal. Entrevemos una solución racional, justa, humana, y al medir nuestras fuerzas comprobamos que es muy poco lo que podemos. Las fuerzas de la reacción se han desencadenado; el poder político y la riqueza económica son los dos polos de una misma aspiración general en esta hora. Hablar de la revolución, sería gastar la palabra en vano. Los pueblos se encuentran más que nunca seducidos por los triunfadores del presente y no tienen oídos para el pensamiento revolucionario. Eso no quiere decir que nos desesperaremos, que cerraremos la boca para no clamar por la justicia y la libertad, que nos taparemos los ojos para no ver tanto dolor y tanta indiferencia, tanto cinismo en unos y tanta servidumbre voluntaria en otros. No, continuaremos en nuestro puesto y sostendremos contra viento y marea nuestro ideal de vida, desfallecidos, pero no domados.

No obstante, es algo duro resignarse a la idea de una duradera inactividad, o a dar vueltas a la noria mecánicamente, sin tratar de abrir alguna brecha en la muralla del privilegio. Un ideal vive y progresa sólo cuando se tiene fe en su realización próxima; y únicamente cuando se lucha y tantea por acelerar realmente esa realización de nuestros ensueños, hay efectivamente en el corazón de los hombres amor y fe en el ideal. Queremos decir que si no se lucha es porque no se ama ni se siente con bastante intensidad. Es inconcebible el pensamiento de un gran amor a la libertad junto a un sistemático pasivismo que nada hace y nada intenta por realizarla y vivirla.

Si hubiéramos de confesarnos a nosotros mismos, diríamos que el movimiento obrero revolucionario adolece fundamentalmente de falta de fe en sus destinos. Se ha hecho del ideal de la revolución una especie de paraíso futuro que nos llegará hecho por arte mágico. Y las grandes masas se desalientan y corren tras aquellos aventureros que más les prometen. Con eso no queremos decir que debemos competir con los simuladores y saltimbanquis de la política en la caza a las masas populares siempre ingenuas. Pero frente a las promesas y panaceas del político descarado, plantemos nosotros el ideal de la libertad como una solución práctica salvadora, como algo que debemos apresurarnos a realizar para labrar la dicha y la fraternidad entre los hombres, e impedir su desgarramiento asesino en la lucha por el pan, por el poder o la riqueza.

Es asunto de vida o muerte el reanimar las fuerzas de la libertad para la acción efectiva y activa. Nuestra propaganda en las ciudades necesita algún complemento; una gran mayoría de los obreros organizados continúan pasivos en su mentalidad; van a la organización como irían a depositar una papeleta de voto a la urna electoral; interiormente no se sienten animados por un ideal; a lo sumo les guía un interés inmediato. Y si sobre la mera base de esos intereses podremos crear organizaciones más o menos numerosas en miembros, la idea de la revolución no por eso ha hecho nuevos progresos. Y lo que a nosotros nos interesa en primer lugar es la idea de la revolución y no simplemente la formación de organismos obreros. Organismos ajenos a todo pensamiento revolucionario son más bien obstáculos que factores del advenimiento de un mundo de justicia y de libertad, y organismos obreros que se contenten con aprobar pasivamente en sus estatutos una finalidad revolucionaria y no tengan el diablo en el cuerpo, como diría Bakunin, tampoco pueden ser motivos de supremo optimismo.

Queremos creer que la crisis del idealismo revolucionario será temporal, que está ligada a un determinado período histórico, — el que trajo aparejada la gran guerra y el fracaso del subversivismo que le siguió, — pero, ¿y si ese período dura más de lo que podemos suponer? ¿Si tenemos ante nosotros cincuenta años o un siglo en el mismo cauce que hoy?

Inquietos por el porvenir, deseosos de ver un poco más de esfuerzo en todas partes, hemos dado riendas a la fantasía — ¿qué otra cosa nos es permitido hacer en tanto que individuos aislados y en este negro momento? — y hemos procurado hallar algún nuevo camino que no sólo no nos desvía de la ruta históricamente aceptada, sino que nos facilitará esa misma marcha, hoy tan diversamente trabada y llena de escombros. Podrá tener algo de utópico uno de los recursos de acción inmediata que queremos exponer; tal vez nosotros mismos, unos años más tarde y en otras condiciones, comprenderemos lo que en ello hay de absurdo y de deficiente. Pero ese pensamiento nos apasiona desde hace tiempo y no nos deja en paz. Tenemos una necesidad íntima de comunicarlo a otros y de someterlo al examen de aquellos a quienes nos dirigimos — a nuestros camaradas de lucha y de aspiraciones. No queremos revestir el plan o utopía que expondremos aquí de tecnicismos económicos y de cifras; podría siempre hacerse. Por lo demás no nos interesa dar por nuestra cuenta una guía práctica de acción para todos los momentos. Nos contentamos con la idea general. Si la idea general es aceptada, los detalles y justificaciones vendrán por añadidura.

Invitamos, pues, a tener un poco de paciencia y a leer este escrito. Si el lector juzga que hemos perdido el tiempo y que lo que proponemos es irrealizable o infecundo, no dirá que nos ha faltado la más sana y la más buena de las intenciones.

Al escribir estas líneas no hacemos más que dar libre salida a la descripción de un ensueño en el que nos complacemos divagar cuando las tristes realidades nos hacen sangrar el corazón. Por lo demás no hay, creemos, ningún mal en que cada uno de nosotros lleve su utopía en el alma.

Decir que el hombre es una mezcla de fuerza y debilidad, de luz y ceguera, de pequeñez y grandeza, no es hacer su proceso: es definirlo. — DIDEROT

—*—

Propagar el sentimiento del deber y el espíritu de sacrificio; pero no olvidarse que el ejemplo es la mejor propaganda, y que no se puede pretender de otros lo que no somos capaces de realizar nosotros mismos. — MALATESTA

MAX NETTLAU

ESCRITOS PRINCIPALES DE BAKUNIN

Traducciones de Fichte, *Ueber der Res- ...ung der Gelehrten* (1836), de He- ... *Discursos gimnasiales*, con introduc- ... de Bakunin (1838); artículo "*Sobre* ... *...fía*" (1840) en ruso, en periódicos ... Moscú y de Petersburgo.

Artículo *La reacción en Alemania*, en ...sche *Jahrbücher* (Leipzig, 1842); ... artículos alemanes y carta a Ruge en ... publicaciones y en *Deutsch- Franzo- ...hen Jahrbüchern* (París, 1844).

Cartas relativas a Rusia en *La Réfor-* ... de París (27 de enero de 1845) y en ... *Constitutionnel* (10 de marzo de 1846).

Trabajos que permanecieron inéditos ... de 1844 a 1847 sobre la filosofía de ...dwig *Feuerbach*, sobre *Polonia y Rusia*, ... se han perdido.

El discurso a los polacos del 29 de no- ...embre de 1847 (París, varias veces re- ...preso y traducido); el discurso a los ...cos en Bruselas, 14 de febrero de ..., no se ha conservado.

Carta a la *Réforme* (París, 13 de mar- ...de 1848).

...sos para el congreso eslavo de Pra- ... 1848, de los que sólo son conocidos ... "*Fundamentos de la nueva política* ..." en el texto principal.

Manifiesto a los eslavos, (Koethen, 1848, ... páginas en 8o.)

Escrito de defensa (1850, en las actas ... proceso sajón, todavía inédito.

La *Memoria autobiográfica* conocida co- ... *Ispoved* (*Confesión*) para el empera- ... Nicolás II, en ruso; impresa por pri- ...a vez en Moscú, 1923, en *Materialy*, ... V. Polonski.

...los amigos rusos, polacos y a todos ...amigos eslavos, en ruso (Londres, ...mento a *Kolokol*, 15 de febrero, 1862.

La causa del pueblo: Romanoff, Pu- *...cheff o Pestel?*, en ruso (Londres, ... 48 páginas en 12o.).

...omité central de Varsovia y el co- ...militar ruso. Respuesta al general ......larski, en francés (Londres, en ... periódico, 3 de enero de 1863, y en fo- ... 1863, 24 páginas en 16o.).

...urso de Bakunin en el banquete de ...o en francés en *La Cloche* (Bru... 16 de julio de 1863); *El zarismo y ... Rusia*, en sueco, en *Aftonbladet* ...kolmo, 12, 15 y 20 de mayo de ...

... manuscrito que reunía sus ideas ... a la masonería italiana (1865) ... perdido, con excepción de algunos ... *Principios y organización de ...dad internacional revolucionaria* ... meses de 1866), en francés, ...mán en *Werke*, III, 1924, pág.7-61. *...rama de la revolución democrática ... italiana*, en italiano, 3 págs., 8o; *...d de los legionarios de la revolu- ...ciana. Estatutos*, en italiano, 14 ... *La Situazione italiana*, octubre ..., 2 hojas en folio. Algunas publi- ... de la sociedad *Libertá e Giusti-* ... Nápoles, 1866-67, se basan en las ... de Bakunin, que en el periódico ...*tà e Giustizia* escribió sobre el pan- ... en el otoño de 1867.

...urso en el congreso de la paz en ..., septiembre de 1867, en texto ... en los *Annales* del congreso ..., 1868) en francés.

...osición motivada..., impresa co- *...deralismo, Socialismo, Antiteologis-* ... francés, últimos meses de 1867; ... (París, 1895.; en *Obras Com-* ..., Buenos Aires, tomo III.

... a *La Démocratie* (París), abril ..., en francés, Ginebra, 1868, 18 pá- ... en 8o.

... artículos en *Narodne Delo*, en ruso ...). N.o 1, 1 de septiembre de ... el programa de la revista, apareci- ... como *Programa de la demo ...cia socialista rusa* (Ginebra, 2 págs. ...) es resumido según un esbozo de ...

... discursos en el congreso de la ... la Paz y de la Libertad en Ber- ... septiembre de 1868, en francés; los ... primeros aparecieron en la edición ... de *Kolokol* (Ginebra), 1 de sep- ... de 1868; el cuarto se imprimió ... *discursos en... el congreso de Ber- ... pronunciadas por los seño-*res *Mroczkowski y Bakunin* (Ginebra, 1869, 23 págs., 8o.).

Programa y estatutos de la Alianza internacional de la democracia socialista, en francés, publicado en Ginebra en el otoño de 1868; en alemán en *Werke, II*, 1923, pág. 180-181.

Programe et Objet. Politique révolutionnaire. Organisation secrète. Organisation financière (un escrito clandestino de Ginebra, 1868-69, 4 págs en 4o.); antes y simultáneamente hay un gran número de esbozos de programa y de estatutos de la sociedad secreta de Bakunin, de los cuales la mayoría fué publicado, resumido o comentado en 1873, 1899, 1914, 1923 y 1924; v. *Werke*, III, 1924, pág. 63-66, 69-92 y cartas de Bakunin sobre ese asunto, pag. 93 hasta 121, 170-171, 176. Además la exposición de Bakunin, *La Alianza internacional de los socialistas revolucionarios*, en ruso, 1873, y el folleto que reproduce sin aprobación, pero desprovisto de sus bases de organización, el programa de Bakunin, *A los revolucionarios rusos, en ruso* (Ginebra, 1873, septiembre, 14 págs. 12o.). Véase las listas cifradas, impresas también en 1872 por parte adversaria.

La Situazione, núm. 2, en italiano (Ginebra, a fines del otoño de 1868, 4 páginas en 4o.).

Proyecto de una federación de las secciones latinas de Suiza, esbozo que fundamenta el texto enmendado del congreso constitutivo de Ginebra; *Estatutos para la Federación de las secciones latinas aprobados por el congreso latino...*, 2., 2 y 4 de enero de 1869, en francés — Ginebra, 1869, impreso en los carnets de miembros, en francés (Ginebra, 1869, 24 páginas en 8o.).

Artículo en el número de prueba de la *Egalité* (Ginebra), 19 de diciembre de 1868, y una serie de artículos en la *Egalité*, 1869, en francés; alemán en *Werke*, II, 1923, págs. 33-128.

Serie de artículos sobre la *historia de la burguesía y el origen del patriotismo* en francés, en *Le Progrés* (Locle), 1869; en alemán en *Werke*, II 1923, páginas 9-32.

Algunas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia, en ruso (Ginebra, mayo de 1869); en francés, Bruselas, 1869, 8 páginas en 8o.

Discursos en el congreso de Basilea de la Internacional, septiembre de 1869, conservados sólo en resumen en los folletos protocolares.

Carta a *Le Réveil* (París), octubre de 1869, manuscrito inédito, en *Oeuvres*, V 1911; en alemán en *Werke*, III, página 126-154.

A los oficiales del ejército ruso, en ruso (Ginebra, enero de 1870, 39 páginas en 8o.).

Alianza universal de la democracia socialista, sección rusa. — *A la juventud*, en ruso (Ginebra, 1870, 32 págs. 8.o).

La ciencia y la actual causa revolucionaria, en ruso (Ginebra, 1870, 32 páginas en 8.o).

Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo, en francés (Neuchatel, 1870, 45 páginas en 8.o).

Carta a la Marseillaise (París) sobre la muerte de Alejandro Herzen, a W. Liebknecht sobre el *movimiento revolucionario en Rusia*, Volksstaat, Leipzig, manuscrito; *Las intrigas del señor Utin*, en ruso (impreso en 1925, *Programa de un periódico ruso* en una carta a Lavrof, 15 de julio de 1870, y otros.

Cartas a un francés sobre la crisis actual, en francés, (Neuchatel, 1870, 43 páginas en 8.o).

El imperio knuto-germánico y la revolución social. Primera entrega, en francés (Ginebra, mayo de 1871, 119 páginas en 8.o).

Estos dos folletos son las dos partes impresas entonces, de un vasto manuscrito escrito desde agosto de 1870 a abril de 1871, del que se publicó primeramente *Dieu et l'Etat* (Dios y el Estado), en Ginebra, 1882, VIII, 99 págs., 8.o menor, luego las partes últimamente escritas, *Oeuvres*, II, 1907 págs. 135-268; IV, 1910, páginas 5-72, 83-222; II, págs. 287-455; III, págs. 183-405, 9-177; en alemán en parte en *Werke*, I, 1921; un número de variantes quedan inéditas; en español, en *Obras completas*, tomos I, II, III y IV.

Preámbulo para la segunda entrega del imperio knuto-germánico, parcialmente sobre la Comuna de París, junio de 1871; publicado por primera vez en 1878; en *Oeuvres*, IV; *Werke*, II; *Obras completas*, Buenos Aires, II, páginas 183-204.

Advertencia para el imperio knuto-germánico, junio-julio de 1871, en *Oeuvres*, IV; *Werke*, II, *Obras completas*, II.

El principio del Estado, en francés, manuscrito sin fecha de aquel tiempo; en *La Société Nouvelle* (Bruselas), noviembre de 1896, págs. 577-595; *Obras completas*, IV.

Historia de mi vida, en francés, sólo llega hasta 1828, sin fecha, en la misma publicación, septiembre de 1896, págs. 310-313, 317-324.

Tres conferencias a los obreros del valle de Saint Imier, mayo de 1871; primeramente en la mencionada revista, marzo, abril, 1895; en *Oeuvres*, V, 1911; *Werke*, II, págs. 236 a 266; en *Obras completas*, II, 1925, págs. 243-287.

Protesta de la Alliance, carta a la sección de la Alliance de Ginebra e *Informe sobre la Alliance*, en *Oeuvres*, VI, 1913; *Werke*, págs. 129-225, con un apéndice de cartas, págs. 226-233.

Respuesta de un internacionalista a Mazzini, en *La Liberté* (Bruselas) 18 y 19 de agosto de 1871; en folleto italiano (Milán, agosto de 1871).

La teología política de Mazzini y la Asociación Internacional de los Trabajadores (Neuchatel, diciembre de 1871, 111 págs. 8.o). — Además de esos dos folletos hay una carta al periódico de Milán, traducida en *Oeuvres*, VI, págs. 289 a 302 y una serie de variantes inéditas y de esbozos para la continuación, alcanzando hasta enero de 1872.

Agli Operai delegati al Congresso di Roma, firmado Un gruppo d'Internazionali (Nápoles, 1871, 15 págs., 8.o), una parte de un manuscrito enviado a Italia, octubre de 1871, que fué publicado en italiano en 1885 y se volvió a traducir en francés de ese texto para *Oeuvres*, VI, 1913, págs. 313-422.

Carta a Celso Cerretti sobre la muerte de Mazzini, marzo de 1872, en *La Société Nouvelle*, febrero de 1896, págs 175-199. — Cartas enviadas a Italia sobre cosas de la Internacional, también en *Werke*, III, págs. 170-216; manuscritos inéditos destinados a la *Gazzettina Rossa* (Milán) y el *Proletario* (Turín), etc.

Carta a los compañeros de la Federación de las secciones internacionales en el Jura, manuscrito inédito, febrero de 1872; esbozos de cartas a Morago, Madrid, y a los Aliados en España, mayo-junio de 1872, en *Werke*, III, esbozos inéditos, primavera de 1872; carta sobre la circular del consejo general de Londres en el *Bulletin* de la Federación del Jura, 13 de junio de 1872, en *Werke*, III, págs. 217-220.

Programa de la sección eslava en Zurich, en ruso; impreso en *Estatismo y anarquía*, suplemento, págs. 22-24.

Un programa socialista polaco (Zurich, 1 pág. en 4o.; en francés en el *Bulletin* del Jura, 27 de julio de 1872; las últimas discusiones con los polacos en *Pisma*... 1896, págs. 332-340.

A la redacción de *La Liberté* (Bruselas) sobre el congreso de La Haya, manuscrito, octubre de 1872; publicado primero en *La Societé Nouvelle*, julio a agosto de 1894; *Werke*, III, pág. 221-250.

Manuscrito de una continuación del Imperio knuto-germánico, noviembre a diciembre de 1872, en *Oeuvres*, IV, 1910, págs. 397-510.

Gosudarstvennost i Anarchija (Estatismo y anarquía), introducción, primera parte (1873 en Zurich y Ginebra, 308 páginas en 8o, con 24 págs. de apéndice, de ellas las páginas 1-22 sobre los medios y fines del movimiento ruso de entonces); traducción española, no publicada todavía, *Obras completas*, Buenos Aires, tomo V.

Para *La evolución histórica de la Internacional*, en ruso (Zurich, 1873, II, 375 págs. en 8o.) escribió Bakunin el capítulo sobre *el socialismo en Bélgica* y sobre la *Alianza* y participó en la elección y revisión de los textos y en las traducciones, lo mismo que en la producción de *La anarquía según Proudhon*, en ruso (Londres, 1874), cuyo autor fué James Guillaume; la parte de Bakunin no puede determinarse.

Kuda idte... (¿Adónde ir y qué hacer?), fragmento ruso del verano de 1873, publicado por primera vez en 1923.

Cartas al *Journal de Génève*, 25 de septiembre de 1873 y al *Bulletin* de la Federación del Jura, 12 de octubre de 1873; en alemán en *Werke*, III, págs. 261-267.

Bakunin tomó una activa participación en la redacción de importantes resoluciones de congresos, especialmente de los congresos de Saint Imier, septiembre de 1872, y de Bolonia, marzo de 1873 (*Werke*, III, págs. 251 a 260), luego también en los manifiestos preparatorios del movimiento italiano de 1874, redactados en su última forma por Costa y editados por el Comitato Italiano per la Rivoluzione Sociale, enero y marzo de 1874; tal vez su participación en el tercer manifiesto, agosto de 1874, es mayor aún.

Una *Memoire justificatif* escrita a fines de julio de 1874 en Splügen, ha sido citada en siete pasajes de mi Biografía (1898-1900), en su contenido esencial; algunos pasajes en *Werke*, III, págs. 267-270. De los últimos años de su vida no se conocen más que algunos pequeños manuscritos resumidos en el capítulo 70 de mi Biografía.

Esta lista no aspira de ningún modo a ser completa; por otra parte, algunas contribuciones periodísticas de Bakunin y otras me han sido inaccesibles hasta ahora o pueden serme desconocidas.

Bakunin fué desde la juventud un esmerado cultivador del sistema epistolar y empleó más tarde sus cartas en grado no ordinario para la expansión y profundización de su esfera de acción. Los grupos de cartas más importantes son la correspondencia de la juventud con las hermanas y su círculo, con Stankevitsch y Belinski, luego con Herzen, con Herwegh, desde la fortaleza de Koenigstein con Reichel y su hermana, con diversos en Rusia desde Siberia y desde Londres, con algunos polacos; luego se presentan grandes lagunas, habiéndose perdido casi completamente la correspondencia sueca, italiana, y después la española y la francesa, también la del Jura suizo; quedamos reducidos a pequeños grupos de cartas casualmente conservados, que contienen bastantes cosas interesantes, pero que sin embargo, con ayuda de las noticias diarias para 1871, 1872 y algunos meses de 1874, puede reconocerse la magnitud de lo perdido.

At—

EXPOSICION DE ALBERTO LAGOS (Salón Nacional)

Alberto Lagos es uno de los escultores argentinos que ha sido colocado en el numerario de los maestros — de los jóvenes maestros — quienes poseen tras sí una obra voluminosa, realizada con los recursos ofrecidos por una larga experiencia. Es un alguien, con una respetable reputación, quien se halla en la línea divisoria que demarca un cenit imaginario. ¿Podrá prolongarse indefinidamente esta hora cenital, milagro no común, o constituirá un límite, un foso insalvable, cuya consecuencia ha de ser la inevitable decadencia que importa la repetición? Es lo que no se puede rebuscar ni deseamos predecir. Nuestra actitud es solamente de constatación. En suma, es un *artista* que ha *llegado* en cierto modo, exhibiendo una labor de expresiones para él definitivas, y por ello asume inusitadas responsabilidades ante la opinión pública y la crítica. Esta le ha juzgado muy favorablemente en tono doctoral y sabihondo, con elogios a veces no colocados en su justo lugar: le han loado lo que no tenía, en cambio se descuidaron con lo que le es propio e intrínseco, por decirlo así.

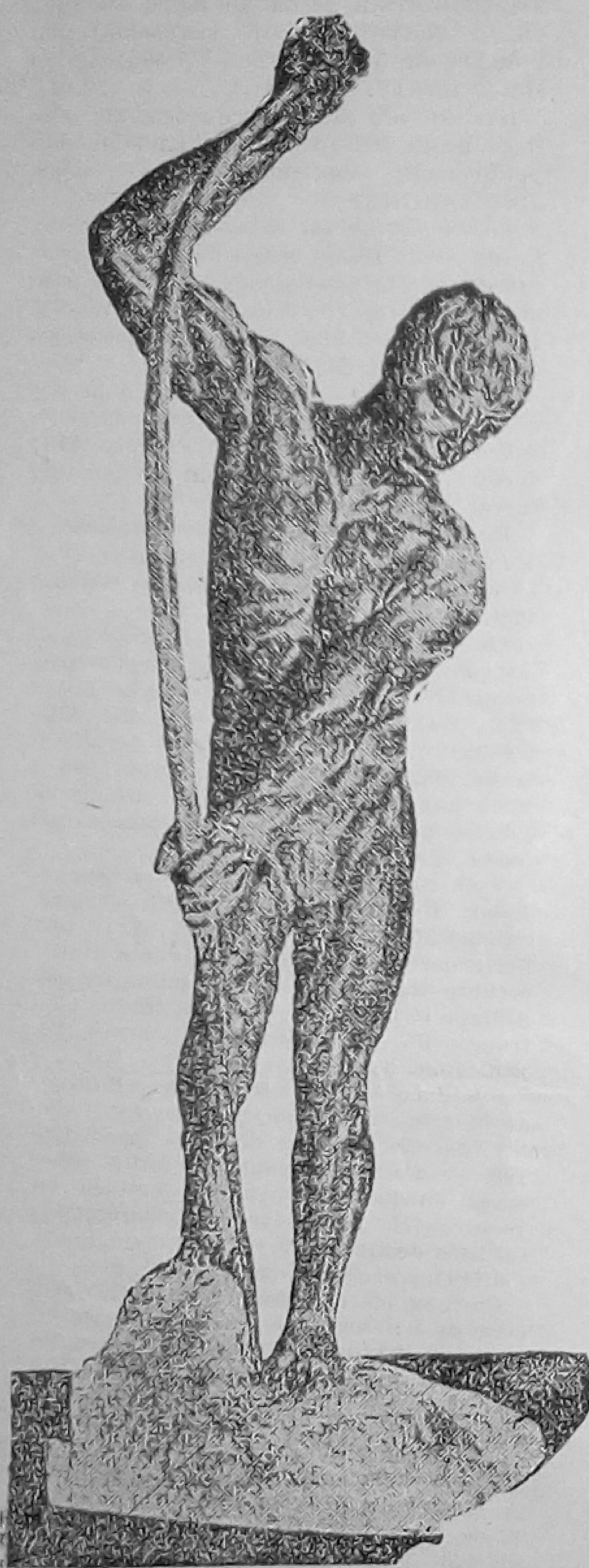
Por la sola circumstancia que exponga una treintena y pico de obras, en las cuales empleó varias materias para diversas manifestaciones, obliga a que se detenga ante ellas para otorgarles un tratamiento serio y severo. Toda despreocupacion ligera hacia una labor de semejantes proporciones, sería indisculpable en nosotros.

Pero respetando el ingente esfuerzo, la magnitud de voluntad requerida para acumular durante años una serie de trabajos pacientemente labrados, que casi siempre son necesariamente insumidos por estas muestras personales, no es posible que este sentimiento respetuoso nos cohiba al enunciar nuestro parecer sin ambajes, y a veces con crudeza. Una verdad amarga puede ser un tónico a quien sepa embeberse de ella, y el que no posea este estoicismo, peor para él.

Las horas transcurridas en las cuatro salas, donde se contiene la totalidad de las obras del escultor Lagos, nos causaron la desoladora sensación de cosas cien veces vistas y vueltas a ver. Es de una brillantez cegadora, que no acusa con firmeza los rasgos de fisonomía alguna. Un eclecticismo que bordea peligrosamente en la impersonalidad. No sabemos, por estas piezas escultóricas patinadas como joyas preciosas, qué piensa qué siente el autor, ni lo que realmente se propone. Se halla entre la escultura de salón y el aborrecible frívolo juguete de chimenea. Su presunta delicadeza es completamente exterior. Parece que modelara en vista a las pátinas con que se acicalaran sus modelos. No se puede decir que se halla desorientado, porque no está inducido por una tendencia definida, ni siquiera se distingue por una técnica personal. La exquisitez de su modelado frisa en lo inane, en el alambicamiento artificioso. A veces nos preguntamos si Lagos pretende ser un plástico en la escultura, o un joyero. Es una vecindad en que ambas artes pierden. Tampoco es un artífice, en la acepción lata del término, o sea, un preciosista que atusa, pule y lima su forma hasta lograr ática impecabilidad, ya que su preciosismo se re-



ODILON REDON — "Flores"



ALBERTO LAGOS — *"El arqueo de San Sebastián"* (Figura que mide dos metros y un pico de cigüeña)

suelve en lo epidérmico, de tez para fuera.

Artífice puede serlo Adolfo Wild, quien trabaja el mármol como un orfebre, buscando la más íntima esencia del espíritu del modelo, y en ocasiones sutiliza tanto que esculpe y burila orejas, narices y manos translúcidas. Este inquietante escultor italiano reune los defectos y las calidades del artista, del creador que se deja fascinar por la sirena del preciosismo. Lagos se halla también distante de este aspecto; siendo éste desviado en caprichosidad externa por los que en su afán de decir mucho dicen menos, nos es respetabilísimo.

Nos parece, pues, un signo alarmante de frivolidad mental, esta extremosa obsesión para que las superficies de los sujetos modelados se revistan de múltiples reflejos joyantes y deslumbradores, a expensas de la intensidad de una expresión cualquiera. Dijérase que a través de sus esculturadas cabezas y máscaras, nada existe, nada las anima; ni piensan ni sienten, porque probablemente el autor no creyó necesario esforzarse en pensar y sentir; si hubo un hálito de vida en ellas, fué sepultado por la inercia del juego de la factura, mero deleite táctil que se dirige a nuestros órganos más rudimentarios y externos.

No nos interesan ni atraen, intensa y profundamente, por los sólitos estados vitales que solemos hallar en la escultura de todos los tiempos: ni por su eminente plasticidad; ni por la pasión interior, ni por la salud plena y florida, ni por la angustia, ni por una punzante serenidad. Sólo podrían agradarnos como un vistoso objeto de lujo, adorno inanimado para cualquier rincón. Es que pertenecen ellas a la infinita variedad del género del bibelot, más por el espíritu con que fueron concebidas que por la formalidad empleada. Se les imprimió el aspecto pintoresco, ya sea de la hermosura femenina, del carácter, de la gesticulación, de la sensación de pesar (Dolorosa "Veuve de son esprit") y finalmente de esas pátinas, verdaderos juegos de artificios que debían ser lo correlativo de toda esa exterioridad pintoresca.

Una escultura tratada con tanto *dandismo* era la más apta para gustar a la mediocridad circundante de público, artistas y críticos, hasta hacerle emitir suspiros edulcorados, en consonancia con ese arte de *boudoir* y de tocador. La prueba se halla en que en el formidable coro de alabanzas escritas no hubo una sola nota discordante, excepto la nuestra, siempre la nuestra.

Al escultor argentino Alberto Lagos nada le falta de sus recursos mecánicos y manuales, que al parecer le bastan y le sobran.

* * *

Es probable que con estas forzosas generalizaciones hayamos pretendido apresar la fisonomía del conjunto de estas esculturas, las cuales, si se pueden referir a las piezas y bustos, que un cronista tuvo la feliz ocurrencia de calificarlas de música de *cámera*, elogio no muy halagador para un escultor, también han de aplicarse a la obra monumental o de composición. Ninguna se libra de ese dandismo, que es una de las aristas más salientes de su personalidad. El contrasentido se halla en que la técnica del resobado *Perseo*, es la misma ejercida en la cabeza *Dolorosa*, que alguien la tildó de *más nerviosa y cálida*. Resulta más mezquino cuando pretende hacer grande de tamaño que al gastarse hasta la usura en cabezas como *Sensitiva*, por ejemplo. Por una razón sencillísima: que si idénticas fallas y defectuosidad existen en una obra de pequeña dimensión, al agrandársela, esas fallas y defectuosidades se harán más evidentes y garrafales.

"El arquero de San Sebastián" es por eso nada más que un monstruoso bibelot. Y nos remitimos al grabado que aquí se publica. El crítico de "La Nación", ha dicho: redúzcase al arquero, y *el estilo de su amplia y recia arquitectura subsistirá a pesar de todo.*

Allí está, parece un centro de mesa, hallazgo bonito en cualquier bazar. Creemos que para quienes no encuentren esa "amplia y recia arquitectura", los comentarios sobran. Y para los que la encuentren, también.

Odilon Redon y Mauclair

No sabemos si son muchos los artistas de aquí que aun comulguen con Mauclair como crítico de arte, una de las cuerdas que le dió por tañer, sin que pudiera empinarse más allá de una mediocridad brillante que anda y reanda por sendas trilladas. Pero la mayoría del público, cuando Mauclair emitió sus juicios sobre el doctor Pedro Fígari, Quinquela Martín y algunos otros, no pudo menos que darle fe y creer en la validez de los argumentos aducidos, puesto que coincidían en esclarecer ciertos barruntos que ella abrigaba acerca de esos dos artistas. Es decir, el escritor francés, quien en otras actividades ha podido descollar, vertía las mismas opiniones, mejor escritas y organizadas, que la prensa y la crítica local desparramó con profusión alarmante por las cuatro esquinas de sus diarios y revistas.

Es que no se conoce cuál tratamiento se le otorgó en Francia a Mauclair, por parte del elemento avanzado intelectual, en arte y literatura, desde Octavio Mirbeau hasta los más recientes escritores. "La Nación", tan móvil en la rebusca de sus colaboradores, casi siempre con los deshechos de ambientes superiores en cultura al nuestro.

Aquí también padecemos el martirio del los Mauclair de tercero o cuarto orden, verdaderos colmos de inepcia e inactualidad. Se hallan hincados en los grandes diarios, escribiendo siempre en cuclillas en una labor de inocuidad única, cuando no perniciosa y perjudicial.

En ocasión que se celebrara una muestra retrospectiva del artista Odilón Redon, uno de los principales fundadores del Salón de Independientes de París, en la revista francesa *L'Amour de l'Art*, George Valdemar escribía en un comentario incidental lo siguiente:

"¿Asumiré la defensa de Redon? Su retrospectiva que la *Unión Central de las Artes Decorativas* había organizado en el Pabellón de Marsan, nos ha permitido medir el alcance de su obra. Los hombres de mi generación, educados en el culto exclusivo del arte puro, desconfiaron siempre de las fantasmagorías con miras simbolistas de Redon. Pero los mismos que niegan al artista el derecho de expresar otra cosa que sensaciones específicamente plásticas, deben reconocer en Redon un maestro de los colores.

No se resiste al encanto de sus joyantes ramos de flores, de sus cielos incendiados, de sus racimos de nubes, de sus aguas translúcidas, semejantes a fuegos de artificio. Y además Redon tiene en su favor el hecho de ser atacado por Mauclair.

Este ignorante, en su odio le asocia a Cézanne, a Gauguin, a Van Gogh y a los mejores de nuestros artistas contemporáneos. ¿Qué debe hacerse para reducir al silencio a ese Mauclair? ¿Es entonces insensible a los ataques del ridículo que mata?"

Si a Mauclair, en Francia se desea reducirlo al silencio para que no hable de lo que no siente ni entiende, ¿qué podríamos arbitrar nosotros, el raleado grupo de escritores y artistas independientes en eterna discrepancia con la venalidad y la enconada ignorancia de un determinado sector de nuestro medio artístico, contra aquellos, quienes oficiando de críticos y mentores, ni siquiera llegan a la altura mental del difundido escritor francés? No, no, están todavía muy lejos. Así como media un gran trecho entre Pío Collivadino, el ignaro e inepto académico de la Argentina, y Bouguereau, el fenecido académico de Francia, fustigado por varias generaciones de artistas también media un gran trecho entre Mauclair, crítico, y León Pagano — ponemos por ejemplo — y otros críticos de arte.

De Odilón Redon, desconocido casi en absoluto aquí, hemos de dar cumplida noticia de su obra y su labor por las veredas terrenales, en alguno de los números próximos de esta publicación.

ARBOLES

Pino — tronco sangriento,
hojas eternas en la sien del mundo —
algo suspiras si te toca el viento...
—¡Yo fuí la cruz de Cristo moribundo!

Laurel, verde laurel,
verde como los ojos de Minerva,
algo tu sombra augusta me reserva...
—Una corona mustia y una copa de hiel.

Sauce desolador
— hojas de plata y actitud de llanto —,
tú no tienes derecho a tu quebranto
—No, pero estoy llorando por tu amor.

Encina forastera
— honda raiz, ramaje oscuro y fuerte —,
algo tu gesto taciturno espera...
—Hacer tu caja y proteger tu muerte.

¡Arboles! ¡Voz de nidos,
lira de vientos, paz de mieles hondas!
Estáis vertiendo llanto en nuestros ruidos
y están frescas de sangre vuestras frondas.

De la sangre del mundo que agoniza
y del llanto de Job el ermitaño...
¡Pino, Cedro o Laurel, Sauce o Castaño
— diversos en el tránsito del año —,
Sois iguales, al fin, en la ceniza!

JAIME TORRES BODET

VIDA CIENTÍFICA

¿QUE ES LA CIENCIA?

...*nouvelle journée* acaba de consagrar ...men entero, su quinto cuaderno, ...cuestión capital que todos los pen... se plantean cada vez que hay una ...orientación de espíritus. No po... ofrecer aquí más que un breve re... deseando que el lector pueda com... consultando este bello estudio.

...primera respuesta es la de Pedro ... y nos es explicada por su colabo... Manville de la Facultad de Cien... de Burdeos.

...era un notable teórico de la fí...temática y es en sus obras sobre ...gética, la Termodinámica, la evo... de la Mecánica donde se encontra... desarrollada su concepción de la cien...

...místico, rehusa a la ciencia ...alcance explicativo de los fenómenos. ...puede alcanzar la realidad de las ...pues la observación y la experien... ponen en relación más que con ... sensibles tomadas ellas mis... una forma concreta y particular. ...de la ciencia es de colocar estas ... sensibles bajo formas abs... y generales cuantitativas suscep... dar asidero al razonamiento ma... y de traducirse por leyes expe...

...ando estas leyes bajo una forma ... las relaciones establecidas entre ... y los resultados de la experien... a ser el reflejo más exacto de ...existen entre los datos de la reali... sabio construye entonces la teoría ...última, únicamente represen... sólo tiene una ventaja, la de dar ... clasificación natural de los he... de sus leyes. Como en esta clasi... hay siempre un orden que no en... su justificación en sus caracte... o estéticos, este orden debe ... corresponder a un orden ... en la naturaleza.

...método, el sabio llega a cierto ... del mundo exterior, que es ... al conocimiento puramente ... "*La creencia en un orden tras... de la física llega a convertirse,* ... en la única *razón de ser de la* ...ciencia."

...manera, la ciencia nos conduce ...metafísica cuya teoría, o teorías ... serán más que reflejos de más ... No disimulemos que pocos ... han seguido a Duhem en este te... Desde los recientes des... de los iones, de los electro... la radioactividad, de los grandes ... de la relatividad, una gran ... concepciones teóricas sobre ... la mecánica, la termodiná... sido trastornadas... ¿Qué que... ellas?

...ahora a la respuesta de Hen... condensada con tanta clari... Andrés George. Es en sus obras ... Hipótesis, *Valor de la ciencia*, ... Método, *Sus últimos pensamien...* ... en la colección filosófica ... que Poincaré ha expuesto lo ... de la ciencia. Contrariamen... afirma que su rol no es con... metafísica cualquiera. El de... es de hacer ciencia por la ... y de consagrarse apasionadamen... de la verdad por ella misma. ...cartes, comienza por dudar de ... principios científicos mejor es... para probar su solidez y sólo ... que resiste al análisis más ri... al control experimental.

... de Henri Poincaré es, pues, ... contra el dogmatismo de ... físicas y matemáticas de su ...

... también es la ciencia, antes que ... clasificación de los fenómenos, ... cómoda de acercar los hechos que las apariencias separaban, bien que estuviesen ligados por algún parentesco natural y escondido. La función de las teorías no es de revelarnos el fondo de las cosas que no conoceremos nunca. Su fin único es de coordinar las leyes físicas que la experiencia nos hace conocer, pero que sin el socorro de los matemáticos no podríamos enunciar.

Solo hay de verdadero las relaciones entre las cosas. Estas relaciones, una vez determinadas cuantitativamente con exactitud, quedan definitivamente adquiridas. Son piedras inuestructibles que servirán siempre, en la construcción de las teorías efímeras. El conjunto de las leyes físicas experimentales nos prueba que debe existir una armonía en la Naturaleza. Desgraciadamente, en su agnosticismo admite que esta armonía que la ciencia descubre no exista completamente fuera de nuestra inteligencia. Por eso no teme escribir: *"Todo lo que no es pensamiento es la nada pura, puesto que nosotros no podemos pensar más que el pensamiento... Y sin embargo, extraña contradicción para los que creen en el Tiempo, la historia geológica nos muestra que la vida sólo es un corto episodio entre dos eternidades de muerte y que en este episodio mismo el pensamiento consciente no ha durado y no durará más que un momento. El pensamiento sólo es un relámpago en medio de una larga noche. Pero este relámpago es todo".* Valor de la ciencia. (Conclusión).

El punto de vista de Meyerson, uno de nuestros filósofos actuales más penetrantes, es muy diferente. Ha sido resumido por Andrés Metz, al que debemos un libro notable sobre las nuevas teorías científicas y sus adversarios.

Meyerson ha expuesto largamente su filosofía de las ciencias en obras considerables como *Identidad y Realidad*, *De la explicación en las ciencias*, y *La Deducción relativista*, editadas por Payot.

La ciencia, según él, describe los fenomenos, luego establece sus relaciones constantes que expresa por leyes científicas. En fin, va aún más lejos. Busca una explicación de la Naturaleza!

Por eso explica los fenómenos descubriendo sus verdaderas causas; es decir, estableciendo que el efecto se deduce lógicamente de la causa y eso matemáticamente, según datos cuantitativos. Ahora bien, según la profunda advertencia de Meyerson, deducir un efecto de una causa, es, en el fondo, encontrar en esta causa el efecto mismo bajo una forma diferente. Como por ejemplo encontramos en el origen del movimiento la energía potencial que ha sido capaz de producirlo. *¡La ciencia buscando de explicarlo todo, busca de identificarlo todo!* Pero en esta tentativa encuentra nociones irracionales, obstáculos insalvables que le impiden de reducir a la unidad el conjunto de la Naturaleza. La mayor parte le será siempre incomprensible e inaccesible.

Este estudio termina con la célebre respuesta que Eduardo Le Roy había formulado en 1899.

Tuvo en otro tiempo gran resonancia entre los sabios y ha suministrado muchos argumentos especiales a los partidarios de la bancarrota de la ciencia. En efecto, niega a la ciencia todo valor objetivo. Según el eminente crítico, la ciencia está hecha sólo de convenciones. Los hechos científicos y las leyes experimentales son la obra artificial del sabio: *La función de la ciencia es organizar la Naturaleza y crear en ella, por una división ordenada a las exigencias del discurso, una verdad racional integralmente mensurable, que sus leyes de origen y de génesis condenan ineluctablemente a la contingencia y a la relatividad.*

Esta respuesta, contra la cual todos los sabios han siempre protestado, ha sido enérgicamente refutada por Henri Poincaré. En el *Valor de la ciencia*, le ha consagrado un capítulo íntegro. "No, exclama, el sabio no crea el hecho, todo lo que crea en el hecho es el lenguaje con el cual lo enuncia. No, las leyes científicas no son creaciones artificiales, puesto que ellas nos son impuestas experimentalmente por la Naturaleza, y nosotros no tenemos ninguna razón para mirarlas como contingentes."

PAUL BECQUEREL

DEL INGENIO

Recuérdate que los matices chispeantes de lo original del ingenio están compuestos por una gran parte de tus vicios y defectos, voluntariamente domeñados, deformados y retorcidos, teniendo por finalidad la consecución de un interés inmediato y utilitario.

Ninguna revolución hasta ahora se elevó por encima del nivel intelectual de aquellos que prepararon su advenimiento; y se obtuvo ya algo cuando una falsa noción fué suplantada por otra más cerca de la realidad.

Pero arribará el día, por último y para siempre, que se cruzará la línea divisoria entre la no sensatez y el buen sentido. Y en ese día pasaremos desde la dominación de una clase sobre otra, originalmente derivada del fetichismo de los tiempos de universal ignorancia, a la fraternidad humana en acuerdo con las leyes de la naturaleza, auxiliada por el profundo y creciente conocimiento de ellas; desde la forma política del Estado autoritario, a la administración industrial; desde la lucha de competencia individualista, a una solidaria cooperación; desde la guerra y el despotismo, a todas las cambiantes formas de paz y libertad.

THOMAS CARLYLE

(History of french-revolution)

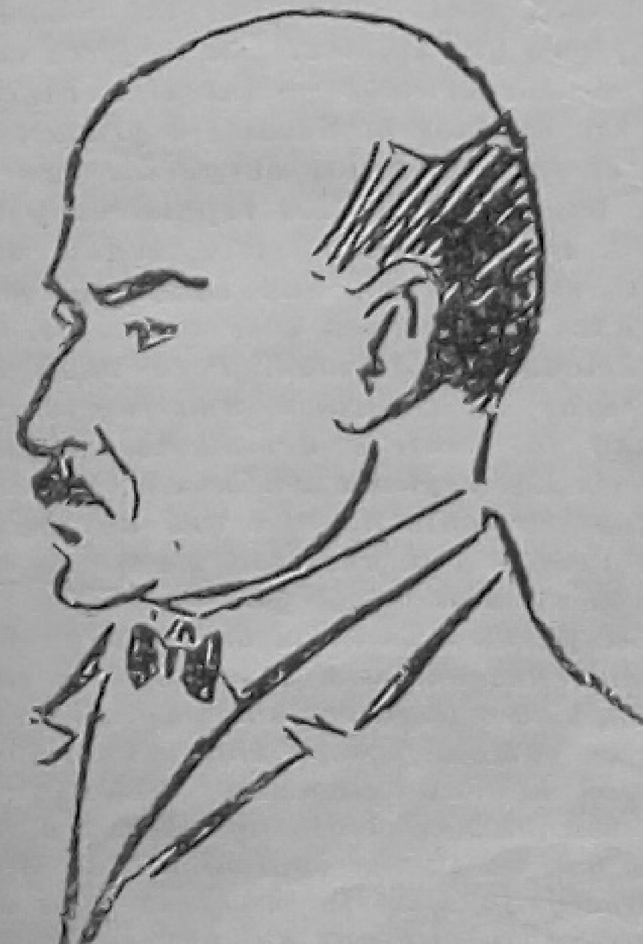
M. MULLER — "HUMBUGER KORRESPONDENT"

La obra Teatral de C. Sternheim (1)

STERNHEIM ME HACE VOMITAR

Alguien, el crítico de la antigua "Schaubühne", S. Jacobsohn, dijo con motivo de reponerse en la escena berlinesa "Tabula rasa", que las comedias de Carl Sternheim, por lo cruento de su sátira, habían preparado la revolución. Acaso el juicio no sea acertado. Acaso no sea Sternheim un satírico, pero desde luego Sternheim carecía, antes del 5 de noviembre de 1918, de popularidad bastante para conmover a todo un pueblo. Ahora sí es popular. Los teatros acogen sus comedias con prodigalidad. Representan "Ciclos de Sternheim", en los que no faltan "Die Hose", "Die Kassete", "Bürger Schippel", "Der Snob" y "1913", deliciosas comedias heroicas de la vida burguesa. A Jacobsohn le ocurría en 1919 lo que al público. Es decir que al presenciar después de la gran catástrofe el desfile, en escena, de los tipos cómicos de Sternheim ligaba la existencia de éstos al desenlace de la gran tragedia germánica y los consideraba como su necesario antecedente.

Todos, desde el probo funcionario Teobaldo, de "Los pantalones", hasta el millonario Christian Maske, industrial y Excelencia, héroe de 1913, eran los peones inconscientes de un pueblo. Su carácter, sus dichos, hechos y sentencias, se habían convertido en realidad. "Meta" y "Busekow" — dice el mismo Sternheim — no eran alemanes aislados, o abandonados a su locura, sino alemanes en general, despiertos a la realidad, que provocaron asombro unánime por la manera tan especial con que dominaban el mundo". El carácter, tan real, de estos tipos nacía de un error. Se sentían esclavos a una realidad que era contradicción al espíritu. Que negaba todo aliento



CARLOS STERNHEIM

vital. Los héroes de Sternheim consideraban como suprema realidad este mundo moderno, en que la coyuntura es deidad, en que las "circunstancias" imperan. Este mundo "mecanizado", que diría Rathenau. A este enorme peso se inclinan los héroes de Sternheim. Esta realidad esclava era para ellos su Dios. La servían con fanatismo. Y todo su ideal consistía en la conquista de hombres libres para encadenarlos en su sistema de esclavos. Su proselitismo era de buena fe, pues tenían el vivir desahogado por sublime libertad. El bueno y confiado Teobaldo describe este ideal en "Los pantalones", la primera de las comedias de Sternheim:

"Hay que limitarse a lo suyo, a vigilarlo y guardarlo... En su cuarto conoce uno todo lo que le rodea, que se ha ido adquiriendo poco a poco. No hay que temer que el reloj escupa fuego, o que el canario se arroje sobre el perro para devorarlo. A las seis son las seis como desde hace tres mil años. A esto llamo yo orden. Esto es mi amor. Esto es lo que se es".

Pero ¿no es este concepto de la realidad, de lo que se ve, de lo que se toca, y se cree vivir día tras día, el concepto más voluble y tornadizo? Para la obra de arte, desde luego, pues toda nueva época literaria es un cambio de posición frente a esa realidad al parecer inconmovible. Y la originalidad de Sternheim consiste en negar en sus comedias aquella férrea realidad germánica. Toda crítica que se estime debiera precisar siempre si la obra literaria que examina acepta o copia la realidad existente, del día o de la época, o si la anega y deforma.

Ibsen, por ejemplo, busca gozoso en la realidad de su tiempo. "L'eternelle misére de tout", como Flaubert llamaba a la falsa realidad, es para Ibsen cantera de ideas. Se interesa por falsos problemas que acucian al hombre de su época. Lo mismo el de la emancipación de Nora o de Hedda Gabler, que el de la hermosa patológica. En general, todos aquellos problemas de los que se habla en la prensa, en las academias y revistas sabias. Ibsen, es cierto, contrapone a la realidad la utopía, pero la considera como real, sin detenerse a examinar qué gran truco antihumano le da esta apariencia de realidad. No es extraño que, una vez vencida la primera resistencia, Ibsen deleite a la burguesía alemana, como no ha deleitado a la de ningún otro país. Y es que los tipos de Sternheim, es decir, la burguesía alemana, tenían cultura bastante para interesarse por problemas tan suyos como los que Ibsen llevaba a la escena. Pasaban por la utopía, y por la fuga de Nora o el suicidio de Hedda Gabler, con tal de verse retratados en el teatro y sentirse capaces de pasiones tan dramáticas y de preocupaciones tan hondas. ¡Cuánto gozaría Christian Maske en esas representaciones!

Pero a "L'eternelle misére de tout", le salió un terrible enemigo en la persona de Strindberg. Y con Strindberg viene Wedekind, antecedentes necesarios de Sternheim. El furor de Strindberg contra la realidad hace que los personajes de sus te...

rribles dramas no crean personajes con mentalidad "moderna". Con frecuencia producen impresión de marionetas descompuesta. Strindberg no es sereno frente a esa realidad que tanto odia. Se altera, y de aquí el acento lírico que salta en sus obras en medio de la objetividad dramática. Acaso este fanatismo de poseído explique cierto aire de comicidad de sus tipos, que en la más trágica de las situaciones obliga a la sonrisa. Los conflictos son sencillos, pero los personajes de Strindberg tratan de resolverlos por medios inadecuados. Que son inadecuados lo sabe el espectador y sonríe, pero lo ignora el personaje de Strindberg y por eso sufre en la escena.

Sternheim, como Wewekina, su predecesor, cuya figura se agiganta con el tiempo, destruye la realidad, pero con procedimiento contrario a Strindberg. No inventa sus personajes. Los toma de esa diaria realidad burguesa. De la vida, como suele decirse Pero su arte los hace salir pronto de esa realidad. Le basta a Sternheim acentuar los rasgos pasionales, destacar el amor fanático hacia la realidad en que se mueven Teobaldo, Chistian Maske y compañeros. El personaje se convierte en grotesca contrafigura de lo que pretendía ser. Y esa contrafigura es espejo de vanidad. El equívoco entre los medios puestos para vivir y el fin de la vida misma es tema de la comedia. "La vida — dijo Goethe — es lo que importa, no tanto los resultados del vivir". Y estos resultados son los que preocupan a los personajes de Sternheim. Son trágicos a pesar de ser héroes de comedia — como los héroes dramáticos de Strindberg eran cómicos. — "Georges Dandin" de Moliére, o "Bruno", del "Cocu megnifique" de Cromineiync, creado por el mismo procedimiento de Sternheim, sufren ellos solos por deformación grotesca, de su triste mal. Pero los héroes de Sternheim se empeñan en conquistar el mundo para sí. Son huérfanos de todo espíritu. Su acción mortífera acabaría con el arte y con todo ideal. Esta es la tragedia que yace en el fondo de las comedias de Sternheim. Franz Blei ha observado que "La lucha heroica del burgués moderno, del hombre progresivo contra todo lo que es humano constituye la epopeya del ciclo de comedias de Sternheim".

Sternheim ha sido muy discutido en Alemania. "Siete comedias escribí desde 1908 a 1913. La última que lleva por título el número del año anterior a la guerra, mostraba a qué punto, y tan sencillamente habían llegado los manejos del burgués". El público mostraba aversión a sus comedias, pero la crítica no las dejaba pasar sin dureza. Sólo Franz Blei, el sutil crítico vienés, fué el panegirista entusiasta de Sternheim. "Sus comedias crean un orden nuevo", exclamaba entusiasmado. Blei consideraba como gran hazaña de Sternheim el haber acabado con la individualidad del burgués que se preciaba de hombre moderno e importante; en haberlo reducido a lo que es en la realidad, a masa, sin privilegio para definir ni guiar la vida de una época.

La crítica adversa destacaba en las comedias de Sternheim la inanidad de la acción. El mismo autor confesaba este rasgo: "Cuando en 1908 publiqué una comedia de la vida burguesa, la escena alemana, pasado el naturalismo de Gerhart Hauptmann, estaba ocupada por la mascarada del viejo rey de cuento de hadas, de la joven reina y de los famosos pajes, que alardeaban de neoromanticismo, vertían con brillantez y hablaban en tono solemne. En mi comedia se le caen a una mujer burguesa los pantalones, y nada más que de hecho tan trivial se habla en la escena en un alemán descarnado". Estas palabras definen la comedia de Sternheim. No es el enredo o la situación su afán, sino al definir los caracteres de sus personajes. Franz Blei observó que a las gentes no les gustaba reírse, en la comedia, del marido engañado sino del marido oculto en un armario y en postura incómoda, mientras que su cónyuge falta, con desahogo, a sus deberes sagrados. No es el personaje de Sternheim un payaso de farsa: es un héroe retratado de cuerpo entero, pero, según el mismo Blei, aunque se desespere y alardee como héroe de tragedia antigua, lo grandioso de su gesto se rompe al contraste con la pequeñez de su humanidad.

El cargo más grave contra Sternheim, es decir, el que más llegaba al alma sensible del público enemigo, era el de achacarle falta de piedad, sobra de burla y de acritud. "Carece de amor y de esa bondad que posee aún el más despiadado satírico". Pero Sternheim se defiende de este calificativo de satírico. Sus comedias no son sátira, ni ironía. El satírico es siempre un moralista, que por este afán moral acota y limita el terreno de su acción. Claro está que la sátira supone amor. Jacobsohn, que hace a Sternheim ese reproche de falta de amor, le atribuye, no sólo desamor, sino satánica complacencia en los dolores del mundo, en vez de anhelo de una humanidad mejor. Este juicio supone, como con frecuencia sucede, en la crítica, ignorancia del rasgo fundamental de una obra. Sternheim define una clase social que encuentra en la realidad. Si al definirla la aniquila, por la exaltación de sus rasgos determinantes, no lleva a cabo un empeño moral o inmoral, sino que saca una deducción lógica, que acaso moleste a los críticos, al nivel del espectador, pero que de seguro no satisface a los gustosos de comedias sensibleras, adornadas con el chisme y situaciones graciosas.

Alfred Kerr, el crítico de mayor autoridad en Alemania, y de mayor agudeza y finura de percepción, pone reparos al lenguaje de Sternheim. Es tan esquemático, que a veces las comedias de este autor parecen sólo bocetos, en espera que otro los rellene. En la obra dramática, según Kerr, no importa tanto la brevedad del diálogo como el destacar lo esencial. Esta frialdad gramatical de Sternheim lleva a Kerr a llamarlo poeta sin plectro. Pero Sternheim tiene como máximo interés la definición del carácter. Para lograr este fin, desprecia toda verborrea, toda diferenciación en el hablar de sus personajes. Todos hablan lo mismo, y todos se definen por lo que dicen. Esto es lo que importa a Sternheim.

A. P.

---

(1) *Todo artista y escritor que adopta, por independencia mental, una actitud desembozada y valiente de franca crítica contra el sistema actual, debe merecernos respeto, porque contribuye a minarlo en sus bases, en vista de una posible reconstrucción. Los enciclopedistas franceses fueron quienes prepararon los espíritus para la gran revolución que proclamaría los derechos del hombre. Los hombres de letras que supieron mantenerse en abierta rebeldía y como rotunda desaprobación contra los falsos conceptos, los prejuicios de su tiempo, son el fermento de un futuro mejor.*

Sternheim, con Thomas y Heinrich Mann, fueron los más implacables y encarnizados críticos de la materialote burguesía alemana de la pre-guerra. Por su prescindencia de vanos patrioterismos, tuvo una cordial recepción en París, principalmente por los escritores de avanzada. Es uno de los primeros autores de la Alemania contemporánea, y de los más productivos. No existe mecanismo más complicado, más sabio que una comedia suya. ¡Pero qué solidez! Los mejores roedores — los críticos — intentan hincar el diente en esos muñecos sin gracia; el snob, el fósil. Son los burgueses que él pinta, bajo mil aspectos repulsivos y ridículos. Devela sus defectos, señala sus peores instintos con una bonhomía pèrfida. Esas figuras son casi dantescas, en su tremenda vulgaridad. Pero nada de penumbras. Al contrario, una fuerte luz desnuda los rostros demudados de los hombres. Las réplicas son breves. Y siempre una corriente de aire que nos hiela y nos vuelve a la realidad mezquina de nosotros mismos.

No se puede separar el dramaturgo del prosador. Sus ensayos, sus panfletos son de la misma naturaleza corídea. Sus novelas, en cambio, poseen más venustidad, son más hondas. Busekow, Schulin *o* Meta, *son poemas medio fantásticos y satíricos que no tienen equivalente en literatura alguna, y si se va hacia ellos se encontrará un eco más humano.*

Hará un año y más que algunas de sus obras han sido traducidas al francés. "Les Cahiers du Moi" publicó Busekow, *y también insertaron novelas suyas la "Revue de Génève y Europe", que dirige Romain Rolland.*

ROMAIN ROLLAND

EL TEATRO DEL PUEBLO

La tragedia clásica

...La comedia de Moliere podría en rigor llenar las primeras necesidades de un teatro popular, pero no satisfacerlas. De una manera general, no tiene mucho de comedia: la risa es una fuerza, la sátira inteligente de los vicios satisface la razón, aunque no se podrá encontrar suficientes alicientes para la acción. La comedia clásica, entre todas, se impone límites reducidos, su dominio es el del buen sentido; allí reina soberana sin salirse tampoco de él. Nada más precioso que el buen sentido: no es en los tiempos en los cuales no escasea, que deberíase decir lo contrario; el buen sentido nos puede conducir a todo, hasta el heroísmo, como se ha comprobado ya. Mas, el pueblo es mujer, guíase menos por la razón que por los intintos y la pasión, las que hay que nutrir y dirigir. Las emociones del gran arte de la tragedia pueden obrar sobre el pueblo como un poderoso revulsivo, cuyos efectos son inapreciables. ¿Existe en Francia un repertorio dramático que pueda servirle de alimento? ¿Existe en Francia un teatro que exalta la potencia heroica de las almas, vigoriza las pasiones y su voluntad?

La primera que se ofrece a nuestro examen es la tragedia clásica del siglo XVII.

Se ha hecho mucho ruido a propósito de ciertas representaciones, como la de Andromaque, en Ba-ta-clan. Es desde allí que M. Bernheim y sus amigos partieron para afirmar que la tragedia clásica era un genero popular. Examinemos este suceso.

"La prueba intentada en Ba-ta-clán, escribe Larroumet, ha sido de una evidencia irradiante. *Andromaque* suscitó un entusiasmo inusitado. El pueblo (3.000 espectadores), no perdió un solo detalle de la acción, una palabra del diálogo. Si; la elegancia de Racine, su vocabulario escogido, la generalidad de sus términos, la fluidez de su colorido, este pueblo los percibió y los sintió en todos sus matices."

Por mi parte, yo veo muy mal que el "pueblo, 3.000 espectadores", apreciase "las palabras escogidas" y "la fluidez del colorido" de Racine, de la misma manera como pudo hacerlo un profesor de retórica. Quien quiere probar con exceso no prueba nada. Desconfiemos, y observemos en cuáles condiciones tuvo lugar la representación. Por esta vez fué un periodista anticlerical el encargado de presentar Racine al pueblo; fué un magistrado de los tribunales. ¿Por qué un abogado? ¿El crítico de "La Temps" nos lo explica:

"El magistrado Decori, el célebre abogado, *por su profesión*, debía ver juste en el arte de Racine. No existe un asunto suyo que no aparezca en cada página de "Gazette des Tribunaux". Particularmente en lo que toca a Andrómaca, el sujeto no es otra cosa que un crimen pasional. La aventura de Orestes, de Pyrrhus, de Hermione y de Andrómaca, se limita a esto: una mujer se venga de un hombre que no la ama y en vez pone su amor en otra. Lo hace matar por un hombre que está enamorado de ella, y a quien desdeña, y no obstante está comprometida. El *maestro* Decori no tiene más que echar mano a sus recuerdos para encontrar una historia parecida, y donde los héroes son un carnicero, su mujer, su empleado y un mercero. Nos la ha narrado, y finalizó diciendo: "Acabo de exponer el asunto de Andrómaca."

Es ahora que comprendo el éxito de Andrómaca. ¿Se ha ofrecido un folletín del "Petit Jornal"? ¿Pero se cree sinceramente que eso sea Andrómaca? ¿Es esto la *fluidez del colorido* y la elegancia de Racine, etc., etc.? ¿Cómo no se percatan que en su arte el sujeto es casi nulo, mientras que el análisis de las almas y la expresión lo es todo? Y cuando se señala de un trazo grosero el asunto del melodrama, ¿no se le hace aplaudir, sino que se le convierte en objeto de irrisión?

M. Faguet ha sentido muy bien este ridículo, y en una de sus páginas más desprovistas de espíritu escolástico, demostró irónicamente lo que la muchedumbre ve en Racine. Faguet no es ciertamente uno de los amigos del *Teatro del Pueblo;* se lo ha probado a menudo a sus lectores de "Journal des Débats" — quienes no pedían más que ser convencidos — (1) "que el teatro del pueblo no puede existir; puesto que no existió hasta el presente". Admitiendo desde ya que jamás hubo progreso y que siempre será lo mismo, lo que resulta bastante cómodo. Este crítico es demasiado espiritual para no emprender el análisis de esta aserción de la cual, más que nadie, conoce el exacto valor. Y con todo, la venganza que me tomaré es servirme de su ironía para tornarla en nuestro provecho. Escribe:

"¿Ustedes se han avenido a encarar Andrómaca como un melodrama?

Si lo han reflexionado bien, observarán que se le puede tomar también por esa faz. Existe un inocente perseguido, un traidor ayudado por una traidora, y un feroz tirano. He ahí los elementos del melodrama; están todos. Y después de muchas peripecias, en las que el personaje simpático no cede, que llega hasta el punto de cometer una debilidad y no la comete, permaneciendo fiel a sus nobles sentimientos: su amor maternal, su amor conyugal. El feroz tirano muere, el traidor se enloquece y la traidora se apuñalea, y el personaje simpático se convierte en reina de Francia con su pequeñuelo salvado de las aguas.

Sigue un proyecto de desenlace a lo Diderot, para representaciones populares: el coronamiento de Andrómaca. — "Que ella suba al trono, que Cefisa le traiga el niño, que Andrómaca se lo ponga sobre las rodillas, que lo abrace con efusión, y la tela cae".

Pero — continúa Faguet — examinese cuántas tragedias clásicas encierran un melodrama con esos elementos suficientes y necesarios: personaje simpático, personaje simpático en peligro, peripecias, personaje triunfante al fin, la virtud recompensada y el vicio castigado.

He visto representar *Fedra* y *Athalie* ante un público popular, que estuvo respetuoso, pero frío. En Fedra no se interesaba más que por el inocente perseguido, Hipólito con Teseo en el cuarto acto, y el recitado de Teramene. Respecto a Hipólito, fué otra cosa. El efecto producido fué de asombro y nada más. El público popular se hallaba asombrado, después anduvo de asombro en asombro hasta el final. Y ello es natural. ¿Qué hacía ese manojo de pueblo durante toda la representación de esa tragedia? ¡Qué se quiere que hiciera! Buscar el personaje simpático, sin encontrarlo. Racine se descuidó o desdeñó ponerlo.

Ese público se decía: ¡Bueno! Joad es un viejo canalla, muy bien después de todo; Atalia es un viejo canalla, que se vuelve chocho; Abner es pura y simplemente un imbécil. ¿Pero por quién se quiere que yo me interese? ¿Dónde está? ¿Cuándo saldrá de entre los bastidores? Lo espero para conmoverme".

El público lo esperó hasta el fin del quinto acto; y luego que Atalia fué degollado; Joad el vencedor y Joas coronado, le resultó todo igual. *Para mí mismo también.*

Perfectamente, me había convertido un poco en pueblo por el contacto ardiente de esa muchedumbre, y llegué a esta conclusión: "Es admirable esta pieza; pero admirable e interesante son dos cosas extremosamente diferentes: y para aquellos del interés dramático, *tienen razón.* No es, pues, una pieza interesante."

Tómese buena nota de estas últimas líneas tan lúcidas y libres. Ellas enuncian una gran verdad que se puede aplicar no solamente a Atalia, sino a una buena parte de las obras maestras de la literatura clásica. Que el teatro de Racine no sea popular, es un hecho que no da prueba contra Racine, ni contra el pueblo. Son dos mundos diferentes, que no hay interés en acercarlos. El gran ar-

Racine es de una impersonalidad en cuyo fondo se transparentan en agua límpida las almas y las ...es — sobre todo almas débiles y ...mas femeninas. El autor no toma partido; apenas parece apasionarse y contra los acontecimientos sobre los cuales se aniquilarán sus héroes: ...hace para alterarlo, lo soporta pa...te. No se siente en él una fuer...perior que busca imponerse: el Maes... por quien la muchedumbre, sobre todo la muchedumbre francesa, gusta de ...minada en el teatro por el pensa... o simplemente por el verbo, — ...ismo en nuestro tiempo la popularidad más o menos justificada de Dumas.

...teatro de Racine es la obra de un ...te de genio, que se entretiene en ...por el arte, a quien la acción ...le interesa, y que consecuentemente ...puede ser gustado por los artistas co... — la aristocracia del espíritu cuyo ...fué siempre reducido.

...de otra cosa con Corneille. Se en...tra uno ante una voluntad que se dirige directamente a la voluntad, de un ...que le habla al hombre, con una corriente de acción que une de una ...continua el público y la escena. ...gentes — las delicadas — pueden ...dadas por la insistencia fatigosa ...autor que os habla en la cara, que ...deja más, después de haberos asi... que os aturde con su violenta fa... Pero la multitud se complace en ...minada, poseída. Ella no se aper... Corneille de ese extraño males... inconscientemente experimenta ...; quedando ajena a lo que pa... escena, al margen de los dramas ... Corneille la arroja directamente ...ción. Realiza esa primera ley del ...poeta dramático: de hablar para ...después de todo, ese robusto nor... pueblo por ciertos rasgos de ...peramento: su amor por el dis... por su violencia sanguínea, sus arrebatos, sus subitáneas contra... en sus sentimientos, todo lo ...salvaje que se abriga bajo las ...erales, — como Horacio apuña... su hermana en nombre de la ...). Esos caracteres de una sola ... un gran acontecimiento impre... trastorna todos desde los pies a ..., cuando la pieza es de esencia ... popular. Esos cambios abso... mutaciones totales de las al... las de Cinna, de Emilia, de ... en el final de la tragedia son ...plicables a las conciencias bur...tas y reflexivas; y es natural ... apasionadas sin matices (3). ...embargo ninguna pieza de Cor... puede ser considerada completamen... Por muchas razones:

...: Es un hecho general, que ... de la tragedia o de un drama ... y envejece más pronto que la comedia; por lo menos cesa más ... de ser comprendida por el pú... efecto, es más realista, se apo... en la observación de la natu... es más subjetiva, más indivi... con notable intensidad la ... su tiempo y de la nación. La ... del poeta se nutre, malgrado ... atmósfera de su siglo, de las ... estéticas que el autor res... medio. Nada pasa más rápida... moda como la metáfora poéti... el poeta vivió la existencia ..., de los salones, donde el mo... intelectual se renueva cada diez años. Así, frecuentemente esas ... se vuelven ininteligibles, salvo ... pequeña élite de refinados, que ... un encanto particular, que tie... de raro y de sorprendente sea ... ardan en un fuego misterioso ... metáforas de Shakespeare, sea ... esas tintas delicadas y ... de las estampas clásicas. ... de esas causas generales de ... estilo de Corneille es oscuro. Sal... puntos culminantes de la acción, ..., embrollado, a menudo impro... enigmático; se murmuraba ... tiempo sobre el galimatías cor... No quisiera que esto fuera un ... a la admiración del pueblo, ... mientes en el discurso, sino ... frases destellantes y sonoras ... el acento. Pera es también ... mojosa que se debe recono... esta estúpida fascinación de la palabra, ante la cual abdica la razón, causó en el curso de la historia desgracias innumerables. El rol de un teatro popular, lejos de alentar el adormecimiento de los espíritus, debe combatirlo, no presentando al pueblo nada que no pueda comprender.

Por otra parte, el sistema dramático de Corneille está hecho para tediar a un auditorio popular. No le ofrece más que un mínimo de placer. Escasos personajes; pocos acontecimientos; nada en el montaje del escenario, una acción que es trabajada por palabras abstractas. Ese teatro reposa sobre el discurso en latín, las amplificaciones de la oratoria tribunalicia, en fin, la retórica burguesa. Nada para la vida física, para un pueblo que sufre en la opresión. Nada para su imaginación infantil y ávida. Se siente que ese arte es una expresión de una sociedad *de imaginación seca y de razonamiento exigente*, lo opuesto de lo que es el pueblo (4). Esto va contra las ideas, los sujetos, los mismos personajes, de quienes una buena parte son, para nosotros, extraños y lejanos.

No se trata solamente de ciertos arranques de furor, que ya no sentimos el aguijón con la intensidad de antes, pasiones de la edad de piedra, como lo del punto de honor (más sorprendente en el teatro español, que conduce a los héroes de Calderón a actos peores que atroces, absurdos). No se trata más que de las partes muertas del alma, de esa galantería insoportable, de la fría cortesía amorosa, ridículamente pasada de moda. Es un arte político confeccionado para los hombres de Estado, de patriotas, de teóricos del gobierno o de la revuelta. Refleja — como se ha dicho — la generación de los grandes ambiciosos que se materializaron sin alguna pena en Richelieu y Mazarino, "esas almas fuertes y duras", en quienes la pasión dominante era la de gobernar, y que en pensamiento, y tal vez en acción, ensayaban todas las formas políticas, y, razonando sobre todas las cosas, contribuyeron a la elaboración de la poderosa máquina del Estado del siglo XVII. A ellos se dirigen las discusiones de Cinna, de Sertorio, de Otón. Por más penetrantes que sean ellas, ¿qué interés guardan para nosotros? Sin duda nuestro tiempo, como el de Corneille, es una época de política, que trata afanosamente de resolver problemas de gobierno y de la vida social, de encontrar una fórmula nueva que satisfaga nuestras exigencias intelectuales y morales. Pero las cuestiones que nos ocupan difieren absolutamente de las de hace doscientos años; y en política no se apasiona uno más que por las cuestiones presentes. Las razones de Cinna y de Máximo no perdieron su sabor, aunque son — como sucede siempre con Corneille — discursos de aristócratas duchos en la práctica de los negocios del Estado, y desdeñosos del pueblo. ¡Que él desconfíe! En el fondo, esas discusiones entre contrarios conducen casi siempre a la apoteosis de la monarquía, de la paz victoriosa que sigue a las largas guerras.

Se comprende que Napoleón haya hecho servir a *Cinna* a sus designios y que Talma la haya interpretado en Erfurt ante los reyes vencidos. Pero hoy esos espectáculos suenan a falso. Y en cuanto a imponérselos a los pueblos por su grandeza de arte, sea ello por las ideas en que se amparan, es un diletantismo que no deja de tener sus peligros.

Un pequeño número de obras de Corneille me parecen inmediatamente accesibles a la multitud:

Horacio en los gritos de heroísmo está muy bien — un poco demasiado — para sacudir a la muchedumbre. Asimismo, el proceso final no está exento de una grandeza popular que no escapa al público actual. Desgraciadamente el idioma es a menudo oscuro y la acción lenta y fría. La juventud ardiente del *Cid*, su libertad, su abundancia generosa de vida, inspiran una simpatía irresistible. No sé sin embargo si el problema caballeresco planteado por los gentilhombres duelistas de la corte de Luis XIII no será un poco arcaico para los obreros del barrio de Saint-Antoine. *Nicomedes* podría ser la obra más popular del repertorio corneilliano: los héroes son de la especie cara al pueblo: un buen gigante jovial, un Sigfrido galo solo entre sus enemigos, descubriendo sus perfidias, burlándose de sus mezquindades con una irónica bravura y finalmente victorioso.

Las figuras que forman su escolta son todas pintorescas: la bella salvaje Laodice, el viejo rey, miedoso y mendaz, el caballero francés Attala, el diplomático anglosajón Flaminius. La pieza está hábilmente montada y las aventuras tienen un interés más imprevisto que se intensifica hasta el final. ¿Por qué será que el estilo es más obscuro y el galimatías es más inextricable?

Como Horacio y más aún Nicomedes, no se podría representar sin cortes ni explicaciones.

En suma, sin avanzar más en el examen, me parece que a menos de someterlas a varias mutilaciones, nada puede emplearse ni retener de la tragedia del siglo XVIII, nada más que para la lectura y no para la representación.

---

(1) Journal del Débats, 20 *de julio de* 1903.

(2) *Idem, id.*

(3) *"C'est trop ma patience a la raison fait place"* (*Horacio matando a Camila*): *Es demasiado a mi paciencia, es la razón que la reemplaza.*

(4) *Ciertos versos de Corneille muestran una sucesión tan rápida e inesperada, como la mímica semibárbara de un actor japonés:*

Ma haine va a mourir, que j'ai crue immortelle; — Elle es morte, et ce coeur devient sujte fidelle; — Et prenant desormais cette haine en horreur, — L'ardeur de vous succede a sa faveur (Cinna)

Mi odio va a morir, yo que lo creí inmortal, — ella ha muerto, y mi corazón se le vuelve fiel; — Y tomando desde ya horror a ese odio, — El ardor de servires sucede a su favor.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

Continuación

El padre retiró a Landauer la pensión, porque el hijo "estaba perdido para la familia"; así se vió el joven forzado a ganarse por sí su sostén. Comenzó una vida proletaria de privaciones, de miseria externa e interna. Landauer habitaba entonces con Stefan Grossman en Pankow, un suburbio de Berlín. Grossman, que más tarde se convirtió en un periodista burgués, informa sobre esa época:

"Habitábamos juntos. Landauer publicaba el semanario *Der Sozialist*. Era un periódico para los socialistas que no podían ni querían marcar el paso con los batallones obreros, sino que querían marchar a la cabeza. Llovían denuncias e intervenciones policiales, imperaba la miseria, pero había también horas realmente felices. Un tiempo *Der Sozialist* no era escrito, al menos una parte de él, sino compuesto directamente. La policía buscaba manuscritos, pero no podía hallar nada. Un camarada, un excelente tipógrafo, componía los artículos al dictado o de acuerdo a una conferencia que conservaba en la memoria. Los artículos de Landauer parecían forjados a martillo; no había en ellos una palabra de más. Landauer y los demás redactores del *Sozialist* no fueron desconcertados por la prisión; al contrario, en la celda se fortificaron y afirmaron sus convicciones. La actividad y la vida privada eran como un todo. Era una completa revolución interior la que preparábamos — yo recuerdo que en la discusión en el *Sozialist* no se me llamaba nunca sino con mi nombre de pila, — era natural y comprensible que nos tratáramos de tú. Y cada uno de nosotros fué seducido por la mirada de una preciosa amiga creyente en el futuro, que se mostraba fuera de la prisión (Landauer se había casado con una obrera enferma del pecho; se había casado con el proletariado).

Yo me dirigí después al extranjero. Volví después de muchos años y escuché una conferencia de Landauer sobre el amor libre, que pronunció ante damas ricas y elegantes. Dijo cosas temerarias; tan revolucionario como a los 20 años, no obstante que las damas sonreían de las más atrevidas expresiones y cuchicheaban entre sí las palabras fuertes. Eso no me agradaba y no volví. Cuando pronunció una conferencia en un hotel del Tiergarten (el barrio más rico de Berlín), sobre el "elan vital" del filósofo Bergson, me costó un esfuerzo acudir. Más tarde me dijo que no había un solo profesor alemán que pudiera describir tan bien como Landauer la evolución del bergsonismo desde la filosofía alemana. Él fué el profesor más profundo y perfecto de literatura y de filosofía de todo Berlín, es una vergüenza que ninguno de los dirigentes pensara en colocar a este sabio distinguido en su verdadero lugar. Sobre la base de su libro *Meister Eckehardt* y de sus conferencias sobre *Skepsis und Mystik*, que aparecieron en 1903, autoridades de ideas más libres le habrían debido ofrecer una cátedra en la Universidad. Pero manos amigas debieron acudir y preparar series de lecciones para que ese hombre apareciera ante damas ricas — a fin de que sus hijos pudieran comer bastante — y él, el altivo, no se ponía un traje de sociedad, sino que conservaba su corbata voladora, dejaba crecer libremente el cabello y no le atragantaba de ningún modo su atrevido aspecto. Pero esa especie invariable de su comportamiento aparecía más fatal aún en el salón. Su cabello caía en rizos sobre su cuello, su barba se parecía a la de un Cristo y su corbata le daba la apariencia de un bohemio, lo que era en él realmente extraño. Fué observado, admirado, criticado por las damas. Yo habría preferido ser reporter de diario sobre los accidentes callejeros y habría informado sobre los recientes caídos, un trabajo que se paga por línea, antes que hacer eso. Pero él no tenía ojos para los oyentes; sólo oía su voz interior. No prestaba ninguna atención a la incomprensión creciente. Era, aun en el salón, un hombre aislado".

En 1892 fué fundado por jóvenes artistas y obreros, un teatro popular en Berlín, "Die freie Volksbühne". Actualmente es uno de los mejores teatros de esa ciudad. Landauer tomó parte en sus trabajos y a él hay que agradecer en gran parte que ese teatro popular llegara a ser lo que es hoy. Perteneció desde el principio a la dirección de la "Volksbühne" y trabajó con toda su alma, con toda su energía y con todo su entusiasmo, para ese hogar artístico del pueblo. Dedicó al teatro toda la riqueza de su amor. Conocía el arte escénico y actuó con la fuerza de su naturaleza entera como crítico, organizador, consejero y como iniciador; puso a disposición de él sus brillantes dones y su capacidad para interpretar las obras de los grandes poetas. Sus volúmenes sobre los dramas de Shakespeare lo testimonian.

En 1893 estuvo Landauer 11 meses en prisión por un artículo subversivo, publicado en el *Sozialist*. Cuando salió no tomó parte menos celosa en la lucha, y llegó hasta el punto que las autoridades prohibieron la publicación ulterior del periódico. En ese tiempo escribió una exposición crítica sobre el congreso socialista de Zurich, que tuvo lugar ese año. Los anarquistas no habían desistido aún de tomar parte en los congresos socialdemócratas, y Landauer fué como delegado de los anarquistas alemanes. Fué Bebel el que lo difamó y le trató de agente policial. Es la vieja táctica que emplearon, que emplean y que emplearán los políticos, contra los antiparlamentarios. Landauer, que no era un político y que además era un carácter más fino que Bebel, visitó después del congreso a su amigo Fritz Mauthner y le dijo las siguientes palabras características: "Y sin embargo, ese Bebel es uno de los mejores; es un error el que sea político". Aquí se revela la excelen-

vía del carácter de Landauer: no odiaba a aquellos que le hacían mal.

En 1895 comenzó Landauer a editar de nuevo el *Sozialist* y escribió también por ese tiempo un folleto, *Ein Weg zur Befreiung der Arbeiterklasse*. Este folleto se pronuncia por la huelga general, y después de la revolución alemana se hizo tan actual que fué reimpreso en 1919. Veinticinco años más tarde, pues, había conservado su valor de actualidad. En su primera edición ese escrito era prematuro, o mejor dicho: el movimiento obrero alemán estaba atrasado, porque creía en las palabras de los politicantes.

A las luchas de afuera se añadieron bien pronto las disidencias internas. Algunos años después de la segunda serie del *Sozialist*, en 1879, Landauer, que hasta entonces había sido el alma del *Socialist*, fué criticado por algunos anarquistas porque escribía demasiado pomposamente, demasiado ingeniosamente y no lo bastante simplemente para los trabajadores. Lo cierto es que el periódico no sólo trataba la cuestión del estómago, pues para él el socialismo era más que un problema del estómago. Para él era un asunto de humanidad y quería abolir el proletariado y educar a los trabajadores de tal modo que ya hoy, en la época del capitalismo, fueran susceptibles de comprender la belleza en el arte y en la literatura. No podía contenerse al ver como los hombres llevaban una vida de embotamiento espiritual, y ese era el punto en que se distinguía en su propaganda de otros muchos: no vió en el socialismo un provecho que se podía conquistar de una vez por una revolución. Los hombres deben prepararse antes para el socialismo por una convivencia socialista, es decir, deben vivir su vida psicológica, espiritual, con más calor interno. Aquellos que esperan alcanzar el socialismo mediante una revolución, con un salto, son justamente los que creen que el socialismo puede ser alcanzado por la legislación, por el Estado. ¡Cuán lejos está de Landauer un tal punto de vista! Cuanto más vivan los trabajadores hoy mismo, bajo el Estado y el capitalismo, una vida socialista, tanto más aumenta la cultura socialista y tanto más grande la perspectiva de que los trabajadores, después de una revolución, después que hayan entrado en posesión de la riqueza, puedan vivir una vida socialista. Landauer era un hombre de realidad; aspiraba desde hoy mismo en tanto que socialista a vivir como en una sociedad socialista y a llevar a los trabajadores una cultura semejante.

Además, ocurrió que era literato, una naturaleza artística sometida a las leyes de su temperamento. Eso contribuyó a que su naturaleza de artista, relegada a causa de su celo apasionado por la causa del socialismo, no pudiera desarrollarse libre e independientemente, pero se vertió en los trabajos de propaganda en la forma del estilo. Su idioma es raro y peculiar. Fué uno de los mejores estilistas de Alemania; escribía la prosa más pura y más hermosa. Así ocurrió que no vaciló en dedicar números enteros del *Socialist* a una cuestión literaria. Escribió, por ejemplo, un número sobre Goethe, en donde dice:

"Yo quisiera poder comprimir con fuerte y segura presión todo lo que significa para mí uno: Goethe, hasta que cristalizara y fluctuara sobre todos nosotros como radiante y colorida piedra preciosa. Y después quisiera penetrar en vosotros, que estáis abajo desde hace milenios y debéis soportar la infamia y la miseria, después quisiera soldaros en un montón, amasaros, hasta que vuestros pobres cuerpos, los desolados trozos de vuestras almas, quedaran convertidos en un pedazo de tierra. ¡Ved, os señalo a Goethe para que veáis lo que sois vosotros mismos! Tales sobresalientes surgen en el curso de los tiempos de la generación humana. ¿Y qué habéis hecho con vosotros? Es cierto que trabajáis duro y seriamente para poder vivir, pero ¿para qué vivís? Ved, ojalá sea Goethe para vosotros un objetivo y un símbolo. ¡No os dejéis arrojar del palacio de la vida y de la grandeza! Sed codiciosos, percibid penosa y dolorosamente que vuestras almas y vuestros cuerpos sufren muchas deficiencias. No sólo necesitáis alimento y habitación, necesitáis también superabundancia, riqueza y ocio!

No existen subversivos más eficaces que los genios de la humanidad. Ellos os amonestan, minuciosa y cotidianamente: ¡Ahorcaos o levantaos en vuestros corazones!, pues tal como sois ¡sois superfluos y apenas se os puede soportar!"

Como vemos por estos ejemplos, para Landauer se convirtió directamente la suprema embriaguez artística en un ardoroso grito de rebelión. Lo que carcomía su corazón no era el hecho de que en nuestros días no haya Goethes, sino el hecho de que no hayamos avanzado bastante, el hecho de que el *público* no estuviera bastante elevado. "La generación humana debe ser levantada a un nivel superior; tan sólo sobrepasaremos a Goethe cuando deje de ser un milagro para nosotros y sea algo natural, como Homero, como la canción popular que se ha vuelto una cosa comprensible". Estas palabras señalan que Landauer en todo lo que se propuso, sólo fué inspirado por el pensamiento de llevar al pueblo a un grado superior de cultura.

(*Continuará*)

ARTHUR ARNOULD

El Estado y la Revolución

Lo que se encuentra bajo todo gobierno

Cuando se desarma al pueblo para armar al poder, el gran argumento es que es necesario crear una fuerza independiente que, cerniéndose sobre pasiones e intereses de partidos políticos, asegure el triunfo de la ley y de la justicia uniforme para todos; una fuerza ponderatriz, cuya función consiste en identificarse con la voluntad y necesidades de la mayoría, en hacer respetar a la primera, satisfacer las segundas, etc., etc., etc.

Esta teoría sería perfecta si no fuera absurda; si los hechos no la hubiesen desmentido siempre.

¿Cuándo ha representado el gobierno, una día, una hora, un momento, un segundo, este papel fantástico y providencial que se le atribuye?

¿Y cómo podría representarlo?

¡Cómo! ¿El gobierno se cierne sobre pasiones e intereses de partidos?

El mismo se llama, ya partido conservador, ya partido republicano, y no habla sino de los intereses de ese partido.

¡Cómo! ¿El asegura el triunfo de la ley y de la justicia iguales para todos?

Fijaos un poco.

Hay leyes — buenas o malas, poco importa — ellas existen.

¿Cuál es el gobierno que las ha aplicado indistintamente, tanto las que le perjudican como las que le favorecen?

¿Cuál es el gobierno que no deja dormir una buena mitad — sea una u otra, según el capricho de los hombres que están en el poder?

¿Cuál es el gobierno que no se abroga el derecho de interpretar a su paladar las que él pone en movimiento y de *falsear o forzar* su aplicación?

He aquí el código y he aquí la Constitución.

El gobierno dice *blanco*, y la oposición, cualquiera sea, dice *negro*.

¿Quién se equivoca? ¿quién tiene razón? — No es esta la cuestión.

Un hecho domina todo: y es que si los hombres que gobiernan desaparecieran para dejarles el lugar a otros, *la interpretación de la ley y su aplicación cambiarían*.

Lo que éstos prohiben, denuncian y castigan, aquéllos lo recomendarían, aprobarían y recompensarían.

La legalidad — no verdadera, sino práctica — se desplazaría, cambiando, para los gobernantes, las nociones de derecho y deber. Así, los perseguidos, perseguirían; los que juzgan, serían juzgados; los que condenan, no serían absueltos.

No hay, pues, con las formas políticas de gobierno, ni ley positiva, ni justicia asegurada, ni la certidumbre del mañana.

No hay más que el reinado de la fuerza.

Si ella está, por azar, de acuerdo con la equidad, un momento, tanto mejor. Si no lo está...

Y he ahí que esto se renueva incesantemente, no obstante la gran Revolución que habiéndolo destruído todo, salvo el principio político del gobierno, ve, desde hace ochenta años, desaparecer sus más preciadas conquistas ante el incremento deletéreo de esa norma destructora de toda libertad y de toda dignidad.

Habláis de Luis XIV y del rey de Dahomey. Os frotáis las manos y gritáis: —"Hemos fundado el poder democrático que nos da la seguridad y representa la soberanía nacional."

¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

El 3 de septiembre, gritar: —¡Viva la República! — era delito.

El 4 de septiembre, el delito era gritar: —¡Viva el emperador!

Seis meses después, la asamblea de Burdeos gritaba: ¡Viva el rey!

M. Thiers ocupó el poder y fué, gracias a la ficción gubernamental, la personificación de la impecabilidad del Estado. El representaba la nación. Dudar era rebelarse a la ley, desconocer la voluntad nacional. ¿De veras? Sí, el 23 de mayo. Pero el 24, ¡quién lo hubiera dicho; quién lo hubiera creído! El gobierno se llamaba Mac-Mahon.

Instantáneamente, en el tiempo que se emplea en ingerir un vaso de vino, él se transformó, a su vez, en la ley y representó a la nación.

A las seis de la tarde, el grito: —¡Viva Mac-Mahon! — llevaba a la cárcel.

A media noche, el grito: ¡Viva Thiers! — conducía a Mazas.

Después viene, fresquita, una Constitución — ¡Viva la República! — es grito legal.

De súbito se revela un nuevo poder: la conciencia del mariscal.

M. Jules Simon salía, la Cámara es disuelta. M. de la Fourton reina y he ahí que los que la víspera representaban el Estado, es decir, la ley, la soberanía nacional caen en desprestigio, se hacen sospechosos y no representan ya nada del todo... a los ojos de los gendarmes.

¿Es que el país ha cambiado?

¿Es que treinta y ocho millones de franceses han cambiado, cual otras tantas veletas, treinta veces en siete años de Norte a Sud, de Este o Oeste?

No. Es tan sólo el gobierno el que ha cambiado.

Pero entonces, ¿cuál de esos innumerables gobiernos ha representado la ley y la voluntad nacional? ¿Cuál y en qué momento?

¡Halladme, en este admirable mecanismo político del poder unificado y centralizado, la seguridad del mañana y la estabilidad que se pretende para los gobernados a cambio de su libertad!

Bien véis que todo esto no representa sino las pasiones y voluntad de los hombres en el poder; que acá no hay regla ni principio ni garantía ninguna, sino estado de guerra permanente; que el gobierno no es más que una fortaleza en la que cada partido penetra, a su turno, por la violencia, y desde donde tiraniza y aterroriza a sus adversarios. Ocupado siempre en defenderse, en aplastar a sus enemigos, el gobierno no os ha dado ni os dará jamás la libertad.

Descorred el velo constitucional, parlamentario, representativo, y sólo encontraréis

¡La esclavitud en el atolladero!

1877.

BIBLIOGRAFIA

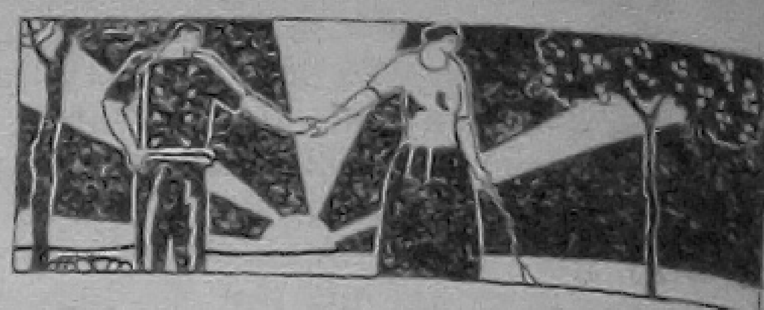
Bénédite Léonce. — "Rodín". (58 págs. de texto y 40 heliograbados fuera de texto). Precio, 13.50 fr. París, F. Rieder et Cie., 7, Place Saint Sulpice. 1926.

Este libro forma parte de una colección de "Maestros del arte moderno", iniciada por la casa F. Rieder et Cie. de París, que publica además diez volúmenes sobre el arte francés desde hace veinte años, una buena contribución a la historia y al conocimiento del arte decorativo moderno en Francia.

Bénédite, el autor del volumen aquí mencionado, era una de las personas más autorizadas para hablar de Rodín, el hombre y el artista, pues ha mantenido íntimas relaciones con él durante muchos años. Además, su calidad de conservador del Museo nacional del Luxembourg y del Museo Rodin, y sus trabajos anteriores sobre el gran escultor (1923) hacen que su palabra en esta materia sea merecidamente escuchada.

En este libro resume los datos más importantes de la vida de Rodin, describe sus cualidades de trabajo, las características de su modo de trabajar y los rasgos fundamentales de su psicología. Tratándose de Rodin, uno de los más grandes creadores en el arte moderno, todo lo que se refiere a su persona y a su obra merece la pena conocerse. Rodin es susceptible de ser un maestro de muchas generaciones artísticas, tanto por sus obras como por sus pensamientos sobre el arte. Hay en Rodin rasgos tan varoniles y tan llenos de vigor que no podrían explicarse más que por su contacto con el alma popular. Bénédite dice al respecto: "Rodin se vanagloriaba de haber nacido "pueblo" y de haber permanecido "pueblo", es decir de haber quedado más cerca del alma popular, como los grandes imagineros de las catedrales, a quienes eligió entre sus guías, y es tal vez, en efecto, en ese fondo donde tomó la savia fuerte y vigorosa que renovó y rejuveneció el arte"...

Bénédite nos da una impresión viva y simpática de la grandeza de Rodin, completada por las reproducciones de 40 obras unas más y otras menos conocidas, de ese trabajador infatigable.



"Der Bonzenspiegel. Splitter und Späne aus dem Klassenkampf für den Klassenkampf". Edición Der Syndikalist, 80 págs. en gr. 8°. (El espejo de los caciques. Astillas y virutas de la lucha de clases para la lucha de clases), Berlín, 1926.

Nuestra editorial hermana de Alemania acaba de publicar una recopilación original de pequeños documentos, frases, recortes de periódicos, hechos, etc., del enorme panorama de la explotación de las masas proletarias por el reformismo, el comunismo, la socialdemocracia, etc. Hay astillas y virutas elocuentes sobre la iglesia, sobre la escuela del Estado, sobre los príncipes alemanes, sobre el parlamentarismo, sobre la socialdemocracia y la guerra, sobre la socialdemocracia y los escándalos financieros como el de Barmat, sobre el ministro del interior Severing, socialdemócrata, sobre los sindicatos reformistas y la guerra, sobre los comunistas, sobre las persecuciones en Rusia y sobre los sindicatos rusos. Este folleto equivale a unas alforjas bien repletas de verdades para arrojar a la cara de los pobres diablos que no quieren abrir los ojos y siguen sumisos la vía de una explotación desvergonzada en nombre de la revolución y del socialismo.

"Historia universal del proletariado". Veinte siglos de opresión capitalista. Publicaciones Mundial, Barcelona, 1926.

La editorial Publicaciones Mundial, Barcelona, ha emprendido la publicación en cuadernos de 48 páginas de una historia del proletariado a través de los siglos. El total ocupará dos tomos de 300 páginas cada uno. El cuadernillo suelto se vende a 30 céntimos. Es uno de los primeros ensayos de ese género en lengua española, escrito sencillamente y susceptible de dar una sensación de la peregrinación del productor a través de los siglos. Según los tres primeros cuadernillos que llegaron a nuestras manos, podemos recomendar su lectura y su difusión en nuestras bibliotecas.

D. A. de S.

¿Ha leído Vd. "El anarquismo en el movimiento obrero, de los compañeros Arango y Santillán? No debe faltar en su biblioteca, trabajador.

Está en venta en la administración de "La Protesta", Perú 1537.

AÑO V — BUENOS AIRES, 12 DE JULIO DE 1926 — N.o 231

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMAN[AL]

PORTE PAGO — [1]0 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — [...] giros a M. TORRENTE

La esclavitud de ayer y de hoy

¿Llegará para la humanidad el día en el cual considere a un rey — por lo que encarna de suma y símbolo de los aberrativos sistemas autoritarios — como la invención más absurda, más disparatada, surgida del infernal y nebuloso caos de la mentalidad multicéfala de la inmensa mayoría?

Tenemos el deber y el heroísmo de esperarlo. No importa la enorme avalancha de tiempo que nos separa y veda la vista de ese futuro. No importa que una buena parte del género humano se encuentre aherrojada por sus gigantescos prejuicios que la sujetan, la encadenan con hilos tan sutiles e invisibles como aquellos empleados por los gigantes de "Los Viajes de Gulliver" para inmovilizar a su huésped Jonatán Swift, el célebre satírico irlandés. He ahí, para nosotros, la corpórea imagen de la humanidad esclavizada por sí misma y por extraños. Sus destinos, su alto fin es de hacer un uso armonioso de la libertad. Para ese ejercicio de la civilidad, de independencia moral, de libre examen, en todos los tiempos existieron sus precursores y mártires. Es un duro, sangriento y milenario aprendizaje. Y no de otra manera se podrá alcanzar ese bien mayor que los tiene todos en sí, que es la suprema libertad física y moral.

La educación, o la reeducación, para que cada uno sea el rey de sí mismo, para que necesite de la libertad con tan angustiosa urgencia como el aire, el oxígeno vital de su sangre, puede ser lentísima, durará una infinidad de tiempo, pero ha de llegar, porque es el ideal congénito de nuestra especie. Nuestro estado normal no es ser esclavos. No lo ha sido nunca. Las continuas rebeliones cruentas y heroicas que ensangrentaron y ennoblecieron la historia universal, demuestran que aun en la peor abyección, los seres humanos tienden al equilibrio de sus facultades más nobles en el ansia desesperada de la libertad.

¿Entonces, cuando la emancipación espiritual, sustentada por la económica, haya sido un hecho para casi todos, como lo es ahora el saber leer, ¿qué dirán las futuras generaciones de estas invenciones grotescas — tiranía, Estado, etc. — en las cuales los hombres de nuestro tiempo delegan toda potestad para que los conviertan en viles piltrafas cuando a ellos se les antoje?

Es que, por ahora, las grandes masas humanas se contentan con la ilusión de una libertad teórica e hipotética, que en el instante que se quiere usufructuarla verdaderamente, se dará de bruces con la miseria, la cárcel, el hospital y el cuartel. Es un león libre en un bosque sembrado de trampas. Al menor paso fuera de lo reglamentario y establecido por feroces leyes, será atrapado en una de ellas. Y así van, dando tumbos, las grandes muchedumbres mundiales, de la miseria a la cárcel, al cuartel, la casa de lenocinio o al hospital. Y si alguien le enrostrara su disimulada esclavitud, además de negarla, rechazarían la acusación como una injuria, como una calumnia.

En Hendon, en honor de los reyes de España, se llevó a cabo un imponente despliegue de fuerzas aéreas de Gran Bretaña. Por supuesto, las maniobras hubieron de ser la prueba palpable del alto grado de perfección a que arribara esa quinta o sexta arma, después de costosas labores, resumidas en cifras astronómicas. Pero lo que de sobremanera llamó la atención, fué una pequeña escuadrilla de aeroplanos que efectuó un bombardeo, entre los aplausos delirantes de la distinguida concurrencia, entusiasmada por la admirable puntería y por la perfección con que las granadas daban en el blanco, produciendo explosiones formidables. Esta vez las granadas se portaron obedientemente, haciendo un papel lucido, y divirtieron a las regias calabazas. Sí; los reyes se divierten. Son los espectáculos que sólo se confeccionan para huéspedes privilegiados y de elevada prosapia: como en la antigüedad, las testas coronadas se obsequiaban mutuamente con los combates a muerte de sus huestes de esclavos.

Hoy, en ese Hendon, ese barrio de Londres, los esclavos y la muerte se hallan ausentes, no son visibles, con la visibilidad material de entonces. Pero la esclavitud, sino de derecho, de hecho existe.

Existe, por sustentar esos reyes, esa ingente pirámide de los armamentos de guerra, cien veces más alta y pesada que las de Egipto, y porque esas granadas que los hijos del pueblo fabricaron, hoy tan obedientes y dóciles con sus amos, se volverán contra aquellos mismos, para destrozarlos con la furia de un mastín mal amaestrado.

Esto, que ha acontecido hasta ahora y en la hecatombe mundial, acaecerá por muchas décadas todavía.

Sin embargo, conociendo la verdad en la prolongación de sus múltiples consecuencias, no nos desalentamos. Nuestra fe, apoyándose en la eterna utopía, esencia del ideal de perfectibilidad humana, es inquebrantable.

D. A. de S.

ESPEJISMO FASCISTA

Alguien, quien escribe en diarios burgueses y archirreaccionarios, y francamente opuesto a nuestra bandería ética, después de loar estruendosamente a Mussolini, proclamándole el personaje mesiánico de la Italia corrompida por el liberalismo y el bolcheviquismo, confiesa que está *atacado ya del frenesí imperialista*. No es una novedad la que este profesor de historia nos escancia, con tono campanudo de profeta de guardarropía. No se dieron muchos casos de tiranos que para afianzar su poderío mal habido no hubiesen debido ocurrir a las empresas imperialistas. A la del ex kaiser, su tiranía mansa aguantada con soberbia y máxima vanidad por sus súbditos, le era imprescindible un ideal de hegemonía mundial. La borrachera de efervescente chauvinismo era así más eficaz y de notables efectos anestésicos sobre todo lo que no incumbiera a la reedición del antiguo imperio romano por los guerreros teutones. Todo lo que fuera en contra de esos vastos proyectos de expansión de la elegida raza germánica, era considerado sacrílego y pasible de la libre vindicta pública, cuyas sanciones son casi más inapelables que las de cualquier tribunal judicial.

Mussolini, *imperatore e ré* en fárfora, es decir en canuto, no podía ser precisamente una excepción. La sonada aventura de Corfú fué el primer síntoma de la escarlatina expansionista. Y siempre con el pretexto de la exhuberante proliferidad de la raza italiana, tuvo otra rotumbante gritería en el Tirol, que le fué devuelta, corregida y aumentada, por el primer ministro del Estado prusiano.



Italia, que en el año 1871 poseía 27 millones de habitantes, se encuentra hoy, después de la guerra, con 42, mientras que Francia, con un territorio más extenso, contiene sólo 40 millones. De manera que la cuota de la emigración italiana ha ido aumentando más y más de año en año. El extraordinario fenómeno de la proliferidad de las familias italianas ha sido comprobado repetidamente en la teoría y en los hechos. El aducido pretexto, como lo fué antes de la guerra el de la raza alemana, es verosímil y aparentemente fundamentado.

Por eso dicen que necesitan colonias para volcar la superabundancia de la población. Como, además, las restricciones inmigratorias en vigencia en varios países del mundo, — y especialmente en los Estados Unidos, — impedían enviar el mismo volumen de emigración de los años anteriores, la tesis fascista del necesario imperialismo se presentaba ante los ojos de muchos de una sensatez única, o sea marca Mussolini.

La ilusión colonial fué glosada y teorizada de tal modo, que en una revista que se publica actualmente en Roma — dirigida por un profesor de la Universidad romana, diputado fascista e íntimo del duce, — se sostuvo la idea que Córcega debía pertenecer a Italia, arrancándosela a Francia.

El exiliado profesor Gaetano Salvemini, de quien es esta cita, refuta este espejismo imperialista del fascismo con argumentos irrebatibles. Más conocedor que nosotros de los problemas internos de Italia, y poseedor de vastas miras internacionales, será oportuna la transcripción de algunos de los párrafos más explicativos, de un breve trabajo suyo:

Escribe el autor:

"Es una débil ilusión creer que el problema inmigratorio pueda ser resuelto con una expansión colonial.

Los emigrantes italianos no abandonan su país para convertirse en campesinos en un territorio deshabitado o precariamente cultivado: buscan en cambio una ocupación como trabajadores menos explotados, en naciones prósperas, donde los salarios pueden ser más altos. Trabajan tenazmente, conducen una vida de rigurosa economía, ahorrando lo que más pueden y enviando sus ahorros a sus hogares."

Luego cita un ejemplo de probable colonización italiana:

"Italia posee una colonia en Africa: Eritrea. Durante diez años de alocada política militar, que se prolongo desde el año 1887 hasta el 1896, no fué posible que se estableciese allí ningún emigrante. Pero después, a partir de 1897, gobernada por hombres de buen sentido, quienes hicieron todo lo que pudieron para mejorar las condiciones de ese territorio, no se obtuvo tampoco que ningún trabajador fuera allí."

Por otra parte, hay pocos que no sepan que Córcega es y ha sido siempre una isla pobrísima, y cuyos habitantes, en su mayor parte campesinos, se hallan también obligados a emigrar. Su clase media busca refugio en Francia, ya ocupándose en la marina mercante, o ya en las oficinas públicas.

Este solo detalle de la problemática conquista de Córcega, denota la calidad del imperialismo fascista, de un verdadero frenesí descabellado.

EDUARD WECKERLE

CAPITAL Y TECNICA

La introducción de la máquina de trabajo ha modificado radicalmente el proceso productivo y creado fundamentos perfectamente nuevos para las condiciones vitales de los hombres. El nuevo medio de producción se mostró en seguida como un concurrente superior del trabajo manual y además obró separativamente entre hombres y producción y extendió la expropiación de la tierra comenzada ya siglos antes a los instrumentos de trabajo.

El alto costo de compra hizo de las máquinas de antemano un privilegio de los ricos. Sólo ellos pudieron hacer obrar en su favor el poder maravilloso del vapor y colocar en vastos locales de trabajo telar tras telar y máquina de hilar tras máquina de hilar. Pero el obrero que no pudo sostener con sus viejos instrumentos de trabajo propios la competencia con los nuevos poderes, fué forzado a la venta de sus brazos al propietario de los nuevos medios de producción. Con ello obtuvieron los ricos un poder muy distinto y mucho más terrible que antes. Con la posesión de los brazos mecánicos de trabajo se convirtieron también en amos de los brazos humanos. El que quería trabajar, o sea el que era forzado al trabajo, tenía que someterse a ellos y comprar de antemano el derecho al trabajo con un tributo al "que da el trabajo". Así tocó al propietario de máquinas una doble ganancia: la mayor productividad de las máquinas mismas y el tributo que tenía que aportar el pobre para poder trabajar.

Hasta entonces los propietarios no supieron siempre qué hacer de su riqueza. Las únicas posibilidades de obtener ganancia estaban en la adquisición de tierra, en el comercio, en la manufactura y en el préstamo de dinero, pero en general eran muy limitadas. Ahora se agregó a esas posibilidades una perfectamente nueva y más llena de perspectivas. La adquisición de máquinas dió la capacidad de crear como en un juego riqueza de la riqueza.

La importancia del vapor fué comprendida pronto por los poseedores. Con respiración contenida siguieron los ensayos prácticos de las primeras máquinas de Watt y estallaron en una manifestación de júbilo cuando los resultados colmaron las esperanzas. Nunca alegró tanto un triunfo del espíritu humano los ánimos de los estratos posesores del pueblo como la presentación del invento de Watt, pero raramente también ha valido menos el entusiasmo a la victoria humana que el infinito poder que dió esa invención a los ricos sobre los pobres. Los posesores supusieron justamente que el hecho de Watt abriría para ellos una nueva era de poder y que el vapor transformado en fuerza creadora se convertiría en el medio para romper definitivamente la resistencia de los trabajadores y dictarles las condiciones de trabajo.

Todas las barreras trazadas hasta entonces a la codicia insaciable de riquezas se derrumbaron de un golpe. En manos de los ricos los inventos a que habían dedicado otros los esfuerzos de una vida entera, se convirtieron en fuentes inagotables de riquezas, y comenzó una danza en torno al becerro de oro sin ejemplo en la historia y ante la cual no forma más que un pálido reflejo la danza de los sepultureros de la guerra mundial. Todo el que dispuso de dinero se adhirió al gran cortejo. Conocimiento y capacidad no eran necesarios para eso. El trabajo silencioso y tenaz del inventor los había hecho innecesarios. La riqueza se reprodujo en cierto modo por sí misma. Por fin el vapor resolvió el secreto largamente buscado de hacer "trabajar" el capital.

El nuevo poder fué utilizado despiadadamente y toda nueva invención dió fresco estímulo a la avaricia. Los nuevos amos, que según palabras de Roberto Owen "no poseían más que sentido de los negocios y elementos de aritmética", consideraron pronto insuficiente la jornada "natural". Los nuevos obreros de metal no estaban ligados a leyes fisiológicas. No necesitaban dormir ni pedían reposo y días de fiesta. Cada hora más que fuesen mantenidos en movimiento implicaba una mayor producción y una mayor ganancia. Ese encanto hizo perder toda consideración a los obreros de carne y hueso. Estos fueron forzados a prolongar la jornada hasta la alta noche y a renunciar a las horas de reposo y a los días de fiesta.

En ese confuso proceso de producción fué creado el fundamento del moderno capitalismo, del industrialismo. Un abigarrado ambiente humano se convirtió en su creador involuntario. Nombramos aquí sólo a los inventores más importantes de aquel período de transformación: el relojero Kay, el carpintero Wyatt, el barbero Arkwight, el tejedor Hargreaves, el mecánico Crompton y Watt, también mecánico, el cura Cartwright y el pastor de vacas Stephenson. La riqueza hecha accesible por el trabajo de esos hombres y de otros pioneers de la revolución industrial fué inaccesible para la mayoría de ellos. Pero los nuevos amos del negocio supieron tanto mejor desviar a su favor la corriente de oro. Su riqueza se multiplicó en un lapso de tiempo insignificante y agrandó sus proporciones en la misma medida que se ensanchaba el círculo de la miseria de los pobres.

Un acontecimiento decisivo y que formó la condición del desenvolvimiento y la difusión del capitalismo en aquellas décadas tempestuosas fué que se elevó a la categoría de elemento básico del derecho civil el poder ilimitado de disposición sobre la propiedad. Cada cual pudo hacer o no hacer con su propiedad lo que quería. No debía por eso rendir cuentas a nadie. El que quería instalar una fábrica y fabricar telas, podía hacerlo sin inconveniente alguno, aunque no existiese una necesidad de la nueva producción. También podía un fabricante cerrar su establecimiento cuando quisiera, aunque eso produjese una perturbación en la satisfacción del consumo necesario. Esa libertad, sin embargo, no era nueva. Ya la manufactura había quebrantado la antigua regulación soberana de la producción, tal como se desarrolló del modo más conveniente en el período floreciente de la ciudad medioeval; pero tan sólo el vapor condujo a una completa supresión.

Fué destruído un viejo orden, pero no se puso un orden nuevo en su lugar. El reconocimiento del poder ilimitado de disposición sobre la propiedad tuvo que desembocar en un estado caótico y desorbitado en donde fué determinante como derecho el poder económico del individuo, no el bienestar del conjunto. La supresión de la comunidad en el centro de toda acción y su sustitución por el egoísmo del individuo, abrió el camino libre para la actual modalidad económica. El fundamento del moderno capitalismo es por eso caótico, como tampoco el actual "sistema económico" es más que la ausencia de sistema elevada a sistema.

Ese estado de cosas se volvió peligroso también para el capitalista. Tuvo que contar cada día que un capitalista más poderoso pusiera en marcha un establecimiento idéntico y concurriese con él. Si acudía en su socorro la técnica dirigida continuamente al perfeccionamiento de los métodos existentes de producción para proveer al nuevo establecimiento de máquinas más renditivas, entonces la ruina de la vieja empresa era inevitable y el porvenir de la nueva estaba asegurado — hasta que otro, en mejores condiciones, le preparase el mismo destino. Con eso intervino un nuevo factor: la base de la producción perdió su continuidad anterior y el empresario de la producción su seguridad. El poder ilimitado de disposición de la propiedad elevado a derecho hereditario se comenzó a vengar en algunos capitalistas mismos, pues el derecho del hombre a la explotación de los demás no podía excluir el derecho a la explotación del explotador.

Entre tanto, no sólo hubo rápidos progresos de la técnica de la producción, que llenaron de intranquilidad a la economía y a los capitalistas. Las nuevas máquinas de trabajo impulsaron al gran establecimiento, pues sólo la asociación de un gran número de ellas permitía la más rentable utilización. La concurrencia entre los capitalistas no sólo se convirtió en una carrera en apuesta donde no decidía sólo la superioridad técnica y la diligencia comercial, sino ante todo el poder financiero reunido en las manos del individuo. El que no tenía capital o tenía poco, pero que simultáneamente quería participar en la explotación de las nuevas fuentes de riqueza descubiertas, trató de complementarlo con el capital de otros, ofreciendo en cambio un porcentaje de la ganancia. De esa manera se movilizó el capital pasivo hasta entonces para la nueva economía y se desarrolló un nuevo derecho civil: el interés del capital.

Todos esos hechos creados por la revolución de los métodos de producción elevaron el capital a la categoría de poder inaudito y modificaron al mismo tiempo radicalmente las condiciones sociales. Las últimas supervivencias de una comunidad popular fueron deshechas y surgieron aquellos dos grandes grupos, el del capital y el del trabajo, que, separados entre sí por un abismo infranqueable, cayeron en una irreconciliable disputa.

Lo que los primeros inventores imaginaron como una ayuda para la humanidad laboriosa, se transformó de ese modo precisamente en lo contrario, más por las circunstancias casuales que por el poder de entonces: en lugar de ser un amigo del obrero, la máquina fué su constante fatalidad, cuyos efectos, como hemos visto, todavía no desaparecieron. Al contrario, la técnica, en su progreso, aumentó infinitamente el carácter terrible de esos nuevos instrumentos, trasladando a lo que primero fué una contienda entre individuos y después dentro de una nación, primero de Inglaterra al continente europeo y finalmente a todo el mundo. Pues con el tiempo desarrollaron las nuevas condiciones sus propias leyes de nuevo. Causa y efecto se anudaron y entraron en un tráfico constante.

Una importancia decisiva de la ulterior evolución hay que atribuirla al interés del capital. Surgido primero sólo como un favor de los métodos de producción modificados o al menos convertidos en fenómeno general, el interés del capital se convirtió en un nuevo elemento que influyó e intranquilizó toda la economía. El interés por el capital se volvió cosa tan natural que todo empleo de capital sin interés fué considerado en lo sucesivo como una pérdida directa. Todo nuevo capital, lo mismo que el existente, impulsó formalmente a una colocación rentable y afluyó incontenible al proceso de la producción con el resultado que los cuadros de la producción se extendieron mucho más allá de las necesidades existentes. Una perturbación en la reproducción del capital no se pudo impedir más que conquistando sin cesar nuevos mercados y encontrando nuevos consumidores.

En el curso de pocas décadas todo el mundo fué atraído de ese modo al círculo de la moderna industria. Las regiones más lejanas de la tierra fueron inundadas con artículos industriales baratos y transformadas en una especie de ensanchado territorio interior de la industria europea y norteamericana. Así comenzó, fomentada por la técnica progresiva del transporte, la era industrial imperialista que complicó en una disidencia cada vez más grande a los Estados industriales y finalmente llevó a la mayor conflagración mundial que haya experimentado la humanidad.

Una consecuencia del interés del capital elevado a principio de toda economía es también el aumento considerable de la inestabilidad de los medios de producción resultante de la concurrencia y del desenvolvimiento técnico. "La burguesía no puede existir sin revolucionar los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea todas las condiciones sociales" (Manifiesto comunista). La burguesía debe pensar siempre en crear posibilidades de empleo, es decir, de "trabajo", para su capital. En esa aspiración es apoyada primero involuntariamente por los inventores voluntarios. Cada uno de los mejoramientos técnicos indicados por ellos los recoge de inmediato el capitalismo, siéndole completamente indiferente que resulte de ellos o no un beneficio económico para el pueblo. Para la burguesía sólo es decisivo el problema de la posibilidad de capitalización. Pero cuanto más avanza la reproducción del capital, tanto más superfluos se vuelven muchos capitales, tanto más grande es el peligro de "desocupación" para el capital. El interés amenaza caer. En ese estadio la burguesía no puede dejar al azar los progresos técnicos. Es forzada a estimular ella misma nuevos descubrimientos. La apertura de nuevas posibilidades de empleo del capital se convierte en una necesidad ineludible y en condición de vida para la burguesía.

Todos los éxitos en el terreno técnico y científico, de que se alaba la burguesía como de los resultados "del libre espíritu de empresa", no son, pues, más que fenómenos necesarios de la aspiración especulativa del capitalismo. No es por tanto exacto el considerar la técnica y la ciencia como factores independientes y autónomos de la economía y el querer hacerlos responsables a ellos solos de la actual inestabilidad de la vida económica. Cuándo se deslizó ese error y lo necesario que es resistirle, lo muestra la siguiente frase de Robert Liefmann, un economista por lo demás tan sobrio en sus juicios: "Condiciones económicas más equivalentes — escribe Liefmann en "Die Unternehmungsformen" — no serán posibles en una distribución de la producción desde arriba, sino sólo con la interrupción del progreso técnico. Este y no la codicia privada, que sólo debe ser obstaculizada en los abusos, es la causa principal de las oscilaciones de la coyuntura y de la situación caótica de la producción".

Esa afirmación no tiene valor más que en relación a un caso determinado o en relación a los comienzos de la revolución industrial. Una generalización — como la de Liefmann — es sin embargo insostenible. Con mucha más razón — al menos en lo que se refiere a las últimas décadas, se puede establecer la regla general que la codicia privada, el esfuerzo por mantener en alto el interés del capital, precipita artificial y conscientemente el progreso técnico. Este reconocimiento es importante por otra razón aún. Si la realidad fuera otra y fuera la técnica en realidad el único poder misteriosamente subversivo, entonces el capital nacional e internacional, soldado por carteles, trusts y konzerne, suprimiría hasta cierto grado ese defecto. En verdad ni en el pasado ni el presente faltaron ensayos al respecto, pero las alianzas recíprocas tuvieron y tienen, en el mejor de los casos, existencia sólo para un determinado período. Siempre son quebrantadas por la necesidad de colocar los nuevos capitales. Las leyes creadas por el capitalismo le obligan a rebelarse de continuo contra sí mismo. El caos, el fundamento y la esencia del modo capitalista de producción, se rebela contra todo ensayo de un orden como contra un atentado dirigido contra el capitalismo. Esa es justamente la contradicción del capitalismo, que no puede subordinar a los imperativos de la razón las fuerzas desencadenadas por él mismo, sino que esas fuerzas se convierten en factores que dominan a sus propios creadores.

Unicamente así se comprenden las grandes transformaciones que tienen lugar actualmente en la economía mundial. La

---

Pero no son los dirigentes del fascismo quienes se engañan con esta bambolla tremebunda de la reedición del antiguo imperio romano,—porque ellos heredaron los ensueños vesánicos del ex kaiser—, sino a los demás, intentando prolongar su nefasto poderío con la inyección del virus imperialista.

Y estas supuestas colonias, repartidas militarmente en el mapa geográfico, pueden ofrecer tema a los periodistas y profesores fascistas, dorando así los tragos amargos que está soportando la población italiana, pero jamás proporcionarán un bocado de pan a los proletarios italianos, quienes si se aviniesen a ser colonos en esas tierras todavía sin conquistar, serían más explotados que por los terratenientes de sus aldeas.

Esa es la farisaica panacea que sugiere el régimen fascista a los sin patria, — aquellos que no poseen ni el pedazo de tierra que los abrigará para el sueño eterno.

substitución del carbón y del vapor por el petróleo y la electricidad, la nueva valorización de la fuerza hidráulica y del viento, no son los fenómenos simultáneos de invenciones accidentales, además esa subtitución de viejas fuerzas productivas se ha hecho necesaria por una desproporción entre fuerza de trabajo y consumo. La modificación del aparato productivo es más bien y principalmente una creación necesaria del capital en busca de campo de empleo y a esa necesidad tiene que doblegarse todo el capitalismo, quiera o no quiera. Por eso es raro que el capitalista aislado disfrute totalmente los frutos de su establecimiento y del trabajo de sus máquinas. No puede esperar la muerte "natural" de sus instrumentos de producción, sino reducir continuamente el tiempo de su vida. Por esa razón no es siempre arbitrariedad, no es siempre codicia exclusiva de rápida acumulación, cuando el fabricante procede anualmente a inscribir en su establecimiento valores que sobrepasan las prescripciones legales. Se trata más bien en su mayor parte de una imposición de las leyes generales del sistema económico capitalista. No necesita hacerse resaltar que esa imposición es especialmente grande en períodos en que no sólo son perdidos los medios de producción, sino la base total de la producción.

Prácticamente ese cambio continuo del aparato productivo lleva al mayor derroche de artículos. En pocos años se suprimen máquinas para dejar el puesto a otras nuevas, que poco después serán sustituídas por otras. (Un ejemplo elocuente de tal devastación de valores se podía leer hace poco en el *Frankfurter Zeitung*: Hay establecimientos textiles (en Shanghai) que dejan oxidarse en el patio buenas máquinas sin montar, porque fueron adquiridas ya máquinas mejores y están en camino. Entre tanto, el establecimiento trabaja con máquinas anticuadas).— *Frankfurter Zeitung*, N.o 958, 23 de diciembre de 1924.

En ese derroche involuntario de valores hay que hallar también la explicación de por qué todos esos progresos técnicos no alivian las vastas masas de la población y por qué las capitalistas se resisten tesoneramente a las reducciones de la jornada, no obstante los mejores instrumentos de producción. Deben sacar a los nuevos medios de producción los gastos de los viejos, desechados inútilmente, y procurar intereses para un capital mayor de lo que representa la instalación en valor efectivo. Con otras palabras: junto al capital productivamente empleado, hay una parte improductiva, por la cual reclama interés al banquero o financiero. El capitalista es forzado, pues, a extraer de su establecimiento lo más posible y no puede consentir en la reducción de la jornada ni en más elevados salarios, aun cuando ha sido aumentada considerablemente la productividad por medio de nuevas máquinas de trabajo.

Esta constatación no significa una justificación del modo de obrar del capitalismo. Sólo quiere demostrar que el capitalista aislado no es libre en sus acciones y que el modo capitalista de producción le impone condiciones a que no puede, en tanto que individuo, sustraerse. Esa es la fatalidad de tal estado de cosas: la humanidad, el proletariado que es el que sufre, ante todo por ese derroche diario, el personal de un establecimiento que ve con sus ojos ese derroche, no puede acusar al capitalista particular, porque obra bajo el imperio de una ley económica y en su mayor parte es ejecutor involuntario de un crimen, no es criminal por voluntad propia. No raramente tiene él mismo que levantar la mano contra sí. Ya comienzan las industrias instaladas en los países trasatlánticos en el apremio por encontrar posibilidades de empleo para el exceso de capital, por hacer una concurrencia sensible al capital de los viejos Estados industriales. En la misma dirección obra la continua exportación de máquinas, que en este momento procura grandes ganancias a la industria de las máquinas de los viejos países, pero que reduce forzosamente las posibilidades de venta de otras industrias.

Hay que pensar aún en otro derroche capitalismo. En la misma medida que la concurrencia perdió su carácter individual y se convirtió en una concurrencia entre industrias nacionales, creció la necesidad de proteger los intereses del capital nacional por el ejército y la flota. Una parte mayor de la fuerza popular fué retirada de la creación productiva y forzada a la ejecución de trabajos privados de todo valor útil para la economía del pueblo, y que absorben una gran parte del abaratamiento de la producción conseguido por el moderno maquinismo. Tan grande es ese derroche que ha llevado a la formación de enormes industrias. Una parte no insignificante de todo el capital industrial y bancario ha sido colocada en esa rama de industria, y tiene el mismo interés en su persistencia que el capital marítimo o ferroviario tiene en el sostenimiento de las industrias respectivas. Que en ese interés de grupos capitalistas privados en la producción de material de guerra hay un peligro considerable para la paz de los pueblos, lo mencionamos sólo aquí. Para nuestra consideración es esencial particularmente la importancia que tiene también aquí la técnica. Se puede decir, sin exageración, que en ninguna otra industria domina una actividad inventiva tan febril como en la industria de los armamentos. Aquí sigue formalmente un perfeccionamiento al otro. Apenas se ha inventado un nuevo medio de destrucción, la misma fábrica produce pronto otro nuevo. También eso corresponde a una ley capitalista de autoconservación: por las continuas invenciones los Estados son forzados a cambiar también en tiempos de paz constantemente sus utensilios de guerra. Justamente ahora estamos en medio de una de las más formidables revoluciones en el dominio de la técnica bélica. El dominio del aire en relación con los progresos en la industria química, ha desvalorizado casi completamente todo el mecanismo bélico conocido hasta aquí. Los grandes barcos de guerra, que hace unas décadas parecían tener la dominación exclusiva del mar, hoy no tienen ya, a lo sumo, más que valor para el museo o como material viejo. Nuevas armas de valor bélico mucho mayor, se han abierto camino y abren perspectivas totalmente nuevas. Con esa modificación de la técnica de los armamentos se produce otra modificación: el carbón y el hierro han perdido su importancia decisiva para la guerra y han sido relegados a segunda línea. Decisivo es ahora el poder de disposición sobre fuentes y provisiones de petróleo. Con eso se agudizaron de nuevo las disidencias entre los Estados capitalistas.

Pero no sólo se pierden para la producción útil las fuerzas humanas y los materiales empleados directamente en la industria de la guerra. También el actual Estado capitalista con su aparato administrativo, con sus ejércitos y sus escuadras, su policía y sus funcionarios recaudadores de impuestos, con sus jueces, sus curas y sus maestros de escuela, visto exactamente no es más que una concentración de poder complementario de la industria de los armamentos para la protección de los intereses del capital.

Agreguemos a la devastación aquí mencionada los demás gastos improductivos ligados forzosamente al desbarajuste de la producción capitalista — los gastos de la organización comercial, del reclame y de la propaganda, de la prensa industrial, etc. — y entonces comprenderemos lo que impidió a las masas hasta aquí mejorar su situación, aunque no sea más que su situación material, con los progresos de la técnica. Pero entonces comprenderemos también que la dominación de las actuales leyes económicas no admite un mejoramiento duradero para la humanidad y que la lógica implacable del capitalismo consiste sólo en llevar los pueblos a la ruina.

La revolución técnica de nuestros días

Se ha dicho, y tal vez con perfecta razón, que el sistema capitalista de producción atraviesa actualmente por un período que podría llamarse revolucionario, comparable en sus efectos al período inicial de la implantación del capitalismo mismo. Y esa evolución o revolución actual de la técnica productiva es tan evidente y sus consecuencias y perspectivas son tan palpables que nos duele la constatación de la indiferencia con que el proletariado internacional contempla este asunto de triple aspecto: la organización racional o científica de los establecimientos industriales, la intensividad creciente del trabajo y la introducción de nuevas máquinas que suprimen cada vez mayor número de brazos humanos.

Leamos una breve noticia periodística. Cada trabajador y cada revolucionario, con sólo abrir los ojos, tienen elementos suficientes de juicio en el radio de su experiencia cotidiana para comprender nuestras inquietudes ante el proceso de transformación de los actuales métodos capitalistas de producción. Por ejemplo:

"En la calle Belle-Alliance, (Berlín), trabaja la primera máquina pavimentadora (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2.000 de esas máquinas y se construyeron con ellas desde hace 10 años unos 60.000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15.000 marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el apilonamiento y el pulimento. Los railes por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de nueve metros. El asfalto queda tan sólido que unos minutos después de apilonar la superficie se puede andar por él sin inconveniente. Ojalá ese comienzo regocijante de la mecanización en la pavimentación de calles dé el impulso a otras innovaciones. Los trabajadores, que no hacen falta ya para el asfaltado, pues la máquina puede ser servida por un sólo hombre, pueden ser utilizados para el acarreo del material y la colocación de los railes." (*Worwaerts*, 4 de mayo, 1926, Berlín).

El autor de ese suelto no ha sabido deducir las consecuencias lógicas de esa innovación en la construcción de calles. Lo han hecho nuestros camaradas en su *Mitteilungsblatt* de los obreros del ramo de la madera de Berlín (8 de mayo de 1926), donde se descomponen así los datos:

5 obreros asfaltan por día 30 metros de calle. Si hubiese que asfaltar 10.000 metros, necesitarían 333 días y 1|3. Ahora, con la aplicación de la asfaltadora mecánica, que requiere un hombre para su manejo y otros cuatro para el transporte del material y la colocación de los railes, se puede hacer el mismo trabajo en 40 días.

Compárese, pues, las cifras; para asfaltar 10.000 metros de calle, 5 obreros necesitan:

Trabajo manual, 333 días y 1|3.
Trabajo mecánico, 40 días.

Es decir, con el trabajo mecánico se ahorran 297 días, lo que en la sociedad capitalista se traduce por desocupación, miseria, rebajamiento del nivel de la vida material y moral de los trabajadores.

Comprendemos que ante esa mecanización extrema del proceso de trabajo el capitalista se sienta satisfecho; pero para el proletariado no es ningún motivo de regocijo, sino de seria reflexión.

Un par de panaderías modernas, servidas por una docena de obreros, pueden abastecer cómodamente el consumo cotidiano de una gran ciudad a precios inferiores a los actuales; en algunas ciudades norteamericanas está ya en marcha ese proceso, contra el cual las pequeñas panaderías y los pequeños patrones no tienen más remedio que desaparecer. Y eso sería aceptado por un buen marxista como un paso más hacia la revolución; pero nosotros no tenemos ese consuelo, y sin mencionar siquiera las consecuencias ulteriores, tenemos el espectáculo inmediato de la desocupación forzosa de millares de obreros panaderos.

En el ramo de la madera parecía un poco más difícil la racionalización del trabajo, o sea la especialización según el sistema Ford; sin embargo, ese trabajo especializado está ya en marcha en casi todos los países y se puede constatar que todas las grandes fábricas de pueblos trabajan, cuando mucho, con una tercera parte del personal de la pre-guerra, y producen más que antes. He ahí una nueva fuente de desocupación obrera, de prevalencia capitalista, de miseria, de concurrencia por el pan cotidiano, de reducción de los salarios, etc., etc.

¿Se nos perdonará que volvamos a repetir la cantinela de la jornada de seis horas? Tenemos la firme decisión de no dejar esta tecla hasta que la idea se convierta en un movimiento efectivo de las grandes masas; y eso lo hemos de ver, pues esa reducción de la jornada es la única perspectiva de solución a los grandes problemas contemporáneos del trabajo.

Aunque no con la intensidad que fuera de desear, aparte de los trabajadores revolucionarios de México que se han puesto en este asunto a la cabeza, vemos a través de la prensa en Alemania, en Suecia y Noruega que la resolución del segundo congreso de la A. I. T. en Amsterdam no se ha perdido por completo, hay ya muchos militantes que comienzan a preocuparse seriamente de la jornada de seis horas, muchos de aquellos que hace un año se mostraban un tanto escépticos al reconocimiento del valor de esa idea, están ya dispuestos a iniciar la lucha.

Hay que tener la seguridad que un poco más adelante el reformismo sindical, hoy entretenido en negociar con los capitalistas ventajas para los jefes y magnates de las organizaciones respectivas, tendrá que volver la mirada a las seis horas y lo que, en nuestras manos, podría ser un movimiento revolucionario, será en manos de esas hienas del socialismo, como los llamara Max Nettlau, una simple reforma impuesta por las circunstancias y que perderá su significación originaria. Estamos aún a tiempo de encabezar nosotros, con nuestras propias fuerzas, la conquista de las seis horas, descomponiendo así, por los resultados inmediatos de nuestra propaganda y nuestra acción, los baluartes del reformismo obrero.

G. BERNARD SHAW

Difinición de la inmoralidad

Todo lo que es contrario a las costumbres y maneras establecidas, es inmoral. Un acto o una doctrina inmoral no debe ser, necesariamente, algo malo; por el contrario, todo progreso en el dominio del pensamiento o de la conducta, es, por definición, inmoral, mientras no cuente a la mayoría de su lado. Por esta razón es de la mayor importancia que se proteja a la inmoralidad contra los ataques de aquellos que no tienen más norma que la norma de la costumbre y que consideran todo ataque a la costumbre — es decir, a la moral — como un ataque a la sociedad, a la religión y a la virtud.

Un censor oficial, como el que se quiere establecer para las obras teatrales, no es, deliberadamente, un protector de la inmoralidad. Tiende siempre a la protección de la moralidad. En efecto, la moralidad es extremadamente útil para la sociedad. Impone una conducta convencional a la gran masa de personas que son incapaces de un juicio ético original y que se perderían si les faltaran los andadores que han hecho para guiarlos los legisladores, los filósofos, los profetas y los poetas. Pero la moralidad no cuenta con la censura para su protec-

ción. Ya la fortifican poderosamente la magistratura y todo el cuerpo de las leyes. La blasfemia, la indecencia, el libelo, el engaño, la sedición, la obscenidad, la profanación y todos los demás males que la censura está destinada a prevenir, son castigables por el magistrado civil con toda la severidad del prestigio vehemente. La moralidad posee no sólo todos los instrumentos que los legisladores han ideado para su protección, sino también el peso enorme de la opinión pública, reforzada por el ostracismo social, que es más fuerte que todas las leyes. Un censor que pretende proteger la moralidad es como un niño que empuja los almohadones de un coche de ferrocarril, para darse la ilusión de que está haciendo correr al tren a sesenta millas por hora. Es la inmoralidad, no la moralidad, lo que necesita protección; es la moralidad, no la inmoralidad, lo que necesita freno; pues la moralidad, con todo el peso muerto de la inercia y de la superstición humanas, para dejarlo caer en los hombros del que va adelante, del "porvenir", y toda la maldad de la vulgaridad y del prejuicio para amenazarle, es culpable de muchas persecuciones y de muchos martirios.

Con todo, las persecuciones y los martirios son insignificantes, comparados con el daño causado por las censuras al retardar la marcha general de la cultura. Y esto se nos hará patente imaginando cuál habría sido el efecto de aplicar a toda literatura la censura que aplicamos al teatro. Las obras de Linneo y de los evolucionistas de 1790 a 1830, de Darwin, Wallace, Huxley, Helmholtz, Tyndall, Spencer, Samuel Butler y Ruskin no habrían sido publicadas, pues eran todas inmorales y heréticas en el más alto grado y causaban molestia a mucha gente respetable y piadosa. Actualmente están condenadas por las censuras griega y católico-romana, que las consideran impropias como lectura general. Una censura de la conducta habría sido igualmente desastrosa. La deslealtad de Hampden y de Washington; la irritante inmoralidad de Lutero, no sólo al casarse cuando era sacerdote, sino al casarse con una monja; la herejía de Galileo; las chocantes blasfemias y sacrilegios de Mahoma contra los ídolos; la blasfemia aún más asombrosa de Jesús, cuando declaró que Dios era hijo del hombre y él mismo hijo de Dios; son, todos, ejemplos de inmoralidades que sublevan (toda inmoralidad subleva a alguien), cuya supresión y extinción habría sido más desastrosa que el daño mayor que se puede imaginar como consecuencia de la tolerancia del vicio.

Esos hechos, incontestables como son, pierden lo que tienen de chocante, en la transformación de inmoralidades en moralidades que se produce sin cesar. El cristianismo y el mahometismo, que en un tiempo fueron juzgados y tratados exactamente como se juzga y se trata hoy al anarquismo, se han convertido en religiones establecidas, y en su mismo nombre, se persigue a inmoralidades más recientes. La verdad es que el mayor número de las personas que profesan esas religiones, no han sido nunca más que simples moralistas. Un inglés respetable, que es cristiano porque ha nacido en Clapham, sería mahometano por semejante razón, es decir, si hubiese nacido en Constantinopla. El jamás ha tolerado de buen grado la inmoralidad. No adopta una innovación hasta que ésta se ha convertido en moral; y entonces la adopta, no en razón de su mérito, sino solamente porque se ha convertido en moral. Al hacerlo, no se da cuenta de que en un tiempo ha sido inmoral: por consiguiente, sus esfuerzos y resistencias primeras no le han enseñado lección alguna; y él se opone a un nuevo paso en el progreso humano, con tanta indignación como si las costumbres, las maneras y las ideas no hubiesen cambiado desde el principio del mundo. La tolerancia debe serle impuesta como un deber místico y penoso, por sus directores espirituales o políticos; de lo contrario condenará al mundo a la estagnación, que es el castigo de una moralidad inflexible.



At.

POR LOS SALONES

Exposición de dibujos de Luis Macaya (Witcomb)

Desde la fenecida "Libre Palabra", de Pacheco y Tito Foppa, conocimos a Luis Macaya como un ilustrador, un periodista del lápiz, quien fué ascendiendo en una inquietud constante de renovación.

De la turbamulta de revistas ilustradas que semanalmente empapelan las mil esquinas de la metrópoli, de estas toneladas de papel lujoso y de brillo glacial, jamás pudimos distinguir cuál diferencia existía entre los dibujos, exornados por los avisos y anuncios comerciales sobre las píldoras Equis o los purgativos Zeta, y los que pretendían ilustrar o decorar un cuento o un poema. No negaremos que hubo siempre dibujantes y caricaturistas talentosos, con la entera posesión de su oficio y con rasgos originales. Araó, Cao, Aníbal Giménez y otros contemporáneos, podrían honrar con su lápiz el periodismo ilustrado de cualquier metrópoli progresista y culta.

No creemos ni por un instante, que se deba este fenómeno de industrialismo y de mercachifismo artístico en periódicos y revistas, a los dibujantes como personalidades aisladas. Ellos no están en debate. Es el criterio ramplón, vulgar de las direcciones artísticas de aquí, que ha hecho que la Argentina no posea un *Jugend*, un *Punch*, un *Simplicisimus*, o la montonera de otras publicaciones francesas, inglesas o norteamericanas donde se ensayan con absoluta independencia y libertad las formas más variadas y modernas del dibujo, de la ilustración y de las portadas decorativas. Prima, entre directores y jefes de redacciones, la hegemonía caligráfica sobre todo otro género. Por este régimen de maniatados, de podados, pocos son los temperamentos que no han sucumbido, teniéndose que someter forzosamente a la dictadura del pendolismo en rigurosa vigencia. Y era y es para ellos, lo que gráficamente simboliza un refrán italiano: *Mangiare questa minestra o saltare quella finestra*. Tragarse esa menestra o saltar aquella *finestra*, — perdón por el catalanismo, en gracia del ripio y de la regionalidad del expositor.

¿Cómo pudo Luis Macaya mantenerse incólume de la menor claudicación, de no desfallecer en el continuo servicio de dos amos, como son el absorbente trabajo diurno y de noria por la vulgarización de sus dones, para satisfacer el anodino gusto de los capataces artísticos de la opinión pública, y seguir nutriendo a trompicones el anhelo de aprender, perfeccionarse en una labor desinteresada e íntima?

Es el mayor e intrínseco mérito que nos salta a la vista, contemplando esta pequeña sala moteada por la decoración abigarrada y fantástica de 56 obras, en las cuales se empleó variadas materias, desde la tinta china, el gouache y la acuarela, hasta el procedimiento compósito en la imitación del grabado antiguo en colores. Esta versatilidad no es el atributo de un diletantismo deleitoso, que no lleva otro fin que el del juego por el juego, en una habilidad funambulesca, en un virtuosismo incongruente, y sí denota el amor del artesano por su oficio, quien se complace en alternar, cambiar la técnica siempre y cuando ha de adecuarse armónicamente con el asunto, ya burlesco, decorativo y etc.

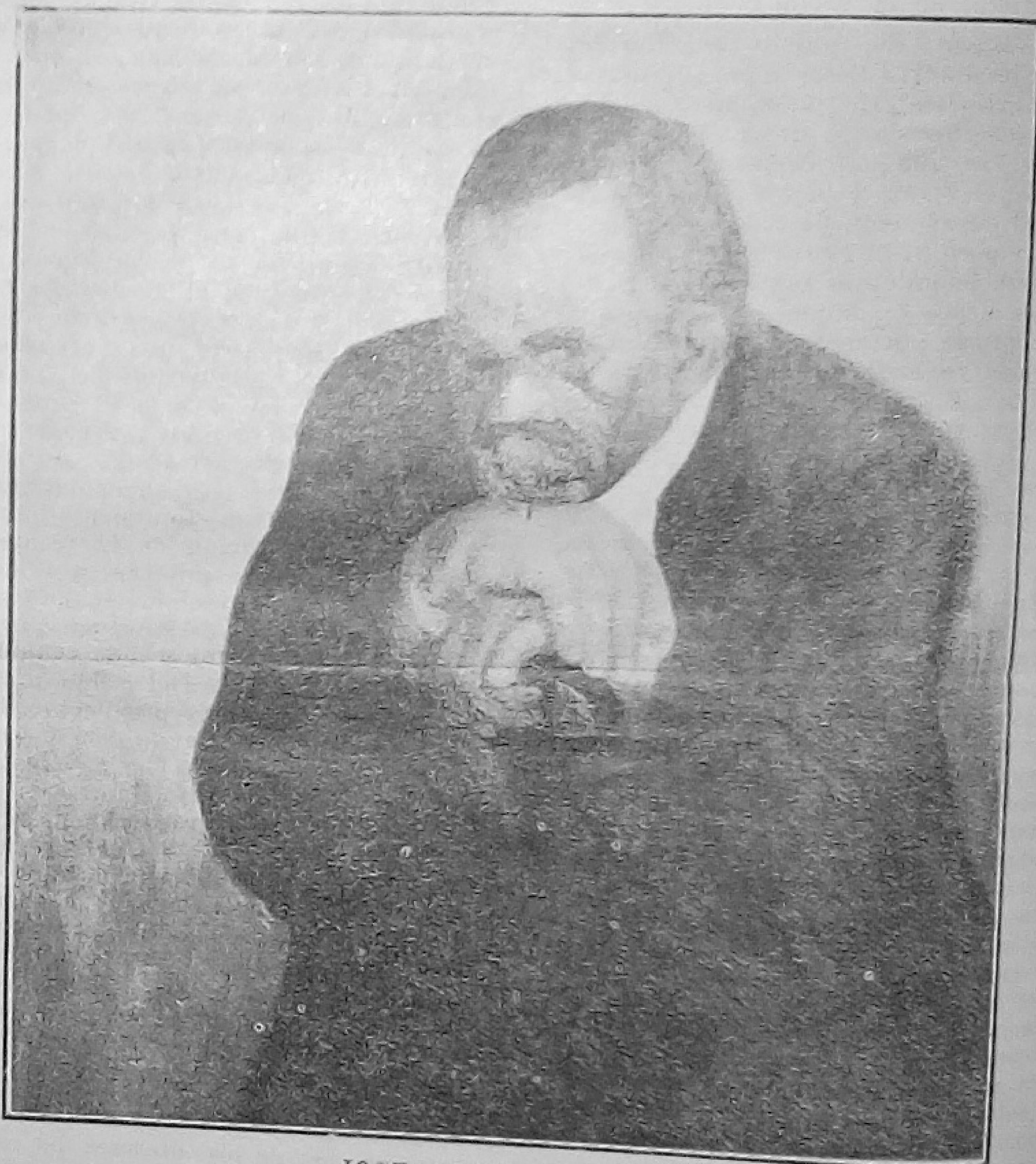
Pudiendo Macaya deslizarse por la vana pendiente del caligrafismo elegante, virtud manual peligrosísima que perdió a tantos, evitándoles de pensar, se mantuvo invariablemente en el buen camino, por lo que hay en él de artista imbuído de un sentido práctico y objetivo, del cual se sirvió como pauta en la búsqueda de una documentación a través de la realidad circundante, fruto y perpetua preñez de la humana existencia.

Al no perder contacto con los numerosos modelos ofrecidoles por la vida, hizo inagotable su vena, permitiéndole renovarse, ya parcial o generalmente. En el suyo un dibujo que denotaba, en el periodismo semanal, la calidad viva de quien se observa y se castiga para dar cuanto sabe y puede. Era su nota la que a los artistas podía darnos motivos de satisfacción, por ser uno de los maestros que detestaba el amaneramiento y el patrón standardizado.

Son todas estas preeminencias — no tan fáciles de superar — de decorador y viñetista humorístico, que encontramos en la mayoría de sus obras. Es donde está mejor y donde su locuacidad de colorista resulta ajustada y casi magistral. Verbigracia, "El hachador", el "Sailor bar", "Librería de viejo", "Astillero", etc. y todas las estilizaciones de supremo garbo, de animales.

En cambio, "Selva tropical", "Cazador de tigres", de una fantasía ficticia y artificiosa, de un falso decorativismo, no es lo más suyo en concepto de insensibilidad manual, de mero *tour de force*. Es un género solamente apropiado para los preciosistas, quienes saldrán del paso por la voluptuosidad del colorido. Un Pohany, pongamos por caso, ilustrador de gran mérito, y ahora escenógrafo en Nueva York.

Sus *cabezas célebres*, son también más decorativas que hondas en su carácter. Sabemos demasiado que no se propuso hacer de ellas un estudio serio y profundo, y nuestra observación sería superflua si no fuese que indica su talón de Aquiles, que Macaya sabrá obviarlo con esa tenacidad suya para el trabajo y el estudio.



JOSE ARATO — "Figura"

Exposición José Arato (A. A. del Arte)

Después de un largo interregno de silencio, desde sus primeras apariciones ante el público con Vigo y el escultor Riganelli, en el fallecido Salón Costa, José Arato viene a nuestro encuentro para mostrarnos un rincón ya sospechado de su espíritu, que vislumbráramos otrora en la pugna confusa con la indócil materia. No nos sobrecogió su presente labor, sino por la grata sorpresa, confirmación de la fé que depusiéramos en él. En efecto, "Acción de Arte" fué entonces la más cordial y comprensiva en las reseñas sobre esas muestras; y cuyo grupo editor supo elogiar justamente y con capacidad aquellos artistas que rasgaban el cascarón de lo inédito.

Debería ser para nosotros este conjunto de pinturas, dibujos, aguafuertes y maderas, fuertemente atractivo por la genuina humildad suya, por su tinte de arte social y por su evocación poemática de los tristes y de los rudos, sepultados por la miseria de todos los días en los suburbios fangosos de facha destartalada. Trata con cariño espontáneo y una naturalidad tan encantadora por su ingenua frescura, escenas caras a los votados a una prédica humanitaria, quienes por rebeldes, ven todas las lacerías vivientes con los ojos de piedad de un cirujano social. Es una pintura que, especialmente en su nexo anecdótico, se dirige a los hombres de ideas y al pueblo, el cual a veces *siente* por impulso, más que razona, sus instintos y sensaciones.

Sin embargo, ¿es esta una pintura popular? No, no lo es. No es muy posible que lo fuera, en un ambiente de feroz individualismo. Por lo pronto, la inhibe para serlo la carencia de un lenguaje técnico expedito, más sintético, más amplio y simple, librado de minuciosidades que le permita lanzarse sólo a la intensidad de la expresión. Todas las artes colectivas, substrato de una raza o nación — japonesas, góticas, etc. — han sido populares por dos elementos espontáneos e indisolubles: el espíritu y la forma en su faz exotérica. Detalle curioso y falla indudable en la *manera pictórica* de Arato es *individualista* en su preocupación de minúsculo verismo — retratos, figuras, etc. — y por teoría y por la pasta de su naturaleza tiende a ser un gajo de un arte prematuramente colectivo.

Esta flagrante contradicción entre lo que se propone y puede, le induce involuntariamente a quedar en el aspecto de una pintura de intención popular, apresando y contentándose con lo pintoresco de la humildad, de la pobreza y etc. El intento de trasladar el arrabal, por la peregrina coloración de su infortunio, vivaz y sombrío, que gime, canta, se adolora, ama y mata, refundiéndolo en la literatura, en la música y artes plásticas, ha sido ya realizado numerosas veces con suerte incierta y diversa. El conventillo y sus adyacencias fué exprimido hasta el bagazo, y proporcionó infinitos temas.

¿Se armazonaron hasta ahora estas distintas manifestaciones en la mera apariencia de un arte colectivo y popular? No nos ilusionemos sobre este punto y expresamente no cierren los ojos a la realidad quienes se hallan limitados a ese hito de trascendentalismo humanitario. Es esta una materia oscura, dispersa y amorfa que nadie hasta ahora pudo sol-

...ar orgánicamente para elevarla al rango de una verdad colectiva de arte.

Declaremos que están mucho más cerca de esta leve huella las tendencias artísticas avanzadas — cubismo, etc. — que se inclinan a lo impersonal, al anonimato de los primitivos artesanos — quienes desaparecían tras de sus obras individuales para integrarse en un esfuerzo común. Y ellas, en sus abstractas geometrizaciones, es más probable que algún día se conviertan en escritura artística, colectiva y popular, que quienes en su insistencia y buenas intenciones se ponen graves y trascendentalizan humanitariamente e intentan estilizar haciendo preciosismo y verismo en confusión babélica. Hay un resto de arte burgués—por provin-



JOSE ARATO — "Figura"

...cianismo—en el fondo y en la superficie de sus procedimientos, del cual no se atreven a despojarse.

Ahí se encuentra el contrasentido insoluble, dado que la forma, el lenguaje — dígasele Hache — está en franco desacuerdo con el espíritu, y la fusión armónica de estos elementos se halla lejos de producirse. Más explícito: pretenden hablarle a los proletarios, a los humildes, por la representación de sus arquetipos, sus escenas familiares e íntimas, con un idioma inadecuado, confuso, ampuloso o inútilmente enredado: quieren ser los simples de sentimientos y complican esos sentimientos con las pequeñas y reducidas miras propias de un academico, — sea dicho ello en la mejor acepción del vocablo. Breve: venidos de la masa popular y habiendo convivido con ella, no conservaron su ruda franqueza para expresar directamente sus sensaciones.

El remedio se hallaría al alcance de ellos, si al proponerse representar en la escultura, en la pintura o en el grabado el sentir popular, estudiasen estas manifestaciones en los países donde lograron una expresión colectiva. Y estudiando a los artesanos — artistas a pesar suyo — no llegarían a darnos un arte popular — en el lato sentido que otorgamos nosotros a esta definición, sino que dejaría de ser menos evidente su desorientación, por esta mezcla híbrida de elementos antagónicos entre sí.

—

No se refieren todas estas objeciones animadas de un sincero deseo de decir nuestra pequeña verdad con el fin de señalar y esclarecer en lo que podamos a quienes tenemos en alta estima y nos son tan afines — exclusivamente a la muestra de José Arato. Si ella nos las sugirió, se debe a que, a pesar de todo, adolece quizás en menor grado, de ese defecto común del grupo de los Palazzo, de los cuales sólo Juan pudo salir victorioso con su libro "La Casa por Dentro".

Como hiciéramos notar antes, Arato se distingue por el cariño y la ingenuo frescura con que interpreta los personajes y las escenas denominadas por él "El Arrabal". Denota, sin embargo, una sensibilidad más literaria que plástica. No siempre puede expresarse con fluidez. Al contrario, a veces padece de pobreza, y hay algunos trozos en sus cuadros sin resolver o inexpresivos. Pero no haremos hincapié en ello, ya que esto puede ser subsanado con el tiempo y con un poco más de aplicación.

Y es explicable. Se halla aún en el período literario, donde la teoría pugna y riñe su gran batalla con la realización, con lo que se ha de llevar al lienzo. No existe artista, — y siempre fueron los mejores, — que no haya sido torturado inenarrablemente por ese trance de hibridez inevitable. En el afán de expresar sensaciones *extrapictóricas* — si se nos permite el término provisorio — que vayan más allá del problema plástico solucionado friamente, se descuida, en ocasiones, lo considerado accesorio, que frecuentemente cobra importancia capital para la limpidez y hasta para la hermosura de esas mismas sensaciones.

Sus naturalezas muertas son las que más revelan al plástico y al artista. Su verdadero camino futuro es "Mesa de Pobre", donde pudo maridar armoniosamente la sensibilidad plástica y literaria: el *asunto*, el nexo anecdótico, expresado con belleza pictórica. Es que si lo uno no es acompañado de lo otro, la obra marra en su base.

En sus dibujos, grabados y aguafuertes suele ser casi siempre más expresivo que con los pinceles. Pero aquí existe también — en algunos grabados en madera — un preciosismo, un arabesco de líneas y grafías mal entendido y contraproducente.

Afirmemos de todos modos que la presente muestra nos acabó por descubrir plenariamente un temperamento de artista que irá lejos en sus propósitos de continuar estudiando con seriedad y con la sinceridad que es ya una de las características del acervo total de sus obras.

—— ••• ——

La XV exposición de Arte Internacional de Venecia

De este certamen internacional destacamos algunas noticias de interés general, extractadas de una crónica inserta en el periódico anarquista *Fede*, bajo la firma del conocido crítico Vinicio Paladini:

"En la sala central se han reunido las numerosas obras de Giovanni Segantini, las cuales, pasando por alto algunas telas enfermas de simbolismo por la influencia ejercida sobre él por Previati, nos hace revivir la trágica existencia de este gran espíritu, sumergiéndonos en un místico estupor, como nos acontece ante ciertos espectáculos de la naturaleza, tan grandiosos y sugestivos como el de esas enormes y ciclópeas montañas donde Segantini buscaba reposo y calma sedante...

—

A Ardengo Soffici se le discernió el honor de una sala personal, en la cual recogió lo mejor de su obra, desde el año 1907 hasta hoy, producción sellada con el carácter de sus ideas estéticas simples y claras, y por esto mismo placenteras para el veedor. Propicia este artista un retorno del arte italiano del 800, que señala la continuidad de la tradición pictórica nacional, para originar una pintura de *manchas*, modesta en su finalidad, tendiendo únicamente a dar de la campiña toscana su aspecto más virgen y fresco a través de una visión personal: una interpretación de los valores atmosféricos y plásticos, vigorosa en sus relaciones de tonos y de las masas esquematizadas en sus elementos esenciales.

En algunos de sus grandes cuadros, donde sus intenciones aparecen de manera menos modesta, una gran parte de esta sugestión de placer visual se pierde, para dar lugar a una especie de *Mancini*, en el contraste artificioso de luces y colores.

En el mismo plano teórico se encuentra Carrá, complicado del esfuerzo de esquematizar más las formas elementales y por un sutil amor hacia luces vesperales, que se resienten de la búsqueda de una pintura metafísica, de la cual, con De Chirico, ha sido uno de los creadores."

—

En esta crónica hemos dado preferencia a los expositores de una personalidad definida y que intervienen con una muestra de capital importancia.

Vinicio Paladini elogia, además, a Grigor Sciltian, el pintor armenio, de quien el Suplemento se ocupara; de Boris Grigorieff, con un inquietante retrato de Gorky, de Felice Carena, al que tilda el triunfador de este certamen.

Parece que los pintores del ochocientos italiano, tuvieron un lugar preponderante en esta exposición, ocupando varias salas. También se desprende que algunos estaban completamente desprovistos de valor artístico, y sólo mediaba el juego de la resurrección de una fuerte racha *chauvinista*... Es un retorno al *antico*, con toda la fanfarria de los prejuicios ancestrales.

Hay muertos poco afortunados. Hasta después de haber desaparecido, han de servir de trampolín para las pobrísimas pasiones de los vivos.

Guy de Maupassant

No tiene el aire de un hombre de letras.

El señor Guy de Maupassant es un mozo de 35 años, delgado, de porte militar, correctamente vestido.

Visto desde lejos, cuando no sabe que lo miran, hay en su fisonomía algo de duro e insolente.

Pero desde que se habla con él, el aspecto se modifica; a la apariencia de hace un instante, reemplaza una bondad cortés que parece natural. Una sonriente placidez lo envuelve de pies a cabeza.

La mirada quizá sea desconocida, pero su voz es muy dulce. Sus modales reservados pecan de poca familiaridad. El conjunto es circunspecto y muy modesto.

Se puede verlo todos los días, durante años; sean cuales sean las circunstancias y siempre se tendrá ante sí al mismo ser indiferente.

Se expresa exactamente como escribe. Escuchándolo se reconoce su prosa. Su conversación es prudente, calculada. No dice más que lo necesario y raramente habla de sí. Jamás ataca, pero su respuesta es peligrosa. Nunca se sale bien librado con este normando.

El autor de la "Maison Tellier", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.



JOSE ARATO — "De la Feria"

Es, además, de una impasibilidad singular.

Jamás pregunta, jamás insiste; jamás sus acciones traicionan la menor curiosidad. Hasta parece que a nadie observa.

Si la conversación decae en su presencia, deja que decaiga, pero no se retira. Jamás se sabe si se aburre o si se divierte. Sabe gozar con el aburrimiento de los demás, y sea cual sea el acogimiento, su apretón de manos es invariable.

A él nada le importa el valor de su interlocutor o del tema. Con igual serenidad escucha las discusiones más elevadas y las más pesadas sandeces. Todos los hombres y todas las cosas deben tener la misma importancia o la misma insignificancia a sus ojos. Si alguno lo envidia, él no envidia a nadie. Hecho raro en los tiempos que corremos.

El éxito de Zola o de Daudet, no le impide dormir. Para él es igual. No pertenece a ningún bando ni partido. No conozco, ni sus admiraciones ni sus odios. Gana 60.000 francos anuales con su pluma, y no se ocupa de las otras, ni aun las lee. Si uno dice lo contrario, se burla. Le gusta navegar. ¡Ah, su bote! lo prefiere a todo. Lo que le interesa, lo que le produce verdadera alegría es la naturaleza. Vive con ella. Sólo ella lo emociona y enternece. Sólo tiene corazón, este insensible, para los campos, para los bosques, para los ríos.

Recuérdese su relación del viaje por Córcega y la Normandía de sus novelas.

Cuando describe un camino verde, un claro de luna, una cabaña, no solamente es un realista, sino también un poeta enamorado. Se diría un amante que describe las bellezas de su querida.

Esta adoración lo quita de muchas cosas. Mirándolo de cerca, encuentro que se parece a sus paisanos. Como ellos, me parece, a la vez, misántropo y farsante, rústico en el fondo, paciente y amañado, soñador a pesar suyo y libertino.

Luego, de una voluntad y clarovidencia poco comunes, sabe lo que hará mañana. Conoce su vida de antemano y las emociones que experimentará.

Además es de una desconfianza excesiva.

Ella constituye el rasgo principal de su carácter. Y explica también su actitud reservada, su lenguaje desconcertante, sus actos, y en cierto modo, la observación amarga del escritor. La preocupación constante de Guy de Maupassant es de no parecer cándido, y siempre encuentra que lo parece demasiado, a pesar de ser el más astuto de los hombres. Desprecia los sensibles y los quiméricos. No se entrega y no cree en nadie; marcha, en fin, con el revólver en la mano.

Con él, naturalmente, ni virtud, ni delicadeza; el interés y la vanidad dirigen el mundo y no hay excepciones.

Si se le prueba amistad, tiende el oído y espera. Si encuentra una buena acción, la desmenuza y busca sus malos resortes ocultos. Es las "Máximas" de la La Rochefoucauld en carne y hueso.

De este modo ha hecho su camino. Y en cada empresa ha triunfado. Hay que decir en bien suyo, que no se juzga mejor que los otros. Lejos de eso. En los días de su pretendido abandono, Guy de Maupassant enumera sus culpas y proclama en voz alta su habilidad para mentir,

el desprecio hacia su arte y su amor inmoderado al dinero.

De creerlo, sería larga la lista de sus pecados.

Estuve en Cannes un invierno al mismo tiempo que Guy de Maupassant. A todas horas lo encontraba, de día y por la noche, sobre la tierra, sobre el mar, en toda partes, y me preguntaba cuándo trabajaba. El misterio es muy sencillo: trabaja apenas dos o tres horas por día. Tiene una facilidad asombrosa. Basta la consideración de los pocos instantes consagrados a su oficio y su poderosa fecundidad. Desde 1880, época en que comenzó a escribir, ha producido más de trescientos cuentos.

No hablo de novelas suyas, que son largas; y nótese que se trata aquí de obras eminentemente artísticas. Sus manuscritos, de letra clara y firme, no tienen erratas.

Cuando trabaja, trabaja apaciblemente como cuando come, como cuando habla. El señor Guy de Maupassant, no conoce la exaltación.

Si un fastidioso lo visita mientras está trabajando, Guy de Maupassant lo recibe. Una vez que el visitante ha partido, reanuda con filosofía su tarea interrumpida. Nadie resulta inoportuno con este hombre.

Si leen por encima de su hombro ni lo molestarán ni pecarían de indiscretos. Para él la inspiración no existe. Como es de suponer, tal seguridad no se adquiere así, en seguida.

Este artículo pertenece a la célebre pluma del dramaturgo Jorge Porto-Riche, que fué íntimo de Maupassant y le trató asiduamente durante toda su vida.

Ahora que Francia intenta resucitarle literariamente, en una nueva revisión de valores intelectuales y artísticos, resulta de rigurosa actualidad este brillante retrato compuesto en la lejana época de la aparición de la famosa novela "Bel Ami" o sea "El Buen Mozo".

Esta tentativa de exhumar la memoria gloriosa del poderoso novelista francés, se debió al gran escritor escandinavo Bojer, quien, a los postres de un banquete celebrado entre gentes de letras, hizo la siguiente declaración:

"Tenéis un escritor verdaderamente extraordinario, a quien se me figura que no dais mayor importancia; y es Maupassant. Maupassant es uno de los primeros escritores del siglo XIX, acaso el primero como narrador."

Se ha añadido aún, para hacer más justiciera esta póstuma reparación, que Tolstoy afirmó en varias ocasiones que el novelista francés que más le interesaba era Maupassant. Lo consideraba como el más talentoso escritor narrativo, y pronosticaba que en el ascenso de la edad madura llegaría a producir obras de auténtica genialidad.

LEON TOLSTOY

RECUERDOS DE INFANCIA

Antes de almorzar, nuestro padre nos conduce a hacer un paseo. Aunque después de nuestra llegada a Moscú hubiese tenido ocasión de pasearme por las avenidas, no podía acostumbrarme aún a la apariencia extraña de los habitantes de esa ciudad, ni a sus maneras; me era sobre todo más difícil comprender por qué, en Moscú, los transeuntes no prestaban ninguna atención a nosotros; al contrario, no solamente nadie se descubría ante nosotros, sino que había algunos que nos miraban con malos ojos, otros que al pasar nos empujaban sin cuidado, y todos se conducían ante nosotros como si decididamente hubiésemos cesado de ser los hijos de P. A. Irtenev y los propietarios de las aldeas Petrovskoe, Khabarovka y de otras. Me esforzaba en encontrar la causa de esa indiferencia general, que era casi desprecio, hacia nosotros. En los principios, supuse que se debía a lo mal vestidos que íbamos, pareciéndonos a pequeños campesinos; sin embargo vestíamos sobretodos elegantes que debían como creía con razón, inspirar algún respeto; en seguida pensé que nadie todavía nos conocía, y no obstante transcurrieron varios días sin que nos tuvieran tampoco en cuenta; en fin, después de todo pensé que probablemente nos habíamos atraído la cólera general y buscaba adivinar la causa.

Llegamos hasta la avenida Pretchistenski, mi padre avanzaba lentamente por el medio; nosotros corríamos velozmente alrededor de los tilos desnudos y sobre la yerba amarillenta. Ante nosotros caminaba una dama elegante, con una niña de siete años, de pelliza con bordes de terciopelo rojo y calzado de pieles. La pequeña hacía rodar un arco, con tanta indolencia que no se comprendía bien por qué lo hacía. Se diría más bien que hubiese recibido la orden de hacer rodar su arco hasta un punto determinado, y no que jugase. ¡Cuánto difería de Libouchka y de Jousenka, que hacían temblar los platos cuando corrían por el comedor!

Nuestro padre alcanzó a la dama y la niña, y llamándonos nos presentó a ellas. Saludamos y nos quitamos nuestras gorras. Como he dicho, me hallaba de tal modo estupefacto de que ninguna persona en la calle nos dijera los buenos días, que, al contrario, los transeuntes nos demostrasen una indiferencia absoluta, que había caído en el otro extremo: me volví servil y obsequioso. Así, habiéndome quitado la gorra la conservaba en la mano, guardando una actitud respetuosa. Volodia me tira de la manga del sobretodo y me dice:

—¿Por qué te quedas con la gorra en la mano, como un lacayo?

¡Oh, cómo me hirió esa observación! Jamás olvidaré con qué cólera y torpeza me cubrí, pasando a la vereda opuesta.

La dama era la prima de mi padre, y se llamaba Valalchina. Se dirigía, como nosotros, hacia la avenida Tverkoii; continuamos, pues, el camino juntos. Mi padre parecía tener mucho cariño a su prima. Le rogó que enviara su hija mayor a nuestra casa, donde, posiblemente, habría música y baile. Ella consintió en seguida. En la avenida Nikitski, el número de paseantes matutinos, es decir las damas y los señores, fué aumentando. Valalchina, empezó a despaciar la marcha y hablar en francés: cuando cruzamos la plaza y alcanzamos la avenida Tverskoii, élla comenzó a tartajear y llamar a su hijita ya no *Machenffa*, como lo hacía en la avenida Nikitski, y sí *Maria*. Me hallaba asombrado. Comprendiendo cuál importancia tenía la avenida Tverskoii, me esforcé en parecerme, por mi aspecto y mi andar, no a un Nikolenka cualquiera y sí a un Nix, a un muchachuelo de ese género.

Bien pronto a nuestra llegada a Moscú habíamos amistado con los tres hermanos Ivine, muchachos de nuestra edad. El mayor, metido en carnes, apático, propenso a transpirar continuamente no era lindo, pero los otros dos eran bellos. Nosotros solíamos visitarlos y ellos a nosotros; en los dos casos me sentía transportar de alegría. Amaba locamente a los dos menores, me hallaba presto a sacrificárselo todo; no los quería con amistad, sino que estaba enamorado de ellos, como el que experimenta ese sentimiento por la primera vez; y si soñaba con ellos, lloraba. He aquí una prueba de mi amor: uno de los más pequeños tenía la mala costumbre — por la cual su gobernanta le reprendía a menudo — de estar guiñando los ojos en todo momento. Cuando pienso ahora, recuerdo que ese tic le afeaba bastante Y asimismo, entonces, ese tic lo encontraba delicioso; me parecía que era el mayor encanto de mi camarada, y me ensayaba también a guiñar los ojos como él. Fuera de nuestros encuentros, nos entreteníamos sobre todo en jugar a los soldados, es decir en representar las diferentes escenas de la vida militar: marchas, combates, descansos y también los castigos.

Así es que yo debía ser el único castigado y lo más frecuentemente, sin que supiera por qué; es extraño, aunque los pañuelos mojados me hicieran tanto daño como los verdaderos latigazos, no puedo decir que el dolor experimentado me fuese desagradable. Lo que me complacía en nuestras relaciones es que no nos llamábamos mutuamente con diminutivos: Nicolencha, Petroucha, sino pos nuestros nombres intactos, Nicolás y Pedro.

La avenida se hallaba, pues, llena de gente, el sol centelleaba alegremente sobre todos los objetos: sobre los botines bien lustrados de los caballeros, sobre los sombreros de satín de las damas, sobre las hombreras y los alamares de los militares, también sobre un botón de un soldado que nos cruza, con una bolsa al brazo, todo brillaba como oro. Sobre la arena limpia del camino, donde se percibían las líneas curvas trazadas por la escoba de ramas secas, granos de arena centelleaban como diamantes.

Algunos paseantes avanzaban a pasos lentos, los brazos cruzados a la espalda y entre las manos un bastón; otros caminaban balanceando los brazos como si tuvieran apuro por llegar a alguna parte, aunque en realidad iban y venían como estaba, haciéndolo casi todo el mundo. A primera vista el fulgurar de los colores atraía la atención, mas a medida que se avanzaba, los sombreros, las hombreras y los redingotes se destacaban de esa muchedumbre abigarrada. Desde lejos, todas las figuras parecían bellas; mas si se aproximaban me gustaban menos. Me sentía desilusionado tan pronto por una larga naríz, saliendo de bajo de un sombrero amarillo, como por la mirada indiferente que posaba sobre mí un redingote, o bien la risa y las voces estúpidas de las hombreras y de los redingotes que se apretujaban en muchedumbre, y de nuevo fijaba mis ojos en la muchedumbre variolada ante mí, como si esperase y buscase a alguien. En efecto, reconocí a cien pasos de nosotros a los Ivine con su institutriz.

—Mira papá—gritaba loco de alegría queriendo hacérsela participar a otra persona — aquí vienen los Ivine.

Mi padre asintió benévolamente, pues estaba ocupado en saludar y en sonreir a una dama. En cuanto a Volodia, me preguntó:

—¿Dónde los ves?

—Detrás de ese coronel y esa dama, los tres con sobretodos con pieles de castor.

—Te equivocas, es un negociante.

—¡Pero mi Dios! — dije con impaciencia, no comprendiendo cómo no podía presentir la proximidad de los Ivine — están a la derecha del comerciante.

Bien pronto le fué imposible dudar, ya que nos hallábamos a unos veinte pasos unos de otros, sonriendo de alegría, sin por ello permitirnos acelerar nuestros pasos a fin de encontrarnos más pronto. ¿Por qué no contaba mi amor ni a Petroucha Ivine ni a mi hermano ni a nadie? No sabría decirlo. Sin duda no lo habrían comprendido, y si asimismo hubiese ensayado de confesar mi sentimiento a alguien ¿lo tomaría por un afecto ordinario? No lo quería hacer, y presintiendo probablemente no ser comprendido, me callaba. Por otra parte, haré notar que entonces jamás dije que no se me comprendía: al contrario, me parecía que era yo quien no comprendía los sentimientos de Petroucha, y me esforzaba por adivinar sus pensamientos. ¿Por qué no podía pronunciar la palabra *amor* si ese sentimiento era tan avasallador en mí, mientras que más tarde, mucho más tarde, cuando no lo experimentaba con tal violencia, continué avergonzándome de declararlo?

Conversamos unos instantes con los Ivine, y al separarnos nos prometimos visitarnos a la tarde. Cruzada la plaza Tverskaía, papá siguió por la calle del mismo nombre y entró en una confitería donde deseaba comprar unos bombones para la cena y ofrecernos un postre. La magnificencia del lugar al que entramos me sorprendió de manera extrema, más por esperar ver solamente pasteles y caramelos comunes; contrariamente a mis previsiones, todo un suntuoso universo se presentó a mis ojos. En medio del salón había un mueble extraño — silla, tabla o costurero — cubierto de confituras de todos los colores y de todas formas. Ese espectáculo no podría retener toda mi atención, pues detrás de pequeñas ventanas, en armarios, en mostradores con vidrios, no había solamente confituras y masas sino todavía bombones, botellas, cajas coloreadas, cartuchos, botes llenos de confites de tantos y tantos colores que tenía ansias de gustarlos. El centellear de los dorados, de los cortinados, el empapelado multicolor me tenían abstraído. Cerca de un armario se halla-



Tony Hallbauer: — LA COSECHA

...sentada una bella dama, maravillosamente vestida de seda, con un cuello como los que usa mamá. Leía una novela francesa. Me encontraba muy asombrado, no sabía qué mirar, me preguntaba si podía aventurarme a caminar sobre la alfombra con mis zapatos cubiertos de polvo, y si debía agradecer a esa dama — el hada de ese aposento — por haber dispuesto así de estos tesoros y tener permiso de entrar.

Ella se puso de pié detrás del mostrador, desde que nos apercibió, preguntándole a papá lo que deseaba. "No es más que una comercianta", me dije; y asimismo cómo sus brazos son blancos y qué bien habla francés. Me fué un poco desagradable constatar que una tendera podía vestirse tan elegantemente como mamá y leer novelas francesas. ¡Es Moscú! Y lamentaba sinceramente no tener cerca mío a Nathalie Savicha y el cazador Touroux, a quienes confiarles mi estupefacción: decidí en seguida narrarles todo detalladamente en el primer encuentro que tuviéramos. Papá con visible embarazo pidió bombones, una libra de cada clase, y la señorita cuyo exterior me llamara tanto la atención, empezó con una destreza extraordinaria a tomar puñados de diferentes cajones y arrojarlos sobre un platillo luciente. Papá se había acomodado en el mostrador y hablaba en voz baja con la damisela: noté que ella, sonreía amablemente y sus miradas se hacían seguidas. La vendedora, continuando su trabajo, respondía de tiempo en tiempo con frases en francés bien redondeadas; en las que entraba invariablemente *señor*, sonriendo siempre enigmáticamente. Papá se dirigió a mí y mi mirada le dijo: *te vigilo* y la suya me replicó *tú me ...idas*. Nos comprendimos en un abrir y cerrar de ojos y así cesamos de mirarnos.

—¿Qué quieren los niños? — ...ó.

Naturalmente, hallándome persuadido que en semejante situación podría pedir lo mejor del mundo, me quedé perplejo, no sabiendo qué escoger, por el miedo de equivocarme.

—Que se les dé una taza de chocolate.
—¡Ernesto! — gritó la francesa.

Ernesto, un muchacho bastante sucio, con delantal, apareció anunciando que el chocolate sería servido al instante en la sala del fondo, donde nos dirigimos yo y mi hermano. Volodia se puso a mirar por una ventana con satisfacción manifiesta; yo hojeaba los diarios, recorriendo por curiosidad líneas de lectura cuyo sentido se me escapaba. Y todavía nos hacían esperar el chocolate. Me aproximé a paso ...o a la puerta y me situé frente al espejo del medio, que reflejaba las siluetas de papá y de la francesa. Ella se había vuelto a sentar y tenía su libro en la mano, sin leerlo y hablando; papá, los ojos ..., una sonrisa dulzona en los labios, se inclinaba por encima del mostrador; su cara se hallaba más cerca de la damisela de lo que exige la cortesía; me ... asimismo ver claramente las manos de mi padre acariciando una de la vendedora, y le ví inclinarse más, cerrar los ojos y extender su boca para dar un beso sin duda, pues adelantaba vivamente la cabeza. De golpe se detiene y se sienta sobre una silla, todo colorado. En ese momento resonó la campanilla de la entrada, y un señor muy elegante apareció en el espejo: lo escuché pronunciar en francés:

—Buen día, señor.

Y luego pasa. Probablemente era el dueño de la confitería. ¿En qué se había convertido la gravedad, la serenidad y la conciencia de su poder que habitualmente expresaba el rostro de mi padre, en el momento que se echó para atrás como un escolar y todo ruborizado se entretuvo en inspeccionar los armarios?

Ernesto al fin traía el chocolate; lo ... con delicia, recuerdo haberme quemado la garganta, ensuciado la boca, ...ndomela con los biscochos. Retornamos al salón. Papá tenía los bombones en el brazo y continuaba, conversando con la francesa, que al presente parecía ...nte desagradable. Lo esencial es que ...comprendía bien cuales relaciones existían entre ellos; pero adivinaba algo muy limpio. Papá terminó la plática diciendo: "Sí, sí, soy un poco viejo". Y ...saba una mano por su cabeza casi calva. A lo que parece, vuelve a notar nuestras miradas, que se fijan sobre él, y con cierto despecho nos dice:

—¡Vamos muchachos!

No sería justo que yo dijera que no comprendía, que nuestro padre le hacía la corte a la francesa, pero entonces jamás hubiese osado expresar ese pensamiento y por otra parte no hubiera podido hacerlo.

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

II

Los precursores del moderno socialismo, los Fourier, los Owen, los Cabet, a quienes la escuela "científica" del socialismo llama utópicos, no concibieron el socialismo como una tendencia indiferente a la inmediata realización y experimentación. ¿Por qué se ha perdido hasta tal punto el deseo de experimentar, de probar en la realidad la virtualidad de nuestras ideas? Nos hemos conformado con la experiencia del movimiento obrero en sus contiendas anticapitalistas y antiestatistas y eso es mucho, en ese movimiento pueden ser elaborados sentimientos de solidaridad, de ayuda mutua y de lucha contra el mal, la injusticia y el privilegio. Contra los que menosprecian la significación del movimiento obrero nos hemos esforzado en su defensa apasionada, pero frente a los que suponen que el movimiento obrero de las ciudades es todo, frente a los que no levantan la mirada más allá de los horizontes de la vida sindical, por revolucionaria que sea, decimos que eso es insuficiente.

No somos muchos, pero somos bastantes para hacer algo más, para levantar más la voz y obrar más fecundamente en beneficio de nuestras ideas. Si existiera en nuestros días un Bakunin, sabría hallar más medios para poner en tensión las voluntades existentes y no se contentaría con trillar mecánicamente el camino de la rutina. La táctica de nuestro movimiento se modificó y se modificará sin cesar siguiendo las circunstancias y posibilidades. Cuando los adeptos del anarquismo en un país podían sentarse en el banco de una plaza, los métodos tácticos de propaganda y de acción revolucionaria tenían que ser forzosamente diversos de los del tiempo en que nuestros amigos se cuentan por centenares y por millares en cada ciudad de alguna importancia. Esto se deja caer de su peso y si decimos que nuestras concepciones tácticas no deben basamentarse en dogma alguno, creemos que interpretamos la opinión general de nuestros camaradas.

Por ejemplo, hubo en el anarquismo un prejuicio tradicional contra toda edificación sólida de instituciones del movimiento. En América se han quebrantado prácticamente muchos de esos prejuicios; una preocupación de nuestros camaradas de los países latino-americanos es la instalación de imprentas para el movimiento y es precisamente la imprenta de LA PROTESTA, hasta ahora, la acumulación más valiosa que hayan creado los anarquistas en el mundo. Pero si en ese dominio en la América latina no existe ya ningúno de los prejuicios absurdos que observamos en Europa, por ejemplo, hay, sin embargo, muchos otros que tal vez se deben más a pereza y a irresolución que a ninguna otra cosa. Calcúlese sólo lo que pagan los sindicatos, grupos, periódicos nuestros en concepto de alquiler de locales, teatros y demás en un solo año en un gran centro de propaganda y dígase si no podría edificarse en pocos años una amplia Casa del Pueblo, como le llaman los socialistas. En vista que menospreciamos las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores, en vista de que tenemos la convicción de que la preparación del porvenir y la lucha por la anarquía no puede pasar por alto el pan de cada día y la defensa de los derechos más elementales del hombre siempre amenazados por los privilegiados, no vemos por qué no habríamos de consolidar en todas las formas posibles nuestro movimiento. Hay grandes poblaciones en Europa donde los socialistas de Estado son inexpugnables porque supieron crearse en una Casa del Pueblo, por ejemplo, una verdadera institución social que mantiene de un modo u otro un contacto continuo con grandes masas de trabajadores. Aquel viejo razonamiento que se nos ha presentado, diciendo que en lugar de preocuparnos de edificar una Casa del Pueblo debíamos precipitar los acontecimientos y expropiar a la burguesía alguno de sus magníficos palacios, es demasiado inconsistente para tener que rebatirlo. En ciudades como Buenos Aires, Barcelona, México, etc., se gastan anualmente enormes sumas de dinero en concepto de alquileres de locales; los que quisieran la expropiación de algún gran palacio de la burguesía no advierten que con la táctica actual el movimiento favorece a los propietarios y se encuentra siempre inseguro en su base material. La vida de los sindicatos de una gran ciudad es un fenómeno histórico inevitable y aunque no fuera más que por las ventajas que resultarían de la disposición de un punto fijo de concentración y de relación, se debería examinar la posibilidad de subsanar los inconvenientes actuales.

Pero esto es lo que nos proponemos ampliar aquí.

Aquí queremos decir que una experimentación práctica cualquiera en el sentido de nuestras ideas, nunca es nociva; con triunfo práctico o sin él, siempre deduciremos enseñanzas útiles y aplicaciones nuevas en diversos órdenes de la vida.

En Estados Unidos hay innumerables sectas religiosas y de tendencias sociales también que, disgustadas de la vida actual, se retiran lejos de los centros capitalistas, fundan una forma de vida propia, trabajan y conviven a su gusto y se eximen todo lo que pueden de las leyes imperiosas del capitalismo.

Durante muchos años hubo entre los anarquistas también la tendencia a formar pequeñas colonias agrícolas. Los ensayos hechos resultaron fracasos formidables, naturalmente. En la actualidad, apenas alguno que otro entre los individualistas prestigian dichos ensayos de colonias. El argumento principal nuestro en contra, ha sido bien expresado por Elíseo Reclus. No queremos apartarnos de la vida actual y retirarnos a un desierto o a una isla lejana; queremos luchar por el porvenir en medio del presente, sufriendo, y propagando nuestras ideas hasta que la mentalidad humana nos comprenda y se disponga a reconocer y practicar la libertad.

Esas pequeñas colonias anarquistas que se ensayaron en diversos países, tenían que fracasar forzosamente, por una parte a causa de de sus mínimos recursos materiales, y, en segundo lugar, si hubiesen triunfado materialmente, sus miembros habrían seguido el curso natural en todos esos casos: los intereses del dinero y la necesidad de someterse a las leyes capitalistas de la economía les obligarían a olvidarse paulatinamente de la revolución, para lo cual dieron ya un primer paso al fundar la colonia. El problema social a cuya solución aspiramos es, como su nombre lo indica, *social* y no individual. La emancipación y la libertad a que nosotros tendemos son sociales, es decir, no se resuelven con el mero triunfo del individuo. Individualmente nos sería fácil a muchos salir de esta penosa situación, sea por la vía de la especulación comercial o de la política. Pero con eso no habremos hecho más que una cosa: restar un combatiente más a las fuerzas de la revolución y agregarlo al bloque de los conservadores del sistema del privilegio.

En una palabra: las pequeñas colonias anarquistas, aunque sus experiencias nos hayan sido provechosas e instructivas como enseñanza útil, no prevalecieron porque no podían aportar ningún beneficio material ni moral al movimiento. Eran empresas individuales como las de cualquier comerciante o grupo de comerciantes que hacen ensayos, sin nigún idealismo revolucionario, para mejorar su situación y vivir una vida más cómoda. Lo que han tenido de bueno, lo mismo que el llamado socialismo utópico, es la tendencia *experimental*. Esa tendencia es la que debiéramos recoger e integrar en los valores y postulados de nuestra táctica cotidiana.

Entrar a refutar los pretendidos valores de la pequeña colonia anarquista, separada del resto del movimiento y de la vida actual, sería superfluo, pues, como hemos dicho, su propulsión por algunos individualistas no puede considerarse como tendencia existente en una parte de nuestro movimiento.

Pero sí seríamos adversarios de ensayos individuales, tanto en el terreno industrial como en el agrícola, en nombre de nuestras ideas y con el pretexto de servir a nuestras ideas, *toda empresa del movimiento mismo*, la compra de una imprenta, la edificación de una Casa del Pueblo, la colonización agrícola, nos parece que debiera ser estimulada y fomentada. El plan o la utopía que queremos exponer, no es ni más ni menos que una colonización agrícola por el movimiento y para el movimiento. Rechazaríamos de plano la realización de esa idea por un individuo o por una agrupación, aunque estén animados de las mejores intenciones; en cambio daríamos todo nuestro entusiasmo a esa obra, si el contingente general de las fuerzas revolucionarias de la libertad la hicieran suya.

Repetimos nuestro deseo de que se lean estas líneas sin opiniones preconcebidas, y se haga saber el modo de pensar de cada uno con la sinceridad que nosotros expresamos el nuestro.

Las discusiones tan noblemente inspiradas sobre la cuestión agraria y la necesidad de buscar el medio de extender el movimiento anarquista a la población del campo, nos han llevado a un punto muerto en que se van a estrellar seguramente los mejores propósitos: la inconciliabilidad de los intereses de los peones y de los colonos arrendatarios y la dificultad que hay en la integración de ambos simultáneamente a nuestro movimiento. No desesperamos sin embargo de encontrar alguna salida satisfactoria para todos. Mientras tanto, examinemos esta derivación de la cuestión agraria considerada desde el punto de vista de la fortificación y consolidación de las fuerzas materiales y morales del movimiento: *la colonización agraria, como empresa del movimiento mismo*. Hemos perdido el tiempo en tantas discusiones bizantinas y en ... luchas incomprensibles, que la dedicación de algunas horas de meditación a la aprobación o al rechazo de nuestra utopía no pueden agregar mucho a la cuenta de las horas perdidas inútilmente para la propaganda.

No defenderemos esta idea acariciada hace mucho tiempo más que contra las malas interpretaciones posibles; contra las réplicas y las objeciones sinceras, expresamos de antemano nuestro reconocimiento. Nos hemos trazado por norma dar más fe a la opinión de todos que a la nuestra propia, sin que eso nos impida pensar por nuestra propia cuenta.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

A causa de las divergencias de opinión sobre el mejor modo de realizar la propaganda, en 1899 Landauer salió de la redacción del *Sozialist*. En 1896 fué como delegado de los anarquistas alemanes a Londres, al congreso socialista internacional. En ese congreso los socialdemócratas y los marxistas resolvieron excluir a los anarquistas de sus congresos. Esa resolución no aportó al movimiento obrero ningún beneficio, pues los anarquistas representaban las fuerzas radicales y el germen impulsivo del movimiento obrero internacional. Si hubiera vencido el espíritu anarquista en el movimiento obrero internacional, entonces los trabajadores habrían encontrado las fuerzas necesarias para defenderse contra el estallido de la guerra. El espíritu marxista-socialdemócrata, que triunfó en el congreso de Londres sobre el espíritu anarquista en toda la línea, tuvo por consecuencia un adormecimiento del movimiento obrero y se volvió inepto para la acción realmente eficaz. Landauer tuvo en ese congreso un conflicto con Wilhelm Liebknecht, el padre de Karl Liebknecht, que cayó en la revolución, como Landauer, víctima de la inhumanidad de las bandas militares. Pero el viejo Liebknecht era un parlamentario y un político y el influjo de la política dejó en su carácter rasgos sensibles, que se expresaron también en su comportamiento frente a Bakunin, al que como se sabe calumnió como agente policial y repitió esa calumnia a pesar de haber confesado que no podía demostrarla.

Cuando Landauer abandonó la redacción del *Sozialist*, lo pasó miserablemente desde el punto de vista material. Vivió algunos años en medio del hambre haciendo trabajos de traducción; pero no se sintió movido a escribir algo contra sus convicciones. Tradujo trabajos de Kropotkin casi al mismo tiempo que eran publicados en *Les Temps nouveaux*. Por esa época entró Landauer en relación con el noble Moritz von Egidy, llamado el segundo Cristo por sus adversarios. Pero Moritz von Egidy, que era germano de raza, era cualquier cosa menos un charlatán social. No propagaba un sistema especial, no tenía receta alguna del amor cristiano, pero era un combatiente del progreso, tal vez el porvenir materializado que invoca nuestra más pura aspiración y nuestro interior más profundo. Cuando Landauer era aun redactor del *Sozialist*, Moritz von Egidy incitó a Landauer a protestar en el periódico contra un crimen judicial, contra la sentencia de muerte dictada contra el barbero Ziethen. Landauer protestó y acusó a un comisario de policía de perjuro. Pero como no pudo demostrar esa acusación irrefutablemente, fué condenado a seis meses de prisión. El fiscal reconoció la pureza de los motivos de Landauer, de lo contrario habría habido que esperar una sentencia más severa. Desde la prisión escribió Landauer en una carta: "Me ha ido bien". Cuando dejó la prisión, continuaron los viejos sufrimientos; las preocupaciones por la existencia de su mujer y de sus hijos le apremiaron como antes.

Por esa época apareció en Berlin una nueva corriente religiosa, cuyos principales representantes eran los hermanos Hart. Se fundó una asociación *Die neue Gemeinschaft*. También Landauer tomó parte en ese movimiento, como en todos los movimientos nuevos. Hizo propaganda en ese círculo por sus ideas socialistas-anarquistas. Su contribución consistió ante todo en un pequeño escrito, pero en extremo macizo, *Durch Absonderung zur Gemeinschaft* (A la comunidad por la singularización). En una conferencia sobre F. Nietzsche, hizo las amargas declaraciones siguientes: "¿Tenéis grandes genios, grandes filósofos, grandes artistas en Alemania? A eso sólo puedo responder: sí; Bismarck". Verdaderamente, dijo Landauer, Nietzsche no amaba la naturaleza de Bismarck y su mundo; odiaba ese reino de la fuerza exterior y de la violencia brutal; pero quería decir: así es preciso consagrarse a la causa, así es preciso ser en cualquier pasión, inspirado por una única voluntad como lo estaba Bismarck, para realizar algo en alguna parte, para significar algo, para ser hombres. En este sentido se dedicó Landauer enteramente a su causa, se entregó por completo a ella, pero exigió lo mismo a los demás. Y eso es lo que contribuyó a que no encontrase muchos adeptos para su socialismo; pedía demasiado, pedía el ser humano íntegro.

Después de alguna permanencia en Londres en 1902, volvió Landauer a Berlín y se casó por segunda vez con la poetisa Hedwig Lachmann. Silenciosamente, retirada a la manera legítimamente femenina, se entregaba ésta a la misma pasión artística que él; en ella dominaba el mismo celo ardiente y poseía un alma fogosa, cuyo brillo parecía una silenciosa piedra preciosa. Vivió con ella en un matrimonio penetrado por la más profunda armonía imaginable. Un matrimonio como ese en que dos seres humanos se unían para la más elevada actividad creadora, según la arraigada convicción de Landauer, era la célula primitiva de toda comunidad fecunda. Partiendo de ella debían edificarse las comunas, las corporaciones, el pueblo. Landauer no era un divagador que soñaba con un amor indiferenciado hacia todos. Esa abstracción no existía en él. Decía: La sociedad no se funda y no se debe fundar sobre una igualdad en la fuerza de los sentimientos en todos los hombres; donde ninguna graduación es de una naturaleza clara y decidida, no puede haber sino debilidad y decadencia. Mi casa, mi pueblo!, mi casa, mi patio y mis jardines, mi mujer y mis hijos — mi mundo! Sobre ese sentimiento, sobre esa solidaridad exclusiva, sobre esa pequeña comunidad libre, sobre esa comunidad natural deseo edificar las corporaciones mayores, primero las comunas y la alianza de los oficios".

Cuando Landauer fué descalificado por los anarquistas, no pudo realizar mucho. Se ocupó de estudios literarios y filosóficos y escribió algunas novelas editadas en libro con el título *Macht und Mächte*. Con su compañera tradujo poesías de Oscar Wilde y editó los escritos de *Meister Eckehardt*. Pero como todo eso no bastaba para alimentar a su compañera y a sus hijos, buscó una colocación de librero y vendió libros en la calle Postdamer. Como observó Julius Bab justamente en su discurso necrológico sobre Gustav Landauer, fué quizás la tragedia mas triste del mundo desde los días en que Spinoza afilaba lentes, ver ese hombre flaco, de largo cabello negro y de barba patriarcal, tras el mostrador, vendiendo libros. El, el bibliófilo, el sabio con el que no podían competir los profesores, estaba obligado a desperdiciar su precioso tiempo de esa manera. Después de trabajar casi dos años de vendedor de libros, abandonó su empleo y se ganó el pan con traducciones y conferencias. Habló sobre arte y filosofía, sobre política y literatura. Trató la filosofía de Bergson, los dramas de Shakespeare, las obras de Strindberg. En sus discursos resaltaba la profundidad de la convicción y la claridad del pensamiento. Ocurría con frecuencia que sus oyentes acudían a escuchar al orador seductor sólo por la sensación exterior, mientras que para ellos los discursos no eran nada más que snobismo, variación de lo cotidiano. Pero Landauer no veía lo que ocurría ante él, obraba por un impulso interior.

LANDAUER COMO FILOSOFO

Cuando Landauer pasaba el día en la librería, trabajaba por la noche en sus problemas literarios y filosóficos. El caudal que nos deja no es grande, no es vasto; sin embargo, pesa tanto más. Aparte de diversos artículos en revistas se encuentran sus pensamientos y sus concepciones históricas principalmente en dos libros. Uno es *Skepsis und Mystik*, el otro *Die Revolution*. El primero es en parte una popularización y simultáneamente un profundizamiento de la crítica del lenguaje de Fritz Mauthner.

En la filosofía de Landauer encontramos dos partes, una negativa y una positiva. También en el dominio de la filosofía hallamos la aspiración pasional de su personalidad a ponerlo todo al servicio de su causa: la superación de la actual incultura y la edificación de una nueva cultura. El punto de partida de su filosofía lo forman la crítica del idioma, los estudios filológicos. También aquí, donde Landauer está en su verdadero terreno, el que había elegido como profesión, la filología, constatamos el mismo celo por la verdad que dominó toda su naturaleza. La naturaleza de un hombre es siempre la misma, y no puede negarla nunca en lo que hace y quiere, mientras quede fiel a sí mismo. Si el carácter de un hombre es noble, profético, si está hondamente compenetrado por sus ideas, entonces sólo verá en todas las situaciones y en todos los oficios un medio para manifestar sus ideas. Así pasó con la filología de Landauer. Mientras que hay millares de filólogos que ven su ideal en una cátedra bien retribuída y tal vez se ocupan de los puntos en las íes para pasar el tiempo, Landauer aplicó sus conocimientos filológicos para demostrar que todo lo que consideramos como lo más sagrado y lo supremo, *dios*, *Estado*, *moral*, etc. no son más que *palabras*. Landauer fué estimulado en esto por la obra imperdurable, relativa a ese dominio, de su amigo Fritz Mauthner. Con un nihilismo sin ejemplo, con incomparable valentía y profundidad, Fritz Mauthner ha condenado a muerte en su obra *Beitrage zur Kritik der Sprache* todas las verdades "absolutas".

Landauer, cuya naturaleza era ricamente diabólica en la destrucción, en la fuerza creadora de la edificación, adoptó esa idea, pero sólo para llegar por la crítica de Mauthner a una duda más grande, de la que surgieron en él esperanzas aún más fuertes. La más radical negación era para él preparadora de la acción nueva y más firme.

El razonamiento de Landauer era más o menos el siguiente: Kant ha dicho que las cosas de afuera sólo son fenómenos en la forma subjetiva del espacio, sus propiedades son tales como nuestros sentidos las forman, y sus relaciones recíprocas resultan de la forma subjetiva del tiempo. Kant, pues, hace siempre el ensayo de explicar las cosas por las cosas — pues espacio, tiempo, sentido son ya cosas — o, dicho de otro modo: de explicar cosas por palabras, palabras por palabras. Pero Mauthner nos grita burlescamente: las cosas que están fuera son cosas, porque vuestro lenguaje las comprime en la forma substantiva y sus propiedades son adjetivos y sus relaciones se regulan del modo como obran en vosotros vuestras impresiones, es decir, en la forma del verbo. Vuestro mundo es la gramática de vuestro idioma. Pero, ¿quién, que haya expresado eso una sola vez, querrá creer que más allá del idioma humano hay algo substantivo, aun donde hay idiomas con otras categorías, cabezas con otras concepciones? ¿Concepción? no es nada más que nuestro tesoro idiomático. Y el tesoro del idioma es nuestra memoria; y al contrario. Cuando percibimos una desemejanza, cuando nuestra memoria descarrila, ampliamos un concepto, o formamos un nuevo concepto mediante una nueva metáfora, o por un cambio de significación. Y así sucesivamente. El mundo afluye a nosotros; con el par de pobres agujeros de nuestros sentidos visuales percibimos lo que podemos y lo agregamos a nuestra vieja provisión de palabras, pues no tenemos ningún otro medio de retenerlo. El mundo continúa fluyendo, y nuestro lenguaje continúa fluyendo, sólo que no en la misma dirección, sino de acuerdo a los accidentes de la historia del idioma, para la cual no se pueden establecer leyes.

Esta es la duda de Landauer: La palabra *dios* es originariamente idéntica a la palabra *ídolo* y ambas palabras equivalen a "fundido". Dios es un producto del hombre, adquiere vida, se atrae vidas humanas y finalmente se vuelve más poderoso que la humanidad.

Después de haber investigado la historia del idioma hondamente, dice Landauer: El mundo no tiene idioma. No tendría idioma tampoco el que lo comprendiera. El idioma del intelecto no puede servir para acercarnos al mundo, para transformar el mundo en nosotros. Pero como trozo de la naturaleza sin idioma se transforma el hombre en todo, porque depende de todo.

Desde su punto de vista de la crítica del idioma, todos los sistemas, como por ejemplo el marxismo, que pretende para sí la verdad inmaculada, debían aparecer ridículos y locos. ¿Por qué habría de ser su cuadro del mundo el justo, por qué habría de haber encontrado la piedra de la sabiduría? Cualquier otro sistema, cualquier otra doctrina podría aspirar al mismo derecho para sí.

(CONTINUARA)

BIBLIOGRAFIA

Mella Ricardo — IDEARIO; prólogo de José Prat. Un vol. en 8.o mayor, 335 págs. — Gijón, 1926.

Hemos anunciado ya la próxima aparición de este libro, que tenemos por fin ante nosotros y que es uno de esos raros volúmenes que se leen y se consultan con fruto toda la vida. A Mella no se le hojea superficialmente, se le estudia y se le medita, porque pocos escritores tienen en nuestra literatura su capacidad para remover ideas e inquietar y educar espíritus. Su concepción libertaria es de las más amplias, sin frenos ni cotos; los horizontes de sus panoramas no tienen más límite que el que traza la capacidad de cada individuo al reconocimiento y la investigación de la verdad. España ha dado al mundo en el último siglo algunos hombres ilustres por su erudición, por su malabarismo literario o por sus méritos literarios efectivos, pero un pensador tan sereno, tan amplio, tan honrado, tan seguro de su visión de los hombres y de las cosas como Ricardo Mella, sería difícil encontrarlo. Por lo demás no podía surgir más que a la sombra de la idea de libertad, y para cobijarse bajo esa bandera hace falta en primer lugar honestidad interior omnipotente y carácter firme. La inteligencia de nuestros días busca más bien el apoyo y la benevolencia de los poderosos, sirve humildemente a los Cresos de la hora; eso es más nutritivo y más provechoso para vivir lo mejor posible que la adhesión sincera a la verdad y a la justicia.

Aunque la obra de un pensador sea un tesoro para las generaciones futuras, nunca sustituye al pensador mismo capaz de adaptar su pensamiento a cada circunstancia y de sugerir directamente soluciones a los problemas de la vida; pero ya que contra la obra de la naturaleza no podemos perpetuar la vida de un hombre de gran valor, podemos perpetuar su pensamiento, su método de trabajo, su visión de las realidades, las cualidades de su carácter. Eso es lo que se proponen hacer los editores de este libro y de otros cinco que le seguirán. Para muchos, para la inmensa mayoría de los amigos de Mella y de los estudios en general, la colección de obras de que *Ideario* forma la introducción, equivaldrá a un Mella redivivo, más grande y profundo de lo que juzgan aquellos mismos que creían conocerlo a fondo.

Los trabajos están concienzudamente catalogados bajo títulos diversos, temas de doctrina, de crítica social, de educación libertarna, de táctica, de evolución y de revolución, de violencia, de libertad y autoridad, ensayos filosófico-literarios, de moral, de pedagogía, temas sociológicos, trabajos polémicos, vida española, hombres representativos, etc. Se reproduce además en cliché el original de una carta inédita de Mella a su hijo que ha de leerse con fruición, por el fondo y por la forma.

Si fuésemos amigos de hacer reclame, diríamos: el que adquiera este libro y no lo considere digno de estudio atento y de guía espiritual para toda la vida, recibirá de nuevo las 5 pesetas que haya gastado.

D. A. de S.



AÑO V

BUENOS AIRES, 19 DE JULIO DE 1926

N.o 232

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEM[ANAL]

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

TELESCOPIOS Y MENTES CUADRICULADAS

Las leyes urdidas por los hombres, al necesitar del gendarme y de la sanción penal para cobrar fuerza activa, no fueron ni son más que la irrisoria parodia de las que emanan del juego íntimo de la naturaleza. Han sido ellas, casi siempre — por no decir eternamente — antihumanas, y en todos los tiempos contravinieron los profundos dictados del progreso de la humanidad. Fueron ellas los obstáculos que se erigieron al borde del camino en forma de horca, de hoguera y de mazmorra, para contener el impulso de aquellos, rebeldes o no, pero animados precisamente por esas leyes naturales, que les inducían a pregonar la evolución en todos los órdenes de la vida.

Y nunca como ahora el gigantesco armatoste jurídico y penal tuvo tal preponderancia en el mundo moderno, el cual está siendo aprisionado por los hilos segregados continuamente por esa numerosa, verdadera tolvanera de tarántulas y arañas que son los juristas, doctorados en todos los derechos habidos y por haber. Códigos, ordenanzas, leyes de toda especie se acumulan, constituyendo montañas de papel que si todavía no sofocaron al género humano, es porque palpita en él lo infinito de sus destinos: engendrador de la divina sed de conocer y la inquietud de andar.

Y estos internacionalistas, estos jurisconsultos, padecen igual equivocación que ciertos astrónomos citados por Anatole France, quienes, al colocar hilos de platino en sus telescopios, para dividir en determinadas zonas el firmamento, a veces se olvidan que son signos convencionales. Y la tiranía de su profesión les infunde la creencia que ese dombo azul debe hallarse forzosamente cuadriculado, como lo está su telescopio. Habrá algo de exagerado en nuestra obligada comparación, pero pocos negarán el fondo de verdad generalizadora que hay en ella.

Las gentes de leyes, hace ya centenares de años que legislan, habiendo perdido de vista las leyes naturales. De ahí la suplantación de ellas y su incesante fabricación, en las que unas niegan lo que otras afirman a medias, generándose de todo ello una baraunda babélica. El telescopio cuadriculado con una infinidad de convenciones de su escolástica mentalidad, sigue siendo su único cartabón para imponer normas a los demás. Se hallan tan lejos de la realidad, como si se alojaran en el planeta Marte.

Veamos un ejemplo cercano. Desde un tiempo, se propicia aquí la reforma del código judicial y penal de la Argentina. Una numerosa comisión de abogados y juristas se abocaron la tarea reformadora. No sabemos si uno de ellos es el diputado nacional Dr. Guillermo Sullivan, quien presentó a la cámara dos proyectos de ley, tocante a la moralidad pública. Uno de ellos consiste en la modificación del código penal, por el delito de trata de blancas, y dice así:

"Art. 1o. — Suprímese el artículo 125 del Código Penal y reemplázase por el siguiente:

"Art. 125. — El que con ánimo de lucro o por satisfacer deseos propios o ajenos promoviese la prostitución o corrupción de menores de edad, sin distinción de sexo, aunque mediare consentimiento de la víctima, será castigado con reclusión perpetua.

"Sufrirá la misma pena de reclusión perpetua, aunque la víctima fuera mayor de edad, si mediare engaño, violencia, amenaza, abuso de autoridad o cualquier "otro medio de intimidación o coerción, "como también, y estos casos aunque me"diare consentimiento, si el autor fuera "ascendiente, marido, hermano, tutor o "persona encargada de su educación o "guarda o que hiciera con ella vida ma"rital.

"Art. 2o. — Suprímese el artículo 126 "del Código Penal y reemplázase por el "siguiente:

"Art. 126. — Será castigado con reclu"sión perpetua el que mediante engaño, "violencia, abuso de autoridad o cualquier "otro medio de intimidación o coerción "detenga o facilite la detención de "una mujer, mayor o menor de edad, "contra su voluntad, en casa de prostitu"ción o que le obligue a ejercer la pros"titución.

"Igual pena sufrirá el que lucre con la "prostitución de una mujer."

El segundo proyecto pretende prohibir el ejercicio de la prostitución por la mujer argentina, y en su único artículo, dice:

"Art. 1o. — Desde la promulgación de "la presente ley no se concederán nuevos "permisos para ejercer la prostitución a "mujeres de nacionalidad argentina."

Por lo pronto, hagamos notar el galimatías que existe en la enunciación de las penalidades en el artículo 125. En el primer párrafo se castiga con reclusión perpetua a quien *"promoviese" la prostitución o corrupción de menores, sin distinción de sexos, aunque mediara consentimiento de la víctima.*

Luego sigue:

Sufrirá la misma pena de reclusión perpetua, aunque la víctima fuera mayor de edad, si mediare engaño, violencia, amenaza, abuso de autoridad o cualquier otro medio de intimidación o coerción, como también, y en estos casos, aunque mediare consentimiento, etc.

Es algo inextricable lo que pretende establecer este presunto legislador, que, a juzgar por lo transcripto, debe ser un tartamudo, verbal y mentalmente. A la nebulosidad y vaguedad del pensar, le sigue la confusión en el hablar.

Hay que preguntarse; de modo, si hay abuso, violencia, engaño y amenazas, o si, al contrario, existe consentimiento por parte de la *voluntaria* victimada, ¿el delito será siempre pasible de la pena de reclusión perpetua?

No obstante que el lenguaje leguleyesco y curial haya sido tan famoso por su tenebrosa impenetrabilidad, pocas veces nos hemos encontrado con dislate tan grande, con absurdo tan monstruoso. Se quiso ser de una severidad excesiva, se proyectó adoptar una actitud tan drástica, que se incurrió en una aberración ilegislable, como es la de penar por un delito que nunca existió.

Dejando de lado la cuestión de forma; lo que atañe al fondo moral que procura salvaguardar estos pergenios de ley, nos resulta igualmente absurdo y ridículo. Este señor no sabe, ni querrá conocer, cuáles son las originarias fuentes de la prostitución en las sociedades modernas. Si las hubiese estudiado, no poseería tal frescura al enmendar o fabricar nuevos artículos del código vigente, complicándole más de lo que está ya. Tampoco creería que por el hecho de no conceder nuevos permisos de ejercer la prostitución a las mujeres argentinas, éstas se convertirán en honestas, pulquérrimas y en virtuosas, automática y milagrosamente. El vicio y la virtud — que para Spinoza eran productos naturales como el vitriolo o el cristal de roca —, obedecen a causas sociales e individuales mucho más profundas, no muy posibles de ser encuadernadas en un código de procedimientos, como si fuesen flores marchitas. Hasta ahora, para debilitar o aumentar uno y otro de estos caracteres cardinales de la personalidad humana, no han valido todas las religiones, ni la inmensa muchedumbre de postulados morales que se vienen repitiendo desde hace siglos. Son dos fuerzas que ora se aventajan o se equilibran, siendo el volumen de cada una casi siempre idéntico. Pero para librar a la humanidad doliente de la corrupción, que es su lacra viva, no serán códigos ni leyes, aun poseyendo las más terribles penalidades, que lo conseguirán, ni siquiera parcialmente, ni en una mínima parte.

Si ese padre de la patria se siente un puritano *enragé*, pudo muy bien solicitar la absoluta abolición de las casas de lenocinio y su mercado callejero, como ya de hecho y oficialmente existe en Inglaterra y Norte América. Por lo menos no hubiese caído en esa odiosidad de género internacional: de intentar prohibir la prostitución de las mujeres argentinas, otorgando libertad completa a las demás de otras nacionalidades para que se prostituyan en beneficio de los argentinos.

Sí; sabemos cuál es uno de los principales motivos.

Para el erario público representaría una pérdida dolorosísima en sumas contantes y sonantes. Entonces, si viven de ella como cualquier proxeneta, si una parte de los dineros de su dieta proviene de la prostitución oficializada, ¿a qué viene este subitáneo acceso de moralina trasnochada?

En Gran Bretaña, que no ha legalizado esa fea cosa, los lords pagan sus celestinas. Y aquí se cuecen habas de la misma calidad, y a calderadas.

CON LA SOGA AL CUELLO



O las delicias del oro blanco del Chaco y la protección del Estado

Rebeliones paradójicas

En Berlín se produjo una colisión entre los desocupados y las fuerzas de policía. Hubo numerosos heridos, según la versión cablegráfica. Varios agentes y civiles. Los de la huelga forzosa, con la consecuente falta de techo, de pan y abrigo, atacaron las oficinas colocadoras de empleos del gobierno, haciendo pedazos puertas, ventanas y muebles, propinándoles unas tundas a los oficinistas, culpándoles de desempeñar sus respectivos cometidos con notoria lentitud. Para quienes padecen hambre y son acogotados por la necesidad, toda espera ha de resultar un calvario, un suplicio tantalesco, apenas aplacado por el cuentagotas de una precaria esperanza.

Los atacantes debían hallarse bastante enardecidos para hacer frente a la policía que intervino, y despojar de sus uni-

formes a algunos de sus miembros. Y sólo pudieron ser dispersados por un nuevo refuerzo compuesto por 300 agentes.

Este caso de abierta rebelión, que llega a vías de hecho y se bate contra la autoridad, no nos parece muy común ni frecuente entre la población alemana, en la cual el virus de la obediencia y el respeto a leyes y convenciones reviste en ella algo de rito que debe ser observado escrupulosamente. No se nos vendrá con la leyenda que los que trangredieron los fueros de la autoridad constituída eran comunistas o revolucionarios. Era, a todas vistas, una masa de pueblo impulsada por la ceguedad del instinto de conservación. Las necesidades apremiantes no discuten ni teorizan, sólo piden ser satisfechas cuanto antes. Es la exasperación de las turbas de Job, que repiten su aullido milenario.

Es tan así ello, que estos hambrientos, estos acuciados por todas las necesidades, atacaron un reducto que nada podría rendirles inmediatamente, acometiendo una empresa peligrosa y casi desinteresada. Querían trabajar, no comer, por lo pronto. Deseaban que el trabajo fuese el que satisfaciera su hambre atrasada. Se disponían a esperar, indignándose por la lentitud con que los satisfechos, los que tenían trabajo, desempeñaban su cometido, que había de procurarles el soñado empleo.

Otra multitud más levantisca, en las mismas condiciones de la alemana, ese empuje de violencia y rebeldía lo hubiese dirigido a otro lugar más positivo, más manducable. Por ejemplo, habría saqueado almacenes de comestibles, entrado a saco en las viviendas de los ricos buscando calmar sus ansias de desquite, retenidas por largo tiempo, saciar sus apetitos maniatados durante largas vigilias. Todo, menos batallar en demanda de un trabajo problemático, que alcanzará a unos cuantos, dejando a la mayoría en la misma situación angustiosa.

Es hasta paradógico pensar que los esclavos, en libertad obligada, quieren sentir otra vez el peso de la cadena de la faena diaria, atrofiadora, pero que da de comer y da para sostenerse en pie en una vida vegetativa de planta o de animal.

Para la mayoría de los hombres, hoy, libertad, ocio, al contrario de significar un bien — una de las más preciadas conquistas, que la empleará divirtiéndose, educándose o labrándose una destellante personalidad, como lo es para algunos, — resulta para ella una de las más grandes desgracias.

Nadie que no sea proletario del intelecto o del brazo, se imaginará el pavor que les produce a algunos saber que les faltará el yugo que, esclavizándoles, les permite malvivir. Es la cobardía de los sentidos materiales, que claman incesantemente su ración.

Y en esa muchedumbre que asaltó esas oficinas, porque eran muy lentas para proporcionarle trabajo, hay algo de eso.

MAX NETTLAU

ATENTADO

Atentado es una manera un poco brusca de afirmar una opinión a todo precio — y es evidente que el atentado no tiene un valor en sí, lo mismo que ningún otro género de afirmación y de realización impuesta, — una prueba *solamente* tiene valor. El atentado tiene, pues, por base o razón, las causas más variadas — y está casi siempre ligado a causas corrientes, tendencias muy diversas. Naturalmente, el sello característico es que el hombre se eleva por encima de la rutina, quema sus barcos, practica la acción directa, a lo que todos los demás no se arriesgan. Puede, pues, hacer un acto muy útil, quitando un obstáculo *brevi manu*, al cual ningún otro se atrevía a tocar; pero el hecho mismo de que haga falta un hombre excepcionalmente templado, prueba que el atentado no puede generalizarse; puede dar el último impulso a una rebelión ya lista, pero no inspirará al común de los mortales la necesidad de salir de su rutina. Su importancia es, pues, restringida: es *un* medio, pero no es el medio. No es un medio más que cuando todos los otros medios fueron empleados ya y al mismo tiempo. Es el fósforo que puede dar margen al mayor incendio, pero que, igualmente, puede arder y extinguirse sin consecuencia alguna.

Hay múltiples categorías de atentados, y hay las causas ligadas a los actos; en suma, hay de todo, del acto más simple al acto de fondo, de doble fondo, de encabestramiento complicado. Hay entre otros:

1.—El atentado *social* de grandes proporciones — Sansón en la Biblia; Bakunín decía que "morir como Sansón es lo que él habría querido";

2.—El tiranicidio clásico: *Harmodio y Aristogitón;*

3.—El atentado que surge de una *conspiración*: la muerte de Julio César;

4.—El atentado dictado por la iglesia: (Clement, Ravaillac) o por la conciencia de un fanático religioso: Felton, que mató al duque de Buckingham;

5.—El atentado *nacionalista*, que es de matiz muy diverso, de un patriotismo exaltado, quiero decir, de una buena ley, del mejor de lo que hay en ese género (Guillermo Tell, C. L. Sand, Orsini) al nacionalismo de baja categoría que mata por matar a un extranjero: mentalidad de progrom y de fascismo: tales Oberdank en 1882, los asesinos de Sarajevo el 28 de junio de 1914, y el asesino de Jaurés, 31 de julio de 1914.

6.—El atentado por sentimiento generoso: como Charlotte Corday, que mató a Marat como perseguidor;

7.—El atentado por un vago sentimiento social, los primeros actos de este género: el pobre Damiens, 1757; Louvel, año 1820;

8.—Los atentados de republicanos y socialistas conscientes: Alibaud; Darmés, Onevisset, Agesilao Milano, Karakasoff;

9.—Los atentados con un fin de terrorismo directo: los atentados de Rusia contra Trepoff (Vera Sassulitch), Mesentseff (Stepniak), Alejandro II y III, etcétera;

10.—Hubo también, en todos los tiempos, el atentado individual por venganza privada: así el emperador Albrecht fué muerto por su sobrino Johannes, a quien se llamó después parricida. — Hay ahí graduaciones que conducen a los desequilibrados, como Guiteau, que mató al presidente Garfield, o los últimos atentados de poca importancia contra Luis Felipe (Pierre Lecomte, 16 de abril de 1846; Joseph Henry, 29 de julio de 1846);

11.—Hay también atentados que se diría por *contagio*, que no habrían tenido lugar quizás sin un atentado precedente. Así, cuando en mayo de 1878, Hoedel dispara sobre el emperador Guillermo I y le yerra, el 11 de junio el doctor Nobiling tira de nuevo y le hiere. Algunos meses más tarde, Passanante ataca con un cuchillo al rey de Italia (Umberto) y en esos meses Otero y Moncusi atacan a Alfonso XII en España. Es lo que se llama la serie...

Para los tiempos más antiguos, es un poco difícil separar claramente atentados, golpes de mano, asesinatos. Así, de todos los emperadores romanos, ninguno ha muerto, creo, por causa de un atentado directo, todos han sido acechados continuamente por la muerte y una gran parte murió de una manera violenta, lo mismo que los zares, el esposo de Catalina II, más tarde su hijo (el emperador Pablo), el rey de Suecia, conjuración aristocrática, etc.

Ocurre con eso como con la "alta traición", que no es tal cuando triunfa. El asesinato triunfante que aprovecha a un partido es llamado de otro modo que atentado y se hizo continuamente durante todos los siglos. "Atentado" fué el que no tuvo éxito (muy a menudo) y el pobre mártir fué descuartizado hasta arrancársele los miembros, como a Damiens en 1757 y en pleno París — mientras que lo que hizo morir en el siglo XVII y XVIII a todos los delfines y a otros de los Borbones fueron manganillas íntimas que no se llaman "atentado". Maligno sería el que desenmarañara atentados y asesinatos en la Italia del Renacimiento, en que hubo además esta sub-especie amable: el atentado *por procuración*, por el *bravo* a sueldo que fué recompensado, pero que arriesgó también su piel. Y además los atentados ordenados o inspirados desde arriba — el conde de Wallenstein (Waldstein) muerto por sus oficiales bajo la inspiración de la corte del emperador Fernando en Viena, — el duque Enguien, — Stambuloff, picado en trozos por los *bravi* a las órdenes de Rusia, etc.

En toda esa gran base tan variada ha podido germinar lo que se llama el atentado *anarquista*. Este es, en su evolución directa, la consecuencia de la falta de otros medios; pienso en la restricción gradual de la verdadera revolución y en la estupidez del pueblo que no se mueve. Hubo la Comuna aplastada y las tentativas revolucionarias en España y en Italia también (1873-74); entonces se ensaya la propaganda por el *hecho colectivo*, la rebelión que desencadenará la rebelión — Benevento en 1877 — pero sin resultado. Entonces se ensaya aún; se confía en las rebeliones sociales: Montçeau-les Mines, Decazeville (26 de enero de 1866), no sale nada de ellas — parlamentarismo, sumisión y persecución — entonces, al fin, se desarrolla el ilegalismo (Ravachol en provincias, etc.), y la acción abierta, arrogancia de muchos camaradas de entonces — el 1 de mayo de 1891 (Clichy) — las brutalidades — el pueblo deja hacer — entonces, en fin, Ravachol obra y otros obran...

Eso no se hizo ni por principio, ni en la esperanza de vencer, sino porque fué inevitable; hay siempre un valeroso que pierde la paciencia y se sacrifica por uno o varios millones de individuos que duermen en paz.

En la época presente el atentado parece sofocado en la brutalidad general — ha sido universalizado, oficializado, legalizado: todo el fascismo y el bolchevismo reinantes no son más que usurpaciones mantenidas por el atentado continuo, de todos los días, que pasa a las costumbres por el manganello del fascista y el revólver del tchekista.

Al contrario, el atentado generoso, libertador, no está generalizado — vegeta aún, pero es raro. Los grandes criminales mueren en su cama. — Aquí y allí el comunismo, el nacionalismo, la desesperación de las víctimas de los tratados de 1919 arman un brazo, pero es raro también. — En países lejanos, como en la Argentina, hay alguna vez un justicero por un motivo libertador, generoso. — En Europa se tira a diestro y siniestro.

Es, pues, una vuelta a los siglos negros del pasado, cuando el atentado se confundía con la violencia y la brutalidad generales.

"Si los anarquistas no llegan a crearse un medio propio de influencia, si no substraen una parte del proletariado a la funesta orientación de las diversas tendencias marxistas, si el fascismo y el bolchevismo se polarizan y forman el bloque de la reacción, sin tener que contar con nuestra resistencia, ¿qué perspectivas podemos ofrecer a los trabajadores tiranizados y abrumados bajo el peso de las nuevas castas dictatoriales?" — pág. 103 del libro *"El anarquismo en el movimiento obrero"*, por E. López Arango y D. A. de Santillán, Barcelona, 1925). Es eso justamente: para reaccionar contra esas fuerzas inmensas: bolchevismo y fascismo, esa unión del socialismo traidor y del capitalismo, hay que crear un medio anarquista atractivo por la ciencia, la belleza, la generosidad, la inteligencia, el estudio — y entonces pesaremos seriamente en la balanza de los acontecimientos. Es preciso renovar las ideas. El atentado parece bien mínimo al lado de esas necesidades inmensas. O bien será elevado a una altura seria nueva (y no hay trazas de tal evolución) — o bien se extinguirá, como todo se extingue, como el mundo vuelve al nacionalismo triunfante presentado en la salsa fascista o bolchevista.

Los atentados no son un remedio, me parece. Abren puertas abiertas, concuerdan con el sentimento general; o son un esfuerzo perdido, o casi, si no encuentran ese sentimiento general.

Es una satisfacción, una *última ratio*, que, en teoría, permite al más pobre y al más oprimido tomar al más rico y al más poderoso lo único que el oro no puede reemplazar, que el poder no puede restituír: la vida. Pero objetivamente, es el cambio de la vida del hombre más valeroso, geenroso, avanzado, en un momento dado, contra la vida del hombre más despreciado, detestado — y, desde ese punto de vista, es un cambio deplorable: un valiente contra un canalla.

No habría más que esta razón importante para justificar ese cambio: es que el otro, el atacado, sea no sólo execrable, miserable, sino también de una potencia intelectual rara, de suerte que, por su pérdida, el enemigo pierda realmente uno de sus jefes y sea desorientado por su muerte. Hay hombres, grandes y pequeños, muy perjudiciales; algunas veces un atentado los elimina; pero muy a menudo el sacrificio es hecho para un individuo que se vuelve bastante detestado por su propia vida y que no merece que otro se sacrifique para exterminarlo.

Así, el atentado es de cualidad infinitamente diferente; es imposible regular sus funciones. Concluyo: es una fuerza auxiliar, un accesorio, una improvisación súbita y ningún partido puede contar con él: o bien ese partido se convierte en el atentado encarnado, en el asesinato descentralizado, diluído, incorporado en cada individuo, como en el fascismo, en que todo miembro es un asesino en ciernes; como en el bolchevismo, en que se es soldado de la doctrina, dispuesto a matar padre y madre por leso-leninismo; y en el nacionalismo, en que se adquiere la calidad de progromista, del que está dispuesto a saquear y torturar el hombre de otra nación.

Nosotros, los anarquistas, estamos al otro fin de ese mundo, pero debemos de

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

En mi último viaje al Africa central visité un país virgen que tiene una vieja cultura propia, muy diversa de la europea. En su maravilloso aislamiento conservó ese país hasta nuestros días condiciones y hábitos que, de acuerdo a su modo de pensar, estimulan la propia "cultura". Hasta aquí no pude decidirme a publicar nada sobre ese país. Me pareció que no bastaba un viaje de apenas cinco meses en aquel país para llegar a un punto de vista enteramente desprejuiciado. Traje la impresión que los países vírgenes y los pueblos primitivos son para nosotros una bendición porque conocerlos a ellos, que no conocen todas las adquisiciones de nuestra cultura ni tienen nuestros méritos, pero que están libres también de nuestros defectos y costumbres, es conocernos mejor a nosotros mismos. En lo esencial quedó en mí hasta ahora esa conciencia. Además, me importaba aparecer con esas consideraciones y estimular a la crítica de nuestras cosas. Pero intervino un suceso extraordinario que me dispensó notoriamente de mi labor.

Un negro a quien encontré en la corte del rey Ruoma ha seguido mi incitación y se ha hecho comisionar por el señor del país para viajar por Alemania. Lukanga Mukara, como su nombre lo dice, es un hombre que procede de la isla Nkuwa en el mar de Victoria. Emigró temporalmente de la isla superpoblada a la isla vecina de Ukerewe, y allí aprendió de un "padre blanco" a leer y a escribir. Luego en un viaje del padre, a quien acompañaba, escapó y quedó con Ruoma, el rey de Kitara, donde empleó sus ricos conocimientos como intérprete, cuentista y consejero judicial. Allí lo conocí.

Las cartas de Lukanga tienen un valor particular. Ese hombre extraño aplica su medida a las condiciones de Alemania. Lo que a nosotros nos parece habitual le llama a él la atención. Su don de observación y la desnudez de su juicio hacen que pueda hablar significativamente sobre cosas ante las cuales nosotros ni siquiera podemos ser imparciales.

Hans Paasche (1).

Primera carta.

Berlín, 1 de mayo de 1912.

¡Omukama! ¡Grande y único rey!

Te escribo como tu criado obediente a quien enviaste a ver si hay un rey que... Puedo contártelo yo mismo y lo conocerás entonces más exactamente que cuando Ibrahimu, el hombre de la costa, te lea la carta a tí solo, y, si tal es tu voluntad, aparezca a tí y un país habitado que agrada a los hombres más de lo que quiere tu país, Kitara, la tierra de las vacas de largos cuernos.

Déjame responder de inmediato a esa cuestión: 'no existe tal país, no existe tal rey'. Pero lo que ví en mi vasto viaje vale la pena que tú lo sepas, y si vuelvo sano tad, en el círculo de tus wakungu (2).

Cuando me ordenaste viajar y me diste de tu amplio reino mil doscientas vacas y dos mil cabras para que pudiera pagar lo que cuesta mi viaje en tierra extranjera, nadie podía imaginar que hoy, después de dos lunas, no tendría conmigo una sola de tus relucientes vacas y que a pesar de todo, gracias a tu riqueza y a tu poder no sufriría penuria.

He cambiado ya en alta mar todas tus vacas y cabras por trozos de metal, y esos trozos de metal nuevamente por un papel escrito. Con eso continué después el viaje solo y donde muestro el papel recibo las monedas que necesito para comprar alimentos. Tan poderosamente obra tu nombre.

Sábelo: el país por donde ahora viajo se llama Alemania. Los habitantes de este país no pagan con vacas y cabras, ni tampoco con perlas de vidrio o tela de algodón; pequeñas piezas de metal y papel pintarrajeado, esa es su moneda, y el papel es más precioso que el metal. Hay un papel obscuro que vale más que un gran número de tus vacas. Es algo así como si en el monte Sabinjo se pudiera comprar por una corona de hierba trenza de cuatro vacas de carga. Sin embargo, todo *hutu* (3) sabe que por veinte coronas de hierba no se recibe la leña que necesita una familia para permitirse en tiempo de lluvia una noche caliente. Creo ver tu rostro y cómo ríes sobre el absurdo que te cuento de Alemania. Pero, gran rey, esto debo repetírtelo siempre: los naturales de este país consideran ese, y absurdos mucho mayores, como algo natural, y están tan habituados a eso que se asustarían si fuera de otro modo. Sí, cuando les digo (hablo ya muy bien el idioma del país) que nosotros en Kitara pagamos con otra moneda, dicen que la que ellos tendrían es mejor y preguntan si deben ir y llevarte lo mejor. Nombran todo lo que quieren llevar con una palabra: "cultura". Pero como nadie puede llevar algo mejor de lo que tiene y como lo que tienen esos "seres humanos" (¡así se llevan gravemente!) no me agrada. Esa es la expresión que emplean cuando quieren decir lo que en nuestro idioma decimos: "¡no, no quiero!"

Señor de la montaña, te indignas contra mí tal vez porque dejé los cien mensajeros de pies rápidos y sus cien acompañantes en el bosque de Bukome, en la frontera de tu reino. Tuve que hacerlo si quería atravesar vastos países y mares y llegar a esta tierra. Tuve que desistir del plan de llevar conmigo un mensajero y un acompañante por cada carta que te escribo. Pues aquí se procede muy diversamente con las cartas de lo que se hace en tu tierra. En tu reino figura como ley que todo el mundo conoce: no debe llegar a tu ciudad más que una carta por día. Esa carta la lleva un mensajero y otro que lo acompaña, pues uno solo no puede ser cartero. Cuando los dos pasaron el Ruhiga se les adelanta la noticia de la llegada y se sabe poco después en tu residencia. Y cuando finalmente, después de algunos días, suben por el paso alto de Kibata, les sigue un grupo numeroso de jóvenes y los tambores y tocadores de instrumentos de viento le salen al encuentro a la salida de la corte de Kabare. ¿Qué significa en cambio en este país una carta? ¡Nada! Y esto no debe maravillarnos; pues en Alemania hay más cartas que hierba en los prados de Mpororo. Un solo mensajero lleva cien cartas de una vez, incluso cada individuo puede recibir cartas, y algunos reciben muchas de una vez. Veo raramente que alguien se ponga más contento por la lectura de todas esas cartas o se sienta peor. Y cuando se entristece por una carta, echa mano rápidamente a la próxima, que le alegra, y cuando ha leído todas las cartas no sabe si debe estar alegre o triste. Sólo se ha fatigado más. Y ha perdido más las ganas de cultivar la tierra y cuidar el ganado. Si es que tiene tierra y ganado.

Tú ves que este pueblo es desgraciado, pero no me preguntes hoy por las causas. En las próximas cartas te describiré lo que veo, y quiero, tan sólo después, sacar mis conclusiones. Aún tengo mucho que escribirte.

Riangombe, que habita sobre la montaña de fuego y refresca sus pies con nieve, te proteja a tí y a mí.

Tu criado

Lukanga Mukara.

Birkhain, 20 mayo de 1912.

¡Luminoso kigeri!

Estoy en una plaza solitaria. Colinas con bosquecillos me rodean. Entre altos árboles hay un lago, en los juncos de su ribera nadan patos. En la superficie del agua hay grullas, y en las alturas vuelan dos cigüeñas que han llegado ahora justamente de Kitara, donde pasaron el tiempo en que aquí es terriblemente frío y la nieve y el hielo yacen en la tierra hasta la altura de un hombre, como tú sabes de la cumbre del Karissimbi. El salvaje ajetreo de las ciudades no llega hasta aquí y puedo pensar que estoy en Kitara, a la orilla del Ruhiga, en las vastas ensenadas de Urigi, donde el grito de las grullas coronadas resuena en la lejanía cuando vuelan con lentos aletazos sobre los maduros campos de cereales. Es el mismo grito que oigo aquí. Pero el pájaro no es lo mismo; le falta la corona en forma de tupé, le falta el pecho blanco. Sin embargo, la parte posterior de su cabeza reluce con un rojo de bronce. He venido aquí porque quedé confundido sobre lo nuevo y contradictorio que ví en este país extraño y porque quería tener sosiego ante el ruido.

¡Radiante príncipe! Cuando iba por entre los millares de blancos vestidos con estrechez o cuando despertaba por la noche de los sueños, me pasaba algo así como si hubiese bebido caña. (Como en un tiempo, cuando Ibrahimu no me había dicho nada todavía de su doctrina que considera la embriaguez indigna de un hombre).

Sobre este país hay algo como un gran embuste. Se dice en Kitara: allí donde se advierte el humo entre los montes, allí hay un objetivo del caminante, pues allí hay calor y comida caliente. Un artesano trabaja esculturas en madera, los fundidores de hierro se sientan al aire libre en los fuelles o un herrero forja puntas de lanza, hachas y agujas. Allí hay una vida activa y muchos seres acuden y se alegran de la fuerza y del arte inherentes al pueblo. Cuando un herrero se levanta del trabajo, se le alaban más las amplias espaldas que las manos hábiles.

En Alemania hay mucho humo. Pero no es el humo que atrae hacia él los ojos del caminante, que le hace apresurar los pasos y latir más fuerte el corazón. No es humo al aire libre; es humo en las tinieblas, humo en el humo. En los largos tubos de piedra es dirigido hacia el cielo. Pero el cielo no lo quiere y cae sobre la tierra como niebla matutina. Y cuando, como masa espesa, irrespirable, se desliza por todas partes, ¡cómo hay que apresurarse a ir a alguna parte para alegrarse de su origen! Al contrario: el que no se quiera dejar llenar los pulmones de humo, huye hacia el campo, donde el aire es todavía puro y fresco. Pues es insoportable el aire que se habituaron a respirar los blancos. Lo quieren, para el trabajo, para el placer, para la enseñanza, hasta para estar juntos durante horas para el culto divino en locales cerrados. Cada cual respira el aire que respiró ya otro. Además, se mezclan el humo, la obscuridad y el olor de la comida. Debe haber muchos enfermos entre ellos. No lo sé, pues no veo por las calles más que gentes sanas y a los enfermos los envían a otro lugar.

Fuí hacia un gran humo y entré en una tropa de gentes que marchaban por el mismo camino. Eran hombres y mujeres que no tenían un aspecto regocijante. Pregunté a un joven blanco por qué iba tan rápido, si había algo hermoso que ver en el lugar hacia donde él iba. Se rió burlesca y poco amigablemente y dijo que iba al trabajo y que si llegaba tarde lo reñía "el viejo". Y el presuroso no tuvo tiempo de hablar más conmigo.

No hay en general ningún blanco que no tenga prisa. Todos tienen siempre algo que hacer, y ahora sé por qué el blanco que pasó por Kitara preguntó tan a menudo a los hombres: "¿En qué trabajas?" Y por qué se indignaba cuando se le respondía: "Tinkora mlimó ningikala": *Yo no trabajo, yo existo*. Eso lo irritaba, porque en Alemania no hay un hombre que pudiera estar contento sin trabajo, pues entonces sería que tiene mucho dinero. Todos trabajan porque quieren tener dinero. Y cuando tienen dinero no lo aprovechan para procurarse dicha, lo cual no costaría nada, sino que se dejan persuadir por otros que quieren ganar dinero, que deberían, para ser felices, comprar todas las cosas posibles, cosas completamente inútiles y que son hechas allí donde se levanta el humo.

Yo creo que un hombre que sale adelante con poco y no compra nada, no es bien mirado en Alemania. Pero un hombre que se rodea de mil cosas, que hace conservar, proteger, guardar bajo llave y limpiar, que debe contemplarlas diariamente, ese vale algo. Y un hombre de esos no puede tener tiempo para nada que valga, no puede hacer nada útil. Tendrá que quedar siempre junto a sus cosas, en lugar de correr por el mundo y conocer canciones. Para eso no se necesita en Kitara más que un bastón, un zurrón trenzado, con dos trozos de madera para hacer fuego, y un aparato musical. El que recoge eso puede viajar, y



(1) *Hans Paasche, un oficial del ejército alemán en las colonias africanas, convertido luego al pacifismo y desilusionado sobre las pretendidas bendiciones de la moderna civilización, se hizo conocer ya antes de la guerra como escritor de ideas radicales. Eso le costó la vida. El 22 de mayo de 1920 fué asesinado por la reacción militarista y socialdemócrata en Neumark.*

(2) *Nobles del servicio de la corte.*

(3) *Agricultor.*

...ar realmente de que nuestro *polo* se... más atractivo, más habitable. La tierra sola es tan torpe que la mayor parte del mundo la abarca, pues está en sus costumbres. El fascismo es, en suma, la parte malvada que reposa en cada hombre. Como el que no sabía que "hablaba en prosa", la brutalidad vulgar no sabía que era una fina flor del fascismo, del nacionalismo; se sentía simplemente bruta, y ¡hela ahí fascismo! ¡Qué desucbrimiento! Entonces todo el mundo lo es. Hagamos, pues, otra cosa. Estudiemos, seamos ante todo inteligentes. No se conquista el mundo — y menos este mundo desequilibrado de nuestros días — con fuerza irreflexiva, con impulsos llamados espontáneos y ciertamente no coordinados, con ideas formadas al azar o repitiendo muchas antiguas cosas *pensadas* por otros en otros tiempos.

(De *Encyclopédie anarchiste*, París).

cuando vuelve después de varias lunas cuenta sobre las danzas y canciones de pueblos extraños, sobre la manera de cazar elefantes y de adornar a las vírgenes maduras.

Este es el error que pesa sobre el país: también en Alemania ha podido haber indicado el humo el lugar de trabajo feliz; ahora todo ha pasado. La fuerza de trabajo que crea el fuego se convirtió en maldición; los naturales del país que trabajan con la fuerza del fuego son esclavos miserables. Eso lo vi cuando fuí hacia el humo. En espantoso ruido, mayor que el de las tempestades de primavera, hay hombres y mujeres que mueven sus manos junto a las máquinas. Están allí, en atmósfera pésima, en local cerrado y vestidos de cuerpo entero. Hacen un trabajo que no termina nunca, hacen durante muchos años el mismo trabajo. ¡Cuánto mejor es la Kitara! Allí cada estación del año tiene su trabajo especial, y nadie necesita estar todo el año junto a un fuelle ni golpear el cuero de vaca. Para arar el país deben estar listas las rejas. Antes martillean los herreros y ante el herrero es fundido el hierro. El humo se desvanece de nuevo y alrededor de los hornos crecen las plantas más delicadas. Y también los pulmones de los hombres se purifican.

He dicho que los nativos de este país, incluso para trabajar llevan vestidos. Es así y eso me maravilla siempre. Todos los nativos de aquí andan siempre vestidos, y hasta para bañarse se visten un traje delgado. Nadie tiene el derecho a ir desnudo; nadie considera repulsivo y vulgar eso de llevar indumentaria. Incluso el rey del país se somete a la coacción del vestido. Lleva en el cuerpo telas gruesas, cosidas, cubre la cabeza y viste los pies con piel de ternero cosida. ¡Cuán grande y sublime eres tú, Mukama, frente a él! Tu indumentaria es una hebra de corteza de donde cuelgan dos cuernos labrados de un macho cabrío salvaje; una piel de cabra rayada cubre tu mitad izquierda. Tu pecho respira libremente, el sol ilumina tu piel brillante, y tus pies descalzos tocan la tierra fecunda.

Así ando yo ahora por aquí en la arena, desnudo, donde no me ven los naturales del país. Si me vieran desnudo me perseguirían. También yo debo llevar ropas en este país, si no quiero irritar al pueblo. Es una tortura para tu libre criado, un dolor y un peligro que no soporta más que a causa de la investigación y de la ciencia de Kitara.

Tú crees, posiblemente, que los habitantes del país, fuera de las grandes ciudades, andan desnudos; no, también ellos se visten de la cabeza a los pies, y ante todo no se ve a un hombre que no tenga en la cabeza un sombrero. Si alguien fuera sin sombrero por una ciudad, los nativos irían tras él en grupos y se burlarían de él. El sombrero es el signo de la dignidad, aunque no sea más que un lío sucio y calado por el sudor, es considerado como distinguido el llevarlo. Así ocurre que en la mayor parte de los blancos los cabellos de la cabeza se pudren por falta de luz y de aire y se vuelven calvos. Eso constituye también una gran preocupación de los hombres, y dan mucho dinero a gentes que quieren ganar dinero con el cuidado del cabello de los otros nativos del país. Allí se dejan recomendar líquidos muy diversos y los compran. Sólo de una cosa se olvidan, a pesar de que nada cuesta y de que puede ser empleada en Alemania como en Kitara, facilísimamente, por el hombre más pobre: de no llevar en la cabeza un sombrero.

Los blancos dicen que se usa el sombrero para calentar la cabeza y protegerla y para saludarse con él. Su saludo consiste en quitarse el sombrero de la cabeza y en volvérselo a poner. Arrodillarse y chocar las manos es un saludo enteramente desconocido.

Lo que deben traer en vestidos sobre el cuerpo, lo prescriben los artesanos que cosen la ropa, y especialmente los nativos ricos les obedecen absolutamente. Si piensas que un cuerpo vigoroso, hermoso y flexible se manifiesta en uno de esos trajes, te equivocas. Los trajes de los hombres son hechos en tal forma que un débil aparenta lo mismo que un musculoso, y nadie tiene el deseo de mejorar su cuerpo o de preservarse de desfigurarlo: los trajes lo cubren todo. Incluso las mujeres, en la elección de los hombres, no tienen en cuenta la belleza y la fuerza del cuerpo, sino la forma y el valor del traje y el sombrero. Las mujeres no saben cómo es un cuerpo hermoso, bien formado. Se casan luego con un traje y al mismo tiempo con el hombre que hay en él. Ese mal hábito de los vestidos implica también que las mujeres y los hombres de los blancos se casan sin saber mutuamente cómo son cuando están desnudos. Eso sería considerado en Kitara como una infamia y como la más baja villanía. Sería un crimen para el futuro del pueblo. En Alemania se considera decente.

Tú querrás saber, gran rey, lo que yo mismo llevo sobre mi cuerpo para ir sin inconvenientes por las ciudades de los nativos de aquí y cómo soporto la suciedad de la indumentaria.

Por la mañana, después del baño, me froto la piel con aceite y visto ropa interior y exterior. La ropa interior es sujetada por lazos sobre los hombros. Es un padecimiento, pues la presión de esos lazos comprime la parte superior del cuerpo. Muchos blancos son por eso encorvados y sus espaldas sobresalen mucho. Al cuello me anudo un anillo tieso de fibras vegetales, una terrible invención, tanto más incomprensible cuanto que el blanco sabe magistralmente elaborar tejidos suaves.

Sobre los pies se ponen tejidos estrechos de lana de oveja, con lo cual se comprimen violentamente los dedos, de manera que se hace imposible andar seguros. Yo no pude soportar el dolor cuando he intentado llevar ese tejido en los pies, y he cortado la parte inferior de esas piezas, lo que nadie puede ver, porque los pies enteros son metidos en bolsas de cuero bien cerradas. Ese calzado juega un gran papel en la indumentaria. Es increíble: También la forma del calzado cambia según el capricho y la voluntad del artesano y el pié del blanco tiene que adaptarse a las formas más raras para poder entrar en el zapato. Yo mismo me he hecho coser por un artesano zapatos lo suficiente grandes para poder mover en ellos libremente los dedos de mis pies.

Los blancos no se quitan los zapatos cuando entran en las casas, tampoco se lavan los pies antes de entrar, pero se cuidan de que la parte exterior de los zapatos sea reluciente. Se emplean más esfuerzos en la preparación de medios para limpiar el calzado que en instalaciones para conservar los pies mismos hermosos y sanos.

Cuando he andado en mis zapatos y vuelvo a casa, desearía siempre descalzarme y encontrar ante la puerta un baño de pies y un banco para sentarme, y un criado debería acudir a lavarme los pies y a untarlos con aceite. Nada de eso: en los lugares donde hay instalados espacios especiales para esperar, se encuentran libros para leer y muchas cosas raras que comprar y sin las cuales se vive todavía bien en Kitara; pero no hay oportunidad para tomar un baño de pies en el tiempo de la espera. Tampoco los nativos tienen el deseo de hacerlo, y así van de la mañana a la noche en los mismos vestidos y zapatos y con el mismo sombrero, y como al día siguiente quieren vestirse la misma ropa, no pueden exponerse a sudar demasiado. Por eso, y para preservar sus ropas, tienen que ir lentamente. Correr no está permitido más que a los niños. Los adultos no corren nunca, pero como tienen siempre prisa, no van a pié tampoco nunca: van en coche, en tren, en tranvía. Por la falta de movimiento se modifica su cuerpo tanto que no se podrían mostrar ya desnudos, aunque fuera costumbre andar sin indumentaria, y muchos hombres tienen el aspecto de perros cebados o de hipopótamos del Ukonse.

¿Preguntas por las guerras del país y por las mujeres? De eso te contestaré más tarde.

Grandes son las privaciones que soporto para cumplir mi misión de investigar este país. Los hábitos del pueblo me amenazan a mí y a mí salud. Lo que mi cuerpo sufre por fuera y lo que estoy forzado a meterle dentro mientras vivo aquí, me perjudica.

Dos cosas me acompañaron hasta aquí desde el hogar: el sol que calienta mis espaldas con sus rayos, y aquel gran pájaro, que volverá antes que yo a Kitara y llevará a mi rey saludos de

Su criado

Lukanga Mukara.

At.

El neo-clasicismo italiano y el pintor Ubaldo Oppi

Uno de los casos más vergonzosos de mistificación artística, ha sido recientemente puesto al desnudo, en todo su impudor, cuando la realización de la muestra en Milán, acerca de la *pintura del Novecientos*. Se trata de autores modernos, y probablemente, en su mayoría, neo-clásicos, nueva moda tradicional en gran predicamento actualmente y con mucha boga y aceptación en Italia.

Este caso fué denunciado por varios periódicos de arte, acusando de flagrante plagio al pintor Ubaldo Oppi, uno de los triunfadores de la hora, cargado con diversas recompensas y loado abundantemente por las ilustres momias de la crítica, entre las que sobresale Hugo Ojetti, conspicuo redactor de *Il Corriere della Sera* de Milán. Con éxitos en los certámenes extranjeros, especialmente en los Estados Unidos y Alemania, asombra que un pintor de tal calaña haya podido prosperar durante tanto tiempo, sin que nadie osase, quisiese o fuese capaz de colocarle en el justo lugar, — el sitio que les corresponde a los que saltan de los dominios del arte al patio de Monipodio — de los traficantes y de los cacos.

Seguramente que el más culpable de todos no es Ubaldo Oppi, hombre adinerado — cuya fortuna hubo de poseerla antes que se sintiera pintor — sino de los críticos, los aficionados y del mismo ambiente artístico que impone sus normas actualmente en Italia. Normas, éstas, casi escolásticas, que intentan revivir las disciplinas del pasado, en un retorno orgulloso a las fuentes de una pintura de sabor netamente italiano. Conscientemente quieren replegarse sobre sus antepasados y sobre ellos mismos, en un soberbio gesto de estrecho patrioterismo. Nada daña más a la universalidad del arte, que estas preocupaciones mezquinas e interesadas; la terca voluntad de encerrarse en sus propias fronteras, queriendo sustentarse con el solo alimento de sus propios jugos nutricios.

Esta ansia nacionalista de avalorar superlativamente el arte y los productos intelectuales italianos, procede de lejos. No surgió del régimen fascista, como un nuevo imperialismo; y ya en los primeros tiempos de post-guerra, con los gobiernos liberaloides y masón-pacíficos, era un brote bastante crecido que renacía con vigorosa e irrefrenable vida. La revista de arte "Il Primato", fué un síntoma bastante elocuente. Soffici en "Valori Plastici", al hacer un balance del impresionismo francés, reivindicaba el origen esencial de ese movimiento para la pintura italiana. A Cézanne le califica de italianizante, tanto por su ascendencia racial, como por su ciega admiración por Poussin, quien era, según el artista ex-futurista, una transsubstanciación de los pintores del renacimiento florentino y veneciano. Sus conclusiones, después de haber examinado los epígonos de esa tendencia y sus artistas menores, llegaban hasta la afirmación de que la primacía ejercida por Francia durante medio siglo, en las artes plásticas, debía pasar inevitablemente a Italia.

El nuevo régimen pudo exaltar, exasperar ese impulso chauvinista en los tuécles y azules cuarteles de las artes, pero ni es el inventor, ni el responsable directo. En la *Bienal de Venecia*, como se anunciara en el número próximo pasado, se cobijó casi íntegro el proceso y el desarrollo de la pintura italiana del Ochocientos.

He aquí lo que piensa de ella uno de los críticos más autorizados de la crítica italiana, el ya citado Paladini:

"La *Biennale Veneziana* es más que nunca rica en exposiciones retrospectivas, organizadas expresamente para hacer conocer cada vez más el ochocientos italiano, hasta ayer ignorado del público y hoy exaltado por la crítica, interesada materialmente en esta revaloración de valores exclusivamente pictóricos.

Declararemos en seguida que este esfuerzo encaminado a otorgar un aspecto insospechado y una importancia máxima a tal período artístico, anhelando dar la impresión de que se trata de un verdadero y vasto movimiento de ideas y de tendencias renovadoras, además de haber sido suscitado por los mercantes de cuadros y los coleccionistas, fué originado por una cuestión de orgullo patriótico.

Con ello se tendería a contrabalancear el movimiento del impresionismo francés, demostrando que contemporáneamente e independientemente de aquél, aquí en Italia se realizaba algo análogo e igualmente interesante. Sobre todo, se pretende probar la completa prescindencia del movimiento italiano del francés, no obstante que los pintores toscanos fueran a visitar una exposición realizada en París, donde había obras de los pintores de la escuela de Fontainebleau, y al quedar fuertemente impresionados por los paisajistas del año 30, trajeron a su patria los gérmenes de la *mancha*. ¡Después de todo, son cuestiones estas de espíritu y de estados de alma, de tal alcance, que no se puede encerrarlas en la estrechez de las fronteras geográficas trazadas por la mente de los hombres!

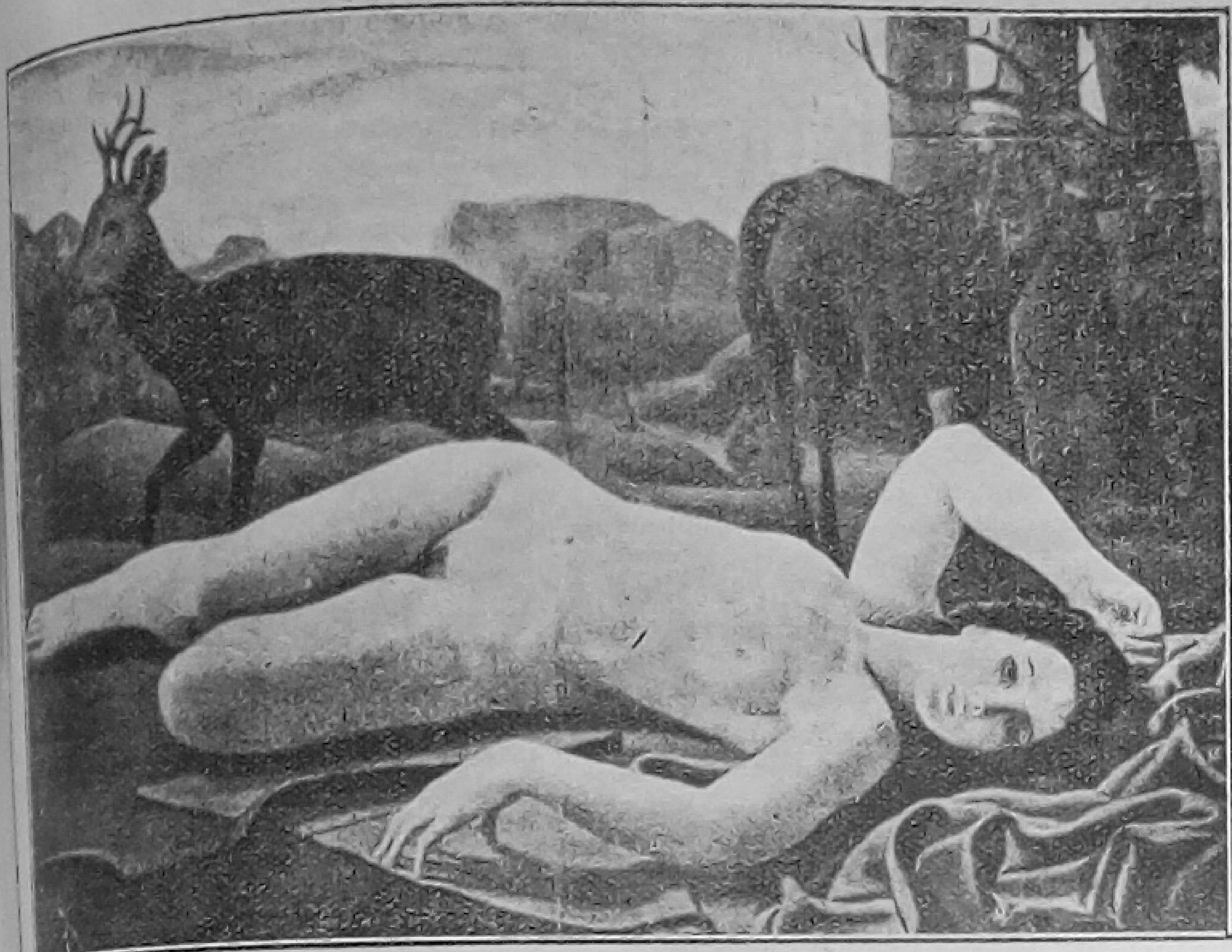
De todos modos es exagerada, bastante exagerada esta pretensión consistente en comparar, casi equiparando la importancia del ochocientos francés, que prolongó sus ecos por toda Europa, conduciéndolos a la llamada pintura moderna europea, la cual sigue viva y fresca hasta ahora, con el ochocientos italiano, naturalmente rico en personalidades como Fattori, Silvestre Lega y Telémaco Signorini, quienes, empero, permanecieron encerrados en el círculo, no sólo de su propia patria, sino de sus mismas regiones, sin ejercer tampoco ni una mínima, ni ninguna temporal influencia, y que únicamente hoy,



"Actitud de modestia — Modelo de 26 años (Reconnagel fotg.)



UBALDO OPPI—"Tarde Romagnola" (Oleo)



UBALDO OPPI — "Despertar de Diana" — Oleo

...después de cien años, vuelven a re-... en el espíritu de algunos italianos."

Si esta cita un poco extensa tuvo algún ...ar para nosotros, ha de ser por la no-...ética que encierra, la que otorga el ...general al ambiente artístico de la ...poránea Italia fascista.

...todas las exageraciones son por sí ...s ridículas y grotescas, lo son mu-... más en los universales ámbitos del ..., y este grotesco se agranda en pro-... a lo absurdo, a lo descabellado ...pretensiones, casi siempre sosteni-... por deleznables fundamentos; como ...ció en el presente caso de una tar-... póstuma rehabilitación, por cierto ...loable, pero que de lo nacional inten-...pasarse a ser mundial.

...neo-clasicismo, la invención de un ...cionalismo, inyectado de joven y ...erna savia, — que datando de algu-...nos hace, no ha sido más que el za-... de un ingrismo picassiano, de un ...nismo cézannesco, — se impuso en-... mayoría de artistas italianos, mer-... de cuadros, coleccionistas y etcéte-... adoptando siempre el mismo gesto ...lo de revancha, de una preeminen-...soria y como un desquite del tiem-... servilidad y obligada pleitesía de ... hacia otras escuelas y países.

...Puede haber afrenta si un artista tra-... asimilarse lo mejor de un colega ... aun siendo éste extranjero, o que ...ación haga lo mismo con otra en ... más avanzada cultural y artística-... que ella?

...historia universal del arte, ¿no se ... acaso repleta de estas paralelas asi-... o de herencia y transfusiones ... vinos espirituales en odres ...?

... la torpe racha chauvinista — que ... al mundo entero — puede lle-... tales excesos de aberración en su ... lógica de un orgullo nacio-nalista obcecado, enteramente mal com-prendido.

Pero, en rigor, ¿qué es en sí, como manifestación novísima de arte, este neo-clasicismo o tradicionalismo primitivista?

Al ejercerse sobre la realidad, no podía dar otro resultado que el de un *pastiche*, con reminiscencias de una serie de módulos antiguos, sazonados con sensaciones actuales y modernas, impregnadas por todas las renovaciones pictóricas acontecidas desde unas cuantas décadas hasta nuestros días. Ello en la mayoría de los casos, que es lo que más cuenta.

Las mezclas y los injertos han sido indescriptibles. Hubo quienes complicaban a Cézanne con la ranciedad neo-clásica, otros hacían intervenir a una porción de cosas entre primitivas gauguinescas, y expresionismo teutónico dentro del tradicionalismo italianizante, porque era la consigna, la etiqueta encubridora. Y así se ha desenvuelto la moderna pintura en un vaivén que niega tan pronto lo que antes afirmaba. En el mejor de los casos se llegaba a una buenísima imitación, a una asimilación inteligente, realizando piezas arcaizantes, reavivadas por un temperamento viril y moderno. Tal podrá ser la pintura de Casorati y de otros, quienes son escasos en número. Los demás se han quedado a mitad de camino, en una ambigüedad de espíritu y de procedimiento francamente desagradables.

Sucedió el fenómeno eterno, cuando una tendencia ha de comprimirse en un dog-



Actitud de embriaguez — Modelo de 16 años (U. F. — fig. 15.)

matismo limitado y estrecho, que al divulgarse y extenderse se trivializa en un corte, que se presiente lo académico. Es que los que adoptaron la nueva moda fueron a los antiguos para apropiarse la parte física de sus obras, la plástica, lo externo de sus sabias composiciones, la apariencia inerte, no sabiendo ni pudiendo asimilarse la esencia ética, la raíz moral, dimanante de toda obra de arte, máxime de las antiguas. En una palabra, la letra, no el espíritu. Y bien, los raros que poseen un recio talento y una viva sensibilidad plástica, capaces de no inmovilizarse en el aspecto, sino que penetran en los arcanos designios de las grandes obras, no necesitan los andadores de cualquier escuela; y los otros, que viven solamente a expensas de ella, nunca dejarán de integrar el rebaño de los mediocres. Llegado a este punto de vulgarización de lo tradicional escolástico, no existe mucha diferencia entre la copia fotográfica de la realidad de un impresionista o de un neo-clásico. Es allí, en esa casual coincidencia, cuando surgió el caso Ubaldo Oppi, descubriendo que en esa tendencia de fabricar pastiches era él uno de los más hábiles, y que de cuestiones fotográficas entendía como nadie.

Parece que interpretando el anhelo íntimo del público, se dijo: *Quieren fotografías arcaizadas, del más vernacular clasicismo, imitando los estilos antiguos, yo os prometo que seré uno de vuestros fecundos abastecedores.*

En efecto, su trabajo era sumamente expedito. Hojeaba un album de fotografías con desnudos de ambos sexos, expresamente encuadernadas para estudio de pintores y escultores; elegía el que más se aviniese a sus propósitos industriales, lo proyectaba mecánicamente sobre una tela con un pantógrafo... Luego, con ligeras alteraciones de ínfimo orden, modificando pequeños detalles, extraía de una fotografía banalmente realista una obra neoclásica, celebrada después desaforadamente por los grandes críticos, obteniendo todavía un premio en un reciente certamen.

Si esto lo hubiera hecho con intención de burlarse finamente de esa escuela impuesta como un férreo dogal, la labor de Oppi habría resultado de un humorismo formidable; pero desdichadamente, él mismo confesó que ponía en ello una seriedad asnal, tratando de adornarse con la piel del león. Algo así como lo de Pierre Benoit, quien al acusársele de que llenaba páginas enteras de sus novelas con descripciones hurtadas a Victor Hugo, replicó a los críticos detractores, que al hacerlo, quiso precisamente confundirlos a ellos, que anteriormente le reprocharon de escribir un francés horrible. Oppi, en cambio, no quiso confundir a nadie, sino llevar a cabo una falsificación grosera, movido por un impulso de vanidad.

Sin embargo, puso al descubierto no solamente el lado débil del movimiento imperante en su país, sino que también demostró lo fácil que era el escamoteo de un elemento verdaderamente plástico en esa tendencia, dada su innata afectación y su falsedad estéril.

Finalicemos esta ya larga disquisición, con las palabras que un periódico de arte italiano da cuenta a sus lectores del susodicho robo pictórico:

"El hecho es simple en sí: el *gran* pintor Oppi, quien participaba en esta muestra, fué cogido en flagrante por encontrársele con un plagio evidente, habiendo robado, — robado toto-corde, — la concepción a otros colegas suyos, los fondos y los claroscuros necesarios para una reconstrucción fotográfica de sus cuadros".

***

Exposición José Pinazo (A. A. del Arte)

Es un pintor, al parecer, elegante y atildado, que, como una derivación naturalísima, debería pintar también cuadros elegantes y atildados. Pero no es así. Su intención quisiera ser esa, y en todos ellos puja por aparecer. Pone en sus fingidas gallardías, en esas *pinceladas valientes*, el mismo ceremonial, frío y cortés, con que danzaría un cotillón, pongamos por caso, o se inclinaría al saludar a una dama. Es, por eso, una pintura frígida, melosa, con una coloración banal de cromo de almanaque.

Las exclamaciones exhaladas por labios femeninos, invariablemente se vocalizaban en un *¡qué precioso, qué chic!*

Nos atenemos completamente al juicio de esas beldades, experimentadas en asuntos de tocador, de modas y de *coiffure* de toda suerte y clase. Creemos firmemente que los adjetivos chic, precioso, bonito, se aplican perfectamente a este amaneramiento pictórico, que peina, viste, emperifolla, acicala aldeanas de abanicos, teniendo por fondo paisajes que parecen haber sido hurtados a las tapas de bomboneras.

Es un arte hecho de manualidades, sin gota de espíritu; ni siquiera es llana y saludablemente objetivo, por complicarse en la transposición de una falsa realidad en la búsqueda de una composición del peor aspecto decorativo que pueda darse. La suya, la Valencia que pretende presentarnos, es una verdadera Valencia de pandereta: falsa, chillona, abonitada, es un cacho de regionalismo expresamente fabricado para la exportación.

Metido a ser moderno, recorta las siluetas — sobre todo en algunas de sus naturalezas muertas, o *vida en silencio*, como al señor Pinazo le plugo denominarlas, — tomando el término alemán *stilleben*, casi a lo Van Gogh, y se queda tan fresco con ese otro aspecto del modernismo.

Digámoslo de una vez: todos estos cuadros respiran una mediocridad enervante, una serie de lugares comunes más o menos diestramente pintados. Es una opinión personal, que quisiéramos que nadie compartiese, ya que preferimos creernos equivocados.

Por otra parte, en casos de semejantes mediocridades brillantes, que por su apariencia de gamas cromáticas dulzonas se atraen el unánime favor del público grueso, no es posible callar. Y como aun no pudimos entrar por el aro del eclecticismo, que a todo le asigna idénticos piropos, sin virilidad y sin guía, a veces nos es forzoso expresarnos con un poco de rudeza, como un signo de reacción.

Todos estos abusos de autoridad, estas concusiones y villanías provienen, no del abuso ilegal, sino del uso legal, bien legal de la propiedad. Sin duda: el funcionario cuyo control es requerido para la aceptación de una provisión o para el despacho de una mercadería, no tiene derecho a traficar con ese control. No es así como pasan las cosas. Un acto semejante repugnaría a la virtud de los agentes de la autoridad, caería bajo la sanción del código penal. Yo no me ocuparé, pues, de esto. Pero se convendrá que el que aprueba no podrá aprobar nada mejor que aquello que él sabe hacer, desde que su aprobación está, necesariamente, en razón directa de sus medios. Ahora bien; como a los inspectores y registradores de la autoridad no les está vedado hacer por cuenta propia lo mismo que se les ha encomendado aprobar con relación a los otros, y con más razón, de tomar parte e interesarse en lo que debe ser sometido a su aprobación, y como en toda especie de servicio el salario y el beneficio son legítimos, se sigue que la misión atribuida, por ejemplo, a la universidad y a los obispos de aprobar o desaprobar ciertas obras, constituye un monopolio para provecho de obispos y universitarios. Y si la ley, contradiciéndose ella misma, pretende impedirlo, la fuerza de las cosas, más poderosa que la ley, lo retraerá de continuo, y de este modo, en lugar de gobierno, tendremos venalidad y ficción...

Un pobre obrero que tenía a su mujer enferma de parto reclamó, ante los desesperantes dolores de ésta, la asistencia de un médico.

"Doscientos francos, dijo el doctor, o no me muevo". "Dios mío, replicó el obrero, si no vale mi menaje 200 francos. Será necesario, pues, que mi mujer muera, o bien que nosotros todos, mi mujer, su niño y yo, vayamos desnudos".

Este partero, ¡que Dios bendiga!, era, sin embargo, un hombre digno, benévolo, melancólico y dulce miembro de muchas sociedades sabias y benéficas. Sobre su chimenea un bronce de Hipócrates rehusando los presentes de Artajerjes... Era incapaz de disgustar a un niño y, dado el caso, se hubiera sacrificado por su gato. Su negativa no provenía de dureza: era táctica. Para un médico que entiende de negocios, la abnegación no tiene sino una estación: una vez adquirida la clientela y cimentada la reputación, uno debe reservarse para los que puedan pagar, para los ricos y, salvo las ocasiones de poder exhibirse, debe apartarse a los indiscretos. ¿A dónde se iría a parar de curar enfermos a tontas y a locas? El talento y reputación son propiedades preciosas que es menester explotar, no derrochar.

El rasgo que acabo de citar es de los más benignos. ¡Cuántos horrores si penetrase a fondo esta materia médica! Que no se me diga que hay excepciones: yo exceptúo a todo el mundo. Hago la crítica de la propiedad, no de los hombres. La propiedad, en Vicente de Paul como en Harpagón, es siempre atroz. Y aun cuando el servicio médico estuviese organizado, el médico sería lo que el sabio, el abogado o el artista: un ser degradado por su propio título, por el título de propietario.

Es lo que no comprendió aquel juez, demasiado hombre de bien para su tiempo, que, cediendo a la indignación de su conciencia, se permitió un día censurar públicamente a la corporación de los abogados. Era una cosa inmoral, escandalosa, según él, la facilidad con que esos señores acogían toda suerte de causas. Si esa censura, venida de arriba, hubiese sido sostenida y comentada por la prensa, de seguro hubiera hecho roncha. Pero la honorable compañía no podía perecer por una censura, como tampoco la propiedad puede morir por una diatriba o la prensa reventar por su propio veneno. Por lo demás, ¿no es la magistratura solidaria con la corporación de los abogados? ¿No ha sido ella, como ésta, instituída por y para la propiedad? ¿Qué sería de Perrin-Daudin si le estuviese prohibido juzgar? ¿Y sobre qué se pleitearía sin la propiedad? La orden de los abogados se sublevó, pues. El periodismo, la abogacía de la pluma, vino en ayuda de la abogacía de la palabra... el motín, engrosándose cada vez más, rugía y rugía, hasta que el imprudente magistrado, órgano involuntario de la conciencia pública, hubo de pedir perdón al sofisma, desechando la verdad que su audacia iluminó un momento.

Un buen día un ministro anuncia que va a reformar la notaría. Nosotros no queremos que se nos reforme, exclaman los escribanos. Nosotros no somos los hombres de la argucia; dirigíos a los abogados. El notario es por excelencia el hombre probo y sin mácula. Ajeno a la usura, guardián de los depósitos, intérprete fiel de la voluntad de los moribundos, árbitro imparcial en todos los contrastes, su estudio es el santuario de la propiedad. ¡Y es en él que la propiedad será violada! No, no. Y el gobierno obtuvo, por la persona de su ministro, el consiguiente mentís.

Yo quisiera, dice tímidamente otro, liquidar a los acreedores a quienes pago 5 o|o de interés y reemplazarlos por otros a quienes no pagaría más que el 4. —¡En eso pensáis!, gritan con horror los rentistas. Los intereses de que habláis, son rentas; han sido constituídos como rentas; y proponiéndoos reducirlos, es como si propusiérais una expropiación sin indemnización. Expropiad, si eso os place; pero no olvidéis que es menester una ley, además de la previa indemnización. ¡Cómo!; precisamente cuando es notorio que el dinero se deprecia continuamente; cuando 10.000 francos de renta no valen más de 8.000 en tiempos de inscripción; cuando, por una consecuencia irrefutable, debería ser el rentista cuya propiedad disminuye todos los días el indicado a solicitar un aumento de renta a fin de conservar su reserva, puesto que esta reserva no representa un capital en metálico, sino un inmueble, precisamente en este momento se habla de conversión! ¡La conversión es la bancarrota! Y el gobierno, convencido, por una parte, que tiene, como todo deudor, el derecho de eximirse por la liquidación y vacilante, por otra parte, por la consideración de la naturaleza de su deuda, e intimidado por el clamor del propietario, se encuentra con que no sabe qué resolver.

Así, la propiedad se torna más y más insociable a medida que se distribuye entre un número mayor de poseedores. El privilegio colectivo, que parecería deber endulzar, humanizar la propiedad, es, precisamente, lo que la hace más odiosa: la propiedad dividida, la propiedad impersonal es la peor de las propiedades. ¡Quién no advierte hoy que Francia se cubre de *grandes compañías*, mucho más temibles, mucho más ávidas de botín que las bandas famosas de las que el bravo Dugesclín libró al país!

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

III

Hace aproximadamente un año, el periódico *Erkenntnis und Befreiung* de Viena publicó una breve reseña sobre un barrio de Belgrado; cierto número de inquilinos que no quisieron pagar el aumento de alquiler exigido por los caseros, fueron puestos en la calle con sus familias; los desalojados se retiraron en los alrededores de Belgrado, en el lugar destinado a las inmundicias de la ciudad y comenzaron a sanear y a embellecer el paraje, levantando algunas casitas de madera y de arcilla. Al finalizar el año 1921 había allí 70 casas y el barrio fué denominado *Yatagan Mala* (Ciudad en la ciudad). En 1923 el número de las casas era de 150 y en 1924 tenía aproximadamente 200, formando una pequeña población. Hasta parece que muchos rebeldes se adhirieron a esa empresa y Yatagan Mala adquirió una relativa importancia. La municipalidad de Belgrado envió una delegación a reclamar sus derechos, por haber sido edificada Yatagan Mala en terreno municipal sin pedir autorización alguna. La delegación fué rechazada; la policía quiso entonces intervenir, pero los habitantes de la nueva ciudad se levantaron como un solo hombre en defensa de su autonomía, y en vista de que para vencerlos habría sido necesario un serio derramamiento de sangre, se dejó a Yatagan Mala en paz por un tiempo. Mientras tanto Yatagan Mala fué embellecida más y más, se formó una administración interna absolutamente independiente de toda institución oficial, y cuando su población se creyó bastante fuerte reclamó de la municipalidad de Belgrado electricidad, canalización de aguas, alcantarillado, pavimentación, etc. La municipalidad exigió en primer lugar que se le reconociera su derecho de posesión sobre los terrenos ocupados ilegalmente, cosa que los habitantes de Yatagan Mala rehusaron. La prensa burguesa comenzó una campaña incitando al gobierno a suprimir ese foco peligroso, nido de enemigos del Estado. Los habitantes de Yatagan Mala, en respuesta a esas insinuaciones, resolvieron publicar un periódico para defenderse e interesar a la opinión pública de Belgrado en su favor. El gobierno serbio comprendió que si intentaba proceder por la fuerza, chocaría con la resistencia decidida de algunos centenares de hombres y tuvo que ceder. Mientras tanto Yatagan Mala, el antiguo lugar de las inmundicias de Belgrado, se convirtió en uno de los barrios más limpios y agradables de la ciudad. No sabemos hasta qué punto corresponde a la realidad esa descripción, que circuló por muchos periódicos anarquistas. Lo cierto es que una iniciativa como esa no sería nunca un esfuerzo indigno del movimiento anarquista.

Sin embargo, habría aun esfuerzos más fecundos que la creación de ciudades dentro de las grandes ciudades existentes. En casi toda América existe tierra en abundancia, monopolizada por algunos terratenientes o del Estado. Tal vez en algunas partes fuese posible adquirirla sin preguntar a quién pertenece y ofrecer, cuando llegasen las reclamaciones, un hecho cumplido de toma de posesión muy difícil de abolir por decreto o por la fuerza misma. Pero aunque no fuese así, está el medio legal de la compra. Donde nuestro movimiento existe, le sería muy fácil adquirir en parajes más o menos lejanos terrenos de cultivo y dar vida en ellos a colonias agrarias que se convertirían en pocos años en pueblos de alguna consideración.

Nos parece que eso es fácilmente realizable. Y el valor de algunos pueblos agrarios integrantes de nuestro movimiento, es fácil de comprender, es inmenso, como campo de experimentación comunista, como focos de propaganda y de acción en el ambiente campesino, como sostenes materiales del movimiento de los obreros de las ciudades, etc. Porque todo eso podría ser esa especie de colonización, que no se separa del resto de la vida, como las colonias owenistas, fourieristas, cabetistas, etc., y no es tampoco expresión del conventualismo anárquico que se manifestó en las colonias ensayadas en diversos países. Tampoco incurre en los defectos de las cooperativas conocidas, pues esa colonización agraria sería empresa del movimiento en general, como lo es un periódico, como lo es cualquier otra institución. Una población de 1.000 trabajadores del campo podrían sostener un millón de obreros de las ciudades en sus conflictos con el capitalismo y anular así de un golpe los elementos defensivos más importantes del capital y del Estado.

Nuestra opinión es que hemos perdido demasiado la inclinación experimental, y esa es una de las razones del debilitamiento de la potencialidad interna de nuestras ideas. Toda experimentación, aunque no dé los resultados obtenidos, aunque se califique de fracaso, vale siempre como una adquisición nueva del espíritu.

Hemos soñado tanto con las posibilidades de ese ensayo de colonización y nos hemos hecho tantas ilusiones sobre su eficacia revolucionaria directa e indirecta, que no sabríamos concretar nuestros deseos. En casi toda América la situación no es la misma que en Europa; en Europa nos encontramos con un mundo *hecho*, al que debemos adaptarnos o tratar de conquistar; en América podemos ser nosotros los creadores, oponer a la obra de la especulación capitalista nuestro esfuerzo en pro de un horizonte vital más amplio; por pequeño que sea nuestro esfuerzo no será totalmente sofocado por la escasez dominante del capitalismo y del autoritarismo; y aunque fuese importante, nos quedaría siempre la labor capital: la expropiación de todos los expropiadores y la instauración del reino del trabajo libre y solidario. Nuestra colonización agraria no es un desvío para apartar las fuerzas libertarias del camino general de la revolución, sino un ensayo para engrosar esas fuerzas mismas con elementos nuevos y para darles más posibilidades de desarrollo y de avance.

En la América latina tenemos ya un campo definido de lucha y de propaganda; el movimiento obrero, la inspiración de sus luchas cotidianas y la orientación de sus aspiraciones finales. ¿Es bastante? Junto a eso nos haría falta un movimiento cultural más intenso, por una parte, y por otra la instalación de un nuevo punto de apoyo en el campo. Para esto no confiamos bastante en la mera propaganda, que materialmente es muchas veces imposible llevar a la población agraria. Unamos a la propaganda la acción práctica, el ejemplo de nuestra convivencia, las ventajas de nuestro sistema de trabajo. Eso hará milagros. En dos o tres kilómetros cuadrados de tierra, en el curso de muy pocos años pueden establecerse algunos centenares de familias y convertir un desierto en un pequeño paraíso, sin amos y sin gendarmes, sin propiedad privada y sin explotación del hombre por el hombre. Un foco de trabajo que, si no para todos, para la mayoría de sus miembros significaría siempre, aparte de la base de la existencia material, un instrumento de acción contra el mundo del privilegio. Estamos viendo todos los días como surgen poblaciones nuevas, enfeudadas a algún zafio que supo acapararse los frutos del trabajo ajeno. Si una nueva población que viene a aumentar el número de las existentes pesa muy poco en la balanza, un pueblo que se levantase por nuestro esfuerzo, contra la corriente, inspirado por ideas de revolución, de solidaridad y de igualdad, entrañaría fecundas promesas.

¿No está claro que, ya que en toda la América existe la posibilidad de ampliar el radio de nuestra acción, si uniésemos a la lucha por la conquista del mundo capitalista el esfuerzo positivo, creador de un germen de mundo nuevo, adquiriríamos un poder más y más irresistible?

Una docena de pueblos agrarios en cada país, controlados por nuestro movimiento y no empresas personales, nos pondrían en situación de luchar victoriosamente en las contiendas de todos los días en las ciudades y de polarizar efectivamente las voluntades de todos los hombres amantes de la libertad. Nuestro movimiento tendría así bases materiales mucho más sólidas e inexpugnables y posibilidades mayores de evolución.

No hagamos del pasado un dogma. Jamás ha tenido la idea libertaria tantos enemigos; jamás se encontró más restringida en la sociedad del privilegio. Hubo en otros tiempos movimientos, incluso burgueses, que contribuían a su modo a mantener vivo el espíritu de autonomía y de solidaridad frente al centralismo político. Hoy estamos solos, y el capitalismo, en su evolución, amenaza demoler totalmente las resistencias libertarias. Más que la reacción aguda de esta hora nos preocupa y nos inquieta el desenvolvimiento antihumano de la economía capitalista. Es preciso echar mano a todos los recursos que se nos ofrezcan para resistir su avance y acrecentar la eficacia de nuestra acción. El movimiento sindical no es bastante ya, porque frente a nuestros sindicatos surgen diversas tendencias, sindicales también, que regimentan los trabajadores para la contrarrevolución cotidiana. Organización obrera y organización revolucionaria no son términos sinónimos, y nuestro movimiento sindical se debilitará más y más en su influencia sobre el resto de la masa proletaria cuanto más vigor adquiera el capitalismo en sus sistemas de producción y de educación.

Creemos que nada perderíamos con poner a discusión en nuestra prensa y en nuestro movimiento el asunto de la colonización agraria como empresa colectiva del movimiento mismo. Si se llegase a un acuerdo en el principio, la solución práctica sería cuestión secundaria.

En todo caso expresamos nuestro pensamiento sinceramente. Vemos que se hace poco, muy poco, por acelerar la evolución hacia la libertad y quisiéramos que se hiciera más, que se tocasen todas las posibilidades de obrar más proficuamente y de atraer sobre nuestro movimiento la atención pública, que gira hoy más en torno al rey del box o de un aventurero político que en torno al esfuerzo por hacer de este valle de lágrimas un paraje de vida libre y feliz para todos.

Mientras escribíamos estas líneas leemos en un diario berlinés:

"Hace un año, treinta noruegos, cansados de la vida monótona en su patria y del eterno pago de los impuestos, tras atrevida decisión se pusieron en viaje para un país más hermoso y feliz; para ese fin se compraron un vapor que debía llevarles a lejanas zonas donde esperaban encontrar su dicha. Estados Unidos, el país de las ilimitadas posibilidades, que les seducía más y donde parecían ofrecérseles condiciones más favorables, tras detenida reflexión fué desechado, porque las leyes restrictivas de la inmigración ponían obstáculos insuperables a la entrada de los noruegos. Los viajeros se dirigieron al océano Pacífico, de cuyo grupo de islas recibieron agradables noticias, y desembarcaron en La Floreana, una de las islas del Galápagos, al este de las costas ecuatorianas. Hasta ahora esas islas hasta Eiland Ghathan pasaban por inútiles para el cultivo. Las islas Galápagos fueron descubiertas por los españoles en el siglo XVI, pero no fueron ocupadas, y más tarde fueron sólo temporalmente visitadas por pescadores y filibusteros. En 1832 la república del Ecuador se posesionó de todo el archipiélago y cedió cuatro islas a un general, Villamil de Louisiana, para la colonización, el cual eligió la del grupo más meridional como centro de la repoblación y la llamó

la Floreana. Allí formó una colonia de unos trescientos a cuatrocientos hombres, en su mayor parte prisioneros de color, que después se volvieron a dispersar. Tampoco tuvo éxito el intento del gobierno de establecer allí una colonia penal.

"Ahora bien, los noruegos, con el permiso del gobierno del Ecuador, desembarcaron en esa isla. Entre los buscadores de la dicha se encontraba un notable investigador noruego, el Dr. A. Wollebek, que acababa de regresar a Noruega con una rica colección de los animales, peces, insectos, etc., más diversos, que ya habían excitado la admiración y la atención de Darwin. Según la descripción entusiasta que hace el Dr. Wollebeck de esa isla, la isla es un verdadero paraíso. Predomina un clima ideal al que los colonos deben el no haber conocido en el curso del año enfermedad alguna. La tierra es extraordinariamente fecunda; árboles frutales y frutas abundan por todas partes, animales salvajes los hay en ...so, el mar pulula de pescados. También hay caballos, vacas, cabras, perros salvajes en gran número, descendientes de los animales abandonados por los primitivos colonos hace muchas décadas. Los colonos noruegos se construyeron casas macizas y se proponen hacer llegar sus familias de Europa. El informe sobre ese paraíso ha provocado en Noruega gran interés y se ha formado ya una nueva sociedad de noruegos que desean recibir del gobierno del Ecuador permiso para colonizar otra de las islas del archipiélago..."

Y agreguemos a esa colonización más o menos aventurera la formación continua de colonias alemanas, israelitas, etc., en el interior del Brasil, de la Argentina, de Chile, del Perú, de México, etc., donde se crean continuamente nuevos sostenes del capitalismo y del Estado y dígasenos si no nos sería posible a nosotros echar también de una manera parecida las bases de una relativa potencia revolucionaria en el campo, fundando, no ya una pequeña escuela racionalista en una gran ciudad, o agrupando algunos pocos obreros industriales, sino fundando pueblos enteros que en su prosperidad trabajarían automáticamente por el ensanchamiento de nuestro movimiento y por la difusión del espíritu de resistencia a la autoridad del Estado.

— *** —

Resumen bibliográfico anarquista alemán

—

Movimiento obrero— Huelga general — Antiparlamentarismo.

...burger *Proklamation* (Proclama de ...burgo), 16 de octubre de 1883.

Most Johann. — *An das Proletariat* (Al proletariado), New York, 1887 (16 págs); de Most también: *Unsere Stellung in der Arbeiterbewegung*, New York, 1890.

...ter H. — *Der Parlamentarismus und die Arbeiterklasse* (El parlamentarismo y la clase obrera), Soc. Bibliothek, ... Berlín, 1892, 48 págs.

Kampffmeyer Paul. — *Die Bedeutung der Gewerkschaften fuer die Taktik des Proletariats* (La significación de los sindicatos para la táctica del proletariado), Soc. Bibliothek, N.o 3, 1892, 30 págs.

... Siegfried. — *Der Generalstreik und die soziale Revolution* (La huelga general y la revolución social), Londres, ... d'edition d'oeuvres sociologiques, ... 12 págs.

...berg Dr. R. — *Parlamentarismus und Generalstreik* (Parlamentarismo y huelga general), edición Fritz Kater, (1914), 32 págs.

... Arnold (S. Nacht). — *Der soziale Generalstreik* (La huelga general ...), Verlag G. Gladasch, Berlín, marzo de 1905, edición confiscada; segunda edición diciembre de 1905, 48 págs). Otra ... por la Freiheit Publishing Association, New York, 1907. Traducciones en ... ruso, tcheco, búlgaro.

... *...streik. Die deutsche Arbeiterbewegung und der Klassenkampf* (La huelga general. El movimiento obrero alemán y la lucha de clases), Edición Der freie Arbeiter, Berlín, febrero de 1905.

Antimilitarismus und Generalstreik (Antimilitarismo y huelga general), Revolutionare Arbeiter-Bibliothek, N.o 2, 12 páginas.

Antimilitarismus und Generalstreik, Weckruf, Zurich, 1905.

Ramus Pierre. — *Zur Kritik und Würdigung des Syndikalismus* (Para la crítica y apreciación del sindicalismo). Edición Die Freie Generation, Londres-Viena. 1908.

Roller A. — *Die direkte Aktion. Revolutionare Gewerkschaftstaktik* (La acción directa. Táctica sindical revolucionaria), Freiheit Publishing Association, N. York, 1907.

Pouget Emil. — *Die Gewerkschaft* (El sindicato), Soc. Verlag, Zurich, 1907.

Luitjes T. — *Anarchismus und Generalstreik* (Anarquismo y huelga general), Soc. Bibliothek, N.o 1, Edición Rijnders, Amsterdam,, 1908.

Baginski Max. — *Syndicalismus. Lebendige, keine toten Gewerkschaften* (Sindicalismo, sindicatos vivientes, no muertos). Edición Georg Bauer, Freiheit, New York, 1909; otra edición en Zurich, Synd. Liga; otra en Berlín, Fritz Kater, 1924.

Ramus Pierre. — *Generalstreik und direkte Aktion im proletarischen Klassenkampf* (Huelga general y acción directa en la lucha proletaria de clases), Edición Fritz Kater, Berlín, 1910, 63 páginas.

Ramus Pierre. — *Die Lüge des Parlamentarismus und seine Zwecklosigkeit für das Proletariat* (La mentira del parlamentarismo y su ineficacia para el proletariado), Edición W. Schoutetem, Bruselas, 1911.

Luigi. — *Klassenpolitik. Die Politik der Gewerkschaften* (Política de clases. La política de los sindicatos). Edición Kampf, Hamburgo, 1913.

Luigi. — *Parlamentarismus und Arbeiterschaft* (Parlamentarismo y proletariado), Hamburgo, 1913.

Sobre el movimiento localista, el actual anarquismo sindicalista, véanse los protocolos de sus congresos desde 1897 hasta hoy; además *Freie Vereinigung deutschen Gewerkschaftten, Eine kurze Geschichte...* (marzo 1912, Berlín, Fritz Kater, 32 págs). *Was wollen die Lokalisten?* (¿Qué quieren los localistas?), Berlín, 1912, 32 páginas, Fritz Kater; también Fritz Kater, *Die Entwicklung der deutschen Gewerkschaftsbewegung* (La evolución del movimiento sindical alemán), 23 págs. en 8o. mayor, Berlín, 1921; R. Rocker, *Die Prinzipienerklaerung des Syndikalismus* (La declaración de principios del sindicalismo), Berlín, 1920 (Edición Fritz Kater), nueva edición, con texto diverso, 1924, 20 págs. en 8.o mayor; de esta edición se hizo una traducción española en LA PROTESTA, Buenos Aires, 1925; otra en portugués, Lisboa 1925.

Nettlau Max. — *Verantwortlichkeit und Solidaritaet im Klassenkampf* (Responsabilidad y solidaridad en la lucha de clases; con un epílogo de 1922). Edición Fritz Kater, 16 págs., Berlín, 1922.

Kropotkin P. — *Anarchismus und Syndikalismus* (Anarquismo y sindicalismo), Berlín, 1921, 11 págs. Edición Fritz Kater.

Oerter Fritz. — *Was wollen die Syndikalisten?* (¿Qué quieren los sindicalistas?). Edición Fritz Kater, Berlín.

Witkop-Rocker Milly. — *Was woll der syndikalistische Frauenbund?* (¿Qué quiere la liga sindicalista de mujeres?) Edición Fritz Kater, Berlín 1921, 15 págs.

Rocker Rudolf. — *Zur Geschichte der parlamentarischen Taetigkeit der modernen Arbeiterbewegung* (Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero), Freie Arbeiter, Berlín, 1920; segunda edición aumentada, 1925, 32 págs. Se tradujo en español para el Suplemento de LA PROTESTA.

Resolutionen des Internationalen Syndikalistenkongresses (Resoluciones del congreso sindicalista internacional de diciembre de 1922, Berlín), 40 págs., Berlín, 1923.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Landauer hace resaltar que nosotros, con nuestro limitado caudal de conocimientos, no podemos ni concebir ni explicar el mundo. Aquí estamos en las raíces del escepticismo, donde el idioma cesa y los sentimientos comienzan. Aquí está el punto de enlace de las percepciones, el dominio de la intuición, de la mística. Todo filósofo y hombre de ciencia que quiere saber algo o cree saber sobre la verdadera esencia de las cosas, no es más que un místico. Pero cuando esa mística, que ahora se puede llamar con su justo nombre, comienza a hablar, entonces debe ser consciente de que sólo es fantasía, sólo arte de la palabra, sólo cuadro en los cuadros. Nuestras concepciones, nuestras religiones, nuestras ciencias son poesía y juego. La parte negativa de la filosofía de Landauer resulta en lo que Sócrates expresó lacónicamente con las siguientes palabras: Sólo sabemos que no sabemos nada.

Partiendo de esas consideraciones, Landauer interpreta la ciencia, la filosofía, la religión, como arte, como juego. Si los hombres aspiran a formarse un cuadro unitario del mundo, deben recordar siempre que todo lo que producen sólo es un juego con su propia inteligencia. Como ésta se comporta así y como la existencia no podría mantenerse sin todo ese arte, ese juego, esa metáfora como suplemento del mundo real, incita al juego. Quiere crear por el arte una concepción del mundo, dejar espacio ilimitado para todo lo hermoso y lo magnífico y dar forma al pensamiento intuitivo, que se acerca más al mundo real. Como ponemos entre idioma e inteligencia un signo de igualdad — pues el hombre es sólo inteligente en tanto que dispone del tesoro del idioma — y como con la inteligencia no adquirimos una verdadera comprensión de la naturaleza del mundo, nos acercamos más a él al *vivirlo*, en lugar de conocer el mundo, lo sentimos, y en lugar de concebirlo intelectualmente, lo hacemos intuitivamente.

El mundo, para nosotros, sólo existe en nosotros, y si somos íntegramente nosotros mismos, entonces somos todo el mundo. En el sentimiento y en el arte que está más cerca de los sentimientos, es como mejor concebimos el mundo. El arte es la música. En el más hermoso pasaje de su libro *Skepis und Mistik*, dice Landauer:

"Yo soy el mundo si soy yo íntegramente. El curso de la corriente evolutiva viene de la fuente que ha nacido en la eternidad, la cadena no ha sido rota por nadie, sólo que, ciertamente, la corriente no puede retroceder y el pensamiento superficial de nuestro cerebro humano no puede recordarse del abismo de que ha crecido, no puede percibir exteriormente la fuente, ni reconocerla como objeto que fluye en su interior, en el eterno presente, que es una parte de lo viviente también. Pero percibimos la voz de la eternidad en lo más hondo y más maravilloso que puede testimoniar el espíritu humano. La música es el mundo otra vez, Schopenhauer lo ha dicho preciosamente. Encontramos esa infinitud en nosotros mismos si nos volvemos infinitos, si nos convertimos en nosotros íntegramente y buscamos nuestra más honda profundidad en nosotros mismos. Y hay otro camino aún para ese sentimiento de infinitud, y es el más hermoso de todos y todos lo sabemos, en tanto que no hemos sido carcomidos por la más extrema corrupción y por la superficialidad egoísta de la comunidad accidental: el amor. El amor es, por consiguiente un sentimiento tan celestial, tan universal, un sentimiento que nos subyuga en nosotros, que nos eleva hasta las estrellas, porque no es otra cosa que el lazo que une a la niñez con los antepasados, que nos une a nosotros y a nuestros anhelados hijos con el universo. Hay un profundo sentido en el hecho de que la calificación del sentimiento de la comunidad que nos asocia a la humanidad — amor, amor humano — sea la misma que para el sentimiento del amor sexual, que nos asocia con las generaciones venideras. ¡Ay de los pobres de espíritu que no se estremecen bajo el amor, para los cuales la satisfacción en los seres humanos no se testimonia más que por una sensación de la piel!"

—

El conocimiento del mundo fluye por nosotros mismos; si nos conocemos a nosotros, entonces hemos conocido también el mundo. "El camino que debemos continuar para llegar a la comunidad, dice Landauer, no va hacia afuera, sino hacia dentro. Debemos finalmente llegar a la convicción de que no sólo percibimos trozos del mundo, sino que nosotros mismos somos un trozo del mundo. En este sentido dijo también Meister Eckehardt: el que haya comprendido bien una flor, habrá comprendido el mundo. Pues bien: volvamos a nosotros mismos, y habremos hallado el universo."

La idea principal de esa filosofía de Landauer es que todo sólo se reduce a palabras, que tomamos a la esencia real de las cosas. Esa lucha por las palabras se expresó ya en los escolásticos de la edad media, entre los nominalistas y los realistas. Realistas fueron los que declararon todas las vacías abstracciones y los nombres específicos como realidad; vieron lo mismo que Platón en la idea o en el universsal, la razón para la individualidad. En las ideas tenían realidad las cosas particulares. Los nominalistas, que correspondían a nuestros modernos realistas o materialistas, enseñaron, al contrario, que los universales o ideas, sólo pueden ser considerados como resumen de la cosa particular, es decir, no como realidades, sino como palabras, nombres.

Landauer sostiene que los nominalistas han realizado un trabajo necesario de limpieza: "privaron a los espectros del cerebro de su realidad y santidad. El último gran nominalista fué Max Stirner, que emprendió el barrido del duende de la abstracción del cerebro con radical solidez. La esencia de su doctrina está contenida en estas palabras: hay que aniquilar el concepto de dios. Pero el enemigo verdadero no es dios, sino el concepto. Ha descubierto que toda la opresión real es finalmente ejercida por conceptos e ideas, que son respetados y tomados por sagrados. Con mano segura, fuerte y decidida, ha tomado conceptos como dios, santidad, moral, Estado, sociedad, amor, y ha demostrado risueñamente su vacuidad. Las abstracciones eran, según su brillante exposición, nimiedades infladas, nombres genéricos, sólo la expresión para una suma de individuos... El último nominalista puso el individuo concreto como realidad en la silla vacía de dios, que desde entonces fué ocupada por el *único y su propiedad*. Esa fué la obsesión stirneriana."

Aquí está el anarquismo de Landauer. No vió en el Estado un ser real efectivo. El Estado tiene vida y realidad sólo mientras los hombres creen en su realidad; si se imaginan que el Estado existe como factor real de la fuerza, entonces existe realmente. Pero vió también la vía para la superación del Estado. No por la violencia, ni por la destrucción mediante las armas, para instalar luego uno nuevo, sino por la ignorancia de él. Por la destrucción del concepto del Estado en las cabezas humanas se privará al Estado de vida y se derrumbará. Si al contrario, se hace caer el Estado con la violencia, antes de que haya sido desterrado del pensamiento su concepto y la fe de los hombres en su necesidad, se levantará necesariamente uno nuevo en lugar del viejo.

Como anarquista consecuente, Landauer era un firme adversario de la violencia. También en la revolución se dirigió su actividad contra el empleo de la violencia, quería salvar la revolución por su propia voluntad. Sobre esto hablaremos más adelante. En su corta obra *Die Revolution* cita Landauer a un precursor del anarquismo del siglo XVI, que ha ejercido una gran influencia en la revolución francesa. Ese filósofo fué Etienne de la Boetie. Pregunta: "¿A qué se

debe que un pueblo entero, masas enormes, se dejan torturar por algunos pocos, maltratar y dirigir en perjuicio suyo, contra su voluntad? (en lugar de *unos pocos* se puede poner el Estado actual). ¿De dónde procede el formidable poder de los tiranos? No procede de la violencia externa de la naturaleza ordinaria; no, su poder procede de la *servidumbre voluntaria* de los hombres. ¿De dónde toma tantos ojos para vigilaros si vosotros no se los prestáis? ¿Cómo es que tiene tantas manos para alcanzaros si no las recibe de vosotros? ¿Cómo es que tiene un general un poder sobre vosotros si no es por vosotros mismos? ¿Cómo podría perseguiros, si no estuviera de acuerdo con vosotros? ¿Qué podría haceros si vosotros no fueséis los encubridores del ladrón que os roba, del asesino que os mata y los traidores de vosotros mismos? ¿Pero de dóde procede ese increíble? El instinto de la libertad es un don natural; y si los animales conocieran jerarquías y dignidades, entonces sería la libertad del águila la que reverenciarían. La explicación es que alguna vez, por invasión de afuera o por astucia, los hombres perdieron su libertad. Pero después vienen los que no conocieron nunca la libertad y que no saben cuán dulce es; es la costumbre la que nos ha enseñado la servidumbre. Como los árboles frutales dan frutos ajenos cuyas ramas se les injerta, así llevan los hombres la esclavitud. Los hombres no saben más que son súbditos: siempre fué así, dicen. Se hacen a sí mismos, con el tiempo, posesión de aquellos que los subyugan. Hay, es verdad, algunos mejor dotados al nacer que la gran mayoría; son los que tienen por sí mismos una cabeza mejor organizada y la mejoran aún por el estudio y la sabiduría; esos viven la libertad, aunque estuviera por completo perdida y fuera del mundo, en su fantasía y la notan en su espíritu. Pero no se conocen entre sí; la libertad de hablar y de obrar les ha sido robada; permanecen solitarios en su mundo espiritual. Otra razón de la posibilidad de persistencia de la esclavitud es que enerva y debilita a los hombres; y los tiranos han hecho siempre lo posible para favorecer la impudicia, la broma, el juego y la voracidad y para fomentar la falta de virilidad en el pueblo." Entre otros puntos menciona Etienne de la Boetie la religión, sobre la que se expresa así: Siempre se ha hecho el pueblo a sí mismo las mentiras, que creyó después. Como punto cuarto nombra la jerarquía que se quiere enriquecer, en cuyo lugar se podría poner hoy la burocracia.

"Para llegar a la libertad, sostiene Etienne de la Boetie, nada es más necesario que la voluntad de ser libre. Una servidumbre voluntaria, casi lo parece, es como si los hombres desdeñaran el hermoso bien de la libertad, porque es demasiado fácil. Decidíos a no ser más siervos y seréis libres. No quiero que ahuyentéis al tirano o que lo arrojéis del trono; no lo apoyéis solamente; y veréis cómo se derrumba y cae en ruinas como un coloso gigante a quien se socava la base, en su propia pesadez. Un fuego se puede apagar con agua; pero cuídese de las conspiraciones de los ambiciosos que ahuyentan a los tiranos y los matan, pero que conservan la tiranía y la reproducen; esos abusan del sagrado nombre de la libertad. La tiranía no es un fuego que debe ser apagado, que se puede apagar, porque no es un mal externo sino un defecto interno. No es agua lo que los hombres deben arrojar al fuego, sino que deben conservar para sí aquello de que el fuego se nutre: deben privarle de alimento. Es necesario combatir los tiranos, no es necesario defenderse contra ellos; se golpean a sí mismos; el país no debe someterse a la servidumbre... Si no se les da más a los tiranos y no se les obedece, entonces sin lucha ni golpes quedan desnudos y descubiertos y no viven más; una raíz que no encuentra humedad ni alimento, se convierte en un muerto trozo de madera."

Estas hermosas palabras ha escrito Etienne de la Boetie en sus diez y seis años. Los pensamientos contenidos en ellas llegan a Inglaterra tan sólo por medio de Godwin, más tarde fueron sus propagandistas Proudhon, Stirner, Bakunin y otros.

Landauer se confesó anarquista así: La opresión que ejercen los hombres y bajo la cual padecen, no está fuera, en las instituciones sólo, está en nosotros mismos. Podemos libertarnos de ella cuando nos libertamos en nosotros mismos. Los hombres no deben ser ligados por la dominación, sino asociados como hermanos en la libertad. "Los hombres saben bien que son hermanos; pero creen que lo serán nuevamente cuando no existan impedimentos y autoridades. En verdad lo son sólo mientras combaten los obstáculos y los poderes. En verdad el espíritu sólo vive en la revolución, después de ella no vive más. Querrán decir: sí, cuando la revolución sea alguna vez victoriosa; cuando no se restablezca lo viejo, antes combatido. Eso es como si alguno se quejara: si pudiera fijar mis sueños y formarlos en el recuerdo y en la creación consciente, sería el mayor poeta. Está en la objetividad y por tanto en el concepto de la revolución, que sea como una fiebre saludable entre dos achaques; si no la precediera la debilidad y no la siguiera la extenuación no sería nada. Completamente diverso o algo más que eso como revolución, es necesario que se produzca una permanencia y una ulterior connivencia persistente sobre los grupos humanos. Pues ahora sabemos cómo hay que pronunciar la palabra: no por la dominación, sino por el espíritu; pero no se ha hecho mucho con apelar al espíritu; debe venir a nosotros. Y debe tener un hábito y una figura; y no existe quien pueda decir cómo se llama y qué es. Esa espera es la que nos hace perseverar en nuestra transición y evolución; ese no saber es lo que nos hace seguir las ideas. Pues, ¿qué serían para nosotros las ideas si tuviéramos una vida?"

La revolución, por tanto, no es para Landauer bastante para ayudarnos a crear una nueva vida, el socialismo. El socialismo no puede ser creado por nuevas instituciones revolucionarias que se derrumbarán o se harán ilusorias después que la revolución haya pasado y no haya sido establecida sin embargo la verdadera sociedad socialista. Esto se ha percibido mejor que en ninguna parte en Alemania, donde todo lo que el pueblo ha creado en los días revolucionarios de noviembre le fué arrancado más y más en el curso de los años siguientes. La revolución no es equivalente al socialismo. Si el socialismo debe surgir por una revolución o después de la misma, los hombres deben haber comenzado antes y trabajado por ella; entonces la revolución sólo es el último miembro: la liberación de la tierra, de las casas y de los medios de producción en lucha por el socialismo. La penetración de los hombres por el espíritu socialista y la introducción de ese espíritu en la vida colectiva del proletariado en primera línea debe preceder desde ya, bajo las condiciones capitalistas, a la revolución.

"La revolución es como una fiebre saludadora entre dos enfermedades". En esta frase está el pensamiento que ha desarrollado Landauer en su libro *Die Revolution*. Este libro es un estudio filosófico de la revolución; sobre la posición y la actividad de Landauer en la revolución alemana, hablaremos más adelante.

"¿En qué dominios aparecen primeramente los fenómenos de la revolución?" — pregunta Landauer. "La revolución se refiere a toda la vida común de los hombres. Por tanto, no sólo al Estado, al orden de las clases, a las instituciones religiosas, a la vida económica, a las corrientes y formaciones espirituales, al arte, a la instrucción, sino a una aglomeración tomada de todas esas formas de la vida colectiva, que en un determinado período se encuentran en una cierta estabilidad autoritaria. Esa mezcla de la vida común en el estado de estabilidad relativa la llamamos: la *topía*.

La topía crea todo bienestar, toda satisfacción y toda hambre, toda habitación y toda falta de asilo; la topía ordena todos los asuntos de la convivencia de los hombres, dirige las guerras hacia el exterior, exporta e importa, cierra o abre las fronteras; la topía forma el espíritu y la tontería, acostumbrada a la decencia y al vicio, crea la dicha y la desdicha, el contento y el descontento; la topía interviene con mano fuerte en los dominios que no le pertenecen: la vida privada del individuo y de la familia. Las fronteras entre la vida individual y la existencia familiar por una parte y la topía por otra son vacilantes.

La relativa estabilidad de la topía — modifica gradualmente, hasta llegar al equilibrio inestable.

(*CONTINUARA*)

BIBLIOGRAFIA

"Die sozial demokratischen Parteien" (Los partidos socialdemocráticos. Su papel en el movimiento obrero internacional del presente) Verlag Carl Hoym Nachf., Hamburgo, 1926.—

El conocido escritor húngaro E. Varga ha recogido en un volumen de más de 300 páginas una serie de trabajos de diversos colaboradores sobre algunos de los más importantes partidos socialdemócratas del mundo, haciendo ver con evidencia que la socialdemocracia no sólo no tiene nada que ver con la revolución, sino que es el apoyo más firme de la burguesía contra el proletariado. Esa convicción, claro está, no es para nosotros nueva; en todos los países hemos podido constatar cómo el socialismo parlamentario y la burguesía se dieron siempre la mano contra todo movimiento obrero independiente. Pero hacía falta recoger datos demostrativos para llevar esa convicción al gran público y pintar de cuerpo entero las secciones de la Internacional de los ministros, que desgraciadamente tienen todavía una influencia predominante en la mayoría de los países de Europa sobre las masas obreras. La idea de Varga era excelente y en parte ha sido realizada. Hay en el volumen que comentamos trabajos dignos de leerse sobre la socialdemocracia en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, en Austria, en Tchecoeslovaquia, en Polonia, en Hungría, en los Balcanes y en los Estados Unidos. El libro se lee con utilidad tanto para recibir una impresión de conjunto de la situación, composición y tendencias de los partidos socialdemócratas de los diversos países, como para comprobar la triste verdad de la afinidad de la socialdemocracia y la burguesía. No desconocemos que la labor es un poco dificultosa y que para concretar en un capítulo más o menos reducido la inmensidad de los materiales de toda suerte, hay que pasar por alto una gran parte de hechos y asuntos esenciales; para dominar medianamente el tema habría que haber escrito un volumen sobre cada país en lugar de un simple capítulo.

El valor de los diversos capítulos es un tanto desigual; hay en unos más y en otros menos objetividad, y nosotros podríamos rectificar fácilmente algunas afirmaciones partidistas que nos conciernen. Es el trabajo sobre Alemania el que ha sido más esmerado y objetivamente elaborado.

Trataremos de resumir próximamente algunos datos de este libro, que recomendamos a los conocedores del alemán.

"Der Terror gegen die sozialistischen Parteien in Russland und Georgien" (El terror contra los partidos socialistas en Rusia y Georgia); 138 págs. en 8.o — J. H. Dietz Nachf., Berlín, 1925.

En 1924 la Internacional de Hamburgo resolvió editar un escrito popular sobre el terror bolchevista contra los partidos socialistas en Rusia y Georgia. De ese trabajo fueron encargados el socialdemócrata Abramowitsch, el socialista revolucionario de la derecha W. Suchomlin y el socialdemócrata georgiano I. Zeretelli, y este pequeño volumen es el resultado de aquella decisión. Para los lectores de LA PROTESTA no es ninguna cosa nueva el terror contrarrevolucionario de los bolchevistas; han podido leer regularmente el Boletín publicado por el Comité de defensa de Berlín, están al tanto de los hechos recogidos en el folleto "*Las persecuciones contra el anarquismo en la Rusia sovietista*"; *últimamente*, a iniciativa de Berkman y otros camaradas, se publicó en inglés una interesantísima colección: *Cartas de las prisiones rusas* (Letters of the Russian Prisions). Todos esos documentos, como el librito que anunciamos, están repletos de hechos escuetos, elocuentes en su desnudez. Esos hechos no se desmienten con declamaciones ni con injurias de los mercenarios del gobierno ruso en el extranjero. De los documentos reunidos en este volumen, como de todos los que han sido dados a conocer desde hace años en nuestra prensa, se deduce que el régimen policial y carcelario zarista era mucho más humano que el implantado por los estranguladores de la revolución rusa de 1917. "*El terror contra los partidos socialistas en Rusia y en Georgia*" es un resumen de conjunto de algunos de los hechos más salientes contra los socialistas no oficiales del imperio moscovita, con objetivas refutaciones de las mentiras de la prensa del gobierno ruso. Nos presenta un panorama de horrores que la imaginación más frondosa no hubiera podido imaginar en un país fuera de Rusia, con excepción tal vez de Italia. De este libro, redactado con sencillez y profusión de datos demostrativos, como del resto de las publicaciones objetivas de la misma especie, se deduce que el terror puede estar siempre al servicio de la contrarrevolución, nunca ser un factor revolucionario, ejérzase en nombre del rey, de la burguesía, de la iglesia o del proletariado. Los trabajadores independientes de todo el mundo deben abrir los ojos y esforzarse por cortar en todas partes los lazos de simpatía que pudieran existir aún en las masas proletarias hacia los que sofocaron la más grandiosa y prometedora de las revoluciones.

"Aus diplomatischen Falscherwerkstatten" (De los talleres diplomáticos de falsificación), Neuer Deutscher Verlag, Berlín, NW 7, 1926, 178 págs. —

Los editores de este volumen recogen y comentan una serie de documentos atribuídos al gobierno ruso, a sus personas dirigentes y a instituciones más o menos fundidas con el gobierno, como la Internacional comunista. Según los editores se trata de una vasta obra de falsificadores interesados en dificultar las relaciones diplomáticas del gobierno ruso con los demás Estados; por ejemplo, la carta de Sinovief, que promovió tal escándalo en Inglaterra hace algún tiempo, sería absolutamente falsa. También serían falsos los documentos dados a conocer por el gobierno búlgaro y sus agentes como procedentes del gobierno ruso y los suyos. No podríamos asegurar que todas las pruebas presentadas son bastante convincentes; pero la colección es interesante como un telón levantado sobre ciertos aspectos de la diplomacia y del espionaje internacional. Al proletariado le importa conocer esas obscuras maniobras, aun con la convicción de que su existencia está ligada íntimamente a la existencia de todo gobierno. Es sumamente regocijante ver cómo se dejan embaucar los gobernantes de todos los países por algunos vividores que hacen de la estafa al erario público un oficio lucrativo.

El libro está ilustrado con la reproducción en cliché de diversos documentos antibolchevistas fraguadas por espías al servicio de otros gobiernos.

Rocker Rudolf — "Von anderen Ufer (De la otra orilla), un vol. en 8.o, 146 págs. Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1926. —

El número 4 de una colección titulada "Poetas y Rebeldes", editada por nuestros camaradas alemanes artísticamente, es un pequeño volumen de Rocker. Algunos de sus trabajos han sido publicados ya en español en el libro *Artistas y Rebeldes*; en México apareció el escrito titulado "Germinal", que es sin duda una de las piezas literarias más acabadas de Rocker. No obstante no tener este volumen nada de nuevo para nosotros, con excepción, naturalmente, de las correcciones o traducciones más fieles hechos por él mismo del yiddish, lo hemos leído con verdadera fruición. Es una introducción literaria en el mundo de la revolución, de sus problemas, de sus interpretaciones de la vida. Apropiadas para caer en todas las manos, estas páginas no se leen sin sentirse uno incitado a la meditación y sin ver claro en la realidad.



AÑO V — BUENOS AIRES, 26 DE JULIO DE 1926 — 233

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS. — PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA LEY DE LOS RICOS

Creemos que Upton Sinclair, en *Cartas a Judd*, un obrero norteamericano, le hacía comprender el círculo vicioso del parlamentarismo yanqui, donde casi todos los representantes dictan leyes que les favorecen como accionistas y dirigentes de fuertes compañías industriales y financieras. No se aplica ello solamente al sistema parlamentario de Estados Unidos, ni es ello una novedad como tampoco parece creerlo el novelista famoso. Aquí nadie ignora que los propietarios de inmensos latifundios y de bieens raíces, se hallan en el senado, en el parlamento y en los puestos más encumbrados del gobierno. Las leyes que ellos tejan, malla por malla, son para defender esos bienes adquiridos fraudulentamente en la mayoría de los casos.

No es curso de cosas sabidas lo que deseamos escanciarle al lector. Son hechos recientes y actuales que atañen al conflicto minero de Gran Bretaña.

Neville Chamberlain, ministro de Salud Pública y director de una compañía, fué acusado hace unos días en la Cámara de los Comunes de hallarse gestionando contratos del gobierno, del cual también es miembro. Las explicaciones ofrecidas por Chamberlain no fueron encontradas satisfactorias por el sector del laborismo. Uno de sus representantes hizo moción que se abriera el debate alrededor del asunto.

Los ministros del gabinete británico que fueron días antes además interpelados por las mismas concomitancias, entre sus funciones oficiales y las de sus finanzas particulares, han sido Baldwin, a quien se acusó de poseer acciones de la Baldwin Steel Company, y sir Philip Cunliffe-Lister, presidente de la Junta de Comercio, de quien también se dijo que trataba de favorecer a empresas explotadoras de minas hulleras, de las cuales poseía acciones su esposa.

El jefe del gobierno, que en esa ocasión asumió la defensa de su colega, dijo que la firma Hoskin e hijo, de Birmingham, a la cual se consideraba vinculado Chamberlain, únicamente sostenía relaciones particulares con miembros de éste. Agregó que éste, habiendo estado alejado por un tiempo de aquella firma no había violado la ley británica que ordena a sus ministros renunciar a sus cargos comerciales al tomar posesión de sus carteras.

Estas palabras pudieron aplacar a los laboristas; pero a nadie engañan. Nadie se comedirá a creer, después de estas seudopruebas, que esa ley no se la pueda trampear con infinitos subterfugios y hasta con insignificantes ardides, máxime cuando el que hace la trampa es autoridad, y autoridad suprema.

La *Baldwin Steel Company* es la máscara; el rostro, la realidad contante y sonante es el primer ministro que usará de todas sus influencias oficiales para hacerla prosperar, y llegado el momento, la defenderá con tanques y bayonetas, como en la pasada huelga general. Ese sir Philip Cunlif-Lister, cuya esposa poseía acciones de empresas mineras, ¿no defendería acaso con tanques y fusiles el aumento del horario de los obreros mineros y la rebaja de sus salarios?

Esa es la ley de los ricos, ese es el mundo de los poderosos. ¡Qué ingenuo nos parece Ruskin cuando deseaba equiparar el propietario de una industria al capitán del buque, quien en caso de naufragio es el último en salvarse, compartiendo en los momentos de penuria el último trozo de pan con los miembros de su tripulación!

Panoramas europeos: Francia



MADAMA PARLAMENTO: Apúrate Mariana que hay varios clientes que esperan.

JUSTICIA PARA LA EXPORTACION

En estos momentos que la plutocracia yanqui disputa, al hormigueante mundo proletario, las maltratadas existencias de dos de los suyos, Sacco y Vanzetti, no es del todo inoportuno machacar en su concepto de las dos justicias, una para la galería, y la otra para sus fechorías públicas y privadas. La actuación del general Lassiter en el resonante y prolongado asunto del plebiscito sobre la improbable justiciera partición de las tierras cautivas, Tacna y Arica, haciendo respetar integérrimamente una verdad mitológica, es la Themis para la exportación; la otra, la de la falsía y del cohecho, es para las fechorías privadas, la que intenta tajar la vida de nuestros dos camaradas.

Hay otras, además, las del panamericanismo, la de expansión yanquizante con el embustero velo del proteccionismo patriarcal.

Al inaugurar sus sesiones el parlamento filipino, los miembros de ambas cámaras hicieron llegar hasta Mr. Carms Thompson, representante del presidente Coolidge, una resolución concebida en los siguientes términos: *El constante deseo de los filipinos es el de lograr una inmediata, absoluta y completa independencia.*

Al no tener mucha fe en esta "inmediata, absoluta y completa independencia" exigida por gente de parlamento, que se beneficiará y abusará de ella en detrimento del pueblo, explotándolo, extorsionándolo en vez de los norteamericanos, no por eso creemos que es menos chocante el contraste de este petitorio con la actitud de árbitro redimidor y desfacedor de entuertos asumido por el gobierno norteamericano en el mar Pacífico, en vista de una penetración pacífica por la diplomacia del dólar.

Pero hay más. No sabemos en qué fecha exacta — creemos que en 1907 — se llevó a cabo un tratado entre la cancillería de la Casa Blanca y los gobiernos centroamericanos para el no reconocimiento oficial de los gobiernos de fuerza, surgidos de un golpe de mano militar y revolucionario. Nicaragua fué una de las primeras naciones que ratificó el llamado tratado de Wáshington. El presidente era entonces un Chamorro, tío de otro Chamorro actual mandatario, ungido por un cuartelazo, quien después lo firmó y refrendó.

Este generalote fué declarado presidente por el congreso el 17 de enero del año en curso. Dos días después, su agente en Wáshington, nombrado en diciembre por el gobierno Solorzano, por orden del mismo Chamorro, comunicó al Departamento de Estado el advenimiento del nuevo poder, expresando la esperanza de que las relaciones entre los dos países fueran cada vez más cordiales.

En una respuesta pública, el secretario de Estado cita al tratado de Wáshington y del perenne compromiso contraído con él de no reconocer ningún gobierno surgido de un golpe de cuartel, subvirtiendo el orden constitucional y por ende de la adopción rígida por parte de los Estados Unidos de los principios que fluyen de ese pacto estipulado oficialmente. Concluye informando al ministro nicaragüense que los Estados Unidos no reconocen, ni reconocerán como gobierno de Nicaragua al que preside Chamorro.

Esta es la apariencia, el golpe de efecto para la exportación. Los hechos parecen fueron otros, y lo han sido en realidad. Es así que el ministro de ese gobierno de fuerza permanece todavía en Wáshington, figura en la lista diplomática oficial y es para los efectos de su ministerio reconocido y recibido por el Departamento de Estado como el representante diplomático de un gobierno legalmente establecido, con el cual se sostienen relaciones normales y corrientes.

Lo propio acontece en Managua, la capital de esa republiqueta, donde el ministro de los Estados Unidos conserva su cargo, ejerciéndolo cual si no hubiera ocurrido cambio alguno con el que su gobierno mantuviera relaciones de una inalterable amistad.

La comedieta del no reconocimiento es para paladearla deliciosamente. No es que nos extrañe, ni nos sorprenda en lo más mínimo. ¿Acaso no se ha establecido ya que todos los tratados son un *chiffon de papier?*

¿Pero en qué consiste esta maniobra diplomática? Nada más que en las palabras, en las palabras de la nota dirigida por el ministro del Chamorro de marras, con el exclusivo objeto de engañar y despistar a la opinión pública internacional, que en la mayoría de los casos calla y otorga sus plácemes a la desdeñable infracción de los tratados.

Resalta, pues, el procedimiento farisaico de esta plutocracia hidrópica de dinero y embrutecida por su exasperada y morbosa sed de ganancias cada vez más inmoderadas. Y es con el rasero de esta moral, bastardamente utilitaria, que trata de juzgar a hombres de ideas, de un desinterés apostólico, para luego no vacilar en ejercer como cómplice y sostenedora de asesinos, como ese Chamorro, cuando les rinde pingües utilidades.

Nos importa un comino de sus farsas legales. Sabemos que están fundadas sobre la mentira para legalizar el robo y la mentira. Tampoco nada nos importan todos estos chismes diplomáticos de un panamericanismo paniaguado y aventurero que se disfraza de protector para manducarse al protegido.

Solamente quisimos combatir a nuestros enemigos con sus propias armas.

D. A. DE SANTILLAN

DE LA CRITICA A LAS SOLUCIONES

No queremos poner en duda el valor de nuestra crítica negativa a las instituciones, hombres y cosas que se oponen a la edificación libre del orden social; el anarquismo ha sobresalido justamente por eso, y ha dado regularmente en el clavo, porque ningún interés bastardo le ha impedido llevar sus conclusiones lógicas a todas partes y en todas las circunstancias. El anarquismo ha rechazado todos los compromisos con las potencias de la reacción y del conservativismo, en cualquiera de sus matices, y no se ha visto nunca detenido en su apreciación de los acontecimientos y de las instituciones, por ningún cálculo o ningún interés privado. Hemos puesto fuego totalmente a las naves, y no sólo no hay la voluntad de un regreso al viejo mundo, sino que tampoco habría la posibilidad de armonizar con él en ningún aspecto. ¿Qué importa que ciertas manifestaciones del capitalismo y del estatismo cumplen alguna función social útil? Todo está envenenado por la enfermedad básica de una sociedad en que ni el individuo ni la comunidad existen en el centro de la vida, y en donde todo gira en torno al privilegio económico, social y político, en la desigualdad, la injusticia y la mentira. El anarquismo queda, pues, fiel a su aspiración de la primera hora; no ha hecho lo que su misión no está dispuesto a hacerla; la historia y la realidad le dan cada vez más razón de ser y no tiene absolutamente ninguna inclinación ni ninguna razón para desviarse de su ideal: la revolución social destructora del viejo mundo del privilegio y edificadora de una nueva sociedad de abajo a arriba, por la iniciativa de todos los hombres según sus gustos y anhelos.

Del hecho que no podemos adaptarnos a ningún aspecto de la sociedad actual, surge nuestro negativismo, nuestra actitud preferentemente crítica, todo lo obstruccionista posible. Somos el único movimiento consecuente en ese sentido.

Hay, sin embargo, algo que no acaba de satisfacernos en la dirección de la propaganda crítica del anarquismo; en algunas partes, se lleva a extremos demasiado infecundos. Tenemos, por ejemplo, el movimiento obrero: En muchos países hay buen número de anarquistas que se hicieron un cliché de la crítica a los sindicatos reformistas y la aplican a todo movimiento obrero, repitiendo, venga o no al caso, como fonógrafos las mismas objeciones al sindicato, hasta que al fin quedan predicando en el desierto, porque la inmensa mayoría de la humanidad no se conforma con criticar la labor ajena, quiere también hacer algo por sí misma. En este terreno, sin embargo, se ha dado, sobre todo en los países latinos, una solución positiva: bienvenida sea la crítica al movimiento obrero reformista, pero más eficaz aun es la formación de un movimiento obrero propio a fin de demostrar prácticamente el valor de la crítica nuestra y hacer ver que sabemos interpretar mejor que los reformistas los intereses del proletariado. ¿Es que esa solución positiva nos ha hecho dar un paso hacia atrás en nuestra intransigencia, en nuestra posición indomable al mundo de la injusticia capitalista? Creemos que ha ocurrido todo lo contrario: esa solución positiva a uno de nuestros infinitos problemas, nos ofreció la posibilidad de ampliar el radio de nuestra propaganda.

La actitud que hemos adoptado en el asunto de *los anarquistas y el movimiento obrero*, en el sentido de superar la mera crítica por el ejemplo práctico, quisiéramos verla en todos los problemas cotidianos del movimiento.

La transformación de la mentalidad autoritaria en mentalidad libertaria exige que pongamos en juego todos los recursos apropiados; un recurso importante es la crítica, pero otro recurso importante es una solución mejor que la dada por nuestros adversarios.

Desalienta un poco ver cuán intenso y vasto debiera ser nuestro esfuerzo y cuán restringido y débil es. El mundo nos ignora, los potentados de la hora siguen su camino sin preocuparse de nuestra existencia; a lo sumo, cuando nos mostramos en número algo respetable, sólo basta aumentar el número de los agentes de policía y, en caso de necesidad, construir nuevas cárceles. Esa constatación es, para nosotros, muy desconsoladora. Tal vez sea, en parte, nuestra la culpa de que los gobiernos contemporáneos no consideren el anarquismo más que como un problema que se resuelve con algunos centenares o millares más de empleados de policía.

No nos quejamos contra las persecuciones, son algo natural e ineludible; pero deploramos que algunos jueces y algunos esbirros sean capaces de poner un coto a la expansión del anarquismo en los diversos países. Y sería muy fácil tronar contra los verdugos y ver siempre la viga en el ojo ajeno; pero hay que examinar si nos toca una parte de culpa en la reducción del anarquismo, para los privilegiados, a un mero problema de fuerza policial. ¿No será también culpable nuestra incapacidad para llevar la lucha a otros dominios inaccesibles a los machetes del vigilante? ¿No dependerá ese estado de cosas de la exclusividad crítica de nuestra propaganda y de las pocas soluciones que somos capaces de presentar a los problemas y situaciones sociales de cada día? ¿No dependerá eso de nuestra incapacidad para llamar la atención de la humanidad sobre la justicia de nuestra causa, que es la causa de todos?

Nada significaría ir a la cárcel si las ideas por las que se nos persigue se abrieran camino, siguieran viviendo y hallando defensores; pero el panorama actual de los anarquistas que entran en la cárcel no tiene ningún valor de propaganda, y en cambio resta, en la calle, combatientes de las ideas. Suprimir hoy el movimiento anarquista de un país es cuestión del capricho del primer tirano: no hace falta más que dar la orden a las fuerzas reclutadas para matar, encarcelar, perseguir, y, en pocos días, de lo que parecía un movimiento anarquista, no queda más que un montón de ruinas. ¿No vemos en esta triste verdad la impotencia actual del anarquismo? ¿Hemos contemplado pasivamente la destrucción de nuestro movimiento en diversos países por indiferencia o por el sentimiento de nuestra incapacidad para poner un alto a las tendencias liberticidas? Creemos que es por esto último.

Lo peor de todo es que no se nos presentan mejores perspectivas ni se advierten tendencias sólidas a poner remedio al mal creciente. Nos movemos demasiado maquinalmente, hemos restringido demasiado los tópicos de nuestra propaganda. En los países donde tenemos un movimiento obrero propio, tenemos mucho, pero no es bastante para inspirar a la humanidad tendencias libertarias, para apartarla de la vía de las dictaduras y de las soluciones bélicas y antihumanas. Unos miembros más o menos al fin del año en nuestros sindicatos, eso es muy poco y no nos hará superar la crisis que atravesamos, porque es una crisis muy honda la que vivimos.

Cuando levantamos los ojos sobre la labor cotidiana y vemos la fiebre capitalista y los nuevos aspectos de la sociedad actual, cada vez más adversos de los sentimientos de justicia y de todo humanismo, pensamos que los anarquistas tendrían que levantar más la voz, salir de sus actitudes meramente críticas y oponer valientemente sus soluciones a las soluciones del autoritarismo y del privilegio.

Ahí está la situación política internacional, cada vez más complicada, preñada de guerras mundiales más devastadoras que nunca; la diplomacia y las grandes potencias capitalistas obran como les da la gana, sin que llegue a ellos la menor sensación de una resistencia a sus planes tenebrosos. A lo sumo, cuando estalla una guerra nos satisfacemos con la confirmación de la veracidad de nuestras críticas. ¿Por qué no hemos de oponer en este terreno de la política internacional nuestras soluciones humanas a las soluciones antihumanas de los Estados y de las grandes empresas financieras?

Y, lo que decimos de ese dominio casi enteramente olvidado y, sin embargo, tan importante y decisivo en la conformación del porvenir, podemos decirlo de cualquier otro aspecto de la vida social, capitalista y política de nuestros días. Nuestra voz no suena por ninguna parte y es ya mucho cuando la oímos en algunos países en una parte del proletariado sobre cuestiones de trabajo y de organización.

Y, a pesar de no levantar la voz sobre la generalidad de los problemas contemporáneos, tenemos la íntima convicción que el anarquismo sabría encontrar las soluciones más justas y crear a su alrededor una corriente humana inspirada más honestamente que las corrientes que prevalecen hoy en todos los sentidos.

Habituados a la crítica negativa, parece que vaciláramos o temiéramos decir nuestra palabra, proclamar nuestra interpretación de las cosas. Ciertamente el ser anarquistas no nos impediría incurrir en errores y equivocaciones, pero valdrían más esos errores vivientes que la pasividad y la contemplación búdica de lo que pasa en redor nuestro conformándonos con gritar: ¡eso es malo, eso está mal hecho!

Podríamos decir que, númericamente, las fuerzas del movimiento anarquista son mayores que nunca, mayores que antes de la guerra mundial; pero fuera del propio movimiento no hay ninguna simpatía por nuestras ideas, y éstas carecen de influencia alguna en la vida actual. Nos parece que habría que considerar como uno de nuestros grandes problemas actuales el *aumento del radio de influencia de nuestras ideas*, aun sin proponernos directamente engrosar nuestras filas. ¡Que nos acompañe el que quiera! lo esencial es que una parte cada vez mayor de la humanidad sea inspirada por nosotros en un sentido libertario, para ir formando una mentalidad anarquista difusa en la sociedad, que reduzca a la impotencia y melle las armas de las persecuciones.

La sensación de nuestro aislamiento actual nos inquieta en modo extraordinario; quisiéramos romper el hielo que nos rodea y para eso todo militante debe comprender que es preciso pensar más hondo y hablar más alto y tener más valentía para acompañar la crítica, en que ha sobresalido el anarquismo, por soluciones ejemplares. Cuando el poder de nuestras ideas, fundamentado en el movimiento obrero, se extienda y se diluya por la sociedad entera, entonces los gobiernos ya no verán en la policía el arma para combatirnos y aniquilarnos; tendrán que recurrir a la lucha de concepciones del mundo y de la vida a que les retamos, y en ese terreno nuestra superioridad es manifiesta.

Por lo pronto, esto de las dos medidas, de las dos balanzas, que sisan en el peso y la calidad de las acciones humanas e internacionales, le está fructuando a la burguesía estadounidense riquezas ingentes y gigantescas, tan gigantescas y colosales como sus rascacielos. Es hoy la nación más rica del orbe. Asimismo, con todos sus millones, ¿podrá fabricar nuevamente un genio como el de Walt Whitman, al comprar la conciencia moral de Emerson, quien puso por encima de los bienes terrenales los espirituales?

Yanquilandia ha sepultado y olvidado a aquel que con sus máximas coincidió en la esencia de las doctrinas anarquistas, y en las que Sacco y Vanzetti bebieron el mosto embriagador de la fraternidad humana.

LUIS FABBRI

EL ESPIRITU DE SUJECION

Los anarquistas tienen desarrollado el espíritu y el sentimiento de independencia; y esto, por una tendencia natural a juzgar a los otros por lo que somos nosotros, les lleva a creer y suponer, con mucho optimismo, que todos o casi todos los hombres tienen ese mismo sentimiento suyo y no lo manifiestan sólo porque están impedidos de hacerlo por circunstancias exteriores más fuertes, y que bastaría que cesase la presión externa para que su sentimiento de libertad prevaleciese y diese todos sus benéficos frutos.

Este optimismo libertario no responde a la realidad; o, por lo menos, responde sólo, en parte, y en una parte no muy grande de individuos. No son pocos, ciertamente, los que son esclavos a la fuerza, pero que íntimamente protestan contra la violencia más o menos abierta que sufren; lo que significa que, al menos, su conciencia es libre. En tal sentido se puede ser libres, espiritualmente, aun bajo los peores excesos de opresión, hasta en el fondo de una prisión. Pero no es de éstos, que son cada vez más numerosos después de un siglo y pico de revoluciones políticas e intelectuales, y que, no obstante, son siempre una minoría, que yo quiero hablar; yo me refiero a las mayorías amorfas, que son esclavas por fuerza y de grado al mismo tiempo, que aceptan la sujeción como una cosa natural; que se rebelan también, algunas veces, cuando no pueden más, pero que lo hacen con la conciencia turbia, sin persuasión o con la persuación íntima de cometer una falta y un pecado.

Todo esto significa que, mientras hay en algunos hombres un sentimiento, hay en otros hombres una tendencia a la servidumbre y a la sujeción. Y como es correspondiente al sentido de la libertad un espíritu de rebelión y, correspondiente al sentido de servidumbre, un espíritu de adaptación — éste de las mayorías y aquél de las minorías — por la misma fuerza de adaptación, que es tan potente en la vida y es un elemento vital importantísimo, los sentimientos, necesidades y las tendencias serviles no pueden sino estar desarrolladas en una sociedad que se basa precisamente en la sujeción política, económica y espiritual de las grandes mayorías e ínfimas minorías, que son tales aun cuando pretendan ser las representantes de la totalidad. ¿De dónde deriva esta psicología de esclavos que es innegable en una parte tan grande de los hombres? El espíritu de adaptación que hemos señalado no lo explica todo por sí solo o lo explica solamente en un sentido más extenso, en cuanto la humanidad sufre

...siglos de servidumbre desde hace si-glos, y ha adquirido a través de tantos siglos un espíritu servil que es muy difícil desarraigar de un golpe. Se podría también pensar que éste sea, en cierto modo, innato en el hombre, derivado de la común animalidad ancestral, pero tampoco esto es seguro, porque mientras algunos hombres muestran un espíritu de independencia y de rebelión extraordinario, otros, en cambio, llevan su espíritu servil hasta un punto inverosímil, que ni siquiera los animales manifiestan.

De todos modos, el hecho es que una tendencia, una mentalidad, una psicología servil existe en gran parte de los hombres; y la prueba más evidente y dolorosa es que los poderosos de la tierra la utilizan de modo casi perfecta (1), y en el momento oportuno, encuentran a su disposición fuerzas serviles voluntarias en cantidad superior a sus necesidades de dominación. De este ehmos visto una manifestación también en la reciente huelga inglesa. El llamado crumiraje, que aumentaba a diario, tenía —entendámonos, muchas otros determinantes económicas, políticas, ocasionales, etc., pero, al lado de ellas, no ejercía una fuerza menor este espíritu de siervos, de hombres que se sienten menores, que se hallan a disgusto si no hay gente que piense y decida por ellos y los guíe, aunque sea con el bastón del *policeman*. ¡Y, sin embargo, Inglaterra pasa por ser el país donde el espíritu de independencia personal, de libertad individual, está más desarrollado en el mundo!

* * *

Sé que un editor amigo está por reeditar, si ya no lo ha hecho, el librito sobre la "Servidumbre Voluntaria" de La Boétie. En pleno siglo vigésimo, la lectura de esta joya literaria del Renacimiento, aunque vieja de casi cuatro cientos años, podrá iluminar muchas mentes sobre el asunto que aquí nos interesa.

El espíritu de sujeción y de servilismo se manifiesta, naturalmente, mucho más, y diría de modo anormal y patológico, en los períodos de depresión moral, que siguen a las grandes crisis sociales, económicas o políticas, las grandes guerras, las revoluciones abortadas, etc. La miseria, que hace flaquear las energías y prevalecer las necesidades materiales sobre las espirituales, las persecuciones y las coerciones políticas, que quiebran las conciencias ya libres, pero en que la conciencia de libertad se funda, el cansancio general que sigue a ciertas sacudidas y se vuelve, en los más, cansancio nervioso y mental, he aquí otros tantos factores materiales y morales del espíritu de renuncia y de sumisión ciega.

Es esa la depresión espiritual que caracterizó el primer Medio Evo, que Carducci esculpió en versos magistrales en la oda *Alle fonti del Clitunno*. Roma ya no triunfaba, cuando turbas de esclavos y sectarios hicieron un desierto de los campos del trabajo humano y de las columnas memorables del imperio, y, maldiciendo a las obras de la vida y del amor, descendieron, ebrios de disolución, de las ciudades y suplicaron a dios de ser muertos. Es que la humanidad estaba cansada a morir, exangüe y débil hasta el agotamiento, por siglos de guerras, invasiones, destrucciones y estragos que se sucedían unas a las otras, sin conceder, se puede decir, un día de descanso a los pueblos sometidos a aquella especie de martillamiento de dolor y de muerte. En proporciones, por suerte, casi siempre menores, con otros caracteres, con manifestaciones diversas, a cada gran crisis sucede, por lo común, un período de servilismo; así, en la Grecia antigua después de las guerras del Peloponeso, en Roma, después de la guerra civil terminada con la derrota de los Gracos y más aun después de las guerras civiles de los tiempos de Sila hasta la derrota de Bruto en Filipis. Lo mismo al fin del Renacimiento en Italia, después de las guerras e invasiones extranjeras del siglo XVI; igualmente, en Francia después de las enormes sangrías de las guerras napoleónicas.

Hay momentos, en suma, que en la tierra, convertida en pantano de fango y de sangre, las pobres ranas humanas, como en la inmortal fábula de Esopo, piden a Jove un rey y no se contentan con un rey de pacotilla sino que quieren el rey, el dictador, el emperador de puño de hierro, que los constriña con la fuerza, que los martirice también, pero que les impida el trabajo de pensar con su propia cabeza que les ahorre el grave esfuerzo de gobernarse por sí, de decidir por sí su propio destino.

En la Biblia, en la primera parte del libro de Samuel, hay un capítulo lleno de significado, el VIII, en el que está descripta el ansia que les vino a los hebreos de tener un rey. Suplicaron a Samuel que buscase uno: "constituye sobre nosotros un rey que nos juzgue, como lo tienen todas las otras naciones; y la cosa disgustó a Samuel, y oró al señor". Dios respondió, como persona adusta: "¡Está bien! ¿no se conforman con tenerme a mí como rey y quieren uno de carne y hueso? ¡Confórmalos y se arrepentirán!" Entonces Samuel procura persuadir a los hebreos de que permanezcan libres: ¡Ved! el rey tomará vuestros hijos para atarlos a su carro, para arar sus campos y fabricar sus armas y arneses; tomará vuestras hijas; tomará también vuestros campos, vuestras viñas vuestros mejores olivos, para donarlos a sus servidores; tendrá los diezmos, para pagar a sus oficiales; os quitará vuestros asnos, vuestros rebaños, y vosotros seréis siervos. Entonces gritaréis contra el rey que habéis querido, pero será demasiado tarde". Mas los hebreos insisten, y Samuel unge rey a Saúl, joven y bello, el más bello y el más alto entre los hijos de Israel, y lo presenta al pueblo que, lleno de alegría, grita: ¡viva el rey! Pero más tarde, las previsiones de Samuel se verifican, y hasta dios se arrepiente de haber dejado elegir rey a Saúl! (2)

¡Cuántas veces se ha repetido a través de la historia este episodio, sin siquiera el consuelo de los pueblos de tener por dominador "al más bello y más alto de todos", como Saúl! Cuántas veces las ranas humanas, deseosas de un dictador y descontentas de la primera cabeza de palo que les donó Jove, vieron como el númen airado les mandaba una feroz serpiente que los exterminó y devoró!

* * *

Era previsible que, después de la enorme guerra de 1914-18, la humanidad y más especialmente Europa (sometida a un esfuerzo indescriptible, a pérdidas espantosas de sangre, de vidas y de substancias, a una tensión nerviosa y a una deformación espiritual sin precedentes) cayese en una especie de colapso, del que todos los gérmenes patógenos habrían aprovechado para dar el asalto al organismo debilitado de la civilización. Era previsible; y nosotros lo hemos previsto hasta en ciertos detalles más característicos, en aquellas polémicas desesperadas y extenuantes que sostuvimos, desde 1914 a 1918, con todos los intervencionistas y los partidarios de la guerra a fondo, entre los cuales, desgraciadamente, contábamos también amigos queridísimos.

Uno de los daños, y no de los menos graves, que preveíamos era precisamente la reparición, el renacimiento del espíritu de servidumbre y de renuncia. Uno de sus lados es el retorno a la Iglesia de una gran parte de la población, que se había separado o estaba frente a ella





en la posición de indiferentes. Pero no es ese el lado peor, al menos momentáneamente. Más grave me parece el fenómeno más propiamente político, de aquellos que renuncian voluntariamente, o por lo menos no les preocupa que les sean arrebatadas todas las libertades parciales, por más anodinas y aleatorias que fuesen, que habían sido adquiridas a través de casi dos siglos de pensamiento y de acción en toda Europa.

Hay gente que se niega a pensar, a discutir, a razonar, aunque no es idiota; y espera que las ideas les sean proporcionadas, hechas y pulidas, por una autoridad superior, y, a falta de otras, saca de nuevo a la luz las ideas más enmohecidas y pueriles del pasado y las acepta como buenas. ¡Peor aún!: acepta como ideas viejas frases hechas, sin significado, palabras vacías de sentido, extravagancias insulsas, hasta gritos inarticulados o gestos! Y si hay quienes persisten en pensar con su cerebro y en ejercitar su espíritu crítico, el pensamiento y la crítica de éstos los desconcierta, turba y hiere en su atonía, y piden, como los dominicanos del Seiscientos, que el brazo secular los libre del fastidioso aguijón de quien trata de despertar de la torpeza su cerebro. Así imponen a su alrededor el silencio.

Sería erróneo creer que un fenómeno de este género duda, al primer cambio material de la escena política, cesa como por un golpe de varita mágica. El espíritu deletéreo que hemos denunciado se revestirá de otras formas, servirá a intereses opuestos a los actuales, pero permanecerá y continuará produciendo sus maléficos efectos hasta que no haya sido vencido o reducido a mínimos términos. Una prueba anticipada de esto la tenemos en el hecho de que tal fenómeno se manifiesta no solamente en aquellos a quienes estamos acostumbrados a relegar entre los enemigos de la libertad y muy cercanos a nosotros, que se dicen y creen sinceramente amigos nuestros. Cierto éxito de las tendencias más autoritarias y de las ideas más dictatoriales entre los revolucionarios del socialismo, es el índice visible del fenómeno de que nos ocupamos.

Hay también algunos anarquistas que no están del todo libres de esta falta del sentido de libertad — falta que, mientras por un lado se revela en la intolerancia para las opiniones ajenas y en los métodos polémicos injuriosos hacia los mismos compañeros, por otra parte tiene una manifestación negativa en la inercia en que muchos caen cuando otros no los excitan o espolean enérgicamente. Yo he sido muy impresionado, por ejemplo, por un hecho particular que he visto desde cerca. Un amigo mío, joven inteligente y activo anarquista mientras las circunstancias permitieron el desarrollo de una actividad anarquista y organizada, no bien cesó sobre él la influencia de ésta y cada compañero debió buscar en sí el espíritu de iniciativa y el radio de su actividad, cayó en la inercia más completa y de allí a poco entró en el Partido Comunista. Apenas en él, desplegó una actividad febril, volviése uno de los más enérgicos ejecutores de las órdenes del ejecutivo de su partido, y se ganó tantas persecuciones como no las había merecido nunca como anarquista.

Naturalmente, este y otros hechos semejantes se deben, no a una sola causa, sino a muchas, y complejas. Pero en el hecho que he citado no se puede negar que una de las causas, y no de las menos importante, haya sido el espíritu de servilismo, de sumisión, de obediencia, casi del todo ciega. Tal falta de espíritu de autogobierno, de decisión, de iniciativa y de responsabilidad, a pesar de las premisas teóricas, predisponía a aquel amigo mío más a ser dictatorial que anarquista, y, por consiguiente, a militar en un partido que no obliga a pensar y a decidir por sí lo que se ha de hacer, sino que traza a sus adeptos, lisa y llanamente, el camino y las decisiones que han de ejecutar sin discutir.

* * *

Conozco quienes pueden ser tentados, por lo que he dicho arriba, a confundir el espíritu de sujeción con el de solidaridad, de asociación. Ellos cometerían grave error. La idea de libertad (de la libertad para todos, naturalmente,) es inseparable de la idea de asociación, como no se concebiría el más precioso licor sin un recipiente cualquiera que lo contuviese o el medio con el cual se pueda llevarlo a los labios.

El esclavo que tiene y conserva ánimo de esclavo, no tiene necesidad de organización y no la ama; el vínculo, más bien la cadena que lo une al yugo, le basta, y frente a los otros esclavos, mientras no se despierte en él un sentimiento de rebelión y de fraternidad, continúa siendo individualista en el peor sentido de la palabra. Obedecer es para él como otra especie de libertad: la que le absuelve de toda responsabilidad propia, que le libra de la necesidad de pensar, de escoger entre el bien y el mal, de reconocer un deber moral suyo. Todo esto lo descarga sobre el patrón, y siente repugnancia por una organización que no podría agradar al amo y que a él le impondría deberes embarazosos, ante todo el de aprender a obrar por su propia decisión.

Cuando, al contrario, el esclavo comienza a desear asociarse a sus semejantes, quiere decir que está espiritualmente dando el primer paso hacia la liberación.

El espíritu servil y de sujeción, repito, no puede desaparecer de repente. Es cierto que podemos vencerlo y apagarlo en nosotros mismos, en algunos, disminuirlo y atenuarlo en otros por medio de la educación, de la persuasión del ejemplo, despertando y encendiendo en los cerebros y en los corazones el espíritu contrario. Pero mientras duran las condiciones actuales, en que todo se basa en la autoridad del hombre sobre el hombre, sería vano esperar resultados demasiado vastos en sentido libertario. Sin embargo, no se debe descuidar lo poco que es posible hacer; pero se debe tener siempre presente que una educación del sentimiento de libertad no es posible ni puede tener resultados eficaces más que a condición de que sea perseguida por los caminos de la libertad y con medios de libertad, en espera de que un ambiente de libertad pueda hacerle alcanzar el fin supremo.

Pero, entretanto, los que han conseguido realizar su propia liberación interior, forzosamente pequeña minoría, ¿deben encerrarse en la torre de marfil de su conciencia, olvidando a todos los otros que no han logrado liberarse de la psicología y mentalidad de menores y de súbditos? ¿No es, al contrario, necesario utilizar estas fuerzas aun rudas e incompletas, ya sea para desbastarlas, o, con su ayuda, intentar la transformación del ambiente? La minoría de las conciencias libres tiene todo el interés en seguir este camino, no en aislarse, aunque no fuese más que para atraer hacia sí cuantas conciencias son susceptibles de despertar de la torpeza en que yace toda la grey y de separarse de ésta. Las conciencias no se liberan de repente y completamente, sino que su liberación se realiza por un gradual desprejuiciamiento de los hábitos y prejuicios del servilismo; y corresponde a los que ya han conquistado su independencia espiritual ayudar a los primeros en

la ardua y fatigosa ascensión hacia las cumbres de la libertad .

Entretanto, mantener ligados a sí a éstos por medio de la simpatía, del sentimiento, de su misma bondad originaria, es una necesidad para la causa de la común emancipación. En las organizaciones libres, obreras o anarquistas, ellos se ejercitarían, entretanto, en el uso de las libertades más elementales y parciales, que despertarían en ellos cada vez más fuerte la sed de una liberación total.

La organización libre puede servir muy útilmente a dos fines, igualmente inseparables de la superior causa de la libertad: utilizar las fuerzas gregarias, originariamente buenas, pero que, abandonadas a sí mismas, desorganizadas, no se libertarían nunca y serían absorbidas y empleadas contra la libertad por otros partidos y movimientos autoritarios (3), y proseguir en ellas y en torno a ellas, también por su medio, con el ejercicio práctico y continuado de la asociación libre, aquella educación para la libertad que no se había alcanzado bastante con la sola propaganda.

Hacerse la ilusión de transformar el ambiente y vencer la resistencia que el espíritu servil opone a las tendencias libertarias, solamente con la propaganda, la educación y la organización, sería locura; otra cosa es necesaria, a la que se debe echar mano con entereza de corazón y virilidad de inteligencia. Pero, por otra parte, cerrar los ojos sobre tales resistencias, ignorar las dificultades que opone a los progresos de la idea libertaria este espíritu de servilismo tan difundido aún en las mismas masas que más interés tendrían de libertarse, podría conducir a las minorías más audaces y generosas a dar inútilmente y desastrosamente con la cabeza en la pared, es decir, contra un obstáculo que antes es necesario tratar de apartar lo más posible.

Y ello es posible solamente si la minoría procede con los ojos abiertos y no descuida nada, no solamente para propagar teorías de libertad, sino también para despertar a su alrededor el sentimiento y la necesidad de ellas, de modo que para un número siempre mayor de hombres, la libertad se convierta, como lo es ya para nosotros, en un elemento de vida tan necesario como el pan y el amor.

---

(1) *"Me basta, — decía Napoleón I, — coser galones en las mangas de todos estos republicanos, para que los más feroces de ellos se vuelvan serviles".*

(2) *En este episodio bíblico se revela también el celo de las castas sacerdotales, aliadas, sí, pero siempre rivales del poder civil....*

(3) *Recuerde que en 1919-20, más de un anarquista bueno y generoso, venido hacía poco al anarquismo y aun poco dotado de discernimiento y de espíritu de iniciativa, fué "utilizado" muy mal por elementos de los otros partidos socialistas, o bien se dejó guiar por insensatos, sin criterio, cuando no cayó directamente víctima de agentes provocadores, y fué así, del modo más cruel, sacrificado para siempre, mientras que habría podido, a través de la organización, prestar servicios preciosos entonces y después a la causa libertaria.— L. F.*



POR LOS SALONES

Exposición de pintura de Ramón de Zubiaurre (witcomb)

Leonce Benedite, director del Museo del Luxemburgo, escribe lo siguiente sobre la obra del pintor éuskaro:

"Ramón de Zubiaurre hace vivir en sus cuadros la poesía de su raza, raza ingenua, enérgica y honrada, con sus tradiciones ancestrales, que se manifiestan a través de su pequeña pero firme existencia local; sus romerías y danzas; sus costumbres: como fondo, los valles entres los altos Pirineos; campos verdes y ondulantes, sembrados de pequeños caseríos, sobre los que flota, entre la bruma de sus montañas y el Océano, una fina nube de melancolía.

"Nos atrae por la intensa emoción que nos hace sentir con sus realidades familiares, que son el aspecto excepcional de sus cuadros; es el pintor de su país; su arte interpreta bien exactamente la idiosincrasia moral de la raza vasca... y etc".

Hemos citado esta alta autoridad europea para que nos diese el tono inicial. Confesamos la relativa decepción que nos produjera esta nueva muestra del talento zubiaurrano.

A primera vista le encontramos truculento en sus violentas tonalidades, que invariablemente contrastan en masas oscuras y claras. Poco a poco, más acostumbrados a esa pintura de ambiente arcádico con sus prados verdegueantes, sus iglesias y sus aldeas de juguetería, donde detonan rostros vinosos o chaquetas de rojo vivo, fuimos percibiendo en un ligero encanto emanado de cierta ingénita honradez candorosa que condice íntimamente con la raza éuskara.

En lo que respecta al lenguaje, la factura pictórica, en general, peca de monotonía. Los idénticos y exactos tonos se repiten en un cuadro y otro. Dijérase que tiene destinadas ciertas tonalidades para las caras, otras para los techos, para los primeros planos y etc. Pueden ser solamente detalles, como la sequedad de ejecución de muchas cabezas viriles, pero dañan la visión de conjunto. Es como las cacofonías y las incesantes repeticiones de un poema en prosa.

Indudablemente, no todas sus producciones son igualmente inspiradas y sentidas. Y hay algunas de una pobreza y hasta de una banalidad de folletín. Por ejemplo, entre las "Mujeres vascas" existen varias sin carácter y de una superficialidad plástica no muy grata.

Sus telas de respetables proporciones, y en las cuales intenta componer, no siempre resultan acertadas, y unas y otras, adolecen de confusión por la cantidad de los ínfimos detalles que se desea poner en ellas. Ese cuadro colocado a parte como un *hors d'oeuvre* con esas tres figuras, dos pescadoras y un pescador en el medio, destacándose en un fondo abigarrado de caserío, aplasta por las exhuberancias y los infinitos puntos de vista que forzosamente han de distraer el veedor. Es un ejemplo de composición marrada, — aunque esta tendencia de miniaturizar por extensión, se halla completamente de acuerdo con la peculiar modalidad del pintor. En ocasiones, este afan, cuando se ejerce en unas flores o en un prado en el que se pueden contar las florecillas, es conmovedor, mas, al intervenir en una composición de alarde decorativo, ha de ser obligadamente contraproducente.

Son reparos técnicos que a alguien le podrán parecer sacrílegos, tratándose de una personalidad consagrada mundialmente. Sin embargo, a quien llegó a la plenitud de su carrera y pinta con una destreza asombrosa, son faltas de *ortografía*, llamémoslas así, que no se pueden pasar por alto.

¿Cómo percibir esa *poesía de la raza*, o la *fina nube de melancolía*, al decir de Benedite, cómo percibir esa *esencia invisible*, si tropezamos con la falta de intensidad y de agudo carácter en casi todos los órdenes? Nos parece que por densidad, por concentración, se puede dar con el producto poético y no por vaguedad desvaída.

A las claras se ve que no existe en él autocrítica, ni tampoco selecciona su producción creyendo firmemente que todo lo que pinta ha de ser óptimo y buenísimo. No obstante, hay un retrato de una señora, ejecutado aquí, que le hace poco honor a Zubiaurre... Los muchachos artistas que frecuentan las exposiciones — los únicos que las aprovechan estéticamente —, se quedan desorientados ante un mamarracho semejante. Y lo es con creces. Casi es peor que una fotografía iluminada.

También esto se halla dentro de la ingenuidad zubiaurrana. Y lo decimos sin ninguna intención de ironizar, de hacer humorismo barato al alcance de todas las bolsas...



RAMON ZUBIAURRE — "Romería de viejos"

Naturalmente no faltan las obras de cierta enjundia, bien comprendidas y hermosamente realizadas. Lo será, por ejemplo, *La abuela* (vasco), *La procesión* (navarro) *Viejos de Vera* (navarros) y etcétera. No queremos decir con esta corta enumeración, que se reduzcan de tal modo los cuadros de verdadero valor. Ellos fueron solamente nuestras preferencias personales.

Ramón Zubiaurre, Zuloaga, Hermes Camarasa, Anglada y algunos otros pusieron toda su voluntad para huir de la España de pandereta, — tan requetemolida por los organillos, por las plumas y las paletas del mundo.

Expresamente Zuloaga cayó en una Iberia tradicional, negra y melodramática, con el concurso de Velázquez, Goya y un poquito el Greco; Anglada nos dió una Valencia florida como fuegos de bengala, y de un preciosismo casi barroco, y Zubiaurre, una vasconia anecdótica y vernacular.

Exposición de artistas argentinos

Son cinco los expositores: Enrique Policastro, V. Thibón de Libián, Antonio Cicchitti, Giordano La Rosa y Bermúdez Franco. Estos artistas no guardan relación alguna en edad, actuación pública, ni existe entre ellos el menor parecido temperamental. Este conjunto tampoco lo rige ningún fin preconcebido, sino el de hacer menos oneroso el desembolso necesario a fin de costearse una sala para cada uno.

Necesaria era esta salvedad para explicar que no se trata de un grupo afín, laborando bajo una misma égida espiritual, como hay muchos en nuestros invernaderos artísticos y literarios.

No fué tan desacertada la ocurrencia de Thibon de reunir un número de sus obras; algunas de años atrás, otras más recientes y hasta las de su última producción. Se puede seguir así, aun de manera precaria, el hilo de la evolución de un pintor con condiciones magníficas de manualidad, — manualidad que se aljofara a veces con la leve y aguda sonrisa de un humorismo piadoso e intrascendente. Nadie ha negado sus dotes pictóricas no comunes, el dominio equilibrado de sus medios, y ese fino olfato en la percepción de la buena pintura. Sus admiraciones preferidas, Van Gogh, Degas, etc., cuando en años pretéritos eran nombres casi desconocidos en nuestro medio artístico, pregonan que pudo tener una guía segura en sus preferencias plásticas. Lo que en cambio se le reprochó de vez en vez, y ello solamente por algunos, — y entre éstos íntimos suyos, — fué su falta de disciplina, de un estudio continuado y metódico, descansando más en sus facultades naturales que en la ciencia y la sabiduría adquiridas a fuerza de observación y trabajo. Uno de sus maestros preferidos, — Degas, — de un notabilísimo talento plástico que le avecina a las grandes figuras de la pintura antigua y contemporánea, ha sido uno de los que se castigó más severamente en una existencia de renunciación y de duro trajín. Deducción lógica sería la de que uno, no poseyendo de



RAMON ZUBIAURRE — "El marino vasco Shanti-Andia el Temerario" Primera medalla — Museo de Arte Moderno, Madrid

...nativos tan sobresalientes, debía castigarse tanto o más, si se aspira a la depuración y a la pureza de la propia personalidad.

Pero indudablemente la vida no se presta de buen talante a estas combinaciones lógicas y razonables, a posteriore y friamente. Tomemos, pues, a Thibon como es y como se presenta ante nosotros a través de su obra pictórica, con sus defectos, virtudes y su contumaz pereza para resolver seriamente el problema de su pintura planteado por él mismo.

Una salvedad. Hay que referirse a dejadez mental y no física para no caer en error de interpretación en lo dicho anteriormente.

Es el suyo el caso del escolar que, por creerse muy inteligente, remolonea en sus estudios, esperando aprenderse las materias en el momento agónico del examen. Saldrá luego airoso, si o no, del peliagudo trance, mas creyendo que trampea al maestro, se trampea a sí mismo... Esta continua postergación, esta pretensión de todos los minutos de una vida con un sordo anhelo de entregarse toda entera a lo que eligió como irreemplazable vocación, de renunciar a toda otra cosa que la distraiga, y que nunca se consuma totalmente, ni en parte, puede constituir desde ya una tragedia de angustias. Hay gente que parece preferir se diga de ella: *pudo dar mucho de sí, si lo hubiese querido, o habría alcanzado gloriosos ejemplos al habérselo propuesto.* Es la romántica coquetería de las ojeras en el arte, y el discurrir a través de la mundanal existencia como artista malogrado en flor, de aquellos que pudieron ser grandes y tamañazos, al quererlo verdaderamente.

Si no en idéntica proporción, hubo algo de eso en la leyenda de Thibon, unos con los hechos y los demás con las palabras, contribuyeron a crear y difundir. De ahí la especie de *blague*, de ligero desplante que rezuma casi toda su obra con el deseo de confundirse, deslumbrarse a sí mismo y a los otros. ¿Sabe lo que se esconde tras ésto? Nada más que la angustia del escolar, quien tiene plena conciencia de no saber bien la lección. Le hacemos el insigne favor a Thibon de reconocerle superior a lo realizado por él hasta ahora, es decir, de no constituir la inmensa mayoría de Narcisos, defectuosos y jorobados, que así mismo se contemplan con conmovedora satisfacción en sus respectivas obras, las que le devuelven esos defectos agrandados. A pesar de todo, es consciente de sus fallas y limitaciones. He ahí su diminuto drama.

Habremos de tomarlo como es y no como nosotros quisiéramos que fuera, entra a meternos dentro de sus posibilidades y juzgarle en consecuencia. Si por cada cuadro suyo tuviésemos que preguntar lo que se ha propuesto llevar a cumplido término, las respuestas no siempre serían satisfactorias.

En general es un espécimen de pintura donde se siente la manera, que por carencia de substancialidad colinda con la ilustración. La composición de un lienzo no será solamente superior a las notas ilustrativas de una revista, por la visión plástica o espiritual del asunto y si por la calidad y justa riqueza de sus componentes, y por la suma de voluntad, de trabajo plástico, de lucida reflexión, etc., que comporta una obra de arte con pretensión a un elevado rango. Es el reproche más severo que se merece en un sentido generalizador. Si destacamos una figurita de sus varios temas de bailarinas, tenemos ante nosotros una inane muñequita de biscuit. Porque sus cuadros de bambalinas y de los espectáculos feéricos de los escenarios, no fueron profundamente estudiados en detalle, ni en conjunto. Parece que únicamente se quiso hacer armonías brillantes, placenteras, que no han de analizarse demasiado y gustarlas, — aunque sepamos que es un mundo falso, nunca vivido realmente por su autor. Las excepciones existen, y para nosotros es la obra adquirida por el presidente, maravillosamente ambientada, y *Descanso de ensayo*. Pero donde se transparenta lo que pudo ser Thibon como pintor de garra, es en el pastel, tratado virilmente, con esa mujer de espalda empezando su tocado. De su primera manera, hay dos telas interesantes: "Estudio para los inmigrantes" y "Canillitas".

"Procesión en Victoria", expuesta en el certamen de los acuarelistas, aun en lo difuso de su composición temática, por la falta de subordinación de sus elementos a uno necesariamente predominante, es uno de los buenos caminos para seguir, por lo que importa de veraz y sentido. "Café-billar", de su última producción, aventaja a sus dos otras telas grandes, que intentan reflejar aspectos de la vida suburbana. Estos cuadros expuestos en "La Peña", nos resultaron casi desconocidos cuando los vimos aquí, en este conjunto.

En suma, ¿Cuál de las distintas visiones que hasta ahora Thibon estuvo llevando a sus lienzos es la que más le conviene a sus facultades y a su íntimo sentir? La elección es difícil, y sólo él es el llamado a escoger. Se constata, en esta muestra, siendo asimismo fragmentaria, que no existe una línea directriz, un esfuerzo constante en una vía dada, que aun en el cambio de procedimientos y de asuntos puede revelarse subjetivamente.

De los otros expositores, quien se presenta como una bella promesa ya casi realizada, es Giordano La Rosa. Posee un sentido de las armonías en gamas bajas, y sabe otorgar carácter y prestancia a sus personajes. Sus manchas, en su escritura somera, realzan la realidad con acento poético. Sus cuadors de composición expuestos en el último salón de los acuerelistas, denotan la afición a las grandes líneas decorativas, interpretándolos en las ajustadas relaciones de sus masas y planos. Son cosas resueltas con cierta franqueza. Es un temperamento generoso de pintor, que al no contentarse con la anotación rápida de las manchas ha de realizar grandes progresos en muy poco tiempo.

De Antonio Cichitti, no sabemos que objetar ante esos dibujos que pretenden ser ingenuistas y estilizan rígidamente las figuras.

Enrique Policastro tiene unos dibujos coloreados felizmente. Entre ellos, uno es el de las tres mujeres enlutadas.

E. BERR

Biologia e historia.-- El lenguaje

La mano y el lenguaje.—

"La mano, el lenguaje: he aquí la humanidad", decíamos; "creemos que lo primero que se ha de poner en claro en esta obra, lo que señala el fin de la historia zoológica y el principio de la historia humana, es por decirlo así, la invención de la mano y la del lenguaje; es el progreso decisivo de la lógica práctica y de la lógica mental".

Es preciso recordar que partíamos de esta tesis fundamental: que la historia es esencialmente lógica, que encuentra su explicación profunda en la tendencia del ser viviente a perseverar en su esencia y a desarrollarla. Pero nuestra tesis se presenta sólo como una hipótesis que se ha de comprobar; su complemento estriba en el reconocimiento y en el estudio de otros factores que desempeñan un papel en la historia y que hacen de la historia lo que ella es: la trama complicada y absurda en la que un observador superficial o un erudito a secas pueden fácilmente encontrar tan sólo un conjunto de acontecimientos fortuitos.

Queda puesta en claro la importancia de la lógica práctica: la mano, este instrumento incomparable que ha hecho posible todo el utilaje material, expresa y acelera al mismo tiempo el desarrollo psíquico; y es el individuo quien inicia verdaderamente el progreso, que el medio no hace más que provocar o fijar.

El lenguaje es, en otro orden, una de las creaciones más extraordinarias que la evolución humana ha hecho aparecer.

La mano facilita el conocimiento del mundo exterior.—

Creemos que el pensamiento continúa la vida: que el pensamiento práctico, más o menos consciente, precede al pensamiento teórico; que el lenguaje, que sostiene el pensamiento práctico y que permite él solo los progresos del pensamiento teórico, expresa detalladamente la naturaleza humana. Es el hombre, como tal, creador de lógica práctica. Clasificando los objetos y precisando sus relaciones, es a él a quien traducen el pensamiento y el lenguaje, íntimamente ligados; la sociedad, no puede crear las categorías lógicas; la sociedad tiene necesidades, pero no piensa. Si hay en el lenguaje uniformidades importantes por un concepto diferente del de aquellas que nacen de la trasmisión, de las circunstancias, de la imitación, tienen por causa la identidad inicial de la vida representativa en todos los seres humanos. Al uso cada vez más "inteligente" de la mano, responde un progreso de síntesis psíquica, de claridad interior.

La mano no ha facilitado solamente, con la diferencia funcional, la cooperación de los seres humanos: ha contribuído poderosamente al conocimiento del mundo exterior. Porque el conocimiento, eminentemente práctico, fundado en el interés, nacido de la tendencia, es contemporáneo de la vida. La adaptación, es conocimiento. En todo organismo hay un conocimiento de lo real materializado, una mecánica y una física en acto en el ejercicio de las energías musculares. "Antes de ser concebida, la ley de la causalidad ha sido progresivamente sentida por el desplazamiento de la actividad humana en un mundo regido por esta ley, del cual el hombre es parte integrante".

El lenguaje es una invención de doble efecto.—

Pero el pensamiento, las formas superiores del psiquismo están ligados al lenguaje. Para los griegos, como observó Cournot, la misma palabra, *logos* significa lenguaje y razón. El lenguaje es una invención de doble efecto: instrumento de comunicación, instrumento registrador que, por la abstracción y la generalización, fija el conocimiento en los conceptos y permite su desarrollo infinito.

No es que la facultad de abstraer y generalizar sólo se despierte con el lenguaje. Sin el lenguaje, la atención y la memoria desempeña su papel por la acción de la tendencia. De las sensaciones, que son innumerables y confusas, "homo alalus", como el animal, obtiene percepciones. Estas provienen de una selección: entre las sensaciones, "lo que interesa prácticamente tiene preferencia", atrae la atención. La memoria, por otra parte, enriquece las impresiones que recoge de representaciones sacadas de las experiencias anteriores. Así se destacan ciertos rasgos salientes de los objetos, rasgos comunes a un grupo de objetos. En esta vida representativa inicial, subordinada al interés individual, se forman las imágenes genéricas, utilaje material, el cual tiende a apropiar los objetos a la conciencia y a dominarlos, constituyendo el germen humilde del conocimiento teórico.

Evolución del lenguaje.—

El lenguaje, en un principio emotivo y activo, después sintético, a medida que se diferencia para distinguir los objetos, las propiedades, los estados; que se deja modificar para expresar las relaciones más variadas de lo real por medio de palabras, vacías de su particular significación, que toman un valor abstracto y general de instrumentos gramaticales; el lenguaje poco a poco se eleva a una potencia sorprendente, constituye, en función, esta facultad de discernir lo parecido de lo diferente, y, por consiguiente, de abstraer y generalizar, que es inmanente en la vida, como la de sentir lo agradable y lo molesto; y él permite "una toma de posesión más penetrante y más amplia de las cosas".

"Porque es "homo faber", y, más todavía, porque es "homo loquens", el hombre es "homo sapiens". Parece que el desenvolvimiento del lenguaje ha seguido de cerca los desenvolvimientos del utilaje artificial. Según M. Boule, el "homo heidebergensis" debía ser intermediario entre los hombres que hablan y las bestias que gritan; el "homo neanderthalensis" tenía ya, sin duda, un pequeño rudimento de lenguaje articulado.

Mas, desde la imagen genérica al puro concepto, se comprende que la transición ha sido infinitamente lenta. La palabra, de momento, ha hecho un "papel desairado": ella se ha elevado en la abstracción hasta asumir los caracteres más difíciles de reconocer y más generales; ella ha fijado las ideas más ricas de "saber potencial", número, espacio, tiempo, causa, ley, especie. "La palabra pasa de la nada a la autocracia; lo concreto pasa de la plenitud del ser a la nada".

Se comprende igualmente que la influencia de la sociedad ha sido aquí decisiva si bien indirecta. La palabra ha hecho el concepto, comunicable de un cerebro a otro: la sociedad favorece, activa la comunicación de los entendimientos, la "capitalización" intelectual. Pero, esta cooperación lógica, si se produce en la sociedad, no resulta por esto un fenómeno social. Hay que notar, por el contrario, que la palabra, al poner el entendimiento individual al servicio de la sociedad, permite a ésta poseer una conciencia más clara de sus necesidades específicas, de desenvolverse racionalmente.

La ciencia es un instrumento vital.—

La aptitud para abstraer y generalizar, que es propia del hombre y tiene su esplendor en la razón, es desigual en los hombres. Los inventores son los "que han nacido con el talento o genio de la abstracción". Y la aptitud para la abstracción, que en los inventores era al principio exclusivamente práctica, se convierte (por los recursos acumulados, por el ejercicio espontáneo, por el juego de las facultades intelectuales) en teórica cada vez más. De todos modos, la necesidad inicial, el interés, no ha desaparecido. Queremos decir que no solamente hay una actividad práctica que subsiste y que, en determinados momentos, toma una importancia extraordinaria e incomparable, sino que la actividad más especulativa tiende en el fondo (es nuestro postulado,) tiende en sus fines secretos, en último término, hacia la conquista de las cosas, hacia la liberación del espíritu, hacia la apoteosis humana. La ciencia es un "instrumento vital", hasta en su forma de apariencia menos "eficiente", sobre todo en esta forma. "Si el hombre triunfa cada día de la naturaleza mientras el animal recomienza eternamente y sin ventaja positiva la misma lucha desigual, es porque el hombre sabe mirar muchas veces el mundo con desinterés. De espíritu demasiado práctico, el animal es esclavo de su percepción, que provoca casi siempre la misma reacción automática". *La investigación más desinteresada de la verdad, es el interés mejor entendido.*

El papel que han desempeñado en la investigación de la verdad la escritura y la imprenta — que son, como el lenguaje, la suma de invenciones innumerables imitadas, transmitidas, socializadas — lo precisarán los volúmenes ulterio-

res. La escritura creó los objetos parlantes. La imprenta los multiplicó hasta el infinito y los eternizó. El espacio, el tiempo, la muerte, fueron vencidos por el pensamiento.

——— *** ———

ADOLFO SALAZAR

Los músicos románticos

Es corriente la ligera creencia de que unos mismos ideales y semejantes entusiasmos unían en idéntico credo a los artistas románticos. Naturalmente, había entre ellos un factor común en virtud del cual aquel título podía cobijar su pluralidad. La reverencia a ciertos dioses mayores de la música o de la poesía era otro de los lazos de unión, aunque mucho menos general. La mayor o menor fidelidad a los principios establecidos era, en cambio, el punto principal de discordancia.

Temperamentos e inteligencias tan dispares como Berlioz, Schumann, Liszt, Brahms y Wagner comulgaban en Bach, Gluck y Beethoven. Otros, como Chopin, se pasaban bastante bien sin esa trinidad, y exaltaban de mejor grado a Mozart y a los italianos. Algunos — el propio Wagner — veía en Weber su Petrarca. Tal cual seguía de cerca a un músico hoy olvidado, Hummel, cuya influencia fué tan extensa como curiosa.

Había, en síntesis, una derecha y una izquierda en el movimiento romántico de la segunda época — la época de Luis Felipe, aproximadamente, hasta la caída del segundo Imperio —. La orilla izquierda era la capitaneada por los más fogosos paladines: Berlioz, Liszt y Wagner. El otro grupo, sintiéndose un poco atemorizado por los excesos de éstos, pretendía tener hacia algunos principios clásicos un respeto que consideraban vejado por aquéllos, y en honor de esos principios se mantenían en una mesurada reserva. Mendelsshon y Schumann fueron los primeros, añadiéndoseles en seguida Brahms con su neoclasicismo a lo Thorwaldsen.

Pocas cosas hay en la historia de la música más curiosas que las relaciones que guardaban entre sí esos artistas románticos: verlos unirse en virtud de sus entusiasmos literarios, políticos y religiosos — bien conocidos son esos credos —, y verlos luego poner entre sí prudente distancia al entrar en terrenos puramente musicales, y esa diferencia, que a veces llega a la frialdad en sus relaciones amistosas, se basa en preocupaciones frecuentemente infundadas.

Schumann y Liszt son dos de los casos más definidos. Estamos en el momento en que removiéndose a fondo los cimientos clásicos de la forma, buscan uno y otro, guiados de su pura intuición, las nuevas bases en que han de asentarse las construcciones futuras.

Ambos ponen tal interés en expresar musicalmente sus propias impresiones poéticas o sentimentales — de índole más compleja a veces—, que de sus obras brota el "impresionismo musical"; de un modo más bien contemplativo, pictórico, en Listz, o analítico, psicologista, en Schumann. Se ve a ambos profundamente preocupados por hallar el nexo interior que enlace a esos pequeños cuadritos en que se fragmenta la música, y se ve a los dos buscar ese lazo en un principio clásico: el de amplificar un tema.

Pero esta cuestión presenta dos aspectos: el tema se desarrolla de un modo continuo, evolucionando merced a su propia sustancia; esto es el *durchführung*, o sea el *desarrollo temático*. O bien se lo modifica en su aspecto por trozos sueltos; esto es la "variación". Compréndase que el romántico sigue uno u otro procedimiento guiado por un principio de acción literaria o sentimental (el programa); en el primer sistema se mueve Liszt, haciendo nacer la escuela del *leitmotif*, en la que de tal modo se desenvolvió Wagner, y que llevada a un exclusivismo sistemático, encuentra a la "cólula" franckiana, ya perceptible desde Bach.

Schumann prefiere el segundo de esos sistemas. Casi sin excepción, sus obras pianísticas lo demuestran, consiguiendo con varia fortuna la ponderación y el equilibrio.

Uno y otro, esos compositores confiaban más en su temperamento y en sus dotes de improvisación que en un conocimiento profundo y meditado de la ciencia de la composición. Liszt, al comenzar su carrera de virtuoso, se encontraba con el género de moda de las "variaciones brillantes" y "variaciones de concierto". Inclinado desde muy joven a la especulación en el terreno de la forma, intentó, con gran éxito para lo futuro, comenzar esas variaciones (frecuentemente sobre temas de óperas en boga) con una "intrata", acabándolas con un "finale" y ligándolas por medio de motivos derivados de la introducción. En sus tempranas *Fantasías dramáticas*, desarrolla ese principio; más tarde concreta el plan merced a dos temas bien contrastados, de cuyo conflicto nace la posibilidad de un desarrollo dramático, y luego los desenvuelve libremente de acuerdo con las peripecias de "programa". Se ve bien en qué se acerca y en qué se aleja del plan clásico de la sonata. Cuando, en consonancia con esas ideas, escribe su *Sonata en si menor* (que dedica a Schumann), se ve que tal sonata es fruto del mismo árbol que produjo los *Poemas sinfónicos*.

Las series de variaciones que constituyen la obra pianística de Schumann,
tienen un nexo interior mucho menos
fuerte. En casi todos los casos, simple-
mente es el tema lo que da unidad a la
obra, que, un poco solapadamente, se
adorna con un título general para pro
ducir esa idea. Tal es el caso del *Carna*
val, que Schumann compuso por trozos
sueltos, sin propósito de unirlos, y que
luego combinó de la manera más propi-
cía para los contrastes. Tal obra, llena
de intenciones ocultas y de simbolismos
a lo Juan Pablo, denota la fuerte admi-
ración del músico por el poeta. En su
lectura decía Schumann haber aprendido
todo el contrapunto (no mucho, en ver-
dad) que necesitaba, y de ella le entra-
los deseos de expresar en música lo inmu-
sical por procedimientos estrechamente
afines a los de Juan Pablo, que Heine
definía como "pequeños cuartitos, tan
cercanos entre sí, que dos ideas que qui
sieran salir de ellos, se producirían una
colisión. Un techo colgado de ganchos sir-
ve de cobijo común". Tales techos son, en
Schumann, esos títulos de *Mariposas*,
Kreisleriana, *Noveletas*, etc., mientras
que se acerca más al tipo nuevo de obra
orgánica en su *Sonata en la sostenido*,
que Liszt considera como la más román-
tica de entre las obras románticas.

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

Berlín, 16 de agosto de 1912.

¡Rugaaa, padre de los bueyes!

Esta es la tercera vez que te escribo y tú tirás ya: Lukanga debe regresar y contárnoslo él mismo en lugar de enviar mensajeros con el papel escrito. ¡No te impacientes! Si vuelvo pronto no habré visto mucho, pero si permanezco largo tiempo entonces puedes esperar que conoceré exactamente el país de los blancos y habré recogido tantas cosas que podré relatar y tú oír largos años.

Por lo que se refiere a la escritura, es puramente incomprensible no tropezar en este país con ningún blanco que no haya aprendido a escribir. Incluso los hijos de los campesinos saben maniobrar con la tinta y la pluma y pueden leer los signos de los demás. Y los que enseñan la escritura creen que los campesinos de ese modo cosechan más espigas y poseen más ganado.

Es verdad que algunos blancos sacan provecho de la escritura y la lectura y se vuelven muy sabios; pero algunos del pueblo pierden también por esos conocimientos, y muchos conocedores de los signos de la escritura no obtienen nada mejor. He aquí lo que pasa, hay en el país leyes que ordenan que todos aprendan a leer y a escribir, pero no hay ninguna ley que prohiba escribir lo malo, leer lo malo. Y así se escribe mucho malo sobre un pueblo que sabe escribir. Pues ¿quién quiere medir donde está la frontera de lo bueno? Y precisamente lo malo que se oculta tras la apariencia de lo bueno es lo más peligroso para el hombre. Los blancos tienen escritas cosas que son tan buenas y tan puras como el aire en las montañas de Bugoie en tiempo de lluvia. Pero muy pocos respiran ese aire puro. La mayoría son retenidos en las exhalaciones de los pantanos. Entre los que escriben y venden lo escrito hay muchísimos que no escriben para decir al lector algo necesario, sino solo para recibir mucho dinero. Por eso halagan y excitan al lector y le hablan de un mundo en que el más torpe y el más perezoso tienen que estar contentos, sin despertarles la voluntad de elevarse a algo mejor. ¡Cómo debe querer alguien algo mejor cuando se le describe lo malo ¡¡¡¡ lo mejor! Así ocurre con lo que se cuenta por escrito y es difundido entre los conocedores de la escritura. Pero también lo escrito implica peligros para la vida cotidiana.

El campesino de Kitara no sabe escribir ni tiene derecho a aprender. Ve al hombre con quien habla, le pregunta por su procedencia y pasado y lo juzga según el valor de su palabra. Si el que habla le desagrada, entonces no lo estima. El campesino en Alemania difícilmente puede reconocer tras lo escrito al hombre en quien debe confiar.

¿Preguntas, cómo cosecha el campesino alemán sabiendo leer y escribir? Mukama, en mi viaje por el país se me ha vuelto claro eso. El campesino alemán sabe arreglárselas: hace poco uso de la lectura y la escritura, y a menudo las olvida muy pronto. Cuando tiene que notificar algo a alguien, no escribe, sino que va, lo mismo que el campesino en Kitara, a varias horas de distancia y lo dice. Luego trae la respuesta a casa, respuesta que es mejor que una escritura. Así ocurre que, a pesar de las leyes que ordenan escribir, el pueblo alemán fluctúa ante toda cosecha y carga la hierba sobre los hombros.

Te conté ya que los blancos se llaman seres humanos, y sé por qué lo hacen. Les ha inspirado Riangombe, siempre vigilante el sentirse seres humanos. Si quieres comprenderlo, extiende tú, Luminoso, la piel de una víbora en el bosque de tus divinos ascendientes, siéntate allí tranquilamente y observa las termitas que viven en sus agujeros. Qué eres tú para



esas pequeñas criaturas? Tu sombra las toca como a nosotros la sombra de una nube. No se cuidan de ti. No conocen bajo el sol nada mayor que ellas. "Nosotros somos los seres humanos — dicen —, las criaturas pensantes para las cuales se hizo solamente el mundo. A nuestro alrededor gira el mundo entero". Las hormigas ambulantes y todas las demás hormigas, según su concepto, son "salvajes" y de las orugas y escarabajos que arrastran a su vivienda, dicen que son criaturas de baja especie, sin sentimiento sin razón, provistos sólo de "instintos". Dicen también de sí que ellas solas tendrían la justa concepción del mundo. Así quiso dios que toda criatura se considerara el centro del mundo y viese la tierra para sus pies.

Con los blancos pasa lo mismo. También ellos creen que la tierra se hizo para ellos y se tienen por lo mejor que se ha producido en esta tierra.

Cabeza resplandeciente, ¿no ha hecho sabiamente el creador que cada cual pueda estar contento con su suerte? Contento cuando hace una cosa: cuando se satisface a sí mismo. He ahí, también el pobre puede estar contento y sólo el hambre irrita a aquellos que tienen que contemplar cómo otros derrochan los alimentos. Pero cuando alguien está solo, hasta el hambre puede soportar; cuando el hambre no es extrema, incluso el oprimido, el pobre, puede estar contento. Pues, si existe un rico y se rodea de mas aparato que el pobre, piensa el pobre que el rico está allí sólo para él, que lo disfruta con su brillo y con las cosas que tiene que vestirse según la serie, y siente lástima por el rico que no puede tener el goce de la contemplación, porque nadie es más rico que él. Y el rico y el poderoso olvida que propiamente no es que un comediante que tiene que dejarse vestir y pintar puntualmente y aparecer puntualmente por la derecha o por la izquierda para que los pobres vean algo. Olvida, e incluso cree, que el pobre está allí solo por él, para formar el público, y le tiene compasión.

Aquí, quiero, como ejemplo, un acontecimiento que me ha pasado. Un gran general del paísquiso mostrarse a los guerreros reunidos para estimular en tiempo de paz su placer bélico. Quiso mostrarse también al pueblo bajo y éste estaba densamente agrupado en la plaza y miraba. Yo estaba entre el pueblo bajo como espectador. Era un día ardiente. El general vino. Cabalgaba en un hermoso caballo, se había anudado telas gruesas y pesadas alrededor del cuerpo y todo él estaba lleno de plaquitas de metal brillante y de cadenas. En la cabeza, como todos sus guerreros, tenía un recipiente al revés, en él se habían adosado las colas de gallinas blancas. Por donde pasaba gritaba el pueblo y el general tenía que tocarse la cabeza con el brazo derecho, sudando mucho. Muchos nobles, vestidos con colores brillantes, seguían a caballo al general, y todos sudaban.

Entonces reconocí que el más simple entre los espectadores puede también permitirse ese costoso lujo y sentirse más libremente que el admirado general y su cortejo. Junto a mí dijo un hombre a otro: ¡Tú, ven, déjalos que suden solos, nosotros vamos a atorrantear!". En esas palabras, que simultáneamente reflejan el modo de hablar de ciertas comarcas, se me confirmó lo que hoy te escribí: que cada cual ve el mundo y su propia posición desde el centro de su círculo.

Y esa es también la razón por la que los blancos se llaman seres humanos. Lo hacen conscientemente, creen, en efecto, ser hombres. Riangombe les inspiró que se sintieran tales.

En verdad, Mukama, los blancos no son seres humanos; pues son paganos y no saben nada de Riangombe y de los sacrificios de flores. Y, sin embargo, deberíamos tratar de comprenderlos y no creer que solo nosotros estamos iluminados. Riangombe creó en cada criatura de sí otro retrato y quiso también que cada una de sus criaturas fuera grande a su modo. En eso reconozco su grandeza y sublimidad. Y cuando te describo algo que me parece demasiado absurdo en las costumbres, en el pensamiento de los blancos

...os veo, sin embargo, ahora, que no podríamos ni mejorarlos ni modificarlos, aunque lo intentásemos. Pues, aun cuando quisiéramos llevarles algo, nuestro idioma, nuestras danzas o nuestras costumbres en general, les llevaríamos algo extraño que no nació en ellos. Lo aceptarían, pero si luego tuvieran algo que entre nosotros es bueno, entre ellos, no obstante, no sería bueno. Me burlo de ellos; pero si no hubiera en ellos nada bueno, no me seducirían a considerarlos largo tiempo fundamentalmente. Se me vienen a la memoria las palabras que decía a menudo Rugaba, el sabio de Sabinio: "En todo lo que está dios y todo lo que es, es grande. Sólo lo que dios no te permitió emprender, lo ves pequeño en la naturaleza. El quiere que tú lo veas pequeño; pero tú no debes querer modificarlo, pues es tan grande como tú".

A la tribu del Wakintu dió Ringombe la capacidad de ver cosas perfectas en las criaturas. Por eso son los wakintu los seres humanos; pero aquél sabio de Sabinio contó en tu corte a menudo la historia del perro que tiene un sentido más que el hombre:

Tú vas con el perro y lo sujetas por la cuerda. Repentinamente avanza y se lanza con violencia sobre un rastro que tus ojos reconocen entonces solamente. Si tú encuentras una vaca blanca en el rebaño, así olfatea el perro el tránsito de una cabra del desierto que persigue. Y, mientras tú en el bosque de bambúes ves a tres pasos de distancia, el olfato dice al perro donde se encuentra la caza en las proximidades. Como el perro tiene el don de percibir lo que tú no puedes reconocer, hay criaturas que ven y comprenden otras cosas que nosotros con fuerzas de entendimiento, y es más fácil decir: "No huelo nada, por que nada existe ahí", que confesar que nuestros dones nos impiden reconocerlo.

Te hablé yo, Mukama, de la indumentaria del blanco y quiero contarte ahora de las mujeres. Para mi es difícil ir hasta el fondo de las cosas. Sólo esto sé ciertamente: las mujeres de los blancos son artificialmente deformadas, y la deformación resultante está revestida con pieles, telas, trenzados, cueros y plumas de animales salvajes, que aparentan una nueva figura que no tiene nada de común con la hermosa figura de la mujer que conocemos entre los wakintu. Mujeres y muchachas desnudas no se les ve en ninguna parte, ni en las calles ni en el trabajo del campo. Tampoco se bañan todas, y las que se bañan lo hacen con trajes especiales y no está permitido verlas de cerca. Solo por la noche, cuando los blancos comen y danzan con las muchachas están casi desnudas. Sólo una parte del cuerpo es cubierta. No podrían atreverse a ir desnudas, por que su cuerpo se compone de dos partes, unidas apenas entre sí y comprimidas por un armazón exterior sólido. Ese armazón lo cubren también por la noche con un poco de indumentaria. Pero naturalmente no más de lo absolutamente necesario.

Si las mujeres no llevasen ese armazón se doblarían y no podrían marchar derechas. El armazón es probablemente una invención de los hombres. Ellos lo impusieron a las mujeres para poder superar en resistencia y salud a causa de la pereza y de los malos hábitos de vida. El armazón del cuerpo es de manera que la mujer no puede respirar completamente. El cuerpo es comprimido fuertemente en todas partes donde debe expansionarse, y una parte de los pulmones se pudre en el interior porque no se le permite vivir.

Le falta la profunda respiración. En consecuencia la mujer no puede correr ni hacer ningún movimiento. Por eso, se exagera la carne bajo el armazón y el cuerpo engorda terriblemente por arriba y por abajo, lo que los blancos encuentran muy hermoso. Ya en la infancia es comprimido el cuerpo de la muchacha, porque se teme que pueda quedar mucho tiempo sano. El éxito propuesto se obtiene: la mayoría de las mujeres enferman prematuramente y decaen, y los hombres hablan ya del *¡sexo débil!* con una especie de alegría dañina.

Las mujeres se mueven en su armazón como tortugas que marcharan verticalmente. No te puedes imaginar el espectáculo de la mujer cuando va por la calle y mueve las piernas bajo ese ca-



parazón o corset. Y cuando empuja la masa inmóvil de su cuerpo sobre un asiento y deja colgar los miembros y mueve la cabeza de un lado al otro con abandono, un negro instruído siente algo así como compasión ante una criatura así maltratada.

Pienso a menudo en las figuras flexibles de las muchachas de Kitara, cómo se inclinan sobre los frutos del campo, cómo vuelven con cántaros panzudos sobre la cabeza y cómo su cuerpo paraliza al marchar la carga insosegada del agua oscilante. Y también pienso en la danza de la última fiesta de las lanzas reales. Las muchachas avanzaron en círculo alrededor del muro de los venablos, con blancas ramas florecidas entre los brazos levantados. La luna llena las transformaba en figuras de plata y ébano. Pero las figuras vivían. Como el tallo jugoso del maíz en el viento, así se inclinaban al compás del tambor y de la flauta.

Eso revive en mi alma, cuando oigo en este país el alegre tono de la flauta. Muy a menudo, pues, aunque el blanco, como criatura, esté muy por debajo del negro, en una cosa es grande sobre todos los conceptos: en su arte para describir con sonidos y tonos el mundo. Rascan con cerdas de caballo sobre intestinos de oveja retorcidos, que son estirados sobre madera hueca; soplan en flautas huecas que son más hermosas que nuestras cañas de bambú y en cuernos y conchas de metal que dan muchos tonos distintos; dan sobre madera, hierro y piel estirada y producen un torrente de sonidos que excita a menudo mi corazón de alegría y de dolor. Creo encontrarme luego en la playa de Ukerewe y ver ponerse el sol tras los montes de Kurwi. El viento sopla del lado de Ukara e inflama las olas y los ibis pasan gritando.

¡Si, piensa, Mukama, los sonidos de los blancos han sido tomados a mi juventud! ¿Quién los llevó al blanco? ¿Quién les inspiró para describir el país en que Lukanga amó y sufrió primeramente? Lukanga habla el idioma de los blancos y permanece extraño a su pensamiento, pero con sus sonidos los blancos hablan un idioma en que los entiende hondamente.

Esta tercera carta, gran Mukama, te la envío desde la gran ciudad de Alemania, escrita con mi mano.

Tu bajo

Lukanga MUKARA.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Esos cambios en la seguridad de la posición de la topía son producidos por la *utopía*. La utopía no pertenece al dominio de la vida común, sino a la vida individual. Bajo la utopía comprendemos una mezcla de aspiraciones individuales y de tendencias volitivas que siempre son heterogéneas y existen individualmente, pero que en el momento de la crisis se agrupan y organizan por la forma de la embriaguez entusiasta en una totalidad y en una forma de convivencia: en la tendencia a formar una topía que funcione irreprochablemente, que no encierre en sí ningún perjuicio y ninguna injusticia.

A la utopía sigue luego una topía que se distingue de las topías anteriores en puntos esenciales, pero que es siempre una topía.

Se desprende así la primera ley: A toda topía sigue una utopía, a ésta nuevamente una topía, y así sucesivamente.

(Landauer afirma que ese es un resultado completamente científico, adquirido por vía científica: la experimentación inductiva que la fundamente es muy corta y sin gran proporción).

Un corolario a esto es: las topías y utopías son iguales entre sí en número.

La utopía es, pues, la totalidad de aspiraciones destilada en su pureza; no lleva en ningún caso a sus fines, sino siempre a una nueva topía.

Revolución llamamos nosotros al corto espacio durante el cual la vieja topía no existe y la nueva no ha sido establecida aún. Revolución es, pues, el camino de una topía a la otra, de una relativa estabilidad sobre el caos y la rebelión, el individualismo (heroísmo y bestialidad, aislamiento de lo grande y miserable abandono del átomo de las masas) a una relativa estabilidad".

La revolución podría ser para Landauer un mero estadio de transición. Sin embargo, desarrolla el concepto de revolución a la calidad de un *principio*. En toda utopía se encuentran restos entusiastas del recuerdo de todas las utopías anteriormente conocidas. La utopía continúa, pues, viviendo en un tiempo de relativa estable topía y pasa a formar una unidad de todos los complejos de recuerdos, voluntades y sentimientos. Esa unidad puede ser designada con el nombre de revolución. En ese sentido la revolución no es un corto tiempo, una frontera, sino un principio, que marcha sobre amplios lapsos de tiempo de una topía a la otra. En los tiempos tranquilos, la revolución vive en el interior del hombre como utopía, que estalla aquí o allí en hechos revolucionarios y vive corto tiempo como situación externa. Landauer es revolucionario por principio. La revolución vive en los individuos, que están siempre inspirados por una utopía, aunque ésta esté "helada"; se podría, pues, llamar la revolución una utopía deshelada, y la utopía, al contrario, una revolución congelada. Sin embargo, el fuego que deshiela las utopías heladas y las transforma en una revolución, es siempre un fuego de paja, que no puede ser de larga duración, sino que se apaga pronto. Pero en el individuo en que vive la revolución como utopía, la revolución arde también en tiempos relativamente estables como un fuego en local cerrado, rodeado por una atmósfera rica en nitrógeno. En las masas se encuentra el oxígeno en las bajas regiones y tan sólo cuando, favorecido por condiciones externas, asciende a la región de los vivientes, estalla la revolución, y entonces el fuego, que arde en los individuos, puede extenderse sobre la masa y despertar en ella el espíritu. Pero también los individuos reciben en la mayor difusión nuevo alimento. Si se es sensible, entonces sólo se necesita respirar la atmósfera cargada con el fuego del entusiasmo, el espíritu de la revolución. Y por eso tiene la revolución un poder tan misterioso, por eso puede hacer mella en tantas almas por lo demás frías, indiferentes exteriormente y filisteas. Uno de los individuos en quienes la revolución ardió antes como utopía en una esfera limitada, individualmente cerrada, subterránea o superterránea, fué Gustav Landauer.

Como historiador e investigador puede ser colocado Landauer entre los más grandes hombres de Alemania. Pero simultáneamente era uno de los más claros cerebros del movimiento obrero alemán, una de los combatientes más apasionados por una sociedad libre. En su obra sobre *Shakespeare* dice orgulloso que no se habría atrevido a escribir una línea sobre Shakespeare si no se sintiese crecido hasta él. Se encuentra raramente un crítico de la literatura que senale, exponga y explique una obra poética con tal fuerza, con tan profunda mirada y tan brillante comprensión, como Landauer, con la pluma y la palabra. Poseía la capacidad de popularizar y de hacer comprensibles hasta para los hombres sencillos y sin instrucción las obras estrictamente científicas, los problemas complicados. Su más alto deseo y su aspiración, de que estuvo penetrado toda la vida, fueron dirigidos a hacer accesible para todos la cultura del espíritu, todo lo que creó el espíritu de los hombres en milenios.

Landauer nos conduce con mano genial en los más profundos laberintos de la humanidad, haciéndonos ver con especial sutileza el campo de batalla de la lucha entre los animales y los hombres, entre los hombres confundidos en su sensualismo, que son esclavos de su codicia, de su ardor, es decir, entre los hombres que Spinoza llama sensuales y afectivos, y los que quieren salir de ese estado esclavizador, debilitador del espíritu, los que quieren alumbrar la vida sensitiva e impulsiva con el sol de su razón, es decir, los calificados por Spinoza como hombres racionales. Nadie podría convencernos mejor de la victoria definitiva del hombre racional sobre el hombre sensitivo. Los mayores representantes en esta lucha entre dos principios son Homero y Shakespeare. En su artículo sobre Troilo y Cresida nos presenta Landauer esa lucha. Nos señaló la línea en que el espíritu del tiempo, la influencia de la convención, los efectos del estado social se distinguen de la ausencia de tiempo, de lo que es mecido por el ensueño y el mito, que surge del cerebro del genio y penetra en la conciencia del hombre y se vuelve accesible para nosotros y para todos; la línea en que lo místico y lo eterno actúa y se asocia con lo temporal y lo mudable; en que las fuentes de lo inconsciente fluyen en la conciencia, de la naturaleza del mundo en la vida humana, del reino de los misterios del universo en el reino de la belleza.

El ideal de Landauer era purificar a todos los hombres en el baño del arte, hacer que se sintieran en su casa en el reino de la belleza y sacaran sus fuerzas del reino del espíritu universal. Aquí está la línea de asociación en que el amante del arte se une con el socialista.

El socialismo no era para Landauer un mero cambio de las condiciones económicas; significaba para él una vida completamente nueva en todos los dominios; era para él el relleno de nuestra vida social, espiritual y sentimental con nuevo contenido, con nuevos ideales, con nueva esencia. Su rica naturaleza no se conformaba con la vida del partido, — los límites del partido eran para él demasiado estrechos. En el jardín de su socialismo no florecía sólo la economía nacional, sino también la poesía y el arte, el teatro, la música, la filosofía; pero todo esto tenía sus raíces en su individualidad, en su mundo de sentimientos y de pensamientos. Abarcaba el mundo y el ambiente subjetivamente. El mundo exterior y los hombres que se encontraban en él, para su mundo sensual eran sólo objetos, y por eso lo abrazaba todo con el más puro y profundo amor humano. Porque en el mundo exterior sólo encontraba su propio ser convertido en objeto, porque el mundo exterior sólo existía en sus propios sentimientos y pensamientos, veía en sus semejantes representantes de la misma vida que vivía en él. Sujeto y objeto eran para él una única vida podero-

sa e hirviente, la misma vida que corría en ardorosas ondas por sus venas.

Hay hombres cuya vida, acciones, aspiraciones y sueños, cuyo apasionamiento y sentimientos en broma y en serio, en alegría y dolor, están en el dominio del arte y de la ciencia, de la literatura y de la política en el centro, en el germen de lo que constituye la más noble aspiración de la humanidad: elevar la vida del pueblo al nivel en que han estado los más grandes espíritus. Hay hombres que se entregan con todo su ser, su vida y su alma a lo que hacen y desean. El diletantismo es para ellos extraño: son como fundidos de una pieza, hombres íntegros cuya labor produce frutos. Uno de esos hombres fué Gustav Landauer. Su fuente de vida fluía de un fuego que ardía en su interior, que abrasaba sus dioses y demonios, lo impulsaba en brazos del proletariado, en el mundo del socialismo, de la filosofía, en el abismo del escepticismo, en las santidades de la mística, en el vestíbulo del arte. Hacía saltar los diques en el interior del hombre, cuyo obscuro abismo, sus místicos enigmas y su alta belleza hacía resaltar con mano atrevida y presentaba ante el Forum del espíritu.

Y sin embargo Landauer no nos ha dejado obras, como Goethe, Strindberg u otros. Para él era el mundo, tal como hoy es, insoportable y sostenía que no se tenía derecho a hacer alguna otra cosa que no fuera dedicada a producir una modificación. Cuando la omnipotencia del Estado le impidió durante la guerra mundial actuar en sentido revolucionario, debió contentarse con "formar palabras", para hablar en su lenguaje. El sentimiento básico en Landauer no era sólo la embriaguez poética. No consideraba al hombre como materia prima del que pueden formarse figuras como Edipo, Hamlet o Fausto. Consideraba al hombre, lo mismo que Proudhon, cuyas enseñanzas traducía en alemán, como un dios. Quería crear las condiciones para que el hombre pudiera vivir una vida digna de un dios. Despertar la conciencia de su propia dignidad era lo primero, lo más necesario. Poseía el mismo apasionamiento de un poeta, sin embargo fué elevado por un poder superior en él mismo a la categoría de profeta de la libertad.

El socialismo de Landauer no era el de la socialdemocracia, sino el del anarquismo; aspiraba a un socialismo cuyo ideal no estaba en la omnipotencia del Estado y de las organizaciones autoritarias ni en el perfeccionamiento y mejoramiento de la vida del Estado. Veía en las libres federaciones de la humanidad el fin por el cual debemos luchar.

El socialismo no era para él una ciencia, aunque, como decía, requería muchos conocimientos, como los requiere todo derrumbe de la superstición y la entrada en una nueva vía. El socialismo es más bien un arte, y un arte nuevo que quiere crear en lo viviente. Fué impulsado al socialismo por necesidad interna. "Precisamos apremiante penuria para buscar el valor que nos falta. La renovación por el socialismo debe esta vez ser mayor y completamente diversa que antes; nosotros no buscamos sólo cultura y belleza humana en nuestra vida común; buscamos salvación... Pero no llegaremos a esa renovación por lazos externos, por grupos estatales o por una invención tan terrible como la del Estado mundial, sino sólo por el individualismo personal, por el desenvolvimiento de la más pequeña organización: la comuna en primer lugar. Hay que construir muchísimo, pero el edificio debe comenzar en lo pequeño. Debemos extendernos por el mundo y sólo nos será posible si barrenamos en lo más hondo del abismo; pues la salvación no puede ya venir de afuera. Ningún país extraño invita a los pueblos que viven densamente prensados a la colonización. Debemos fundar la humanidad y sólo podemos crearla en la humanidad; sólo podemos hacerla surgir de las federaciones voluntarias de los individuos por medio de las comunas, que son fundadas por individuos independientes y naturalmente agrupados".

Nuestro tiempo, el período antes de la guerra, el período de los Estados, es decir, el período de la edad media hasta hoy, lo califica Landauer de período de decadencia. Una medida para un período de florecimiento, para un período de alta cultura la encuentra Landauer en el arte. En un período de alta cultura el arte es siempre social y no individual, se agrupa en un centro, pero no se aisla. Es ante todo el representante del pueblo y del tiempo, mientras que el arte en los períodos de disolución y de transición es el producto de individuos, de naturalezas geniales aisladas y se dirige al futuro o a un pueblo misterioso que no existe. Una época semejante es el arte clásico de los griegos; a un alto desenvolvimiento del arte social se elevó también la edad media. La escultura y la pintura de la edad media estaban inseparablemente ligadas a la arquitectura; fué el arte arquitectónico el que representó el anhelo y la riqueza de su tiempo. En oposición a un arte tal de la totalidad, casi anónima, está el arte de nuestro tiempo, que es el anhelo del individuo ricamente dotado sobre nuestra época. Si en la era cristiana era la arquitectura, que se elevó sobre el edificio social como un distintivo, un símbolo de la fuerza de la vida popular unida, en nuestro tiempo eso es representado por el arte más individual, el más melancólico y quejumbroso: la música; es el símbolo del pueblo oprimido y el símbolo de la decadencia del espíritu de comunidad, para el aislamiento de lo grande. La arquitectura representa una realidad, la música el refugio del que ambula solitariamente y el ansia de una nueva realidad. Münchhausen, el inventor, que no lleva en sí la verdadera realidad, sino que está sólo en el terreno de la fantasía y de la soledad, ese Münhausen es el tipo de nuestro tiempo y de nuestros artistas. Lo que hizo cuando construyó en el aire su palacio, lo hace hoy la música; si la arquitectura construye edificios de piedra, la música edifica magníficos edificios de altas torres y de atrevidos arcos, pero en el aire febriciente.

La plástica y la pintura del período cristiano, inseparables de la arquitectura, de las iglesias y ayuntamientos, de las plazas y las calles, de todas las casas públicas y privadas, representaban entonces los estratos de la sociedad y los unía con un principio espiritual de la comunidad. Pero más tarde se separaron la pintura y la plástica de la gran arquitectura y se convirtieron en medio de expresión de personalidades geniales, adornando todavía edificios públicos en los círculos principescos, nobles o ricos. Pero hoy el arte imaginativo se ha apartado casi completamente de la vida cotidiana y de los domicilios de los hombres privados; los cuadros y las esculturas están encerrados en sí mismos como una poesía, como un producto de su creador sin relaciones con el que lo recibe. El arte no es ya la expresión de aquellos *para* que ha sido creado, sino de aquello *de que* fué creado. En los períodos de alta cultura los que dan y los que reciben, los artistas y el público se corresponden, a pesar de la genialidad productiva, que naturalmente también entonces poseían muy pocos, y no la masa entera; pero hoy están tan separados que el arte no tiene en la sociedad un puesto aunque fuera puramente exterior, sino que fué forzado a crearse un palacio especial para el arte: el Museo.

No otra cosa sucede con la poesía. En la época cristiana de la edad media estaba en su casa donde quiera que se congregaran los hombres: en la iglesia, en el ayuntamiento, en la asamblea, bajo el cielo azul, en el campo de batalla, en el trabajo, en las moradas de los caballeros y en las cortes de los príncipes. Ahora está en su casa sólo donde los hombres se retiran a la soledad, en el libro; o se congrega uno exclusivamente por medio de la poesía. En otro tiempo la poesía había penetrado en la vida; hoy se rechaza la vida para entregarse a un elemento extraño, el poeta.

Con el drama sucede algo distinto. Indudablemente, lo dicho del arte y en especial de la poesía se refiere también al teatro público y en especial de la edad media. Sus dramas místicos relacionaban la vida del mundo con el culto; y hasta el culto se manifestaba en todas partes en festivo drama. Pero el drama no alcanzó en la edad media su punto culminante, lo alcanzó tan sólo en las esferas de la burguesía noble, en la consideración de la edad media en Inglaterra. La grandeza de Shakespeare, su elevación única, se basa en que estuvo simultáneamente en dos campos; está ya lleno del genio de la soledad ajena al pueblo y, sin embargo, arraiga firmemente en el pueblo y en la sociedad.

(*CONTINUARA*)

BIBLIOGRAFIA

Koehler Fritz — "Brasilien heute und morgen" (Brasil de hoy y de mañana), un vol. en 8.o, 271 págs. con 79 grabados. Editorial F. A. Brockhaus, Leipzig, 1926.—

Ningún país dispone, como Alemania, de tal cúmulo de literatura de viajes sobre todos los países y desde todos los puntos de vista. El estudioso puede sentarse en una gran biblioteca alemana y recorrer mentalmente el globo entero, conocer los menores detalles de una zona cualquiera, el idioma y las costumbres de la última de las razas primitivas. La producción en ese sentido es algo monstruosamente grande, y esa riqueza contrasta con la dificultad que hallamos en otros idiomas para enterarnos de las características de regiones, razas, etc., de comarcas lejanas, — objeto de curiosidad tanto para el estudioso como para el emigrante, para el capitalista y para el obrero. El libro de Fritz Koehler sobre el Brasil, que acaba de ver la luz, es un bello ejemplo de lo que decimos. En menos páginas no habría podido darse una impresión más objetiva de lo que es el Brasil de hoy y de lo que puede ser mañana, con la explotación de sus enormes riquezas naturales. El autor ha ido con una misión científica al Brasil en 1923 y ha recogido en poco tiempo una cantidad de datos y de observaciones que asombra. El libro se leería con provecho incluso en el Brasil mismo, por el gran público, por naturalistas y por etnólogos. Hay muchísimos detalles que conocíamos y que ahora nos son explicados de un modo racional. Abundan las aclaraciones históricas y científicas. Sin embargo el pueblo ha sido, según nuestra opinión, menos observado y comprendido que la naturaleza, aunque no faltan rasgos característicos del brasileño, de su actitud ante el trabajo, de sus aficiones, de sus costumbres. Hay pasajes de gran sentido social, por ejemplo la descripción de la vida de los pescadores en la isla de Marambaia: "Su vida parece transcurrir en una envidiable proporción, pues esos hijos de la naturaleza están acostumbrados desde hace muchas generaciones al trabajo pesado; las ideas sociales no los han perturbado todavía en su reposo. Están contentos con poco. Si hacen una buena pesca, no saben apreciar su valor. No tienen tampoco compradores.

"A pesar de sus pocas necesidades, los habitantes de esa isla dependen todos de un portugués. Es Eulalio, el propietario del único negocio de esa soledad. Los naturales del país necesitan alguna vez unos pantalones, harina de mandioca y quieren embellecer con la cachaça sus fiestas frecuentes. Todo eso lo proporciona Eulalio por mucho dinero"... Después de describir ese sistema de explotación por el comerciante, agrega: "Ese cambio ha degenerado, a cambio de las deudas, en una moderna esclavitud de la peor especie." "No es en un estado de satisfecha bienaventuranza en el que viven los habitantes de la isla. Aun corre por sus venas la sangre esclava de sus antepasados y no les deja sentir tan fuertemente como a nosotros el rebajamiento de su humanidad. Pero si alguna vez prendiera en ellos el fuego del descontento, esos hombres, por lo demás perezosos, se convertirán en enemigos terribles, sanguinarios. Toda su vida gira ahora en torno a los dos polos: amor y alimentación. Para recibir ambas cosas se vuelven esclavos voluntarios de un explotador y sin embargo se sienten dichosos, porque no conocen nada más. ¿Ocurre diversamente en la vieja Europa con algunos seres humanos?"...

También los datos estadísticos recogidos ayudan a formar una idea bastante exacta de lo que es el Brasil actual y de lo que puede ser mañana. Se ve cómo surgen colonias y cómo las colonias se convierten en ciudades; la lucha del hombre contra la naturaleza virgen, etc., etc. Escrito con vivacidad, el libro se lee con creciente atención y hace concentrar el pensamiento en el vasto país que describe, en sus problemas y en sus posibilidades de desarrollo.

Malatesta E. — IDEARIO. Selección y traducción de Domingo P. Ibáñez. Publicaciones Mundial — Barcelona, 1926; 221 págs. en 8.o.

Este pequeño volumen contiene una serie de fragmentos recogidos casi al azar en los escritos de Errico Malatesta, pero que, sin embargo, concretan las ideas fundamentales del gran revolucionario en la forma popular y clara que le caracteriza. El volumen se presta a la difusión en gran escala como obra de propaganda elemental y proselitista. Aunque todos los fragmentos tienen una unidad interna perfecta, habría sido deseable que el coleccionador hubiese citado las fuentes del ramillete preparado.

"Die K. P. D. im eigenen Spiegel. Aus der Geschichte der K. P. D. und der 3. Internationale" (El partido comunista alemán en su propio espejo. De la historia del P. C. de Alemania y de la tercera Internacional). Edición: Buchhandlung für Arbeiter-Literatur, Berlín, 0-17. Un vol. de 170 págs. 8.o.

El partido comunista *obrero* de Alemania, más radical que el partido comunista y con más veleidades de independencia, ha recogido en este volumen una magnífica colección de órdenes y contraórdenes, de principios tácticos, de doctrinas del partido comunista y de la Tercera Internacional. Realmente es un trabajo útil para conocer a fondo la esencia de los partidos comunistas: a pesar de toda su disciplina férrea y de su sometimiento a las órdenes de Moscú, los frutos de los rublos moscovitas ofrecen el espectáculo más deplorable y, desde el punto de vista del pensamiento, de las ideas, son una triste calamidad que a lo sumo valen para lo que es sumisión desde hace varios años: para idiotizar una parte del proletariado, inculcándole la norma que la función de pensar por *cuenta propia* es una herejía imperdonable. Tomemos, por ejemplo, el problema de los sindicatos: ¿qué es lo que quieren los comunistas? Un día gritan: "¡Fuera los sindicatos!" (por ejemplo Paul Frohlich, en 1919; Zinovieff, discurso en Halle en octubre de 1920); otro día proclaman la lucha contra los amsterdamianos; a la mañana siguiente despiertan, y gritan: "¡A los sindicatos! ¡A la conquista de los sindicatos!" Otro día resuelven fundar sindicatos propios; al día siguiente expulsar del partido a los que no quieren disolver los sindicatos formados, para entrar en las organizaciones reformistas; surge luego la unificación a todo precio con los amsterdamianos y, cuando ven que las uvas están verdes, las injurias contra los amsterdamianos, etc., etc. Sería imposible hacer una cronología del batiburrillo comunista en el terreno sindical. El libro a que nos referimos da una idea de ese confusionismo y de esa ausencia de toda idea en el partido comunista alemán y en la Tercera Internacional; todo está a merced de cualquier capricho de los comisarios rojos; y el afirmar y recomendar hoy lo que ayer se repudiaba y se prohibía, es el fenómeno habitual de esos profetas de última hora. En una cosa no fueron incongruentes los bolchevistas rusos: en su apego a los puestos dirigentes del Estado; en ese terreno han seguido una línea recta, aunque para conservar esa línea de conducta hayan tenido que ir dejando por el camino los últimos girones de sus concepciones socialistas y revolucionarias. El partido comunista alemán se encuentra en un período de crisis aguda; desgraciadamente esa crisis no es provocada por el despertar de las masas regimentadas en él, sino por las diversas ambiciones de mando de los dirigentes.

En resumen, el que quiera ver cómo el partido comunista alemán y la Tercera Internacional se retratan a sí mismos, la diferencia que hay entre los bolchevistas de 1917 y los de 1918, entre los de 1918 y los de 1919, entre los de 1919 y los de 1920, etc., etc., podría consultar con fruto esta colección, hecha por los comunistas antiparlamentarios alemanes.

D. A. de S.

AÑO V — BUENOS AIRES, 2 DE AGOSTO DE 1926 — N.o 234

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Chantagistas por mayor y menor

¿Existirá algo más chocante que quienes violan y estupran la moral veinte veces al día, pretendan ergotear sobre los tópicos de una moral impoluta? Y son precisamente estas personas las que hacen un uso desaforado de las premisas morales. Ya; hay muchas clases y calidades de moral, aunque la comunidad de la gente acepte la más convencional, la más [...]ica, plagada de prejuicios, y ésto sólo para darse el gustazo de transgredirla a cada instante. En síntesis, que esto de la moral es únicamente un mito decorativo, el símbolo tradicional de la hoja de parra que sirve para mal disimular la podredumbre de las sociedades burguesas. Tocad todas sus instituciones más sagradas y manarán pus. Y esta falsa moral, corroída de pequeñeces y mezquindades ancestrales, todavía se la defiende con códigos, tribunales y policías. Bien [...] Bernard Shaw al pedir protección para la inmoralidad, o sea para el nuevo [...]ulo e indefenso de otra moral naciente, quizás más justa, más cuerda, que va en contra de la actual en vigor. La nuestra, la anárquica, por ejemplo.

Pero si la institución que pretende moralizar es el periodismo y aún el periodismo yanquizante y reaccionario de [...], entonces su prédica, desautorizada de hecho, toma los contornos de una parodia risible. El tema que a "La Nación" le servía de trampolín para sus piruetas morales, era... precisamente el chantage. El chantage callejero con el pregón del canillita, del pasquín, de la hoja anónima redactada por famélicos; las leyendas procaces e insultantes de los carteles pegados en las paredes de la cosmópolis, que según el sueltista es un *"cuadro deshonroso para la ciudad culta y progresista"*. ¡Pobre ella, es muy probable que se muera de vergüenza!

Y añade: *pese a sus adelantos indudables, Buenos Aires continúa sometida a la [...]honza del chantage.* Nos parecen las protestas y las quejas de un mayorista en chantages contra los minoristas, quienes, más modestos, se contentan con los centavos del despacho al menudeo. ¡Claro, son los que deshonran la profesión estos gozquejos del turbio periodismo! Expenden sus conciencias a muy bajo precio. Se venden demasiado baratos. Son los prostituídos de bajo coturno, mientras que los canes a cadena corta del periodismo rico, lo son de alto copete, [...] de lujo. Es explicable, y hasta [...] esa exuberancia de indignación [...]tivada.

Pero cuando el anónimo articulista, el [...] de lujo, trata de "fustigar" a *los carteles con que a menudo se ensucian las paredes en los barrios céntricos y en los que se estampan las afirmaciones más [...] con la más absoluta ausencia de [...] público*, debemos exclamar otra [...] ¡[...] carteles! ya que son los partidos políticos de toda calaña y color que en época electoral vuelcan en esos carteles la cloaca máxima de su repertorio [...] y calumnioso. Esos mismos [...] que el periodismo defiende, que [...] vigente ampara y cuyos candidatos [...] e insultadores, calumniadores, elegidos luego, se [...] en los escaños de ambas cámaras.

[...] misma cámara, a la que el sueltista le endilga estas palabras: *en las cámaras se ha habido proyectos para todo y pretendemos poseer una legislación menos que perfecta. Nadie se ha [...], sin embargo, de hacer algo realmente eficaz en el sentido de suprimir de una vez ese oficio infamante.* Ese *oficio infamante*, es el del *chantagista al por menor*. El otro paga gruesas patentes; el chantage suyo está legalizado, y naturalmente deben propender a que se persiga al que abre su boliche sin tener patente.

Declaremos de una vez que, para la inmensa mayoría, periodismo es sinónimo de chantage. Las excepciones son como las moscas blancas, que nadie vió. En esta ocasión, el refrán latín *vox populi*, etc. es la sacrosanta verdad. ¿Hay un periodista que no sepa ésto? No existe administrador de diario que no confiese que, sin esas aventuras de corsarios al margen o no del código penal, una empresa de esta laya no puede sostenerse. Para ellos, la honradez y la honestidad en periodismo es una solemne majadería. Pero como entre los ladrones y los estafadores hay también sus clases superiores e inferiores. "La Nación" y "La Prensa" son los bandoleros de avería que llegaron; engordaron, se hicieron ricos, y ahora se permiten el lujo suntuario, casi superfluo, de operar más o menos honradamente; aunque no han de desperdiciar las buenas ocasiones, donde todo se salva, todo menos ese honor intrínseco, esa moral que, según Schiller, es la higiene del espíritu y del sentimiento, que no necesita de leyes, de códigos y de coacciones para mantenerse en pie y pronunciarse. A esa moral no escrita y la más genuina por ser la esencia de un bien ideal, la conciencia, todos le hacen fraude. Y prefieren la otra, la aparente, la que viste muy bien con un traje de virtuoso, de virtudes teologales, a la moda.

Y para defender esas virtudes, aptas para ser premiadas anualmente por las damas de beneficencia en el Colón, el sueltista nos vuelve a ofrecer el espectáculo divertido de su indignación. Vocifera:

Contra tales maniobras, cuyos autores se ocultan a favor de la densa turbidez de los bajos fondos en que se desenvuelven, alzamos nuestra protesta. No importa que, a fin de cuentas, nuestro código presente deficiencias tales que impidan llevar a efecto, con carácter permanente, una severa acción legal. Si hay un caso en lo que lo arbitrario resulta recomendable y puede ejecutarse con beneplácito general, es éste.

Se piden casi leyes de emergencia en defensa de algo indefendible. Si los atacados son limpios de toda mancha y tienen la conciencia tranquila — o no la tienen, como en el caso de esa señora Testoni, que tuvo que comprarse la honradez a precio de oro, haciendo callar a toda la prensa del país —, todos los golpes y todas las calumnias al fin se embotarán.

Y a propósito, ¿por qué en el escandaloso asunto de la calle Arroyo, con la desaparición y la muerte misteriosa de varios niños, estos diarios de moral tan pulquérrima y de diáfana honestidad, no aplicaron la misma medida moral que ahora pregonan buena para otros?

¿No fué por parte de "La Prensa" y "La Nación", un chantage silencioso que le hicieron a la opinión pública? Hay silencios tan oportunos, que rinden más gordas ganancias que todos los brulotes calumniosos y alacranescos, aun no siendo éstas en metálico. Además, se trataba de uno o una de los suyos, y había de consumarse la irritante justicia de clase.

Los que tuvimos la desventura de permanecer un tiempo en esas tahonas, donde se amasa esa balumba de prosa barullera destinada a atragantar e intoxicar a millares y millares de lectores, pudimos experimentar cuál era la moral del periodismo y de los periodistas. Cuando cambiamos de casa, nos hacía el efecto de entrar en una casa de lenocinio de más o menos lujo. Esa era la diferencia; nada más que de fachada. Las sabrosas y poco edificantes anécdotas que vivimos y recordamos, darían una idea de lo que son esos pólipos de múltiples tentáculos, esos rotativos de gigantescos edificios al servicio de las finanzas capitalistas, del Estado y de la iglesia.

No nos entretendremos en enumerar todos los géneros de chantages al alcance de la prensa trashumante y la que no lo es — que va desde la biografía ditirámbica con sendos retratos, hasta la noticia tendenciosa o favorable a un establecimiento bancario a punto de quebrar —, sino que en el periodismo existen dos clases de chantagistas, los al por mayor y los al por menor. Tan pasible de sanción es el apañador que calla criminalmente en un asunto como el de la calle Arroyo, como el que impulsado por los mismos móviles grita y vocifera. Uno puede expenderse al por mayor y otro al menudeo; ahí estriba la única diferencia, señores moralistas.

Sí; digamos otra vez con Schiller: He sentido nuevamente toda la vana oquedad, todo lo que hay de vacío en lo que se ha dado en llamar la moralidad corriente.

Panoramas Europeos: Italia



¡Eja! ¡Eja! ¡lá! ¡lá! ¡Viva el fascio!

Supuestos héroes

Conocidas son los incidentes de las polémicas originadas por la expedición polar del "Norge". Los italianos, principalmente en la persona del general Nóbile, con su chauvinismo turbulento, querían a toda fuerza reivindicar la mayor parte de actuación común en esa hazaña científica y casi en desmedro de los demás miembros participantes.

Por un tiempo, los elementos nórdicos compañeros de Amundsen, guardaron silencio, dejando sin contradecir las leyendas lanzadas por los italianos. Hasta que llegó un momento en que el teniente Ellsworth, deseando aclarar las cosas, buscó puntualizar la participación que cada miembro tuvo en esa aventura polar. Del que menos hablaba era de Nóbile, dando a entender, todavía, que otros tuvieron una función mucho más preponderante casi que la suya.

El general italiano, no agradándole las declaraciones del militar norteamericano, volvió a "reivindicar la parte tomada por él y sus compañeros en la preparación y ejecución de la empresa de Amundsen".

A su vez el teniente Ellsworth envió un telegrama a Nóbile, calificando de absolutamente falsas las habladurías de los

diarios y afirmando que jamás pudo haber diferencias entre ambos. Se cruzaron luego un par de telegramas. El estadounidense se conminaba a sí mismo en estos términos:

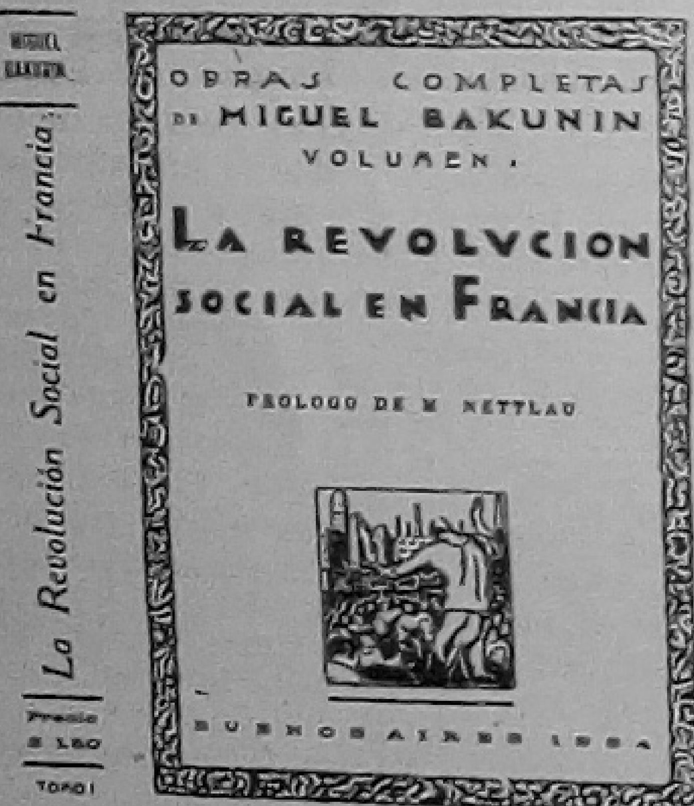
"Publicaré cualquier declaración que querréis para establecer bien el hecho de que no existió ninguna diferencia entre nosotros, y etc.... y que a Italia corresponde tanto mérito y aun más por el éxito obtenido que a cualquier otra nación representada en el vuelo", y etc.

Por su parte Nóbile replicó:

"En contestación a vuestros dos telegramas debo manifestaros que no soy ciertamente responsable del incidente, ni he atribuído importancia alguna a las habladurías de los diarios", y etc. Y, en substancia, el Nóbile ese termina por pedir a su contrincante que se retracte del juicio, surgido de sus declaraciones. Este, no solamente accedió, sino que se apersonó al cónsul general de Italia en Nueva York y se retractó de viva voz, prometiendo hacerlo también por escrito, y etc.

De toda esta disputa de sesgo comadreril, impropia de la supuesta talla de héroes, en la cual la actividad desinteresada, que, según Amiel, es lo que caracteriza a los verdaderos héroes de la humanidad, se hallaba fuera de lugar, se desprende que faltaba; y en vez sobraron las pequeñas vanidades, la mezquindad del amor propio. Tanto es así que por esa puja de primacías nos harían creer que no son hombres de ciencia, sino literatuelos de poca monta. Y luego ese repugnante pugilato de prejuicios chauvinistas, reivindicando una empresa hipotética con la probable conquista del polo. Hasta la blancura inmaculada de esas zonas llevan los hombres sus puercas pasiones. Bueno fuera que ese silencio blanco, el fantasmal espíritu de esas regiones, se incorporara y, tomando forma, les espetara:

—¡Qué soberbia la de estos microbios, que pretenden descubrirme y acapararme!



Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50

"EL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO"

Los obreros estudiosos no deben dejar de leer este libro de los compañeros E. López Arango y D. Abad de Santillán. Es la síntesis del movimiento revolucionario de este país, de las ideas que animan la propaganda anarquista, de los principios que dieron realidad a los 25 años de vida de la F. O. R. A.

Compañeros: Para conocer la historia y la orientación de nuestro movimiento es necesario interesarse por su estudio. El libro "El Anarquismo en el Movimiento Obrero" es un compendio de opiniones y de hechos que deben conocer todos los que se interesan por la propaganda obrera y anarquista y anhelan la emancipación integral del proletariado.

Precio del tomo (más de 200 págs.), 80 centavos.

Hacer los pedidos a la administración de LA PROTESTA, Perú 1537.

ENCUESTA

Iniciativa del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville

El grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohío (Estados Unidos), ha resuelto solicitar de un determinado número de camaradas de solvencia intelectual y de reconocida experiencia, su opinión sobre la situación actual de nuestro movimiento y los medios para unificar el esfuerzo libertario del mundo, hoy lamentablemente disperso y reducido a una forzosa inactividad.

Esperamos que todos aquellos camaradas que puedan decir algo a tal respecto prestarán su más decidida cooperación voluntaria a este ensayo de orientación internacional tan indispensable, dando su parecer sobre los temas que a continuación anotamos.

Nosotros consideramos de una trascendental importancia un esfuerzo común de todos los anarquistas del mundo para poner coto a los desmanes y a la soberbia imperante, que prospera por falta de un acuerdo mutuo entre la clase trabajadora.

Por tal razón "Los Iconoclastas" haremos un esfuerzo especial para que las más destacadas plumas del campo revolucionario divulguen los puntos que proponemos en la encuesta.

En recuerdo de la buena táctica de los viejos certámenes españoles, este grupo fijará un premio que no excederá de 25 pesos oro americano a los trabajos que contengan las proposiciones más susceptibles de merecer el reconocimiento internacional.

Los trabajos que se reciban serán publicados en español en el SUPLEMENTO semanal de LA PROTESTA, por ser la publicación más difundida y respetada hoy en los países de habla castellana. Al mismo tiempo nos merece LA PROTESTA un respeto profundo por su lucha continua en sus 30 años de combate y de exposición anarquista. A las cruzadas gloriosas de LA PROTESTA nos une un cariño y un recuerdo imborrables.

Confiamos que nuestro ruego no será desoído, pues la situación del anarquismo, nos parece, podría ser muy diversa si pudiéramos poner en tensión el esfuerzo armónico de los anarquistas del mundo entero.

Nos sentimos llenos de un grandioso optimismo al abrir nuestra encuesta con un artístico dibujo del artista y camarada F. Sagristá, que quiso también ayudarnos dando así principio con su alegoría a nuestro propósito de aunar y mancomunar voluntades.

El cuestionario sobre los temas propuestos es el siguiente:

1.º—*Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

2.º—*La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*

3.º—*Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?*

4.º—*¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?*

5.º—*¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?*

6.º—*¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?*

7.º—*¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse a?*

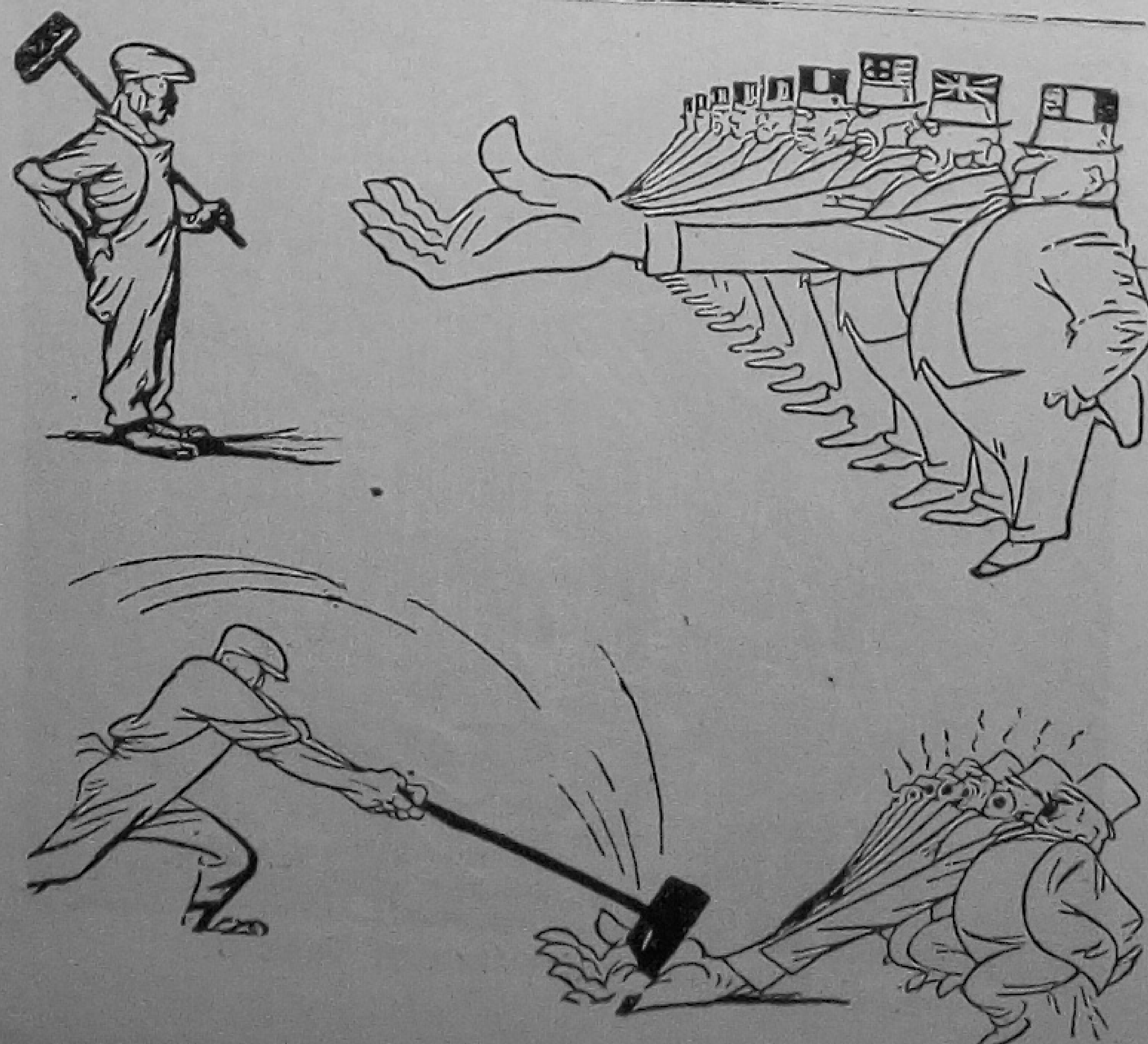
8.º—*Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?*

Las respuestas a este cuestionario pueden dirigirse a la dirección de este SUPLEMENTO, Perú 1537, Buenos Aires, o a R. Lone, P. O. Box 256, Steubenville, Ohío, Estados Unidos.

En el próximo número intercalaremos el trabajo de F. Sagristá, como página suelta fuera de texto. También comenzaremos a dar curso a algunas de las respuestas recibidas.

A pesar de los gastos extraordinarios que significa para el SUPLEMENTO la hoja especial del número próximo, el precio permanecerá invariable.

La publicación de los trabajos en respuesta a la iniciativa del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, se presta a una activa propaganda en pro de la difusión de esta publicación, y confiamos que los camaradas pondrán de su parte lo que les sea posible para atraer nuevos lectores de nuestra prensa.



UPTON SINCLAIR

El grisú y el penitente (1)

—¡Hay soplo!

—¿Dónde?

—En la cuarta galería.

Slater lanzó un juramento y dió una patada en el suelo.

—¡Vida perra!— murmuró apretando los puños — ¿Entonces habrá sorteo?

—En seguida: Horton está escribiendo los nombres.

El minero se apoyó en la vagoneta cargada de tierra y miró torvamente a su camarada.

—Apuesto a que te salvas. ¡Tienes una suerte!

El otro se encogió de hombres.

—La misma que todos. ¿O te crees que hay trampa?

—Mira Hill — gruñó Slater —; trampa o no, ya van dos veces que cae la suerte en enemigos de Horton.

—Casualidad.

—Y no sólo yo, sino otros lo han notado también.

—Cuando el perro ladra, ladran todos los de la vecindad, sin saber por qué — contestó Hill — Horton es un buen capataz y le fastidian los holgazanes.

—Yo no lo soy y, sin embargo, siempre me manda a la tercera galería a romperme los brazos. Mira la vagoneta: tres veces la lleno al día y aun estoy sin la prima.

—Quéjate al ingeniero.

—¡Bah!... ¡Para lo que va a servirme!... Horton hace lo que le da la gana. Es el amo aquí abajo.

Un agudo silbido interrumpió la conversación de los mineros.

—Al sorteo — dijo Hill —. Vamos.

—Vamos — contestó Slater —. Si caigo, tú dirás a los viejos cómo fué la cosa.

—Se lo dirás tú: casi todos los "penitentes" vuelven.

—Cuando el soplo es pequeño...

* * *

En la especie de plataforma que servía de entrada a la cuarta galería estaban Horton y los mineros.

El capataz removía en un viejo sombrero un montón de papelitos arrollados.

—A ver, muchachos... ¿quién saca al "penitente"?

Los mineros vacilaron; nadie quería sacar el nombre del que debía ir hacia la muerte.

—¡Qué cobardes! — dijo Horton, riéndose —; parecéis chicos asustados por las brujas de Gavon.

Un minero se acercó, pálido, resuelto. Era Slater.

—Yo lo sacaré, dijo.

—¡Bravo! — exclamó el capataz —; voy a proponerte para la prima. Has trabajado duro esta semana; con muchos como tú, hay mina para poco tiempo...

Slater, sin contestar, metió la mano en el sombrero y sacó un papelito, que desdobló con mano firme. Sus compañeros le miraron ansiosos, esperando el nombre.

—¡Diablo! muchachos... Eso se llama "mala pata"... Tú mismo te has nombrado "penitente" — exclamó Horton.

Slater tomó la lamparilla y dijo sencillamente:

—Adios, muchachos.

Y se internó por la cuarta galería, en busca del "grisú" sospechado, del "soplo" que era preciso reconocer para evitar, con el propio sacrificio, la muerte de los camaradas.

La galería se angostaba en el recodo; apenas podía Slater caminar, por ella. Olfateando, siguió más adelante: su corazón latía como si fuera a romperse, y murmuraba entre dientes:

—¡Suerte perra!... ¡Suerte perra!

Un estampido formidable estremeció las paredes de la mina.

—¡Ya decía yo que había soplo! — exclamó Horton —. Habrá que cerrar la galería. Pronto, muchachos: a la faena... Empujad las vagonetas.

—¿Y Slater?— preguntó Hill.

(1) *El Penitente era el nombre que se daba antiguamente, en Inglaterra, al minero, quién, sorteado entre sus compañeros, le tocaba la peligrosa misión de conocer un escape de grisú.*

M. SASCHIN (Arm. ROSS)

La "Confesión" de Miguel Bakunin

Pasé el período de la revolución de octubre (noviembre de 1917) de la guerra civil hasta mediados de 1920, con mi compañera en el Cáucaso septentrional en la ciudad de Trosno, con la familia de mi hijo, ingeniero de minas en la obtención de nafta. El Cáucaso, especialmente en los últimos año y medio o dos años, estaba casi enteramente aislado del resto de Rusia: correos, telégrafos, ferrocarriles apenas funcionaban.

Nada de noticias de los parientes que estaban en el norte, que pasaban hambre, sufrían fríos y morían. Raramente llegaban noticias político-generales y sólo en forma breve, fragmentaria.

En el verano de 1920 vino a verme un joven, N., un socialdemócrata menchevique que, en calidad de secretario de un comisario del pueblo, hizo un viaje a Baku en tren especial, por asuntos de la industria de la nafta y quedó allí dos o tres horas.

De él oí que conocía a mis parientes y que sabía de mí que era anarquista colectivista. Me contó luego la última novedad que había sabido unos días antes de su partida de Moscú: en el archivo secreto de los zares se había encontrado la "Confesión de M. A. Bakunin", escrita para Nicolás I en el ravelín de Alejo poco después de su traslado de una fortaleza autriaca. Me comunicó su contenido: era de los primeros que la habían leído en Moscú.

Mientras tanto yo le hice observaciones corrigiendo o complementando su relato, de manera que me preguntó cómo podía saber algo de eso y conocer el contenido, puesto que acababa de descubrirse y no existían comunicaciones con Moscú. "Lo último es exacto — dije — pero el contenido lo conozco por Bakunin mismo, que me lo comunicó muy detalladamente". En realidad, cuando leí después en Moscú el original escrito por Bakunin, me convencí de que en su relato no había silenciado nada que lo había contado detalladamente todo, incluso la carta a Alejandro II (año 1857).

(Ross cuenta luego cómo a consecuencia de ese encuentro con N., finalmente le hizo posible partir para Moscú, lo que ocurrió en un tren especial, de carga y de pasajeros, que empleó para ese trayecto dos semanas y media).

En Moscú, en el encuentro con socialrevolucionarios conocidos, viejos y nuevos, con socialdemócratas bolchevistas y mencheviistas, y con "amigos" de Bakunin en general, surgió de inmediato el asunto de la "Confesión", la caída ignominiosa de Bakunin, etc., a pesar de que expliqué que él escribió la "Confesión" proponiéndose conscientemente inducir a error al zar, engañarle, que de ninguna manera podía hablarse siquiera de una "caída". No se atribuyó ninguna importancia a mis palabras, no se les dió crédito. Así fueron las cosas hasta que se encontró la carta que Bakunin (1854) escribió en la fortaleza a su hermana Tatiana, y que le entregó en secreto con formidable riesgo. Esa carta está escrita en una estrecha banda de papel y se conservó hasta la revolución en el archivo de la familia Bakunin. Allí la encontró el profesor Korniloff, que estudió ese archivo y la imprimió en su obra *Años de viaje* de M. A. Bakunin (aparecida en mayo de 1925). De la carta se deduce notoriamente que no puede hablarse de manera alguna de la "caída" de Bakunin. El conocido historiador marxista-bolchevista V. P. Polonski adoptó igualmente esa actitud ante la "Confesión" después de haber visto esa carta (en la segunda edición de su "Biografía de Bakunin, 1925), pero antes de conocer esa carta habló de "caída".

En una de mis visitas a Bakunin en Locarno — si no me equivoco en 1872, después de la entrega de Netschaeff por Suiza al gobierno ruso, (según el diario de Bakunin, Ross llegó el 9 de diciembre procedente de Zurich y partió el 10 por la mañana para Ginebra, sobre el Simplón; es probable que la conversación sobre el destino de Netschaeff, la fortaleza rusa, pasara luego al recuerdo de Bakunin en sus años de fortaleza),— me contó que en las prisiones austríacas su tratamiento por las autoridades y sus condiciones de vida eran duras, rigurosas y difíciles, por lo que esperó inconmoviblemente el fin; estaba convencido que no escaparía al ajusticiamiento. Pero cuando apercibió su entrega al zar ruso, eso lo puso fuera de sí; supuso que el zar lo trataría más duramente todavía, si es que no lo hacía ajusticiar.

En el traslado fué encadenado de pies y manos, el trato por el oficial que le acompañaba era brutal, cínico; recibió una alimentación malísima. Después de la entrega en la frontera a los gendarmes rusos se modificó repentinamente todo el comportamiento hacia él: el oficial ruso de gendarmería ordenó que se le quitasen de inmediato las ligaduras, le hizo dar buena alimentación, se le trató distinguidamente. Todo eso maravilló a Bakunin y él no supo lo que debía significar. En Petersburgo, en el revelín de Alejo ocurrió lo mismo. Entonces se formó por primera vez en él, el pensamiento de que Nicolás no lo trataría tan duramente como se había imaginado, y que tal vez dentro de algún tiempo podría salir de allí de un modo u otro, aunque tuviera que ir a Siberia al principio.

Estaba bajo la influencia de esa idea, cuando vió al conde Orloff, enviado por el zar, con la proposición de que escribiera su "Confesión"; se mostró exteriormente bastante frío, ocultando sus sentimientos, e hizo rogar al zar que le dejase tiempo para reflexionar sobre la proposición. Pero de inmediato había concebido el propósito de servirse de esa propuesta como de un medio para su liberación de la fortaleza. En unos días elaboró todo el plan de la "Confesión" y luego la escribió. Lo más difícil para él era, en tanto que me recuerdo, evitar el dar algún indicio, el referirse a alguién que pudiera ser comprometido, especialmente en los asuntos polacos, que interesaban más que otra cosa al zar.

El zar no lo libertó de la fortaleza, pero, sin embargo, según su convicción, tuvo que agradecer a la "Confesión" el que sus condiciones en la prisión fueran soportables; alimentación suficiente, la visita de parientes, cartas, libros, periódicos, revistas; en el tiempo de la guerra (de Crimea) supo, por los periódicos y por continuas visitas del comandante y de los ayudantes de plaza, bastante sobre la situación de Rusia. Esperó pacientemente el fin de la guerra, en la confianza que luego su situación se mejoraría seguramente.

Nicolás murió, la guerra terminó, el nuevo zar Alejandro II amnistió a los decabristas, a los Petraschevzy (condenados en 1848), pero de Bakunin, contra toda esperanza, no se habló. A los esfuerzos de su madre respondió el zar con una negativa decisiva. Entonces comprendió Bakunin muy bien, según me dijo, que si no podía salir entonces de la fortaleza, su ruina era inevitable. Había que echar mano, pues, a los medios más decididos, y entonces escribió la conocida carta a Alejandro II, que debía privar al zar de la posibilidad de rechazar su petición (febrero de 1857). "Entonces, dijo Bakunin, estaba dominado por el deseo pasional de actividad revolucionaria, sentía en mí fuerzas enormes, estaba convencido que podía hacer mucho; conocía muy bien a todos los elementos revolucionarios de Europa". Y consiguió el objetivo tan apasionada y tenazmente perseguido. Se le envió a Siberia. Allí organizó su vida y su comportamiento de tal manera, como para convencer a los gendarmes que lo observaban severamente, de la sinceridad y verdad de su "Confesión".

Es curioso que casi todos los que han escrito sobre la "caída" de Bakunin, sobre "el crepúsculo de su gran alma", etc., etc., después de la aparición de la carta, (es decir, la carta clandestina de la fortaleza dirigida a su hermana en 1854) callaron y no consideraron posible y necesario, no sólo confesar el error sino dar satisfacción al hombre injuriado. Lo han infamado, escupido y basta — la cosa está liquidada. En una palabra: le privaron de la posibilidad de demostrar que no es un "cualquiera", como uno de sus adversarios principales se expresó, (si comprendo bien el texto ruso de esta frase).

Al final, unas palabras sobre el hecho de que el gobierno ruso de Alejandro II imprimió un folleto basado en la "Confesión", para matar moralmente a Bakunin. Eso tuvo lugar cuando organizaba en 1863 en Suecia ayuda para los polacos insurrectos. El folleto no apareció; el gobierno mismo lo impidió — por causas desconocidas. — "Amigos" de Bakunin suponen por tanto que eso no se hizo sin intrigas de Bakunin; probablemente, dicen, consiguió de algún modo impedir la publicación del folleto. Para mí, esa circunstancia se explica más bien así: por la edición de tal folleto el gobierno ruso habría dado la prueba de cómo se había engañado. Yo estaba muy próximo a Bakunin y éramos muy sinceros entre nosotros, pero no oí nunca ni vi el menor signo de que hubiese temido la publicación de la "Confesión" (una suposición fantástica expresada en 1926 en una revista por el editor alemán de la "Confesión"). ¿Por qué habría debido temerla? ¿No había continuado siendo el mismo que antes de su prisión? ¿Cambió algo cuando escribió la "Confesión"? Esos "amigos" de Bakunin deben encontrarlo culpable a todo precio y se imaginan para ello toda suerte de pretextos. En ese dominio los marxistas son maestros.

Moscú, 12 de mayo de 1926.

M. P. Saschin, ahora el compañero más viejo de Bakunin, nacido en 1845, escribió esta exposición, cuyo conocimiento es de recomendar a los lectores y comentaristas críticos de la traducción alemana de la "Confesión" que aparece ahora. La vida pública de Saschin, que comenzó en 1862, primero socialista, después anarquista, interrumpida en 1876 por muchos años de prisión y de destierro siberiano, puede conocerse, entre otras fuentes, por sus "Recuerdos de los años 1860-90" *(en ruso; Moscú, 1925, 143 págs.).*

En lo que precede, lo que se encuentra entre paréntesis fué agregado por mí.

M. N.

18 de mayo de 1926.



Retrato juvenil de Bakunin

Acuarela con dedicatoria: Para Natalia y Alejandrina (Beer) El escrito siguiente dice en ruso: "Como yo no estoy terminado, tampoco está terminado mi retrato. 1838 — 15 de mayo, Premuchino".— En la hoja que tiene en la mano se lee en alemán: "Sólo se merece la libertad y la vida, el que tiene que conquistarlas diariamente" (Fausto II).

...capataz se encogió de hombros. ...liquidado el pobre viejo... Era un "arrancador" de la tercera... Ha... buscar quien lo reemplace. ...sombrero con los papelitos estaba ...la vagoneta, olvidado por Horton. ...a los mineros para tapiar la ...cuarta, inservible ya. Hill, que ...hacer rodar la vagoneta, tomó del ...un papelito y lo abrió. Extraña... tomó otro, otro, cinco, seis... ...enfrió el corazón de golpe. ...estaba escrito el nombre de

NICOLAS LAMANNA

Nicolás Lamanna, el escultor argentino desaparecido hace tres años, hubo de ser la modesta y altiva encarnación del proletario en el arte. No sólo porque fuera de extracción humilde, y sí por otras virtudes intrínsecas. Su destino, que no fué muy llano y propicio y con el cual cargara con cierta bonachonería, pareció haberlo decretado así: ser el eterno obrero quien, por inclinación, por bondad y necesidad económica va labrando, durante su camino la obra ajena en una postergación continua de la suya, esclavizado por su inaptitud de industrializarse. No hubo galeote que, atado al banco de la faena cotidiana, remara con el corazón más ligero; sus labios no exhalaban jamás la queja del descontento; ni en los años más adversos, la amargura depositó sus agrios sedimentos en su cordial simpatía por los demás.

Pero no fué el proletario del arte únicamente por esas causas ineludibles, casi emanantes de su propia naturaleza. Hubo de serlo también por causas ajenas, exteriores, que chocaban con su ángulo moral. Cuando hablamos del proletario, no es tanto en sentido social y corriente, sino por aquellos artistas que por una



NICOLAS LAMANNA — 1888 - 1922

gravitación naturalísima, por el mismo peso de sus hechos se ven aislados, y han de individualizarse forzosamente en un gesto espontáneo de reacción y de rebeldía contra la anfibiedad, la mala fe y el favoritismo rampante del ambiente que los cerca.

Confesemos que, a pesar de todo, no poseía innato el temple de los luchadores de raza. Su natural bondadoso, con su sed de camaradería le inducía más bien a la tolerancia y a la abierta comprensión de casi todas las criaturas y de las cosas. Podía ser amigo de todo el mundo, sin transar, por eso, en sus principios. Era casi ésta su condición privilegiada, singular. Y caos extraño en las mollera de los administradores de la cosa artística, se le confundía y se arribó a incluirle en las listas de los intocables, aquellos que escriben o hablan en voz alta de lo que todos piensan sin tener la virilidad de decirlo, sino en chismes y comadreos; de aquellos a quienes habíase de asediar por hambre, guillotinándoles en el silencio y en la continua postergación de valores.

Y Nicolás Lamanna, el hombre eminentemente afectivo, hasta con sus presuntos adversarios, tuvo que padecer las mismas estaciones del gólgota de esos artistas insurgidos, camaradas suyos, de ser renitentes a toda imposición oficial, académica o no; los que atacaban, sin miramiento, lo malo y lo pervertido, ya fuesen hombres, instituciones y obras.

Como dijo acertadamente uno de sus compañeros de taller y de estudio, en las mismas páginas de este Suplemento, Zero-C. Giambiagi:

..*"A pesar de que su bondad ingénita le hizo tolerar a más de un sinvergüenza y su ingenuidad le hizo creer en mil imposibles, nunca calló su verdad y tuvo la valentía de decirla franca y abiertamente en todas partes contra sus intereses materiales. Allí está "Acción de Arte" para demostrarlo...*

Es este un párrafo del hermoso artículo publicado a raíz de la muerte del artista. Durante el curso de estas divagaciones, hemos de repetirlo en sucesivas citas.

Se comprende ahora, después de este detalle viviente, el rasgo con el cual Zero evoca la fisonomía moral de Lamanna — que éste, no obstante su espíritu bonachón, accesible a todos, supo reaccionar cuando las circunstancias lo requerían, ocupando siempre el sitio del artista independiente, quien, antes de transigir con sus postulados de dignidad y hombría, prefirió vivir en perenne pobreza.

Jamás se dilucidó, de manera clara y convincente, el punto moral de la existencia de los artistas: su conducta en los hechos de la realidad cotidiana y su comercio con los hombres en relación con sus ideas y convicciones. Advertía, Ibsen, que solamente en el período en que su vida acordó con sus ideas, con sus acciones íntimas, logró alcanzar la cumbre de su creación artística. Su esfuerzo más grande, confesaba, no fué el de construir sus dramas y sí el de torcer, derrumbar, modelar su vida para que, anticipándose como causa de arte, se desenvolviese según el latir de sus pensamientos. Creó innumerables héroes porque él fué de esos héroes.

Y es que el arte, simple epifonema, suma, síntesis, no es más que un fruto maravilloso que supone el árbol: el hombre. Hoy se es aprendiz de artista con la misma ética y dedicación como se es aprendiz de estafador. Se cultiva la línea, el color y el verbo, pero no la honestidad del corazón, de los sentimientos. La palabra de orden: profesionales ante todo, luego, si hay lugar y tiempo, hombres. Se puede ser muy bien truhanes y canallitas y, al mismo tiempo, artistas. No, no y no. Porque nadie tiene el coraje viril de ser tan bellaco y canalla en las obras, como lo es en el vivir diario. Y cuando se acerca a esa subalterna tabla de valores, surge un Aretino, un conde Lautremont y etc., verdaderas excepciones aberrativas.

En cambio, no es cantidad desdeñable — por no decir sumas infinitas — las personas que opinan lo contrario de nosotros. Creen firmemente que un artista podrá ser cochino en la primera porción del día, para después, en la otra, escribiendo, esculpiendo y pintando, ser totalmente otra cosa, en el sentido de perfectibilidad moral. Esto, que ha llevado a querellas innúmeras, tuvo, en todo tiempo, fervientes partidarios y acérrimos impugnadores. El acuerdo no se hizo, ni se hará. Son las suyas, causas demasiado profundas, con raíces fisiológicas, casi más que psíquicas.

Ni nos proponemos, ni nos importa dirimir satisfactoriamente esta cuestión de lo amoral, moral e inmoral en el arte. Por lo pronto, Baudelaire, el menos moralista de los poetas, hablaba de su origen ético. Pero dejemos eso y digamos que quienes rodeaban a Lamanna, en esa época de efervescencia tolstoyanista, sustentaba la creencia ciega y cuasi ingenua que una obra de arte debía equivaler a una acción estrictamente moral. Querían ser en la terrena vida lo que soñaban ser luego en sus obras: limpias y puras si fuera posible, una y otra. Y su lema — de ellos y de Lamanna — que correspondía a esa aspiración de elevarse un poquito sobre el nivel común; era éste: *más vale una derrota honrada, que cien triunfos puercos.*

Peregrina o no, esta doctrina —casi antitética con la estética al uso —, en un país sin tradiciones artísticas, sin arraigos culturales hondos, era la única viable y a la cual ellos habían de aferrarse para no naufragar en el océano de claudicaciones, de cobardías morales y de rastreras voluntades con ambición de medrar.

Las virtudes que deberían adornar a un temperamento artista, si ansía la máxima belleza moral, han de ser viriles y diáfanamente veraces y siempre la valentía en todo trance. Alguien ha dicho, *valor debajo el cráneo y en los puños;* y es lo único que convertirá a los artistas en levadura, en fermento de inquietud, tendiendo hacia una perfectibilidad indefinida de los hombres. Y bien, ello fortaleció interiormente a ese grupo, en el que Nicolás Lamanna era uno de sus abanderados; y quien si se malogró en la flor de la madurez de su talento, si su vida de artista tuvo fatalmente que desembocar en un fracaso, éste hubo de serlo de una honradez inmaculada. Lo que equivale a cien triunfos puercos, a esos triunfos venales de la hora y que todos los años se producen a granel.

Y digámoslo de una vez. En los últimos tiempos, en las vísperas de esa eternidad incognoscible, él, el buen obrero que amara siempre su tarea en el canto



NICOLAS LAMANNA.— *"Retrato de la mujer del artista"*.



NICOLAS LAMANNA. — *"Desnudo"*

de su cincel; que trabajaba como si tuviera en el pecho un corazón alado, sofocándole con sus latidos, queriéndosele salir por la boca, murió, finalmente, de asco y miseria. No, no es la sólita frase literataria y de efecto; al contrario ha sido la más desencantadora realidad para nosotros.

* * *

Nicolás Lamanna nació en Buenos Aires el 27 de mayo de 1888. Desde su humilde condición de marmolista, animado por una voluntad inquebrantable, supo elevarse hasta ocupar sitios honrosos en las exposiciones del país y del extranjero, alcanzando señalados éxitos en el ejercicio de su arte.

Becado en 1912, logró singularizarse con sus primeros envíos en los certámenes de Roma y Florencia. La crítica italiana, no siempre benévola con los extraños, lo destacó del grupo común de los expositores como a un artista de largo porvenir. Aquí obtuvo en 1915 un premio estímulo, en 1919 un tercer premio y en 1922 otro premio en el Salón de Arte Decorativo. Existen obras suyas en el Museo de Córdoba y el Museo de Bellas Artes de la metrópoli posee un mármol suyo titulado "Cabeza de Adolescente".

Su obra total es relativamente numerosa, aunque por su obligada actividad en el *transplante* de obras ajenas al mármol, no hubiera podido dedicarse enteramente a una labor creadora. Entre sus obras importantes y de auténtico valer, se pueden citar "Cariátide", "Retrato del pintor R. Silva", "Torso de mujer", "Arquitectura", el *desnudo* que publicamos, de la época de Florencia y el busto de la compañera del artista, — una escultura modelada un año o dos antes de su desaparición. Necesariamente es una obra fragmentaria y trunca, en su faz evolutiva y en la consecución de un carácter determinado. Es que tuvo que batallar y penar mucho en la búsqueda de su propia orientación. Pero dió toda la medida de su talento y sensibilidad en algunas piezas de un valor definitivo. Era, a pesar de todo, un descendiente de la escuela escultórica realista italiana. De gran sensualidad tactil, hacía vibrar las carnes que modelaba en un soplo de virilidad. No obedeciendo a cánones escolásticos algunos, no teniendo tampoco pruritos estilísticos, ni estilizadores, sabía ennoblecer el modelo, crearle una vida superior a fuerza de embebecerlo con el fuego de sus más nobles facultades, o sea, una especie de hipnotismo sensitivo que alquitaraba las formas, substanciándolas en hermosas concreciones plásticas.

En la máscara del busto de su compañera, el juego del modelado fisonómico es de una jugosa justeza expresiva; se alcanzó allí la suma potencia de un estado vital, de donde emana

...la irradiación de una sonrisa apenas perceptible, que baña, envuelve toda la armoniosa testa femenina con una luz alegre, primaveral. Son pocas las esculturas, como éstas, en que los medios formales plásticos se hallen tan de acuerdo con lo que se quiso expresar, lo interior, con lo exterior. De ello fluye la serena beatitud de una armonía, que es como un halo que la ilumina en la tenuidad de las luces y las sombras. Pocas son las esculturas — repetimos — de la escultura contemporánea argentina, que logre darnos esta sensación de madurez intelectual, por la que se vuelve a la naturalidad y a lo simple por intensidad máxima: sabiduría y experiencia que desdeña todo camino que no sea recto. Es uno de los trabajos de Lamanna que ha de perdurar.

Es por esa época que el artista emprende su verdadera etapa creadora, que desventuradamente no pudo ser proseguida y prolongada por quien habría dado al arte una de las obras más serias, sentidas y honestas, de una hermosa lealtad. Dígase lo que se quiera de estas calidades, es reconfortador, en estos tiempos de escamoteos y de trucos, contemplar un sólido resultado conseguido limpia y rectamente. Y es esta una de las características más salientes de la labor de Lamanna. Y le venía de ese *artesanato* en lucha diaria con las herramientas.

En este otro aspecto de su personalidad nos dice Carlos Giambiagi, o Zero:

"...*Quiso, como los maestros del renacimiento, ser el obrero artista, haciendo de su estudio una bottega, donde no era una vana frase de retórica el canto del mármol y el cincel. Porque el escultor Lamanna era un escultor — cosa rara y peregrina en los tiempos que corren — que esculpía. Y como no podía vivir esculpiendo sus obras que nadie compraba, esculpía las de los amigos o las de los no amigos. Así, ese taller de verdad, que el trabajo quería dignificar y alegrar con el repiqueteo sonoro del cincel labrando el mármol, se entristecía con la sonrisa estúpida de los bustos de tantos burgueses*..."

Esa fué su existencia, un poco oscurecida por ese trabajo esclavo, que a él asimismo le sonaba a bendición, ya que sufría el pan bíblico empapado en sudor, llevado con altivez.

Esta dolorosa pérdida ha sido imputada siempre a motivos de variedad índole, menos al verdadero. Indudablemente no se puede achacarle la entera culpa al ambiente y al oficialismo imperante, aunque recibiera de él repulsas injustificadas y rechazos ignominiosos, como cuando eligió las obras para enviar a la Bienal de Venecia. Estas y otras causas aceleraron su fin. Sin embargo, en su fracaso final hubo otro motivo, más íntimo, ineluctable, y es otra vez Zero quien nos lo proporciona. Dice:

"Demasiado sincero y recto, su obra nunca tuvo ese aspecto brillante y precioso que atrae con facilidad el aplauso y la ayuda del público. A medida que iba desarrollando su personalidad moral, ahondaba sus conceptos de la forma y en su vida iba adquiriendo cualidades más concretas, su aislamiento aumentaba como se la hacía mayor y más apremiante su problema de vida".

Es esto una gran verdad que, a su vez, descubre otra insospechada verdad: que cuando un hombre muere persiguiendo nobles fines, su derrota se convierte en un esplendente triunfo moral.

At.

— ••• —

Por los Salones

Exposición Mario Barellí.—(Van Riel)

Este artista italiano es la segunda vez que expone aquí. No hemos podido distinguir si de esta a la otra muestra hubo un progreso. Alguien, quizás más autorizado que nosotros, afirma que sí. Es un pintor profesional, tan diestro que de su habilidad no ha hecho todavía un virtuosismo, se halla bordeándolo y es muy difícil que sea sensible a un progreso paulatino e indefinido. Pinta, observa con cierto buen sentido, compone o trata de componer también con cierta gracia, y todo ello lo manipula con las recetas modernas de los nuevos modelos imperantes en París. Algunos azules y negros de Charlot o de Wlaminck, o algo parecido, realizados con unas tierras, y la *croute*, o sea el voluntario *mamarracho*, la calculada fiebre de lo inconcluso, adquiere un aire de obras antiguas. Moderno y antiguo, como se estila en los tiempos actuales de tanteos a ciegas y a tontas.

No negaremos que domina completa y superficialmente su oficio y lo usa con cierto acento de arte, como en "El descanso de los niños", dos desnudos infantiles realizados con desenvoltura.

Lo que desesperanza, es precisamente esa destreza, esa desenvoltura que son siempre signos de capacidad meditativa y de abstracción. En una palabra, este artista italiano, quien no carece de excelentes condiciones, peligra naufragar en el profesionalismo pictórico.

En la misma pinacoteca, exponen dos pintores más, Víctor Roverano y Salvador Cabedo, este último con una cuantiosa producción de muy escaso valor.

ANTONIO CICCHITTI — "Tolo"
(Dibujo)

PIERRE HAMP

MOLINERO, TU DUERMES (1)

—Molinero, tú duermes, dijo el hombre curioso.

Y el molinero dormía adosado a la pared de tablas sacudidas por el voltejeo de las alas de la rueda del molino. Levantó lentamente sus párpados y sus ojos grises destellaron en el albor de su rostro enharinado.

El curioso le preguntó:

—¿El molino no marcha muy rápido? ¿No es mucha la velocidad?

El recién despertado, al desperezarse, abrió los brazos en un gesto de crucificado:

—¿No es usted molinero? ¿El viento acaso derriba los molinos? Después de ocho días la brisa era baja, acostada a la tierra como un perro. Ayer por la mañana se levantó de la parte del Norte, fresca y tozuda. Y esta noche sopló muy bien, y el viento se apoyaba en las alas. Pero he ahí que aflojó.

El curioso se asombra:

—¿Trabaja usted toda la noche?

—Toda la noche, después todo el día. Cuando es necesario, es necesario. No se regula el viento al capricho de uno. Si el viento nada hace, el molino tampoco, pero si él ataca, el molino también hará su deber. Ser molinero con el viento y querer dormir en su lecho, es algo que no va de acuerdo. El viento cuando pasa, ¿quién le retiene? El buen molinero no deja pasar el viento.

En el curioso se prolongaba su asombro:

—Al ver de lejos el pequeño molino se piensa: viejo y pequeño oficio, quien trabaja contigo debe ser muy dichoso. Y he ahí que usted padece de sueño, del buen sueño reparador. Cuando el molinero duerme, es porque no puede más.

—Si la brisa no sopla, uno se adolora. Se reposa bastante cuando el viento decae. Entonces se trabaja en la arboladura. Siempre hay algo que hacer. En los molinos a vapor se está más tranquilo. Allí, todos los días se parecen. La máquina marcha y se detiene cuando quiere. Pero no se muele tan buena harina en las nuevas usinas, como en los molinos a viento.

El curioso, en tanto, leía: 1772, grabado en el tronco de roble, pivote de esa casa movediza. Estudia la antigua mecánica de artefactos en madera con transmisiones de cuerdas; ningún hierro, nada más que roble con espigas y muescas, un bello trabajo de carpintero.

—No se hará otro semejante, exclamó el molinero. El tronco de roble tiene ciento veintinueve aros de madera, ciento veintinueve años. No podría encerrarlo en sus brazos como a vuestra mujer, que jamás llegará a ser tan vieja. No es para desearlo a la gente. Un molino afortunado, éste: ningún incendio después de cien vueltas; la tempestad pudo arrancarle algunas alas, pero nunca lo derribó. Se tiene en pie todavía.

El curioso se pierde en el ensueño. Ciento veintinueve años de verdura y de nidos vivieron en ese tronco un poco más largo que el féretro de un hombre.

El molinero trepa por la escalera de cuerdas para volcar el trigo en el depósito de la muela a estrías, que el eje de las alas mantiene fija; toma en sus manos un puñado de trigo para mostrárselo al visitante:

—Excelente trigo; es del cortijero que está arando allá abajo.

Por el ventanillo abuardillado, donde sólo cabe su rostro, me enseña el agricultor guiando de un cordel su caballo negro en la tierra blonda, donde los trigales maduraron bajo las alas del molino. Un verde primaveral inunda la llanura. En los árboles, las hojas de una dulzura parecida a los primeros plumones de las aves no logran esconder el diseño de las ramas sombrías bajo ese frescor.

El extasiado pensaba:

—Esto ha brotado demasiado temprano. Bien pronto el verdor de las verduras se vestirá de tonos graves.

Sus ojos festejaban a la juventud de ese verde, el más bello verde del año. Muestra al molinero un rígido álamo tupido de ramitas:

—Se dice que el hombre no puede contar las estrellas que hay en el cielo. ¿Podrá siquiera contar las ramas de un árbol?

El molinero, atando su bolsa con un cordel, se la puso al hombro, me auguró las buenas tardes e inclinando su cabeza, en cuya la harina disimulaba la blancura de su cabellera:

—Hace cuarenta años que yo estoy en el molino. He visto plantar esos álamos de la ruta. Entonces se podían contar las ramas. He ahí ahora que sobrepasan las alas del molino.

—Cuarenta años de trabajo, le habrán hecho rico.

—Se posee un campito. Hoy me pagan 45 francos al mes con casa y comida. En otros tiempos eran veinte francos. Había molinos sobre toda la llanura hasta llegar a Lille. No quedan más que dos para el aceite, y yo solo para la harina. Harina menos blanca que la de los molinos a vapor, pero sin trampa. En las usinas las mezclan. En esta bolsa no hay más que trigo de un solo campo.

El curioso señala el labrador de la llanura.

—¿Se hace él su pan?

—Sí. Hay tres en la aldea que hornean en su casa. Los otros dan a amasar al panadero. Hoy se desea tener su pan cocido por otros. Los brazos del panadero ganaron ya mucho dinero. Mi patrón cobra treinta sueldos por hectolitro para la molienda. Es un poco carero. Busca el trigo y lleva luego la harina. Gana bastante cuando el viento sopla. Se puede moler veintiún hectolitro por día. Esta noche no se hará mucho. El viento viene desganado.

El eje engranado por las espigas de roble sobre el pivote de la muela, espacia su marcha. El molinero, teniendo el saco por el cordel, le dió las buenas noches al visitante prudente, con el pie en la escalera de cuerda. El polvo en las ropas del viejo molinero le teñían del mismo color que el de la madera. Sus ojos relumbraban en la palidez mate del rostro con el esfuerzo de la carga. Las alas dondoleando sus signos de cruz, sacudían dulcemente la escalera por la cual el curioso descendía. Alejado sobre la ruta empalidecida de ese país verde, contempla el molino, esposo de la tierra, donde después de ciento cincuenta años, la mies maduraba para su muela. Bajo el viento atenuado, las alas apenas hacían un gesto agonizante.

—Tiempo vendrá — piensa el curioso — cuando la última ala habrá dado su último voltejeo. Ese trabajo antiguo se halla en el último suspiro.

Miraba en ese crepúsculo primaveral, coloriado de esmaltes cocidos por la intensa luz, el abalanzarse hacia el firmamento el fuste de una chimenea roja, tan alta y fina que la humareda, decantada de su negrura, se elevaba semejante a esas nubes malvas que desfilaban sobre la púrpura viva del sol ensangrentado.

—Cuando los siglos futuros hayan pasado sobre esta tierra, ¿verán los ojos de los hombres, a los crepúsculos de los soles envejecidos, la ruina de esta chimenea que se yergue sobre esta llanura resignada?

Como yo amo el ala del último molino, el paseante que vivirá cuando la carne de mis ojos se fundirá con la tierra que él pisa con sus pies, amará también él esa chimenea que llevó tan alto el fuego de los hombres por su trabajo.

La chimenea, semejante a la columna del templo antiguo y que despide el humo como los altares de los dioses, será ella la lamentada belleza por oponerse a las formas nuevas, cuando después de siglos el último molinero dormirá:

Meunier, tu dors. Molinero, tú duermes.

(1) *Es uno de los escritores franceses que, surgidos de la masa obrera, permanece siendo un obrero cuando escribe.*

— ••• —

Deshonremos la guerra (1)

Los tiempos han llegado. El decreto ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada. La civilización, cediendo a los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado a comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. Los "Te Deums" no hacen gran efecto, y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio; no importa llamarse César o Napoleón, porque no se cambia la figura del asesino aunque se ponga sobre su cabeza, en lugar del gorro del presidiario, una corona de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades absolutas. *Deshonremos la guerra.* No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar hombres. No; ¡oh, madres que me rodeáis! No puede ser que la guerra continúe arrebatándoos vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca, los aldeanos fertilicen los campos con su sudor, que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el genio prodigios, que la vasta actividad humana multiplique, en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las creaciones, para llegar a esa horrorosa exposición internacional que se llama un campo de batalla.

VICTOR HUGO.

(1) *Esto que Víctor Hugo escribió hace la friolera de una cincuentena de años, más o menos, en Bélgica, y es un fragmento perteneciente al libro que le dedicara a Napoleón el pequeño, o sea el III, demuestra el optimismo panglossiano de la generalidad de los poetas, aun en los de talla mayor; lo cual no quita la inherente nobleza a toda mira generosa, aunque estas afirmaciones completamente prematuras, aceptadas como conceptos teóricos están lejos de realizarse todavía.*

CARCELES Y DESTIERROS RUSOS

El gobierno acaba de sistematizar su trato con los prisioneros de acuerdo con el espíritu de la actual dictadura comunista. En política, absolutismo, en la gran cuestión económica, un capitalismo primitivo — en parte privado y en parte del Estado —, y así el gobierno contempla con más benignidad los delitos de carácter económico y los crímenes comunes, en tanto que persigue a sus opositores políticos con saña y severidad.

Respecto a las últimas jurisdicciones de la G. P. U. — un camuflaje de la Tcheca — se están ampliando cada vez más, y hoy en día posee una más amplia autoridad que la fenecida tcheka. Los culpables de delitos comunes contra la legislación de los soviets, pueden desde un principio, al ser condenados, contar que obtendrán su libertad al cumplir la mitad de su pena. En cambio, los presos políticos, sufren invariablemente una cautividad indefinida; es decir, cuando concluye el término de sus días en la cárcel, se les envía desterrados; la duración del destierro oficialmente es de tres años, pero al expirar esta otra pena, se los vuelve a exilar, y a menudo, por cualquier infracción o pretexto, se les devuelve otra vez a la prisión. Es un círculo vicioso: cárcel, destierro, destierro y cárcel.

Los apologistas del bolcheviquismo, desean hacernos creer que cuando un preso político cumplió la condena impuesta, se le liberta definitivamente. Esto no es verdad; los hechos que dejamos expuestos casi nunca tienen excepción, ya que una persona pasible de delito político, si es desterrada por la G. P. U., casi nunca vuelve a recobrar su libertad.

Citemos algunos casos:

En 1921 los socialdemócratas de Smolensk organizaron un acto de protesta contra la masacre de socialistas y anarquistas en las prisiones de Butirky de Moscú llevados a cabo el 25 de abril del mismo año. Varios de ellos fueron encarcelados por esa simple demostración. Han transcurrido cinco años sin que la G. P. U. los haya puesto en libertad. Primero fueron alojados en la prisión de Butirky, luego trasladados a Wiatka y a Siberia, y después otra vez fueron encarcelados en el famoso campamento de Soloveiski, y ahora se hallan exilados.

Lo mismo sucedió con los anarquistas aprehendidos en Kharkov, en octubre de 1920, cuando fué suprimido el congreso anarquista, a despecho del reconocimiento legal de él por parte del poder bolcheviqui. Los hombres y las mujeres arrestados entonces — hace más de seis años — se hallan todavía en la cárcel; ellos son Aron Baron, I. Tcharin, Lea Gootaman, Lebedef, Briulin y otros.

Idéntico destino hubieron de sufrir los socialdemócratas detenidos en Moscú: primero en la cárcel de Yaroslav, luego a Siberia; después a Pertominsk, otra vez en las prisiones de la isla Solovetzki, seguido de una nueva condena de exilio: ese es su Gólgota. Numerosos casos similares podrían citarse.

Y la prisión como el destierro resultan más penosas y duras para los presos políticos que para los prisioneros por crímenes comunes. A éstos, por lo menos, se les deja en paz. No se les fastidia constantemente con requisiciones, traslados y otras molestias; además, se les permite aceptar trabajos de los particulares, y hasta pueden comerciar y, también, disfrutar del derecho de las amnistías, antes de la expiración de sus sentencias. Al contrario, no solamente los presos políticos son despojados de todos esos derechos, sino que se les veja inútilmente. Por ejemplo, se les transporta a los más lejanos y desolados puntos del país, frecuentemente a centenares de millas de cualquier ferrocarril, incomunicándoles de este modo del mundo de los vivos. Es generalmente imposible procurarse trabajo en esas pequeñas aldeas, donde los nativos no conocen la lengua rusa. Y todavía la pensión del gobierno es de 6 rublos y 25 kopecks, menos de tres dólares, — suma que está lejos de hacer soportable la existencia.

Es fácil, entonces, comprender cómo los presos políticos dependen vitalmente de la ayuda que se le pueda proporcionar del extranjero, — a pesar de que toda comunicación con camaradas suyos o con amigos del extranjero es severamente castigada, resultando de ello nuevas sentencias de cárcel o de exilio, a un punto más lejano todavía, y entre razas nórdicas apenas civilizadas, o entre pueblos nómadas.

El destino de los prisioneros y de los desterrados, socialistas y anarquistas, depende mucho del personal de las cárceles, el cual está compuesto por miembros de la G. P. U. Los varios viejos revolucionarios que se hallan todavía al frente de los establecimientos penales, o en las administraciones de los sitios de destierro, han olvidado sus antiguos sufrimientos en las prisiones del Zar. Se han encallecido en sus roles de cancerberos del régimen rojo. Los nuevos funcionarios son comunistas de ayer, por decirlo así, — personas que ingresaron en el partido recientemente. Esos elementos no conocen otra cosa que el gobierno y sus enemigos. Ignoran completamente el glorioso pasado del movimiento revolucionario. Los nombres de sus héroes les son absolutamente desconocidos. Ellos solamente ven personas peligrosas para el orden existente, e incidentalmente se hallan muy satisfechos de ser los funcionarios de las cárceles y pertenecer como miembros a la G. P. U. Nada conocen de las grandes luchas llevadas a cabo en otros tiempos por los revolucionarios contra la administración de las prisiones del zar, y ellos tratan siempre de reducir las cárceles de los soviets al mismo nivel de la época del absolutismo de Romanoff.

Los efectos de la huelga de hambre, la única arma que les queda a los presos políticos como su última defensa, en las prisiones bolcheviquis son ya un suceso que se produce a diario. Pero el público de afuera, apenas si tiene noticias de ello. Detrás de esos muros de granito, se continúa el desesperado batallar de las numerosas víctimas del terror bolcheviqui, en demanda de lo elementalmente necesario, por un mínimo de existencia, un ínfimo cuidado para asegurar la salud de toda persona.

Aquí, revolucionarios de todos los matices y credos, están realizando una lucha en condiciones trágicas, completamente ignorada por el mundo entero y sin la ayuda de nadie. Aquí, socialistas y anarquistas se debaten hercúleamente para mantener la integridad de los principios revolucionarios, aun a costa de los mayores sufrimientos y de su propia vida. Y solamente los suicidios demasiados frecuentes constituyen para ellos una liberación de ese viviente infierno.

Ayudad a los hombres y mujeres martirizados por su ideal.

Delegación en el extranjero del partido socialista revolucionario y de la Unión Maximalista. — I. Steinberg.

Representante de la Sociedad de Moscú de ayuda para los presos anarquistas. — Alejandro Berkman.

Secretario del Comité. — M. Mratchny.

Dirección: Fritz Kater, Kopernikustrasse 25. — Berlín. — Alemania.



AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

EL SOCIALISMO DE LANDAUER

En su investigación de una concepción del mundo, en sus demandas espirituales, en su aspiración al polo de reposo en la fuga de los fenómenos, la mayoría de los hombres son muy moderados; otros no tratan de ningún modo de fundamentar la verdad, sino que se dan por contentos con lo que les ofrece la escuela y la iglesia; no sienten ninguna necesidad de alimento espiritual más fuerte. Existe, sin embargo, una tercera especie de hombres que no están nunca satisfechos con lo que se les ha dado. Por un tiempo puede moderarse su sed de saber, pero pronto aspiran a ir más lejos, tienden hacia lo más grande, a lo más elevado, a lo imposible. La figura más sobresaliente de este tipo la encontramos en el *Fausto* de Goethe. Como consecuencia, este tercer tipo resulta que no se detiene en un punto y no puede hallarse a gusto en la creencia limitada de haber encontrado la piedra de la sabiduría. Tiene que *recorrer* todos los estadios que no han sido *recorridos* jamás por los seres humanos. Un ejemplo brillante de esta naturaleza es Eugen Dühring. El destino de esos hombres, cuyos pasos de gigante no pueden seguir todos, es ser envidiados. Sólo miran hacia sí mismos, se dice, no tienen un punto sólido, van de aquí para allá, ¿para qué escuchar a aquellos que anuncian hoy algo que no es ya lo anunciado por ellos mismos ayer? Así ocurre que esos hombres no son nunca reconocidos en el período de su vida.

Landauer era una especie de figura de Fausto en cierto sentido. Fué siempre inspirado por nuevos ideales, penetrado por nuevas figuras en la literatura y en el arte. Su socialismo no era ningún frío bloque de mármol, no era una doctrina muerta, ni un dogma conservativo. Dogmático es el marxismo, como lo es el cristianismo; ambos perdieron ya todo espíritu viviente. El socialismo de Landauer, al contrario, era ingenioso, móvil. De ahí que no rechazara el bolchevismo, como hicieron los social-reformistas, en su primera fase. ¡Vió en él algo nuevo, y todo lo nuevo era para él una posibilidad abierta! Aun después de 1906, después que Landauer elaboró una concepción independiente propia sobre la esencia del socialismo, no fué un dogmático, no cabalgó en su caballito, sino que aprovechó todas las posibilidades. Fué el primero que hizo propaganda en Berlín para las cooperativas de consumo, y hoy éstas se encuentran fuerte y vastamente desarrolladas.

El socialismo admite tal multitud de interpretaciones que no basta calificar a un hombre de socialista, es preciso mencionar simultáneamente qué actitud adopta en la ideología social. Un Noske, un Thomas, un Gompers, un Kropotkin, un Liebknecht son clasificados en el mundo socialista.

El socialismo de Gustav Landauer tenía un sello especial. Como anarquista era enemigo del Estado, es decir, no era un político. No sólo estaba con su socialismo al margen del Estado y de las corporaciones legislativas, sino también al margen del actual orden social, al margen del capitalismo. Estaba al otro lado del Estado y del capitalismo, al otro lado de la cultura actual. No era ni comunista ni bolchevista. El bolchevismo es, por lo demás, un fenómeno que llegó mucho después a su significación en el gobierno ruso de los consejos. Ciertamente los bolchevistas se llaman marxistas, pero eso parece mero juego de ingenio, pues Lenin se consideró el verdadero sucesor de Carlos Marx, y Kautsky y Scheidemann dicen lo mismo de sí. Esa lucha tiene casi el mismo carácter que la lucha dentro de la iglesia católica de la Edad Media sobre si Jesús debía escribirse con J o con *I*. Sería mucho mejor que los socialistas fuesen menos fieles a las palabras y, en cambio, fuesen más fieles a la vida. Por la contienda sobre Marx o sobre la aplicación de sus malas hipótesis anticuadas no se acerca uno al socialismo. La realización del socialismo no será alcanzada por una receta de libro de cocina socialista. ¿Se cree, realmente, que pueda comerse aún hoy la sopa socialista cocida hace cincuenta años? Es una vergüenza que políticos que se llaman socialistas sirvan aún ese juicio corrompido, con lo cual el socialismo será llevado a la muerte en lugar de ser llamado a la vida.

Landauer no era marxista. Su más elevado principio era que el socialismo no viene como un orden social listo después de terminada la revolución. El socialismo no viene, sino que hay que *vivirlo*; los hombres, y no sólo los trabajadores, pero en primer línea éstos, deben ejercitarse en vivir de un modo socialista. Desde ya, bajo el sistema capitalista y bajo el Estado, debemos comenzar con el socialismo, debemos pensar, sentir y obrar de una manera socialista, debemos tratarnos como socialistas, debemos vivir en nuestros círculos socialistas una vida socialista si queremos que el socialismo sea alguna vez una realidad. El socialismo no es un problema de aquí y de allí, sino de ahora y de más allá. El socialismo se convertirá en realidad sólo si los socialistas "tienen en sí un cuadro viviente, el seguro sentimiento, la voluntad de hacer lo que puede ser hecho y eso de inmediato, siempre sin pausa". El socialismo no es una ciencia como la que desean Marx y los marxistas; el socialismo no es tampoco un partido, ni una sociedad moral; pero, ante todo, no es un partido político que participa en la política del Estado.

La parte negativa del socialismo de Landauer consiste en la crítica a la sociedad actual y al marxismo. Se dice comúnmente que los socialistas están todos de acuerdo en un punto: en la crítica de la sociedad presente. Pero aquí se distingue, sin embargo, Landauer, como, en general, se distinguen los anarquistas de los marxistas. La crítica de Landauer es la crítica de los anarquistas y esa no sólo abarca el capitalismo sino también el Estado. Pero aun desde el punto de vista anarquista la crítica de Landauer a la civilización actual en general es de una especie importante por el lenguaje jugoso y la profundidad cultural.

Los socialistas están casi todos de acuerdo en que el capitalismo vive de la *plus-valía* que deduce del trabajo de los obreros. Para Marx y Engels la plus valía era lo esencial en la explotación de los trabajadores. Esa interpretación superficial, y que, sin embargo, adquirió una significación formidable para la táctica del movimiento obrero, la presenta Landauer como falsa.

En la crítica al sistema social actual se distingue Landauer de los otros socialistas por el hecho de que no sólo critica el actual sistema económico, la explotación de los trabajadores por los capitalistas o el Estado de clase. La expresión Estado de clase no existe propiamente para él como pensador anarquista; esa palabra pertenece al vocabulario marxista. Landauer no sólo rechazó la política actual, sino que condenó toda la cultura del presente como un período de ruina. Para el marxismo, el capitalismo significa un progreso, para Landauer una decadencia. Los siglos a quienes pertenece el presente, son una época de negación, pues el espíritu común y asociador, la voluntariedad falta, y una verdadera vida popular no existe.

El capitalismo no arraiga en las instituciones independientes de los hombres, sino en la aspiración de los individuos a enriquecerse sin consideración para los demás. Y ese espíritu que domina a los hombres de nuestro tiempo, que encubre todo lo demás en los seres humanos, es el capitalismo. La ausencia de todo espíritu que una a los hombres, los congregue en corporaciones, en federaciones voluntarias, excluyendo el Estado y haciéndolo imposible, la ausencia de ese espíritu es la descomposición; el pueblo, los burgueses lo mismo que la clase obrera se apegan más y más a las condiciones

… la producción mecánica, especulativa … cultura de la adquisición del di… El espíritu rebelde, la alegría de … renovación desaparece más y más en … clases que sufren especialmente bajo … condiciones, que, muy a menudo, vi… en la privación y en la pobreza.

En la obra principal de Landauer *… zum Sozialismus*, la crítica ocupa … gran espacio. Presenta el marxismo … oposición al socialismo y llega en sus … investigaciones a la conclusión que el marxismo no sólo no es socialista, sino … es la maldición y el sepulturero del socialismo.

Entre los puntos más conocidos de la doctrina marxista, los marxistas cuentan … interpretación materialista de la historia. Los marxistas de izquierda de la … actualidad no obran, en sus programas revolucionarios, de ningún modo según … interpretación materialista de la historia, sino que edifican más bien sobre … contenido de la conciencia y de la experiencia actuales.

¿Qué nos enseña esa ciencia del marxismo? ¿qué sostiene? Sostiene que conoce el futuro; pretende tener una visión … profunda de las eternas leyes de la evolución y de los factores determinantes … la historia humana que sabe cómo se producen los hechos, cómo marcha la historia, qué será de nuestras formas de producción y de organización.

Nunca ha sido más ridículamente desconocido el valor y la significación de … ciencia; jamás ha sido entontecida … perversamente la humanidad y ante … la parte de la humanidad desprovista … de derechos, robada espiritualmente y … engañada.

La historia y la economía nacional no … ciencias, como la física y la química; … fuerzas activas en la historia no pueden … ser formuladas científicamente; su … será siempre una apreciación que … uno, según la naturaleza humana … tiene en sí o que da de sí, puede re… con más altos o más bajos nom… — profecía o charlatanismo de pro…

¿… es así, ni más ni menos! ¡y, naturalmente, es así! ¿para qué vivir, habría … posibilidad de vivir si supiéramos … lo que habría de venir? ¿Vi… equivale a renovarse? Vivir ¿no … a ir de lo lejano, de lo seguro, de… y que se sostiene por sí, del … cerrado, de lo eterno a lo nuevo, … en aquel otro mundo que … nosotros, a lo eterno nueva… de puerta en puerta y de campo … campo? ¿Somos lectores o espectadores … por fuerzas conocidas hacia … conocidas, de lo viejo a lo viejo, … seres vivientes? ¿No somos más … el pie que avanza y la mano que lía … lo activo y lo actuado? ¿Y … el mundo para nosotros algo blando, … y sin contornos cada mañana … despertamos del sueño, algo nuevo y … que formamos nosotros mismo… nuestro con el instrumento … yo?…

… la doctrina es falsa y no se tiene … — dice Landauer más lejos — y … verdadero y precioso solo queda la … agudizada por Marx en In… y en otros lugares: en la consi… de los acontecimientos humanos … debe desconocer la significación … de las circunstancias y trans… sociales y económicas. Esa in… tuvo lugar en el gran movimiento … debía llamar del descubrimiento … sociedad en oposición al Estado, un … que significa uno de los … y más importantes pasos hacia … hacia la cultura, hacia la fe… hacia el pueblo, hacia el socia… En esos grandes escritos de los … políticos, de los brillantes … del siglo diez y ocho y de los … socialistas del siglo hay extre… mucho, bueno y salvador. Pe… sólo ha hecho de todo eso … una falsificación, una … La llamada ciencia que han … de ello es en su efec… miserable y, sin em… (pues ninguna supuesta … torpe que no atraiga, cuan… demagógicamente o sólo … popular, masas instruidas … y no en último término … la universidad), el mar… hacer retroceder la corrien… del Estado y, por consiguien… [illegible] hacia las federaciones … y del espíritu colectivo, la corriente que la sociedad de las sociedades lleva en sus hombres, nuevamente hacia el Estado y la incultura de todas nuestras instituciones de la convivencia, y dirigir, además, esa corriente hacia el molino de los politicantes ambiciosos.

Por consiguiente, según Carlos Marx, el curso del progreso de nuestros pueblos va de la edad media sobre el presente hacia el futuro, un curso que debe realizarse con la necesidad de un proceso natural, por lo demás, con velocidad creciente: En el primer estadio, mísero, tenderil, en que sólo hay hombres del término medio, moderados, pequeño-burgueses, etc.; muchos tienen, cada cual, su pequeña propiedad. Viene, luego, la segunda categoría, el florecimiento del progreso, el primer proceso de la evolución, el camino hacia el socialismo; se llama capitalismo. Ahora aparece el mundo muy diversamente; una minoría posee grandes propiedades, la masa no tiene nada. La transición a esta categoría fué difícil, y no se procedió sin violencia y sin fealdad. Pero, en este grado, se acerca uno más y más, y fácilmente, a la tierra de promisión por los rieles bien engrasados de la evolución: gracias a dios se proletarizan cada vez más grandes masas, gracias a dios hay siempre menos capitalistas, éstos expropian recíprocamente hasta que aparecen frente a las masas proletarias, numerosas como las arenas del mar, como gigantescas empresas aisladas, y, luego, el salto al tercer estadio, el segundo proceso de la evolución, el último paso hacia el socialismo es sólo un juego de niños: suena la última hora de la propiedad capitalista privada. Dentro del capitalismo, dice Marx, llegóse a la centralización de los medios de producción y a la socialización del trabajo. Llama a eso una forma de producción que ha florecido bajo el monopolio capitalista… Por tanto: "la producción capitalista crea con la necesidad de un proceso natural su propia negación: el socialismo. Pues la cooperación y la posesión colectiva de la tierra, dice Carlos Marx, es ya una conquista de la era capitalista. Las grandes, formidables, casi infinitas masas humanas, los proletarizados, casi no tienen nada más que hacer por el socialismo. Sólo deben esperar hasta que la cosa esté madura".

Aquí Landauer, con derecho, se levanta satíricamente contra Carlos Marx, que habla de cooperación en el capitalismo. Dice: "Por lo que se refiere a la cooperación, la cosa es muy ambigua cuando se observa de cerca. Para mí, ciertamente, cooperación equivale a colaboración y a trabajo en común, y para todo el que no sea un loco que llama trabajo en común y cooperación al tirar en común de una vaca y de un caballo uncidos al arado, o al trabajo en común de los esclavos negros en una plantación de algodón o en un campo de caña de azúcar. ¡Pero exactamente ese loco es Carlos Marx! habla sin embarazo de que el capitalismo se basa realmente ya en la producción social.

Pero se rebela uno contra un absurdo tan grande, de que sea esta la verdadera opinión de Marx: el capitalismo desarrolla por completo de sí el socialismo; el modo de producción socialista nace del capitalismo; tenemos ya cooperación, estamos, por lo menos, en el mejor camino para la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción: finalmente, no hará falta más que arrojar el par de propietarios que queden. Todo lo demás ha florecido del capitalismo. Pues el capitalismo es el progreso, la sociedad, es verdaderamente el socialismo ya. El verdadero enemigo son las clases medias, los pequeños industriales, el pequeño comerciante, el obrero manual, el campesino, pues trabajan por su cuenta y, a lo sumo, tienen un par de ayudantes y aprendices; este es el obstáculo, la producción y la acción en pequeña escala; el capitalismo es la uniformidad, el trabajo de millares en un mismo lugar, el trabajo para el mercado mundial y eso es la producción social y el socialismo.

La grotesca confusión introducida por el marxismo en el movimiento socialista, domina todavía en medida espantosa. Las ideas marxistas, según las cuales el socialismo no puede de ningún modo ser posibilitado si el capitalismo no lo preparó antes, no han sido todavía superadas. Un ejemplo característico lo experimentó el autor de estas líneas en 1919 en Hamburgo. Con motivo de una serie de conferencias ante los delegados revolucionarios de consejos obreros de Hamburgo, propuso la introducción de bonos de trabajo en lugar del dinero. Las condiciones eran oportunas: el que tenía dinero podía proveerse del pan más blanco y de los mejores medios alimenticios, mientras que los pobres morían literalmente de hambre. Y eso era sólo un medio año después del estallido de la revolución. Los jefes de los consejos obreros se me opusieron, carcomidos por el espíritu marxista, sosteniendo que la substitución del dinero por bonos del trabajo no podía ser aceptada, pues, según Carlos Marx, el capitalismo y la técnica no estaban bastante desarrollados, y el socialismo sólo es hecho posible por los progresos del capitalismo y de la técnica. Cuando la fuerza de acción de los trabajadores fué paralizada por falsas doctrinas, sobrevino la reacción: poco después llegó el general reaccionario Lettov-Vorbeck y abatió el movimiento del proletariado de Hamburgo (Ese mismo Lettov-Vorbeck fué presentado cuatro años más tarde por el partido comunista de Alemania como un modelo de militares, con los cuales puede hacer causa común la clase obrera).

Pero no sólo en las grandes masas han echado raíces los prejuicios de Carlos Marx, sino también en jefes festejados. Karl Radeck se sume formalmente en su pequeño folleto *Bolchevismo y Anarquismo* en el pensamiento de la centralización del capitalismo. Los comunistas de Estado, según la confesión de Radeck, aspiran a una organización económica que abarque el mundo entero, que sofoque toda independencia de los pueblos, que destruya toda iniciativa personal, que oprima toda pequeña sociedad y que esté subordinada a un centralismo mundial moscovita.

(CONTINUARÁ)

HUGO TREUE

LA PRENSA ANARQUISTA ITALIANA

A modo de balance para el año 1925

El año 1925 fué para el movimiento anarquista italiano uno de los más terribles y duros que puedan contarse en los anales de su historia. Sobre todo por lo que se refiere a su prensa.

El año 1924 terminó con una esperanza para todos los antifascistas, pues el régimen mussoliniano parecía derrumbarse bajo el peso de todos sus innumerables crímenes y a punto de ser demolido de un día al otro. La prensa entera estaba ocupada en torno al problema de la sucesión, después de haber divulgado durante largos meses todas las infamias del régimen y planteado la "cuestión moral" de la complicidad directa del gobierno con los asesinos de tantos proletarios y sobre todo con los autores del asesinato feroz del diputado socialista Matteotti.

También los anarquistas se ocupaban de la cuestión del "dopo fascismo"; sobre lo que se debía hacer una vez abatido el monstruo que devasta a Italia y que se manchó, como pocos gobiernos, de sangre obrera y revolucionaria.

Sería interesante poder echar una ojeada retrospectiva y examinar algunos de los interesantes escritos que fueron publicados sobre el asunto, tanto en la interesantísima revista *Pensiero e Volontà* dirigida por Malatesta en Roma, como por el semanario *Fede*, también de Roma, pues podrían enseñar mucho a los camaradas y en todo caso ser útiles a los movimientos que estén a punto y en la posibilidad de romper la tiranía que los subyuga como en Italia y para impedir que pueda establecerse donde amenaza irrumpir. Pero no es esa la razón del presente escrito.

Nuestro semanario *Fede*, que no obstante los numerosos secuestros y las violencias que le impidieron una vasta difusión, tenía entonces un tiraje de 18,000 ejemplares y lanzó a fines de 1924 a todos los compañeros la iniciativa de comenzar a reunir fondos para que, en vista de los nuevos acontecimientos, se pudiese dar vida a un nuevo cotidiano, arma poderosa de lucha, de esclarecimiento y de afirmación de nuestras ideas.

En suma, nos encaminábamos hacia el año nuevo, hacia 1925, llenos de esperanza y de voluntad, pero tal vez demasiado seguros de haber quebrantado el fascismo solo con la condena moral emitida por todos los hombres de corazón contra el terror fascista. Y fué un error. Un error que se pagó poco después y se paga aún duramente.

Justamente en los primeros días de enero de 1925, cuando la prensa democrática había anunciado la publicación de las acusaciones en el asesinato de Matteotti contra Mussolini mismo, el "duce", con un lenguaje bajo y vulgar anunciaba en la cámara italiana que asumía toda la responsabilidad por cuando hubiese hecho el fascismo, y que en 48 horas se restablecería la calma y la fe del pueblo italiano en el fascismo. Comenzó despiadadamente el secuestro y la supresión de los periódicos no ligados a la política fascista.

Nuestra prensa, sobre todo, se resintió, porque era la más pobre, pero no obstante se mantuvo y todavía hoy, valerosa y obstinada, a costa de esfuerzos sobrehumanos, logra ver la luz y continuar la lucha.

En los primeros días de enero todos nuestros periódicos que debían aparecer aquellos días fueron secuestrados. Ni uno hizo excepción, y no solo eso, sino que, como hemos dicho ya, su situación se volvió más penosa de día en día.

Nos quedaba siempre la prensa del extranjero, sobre todo la publicada en Francia por los numerosos compañeros refugiados. Pero la importancia que habría seguramente asumido ésta en un período tan difícil para la de Italia, si hubiese hecho convergir todas sus energías en el ensayo de reunir todos nuestros elementos y de intensificar así la acción contra el fascismo, decreció por la áspera polémica provocada por la actitud de una parte de nuestros elementos que deseaban la colaboración con los demás partidos y movimientos antifascistas a fin de derribar lo antes posible el monstruo; esa polémica no concluyó más que con insultos recíprocos y acusaciones que disgregaron nuestro movimiento. Esas diferencias de opinión asumieron tales formas que la discusión resultante, personalista y aburridora, hizo imposible toda intervención tendiente a volver la discusión a sus verdaderos términos. Pero no insistamos en este doloroso episodio.

En el curso de 1925 nuestra prensa de Francia sufrió algún cambio en el sentido de ampliar su influencia y profundizar su valor, y en realidad marcó un progreso sobre la que veía la luz anteriormente. Como este resumen ha de ser breve, examinemos esa expresión de la actividad anárquica y tratemos de hacer resaltar todo lo que pueda ser útil a los movimientos hermanos.

Una de las más importantes publicaciones anarquistas, no solo de lengua italiana, es seguramente la revista quincenal *Pensiero e Volontà* que ve la luz en Roma desde enero de 1924 bajo la dirección del compañero Malatesta y con la colaboración de las mejoras plumas de nuestro movimiento. Esta publicación se dedicó especialmente al estudio de las cuestiones prácticas del anarquismo. Todos los problemas positivos de la revolución fueron ampliamente estudiados, como igualmente la actitud de los anarquistas en la eventualidad de una revolución desde un punto de vista "realista". En esa revista se recogieron los documentos más útiles y selectos para el estudio de múltiples problemas realizadores del anarquismo.

Fede, semario anarquista de cultura y de defensa, vió la luz en 1925, también en Roma, bajo la dirección del compañero Gigi Damiani y con una colaboración escogida. Durante el año 1925, aparte de varias publicaciones bien cuidadas, publicó también una revista literaria-artística *Vita* y otro suplemento de *Fede*, un periodiquito mensual de distribución gratuita para la propaganda elemental, *Parole Nostre*. Pero tanto una como otra

de esas publicaciones fueron regularmente secuestradas casi todos los números; no obstante, gracias al esmero del redactor y de los sostenedores, casi todos esos números consiguieron llegar a los suscriptores y a muchos lectores. Particularmente el semario *Fede*, además de una lucha tenaz contra el fascismo, la lucha que, naturalmente, más interesa a nuestros camaradas italianos, ha sostenido una eficaz campaña en favor de las víctimas políticas, sin descuidar tampoco la propaganda teórica y la dilucidación de nuestras ideas, tan fácilmente desfiguradas, incluso por muchos próximos a nosotros. Periódico bien hecho y de gran formato, uno de los mejores que se publican en Italia.

Libero Accordo, una de las más viejas publicaciones nuestras de Italia, continúa saliendo a costa de innumerables sacrificios. Se publica desde hace seis años en Roma, siempre bajo la dirección del camarada Monticelli. Fué y sigue siendo la voz más tenaz en favor de la organización anarquista y es uno de los más fervientes sostenedores de la Unione Anárchica Italiana; como todas las demás publicaciones, *Libero Accordo* fué puesto a prueba en este año terrible, pero consiguió siempre quedar en pie.

Il conferenciere libertario, revista mensual que ve la luz desde hace tres años en Roma. El título explica la razón y el fin de esa interesante revista. Publica una conferencia en cada número sobre diversos asuntos, seguida después de algunas notas del redactor que ayudan a esclarecer mejor los diversos puntos de la conferencia. En este año no pudieron ver la luz todos los números, por haber sido secuestrados.

L'amico del popolo, quincenal, vió la luz solo algunos números; la autoridad fascista le puso en la imposibilidad de continuar saliendo. Su obra era útil porque se dirigía en particular al pueblo del sur de Italia y quería tratar en particular las cuestiones campesinas, pues el mayor número de sus lectores debía reclutarlo entre los campesinos calabreses. En efecto vió la luz en Reggio Calabria.

L'A. B. C. dell'Anarchia, periódico de propaganda elemental para la distribución gratuita. Vió la luz en Roma, pero no más de tres números y fueron todos secuestrados. Sin embargo lograron circular muchos ejemplares.

L'Universitá libera, revista mensual de cultura social. Esta no es propiamente una publicación anarquista, pero como bien lo dice su título, es una Universidad libre. Colaboran numerosos camaradas, la censura no dejó impune siquiera esta publicación, de la que aparecieron 8 números en todo el año.

Rassegna sindacale, revista mensual de la Unione Sindacale Italiana. Apareció en Milán. Salió pocos números, habiendo sido siempre secuestrada. Sostuvo una polémica bastante áspera con los camaradas de *Fede* y *Pensiero e Volontá* a propósito de la cuestión de la unidad sindical, siendo absolutamente adversa.

En Italia, además, no obstante las enormes dificultades de todo género fueron publicados también números únicos, entre ellos *Primo Maggio*, número único en ocasión del primero de mayo, publicado por el comité de reorganización de la Unione Anarchica Italiana; ese comité surgió para reorganizar la Unione Anarchica que, a consecuencia de la reacción, de los arrestos y de la emigración de numerosos militantes, no daba desde hacia tiempo signos de vida.

Una hoja especial, pero no editada por los anarquistas, aunque éstos la difundieron según sus posibilidades, fué *La questione morale*, donde se recogieron todos los documentos de acusaciones contra Mussolini, escritos por sus mismos colaboradores relativamente al asesinato de Matteotti. La publicación se hizo cuando fueron secuestrados los grandes diarios de la oposición al anunciarlos. Hay documentos de gran valor e importancia sobre todo en el momento de su publicación.

Después de nuestra prensa de Italia, mencionemos los periódicos que ven la luz en Francia:

Rivendicazione, después de dos años de vida, en este año vió solo pocos números la luz, luego fué obligada por diversas razones a suspender su publicación. Este periódico se dedicó en especial a la propaganda antifascista y a una forma especial de anarquismo individualista.

A mediados de noviembre último, su redactor Auro d'Arcola publicó un número especial de polémica contra la aventura garibaldina, titulado *La nostra polemica*, episodio de la dolorosa polémica que dividió nuestro campo, pero no el peor.

Iconoclasta, revista quincenal abierta a todos. Se publica en París, hasta julio de 1925, momento en que se fusiona con la *Rivista Internazionale Anarchica* y toma el nombre de *Tempra*. En esa revista se recogieron muchos materiales para la comprensión y el estudio de la famosa cuestión garibaldina y los anarquistas.

Rivista Internazionale Anarchica, revista mensual en tres idiomas, italiano, francés y español de estudio y de documentación anarquista. Interesante por haber representado la primera tentativa de una publicación anarquista en varios idiomas, llevando a los anarquistas de los diversos países el conocimiento del movimiento que se desarrolla en países próximos y lejanos. Se publicó en 72 páginas y a un precio un poco elevado.

Ocho meses después interrumpió la publicación por insuficiencia de medios y para dar vida a tres diferentes publicaciones. *La Revue Anarchiste*, con los camaradas de la Federación anarquista francesa, *La Tempra*, con los camaradas italianos de *Iconoclasta, y Acción*, para los camaradas españoles.

La Tempra, comienza su publicación en julio, con la colaboración de los mejores camaradas del movimiento internacional. Trató de mantener todas las características de la vieja Revista Internacional, de estudio y de documentación.

Il Picconiere, se publica en Marsella dirigido por el compañero Paolo Schicchi y es la continuación directa de las publicaciones hechas por el mismo compañero en Italia: *Vespro Anarchico*, Sicilia, y *Vespro Sociale*, en Túnez; éste último prohibido desde su primer número de prueba. Realiza una activa propaganda antifascista, por cuya razón fué prohibido por las autoridades republicanas francesas después de algunos números. Luego publicó diversos números únicos, dos de los cuales de pura polémica antigaribaldina.

Il Monito, comienza su publicación en los primeros días de octubre en París. Desarrolla una activa propaganda anarquista, además de la lucha antifascista; semanario.

Aparte de esas publicaciones vieron la luz muchos números únicos, muchos de ellos, desgraciadamente, dedicados a mantener y eternizar ásperas polémicas que no tienen más resultado que debilitarse mutuamente en provecho de nuestros enemigos.

Primo Maggio di Guerra di Classe, número único editado por el comité de Emigrazione dell'Unione Sindacale Italiana, el primero de mayo de 1925, París.

La Iena, Gandellone, L'Africa, tres números únicos antifascistas publicados por Paolo Schicchi después de haber sido suprimido su periódico de Marsella por las autoridades francesas.

Polemiche nostre, a propósito de la cuestión garibaldina. Número único publicado en defensa de la tendencia anarco-garibaldina, si así puede llamarse, que un momento, hacia fines de 1924, se manifestó en nuestro movimiento de los refugiados italianos en Francia, tendencia que sostenía la necesidad en el momento particular que atraviesan las fuerzas antifascistas, el movimiento revolucionario en general, de colaborar con otros partidos y grupos para una eventual acción armada contra el fascismo. Pero en ese número único varios artículos, en lugar de discutir ideas y métodos, hicieron polémicas personalistas.

Il Pozzo dei traditori, — *L'Unione dei Padellai*, dos números únicos aparecidos en septiembre contra la tendencia garibaldina. Pero también aquí es terrible la polémica personal dirigida contra los que por una razón u otra no pensaban completamente como el grupo editor.

Otro número único, por lo demás ya mencionado, sobre esa dolorosa polémica, es *La Nostra polemica*.

En Suiza la propaganda anarquista de lengua italiana continuó su marcha gracias a los constantes e infatigables esfuerzos de nuestro camarada Bertoni. Continuó la publicación bilingüe *Il Risveglio-Reveil* en Ginebra, aparte de sus conferencias semanales.

Il Risveglio sale desde hace veinticinco años quincenalmente.

En Inglaterra, la propaganda en idioma italiano, fué siempre escasa, porque nuestro movimiento fué siempre numéricamente pobre allí, pero en estos últimos tiempos vió la luz varios números un periódico antifascista bastante interesante, *Il comento*, y en inglés, redactado por los mismos camaradas de ese periódico, un número único: *Truth and Common sense.*

Después de Italia y Francia es América del norte la que tiene mayor número de publicaciones nuestras, como por ejemplo:

L'Adunata dei Refrattari, que se publica desde hace cuatro años en New York; es uno de los periódicos más difundidos e interesantes de nuestro movimiento italiano en América, leído también en Europa.

Umanitá Nova, Brooklyn, New York, vió la luz solo una docena de números aproximadamente, bastante bien redactado. Tenía tendencias organizadoras. Por falta de medios y por el sabotaje de otros periódicos a esa iniciativa, decía la circular que anunciaba su desaparición, cesó pronto de salir; el primer número es de noviembre de 1924.

Il Martello, no es propiamente un periódico anarquista, pero diversos camaradas nuestros colaboran en él. En este último año se dedicó sobre todo a una activa propaganda antifascista.

Il Proletario, semanario sindicalista de los IWW. Bastante sectario, colaboran en él también elementos anarquistas, y hubo polémicas algo vivaces con los anarquistas, a causa de divergencia de tácticas.

L'Agitazione, Boletín del comité central de defensa de Sacco y Vanzetti. Desgraciadamente este periódico está en su cuarto año de vida, porque desde hace cuatro años la propaganda para arrancar a esos camaradas de las manos de los verdugos, no ha obtenido todavía resultados satisfactorios. Se publica en Boston, sede del comité.

Además dos hojas que en verdad duele colocar en esta lista de actividad y de elaboración de nuestro ideal, porque son de pura polémica personalista odiosa: *Lo Staffile*, publicación del grupo autónomo de Providence, y *La Sferza* de un grupo de compañeros de Westfield.

También la Argentina, en especial en estos últimos tiempos es bastante rica en publicaciones italianas. Tuvo un periódico, *L'Avvenire*, que comenzó a publicarse en 1923 en Buenos Aires.

Il Culmine, revista anarquista mensual abierta a todos los compañeros y a todos los hombres libres que pueden refutar las ideas y argumentos en ella sostenidos. Sale mensualmente desde el mes de agosto.

La Rivolta, periodiquito mensual de propaganda menuda. Comenzó la publicación en diciembre de 1925.

También el diario LA PROTESTA, hizo durante un mes el ensayo de una página italiana.

Este es, a grandes rasgos, el balance de la actividad periodística de los anarquistas italianos en este último año trágico. Actividad que nos enseña, no obstante sus posibles errores y debilidades, la constancia y la fe en la lucha, pero que sobre todo nos abrió nuevos horizontes de estudio y de posibles realizaciones de nuestro ideal. Este aspecto de la prensa anarquista italiana debería ser examinado de otro modo, porque contiene benéficas lecciones.

BIBLIOGRAFIA

"Con el corazón extasiado" — Angel Samblancat — Editorial Bauzá, Barcelona, 1926.—

El autor de "Jesús atado a la columna" ha sabido superarse en su nueva producción, o por lo menos pudo mantenerse en la misma tensión exasperada de su pronunciamiento su abundosa y de su pensamiento apasionado... Y, precisamente, lo más hermoso de este libro — *Con el corazón extasiado* — es el tono general de intensa pasión, pasión al blanco candente. Alguien ha dicho que, al contrario de lo que se cree, la pasión otorga lucidez, clarividencia y hasta posee intuiciones luminosas, puesto que bajo su influjo todos los órganos más nobles del organismo humano alcanzan su más alto grado eufórico.

La marcada característica de la personalidad de Samblancat es el apasionamiento de su sentir. Y este reciente volumen lo certifica; es una narración apasionada de todas las lacerías vivientes del mundo moderno. Y hay pasión, por el decir certero, en el engarce del dicho gráfico, por el adjetivo suntuoso, o por la interjección cambroniana...

Y pasión devoradora por las poliédricas galerías de sus personajes, pringosos o no; y hasta sus situaciones sentimentales y sus ideas se yerguen vibrantes de acre pasión. He ahí sus dos cualidades cardinales: acritud y pasión. Luego todo ello amasado con un ímpetu viril de arcangel rebelde.

Por eso es que Samblancat nos ofrece la ilusión de ver siempre un espectáculo nuevo y superior al pasado, al pretérito, que saboreamos con todos nuestros sentidos. Es la vivacidad de su estilo, pletórico e irisado por la continua ebullición de su vena verbal, que nos da esa sensación.

El libro está compuesto de artículos y cuentos dialogados. Y por esos coloquios se ve transparentando las numerosas lacras sociales, disecadas por un maestro en el manejo de las ideas picudas, analizadoras.

Y así, los perfiles de innumerables tipos populares van surgiendo, acumulándose por la magia del discurso dialogado, rápido y dinámico como el correr de una cinta cinematográfica.

Todo esto está tratado con una frescura y espontaneidad que por su encanto primaveral, colinda con el espíritu poético.

Quizás el reverso de este método impresionista, que asume a la vez la abundancia de una catarata, se halla en que la contemplación prolongada de una catarata como la del Niágara, llega a fatigar al espectador por su monumentalidad y grandilocuencia. Pero inferir un tamaño reproche a la personalidad de Samblancat, sería rebanarlo en su parte orgánica.

Bastaría su actitud de noble insurgencia contra la España negra y riverista, para que esta figura de escritor independiente se agrandara cien codos por arriba de todos los circulillos literarios, sociales y artísticos... En un artista, después de todo, lo que más vale es su fibra moral. — At.

"Unserm Bakunin" (Nuestro Bakunin) Páginas rememorativas, ilustradas para el 50 aniversario de la muerte de Miguel Bakunin, nacido el 30 de mayo de 1814, muerto el 1 de julio de 1876. — Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1926; 56 páginas en 4.o.—

La idea de rememorar de algún modo el 50 aniversario de la muerte de Bakunin, circuló por todos los países y en casi todos se hizo algo, pero sólo nuestros camaradas alemanes han sabido aprovechar esa ocasión para realizar un trabajo serio y documentado, coleccionando en un hermoso folleto algunas páginas de Bakunin y estudios sobre él, amenizándolo todo con ilustraciones muy poco conocidas y, en parte, totalmente inéditas. Casi no se necesita advertir que los materiales fueron coleccionados por Nettlau, el cual escribió un nuevo resumen de la vida y la obra de Bakunin (págs. 4—10). Otro trabajo que se lee con ansiedad es el articulito de Saschin (A. Ross) sobre la "Confesión" de Bakunin. Como se sabe Saschin fué un íntimo del gran revolucionario en los últimos años de su vida y es ya de los pocos sobrevivientes de aquel período.

Algunos de los artículos más importantes de este folleto fueron publicados ya en el Suplemento y otros lo serán aún.

D. A. de S.

AÑO V — BUENOS AIRES, 9 DE AGOSTO DE 1926 — N.o 235

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA... E PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

El aniversario de la muerte de Ricardo Mella

—

La Encuesta de Steubenville, Ohío

—

El 7 de agosto de 1925 dejó de existir en Vigo un hombre del cual, por sus méritos de pensador sereno y profundo, guardan los anarquistas de habla española una grata memoria. Nos referimos a Ricardo Mella.

Muy pocos en nuestro idioma se elevaron en el campo revolucionario a la altura intelectual a que supo elevarse Mella por su esfuerzo tenaz y perseverante. Su obra es todo un monumento de cultura y una fuente inagotable de inspiración y de educación libertarias.

LA PROTESTA, el decano de la prensa anarquista en los países de habla española, ha tenido en Mella uno de sus primeros colaboradores ya en 1897 y 1898. En lo sucesivo, si no sistemáticamente, ha contribuido también más de una vez con su pluma valiosa a enriquecer las páginas de nuestro diario. También se encuentran excelentes estudios suyos en la revista *Ciencia Social* de Buenos Aires, sin contar las publicaciones anarquistas de España desde 1881 hasta 1915.

Está en marcha la iniciativa de recoger en seis volúmenes lo más selecto de la obra escrita de Ricardo Mella; el primero de esos tomos apareció ya: *Ideario*, Gijón, 1926. Si un día se llegase a culminar ese proyecto, veríamos a Mella en toda su grandeza intelectual de pensador y de removedor de ideas.

Para rememorar la primera fecha del aniversario de su muerte, hemos resuelto dar en este número del SUPLEMENTO algunos trabajos que habíamos recogido en ocasión de su muerte. No significa idolatría alguna el conservarle gratitud y el guardar su memoria por lo mucho que ha contribuido a esclarecer y ampliar los postulados del anarquismo.

* * *

Comenzamos también hoy a dar salida a las respuestas recibidas a iniciativa del grupo *Los Iconoclastas* de Steubenville, Ohío. El artículo del viejo camarada Palmiro de Lidia representa una opinión sólida y digna de ser tenida en cuenta, lo mismo que las que habrán de seguirle, de camaradas del país y del extranjero. A la encuesta corresponde también el dibujo de Fermín Sagristá, que intercalamos en este número.

Nos parece que en este período de atomizamiento del esfuerzo revolucionario, todas las iniciativas tendientes a mancomunar voluntades y a poner en el platillo de la balanza de la opinión los diversos valores e inquietudes de los camaradas más capacitados para opinar sobre nuestros problemas, es merecedor de estímulo y de apoyo.

En ese sentido nos complacemos en ofrecer las páginas del SUPLEMENTO a los camaradas que quieran dar su parecer sobre los puntos planteados.

PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE RICARDO MELLA

PEDRO SIERRA

Algunos apuntes para contribuir al estudio de su vida y su obra

El 7 de agosto de 1925 dejó de existir en Vigo Ricardo Mella, el escritor de más valía que tuvo el movimiento anarquista español.

Aunque apartado voluntariamente de la lucha desde hacía más de dos lustros, ¿quién de entre los que continúan fieles podrá ser tan mezquino de sentimientos para no llorar sinceramente la muerte del gran pensador, del que con su pluma formó legiones de militantes y convencidos en cerca de cuarenta años de apostolado ejemplar? Además, no hay que olvidar que Mella continuó siendo, hasta el morir, lo que antes había sido: un hombre libre. Y luego, que su labor de propagandista, tan enorme y brillante, aún es y será aprovechada para nutrir las páginas de las publicaciones de la causa y atraer a ella nuevos adeptos...



1861 — 1925

Pero Ricardo Mella no es sólo acreedor a nuestro duelo por lo que valía intelectualmente y por la obra que hizo con todo desinterés. También lo es por su vida misma, casi consagrada al ideal y siempre sencilla y digna, aun ocupando puestos de cierto relieve como el que ocupaba al morir, de Director de la Compañía de Tranvías de Vigo.

Nació Mella en esta ciudad de Galicia en Septiembre de 1861. "Niño aun, según confesión propia de él, (1) en el agitado período del 73, mi buen padre, federal *curagé*, dábame a leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo". Caída la República, vino una época — datos que tomamos de un diario de Vigo — "en que la juventud viguesa sentía con calor y entusiasmo los ideales de libertad y de progreso y se consagraba a su propaganda y defensa aun a costa de no pocos sacrificios. De un florido plantel de esa juventud, fué Mella la figura más saliente, aunque por su modestia y sus vicisitudes no alcanzó todo el relieve que merecía y al que sin duda alguna estaba llamado".

"En Vigo — seguimos copiando del mismo diario — escribió Mella en no pocos periódicos, fundó algunos y dirigió otros. Merece citarse especialmente entre ellos *La Propaganda*, semanario defensor de la clase obrera, que fundó en compañía de tres amigos, como él republicanos federales, y en el que inició Mella los avances que no tardaron en llevarle más allá de las fronteras ideológicas de este partido".

"Otro periódico que entre nosotros dirigió Mella fué *La Verdad*, bisemanario, que no había sido fundado por él, pero que pasó a sus manos. Por una noticia publicada en él, que había sido tomada de otro periódico y que aludía a Elduayen, se promovió una querella que terminó con una sentencia de destierro".

Mella se fué entonces a vivir a Madrid. En contacto con Serrano Oteiza, director de *La Revista Social* y padre de la que después había de ser la buena compañera de Mella durante el resto de su vida, completó la ya iniciada evolución hasta el anarquismo. El mismo nos informa de este paso importante de su vida en el número 102 de *La Revista Blanca*, de 15 de Septiembre de 1902, respondiendo a una consulta que le había hecho esta publicación acerca de los autores que más habían influído en la formación de su pensamiento.

Decía así Mella:

"Era federal a los veintiún años; *La Revista Social* me decidió por el anarquismo, y el 82 fuí a Sevilla — al Congreso de la Federación Regional Española — como tal. Proudhon influyó entonces grandemente sobre mis ideas. Más tarde Spencer. Conservo siempre cariño a los escritos de Pi y Margall. Actualmente leo lo que puedo y estudio, de modo que no acertaría a determinar una influencia dada".

En *La Revista Social* dióse pronto a conocer Mella como escritor de raras cualidades. En aquel mozo de poco más de veinte años apuntaba ya el publicista, el pensador profundo y elegante que más tarde habían de admirar todos cuantos le conocían.

Acudió Mella con dos trabajos al Primer Certamen Socialista que se celebró en Reus el 14 de julio de 1885, y ambos fueron premiados. Se titulaba uno "El problema de la emigración en Galicia", estudio muy extenso y documentadísimo acerca de esta cuestión; el otro, "Diferencia entre el comunismo y el colectivismo", tema que preocupaba grandemente a los anarquistas de aquella época. Estos trabajos, y los demás que obtuvieron igual distinción en el Certamen, fueron publicados en un libro, en seguida agotado. Ahora lo reeditaba *Revista Nueva*, de Barcelona, que recientemente dejó de ver la luz.

Escribió luego Mella en la revista *Acracia*, de Barcelona, y en el periódico *El Productor*, algún tiempo diario, también de la Ciudad Condal.

Convocado en esta misma ciudad, para tener efecto el 10 de Noviembre de 1889, un nuevo Certamen Socialista — el que se conoce con el nombre de Segundo, que es el mejor intelectualmente, de todos los celebrados — a él acudió Mella con distintos trabajos, a cual más meritorio. Son, por orden de publicación: "La Anarquía: su pasado, su presente y su porvenir", "Breves apuntes sobre las pasiones humanas" (2), "La Nueva Utopía" (novela imaginaria). "El colectivismo: sus fundamentos científicos", "Organización, Agitación, Revolución", y, por último "El Crimen de Chicago" (3). Estos trabajos, todos premiados, juntos con los

demás de otro autores que obtuvieron la misma distinción, se editaron en libro, habiéndose agotado la primera y segunda edición.

A partir de este Certamen, Mella brilló ya en el campo social como figura de primera magnitud. El mismo Pi y Margall fué sorprendido por la profundidad de pensamiento que encerraban los trabajos premiados de Mella y por la elegancia de estilo con que exponía sus ideas. Así, la colaboración de Ricardo Mella comenzó a ser solicitadísima por publicaciones numerosas de España y del Extranjero.

Mella no vivía de su pluma, como vivían y viven otros muchos con menos valer que él; tenía que ganar el sustento suyo y de la familia, que acababa de crear, con su profesión de tipógrafo. Pero, no obstante, atendía a todas las peticiones de colaboración que se le hacían, porque su pluma era fácil, poseía abundantes ideas en su cerebro y estaba, en el período de 1890 a 1900, animado de una fuerza de pasión revolucionaria que necesitaba manifestar del modo para él más factible: en el periódico y en la revista, en el folleto y en el libro.

En esta década de años colaboró asiduamente en los periódicos *La Anarquía* y *El Desportar*, de Nueva York; en las revistas *Ciencia Social*, de Barcelona y Buenos Aires (1895-96 y 1897-900, respectivamente); en *La Questione Sociale*, también de la capital argentina (1894-96) y en *L'Humanité Nouvelle*, que dirigía A. Hamon, en París.

De esta época es su famoso libro *Lombroso y los Anarquistas* (Barcelona, 1896), en el que refuta las teorías antropológicas de aquel escritor italiano, y sus folletos "Los sucesos de Jerez" (Barcelona, 1892), "La barbarie gubernamental en España" (Brooklyn, 1897) y "La ley del número" (Vigo, 1899).

En Septiembre de 1900 representando a varios grupos libertarios, asistió al Congreso Revolucionario Internacional de París, presentando su hermosa Memoria "La cooperación libre y los sistemas de comunidad", donde fija, puede decirse que difinitivamente, su criterio sobre la base económica de la sociedad del porvenir. De este mismo año son sus folletos "Del amor: modo de acción y finalidad social", editado en Buenos Aires por la Biblioteca "Geopolita", y "Táctica Socialista", imprenta del *Progreso*, Madrid.

"La coacción moral", uno de sus más bellos trabajos de pensador y de artista del lenguaje, es de 1901. Agotada la primera edición, se reeditó más tarde en el tomo "Cuestiones sociales".

Durante los primeros años del siglo actual colaboró algo en distintas publicaciones: *La Revista Blanca* y *Tierra y Libertad*, de Madrid; *Juventud*, de Valencia; más asiduamente, en *Natura*, magnífica revista que salió en Barcelona en 1903-1905. En la colección de esta revista, con hermosos artículos que aun sigue reproduciendo la prensa libertaria mundial, figura también el texto de una conferencia que explicó Mella en el Instituto de Jovellanos de Gijón, el 2 de Abril de 1903, acerca de "Las grandes obras de la civilización", conferencia que más tarde, en 1915, apareció en folleto editado por la Biblioteca "Cultura Obrera", de Jerez.

Desaparecida *Natura* y habiendo surgido por entonces grandes divisiones entre los anarquistas españoles, Ricardo Mella, que por temperamento y educación estaba siempre por encima de pequeñeces de capilla y de bajas pasiones, decidió recluirse en el silencio, estudiar más, meditar, pensar más en los suyos. Que yo sepa, en estos años de depresión moral sólo escribió algún que otro trabajo para la revista *Il Pensiero*, de Roma, y *LA PROTESTA*, de Buenos Aires.

Se reanimó de nuevo su pasión por el ideal después de los sucesos de Julio de 1909 en Cataluña. Aquella rebelión y los hechos posteriores le habían galvanizado. Pero, aunque colaboraba algo en el diario madrileño *El País*, tenía necesidad de una tribuna periodística más propia y que no guardase relación con el pasado, causa de su silencio en España. Expuso su objeto a buenos amigos de distintas poblaciones, y habiendo recibido la ayuda necesaria para los primeros números de un periódico, pronto vió la luz *Acción Libertaria*.

En este semanario (Gijón-Vigo, 1910 al 11), en el que le sucedió *El Libertario*, Gijón, 1912-13, y en *Acción Libertaria*, segunda época, Madrid, 1913-14 está sin duda, lo mejor que Ricardo Mella produjo con su pluma; lo creía él también así, según cartas suyas que conservo. Los anteriores años de apartamiento de las lides periodísticas, consagrados al estudio y a la reflexión, habían elevado sobremanera el pensamiento de Mella. Estaba entonces en la edad en que las inteligencias superiores se hacen completamente maduras. Su estilo, siempre tan claro y galano, había también ganado en riqueza de expresión, como si para Mella no tuviese ya secretos el idioma. Ahí están, para atestiguarlo, sus soberbios artículos de esos años: "Los cotos cerrados", "La gran mentira", "Diálogo acerca del escepticismo", "Los grandes resortes", "Más allá del ideal", "Las viejas rutinas" y mil más, pues Mella, fecundo como nunca, escribía en ese período con verdadera prodigalidad, firmando con su nombre, con dos iniciales, con una sola, con sus seudónimos: Raul, Mario, Dr. Alen, sin firmar también. En esas publicaciones cultivó Mella todos los géneros posibles del periodismo de ideas: el artículo de fondo, consagrado generalmente al comentario de la actualidad política y social; la exposición de teorías, siempre original y sugerente; la réplica apabullante al adversario; ensayos libertarios, educativos y llenos de emoción, de calor; la crítica de libros... Pero, todo, escrito de modo superior, sin una nota de mal gusto, porque Mella era un aristócrata de la inteligencia. Muchos de estos trabajos, que habían de ser los últimos de él, dejan en el ánimo esa impresión de serenidad que solo saben provocar los escritores de selección...

Después no escribió más para el público, no obstante lo mucho que se le solicitó, sobre todo durante la guerra mundial, para conocer su opinión valiosa acerca de tan extraordinario problema. Alimentaba yo la esperanza de que no se iría Mella de la vida sin dejar alguna obra definitiva, recordando siempre dos detalles: uno, que en 1911 me había dicho que pensaba refutar, en un libro, las teorías de Le Dantec sobre el egoísmo y el ateísmo, que le habían inquietado, como se ve apuntar al final del hermoso prólogo que Mella puso a "La ciencia moderna y el anarquismo" de Kropotkin, que tradujo por encargo de Sempere, cuyo prólogo tiene tantas ideas y sabrosidad como el mismo libro que lo inspira; otro que años más tarde, en carta que guardo todavía, me comunicó también que no quería morir sin haber antes escrito una obra que llamaría acaso "Libro del incrédulo". Desgraciadamente para los que le admirábamos y para su mayor gloria al mismo tiempo, ninguno de esos propósitos llevó a cabo. La familia de Mella me informa que no quedó inédito el menor escrito de él.

En los últimos años de su vida, aun sin dejar de ser profundamente libertario, había evolucionado Mella hacia una comprensión de las ideas por encima de todos los dogmas, una suerte de escepticismo filosófico con gran fondo idealista. Terminaba así Mella, lógicamente, de recorrer el camino que apuntaba seguir con su ruidoso artículo "La bancarrota de las creencias", que apareció en el número 107 de *La Revista Blanca*, Madrid, 1 diciembre 1902, ruta que años después emprendió resueltamente en "Diálogo acerca del escepticismo", "Los cotos cerrados", "Mas allá del ideal", etc. Se había curado ya del infantilismo revolucionario que en su juventud estaba mezclado con su obra de pensador. Formar conciencias independientes, emancipadas, he aquí lo que parecía esencial para él. Mella no era nietzscheano; sé que no podía leer al filósofo de Roecken porque encontraba su estilo indigesto y crueles, de "casta", sus teorías; pero ¡qué coincidencia para mí entre el espíritu de los trabajos con que Mella terminaba su vida de publicista y el que Zarathustra quería dejar a sus discípulos al despedirse de ellos... Quizá en su soñado "Libro del incrédulo" pensó Mella tratar de tan interesantes cuestiones. ¿Y quién mejor que él, iconoclasta, enemigo encarnizado de las tiranías sobre el cuerpo y el espíritu, para hacer un a modo de Evangelio del hombre libre?

Tales son los rasgos más salientes, a mi entender, de la fuerte figura intelectual de Mella, claro que muy someramente trazados. Examinar su vida y su obra con mayor detenimiento, nos llevaría más lejos de lo que requiere un trabajo como el presente, dado lo que representaba Mella dentro de la ideología anarquista. Porque los que quieran conocer a fondo estas doctrinas habrán de estudiar la forma original en que las interpretaba Mella, principalmente en lo que se refiere al concepto que tenía de los límites de la libertad individual, que le llevó a defender durante muchos años el colectivismo por oposición al comunismo, guardando en esto gran afinidad con Tucker. Pues éste y los demás aspectos de la personalidad de Mella deben ser destacados en un trabajo más detenido y completo, que no dudo se hará.

Pero antes sería preciso recoger y editar ordenadamente su obra de publicista que conserva valor de perennidad, que no es corta. Esta obra, rica en ideas y contenido, varía en los temas, escrita con pluma de artífice, está por ahí dispersa en periódicos y revistas que hoy se consiguen mal, o en folletos casi agotados ya. Para los que fuimos amigos, admiradores o discípulos del muerto, ¿no es un deber publicar unos tomos que contengan toda su brillante labor?

Sería el mejor homenaje que podríamos hacer a Mella, sin profanar así nada su espíritu iconoclasta.

---

(1) *"La muerte de Pi y Margall*, núm. 84 *de la* "Revista Blanca", *Madrid* 15 *diciembre* 1901.

(2) *Reeditado por Sempere en el libro de Mella "Cuestiones sociales", Valencia* 1912.

(3) *Figura igualmente en "Cuestiones sociales"*.

D. A. DE SANTILLAN

En torno a Mella

En la hermosa exposición anarquista que constituye la refutación de las insanías de Lombroso por Ricardo Mella (pág. 111, edición LA PROTESTA) encontramos este pasaje:

"Somos hombres de ideas, que amamos fuertemente aquello que se nos ofrece con los caracteres de una verdad irreductible, que abrigamos la creencia en un mundo mejor, y, si alguna vez flaquea nuestro cuerpo maltratado, no flaqueará nuestro cerebro en la convicción de una idea por la cual luchamos a brazo partido con una sociedad saturada de preocupaciones, egoísmos e inmoralidades"...

¿Quién no ha pensado en el ejemplo de la vida de Mella al releer ese pasaje escrito hace casi treinta años, cuando el autor estaba aún en la plenitud de su actividad intelectual? Parece que ya entonces hubiera tenido el presentimiento de que su cuerpo flaquearía, pero que, sin embargo, su espíritu continuaría firme en las ideas de su vida. Y se entiende, un hombre como él, simple obrero estudioso que llegó, por su propio esfuerzo y por su tenacidad, a rendir examen de ingeniero, sin abandonar, por eso, su función insustituible en la propaganda durante los períodos más agitados y más peligrosos del anarquismo español, ha tenido que ir dejando en el camino penoso jirones de su existencia.

El cuerpo de Mella flaqueó antes de llegar al fin de su vida de trabajo. Pero ha dado al anarquismo casi 35 años de su pensamiento privilegiado. Ultimamente, los últimos diez años, se sintió débil para continuar en la brega, pero no hizo la menor concesión en el terreno de sus convicciones ideológicas. Murió fiel a la anarquía, que contribuyó, honrosamente, a propagar y a esclarecer.

Sin embargo, hemos tenido en la mano una posibilidad de hacerle volver a la lucha. Desgraciadamente las cosas siguieron otro curso, haciéndonos perder una última ocasión para escuchar la palabra autorizada de ese hombre modesto y laborioso. Hemos considerado siempre a Mella como un valor intelectual digno de figurar entre los mejores escritores del anarquismo. No sólo por España misma, sino por todos los países de lengua castellana, anhelábamos que la pluma de Mella volviera a cooperar en la propaganda escrita. Era, para nosotros, una tragedia ver la pobreza de pensamiento de la generación actual de los militantes y de los propagandistas.

A principios de 1922 visitamos a Mella en su domicilio de Vigo. La editorial LA PROTESTA había deseado hacer conocer lo antes posible a los lectores de habla española, la *Etica* de Kropotkin. Habiendo llegado a nuestros oídos que se haría de inmediato una edición inglesa propusimos a Mella que se encargara de la traducción y que escribiera un prólogo como aquel famoso prólogo de *La Ciencia Moderna y la Anarquía*. Mella se había mostrado completamente decidido a no volver a tomar parte en la propaganda cotidiana; nos dijo que éramos los jóvenes los que debíamos ocupar su puesto, que él era viejo; nos dijo su edad, — por cierto más elevada de lo que habíamos imaginado y de lo que se hubiera deducido al verle aún, en apariencia, tan ágil y tan móvil. Exteriormente aparentaba unos 50 años, pero había pasado ya de los 60. Recordamos que, hablando de la revolución rusa, nos dijo que se había desinteresado del estudio de esa cuestión y que ya no se contaba con fuerzas para escribir al respecto. En una palabra, a pesar de nuestra insistencia, quedó firme en su negativa, pero entrevimos que esa firmeza se quebrantaría si hallábamos el modo de interesarlo en una labor cualquiera del movimiento. Para la traducción de la *Etica* no puso reparo alguno, prometiendo igualmente escribir el prólogo solicitado; creemos haber sacado la impresión de que ese trabajo lo haría con íntima satisfacción. Al despedirnos, después de haber convenido los primeros detalles de esa traducción del inglés, como lamentáramos su aislamiento y su negativa a tomar parte en nuestras cosas, nos dijo con un tono de camaradería y de aliento que no hemos olvidado: Comenzaré por la traducción de la *Etica* y veremos más tarde si se presenta la ocasión para cooperar en nuestra prensa. Hemos salido de la casa de Mella con una cierta esperanza de que volveríamos a recibir el apoyo precioso de su talento en la propaganda escrita. Y, durante algún tiempo, nos hemos hecho toda suerte de ilusiones. Por desgracia la traducción inglesa de la *Etica* no estaba a la altura que habíamos supuesto y hubo que desistir del proyecto primitivo. He ahí cómo nos hemos privado del concurso de los últimos años de la vida de Ricardo Mella.

Se dice que toda la prensa gallega dedicó sentidas notas necrológicas a la memoria de Ricardo Mella en ocasión de su muerte y que su sepelio dió motivo a un paro general del trabajo en Vigo. Galicia no podrá nunca desconocer lo que ese hombre ha significado, en general, y, particularmente, para la región. El fenómeno gallego de la emigración ha llamado la atención de cuantos tuvieron la oportunidad de conocerlo. Es toda una tragedia que hirió el corazón de Mella desde su juventud. Uno de sus primeros trabajos literarios se titula *El problema de la emigración en Galicia*, que data de 1885, si no nos equivocamos; el jurado lo rechazó por el radicalismo de sus conclusiones. Entonces lo presentó al primer Certamen socialista de Reus, que premió e hizo publicar esa hermosa memoria. Tal vez hoy no produjeran en los gallegos tanto asombro los puntos de vista de Mella, reveladores de su talento. La emigración gallega continúa siendo una tragedia dolorosa y son las mismas causas que anatematizaba Mella en 1885 las que la producen.

Reseñando la aparición de ese escrito, decía la revista *Acracia* de Barcelona en junio de 1886: "Si no conociéramos ya la competencia de nuestro amigo Mella en cuestiones sociales, el examen de la memoria que nos ocupa bastaría a demostrarlo"...

He aquí como insiste sobre el mismo tema en la refutación del libelo de Lombroso contra los anarquistas:

..."En Galicia, donde casi todo el mundo es propietario, la miseria es el estado latente de todos los días, porque nadie tiene

los elementos más indispensables para vivir. La población gallega vese forzada a emigrar continuamente, cubierta de harapos, sucia y hambrienta. Los grandes transatlánticos conducen a los gallegos al otro lado del océano en verdaderos montones de esclavos, y los trenes de Castilla arrastran vagones destinados exclusivamente a los segadores de la tierra galaica a quienes se embarca conduciéndolos como a rebaño de borregos! ¡Cuántas veces ha subido a nuestro rostro la indignación al contemplar, en los andenes de la estación del Norte de Madrid, el espectáculo de esas conducciones innobles!"...

No hay duda que Ricardo Mella ha sufrido realmente ante ese espectáculo y quedaría por saber la parte que ha tenido el problema de la emigración gallega en el despertar de su espíritu a las ideas libertarias.

Los camaradas que se ocupan de la propaganda en Galicia harían bien en releer las sugestiones y los estudios de Mella sobre el problema de la emigración. Casi estamos por asegurar que podría elaborarse el programa de propaganda y de organización más apropiado a esa región de España siguiendo el pensamiento de Mella. Zona eminentemente agrícola y en donde la miseria es tan extrema, si hasta ahora su población agraria no integró las filas de la revolución social ¿no será porque no hemos sabido llegar con nuestras ideas a su cerebro y a su corazón?

Intelectualmente, Mella ocupa una posición propia en el anarquismo. No ha estado nunca completamente de acuerdo con el comunismo de Kropotkin. Ni lo estuvo él, ni lo estuvo Tárrida del Mármol, ni lo estuvo siquiera Anselmo Lorenzo. No hace mucho aun el camarada Urales reclamaba la paternidad de la teoría del *Anarquismo sin adjetivos*, atribuída por Max Nettlau a Tárrida del Mármol. Y si ahondáramos la cuestión, llegaríamos tal vez a demostrar que en los países españoles, donde casi todos los anarquistas nos decimos comunistas anarquistas, el comunismo no es interpretado como un sistema económico fijo, sino como una expresión de la vida y de las relaciones económicas libres, que coincidirá o no con las previsiones kropotkinianas, pero que no será un fruto de un programa previamente establecido.

No hay dogma económico, así advertía Anselmo Lorenzo hacia 1886, no debe haberlo. Para nosotros si un dogma hay es el de la libertad, o sea la negación de todos los dogmas. Esta posición tan brillantemente defendida por Mella ha dejado sus rastros en todo el anarquismo de los países españoles, que sin embargo proclaman el comunismo anárquico casi unánimemente. Pero simultáneamente sostienen con Mella que "la organización futura, la organización anarquista, no será un producto forzado de un plan preconcebido, sino una resultante de los acuerdos parciales de los individuos y de los grupos, según las circunstancias y la capacidad del pueblo en el momento".

Que nuestros camaradas vuelvan a leer el prólogo de Mella a su traducción española de *La Ciencia Moderna y la Anarquía* de Kropotkin, que vuelvan a leer la Memoria presentada al congreso internacional anarquista de París en 1900 (reproducida en casi toda la prensa anarquista y últimamente en el SUPLEMENTO, año II, N.o 95), que se estudien los numerosos artículos publicados por Mella en diversos periódicos y reproducidos luego en folletos. Su posición puramente anarquista es clara, convincente y nos demuestra a nosotros mismos que estamos más cerca de compartir sus ideas que de aceptar dogma alguno en el terreno de la economía.

MAX NETTLAU

Ricardo Mella y el anarquismo sin adjetivo (1900)

Los camaradas de lengua no española han conocido muy poco a Ricardo Mella, pues casi ninguno de sus escritos ha sido traducido. Eso es tanto más de lamentar cuanto que, aparte de lo que escribió sobre las cosas de España y otras que ignoro necesariamente, era de esos raros autores que tenían ideas originales que habría sido necesario conocer internacionalmente y lanzar en el surco de la discusión entre todos nosotros. Es ya demasiado tarde para que él pueda tomar parte en un cambio de opiniones promovido así, pero no es tarde para hacer posible, en fin, un tal examen de su obra, primeramente por una edición en volúmenes de sus escritos esparcidos en español, que podría ser seguida por una selección bien escogida en otras lenguas que, dejando a un lado la parte local y puramente propagandista, haría más accesible la parte verdaderamente original de su obra.

En otros tiempos he podido ver los siguientes escritos suyos que, sin embargo, no puedo reunir en este momento: en el Certamen socialista de 1885 (Reus): *El problema de la emigración en Galicia*, y en folleto también, de 70 páginas; en el segundo Certamen (Barcelona, 1890): *La anarquía; Breves apuntes sobre las pasiones humanas; La nueva utopía; El colectivismo, sus fundamentos científicos; Organización, agitación, revolución; El crimen de Chicago. Organización...* existe en folleto (Montevideo, *El Obrero*, año 1904); *L'Anarchia nella scienza e nell' evoluzione* (Prato, *La Plebe*, 1892, 32 páginas) es una traducción italiana del ensayo del Certamen.

Sinopsis social. La anarquía, la federación y el colectivismo (Sevilla, 1891, 17 páginas), sacado de *La Solidaridad* (Sevilla), 1 de octubre al 18 de noviembre, 1888; se encuentran allí también los *Episodios de la miseria. El hambre*, 19 de agosto de 1883 y siguientes.

Entre anarquistas. Diálogos, en *La Anarquía* (Madrid) en 1891.

Evolución y revolución. Discurso pronunciado en el Círculo Federal de Vigo (Sabadell, 1892).

La Coacción moral en *El Despertar* (Brooklyn), 15 de julio de 1893 y siguientes.

Lombroso y los anarquistas. Refutación (Barcelona, *Ciencia Social*, 1896, en marzo, 120 págs.); traducción italiana en *L'Avvenire* (Buenos Aires), 12 de julio de 1896 y siguientes.

La barbarie gubernamental en España, 1897, que lleva como lugar de impresión Imp. *El Despertar*, Brooklyn-New York, colección documentada sobre las torturas del Montjuich, libro de 204 páginas; es un trabajo de colaboración firmado R. M. (Mella) y J. P.

Le socialisme en Espagne, en la revista *L'Humanité nouvelle* (París), N.° 5, págs. 521 a 535.

La ley del número (Vigo, 1899, 59 páginas).

Táctica socialista (Madrid, Imp. de El Progreso, 1900, 54 págs.).

La cooperation libre et les systémes de communauté, informe presentado al congreso anarquista internacional que debía celebrarse en París en septiembre de 1900, publicado en el *Supplement litteraire des Temps Nouveaux*, París, en esa época.

La bancarrota de las creencias. El anarquismo naciente (Valencia 1903, 24 páginas; Biblioteca *El Corsario*, I).

Sindicalismo y anarquismo, forma las páginas 27 a 31 del folleto *Sindicalismo y socialismo* (conferencia de José Prat, 5 de junio de 1909, folleto de 32 páginas, aparecido en La Coruña en septiembre de 1912).

Una colección: *Cuestiones sociales*, por R. Mella (Valencia, F. Sempere y Cía., sin fecha, en 1912) contiene: *La coacción moral, La ley del número, Breves apuntes sobre las pasiones humanas, La bancarrota de las creencias y La tragedia de Chicago.*

Sin duda sus camaradas españoles nos informarán pronto sobre su colaboración en los periódicos. La *Revista Blanca* del 1.° de septiembre de 1925 menciona: *Diferencias entre el comunismo y el colectivismo* en el primer Certamen (1885) y los folletos *Del amor* y *La Mujer*, que no conozco; reimprime *El principio de la recompensa y la ley de las necesidades* de *Ciencia social*, revista que apareció desde octubre de 1895 a mayo de 1896 en Barcelona, 256 págs. en 8°. Según la misma fuente Mella fundó *La Solidaridad* en Sevilla; fué un periódico del que aparecieron desde el 19 de agosto de 1888 al 10 de noviembre de 1889, 58 números ¿sino 59 hasta el 17 de noviembre? Porque *La Alarma*, que continuó ese periódico publica su segundo número el 28 de noviembre y aparecía aún el 7 de marzo de 1890. Habría publicado primeramente *La Propaganda* en Vigo en 1882. De ese periódico de 1881 a fin de marzo de 1883 aparecieron 75 números; no lo conozco.

El congreso proyectado en París fué impedido, pero un cierto número de delegados se reunieron varias veces en conferencia privada en diversos lugares de los alrededores de París. Yo llegué a París algunas semanas después, en octubre, y lamenté mucho haber perdido la ocasión de conocer personalmente a Mella, de quien conocía los escritos. Víctor Dave, que había asistido a esas conferencias, interrogado por mí sobre Mella, me dijo que éste, sea porque comprendiese mal el francés, sea porque el detalle de las discusiones no le interesaba, fué de los delegados que no abrió la boca, que no dijo una palabra. Es literalmente el solo detalle personal que supe sobre ese hombre que ha debido ser modesto y retirado, salvo que todos los viejos camaradas españoles que he conocido, Tárrida del Mármol y L. Portet, etc., hablaban de él con gran respeto y simpatía.

El informe de Mella al congreso proyectado de 1900 tocaba un asunto que me interesaba mucho entonces, lo mismo que hoy, y compuse entonces un manuscrito abordando el mismo problema que sometí a varios camaradas; reuní también opiniones semejantes expresadas por otros, y es así como hice los siguientes extractos del informe de Mella, que se erige contra las tendencias a canalizar las ideas anarquistas, a imprimirles una forma única dogmática y sistemática, — "porque — observa — por educación tendemos a dogmatizar y cada uno, desde hoy, trata de sistematizar la sociedad futura, descuidando un poco la idea anarquista misma.

"No es a mí parecer razonable tal disparidad de opiniones por preferencias hacia determinados sistemas"... "Es muy sencillo hacer comprender a las gentes menos cultas que las cosas se harán de tal y tal modo en lo porvenir, pero equivale simplemente a remachar su educación autoritaria y a hacerles creer que se hará así y no de otra manera"...

"Necesitamos, por el contrario, llevar a los cerebros la idea de que todo habrá de hacerse conforme a la voluntad de los asociados en cada momento y en cada lugar; necesitamos hacer que se comprenda lo más posible la necesidad de dejar a los hombres en completa independencia de acción; y no es, ciertamente, atiborrando las inteligencias de planes previos como se las educará en los principios anarquistas"...

"¿Será necesario, a pesar de nuestras afirmaciones, genuinamente socialistas, sistematizar la vida general en plena anarquía? ¿Será necesario decidirse, desde ahora, por un sistema especial de práctica comunista? ¿Será necesario trabajar por la implantación de un método exclusivo? Si así fuera, eso equivaldría a justificar la existencia de tantos partidos anarquistas como ideas económicas hay que dividen nuestras opiniones"...

..."Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre el individuo y libre el grupo, nada puede obligarles a adoptar tal o cuál sistema de convivencia social. Nada será asimismo bastante poderoso para determinar una dirección uniforme en la producción y distribución de la riqueza"...

..."¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista o colectivista?

"La sola enunciación de estas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribaría el más leve soplo del porvenir cercano"...

"Podremos, entonces, decir al pueblo: "haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el empleo de la riqueza como creas más conveniente; organiza la vida de la libertad como sepas y puedas". Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia del clima, de la raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y, también, a la larga la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos, por la experiencia, al menos, una parte de lo que no podríamos obtener, ciertamente, con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles"...

"En una sociedad como la que preconizamos, la diferente naturaleza de los trabajos obligará, en unos casos, a turnar en la ejecución de ciertas tareas, obligará, en otras, al voluntariado. Ya será necesario que un grupo se ocupe permanentemente de tales labores; ya que tales obras se ejecuten, alternando, por varias agrupaciones. Aquí, la distribución podrá seguir el procedimiento comunista, que la abandona a las necesidades, mejor dicho, a la voluntad de los individuos; allí, será preciso resolverla voluntariamente a una regla cualquiera, como el racionamiento o algo semejante. ¿Quién podrá pretenderse capaz de abarcar el conjunto de la vida futura?"

..."Lo que yo trato de demostrar es la contradicción en que se cae cuando al término anarquía se asocia un sistema cerrado, inverificable, uniforme, sujeto a reglas predeterminadas."

..."Nuestras luchas se derivan, precisamente, de esa asociación de ciertas ideas a ciertos términos donde el exclusivismo se afirma y cuando la propaganda se deja



invadir por los particularismos de escuela, el resultado es fatal, porque, en lugar de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A o fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea"...

Ricardo Mella demuestra luego, con ayuda de la experiencia del pasado y del presente, la imposibilidad del predominio exclusivo de un sistema uniforme.

..."¿Cómo se quiere que un sistema haya podido o pueda predominar? Los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno, pero las experiencias prácticas varían sensiblemente y se alejan del punto de partida"... En los hechos, no hay un comunismo semejante a otro comunismo. En todas partes se hacen concesiones al individualismo, pero en grados muy diversos. La reglamentación en la vida oscila desde el libre acuerdo al despotismo más repugnante. De las comunidades libres de los esquimales al comunismo autoritario del antiguo imperio peruano, la distancia es enorme"...

..."De la misma manera el régimen individualista en muchos casos se encuentra en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho"... No obstante el empeño de unificación de los legisladores, del poder absorbente unitarista, del Estado, las leyes son un verdadero maremagnum y los usos y costumbres en la industria, el comercio y la agricultura son tan opuestos que lo que es tenido por equitativo en un lugar es tenido por injusto en otro"...

"¿Será necesario hacer consignar que ningún Estado llamado civilizado es totalmente individualista? No obstante el derecho al uso y abuso de las cosas el poder público invade cada día más el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad pública se establece la expropiación, recayendo, de nuevo, en el principio comunista del derecho eminente de la colectividad".

"Por otra parte, una porción considerable de la riqueza es de uso común en los países civilizados y un gran número de instituciones comunistas existen que viven en medio del individualismo moderno"...

He aquí, en fin, las conclusiones de Mella:

"De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general, el de la posesión común o colectiva (los dos términos son para mí equivalentes) de la riqueza, y que, precisamente, ese principio se traducirá en métodos diversos de producción, de distribución y de consumo, métodos, todos, de cooperación libre".

"Esa misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan querido. Y ahora puedo agregar que la diversidad de las experiencias individualistas y comunistas contenidas en el pasado y en el presente, no es más que la consecuencia obligada del principio de libertad que sobrevive en la especie humana, a despecho de todas las coacciones. El individuo, lo mismo que el grupo, tiende siempre a regular su existencia, a regirse según sus opiniones, sus gustos y sus necesidades. Y aun cuando es reducido a un sistema impuesto, liberta su existencia en medio mismo de ese sistema no conformándolo a él y elaborándolo todo lo posible según los gustos, las necesidades y las opiniones en cuestión. Así fué en otro tiempo, lo es hoy y lo será mañana, pensamos"...

"Las luchas del exclusivismo doctrinal languidecen actualmente; mi deseo es haber contribuído a que desaparezcan por completo".

"La afirmación del método de cooperación libre es genuinamente anarquista y enseñará a los que a nosotros vengan que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de libertad, sino la libertad en acción".

Habrá camaradas para quienes esas ideas de Mella — que habría sido preciso citar por entero — parecerán completamente naturales. Tanto mejor, diré yo; esos camaradas poseen la misma mentalidad que Mella. Pero reconocerán que Mella no construyó un espantajo para darse el placer de abatirlo, sino que, por desgracia, ese unitarismo estrecho y fanático en ideas ha existido y existe aún, en un grado atenuado, esperémoslo.

La expansión de la idea anarquista en esas formas, difundidas por una propaganda tan asidua en la hora actual, como hace veinticinco años cuando escribió Mella, es muy reciente. La idea de la más amplia libertad se desarrolló en muchos pensadores en el curso de la historia, pero las circunstancias generales hicieron que sólo en el siglo XIX fueran creadas las posibilidades para difundirlas en un vasto medio ambiente. Se necesitaba, para eso, la vida pública moderna que ha desviado la mayoría de los obstáculos crueles que el antiguo régimen empleó para trabar la educación intelectual de la humanidad. Era preciso aun ese grado de desenvolvimiento genuinamente antisocial de la vida económica que demuestra claramente a las masas quién es el explotador y quién es el explotado y que no hay nada de común ni tregua posible entre ellos. Esa situación es comprendida también por los socialistas autoritarios que quieren imponer uno de sus sistemas autoritarios y que, cautivando las masas por su socialismo, las desvía, al mismo tiempo, de la libertad. Simultáneamente el burguesismo, aprovechándose del enorme progreso técnico, se desliza hacia un último acaparamiento y un disfrute cínico — "después de nosotros el diluvio" — y extiende el espíritu de la brutalidad y de la avaricia, galvanizando todas las pasiones odiosas para aislar los pueblos y mantenerlos en una sumisión y un embrutecimiento prolongados. Actualmente, pues, en medio de todas esas corrientes desencadenadas, la propaganda anarquista adquirió, por primera vez, amplias proporciones: hablo del tiempo de la primera Internacional, antes y después de 1870 y tras un período de relajación esa propaganda volvió a manifestarse una segunda vez con gran ímpetu en los años que siguieron a 1880, para continuar ampliamente por unos quince años, y luego se restringió o se especializó, si se quiere, — el período del sindicalismo, una decena de años aproximadamente —¿para hacer luego qué? Para quedar estacionaria, yo creo, y ni siquiera sacar de sí misma las fuerzas para resistir el aire viciado, envenenado, de los últimos diez años antes de la guerra de 1914, y para permanecer un factor impotente — como todos los otros factores humanitarios — ante esa catástrofe provocada con una criminalidad inefable por el burguesismo que se hundió en ella con liviandad, husmeando un buen negocio y el aplastamiento para muchos años del espíritu de equidad, de libertad y de bondad en el mundo. El dique fué, pues, atravesado, el mal se esparció como quiso y aun hoy, once años más tarde, estamos todos aterrados en un campo de muertos cubierto de ruinas y nuestra propaganda libertaria y anarquista, jamás extinguida, encuentra, necesariamente, un eco muy débil.

Mella ha escrito antes de esa catástrofe, se dice que fué de los que se dejaron arrastrar por lo que los autores del crimen contaban entonces a sus víctimas; no importa, en 1900 ha tenido ese sentimiento saludable, que la anarquía, tal como era preconizada entonces, era demasiado estrecha y lo ha dicho. Su voz, como la de otros, no fué escuchada y fué una desgracia. Lo que más faltó, en mi opinión, fué el sentimiento justo de las necesidades de la hora, del grado de desarrollo de las tendencias múltiples que obraban en el mundo moderno. El error es fácil; nadie conoce de antemano la duración, la fuerza y la dirección exacta de las diversas evoluciones, ni las de las influencias que puedan desviarlas. La historia marcha a la vez más pronto y más lentamente de lo que se cree, y nunca se adivina su rumbo real. Se conoce, por observación, la duración de los períodos de preñez en el reino animal, de germinación de semilla por lo que respecta al reino vegetal, pero se ignora el ritmo de las grandes evoluciones intelectuales, políticas, económicas y, necesariamente, se equivoca uno continuamente.

En tal situación lo que es preciso es estar ampliamente preparados para todas las eventualidades, y no ponerlo todo a una sola carta. Es lo que hizo el anarquismo, aun amplio, preparándose, ante todo, a una obra de demolición general, desde el tiempo de Bakunin, cuando en ese período de fatiga que siguió a la caída de la Comuna y de otros desastres, buscó un refugio y un consuelo en un sistema un poco demasiado estrecho, más diligentemente elaborado, pero que no ganó en fuerza por eso, — el del comunismo anarquista tal como lo presentó Kropotkin y del cual son su más perfecta expresión los capítulos de su *Conquista del pan* (1892). Esta fué una obra de arte, una utopía brillante y generosa, pero, después de todo, no fué más que una forma de soñar, una realización posible de la anarquía entre cincuenta, entre cien, y habría que haber producido, igualmente, otras cincuenta y más formas — y no concentrarse sobre esa forma única, creyendo que no quedaba más que decir y que no se tenía más que multiplicar por la propaganda los creyentes y los convencidos de esa forma única, victoriosa sobre todas las demás.

Se hizo, verdaderamente, eso; el comunista anarquista se creyó superior al tipo antiguo del colectivista anarquista y no reconoció, en modo alguno, al individualista anarquista, que, por su parte, hizo lo mismo; el colectivista anarquista quedó entonces como una especie extinguida en todas partes, salvo en España, donde los comunistas anarquistas le asediaban en sus últimos baluartes.

Al mirar retrospectivamente hoy siento que fué como un infantilismo, que se ofreció un espectáculo mísero al vanagloriarse mutuamente de haber "hundido" al individualista, al colectivista, al comunista, de haber obtenido así victorias. No se hizo más que empequeñecer el ideal tan amplio y glorioso de la anarquía y se le privó, así, de mucho de su fuerza de expansión. Languideció en el curso de los años cuando habría debido



ser más activo que nunca. Habría debido oponerse, con toda su fuerza inmaculada, indivisible a la autoridad, gangrena que pululaba entonces entre los burgueses y los socialistas autoritarios, hasta que engendró la catástrofe mundial de 1914, pero fué canalizado en la solución comunista anarquista, uncida al sindicalismo (de suerte que ambos tiraban uno del otro y se paralizaban, siendo el producto de los más ambiguos) y se agotó así, sufriendo aún dicho mal.

Algunos españoles primeramente tuvieron el sentimiento de que todo eso fuese absurdo. Tárrida del Mármol propuso *la anarquía sin adjetivo* diez años antes del informe de Mella en 1900. Voltairine de Cleyre expresó ideas semejantes en su hermosa conferencia sobre la anarquía dada en Filadelfia en abril de 1901. (Véase *Free Society*, Chicago, 13 de octubre de 1901; reimpresa en sus *Selected Works*, New York, 1914, págs. 96 a 97) y hubo otros. Un día relataré mis ensayos para hacer comprender a camaradas esa idea que se me había ocurrido algún tiempo antes de 1900. Hasta un cierto punto me había regocijado mucho de toda "victoria" del comunismo anarquista sobre los anarquismos de tendencias económicas falsas e insuficientes, pero, de repente, comprendí que me mecía en ilusiones, que la idea de la vía única, de la panacea, de la intolerancia salvadora es siempre falaz y que era más que presuntuoso, para nosotros, querer poner diques a la corriente poderosa de la libertad y darle la única misión de fertilizar nuestro pequeño campo comunista. No rechacé, por eso, el comunismo libertario, pero, desde entonces, me pareció mucho más importante ver florecer el amplio pensamiento anarquista que ver formarse convencidos de una aplicación económica entre otras tantas. Seamos ante todo anarquistas, destruyamos la autoridad a nuestro alrededor y en nosotros mismos, y eso nos hará fraternales y no dominadores: luego, de entre mil soluciones económicas, las afinidades libres elegirán las suyas cada cual y poco a poco se aprenderá la verdadera práctica de la libertad.

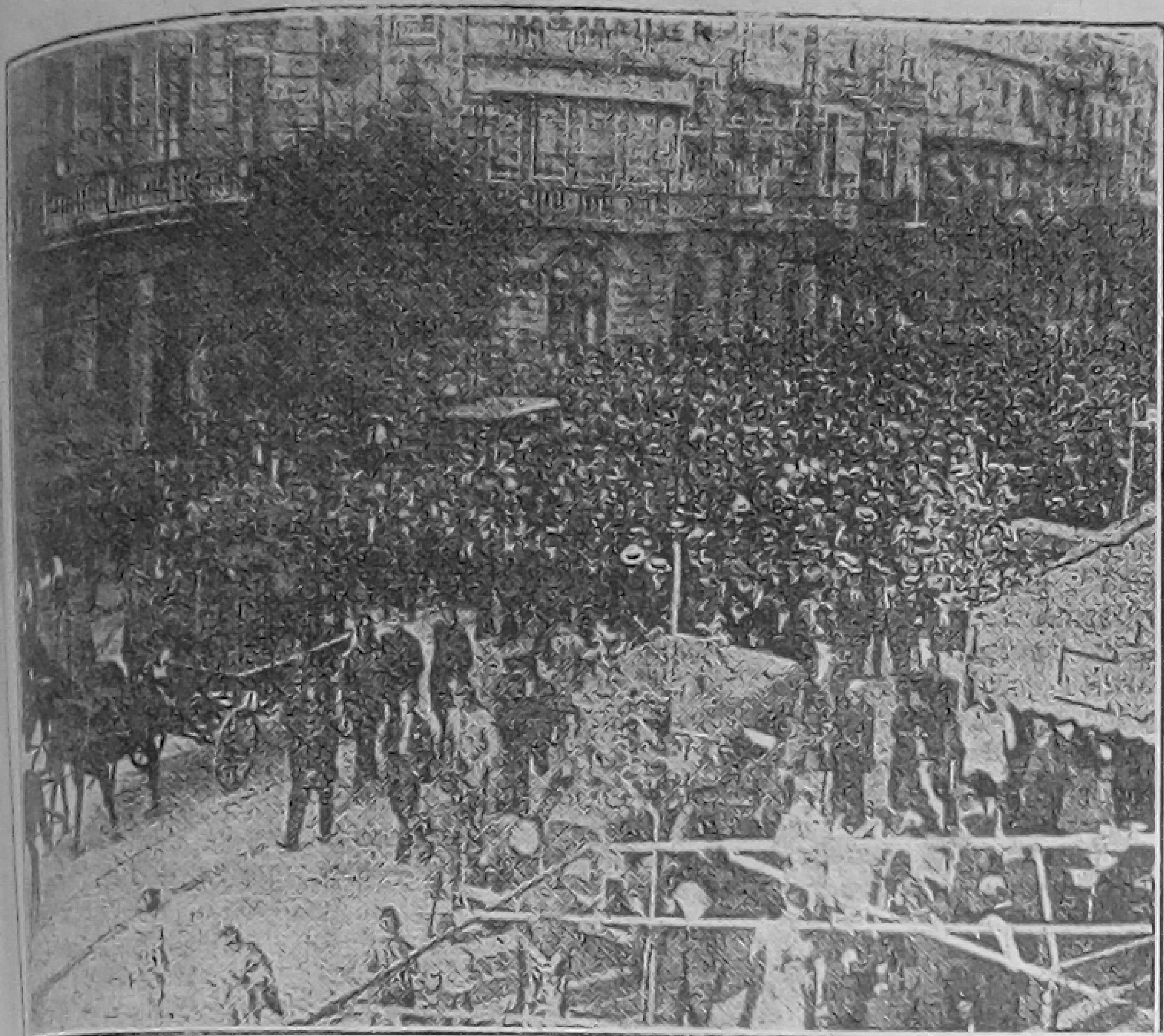
Ricardo Mella ha debido sentir esas mismas impresiones; que a pesar del gran valor de Kropotkin, la anarquía no debería detenerse con él, como no se ha detenido con Bakunin; que debe marchar siempre adelante, respetando a Bakunin, respetando a Kropotkin, respetando a Proudhon, pero superándolos a todos, como un torrente, un arroyo, van siempre hacia adelante, sin detenerse ante los hermosos cantos de un poeta que quisiera paralizarlos.

Mella y todos los demás no hablaron bastante alto. ¿Será escuchada hoy su voz, cuando ha pasado ese cuarto de siglo de tristes experiencias, cuando la obra de Kropotkin está ante nosotros en su conjunto, encantadora, grande, pero, sin embargo, pequeña ante ese complejo sin límites, la libertad integral y sus aspiraciones? *Ensanchemos la idea* — es lo que la voz de Mella en 1900 parece decirnos todavía hoy.

He aquí mis impresiones sobre ese buen camarada cuya obra merece nuestra atención seria.



ENTIERRO DE RICARDO MELLA — Paso de la grandiosa comitiva fúnebre que acompañó los restos del llorado muerto, por la Puerta del Sol



[...]NTIERRO DE R. MELLA — La fúnebre comitiva a su paso por la calle de Policarpo Sanz

JOSE PRAT

EN RECUERDO

[...]as líneas, con ligerísimas variantes, [...] copia de las que envié a los cama[...] de Vigo para la velada artístico-[...] que prepararon con el fin de [...] fondos para reeditar en libro los [...] trabajos de Mella. Loable ini-[...]

[...] Ricardo Mella enterrado — a los [...] — el día 8 de agosto de 1925 en [...] cementerio civil de Vigo, no ha muer-[...] los contemporáneos que le rindieron [...] tributo, y que según leo en la [...] burguesa de Vigo, fueron más de [...] personas de todas las clases so-[...] con el gremio de tranviarios con su [...] al frente y las múltiples coronas [...] por diferentes entidades y par-[...], el escritor Ricardo Mella, ge-[...] de la "Compañía Tranvías Eléctri-[...] de Vigo", no ha muerto, repito. Se-[...] un cuerpo corruptible, pero de-[...] viva toda su labor intelectual para [...] discípulos la propaguen a las hu-[...] futuras. Porque la pobre hu-[...] actual — tan retrasada con re-[...] a Mella — podrá olvidarle pronto, [...] los pocos ¡ay, desgraciadamente [...] pocos! que aprendimos en su obra [...] su trato a quererle, éstos no le ol-[...], no queremos olvidarle. No po-[...], aunque quisiéramos, pues sus [...] ensayos nos lo recordarían a [...] lectura que de ellos hagamos. Y és-[...] sido el mayor mérito de la obra [...]: hacer que la meditación le [...] constantemente. ¿Para qué, aho-[...] de su vida? Fué bueno porque [...] estudioso y comprensivo, fué un ca-[...] porque era todo un corazón, fué un [...] porque aborreció la grosería im-[...]. Basta leerle su hermoso trabajo [...] de vivir, publicado en la re-[...] *Natura*, de Barcelona, para com-[...] esto último; basta haber convivi-[...] él unos días, unas horas, para [...] lo primero. Dejemos, pues, [...] de su vida material a los actua-[...] reservémonos su vida intelectual, [...] queda, lo que perdura, lo que se [...]. Un día, lejano tal vez, los hom-[...] una sociedad más justa y armó-[...] de él: supo anticiparse. No [...] su tiempo, de nuestro misérrimo [...] el hombre que emborronó las [...] de *El Amor* (Barcelona, 1900) [...] enseñar a los hombres a quererse y [...]; no era de su tiempo el in-[...] que en *Lombroso y los anarquis-*[...] dejó malparada la ciencia ofi-[...] servicio de los privilegios impe-[...] no era de su tiempo el cerebro [...] férrea dialéctica disecó la demo-[...] nuestra época en *La ley del nú-mero*, (Vigo, 1899); no era de su tiempo el pensador que en revistas y periódicos de aquende y allende la frontera sembró un mundo de ideas geniales, suscitó múltiples dudas y generó sinnúmero de esperanzas, derrocó ídolos y levantó confianzas, abatió con su *Bancarrota de las ciencias* (1903) toda clase de creencias — inclusive revolucionarias (?) — y dió ánimos a los apocados y vacilantes con su *Anarquismo naciente* (1903). Porque hay que leerle y releerle para comprender que Mella fué ésto: un futurista, un hombre del mañana que vive en el presente aferrado a él por el deber, pero con la vida saltando a través del tiempo.

Familia, amigos, compañeros, le habrán amado mucho; los hombres de mañana le deberán algo más que el bienestar económico que sepan poner en sus nuevas sociedades y que él quería fuese integral para todos los humanos; le deberán una conciencia, un "yo" que aún no tenemos, que aún se está forjando en el crisol de los tiempos, y en cuyo crisol hombres del temple de la individualidad — no mezquino individualismo — de Mella saben poner corazón y mente, esperanzas y luz, latigazos de censuras y mieles de un saber que la mayoría de los hombres actuales no pueden siquiera entrever.

No, amigos, no lloréis a Mella, porque ahora es cuando comenzará a vivir. Dolorosa es su muerte para los que convivimos con él, pero para la formación de sociedades nuevas es necesario que haya una legión de pródigos Mella que se consuman en vida para dejar lo mejor de su ser en los zarzales espinosos de la mísera actualidad. Y esto es lo que hizo el hombre y el escritor: consumirse y enseñar, con la sonrisa en los labios y la serena mirada escudriñando en el interior de los hombres y de las sociedades.

Por esto quiero repetir que no ha muerto y agregar que debemos algo más que el recuerdo al hombre enamorado de la "propaganda por la conducta", que así eran sus textuales palabras. Le debemos la imitación. Y superarle, si nos fuese dable, que no nos lo será a los pocos discípulos de su tiempo. Pero que no nos importe esta nuestra pequeñez: que la intención, el propósito, el deseo, es lo que vale y es lo que estimula Mella en todos los escritos que nos lega.

Ciertamente luchó y vivió por el presente suyo y de los suyos; pero también luchó y vivió grandemente por el mañana de igualdad y de fraternidad que llamea en toda su obra psíquica. Flamea, sí, tal como suena, arde, pues hay mucha más luz de lo que creemos en las videncias del hombre romántico por excelencia, con aquel sano romanticismo que sabe, sin adiós, volver la espalda al pasado y comprender que las aguas de los ríos no remontan a sus fuentes. "Las cosas son como son — solía decir —, pero a mí me revienta que no sean como es debido", es decir, marchando hacia el mar, hacia delante, hacia lo ancho y profundo. La charca actual, en la que no flotan más que los hombres-corcho, le daba náuseas. Y por esto se había tapado un poco las narices en los últimos tiempos, para no sentir sus hedores. Y aun así sabía escribir obras de un tecnicismo y de una claridad tan admirables y tan maestras como su último folleto: *Tranvías eléctricos de Vigo*. Quería que los hombres supieran, no que creyeran a ciegas en palabras y mandatos interesados de caudillos políticos y apolíticos. Y enseñaba así, aprendiendo a ser libre, y aprendía enseñando a serlo. Modesto y altivo, sereno y doliente a la vez, una individualidad de cuerpo entero, sin reservas ni recovecos, reñido tanto con el obediente gregarismo como con el individualismo egoísta y calculista de nuestra triste época. "El partidismo, como la razón de Estado — escribió — también es una alcahuetería", pero también sabía agregar que la petulancia y la soberbia individual de ciertos redentores son fuentes de idolatría.

Porque no era de su tiempo no quiso jamás adular a la multitud con la cual, sin embargo, supo convivir, a semejanza de Guyau. Y es por todo esto que yo no quiero llorarle ni aconsejo que se le llore: prefiero leerle y meditarle. Y jamás podré decir "adiós", es decir, despedirme, del hombre cuyos escritos pongo siempre sobre mi corazón y mi cabeza cuando intento perfeccionarme.

Barcelona, 12 septiembre 1925.

RUDOLF ROCKER

RICARDO MELLA HA MUERTO

Nuevamente ha desaparecido de nuestras filas uno de nuestros mejores camaradas. De España llega la noticia que Ricardo Mella ha muerto a la edad de 64 años. Mella era uno de los cerebros más vigorosos que haya producido el movimiento libertario en España, un escritor brillante cuya fama se extendía más allá de los cuadros del movimiento anarquista. Ricardo Mella nació en 1861 en el puerto de Vigo, no lejos de la frontera portuguesa. Conoció a una temprana edad el movimiento obrero libertario de su país y siendo un joven de 21 años los compañeros de su ciudad natal le confiaron la redacción del periódico anarquista *La Propaganda*, que apareció en Vigo de 1881 a 1883. Era precisamente el período en que el movimiento anarquista de España había entrado en una nueva fase de su evolución y en que después de largos años de la más terrible represión pudo volver a desarrollarse en cierto modo libremente.

Después de la derrota de la revolución cantonalista de 1873 y de la caída de la república española por el golpe de Estado de Cánovas del Castillo y del general Martínez Campos, en diciembre de 1874, la reacción vencedora destruyó todas las organizaciones sindicales y políticas del proletariado revolucionario y suprimió de un golpe toda la prensa de la Asociación Internacional de los Trabajadores en España. Así desaparecieron de la vida pública las numerosas secciones de la Internacional, que se habían difundido precisamente en España con una sorprendente celeridad, sin que por eso quedara aniquilado el movimiento libertario mismo. Constreñido a abandonar la vida pública merced a la violencia brutal de la reacción, el movimiento asumió un carácter puramente conspirativo, lo que para sus partidarios fué tanto más fácil cuanto que los elementos más enérgicos se habían agrupado ya antes en la Alianza secreta a fin de hacer frente a todas las eventualidades.

Los anarquistas españoles resistieron con una energía indomable todas las persecuciones que puso en escena la reacción monárquico-clerical contra ellos, y no escatimaron ningún sacrificio impuesto por su convicción revolucionaria. Y sin embargo los peores años de la ley contra los socialistas en Alemania eran un juego infantil en comparación con las monstruosidades que tuvieron que soportar los anarquistas españoles en aquel tenebroso período. Como toda palabra libre estaba prohibida, se crearon los camaradas españoles una prensa clandestina para demostrar a los gobernantes que también tiene sus límites la arbitrariedad más brutal. Durante todo el período de 1874 a 1881 aparecieron publicaciones secretas, como *Las Represalias*, *El Orden*, *La Revolución popular*, *El Municipio libre*, etc., para hacer conocer al país la voz de los oprimidos. También estuvieron representados los compañeros españoles en todos los congresos del ala antiautoritaria de la Internacional.

Cuando por fin en 1881 cedieron las persecuciones y el movimiento pudo volver a desarrollarse públicamente, floreció de nuevo la vieja organización de la Internacional con prodigiosa celeridad, y si en los círculos de las clases dirigentes se tuvo la esperanza de que los largos años de represión ininterrumpida habían desarraigado el movimiento obrero revolucionario, se debió ver entonces que esa esperanza era una ilusión. En el mismo año se celebró en Barcelona el congreso de los trabajadores revolucionarios de España, en donde se fundó la Federación de Trabajadores de la Región Española, una organización sindical revolucionaria que declaró como finalidad de sus aspiraciones el anarquismo colectivista.

Desde entonces se comenzó una activa propaganda en todas las regiones del país, cuya difusión fué fomentada en todas partes por las luchas económicas revolucionarias. En pocos meses dispuso nuevamente España del movimiento anarquista más fuerte del mundo, un movimiento que tuvo que hacer frente desde entonces a las más terribles luchas sin caer en el aniquilamiento, porque arraigaba en el proletariado e inspiraba todas las luchas del mismo contra el capital y el Estado.

En todas las grandes ciudades surgieron periódicos obreros revolucionarios mantenidos en el espíritu del anarquismo colectivista. En Madrid publicaba Juan Serrano y Oteiza la excelente *Revista social*, impresa semanalmente en 20.000 ejemplares, un tiraje extraordinario para aquella época y especialmente en un país como España, que cuenta con tantos analfabetos.

Entre Serrano y Oteiza y el joven Ricardo Mella, que se había arrojado en el movimiento con toda su fogosidad juvenil, se formó pronto una estrecha amistad, más íntima aún cuando Mella hizo de la hija de Oteiza la compañera de su vida. Mella se convirtió en uno de los más constantes colaboradores de la *Revista social*, y sus brillantes artículos excitaron ya entonces general atención.

En el segundo congreso de la Federación Regional Española, que se reunió en Sevilla en 1882 y en el cual 250 delegados de 663 secciones representaban 70.000 miembros, apareció Mella como delegado de la Federación local de Vigo y tomó parte en los trabajos del congreso. Lo importante de ese congreso consistió en continuar las tradiciones de la Internacional libertaria, en fundir íntimamente las ideas anarquistas con el movimiento obrero y en incitar a los numerosos partidarios a tomar prácticamente parte en todas las luchas del proletariado por las reivindicaciones cotidianas — sin perder nunca de vista el gran fin del movimiento — la abolición de la esclavitud del salariado y de la opresión estatal.

En 1885 organizaron los camaradas de Reus el primer *Certamen socialista*. Era una especie de concurrencia literaria entre los elementos libertarios de todo el país a fin de motivar un cierto número de buenos trabajos sobre los más diversos

dominios del socialismo y del anarquismo. Todo grupo o sindicato que participaba en esa concurrencia literaria de premios, ponía un cierto premio para el mejor trabajo sobre un determinado problema. Las organizaciones fuertes que disponían de medios más vastos ejercitaban la más amplia solidaridad poniendo a disposición de los grupos más pequeños los medios para un número de premios. Los trabajos enviados eran sometidos a un jurado de compañeros capacitados para su apreciación, y los artículos elegidos eran impresos más tarde en un volumen especial.

También Mella tomó parte en ese primer *Certamen* y el comité literario se decidió por dos de sus trabajos enviados. En el primer trabajo trataba el *Problema de la emigración en Galicia;* el segundo se titulaba *Diferencia entre colectivismo y comunismo.*

En aquél tiempo el problema del anarquismo comunista o colectivista tenía en España una significación actual y ocupó todo el movimiento durante los próximos diez o doce años bastante profundamente. Bakunin y el ala libertaria de la Internacional estaban, como se sabe, en el terreno del colectivismo; es decir, defendían la socialización de la tierra y de los medios de producción, pero hacían resaltar el derecho de cada uno al producto del trabajo individual. De ahí su divisa: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo". Ese principio fué generalmente reconocido por los partidarios del ala libertaria de la Internacional, pues los pocos precursores del anarquismo comunista como May, Dejacque, etc., habían caído por entonces casi completamente en el olvido.

Cuando en 1876 el congreso de la Federación italiana de la Internacional en Florencia se colocó en el punto de vista del comunismo, defendiendo junto a la comunidad de los medios de producción la socialización de los productos del trabajo y presentando la divisa: "A cada uno según sus necesidades", — esa resolución de los anarquistas italianos no atrajo al principio ninguna atención especial de parte de los camaradas de otros países. Tan solo cuando se comenzó también a ocuparse de ese problema en la Federación del Jura y cuando el congreso de esa Federación en la Chaux-de-Fonds (1882) se declaró por el comunismo, se reconoció también en otras partes la verdadera importancia de la cuestión. Pero la ideología del anarquismo comunista se hizo popular entre los compañeros solo cuando Kropotkin se sometió a la tarea de fundamentarla más profundamente.

En España tuvieron lugar las discusiones entre anarquistas colectivistas y comunistas más tarde que en los demás países. La presión de las leyes de excepción hasta 1881 y luego la tarea de reconstruir las organizaciones del movimiento, dejó a los compañeros españoles poco tiempo para hondas discusiones teóricas. Ciertamente ya en el congreso de Sevilla (1882) defendió Miguel Rubio las ideas del anarquismo comunista, pero quedó casi solo con sus concepciones, pues la inmensa mayoría del congreso creyó deber rechazar sus ideas por "autoritarias" y se declaró como antes por los principios del colectivismo. Entre los trabajos premiados en el Primer certamen socialista de que se habló ya no existe uno solo que defendiera la ideología comunista.

Tan solo en 1886 se creó el anarquismo comunista con la *Justicia social* de Barcelona su primer órgano en España. Desde entonces hasta 1895 apareció un gran número de publicaciones comunistas, pero todas sucumbieron después de pocos números. Solo *Tierra y Libertad* de Gracia, fundada en 1888, llegó a unos veinte números. Los periódicos más influyentes del anarquismo en España defendieron aún largo tiempo el anarquismo colectivista, cuando ya los anarquistas de los demás países se habían declarado completamente por el comunismo.

Es verdad, había una causa especial para que las discusiones entre ambas tendencias en España fueran más prolongadas y sobre todo más violentas que en parte alguna. Un considerable número de los primeros anarquistas comunistas de España eran indiferentes al movimiento sindical y, no raramente, directamente hostiles. Muchos rechazaban profundamente toda gran organización y admitían a lo sumo los pequeños grupos ideológicos como partes integrantes del movimiento. Atribuían también a los actos revolucionarios individuales una significación exagerada y desconocían con demasiada frecuencia la importancia de los actos colectivos. Una tal actitud era la de los colectivistas que, fieles a las tradiciones de la Internacional, actuaron siempre en las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores y compartían el punto de vista de las acciones colectivas revolucionarias, ciertamente sin darse cuenta que esa actitud no tenía nada que objetar a los verdaderos principios del anarquismo comunista.

Ricardo Mella pertenecía a los defensores más capaces y más luchadores del anarquismo colectivista en España y defendió su punto de vista aun cuando la gran mayoría de los camaradas españoles se había declarado ya por el comunismo, claro está, sin hacer concesión alguna a las concepciones erróneas de los primeros anarquistas comunistas españoles en su posición frente a los sindicatos y a las acciones colectivas.

El Segundo Certamen Socialista, organizado en Barcelona en 1889, recibió un largo trabajo de Mella, *El colectivismo, sus fundamentos científicos*, en donde resumía sus ideas sobre ese problema que en el fondo no abandonó nunca. Pero en esa defensa del colectivismo no era en modo alguno fanático, sino que era más bien absolutamente contrario a todo doctrinarismo en las cuestiones teóricas. Por ejemplo en su informe al congreso anarquista internacional de París (1900) declaró claramente:

"El comunismo anarquista en España se diferencia del colectivismo en que niega toda organización para el presente y para el porvenir. Exagerando las conclusiones del comunismo de los otros países, sin duda a causa del antagonismo colectivista, llega a la afirmación del individualismo absoluto. Especialmente en algunas ciudades de Andalucía y de Cataluña, los comunistas son completamente opuestos a toda acción concertada. Para ellos en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que sea necesario; piensan que en el presente toda alianza, todo acuerdo son nocivos. Realmente esa especie de comunismo es el resultado de una ignorancia muy grande de la cuestión agravada con una buena dosis de dogmatismo doctrinal. Naturalmente hay en España comunistas muy conscientes que se dan cuenta de las dificultades y de la importancia del problema de la distribución, pero con ellos como con los colectivistas de sangre fría no hay lugar a entablar una polémica, porque están de acuerdo sobre muchos puntos. A parte de eso se puede decir que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple para ser presentado como una concepción completa de la sociedad futura. El colectivismo y el comunismo sufren del mal que se deriva inevitablemente de toda polémica prolongada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

"Es posible que la exageración metódica del colectivismo produzca en el comunismo la exageración atomista que reduce la vida social a la independencia absoluta del individuo y recíprocamente. Pero sin el antagonismo de las dos escuelas toda la diferencia se reduciría a una simple cuestión de palabras; actualmente las dos tendencias son irreductibles, de una parte la necesidad de organizar la vida social entera y de otra la afirmación que al producir y al consumir al azar, como cada cual entienda se obtendrá la armonía social deseada".

Por el estudio de los escritos posteriores de Kropotkin, de los cuales tradujo algunos en español, las ideas de Mella sobre comunismo anárquico experimentaron un gran cambio, sin que por eso llegase nunca a compartirlo. Mas bien defendió vivamente años después la idea de dejar a un lado las calificaciones especiales de colectivista y de comunista y de nombrarnos sencillamente anarquistas — un punto de vista representado por muchos anarquistas españoles, especialmente por Tárrida del Mármol.

En 1888 se trasladó Mella a Sevilla y fundó el periódico *La Solidaridad* que apareció hasta 1889 y luego fué continuado por *La Alarma*. En *La Solidaridad* apareció su estudio: "*Sinopsis social: Anarquía, federalismo y colectivismo*", que más tarde se publicó en folleto.



En 1897, después de los crímenes espantosos de la inquisición resucitada en los calabozos del castillo del Montjuich, cuando una infame ley de excepción sofocó toda propaganda anarquista pública, publicó Mella con José Prat el libro *La Barbarie gubernamental en España*, que recogió todos los documentos de aquel espantoso episodio y anatematizó los verdugos españoles ante el mundo entero. Para inducir a error a la policía, se dió en la portada la editorial del periódico anarquista *El Despertar*, de New York, publicado por nuestro incansable camarada Pedro Esteve.

En 1900 apareció Mella como delegado español al congreso internacional libertario de París que, como se sabe, fué prohibido por el gobierno francés en mérito a las famosas "lois scélérates" de 1894. La reunión de los delegados por consiguiente tuvo que ser clandestina y el periódico *Temps Nouveaux* publicó después los informes presentados por los diversos países. Entre ellos se encontraban dos trabajos de Ricardo Mella: *El colectivismo y el comunismo anarquistas en España* y *La cooperación libre y los sistemas de comunidad.*

La actividad literaria de Mella se extendió a casi toda la prensa anarquista de España y de América del sur. La mayoría de sus artículos aparecieron primero en periódicos y luego fueron editados en folletos. De particular valor fueron sus contribuciones a las revistas *Revista social*, *Acracia* y *Ciencia social.* Además de los escritos ya mencionados de Mella señalamos aquí aun los artículos: *La Anarquía, Breves consideraciones sobre las pasiones humanas. Organización, agitación, revolución y El crimen de Chicago* en el Segundo Certamen socialista; *La coacción moral* en el *Despertar. La reacción en la revolución*, en *Acracia; Evolución y revolución* y especialmente su escrito polémico fogoso: *Lombroso y los anarquistas*, que primero apareció en *Ciencia social* y después tuvo una serie de ediciones en forma de libro. Ese escrito se dirige contra la famosa obra de Lombroso *Los anarquistas* y va de tal modo al afamado descubridor del "tipo criminal" que de seguro no le habrá sido agradable. Mencionemos aún sus dos trabajos *El socialismo en España*, en la revista francesa *L'Humanité nouvelle* (1897) y *El socialismo anarquista*, en *Nuestro tiempo* de Madrid (1902).

Sería una labor meritoria para los camaradas españoles la recolección de todos esos artículos y escritos dispersos de Mella y su edición en algunos volúmenes. Tal vez eso contribuiría a hacer conocer el nombre de Mella en otros idiomas. Pues verdaderamente lo ha merecido.

Mella era el director de la Compañía de tranvías de Vigo y a pesar de sus convicciones anarquistas fué querido y apreciado por todos. En ocasión de su muerte la prensa española, especialmente la de su región natal, Galicia, le dedicó largas columnas necrológicas en las que se hizo resaltar unánime y orgullosamente la elevada cultura espiritual del muerto. A la hora de su entierro todas las fábricas y los negocios de Vigo fueron cerrados para rendir al muerto los últimos honores.

Mella quedó fiel a sus ideas hasta el último momento. Su nombre quedará inolvidable en la historia libertaria de su país y ejercerá aún su influjo cuando de Primo de Rivera y de sus creaturas no quede rastro alguno.

Expresamos a los camaradas españoles nuestra profunda condolencia por la gran pérdida que sufrieron.

***

El entierro de Mella

Transcribimos de un periódico burgués la descripción del sepelio de nuestro camarada:

El entierro del Sr. Mella constituyó una grandiosa e imponente manifestación de duelo, a la que se sumó todo Vigo, sin distinción de clases sociales.

Desde mucho antes de las seis — hora anunciada para su celebración — empezaron a llegar a la casa mortuoria situada en la Avenida de García Borbón numerosas personas congregándose enorme gentío en los alrededores.

Minutos después de las seis, se organizó la comitiva fúnebre.

El lujoso féretro fué colocado en un coche estufa tirado por seis caballos.

Le daban guardia ocho obreros tranviarios.

Marchaban detrás las personas del duelo, que presidían los hijos del finado, D. Ricardo y D. Alberto, su hijo político Sr. Sualleiro, su hermano político D. Manuel Díaz y el Consejo de administración de la Compañía de tranvías presidido por D. Victoriano Pig.

Seguía el numerosísimo acompañamiento en el que vimos a distinguidas personalidades cuya enumeración sería interminable.

A la cabeza del acompañamiento iban los obreros tranviarios con la bandera de la Sociedad.

Tras el gentío iban tres coches landós con preciosas coronas de la familia, obreros tranviarios, empleados administrativos y Consejo de Administración de la Compañía, con sentidas dedicatorias.

Marchaban a continuación numerosos coches y autos, entre ellos el de la Alcaldía.

Por último y con lazos de crespón colocados en los cuatro costados, cuatro tranvías dispuestos para conducir personal al Cementario.

La comitiva marchó por la Avenida de García Barbón, calle de Policarpo Sanz, Puerta del Sol, calle de Elduayen, Paseo de Alfonso y calle de Pi y Margall donde se despidió el duelo.

Numerosos público estacionado en las calles que recorrió la comitiva, presenció el paso de ésta.

Hasta el cementerio de Pereiró acompañaron al cadáver numerosas personas en coches y autos y en los cuatro tranvías dispuestos para ello.

PALMIRO DE LIDIA

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS", STEUBENVILLE

1.º—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional, contra la reacción autoritaria.

Este primer punto abraza dos temas distintos, que trataremos por separado. *Los problemas actuales del anarquismo.* Son los que fueron siempre desde que apareció el Anarquismo como ideal a realizar. Algunos se han agudizado, otros ofrecen más favorable solución. Los hay de orden individual y de orden social. Los primeros son de carácter esencialmente moral y se contraen a la necesidad de que el individuo obre de conformidad con el ideal. Pensar como hombres libres y actuar como tales, es un problema capital que cada anarquista debe tratar de resolver, porque en tanto no se logre hermanar el pensamiento con la acción, faltará la cualidad principal para convencer con el ejemplo y demostrar la viabilidad de sus aspiraciones.

Desde luego los anarquistas, como todos los hombres, están supeditados a las influencias del medio y de la herencia; pero si de verdad aman el ideal, deben esforzarse en sustraerse lo más posible a las influencias del medio autoritario y a los imperativos del carácter egoísta, ...so y violento que generalmente se manifiesta en el hombre por el arrastre ancestral y por la educación recibida en la infancia. Conviene empezar la revolución en las conciencias, preparando el camino de la revolución material. Además, adiestrándose desde ahora en la vida libre, no se correrá el peligro de ser los mismos anarquistas un obstáculo al establecimiento de una sociedad libertaria.

Los problemas de orden social son varios y de importancia diversa. Cabe subdividirlos en problemas de solución próxima y de solución remota. El más inmediato a resolver, es el de la concertación de inteligencia y de fuerzas. El anarquismo es esencialmente un partido ...ico, internacional y revolucionario, por su finalidad y por su táctica, y es tan evidente, que nos abstenemos de ...ario. Como tal, tiene la enemiga de los gobiernos, que se conciertan para impedir o dificultar su propaganda. Para contrarrestar la acción gubernamental, queda el recurso de intensificar la labor extra legal de los grupos, federándose por regiones o naciones y estableciendo efectivas relaciones internacionales. En tiempo normales, la labor a realizar es principalmente de propaganda, de atracción, de cooperación y de ...idad.

...rte de esta acción *interna*, queda el campo para la *externa*, en forma de propaganda oral y escrita, en el seno de instituciones culturales y de recreo, en los gremios obreros, etc.

Dificulta la acción la división de los anarquistas en distintas escuelas, partidarios de la individualista y la comunista. La solución de este problema está en orientar la acción acerca lo que consideran la finalidad principal, que es común a todos; la sociedad libre sin autoridades políticas y económicas que coarten la libertad.

El Anarquismo, en la actualidad, no constituye una tan gran fuerza para intentar una revolución propia. Provocar una revolución libertaria a sabiendas de que habría de fracasar, sería un gasto inútil de fuerzas. Pero sin provocarlos directamente, pueden surgir movimientos revolucionarios, por guerras, huelgas, crisis, etc. y en tal caso la actitud de los anarquistas ha de ser de franca cooperación al movimiento en todo lo que tenga de destructor de la organización estatal-capitalista; y propender, en lo posible, a crear un estado de cosas lo más cercano o favorable al ideal libertario.

Medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

La reacción autoritaria hoy imperante es una resultante del estado más o menos revolucionario que sobrevino en varios países durante y después de la guerra mundial. Ante el peligro, los gobiernos burgueses extremaron las medidas de rigor contra los elementos revolucionarios, anarquistas, sindicalistas y comunistas, y para mejor actuar, en ciertos países se repudió la democracia para echarse en brazos de la dictadura.

Los anarquistas, como contrarios a toda forma autoritaria, han sido siempre combatidos y perseguidos, pero, en la actualidad, bajo el imperio de la reacción, la persecución se ha intensificado. Se impone, cuando menos, una acción defensiva. Pero, ¿pueden los anarquistas, por sí solos, provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria? Sería asaz aventurado dar una respuesta afirmativa. La acción individual es de efectos pasajeros y a veces contraproducentes, pues, no es eliminando a uno o varios hombres como se puede vencer una reacción que responde al estado de ánimo de toda la clase dominante y en posesión de la fuerza. La acción colectiva es más eficaz, en su doble aspecto material y moral. Y como se trata de combatir una reacción que, además de ir dirigida contra los anarquistas, alcanza a otros sectores sociales, cabe actuar de acuerdo con éstos en lo que se refiera al acto transitorio de combatir al enemigo común. Un mero acuerdo tácito, que a nada compromete ni obliga.

Hay, por otra parte, un sector, el sindicalista, con el que cabe una inteligencia más efectiva, pues, aun cuando éste no persigue la misma finalidad, es lo cierto que no divide a sindicalistas y anarquistas una cuestión de principios. Además, muchos son los anarquistas que, en su calidad de asalariados, pertenecen a un sindicato.

Los medios a utilizar, de orden moral, comprenden la crítica acerba y tenaz de la reacción y sus actos, en el hogar, en el taller, en los centros y lugares públicos; la publicación de hojas, periódicos, folletos, etc, clandestinos cuando no pueda hacerse legalmente; la divulgación en el extranjero, con respecto a cada país, de los medios reprobables de que hace uso la reacción.

Los medios de orden material pueden ser tantos y de tal naturaleza, que se hace difícil su enumeración. Resistencia pasiva, huelgas, motines, conspiraciones, insurrecciones etc.

Si en todos los países se procediera a activar el uso de estos y otros medios, automáticamente resultaría una acción internacional. Para hacerla más efectiva, quizá fuera más conveniente la celebración de una Conferencia Internacional Anarquista especialmente llamada para estudiar y concertar dicha acción.

2.º—La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Etimológicamente, Anarquía significa *no gobierno*. Políticamente, se refiere a una sociedad sin autoridad impuesta, en la cual sus miembros gozan todos de libertad, sin más limitación que el mutuo respeto; económicamente, implica una sociedad sin privilegios de casta, clase o personales, que son siempre causa de dependencia de unos individuos a otros, con merma de su libertad. La Anarquía, como ideal, persigue la implantación de una sociedad basada en la libre cooperación y en la igualdad de sus individuos componentes.

Sociedad semejante choca abiertamente con la sociedad actual, basada en la desigualdad de personas y clases y en la dependencia política y económica de unas clases a otras.

Existe, pues, un antagonismo irreductible entre la actual sociedad y la que anhelan los anarquistas. No cabe esperar un tránsito pacífico, basado en un mutuo acuerdo, de un sistema social a otro. Los que detentan la riqueza y poseen el poder, no harán jamás dejación voluntaria de sus privilegios, ni los que aspiran a la transformación social pueden esperar convencer con razones. Consecuentemente, no hay otro medio para llegar a la sociedad libre e igualitaria que la acción revolucionaria.

Esta acción no se refiere exclusivamente al uso de la violencia. Las ideas son por sí mismas una fuerza poderosa: fuerza moral que va conquistando las conciencias y preparando el camino de la revolución violenta. En este sentido, el solo hecho de propagar el ideal libertario es ya una acción revolucionaria.

A esta acción moral colaboran, además, indirectamente, cuantos de algún modo en la literatura, el arte, la ciencia y la filosofía hacen la crítica de las instituciones y creencias hoy predominantes, poniendo de manifiesto sus injusticias y errores.

Por lo tanto, la Anarquía, como principio de organización social, es esencialmente revolucionaria, entanto no se realice, y una vez realizada, perderá su carácter de revolucionaria en lo que ésta palabra implica de violencia, pero seguirá siendo un ideal de libertad abierto a todas las innovaciones que beneficien al individuo y a la sociedad.

3.º—Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Aplícase la palabra proletario al que no disfruta de bienes. La actual sociedad está dividida en dos clases: burgueses y proletarios, esto es, la clase que posee todos los bienes y la clase que no posee ninguno.

La anarquía aspira a suprimir estas dos clases antagónicas para sustituirlas por una sola clase de productores libres. Es de colegir que esa clase única poseerá en común los bienes.

La conclusión a deducir es que la Anarquía no puede ser proletaria.

4.º—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

La pregunta, tal como está formulada, se presta a confusiones. Entendemos que lo que se trata de indagar es la orientación que debe darse a la generación que surge para que ella esté en condiciones de conquistar la emancipación social.

Si es este el sentido, la cuestión se reduce a un plan de educación. Una educación que oriente a los niños hacia la sociedad libertaria, que los liberte desde la más tierna infancia del miedo a lo desconocido y a la autoridad violenta; que no les imbuya preocupaciones religiosas ni patrióticas; que no les haga admiradores de tradiciones arcaicas ni esclavos de costumbres embrutecedoras. Hay que cultivar su personalidad en el sentido de la dignidad propia y el respeto al semejante. Hay que procurar la salud de su cuerpo tanto como la de su mente.

Pero una educación así no está en condiciones de recibirla en las escuelas burguesas, religiosas o laicas, donde precisamente se les educa con el fin de perpetuar en ellos las injusticias y los errores imperantes. Tampoco pueden obtenerla en muchos de los hogares, donde predomina la miseria, el abandono, la indiferencia, la ignorancia y la superstición. El medio mejor sería la creación de escuelas libres. Podrían organizarse grupos exclusivamente dedicados a la fundación y sostenimiento de tales escuelas, a la vez que laborar en el seno de los gremios y centros obreros para que actuaran en el mismo sentido. Universidades populares, Ateneos y Centros de estudios sociales, pueden contribuir a esa labor educativa.

No hay que olvidar, por otra parte, que el ejemplo en el hogar y las indicaciones de los padres son de capital importancia en el desenvolvimiento mental del niño. La educación empieza en el hogar y en el hogar se perfecciona o se malea. A los padres libertarios corresponde orientar a sus hijos por la senda de la emancipación, primero con el ejemplo y luego con las adecuadas enseñanzas.

5.º—¿Por qué senda creen los compañeros que debe orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?

El arte, por lo mismo que exalta el sentimiento, puede ser un gran auxiliar de la revolución. Puede obrar de dos maneras: poniendo de manifiesto las lacras sociales y acentuando así el anhelo de curarlas, o anticipando las bellezas de la sociedad futura, impulsándonos a su realización.

Desgraciadamente, y salvo excepciones, los artistas, más ansiosos de provecho que de gloria, se ponen al servicio de los que detentan la riqueza, y su labor, o es anodina, o tiende a enaltecer lo que debiera ser objeto de repulsión y censura.



...tierro tuvo carácter civil, recibió sepultura el cadáver, por lo tanto, en el Cementerio Civil.

...a las dos de la tarde, en señal de duelo, cesó la circulación de tranvías, ...ándose hasta hoy a la misma ...

...este acto, fué la demostración de simpatías de que el inolvidable ...do Mella gozó en Vigo, donde ...portar la admiración y cariño de ...

...familia, cuyo dolor nada mitigará ...momentos, testimoniamos la expresión de nuestro pesar más sincero y ...

..."Galicia", 8 de agosto 1925

No es el arte al que debe orientarse hacia la belleza y la armonía, porque la finalidad del arte es precisamente la belleza y la armonía, y no puede ser arte verdadero lo que tienda a enaltecer la fealdad y la desarmonía. A los que hay que orientar es a los artistas, que por egoísmo unos, por carencia de verdadera idealidad otros, hacen del arte un servidor del privilegio y de la riqueza. Y esta orientación debe consistir en la crítica de las obras de los artistas serviles y en el enaltecimiento de las obras de los que sienten y practican el verdadero arte... Como estímulo para éstos, no estaría de más la celebración periódica de certámenes artísticos y literarios, patrocinados por grupos, ateneos, centros obreros, sindicatos, etc., en los que se premiaran las obras que lo merecieran.

6.º—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?

En el movimiento obrero, y más concretamente dicho, en el campo anarquista, se manifiesta una tendencia individualista que considera las prerrogativas del individuo por encima de las de la sociedad.

De hecho, todos los anarquistas son individualistas, puesto que parten del principio de que el hombre debe gozar de completa libertad, sin estar supeditado a ninguna autoridad. Pero no hay que olvidar que el ser humano, por tendencia biológica, es un ser sociable, esto es, vive formando parte de agregados sociales. El individuo, dentro de la sociedad, es un ser autónomo con vida propia, que concurre al sostén del organismo colectivo, recibiendo en cambio los beneficios que se derivan de la colectividad. Debería haber, como es natural, una correlación de servicios. En la sociedad actual esa correlación no existe, beneficiándose una minoría, con exceso, de la vida colectiva, en perjuicio de la mayoría. Y resulta que los privilegiados gozan de prerrogativas individuales que les colocan por encima de la sociedad. Esto es precisamente lo que hay que evitar, estatuyendo como base de la sociedad la libertad de todos los individuos en condiciones de igualdad, sin admitir dependencias, jerarquías ni privilegios que conviertan en ilusoria la libertad.

El hecho de someterse voluntariamente el individuo a vivir en una sociedad libre, con derecho a gozar de los beneficios sociales, le impone el deber de contribuir, si está en condiciones de hacerlo, a la labor colectiva, pues de lo contrario se convertiría en parásito privilegiado. Además, el derecho inalienable que goza de hacer respetar su libertad, implica el correlativo deber de respetar la libertad de los demás.

Por todo esto, estimamos una desviación el criterio estrictamente individualista que pretende desentenderse de los tácitos compromisos que impone la vida colectiva. El individualismo de los anarquistas en general, puesto que se basa en la realización de una sociedad libre, es esencialmente un individualismo societario, aun cuando cabe imaginarlo dentro de formas distintas, sea a base de cooperación, colectivismo o comunismo, con tal que la libertad y la igualdad de los individuos queden garantizadas.

El individualismo puro, llevado a sus últimos límites, exigiría la vida aislada del individuo, excluyendo toda forma societaria. Esto puede convenir a los misántropos, pero para la inmensa mayoría de los hombres, la sociedad seguirá siendo la natural extensión y complemento de la vida individual.

7.º—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirsela?

La vida de la sociedad, como la de los individuos, es una sucesión de hechos. El individuo, merced a su memoria, en cualquier instante puede recordar el pasado, y este recuerdo le producirá sensaciones diversas, de placer o pena; pero si se pasara la vida recordando, ni viviría el presente, ni procuraría que el porvenir lo mejorara.

En los pueblos, la tradición es como el recuerdo del pasado, un recuerdo indirecto, que llega a las generaciones presentes embellecido o afeado, y que rara vez estamos en condiciones de apreciarlo en su justo sentido. Por lo mismo, el valor de la tradición es relativo y varía el modo de apreciarlo, según sea nuestra idealidad y mentalidad.

La medida en que sigamos la tradición dependerá de nuestra mentalidad. La mentalidad del anarquista no es la más propicia para seguir ni aun respetar la tradición. El anarquista, que no está conforme con el presente, menos ha de estarlo del pasado. Lo tradicional es lo arcaico, lo antiguo, que cuando se trata de reproducir o perpetuar resulta un contrasentido, pues la vida social, como la individual, es movimiento, cambio, sucesión, transformación.

La tradición sólo puede tener para nosotros un valor literario e histórico, pero jamás puede ser un ideal a seguir. Nuestro ideal está en el porvenir, no en el pasado.

8.º—Para soterrar más hondo, y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamento de la Biblia?

La palabra Biblia, etimológicamente derivada del griego, significa *libros*. Los primeros cristianos la utilizaron para designar el conjunto de libros diversos que constituyen el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Constituyen el Antiguo Testamento un conjunto de fragmentos de libros hebreos escritos en diversas épocas durante el período de nueve siglos antes de la Era Cristiana y que reflejan el carácter, las creencias y costumbres de dicho período, no obstante el distinto estilo, origen y finalidad de dichos escritos. Libros de parecido carácter los tienen las literaturas antiguas de China, Persia e India.

El Nuevo Testamento lo constituyen cuatro Evangelios, que hacen referencia a la vida, hechos y muerte de Jesús, de cuya personalidad real no hay pruebas conclusivas, y que de haber existido, fué uno de los tantos innovadores que de vez en cuando aparecen en los pueblos, que dan forma concreta a vagas aspiraciones que yacen difusas en las masas. Los cuatro Evangelios fueron escogidos por la Iglesia de entre un mayor número de escritos inspirados en la real o supuesta existencia de Jesús, de autores diversos.

En el Concilio de Trento, la Iglesia escogió los libros que debían considerarse como "sagrados y canónicos", que fueron 45 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo. Tal fué el origen de la Biblia actual, al que cierto número de hombres se abrogaron la facultad de declarar libro divino, dictado por el mismo Dios, por mediación del Espíritu Santo, que junto con Jesús, constituyen la incomprensible unidad-trina del cristianismo.

El valor de la Biblia es puramente tradicional y literario. Su pretendido origen sagrado le ha sido concedido por la Iglesia, sin más finalidad que hacer descansar en el mosaico de fragmentos que es la Biblia, su doctrina religiosa.

Las narraciones bíblicas, en cuanto se refieren a un Dios antropomorfo y a su creación de un mundo limitado, están en abierta contradicción con los actuales conocimientos científicos; y el mejor modo de combatir su influencia en las masas ignaras, consiste en vulgarizar los conocimientos científicos y parangonarlos con las creencias que el Cristianismo sostiene respecto a la divinidad y a la creación.

BIBLIOGRAFIA

—

Dauphin-Meunier A. — "La Commune Hongroise et les anarchistes (21 mars 1919-7 aout 1919") 88 págs. en 8.o — Librairie Internationale, París, 1926.—

Al leer este libro pensamos en las consecuencias de la poca afición a los estudios históricos documentados y en el vasto material que nos ha entregado la historia en la última década. Todavía no se ha hecho nada sólido sobre los anarquistas en la revolución rusa, en la revolución bávara de los consejos, en la Italia de la post-guerra y, en general, en la agitación revolucionaria de 1918 a 1922. Los socialdemócratas y comunistas se apresuran a monopolizar todos estos hechos, pasando por alto o desvirtuando el esfuerzo de nuestros camaradas, que muchas veces han sabido tomar la iniciativa y dar el ejemplo de abnegación y de espíritu de sacrificio. El camarada Dauphin-Meunier acaba de publicar un pequeño volumen sobre la revolución húngara de 1919, revelando una excelente competencia en cuestiones económicas. En el curso de esas breves páginas se menciona la labor de algunos anarquistas y su trágico destino. Pero el valor del ensayo no está en eso, sino en la crítica acertada a las decisiones y tácticas de los comunistas húngaros, de Bela Kun, sobre todo, a quien se debe, en gran parte, el desastre de la comuna de Budapest. Como ojeada de conjunto en pocas páginas, el librito de Dauphin-Meunier es una buena introducción al estudio de la revolución húngara y no sólo sería deseable un profundizamiento y un ensanchamiento de la materia respecto del desdichado episodio húngaro, sino una imitación sobre la república bávara de los consejos, sobre la revolución rusa, etc., etc. En esas experiencias se afirma la exactitud de nuestras ideas fundamentales y se manifiesta también lo fatales que pueden sernos algunos dogmas tácticos.

En el próximo número del SUPLEMENTO continúa la Encuesta de Stuebenville, Ohío

Se publicarán trabajos de M. Nettlau, G. Biagiotti, M. Buenacasa y otros conocidos camaradas del país y del extranjero

PRECIO DE CADA NUMERO 10 CTS.

El dibujo de Sagristá

El dibujo del camarada Sagristá, que intercalamos en este número en hoja suelta, quiere representar las dos formas de lucha armada en las contiendas sociales contemporáneas: el militarismo y la guerrilla. El fondo y el argumento es dado por la revolución rusa. De una parte los magnates del bolchevismo y de otra la insurrección de los campesinos ukranianos. Todavía hoy, a pesar de no quedar rastros del levantamiento campesino encabezado por el compañero Nestor Machno, la única fuerza hostil al estatismo, al militarismo y al capitalismo de los bolchevistas, está en el campo, en la población campesina. Pero del campo no surge el ejército regular, que engendra forzosamente la dictadura, si es que no es ya un instrumento de ésta, surge la guerrilla, la autonomía del esfuerzo y la convergencia de los resultados y de las voluntades. De ahí que nosotros, adversarios de todo militarismo, abriguemos fundadas simpatías hacia el guerrillero revolucionario. El militarismo es adversario irreductible de la revolución; la guerrilla puede ser un aliciente revolucionario.

Panoramas europeos: España



Tanto se jugará con la horca, que al final el palmípedo quedará colgado del zogal.

AÑO V — BUENOS AIRES, 16 DE AGOSTO DE 1926 — No 236

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Sumario de este número

En Ushuaia todo va bien

No hace mucho circularon por la prensa telegramas de Tierra del Fuego, anunciando la situación trágica de los penados, semi-desnudos, sin alimentación y a una temperatura de 20 grados bajo cero. Cuando la prensa burguesa ha recogido esos telegramas, hay que suponer que la situación era más terrible aún.

Poco antes habían estado en el presidio, en visita de inspección, el ministro de Justicia acompañado de un médico, Parides Pietranera, y del director de la penitenciaría nacional, Eusebio Gómez. Estos últimos señores han escrito un informe, en calidad de peritos en la materia, dando su opinión sobre las condiciones del presidio.

Según la opinión de esos peritos, la situación del presidio no deja nada que desear; el clima es sano y benigno; el único defecto que tendría es la distancia de la capital de la isla, lo cual impide un control estricto de la gestión de los funcionarios y demás.

Transcribamos algunos párrafos del informe a que nos referimos:

"...Ante todo es conveniente dejar constancia de que las condiciones de sanidad de la población penal, son buenas en general y el número de enfermos no excede del que proporcionalmente existe en cualquier establecimiento similar"...

"...La higiene se observa con una escrupulosidad digna de encomio y hemos podido comprobar que la alimentación suministrada a los penados es excelente, por sus condiciones nutritivas y porque los elementos que se emplean permiten una relativa variedad, respondiendo así a las exigencias de todo buen régimen dietético. Pensamos a este propósito — y con ello está de acuerdo el director de la cárcel — que no es necesario, entonces, modificar el tipo de racionamiento. Abonan este aserto las condiciones de salud en que se encuentran los recluídos y el peso de los mismos, que no sufre diminución, sino que, por el contrario, aumenta en la generalidad de los casos"...

"...No podemos dar término a esta sucinta información sin aludir a los tétricos calabozos de Ushuaia de que se ha hablado alguna vez como del lugar destinado al encierro de los penados de mala conducta. Tales calabozos no existen y las correcciones disciplinarias se imponen en condiciones de enorme y perjudicial lenidad"...

En resumen, que falta poco como para imitar a los bolchevistas cuando nuestra campaña internacional contra las prisiones en las islas de Solovetzki les obligó a salir de su mutismo, dando a la circulación fotografías de un lugar cualquiera de recreo y pintando las islas polares como uno de los lugares más deliciosos de Rusia. A esas estúpidas exageraciones hemos respondido con una carcajada unánime por la ocurrencia pueril de los burócratas rojos. Pero el informe del director de la penitenciaría nacional sobre Ushuaia está lejos de provocar la risa; al contrario, nos indigna la impudencia con que se miente sobre la situación de un presidio sobradamente conocido y que es uno de los símbolos más trágicos del penalismo en América.

El señor Eusebio Gómez ha iniciado la publicación de un "Boletín de la Biblioteca nacional de criminología y ciencias afines". En ella querá, por lo menos, reflejar alguna idea nueva, alguna experiencia en el dominio de la criminología, pero por lo visto ignora que una de las condiciones previas para toda labor científica o de experimentación es un sentimiento de veracidad y ciertas dotes para la observación. Ni una cosa ni otra parecen ser peculiares al señor Eusebio Gómez, a juzgar por el informe sobre las condiciones de Ushuaia.

Sin embargo, el informe mismo nos hace entrever que no todo es de color de rosa y que la población penal no debe considerarse allí en el mejor de los mundos.

Leamos algunos párrafos:

"...Las condiciones sanitarias de la cárcel son susceptibles de mejoras, algunas de las cuales deben ser introducidas urgentemente", "...cabe señalar la necesidad urgente de construir una enfermería. V. E. pudo compenetrarse de ella por su observación personal. Al presente, a los fines a que está destinada una enfermería, se ha habilitado un local absolutamente inadecuado, en el extremo de uno de los pabellones y cuya ubicación es similar a la del consultorio para examen de los enfermos que no requieren ser hospitalizados". "...La cocina del establecimiento requiere reparaciones que, sin ser de carácter urgente, convendría, para asegurar mejor la higiene, proceder a ellas tan pronto como sea posible. Se trata de revocar y de blanquear las paredes del local donde funciona dicha dependencia, modificando, además, los pisos del mismo. "...Lo que sin duda se impone en términos impostergables es la instalación de un lavadero, pues el que existe en la actualidad ni es higiénico ni satisface en modo alguno las necesidades del Establecimiento". "...La calefacción (de los pabellones), aunque se efectúa en buenas condiciones, podría, sin mayores gastos, mejorarse sensiblemente". "...Los galpones en que funcionan los talleres se encuentran en mal estado de conservación". "...Respecto a la ropa interior y al calzado en uso por los penados, sería conveniente adoptar tipos mejores, que consulten las características del clima imperante en la región".

Esas frases que se escaparon en el informe de los peritos que acompañaron al ministro de justicia, dejan un teloncito descubierto para entrever la verdad.

No queremos exagerar y decir que Ushuaia es un lugar peor que Solovetzki, en la Rusia sovietista; pero sí decimos que el presidio argentino es uno de los establecimientos más tétricos de América. Por lo demás, aunque el paso dado no haya significado mucho, las prisiones de Solovetzki han sido suprimidas a consecuencia de la campaña internacional realizada con ese fin.

Ushuaia será para el proletariado de la Argentina un motivo constante de inquietudes y de recelos y siempre que la vida revolucionaria repunte, pondrá en el primer plano de sus reivindicaciones inmediatas la supresión del presidio de Tierra del Fuego y la liberación de aquel hombre inolvidable que se llama Radowitzky.

EL PACTO ITALO—ESPAÑOL



"Dios los cria y ellos se juntan..."

E. L. ARANGO

CAPITALISMO Y ESTATISMO

No es un hecho sorprendente que los políticos marxistas traten de operar la concentración de todos los poderes: jurídicos, administrativos, económicos, en el llamado Estado integral. Corresponde esa tendencia al concepto materialista que Marx aplicó a la evolución del capitalismo y señala el predominio de las finanzas en la dirección de la vida social.

El Super-Estado representa la negación del individuo como entidad pensante. Opone al derecho individual una supuesta soberanía colectiva, encarnada en la Nación, que es una idea abstracta que se materializa en el interés exclusivista de una casta privilegiada. De ahí que el conjunto geográfico forme no sólo una unidad política, sino que también una unidad económica, a la que es necesario sacrificar los *intereses particulares* del ciudadano. Pero, ¿en qué medida se realiza ese sacrificio? Suprimiendo la libertad del ente jurídico, o lo que es lo mismo, sometiendo a la masa asalariada a un régimen de gobierno que no consulta su situación de inferioridad frente al explotador y al gobernante.

La casta de los bien situados defiende como un principio equivalente a la justicia retributiva, la creación del Estado único. Ese es un principio marxista incorporado al estatismo burgués. Constituye la base "doctrinaria" del fascismo, según el decálogo de Mussolini, porque la dictadura fascista pretende ser paternal y esencialmente nacionalista. Quiere decir pues, que a las diferencias de clase — que existen por el creciente antagonismo de intereses —, se opone la igualdad de acatamiento al orden establecido, sin que eso signifique un equilibrio en la vida social, ni mucho menos la justa correspondencia de esfuerzos, de trabajo y de necesidades entre todos los súbditos.

Depende y es originaria esa concepción estatista del individualismo burgués. Se nutre de "razones económicas" ya expuestas por Marx y sus discípulos para justificar el crecimiento del capitalismo, y responde a la fuerza de concentración industrial que, al crear un poder omnimodo con el juego de las finanzas, establece a la vez un poder político equivalente. Si la estructura jurídica del Estado no es capaz de resistir la fuerza de desplazamiento del capital; si no ofrece suficientes garantías a la feroz lucha de los intereses en continuo antagonismo, los amos de la industria y de las finanzas precipitarán la caída de los gobiernos débiles. Y así se explica el fracaso de la democracia y del parlamentarismo, no porque el sistema no sea susceptible de adaptarse a las nuevas condiciones materiales del mundo, sino precisamente porque el parlamento tradicional carece de suficiente flexibilidad para realizar por sí mismo esa transformación.

Mussolini combate las prácticas políticas del socialismo y ejecuta sus golpes de mano contando con una opinión adversa a los fracasados apóstoles de la democracia. Pero en la concepción político-económica del jefe fascista predominan las preocupaciones marxistas. El antidemocraticismo del "duce" interpreta el fenómeno de la capitalización de Italia, y como teoría es una consecuencia directa del *materialismo histórico.*

Para justificar el hecho político — la contrarrevolución fascista, que sólo sirve para asegurar la prevalencia del capitalismo en el campo económico —, Mussolini declara que la democracia es una mentira. Esa conclusión no es sorprendente, porque ya la habíamos deducido los anarquistas al constatar el fracaso del marxismo en la encrucijada parlamentaria. El "duce" dice:

"La doctrina de la soberanía popular, con su postulado correlativo que proclama la superioridad del individuo sobre el Estado, ha sido dejada de lado, porque era falsa y, además, y esto es más importante, porque representaba el anarquismo en un mundo como el nuestro de estrecha interdependencia social y económica, donde todo individuo se siente perdido fuera de su grupo. "Libertad o muerte" fué una bonita frase, pero "cooperación o pobreza" me parece mucho más adecuada en los momentos actuales".

Teóricamente el fascismo acepta la conclusión económica de Marx sobre la interdependencia social, esto es, sobre la correlación existente entre el proceso del capitalismo, del que depende el mismo proletariado, y cuyo proceso se señala con períodos de crisis, con épocas de escasez y de abundancia.

Veamos ahora cómo expone Mussolini su vieja concepción marxista, adornada con preceptos nacionalistas y con el ritualismo patriótico. Define en estos términos el papel del Estado capitalista, en un régimen de dictadura financiera amparada en un supuesto derecho de extraña naturaleza jurídica:

"Una vez formulado el derecho a la libertad del individuo, el Estado queda sin la necesaria autoridad para fiscalizarlo. El fascismo rechaza la idea de que la Nación es una agrupción accidental y temporal de individuos y afirma que es una entidad orgánica y viviente que perdura, de generación en generación, poseedora de un patrimonio tangible, físico, moral, espiritual y cultural. Ninguna generación, ningún grupo de ciudadanos y mucho menos un solo ciudadano, tienen el derecho de ir en contra de su nación. El Estado, que es el custodio de la nación y su agente de fiscalización, no puede estar a merced de las artimañas políticas que varían de año en año de acuerdo con el estado de ánimo de unos pocos hombres que han conseguido ser investidos de autoridad, gracias a las vicisitudes del sufragio universal. El fascismo reemplaza la soberanía individual por la soberanía de la Nación; la Nación por el individuo. Con proteger la autoridad de la Nación ella se encontrará en condiciones de conferir la libertad a los individuos, siempre que ellos obren en armonía con los intereses del Estado".

Definido el papel que juega el Estado como representante de la Nación, y en cuyo terreno Mussolini vuelve por sus preocupaciones marxistas, plantea en estos término el juego de los intereses en el seno de la sociedad capitalista superestatalizada:

"Aun más importante es nuestra destrucción de la autodefensa de clase. Hasta el advenimiento del fascismo, se había llegado a la conclusión de que el organismo de la vida económica de la Nación escapa al contralor del Estado. Se trataba de una idea errónea, debida a que el actual tipo de desenvolvimiento industrial tomó cuerpo después que se definieron las funciones del Estado liberal democrático. El nuestro — el nuevo tipo de Estado — es el primer paso que se da para reparar ese yerro. Hemos resuelto el problema para nosotros mismos y quizá para el mundo, incorporando al Estado todas las fuerzas de producción. La guerra de clases ha terminado, la huelga obrera ya no tiene más atenuantes que los de una insurrección; el capital y el trabajo tienen iguales derechos y deberes, sus delitos se castigan de la misma manera, y las organizaciones del trabajo, y en realidad todas las entidades de carácter público que afecten de un modo u otro a los intereses de la Nación, solamente podrán existir mientras se mantengan ligadas directa o indirectamente al tejido orgánico del Estado. El absurdo de permitir una constante amenaza de guerra civil o económica ha desaparecido".

Eso es el fascismo. Y eso es también el marxismo. La diferencia de motivos teóricos, sentimentales, éticos — que se invoque al proletariado en vez de la Nación, o viceversa — no altera las consecuencias económicas. La contrarrevolución italiana tiene su equivalente histórico, materialista, causal, en la revolución rusa. El régimen fascista suprime la independencia del individuo, como entidad jurídica, para subordinarlo al poder impersonal del Estado capitalista. Esa supresión se realizó también bajo el régimen bolchevique, por el mismo proceso estatal, con lo que el estatismo comunista llega al mismo grado de potencia opresiva y tiránica que las más brutales dictaduras burguesas.

Carece de valor, frente a la realidad de los hechos, la diferencia de estos dos denominativos: burguesía y proletariado. Borra esos relieves jurídicos el aplanamiento económico impuesto por el capitalismo. Rusia e Italia, dos síntesis de las teorías marxistas — por lo que representan esa teorías en la justificación del proceso industrial — complementan un mismo proceso reaccionario. Y difícilmente se podrá distinguir, entre el proletarismo bolcheviqui y el nacionalismo fascista, una diferencia de causas y efectos, un solo signo que indique a los hombres de hoy la posibilidad de libertarse de las cadenas de su esclavitud económica y moral.

Los estatistas, cualquiera sea su doctrina social, coinciden en un mismo principio mecánico: la concentración de todo los poderes, jurídicos y económicos, en el Super-Estado. La superestatalización es un fenómeno de la supercapitalización y señala el predominio de las finanzas sobre la política. El arte de gobernar a los pueblos consiste hoy en saber manejar el instrumento financiero y en conocer el secreto de los grandes negocios.

Mussolini es un instrumento en manos de la banca internacional. También lo fué Lenin en manos de la naciente burguesía rusa. Por eso Italia y Rusia ofrecen hoy la síntesis más completa del Estado capitalista y representan el hito de la contrarevolución triunfante.

Los marxistas llegarán con el tiempo a reivindicar como propias las dictaduras de la hora. Sus preocupaciones democráticas, su aparatoso liberalismo y sus ficticias oposiciones a la supercapitalización del Estado, desaparecerán en cuanto los acontecimientos les lleven de nuevo al punto de equilibrio que se esfuerzan en encontrar los diferentes servidores de la burguesía.

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

¡Mukama!

Preguntas: ¿para qué necesitan los blancos los medios de locomoción y por qué andan sin interrupción de un lado para el otro? Piensa, por ejemplo, en el trayecto de Niansa a Rubengera. Un hombre cargado hace ahora ese trayecto en cuatro días, un mensajero en dos. El blanco habría construído un ferrocarril para que el mensajero llegase en un día. Para construirlo tendrían que ir allá muchos miles de hombres y trabajar y regresar. Otros tendrían que llevarles alimentos y combustibles. Los obreros recibirían salarios. Luego querrían gastar esos salarios. Para eso acudiría un comerciante con muchas cargas de telas, gorras, perlas y bebidas. Luego un sungu gritaría y escribiría. Luego mercaderías para el sungu. Luego cargadores que llevarían madera y piedra para una casa para las mercaderías del sungu. Luego un individuo que contaría esos artículos y los registraría, recibiendo por ello una remuneración. También para él hay que edificar una casa y otra para el que se ocupa de que el que recibe el dinero no se quede con él. Una vez en posesión de todo eso tenemos una vida económica "sana" o un "sano desarrollo económico". Luego viene otro que hace retratos de todo eso y escribe un libro sobre ello. Se edifica una casa en donde se reparan los coches del ferrocarril. En esa casa trabajan hombres a quienes se busca con el tren. Para eso se necesita carbón y leña; eso se busca también con el tren, y la máquina que tira de él se calienta con carbón. Se construyen vagones para buscar carbón y se busca carbón para construir vagones. Luego se pone la cosa en marcha, el tráfico, el humo, el ruido y el progreso, es decir, lo que los blancos llaman cultura. Acuden también comerciantes vendedores de bebidas alcohólicas y muchachas venales para volver a quitar el dinero a los obreros. Como luego se producen desconciertos a causa de la codicia despertada en los trabajadores y del alcohol, hay que traer vigilantes armados y otros individuos que escriban sobre la naturaleza de los desórdenes y sobre el nombre de lo que los trabajadores han hecho de inconveniente. Para esos individuos hay que levantar una casa, y para que los obreros que han hecho algo inconveniente no vuelvan a su domicilio antes de que todo quede escrito en forma, hay que construir jaulas en donde se encierra a los obreros, se les da de comer y se les vigila. Pero es preciso ir a buscar de nuevo carbón para hacer los barrotes de las jaulas. Luego hay que conducir agua a las casas de esos que escriben y de los que vigilan y luz artificial para que pueda escribirse también de noche cuando la naturaleza lo prohibe. Luego hay que construir una casa para el hombre que escribe cuál de los que escriben debe llamarse "señor jefe" y otra en donde se imagina cuanto debe pagar cada casa a fin de remunerar a los que escriben y a los que vigilan. A todo eso le llaman "gobierno". Así se levanta una gran ciudad, una central de cultura, como dicen los blancos, y todo eso sólo para que un mensajero regrese de Niansa a Rubengera más rápidamente. Esa ciudad se acrecienta y luego deben ponerse cada vez más trenes en movimiento. Luego se necesitan casas para guarecer los trenes y nuevamente hombres que las vigilen, las cuenten y escriban sobre ellas. Pero como los hombres en esa ciudad y con esa ocupación se vuelven locos, hay que levantar fuera de la ciudad grandes edificios para encerrarlos. De ahí nace nuevo trabajo y nueva vida económica. Pero aquellos que todavía no están del todo locos, para no enloquecer completamente tienen que salir muy a menudo de la ciudad a *fin de* gritar en los campos y en los bosques vírgenes, arrancar flores, matar animales o apestarlos. Por eso vuelven a circular los trenes llenos de personas. Pero además en los campos y en los bosques hay que construir casas en las que esos semi-locos puedan comprar alcohol y cigarros. A los blancos les gusta mucho hacer humo y verter bebidas alcohólicas en su garganta. Luego se hacen sacar retratos con un vaso para beber en la mano. Para que se sepa en el campo dónde están las tabernas hay que poner en los cruces indicaciones mencionando el nombre del próximo puesto de bebidas y la distancia. Para que los semi-locos puedan leer lo que está escrito en esas placas y la distancia que hay de ellas hasta la próxima taberna, hay que levantar casas en donde un hombre disciplina a los niños hasta que sepan leer y contar. Eso dura ocho años. También para ese hombre hay que edificar una casa y otra para el que lleva la cuenta de lo que ese individuo ha pegado a los niños hasta merecer el ascenso. Luego otra para el que vigila a fin de que no se eleve la sitaución sin permiso o lleven plaquita de metal en el pecho antes de haber llegado a la edad correspondiente. Pero para que se sepa cuándo se ha llegado a la edad en que se puede llevar plaquitas de metal, hay que contar los años de la vida y escribir libros en donde se puede ver qué día ha salido cada uno de las entrañas de su madre. Por consiguiente, es preciso construir casas y los trenes tienen que circular día y noche de un lado para el otro.

Esa es la causa por la cual emplean trenes los blancos, construyen vías férreas y viajan continuamente de un lado al otro. Una cosa, sin embargo, he olvidado de mencionar, y eso te llenará de asco o de asombro: la manía de escribir cartas. Esa locura la puedo describir difícilmente con palabras. No hay en Usungu ninguna casa a donde no vaya diariamente un mensajero llevando cartas. Pero ¿qué escriben los blancos? Lo que cada cual sabe de sí mismo. "Estoy aquí y bebo", "vengo mañana", "el tren corre", "la comida sabe bien". O envían retratos, con un vaso en la mano y una cara estúpida. O escriben por dinero. Quiero decir esto. Todo lo que hacen y todo lo que se mueve

le vuelven a escribir. Con ese fin andan los mensajeros de un lado al otro con coches y se tienen que construir casas en las que se deben distribuir las cartas y las que se deben distribuir las cartas y otras en las que viven los que llevan notas de cuándo deben ascender los que leen las cartas. Finalmente se cuentan las cartas y las personas que viajan y los años más que viven los carteros en relación con los que cosen vestidos todo el día. Gracias a todas esas cosas los blancos creen ser más inteligentes y mejores, y cuando se edifica una nueva casa, se reúnen, pronuncian discursos y cantan: "ra, ra, ra!", lo que es la expresión de la más alta alegría. Luego vierten líquidos en su garganta.

Los blancos tienen además la siguiente locura. Si preguntas en Kitara: ¿Quién está allí?, la respuesta es: Muntu, un hombre. Pero los blancos clasifican a los hombres según lo que hacen. Quieren que cada persona haga una determinada locura, para que nazcan diferencias y puedan contar más. Un individuo me introdujo en la casa en que muchos hombres afilaban cuchillos. Tenían un aspecto muy pálido. Pregunté dónde tenían esas personas la tierra de labranza, a lo que se me respondió que no hacían otra cosa que afilar cuchillos; sólo así se puede decir con decisión que hombres que afilan cuchillos todo el día, mueren a los treinta años. Y sus ojos irradiaban de alegría cuando me comunicó que una vida tan breve tendrían las personas que no hacen todo el día más que absorber en las ... partes de cadáveres. Cuando yo moví la cabeza de espanto ante esa intimidez, me dijo que no debía dudar, que estaba establecido científicamente y que esperaba obtener con el tiempo cifras más exactas. Cuando pregunté para qué servían esas cifras me contó un embuste que ninguna persona creerá, Mukama, no puedo explicarte eso. Pero oye: Todos los años pagan una suma de dinero, eso es recogido y registrado por personas que están en una casa y después de la muerte se le paga a los parientes. Creen ser así más felices. Y en eso un afilador de cuchillos paga una suma distinta a un ...dor, porque los estadísticos saben cuánto tiempo viven unos y otros. Para que esa cuenta concuerde cada cual debe permanecer en su trabajo y no hacer otra cosa. Por esa tontería hay que construir continuamente casas y escribir cartas y hacer circular los trenes y los coches. ¿Lo has comprendido?

Ahora sabrás lo que hacen propiamente los blancos y por qué lo hacen. Te lo diré: están continuamente en movimiento para perturbarse unos a otros en el trabajo, a fin de procurar que todos los hombres corran sin cesar y no tengan tiempo de darse a la reflexión. Pero luego se ocupan de llevar al desorden un orden del que están orgullosos. Se olvidan luego que son ellos mismos los que han hecho el desorden, que no era necesario, y hablan entonces del orden.

No, querido, tú no puedes comprenderlo. Tú pensarás en Kitara. ¿Para qué el orden? Los montes están allí y en los valles fluyen los arroyuelos. Si está crecida la corriente, se espera que pase. "Amri ya Mungu". Es orden divina, murmura el transeunte y se inclina humildemente. Pero el orden es contrario al mandamiento de dios y el castigo no puede tardar. Más tarde hablaré del castigo. Ese castigo es justo, pues hay cosas inútiles y un desorden provocado en donde hombres inútiles quieren hacer orden.

Estuve hábito en casa de un hombre que es inspector en un coche que circula por rieles de hierro. Le acompañé y me hice ver lo que hace cada blanco que viaja en el coche. Viajaba un hombre que construye piezas de hierro para los coches. Junto a él había otro con una espada y una bola de metal sobre la cabeza. Tiene por misión vigilar que los coches no atropellen en la calle a ninguna persona y llevar el registro de los que son muertos por el tráfico. Luego subió otro cabeza puntiaguda al coche; su oficio consiste en vigilar que el que le vea se cuadre firme, lo que es un saludo. Luego entró una mujer con una cruz roja al brazo. Venda a los hombres arrollados por el coche. Luego un hombre que caza los perros que no llevan una moneda al cuello. Junto a él un hombre que hace en una casa rollos de tabaco. Luego uno que vende píldoras contra las enfermedades. Luego un empleado de seguros que escribe qué personas han pagado dinero para el caso en que sean arrolladas por el tráfico. Con qué objeto, eso lo digo más tarde. Luego uno que vende el carbón con que son movidos los coches y uno que hace los libros en los que está escrito cuando han de ponerse en movimiento los coches. Cada cual lleva un indicador del tiempo sobre su estómago y lo consulta en cuanto el coche se detiene y en cuanto continúa el viaje.

Luego se sentó allí un hombre con rodajitas de vidrio delante de los ojos. Su trabajo consiste en hablar cómo era antes y cómo es ahora. Me dijo que ese tráfico ordenado era un signo de la elevada cultura de los blancos. Hubo un tiempo en que no había ningún rail de hierro en el camino por el que vamos. Entonces habría dicho cualquiera que no era necesario que los coches circularan por aquí y que nadie subiría a ellos, y ahora se ha visto qué impulso ha tomado el tráfico gracias a la construcción de tranvías.

Pero yo encontré que todos esos locos estaban en camino, no para vivir y trabajar algo bueno, sino sólo para que los tranvías pudieran circular o para que se reparase lo que se produce en daños por el ir y venir de los coches. Si todos esos locos hubiesen quedado en la tierra con sus hijos, no necesitarían que circularan coches; todos podrían tener un pedazo de tierra de labranza y ser felices.

Por consiguiente, Kigeri, cuida a tu hermoso país del orden de los blancos, de los tranvías y de los railes de hierro, y prohibe que sean llevados al país indicadores del tiempo, cuya visión induce a los hombres a hacer tonterías. Los hombres no necesitan reloj. Al despuntar el día canta el gallo. El día es claro, la noche oscura. Por la mañana sale el sol, al mediodía se ve en la parte más alta y por la tarde se pone. Pero la vida termina con la muerte. Sólo eso necesita saber un hombre. Pero donde los hombres andan en tren o tranvía, se necesitan relojes y hombres que los hagan, y de ahí surge todo ese trabajo estúpido, totalmente inútil en el que tantos seres enferman y pierden la alegría. Encuentro que esos locos del tiempo circulan todos de un lado al otro sólo para que los coches se pongan en movimiento y suben al tren o al tranvía para ir de un lado al otro y molestarse mutuamente.

He escrito sobre cosas que deben permanecer extrañas a los sabios de Kitara, si quieren seguir siendo hombres.

Te saluda tu fiel

Lukanga.

El hombre prehistórico

...Sentado en una butaca, delante su escritorio, examinaba, desde hacía unos instantes, una especie de huesecito puntiagudo, por un lado, y desgastado, por el otro. Le daba vueltas entre los dedos; seguramente, también le daba vuelta en su imaginación, y, desde aquel momento, a pesar de mis bulliciosos cascabeles, ya no existía yo para él.

Mi madre, apoyada en el respaldo de la butaca, seguía la idea que acababa de expresar.

El médico, mostrándole el huesecito, la dijo:

—He aquí el diente de un hombre que vivió en los tiempos del mammuth, durante la época de los hielos, en una cueva desnuda y desolada entonces, y ahora, casi por completo cubierta de viñas silvestres y de alhelíes, y al lado de la cual se eleva, desde varios años, aquella casita blanca tan bonita, que habitamos durante los meses de verano el año de nuestro casamiento. Fueron dos meses dichosos. Como teníamos piano, tocabas composiciones de Mozart todo el día, y, gracias a ti, una música espiritual y encantadora, que rebosaba por la ventana, animaba el valle, donde él, sólo había oído los rugidos del tigre.

Mi madre reclinó la cabeza en el hombro de mi padre, quien prosiguió de este modo:

Aquel hombre sólo conocía el hambre y el miedo. Parecía un animal. Tenía la frente aplastada. Los músculos de sus párpados formaban, al contraerse, arrugas odiosas; sus mandíbulas eran salientes; los dientes avanzaban fuera de la boca. Mira qué largo y puntiagudo es éste.

Tal fué la primera humanidad. Pero insensiblemente, con lentos y magníficos esfuerzos, fueron menos feroces: sus órganos se modificaron con el uso. La costumbre de pensar desarrolló su cerebro, y la frente se ensanchó. Los dientes, que ya no se ocupaban en destrozar carne cruda, crecieron menos largos en la mandíbula menos fuerte. El rostro humano adquirió una belleza sublime, y la sonrisa nació en los labios de la mujer.

Al decir esto mi padre besó la mejilla a mi madre, que sonreía; luego, alzando con lentitud solemne sobre su cabeza el diente del hombre de la cueva, exclamó:

—Hombre antiguo, cuya ruda y feroz religión tenemos presente: tu recuerdo conmueve lo más profundo de mi ser, te respeto y te amo ¡oh, abuelo mío! Recibe en el insondable pasado donde reposas el homenaje de mi agradecimiento, pues sé cuanto debo. Sé que tus esfuerzos me han librado de la miseria. Tú no pensabas en el porvenir, es cierto: un tenue resplandor de inteligencia oscilaba en tu alma obscura; sólo pudiste alimentarte y esconderte. Sin embargo eras un hombre. Un ideal confuso te inclinaba hacia lo hermoso y lo bueno. Viviste miserablemente, pero no viviste en vano, *y la vida tan horrible que tú recibiste, la transmitiste a tus hijos mejorada y menos dura*. A su vez ellos trabajaron perfeccionándola. Todos han puesto su mano en el arte: uno inventó la piedra de moler, otro la rueda. Todos se han ingeniado, y el continuo esfuerzo de tantos espíritus, al través de los siglos ha producido las maravillas que ahora embellecen la existencia. Y cada vez que inventaban un arte o fundaban una industria, hacían nacer con eso mismo bellezas morales, y creaban virtudes. Respetaron a las mujeres, y los hombres apreciaron el valor de la belleza.

Mi padre, dejando sobre el escritorio el diente prehistórico, abrazó a mi madre.

A N A T O L E F R A N C E

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Con motivo de la prosperidad del pensamiento centralista no es ni inactual ni innecesario exponer las ideas de Landauer de un socialismo libre. El marxismo no es un socialismo libre, y Landauer procura justificar esa afirmación de todas las maneras. Luego dice:

"Esta es la verdadera doctrina de Carlos Marx: cuando el capitalismo haya vencido en absoluto sobre los restos de la edad media, el progreso estará afirmado y el socialismo puede decirse que estará allí.

¿No tiene una significación simbólica que la obra fundamental del marxismo, la biblia de esa especie de socialismo, se llame *El capital*? Frente a ese socialismo capitalista presentamos nuestro socialismo y decimos: el socialismo, la cultura y la federación, el intercambio justo y el trabajo alegre, la sociedad de las sociedades solo puede venir si despierta un espíritu como el que ha conocido el período cristiano y el precristiano de los pueblos germánicos, y cuando ese espíritu liquida la barbarie, provoca la disolución y la decadencia, es decir: el capitalismo económicamente hablando.

Así están inconciliablemente frente a frente. De un lado el marxismo, de otro el socialismo. Marxismo equivale a automatismo.

Socialismo es lo nuevo, que se subleva contra la corrupción; la cultura que se rebela contra la asociación de la miseria, la violencia y la incultura, contra el Estado moderno y el capitalismo.

El marxismo es la peste de nuestro tiempo y la maldición del movimiento socialista. El marxismo es ante todo de los filisteos y por consiguiente del amigo de lo informe, de lo basto. Algo así como una república de ciudades de la edad media o un mercado aldeano o un *mir* ruso o un *amend* suizo o una colonia comunista no pueden tener para él la más insignificante analogía con socialismo; pero en cambio un Estado vasto, centralizado, se parece ya en cierto modo a su Estado futuro; si se les señala un país en un tiempo en que los pequeños campesinos prosperan, en que florece un trabajo manual rico en arte, en que hay poca miseria, tuerce despectivamente las narices; y Marx y sus sucesores creyeron esgrimir el peor insulto contra el más grande de todos los socialistas, Proudhon, llamándolo socialista pequeño-burgués y pequeño campesino, lo que no era un falso juicio ni un insulto, pues justamente Proudhon ha señalado preciosamente a los hombres de su pueblo y de su tiempo, en gran mayoría pequeños campesinos y obreros manuales, cómo habrían podido llegar al socialismo de inmediato, sin esperar el progreso purificador del gran capitalismo. Los creyentes en la evolución no pueden oir que se hable de una posibilidad que existió y que sin embargo no se convirtió en realidad; y los marxistas y los infectados de marxismo no pueden por consiguiente ver que se hable de un socialismo que hubiera podido ser posible antes del movimiento hacia abajo, que llaman movimiento progresivo del capitalismo bendito...

El socialismo es posible en todos los tiempos cuando lo quiere un número suficiente de seres humanos. Sólo que responderá al estado de la técnica, es decir, al número de hombres que lo inician y a los medios que llevan consigo o a la herencia del pasado que pueden tomar. El socialismo, ¡oh marxistas!, es posible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica; y es imposible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica. Es posible en todos los tiempos para los hombres justos, aun con la técnica más primitiva; y es imposible en todos los tiempos para los hombres injustos, aun con la técnica del maquinismo más desarrollada. No sabemos de evolución alguna que lo aportará; no sabemos nada de una semejante necesidad como ley natural. El capitalismo no tiene que volverse forzosamente socialismo, no debe sucumbir forzosamente, el socialismo no debe venir por la fuerza de las cosas, tampoco debe venir el socialismo proletario-estatista-capitalista de los marxistas, y no perdemos mucho. Ningún socialismo debe venir. El socialismo puede venir y debe venir cuando lo querramos, cuando lo establezcamos!"

Su crítica al marxismo la resume Landauer como sigue: Las principales tesis del marxismo son:

"1.—La concentración capitalista en la industria, en el comercio, en la banca y el crédito es un estadio previo, es el comienzo del socialismo.

"2.—El número de los empresarios capitalistas — o al menos de las empresas capitalistas — se reduce más y más; la proporción de los establecimientos particulares se extiende; la clase media se empequeñece y está condenada a la decadencia: el número de los proletarios crece desmesuradamente.

".—La cantidad de los proletarizados es siempre tan grande que debe haber entre ellos constantemente desocupados; ese ejército industrial de reserva influye en las condiciones de la vida; se desarrolla la superproducción por el hecho de que se produce más de lo que se puede consumir. En consecuencia, las crisis periódicas son inevitables.

"4.—La desproporción entre la enorme riqueza en manos de los pocos y de la miseria e inseguridad en las masas se hará finalmente tan grande, se producirá una crisis tan terrible y el descontento de las masas obreras aumentará de tal modo que tiene que venir una catástrofe, una revolución, en cuyo curso puede y debe ser modificada la propiedad capitalista en propiedad social".

Estos principios han sido sometidos por diversas partes a una severa crítica, y hoy no queda mucho de ellos. La crítica de Landauer es más o menos la siguiente: No se debe hablar de empresas capitalistas y suponer con eso que la existencia de la sociedad capitalista depende del número de esos empresarios particularmente. Se debe más bien hablar de todos aquellos que están interesados en el capi-

talismo, de los que lo pasan bien proporcionalmente y seguros en su vida externa dentro del capitalismo, de aquellos que, en tanto que no son excepciones, sino casos generales, son dependientes también en sus opiniones, aspiraciones y puntos de vista de los intereses del capitalismo, lo mismo si son empresarios autónomos, agentes acomodados, altos funcionarios y empleados, accionistas, rentistas o lo que sean. Y sobre la base de las estadísticas de los impuestos y otras observaciones, que no pueden refutarse, se puede decir que el número de esas personas no ha disminuído, sino que aumentó algo absoluta y relativamente.

La clase media no ha decrecido, sólo ha cambiado de forma. No se ha escrito que por clase media se tenga que comprender sólo a los obreros manuales autónomos, a los comerciantes, a los pequeños campesinos y rentistas. Podemos asociar la cuestión: ¿quién pertenece a la clase media? con esta otra: ¿quién es proletario? En un mitín de Berlín, preguntó Landauer una vez a Klara Zetkin si el propietario de la sala (una de las más grandes salas de Berlín) era un proletario, pues, como la mayoría de los propietarios de tales establecimientos es por completo dependientes de la cervecería que le entrega la cerveza. Esa cervecería tiene hipotecas sobre su terreno; está comprometido por años y años a expender sólo su cerveza; las mesas, las sillas, los vasos son propiedad de la cervecería; sus entradas ascienden más o menos de 30 a 50 mil marcos anuales. En el período capitalista han surgido funciones que no caben en las calificaciones usuales. El propietario de la sala no es empleado, no es un agente, es autónomo, pero no independiente; no es propietario de sus medios de trabajo; ¿es un proletario? Klara Zetkin respondió: Ciertamente es un proletario; la existencia de ese hombre privado de sus medios de trabajo es por completo insegura.

Klara Zetkin respondió de acuerdo con las doctrinas del marxismo, que dicen: es proletario el que es dependiente y no posee los instrumentos de trabajo como propiedad suya. Pero Landauer afirma que proletario es el que vive *proletariamente*. Ciertamente hay diversas graduaciones, desde la mayor miseria de una existencia que roza siempre con lo mínimo hasta el trabajador que puede bien o mal vivir con su familia, que se mantiene a flote en los tiempos de desocupación, sin saber acortada su vida o al menos la intensidad de la vida de sus sucesores por la denutrición y que no llega nunca a una moderada abundancia en entradas, sin lo cual es imposible una participación en el arte, en la belleza, en la libre alegría. En este sentido es también comprendida generalmente la palabra proletario, y ni los mismos marxistas la pueden comprender de otro modo. Sólo esos proletarios están interesados en un cambio de las condiciones actuales, solo de ellos se puede decir que no tendrían que perder más qeu sus cadenas y que tendrían un mundo que ganar.

Justamente hoy hay una gran masa de miembros de la clase media que pertenecen a aquellos círculos en que domina el bienestar. Numerosos empleados, jefes de sucursales y de reparticiones, directores, ingenieros y agentes. Todos toman parte en el sistema capitalista, y a causa de su posición económica y de la concepción condicionada por ella no pueden ser contados ni con los proletarizados ni con los revolucionados.

Se ve ya en esto que las profecías de Marx no se cumplieron. Sin embargo, se puede conceder que una vez tuvieron justificación esas frases marxistas. Landauer afirma también que Marx en cierto sentido profetizó y previno. Previno al decir lo siguiente: "Capitalistas, si continúa así la explotación rabiosa, la rápida proletarización, la salvaje concurrencia entre vosotros mismos, si continuáis devorándoos mutuamente, impulsándoos al proletariado y reduciendo los establecimientos, disminuyéndolos en su totalidad, agrandándolos en particular, entonces todo debe terminar pronto!"

Pero hasta tal punto no se llegó. No porque los capitalistas hayan observado la advertencia de Marx, sino a causa de otros factores. El capitalismo creó por la provocación de un lujo inútil diversas necesidades ramificadas; la gran industria ha producido una gran cantidad de industrias auxiliares, de tal modo, que ninguna forma de la técnica se ha vuelto superflua. Los capitalistas han paralizado pronto la lucha de competencia y encontraron formas mejores que les garantizan mayor seguridad: los truts y los kartells. Por lo demás, el Estado se ha cuidado de pulir las pobres excrecencias del capitalismo. Por medio de la legislación social el proletariado debía ser prevenido contra los extremos y por eso contra la revolución. Pero ¿qué significa eso en general? Landauer sostiene: Más importantes que los efectos reales para el capitalismo fueron los resultados morales de esa legislación. No sólo para la masa de los proletarios sino también de los políticos ha borrado la diferencia entre su Estado del porvenir y el Estado del presente. El Estado se conquistó una nueva esfera de poder: la inspección de las fábricas, la intervención entre obreros y capitalistas, las pensiones para proletarios enfermos, viejos, inválidos, la protección contra los accidentes del trabajo etc. La actitud patriótica del Estado, la confianza infantil hacia el Estado y su legislación han sido fortificadas y aumentadas. El sentimiento revolucionario en las masas y en los partidos políticos ha sido notablemente debilitado".

(*CONCLUIRÁ*)

Exposición Bagaría (Los A. A. del Arte)

En todo tiempo los pintores tuvieron un gran respeto y admiración por los caricaturistas. Si decimos en todo tiempo, hemos de referirnos más bien a los modernos, en los que el arte de la risa y el humorismo en la plástica y en el periodismo ilustrado, cobró un desarrollo y un auge extraordinarios. Cezanne y Degas, dos de los pintores de más fuste en la época actual, tenían una gran predilección por Forain, el agudo satirizador de la sociedad burguesa.

También Bagaría despierta admiraciones fervientes entre los intelectuales y entre los pintores. Si la gente de pluma ha de tomarse en cuenta por lo que intentan convertir en teoría y literatura las artes más concretas — la pintura, la escultura y la arquitectura — los hombres, —diremos del oficio —, son acreedores a un crédito mayor. Cuando alcanzan cierto rango en el talento y la experiencia, sus opiniones son casi siempre más complejas y más profundas. Por un Baudelaire poeta que supo darnos un capítulo único en la literatura universal, sobre la *Esencia de la Risa* y sus proyecciones filosóficas, hubo muchos charlatanes literarios, quienes disparataron sobre el tema. Las diversas opiniones y trabajos, abonados por las más valiosas firmas de España, que se consignan en el catálogo de la exposición Bagaría, parecen ser todos ellos excepciones a la regla. Pero, a pesar de todo, nosotros preferimos la de Zuloaga. Son escasamente unas cuantas líneas. Dice:

"Admiro tremendamente a Bagaría, pues su arte encierra mucho de aquello que yo sueño para el mío: es decir: personalidad, psicología, ironía, penetración del carácter y sabiduría", y añade: *Bagaría es, indudablemente, el gran maestro de la caricatura*. Esto último ya nos interesa menos. Que se le considere más grande o más chico, no nos importa tanto como que sea hondamente *él* y sepa diferenciarse de la vasta mayoría de sus congéneres.

Se demuestra ello por sus mismos medios de expresión completamente precarios, respecto a su materialidad, a su apariencia plástica, que, sin todo lo que pone él de espiritualidad, de intención y de ingenio, sería un grafismo de muy poca monta y substancia. ¿No prueba, acaso, eso su primacía de la facultad artística— la reina de las facultades — como proclamaba Baudelaire a la imaginación creadora, sobre las otras, las mecánicas, las ejecutoras? George Grosz, que se vale de la línea pura para sus terribles vivisecciones de "Las clases dominantes", usa del dibujo para apresar superficies que convertirá en materia plástica voluminosa.

Es el suyo, además, un dibujo analítico, de un análisis minucioso que escoge los elementos esenciales para intensificar el carácter y la expresión. Es un linear, como se ha dicho; en el arabesco de su dibujo hay peso, corporeidad y volumen. También su sátira es más corrosiva, quemante, cruenta. Sella con una marca de estigma infamante a las clases burguesas,—que si sólo se refiere a la alemana, se podía aplicarlo a la de los demás países. Su cómico se deforma con la amargura del sarcasmo; es una reacción violenta de una ética selváticamente agudizada contra un cúmulo de inmoralidades contemporáneas y sociales en el máximo fermento de su corrupción. Estamos, pues, lejos de la comicidad chispeante de Bagaría, casi siempre de sonrisa benigna y a veces un poco ingenuota.



BAGARIA — *Auto-caricatura*

Se ha podido decir que existen dos géneros de cómicos: aquel impregnado de contemporaneidad, y que al separarlo del hecho que le generó deja de serlo en su esencia, y entonces habrá que auxiliarse de la leyenda, transportándose también al sitio que lo originó para comprenderlo; y el otro, que, en cambio, existe sin ninguna contingencia de tiempo y lugar. ¿Cuál ejemplo escogeremos, sino el de Goya de los *Caprichos* y de los "Horrores de la guerra"? Es muy alto ejemplo, tanto para Bagaría, como para el mismo Grosz. Ninguno de los dos se elevan a tan alta planicie del pensamiento humano, y ninguno de los dos se remontan de lo particular a lo universal, como en todo tiempo hicieron los grandes humoristas.

Pero ninguna de las dos labores de agria crítica social son baldías; al contrario, cumplen una gran misión regeneradora: castigar sonriendo o riendo amarga o ingeniosamente.

Discúlpense ahora estas comparaciones necesarias para sentar una jerarquía de valores y también para obtener un punto de apoyo claro y definido, mediante contrastes bruscos.

Elegante, casi exquisito, eminentemente decorativo, un fino sensitivo en sus tintas, Bagaría logra otorgar a sus viñetas, a sus composiciones y caricaturas un pronunciado sabor artístico: ya por lo ingenioso de sus estilizaciones, extendiéndose a todo lo creado; ya por la suntuosidad del colorido y la vibrante disección de caracteres. Esto será su valor más perdurable; es decir, como obra intrínseca de arte.

Consignemos un dato importante. Esta muestra obtuvo la más completa y armoniosa unanimidad de la opinión pública, así como de la crítica. No hubo una sola discrepancia entre la risa y la sonrisa de la muchedumbre de veedores que pasaron por esa exposición, y el sonreir y el piropear, grabado en letras de moldes en diarios y revistas: en todos rebosaba, tanto en el papel impreso como en los rostros, la misma satisfacción de haberse solazado y divertido realmente.

Si a Bagaría se le confina en la periferia de su España, adquirirá de pronto una importancia cabal e insospechada. Suficiente sería exhumar unas líneas de Luis Araquistain para dar a entender lo que particularmente deseamos referirnos. Dice el escritor:

"*A mediados de* 1926 *se eclipsan totalmente los dibujos de Bagaría en la prensa española. El rigor de la censura, después de suprimirle más de la mitad de sus caricaturas diarias, le obliga al fin a suspender por completo su trabajo periodístico en España. Este hecho, sencillo al parecer, servirá, sin embargo, para que el futuro historiador de esta etapa española comprenda mejor la psicología de los hombres que gobiernan a esta nación. No poder tolerar a un humorista incluso a un satírico del lápiz o de la pluma, revela penuria de inteligencia. El hombre inteligente, es decir, el hombre superior goza con las deformaciones que el humorista o el satírico hacen de su personalidad o de sus actos.*

Sócrates se ríe cordialmente de la imagen burlesca que Aristófanes traza de él en su teatro. Un gran político, o sea un político inteligente, es el primero en celebrar las vayas de que es objeto. Sólo los poco inteligentes son incapaces de ese desdoblamiento humorístico que permite a los más inteligentes contemplarse como en un espejo donde se reflejaran frente a frente la imagen que ellos se han formado de sí mismos y la imagen en que se lo representan los demás, viéndose no sólo de lo que otros ven en él, en contraste con lo que él ve, sino también del tragicómico relativismo de todo conocimiento humano. Se comprende la intolerancia con lo grosero y vulgar. Pero Bagaría no es nunca vulgar ni grosero. Como Molière, su genio cómico es intelectual, una cosquilla en el intelecto. Este es el tipo de humor que menos sufren los no inteligentes, por la sencilla razón de que no pueden comprenderlo y temen que sea más hiriente de lo que es. El eclipse total de Bagaría — esperemos que temporalmente — es una gran pérdida para España, porque, como decía Meredith, el grado de desarrollo del genio cómico — lo opuesto del retruécano verbal — en un país se-

VINICIO PALADINI

NECESIDADES ESPIRITUALES

En un precedente artículo, aparecido en *Fede*, hablaba de la necesidad de unir lo más estrechamente posible al proletariado y la intelectualidad en un solo organismo que, en una comunidad de rebelión contra las viejas formas de organización social y mental, trajese una potentísima energía destructora, en los primeros tiempos, después reconstructora.

Apunté brevemente en el peligro probable de agregarle a la masa una intelectualidad mezquina-burguesa que podía destruir en el campo espiritual todo posible intento de superar violenta e instantáneamente la vetusta mentalidad, desbaratando de este modo la obra toda de renovación y radical transformación desarrollada en las otras ramas de la economía y de la organización social.

Muy clara se me presenta la necesidad de que estas dos revoluciones se desarrollan paralelamente y de consuno. La indudable seguridad del pan y la alegría de saber que la riqueza ha sido igualmente distribuída son condiciones necesarias, mas insuficientes para que la idealidad de las izquierdas sociales tengan un real y completo valor. Existen en la naturaleza humana poderosísimas urgencias espirituales que no pueden ser aplacadas con los paliativos de la cultura mezquina-burguesa, que es sólo parvedad de pensamiento y de espíritu. El hombre no es una bestia cuyas simples satisfacciones materiales bastan para dar un significado a su vida. Cuanto antes es preciso democratizar las formas del conocimiento para las clases obreras — pero que esas formas sean de un conocimiento inteligente — y es necesario también y sobre todo, que estas clases sientan plenamente el valor de su función en la sociedad, no sólo como masa de productores indispensables a la existencia de toda corporación social — y poseyendo iguales derechos a los otros componentes — pero, además, como vibrante inteligencia sedienta siempre de más vastos conocimientos que le sirvan para vivir más entera e intensamente y con gran conciencia de la propia vida.

Toda revolución que no incluya entre sus aspiraciones esta otra de sabor tan distintamente espiritual, ha de ser completamente inútil y no será más que una demostración de sentimientos bestiales y primitivos.

Desgraciadamente de todo esto no se hallan muy convencidos los partidos de vanguardia en Italia, aunque ellos piensen en general que uno de sus más grandes objetivos sea la educación del pueblo, el refinamiento de sus facultades críticas, mas no obstante ello, existe una gran confusión en ideas de semejante índole y un vesánico pavor ante las ideas revolucionarias en arte, no por deberse a una convicción de carácter estético, sino por no tener una concepción clara del arte y de sus funciones.

En general confunden el bello artístico con el bello físico, la estética con la ética y temen que el proletariado no pueda comprender ciertas particulares formas de expresión en la escultura, en la pintura, en la literatura, excluyéndolas a priori.

Los supuestos dirigentes de los partidos revolucionarios dicen: "esta expresión artística es incomprensible para un obrero. Estos no poseen una suficiente preparación cultural para comprenderlas". Y sus espíritus prácticos, preocupados por el justo temor de perder contacto con el alma del pueblo, los induce a ser resueltamente hostiles a toda forma de arte que no sea convencional. Como una prueba fehaciente de cuanto se ha dicho hasta ahora, basta dar una ojeada a sus diarios y revistas par comprobar que el más rancio simbolismo y el más banal realismo, sean los géneros que predominan en sus ilustraciones.

En análogos errores se debate su crítica artística, cuando la ejercen, siempre marcada por la idea — del todo mezquina-burguesa y equivocada — de un arte corregidor de costumbres y como una función moral, como arte inspirador de sentimientos de bondad y de amor.

No alcanzan a concebir cuál fuente de placeres altamente espirituales pueda encontrarse en cuadros de cualquier escuela — no hay necesidad de hacer cuestión de escuelas—y en el que se agita esa pasión creadora del artista, quien exento de toda idea de reproducción mecánica de la realidad, de representación particular de ideas políticas, religiosas o filosóficas, quiso dar forma a su intuición artística, suscitada en el espíritu de su facultad de imaginación, fantástica, plástica, colorista o linear.

Este amor para las firmas nuevas del arte, no ha de entenderse como una especie de proteccionismo por la pintura de una particular escuela. Todas las escuelas han de aceptarse, si demuestran hallarse formadas por principios estéticos de los particulares creadores. No estará de más establecer, a propósito de las escuelas, que éstas tienen su real valor para la historia del arte, mas no crítico. En general una escuela se forma cuando un número más grande de artistas posee una comunidad de ideas, unidad de espíritu, mas no es verdad que pueda generar un artista. Pues el hecho de demostrar más preferencia por los románticos que por los clásicos, o para llegar a clasificaciones más actuales, por la pintura metafísica más bien que por la futurista, es un error grosero, contra el que un espíritu aun mediocremente crítico se debe rebelar con todas sus fuerzas.

Las individualidades creadoras en la esfera de las artes figurativas, no se pueden estudiar sino al margen de todo preconcepto de escuela. Las escuelas de arte podrán servir al objeto práctico de arrojar clasificaciones de valor meramente empírico, para determinar períodos, para ofrecer con una sola ojeada la visión panorámica del desarrollo de las ideas en el tiempo, pero es un método severamente condenable, en cuanto se relaciona con la educación del proletariado exhibiéndole hostiles preconceptos contra las formas del arte de vanguardia, con el especioso pretexto de la escasa cultura obrera. Toda forma de progreso no se obtiene más que con esfuerzo, y si nosotros nos detuviésemos ante las dificultades, no existiría en nuestro espíritu nada más que tinieblas. Y ello es tanto más de comparar en partidos y facciones que poseen toda su fuerza ideal en su audaz desprecio por los prejuicios y los convencionalismos pretendiendo ir más allá de todo temor y de sentimentalismos nocivos, a fin de alcanzar la meta de la realización de la felicidad humana.

Las verdades artísticas son verdades intuitivas que cualquiera llegará a comprender y sentir, cuando se le guíe con acierto en un pequeño esfuerzo. Incluso la más compleja obra, expresión de un modernísimo concepto estético, será siempre comprensible enteramente para cualquier persona, al poseer ella una cierta cultura de la evolución de las artes en estos últimos años, a partir del impresionismo. Es esta una verdad fundamental que me servirá de base al trabajo informativo y crítico que trataré en otra ocasión.

...el grado de su civilización; pero a ese eclipse es el termómetro de la temperatura intelectual que reina en las esferas del Estado español. Bajo cero".

...mos para finalizar que, si Bagaría es virtualmente un desterrado político, ...lo y a la fuerza lo es. Y ésto, el ...sido el tábano socrático del gobier... risible de Rivera, es lo que merece ...ra más grande simpatía.

...mos de citar en detalle los trabajos del humorista español? ¿Para qué? Obra de tal magnitud sería desmedrarla contándole los pelos que sobran y faltan.

At.

El matrimonio

Abrigo la opinión que la institución del matrimonio, que pudo ser útil como un bozal para el monstruo de la carne, causó más desgracias y miserias entre la comunidad de la gente que la misma Iglesia Católica Apostólica y Romana.

...Iglesia, Monarquía, Propiedad privada y Matrimonio, son las cuatro antiguas instituciones reverenciadas por el Tiempo, y que la Humanidad deberá reformar desde las raíces hasta las ramas, si anhela respirar libremente el aire de la Libertad. Escritores, quienes se tildan a sí mismos de emancipados y se presentan como adalides de vanguardia, continúan hablando del matrimonio con un aire de devoción sentimental que me pone furioso.

George BRANDES

BIBLIOGRAFIA

"Judíos" — Por Israel Chas de Chruz.— J. Samet, Editor.—

Un girón viviente de la vida judía nos lo ha traído este autor con su primer libro "Judíos". De tendencia llanamente realista, sin incurrir en lo truculento de la literatura corriente, sabe dibujar caracteres con trazos firmes y sostenerlos hasta el final en las ulteriores consecuencias de sus acciones y de su psicología.

Ninguno de ellos provoca una duda en su verosimilitud, porque fueron vividos fuertemente por el artista, modesto en su esfera de creador.

Su estilo vigoroso, por lo natural, sus desatinos ocasionales no dañan a la arquitectura general de la narración. De observación certera, parece que quisiera obligar a su expresión a ser bastante aúcil, sinuosa para apenas vestirla con un ligero ropaje verbal. Es muy probable que ésto no sea más que una suposición nuestra, ya que en el novel escritor no hubo tal cálculo, ni tal sabiduría, forzosamente precoz en un principiante.

Sea como sea, con este su primer trabajo, en especial con el relato, — cuyo título es el del libro, — nos proporciona una serie de escenas de un pintoresco emocional no muy común, descubriendo, al mismo tiempo, rincones insospechados de un mundo extraño para nosotros, y para muchos totalmente desconocidos, y a veces, o casi siempre, calumniado: el pueblo judío.

Nosotros confesamos, a pesar de todo, que nos parece uno de los pueblos más complejos, y por eso más humanamente contradictorios, rico en múltiples inquietudes y de una sed y una voluntad de saber inagotable. No es por no estar exentos de prejuicios de raza, por lo que lo admiramos sinceramente, sino que nos atrae por su fuerza abismática, la que pudo conservarlo incólume a través de los siglos, en su fuerte sabor racial. Por eso es que el novelista hallara un vasto repertorio de tipos y arquetipos de un carácter mucho más acentuado que el de otras razas, que si los hay, no abundan como en el pequeño universo semita. Creemos que hasta ahora ni los mismos escritores de su raza dieron ni cerca la idea total de lo que es en profundidad y potencia esta población nómada, errante, que hace siglos lleva a cuesta el estigma de su nacionalidad, como un redivivo Sísifo.

Lo que hemos leído de Isaac Peretz de Salom Ach y de otros, y aquí de Gerchunoff, con sus narraciones arcádicas "Los gauchos judíos", no nos bastaron para conocer como quisiéramos el inquietante enigma de esta raza que, de una sordidez indecible y avara rapacidad, tiene a veces impulsos sublimes.

Jancale o Jacobo, el personaje principal en quien se condensa toda la esencia de este relato novelado, es el que nos deja entrever el resquicio de la bondad y la idealidad judía que rebasa los estrechos límites de la raza.

Del novel novelista que se estrena con una narración de este valer — la mejor del volumen — cabe esperar obras futuras de más enjundia.

At.

Franz Herczeg — "Graf Stephan Tisza", Eligius Verlag-Budapest, 1926, 53 págs. — Karl von Lyka: Michael von Munkácsy" — La misma editorial, 1926, 28 págs. y 18 ilustraciones.—

Hemos recibido los dos primeros volúmenes de una colección de biografías editada por Georg von Ottlik y titulada "La moderna Hungría", — un ensayo para dar una impresión del país magyar y de sus creadores modernos de la mano de resúmenes biográficos de sus hombres representativos en política, poesía, arte, música y ciencia. La tendencia general de ese esfuerzo parece ser puramente nacionalista, pero como Hungría es hasta tal punto desconocida en el resto de Europa sobre todo en la Europa latina y en América, esa serie de biografías, ricamente ilustradas, prometen abrir al lector algunas páginas interesantes de la moderna historia política e intelectual magyar.

El primer volumen está dedicado al conde Stefan Tisza, presidente de ministros húngaro y famoso como hombre de energía y de voluntad férrea. Fué asesinado el 31 de octubre de 1918 en su domicilio por un grupo de soldados rebeldes. Se le ha hecho la inculpación de haber sido uno de los promotores de la pasada guerra mundial, lo que su biógrafo trata de refutar valiéndose de diversos documentos. Stefan Tisza era hijo del famoso presidente de ministros húngaro Koloman Tisza, que ocupó ese puesto desde 1875 a 1890

Otro de los volúmenes ya aparecidos está consagrado al pintor Munkácsy (20 de febrero de 1844 — 1 de mayo de 1900), nombre bastante conocido en el arte de la Europa occidental por haber residido Munkácsy largos años en París. Este pintor conoció desde temprano la realidad de la vida; huérfano a los siete años, aprendiz de carpintero desde los diez a los catorce años, se abrió camino en el arte a fuerza de voluntad y de talento. Conoció luego el bienestar y la riqueza, pero en los motivos de sus obras se advierte la influencia de su origen y de sus experiencias. El breve estudio sobre Munkácsy está ilustrado con 18 reproducciones de sus cuadros.

D. A. de S.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

RESPUESTA DE M. NETTLAU

I

La anarquía quiere decir, en suma, la manera como la vida humana se desarrollará en sus infinitas manifestaciones en un medio de libertad, depurado de todos los obstáculos opuestos al libre florecimiento, como el aire de los campos, de los bosques, de la montaña y del mar está purificado de las exhalaciones malsanas, a menudo mefíticas que se está forzado a respirar en los zaquizamís y en las fábricas, en las ciudades mal saneadas de nuestra época.

El primer punto de la encuesta: *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medidas para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria*, se relaciona, pues, a los mil aspectos del problema inmenso y único: cómo llegar a realizar la anarquía, es decir, a separar los obstáculos y a crear los elementos capaces de realizarla y, necesariamente, para ese fin, cómo crear fundaciones sólidas y un suelo fértil que permitirán y ayudarán a esos primeros elementos a desarrollarse en las condiciones más favorables que excluyan la mayor parte de las desviaciones y los fracasos, parciales o totales. Porque ligados al pasado por su procedencia, esos primeros elementos no pueden aún estar aclimatados en tierra de anarquía, se aclimatarán poco a poco; pero sólo cuando haya desaparecido el residuo de concepciones y disposiciones del pasado, situado aún en ellos, por la práctica de la vida nueva.

Los "problemas actuales" son verdaderamente muy numerosos, porque vivimos en una época de una recrudescencia horrible de la autoridad y si nosotros mismos nos mantenemos en pie y llevamos la cabeza alta, los ambientes que se avecinan al nuestro, y los más distantes con doble razón, han caído más o menos, por buenas o por malas, bajo el fascinamiento del autoritarismo creciente: se sembró con ligereza la autoridad al jugar con el bolchevismo, la dictadura — ¡se cosecha ahora a manos llena bajo forma de fascismo, con el pie sobre la nuca del más débil y el manganello sobre la espalda!

Se creería que en esta situación la libertad sería más atractiva que nunca para las numerosas víctimas. ¡Ay! están en tal postración que sólo un salvador directo, más poderoso que sus verdugos, les atraería y la rebelión, iniciada por los libertarios, pero que debería sacar su gran fuerza de las víctimas mismas, les parece inaccesible — las víctimas se resignan y no intentan ya más esfuerzo. Esto se aplica tanto a las decenas de millones que sufren la oligarquía incapaz y cruel de los bolchevistas rusos, como a las decenas de millones en Europa, en Italia, en España y en Grecia, en Rumania y en otras partes, entregadas, con las manos ligadas, a sistemas fascistas y también a otras decenas de millones que en los Estados en donde las antiguas formas constitucionales o republicanas se han mantenido aún se ven paralizadas, impotentes ante las camarillas capitalistas, un fascismo en cierne, una decadencia general de la vida social. Sin duda esas masas están descontentas, rugen sordamente, comprenden también que el más bello "partido obrero" no las salvará — los obreros ingleses han visto en el curso de pocos años tan palpablemente la impotencia del socialismo político llegado al poder, el gobierno de Macdonald, como la incapacidad de una jerarquía obrerista para conducir a buen fin una causa soportada por millones de obreros, como la grandiosa huelga inglesa de mayo de 1926. Pero esas masas no ven aún más lejos, les falta la fe en la libertad que conocen demasiado poco — ven una especie de sistema, que, sin embargo, lanzó un desafío al capitalismo y es detestado por el capitalista, mantenerse de año en año en Moscú. Visto desde lejos y sin profundizar el examen, eso parece que continúa en pie... ¿y qué ven aún esas masas? Ven fascismo y capitalismo cada vez más integrados uno en el otro — y no libertad... Los libertarios hacen sin duda lo que pueden, pero es demasiado poco en la situación presente; el mal destruye más de lo que la curación reemplaza y hay un período de gran declinación cuyas consecuencias serán tanto más graves, cuanto más se tarde en poner vallas al mal y cuanto más se debilite la curación. He ahí por qué hay ciertamente hoy una cantidad de "problemas actuales" mayor que nunca.

Se objetará que hace dos o tres siglos no hubo ni socialismo ni anarquía alguna y sin embargo hoy existe tanto. Pero si esas ideas se han precisado en el siglo XIX y han sido tan vigorosamente preparadas, no hay que desconocer que desde hace muchos siglos el progreso se ha elaborado lentamente en toda la línea, por un gran conjunto de fuerzas sociales contra las potencias de las tinieblas y los detentadores de un poder feroz. Ciencia, libre pensamiento, progreso industrial, invenciones, descubrimientos, todo fué progreso, y ese esfuerzo lento, pero irresistible, triunfó en el siglo XIX. Desde entonces, no obstante, esa falange del progreso se ha escindido: no son más que los productores, los obreros y algunos intelectuales y artistas los que quieren marchar hacia adelante — el capitalismo explotador y parásito, llegado a una supremacía jamás soñada, disponiendo de todos los recursos del globo, no quiere más que detenerse y ha hecho la paz con el Estado y la Iglesia; ha subyugado a la aristocracia y tiene a su servicio lo que le hace falta de ciencia para los perfeccionamientos mecánicos y la nueva ciencia de matar, la del asesinato científico de las guerras próximas y hasta de las luchas sociales ya. Flanqueados por una parte por el fascista con su manganello, por otra por el científico del gas venenoso, los parásitos, capitalistas, Estado, clero y toda su secuela de cómplices y de víctimas obstaculizan ahora la vía del progreso que, después de todos los perfeccionamientos mecánicos de los últimos cien años, es ahora, en primer lugar, progreso social. Los elementos progresivos luchan seriamente por el progreso social que — nosotros estamos convencidos y ellos lo sabrán también — no puede ser más que la marcha hacia la libertad, el país de la anarquía futura, — esos elementos están cada vez más aislados, porque todo lo que es explotador y dominador se cristaliza cada vez más hoy en torno al polo capitalista. Pero existe esta ventaja muy grande, que la situación se esclarece más: aquí la reacción estancadora mantenida por la violencia siempre creciente de todos los fascismos — allí buena voluntad, buena fe, buena esperanza, aunque fuerzas todavía débiles para marchar hacia el progreso social, la dicha de todos, la libertad.

Conocemos todos la insuficiencia creciente del socialismo autoritario, bifurcado — no se sabe verdaderamente por qué — en socialdemócrata y en comunismo. Igualmente la organización económica de los trabajadores comprende, al lado de sindicalistas verdaderamente libertarios y revolucionarios, muchos matices autoritarios y reformistas que, en el fondo, difieren muy poco. Se observaría quizás al mirar de cerca, que los obreros organizados son en parte buenos socialistas, en parte indiferentes, organizados bajo alguna fuerza de las circunstancias y que son los jefes jerárquicos los que mantienen los matices, las divisiones, los odios mutuos y que sobre todo tratan de impedir que las ideas libres, la independencia intelectual no invada su dominio de organizados, su reserva especial.

Ha ocurrido, por lo demás, que frente a esa estrechez y mojigatería de los grandes partidos políticos y grandes organizaciones, no pocos elementos de algún valor se separan continuamente de esos ambientes y se ocupan de movimientos y de cuestiones especiales — especializaciones insuficientes y que llevan a menudo en sí el fracaso, pero que demuestran la impaciencia, el malestar de muchos hombres en los grandes organismos, demasiado grandes para tener una vida real y palpitante, e igualmente un esfuerzo, un trabajo cualquiera son siempre ejercicio más útil que la inmovilidad estólida, aunque fuese la del perfecto-organizado, del socialdemócrata-modelo.

En esos movimientos restringidos y diseminados hay a menudo hombres que aspiran hacia la libertad, sin entreverla completamente todavía, como nosotros creemos entreverla. Tales ambientes practican la asociación voluntaria, el estudio y la crítica, la experimentación, entran en la esfera de los sentimientos, del humanitarismo, del arte y de la belleza, del florecimiento de las facultades latentes del hombre, del saneamiento de su cuerpo, de la liberación de su cerebro de tantos errores preconcebidos, etc. Todo eso es muy imperfecto, pero es infinitamente mejor que el embrutecimiento sitemático de los indiferentes por el pasto estrictamente anti-intelectual que los capitalistas y sus cómplices proveen, y mejor igualmente que el fanatismo estrecho fríamente cultivado del miembro del partido o sindicato reformista gobernado por su jerarquía.

Y más allá de ese medio que acabo de describir, no existimos más que nosotros, los anarquitsas, fortificados por nuestra fe en el porvenir, pero, en mi opinión, demasiado poco una fuerza viviente que hiciese inclinar la balanza en esta época de recrudescencia de todo lo que es anti-libertario. ¿Qué hacer, pues?

II

Ante todo, me parece que cada uno de nosotros debería interrogarse a sí mismo hacia qué le llevan su inclinación y también su facultad; ante todo: amando la libertad, ¿se siente impulsado a realizar lo más posible por sí mismo o quiere ser en primer lugar artesano de la futura libertad social de todos? — Yo sé que una verdadera realización de la libertad individual es imposible sin la libertad de *todos*, pero sé también que las apariencias pueden dar un cierto aspecto de libertad que tiene ya atractivos para muchos hombres. Sé también que el espectáculo de una libertad cualquiera es útil y que así la liberación personal de un individuo puede tener el valor de un ejemplo seductor; pero si el individuo libertado carece demasiado de desinterés, puede producirse el ejemplo contrario y su ejemplo no tendrá más valor social. El que se siento simplemente modesto artesano de la libertad futura es menos brillante, renuncia a muchas expansiones agradables, está contento de ser *uno* de los trabajadores obscuros de la primera hora.

Los temperamentos y disposiciones dividen a los anarquistas para ser más o menos lo uno o lo otro; raros son los que saben combinar felizmente y duraderamente los dos tipos — tan raros que no hace falta que se erijan o se declaren el tipo modelo, — y lo mismo los dos tipos con sus necesarios intermediarios, no deben creerse el uno superior al otro ni tratar de suplantarse recíprocamente: deben tolerarse mutuamente, ayudarse, completarse, cooperar donde es posible, ir cada cual por su camino sin mala sangre cuando no es posible ir juntos. Una lucha entre ellos es siempre fratricida. Todas las diferencias entre los anarquistas son pura pérdida, de importancia mínima muy a menudo y de efecto desastroso. Su origen está situado en la falta de simpatía entre los dos tipos descritos, en las imperfecciones inevitables inherentes a cada uno de nosotros que hemos sido educados todos en el sistema autoritario que dejó en unos rasgos un poco más fuertes, en otros menos. Cada uno, además, se entrega al movimiento con un grado diferente de intensidad, etc. Hagamos, pues, frente al enemigo común y no tiremos sobre nosotros entre camaradas — ¡es de tal modo absurdo!

No insisto sobre este punto, pero una cesación de todas las hostilidades entre anarquistas me parece la primera necesidad para preparar un esfuerzo serio contra la reacción. No rechazo la crítica, pero sí el carácter malévolo de muchas críticas, la exageración de las divergencias, el deseo de tener razón o la útlima palabra, de aniquilar al adversario si se pudiera. Para mí es lo mismo que fulano piense esto o lo otro; si me desagrada demasiado no lo apoyo, no lo leo. El mundo es tan amplio, nosotros somos tan poco numerosos todavía: ¿por qué entre degollarnos tanto, devorarnos, destruirnos mutuamente, todo menos ayudarnos, idea que un cierto Kropotkin ha comprobado en otro tiempo activa en el menor animal y en el hombre primitivo, pero que parece extinguirse cuando algunos anarquistas son de opiniones diferentes?...

Deberíamos tanto más asociarnos todos lo más posible, para una franca cooperación sin doblez, cuanto que la situación internacional general ofrecería grandes posibilidades, si se manifestase mundialmente el impulso de una renovación antiautoritaria. Porque nunca se desvalorizó a sí misma tanto como hoy la autoridad por los crímenes y las brutalidades; nunca fueron tan impotentes el reformismo y el socialismo político, tan incompetentes; nunca se había hecho tan palpable la ineficacia de un socialismo impuesto y controlado desde arriba como el presente bolcheviquismo. Todo lo que es infestado por el virus autoritario se disgrega o no se sostiene en pie más que por crueldades sin nombre, de las que se habría espantado el siglo XIX en sus años de mayor reacción. ¿Quién heredará, pues, de esta terrible situación? Sería la libertad, sería la anarquía si estuviera allí para recoger esa herencia. Para eso es preciso un esfuerzo razonado y por eso no entiendo algún arreglo premeditado, sino una mentalidad atenta, receptiva y una voluntal perseverante, dos factores que exigen un esfuerzo muy serio.

Vemos hoy, no un verdadero socialismo, sino una conciencia profunda de su explotación indigna por las clases dirigentes y por su cómplice, el Estado, bajo todas sus formas, conciencia que penetra a cada obrero. El descontento, la rabia sorda, el odio a ese parasitismo cada vez más desvergonzado, existen; lo mismo la comprensión de que no depende de la voluntad del pueblo el poner un fin a ese estado de cosas. Pero para eso haría falta la cooperación de los rebeldes y su primera condición sería la confianza. La vida es dura y melévola, se es siempre

engañado; tampoco el político y el jefe sindicalista, hombres de rutina, inspiran esa confianza ni dan ningún impulso. Entonces las masas tascan su freno, pero están ahí. Se recuerdan de sus raros instantes de poder, de la ocupación de las fábricas en Milán, de las semanas rojas de Barcelona y de Romaña en 1909 y 1914, de los motines en toda Italia, desde Foggia a Milán, en mayo de 1898, de ciertos días en que parecieron triunfar pero en que otros escamotearon los frutos, en Alemania, en Austria-Hungría, en 1918-1919, y del gran aplastamiento del zarismo en 1917. Todo eso puede producirse de nuevo cada día en casi toda Europa y cada día aporta la noticia de incidentes más o menos violentos de esa lucha siempre dispuesta a estallar. El desequilibrio económico creciente perpetúa la desocupación y aumenta su cifra y hace intolerable la miseria de los que, durante años, quedan sin trabajo y conocen todo ese aparato burocrático y policial que les tiene en sumisión; el resto de los obreros sienten el temor de perder ellos mismos sus puestos. Todo eso crea un inmenso malestar y es muy posible que se harán guerras justamente para diezmar de nuevo a los hombres, porque hay demasiada gente. Llegará entonces, o bien la guerra de la ciencia de destrucción o cataclismos revolucionarios que llevarían al poder a los adeptos de la dictadura más brutal.

No me es posible prever lo que harán entonces los anarquistas, por que, ante todo, no los veo en Europa en número suficiente para influir el curso de los acontecimientos. Se arrojarían en el torbellino y harían la labor más dura y peligrosa, pero, como en Rusia en 1917-18, habrá allí otros, organizados y dispuestos a tomar el poder, y recogerán los frutos — como en Rusia. Se comenzará, seguramente, por reuniones generales, por consejos, *soviets*, compuestos por todos, de oficio, de barrio, de fábrica; pero mediante delegados y comisiones se llegará pronto a una jerarquía nueva — y si las asambleas primarias con mayoría comunista y socialdemócratas crean una tal jerarquía por voto o aclamación, el juego habrá sido hecho; desde ese momento los anarquistas quedarán de nuevo fuera de la ley y serán reducidos a la inacción o aplastados por matanzas y calabozos como en Rusia.

He ahí el punto en que debería intervenir una fuerza que dijese: eso no se hará, — y esa fuerza podría ser doble: la del sindicalismo serio y la *mentalidad humanitaria* de todos los no-anarquistas, pero también no-bolchevistas, no capitalistas, no fascistas que existe y que habría que desarrollar y aumentar. Ellos y todos los socialistas y otros hombres de buen sentido y de espíritu de equidad pronunciarán su veto y establecerán ese principio: que el monopolio de una especie particular del socialismo — como el que usurpó el bolchevismo en Rusia — no volverá a ser tolerado.

Me parece esencial pensar en esas posibilidades, porque una victoria anarquista inmediata universal y de conjunto me parece una ilusión absoluta. Si una mayoría anarquista fuera victoriosa localmente, encontraría una mayoría recalcitrante en el mismo lugar y mayorías hostiles en otras partes y sería forzada a combatirlas, a aterrorizarlas, a aplastarlas o a reducirlas al silencio: ¿dónde estaría el bello ejemplo de la anarquía en esas condiciones de terror? Se embrutecería por esas luchas o sería aniquilada por sus adversarios. Si, en cambio, no se realizase la anarquía más que cuando hubiese mayoría, entonces más vale no hablar de ello; eso equivaldría a relegarla a un período indefinido e inimaginable en que todos los demás sistemas habrán estado en vigor y al mismo tiempo, milagrosamente, la idea anarquista se convirtió a su vez en mayoría! — Va a ser preciso, pues, contar con un período, la caída del capitalismo, mediante la eliminación de los parásitos y por la continuación de la vida social por los obreros y ayudas técnicas, que ya desde hace mucho hace posible esta vida, y la caída del Estado, es decir, la dispersión a los cuatro vientos de los funcionarios que, como los en otros tiempos capitalistas, harán en lo sucesivo labor útil igual que los demás. Esas dos liquidaciones tendrán lugar sin falta, la evolución tiende hacia ese objetivo tan rápidamente como en 1789 tendía a la liquidación del feudalismo y de la realeza en Francia.

Pero una vez hecho eso se trata de impedir la usurpación, el monopolio de un partido social, — se trata igualmente de impedir el devoramiento mutuo sucesivo de los partidos por la intriga parlamentaria. Se trata, pues, de no reiterar las luchas de 1789 a 1794 que terminaron en la guillotina, en la dictadura, en Napoleón III y en el imperio; las de 1848 que llegaron al 15 de mayo, a las masacres de junio de 1848 y pronto de nuevo a un Napoleón y al imperio; las luchas rusas a partir de 1917 que culminaron en la dictadura de Lenin y de sus sucesores, en la muerte, en el presidio para los otros partidos.

Será preciso, pues, establecer por fin la *convivencia*, la coexistencia mutuamente garantizada de los partidos. Eso no es tan absolutamente quimérico, cuando se pone en ello buena voluntad. Incluso la representación política, los parlamentos han sufrido en no pocos países desde el simple sistema mayoritario a los diversos sistemas de representación proporcional. Incluso en el terreno donde la brutalidad y la codicia son tan fuertes, se comienza a establecer lo que se llama el derecho de las minorías. En religión el siglo XIX ha establecido la libertad de cultos, la exclusión de una dominación espiritual por una solo iglesia. La libertad de la enseñanza, la de la ciencia, la del comercio son otros precedentes. ¡Por consiguiente, habría como para desesperarse de todo, si hubiera que decir que *sólo* el socialismo — que tiende precisamente a fundar y a cimentar la solidaridad humana — sería en manos de los ambiciosos y de los fanáticos el regreso a la uniformidad, al sistema único, mantenido por la fuerza, y que desprecia y pisotea toda otra concepción social!

La política ha tenido sus dos Bonaparte y otros fanáticos de la usurpación absoluta hasta los diversos Mussolini de nuestra edad *fin-de-politique*; el socialismo ha tenido sus usurpadores espirituales, Marx, y materiales, Lenin — unos y otros son igualmente peligrosos, antihumanos, antisociales. La humanidad política y social se apartará de ellos, hacia la sociabilidad, la convivencia. El puesto de la anarquía no puede estar con la usurpación; será generalizada, universalizada un día — esperémoslo — pero será un fin, un objetivo realizado espontáneamente, no existirá en el comienzo (valdría tanto como esperar que saldrá del vientre de la madre un hombre crecido y no un niño). Todo eso es preciso decirlo, y muy altamente. Es preciso también reconstruir la mentalidad de la libertad y de la convivencia que ha hecho ensombrecer la resurrección de la ferocidad atávica por las guerras. No es un trabajo idéntico a la propaganda anarquista — lejos de eso. Esa propaganda, que soy el último en querer descuidar o disminuir, irá por su camino; pero será necesario reconocer, elaborar en pensamiento y propagar con inteligencia que después de la liquidación del capitalismo y del Estado, *sólo una convivencia solidarista* puede formar la gran base y el cuadro en que se harán las diversas realizaciones socialistas, la anarquista y otras, cada cual en su esfera, con su parte proporcionada de las riquezas sociales, — lo mismo que después de la caída de la Inquisición hubo la libertad de cultos y la libertad de pensamiento o como después de la caída del monopolio de Aristóteles y de Ptolomeo en ciencia, en astronomía, se produjeron desenvolvimientos libres y fecundos. El monopolio no ha producido nunca otra cosa que estancamiento, improductividad. Sería lo mismo para el socialismo y la anarquía, y se trata de apresurar su advenimiento procurándoles esas condiciones eugénicas de la convivencia y de la experimentación libre que les permitirán prosperar. Si los anarquistas se entregan a esa labor, el mundo volverá los ojos hacia ellos y no les volverá a perder de vista como sus salvadores en esta gran crisis.

RESPUESTA DE M. BUENACASA

I

La reacción autoritaria: He aquí el problema más grave y agudo de cuantos el anarquismo está obligado a resolver sin demora. El problema en cuestión, es sin duda alguna el que más afecta al corazón del anarquismo por cuanto prácticamente se demuestra que ataca la entraña y el fundamento de nuestra base ideal: la libertad.

No entramos a discutir los motivos del actual recrudecimiento de la reacción autoritaria, con toda su secuela de represiones y atentados al libre desarrollo de las propagandas y prácticas libertarias; no es tal el propósito que nos anima al escribir este trabajo. Digamos no obstante, aunque alguien nos tilde de demasiado optimistas, que la entronización, por parte de los Estados del viejo y del nuevo mundo, de los métodos represivos que ya parecían olvidados y en desuso en los años que precedieron a la gran guerra, tienen su justificación en los determinismo de todo orden legados por la horrorosa conflagración.

La idea de la defensa nacional echó por tierra, anulándolas brutalmente, la mayor parte de las teorías que fueran, hasta el año 1914, la razón de ser de los partidos y escuelas políticas disconformes *literariamente* con las prácticas de los Estados que provocaron la guerra.

Las mismas ideas de los socialistas de Estado, atentas al principio estatista más que a los postulados de humanidad, se derrumbaron estrepitosamente, perdieron sus esencias, hasta cierto punto universales, y pasaron, con todo su bagaje autoritario, a formar corriente común y amalgamada en los cauces del estrecho canal burgués y nacionalista. Las uniones sagradas fueron cosa hecha y los resultados — al fin de la catástrofe los hemos notado — fueron los que todos los hombres libres habíamos previsto: reacción brutal, recrudecimiento del principio autoritario, anulación de las preceptivas legales que consagraran las democracias en cincuenta años de parlamento y de motines y por fin la aparición de la dictadura y del retorno al absolutismo de los poderes personales.

Afirmemos, sin embargo, que el progreso no puede estancarse eternamente y que todo el recrudecimiento de la reacción autoritaria que actualmente somete a los pueblos, no pasa de ser un accidente histórico, muy lamentable y perjudicial para el desarrollo de las libertades huma-

---

RUDOLF ROCKER

(I)

De la maldición del practicismo

Y algún poderoso que quiso marchar bien con el pueblo, unció ante su corcel — un borriquito, un afamado sabio.

F. Nietzsche.

Todavía continúa teniendo actualidad la pequeña y bonita historia que nos contó Gorki: "Del pájaro carpintero que amaba la verdad y del embustero verderón". El poeta habría podido titular su historia, y tal vez acertadamente: "Del práctico pájaro carpintero y del poco práctico verderón", sin que por eso hubiera sido preciso cambiar una sola palabra del relato. Pues el pájaro carpintero era realmente el sabio práctico y el pequeño verderón parduzco, un utopista incorregible, al que atravesaban el alma sueños de poeta y en el cual el ansia temblorosa se transformaba en canción.

Y así cantaba el pequeño verderón, apenas sin darse cuenta. Cantaba porque no podía menos de cantar, porque se le calentaba el cuello y el alma tenía que desbordar de su superabundancia. Cantaba sobre la aurora de una nueva vida, sobre una lejana dicha que sólo podía hallarse en la lucha.

Los otros pájaros en el bosquecillo enmudecían poco a poco y escuchaban la canción jubilosa. Hasta que descubrían que era sólo un verderón el que cantaba así. Entonces les invadía algo así como un desencanto. Sí, si hubiera sido un águila, pero un verderón — ¡cómo es posible!

Pero el pequeño verderón, a quien ponía en tensión el más ardiente anhelo, no enmudecía, y del corazón sangrante salían tonos cada vez más profundos, ansiedad cada vez más ardorosa hacia aquella lejanía azul, donde se levanta, de las olas purpúreas del mar, la nueva tierra legendaria. Creer es preciso, creer en uno mismo, después que se ha dudado tanto de sí — creer, creer hasta que el tiempo se cumpla.

Se posa levemente en los corazones del tropel emplumado como un lejano presentimiento, y de ocultos rincones sube ardiente anhelo hacia una lejana dicha.

Entonces aparece con prudente pausa el pájaro carpintero, un señor anciano que "vive de gusanos y ama la verdad". A él no hay que irle con tales canciones, pues es un tío completamente práctico que parte siempre de hechos concretos. Y demuestra al honorable público de la mano justamente de esos hechos, que el verderón miente cuando canta a un lejano país de la redención.

"Quede siempre en el terreno de los hechos prácticos, honorabilísimo. La iniciativa irreflexiva no ha llevado todavía nunca a buen fin. ¿Cómo están las cosas en la realidad? Allí donde cesa el bosque hay un campo, tras el campo una aldea".

Aquí calló el carpintero un momento para aumentar la tensión de sus oyentes, luego, con una mirada significativa al verderón, continúa su discurso: "En aquella aldea habita Grischka, el cazador de pájaros. Esa es la primera estación en el camino hacia el país del ensueño. Tras aquella aldea comienza con toda probabilidad nuevamente un bosque y luego nuevamente un campo, una aldea, etc., etc. Y como la tierra, según se sabe, es redonda, si siguiésemos la exhortación del señor verderón y hubiéramos escapado a todos los peligros que nos amenazan, volveríamos finalmente al lugar en que ahora nos encontramos. ¿Por qué, pues, ese ruido, señores?"

La encantadora embriaguez se disipó. Se sintió irritación por haberse dejado seducir y, además, "por uno como ese". Luego lanzáronse un par de palabras mordaces a la cabeza del verderón y se alejaron precipitadamente. El carpintero había vencido, vencido en toda la línea.

¡Oh, esos carpinteros! ¡Esos calculadores discretos, ingeniosos, que están siempre llenos de sabiduría y mienten de la manera más desvergonzada cuando dijeron alguna vez, por descuido, la verdad! Trillan siempre los mismos y viejos caminos que pisaron para ellos viejas generaciones, y se burlan de los locos que dirigen su barquichuelo por mares desconocidos a fin de encontrar al otro lado de los grises desiertos de agua la verde orilla que les encanta en el sueño.

Y cuando los atrevidos son devorados por la tempestad o su barquito se estrella en escollos pérfidos y sus ruinas son arrojadas a la vieja playa, entonces el carpintero ve llegada su hora propicia para razonar. Él ha sabido que tenía que ocurrir eso, pero, al que no quie-

nas, pero que fatalmente ha de desaparecer por error fundamental de su propia inconsistencia y ante la disconformidad o el empuje fatal de las fuerzas del progreso.

Todo lo que ocurre, pese a los platónicos, a los secuaces del pesimismo y a los fatalistas, no supone — aunque las apariencias y los hechos parezcan demostrar otra cosa — que las teorías del Estado se hayan fortalecido, sino todo lo contrario.

Si los Estados del mundo entero hubiesen salido bien librados — tanto como ellos suponían ante el derrumbe de las instituciones socialistas, marxistas y sindicalistas — de la gran contienda, a buen seguro que no habrían recurrido a los procedimientos que, anulando las ñoñeces democráticas, nos han conducido al estado actual de cosas.

Más claro aún: Los Estados, débiles de por sí antes ya de la guerra — y sus concesiones a los pueblos demostraban esta debilidad — han salido más debilitados aún y sobre todo desprestigiados de la horrible prueba.

La idea de una transformación radical de la sociedad tomó cuerpo, como nunca, en el alma colectiva de los pueblos.

Y ante el temor del estallido que la preparación adecuada podía llevar a vías de hecho en plazos muy próximos, los gobiernos no encontraron otra salida para impedir su derrota que el procedimiento medioeval, el sistema antiguo de la imposición por los medios de violencia.

Vemos, pues, que los Estados en su agonía no hacen más — pues que ofender no pueden — sino ponerse a la defensiva con el fin de desviar, retardar o entorpecer ya que no impedir la acción popular en sus ansias radicalmente transformadoras.

Los Estados son hoy más débiles que ayer; la teoría de que los fuertes no precisan de la violencia para mantener sus posiciones, es muy lógica a nuestro juicio. Es, pues, porque no se creen fuertes los Estados, por lo que recurren a la violencia para subsistir lo más posible, aunque sea artificial y aparentemente. Hay Estados que ya viven hoy de modo tan artificial y absurdo — tal como los del Occidente europeo — que necesitan mancomunarse entre sí y aun requerir la ayuda de los más débiles para no hundirse por sí mismos. Son tan raquíticos que bastaría un pequeño empujón para sepultarlos. Pero el empujón no lo da nadie ¿Por qué?

* *

La revolución social, la única revolución en que hoy creen los pueblos, después de tantas y tan menguadas revoluciones políticas que de nada sirvieron, como los hechos actuales demuestran, es una revolución que no puede ser limitada a una sola nación ni siquiera a un grupo de naciones. Precisa que el alcance de esa revolución se extienda a todos los continentes o por lo menos a uno de ellos, al más oprimido. De otro modo el esfuerzo sería estrangulado o restaría improductivo e ineficaz.

Se hace necesario por tanto, y urgente, — aprovechando todas las disponibilidades que todavía no han sido destruídas por la actual reacción autoritaria — que los anarquistas del mundo entero formen, por encima de todas las diferencias de apreciación del problema que quieren resolver, una alianza sólida e independiente; que afirmen sus máximas aspiraciones sobre los anhelos liberadores de los pueblos; que estrechen y extiendan su relación de una a otra comarca, de una a otra región, de uno a otro continente; que preparen sin precipitaciones y pulimenten la conciencia de cada pueblo en vistas de un próximo, definitivo y salvador esfuerzo anárquico. Y como en este sentido de las relaciones entre los componentes de la familia anarquista, se habló mucho y se hizo muy poco, ha llegado la hora de entrar de lleno en el terreno de esta acción.

Aparte Congresos y Asambleas, tan costosos y poco eficaces por lo regular, lo más práctico ahora y siempre ha de ser que un organismo, cualquiera, tome a su cuenta con carácter permanente la iniciativa de convertirse en el centro receptor y transmisor de las aspiraciones comunes, realizando los referéndums necesarios, recogiendo y lanzando iniciativas, generalizando la discusión de todos los problemas, acoplando los que teóricamente se resuelvan la mayoría a fin de aconsejar y coadyuvar, por el esfuerzo del común acervo, a la realización práctica de todo lo acordado.

Este es el medio más eficaz, en principio, para preparar "el esfuerzo anárquico internacional" que provoque el hundimiento de la reacción autoritaria.

El procedimiento para realizar la *operación*, no creo que pueda señalarse ni hacerse público en un trabajo periodístico. Sería ello demasiado infantil. Bueno será también hacer constar que, para terminar con la reacción autoritaria, se hace preciso acabar igualmente con la autoridad y con el principio de autoridad. Y esto sólo puede ser logrado — téngase en cuenta que la autoridad es de por sí misma reaccionaria — mediante la obra persistente, tenaz, ordenada y extendida a todos los sectores del pueblo, de la propaganda y de la acción anárquica.

El esfuerzo demandado en la escala internacional para dar fin a la reacción autoritaria, no puede ser otro que la revolución social, pocrla que, sin método ni programas, el pueblo, estimulado por las instituciones libertarias, haga y deshaga todo cuanto le venga en gana hasta la implantación de regímenes nuevos surgidos del libre acuerdo de los pueblos mismos.

Ahora bien; si los que han puesto a discusión el tema que nos ocupa pretenden solamente determinar los grados de ayuda necesarios y las condiciones requeridas para salvar a los pueblos del extremo occidente europeo, Italia, Portugal, España y a los del centro y norte, Hungría, Polonia, Rusia, etc., de las dictaduras que hoy sufren ello es otra cosa. Pero no creemos que se trate de esto, ya que para conseguir este simple objetivo, se haría necesario movilizar los métodos violentos de todos los pueblos sin distinción de Europa y América. Lo que supondría en realidad el desencadenamiento en ambos continentes de la revolución social. Así, pues, nos mantenemos firmes en el primer punto.

Relación estrecha, propaganda a todos los vientos, profunda y extensa, sin discutir demasiado, en público, la táctica a emplear para provocar el estallido; preparación de la conciencia colectiva con vistas bien determinadas a la transformación completa de todos los estamentos políticos y económicos, hacia la anarquía y el bien.

He aquí a grandes rasgos lo que urge hacer para poner término a la reacción autoritaria, al reinado de la Autoridad. Una conferencia panamericana anarquista y otra europea deberían celebrarse prontamente al efecto de designar en uno y otro continente los dos centros de relación para la obra de la propaganda y la preparación revolucionaria en todos los países. Pero, por el momento, surja en América ese grupo de entre los mil que hay constituídos, que tome a su cargo la iniciación seria y tenaz que lleve a cabo las iniciativas que surjan en continua relación del seno de las agrupaciones libertarias y de las organizaciones obreras que sostengan la tendencia anárquica.

Nuestra opinión está expresada. No diferirá gran cosa de la que otros camaradas expongan. Vayamos, pues, a la realización de nuestros objetivos, antes de que sea demasiado tarde.

re dejarse aconsejar, no se le puede socorrer. El que va al peligro perece en él. ¿Qué tenían que buscar allá afuera, cuando se les dijo tan a menudo que el agua no tiene vigas? Eso ocurre cuando se menosprecia el consejo de gentes experimentadas y se burla uno de todos los hechos prácticos. ¡Cuántas veces se intentó convencerles de la irrealizabilidad de su proyecto!, pero no quisieron que se perturbara su círculo y echaron al viento toda advertencia bien pensada.

Pero cuando un atrevido argonauta, sin embargo, consigue un día llegar con la quilla de su barquito a una lejana costa y abrir a los hermanos del viejo mundo un nuevo dominio de la vida, no por eso los pájaros carpinteros salen de sus casillas. Que allá lejos debía haber tierra, eso lo sabían ellos hacía tiempo y lo dijeron siempre, y si finalmente se descubrió, fué mérito exclusivo suyo, que no se dejan empequeñecer por nadie. Hacer el viaje hasta allá, — eso podía hacerlo cualquiera en último resultado. No se necesitaba más que marchar derechamente hasta dar con las narices en el otro lado.

Vaya un argumento, buen dios; tal o cual navega en alguna dirección — en su mayor parte sin sentido ni razón. Y cuando el azar le arroja una vez a una costa extraña, ¿por qué tanto aspaviento? También un cerdo ciego encuentra alguna vez una bellota.

Por lo demás, con el descubrimiento no está hecho, ni con mucho, todo. Hay que volver a medir la tierra nueva según los modelos acreditados, hay que jalonearla, registrarla y organizarla prácticamente. Hay que hacer de ella algo utilizable. Existe bastante que hacer para las gentes prácticas y experimentadas. Y los pájaros carpinteros no se hacen esperar mucho. Examinan todas las cosas con gesto de importancia, hacen una cantidad de sabias observaciones y lo ordenan todo con fina pulcritud, de manera que hasta en la obscuridad se puede echar mano. Es su mérito si el nuevo mundo se parece tan idénticamente al viejo, como un huevo al otro.

Y cuando la vida entera es nuevamente presionada en determinadas formas y ordenada rigurosamente, de manera que la tierra nueva huele por todos los poros a formas prácticas, se regocijan los pájaros carpinteros y se vanaglorian de sus éxitos. Pero en el corazón del individuo arde nuevamente el viejo anhelo y los incita a ir más allá—hacia los obscuros abismos de nuevas auroras.

¡Oh esos pájaros carpinteros! Se encuentran en todas parte donde un anhelo agoniza, donde son acuñados los ideales en pequeña moneda y donde el impulso ardiente es sofocado en el pantano de la cotidianidad. Y sin embargo su famoso "practicismo" no es más que una mentira y su "experiencia" no es más que un aborto del espírittu. Han repetido siempre la vieja sabiduría de fonógrafos, han organillado siempre de nuevo las mismas muertas fórmulas y aparte de ellas nada aprendieron de la historia y nada olvidaron. Afirman siempre con vanidosa presunción que están en el buen camino y se mueven siempre, sin embargo, como ciegos en el círculo.

Nunca han abierto a los pueblos nuevos senderos del conocimiento; al contrario, su limitación pueril ha roto las alas a todo nuevo anhelo, cayó siempre cobardemente sobre los luchadores e impulsores en cuyos corazones ardía el fuego del entusiasmo y atrancaron toda salida con "principios prácticos".

Siempre que nació una nueva idea en el pueblo, citaron los pájaros carpinteros de inmediato el carro mortuorio y concertaron todos los preparativos para el entierro. Su prudente practicismo y su llamada experiencia no estimularon nunca en lo más mínimo aspiraciones ideales procedentes del pueblo, aunque pretendían servirlo; pero les han privado del espíritu viviente, del impulso fogoso y de aquella fe invencible en la victoria de una causa que es la única que puede conquistar el mundo a una idea.

Nunca consiguieron provocar en los pueblos aquel espíritu que madura hechos y obliga a los hombres a romper tras sí los puentes que los unen al pasado. Siempre estuvieron dispuestos a chalanear los ideales por un plato de lentejas y ningún pálido respeto les impidió traicionar por treinta dineros la tierra de promisión.

Su practicismo había consistido hasta aquí en el achatamiento de las ideas, en el estrangulamiento de los grandes anhelos en el seno de las masas, que fueron siempre portadoras de todo verdadero progreso en la historia de la humanidad. Siempre han confundido el contenido con la forma y sacrificaron la calidad a la cantidad. Para obtener "éxitos" efímeros, han manchado todo pensamiento y sentimiento ideales con la baba de su escarnio mezquino; ni siquiera advirtieron que sus supuestos éxitos fueron conquistados a costa de ideas y que las masas fueron apartadas más y más de su finalidad originaria.

Su "practicismo" ha doblegado su espíritu y envejecido su alma. Creyeron edificar, pero no izaron su bandera más que sobre miserables toperas. Se aferraron siempre a las exterioridades, aun a costa de dejar sucumbir por eso el espíritu de una causa. Así se convirtieron pa-

AÑO V — BUENOS AIRES, 23 DE AGOSTO DE 1926 — N.º 237

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL — FRANQUEO PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Sumario de este número

DE CASA

Dediquemos hoy algunas líneas a exponer las labores de esta casa, a comentar la situación del diario y a auscultar las perspectivas de un futuro mejoramiento y ampliación de nuestras publicaciones.

Hemos vivido los últimos años en estado de guerra, podríamos decir; los enemigos de dentro y de fuera nos privaron de un instante de tregua para meditar en otros problemas que los planteados por los conflictos y las luchas entre los provocadores de cismas y los aspirantes a convertir nuestro movimiento en una jerarquía de jefezuelos y una masa amorfa sin derechos ni atribuciones. Los ataques que nos llevaron fueron producidos por la más baja deslealtad, unos, por la saña más profunda, otros. Hemos tenido que hacer frente con todas nuestras energías a la sucesión o coalición de adversarios. Y si fuésemos hoy a hacer el balance de estos cinco o seis años de conflictos agudos, veríamos la comprobación de una verdad que podemos enunciar tranquilamente: hemos conservado las características y las tendencias tradicionales de nuestro movimiento contra todos los peligros y adversarios de dentro y de fuera. El patrimonio que hemos recibido de nuestros antecesores está ahí, y los que nos sucedan no podrán decir que lo hemos deteriorado, que hemos permitido una desviación de sus fines originarios.

Pero tal vez se haya podido formar una idea, en aquellos que no nos conocen, una inclinación por nuestra parte a las luchas internas; nada más erróneo. Nunca hemos sido los provocadores de cisma; siempre hemos sido provocados por la deslealtad de los unos, la soberbia de los otros, la malevolencia de los demás. Hoy creemos que la situación ha cambiado, que las posiciones se hallan netamente definidas y nos parece que estamos en mejor condición que los camaradas de cualquier otro país para iniciar una labor proselitista sobre bases sólidas, habiendo desalojado de nuestras filas el lastre del amoralismo y la ambición de las jefaturas. Es esa convicción la que nos lleva a encarar ahora con preferencia a cualquier otro los problemas del ensanchamiento del radio de acción de nuestra propaganda.

Hemos quedado, tal vez, numéricamente más débiles; para muchos decepcionados o cansados de la lucha, los conflictos de los últimos años fueron un pretexto cómodo que les permitió alejarse de nuestras filas. Allá ellos; otros vendrán a ocupar los puestos vacíos. Frente a nosotros hay un mundo virgen para nuestras ideas y con voluntad, perseverancia y energía hemos de abrir en esa mole de indiferencia o de hostilidad una brecha de posibles de subversión. Es la lucha por la revolución internacional imperante, contra el espíritu negativo de las fuerzas del progreso, la que nos llama, y a esa lucha acudimos con entusiasmo, mientras que a la otra, a la que creemos ventilada para siempre, hemos ido con dolor, con amargura.

Para responder a nuestros propósitos pensamos ampliar a partir del 1.° de septiembre próximo el formato de LA PROTESTA, dándole 6 columnas de texto, enriqueciendo su contenido informativo, su presentación estética y dirigiendo todas nuestras energías a repeler los avances del autoritarismo y del estatismo. En el diario procuraremos reflejar lo más fielmente posible todas las palpitaciones de nuestro movimiento en el país y también del resto del mundo. Será así un arma perfeccionada de lucha, que cumplirá su 30 aniversario, el 13 de junio próximo, con la aureola de una vida fecunda tras sí.

Para cooperar a ese aumento del formato del diario nos vemos forzados a aumentar el precio a 10 centavos. Se sabe que LA PROTESTA no tiene otras fuentes de entradas que las de su venta y la solidaridad de los camaradas interesados en sostenerla. Por lo demás, siendo 10 centavos el precio corriente de los diarios, los lectores, lo mismo que nosotros mismos, no se rehusarán al pequeño sacrificio que se les pide, sabiendo que de esa forma la independencia de nuestras publicaciones, que no es más que una mentira cuando se aceptan los avisos comerciales, será conservada como hasta aquí.

LA PROTESTA ha atravesado su vida azarosa en medio de la solidaridad ardiente de los anarquistas, y así esperamos que será en el porvenir. El diario es como un barómetro del estado del movimiento revolucionario; su prosperidad es simultáneamente la prosperidad de nuestras organizaciones obreras, de nuestra prensa regional y local, de todos los esfuerzos libertarios. Esto no lo han querido entender aquellos individuos que contemplaban el movimiento anarquista de arriba a abajo, encastillados en la torre de marfil de sus pretensiones; tal vez hoy se hayan convencido de que la guerra al diario de los anarquistas es una guerra directa contra todos los esfuerzos libertarios y subversivos, incluso contra los propios.

No necesitamos pedir la opinión de cada amigo de LA PROTESTA para sentir que existe el deseo general de una reiniciación de las actividades proselitistas; hay impaciencia de lucha, deseos de emplear las energías en labores más positivas, más constructivas. LA PROTESTA se hace eco de esas aspiraciones y presentimos que no hemos de tardar en constatar un florecimiento de entusiasmos que harán del movimiento anarquista de la Argentina el más vigoroso del mundo. Y entonces tendremos ante nosotros el panorama de toda la América latina, esperando nuestra ayuda y predispuesta ya por la obra de muchos precursores a recibir la buena semilla de la justicia social.

Para valorizar más el contenido del diario, a partir del 1.° de septiembre comenzaremos también a publicar en folletín el grandioso libro de Rudolf Rocker, *Johann Most, la vida de un rebelde*. Los que deseen acercarse a la esencia de uno de los más grandes agitadores anarquistas y compenetrarse de la historia del movimiento anarquista, leerán esa obra con verdadera fruición.

También advertimos que la transformación del formato del diario irá simultáneamente con un impulso a la Editorial y todo ello preparará el camino a un cambio importante en el SUPLEMENTO mismo, que se convertirá un día en el más alto exponente del pensamiento anarquista internacional.

¡Y ahora, manos a la obra! Siendo necesaria la cooperación de todos los camaradas, que en cada localidad se tomen las medidas del caso para que estos propósitos no se frustren. No hay un solo amigo del diario que no pueda contribuir con su óbolo a la prosperidad de la causa; hay quien puede hacerlo con la pluma; hay quien puede hacerlo con una buena voluntad. Que cada cada cual dé lo que pueda. Sólo la indiferencia y la inactividad son infecundas.

OPTIMISMO



A esto es a lo que en la Argentina llaman un record de aviación

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(Conclusión)

Landauer adopta una posición especial frente a los sindicatos. Rechaza toda su lucha por más altos salarios, fundándose en que lo único que resulta de ella es que los trabajadores tal vez podrán vivir mejor en la actual sociedad del sistema capitalista y del Estado. Rechaza esa lucha como el único medio para llegar al socialismo, pero no la rechaza como único medio auxiliar del proletariado para llegar a una vida en cierto modo soportable. Pero eso no modifica el hecho de que el "proletariado no se socorre sólo mediante la colaboración política en las organizaciones corporativas, sino también por medio de instituciones creadas por su propia solidaridad y con lo que ha sido creado por los capitalistas y el Estado, para hacer más soportable su situación y desviarlo del camino de la revolución".

Landauer no era sindicalista, y eso explica su actitud ante el movimiento obrero. Su crítica a los sindicatos se refiere justamente al reformismo dentro de los mismos, que quiere impedir por su táctica y sus métodos lo que es calificado de inevitable por los marxistas: el derrumbamiento del capitalismo. Sin embargo, Landauer no es un predicador de la lucha proletaria de clase. El principio del capitalismo es el principio del egoísmo en la más elevada potencia. Los trabajadores contribuyen con su política sindical reformista al mantenimiento de ese sistema, y por consiguiente al mantenimiento del principio egoísta. Pero ese principio es justamente el mayor enemigo del socialismo. Partiendo de estas consideraciones, Landauer llega a la convicción que expresa en las siguientes palabras:

"Los obreros se comportan en sus luchas por el salario como deben comportarse, en tanto que participantes de la sociedad capitalista: como egoístas, que luchan terriblemente, y como no pueden hacer nada por sí solos, como egoístas organizados, asociados. Organizados y asociados con compañeros de oficio. Todas esas asociaciones de oficio constituyen juntas la totalidad de los trabajadores en su rol de productores para el mercado de los artículos capitalistas. En ese rol sostienen una lucha, como afirman, contra el empresario capitalista, pero en verdad contra sí mismos en su realidad como consumidores. El trabajador golpea, golpea a través de una sombra transparente y se da a sí mismo".

Así llega Landauer al resultado que hoy se ha vuelto un tópico vulgar: si aumentan los salarios entonces aumentan los precios de los artículos desproporcionadamente más; si se reducen los salarios los precios de los artículos disminuyen desproporcionadamente menos. De ahí que a la larga y en general la lucha del proletariado en su calidad de productor lo perjudique en su calidad de consumidor. Hay que confesar que el obrero desposeído no siempre está en situación de percibir sus intereses íntegros de clase. Por eso el proletariado de una industria se ve forzado a menudo a llevar a cabo una lucha que en sus consecuencias debo obrar egoístamente en la totalidad de los trabajadores, pues toda industria se encuentra en minoría frente a todas las otras industrias, y debe defenderse, tomando en consideración el encarecimiento de la vida.

Todo esto es inevitable mientras los trabajadores no comprendan que deben separarse del capitalismo — este es el pensamiento de Landauer. Esa lucha sin fin lleva en último resultado otra vez al capitalismo. Todo lo que acontece en la producción capitalista sirve para entrar más hondamente en el capitalismo, pero no lleva nunca hacia afuera. El camino de Landauer para la abolición del capitalismo consiste en incitar a los trabajadores a que salgan del capitalismo. Eso ocurrirá en parte por la fundación de sociedades de consumo, de modo que los obreros mismos adquieran los productos, sin intermediarios, en parte y principalmente por la agrupación en asociaciones que dedican su producción al empleo propio; es decir, en otras palabras: por la fundación de colonias socialistas, por el comienzo a vivir socialistamente, al margen del capitalismo. Cómo se imagina Landauer ese camino lo veremos más adelante. Ante todo queremos tratar cortamente el punto de vista de Landauer sobre las esperanzas del proletariado de libertarse por otra vía.

Un medio bastante radical y que puede proporcionar a los trabajadores una parte de la ganancia capitalista es la fijación de salarios mínimos y de precios máximos por la legislación estatal y comunal. Ese medio fué empleado por las comunas de la edad media y también — sin emabrgo sin mayor éxito — por la revolución francesa. Dejemos a un lado la política comunal de la edad media, en la que se trataba de condiciones diversas, de una verdadera cultura y una vida colectiva real, y podemos decir: una semejante confiscación de los bienes sería una política revolucionaria de clases que tal vez fuese buena en los enormes períodos de transición; sin embargo, sólo representa, a lo sumo, un trecho de camino hacia el socialismo, pero no el socialismo mismo, pues el socialismo no es una operación de fuerza, sino verdadera salud y saneamiento.

Si se exigiera, no sólo salarios superiores, sino precios inferiores, entonces se acercarían los trabajadores a sus fines: la reducción del beneficio del capitalismo. Pero no llevaría al socialismo, a lo sumo sería una mezcla curiosa de socialismo y de capitalismo; la lucha de los productores es un fenómeno de decadencia del capitalismo. Altos salarios y bajos precios simultáneamente; eso es por completo inarmonizable en la sociedad capitalista, y ésta no podría soportar los efectos de un tal fuerte movimiento de los sindicatos y del movimiento cooperativo paralelo. Un curso forzoso del dinero como eso — pues no otra cosa sería — despertaría una poderosa lucha y sería el comienzo de la bancarrota del Estado y de la ruina de la sociedad capitalista.

"Con altos salarios y bajos precios se hace imposible la vida de la sociedad capitalista... La dificultad para procurarse dinero, la suspensión de las crisis crónicas y la circulación perezosa en el período de revolución, llevaría a una catástrofe", dice Landauer, y tenía razón. Los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Alemania y Hungría lo demostraron. Por consiguiente, propone la táctica que ha propagado Proudhon tan magníficamente en el 48, pero sin resultados: ¡bajos precios, bajos salarios! Landauer quiso aplicar eso en la revolución bávara; lo propagó; pero el doctor Neurath, el emisario de economía de la república bávara de los consejos, perseguía otros planes. Todos esos planes del período de los consejos bávaros no pudieron tener resultados, porque pronto llegaron los bandidos noskistas, vencieron la revolución y Landauer cayó entre las víctimas.

Landauer es contrario a que los trabajadores unan simultáneamente la exigencia de disminución de la jornada con el aumento del salario por hora.

Bajo el sistema capitalista los trabajadores no pueden soportar que determine otro principio que su necesidad, su renta. Simultáneamente que por la disminución de la jornada deben luchar los trabajadores contra el trabajo a destajo y el salario por horas. Pues la disminución de la jornada no debe reducir sus entradas ni imponerles una labor en exceso intensiva. Por tanto, Landauer afirma que los obreros, en particular en ciertos oficios e industrias, como por ejemplo en la construcción, no debían exigir un salario por hora, sino por día. Al conservar el salario por hora los obreros están forzados, en toda lucha por la reducción de la jornada, a exigir también un aumento del salario por hora, y a menudo tal lucha termina con un compromiso: obtienen una cosa y deben renunciar a la otra; es decir, disminuyen simultáneamente, por ejemplo, su jornada y su renta. En consecuencia, Landauer es de opinión que los obreros no deben luchar bajo la sociedad capitalista por un salario a destajo o por horas, sino por un salario por día. Si los obreros tuviesen un salario por día, no se dejarían quitar tan fácilmente su renta por la reducción de la jornada. Su solución sería: ¡Salario por día! Especialmente, porque todo el que tiene oídos para la voz de la cultura hallaría aquí con meridiana claridad que los obreros no son hombres libres que entran en el mercado de la vida, para cambiar sus productos, sino esclavos que dependen de sus amos para el mantenimiento de su vida.

La lucha de los trabajadores para una existencia mejor en las condiciones actuales es seguramente necesaria. Pero no lleva al socialismo, sino a la fortificación del sistema actual. Con ella se ocupan lo sobreros, lo mismo que los capitalistas, industriales, comerciantes y funcionarios del Estado, interesados en el mantenimiento del capitalismo,— de la prosecución del sistema capitalista. Todos los hombres están comprometidos en la explotación recíproca, cada cual debe defender sus intereses particulares y perjudicar a la generalidad.

El que comprende eso, dice Landauer, debe comprender al mismo tiempo el derrumbe del marxismo. El marxismo creía saber que el socialismo es preparado por las instituciones y el proceso de destrucción de la sociedad burguesa. Y la lucha de las masas de proletarios, siempre crecientes y siempre decididas, siempre capaces de acciones revolucionarias, era un acto previo, necesario, de la historia para la realización del socialismo. Pero en realidad la lucha de los trabajadores, en tanto que productores no es más que un movimiento circular del capitalismo. No se puede decir que esa lucha llevó o lleva a un mejoramiento de la situación de la clase obrera; sólo una cosa es cierta, que habitúa a los trabajadores a la situación general de la sociedad actual.

"El marxismo es uno de los factores, y no de los menos esenciales, que sostienen el esatdo de cosas capitalista, lo fortifican y lo hacen más pernicioso por sus efectos sobre el espíritu de los pueblos. Los pueblos, la burguesía, lo mismo que la clase obrera, se identifican más y más con las condiciones de la adquisición brutal del dinero; la claridad, la rebelión y la alegría renovadora se reducen más y más en especial en las clases que sufren bajo condiciones míseras, que viven a menudo en la penuria y en la privación, y siempre en la pobreza. El capitalismo no es un período de progreso, sino de ruina.

El socialismo no viene por el camino del desenvolvimiento capitalista, ni por la lucha de los obreros como productores dentro del capitalismo.

La crítica de Landauer a la lucha del proletariado como productor aparece en primer momento característica; pero al profundizarla se encuentra con una amarga verdad. Mientras los obreros luchen dentro de la sociedad capitalista por condiciones mejores, más soportables, y sólo por ellas, el pensamiento de Landauer es acertado. Pero cuando los trabajadores utilizan su poder de productores para organizar, de acuerdo con la doctrina sindical, por su organización de productores, la economía socialista, entonces la cosa aparece bajo otra luz. Landauer responde: ¡Sí, si os organizárais para el socialismo, si quisieseis solamente comenzar! Pero no podéis bajo el capitalismo. El socialismo comienza con el consumo. Los obreros son explotados, porque no pueden consumir por sí mismos todo lo que producen. La falta está innegablemente en el consumo. Emplead por vosotros mismos vuestros productos que ejecutáis como productores, entonces tenéis el socialismo. Pues eso y nada más tiene por finalidad la economía socialista: que los trabajadores y el pueblo pongan su trabajo al servicio de sí mismos. Si una parte de los trabajadores forma cooperativas de consumo y producen por sí lo que consumen, entonces han puesto su trabajo al servicio de sus propias necesidades.

Pero hay que tener presente otro aspecto de las cosas. Por la lucha de clases los obreros son forzados al mismo punto de vista egoísta en que están los capitalistas. El capitalismo no es una institución petrificada, inmóvil, eternamente firme, sino que consiste precisamente en que los seres humanos sean egoístas. Consiste en la aspiración egoísta. El socialismo sólo puede convertirse en realidad cuando los hombres superen ese punto de vista. Si los trabajadores son forzados a colocarse en su lucha por el socialismo en el mismo estadio moral que el que quieren superar, entonces hay pocas perspectivas de que lleguen alguna vez a su meta.

No debemos perder nunca del horizonte que el socialismo no es una institución externa que nos hará felices, que nos redimirá del mal del capitalismo, del Estado moderno, de la guerra. El socialismo es la vida, una nueva vida, que debe surgir del interior de nosotros mismos si debe llegar alguna vez a ser realidad externa. Por eso no podemos tampoco llegar al socialismo por la dictadura del proletariado como creen muchos. Si en Rusia se entrevé, en parte, semiavergonzada bajo el sistema de la dictadura del proletariado, una vida socialista, esa vida no apareció a causa de la dictadura del proletariado, sino a pesar de ella. Y eso fué así, porque el pueblo laborioso, los campesinos y los obreros (los obreros que hace muy poco tiempo eran también campesinos), antes de la invasión del capitalismo moderno llevaban una vida comunista en sus organizaciones comunales independientes. Los marxistas se pueden equivocar, eso no cambia nada en la exactitud de esa frase que Rusia, que verdaderamente, según la doctrina del marxismo, no había llegado aún a su última fase de la evolución capitalista, está más cerca del socialismo que los demás países europeos. Fué principalmente Alejandro Herzen el que estuvo penetrado por la creencia de que el pueblo ruso, aun no carcomido por el capitalismo europeo, era mucho más accesible al comunismo que ningún otro pueblo. Pero según la doctrina marxista, la vida, las tradiciones de un pueblo no tienen la más insignificante importancia para el socialismo; todo procede de la evolución de la época capitalista. Según esta doctrina, el socialismo sólo puede venir cuando han sido recorridas todas las fases del capitalismo. El anarquismo rechaza esa parte de las doctrinas marxistas fundamentalmente, y es más bien de opinión que no depende tanto de los estadios del desenvolvimiento del capitalismo como en primer línea de las posibilidades y del espíritu de que está animado el pueblo. Si falta el espíritu de la solidaridad, aquel lazo común del sentimiento de la conexión, del cual surgen sin autoridad alguna los actos socialistas, la dictadura del proletariado no puede hacer lo más mínimo para la realización del socialismo.

Cuando se rechaza desde ese punto de vista la dictadura del proletariado, no se hace porque esa dictadura ejercería la violencia contra los enemigos de la liberación del pueblo. Para los marxistas y partidarios de la dictadura lo más importante es quién ejercerá el poder y la dominación; si son representantes de los trabajadores entonces justifican esa violencia. Por el planteamiento de la dictadura del proletariado todo el asunto de la realización del socialismo es postergado. No se trata de quién ejercerá la dictadura o la dominación, sino de si aquellos que quieren introducir el socialismo viven también socialistamente. Y aquí debe ser recordado: El socialismo no es una institución externa, por la que seremos dichosos; el socialismo es una nueva vida que debe vivirse, que debe aprenderse a vivir. Después de haber vivido los seres humanos a través de muchos siglos bajo las instituciones egoístas, sólo pueden vivir en socialismo aquellos que lo aman seriamente, los que se entregan con todo su ser a la realización y que o bien han permanecido indemnes del principio del capitalismo y del egoísmo, o bien se han libertado de esos venenos por una intensiva lucha. Hemos visto lo que sucedió en Hungría y emos aún lo que sucede cuando la corrupción invade el campo del movimiento obrero socialista. Y así se puede comprender a Landauer cuando dice que por una lucha, para la cual se coloca uno en el mismo estado que los capitalistas, no se puede llegar al socialismo.

E. L. ARANGO

PARTIDOS Y SINDICATOS

Estatismo, democracia y lucha de clases

El problema de la independencia sindical se ha discutido muchas veces y de particular modo en los últimos años. En realidad, el movimiento obrero no es libre... en la medida que lo quisieran los sindicalistas neutros. Está subordinado a influencias políticas y doctrinarias contradictorias, porque precisamente él mismo nació de una manifiesta contradicción histórica: la que representa el orden social vigente, de libertad jurídica y de completa esclavitud económica.

Antes de la guerra los sindicatos reformistas dependían exclusivamente de la influencia y de la dirección de los partidos social-demócratas. Existía un movimiento obrero independiente — en relación, claro está, con las organizaciones centrales, en cierto modo reconocidas por la burguesía y los gobiernos — a su vez sujeto a diversas corrientes ideológicas y en cierto modo dependiente del temperamento y la idiosincrasia de cada pueblo. De ahí que en los países latinos el sindicalismo asumiera características revolucionarias, mientras que en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, por la total adaptación de los trabajadores al medio industrial y por la prevalencia de la doctrina marxista, llegara a identificarse con la propaganda y los métodos de los partidos socialistas parlamentarios. La independencia absoluta de los sindicatos, en relación con los partidos o los grupos ideológicos, nunca ha existido ni podrá existir. Alimentan esa ilusión los sindicalistas neutros — que se llaman así por oposición a todo embanderamiento —, pero ellos mismos obran como partidarios de una tendencia y aplican al movimiento obrero un criterio que no es el de reales o supuestos adversarios. La función económica del sindicato está regida por el factor social, y en ese factor intervienen contingencias ajenas a la voluntad de los trabajadores. En consecuencia, no basta con asociar a los obreros para la lucha contra el capitalismo; el frente de batalla abarca también los problemas políticos y, para resolverlos, es necesario tener en cuenta la existencia del Estado.

Cuando los políticos marxistas hablan de la independencia sindical, formulan el propósito de subordinar los sindicatos a la dirección partidista. No ignoran la existencia del Estado, porque se ignorarían a sí mismos. Del mismo modo que consideran que el triunfo de su causa estriba en la conquista del poder político, entienden que para llegar a monopolizar el poder económico deben contar con el preconsentimiento de los trabajadores. Y, como está, los organizan por el sistema militar, disfrazado con fórmulas civiles, y les imponen una férrea disciplina enmascarada con las palabras de orden de la democracia.

Frente a la competencia bolcheviqui, que disputa a los viejos partidos reformistas la dirección del proletariado, los jefes de la Internacional de Amsterdam invocan la independencia de los sindicatos. Esa independencia es un mito en las organizaciones social-demócratas. La disciplina militar impuesta por los comités directivos y por la burocracia sindical, ahoga toda oposición independiente y ahoga todo movimiento de ideas que difiera del criterio oficial de los jerarcas sindicalistas. Pero si una parte del proletariado sacude la tutela de esa casta de privilegiados, los que perdieron la dirección acusan de dictadores a los que la tomaron a sus expensas.

En esa única realidad se basa la actual disputa entre los social-reformistas y los bolcheviquis. Moscú entabló una competencia ruinosa a Amsterdam en el terreno de la burocracia sindical. Gracias a la influencia de la revolución rusa, el partido "comunista", que invocaba su carácter de vanguardia del proletariado, consiguió en la primera hora desalojar de sus posiciones a una gran parte de los reformistas. Y surgió el viejo pleito de la prevalencia del partido sobre el sindicato, que negaban todos los políticos que en realidad existía bajo las nuevas condiciones sociales en la misma medida que existió en el largo período de la evolución del marxismo al plano parlamentario y ministerial.

Refiriéndose a Rusia, que es donde el sindicalismo de Estado ofrece aspectos más concretos y demostraciones más amplias de la tendencia del marxismo a dominar a los trabajadores organizados, los jefes de la Internacional de Amsterdam hablan de la existencia de un movimiento opositor que reclama la independencia de los sindicatos. No puede existir un movimiento *particular*, al menos sindical, en un régimen de dictadura como el bolcheviqui. Pero los socialistas hablan de la introducción del sistema democrático en Rusia, que les facilitaría el juego político en el plano nacional, y esa práctica debe comenzar naturalmente por los sindicatos.

Refiriéndose, pues, a ese deseo de intervención en la política rusa, cerrada hasta ahora por el exclusivismo bolcheviqui, dicen los burócratas de la Internacional de Amsterdam que en Rusia se acentúa cada vez más la tendencia a *libertar los sindicatos de su subordinación actual a la dominación comunista del Estado y a desprenderse de su incorporación al sistema económico ruso*. Y suponen que ese movimiento *que aperciben*, tiende a *constituir una representación verdadera de la clase obrera en contra del poder de Estado y de las administraciones oficiales*.

Es de una falsedad evidente la fórmula que aplican los social-demócratas al pretendido movimiento de independencia de los sindicatos obreros rusos. La concepción estatista del sindicalismo, la subordinación de las organizaciones obreras a una razón de Estado — política y económica — no es patrimonio exclusivo de los bolcheviquis: constituye la esencia de las teorías marxistas. En consecuencia, sólo puede existir un problema de dirección en el movimiento obrero ruso, máxime cuando la actual controversia surge de la burocracia sindical y la encabeza el mismo Tomsky, presidente de la Confederación General del Trabajo rusa y comunista de primera fila.

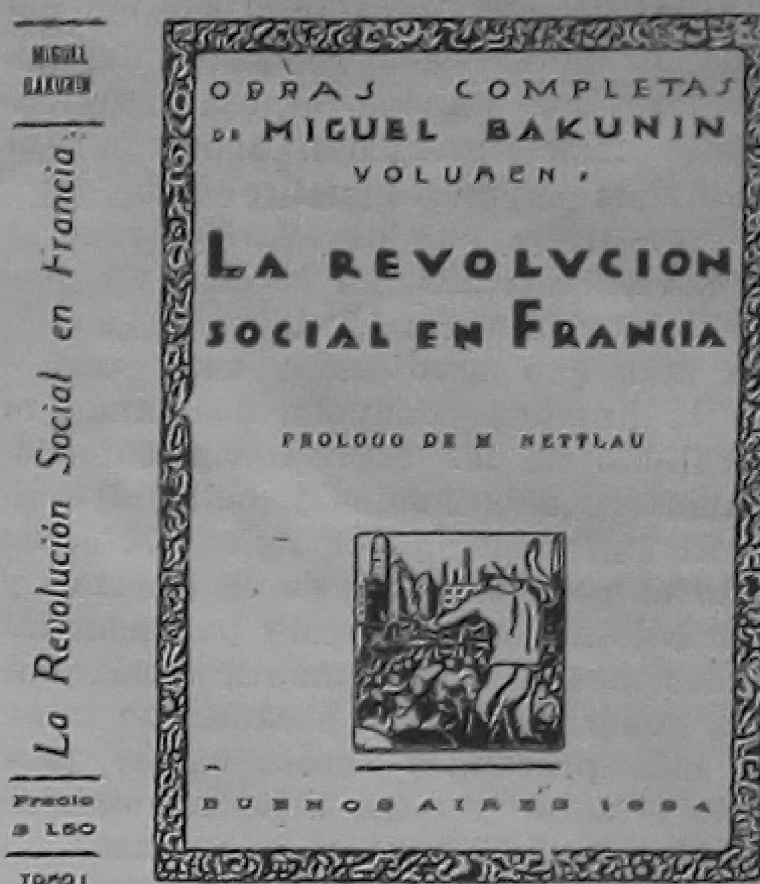
Al hacer referencia a la oposición obrera encabezada por Tomsky, el informe de la Internacional de Amsterdam, que aquí comentamos, dice lo siguiente:

"En los congresos de diferentes profesiones se ha oído también el mismo eco. Así se ve que en el congreso de los Obreros del Textil, que se ha celebrado en mayo, la ejecutiva de la Federación fué acusada de no haber sido capaz de atraer el obrero a su sindicato y que no defendía de un modo bastante decidido los intereses de los miembros. Tanto la ejecutiva federal como los comités sindicales locales parece que han cometido la falta grave de olvidar que su deber principal era la defensa de las reivindicaciones del trabajador organizado. Al declarar la dirección de la Federación que el aumento de los salarios era en verdad necesario, pero que no era posible por causa de la situación difícil en que se encuentra la industria, ha puesto en dificultades a los sindicatos locales y enervado a los trabajadores sin ninguna utilidad. Se dice que existe una crisis de confianza entre los trabajadores y que a menudo llega a tomar la forma de una ruptura entre los asociados y su organización. También parece que los dirigentes de la Federación tienen inclinación demasiado pronunciada a ir al encuentro de los deseos de los directores de empresas y a constituir con éstas un "frente único" en detrimento de los obreros.

"Quejas semejantes se han dejado oír en el congreso de los obreros que se celebró también en mayo. El principio de la democracia sindical no se aplica íntegralmente en todos los lugares; y sucede a menudo que los funcionarios sindicales, una vez elegidos, pierden el contacto con sus mandantes y descuidan hacer informes sobre la ejecución de las resoluciones tomadas por reuniones anteriores. La democracia sindical se convierte con frecuencia en una burocracia sindical y la dirección de la Federación ejerce, no pocas veces, presión sobre los sindicatos locales para que elijan personas de su conveniencia. Ha sucedido repetidas veces que se ha quitado la palabra a obreros que trataban de criticar la actividad del sindicato".

Los burócratas de Amsterdam descubren los vicios y corruptelas de la burocracia moscovita. Pero ¿no están ellos en el mismo caso?

El sindicalismo estatista es una consecuencia de la concepción político-económica del marxismo. La independencia de los sindicatos es una fórmula vacía: un recurso político para asegurar la dominación de un partido de *avanzada* sobre la masa trabajadora. En consecuencia, sólo por la autocapacitación del proletariado podremos llegar a la meta anhelada: la revolución social, sin Estado, sin directores políticos o sindicales, sin dictadura y sin jerarquía.



EMMA GOLDMAN

LA HIPOCRESIA DEL PURITANISMO

Hablando del puritanismo respecto al arte, Mr. Gutzon Borglum ha dicho:

"El Puritanismo nos ha hecho tan estrechos de mente y de tal modo hipócritas y ello por tan largo tiempo, que la sinceridad, así como la aceptación de los impulsos más naturales en nosotros han sido completamente desterrados, con el consecuente resultado que ya no pudo haber verdad alguna, ni en los individuos ni en el arte".

Mr. Borglum pudo añadir que el Puritanismo hizo también imposible e intolerable la vida misma. Esta, más que el arte, más que la Estética, representa la belleza en sus miles cambiantes y variaciones; es, en realidad, un gigantesco panorama en mudanza continua. Y el Puritanismo al contrario, fijó una concepción de vida inamovible; se basa en la idea calvinista, por la cual la existencia es una maldición que se nos impuso por mandato de Dios. Con la finalidad de redimirse, la criatura humana ha de penar constantemente, deberá repudiar todo lo que le es natural, todo sano impulso, volviéndole la espalda a la belleza y a la alegría.

El Puritanismo inauguró su reinado de terror en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII, destruyendo y persiguiendo toda manifestación de arte y cultura. Ha sido el espíritu del Puritanismo el que le robó a Shelley sus hijos porque no quiso inclinarse ante los dictados de la religión. Fué la misma estrechez espiritual que enemistó a Byron con su tierra natal, porque el genio supo rebelarse contra la monotonía, la vulgaridad y la pequeñez de su país. Ha sido también el Puritanismo el que forzó a algunas mujeres libres de Inglaterra a incurrir en la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft, luego George Elliot. Y más recientemente también exigió otra víctima: Oscar Wilde. En efecto, el Puritanismo no cesó nunca de ser el factor más pernicioso en los dominios de John Bull, actuando como censor en las expresiones artísticas de su pueblo, estampando su consentimiento solamente cuando se trataba de la respetable vulgaridad de la mediocracia.

Y es por eso que el depurado británico *jingoismo* (o sea la belicosidad puritana), ha señalado a Norte América como uno de los países donde se refugió el *provincialismo* puritano. Es una gran verdad que nuestra vida ha sido infectada por el puritanismo, el cual está matando todo lo que es natural y sano en nuestros impulsos. Pero también es verdad que a Inglaterra debemos el haber transplantado a nuestro suelo esa aborrecible doctrina espiritual. Nos fué legada por nuestros abuelos, los peregrinos de Mayflower. Huyendo de la persecución y de la opresión, la fama de los padres peregrinos hizo que se establecieran en el Nuevo Mundo el reinado puritano de la tiranía y el crimen. La historia de Nueva Inglaterra y especialmente de Massachussetts, está llena de horrores que convirtieron la vida en tinieblas, la alegría en desesperación, lo natural en morbosa enfermedad, y la honestidad y la verdad en odiosas mentiras e hipocresías. Emplumar vivas las víctimas con alquitrán, así como condenarlas al escarnio público de los azotes, como otras tantas formas de torturas y suplicios, fueron los métodos ingleses puestos en práctica para purificar a Norte América.

Boston, ahora una ciudad culta, ha pasado a la historia de los anales del puritanismo, como *La Ciudad Sangrienta*. Rivalizó con Salem, en su cruel persecución a las opiniones heréticas religiosas. Una mujer medio desnuda, con su bebé en brazos, fué azotada en público por el supuesto delito de abusar de la libertad de palabra; en el mismo lugar se ahorcó a una mujer cuáquera, Mary Dyer, en el año 1657. En efecto, Boston ha sido teatro de muchos crímenes horribles cometidos por el Puritanismo. Salem, en el verano de 1692, mató ochenta personas acusadas del imaginario delito de brujería. Como bien dijo Canning: *Los peregrinos del Mayflower infectaron el Nuevo Mundo para enderezar los entuertos del Viejo*". Los actos vandálicos y los horrores de ese período hallaron su suprema expresión en uno de los clásicos norteamericanos: "The Scarlet Letter".

El Puritanismo ya no emplea el torniquete y la mordaza, pero sigue manteniendo una influencia cada vez más deletérea, perniciosa, en la mentalidad norteamericana. Ninguna palabra podrá explicar, por ejemplo, el poder omnímodo de Comstock. Lo mismo que Torquemada de los días sombríos de la inquisición, Comstock es el autócrata de nuestra moral o morales; dicta los cánones de lo bueno y de lo malo, de la pureza y del vicio. Como un ladrón en la noche, se desliza en la vida privada de las personas, espiando sus intimidades más recatadas. El sistema de espionaje implantado por este hombre supera en desvergüenza a la infame Tercera división de la policía secreta rusa. ¿Cómo puede tolerar la opinión pública semejante ultraje a sus libertades públicas y privadas? Simplemente porque Comstock es la grosera expresión del puritanismo que se injertó en la sangre anglosajona, y aun los más avanzados liberales no han podido emanciparse de esta triste herencia esclavizadora. Los cortos de entendimiento y las principales figuras de *Young Men's and Women's Christian Temperance Unions, Purity Ligue, American Sabbath Unions*, y el *Prohibition Party*, con su patrono y santón Anthony Comstock, son los sepultureros del arte y de la cultura norteamericana.

Europa por lo menos puede jactarse de poseer cierta valentía en sus movimientos literarios y artísticos, los que en sus múltiples manifestaciones trataron de ahondar los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, ejerciendo una severa crítica acerca de todas nuestras indudables fallas. Con el bisturí del cirujano ha disecado la carcasa del Purit

nismo, intentando despejar el camino para que los hombres, descargados del peso muerto del pasado, puedan marchar un poco más libremente. Mas aquí el puritanismo es un constante freno, una insistente traba que desvía, deforma la vida norteamericana, en la cual no puede germinar la verdad, ni la sinceridad. Nada más que sordidez y mediocridad dicta la humana conducta, coartando la naturalidad de las expresiones, sofocando nuestros más nobles y bellos impulsos. El Puritanismo del siglo XX sigue siendo el peor enemigo de la libertad y de la belleza, como cuando por primera vez desembarcó en Plimouth Rock. Repudia como algo vil y pecaminoso nuestros más profundos sentimientos; pero siendo él sordo y ciego a las armoniosas funciones de las emociones humanas, es el creador de los vicios más inexplicables y sádicos.

La historia entera del ascetismo religioso prueba esta verdad irrebatible. La Iglesia, así como la doctrina puritana, ha combatido la carne como un mal, y la quiso domeñar a toda costa. El resultado de esta malsana actitud ha ya compenetrado la mentalidad de los pensadores y educacionistas modernos, quienes han reaccionado contra ella. Han comprendido que "la desnudez humana posee un valor incomparable, tanto físico como espiritual; aleja con su influencia la natural curiosidad maliciosa de los jóvenes y actúa sobre ellos como un preventivo contra el sensualismo y las emociones mórbidas. Es también una inspiración para los adultos, quienes crecieron sin satisfacer esa juvenil curiosidad. Además, la visión de la esencia de la eterna forma humana, lo que hay de más cerca a nosotros en el mundo, con su vigor, su belleza y gracia es uno de los más portentosos tónicos de esta vida, (*The psicology of sex*). Pero el espíritu del puritanismo ha pervertido de tal manera la imaginación de la gente, que ella ha perdido ya su frescura de sentimientos para apreciar la belleza del desnudo, obligándonos a ocultarlo con el pretexto de la castidad. Y todavía la castidad misma no es más que una imposición artificial a la naturaleza, evidenciando una falsa vergüenza cuando hemos de exhibir la desnudez de la forma humana. La idea moderna de la castidad, en especial respecto a las mujeres, no es más que la sensual exageración de las pasiones naturales. "La castidad varía según la cantidad de ropa que se lleva encima", y de ahí que un purista cristiano procura cubrir el *fuego interior*, su paganismo, con muchos trapos, y en seguida se ha de convertir en puro y casto.

El puritanismo, con su visión pervertida tocante a las funciones del cuerpo humano, particularmente a la mujer la condenó a la soltería, o a la procreación sin discernir si produce razas enfermas o taradas, o a la prostitución. La enormidad de este crimen de lesa humanidad aparece a la vista cuando se toma en cuenta los resultados. A la mujer célibe se le impone una absoluta continencia sexual, so pena de pasar por inmoral, o fallida en su honor para toda su existencia; con las inevitables consecuencias de la neurastenia, impotencia y abulia y una gran variedad de trastornos nerviosos que significarán desgano para el trabajo, desvíos ante las alegrías de la vida, constante preocupación de deseos sexuales, insomnios y pesadillas. El arbitrario, nocivo precepto de una total abstinencia sexual por parte de la mujer, explica también la desigualdad mental de ambos sexos. Es lo que cree Freud, que la inferioridad intelectual de la mujer o de muchas mujeres respecto al hombre, se debe a la coacción que se ejerce sobre su pensamiento para reprimir sus manifestaciones sexuales. El puritanismo, habiendo suprimido los naturales deseos sexuales en la soltera, bendice a su hermana la casada con una prolífica fecundidad. En verdad, no sólo la bendice, sino que la obliga, frágil y delicada por la anterior continencia a tener familia sin consideración a su debilidad física o a sus precarias condiciones económicas para sostener muchos hijos. Los métodos preventivos para regular la fecundidad femenina, aun los más seguros y científicos, son absolutamente prohibidos; y aun la sola mención de ellos podrá atraer a quien los enuncie el calificativo de criminal.



El nervio de la gran ciudad



¡No los olvidemos!

Gracias a este tiránico principio del Puritanismo, la mayoría de las mujeres se hallan en el extremo límite de sus fuerzas físicas. Enfermas, agotadas, se encuentran completamente inhabilitadas para proporcionar el más elemental cuidado a sus hijos. Añadido esto a la tirantez económica, impele a una infinidad de mujeres a correr cualquier riesgo antes que seguir dando a luz. La costumbre de provocar los abortos ha alcanzado tan grandes proporciones en Norte América, que es algo increíble. Según las investigaciones realizadas en este sentido, se producen diez y siete abortos cada cien preñeces. Este alarmante porcentaje comprende sólo lo que llega al conocimiento de los facultativos. Sabiendo con el secreto que debe desenvolverse necesariamente esta actividad y con el fatal corolario de la inexperiencia profesional con que se llevan a cabo estas operaciones clandestinas, el Puritanismo sigue segando miles de víctimas por causa de su estupidez e hipocresía.

La prostitución, no obstante se le da caza, se la encarcele y se la cargue de cadenas, es a pesar de todo un producto natural y un gran triunfo del Puritanismo. Es uno de los niños más mimados de la bigotería devota. La prostituta es la furia de este siglo que pasa por los países *civilizados* como huracán que siembra por doquier enfermedades asquerosas en devastación mortífera. El único remedio que el Puritanismo ofrece para este su hijo malcriado es una intensa represión y una más despiadada persecución. El último desmán sobre este asunto ha sido la Ley Page, que impuso al Estado de Nueva York el último crimen de Europa, es decir, la libreta de identidad para estas infortunadas víctimas del Puritanismo. De igual manera busca la ocultación del terrible morbo — su propia creación — las enfermedades venéreas. Lo más desalentador de todo esto, fué la obtusa estrechez de este espíritu que llegó a emponzoñar a los llamados liberales, cegándoles para que se uniesen a la cruzada contra esta cosa nacida de la hipocresía del puritanismo — la prostitución y sus resultados. En su cobarde miopía se rehusa ver cuál es el verdadero método de prevención, el que puede consistir en esta simple declaración: "Las enfermedades venéreas no son cosas misteriosas, ni terribles, ni son tampoco el castigo contra la carne pecadora, ni una especie de vergonzoso mal blandido por la maldición puritana sino una enfermedad como otra que puede ser tratada y curada". Por este régimen de subterfugios, de disimulo, el Puritanismo ha favorecido las condiciones para el aumento y el desarrollo de estas enfermedades. Su mojigatería se ha puesto al desnudo más que nunca debido a su insensata actitud respecto al descubrimiento del profesor Ehrlich, y cuya indecible hipocresía intenta echar una suerte de velo sobre la importante cura de la sífilis, con la vaga alusión de que es un remedio para "cierto veneno".

Su ilimitada capacidad para hacer el mal tiene por causa su atrincheramiento tras del Estado y las leyes. Pretendiendo salvaguardar a la gente de los grandes pecados de la *inmoralidad*, se ha infiltrado en la maquinaria del gobierno, y añadió a su usupación del puesto de guardián de la moralidad, que le corresponde hoy día a la censura legal, la fiscalización de nuestros sentimientos y aún de nuestra propia conducta privada.

El Arte, la Literatura, el Teatro y la intimidad de la correspondencia privada se hallan a merced de este tirano. Anthony Comstock u otro policía igualmente ignorante, retiene el poder de profanar el genio, de pisotear y mutilar las sublimes creaciones de la naturaleza humana. Los libros que tratan e intentar dilucidar las cuestiones más vitales de nuestra existencia, los que procuran iluminar con su verbo los oscuros y peligrosos problemas del vivir contemporáneo, son tratados como tantos delitos cometidos; y sus infortunados autores arrojados a la cárcel, o sumidos en la desesperación y la muerte.

Ni en los dominios del zar se ultraja tan frecuentemente y con tal extensión las libertades personales como en los Estados Unidos — la fortaleza de los eunucos puritanos. Aquí el solo día de fiesta, de expansión, de recreo, el sábado se ha hecho odioso y completamente antipático. Todos los autores que escribieron sobre las costumbres primitivas han convenido que el Sábado fué el día de las festividades libre de enojosos deberes, un día de regocijo y de alegría general.

En todo los países de Europa esta tradición sigue aportando algún alivio a la gente, contra la formidable monotonía y la estupidez de la era cristiana. En las grandes ciudades, en todas partes, las salas de conciertos y de variedades, teatros, museos, jardines, se llenan de hombres, de mujeres y de niños, especialmente de trabajadores con sus familias rebosantes de alegría y de nueva vida, olvidados de la rutina y de las preocupaciones de los otros días ordinarios. Y es que en ese día las masas demuestran lo que realmente significa la vida en una sociedad sana, que por el trabajo esclavo y sus sórdidas miras utilitarias, echa a perder todo propósito ennoblecedor.

Y el Puritanismo norteamericano le robó a su pueblo, asimismo, ese único día de libre expansión. Naturalmente que los únicos afectados son los trabajadores: nuestros millonarios poseen sus palacios y los suntuosos clubs. Es el pobre el que se halla condenado a la monotonía aburridora del sábado norteamericano. La sociabilidad europea, que se expande alegremente al aire libre, se trueca aquí por la penumbra de la iglesia o de la nauseabunda e inficionada atmósfera de la cantina de campaña, o por el embrutecedor ambiente de los despachos de bebidas. En los Estados donde se hallan en vigencia las leyes prohibitivas el pueblo adquiere con sus magras ganancias licores adulterados y se embriaga en su casa. Como todos bien saben, la ley de Prohibición de los alcoholes no es más que una farsa. Esta, como otras empresas e iniciativas del Puritanismo, trata solamente de hacer más virulenta la perversión, el mal, en la criatura humana. En ningún sitio se encuentran tantos borrachos como en las ciudades donde rige el régimen prohibitivo. Pero mientras se pueda usar siempre caramelos perfumados para despistar el tufo alcohólico de la hipocresía todo irá bien. Si el propósito ostensible de esa ley prohibitiva es oponerse al expendio de los licores por razones de salud y economía, su espíritu siendo anormal, no hace más que dar resultados anormales, creando una vida de anormalidad y de aberración.

Todo estímulo que excita ligeramente la imaginación e intensifica las funciones del espíritu, es necesario, como el aire para el organismo humano. A veces vigoriza el cuerpo y agranda nuestra visión sobre la fraterna cordialidad universal de los seres humanos. Por otra parte, sin los estimulantes de una forma o de otra, es imposible la labor creadora, ni tampoco ese tolerante sentido de la bondad y generosidad. El hecho de que algunos hombres de genio hallaron su inspiración en el cáliz de cualquier excitante y abusaron también de ellos, no justifica que el Puritanismo intente amordazar toda la gama de las emociones humanas. Un

...on y un Poe activaron de tal modo las fibras más nobles de la Humanidad, que ningún puritano llegará, ni cerca, a realizar ese milagro. Este último le dió a la vida un nuevo sentido y la vistió de colores maravillosos; el primero tornó el ... en sangre viviente y roja; la vulgaridad en belleza y en deslumbrante variedad lo uniforme, lo monótono.

En cambio, el Puritanismo, en cualquiera de sus expresiones no es más que un germen ponzoñoso. En la superficie podrá parecer fuerte y vigoroso; pero el ...so, el tóxico letal obrará por dentro hasta que su entera estructura sea ...ada. Todo espíritu libre convendrá con Hipólito Taine en que "el Puritanismo es la muerte de la cultura, de la filosofía y de la cordialidad social; es la característica de la vulgaridad y de lo ...oso".

CULTURA DE EQUILIBRIO

Tolstoi ha tenido una cierta predisposición a tratar temas educativos y vale la pena poder resumir sus ideas pedagógicas, muy originales y muy dignas de tenerse en cuenta, pese a su tendencia paradójica y a su fundamento místico. En una carta de 1909 a Bulgakoff, en los últimos años del pensador de Yasnaia Poliana su secretario y discípulo, expone algunos puntos de vista sobre la instrucción, de los que entresacamos estos pensamientos:

"La cantidad de objetos a conocer es tan ilimitada como el perfeccionamiento que se puede alcanzar en toda ciencia. Se puede comparar el dominio de la ciencia a una cantidad infinita de radios que irradian del centro de una esfera y pueden ser prolongados hasta el infinito. Por consiguiente, la perfección en la instrucción no puede ser obtenida si los hombres se apropian una cantidad de conocimientos científicos elegidos al azar. Se llega a la perfección más que: 1.º cuando se elige entre una cantidad infinita de ciencias, las más importantes y las más necesarias; 2.º cuando los grados de esas ciencias son relativamente iguales a fin de poder formar un todo armonioso, como los radios de una misma longitud, espaciados regularmente, forman una esfera".

Muchas veces hemos tropezado con individuos que, en medio de su multiplicidad de conocimientos de todas las ciencias y sus pretensiones de saberlo todo, nos han dado la impresión de profundos ignorantes, de desorbitados, de seres sin raíz, sin tierra firme bajo los pies. Entendemos la cultura como un medio de equilibrio mental, de consistencia ideológica, de fortalecimiento del carácter. Si, por una parte, vemos que efectivamente es así, por otra, vemos que los conocimientos producen un desequilibrio y que la ignorancia más elemental habría sido mucho más beneficiosa para el desarrollo de un espíritu que la lectura de bibliotecas enteras, que la libación en las mil fuentes del caudal científico. Hay casos en que la ciencia forma o desarrolla recias mentalidades, como hay casos en que las destruye, les quita su espontaneidad natural, llevándolas a un desequilibrio lamentable. ¿Cuál puede ser la causa de esa diferencia de efectos, de resultados?

Nos parece que la instrucción por la instrucción es nociva; que si en el fondo de toda instrucción no hay un denominador común, una base dirigente, una aspiración inspiradora, los conocimientos científicos son más bien un obstáculo que un estímulo a la formación de un carácter, de una cultura de equilibrio.

Tolstoi, en su lenguaje místico, añoraba la ausencia del fondo religioso de las viejas culturas; la religión era una base que unía a todos los hombres y los conocimientos se disponían armoniosamente en torno a ella; actualmente no existe esa unión, ni ese fondo religioso común en la base de todo y "la cuestión de la utilidad general de los conocimientos, de su necesidad y de sus grados relativos, todo eso se resuelve no importa cómo, por hombres que tienen el poder de difundir las ciencias a su capricho, según su ventaja y su comodidad momentáneas"...

Si Tolstoi se atrevió a proponer la vuelta a las bases religiosas de la instrucción, nosotros, como él, advertimos también un vacío en la cultura contemporánea, tan rica en conocimientos, en detalles, en resultados. Para adoptar la imagen de Tolstoi, diríamos que la esfera de la cultura de nuestros días carece de unidad interna, de esa unidad que sólo puede ser dada por una aspiración común o por un lazo moral de unión. Es una esfera que carece de un centro de irradiación de los radios y así vemos cómo los radios, por largos que sean algunos, como no parten de un centro común, no constituyen un todo viable. No fué Tolstoi el único que se sintió torturado por ese desequilibrio entre el estado de nuestros conocimientos científicos y su eficiencia para el bien de la humanidad; esa misma inquietud la sintieron otros filósofos y también volvieron a las concepciones religiosas como a una solución.

El problema persiste y hoy se nota más que nunca el conflicto entre los radios de las ciencias y la armonía interna del todo, de la esfera, de la cultura. Nosotros no volvemos a la solución religiosa, pero sí entrevemos un primer paso hacia una cultura de equilibrio en la aspiración a hacer del progreso social y humano la base y la cima de todo esfuerzo. Es así como se restablecería el concierto roto en el terreno de la vida intelectual desde que el servicio divino dejó de estimular el cerebro de los sabios.

El saber por el saber es un entretenimiento que puede ser lucrativo, pero no crea el radio de una esfera, una armonía, un afluente hacia una tendencia general. Por eso todo amante de una cultura superior tiene que inquietarse en la busca de un centro de partida y de una meta comunes. Y habiendo pasado el período místico de la historia, la única solución humana, susceptible de formar la esfera deseada por Tolstoi, la cultura de equilibrio, sería el progreso de la humanidad en el sentido del mejoramiento. Mientras la ciencia no adopte esa base y esa guía inspiradora, persistirán las desproporciones, el desconcierto, el vacío interior en medio del oropel científicista con que quiere adornarse nuestro siglo.

Tiene razón Tolstoi cuando denuncia "en nuestro mundo el extraño fenómeno de los hombres estimados como los más instruídos y que son en realidad los hombres más ignorantes, que saben un montón de cosas de que nadie tiene necesidad y no saben nada de lo que cada hombre debe saber ante todo. Y no sólo esos hombres son ignorantes, sino que lo son de una manera desesperante, porque están persuadidos de ser muy sabios y muy instruídos, de saber todo lo que un hombre debe saber y aún más".

Es la ignorancia de los hombres sabios lo que debemos combatir, oponiendo a los conocimientos inconexos, sin base y sin objetivo, una cultura que tenga por fundamento y por ideal un mundo nuevo en donde la justicia no sea una palabra solamente, sino un hecho, la vida misma.

BIBLIOGRAFIA

LETTERS FROM RUSSIAN PRISONS (1).—

Acaba de llegar a Londres, anunciado por nuestro colega anarquista, el periódico londinense *Freedom*, este volumen en cuyas páginas se halla la documentación más completa acerca del cautiverio de los centenares de víctimas de la tiranía soviética.

He aquí la presentación que se hace de este libro por parte de nuestro colega, en la que se inserta más abajo una carta de Bertrand Russell:

"Si usted no se halla convencido que en Rusia existen persecuciones políticas, no debe leer este libro; porque no creemos que ninguna persona, sin preconceptos, al leerlo no se dé bien cuenta que esto es la pura verdad. La maldad y el espíritu de venganza de las persecuciones, se hallan claramente establecidos en estas cartas cuya autenticidad está garantida por aquellos que conocen al escritor que las publica. Todo lo que se imprime en *Freedom* ha sido comprobado antes con serios fundamentos. Además, antes de que se publicaran estas cartas fueron sometidas a varios autores europeos y norteamericanos de gran nombradía, entre los que se hallan Arnold Bennett, H. M. Braisford, George Brandés, Gerhart Hauptman, Bertrand Russell H. G. Wells y otros. Insertamos la carta de Russell porque refleja con fidelidad nuestros mismos puntos de vista:

"Abrigo la esperanza que la publicación de estos documentos ha de contribuir a propiciar las cordiales relaciones entre el gobierno de los Soviets y los gobiernos de las potencias occidentales. Notoriamente desviados, engañados por los socialistas de sus propios países, los estadistas de Gran Bretaña, de Francia y de Norte América ven a los detentadores del poder en Rusia como a individuos idealistas y por ende peligrosos. Si ellos quisieran leer este libro, se convencerían del error en que se hallan. Los que representan las primeras autoridades en Rusia son gente práctica, positiva, preparadas a cometer cualquier desmán, a infligir torturas, suplicios a los hombres de ideas contrarias a las suyas, en suma, a los idealistas, a fin de conservar el poder en sus manos. No existen razones de querella alguna entre los imperialistas del occidente y los del noroeste, o que los amigos del occidente sigan prestándoles su ayuda, si no ha de realizarse un cambio radical, en el trato de sus opositores políticos". — *Bertrand Russel.*

Mr. Upton Sinclair ha dicho "que le impresionó mucho el hecho de descubrir que las condiciones de los prisioneros de las cárceles rusas eran las mismas existentes entre los prisioneros políticos del Estado de California, del cual soy ciudadano" (2). Negamos ésto, y estas cartas han de contradecirle. Pero si no fuera así, no hemos de esperar que condene a sus amigos, los socialistas rusos, por perseguir y torturar a quienes les ayudaron a realizar la revolución en Rusia. Hace algún tiempo este escritor dijo que el "British Comittee for the political prisoners in Rusia" era una organización contrarrevolucionaria (*Comité británico para la defensa de los prisioneros políticos en Rusia*), pero no se atrevió a lanzar tan ridícula acusación contra el "International Comittee for political Prisoners", la organización norteamericana que publicó este libro. El hecho palpable y evidente es que él fué reducido a un vergonzoso silencio".

Luego, el que escribe estas líneas lamenta lo elevado del precio de este libro; pero cree que quienes anhelan la divulgación de la verdad sobre esas terribles persecuciones, han de reunir el dinero para adquirirlo, y después de haberlo leído, pasárselo a los amigos. La publicidad es la mejor arma para ese género de atrocidades.

---

(1) "*Documentos y cartas de las cárceles rusas*". *Consiste en la reproducción de los documentos de los prisioneros políticos, en las prisiones de los soviets, en las cárceles y destierros, y la reproducción de otros documentos concernientes a las persecuciones políticas en la Rusia sovietista; extractos de las leyes de los soviets, sobre las libertades civiles, y etcétera. Con una introducción de veintidós cartas de autores conocidos de Europa y Norte América. El precio es de 10 chelines y seis peniques. Pedidos: C. W. Daniel Company, Graham House, Tudor Street.* — *E. C. D.*

(2) *Esta discusión entre Upton Sinclair y los camaradas anarquistas de Norte América, se ventiló en el periódico "The Road to Freedom".*



Esclavos de la mina

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

RESPUESTA DE M. NETTLAU

(Continuación)

Recordémonos del federalismo de los *Pisacane*, *Proudhon* y *Bakunin*. Esos hombres, a quien nadie cargará con el reproche de haber desconocido la importancia absoluta de un cuadro amplio y libre del desenvolvimiento humano, que no puede ser establecido más que por el federalismo. Bakunin ha sentido más que nadie que la gran lucha consumiría, devoraría a los primeros fundadores de la anarquía, que su obra era la de la destrucción, la del desbrozamiento del terreno, obstaculizando que el pasado se escurra en el porvenir bajo algún disfraz, que la dictadura estéril detenga el libre florecimiento, y poniendo luego los cimientos básicos de la nueva construcción. Eso se haría por la federación y la solidarización de las localidades y de los grupos. La otra condición esencial sería el derecho de secesión de los grupos, pequeños o vastos, de los individuos. No se ha ocupado del arreglo o de los acuerdos que esos grupos tomarían entre sí; eso sería cuestión suya y el resultado de su experiencia.

Esa nueva sociedad entrevista por él no era, pues, específicamente anarquista; era simplemente libre, ofreciendo garantías para toda nueva forma de libertad por los contratos entre los grupos y la libertad de hacer por sí mismo gracias al derecho de secesión. Ese cuadro que habría bastado a Bakunin, me parece que puede bastar siempre a los anarquistas de nuestra época. Habría así, después de la caída del capital y de los Estados una solidarización de todos los elementos de la vida social futura y los anarquistas realizarían su manera de vivir en su esfera personal y local en la medida de sus fuerzas. El que quiere ir con ellos irá, el que quiere separarse, se separará. Un sistema autoritario invasor no será posible, pues estaría en contradicción con el pacto general de solidaridad, que todos los hombres de buen sentido sabrán mantener en vigor. Si los autoritarios se forman autoridad entre ellos o si se queman las cejas en el altar de Marx y de Lenin en su iglesia privada, eso será cuestión que les concierne a ellos. Habrá probablemente una gran mayoría de socialistas pura y simplemente, hombres y mujeres que disfrutarán de la vida y no pensarán en las querellas de las capillas socialistas como nosotros no pensamos en las de los Padres de la Iglesia, en las escolásticas de la edad media y en las querellas de los teólogos del siglo XVII. La juventud creciente en ese ambiente se unirá, esperémoslo, a los grupos más libres y así la anarquía ganará terreno. Habrá arreglos convenientes para los objetos utilizados por todos, caminos, transportes, agua, organizaciones sanitarias, etc., no nos rompamos la cabeza sobre esos detalles como sobre el antiguo problema tan a menudo discutido en otro tiempo: lo que se hará si un hombre construyese una casa en medio de un camino o sobre el discutido alrededor de Tucker: si un individualista, adepto a la propiedad, comprase un mono y ese mono evolucionase a la categoría de hombre, ¿sería libre por su derecho humano o debería rescatarse por el hecho de haber sido comprado siendo mono? Con esa escolástica, y muchas otras inutilidades aún, se aisló la anarquía y se perdieron años preciosos, durante los cuales la gazmoñería marxista y la brutalidad bolchevista han crecido. Bakunin no tenía tiempo para eso; sabía que es preciso comenzar por el comienzo y que de la solidez de los primeros fundamentos, de la ausencia de defectos iniciales, depende todo. Estamos en caso parecido: la obra está *enteramente* aun *ante nosotros*.

Pero poseemos infinitamente más materiales que entonces — ¡qué no habría intentado hacer Bakunin con los elementos disponibles hoy! Poseemos un gran ambiente favorable en los sindicatos, cualquiera que sea el color de sus jefes: sería un error despreciar todos los miembros de un sindicato, porque por alguna maquinación se encuentran a su frente ambiciosos sin valor. En estos últimos años también los obreros de los grandes talleres y fábricas se conocen mejor entre sí y forman las unidades locales de la mayor importancia. Conocemos también el entrelazamiento del trabajo productivo e indispensable, los rodajes vitales del organismo social, cuya detención paraliza el resto. Los capitalistas saben igualmente eso y han tomado arreglos para combatir en ese terreno, pero la huelga inglesa última no ha sido demasiado brillante para los capitalistas y habrá enseñado ciertamente mucho a los obreros. Y como he dicho ya, muchos buenos elementos se especializan desde hace mucho, no son satisfechos ni por las grandes organizaciones de los partidos y de los sindicatos en que el individuo no es más que una cifra, ni por el anarquismo que les parece demasiado teórico, demasiado separado de la vida real.

Hay, pues, ahí todo un mundo a ganar para la idea de la convivencia, del veto contra las usurpaciones, del *fair play for all* (probabilidades equitativas para todos). Surgiría de eso un apaciguamiento de la histeria autoritaria, una renovación de la discusión cortés, del estudio, de la experimentación, un nuevo florecimiento de la esperanza, — en una palabra, una detención del mal y una *iniciativa libertaria* que prepararía el suelo sobre el que florecerán las primeras flores de la verdadera anarquía de nuestros sueños.

A eso cooperarán aquellos de los anarquistas que lo hagan de buena gana, espontáneamente. Los que no quieren cooperar, harán lo que quieran; yo no critico su género de actividad. Pero se abstendrán de poner obstáculos a tal esfuerzo — no son ya los guardianes de las verdaderas luces de la anarquía, como no lo somos nosotros. La anarquía, por su esencia misma, no es más que un método, libre desenvolvimiento, y por eso todo, necesariamente múltiple en formas, en resultados.

Si, por tanto, una tal aproximación, inteligente y sin doblez de pensamiento, a todos los elementos ahora relativamente neutros y no corroídos por la gangrena autoritaria, se produjese para hacer caer la balanza del lado de la libertad y del progreso, ese sería un *esfuerzo anarquista internacional* digno de los anarquistas y salvador para su causa, — sin que las otras formas de actividad anarquista debiesen padecer: al contrario, todos los esfuerzos diversos se sostendrán y se apoyarán mutuamente.

III

La anarquía como principio de organización de las sociedades ¿es o no revolucionaria?

Probablemente no comprendí bien el alcance de esa cuestión. Como Elíseo Reclus ha demostrado tan claramente, evolución y revolución no difieren más que en el ritmo; una acumulación de obstáculos acumula también fuerzas evolutivas que luego derriban el obstáculo y pasan por sobre él, lo que se ha convenido en llamar revolución. La acumulación enorme de obstáculos por tantos siglos de usurpación y de violencia producirá sin duda el barrido de esos obstáculos por una avalancha popular más fuerte que todos los asaltos que se le darán continuamente por la propaganda y los actos de toda especie. Lo mismo ocurrirá en los tiempos futuros, siempre que un mal sea insoportable y no hayan podido desviarlo otros medios.

Por sí misma la revolución es una forma impuesta a la evolución por una fuerza hostil, por ejemplo un árbol detenido por un obstáculo sobre él se deforma primero a lo largo de ese obstáculo, hasta tener fuerza para suprimirlo a pesar de todo. Así el pueblo, en lugar de desarrollarse rectamente, en la esfera y la preparación de una revolución, obligado a reunir fuerzas, pierde tiempo, cambia su buen humor en odio, pierde el placer en el trabajo forzado que se le impone, etc., y sufre así deformaciones, — justamente porque el capital, el Estado, el policía, el soldado le bloquean el camino, hasta su barrido definitivo. No es, pues, un estado ventajoso en sí una revolución — es una dura necesidad, y lo más pronto que después de tal crisis se ponga uno al trabajo sobre bases sanas y sólidas, tanto mejor será: porque continuar en el ritmo febril de las revoluciones sería ir a un agotamiento rápido y a desilusiones crueles después. Lo que importa, como Bakunin decía a menudo, es que la revolución sea tan completa que la vuelta al pasado se haya hecho imposible, — entonces se avanzará. Es preciso saber "quemar los barcos" tras sí, como dice el viejo proverbio.

IV

Siendo una idea humana ¿es o no proletaria la anarquía?

Tampoco he entendido bien esa cuestión, tal vez. La anarquía es la cosa más ampliamente humana que se puede concebir y por eso mismo debe guiar ese noble esfuerzo de los humanos que es el trabajo —de manera que ese trabajo sea libremente aprendido, libremente aplicado y produciendo de ese modo productos armoniosos. Ese trabajo será una función física o psíquica de cada individuo. Así concebido está en el otro polo de la palabra proletario que implica trabajo forzado, frutos del trabajo quitados por el explotador, por tanto, esa desviación terrible del noble ejercicio del trabajo que caracteriza el sistema capitalista.

Más que nadie, el trabajador así forzado tiene interés en recuperar su libertad, en apresurar el advenimiento de una sociedad libre. Pero ¿vale la pena decirlo? — no está exclusivamente destinado a hacer ese esfuerzo. Todos los hombres están detenidos en su desenvolvimiento por el sistema presente, todos deben sacudirlo o ser enterrado bajo sus ruinas. Si hubiera la menor tendencia a limitar la anarquía a los proletarios, sería un aislamiento funesto, semejante al de los partidarios de la dictadura de clase, del proletariado, que se convierte en la de los jefes de esa clase, como en Rusia. La anarquía ha rechazado siempre tales limitaciones, apeló siempre a todos los hombres deseosos de disfrutar del completo desarrollo de sus facultades. Su fuerza y su victoria final reposan en que hará renacer así a la humanidad entera, detenida en sus progresos por las divisiones en ociosos y dominadores y en proletarios sumisos.

El esfuerzo por darle un nuevo vigor consiste ampliamente en hacer comprender a todos los hombres que no se trata de aplicar tal o cual programa económico y político, sino en devolver a toda la humanidad la libertad perdida. Esa libertad, ya recuperada intelectualmente por la ciencia, en tren de ser recuperada por la moral libre, por el arte libre, será recuperada en el terreno de la política y de la vida social: entonces se podrá olvidar la palabra misma: anarquía — tendremos la *vida libre* en sus formas múltiples.

V

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible labren ellos mismos su emancipación?

Este asunto es demasiado vasto para abordarlo aquí en detalle. Diría sólo que actualmente un niño, organismo tan abierto y receptivo para todas las impresiones, que acumula buenas y malas impresiones con una velocidad y una intensidad que es imposible controlar — que un niño está, pues, *en el presente* expuesto a *tantas* malas impresiones que no se puede darle bastantes impresiones buenas para reducir y contrarrestar el mal. Ve y oye tantas tonterías, crueldades, brutalidades en su ambiente o en el de sus vecinos como en la escuela oficial, luego por los periódicos, el cine, el rumor público, que sus padres no pueden darle nunca bastantes buenas impresiones — el niño se convierte en un producto incoloro, inferior, del sistema actual, justamente en ese que los capitalistas necesitan para hacer de él un obrero que no piense, un funcionario que obedezca, un soldado que mate, en una palabra, un instrumento del trabajo subyugado — y más tarde será preciso mucho esfuerzo para humanizar a tal hombre, si es que es posible de algún modo.

Por tanto, es preciso que los padres contrarresten ese envilecimiento sistemático de los niños, ante todo por la bondad y la inteligencia. Ellos sabrán mostrarles — sin ninguna especie de propaganda y de enseñanza — lo que es *socialmente bueno*, lo que es *individualmente recto y equitativo*, lo que tiene un verdadero valor y lo que es rutina, prejuicio, moda pasajera, trivial pérdida de tiempo. Los padres sabrán hacer al hijo solidario con la naturaleza, las plantas, los animales; tienen una magnífica ocasión para despertar el sentimiento de la belleza y destruir las inclinaciones de crueldad, de dominación, de derecho exclusivo de propiedad, que los niños ejercen a menudo contra los animales más débiles que ellos. Los padres sabrán encontrar el medio de enseñar a los hijos la historia internacional, la de varios pueblos para contrarrestar el efecto funesto de la enseñanza patriótica de la historia en las escuelas. Harán leer las descripciones de viajes, haciendo conocer así a los pueblos extranjeros de otro modo que por los relatos de guerras en los manuales escolares. Harán accesible a los niños libros de valor de otras literaturas; todo eso enseña el *verdadero* internacionalismo que se funda mucho más sólidamente sobre conocimientos serios y variados que sobre el sentimiento y la abstracción. Despertarán el sentido crítico de los niños, no un criticismo cínico que se burla de todo, sino el que sabrá calar las mentiras oficiales de que se rodea a los pequeños lo mismo que a los grandes, el pueblo jamás emancipado, jamás maduro en la opinión de sus malos pastores. El niño aprenderá también por los padres a apreciar el trabajo, a ser activo él mismo. Se le explicarán las cosas que están a su nivel y se sabrá mostrarle que con un poco de esfuerzo avanzará en el dominio que excita su interés especial, y así sucesivamente.

Si se dice que muchos padres no poseen tales conocimientos y facultades

ellos mismos, es bien lamentable, pero en muchos casos nada les impide adquirirlos aún, más o menos. Al bruto que dice: "yo no sé eso y mi hijo no tiene tampoco necesidad de saberlo", opone... los padres, — y los hay, — que aprenden ellos mismos, aunque sea a hurtadillas, para permanecer en estado de ayudar a sus hijos.

Todo eso *puede ser* secundado por las *escuelas libres*, escuelas Ferrer, escuelas modernas, pero entre la enseñanza individual y verdaderamente amante por un pariente próximo y la enseñanza, sea individual, sea colectiva, por un maestro cualquiera, hay siempre una diferencia notable, como la que hay entre el trabajo voluntario y el trabajo rutinario...

Diría aún que por excelente que sea ... que los niños disfruten de la mayor libertad y no sean cargados con un trabajo pedantesco y a menudo muy poco útil, como en las escuelas oficiales, no me parece bueno limitar lo más posible, — y más todavía, — el bagaje intelectual de los niños. El niño debe, pienso yo, almacenar en su cerebro muchas impresiones para tener entonces la libre elección, de olvidar y de conservar. No es más que sobre bases abundantes como pueden desarrollarse el juicio crítico, la independencia intelectual. Es preciso un cierto ... para saber ver claro. El niño ... abandonado a sus propias inclinaciones y expansiones pierde ocasiones preciosas para instruirse. Nosotros tenemos necesidad de una juventud bien instruida que sepa destruir la mentira tradicional y oficial que le rodeará en todas partes en la vida de esta triste sociedad moderna.

VI

¿Por qué sendas creen los compañeros debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente de anarquismo?

Sobre este asunto confieso mi completa incompetencia y competería a los artistas mismos la respuesta. El artista, mediante algunos rasgos del lápiz, puede ... un acto autoricida más hiriente que un acto de violencia o un libro de propaganda. El satírico, por algunas líneas de artículo, el poeta, por algunos versos, a menudo hacen lo mismo. Estas cosas no se preparan y no se discuten, se hacen o no se hacen; así mil esfuerzos de artistas quedan sin efecto y se hace lo que permanece inmortal. Es preciso, pues, dejarles hacer sin ofrecerles ...

He amado siempre el dibujo social, ... Steinlein, Willette y tantos otros. Encuentro poca satisfacción en lo que veo en nuestros días. Me parece que la belleza estética que la idea de la anarquía tiene para mí, debería corresponder también la ejecución armoniosa de la obra de arte — y futurismo, cubismo y otros géneros que, en mi opinión, se derivan notoriamente de una mentalidad fascista (cada línea de F. T. Marinetti fué fascismo intelectual), — esos géneros chocan absolutamente con el sentimiento social y libertario que está en la base de un esfuerzo anarquista. Es posible que sea injusto para con algún bravo cubista y que haya entre ellos hombres muy apacibles y excelentes padres de familia; pero para mí lo que ellos hacen es siempre fascismo ilustrado y yo no lo quiero. La menor tarjeta postal con una bella flor o una hermosa cabeza de mujer me aproxima más al "dulce país de anarquía" de esa bella canción de Paul Paillete, me asocia más a él en sentimiento y en pensamiento que el arte social de las últimas décadas de años, el que siguió a los Steinlein y a los Villette de su buen período. La anarquía para mí está donde está lo bello y lo bueno. Todos conocemos la fealdad de la vida presente que nos rodea. Comprendo que se ataque esa fealdad por la caricatura social, pero si se la reconstruye tantas veces, eso es demasiado: ahí quisiera ver lo bello, el impulso hacia adelante, la esperanza. Pero eso no es más que una aplicación del arte, la cuestión del arte es más amplia.

El arte verdadero, sensitivo en el más alto grado, depende de la vida, de sus tendencias presentes; sabe aún presentir vías nuevas de evolución, pero ¿sabe crear, obrar, avanzar verdaderamente? Raras veces, pienso yo, y sólo cuando nos habla por la obra de grandes genios que están enteramente más allá de nuestras discusiones. En general el arte repercute el espíritu de una época — no la crea. La época presente de la autoridad, de las guerras, de la suprema rapacidad del capitalismo, de la brutalidad y nerviosidad generales produce un arte correspondiente, y no puede producir otro. Ese arte fué presentido, entrevisto por D'Annunzio, elevado a la mentalidad fascista completa por el futurismo de un Marinetti desde 1909 aproximadamente: en 1909 se publican todos sus Manifiestos futuristas en Milán, precedidos por la revista *Poesía*, de esa ciudad; en 1909 apareció también la novela africana de F. T. Marinetti, *Mafarka el Futurista* (París, 1909, XI, 310 págs.) y desde 1911 los horrores que se describen allí se realizan ya en Trípoli y la primera de las guerras europeas se hace y las bases del fascismo intelectual se plantean.

Cuán diferente fué ese bello período de 1890 a 1894 en París, cuando la anarquía floreció allí maravillosamente, irradiando en ese magnífico obrero del pensamiento que fué Elíseo Reclus, como en los actos valientes de los rebeldes Ravachol y Vaillant, en los primeros sindicatos verdaderamente militantes como en la elaboración seria de todos los aspectos de nuestras ideas por Kropotkin y los demás camaradas de *La Révolte*. Entonces, a esa anarquía tan variada, tan alerta y ascendente, afluía también el concurso de los artistas, de la literatura, de la pintura, del dibujo jóvenes.

Esos dos ejemplos demuestran para mí que a nosotros nos compete una renovación de la anarquía — entonces el arte estará con nosotros — antes no, según temo. Cuando llegue ese tiempo, tratemos de que no se vaya jamás, que la fuerte corriente que se cree permanezca y no se restrinja. El arte y la anarquía están hechos el uno para el otro, porque la libertad está en la base de todo el arte, — pero los *artistas*, hombres de su época, y el *arte* están separados por las condiciones de la vida presente; la anarquía los aproximará y el arte se generalizará en su régimen de armonía y de belleza.

RESPUESTA DE M. BUENACASA

II

Como doctrina y como principio de organización, la anarquía es, a nuestro juicio, revolucionaria.

Digamos antes lo que entendemos por revolución. Para muchos, la revolución es el acto de fuerza, la consagración de todos los instintos de nuestra animalidad desatados un día por la consecución de un objetivo más o menos determinado. Y sin embargo, la revolución violenta o, por mejor decir, el acto violento es tal vez el signo menos importante de la revolución.

Podemos afirmar con Mella que la violencia en la revolución es lo de menos, ya que ella es ciega porque ciegos son la inmensa mayoría de los que, por lo general, se lanzan a morir y a matar instintivamente y sin saber por qué.

Tenemos, pues, que la anarquía, ideal supremo con perspectivas ilimitadas e infinitas que no contiene un programa cerrado de realizaciones, es, ha de ser, forzosamente revolucionaria, aun después de implantarse sobre la tierra lo que hoy se considera posible en su esencia.

Así pues, "desde el punto de vista de la organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria. Si no fuese revolucionaria, sería fósil, y la anarquía no puede fosilizarse, so pena de perder su significación.

No ocurre otro tanto con las diferentes escuelas políticas que se disputan el predominio y la hegemonía de los pueblos.

Para los socialistas autoritarios, por ejemplo, o para los republicanos, todo estriba en destruir el Estado burgués o la monarquía; conseguido su objeto, como su acción limitada ha logrado el summum de aspiraciones, lo que antes fué oposición, o revolucionarismo en cierto modo, queda convertido en instrumento conservador. El socialismo y el republicanismo, en tal caso, dejan de ser organizaciones revolucionarias. Han implantado e impuesto su método y su patrón a todo bicho viviente y el ideal, que por restringido y limitado en sus perspectivas se ha convertido en hecho, se pierde y pasa a la historia como una antigualla. La revolución muere.

Alguien objetará: Pero y si mañana se implanta el ideal anarquista, ¿no le ocurrirá igual que a los demás? De ningún modo. Ya hemos dicho que la anarquía no ha trazado sino rutas para llegar hasta la idea, pero no ha formulado ningún programa concreto de convivencia, ni ha limitado, porque es imposible hacerlo, ninguna aspiración. Cuando más nuestras teorías forman diversos esquemas, planteados de modos muy diferentes, según el sentir, el temperamento o la concepción de cada anarquista.

La anarquía, ideal de concepciones vastísimas, simples y complejas a la vez llegaría a realizarse en la proporción máxima contenida en nuestra enciclopedia divulgada hasta el día, y aun así seguiría siendo la idea revolucionaria eternamente y a medida que nuevas visiones del porvenir fueran haciendo necesaria la ascensión de nuestras ansias ilimitadas, hacia las cimas inmarcesibles del espíritu inquieto que anida en los poseedores de nuestro ideal.

Son legión los que critican acerbamente a los teóricos del anarquismo, por reconocer que la mayoría de ellos discrepan entre sí al apreciar, no el ideal en su esencia, sino el procedimiento y la implantación o constitución de las futuras sociedades.

RUDOLF ROCKER

(2)

La maldición del practicismo

... en el más firme baluarte de viejos sistemas ... que se dieron la apariencia de combatir. ... el famoso practicismo, que siempre estuvo dispuesto a concertar compromisos con los sostenedores del viejo mundo y sus instituciones carcomidas por ... de la podredumbre, fué siempre la fatalidad de los grandes y verdaderos movimientos populares que habían escrito en sus banderas la liberación social de las masas.

... movimientos no fueron nunca arruinados por las ... que puso en vigor la arbitrariedad despótica; al contrario, las persecuciones desarrollaron más el ... de los individuos y fortificaron sus fuerzas en dura ... con la violencia. Todos los movimientos verdaderamente grandes que surgieron del pueblo y que fueron ... por entusiasmo revolucionario, pasaron a ... de los muros de las cárceles y por las horcas y ... para resistir a su prueba. No, la tiranía sola ... pudo desarraigar todavía un movimiento efectivo de las masas, y sus mártires, ultimados por mano del verdugo, se demostraron siempre de naturaleza ... Se les pudo asesinar, pero sus voces salían de las tumbas y de las fosas y atizaron el fuego ... en el pueblo.

Si esos movimientos, sin embargo, sucumbieron y su impulsividad falló repentinamente, fué porque les salió un enemigo de las propias filas. Fué el martilleo de los pájaros carpinteros, el triunfo del practicismo el que consumió sus raíces y les introdujo el germen de la decadencia y de la muerte. Aquel practicismo, que nunca fué realmente práctico, cegó poco a poco las fuentes de su fortaleza originaria, y como Dalila se convirtió en la fatalidad de Sanson al cortarle sus cabellos, así mató el practicismo de los pájaros carpinteros aquellas cualidades y sentimientos de las masas, que habían sido hasta entonces el manantial inagotable de su fuerza.

Fué el practicismo del éxito exterior el que emborrachó siempre a los posibilistas de todos los matices y alejó cada vez más los fines originarios de un movimiento. Al intentar penetrar en las instituciones de un sistema social existente y realizar en ellas "labor práctica", fué cortado el nervio vital del movimiento y se le condenó al lento languidecimiento y a una muerte sin gloria. La idea absurda de que hay que conquistar primero las instituciones de dominación de una sociedad fundada en la esclavitud y en la violencia brutal a fin de llegar al objetivo final, infectó siempre el puro espíritu de todo movimiento y atacó sus raíces.

Toda nueva cultura social desarrolla sus primeros gérmenes en el seno de la vieja sociedad, como se desarrolla el niño en el cuerpo de la madre; como la tierna planta debe hundir sus finas raíces en la tierra antes de que pueda romper la obscura envoltura y bañar su verdor en la luz del sol. El niño y la planta existen antes de nacer y desarrollan a su modo las condiciones previas de su vida ulterior.

Los movimientos sociales son el seno de donde surgen nuevas culturas, y sólo serán victoriosos en sus aspiraciones si son capaces de crearse por fuerza propia formas especiales de existencia y si saben eludir toda fusión con los órganos en consunción de una sociedad condenada a la muerte. Pues cada órgano cumple sólo la misión que le dió vida; no pueden cambiar a capricho sus funciones vitales y servir a otros fines.

Echad una ojeada al gran movimiento de las masas que se preparó hace dos mil años sobre el Asia Menor, Europa y el Africa del norte. Amenazó las piedras angulares del imperialismo romano, que extendía sus brazos de pólipo por toda la tierra conocida y absorbía como un gigantesco vampiro la sangre de las venas de todo un mundo. Roma había encadenado naciones y pueblos; a sus muros afluían todas las riquezas de la tierra; su voluntad era la suprema ley. Se hicieron incontables ensayos de los pueblos oprimidos para romper sus cadenas, corrieron a la muerte contra esa voluntad férrea, que pareció insuperable como el poder de los Césares.

Entonces surgió aquel raro movimiento que ciertamente no mostró ninguna unidad programática, pero que en todas partes fué conducido por los mismos objetivos — resistir a Roma y socavar su poder.

Pequeñas comunas, nuevas fraternidades, sectas extrañas y movimientos revolucionarios se desarrollaron en todas partes y se difundieron con insospechada celeridad entre los parias y los oprimidos del imperio romano. Combatieron el derecho y el poder romanos, asaltaron los baluartes de la esclavitud, predicaron la liberación de

Anarquía — no gobierno — supone, en todos los órdenes del pensamiento y de la vida, lo absoluto. Libertad absoluta, igualdad absoluta, felicidad absoluta.

Aquí se nos dirá que el absoluto en moral es lo imposible y que por lo tanto la anarquía es un sueño, una quimera. No importa. Contestemos a los "positivistas" que lo absurdo no es lo anárquico, y preguntémosles ¿qué harían ellos, cómo vivirían y cómo pensarán el día que la autoridad y el régimen de las coacciones materiales, deje paso a la sociedad del libre acuerdo? Sobre todo debe interesarnos saber si los detractores del anarquismo, son o no capaces de vivir sin gobierno y sin autoridad, bien entendido que el gobierno y la autoridad son organismos perniciosos para el desarrollo general de las sociedades.

Preguntad a un campesino si no sería más feliz cuando el amo o el gendarme no existan, y de seguro que contestará afirmativamente.

Pero nos desviamos del tema. Interesa repetir que siendo la anarquía, de por sí y desde el punto de vista de la organización de las sociedades, una idea que concretamente rechaza el estancamiento mientras preconiza la ssuperaciones ilimitadas, no puede por menos que ser revolucionaria eternamente.

Hemos dicho que los actos revolucionarios de la violencia colectiva son los signos o los accidentes menos importantes de la revolución.

Desaparecida la violencia y su necesidad, el día que desaparezcan las causas que la engendran, la Autoridad, la Religión, la Propiedad, etc., habremos llegado a la era en que la simple coacción moral, el "boicotage" o el aislamiento contra los seres anormales, malvados o perniciosos, que lo sean por herencia o por naturaleza, serán estimulantes que sustituirán a las violencias materiales de hoy. La coacción simple ejercida con la buena intención de mejorar la vida de las sociedades, no deja de ser una expresión revolucionaria.

Y esta expresión de la anarquía, de la Sociedad Anarquista, es una manifestación revolucionaria que subsistirá tanto como el mundo.

De lo que se deduce que "como principio de organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria.

Así creemos que es y debe ser. Así lo entendemos nosotros.

III

Nos vemos en un trance apurado, sin saber cómo expresar nuestro pensamiento acerca de tan interesante cuestión. Por otra parte, acostumbramos a no recurrir nunca a los libros como no sea a los que nos puedan ilustrar sobre materias concernientes a la historia. Se hace imprescindible en estas cuestiones — a mi juicio — que cada individuo piense por sí mismo y no a cuenta de los demás.

La anarquía, ideal humano, ¿es o no proletaria? He aquí el dilema al que hay que responder, sí o no, de manera concreta y categórica.

En efecto ,que la anarquía es un ideal humano, pero entendámonos: La anarquía no acepta parásitos humanos en la sociedad cuya implantación preconiza. La anarquía mantiene el principio comunista de que cada cual consuma según sus necesidades — esto es un principio humano —, pero reconoce las bases compensadoras: No es posible que todos los hombres consuman según sus necesidades si no producen según sus fuerzas.

En el régimen actual, basado sobre el absurdo, la injusticia y la contradicción más arbitraria de la vida, se produce la paradoja criminal de que consuman lo que necesitan, y más aún, los que no producen, en tanto que los productores mueren de hambre.

Queremos que todos vivan felices, pero ¿cómo alcanzar esta felicidad si a la vez no se crean los medios que la hagan posible?

No restrinjamos el significado de la palabra "producción" exclusivamente a los medios producidos para atender las necesidades físicas y materiales. La vida del hombre que se limita a comer o a cubrir sus desnudeces, a vivir en habitaciones confortables y a viajar — por ejemplo — no es la vida amplia y completa que los anarquistas propagamos. La anarquía, ideal de superación y perfeccionamiento constantes, concibe bastante más de lo que la simple vida animal presupone. La anarquía no sería lo que sus propagandistas manifiestan, si no fuese el estimulante pertinaz, la avidez continua por la consecución y el disfrute de todas las dichas que proporcionar pueden los encantos innumerables y excelsos de la naturaleza, las manifestaciones esplendorosas de las artes en todos sus variados aspectos y las demás que pueden recrear y satisfacer todas las ansias del espíritu avizorador y sanamente egoísta de los hombres.

Recordamos las palabras de un diputado socialista cuando declamaba ante sus electores: "El socialismo será la sociedad perfecta, humana y libre en la que todos los seres humanos tendrán pan, pero también flores".

Concretemos, pues, nuestro pensamiento. Rechacemos ya la idea de "proletario" aplicada al que actualmente produce cosas útiles y bellas obligado por la ley del bronce y sustituyámosla por las palabras y la idea de "productor" libre y artista.

Los seres de la sociedad comunista y anárquica serán, habrán de serlo forzosamente, y acéptese la calificación impositiva como cosa irremediablemente necesaria, serán, repetimos, seres útiles realizando el esfuerzo necesario individualmente cada uno según sus aficiones y sus fuerzas, al efecto de coadyuvar al desenvolvimiento, al desarrollo y a la consecución más completa de las satisfacciones de la vida humana.

Digamos, por tanto — pues de lo expuesto así se desprende — que la anarquía, ideal humano, es "proletaria" en el sentido que nosotros entendemos esta calificación.

Aristarquía o Aristocracia proletaria, proletariado humano o humanidad proletaria ; he aquí la definición que aplicamos a la idea por la cual pretendemos expresar nuestra opinión: La anarquía es proletaria, pues que la idea de los humanos no puede desglosarse de las necesidades humanas condensadas en el esfuerzo productivo útil y bello de los proletarios, de los hombres. Y además, ¿es que los hombres no han de ser productores a la vez que hombres? ¿O es que se concibe en anarquía un hombre que no trabaje, siendo apto para trabajar?

Cuando alguien diga que pretendemos proletarizar la anarquía, nuestra respuesta no se hará esperar. Lo que pretendemos es anarquizar al hombre, al proletario, que, como se vé, es lo contrario de lo que nuestros detractores presuponen en nosotros.

Pero todo esto no quiere decir que la anarquía no sea proletaria o, mejor dicho, que el proletario no haya de ser anarquista.

Precisamente nuestro anhelo es este, porque si no la sociedad en la que los productores no fueren anarquistas, no podría ser anarquista; cuando más sería una institución cuyas ideas comunes no serían muy diferentes de las que rigen las sociedades actuales.

En la actualidad mismamente muchos obreros anarquistas propulsamos la idea del movimiento obrero anárquico, por la sencilla razón de que consideramos que los trabajadores deben hallarse capacitados para regirse en sociedad, como tales y como hombres, tal como corresponde a seres emancipados y libres. Los proletarios instruídos y aleccionados por las ideas de libertad y de emancipación integrales, serán en el mañana los más fuertes y útiles sostenes de la sociedad anárquica. Por esto, los sindicalistas y los libertarios que repudian la anarquización del movimiento obrero, pretendiendo que los trabajadores organizados se mantengan en el puro terreno de la acción económica como diciéndoles: "comed, y lo demás vendrá por añadidura" — cometen un funesto error, a nuestro entender. Que el obrero piense como quiera — el hombre es libre de pensar y obrar como mejor le plazca — pero no cometamos el pecado de dejar hacer sin exponer las conveniencias que a los trabajadores ha de reportar la aceptación de nuestro ideario.

Se puede afirmar que en las clases medias e incluso entre las clases mejor acomodadas existen más individuos conocedores de la anarquía que entre la clase obrera.

Pero no nos engañemos y digamos, aunque parezca una herejía, que hay anarquistas y anarquistas. Los que se cobijan entre la clase media y la burguesía son en su mayor parte anarquistas "dilettanti", "sportsmen" del anarquismo. Como nuestras ideas son buenas y bellas — las más bellas y buenas de todas las conocidas — las aceptan de grado y hasta los hay que las propagan y las apoyan desde el periódico y la revista, desde luego sin dar el nombre por el perjuicio que podría reportarles la publicidad. Mas estos anarquistas no desean la anarquía por ahora, en tanto su logro haya de motivar una revolución que les arroje a ellos de sus actuales posiciones sin la garantía segura de mejorar de situación.

El proletariado sí que desea la revolución y aguarda, cada día más anhelante, el momento de lanzarse en la hoguera revolucionaria, el instante de dar el salto gigantesco, tenebroso, que le conduzca desde la nada al todo, desde las sombras a la luz, desde el mal hasta el bien. Y esto como sea, sin preocuparse del resultado de su gesto, de su esfuerzo que no le importa que sea ineficaz, porque tiene fe ciega en sus propios destinos, en su ideal y sobre todo mucho odio, más que los literatos del anarquismo, contra la sociedad que le esclaviza.

El proletariado es el pueblo; sólo en el proletariado anarquista — decía Pelloutier — puede tenerse confianza para la acción presente y futura de la emancipación humana.

Si ello es así — y nada nos demuestra lo contrario — ¿por qué no desear que la anarquía, el anarquismo, sean proletarios, sin que ello suponga que se proletarice?

Conviene no jugar con las palabras. La anarquía puede ser proletaria y debe serlo, seguros de que por ello no perderá ni una sola de sus esencias ideales, revolucionarias, humanas.

He aquí nuestra opinión, por si vale.

la mujer y escribieron en sus banderas la igualdad de todos los seres humanos.

Como dinamita obró el nuevo movimiento en los fundamentos del cesarismo romano. Comenzó la gran transformación de todos los valores. Los viejos dioses perdieron su influencia y ningún poder sacerdotal fué en lo sucesivo capaz de rehabilitar su desaparecida omnipotencia. La fe en la invariabilidad de lo existente nació del alma humana y esperanzas nunca abrigadas se abrieron camino desde las honduras.

¡Qué importó entonces la rabia ciega de los emperadores! ¡Qué importó que se arrojase a aquellos "cristianos", como se les llamaba despreciativamente, a las bestias del desierto y del bosque; que un loco furioso los emplease como antorchas vivientes para alumbrar a Roma! La sangre de los mártires hizo milagros, — irradió nuevo espíritu en el mundo y puso fuego desde las tumbas y desde la cruz a las chispas rebeldes en el corazón de los humildes y de los débiles. La cruz se convirtió en un símbolo y su visión impulsó más y más masas nuevas al movimiento que, por fin, derribó todos los diques e inundó el viejo mundo.

En las cavernas subterráneas y en las galerías de las catacumbas de Roma se reunió la nueva comuna, la nueva alianza de los proscriptos y de los desterrados. Un miembro se integró al otro, bajo sangre y lágrimas fué soldada una nueva comunidad, cuyos portadores fueron inflamados por puro entusiasmo sobrehumano. Desde allí emigraron millares de hombres y de mujeres a todos los países a difundir la nueva doctrina y a anunciar a los esclavizados de esta tierra que se aproximaba el tiempo de la redención.

¡Qué valieron las artes de tortura de brutales verdugos y la cólera furiosa de los Césares! Se había formado una fe que podía trasladar montañas y que se atrajo masas en que ardía en clara llama el obscuro deseo.

La orgullosa Roma, que fué un tiempo alimentada con la leche de una loba, había resistido hasta entonces todas las tempestades. La sangre de la loba que circulaba por sus venas la hacía invencible. Reinos y ciudades cayeron bajo los golpes salvajes de las garras imperiales, que penetraron sangrienta y desgarradoramente en el cuerpo de la humanidad.

Roma arrolló a los árabes, y Cartago no existió más; el reino de Cleopatra cesó de existir. Jerusalén cayó en ruinas. Las águilas de las legiones romanas atravesaron victoriosas países y mares y se reflejaron en las aguas de lejanas corrientes. Nada podía hacer frente a ese poder.

Entonces se formó del seno de los pueblos un movimiento que no tenía a su disposición ninguna legión, que no tenía ningún poder en el Estado, que no tenía nada más que aquella fe indomable en la victoria y en la justicia de su causa. Y aquella fe capacitó a sus miembros para desterrar todo temor de su corazón y resistir a los más terribles. Ningún poder en la tierra había logrado contener la invasión funesta de sus masas habituadas al triunfo. Pero en su abnegación se rompieron las armas de la violencia, se quebrantó la voluntad despótica de los Césares.

Y el brillo de Roma palideció, la podredumbre que roía las raíces de su grandeza se manifestó cada vez más claramente. La propaganda de los rebeldes le arrancó de la cara la máscara mayestática y la mostró en su senil decadencia. Había surgido un poder más fuerte que el poder de la espada y la arbitrariedad de los tiranos, un poder que arraigaba en el espíritu y que obró con hechos del espíritu. Contra ese poder tuvo que estrellarse el viejo mundo, como un barco sin timón contra los escollos puntiagudos.

Fué entonces cuando comenzó el martilleo de los pájaros carpinteros en el propio movimiento, y lo que no pudieron conseguir las más espantosas persecuciones lo hicieron posible los métodos de los "prácticos" y de los solapados.

Los pusilánimes y los amilanados, los acompañantes que se suman a todo gran movimiento de las masas, comenzaron a reagruparse bajo el estandarte de los pájaros carpinteros. Se habló de acción práctica y se previno contra iniciativas irreflexivas. "¡Siempre con calma, honorabilísimos!", dijeron los pájaros carpinteros. "Las cosas buenas requieren tiempo". Y comenzaron a calcular y a hacer juegos malabares con los "hechos concretos" que embriagaron la cabeza de los oyentes. Algunos hombres se volvieron más sobrios y otros comenzaron ya a avergonzarse de su embriaguez. Las fuertes raíces de entusiasmo empezaron poco a poco a secarse, el ardoroso ímpetu que ardía hacia el cielo poderosamente desde profundidades desconocidas, se apagó [illegible] mente para hacer plaza a consideraciones prácticas. Pero cuanto más se desarraigó la gran fe de las [illegible] tanto más atrevidamente criticaron los pájaros carpinteros a aquellos soñadores imprácticos que querían levantar sobre las ruinas del viejo mundo un [illegible] libertad y de igualdad.

AÑO V — BUENOS AIRES, 30 DE AGOSTO DE 1926 — N.º 238

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS. — FRANQUEO PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

SOPLO DE PRIMAVERA

Nos parece advertir como un soplo de primavera a través del movimiento anarquista del país; hay deseos de lucha, ansias de propaganda ,pasión de proselitismo. Los incapaces de percibir ese soplo renovador, los empeñados en ver las cosas y los hombres a través del velo espeso de un pesimismo crónico, los que se cansaron de la brega y quisieran que también nosotros nos deblegásemos a los supuestos imperativos de la decepción, todos los que viven en el eterno invierno de la irresolución, de la frialdad cordial, incapaces de entusiasmarse y de sentir las alegrías del esfuerzo que crea y que rejuvenece, recibirán, sin duda alguna, el desmentido que merecen. El movimiento anarquista ha descansado bastante en el último lustro de natural cansancio y desaliento. Sería ya más que peligroso seguir casi al margen de la vida, mudos o sin aliento para levantar la voz y llevar nuestras convicciones a los que tienen hambre de pan y de justicia.

El momento histórico que atravesamos no podía ser más oportuno para nuestra afirmación decidida como único movimiento revolucionario que no ha sido condenado por los acontecimientos que llevaron a la bancarrota tantas ideas, doctrinas y movimientos.

Creemos, como una contribución indirecta a la revelación de la exactitud de nuestras aspiraciones, males sociales surgidos del morbo de la autoridad y de la incapacidad del capitalismo para la solución de sus contradicciones innatas. Por otra parte, nace en el corazón de los anarquistas la convicción profunda que con un esfuerzo racional y tenaz de nuestros camaradas y simpatizantes, conseguiríamos descubrir a la humanidad horizontes mejores.

Las dictaduras, en nombre del rey, del proletariado, del ejército, del vulgar bandidaje, de las finanzas, etc., etc., tienen una base y una explicación común: son el último extremo de las formas políticas de dominación y no son toleradas por los pueblos más que mientras existe en ellos la noción de su impotencia para crear con su esfuerzo y sus gestos de rebelión otro estado de cosas.

Nos parece que el principio de autoridad ha perdido su batalla capital con el establecimiento de las dictaduras. Se ha llevado al desprestigio por sus excesos y sus frustradas pretensiones. Las dictaduras no suprimen ninguno de los males de la política liberal o democrática, no crean nada; su misión consiste en oponer diques a la vida, en trabar el desenvolvimiento del individuo y de la sociedad. Pero el torrente de la vida romperá sus diques, porque su deformación en espacios o cauces restringidos no es, ni lo será, más que transitoria. Lo que sucedió hasta aquí fué que los pueblos han roto los diques opuestos a su desarrollo, reconociendo ya de antemano otros diques nuevos, con lo cual no les ha sido dada todavía la posibilidad de respirar el aire de la libertad. Ahora, después del fascismo y la revolución rusa, creemos que el círculo de la autoridad ha recorrido todas sus fases. Más allá de la dictadura como sistema no hay más que dictadura. Hemos llegado a un callejón sin salida desde el punto de vista de la autoridad, pero podría ser el extremo de un mundo si se lograsen suscitar fuerzas suficientes para dar un impulso nuevo a la historia. La autoridad, para salir de este callejón, no tiene más remedio que dar máquina atrás y volver al liberalismo, a la democracia, a la dictadura enmascarada. Y grandes fuerzas sociales se preparan a fomentar el regreso hacia formas menos infamantes de esclavitud.

¿Cuál es nuestra misión en esta hora? ¿Ayudar a los liberales o a los demócratas a volver el aparato político de dominación hacia las mentiras del parlamentarismo, hacia la superstición de la democracia? Creemos que no es esto lo que debe apremiarnos. Al contrario, los anarquistas, conscientes de la oportunidad única que vivimos, tendríamos que poner en acción nuestras fuerzas, nuestros entusiasmos, nuestra voluntad para que la sociedad pasara de la dictadura a la anarquía, en lugar de volver al viejo calvario de los regímenes supuestamente liberales.

Así como frente a las dictaduras imperantes nuestra solución es: libertad y justicia, frente al capitalismo, que se debate en una crisis sin perspectivas de arreglo, nuestra solución es: la organización de la vida económica de abajo a arriba, por los trabajadores mismos, de acuerdo a sus necesidades.

Vemos la desocupación creciente en proporciones nunca vistas; la existencia de los proletarios industriales, sobre todo en los países de gran industria, se ha vuelto más insegura que nunca, más trágica de lo que jamás lo ha sido, pues en las crisis precedentes hubo vislumbres de solución, una esperanza de mejores días, que no moría en el corazón de los trabajadores; en cambio hoy tenemos este paradójico consuelo: si hoy estamos mal, si el hambre comienza a rondar hoy nuestros hogares, en los próximos años la situación será mucho peor. Sólo a costa de artificios engañosos podrá producirse en algunos países una apariencia de mejoramiento efímero. Pero habrá que ser torpes de entendimiento para no comprender que en el grado actual del desarrollo capitalista, la desproporción entre los progresos de la técnica y la capacidad de consumo de los mercados mundiales es insalvable. Entre todas las doctrinas, los partidos y las fuerzas sociales que se preocupan de aplicar cataplasmas o de buscar soluciones a la crisis económica mundial que atravesamos, únicamente el anarquismo renuncia al uso del aparato capitalista de producción y sostiene que, lo mismo que nuestra aspiración no es la conquista, sino la destrucción del poder político, nuestra tesis relativa a la vida económica contemporánea es la siguiente: no por la conquista, sino por la destrucción del aparato económico del capitalismo lograremos abrir el camino a una vida de productores libres.

Añádase a todo eso el peligro inminente de guerras internacionales, mundiales, el desprestigio y la bancarrota del socialismo autoritario, los fracasos y el desenmascaramiento del reformismo en el movimiento obrero; añádase todo lo que la realidad presente nos ofrece como argumento o como posibilidad en favor de nuestros postulados y concluiremos que nunca hemos tenido ante nuestros ojos una oportunidad mejor para la lucha por la libertad y la justicia.

El soplo de primavera que creemos advertir en nuestro campo, es precursor de grandes cosas. Hay que abrir de par en par el corazón a los impulsos combativos y templar la voluntad para la dura brega. El porvenir es nuestro, pero es preciso madurar sus frutos con la eficiencia del esfuerzo y el calor del entusiasmo.



...cuanto más se revuelve...

Sumario de este número

LA PROTESTA, *Suplemento semanal.* Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.
Suscripción anual, $ 5.—
Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

LUIS FABBRI

En los campos siderales de la utopía

Un modo de protestar contra las miserias y los horrores de la vida real puede también ser el ensueño. Refugiarse en el ensueño cuando la maldad y la mentira, el odio y el crimen nos pisan los talones, puede ser que responda a un imperativo del espíritu, que necesita crearse por sí mismo un palacio encantado para el reposo.

Este sentimiento de protesta se manifiesta en una de las más recientes novelas del inglés H. G. Wells, donde la utopía anárquica es presentada en las formas artísticas más atrayentes. H. Wells, que fué de los que más soñaron con los ojos abiertos durante la guerra, esperando quién sabe qué milagros de la guerra "democrática", nos ofrece ahora otro sueño, un verdadero sueño, deliberadamente tal, más bello y que no engaña a nadie ni puede provocar desilusiones con esta novela fantástica sobre los mundos inexplorados de las utopías.

La humanidad nunca se sacia de utopías; ni los más grandes genios desdeñaron ser sus intérpretes, desde Platón a Moro, desde Campanella a Bellamy, a William Morris. También H. G. Wells ha querido quemar su granito de incienso ante esta diosa, de mirada enigmática y seductora, como la Ignota de Leonardo, que a veces se llama Esperanza, Ilusión, Fe, y es vivo testimonio de la inagotable sed de bien que es el resorte poderoso de la civilización.

La reciente novela de Wells — *Hombres como dioses* — pertenece, pues, al género de las "utopías". En ella el señor Barnstaple, un periodista liberal inglés, con evidentes tendencias socialistas y libertarias, en el cual posiblemente el autor quiere describirse a sí mismo, se encuentra de repente, por un fenómeno físico desconocido a la ciencia terrestre, lanzado fuera de la Tierra, en otro astro donde viven los "Hombres Dioses", es decir, hombres que han vencido del todo, en sí, su animalidad ancestral y han resuelto el gran problema de la reconciliación universal para proseguir, solidarios, la lucha gigantesca contra la naturaleza, para subyugarla y sacar de ella siempre mayores medios y motivos de alegría y de bien.

Barnstaple no está sólo en su extravagante aventura. Otros dos automóviles con sus pasajeros, que habían precedido al suyo en el camino desierto en que había acontecido el extraño fenómeno, llegan al país maravilloso que los terrestres convienen en llamar "utopía". El fenómeno había sido determinado por un experimento, aun imperfecto, de intercomunicación entre los astros, intentado por dos hombres de ciencia de aquel nuevo mundo, quienes habían quedado muertos en el instante de su primer éxito.

Pero el lado fantástico de la novela, que se refiere a la ciencia con las previsiones de los más audaces progresos en todos los campos — los hombres se entienden entre sí sin necesidad de saber la misma lengua, las comunicaciones se realizan todas por vía aérea, todas las enfermedades han sido vencidas y los hombres se conservan sanos y bellos hasta la muerte natural, etc., etc. — este lado, repito, es el menos interesante del libro aunque quizás sea el más entretenido. A mí me parece más bien un defecto (común por lo demás, a todas las novelas utopistas), en cuanto subordina el progreso espiritual y moral de los hombres a progresos científicos y materiales que parecería locura esperar.

Si hay algo que causa aguda amargura a quien medita con un poco de intelecto amoroso sobre las cosas humanas, es este enorme desequilibrio entre los progresos materiales de la humanidad y sus progresos morales. También nosotros, que todavía no somos viejos, hemos creído, durante un tiempo, imposibles, o casi, ciertos progresos de la ciencia. El automóvil, el submarino y el aeroplano, el telégrafo sin hilos, el radiófono, etc., son conquistas extraordinarias del genio humano. Y es el caso de preguntarnos: ¿cómo tanto ingenio no logra aún encontrar el modo de que los hombres, tan sabios en otras cosas, sepan amarse algo más entre ellos, sepan organizar su vida individual y colectiva sobre una base de mayor bondad y concordia, con menos dolor y derrame de sangre? Ciertamente, un progreso moral, desde los tiempos de los antropófagos hasta hoy, es innegable; pero es también innegable que ese progreso del espíritu, comparado con el progreso científico, está en la misma relación que hay entre la marcha de una tortuga y la de un caballo veloz!

Pero si en la novela de Wells la hipótesis de indescriptibles progresos científicos es el substrato material de todos los otros de carácter espiritual, éstos están sin embargo, en el primer puesto como preocupación del protagonista, vale decir, del autor. Barnstaple contempla y estudia el nuevo mundo en que se halla, con el espíritu de observación del periodista, y a la vez con el entusiasmo de quien con toda el alma aspira a una superior elevación de la vida humana. El, al revés de sus otros involuntarios compañeros de viaje, se siente súbitamente atraído por la más viva simpatía hacia los utópicos, se siente ya ciudadano de esta verdadera ciudad del Sol, hasta olvidarse de la Tierra y no querer volver más a ella.

Naturalmente, en utopía todas las dificultades económicas han sido superadas, el problema de la superpoblación resuelto. Así, libres del cuidado inherente a la satisfacción de las más elementales necesidades fisiológicas, los hombres sanos, fuertes y bellos dedican toda su actividad a los problemas espirituales, intelectuales y científicos, y éstos los apasionan y envuelven en la potencia de su actividad, como los habitantes de la Tierra son conturbados e impulsados por los problemas políticos y sociales más ardientes.

Los utópicos ya han resuelto desde hace siglos el problema de la propiedad, por medio de una organización que la pone a disposición de todos, de modo que ninguno puede servirse de ella para subyugar a sus semejantes, traficar o especular.

"Descubrimos — narra uno de ellos a los terrestres estupefactos — por fin, que la propiedad privada, en todo, menos en las cosas de uso muy personal, constituía un tormento intolerable para la humanidad. Nos hemos librado de ella". "Y todos trabajan en completa armonía y con la debida proporción"... los socialistas gremiales propusieron algo parecido hace mucho tiempo — comentan los habitantes de la Tierra.

Y en cuanto al gobierno del hombre por el hombre, ha sido reducido a la más simple expresión del autogobierno. La autoridad se ha fraccionado hasta pulverizarse y difundirse en toda la comunidad. Todas las iniciativas son coordinadas en vista de la libertad general, confiadas a los más competentes; y la más importante es la de la educación de las generaciones nuevas, a medida que vienen a la vida.

"Sin legislatura central y sin poder ejecutivo... en Utopía no existía ningún gobierno central, ninguna concentración de autoridad... Utopía no tiene ningún parlamento, ni se dedica a las actividades políticas, ni existen la riqueza privada, la competencia comercial, la policía, las prisiones, ni hay dementes, defectuosos y lisiados. Y no hay ninguna de estas cosas porque tiene escuelas y maestros que son todo lo perfectos que pueden ser las escuelas y los maestros. Las actividades políticas, el comercio y la competencia, son métodos que se siguieron en las sociedades primitivas. Dichos métodos fueron suprimidos en Utopía. Los utópicos adultos no necesitan reglamentaciones ni gobiernos, porque aprenden en este sentido todo lo que necesitan durante su infancia y su juventud. Nuestra educación es nuestro gobierno".

Pero si Barnstaple está dispuesto a adaptarse a la nueva vida, tanto más que en ella ve la realización de muchos sueños acariciados en la Tierra, no piensan así las otras dos comitivas que han tenido con él la suerte de ser "aspirados" fuera del mundo terrestre. Entre ellos hay un secretario de Estado para la guerra del gobierno inglés, más un lord jefe del partido conservador y filósofo eminente, un dignatario de la iglesia, un riquísimo especulador, dos señoras, un francés periodista, un americano, dos chauffeurs, etc. Bien pronto todos ellos constituyen en Utopía un elemento de desorden, luego que, satisfecha la primera curiosidad, toman la actitud de enemigos, y, en la intención, de conquistadores del nuevo mundo.

Así a diferencia de todas las otras novelas utopistas, en ésta hay un elemento dramático de acción y no solamente de observación.

Los terrestres odian a ese mundo que contradice todas sus prevenciones, todos sus prejuicios. La mente del cura no concibe la pureza de la vida sexual de los utópicos, e imagina de ellas una corrupción que no existe. El hecho de que los habitantes de Utopía andan todos desnudos, que han encontrado el modo de regular, con la limitación de los nacimientos, la población, y que las relaciones sexuales están basadas en la más amplia libertad, lo saca de sus casillas.

Esta torpe mentalidad de los terrestres ofende a los utópicos y les inspira desprecio. Algunas burlas o gestos estúpidos y libidinosos que los pisaverdes terrestres se permiten apenas esbozar, son inmediatamente reprimidos por aquellas mujeres, espirituales, sí, pero robustísimas, con bofetadas que les quitan el deseo de repetirlos. Todo esto desconcierta e irrita a los terrestres, mientras los utópicos los estudian como individuos de razas inferiores, pero manteniéndolos a ciertas distancias, como haríamos nosotros con los pobres salvajes de Australia.

Hay discusiones, también. El filósofo conservador expone, en algunas conferencias a los utópicos, las bellezas de la vida terrestre; exalta la guerra, la lucha de clases, la concurrencia, el triunfo de los más fuertes, la riqueza; pero los utópicos lo escuchan como nosotros escucharíamos a un caníbal hacer la apología de la antropofagía. Y se cansan y, además, son constreñidos a tomar precauciones, porque los terrestres les han llevado los gérmenes de enfermedades que en Utopía habían sido vencidos hacía siglos y eliminados definitivamente.

Los terrestres se sienten casi ofendidos, e instigados por el hombre de Estado inglés, conspiran para instaurar el poder europeo en Utopía. Al principio hay un poco de discordia, porque el noble lord quisiera imponer en los nuevos dominios la bandera inglesa; pero el francés y el americano se sublevan en nombre de su patria y protestan un derecho igual sobre la nueva colonia. Se llega a un acuerdo. Se subyugará a Utopía en nombre de... de las Sociedad de las Naciones aliadas! El complot tiene un principio de ejecución. Algunos utópicos caen bajo los tiros de revólver de los terrestres; pero éstos son pronto puestos fuera de combate por los medios extraordinarios de defensa de que disponen los otros, y a la derrota contribuye el señor Barnstaple, que traiciona la causa de la Tierra en favor de Utopía. De aquí un consejo de guerra, la condena a muerte del traidor, la fuga y su paso al enemigo...

Pero los utópicos tienen necesidad de repetir su experimento de comunicación interestelar y persuaden a Barostaple, entonces amigo suyo, a que se preste a ello y retorne a la Tierra. Luego serán expedidos los otros. Se le conduce con su automóvil al mismo camino en que se había encontrado al llegar de la Tierra. Son puestas en juego fuerzas que desconoce, se oye el mismo ruido que había sentido la primera vez, como de cuerdas de un violín que se rompen y... nuevamente el automóvil del periodista liberal inglés es lanzado sobre una fea carretera inglesa, llena de polvo y de niebla.

El ensueño ha concluído, la ilusión se ha desvanecido, y Barastaple siente ahora todo el horror de la vida terrestre, después que ha bebido en la copa embriagadora, después que ha vivido días de encanto en el mundo de la solidaridad fraterna y de la libertad humana. Querida Utopía, lejano país estelar de pureza y de honestidad, de saber y de belleza, ¡cuánto tiempo deberá pasar antes que los hombres todos lleguen finalmente a ti después de haberse despojado de sus sórdidos hábitos de servidumbre y de prepotencia, de todas sus fealdades materiales y morales, de todos los males del cuerpo y del espíritu!...

¡Es un sueño, ciertamente! muy completo y perfecto, si lo tomamos a la letra, nosotros, hombres imperfectísimos. Pero es un sueño que brilla a los lejos, como un faro; nuestros ojos lo ven; es una realidad viva en nuestro espíritu; es una meta, tal como nos la describieron los poetas, quizás inalcanzable, pero a la cual es posible acercarse cada día más con sólo que los hombres lo quieran.

Es un sueño en su conjunto, pero un sueño que se puede realizar cada día más en sus partes, aun infinitesimales. Y cada milímetro, cada pequeño paso con que el esfuerzo humano de nuestra voluntad nos acerca a esa meta lejanísima, es una conquista gloriosa de toda la humanidad, por la cual se pueden sufrir todos los dolores y dar sin lamentos la vida.

Marchando con sentido de deber, con constancia de sacrificios hacia esa meta, hacia ese faro lejano, llegaremos, sin duda, a nuestra Anarquía, que hoy tratamos de precisar en sus líneas más importantes; pero tampoco ella, quizá, nos satisfacerá, entonces, y querremos continuar el camino, siempre más adelante, siempre más arriba. Habremos desembarazado el camino, lo habremos abierto a todos los progresos ulteriores, y la anarquía será la mejor condición para que estos progresos se produzcan lo más libremente posible. Y será preciso progresar aún, progresar siempre, hacia la Utopía radiosa e inalcanzable de lo absoluto. ¡Excelsior!

***

La anarquía, desterrada de un cementerio

De nuestro colega, el periódico anarquista de Estados Unidos, *The Road to Freedom*, traducimos esta carta, que comenta un suceso bastante singular y muy significativo, para dar una idea del terror — infundado por ahora — que inspira el anarquismo en ese país:

"Parece que el cien por ciento de los norteamericanos, no solamente tienen miedo a los anarquistas vivientes, sino también a los que han muerto. En efecto, el solo nombre "anarquismo" los aterroriza.

El domingo 27, algunos amigos y camaradas se reunieron sobre la tumba de nuestra camarada Manya Spivak, donde se pensaba colocar una lápida funeraria en su memoria. En la piedra se hallaría la inscripción siguiente: *"A la noble y valerosa mujer, que fué una ardiente defensora de la anarquía. A sus camaradas les inspiró entusiasmos y en sus corazones deja un tierno recuerdo"*.

"Ordenada la confección y colocada la lápida, con asombro mío, encontré que la palabra "anarquía" había sido borrada —más bien, rellenada con yeso— y ahora en la inscripción se lee: *"una ardiente defensora"*... (Pero ¿de qué?). Luego seguía: *"A sus camaradas"*, etc.

"Después de haber inquirido sobre el enojoso asunto, se me informó que un tal Mr. Cole, presidente de la administración del cementerio y miembro de la "Better American Federation", no quiso permitir que "existiera una palabra semejante, que trata de derribar al gobierno en el cementerio". De modo que oficialmente el anarquismo ha sido desterrado de la *mansión de la paz*.

"Dejemos que esa palabra borrada quede como un documento histórico para las futuras generaciones. Ese hecho sólo ya ha de sugerir, quizás, más a las futuras generaciones, que algunos libros de historia. Nuestros amos ven en esas palabras su destino escrito en el muro de la historia, y se asustan; no desean verlas. Pero nosotros todos recordaremos a Manya y continuaremos siendo los defensores del anarquismo, empleando para ello el mismo entusiasmo, su misma devoción.

J. S.

Los Angeles, junio 28, 1926."

E. LOPEZ ARANGO

NACIONALISMO Y CAPITALISMO

Independencia política y esclavitud económica

Todos los movimientos políticos de independencia nacional son en su origen manifestaciones del descontento popular. Los pueblos sufren la explotación directa del capitalismo, vénse obligados a luchar contra los amos de la tierra, de las industrias, de todas las fuentes de producción y progreso; pero no siempre llegan a descubrir las raíces históricas del mal. Si los explotadores son extranjeros, y a la vez que el poder económico detentan el político, se subvierte el principio clasista por la prevalencia de preocupaciones raciales, idiomáticas o simplemente nacionalistas, fenómeno éste que produce una absurda alianza entre el proletariado y la burguesía para luchar contra el supuesto enemigo común. Los movimientos nacionales de independencia, aun cuando en períodos de lucha dirigen sus esfuerzos a la atracción de las masas descontentas — y al estimular su espíritu xenófobo señalan como enemigo al explotador extranjero, se despreocupan por completo del problema social. Son movimientos políticos, de la burguesía y de la clase media, que tienden a asegurar el dominio de una casta gobernante autóctona, pero que sin plantear conflictos serios al capitalismo expoliador. Por otra parte, en el nacionalismo entran también en juego [illegible] ajenos a la emancipación política de la burguesía nacional: influencias extrañas que mueven a los principales actores de vulgares e indignas farsas políticas.

No desconocemos las causas históricas que determinaron el desmembramiento del imperio colonial español. Esas mismas causas obran como factores determinantes en la composición y descomposición de todos los imperios, aun de los que afianzan el dominio de la metrópoli [illegible], militarista y política con préstamos forzosos y con tutelas que pretenden ser paternales. Mas no podemos ignorar tampoco que con la bandera del nacionalismo las burguesías locales de las colonias "en mayoría de edad" buscan su emancipación política, no como resultado natural de las aspiraciones de la Nación, sino simplemente como consecuencia obligada de su desenvolvimiento como clase privilegiada e [illegible]... La "intelligenzia" actúa sobre la base del nacionalismo para destacar su poder de casta, sin que por ello logre libertarse de la tutela del capitalismo y de las preocupaciones burguesas dominantes.

La independencia de América fué el [illegible] de la "intelligenzia" francesa y de las corrientes democráticas que llegaron de Europa por la vía transatlántica. No fué el fruto de un movimiento de [illegible] de los parias sometidos, más [illegible] del poder político de las metrópolis [illegible] y conquistadoras, al poder [illegible] de los amos, extranjeros y [illegible]. De ahí que la emancipación política de las colonias americanas haya sido conseguida a expensas de los nativos y en beneficio de la burguesía criolla y de los capitalistas que llevaron a cabo la segunda conquista: la industrial y comercial.

Se explica que la independencia política de los Estados desprendidos del imperio colonial español y del resto de las potencias europeas en América, no haya producido un proceso social paralelo en las condiciones morales y económicas de los nativos. La esclavitud del indígena, sancionada por la conquista [illegible] a motivos políticos y a razones de soberanía, no por eso deja de ser un hecho indiscutible que se hizo [illegible] con el desarrollo de la burguesía y con el cosmopolitismo capitalista. Los descendientes de los conquistadores — los criollos mestizos o de [illegible] —, formaron la burguesía y la "intelligenzia" americanas. Extraños a la vida y a los dolores e infortunios de los indios, su nacionalismo es ultramarino que autóctono: una especie de malentendido familiar con sus metrópolis, que terminó con el reconocimiento de la mayoría de edad en los hijos cansados de la tutela paterna.

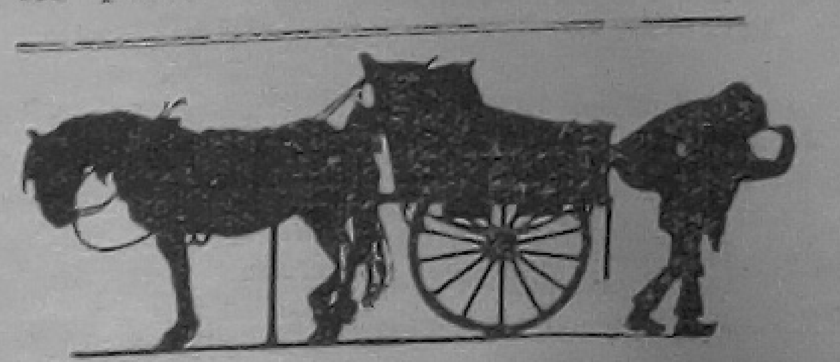
Ese hecho tiene una trayectoria de más de un siglo, pero ofrece hoy las mismas características. El patriotismo criollo, de la ciudad industrial y cosmopolita, invade la campaña en los períodos electorales. Se infunde en los nativos, con el alcohol que los envenena y aniquila, ideas extrañas a sus costumbres y a sus hábitos sencillos. Sin embargo, esa noción política de la nacionalidad no juega ningún papel en la vida esclava y miserable de las poblaciones indígenas, porque el enemigo natural de los campesinos pobres es el político criollo, el funcionario del Estado, el genadrme que representa a la patria para defender los intereses de gentes extrañas adueñadas de las tierras de sus abuelos, del producto de su trabajo y del pan de sus hijos.

Resulta ridícula la propensión xenófoba de los criollos de América. Nace en la ciudad, como producto del nacionalismo y como preocupación dominante en la "intelligenzia", ese artificioso movimiento contra lo extranjero. Son los hijos de extranjeros, de inmigrantes enriquecidos en el comercio, con apellidos exóticos casi siempre, los que fomentan el patriotismo de bullanga. Y son esos mismos patriotas, que ignoran hasta qué extremo aceptan la servidumbre del capital y hasta qué límite la Nación está encadenada a intereses bastardos, los que señalan como enemigos a los trabajadores que luchan contra las fuerzas opresoras que ahogan todo esfuerzo liberador en las masas oprimidas.

Los feudos industriales y agrícolas, el monopolio del comercio interior y exterior, la banca y las finanzas, están en las repúblicas latino-americanas en poder de compañías extranjeras. Ese fenómeno explica la sujeción de los gobiernos criollos a las metrópolis financieras dominantes en todo el mundo: a las reyecías del franco, de la libra esterlina y del dólar. Pero la burguesía criolla es patriota y nacionalista. La casta de la "intelligenzia" difunde en el pueblo el orgullo nacional, recuerda constantemente a los héroes de la independencia americana, exhibe como un motivo literario viejos arquetipos de una raza vencida y humillada.

De ese nacionalismo grotesco surge la contradicción más flagrante. La pequeña burguesía y la clase media, los intelectuales y los políticos, ocupan puestos privilegiados en las grandes empresas extranjeras, ofician de agentes del capitalismo en su calidad de funcionarios del Estado y son de hecho los ejecutores de la política opresiva de los consorcios financieros adueñados de todas las fuentes de riqueza del país. Y los mismos gobiernos, fautores de la invasión capitalista en América, ¿cómo contemplan los problemas nacionales? Acorralando a los indios en los últimos reductos que conserva aún su raza del despojo organizado por los patriotas de la ciudad, para que los "pioners" de la libra esterlina y del dólar no encuentren obstáculos en su avance.

El nacionalismo y el capitalismo se confunden. Las patrias chicas viven en estrecha dependencia con las grandes naciones conquistadoras y colonizadoras; y esa conquista pacífica, que realizan en América las grandes compañías explotadoras, cuenta con el apoyo de la burguesía y de la "intelligenzia", que encuentra útil para su dominación política el yugo impuesto a los trabajadores por un poder económico extraño a las preocupaciones nacionalistas y a la xenofobia de los patriotas por tradición...



VOLIN

LA FUERZA DEL ANARQUISMO

En nuestras filas, se habla mucho actualmente de las debilidades y de los defectos del movimiento libertario. Esto es bueno, es saludable, hasta necesario, de tiempo en tiempo, para todo movimiento que no quiera petrificarse, que desee evitar un amarre perpetua a un dogma inmutable, ciego, estéril.

Pero, como ocurre con frecuencia en todas las cosas, se concluye — o se comienza — por exagerar. Se habla con profusión de una "crisis del anarquismo", ni más ni menos. Son numerosos los camaradas que llevan la 'revisión" hasta la negación de ciertos principios fundamentales de nuestra concepción. Ademas casi ninguno se atreve nunca con los "lados fuertes" del anarquismo. Y esos "lados" existen, sin embargo. Es un error no ocuparse de ellos con mayor extensión, porque su análisis detallado sería por cierto de un considerable interés y de una utilidad por lo menos igual a la del exámen de nuestras debilidades.

Los defectos, o mejor dicho las insuficiencias del anarquismo son, en el fondo, de una naturaleza igual a las de todas las otras teorías sociales. Las ciencias humanitarias se hallan todavía en su estadío primitivo y, por tanto, todas las concepciones sociales se encuentran huérfanas de una base científica, neta, sólida, indiscutible.

El marxismo — menchevista (reformista) o bolchevista (revolucionario) — pretende poseer esa base, se enorgullece de estar construído sobre cimientos científicos precisos. Esto es un error fatal. Es una debilidad, una gran debilidad, una debilidad capital, porque una falsa ciencia es peor que la falta de ciencia; porque nunca una falsa ciencia puede conducir hacia la verdad, indicar el verdadero camino, llegar a un resultado apreciable. Esta falsa ciencia se impone, es cierto, por su aire seguro, resuelto, conquistador. Pero allí reside precisamente, su punto débil su peligro mortal, puesto que, tarde o temprano llega el día en que el error, la ilusión nefasta aparecen con prístina claridad a todo el mundo, y entonces, todo el edificio se desmorona y se reduce a polvo. Tal es la suerte que, fatalmente, le está destinada al marxismo. Su "victoria" no tiene futuro. Además, es una debilidad porque la falsa ciencia obstaculiza para siempre la marcha hacia la verdadera ciencia. Un ignorante que cree saber, no sabrá jamás. Es por esta razón que el marxismo, ciencia falsa, se convierte bajo nuestros ojos en un dogma muerto; incapaz de llegar a poseer la virtud de una verdad fecunda.

El anarquismo no se reclama de esas falsas pretensiones. No substituye con con una pseudo-ciencia una falta de ciencia. *Es una fuerza*. Es una fuerza porque, horror de orgullo científicos, todos los caminos que conducen a la verdad le están abiertos. El anarquismo busca la Verdad, *ergo* está en situación de encontrarla, de crearla. Es una concepción viva, fecunda, creadora. Es *él* quien tiene todas las probabilidades de hacer surgir, un día, la gran luz en las tinieblas de nuestra época. Porque en lugar de correr a través del mundo enarbolando una antorcha humeante que no alumbra es el sol levante llamado a iluminar el mundo naciente que busca. ¡Y lo encontrará!

Pero, no reside allí su única fuerza. Posee otra que crecerá rápidamente, *que se hace sentir cada día más*. Esa fuerza es la prueba palpitante, no por la teoría sino por la *experiencia*, por la práctica social de nuestro tiempo.

El sentimiento más profundo, el sentimiento *histórico* de nuestra época, es la demostración de la impotencia, del absurdo de todo poder, de toda autoridad, de todo Estado, con respecto a la emancipación, al renacimiento, a la resurreción de la humanidad en peligro. La vida misma trabaja hoy para el anarquismo, aumentando la magnitud del trabajo todos los días. Ella demuestra la nulidad de toda otra solución. *La vida misma es la fuerza del anarquismo.*

Arrojad la mirada en torno vuestro. Contemplad ahí a la democracia, esa solución bastarda, proporcionada por los grandes alquimistas sociales del siglo XIX, que se derrumba hoy con un estrépito tal que llena el mundo. No satisface a nadie ya. Ha sido desenmascarada. Está "quemada". Si se debate todavía en medio de los restos de su propia obra, es porque está presa de las últimas convulsiones que preceden a la muerte.

¿Qué hacen ante ese trágico paisaje las pobres masas humanas? Se dirigen hacia los dos polos opuestos, los únicos que parecen proporcionar una tabla de salvación: el fascismo y el bolchevismo. No quedan más que esos dos puntos. Los amos, los que poseen, los explotadores se vuelven cada vez con mayor entusiasmo hacia el primero; los siervos, los oprimidos, los explotados, hacia el segundo. No hay otro poder humano que pretenda hallar otra salida.

Asistimos, hoy a las dos experiencias por medio de las cuales se trata de salir del caos actual. Pero — *plus ca change, plus c'est la méme chose* . Bien pronto, hasta los más ciegos comprenderán que fascismo y bolchevismo se equivalen, se asemejan como dos gotas de agua, se confunden... Entonces, la conclusión vendrá por sí misma: *Todos* los poderes, *todos* los gobiernos, *todas* las formas de la autoridad, *todos* los Estados se equivalen. Todos son la misma cosa: la iniquidad, la injusticia, la explotación, la miseria, la degeneración, el peligro. ¿Qué solución, la única posible, se presentará entonces al espíritu de las masas humanas? La Anarquía: la organización de la vida sin poder, sin autoridad, sin gobierno.

Esta prueba *práctica* será proporcionada prontamente por nuestra época. Este es su verdadero sentido. Y allí reside la fuerza potencial del anarquismo. Es nuestro "encaje de oro" que yace todavía hoy en las profundidades subterráneas, pero que es deber nuestro encontrar hoy, comprobar mañana, traer hacia la superficie, explotar en provecho de todos, a fin de libertar, restablecer, resucitar a la humanidad esclava y moribunda.

Nuestras fuerzas, nuestras posibilidades son enormes. Es necesario tener profunda conciencia de ello y saber extraerles todo el beneficio que encierran. Se trata de colocarse a la altura de esa tarea y de esas prodigiosas posibilidades.

¿Lo estamos nosotros? Digámoslo con toda sinceridad: No, actualmente no lo estamos. Esta es nuestra debilidad fundamental. No lo estamos *porque no tenemos aún la conciencia profunda de nuestras fuerzas*. Perdemos fácilmente el valor y la seguridad ante el éxito momentáneo de los falsos libertadores, que están ahí, históricamente, nada más que para hacer saltar a la vista de todos la falsedad de su obra. Y hablamos de una "crisis"... Y estamos prontos a desesperar de nuestra causa... Y, con frecuencia, abandonamos las filas, nos apartamos, nos sentimos disgustados descorazonados, deprimidos...

No, no tenemos aún conciencia de nuestras fuerzas. No estamos hoy a la altura necesaria. ¡Tratemos de estarlo mañana!

JOHANN MOST:—

Así se titula la obra de Rudolf Rocker, comentada y discutida por los más conocidos teóricos del socialismo en Europa. LA PROTESTA comenzará a publicarla en folletín a partir del 1º de setiembre, en ocasión de su nuevo formato.

Camaradas: Leed el diario LA PROTESTA.

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.50 — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

ERRICO MALATESTA

Mi primer encuentro con Bakunin

Era el fin del verano de 1872, en Nápoles.

La Federación Napolitana de la Internacional de los Trabajadores nos había delegado a Cafiero y a mí para representarla en el Congreso que se debía celebrar en Suiza (y que se celebró, en efecto, en Saint Imier, en el Jura bernés), para un entendimiento entre todas lassecciones de la Internacional que se habían rebelado contra el Consejo General, el cual, bajo la dirección de Carlos Marx, quería someter toda la Asociación a su autoridad dictatorial, y dirigirla, no a la destrucción, sino a la conquista del poder político.



Yo estaba lleno de fervor en aquellas luchas, de las cuales debía depender la suerte de la Internacional y el porvenir de la acción revolucionaria y socialista.

Jovencito, en mis primeras armas, era naturalmente muy feliz al poder ir al Congreso, entrar en relación directa con compañeros de todos los países y, tal vez también, orgulloso por hacer oir mi voz. ¡En aquella edad, cuando no se es una marmota, se está un poco demasiado lleno de sí! Pero lo que, sobre todo, me entusiasmaba era el pensamiento que conocería a Bakunin, que me volvería (no dudaba de ello) su amigo personal.

Bakunin en Nápoles era una especie de mito. Había estado allí, creo, en 1864 y en 1867, dejando una impresión profunda. Se hablaba de él como de una persona extraordinaria, y, como suele ocurrir, se exageraban sus cualidades y sus defectos. Se hablaba de su estatura gigantesca, de su apetito formidable, de su vestir descuidado, de su negligencia pantagruélica, de su desprecio soberano del dinero. Se contaba que, llegado a Nápoles con una gran suma, en el momento en que se presentaban a menudo revolucionarios polacos escapados a la represión que siguió a la insurrección de 1863, Bakunin dió simplemente la mitad de todo lo que tenía al primer polaco necesitado que encontró, y después la mitad de la mitad que le quedaba al segundo polaco, y así sucesivamente hasta que — y no se necesitó mucho tiempo — quedó sin un céntimo. Y entonces tomó el dinero de los amigos con la misma indiferencia señorial con que había dado el suyo. Pero esto y otras cosas eran la leyenda.

Lo importante era la gran conversación que se tenía en todos los círculos avanzados, o supuestos tales, en torno a las ideas de Bakunin, que había ido a remover todas las tradiciones, todos los dogmas sociales, políticos, patrióticos, considerados hasta entonces por la masa de los "intelectuales" napolitanos como verdades seguras y fuera de discusión. Para unos Bakunin era el bárbaro del norte, sin dios y sin patria, sin respeto para ninguna cosa sagrada, y constituía un peligro para la santa civilización italiana y latina. Para los otros era el hombre que había llevado a los muertos pantanos de las tradiciones napolitanas un soplo de aire salubre, que había abierto los ojos de la juventud que se había aproximado a él hacia nuevos horizontes; y éstos, los Fanelli, los De Luca, los Gambuzzi, los Tucci, los Palladino, etc., fueron los primeros socialistas, los primeros internacionalistas, los primeros anarquistas de Nápoles y de Italia.

Y así, a fuerza de sentirles hablar, Bakunin se había convertido para mí también en un personaje de leyenda; y conocerlo, aproximarme a él, calentarme a su fuego era para mí un deseo ardiente, casi una obsesión.

El sueño iba a realizarse.

*

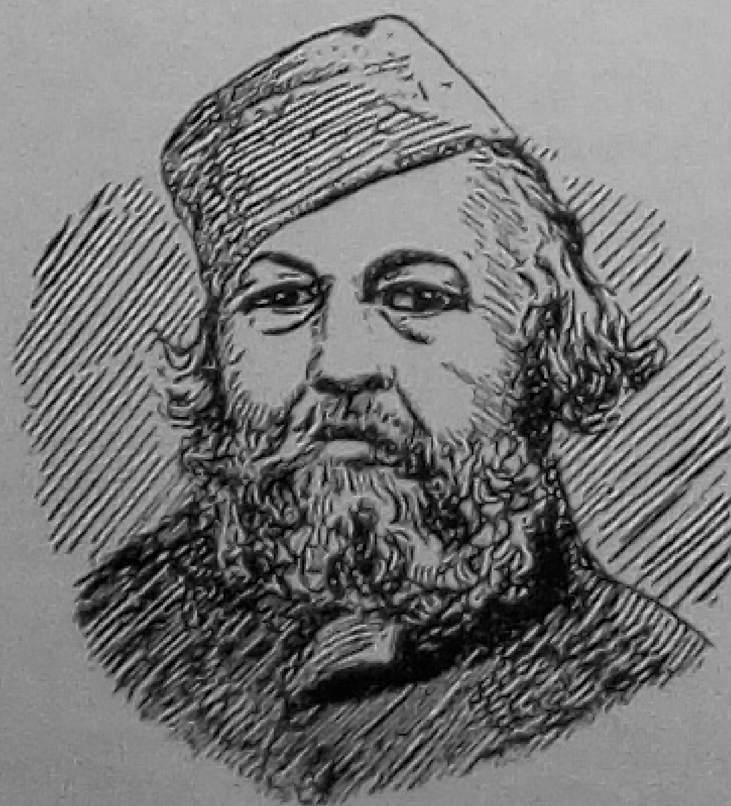
* *

Partí, pues, para Suiza, junto con Cafiero.

En aquella época yo estaba enfermizo, escupía sangre y era juzgado tísico o casi, tanto más cuanto que había perdido los padres, una hermana y un hermano por enfermedad del pecho. Al pasar el Gottardo por la noche (entonces no existía el túnel y era necesario rodear la montaña nevosa en diligencia) me resfrié y llegué a Zurich, a la casa donde estaba Bakunin, por la noche, con tos y fiebre.

Después de la primera acogida, Bakunin me acomodó una camita, me invitó, casi me obligó a extenderme encima de ella, me cubrió con todas las mantas y abrigos que pudo recoger, me dió té hirviente y me recomendó que estuviera tranquilo y durmiera. Y todo esto con una premura, una ternura materna que me conmovió el corazón.

Mientras estaba envuelto bajo las mantas y todos creían que dormía, oí que Bakunin decía, en voz baja, cosas amables sobre mí, y después añadía melancólicamente: "Lástima que esté tan enfermo; lo perderemos pronto; no tiene para seis meses". No di importancia al triste pronóstico, porque me parecía imposible que



pudiese morir (me cuesta trabajo creer en ello todavía hoy); pero pensé que habría sido casi un delito el morir cuando hay tanto qué hacer por la humanidad, me sentí feliz por la estima de aquel hombre y me prometí a mí mismo hacer todo lo posible por merecerla.

Al día siguiente me desperté curado y comenzamos con Bakunin y los demás, suizos, españoles y franceses, aquellas interminables discusiones a que Bakunin sabía dar tanto encanto.

Fuimos a Saint-Imier, donde — nótese el rasgo de psicología popular — los muchachos acogieron a Bakunin al grito de "¡Viva Garibaldi!". Naturalmente, siendo Garibaldi el hombre que más habían oído celebrar, aquellos muchachos pensaban que debía ser un hombre colosal. Bakunin era colosal, lo vieron rodeado y festejado y pensaron que no podía ser más que Garibaldi.

Tomamos parte en el Congreso, después volvimos a Zurich, discutiendo siempre, tomando acuerdos y haciendo proyectos hasta entrada la noche.

*

* *

Conocí a Bakunin cuando él estaba ya en edad avanzada y minado por las enfermedades contraídas en las prisiones y en Siberia. Pero lo encontré siempre lleno de energía y de entusiasmo y comprendí toda su potencia comunicativa. Era imposible para un joven tener contacto con él sin sentirse inflamado por el fuego sagrado, sin ver ensanchado los propios horizontes, sin sentirse caballero de una noble causa, sin hacer propósitos magnánimos.

Esto ocurría a todos los que caían bajo su influencia. Después algunos, una vez cesado el contacto directo, cambiaron poco a poco de ideas y de carácter y se perdieron por los más diversos caminos; mientras otros sufrieron y, si sobrevivieron, sufren aún aquella influencia; pero no hubo nadie, creo, que al entrar en contacto con él, aunque fuese por breve tiempo, no se haya vuelto mejor.

*

* *

Para acabar, relataré un episodio característico. Tal vez lo haya contado ya otras veces, pero en todo caso merece ser repetido.

Era el momento, el del Congreso de Saint-Imier, en que Marx, Engels y sus secuaces, por odio de parte y por vanidad personal ofendida, se esforzaban más por esparcir la calumnia contra Bakunin, a quien se describía como un personaje equívoco, tal vez un agente del zarismo.

Uno de aquellos días se habló de la cosa en presencia de Bakunin, y todos se mostraron justamente indignados, cuando uno de nosotros, no dándose cuenta de la enormidad que decía, salió con esta proposición: "Es preciso pagar a aquella gente con la misma moneda; ellos calumnian, calumniémosles también nosotros".

Bakunin se sacudió como un león herido, fulminó de una mirada al proponente, se levantó en toda su gigantesca persona y gritó: "¿Qué dices, desdichado? No, es mejor ser mil veces calumniado, aunque la gente nos crea así, antes que rebajarse a ser un calumniador."

Yo veo todavía el gesto magnánimo.

D. A. DE SANTILLAN

EL CARBON

Una crisis sin solución en el capitalismo

I

La huelga minera inglesa atrajo la atención de las mentalidades un poco despiertas sobre el significado del carbón en la vida industrial del capitalismo. Los políticos, los economistas, los jefes obreros, los literatos, todo el mundo cubre la noción del carbón con un interrogante de inquietud, de inseguridad y de temor. El carbón, rey de la industria, árbitro de la política internacional, clave de guerras y de alianzas, potencia incontrastable en todos los dominios de la vida, ha perdido la situación de hegemonía que tuvo hasta hace pocos años. La decadencia de ese poder tan temido trae consigo una evolución económica y política difícil de prever en todo su alcance, pero, en todo caso, trascendental y profunda. Lo que saldrá de esta crisis que empaña la gloria del carbón, no lo sabemos; lo que sí sabemos es que la crisis está unida íntimamente al sistema entero de producción del capitalismo, que el carbón, en su ascenso, su apogeo y su decadencia es un fiel reflejo del proceso del desarrollo industrial, y por eso consideramos que no están demás algunos datos concretos sobre esa materia aparentemente tan insignificante y despreciable.

He aquí la producción de hulla en los países más importantes de Europa y en Estados Unidos:

1913. . . .	1.342.000.000	toneladas
1914. . . .	1.205.000.000	"
1915. . . .	1.196.000.000	"
1916. . . .	1.296.000.000	"
1917. . . .	1.345.000.000	"
1918. . . .	1.331.000.000	"
1920. . . .	1.300.000.000	"
1921. . . .	1.100.000.000	"

Estos datos han sido publicados por el *Geological Survey* de los Estados Unidos. El *Report of the Royal Comission on the Coal Industry* (1925), Londres, 1926, tomo III, da cifras aproximadas, pero de la producción mundial. Tomando por base de comparación el año 1913, según el *Report* inglés, en 1922 la producción mundial de carbón era un 91 por ciento; en los años 1923 y 1924 la producción carbonífera fué superior a 1913, y en 1925 igual a 1913. Aun tomando estos datos con el tacto necesario y con las salvedades del caso, pues no podemos pretender más que meras aproximaciones, vemos bien claramente que el carbón desempeña un papel extraordinario en la economía mundial. *Mil trescientos millones* de toneladas de hulla al año, sin contar la lignita, es una suma respetable que puede darnos una idea de lo que pesa ese factor en la vida industrial.

Pongamos frente a la estadística anterior de la extracción de carbón, esta otra, sobre el petróleo:

1913 . . .	52.947.738	toneladas métricas
1915 . . .	56.471.181	"
1917 . . .	60.850.176	"
1919 . . .	72.167.934	"
1920 . . .	91.964.385	"
1921 . . .	100.530.604	"

Y en estos últimos años la producción ha ido en aumento constante. Aquí observamos, a simple vista, que desde 1913 a 1921, en un lapso de tiempo de ocho años la producción mundial de petróleo se duplicó.

Y las contradicciones insolubles del capitalismo se observan al comparar las dos estadísticas; aunque la extracción del carbón tengan tendencia a disminuir en general y singularmente en Inglaterra, el relativo equilibrio en la economía no se ha visto tan hondamente perturbado como hubiera sido de prever, dado el desarrollo prodigioso del petróleo. En 1905, con una aplicación mínima del petróleo a la industria, había una extracción mundial de carbón, de cerca de mil millones de toneladas, es decir, un 70 por ciento de la suma de 1913; la extracción de esa materia fué en aumento, y sus aplicaciones fueron casi soberanas; con la guerra mundial las aplicaciones del petróleo adquirieron proporciones fantásticas. Y, sin embargo, el carbón no ha disminuído

con mucho, en la proporción del desarrollo de su concurrente. ¿Cómo se explica eso? Ante todo, por la extensión de la industria, y en segundo lugar por aquella ley económica enunciada por P. J. Proudhon, según la cual un progreso en una rama de actividad cualquiera no excluye la actividad precedente. Por ejemplo, la medicina no mató el curanderismo, y sería aventurado decir que existen hoy menos curanderos que antes de conocerse la ciencia médica. El transporte ferroviario no suprimió las carretas de bueyes ni libró al hombre de llevar sobre sus espaldas, como en los tiempos más primitivos, pesadas cargas. El primer medio de transporte fué el hombre; desde entonces hasta el transporte aéreo la evolución ha sido grande, y esa evolución, aunque seamos ciegos, podemos verla intuitivamente, palparla todos los días, sin necesidad de recurrir a los libros de historia. En nuestro tiempo está representada toda la cadena de la evolución de los medios del transporte, y hay razón para preguntarse si los aeroplanos de carga, los ferrocarriles eléctricos, los automóviles, etc., etc., han traído alguna ventaja a la humanidad como conjunto, existiendo tantos seres humanos obligados a trabajar tan rudamente como en la prehistoria por el pan cotidiano.

Lo que decimos de los medios del transporte podemos decirlo de otra función económica cualquiera; junto a los progresos más temerarios, encontramos los métodos más rudimentarios, y eso contribuye a explicar también que en el período de la electricidad, que ya se vislumbra concurrente del petróleo, antes de haber afirmado éste su completa hegemonía frente al carbón, el desenvolvimiento de la aplicación del petróleo, como combustible, no haya suplantado en la medida que se hubiera podido prever, el empleo del carbón. Hoy tenemos en la navegación otro ejemplo. Los barcos de vela surcan todavía los mares, habiendo desaparecido en una medida insignificante frente a la concurrencia de la navegación a vapor. También la navegación a vapor, producido por el carbón, se sostiene y aumenta sin cesar su tonelaje, no obstante la aplicación del petróleo, que resulta más económica y más cómoda, a los motores. Por fin, la navegación a petróleo, cada día más intensa, no sólo se sostendrá, sino que aumentará su tonelaje frente a la moderna navegación eléctrica. ¿A dónde vamos a parar con ese desarrollo del tráfico, paralelo al desarrollo industrial? ¿En qué medida se labra la felicidad humana con esos adelantos, con esos progresos? Nos tememos mucho que lo que no hizo el carbón por la justicia y la libertad y el bienestar de los hombres no ha de hacerlo el petróleo ni la electricidad. Más bien habría que constatar que el malestar aumenta, a medida que el industrialismo crece; la humanidad no saca provecho alguno de esa loca concurrencia de las industrias y de las materias cotizables; en cambio, ve cada día más restringida su libertad y sus posibilidades de emancipación, porque el industrialismo en la sociedad, como el nacionalismo en los pueblos, es factor de división humana, nunca de unión y de concordia. Y a la ley marxista de la concentración de los capitales y de las clases, la realidad opone una dispersión creciente de capitales y un aumento incontenible de las divergencias en el seno de las supuestas clases.

Consideramos que a través del carbón, por opaco que sea, podemos ver la esencia del capitalismo moderno y la carrera loca de la industria capitalista hacia un porvenir cada vez más inquietante e inhumano. El divorcio entre el progreso técnico y el ideal de la dicha humana está lejos de llevar todavía a una solución.

¿A dónde va el mundo? Lancemos una mirada, a través del carbón, en las combinaciones de la vida económica, política y social contemporánea, para elevarnos luego a consideraciones más concretas.

HISTORIA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO... en el libro de Rudolf Rocker, JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE, su óptimo exponente. Esta obra se publicará en folletín en el diario LA PROTESTA a partir del 1º de septiembre. Trabajadores: Leed LA PROTESTA.



EN LA CARCEL

BIBLIOGRAFIA

"Un poeta en la ciudad" — Gustavo Riccio — Editorial "La C. de Palo".—

Por ahí en uno de sus libros dice Bergson:

Si la realidad hiriese directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia; si pudiéramos entrar en comunicación inmediata con las cosas y con nosotros mismos, pienso que entonces el arte sería inútil, o más bien, que todos nos habríamos convertido en artistas, porque nuestras almas vibrarían al unísono con la naturaleza y con todo lo creado.

Es un supuesto improbable y casi absurdo que tiende a darnos, en cambio, por refracción, la justa medida del valer que el artista tiene en la vida y en relación con sus coetáneos, los hombres. El fragmento de este pensamiento, que en nuestra boca hubiese podido reducirse a una solemne perogrullada, en los labios del filósofo francés cobra otra importancia no solamente merced a la celebridad de la firma, y sí porque siendo una verdad antiquísima, ha sido siempre aceptada a medias, y era y es necesario repetirla sin cesar. Entonces cuanto más prestigiosas sean las palabras que la expresen y la vistan, más fecunda ha de ser.

En este libro de versos, de breves poemas, urgente era recordar esta verdad, puesto que Gustavo Riccio, de las realidades domésticas y urbanas más prosaicas, vulgarotas, supo libar su esencia poética y tornarlas en fragancioso miel, en emoción o en saltarina y lírica alegría.

Es su primer libro, y cuenta su autor muchos menos años que el número de poesías contenidas en él. Es su primer paso, que no está exento de esa decisión y firmeza que denota una conciencia orientadora. Es esta una calidad, casi cardinal, que aquilata el conjunto y le proporciona vértebra, carácter, consecuencia filosófica a su libro: una ligera, tolerante y humanitaria filosofía.

Baudelaire, quien con sus "Flores del Mal" quiso probarle a la beocia circundante que la poesía se hallaba en todas partes, se propuso encontrarla en los sitios más inverosímiles, donde menos se lo pensaría la mayor porción de los seres humanos. Así, con su canto a la carroña, hizo fulgurar con nueva luz la verdad filosófica que nos dice que hasta en las cosas más indignas hay su pequeña o grande almendra poética. La poesía se halla, entonces, donde está el sentimiento poético. No en el universo material, sino en nosotros mismos. Lo que refrenda indirectamente las palabras bersognianas, estableciendo la imprescindible necesidad del artista. y lo que coincide también con lo dicho por Carlyle: *todos los objetos tienen ventanas para asomarnos al infinito.* Y, además, todo ello, Baudelaire, como se vé, lo puso en práctica viviendo todas estas verdades intensamente, como cabe en un artista de raza.

¿Deduciremos por esto que el sentimiento poético es privativo solamente del poeta? No, por cierto. En la emoción humana se da una gama infinita, así como en la irradiación de matices del arco iris; llegamos de este modo a la tonalidad y a la intensidad: calidad y fuerza.

Estos dos elementos, cerebral y anímico, podrán metamorfosear la realidad en la superior materia de arte, y a veces en esencia poética. La armoniosa conjunción de ambos, dió frutos muy sabrosos, y en raras ocasiones un licor humano con sabor de eternidad. Se trata ahora de plantear el punto en qué proporción Gustavo Riccio es un sentidor o un rumiador, un ente razonante. Nos parece que aquí también se ofrece ese feliz equilibrio de estos dos facultades. Habrá quienes, ante el sesgo realista de su obra, se inclinen por el razonador, en el que vé en todo asunto su pizarra filosófica.

Sin embargo, cualquier sensibilidad encontrará más lastre al querer elevarse a un modesto cielo poético, como en el caso presente, que cuando el aéda templa su lira en un tono subjetivo que de hecho navega en una atmósfera de sentimentalidad. Pero en los dos casos, para ser ecuánimes, debemos atenernos a los últimos resultados: la realización.

Si realzamos el mérito suyo, en escoger temas de un pronunciado prosaísmo, no fué por encarecer lo nuevo, ni lo original que había en ello — que en verdad no pudo nunca haberlo, puesto que desde Walt Witman hasta el ultraísmo la poesía metió la nariz en todas partes, aún en las que no debía —, sino porque supo ennoblecerlos y hacerlos vibrar de una emoción hondamente varonil.

Bastaría de sobra para justificar la aparición de este libro, "Al Cristo expuesto en una fiesta de bodas". Pero no. No es esta sola la mejor poesía de este volumen; aunque no se repita con frecuencia el fenómeno de convertir lo aborreciblemente vulgar en una joya cintilante de íntimo sentimiento, como acontece con gor. Pueden ser ellas *Palabras a Milonguita, Elogio a los albañiles italianos, Casa de Departamentos*, y etc.

En definitiva, nos hallamos frente a una poesía de sexo definido, que no se codea con el androginismo metafórico al orden del día. Si en ocasión se excede en una bonachonería ingenua, sabrá resarcirse con creces en sus posteriores producciones. Su juventud ha de llevarle por grandes caminos. — At.

Armand E.—"Realismo e idealismo mezclados", 138 págs. en 8.o — Librería Internacional, París. Tradución y prólogo de V. Orobón Fernández.—

Este pequeño volumen consta de los siguientes trabajos, dispersos por los viejos periódicos individualistas de Armand:

La libertad triunfará. — Vivir su vida. — Los conformistas. — A vosotros, humildes. — Cuando navidad llega. — El "bluff" criminalista. — Yo no me siento hastiado. — Un bárbaro. — El ave de rapiña. — Realistas y poetas. — Los discípulos de Emaus. — Las sirenas. — Al salir del bosque. — El macabrismo. — Max Stirner, su vida y su obra. — L. Tolstoi. — Edgar Poe.

Precio del ejemplar, 50 centavos.

Ortega y Gasset Eduardo. —"España encadenada. La verdad sobre la dictadura" — 340 págs.; Juan Durán, impresor, París, 1925.—

El libro de este político conservador, que se declaró republicano al producirse el golpe de estado militar de septiembre de 1923, tiene una serie interesante de apreciaciones y de menudencias sobre la vida política española de los últimos años, sobre la génesis de la dictadura militar, como respuesta al pedido de responsabilidades de las cortes por el desastre de Annual y otras causas. Refleja la personalidad de Alfonso XIII, entrometido e hipócrita, con pretensiones de controlar la vida de todos los partidos de gobierno para tener siempre instrumentos dóciles a su servicio. El fracaso de todas las arrogancias regeneradoras de Primo de Rivera hallan en este libro una buena exposición. Claro está, nos separan muchas divergencias de interpretación, muchas actitudes, tanto en el detalle como en el conjunto, y el rebatir algunos de sus conceptos sería labor fácil, pero eso no impide que recomendemos su lectura a los interesados en el estudio de la situación española.

Marañón Dr. Gregorio. — "La educación sexual y la diferenciación sexual". 36 págs. Ed. Generación Consciente, Valencia.—

Esta conferencia del famoso médico español, aparte de la belleza y de la fluidez de la dicción, sostiene una tesis fundamentada en estudios biológicos, que, justa o no, es altamente sugerente y sirve para explicar muchos fenómenos corrientes de la psicología sexual. El doctor Marañón nos habla de la indiferenciación sexual primitiva, de la revelación gradual del sexo y de la influencia de la educación para matar o neutralizar en el hombre lo que hay de mujer y en la mujer lo que hay de hombre.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

RESPUESTA DE M. NETTLAU

VII

¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actual?

¿Se trata de la crítica, que se dice individualista promovida contra tendencias llamadas demasiado autoritarias o demasiado organizadoras en los grupos, en los sindicatos, los periódicos, etc.? ¿O bien es cuestión de los que se colocan completamente aparte y proclaman y elaboran en detalle un individualismo teórico que se esfuerzan por practicar personalmente? No diré más que ésto, que *individualismo* como *socialismo* o *solidarismo* absolutos no pueden existir. La naturaleza produce la interdependencia de los organismos y no conoce el aislamiento completo, por grande que sea la necesidad de autonomía en muchos organismos. Si a ese mantenimiento de la mayor autonomía posible se agrega un deseo de acaparamiento, tenemos el *egoísmo;* si la interdependencia es bien comprendida y generosamente ejercida, tenemos el *altruismo.* Necesariamente esos factores operan en grados diferentes en los hombres y los que no son amplios de espíritu critican a los demás y se ponen como modelos, — tales discusiones no pueden acabar nunca, porque no hay nunca igualdad de condiciones y un criterio único. Muy a menudo tales discusiones son enteramente vanas.

Tomemos la más simple organización anarquista: tiene ya una acción triple ante sí. Combate el pasado, las potencias autoritarias. Trata de difundirse en el medio imperfecto, indiferente que le rodea. Y aspira a realizar lo más posible de la libertad futura en su manera de obrar, iniciando a sus miembros en la práctica de la libertad. Es evidente que esa triple actividad exigirá actitudes a menudo diferentes según el objeto presente—la resistencia o el ataque, la propaganda; la vida libre y la concepción del porvenir son asuntos que exigen grados diferentes de cohesión, de cooperación, de puntualidad, etc., que permiten un máximo diferente de libertad. Entonces nada más fácil que los malentendidos, la crítica mutua — pero también nada más inútil. Alguien dirá *siempre* que se es demasiado autoritario, y alguien dirá *siempre* que hay falta de cooperación, que se ha obrado demasiado como individualistas.

Lo mismo ocurre con tantas otras diferencias que surgen siempre del hecho que alguien se tome a sí mismo o a sus amigos como medida-modelo y censura todo lo que difiere. Eso no es individualismo, es autoritarismo — aunque se le llame cien veces con el nombre de individualismo. Un tal "individualista" se engaña mucho si cree ser el verdadero libertario; no es más que *individualista-autoritario* y como tal un aspecto y complemento del autoritario colectivo. La autoridad puede ser de derecha y de izquierda — ¡ y no digo que esté siempre ausente del centro! Para mí está allí donde se propone la doctrina *única,* presentándose como la verdad verdadera.

Con eso no preconizo de ninguna manera la inmunidad de las organizaciones de la crítica y sé muy bien que la autoridad se vuelve a insinuar pronto y que es preciso estar alerta contra ella incluso en el ambiente más avanzado; — pero no reconozco el culto de las palabras, no me inclino ante la palabra individualismo como crítica sumaria, como panacea. *Eliminar la autoridad* me parece más importante que cultivar la individualidad, expresión que tiene tantas significaciones que no dice ya gran cosa.

Considero, pues, en suma, que hay algo mejor que hacer que luchar entre sí continuamente invocando el individualismo; si hay errores, abusos, es preciso hacer mejor por vía directa, sin esos desvíos de crítica que se dice individualista, que no tiene por resultado más que el agriamiento y que se produzca demasiado desinterés por el individualismo serio — la necesidad de autonomía, el correctivo indispensable de una sumersión del individuo en una colectividad.

VIII

¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

Si es cuestión general, diría que *tradición y ausencia* o *rechazo de tradición* están en la misma relación que lo están solidarismo o societarismo absoluto e individualismo absoluto. El individuo está tan sujeto a la interdependencia en el espacio como en el tiempo; está asociado a su ambiente contemporáneo y no puede separarse absolutamente de él, y está ligado con lo que le ha transmitido el pasado y no puede separarse de ello; el aislamiento es un fenómeno materialmente imposible. Todo es pues una cuestión de grado — para el individualismo, para la independencia intelectual que rechaza la tradición, como para el individuo demasiado fundido en su ambiente, que vive demasiado en el pasado.

La tradición transmite muchos errores, las supersticiones religiosas, prejuicios nacionales, hábitos serviles; pero corresponde a la educación, al ambiente saneado el eliminarlos. Transmite muchas buenas cosas, da una riqueza interior, un fondo sólido de experiencia que hace falta a todo hombre. Desdichado es el desarraigado a quien las circunstancias privan de todo eso y que no tiene nuevas ocasiones para proveer su cerebro de conocimiento abundantes.

La propaganda individual es buena cuando se refiere a lo que el hombre tiene en su cabeza por la tradicción; es siempre importante hacerle comprender que la anarquía no es nada nuevo, artificial, exterior a los hombres, que no es más que la plena realización de las facultades inherentes a cada hombre y que es preciso allanar los obstáculos, vivir según la libertad y la equidad y se tendrá esa dicha que las generaciones pasadas han soñado sin alcanzarla, que todo hombre sueña — no es preciso más que *querer.*— La propaganda local encontrará medio de relacionarse a la tradicción local, a las antiguas luchas, a los sufrimientos del pueblo en el pasado, que e capitalismo quiere perpetuar, etc.

Para la acción, evidentemente, es preciso saber decidir si se seguirá un precedente o si se obrará de modo nuevo.

La tradicción es un factor precioso si es utilizado con discreción, en justa proporción, donde lo hace en cada situación especial.

Para las ideas anarquistas, si son antiguas, su elaboración más precisa es bastante reciente y fué hecha cada vez por los autores más reconocidos, los Proudhon, Bakunin, Reclús, Kropotkin Malatesta, Mella, Landauer y otros y por muchos más, menos conocidos, necesariamente bajo la influencia de las situaciones, etc., *de su tiempo.* No han establecido pues programas inalterables, han hecho lo mejor que pudieron para su época, — a nosotros y a los que nos sigan compete hacer lo mismo. Conocemos su experiencia y nos aprovechamos de ella, pero ninguna tradicción debe pesar sobre nuestro propio juicio. En efecto la situación general sufre cambios tan rápidos y tan profundos que más que nunca el estudio nuevo y profundo se impone a nosotros. Tal vez la tradicción pesa demasiado sobre algunos, se repiten demasiado los resultados tradicionales que se creen permanentes. No son permanentes más que en tanto que son aplicaciones perfectas del espíritu y del método anarquistas a las situaciones de *su* tiempo; — ¿quién no piensa que Proudhon y Bakunin, Reclús y Kropotkin, viendo lo que pasa alrededor de nosotros y examinándolo a fondo, sabrían sacar conclusiones importantes y útiles y que no pensarían en lo que han escrito ellos mismos hace mucho tiempo? Y bien, a nosotros nos concierne ese trabajo, en su espíritu, según su método (si no hay otro superior), con su esmero- y su ardor, pero *sobre los inmensos materiales nuevos* que la época presente y nuestra experiencia desde su tiempo nos ofrecen. Tradición, experiencia, observación, pensamiento nuevo — todo eso debe cooperar en el cerebro de los que quieren abrir vías nuevas a nuestras ideas.

IX

Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas, ¿pudieran los compañeros estudiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

He aquí un asunto inmenso que exigiría la descripción del estado presente de grandes estudios internacionales hechos, desde hace mucho tiempo, menos por los teólogos que por los filológos de lenguas orientales diversas, los historiadores del occidente de Asia, de Egipto y de la esfera greco-romana, los arqueólogos escavadores de ruinas, los *folkloristas,* los conocedores del derecho comparado, los paleógrafos que examinan la edad de los manuscritos y otros hombres de la ciencia internacional, incluídos los historiadores de creencias, dogmas y concepciones filosóficas, la parte histórica — única que ofrece un interés objetivo — de la teología, etc.

Esas investigaciones son intensificadas en nuestros días por la riqueza sorprendentes de los hallazgos, desde Asia menor a la Mesopotamia, la Arabia, el Egipto, rodeando la Palestina y Siria, en ruinas de construcciones, inscripciones en lenguas descifradas o todavía desconocidas, bibliotecas (de tabletas en carácteres cuneiformes), etc.

Por ese medio se llega, por ejemplo, a nombres propios que se encuentran en los textos bíblicos, egipcios, griegos, o en la nomenclatura local tradicional y cae el velo de un nuevo rinconcito, se sabe comprender mejor tal o cual pasaje enigmático hasta aquí — y así sucesivamente.

Ese trabajo se prosigue día y noche; ¿cómo pues hacer el balance cuando al día siguiente será completado aún? Es absolutamente como en química, por ejemplo, en electricidad, en máquinas, en radiografía, etc. donde lo sabido hasta el 31 de diciembre de 1925 no está ya al día si no se está también al corriente de lo que aportaron los primeros seis meses de 1926 de nuevo.

Para un no especialista es imposible desenmarañar lo que esos estudios establecen de definitivamente adquirido, lo que permanece hipótesis más o menos probable y lo que está sujeto a duda y a precaución. El no iniciado debe estar aún en guardia contra los trabajos incompetentes, pero que no tiene el medio de reconocer como tales. Pero tampoco el especialista de una rama está siempre a la altura en todas las demás, no lo está más que muy raramente, pues el asunto se complica cada vez más. ¿Qué será cuando ciertas lenguas desconocidas hayan sido leídas?—se dice que los textos de la lengua de los frigios, pueblo cronológicamente anterior a los lidios, no están aún descifrados.

Hoy mismo en que escribo ésto he leído el último de los tres artículos extraordinarios, aparecidos el 20 de mayo y el 16 y 1 de junio de 1926 que se ocupan del pasaje muy conocido concerniente a Jesucristo en las *Antiguedades judías* de Tito Flavio Josephus,— ese pasaje considerado como una interpolación cristiana en ese libro de un autor judío, pero que no ha sido eliminado por la simple duda, expresada a menudo desde el siglo XVIII. Existe, parece, una antigua traducción rusa de Jesephus, conservada en manuscritos en Moscú y en Kazan, muy diferente del texto griego generalmente conocido y se piensa que un primer texto en hebreo o en arameo por Josephus, escrito para los judíos en el reino de los Partas, haya servido de base al texto conservado en el viejo ruso mientras que una redacción posterior, redactada con auxiliares griegos y destinada a los judíos helenizados en el imperio de los romanos sea la generalmente conocida en griego. Con ayuda de esas dos versiones y de los restos de tradición dispersos en los autores paganos y cristianos hasta el siglo XIII que tenían conocimiento de tales o cuales manuscritos perdidos, de textos desconocidos para nosotros, se llega a una reconstrucción hipotética del texto primario de Josephus. Este habría estado perfectamente al corriente de una rebelión de los galileos en las Pascuas del año 33, bajo la influencia de las ideas de Jesucristo, sofocada en sangre por Poncio Pilatos, represión aceptada por los judíos. En una palabra, se cree poder demostrar que los orígenes del movimiento cristiano están en esa rebelión, no de Jesucristo mismo, que fué supliciado a consecuencia de ella, sino de sus adeptos impacientes que parecieron por eso tan peligrosos a los judíos y a los romanos. Más tarde los cristianos han borrado esos antecedentes de rebelión en los textos hasta hacer desvanecer el recuerdo en la tradicion. Habrían hecho lo mismo con la descripción de la persona de Jesucristo; en lugar de *encorvado* (epikyphos), se le dice *bien hecho* (euhelix), por *nariz larga* (epirhinos) se puso. *una bella nariz* (eurhinos), por *synophrys* (pestañas conjuntas), *enophrys* (bellas pestañas), por *oligotrichos* (pocos cabellos) *oulotrichos* (cabellos crespos). La mitología cristiana, no pudiendo destruir de inmediato esa tradición, emitió la explicación mirífica que Jesucristo tenía *dos* formas, una fea en la que se apareció a los profanos y una forma bella, celestial para los discípulos creyentes. Evidentemente, de ahí a generalizar la forma idealizada y a hacer olvidar la forma vulgar no había gran trecho. (Estas investigaciones, que soy completamente incapaz de juzgar, se basan en ese texto viejo-ruso publicado en parte por el profesor Berendts en Dorpat, en *Texte und Untersuchungen,* 1906, de Harnack, y que será publicado próximamente en texto completo por el profesor Konrad Grass, en Dorpat; el resumen de esos trabajos y muchas conclusiones de las más extraordinarias son del doctor Robert Eisler).

He ahí pues una ojeada — correcta o demasiado aventurada, pero escrita según la apariencia por un hombre de erudición especializada y de razonamiento penetrante — en esa gran serie de maquinaciones que han desatado un lazo entre los hechos que han podido dar un primer impulso al cristianismo, y lo que más tarde los personajes influyentes de una religión *llegada* han creído útil reconocer y transmitir. Es siempre lo que ocurre en casos parecidos — ha ocurrido y ocurre ante nuestros ojos respecto de Lenin, a quien el bolchevismo *llegado,* lo mismo que los concilios de los cristianos, establece ahora como persona que tuvo siempre presente el bolchevismo, que avanzó directamente hacia ese fin, etc. No he examinado, por lo que concierne a Lenin, si fué así o no, pero en lo que se refiere al bolchevismo *debe* ser así, como se estableció para Mahoma, para Jesucristo, para Budha y todos los demás por esos esmeros *retro-constructivos* que se aplican a los grandes hombres, que Mark Twain ha enfocado, yo creo, respecto de Franklin, desde su infancia el modelo obligatorio impuesto a los muchachos de su generación.

Quería mostrar por este pequeño ejemplo, en qué grado son inagotables esos estudios sobre los tiempos bíblicos y cuanto nuevo aportarán aún por largo tiempo, porque los verdaderos medios de investigación son de fecha reciente (excavaciones, inscripciones). La crítica filológica es más antigua, pero por sí sola, sin esos conocimientos reales (antigüedades conservadas, documentos en otras lenguas que el hebreo y el griego, etc.) —por sí sólo, pues, la filología es muy a menudo objeto de especulación y de hipótesis sin verdaderas pruebas. Testigo, por ejemplo, las investigaciones semejantes por su intensidad a las de la Biblia, sobre Homero, versiones de la *Edda* Icelándica, sobre las canciones del círculo de Arthur y de *Table ronde,* los tex-

los célticos y otras fuentes de las novelas en verso francesas, anglonormandas, alemanas y otros de la edad media, o aquellas sobre las colecciones de noticias, de las Indias a Boccaccio, dispersos absolutamente en todas partes, en Asia y en Europa. Tampoco allí pudo hacerlo todo la filología, ha sido necesaria la ayuda del folklore, de los trabajos etnográficos. En una palabra, es manifiestamente imposible para los camaradas, por buena que sea la voluntad, hacer lo que no se atreven a hacer hombres de oficio porque conocen las dificultades.

Se encontrará una cantidad de informaciones y de resúmenes en los tres artículos de la *Encyclopédie anarchiste* (París), 1926, en mayo, bajo la palabra *Biblia*, por E Armand, Gustave Brocher, [illegible], pero ellos también se contentaron con desflorar el asunto.

Pero lo que se puede hacer y lo que puede ser muy útil para los lectores que no han tenido ocasión de informarse directamente y que están sujetos a lo que por ejemplo en los Estados Unidos se les dice por la *industria religiosa*, el *trust fundamentalista*, los no sé cuántos pastores, supongamos cien mil que, como sus colegas, los sacerdotes católicos, los rabinos judíos, los bramines y otros, hasta los fetichistas del centro de Africa, viven y prosperan con la venta provechosa de supersticiones, — es mostrar un poco el rol de todos esos libros como la Biblia, el cuadro en donde se forman y la antigüedad necesaria de sus pretendidas revelaciones, relatos, etc., en el sentido de que sus producciones tan anticuadas, pasadas de moda como sería para nosotros, por ejemplo, una lámpara, un hogar u otro objeto doméstico de aquellos tiempos, que se encuentran en el suelo de esos países por las escavaciones.

¿Quién no conoce algunos de los cien mil detalles de la mitología griega, sobre la cual Bakunin ha escrito esta nota que me parece muy justa y que citaré con la que le precede sobre los dioses de Oriente?:

"...El Oriente fué en todo tiempo y permanece aun hoy en una cierta medida al menos, la patria de la divinidad terrible, aplastante y feroz, negación del espíritu de la humanidad. Es "ante todo la patria de los esclavos, de los monarcas absolutos y de las castas".

"En Grecia la divinidad se humaniza; su unidad misteriosa reconocida en el fondo sólo por los sacerdotes, su carácter terrible y sombrío son relegados al fondo de la mitología helénica, — al panteísmo sucede el politeísmo. El Olimpo, imagen de la federación de las ciudades griegas, es una especie de república muy débilmente gobernada por el padre de los dioses, Júpiter, que él mismo obedece los decretos del destino"...

"Nada de sombrío en esa religión, cuya teología fué inventada por los poetas, agregando cada cual libremente algún dios o alguna diosa nueva, según las necesidades de las ciudades griegas, de las cuales cada una se atenía al honor de tener su divinidad tutelar, representante de su espíritu colectivo. Fué la religión, no de los individuos, sino de la comunidad de los ciudadanos de tantas patrias restringidas y relativamente libres, ligadas por otra parte entre sí más o menos por una especie de federación muy imperfectamente organizada"...

(Se leerá todo este texto, el *Principio del Estado*, en uno de los próximos volúmenes de *Obras Completas*, editadas por LA PROTESTA).

La edad media, por lo demás — *continuó* — aun siendo de un cristianismo celoso, limitado y feroz — esa fabricación de dioses locales, descentralizados, fabricación correspondiente a su desmenuzamiento en territorios y a su vida local: porque los santos y las santas múltiples ¿qué otra cosa son que divinidades locales sabiamente distribuídas, patentadas y garantizadas por la iglesia según las exigencias locales? Y se sabe que había gran envidia en santos, que de gran número de santos existen osamentas múltiples en varios lugares, como las siete ciudades griegas se decían cada una ciudad de origen de Homero. Y esa fabricación de santos y de santas continúa lindamente: Juana de Arco ¿no fué canonizada recientemente? y en Roma ¿no hay siempre algunas docenas de santos y santas en diversos estados de fabricación — en la etapa de estudio, de beatificación, y así por el estilo? Cuando Mussolini haya muerto, lo primero que se hará en el Vaticano será preparar su santificación — creo aún que si se mantiene mucho se hará eso en vida, aunque su folleto *L'Uomo e la Divinità*, un debate con un pastor de Lausana el 26 de marzo de 1904 (Lugano, 1904, 47 págs.) lo muestra aún lejos de la gracia espiritual que adquirió hoy.

Estamos tan cerca de todas estas cosas — el fetichismo se practica en las iglesias de cada barrio, de cada aldea, hombres profundamente ignorantes lanzan historias abracadabrantes en cada púlpito, pastores y monjes, aprovechadores repletos de esa ficción divina, nos cruzan en las calles — que es preciso asombrarse verdaderamente de que ese engaño haya podido durar tanto tiempo. Es verdad que para estar seguro, se han instalado otros engaños a su lado; todo eso se sostiene mutuamente — todo se derrumbará cuando los hombres *quieran* por fin ser libres.

Aquellos a quienes se ha inducido astutamente a creer en la Biblia son ante todo extraviados por su pretendida antigüedad tan única, como ellos creen. Si se les dijese: esta bicicleta es del tipo de 1880, este hábito es de la moda de 1840, se guardarían de tocarlo, pero respecto de la Biblia ¡es otra cosa! ¿Y la Biblia es verdaderamente tan antigua? Lo es según se sepa o no darse cuenta de la verdadera antigüedad de la vida humana.

Entre las fechas que es imposible precisar de las primeras osamentas humanas encontradas y las de los primeros instrumentos, armas, restos de una vida doméstica cualquiera y de nuevo la época de los primeros monumentos durables, inscripciones, historia no mítica, se han sucedido quién sabe cuántas decenas de millares de años, un período múltiple mucho más largo que los millares de años de la edad histórica. Muchos centenares de generaciones han desaparecido así, sin conocer la escritura, y se sabe (por la observación de la duración de las tradiciones verificables en las tribus africanas y oceánicas, por ejemplo) que la vida de una tradición asegurada es relativamente corta, no pasa de 150 años, a menudo no llega ni con mucho a ese tiempo. Después el residuo de esa tradición es incorporado con frecuencia en una más reciente — por ejemplo, el viejo héroe es olvidado y algunos hechos extraordinarios de él son atribuidos a un héroe más joven. De ese modo el héroe más reciente es ornamentado con hechos, cualidades, etc., a menudo muy antiguos, embrollados por la edad y arreglados de nuevo bien o mal por los guardianes de las tradiciones, trovadores, prestidigitadores y otros, los periodistas de esa edad que, naturalmente, al arreglar todo eso persiguen algún fin interesado, el de adular o fomentar los odios — lo mismo que se hace en nuestros días por los hombres interesados que insinúan la "opinión pública" en primer lugar.

De esta manera, cuando la escritura conservó algunas fechas — no libros y relatos, sino al principio solamente un mínimo de nombres, hechos y fechas, había ya una masa fluctuante de tradiciones, creencias, hábitos, etc., de fechas más recientes o más antiguas comprendidas o no comprendidas ya, sirviendo — se puede estar seguro, — tanto los intereses la política de los jefes de entonces como la tradición patriótica y la superstición religiosa lo hacen en nuestra época. La humanidad no era ya joven entonces; tenía ya tras sí las múltiples tormentas que habían eliminado o sometido, asimilado las masas de tribus débiles o menos capaces a tribus fuertes, que constituían aglomeraciones despóticamente organizadas que no difieren mucho de los Estados. Es probable que tanto los dibujos prehistóricos (cavernas de Altamira, España, Dordogne, Francia, etc.), los dibujos decorativos de alfarería etc., como marcas y notas en memorándums del comercio o como mensajes de signos convenidos, etc., hayan preparado el advenimiento de la escritura, que se habrá producido cuando la formación de esos Estados hizo necesarias administraciones, notas tomadas sobre arreglos de toda especie. Así el conocimiento de la escritura fué muy limitado en su comienzo y el Estado se separa difícilmente de ese privilegio — testigo el hecho que en el siglo XIX tan sólo comienza a ser combatido seriamente el analfabetismo y que todavía hoy existen analfabetos.

Lo mismo en lo concerniente a las concepciones religiosas, primero locales, particulares a cada tribu, más tarde de la tribu predominante, impuestas a las tribus sometidas por esa casta de sacerdotes que ayudó así al Estado a extender su esfera, su prestigio, pero que no descuidó jamás su propio interés. Testigo el hecho que están todavía ahí, en 1925, como 15 mil años o más antes.

Las concepciones religiosas se han formado inevitablemente y en formas bastante semejantes en todas partes sobre la base de la ignorancia en conocimientos reales y de la curiosidad muy observadora del hombre primitivo frente a la naturaleza, ante la cual era en varias relaciones mucho más impotente de lo que lo somos nosotros. La vida y la muerte, la aparente vida muy extraña en el sueño, la potencia del sol que crea el día y la noche, el verano y el invierno que sabe separar de los objetos lo mismo que del hombre esa substancia inaprensible, la sombra que adquiere tantas formas, que, como la tierra y el agua, — produce las cosechas — el fenómeno tan extraordinario del fuego que también, en rayos, baja del cielo, el mundo singular de la luna y las estrellas, los volcanes y temblores de tierra, eclipses de sol, etc., todo eso forma un conjunto inextricable para el pensamiento del hombre primitivo que salta a la explicación más a su alcance: esos organismos y fenómenos son puestos en movimiento por fuerzas extrahumanas llamadas divinas, benévolas u hostiles, que el hombre vé tal vez en el sueño en que todo es posible: de ahí la separación del cuerpo y del alma. Se forma así la idea de hacerse propicios a esas potencias mediante intermediarios y el sacrificio y es allí cuando interviene el hombre un poco más maligno que los demás, víctima y engañador tal vez al principio, luego embustero profesional, el sacerdot.

Todo eso, el Estado y su organización extremadamente despótica, finanzas y ejércitos, religiones oficiales, etc., estaba en pleno desarrollo en los vastos territorios del Cáucaso a la Arabia y a Egipto, desde las bocas del Eufrates y del Tigris a la Fenicia, Siria y Asia menor — con sus países vecinos, algunas veces subyugados por la conquista, muy a menudo ligados por vías de comercio, etc.: Grecia y Creta, el vasto radio de los navegantes de Tiro y de Sidón, el Sudán, Persia y las Indias, el Turkestán y al fin de la gran vía, la China, las llanuras de Rusia y del Danubio inferior. Grandes reinos acaparaban un máximo de esos territorios por algunas generaciones, pero caían en decadencia y surgían otros. Una historia de las más turbulentas y peligrosa tanto para los pequeños pueblos, conquistados, masacrados o asimilados, cambiando de amo, como para los pueblos po-

---

RUDOLF ROCKER

(3)

De la maldición del practicismo

"¡Utopía! ¡Utopía!", gritaron los pájaros carpinteros. "Hay que intentar penetrar en las instituciones de la sociedad presente y tratar de ganar a sus defensores [illegible]. El trabajo práctico es necesario. Hay que observar los prejuicios de los adversarios y [illegible] sus ideas. Sólo de ese modo es posible ganarlos para nuestra causa".

Se hizo entonces habitual que el cristianismo no sólo [illegible] para los pobres y los míseros; también los ricos tuvieron derecho a disfrutar de sus bendiciones. Y cuanto más práctico se volvía el movimiento [illegible] se halló en las filas de los privilegiados. Hasta que finalmente un asesino coronado declaró el cristianismo religión del Estado bajo el hosanna de los pájaros carpinteros.

Los pájaros carpinteros habían mentido cuando afirmaron que su método experimentado sería coronado por el éxito. La doctrina cuyo símbolo era la cruz, la doctrina de los parias, de los perseguidos y proscritos, se convirtió en religión de Estado, y el emperador mismo [illegible] por ella. ¡Qué victoria!

Sin embargo habían mentido los pájaros carpinteros; habían desvergonzadamente y estrangulado la nueva doctrina. Pues mataron el espíritu, sofocaron en muertas formas la fe viviente que reflejaba las esperanzas de los más pobres, y lo que el César reconoció burlescamente como nueva religión, era una envoltura vacía, un montoncito de cenizas en donde no ardía ya una sola chispa.

Entonces maduró la doctrina cristiana justamente para la iglesia. El practicismo de los pájaros carpinteros había vencido mortalmente a los viejos ideales. Un nuevo cesarismo, que tomó las formas de su dominación al despotismo oriental, se levantó en el "trono de Pedro". La evolución había terminado. De la doctrina de un movimiento originariamente revolucionario se había hecho un instrumento para la dominación y esclavización de las masas.

* * *

Y de nuevo se repitieron los mismos fenómenos en aquel movimiento que abarcó toda Europa, que concluyó exteriormente con la victoria de la llamada Reforma, pero que en realidad fué algo más que una sublevación contra las excrecencias de la iglesia romana, como quisieron hacer creer a menudo historiadores contentadizos.

Tampoco en este caso se puede hablar de un movimiento unitario, sino de una ola entera de movimientos que surgieron de las masas y aparecieron en los más diversos países, sin tener más que una cosa de común: que se rebelaban contra la autoridad de la iglesia y fueron perseguidos por ésta del modo más cruel.

Como el cristianismo pre-eclesiástico soldó a los pobres y a los oprimidos en la lucha contra el cesarismo del imperio romano, así soldó este nuevo movimiento las masas esclavizadas y dolientes en la lucha contra el ce sarismo de la iglesia romana. Y como el primero, también este movimiento tuvo un carácter declaradamente internacional y no se limitó a determinadas fronteras nacionales.

No hay que interpretar aquel movimiento simplemente como una contienda de diversas tendencias teológicas, que sólo fué uno de sus fenómenos inevitables. No, lo que aquí ardió del seno de las masas y puso a éstas en movimiento, era algo distinto. Fué el deseo de un reino próximo de la redención; la sublevación contra el poder temporal y eclesiástico, fué la voluntad que llegó aquí a convicción y repudió toda autoridad que tratase de restringir el pensamiento libre, apoyándose en supuestos privilegios.

Ese movimiento existía mucho antes de que fuesen quemados Hus y Jerónimo, antes de que el monje agustino de Wittenberg clavase sus tesis en la puerta de la catedral, a lo que después se atribuyó una importancia que nunca tuvo, y cuyo pobre contenido había sido superado con mucho por los combatientes de aquel período.

Nació del mismo espíritu que inspiró una vez a las comunidades cristianas, que despertó a nueva vida en los gnósticos y maniqueos de los primeros siglos, que hizo arder en llamas devoradoras la insurrección de los armenios en el siglo octavo y que actuó después en innumerables sectas heréticas y en movimientos revolucionarios. Fué el espíritu que dió nacimiento a la creencia en el reino milenario de Cristo, la creencia en el reinado milenario de la paz, de la libertad y de la posesión común, que predicaron Joaquín de Fiore y Amalrico de

derosos, asirios, babilonios, egipcios, que se hicieron odiar y que fueron después de su decadencia víctimas de venganzas crueles. Se encontrará un relato admirable de todo ésto en *El Hombre y la Tierra* por Elíseo Reclús (6 vol.; trad. por A. Lorenzo), pero publicado en texto francés desde 1905 a 1908, ese libro no puede contener las investigaciones hechas en estos últimos veinte años. Sin embargo, pondrá al lector abundantemente al corriente de la vida de los pueblos en ese vasto y antiguo medio de Asia occidental, ese gran foco en que el pueblo de Palestina no forma más que un pequeño islote y la composición de la Biblia un incidente. El que quiera conocer los resultados adquiridos desde 1905, consultará, por ejemplo, una gran obra en curso de publicación: *The Cambridge Ancient History* (Cambridge University Press), cuyos primeros tres volúmenes han aparecido. Este libro trata paralelamente la historia de todos los pueblos conocidos hasta un cierto período. Se encontrarán allí, pues, las más antiguas civilizaciones y aglomeraciones políticas descriptas y se conocerá *la fecha y el ambiente* en que aparecieron las primeras manifestaciones del pueblo que ha producido la Biblia.

Se verá entonces en qué grado la Biblia es un libro egocéntrico, el producto refinado de una tendencia que se da por centro del universo, mientras que en el verdadero ambiente asiático esas pretensiones palidecen y se desvanecen. La Biblia es precisamente un libro tendencioso para inspirar el nacionalismo de un pueblo decaído e impotente: entanto que ese pueblo fué poderoso, trató de dominar, aplastó a sus vecinos y acabó por caer él mismo (la cautividad por Nabucodonozor, el rey de Babilonia). Al regreso de esa deportación colectiva, los nacionalistas extremos emprendieron la obra de reunir una cantidad de materiales flotantes y les imprimieron con una voluntad férrea y una consecuencia enorme esa uniformidad que conocemos, ese régimen feroz de Jehovah y esa sed de venganza que se concentran en la espera de un vengador y de un libertador, el Mesías.

Sobre esta base fanática se proclamaron diversos Mesías de tanto en tanto, y una secta de las más fanáticas, la de los galileos sobre todo, ha debido hacer el año 33 un movimiento considerado prematuro o socialmente peligroso para la masa de los judíos moderados o convertidos en burgueses conservadores: ese movimiento fué aplastado y hubo ejecuciones, la de Jesucristo o un jefe propagandista y orador muy conocido a quien se llama con ese nombre, entre otros, y hubo una dispersión de esos rebeldes, que otros, Saúl, llamándose Pablo, etc. organizaron y que han sabido difundirse por todas partes — como en todas partes y en todos los tiempos las ideas y movimientos se han difundido por las proscripciones y el destierro. Entre esos hombres ha debido haber cabezas muy fuertes que han sabido borrar el carácter local judío, proletario, de esa propaganda y hacerla aceptable a los judíos helenizados, a los griegos y romanos igualmente. Allí después de las guerras de los esclavos, después de la muerte de Spartaco, los esclavos y los pobres estaban deshechos, abatidos como fuerza rebelde, y sin embargo aspirantes a una emancipación, han debido ser en parte muy accesibles a las doctrinas de esos cristianos, sin duda no eran todos tolstoyanizantes sino que juzgaban prudente esparcir primero tales ideas y organizar a los pobres. Pero han sobrepasado tal vez su propósito: su moderantismo les llevó tantos verdaderos moderados que la parte moderada predominó, estableció la jerarquía, luego los dogmas, los concilios y en cuantos pudo la soberanía espiritual de los obispos, la alianza con el Estado, el papado, la inquisición y la hoguera. En el curso de esta evolución se hizo desaparecer los testimonios del origen revolucionario de ese movimiento, de sus tendencias iniciales, se remanejó toda su historia — exactamente como los judíos del tiempo, se dice, de Esdra, al redactar el Viejo Testamento remanejaron textos y tradiciones en su objetivo único de alta profesión nacionalista y grito de venganza.

Si tales han sido aproximadamente las condiciones en que han sido redactados los dos grupos de textos, el Viejo y el Nuevo Testamento, puede figurarse su contenido y su tendencia. Las partes históricas están al nivel de las glorificaciones patrióticas que sirven de manual en cada país diferente y que hacen de cada país un pequeño o un grande centro del universo, una patria siempre noble, victoriosa, gloriosa y generosa. Es evidente que los redactores tardíos de la historia israelita, que trabajaron sobre relatos y tradiciones patrióticas y despreciaron, sino ignoraron, lo que los historiadores (sin duda, igualmente tendenciosos) de los pueblos vecinos y adversarios tenían que decir, no han podido presentar más que relatos unilaterales, incompletos, carentes de toda buena voluntad de presentar un cuadro serio de los historiadores griegos y romanos: la historia antigua tendría otro aspecto si se hubiese dejado sobrevivir un *solo* libro escrito por uno de los pueblos conquistados y sometidos. Por sí sola la Biblia no tiene, pues, ningún valor histórico, todos sus testimonios son sospechosos y no es más que gracias a esa gran obra modernísima, las excavaciones, las inscripciones, el estudio comparativo de todo lo que reposa en los manuscritos griegos y romanos, que fué salvado por la erudición bizantina y por los escribas en los conventos, como arena en Egipto, en el Asia Central misma, etc. — no es más que con ayuda de todo eso que se puede ahora interpretar a menudo correctamente los textos bíblicos — y recíprocamente esos textos pueden servir para interpretar y completar los otros testimonios. En cuanto a la parte *mitológica* de la Biblia, cosmogonía, diluvio, etc., todo eso es una repercusión, una adaptación de creencias y tradiciones comunes de los pueblos asiáticos de entonces, que remontan — como he esbozado ya — siempre más en el pasado, a los tiempos primitivos, sin historia conservada, cuando las tradiciones semiborradas fueron adaptadas siempre a los nuevos héroes y mal comprendidas, desviadas, modificadas en el curso de esas operaciones. Todo eso ha permanecido *folklore* flotante, encontrándose en todas partes y conservado aquí en una versión antigua, allá en versión corrompida, con origen aquí en un país montañoso, allá en las grandes llanuras, etc. Nada, absoltuamente nada indica que las versiones israelitas estén mejor conservadas que las versiones asirias, egipcias y otras. Hay en la biblia ciertos textos escritos con talento, por autores y poetas individuales, pero eso no es una especialidad de la Biblia; también existen magníficas obras de otros pueblos. ¿Qué hay aún en el Viejo Testamento? Evidentemente, el *monoteísmo*, el dios único, del que se hace tanto caso. Esa idea que se vanagloria tanto y que se dice superior al politeísmo natural y a menudo encantador de los griegos, en que cada fuente límpida, cada bello árbol ocultaba una hermosa ninfa y driada, recordando sus amores y sus dolores, uniendo así el hombre a la naturaleza — esa idea monoteísta no se deriva tanto de la reflexión filosófica como de un sentimiento nacionalista feroz, implacable. Este sentimiento que, invocando un Mesías vengador, invocaba en realidad un *dictador*, concentró todo el poder en el *dictador celeste*, Jehovah, dios, que fué así dibujado para preparar las mentalidades para la futura dictadura del vengador nacional. Ese dios es el bolchevista y el fascista en perspectiva, a quien el pueblo debía sacrificarlo todo, someterse absolutamente para que lo salvase con su mano de hierro, por la lucha feroz contra los pueblos vecinos, restableciendo una hegemonía local perdida. En el Nuevo Testamento esas tendencias están veladas: existía entonces la dictadura omnipotente de la Roma antigua y la secta cristiana profesaba al principio algunos sentimientos vagamente internacionales (desmentidos por los demás, por ciertas palabras atribuídas a Jesucristo mismo), pero contenía también la ambición dictatorial que creó pronto la jerarquía y la santa iglesia cristiana que domina a los pueblos espiritualmente y se da la misión de extirpar a los no creyentes, heréticos y paganos: ha conseguido que mucho poder de la Roma decaída como imperio se perpetuase en ella y en sus bifurcaciones supuestamente reformadas hasta estos días, que florecen en el "fundamentalismo" protestante, tanto como en el jesuitismo católico.

Ese *monoteísmo* ha sido, naturalmente, el sostén moral de la tiranía a través de los siglos: *un* dios, *un* rey...; ha obstruído la ciencia durante muchos siglos, puesto que, si dios lo había creado todo y regulaba la vida de cada organismo, la investigación se volvía inútil y hasta una curiosidad mal vista por dios.

Por lo demás, los cristianos han disuelto desde hace mucho tiempo el monoteísmo, separándose en centenares de sectas, está el dios del papa, el dios de John Wesley, el dios de Lutero, el dios de Calvino, el dios de los baptistas, el dios de los Plymouth Brethren, centenares de dioses con otros tantos matices de Jesucristo y del espíritu santo: el politeísmo arrojado por la puerta vuelve a entrar así por la ventana.

El que sea seducido aún por los preceptos de buena conducta, las prescripciones morales, etc., que se encuentran en la Biblia, haría bien en ojear, por ejemplo, los numerosos volúmenes de *Sacred Books of the East* (Oxford, Libros sagrados del oriente) y otros numerosos libros y preceptos religiosos de docenas y de centenares de pueblos de todos los continentes; se encontrará allí un semejante fondo moral común, que, por lo demás, entra raramente en la práctica personal de los creyentes — amad vuestros enemigos como a vosotros mismos — ¡ved en qué medida se practica ese precepto en nuestro mundo cristiano moderno!

He ahí los contornos del ambiente en que tuvo su origen la Biblia. Es preciso, pues, darse cuenta de lo que existía antes de ella y de todas las condiciones de redacción, transmisión y modificaciones e interpretaciones futuras de esos textos, que no adquirieron importancia *en su verdadera época de origen*, sino posteriormente, pues constituyen el libro más reaccionario que existió, y pudo servir mejor que nada — y sirve aún — para someter a la humanidad intelectualmente. Contiene absolutamente todo lo que queremos destruir y reemplazar por la libertad, la dicha, la luz y la alegría de vivir.

Esas son mis observaciones, muy fragmentarias, sobre los ocho puntos de la encuesta que hallarán, espero, un tratamiento más amplio en muchos bellos trabajos de los camaradas.

18 de junio, 1926.

Bena, que movió las lenguas de los Hermanos del espíritu libre y circuló como un fluído clandestino por todos los movimientos heréticos y revolucionarios de la edad media.

Fué el espíritu que revivió en los bogomilas de Bulgaria y de Bosnia, que animó a los cataros de Italia, Francia y España y les impulsó a la lucha contra la injusticia milenaria. Fué el espíritu que tuvo mil nombres y sin embargo fué una misma cosa. Cuyos portadores fueron denominados en Francia valdenses y albigenses, en Italia humiliatos y hermanos de los apóstoles, en Flandes beguinos y behardes, en Holanda y en Suiza anabaptistas, en Inglaterra lollardas; que vivió en Alemania en los "hermanos de la vida común" y en cien otras sectas, que dió a los taboritas de Bohemia fuerzas sobrehumanas en sus largas y sangrientas luchas contra el emperador y la iglesia y que llevó a los Hermanos moravos y a los partidarios de P. Chelcicky a rechazar el Estado como obra de Satanás.

Fué el espíritu que inspiró a los exaltados de Zwickau su aliento vital, que forjó en el "Bundschuh" y en el Armen Konrad las fraternidades secretas de los campesinos del sur de Alemania, que penetró con fuego sagrado la figura gigante de Thomas Münzer.

Y como en un tiempo los Césares romanos hicieron asesinar en masa a los cristianos, así estrangularon por millares los príncipes y los Papas a los portadores de las nuevas doctrinas. Los inquisidores recorrieron el país herético y las hogueras no querían extinguirse más. Cruzadas enteras fueron organizadas contra los bogomilas y los albigenses. Millares fueron muertos, ciudades enteras incendiadas, pero ¿qué valió todo eso? Los supervivientes, que recorrieron los países como fugitivos, anudaron en todas partes nuevas relaciones y hallaron en las masas que debían doblegarse diariamente al yugo un buen campo para sus ideas.

Fué como si la tierra entera trasudara ideas rebeldes de todos sus poros. La sangre de los mártires, que fueron sin miedo a la muerte, fué como semilla sangrienta y avivó en el pueblo chispas amortiguadas de rebelión en llamas ardientes. Centenares de veces derrotado, el movimiento se volvió a levantar siempre con energía indomable de todos los baños de sangre que recibió. El espíritu había penetrado en las masas — nada pudieron entonces ni la rueda del verdugo ni el fuego de los inquisidores.

Hubo signos y milagros y se creyó con anhelo ardiente en la llegada del reino milenario. El respeto ante los poderosos de la tierra había desaparecido, e irrespetuosamente sonó la canción de lucha de los grupos de John Ball por las aldeas de Inglaterra:

"Cuando Adan araba y Eva tejía
¿dónde estaba el noble?"

El movimiento había crecido poco a poco hasta convertirse en un alud que amenazó el mundo viejo con su caída devastadora. Príncipes y nobles se vieron circundados por todas partes por fuerzas enemigas y la iglesia perdió una posición tras la otra.

Pero la fatalidad se acercó. Los pájaros carpinteros aparecieron en la superficie y exhortaron con gestos de importancia a la acción práctica. Lutero, Melanchthon, Calvino, etc., a quienes hoy se llama los grandes reformadores, compitieron contra los exaltados que soñaban con un reino milenario y habían despertado con sus discursos el entusiasmo en el corazón del pueblo. Se trató de apaciguar el entusiasmo con chorros de agua fría y dirigir el sentido del movimiento hacia el famoso cálculo, que debía obrar en él como el germen de la muerte.

Lutero, que había tronado un tiempo contra los barones y había llamado a los príncipes "los mayores locos y los niños más malos de la tierra", descubrió repentinamente su corazón práctico, pues el pájaro carpintero despertó en él, y se volvió con odiosidad colérica contra todos aquellos con quienes había marchado antes. Como todos los pájaros carpinteros, trató un tiempo de estar con ambas partes, pero, cuando la prueba debió darse con el ejemplo, se pasó precavidamente al partido de los amos y se rebajó a lacayo de los príncipes.

"¿Cambios? Ciertamente" — dijeron los pájaros carpinteros, "pero todo con medida y objetivo. Luchar en Roma contra las prostitutas de Babilonia, es voluntad de dios, pero rebelarse contra el poder de los príncipes y barones, es una iniciativa pecaminosa y no crea ningún partidario a la buena causa".

Y ellos conquistaron a la "buena causa" partidarios entre los príncipes, los barones y los ricos ciudadanos, para quienes el protestantismo fué un capítulo tan apropiado como en otro tiempo el cristianismo para Constantino el "Grande". Así se infundió en el poderoso movimiento el espíritu de la discordia y de la descomposición interna y se socavaron sus cimientos por la sabia iniciativa de los "prácticos".

Münzer sabía bien lo que hacía cuando arrojó a la cabeza del "Dr. Taimado de Wittenberg", como llamó a Lutero, palabras de furiosa rudeza.

AÑO V — BUENOS AIRES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1926 — N. 239

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA[NAL] ... PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

De la defensiva a la ofensiva

Hay siempre juventud y vida donde la capacidad de entusiasmarse y de emprender grandes obras se manifiesta de algún modo. La mera actitud crítica, negativista, acaba por cortar las alas del espíritu creador y por conformar la mentalidad a un pasivismo que mal condice a la larga con la riqueza de vida, de ideas, de aspiraciones y con el carácter creador y afirmador de nuevos valores que distinguen a la tendencia revolucionaria de las fuerzas de conservación.

Hemos vivido bastantes años de pura situación defensiva, contentándonos con la crítica pasiva a las instituciones imperantes, con los comentarios fáciles a los abusos del poder, pero no hemos lanzado con audacia una sola afirmación positiva contra las afirmaciones de la reacción que avanzó sin obstáculos serios, arrollándolo todo a su paso. Tanto como de debilidad física para la resistencia a las potencias del pasado desencadenadas en esta hora, podríamos hablar de cobardía intelectual para hacer chocar nuestras soluciones con las soluciones adversas. ¿Cobardía o pobreza de pensamiento, quién podría decir cuál de esos factores ha predominado?

Nos parece, sin embargo, percibir la existencia de profundos deseos de lucha, de ataque, en la masa de los camaradas, debido a la convicción de la inepcia del criticismo sistemático, que deja hacer y no promueve iniciativas propias, lo que le permite después montar comodamente el asno de la impecabilidad.

La crítica negativa ejercida como sistema nos lleva a la pasividad y la pasividad es la derrota. Nosotros nos inclinamos gustosamente a fomentar la tendencia más o menos definida de que hablamos, a pasar de la defensa al ataque, de la defensiva a la ofensiva, en todos los terrenos, en el campo de la organización obrera y de las luchas cotidianas contra el capitalismo y el Estado, lo mismo que en el campo del pensamiento. Para eso, más que dedicarnos a señalar los errores de los políticos, los crímenes del Estado, las especulaciones del capitalismo, tenemos que dirigir el esfuerzo principal a la combatividad afirmativa, no defensiva. Si hasta aquí hemos esperado que ellos obrasen, reservándonos la cómoda tarea de combatir después sus actos, si en lo sucesivo queremos obrar nosotros, avanzar nosotros, lidiar nosotros, no es una nueva orientación la que proponemos con eso; todo se reduce, en última instancia, a sacudir el adormecimiento de las fuerzas revolucionarias para que vuelvan a moverse inspiradas por el optimismo inquebrantable de los que tienen fe en la justicia de su causa y no retroceden ante las dificultades, por grandes que sean o aparezcan.

Más que nunca, hay que afirmar con todo el vigor posible, que la solución definitiva a la crisis actual de la economía capitalista, no está en la sociedad presente, sino en la revolución social.

Y como tareas y reivindicaciones inmediatas, tenemos tantas y tan apremiantes, tan urgentes, que con un poco de esfuerzo, lograremos hacernos oír de las grandes masas.

Se están gestando nuevas guerras internacionales monstruosas — y somos los anarquistas los únicos dispuestos a encarar consecuentemente la resistencia a la guerra y al militarismo.

La ola de las dictaduras está barriendo las mentiras de la democracia y revelando que la persistencia del Estado sin el despotismo es una contradicción —y solamente los anarquistas comprendemos eso y tenemos la posibilidad de combatir, con el mismo argumento, la dictadura y el liberalismo gubernativos.

Las usurpaciones imperialistas están hoy a la orden del día como antes de la catástrofe de 1914 — y no hay más que los anarquistas frente a todos los imperialismos, el de la nación propia, como el de la nación que está al otro lado de la frontera, el de los países republicanos y el de los países gobernados en nombre del proletariado.

La explotación de los trabajadores no ha sido nunca más inhumana, pues hasta la "ciencia" ha sido puesta a contribución para extraer del trabajador el máximo de rendimiento, como se hace con una máquina cualquiera — y nadie más que los anarquistas estamos libres de compromisos con la sociedad actual del privilegio económico y político, y podemos propiciar medidas inspiradas por los intereses del proletariado y de la revolución...

No terminaríamos de enumerar los imperativos de esta hora que nos impulsan a salir del pasivismo en que nos encontramos. Aunque no fuera más que por un cálculo egoísta, viendo que de la vanguardia revolucionaria de otros tiempos, no ha quedado más que el anarquismo en su puesto de lucha, deberíamos sacar fuerzas de flaquezas, para reivindicar con orgullo nuestra posición y mostrar de la mano de los hechos de cada día, la exactitud de nuestro camino, el fundamento de nuestros postulados antiestatistas e igualiarios.

Y todo se hará al pasar de la defensiva a la ofensiva, de la crítica a la afirmación, de la pasividad al activismo.

Un exponente del nuevo espíritu que comienza a manifestarse ha sido la ampliación de LA PROTESTA, en el preciso momento que las demás corrientes en el seno del proletariado atraviesan por la crisis más honda.

Hemos vivido varios años de cansancio, de pausa voluntaria o forzosa en el campo de las actividades proselitistas y todo el movimiento obrero y anarquista del país entró en decadencia, desorganizándose, desalentándose, pese a los subversivismos de fuego de paja y a las frases vacías de los agentes del gobierno ruso, que pretendieron aprovecharse de nuestro cansancio o de nuestra apatía.

Con la reanimación del movimiento afín a nuestras publicaciones se inaugurará un nuevo período de propaganda internacional, porque así como la reacción ha tratado de buscar siempre su difusión y la cooperación internacionales, así nuestro esfuerzo, para afirmarse y dar los frutos deseados, tendrá que apoyarse en una resurrección de las fuerzas libertarias del mundo. Y esa resurrección no se hará esperar.



PRIMAVERA

Sumario de este número

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.[illegible] — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

MAX NETTLAU

Nuevas investigaciones rusas sobre la vida de M. Bakunin

I

Estos últimos años, tan ricos en desenvolvimientos funestos, han visto algunos progresos en el estudio de la historia revolucionaria. Si los acontecimientos desde 1914 y la revolución rusa de 1917 han ocasionado la destrucción de muchos materiales históricos, en algunos países, sobre todo en Rusia, han abierto también los archivos secretos e hicieron accesibles documentos bastante recientes. En Alemania la nueva situación ha contribuído a hacer posible la publicación de la obra íntima de Ferdinand Lassalle (*Nachgelassene Briefe und Schriften*, 1920-25, seis grandes volúmenes reunidos por el Dr. Gustav Mayer); en Rusia se ha comenzado la edición completa, en ruso, de la obra de Marx y Engels, en 36 volúmenes, que será acompañada de una edición internacional de todos esos escritos, que presentará cada escrito en su lengua original, y existe en ese país un número absolutamente inabarcable de publicaciones históricas sobre las fases múltiples de la revolución rusa, a partir de sus orígenes lejanos en las grandes rebeliones campesinas de los siglos pasados, en la masonería y en las sociedades secretas de la segunda mitad del siglo XVIII, los decabristas, los rebeldes de diciembre de 1825, y así por el estilo — historia gloriosa de un número infinito de iniciativas, de esfuerzos y de sacrificios, que a causa de su diversidad acabaron por minar eficazmente el andamiaje autocrático, por hacerlo rodar — pero cuyos participantes no han soñado nunca que los frutos de su esfuerzo común serían acaparados, usurpados por un matiz único, lo mismo que los preparadores y combatientes de la revolución francesa no habían soñado nunca que su obra sería desviada en provecho único de Napoleón Bonaparte.

Pero dejemos esas consideraciones por esta vez; esperemos que la vista de la diversidad del esfuerzo revolucionario, por medio de esos trabajos históricos contribuya también a quebrantar el monopolio de los usurpadores, a hacer el vacío a su alrededor, a devolver a todas las fuerzas revolucionarias esa libertad de expansionarse, de realizarse, que el golpe de Estado de noviembre — fatal para las revoluciones, el brumario del año VIII, y la usurpación bolchevista de noviembre de 1917 — ha escamoteado.

Se ha fomentado siempre en Rusia la memoria de los esfuerzos antiautócratas. La vida pública no existía, pero había una gran literatura liberal y social, con alusiones transparentes, reuniones íntimas, correspondencia intensa, etc., todo eso al lado de la conspiración activa; una gran cantidad de memorias y los expedientes de los persecutores, policía y tribunales, retienen el detalle, y ya en pleno zarismo se abordaron los estudios de documentación seria sobre los esfuerzos de las generaciones pasadas. Los decabristas (1825), los hombres de 1830-40 y de 1840-50 (período de los Stankevitch, Belinski, Bakunin, Herzen) fueron ampliamente estudiados. Revistas tales como *Russkii Archiv* (Archivos rusos), *Russkaia Starina* (Antigüedad rusa), el *Mensajero histórico*, el *Pensamiento ruso*, etcétera, abundan en materiales sobre los orígenes liberales. Los orígenes revolucionarios, primero examinados en el destierro en los *Materiales para la historia del movimiento socialista revolucionario ruso*, de Lavroff (Ginebra, a partir de enero de 1893) y en el *Byloe* (El pasado), de V. Burtzeff (1900 a 1912), después del movimiento de octubre de 1905 en Rusia misma, en *Byloe*, de Petersburgo (1906-7), *Minuvshie Gody* (Los años del pasado), 1908, y otras revistas históricas, como *Golos minuvshago* (Voz del pasado), esos orígenes y esa historia revolucionaria son estudiados en nuestros días en muchas otras revistas y en numerosas publicaciones especiales, tales como un tercer *Byloe*, *Krasnyi Archiv*, *Petchat i Revolutsia*, *Archiv K. Marksa i F. Engelsa* (gran publicación, cuyo primer volumen contiene, entre otras cosas, la reunión de todos los materiales que se han podido encontrar aún sobre la fundación de la Internacional en 1864, estudio documentado, por D. Rjasanoff, de 84 grandes páginas bien nutridas', etc. Otros materiales son acumulados en las revistas antibolchevistas en el destierro, los *Archivos de la Revolución rusa*, Berlín, *Na tschuzoi storone* (En país extranjero), en Praga, etc. y en Siberia, como en las colecciones publicadas por los profesores de la Universidad de Irkutsk, etc. No conozco evidentemente más que fragmentos insignificantes de esa literatura, y todo lo que puedo hacer es tratar, con ayuda de algunos coestudiantes de ese mismo asunto, y de algunos camaradas, de permanecer, aunque sea poco, al corriente de lo que se publica sobre Bakunin.

Me es imposible, pues, hacer como hice en otro tiempo, en el British Museum: ojear masas de publicaciones rusas, para hallar algún detalle que se relacionara con Bakunin; pero conozco, al menos ciertos escritos, especialmente consagrados a él, cuyos autores habrían utilizado o reunido materiales más esparcidos, si fueron publicados tales. Debo concluir, pues, que no se hizo en una medida amplia, y que lo que yo conozco representa la parte principal de la colección hecha hasta aquí. Quisiera hablar un poco de esos resultados y luego reproducir dos fragmentos importantes de Bakunin, escritos en 1845 y 1854.

Naturalmente, primero se echó mano a los expedientes *Bakunin*, de los diversos archivos de la policía y de las administraciones gubernamentales, y no se ha dejado de hallar al primer golpe la llamada *Confesión* (Ispoved), de agosto de 1851, esa memoria sobre su pasado revolucionario, escrita por M. Bakunin, a solicitud de Nicolás I. No quiero referirme aquí a algunos pobres diablos, renegados, que quieren demostrar celo, y otros que han pretendido encontrar allí la bancarrota moral de Bakunin, o bien pruebas para catalogarle entre los autoritarios. Su noble tentativa no tuvo éxito, y un estudio más serio reemplazó las explosiones del fanatismo, de la ingenuidad y de la malevolencia. Los *Materiales para la biografía de Bakunin*, según los Archivos recogidos y presentados por V. Polonski (Moscú, 1923), presentan ahora la Confesión en su verdadero ambiente y un gran número de documentos sobre los procesos de Miguel Bakunin (1849 a 51), su vida en las fortalezas rusas (1851 a 1857), en Siberia (1857 a 1861) y su fuga (1861). Entretanto se publicaron también las cartas de Bakunin a Katkoff, documentos tan malevolentamente explotados contra él cuando no se les conocía — investigaciones sobre su vida en Siberia de acuerdo a los archivos locales (por Kubaloff, Irkutsk, 1923) — y partes que entrarán en el segundo volumen de los *Materiales*, de Polonski, que no apareció aún. Son documentos que se refieren a la residencia de Bakunin en Copenhague y en Stockholmo, en 1863.

Todo eso es Bakunin en manos de los gobiernos que reglamentan su vida de prisión y de deportación, que le espían cuando está libre y que hacen una investigación curiosa y sin consecuencia, durante años, sobre su fuga de siberia, cuando está lejos ya, sano y salvo. Es preciso que un preso hable cortésmente con sus carceleros, y Bakunin, que tendía a liberarse de las garras de esos bandidos y a hacer cosas más importantes, les hizo el homenaje de esa cortesía que le costaba bien poco. Es preciso conocer esas vicisitudes de su vida para darse cuenta del horror inmenso que le inspiró el sistema que le infligió esas vejaciones. Es interesante, también, ver en qué grado y por qué medios han podido o más bien han creído los gobiernos penetrar sus planes y sus ideas, pero es necesario guardarse de tomar a la letra todos esos documentos. Se tiene la impresión de que toda la papelería oficial no acierta a tocar la vida de un hombre que sabe lo que quiere y que marcha por su vía.

No se conoce aún más que una pequeña parte de los documentos de los procesos en Alemania y en Austria y de la defensa manuscrita de Bakunin (1849 a 1851); su publicación está en manos de un profesor alemán que, en tanto que yo sepa, no ha publicado aún su trabajo en preparación desde hace mucho tiempo.

Será interesante conocer aún lo que el gobierno ruso pudo saber sobre los años 1862 a 1874 de la vida militante de Bakunin; para eso, sobre todo, para el período a partir de 1865, los verdaderos materiales íntimos y la obra pública han establecido las fundaciones de su historia, y el espionaje, que le siguió de lejos, tendrá poco que referir de inédito. A veces existe el policía amateur; así, por ejemplo, cuando Bakunin hizo su viaje ultrasecreto en marzo de 1863 de Copenhague a Stockholmo deseoso de permanecer desconocido, porque más tarde habría quizá debido cruzar secretamente Alemania para llegar hasta los insurrectos polacos, — haciéndose pasar por un profesor procedente de Canadá, entró en conversación en el barco con el ministro del Brasil ante las cortes escandinavas, un señor Britto, que dudó de su identidad de canadiense, y Bakunin, fiándose de este diplomático, le reveló su personalidad y más tarde, en Stockolmo, le contó sus planes y sus impresiones.

Ese diplomático brasileño comunicó todo lo oído a sus colegas de Rusia y de Prusia y esa fué la fuente de las informaciones exactas trasmitidas por ellos al príncipe Gortschakoff y al conde Bismarck sobre la persona, los planes y las impresiones de Bakunin — como los documentos en los *Archivos rojos*, (*Krasny Archivo*), vol. VII nos muestra ahora.

Pasemos a los documentos íntimos, a las cartas y manuscritos de Bakunin mismo, escritos en plena libertad: allí, con una excepción quizá, una gran excepción — la colecta ha sido pequeña hasta aquí. No conozco nuevas colecciones de cartas, etc. Hay algunas publicaciones de este género hechas o ayudadas a hacer por mí mismo, pero no es inédito para mí. Se hicieron trabajos sobre Tkatchoff, el blanquista y sobre Netchaeff, inspirado primero por el movimiento secreto de Rusia del cual Tkatchoff fué una clavija importante, luego relativamente por Bakunin; no conozco el libro sobre Tkatchoff y los recuerdos de A. Uspenska, pero voy a examinar los libros de E. M. Kantor sobre Netchaeff y de Volkoff sobre Christo Boteff.

Todo el resto procede de los archivos de la familia de Bakunin, una reunión cronológica de las cartas de familia durante más de medio siglo, base del trabajo magnífico de A. Korniloff sobre los años de la juventud de Bakunin, publicadas en volumen en 1915, y también de las ediciones de las cartas cambiadas con Stankevitch y con Belinski publicadas poco antes de la guerra. Hace algunos años que se creían quemados esos archivos y todos esos materiales, de los cuales Korniloff no había publicado más que la parte concerniente hasta el verano de 1840. Felizmente no fué así, y ya en la revista "Byloe" comenzó, en 1923, a aparecer la continuación — después nueva interrupción. Mi alegría fué inmensa al recibir estos días, enviado por un desconocido, el volumen completo, *Gody stranstvii Michaila Bakunina* (Los años de viaje de Bakunin) por A. Korniloff (Petersburgo, 1925, 590 págs.), contiene la historia de Miguel Bakunin y de su familia hasta 1857. Acababa de terminar el tomo segundo de la biografía aún inédita de Bakunin que escribo de acuerdo a todos los nuevos materiales según la antigua biografía redactada en 1898-1900. Este volumen me hace insertar centenares de adiciones y de correcciones; sobre muchas cosas la luz se ha hecho ahora; para otras no, tampoco esos materiales dan la solución. Este libro abunda en materiales interesantes, pero no quisiera sacar aquí más que los dos documentos siguientes.

Se expresan algunas veces dudas sobre los orígenes antiguos de las ideas anarquistas de Bakunin, pensando que no llegó a esas ideas más que en 1864, después de haberse ocupado hasta entonces de cuestiones nacionales eslavas y antes de filosofía alemana. He refutado siempre esa concepción, aunque las pruebas escritas del carácter antiguo de sus ideas son muy raras. He aquí una que es notable. Se encuentra en una carta del 29 de marzo de 1845, París, a su hermano Paul en Rusia, el que estuvo con él en Ems y Dresde en 1841-42, y que entonces estaba próximo a él en ideas y le era personalmente querido. Pero las circunstancias hicieron cesar toda correspondencia de familia desde el verano de 1843 y por esa carta da Bakunin algunas explicaciones sobre su vida durante ese intervalo. Dice:

"*...soy el mismo, como antes — enemigo declarado de la realidad existente, sólo con esta diferencia, que he cesado de ser teórico, que he vencido en fin en mí la metafísica y la filosofía, y que me he arrojado enteramente, con toda mi alma, en el mundo práctico, el mundo del hecho real y de la vida real. Créeme, amigo, la vida es bella; ahora tengo pleno derecho a decir eso, porque he cesado largo tiempo de mirarla a través de las construcciones teóricas y a no conocerla más que en fantasía, porque he experimentado efectivamente muchas de sus amarguras, he sufrido mucho y he caído a menudo en la desesperación.*

(1) Yo amo, Pablo, yo amo apasionadamente; no sé si puedo ser amado como yo quisiera serlo, pero no desespero; — sé al menos que se tiene mucha simpatía hacia mí; — debo y quiero merecer el amor de aquella a quien amo, amándola religiosamente, es decir, activamente; — está sometida a la más terrible y a la más infame esclavitud; — y debo libertarla combatiendo a sus opresores y encendiendo en su corazón el sentimiento de su propia dignidad, — suscitando en ella el amor y la necesidad de la libertad, los instintos de la rebeldía y de la independencia, — recordándola a sí misma, el sentimiento de su fuerza y de sus derechos.

Amar es querer la libertad, la completa independencia de otro; — el primer acto del verdadero amor es la emancipación completa del objeto que se ama; — no se puede amar verdaderamente más que a un ser perfectamente libre, independiente, no sólo de todos los demás, sino aún y sobre todo de aquél de quien se es amado y a quien se ama.

He ahí mi profesión de fe política, social y religiosa, — he ahí el sentido íntimo, no sólo de mis actos y de mis tendencias políticas, — sino también, en tanto que puedo, el de mi existencia particular e individual; — porque el tiempo en que podrían ser reparados esos dos géneros de acción está muy lejos de nosotros; — ahora el hombre quiere la libertad en todas las acepciones y en todas las aplicaciones de esa palabra, o bien no la quiere de ningún modo. — Querer, al amar, la dependencia de aquel a quien se ama, es amar una cosa y no un ser humano, porque no se distingue el ser humano de la cosa más que por la libertad; y si el amor implicase también la dependencia, sería la cosa más peligrosa y la más infame del mundo, porque sería entonces una fuente inagotable de esclavitud y de embrutecimiento para la humanidad.

Todo lo que emancipa a los hombres, todo lo que, al hacerlos volver a sí mismos, suscita en ellos el principio de su vida propia, de una actividad original y realmente independiente, todo lo que les da la fuerza para ser ellos mismos — es verdad; — todo el resto es falso, liberticida, absurdo. — Emancipar al hombre, he ahí la única influencia legítima y bienhechora. Abajo todos los dogmas religiosos y filosóficos — no son más que mentiras; — la verdad no es una teoría sino un hecho, la vida misma, — es la comunidad de hombres libres e independientes, — es la santa unidad del amor que brota de las profundidades misteriosas e infinitas de la libertad individual..."

Es notorio que en esa época Bakunin fué socialista; si, penetrado de las ideas que acaban de leerse, su socialismo no fué un socialismo claramente anarquista, la anarquía misma de toda su vida, ¿qué se quiere que haya sido?

Cuenta en esa misma carta que prepara un folleto en francés: *Sobre el cristianismo o la filosofía y la sociedad actual*, en donde, según su carta del 1 de mayo, "se había esforzado por expresar sus más profundas convicciones". Esa es la primera noticia que tenemos sobre ese folleto que ha podido ser una forma nueva, más amplia, de un proyecto literario

1844, cuando escribió el 14 de octubre (París) a Reinbold Solger: "...trabajo muy asiduamente en una *Exposición y desenvolvimiento de las ideas de* Feuerbach — estudio también mucha economía política y soy comunista de todo corazón..." Todos sus manuscritos de esos años han desaparecido. Hay la posibilidad ínfima de que el folleto de 1845 haya sido impreso sin nombre de autor; lo que es probable es que, por falta de medios, o absorbido por otro trabajo, no lo haya hecho aparecer nunca.

Kornilof (pág. 288) no ha podido encontrar el nombre de la mujer amada por Bakunin y duda incluso de su existencia. Su nombre me es conocido desde hace años, pero lo hago público aquí por primera vez. Fué la señora Johanna Pescantini, probablemente apellidada Fen... (su madre llevaba ese nombre, ¿o se habría vuelto a casar?), una alemana del Báltico, de la ciudad de Riga. Bakunin habla mucho de ella en sus cartas escritas desde la fortaleza de Konigstein a Reichel y a la hermana de Reichel, amiga de la señora Pescantini, pero la llama solamente Johanna; Reichel me dijo en 1883 que fué una "alemana-rusa" y le hice otras preguntas. Pero supe pronto que la señora Pescantini, a quien Bakunin encontró en Dresde (1842) y en Nyon fué "alemana-rusa"; ignoraba su nombre de pila. Por fin el azar me hizo hojear en los muelles de París un volumen de poesías de 1843, donde encontré una poesía *inscripta* a la señora Pescantini e indicaciones de que el autor de las poesías y Federico Pescantini habían estado juntos en Riga, *etc.* Entonces me dirigí a la viuda de Reichel, que el 8 de febrero de 1905 confirmó mi sospecha y me dió noticias de la señora Johanna, muerta en 1856. Su matrimonio con F. Pescantini, refugiado italiano bastante conocido, fué desgraciado — esa es la "esclavitud" de que Bakunin quería libertarla, pero su lucha no ha debido tener consecuencias, porque esa mujer se refugió en la religión, se atrincheró en ella y, como se ha visto por su carta en ocasión de su prisión y de su situación desesperada en 1849-50, quería incitarle también a él a buscar un consuelo en la religión — lo que declinó con todas las consideraciones y una gran simpatía hacia ella, pero categóricamente. Desde 1846 no había tenido noticias suyas; de ese tiempo escribe el 16 de enero de 1850: "...no me fué fácil considerarla perdida para mí, pero lo hice porque ella lo quiso..." Cuando el 27 de diciembre de 1858, tres meses después de su matrimonio, escribe a Reichel desde Tomsk, Siberia, su carta, termina con estas palabras: "¡Pobre Johanna!" He ahí algunos rasgos discretos que quedan de ese amor de que estaba poseído perdidamente según la carta de 1845.

---

(1) *Desde este lugar hasta la terminación de la cita, Bakunin escribe en francés.*

E. LOPEZ ARANGO

EL IMPERIALISMO EN AMERICA

De la independencia política a la esclavitud económica

La tendencia imperialista de este siglo es una preocupación política, religiosa... Los imperios modernos prescinden de la idea homogénica que inspiró las conquistas militares de la antigüedad. El unitarismo político y religioso que impone una misma creencia, un mismo idioma y costumbres iguales a pueblos de cultural, ética y psicológicamente desemejantes, fué rechazado por los creadores de las grandes potencias dominantes. Inglaterra dió el ejemplo, limitando la soberanía de la metrópoli al dominio económico, garantizado por una ... colonial y por la vigilancia de su ... escuadra, dejando a los nativos de las colonias la tarea de vigilar el orden interno y defender y respetar los derechos consagrados.

Ese carácter peculiar del inglés, que disimula sus intereses con el manto de una hipócrita protección, fué posible conservar íntegro hasta ahora el imperio británico. La posición contraria ... españoles en América, ... la idea del imperialismo fué para ... más política y religiosa que económica, originando con ello los movimientos nacionalistas — la concepción ... de la independencia, patrimonio de la burguesía criolla —, qué pusieron ... a la corona con las nacionalidades formadas por la conquista y desarrolladas bajo el tutelaje de la metrópoli imperial.

El fenómeno histórico tiene todas las apariencias de una enorme contradicción ética y psicológica. Sin vínculos de idioma y de religión, las colonias inglesas, en Asia, África, América y ... separadas por enormes distancias, ... hasta poseedoras en cierto grado de una robusta personalidad nacional, ... la unidad del imperio. Identificadas por el lenguaje común y por las costumbres, las ex colonias españolas de América están separadas de ... por una enorme barrera de intereses y de prejuicios. Las causas de esa ... las hemos expuesto más arriba: el fruto de la tendencia a imponer la hegemonía política y religiosa de ... a las colonias, característica del tipo latino y más particularmente del español.

... que por esos rasgos distintivos ... España de América, las ... americanas llegaron a ser independientes. Políticamente, sí. ... mismo proceso se operó en Estados Unidos, que era una colonia inglesa, lo que al parecer contradice la tesis antes expuesta. Mas es necesario tener en cuenta este hecho: los norteamericanos trasladaron en cierto modo a este continente las preocupaciones económicas de Inglaterra, formaron un nuevo centro de dominación imperialista y se erigieron en metrópoli conquistadora.

La independencia de Estados Unidos no fué sólo política; posiblemente el proceso de la nacionalidad yanqui haya partido de una necesidad económica, como lo demuestra su propia estructura interestadual. En cambio, la América española se desintegró en nacionalidades, separadas por fronteras artificiosas que no podían responder a un fenómeno social lógico: a diferencias elementales de cultura o a particularismos raciales e idiomáticos.

En el imperio colonial español, particularmente en América, dominaron las preocupaciones religiosas y políticas. El prejuicio de raza no existió como elemento refractario para operar la conquista de estos pueblos. Los conquistadores, junto con la dominación política, crearon una especie de comunidad con los pueblos conquistados. Mientras trasplantaban en las colonias las preocupaciones de la realeza, de la aristocracia y del clero e imponían una dura ley de una monarquía absoluta a las poblaciones autóctonas, establecían su hogar sobre esos mismos prejuicios y contradecían el espíritu mismo de la conquista. ¿No tiene en ese fenómeno psicológico su explicación la existencia de una aristocracia criolla, mitad noble y mitad plebeya, fruto del cruce de los españoles con los indígenas, que fué la que promovió el movimiento de independencia y la que se aprovechó de la libertad política conquistada en perjuicio de los indios irredentos?

Sin que sea nuestro propósito defender los métodos de conquista y de colonización de los españoles en América — métodos de guerra sobre motivos puramente políticos y religiosos —, diremos que se ha perpetuado un error de apreciación sobre los alcances sociales que tuvo el imperialismo español. Mientras los conquistadores de la América española, al reducir a las poblaciones indígenas se mezclaban y convivían con ellas, limitándose a ejecutar el plan de catequización de los reyes católicos, los colonizadores ingleses trasplantaban en su zona de influencia el dominio efectivo — político, religioso y económico — de la metrópoli sin establecer ninguna clase de contacto con los nativos. De ahí que la independencia de los países indo-latinos haya sido el fruto del mestizaje y de preocupaciones puramente políticas, mientras que los Estados Unidos conquistaron su personalidad nacional independizándose económicamente de Inglaterra y creando a su vez un nuevo tipo imperialista en América.

Es ese imperialismo, típicamente yanqui, de origen británico, que en el propio solar tiene el orgullo de la raza y rinde culto a la sangre pura..., pero que fuera de sus límites geográficos prescinde de las preocupaciones raciales, idiomáticas y religiosas; es esa tendencia imperialista de estructura económica, apolítica, la que tiene subyugada a la burguesía criolla y la que impuso el dominio de Yanquilandia en la América española. ¿Qué valor tiene la independencia política de estas repúblicas desprendidas hace más de un siglo del imperio colonial español?

Políticamente sólo se ha independizado la burguesía patricia — de origen español —, facilitando ese proceso histórico el crecimiento de la casta burguesa, con el aporte de las inmigraciones europeas. El indígena no ganó nada con la libertad política: ni siquiera contribuyó a ese aporte de elementos para crear la clase privilegiada de la Nación, ya que la segunda conquista — la económica, operada por el capitalismo — redujo las perspectivas del indio, ser extraño para los criollos de la ciudad preocupados por una idea civilizadora más imperialista que la que inspiró la conquista de España.

Es sobre la base económica, por el dominio de una clase privilegiada, extranjera o de origen europeo, que el imperialismo capitalista afianzó su poder en América. En el juego brutal de los intereses, de la competencia industrial y comercial, de la explotación sin límites de las riquezas del suelo, las razas indígenas sacan la peor parte. En condiciones fisiológicas y éticas inferiores al obrero europeo o al criollo de raza blanca, los trabajadores autóctonos ofrecen el remanente más considerable de carne barata para las grandes explotaciones agrícolas, forestales, etc., que son las que mayor beneficio dejan a los capitalistas. Donde abundan los nativos y menor es el contacto de las poblaciones campesinas con la ciudad industrial y proletaria, mayor es la esclavitud y la miseria. ¿Qué hacen los gobiernos criollos para proteger al indio, políticamente libre desde hace más de un siglo? Dictan leyes protectoras y crean sociedades de protección... que sólo se preocupan de ensalzar a la raza en libros ramplones y en poesías épicas...

La independencia económica de los pueblos latinoamericanos no es un proceso social paralelo a la libertad política de la burguesía criolla. En cierto modo se operó un movimiento convergente, en el dominio de la política y de la economía, en las colonias inglesas del Norte. Por eso Estados Unidos, que es una nación de intereses materiales, desarrolla las corrientes nacionalistas más exageradas dentro de sus límites geográficos, y a la vez amplía su esfera de influencia en América mediante su poderoso e incontrarrestable imperialismo financiero.

Será necesario que pase aún mucho tiempo para que los parias americanos descubran el engaño de esa independencia política, tan invocada por la burguesía criolla, que soldó el eslabón de la cadena rota por la revolución del siglo pasado, imponiéndoles el yugo económico del capitalismo conquistador. Y esa obra de esclarecimiento sólo podremos realizarla los anarquistas, que no vivimos ilusionados por la conquistas de la democracia y que sabemos descubrir el fondo trágico del imperialismo que se disfraza con las palabras de orden de la burguesía hoy dominante: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Buenos Aires, septiembre de 1926.

EMMA GOLDMAN

Matrimonio y Amor

La noción popular acerca del matrimonio y del amor, es que deben ser sinónimos, que ambos nacen de los mismos motivos y llenan las mismas humanas necesidades. Como la mayoría de los dichos y creencias populares, éste no descansa en ningún hecho positivo y sí sólo en una superstición.

El matrimonio y el amor nada tienen de común; uno y otro están distantes, como los polos; en efecto, son completamente antagónicos. No hay duda que algunas uniones matrimoniales fueron efectuadas por amor; pero más bien se trata de escasas personas que pudieron conservarse incólumes ante el contacto de las convenciones. Hoy en día existen muchos hombres y mujeres para quienes el casarse no es más que una farsa, y solamente se someten a ella para pagar tributo a la opinión pública. De todos modos, si es verdad que algunos matrimonios se basan en el amor y que también este puede continuar después en la vida de los casados, sostengo que eso sucede a pesar de la institución del matrimonio.

Por otra parte, es enteramente falso que el amor sea el resultado de los matrimonios. En raras ocasiones se escucha el caso milagroso de una pareja que se enamora después de casada, y si se observa atentamente, se comprobará que casi siempre se reduce a avenirse buenamente a lo inevitable. A otras criaturas les unirá un afecto, surgido del trato diario, lo que está lejos de la espontaneidad, de la intensidad y de la belleza del amor, sin el cual la intimidad matrimonial de una mujer y un hombre no será más que una vida de degradación.

El matrimonio, por lo pronto, es un arreglo económico, un pacto de seguridad que difiere del *seguro de vida* de las compañías comerciales, por ser más esclavizador, más tiránico. Lo que devenga, es completamente insignificante con lo que se invistió. Tomando una póliza de seguros se paga por ella en dólares y en centavos, siempre con la libertad de cesar los pagos de las cuotas. Si, de cualquier modo, el premio de la mujer es un marido, ella lo paga con su nombre, con sus íntimos sentimientos, con su dignidad, su vida entera, y "hasta la muerte de una de las dos partes". Así, para ella, el *seguro* del matrimonio la condena a una vida de dependencia, al parasitismo a una completa inutilidad, tanto individual como social. El hombre, también, paga su juguete, pero su radio de acción es más amplio, el matrimonio no lo coarta tanto como a la mujer. Sentirá sus cadenas más bien por el lado económico.

De ahí que el *motto* que Dante aplicó a la entrada del Infierno, se aplica con igual propiedad al matrimonio: *Oh, voi che entrate, lasciate ogni speranza!*

El matrimonio es un ruidoso fracaso, esto ni el más estúpido lo negará. Basta echar una mirada a las estadísticas de los divorcios para comprender cuán amargo es este fracaso. No será suficiente ni siquiera el estereotipado argumento de los filisteos, escudado en la holgura y la elasticidad de las leyes del divorcio y del creciente relajamiento de las costumbres femeninas, para justificar este hecho: primero, cada doce matrimonio casi todos terminan en el divorcio; segundo, que desde 1870 los casos de divorcio han aumentado de 28 a 73 por mil habitantes; tercero, desde 1867 hasta hoy el adulterio como causa para divorciarse, aumentó el 270,8 por ciento; cuarto, el abandono del hogar aumentó en un 369,8 por ciento.

Añadida a estos números se puede citar una vasta documentación teatral o literaria, dilucidando el asunto. Robert Herrick, en *Together* (*Juntos*; Pinero en *Mid Channel* (*A mitad del camino*); Eugene Walter, en *Paid in Full*, y una

serie más de otros escritores que discuten la monotonía, la sordidez, lo inadecuado del matrimonio como factor de armonía y de comprensión entre los dos sexos.

El estudioso en cuestiones sociales no se contentará con estas superficiales excusas sobre este fenómeno. Querrá ahondar en la vida de los sexos para explicarse la causa por la cual resulta tan desastroso el matrimonio.

Edward Carpentier dice que detrás de un casamiento se halla la atmósfera vivida de los dos sexos; un ambiente condimentado de circunstancias tan diferentes una de la otra que el hombre y la mujer han de sentirse también extraños uno al otro. Separado por una valla de supersticiones, de costumbres y hábitos, el matrimonio no tiene el poder de desarrollar el conocimiento mutuo y el respeto del uno para el otro, sin lo cual toda unión de esta clase está sometida al fracaso, a la desavenencia continua.

Enrique Ibsen, el debelador de las convenciones sociales más vergonzosas, fué el primero que dijo la gran verdad. Nora abandona a su marido no, como algunos críticos estúpidos afirman, porque estaba hastiada de cargar con sus responsabilidades, sino porque llega a comprender que durante ocho años vivió con un extraño con quien fué obligado a tener hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradado que la intimidad carnal de toda una vida entre dos extraños? No es necesario que la mujer sepa nada del marido, salvo su renta, su salario, mensual o anual. Y de la mujer ¿qué tendrá que conocerse, sino que posea una simpática y placentera apariencia? Todavía la generalidad no se ha zafado del teológico mito de que la mujer no tiene alma, y es sólo un apéndice, hecho de una costilla, justamente para la conveniencia del caballero que, siendo tan fuerte, tuvo miedo de su propia sombra.

La pobreza del material de que habría surgido la mujer, quizá ha de ser responsable por su manifiesta inferioridad. Y en todo caso, si no tiene alma ¿qué se ha intentado buscar y sondear en ella? Además, cuanto menos alma, cuanto menos espíritu posea, más grande será su probabilidad de formar una esposa modelo, y así también será absorbida más pronto por la individualidad del marido. Es por la dócil y esclavizadora aquiescencia a la superioridad del hombre que la institución del matrimonio ha quedado, al parecer, intacta por tan largo tiempo. Ahora que la mujer vuelve por los fueros de su dignidad e intenta ponerse fuera de la gracia y merced de su dueño, la sagrada ciudadela del matrimonio va siendo minada gradualmente, y ninguna lamentación sentimental ha de salvarla de su definitivo derrumbe.

Desde la infancia casi hasta la mayoría de edad de las muchachas, se les dice que el casamiento es la única finalidad de su vida; y la educación que se les prodiga se dirige a ello. Lo mismo que a la bestia muda, que se engorda para el matadero, a ella se le prepara para el sacrificio de su vida. Y es curioso, y asombra constatarlo, que se le permite instruirse en todo menos acerca de las funciones de esposa y madre; esto que necesita ordinariamente el artesano para poder aprender su oficio, es indecente y sucio para una muchacha de respetabilidad el enterarse de las relaciones maritales. Entonces, por la apariencia de lo respetable, la institución del casamiento convierte lo que antes era sucio en la más pura y sagrada relación consanguínea, que nadie se atreverá a censurar. Continúa todavía siendo exacta esta actitud de los hogares frente a las bodas y casamientos de la supuesta esposa y madre, y es mantenida en completa ignorancia de lo que será su capital enseñanza en la lucha de los sexos. Luego, al comenzar la convivencia matrimonial con el hombre, se hallará a sí misma, repentina y hondamente desazonada, repelida y ultrajada más allá de los límites por ella supuestos en el natural y más sano instinto: el sexo. Se puede afirmar, sin temor a un desmentido, que el mayor porcentaje de casos de desdichas, de desastres y de padecimientos físicos en el matrimonio, se debe a esa criminal ignorancia en cuestiones sexuales, que se ha exaltado como una grandísima virtud. Tampoco será exagerado que diga que mucho más de un hogar ha sido deshecho por causas tan deplorables.

—

Si por cualquiera circunstancia, la mujer se sintiera capaz de libertarse de ciertos pequeños prejuicios y fuera lo bastante arriesgada para desflorar los misterios del sexo sin la sanción del Estado y de la Iglesia, se vería condenada a permanecer un instrumento inservible para casarse con un hombre *bueno y honesto*, aun cuando tan bellas prendas personales consistan en tener una cabeza vacía y una bolsa llena de dinero. ¿Puede haber algo más repugnante que esta idea de que una mujer, crecida ya, sana, llena de vida y de pasión, se halle obligada a rechazar las exigencias imperiosas de su naturaleza, a tener que sofocar sus más intensos anhelos, yendo en desmedro de su salud, quebrantando su espíritu, absteniéndose de la profunda gloria del sexo, hasta el día que un *buen* hombre venga y la solicite para que sea su esposa? Y este es uno de los apectos más significativos del matrimonio. ¿Cómo no ha de ser forzosamente un fracaso semejante transacción. En consecuencia, ese es uno de los factores, no poco importante, que diferencia el matrimonio del amor.

Nuestra época es muy positiva, muy práctica. El tiempo en que Romeo y Julieta rompían el pacto de enemistad entre sus padres, por su incontenible pasión, cuando Gretchen se ofreció en holocausto a la maledicencia del vecindario por amor, están un poco lejos. Si, en raras ocasiones la juventud se permite el lujo de ser romántica, los parientes adultos o ancianos tendrán buen cuidado de hacerle marcar el paso y acosaría de tal manera que la convertirán en gente muy sensata.

¿Acaso la lección moral que se le inculca a las muchachas, es para que se basen en el amor que el hombre despertará en ellas, o más bien para que se le pregunte cuanto posee y tiene? Lo importante y el único dios de la utilitaria vida americana es: ¿Podrá este hombre ganar para vivir? ¿Podrá mantener a una mujer. Es lo que justifica solamente los casamientos. Gradualmente este concepto satura los pensamientos de las muchachas, quienes no soñarán con claros de lunas, ni con besos, risas y llantos; sino con las giras de compras por las tiendas, con vestidos, sombreros y el regateo inherente a todas estas operaciones. Esta pobreza de espíritu y la sordidez, son elementos substanciales a la institución del matrimonio. El Estado y la Iglesia no aprueban otros ideales más que estos, porque necesitan que se hallen bajo su control los hombres y las mujeres.

Es dudoso que existan aquí quienes consideran el amor por encima de los dólares y los centavos. Particularmente esta verdad se aplica a esa clase que por sus precarias condiciones económicas se ha visto forzada a vivir del trabajo de uno y otro. El notable cambio aportado en la posición de la mujer por ese poderoso factor, es verdaderamente asombroso cuando se reflexiona que hace muy poco tiempo que ella ingresó en el campo de las actividades industriales. Hay seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, robadas y a declararse en huelga; también a morirse de hambre. ¿Algo más, Señor mío? Sí, seis millones de trabajadoras asalariadas en cada tramo de la vida, desde el elevado trabajo cerebral hasta el más difícil y duro trabajo ma-





nual, en las minas y en las estaciones de ferrocarril; sí, también detectives y policemen. Seguramente su emancipación es ahora completa.

A pesar de todo, un número muy reducido del inmenso ejército de mujeres asalariadas mira el trabajo como un medio permanente de vida, lo mismo que el hombre. Nada importa a que grado de decrepitud llega este último; se le enseñó a ser independiente y tendrá que seguir así manteniéndose solo. ¡Oh, sé muy bien que nadie es realmente independiente en nuestro sistema económico! Pero asimismo al hombre más miserable le repugna ser un parásito; por lo menos, que se le considere como tal.

En cambio, la mujer considera su posición de trabajadora como algo transitorio, que dejará de lado en la primera oportunidad. Por eso, es infinitamente más difícil tratar de organizar a las mujeres que a los hombres. *¿Para qué he de entrar en una asociación? Me voy a casar y espero tener mi hogar.* ¿No se le enseñó a ella que siempre debería responder a esto, como a su último llamado? Muy pronto se aclimata a su hogar, aunque no sea más ancho que la celda de una cárcel, o los cuartuchos del taller o de la fábrica; posee puertas más sólidas y barrotes de hierro irrompibles. Tiene un guardián tan fiel que a él nada se le escapa. La parte más trágica de todo esto es que su situación de casada no la redime de la esclavitud del salario, y solo aumenta su faena.

Según las últimas estadísticas sometidas a un Comité acerca "del trabajo y los salarios y la congestión de la población", el diez por ciento de las trabajadoras asalariadas de Nueva York eran casadas, y debían trabajar por pagas irrisorias. Añádase a esto el peso de los quehaceres domésticos, ¿qué es lo que queda de la protección, de la gloria del hogar? Además, tampoco las jóvenes de las clases medias pueden jactarse de poseer un hogar, desde que es el hombre exclusivamente el que crea esa órbita doméstica, donde ella será solamente un satélite. Nada importa que el marido sea un bruto, o muy gentil. Lo que en definitiva quiero probar es que el matrimonio le asegura un hogar a la mujer, gracias al marido. Allí, ella se moverá años y años hasta que el aspecto de su vida y de sus relaciones con aquel se volverá chato, mezquino y aburrido como todo lo que la rodea. Escaso asombro causará si llega a ser chicanera, chismosa, regañona y tan insoportable que el hombre procurará quedarse en casa lo menos posible. Ella no puede irse, aunque lo quisiera; no tiene ninguna parte donde refugiarse. Se vuelve atolondrada, frívola o pesada, tímida en sus decisiones, cobarde en sus juicios; será un peso y un aburrimiento que muchos hombres llegarán a odiar y a despreciar. Una atmósfera de inspiraciones maravillosas ¿no es cierto?

Pero ¿el niño? ¿Cómo será protegido sino por el matrimonio? Después de todo ¿no es esto lo que más debe tenerse en cuenta? ¡La vergüenza y la hipocresía de todo ello! El casamiento protege a sus vástagos, y no obstante, miles de niños se hallan en la calle, sin pan ni techo. El matrimonio protege a sus pequeñuelos, y a pesar de todo, los orfelinatos rebosan de ellos, los reformatorios no tienen más sitios para alojarlos y las sociedades que tratan de prevenir los malos tratos contra la niñez no dan abasto rescatando a las pequeñas víctimas de las manos de padres *amorosos*, para colocarlas bajo la protección de sociedades de beneficencia. ¡Oh, el sarcasmo amargo de todo eso!

El casamiento podrá tener el poder de "conducir el caballo a la fuente de agua", pero jamás pudo obligarlo a beber. La ley hace arrestar al padre, le viste de penado; ¿remedió con ello el hambre de su hijo? Si el padre no tiene trabajo, o si esconde su identidad, ¿qué hará el matrimonio? Invoca la ley y lo lleva ante la justicia, la que lo pondrá bajo llave en la prisión; el trabajo que allí haga no irá a salvar de la miseria al niño, sino que pasará a las fauces del Estado. El pequeño heredará la maldita memoria de su padre, con el traje a rayas de penado.

Referente a la protección de la mujer, — es ahí en donde está la peor maldición del matrimonio. No es que no la proteja realmente; mas esta sola idea es asqueante, es tal ultraje e insulto a la vida, tan degradante para la dignidad humana, que esto bastaría para condenar para siempre jamás esta parasitaria institución.

Es como la patria potestad, — capitalismo. Le roba al hombre su derecho en cuanto nace, impide su crecimiento por todos los medios, envenena su cuerpo, lo mantiene en perfecta ignorancia, y en la más hórrida pobreza y servilismo; después sus instituciones de beneficencia y de caridad borran los últimos vestigios de dignidad en él.

La institución del matrimonio hace de la mujer un absoluto parásito, un ser que está sometido a otro ser. La incapacita para la lucha por la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación, y entonces le impone su graciosa protección, lo que no es nada más que una trampa, disfrazada de humanitarismo.

Si la maternidad es la suprema misión de la mujer, ¿qué otra protección necesitará si no amor y libertad? Y es lo contrario, el casamiento corrompe, desnaturaliza, violenta su alto rol en la vida. ¿No se le dice a la mujer: *¡solamente si me sigues a todas partes donde yo vaya, has de dar vida a tu seno!* ¿No es esto infamante, no la condena sin remisión, si por acaso se rehusa a comprar el derecho de maternidad vendiéndose en cuerpo y alma? No solamente el matrimonio no sanciona la maternidad, sino que ¿acaso no la hace concebir con odio y repugnancia? Y aun las veces que la maternidad elige libremente en el éxtasis del amor, en un impulso irrefrenable de pasión, ¿no coloca al pobre inocente una corona de espinas y con letras de sangre le graba en la frente el afrentoso epíteto de bastardo? Si el *casamiento* hubiese de contener todas las virtudes que se le adjudican gratuitamente, los crímenes que ha cometido contra la maternidad, lo excluiría de hecho del reinado del amor.

El amor, que es el más intenso y profundo elemento de la vida, el precursor de la esperanza, de la alegría y del éxtasis; el amor, que desafía impunemente todas las leyes humanas y divinas y las más aborrecibles convenciones; el amor, uno de los más poderosos modeladores de los destinos humanos, ¿cómo tal torrente de fuerza puede ser sinónimo del pobrecito Estado y del mojigato sacramento matrimonial, concedido por nuestra santa madre Iglesia?

¿Amor libre? Si hay algo en el mundo libre, es precisamente el amor. El hombre pudo comprar cerebros; pero con todos sus millones no consiguió el amor. El hombre subyugó los cuerpos, pero no logrará subyugar el amor. El hombre conquistó naciones enteras; pero sus ejércitos no pudieron conquistar un grano de amor. El hombre cargó de cadenas el espíritu, pero se encontró completamente inerme, indefenso ante el amor. Encaramado en el más alto trono, con todo su esplendor y su oro, su poder será omnímodo, pero basta que el amor pase a su lado para que lo suma en una profunda desolación. Y si en cambio visita una miserable choza, la convertirá en el más radiante paraíso, dándole el sentido de una nueva vida, más animada en ter-

ra y fantasía. El amor tiene la mágica virtud de convertir a un mendigo en un rey. Si el amor es libre; no puede existir en otra atmósfera. En plena libertad se entrega sin resrevas, abundante y totalmente. Todas las leyes, todos los códigos y todas las cortes judiciales del universo no podrán arrancarlo del suelo, una vez que haya echado raíces en él. ¿Cómo se quiere, entonces, si el suelo es estéril, que el matrimonio le haga dar frutos? Es parecida a la lucha desesperada de la muerte contra el raudo vuelo de la vida.

El amor no necesita protección; se basta a sí mismo. Tan pronto como el amor impregne la vida con su ardiente y perfumado aliento no habrá más criaturas desamparadas, ni los hambrientos, ni los sedientos de afectos. Se muy bien que esto es verdad. Conocí a una mujer que llegó a ser madre libremente con el hombre que amaba. Pocos niños en su cuna de oro fueron rodeados de más cariño, de más cuidados y devoción como los que es capaz de prodigar la libre maternidad.

Los defensores de la autoridad temen el advenimiento de la libre maternidad, que les ha de robar sus presas. ¿Quiénes irán a los campos de combate? ¿Quiénes han de crear el bienestar común? ¿Quién será policemen, carcelero, si la mujer se negara a dar a luz, y solo se aviniese a ello, no como a una función maquinal, sino con inteligencia y discernimiento? ¡La raza!, ¡la raza!, gritan el rey, los presidentes de las repúblicas, el capitalista y el cura. La raza ha de ser conservada y aumentada, aunque la mujer se convierta en una mera máquina; es que el matrimonio no es más que una válvula de escape contra el peligro del despertar del sexo femenino. Pero son vanos esos desesperados esfuerzos para conservar este estado de esclavitud. En vano, también, los edictos de la Iglesia, los vesánicos ataques de legisladores, en vano el arma de la ley. La mujer no necesita prestarse más a ser un medio de producción de una raza de seres enfermos, débiles, decrépitos, sin la fuerza ni el valor moral para sacudir el yugo de la pobreza y de la esclavitud. Por el contrario, ella quiere pocos hijos y mejores, vigorosos y sanos; concebidos en el amor y elegidos libremente; no por obligación e indistintamente, así como lo impone el matrimonio. Nuestros seudo moralistas tienen todavía que aprender lo que es la profunda responsabilidad contraída con el niño al nacer, que el amor libre despertó en la mujer. Más bien rechazará la gloria de la maternidad, que traer nuevos seres a la vida, a un ambiente que respira solamente destrucción y muerte. Y si llega a ser madre, es para otorgarlo todo, lo más grande que pueda darle de sí misma. Nacer y crecer con sus piqueñuelos, es su lema; comprende ella que es la única manera de construir una raza sana.

Ibsen tuvo la verdadera visión de cuál es la maternidad libre, cuando de maestra trazó la figura de Mrs. Alving en *Los Espectros*. Ello, representaba la madre ideal, porque supo ver bien los horrores del matrimonio, rompió sus cadenas y trató de liberar su espíritu de los prejuicios a precio de muchos sufrimientos hasta volverse en una personalidad fuerte y moralmente pura. Solamente que fué muy tarde para que ella salvara la única alegría de su vida, su hijo; pero ni tan tarde tampoco para llegar a comprender que el amor libre ha de ser la única condición a fin de que la vida fuese bella. Aquellas que, como la señora Alving pagaron con sangre y lágrimas el despertar de su espíritu, y que repudiaron el matrimonio como una imposición arbitraria, como una farsa y una mofa absurda. Ellas saben que donde el amor existe, sea por un breve espacio de tiempo o por una eternidad, allí está la fuerza creadora, la gran corriente de inspiración que echará las bases para una nueva raza y para un nuevo mundo.

En los tiempos presentes, de pigmea cultura espiritual, el amor es algo extraño a mucha gente. Falseado y huído, rara vez logra arraigarse en las almas; y cuando lo hace, muy pronto agoniza y desaparece. Sus delicadas fibras no pueden soportar la exasperada tensión del diario trajín. En su esencia, es tan complejo que no puede ajustarse a la estrecha medida de nuestra fábrica social. El amor gime y sufre con aquellos que lo necesitan, y asimismo le falta impulso para llegar a la cima.

Algún día y algunos hombres y mujeres surgirán para elevarse a los picos más altos, y allí se encontrarán grandes, fuertes y libres, prestos a recibir, a compartir en un abrazo los rayos de oro del amor. Qué fantasía, que imaginación, que genio poético podrá prever aún aproximadamente la tremenda potencia creadora que tendrá ese torrente de fuerzas en la existencia de las mujeres y los hombres. Si el mundo ha de dar nacimiento al verdadero compañerismo entre los humanos, la fraterna unión de ellos, — no el matrimonio, sino el amor sera su padre fecundo .

EDUARDO WECKERLE

HOMBRE Y MAQUINA

I

Grandes y maravillosas son las creaciones técnicas del espíritu humano. Todas las fuerzas naturales han sido domeñadas hoy. Sus efectos buenos y útiles han sido acrecentados de una manera insospechada, sus efectos malos y destructores han sido limitados, rotos o transformados completamente en creadores. Nunca pudo la humanidad vanagloriarse en su historia de tal triunfo; nunca dispuso un pueblo de tal instrumental para escapar a la carga del aseguramiento de su existencia material. Pero tampoco hubo jamás un pueblo cuyas creaciones culturales estuvieran en una contradición tan manifiesta con el estado de su técnica y de la ciencia, y que haya agregado tan poco a los monumentos imperecederos de la cultura de la humanidad como los pueblos civilizados del siglo XIX y del XX.

La explicacion de este fenómeno ha sido dada en las páginas anteriores. La técnica misma no tiene culpa. Es y sigue siendo la gran emancipadora de la humanidad de la coación de la naturaleza y todos pensamos con respeto y agradecimiento en los que cooperaron a su desenvolvimiento y acarrearon piedras para ese formidable edificio del espíritu humano. Es un caudal enorme el que nos han dejado y es una obra preciosa que continuan elaborando los laboriosos en la fábrica y el taller, en el laboratorio y el gabinete de investigador. No somos asaltadores de máquinas y no dirijimos nuestro anhelo hacia atrás, al pasado sin máquinas. Auscultamos con esperanza el porvenir y estamos encantados de cada nuevo progreso y de cada nueva victoria. Nuestro interior se ha extremecido cuando hombres valerosos atravesaron el océano por el aire y nos inclinamos respetuosamente ante todo el que añade nuevos peldaños a la gran escala que nos eleva por sobre las leyes de la naturaleza.

Pero a cada noticia de un nuevo progreso técnico nos invade siempre inquieto temor. La alegría inicial es obscurecida de inmediato por la incertidumbre del empleo que se hará de la nueva invención. Involuntariamente vemos tras ella los peritos industriales de un banco o el ingeniero comercial de una empresa, calculando cuantas fuerzas de trabajo vivientes pueden ahorrarse con la nueva máquina; vemos a los ministros de la guerra pesar la capacidad de empleo de la nueva invención como medio de lucha y de destrucción; vemos además los rostros temerosos de los trabajadores, cuyo empleo ulterior se vuelve inseguro; y temblorosamente preguntamos si lo que podría elevar más y más a la humanidad no le impulsa tanto más decididamente a su decadencia y a su ruina.

El pasado justifica mucho esas dudas. La humanidad espera aún las primeras grandes bendiciones de la obra milagrosa de la maquinaria por ella creada. Una excepción la constituye solo la técnica al servicio de la medicina, pero el círculo a que beneficia es sin embargo ínfimo. Además ¿qué valor tienen esos delicados instrumentos para la prolongacion y el aumento de la salubridad de la vida humana cuando la existencia terrestre para la mayoría no es más que una tortura?

También hay que pensar que la mayor parte de las enfermedades que martirizan hoy a los hombres, son precisamente el resultado del cambio de las condiciones de la vida por el maquinismo y en el mejor de los casos la técnica no cura más que heridas que ella misma inflinge diariamente.

Sin embargo no queremos hablar de eso. Los trabajadores, cuyo panorama vital en general no es más que un negro mar de casas cargadas de hollín y que en el más favorable de los casos sólo los domingos puede hacer irradiar en el corazón y el alma algo del cielo risueño, de los colores jugosos y de la alegre música de la naturaleza —, saben qué maldición es para su salud la ciudad fabril. Lo que ante todo queremos considerar es el efecto de las máquinas en el hombre interior, en su vida espiritual y moral, y ahí hay que constatar la modificación más formidable y transtornadora, que la máquina nos ha privado del reposo interior y ha acelarado nuestro ritmo vital a costa del contenido de la vida. Aquí está el verdadero contraste que distingue más palpablemente a los pueblos del oriente y a los del occidente, los pueblos de los modernos Estados industriales y los países coloniales y semi-coloniales.

Todo europeo observador que entra en contacto con pueblos primitivos y penetra en su modo de vida, hace regularmente de inmediato esa diferencia. Todos los informes de viajes lo advierten. Especialmente Livingstone hace hincapié repetidamente en ese hecho. Describe el Africa como "región bienaventurada donde el tiempo no tiene ningún valor y donde los hombres, cuando están cansados, se sientan y descansan". Los pueblos primitivos no viven para trabajar, trabajan para vivir No conocen el apresuramiento y la carrera; no han reducido sus días a la seca fórmula: el tiempo es oro.

Cuán distinto entre los civilizados. Entre ellos todo es cálculo. El sosiego y el silencio, de donde únicamente puede surgir lo grande, les son extraños. Está en tensión y en exicitación continuas. El engranaje férreo de que se ha vuelto servidor le arrastra involuntariamente consigo y le persigue hasta en el sueño. Todas sus manifestaciones vitales son dominadas por él. Como autómatas a quienes se ha dado cuerda corren los hombres por las calles de la gran ciudad. Las piernas no les llevan con bastante velocidad. Necesitan máquinas bajo los pies, máquinas que corren cada vez más.

Incluso en los momentos en que el hombre quiere elevarse por sobre el vapor y recordarse que él mismo no es más que un accesorio del maquinismo férreo y que la vida no debe consistir exclusivamente en la caza a la riqueza y al pan, es perseguido por el ritmo de la máquina. Es como si el ejército férreo sujetase violentamente a la tierra el espíritu y el corazón del hombre.

Contemplemos la pintura hoy típica y comparémosla con la pintura de tiempos anteriores. Cuán esmeradamente han reproducido los viejos todos los detalles. Qué increíble paciencia han puesto en la nimiedad más inaparente de sus cuadros. El pintor moderno no tiene ya tiempo para ello. Pinta sus cuadros con la escoba en lugar de hacerlo con el pincel. No siempre lo hace por libre voluntad. Es forzado a ello por el gusto. El hombre actual no tiene ya tiempo de percibir los detalles. Quiere abarcarlo todo de un vistazo.

Otro ejemplo: la ciudad moderna. ¡Cuán enormemente ha cambiado su aspecto! Una casa era antes una creación por sí misma. Cada cual conservaba en cierto modo una característica y llevaba un nombre propio, un proverbio original propio. Cuán encantadora y animadoramente obra todavía en nosotros un viejo Gracht amsterdamiano, donde cada casa tiene una forma especial del pináculo. También eso ha cambiado ya. A esos Grachten soñados se adhieren grandes bloques de casas que llenan calles enteras que guardan una línea recta. Eso no es una casualidad, y no explica tampoco únicamente por el hecho que pensamos hoy más en el objetivo que en los medios. La explicación es más bien ésta: el contacto continûo con el maquinismo veloz ha modificado completamente nuestra mirada. "El viaje continuo en coches eléctricos en automóviles, en motocicletas, el acto de subir, bajar y tomar precaución ha despertado en nosotros una representación de celeridad que permanece en nosotros aun cuando no viajamos. Esa representación produce, podría decirse, una mirada para el movimiento, una mirada para la amplitud, en una palabra, una nueva mirada que no tiene tiempo para el detalle. Lo que antes era para el ojo humano la visión de una casa, es hoy todo un frente de calle". (La influencia de las máquinas en la arquitectura, por el arquitecto Otto Glaw en Das Technische Blatt, suplemento ilustrado de la *Frankfurter Zeitung*, N.º 3, VII, Jahrg., 1925).

Estamos siempre en el círculo del ritmo maquinal. Bajo su influencia se modifica nuestra indumentaria, el mobiliario de la casa, en una palabra, todo lo que nos rodea diariamente y con lo que cotidianamente tenemos contacto. Hasta nuestro idioma cae víctima de esa influencia. No pensamos aquí en las terribles abreviaciones que surgen de la colocación serial de las letras o sílabas iniciales, como en aquel odioso estilo telegráfico que priva a la palabra escrita de su calor, en aquella falsificación comercial del idioma que encontró hoy su mayor acrecentamiento en el inglés, el idioma de Shakespeare. Y pensamos, además, en aquel lenguaje efímero y superficial del periodismo que nos tiraniza diariamente.

Todos estos extravíos han sido posibles porque los hombres en el curso del tiempo han traspasado a las máquinas todas las actividades y porque sus propios músculos y nervios están desmedrados. El hombre no crece ya con su obra. La conciencia de lo realmente creador fué sofocado en él sistemáticamente. Su vida es una mortal monotonía de la que no hay salvación posible. Es imposible que ese estado de cosas perdure sin que la humanidad se exponga al peligro de sucumbir en su "civilización". Las fuerzas que dormitan en los hombres y sus energías no se dejan dominar a la larga. Exigen un campo de acción. Sólo si comprendemos en su completa significación esa coacción férrea bajo la cual gimen las masas laboriosas, comprenderemos también un fenómeno que nos ha conmovido hace una década: la disposición de los millones de trabajadores para el servicio de la guerra. Sabemos qué poder tuvo la mentira en esos días de conmoción; no menospreciamos la fuerza de las leyes, pero todo eso no es una explicación acabada del olvido repentino de todo lo que habían martillado sus jefes en sus cerebros a través de las décadas: que las guerras no son más que empresas comerciales y que el asesinato — aunque lo santifiquen los gobiernos y las iglesias — es inmoral. No, aquí han actuado otros factores psicológicos, y nosotros no vacilamos en explicar una gran parte de la afluencia del proletariado al servicio de la guerra por la tendencia a quererse librar de la triste coacción cotidiana y a pagar esa liberación incluso con la muerte. No habría que perder de vista nunca esa conexión. Hay que saber que toda la propaganda contra la guerra tanteará sólo en la superficie mientras no consiga reconquistar al obrero su valor en el trabajo cotidiano.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de G. Biagiotti

A solicitud de un compañero que estimo y cuyo nombre reservo, accedo a lo solicitado, vertiendo mi modesta opinión con respecto a las interrogaciones de la encuesta de los compañeros del Grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohio.

No es posible responder a las ocho interrogaciones de la encuesta, con pretensiones de aportar una nueva exposición de conceptos o argumentos sobre los medios de lucha, instrucción, solidaridad, propósitos, fines y bondad del ideal. Hombres profundamente anárquicos, estudiosos y analíticos, han ampliamente concebido, expuesto y perfilado todas las fases que la encuesta abarca, pero el lento recordar de las víctimas del presente régimen, exige la eterna repetición, hasta conseguir trasformar el brutal egoísmo del hombre fiera, en dulce afecto y racional solidaridad.

Ante la desencadenada reacción y sanguínea crueldad que las burguesías y Estados del universo entero, llevan a cabo contra los divulgadores del humano ideal de la anarquía, obligando a sus adeptos a reconocer cuán imprescindible y necesario es estrechar los vínculos de una solidaridad internacional anárquica, como recurso obligado de defensa, ante los furores y maldad de los hombres que rigen y subyugan los destinos de los pueblos.

Por parte del anarquismo actual, un bello exponente de mutua solidaridad nos lo ofrece la mundial exteriorización de protesta contra el proceso incoado a los compañeros Sacco y Vanzetti, proclamando virilmente la evidente y comprobada inocencia de los mismos.

La Anarquía, como principio de organización de las sociedades, es en sí la antítesis de toda lucha egoísta y antirracional, es revolucionaria en sus medios conducentes, porque los cercenadores del derecho humano se oponen y resisten a la razón; pero es armónica y solidaria en su fin, porque tiende vuelo hacia la universal sociedad de paz y afecto, afianzada en el equilibrio económico y social de todos los hombres. Es de fundamentos humanos por esencia y de lucha por impuesta necesidad.

Siendo la Anarquía de fundamento racional y humano, no es de ningún modo proletaria, porque de ser proletaria, evidenciaría la existencia de clases y castas parasitarias y absorbentes, tal como existen en la tiránica y presente situación social.

La Anarquía sostiene sus propósitos de irreductible ideal, opuesto a toda explotación del hombre por el hombre; de ahí su justificada tendencia hacia el Comunismo Anárquico, que transformará la tierra y toda útil producción en patrimonio común y social, no haciendo lugar al hombre improductivo, sin ceñirlo por ello obligadamente a tal sociedad, pudiendo desvincularse de ella y determinar los designios de su propia independencia, siempre que con ello no afecte o lesione los intereses de la comunidad social, la que a su vez se abstendrá de dictaminar gravámenes o coerciones contra la independencia individual del hombre.

Respecto a la orientación de los niños, a fin de prepararlos para su propia emancipación, se ha dicho y reafirmado que la enseñanza primaria debe ser encauzada sobre las bases científicas y racionales; por científico entendemos toda verdad que no adolezca de engaños, sofismas y supersticiones; por racional conceptuamos inculcar en el hombre el sentimiento de amor y de afecto hacia sus semejantes.

Siendo las religiones y los Estados quienes auspician y dictaminan las bases de la enseñanza, en reconocimiento de un injusto privilegio, resulta nociva y opuesta a las fundamentales leyes naturales; de ahí la necesidad de que el anarquismo se disponga con siempre mayor ahinco a restarles fuerzas, implantando escuelas modernas racionalistas, en las que el niño reciba nociones cariñosas y destellos de luz vivificante, y no la aclimatación a seculares tradicionalismos y engaños, de atrofiamiento cerebral.

Factores insalvables determinan la imposibilidad de esa labor a satisfacción, más ese constante empeño debe seguir preocupando al anarquismo; esa deficiencia de escuelas, por carencia metálica, debe ser sustituida, en parte, por la propaganda individual, provocando en toda ocasión propicia conversaciones con la infancia, a fin de sacar provecho ilustrativo, ya sea en el hogar, calles, plazas o taller. La propaganda instructiva e ideológica no debe seleccionar medios, todos son eficaces si le guía el mismo fin.

La tendencia individualista en el movimiento obrero actual, es de contraproducentes resultados, dada la inconsecuencia en que incurren no pocos gladiadores del individualismo. Por otra parte, dicho individualismo no constituye en forma alguna una idea social científica; el individualismo sólo es la resultante de una distinta forma de interpretar el derecho individual.

De esas múltiples y distantes formas de interpretación, surge la intrincada disputa, que terminaría en funestos resultados en perjuicio de la lucha y del ideal, a no ser por el desapasionado y sensato criterio de la mayoría de los anarquistas, los cuales, con una plausible indiferencia, determinan el achatamiento y extinción de un individualismo injustificable.

Está científicamente reconocido que existe un derecho individual, que no debe ser violado, y que ese derecho, a su vez, no debe lesionar el derecho de otro; de esa homogeneidad de derechos e intereses, surge como innato el espíritu de asociación, lo cual nos permite reconocer que existe un derecho individual, mas no una adaptación determinada a la vida individualista; se podrá conceptuar individual el derecho y no individualista el medio de vida.

En cuanto a la "superioridad del individualismo", no es más que una infantil pretensión, o el solapado intríngulis, con el cual se pretende justificar (con buena o mala fe) el retraimiento y vacío que se hace ante el sacrificio de la lucha.

De la misma manera que un religioso apoya su creencia en falso, igualmente pueden existir individualistas que se consideren cabalgados en una teoría de pura verdad.

El valor de la tradición (si a la imperante se refiere la encuesta) es el de perpetuar el enigma de los grandes engaños, a fin de que no se derrumben los privilegios en que se afianza el trono del dominio, tiene el valor de la acción criminal legalizada, tácitamente rubricada con la sumisión e ignorancia de los pueblos.

La tradición no es más que la vegetación de las generaciones inhábiles para redimirse, almas acongojadas, carne de martirio, mentes atrofiadas y conciencias pervertidas, que no atinan a quebrantar las ligaduras de su esclavitud.

La tradición es la antítesis de la evolución, capaz de los grandes exterminios de vidas y derramamientos de sangre antes que ceder paso a la verdad y a la razón.

¿Cómo o en qué medida hemos de seguir la tradición?

Corresponde al anarquismo hacer frente a la presente tradición, con una irreconciliable lucha a muerte, hasta destruir cuantas ignominias coarten un derecho humano.

Considero que el anarquismo no sólo puede, sino que debe historiar el proceso histórico humano, en todas sus múltiples fases; el historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia es de capital importancia, a fin de demostrar el calibre de contradictorios absurdos en ella recopilados; ello no exime la real y suma importancia de que sea historiado el proceso histórico humano en general, para desmentir eficazmente el burdo adagio de "el mundo siempre fué así y siempre lo será".

Pues no se ignora que los ministros de todas las religiones y la burguesía mundial, esgrimen con frecuencia dicho adagio, cuando se ven en la necesidad de calmar la impaciencia o atenuar las dudas de alguna víctima, en tren de rebeldía o incredulidad hacia los fetiches que nos aprisionan y rigen.

La propaganda oral y escrita de la mayor parte de los anarquistas, salvo raras excepciones de destacados sociólogos, siempre se concretó a la reafirmación del descontento, a la necesidad de la rebeldía, a lo injusto del régimen, a la insaciabilidad de la explotación, a lo innecesario del militarismo, a lo funesto de las patrias, a los desastres de las guerras, a la falsedad de las religiones y a la necesidad de un cambio total del régimen presente.

El hombre se alejó de las leyes naturales, para engolfarse en las leyes artificiales, constituyentes del privilegio y afianzadoras del dominio.

La historia de los orígenes de la Biblia, hecha en forma oral y escrita, sería de eficacísimos resultados (sobre todo al aire libre), pues las conferencias de salón no son las de mayor eficacia; la concurrencia por lo general se compone de compañeros más o menos ya ilustrados del por qué de la lucha social.

Creo haber usado un lenguaje sumamente sencillo y claro; seamos propagadores del ataque al injusto régimen presente, pero seamos a la vez historiadores del proceso histórico humano en todos sus cambios demoledores y constituyentes, con lo cual lograremos desmenuzar el burdo adagio de referencia y debilitar los puntales de la tiranía imperante.

Respuesta de M. Buenacasa

IV

El enunciado de este tema entra de lleno en los problemas de la pedagogía.

Los que han lanzado la idea de la encuesta, a la cual concurrimos con estos modestos trabajos, no se han dado ciertamente cuenta de lo variados y complejos que son los temas de que consta el cuestionario.

Sería necesario que cada uno de los asuntos cuya discusión se interesa — importantes a cual más — fuese desarrollado por camaradas aptos y especializados en las cuestiones puestas a debate.

Así, por ejemplo, el tema con que encabezamos estas líneas habría de ser tratado por profesores de enseñanza o por hombres interesados más particularmente en las ciencias pedagógicas.

A ser sinceros, hemos de decir que nosotros sólo nos consideramos aptos para exponer algunos juicios sobre cuestiones de organización y orientación obrera, pues además de ser escasa nuestra inteligencia, nuestra cultura, demasiado deficiente aunque general, no nos permite lanzarnos al más insignificante de los ensayos para discutir materias tan delicadas como las que se nos proponen. A pesar de lo expuesto, como no podemos dejar de ser gentiles — virtud la de la gentileza que no es corriente en hombres de mayor cultura y suficiencia — vamos a opinar, dispuestos a rectificar nuestros juicios en cuanto un contrincante cualquiera nos demuestre el error en que podamos incurrir.

* * *

"¿Qué orientación debe darse a los niños para que ellos mismos labren su emancipación?"

¿Se trata de enseñar e instruir, o bien de orientar y educar?

¿Se pueden separar los problemas instructivos de los problemas educativos? He ahí la cuestión: educar, enseñar; instruir, orientar. Hay quien pretende que convendría desglosar el problema al efecto de simplificarlo. No vemos que se simplifique nada con ello. Lo interesante es que se instruya y se eduque alternativamente.

Cierto, como muchos han demostrado ya, que existen analfabetos en posesión de una educación exquisita o humana y racional, en tanto que hay hombres sapientísimos que son verdaderos brutos.

El ambiente influye tanto o más en la educación del niño que las enseñanzas del preceptor.

Es más: los ambientes que no sean una continuación del aula, mediatizarán y anularán — esto es muy frecuente — toda la obra de los educadores, sean éstos escolásticos o neutros.

Conocemos las diferentes escuelas que se disputan la hegemonía en la conquista de los cerebros infantiles. Por regla general, admitida por los hechos demostrados, de la escuela religiosa salen los sacerdotes del culto; de la escuela socialista surgen los modestos educadores de la masa popular en los núcleos de trabajadores; de las escuelas oficiales salen los maestros oficiales; de la escuela neutra provienen generalmente los adversarios de dogmas, etc., etc.

Mas no hay regla sin excepción. El que este trabajo escribe era fraile franciscano — profeso ya — a los diez y ocho años de edad. Hoy siente verdadera repulsión por todas las doctrinas religiosas y particularmente por la católica, que es la que más estudiara.

Conocemos alguien que ejerce las funciones de policía, a sueldo del Estado burgués, a pesar de haber concurrido en su infancia a las escuelas neutras y racionalistas.

¿Qué significa ésto?

Pues esto significa que el ambiente que se manifiesta fuera de la escuela, corrompe e inutiliza la obra de la escuela.

Es por tanto difícil, en grado sumo, conseguir que los niños labren su emancipación, por sí mismos, sea cual sea la orientación que se les pretenda inculcar a dicho efecto.

Por manera que el problema de la emancipación de la infancia no está en los medios a emplear para lograrla, sino en la imposibilidad de que esos medios puedan resultar verdaderamente eficaces.

No se crea, por lo dicho, que somos pe-

[...]mistas, todo lo contrario; pero nos debemos a la verdad y por ella nos manifestamos.

Interesa, pues, en primer término — y entramos ya en el terreno de las proposiciones — señalar que, en el presente, la base principal para insuflar una buena orientación educativa en los niños, es el hogar.

Es ésta la antesala de la escuela; en ella se puede pulimentar la personalidad moral de la infancia, a la vez que se la instruye, pero en aquél se dan los primeros y los últimos pasos hacia la finalidad perseguida. — Advirtamos que la educación de los niños debe conllevarse en sentido contrario a todos los dogmas, sin excepción.

Alguien nos dirá: "No perdáis de vista que hay padres cuya supina ignorancia corre pareja con la buena fe y que en tal caso la obra iniciada en el hogar, en el hogar será destruída; la influencia de la escuela resultará nula".

Esto quiere decir que, mal pueden educar bien a sus hijos los padres que carecen de buena educación y que por desgracia son los más.

Si pudiéramos conseguir que nuestro sistema fuese aceptado por cuantos colocan el culto a la razón y a la naturaleza por encima de los dogmas y de las creencias, se andaría mucho en el camino deseado; se trata de que cuando un padre ha llegado el momento de llevar a sus hijos a un centro de educación y de cultura, él mismo aceptase la idea de ser un discípulo más en la escuela. A la escuela deberían asistir conjuntamente padres e hijos, al efecto de igualar en lo posible las condiciones morales cuya perfección es siempre anhelada. Se podrían utilizar las horas del día que se consideran precisas a la enseñanza simple de cuanto el niño debe saber para triunfar en la vida; pero por las noches, una segunda "sesión", familiar, en la que se discutiese entre alumnos, padres y maestros, todo aquello que al libre desarrollo de la personalidad moral de los hombres se refiere, daría los mejores resultados. Entonces la escuela y el hogar casi serían una misma cosa; quedaría, no más, [...] cuidado de los padres la obligación de acompañar a sus hijos a las buenas diversiones y a los recreos en que la fortaleza física de los niños se desarrolla. La naturaleza ofrece para todos mil encantos distintos. Si los padres se cuidaran de hacer vivir a sus hijos en el amor de las cosas naturales, el vicio y la crápula serían para ellos motivo de odio y anatema.

Digamos con sinceridad que la mayoría de nuestros camaradas, que creen hacer mucho bueno en pro de sus hijos, hacen bien poco, ciertamente. Domina el prejuicio en los medios anarquistas tanto como en los medios burgueses. Hay quien mantiene como una gala el prejuicio de no haber bautizado un hijo, pero luego le abandona al ambiente corrompido de una escuela oficial, y al ambiente más corrompido aún de la calle y de los espectáculos morbosos del teatro o del cine ramplón, — atentado continuo contra el arte. El padre de ese niño, que no fué bautizado, tiene que ir con los amigos al club, al centro obrero, al Ateneo. ¡Los amigos! ¿Y por qué nuestros mejores amigos no han de ser nuestros hijos? ¿Quién tiene para ello mayor derecho?

Para que los niños labren su emancipación es preciso que los hombres se emancipen antes. A menos que pretendamos que los niños nos emancipen a nosotros. Lo cual constituiría un verdadero colmo.

V

El pueblo — dijo uno de nuestros grandes pensadores — no sabe de cosas de Arte, pero siente el arte y la belleza. Hasta los seres depravados que desprecian las inquietudes del espíritu reconocen el valor de lo bello.

Interesa extender nuestras actividades hasta los dominios del arte para que el pueblo, que sabe sentirlo, llegue a interesarse por amar y comprender todas las manifestaciones artísticas.

En la contemplación de la naturaleza y de las artes reside el supremo bien del espíritu; pero, el disfrute de esas manifestaciones, de lo bellamente útil y necesario, para tornar exquisita el alma de los humanos, sólo está al alcance de los poderosos.

El monopolio de los goces espirituales que el arte proporciona, corresponde solamente a ls detentadores de la riqueza; lo que quiere decir que el pueblo, pese a sus buenos deseos de superación y a sus ansias de mejoramiento espiritual, se halla lejos de poder solazarse y disfrutar los encantos del Arte.

Los artistas en general, los productores y divulgadores del arte son, como los obreros manuales, seres sometidos a la férula del estipendio monetario, a la fatídica ley del bronce; y sus producciones, salvando muy honrosos casos, son asequibles solamente a los que pueden comprarlas.

Existe, pues, el arte para los poderosos mas no para los humildes, cuya condición de tales les imposibilita disfrutar de las cosas bellas, tanto como de las demás, necesarias a la vida. ¿Puede hacerse algo práctico por que el pueblo tenga acceso hasta la contemplación de las múltiples manifestaciones artísticas? Sí.

¿Quién es el más obligado a realizar el esfuerzo necesario, o por lo menos posible, para conseguir tan buen propósito?

Teniendo en cuenta que los artistas se hallan demasiado apartados del pueblo, ha de ser el pueblo mismo, y de su seno las avanzadas más dispuestas, quienes pongan manos a la obra, demostrando la capacidad creadora de que se dispone. Estas avanzadas son las falanges anárquicas, las cuales pueden formar, conjuntamente con los artistas del pueblo — porque los hay aunque no sea en la proporción deseada — las instituciones adecuadas al objeto.

Estudiemos las posibilidades con que contamos en el presente.

Existen poderosas organizaciones de trabajadores, que cuentan con numerosos órganos de expresión en la prensa; hay innumerables centros culturales, repartidos por todas las naciones del viejo y nuevo continente.

¿No creen los camaradas, pues, que podría hacerse mucho si nos lo propusiéramos, en el sentido que lo estamos insinuando?

En ciudades importantes y en pueblos pequeños hemos realizado algunos buenos ensayos de divulgación artística, cuyos resultados han saturado el ambiente de anarquismo tanto como era de esperar.

Bajo la protección y por iniciativa de los sindicatos y de los periódicos obreros y anarquistas de París, hemos presenciado las mayores manifestaciones artísticas de nuestra vida.

Podemos decir otro tanto de lo que logramos apreciar en poblaciones de inferior categoría.

Grandes conciertos musicales, excelentes veladas teatrales, visitas colectivas a los monumentos y a los museos, excursiones desde los llanos y las playas hasta los panoramas incomparables que nos ofrecen las montañas; conferencias divulgadoras sobre diversos motivos de las ideas en el arte y del arte en las ideas.

No hace muchos meses aún que, en Barcelona, se ha fundado una Asociación Popular de amigos de la música, con la cooperación de la famosa orquesta Casals.

Una cuota reducida — cincuenta céntimos al mes por asociado — permite a todos ellos el placer de seis u ocho conciertos anuales a cargo de dicha excelente masa orquestal. Las galerías y los salones donde exponen sus obras los artistas se ven invadidos por gentes del pueblo interesadas en cultivar el espíritu. Pero no asiste todo el pueblo aún a solazarse con esas manifestaciones. Se precisa un estimulante, una base de acercamiento, una organización, en fin, que canalice y ordene con el método necesario las peregrinaciones populares hacia los lugares donde el arte se manifiesta.

Esta base para la educación artística deben constituirla los sindicatos de trabajadores y sus publicaciones, creando en su torno y por su influencia las instituciones culturales y artísticas necesarias. Existen muchos organismos, tales

---

RUDOLF ROCKER

(4)

De la maldición del practicismo

[...], cuando entre los campesinos que vivían en dura [servi]dumbre, y tenían que soportar además que sus torturadores cubrieran de sal las heridas, se convirtió la [rebeli]ón en llama devastadora y se prepararon a asaltar [los cas]tillos de sus señores, los pájaros carpinteros se [...]ron, por no haber aprobado sus métodos prácticos, y estimularon a los príncipes a matar los campesinos "como perros rabiosos". Ciento treinta mil campesinos fueron muertos en aquella insurrección; y cuando [los re]beldes fueron derrotados, los pájaros carpinteros [...] fácilmente su juego.

[...] sus predecesores de otro tiempo habían trans[forma]do el cristianismo, que era causa del pueblo, en [...] de los Césares, así se convirtió la Reforma [...] de los príncipes y de las clases dominantes. [La] Reforma venció, pero el espíritu que animó un [día] a las masas, había sido extrangulado, sofocado [...]. Los pájaros carpinteros y los solapados, le [habían] dado muerte, como Caín a su hermano Abel. [...] se tuvo por llegado el momento para levantar [una] iglesia, que no fué menos fanática ni menos [...], ni menos dogmática que la iglesia de Roma. [...] había muerto y lo que quedó de él no po[día ...]se más que como lo contrario del espíritu.

* * *

[...] en el gran movimiento del socialismo donde [se pro]ducen los mismos fenómenos.

[Cuando] la primera Internacional hizo llegar su aler[ta a los] pobres y a los desheredados de todos los países, [su lla]mamiento halló un eco profundo y alegre en los [...] de esta tierra, que debían doblegar sus hom[bros bajo el] yugo del trabajo esclavizado y a quienes la preocupación apremiante del pan de cada día no dejaba libres un momento.

Construían palacios y tenían que habitar con su prole en agujeros obscuros, preñados de enfermedades, y llevar una existencia sin alegría. Perforaban pozos en las entrañas de la tierra y ponían su vida en peligro a todas horas para descubrir tesoros ocultos y sacarlos a la luz del día, y apenas tenían bastante para apaciguar su hambre apremiante, siempre al acecho ante sus puertas. Tejían preciosas telas y sedas tornasoladas y estaban forzados a cubrir su cuerpo desnudo con míseros harapos.

Excluídos de las alegrías y conquistas de la vida moderna, tenían que entristecer su existencia en fábricas malolientes, llenas de la cadencia desconsolada de las máquinas, nunca seguros hasta que la muerte ordenaba el descanso a sus miembros extenuados. No había ninguna salida, ninguna fuga, pues el destino los había desterrado a un mundo en cuyas puertas férreas estaban escritas las palabras del gran florentino :"Abandonad toda esperanza los que entráis".

Sonó entonces el grito de la Internacional despertando esperanzas y promesas por los países y exhortó a los trabajadores de los campos y de las fábricas a reunirse en una gran federación que rompería sus cadenas y les llevaría a un porvenir mejor. El individuo debía echar raíces en la federación para hacer saltar los lazos de la dependencia y libertar el trabajo. Había que conquistar un mundo nuevo en donde la dominación y la explotación no tendrían más espacio, y en donde el trabajo útil y la posesión de todos los bienes serían comunes a todos los hombres. El sudor y la sangre de los proscritos no debían continuar cebando parásitos ociosos, y los valores incalculables creados cada día por las manos laboriosas, debían servir a las necesidades de todos. La tierra volvería a ser un hogar para los hombres.

El gran anhelo circuló nuevamente por el mundo, nuevamente invadió a los hombres el espíritu, nuevamente se reanimó la esperanza en una era de redención.

Pero la redención no debía llegar a los oprimidos desde arriba, ni por intermedio de los dominadores. Tenía que ser la obra más personal, y partiendo de ese conocimiento había escrito la Internacional en su roja bandera estas palabras altivas: la emancipación del trabajo debe ser obra de los trabajadores mismos.

¡Nada de migajas caídas de las mesas de los ricos, nada de imploraciones a la falsa compasión de los poseedores, nada de limosna! ¡El derecho era lo que se reclamaba! El hombre de trabajo no debía continuar desempeñando en la sociedad el papel de pobre Lázaro. El ideal de una justicia social se había reavivado en las masas y atravesó sus corazones con sagrado entusiasmo. Una nueva era se aproximama, y los proletarios mismos debían construír los puentes hacia la tierra del porvenir.

En las ciudades y en las aldeas se unieron los pobres en alianzas y la federación extendió sus mallas por sobre regiones y países, por sobre todas las fronteras de los Estados. Había surgido una nueva comunidad que en todos los países hallaba tierra fecunda y esparcía la semilla de que brotaría el futuro.

Millares de ideas creadoras iban a expresarse en la edificación de la nueva sociedad circularon en los cerebros de las masas laboriosas. La triste presión que había pesado tanto tiempo en las almas fué aliviada, todo lo que germinaba y hervía en lo profundo recibía expresión y forma y se integraba metódicamente. Había comenzado una nueva trastrocación de todos los valores, el socialismo fué el ideal de los reprobados de esta tierra y en la lejanía crepuscular ardió la aurora de un nuevo día.

El respeto ante los poderes del pasado y sus defensores cayó en ruinas. La fe inconmovible en la próxima liberación devolvió a todos la seguridad y la confianza en sí. El valor de la convicción interior ocupó nuevamente su puesto y resistió valientemente a todos los medios coactivos de los gobernantes.

¡Qué importó que los posesores observaran con franca desconfianza y creciente temor la difusión de la nueva asociación, que los gobiernos empollaran leyes de excepción y enterrasen a los partidarios de la Internacional tras las rejas de las cárceles! El espíritu que surgió aquí de lo profundo y fué nutrido por fuentes vitales, no pudo dominarlo nunca y se demostró más fuerte que la violencia brutal de los dominadores.

El nuevo evangelio surgido para los pobres se difundió como el viento y los privados del fruto de su trabajo sospecharon el poder que descansaba en sus manos laboriosas, poder de que hasta entonces no habían tenido conciencia. Pues era su trabajo el que rejuvenecía diariamente la sociedad y la mantenía en vida. Tenían la



En rústica, $ 1.50; en tela, $ 3.50.

como el de Barcelona ya mencionado, en los que el elemento trabajador se halla brillantemente representado, pero ello no basta. Precisa, como insinúa el tema que estamos discutiendo, que los ambientes del arte se saturen de anarquismo.

Mal, pues, podríamos conseguir tan nobles propósitos si no fuesen los anarquistas quienes más influyeran con todas sus aportaciones a la creación de los organismos adecuados.

Porque hay que tener presente que sin la crítica severa y acerba de nuestra idealidad a la obra de los artistas, la producción de éstos, que tantos prejuicios contiene, restaría, como resta hoy, sometida a los halagos de la crítica oficial; y bien sabemos que, en cuestiones de arte, como en todas las demás de la vida, suele ser pernicioso al ambiente de la anarquía y a los designios del pueblo, cuanto consagrar suele esa crítica subvencionada y rastrera.

Existen artistas eminentes que se tornan mediocres ante los halagos de las ruindades de la reacción que nunca se aviene a aceptar las rebeldías del arte desnudo, porque desprecia el realismo de las explosiones naturales.

Nuestros juicios, nuestros estímulos, la intervención de nuestra prensa, que no se vende a nadie, han de lograr, si nos lo proponemos, que el arte vaya por las buenas vías del bien y que el ambiente del pueblo se sature de anarquismo por las realidades bienhechoras.

Si los artistas en el presente no son todo lo que debieran ser, culpa es tanto de los críticos oficiales como de nuestras despreocupaciones en materia de arte.

Las grandes manifestaciones del genio humano sólo fueron excelsas e infinitas cuando llevaron el asenso de la "vox populi". Y llegaron a tanto, porque el pueblo era ariete, estímulo, voto hacia la perfección.

Los poetas griegos, como los pintores latinos, como todos los artistas del mundo, fueron empujados por los pueblos — a veces con verdadero frenesí — a producir las más grandes creaciones de la belleza en todos sus aspectos.

Vale mucho el voto del pueblo; es el voto de más valor; los mismos artistas no lo niegan.

Vayamos, pues, intervengamos todos en las cuestiones artísticas. Fundemos las instituciones requeridas, para gozar del bien y para estimular su crecimiento su perfección.

El teatro popular, no es de imposible creación; creámolo. Los artistas, aun cuando hayan de ser pagados por su trabajo — pues derecho tienen a comer — han de favorecernos pasado el tiempo con la mejor voluntad, a medida que puedan apreciar que su mejor amigo no es el que le paga espléndidamente a cuenta de una labor mediocre y comprimida por las conveniencias del estancamiento, sino el pueblo que ve y va más allá en sus concepciones humanas y por tanto liberadoras del prejuicio en que el arte se desenvuelve y que ellos como sus creadores, deben estar empeñados — y lo están de seguro — en que sea puro y fuerte, como la vida misma, libre y exquisita.

Los anarquistas debemos orientar el arte, sin mistificaciones ultraístas, hacia el realismo de la naturaleza, único modo a nuestro entender — y conste que somos profanos en esta materia — de conseguir que el ambiente general se vea cada día más y más saturado por las emanaciones generosas de nuestro ideal.

El arte, para ser tal, en toda su pureza y extensión, debe ser por antonomasia anárquico, rebelde a los convencionalismos.

Para que así sea, corresponde a los anarquistas que entiendan de estas cosas, a los simples "amateurs" y a los artistas del pueblo, emprender la acción común en vistas de alcanzar para el pueblo y para el arte mismo la manifestación fuerte, bella, esplendorosa e independiente que necesitamos todos para subsistir con dignidad.

BIBLIOGRAFIA

—

Urales Federico.—"La anarquía al alcance de todos", 32 págs. 8o. Librería Nuevo Horizonte, Loarin, Ohio, 1926. Precio 5 centavos de dólar.

—

Este folleto expone en forma elemental algunos conceptos elementales de la anarquía, rebatiendo ciertas burdas objeciones y esforzándose por hacer comprender a todos la justicia de nuestra causa.

Mac Donald J. A.—"La desocupación y la maquinaria", 104 págs. en 8o. mayor. Ed. Solidaridad, New York.

—

El tema que trata este folleto no puede ser más actual; se trata de una exposición de los efectos de la maquinaria en las condiciones del trabajo, singularmente en el fenómeno de la desocupación. Sobre el mismo asunto hemos publicado en esta hoja los estudios de E. Weckerle, que nos ha parecido de un gran interés y apropiados para atraer la atención de los trabajadores sobre una de las características fundamentales de la economía capitalista contemporánea. Sin embargo, Mac Donald no llega a todas las conclusiones lógicas en ese terreno, pues si llegara tendría que haber chocado por fuerza con el dogma industrialista o marxista de los IWW, cuya sección española es la editora de este trabajo.

Morales Delio—"Raimundo Nansen el atormentado", 188 págs., Edit. Gleizer. pesos 2.

—

De esta obra hablaremos en el próximo número.



palanca de todo acontecimiento en sus fuertes manos, y lo que se convirtió en íntima sensación del poeta cuando encarnó al proletariado en aquel cíclope tonante que llevó al valle el barco en que navegaba el rey, maduró en los cerebros de las masas lentamente.

Pero entonces se advirtió el martilleo de los pájaros carpinteros y cayó en los corazones de los desheredados como la neguilla sobre el sembrado tierno.

Se quería ser "prácticos", conquistar el Estado, penetrar en las instituciones de la sociedad burguesa, tomar parte en la legislación y se previno contra las redundancias.

Con gesto sabio y comportamiento pretencioso fortificaron los "prácticos", de la mano de los "hechos concretos", la conveniencia de sus métodos experimentados. Se dieron la apariencia de estar en posesión de un socialismo singular, que llamaron "científico" para dar más peso a sus concepciones. Eso atrae siempre y además se hace muy bien. Decid al "tonto pueblo" que dos más dos hacen cinco y se reirá de vosotros; pero probádselo "científicamente" y os creerá sobre vuestras palabras.

Naturalmente, el método de los pájaros carpinteros era el único que podía traer el socialismo, todo lo demás eran fantasías inmaduras y utopismo impráctico.

Basta, afirmaron los pájaros carpinteros, que un bravo correligionario cumpla su deber de elector y deje la realización del socialismo a su representante experimentado, que conoce mejor las condiciones y está en mejor situación en base a sus ricas experiencias para dar exactamente con lo justo. En general es absurdo y completamente fuera de lugar hablar de una revolución social, después de haberse probado "científicamente" que el socialismo no llega más que cuando las "condiciones están maduras" para él. Pero reconocer esto no es por desgracia cosa de todo mortal ordinario. Por esas razones es aconsejable comisionar a un comité especial de compañeros singularmente capacitados, para aprovechar el momento oportuno, a fin de saber cuándo habrían llegado las condiciones a la madurez necesarias. Ciertamente hay elementos obscuros que abrigan dudas sobre tal capacidad especial, pero toda persona científicamente instruída puede confirmar a aquellas cabezas infantiles: Al que Dios dió una función, lo proveyó de los necesarios dones racionales para ella. Pero entretanto hay que realizar "labor práctica" y ejercitarse esmeradamente en el arte de gobernar para estar siempre a la altura y prevenido contra todas las eventualidades.

Lo más peligroso es tener demasiada prisa en la realización del socialismo. Roma no ha sido al fin de cuentas edificada en un día. En general no es bueno reflexionar mucho sobre tales cosas. Un buen correligionario mantiene estricta disciplina y deja la función de pensar a sus representantes experimentados.

Particularmente mal hablaban los pájaros carpinteros de aquellos que apelaban siempre a la cualidad de los proletarios como productores y les hablaban de la acción directa y de la huelga general. Ya el bienaventurado Nazi, decían, había demostrado científicamente que la huelga general era un absurdo, y él lo ha sabido seguramente. Además, no había que perder de vista que por tales actos se asustarían necesariamente muchas personas, lo que de seguro no conviene a la salud. No hay que adelantarse a la evolución, sino dejar que todo siga tranquilamente su camino para no perturbar el orden natural de las cosas.

Y los pájaros carpinteros realizaron "labor práctica" en la más amplia medida. Fueron tan incansables en la conquista del poder que de su socialismo no quedó más que un brebaje incoloro. Todo lo que hicieron madurar profetas entusiastas y luchadores atrevidos en las masas desde hacía décadas, cayó víctima de su "practicismo" y se marchitó como las hojas en el otoño.

Donde llegó su influencia refrescaron en todas partes en el pueblo el brillo del Estado y despertaron en los corazones de los oprimidos la creencia en una solución estatista del problema social, que hasta aquí se convirtió siempre en fatalidad. Más aún: la jerarquía del Estado les sirvió de modelo para la formación de sus propias organizaciones y la "centralización de las fuerzas", que fué siempre la victoria de lo mecánico sobre el espíritu, se convirtió para ellos en dogma intangible. Toda iniciativa personal, toda convicción interna, que arraiga en el sentimiento de responsabilidad de los hombres, fueron sofocados en germen y en su lugar se puso la tenebrosa sabiduría filistea.

Bajo la influencia de los pájaros carpinteros degeneró la doctrina viviente del socialismo en partido, como en otro tiempo el cristianismo en iglesia. Comenzó luego la gran muerte de los ideales, la transformación del espíritu en muerta fe en las letras de la ley, tras la cual no quedó anhelo alguno. Apenas es capaz el oído todavía de percibir entre el martilleo monótono de los pájaros carpinteros, los suaves sones de la canción entusiasta del verderón — de entre el martilleo de los pájaros carpinteros que viven de gusanos y aman la verdad".

¡Oh, esos pájaros carpinteros, esos crueles sepultureros de todo impulso interior, de toda fe ardiente en el valor y en la justicia de una gran causa, por la que puede morir alegremente el individuo! Se vanaglorian de estar con ambos pies en la tierra y no arraigan más que en el lodo y en los charcos del pantano. Su llamado "practicismo" no ha sido más que la mezquindad del que hace cucuruchos de papel, la repulsiva trampa del cambalachero. Mienten en mil lenguas y blasfeman por principio.

Donde los ojos del vidente ven en la lejanía soñadora tierra nueva, el pájaro carpintero acecha en el fondo y calcula la cosecha. Donde una nueva verdad circula en pensamientos hirvientes por mil cerebros, aparece de inmediato el pájaro carpintero y da la alarma a los bomberos. Con noble atrevimiento se pone en la cruz del redentor y proclama: Yo soy más grande — y ante todo más sabio que aquel que está debajo de mí. Aquel os mostró cómo se ofrenda la vida por un ideal. Pero yo os muestro cómo se puede vivir para la acción práctica y no se corre el peligro de ser crucificado.

Donde nobles señores disputan, allí festejan triunfos los pájaros carpinteros; donde el espíritu comienza a pudrirse, allí predica el pájaro carpintero. Se encuentra en todas partes donde hay gusanos y donde se puede amar la verdad de manera práctica, sin entregarse a vanas ilusiones.

Tiene que haber en nuestra sangre algo de los pájaros carpinteros, que nos hace detenernos siempre que comienza el martilleo en el bosque.

¿Llegará el día que nos redimirá de los pájaros carpinteros, que nos libertará de la maldición del "practicismo"?



AÑO V — BUENOS AIRES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1926 — N.o 240

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS. — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Congreso Anarquista Internacional por escrito

En ocasión del 30 aniversario de "La Protesta"

Los congresos internacionales tienen para nosotros estos propósitos:

a) La organización de nuestras fuerzas;

b) El esclarecimiento de puntos especiales de doctrina o de táctica.

Por lo que se refiere al primer punto, hasta aquí no hemos tenido mayor necesidad de una organización anarquista internacional sobre bases regulares, pues por su característica, el anarquismo es refractario a las palabras de orden y a la acción mecánicamente uniforme. Búrlese cuanto se quiera el maniático de la organización a todo precio, de la espontaneidad; nosotros no hemos obrado nunca de otro modo que por nuestro impulso interior. Tal vez continuaremos lo mismo siempre. Por consiguiente, en lo que se refiere a la organización del anarquismo, somos un tanto escépticos y, sobre todo, no creemos que haya de surgir de un congreso nacional o internacional.

En lo referente al esclarecimiento de puntos especiales de doctrina o de táctica, tampoco creemos que un congreso sea el lugar más apropiado para esa labor interna de profundizamiento de nuestros problemas, y el hecho de aceptar una resolución no implica una transformación de nuestra mentalidad ni una calma en nuestra inteligencia para girar en torno de ella. Suele ocurrir que la mayoría de las resoluciones de nuestros congresos quedan en el papel, como material histórico, pero nunca se encarnan en la práctica cotidiana.

De nuestros congresos del período de la vieja Internacional no son las resoluciones las que se recuerdan, sino el encuentro periódico de los camaradas más activos de los distintos países, para cambiar opiniones entre sí, trabar relaciones personales y comunicarse las experiencias respectivas. Eso es útil y necesario, sobre todo cuando las comunicaciones y la prensa no estaban tan desarrolladas como hoy, pero se puede decir que no es eso lo que se busca propiamente al acudir a un congreso. Queda en nosotros un resto de espíritu legislativo, y eso se traduce en la tendencia a substituir con la codificación de resoluciones la espontaneidad de los camaradas.

Nuestro congreso internacional de 1907, que no ha querido ser legislativo sino constitutivo de una organización internacional del anarquismo, no ha quedado más que del congreso de Amsterdam celebrado en 1907, donde se trató de ser "práctico", fundando la Internacional anarquista. En cambio, el congreso de París, en 1900, que no se celebró, ha dejado más rastros y ha tenido tal vez mayor influencia, gracias a los estudios y memoriales que fueron presentados a él por individuos y organizaciones.

De todos los congresos anarquistas habidos en España, ninguno ha tenido más trascendencia que los viejos certámenes de Reus y de Barcelona, es decir, que aquellos congresos por escrito, que vale la pena consultar hoy mismo, no obstante los años transcurridos.

Es eso lo que nosotros queremos llevar a cabo en ocasión del trigésimo aniversario de la vida de "LA PROTESTA": un congreso internacional por escrito.

Ha sido ya enviada a diversos periódicos y camaradas, cuyas direcciones nos eran conocidas, la siguiente circular:

CERTAMEN INTERNACIONAL

El diario LA PROTESTA cumple el 13 de junio de 1927 treinta años de existencia. Representa ese esfuerzo, tanto por la extensión del tiempo recorrido como por la intensidad de la labor realizada, el más alto exponente para la historia de la prensa anarquista mundial. Pertenece a todos los anarquistas esta obra que comenzaron unos pocos camaradas y que hoy continúa una numerosa colectividad revolucionaria, para la que todos los sacrificios son pequeños con tal de sostener en pie el común patrimonio ideológico.

Para recopilar el origen de este diario, su trayectoria a través de los treinta años de su existencia azarosa, y, más que nada, para llegar a una síntesis de esfuerzos y de valores éticos que demuestren la contextura ideológica del movimiento anarquista, LA PROTESTA organiza un Certamen Internacional con motivo de su trigésimo aniversario.

Los temas que proponemos a los anarquistas que deseen colaborar en este Certamen, son los siguientes:

1.—Cuestiones históricas.

a) Sobre el movimiento anarquista en los distintos países.
b) Sobre los movimientos obreros nacionales.
c) Bibliografía: Publicaciones anarquistas de la América latina.
d) LA PROTESTA en sus 30 años de existencia.

2.—Doctrina y táctica.

a) Sobre los diferentes aspectos doctrinarios del anarquismo.
b) De las tendencias libertarias en sus relaciones con la cuestión obrera o sindical.
c) Los anarquistas frente al problema de la tierra.

3.—Las dictaduras.

a) Su proceso histórico; su conexión con las cuestiones político-económicas actuales.
b) La propaganda anarquista y los partidos políticos.

4.—Cárceles y presos por cuestiones políticas y sociales.

5.—Las Internacionales.

Pasado y presente del movimiento obrero internacional. La Asociación Internacional de los Trabajadores (Berlín) como movimiento de oposición al reformismo de Amsterdam y de Moscú.

6.—Literatura y arte libertarios.

El Certamen está abierto para todos los militantes del anarquismo y del movimiento obrero de orientación libertaria. Sobre los diversos temas, y aun tratando cada escritor más de un tema si lo creyera conveniente, podrán hacerse trabajos que no excedan de cincuenta páginas de libro, formato 4°, y esto principalmente para los trabajos históricos y bibliográficos, pues los de doctrina deben ser lo más reducidos posible.

Todos los trabajos aceptados por la redacción serán editados en un gran tomo, que aparecerá antes de la fecha en que se cumple el 30 aniversario de LA PROTESTA. Se establecerán varios premios, uno por lo menos para cada tema. Para salvar el inconveniente que representaría nombrar un jurado, el tomo del Certamen llevará adjunto un formulario con los temas del mismo y los artículos que se publiquen, y los lectores serán los encargados de discernir los premios que correspondan al valor de cada trabajo, en su categoría, por mayoría de votos.

Los colaboradores deberán dirigir sus trabajos hasta el 31 de diciembre de 1926, a la redacción de LA PROTESTA, Perú 1537, Buenos Aires (Argentina).

Los premios que se ha resuelto ofrecer al mejor trabajo de cada uno de los temas, son alicientes para aquellos camaradas que no disponen de tiempo ni de medios suficientes para dedicar quince días o un mes a la elaboración de un estudio detenido para el certamen. Dichos premios serán fijados por organizaciones afines del país y del extranjero.

Tenemos la convicción de que este congreso por escrito ha de conmemorar dignamente la fecha memorable del trigésimo aniversario de la fundación de LA PROTESTA, al mismo tiempo que representará un esfuerzo de primer orden para dar al mundo un exponente de la mentalidad anarquista y de los problemas y perspectivas del anarquismo.



El directorio español se afianza nuevamente

Sumario de este número

MAX NETTLAU

Nuevas Investigaciones rusas sobre la vida de M. Bakunin

II

Cuando se publicaron, a partir de 1921 la *Confesión*, la carta a Alejandro II (1857) y otras cartas a autoridades rusas y también a sus padres, escritas por Bakunin en la prisión rusa y en Siberia, hubo quien creyó encontrar en el estilo ceremonioso, deprimido y en las expresiones de resignación, de conciencia de gran culpabilidad, etc., de esas cartas, una verdadera degradación moral de Bakunin durante esos años, una debilidad, una voluntad quebrantada, una sumisión consciente o voluntaria.

Hubo otros que no sufrieron un solo momento esa impresión penosa, que han visto que esas fueron producciones arrancadas por las circunstancias a un prisionero que seguía siendo él mismo, el que fué antes y después de esos años de sufrimientos crueles, cuando, solo entre sus verdugos, no buscaba más que no deprimirse a su nivel ni ser llevado a la resignación y a la bajeza de espíritu. Les arrojó, pues, esas migajas de palabras devotas y quedó él mismo en su fuero interno y con sus amigos, con los hombres honestos, en una palabra.

Esa interpretación se encuentra ahora confirmada por algunos fragmentos y trozos de carta que ha conseguido hacer pasar en escritura diminuta a su hermana más amada, Tatiana, cuando ésta y su hermano Pablo pudieron visitarlo en 1854 en la fortaleza — son los únicos escritos independientes conservados o que se conocen ahora y reproduzco el primero, que no es más que el comienzo de una larga carta, preparada, pero — como hace conocer otro billete — destruída después de reflexionar, quizás para no arriesgar demasiado en esa primera reflexión. Ese fragmento está escrito en francés (Korniloff, *Los años de viaje de Miguel Bakunin*, 1925, en ruso, páginas 491-3):

"Mis queridos amigos!

Sé a qué terrible peligro os expongo al escribiros esta carta. Y sin embargo la escribo: de ahí deduciréis cuán grande es para mí la necesidad de explicarme con vosotros, y de decir, aunque no sea más que una sola vez aún, sin duda la última, en mi vida, libremente, sin restricción, lo que siento, lo que pienso. Esta es la primera vez, esta será la último también que os haré correr un riesgo. Esta carta es mi suprema y última tentativa para relacionarme con la vida: una vez bien esclarecida mi situación, yo sabré si debo confiar aún en la esperanza de poder hacerme útil, según las ideas que tenía, según las ideas que tengo aún y que serán siempre las mías, o si debo morir. No me habléis ni de impaciencia ni de debilidad; sería injusto. Preguntad más bien a mi excelente capitán, ahora mayor; os repetirá lo que me ha dicho a menudo, que raramente ha visto un prisionero tan razonable, tan valeroso como yo; estoy siempre de buen humor, río siempre, — y sin embargo veinte veces al día quisiera morir, tan penosa se me ha vuelto la vida. Siento que mis fuerzas se agotan; mi alma está aún fuerte, pero mi cuerpo se debilita; la inmovilidad, la inacción forzadas, la falta de aire y sobre todo un cruel tormento interior que un preso aislado como yo únicamente podrá comprender y que no me deja en paz ni de día ni de noche, han desarrollado en mí los gérmenes de una enfermedad que, no siendo médico, no puedo definir, pero que cada día se hace sentir en mí de una manera más desagradable — son, yo creo, hemorroides complicados con otras cosas que ignoro; los dolores de cabeza no me dejan casi nunca; mi sangre está en plena revuelta, sube a mi pecho, a mi cabeza y me sofoca hasta quitarme la respiración durante horas enteras y casi siempre oigo un ruido parecido al que produce el agua en ebullición; dos veces por día infaliblemente tengo fiebre, antes de mediodía y por la tarde, y durante el resto de la jornada me siento atormentado por un malestar interior que quema mi cuerpo, embota mi cerebro y parece querer devorarme lentamente; — por otra parte, vosotros me veréis; tú me encontrarás bien cambiado, Tatiana, aun desde la última vez que nos hemos visto [julio de 1852, en la misma prisión]; *una vez sólo tuve ocasión de mirarme en un espejo y me encontré horriblemente feo. En cuanto a eso, me preocupo poco; he renunciado desde hace mucho a lo que los viejos como yo llaman vanidades, a lo que los jóvenes llaman con mil veces más razón la esencia misma de la vida; para mí no ha quedado más que un solo interés, un solo objeto de culto y de fe, — vosotros los habéis nombrado, y si no puedo vivir para él, no quiero vivir de ningún modo. Poco me importa, pues, mi fealdad, poco me importaría también esta enfermedad si quisiera llevarme al galope; no pediría más que irme pronto con ella, pero arrastrarse uno lentamente hacia la tumba, embruteciéndose en el camino, he ahí lo que no puedo consentir.*

Mi moral se mantiene aún; mi cabeza es lúcida a pesar de todos los males que la asedian en regla; mi voluntad, espero, no vacilará nunca; mi corazón parece de piedra, es verdad, pero dadme la posibilidad de obrar y resistirá. Nunca, me parece, he tenido tantas ideas, nunca he sentido una sed más ardiente de movimiento y de acción. No estoy, pues, completamente muerto, pero esta vida misma del alma que, al concentrarse, se ha hecho más profunda, más poderosa, quizás, más deseosa de manifestarse, se convierte para mí en una fuente inagotable de tormentos que no trataré siquiera de describir. No comprenderéis nunca lo que es sentirse enterrado vivo, decirse a cada instante de la noche y del día: soy un esclavo, estoy anulado, reducido a la impotencia por toda la vida, oir hasta en la celda el rugido de la gran lucha que se prepara, una lucha donde se decidirán las más justas cuestiones de la humanidad y tener que quedar inmóvil y mudo. Ser rico de pensamientos, de los cuales una parte al menos podría ser útil, y no realizar ninguno; sentir amor en el corazón, sí amor, a pesar de esa petrificación externa, y no poder verterlo sobre nada ni sobre nadie. En fin, sentirse lleno de abnegación y de heroísmo para servir una causa mil veces santa y ver romperse todos esos impulsos contra cuatro muros desnudos, mis únicos testimonios, mis únicos confidentes! — ¡He ahí mi vida! y aun todo eso no es nada en comparación con una idea mucho más horrorosa: la del idiotismo que es fatalmente el fin de una existencia como ésta; encerrad el mayor genio en una prisión aislada como la mía y veréis que después de algunos años un Napoleón se volverá estúpido, y Jesucristo mismo malvado; yo que no soy ni grande como Napoleón ni infinitamente bueno como Jesucristo, tendré necesidad de mucho menos tiempo para embrutecerme del todo. ¿No es verdad, la perspectiva es agradable? Yo soy aún, no me adulo, yo pienso, estoy en posesión de todas mis facultades intelectuales y morales; mis fuerzas físicas han bajado ya mucho; el turno no puede tardar en llegar a mis fuerzas interiores. Vosotros comprenderéis, espero, que todo hombre que se respeta un poco debe preferir la muerte más cruel a esta lenta y deshonrosa agonía.

Ah, queridos amigos, creedlo bien, toda muerte es preferible al aislamiento tan decantado por los filántropos americanos. ¿Por qué he esperado tanto tiempo? ¡Eh, quién lo dirá!; vosotros no sabéis cuán tenaz es la esperanza en el corazón del hombre. ¿Cuál?, me preguntaréis vosotros. La de poder volver a comenzar lo que me ha traído a este lugar, sólo que con más... [palabra ilegible] *y más previsión quizás, porque la prisión ha tenido al menos esto de bueno para mí, que me ha dado tiempo libre y el hábito de reflexionar, ha solidificado mi espíritu, por decirlo así; pero no ha cambiado nada en mis antiguos sentimientos, los ha vuelto, al contrario, más ardientes, más resueltos, más absolutos que nunca, y en lo sucesivo todo lo que queda de vida se resume en una sola palabra: la libertad".*

Aquí termina esa primera hoja...

Del conjunto de las otras informaciones y documentos numerosos adquiero esta impresión que sería demasiado largo motivar en detalle aquí, — que Bakunin se sabía reducido a sus propias fuerzas frente a enemigos implacables, tzar y policía, — la debilidad de la parte reaccionaria y moderada de su familia, — y aun la inercia, la falta de impulso y de iniciativa de aquellos de sus hermanos, de su hermana Tatiana, y de algunas relaciones con parientes y otras que le quedaban fieles. El problema fué organizar, arrastrar las fuerzas fieles a una acción más viva que le sacara de la tumba viva — o hacerse remitir por ellos el medio del suicidio — y eso en un tiempo no muy lejano, para mantener su fuerza física que se reducía rápidamente. Fué él mismo quien organizó intelectualmente esa labor de salvamento que, dadas las circunstancias, debía consistir en una serie de influencias ejercidas sobre el zar y su ayudante omnipotente, el jefe de la policía secreta, para forzarles moralmente a cambiar la suerte del prisionero.

Este trabajo fué obstaculizado por la guerra de Crimea, el alejamiento del preso a Schlüsselburg, la sucesión de Alejandro II, personaje pérfido y mezquino, a Nicolás I, bruto más franco, menos complicado. Se consiguió algo, por fin, en los primeros meses de 1857: Alejandro II, para satisfacción personal, recibió su carta exigida, de una humillación exagerada que un individuo menos vanidoso habría tomado por ironía hiriente — y concedió una liberación de las más míseras, un internamiento por toda la vida en un distrito rural del gobierno de Tomsk en la Siberia occidental.

Ese procedimiento no tenía nada de extraordinario; todo dependía en Rusia, de la voluntad del zar y de su jefe de policía secreta — entonces todo debía ser arrancado a esos pocos individuos, por una serie de medios semejantes. Ese sistema fué completado en la práctica por las voluntades arbitrarias supremas de las autoridades locales, con las cuales se arreglaban las cosas de una manera o de otra, y su voluntad no fué ejecutada más que muy incompletamente. Bakunin era el prisionero inmediato, directo, del zar y de la policía secreta — era preciso arrancárselo, lo que fué infinitamente difícil. Una vez en Siberia sabría ganarse la voluntad de las autoridades locales y el zar y su ayudante podrían decir lo que quisieran. — ¿Difiere eso en otro Estado cualquiera? En todas partes las decisiones dependen de los ministros o de los jefes de departamentos importantes, de la arbitrariedad, de la buena voluntad de algunos individuos cuyo consentimiento se conquista de manera más o menos complicada. La autoridad es la misma por doquier, cualquiera que sea su camouflage autocrático, democrático o sovietista.

Los documentos resumidos o reproducidos por Korniloff contienen masas de detalles inapreciables, pero las grandes interrupciones de las relaciones en otro tiempo tan estrechas a partir de 1843, les imprimen largas lagunas y las investigaciones deben continuar. Si yo expresara una opinión personal, diría que sería preciso volver a encontrar una parte de las cartas de Bakunin enviadas a Suecia y a los filandeses desde Suecia en 1863-1864, — sus artículos del *Popolo d'Italia* (Nápoles), en 1865, y de *Libertá e Giustizia* (Nápoles) en 1867, — las cartas que propagaban las ideas de la Fraternité internationale, enviadas a Francia, a Suiza, a Bélgica (años 1866 a 1868, sobre todo) — las cartas a los internacionales en España, en Barcelona, sobre todo (años 1871-73), — las cartas a los rusos, a los polacos, a los servios, etc., — y buen número de cartas enviadas a los camaradas de la Internacional y de la Alianza en Italia (años 1871 a 74, sobre todo), etc., — Es demasiado tarde para muchas investigaciones, lo sé bien, pero por otra parte muchas razones personales que en mi tiempo, hace treinta años, limitaban a menudo la intensificación de las investigaciones, no existen ya hoy; se ha dicho tanto, se ha dicho casi todo, que en nuestro tiempo no existiría ya una razón para callarse. Los camaradas de Bakunin bien desaparecido en gran parte, pero no necesariamente sus papeles, las tradiciones trasmitidas por ellos, etc.

Es después de haber recorrido un libro tan hermoso como el de Korniloff, y otros trabajos rusos que testimonian una gran asiduidad — no he hablado de la enorme discusión promovida en Rusia por los *Demonios* de Dostoyevsky a quien Bakunin habría servido de modelo, hipótesis vivamente refutada y sin duda muy exagerada, pero que interesa a los conocedores de Dostoyevsky ante todo— es después de haber visto eso que siento el deseo de que se haga un poco más es después de haber visto eso que sien de trabajos semejantes, sobre todo el descubrimiento de nuevos materiales en los otros países también. Es verdad que la lucha de todo slos días y la propaganda directa absorven, ante todo, con razón, el esfuerzo libertario.

17 DE MAYO DE 1925.

Dr. CARLOS

EL CANCER

Resp'ración defectuosa es, según una nueva tesis desarrollada por el doctor brasileño Octavio Félix Pedroso, asociado al famoso "London Hospital", la causa primaria del cáncer.

Trabajando sobre esta teoría el Dr. Pedroso ha patentado un aparato que, afirma, restablecerá el poder normal de contracción y expansión de los pulmones, permitiendo a la naturaleza acelerar la circulación de la sangre y separar toda substascia extraña que no debiera estar en el sistema, incluso el cáncer.

Las conclusiones del doctor brasileño de ser substanciadas, revolucionarán el actual método curativo del cáncer y otras temibles enfermedades. El llama a su aparato el "Vitámetro", del cual ha enviado un modelo al ministerio británico de higiene para las pruebas of ciales del gobierno inglés.

"Mi aparato, manifestó el Dr. Pedroso en una entrevista con la "Intersat onal New Service", prueba el poder de contracción y expansión de los pulmones y muestra los defectos respiratorios, permitiéndome ver si hay alguna predispos'ción al cáncer u otras enfermedades. Por predisposición quiero significar si el terreno está o no preparado para el cáncer.

"He tratado con mi aparato un caso de hemorragia de los riñones producida por el cáncer. En tres días la hemorragia cesó y el tumor desapareció a los tres meses y medio. El pac'ente se halla ahora completamente bien. He tratado asimismo un caso de cáncer a los intestinos que producía dolores neurálgicos en la espalda, lo cuales desaparecieron después de haber usado por tres semanas el vitámetro, mientras que el tumor comenzó a desaparecer a las dos semanas. Esto fué sólo y exclusivamente el resultado de la respirac'ón correcta.

"Primero construí un aparato por el cual sostenía cerca de cinco litros de sangre", d'jo el Dr. Pedroso al descubrir la teoría de su aparato. "Luego hallé que no más que con la alteración quím'ca de los fluidos al'menticios de la sangre, su vitalidad podía ser aumentada o disminuida.

"Cuando ví que podía modificar la vitalidad de la sangre se me ocurrió pensar en la posibilidad de alterar también la vitalidad de las células cancerosas por el mismo proceso. Colocando los tej'dos cancerosos en el mismo aparato y reduciendo la composición química de los fluidos alimenticios las células del cáncer serían restablecidas a células normales. Esto me llevó a encontrar en mis investigaciones qué producto químico era responsable de aumentar la vital'dad de la célula cancerosa, y por una serie de experimentos hallé que éste era el potasio.

"Estonces se me presentó la cuestión: ¿Cómo el potasio producirá el cáncer en los seres vivientes? Hallé luego que el ácido carbónico era la causa de que una mayor cantidad de potasio se acumulase en el músculo: lo cual me llevó a remover el ácido carbónico por medio de la respiración. El resultado de los experimentos explicó por qué la irritación crónica se supone que sea una de las causas del cáncer pues cuando se lesionan los tejidos hay una grande formación de ácido carbónico en aquellas particulares reg'ones afectadas.

"Y en vista del hecho de que el ácido carbónico se halla presente en grandes cantidades en los tejidos lesionados, se deduce que aquél es responsable de una gran acumulación de potasio. En consecuencia de ésto las células que han sido saturadas con ácido carbónico adquieren una mayor vitalidad cancerosa que las otras células del cuerpo. Si la respiración empeora, entonces es casi seguro que cualquier clase de hinchazón producirá el cáncer.

"Las tres características de un sistema respiratorio ideal serían: concentración progresiva de carbón dióxido, insuficiencia de oxígeno, y, en tercer lugar, presión. La concentración del carbón dióxido se obtiene del vitámetro por el número creciente de respiraciones tomadas sin aire fresco. Por el mismo método se consigue carencia de oxígeno, y la presión se obtiene haciendo subir el líquido en el aparato."

Siendo el punto vital de la nueva teoría del Dr. Pedroso el cambio químico de las células cancerosas por medio de la respiración, el siguiente método producirá los mismos parecidos resultados que los que se podrían obtener con su "vitámetro."

Acostarse en un lecho bien limpio y taparse la cabeza, procurando que no haya ningún escape de gases mientras dure la operación.

Por este medio la respiración reunirá todas las condiciones señaladas como esenciales por el Dr. Pedroso.

Tapándose la cabeza, la respiración, por falta de "aire fresco", se hace más intensa, más "concentrada", de modo que los pulmones, a medida que el aire escasea, trabajan mucho más intensamente que de ordinario.

Sin darle a ésto otra importancia que la de la curiosidad experimental, aquellas personas que sufran alguna lesión muscular, o que tengan simplemente granos, pueden, sin riesgo alguno, someterse a este tratamiento y luego dar cuenta de los efectos obtenidos, para bien de los demás.

D. A. DE SANTILLAN

EL CARBON

Una crisis sin solución en el capitalismo

II

El jefe de una sección de investigaciones de la Oficina Internacional del trabajo, Max Eastmann, escribe:

"De todas las ramas de la actividad, ninguna emplea una mano de obra relativamente tan abundante como la industria del carbón; y hasta en algunos países el número de mineros y de personas a cargo de éstos, es, en cifras absolutas, extraordinariamente elevado. Elemento capital desde el punto de vista del consumo. Que el paro se extienda entre esta mano de obra, y las demás formas de la actividad sufrirán su repercusión. En Gran Bretaña la duodécima parte de la población extrae directamente su subsistencia de las minas, y la condición de ese grupo determina la suerte de muchas profesiones"...

En Alemania, en los Estados Unidos y más o menos en cada país, la población minera es de tal modo numerosa que una crisis en esa rama del trabajo implica forzosamente un desastre económico internacional.

Y como la crisis está en auge, como el carbón atraviesa por una crisis crónica, todos los acuerdos que se tomen para aliviar las dificultades en un país, no harán más que acentuar la crisis en otro. En Europa los dos países carboníferos por excelencia son Gran Bretaña y Alemania. Para estos dos países la exportación de carbón es una fuente económica primordial; en cuanto por una causa o por otra la exportación de carbón sufre inconvenientes, el pan cotidiano de centenares de millares y de millones de seres corre peligro. De enero a octubre de 1925 tuvieron que interrumpir sus actividades ochenta establecimientos mineros de Alemania, a causa de la crisis de la exportación, quedando cesantes en esos meses 80.000 trabajadores. A fines de enero de 1926, el número de los mineros que trabajaban en el Ruhr, el distrito minero de Alemania, era de 388.818 contra 471.000 en octubre de 1924.

Alemania tuvo unos años de intenso trabajo en las minas, cuando la depreciación del marco le permitía el pago de salarios más que irrisorios; con la estabilización de la moneda, la ocupación del Ruhr por las tropas aliadas y las barreras aduaneras, su producción carbonífera volvió a sufrir una aguda crisis. Por fin estalló la gran huelga minera inglesa y mientras los jefes de las organizaciones reformistas hablaban de solidaridad y llenaban la prensa de entusiasmo y de promesas a los mineros británicos, los grandes industriales alemanes, lo mismo que sus obreros, se apresuraron a aprovechar la oportunidad para intensificar la extracción y la exportación de carbón. De esa manera, mientras la exportación británica de carbón cesaba a causa de la huelga, los mineros alemanes se opusieron de la desocupación forzosa y hasta se atrevieron a reclamar a sus explotadores aumento de salario. Claro está, los industriales, conociendo bien la situación y el interés mismo del proletariado de las minas en continuar el trabajo, se rehusaron a la concesión de todo mejoramiento. Y el trabajo en el Ruhr continúa febrilmente con el propósito de privar a Inglaterra de algunos mercados para sus exportaciones. La solidaridad de los trabajadores en este caso, cuando los intereses inmediatos son tan contrapuestos, cuando la crisis aguda de Alemania es la prosperidad de Inglaterra y viceversa, no es más que una palabra vacía. Y así seguirá siendo mientras las miradas no se eleven por sobre los horizontes de la economía capitalista.

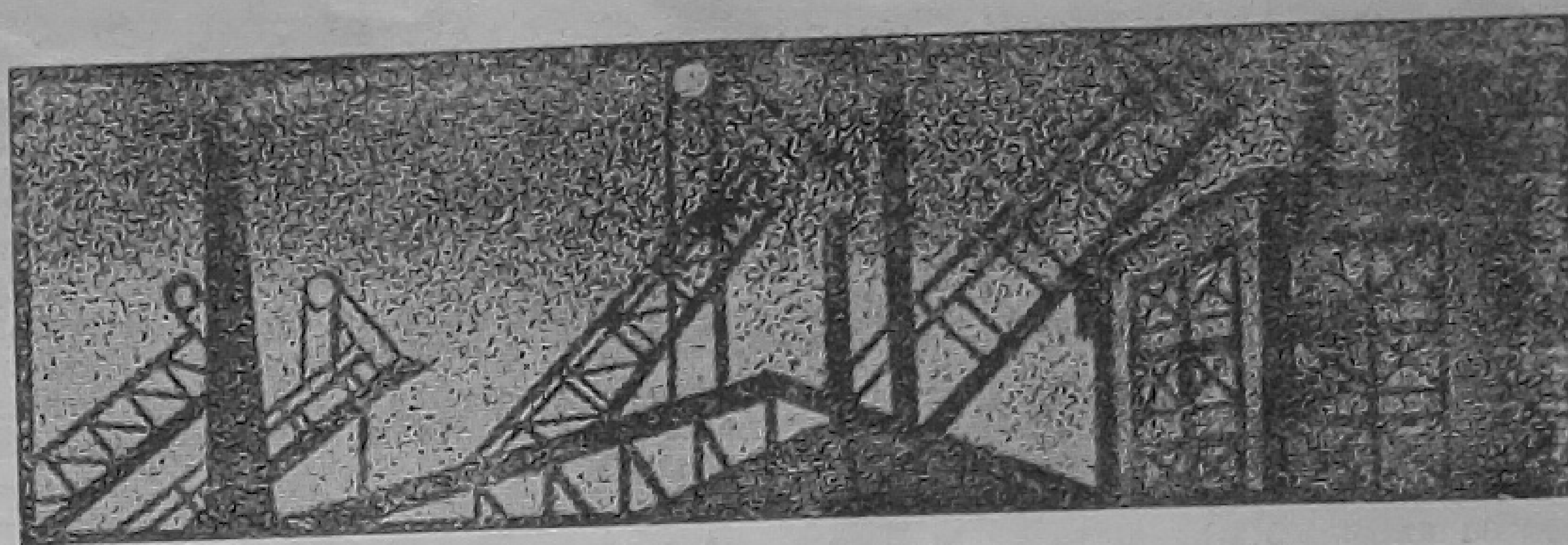
Casi todos los países han aumentado después de la guerra su producción carbonífera y se han esforzado en la medida de lo posible por bastarse a sí mismos. Si no todos lo han logrado, lo cierto es que el fomento de la industria minera ha significado un desastre para los países exportadores de carbón, como Alemania e Inglaterra.

Y actualmente existe para Europa la gran ventaja del enorme consumo interno de carbón por los Estados Unidos; ese país podría ponerse un día en condiciones de exportar carbón al viejo continente, porque cuenta con los yacimientos más ricos del mundo y toda competencia contra su invasión quedaría anulada; millones y millones de seres en Europa quedarían en la miseria.

Otra guerra muy eficaz al carbón, como ya hemos dicho, la hacen la lignita, de que Alemania sólo produce al año unos 150 millones de toneladas, y el petróleo y la electricidad.

Si la industria minera tuviera menos ramificaciones en la vida económica del capitalismo, sería susceptible de una reducción y de una distribución del personal cesante en otras industrias, pero el caso es que, pese a la aplicación creciente del petróleo y al empleo de la electricidad, una gran parte de la técnica está conformada para el uso del carbón y la renovación necesaria no podría producirse más que en el curso de algunas generaciones, con la agravante que el funcionamiento general de la economía a base del petróleo o de la electricidad traería por consecuencia una disminución catastrófica del personal necesario. La crisis, pues, se agravaría.

Pero como la ramificación actual del carbón es tan grande que hace imposible una suspensión, ni siquiera gradual, del funcionamiento de esa importante rama de la economía, tenemos una crisis sin salida, no por falta de carbón, sino por exceso. Se buscan nuevos mercados, pero en los países semicoloniales, por varias generaciones al menos, no habrá una industria consumidora que ofrezca la posibilidad de recibir el excedente de la extracción carbonífera europea; eso



sin contar la concurrencia que podría hacer entonces Rusia, China, Australia, Estados Unidos, en el caso de que persistiese la misma situación.

Otra de las dificultades para la normalización de la crisis del mercado del carbón está en la diferencia de rendimiento por obrero en los distintos países. Por ejemplo en Estados Unidos se evalúa el rendimiento semanal por obrero en 11 toneladas, sigue luego el Ruhr con 5, e Inglaterra con 4,5. Esas cifras dicen también bastante sobre la competencia y las desventajas de los diversos países. La diferencia del salario se agrega también a todo eso. El obrero alemán, por ejemplo, gana mucho menos que el inglés, lo cual redunda en beneficio de los capitalistas alemanes. Contra esa situación se recurrió en Inglaterra a las subvenciones oficiales a la industria minera; pero esas subvenciones no dieron más que resultados efímeros y ahora, aprovechando el fracaso de la huelga de los mineros, se trata de rebajar los salarios y de aumentar la jornada de trabajo. Así creen los propietarios de minas ingleses vencer a sus concurrentes alemanes.

Los políticos de todos los colores se preocupan intensamente de la solución de estos conflictos y hasta ahora no ven más que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada, o bien las trabas aduaneras a la importación del carbón extranjero o las primas a la extracción y a la exportación del carbón nacional. Es decir, medidas todas que, en lugar de solucionar la crisis, la agravan mucho más todavía, pues la economía capitalista, no sólo en lo que se refiere al carbón, sino en su totalidad, sufre por la abundancia, por el exceso de productos en los mercados y por la débil capacidad de compra de los consumidores. ¿Cómo puede el capitalismo acrecentar la capacidad de compra de los pueblos en las condiciones actuales? Sin solucionar eso, todos los demás inconvenientes no podrán ser subsanados. Pero el primer consumidor es el pueblo, y para que éste satisfaga sus necesidades, es preciso que su nivel material sea previamente elevado.

HANS PAASCHE

Viaje de investigación del Africano Lukanga Mukara en Alemania

Birkhain, 2 de octubre de 1912.

¡Mukama!

Tu corazón real se encoleriza porque no te escribí aún lo que comen los blancos. ¡Grande y poderoso señor! Ordena a tu pueblo dos días de silencio para que halle un puesto en tu razón lo espantoso que te contaré: los blancos son comedores de almas, son caníbales.

Mezclan el alimento que ofrenda la tierra con diversas partes de animales. Particularmente son muertos cerdos, vacas y caballos y cortados en muchos fragmentos (1). En una ciudad llamada Halle son carneados y comidos los perros. Carne de gato no se mezcla en la alimentación más que clandestinamente. Nadie la compraría si se le ofreciese, por eso es cortada en trocitos y recogida con otros trozos de carne en recipientes, luego embutida en intestinos de vaca y vendida. En otros lugares la mezclan con harina y grasa y la comen. Sólo los hombres no pueden ser carneados y comidos.

Algo de eso lo sé, no porque yo mismo lo haya visto, sino porque me lo contó un hombre de la difundida tribu de los *korongo*. Pero algunas cosas las ví yo mismo y por eso creo lo que me contó el *korongo*.

Ví a un hombre que tomaba de un carro cadáveres de terneros, todavía sanguinolentos, los echaba a la espalda y los colgaba en una casa de manera que todo el que pasara por allí tuviera que verlos. Y hombres y mujeres pasaban por delante y se ponían contentos, aunque veían eso. El hombre colgaba también partes interiores de animales, escribiendo en ellas números, porque quería dinero por ellas si las compraban los hombres. Los cadáveres son desechos en partes y las partes son vendidas como si fuesen frutas. Incluso la sangre de los animales se come.

He dicho: los blancos comen. Eso no es exacto: tragan. Y todo lo que meten en su boca está preparado de manera que sea tragado y no comido. Entre los blancos hay algunos que saben comer alimentos; pero la mayoría son tragadores.

Su idioma tiene dos vocablos para expresar el acto de "recibir alimentos": "comer" y "devorar". Los tragadores dicen de sí mismos que ellos comen y que los animales devoran. Pero cuando mostré a un blanco como buscaba hierba una vaca en los prados y le dije que sería mejor que hicieran como ese animal, se enojó.

Los blancos hacen enfermar artificialmente a los cerdos que quieren comer a fin de que engorden bien. Obligan a esos animales a comer aceleradamente y luego a descansar. Así ceban a los animales. Y los blancos se ceban a sí mismos como a los cerdos.

Consiguen eso valiéndose de muchos medios. Un blanco no espera para comer a tener hambre, sino que va allá y busca algo para tragar con gusto. Para estar seguro de que se ceba, se sienta a un tiempo determinado, aunque no tenga hambre, a tragar. Y no en obscuro espacio ni solo, sino con otros blancos. Al tragar tiene los ojos bien abiertos. Mientras consume una comida mira en una lista la comida que sigue. De esa manera traga más rápidamente. Como no come por hambre y no le saca sabor a la comida, come con los ojos, y come siempre la próxima comida, y no justamente la que tiene en la boca. En la lista no hay escrito ningún alimento, sino cosas mezcladas y calentadas. Para no mascar, el tragador vierte bebidas en la boca

---

(1) *Lukanga pertenece, como la carta lo muestra, a una tribu de negros que vive de frutas. Para un hombre que vive así debe ciertamente ser extraordinario que justamente ahora se hable en Alemania de miseria porque encareció la carne.*

Pero a nuestros lectores les darán que pensar tal vez las singulares concepciones de Lukanga; hay pueblos enteros que no consumen carne alguna, lo que a nosotros no nos entra en la cabeza. La observación de Lukanga sobre la carnicería de perros me es confirmada, por lo demás, por una noticia periodística que tengo ante mí, en donde se dice que en Halle, a causa de la penuria de carne, se abrió una carnicería canina y recibió fuerte afluencia. — Hans Paasche.

Todos los blancos se habitúan a tragar también las bebidas en lugar de absorberlas.

Un medio generalmente empleado para fomentar el cebo del cuerpo es éste: los blancos se convienen para sentarse varios juntos en torno a una mesa y tragar las mismas comidas. Aunque no tengan hambre consiguen luego tragar mucho. Vienen criados que intentan excitar la codicia de los tragadores. Lo hacen de esta manera: cada comida cuyo nombre leyeron antes los tragadores en la lista es tenida por ellos desde atrás ante cada tragador un poco de tiempo hasta que hayan tomado algo. Como después todos los tragadores toman de la misma fuente, se despiertan recíprocamente el pensamiento de quitarse algo unos a los otros.

Cuando comienzan luego a meter algo de eso en la boca, se gritan unos a otros y se obligan de esa manera a tragar más

Mukama, cuando pongo al blanco junto al negro, no sé cuál de esos pueblos tuvo mejores consejeros.

Hay entre los blancos muchos que se ceban singularmente, y en toda comunidad de trabajo se encuentra una determinada parte de tales cebones. Pero aunque hacen todo lo posible por volverse incapaces cuanto antes para llevar las armas e ir contra el enemigo, ninguno pierde los derechos civiles, y cuando le digo a uno de los guerreros puestos al cebo que en Kitara sólo tiene plenos derechos honorarios de ciudadano el que en una carrera obtiene ciertas ventajas, entonces traga más todavía.

Viven en continuo temor de no recibir en su estómago suficiente cantidad de mezcolanzas y cocidos. Sólo por la verdadera alimentación se despreocupan enteramente, incluso menosprecian esa alimentación temiendo que gracias a ella puedan volverse vigorosos y no gordos.



rápidamente. Además es misión de los criados amenazar desde atrás continuamente a los tragadores como si los platos en que está la comida fueran a quitárseles de repente, y también así se obtiene el propósito de una comida más rápida. Pero para que los tragadores tengan que gritar bien alto, se hace tocar a doce hombres en trompetas y hacer ruido.

Cuando pienso en cambio en los versos del Rubega, me pasa como si saliera del humo y pisara en el aire. Déjame, Mukama, transcribir aquí las palabras del gran sacerdote, para recordarme yo mismo mejor de ellas. Rubega dice:

"Contempla, hombre, una nuez.

¿Para qué está envuelto su fruto? ¿Para que un hombre rompa la envoltura y otro la coma? ¡No! Para que el que tiene que comerla, rompa la cáscara y no le meta en el hocico de una vez.

Cuando comes debes saber, además, el terreno de donde fué tomado el fruto. Y si no estuviste nunca allí, tu deseo debe volar hacia allá mientras comes.

Por eso, vete al local hecho para tomar la comida, y queda allí solo, hasta que tu anhelo sea satisfecho.

Pero debes estar echado mientras comes. Así tienes sobre tí la abertura del espacio del cielo en que está escrito cuándo debes comer.

Durante el día debes comer con el azul infinito. Pero por la noche están allí las estrellas y tus pensamientos se levantan hacia ellas. Entonces debes ayunar".

Dedican mucho esfuerzo a destruir las cosas que echan en sus pucheros y a quitarles el sabor del sol, para lo cual es el fuego duradero su más importante auxilio.

Por eso echan sal en todas las comidas, y luego dicen: "tiene sabor". Sal es para los blancos lo mismo que "sabor". Y lo que sabe a sal, lo tragan mucho mejor, hasta que no pueden meter más en el cuerpo.

Arreglar cosas malas que nadie comería para que puedan ser tragadas, y destruir las buenas hasta tal punto que sean iguales a las malas, eso es para ellos un gran arte, y particularmente las mujeres se ocupan casi todo el día de ese arte, que se llama "cocinar" o "asar", según se caliente agua o grasa.

Te conté en la última carta sobre el armazón del cuerpo de las mujeres y dije que los hombres lo descubrieron para debilitar a las mujeres. Creo que también el arte de cocinar fué inventado por los hombres para privar a las mujeres de tiempo para pensar y mantenerlas en la torpeza. Y ahora creen todos que es necesario para vivir. Pero tal vez alguna potencia superior se venga de la maldad de los hombres; pues los fuerza ya a tragar lo cocido, para que las mujeres no cesen de cocinar. Y así son también ellos condenados a la pereza, porque son cebados.

¡Radiante príncipe! A tu criado no le ha sido fácil aquí alimentarse humanamente. Pero no temas: Lukanga se nutre también entre los devoradores de perros con la fuerza del sol.

Y cuando durante el día se echa entre piedras en lo alto de un monte y deja descansar sus ojos en el vasto azul del cielo, el aroma de una fruta le despierta hondo placer de vida.

Solo en una montaña del país de los blancos: ¡Qué sensación estar en la cumbre de una montaña, el primer negro!

Tu enviado

LUKANGA

ARTHUR SEEHOF

GASES VENENOSOS, LIGA DE LAS NACIONES Y REALIDAD

I

Las potencias, provisoriamente al menos, han resuelto y llevado a cabo un desarme: el de su conferencia del desarme. Habría sido lastimoso, por las muchas palabras hermosas que se dijeron allí, y por el buen papel que se escribió en ella. Pero postergado no quiere decir suprimido. Y el papel y las palabras reclamarán un día la atención. Y luego se producirá el desarme — como en los años anteriores a 1914...

En el curso de aquellos años, como se sabe, fué prohibido el uso de la guerra química, en caso eventual de guerra, por el artículo 23 de la convención de La Haya — que la socialdemocracia misma calificó de descarada simulación. Con la prohibición estuvieron de acuerdo todas las potencias, hasta que luego — así se lee en el informe de la "Comisión para el estudio de la guerra química y bacteriológica" de la Liga de las Naciones — "a consecuencia de una primera lesión de la convención, el arma química fué empleada de un modo cada vez más eficaz en el curso de la última guerra por los beligerantes, y eso con el mismo derecho que otras armas".

La Comisión de estudios ha dado su informe en 1924. En base a investigaciones que han hecho peritos bacteriólogos, fisiólogos y químicos, "sin discutir sobre la legalidad de tales actos".

A pesar de que en diversas conferencias las grandes potencias han declarado solemnemente renunciar en el porvenir al arma química, el informe de la Comisión de la Liga de las Naciones, bajo la dirección de Lord Cecil, teme, sin embargo, "que sea empleada más aún en el futuro". Y ella debe saberlo realmente. Pues, si la Liga de las Naciones no conociera a sus propios títeres... ¿para qué iba a existir allí?

II

Hace algo más de once años, el 22 de abril de 1915, el cuarto ejército alemán, bajo el comando del duque Albrecht de Wurttenberg, puso en funciones varios centenares de baterías para gases — y los ingleses indefensos, los hindús, los canadienses, los senegaleses, los suavos, los turcos y los algerianos fueron las primeras víctimas del gas de cloro — en el frente occidental. En el frente oriental, el ministro de la guerra y jefe del estado mayor, Falkenhavyn, había ya permitido desde 1914 el cloro y el bromo, considerándolos útiles. Ese ministro — según las manifestaciones de su defensor ante el comité de investigaciones del Reichstag alemán, el profesor berlinés Haber — estaba convencido aún en 1923 "de que con sus prescripciones sobre la guerra de gases asfixiantes no se ponía en contradicción con el derecho de gentes, porque los gases primeramente empleados tenían además un efecto explosivo".

Hoy dispone la química, dice el informe de la Comisión de estudio de la Liga de las Naciones, de "medios de la mayor diversidad para poner al hombre fuera de combate, temporal o totalmente. El arma química obra en los elementos constructivos de los tejidos y provoca daños que tienen por consecuencia una perturbación de las funciones normales hasta la producción de la muerte. Se puede caracterizar la diversidad de sus efectos al considerar dos límites, por ejemplo, la acción del fosgeno, que produce graves daños pulmonares y la muerte por el sofocamiento, y la del benzil-bromido, cuyos vapores, esparcidos por la superficie, causan un lagrimeo e impiden al adversario abrir los ojos, sin dejar serias complicaciones después". Luego se lee: "Se puede dudar de que los pueblos se den cuenta del poder de esas armas y del peligro a que, mediante ellas, están expuestos".

Después de haber hablado de los efectos de los más diversos gases conocidos y de haber hecho consideraciones sobre los "efectos posibles" de nuevos descubrimientos, escribe el informe en el último párrafo: "Una de las más importantes posibilidades de la guerra química es el empleo de gases venenosos contra las grandes ciudades y los centros vitales de los beligerantes". (Como guerra puramente económica, la guerra próxima se dirigirá en primer lugar contra ellos. Es decir, claro está, contra la población civil completamente indefensa. ¿O es que se quiere poner máscaras contra los gases, si las hubiera, y que además no ofrecen más que una protección condicionada, a los viejos, a las mujeres, a los niños y a los bebés, durante semanas y semanas? Una guerra próxima, pues, significa para los distritos industriales, si las compañías de los Estados beligerantes lo consideran procedente, nada menos que la extirpación de ciudades y territorios enteros). "Por condenable que fuera tal acción, desde el punto de vista técnico no existe ninguna dificultad para arrojar sobre los centros más importantes del país enemigo poderosas bombas llenas de gases venenosos. El gas empleado no habría de ser de efecto pasajero, pues su propósito consiste justamente en... perturbar o destruír los centros de la actividad. El gas de mostaza, por ejemplo, arrojado en grandes cantidades sobre las ciudades, quedaría largo tiempo en tierra y penetraría poco a poco en las casas".

El perito inglés de la Comisión de estudio, profesor W. B. Cannon, es de opinión "que en el curso de la última guerra no hemos visto nada equivalente a la destrucción de centros industriales y a la masacre de la población civil, que



nos esperan al estallido de un nuevo conflicto serio".

Los peritos francés y americano, profesores André Mayer y M. J. Enrique Zanetti, declaran concordando: "La mayoría (de los gases de guerra) son

...rias utilizables, producidas y emplea... continuamente en grandes cantida... para las necesidades de los tiempos de paz, de manera que sólo se distingue un poco la industria de los productos farmacéuticos de la de las materias no... que se emplean en la lucha... La extraordinaria facilidad con que pueden ser transformadas en un abrir y cerrar de ojos esas fábricas en fábricas para el material químico de guerra, hace aparecer un sentimiento de temor y de desconfianza frente a un vecino que dispone de una poderosa organización química. Una materia venenosa, investigada en secreto — y esa investigación puede tener lugar en todo momento deseado —, producida en grandes cantidades — y su producción puede llevarse a cabo en cualquier fábrica química — lanzada de improviso sobre una población desprevenida, puede romper toda voluntad para la resistencia".

III

Naturalmente, todo esto lo sabe también el ministerio de guerra de los Estados Unidos de Norte América. Así pudo, en cumplimiento de la resolución de la conferencia, echar al océano Atlántico tranquilamente algunas cajas de Lewisita... y hablar simultáneamente de sus técnicas y métodos en un Instruction Book del "Cheminal warfare service". Algunas cajas no son ni con mucho el gran arsenal de cerca de 400 hectáreas de Edgewood. Sobre ese "antro de veneno", el mayor del mundo, lo mismo que sobre la composición, perfeccionamiento y efecto de los gases venenosos en general, habla la señora Dra. Getrud Woker clara y concisamente en el corto, pero extremadamente instructivo escrito "Der kommende Giftgaskrieg" (La próxima guerra con gas venenoso). La señora Woker cita entre otras cosas de un informe que recibió al visitar Edgewood, el siguiente importante pasaje que no deja duda alguna sobre el propósito y la dirección en que se trabaja en Edgewood. Los americanos declaran abiertamente: "El efecto de los gases sobre diversos órganos del cuerpo y el destino de los venenos en el organismo son estudiados aquí en los laboratorios bacteriológicos y patológicos. El edificio tiene espacio para los primeros auxilios y un médico de servicio. Por eso no sólo se puede asegurar tratamiento competente a los hombres que resultan casualmente víctimas de una quemadura o envenenamiento por el gas, sino que también se da la posibilidad de un estudio a fondo de la terapia de los gases".

Lewisita, una palabra inofensiva, aparentemente insignificante, es el nombre de una de las más peligrosas armas químicas que se dieron a conocer hasta hoy. Winford Lewis, profesor en la North Western University de Chicago, la descubrió en 1917. Dos miligramos de ese veneno matarían en el acto tres personas. Doce grandes bombas de gas lewisita pueden aniquilar en pocas horas a toda una gran ciudad como Berlín. Por iniciativa de Wilson, la lewisita, aunque los militaristas aliados la reclamaban más y más, no llegó al escenario de la guerra europea. El destino de los imperios centrales y sus ejércitos, a pesar de la cruz amarilla y azul, como la industria química alemana denominaba sus productos, estaba ya decidida, y Wilson sabía que no necesitaba la terrible invención del gran químico, que quería regar Francia en bombas aéreas de grandes alturas para la acción proyectada para 1919.

De esa clorovinildiclorasina, una combinación arsenical, habla también Johannes R. Becher en su novísimo libro, donde da la fórmula supuesta de la lewisita (CH—CL—CH) 3 As, como título en forma narrativa. La guerra del futuro, la guerra de los pueblos y de los gases se nos aparece allí en sus dimensiones más brutales y más espantosas. Lo que Anatole France señala en el último libro de "La Isla de los Pingüinos", lo que Ilya Ehrenburg hace apenas en el "Trust D. E.", lo ha descrito Becher en sus consecuencias, teniendo presentes los detalles objetivos de la realidad de nuestros días. Si los hechos notificados en este escrito no se convierten en una advertencia admonitoria para la humanidad, si no comprendemos finalmente que el militarismo y la guerra no



desaparecerán más que junto con el Estado capitalista de clases, entonces la paz y el socialismo se realizarán tal vez en los campos de la fantasía; pero aquí abajo buscarán en vano algunos espectros de máscaras contra los gases en trajes de abetos, con la más hermosa Pan-Europa en los labios, un pedacito de tierra sin apestar.

IV

El senador romano profesor Paterno, según informe de la Comisión de la Liga de las Naciones, está convencido de que "la preparación química general con miras a la guerra es ineludible". Eso, frente a las frases hipócritas de nuestros estadistas es, por lo menos, honesto y da en el clavo. Pues no sólo en Edgewood, sino en todo el mundo hay arsenales de gases venenosos, cuevas de experimentación para las armas que se aplicarán en la próxima guerra, no del modo más terrible, claro está, sino de la manera "más humana". Encontramos casualmente en "Fígaro" del 27 de julio de 1925 un artículo de Jean Louis Faure. Este hombre es cirujano y profesor de la Academia de medicina, y escribe: "Vivimos bajo falsas concepciones y ridículos prejuicios. En realidad la guerra de gases es singularmente suave — si en general hay en la guerra algo que pueda llamarse así. Permite conseguir un objetivo militar sin gran carnicería y derramamiento de sangre... La guerra de gases es mucho menos terrible que la guerra de granadas. Es menos asesina, pero mucho más eficaz... Empleémosla por tanto — y abundantemente — contra las cabilas del Rif..., se les echará más fácilmente de sus escondrijos"... Todos los conocimientos que tenemos de los efectos de la guerra de gases, son liquidados aquí cínicamente con un par de frases. La aplicación de la guerra química es estimulada aquí simplemente porque es "mucho más eficaz" que las otras categorías de armas. ¿Y la Liga de las naciones? ¿Y el poderoso Wáshington? Esos seguramente no sabrán nada de todo oficialmente. Y si algo supieran, lo sabrán disculpar, pues se trata de una "parte negra de la tierra", de una "raza inferior"...

Desgraciadamente ese bravo patriota y sabio no está solo. El órgano oficial de la Asociación médica militar de los Estados Unidos, *The Military Surgeon*, escribió en noviembre de 1925: "Se puede afirmar claramente que el empleo de productos químicos en la guerra es mucho más humano que el de las otras armas más reconocidas". El conocido periódico profesional inglés *"The Army Quaterly"* constata al mismo tiempo que sería "de un optimismo indiscuppable" el decir que "los medios químicos no tendrían en las futuras operaciones de guerra ninguna aplicación". No se puede hablar con más claridad, después de haberse prohibido recíprocamente la guerra química.

V

Pero más claramente juzga sobre sí misma la Liga de las Naciones — al menos en este caso. Lo que representan sus debates y resoluciones para las naciones en valor práctico, el poder real que tiene en efecto, las garantías de paz que ofrece, todo eso lo documentan las palabras del informe de su Comisión para el estudio de la guerra química y bacteriológica, que por una parte constatan "las aplicaciones continuamente crecientes y el progreso incesante de la ciencia para fines de guerra" — y por otra parte advierten que "el verdadero peligro, el peligro de la muerte consiste para una nación en mecerse en la confianza sobre los tratados y acuerdos internacionales, para despertar luego sin protección frente a una nueva arma".

"Por eso parece — así termina el informe — absolutamente necesario que los pueblos sepan qué terrible peligro se cierne sobre ellos".

VI

Si los pueblos — y no sólo los jefes de las naciones — reconocieran eso, si supieran lo baratos que son para el imperialismo, si supieran cómo son llevados siempre por los malditos politicantes a la dependencia y a la servidumbre, si supieran ésto y algunas cosas más, entonces no dudaríamos de que el capitalismo sería liquidado de una vez por todas. Y no solamente sobre Europa, sino sobre toda la tierra que pueblan hombres laboriosos que anhelan la dicha y la paz, llegaría "la edad de oro" soñada por Jean Paul, "donde los hombres podrían fácilmente vivir bien, porque desean vivir — donde el pueblo tomaría parte en el pensamiento y los pensadores en el trabajo — donde el asesinato judicial y guerrero sería condenado y en donde do tanto en tanto se descubrirían con el arado solamente balas de cañones"...

"Cuando llegue ese período de fiesta, los hijos de nuestros hijos... no estarán ya allí. Nuestra descendencia va todavía por una noche de viento y por una niebla de veneno"...

Esa niebla llena de veneno, que se levanta lentamente en la lejanía, no podremos romperla con palabras. Romperla y deshacerla no nos será posible más que con el poder revolucionario de las masas.

Los maniáticos de la moral utilitaria

"Entonces Inglaterra pidió ganancias provechosas y recibió innumerables beneficios. Todo se tornó provechoso. La ciudad tuvo su sociedad aprovechable, su aprovechable humo, sus aprovechables callejuelas roñosas y leprosas, su aprovechable ignorancia; el aprovechable desorden y su desesperación aprovechable. La Maldición de Midas cayó sobre esta sociedad: en sus corporaciones públicas, en las mentalidades comunes y en el decisivo e impaciente paso dado, desde la era agrícola a la industria. La nueva ciudad no fué el hogar donde el hombre podía encontrar belleza, dicha, expansión, enseñanza, religión, todas esas influencias que civilizan lo exterior y los hábitos, sino un desnudo y desolado lugar, sin color, aires o risas, donde los hombres, las mujeres y chicos, comían y dormían. Este era el lote de vida con que debía cargar la masa de la humanidad; éste el sombrío ritmo de sus existencias. Las nuevas fábricas, las usinas con sus grandes hornallas eran comparables a las pirámides marcando la esclavitud del hombre, una esclavitud muy superior a sus fuerzas,— y proyectando sus largas sombras sobre esa sociedad que puso tanto orgullo en ellas".

Esta cita es del libro *"The Rise of Modern Industry"*, por J. L. Barbara Hammond, y Mr. Stuart Chase concluye su nota bibliográfica sobre este volumen, con las siguientes palabras: "La degradación o el embrutecimiento físico podrán rebajar no poco, pero la degradación mental de las máquinas ya no tiene límites; y aumenta cada año, siendo más implacable y sin remordimiento alguno".

¿Y esta no es la condición principal para que un hombre pueda tener el provecho de añadir algunos centavos más a su salario diario, a expensas de convertir el trabajo de toda su vida en el rodar sin fin de una rutina enloquecedora y monótona? ¿Qué clase de existencia se puede llevar en la gigantesca rueda que hace girar el engranaje de la monstruosa fortuna de Mr. Ford, hallándose de pie horas y horas, cavando en el mismo agujero en el hierro o en otro material, que será suministrado por una plataforma movible que hace que no se detenga el motor ni un solo minuto?

No puede haber otra forma de esclavitud que sea más ofensiva; ni hay otra degradación mas humillante para la criatura humana. Un hombre de cierta inteligencia y virilidad no puede someterse a este género de vida. No causará asombro saber que no obstante la circunstancia que Ford paga los salarios más altos en el mundo, sus trabajadores abandonan constantemente sus fábricas para no volver nunca a ellas. Este multimillonario considera a sus obreros nada mas que como una maquinaría de su usina, adquirida por él, y sus movimientos son sincronizados y medidos tal como otros tantos instrumentos. Este es el sistema y este es el trabajo.

Los autores de *"The Rise of Modern Industry"* añaden — es un punto digno de meditar — que nuestro sistema industrial jamas hubiese sido aceptado si el terreno no se hallara preparado por nuestra activa participación en la trata de esclavos. Nosotros — la raza blanca e inglesa — organizamos esa industria sobre una base eminentemente comercial y en grande escala para que nos produjese grandes ganancias, abasteciendo así nuestras colonias con una mano de obra barata, inmóvil y abyecta. Era requerida para la producción en masa y se creó la moralidad adecuada a ella. Eso desarrolló la necesaria noción que la masa de ilotas no era más que ganado, predestinado para servir de exclusiva utilidad a unos pocos seres privilegiados; entonces fué fatalmente fácil que al considerar al negro africano como una mercadería, incluyese también a los pobres del propio país en esa misma categoría. Es de este modo como un mal engendró a otro en estrecha concatenación; y cuando nos rebelamos contra la presente esclavitud, debemos saber que sus raíces se hallan en los salvajes tiempos del pasado de esa denigrante industria, en la que el capitalismo británico fundó su poderío.

Nuestros *tradeunionistas*, socialistas, reformadores radicales, todos ellos piensan con el sistema industrial presente, y sus designios tienden a organizarlo más científicamente, a centralizarlo cada vez más, a acrecentar su poder como masa productiva. Para nosotros, anarquistas, el sistema industrial, el taller, la fábrica y la usina, y este método de vida de la camisa de fuerza, están entre las cosas que detestamos y maldecimos.

Al transcribir esta nota de nuestro colega "Freedom", no está de más traer a colación un trabajo de Lugones "De la servidumbre", publicado en el suplemento dominical de "La Nación", para demostrar lo cegatona de su información cultural y su evidente mala fe. No será de ninguna manera una refutación, sino una simple confrontación. Por otra parte, la desmonetización lugoniana hace rato que se ha producido, y es una baja de valores cada vez más vertiginosa; algo así como el antiguo marco alemán. Y eso entre el sector de opinión más sana, de alta cultura, que pudo constatar las innumerables gafas de este industrial de la poesía, de la pluma y del patriotismo. Basta citar la más garrafal, cuando en un estudio sobre la personalidad de Ameghino, confundió una especie prehistórica con el nombre de un naturalista. En una palabra, es el arquetipo del intelectual de nuestro tiempo y de la sociedad argentina.

Vamos a lo que importa. Por boca de un fingido personaje, el escritor descubre que hoy más que nunca es imprescindible la esclavitud de hecho y derecho. Desempolva a Platón, le pasa el cepillo del calzado y de la ropa, y ya lustradito, le hace decir:

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Los problemas actuales del anarquismo

Los camaradas del grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohío (Estados Unidos), tuvieron el acierto de proponer a la Redacción de LA PROTESTA que se abriera en el "Suplemento" una encuesta sobre los problemas actuales del anarquismo, tanto del punto de vista de la teoría como de las realizaciones inmediatas sujetas a nuestra concepción del problema social. La iniciativa responde a una urgente necesidad de la propaganda, porque si bien es cierto que existe un origen común en las doctrinas anarquistas, no es menos cierto que se manifiestan diversas modalidades de nuestro movimiento, no sólo de país a país, sino que también en una misma región.

El fenómeno que señalamos está en parte sujeto a contingencias psicológicas y sociales ajenas a nuestra voluntad. Las teorías siguen un proceso de continuo desplazamiento, se proliferan, llegan a desintegraciones que borran su primitiva unidad. Y así se explica la evolución espiritual de los pueblos y su constante marcha en el encadenamiento de los sistemas religiosos, políticos y económicos. Pero el anarquismo no puede estar en ese caso, precisamente porque aun no llegó a ser un "hecho histórico". En consecuencia, aceptando como lógicas las diferencias tácticas — de interpretación de los hechos—, bien podemos intentar la reconstrucción del "sistema filosófico", de las bases doctrinarias del anarquismo, que con la guerra y el bolchevismo sufrieron profundas alteraciones éticas y espirituales.

De los temas planteados en la Encuesta nos interesa estudiar por ahora los que guardan relación con los problemas actuales del anarquismo y con las diferentes modalidades predominantes en el movimiento anarquista internacional. Tiene importancia el estudio de otras cuestiones complementarias de la propaganda anarquista — como la relativa a la educación del niño, las preocupaciones artísticas y la crítica a las religiones, factores estos que representan el lastre de la historia—; pero exigiría ese trabajo una preparación especial y un tiempo de que nos es imposible disponer. Preferimos, pues, decir algo sobre un tema por nosotros tratado otras veces, aun cuando no aportemos nada nuevo a la cuestión en debate. Rehacemos, pues, el hilo de un viejo debate que todavía no está completamente agotado.

* * *

La primera cuestión que plantea la encuesta es: "Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria". No es fácil esbozar el primer punto, por la complejidad de los problemas sociales que, del punto de vista de la teoría y de la práctica, tenemos que plantearnos diariamente los revolucionarios. Y como las soluciones no están dentro de las posibilidades de esta hora, se comprende que en igual incógnita nos encontremos frente al aumento de la potencia reaccionaria del capitalismo y del Estado.

Si fuera posible abarcar con una sola mirada el conjunto de los problemas humanos — poseer la medida apropiada del desenvolvimiento de la sociedad capitalista—, la tarea de provocar un esfuerzo anarquista contra la reacción sería fácil. Pero todos estamos de acuerdo en este hecho: el movimiento revolucionario está sujeto a diversas y contradictorias influencias y es de ese mismo movimiento de donde la reacción saca sus fuerzas. El autoritarismo existe como potencia en el proletariado, lo cultivan los partidos marxistas y lo encarnan las ideas políticas y económicas que buscan la solución del problema social en un cambio de privilegios, de autoridades, de clases directoras y de olgarquías gobernantes.

La pregunta de si la anarquía es o no proletaria, como esa otra de si es revolucionaria, tendrá valor para un artículo polémico con los adversarios de nuestras ideas. La anarquía, como sistema social, no puede ser el patrimonio de una clase. El anarquismo es proletario en cuanto a las consecuencias revolucionarias presentes, porque son los obreros los más directamente interesados en propagar sus principios. Pero es necesario no confundir el proceso histórico de las revoluciones con el finalismo doctrinario que persiguen las minorías conscientes que impulsan la revolución, que para los anarquistas no pueden detenerse en un simple cambio de amos y de dirigentes de la máquina política y económica.

No cabe discutir si la anarquía es o no revolucionaria. Lo es como principio y como idea. Mas no basta con decir que este o aquel sistema filosófico es revolucionario. Lo importante es saber en qué medida operan la revolución los adeptos a las diversas teorías sociales que hoy se disputan la orientación de los pueblos en su lucha contra seculares despotismos.

Importa, pues, que los anarquistas sistematicemos la teoría revolucionaria, para que surja de ese estudio la interpretación de un movimiento concorde con el anarquismo. Nosotros lo haremos partiendo de un punto de vista que, aunque parezca un tanto particular, generalizará en lo posible los problemas teóricos y prácticos que más directamente afectan la propaganda en esta hora confusa que vivimos.

* * *

En las circunstancias presentes es difícil señalar una trayectoria uniforme a la acción anarquista, ya se manifieste en el campo de las definiciones doctrinarias o asuma el aspecto de batalla abierta contra la dominación económica que pesa sobre el proletariado. Vivimos en un momento de confusión, en una hora propicia a toda clase de ensayos políticos, a los que no pudimos substraernos por completo pese a la resistencia que en todo momento presentó el anarquismo a las influencias extrañas a nuestra ideología. ¿A qué se debe el actual desconcierto, que para muchos señala la decadencia de ideales que no interpretan el realismo social y que sin embargo es para nosotros el indicio de un próximo resurgimiento de actividades creadoras?

No nos alarmemos por las consecuencias de esa lucha. Puede que la salvación de las ideas anarquistas esté en esa forzosa liquidación de las influencias políticas que hasta ahora predominaron en el movimiento obrero. Como consecuencia del proceso de desintegración gestado en la guerra y en el ensayo bolchevique, el anarquismo doctrinario pierde su primitiva unidad; se polifera y amplifica en diversas y al parecer antagónicas interpretaciones. Pero, ¿es que todo lo que hasta hace unos años considerábamos como parte integrante del movimiento anarquista se inspiraba realmente en nuestras ideas?

El socialismo autoritario, al negar su concurso a las luchas del proletariado o circunscribirse a propiciar la conquista del poder por los medios legales, perdió su base de influencia en el movimiento obrero, aun cuando conservó en la mayoría de los países la jefatura de los sindicatos reformistas. De ahí que todos los trabajadores contrarios a la política social-demócrata, a falta de una definición que concretara sus limitadas aspiraciones, hicieran suyo el apelativo anarquista. Y, claro está, el anarquismo debió contemplar esa situación y admitir el contingente de descontentos que, si no otra cosa, aceptaban en principio la acción directa, la resistencia contra el marxismo parlamentario y la modalidad subversiva de la tendencia sindical afín a nuestras ideas y tácticas de lucha.

Es, pues, preciso reconocer la necesidad de esa disgregación de fuerzas desafines en el finalismo social, aunque coordinantes en un propósito de acción inmediata. Lo que debe interesar a los anarquistas es el estudio de ese proceso de disolución puramente orgánico, ya que nos ofrece la oportunidad de definir nuestra conducta frente a tendencias extrañas a la ideología anárquica. Fueron los conversos a la dictadura plebeya y los cultores de la revolución a todo trance los primeros en apurar la desintegración de la unidad del movimiento sindicalista. Y a la iniciativa de Moscú respondieron los anarco-bolcheviquis, que en la primera hora pregonaban la bancarrota del dogma, significando con ello la necesidad de que el anarquismo aceptara el injerto comunista — el Estado transitorio y la dictadura de clase — para reanimar nuestro movimiento y colocarlo en trance de transformarse en una fuerza política apta para dirigir la revolución...

* * *

Lo que claramente surge del actual entredicho, lo que no puede oscurecer ningún sofisma, es la particularización de cada una de las tendencias que actúan en el movimiento revolucionario. Frente al anarquismo que permanece fiel a sus viejos postulados, están las tendencias políticas y sindicales reformistas; la corriente autoritaria representada por la social-democracia, el bolchevismo y el síndico-posibilismo.

Pero no es sólo ese factor de disgregación y corrupción el que interviene en las disputas de carácter ideológico y táctico. En el conjunto de las teorías anarquistas se perfilan, con rasgos inconfundibles, interpretaciones opuestas de la doctrina, no sólo por lo que representa como elemento inspirador de la rebeldía popular, sino también por los fundamentos en que basa su actividad presente y sus aspiraciones futuras.

Se han clasificado ya tres tendencias opuestas dentro del anarquismo: la comunista libertaria, la sindicalista y la individualista. En el movimiento revolucionario de Europa los comunistas-anarquistas y los anarco-sindicalistas tienden a ocupar diferentes posiciones. Están divididos en el problema de la interpretación del sindicalismo, que si lo aceptan ambos no le dan la misma importancia ni se colocan en el mismo plano de actividad.

Para el comunista anarquista el sindicato es un medio de acción transitorio y sólo útil en momentos de grandes agitaciones proletarias. Se substrae a la responsabilidad que entraña una participación directa y activa en el desenvolvimiento orgánico de las organizaciones obreras, prefiriendo la organización específica, "política", del anarquismo, al margen de las contiendas del capital y el trabajo. El anarco-sindicalista, en cambio, da sus preferencias al sindicato y atribuye funciones post-revolucionarias al sindicalismo. ¿Y qué decir de los individualistas? Estos están fuera de todo movimiento que suponga la intervención de las clases inferiores..., pues esperan que la humanidad se redima de la ignorancia, de la explotación y de la miseria cuando todos los hombres adquieran el pleno dominio de su individualidad.

Se dirá que esos son los problemas internos del anarquismo, y no los problemas que los anarquistas deben plantear en las esferas del movimiento revolucionario. Estamos de acuerdo. Pero, ¿en qué medida pueden actuar los diferentes sectores que se hostilizan en su "propia casa", si no llegaron a establecer una base común de propaganda y de realizaciones inmediatas? Sería absurdo proyectar una ofensiva contra el capitalismo y contra el Estado sin contar con combatientes dispuestos a llevarla hasta el fin.

Por eso entendemos que lo que necesita hoy el anarquismo, como tarea previa de sus partidarios, es definir la posición que el movimiento libertario, o mejor dicho, antiautoritario, ocupa frente a las tendencias autoritarias y a los sectores intermedios que obstaculizan toda labor creativa en el vasto campo de la propaganda y de la acción revolucionarias. Quiere decir, pues, que a la vez que definimos nuestra conducta moral como intérpretes de una idea de libertad y justicia, debemos dar al sindicalismo una interpretación teórica y táctica que no contradiga esa misma idea. El anarco-sindicalismo, según los teóricos de la "posibilidad", acepta del marxismo sus conclusiones materialistas, cifra su propio desarrollo en el proceso de centralización capitalista y adelanta, como única y posible transformación social, el cambio de régimen capitalista en un régimen de dictadura económica sujeta a las funciones del sindicato y a un interés exclusivo de clase.

En esa tendencia vemos nosotros una desviación del anarquismo — como idea y como movimiento — tan peligrosa o más que la prédica de los políticos, la tentativa disciplinista de los autoritarios y la exageración materialista del marxismo. De ahí la importancia que tiene actualmente para los anarquistas plantear los problemas teóricos y tácticos que guardan estrecha relación con el movimiento social, tanto en su aspecto doctrinario o político, como en la esfera económica.

* * *

En la Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, se formula también esta pregunta: "¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?". Para nosotros, anarquistas comunistas militantes en la organización proletaria, el individualismo no pasa de ser una teoría negativa. En consecuencia, poco tendríamos que decir al respecto. Pero, sin embargo, digamos algo sobre la posición que los pretenciosos ególatras, con su manía del "yo", ocupan en el movimiento revolucionario.

"Platon, que como toda la antigüedad consideraba a la esclavitud un accidente natural de la condición humana, no concebía la civilización sin esclavos. La perfección de dicho bien requería, en su concepto, que los ciudadanos pudieran librarse de las necesidades materiales tanto como fuera posible; exigencia que sólo la posesión de esclavos satisface cumplidamente".

Compadezcamos a Platón, en boca de Lugones, y transcribamos algunas frases de su prosa doctoral. Continúa:

"El renacimiento de la esclavitud paréceme, pues, seguro y próximo. Considero un resultado inevitable", y etc.

Más abajo:

"A ello corresponderá, entonces, puesto que la raza blanca conserva su superioridad, la reorganización de la antigua irata", etc.

¿Acaso no serán suficientes las fragmentarias citas del trabajo de Lugones, para que el lector, al confrontarlas con lo extractado del libro "The Rise of Modern Industry", lo considere como a un pobre descabellado?

El hombre cree que acaba de inventar la esclavitud como de imperiosa necesidad en la hora presente, y resulta que existió siempre encubierta o descubierta. Hay gente que se pasa su vida descubriendo el paraguas. ¿Toda la carrera lugoniana no ha sido la del inventor de cosas sabidas y hechas?

Analicemos la teoría pura... y hagamos de paso referencia a los individualistas. Veamos.

El individualismo quiere ser un sistema filosófico. Deja por ello de ser una cuestión meramente personal, del fuero interno de cada uno, para transformarse en materia de estudio en el gran desconcierto de las teorías, de los dogmas y de las religiones. Pero los individualistas creen poseer el secreto de la vida, la verdad de las verdades conocidas, y sólo en eso — en su inmensa vanidad — se distinguen del resto de los mortales.

Nosotros no llegamos, en la crítica a los individualistas, a la aberración de negar los valores esenciales de la personalidad. Precisamente por la valorización del individuo se destacan las teorías anarquistas de las tendencias autoritarias. Y es para el anarquismo un principio básico el que surge de este enunciado: el hombre, en cierto modo producto del ambiente y sujeto a diversos factores sociales, es a la vez una fuerza determinante de la evolución y del progreso — de su propia cultura y capacidad. Quiere decir, pues, que basamos en el individuo la solución de los problemas humanos, al revés de los marxistas, que confían a la "evolución" — que es una forma de expresar el fatalismo — la tarea de transformar a los individuos, y radican en el proceso materialista de las sociedades el advenimiento milagroso de la libertad y la justicia.

Lo que queremos explicar, pues, no es la teoría del superhombre, porque esa es una preocupación de ociosos o un recurso de literatos vacíos. Nos interesa destacar del conjunto de nuestro movimiento la tendencia pseudo individualista, que defienden los que precisamente carecen de personalidad o no llegaron a formarse un claro juicio de las cuestiones más fundamentales de la propaganda.

Y podríamos incluir también a los que por su hábito de jefes y orientadores de reducidos círculos de opinión, oponen su [illegible] personalidad al conjunto de individualidades que dan expresión y realidad a las ideas.

Como consecuencia del confusionismo [illegible] provocado por la guerra y la revolución, y en parte debido a un natural movimiento reactivo frente a la preponderancia de las teorías dictatoriales, tomó cierto arraigo en nuestro campo una tendencia antiorganizadora. Sería difícil [illegible]ficar a esos defensores de la libertad... Mas existe una correlación de actitudes y procedimientos entre los "hombres" que nutrieron sus espíritus con fórmulas filosóficas de Stirner y de Nietzsche y los que apelan al recurso del [illegible] para eludir responsabilidades y ponerse al abrigo de toda crítica a sus actos como militantes.

Hemos observado el fenómeno de ese [illegible] mental en diferentes fases de la propaganda. Pero donde más estragos hace el individualismo irresponsabilista es en las organizaciones obreras. En los sindicatos hay campo para todos los innovadores. Los obreros son buenos e ingenuos en su mayoría. Prestan oídos a los [illegible] y se dejan sugestionar por frases floridas. El gesto lo es todo para los espíritus apocados. ¿Qué de extraño tiene, por ejemplo, que un vago [illegible] la teoría de la expropiación in[illegible] o sostenga que el trabajo debe [illegible] lo peor posible para vencer a [illegible]? Eso suena bien al oído de [illegible] viven sujetos al yugo de la ex[illegible]. Pero ¿no es un parásito el que, [illegible] explotador burgués, explota la [illegible] de los trabajadores y se subs[illegible] trabajo útil y productivo?

[illegible] que el que así procede no es [illegible] individualista puro. Pero nosotros no [illegible] importancia a las teorías que [illegible] su pureza al entrar en contacto [illegible] realidad. El individualismo que [illegible] — que conocen todos los tra[illegible] — es ese, y a sus consecuencias [illegible].

[illegible] hecho indiscutible que los indi[illegible] que se proclaman antiorgani[illegible] y no pierden ocasión en demos[illegible] desprecio a la chusma viven de [illegible] organizaciones obreras o se aprov[illegible] de sus beneficios. No renuncian a [illegible] de la asociación, aun cuan[illegible] que viven en un completo ais[illegible] espiritual. Declaran que es una [illegible] pagar la cuota al sin[illegible] intolerante tiranía ejercer facultades directivas en las organizaciones obreras, humillante sometimiento resolver con el voto de la mayoría los asuntos colectivos. Pero, cuando conviene a sus intereses, emplean esas cuotas para fines de propaganda — para oficiar de oradores o agitadores circunstanciales — se erigen en dirigentes para imponer a otros su capricho, apelan a los acuerdos colectivos para anular al adversario. Y si no poseen la facultad de mover a su antojo a todo un gremio o a toda una colectividad, recurren a la conspiración y pronuncian un decreto fulminante contra los que se oponen a sus absurdos e imposiciones.

Es necesario someter a un estudio objetivo a esos defensores del individualismo irresponsabilista. La tarea no es difícil para quien posea espíritu crítico y facultades analíticas. Basta con hacer el recuento de sus posturas, reunir sus contradictorias opiniones y prestar oídos a sus vaciedades. Y aparecerá, libre de todo ropaje, el verdadero hombre: la sombra de un revolucionario...

* * *

Ponemos punto final a este ya largo comentario. Las otras cuestiones planteadas en la Encuesta las dejamos para que las traten compañeros más competentes en esas materias. Por nuestra parte, hemos tratado de aportar algunas sugestiones al problema de la teoría y la táctica del movimiento obrero — en sus relaciones con la propaganda anarquista—, haciendo a la vez una crítica objetiva a los individualistas que, según los teóricos del "yo", interpretan mal la filosofía del superhombre de Nietzche y Stirner.

EMILIO LOPEZ ARANGO

Buenos Aires, septiembre de 1926.

Respuesta de M. Buenacasa

VII

El valor de la tradición es demasiado grande, por desgracia, para que podamos prescindir de los mitos tradicionales de manera absoluta

Las más grandes batallas deberíamos lidiar para dar fin a todos los prejuicios de la tradición.

En el recuerdo de las tradiciones vive el mundo sometido a todos los atavismos, a todas las corruptelas.

El anarquista no debe guardar ningún respeto a la historia, porque la vida, en nuestras concepciones ideales, tiene un principio siempre ascendente hacia las prácticas de la perfección.

Podemos y debemos decir siempre que nunca los tiempos pasados fueron mejores que los presentes, pues de otro modo negaríamos las leyes inflexibles del adelanto y los progresos de la humanidad.

La tradición sólo puede recordarse para combatirla y anatematizarla y, cuando más, únicamente para extraer de ella la lección que nos lega de sus grandes errores.

Hay, no obstante, algunos aspectos, muy estimables, de la tradición, que nos pueden servir de guión en ciertos momentos de nuestra vida. Las obras de un hombre o las gestas de un pueblo, en cuanto fueron conscientes y rebeldes, pueden recordarse como ejemplos en ciertos sentidos comparativos. Así, por tanto, cuando hablamos de las manifestaciones artísticas, recordamos los esplendores de Grecia y sentimos admiración por el arte y los creadores de aquellas épocas. Cuando, por otra parte, pretendemos estimular la rebeldía de los hombres de hoy contra la injusticia y la opresión, recordamos a Espartaco, el célebre tracio que sublevó a los esclavos de Italia contra el poder de los Césares. Cuando hablamos, por fin, de los héroes del deber, de los mártires que ofrendaron su vida y la libertad por el triunfo de las ideas de humanidad en el orden de la filosofía, de la moral o de la ciencia, recordamos a los santos varones, legión inmensa de ellos, que aportaron, para la construcción del bello edificio del porvenir, las piedras básicas y angulares.

En algo, pues, queremos aceptar, que debe valorizarse y recordarse la tradición. Mas no cometamos el error, cuando presentemos a la consideración de nuestros contemporáneos las figuras sobresalientes de las épocas pasadas, de elevarles un pedestal en nuestra memoria. Ensalzar las obras buenas, sí, pero no crear íconos, dioses o ídolos, porque al fin de cuentas, el principio religioso arraigaría en nosotros el más leal de los prejuicios.

Y de otra parte, ¿a qué extremos no ha conducido el seguimiento de las tradiciones?

¿Cuántas veces no hacemos degenerar hasta el ridículo, con nuestras recordaciones, los hechos más salientes de la historia?

¿Qué dirían de los trabajadores de este siglo — y hacemos excepción de los anarquistas — los mártires de Chicago, si desde sus tumbas pudieran presenciar las manifestaciones militarizadas del 1.° de Mayo, todos los años, las borracheras de los borregos políticos y el contento de los burgueses ante tantas y tales demostraciones de imbecilidad?

Iconoclastas empedernidos, nosotros sólo podemos rememorar las tradiciones, para señalar nuestro desprecio subversivo a cuanto se opone al libre desarrollo de la vida humana.

Podemos señalar la rebeldía de Espartaco, excitando a la rebeldía de los tantos oprimidos de la tierra.

Podemos ensalzar las figuras de Servet, de Galileo, de Giordano Bruno y de tantos hombres célebres, para estimular a nuestros coterráneos a que cumplan él deber sin vacilaciones.

Podemos recordar, en los aniversarios eternos — cada hora y cada minuto de nuestra vida de luchadores — las figuras preeminentes de los hermanos de Chicago, de Ferrer y de tantos otros, cómo murieron por la emancipación de los humildes, de qué manera los hombres deben ser humanamente egoístas en el sacrificio de la propia existencia en pos de las grandes ideas que se vinculan en el progreso y en la libertad.

Sólo hasta este punto y en tal medida puede seguirse y valorizarse la tradición, pero fuera de esto, que será siempre estímulo y señal de avanzar más y más, sin intermitencias ni desmayos, por la senda que trazaran los precursores, la tradición que, por ser lo que fué, supone estancamiento, debe ser combatida sin piedad y sin descanso.

Bien están los dioses de todas las religiones en sus sepulcros; no desenterremos, pues, a nuestros amigos para convertirlos en dioses.

Los anarquistas, que podemos gozosos recordar de qué modo se manifestaban las masas laboriosas en los Primeros de Mayo de este siglo, como explosiones violentas del odio de los pueblos contra las tiranías del privilegio, debemos dirigirnos cada día a las falanges productoras para decirles cuán poca es su vergüenza y de qué manera olvidan, por seguir la tradición precisamente, cómo les traicionan sus jefes políticos, cómo por dignidad la fecha de las revoluciones y de las reivindicaciones humanas no se puede confundir con los aniversarios fríos, solemnes y oficiales de las castas poderosas.

Hasta aquí podemos llegar en el culto a la tradición. Aunque mejor sería que el culto a esa tradición, a todas las tradiciones, se hallase concentrado y silencioso en la conciencia de cada hombre y que no se manifestase sino el gran día — cualquier día — del formidable estallido destructor de la injusticia.

Porque hay que contar con que, a fuerza de hablar y de gritar un solo día del año, para hacer como que recordamos una epopeya, un hombre o una cosa, el gas se nos escapa todo en un instante, y luego, alicaídos e inconscientes, sólo nos queda fuerza para recordar la *fecha* del griterío y la impotencia de nuestros espíritus cansinos, desgastados vanamente.

La tradición hay que soterrarla; más, si por fuerza de nuestra acción cuotidiana nos viene a la memoria como un descanso, lo que otros hicieron, en cuanto sea generosidad, rebeldía, bondad o conciencia, recojámonos devotamente en la meditación y en el estudio y tomemos para nuestro gobierno el ejemplo que estimula, la gesta que hay que imitar, la vida que interesa superar.

No vemos otra manera de valorizar las tradiciones ni hallamos otra medida con que seguirlas.

Los idólatras de todos los tiempos, acostumbran a celebrar los aniversarios del nacimiento o la muerte de sus ídolos, dedicándose un banquete y unas francachelas conmemorativas.

Nosotros no podemos seguir esa repugnante costumbre.

Y conste que tal como acontecen hoy las cosas en todo el mundo, vamos camino de caer en los mismos vicios y en los mismos errores que combatimos y señalamos.

Matemos, pues, la tradición y limitémonos exclusivamente a estudiar las obras y las virtudes de los grandes hombres, procurando imitarlos y superarlos

VIII

Una advertencia preliminar. Nuestra erudición en materias como las que presenta este tema, es absolutamente nula. Si tuviéramos a mano la Enciclopedia "Espasa", por ejemplo, nos podríamos permitir, sin ningún esfuerzo por nuestra parte, el lujo de aparecer como eruditos. Sería mejor, pues, — dirán algunos de nuestros amigos y lectores — que no discutáis acerca de lo que no sois capaces. Aceptado el consejo, pero aceptado también que hemos tratado, sin conocerlos, otros temas, otras cuestiones de esta encuesta; queremos cumplir nuestro propósito de hablar de lo que apenas conocemos, aunque sólo sea para emitir el juicio y la opinión que el asunto nos merece

Adelantemos que hemos ojeado la Biblia alguna vez y digamos: *La Biblia es una solemne tontería.*

Podría terminar aquí nuestro trabajo, recomendando a los camaradas en general que se dispongan a quemar todos los ejemplares existentes de ese famoso testamento de los dioses como buen medio "de deshacer las viejas creencias petrificadas en las mentes".

Creo que Pompeyo Gener en su "Historia de la literatura" —que no conozco— y en la cual expone las bases y orígenes de la Biblia, debía haber recomendado otro tanto; puede que lo hiciera, pero yo lo ignoro.

Digamos en honor de los que inventaron la Biblia que (como nada en el mundo se hace porque sí, y puesto que todo lo creado en la esfera de la inteligencia responde a una necesidad, aunque sólo sea a la del placer que un hombre suele experimentar cuando escribe) el testamento viejo, tanto como el nuevo, forman dos volúmenes de muchas páginas (lo que supone un esfuerzo mecánico muy estimable en quienes concibieron, escribieron y confeccionaron semejante absurdo montón de letras.

Cuando se habla de la Biblia habría que pluralizar, porque Biblias hay muchas. Veámoslo, pero antes digamos lo que son las célebres sagradas escrituras.

Las sagradas escrituras comprenden los libros canónicos del antiguo y del nuevo testamento. En los libros del Antiguo Testamento — esto debe ser la Biblia vieja, — dícese que constan todas las majaderías que Dios padre reveló a los hebreos; y en el Nuevo las que Dios hijo enseñó más tarde por mediación de sus doce u once — porque Judas ya no debía formar parte de la sociedad apostólica — apóstoles.

Adán y Eva, que vivían en el paraíso (?) tuvieron, previa la correspondiente aproximación de la carne — la manzana bíblica, signo de discordia y de pecado, fué, como se vé, demasiado apetitosa — dos hijos: Caín y Abel. Dios ha combatido siempre el incesto, pero nosotros, que también lo combatimos, debemos decir — o Dios es mentiroso — que Caín y Abel hubieron de fornicar con su madre, pues no tenían hermanas, a fin de que se reprodujese la especie humana. Porque, lo de que Caín mató a Abel por celos — y así parece desprenderse del Viejo Testamento — no es cierto según se desprende de la Biblia nueva. Los libros de la Biblia están clasificados en *morales, históricos, sapienciales, legales, protocanónicos, deuterocanónicos*, etc., etc.

Esta relación de nombres raros, casi todos referentes a la metafísica, dicen bien claro cuál puede ser el valor del libro que nos ocupa.

Sin embargo — y en serio — hemos de aceptar que los autores de la Biblia tuvieron al escribirla el mismo honrado propósito que tuvieron los poetas o los filósofos y moralistas de todas las épocas al escribir sus obras.

Es innegable que aquellos hombres quisieron legar a las generaciones posteriores el bagaje de una moral por la que la humanidad deberían regirse eternamente.

Esa pretensión muy humana para ellos, la mantenemos también, los anarquistas, hasta cierto punto, con respecto a nuestra obra. Podríamos decir que todos los amantes de la Biblia son tontos, pero no nos atreveríamos a afirmar que los que la escribieron tuvieran tal intención o sea la de que sus secuaces fueran tontos. Sería cuestión de discutir si la tontez excluye la bondad.

Los que inventaron y escribieron la Biblia, como los que más tarde o antes propulsaron los ideales de redención integral de la humanidad, poseyeron igualmente la intención de hacer que los hombres fueran buenos.

Eso sí, conviene, para que el hombre sea bueno, que no se le enseñen tonterías, y como la Biblia es un cúmulo de tonterías, resulta que los que de ella toman enseñanzas, fatalmente han de ser tontos, aunque ellos no lo crean. La Biblia acepta y ensalza a Dios y al tirano; con esto solamente y por el confusionismo que campea en ella está demostrado cuál es la moral del tal libraco, que, dicho sea de paso, tiene algo que tal vez, bien expurgado, pudiera extraérse para asimilarlo a nuestras concepciones morales. Pero en conjunto la Biblia no vale ni sirve para nada.

Algunos trozos del antiguo testamento deben datar de tiempos muy remotos, pero, que nosotros sepamos, el "gran libro" no fué coleccionado y puesto en circulación hasta que San Jerónimo tuvo a bien hacer la gran refundición de la obra dispensa, y esto ocurrió ya en el siglo IV de nuestra era. Los libros mencionados estaban escritos la mayoría en hebreo, menos el de la *Sapiencia* y el segundo de los Macabeos, que lo estaba en griego.

Las obras de la Biblia traducidas por San Jerónimo al latín corrigiendo la edición "Vetus Itálica", se condensan en una sola "montaña de papel" con la denominación genérica de "Vulgata".

Dicha edición es la única autorizada por la Iglesia católica.

Pero la atuoridad de la Iglesia, en este caso, debe ser muy poca por cuanto se sabe que, a pesar de todas las prohibiciones, se han publicado numerosas biblias por hombres santos y no santos, arregladas según el capricho de cada traductor, arreglador o editor.

Así, sabemos que existe la Biblia de Pedro de Vaux (Francia, 1160); la de Malermi, Italia (1471); las del rey Jacobo y Guillermo de Tindal (Inglaterra, 1526). En España han editado la Biblia un hermano de San Vicente Ferrer (el lemosín Bonifacio), Ambrosio de Montesinos y el calvinista Casiodoro; el cardenal Jiménez de Cisneros escribió una biblia poliglota, etc., etc.

Nos enteramos estos días de que el ex ministro de la plutocracia catalana, Cambó, está escribiendo una Biblia en catalán.

Y aunque nuestros lectores lo tomen a guasa, les diremos que, también por estas tierras hubo quien acertó con la ocurrencia — que más tarde constituyó un chiste muy madrileño — de "poner" *la Biblia en verso*. Ahora hay quien pretende musicarla. El colmo, como pasatiempo, por cuanto resulta estéril y acaso pernicioso el esfuerzo mental y físico que representan esas transcripciones de la obra de dios padre y dios hijo.

Hablando de Dios está dicho todo.

La idea de los propagadores y autores de la biblia, nos trae a la memoria el caso peregrino de los protectores de animales de nuestro tiempo, que quieren que no se maltrate a los perros ni a los pájaros, pero mantienen a los pajaritos en sus jaulas y a los perros — para que no se les haga ingerir la estricnina — los llevan atados con una cadena al cuello. A los burros les hacen trabajar excesivamente.

Camaradas: haced desaparecer la biblia, sus fundamentos y sus bases, sus orígenes y su recuerdo inclusive, y habréis coadyuvado a que desaparezcan en mucho, de las mentes atrofiadas, los prejuicios del acerbo ancestral que al libraco referido aportaron todas las ideas falsas.

Propagad en tanto el ideal razonable, humano y excelso de la anarquía.

De aquí a un millón de años...

Puedo prever lo que acontecerá, durante un millón de años a devenir, con esta ley inflexible y general: que no ha de cambiar, cuando mucho, sino una media docena de veces. El barullento y mezquino manojo de financistas, como siempre, ulularán con miras a provocar nuevas guerras. Al principio, el púlpito prudente y cauteloso intentará objetarla. La masa gigantesca y perezosa de la nación, como siempre, se restregará los ojos adormilados y tratará de comprender por cuáles motivos deberá producirse una guerra; y con torva indignación gritará:

—Es injusto y deshonroso esto, puesto que nosotros no tenemos ninguna necesidad de entrar en guerra con nadie.

Unos pocos hombres, de un bando, elevarán sus protestas encandecidas, invocando poderosas razones contra la guerra con la palabra y la pluma. En los primeros tiempos lograrán atraerse una numerosa audiencia que los escuchará y aplaudirá. Pero eso no durará mucho. Otros, de un bando opuesto, en más número, comenzarán a chillar con fuerza y violencia, haciendo un ruido infernal y ensordecedor contra aquéllos, sus presuntos adversarios, presentándolos como antimilitaristas, como traidores a la sagrada causa de la patria; y la audiencia se irá retirando poco a poco hasta dejarlos solos y acosados por la hostilidad popular.

Poco después se podrá presenciar el siguiente espectáculo: aquéllos, los oradores y escritores que primero gozaron del favor público, se verán apedreados y arrojados de las tribunas; la Libre Palabra será estrangulada por la horda desencadenada de hombres ciegamente furiosos, quienes todavía, por el momento, abrigan un secreto cariño en sus corazones por los linchados, sin que osen manifestarse en favor de ellos y de sus ideas.

Ahora la nación entera, el púlpito y todas sus instituciones adyacentes, tomarán el grito de guerra y callándolo al unísono al hombre honesto que se aventure a abrir la boca, le lincharán feroz y rabiosamente; todas las bocas se hallan selladas y amordazadas.

Luego, finalizada la sangrienta función, los estadistas inventarán un puñado de mentiras baratas y de lógica adocenada, cargándole todas las culpas, naturalmente a la nación que fué atacada y vencida; y entonces, cada hombre del país vencedor se sentirá satisfecho y contento de acallar su conciencia con esas imda; y, entonces, cada hombre del país vencedor, se sentirá satisfecho y contento de acallar su conciencia con esas imposturas y falsías; se pondrá a estudiarlas con diligencia y método, rehusándose tozudamente a examinar toda refutación contra ellas.

...Y poco a poco se irá convenciendo que esa guerra fué muy justa, y elevará sus preces hacia el dios omnipotente, que se dignó concederle un sueño más reparador, más tranquilo, para disfrutarlo después del doloroso proceso de su grotesca autodecepción, cuando creía estar errado...

Sí; el dios omnipotente también, al fin, le daba la razón.

Mark Twain ("Huck Finn").

De no muy reciente aparición — aunque siempre de rigurosa actualidad — se ha publicado en Norte América "*The Ordeal of Mark Twain*", ordalía, que significa la prueba del fuego o el juicio de Dios de la edad media. El libro lo es en cierta manera, ya que somete a un rudo y penetrante análisis al ídolo más popular de los estadounidenses.

Su autor es Van Wyck Brocks, uno de los jóvenes críticos norteamericanos de más poderoso talento. Los lectores superficiales que adoptaron el Twain Bufón, con el birrete cascabeleante para divertimiento de las hordas que lo adoraron, se sorprenderán al descubrir, tras esa figura de payaso de la literatura, "*the saddest, the most ironical figure in all the history of the Western Continent*". Traducimos: la más sombríamente triste e irónica figura de toda la historia del Occidente; y que era en manos de Melpómene de la común opinión, un pobre lastimero muñeco, reducido a los lugares comunes de los conceptos de materialismo, mobodemocracia y optimismo. Fué el *King Mark* o *Mark Rey*, como lo denominaron sus contemporáneos, el protagonista de una era muerta, vegetativa espiritualmente, "un ilusionista en medio de sus decepciones, la contrafigura del símbolo creador de vida, en un país en que por la inmensa bondad de Dios, posee estas cosas preciosas: Libertad de palabra y de conciencia, y tenemos el tacto y la prudencia de no usarlas nunca en nuestro beneficio ni para los demás". Son las exactas palabras del autor.

Para un pequeño grupo de artistas, de mujeres y hombres de la presente generación, que tienden a liberarse de los prejuicios corrientes e inaugurar una escuela de absoluta independencia desde todos los puntos de vista, — para ese curioso islote de vidas apretujadas y hostilizadas por el desierto de la moral reinante, Brooks sostiene el tono de polémica de su libro y les dice: "Escritores y artistas de Norteamérica, lean la tragedia en el rostro agotado, angustioso y desencantado de este vuestro conciudadano, y recuerden el espléndido rol que vuestros colegas desempeñaron en los dramas humanos de otros tiempos y de otros pueblos; y pregúntense a sí mismos si no llegó la hora de poner de lado toda frívola preocupación, y marchar como lo hicieron los poetas de las grandes edades".

Según Van Wyck, su biógrafo, Twain pudo crecer hasta llegar a la estatura de un humorista comparable a Voltaire, Swift y Cervantes, si no hubiese sido refrenado y catequizado por su comprometedor contemporáneo William Dean Howells. Y el escritor se arrojó desde esa cima para aplastarse en la talla dobladiza de un títere que había de jugar con su elasticidad, su rol de bufón literario de la feria de las vanidades mundanas. Este es uno de los aspectos más íntimos del caso de Mark Twain, por lo que fué desviado, malgrado suyo, en lo más noble de su vocación, por los prejuicios imperantes en su misma raza, que quiso fuera de ella el reflejo más subalterno.

Una vez que un hombre se apropia de la esencia de la masa común para hacerse una individualidad, obligadamente emerge a la plena luz pública; y si, al cobrar una definidad perspectiva en los contornos de la fama, se cree en suficiencia, en autoedeificación, entonces degenera, y necesita de la ayuda de una crítica creadora para tornarle a sus justos límites.

Del extraordinario valvén del éxito que columpiaba a Twain hasta subirlo a la nubes, no hubo un hombre que le salvara. Permaneció siendo durante su carrera, un "niño funambulesco y frenético" con "Howells, con su reverendo confesor literario", con su familia guiada por esa archipuritana de Mrs. Clemens y con una multitud de amigos y millones de lectores, que proporcionaban rangos inconscientes a los innumerables conscientes rangos de los enemigos, quienes secretamente deseaban estropear y matar el creador, por lo menos de una sola obra maestra; *Huck Finn*. Machacado continuamente por el puritanismo, tuvo que conformarse a los *tabu* religiosos, morales y sociales; llegó a escribir por cierto en carta privada: "Un gentilhombre verdadero no desnudará la verdad en presencia de señoras".

Exteriormente Twain aceptó el egregio *buga-boo*—el espantapájaro de la opinión pública—que confinó a Whitman en la soledad moral de Camden, "donde llevó a cabo una perpetua guerrilla contra la confraternidad literaria de la época". Henry James y Whistler — la lista es larga — huyeron hacia Europa, buscando lo que "necesariamente sería un exótico desarrollo", como desinfectante... Y fueron echados por la vasta conspiración contra toda vida creadora, ya fuese cualquier manifestación del vital, del inquieto y disolvente espíritu crítico de una individualidad artística".

Twain se quedó y fué derrotado por esa invisible y potente conspiración; pero recordemos que también Whitman se quedó y no lo derrotaron. Al contrario, ese hombre, salido de la oscura e inflamada hornalla del pueblo, como un redivivo Prometeo, plantó la semilla, la chispa de fuego de una vida un poco más libre y más en consonancia con los postulados de un futuro mucho mejor. Esta tendencia de inspiración libertaria ha fructificado en numerosos hijos e hijas y también en muchos nietos espirituales de Walt Whitman, quienes se han propuesto seguir por esa *Open Road*... o sea, por la ancha vía del arte. Por lo menos son un grupo de disidentes que se compone de novelistas, poetas, críticos y dramaturgos que tratan de cultivar un arte social y fuertemente humanitario, y en abierta contraposición con el egoísmo racial...

Amenazados de extinción por el puritanismo popular, son los rebeldes de la hora.

Quizás Twain, de nacer entre ellos, habría alcanzado un más alto puesto entre los humoristas gloriosos... En cambio, ha quedado como el último famoso bufón de Norte América.

Sin embargo, confesaba que para él "la literatura no era más que una esclavitud moral". Y añadía:

"Escribimos con franqueza y sin miedo alguno; pero después modificamos nuestros pensamientos, le cortamos las alas y las uñas antes de ser impresos"...

BIBLIOGRAFIA

Delio Morales — "Raimundo Nansen, el atormentado" — 186 págs. en 8.o — Ed. Gleizer, B. Aires.—

Este libro se compone de una narración principal, "Raymundo Nansen, el Atormentado" y de una serie de cuentos breves.

El tema predominante es el amor, sus problemas, sus manifestaciones, sus formas cotidianas. Las figuras tienen algo de exótico, su psicología es compleja y es preciso esmerarse para trazar su retrato lógico sin incurrir en inconsecuencias o en desviaciones.

Hay pinceladas de crítica social oportuna y el estilo es fluído, de lectura agradable. Los problemas podrían ser más definidos, pero, en conjunto, este libro de Delio Morales se lee de un tirón sin arrepentimiento.

D. A. de S.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

"The Socialist Labor Party and the Third International", 64 págs. en 8.o— Ed. Soc. Labor Party, New York, 1926.

"El aventurero de Saba", poemas por Humberto Díaz Casanueva. — Ediciones Panorama, Santiago de Chile, 1926.—

"Alas", revista quincenal de aeronáutica, Madrid. Recibimos el número 95, correspondiente al 1 de agosto.—

"Valoraciones" — Hemos recibido el último número de esta voluminosa publicación universitaria de La Plata, con algunos buenos estudios y ensayos literarios y numerosas ilustraciones.—

"Insurrexit", mensuario de sociología, arte, ciencia, educación y crítica.— Recibimos el segundo número de esta revista que editan en Santiago de Chile varios camaradas, bajo la redacción de G. Martínez Sotomayor. Tiene 16 páginas de texto selecto y se vende a 50 centavos chilenos. Su dirección es: Nataniel 1057, Santiago.

AÑO V — BUENOS AIRES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1926 — N.o 241

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL ... PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Reflexiones sobre el atentado contra Mussolini

El 13 del corriente, como se sabe, un joven anarquista, Gino Lucetti, atentó contra la vida de Mussolini, el dictador italiano. La bomba que arrojó al paso del automóvil del primer ministro estalló sin obtener los resultados esperados, hiriendo a varias personas indiferentes.

Ese frustrado intento se convirtió en el tema del día en el mundo entero. Los gobernantes de Europa se apresuraron a felicitar a Mussolini por haber resultado ileso. También el embajador de la Rusia de los soviets fué a manifestar al tirano de Italia sus simpatías y sus plácemes, en nombre de la comisariocracia bolchevista. Para nuestros camaradas del feudo mussoliniano, la situación, sin embargo, no fué muy grata: las autoridades fascistas procedieron a efectuar centenares de arrestos en Roma, en Milán, en todas partes para descubrir el consabido "complot". Entre los presos se encuentra Errico Malatesta, según las noticias. Gino Lucetti reivindica la entera responsabilidad de su fracasado intento, y afirma con orgullo sus convicciones anarquistas. El fascismo, que hizo resucitar la pena de muerte en su legislación, después de haberla abolido tantos años del modo más ..., no queda contento con una víctima por el susto propinado a Mussolini, desearía que se produjese un escarmiento de imperecedera memoria, que se levantase un monumento de sangre para recordación ... Con el poder absoluto en sus manos hará lo que quiera, pero el terror no fué nunca un contrapeso a los tiranicidios. Gino Lucetti se ha despedido de la vida cuando entró en Italia, atravesando ilegalmente la frontera, a matar al chacal sanguinario, al primer responsable de las infamias cometidas en Italia en los últimos cuatro o cinco años. Cuando Angiolillo ultimó a Cánovas del Castillo no se movió de allí, no intentó huir. Tampoco pensaba huir Massach Torrents en Barcelona cuando hizo su ensayo de atentado contra Primo de Rivera. Kurt Wilckens se había propuesto ponerse a salvo cuando meditó el acto memorable y puso fin a la vida del teniente coronel Varela.

El hombre que se decide a librar al mundo de un tirano execrable no calcula las probabilidades de salir sano y salvo de la aventura. Se despide previamente de la vida, que valora siempre mucho más que los demás, y se ofrece en holocausto al ideal de un mundo más equitativo y más humano. El terror extremo no sólo no impide esos hechos, esos sacrificios en pro de la humanidad oprimida, sino que los fomenta, los engendra. No quepa duda, cuando el despotismo político llega a un límite extremo, cuando los crímenes de arriba no pueden ser contrarrestados por la resistencia del pueblo, cuando toda palabra libre es sofocada a sangre y fuego, surge el pensamiento de la acción y del sacrificio individuales. Siempre fué así y es posible que siempre lo será.



El anarquismo, hace ya muchísimos años que renunció a prestigiar los hechos individuales, aspirando a una acción colectiva sistemática. Pero cuando se producen gestos como el de Gino Lucetti, no regatea la expresión de su solidaridad, pero no como un hecho específicamente anarquista, sino como un gesto profundamente humano. ¿Qué culpa tenemos nosotros, qué culpa tienen nuestras ideas, si es en nuestro movimiento donde hay hombres más sensibles a la injusticia, más dispuestos al sacrificio?

La mayoría de los tiranicidas en los últimos cincuenta años proceden del campo anarquista, porque es el anarquismo el que concentra los espíritus más abnegados, los más desinteresados. Pero el tiranicidio no es fruto de las ideas anarquistas, es fruto de los sentimientos humanos de hombres que se asocian al anarquismo por ser éste un ideal de justicia, de libertad para todos. No es de la idea, sino del sentimiento, no es del cerebro, sino del corazón de donde nace el gesto individual de arrojo contra la tiranía. ¿Qué ley, qué terror, qué medidas de represión lograrán impedir que la sensibilidad humana vibre ante la injusticia, que el corazón se conmueva ante el crimen oficializado?

Porque el atentado no tuvo las consecuencias deseadas, porque el dictador resultó ileso, hay gentes que surgen ahora condenando el hecho. Entre ellas hay un tal profesor Gaettano Salvemini, actualmente en oposición al fascismo, que hace desde Londres declaraciones imbéciles. Dice así:

"Los atentados resultan un absurdo; aumentan, por otra parte, el prestigio de las víctimas.

"La desaparición de Mussolini sería una suerte para el fascismo y una calamidad para los partidos liberales y democráticos de Italia y de los demás países. Jamás desearé que Mussolini caiga víctima de un atentado: moriría como un héroe y privaría el fascismo de todo su valor como experimento.

"Con el fracaso colectivo de la dictadura — terminó diciendo el señor Salvemini — nada o poco ganaríamos, porque no sería el fracaso personal del dictador.

"Debemos desear que Mussolini no muera, como Julio César, sino que viva para concluir como Guillermo II.

"En esto confío; en esto confiamos todos los antifascistas, no tan sólo para el bien del pueblo italiano, sino para bien de la humanidad"

Ese señor Salvemini discurre muy bien desde Londres; hasta él no llegarán las tragedias proletarias; la suerte de los centenares de millares de emigrantes no turbará su cómodo destierro; la intranquilidad por el pan de cada día en tierra extraña, expuesto a las persecuciones, a las expulsiones, al escarnio, todo eso no le interesa ni le afecta. Hasta un apartado refugio en Londres no llegan los ayes de las víctimas del fascismo. Por eso se comprende que el profesor Salvemini no tenga apuro en la lucha contra la dictadura y juzgue de la manera que lo hace el atentado.

Si la bomba de Gino Lucetti hubiese ultimado al tirano, la opinión de Gaetano Salvemini habría sido diversa, como habría sido diversa la opinión de muchos que condenan hoy el hecho. Pero esas voces, felizmente son ahogadas por el entusiasmo espontáneo que el gesto de nuestro camarada ha provocado en el proletariado internacional.

Repitamos las palabras de Mussolini en 1918: "Creo que para los fines de la especie humana del progreso indefinido, vale mucho más el gesto de un audaz lanzador de bombas que todas las órdenes del día, que todas las charlatanerías en Roma por esas doscientas carroñas de sacerdotes rojos que se abrogan el derecho y también las prerrogativas de la pobre y doliente y también escarnecida humanidad..." (Il Popolo d'Italia, 8 setiembre de 1918; artículo "Divagazioni").

Que se comparen las opiniones de Mussolini y de Salvemini.

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

E. LOPEZ ARANGO

FARSA Y TRAGEDIA

La dictadura, el plebiscito y el socialismo español

Los graves acontecimientos derivados de las intrigas cuarteleras y de los ensayos de pronunciamiento por parte de algunos generales *prestigiosos* — Weiler y Aguilera, entre otros —, parecían forzar la caída del dictador español. En la algarada provocada por los artilleros, y que dicen solucionó el prestigio y la cautela del rey, se puso a prueba la audacia de Primo de Rivera y el espíritu tortuoso de los incondicionales de la monarquía. La disciplina del ejército fué restablecida sacrificando a un grupo de militares desafectos a la dictadura y prometiendo a otros, primero la impunidad, después la recompensa.

No hay solución en la continuidad de la lucha de camarillas militares, como no la hay tampoco en el turno de generales en el cuarto de banderas del rey. ¿Que Berenguer cuenta con la simpatía de los cortesanos del Palacio de Oriente, y Weiler y Aguilera con el apoyo de las Juntas de Defensa? La democracia y el constitucionalismo, que invoca el partido o la facción militar opositora, carecen de valor en el momento en que sólo se busca el recurso que evite el derrumbe de la monarquía, responsable de la anormalidad que tanto lamentan los políticos de todo color.

El retorno a la normalidad constitucional debe operarse por la expurgación de responsabilidades. Responsable del golpe de Estado, de la dictadura que ahoga a España desde hace tres años, es más el rey que Primo de Rivera. Y esa responsabilidad tiene un origen aun más lejano y profundo: el desastre de Annual, que los militares intentaron borrar con el pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923.

Se comprende, pues, que los políticos españoles, monárquicos o republicanos, reivindiquen los fueros del poder civil para juzgar el episodio militar de Barcelona y el objetivo impunista que lo determinó. Y tiene su explicación que los socialistas españoles, como buenos aventureros, olviden el compromiso contraído con el antiguo régimen — particularmente en lo que atañe al problema de Marruecos —, para especular con la actual situación e inclinarse del lado de la dictadura primorriverista a la espera de un cambio que les facilite la ascensión al poder.

La farsa del plebiscito fué denunciada por los viejos políticos, conservadores, liberales y republicanos. Sólo el partido socialista español y su apéndice sindical — la Unión General de Trabajadores — ocultaron su pensamiento íntimo respecto a la trascendencia de ese acto. Pero los socialistas, que colaboran *técnicamente* con la dictadura — en el Consejo de Estado, con un consejero nombrado por real orden — pueden muy bien abrigar el propósito de ampliar esa colaboración el día que Primo de Rivera, para justificar su retirada, convoque a una asamblea nacional constituyente.

Parece que ese es el motivo principal que inspiró el plebiscito. Sin apoyo en el ejército, débilmente sostenido por el rey, combatido por los políticos monárquicos y repudiado por la misma nobleza, el dictador se vé obligado a preparar la vuelta a la normalidad... Y ya que no es posible establecer un turno de generales, porque se agudizaría la lucha de ambiciones en el militarismo español, es necesario que la Unión Patriótica reciba el apoyo de otra fuerza política independiente... que bien puede ser el partido socialista.

El socialista Prieto Tuero, alejado del grupo dirigente por su oposición al criterio manifestado por el partido y la Unión General de Trabajadores desde que Primo de Rivera dió el golpe de Estado, publicó un manifiesto denunciando la farsa del plebiscito. No deja de ser interesante la opinión de ese político, tan diferente de la que inspira los actos de los marxistas que colaboran con la dictadura militar. Hela aquí:

"El gobierno pretende constituir una parodia de Parlamento, una ficción, una engañifa, una farsa. El Parlamento se disolvió "manu militari" en 1923, con objeto de evitar que la minoría socialista completara su obra de fiscalización y acusación a la monarquía, por la cadena de desastres de la campaña de Africa. El golpe de estado de 1923 no tuvo otra finalidad, cualesquiera sean los disfraces con que se le ha querido vestir.

"Ahora, como ante las naciones civilizadas resulta un espectáculo excesivamente duradero el mantenimiento de la dictadura sin disimulo, se apela a esa ficción y se invita a la Unión General de Trabajadores con objeto de dar al actual régimen apariencias de normalidad.

"Se trata de constituir una asamblea sin facultades fiscalizadoras, sin potestad para analizar aquellas responsabilidades que quedaron pendientes, y las posteriores — no menos graves — de cuanto ha ocurrido desde 1923 en una administración desastrosa, y, en otro orden, en la enormidad de la ejecución de varios de los encartados en los sucesos de Vera, que los absolvió el tribunal juzgador, y para cuya condena fué indispensable relevar al fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina, también conforme con la sentencia del tribunal inferior. Este atropello señala la cúspide de una serie de vejaciones a la libertad y a los derechos del hombre, vejaciones que en el orden político caracterizan a la dictadura militar, asistida por unos cuantos lacayos que no merecen vestir el traje de hombre civil.

"El rey quiere un Parlamento que no discuta ni juzgue sus actos y que no examine el pacto entre la monarquía y el pueblo — que era la Constitución—, ahora vulnerado con descaro sin precedentes. Se trata de sustituir al Parlamento, al cual se teme, y se pretende no volver a él, porque ante él, en abierta discusión, sería imposible la justificación de ciertos procederes. Se le quiere sustituir con una asamblea no elegida por sufragio universal, sino trazada sobre la base de representaciones de las fuerzas vivas, con tal limitación de atribuciones, que su eficacia, desde el punto de vista de la fiscalización y enjuiciamiento de las instituciones, habría de ser totalmente nula; se trata de una asamblea solamente consultiva, sin facultad para resolver, ni siquiera con esfera de acción bastante amplia para poder influir en los actos del gobierno, cuyo funcionamiento, además, debe desarrollarse en un régimen sin publicidad, en un régimen de previa censura.

"De consiguiente, si algún osado quisiera salirse de la pauta acordada para la farsa, su voz quedaría sepultada en el silencio. Eso, según todos los indicios, va a ser una congregación de marionetas, cuyos hilos estarán en manos del gobierno. En tales condiciones no es posible ir con dignidad a participar de una farsa tan inicua, ante la cual es una cantinela sin sentido la recomendación de que no debemos renunciar a ciertos cargos, porque pueden ocuparlos nuestros adversarios. Que los ocupen. La honra está, no en permanecer dentro, sino en quedarse fuera pudiendo haber entrado".

En términos generales, Prieto Tuero reivindica el parlamento disuelto, el sufragio y la libertad de palabra y de prensa. Se coloca así en el terreno de la legalidad y defiende sus ideas democráticas. Pero, particularizando la cuestión, llega a estas conclusiones:

"A los elementos directivos de la Unión General de Trabajadores no podrá ocultárseles que cuando aceptaron una representación en el Consejo de Estado se produjo un disgusto que vive latente en las organizaciones adheridas. Podrán alegar que se interpretó el parecer de la mayoría; pero núcleos considerables de nuestras filas se mostraron contrariados por esa resolución, que en el ambiente de simpatía que rodeaba a nuestra actuación política ha constituído para nosotros un grave quebranto.

"Si cometemos la torpeza de prestarnos a pertenecer a esa asamblea se produciría un daño irreparable, porque serviríamos de consejeros a una dictadura y traicionaríamos nuestros principios. Ingresar a esa asamblea sustitutiva del Parlamento sería un caso de traición, y si tal traición se consumara habría llegado para mí — que no quiero ningún vínculo de solidaridad con tan desacertada conducta — la hora amarga de pensar si debería irme de donde he estado toda mi vida".

El manifiesto de Prieto Tuero obtuvo respuesta de los prebostes de la Unión General de Trabajadores: una respuesta hiriente en su particularización del problema — en su aspecto personal — y vaga en sus conclusiones generales. Los socialistas colaboran con la dictadura desde el Consejo de Estado. Deben, pues, aceptar todas las contingencias: el plebiscito y la asamblea constituyente. Pero los jefes del socialismo español declaran que esperan conocer el *programa reconstructor* de Primo de Rivera para definir su conducta.

Todo depende, pues, de las garantías que el gobierno cívico-militar ofrezca al partido socialista y a la Unión General de Trabajadores para participar en la proyectada asamblea constituyente. Si Primo de Rivera garantiza algunos puestos, en el futuro Parlamento, a los prebostes del socialismo, pese a la opinión de Prieto Tuero, en la política social-reformista encontrará la monarquía el más firme puntal para afianzarse sobre las doloridas espaldas del pueblo español.

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inédito de Miguel Bakunin

El manuscrito de Bakunin, 15 1/2 en 4.°, papel blanco, me fué comunicado en febrero de 1895 por Pedro Kropotkin y debe encontrarse aún en un lío de papeles que había reunido en Suiza, dos manuscritos de un francés concernientes a la Comuna y la canción muy difundida en otro tiempo entre los jurasianos, *Le bon Bourgeois*, que hacía estremecer a Kropotkin con sólo ver el título. Se escribió sobre el paquetito: *Manuscrito de Bakunin ¿procedente* de 1865?" ¿Es exacto?

Hoy, a primera vista, ¿se llegaría fácilmente a esa fecha? ¿o más bien a los años 1864-66?, pero en febrero de 1895 y ante todos los materiales en que se basaría ahora estaban inéditos, con excepción siempre de lo que publicó en lengua rusa en el libro tan raro, pero bien conocido de Kropotkin, *El desenvolvimiento histórico de la Internacional* (1873) sobre la sociedad secreta fundada por Bakunin en 1864.

El que dió la fecha de 1865 al manuscrito se basó, pues, sea sobre ese pasaje impreso, sea sobre la tradición íntima, conocida de muy pocas personas del tiempo de Kropotkin en Suiza, sin embargo no ajena a Reclús, y también a Joukowski y a otros.

No obstante, tengo dudas. Sé que el arreglo del texto y su contenido corresponde mucho al *Catecismo revolucionario* de los primeros meses de 1866, de cuyo ejemplar remitido a Herzen con la carta de Bakunin del 19 de julio de 1866 es del que copio el *resumen* y la conclusión reproducidas más abajo, pero el fragmento presente tiene, según mi impresión, el aspecto de estar mejor reflexionado, de ser más límpido y gracioso en el estilo, en una palabra, más perfecto que el texto de 1866, al cual no podría preceder. Le asignaré una fecha bastante retardada, el mes de marzo de 1871. La cuestión tiene importancia desde este punto de vista, que es interesante conocer los primeros escritos socialistas de Bakunin después de sus numerosos escritos de los años 1862-63, que se ocupan de cuestiones eslavas. Si este escrito fuese de 1865, formaría una parte de esos primeros escritos socialistas, muy difíciles de encontrar o perdidos, — si no, nó. He aquí mi hipótesis.

Según sus notas diarias Bakunin, hallándose desde el 20 de marzo al 2 de abril de 1871 en Florencia o en Prato, cerca de Florencia, en casa de su amigo Mazzoni, anota el 25 de marzo: escrito *programa*, el 26: *programa*, el 28 por la mañana y tarde: *programa*, y el 30: *programa*. Ese escrito no se conoce y nada de las ocupaciones y relaciones que tenía entonces indica que haya una razón para un programa, sea de organización, sea de periódico, etc. Había ido a Florencia por razones privadas que han debido ser discutidas entre él y otras dos personas, y encontró allí también a sus amigos italianos que habían formado parte desde 1864 y más tarde de la Fraternité internationale o al menos de su rama italiana; fueron *Fanelli*, *Friscia*, *Berti Calura* (de Florencia), *Mazzoni* (en casa del cual se hospeda en Prato) y *Gambuzzi*. Se ven constantemente, y puesto que fué escrito un programa, primero en Prato, después en Florencia, supongo que fué el programa presente que habría debido reemplazar al programa de 1866, que, como se podrá ver por el resumen más abajo transcripto, no correspondería ciertamente ya a las ideas de 1871, es decir, exigía una modernización, una remodelación. Probablemente Bakunin halló el viejo texto en casa de uno de sus amigos en Florencia y lo tomó por base remodelándolo completamente. Sus amigos han podido pedírselo o estimularle a hacerlo y él contaba sobre todo con ellos en Italia, pues el movimiento de la juventud, desencadenado por la Comuna de París y la campaña contra Mazzini, no había comenzado todavía entonces.

Pienso también, esto es pura hipótesis, que cuando poco después, el 25 de abril, partió de Locarno al Jura suizo, donde habitó primeramente en casa de Schwitzguebel en Sonvillier, habrá tomado el manuscrito consigo para continuarlo y ha debido darlo, al no ocuparse más de él, a Schwitzguebel, a quien también dejó el manuscrito de las *Conferencias* escritas entonces. Schwitzguebel no coleccionaba, pero apreció y conservó documentos interesantes para desprenderse de ellos en favor de los amigos. Así remitió a Guillaume el manuscrito de las Conferencias después de haberlo copiado para él mismo y envió más tarde lo que tenía aún de Bakunin a Cafiero cuando éste se hizo remitir materiales para una biografía de Bakunin. Ha podido, pues, muy bien dar el fragmento presente a Kropotkin, que era su amigo íntimo.

Si esta hipótesis es fundada, este manuscrito escrito inmediatamente después de los numerosos manuscritos del invierno de 1870-71, y de la parte que se llama *Dios y el Estado* en particular, mostraría la influencia de ese trabajo intelectual intenso en una forma anterior, un poco más primitiva, de las ideas de Bakunin y sería digno de atención desde

...este punto de vista, aunque desprovisto ...ntonces de la antigüedad que se le atribuyó.

Max Nettlau.

PROGRAMA DE LA SOCIEDAD DE LA REVOLUCION INTERNACIONAL

Primera parte.— Principios teóricos

I.— *Negación de dios y del principio de la autoridad tanto humana como divina, así como de toda tutela ejercida por hombres sobre hombres* — aun cuando se quisiera ejercer esa tutela sobre individuos mayores de edad, pero privados de instrucción o bien sobre las masas ignorantes, sea en nombre de una inteligencia superior, sea también en nombre de la *razón científica*, representada, o bien por un grupo de hombres — inteligencias reconocidas y patentadas — o bien por una clase exclusiva cualquiera que formarían uno y otra una especie de *aristocracia de la inteligencia* — la más odiosa y la más nociva de todas para la libertad.

Nota 1.—La ciencia positiva y racional es la única luz que puede inducir al hombre al conocimiento de la verdad y que es capaz de regular su conducta lo mismo que sus relaciones en la sociedad. ...no está sujeta a errores, y aunque no lo estuviera, no debe abrogarse el derecho a gobernar los hombres, contrariamente a sus convicciones y a su voluntad. Una sociedad verdaderamente libre no podría concederle más que dos derechos, cuyo ejercicio para ella es, por otra parte, un deber, el *primero* es la educación y la instrucción de los individuos de ambos sexos, igualmente accesibles y obligatorias para todos los niños y adultos hasta la mayoría de edad cumplida, edad en que la acción de toda autoridad debe cesar, y *segundo* el de hacer ...ar sus concepciones, sus juicios en ...las convicciones, por medio de una propaganda absolutamente libre.

Nota 2.—Al rechazar absolutamente, en todas sus formas posibles, *la tutela* de la inteligencia desarrollada por la ciencia y por la práctica de los negocios, de los hombres y de la vida, habrían ...ido ejercer sobre las masas ignorantes, estamos lejos de negar *su influencia natural y saludable* sobre esas masas, — siempre que esa influencia no se ejerza sino de una manera completamente ...e, por la acción natural de toda inteligencia superior sobre las inteligencias inferiores, y que no sea revestida de ningún privilegio, sea político o social,— ...as que no dejan nunca de producir de una parte la sumisión de las masas y de la otra la corrupción y el embrutecimiento de las inteligencias que ...vestidas por ellas.

II.—*Negación del libre arbitrio y del derecho de la sociedad a castigar;* — ...todo individuo humano, sin ninguna excepción, no es más que el producto ...tario de su medio natural y social. Las cuatro grandes causas de toda ...ralidad humana son: 1.° *la ausencia de higiene y de educación racional*; 2.° *la desigualdad de las condiciones económicas y sociales*; 3.° *la ignorancia de las masas*, y 4.° su consecuencia necesaria — *la esclavitud*. La educación, la instrucción y la organización de la sociedad según la libertad y la justicia deben reemplazar al *castigo*. Durante toda ...a transitoria, más o menos larga, ...no puede menos de seguir a la revolución social — la sociedad, en interés de su propia defensa contra los individuos incorregibles — no culpables, sino ...osos — no les aplicará nunca otra ...que la de dejarlos al margen de su ...ción y de su solidaridad — *la ex...*

...La negación del libre arbitrio no es la negación de la libertad. *La libertad* es, al contrario, la *consecuencia necesaria*, el producto *de la fatalidad natural y...*

III.—El hombre no es libre ante las leyes de la naturaleza, que constituyen la base misma y la condición absoluta de su ser. Ellas lo penetran y lo dominan como dominan y penetran todo lo que existe. Nada podría sustraerle a su fatal omnipotencia; toda veleidad de rebelión de su parte llegaría a un suicidio. Pero por una potencia que es inherente a su naturaleza particular y que le impulsa fatalmente a realizar, a conquistar las condiciones de su vida, *el hombre puede y debe emanciparse gradualmente de la obsesión y de la hostilidad aplastante y natural del mundo exterior, sea físico o social* que le rodea, *por el pensamiento*, por la ciencia y por la aplicación de su pensamiento al instinto de querer — *por su inteligente voluntad*.

Nota 2.—El hombre es el último eslabón, el término superior de la serie ininterrumpida de los seres que, partiendo de los elementos más simples y llegando hasta él, constituyen el mundo conocido. Es un animal que, gracias al desarrollo superior de su organismo y principalmente de su cerebro, está dotado de la facultad de pensar y de hablar. Ahí está toda la diferencia que le separa de todas las otras especies animales — sus hermanos mayores en cuanto al tiempo, sus hermanos menores en cuanto a la capacidad intelectual. Pero esa diferencia es enorme. Es la única causa de todo lo que llamamos nuestra historia y de la cual he aquí en pocas palabras el resumen y el sentido: *el hombre parte de la bestialidad para llegar a la humanidad, es decir, a la constitución de su existencia social por la ciencia, por la conciencia, por su trabajo inteligente y por su libertad.*

Nota 3.—*El hombre es un animal social* — como lo son muchos otros animales que aparecieron en la tierra antes que él. *No crea la sociedad por un libre contrato, nace en su seno y no podría vivir como hombre, ni siquiera convertirse en hombre, ni pensar, ni hablar, ni querer, ni obrar razonadamente fuera de ella.* Pues la sociedad constituye su naturaleza humana, depende de ella tan absolutamente como de la naturaleza física misma, y no hay un genio, por grande que fuere, que no sea absolutamente dominado por ella.

IV.—*La solidaridad social es la primera ley humana; la libertad, he ahí la segunda.* Estas dos leyes se penetran mutuamente y son inseparables una de otra, constituyen la humanidad. La libertad no es, pues, la negación de la solidaridad, es su desenvolvimiento y, por decirlo así, su humanización.

V.—*La libertad* no es la independencia del hombre ante las leyes fatales de la naturaleza y de la sociedad. *Es primeramente su potencia de emancipación gradual de la opresión del mundo físico exterior — por la ciencia y por el trabajo inteligente;* es, además, *su derecho a disponer de sí mismo y a obrar conforme a sus propias convicciones e ideas* — derecho opuesto a las pretensiones despóticas y autoritarias, sea de otro hombre, sea de un grupo o de una clase de hombres, sea de la sociedad entera.

Nota 1. — No hay que confundir las leyes sociológicas, llamadas de otra manera leyes de la fisiología social y que son tan fatalmente obligatorias para todo hombre como lo son las leyes de la naturaleza física misma — siendo en realidad leyes tan físicas como estas últimas — no hay que confundirlas con las leyes políticas, criminales y civiles, que son más o menos la expresión de las costumbres, de los hábitos, de los intereses, así como de las opiniones que, en una época determinada, dominan en la sociedad o en una parte, en una clase de la sociedad. Es completamente natural que, siendo completamente reconocidas por la mayoría de los hombres o por una clase dominante, ejercen una poderosa influencia natural — buena o mala, según su carácter particular — sobre cada uno. Pero no es ni bueno, ni legítimo, ni justo, ni siquiera útil para la sociedad misma, que esas leyes puedan imponerse autoritariamente o violentamente a algún individuo, cualquiera que sea, contrariamente a sus propias convicciones. Eso sería un atentado a su libertad, a su dignidad personal, a su humanidad misma.

VI. — *La sociedad natural en que todo hombre nace, al margen de la cual no podría nunca convertirse en hombre inteligente y libre, no se humaniza verdaderamente más que a medida que todos los hombre de que está compuesta se vuelven más y más, individual y colectivamente, libres.*

Nota 1. — *Ser personalmente libre* significa para el hombre que vive en medio de la sociedad, no doblegar ni su pensamiento ni su voluntad ante ninguna autoridad que no sea la de su propia razón y su propia concepción de justicia; no reconocer, en una palabra, otra verdad que la que él comprende, y no sufrir otra ley que la que puede aceptar su propia conciencia. Tal es la *conditio sine qua non* de toda humana dignidad: el derecho incontestable del hombre, el signo de su humanidad.

Ser colectivamente libre es vivir en medio de hombres libres y ser libre por su libertad. El hombre, hemos dicho, no podría llegar a ser un sér inteligente, dotado de voluntad reflexiva y, por consiguiente, no podría conquistar su libertad individual al margen y sin el concurso de toda la sociedad. La libertad de cada uno es, pues, el producto de la común solidaridad. Pero una vez reconocida esa solidaridad como base y como condición de toda libertad individual, es claro que si un hombre viviese en medio de esclavos, entonces, aunque fuera su amo, será necesariamente el esclavo de su esclavitud, y no podrá ser real y completamente libre más que por su libertad. Por tanto, la libertad de todo el mundo es necesaria a mi libertad; de donde resulta que no es verdadera la afirmación que la libertad de todos es un límite de mi libertad, lo que equivaldría a una negación completa de esta última. Es, al contrario, la confirmación necesaria y su extensión al infinito.

VII. — *La libertad individual de cada uno no se vuelve real y posible más que por la libertad colectiva de la sociedad de que constituye parte por una ley natural y fatal.*

Nota 1. — La libertad, como la humanidad, de que es la más pura expresión, no está al comienzo, está en el último término de la historia. La humana sociedad, hemos dicho, comienza por la animalidad. Los hombres naturales y salvajes reconocían tan poco su carácter humano y su derecho natural, que comienzan devorándose unos a otros, y desgraciadamente, incluso hoy mismo, no dejaron todavía de matarse entre sí. El segundo período en el desenvolvimiento histórico de la sociedad humana es el de la esclavitud. El tercero — en medio del cual vivimos — el de la explotación económica o del salariado. El cuarto período, aquél a que tendemos y al cual es preciso, al menos, esperarlo, llegamos, es el de la *justicia*, de la libertad en la igualdad o de la mutualidad.

(Continuará).

Notas Estadísticas

Población de la Argentina

En la reciente memoria que el ministerio del interior remitió al congreso, se consignan los siguientes datos sobre la población total de la república, calculada hasta el 31 de diciembre de 1925.

Capital federal, 1.930.112 habitantes; provincia de Buenos Aires, 2.750.262; Santa Fe, 1.186.367; Entre Ríos, 643.151; Corrientes, 408515; Córdoba, 946.370; San Luis 145.115; Santiago del Estero, 341.008 La Rioja, 92.294; Catamarca, 117.748; Tucumán, 400.170; Jujuy, 85.252; Salta, 159.688; territorios del norte, 169.359; del sur, 304.522 habitantes.

Según, pues, esas cifras, la población de este país ascendía en la fecha indicada a 10.099.258 habitantes.

Buenos Aires en cifras

El "Boletín Mensual de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires", correspondiente al mes de junio del corriente año trae estas cifras relativas a Buenos Aires:

Durante el mes de junio llegaron al puerto de la capital 11.178 inmigrantes y salieron 11.331; de los primeros, 2.088 son agricultores y los demás de profesiones varias.

La población de la ciudad de Buenos Aires al 30 de junio del corriente año, era de 1.946.945 habitantes.

Los nacimientos registrados en las 20 circunscripciones alcanzaron a 2.043 varones y 1.760 mujeres.

Fallecieron 2.241 personas, de las cuales 1.267 eran varones y 974 mujeres. Los matrimonios civiles ascendieron a 1.429 y los religiosos a 775.

El número de personas que al 30 de junio se hallaban hospitalizadas en los distintos establecimientos dependientes de la Asistencia Pública era de 6.116, en los otros nosocomios particulares y nacionales la población hospitalaria ascendía a 3.302, lo que hace un total de 9.418 enfermos.

Las personas internadas en el Hospicio de las Mercedes (varones), eran 1.015 argentinos y 982 extranjeros; en el Hospital Nacional de Alienados (mujeres), 1.004 y 1.096, respectivamente.

En el Matadero de Liniers se sacrificaron para el consumo de la capital, 5.237 novillos; 33.379 vacas; 41.865 terneros; 40.040 ovinos y 27.365 porcinos.

Por su parte, los frigoríficos introdujeron para el consumo, 4.041.599 kilos de carne vacuna; 133.548 ovina y 41.238 kilos porcina.

Durante el mes de junio del corriente año entraron al mercado de concentración A. Bullrich, 1.065.550 kilos de pescado de mar; 215.220 de río; de lagunas 168.350 y 207.160 kilos de mariscos.

El número de panaderías aproximadas, excluídos los despachos de pan, eran de 720, las cuales elaboraron 15.591.719 kilos de pan, los que fueron vendidos, el de primera entre 40 a 45 centavos el kilo, y el de segunda, de 30 a 35 centavos.

En el mes de mayo, el F. C. Central Argentino transportó 3.067.514 pasajeros y 126.312 toneladas de carga; el F. C. Sud, 1.821.855 y 126.212; el F. C. Pacífico, 798.815 y 2.132; el F. C. Oeste, 525.339 y 524; Cía. Gral. FF. CC. Provincia de Buenos Aires, 61.892 y 325; el F C. Central Córdoba, 7.973 pasajeros; el F. C. Central Buenos Aires, 352 pasajeros y 1.135 toneladas de carga.

La Compañía de Tranvías Anglo Argentino en sus líneas a nivel transportó 37.662.004 pasajeros con un producido bruto de 3.479.298.75 pesos moneda nacional; Lacroze, 5.710.828 pasajeros y un producido de $ 586.369.88; Eléctricos del Sud, 253.880 pasajeros y pesos 25.388.90; Puerto y Ciudad de Buenos Aires, 560.410 y un producido de 57.403.25 pesos.

La línea del Subterráneo del Anglo, transportó 4.939.134 pasajeros y arrojó un producido bruto de $ 493.913.40 moneda nacional.

Entre las dos compañías telefónicas que funcionan en la capital poseen 104.587 aparatos.

Las dos compañías de electricidad que explotan ese servicio cuentan en Buenos Aires con 257.394 abonados, los cuales consumen para alumbrado 19.514.225 kilowats de corriente; para fuerza motriz, 14.225.816 y para tracción 7.287.882, lo que arroja un total de 41.027.923 kilowats consumidos, o sea un consumo diario de 1.367.597 kilowats.

ERRICO MALATESTA

GIUSEPPE FANELLI

Recuerdos personales

No conozco nada de particular sobre Fanelli patriota, mazziniano, garibaldino.

En la época que lo conocí (en 1871) y estuve con él en intimidad, yo, todavía muy joven, había entrado hacía poco en la Internacional y me había encontrado de repente en singular contraste con aquellos "patriotas" que habían, es verdad, combatido y sufrido en las luchas contra las pasadas tiranías y decían querer abatir las nuevas instituciones monárquicas, pero repudiaban en la Internacional la negación de las ideologías que les eran caras, y veían en la organización autónoma de los trabajadores una amenaza contra su posición de jefes, o subjefes, de los partidos de vanguardia. Lo que, unido a la tendencia general de los muchachos a creer que la historia comienza con ellos, me inducía a menospreciar los esfuerzos hechos antes de nosotros, y a apreciar en Fanelli y en los otros llegados a la Internacional de las filas de los combatientes por la independencia italiana, más que su pasado, lo que los ponía en oposición a ese pasado.

De aquí el poco interés en recoger noticias biográficas. Por lo demás Fanelli era muy reservado y modesto, y si alguna vez se dejaba ir a relatar, especialmente si en el relato había alguna nota cómica, no le gustaba nunca ser interrogado.

He aquí de cualquier manera lo que sé del primer período de la vida de Fanelli, el de las luchas por el Resurgimiento.

Había sido mazziniano y estado en íntimas relaciones personales con Mazzini.

Había conspirado con Pisacane, y como jefe de los afiliados napolitanos había tomado acuerdos para secundar y ayudar la expedición y responder a la iniciativa de Pisacane con tentativas insurreccionales en la Capital y en otras partes; cosa que no pudo hacer por varios contratiempos y especialmente porque el desembarco se realizó en lugar y tiempo diversos de los establecidos.

Fué uno de los mil de la expedición garibaldina que desembarcó en Marsala; y luego combatió en el continente como comandante de bandas garibaldinas contra los restos de fuerzas borbónicas.

De episodios recuerdo estos.

Asistió de incógnito al juicio de la Corte marcial que lo condenó a muerte por contumacia.

Una vez, en 1860, después de la entrada de Garibaldi en Nápoles, se hallaba a la cabeza de un puñado de garibaldinos, no recuerdo si en Venasso o en Isernía, cuando la región fué circundada por numerosos borbónicos, que se estaban transformando ya en bandidos y torturaban y asesinaban sistemáticamente a todos los "liberales" que caían en sus manos. Fanelli, no viendo posibilidad de afrontar con éxito un combate desigual, recurrió a la siguiente estratagema. Sabía que los campesinos de la región eran ferozmente hostiles a los garibaldinos. Tomó uno, le dió dinero y le encargó que llevase clandestinamente cartas a direcciones imaginarias; por tanto escribió una serie de billetes y se los hizo coser con gran lujo de misterios y preocupaciones en los forros de la chaqueta del campesino. De aquellas cartas resultaba que disponía de fuerzas imponentes y que de un momento al otro debían llegar nuevas tropas garibaldinas y tomar a los sitiadores entre dos fuegos. Como Fanelli preveía, el campesino llevó las cartas al comandante borbónico, el cual creyó en el peligro y se apresuró a levantar el asedio.

Fanelli gozaba entre sus comilitones de la fama de ser de un valor a toda prueba, frío, sereno, impasible. En efecto despreciaba grandemente a los fanfarrones. Solía decir que había visto generalmente que aquellos que, cuando el enemigo estaba lejos, se daban el aire de hombres terribles, daban después, en el fuego, mal aspecto; mientras muchos jovencitos, de apariencias tímidas y hasta medrosos, combatían y morían como héroes en la acción.

Hablemos de Fanelli internacionalista, de Fanelli socialista anárquico.

Fanelli, tal vez ya preparado a la aceptación de las ideas socialistas libertarias por su contacto con Pisacane, estuvo entre los primeros que se pusieron al lado de Miguel Bakunin cuando este llegó a Italia (de 1863 a 1867) y se dedicó a combatir las concepciones religiosas y nacionalistas de Giuseppe Mazzini, fundando en oposición a la "Alleanza Universale" mazziniana aquella "Alianza de la democracia socialista" que comenzó por ser compuesta únicamente de italianos, pero que pronto se hizo verdaderamente internacional con la adhesión de revolucionarios de todos los países y tuvo una influencia decisiva en la propagación de la Asociación Internacional y en dar a sus secciones de los países latinos la tendencia socialista anarquista.

La Alianza bakuninista fué una organización secreta, y eso convenía al temperamento de Fanelli, viejo conspirador, habituado a la severidad y a las interrogaciones reservadas. El fué un miembro importante de ella (hermano internacional, según la jerarquía y la nomenclatura adoptadas por la Alianza). Con él entraron en la Alianza entre otros Carlo Gambuzzi y Alberto Tucci de Nápoles, Attanasio Dramis de Manfredonia, cómplice ya de Agesilao Milano, Saverio Friscia, celebrado doctor homeopático de Sciacca y Carmelo Palladino de Cagnano Varano, hombre de bella esperanza, pero que, desgraciadamente, por razones privadas fué muerto en la flor de sus años.

Fanelli fué a París en 1867 junto con Friscia (no con Cafiero, que entró en el movimiento solo en 1871) en ocasión de la Exposición universal, y eso acrecentó sus relaciones con el mundo revolucionario internacional.

En 1868 junto con Saverio Friscia y Alberto Tucci fué a Berna, al segundo congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, donde Bakunin, con memorables discursos, intentó hacer aceptar las ideas de la Internacional de los Trabajadores, y derrotado por la mayoría radical burguesa, se retiró junto con una minoría, entre ellos Tucci, Friscia y Fanelli, para dedicarse enteramente a la Alianza y a la Internacional.

No me parece que Fanelli haya estado en el congreso de Basilea en septiembre de 1869 (IV congreso de la Internacional), donde el solo delegado italiano que encuentro mencionado en los informes es Caporrusso, de Nápoles.

En aquella época tal vez estaba Fanelli todavía en España, a donde había ido a fines de 1868 por encargo de la Alianza. El trabajo que Fanelli hizo en España es la gloria mayor del segundo período de su vida. Demostró actitudes eminentes para saber escoger los hombres con los cuales organizó los núcleos secretos de la Alianza, que a su vez fundaron las secciones de la Internacional. Los hombres escogidos por Fanelli fueron los Morago, Lorenzo, los Farga Pellicer, los Viñas, etc., que crearon en España, o más precisamente en algunas regiones de España, como Cataluña y Andalucía, aquel movimiento obrero inspirado por las ideas anarquistas que fué y, a pesar de todo, sigue siendo uno de los más importantes y más prometedores del mundo.

Vuelto a Italia Fanelli estuvo entre los más capacitados propagadores y organizadores de la Internacional, aunque fué uno de los menos conocidos a causa de su temperamento reservado de conspirador y sobre todo por el género de trabajo a que se dedicaba, que era la elección y el cultivo de aquelos hombres que estimaba capaces de hacer buena obra. Era algo así como nuestro padre, y dado que, en calidad de diputado al parlamento, podía viajar sin pagar, era también nuestro viajante.

Era la época en que en toda Italia los anarquistas eran pocas decenas. Nos conocíamos todos íntimamente, y apenas despuntaba uno nuevo, Fanelli partía de inmediato en misión para conocer, estudiar, pesar la nueva adhesión.



Esclavos de la costumbre

Aparte del temperamento y el gusto personal, Fanelli no podía ejercer influencia directa sobre las masas, a causa de las prevenciones que hacía nacer su cualidad de diputado.

En aquella época de sufragio restringido los trabajadores consideraban al diputado como miembro del gobierno odiado, como un enemigo y, singularmente en el meridional, simplemente como un ladrón. ¡Ah!, cuánto mejor habría sido que la masa hubiesen quedado en aquella disposición de ánimo!

Y no sólo eran los trabajadores los que tenían a los diputados en un concepto tan bajo. Buena parte de la burguesía no pensaba de modo distinto.

Valga el hecho siguiente:

Yo era estudiante y vivía con mi hermano y una tía anciana que nos hacía de madre desde que habíamos quedado huérfanos.

De tanto en tanto venía a buscarme Fanelli y nos retirábamos en coloquio íntimo a mi habitación. En tanto yo había comenzado a ser mirado de través por la policía, a ser vigilado y encarcelado. Mi tía se alarmó y, como me quería mucho, pensaba y decía que yo era un buen muchacho y que la culpa de lo que me pasaba era de los "malos compañeros". Naturalmente, las madres de mis compañeros decían lo mismo de sus hijitos.

Un día, finalmente, la tía me lleva aparte y con las lágrimas en los ojos, me da un sermón y después dice: "Pero en suma, ¿se puede saber quién es aquel señor Fanelli que viene a hablarte en secreto? Hay en él algo que no me convence". Yo traté de calmarla y entre otras cosas le dije que Fanelli era un diputado al parlamento. Repentinamente la tía, llena de severidad, exclamó:

¿Cómo? ¡un diputado! ¿Y tú no te avergüenzas? Tu padre era un hombre honrado y tú tratas con esas gentes sin pensar que así deshonras la familia!"

Me esforcé por explicarle que Fanelli era un hombre honesto, que por su honestidad vivía en la miseria; pareció serenarse y acabó también por dirigir después la palabra a Fanelli; pero creo que aquel asunto del diputado no se le desvaneció nunca.

Dije a mi tía que Fanelli vivía en la miseria y era la verdad. Tenía la pensión de mil liras al año que le correspondía por haber sido uno de los Mil de Garibaldi, y era eso todo aquello de que vivía. Como se interesaba en conservar "su decoro" y quería vestir al menos decentemente, después de haberse vestido y pagado la habitación y el lavado de la ropa (era soltero) le quedaba poco para comer y las otras necesidades primordiales de la vida. Consideraba parte de su "decoro" el no hacer conocer sus estrecheces; pero yo sabía que algunas veces pasaba al día con cinco céntimos de macarrones hervidos (*a lese* los llamaban los napolitanos y en aquella época se tenían 30 por cinco céntimos). Cuando no podía propiamente más y quería rehacerse un poco, tomaba el barco y viajaba de Génova a Nápoles, a Palermo y viceversa, porque, como diputado, tenía derecho al viaje gratis en primera clase, incluso la comida.

Es inútil recordar que en aquella época los diputados tenían el viaje y el correo gratis, pero no tenían estipendio o idemnidad, y cuando no traficaban con su acta y no tenían medios de fortuna o una profesión lucrativa se hallaban en tristes condiciones.

No recuerdo ahora nada más de personal sobre Fanelli.

Volviendo a pensar en él me conmuevo profundamente. Fué un apóstol y un luchador: un hombre digno en toda de servir como ejemplo.

Quiero aprovechar la ocasión para explicar un enigma que inquieta a muchos de los que se ocupan de la historia de la Internacional y del movimiento anarquista.

¿Cómo es que los anarquistas, que han sido siempre antiparlamentarios y abstencionistas, tenían entre ellos — y en las primeras filas — a dos diputados: Giuseppe Fanelli y Saverio Friscia?

Yo no sé ahora si, volviendo a las condiciones de aquella época, soportaríamos tales contradicciones; pero es cierto que entonces el hecho de ser diputado, mientras nos ofrecía la ventaja de tener alguien que podía viajar gratis — cosa de primera importancia en vista de nuestra

EDUARDO WECKERLE

HOMBRE Y MAQUINA

Esa nivelación de todos los valores personales, esa equivalencia del tiempo y el dinero es también lo que hace aparecer tan despreciable nuestra civilización a los ojos de todos "los pueblos sin cultura". Ellos prefieren continuar su vida sin leyendas o desaparecer voluntariamente antes que subyugarse a las máquinas. Su propio modo de vida primitiva les parece a ellos muy por encima del nuestro. Clara y conmovedoramente lo expresó el jefe de los osagas, a quien se quiso conquistar en Wáshington para la civilización: "Veo vuestra manera de vivir, vuestras buenas casas abrigadas, vuestros campos de cereales, vuestro ganado, vuestros coches y vuestros millares de máquinas cuyo uso me es desconocido. Veo que sabéis también hacer vestidos de hierbas y arbustos; en una palabra, nada os es imposible. Todo animal sabeis utilizar, pero estáis rodeados de esclavos; todo vuestro alrededor está encadenado; vosotros mismos sois esclavos. Temo que si cambiase mi modo de vivir por el vuestro, me convertiría igualmente en un esclavo. Hablad con mis hijos, tal vez ellos acepten vuestra vida o la recomienden al menos a sus hijos. Por lo que a mí se refiere, he nacido libre y fuí educado libremente y quiero morir libre". (Schneider, Naturvoelker).

Entretanto ha surgido un acusado más temible aún del moderno maquinismo, que es el corazón de la moderna civilización. Un hindú, — Mahatma Gandhi, — estudió en las universidades europeas, conoció la vida de los civilizados de todas las zonas, ha regresado aterrado sobre sus experiencias a su patria y ha exhortado al oriente a la lucha contra las máquinas. Su nombre está hoy en todos los labios, pero el verdadero sentido del movimiento por él dirigido ha sido todavía poco comprendido. La aspiración de Gandhi no es ni más ni menos que la escisión entre el oriente y el occidente. "El maquinismo, grita, es el mayor pecado. Esclaviza a los pueblos". Gandhi niega a nuestra civilización todo valor, ya que la nombra "el mayor vicio que pisotea los bienes morales y despoja al hombre de todos sus valores internos". "Desde hace milenios vive la India como la única inconmovible en medio de las olas móviles del imperio. Todo lo demás ha pasado. Desde hace milenios ha conquistado la India autonomía y la ciencia de la dicha. En eso no tiene que aprender nada de los demás. No quiere saber nada del maquinismo y de las grandes ciudades. Los viejos instrumentos, el arado y el telar a mano, y la educación originaria, nativa, han procurado su sabiduría y su bienestar. Debemos volver a la sencillez..."

Cultura o técnica, hombre o máquina, así expone Gandhi el problema del destino de la humanidad. Una alianza, una convivencia de ambos términos en el sentido que la técnica mejore las condiciones básicas de la elevación cultural y que la máquina permita al hombre una vida más humana, superior, le parece imposible. En la consideración de Gandhi lo uno excluye lo otro; más aun: la técnica es para él un destructor de la cultura, la maquina un enemigo del hombre.

La explicación de la actual divergencia entre el oriente y el occidente está incluida en las diversas respuestas a los problemas planteados por Gandhi. El occidente se ha atribuido el maquinismo, el oriente el humanismo; el occidente ha elegido el hierro frío; el oriente se aferra al corazón ardiente. Así era al menos —a pesar de las sociedades europeas de comercio y de plantaciones — hasta hace pocas décadas. Desde entonces comenzó el industrialismo a invadir más y más también los países del oriente. Ya en sus costas se levantan amplias salas de máquinas, pero ¿qué significa la industria de Bombay frente a los centenares de millones que pueblan el enorme territorio de la India? ¿Qué significa el pequeño Japón industrializado, frente al poderoso imperio chino que se aferra al naturismo? Lo contrario; el empobrecimiento que marcha a la par con la industrialización del oriente, la explotación de las mujeres y de los niños, la larga jornada de trabajo y la labor agobiadora de los nervios y del espíritu han aumentado más aún la repugnancia de los pueblos orientales y han traspasado su oposición al occidente del sentimiento a la razón, del presentimiento a la conciencia. Conocen el occidente con sus propios ojos y huyen de su civilización como de un horror espantoso.

¿Sería nuestra técnica sólo un aquelarre diabólico y todo el maquinismo con sus creaciones milagrosas sólo un terrible extravío?

Efectos de los progresos técnicos





Desocupados

No queremos discutir aquí con Gandhi. Hemos examinado en los caminos seguidos hasta aquí los efectos de la técnica; hemos admirado su obra y deplorado sus consecuencias. Nos hemos dado cuenta sobria de su valor y de su daño. Si no hubiera más que el "esto o aquello" que nos presenta Gandhi, eligiríamos de inmediato la parte en que está el hombre. El hombre debe ser el centro de nuestra acción o inacción. Toda victoria sobre la naturaleza, todo progreso en nuestro instrumental debe favorecerle a él y a su conjunto. Si no es así, toda creación técnica es un absurdo. Pero el problema ha sido falsamente planteado por Gandhi. Cultura-técnica, hombre-máquina, no son contradicciones. La técnica es un estadio inferior de la cultura y la máquina un complemento del hombre. Sin embargo, el error de Gandhi es comprensible. El occidente abusó criminalmente de la obra de sus inventores e ingenieros. Ha empleado la técnica contra la cultura, la máquina contra el hombre y ha hecho de la industria un objetivo, mientras que no es más que un medio.

"El gran pecado" no es por eso el maquinismo mismo, sino su falsificación de un medio que es, en un objetivo. Pero esa falsificación depende íntimamente del desarrollo y de la fortificación del moderno capitalismo, y las relaciones entre capitalismo y maquinismo son tan estrechas que en el concepto de Gandhi se entrelazan en una sola cosa y acusa al maquinismo, cuando en realidad juzga al capitalismo y al mamonismo.

Hemos seguido esa conexión en el capítulo anterior y podemos remitirnos a lo dicho. En realidad, nosotros hacemos una honda separación. Decimos: el maquinismo es una cosa y el capitalismo otra. El maquinismo no exige el capitalismo, el maquinismo puede existir sin capitalismo. Decimos, además: el capitalismo tiene que sucumbir para que el maquinismo pueda persistir y ser transformado del objetivo actual, el amontonamiento de la riqueza individual, en un medio que permita a toda la humanidad elevarse a una cultura superior.

En este problema se decide el destino de la humanidad del occidente, lo mismo que la del oriente. O consigue librar la técnica del abrazamiento capitalista actual y hacerla una servidora libre de la humanidad, o bien las fuerzas despertadas nos dominarán y el occidente se parecerá al aprendiz de encantador de Goethe, que ha olvidado la fórmula dominadora; sólo que no habrá allí ningún maestro que pueda pronunciar: "la escoba, escoba ha sido".

Pero ¿hay una esperanza de arrancar la humanidad a ese peligro? ¿No parece que las escobas producen ya inundaciones? ¿No ha dado ya la última guerra una idea de lo lejos que ha ido la violencia destructiva?

No desesperamos. Vemos más bien que en estas invenciones y máquinas hay muchas cosas y que tienen algunos resultados que crean grandes fuerzas de oposición al capitalismo. Pues por mucho que la burguesía, como portadora del capitalismo, pueda impedir que se eleve la situación material de las masas con el acrecentamiento de la fuerza porductiva, tanto menos ha conseguido mantener espiritualmente abatidas a las masas. Al contrario: la técnica progresiva ha forzado directamente a la burguesía a aumentar el nivel espiritual de las masas laboriosas. Aun cuando el trabajo mecánico en general exija menos habilidad profesional del individuo, hizo necesarias cualidades espirituales superiores a las de antes. El proletariado tuvo que ser educado para trabajar según planos y dibujos: tuvo que saber leer, escribir y calcular. En consecuencia, la clase dominante tuvo que atender a una mejor instrucción de la dominada. Es un fenómeno general que con el tránsito de un país a la industria mejoran las ocasiones y las posibilidades de la instrucción de las masas del pueblo.

Pero no sólo la industria privada, también el Estado adquirió un interés directo en la elevación general del saber. A esto no impulsó en última línea la modificación de la técnica de las armas. Con el tránsito general a los modos complicados de armamento, el valor combativo de un ejército es hecho dependiente directamente de su grado de conocimientos. Por absurdo que suene, no por eso es menos verdad: el occidente debe sus conocimientos a un grande y decisivo desarrollo de sus armas de muerte, y el adversario más eficaz del analfabetismo fué la técnica de la guerra. (Moltke atribuyó directamente, como se sabe, la victoria ventilada en 1870-71, a los maestros alemanes de escuela).

Todo lo bueno que crea la sociedad capitalista para las masas, no corresponde nunca a la voluntad de lo bueno mismo, sino sólo al egoísmo. Pero una vez dado, la clase dominante no puede impedir que lo por ella destinado al mal — o lo que es lo mismo — al bien exclusivo de la burguesía, obre contra su mismo interés y por el interés de todos. Los conocimientos de escritura, lectura y cálculo se han convertido hoy en fuerzas que escapan más y más al contralor de las clases dominantes, y fecundan un movimiento que está llamado a ser testamentario de su destino: el movimiento del socialismo.

En efecto, el actual movimiento obrero no sería imaginable sin esa fecundación involuntaria. Tan sólo los conocimientos de la escritura han hecho posible al proletariado también heredar sus experiencias y sus bienes espirituales. Tan sólo el conocimiento de la escritura ha hecho posibles las actuales organizaciones económicas y políticas.

También la difusión de los medios de comunicación tuvo su efecto propulsivo en el movimiento obrero. Los trabajadores se aproximaron entre sí y reconocieron la igualdad de sus plagas. Con eso se ensanchó la ya mencionada base material para la organización, creada por la aparición del gran establecimiento industrial, a todo el país. Surgieron de una frontera a otra organizaciones solidarias; simultáneamente sonó también el grito: "Proletarios de todos los países, uníos".

Pero en lo que el obrero actual no se distingue en último término del de la edad media o del período de la manufactura es en su constitución interna. No quiere contentarse con la mera satisfacción de sus necesidades materiales; exige más bien conscientemente la completa valoración cultural. Por eso no grita con Gandhi: *Vuelta a la sencillez!*, sino: *Adelante y adelante, a una vida superior!* No se le ocurre volver a buscar los viejos telares a mano; reclama el maquinismo como libertador y medio para llegar a una conformación cultural y material mejor de la vida. No combate, pues, la técnica dirigida al ensanchamiento de la producción, sino que la saluda, porque la fuerza productiva, acrecentada, ensancha simultáneamente también las suposiciones de la cultura.

Justamente, ese reconocimiento inspira cada vez más al proletariado la voluntad de suprimir un estado de cosas que le priva de todos los beneficios de la técnica. Los trabajadores comienzan a rebelarse contra el abuso que se hace del maquinismo y reclaman más y más decididos un orden que arranque esos formidables instrumentos de producción de mano de un pequeño estrato y los ponga en manos de la totalidad del pueblo. Esa regulación es tanto más necesaria cuanto que los instrumentos se han convertido hoy en una potencia que no ha tenido antes en sus manos ningún príncipe ni ningún rey. Piénsese sólo que el doctor Hendrik Backeland, el presidente de la American Chemical Society, ha declarado que "lo aniquilación completa de ciudades enteras no depende nada más que del simple hecho que una personalidad, provista de poderes suficientes y de autoridad impositiva, dé la orden decisiva para ello al colegio de químicos" (Frankfurter Zeitung, Núm| 939, 16 de diciembre de 1924).

En eso nadie sabe de qué aumento son capaces todavía esos poderes, creados por nosotros mismos. Para la ciencia y la técnica no parece existir la ley de la finitud. Continuamente agregan nuevas fuerzas a las existentes, con la casi regular tendencia de agruparlas en un número de manos cada vez menor. Ha surgido

---

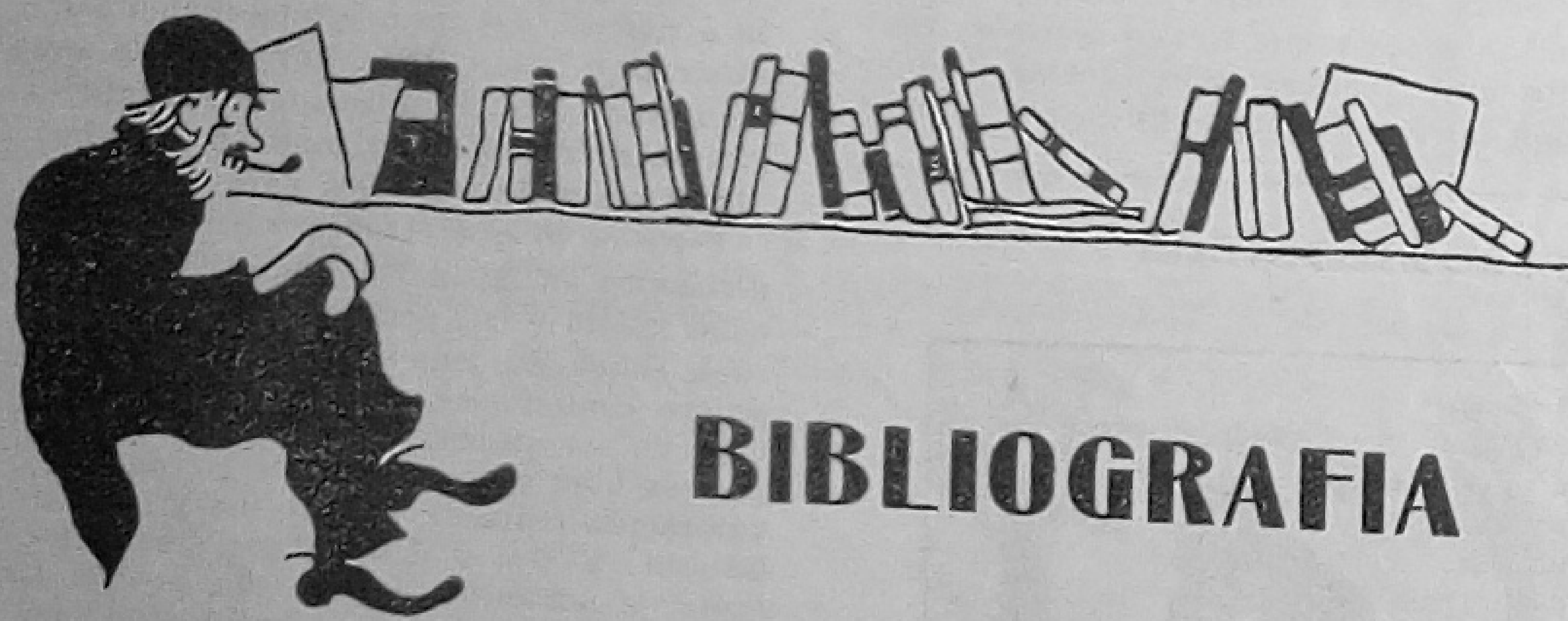
...medios — no tenía los inconvenientes que asumió más tarde.

En aquella época votaban sólo pocos y nuestros compañeros. Friscia y Fanelli, eran elegidos por razones personales por algunos poseedores de amigos suyos. No tenían necesidad de pronunciar discursos ni hacer programas electorales, de hacer confiar en la acción parlamentaria y de distraer así de la lucha directa por la propaganda. El socialismo y la anarquía no tenían nada que hacer con ellos, y no eran perjudicados.

Ampliado el sufragio y después el sufragio universal cambiaron las cosas; ...Friscia y Fanelli habían



una nueva generación de príncipes, y los nombres de los nuevos reinos que ha formado la revolución industrial son Morgan, Rockefeller, Stinnes. El hombre de frac y con el sombrero cilíndrico es hoy más temido que cualquier rey o emperador de otros tiempos. Sus caprichos determinan si se debe producir y qué si la humanidad debe vivir y cómo. Por ese desarrollo la propiedad privada se vuelve cada vez más insoportable con los intereses de la humanidad. No sólo amenaza la existencia de la cultura, sino también la existencia de la humanidad misma. Por eso el movimiento social es más que un asunto material y más que un asunto del proletariado asalariado: debe convertirse en la reclamación de la humanidad, pues sólo en el socialismo puede elevarse la humanidad, sólo en el socialismo será el maquinismo un poder social y cultural, sólo en el socialismo se convertirán esas formaciones de hierro en cooperadores y amigos de los hombres



BIBLIOGRAFIA

P. Archinoff — "Historia del movimiento machnovista"; prólogo de Volin — Trad. de D. A. de Santillán. — Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1926.—

—

Este libro, editado por la Editorial Argonauta, constituye la primer tentativa de divulgación del movimiento revolucionario de Ukrania, cuya principal figura fué el anarquista campesino Néstor Machno. Como esfuerzo personal, en las condiciones en que reunió los datos de tan vasto y complejo movimiento, el libro de Pedro Archinof vale mucho, y su principal mérito consiste en que el autor fué a la vez uso de los actores de esa bella epopeya insurreccional.

La *Historia del movimiento machnovista*, es un libro emotivo, a pesar de estar ceñido a referencias históricas someras y campear en él un evidente espíritu partidista. Al evocar Archinof la lucha de los campesinos ukranianos contra los enemigos de la derecha y de la izquierda, contra el hetman Skoropadsky primero, contra Petlura después, contra Denikin y Wrangel luego, y finalmente contra la reacción estatista representada — por los bolchevistas —, desarrolla el más grandioso espectáculo ofrecido por un pueblo en revolución y la tragedia más terrible vivida por ese mismo pueblo en su empeño por ser libre.

El libro de Archinof es una de las páginas más bellas del proletariado moderno. Vale como referencia de los hechos desarrollados en Ukrania durante el período revolucionario, desde la invasión austro-alemana hasta el afianzamiento del poder bolchevista, y es, más que nada, un documento irrebatible de las violencias cometidas contra el pueblo ukraniano y la machnovtschina por los dirigentes de la dictadura comunista.

Para juzgar el valor de la obra de Archinof habría necesidad de estudiar a fondo el movimiento machnovista, tanto desde el punto de vista de las ideas como de los aspectos generales que ofreció ese movimiento insurreccional. No tenemos tiempo para ello, ni probablemente sea este el momento más oportuno. Pero los que desean conocer a fondo la táctica reaccionaria y dictatorial de los actuales amos de Rusia, los que quieran explicarse el proceso de la "dictadura proletaria" en su derivación al Estado capitalista, encontrarán en este libro preciosas enseñanzas.

La "Historia del movimiento machnovista" tiene un prólogo, demasiado personal y un tanto inobjetivo, de Volin, que tiene algús mérito por las relaciones que aporta sobre la vida del autor del libro, Pedro Archinof, uno de los animadores, en la sección cultural del ejército revolucionario, del movimiento machnovista. La traducción es del compañero Santillán.

E. L. A.

Han Ryner. — VARIEDADES DEL INDIVIDUALISMO. Trad. de J. Elizalde — 30 págs. — Ed. del grupo "Vía Libre" — Barcelona, 1926.—

—

El folleto del acápite es una conferencia pronunciada en París el 10 de diciembre de 1921. El individualismo de Han Ryner no es un individualismo que aspire a disputar al comunismo anárquico su influencia sobre una parte del proletariado; es una actitud filosófica que será todo lo discutible que se quiera, pero que no inspira exaltaciones morbosas y autoritarias del "yo". En efecto, mientras los individualistas corrientes ven en Nietzsche una especie de maestro, Han Ryner combate el nietzscheismo y su "voluntad de poder" expresada en la dominación de los esclavos. Por lo demás, no se trata aquí de dar definiciones, pues según la tesis de Han Ryner, la definición está ligada al dogma. Se esbozan diversas manifestaciones del espíritu individualista en el terreno de la filosofía moral.

Panait Istrait. — "Kyra Kyralina", con una carta-prólogo de V. B. Ibañez — Trad. de Delaville, 206 págs. en 8.o — Editorial "Luz", Barcelona, 1926 — Precio: $ 1.20.

—

Hemos recibido la traducción de *Kyra Kyralina* de Panait Istrati, debida al camarada Delaville. Sin prejuicio de volver sobre esta interesante novela, damos a continuación los apuntes que su traducto nos envía:

"Ayer, un súbdito rumano llamado Panait Istrati, intentó suicidarse abriéndose un profundo corte en la garganta. En grave estado, fué conducido al hospital, y, después de la primera cura, pasó a ocupar una cama de la sala del Dr. X..., quien desconfía de salvarle, vista la gravedad de su herida".

Gacetilla publicada en los diarios de Niza en febrero de 1921.

Después, ya conocemos la historia: Román Rolland nos la cuenta de una manera magistral; Martín Maurice du Gard, la comenta vigorosamente en "Les Nouvelles Litteraires". Toda la prensa francesa, desde "L'Action Francaise" al "Libertaire", saludan unánimes al gran escritor.

Román Rolland, el sabio y bondadoso, el padre del inmortal "Juan Cristóbal", obra que conmovió a Istrati y a todos cuantos la han leído, es también el padre del autor de "El Tío Anghel".

Sin Román Rolland, Istrati hubiera podido salvarse de su herida y, al salir del hospital de Niza, hubiérase lanzado de nuevo a la conquista del mundo recorriendo los campos y las ciudades, los mares y los continentes, pero ¿tendríamos ante nosotros sus ya inmortales narraciones? ¿Podríamos deleitarnos ante la lectura única de su incomparable *Kyra Kyralina*?

Hubiera él, con sus correrías a través del orbe, gozado y sufrido de las cosas buenas y malas, de los hombres buenos y malos, pero nosotros nos hubiéramos quizás quedado sin sus mágicos libros.

Si bien con su corte en la garganta no consiguió enterrar al Panait Istrati sin trabajo, sufrido, amargado por una vida errante, y abandonado por todos al verle tan bajo, dió en cambio vida a otro Istrati completamente distinto, que de nuevo venía al mundo, empujado por aquella alma invicta, por aquel corazón generoso, por aquel cerebro potente que desde Villeneuve le tendió sus paternales brazos, acogiéndolo al calor de su pecho e indicándole el nuevo camino que en su nueva vida debía recorrer acompañado de los laureles de la victoria justa y merecida.

Los recuerdos acumulados en su portentoso cerebro, no escaparon tampoco al salir de su cuello herido aquella mezclada sangre de que nos habla Blasco Ibáñez; y hoy estos recuerdos los vemos estereotipados y como una maldición lanzados a la faz del mundo que, como una gran ignominia, los presenta Adrián Zograffi a los hombres que matan a otros hombres, ya sea esgrimiendo el sable o por medio de las leyes.

"Un nuevo Gorki", exclaman unos, "un nuevo Jack London", proclaman otros. Verdad. Tienen sus libros algo de estos dos escritores, ruso el uno y americano el otro; pero el carácter, podríamos llamar, marcadamente "istratista" de sus cuatro primeros libros, es algo desconocido, nuevo, inédito.

"Un enamorado de Oriente, que se encanta con sus propios relatos" y que conmueve a cuantos logran penetrarlos. El Danubio; las cimas de los montes asiáticos; las callejuelas de Constantinopla; las plazas de Beyrouth; los palacios de los mustafás con su misterioso silencio... todo es desmenuzado por la vigorosa pluma de Panait Istrati.

¿Y los "haidoucs"? Con la historia de cada uno de estos grandes y magnánimos bandidos libertadores de los campesinos esclavos de Rumania lanza Adrián Zograffi el más formidable anatema en contra de los verdaderos y únicos que merecen el epíteto de bandidos que saquean los campos y diezman las ciudades, atacando ya a los bienes adquiridos mediante rudas labores, con sus leyes arbitrarias, ya a la dignidad de aquellas humildes familias, entrando en sus hogares mancillando los cuerpos de las vírgenes que a su paso hallen.

La maldad del hombre-amo es presentada en los "haidoucs" con el máximum de la crueldad refinada que se reconcentra en el corazón (?) del ocioso que habita los grandes palacios.

Y *Kyra Kyralina* es una embrujadora visión del Oriente pervertido y magnánimo a la vez.

DELAVILLE

Barcelona, Agosto de 1926.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

—

Cuadernillos Athenea: *Notas críticas*, por Herbert Spencer; *La mujer y la revolución*, por Federico Stackelberg; *Narraciones humorísticas* por Arcadio Averchenko; *Cuestiones de enseñanza*, por Ricardo Mella. Folletos de propaganda de 32 páginas, a 0.25 céntimos el ejemplar. Editorial "Lux", Barcelona.

La Revolution proletarienne, revista mensual sindicalista comunista, N.° 20, París.

The Workers Monthly, órgano del partido comunista de América, número de agosto, Chicago.

La Revista Blanca, Barcelona.

El conflicto religioso en México. Publicación del Comité de acción ideológica "Juventud argentina".

Tribuna livre, órgano de la agrupación cultural "A vida". N.° del 1 de septiembre, Bagé, Río Grande do Sul. Con esta publicación mensual inauguran los camaradas de Bagé una propaganda escrita a la que deseamos el mejor éxito.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Jean Grave

Camaradas:

Trataré de responder, en lo que me sea posible, a todas vuestras preguntas, aunque, para algunas, sea difícil hacerlo con precisión.

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

Para contestar con precisión a esta cuestión, sería menester conocer cuáles son las fuerzas de que disponen los anarquistas en cada país. Eso, lo ignoro. No puedo, pues, responderos más que desde un punto de vista general.

Aquí, en Francia, eso es muy sencillo: el movimiento anarquista se ha dispersado después de la guerra. Actualmente hay muchos jóvenes, neófitos de la idea; pero, poseyendo más buena voluntad que conocimiento de la idea, son presa de una banda de farsantes — por no decir algo peor — que logran, en una o en otra forma, desviarlos y utilizar su buena voluntad.

Entre nosotros el movimiento sufre una crisis, de la que se repondrá, lo espero, pero que condena a la impotencia al poco que queda de los que han guardado un juicio sano en el desorden actual.

El mejor medio para luchar contra la reacción ha sido y es todavía el de propagar las ideas de libertad, de autonomía, de iniciativa y de rebelión; por consiguiente, nuestras ideas anarquistas.

Allí donde los anarquistas dispongan de medios de acción, se tratará de organizar agrupaciones con el propósito de combatir las medidas de la reacción. Y esto no aislándose entre sí, sino eligiendo cada cual, según sus preferencias y aptitudes, uno de los abusos a combatir, haciendo un llamado a todos aquellos que, sean cuales fueren sus concepciones sobre otros puntos, estarían decididos a combatir, con todas sus fuerzas, el abuso en cuestión. Este es el único medio de agrupar bastantes fuerzas capaces de sostener una lucha eficaz.

En tanto que los anarquistas permanezcan entre sí, no asociándose sino con aquellos que piensan absolutamente de la misma manera sobre todos los puntos, serán, durante mucho tiempo, más que una ínfima minoría incapaz de acción eficaz, condenados más a "teorizar" que a obrar.

Hoy, en la sociedad actual, un abuso que solivianta una multitud de personas que, sin ser anarquistas, querrían, al menos, ver desaparecer este abuso. Ahora bien, los abusos son numerosos, cada uno de ellos tiene sus adversarios. No queda, pues, más que el embarazo de la elección. Hay lugar para todas las actividades. Esta manera de obrar no impediría, evidentemente, a los anarquistas tener sus agrupaciones particulares, cuyo fin sería el de la propaganda anarquista y también el de coordinar los esfuerzos hacia la meta final: la destrucción de todos los abusos.

Desde el punto de vista internacional, sería necesario encontrar un medio de relación en el que, manteniendo su autonomía, los grupos tengan entre sí relaciones más seguidas, más frecuentes, sin tener que pasar por un grupo central. Ese género de agrupación lo he expuesto numerosas veces, sin que jamás haya sido comprendido.

He aquí cómo lo encaro: las agrupaciones federadas editarían un boletín mensual, por ejemplo, donde se darían las direcciones de los grupos adheridos, donde cada congregado expondría el trabajo realizado o a realizarse, pudiendo solicitar en él los recursos necesarios y donde, además, se podrían plantear ciertos puntos interesantes de discusión.

Para evitar la centralización, cada grupo adherente editaría, a su vez, un número del susodicho Boletín. Esto evitaría la centralización y, además, forzaría a cada grupo a tomar una parte activa en la vida de la federación.

Hoy en día se han creado no sé cuantas Internacionales, pero las relaciones no existen más que teóricamente; los anarquistas de cada país se ignoran totalmente. Delegados — o los que tienen los medios de desplazarse — se encuentran cuando hay un congreso. Allí se tejen discursos más o menos hermosos, y las relaciones no pasan de ahí. Eso ha terminado hasta el congreso siguiente.

Sería necesario terminar con este remedo de parlamentarismo, encontrando los medios prácticos para que nuestro internacionalismo no sea un internacionalismo de parada y de charlatanería.

> 2o. — La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Si entendéis por ello que para permitir el establecimiento de una sociedad anarquista sea menester pasar por la revolución, para abatir la sociedad actual, respondo que sí.

Los privilegiados no abandonarán jamás sus privilegios sin resistir con todas sus fuerzas. Una vez realizado cierto grado de evolución en los cerebros de la masa, esta evolución se traducirá por una revolución, con vistas a hacer pasar a los hechos los progresos encarados por las minorías activas y barrer a todos los que tentaran obstruirle el camino.

Pero la revolución, precisamente, no puede sino desbrozar el camino. Para establecer la sociedad de mañana será necesario que los anarquistas logren, en su propaganda, formar agrupaciones económicas capaces de reemplazar las agrupaciones económicas capitalistas que la revolución tendrá por tarea destruir.

No es de arriba que la sociedad nueva tendrá que organizarse, encargando a algunos individuos de proceder a esta organización. Es de abajo que ella deberá hacerse, surgiendo de las iniciativas de las masas.

En la sociedad actual estas agrupaciones ya existen. Las cooperativas de producción y de consumo, si los anarquistas quieren darse el trabajo de orientarlas hacia ese fin, serán perfectamente capaces, desde el principio de la revolución, de proceder a la nueva organización económica, substituyéndose al comercio burgués. En plena batalla ellas podrán, si se les ha hecho comprender su rol, asegurar el aprovisionamiento de las poblaciones.

Esto se ha producido en plena revolución bolcheviqui. Visitando la República de los Soviets, un revolucionario ruso, M. Remezov, ha encontrado una aldea absolutamente basado sobre la idea comunista-anarquista, habiendo escapado a la reglamentación del poder central, y esta organización era debida a la iniciativa de una cooperativa existente ya entre ellos.

Hablo de las cooperativas porque es un movimiento que ya existe y que sólo exige un poco de propaganda para darle fines más amplios. Pero otras numerosas agrupaciones similares pueden ser encontradas y aportar su concurso a la organización nueva:

Grupos para procurarse, a bajo precio, los productos, haciéndolos venir de los países de origen, sin pasar por otros intermediarios que los camaradas asociados. Grupos con el fin de organizar talleres, donde los asociados podrían trabajar en sus horas de ocio, para producir objetos de su gusto, y en donde los adherentes se habituarían a cambiar su producción, prescindiendo del uso de la moneda.

> 3o. — Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Que los proletarios, siendo los más oprimidos en la sociedad actual, estén más interesados que no importa quién en la transformación de ésta, es incontestable, pero no están solos. Todos los que tienen sed de justicia, de libertad para todos, proletarios o no, tendrán su lugar en la sociedad anarquista, donde no habrá más distinción de clases. ¿Acaso nuestros mejores propagandistas no proceden de las clases privilegiadas? La anarquía, precisamente por ser una idea humanitaria, suprime el proletariado.

> 4o. — ¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Lo necesario, ante todo, en la educación de los niños es respetar su propia personalidad, no trabar su desarrollo, contrariando sus aptitudes. Los esfuerzos de los educadores deben tender a que los mismos niños hallen sus posibilidades por sí mismos.

Lo que es preciso es ayudarles a ejercitar su espíritu crítico, conduciéndoles a que encuentren por sí mismos el punto débil de una cuestión. Enseñarles a no aceptar como posiblemente verdadero más que lo que ha sido discutido, y no porque les fué afirmado o dado como tal por una autoridad u otra.

Enseñarles a detestar la mentira, la injusticia, tanto si no les afecta a ellos mismos como si tuviesen que sufrirla ellos. Pero eso no será adoptado por los niños más que si la conducta de los padres y de los maestros no contradice su enseñanza.

Esta educación estará mucho más segura de hacer hombres rectos, capaces de comprender la justicia, de odiar la autoridad y, por consiguiente, de combatirla, que ninguna enseñanza dogmática o teórica.

> 5o. — ¿Por qué vía piensan los camaradas que debe orientarse el arte para saturar mejor el ambiente de anarquía?

El fin del arte es producir bellas cosas al margen de los sistemas y de las escuelas. No creo que el arte se aprenda. Es un don que el artista aporta al nacer — una "posibilidad" — que puede conocerse, depurarse con la educación y la enseñanza, pero que no se adquiere si el individuo no tiene los gérmenes ya en sí. El arte, pues, no puede ser subordinado a hacerle expresar teorías. Para producir bellas cosas, que se impongan al espíritu, es preciso que el artista, al margen del pleno conocimiento de su oficio, sienta fuertemente la cosa que quiere expresar. Si es capaz de traducirla, tal vez consiga inspirar, a los que admiren su obra, los sentimientos de que estaba lleno él mismo, pero si se quisiera subordinar el arte a la propaganda se correría el riesgo de no hacer más que cosas mediocres. Eso se ve, desgraciadamente, demasiado a menudo en la propaganda hecha mediante el grabado por algunos de nuestros camaradas.

> 6o. — ¿Cómo concebir las teorías individualistas en el movimiento obrero?

Aquí se trata de distinguir. Si por individualismo entendéis lo que quiere el desarrollo de la personalidad de cada individuo, la posibilidad, en la sociedad de su desenvolvimiento integral, el ejercicio de su libre iniciatva, de su libre autonomía, a condición de que respete la iniciativa y la libertad de cada uno, lo que nosotros, anarquistas, entendemos por anarquía, en ese caso el individualismo no sería más que otra palabra para designar nuestro ideal.

Pero si por individualismo entendéis, como algunos proclaman, el derecho del Individuo — con una gran I, considerado en abstracto — a desarrollarse en detrimento de todo lo que le embaraza, de obrar a voluntad, sin considerar los derechos de aquéllos que evolucionan a su lado, considero que ese individualismo es la teoría más atrozmente burguesa que conozco, con lo cual los anarquistas, sopena de ser inconsecuentes, no pueden tener nada qué ver.

> 7o. — ¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida debemos seguirla?

La tradición, no siendo más que la supervivencia de las fases por que ha pasado el desarrollo humano, no tiene más que un valor de apreciación. De la tradición no hay más que tener en cuenta lo que concuerda con nuestras necesidades actuales; lo que está en contradicción con ellas hay, naturalmente, que eliminarlo.

> 8o. — Para trabajar más profundamente y destruir las viejas creencias petrificadas en los cerebros, ¿podrían los camaradas describir los orígenes y causas de la Biblia?

Yo no creo que los anarquistas deban derrochar sus esfuerzos en ello. Las creencias religiosas, en tanto que se contentan con ser individuales y no intentan imponerse, cristalizándose en un clero que se coloca como amo y une sus fuerzas a las de los posesores, no son un obstáculo a las ideas de emancipación. La propaganda antireligiosa puede quedar al margen de nuestra propaganda principal.

Esa propaganda existe ya, y no podríamos hacerla nunca mejor de lo que lo han hecho los Lubbock, los Darwin, los Frazer, los Diderot, los Lanessan, los Letourneau, los Haeckel, los Lefevre, los Guyau, los Buchner y muchos otros, cuyos nombres no recuerdo, que han dejado trabajos sobre el origen del hombre, que demuestran que la explicación del universo, lejos de necesitar la intervención de una divinidad, la elimina completamente. Es a sus obras a las que debemos recurrir siempre si queremos combatir la impostura religiosa.

ROBINSON — SCEAUX — 1926

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Ya algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres, que hay algo sagrado en la infancia para vivirlo plenamente en ella. Pero ¡qué lejos estamos todavía del respeto a lo sagrado juvenil! — *Abel Martín.*

Tema sugestivo éste, y sugeridor, como para tratarlo de broma en serio. Porque, al hablar de la emancipación del niño, no parece sino que el niño necesita, para a'canzarla, algo más que la libertad de obrar, la plena libertad de sus acciones, algo más que el acto esencialísimo de

librarlo de las preocupaciones de alto barroquismo sentimental de las personas mayores, ansiosas de hacer de ese barro moldeable, con alma propia, regida ya por sus instintos, el extraño y risible fantoche de su imagen, un fetiche a su semejanza.

Y el niño no necesita sino amplio campo de acción, la libertad necesaria para desenvolverse en un sentido propiamente individual, induciéndole, sin violencias externas (a las que tan propensa se halla la colectividad pseudoanarquista, por el afán descomedido de convertir a cada niño en un futuro revolucionario), por una serie de ejercicios personales, naturalmente sencillos, capaces de atraer su atención hacia la apreciación de sí mismo. Que adquiere por inducción directa su propio valor y su propia responsabilidad, orientándole por las prácticas que están más acordes con su temperamento y su curiosidad, más en armonía con su sér, hacia el sentido de la belleza, que tanta influencia ejerce en su impresionable espíritu. De ahí procederá en él la noción primordial de su responsabilidad, precepto inicial de su emancipación.

Cuando se habla de orientar al niño, inmediatamente se ponen en juego todos los modernos sistemas pedagógicos, se barajan proposiciones ilustres, perinchidas de suficiencia y hasta se trazan cifras a la casa de la X que responda, con la misma gravedad que los oráculos, tan desprestigiados en nuestra época, la palabra ritual y mágica que lleve la luz que buscamos a nuestros pobres cerebros. Así vamos dando vueltas a la noria, para extraer de su entraña estéril la gota de agua con que remediar nuestra sed de guías de una infancia extraviada, de puro no quererla soltar de la mano.

Se confía demasiado en los mayores, como se desconfía demasiado de los "pequeños", para hallar la manera feliz de orientar a los niños, de modo que por sí solos dirijan sus pasos por caminos de perfección.

Se ejerce sobre los niños la misma tutela que el combatido Estado ejerce sobre los hombres. Ese infatuado cuan nefando padre común se conduce con los hombres como si fuesen menores de carácter díscolo, reacios a la educación que por fuerza se les quiere imponer. En un plano más recogido sucede otro tanto con el hombre y el niño. Este es tratado por aquél con la misma consideración y suficiencia, con el mismo despotismo muchas veces; quisiéramos encauzar su porvenir, por lo mucho que nos afecta y por lo más que de él esperamos. Y por poco que se piense en esto, reconoceremos la inconsecuencia y lo funesto del ejemplo. Además, es muy turbia aún la conducta de las personas mayores, demasiado turbia y demasiado complicada con extravíos lamentables, para que los niños videntes, sutilmente intuitivos en su inconsciencia, aprendan sin fatiga a conducirse con la debida humana equidad entre los suyos... En ese principio de equidad, en esa comportación con los demás, se encaja el plafón primordial de su emancipación.

Para orientar a los niños en el sentido elevado y practicable de su emancipación, precisa que nos corrijamos antes de nuestra rigidez antipática de guías. Su existencia deviene un entretenido juego. Y nuestra gravedad de sesudos guías está llena de incisivas aristas para sus almas, páginas en blanco, que deben llenarse por sí mismas, de sus propios destinos. Para ellos nuestra vida resulta cuasi siempre un juego demasiado pesado y aburrido, que no intentarán imitar, y que si imitan se cansarán pronto, para escoger otros, menos útiles tal vez, pero que llenarán mejor sus infantiles entusiasmos.

Otro gravamen que sería bueno desplazar. Se da a la pedagogía una importancia omnímoda. Se confía demasiado en su eficacia, cuando su eficacia es deficiente. La letra escrita no lo es todo. Tampoco lo es todo ese rosario de jaculatorias morales que suele predicarse en todo momento a los niños, para que aprendan a conducirse seriosamente, como si su emancipación consistiese en el grado de seriedad que se hayan asimilado, entenebreciendo los destinos de sus almas claras.

Hay que orear y aventar inclusive la pedagogía (y conste que no aludo a ese sistema pedagógico de la familia revolucionaria, que aspira a hacer de cada hijo un futuro héroe de barricada, por parecerme tan absurdo querer fabricar Robespierres para la revolución, como generales y buenos soldados para la patria) si queremos que los resultados no sean fatalmente opuestos a los fines que noblemente se persiguen (1).

Es un enorme equívoco pretender inculcar al niño el sentido de su emancipación a base de una educación unilateral, mutilándolo, que no otra cosa es ese manipular diario en su cerebro, con razonamientos abstractos indigeribles y demás bagajes de buenas, pero estériles, intenciones impresas, a los que se confía la batuta de la educación.

Urge un inciso, una sutil desviación de esa pretendida línea recta que marca la educación, en bien del equilibrio — soma y espíritu en la base; en su vértice la belleza de todo cuerpo sano, de todo sentimiento noble — de la educación que impresiona únicamente una parte del niño, con grave perjuicio de su organismo, puesto que su cerebro, blando aún para todo cuanto implique reiterado discernimiento de la razón pura, demanda fuerzas a su economía, tan necesaria para su desarrollo, con objeto de suplir las gastadas en digerir, y menos mal si digiricse, las nociones y homilías que se encaran con su "yo" en formación.

Es un vicio reprensible ese de herir la mente del niño con el piadoso fin de despertarlo. La mente del niño se despierta sola, por un proceso volitivo. Y todo cuanto se haga por acelerar ese proceso entorpecerá su marcha, el despliegue natural de su eficiencia. No se piensa que, con semejantes procedimientos de ingerir e infundirle el conocimiento y la razón (o la sinrazón) de los hombres por medios neumáticos, el niño logra en memoria, y en horror, lo que pierde en eficiencia. Y para eso se causan terribles extorsiones en la individualidad del educando, que podrá llegar a alcanzar una "inteligencia" de proporciones nada comunes, pero al que le faltará la voluntad motriz para servirse con ventaja de esa facultad intelectiva, adquirida con desdoro y merma de otras virtudes inherentes, más fecundas, más "sabias", más beneficiosas y benévolas para el individuo, y que a la vez, por refracción, puedan ser de no menguada utilidad para sus semejantes.

Es preciso, pues, un inciso medular en el sistema educacional. No dar singular primacía a esa discutible recta que, maniobrando de fuera hacia dentro, dirígese en el espíritu del niño en un trazo tan desproporcionado como decisivo. Esta influenciación, además de representar una coacción inadmisible, resulta contraproducente.

El sistema más científicamente racional para despertar en el niño sus potenciales, su fuerza, su voluntad, su conciencia, en el sentido de su respetable individualidad, es el de inducir en él, con natural exactitud la inteligencia del cuerpo, poniendo en armonía sus entidades morales y físicas, desarrolladas a un mismo diapasón, al unísono. Por medio de una educación de expansión natural, llevar a la observación de las sensaciones físicas las exigencias y sutilezas del examen de conciencia, que Prevost acertadísimamente indica para llegar o acercarse al máximo perfeccionamiento.

Tal educación no será más que un deporte simultáneo, que ponga en juego, no solamente su cerebro, como se hace hoy, sino todo su sér.

La gimnasia y la danza rítmica pueden considerarse como el mejor de los métodos para este fin.

Trátase, por lo que puede colegirse del enunciado IV de la encuesta, de orientar al niño, de modo que lo antes posible él mismo labre su emancipación.

Tal vez la palabra orientar esté, desde un principio mal empleada. Pues si queremos *que sea el niño mismo* el que busque o se coloque en ese trance, en vez de *orientarlo* será más justo hallar la manera de despertar en él la facultad de orientarse, o, mejor todavía, la facultad de conocerse. Es más humano. Y más libertario.

Del conocimiento de uno mismo derivan las determinaciones más convenientes para disponer de los propios destinos. El optimismo y la seguridad de los actos parten de ahí: de esa confianza en nosotros, que nos hace fuertes... y libres. Sin ese valor personal no hay libertad.

El sentimiento, ese movimiento interior que va derecho a la conciencia y que a veces hasta la substituye, y funda los temperamentos, obtiene ahí su ascenso y juega un papel muy importante, que no nos pararemos en considerar, por no extendernos demasiado.

Aquí lo que interesa saber es que el sentimiento no se aprende en ningún libro. Como la sensibilidad — que es lo que distingue y diferencia los caracteres — dimana del propio Sér. Puede decirse que reside en el individuo en estado latente permanente, pero al que se le dsconoce hasta que un acto cualquiera lo emociona... No se enseña ni se aprende: se *autoadquiere*; es como el resultado del mayor número de vibraciones de nuestra sensibilidad, mejorada según el grado de las *emociones bellas* (gratas) que reciba.

La educación física, rítmica, armónicamente combinada, cumple esa misión. Ella *nos orientará* en nuestros propósitos con el niño.

No la educación física que hoy se practica desviadamente, con tanta fiebre como desatino, dando origen a todos esos deportes negativos que invierten a la juventud, bifurcando hacia un barbarismo ancestral. Su único interés es la competencia brutal, que tan antipática hace las olimpiadas, que debieran ser fiestas de aproximación cordial entre los pueblos o participantes, y un como estímulo de perfeccionamiento, de belleza y regeneración de la raza, que las religiones y la esclavitud degradaron. Esta clase de educación física, deporte de espectáculo — verdadera diarrea del atletismo — no puede favorecer... más que a las empresas que hacen su negocio en la taquilla.

Las danzas rítmicas: he ahí la educación física ideal, aunque le viene estrecha la signatura que le damos. Por sus funciones derivadas y por los efectos simultáneos que produce, le está mejor: responde más a su esencia, le pertenece la asignación de educación psicofísica. Pues desarrolla armónicamente y conjuntamente el organismo, dotándolo de esa fuerza serena y de ese equilibrio que lleva a la inteligencia del cuerpo: cada movimiento gesta una parte de belleza, que se realiza con una amplitud dichosa en cada figura que el cuerpo plasma, e imprime al espíritu una suave y delicada emoción... que se transmite. De la repetición de estas emociones, distintas a medida que el sujeto adquiere mayor desenvoltura y una noción más precisa de su conocimiento y dominio de sí mismo, por la confianza y seguridad que obtiene a tenor de su perfeccionamiento, proviene el desarrollo idiosincrásico, teniendo por cuna su temperamento, que el sentido armónico de la belleza lleva, como si dijéramos, de la mano.

Una educación así, a mi entender, es la mejor *orientación*, la mejor preparación que podemos dar al niño. Antes de esto, con esto y después de esto, libertad, mucha libertad, toda la libertad que se tome: que ese algo sagrado de la infancia lo viva, lo goce plenamente en ella. Nos lo agradecerá, nos lo estimará, porque es todo y lo mejor que podemos darle, o más bien, que no tenemos derecho a quitarle.

Eso es. Interesar su organismo a la vez que su corazón y su cerebro. Que la bondad y la belleza lleguen hasta él directamente, no en una serie de comprimidos que queden como incrustados en su memoria y que para nada tenga en cuenta, cuando más tarde viva por él y no por reflejo de los otros. Nada de meditación extática, en la que sólo entra en funciones el cerebro y que a lo sumo puede ocasionar, por inercia, un misticismo enfermizo y gris, como excrecencia de un organismo de energía deficiente, donde la sangre, la savia de vida no circula normalmente. Sí, meditación dinámica, como floración de la disciplina artística del ritmo, que afecta en proporción adecuada a todo el organismo, como si todo el organismo se volviese masa pensante.

"El placer y el dolor — nos dice nuestro sabio maestro Han Ryner, glosando la filosofía de Arístipo — son movimientos orgánicos perceptibles a la conciencia. Si el movimiento es dulce, hay placer; si es violento y rudo, hay dolor."

Teniendo en cuenta que el niño, instintivamente, huye del dolor, en busca del placer, y no teniendo derecho a contrariar esa sabia inclinación de su naturaleza instintiva, se comprenderá más fácilmente, que provocando por una especie de juego, al que el niño no pueda substraerse, porque queda desde un principio cautivado por su atracción de belleza simplificada y sugeridora, sus movimentos orgánicos, que a la razón le proporcionará la gimnasia rítmica de las danzas, basadas en la ley del equilibrio que diera al pueblo griego su apogeo de perfección, ejercerán en su conciencia, por inducción y análisis, un sentido estético, el sentido estético y dinámico de la vida propiamente dicha.

Las danzas rítmicas, educadoras del cuerpo y del espíritu, tienen esa misión. Vigor, elasticidad, salud y belleza. Dirigirse a la conciencia por una serie de movimientos orgánicos (2) que tienen su percusión espiritual, dotándolo de una intuición que le pondría en aptitud ventajosa para percibir con claridad y temperamento artístico toda modulación de belleza, así objetiva como subjetiva, a placer, cuyo sello imprimirá en los actos de su vida, como una elevada distinción que lo colocará por encima del medio social que piense superar, superándose.

Está evidenciado que el hombre sano y fuerte es un hombre optimista y apto. No se emancipan los seres débiles, pobres de espíritu y de sangre, aplastados por ese como fatalismo que pesa sobre ellos, que les descrisma la voluntad, el resto de voluntad que tuvieren, que los enferma y los hace tristes, horriblemente tristes y tardos para reaccionar contra la injusticia de sus miserables existencias que no hallan paliativo posible a su dolor de vivir, ni comprenden que exista una solución feliz para su esclavitud embrutecedora; sino los fuertes, los equilibrados, los mejor dispuestos para la lucha por la vida. De ellos es el mañana.

Seres completos y no jirones de seres inservibles, con acopio de conocimientos.

No basta con disponerlos moralmente como se hace aún en las escuelas, ni con poner ante sus ojos tiernamente asombrados, con el estupor trágico de los niños ante las revelaciones humanas, los dolores humanos y las injusticias sociales más lacerantes que pesan sobre los pueblos sometidos.

Es necesario también, al par que el cerebro, muscular, vigorizar su brazo, presto a enmendar, sin desmayo, los grandes errores humanos, para que confíe más en él mismo y piense, ande y obre sin la ayuda de los otros. Que no espere a los rezagados, para emanciparse. Que su emancipación sea un estímulo para los demás. Que no necesite del conjunto, para emprender su labor, para practicar su ideal, para lanzarse a la conquista de sus aspiraciones y hacer verdad sus sueños, para lidiar por la libertad de todos, empezando por la suya.

La Humanidad empieza en uno mismo.

SOÑADOR BOHEMIO

BARCELONA. — 1926.

---

(1) Pudiera ilustrar con innumerables ejemplos, sobre estos resultados, el curso de este trabajo. ¡Pero para qué! ¿Quién no conoce algún caso de esos hijos anarquistas que han fustrado las aspiraciones de sus padres? Ese empeño contumaz de querer hacer de nuestros (?) vástagos lo que nosotros queremos que sean idealmente, que piensen como nosotros y se conduzcan como nosotros, resulta cándido y equívoco. Rememore cada uno los casos que conoce y completará el cuadro. No importa que se trate de familias o padres no anarquistas: las causas y los resultados son idénticos.

(2) "La exactitud del movimiento es más importante que la del análisis, y necesaria al mismo análisis, que, sin eso, no es sino la etiqueta, el epitafio de las cosas." — *Prevost*.

Cuandose se comprenda esto se habrá resuelto el problema. — *S. B.*

AÑO V — BUENOS AIRES, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1926 — N.o 242

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537

CUESTIONES AGRARIAS

En nuestro diario se debaten des- hace varios meses, con más o me- apasionamiento, cuestiones rela- ...s a la organización agraria, a la ...sión de nuestras ideas en el cam- ..., a los medios para interesar a la ...lación agraria en la transforma- ...n social que nosotros propiciamos.

Unánimemente se reconoce que el ...ernos "recluido" con nuestra ...paganda y nuestras organizacio- ... en los límites del proletariado ...strial, ha sido un perjuicio para ...miento de los ideales revolucio- ...ios. Casi todos los opinantes están ...cuerdo en que la revolución en ...iudades es impotente para crear ...eva sociedad sin la cooperación ...tiva" de los trabajadores de la ...ra, y que las instituciones econó- ...s y sociales del porvenir han de ...rse más en el campo que en el ... de las grandes ciudades.

El período subversivo que siguió ... guerra ha sido pródigo en en- ...nzas y sólo con gran esfuerzo ...ponemos la fe en la eficiencia ...dora de nuestra propaganda ...na. Se nos ocurre que si un día ...mos en los medios industriales ...fuerza y audacia suficientes pa- ...par las fábricas, nos veríamos ... después en la necesidad de de- ...las a los patrones, porque no ...amos que hacer con ellas, ya ... la base de toda economía, y en ...ular en los países como éste, ...fuera de la ciudad, y fuera de ...dad no tenemos ninguna pers- ...a de apoyo inmediato. Si as- ...mos al poder político, entonces ...a dominación de la ciudad se- ...ficiente; pero nosotros no as- ...s a una transformación social ...decretos, y en consecuencia la ... vida tendrá su más sólido fun- ...o en la modalidad económica ...sotros prestigiada y que con- ...no en la centralización, sino ... descentralización, es decir, no ... ciudades, sino en el campo, ... comunas libres y solidarias.

...amos la esperanza que las ...ones entabladas en el diario ...de llevar a alguna solución, a ... esclarecimiento útil para la ... apreciación de las situaciones ... y de las perspectivas para ...ma. Por lo menos atraerán ...ción de los militantes sobre ...portante problema de la pro- ...a en el campo.

...ién en Italia está a la orden ... la misma discusión en nues- ...riódicos. A propósito de un ... sobre la cuestión agraria y ...quistas, debido al encargado de la correspondencia de la Unión Anárquica Italiana, un camarada que firma con el pseudónimo Giantino, publica en el último número de "Fede", de Roma, un interesante artículo sobre la "Pequeña propiedad agrícola y las grandes haciendas colectivas". En ese artículo recuerda algunas ideas de James Guillaume, expuestas en 1876 en el opúsculo escrito a pedido de Caffiero para Italia: "Ideas sobre la organización social". Guillaume sostenía la conservación de la "pequeña propiedad" en aquellas regiones de pequeños propietarios, donde el trabajo agrícola se realiza sin explotar el trabajo ajeno a los miembros de la familia. Después, claro está, la experiencia les llevaría a buscar medios de asociación y de trabajo colectivo que les harían evolucionar hacia formas económicas mejores. Aun convencido de la superioridad del cultivo colectivo, Guillaume comprendió que la pequeña propiedad, donde existe, no será abandonada voluntariamente más que después de un período de experiencias revolucionarias. Creemos que la gran mayoría de los militantes anarquistas ha de ser de esta opinión. Con ese reconocimiento se suprime una de las grandes barreras que nos ha separado de la población agraria.

Es útil también, para el aporte de elementos de juicio, le transcripción de esta resolución aprobada en marzo de 1921 por el consejo general de la Unión Sindical Italiana. Dice así:

"La Unión Sindical Italiana, frente al problema agrario;

"reafirmando el principio fundamental de la expropiación capitalista y de la puesta en común de la tierra, confiando su administración a los sindicatos de los trabajadores agrícolas;

"considera conforme a criterios de oportunidad y de utilidad, el dejar fuera de decisión el asunto de la posesión de la tierra, temporal o durante toda la vida, por los pequeños propietarios, patrones y obreros a un tiempo, que no ejercen ninguna forma de explotación sobre el trabajo ajeno;

"pero considera necesario que se combine con la posesión familiar de las tierras una forma de organización sindical o cooperativa de los campesinos, a fin de hacer posible la introducción de máquinas agrícolas y de todos los otros medios técnicos, e intercambiar los productos, con el propósito de inclinar la categoría de los pequeños agricultores hacia formas sociales de trabajo y de administración de las haciendas que les aseguren a ellos la elevación moral y económica y al mismo tiempo una mayor utilidad a la colectividad humana".

Transcribimos esa resolución, como hemos dicho, a título de información. Queremos proporcionar a nuestros camaradas todos los elementos posibles de juicio a fin de permitirles formarse una opinión propia.

Hasta aquí lo más importante consiste en sostener la discusión y estimular la preocupación de los anarquistas en torno a la necesidad de tener un punto de apoyo entre los campesinos. De lo contrario, la obra que realizamos en las ciudades nos llevará "demasiado" lentamente a la revolución social a que aspiramos.

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

Sumario de este número

La muerte del "Angelito"

Le sacaron dinero prometiéndole una fiesta y ahora tendrá que pagar el entierro

FELICE VEZZANI

Reminiscencias históricas

El congreso de Génova de 1892

De las dispersas filas de la Primera Internacional quedaron en Italia, como en otras partes, adeptos que trataron de mantener viva la llama que animó aquella asociación y alimentaban la esperanza de reconstruir una organización capaz de impulsar al proletariado a la conquista del derecho a la vida y a la libertad.

Creyeron ser intérpretes de ese sentimiento los socialistas que convocaron un congreso en Milán en el verano de 1891, congreso que, según el plan de los promotores, debía ser el prólogo del que se celebraría en Génova el año siguiente, y del cual debía salir la constitución del Partido socialista italiano.

Como se sabe, se habían formado en el seno de la Internacional dos corrientes, que estaban en contraste sobre los métodos y sobre los fines de aquella asociación, contraste que subsistía entre los adeptos autoritarios y antiautoritarios, respondiendo los primeros a Carlos Marx y los segundos a Miguel Bakunin.

Dado ese contraste los organizadores del congreso de Milán trataron de pilotearlo, no atreviéndose aún a afrontar un debate cuyos resultados podían perjudicar sus fines. Por consiguiente, el programa-estatuto aprobado en aquel congreso no imponía a los adeptos la participación en las luchas electorales, ni fijaba el principio de la conquista de los poderes públicos.

Cada asociación y grupo adherentes eran libres de adoptar los medios de lucha que correspondían a sus tendencias; a mantener esa concepción contribuyó Pietro Gori, que luchó con fervor contra la tendencia social-reformista. Cómo logró triunfar después esta tendencia al año siguiente en Génova, eso es lo que me propongo exponer.

Pues antes de que se celebrase el congreso de Génova fijado para el 14 de agosto de 1892, el comité de organización con sede en Milán difundió una circular que ponía por condición para la participación en el congreso la adhesión a las luchas electorales para la conquista de los poderes públicos.

Con una desenvoltura de prestidigitador, el comité anulaba las deliberaciones del congreso de Milán; pero este subterfugio no desalentó a los adversarios de tal método de lucha; al contrario, los incitó a prepararse mejor para afrontar el debate que se anunciaba. Los organizadores del congreso se dieron cuenta del error cometido y queriendo evitar el choque entre dos concepciones, cuyo resultado tenían razón para temer, encontraron otros expedientes.

Fué con este propósito que en la noche del 13 de agosto todos los personajes del socialismo reformista se reunieron en una sala de un barrio apartado para concertarse. El azar quiso que yo, hallándome con otros socialistas, fuese admitido a aquel comicio privado.

Representaba la Società Operaria de Bolonia y la Sociedad de panaderos; como yo, había también dos representantes de la Sociedad de albañiles de Bolonia.

Cuando entré en la sala de la reunión, hecha como un siete, entre los convocados había comenzado ya la discusión, o por decir mejor la serie de diatribas contra los anarquistas a quienes había que impedir que entrasen a ninguno precio en el recinto del congreso. Entre los más encarnizados se distinguía un toscano, Danielli, que proponía apalear a los anarquistas y acuchillarlos si se resistían o, si se daba el caso, llamar también a los carabineros.

Al oir aquellos propósitos y al constatar que ninguno de los presentes protestaba, yo que era entonces un pobre e ingenuo socialista, experimenté una fuerte opresión en el corazón y la vergüenza de pertenecer a aquella compañía.

Había pedido la palabra varias veces; pero no se me había concedido, tal vez porque se leía en mi rostro el desdén que experimentaba. Finalmente se me consintió hablar y entonces estallé en una convulsiva y violenta protesta. Ataqué al comité por la violación de las resoluciones de Milán y me descargué contra los oradores que había escuchado, a quienes llamé zaristas.

Mis palabras suscitaron un coro de protestas, de comezones, de insultos, y fué Croce el que las resumió en un discurso condimentado por la ironía y el desprecio. Le siguió Ana Kuliscioff, que me dió una buena lección de táctica socialista-reformista y terminó diciéndose persuadida de que la noche me traería consejo, cambiando mis sentimientos.

Repetí que no era a mí a quien la noche debía traer consejos, sino a ellos, que complotaban y que de cualquier modo yo estaría mañana por la mañana, temprano, en el congreso y tomaría mis disposiciones. Después salí de la sala junto con mis dos compañeros, los albañiles.

Supe después que la reunión había continuado hasta media noche y comprendí, al día siguiente, que los congregados habían cambiado de táctica.

Se inauguró, pues, la mañana del 14 de agosto el congreso en la sala Sívori, donde todos los representantes, provistos de cartas de delegación, pudieron entrar. La primera sesión transcurrió entre la verificación de las credenciales y el nombramiento del presidente, para lo cual no faltaron pequeñas contiendas. Resultaron nombrados Costa, Maffi, Bosco, Chiesa y Pellaco.

Fué por la tarde cuando se inició la discusión. Pero Pellaco, haciendo notar que no pocas organizaciones representadas habían recibido el estatuto propuesto en retardo y que no habían tenido tiempo para examinarlo, propuso postergar para el día siguiente la discusión, a fin de que todos pudieran tomar parte en el congreso con conocimiento de causa. Puesta a votación la propuesta se aprobó por división.

Pero las dos partes se presentaban tan equilibradas en número que Cabrini se aprovechó de ello para reconsiderar el resultado y pidió la votación nominal.

El huracán, hasta entonces latente, estalló formidable: gritos, protestas, invectivas de ambas partes.

Fué Maffi el que calmó los espíritus y propuso borrar de los estatutos la parte que se refería a las luchas políticas y administrativas, lo cual se discutiría en las sesiones siguientes, y que se comenzase de inmediato la discusión de otros puntos.

Galleani se opuso porque quería que la discusión procediese con orden y con sinceridad. Turati pronunció un discurso que se notaba preparado de antemano, y habiendo lanzado fuera de lugar una acusación a Galleani, Gori con un ¡basta! seco le cortó la peroración.

Siguió Prampolini, que pronunció un discurso patético sobre la necesidad de separarse los socialistas autoritarios de los antiautoritarios y marchar cada fracción por la propia vía, salvo encontrarse un buen día unidos para la lucha suprema.

Pero los conjuros de Prampolini no tuvieron fortuna. El propósito de los anarquistas era poner frente a frente las dos doctrinas.

Después de un segundo y más violento tumulto la sesión fué suspendida y el congreso fué postergado hasta el día siguiente.

Y henos aquí la mañana del 15 de agosto en la sala Sívori. Pero faltaban los socialistas reformistas. ¿Qué hacer? Se resolvió continuar el congreso en la sala Sívori, tanto más cuanto que allí había sido convocado.

Habiéndose sabido que los demás se habían refugiado en el local de la sociedad de los carabineros genoveses, en la calle de la Paz, fueron enviados los compañeros Barabino y Giovanni Bianchi para pedir la entrega de la carpeta que contenía las adhesiones, la contabilidad y también el dinero de las cuotas pagadas, que los fugitivos se habían llevado sin preocuparse siquiera de pagar el alquiler de la sala Sívori, aunque no fuese más que por el primer día.

Pero los dos delegados que fueron al local de la calle de la Paz, en lugar de ser recibidos por los socialistas lo fueron por los carabineros reales.

Costa y Carlo Monticelli, que habían ido el 15 a la sala Sívori, tuvieron palabras severas para sus correligionarios y estuvieron de acuerdo con nosotros al afirmar que el congreso, convocado en la sala mencionada, hacía bien en continuar allí. Peor, dijeron, para los que han desertado del campo.

Por consiguiente el congreso continuó abordando la discusión sobre la orientación de la organización que se deseaba fundar y que tomó el nombre de "partido de los trabajadores", que después no se le dió.

Fueron sus padrinos Gori y Casati, los cuales, cediendo a la invitación de los congresales — menos Galleani y los pocos que le seguían — aun teniendo concepciones diversas, se convinieron en un programa común por amor a la causa y esperando substraer el proletariado italiano a la influencia reformista, atrayéndole a una organización que desertaba la táctica electoral y todo el bagaje que en ella se contenía.

Por su parte los socialistas marxistas proclamaron, desde la sede de los "carabineros genoveses", la constitución del partido socialista italiano, que más tarde no supo y no pudo hacer frente a los acontecimientos.

Era natural que acabase como acabó, dada la mentalidad de los jefes que lo fundaron, mentalidad que se demostró tan baja en la reunión preparatoria a que he aludido y que, según mi opinión, constituye el punto de partida del partido socialista italiano.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

I

Las palabras "comunismo anárquico" son equivalentes a "igualdad y ausencia de autoridad". La palabra "comunismo" significa un orden social en el que no existirá la propiedad privada, y los bienes materiales serán disfrutados por todos.

Las palabras "anarquista comunista" son traducibles por las de "miembro de comuna libre". La anarquía de ningún modo significa el desorden y mucho menos el abuso y la violencia de un hombre sobre otro hombre, a pesar de que la palabra "anarquía" se emplea con frecuencia para significar el "desorden". Este grosero error se comete unas veces inconscientemente y otras con intención: los hombres están tan acostumbrados a vivir bajo la férula del gobierno, que creen sinceramente que en una sociedad que no tenga gobierno el desorden y el caos serán inevitables. Aun no hace mucho, los hombres, acostumbrados a vivir bajo la autoridad de un rey o de un emperador, cuando querían significar el "desorden" decían: "República".

Algunos escritores burgueses y socialistas, con el propósito deliberado de perjudicar al anarquismo, designan con el nombre de anarquía los desórdenes de la fenecida sociedad feudal y de la sociedad capitalista actual, basadas ambas en la autoridad. Al expresarse así, caen en una burda mentira: antes puede ser llamado tropical el clima de la Siberia Occidental, que adaptarse el nombre de anarquía al desorden de éstas sociedades.

Pero no todos los escritores burgueses y socialistas son tan inescrupulosos. El "apóstol del socialismo", César de Paepe, escribía: "a la anarquía hemos de llegar, arrastrados por la fuerza del principio democrático, por la lógica y el fatalismo de la historia". "Anarquía, sueño de todos los enamorados de la libertad real, ideal de todos los revolucionarios sinceros. Durante mucho tiempo los hombres te calumniaban y te escarnecían indignamente. En su ceguera te confundían con el desórden y el caos, siendo, por el contrario, el gobierno — tu enemigo irreconciliable — el resultado del desórden social, del caos económico. Tu eres el orden y la armonía, el equilibrio y la justicia. Los profetas te habían entrevisto ya bajo el manto que oculta el porvenir; te llamaban ideal de la democracia, esperanza de la libertad, objeto supremo de la revolución, soberana de los tiempos futuros, tierra prometida de la humanidad regenerada. Y cuantos pensadores de nuestro siglo presintieron tu advenimiento y bajaron a la tumba augurándote, como lo habían augurado al Redentor los patriarcas moribundos: "¡Qué venga tu reino!".

Así hablaba el "apóstol del socialismo".

II

A la burguesía no le conviene una sociedad sin gobierno y donde todos sean iguales, porque ella no tendría cabida en una sociedad semejante. No les conviene a los intelectuales ricos, aunque ellos sean socialistas, desde que en una sociedad como ésta se verían privados de sus grandes ganancias y de la posibilidad de gobernar.

Las teorías que no convienen a los ricos y a los gobernantes han sido y son siempre calumniadas. Fueron calumniados los primeros cristianos, hombres mucho más morales que los paganos, en general, y que las altas clases de la sociedad pagana, en particular. Los calumniaban, llamándolos enemigos de la sociedad, partidarios del desórden, incendiarios, libertinos, hombres que beben la sangre humana y rinden culto a una cabeza de asno.

El filósofo Celsius (en el siglo II después de J. C.) hablando de los cristianos decía: "apareció una nueva secta de hombres; data desde no hace mucho. No tienen éstos ni patria ni tradiciones antiguas; declararon la guerra a todas las instituciones civiles y religiosas. Son perseguidos por las leyes, los designan con nombres denigrantes, pero ellos se enorgullecen del desprecio general".

Antes eran calumniados los cristianos, ahora lo son los anarquistas.

Sin embargo, basta quitarle de los ojos la venda que a la sociedad actual le puso la burguesía y los partidos políticos ávidos del poder, para que el sol de la verdad brille en todo su esplendor, y los hombres enceguecidos por la calumnia recobren la vista y comprendan que el desórden y la violencia reinan precisamente en los Estados modernos y que el desórden y la violencia serán inevitables en los Estados socialistas.

III

Se equivocan grandemente los que tildan a los anarquistas de facinerosos y asesinos. No es verdad que el anarquismo sea una teoría que aconseja a unos hombres asaltar a otros y quitarles el dinero: hacer expropiaciones como se dice vulgarmente.

Hubo ciertamente casos, en que los anarquistas hacían expropiaciones, quitaban el dinero, esperando poder mantener con este dinero el movimiento revolucionario. Pero los anarquistas no eran los únicos que hacían "expropiaciones"; también las hacían los socialistas y también las hacían personas que nada tenían que ver con socialistas ni con anarquistas. También ha sucedido más de una vez que simples bandidos se daban el nombre de "anarquistas" y mandaban cartas en las que bajo amenaza de muerte, exigían dinero.

Los anarquistas no tienen comisiones que reciban a los que quieren ingresar en las filas anarquistas, de ahí que el que quiere se hace llamar anarquista. Pero porque a un degenerado le dé por llamarse anarquista no se convertirá el anarquismo en una teoría tonta o inmoral. En los tiempos del cristianismo primitivo — que entonces era puro — engrosaban sus filas toda clase de hombres y ahora mismo son muchos los necios y los criminales que se denominan cristianos.

Los luchadores por la humanidad desheredada notaron hace tiempo, que los hombres sin escrúpulos se pliegan a los

[illegible]volucionarios cuando estos van ven[illegible]do. Bakunin, indicando este hecho, [illegible] notar que los deshonestos olfa[illegible] donde pueden medrar y donde pue[illegible] sacar ventajas; se inmiscuyen en la [illegible] revolucionaria, siempre que puedan [illegible]plotarla para fines propios. Y a conti[illegible]ción agregaba: que hay que adoptar [illegible]didas para que los inescrupulosos no [illegible]prometan en la opinión pública la [illegible] y la obra revolucionaria.

IV

La anarquía es una sociedad, en la que [illegible] hay gobernantes, no hay poder coer[illegible], no hay hombres que impongan su [illegible]tad a otros hombres, no existen las [illegible]turas a los que los gobernantes some[illegible] a sus súbditos por no acatar éstos [illegible] órdenes de aquéllos.

Gracias a la ausencia del poder coerci[illegible] es la anarquía el orden más comple[illegible] la paz total, la justicia, la unión, la [illegible]tad, la ayuda mutua, la compasión, [illegible] el auto-sacrificio en sus manifesta[illegible] más sublimes.

La anarquía rechaza y tiene por perniciosa y humillante la autoridad impositiva del Estado con sus torturas, sus cárceles horribles, con sus penas de muerte y otros escarnios y maldades que peores no las inventaría un concilio de diablos.

Rechazando la autoridad coercitiva niega la anarquía el "derecho" que se tomaron los Estados de oprimir pueblos extraños a la nación de que es originario el Estado opresor. La anarquía niega la autoridad coercitiva en la familia, el "derecho" del marido a tratar a la mujer como esclava o sierva haciéndole la vida insoportable. La anarquía niega la autoridad de los padres que consideren a los hijos como propiedad suya, que los corrompen y los martirizan. La anarquía niega el poder abusivo de los patrones — capitalistas y terratenientes — que les permite someter a sus caprichos por la amenaza del hambre y por el hambre misma a hombres que necesitan del trabajo.

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inèdito de Miguel Bakunin

(Continuación)

[illegible]III. — *El hombre natural no llega a [illegible] hombre libre, no se humaniza y no [illegible]raliza, no reconoce, en una palabra, [illegible] realiza en sí mismo y para sí mis[illegible] su propio carácter humano y su de[illegible] más que a medida que reconoce [illegible] mismo carácter y ese derecho en to[illegible] semejantes.* En el interés de su [illegible]tad personal, el hombre debe, pues, [illegible] la libertad, la moralidad y la hu[illegible]idad de todos.

[illegible]X. — *Respetar la libertad de otro es, [illegible] el deber supremo de todo hombre. [illegible] y servirla, he ahí la única vir[illegible]. Es la base de toda moral; no existe* [illegible]

[illegible] — Siendo la libertad el producto y [illegible] alta expresión de la solidaridad— [illegible], de la mutualidad — no es com[illegible]mente realizable más que en la [illegible]dad. La igualdad política no puede [illegible] más que sobre la igualdad eco[illegible] y social. La realización de la li[illegible] por esa igualdad, he ahí la jus[illegible].

[illegible] — Siendo el trabajo el único pro[illegible] de todos los valores, utilidades o [illegible] sociales, el hombre que es por [illegible] un sér social, no podría vivir [illegible] trabajo.

[illegible] — Unicamente el trabajo asocia[illegible] puede bastar a la existencia de una [illegible] numerosa y un poco civilizada. [illegible] lo que se llama civilización no ha [illegible] ser creado más que por el trabajo [illegible]. Todo el secreto de la producti[illegible] infinita del humano trabajo con[illegible] primero en la aplicación de la in[illegible]cia más o menos científica, des[illegible], y que es también ella el pro[illegible] de un trabajo ulterior y conten[illegible]mente asociado, y luego en la di[illegible] del trabajo, pero al mismo tiempo [illegible] cierta combinación o asociación [illegible]bajo así dividido.

[illegible] — Todas las injusticias histór[illegible] las guerras, todos los priv[illegible] políticos y sociales tienen por base [illegible] objeto principal el sometimien[illegible] la explotación de un trabajo [illegible] cualquiera, en provecho de los [illegible]: naciones conquistadoras, [illegible] individuos. Tal ha sido la causa [illegible] verdadera de la esclavitud, de [illegible]dumbre, del salariado, y para re[illegible] todo en una palabra del llamado [illegible] de la *propiedad individual y he*[illegible].

[illegible] — Desde el momento que el de[illegible] de la propiedad fué aceptado y [illegible], la sociedad ha debido repartir[illegible] [illegible]: la minoría, propietaria y privilegiada, explotadora del trabajo asociado y forzado de las masas, por una parte, y por la otra los millones de proletarios, sometidos con el nombre de esclavos o de siervos, o de asalariados. Unos encontraron por el ocio, fundado en la satisfacción de las necesidades y en el confort material, asegurados todos los beneficios de la civilización, de la educación y de la instrucción. Los otros —es decir: las masas, los millones — se encontraron condenados a un trabajo forzado, sin descanso, a la ignorancia y a una miseria sin salida.

XVI. — La civilización del pequeño número se encuentra fundada así en la barbarie forzada del gran número. Los privilegios de todo color político y social, todos los representantes de la propiedad son, pues, por la fuerza misma de su posición, enemigos naturales, explotadores y opresores de las grandes masas populares.

XVI. — El ocio — ese precioso privilegio de las clases dominantes — siendo necesario al desarrollo de la inteligencia y siendo igualmente indispensable al de los caracteres una cierta comodidad, así como una cierta libertad de movimiento y de acción.

Es perfectamente natural que estas clases se hayan mostrado al principio más civilizadas, más inteligentes, más humanas y hasta un cierto punto incluso más morales que las masas. Pero como, por otra parte, la inactividad, así como el privilegio, ablandan los cuerpos, desecan los corazones y falsean los espíritus, haciéndoles amar y seguir la mentira y la injusticia, absolutamente compatibles con su interés exclusivo, pero por eso mismo contrarias al interés de todo el mundo, es evidente que las clases privilegiadas han tenido que caer, tarde o temprano, en la corrupción, en la imbecilidad y en la servilidad. Es, en efecto, lo que vemos hoy.

XVII.—Por otra parte, la ausencia de ocio y el trabajo forzado han condenado necesariamente a las masas a la barbarie. El trabajo mismo no puede desarrollar su inteligencia, porque dada su ignorancia forzosamente hereditaria, toda la parte inteligente del trabajo—las aplicaciones de la ciencia, la combinación y la dirección de las fuerzas productivas estuvieron o se encuentran aun casi exclusivamente reservadas a los individuos de la clase burguesa; sólo la parte muscular, ininteligente, mecánica, vuelta aun más entorpecedora por la división del trabajo, fué abandonada al pueblo, — que se encuentra así abrumado, en el pleno sentido de la palabra, por su trabajo cotidiano.

Y bien, a pesar de todo eso, gracias a la potencia de la moralización que es inherente al trabajo, gracias aun a ese hecho que al pedir justicia, libertad e igualdad para él mismo, el trabajador implícitamente la pide para todo el mundo, porque no existe ser humano que sea más indignamente tratado que él — si exceptuamos quizás a la mujer y al niño; — gracias en fin a que él no ha usado y abusado de la vida y que por consiguiente no está hastiado de ella, y a falta de instrucción tiene al menos la inmensa ventaja que su corazón y su espíritu vírgenes no han sido corrompidos ni falseados por intereses egoistas y por la mentira interesada; — que ha conservado intacta toda la energía natural de su carácter — mientras que todas las clases privilegiadas se postran, se debilitan y se pudren, sólo el obrero cree en la vida, — sólo él representa, ama y quiere hoy la verdad, la libertad, la igualdad, la justicia; — a él sólo le pertenece el porvenir.

NUESTRO PROGRAMA SOCIALISTA.—

XVIII.—Exige y debe exigir: 1.o la igualación política, económica y social de todas las clases y de todos los individuos humanos en la tierra.

2.o La abolición de la propiedad hereditaria.

3.o La apropiación de la tierra, por las asociaciones agrícolas; del capital y de todos los instrumentos del trabajo— por las asociaciones industriales.

4.o La abolición del derecho patriarcal, del derecho de la familia — es decir, del despotismo del marido y del padre, fundados únicamente en el derecho de la propiedad hereditaria. Y la igualación de los derechos políticos, económicos y sociales de la mujer con los del hombre.

5.o El mantenimiento, — la educación y la instrucción tanto científica como industrial, incluso todas las ramas de la enseñanza superior, iguales para todos los niños de ambos sexos, y obligatorias hasta la edad de la mayoría querida, — a expensas de la sociedad.

La escuela debe reemplazar a la iglesia y hacer inútiles los códigos criminales, los castigos, la prisión, el verdugo y el gendarme.

Los niños no son propiedad de nadie, ni de sus padres ni siquiera de la sociedad; pertenecen a su libertad por venir. Pero esa libertad en los niños no es todavía real, — no está más que en potencia — la libertad real, es decir la plena conciencia y la práctica de la libertad en cada uno, basada principalmente en el sentimiento de la dignidad personal y en el respeto serio de la libertad y de la dignidad de otro, es decir, en la justicia, — esa libertad no se puede realizar en los niños más que por el desarrollo racional de su inteligencia, y por tanto de su carácter, de su inteligente voluntad. Resulta de ahí que la sociedad, cuyo porvenir entero depende de la educación y de la instrucción de los niños y que por consiguiente no sólo tiene derecho, sino también el deber de vigilarlos — es el tutor natural de todos los niños de ambos sexos, y como en lo sucesivo será el único heredero, pues el derecho de herencia individual debe ser abolido — considerará naturalmente como uno de sus primeros deberes el proporcionar todos los gastos de mantenimiento, educación e instrucción, indistintamente para todos los niños de ambos sexos, haciendo abstracción de sus padres y de su origen.

El derecho de los padres deberá limitarse a amar a sus hijos y a ejercer sobre ellos una autoridad natural, en tanto que esa autoridad no sea contraria a su moralidad, a su inteligencia y a su libertad por venir. El matrimonio político y civil y toda intervención de la sociedad en los asuntos de amor deben (Ms. *devant*) desaparecer. Los niños *pertenecerán* naturalmente, no de derecho, sobre todo a la madre, bajo la vigilancia inteligente de la sociedad.

Siendo incapaces los niños, en su tierna edad, sobre todo, de razonar y de dirigir la conducta, *el principio de tutela y de autoridad*, que debe ser absolutamente excluído de la sociedad, halla su puesto natural en su educación y en su instrucción. Sólo que esa debe ser una *autoridad verdaderamente humana e inteligente* y absolutamente extraña a toda reminiscencia teológica, metafísica, jurídica, y partiendo de ese principio que ningún ser humano es bueno ni malo en su nacimiento, y que el *bien* —es decir *el amor a la libertad, la conciencia de la justicia y de la mutualidad, el culto o más bien el respeto y el hábito de la verdad, de la razón y del trabajo.* No podría desarrollarse en cada uno más que por una educación y por una instrucción racionales, fundadas en el respeto manifiesto y sensible, práctico y teórico a la vez de esa razón, de esa justicia y de esa libertad —esa *autoridad*, digo, debe tener por fin único la preparación de todos los niños para la más completa libertad. No podrá llegar a ese fin más que aniquilándose ella misma gradualmente, dejando el puesto a la libertad de los niños a medida que se aproximan más a la edad de la mayoría.

La instrucción deberá abarcar todas las ramas de la ciencia, de la tecnología y de la industria humana. Debe ser al mismo tiempo científica y profesional, general, obligatoriamente para todos los niños, y especial, según las disposiciones y los gustos de cada uno; a fin de que cada joven y cada muchacha salidos de las escuelas y reconocidos mayores de edad y libres — sean igualmente aptos para trabajar con el cerebro y con las manos.

Una vez emancipados serán absolutamente libres de asociarse para el trabajo o de no asociarse. Todos querrán necesariamente asociarse porque desde el momento que el derecho de herencia sea abolido, y que la tierra, lo mismo que los capitales se hayan convertido en la propiedad de la federación internacional o más bien universal de las asociaciones obreras libres, no habrá ya puesto ni posibilidad de concurrencia, es decir, de existencia para el trabajo aislado.

Nadie podrá ya explotar el trabajo ajeno — cada cual deberá trabajar para vivir. Cada uno será libre de morir de hambre no trabajando, al menos que encuentre una asociación o una comuna que consienta en alimentarlo por piedad. Pero entonces probablemente se hallará justo no reconocerle ningún derecho político mientras, capaz de trabajar, prefiera la vergüenza de vivir del trabajo ajeno, pues todos los derechos políticos y sociales no deben tener otra base que el trabajo de cada uno. Por otra parte, ese caso no podrá ocurrir más que durante la época de transición, entonces habrá aun, desgraciadamente, muchos individuos salidos de la organización actual de la injusticia y del privilegio, y que no habrán sido educados en la conciencia de la justicia y de la verdadera dignidad humana, así como en el respeto y en el hábito del trabajo. Ante estos individuos, la sociedad revolucionaria se verá en la embarazosa alternativa o bien de forzarles al trabajo, lo que sería despotismo — o bien de dejarse explotar por los haraganes, lo que sería una nueva esclavitud y una fuente de corrupción nueva para toda la sociedad.

La haraganería, en una sociedad organizada según la igualdad y la justicia — bases de toda libertad, — con un sistema racional de educación y de instrucción, y bajo la presión de una opinión pública que, teniendo el trabajo por principal fundamento, despreciará a los pilluelos, se volverá imposible. Al convertirse en una excepción muy rara, será considerada con razon

como una enfermedad y será tratada como tal en los hospitales.

Sólo los niños — hasta que hayan llegado a un cierto grado de fuerza, y más tarde, tanto como sea necesario para dejarles tiempo para instruirse y para no ser sobrecargados de trabajo, — los inválidos, los ancianos, los enfermos, podrán eximirse del trabajo sin deshonra y sin renunciar por eso a sus derechos de ciudadanos libres.

XIX.—*Los obreros, en el interés mismo de su emancipación económica, radical y completa, deberán exigir la abolición entera y definitiva del Estado con todas las instituciones del Estado.*

Nota 1.—¿Qué es el Estado? Es la organización histórica de los principios de la autoridad y de la tutela, divinos y humanos, ejercidos sobre las masas populares sea en nombre de una religión cualquiera, sea en nombre de la inteligencia exclusiva y privilegiada de una o de varias clases de propietarios y en detrimento de los millones de trabajadores de quienes explotan el trabajo subyugado y forzado. La conquista, base primera del derecho de propiedad individualmente hereditaria, ha sido por eso mismo la base de todos los Estados.—La explotación legalizada del trabajo de las masas en provecho (de una) cierta cant idad de propietarios, — mayor parte de los cuales ficticios, y sólo un pequeño número reales —sancionada por la *iglesia* en nombre de una divinidad supuesta y a quien se ha hecho tomar siempre el partido de los más fuertes y de los más hábiles — se llama *derecho*. — El desarrollo de la riqueza, del confort, del lujo y de la inteligencia refinada y falseada de las clases privilegiadas — desarrollo que tiene por base necesaria la miseria y la ignorancia de la inmensa mayoría de las poblaciones — se llama *civilización* —y la organización, la garantía de todo ese conjunto de iniquidades históricas — se llama *Estado*.

Por tanto los obreros deben querer la destrucción del Estado.

Nota 2. — El Estado, necesariamente fundado sobre la explotación y el sometimiento de las masas y como tal, opresor y violador de toda libertad popular, y de toda justicia en el interior, es forzosamente brutal, conquistador, ladrón y carnicero en el exterior. — El Estado, todo Estado — monarquía o república— es la negación de la humanidad. Es su negación porque, planteándose como fin supremo o absoluto en el *patriotismo de los ciudadanos* — al poner, conforme a su principio mismo, el interés de su conservación, de su potencia y del aumento de esa potencia en el interior, lo mismo que de su extensión en el exterior, por sobre todos los otros intereses particulares y el derecho de sus *súbditos* como los de las naciones extranjeras; rompe por eso mismo la solidaridad universal de las naciones y de los hombres, los pone fuera de la justicia, fuera de la humanidad.

Nota 3. — El Estado es el hermano menor de la Iglesia. No sabría legitimar su existencia más que por una idea teológica o metafísica cualquiera. Siendo contrario a la justicia humana, debe fundarse sobre la ficción teológica o metafísica de una justicia divina. — En el mundo antiguo, la idea misma de una nación o de las sociedad había sido absorbida por completo, invadida y dominada por el Estado — y cada Estado tomaba su origen y su derecho particular de existencia y de dominación, de un dios o de un sistema de dioses cualquiera, de quienes se suponía que eran los protectores exclusivos de tal o cual Estado. En el mundo antiguo (Ms: desconocido) el hombre era desconocido, — la idea misma de la humanidad no existía. No había más que ciudadanos. Es por eso que en esa civilización la esclavitud era un hecho natural y la base necesaria de la libertad de los ciudadanos.

Habiendo destruido el cristianismo el politeísmo, y habiendo proclamado un dios único, los Estados tuvieron que contentarse con los santos del paraíso cristiano; — todo Estado católico tuvo un santo o un cierto número de santos —protectores y patrones de ese Estado — sus mediadores ante dios, que a causa de eso mismo ha debido encontrarse a menudo en gran aprieto. Cada Estado, además, encuentra útil proclamar hoy que el buen dios le protege de una manera exclusiva y especial.

La metafísica y la ciencia de un derecho fundado idealmente sobre la metafísica, y realmente sobre los intereses de las clases propietarias, — han tratado igualmente de hallar una base razonable para la existencia de los Estados. — Han recurrido a la ficción de un consentimiento o de un contrato universales y tácitos; o bien a la de una justicia objetiva y del bien universal y público representado, dicen, por el Estado.— El Estado, según los demócratas jacobinos, tiene por misión hacer triunfar el interés universal y colectivo de todos los ciudadanos sobre los intereses egoistas de los individuos, de las comunas y de las provincias aisladas. — Es la justicia y la razón de todo el mundo dominando sobre el egoismo y sobre la tontería de cada uno. — Es, pues, la declaración de la maldad y de la sinrazón de cada uno en nombre de la sabiduría y de la virtud de todos. — Es la negación real, o lo que quiere decir lo mismo, la limitación al infinito de todas las libertades particulares — individuales y colectivas — en nombre de la llamada libertad de todo el mundo— libertad colectiva y universal que no es más que una opresiva abstracción, deducida de la negación o limitación del derecho de cada uno y fundada en la esclavitud real de cada uno. — Y como toda abstracción, no podría existir más que en tanto que es sostenida por el interés positivo de un ser real — *la abstracción del Estado* representa en efecto el interés muy positivo de las clases gobernantes, posesoras, explotadoras y llamadas así inteligentes, y la inmolación sistemática de los intereses y de la libertad de las masas subyugadas.

Nota 4. — El patriotismo — virtud o pasión política o de Estado,...

(El manuscrito quedó inacabado)

(Concluirá)



EMMA GOLDMAN

La tragedia de la emancipación de la mujer

Comenzaré admitiendo lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no ha depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en preciarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto me parece a mí que deberá ser la base en que descansa la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será; perdonaos unos a otros, sino: comprendeos unos a otros. La sentencia de Mme. Stael citada frecuentemente: "Comprenderlo todo es perdonarlo todo", nunca me fué simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la emancipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas ansían llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fué el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Más los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveral de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa con sus geroglíficos y geometrías en forma de pirámide, le conos, de redondeles, cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades interiores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuantas esperanzas y cuantas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos. Un sol, en todo el esplendor de su gloria emergía para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fué merecedor por cierto de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incesantes esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero opino que la emancipación como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se vé en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradógico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predecían? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corrupte las políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o las morales, ya provenga de las mismas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: *bendito sea el que más toma y menos dá; compra lo más barato y vende lo más caro posible, la mancha en una mano, lava la otra.* No hay esperanza alguna de que la mujer aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enorme, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nerviosa fin de ser avaluada en el mercado de la mano de obra. Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras, médicas, abogadas, arquitectos e ingenieros, no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanza a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el "hogar doméstico, el dulce hogar", donde solo hallarán frío, desórden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primer oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de la clase media, quienes ansian substraerse de la tutela paternal.

Esa sediciente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atrayente, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrifiquen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternales.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas ingenieros, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más en el ejercicio de su profesión, de modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmover su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda al haga eclosión; esta es: el amor sin trabas, el que contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la aleccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo más esencial en la vida — lo único apropiado para enriquecer el alma humana, — y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten a un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fué previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban aún en pie muchas ruínas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fué indisputada — y que esas ruínas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres

emancipadas que no podían hacer a menos de ellas. Es que cada movimiento de índole revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales y en la práctica diaria, se conducen como todo el mundo, como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes pregonan que la propiedad es un robo, y asimismo se indignarán contra quien les estafe por el valor de media docena de alfileres.

La misma clase de filisteismo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y la literatura ñoña y color de rosa trataron de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se trazaba un retrato parecido al de Jorge Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atolondramiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosas contra esa falsa versión, y exentos de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al reverso. "Naturalmente—decían — hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuan buena será y como su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad". Cierto, el movimiento en defensa de los derechos de la mujer echó en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos. El gran movimiento de la *verdadera* emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, desterró al hombre, como a un elemento perturbador de su vida emocional, y de su moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer, hallándose estrechamente ligada con la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que el niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidados de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente esta limitada concepción de las relaciones humanas ha de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholom. Se titula *La Mujer, estudio de caracteres.* Fué una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo Laura Marholom traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; del genio de Eleonora Duse; de la matemática y escritora Sonya Kowalewska, de la pintora y poetisa inspirada que fué María Bashkirtzeff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extraordinarias mentalidades, corre la trama vislumbrante de los anhelos insatisfechos que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello y al contrario, de ahí su inquietud y su [illegible]. Y a través de esos bocetos psicológicos magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mentalidad de una mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente afín; — el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo *débil*, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura Marholesm. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimonio basado en la Biblia, "hasta la muerte de una de las partes", se reveló como una institución que se apuntala en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, — estrecheces convertidas en insoportables por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohiben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos — las convenciones éticas y sociales — se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que se anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como los que tuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la pública opinión, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, carceleros del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no se la despoje de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza, ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesarse que la voz del amor lanzaba sus ardorosos llamados, golpeaba salvajemente su seno, pidiendo ser escuchado, ser satisfecho.

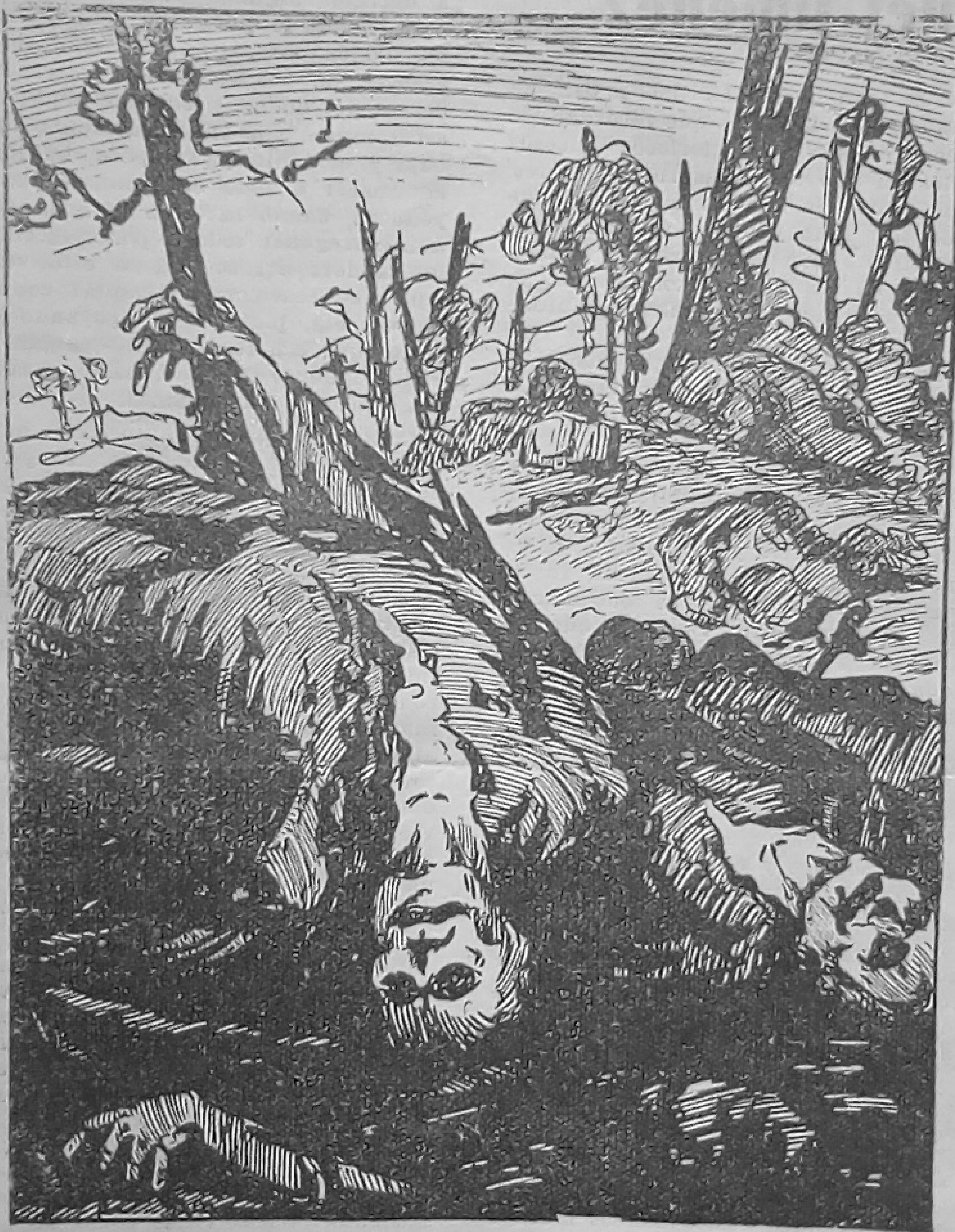
El escritor francés Jean Reibrach, en una de sus novelas, *New Beauty* — "La Nueva Belleza" — intenta describir el ideal de la mujer bella y emancipada. Este ideal está personificado en una joven, doctorada en medicina. Habla con mucha inteligencia y cordura de cómo debe alimentarse un bebé; es muy bondadosa, suministra gratuitamente sus servicios profesionales y las medicinas para las madres pobres. Conversa con un joven, una de sus amistades, acerca de las condiciones sanitarias del porvenir y cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados una vez, que se adopten paredes y pisos de mármol, piedra o baldosas, haciendo a menos de las alfombras y de los cortinados. Ella naturalmente, viste sencillamente y casi siempre de negro. El joven, quien en el primer encuentro se sintió intimidado ante la sabiduría de su emancipada amiga, gradualmente la va conociendo y comprendiendo cada vez más, hasta que un buen día se da cuenta que la ama. Los dos son jóvenes, ella es buena y bella y, aunque un tanto severa en su continencia, su apariencia se suaviza con el inmaculado cuello y puños. Uno esperaría que le confesara su amor, pero él no está por cometer ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia el naciente amor, y permanece correcto. También, ella es muy medida, muy razonable, muy decente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de helarse hasta morirse. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña implantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con la escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de la madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sin restricciones, no es amor, sino solamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus más naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación depurada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su ciego celo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondados y sencillez, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto después de todo no significa el deseo de retornar al pasado, ni relegar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amamantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que reuna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándosela a sus amos en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grabe en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amada.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosos. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce más que esto: prodigarse, entregarse sin tasa para encontrarse a sí mismo más rico, más profundo, mejor. Ello solo podrá colmar la vaciedad interior, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer, en gozosa alegría, en dicha ilimitada.



Bellezas de la guerra

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Miguel Jiménez

Mucho teme mi "deficiencia" que al intervenir en esta encuesta inusitada por la trascendencia de sus ocho puntos, los buenos camaradas *inspiradores* de Steubenville, los "divulgadores" de B. Aires, y los "estudiosos" del mundo entero, tomaran a mal mi incontinente atrevimiento.

Cuando se cuenta con tan poco tiempo y medios para desarrollar el intelecto y la especialización o seccionamiento de última hora alcanza a las ciencias y las artes, difícil es poseer los conocimientos de tantas ramas del saber como se precisa para tener la eficiencia necesaria para la encuesta abierta por "Los Iconoclastas".

Convencido, además, de que nada nuevo he de exponer, me consuela e induce la esperanza de recordar, por medio de LA PROTESTA, algo ya oído o leído, pero olvidado, y que otros camaradas, al intervenir también, pero con más destreza, no hayan expresado en esta encuesta fundamental.

Nuestro fragante jardín es deliciosamente abigarrado. El campo anarquista ni es uniforme, ni lo podría ser. Una prueba de su variedad es esta de apreciar todas las cosas diversamente. De confeccionar yo el cuestionario, lo hubiera hecho de un orden diferente que los camaradas de Ohío. Mas, no obstante, procuraré ceñirme al orden de la encuesta.

Antes de todo una línea de agradecimiento y de efusión por el requerimiento que se nos ha hecho a los redactores del represionado periódico "El Productor".

* * *

Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anárquico internacional contra la reacción autoritaria.

En la demoledora crítica, no siempre se abarca a toda la importancia que tienen esas líneas con que los topógrafos separan a las naciones. Hay un extremo que en la mayoría de las veces se escapa a la observación de nuestros críticos. La referencia patria se halla en movimiento constante. La idea del nacionalismo no sólo evoluciona en derredor, sino que llega a introducirse en nuestros propios predios. Lo que ante nuestra idiosincrasia parece paradoja, es una triste realidad. La concepción del universalismo no se halla lo suficientemente enraizada entre nosotros. Esto es producto de las reminiscencias y de la insuficiente contraposición hecha a la mayor lacra del tradicionalismo.

Bien es claro que las diferencias tanto étnicas como lingüísticas son meras consecuencias, pero grandes obstáculos que obstruyen la inmejorable obra de universal comunicación sobre todas las protocelarias fronteras. Con estos medios y los de vigilancia y coerción, todos los Estados, harto mancomunados contra el único y secular enemigo de ellos destructor, dificultan e impiden la por esto difícil labor de mutuo apoyo y mundial coadunación. Siempre tolerarán más el desenvolvimiento internacional de aquellos partidos que, aunque obreros y socialistas, se satisfacen con desear platónicamente la transformación del matiz de los Estados. No hay más que recordar los trágicos y por ello gloriosos sucesos aquellos en que todas las furias se desataron contra la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sin embargo, qué contraste con la actuación fácil y tranquila de los organismos internacionales creados por los socialistas autoritarios.

Empero, ocurre también que las uniones o federaciones de nación no ponen todo el interés que debían en fortalecer sus lazos de enlace internacional. El estado en que se viene encontrando la intercomunicación y compenetración de estos órganos es bastante rudimentario. En la parte informativa y periodística, la facilitación de informes y crónicas, su intercambio, su traducción, es todo escaso, tenue e intermitente. De aquí que, no procurándose el completo conocimiento de toda acción y su desenvolvimiento, sea la solidaridad de todos en prácticas como el boicot y el apoyo en conflictos de trascendencia y gravedad tan extraña, inextensa e insuficiente. Además, notase fácilmente que las uniones preocúpanse casi exclusivamente de los problemas de orden político y económico que gravitan sobre su órbita de acción. Es de imprescindible necesidad el apartarse de todo exclusivismo(aislamiento e independencia, sin desdoro en la particular autonomía tanto en la iniciativa como en la obra). A la expoliación, catequización y dominación del indigente, cuestiones que todos los capitales, iglesias y gobiernos tienen internacionalizadas, hay que oponer una obra más mancomunada y, sobre todo, en campañas y conflictos, la más completa solidaridad.

Ocupando en el triángulo social el capitalismo la línea básica, ambos lados o extremos le son absolutamente defensores y dependientes. Ninguno puede vivir sin los otros, ni los dos superiores sin el que es su plano sostenedor, poderoso y proveedor. Quienes creen en la suficiencia y existencia del Estado sin el capitalismo, tienen la prueba-réplica en el novísimo Estado ruso, que, implantado sobre las cenizas del zarismo y del capital, está rectificando la expropiadora obra del proletariado moscovita, abriendo las puertas del único país al capital exterior. Los tres poderes parásitos que tienen sojuzgado al mundo, se ayudan en las obras de sumisión y opresión del pueblo que trabaja, pues al fin de cuentas, es la única fuente de áurea riqueza, el verdadero sostén del craso privilegio y puntal de la sociedad. Cuando la labor ortodoxa, exotérica y tenebrosa de la iglesia deja de influir y cautivar y los productores despertando e izando la bandera de la reivindicación se lanzan atemorizando al capital, entonces despliega su campaña obstruccionista y represiva el Estado. No es extraño que toda potestad, sostenida por medio de la conminación, recurra a la fuerza como armadía de salvación en los casos extremos; por eso cuando los oprimidos y explotados en su empresa progresiva y exigente llegan a desasosegar al patronaje, y más, cuando con sus efervescencias y perturbaciones llegan a desazonar al mismo poder político, entonces se recurre a la ley de excepciones o se suprimen todas las leyes para mejor atacar y reducir a los socavadores del imperioso tríptico social.

No es que solamente el capitalismo se halle incapacitado para las funciones económicas que se ha atribuído, irrogando crisis, miserias y turbaciones, sino que éstas adquieren mayores proporciones con la intervención de los gobiernos. Las experiencias cotidianas ponen cada vez más en evidencia el perjuicio y la imprecisión de todo Estado, pues a éste, que en todas sus varias formas ya existe, en cuantas cuestiones influye, dirige o interviene, se le ve insuficiencia y aberración. Habiendo transigido el patronaje de algunos países con que se elevaran a decretos algunas de las aspiraciones, permitiendo lo que se ha venido en decir legislación obrera, no ha conseguido sus sagaces anhelos de aplacar los crecientes deseos del núcleo productor ni de volver astutamente a la clásica armonía del trabajo y el capital. Tampoco ha logrado adormecer a todo el proletariado, atrayéndose, dando carteras de gabinete, ni aun entregando todo el poder ejecutivo a los leaders del socialismo estatista. De aquí que reaccione el capital contra la democracia, pidiendo y apoyando directorios que con férrea mano caigan sobre el movimiento revolucionario y sus excitaciones y extremismos.

Contra la represión autoritaria hay que acudir prestos y decididos. Empero, es conveniente no volverse más a responder en sentido individual. Siempre que contra la vasta y organizada reacción se han empleado medios individuales, por ser éstos ineficaces, se ha fracasado fatal y martirológicamente. Nunca por obra de los sistemáticos atentados a las personalidades o a las cajas de caudales hase conseguido, sino muy al contrario en la inmensa mayoría de las ocasiones, vencer al terror gubernativo. Además, los atracos llevan a los atracadores al cadalso, y los más que de él se libran, al vicio y la fangosidad. A la represión hay que contestar en masa, por todos los medios insurgentes colectivos, prestándoles el exterior, su desarrollo en los boicots, mutuo apoyo y solidaridad.

La dictadura es el último recurso con que cuenta el privilegio para salvar la grave circunstancia actual y sostenerse. En ella fundan todas sus esperanzas de continuación de su predominio. Después de ser implantada en Italia y en Rusia, a cuyas naciones han imitado en seguida otras, amenaza con extenderse a todos los países. Ella ha sido establecida expresamente para destruir a las fracciones antiautoritarias. Véase como no se distingue la dictadura roja de las blancas en sus respectivas naciones, en la incalificable saña con que se persigue a las personas y a las colectividades de tendencia ácrata. Contra este mal no hay otro medio, por lo menos, que la mancomunada acción revolucionaria de los países afectados por la dictadura, desde luego, con la general relación y ayuda y, en caso de desarrollo, con la propagación internacional de la insurrección anárquica.

La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Tiempo atrás, — sabido es, pues fué ruidoso e interesante, — se entabló desde de nuestros paladines elucidario y singular combate contra la Academia de la Lengua y su defectivo diccionario. No dándole una explicación justa y amplia, sino, por el contrario, verdaderamente capciosa e incompleta a la por nosotros tan venerada palabra, es por lo que surgió aquella acendradora cruzada que, llevándola como diosa de guerra, venía a requerirla y reivindicarla. Mostrando contumacia como asimismo contumelia, los académicos al no darle otra acepción que la de desorden a la voz anarquía, explicación que además de encenegarla no se ajustaba puramente a su etimología, se recrudeció la empresa que había de acabar entonando un epinicio al lograrse por fin que en los diccionarios también se aceptara la definición no gobierno de la compuesta palabra, antes así escrita en la Iberia, an-arquía.

Apúntase que en los históricos tiempos de relieve y grandeza de la fastuosa Hélade, cuando inusitadamente se producían serios movimientos epilépticos, entonces se pronunciaba la voz anarké para designar aquellos turbulentos hechos por los que se llegaba a carecer por cierto tiempo de gobierno. Caído el tirano por la obra insurreccional, si inmediatamente no era reemplazado por otro poder, se decía vivir en plena anarquía al lapso en que se estaba carente de autoridad. Entonces a estos períodos de desbordamiento ponía fin otro entronizado poder. En lo venidero, a la convulsión social seguirá la franca e inobstaculizada evolución. Esto, por sí solo, ya serviría como demostración suficiente de que la anarquía, además de representar un principio de completa ausencia de autoridad, encierra en sí misma, en cierto modo, un definido sentido de revolución.

Pero esto por sí sólo no basta a satisfacer ni a convertir. Ademas, siempre que se sientan afirmaciones de esta índole se hace preciso el explayarlas, para que no quede duda de ellas y deshacer posibles malas interpretaciones. La concisión en los teóricos productos de las elucubraciones de ciertos demagogos lacónicos hace que estos teoremas sean completamente obstrusos para la generalidad, que al estudiar, lo hace con cierta logomaquia. Mas, ocurre también en algunas ocasiones, que aquello que se tiene marcado interés en deshacer, es precisamente lo que se refuerza. Así es que, los que poseyendo un espíritu misoneísta dicen que sin gobierno no puede haber tranquilidad y concierto, pueden decir que la anarquía es la propia intranquilidad, ya que todas las conmociones son violentas. Quienes obsesionados por un espejismo son amantes del existente orden social que mal que les pese es un completo desorden, pues se halla asentado sobre el cadalso del robo, la peste de la miseria, el cieno de la prostitución, la lacra del trabajo depauperador y la sangre de las hórridas guerras, y que difícilmente se sostiene por el poder de la armada fuerza, deben recordar que desde que las sociedades se hallan bajo la tutela del poder político, tanto éste como después las diversas formas o sistemas de arquía para implantarse e imponerse, se valieron de la inquietud y de la violencia. De aquí que resulte también que toda forma de cracia sea igualmente revolucionaria. Mas los sistemas de Estado vienen a pasar por dos fases diferentes: para instaurarse son revolucionarios, pero después quieren perpetuarse, por lo que, ante la revolución que los quiere desplazar, se hacen absolutamente reaccionarios. Las nítidas aguas de un caudaloso río siguen raudas su avance, agitándose si obstáculos se oponen a su marcha, sino, no; y si ante ellas se levanta un gran dique, se detienen, concentran, y saltan o se desbordan, volviendo otra vez a madre y a proseguir su corriente. El progreso a pesar de su gran obstáculo, el Estado, avanza. La anarquía, ni se para ni tiene fin, porque, además, es el propio progreso en su impertubable marcha.

Otra prueba que viene a robustecer la tesis en este punto asentada, la tenemos en el hecho de nuestra calificación. Dícese que ésta se lo debemos a un contrario. Según se vé, queriendo anatematizar a nuestros predecesores, nos dió un nombre, del que nos enorgullecemos. Fué en los gloriosos tiempos de la episódica y mayestática Revolución Francesa. En aquella, como en todas las habidas, la autoridad naciente pretendía, como fatalmente lo consiguió, detener las bellas e innovadoras aspiraciones del pueblo que ya no se contentaba con la declaración oficial, sino que quería de una manera real los célebres "derechos del hombre". Y a cuantos, agitando las masas, las instaban a no cejar y continuar la mag

...empresa, un día se les injurió y de... Y se les tildó de anarquistas. Por... no cegándoles el espejuelo del pa... terrenal burgués, sostenían que no había acabado su obra de "libertad, igualdad y fraternidad" la revolución. Mantengámosnos en el puesto de nuestros predecesores, que preferían el desorden del pueblo al orden capitalista. Sostengamos enhiesta su grana bandera del anarquismo y con ella marchemos hacia la libertad del mundo por la social convulsión.

En la actualidad, una cosa hay que nos satisface sobremanera. Esto es la sorprendente evolución y perfección de la... doctrina social que sustentamos, a través de la centuria. Mas, otra cosa hay que nos entristece mucho. Esta no es otra que la notable desconfianza que... con respecto a la posible e inmediata plasticidad de nuestros libres y ni... sistemas de economía y de con... Esa triste duda constituye una... y un peligro de muerte. Ella se ha desarrollado en la post-guerra europea. Y cuando, por la revolución rusa, la... del proletariado, adquirió ca... alarmantes. Por esa carencia de confianza, nuestra propaganda pierde su... Por esa falta de fe en la cerca... practicabilidad de nuestras teorías, el movimiento anarquista pierde su valor. Ese valor y esa eficacia hay que reconquistar; de lo contrario, nuestro movimiento ni será iniciador ni formará en vanguardia. Para que nuestro movimiento recobre la fuerza moral y no sea... de otros movimientos autoritarios se precisa de una entusiasta y fogosa acción. Para convencer a los demás y... entre ellos verdaderos adherentes de la venidera libertad, hay que convencerlos no sólo de la sublime bondad, sino que también de la hacedera realidad de nuestros principios de cooperación, ... y sustentación.

También los socialistas y comunistas... declaran que sus sistemas so... son meramente transitorios. No... un régimen sin autoridad, pero... que antes se precisa pasar por... Estado obrero. Pero las experiencias y hechos históricos nos afirman en... el Estado socialista, como el... no sólo paralizan el libre des... de los individuos y de las... sino que combaten sus ma... rebeldes y anarquistas. Con... comunista, en vez de procurar... manumisión del proletariado, se la... elevación y el poder de un partido... La llamada dictadura del proletariado... expresión del dominio de un par... sobre el proletariado mismo... de la manumisión política, ... como condición previa en... la emancipación económica, no... otra cosa que oponer un nuevo obstáculo, el Estado, a la integral manumisión de la humanidad. La liberación política ni debe ser antes ni después que la económica, sino que tiene que perseguirse al mismo tiempo, de lo contrario nunca será un hecho la completa y definitiva mutación de la cretina sociedad.

Con el moderno sindicalismo, la última propaganda realizada en los órganos obreros ha venido asegurando la necesidad de un régimen provisorio. Al extenderse el sindicalismo por los países de Europa y América, se ha desarrollado esa tesis que niega la inmediata plasmación de los sistemas esencialmente ácratas. Así el sindicalismo ha contribuído también a esa desleal y desvirtuadora labor que desplaza la fe puesta en el anarquismo El sindicalismo, que no se diferencia absolutamente de los partidos políticos avanzados en lo de tener un programa acabado para la deseada transformación, desea también servir de tránsito de la opresiva a la libre sociedad. Así, pues, es un puente más. Pero hace pensar que como los otros denominados regímenes, en lugar de servir de puente, venga a ser más bien otro formidable dique opuesto a la acratización de la sociedad. Ya hay quienes, asegurando que el sindicalismo se basta a sí mismo, le hacen medio e ideal, marchando en pos de la implantación del Estado sindical. Otros, sin atreverse a declararlo, pidiendo todo el poder para los sindicatos, no dejan de perseguir otro objetivo. El llamado sindicalismo revolucionario, que dice ir al comunismo libre, por su actual concentración de obreros, su conjunción de oficios, sus grandes organismos, su disciplina, su centralismo y su poder de juntas y comités, hace creer que, en sus manos la administración y la riqueza, lo que haría es instaurar de hecho un formidable Estado sindicalista. Alcese el espíritu, decaído por estas desviaciones, y contra todos los poderes, viejos o nuevos establecidos o por establecer, propugnemos nuestra sola y verdadera revolución, la anarquista.

Al ser un ideal humano, ¿es o no proletaria la anarquía?

Refiérese que el famosísimo filósofo llamado Diógenes y apodado el Cínico, mayormente conquistó la celebridad, no por haber vestido con harapos, bebido en el hueco de la mano y dormido en el fondo de un tonel, sino por haber caminado descalzo llevando una linterna encendida, por las calles de la bella Atenas y en pleno día, en busca de la perfección personificada en el hombre. Si buscando, buscando, Diógenes de Sinope hubiera recorrido toda la parte del mundo entonces conocida, no hubiera encontrado el hombre que buscaba. Como si de vivir en la actualidad, el célebre discípulo de Antístenes, linterna en mano, buscando hubiera recorrido las cinco partes de la tierra, no hubiera encontrado al hombre digno de la rígida moral que aquel su maestro predicara Y de vivir y de hacerse realidad las fantasías del excelente novelista Julio Verne, el celoso propagandista de la doctrina cínica, buscando, recorriera otros planetas, de cierto no hallaría la pureza ni en el hombre ni en nada.

Todas las cosas tienen su época. Por eso no había de faltarle la suya a esa corriente metafísica muy amiga de elevarse a las regiones abstractas. Así se generalizó un ambiente que, separándose de la realidad, corría en pos de la ilusión de la Pureza y de la Verdad. Toda la filosofía giraba en torno de la inconseguible Perfección, la Etica, remontándose a lo inaccesible, tenía por objetivos a la completa Virtud y a la acabada Bondad La estética, anhelando también todo lo absoluto, tenía a lo Bello y a lo Sublime como finalidad. Toda la literatura clásica, como una deidad omnipotente, se daba a la creación de motivos sublimizados y de figuras geniales, heroicas y divinas. La espiritualidad de entonces, obsesionada por lo supremo, no le concedía ninguna importancia a la relatividad. Por ese superno sentido que le daba a todas las cosas, era, además de antihumana, irreal.

Esa inclinación a todo lo absoluto, no porque se halla ya en completo estado de decreción, no llega hasta llevar su influencia a algunos sectores, tomando en ellos cuerpo y formando escuela. Ha sido precisamente al desarrollarse su proceso de declinación, cuando se ha introducido en nuestro medio. Aunque la idea de lo supremo se encuentra en distante e inconvergente línea de la que todo lo hace sencillo, practicable y evolutivo, ha podido introducirse, a pesar de ser esta última la dominante. Y aunque ha tropezado con la opuesta propaganda que hace de la anarquía un ideal claro y realizable, ha logrado conquistar en nuestro campo adherentes. Esto solamente puede explicarse por lo mucho que tiene de seductora esta tendencia. Por ella se perjudicaba a la idea anarquista en lugar de beneficiarla, ya que cuanto más pura se convertía, se hacía menos real, a la par que se convertía en una utopía sólo cognoscible para un corto número de elegidos, mientras se hacía completamente artificiosa y abstrusa para los demás. Ella comenzó por presentar a la Anarquía como una nueva abstracción. Y prosiguiendo por el ascendente metafísico, la llegó a colocar entre las mitológicas Belleza y Perfección.

Cuánto se han aprovechado de ésto y siguen aprovechándose nuestros seculares enemigos. Cómo explotan ahora todo ésto los astutos impugnadores de la doctrina anarquista. Han visto con ello un medio más útil y convincente y han cambiado de táctica. Ya no zahieren a la anarquía sosteniendo que con su reinado imperarán la desgracia, la desmoralización y el desorden sino la hieren aduciendo que de puro perfecta es completamente imposible que la puedan instaurar y observar los hombres. Así, en lugar de negarle, sino exagerando hasta el máximum sus cualidades de belleza y de libertad, procuran apartarle la atención, el estudio y la comprensión de los sencillos explotados y oprimidos y presentándose como amantes y aduladores de ella, laboran por su impenetración, su soledad y su muerte, diciendo que es propia para ángeles o dioses, pero nunca para humanos seres.

Igualmente, por medio de esa propaganda, hecho con tanta ambigüedad, que presenta a nuestra idea como muy bella pero imposible de plasmarse por los siglos de los siglos o de practicarse por lo menos por la presente generación, se ha podido desviar a los proletarios del sendero de la verdadera e integral emancipación.

La anarquía no es ningún dogma inmutable, ni santo espíritu de fervorosa adoración, ni plástico motivo para la contemplación de dilettantes, ni especulativo objeto para el entretenimiento de demagogos y panegiristas: sino una idea humana, progresiva, bienhechora, realista. Toda idealidad que no dé al individuo la sensación de un valor en realismo, en belleza y en magnitud, no puede ser considerada nada más que como mero pasatiempo de cuatro snobs No nos extasiemos como Pierrot cantando endechas a la luna. Hay que descender a la arena, hay que llevar hasta el final las consecuencias ideológicas, contrastándolas ante las legiones de la injusticia, poniéndolas a prueba en duros forcejeos contra aquellas instituciones en cuyo seno se incuban la soberbia, la esclavitud y la miseria. Laboremos porque los seres humanos sean los artífices de su propia libertad, y porque busquen en sí mismos la fuerza de la unidad y el camino de la emancipación, sin confiar a extraños poderes la misión de exonerarlos y de establecer la felicidad para todos sobre la tierra.

A. DE SANTILLAN

JORNADA DE SEIS HORAS

(1)

—

...e el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

...o de 1925 se celebró en Amsterdam el ...greso de la nueva Asociación Internacional ... Trabajadores, con delegados de las organizaciones revolucionarias de Alemania, Suecia, Noruega, Holanda, España, Portugal, Italia, Argentina, ... y Brasil. A propuesta de la delegación ar... se adoptó la siguiente resolución:

"...ando que la Asociación Internacional de los ... aspira a la supresión de toda forma de ... y a la abolición del Estado, como a uno de ... más importantes y fundamentales, — ob... no será alcanzado más que por la clase obre... ...onaria organizada;

"...luchas prácticas por la obtención de me... ...iones de vida para el proletariado dentro ... ...dad capitalista, son de una importancia sin ... el desarrollo de la iniciativa revoluciona... ...miento obrero, y para la elevación del ni... ...a en todos los dominios de la existencia ma... ...spiritual;

"que la supresión de la desocupación, que hace insoportable la vida a millares de proletarios, es una necesidad urgente de esta hora, siendo esa desocupación en parte, el resultado de una superproducción atribuible al hecho que la producción no es condicionada por las necesidades del pueblo, sino por los intereses del capitalismo y el bajo nivel de los salarios;

"que se llega a esa superproducción aparente mediante el perfeccionamiento científico de todos los instrumentos de producción;

"que los progresos de la producción mecánica tendrían que ser acompañados necesariamente de una reducción correspondiente de la jornada de trabajo, porque aun en el sistema capitalista no habría que abandonar exclusivamente las ventajas de semejantes progresos a los actuales detentadores de las riquezas sociales;

"considerando, además, que, de acuerdo a las más irrebatibles conclusiones de la investigación científica, la jornada de ocho horas, en la industria moderna, ocasiona un derroche de energías vitales y provoca un grado de tensión superior a la capacidad normal de resistencia física del hombre;

"que ya en algunas industrias de diversos países es un hecho la jornada de seis horas,

"el congreso declara:

"Que la Asociación Internacional de los Trabajadores apoyará con todos los medios que estén a su disposición, toda acción y toda lucha que tenga por fin mejoramientos prácticos en la situación de la clase obrera. *El congreso exhorta al proletariado a participar activamente en toda acción tendiente a la conquista de la jornada de seis horas*".

Esa resolución pareció a algunos militantes revolucionarios un tanto precipitada y sin objetivo. Fué apreciada de manera muy diversa, cuando no silenciada sistemáticamente, en lo sprimeros tiempos. Poco a poco se abre camino y queremos resumir aquí algunas de las razones que nos llevaron a la defensa de esa iniciativa, sin tener en cuenta la situación crítica de desaliento y de cansancio que atraviesa el proletariado internacional.

Bien sabemos que ha de costar algún esfuerzo romper la indiferencia general e interesar las grandes masas en esta reivindicación. Pero juzgamos que la reducción de la jornada es un imperativo de la situación actual de la técnica productiva, y que, si se quiere aliviar algo la penuria creciente de los trabajadores, aunque sea de una manera efímera, por algunos años solamente, habrá que reducir la jornada de trabajo para que desaparezca el ejército industrial de reserva que amenaza la estabilidad de todas las conquistas obreras de los últimos treinta o cuarenta años.

La tendencia a la disminución de la jornada es tan ineludible en el mundo del trabajo, dentro del sistema capitalista, como la tendencia del capitalismo mismo al acrecentamiento de su riqueza a costa de los trabajadores.

La propia jornada de seis horas, que podría parecer una idea nueva, ha sido ya objeto de aspiraciones más o menos platónicas. Hace más de treinta y cinco años hubo en Australia una tendencia que propiciaba la implantación de la semana de 35 horas, repartidas en cin-

No podemos creer que el anarquismo sea un genial descubrimiento de laboratorio, ni producto del trabajo y del ingenio de pensadores y filósofos. Nuestra firme consideración es que el anarquismo es una corriente rebelde y social: un movimiento espontáneo de los oprimidos y expoliados que llegaron a la comprensión del mal y de la inutilidad de los tres poderes: Iglesia, Capital y Estado: una manifestación colectiva que batalla por un justo y nivelador estado de cosas que reporte al individuo el máximum posible de dicha y de libertad. Esto no quiere decir, en manera alguna, que se niegue a la provechosa especulación filosófica y se desdeñe a los pensadores y filósofos, sino que se les considera sin exageraciones en su justo valor. La obra de la filosofía ha cooperado a la concreción y especificación de las aspiraciones que palpitaban en las fracciones de proletarios rebeldes; pero ésto no le da ningún derecho a conceptuar como cosa propia a la anárquica concepción.

Entre la parte del obrerismo que tiene clara conciencia de su deprimente estado y de su importante papel social, es donde se extiende, se adopta y se agita el problema del anarquismo. Los obreros que paulatinamente o por un accidente entierran su vida en el fondo de la mina, que riegan con su sudor los surcos de la tierra y que dejan sus energías en el interior de las fábricas, los que son vilmente explotados y no mimados por la burguesía, son los que más sufren y por ello saben de las miserias, de los egoismos y de las injusticias que encierra el actual orden con sus castas y privilegios. Para ellos la anarquía no es más que una sociedad de productores libres, basada en el trabajo y en la libertad. Por eso, no es que luchen por la dominación de su clase, sino que van a la destrucción del parasitismo, el privilegio y las clases; asimilándose, hasta no quedar en su lugar más que productores que serán a la vez consumidores, unidos por los lazos del apoyo y la cooperación. Ellos son los que se juntan, los que se mueven, los que se agitan de continuo, llegando hasta producir inquietud al capital y a los poderes constituídos; ellos han sido la fuerza de todas las revoluciones; por eso es de ellos de donde esperamos ha de brotar la anhelada transformación social.

Por estas razones que alegamos en defensa del movimiento obrero anarquista y de la vuelta al anarquismo de las organizaciones obreras que en el seno de la vieja Asociación Internacional fueron anarquista-colectivistas, se nos acusa de que queremos hacer de la anarquía un ideal de clase, por unos, y por otros, de que por nuestra nueva e idiosincrática manera de concebir el ideal perseguimos la proletarización de la anarquía.

(Concluirá)

LUIS BONAFOUX

LOS DIPUTADOS

Por fin... ha fallecido el período electoral. Los diputados han surgido en plena fiesta de la Candelaria, al iniciarse la primavera, casi casi al despuntar en el Retiro y en el campo del Moro las setas y las lilas.

Son muchos los que pueden jactarse de ser independientes (de la opinión pública): son muchos también, en "ambos hemisferios", los señoritos que se han quedado compuestos y sin distrito.

Recuerdo haber leído este diálogo:

—¿Y el chiquitín?

—Tan mono.

—¿En qué se ocupa?

—En nada... Esperamos que sea mayorcito para hacerle diputado.

Aparte de alguno (*rara avis*) que quiere ser diputado por patriotismo, y de otros (los más) que lo desean para recabar *per se* (léase para ellos) o *per accidens* (léase para sus amigos y paniaguados destinos gordos), todos anhelan la investidura de padres de la patria para que lo cuente *La Correspondencia* y puedan ellos repetirlo en papel del Congreso; — sin que falte, por supuesto, quien haga acopio de caramelos para la familia, ni quien los revenda a la misma confitería que los vendió.

Para el hombre que no es orador ni escritor, que no tiene instrucción ni talento, y que, a pesar de tamañas deficiencias, se ve compelido a dejar que le pongan la investidura — que es como si le pusieran un arnés y lo engancharan al carro del Parlamento, — para ese hombre, si tiene decoro, la diputación es el mayor de los suplicios.

No... yo no olvidaré nunca las fatigas que pasó don José Gómez, que era buen ciudadano, buen padre de familia y buen amigo; pero que era al propio tiempo un caso de caquexia intelectual y un ignorante de condición. Su cabeza no sonaba tanto a hueco allá en el distrito; y aunque parezca mentira, a don José se le había oído con deleite en el mostrador de su casa y alguna que otra vez en el Casino.

¡Pero en Madrid!... En Madrid se hila más delgado, y allí no *resultaba* don José Gómez: allí, en aquel medio ambiente que no era el suyo y para el cual no había nacido, se caía a pedazos de puro aburrido. El *bulle-bulle* del salón de conferencias le ponía *bomba* la calabaza que le servía de cabeza.

Los diputados charlaban por los codos... que Sagasta dijo que el gobierno estaba moralmente muerto y que en caso de crisis sería llamado al poder el partido constitucional; que Sagasta salió en seguida a enterar a Martínez Campos, el cual estaba almorzando en Lhardy, y terminó la narración con un gesto de inteligencia que fué muy comentado; que Romero Robledo se propone arrojar del templo a los mercaderes de la política; que a Carvajal le parece bien el manifiesto de Ruiz Zorilla; que a Salmerón no le parece lo mismo y quiere modificarlo; que Pi y Margall está con el espíritu, pero no con la letra del documento, y que Castelar no está con la letra ni con el Espíritu Santo; que todos los demócratas están conformes con el manifiesto, pero que no puede haber fusión entre dichos elementos, y sí puede haber inteligencia, o al revés; que habrá crisis si sale Silvela, pero que si no sale del gobierno, puede que tampoco haya crisis; que... Don José Gómez se volvía loco. Haciendo un esfuerzo se acercaba a otro corro.

—Apropósito, don José, le dice un diputado. Estamos hablando de la autonomía, ¡y como usted viene de *allá!*... Diga usted, don José: ¿ha leído usted el *Catecismo político* de Montigny?

¡Qué crueldad! ¡Preguntar eso a don José, que conoce a medias el catecismo del padre Ripalda!

—Oiga usted, señor de Gómez, dice otro diputado zumbón. Cuéntenos algo de esa obra de Hernán Merival, titulada *Lectures on Colonization and Colonies*...

—Instrúyanos usted, don José.

—¡Alterne usted con nosotros, señor de Gómez!

Y don José, abrumado, corrido, se dirige a la puerta; pero tropieza con un compañero suyo, otro Gómez, y le pregunta como preguntaban los progresistas cuando hablaba Salmerón:

—¿Qué dicen esas gentes? ¿De qué hablan en ese grupo? Leroy-Beaulieu, John Russell, ¿les has oído tú mentar alguna vez?

En su precipitación, olvida al salir que le han recomendado que se tape la boca. Bien es verdad que no hubiera podido tapársela, porque sale con tres palmos de narices. El salón de conferencias es un horno, y la temperatura es glacial en la calle. Don José Gómez toma una bronquitis horrorosa que le pone "a las puertas del sepulcro".

Restablecido de la dolencia, vive amargado por su insignificancia personal en Madrid. ¡Qué injusticia! Madrid no sabe quién es don José, el acaudalado dueño de la mejor fábrica de pan de Mallorca, ni sabe tampoco los millones que guerda en su tahona, y sobre los cuales, y consiguiendo votos a cambio de panecillos, alzó el pavés de su diputación bufa. ¡El señor de Gómez está consternado! Pero... ¿por qué, se pregunta a sí mismo, me habré salido del tiesto, o sea de la panadería?... Y entonces, aprovechando la agria levadura de la vanidad ultrajada, malos amigos suyos, que le deben el pan de diez años, le instan a *echar* un discurso *sobre* la cuestión harinera.

—No tenga usted miedo, don José. La *cosa* es *no cortarse*. Usted domina el asunto.

El también lo creía. Pero la tribuna del Congreso es harina de otro costal. Madrid ignoraba las proezas, dignas de todo encomio, de aquel *nabab* que fabricaba panecillos. Madrid se fijaba en la cara de libreta que tenía el buen diputado, y en su formidable leontina, perteneciente a la clase de las que han sido chacoteadas por Pereda y Palacio Valdés, y en las obleas de sebo que llevaba en las sienes, porque don José era jaqueoso.

Resuelto a todo, puesto que ya estaba en el burro, muy metido en sí, don José se metió también en harina, esto es en discurso, y Madrid, desde la tribuna pública, se reía de él con toda la boca.

—¿Tengo yo monos en la cara? preguntaba a los amigos que había colocado detrás de él para que le *apuntaran* mientras enjaretaba el discurso.

Don José echaba chispas. Se ahogaba. El vaso de agua con azucarrillos no lograba refrescarle. ¡Oh! ¡si él tuviera a mano una *ginebrita* o un néctar con soda!... Sudando la gota gorda, herido por aquella risa acerada, que era un silbo del Guadarrama, y metiéndose en las sobaqueras los dedos pulgares, hizo un esfuerzo sobrehumano para recordar el párrafo más saliente de un discurso suyo, que fué muy aplaudido en el casino de *su* pueblo; y, puesto ya a recordar, recordó todo el párrafo, y lo soltó todo... entre risas inacabables, porque Madrid continuaba riéndose de él, ¡de don José Gómez!... Y es que don José le resultaba divertido a Madrid, que es un pueblo de buen humor.

Una voz gritó desde la tribuna de periodistas:

—¡Valiente costal!

Otra voz dijo:

—Eso no es hablar; eso es ladrar y silbar un discurso.

Y de repente, estallando como una tromba marina, cien voces exclamaron:

—¡Que lo lleven al Retiro y lo metan en la jaula de los monos que se han muerto!...

Yo que había ido a aplaudir a don José — porque hay que hacer de todo en esta vida ingrata — lloraba de pena.

Y aquella misma noche, ¡oh fatalismo de la suerte! murió don José Gómez de un cólico oratorio...

---

co días. Y sin ir más lejos la Federación Obrera Regional Argentina aprobó en su sexto congreso, celebrado en septiembre de 1906, esta moción: "El sexto congreso recomienda a los gremios que se pongan en condiciones de hacer triunfar la jornada de seis horas". Es verdad, esas iniciativas no fueron objeto de propaganda sistemática: las condiciones económicas del mundo, salvo las crisis pasajeras, eran relativamente florecientes, y en esa prosperidad relativa el equilibrio entre el consumo y la capacidad de producción se ha ido sosteniendo hasta la guerra mundial. Después de la guerra, la situación económica internacional ofrece caracteres completamente nuevos y, de acuerdo a ellos, la conquista de la jornada de seis horas, que fué aspiración platónica hasta aquí, se convierte ahora en una necesidad de vital importancia.

Contra el desaliento que podría surgir ante las dificultades para que la idea de las seis horas penetre en el corazón de los proletarios y los mueva a la lucha por su conquista, recordamos estos antecedentes de la lucha por la jornada de ocho horas:

La jornada de ocho horas, que tuvo en los sucesos sangrientos de Chicago en 1886 el comienzo de su realización, no surgió de la noche a la mañana; su elaboración y difusión exigió una larga sucesión de años y una serie interminable de luchas y sacrificios.

En un congreso obrero de Baltimore, celebrado en agosto de 1866, veinte años antes de la tragedia de Chicago, se declaró: "Lo que es preciso reivindicar ante todo, para sustraer el trabajo de nuestro país a la esclavitud capitalista, es una ley que fije en ocho horas la jornada normal. Estamos resueltos a emplear todas nuestras fuerzas para alcanzar ese glorioso resultado".

Y al mes siguiente, el congreso de la primera Internacional, celebrado en Ginebra, toma esta esta resolución: "Considerando la limitación de la jornada de trabajo como la condición previa para el logro de todos los demás esfuerzos en vista de la emancipación... Proponemos fijar en ocho horas el límite legal de la jornada de trabajo...".

Como se vé, veinte años antes de iniciarse la lucha activa de los trabajadores por la jornada de ocho horas, esa idea fué discutida y aprobada por los congresos obreros. Ese largo período de gestación se explica por las condiciones industriales relativamente tolerables, que no apremiaban, con la urgencia que lo hacen hoy, una solución al problema de la jornada de trabajo.

Se habla en todos los países, después de la guerra, de una crisis aguda de desocupación: tres o cuatro millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, un par de millones en Inglaterra, otro tanto en Alemania, y así sucesivamente en la inmensa mayoría de los países de Europa y de América. En la propia Rusia de la "dictadura proletaria", la desocupación es uno de los problemas capitales. En la Argentina, que apenas conoce el moderno industrialismo, existen actualmente unos 300.000 obreros desocupados. Y en todas partes se reconoce que esta crisis se diferencia de todas las demás crisis comerciales e industriales, propias del capitalismo, por su carácter persistente y su agravación incesante. Esta cronicidad puede simularse cuanto se quiera, pero será imposible silenciar por mucho tiempo sus causas generadoras y postergar eternamente la aplicación de la sola medida que puede modificar la situación, tanto para los trabajadores como para los capitalistas mismos: la reducción de la jornada de trabajo.

Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual, hubiera sido un factor revolucionario; pero el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. La desocupación obrera favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y paciencia; pero todo eso, hasta ahora, está lejos de aproximarse al fondo de la cuestión.

El capitalismo tiene ya una potencia tal, que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista aislado. Al desconocer eso se va de contradicción en contradicción, y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió la vida.

Quien sabe si al fin y al cabo Marx haya tenido algo de razón al constatar el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él — la acumulación del capital — sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.

AÑO V — BUENOS AIRES, 4 DE OCTUBRE DE 1926 — N.o 243

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA... GO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — ...Giros a M. TORRENTE

Sumario de este número

LA IDEA Y LA ACCION

Hay en el movimiento revolucionario dos temperamentos básicos y en consecuencia dos maneras fundamentales de encarar las cosas de la propaganda. Una, la que lo fía todo a la idea pura; otra, la que pone todas las cartas sobre la acción por la acción. Pero si generalmente los términos medios son los falsos, esta vez, el término medio, es la expresión justa, la manifestación más aproximada a la verdad.

Cuando la idea es separada de la acción, se vuelve impotente y su existencia real equivale a la no existencia; cuando la acción es separada de una idea directiva, se reduce a una agitación infecunda, a un movimiento sin alma, sin norte, sin perspectivas creadoras. La acción debe ponerse al servicio de la idea mucho más que la idea al servicio de la acción. Pero, aisladas, idea y acción son estériles, como la palanca sin el punto de apoyo, o como el punto de apoyo sin la palanca.

Pensamos que nuestro movimiento adolece algo de cierto conformismo teórico que no siente impaciencias ni deseos apremiantes de ver transformados en realidad los bellos sueños de la fantasía, y así se estancan esos sueños y el movimiento obrero vegeta sin grandes conmociones espirituales, trillando algunos senderos trazados previamente por otro esfuerzo.

Nos resistimos a reconocer un sincero apasionamiento por la anarquía allí donde ese apasionamiento no se manifiesta al exterior, en los esfuerzos individuales o colectivos. ¿De qué nos serviría, de qué serviría al progreso de la humanidad nuestra anarquía bien guardada en algún rinconcito del cerebro o del corazón, sin influencia en nuestra conducta, sin hacernos obrar de un modo más bien que de otro, sin incitarnos a hacer compartir por los demás nuestros tesoros de ideas, sin estimularnos a la lucha para la instauración de condiciones en que esa anarquía, de que nos decimos enamorados y entusiastas, pueda prosperar y desarrollarse?

El movimiento revolucionario tiene un objetivo—nosotros tenemos la anarquía; y el grado de su vitalidad se revela en la intensidad con que se manifiesta el esfuerzo por alcanzar ese objetivo. ¿Cuál es el grado de vitalidad del anarquismo? Auscultemos el propio corazón, auscultemos y estudiemos la vida, la conducta, el ejemplo de tantos que se llaman camaradas. ¿Hacen, hacemos bastante? Para una inmensa mayoría la integración del movimiento anarquista no significa ningún compromiso; la propia conciencia no les reprocha la actitud pasiva ni el hecho de ser anarquistas con el espíritu superficial e indiferente del que no siente ninguna emoción por un ideal que debería hacer vibrar todo nuestro ser y poner en tensión todas las fibras de la voluntad, para que la libertad y la justicia fuesen las supremas reguladoras de la vida.

El campo de acción en que podemos desarrollar nuestro esfuerzo en favor de la anarquía es infinito; no tiene para el individuo más límites que las propias capacidades y aptitudes. Una de las tantas formas, aunque de las primordiales, es el movimiento obrero. Pero creer que se hace bastante por la anarquía con solo pagar la cuota del sindicato y votar en las asambleas, de tanto en tanto, sobre cosas que no siempre hemos comprendido, es una ilusión. Con el espíritu pasivo en el sindicato anarquista no se manifiesta, ni con mucho, una adhesión efectiva al anarquismo. Tampoco es bastante, para ser anarquista, la suscripción a algunos de nuestros periódicos y su abonamiento regular. No merece el nombre de anarquista más que el que lucha por la anarquía, según sus fuerzas, haciendo de esa lucha un elemento de su propia vida.

Entendemos que se puede ser, sin entusiasmo, miembro de una de esas sociedades de cremación para irnos pagando poco a poco el viaje a la última morada; nos explicamos que no se ponga el alma en el pago de una póliza de seguros contra la enfermedad y la vejez; comprendemos que no se produzca ningún apasionamiento en la adhesión formal a una cofradía religiosa. Pero no entendemos, no nos explicamos la adhesión al anarquismo sin entusiasmo y apasionamiento, sin espíritu combativo, sin deseos y anhelos de verlo propagado, aceptado por todos los hombres sanos de corazón, y realizado.

Que se nos permita dudar un poco. Donde no hay lucha por la anarquía, no hay un gran amor al anarquismo, pues la idea que no se manifiesta, que no se traduce en actos, que no se expresa como una fuerza, no puede ser considerada como existente. El alma teológica no existe; el alma es el sistema nervioso, el cerebro, y no hay nada que apasione al cerebro que no se exteriorice de alguna manera. ¿Amor a la anarquía donde no se advierte el esfuerzo por realizarla, por difundirla, por encarnarla en la vida? Nos sentimos inclinados a ponerlo en duda.

No hay entre nosotros ni voces de mando ni sanciones disciplinarias. Cada cual hace lo que quiere y lo que puede. Pero sí nos queda el recurso de recordar a nuestros camaradas que la labor a realizar es todavía enorme, que hay que destruir un mundo que nunca se ha considerado más sólido y construir una sociedad nueva. El derecho a recordarles que la pasividad no es un modo elocuente de expresar las simpatías y la fe en el anarquismo, ese derecho lo conservamos todos. Y haremos uso de él para llamar a los militantes a redoblar el esfuerzo y a trabajar con más aliento y más fervor en pro de la causa común.

Es preciso romper el hielo de la indiferencia con que se trata de ahogar nuestra voz; que cada cual mire al fondo de su conciencia y examine si da a la anarquía todo el entusiasmo y todo el calor de que es capaz. Por nuestra parte pensamos que esa mirada introspectiva ha de hacernos ver lo poco que sacrificamos nuestra pereza o nuestras comodidades por una causa que no puede existir más que a costa de abnegación, de voluntad y de espíritu de sacrificio en los que la reconocen.

Camaradas, un poco más de esfuerzo, un poco más de fuego en las convicciones, un poco más de vida, de audacia y de juventud! Las ideas se enmohecen y se debilitan cuando no se expresan con actos.



La mutua ayuda oficial franco-alemana

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inèdito de Miguel Bakunin

(Conclusión)

Completaré este programa fragmentario, añadiendo aquí un extracto del *Catecismo Revolucionario* de 1866, documento inédito (salvo lo que he producido en mi biografía de Bakunin, págs. 221 a 223), principalmente el

RESUMEN DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE ESTE CATECISMO.—

(Páginas 47 a 53 de la copia de ese documento, hecha por Z. S. Obolenska):

a) Negación de dios;

b) El respeto a la humanidad debe reemplazar el culto a la divinidad. La razón humana reconocida como criterio único de la verdad; la conciencia humana como base de la justicia y la libertad individual y colectiva como fuente y base única del orden en la humanidad;

c) La libertad de cada uno no es realizable más que en la igualdad de todos. La realización de la libertad en la igualdad es la justicia;

d) La exclusión absoluta del principio de autoridad y de razón de Estado. *La libertad debe ser el único principio constitutivo de toda organización social, política tanto como económica. El orden en la sociedad debe ser la resultante del mayor desenvolvimiento posible de todas las libertades locales colectivas e individuales. Toda la organización, tanto política como económica debe partir, por consiguiente*, no ya como hoy, de arriba hacia abajo y del centro hacia la circunferencia, por principio de unidad, sino de abajo hacia arriba y de la circunferencia hacia el centro, *por principio de asociación y de federación libres.*

e) *Organización política. Abolición de toda iglesia oficial*, protegida y pagada por el Estado. *Libertad absoluta* de *conciencia* y de culto, con el derecho ilimitado de cada uno a levantar templos a sus dioses y a pagar sus sacerdotes. *Libertad* absoluta de *las asociaciones religiosas*, que no disfrutarán, por otra parte, de ningún derecho político y civil, ni podrán ocuparse de la educación de los niños. *Abolición y bancarrota del Estado centralizador y tutelar. Libertad absoluta del individuo*, no reconociendo los derechos políticos más que a los que vivan de su trabajo, a condición de que respeten la libertad ajena. *Sufragio universal, libertad ilimitada* de la *prensa*, de la *propaganda*, de los *discursos* y de las *reuniones* públicas y privadas. *Libertad absoluta de asociación*, sin conceder, sin embargo, el reconocimiento jurídico más que a las que por su objeto y su constitución anterior (leer: interior) no se pongan en contradicción con los principios fundamentales de la sociedad. *Autonomía absoluta de la comuna*, con el derecho de administración y hasta de legislación interior, salvo conformarla a los principios fundamentales que servirán de base a la constitución provincial, si la comuna quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía provincial. *La provincia no debe ser más que la federación de las comunas. Autonomía de la provincia ante la nación*, con el derecho de administración y de legislación interiores, salvo el conformarlas a los principios fundamentales de la constitución nacional, si la provincia quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional. *La nación no debe ser más que la federación de las provincias que libremente quieran formar parte de ella*, con el deber de respetar la autonomía de cada una, pero teniendo, sin embargo, el derecho a exigir que la constitución y la legislación particular de cada provincia *que quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional*, sean conformes a la constitución y a la legislación nacionales, que en todos los asuntos que conciernen, sea a la relación mutua de las provincias, sea a los intereses generales de la nación entera, cada provincia ejecuta los decretos votados por el parlamento nacional y notificados por el gobierno nacional, y cada una debe someterse a las sentencias del tribunal nacional, salvo apelación al tribunal internacional, cuando éste existe. En caso de rehusamiento de obediencia en uno de esos tres casos, la provincia será puesta fuera de ley y fuera de la solidaridad nacional, y en caso de ataque de su parte contra una de las provincias federadas, será vuelta a la razón por el ejército nacional.

Abolición de los llamados derechos históricos, de conquista y de toda política de redondeamiento, de engrandecimiento, de gloria y de potencia exterior del Estado. La prosperidad como la libertad de todas las naciones son solidarias, y cada cual debe buscar su potencia en su libertad. La independencia nacional es un derecho nacional, inalienable como el del individuo; con ese título debe ser sagrada, pero no a título de derecho histórico. *Del hecho que un país haya estado unido a otro durante siglos, aunque fuese voluntariamente, no se sigue que deba sufrir esa unión si no la quiere; porque las generaciones pasadas no han tenido jamás el derecho de alienar la libertad de las generaciones presentes y futuras. Por tanto, cada nación, cada provincia, cada comuna tendrán el derecho absoluto a disponer de sí mismas, a irse con otras lo mismo que a romper sus alianzas pasadas y presentes, y formar nuevas, sin que esté en el derecho y en el interés de ningún otro país el impedírselo.* Toda violencia, bajo este aspecto, deberá ser reprimida por la *federación nacional* entera, porque todo ataque contra la libertad de un solo país es un insulto, una amenaza, un ataque indirecto contra la libertad de todas las naciones. En fin, *federación internacional* y *solidaridad revolucionaria* de los *pueblos libres* contra la coalición reaccionaria de los países esclavos todavía.

f) *Organización social.* — La igualdad política es imposible sin la igualdad económica. La igualdad económica y la justicia social serán imposibles en tanto que en la organización de la sociedad no haya para cada individuo humano, al nacer a la vida, *una perfecta igualdad del punto de partida*, consistente en la igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción y más tarde de aplicación de las diferentes capacidades y fuerzas que la naturaleza habrá puesto en cada uno. *Abolición del derecho de sucesión.* El *fondo de educación pública solamente tendrá derecho a heredar*, teniendo a su cargo el mantenimiento, la vigilancia, la educación y la instrucción completa de los niños desde su nacimiento hasta su mayoría de edad. Siendo el trabajo el único productor de las riquezas, todo hombre debe trabajar para vivir, sino será considerado como ladrón. El trabajo *inteligente y libre*, base de la humana dignidad y de todos los derechos políticos y el *trabajo individual*, se funda cada día más en el *trabajo asociado*. La *tierra*, propiedad de todo el mundo, no será poseída más que por aquellos que la cultivan. *Igualdad del hombre y de la mujer en todos los derechos políticos y sociales. Abolición de la familia legal, fundada en el derecho civil y en la propiedad. Matrimonio libre. Los niños no pertenecen ni a los padres ni a la sociedad. La tutela suprema de los niños, su educación y su instrucción pertenecen a la sociedad.* La escuela reemplazará la iglesia. Su fin: *la creación de la humanidad libre*. Abolición de las prisiones y del verdugo. Respeto y cuidados para los viejos, para los inválidos, para los enfermos.

[Como la parte resumida en lo que precede, de este *Catecismo Revolucionario* (págs. 1 a la 46) es seguida aún de una parte final de que no hay resumen, he aquí esa parte (págs. 53 a la 56)]:

12.— *Política revolucionaria.* — Es nuestra convicción fundamental que siendo solidarias todas las libertades nacionales, las revoluciones particulares de todos los países, deben serlo también; que en lo sucesivo en Europa como en todo el mundo civilizado no habrá *revoluciones*, sino sólo la *revolución* universal, como no hay más que *una sola reacción europea y mundial*; que, por consiguiente, todos los intereses particulares, todas las vanidades, pretensiones, envidias y hostilidades nacionales, deben fundirse hoy en el *único interés común y universal* de *la revolución que asegurará la libertad y la independencia de cada nación por la solidaridad de todas.* Que la santa alianza de la reacción mundial y la conspiración de los reyes, del clero, de la nobleza y de la feudalidad burguesa, apoyadas en enormes presupuestos, en ejércitos permanentes, en una burocracia formidable, armadas de todos los terribles medios que les da la centralización moderna con el hábito y, por decirlo así, con la rutina de la acción y el derecho de conspirar y de hacerlo todo a título legal, son un hecho inmenso, amenazante, aplastante, y que, para combatirlo, para oponerle un hecho de una potencia igual, para vencerle y destruirle no se necesita nada menos que *la alianza y la acción revolucionarias simultáneas de todos los pueblos del mundo civilizado.* Contra esa reacción mundial *la revolución aislada de un pueblo no podría triunfar*, sería una locura por consiguiente, una falta para ella misma y una traición, un crimen contra todas las demás naciones [en manuscrito: *acciones*]. En lo sucesivo la sublevación de cada pueblo debe hacerse, no en vista de él mismo, sino en vista de todo el mundo. Pero para que una nación se subleve en vista y en nombre de todo el mundo, será preciso que tenga el programa de todo el mundo, bastante amplio, bastante profundo, bastante verdadero, bastante humano, en una palabra, para abarcar los intereses de todo el mundo, y para electrizar las pasiones de todas las masas populares de Europa, sin diferencia de nacionalidades. *Ese programa no puede ser más que el de la revolución democrática y social.*

a. El *objeto de la revolución democrática y social*, tal vez definido en dos palabras: *Políticamente*: es la abolición del derecho histórico, del derecho de conquista y del derecho diplomático. Es la emancipación completa de los individuos y de las asociaciones del yugo de la autoridad divina y humana, — es la destrucción absoluta de todas las uniones y aglomeraciones forzadas de las comunas en las provincias, de las provincias y de los países conquistados en el Estado. En fin, es la disolución radical del Estado centralista, tutelar, autoritario con todas las instituciones militares, burocráticas, gubernamentales, administrativas, judiciales y civiles. Es, en una palabra, *la libertad devuelta a todo el mundo, a los individuos como a todos los cuerpos colectivos, asociaciones, comunas, provincias, regiones y naciones*, y la *garantía mutua de esa libertad por la federación.*

Socialmente: es la *confirmación de la igualdad política por la igualdad económica.* Es el comienzo de la carrera de *cada uno, la igualdad del punto de partida*, igualdad no natural, sino social para cada uno, es decir igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción para cada niño, de ambos sexos, hasta la época de su mayoría de edad.

(Aquí termina la copia del texto).

MAX NETTLAU

DE POLEMICA

Internacional colectivista y comunismo anárquico

¿Puedo hacer algunas observaciones sobre un artículo mío traducido en "Pensiero e Volontá", discutido por E. Malatesta y también por Gigi Damiani en "Fede!", 113, 114 y 115, a propósito de las soluciones económicas comunistas e individualistas propuestas para la anarquía futura? Quisiera hacer notar que soy extraño a la reimpresión de mi artículo hecha primeramente en el periódico norteamericano *The Road to Freedom*, pues ese artículo había sido publicado en febrero de 1914 en *Freedom* (Londres); hubo entonces una cantidad de cartas y una replica mía en mayo de 1914. El artículo fué traducido entonces por E. Armand en sus *Refractaires* y me recuerdo de una breve respuesta, absolutamente negativa, de B. R. Tucker. Antes de reimprimir en América ese artículo doce años después, se me habría debido ofrecer la posibilidad de remoldearlo, donde lo hubiese creído necesario, o bien se habría debido poner la fecha de 1914.

Esto explicará que yo no he pensado de ninguna manera en las tendencias individualistas existentes en el seno de los movimientos comunistas anarquistas en Francia, Italia y en otras partes. No he pensado más que en los dos sistemas económicos elaborados con una precisión absoluta, el de Kropotkin y el de Tucker, que se excluyen, son recíprocamente hostiles, y que, poniendo ante el público dos pretendidas soluciones económicas con idéntica esperanza y buena fe, no me parece que obren de manera muy práctica. Se rememorarán las grandes luchas entre proudhonianos y colectivistas en Francia y en Bélgica durante los años de 1867 a 1870, y la Internacional habría sido mucho más fuerte en ocasión de la guerra y de la Comuna sin esas divisiones, y se sabe también en qué medida y desde hace cuanto tiempo, ya desde 1830, tantos americanos inteligentes y generosos habían sido fascinados por el sistema individualista de Warren, continuado por Tucker, lo que originó la debilidad y el retardo del anarquismo colectivista y comunista que, hoy mismo, está casi enteramente limitado a los inmigrados alemanes, hebreos, rusos, italianos, españoles, etc.

Me ha parecido que esas dos propagandas que se ignoran o se consideran hostilmente, podrían cooperar o apoyarse recíprocamente, constatando simplemente que no emiten dogmas o resultados adquiridos, sino simples hipótesis, amando cada cual la suya, sin despreciar la del otro, y que la experiencia libre del porvenir decidirá si uno o el otro método deberán prevalecer o si deberá haber un método único o más de uno, y cuáles, y en qué condiciones especiales.

En 1914 había, pues, dos partidos, en todas las cartas, un non possumus absoluto. En 1926 el hecho mismo que se haya vuelto a ocupar uno de este viejo artículo parece mostrar que el exclusivismo de un tiempo se ha debilitado: estoy contentísimo.

Ocupándome en estos últimos meses minuciosamente de la vida de Bakunin desde el 1868 al 1876 y además, hoy mismo, de la historia de las ideas anarquistas desde 1864 (ó 1859) al 1880 — el primer volumen de la historia hasta 1864 se publicó en alemán en 1925 — he seguido de cerca las luchas del colectivismo naciente contra el proudhonismo y he llegado al año 1876, el año del comunismo anárquico naciente en varios ambientes y antes aun de Kropotkin. En otro tiempo veía en eso un gran acontecimiento — la coronación de la elaboración de la idea anarquista — ahora, en cambio, estoy inclinado a ver ahí una restricción, una especialización, una disminución de esta idea y la causa de su difusión demasiado lenta que todos nosotros deploramos.

Me explicaré. Cuando el sentimiento socialista hizo rechazar el proudhonismo que, especialmente para los proudhonianos después de la muerte de Proudhon (enero de 1865) se había convertido en un sistema anodino de cambio mutuo.

se basaba en dos concepciones amplias y fundamentales: el carácter *social* de los seres humanos y la abolición de la opresión y de la explotación, considerados y reconocidos como inseparables. Se estaba, pues, simultáneamente contra el Estado y contra el capitalismo: se sustituía el Estado por la Federación libre y el salariado por el trabajo asociado que garantizaría a cada uno el *producto íntegro del propio trabajo.* He ahí todo; eso bastó para Bakunin y los jurasianos, para los españoles desde 1868 a 1886. Nadie se ocupó entonces de terminar en los detalles lo que quería decir *el producto integral del trabajo;* se sabía que se trataba del producto no diezmado por el capitalista y por el Estado y eso bastaba. Al que hubiese preguntado por los detalles se le habría respondido que no se sabía y que correspondería al grupo, a la asociación futura encontrar los medios prácticos y equitativos. En suma, fué aquélla la menor preocupación.

Una concepción tal, podía reunir amplias masas y efectivamente entoneces, esta idea colectivista revolucionaria estuvo sola ante los obreros de muchos países donde los proudhonianos, blanquistas y marxistas, fourieristas y otros significaban también poco. La gran corriente, pues, fué entonces anarquista colectivista, posición magnífica que no hizo sino poner más en relieve aquella manifestación casi espontánea del federalismo y del antiestatismo que fué la Comuna de París. El obrero se unía a aquellos que luchaban por la solidaridad y por la ausencia de opresión y de parasitismo; el obrero comprendía eso, pero [...] que comprendiese mucho menos cuando se elaboró y auspició una solución *especial* a partir de 1867 y particularmente desde 1879-80.

Quisiera citar lo que ha escrito James Guillaume, el representante más consciente y uno de los más inteligentes del colectivismo de la Internacional, en sus *Idées sur l'organisation sociale* (Chaux-de-Fonds, 1876, agosto), opúsculo escrito primeramente en octubre de 1874 a pedido de Cafiero y que circuló, según parece en una traducción manuscrita hecha por Cafiero, un texto primitivo que hasta aquí parece perdido. Escribe, pues, en el texto revisado en 1876 (pág. [...]17):

"...Los productos del trabajo pertenecen a la comunidad, y todo asociado recibe de ella, sea en especies (víveres, ropas, etc.), sea en moneda de cambio, la remuneración del trabajo por él realizado. En algunas asociaciones, esa remuneración será proporcionada a la duración del trabajo; en otras lo será tanto en razón a la duración del trabajo como a la naturaleza de las funciones ejecutadas, pudiendo aun ser intentados y practicados otros sistemas."

"Este problema del reparto se vuelve enteramente secundario cuando haya sido resuelto el de la propiedad y no existan más capitalistas que hagan deducción alguna sobre el trabajo de las masas. Sin embargo pensamos que el principio a que se debe tratar de ajustarse lo más posible es éste: *De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades.* Una vez que, por mérito de los sistemas mecánicos y de los progresos de la ciencia industrial y agrícola, se haya aumentado la producción tanto como para superar con mucho las necesidades de la sociedad — y este resultado será obtenido en el espacio de pocos años después de la revolución — una vez que se haya llegado a tal punto, entonces, no se medirá más con mano escrupulosa la parte concerniente a cada trabajador: cada uno podrá llegar a la abundante reserva social, según toda la extensión de sus necesidades, sin temor a agotarla nunca; y el sentimiento moral que se habrá desarrollado en los trabajadores libres e iguales, preverá el abuso y el malgasto. Entretanto compete a toda comunidad el determinar por sí misma, durante el período de transición, el método que considere más conveniente para repartir el producto del trabajo entre sus asociados"...

Yo pregunto: estas observaciones ¿no dan un esquema amplio y práctico que habría podido ser suficiente para todos? Guillaume desea el comunismo, la "toma del montón", pero tiene buen sentido de comprender que eso supone la abundancia y que la abundancia no existe desde el principio para los productos, como en un país montañoso, rico en fuentes, existiría el agua potable: es preciso primero producir la abundancia y entonces se gozará de ella libremente.

En ciertos países de Europa se comprenden ahora esas cosas mejor que en otro tiempo, a consecuencia de una dura experiencia hecha desde 1914. Se sabe, en general, que el sistema capitalista no produce nunca la abundancia, porque la superproducción crea la crisis, desde el momento que faltan los consumidores. Este sistema es inseparable de un enorme infra-consumo (consumo inferior a la media normal) de las masas trabajadoras, es decir es inseparable de su frugalidad y de sus privaciones. Se ha visto ésto, por ejemplo, en lo referente a los alojamientos, donde se prohibió el aumento de los alquileres o se restringió durante y después de la guerra, mientras que con las industrias de guerra, etc., vastas categorías de obreros percibían más. Entonces estos se han aprovechado para alojarse *un poco mejor*, para estar *un poco menos* apretados — y la falta de alquileres se ha vuelto catastrófica en muchos lugares. Si por tanto, después de la revolución todos quisieran vivir un poco mejor y trabajar un poco menos intensamente, se produciría una deficiencia, una penuria tal que, si en ese momento se realizase el comunismo libre, la "toma del montón", provocaría la preponderancia de los más fuertes, un régimen que haría volver los racionamnentos, la autoridad, más bien que crear el verdadero espíritu libertario que justamente entonces, dado el nuevo ambiente, podría florecer.

Entonces si, frente a tales situaciones, hay quien no sabe hacer otra cosa que proponer el comunismo libre, la "toma del montón", y siempre la "toma del montón", correría el riesgo de quedar aislado, o bien si la "toma del montón" satisface a los primeros cien llegados, ¿qué harán los otros si vuelven con las manos vacías? Un comunismo sin abundancia, es por tanto, un absurdo; es preciso decirlo claramente.

Pero algunos de los nuestros están de tal manera aferrados a la enseñanza comunista, nada más que comunista, de 1876 y especialmente de 1879-80 que *no quisieran saber nada ni tener que ver con una anarquía que no fuese comunista en todo y desde el primer minuto.* Sé que se ha hecho excepción para algunas rarezas y primicias que se reservarán a los enfermos, y otros casos particulares por el estilo — pero no se querrá admitir nunca restricción alguna aplicada a un producto normal; sería la vuelta al Estado, la invocación de la concupiscencia, de la nueva acumulación de riquezas, etc. Entonces el resultado es: que se queda al margen, separadamente, de los acontecimientos que no producirán nunca una situación para que se entre directamente en el comunismo como se entra en un tranvía.

Lo mismo como si uno desease también el primero o el segundo piso de una casa sin quererse ocupar de cavar los cimientos...

Sé que existen las mejores razones para preferir un sistema más solidarista a un sistema menos altruista, y que el buen comunismo que se realiza en todo tiempo en muchas familias bien provistas en un tipo social más elevado a los acomodos que implican cuentas y retribuciones. Pero de eso a reducir toda la gran lucha social al gran salto del ambiente actual precisamente a aquél ambiente enteramente ideal, esto me parece un deseo caprichoso, demasiado especializado, que deberá esperar mucho y perderá demasiadas ocasiones.

La historia muestra en qué medida fué impotente el socialismo autoritario cuando existía el amplio colectivismo anárquico de la Internacional — y en qué medida ha crecido el socialismo autoritario, desde que, prefiriendo la elaboración refinada del más ideal comunismo libertario, incluso el llamado a la acción colectiva de las masas, el anarquismo se retiró a un terreno altísimo y nobilísimo, pero demasiado poco accesible y por tanto calismo, si el mismo anarquismo, en fin, no hubiese sentido el propio aislamiento. Pero como la causa primera, el unilateralismo comunista, no ha sido eliminada, sus relaciones con los obreros a través del sindicalismo quedan sin éxito ¿No se siente tal vez que las inmensas corrientes que desencadenaría una revolución no se dejan canalizar en el comunismo libertario, como no se dejan poner diques en el comunismo bolchevista o como no se dejarán domesticar por Tucker o por Proudhon para practicar el cambio igual del mutualismo?



Solamente en la Internacional colectivista existía el amplio esquema que conviene a un movimiento internacional, y ahora no existe ya. Hemos tenido tal vez un hombre, comunista de corazón, pero de espíritu tan amplio como para comprenderlo todo — Eliseo Reclús; teníamos los anunciadores valerosos de un anarquismo sin hipótesis económica específica y panacea, como Ricardo Mella y Voltarina de Cleyre. Pero en general teníamos y tenemos brillantes expositores del comunismo anárquico que, sin embargo, están de tal modo fascinados por ese ideal, de que no pongo en duda la exquisita belleza, y tienen casi siempre el más profundo desprecio para cualquier otra concepción anarquista. Esta intransigencia se ha resuelto en esto: que en 1926, cincuenta años después de la iniciación de esta tendencia restrictiva, somos mucho más numerosos que entonces — claro está, — pero si comparamos lo que fueron todos los demás movimientos sociales en 1876, y lo que son actualmente, desde ese punto de vista no hemos progresado. Porque en 1876 todavía, la Internacional colectivista, constituida a partir de 1868 por los belgas, los jurasianos, por los franceses con Varlín, por los españoles, por Bakunin, y a partir de 1871 por los italianos — esa Internacional, era la gran corriente revolucionaria de la época — y con las mejores intenciones del mundo, creyendo mejorarla, embellecerla, con el exclusivo doctrinarismo comunista, se la ha restringido y relajado.

No se conseguirá nunca reestablecer las verdaderas proporciones, recostruir la amplia corriente tolerante de entonces, cuando había puesto para todos, cuando nada impidió el advenimiento del comunismo anarquista, que sin embargo, no habría debido creerse nunca, con el tiempo, el único heredero de toda la anarquía, la cual, por simpática que sea, no puede llegar sino después de una larga y libre experiencia, no ya como una acción automática o espontánea, que sería simplemente el milagro. He aquí mis impresiones que someto a la crítica de los compañeros.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

V

Se equivocan los que afirman que los anarquistas tienden a la destrucción de la sociedad. Los anarquistas saben perfectamente que los hombres vivían y siempre vivirán en sociedades, que a los hombres les es ventajoso y agradable vivir en comunidad. Los anarquistas aspiran, no a la destrucción de la sociedad, sino a su unión. Aspiran a crear una sociedad armónica y cordial de hombres libres e iguales.

Los anarquistas saben que los Estados, donde las masas laboriosas pasan una vida tan miserable, desaparecerán.

El Estado es una sociedad antagónica, una parte de la cual, los gobernantes, son dueños del poder e imponen su autoridad a los súbditos. Los primeros someten a la obediencia a los segundos, con amenazas de tormento y por los tormentos mismos. Los gobernantes explotan siempre a los súbditos mediante la expoliación de los impuestos y apropiación de distintos objetos de uso. El Estado es un explotador tan terrible como todos los capitalistas y terratenientes juntos.

El gobierno zarista de Rusia quitaba a los campesinos y obreros, hasta la Revolución de 1917, la misma cantidad de sus productos que todos los demás explotadores juntos, una tercera parte de lo recogido en el año. Con el segundo tercio se quedaban capitalistas y terratenientes, y todo el pueblo laborioso ruso, compuesto por mucho millones de almas, tenía que contentarse con una tercera parte de lo por él creado. Los obreros y campesinos de Rusia trabajaban de este modo dos días en la semana para sí, dos para los capitalistas y dos para el gobierno.

La sociedad anarquista no conocerá el despojo estatal y capitalista, pues la Anarquía es una sociedad armónica, sin poder coercitivo; una sociedad, en la que todos participarán, conscientemente y en la medida de sus fuerzas, en el trabajo común, y todos disfrutarán igualmente de los productosf de ese trabajo; una sociedad, en la que no será posible la explotación y la opresión de unos hombres por otros.

La sociedad anarquista es realizable. Esto se reconoce hasta por escritores socialistas, partidarios del Estado. Federico Engels, por ejemplo, decía: "Las clases sociales desaparecerán tan fatalmente como han surgido. Junto con ellas desaparecerá también el Estado.

La sociedad, que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, colocarán toda la máquina del Estado en el lugar que le corresponde: en el museo arqueológico, junto al torno de hilar y al hacha de bronce". En 1891 preveía Engels el momento en que "la nueva generación formada en condiciones sociales, libres se desprenderá de toda la antigualla estatal". Es difícil comprender, sin embargo, a qué condiciones sociales libres se refería Engels: en los Estados — aun en los que son como la Comuna de París de 1871 o los Estados socialistas de Alemania y Rusia (1919) — no hay libertad. Carlos Marx, en un libro sobre la Comuna denominaba al poder del Estado "parásito", y decía que el Estado es totalmente innecesario en una organización comunal. El mismo en su "Circular privada" daba la siguiente definición: "todos los socialistas entienden de Anarquía lo siguiente: una vez logrado el objeto del movimiento proletario — la abolición de las clases — el Estado que sirve para mantener a la inmensa mayoría de los productores bajo el yugo de la minoría explotadora, desaparecerá, y las funciones gubernativas se transformarán en simples funciones administrativas."

ISRAEL CHAS DE CHRUZ

UN MUCHACHO

Su niñez fué tranquila y miserable. Nació en una casa del barrio de Puente Alsina, que en ese entonces era un audurrial con ochenta o cien ranchos, en los cuales una multitud de miserables había formado un reino que nadie se atrevía a franquear.

Ni un solo acontecimiento puso una variación en su existencia. Todos los días se levantaba a la misma hora, despertado por el sol que llegaba hasta el camastro que le servía de lecho, o por los golpes de su padre, quien como educador tenía originales ideas que en forma de palizas diarias aplicaba a su vástago.

Hasta los ocho años fué un niño sucio, esmirriado y harapiento, presa siempre de una timidez y de un cansancio, que nunca pudo ni intento vencer.

A los diez años su vida cambió fundamentalmente de rumbo. Su madre, una buena mujer caída de espíritu en esa enorme tragedia emanada de la adversidad que la había arrastrado hasta los últimos extremos, le mandó que fuera a buscar unas ropas viejas a un rancho vecino, mientras agitaba un dedo de la mano que tenía infectado desde hacía mucho tiempo y que no lograba curar.

Lo llevaron hasta el negocio de un conocido de su padre, donde desempeñaría las elevadas funciones de gerente, mandadero, limpiador y único empleado, bajo la severa vigilancia y dirección del dueño del comercio, un viejo amargado y gruñon, quien en cambio de esos importantes servicios, prometió abonarle diez pesos mensuales.

Asintió con su pasividad acostumbrada, aceptando las condiciones impuestas y el salario fijado, sin saber a ciencia cierta que labores tendría que realizar.

Pronto lo sacaron de dudas: debía levantarse a las seis de la mañana, barrer el pequeño almacén, limpiar los estantes y acondicionar la balanza de acuerdo a los intereses del patrón, después de lo cual, la esposa del dueño del comercio, servíale una taza de té.

Adaptose en seguida al nuevo ambiente, y hasta se sintió, sino feliz, tranquilo.

A más, no aspiraba.

No duró mucho tiempo su tranquilidad: el patrón le aplicaba feroces palizas diarias, en forma cruel. Tomábalo de los cabellos fuertemente, y se los tiraba cual si quisiera arrancárselos...

—"No pararé hasta matarte" — decíale enfurecido en enojos neurasténicos, mientras lo golpeaba en el rostro, en el pecho, en las piernas, con una tenacidad admirable.

Pensaba en sus padres sin alegría y sin tristeza. —"Mamá estará lavando ropa. Papá andará por afuera" y cerrando los ojos, entreveía las acciones de sus progenitores en el ambiente hórrido en que vivían.

Las palizas le idiotizaron casi por completo, por más que las recibía como algo inevitable y hasta natural.

Un día, inexplicablemente, comenzó a roerle el cráneo una idea monstruosa. "¿Se habría muerto mamá?... ¿Se habría muerto mamá?...

La garganta oprimíasele cual si dedos sarmentosos y fuertes la apretaran. ¿Y con que le iban a enterrar?... ¿con qué, si no tenían un solo centavo nunca?... ¿La echarían debajo de la cama, o en algun pantano vecino? ¿Y si algún juntahuesos le quería sacar los huesos para venderlos?

Los dientes le castañeaban de terror ilimitado... pero ¿se habría muerto? ¿Y con qué, con qué la iban a enterrar? — la idea le martilleaba la mente de continuo — si no tenían un solo centavo nunca, si eran tan pobres y miserables que a veces ni para comprar pan había dinero!...

¿La tirarían a un pozo, en medio del campo...? ¿vendrían los perros a morderle la cara, los pies, los pechos, las piernas?... No sabrían los perros que era su mamá, su buena y pobre mamá... la única persona en el mundo que lo tenía un poco de cariño!... Qué una vez rompió un batón nuevo, el único que tenía, para vendarle una mano lastimada... Que una vez le dijo que cuando pudiera comprarle un guardapolvo, un par de zapatillas y un cuaderno, lo mandaría a la escuela... Pero... ¿se habría muerto de verdad?

No podía de si el lúgrube pensamiento. Muchas noches revolviase en el lecho, temiendo cerrar los ojos y ver reproducida en su mente la imagen del cuerpo desnudo e inanimado de su madre... Temblaba presa de un espanto que le hacía gritar desaforadamente, hasta que el viejo le gritaba:

—¿Callarás de una vez, perro?... ¿o quieres que baje a consolarte?

Lleno de terror quedaba silencioso. Al rato, despaciosamente, abría la puerta del cuchitril para recibir los débiles reflejos de la lámpara que alumbraba el almacén durante toda la noche.

Aterido de frío, a la mañana era despertado de un empellón por la anciana. Después de un gran esfuerzo lograba vencer su entumecimiento.

Llegó a tener miedo de todo, un miedo cerval, que llegaba al terror cuando veía la antipática figura del dueño del negocio, mirándolo por sobre las antiparras, en un gesto habitual e xél, que le daba un indefinido aspecto de lechuza.

La vida que nunca había sido pródiga para él en felicidades, llegó a hacércelo insoportable, concluyendo en muchas ocasiones por desesperar de un modo absoluto. Concluía por cerrar sus pequeños puños, en una actitud de defensa que resultaba grotesca y trágica en un ser tan menudo e impotente.

Una noche el viejo pégole una paliza más fuerte que las ordinarias, porque azucaró el té matinal más de lo debido. Quedó inanimado en el suelo, lleno el rostro de sangre roja y espesa. Una espuma sanguinolenta, repugnante, le salía por las comisuras de la boca. Fué en esa ocasión cuando experimentó una conmoción rarísima en todo su ser. Su rostro se congestionó de tal modo, que parecía iba a reventar de un momento a otro, como un globo demasiado lleno de aire. El patrón creyó una pantomina el ataque, y le aplicó unos golpes más. Pero, al ver que no reaccionaba, dióse cuenta que algo grave le ocurría, decidiéndose a llamar a un vigilante, quien a su vez, avisó a la Asistencia Pública.

Concurrió un practicante, joven engominado y autoritario, que sin tocar al enfermo diagnosticó:

—"¿Epilesia?"

La vieja esposa del comerciante, se deshizo en lamentaciones. ¡Tan bueno que era el muchacho, tanto que le querían, y ahora iría a morirse con ese ataque de nombre tan raro. Costó mucho convencerla que todo pasaría.

El muchacho recobró el conocimiento, y creyendo ver al patrón en actitud amenazante, se hizo un ovillo, implorando. "No pegue, diga, no pegue".

La multitud que contemplaba la escena, malhumorada por haber perdido unos minutos en un suceso sin trascendencia alguna, poco a poco, se fué retirando.

No recordó fijamente qué le había sucedido, pero se alegró de ello; en cualquier forma el viejo no le pegaba más, y hasta le trataba con cierto cariño. Pensó que sus dotes de trabajo y su pasividad, habíanle granjeado las simpatías del patrón.

Empero, pasó rápidamente ese período de tranquilidad, y las palizas volvieron a postrarlo en numerosas ocasiones, hasta que un día, el ataque epiléptico se repitió.

El viejo, aleccionado por el practicante en la vez anterior, lo dejó tirado en el suelo, exclamando:

—"Ya reventerás algún día".

El ataque pasó y muchos otros se repitieron, aumentando día a día su delgadez y su reconcentramiento, que le hacían parecer una bestia salvaje y taciturna. Hacía más de un año que trabajaba con el viejo, quien le confió el manejo del negocio, limitándose a vigilar la nada importante caja.

Sea por incompetencia del muchacho o por un competidor que se les instaló al lado, lo cierto es que un día no pudieron hacer frente a unos pagos, viendose obligados a cerrar.

No dejó el viejo que su empleado se fuera por esa circunstancia. A los pocos días, le instaló con un cajoncito: vendía cigarrillos.

El negocio produjo más de lo que el comerciante esperaba, tanto así, que poco después abrieron un pequeño boliche en un zaguán de la calle Suipacha, en la puerta de un diario de la mañana, cuyos redactores bautizaron al muchacho desde el primer momento con el mote de "Ojitos" debido al enorme tamaño de sus ojos.

Además de cigarrillos vendía chocolatines, caramelos ordinarios y postales pornográficas que nunca le interesaron.

El roce con tanta gente de distinta clase, hízole salir del ensimismamiento en que vivía. Fué más comunicativo, sociable, llegando a tener cierta intimidad con los periodistas, esos seres superiores, bien vestidos, que demostraban tener un absoluto conocimiento de todo, conocimiento que no alcanzaba a darles para vivir del todo bien, por cuanto en más de una ocasión llevábanle un paquete de cigarrillos, diciéndole en pago:

—Te lo debo, "Ojitos".

Era feliz. Las palizas no se habían repetido, y los ataques se hacían presentes en pocas ocasiones.

Poco a poco, preguntando a uno y a otro, logró leer con más o menos facilidad. Más que leer, era un afán desmedido de devorar todo cuanto se le presentaba; los avisos de un gran diario o una novela cualquiera... Todo le era indiferente; bastábale ver esos pequeños signos que expresaban cosas pocas veces comprensibles, pero siempre interesantes.

Logró en esta forma una placidez interior, sólo interrumpida por los ataques intermitentes, que salvo producirle una pérdida casi absoluta de la memoria, no le ocasionaban otros malestares.

El viejo hacía diariamente un pequeño balance, hasta que un día, la mala estrella que legislaba sus actos, se presentó una vez más: unos audaces ladrones, no sabía como le hurtaron cuarenta y ocho pesos que guardaba para pagar al repartidor de cigarrillos, y el viejo, esa noche, al llevar a la casa le revisó los bolsillos, y al no encontrarle el dinero, a pesar del frío reinante, lo echó afuera, con la absoluta prohibición de volver sin reintegrar anticipadamente el dinero extraviado.

Quedóse en la puerta de la casa, aniquilado, sin pensar en nada, y en la soledad de la noche horrida, malamente cubierto por el delgado traje, sufrió un nuevo ataque.

Lo llevaron a la Asistencia Pública, y de allí, por indicación de un médico que se interesó por él, a un hospital.

Despertó en la sala de guardia del Ramos Mejía. Una enorme laxitud lo envolvía. Hubiera dicho que sobre sus piernas tenía moles de hierro. No veía bien, y tardó un buen rato, en hacerse cargo de su situación.

Aun cuando jamás había estado en un hospital, comprendió que se hallaba en uno de esos establecimientos. La blancura de las paredes le infundió un átomo de tranquilidad, empero, la soledad de la sala, hízole volver a sentir miedo.

Le costaba mucho trabajo pensar. El cerebro, como apretado por una mano cruel y poderosa, le hacía experimentar un dolor agudo, inexplicable.

¿Porqué estaba allí?...

Llegó un médico, hombre de cuarenta años, de mirada adusta, y expresión de decisión y maldad, pintada en el rostro, que a pesar de ser bien conformado, inspiraba un sentimiento entre de repugnancia y de temor.

Se acercó al muchacho.

—¿Cómo te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bondadoso.

—Me siento bien — repuso.

—¿No te duele la cabeza?

—¡La cabeza... la cabeza! — repuso tocándosela.

Sin esperar respuesta, el médico interrogó nuevamente.

—¿Cuánto tiempo hace que sientes esos ataques?

—Hace mucho... uff... mucho tiempo.

—¿Cuando te vinieron por primera vez? ¿Te pegaste algún golpe?

Dudó un rato en contestar... ¿Y si el patrón se enteraba?

—Sí, me caí de una escalera.

—Ah..' de una escalera — dijo el médico, y variando de tono, agregó: — Tú papá toma vino:

—¿Mi papá? No...

—¿Tu mamá?

—Mi mamá tampoco, es muy buena — repuso después de cierta vacilación.

El médico lo miró unos segundos pensativo, y luego se retiró.

—Llévelo a la sala cuarta — dijo a una enfermera que se hallaba próxima.

El muchacho sintió rabia... ¿Qué tenía que preguntarle esos disparates... Si su papá tomaba vino... si su mamá tomaba vino... ¿Cómo iban a tomar vino si apenas tenían para comer...? ¿O acaso el vino se regalaba?

Vió llegar una camilla con ruedas, arrastrada por una enfermera, que lo tomó entre sus brazos como a un muñeco, llevándolo a la sala indicada por el facultativo, en la que los niños que en ella se hallaban, lo miraron con una curiosidad insolente que no trataban de disimular.

Quedó silencioso en el lecho. Notaba que el ambiente le era hostil, adverso.

Un muchacho pecoso, desde el otro extremo de la ancha habitación, le gritó:

—Eh... "diez y ocho", ¿por qués estás vos aquí?

...repuso, aunque adivinó que se reían a él.

—Eh, pavote... "diez y ocho"... ¿no oís...?

—A vos te habla — díjole el enfermo de la cama vecina, el "diez y siete", un ...de expresión idiota.

—¿Qué tenés vos?

—¿Yo?... ¿Yo?... Nada — dijo amedrentado.

—Que pavote... no tiene nada — es...gó el niño que había hablado antes. Un coro de risas le repuso. Las carcajadas se hicieron generales.

Una enfermera dijo a otra, que el muchacho no había entrado con buen pié.

Y llegó la noche, y con la noche, el silencio completo absoluto, el horrible silencio del hospital, propicio a pensamientos funestos, trágicos.

Estuvo hacia la madrugada sin poder dormir.

A la mañana siguiente, enjugó sus lágrimas. Los demás enfermitos, esperando la llegada del médico, reían y jugaban tal cual si se hallaran en el patio de un inquilinato o en una plaza.

El espectáculo le distrajo un tanto.

Comenzó a preguntarse si tendría que estar mucho tiempo en el hospital, y con una valentía inexplicable en él, interrogó al enfermo vecino:

—¿Vos hace mucho tiempo que estas aquí?

—Sí, siete meses.

—¡Siete meses! — Y él tendría que estar siete meses en el hospital, sin moverse de la cama para nada...

—¿Y porqué tanto tiempo?

—Me rompí un brazo. ¿Ves? — agregó levantando el brazo izquierdo, que tenía vendado y enyesado.

—Todos los "guesos" del brazo me rompí... Todos.

El muchacho hablaba despaciosamente, como repitiendo una lección aprendida de memoria...

Así que él también tendría que estar siete meses en el hospital...

Pasó tres días en esa situación desesperante, sin saber por qué estaba, sin saber si lo dejarían salir pronto... ...días completos, durante los cuales no probó bocado.

Durante esas interminables cuarenta y ...horas que se sucedieron después de la conversación con el enfermito vecino, reflexionó mucho sobre la situación que el hospital había creado en su ... ¿Qué sería del negocio sin él? No era posible que dejara todo abandonado, ...ir sin falta, antes que alguno ro...ra algo. Intentó levantarse, pero la ...dad se lo impidió.

Tuvo miedo... ¿Y si el viejo le pegaba otra vez? Comenzó a llorar silenciosamente, angustiosamente. Las lágrimas ...ante por el rostro, tranquilizándolo un tanto. Hubiera gritado, pero el temor de que sus compañeros se rieran de él lo contuvo.

...as veces conversaba con el enfermo vecino.

Aquel, por el contrario, a cada momento le dirigía la palabra, como si tuviera que decirle algo muy desagradable e importante, procurando inclinar la charla hacia un rumbo determinado, sin ...lo, hasta que en una ocasión, no ...ujetarse más, y exclamó:

—Che, "diez y ocho"... ¿Sabes que los que van a tu cama se mueren?

...comprendió bien. ¿Así que él también se moriría? ¿Sin cuidar más del ...o, sin ver a su mamá, ni a su amiga, esa chica que iba al colegio?

—Sí, "diez y ocho", es verdad — agregó el otro — desde que estoy yo, han ...o una punta. El día antes que vos ...ras, murió un muchacho.

...ero dudó, pero después, sin saber por qué, comprendió que su vecino ...razón.

—Cambiate, che — agregaba su interlocutor inquisitorialmente, con un afán dañino que le causaba placer... — Mira que esa cama está "enjettada".

Sí, le iba a pedir al médico que lo cambiara... Pero, ¿cómo decirle la verdad? ¿Cómo pedírselo sin que se enojara?

A los pocos segundos su rostro se llenó de júbilo. Había hallado por fin el pretexto, y, a la mañana siguiente, le dijo al facultativo, que hacía la recorrida habitual.

—Vea doctor. En esa cama hay arañas... ¿No me podría cambiar a otra?

El médico hizo un gesto significativo a sus acompañantes.

—¿Tú viste las arañas? — interrogó.

—Sí, las ví — repuso el muchacho, y temiendo que descubriera la mentira, agregó, mostrando una vieja lastimadura, recuerdo de las palizas de su patrón. — Vé, esta me la hizo una ayer.

Cuando acabó la frase, el médico se hallaba conversando con otro enfermo.

Poco a poco tuvo el convencimiento absoluto de que se iba a morir, que tenía que morir si seguía en esa cama, y la idea de la muerte, le llenaba no de terror, sino de angustia indefinida.

Hízose aún más retraído. La voz del enfermo vecino contribuía a apesadumbrarlo.

—¿Sabes, sabes que vas a morir sino te cambian de cama?

Sí, lo sabía... pero... ¿cómo resistirse, como huir? Cuando menos lo esperaba, cuando la familia toda había desaparecido de su mente, recibió una gratísima sorpresa. Su madre venía a visitarlo, su madre estaba allí, con su rostro frío, doloroso.

¡Hijo mío, — exclamó al verlo, abrazándolo, derramando lágrimas de angustiosa sorpresa.

—¡Mamá... mamita...! — pudo contestar, llorando.

Quedaron en silencio, un silencio molesto que interrumpió ella sacando un paquetito.

—Tomá, son unos bizcochos que he comprado para tí.

Ni una bicicleta nueva, ni nada que pudiera desear ardientemente, tendría el enorme significado de esos modestos bizcochos... Sintió más ganas de llorar.

Quedaron callados un buen rato, hasta que a él se le ocurrió una idea luminosa. Y despaciosamente, casi al oído, le confió su íntima cuita. Sí, esa cama estaba "enjettada", en ella, estaba en inminente peligro de morir... Que ella se lo pidiera al médico...

La pobre mujer se asustó. — No seas tonto — dijo en tono compasivo, con una ternura que si bien muchas veces había sentido, jamás logró expresar... ¡Qué se iba a morir, si por el contrario, sanaría pronto, rápidamente... Y el porvenir se presentó ante sus ojos de alucinada, plácido y venturoso. El trabajaría y levantaría el ánimo de su pobre padre, abatido por la desventura, ya que no siempre había sido un miserable...

La voz cruda de una enfermera los sacó de su arrobamiento.

—Es hora de retirarse — dijo.

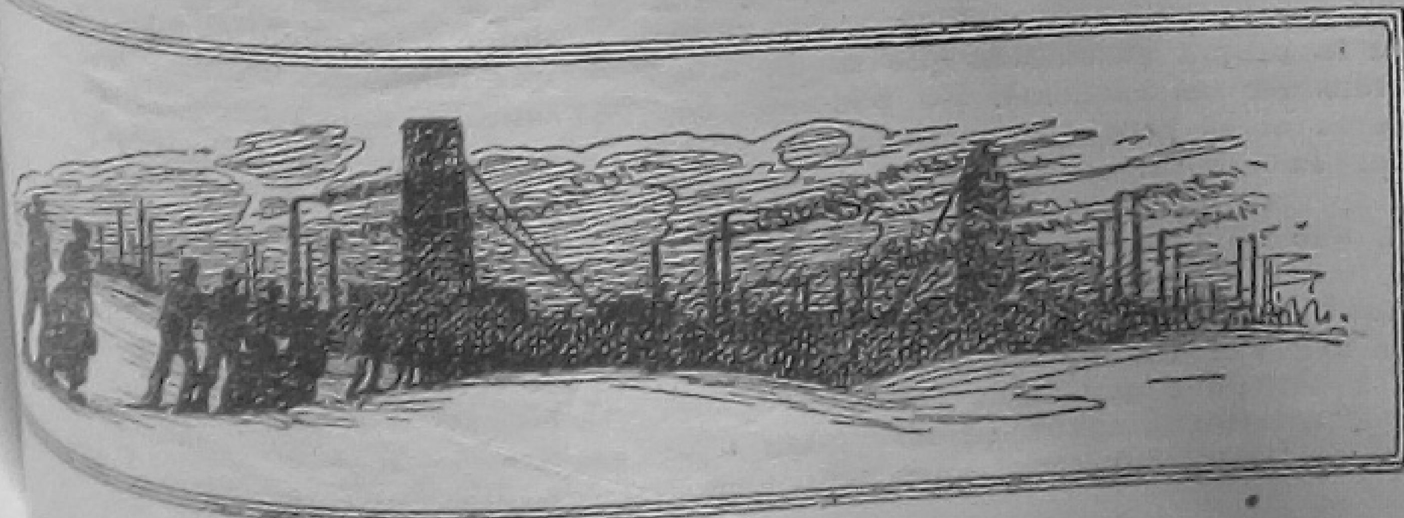
La madre salió, besándolo, como avergonzada de haber llorado delante del muchacho.

El, quedó dichoso, feliz.

—Che — dijo con su voz cruda y desagradable el "diez y siete". — ¿Tú mamá pide limosna?

De lo más profundo de su ser brotó, no un grito, sino un rugido, y tomando un plato que había sobre la mesa, se lo tiró, dándole en mitad de la cabeza, de la cual comenzó a brotar la sangre.

Minutos después era presa de un nuevo ataque.



LUIS BERTONI.—

El escepticismo social de A. France

Cuando Anatole France desapareció, el juicio fué unánime al reconocer el alto valor literario de quien será siempre incluído entre los mas grandes escritores franceses. El que haya leído sus libros no pudo menos que sentir el encanto de su prosa clara, agil, dulcemente irónica.

Desde Voltaire a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo Pablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se aleja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Pero no es nuestra intención hacer también nosotros crítica literaria; para la cual tampoco poseemos la requerida competencia. Una cuestión más importante se presenta ante nuestro examen: el valor moral y político de la obra del ilustre desaparecido.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: *Los dioses tienen sed*. El anarquista Jorge Herzig, también él muerto desde hace tiempo, habiendo hecho notar en un largo artículo la tendencia netamente contrarrevolucionaria de la citada novela, otros hicieron observar que France se limitaba a escribir esa obra desde el punto de vista del historiador imparcial.

La verdad, no existe ningún trabajo histórico en el cual no se manifieste la simpatía o antipatía. Por ejemplo, la obra de Erckman-Chatrian muestra una verdadera simpatía por la Revolución Francesa, dándonos una pintura de aquel período histórico, que nos parece más verídico que el de France, quien se detuvo en el período más tétrico y trágico, el de Robespierre y de su dictadura.

Por eso no nos extraña leer en la prosa de un colaborador de la "Tribune de Genéve", diario conservador de la Suiza francesa, estas líneas:

"Es curioso recordar que quien consentía en hacerse escuchar en las reuniones de los obreros revolucionarios y en escribir para esta buena gente — a la que ha de excusársele que crea en el advenimiento de una sociedad futura donde los hombres, rigurosamente iguales, cesarán de ser desgraciados, — es verdaderamente curioso, repetimos, que este escritor nos haya dado al mismo tiempo la novela "Los dioses tienen sed", que es una condena clara y rotunda de sus ensueños de justicia y de sus esfuerzos metódicos y violentos. En esta narración se exhibe toda la fatalidad de la naturaleza; aquí se puede ver todo cuanto produce su crueldad, de injusticia y de horror, la ilusión humana que desea forzar el destino, adaptar la realidad a los propios sueños y en suma llegar a constreñir a la humanidad a someterse a una disciplina incompatible con su complejidad espiritual".

Diga lo que diga este escritor, existen revolucionarios que no fueron engañados por el valor del libro de France y supieron ver en él lo que se necesitaba. Los mismos socialistas se complacieron en citarlo, no como revolucionario, sino como una oleada de odio contra la revolución y para persuadir a los impacientes a no abandonar la "vieja táctica de la experimentación" del parlamentarismo.

Pero no es solamente del libro "Los dioses tienen sed" del que deseamos hablar, sino de toda la obra de France. Ahora bien, todos se hallan de acuerdo en reconocer como carácter principal de su vena literaria el escepticismo. Aun en sus páginas, como en su cuento "Crainquebille", nunca se siente la indignación, el dolor debajo de la ironía, como sucede con Octavio Mirbeau; toda su obra respira una serenidad inalterable.

Nosotros no gustamos de las largas y violentas declamaciones; al contrario. Asimismo llega un momento en que la emoción no puede contenerse más y se exterioriza imperiosamente. Pero no recordamos haber encontrado en France nada que a ésto se parezca.

Nada hay de más placentero que las demoliciones llevadas a cabo por su pluma contra el mundo burgués, que pretende ser respetado y respetable; pero parece que lo hiciera únicamente para divertirse y divertir al lector, sin otro objeto ulterior. No solamente esto, sino que, basándonos en ciertas expresiones en forma de pensamientos e ideas, sería lícito deducir que, según su sentir, la naturaleza humana esta hecha de tal forma que no podría ser modificada.

Es evidente que el mundo burgués no tiene que temer mucho a este genero de escepticismo. Al contrario, un arte semejante — lo hemos podido constatar — logra seducir a los novadores para sumirlos luego en un estado de duda, sin fuertes convicciones y sin voluntad para la acción.

No es necesario disimular que por justificado que sea el escepticismo frente a las actuales instituciones, se puede siempre, sabiéndolo hacer, sacar algún provecho propio. Así, fingiendo ante ellas sentir el más profundo desprecio literario, se puede mas o menos abiertamente continuar haciéndoles la corte. Con enemigos de semejante calibre todo régimen podría durar eternamente.

Otra cosa es el escepticismo frente "a lo que acontecerá", o lo que va madurando, y "aquello que podría ser", o sea el porvenir.

Es que un escepticismo de la suerte de France destruye todo entusiasmo, quiebra todo impulso, aniquila toda esperanza y hace imposible todo movimiento de vanguardia. No queda más que el goce deportivo de la vida, que está exento de amarguras para el individuo, en quien, malgrado todo, sobrevive un ansia de ideal, por mitigado que sea.

Anatole France más de una vez se mezcló a las manifestaciones públicas de protesta, y siempre fué hacia ellas con el objeto de impedir alguna iniquidad que habría podido turbar la serenidad de la calma, en la cual se complacía vivir. También en esto buscaba más la satisfacción de una necesidad de tranquilidad que de justicia.

No deseamos reprocharle su adhesión a la guerra, recordando una magnífica página de Maeterlinck, quien hace depender el pensamiento de los sabios del pensamiento de las masas. Cuando en éstas se verifica una depresión, se origina una especie de influencia atmosférica nociva para la fuerza intelectual del químico, del astrónomo, del poeta y del filósofo.

No obstante su aparente audacia, la obra de Anatole France no puede considerársele una obra revolucionaria. Su filosofía escéptica y su indulgente bonhomía, nos parece que no corresponden muy bien a un período trágico como el nuestro. A los intentos de un retorno al pasado necesitaba oponerse una convicción inquebrantable, una voz vibrante, una conciencia firme, una suprema protesta. Es todo lo que le faltó al incomparable artista, quien vislumbrando la necesidad de una sociedad nueva no supo ser su precursor ni su apóstol.

El desalojo

Miseria. — No fué pagado el alquiler. — Mal envuelta, la escuálida y escasa ropa — está tirada en el medio de la calle. Esta mudanza es como una agonía.

La tenebrosa lluvia insulta y moja el carro, los andrajos, los muebles corroídos por la carcoma, que están desnudos, vergonzosos... y en ellos hay un alma que se queja.

Y piensa el lecho en el desgraciado amor que protegió, y que los pobres miembros de dos niños procreó para el hambre. ¡Oh, maldito amor el del tugurio!...

Y entre los escalofríos cruje: ¿Quién dió a la mal nutrida y esclava mujer el derecho de crear, por un beso, otra vida de angustias?... ¡El amor es un delito para los pobres!

Bajo la lluvia el carro chirría. Detrás, baja la frente, un obrero descarnado sigue sus ruinas. Pasa enmudecido, un

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no evolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Miguel Jiménez

(Conclusión)

Nadie ha expresado el mezquino y absolutista deseo de que la organización obrera monopolice al más bello y amplio de los ideales. Qué más quisiéramos que la idea que lleva por premoción la emancipación universal, fuera compartida y querida al igual por todos los seres, que entonces nada se opondría a la resurrección humana. La unión de intereses no es nada sin la comunión de ideas, y viceversa. Además, la clarividente experiencia nos ha mostrado, no sólo la incompatibilidad, sino también lo que podemos esperar de los que disfrutan una posición privilegiada. Ya el coloso Miguel Bakunin, desengañado de los halagados por la burguesía y de los pequeños burgueses, se entregó completamente a los desheredados e indigentes. Y los pocos luchadores libertarios que vieron por primera vez la luz en dorada cuna, renunciando a su acomodada condición, se dieron al trabajo y a los trabajadores. La anarquía es constantemente perseguida en las personas de sus partidarios, que son sus profetas; pero ella avanza, porque es la propia libertad, y ésta ha de reinar entre los hombres. Los trabajadores, por el hecho de estar tiranizados y constreñidos, son proletarios; pero al querer sustituir la tiránica trilogía Dios, Jefe y Amo por la de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no deseamos que todos sean proletarios, sino que, por la previa dignificación del trabajo, todos los hombres útiles sean libres productores.

Después que los anarquistas habían estado desarrollando todas sus actividades en la organización obrera, predicando sus ideales a las masas, denunciando los manejos de los políticos y desviadores arrivistas y demostrando a los trabajadores que su emancipación no la esperen de nadie sino de sí mismos, por lo que lograron mantener una fracción propia o movimiento obrero declaradamente colectivista-anarquista, de pronto cambiaron su posición, y alejándose de aquel campo donde habían echado sus ricas semillas, se dieron a la creación de grupos y al sostenimiento de esta organización específica. Por un sentido de imitación a los políticos de todos los matices, los anarquistas cometieron el grave error de formar, como ellos, un partido. Por este hecho, los anarquistas han ido perdiendo su influencia en las masas obreras. Y aunque más tarde pretendieron reconquistar su antigua influencia en el movimiento obrero, por hacerlo más que dentro, desde su agrupación ideológica, en toda su proporción ya no lo consiguieron. El sindicalismo, a cuya fundación contribuyeron algunos anarquistas que probablemente no llegaron a comprender la gravedad de su paradójica declaración de unir a los trabajadores por su condición de tales y al margen de toda escuela política e ideológica, había de ser, por consiguiente, refractario a la influencia libertaria y, en especial, a la emanada de la agrupación anarquista. Claro que ese amalgamado hibridismo y heterogeneidad sindicalista había de dividirse, fracasando, como es natural, la pretendida unidad sin distinción de ideas, ya que no es posible la persistencia y la constancia de una organización sin la afinidad de ideas e intereses de sus miembros.

A pesar de que cuantas veces se ha pretendido fusionar las diferentes tendencias políticas y religiosas, o sea coadunar a todo el proletariado, o no se ha conseguido o la escisión se ha producido inmediatamente, aun quedan amantes, entre los anarquistas, de la unidad obrera en el principio económico. Es ingenua esta pretensión de los que han sufrido toda serie de desprecios y despidos por parte de los socialistas. Es bien patente que la unión sincera y persistente no es posible entre quienes no sólo sustentan irreconciliables ideas y creencias, sino que también inasimilables métodos y tácticas sobre la lucha de clases. Toda organización sindical independiente acaba por desmembrarse por las luchas intestinas de las minorías ideológicas que aspiran a la hegemonía y a la dirección, y en las que la influencia y encauzación se encuentran ya en manos de una tendencia, las minorías de oposición obstaculizan su obra, por lo que de todas maneras, teniendo interior lucha de enemigos, no es posible que la organización pueda desarrollar su lucha contra el enemigo exterior. Toda colectividad precisa de un fin, por lo que no puede ser un sindicalismo neutro o de exclusiva resistencia. Por eso se necesita, no una unidad ficticia, sino sincera, firme, real. El anarquismo tiene soluciones propias y definidas para el arduo problema económico, labor que no realizan ni pueden los grupos anarquistas por su contextura por afinidad de criterios y temperamentos, sin distinción de profesiones; obra que no puede desarrollarse en una organización mediatizada que no tiene por enemigo más que al craso capitalismo; por eso propugnamos una organización propia y definida, que tenga por inmutable matiz, guía y finalidad al anarquismo.

El movimiento anarquista de nuestros días aparece en muchas partes dividido en diversas fracciones dedicadas a una actividad de propaganda y acción propias. El naturismo, el racionalismo, el especificismo, el economismo, etc., etc., se encuentran desvinculados. Cada vez se nota más la necesidad de unir estas distintas ramas que tienen una tendencia libertaria. En la federación de las agrupaciones culturales, de las asociaciones vegetarianas, de las corporaciones económicas y de los grupos proselitistas formadas por productores, está la base orgánica del movimiento obrero anarquista.

Laboremos por que la Asociación Internacional de los Trabajadores abrace, formando un solo haz, a todas las organizaciones que, integradas por obreros, tanto del brazo como del cerebro, tengan por suprema aspiración la emancipación política, intelectual y económica.

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

En todas partes se oye el mismo grito más o menos vehemente: hacen falta escuelas, muchas más escuelas. Son muchos los niños que llegan a la edad madura sin haber pasado por ellas, y otros que, aunque pasaron, no lograron fruto alguno en ellas. Son incontables los cerebros petrificados, dormidos, muertos, que podrían ser inagotable manantial de preciosos pensamientos. Ya los que todo lo esperan del Estado cual si fuera un ser todopoderoso, en nombre de la cultura y del progreso, en ululantes campañas, pedirán a los gobiernos la creación de escuelas que refinen las mentes infantiles con el buril de la enseñanza. Ya los que se adjudican el título de filántropos y cultos, menos estridentes y considerando insuficientes a los poderes públicos para tamaña empresa, se dispondrán a apoyar a los gobierno con su concurso para acabar por completo con el selvático analfabetismo. Ya se dedicarán las instituciones, tanto oficiosas como particulares, a la intensificación de la obra creadora de liceos y a dotarles de los necesarios métodos pedagógicos. En toda circunstancia que la juventud, que es gracia, viveza y alegría, aparte su afán e interés y se vea empujada instintivamente a eludir la escuela, por ser ésta un centro opuesto a su temperamento, no lograrán gran cosa los amantes de un resurgir instructivo. Mientras que el maestro prosiga ejerciendo en el colegio una conminadora potestad, por cierto más odiada y temida que respetada, y siga habiendo pocos maestros para muchos discípulos, que queden buena parte olvidados y desatendidos, continuará sin resolverse el problema educativo.

Para resolver un problema tan arduo como interesante, tal el de la educación de la infancia, no basta con la sola fundación de liceos para la enseñanza. La cuestión pedagógica va también unida a la económica por indisoluble lazo. La escuela no es una cosa que no tenga ninguna relación con la despensa. De poco sirve que, incluso, se declare gratuita y obligatoria la enseñanza en los colegios. Más cuando el capitalismo favorece el trabajo de los niños, y no sólo favorece, sino que obliga por medio del reemplazo de los hombres por niños y mujeres en las industrias, y además, por la insuficiencia de los sueldos bien mezquinos. Qué más quisieran muchos padres que procurar a sus hijos una docta inteligencia. Empero, mientras la escasez y la miseria sigan enseñoreadas de los hogares pobres, mientras los salarios no lleguen a cubrir las perentorias necesidades, mientras se sufran las angustias de esas crisis que se deben a la incapacidad burguesa, los padres se verán precisados a entregar al trabajo a sus hijos desde la corta edad, y a valerse de ellos, en lugar de llevarlos a la escuela.

Hay otro detalle que pesa mucho sobre el problema. Quizás la mayor gravedad de la cuestión que se trata reside en la propia enseñanza que se da a los niños en las escuelas. No podemos asegurar si es peor que se haga por sostener la ignorancia o que se labore por despertar la cultura de los pueblos. Claro que no tendría ni asomo de razón el sostener ésto si lo que se proporcionara fuera verdaderamente cultura. Pero no es así. Por eso no sabemos cuál de las dos actitudes que suele tomar el poder y el privilegio, según su carácter y a tenor de las circunstancias, es peor. Con la dogmática instrucción que se da en los colegios, en lugar de conducir a las mentes a las regiones de la claridad y del buen saber, lo que se hace es hundirlas en los abismos del misterio y de la obscuridad. Dícese que las primeras impresiones son las más perdurables, como también las primeras lecciones. Por ello, lo primero que se inculca en los niños es la ciega e indiscutible creencia en dios, como en sentido general, el temor, la docilidad y la obtemperación. Es así como en lugar de personalidades, se hacen sugestionados y supersticiosos autómatas. Porque en toda la primera enseñanza de las escuelas ocupan principal puesto y singular atención los textos morales y religiosos que hablan al discípulo de humildad y resignación. De esta manera se aherroja y se atrofia, sumiendo a los individuos en germen, en el fanatismo y en la abyección.

Frente a esta manifiesta catequización atávica, tenemos la enseñanza libre de nuestra escuela moderna y racionalista. En la hórrida e imponente negrura en que se halla este vetusto mundo, nuestras pocas y distantes escuelas se parecen a pequeños focos de rojiza luz titilante. En ellas es donde el niño es educado sin imposiciones, y sin restricciones es iniciado en el vasto y variado terreno del conocimiento humano. Pero son pocas, muy pocas. Hacen falta más, muchas más. Se precisan también mayor número de bibliotecas, laboratorios, ateneos y demás centros de estudios que vayan reduciendo la tenebrosidad del ambiente con sus ráfagas luminosas. Laboremos; que las organizaciones, aumentando las escuelas, diseminen la enseñanza libre e integral que desarrolle todas las facultades del individuo hasta el punto de comprender todos los fenómenos que se verifican en el orden natural.

Lo peor que podía pasarle a la escuela libre es que en ella se hiciera obra política proselitista. Lo más malo que nos podía suceder, es que, a imitación de las oficiales y religiosas que lo primero que enseñan es el catecismo, en nuestras escuelas en menor o en mayor grado se inculcara a los niños principios de la filosofía anarquista. La anarquía gusta de la dilección de los adictos, pero no del éxtasis de los ciegos creyentes. Y seguramente que lo que se haría con una propaganda escolar de esta naturaleza, sería llevar fanáticos a la anarquía. Al niño debe apartársele del libro tanto religioso como político, ya que no se halla en condiciones de poder comprender y contrastar los libros de todas las religiones y sus sectas, y de todos los partidos y escuelas políticas. El niño lo que precisa es de una enseñanza teórico-práctica de las ciencias y de las artes, en la que la inteligencia se una al trabajo, ya que son dos aspectos diversos de un todo. Con una instrucción exenta de toda mira tendenciosa, el individuo no sólo se capacita, sino que por sí mismo, y al chocar con la tiranía, da forma a sus deseos de libertad, aceptando la única idea concorde con su voluntad fuerte e indómita.

Lo mismo muestran error aquellos que sólo le dan importancia a la cultura quitándosela a la acción, que aquellos que sólo se la dan al brazo quitándosela al pensamiento. Una y otra labor deben realizarse juntas, al mismo tenor, porque ambas, además de complementarse, unidas son altamente beneficiosas y positivas. Quienes dan proporciones excesivas a la acción, deben comprender que ésta, sin inteligencia ni preparación, puede ser desastrosa y caer, como arma de doble filo, en propio perjuicio, como los que le conceden excesiva proporción a la cultura, deben entender que ésta, de llegar a adquirir importancia, sin la fuerza activa, es en seguida destruída debido a sus innovadores principios. La obra cultural tropieza con innumerables inconvenientes. Sobre todo la escuela, la que no puede ni en mucho contrarrestar por sí sola la labor opuesta de las incontables escuelas que tanto los gobiernos, las iglesias y la gente adinerada pueden a su alrededor establecer. Y aun en el caso

---

bría la mirada que no vuelve hacia atrás.

Va detrás de él la mujer, la llorosa mujer con los dos hijitos. Y van sin descanso adonde ellos ignoran. La lluvia los azota horrendamente.

Un austero dolor, que parece amenaza, tiembla por dentro en los harapos amontonados, y en el carro que cruje y gime, y en los cuatro errantes de rostros resecos.

Aquel gastado moblaje desnudo que en medio del fango lánzase al acaso; aquella miseria que obstruye la calle, parece el principio de una barricada.

ADA NEGRI

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrens, Perú 1537, Buenos Aires.

...poder influenciar y prevalecer, siempre les quedaría a los poderosos el recurso de la violencia. Por eso no conviene hacerse ilusiones. Por bien de la propia enseñanza integral, se tiene que ir pensando también en la revolución. La escuela puede dar hombres conscientes a la revolución social. Pero la revolución es precisa para que la escuela pueda desenvolver y desarrollar sin peligros la enseñanza libre y racional.

Poco adelantará el niño si del colegio tropieza con un medio completamente opuesto y reactivo. Con los enemigos que tiene que luchar la escuela racionalista, se encuentra el propio hogar de los discípulos. Con muchos de los escolares tienen que emplear los profesores todos sus esfuerzos en deshacer los efectos del ambiente y del hogar. Esto no sucederá si los padres de estos niños que asisten a los colegios libres hubieran modificado las condiciones de convivencia familiar. El interés de los libertarios debe primordialmente transformar la familia en un hogar, además de libre, igual, ya que en el mismo sentido pretenden transformar la sociedad. Además, los padres ... de sus hijos podrían favorecer la obra de enseñanza de las escuelas, completándola. Sobre todo la madre, si es ácrata, debe comprender que junto al hijo tiene un hermoso y virgen campo donde desarrollar sus conocimientos y actividades. Para la obra de educación del niño, ninguna persona mejor que ella, ni maestra. ¡Qué cosa más bella para la mujer que, ayudando o encomendándose la instrucción primaria del hijo, juntarse al título de madre, el de maestra!

MI SENTIR

"Siento antes que pensar, y el sentimiento pesa en mí como una poderosa razón".

Los problemas actuales del anarquismo son los eternos problemas de libertad y emancipación humanas, hechos más punzantes y urgentes, tanto por el desarrollo de la conciencia, como por el recrudecimiento que hoy sufren las injusticias sociales.

En el vaivén de la evolución social, resultado de la pugna de dos poderes (el naciente y el caduco) por la hegemonía, hemos retrocedido hasta las posiciones de nuestros abuelos. Y el problema más inmediato es la reconquista de las libertades políticas, peldaño necesario para alcanzar otros más elevados. Estas libertades que no pasaron de tener una existencia raquítica, pues la autoridad las limitaba a su capricho, son fundamentales para el anarquismo. Libertad de prensa, de reunión, de propaganda, de enseñanza, etc., pero reales y efectivas en la práctica, son necesarias a su difusión, a su vida. Es una necesidad elemental, ya que al revés que las demás doctrinas, sólo se difunde por el convencimiento, no por la sugestión y la simpatía, y precisa de la participación activa del individuo, del despertar de su conciencia y del auge de su personalidad.

Por ello, hoy está en trance de echarse en manos de una revolución política, sobre todo en los países acogotados por la dictadura. Dada la inferioridad del anarquismo para acometer por sí solo un acto revolucionario, y estando ideológicamente incapacitado para imponerlo, es ésta su única salida.

La fuerza para los hechos revolucionarios se ha buscado siempre en las masas, y de éstas desgraciadamente no puede esperarse sino la perpetuación de la autoridad, y, a lo sumo, el cambio de nombre de la dictadura.

No deja de ser una ilusión la que sufre al creer que la autoridad se destruye matando al tirano, que la tiranía se destruye demoliendo la organización que la sostiene.

La autoridad se cimenta en el espíritu de sumisión, en el espíritu de obediencia, que nos legaron nuestros ascendientes y nos inocularon en el ambiente familiar. Siendo la sociedad una extensión de la familia, cimentada en la autoridad del padre, representante de los antepasados, y en la obediencia de los hijos, débiles, ignorantes y necesitados de tutela, no puede ser cambiada sin una lenta labor educativa que ha de empezar por el ambiente familiar, seguir en la escuela y continuar en la calle.

No, no fué el tirano quien, abusando de su superioridad, impuso vasallaje a sus súbditos; sino que fué el espíritu de sumisión de éstos el que encumbró al tirano y le otorgó voluntarioso todo su poder.

El problema fundamental del anarquismo, de hoy y de mañana, ha de ser la destrucción de ese espíritu de obediencia, propiciando por todos los medios en el individuo el despertar de su conciencia y la soberanía de su personalidad.

La tarea del momento es la conquista de la libertad de acción, mermada hoy, de más a menos, en todos los Estados.

Los medios con que cuenta para esta conquista de libertades elementales, a falta de una organización permanente, no pueden ser sino circunstanciales. Pero por favorables que nos fueran la pública opinión, el general descontento, la oportunidad del momento y hasta el azar en un movimiento arriesgado, la consolidación de lo conquistado exigiría la permanencia de un estado de fuerza.

A mi ver, lo más cuerdo en este respecto son las alianzas o frentes únicos; la aunación de esfuerzos de todos aquellos que tengan por denominador común esas libertades primarias. Como cuando se unen varios para hacer una jornada de camino, forzosamente han de ir todos, y para ir unidos, al paso del más torpe; y el que más perjuicio sacará del acuerdo será el más ágil, o el que haya de ir más lejos. Si puede recorrer solo el camino hará bien en no juntarse al paso lento de los demás. Mas si necesita de la orientación o apoyo de los otros para los primeros pasos difíciles de la excursión, ¿no será necedad suma permanecer en el punto de partida, en pugnas y discusiones estériles, o adentrarse solos en la selva a riesgo de ser aniquilados? Es natural que cada cual tienda a sacar el mayor provecho posible para sí, y ello no debe ser motivo de rompimiento. La condición necesaria es que cada tendencia conserve su autonomía y que el acuerdo, de carácter pasajero, se establezca en vista a aprovechar una oportunidad.

—

El paralelismo existente entre el desarrollo individual del hombre y el desarrollo de la humanidad no puede ser más sorprendente y exacto. El Dr. Jaworski ha tenido el acierto de hacerlo resaltar, aunque no podamos seguirle en todas sus deducciones. En efecto, la humanidad conoció en su infancia la exacerbación de la autoridad en el despotismo, y la extrema obediencia en la esclavitud. El poder era omnipotente, hasta divino. El pueblo débil, ignorante, necesitaba de la protección y la luz del poderoso. A medida que la humanidad ha ido creciendo en edad, el pueblo lograba conquistar algún nuevo derecho y el poder se iba dulcificando y complicando. Al niño se le dejaba salir de casa, pero para volver en seguida y sometido a vigilancia. A la esclavitud sustituye el servilismo. Empiezan a reconocerse derechos al pueblo; éste va cada vez comprendiendo mejor su papel de sostén, hasta llegar el momento actual, análogo a aquel de nuestra juventud en que el padre recrudece su poder y su vigor ante la audacia del hijo siempre insatisfecho, y en el que éste, aun incapaz de vivir por su cuenta, acepta la protección paterna en espera de mejores días.

Aun la humanidad no ha llegado a la mayoría de edad, en que será capaz de pasarse sin tutelas ni protecciones. Va hundiendo en el descrédito a esas sus amos, aprendiendo a distinguir lo engañoso y a no conformarse con derechos nominales, ni con escritos en papel mojado, a no fiarse, en una palabra, de la política. Pero al lado de un núcleo cada vez mayor de hombres emancipados y en lucha franca contra la autoridad, la humanidad tiene el lastre de una mayoría sumida aún en el espíritu de obediencia, embrutecida por la ignorancia, la miseria y el alcohol, y aturdida con distracciones, vicios y mercedes engañosas.

Despertar a la vida libre, a la independencia de la personalidad, a esas muchedumbres en las que se sostienen y encuentran apoyo todas las injusticias e ignominias sociales, es la tarea y la misión de los individuos liberados.

Creo en las virtudes y en la eficacia de la plena libertad concedida sin tapujos ni restricciones, pero tengo para mí que, sin autodominio, sin el culto de la personalidad, sin autoeducación, es decir sin *esfuerzo activo en el individuo* por capacitarse para la vida independiente, no puede tener realidad el anarquismo.

Es la lección que debemos sacar de la historia.

La organización anarquista de la sociedad, lejos de ser una vuelta a las formas primitivas de convivencia humana, — patriarcados o matriarcados —, es una forma avanzada de asociación, de perfeccionamiento evolutivo, a la que sólo se puede llegar por una superación de los individuos, o por haber alcanzado la humanidad su mayoría de edad. Es un avance, no un retroceso; un ensayo de perfección más que una negación de la civilización. Si supone un cambio radical en las costumbres y las relaciones humanas, y es una etapa ascendente en la evolución humana, no puede menos de ser revolucionaria, en la más elevada y completa acepción de la palabra. Por lo hondo y radical del cambio que propugnamos, se nos tilda — como a todos los que

---

D. A. DE SANTILLAN — (2)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

—

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar de un modo poco duradero las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fué el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado, ni se mostró más sumiso, en espera del ... público, que en esta hora.

Precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista los que consideran como la misión principal de su existencia el descubrimiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria actuales. Por lo tanto, ahí tenemos el panorama de la crisis presente: su incapacidad para propiciar soluciones de cierto ...

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la lucha por la jornada de seis horas, teníamos ante nosotros el malestar insoportable de la postguerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio a la situación del proletariado; una reducción de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo, y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social, que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados pero en esos países el grueso del ejército proletario está dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista para la discusión de sus teóricos es la concurrencia de los continentes. Se quisiera dar vida a una confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados europeos rivales, y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de Africa y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa, y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema capitalista. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados, como un todo, y defenderse rabiosamente contra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

—

Sobre la crisis de la desocupación no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

1. — *La jornada de seis horas*, de que trataremos;
2. — La tesis de los capitalistas europeos, según la

se anticipan a su tiempo — de locos, visionarios y utopistas.

La anarquía se relaciona con el proletariado, porque éste le proporciona su máxima difusión y el mayor número de adeptos, el entusiasmo de sus luchas y el afán de progreso de sus privaciones, porque el problema económico es el más apremiante y el que más subleva a un espíritu apasionado. Pero ello no quiere decir que la anarquía haya de ser exclusivamente proletaria.

Lo esencial en la educación libertaria del niño, es tratar de desarraigar en él el espíritu de obediencia, que todo, hoy, tiende a fomentar. Esta empresa ha de comenzar en la familia, en la que el padre debe dejar de ser el amo y el jefe para convertirse en el guía y el mentor del hijo débil y necesitado de tutela; proseguir en la escuela, en la que el maestro no se imponga por el terror sino por la simpatía, el afecto y la persuasión. El quid está en acertar a despertar en él el afán de autoeducarse, y ésto no se consigue con panaceas ni con fórmulas, sino con cariño, voluntad y acierto. Los métodos pedagógicos que desarrollan la iniciativa, el razonamiento y el sentido crítico, son excelentes para el logro de esta finalidad.

Al arte no creo se le deban marcar senderos. Su orientación no depende de otra cosa que de la inspiración del artista. No al arte, sino al artista es a quien hay que pedir eleve su obra por encima del negocio, de la gloria y del halago a los instintos de las masas. Basta que el arte se libre de estas concupiscencias para que se convierta en instrumento de emancipación humana.

Las tendencias individualistas me parecen bien, como una reacción contra el colectivismo devorador de la unidad hombre. Por encima del interés colectivo, que no pasa de ser una abstracción, y por encima de la ley de mayorías está la realidad, el hombre, con su derecho sagrado a la vida, a la independencia y hasta a la rebeldía. Para que la rigidez de toda organización y la vida restringida de toda colectividad no prependeren sobre los derechos y aspiraciones individuales, es conveniente y hasta necesaria esa exaltación del individualismo. Es la garantía del equilibrio que debe existir entre el individuo y la colectividad.

Rehuyo dar mi respuesta al último punto de la encuesta, tanto por mi falta de documentación para acometerla, como por creer que tomar en serio la Biblia, — esa recopilación de textos antiguos, con intangibilidad de dogma e interpretaciones tan traídas de los pelos, como la de Scio, — es caer en la ingenuidad de que se puede convencer a un fanático, es decir a una mentalidad en la que el juicio camina por carriles.

La historia comparada de las religiones, enseñada en la escuela (en la edad en que aún el juicio no tiene la manía de los caminos trillados), es el mejor antídoto contra el envenenamiento religioso tan difícil de curar una vez desarrollado en la edad adulta.

UN MEDICO RURAL

Valencia (España).

Nuestros muertos

René Chaugi

En el mes de agosto del año corriente murió en Elancourt (Francia) Henri Gauche, conocido entre nosotros por el pseudónimo de Henri Chaughi, el autor del folletito "La inmoralidad del matrimonio". Fué colaborador, durante largos años, de *Les Temps Nouveaux* de París.

Lizzie N. Holmes

Nuestra valiente camarada, Lizzie N. Holmes, nacida en 1850, falleció en Santa Fe, Nuevo Méjico, el 8 de agosto, a los 76 años de edad.

Sobreviviendo por muchos años a sus tiempos de activa militante, las jóvenes generaciones de anarquistas no conocen su nombre, más los viejos compañeros que aún leen sus escritos no la olvidarán.

Partiendo del movimiento socialista, fué atraída por las doctrinas anarquistas, y en 1886, en la época del famoso proceso de los anarquistas de Chicago, se hallaba como secretaria de redacción, con Albert Parsons, en el periódico *Alarm*. Cuando la policía atacó la pacífica manifestación en Haymarket y una bomba fué arrojada contra aquélla y cuando los principales anarquistas fueron arrestados — no solamente por ser tales sino por encabezar el movimiento por la jornada de 8 horas — Lizzie Holmes se hallaba entre los que se pretendía procesar. Era naturalmente tan *culpable* como los otros, sus compañeros de prisión; pero sin duda las autoridades, reflexionando que la presencia de una mujer podía acarrear tropiezos y dificultades al asesinato judicial, antes que se instaurara el plan del proceso fué libertada.

Durante muchos años después sus cartas, sus correspondencias publicadas en *Alarm*, *Lucifer*, *Labor Enquirer*, *Freedom*, fueron leídas con pronunciado interés por los anarquistas de habla inglesa; mientras que sus artículos en la Associated Labor Press, difundidos por todos los Estados Unidos, eran discutidos entre los trabajadores norteamericanos por un gran número de los más inteligentes y avanzados, ideológica y mentalmente.

Sus hijos han muerto; pero pudo ser abuela antes de morir. Sobrevivió a su compañero de ruta en cuarenta años: W. Holmes, un camarada valeroso, activo y muy estimado. Lillian White, un poco más joven que ella, vive aún, también una escritora libertaria, — ahora en Los Angeles, — quien conserva como siempre su fe intacta en la causa de la libertad. Su sobrina es viuda de nuestro brillante Jonatham Mayo Cranes.

Es una gran lástima que ella no se haya preocupado de conservar y coleccionar sus escritos. Una norteamericana de raza, quien sabía comprender completamente la psicología de su pueblo, sus escritos lúcidos, bien informados, vigorosos en la expresión de sus pensamientos y atemperados por su buen sentido, ejercieron una gran influencia en su época, y aún ahora serían dignos de reproducirse en su mayor parte.

Adiós, vieja camarada. Sentimos que te hayas ido; pero no pena, porque tu vida fué útil y noblemente vivida en una bella realización de sí misma.

T. H. BELL

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque hispano-americano para 1927", (año XVIII). Director José Brisa, ilustrado con 265 grabados. Editorial Maucci, Barcelona — España.

Dr. Krumm-Heller. — ROSA CRUZ. Novela de ocultismo iniciático. Un volumen de 230 págs. en 8.o E. Maucci, Barcelona.

Rocker Rudolf. — LA MALDICION DEL PRACTICISMO. 32 págs. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 10 centavos.

El haber sido publicado ese interesante trabajo en este SUPLEMENTO y el nombre del autor nos eximen de hacer algún comentario sobre este nuevo folleto, cuya amplia difusión merece ser recomendada.

Emma Goldman —LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA. 14 páginas. Biblioteca de Generación Consciente, Valencia (1926). Precio: 20 céntimos.

Nuestros lectores conocen este trabajo, que forma parte del libro de la compañera Goldman titulado *"Anarquía y otros ensayos"*, por haber sido publicado en este mismo SUPLEMENTO el número pasado. La edición de "Generación Consciente" de Valencia es excelente.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Veglia, anarchica mensil; Nº 3, julio-agosto, París. Trae el siguiente sumario: Elogio del ideal, por Auro d'Arcola; Magnaud: el amigo de los ladrones, por A. Borghi; Albores de vida, por V. d'Andrea; La rehabilitación de los borbones, por Massar; Gitanescas, por Tatiano; Hacia lo ignoto, por Renzo Novatore; El congreso de Génova de 1892, por Felice Vezzani; El último proceso de Eva, por Camilo Berneri; La mancha, por Leda Raffanelli, y otros trabajos.

Gazzetta Medica Italo-argentina, año IX, Nº 8, del 15 de mayo.

GENERACION CONSCIENTE, septiembre de 1926, Valencia. Esta revista mensual se ha comenzado a publicar hace 4 años en Alcoy y últimamente se trasladó a Valencia. Como su nombre lo indica propaga la generación consciente y un sistema de vida naturista desde un punto de vista libertario. El número suelto vale 50 centavos.

VERBO ROJO, Nº 1, del 14 de agosto de 1926, México. — Hemos recibido el primer número del nuevo órgano de nuestros camaradas mexicanos. La redacción está compuesta por G. Durante de Cabarga y Rafael M. Saavedra; el administrador es J. C. Valadés. Deseamos a este periódico, que tiene el propósito de salir dos veces por semana, la más próspera existencia.

Publications de "La Revolté" et "Temps nouveaux". Nº 42. Publicación dirigida por Jean Grave, en Robinson, par Sceaux.

El Obrero Anarquista, septiembre de 1926, número 4, Lima (Perú).

Revista sud-americana de endocrinología, immunología, quimioterapia, Buenos Aires. Recibimos el número 9 de este año, correspondiente al 15 de septiembre, con un rico sumario de trabajos originales y un vasto resumen de artículos de otras publicaciones.

Bibliografía. — Hemos recibido los 3 primeros números de esta publicación iniciada en Rosario y trasladada a partir del 4 de septiembre a la Capital. Sale quincenalmente y es uno de los primeros ensayos de bibliografía sistemática en este país.

---

cual, para concurrir con los Estados Unidos, no hay más que una salida: *reducir el costo de la producción*. (Por reducción del costo de la producción se entiende, disminución de los salarios y aumento de la jornada de trabajo. Esta tesis es tan convincente, que los sindicatos reformistas alemanes dieron su consentimiento a la implantación de esa táctica por los grandes industriales de Alemania);

3. — La tesis del *aumento de la capacidad de compra de los trabajadores*, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor, y se produce el fenómeno de una crisis, en que los depósitos están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifiestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aun el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran, porque no encuentran consumidores o mercados para sus productos, y los consumidores se mueren de hambre, tiritan de frío y sucumben a las privaciones, porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy: es un elemento integrante de todo el sistema capitalista, desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabaja menos horas y, sin embargo, esa nación puede concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados, James J. Davis, en un artículo de la *"Montly Labor Review* (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: *"Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios"*. Y la perspicacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo, por una parte, y, por otra, ponen sus fondos a disposición de los industriales, que pueden proseguir así cómodamente sus negocios. ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaren a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial, para levantar un poco el nivel de las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, ahora los socialistas tienden a inclinarse a favor de la tesis de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios, pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos. Además, si los Estados Unidos pueden presentar ya ejemplos de la eficacia del sistema del aumento de los salarios para superar momentos difíciles de la economía nacional, es casi seguro que, generalizada, esa táctica chocaría de inmediato con graves inconvenientes que la reducirían a la impotencia.

Una cosa, sin embargo, parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar a la crisis que se prolonga demasiado, una solución práctica inmediata. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

Antes hemos de dar algunos datos elocuentes, para explicar la génesis de la desocupación crónica de la postguerra.

Tomemos al azar un periódico cualquiera; por ejemplo: el *Vorwaerts* de Berlín (4 de mayo 1926). He aquí lo que leemos:"

"En la calle Belle-Aliance trabaja la primera máquina pavimentadora (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2.000 de esas máquinas y se construyeron con ellas desde hace 10 años unos 60.000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15 mil marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el apilonamiento y el pulimento. Los railes por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de

AÑO V — BUENOS AIRES, 11 DE OCTUBRE DE 1926 — N.o 244

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANA[L]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 ... TORRENTE

Francisco Ferrer y la huelga general

Francisco Ferrer, el militante anarquista

Hemos divulgado durante muchos años la personalidad de un Francisco Ferrer enamorado de nuevas doctrinas pedagógicas y mártir de un ideal de educación libertaria. En realidad no es pequeño su mérito en este concepto. Su acción desde la Escuela Moderna de Barcelona, y la valentía con que ofrendó la vida por la afirmación de sus ideas, merecen el más caluroso recuerdo de la humanidad.

Sin embargo, aprovechando esta nueva fecha del aniversario de su muerte queremos presentar a Ferrer en uno de sus aspectos, el más ignorado comúnmente, y el más importante para la causa de la revolución: nos referimos a su actividad de militante anarquista.

Después de haber transcurrido tantos años, al repasar en la memoria la labor de Ferrer anterior a la Escuela Moderna, constatamos en él un carácter práctico como hay pocos y una voluntad a toda prueba. Intelectualmente no era un genio, pero sabía poner a contribución la inteligencia de los mejores y más hábiles de su tiempo. Sabía adonde iba y tenía el arte de suscitar energías para la realización de sus planes. Lo que ha hecho en el terreno editorial es una muestra de sus tendencias y sus propósitos ulteriores. Amaba la revolución sobre todas las cosas y nunca hubo en la España revolucionaria un hombre que recogiese en sus manos tantas fuerzas para operar la transformación social deseada. La Escuela Moderna fué un pequeño eslabón en la cadena de sus esfuerzos; su influencia sobre el movimiento obrero era evidente, aunque no siempre directa. Si él no hubiese desaparecido, la suerte de España habría sido, tal vez, diversa. Nadie le ha substituido; hubo pensadores y escritores distinguidos, hubo fabricantes de motines sumamente atrevidos y audaces; hubo hombres de gran espíritu de sacrificio, pero no hubo revolucionarios de la talla y de la capacidad práctica de Francisco Ferrer, de sus dones para la organización sólida de un movimiento, de sus cualidades para encauzar energías hacia un fin definido.

Desapareció él y en la mentalidad de los militantes se hicieron dos conceptos relativamente independientes de la propaganda y de la revolución; estos dos conceptos no han continuado formando algo así como el anverso y el reverso de una misma cosa. Sólo los hombres de acción, pues hombre de acción era en primer lugar Francisco Ferrer, saben fusionar, soldar inseparablemente la propaganda revolucionaria con la idea de la revolución, de su preparación, de su realización en el plazo más rápido posible.



Los artículos que se leerán a continuación, son tomados de "La Huelga General" de Barcelona, publicada de 1901 a 1903 por Ferrer con la colaboración de Anselmo Lorenzo. Creemos que han de ser estudiados por nuestros camaradas jóvenes y que su estudio les hará comprender que la personalidad de Ferrer era la de un hombre de acción que no entendía la propaganda como un deporte entretenido, sino como una preparación revolucionaria.

Que ese ejemplo nos sirva de estímulo y de guía para una renovación de la vida revolucionaria internacional. La reacción española no le quitó la vida precipitadamente; sabía lo que Ferrer significaba, de lo que era capaz. La Escuela Moderna fué un pretexto estúpido; se le mató por ser un militante anarquista realmente peligroso para el capitalismo y el Estado. Su memoria es para nosotros todo un tesoro, todo un símbolo.

Declaración librepensadora

(Presentada por Ferrer al Congreso de Praga en 1907; aprobada en el Congreso librepensador de Barcelona, celebrado en el primer aniversario del fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna, y olvidada después por los librepensadores en general).

Para que la reunión de hombres denominada el Libre Pensamiento tenga verdadera y positiva eficacia, ha de proponerse desvanecer errores y destruir las causas sociales que perpetúan la ignorancia.

Más que descubrir verdades, que es un trabajo, en gran parte, de carácter individual, que corresponde a los científicos, ha de emplear su poder colectivo en combatir absurdos y privilegios, que en todos los países conservan sistemáticamente la ignorancia popular y hacen del saber una excepción, estableciendo una horrible diferencia entre lo que saben unos pocos y estancado queda en un número reducido de individuos, y lo que cree la generalidad constituído por la suma dolorosamente inmensa de dogmas, creencias, preocupaciones, errores, supersticiones y leyendas tradicionales afirmados por atavismo y remachados por la miseria.

Todos esos hombres y mujeres que viven del salario o que ni al salario llegan, si no son en su mayoría analfabetos, no pueden dar a la lectura su grandiosa utilidad, o que quizá la misma lectura les sumerge más en la ignorancia, porque, por ella, a semejanza de los locos razonadores, argumentan en contra de la razón, son seres rebajados de la dignidad humana. En ellos la grandeza del pensamiento no puede extender su vuelo natural.

Ese rebajamiento tiene su causa poderosamente arraigada en la constitución de nuestra sociedad, entendiendo por sociedad el conjunto de las naciones civilizadas.

Francia, la nación guía, la de las iniciativas progresivas y revolucionarias, la que proclamó los derechos del hombre y del ciudadano afirmando que "los hombres nacen y permanecen libres e iguales y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre", esa Francia democrática republicana y actualmente radical, que da la norma de la civilización moderna, tiene en su código estos dos artículos:

"Art. 457. Los frutos industriales, los frutos civiles, la cría de los animales pertenecen al propietario por derecho de accesión.

"Art. 548. Los frutos producidos por la cosa no pertenecen al propietario sino a condición de hallarse a su cargo los gastos de labor, trabajos y simientes, hechos por un tercero."

Por el art. 457 el propietario es usurpador de la riqueza social, natural y producida; se apropia una parte del mundo y una porción de las fuerzas vitales naturales, y, por accesión y mediante el salario, despoja a los no-propietarios del fruto de su trabajo.

Por el art. 548 el trabajador es un tercero sin derecho al suelo, a las fuerzas naturales, a la participación en la ciencia ni a la riqueza social, que queda reducido a la vil condición de explotado jornalero, productor de riqueza, abastecedor de insaciables privilegiados.

Esos artículos tienen su analogía con otros absolutamente equivalentes en el Código civil español y en todas las naciones, monarquías y repúblicas de la época, y por eso en todas ellas existe ese proletariado desheredado que reemplaza con escasa ventaja al esclavo de la antigüedad. Los legisladores romanos establecieron esos preceptos legales, vigentes después de treinta siglos a pesar de las transformaciones y revoluciones ocurridas, para determinar la diferencia entre el hombre-persona y el hombre-cosa, y si en Roma encajaba perfectamente, dada la existencia de patricios de un lado y de plebeyos y esclavos de otro, esa distinción es hoy insostenible en la igualdad nominal política de nuestros días, considerando además que el privilegio en la sociedad ha de desaparecer evolucionariamente, puesto que las ideas de libertad y de igualdad políticas agitan las multitudes desheredadas, y revolucionariamente porque el proletariado consciente internacional ha determinado su voluntad en el propósito de que cese la usurpación propietaria capitalista.

En virtud de estas consideraciones y en vista de esta situación, el Congreso del Libre Pensamiento declara que quiere la verdad para todas las inteligencias humanas, y se propone trabajar contra el error, dirigiendo su actividad a transformar la usurpación propietaria en la participación de todos en el patrimonio universal.

Francisco FERRER

CONSIDERACION PREVIA

En esta sociedad aburguesada en que vivimos, que limita toda noble aspiración, que deprava todo generoso sentimiento y que se desarrolla entre un disolvente antagonismo de intereses, que pretende justificarse con la fórmula de colorido científico "la lucha por la existencia", Ferrer fué un hombre verdaderamente excepcional.

Hombre de inteligencia clara y carácter recto. Ferrer rechazaba, cuanto era humanamente posible, las hipócritas sinuosidades del convencionalismo y del oportunismo, y podía considerarse como el primero entre el corto número de los sinceros, de aquellos para quienes la lógica halla en línea recta el pensamiento, la palabra y la acción.

Sus enemigos, hallándose en situación diametralmente opuesta, le conocieron bien: por eso se conjuraron para perderle y consiguieron su propósito.

Sus amigos, triste es manifestarlo, teniendo con él solamente concomitancias parciales y hallándose generalmente distanciados, no pudieron conocerle, porque le vieron a través de sus preocupaciones o de sus conveniencias, y le juzgaron como un excéntrico bondadoso.

Si todos los que elogian hoy a Ferrer y su obra se hubieran unido a él cuando vivía y trabajaba: si la propaganda oral y escrita y los recursos reunidos en pro de la memoria de Ferrer muerto se hubieran acumulado para secundar la iniciativa de Ferrer vivo, no tendríamos monumentos ni nombre de calles, plazas y paseos en gran cantidad, enalteciendo el nombre del precursor y del mártir, pero tendríamos muchas escuelas racionalistas en el mundo que, en todos los idiomas de la civilización y relacionados entre sí, pronto hubieran estado a punto de entregar a una nueva generación racionalmente educada los destinos de la humanidad.

Inútil es lamentarlo; no sucedió así porque era imposible: el vulgo, y ante las grandes personalidades del genio y del carácter ya se sabe que son vulgares muchos hombres calificados de eminentes, no pudo dejar de vivir supeditado al atavismo, al medio y al mísero antagonismo dominante, y se elogia a Ferrer, más por el rutinario culto a los muertos que por el deseo de proseguir su obra. Y tanto es así, que si buscamos ideas entre los que se agitan para honrar la memoria de Ferrer, sólo hallamos políticos que preconizan la enseñanza obligatoria laica, o pedagogos que discurren sobre tecnicismo profesional, dirigiéndose todos a una enseñanza cívica. De la enseñanza racionalista de la Escuela Moderna, apenas si logran dar una idea, confundiéndola casi siempre con el tipo de la escuela laica, que es como únicamente comprenden la negación de la enseñanza religiosa tradicional.

Hay un aspecto poco conocido en la personalidad de Ferrer que conviene poner en claro. A Ferrer sólo se le conoce como antiguo revolucionario zorrillista o como fundador de la Escuela Moderna; de su intervención en el movimiento obrero sólo se sabe lo que, acerca de una ligera muestra de simpatía hacia la federación Solidaridad Obrera de Barcelona, se dijo en su último proceso, y lo que sirvió de tema a ciertas malévolas declaraciones de algunos políticos.

Para la generalidad era, o un revolucionario jacobino, o un filántropo educador. Con tales calificaciones, los que le juzgaban, siendo incapaces de comprender su grandeza altruista, le tenían por una especie de Quijote, desconocedor del mundo, destinado a estrellarse contra la realidad.

Como todo el que se separa de las grandes masas o agrupaciones por haber adquirido personalidad propia, no obedecía a ningún partido y no podía aplicársele ninguna denominación de carácter colectivo. En una carta dirigida a unos jóvenes barceloneses desde la cárcel de Madrid les decía: "No juguemos con palabras: liberales, republicanos, anarquistas... tan sólo palabras, de las que debemos huir los que marchamos de todo corazón hacia el ideal de la regeneración humana."

No siendo un partidario, no pudiendo someterse a una disciplina, tenía poderosa iniciativa y extraordinaria actividad. De ello dió prueba cuando, organizada y en funciones la Escuela Moderna y su biblioteca, quiso contribuir al movimiento de las reivindicaciones proletarias con la creación de un periódico y de una biblioteca de propaganda. El periódico fué *La Huelga General.*

Uno de los biógrafos de Ferrer ha dicho: "He interrogado a media docena de amigos íntimos de Ferrer sobre la evolución de sus ideas. Desgraciadamente no dejó obra alguna en la que se pudieran apreciar sus opiniones ya maduras. Su única obra literaria fué una gramática elemental de la lengua española. Pero hay bastantes pasajes en sus cartas y en su diario que corroboran el juicio que yo formé sobre sus últimas opiniones, después de haber interrogado cuidadosamente a sus amigos."

Si el autor de esta cita hubiera conocido la existencia de *La Huelga General* y hubiera recordado que, según el auditor del 4o. distrito, Ferrer usaba el pseudónimo *Cero*, hubiera tenido en cuenta unos artículos de aquel periódico que llevaban al pie esa firma.

A la publicación de aquellos artículos, de algunos escritos con mi colaboración, del programa de aquel periódico y de una carta interesante de Reclús, se dedica el presente folleto, en honra de Ferrer y en provecho de la emancipación de los trabajadores.

Al coordinarle, recuerdo con emoción aquellas horas dedicadas en el grupo "La Huelga General", que se compuso de tres individuos: uno Ferrer, muerto gloriosamente; otro que cayó en el miserable abismo del escepticismo, y el que firma con la temblorosa mano de la invalidez.

Léanse esos artículos que presentan la huelga general, pasando sobre los accidentes que ofrece en su contraste con el régimen actual, como arma defensiva y ofensiva del proletariado y como instauradora del futuro régimen comunista, y en ellos se verá que presenta hechos, aconseja línea de conducta y excita al estudio de futuros problemas que han de tenerse resueltos con precisión científica cuando lo exijan las circunstancias, dejando en esos escritos marcada la huella de su originalidad y de su carácter: rectitud, claridad, energía.

Lean los trabajadores esa prosa despojada de todo artificio y repleta de pensamientos, inspírense en ella para desarrollar el pensamiento, avalorando la propia personalidad, y así honrarán de manera positiva la memoria del racionalista que murió fusilado en aquel castillo donde pocos años antes se lanzó la idea de que habían de cerrarse los ojos a la razón.

Anselmo LORENZO

PROGRAMA.—

El trabajador es un hombre: el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante son hombres.

De hombres a hombres, cero.

Si en matemáticas sociales de hombre a soberano, a pontífice, a legislador, a gobernante va una resta

de USURPACIO:	DESPOJO
de TIRANIA:	SUFRIMIENTO
de SOBERBIA:	HUMILLACION
de CRIMENES:	SANGRE Y LAGRIMAS

tan estupenda como la que llena la historia de la humanidad, la naturaleza lo niega, el sentido común lo rechaza, la justicia lo anatematiza.

El trabajador está en su puesto natural, es el Adán de la concepción primitiva; si la sociedad humana existe única y exclusivamente por la imposibilidad que tiene el hombre de atender a sus múltiples necesidades; por la facilidad con que produce con exceso del género de producción que constituye su especialidad, y por el cambio de esos productos excesivos, el trabajador, vedle en el campo, el taller, la fábrica, la obra, la mina, la cantera, la locomotora, el barco, el muelle, la estación, el escritorio, el gabinete, el laboratorio, trabajando siempre, produciendo con exceso; tanto, que lleno está el mundo de las maravillas creadas por el trabajo, repletos están los almacenes de productos, y hasta se da el caso de surgir crisis por exceso de producción, y sobrevienen conflictos internacionales por la apertura de mercados; mientras que el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante y el privilegiado de toda clase que bajo su amparo se cobijan, no sólo no le dan productos cambiables por su sobreproducción, sino que hasta de lo indispensable a la vida le despojan, dejándole como único recurso de subsistencia el rancho del esclavo en la antigüedad, el jornal del obrero en nuestros tiempos democráticos, y como resumen, en la estadística de la mortalidad la cifra ínfima de la media en una desproporción verdaderamente sangrienta.

Tanta maldad, aunque se consigne en reales cédulas, en encíclicas, en códigos y en decretos, y se defienda en libros, periódicos, púlpitos, tribunales, tribunas y ateneos, y se le proclame además cristiana, legal, científica, dorando la píldora amarga con todos los calificativos aceptables, no tendrá jamás la sanción de la naturaleza, del sentido común ni de la justicia; por lo tanto, quien esa maldad utiliza, apoya y defiende es el verdadero rebelde.

Somos trabajadores, aceptamos hace ya años la fórmula social "no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes" y venimos a trabajar por la abolición del jornal y a reclamar nuestra parte en el patrimonio universal.

Estamos en el terreno de lo naturalmente humano, de lo humanamente lícito y desde él declaramos la rebeldía a todo género de usurpadores del trabajo.

Nos proponemos, pues, la normalidad social que ha de dar a la humanidad la felicidad que los explotadores le roban y que sus teorizantes le disputan.

Para lograrlo, nuestro título es todo un programa.

Queremos reunir a los trabajadores, o a lo menos a la minoría inteligente y activa que necesitan siempre las iniciativas transformadoras, en compacto haz que formule la ciencia revolucionaria y practique la revolución por el único medio ya posible: la paralización temporal del trabajo.

Hoy como en el 31 de Enero de 1872, pueden y deben repetirse estas palabras del Consejo federal de la Región Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores:

> "Trabajadores, es menester que esa libertad que todos proclaman, que todos dicen amar, tenga una garantía, la única que puede hacerla imperecedera: la transformación de las condiciones sociales.
>
> "Es menester que, si la revolución llega, si en ella tuviésemos alguna participación, no abandonemos el campo de la lucha, no soltemos las armas sin haber visto realizada nuestra gran aspiración: la emancipación social de los trabajadores por los trabajadores mismos.
>
> "Es menester que no fiemos a ninguna clase, a ningún partido, a ningún poder la obra de nuestra emancipación. Es menester que antes de que vuelva a constituirse poder alguno, los trabajadores entren en posesión de lo que legítimamente les pertenece: el usufructo de los instrumentos del trabajo, sin lo cual no puede haber garantía para la vida del obrero, ni por consecuencia para su libertad.
>
> "Es menester que los trabajadores, una vez triunfantes, en el perfecto uso de su derecho, se constituyan en cada localidad en asamblea general de federados y acuerden solemnemente la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva, entrando inmediatamente a usar de todos los instrumentos de trabajo, como tierras, minas, ferrocarriles, buques, máquinas, etcétera, etc., haciéndolas administrar por medio de los Consejos locales de sus federaciones respectivas.
>
> "Es menester, en fin, que el proletariado realice por sí mismo la justicia".

Venimos dispuestos a no transigir con oportunismos políticos ni socialistas: lo más íntimo de nuestro pensamiento, lo más sincero de nuestra conciencia, lo



más puro de nuestro ideal estarán siempre en la punta de nuestra pluma.

Aunque reconociendo a todo revolucionario la libertad de su pensamiento, no eximimos a nadie de su responsabilidad, reservándonos nuestro juicio para exponerle a nuestra libre voluntad, sin acatar ni sufrir los apasionamientos, las excitaciones ni las impaciencias extrañas a nuestro fuero interno.

Considerando que en esta lucha económica, especie de guerra civil emprendida y en la que venimos a terciar no hay en nuestro campo, ni se necesita, general en jefe, ni táctica oficial, sino libres iniciativas del entendimiento y de la voluntad limitadas por la moral que las impida degenerar en vileza egoísta o utilitaria, no somos, ni lo queremos ser, ni siquiera parecerlo, el concurrente de nadie.

Apoyaremos las escaramuzas, las batallas parciales y no consideramos jamás decisiva sino a la que vaya seguida de la palabra *usar* tal como se entiende en el documento citado; o en otros términos: creemos, como el manifiesto de la Federación Barcelonesa de 23 de febrero de 1886, que el objeto final de la Revolución abarca estos tres extremos:

"Disolución del Estado.

"Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

"Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aun no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores".

OBSERVACION.—

Deseamos que esta publicación responda a una orientación determinada y que sus efectos sean de la mayor eficacia para su objeto final.

Al efecto, rogamos a cuantos pensadores quieran valerse de este periódico para servir al ideal, especialmente a aquellos con quienes no hemos contado previa y directamente, que sin dejar de desarrollar cuantos puntos doctrinales juzguen convenientes, se ciñan a los siguientes:

1.º *¿Es posible la huelga general?*
2.º *¿Cómo llegará a producirse?*
3.º *¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?*
4.º *Sobre la base del triunfo proletario, bosquejo racional de la sociedad futura, encaminado a servir de material a la Sociología, no a forjar sistemas creadores de futuros fanatismos.*

Sin perjuicio de dejar a los colaboradores la responsabilidad de lo que avaloren con sus firmas, la redacción se reserva el derecho de no aceptar cuanto juzgue inconveniente por difuso, pesado, excesivamente sectario o atentatorio a la economía y a la amenidad.

Los asuntos de movimiento social o movimiento obrero que revistan carácter de detalle local o personal de escasa importancia o trascendencia no encajan en los resúmenes que nos proponemos trazar en la sección respectiva.

("La Huelga General", Barcelona, 15 de noviembre de 1901).

A la redacción de "La Huelga General", Barcelona.—

Amigos míos: Uno de nuestros compañeros me escribe de Suiza, algo desanimado a causa de las disensiones intestinas, de las disputas inútiles, de los esfuerzos sin resultado. Me pide consejo y me permito responder por la carta siguiente, que podéis reproducir en español si juzgáis que vale la pena, ya que en la actualidad carezco verdaderamente de tiempo para dedicaros otro trabajo, como fuera mi deseo

Os saluda cordialmente

Elíseo RECLUS.

Barcelona 6 D, 1901.

Queridos compañeros: Nos inclinamos generalmente a exagerar, sea nuestra energía, sea nuestra impotencia. En los períodos revolucionarios, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables, mientras que en los tiempos de marasmo nos imaginamos que nuestra vida, aunque dedicada constantemente al trabajo, queda sin alcance y sin importancia.

Algunas veces hasta llegamos a creer que un movimiento de reacción nos arrastra.

¿Qué debe hacerse para mantenernos siempre en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de confianza para el buen combate?

Os dirigís a mí quizá porque soy viejo y contáis con mi experiencia de los hombres y de las cosas.

Pues como viejo luchador me dirijo a vosotros los jóvenes en los términos siguientes:

1º ¡Fuera discusiones! Comenzad por escuchar los argumentos del interlocutor. Exponed después los vuestros si os parecen serios. En seguida callaos y reflexionad No os repitáis jamás. Y sobre todo no hagáis nunca el sacrificio de la menor verdad a la violencia de la conversación o del discurso.

2º Estudiad con juicio y constancia. Comprended bien que no basta el entusiasmo por una causa y saber morir por ella. Cualquiera puede hacerse matar, pero pocos son los que saben vivir como ejemplo y como enseñanza a sus hermanos. El revolucionario verdaderamente consciente no es sólo un ser de sentimiento, sino también un ser de razón: sabe unir los esfuerzos que práctica en pro de la justicia y de la solidaridad social a conocimientos precisos y sintéticos en historia, en sociología, en biología; sabe, por decirlo así, encuadrar sus ideas personales en el conjunto general de las cosas humanas y presentarse así en la lucha con el inmenso prestigio que da una ciencia profunda y evidente.

3º No os especialicéis estrechamente en una patria ni en un partido. No seáis rusos ni polacos, ni aun eslavos: sed hombres que estudien la verdad con el mismo desinterés y sin la menor mira personal, ya se trate de chinos, de europeos o de africanos. Todo patriota acaba por odiar al extranjero, por convertirse en enemigo de la causa de justicia que abrazó en su primer arranque de entusiasmo.

4º Ni amo ni jefe de fila, ni apóstol cuyas palabras se acaten con veneración como ídolo adorado. En el discurso del amigo más cariñosamente amado, del profesor más competente y más estimable, no busquéis más que la verdad pura, y si os queda interiormente la menor duda comenzad de nuevo el examen de vuestra conciencia y de vuestro pensamiento.

Pero si rechazáis todo amo, penetraos del mayor respeto hacia todo hombre sincero y, siguiendo vuestra vida, dejad a cada uno de los compañeros seguir la suya.

Si tú quieres lanzarte a la pelea y sacrificarte defendiendo a los humildes, a los pobres, a los oprimidos: ¡en buena hora, amigo mío, vé a morir noblemente!

Si tú quieres trabajar lenta y pacientemente en la preparación de un porvenir mejor: ¡muy bien; haz tu obra dedicando a ella todos los instantes de tu vida generosa!

Si tú quieres obrar por la enseñanza y por la solidaridad constante de los esfuerzos con los desgraciados: ¡perfectamente; que tu existencia sea como una luz que resplandezca durante muchos años!

Salud, compañeros.

Eliseo RECLUS



Con respeto, con amor, con entusiasmo traducimos esta carta y conservaremos su original.

Grandes verdades, consoladoras esperanzas, firmes seguridades damos los anarquistas al mundo, y merced a ella se tambalea el régimen del privilegio a los golpes que le asestan los desheredados que aumentan a miles cada día las legiones revolucionarias; pero los anarquistas de hoy, hijos del privilegio o de la esclavitud, conservamos aún la levadura viciosa de nuestro origen, tenemos algo así como el supuesto pecado original de los cristianos, y esa infección genésica se manifiesta en muchas ocasiones y de distinta manera, cuando no por uno de nuestros numerosos defectos, por la censura asaz exagerada con que juzgamos al compañero.

Por eso, nosotros que enseñamos el ideal a los infelices que gimen bajo la coyunda del trabajo todavía envilecido y esclavizado, necesitamos que se nos enseñe, que se nos purifique, para que individual y mutuamente nos honremos y respetemos, y en nuestras personas, como transmisores de la idea más sublime que haya podido cobijarse en cerebro humano, honremos y respetemos esa misma idea que exponemos a nuestros hermanos que sufren, a nuestros tiranos y explotadores para que se avergüencen de serlo, a la humanidad entera para que llegue pronto a ser lo que, porque puede, ha de ser.

En esa carta, dirigida a uno o varios compañeros de Suiza, se da una lección a los compañeros diseminados por todo el planeta, aunque unidos en una idea salvadora, y tanto por la sublime verdad que contiene, como por la justicia en que se inspira y por el prestigio de su autor está destinada a eficacísima influencia.

Altamente honrados con tan precioso documento, expresamos nuestra profunda gratitud al digno y sabio compañero y nuestra alegría a todos los que con nosotros trabajan por el ideal.

LA REDACCION.

La propiedad y los anarquistas. — Locos y razonables.—

Sabido es que la mayoría de las personas saben de las cosas lo que a su diario le conviene hacerles saber. Pocos son los que reflexionan sobre lo que leen y los que han podido enterarse del ideal anarquista.

Para el vulgo, los ácratas son asesinos feroces pagados por los jesuitas o por vividores embaucadores, que si, por imposible un día llegaran a *gobernar* no habría nada seguro ni nadie podría poseer el menor objeto para sí ya que persiguen la destrucción de la propiedad.

Hay que pensar y habrá que repetirlo a menudo que en una sociedad razonable, es decir, anarquista, cada cual tendrá su casa, sus muebles, sus prendas de vestir, sus obras de arte sus instrumentos de trabajo, en fin, cuanto pueda hacer agradable la vida.

Naturalmente que no pasaremos de un régimen de locos como el basado sobre la autoridad y propiedad que venimos gozando, a uno de solidaridad y verdadera fraternidad cual cambio de decoración en un teatro, sino que exigirá toda la propaganda, toda la instrucción y aun todo el ejemplo que los lógicos habremos de dar a los ilógicos, a los irreflexivos, a los irracionales, a la gente loca que compone la inmensa mayoría de hoy.

Los anarquistas queremos destruir la propiedad tal como existe, porque es producto de la explotación del hombre por el hombre, del privilegio otorgado por los gobiernos o del derecho del más fuerte.

Los ácratas no queremos que haya propietarios de grandes extensiones de terreno al lado de familias que no tienen donde reposar sus cuerpos, ni herederos de fortunas y herederos de miseria.

Los libertarios no queremos que baste un título o un testamento para pasarse su vida sin trabajar.

En la sociedad ideal anarquista la educación e instrucción de la infancia se harán de modo que todos comprendan la necesidad del trabajo sin otras excepciones que las dolencias físicas inexcusables; y como no habrá el mal ejemplo actual de que unos trabajan y otros se pasean; de que éstos comen y aquéllos bostezan, todo el mundo contribuirá a la producción de la riqueza común en la medida de sus fuerzas y todos comerán según su apetito. Fácil será a los educadores inculcar a los niños el gusto y la obligación general al trabajo.

Siendo los hombres razonables, al contrario de lo que hoy sucede, hallarán sin grandes quebraderos de cabeza la manera de ser en vida propietarios de lo que les rodee y amen, sin que este derecho a la propiedad pueda perjudicar a nadie ni crear supremacía de especie alguna.

Precisamente la locura de los que no comprenden la anarquía estriba en la imposibilidad que tienen de concebir una sociedad razonable.

CERO.

15 noviembre de 1901.

Dios o el Estado: NO; la Huelga General: SI.—

No se encontrará una persona de buena fe, por poco ilustrada que sea, que afirme que la religión, ya católica, ya protestante, mahometana o budista, haya logrado la paz y el bienestar de los hombres.

Ningún político, de cualquier partido o de no importa qué dependencia se dé podrá asegurar que su sistema de gobierno garantice la libertad absoluta de hablar y escribir o asegure el derecho a la vida.

Tanto los que quieren dar la supremacía al clero como los que esperan todo de un Estado más o menos laico, todos sostienen que ha de haber pobres y ricos, amos y servidores.

Ni los unos ni los otros buscan la emancipación económica y política del individuo.

Son excusables los primeros liberales, que al darse cuenta del engaño religioso se dedicaron a fundar un Estado libre del contacto de Roma, porque podían creer que todo el mal venía de la Iglesia.

Pero los que ahora practican el sistema parlamentario: monárquico, republicanos o socialistas, engañan a sus lectores, cual los curas abusan de la credulidad de sus feligreses, al hacerles esperar que con el gobierno de su partido o con el programa de su invención llevarán la libertad y la paz al seno de la nación.

No existe ningún elector que pueda citar un gobierno como bueno.

Ni los siglos desde que viven las religiones, ni los reyes que se sirvieron de Cortes y Asambleas, ni aun el siglo pasado ocupado casi todo por gobiernos parlamentarios sacaremos como ejemplo de la utilidad de delegar a nadie el cuidado de nuestros intereses. Nos bastarán los años que el partido socialista gubernamental lleva de lucha electoral. ¿Qué beneficio han obtenido los trabajadores yendo a votar?

En cambio, al alcance de cualquiera está que si el tiempo empleado por los socialistas en luchas electorales lo hubiesen dedicado a la organización de las clases productoras y a la propaganda, hace tiempo que una huelga general habría dado al traste con la sociedad burguesa.

A los libertarios toca hacer comprender estas verdades a cuantos inconscientes creen en la panacea del voto como si fuese la hostia que ha de llevarles al paraíso.

La emancipación completa de los trabajadores no vendrá ni de la Iglesia ni del Estado, sino de una huelga general que destruya ambas cosas.

CERO.

26 noviembre 1901.

La huelga general enriquecerá a los pobres sin empobrecer a los ricos.

La creencia de que los ricos hacen vivir a los pobres y que sin ellos habría aún más miseria, está tan arraigada, que ha de costar mucho trabajo convencer de la falsedad de tal creencia.

Ni los pobres necesitan a los ricos ni éstos a aquéllos.

Bastará una organización razonada del trabajo y de la distribución equitativa de sus productos para que desaparezcan las dos clases en que se divide hoy la sociedad de productores y consumidores; esto es, de pobres y ricos.

Una huelga general bien estudiada y practicada podrá únicamente lograr la edad de oro soñada por los altruistas pasados y presentes.

Beneficiarán de ella todos cuantos hoy han de privarse de algo: mendicantes, trabajadores, empleados, pequeños comerciantes y la mayoría de poseedores de títulos universitarios.

En cambio, los que se llaman ricos continuarán siéndolo, porque se les podrá dejar en el uso de sus lujosas habitaciones, facilitándoles además cuanto es necesario para la vida.

Con la entrada de su superfluo en el patrimonio universal, suelo, subsuelo y máquinas bastarán para que la producción satisfaga a todas las exigencias.

Ahora bien.

¿Es posible una huelga general?

—Sí.

¿Cómo llegará a producirse?



—Cuando un suficiente número de trabajadores y empleados se crean capaces de organizar lógicamente la sociedad.

¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?

—Las federaciones de oficios empezarán *solamente* la producción y el cambio de productos cuando hayan disuelto, derribado y exterminado todos los engranajes que componen el régimen capitalista: Estado, sostenido moralmente por la Iglesia y materialmente por los poderes coercitivos.

¿Qué será de los empleados y funcionarios públicos de todas clases sostenedores de la Iglesia y del Estado?

—Siendo los más débiles después, habrán de amoldarse al nuevo modo de cosas y serán los primeros en aceptar el nuevo modo de ser, que les asegurará dignamente la vida sin otra obligación que la de contribuir al sostenimiento del régimen de solidaridad humana.

Los ricos serán más felices que hoy porque continuarán gozando sin ver sufrir a los demás.

Los pobres no tendrán envidia de los ricos porque no carecerán de nada.

CERO.

5 diciembre 1901.

La herencia social.—

En la próxima revolución los burgueses no tendrán que correr los riesgos de la prisión y del cadalso, castigos que sus antepasados infligieron a los aristócratas en la época de la gran Revolución; pero tendrán que contemplar la ruina de su fortuna: habrán de sufrir la tortura de ver sus arcas desbechas, sus monedas esparcidas despreciativamente por el suelo; sus billetes, títulos, acciones, bonos, pagarés, cheques, letras, etc., reducidos a cenizas; todo como condición indispensable para asegurar el derecho a la vida de todos los seres humanos, incluso ellos mismos, sin exceptuar a los demás malhechores más o menos honrados y deshonrados de la sociedad presente.

Esa insignificante pérdida material será ampliamente compensada por las inmensas ventajas que les garantizará el nuevo sistema social, al mismo título que a sus hermanos del proletariado, que les reportará el 100 por 1, sin víctimas, sin lágrimas, sin maldiciones, sin sonrisas forzadas de aquellas que ocultan un odio reconcentrado, sin aquellos privilegios exclusivos que constituían el cortejo inseparable de su riqueza y el resorte indispensable de su posesión.

Porque al fin es preciso que los proletarios entren un día u otro a participar del bien común, de la riqueza social que les pertenece por justo título y de que inicua y sistemáticamente han sido defraudados por el egoísmo de las clases expoliadoras.

Porque ello es, digan lo que quieran los códigos, las religiones y las escuelas, que cada individuo que nace tiene derecho, como unidad, a su parte en la propiedad común, que es tan inicuo detentar parte de ella como acaparar los rayos del sol y el aire que se respira.

Si una serie abominable de crímenes ha permitido esa expoliación, a la altura en que nos hallamos ya no puede tolerarse un día más.

Pero discutamos aún un poco el asunto:

¿Habría alguien capaz de sostener que la clase de los privilegiados ha producido más que lo que ha consumido, y por tanto, que es natural que transmita este excedente exclusivamente a sus descendientes?

En rigor podría admitirse que un corto número de individuos, a consecuencia de circunstancias excepcionalmente favorables, hayan podido, sin recurrir al fraude, a la explotación y al robo constituirse un bienestar relativo, pero estos casos son muy raros y se explican aún por los desórdenes de la organización social; el mayor número no debe la fortuna sino a la casualidad del nacimiento y con tanta frecuencia a maniobras criminales, aunque las leyes las consideren lícitas. Los doctores católicos, entre otros Jerónimo el santificado, han declarado que un rico no podía ser más que un hombre injusto o el heredero de un hombre injusto.

Estas indicaciones bastan para reducir a la nada las pretensiones de los privilegiados y para condenar un sistema de reorganización que no tiene otro objeto que someter la masa a los caprichos de una minoría sin escrúpulos. La verdad es que el cazador no reconocerá jamás el derecho de la pieza venatoria.

En el estado actual hay que reconocerlo y repetirlo hasta la saciedad, todo conspira para mantener bajo el yugo más estrecho a los vencidos de la vida.

Proletarios, meterse bien en la cabeza este dato: La Convención decretó que después de la guerra se indemnizase a los defensores de la patria con un billón de francos; más como después dominó la reacción, aquel decreto quedó como letra muerta y nadie pensó en su cumplimiento.

En cambio, a la vuelta de los Borbones, bajo el reinado de Luis XVIII, un real decreto dispuso que se repartiesen un billón de francos a título de indemnización entre los emigrados, de los cuales, muchos de ellos habían combatido contra Francia en las filas de los ejércitos extranjeros, y esta vez el billón se distribuyó entre los favorecidos.

Cada individuo, hombre o mujer, que viene al mundo, no ha hecho nada para merecer ni desmerecer la suerte que le espera en la vida.

Siendo esto así, como se impone por evidencia inexcusable al tonto y al sabio, al rico y al pobre, al creyente y al ateo, al liberal y al absolutista, al chino y al árabe, al niño y al anciano, al hombre y a la mujer, a todo el mundo, a los humanos de la primera generación hasta la en que vivimos, ¿por qué razón, por qué motivo, por qué pretexto, unos, descendientes de los ricos, gozarán de todas las satisfacciones, mientras que los otros, hijos de pobres quedarán sujetos a todas las privaciones?

Eso es el mundo al revés; es diametralmente opuesto a la más sencilla equidad, al más elemental buen sentido.

Admítese sin dificultades que todos los seres humanos, indistintamente, circulen sobre las vías públicas, construídas, conservadas y compuestas a expensas de la comunidad, sea en generaciones pasadas, sea en la actual.

Pues como consecuencia, y de conformidad con un criterio de estricta justicia, todas las propiedades deben ser utilizadas de la misma manera, gozando cada persona de los productos acumulados por las generaciones precedentes del mismo modo que se disfruta del aire, de la luz y del calor solar, no quedando a título de propiedad personal más que los objetos relativos a la utilidad privada, como la alimentación, el vestido, el mobiliario, etc., naturalmente en relación proporcional a la cantidad de los productos acumulados y en razón de la población.

Cuanto se halla fuera de estas condiciones cae dentro de la definición de Brissot adoptada por Proudhon: *La propiedad es el robo.*

¿Qué se espera, pues, para acabar con ese galimatías social y poner en práctica la anarquía, único y verdadero orden social, susceptible de allanar todas las dificultades y producir la harmonía universal por el mutuo acuerdo?

COLABORACION.

15 diciembre 1901.

Primero regional; después veremos.

Que no nos suceda a los libertarios por la huelga general, lo que a los republicanos portugueses por la revolución política, que decían y dicen estar preparados para hacerla; pero que aguardan a los republicanos españoles para efectuarla de común acuerdo. ¡Y los años pasan y pasan!...

Lo más probable es que la huelga general, antes de ser internacional sea nacional, y antes de nacional sea regional. Que no les preocupe a los compañeros lo que hagan en las otras regiones o en los otros países.

Prepárense en sus localidades respectivas; organícense los varios oficios de una comarca; tomen los panaderos, harineros y matarifes y cuantos se relacionan con los productos de alimentación y servicios de transportes, las medidas necesarias para dejar asegurado el servicio de distribución al día siguiente de la Revolución, y aprovéchense luego de la primera oportunidad para declarar la huelga general.

Tengamos por seguro que si en un punto importante cualquiera de una nación toma posesión la clase proletaria del patrimonio universal, haciendo desaparecer cuanto recuerde la sociedad capitalista, poco han de tardar en imitarla los trabajadores de las comarcas vecinas.

Empezada ya la nueva producción, cambio y repartición de productos, podráse proceder al derribo de calles y barrios malsanos; construcción de casas higiénicas; incautación de todo el metálico y papel moneda existente, cuyo dinero dejará de tener circulación en país comunista, reservándolo la Federación para las indispensables compras en otras regiones u otros pueblos.

Que no teman los revolucionarios la intervención extranjera, cuando haya triunfado su obra. Al menor intento de restablecer un gobierno cualquier nación vecina, declárese allí también la huelga general y entonces comenzaría la Federación Comunista Internacional.

Activemos, por lo tanto, la organización comarcal de los trabajadores para la huelga general como preludio de la Revolución Social.

25 diciembre 1901. CERO.

¿Habrá sangre? — Sí; mucha.—

No es que nosotros deseemos una revolución sangrienta. Hartas pruebas tenemos dadas de amor a la humanidad para que se nos crea sanguinarios.

La publicación que nos honra imprimiendo nuestros sencillos escritos vino al palenque de la prensa precisamente para estudiar el capital asunto de la huelga general, más que en son de guerra, con ánimo de hallar una solución eficaz al tremendo conflicto social, que hace de la vida de los más una existencia llena de sufrimientos y privaciones.

Daremos a luz artículos y folletos doctrinarios y de táctica tantos cuantos sean menester para que los obreros y demás desheredados se capaciten de su fuerza y de su poder. No somos impacientes ni hay para qué. Bien sabemos que será larga nuestra jornada; pero no dudamos que obrando metódicamente, al final de ella hallaráse abundante el fruto.

Como los consejos de los buenos compañeros no se echarán en saco roto, es indudable, segurísimo, que llegará un día en que el proletariado se vea bastante organizado para dar el quién vive a la burguesía, y entonces acaecerá el fenómeno más grande que la historia haya mencionado.

Los acaparadores de la riqueza y sus sostenedores, en vez de ser razonables entrando en componendas y de ser inteligentes tratando de coadyuvar al cambio del régimen explotador por uno de fraternidad y solidaridad, querrán oponer resistencia, y entonces, naturalmente, ocurrirá la tragedia inevitable.

¡Qué lamentos! ¡Qué imprecaciones tardías!

Serena, firme y sin inmutarse seguirá su camino la Revolución triunfante, sin deplorar acaso la sangre vertida, fija la mente en la nueva era de paz y justicia que con el último bautizo de sangre humana se instaurará por primera vez, dando origen a una sociedad realmente digna de ser vivida.

5 Enero 1902.

A parlamentar con gobernadores: NUNCA. A ejercer nuestros derechos: SIEMPRE.

Va pasando los límites de lo tolerable lo que ocurre entre obreros y autoridades.

¿Aun no se han convencido los trabajadores de que nada han de esperar de gobernante alguno?

Pretender mejorar de situación presentando peticiones a los que mandan, es creer cándidamente que éstos pueden tener sentimientos paternales respecto de los explotados.

No. No es buen procedimiento solicitar apoyo a los que existen solamente para amparar los intereses de los capitalistas, a los que son esencialmente enemigos.

Desde el momento que los asalariados se ponen de acuerdo para reclamar algo, ya que todavía no están bastante organizados para tomarlo, que se entiendan directamente con sus explotadores y con ellos solos se las hayan; pero no cometan nunca la torpeza de buscar fuerza más que en su propia energía y voluntad.

A los centros oficiales sólo pueden ir con derecho propio fabricantes y patronos de todas clases, y allí, inspirados en la defensa de sus gangas sociales, intenten cuanto puedan y cuanto quieran contra sus víctimas que tienen la osadía de erguirse como hombres dignos; pero nosotros en conciencia no debemos presentarnos en demanda ni en señal de acatamiento de sus hipócritas bondades.

En nuestros centros nos hemos de reunir. Entre nosotros solos tenemos que tratar de lo que nos conviene. De nosotros han de partir las condiciones que quepa exigir.

Y si alguna vez vamos al gobierno civil, no sea en la actitud humilde del que solicita protección, sino como corresponde a hombres que tienen perfecta noción de lo justo y la virilidad correspondiente.

Sí; contra la fuerza bruta no hay más que otra fuerza mayor y la conciencia del derecho.

No lo olvidemos.

Mientras nuestra solidaridad no alcance la resistencia necesaria, no descansaremos en el empeño de procurarla.

No cesemos de fomentar la unión y solidaridad entre todos los trabajadores para las grandes reivindicaciones. Muchos, muchísimos ya lo comprenden así y este, solamente este, es el buen camino.

15 Enero, 1902.

La coacción siempre viene de arriba, por la Huelga General vendrá de abajo.

En el régimen capitalista vigente los trabajadores se hallan sometidos a coacción constante.

Los fabricantes empiezan por despedir a los iniciadores de todo movimiento societario con el único objeto de hacer



[coac]ción a los que intentasen continuar sus propósitos de asociación.

Si, a pesar de esto, logran los operarios entenderse para reclamar aumento de salario o disminución de horas de trabajo, contestan negativamente los patronos, seguros de que el céntimo no podrá resistir ante el billete de banco: coacción manifiesta.

Cuando el céntimo heroico intenta levantar la cabeza, vienen los máusers, los sables despiadados o la tranca policiaca a coaccionar.

Coacción es todavía la que se hace a la misma clase obrera con sus *esquirols*, producto fatal del maldito régimen capitalista.

Coacción es la que hace la prensa burguesa, monárquica o republicana y también la socialista adormidera, con su sistemático afán de adulación a los poderosos, aconsejando templanza o haciéndolo esperar todo de los poderes públicos.

Coacción, pero coacción disfrazada, es la que ejercen ciertos políticos de oficio que se entrometen so capa de protección para conservar prestigios en peligro o para preparar futuras campañas electorales.

Por fin, coacción es, y la mayor, esa inseguridad del mañana en que la clase poseedora tiene constantemente a los desheredados, amenazándoles con el hambre y la persecución.

Y no se nos venga ahora diciendo que los explotados de siempre cometen coacciones en tiempo de huelga.

Cuatro palos por aquí, una cabeza rota por allá, una caja de utensilios o herramientas desparramadas por acullá, y algunos trastos burgueses echados a perder en alguna que otra parte, ¿qué representa todo eso en comparación de la coacción patronal protegida y apoyada por la autoridad y amparada por la fuerza pública?

Otra cosa sucedería si la fuerza productora tuviese plena conciencia de su poder.

De todos modos, la coacción vengadora vendrá cuando, desvanecidos todos los falsos prestigios, quiera el proletariado dejar de ser instrumento enriquecedor, para convertirse en dueño absoluto del trabajo.

[..] enero, 1902.

[..] mil obreros al entierro de una víctima, ninguno a pedir cuentas al autor de ella.

Mal aconsejados son los obreros que están actualmente en huelga.

No es por no haber previsto desde las columnas de "La Huelga General" que los huelguistas recurrían sólo al gobierno civil, a la Alcaldía y al amparo de hombres políticos su causa estaba perdida.

Por lo visto habrá que repetir constantemente que la clase productora no ha de esperar nada de los poderes públicos ni de los que aseguran poder arreglar la cuestión económica con leyes que, en suma, son votadas y aplicadas por los privilegiados. Sin contar que los políticos no cumplen una palabra de cuanto prometen ni están dispuestos a hacer el menor sacrificio en bien de la causa que dicen defender.

Muy mal les va a salir la cuenta si se figuran que sus colectas y llamamientos a la caridad han de poder dominar la soberbia y capital burgueses.

Es falta energía.

Es un acto enérgico el declararse en huelga y concretarse a manifestaciones pacíficas que, como dos gotas de agua, se parecen a las que ejecutan los detentadores de la riqueza social.

Asistir a un entierro civil puede pasar como bueno desde el punto de vista de la propaganda librepensadora; aunque bien mirado, sin pensar caemos en los mismos defectos de nuestros enemigos: entierros fastuosos, inauguraciones de monumentos, colocaciones de primeras piedras, procesiones, etc., todo ello muy bueno para ofuscar al bobo del pueblo.

Pero nosotros no debemos engañarnos a nosotros mismos. Si somos muchos sabedores ya de lo que podemos exigir, no perdamos tiempo en ceremonias que a nada práctico conducen.

Ni pedir limosna, ni solicitar apoyo de nadie, ni nombrar comisiones para viajes, ni hacer manifestaciones pacíficas. Si no somos bastante fuertes para tomar lo que nos pertenece, no cesemos de propagar las ideas de emancipación entre nuestros compañeros hasta que por nosotros mismos podamos habérnoslas con los que todavía son nuestros amos.

Estamos tan convencidos de que este régimen de privilegios y monopolios se sostiene gracias a que sus pompas religiosas, patrióticas y gubernamentales deslumbran el entendimiento popular, que el que esto escribe ni el culto a los muertos practica por creerlo una ofensa a los vivos que sufren en cárceles y presidios, carecen de techo donde cobijarse o mueren de hambre por la detestable organización social.

Y como nos gusta pagar con el ejemplo, si no asistimos a ningún entierro ni saludamos el paso de cadáver alguno, es que nuestra familia sabe que a nuestro entierro no ha de venir nadie, ni ella misma. Harto necesitan los vivos el tiempo dedicado a los muertos.

Por esto cuando hace unos días pasó por debajo de la Redacción el entierro de aquella niña *muerta de hambre*, hija de un huelguista, al ver tantos obreros detrás de una víctima de la avaricia patronal, tuvimos que esforzarnos para no salir al balcón y gritar a nuestros amigos: ¡No la acompañéis al cementerio! ¡Id a casa de sus verdugos!

5 febrero, 1902.

NON POSSUMUS

Llamo "revolución servil" toda revolución que se propone un objeto material, independientemente de todo progreso moral... y así me explico la suerte que toca a todas esas empresas que, repetidas en épocas diferentes, parecen siempre las mismas, de tal modo tienen un desenlace uniforme. Y es que como el pensamiento representa en ellas tan ínfimo papel, la audacia es sólo aparente. Aunque suelen comenzar por asustar a las gentes, la verdad es que ellas se asustan de sí mismas, porque tienen miedo de las conquistas de la inteligencia, y por eso las de más feroz apariencia no tardan en caer en la incapacidad de mover un grano de arena. — Edgard QUINET.

Cuando la gran huelga de mecánicos de Inglaterra en 1897 conmovió al mundo proletario, que hizo los esfuerzos de solidaridad más extremados de que hasta entonces se tuviese memoria y que no han sido superados después, un amigo nuestro y buen compañero fué a Londres acompañando a un inventor que, para sus asuntos, había de tratar con un industrial, gerente de una de aquellas grandes empresas metalúrgicas de la gran ciudad.

La fábrica estaba operada, naturalmente. Situada en un barrio popular, en las calles adyacentes, — como revelando el espíritu íntimo de lo que se llamaba el gran conflicto económico, es decir, de la pasividad sistemática hija de la paciencia cristiana con que se enseña a las masas a ser víctimas y cómplices de su propio mal, — se veía a los trabajadores fumar y esperar, o, si se prefiere, perder el tiempo, porque aunque aquel proverbio que dice que "el tiempo es oro" sea inglés, no reza, por lo visto, más que con los burgueses. Aquello partía el corazón: figúrese el lector la palanca de Arquímedes, con su punto de apoyo y todo, tirada en un rincón y cubierta de telarañas, esa idea inspiraban aquellos miles de trabajadores que, mientras sus directores se agitaban con actividad ardillesca, parecían poseídos de pereza musulmana, como si hubiesen adoptado por lema: "las ostras han de abrirse por la persuasión".

El burgués recibió afablemente a los españoles: estaba de vena y, contra la costumbre burguesa del país, no tenía prisa. Obsequió a nuestros amigos con champagne y puros y espontaneó hasta por los codos.

—De la huelga, — dijo respondiendo a una indicación, — como si tal cosa. Creen esos pobres diablos obligarnos a ceder o arruinarnos confiando en su solidaridad, y no caen en la cuenta de que los mismos principios que invocan tienen eficacia universal y nos sirven también, no diré para luchar contra ellos, porque, ya lo ven ustedes, los infelices no luchan, sino para negarnos a sus pretensiones. Nuestras compañías son ya asociaciones harto fuertes para resistirles, y a mayor abundamiento también sabemos utilizar la solidaridad. Consideren ustedes si hay quien impida que para librarnos del remotísimo peligro de ceder celebremos un pacto con toda la industria internacional de nuestro ramo, para que nos destine un tanto por ciento equivalente a buena parte de lo que representarían nuestros beneficios si nuestras fábricas funcionaran, reservándose los pactantes extranjeros los que les produjera el exceso de demanda. Porque el hecho es patente y todos pueden verlo: todo lo que sea alterar el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda aquí, allá, en todo el mundo, aunque, sea para atender a las lastimeras quejas presentadas por los obreros, es una abdicación, es nuestra muerte, es la perturbación del orden social, y nosotros obramos así, inspirados en santa intransigencia, no por egoísmo patronal, sino como verdaderos defensores del orden, como sostenedores de esta sociedad que, a pesar de sus defectos, encuadra la vida y hace posible el progreso.

Nuestro amigo le hizo notar que la opinión pública favorecía manifiestamente a los obreros, puesto que no sólo la plebe proletaria, sino la burguesía, la aristocracia y hasta individuos de la familia real se les declaraban simpáticos.

—¡Sensiblería inútil!, inconciencia, ignorancia. Si nos enterneciésemos y cediéramos, ¡pobres de todos! Una concesión es una exigencia obligada y sucesiva, es echarse a rodar por la pendiente hasta llegar al abismo revolucionario, abismo a que se rodará un día, pero ¿no ven ustedes cuán prematuro sería entregar la dirección del mundo a la gente que fuma, bebe cerveza, padece hambre y espera que caiga, como quien se tumba para coger brevas, la escasa bonificación que solicita? ¿Puede suponérseles capacitados para utilizar su triunfo en bien de la humanidad y ni siquiera de ellos mismos, cuando, aparte de su inactividad, llevan su testarudez hasta no evitar que se malgasten esos millones que les ha proporcionado la solidaridad internacional de sus compañeros, a quienes probablemente convertirán en escépticos?

Aquel hombre personificaba el régimen burgués, pero era lógico, y, como tal, su palabra era penetrante, hacía daño. Mi amigo recordaba que treinta años antes, con lógica también irrefutable, Marx declaró en la misma Londres a la ciudad y al mundo la incapacidad progresiva de la burguesía; pero en ese tiempo, sin que esa entidad haya hecho nada para destruir el antagonismo de intereses, que en tanto que se sostenga hace irresoluble el problema social, los trabajadores se limitaban a solicitar ciertos beneficios del señor, reconociendo su existencia y su categoría, y, a lo menos en aquellos huelguistas, no había germinado aún la idea de la anulación del señor, la de su expropiación, ni menos el puro concepto de la huelga general como precursora directa e inmediata de la toma de posesión de todos en el patrimonio universal.

Cinco años después, aunque en el terreno oral y literario se adelante mucho más, en el de los hechos, no diré que permanezcamos estacionarios, pero caminamos a paso de microbio, y si no, ahí están nuestros compañeros en la actual huelga de Barcelona.

(Se refería a la huelga de metalúrgicos que precedió a la gran huelga general de Barcelona en 1902).

COLABORACION

15 febrero, 1902.

Los republicanos no son revolucionarios; só o la huelga general hará la revolución.

Durante los primeros años de la Restauración, cuando D. Manuel conspiraba en París con los Martos, los Montero Ríos y los Canalejas.

Cuando eran muchos los generales que le ofrecían su espada y Sagasta y Serrano estuvieron a punto de entrar en la conjura, la revolución republicana era la constante preocupación de Cánovas y su amo.

Demasiado honrado el señor Ruiz Zorrilla para dudar de la buena fe de sus entonces amigos, se confió a ellos, y resultó lo que ha de resultar siempre tratándose de políticos.

Que la mayoría abandonó al caudillo republicano para aceptar una cartera o un puesto elevado, que la monarquía ofrece en signo de paz a los vividores.

Y se quedó el impenitente con los Muro, Llanos y Persi, Santos de la Hoz, Esquerdo, etc., todos furibundos revolucionarios en su decir, pero aun no ha parecido la capa.

A no haber sido por Asensio Vega, Cebrián, Mangado, Villacampa y algunos más, D. Manuel hubiera sido juguete durante veinte años de hombres que no eran más que aspirantes a canongías, cuando no especuladores de bolsa.

Después de los pronunciamientos de Badajoz y de Madrid, todo el empeño de Martínez Campos y Cánovas fué impedir su repetición, a cuyo efecto se disolvió el cuerpo de sargentos, y se expurgó del ejército todo jefe u oficial que hubiese servido con cariño la República o fuese tan sólo tildado de liberal.

La Monarquía pudo entonces dormir tranquila.

Y ha podido después dormir tranquila, porque el revolucionarismo de los republicanos ha consistido en formar comités, esperar órdenes de la Junta, la que a su vez las aguardaba del jefe, quien, por su parte, continuaba prometiéndoselo todo del ejército.

¿Y el pueblo?

En su mayoría tan cordero como antes: ir a votar, hacer coaliciones, retraerse, volver a votar, buscar jefes, creándose directores y amos siempre.

Unicamente los anarquistas emprendieron el buen camino: despertar el valor individual, instruirse con el estudio de las cuestiones sociales, hacer prosélitos, organizarse y federarse con el propósito de hacer la Revolución social tan luego haya dado sus frutos la propaganda a favor de la huelga general.

Si los republicanos se hubiesen unido al pueblo para ir a la verdadera revolución, entonces sí que nada serviera a la monarquía la fidelidad de los soldados, pero no lo hicieron y ahora es demasiado tarde para intentarlo.

La propaganda libertaria ha penetrado demasiado las masas para que se vayan detrás de políticos de oficio, que no tienen medios de hacer la revolución ni se atreven a prometer otra cosa que *cuanto hayan concedido las otras repúblicas*.

Por esto, los trabajadores conscientes no les hacen caso, sabiendo demasiado lo que está pasando en las repúblicas vecinas o lejanas, convencidos también de que en la mitad del tiempo que los otros han empleado banqueteando y vaticinando a plazo fijo el día de la nueva victoria, ellos estarán capacitados para la gran batalla.

Pero no será revolución de nombres sino de hecho; no para elegir diputados de Constituyentes que voten nuevas leyes, sofísticas todas, sino para apoderarse de toda la riqueza social y organizar el trabajo de manera que los productos sean propiedad de todos y no de unos en detrimento de otros, como ha de suceder bajo no importa qué gobierno.

Cuando la burguesía se vea la Revolución social encima, intentará detenerla ofreciendo la República, las ocho horas, el mínimo de salario y cuantas monsergas se hayan puesto antes sobre el tapete de los políticos; mas, cual lo hizo la Revolución del año 30 en Francia man-

dando a paseo a Carlos X y sus tardías reformas, enviaremos los anarquistas en horamala a los explotadores con sus mentidas concesiones.

No nos basta ya la República.
Preparemos la Huelga General.

CERO

15 febrero, 1902.

Preparando la huelga revolucionaria.

La experiencia, nuestro mejor maestro, nos ha sobradamente demostrado que si en algunos casos pudieron los trabajadores mejorar algo su condición, sirviéndose de la única arma que en su poder tienen, la huelga, no podrá, sin embargo, recurriendo a ella pacíficamente, emanciparse del salario, su mayor yugo opresor. En efecto, por huelgas que hagan y por reclamaciones que presenten, no dejarán nunca de hallarse ante el siguiente dilema: o los patronos ven la posibilidad de resarcirse por otro lado de la ventaja que se les solicita, y en este caso ceden más o menos pronto, o temen que el acceder les llevará demasiado lejos, y entonces no ceden, encargándose el hambre y las arbitrariedades gubernamentales de someter a los reclamantes.

Si sucede lo primero, nada ha ganado el obrero, aunque de momento le parezca lo contrario, pues el aumento que sufren fatalmente los artículos de primera necesidad hará que tan mísero se halle el asalariado después como antes de la victoria. Cuando aconteció lo segundo, cuando el trabajador tuvo conciencia de su debilidad enfrente del hambre, de la policía, de la guardia, de los jueces y de las cárceles, fué cuando nació la idea de la huelga general.

Sino que muchos huelguistas van a la huelga general como los republicanos a los banquetes del 11 de febrero, creyendo que ha de bastar el mero hecho para anonadar a los enemigos. Hay que ponerse en guardia contra este error.

Pasaríanse treinta años haciendo huelgas generales como las que se han hecho hasta ahora, y nos hallaríamos tan lejos de la emancipación social como lejos se hallan los republicanos de conquistar la república a fuerza de banquetes repetidos.

Huelga general significa acción común, instantánea, de todos los trabajadores, no para pedir estas o aquellas mejoras a los amos, cambiando el régimen del salario, que ha de ser injusto y explotador siempre, por un régimen de solidaridad y bienestar general. Esto es lo que significa la huelga general.

Así lo habían comprendido algunos fabricantes de una ciudad vecina de Barcelona, que al estallar la huelga general de febrero, reuniéronse atemorizados para ofrecer a sus obreros cuantas mejoras les habían negado hasta aquel día y proponerles mayores garantías para el porvenir, pues ya creían ver sus fábricas presas de las llamas y terminado su reino de explotación.

Mejor sería no hacer huelga general si ella ha de ser pacífica, y preferible no hacerla revolucionaria si tuviéramos que contentarnos con quemar edificios y con tomar represalias en contra de nuestros verdugos. No, queridos compañeros. Hay que picar más alto.

Que cada obrero consciente estudie en sí mismo lo que podría ser una sociedad sin amos, autoridades ni dinero; que cambie sus impresiones con sus compañeros en las sociedades de resistencia, y que éstas influyan en las federaciones para que se discuta el asunto de la huelga general. Que se llegue a un acuerdo para el modo de producción, de cambio y de repartición de productos para el día siguiente de la huelga general, y lo demás, es decir, los medios para hacer victoriosa la huelga revolucionaria será ya cosa de coser y cantar.

CERO

25 de enero, 1903. (Del número anterior a éste medió una suspensión de un año de estado de guerra a consecuencia de la huelga general de Barcelona de febrero de 1902).

HUELGA GENERAL: Utilitaria, Solidaria, Revolucionaria.

Mereciendo cada una de estas tres calificaciones se presenta la huelga general en los hechos y en la abstracción del entendimiento.

La *huelga general utilitaria* o reformista no es más que una generalización de la huelga parcial de los trabajadores exclusivamente societarios, quienes, arrinconados en el último extremo de la lucha económica y no pudiendo ya materialmente vivir, piden disminución de horas de trabajo o aumento de jornal. Esta clase de huelga suele terminar con una derrota o un triunfo aparente, después del traqueteo de las comisiones, de declaraciones pacíficas de los obreros, de aprobación y aplauso burgués, de que algunos *esquirols* adquieran plaza permanente y de que los activos y conscientes queden desocupados y apuntados en las listas policíacas y en las del Pacto del Hambre. En resumen, tiempo perdido y bajas dolorosas.

La *huelga general solidaria* en pro de otros compañeros en lucha lleva en sí tal elevación de miras, que el solo hecho de intentarla dignifica a los que por ella se interesan. Suele recurrirse a ella cuando se ofrece la necesidad de defender a un compañero, como la recientemente ocurrida de los carreteros de Barcelona, o como la más reciente aún de Reus, por defender el derecho de asociación, o como las que alcanzaron notoria importancia en Gijón, Coruña, Sevilla y La Línea; pero su solución y sus ventajas difieren poco de las de la anterior, quedando además algún procesado y castigado por lo de las coacciones.

Queda la *huelga general revolucionaria*; esa, no nos hacemos ilusiones, se planteará, será vencida; pero a la última, a la vencedora, a la que vendrá cuando seamos bastante conscientes para plantearla debidamente y por consiguiente fuertes para vencer a nuestros aterrorizados y flojos enemigos, representará la toma de la última Bastilla, y con ella la elevación a la dignidad del goce completo de la vida humana para todos, hasta para aquel Pachu, el segador inventado por Lerroux, que llamaba burgueses a los obreros triunfantes de una huelga utilitaria.

Dejamos de ser utilitarios o reformistas al separarnos del partido republicano, donde vimos que sus hombres son revolucionarios sólo de nombre, y también porque sabemos lo ineficaces que son en todas las repúblicas del mundo las reformas que a tanta costa se obtienen.

Vinimos al campo libertario porque en él se hace verdadera labor revolucionaria combatiendo los fundamentos principales de esta sociedad: Religión, Patria, Estado. Y no contentos los libertarios con revolucionar cerebros, llevan su acción a la calle por medio de la huelga general, considerándola como el único medio de emancipación de los trabajadores.

Por esto decimos, respetando todas las iniciativas, limpios de todo dogmatismo, pero firmes en nuestra convicción: no se olvide que el objeto único de la huelga general es la Revolución.

Pedir reformas por medio de la huelga general es como hacer política menuda.

Ir a la huelga sin más propósito que la solidaridad, laudable en determinadas ocasiones, es puro sentimentalismo.

Ni por utilitarismo ni por sentimentalismo debe ponerse en movimiento la gran colectividad proletaria, la cual no ha de seguir la inspiración de Sancho Panza ni la de Don Quijote, sino las de la razón; es decir, no hemos de ser tontos egoístas, ni locos altruistas, sino justos. Además, no hay utilidad mayor ni solidaridad más elevada que las contenidas en el propósito de la transformación de la sociedad perfectamente concordado con la conveniencia total de la humanidad.

Para demostrarlo se fundó nuestra publicación, con ella nos proponemos ayudar a cuantos sin rodeos ni desviaciones van al único y verdadero fin revolucionario, y en él queremos que coincidan los trabajadores individual y colectivamente.

Dejemos las reformas para los políticos de oficio y para los incautos.

Queden los sentimentalismos, como atavismo cristiano, para los bienquistos con el régimen vigente.

En el próximo número: "Cuarenta años de vida de un periódico anarquista"; artículo de M. Nettlau, a propósito del aniversario de "Freedom" (Londres).

Los libertarios de veras estudian y preparan la huelga general revolucionaria y la sociedad ultrarrevolucionaria.

COLABORACION

20 febrero, 1903.

A las sociedades de resistencia.—

Desde nuestra reaparición venimos excitando al estudio de la sociedad al *día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria*. Para la sección correspondiente hemos recibido algo, muy poco, pero pensamiento individual o colectivo, nada. Es pronto, se nos dirá; tal vez las sociedades estudien, formulen dictámenes, discutan y luego publicarán sus trabajos. Puede ser; pero no sabemos de sociedades que tal hagan; no hemos visto convocatorias alguna al efecto, a menos que lo hagan en secreto. En cambio, es público que en Barcelona hay sociedades que tienen locales espaciosos y confortables en que se toma café, se juega a la manilla y al dominó y a veces al burro, donde toda la vida intelectual consiste en una conferencia sabatina de los chicos de la Extensión Universitaria en que se dan latas de fragmentos de ciencias, muy recomendables y muy apreciables en sí, pero a veces de dudosa utilidad, porque hay ocasiones en que los obreros salen de ellas como el negro del sermón.

Y la verdad es que el tiempo pasa y urge, la torpeza gubernamental arrecia, la irritación burguesa y sus pactos del hambre aumentan, la huelga general empuja, y de seguir así podrían venir acontecimientos que nos pillasen con las fichas en la mano o embabiecados ante un señorito que nos hablase de los habitantes de la luna.

Creadas las sociedades de resistencia para la defensa de los trabajadores, no pueden defenderse mejor que estudiando, no ya la huelga general, que se impone y sobre la cual es preciso tener ya claro criterio, sino sobre sus consecuencias. Primero, cada trabajador se ha de evitar la vergüenza de no saber qué contestar al burgués que le pregunte: "¿qué harían los trabajadores al día siguiente del triunfo de la huelga general?" y después es preciso que haya un criterio, determinante de una acción común, para oponerse a la reacción que intentarán los privilegiados, quienes tendrán en su favor su aun no extinguido prestigio, los restos del servilismo proletario, la vacilación de los dudosos, la testarudez de los rutinarios y la fuerza de la costumbre, todo aumentando con las deficiencias iniciales, las divisiones sectarias, los intentos de los ambiciosos y la pasión y la inteligencia muertas de los neutros.

Créanlo nuestros compañeros: es indigno de trabajadores serios, sobre quienes pesa la responsabilidad de la evolución progresiva de la humanidad y la reparación de todas las injusticias sociales, entretenerse en el juego vergonzosamente pueril de combinar fichas y naipes, sin otro fin que matar tiempo, que es desperdiciar vida, una especie de suicidio y una renuncia de las facultades y del poder, un embrutecimiento, cuando tanta falta hace vivir para revolucionar el mundo, dando a la inteligencia y a la voluntad aquella elasticidad indefinida por no decir infinita, de que es susceptible.

Otro día aguijonearemos más a nuestros compañeros societarios a ver si les clavamos el rejón hasta la fibra sensible en que se hallan la dignidad, la vergüenza y el amor propio.

3 marzo, 1903. CERO

A las sociedades de resistencia.—

Continuando mi tema del número anterior, digo que aunque dejemos el sábado para las conferencias de Extensión Universitaria, que vienen a ser una especie de misa científica, sería bueno rechazar las fichas y los naipes como entretenimiento burgués, para dedicarse a estudiar qué profesiones, *al día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria*, han de resultar, a lo menos por el momento, inútiles, innecesarias, y qué otras han de reforzarse y aun implantarse de nuevo, según las condiciones locales, comarcales y aun de mayor extensión.

Bastará indicar a bulto algunas de las primeras: joyeros, pasamaneros, bordadores, modistas, pasteleros y en general todas las industrias que abastecen de

cuanto sirve para la soberbia, la vanidad, la lujuria, la glotonería, la frivolidad, etcétera, de los privilegiados, quienes serán dados de baja definitivamente.

Respecto de las segundas, la cosa varía: aunque, a pesar de tanto zángano, en la colmena social presente hay producción sobrada, en el momento crítico que prevemos habrá escasez; lo que se explica por el ansia perturbadora que han de manifestar los ex privilegiados y los neutros al ver interrumpidas sus rutinarias costumbres, de la que da una ligera idea esa multitud que hace provisión de pan para una semana en cuanto corren rumores de que se va a armar la gorda. Así harineros, tahoneros, matarifes, agricultores en general y obreros del transporte de importación como necesidad local egoísta, y de exportación como necesidad extralocal de solidaridad altruísta, referente todo a la alimentación como necesidad urgentísima, merecen una atención que nunca será bastante recomendada.

Merecen los albañiles una mención especial, pero no como constructores, sino como demoledores. Hay edificios que suelen ocupar puestos preferentes en las ciudades, villas y aldeas que, no sólo dan mala sombra, son verdaderos estorbos, sino que mientras estén en pie ejercerán sugestión maléfica y serán fuente constante de atavismo, de quietismo, de superstición y además constituirán incesante peligro reaccionario, y son aquellos en que se albergan los representantes de las dos ficciones en cuyo nombre más daño ha recibido la humanidad entera en general y los desheredados en particular: la religión y la autoridad. Eso por una parte; luego hay barrios en que las calles y casas son tan malas por antihigiénicas, estrechas y sucias, que más que habitaciones humanas son lugares de muerte, donde sólo pueden recogerse infelices que viven muriendo entre toda clase de infecciones, para fomentar la ganancia de los propietarios, quienes, a semejanza de aquellos emperadores que arrojaban esclavos en los lagos de las murenas para que comiendo la carne de aquéllos fuera la de éstas más apetitosa, arrojan proletarios a los microbios para que abunde el oro de aspecto brillante y timbre sonoro en sus arcas.

No apuntaremos ideas detalladas acerca del problema de las habitaciones para todos, ni para el vestido y distribución de todo género de cosas para las necesidades de la vida; precisamente lo que se necesita es que se estudie, que se invente, que se solucione todo; y para ello, claro está, hay que gastar energía cerebral, y eso es lo que pedimos a las sociedades de resistencia, que sustituyan fichas y barajas por el libro (que buenos, claros, detallados, verdaderos y de arte sublime los hay), y la conversación fútil por la discusión luminosa, y de esa manera, a la vez que se recrean dignamente, se elevarán a la altura que les corresponde.

CERO

5 abril, 1903.

E. LOPEZ ARANGO

TEORIA Y TACTICA

Anarquismo y lucha de clases

Sobre esta cuestión a la vez teórica y táctica difícilmente se agotará la polémica. El anarquismo ofrece tantos matices teóricos y se expresa en tantos medios y tácticas de propaganda y de acción, que resulta imposible armonizar en un punto de vista homogéneo las diversas corrientes del movimiento revolucionario. Hay anarquistas en una escala creciente de particularismos, de "sistemas específicos", de grados culturales, sentimentales, económicos... Y como a todos los une un objetivo común y una misma realidad histórica, las preferencias por un estilo no indican que una tendencia sea mejor que la otra o que se ajuste más fielmente al *espíritu* y a la *letra* de la doctrina.

No es esa cuestión puramente teórica la que nos interesa. La quintaesencia de los sistemas filosóficos, doctrinarios y religiosos sólo conduce al dogmatismo. Y los anarquistas no creemos en los dogmas infalibles y menos en la eternidad de las verdades reveladas.

De las teorías anarquistas, a través de sus precursores, hemos deducido una concepción ética y un método crítico que nos permite juzgar los hechos con arreglo a nuestra concepción de la vida, de la sociedad y de los hombres. Y la realidad es siempre la representación, bajo aspectos variables, del absurdo histórico que motiva el descontento, la protesta y la rebeldía del hombre de espíritu libre y de conciencia sana.

Sin embargo, en la representación del mundo moral y en el diario espectáculo que nos ofrecen las contradicciones y los absurdos sociales la teoría pura no logra establecer una síntesis ideológica que conforme a todos los descontentos y rebeldes. Las diferencias culturales, éticas y psicológicas crean movimientos de opinión divergentes y hasta antagonismos doctrinarios que reducen cada vez más el horizonte y las perspectivas del movimiento revolucionario. Y aun cuando, en la ideología, sea una realidad que los hombres viven mal en una sociedad basada en el error, la injusticia y la violencia, las víctimas de ese sistema opresor y tiránico no están espiritualmente identificadas. De ahí que el concepto de clase, que es un hecho material, exprese necesidades perentorias, pero no anhelos superiores y reivindicaciones altruistas.

La reducción de las perspectivas que señalaron los precursores del socialismo reduce el horizonte de las teorías revolucionarias: estrecha el campo de lucha, lo fracciona, crea líneas divergentes en el movimiento revolucionario, porque la unidad de sufrimientos no determina la unidad de aspiraciones: la *clase* es un denominativo económico que pierde todo su valor en la pluralidad de las creencias, de las ideas y de los estados de conciencia.

¿En qué forma, pues se identifica el anarquismo con la idea de clase, que expresa una unidad de necesidades y de intereses precarios, pero que no logra mantener la unión de los pueblos frente al absurdo religioso, político, patriótico, etc., que representa el puntal más firme del régimen capitalista? ¿Y cómo debemos interpretar los anarquistas la llamada lucha de clases, si vemos diariamente que los enemigos de la libertad no están solamente en la clase enemiga? ¿Es acaso el clasismo un estado de conciencia, una teoría biológica ligada a la idea de justicia, una resultancia del progreso humano hasta ahora sujeto al encadenamiento y a la sucesión de las castas privilegiadas? ¿Y debemos aspirar nosotros a hacer de los trabajadores la nueva aristocracia social, la nueva clase privilegiada y dirigente?

* * *

Hasta ahora dos objeciones fueron hechas a nuestro punto de vista sobre la lucha de clases, o mejor dicho, a nuestra crítica al clasismo. La primera nos atribuye exceso de inclinaciones sindicalistas; la segunda descubre, por oposición a aquélla, a través de nuestra resistencia a las tendencias que reclaman un campo neutral en el movimiento obrero, un rastro individualista que jamás hemos seguido.

En el libro "El anarquismo en el movimiento obrero", escrito en colaboración con el camarada Santillán, la crítica anarquista descubrió esos dos términos de oposición casi absolutos. Y precisamente es en ese aspecto donde la coincidencia de puntos de vista es más completa. ¿A qué se debe que, para apreciar una misma conclusión teórica, empleen dos métodos críticos tan opuestos y arriben a conclusiones tan diferentes hombres que parecen identificados en un ideal común?

Aceptamos sin restricciones la buena fe de los comentaristas de nuestro libro. Quizás se deba ese doble punto de vista a que no hemos logrado expresar con bastante claridad nuestro pensamiento. Pero no admitimos que se pueda interpretar de dos modos una sola cosa. Está claramente definida la tendencia del movimiento obrero anarquista, que igualmente rechaza el culto al clasismo y la exageración individualista. Entre uno y otro extremo — entre la teoría del sindicalismo neutro y la negación de ese "fenómeno económico" — no puede haber un solo punto de contacto. Y hemos señalado preferentemente la importancia que tiene para los anarquistas actuar como tales en las organizaciones proletarias, lo que excluye el propósito de aislar al anarquismo de de las luchas, sean éstas de orden moral o material, de la clase trabajadora organizada.

Cuando sostenemos que la teoría de la lucha de clases depende de la interpretación materialista del marxismo y está sujeta a los fenómenos económicos contingentes, no pretendemos negar la existencia de los antagonismos sociales, que además de económicos son políticos, culturales, éticos. Establecemos una lógica correlación entre la actualidad social y el proceso seguido a través de la historia por la sucesión de las castas y de las clases privilegiadas, y deducimos en consecuencia que no es posible elaborar una teoría revolucionaria, de justicia y equidad, sobre ese fenómeno biológico: el clasismo. Si las ideas anarquistas, políticamente situadas más allá de las divisiones fronterizas y raciales, reducen la esfera de acción del proletariado a conquistas materiales de interés para "su clase", ¿no se confunden de hecho con las tendencias marxistas?

Aceptar la lucha en el terreno económico y propender a la emancipación de la clase trabajadora propagando un ideal de justicia y libertad, no es hacer sindicalismo. Los anarquistas dirigimos nuestra propaganda a todos los hombres y sólo preferimos a los asalariados por su situación de inferioridad frente a la burguesía y al conjunto de las castas privilegiadas y parasitarias. Pero esa contingencia no puede representar para nosotros el fundamento de la teoría revolucionaria. El obrero no debe emanciparse a expensas del patrón, aun cuando hoy le sea preciso buscar un beneficio en perjuicio de éste. ¿Quiere decir que, al negar eficacia a la sucesión de clases en el gobierno y en la administración de las sociedades humanas — del sistema burgués al proletario, del capitalismo al sindicalismo, como de los regímenes autocráticos y aristocráticos se pasó a la democracia parlamentaria —, supone esto, decimos, que justifiquemos la eternidad de la esclavitud y de la diferencia de clase? De ninguna manera.

Negamos la teoría del clasismo en ese aspecto sucesorio de las minorías privilegiadas, entendiendo que la conquista del poder, político y económico, por los actuales desposeídos, no modifica la calidad y la importancia histórica del despojo.

Los marxistas defienden la idea de clase, como teoría económica y como realidad histórica; pero la niegan prácticamente, al propender, con la colaboración de la burguesía, a la paz social... dejando en pie las causas de la guerra de clases. La pluralidad de intereses materiales encuentra su absurda unidad en el Estado, que es el dios de la nueva cosmogonía socialista. Pero fracasa ese monoteísmo frente a la persistencia de los intereses antagónicos en el paraíso de Marx.

* * *

En "Fede", de Roma, (24 de agosto, 1926), el camarada Flores hace algunas objeciones al punto de vista expuesto en el libro "El anarquismo en el movimiento obrero" sobre la lucha de clases y la interpretación anti-clasista expuesta por nosotros. Hemos aclarado en parte el sentido de la teoría que expresa esa aversión a las fórmulas marxistas y sindicalistas: al viejo estribillo de los políticos parlamentarios y sindicales. Pero conviene aclarar aún más el sentido de lo que para unos es exceso de *materialidad* y para otros superabundancia de espiritualismo...

La objeción del camarada Flores indica este hecho de naturaleza económica: el anarquismo es una idea de clase porque dirige sus esfuerzos a la emancipación del proletariado. Pero la anarquía, diremos nosotros, no es una doctrina clasista, precisamente porque tiende a borrar todas las diferencias sociales que involucran la existencia de un privilegio.

Esta cuestión se prestaría a largas y quizás inútiles discusiones. Y no es el caso de discutir aquí si el huevo es anterior a la gallina, o ésta a aquél. Analicemos, pues, objetivamente, el punto de vista del referido camarada. Dice:

"No es muy raro encontrar en los escritos teóricos y tácticos de algunos representantes actuales del anarquismo, la crítica inexorable y la negación rotunda de la idea de clase. Una vez, y no hace mucho, esa posición partía exclusivamente de los individualistas, los cuales, si rechazan la organización de clase y también la política, propician y procuran realizar otras formas de organización, que, por otra parte, son aceptables por todos los anarquistas, sin distinción de tendencias. Incluso el que esté firmemente persuadido de la bondad de la organización sindical o política, no tiene dificultad en admitir la utilidad del trabajo que pueden llevar a cabo los individualistas en otros terrenos y con otros métodos, pero siempre según los principios generales del anarquismo. Individualismo y comunismo no pueden ser considerados como aspectos opuestos y divergentes de la anarquía, sino como diver-



A. DE SANTILLAN (3)

JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

...metros. El asfalto queda tan sólido que unos ... después de apilonar la superficie se puede andar por ella sin inconveniente. Ojalá ese comienzo regocijante de la mecanización en la pavimentación de calles dé el impulso a otras innovaciones. Los trabajadores no hacen falta ya para el asfaltado, pues la máquina puede ser servida por un sólo hombre, pudiendo ser utilizados para el acarreo del material y la colocación de los railes."

¿Qué deducción hacemos al considerar esa simple noticia entre las tantas que podemos encontrar en la prensa cotidiana? Si queremos ahorrarnos el trabajo de la explicación propia, tomemos el número del 8 de ... del mismo año del *Mitteilungsblatt* de los obreros del ramo de la madera de Berlín (anarquistas sindicalistas), donde vemos descompuestos así los datos anteriores.

... obreros asfaltan por día 30 metros de calle. Si hubiese que asfaltar 10.000 metros, necesitarían 333 días. Ahora, con la aplicación de la asfaltadora mecánica, que requiere un hombre para su manejo y otros cuatro para el transporte del material y la colocación de los railes, se puede hacer el mismo trabajo en 40 días.

Compárese, pues, las cifras: para asfaltar 10.000 metros de calle, 5 obreros necesitan:

Trabajo manual, 333 días y 1|3.
Trabajo mecánico, 40 días.

Es decir, con el trabajo mecánico se ahorran 297 días, lo que en la sociedad capitalista se traduce por desocupación, miseria, rebajamiento del nivel de la vida material y moral de los trabajadores.

Comprendemos que ante esa mecanización extrema del proceso de trabajo el capitalista se sienta satisfecho; pero para el proletariado no es ningún motivo de regocijo, sino de seria reflexión.

Diariamente nos trae la prensa hechos que debieran ser más elocuentes de lo que son para los trabajadores.

Por ejemplo: Gracias a la invención de nuevos procedimientos y de mejoras técnicas, la mayor parte de las refinerías de petróleo trabajan hoy con la más vasta aplicación de instalaciones mecánicas y la exclusión del trabajo manual. Como ejemplo del grado en que es excluído el trabajo humano y de la medida de su suplantación por las máquinas, menciona W. Mauthner en "*Wirtschaftsdients*" la instalación de un mecanismo para la obtención de bencina por el Shell Trust en el yacimiento del Signal Hill. Con esa instalación se obtienen dos millones y medio de metros cúbicos de gas bencina por día y los restos se queman o se venden. Toda la instalación exije únicamente *cinco obreros*. (*Vorwaerts*, berlín, 25 de abril de 1926).

No sabemos qué cantidad de obreros era ocupada en años anteriores para la obtención diaria de los dos millones y medio de gas bencina por la instalación de referencia; pero siempre son algunos millares de proletarios los que tienen que cruzarse de brazos para dejar el puesto a esa máquina. ¿Cuál es el día que no pueden leerse idénticas noticias sobre innovaciones técnicas en tal o cual dominio de la producción? ¿Y no se advierte que cada innovación mecánica implica millares y millares de obreros condenados a la desocupación? ¿Qué importa el pequeño porcentaje que pueda recibir la industria de la fabricación de máquinas en comparación con la inmensa cantidad de obreros cesantes a causa de la introducción de máquinas más y más perfeccionadas?

Un escritor germánico, Eduard Weckerle, es autor de un hermoso librito titulado *"Mensch und Maschine"* en donde estudia de una manera sugestiva y elocuente la nueva faz del capitalismo de la post-guerra. De él tomaremos algunos datos demostrativos.

La producción de los Altos Hornos en los Estados Unidos ascendió desde 1850 a 1919 en una proporción de 100 a 6151 (o sea 61 1|2 veces); en cambio el número de los obreros de esa industria, en el mismo período, se acrecentó en la proporción de 100 a 188 — lo que no representa siquiera el doble. Y es preciso tener en cuenta que en el año 1919 la serie de las innovaciones técnicas engendradas por la guerra mundial, todavía no se habían manifestado en la forma que lo hicieron unos años más tarde.

He aquí un ejemplo más concreto aún:

sas especializaciones prácticas, que responden a necesidades igualmente dignas de ser satisfechas en la vida asociada y a experiencias del mismo modo justificadas en la formación libertaria del individuo".

Esa *particularidad*, que supone negativa y casi individualista, la descubre el compañero Flores en los anarquistas de España y de la Argentina, que son precisamente los países donde más se identifica el anarquismo con el movimiento obrero. Y la constatación de ese solo hecho debiera bastarle para comprender que el anticlasismo de los anarquistas partidarios de la organización proletaria nada tiene que ver con las tendencias individualistas y antiorganizadoras.

Al negar la lucha de clases, no como fenómeno contingente, sino como teoría revolucionaria de futuro, establecemos esta lógica conclusión: el clasismo es un hecho económico ligado a la existencia del régimen capitalista; elevarlo a doctrina supone trasladar al terreno puramente sindical el problema de la revolución. En consecuencia, los anarquistas, aun aceptando la existencia de categorías sociales, no propician el triunfo de una clase, no importa que sea la más numerosa y la que hoy ocupa un plano inferior en la sociedad.

La idea de la lucha de clases puede admitirse como conclusión del proceso seguido por el capitalismo y como fenómeno sujeto a las contingencias sociales que obran sobre los individuos de la categoría inferior... Pero transformar en teoría ese hecho, y ligar el anarquismo a la interpretación clasista de los sindicalistas neutros, supone tanto como aceptar las premisas materialistas de Marx.

Por oposición a la idea de clase — que supone una unidad de intereses y de aspiraciones en el proletariado y atribuye a esa expresión puramente material, económica, un fin revolucionario consciente —, sostenemos nosotros la teoría de las afinidades espirituales más allá del clasismo. Y, sin embargo, esa concepción anticlasista no nos impide actuar en el movimiento obrero e intervenir en la lucha emancipadora del proletariado.

Como estas opiniones *particulares* no se han sistematizado bastante y no existe el formulismo de la doctrina en los libros de los teóricos del anarquismo, parecen extrañas y arbitrarias. Pero día llegará en que se vea claro nuestro punto de vista, o al menos se interprete en su esencia, no confundiéndonos ni con los sindicalistas neutros ni con los individualistas enamorados de su "yo".

No es dar prueba de valor, el hecho de poseer la vida y despreciarla, sino hacer frente a las grandes desgracias sin amilanarse, ni renunciar a una lucha de la cual saldremos fortalecidos.

SÉNECA

Voronoff y el rejuvenecimiento

En una revista de medicina, encontramos, entre las historias clínicas, una acerca del mentado procedimiento Voronoff, que trata de rejuvenecer indefinidamente organismos caducos y desgastados. Viene a confirmar las dudas que originaran ciertas curaciones maravillosas de hombres y mujeres, quienes, según se decía, hallándose en una edad bastante provecta, habrían vuelto a disfrutar los bríos de una temprana juventud. He ahí las conclusiones a que llega un médico italiano:

"Metabolismo basal e injerto testicular", — G. Peracchia, — (*Endocrinologia e Patologia constituzionale*).

"Este trabajo viene a echar un poco de agua sobre los fáciles entusiasmos de los voronotistas — perdóneseme el neologismo. El autor hace injertos testiculares en perros viejos, observando los conocidos fenómenos de rejuvenecimiento ya notados por Voronoff y secuaces. Los injertos los hace en lugares distintos, obteniendo en todos los casos curaciones *por primam*. En los animales injertados estudia el metabolismo basal — circulación de la sangre —, encontrándolo aumentado en seguida de practicado el injerto, aun antes que aparezcan los fenómenos exteriores del rejuvenecimiento. La curva del metabolismo sube en los días sucesivos, pero después de un tiempo variable, que no pasa de algunos meses, vuelve a descender, para alcanzar nuevamente los límites iniciales.

"Estudiando paralelamente al metabolismo las modificaciones sufridas por la glándula injertada, se ve claramente que el período de descenso de la curva metabólica coincide con la iniciación de los fenómenos regresivos del injerto, y con la sustitución de tejido conjuntivo al tejido parenquimal del órgano injertado.

"En resumidas cuentas, mientras vive el injerto el metabolismo aumenta, pero como el injerto fatalmente muere — contrariamente a lo que opinan Voronoff y otros — el metabolismo vuelve a descender y la vejez vuelve también a asomar la no deseada cara". — D.

BIBLIOGRAFIA

Historia de la Gran República de la China y biografía del fundador, señor doctor Sun Yat Sen. — Editado por la Sociedad "Kuo Min Tang", o sea el partido nacionalista chino; es un folleto de unas cien páginas, en el que se relata, como mejor se puede, el advenimiento del régimen republicano en ese país.

También se ofrecen algunos rasgos de la biografía de su presidente, Sun Yat Sen. Lo lastimoso del caso es que se halle escrito en un castellano imposible, casi ilegible. Deducimos que quien lo tradujo del chino al castellano era un ciudadano chino que poseía más su lengua materna; la otra la convirtió en un horror de errores gramaticales, de sintaxis, de sindéresis, o sea de sentido.

Por eso nebulosamente podemos discernir los acontecimientos históricos que se intenta narrar.

Lo más claro es la parte que habla de la muerte del libertador Sun Yat Sen. Se nos dice: "El 24 de 1924 se convenció que ya se iba a morir, — porque hasta ese día él siempre creyó que su enfermedad era curable, — ordenó se llamara a los suyos y en presencia de ellos, que fueron ocho que firmaron como testigos presenciales, dictó dos documentos testamentarios, y el otro para su familia, que es toda la herencia que deja, — traducido textualmente dice así:

"Durante mi vida, por haber dedicado todos mis esfuerzos a la revolución plebeya (sic), no he adquirido ninguna propiedad con que testamentar; los libros de mi biblioteca, los vestidos de mi uso y la casita que fué herencia de mis padres, quedarán obsequiados a mi esposa, Mrs. Sun, para recuerdo. Mi hijo e hija, ya son de mayor edad y casados, capaces de ganarse la vida, y que deberán proseguir la lucha interrumpida por mi muerte, para lograr los éxitos de mis patrióticos ideales".

Y todo es así, escrito con la misma confusión y deslabazamiento de los que tartamudean una media lengua. No queremos con eso emprender una crítica gramatical o literaria. Todo lo contrario. Desearíamos, para informarnos de hechos y episodios que nos interesan sobremanera, que el idioma fuese apenas masticablemente castizo, de una claridad meridiana, a fin de no quedarnos totalmente en ayunas; tanto más que adivinamos que se trata de un material valioso por sus datos y la documentación.

Naturalmente que armándose de una gran dosis de paciencia y buena voluntad se podría sacar algo en claro de esta campaña republicana, cuya alma y verbo inflamado fué Sun Yat Sen, con su poderoso grito: anular todos los tratados injustos con las codiciosas potencias de Occidente.

Por otra parte, en el testamento que dejara para sus secuaces y correligionarios, el Dr. Sun habla de sus libros, uno de ellos *Kin Kuo Fong L'ock*, del cual se dice que aconseja los medios que han de emplearse para reconstruir la nación; el otro, *Kin Kuo Tay Kong*, sobre el que se nos informa que el doctor *insertó una gran minuta para gobernar;* el tercero, *Sam Min Chee Yee*, trata de los Tres Principios del Pueblo. De todos ellos no se nos proporciona ni una ligera idea de su doctrina política, que aunque barruntamos lo que podrá ser, desearíamos conocerla siquiera a grandes rasgos.

Es indudable, para el caso se deberá recurrir a otra fuente que no sea netamente china, y esa es la gran lástima, ya que por más imparciales que puedan ser los escritores europeos, nunca lo serán en el grado que nosotros quisiéramos para saber la verdad.

Para terminar, una efeméride, 7 de junio de 1839. Según el historiador Drioux, veintidós mil cajones de opio fueron arrojados al mar por orden de las autoridades chinas; este acto gubernativo se llevó a cabo, por tratarse de un cargamento introducido clandestinamente en territorio chino por las firmas comerciales inglesas. Gran Bretaña, considerándolo una violación a los tratados estipulados, le declaró la guerra al Celeste Imperio, venciéndolo y obligándole la cesión perpetua de la isla de Hong Kong, en la bahía de Cantón. Tratado de 29 de agosto del año 1842.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

La Batalla, 28 de agosto, 1926, México. Número 1. Este semanario aparece en lugar de "Verbo Rojo", que hemos anunciado ya. Defiende la tendencia anarquista del movimiento obrero. Su dirección es Apartado 1056, México.

Laborista Movado, Tokío, órgano de los grupos anarquistas japoneses.

Nigra Junulo, Tokío.

Freie Arbeiterstimme, New York.

Orientación, periódico obrero de doctrina y combate, Tampa, Florida, Nº. 4, del 28 de agosto.

Germinal, mensile anarchico di propaganda, Chicago, Ill. Número 6, del 1 de septiembre.

La Campana de Palo, septiembre, 1926. Casilla de Correo 218, Buenos Aires. Precio 10 centavos. Se vende en esta Administración.

Julio A. Costa, *Rosas y Lavalle*, 266 págs. 8º., Buenos Aires, 1926. Comentaremos en el próximo número este libro.

En 1914 se fundió en los Estados Unidos, la poderosa empresa Bethelem Steel Corporation, ocupando de inmediato 9500 obreros para realizar una producción de 1.200.000 toneladas de acero. En 1924 el personal ocupado era de 70.000, o sea 7'3 veces más, siendo en cambio la producción de 7.600.000 toneladas, o sea 63'3 veces más Eso quiere decir que si se hubieran conservado en 1924 los mismos métodos de producción que en 1914, la Bethelem Steel Corporation, para producir 7.600.000 toneladas de acero al año, habría necesitado 1.382. 500 obreros, o sea 682.500 obreros más.

Otro caso bien típico lo tenemos en la industria norteamericana del automóvil. En 1899 se construían 3723 coches con 2241 obreros; en 1923 la producción era de 3.890.134 coches y el personal ocupado en la industria era de 241.356 obreros. La producción aumentó en la proporción de 1 á 1044'4 y el número de los obreros ocupados en la proporción de 1 á 107'6. Esas cifras indican que si se hubiera conservado el nivel de la producción de 1899, el personal que habría necesitado esa industria en 1923 sería 10 veces más numeroso; en lugar de 241.356 obreros habrían sido 2.413.560.

El aumento de la productividad por obrero en la industria del automóvil es también digna de tenerse en cuenta. En 1909 la producción por obrero oscilaba entre 1'66 y 2'47 coches al año; en 1914 la producción era ya de 1'17; en 1921, de 11'15, y en 1923 la producción por obrero y por año era de 16'11 coches.

Antes de la guerra, en los conocidos establecimientos textiles de Lawrence y de Lowell (Massachusetts) un solo obrero no podía atender más que a seis u ocho aparatos; hoy, gracias al perfeccionamiento técnico, atiende a 40 ó 60.

Al citar estas cifras nos viene a la memoria un hecho ocurrido en Alemania.

A primeros de enero de 1921, Paul Levi y Ernest Daeuming, en nombre del comité central del partido comunista unificado de Alemania, se dirigieron a todos los partidos de izquierda y a las organizaciones sindicales, entre ellas a la sección alemana de la Asociación Internacional de los Trabajadores, proponiéndoles una acción común en un sentido revolucionario y defensivo. Nuestros camaradas contestaron el 11 de enero haciendo resaltar sus principios antiestatistas y manifestando, sin embargo, que estaban dispuestos a cooperar en acciones comunes revolucionarias; como medida previa insistieron en la importancia de estas dos exigencias inmediatas: *jornada de seis horas y abolición de la producción de material de guerra.*— Entonces había en Alemania, con un poco de buena voluntad en los llamados partidos obreros, la posibilidad de asegurar al proletariado una situación mejor, ultimando fácilmente la hidra monárquica y reaccionaria. Pero una demostración de los deseos reales de los comediantes de la política obrera de entonces, la tenemos en el hecho que la respuesta de nuestros camaradas a la propuesta comunista de frente único, no se dió siquiera a conocer, como se hizo con todas las demás. Ahora tenemos ya a la vista los resultados: no se quiso la revolución, ni siquiera reformas efectivas, y hoy el capitalismo alemán es más omnipotente que nunca y el monarquismo se prepara sin cesar a la conquista del poder. Hay unas 140 organizaciones militaristas secretas difundidas por toda Alemania, con gran influencia en el ejército y en las esferas políticas. La perspectiva de una restauración monárquica está abierta y el proletariado, desilusionado y adormecido por sus diputados y sus jefes, ha perdido toda posibilidad de lucha seria contra la reacción: más aún, una parte creciente de trabajadores se van pasando poco a poco a las filas de los que confían en un mejoramiento de Alemania por la vuelta al *buen tiempo viejo.*

Continuemos enumerando algunas cifras relativas al aumento creciente de la productividad por obrero en estos últimos años, valiéndonos de los datos acumulados por Eduard Weckerle en el libro citado, y que los observadores pueden comprobar en la vida cotidiana en cualquier industria.

En los ferrocarriles del Canadá había en 1913 un total de 178.652 personas ocupadas; la red ferroviaria era de 29.304 millas. En 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y el personal era de 165.635 individuos. Tenemos pues un aumento de más de 10 mil millas con una disminución de más de 12 mil personas.

El National City Bank de New York ha dado a conocer un informe donde demuestra que en general la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó un 52 por ciento en comparación con 1921; en cambio las cifras del personal ocupado nos dan un aumento de sólo 32 por ciento. Y el ministro de comercio de los Estados Unidos, Herbert Hoover, dijo en un discurso del 8 de mayo de 1923 que la industria norteamericana se halla en condiciones de asegurar a cada ciudadano el mismo confort de antes de la guerra, aun despidiendo simultáneamente dos millones de obreros.

AÑO V — BUENOS AIRES, 18 DE OCTUBRE DE 1926 — N.o 245

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA[NAL]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — [...] giros a M. TORRENTE

HORAS DE INCERTIDUMBRE

La noción de los acontecimientos sociales

Los anarquistas no pueden aceptar impasibles el estrangulamiento de su propaganda por los representantes de la reacción. El capitalismo es fuerte y poderoso porque el proletariado se muestra débil e indeciso, y el Estado prescinde hasta de sus fórmulas clásicas — del liberalismo y de la democracia — para tratar a los pueblos, convencidos los que detentan el poder de la ineficacia de los recursos políticos empleados por los partidos opositores.

No hay solución de continuidad en los movimientos subversivos de los últimos años comparados con el estado de decadencia del movimiento obrero, ya se exprese en la resistencia activa al capitalismo o ya propicie soluciones pacíficas en la esfera del parlamento. La clase trabajadora sufre el cansancio que provocan los esfuerzos de una hora y la parálisis que determinan las prolongadas quietudes. Y es la decepción, la falta de perspectivas, la oscuridad de horizontes la causa determinante del pasivismo que notamos en todas partes.

El capitalismo se sobrepone a su propia derrota. Es fuerte en sus crisis porque consigue siempre cargar sobre las espaldas del pueblo el peso de sus errores y de sus absurdos políticos y económicos. No sucumbió a la guerra a pesar de haber destruído con sus propias armas los pilares más firmes del Estado. Sobrevivió a la revolución porque supo aprovechar en su beneficio la victoria de los políticos y la derrota del proletariado.

Hay demagogia en todo lo que expresa un cambio político de la situación, en todas las manifestaciones de la lucha por el poder, en la protesta de los hambrientos lanzados a la conquista de un efímero bienestar. De ahí que la lucha sea puramente biológica, por el pan de un día o por la libertad de un minuto, y sintetice en sus variados aspectos el poder [...] de cada clase o categoría social.

Reducido a ese único aspecto el problema humano, limitadas las aspiraciones de los pueblos a contiendas materiales que reducen las perspectivas de la revolución, se explica por qué la lucha se traslada con tanta facilidad de uno al otro extremo del campo de batalla. Las grandes masas obran por impulsos pasajeros, unas veces generosos y otras egoístas, y realizan acciones que no figuran en los programas partidistas ni en los dogmas políticos. Y aun el mismo proletario militante, sujeto a una disciplina y poseedor de una "conciencia", rompe con frecuencia el molde de las doctrinas y asume actitudes que contradicen hasta el sentido de la historia...

Así se explica el fenómeno de las revoluciones proletarias derivadas al pantano de la contrarrevolución por los jefes políticos. En el triunfo de los partidos [...] colaboran fuerzas desafines, voluntades discordes, aspiraciones diversas. Sólo existe una coincidencia inmediata, porque existe una realidad común y sobre ella trabajan el descontento [...] de todas las condiciones e ideologías.

El triunfo de las revoluciones políticas no es nunca la consecuencia de un plan premeditado. Los planes se improvisan en el terreno de los acontecimientos y se van ajustando al proceso de equilibrio propio a todo período de perturbación. Así ganaron su batalla los bolcheviquis en Rusia y así también logró Mussolini con un partido exótico y actualizar victoriosas fórmulas sobre nuevas modalidades del sentimiento popular.

Para operar un movimiento político de ciertas proporciones, ya a la izquierda o ya a la derecha, se necesita el concurso de una parte del pueblo, o cuando menos la concurrencia de una serie de factores psicológicos que permitan a los jefes de la revolución valerse de la pasividad de las masas. ¿Qué importa el denominativo partidista de las revoluciones surgidas de los que llamaríamos períodos de preñez y de gravitación de las fuerzas que representan los dos polos de la dinámica social? Las consecuencias son siempre las mismas, prevalezca una u otra clase en

Los golpes de Estado se diferencian de las revoluciones políticas por la prescindencia del factor psicológico, al menos en lo que importa como consecuencia moral en el juego de los acontecimientos. Un grupo de políticos, apoyados en las fuerzas armadas de la nación, o un general con bastante prestigio o audacia para pronunciarse contra el gobierno, pueden cambiar en pocas horas la camarilla gobernante. Pero en ese cambio no interviene el pueblo y por lo mismo no es posible alterar el orden de cosas ni en los detalles más mínimos.

la puja por la conquista del poder y del monopolio de las riquezas sociales.

Con el concurso del proletariado, pero después de una lenta preparación ética en la que intervinieron hombres de todas las clases e ideologías, un grupo político tomó en Rusia las riendas del poder. Se llama revolución bolcheviqui, o comunista, al cambio operado en las fórmulas del sistema burgués ruso. Pero el bolchevismo sólo puede reivindicar la iniciativa del poder y la posterior actividad reaccionaria para apuntalar al Estado con su ideología autoritaria y con sus preceptos económicos copiados de la doctrina capitalista. Con el mismo derecho, porque los resultados son iguales, ¿no puede Mussolini invocar en su favor la batalla revolucionaria rendida por los camisas negras a todos los partidos políticos de Italia?

Se dirá que el bolchevismo surgió del corazón del pueblo y es en cierto modo el resultado de una profunda conmoción popular. Y hasta los adversarios de la dictadura sobre el proletariado, teniendo en cuenta el origen político del actual gobierno de Rusia, sostendrán que en el "caso ruso" existe un proceso de desviación de la órbita revolucionaria, mientras que el "hecho italiano" se produjo como consecuencia del fracaso de la iniciativa revolucionaria de los trabajadores.

Hay diferencia de procedimientos en las dos dictaduras que más profundamente alteraron el orden de los acontecimientos después de la guerra mundial. Dos situaciones psicológicas distintas llevaron al poder a dos grupos políticos al parecer antagónicos. Pero el fondo del problema planteado, tanto en Rusia como en Italia, permanece inalterable. La dictadura puede rotularse proletaria o burguesa: será siempre dictadura. Y un dictador comunista se complementa con un dictador burgués, que antes fué socialista y mañana puede volver a serlo si la situación cambia y le obliga a recurrir al lenguaje demagógicos.

Contra el engaño bolcheviqui o fascista, contra la superstición revolucionaria de la masa y contra la mentira de las dictaduras con disfraz revolucionario debe reaccionar el espíritu del hombre libre de prejuicios y consciente de su misión. Sólo así, por la beligerancia de fuerzas independientes del juego de los partidos políticos, podrá el proletariado despejar el horizonte social y descubrir en las malezas del estatismo el camino de la revolución liberadora.

Aberraciones de la educación infantil



¡Toma! ¡toma! para que no vuelvas a pegar a los màs chicos.

Sumario de este número

D. A. DE SANTILLAN

COSAS NUESTRAS

Hacia un movimiento anarquista más eficiente

Explicaremos brevemente otra vez, a los camaradas a quienes ha llamado la atención alguna de las iniciativas un tanto singulares que hemos lanzado últimamente a la consideración de todos, el porqué de nuestra actitud.

Una vez conformes en que los progresos de nuestro movimiento no son todo lo satisfactorios que fuera de desear, nosotros, que no tenemos, tal vez, nada que agregar ni que mejorar en la concepción del anarquismo o que no juzgamos de gran trascendencia las sutilidades doctrinarias, nos explicamos las deficiencias actuales, no por la inconsistencia de las ideas, sino por la poca capacidad que hemos revelado para dar a esas ideas el máximo de eficiencia.

No es, pues, una revisión de nuestra doctrina lo que deseamos; muy al contrario, sino simplemente una mejor elaboración de sus instrumentos de propaganda. A esto se reducen nuestras disconformidades. Y si insistimos en esa manera de ver es porque abrigamos la convicción que hemos de tener que resolver de un modo parecido al propuesto por nosotros una serie de problemas cuya solución no admite dilaciones y quisiéramos desde ahora, sin perder un solo minuto, un poco más de esfuerzo anarquista.

Hablar hoy de revolución inmediata equivaldría a predicar en el desierto; íntimamente estamos convencidos que la situación no es revolucionaria; pero estamos también convencidos que las situaciones revolucionarias pueden ser creadas por la voluntad y el esfuerzo de los interesados. Vemos muy bien que el timón de la historia, la palanca de los acontecimientos sociales de nuestros días la tienen las fuerzas de la reacción en sus manos; pero también vemos que si naciese en nosotros un firme deseo de lucha, arrancaríamos a la reacción sus monopolios de esta hora.

Constatamos en el actual movimiento anarquista internacional mucho más un fatalismo que espera que los obstáculos actuales se modifiquen por arte de magia que un voluntarismo que ponga en tensión todas las fibras de nuestro ser para acelerar la evolución de las cosas.

En una palabra, si nos hemos esforzado por superar la mentalidad del subversivismo incongruente y ridículo, tememos haber caído en el extremo opuesto, en un frío escepticismo revolucionario. Si hubo momentos en que ninguna empresa nos parecía irrealizable, todo lo que no se haga por sí mismo nos parece hoy imposible. Es una desconsoladora falta de audacia, de espíritu de iniciativa, de combatividad, de utopismo lo que podría caracterizar la psicología del movimiento anarquista actual. Hay una bien floja inclinación a la acción, como hay cobardía o debilidad de pensamiento. ¿Hemos de seguir mansamente la corriente o más bien tratar de reaccionar contra ese estado de cosas, dando a nuestro movimiento una mayor beligerancia en los problemas sociales? Pensamos que incumbiría a todos los militantes del anarquismo meditar seriamente en las posibilidades de resurrección y de multiplicación de la eficiencia de nuestro movimiento. Nosotros tratamos de hacerlo y nuestras soluciones inmediatas las hemos presentado ya. Que otros las rectifiquen o las mejoren o nos expongan soluciones más viables y fecundas.

Una de las causas de la crisis actual, descontando la situación política, económica y espiritual del mundo, nos parece consistir en la reducción de nuestro movimiento a girar mecánicamente por un par de caminos trillados, como si se hubiese llegado a la cumbre de todas las manifestaciones posibles del esfuerzo anarquista. La ausencia de nuevos matices en la propaganda, el acomodamiento sistemático en ciertas tácticas más o menos consagradas, en lugar de provocar el despertar de energías, en lugar de producir apasionamientos y entusiasmos, adormece en el corazón del individuo la poca vitalidad que posee. Aunque se comprende eso, una frase hecha elude todo compromiso: Llegará un día, nos decimos, en que las cosas se presentarán de otro modo. Pero ese día llegará o no llegará, de cualquier manera esa esperanza no debería impedirnos poner desde hoy todas nuestras fuerzas al servicio de la resurrección de la beligerancia anarquista, del desbordamiento de su vida en nuevas formas y ensayos prometedores. El hecho de que seamos pocos no es una explicación de la situación actual; hubo períodos infinitamente más brillantes para el anarquismo en los cuales no existían, ni con mucho, tantos anarquistas y simpatizantes como hoy. El hombre tiene un tesoro inagotable de energías, de entusiasmos; hay que dar rienda suelta al desborde de ese tesoro y veremos en seguida con qué rapidez cambia la faz de la situación.

Que se nos permita recordar un período de la propaganda anarquista en este país: el año 1902.

Todavía resonaban los ecos de las conferencias grandiosas de Pietro Gori. La labor de la organización obrera se proseguía con ardor; se luchaba a brazo partido contra la influencia del socialismo autoritario en el campo gremial; se fomentaba la prensa revolucionaria y aun quedaban fuerzas suficientes para ensayar la eficacia de otros caminos: por ejemplo, el cooperativismo. No hay que olvidar que en este país fueron los anarquistas los primeros en poner en práctica las cooperativas de producción. Hubo en 1901-1903 una cooperativa de obreros tabaqueros de Buenos Aires denominada "Germinal". Una vez en marcha se proponía destinar de sus dividendos un 10 por ciento para escuelas laicas, un 30 por ciento para los gremios que quisieran independizarse del mismo modo que los cigarreros y con idénticos fines; un 10 por ciento para las víctimas del capital y un 10 por ciento para la prensa verdaderamente obrera. En 1902 diez panaderos forman una cooperativa llamada también "Germinal", en Buenos Aires; en el mismo año se instalan otras dos cooperativas, una en la Boca, con el apoyo financiero de los obreros del puerto; otra cooperativa de panaderos se fundó en Bahía Blanca, y distintos gremios se interesaron por ese problema, haciendo sus ensayos o sus preparativos para ensayar ese medio de trabajo y de lucha. LA PROTESTA no asumió una actitud ni en pro ni en contra del cooperativismo, limitándose a registrar la tendencia y a anunciar los cigarrillos "Germinal". Pero para ir proporcionando elementos de juicio se transcribieron artículos de Kropotkín y de Mella sobre las cooperativas. Por lo demás, las experiencias hechas no fueron muy halagadoras, y el tercer congreso de la F. O. R. A., celebrado en abril de 1903, resolvió desechar el cooperativismo.

No es este el lugar de referirnos al valor de las cooperativas y a su significación. Nos limitamos a resumir algunas de las tendencias de nuestro movimiento de 1902-3, un período de gestación, de tanteo, pero también de mucha vitalidad.

Aparte de las cooperativas no faltaron compañeros que se propusieran hacer ensayos de colonias agrarias, pidiendo para eso la solidaridad de los anarquistas. La situación económica y espiritual de aquella época no permitió la prosperidad de esas tentativas.

Hubo también algunos pasos para dotar al anarquismo de Buenos Aires de una Casa del pueblo, esa idea que hemos repetido no hace mucho en medio de una más o menos franca desaprobación. El proyecto de Casa del pueblo de 1902 era algo grandioso. Daremos algunos detalles. En marzo de 1902 circuló un manifiesto firmado por A. Bernasconi, A. Cerri, M. Rivas, J. Pavlovitch, F. B. Basterra, G. Inglan, A. Montesano, invitando a una reunión para el 30 de marzo a fin de estudiar el problema de la instalación de una Casa del pueblo, donde se formaría la Bolsa del trabajo, la Universidad libre, salón de espectáculos y de reuniones, etc. Como vemos, entre los firmantes estaba el director de LA PROTESTA, G. Inglan. El asunto quedó después en manos de un grupo de individuos no del todo limpios y sobre todo neutralistas, el grupo editor de la revista "El Trabajo". En mayo se aprobó el proyecto de Casa del pueblo de Buenos Aires; ese proyecto circuló en hoja aparte por medio de LA PROTESTA. La sede de la Casa del pueblo era un gran local en Charcas 1109 al 49. Se quería hacer allí una sala de teatro, con capacidad para 6.000 personas, una sala para café, Bolsa del trabajo, oficina de informaciones, tipografía e imprenta, universidad popular libre, escuela libertaria mixta, biblioteca, etc. Esa idea fracasó por esta razón: porque se quiso pasar por encima del movimiento anarquista y ser políticamente neutrales. Los que hubieran dado vida a ese proyecto eran los anarquistas, por estar ya en sus manos la casi totalidad del movimiento obrero del país; cuando nuestros compañeros vieron que el asunto escapaba a su control, se retiraron y todo quedó en agua de borrajas. Pero ahora pensamos que si en lugar de haber tomado en sus manos la Casa del pueblo un grupo de individuos sin antecedentes y sobre todo sin definición doctrinaria, lo hubiesen tomado nuestros compañeros y lo hubiesen realizado, la situación política y social de este país habría sido tal vez distinta; al menos el anarquismo habría tenido una base sólida de apoyo y muchas más posibilidades de difusión.

No termina con eso la enumeración de las iniciativas que surgían a diario y de los esfuerzos por llevar a la práctica manifestaciones cada vez más fecundas y prometedoras.

Se fundaban sin cesar escuelas libertarias, y en 1903 hubo un camarada adinerado que ofreció 5.000 pesos para establecer en un vasto terreno, fuera de la ciudad, una escuela libertaria. Y mientras se intentaba todo esto se hacían esfuerzos por tener un cotidiano.

De esos planes no se realizó más que uno: el del cotidiano; LA PROTESTA salió diariamente desde abril de 1904, y cuanto más perseguida fué, más se concentró a su lado el movimiento anarquista.

El periodo que recordamos era de tal manera vigoroso que la burguesía se sintió amenazada: el anarquismo hacía progresos efectivos y si llegaba a poner en pie, aparte del movimiento sindical concentrado por la Federación Obrera Argentina (la actual F. O. R. A.), la serie de instituciones que pensaba levantar, su pujanza habría sido cada vez mayor. La gran huelga de los obreros portuarios de Buenos Aires en octubre de 1902 y la de los peones del Mercado Central de Frutos de Barracas al Sud dió el pretexto para poner provisoriamente un límite a esa expansión con el terror policial; en noviembre se promulgó la ley de residencia contra los anarquistas extranjeros y se decretó el estado de guerra. Cuando se reinició la propaganda en enero de 1903, de todos los planes del período anterior no quedó mucho, pues las fuerzas existentes hubo que concentrarlas en torno a LA PROTESTA y a la Federación, a fin de salvar y fortificar ante todo estas dos instituciones. Pero el mismo espíritu práctico que se había manifestado antes de la ley de residencia, se manifestó después, sólo que en forma más restringida; la prueba está en la dotación de una imprenta a LA PROTESTA. Sin esa imprenta sería inexplicable el movimiento anarquista de este país.

Hoy no hablamos sin orgullo de LA PROTESTA, y más orgullo sentimos aún al constatar que su vida no está ligada a la labor de ningún camarada tomado individualmente; depende del movimiento entero, y los que hoy trabajamos en ella cuanto podemos, desapareceríamos mañana sin que por eso el viejo vocero anarquista sufra ni en su orientación ni en su vitalidad. Pensamos que así como se levantó LA PROTESTA, habrían podido levantarse otras instituciones de la propaganda y del esfuerzo anarquista, sólidamente basamentadas, cuya persistencia fuese independiente de las eventualidades personales. Hay en este país treinta años de propaganda en pro de las escuelas libertarias, más tarde llamadas racionalistas; se han hecho cien ensayos en una escala raquítica y, naturalmente, todo ha fracasado. Nuestra opinión es que la única manera de tener algo consistente en esa materia educativa, sería la realización del gran proyecto de 1903: la reunión de 20 ó 30 mil pesos y la instalación de una escuela en forma. De otra manera creemos que se realizan esfuerzos inútiles. Lo mismo que de la escuela diríamos de la prensa: un buen periódico provisto de todos los recursos posibles vale más que una docena de periodiquitos para la familia, sin entrada en ninguna parte. La experiencia de LA PROTESTA y su labor autoriza a preferir un periódico de grandes vuelos a esa serie ilimitada de semanarios o quincenarios que muy pocos leen y que apenas ejercen influencia.

Pero lo que nos importaba hacer resaltar es que de la comparación del período de 1902-3 con el que vivimos se evidencia la riqueza de iniciativas y de esfuerzos entonces y la pobreza de hoy, la medrosidad para empresas de aliento, la mecanización de las actividades en un par de direcciones trilladas mil veces.

Cuando proponemos las comunidades agrarias como instituciones del movimiento, Casas del pueblo, la lucha por la jornada de seis horas, etc., etc., no lo hacemos en la pretensión de dar con ello soluciones definitivas y de ofrecer panaceas para todos los males; nuestra aspiración se reduce a aumentar los esfuerzos del anarquismo para que se vaya creando instituciones que le permitan un día pasar de la propaganda revolucionaria a la acción revolucionaria.

Nos engañaríamos a nosotros mismos si dijésemos que continuando con nuestros sindicatos más o menos prósperos en las ciudades y luchando duramente por el sostenimiento de nuestra prensa, llegaremos un día a estar en situación de influenciar la vida social.

En este país, por sus condiciones económicas y sociales, nos sería fácil instalar algunas comunidades agrarias modelos, sobre la misma base que existe LA PROTESTA, como propiedad del movimiento anarquista, bajo el contralor de éste y en su beneficio. Si prosperasen esas comunidades tendríamos la posibilidad de constituir una fuerza efectiva e inexpugnable en muy pocos años; si fracasan habríamos ganado utilísimas experiencias. El esfuerzo que se haga no habría de causarnos ningún mal y en cambio, según nuestra manera de ver, podría ser un instrumento revolucionario de primer orden al mismo tiempo que un ensayo experimental y una demostración práctica de la eficiencia de nuestras ideas. Las condiciones de este país nos permiten una táctica especial ante este asunto; el país no está hecho, está por hacer. Los anarquistas podríamos ser factores determinantes y no simples espectadores pasivos en el proceso de la formación de la vida económica de la Argentina.

No queremos volver a expresar nuestras ideas sobre la relativa infecundidad de nuestros esfuerzos circunscriptos a las grandes ciudades. Quisiéramos que se predicara con el ejemplo, prácticamente, la realizabilidad de nuestras ideas libertarias y para ello, en la Argentina, nos ofrecería una posibilidad excelente la formación de comunidades agrarias sobre las mismas bases que existe LA PROTESTA.



MAX NETTLAU

Cuarenta años de vida de un periódico anarquista

En ocasión del aniversario de "Freedom" (Londres 1886-1926)

Este mes de octubre de 1926 se cumplen cuarenta años de la vida del periodiquito mensual *Freedom* (La libertad), fundado en octubre de 1886 por el grupo de P. Kropotkin y de sus camaradas ingleses y otros, que se creó poco después de la llegada de Kropotkin a Inglaterra al comienzo de la primavera de 1886. Habiendo aparecido sin interrupción — a excepción de los primeros meses de 1895 — durante cuarenta años y continuando su publicación aún, tenemos ahí un pequeño fenómeno que yo creo único en la prensa puramente anarquista, y se comprende que los camaradas de ese grupo han merecido nuestros saludos y buenos augurios para el porvenir.

No carecerá de interés, pienso, el examinar con más detenimiento la historia y la fisonomía de este periódico. En la elaboración de las ideas anarquistas individuos, grupos y periódicos cooperan constantemente del modo más variado, reflejo de una cooperación verdaderamente libre y prueba de la posibilidad de la producción emancipada de regulaciones autoritarias. La idea nueva se presenta al espíritu del individuo que la propone al grupo o a una colectividad más amplia por el folleto o por el periódico; el grupo, el periódico, la colectividad aceptan, modifican y mejoran, o rechazan la idea: evolución plenamente libre; lo mismo pasará un poco más tarde con todas las iniciativas de la llamada vida pública, con todo el mecanismo complicado de la vida social. Así se benefician nuestra práctica y nuestra experiencia, si sabemos dar libre expansión a una elaboración espontánea de las ideas y, por el contrario, el periódico mal dirigido, que pone el juego de las pasiones en lugar del razonamiento, deteriora el grupo y el individuo: todos quedan apegados entonces a la triste vida del presente, compuesta de luchas odiosas y distanciados del presentimiento de la felicidad futura que nos da un grupo armonioso, un periódico bien equilibrado y hombres reclamente libres de las pasiones del día.

El pequeño periódico *Freedom* me parece siempre pertenecer al corto número de publicaciones anarquistas que han sabido evitar mejor los escollos de las pasiones, que nos hacen pasar momentos verdaderamente felices en la anarquía cuando los leemos, sea en 1886 o en 1926. No hay disonancia en ese periódico, ninguna maldad, ninguna polémica agria; sin transigir de manera alguna ni doblegarse, se ha sabido separar siempre lo importante de lo pasajero, las ideas de las personas. Tengo algún conocimiento de ese periódico, pues lo leí en 1886 como lo leo en 1926, y he colaborado en él en otro tiempo, sobre todo en las décadas anteriores a 1914, y lo hago aún. He podido exponer ideas que no fueron siempre las del grupo como otros lo hicieron también algunas ocasiones; ninguna sombra obscureció mis relaciones, no tengo más que recuerdos de rectitud, de tolerancia, de respeto mutuo y de franca cooperación amistosa.

La historia de las ideas anarquistas en Inglaterra es bastante poco conocida en general fuera de ese país; no es este el lugar para tratar de esbozarla aquí y sería preciso dar muchas explicaciones para mostrar las razones de la poca extensión que vió hasta aquí el movimiento anarquista en Inglaterra. Me limitaré a lo que concierne al esfuerzo de 1886, del que nació *Freedom*.

Antes de la Internacional había una oposición socialista contra el autoritarismo de Marx y de los grandes jefes trade-unionistas y socialistas-políticos ingleses, pero no se trataba más que de un socialismo autónomo que no estaría en manos de los jefes y de los políticos; las ideas anarquistas de la Internacional continental permanecían desconocidas; nadie, absolutamente nadie se convirtió en su traductor o adaptador en Inglaterra. No se tenía más que un vago conocimiento de la existencia de Proudhon y de Bakunin, sin conocer sus ideas.

Sin embargo, había siempre, también en la época de los años 1870-1880 en que el movimiento público había callado y casi desaparecido, revolucionarios populares que transmitían las ideas del socialismo rico y profundo de los años 1830-1850, del tiempo de Robert Owen y Thompson, de Brouterre O'Brien y de los chartistes — partidarios de la fuerza física — (en oposición a los chartistes de la política electoral) y otros. De tales hombres algunas veces propagandistas aislados infatigables transmitieron las ideas, a menudo bastante estrechas y sectarias, de su escuela — y lo poco de la gran literatura socialista antigua, totalmente desaparecida, que conservaban todavía —, a jóvenes obreros y a otros que a menudo habían hecho su primer aprendizaje en los clubs radicales políticos, más o menos republicanos entonces. Del radicalismo político, del libre pensamiento propagado vigorosamente por Bradlangh, esos jóvenes llegaban así al socialismo y sufrieron otras muchas influencias todavía. Conocieron un ambiente común, un club internacional, refugiados socialistas de la Comuna de París; desde 1879, igualmente, socialistas alemanes que, con Most y su *Freiheit*, se hicieron entonces revolucionarios y se aproximaron a la anarquía a partir de 1880; también rusos de ese tiempo del nihilismo terrorista militante; italianos como Malatesta y sus camaradas, en los años 1881-1883, y otros.

De ahí que una parte de esos hombres concibiera un socialismo revolucionario y anarquista que nadie les había enseñado o demostrado como un conjunto: fué simplemente su manera de comprender el verdadero socialismo con lógica y movidos por un sentimiento revolucionario serio. Comprendieron que el inmenso esfuerzo de la transformación social no podrá nunca hacerse con esa cuchilla de cartón que es el parlamentarismo — comprendieron que será precisa la revolución social popular. Querían la libertad y no pensaban un instante en desasirse de ella en favor de un Estado socialista o de algunos dictadores que se llamasen socialistas — eran, pues, antiautoritarios, anticentralizadores y, lógicamente, en grados diversos, antiestatistas completos, federalistas, anarquistas; del mismo modo el sostén absoluto que la iglesia da al Estado y al capital, a la dominación y a la explotación, los hizo anticlericales y el razonamiento y el estudio (por hábito hicieron muy buenas lecturas) les hizo ateos. Fué verdaderamente un anarquismo de fabricación propia, sin iniciadores, sin escuela (colectivista o comunista), nada más que por concepción seria y lógica del socialismo y por el triste espectáculo, siempre presente, de los políticos con sus panaceas falaces ofrecidas al pueblo.

Alrededor del año 1880 se presentaron otros dos factores: la miseria en Irlanda acentuó la resistencia organizada y a menudo muy violenta en esa isla — hubo allí la inmensa *Land League* (Liga Agraria), el terror agrario de los campesinos-pequeños granjeros y el terror político agudo de los conspiradores fenianos. Y hacia la misma época Henry George en su *Progreso y miseria* puso el dedo en la llaga sobre el monopolio territorial de los usurpadores del suelo y anatematizó la explotación de todos por los gavilanes-propietarios de la tierra. Henry George, el americano, hizo grandes jiras de propaganda en Irlanda, Escocia y en Inglaterra, y si sus ideas, — expuestas de un modo tan espontáneo por el inglés Alfred Russell Wallace, el gran naturalista que, independientemente de Darwin también, había llegado a conclusiones semejantes a las de éste en ciencia natural, — y si sus ideas fueron especialmente propagadas en lo sucesivo por sociedades demasiado estrechas, demasiado especializadas, la *Liga para la restitución de la tierra* y la *Liga para la nacionalización de la tierra*, el gran resultado de la campaña de Henry George fué sobre todo el de despertar en todas partes el socialismo latente o durmiente. Hubo, pues, para combatir la represión gubernamental en Irlanda, muy pronto la de Egipto (1882, bombardeo de Alejandría por la flota inglesa), y bajo la influencia del sentimiento social despertado, — las revelaciones sobre la miseria horrorosa de los pobres en Londres han contribuído mucho a ello (pienso en *Bitte, Cry of Outcast London*, el Grito amargo de los parias de Londres) — hubo, pues, una asociación de las fuerzas sociales bajo forma de federación, la *Democratic Federation*.

Los obreros revolucionarios y anarquistas, con otros obreros socialistas menos avanzados, pero, sin pensar entonces más que en la propaganda económica, no en maniobras de política electoral, habían comenzado ya una propaganda directa en las esquinas de las calles, al aire libre, por conferencias en los clubs avanzados (lo que se llamaba entonces *Londres-rojo*), por volantes, pequeños manifiestos compuestos e impresos por ellos mismos, los más violentos secretamente gracias a una pequeña imprenta en casa de uno de ellos, etc., y se unieron a la Federación democrática con el fin determinado de propagar sus ideas en ese ambiente muy desemejante y de impulsar hacia adelante la afirmación de un socialismo antiautoritario e intransigente, — lo que desagradó mucho a los moderados y a los aspirantes al socialismo electoral y reformista.

Encontraron un gran apoyo en ese hombre muy notable que fué William Morris, el cual, con un número de amigos, hombres de valor, se había compenetrado entonces de un socialismo muy serio que, durante largo tiempo, fué acentuándose más y más. Ese poeta y artista, que amaba apasionadamente la belleza, que no sólo soñaba, sino que se aplicaba prácticamente a introducirlo en la vida real, afectado profundamente por la fealdad que engendró el capitalismo destructor de las bellezas naturales y de la obra de arte de los siglos de una vida menos consagrada a la clase del lucro sórdido exclusivamente, — ese hombre creó y supo propagar un socialismo penetrado de belleza, por tanto necesariamente de libertad y de holgura, de buenos procedimientos y de respeto mutuo, un socialismo integral del hombre libre en un ambiente bello y feliz; sus *Noticias de ninguna parte*, la famosa utopía (1889-90) nos muestra su ideal futuro e igualmente su concepción de las vías para llegar a ella.

Sería un gran error creer que ese culto social de la belleza en Morris perjudicaba las exigencias serias de la lucha revolucionaria. Lejos de eso, inspiraba a los hombres con nuevo ardor para conquistar ese mundo bello y bueno y destruir el mundo feo y malvado que el capitalismo ha sabido crear. Se apasiona uno mucho menos por un nuevo mundo mecánico en las perfecciones económicas, incluso por un mundo abstracto en las libertades intelectuales y morales, que por un mundo embellecido y hecho bueno por la cooperación solidaria y por la libertad individual y colectiva. El espíritu de Morris nos ha faltado demasiado; sabía hacer atractivo el socialismo, como antes de él había tratado de hacerlo Fourier, poeta socialista también en sus visiones futuras.

Entre William Morris y los socialistas revolucionarios y anarquistas de que he hablado hubo pronto una buena entente. Esos hombres, de los que hay que mencionar ante todo a Joseph Lane y Sam Mainwaring, fueron felices al completar sus ideas por ese amor a la belleza, a las buenas proporciones, a la belleza práctica y aplicada, por decirlo así, que irradiaba de Morris — y éste aprendió mucho en economía, en penetración de las ilusiones de la política y de los males del estatismo, en comprensión de la situación revolucionaria, gracias a esos hombres, sin que nunca haya aceptado claramente el anarquismo como sistema o como denominación. Mucho más tarde, decepcionado, retrocedió un poco, pero en sus mejores años, pienso, sintió que su concepción del socialismo era bastante amplia y que no tenía necesidad de las ideas socialistas formuladas por otros, aunque fuesen las ideas llamadas anarquistas. Desde 1885 a 1888 las ideas y la personalidad de Morris supieron infundir a todos un socialismo poderoso e integral, armonioso y pleno de esperanza, alejado del dogma y exento de toda autoridad.

La Federación contenía aún dos elementos, los pocos marxistas ingleses, la hija mayor de Karl Marx, Eleanor, y su marido, el doctor Aveling; un doctrinario inglés, Belfort Bax; además, el viejo comunista alemán Lessner, en otro tiempo de las sociedades comunistas secretas y del Consejo general de la Internacional, acólito de los más fieles de Marx. Y socialdemócratas ingleses, dirigidos por Hyndman, John Burns, Herbert Burrows, John E. Williams y otros oradores populares que estaban ante todo apurados por hacer política electoral, por hacerse candidatos. Se hizo imposible que las dos fracciones, la parlamentaria y la revolucionaria, cooperasen largo tiempo; por diversas razones hubo escisión en diciembre de 1884 y la Socialist League fué fundada por los revolucionarios, a los cuales, curiosamente, se agregaron los marxistas también, no obstante no cambiar de táctica: porque muy pronto trataron de introducir el socialismo electoral en la Liga. No lo consiguieron más que para dos ramas que debieron separarse de la Liga en la primavera de 1888. La Liga se compuso, pues, fuera de esos pocos marxistas y trade-unionistas, de socialistas como William Morris, de socialistas revolucionarios muy populares y de anarquistas conscientes, pero que no separaban de ningún modo su propaganda de la de un socialismo lo más completo, lo más libertario, lo más revolucionario, lo más popular posible que fué querido de todos.

Durante esos años las ideas anarquistas, individualistas esta vez, penetraron en Inglaterra por otra vía, por la difusión, limitada, es verdad, del periódico *Liberty*, fundado por B. R. Tucker en Boston en el verano de 1881. En estos primeros años Tucker estaba un poco menos incrustado de lo que lo estuvo más tarde en su doctrinarismo; en todo caso respetaba a los revolucionarios rusos y hasta tuvo la idea excelente de traducir *Dios y el Estado* de Bakunin en inglés (Boston, 1883), folleto que ha sido la base del razonamiento libre de muchos lectores ingleses, de cuyos ojos cayeron las escamas gracias a él y cuyas concepciones religiosas, que el ambiente inglés infiltra por todos los poros de un hombre educado y que habita en ese país, fueron radicalmente destruídas y la fe en el Estado, la autoridad, los jefes definitivamente quebrantada. Un joven tipógrafo, Henry Seymour, hizo circular muchos *Dios y el Estado*, incluso con una página de título, Tunbridge Well, 1883, localizada, y él mismo hizo aparecer en 1885 el periódico mensual *The Anarchist*, que, individualista en el fondo, trataba de mantener algún contacto con los anarquistas colectivistas y comunistas.

Pero se creaban todavía una tercera vía las ideas anarquistas: la lectura del *Revolté*, donde a partir de 1880 el *comunismo anarquista*, que fuera tan claramente elaborado por Kropotkin, había atraído a algunos ingleses socialistas, tal como Charlotte M. Wilson, que fué autor de las primeras exposiciones sucintas de esas ideas en inglés, insertadas a título de enseñanza, sobre esa idea, en "*Justice*", el órgano de la Federación mencionada, y hasta en uno de los primeros folletos de la Sociedad de los Fabianos. El proceso de Lyon, enero de 1883, tuvo repercusión en Inglaterra, donde, en los ambientes liberales y radicales, era muy conocido Kropotkin, que, en 1881-82, durante muchos meses había escrito y dado conferencias en Inglaterra, sobre las persecuciones de los revolucionarios rusos; también era conocido en los ambientes de los naturalistas. Se querían conocer las ideas anarquistas, y Eliseo Reclus compuso con ese fin el artículo *La anarquía, por un anarquista* (edic. LA PROTESTA, 1926), que apareció, en 1885, en una de las grandes revistas mensuales, la "*Contemporary Review*". Los grupos internacionales de Londres hicieron aparecer la famosa declaración de los anarquistas ante el tribunal de Lyon, en manifiesto, para distribuir, en inglés. Había, pues, un ambiente de amigos de Kropotkin y de sus ideas, ambiente íntimo y abnegado, pero que antes de la llegada de Kropotkin no comenzó la agitación pública.

La llegada de Kropotkin a Inglaterra era de fecha insegura. Condenado a cinco años de prisión en un proceso de los más inicuos, fué libertado en fin por la amnistía de enero de 1886, y después de algunas semanas en París, en casa de Eliseo Reclus (si no me engaño), se estableció en Inglaterra, en Harrow, a alguna distancia de Londres. En la primavera de 1886, pues, el grupo íntimo fué reanimado por él, para hacer propaganda, y como Henry Seymour, aunque continuaba siendo individualista, les ofreció





que escribieran a su modo en "*The Anarchist*", se aceptó el ofrecimiento y se hizo así durante algunos meses. Pero no pudo establecerse una verdadera armonía, y la convivencia fué abandonada; se quería estar completamente en casa propia, y así se fundó "*Freedom*", en octubre de 1886, que fué redactado desde los primeros años, por bastante tiempo, por C. M. Wilson. Kropotkin dió todo su apoyo al periódico desde el comienzo, y su colaboración y sus consejos, desde entonces hasta el otoño de 1914, forman un equivalente interesante de los mismos cuidados que dió al "*Révolte*" y a sus sucesores a partir de 1879, y más tarde a los pequeños periódicos rusos de Londres, las *Hojas de pan y libertad;* agreguemos su colaboración seguida, en bellos artículos muy esmerados, que comprenden sus libros "*Campos, fábricas y talleres*" y el "*Apoyo mutuo*", en la "*Nineteenth Century*", la gran revista mensual. Es el estudio de esas cuatro colaboraciones que, con sus sutiles diferencias y matices, ayudará mucho a comprender la obra de Kropotkin. No es esa una cuestión de curiosidad biográfica, porque dada la inmensa preponderancia de Kropotkin en el movimiento anarquista durante tantos años, eso tuvo repercusiones en toda la marcha de las ideas durante ese tiempo.

Sin abordar ese asunto aquí, diré que sus ideas, formadas primero bajo la influencia de la situación revolucionaria en Rusia, sufrieron un fuerte impulso por la renovación del socialismo en Francia, hacia 1880, cuando, después de la amnistía de los comunalistas de 1871, el movimiento socialista público repuntó en grandes proporciones. Unos se pusieron entonces rápidamente a la lucha de las conquistas políticas y fundaban el socialismo electoral, cuyas tristes peripecias se conocen. Los otros, los blanquistas de entonces, revolucionarios todavía, y los anarquistas, creciendo rápidamente en número y en voluntad revolucionaria, parecían asegurar, por su gran actividad, una revolución social en breve plazo. Inspirados por esa situación tirante, aguda, la proximidad aparente de grandes acontecimientos, las ideas del comunismo anarquista de Kropotkin fueron elaboradas tales como se las conoce desde los numerosos artículos del "*Révolte*", de 1879 a 1882, reunidos en las *Palabras de un rebelde*, en 1885.

Pero después de sus años de prisión, en 1886, la proximidad aparente de la revolución social había desaparecido y se encontró en Inglaterra, frente a un pueblo obrero, bastante recalcitrante al socialismo y, sobre todo, a los métodos revolucionarios. Kropotkin se puso entonces a desarrollar una crítica social y política, y consejos de reconstrucción de un ritmo un poco menos febril que el de los años 1879 a 1882 del "*Révolté*"; prestó mucha más atención a los rudimentos de asociación libre, que se encuentran hasta en la sociedad moderna, y esbozó de nuevo el efecto de la cooperación libre, inconsciente y consciente, hasta los tiempos más lejanos de la animalidad (*La ayuda mutua*). A eso corresponde su esfuerzo en reconstrucción social en el "*Révolté*" y en la "*Révolte*", el futuro libro "*La conquista del pan*". Veinte años más tarde, aproximándose la revolución rusa de 1905, y el estudio de la revolución francesa, los fenómenos del sindicalismo y del marxismo destructor del socialismo, de esa socialdemocracia ambigua, que no es ni carne ni pescado, influenciaron aún la serie de sus ideas, y "*Freedom*" y los "*Temps Nouveaux*" permiten seguir ese desenvolvimiento de cerca.

Lo que me llamó siempre la atención es el hecho que en 1886 el grupo de Kropotkin no haya tratado de aliarse con los anarquistas de la Socialist League, ni con los socialistas más libertarios que haya habido jamás, como William Morris. Si hubieran cooperado la ciencia y el ardor revolucionario de Kropotkin y el arte y el sentido de belleza y de buenas proporciones de Morris en Inglaterra, habrían podido crear un anarquismo fuerte y viable, dado el gran número de los mejores socialistas atraídos por William Morris, de las fuerzas obreras revolucionarias adquiridas por la propaganda de los anarquistas y socialistas revolucionarios de la Liga socialista, formando así un anarquismo *integral*, variado, de muchos matices, bastante amplio, pues, para apelar a la inteligencia y al sentimiento de un número cada vez más vasto de hombres de valor.

Ese ideal no fué realizado; es inútil discutir aquí las razones. En fin, se puede decir que tal cooperación ha sido siempre imposible para Kropotkin, cuyas ideas formaban un conjunto tal, que eran aceptadas en bloc o descartadas; una cooperación que habría podido cambiar algo en esas ideas, era contraria a su naturaleza. Al examinar de cerca esas cosas se verá probablemente que estaba de acuerdo en mil puntos y unido por una amistad sincera con hombres como Eliseo Reclus y Malatesta, pero que en ideas y en acción cada cual iba por su camino solo. Menos aun habría podido entenderse con William Morris, a quien ha visto quizás a través de los ojos de su buen conocido H. M. Hyndman, el enemigo de Morris, o bien este mismo, como artista penetrado de la necesidad de las proporciones, no amaba en la anarquía la pretendida incoherencia, el juego de lo arbitrario y del azar, que sin duda no son propias de una anarquía seria, pero que se encuentran a veces propiciados por propagandistas inhábiles, que creen hacer bien al exagerar, al exhibir la atomización y no la cooperación inteligente y desinteresada, solidaria y libre, que será.

Por tanto, en 1886-87 no hubo solidarización del esfuerzo anarquista en Inglaterra, que se compuso de la propaganda popular tenaz de los anarquistas de la Liga — Joseph Lane publicó entonces su folleto *Un manifiesto antiestatista, comunista y revolucionario*, 1887 — de los individualistas de "*The Anarchist*", que se hundían cada vez más en el tuckerismo estrecho, y de los camaradas de "*Freedom*", que no trataban de crear una organización popular, sino que proponían, mediante conferencias, sobre todo en el año 1888, el comunismo anarquista a las secciones socialistas ya constituídas, atrayendo a ellas los adeptos. Fué después de una de esas conferencias en la Liga socialista, en 1888, cuando conocí por primera vez a Kropotkin. Sus ideas aparecieron como un bello conjunto a los revolucionarios de la Liga, que no sabían presentar un anarquismo tan elaborado, pero que se sentían más próximos a las necesidades populares y penetrados de una voluntad revolucionaria que, si vivía igualmente en Kropotkin, era un poco menos aparente en las afirmaciones a veces un poco dogmáticas de otros expositores del comunismo anarquista. No hubo, pues, acercamiento y las cosas quedaron así en los años 1889 a 1894, cuando el anarquismo había prosperado tanto en la Liga que en el otoño de 1890 se separó en varios grupos anarquistas, y el grupo socialista de William Morris, molesto por algunas exageraciones de anarquistas novatos, perdió su bella esperanza desde entonces. Morris murió en 1896. Ese anarquismo muy militante y perseguido estuvo al fin de su fuerza de resistencia en el verano de 1894, y su órgano, "*The Commonweal*" ("*El bien público*") cesó entonces de aparecer.

Fué ese el período (1894-95) de la supresión de casi todos los periódicos anarquistas de Europa, en Francia, Italia, España, Alemania, Inglaterra, y también "*Freedom*" suspendió su publicación por algunos meses en el invierno de 1894-95. Sólo "*The Torch*, publicado por un pequeño número de jóvenes, apareció sin interrupción. En esas circunstancias, en la primavera de 1895, cuando la propaganda pública repuntó en todas partes, los últimos camaradas del Commonweal Group y el Freedom Group se amalgamaron y "*Freedom*" continuó su publicación en mayo de 1895, tratando en lo sucesivo de combinar la propaganda teórica y la popular, pero, en suma, cambiando muy poco de fisonomía y de carácter desde entonces hasta nuestros días.

Esa fisonomía, ese sello particular han hecho memorable ese periodiquito; raramente fueron presentadas las ideas comunistas anarquistas, tan constantemente, con un razonamiento más tranquilo y equitativo, sin acrimonia y recriminaciones, sin compromisos, pero también sin exageración. Los movimientos contemporáneos de cuarenta años fueron tratados allí con mucho esmero, la historia política y económica igualmente, y el idealismo libertario y social en pensamiento y en arte no han sido descuidados, y un poco de robusto buen sentido en arte y en vida de William Morris, antiguas concepciones libertarias armoniosas de Edward Carpenter se vuelven a encontrar en una parte de los colaboradores del periódico, que, sin ninguna pretensión de ser literario, ha estado siempre bien hecho, bien compuesto e impreso también, porque los tipógrafos ingleses de algún valor no han olvidado a William Morris, el creador de las bellas impresiones de la Kelmscott Press, su refugio después de algunas desilusiones en las luchas sociales. "*Freedom*", el más pobre de los periódicos, tan pobre en 1926 como en 1886, ha sido, número por número, para aquellos que lo han redactado, escrito y compuesto, una obra de amor, algo que se ha hecho lo mejor posible, porque se complacía uno en hacerlo. El periódico no fué según el gusto de todo el mundo, pero no se encontrará en él ninguna polémica. Se le ha reprochado un exclusivismo que no fué una realidad; se hizo la mejor acogida a los colaboradores de valor, pero se ha dejado a un lado los artículos de valor secundario o nulo. De esa manera es quizás el periódico que contiene el mínimo de inutilidades, de cosas pasajeras, si se exceptúa el "*Réveil-Risveglio*" de Bertoni, en Ginebra, que es el que se acerca más, según mi opinión, al género de "*Freedom*" que trato de describir. Se ha reprochado también a este último la falta de actualidad, de discusión actual de las luchas obreras, o se habría preferido un semanario. En esa situación el grupo consideró, sin embargo, mantener "*Freedom*" tal como era y crear un semanario, "*The Voice of Labor*", sindicalista anarquista, pero esa periódico no pudo vivir largo tiempo, y "*Freedom*" nos quedó.

En octubre de 1914 murió el camarada Alfred Marsh, que redactó el periódico cerca de veinte años. No conozco en detalle su punto de vista al principio de la guerra, pero es probable que habría aceptado que las ideas de Kropotkin, Tcherkesoff y otros sobre la guerra fuesen expresadas ampliamente en "*Freedom*". Otros camaradas, sin embargo, consideraban la guerra como Malatesta, Bertoni y muchos otros lo hicieron, y hubo una escisión inevitable. "*Freedom*" no fué cedido a los que, durante la guerra, habrían hecho de él un órgano patriótico. Su posición fué la del "*Réveil-Risveglio*", de la "*Cronaca sovversiva*", de L. Galleani, y de otros órganos de un anarquismo sin compromiso político. Su redactor, el camarada Keell, pasó algunos meses en prisión — la única persecución de que fué objeto el periódico en estos cuarenta años.

Los obreros ingleses, estos últimos años, prefieren la ilusión parlamentaria (partido obrero) y la ilusión dictatorial (comunismo bolchevista a las órdenes de Moscú) a la anarquía franca e incluso al sindicalismo libertario. Contra esas corrientes de escala en crescendo, la sugestión a que sucumben los millones, la voz de "*Freedom*" suena bien débil, pero suena siempre. Sus volúmenes predicen y refutan mil veces esas ilusiones siempre en boga, pero parece que para el *mal* como para el bien, la experiencia, el sufrimiento son indispensables, el razonamiento, el consejo desinteresado son siempre insuficientes. "*Freedom*" continuaría su esfuerzo si los lectores que leen inglés en todas partes del globo le secundasen; su dirección es: 127, Ossulston Street, Londres, N. W. 1.

En este momento sus más antiguos colegas son LA PROTESTA, el "*Libertaire*" (París, 1895), el *Réveil-Risveglio* (Ginebra), la "*Freie Arbeiterstimme* (judío, New York), "*Brand*" (Stockholmo), estos tres de veinticinco años, el "*Vrije Socialist*", holandés, un poco mayor; además, la serie de periódicos de E. Armand a partir de 1901, con varias interrupciones, hasta *l'en dehors*. De más edad no se puede nombrar más que la serie que comienza con el "*Révolté*" en 1879 y continúa aún con *plus loin* y los folletos mensuales de Jean Grave, y el periódico judío "*Arbeiter Freund*" de Londres, fundado en 1885, pero no es anarquista en los primeros años, y de publicación irregular en estos últimos tiempos. "*Freedom*" es, pues, verdaderamente el decano de la prensa anarquista: cuarenta años, con cuatro o cinco meses de suspensión solamente, ejemplo único.

Espero que verá el cincuentenario, exista yo, uno de sus raros primeros lectores que sobreviven, o no. Espero aún más que lleguen mejores tiempos para la anarquía que ha defendido valientemente a través de las mayores depresiones.

Septiembre 5 de 1926.

ERRICO MALATESTA

Internacional colectivista y comunismo anarquista

Estoy de acuerdo con el compañero Nettlau en que es un daño para la propagación y la realización primera, necesariamente gradual, de las ideas anarquistas, el presentar el comunismo como el único modo de vida posible y aceptable en un régimen de no-autoridad; y creo, como él, que una sola y única solución de los problemas económicos, aplicable a todos y en todos los ambientes, se conciliaría mal con el principio de libertad que está en la base del anarquismo.

Tal vez es verdad que una cierta estrechez de ideas, un cierto dogmatismo se pueden enumerar entre las razones, según mi opinión no la principal, que han impedido un mayor y más rápido desarrollo de nuestro movimiento.

Pero como estamos en materia histórica, y Nettlau es un historiador escrupuloso y ávido de verdad, estoy seguro que verá con placer que le recuerde ciertos hechos, que pueden servir a una más justa distribución de las responsabilidades que incumben a los más viejos propagandistas del anarquismo.

La Internacional, tal como salió de su congreso de Basilea en 1869 era colectivista, pero era — incluso en sus secciones más avanzadas — escasamente anarquista. Era *colectivista* en el sentido que se daba entonces a esta palabra, es decir que la tierra, los instrumentos de trabajo, en suma, todos los medios de producción fuesen propiedad colectiva y que cada trabajador, solo o asociado, tuviese derecho al producto integral de su trabajo; pero no había ideas claras y definidas; solo la manera de asignar a cada individuo o a cada asociación la parte de tierra, las materias primas y los instrumentos que le correspondan, sobre el modo de medir el trabajo de cada uno y de establecer un criterio de valor para el cambio. Todo eso debía hacerlo la "colectividad" y no se tenía en cuenta demasiado el peligro de que esa "colectividad" pudiese en realidad no ser después más que un "gobierno", es decir, algunos individuos que se posesionarían del poder e impondrían a los demás su voluntad.

En Italia nos preocupábamos mucho de estas cuestiones. De acuerdo con los internacionalistas de todos los países sobre el principio que todos deberían ser trabajadores, que nadie debía vivir opri-

…neando y explotando a los demás y que la fraternidad y la solidaridad entre todos los seres humanos debería sustituir a la lucha y la concurrencia para alcanzar un bienestar conquistado a expensas de los otros, nosotros pensamos que en el colectivismo quedaba una razón de lucha por la asignación de los medios de producción más ventajosos y por el valor que cada uno habría querido dar a los productos propios en comparación a los productos de los otros. Y tras largas discusiones y polémicas llegamos a la conclusión que la única solución que puede realizar el ideal de fraternidad humana y eliminar todas las insolubles dificultades de la medida del trabajo hecho y del valor de los productos obtenidos, es una organización comunista, en donde cada cual dará voluntariamente su contribución a la producción y consumirá libremente lo que precisa para sus necesidades — pensando que excluída así de la vida social toda razón de lucha entre hombres y hombres desaparecería también toda razón de autoridad y todo deseo de dominio.

Y por estas razones los delegados de las secciones italianas de la Internacional reunidos en congreso en Florencia en 1876, votaron por unanimidad menos uno — creo que era Poggiali de Florencia — una resolución en que se sustituía el programa colectivista hasta entonces profesado por el comunista.

La resolución de los italianos fué aceptada pronto con entusiasmo, primero en Suiza, donde residían en aquella época Kropotkin y Reclus, y después por casi todos los anarquistas de todos los países, menos por los españoles, los que en gran mayoría permanecieron aún por muchos años fieles al programa colectivista.

Nosotros fuimos, por tanto, como lo somos ahora, anarquistas comunistas; pero eso no quiere decir que hagamos del comunismo una panacea y un dogma y creamos que para la realización del comunismo se necesitan ciertas condiciones morales y materiales que es preciso crear.

* * *

Para documentar bien cuál era nuestro punto de vista, he aquí lo que decíamos en el opúsculo "Programma e organizzazione de la Associazione Internazionale dei Lavoratori", publicado en Florencia en junio de 1884 por el periódico "La Questione Sociale".

He aquí el capítulo entero que en el opúsculo trataba de la cuestión que nos ocupa ahora:

"LA PROPIEDAD. — Hemos dicho ya que la propiedad individual será abolida y también que su abolición y la abolición de todos los pretendidos derechos que se derivan de ella (herencia, etc) es condición necesaria para el triunfo de la solidaridad en las relaciones humanas. Digamos ahora algunas palabras sobre el sistema de organización que debe sustituir al régimen de la propiedad privada.

"La Internacional ha sido por largo tiempo *colectivista*; es decir, quería que la tierra, las materias primas, los instrumentos de trabajo, todo lo que, en suma, sirve al hombre para ejercer su actividad y producir, fuese propiedad colectiva, de la que todos tendrían el derecho de servirse para trabajar, y que por consiguiente el producto del trabajo fuese enteramente del trabajador, solo o asociado, salvo la cuota proporcional para los gastos generales.

"Por consiguiente las fórmulas: A cada uno según el propio trabajo, o, lo que viene a ser lo mismo, al trabajador el producto íntegro de su trabajo; —el que trabaja que coma y el que no trabaja no come, salvo que se trate de un inválido, en cuyo caso el inhábil tendrá derecho a recibir de la sociedad los medios para satisfacer todas sus necesidades.

"Pero el colectivismo está sujeto a graves objeciones.

"Económicamente, fundado todo sobre el principio del valor de los productos determinado por la cantidad de trabajo que requieren. Ahora bien, el valor medido así es imposible de determinar cuando se quiere tener en cuenta no sólo la duración y otros elementos materiales del trabajo, sino el esfuerzo mecánico e intelectual, que exige. Así como las diversas partes del suelo son más o menos productivas y los instrumentos del trabajo no son todos de la misma bondad, cada cual trataría de tener la tierra y los instrumentos mejores como trataría de atribuir el mayor valor a los propios productos y el valor más pequeño posible a los de los otros. De manera que la distribución de los instrumentos y el intercambio de los productos acabaría haciéndose según el principio de la oferta y la demanda, lo que sería volver a caer en plena concurrencia, en pleno mundo burgués.

"Pero, sobre todo, el colectivismo peca por su base moral. Está fundado, como el burguesismo, sobre el principio de lucha; solamente que intenta restablecer entre los luchadores la igualdad del punto de partida. Admitida la lucha, se tiene necesariamente vencidos y vencedores, y quien obtiene la primera victoria adquiere ventajas que le aseguran casi siempre triunfos mayores. El colectivismo es impotente para producir aquella revolución, aquella profunda transformación moral del hombre, después de la cual cada uno no hará o no querrá hacer una cosa que podría perjudicar a otros, y por eso no podría funcionar. Es incompatible con la *anarquía*; tendría necesidad de un poder regulador y moderador, que a su vez se convertiría en opresor y explotador, y volvería a introducir, primero la propiedad corporativa y después la propiedad individual.

"Por estas razones la Internacional acabó, casi unánimemente, aceptando una solución más amplia y más consecuente, que es la única que responde al pleno desenvolvimiento del principio de solidaridad: EL COMUNISMO. Todo es de todos, todo es disfrutado en beneficio de todos; cada uno debe hacer por la sociedad lo que sus fuerzas le permitan hacer, y tiene el derecho a exigir de la sociedad la satisfacción de todas sus necesidades, en la medida concedida por el estado de la producción y de las fuerzas sociales.

"Pero el comunismo para ser realizable tiene necesidad de un gran desarrollo moral en los miembros de la sociedad, de un alto y profundo sentimiento de solidaridad, que el impulso revolucionario tal vez no bastará a producir, tanto más cuanto que faltarán al principio las condiciones materiales que sirven para facilitar su desarrollo, es decir una abundancia tal de producción que cada uno pueda satisfacer ampliamente sus necesidades sin perjudicar a los demás, y una organización tal del trabajo que éste no resulte penoso.

"Se podrán eludir estas contradicciones realizando inmediatamente el comunismo sólo en aquellos lugares y en aquellos límites que las circunstancias permitan y aceptando para lo demás, pero *transitoriamente*, el colectivismo. En los primeros tiempos, corregido por el entusiasmo del pueblo surgido a nueva vida, echado a un lado por el potente impulso revolucionario, el colectivismo no tendrá el tiempo para producir sus malos efectos. Sin embargo será preciso, a fin de que no vuelva a caer más tarde en el burguesismo, que evolucione rápidamente hacia el comunismo. Y es en esto donde la acción de un partido conscientemente comunista, la acción de la Internacional, será de una importancia vital.

"La Internacional deberá propiciar en todas partes el comunismo, poner de relieve las ventajas obtenidas en los lugares donde haya sido aplicado, tratar de hacer poner en común todas las cosas posibles, y sobre todo reclamar la aplicación inmediata y completa del comunismo (además de las cosas en que existe ya hoy, como el agua, las calles ordinarias, la iluminación, la limpieza pública, etc., en las habitaciones, en las instrucciones, en el cuidado de los enfermos, en el mantenimiento de los niños y en los alimentos más necesarios, para extenderlo después poco a poco a todas las ramas de la producción".

* * *

No pretendo, ciertamente, que en el fragmento transcrito está todo lo que hoy tendría que decir sobre el argumento. Falta ahí una amplia visión de la complejidad de la vida social, no se tiene bastante en cuenta la tenacidad, los hábitos, los prejuicios, los temores populares y por tanto falta una sensación adecuada de las dificultades prácticas que se opondrían a una realización rápida y general del comunismo. Y sobre todo no se tiene conciencia del peligro que la preocupación exclusiva de la igualdad pueda perjudicar el sentimiento y la práctica de la libertad y engendrar un nuevo y más odioso despotismo que después acabaría naturalmente negando la libertad y la igualdad. Pero de esto hemos tratado y trataremos en otras ocasiones.

Ahora he querido establecer que nosotros, que hemos introducido el comunismo en el programa de la Internacional y en el anarquismo, no pecamos del exclusivismo y de la intolerancia que parece que se nos quisiera atribuir. Por lo demás bastaría para demostrarlo el hecho que nosotros, aun afirmando y propagando siempre nuestro ideal comunista, generalmente hemos preferido, en nuestras publicaciones y en nuestras organizaciones, tomar el nombre genérico de socialistas anarquistas, precisamente para no excluir de nosotros a las otras escuelas del anarquismo; — y cuando la degeneración autoritaria y parlamentaria de los socialistas democráticos nos indujo, con razón o sin ella, a descuidar o abandonar el apelativo de socialistas, nos llamamos simplemente anarquistas, entendiendo que anarquistas no se podía ser si no se quería un régimen económico que garantizase a todos los medios de vida independiente y por tanto una libertad efectiva.

* * *

Decía, pues, que aun suponiendo, en nuestro entusiasmo de iniciadores, las cosas más fáciles y más sencillas de lo que son en realidad, no hemos dejado de comprender y de hacer notar que la condición necesaria del comunismo es la abundancia, y que esa abundancia no puede producirse en un régimen capitalista. Partiendo de donde nosotros partimos, se habría llegado fácilmente a concretar un programa práctico que nos habría permitido influenciar los acontecimientos históricos mucho más eficazmente de lo que hemos podido hacer hasta aquí.

Pero un hecho, que para los extraños puede haber pasado desapercibido o haber parecido sin importancia, vino a ejercer una influencia nefasta sobre el desenvolvimiento del movimiento anarquista, interrumpiendo y proscribiendo casi el estudio detallado de los problemas que estamos llamados a resolver. Y ese hecho fué la publicación en Francia de los opúsculos, el nombre de cuyo autor no he conseguido saber: "Los productos de la tierra" y los productos de la industria". En esos opúsculos se sostenía con la estadística en la mano (¿qué es lo que no se consigue sostener con la confirmación de una idea preconcebida?) que la tierra cultivada produce hoy mucho más de lo que sería preciso para que todos viviesen en la abundancia, y que igual o mayor superabundancia produce la industria. Cada año se tendría, por tanto, un gran remanente de mercaderías no consumidas, que no se comprendía bien lo que se hacía con ellas y por qué los capitalistas las hacían producir, soportando el costo de producción cuando después no conseguían venderlas. La cosa era absurda, pero era lisonjera, y por eso fué pronto creída y aceptada. Era tanto como poder decir a la gente en la propaganda: "Sufrís hambre, carecéis de todo, mientras los graneros, los almacenes están repletos de productos que no sirven para nadie: no tenéis más que extender la mano y tomarlos". El éxito de aquellos opúsculos entre los anarquistas fué enorme. Y como suele ocurrir, no faltó quien, exagerando la exageración, dijese que había tantos productos sobrantes que no sólo no había necesidad de preocuparse de la organización de la producción en tiempo de revolución, sino que se podía vivir muy bien de los remanentes existentes por algunos años después de la revolución. A lo sumo admitían que se hablase de organización del consumo, pero en cuanto a la organización de la producción era inútil que nos ocupásemos nosotros de ella, pues, por el momento había tantos productos que no se sabía qué hacer de ellos: en el porvenir lejano pensarían los que vinieran después.

Tratamos de oponernos a la corriente, pero con poco éxito. El talento literario y el alto prestigio de la personalidad de Kropotkin habían hecho aceptar además la infeliz fórmula de la "toma del montón" (la prise au tas) y por otra parte, interpretando por cierto muy singularmente el pensamiento de Kropotkin, no dudaban que el *montón* existiese y fuese prácticamente inagotable.

Personalmente yo, de regreso de América del Sur y de paso por Barcelona, en el *Productor* de esta ciudad, reclamé la atención sobre el absurdo de la creencia en la abundancia y traté de demostrar que el daño producido por el sistema capitalista no es tanto la creación de un núcleo de parásitos como el de impedir la abundancia posible, deteniendo la producción en el punto donde cesa el beneficio del capitalista.

Insistí sobre la cuestión muchas veces. Hablé de ella al mismo Kropotkin, y este, afectado por la exactitud de mis observaciones, hizo investigaciones estadísticas sobre las reservas alimenticias de Inglaterra y llegó a la conclusión que si cesara la importación, en tres meses se habrían muerto todos de hambre.

Ahora creo que aquel período de ilusiones ha sido definitivamente superado. Hoy la experiencia de las carestías crónicas y la experiencia de la gran guerra han convencido a todos de que si la potencialidad de la producción del mundo moderno es verdaderamente inmensa, la producción efectiva es insuficiente incluso para garantizar aquel bajo nivel de bienestar a que el capitalismo constriñe a los trabajadores. Hoy todos están convencidos que para tener la abundancia es preciso trabajar y mucho, y que por tanto los problemas del trabajo y de la producción son los más importantes en vista de toda transformación social.

Como por otra parte la experiencia rusa ha demostrado también al que cree en los métodos autoritarios, que el comunismo no se puede imponer por la fuerza y que toda tentativa de imposición lleva fatalmente a la reacción.

Libertad y trabajo son las condiciones del socialismo (anarquista, comunista o de cualquier otra especie), como por lo demás son las condiciones de todo progreso humano.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Sebastián Suñé

Punto 1.º

¿Problemas actuales del anarquismo y manera de aprovechar para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria?

Contestación: Supongo os habéis dado cuenta del exceso de etiquetas impropias y la falta de conciencias equitativas en las actuaciones. Provocar una lucha internacional en nombre de la Anarquía, lo considero muy fuera de tiempo y de lugar. El mundo está por la dictadura burguesa o proletaria. El ser humano ha perdido mucho en deísmo; pero no ha conquistado lo que debía haber conquistado en racionalismo, y sin fe ni razón continúa siendo el lobo carnicero que por todos los medios que concibe sólo piensa en devorar a sus semejantes para sacar beneficios del producto ajeno. Cada día los egoísmos insanos y el afán de lucro se acentúan más, y sólo se orientarán y evolucionarán mediante positivas garantías materialistas saturadas de actuaciones sanas o saneables y permanentes; esto es: evolución económica e intelectual simultáneas con métodos evolutivos, con o sin saltos. La anarquía en la actualidad nada puede hacer; pero los anarquistas conscientes y bien orientados, si con tenacidad y altruismo supiesen actuar sin etiqueta en todos los organismos y en todas las clases sociales, podrían hacer mucho en bien del progreso y de la humanidad.

Punto 2.º

La anarquía como principio de organización, ¿es o no revolucionaria?

Contestación: Anarquía y organización son dos principios antitéticos (1), es el concepto filosófico de la libertad absoluta del individuo, es el "¡haz lo que quieras! ¡Obra como te dé la gana!" No autoridad, no organización, ni ley, ni reglamento, ni acuerdo. Organización es base de una ley, reglamento, pacto, acuerdo, etcétera.

(1) *Véase "Utopía Gubernamental", página 14, "Solidaridad Obrera" de Gijón, N.º 33, artículo "Para el desconocido alumno y...)"; y el N.º 34, artículo "Dónde la Libertad".*

Punto 3.º

¿Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Contestación: La Anarquía en la actualidad es más del burgués que puede hacer lo que le da la gana, que del proletariado que por obligación ineludible ha de hacer lo que le mandan: la Anarquía es la maestra del ser consciente que sabe, puede y quiere actuar debidamente coincidiendo en su actuación el impulso de su libre albedrío con el bien social sin distinción de clases sociales.

Punto 4.º

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Contesto: Reunirles, enseñarles, alimentarles y educarles en trabajos productivos en colonias fuera del ambiente social, desde su nacimiento hasta los tres años, regidos por profesores, médicos y nodrizas, y de tres años en adelante regidos por médicos, profesores y veteranos de artes y oficios, etc., dotando a dichos idóneos de todos los medios que la higiene, la ciencia y el trabajo como recreo y vocación reclamen y necesiten en la vida individual y colectivamente, a base de amor y reciprocidad de servicios, sin distinción de clases.

Punto 5.º

¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?

Contestaciones: Cuando veo un monumento de arte que cuesta un capital y está allí muerto, improductivo y alrededor de su base pobres ancianos y desgraciados niños hambrientos, desnudos y semicadáveres, tendiendo la mano y suplicando una limosna, sufro una contradicción de sensaciones amargas para mí, y no puedo explicarme ni con el sentido común, ni con la razón, ni con la equidad, ni con la inteligencia, la justicia de tales extremos, y sólo veo en ello la refinada locura, bestialidad y crueldad humana para con sus propios semejantes; no obstante, quisiera ver el predominio del arte en todo y por todo; pero después de haber satisfecho todas las necesidades, esto es: 1.º: Las necesidades de todos los satisfechos, y 2.º: El arte y la contemplación de todo lo bello y noble como bálsamo dulcificador de sentimientos, inteligencias y voluntades. Las sendas del arte encaminadas hacia una finalidad social de amor y libertad, son: todos los objetivos que llamen la atención al principio de nobleza y altruismo individual hacia finalidades de sociabilización progresivas; las actuaciones de colectividades con tendencias similares, y el adorno de sanas literaturas, libres de sectarismo, que laboren en bien general, cuadro de naturismo y de higienización, que estimulen la sencillez, el amor y la cultura, etc.

Punto 6.º

¿Concepto de las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?

Contestación: El que individualista se declara para eludir los deberes propios de la mancomunidad de intereses por medio de los principios de sociabilidad, éste es una nulidad, un cero a la izquierda, un esclavo de la pereza y de mezquinos egoísmos, que se hace acreedor al desdén con que él trata a los demás, o que se le obligue a cumplir lo que en interés de todos debe. El que consciente de una misión a cumplir, individualmente toma por su cuenta y razón el iniciar y organizar una obra de interés social, éste es una unidad esencial, procreativa, que puede multiplicarse en regla de proporción compuesta y hasta compleja, es digno de ser apoyado en todos los recursos personales y económicos que le sean necesarios para dar todos los productos que le sea posible.

Punto 7.º

¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

El valor o valores tradicionales, los constatan los hechos, la utilidad y la experiencia; la necesidad, la posibilidad y el claro raciocinio (libre de todo sectarismo) deben determinar en cada caso, lugar y tiempo la medida a seguirlos, modificarlos o sustituirlos por otros de mayores utilidades y dignificación humana.

¿Ejemplos? La tradición en sentido humanitario dice: *Dar de comer al hambriento; vestir al desnudo y enseñar al que no sabe.* ¿Cuándo, cómo y en donde se modificaría con el *tiene* de comer el hambriento, vestido el desnudo y enseñanza apropiada a todos?

Tradicional es la costumbre de organizar las corporaciones y actuaciones sociales en forma que permita la estabilidad de las dos clases dentro de una misma corporación: Directores improductivos y bien excesivamente remunerados económica y moralmente, y dirigidos paganos, sin consideraciones ni derechos a merced de todas las especulaciones y traiciones, etc., etc.

Modificar en sentido progresivo sus bases o reglamentos; simplificar su empleomanía hasta ser simple oficina de contabilidad que un tenedor de libros o asociado de condiciones realicen el trabajo, pagándole por horas de labor necesarias con el haber de lo que cobre un oficial de sindicato o gremio, etc., y todos los otros quehaceres realizarlos por amor al arte, sin remuneración, y dando apoyo y facilidades para realizar las iniciativas individuales de conveniencia social, sería una gran obra de progreso y de efectividades.

¿Cuándo ese principio tradicional absorbente, dominador y traicionero en las organizaciones y actuaciones será sustituído por el principio de *Libre concurso* de un modo consciente, altruista y por vocación y amor al arte, sin lucrativas remuneraciones ni sucios negocios?

¿Qué labor a realizar y que productos a cosechar hay en esa cuestión orgánica y de actuaciones accidentales y permanentes? ¿Qué es lo que debería hacerse? ¿Cómo puede y debe hacerse? En todos los organismos y en todas las actuaciones de la vida humana hay trabajo para el estudioso y el abnegado de alma liberal. Sobran falsas etiquetas y faltan sanas intenciones y actuaciones germinadoras de gestos liberadores y equitativos; sobran individualistas estúpidos y faltan individualidades inteligentes, abnegadas y altruistas en todos los órdenes de la vida para orientar, modificar y transformar los organismos y sus actuaciones. ¡Enseñar con el ejemplo lo que se debe hacer!

Punto 8.º

¿Origen, bases y fundamento de la Biblia?

Su origen, la ignorancia, o sea la creencia; sus bases la necesidad de aprender y explicar de algún modo los fenómenos naturales que les infundían temor y su fundamento la necesidad de sociabilizar inteligencias y fuerzas humanas para defenderse de sus enemigos monstruosos que les rodeaban y devoraban, y de los elementos y convulsiones de la naturaleza, tan frecuentes como temibles en el origen de la humanidad; en las permanentes luchas y sensibles necesidades, los más inteligentes, o más astutos aprendieron a dominar y explotar a los más tontos o menos egoístas.

Entiendo que no se debe perder el tiempo buscando lo que no hay probabilidades de hallar, y, sobre todo, en cosas que, dado el caso de hallarse, no traerían consigo ningún producto de utilidad social; mas cuando tanta tarea de lo que debería realizarse para producir lo que tanto necesita la humanidad, se queda en proyectos o con proyectos pendientes de su realización, por falta de solidaridad.

Deber de todo espíritu liberal, progresivo y humanitario es estudiar y actuar en sentido y sendero convergentes a fundamentar la nueva Biblia, que tenga por origen: 1.º La necesidad de unificar los pensamientos de todas las personas decentes, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad. 2.º Por base la mancomunidad de los pensamientos y la solidaridad de los afines en busca y realización de objetivos culturales y de solidaridad humana, que reste fuerza a los odios y egoísmos irracionales. Y 3.º Despertar el deseo universal de terminar las guerras y luchas bestiales y conquistar con nobles hechos que multipliquen el bien social, hasta convivir la armonía social, según el concepto filosófico de Aristóteles, que dice:

Donde impera el amor, todas las leyes sobran.

No sé si mi modo de apreciar, entender y exponer los puntos será de vuestro agrado; pero yo, al escribir, he de poner en el papel lo que pienso cuando escribo.

Barcelona, 1926.

Respuesta de C. M. Marino

Steubenville, Ohio, (EE. UU.).
Estimados compañeros del grupo "Los Iconoclastas". — Salud.

Compañeros: He recibido copia de las cuestiones a tratar en la encuesta por vosotros organizada, y, a pesar de ser todas ellas bien interesantes, yo confinaré mis esfuerzos a la última, ya que es este un mal que corroe a la humanidad entera y que crece en proporción alarmante, debido al estado semi-ignorante en que se encuentra el pueblo.

Habéis tenido, efectivamente, un gran acierto en todas las cuestiones a tratar, por lo que os congratulo y espero que los compañeros tomen interés por lo mucho que esta encuesta significa para la Humanidad y por lo tanto para un ideal de Amor, de Paz y de Fraternidad cual es la Anarquía.

Vuestro, fraternalmente.
C. M. MARINO
Wheeling, West Va (EE. UU.), 9|6|26.

La Biblia, de que tanto alarde hacen todas las religiones actuales y la cual es la base de las mismas, tiene un principio algo obscuro. Digo así, porque su origen dimana del dogmatismo en que vivieron los pueblos hace miles de años, y como los dogmas de ayer son las religiones de hoy, por eso digo que su principio u origen es algo obscuro. Mientras tanto, y como principio, quiero dejar sentado que la Biblia es obra humana y no divina o inspirada como las autoridades de las diferentes sectas y religiones quieren decirnos.

Si solamente se limitaran las religiones a otorgarnos el reino de la gloria después de la muerte, yo de mi parte no ocuparía espacio en un periódico para combatirlas; pero no, el ave de rapiña no dejará su presa porque si la deja ¿de qué medio se ha de valer para subsistir? Así las religiones, limitadas solamente a conceder un pasaporte para la gloria muy pronto serían olvidadas y se terminarían, ya que los humanos, sintiendo hambre hoy y pudiendo saciarla, no esperamos para mañana el satisfacer esta necesidad corporal. Esta sería la cara que daríamos a tal problema.

Mas no es así, y la historia en miles de épocas diferentes nos lo dice y la vida

...diaria lo comprueba hoy mismo. La religión, o mejor dicho, las religiones todas, como invento humano, aspiran al dominio humano, a la explotación humana y a vivir de los humanos.

Y que las religiones viven de la ignorancia del pueblo es bien conocido por todos. Aquí en Norte América, hace cosa de dos años, se principió un movimiento antievolucionista, y a esta fecha cuéntanse diez y seis Estados en los que se prohibe toda enseñanza de la Evolución, otra que no sea según la Biblia. Y los resultados se suman en grandes cantidades en el crecimiento de las religiones, especialmente la católica y la protestante.

A fin de aclarar este punto lo mejor posible y dar una terrible sacudida a las religiones todas, voy a tratar los diferentes libros y nombres de las siete principales religiones existentes hoy:

Han existido y en parte existen hoy en la India algunos de los libros llamados sagrados, y que son:

Vedas. — Son estas de las Biblias más antiguas que se conocen y fórmanlas cuatro libros: la Rigveda, la Yajurveda, la Samaveda y la Atartaveda. Aunque los ...s de Devout creen estos libros eternos como a dios y que han existido siempre, los escolares, creyéndolos muy antiguos, aseguran que no han existido siempre y dicen que la Rigveda, uno de los más antiguos, ha sido compuesto hace tres o cuatro mil años.

Puranas. — Las Puranas y las Vedas son los libros más importantes de los hindúes y es la Puranas a quien el Brahismo debe las creencias que amoldaron a los hindús que hicieron popular esta religión en la India. Las Puranas están compuestas de diez y ocho libros.

Tripitaka. — Recopilada trescientos años antes de la era cristiana y es conocida como Biblia de los Budistas.

Upanishadas. — Estos libros tratan de la Creación, del Sér Supremo o el Espíritu de Brahama, de la naturaleza del alma y de su relación con Brahama.

Tantras. — Libros sagrados que tratan especialmente del dios Seva.

Ramayana. — Uno de los más grandes poemas épicos del mundo; dice la Historia de Rama que es una encarnación del dios Vishú.

Mahabarata. — Llamado también "el manual de todo lo que es moral, usable y loadable". Un poema épico, compuesto de unos cien mil versos, y del que se dice, como la Ramayana, de inspiración divina.

Estatutos de Manú. — Manú, para los hindús, significa "ley-guía", algo así como la ley de Moisés para los judíos. En casi todos sus términos se parece a la llamada "ley de Moisés".

En la China también existen libros llamados sagrados, pero bastante diferentes a los libros cristianos, en cuanto al procedimiento: esto es, a la moral cristiana. Observan los chinos tres leyes fundamentales, que son: relación entre el soberano y el súbdito, padre e hijo, y marido y esposa. Tienen, además, cinco virtudes capitales, que son: caridad universal, justicia imparcial, conformidad con las ceremonias de las costumbres establecidas, rectitud del corazón y de la inteligencia, y sinceridad pura.

Los libros de los chinos son cinco, como siguen:

Yih Rey. — Libro de morales y tratado cosmológico, escrito mil ciento cuarenta y tres años antes de la era cristiana.

Shu Rey. — Enseñanzas máximas de ciertos reyes chinos. Documentos antiguos, de cuatro mil y más años.

Shi Rey. — Poesías y canciones sagradas muy antiguas.

Lee Rey. — Libro de texto, relacionado con las maneras, costumbres y ceremonias. Ha sido este libro un molde en la vida social y religiosa en la China.

Chum Tsien. — Libro histórico de Confucio; religión de las clases educadas en aquel país.

Casi todos los anotados han sido escritos quinientos y más años antes de Cristo, y aunque considerados algunos de ellos como sagrados, no han sido considerados como revelados por dios, pues que Confucio nunca ha reconocido ningún dios.

También los persas tienen sus libros, dos en número, y uno de los cuales ha servido en gran importancia, tanto a judíos como a cristianos en la confección de sus Biblias. Y son:

Zenda Avesta. — Escrita por Zoroastro y sus discípulos, hace unos tres mil años, y es considerada una de las Biblias más importantes: consta de veintiún libros; todos tratan, en su mayoría, de religión, pero considerando al hombre con bastante superioridad e importancia sobre la religión. De los veintiún libros se cree que existen uno completo y fragmentos de otros varios.

Sadder. — Una Biblia moderna, que contiene las enseñanzas religiosas de Zoroastro.

Los mahometanos solamente tiene dos libros sagrados, que son:

Koran. — Este es considerado por los mahometanos como la última revelación de dios al hombre, y que ha sido en rayos de luz ante el trono de dios. Generalmente, los mahometanos creen en las divinas revelaciones dadas, dicen, a Adán, Seth, Enoch, Abraham, Moisés, David, Jesús y Mahoma. También creen en los Pentecostés, los Salmos y los cuatro Evangelios; mas no están de acuerdo con las corrupciones, tanto de judíos como de cristianos.

Sunna. — Libro extenso, que contiene miles de leyendas acerca de Mahoma, y aunque también considerado como sagrado, tiene menos autoridad que el Koran.

Los judíos tienen varios libros, y son éstos:

Torah. — Libro de la ley, más comúnmente llamado Pentateuco, y el más sagrado de todos los libros judíos. Tanto judíos como cristianos, creen que fué escrito por Moisés y dictado por dios. El original fué un solo libro y ahora está dividido en cinco.

Nebiim. — Trata de la ley y de los profetas, principales autoridades de los judíos. Aunque lo estiman de origen divino, tiene menos importancia que el Torah.

Cethubim. — Colección de escrituras, en su mayoría himnos y poemas.

Talmud. — Aunque no es considerado de inspiración divina, es de gran importancia para los judíos, pues ha sido algo así como una fuente de historia y teología judaica.

La Santa Biblia. — La Biblia de los cristianos, más propiamente llamada "Los Libros", fué llamada así, según dicen, por Crisóstomo en el siglo V. Por un espacio de tiempo, como de unos ciento cincuenta años, los cristianos usaban los libros judíos. Después han formado lo que hoy llaman el Viejo y el Nuevo Testamento. El Viejo Testamento contiene el Torah, el Nebiim y el Cethibim de los judíos, divididos en treinta y nueve libros. El Nuevo Testamento es una colección de veintisiete escrituras de las primeras edades del cristianismo, traídas de varias iglesias de Asia, Africa y Europa.

Cuando los cristianos aceptaron el hebreo, los treinta y nueve libros del Viejo Testamento estaban formados por veintidós libros pertenecientes a las veintidós letras del alfabeto hebreo, siendo después alargado, por haberle sido aumentado algunos profetas, y otros de los cuales sentían necesidad. Fueron así, de este modo, reconocidos como canónicos e inspirados, y los términos Viejo y Nuevo usados para distinguirlos, habiendo sido Tertuliano, al principio del siglo III, quien primero usó el término "Nuevo Testamento.

En la composición del Viejo Testamento, tanto judíos como cristianos, han variado el lugar de los profetas y otros libros de la ley.

La división de los libros de la Biblia, en capítulos, ha tenido lugar a principios del siglo XIII, y su división en versículos en él XVI.

Por lo hasta ahora leído, deducimos históricamente que ha sido Asia, puede decirse, la madre de las siete principales religiones hoy existentes, así como de los libros o biblias que sostienen estas religiones. De allí ha salido el Brahamanismo o religión de Brahama, el Budismo o la religión de Buda, el Confucionismo o la religión de Confucio, el Zoroastrismo o religión de Zoroastro, el Mahometanismo o religión de Mahoma, el Judaísmo o religión Judía, y el Cristianismo o religión Cristiana.

Todas las religiones aclaman para sí, excepto el Mahometanismo y el Zoroastrismo, la inspiración divina de sus biblias. ¿No son acaso los cristianos quienes dicen ser su religión la verdadera y única, cuando ha sido compuesta por partes de las otras religiones? Y así todas. Zoroastro y los creyentes en Confucio creen, ante todo, en el Hombre lo más positivo de todas las leyendas.

Entre los judíos han tenido lugar muchas discrepancias a causa de los libros y sus autores. Un caso digno de mencionar, para tener más presente la forma en que la Biblia se llegó a formar tal como hoy se presenta, fué cuando discutieron si se debía incluir en el canon el libro de Ezequiel y los tres libros de Salomón, acordando afirmativamente. Al mismo tiempo, no quisieron admitir los libros apócrifos como canónicos. Se decía, entre ellos, que el libro de Ezequiel contenía muchas contradicciones y que sería más práctico el hacerlo desaparecer, pero el tiempo y la especulación ayudaron en la modificación que en él se encuentra.

Actualmente, aunque han tratado por todos los medios de subsanar todas las contradicciones que existen en la Biblia Santa (y sobre ésta seguiré, ya que todas, repito, son parecidas), no lo han conseguido, y más adelante diré algunas que son de veras mayúsculas.

Ahora digo que la Biblia, lejos de ser inspirada o divina, fué obra de ignorantes y estúpidos, a quienes en estos tiempos consideraríamos torpes y semianalfabetos, pues que está en contra todo sentido común la inspiración de un dios bueno, justo, infinitamente sabio y juzgador ponen la Biblia, donde se amparan de una como dicen, con las escrituras que componen la Biblia, donde se ampara de una manera divina los males que corroen a la Humanidad, y que son: la mentira y la decepción, el engaño, el robo, el crimen, las guerras de conquista, sacrificios humanos, canibalismo, superstición, esclavitud, poligamia, adulterio y prostitución, obscenidad, intemperancia, vagancia, ignorancia, injusticia a las mujeres y niños, dureza para los hijos, crueldad a los animales, tiranía, intolerancia y persecución. He ahí lo que sostiene el libro y, por lo tanto, la moral de toda una religión santa, que las leyes de cualquier forma de gobierno, hoy existente, castigaría con presidio y algunos con la pena de muerte. Y tienen aún el cinismo de decirnos que es inspiración divina. "De tal árbol tal fruto", dice el adagio, muy acertadamente.

Una de las aberraciones más grandes, cometidas por los escritores de la Biblia, los apóstoles, es la que se refiere a la Creación. ¿Qué es crear? Crear, según el significado de la palabra, significa sacar o hacer algo de la nada. Y ¿qué es la nada? La nada no existe, ni ha existido, ni existirá. Por lo tanto, esto que hoy es

---

...DE SANTILLAN — (4)

JORNADA DE SEIS HORAS

...re el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

...*Enquête sur la production*, hecha por el Bureau ...onal del trabajo de la Liga de las Naciones, se ...entresacar numerosos datos en beneficio de la ...sostenemos sobre la gran capacidad productiva ...moderna técnica con un personal cada vez menoroso.

...l mundo recuerda qué cantidad de obreros se ...en la navegación a vapor, por ejemplo; con ...creciente a la navegación a petróleo, el per...ario ha disminuído. Y con la modernísima ...de la electricidad a la navegación, la reduc... personal ha decrecido mucho más. Un ejemplo: ...con 24 fuegos de carbón necesitaba 18 foguis... ayudantes y 6 engrasadores; con el empleo del ...se necesitan más que 6 foguistas, 3 ayudan... engrasadores; hay un ahorro de 30 obreros, sin ...personal de carga y descarga de carbón. En los ...motor eléctrico, naturalmente, la disminución ...es mayor todavía.

...también que la electrificación de los ferroca... progresos incesantes y se sabe también que un tren eléctrico necesita mucho menos personal que uno a vapor. Sólo con la introducción de un freno automático de aire comprimido quedaron cesantes en los trenes de mercancías de Baviera 1.500 guardas de los 2.400 que se empleaban, además de varios centenares de inspectores.

Un espectáculo que han podido advertir las grandes masas es el de los modernos puertos o lugares de carga y descarga; no hace muchos años hormigueaban allí los estibadores; hoy, en su lugar, no se ven más que algunos monstruosos brazos de hierro que realizan la labor de centenares de obreros en pocas horas, sin necesitar para su función más que cuatro o cinco personas. Para descargar antes 6.000 toneladas de cereales se precisaban unos 150 obreros durante 7 ú 8 días. Hoy un elevador moderno hace ese mismo trabajo en 20 horas con unas 12 ó 15 personas. ¿Y la carga y descarga de metales? Uno solo de esos puentes de carga con un guinche hace en una hora lo que antes apenas hacían 24 obreros en una jornada de diez horas. En 7 minutos descargó un guinche magnético (véase "*Taten der Teknik*", por Hans Guenther) un vagón de virutas de acero para lo cual se necesitaban antes cuatro hombres durante cinco horas.

El físico alemán Hans Guenther describe en su libro "Taten der Teknik", algunas de las maravillas de la técnica moderna. He aquí un dato: Para descargar un cargamento de 2.000 toneladas de hierro en bruto de un vapor se necesitaban 28 obreros durante 48 horas; cada hombre descargaba, pues, una tonelada y media por hora. Con un guinche magnético de 160 centímetros, que no exige más que dos personas, la descarga de 2.000 toneladas de hierro en bruto se opera en 11 horas, llevándolo del barco al depósito y apilándolo allí perfectamente.

En todas las ramas de la actividad se advierte el mismo progreso técnico y la misma disminución de las fuerzas humanas necesarias. En las minas de carbón de Illinois (Estados Unidos) había en 1912 unos 37.000 mineros con pica y 16.500 con máquina; en 1923 los primeros eran 21.500 y los segundos 43.000.

En la industria de los instrumentos ópticos, una rama que exigía un largo aprendizaje, tenemos el mismo fenómeno. Por ejemplo, para producir un prisma de buena calidad para anteojos de larga vista, un obrero con 8 años de práctica por lo menos necesitaba 4 horas; con los modernos aparatos mecánicos el mismo trabajo se hace por un obrero sin grandes conocimientos en 30 minutos.

El secretario de la Federación inglesa de obreros vidrieros, John Thompson, en un volumen sobre la historia de la industria del vidrio, nos dice que en 1914 había en Inglaterra cinco máquinas Owen de hacer botellas; en 1914 el número era de 24 y en el mismo tiempo la productividad de esas máquinas se había quintuplicado por lo menos; la producción anual con esos aparatos podía calcularse en 275 millones de botellas. Pero en Estados Unidos hay máquinas de esas que permiten fabricar más de 50 mil botellas diariamente. Calcúlese el gran porcentaje de brazos cesantes que esas innovaciones acarrean.

Pero más palpable aún es el hecho que la transición de la jornada de 12 ó 14 horas a la de 8 no ha signifi-

papel, fué ayer tela, madera, mineral o alguna otra materia que la ciencia ha descubierto para construir este papel. Por esta sencilla razón el papel no se ha creado, si no que se ha construído. Y la misma regla se aplica a los minerales, plantas y animales, sujetos a una constante ley evolutiva y de la que no es posible evadirse. Los hombres, animales y no cristianos, pertenecemos a este orden animal, y por lo tanto sujetos a esta transformación continua: materia en otra forma de vida (formas, mejor dicho) antes de ser engendrados, materia en la forma que hoy vivimos y materia en forma de descomposición o lo que se ha dado en llamar la muerte.

El planeta en que vivimos ha corrido la misma suerte evolutiva y no ha sido creado por ningún dios, como no lo han hecho los demás planetas conocidos. Es esta una cuestión tan clara, que cualquier inteligencia medio desarrollada la comprende. Mas la Biblia se obstina en nombrar a dios su creador. Los comentarios que los haga el lector.

Según las escrituras santas, dícese que Adam fué el primer hombre que puso sus pies sobre la Tierra, y no estará demás una pequeña investigación para probar lo contrario. Dicen que cuando Dios comprendió que Adam necesitaba una compañera de vida, construyó una estatua de barro, y sacándole una costilla a éste se la puso a aquella estatua, y vivió, llamándola Eva. Un absurdo, porque sabemos que la vida no se transplanta por medio de una costilla y en el esqueleto del hombre se cuentan tantas costillas como en el de la mujer, lo que siendo verdad, tendría una menos. Pero bien, vayamos algo más lejos. Después que Eva comió de la fruta prohibida fueron castigados a tener hijos y sufrimientos (no siendo para tener hijos creo que no necesitaria Adam una compañera), y como resultado han tenido dos: Caín y Abel. Aquél mató a éste, y el señor lo castigó a ganarse el pan (no existía en aquella fecha) por el mundo, poniéndole una marca para ser conocido y que nadie le hiciera daño. Otra más, pues no existiendo más habitantes que él, su padre y su madre no había quién le pudiera hacer daño. Cuando éste llegó a edad suficiente para casarse fué a un pueblo vecino y se casó. ¿Con quién? Ni lo dicen, ni tampoco se puede imaginar, pues que no había más habitantes sobre la Tierra, y por lo tanto, dentro del sentido común, es imposible que este casamiento pudiera haberse realizado.

Temo cansar al querido lector con ejemplos como el que acabo de mencionar, y sólo otro muy importante mencionaré.

Acerca del Antiguo Testamento, escrito en primitivo hebreo, es necesario tener en cuenta que este idioma es uno de los más difíciles para la traducción, pues que principia la escritura de derecha a izquierda, sin letras vocales, sin espacios entre las palabras y sin signos de puntuación, no pudiendo, por lo tanto, apreciar cuándo termina una palabra o cuando principia otra. Además, las letras que en hebreo representan nuestras D y R son parecidísimas entre sí, dando lugar a los mismos nativos a grandes equívocos. Así, por ejemplo, encontrándonos con un texto escrito así:

srtdfgbykljmnbcxzlrfgklhR
plkjhgfrtdscvbnmhkjyplst
plkjhgfvbnmdfrtypscvbnmf

habrá o no lugar a confusiones? Y, además, tratándose de ignorantes y fanáticos.

Para terminar, diré que las religiones, obra de especuladores y pillos, tienen que desaparecer de las mentes humanas, aun cuando dejaran tras sí una mancha en la historia de los pueblos y una espina de dolor en el corazón de los humanos martirizados por el orgullo y la sed de dominio que todos los religiosos han sentido. Estamos caminando hacia la mitad del siglo XX y es una vergüenza que la mentira y el engaño continúen haciendo de los hombres algo así como autómatas, sin saber a quién obedecen ni para qué obedecen. Tenemos bastante, pueblo; hemos sufrido bastante; con que una sacudida más y que se desmorone el castillo de la ignorancia, del crimen, del vicio. Miremos hacia adelante, acompañemos al movimiento evolutivo de la Naturaleza y digamos a las religiones todas, sin exceptuar ninguna: "down for ever; it's all over, now"

BIBLIOGRAFIA

Julio A. Costa "Rosas y Lavalle" — 266 págs. en 8.o B. Aires, 1926.—

El señor Julio A. Costa es conocido como periodista y como patriota. Con esto queremos decir que este libro no es una obra histórica sobre Rosas y Lavalle, sino una serie de pinceladas tradicionalistas que rebosan un argentinismo exaltado; el autor subordina a esa pasión nacional todos sus puntos de vista. Suponemos que el señor Costa ocupará con este libro y con los que promete, recopilando su producción dispersa, un puesto honroso en la literatura apologética del patriotismo; es una gloria que nosotros no le disputaremos; al contrario, nos esforzamos diariamente por barrer de la mentalidad humana la funesta utopía del nacionalismo, cuya exaltación considera como su misión primordial el autor de este libro. Pero nosotros no rehuímos la lucha franca y nos agrada poder juzgar con conocimiento de causa de la obra de nuestros adversarios; ojalá éstos hicieran lo mismo respecto a la nuestra!

D. A. de S.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

IV

La humanidad existe lo menos desde hace cien mil años. Se supone que únicamente, mediante la violencia, y eso desde una época relativamente reciente, conoció la humanidad la autoridad opresora, que corrompe por igual a gobernantes y gobernados. Pero las comunas que lograron substraerse a la autoridad, ya sea porque sus componentes vivían en malas condiciones naturales — como en las regiones polares, que no despertaban la codicia de los conquistadores — o porque supieron resistir a los que quisieron someterlas, conservaron el orden anarco-comunista.

Los esquimales (tribus indígenas de las regiones polares), por ejemplo, no conocían, hasta la llegada de los rusos, ninguna autoridad. Sin ella viven en la más perfecta armonía. Casi nunca riñen. En el lenguaje esquimal no existen palabras injuriosas y los crímenes entre ellos son sumamente raros. Los ofensores y criminales son juzgados durante los festejos y juegos periódicos, y la aprobación o desaprobación de los reunidos hace las veces de condena judicial. El ofensor se ve a veces obligado a alejarse de la sociedad esquimal que lo condenó. La ausencia de riñas entre los esquimales del noreste de Groenlandia asombra a los viajeros europeos; cien familias, por ejemplo, viven durante un año bajo un mismo techo, y durante todo este tiempo no surge entre ellos una pelea, ni siquiera algún malentendido o discusión.

Los karainis (tribus tártaras de Crimea), según Lave, no riñen nunca, y el más grande castigo que se impone al niño consiste en que el padre o la madre le arrojan agua al rostro. Benjaminoff, que vivió entre los aleutas (1) por espacio de varias décadas, cuenta que "ellos nunca pelean ni riñen, no pegan ni regañan a sus hijos, de modo que los hijos tampoco aprenden a reñir ni a insultarse". En estas sociedades, desconocedoras del poder estatal, "no hay—según afirma Engelhardt — clases ni categorías; no se conoce la maldad ni el sentimiento de venganza y les es extraña la crueldad y la ambición del mando", y "el desconocimiento de crueldad, violencia y opresión trae como resultado la ausencia de los sentimientos engendrados por la violencia: perfidia, traición, cobardía, etcétera".

"Los ánagas no tienen ningún gobierno, no reconocen a nadie por jefe y se mofan de ideas semejantes. Cuando les preguntan por el jefe, clavan altivamente la lanza en el suelo y dicen que no tienen otro jefe". Los bodas y gemalas "no se permiten el menor abuso con los miembros de sus tribus o con sus vecinos ni son belicosos. Se niegan a trabajar para otros y no se alquilan en calidad de soldados, lacayos ni cocheros. En la organización social de estas tribus no hay siervos ni esclavos y sus tradiciones, religión o hábitos no establecen división artificial alguna entre los hombres. No hay sectas, clases ni castas; todos son iguales por la costumbre y de hecho. Esta igualdad no es letra muerta".

"En ninguna de las tribus australianas conocidas se encontró, como testimonia Ayr, jefes, reconocidos como tales", dice el profesor N. Siber. Los dakotas, en Norte América, no conocieron jefes hasta la aparición de los ingleses. "Sin dominadores evidentes—escribía Charley de los indios de la América del Norte — disfrutan ellos de todas las ventajas de un Estado bien organizado".

"Cuando yo vivía entre los salvajes de la América del Sud y en el Oriente — escribía el célebre Wolles — tuve oportunidad de vivir en comunas, donde no había ni leyes, ni tribunales, nada, a excepción de la opinión de toda la aldea, libremente manifestada. Cada uno de los miembros de estas comunas respeta escrupulosamente los derechos de otros, de modo que en ella nunca o casi nunca se violan estos derechos. En estas comunas todos son más o menos iguales entre sí". Los ukahiri de la Siberia "no reconocen ninguna autoridad y la libertad individual es hasta tal punto respetada, que el hijo no se cree en el deber de obedecer al padre" (N. Siber).

He ahí lo que leemos sobre un pueblo armado que no se sometió a la violencia: "la vida social de los berberiscos (Berbería: vasta región del Africa Septentrional) nos presenta un raro ejemplo de una organización perfecta, mantenida sin la participación o la intromisión de algún poder separado del pueblo". "Todos ellos hacen algún trabajo manual". No existe entre ellos división social en nobles y plebeyos, en holgazanes y masa laboriosa, que mantenga a los señores" (E. Renán, A. Pomel, por el libro de L. Mechnikoff, J. B. Bogoslasky, Luis Krijivsky y otros).

---

(1) Indígenas de las islas Aleutianas en el mar de Behring, regiones polares.

---

cado en manera alguna un decrecimiento de la producción. Al contrario, hoy se produce mucho más en ocho horas que hace veinte años con doce o catorce. Hay razones para predecir que una nueva disminución de la jornada no afectaría en lo más mínimo la producción; más bien podríamos temer que la mayor aplicación de la moderna técnica volvería a originar demasiado rápidamente la misma situación de "superproducción" actual. La capacidad productiva aumenta en el período moderno mucho más velozmente que la capacidad de consumo.

Pero aparte de las innovaciones técnicas, hay un factor más en la determinación de la producción: la intensidad del trabajo, que es hoy mayor en general que antes de la guerra.

He aquí el balance de una poderosa compañía metalúrgica alemana, el *Mansfeldkonzern*. Esa empresa ocupaba en 1924 unos 17.000 obreros. A causa de la situación política y económica de Alemania, el balance de 1924 se cerró con dos millones y medio de marcos de pérdida. El balance de 1925 no sólo nos da la noticia de que se cubrió la pérdida de 1924, sino que acusa una ganancia líquida de más de tres millones de marcos. ¿Dónde está el secreto? Comparemos el resultado de la producción en 1924 y en 1925;

Total de toneladas de pizarras cupríferas producidas en 1924: 735.000, y 728.000 en 1925; producción total de cobre en el año 1924: 22.800 toneladas, y 23.8000 en 1925; total de kilos de plata producidos en 1924: 91.381, y 90.483 en 1925.

Como se vé, la producción es casi la misma. ¿Cómo se explica la ganancia extraordinaria de 1925, con cerca de 12 millones de impuestos contra cuatro solamente en el año 1924? Los precios de los productos tampoco variaron como para producir tales ganancias. Pero el misterio se resuelve cuando se comprueba que *el trabajo en 1925 fué realizado por un personal 16'7 por ciento menor que el de 1924*, o sea, de cada 100 hombres se suprimieron 16'7 y *los resultados de la producción siguieron siendo los mismos*. Además, los salarios no aumentaron en ese período ni con mucho en relación al aumento general de salarios y de precios. He ahí una prueba bien palpable de lo que significa, no ya la innovación técnica, sino el aumento de la *intensidad de trabajo*, que es en general después de la guerra, mucho mayor que antes.

He aquí lo que leemos en un diario socialdemócrata alemán:

"Se ha demostrado con ejemplos innumerables que con la disminución de la jornada de trabajo aumenta la producción. Y donde no ocurre eso, la culpa no la tienen los obreros, por lo general, sino los capitalistas, que no se preocupan de adaptar las instalaciones mecánicas y demás a la nueva jornada. Una nueva prueba la dan las condiciones de l industria alemana de la porcelana, sobre las cuales informa Edwin Neuninger en un estudio publicado hace poco por la Unión de los obreros de la porcelana (*Achtstundentag, Mehrleistungen und Lohngestaltung in den feinkeramischen Industrie*, Verlag Wilhelm Herden, Charlottenburg, I); hasta el fin de la guerra la jornada de trabajo en esta industria era por lo general de 60 horas semanales. Cuando en noviembre de 1918 fué introducida en general la jornada de ocho horas por una disposición de los comisarios del pueblo, la industria de la cerámica fina debió adaptarse también a las nuevas condiciones de trabajo, para lo cual los obreros cooperaron por medio de sus representantes en los consejos obreros y de fábrica. La Unión de los obreros de la porcelana estableció en 1922 que la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas ha contribuído al aumento de la productividad de cada individuo, de cada grupo y de cada establecimiento, a pesar de que esa industria perdió una gran parte de sus mejores fuerzas a causa de la guerra.

La misma conclusión es reconocida también por el órgano de los capitalistas. Por ejemplo, el profesor W. Vershofen dice en el número 3 de *Keromos*, 1924, que en 1921, sólo 97 fábricas produjeron 63.000 toneladas de artículos de porcelana, o sea 5.000 toneladas más que en 1913; en cambio, el personal de esas fábricas disminuyó en proporción con 1913, de 53.068 a 50.359 personas; una parte de los hornos quedó inutilizada y en ese período existió una escasez muy grande de carbón. El escrito mencionado por nosotros dice más adelante:

"En el informe redactado también por nosotros con nuestros ejemplos para 1922, los resultados sobre el aumento de la productividad, son justamente bien visibles y podrían ser considerados como leyendas si no hubieran dado los capitalistas mismos los fundamentos de esas conclusiones. En 1922 hicieron una estadística en 103 fábricas, cuya producción había sido elevada al total de 81.250 toneladas. Es decir, 23.350 toneladas más de artículos de porcelana de lo que se produjo en toda la industria alemana en 1913. Incluso en el año crítico de 1923, 110 establecimientos produjeron 65.750 toneladas de objetos de porcelana, o sea 7.750 más que en 1923"

AÑO V — BUENOS AIRES, 25 DE OCTUBRE DE 1926 — No. 246

LA PROTES

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEM PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Para hoy y para mañana

Aspiramos a la implantación de una sociedad en que el hombre será el enemigo del hombre, en que la regla suprema será la lucha recíproca, o bien queremos establecer un régimen de vida en donde la solidaridad, el apoyo mutuo, el libre acuerdo regirán nuestros destinos? ¿Cuáles son los sentimientos que merecen ser prácticados, cuáles son las normas de conducta, cuáles las aspiraciones que merecen ser exaltadas como sociales? ¿Las del odio o las del amor, las de la cooperación y el libre acuerdo o las de la lucha de todos contra todos?

No cabe duda que combatimos el mundo capitalista, no sólo porque nos explota, no sólo porque nos oprime, sino porque en su seno es imposible el desarrollo de nobles sentimientos, de fraternales relaciones entre los hombres, de apoyo mutuo entre las regiones y los pueblos. No sólo vivimos en el taller: fuera del taller hay también una vida del corazón y del cerebro que no encuentra en el sistema de iniquidad en que vivimos un campo propicio para su desenvolvimiento. Combatimos en el taller la explotación, las usurpaciones del Estado en todas partes, la inmoralidad y la injusticia donde quiera que se presenten. Por razones de ideas y de sentimientos tanto como por razones de utilidad conviene más la fraternidad humana que la hostilidad y la guerra del hombre contra el hombre. El anarquismo quiere una sociedad de hermanos, una sociedad de libres y de iguales. Esas aspiraciones suponen ya que en nuestro corazón y en nuestro cerebro germinan esos sentimientos y esas ideas y que en la medida de lo posible nos esforzamos o debemos esforzarnos por traducir en la realidad una parte de lo que será la vida social del porvenir. No podremos vivir hoy sin ser explotados y oprimidos, so pena de ser explotadores y opresores, pero podemos vivir abrigando sentimientos morales superiores a los del capitalismo, convirtiendo así el movimiento anarquista en un oasis donde podrán refugiarse y apagar su sed los espíritus sinceros, los amantes de la verdad, los apasionados de la justicia.

Insistimos en eso. Frente al capitalismo y al estatismo omnipotentes, el arma de más efecto, la más irrebatible es el ejemplo de nuestra vida, la dignificación moral de nuestro movimiento. Siendo consecuentes intelectual y moralmente con el anarquismo, el mundo tendrá que respetarnos, y después de respetarnos ha de tener que examinar seriamente lo que queremos. Las revoluciones populares no surjen de los gabinetes del hombre de ciencia, nacen del sentimiento, nacen de las concepciones morales. Hay una lucha científica que no afecta a las grandes masas; a éstas les importan poco ciertos problemas que apasionan al entendido y familiarizado con algunas disciplinas de la ciencia. Los pueblos cuando se mueven espontáneamente, lo hacen contra la tiranía o la explotación llevando por guía la libertad y la reivindicación de sagrados derechos humanos. Pero para luchar por un mundo superior hay que vivirlo ya interiormente, sentirlo, amarlo, prácticarlo en los límites de lo posible. Dentro del capitalismo podemos ser solidarios con el compañero, defensores del débil contra el despotismo de los fuertes, propulsores de las buenas cualidades de los hombres, estimulando el desarrollo de lo que duerme en todos los seres en bondad, en espíritu de fraternidad, en amor a la belleza y a la verdad.

Si sería discutible la afirmación de la superioridad de la lucha contra el mal por la mera exaltación del bien, por lo menos esto último podemos prácticarlo sin temor a realizar esfuerzos inútiles. Que cada lector recorra mentalmente los recuerdos que conserva en su conciencia de su vida pasada; descubrirá que guarda vivo afecto y firme simpatía para aquellos que le interesaron por la superioridad de sus dotes morales. Y lo mismo que son esos hombres los que más influenciaron nuestra conducta y la dirección de nuestro espíritu, así nosotros, a nuestra vez, podremos influenciar la vida de los que nos sucedan, más aun que por la palabra, por el ejemplo.

Hay expositores brillantes que nos atraen por lo que dicen mucho más que por lo que hacen; sus pensamientos sobresalen tanto que obscurecen su personalidad particular. Esto ocurre con frecuencia en el mundo científico; pero en el mundo revolucionario es el valor moral del propagandista el que prima y persiste. No hay mayor elocuencia que el ejemplo de una vida noble, recta, justiciera; esas vidas ejemplares enaltecen más el mundo en que vivimos que la más brillante refutación científica de las tendencias homicidas del capitalismo.

¿Cuál debe ser el oasis para los torturados por los vicios y contradicciones de la sociedad actual si no lo es nuestro movimiento, si no lo es el anarquismo?

***

A propósito del 40 aniversario de "Freedon"

En el número pasado de esta publicación, uno de nuestros colaboradores, el camarada Max Nettlau, nos recordaba el 40 aniversario de *Freedom* de Londres, que, en efecto, se fundó el 1.º de octubre de 1886. Fué uno de los primeros órganos del anarquismo en idioma inglés, y hoy mismo, después de cuarenta años de vida, casi continúa siendo el único.

Hay que admirar el ejemplo de tenacidad de ese esfuerzo y quisiéramos, al mismo tiempo que expresamos al viejo paladín hermano nuestros deseos de prosperidad, hacer algunas consideraciones, que podrían ser tal vez algo amargas.

El anarquismo no ha progresado bastante, no ha progresado todo lo que era de esperar según el empuje de sus primeros tiempos, cuando el ala autoritaria del movimiento revolucionario tenía que mantenerse continuamente en la defensiva frente al avance de nuestras ideas. Hoy el socialismo legalitario se considera tan firme en sus posiciones que ni siquiera siente la necesidad de presentarnos batalla y de discutir nuestros puntos de vista. La burguesía, el mundo del pensamiento, no ven o no necesitan ver en el anarquismo un peligro social inminente; apenas se conservan algunas escaramuzas en el terreno de las luchas entre patrones y obreros; fuera de eso, que no existe siquiera en todos los países, el anarquismo ha quedado demasiado circunscrito, demasiado privado de influencia. Es una gran tragedia estar convencido, como estamos, que la humanidad no conocerá mejores días más que si adopta los postulados fundamentales del anarquismo y ver que transcurren los años, las décadas y que transcurrirán las centurias sin estar todavía en situación de influenciar la trayectoria histórica y de modificar la mentalidad actual de la servidumbre voluntaria.

"Freedom" continuará aumentando el número de sus años, llegará al medio siglo y volveremos a hablar del fausto acontecimiento. ¿Pero la anarquía? La anarquía, si los esfuerzos anarquistas son tan pobres y tan inconsistentes como los actuales, la veremos siempre para un porvenir remoto, que no disfrutarán los hijos de nuestros hijos.

Que se nos perdone este momento de pesimismo al ver cómo pasan los años sin labor efectiva, sin obra sólida para el porvenir; es muy poco, demasiado poco lo que el anarquismo representa en la actual beligerancia social. Habría que disponerse internacionalmente a salir de este marasmo y de esta pasividad suicidas, para que nuestras publicaciones no se hicieran centenarias en el régimen del estatismo.

El manifiesto de banqueros y comerciantes europeos



O los lobos protegiendo a las ovejas contra las mandíbulas de los zorros

E. G. GILIMON

SOBRE LA LUCHA DE CLASES

Plantear bien un problema, suele decirse que es resolverlo.

Y aunque no crea que esto es rigurosamente exacto, voy a procurar plantear el problema de la lucha de clases lo mejor que me sea posible para, así, ver si alcanzo a resolverlo de un modo que no deje lugar a dudas.

Empiezo:

¿Existe la lucha de clases?

En caso afirmativo ¿es o no beneficiosa?

En caso negativo, ¿conviene o no crearla?

Para saber si existe o no la lucha de clases es preciso observar lo que a nuestro alrededor ocurre.

Y vemos que las clases sociales no están perfectamente deslindadas y que los individuos pasan de una a otras con relativa frecuencia, no siendo extraño ni mucho menos ver subir a los más altos puestos sociales, a los nacidos en los más bajos, así como caer en éstos a los más encumbrados.

La democracia ha roto las trabas que anteriormente se oponían a estos cambios y en virtud de los cuales los descendientes de esclavos eran esclavos, los de artesanos siempre artesanos, los de nobles siempre nobles, etc.

En la Edad Media estaba todo tan regulado que hasta el vestir se hallaba codificado, y ningún ser perteneciente a una clase podía usar ropajes que correspondieran a otra, tal cual hoy sucede con los uniformes militares y los hábitos sacerdotales; y en las castas de la India.

Mas, aunque no sea posible fijar los límites de cada clase social, distínguense dos cuyas características son las siguientes:

Una que posee la tierra y los instrumentos de producción; otra que carece de todo género de bienes.

La primera — clase explotadora — ejercita el derecho de propiedad, detentando una parte del producto del trabajo de la otra, a la que apenas si le deja lo imprescindible para vivir.

Bueno es dejar constancia de que al par de estas dos clases, perfectamente definidas, hay la clase parasitaria formada por el clero, y la clase intelectual constituída por los que ejercen profesiones liberales y por los artistas, de quienes no se puede decir, en general, que son explotados, ni explotadores.

Concretándonos a las dos primeras, que son las que tienen a simple vista intereses más opuestos, por cuanto que si al explotado (obrero) le perjudica la clase parasitaria, es en primer término su explotador (patrón) quien le lesiona detentando parte del producto de su trabajo, veamos si, a pesar de esto, existe entre ellos lucha de clases.

Si tomamos nota de las huelgas que se producen con el objeto de disminuir esa parte del producto del trabajo que detentan los patrones, inmediatamente se echa de ver que la lucha de clases existe.

Pero si observamos que quienes generalmente estorban esa adquisición que los huelguistas pretenden, son miembros pertenecientes a la clase explotada, cabe dudar, muy fundadamente, de la existencia de esa lucha de clases, que queda relegada a un simple propósito, pero que, en realidad, no es más que una lucha entre miembros de una misma clase, en la que entran como factores determinantes el ansia de mejorar de unos — haciendo extensiva la mejora a todos los de su clase — y la necesidad de comer que impulsa a los otros a oponerse a esas conquistas de mejoras que, por de pronto, empieza por suprimir el salario durante el tiempo que la huelga pueda durar por la resistencia de los patrones a conceder las mejoras reclamadas.

La clase parasitaria, contribuye igualmente por su parte a dificultar la lucha propiamente llamada de clases entre patrones y obreros, protegiendo a los reemplazantes de los huelguistas, persiguiendo a éstos y aun substituyéndolos en ocasiones. Con lo que la contienda se complica haciendo aparecer en escena otra clase social que si bien procede en parte de los explotados y en parte de los explotadores, constituye una clase especial.

Resulta de esta manera tan compleja la lucha, tan confusa que ni se puede decir que es lucha de clases ni que no lo es.

En efecto: una parte de una clase lucha contra otra de ella misma, y lucha además contra la clase parasitaria y contra la clase explotadora por cuanto que ésta con su resistencia a ceder lo que se le reclama, también toma parte en la contienda.

Mas las huelgas con ser muy frecuentes, no forman la vida diaria. Independientemente de esas luchas colectivas, existe otra lucha pertinaz, de todos los momentos, lucha individual hija directa del individualismo que caracteriza a la época presente, y que en esto se diferencia notablemente de las épocas anteriores, en las que al no ser democráticas, el corporativismo caracterizaba la lucha empujando a cada clase a obtener privilegios o ventajas a expensas de las otras. Tal las luchas de las comunidades, tal los fueros de las ciudades libres.

La lucha individual salta a la vista, que parece superfluo describirla.

Lucha individual es la del obrero que ofrece del producto de su trabajo una parte mayor que la habitual al patrón para conseguir ocupación.

Lucha individual es la del que pretende tal solo la comida a cambio de toda su persona.

Lucha individual es la del que intensifica su labor para no ser despedido del taller o la fábrica.

Lucha individual es la del intrigante que trata de apartar competidores de su paso.

Lucha individual es la del fabricante contra el fabricante, la del comerciante contra el comerciante, la de cada hombre contra otro su semejante.

Existe, además, la lucha entre los agricultores contra los demás ramos de producción.

La de los industriales, de industria a industria, y contra comerciantes, agricultores, etc.

Y así sucesivamente, cada diferencia de producción, cada especialidad, entabla la lucha contra los similares y los antagónicos.

Este género de lucha individual es genuinamente bárbaro, eternamente desastroso. No es siquiera la lucha por la existencia de que nos habla Darwin y en la que los más aptos triunfan y superviven, pues no se combate directamente por aumentar los medios de subsistencia quitándoselos a los débiles, sino que se renuncia a mejorar, se disminuye la porción alimenticia y el descanso, se extrema el desgaste de fuerzas, para evitar la suplantación. Es lucha de renunciamientos y no de adquisición. Es la más desastrosa de todas las formas de lucha: la más perjudicial y absurda, por cuanto que como contraste estupendo se da el caso de realizarla seres que tienen a su disposición todo lo necesario para vivir y en forma tal que cada día podrían trabajar menos.

Gráficamente podría decirse, que unos hombres se quedan tuertos para que otros se queden ciegos.

En resumen: Existe plenamente comprobada la lucha individual; y nótase una tendencia a la lucha de clases, como retorno al cooperativismo de la Edad Media, pero que se presenta obstaculizada por parte de los mismos explotados, haciendo que sea una lucha entre hombres de idéntica clase y como una ampliación de la lucha individual, sorda y tenaz, que cada obrero sostiene con los demás para ocupar un puesto en el trabajo y para desalojar a los que están en él o evitar ser desalojados por éstos.

La lucha individual, que es la característica de esta época, tiene como causa principal el progreso en los medios de producción, por cuanto que hoy se produce más de lo que la capacidad económica permite consumir, pudiéndose con los actuales procedimientos aumentar la producción de un modo casi indefinido capaz de satisfacer no ya la capacidad económica de los consumidores, sino su capacidad de consumir íntegra, por lo menos en la mayoría de los productos industriales y agrícolas, ya que no en los ganaderos, cuya multiplicación escapa a los hombres, y lo cual es un escollo difícil de salvar para la humanidad, dicho sea de paso.

Ahora bien: *¿Conviene propiciar la lucha de clases, o no?*

La embrionaria lucha de clases que con un poco de buena voluntad puede suponerse existe, se caracteriza por una tendencia exclusiva a disminuir la parte del producto del trabajo que retienen los patrones, o sea a lo que corrientemente se llama conquista de mejoras.

No voy a dilucidar en este momento si las mejoras son o no reales, si duran o no y ni aun si ellas benefician a unos trabajadores en perjuicio de los demás. El objeto de este artículo, si bien tiene ese punto mucha conexión con él, no es forzoso encararlo, con lo que evitaré dar demasiada extensión a este trabajo y hacerlo menos confuso.

La conquista de mejoras o mejor dicho la prédica de la lucha de clases, puede incitar a los trabajadores a ir hasta reclamar de los capitalistas el producto íntegro de su trabajo.

Esta suposición que se hace, basada en la supuesta existencia de la lucha de clases y en la de una propaganda constante para desarrollarla y para hacerla efectiva, necesitaría para su posibilidad que los trabajadores todos o parte, se convencieran de que era factible alcanzar ese fin, o sea esa conquista del producto íntegro de su trabajo, por medio de la lucha de clases. No quiero presentar frente a esta suposición la contraria, que consistiría, o bien en decir que la lucha por las mejoras se eternizaría, o bien que por último el desaliento cundiría entre los trabajadores y se abandonarían como se abandonaron los esclavos cuya liberación fué alcanzada gracias al esfuerzo de los que ni eran, ni habían sido esclavos, ni descendían de éstos y aun a trueque de sacrificios inmensos como en el caso de la guerra de secesión de los Estados Unidos de Norte América.

Y esta suposición sería tan verosímil como la otra y tan posible, puesto que ya tenemos el antecedente de esos mismos esclavos resignados a su suerte de bestias y el de diversos pueblos vencidos que tras los primeros impulsos de rebelión se sometieron incondicionalmente a sus vencedores.

Una imparcialidad escrupulosa, me lleva a prescindir en el terreno de las suposiciones, de ésta, que resulta contraria al éxito de la lucha de clases, y por lo tanto sigo — después de enunciarla — con la primitivamente sentada.

Admítase, por lo tanto, que los trabajadores llegarán a desposeer a los patrones, haciendo que el producto íntegro del trabajo fuese para los que lo realizan.

¿Qué ocurriría?

¿Estaría resuelto el problema social?

Los patrones quedarían naturalmente reducidos a la condición de obreros o bien se incorporarían a las clases parasitaria e intelectual.

La lucha tendería entonces — tendría que tender — a abolir esas otras dos clases, por lo menos la parasitaria.

Yo quiero admitir que los obreros transformados en poseedores de los medios de producción que ellos manejan, se emanciparían del prejuicio estatal, del prejuicio patriótico, del prejuicio religioso y una vez en posesión del capital se negarían a sostener el parasitismo de militares, gentes de justicia, clérigos, etcétera.

¿Cabe suponer, en cambio, que los parásitos se conformarían?

Porque es fácil admitir que si la clase parasitaria viese un peligro para su existencia en estorbar la acción reivindicadora de los trabajadores en la lucha contra los patrones, concluirá, a fin de que los obreros no ampliaran su concepto llevando a la lucha un criterio social en vez del económico que importa la lucha de clases, por abandonar a los capitalistas a sí mismos, dejando que en la posesión de las fábricas, talleres etc., sustituyeran los gremios, sindicatos o corporaciones obreras a los patrones individuales.

Las clases parasitarias — a la cual pertenecen los políticos — cuentan con los individuos tal vez más inteligentes y, sin tal vez, los menos escrupulosos, no siendo por lo tanto materia de extrañeza el que con tal de salvar sus posiciones — y aunque después de ellos viniera el diluvio — admitirían que el medio económico pasase de manos de los capitalistas a las de los trabajadores.

Ya los vemos prescindir de la iglesia, sin empeñarse en sostenerla, convencidos de que les es más útil hacerlo así que no exponerse a que por mantenedores del clero se les ataque a ellos mismos. Ha bastado que la iglesia pierda parte de su prestigio y fuerza de antaño para que la abandonen.

Y lo mismo harían con los capitalistas, si la lucha de clases fuese una verdad sin distingos, vale decir, si los huelguistas no tropezasen con el obstáculo de los obreros que los reemplazan en las huelgas.

Los políticos han abandonado a los reyes, en cuanto la realeza no ha sido adorada ya, como hoy abandonan a la iglesia, y como abandonarán a los capitalistas si las huelgas adquieren una intensidad que sea para ellos mismos un peligro.

Habría pues finalmente que ir contra el parasitismo, contra el Estado, contra la autoridad, teniéndose que hacer una activa propaganda para desprejuiciar a los obreros, lo que costaría algún trabajo, pues éstos mejorando económicamente no sentirían muy intensa e inmediata la necesidad de concluir con la clase parasitaria.

Concretando: La lucha de clases, en cuanto tiene un fin exclusivamente económico es incompleta. La lucha de clases en cuanto tendría que continuar entre la clase obrera y la parasitaria representa una prolongación de una contienda y de una situación que es de desear termine cuanto antes.

La lucha de clases, al fomentar el odio de una clase contra otra, hace olvidar la causas verdaderas del malestar social, o bien no las hace conocer, con lo cual se yerra en la solución del problema, puesto que sin conocer estas causas es difícil se procure extirparlas.

La lucha de clases, lleva en sí el germen de la antipatía hacia la clase intelectual, hacia el obrero de las profesiones liberales, lo que es absurdo y perjudicial hasta para los mismos trabajadores, sin que pueda servir de excusa que algunos intelectuales engañen o hayan engañado a los obreros, puesto que también hay obreros que han engañado y engañan a sus compañeros.

Como anarquista y determinista, sigo no que los hombres de hoy son culpables del actual estado de cosas, que, responde a necesidades de épocas pasadas y a la ignorancia de nuestros antepasados, siendo necesario para hacer desaparecer dichas causas — autoridad, gobierno, propiedad privada, etc. — difundir su conocimiento, e interesar al mayor número posible de hombres, sean de la clase que sean, en su extirpación.

Una organización de tendencia netamente anárquica y una propaganda anarquista entre el proletariado parasitario (soldados y policías) y en todos los sitios que se pueda, tiene que ser más eficaz que la sóla prédica de la lucha de clases, en que algunos concentran toda su acción, y que es algo incompleto y defectuoso, amén de sujeto a errores y extravíos.

(Del primer *SUPLEMENTO de LA PROTESTA*, julio de 1908).

EMMA GOLDMAN

EL SUFRAGIO FEMENINO

Nos jactamos de pertenecer al siglo de las luces, de los grandes descubrimientos, el adelanto portentoso de la ciencia y de un progreso extraordinario en todos los órdenes de la actividad humana. ¿No es extraño que sigamos comulgando en el culto de los fetiches? La verdad, nuestros fetiches de ahora cambiaron de forma y sustancia, pero el influjo que ejercen en la mente humana continúa siendo tan desastroso como el de los antiguos.

Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio. Y lo es para aquellos que apenas terminaron de combatir en las revoluciones sangrientas que lo instauró, como lo es para aquellos que disfrutaron su reinado llevando su penoso sacrificio al altar de sus omnipotentes dietas. ¡Ay del hereje que ose disentir con esa divinidad!

Las mujeres, aun más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante sus dios con pies de arcilla. De ahí que desde tiempo inmemorial el sexo femenino haya sido el más grande sostenedor de todo género de deidades. De ahí, también, que tuviera que pagar un precio que sólo los dioses exigen, — que fué su libertad, sus sentimientos, su vida entera. La memorable máxima de Nietzsche: "Cuando vayas con mujeres provéete de un látigo", aunque se la considere demasiado brutal, resulta muy justa para ellas en su actitud hacia sus dioses.

La Religión, especialmente la cristiana, condenó a una vida de inferioridad, a la esclavitud. Torció su íntima naturaleza, sus instintos más sanos, reprimió los impulsos de su alma; sin embargo, la Iglesia no posee un sostén más firme que la devoción de la mujer. Se puede decir, sin temor de ser desmentidos, que la religión habría cesado de existir hace mucho tiempo como un factor preponderante en la vida de las personas, si no fuese por el continuo apoyo que recibe de las mujeres. Las más fervientes devotas que llenan las iglesias, son mujeres; los más incansables misioneros que viajan por todo el mundo, son mujeres, — mujeres que siempre continúan sacrificándose en el altar de los dioses, que encadenaron su espíritu y esclavizaron su cuerpo.

La guerra, el insaciable monstruo, le roba a ella todo lo que es más querido y precioso. Le arranca sus hermanos, sus amantes, sus hijos y en pago la sume en la soledad y en la desesperación. Sin embargo, el apoyo más sólido que posee el culto de la guerra procede de la mujer. Es ella la que a sus hijos inspira el anhelo de la conquista y del poder; ella susurra en los oídos de sus pequeñuelos la gloria de la guerra, y cuando mece la cuna del bebé, le duerme musitándole cantos marciales, en los que suenan los clarines y rugen los cañones. Es la mujer la que corona a los victoriosos que regresan de los campos de batalla. Sí, es la mujer la que paga el más alto precio al monstruo insaciable de la guerra.

Y le toca su turno al hogar. ¡Qué terrible fetiche es! De qué manera va royendo las energías más vitales de la mujer, — denominada esa moderna prisión con barrotes de oro. Los rayos deslumbrantes que deslumbran a la mujer que ha de oblar el precio de esposa, de madre y de ama de casa. Asimismo se aferra tenazmente al hogar, esa poderosa institución que la mantiene en la esclavitud.

Podría decirse que la mujer, reconociendo el débil y deleznable instrumento que son el Estado y la Iglesia, necesita el sufragio que ha de libertarla. Esto puede ser cierto para una pequeña minoría, pero la mayoría de las *sufragistas* repudia esta sensata tendencia como algo absurdo. Al contrario, insisten que concediéndole el sufragio a la mujer, ésta llegará a ser una más perfecta cristiana, ama de casa y mejor ciudadana. Considerando el sufragio no es más que un medio para fortalecer la omnipotencia de esos dioses que adoró y sirvió desde tiempo inmemorial.

Entonces ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fué, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio? Desde la antigüedad soporta persecuciones, encarcelamientos, torturas y toda forma de sufrimientos con la sonrisa que le ilumina el rostro. Desde la antigüedad espera también con el corazón ligero, el eterno milagro de la deidad del siglo XIX, — el sufragio. Una nueva vida, dicha, goces, alegrías, libertad e independencia personal, — todo eso y más tiene la esperanza que surja del sufragio, como por escotición. En su ciega devoción, no vé lo que percibieron hace cincuenta años otros intelectos: que el sufragio es un grandísimo daño que cooperó en la esclavización del pueblo; mas ella astutamente cierra los ojos ante la evidencia, en el deseo que su ilusión no se disuelva en el aire.

El sufragio, en igualdad de condiciones para la mujer y el hombre, se basa en la idea fundamental que ella debe tener el mismo derecho que su compañero a participar en los asuntos de la sociedad. No es posible que se pueda rehusarle esa justa participación en la vida societaria, aunque el sufragio fuera una práctica sana y justiciera. Mas la ignorancia de la mente humana está compuesta para ver un *derecho*, una *libertad*, donde no hay más que una imposición. ¿No significa acaso una de las más brutales imposiciones esto que un grupo de personas conciban y confeccionen leyes para obligar con la fuerza y la violencia a que otras las acaten y obedezcan? Y todavía la mujer clama por esa *única oportunidad*, que trajo tanta miseria al mundo, que le hurtó al hombre su integridad y la confianza en sí mismo; una imposición que corrompió totalmente al pueblo, convirtiéndolo en fácil presa en las manos de políticos sin escrúpulos y venales.

¡El pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morirse de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y del campo; él disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies. La recompensa que recibe se reduce a una labor agotadora, leyes prohibiendo con graves penas el derecho del *boicot*, de atacar a los rompehuelgas, en efecto, todo, casi todo, menos salvaguardar su sacrosanto derecho a fin de que no le roben el fruto de su trabajo. Y asimismo nada le enseñaron a la mujer los desastrosos resultados de este fetiche del siglo XIX. Es que se nos asegura que si ella entra en la liza, purificará la política.

Innecesario sería decir que no me opongo al sufragio femenino; en el sentido convencional de la idea pura, debería ejercerlo. Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre. Mas esto no me ciega hasta llegar a la absurda noción que la mujer ha de llevar a cabo cosas en las que el hombre fracasó. Si ella no las hará peor, tampoco las hará mejor.

Presumir que ella logrará purificar lo que no es susceptible de purificación, es adjudicarle poderes sobrenaturales que nunca tuvo. Desde que su más grande desgracia fué que se la considerase un ángel o un demonio, su verdadera salvación se halla en que se le otorgue un razonable sitio en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano y por ende sujeta a cometer los yerros y las locuras propios de la condición humana. ¿Podremos entonces creer que dos errores se convertirán porque sí en dos cosas justas, sensatas? Las más ardientes partidarias del sufragio femenino, ¿serán capaces de asentir con semejante locura?

De hecho los intelectuales más avanzados que trataron la cuestión del sufragio universal llegaron a la conclusión que el actual sistema político es absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna. Este punto de vista lo comparte una gran convencida de las bondades del sufragio femenino, Dra. Helen I. Summer. En su valioso trabajo *Equal Suffrage*, dice: "En Colorado pude darme cuenta muy bien que la igualdad del voto femenino y masculino, ha servido solamente para demostrar del modo más contundente la esencial podredumbre del actual sistema y la degradación que él significa". Naturalmente la doctora Summer, al hablar así, subentiende un particular sistema de votaciones, pero con igual acierto lo dicho se aplica a la entera maquinaria política. Con semejante base es difícil comprender de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad.

Pero las devotas del sufragio nos dicen: "Contemplen y observen en los países y en los Estados que el sufragio femenino existe. Comprueben lo que las mujeres realizaron en Australia, en Nueva Zelandia, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros mismos Estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah". La distancia añade encantos desconocidos, — para citar el dicho polaco "nos hallamos muy bien donde nunca estuvimos". De ahí que se quiera presumir que en esos países y Estados, totalmente diferentes de los otros, poseen la más grande libertad, una grande igualdad económica y social, una noble apreciación de la vida, una bondadosa comprensión de la encarnizada lucha económica y en todo lo que atañe a las cuestiones vitales de la raza humana.

Las mujeres en Australia y en Nueva Zelandia pueden votar y colaborar en la confección de las leyes. Las condiciones de los trabajadores en general son mejores que las de Inglaterra, donde las *sufragistas* desarrollan una heroica lucha? ¿Existe una libre maternidad más dichosa en la concepción de sus hijos que en Inglaterra? ¿No se sigue considerando a la mujer como un mero objeto de placer o de comodidad sexual? ¿Se emancipó ella de la moral puritana que igualmente afecta a ambos sexos? Ciertamente que no, pero la mujer política ha de responder afirmativamente, que sí, que todo se consiguió ya. Si esto fuese así, aun me parecería ridículo señalar a Australia y Nueva Zelandia como la Meca de las hazañas de la igualdad de sufragio.

Por otra parte, quienes conocen a fondo las condiciones políticas de Australia, afirman que los políticos amordazaron a los trabajadores con leyes tan restrictivas que si se declara una huelga sin el permiso legal de una comisión de arbitraje, este acto es considerado como un crimen de alta traición.

Ni por un momento pienso implicar al sufragio femenino como responsable por este estado de cosas. Lo que deseo indicar es que no hay razón para destacar a Australia como una obra maestra, fruto de las actividades femeninas, desde que con su influencia fué incapaz de libertar a los trabajadores de la esclavitud de la política patronal.

Finlandia le otorgó a las mujeres el derecho del voto, y también el de sentarse en el Parlamento. ¿Esto le valió para desarrollar entre sus mujeres un más grande heroísmo, un sentimiento más intenso por la libertad que en las de Rusia? Finlandia, así como Rusia, estuvo bajo el sangriento látigo del zar. ¿Donde existen las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Breshkovskaias? ¿Donde las innumerables muchachas finlandesas, como las rusas, quienes marchaban alegremente a Siberia en defensa de sus ideas? Finlandia tuvo una escasez penosa de libertadores heroicos. ¿El voto pudo crearlos? El único finlandés vengador de su pueblo fué un hombre, no una mujer, y para el caso empleó un arma más eficaz que el voto.

Por parte de nuestros Estados, donde las mujeres votan, y a los que constantemente se los señaló como lugares de maravillas, ¿qué cosa se realizó con la ayuda del voto de la mujer que los otros Estados no tengan y gocen ampliamente, o que no se haya podido acometer mediante esfuerzos enérgicos, sin que el voto mediara para nada?

Si es verdad que en los Estados en que fué instaurado el sufragio femenino, la mujer participa de los mismos derechos del hombre sobre la propiedad, ¿de qué le vale esto a la masa de mujeres sin propiedad, a los miliares de asalariadas, quienes viven al día? La igualdad en el voto no afectó sus condiciones; esto también lo admite la Dra. Summer, capacitada para conocer lo que allí sucede. Siendo una convencida sufragista, fué enviada al Colorado por el *Collegiate Equal Suffrage League of New York* para realizar una serie de encuestas e investigaciones, recogiendo datos en favor del sufragio femenino. Ella será, pues, la última persona que diga algo en contra de su propio credo; y asimismo nos informa "que la igualdad del sufragio alteró ligeramente las condiciones económicas de la mujer. Esta no recibe una paga adecuada a su trabajo; aunque en el Colorado el derecho de votar lo adquirió desde 1876, las maestras reciben un salario menor al de sus colegas de California". Por otra parte, la Srta. Summer nos hace notar el hecho de que habiendo la mujer ejercido el simple derecho del voto durante 34 años y que desde 1894 se haya instaurado el sufragio en igualdad de condiciones para los puestos femeninos electivos, un censo realizado hace pocos meses, solamente en Denver descubrió 15.000 niños defectuosos físicamente en edad escolar. Ello con la agravante que en el Departamento de Educación había algunas mujeres desempeñando altas funciones, y también que el elemento femenino hizo votar "leyes severas para la protección de los niños y los animales". Además, ellas "tomaron el más gran interés por las instituciones del Estado, las cuales tratan de recoger los niños vagabundos, los defectuosos y los delincuentes". ¿Qué queda de la fama gloriosa del sufragio femenino si fracasó en su cometido más importante, el niño? ¿Y qué le resta de una más noble idea de la justicia, para que lleve a la niñez en la esfera de la política? Y en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una verdadera guerrilla contra los mineros de la "Western Miners Union"; cuando el general Bell implantó el reinado del terror, arrancando del lecho a los trabajadores, apaleándolos por las calles, masacrando a varios, arrojando a otros en los calabozos, declarando "al infierno la Constitución, al fuego con ella", ¿dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de sus votos? Sí, ellas lo emplearon. Ayudaron así a derrotar al gobernador Waite, un hombre de principios y de amplias miras liberales. Tuvo que cederle el sitio al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo de los trabajadores, el zar del Colorado. "Ciertamente, el sufragio masculino no habría hecho otra cosa". Claro que no. ¿Dónde están entonces las ventajas para la mujer y la sociedad, derivados del sufragio femenino? La repetida afirmación que ella purificará la política no es más que un mito. Es el concepto que se deduce por las personas que estudiaron las condiciones políticas de Idaho, Wyoming, Colorado y Utah.

La mujer, esencialmente una puritana en lo moral, es naturalmente santurrona, siendo por eso incansable en su esfuerzo de convertir a los otros en buenas criaturas, como ella piensa que deben ser. De ahí que en Idaho, ella se apartó de su hermana de la calle, de "reputación dudosa" y la declaró inapta para votar. Eso



de lo *dudoso*, no ha de comprenderse por la prostitución en el matrimonio. No hay necesidad de decir que la prostitución ilegal y el juego de azar son actividades severamente prohibidas. Respecto a las leyes, deberían pertenecer al gramatical género femenino: todo es prohibido. Por lo demás, las leyes son maravillosas. No necesitan extenderse mucho sin que su espíritu se abra a todas las plagas del infierno. La prostitución y los juegos de azar nunca florecieron allí con más exuberancia como ahora que tienen las leyes en su contra.

En Colorado el puritanismo de las mujeres se manifestó en una forma drástica. "Los hombres de existencia notoriamente viciosa y en relación con los lugares de corrupción, desaparecieron desde que la mujer adquirió el derecho de votar" (*Equal Suffrage*, Dra. Helen Summer). ¿Pudo el hermano Comstock portarse tan bien? ¿Pueden los padres puritanos hacer más? No sé si muchas de ellas han de comprender la gravedad que encierra este paso en falso. No sé si querrán comprender este hecho, que en vez de elevar la mujer, la convirtieron en una espía política, una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no tanto por servir la causa, sino como decía una de ellas: "les gusta ir a las casas desconocidas y husmear todo lo que ven, escuchar todo lo que oyen, tratándose de política o de otras cosas". (*Equal Suffrage*). Sí; hasta fisgonear dentro del alma humana en todos sus más escondidos rincones. ¿Y cuándo pudieron disfrutar de tan excelentes oportunidades, sino ahora que se metieron en la política?

"Hombres notorios por sus existencias viciosas, relacionados con los sitios de corrupción". Ciertamente, esa mujer que desea reunir muchos votos no puede ser acusada de falta de sentido. ¿Afirmando desde ya que estas movimentadas corporaciones pueden decidir entre lo que es vicio o virtud, o proponer cuáles son las vidas limpias para un ambiente eminentemente limpio, acaso los políticos no deberán seguir a esos regentes de lugares de corrupción, no entran ellos en la misma categoría? A menos que lo niegue la americana hipocresía, puesta de manifiesto en la ley de Prohibición, cuyas sanciones no hicieron más que extender el vicio de la embriaguez entre las clases ricas, mientras vigila el único sitio donde beben los pobres. Si no fuera que por esta sola razón, o sea su estrechez puritana hacia la vida, debe considerarse como uno de los más grandes peligros al dejarle en sus manos el poder político. El hombre se halla atiborrado de prejuicios, y todavía la mujer se está engolfando más en ellos. Aquel, en el reñido campo económico, se vé obligado a desplegar todas sus capacidades intelectuales y físicas. De modo que no le queda tiempo ni humor para medir la moralidad de su vecino con el metro puritano. En sus actividades políticas tampoco se conduce ciegamente. Comprende que es la cantidad, no la calidad, lo que se necesita para hacer mover las muelas de los molinos políticos, y a menos que no sea un reformista sentimentaloide o un fósil, sabe muy bien que los políticos no pueden representar otro conglomerado que el de una ciénaga pestilencial.

Las mujeres, quienes se hallan más o menos enteradas acerca del proceder de los políticos, conocen la naturaleza de la bestia; pero, por su vanidosa suficiencia y por su egotismo, creen que bastan sus caricias para que este animal se vuelva un corderito, todo gentileza, dulzura y pureza. ¡Como si las mujeres no fuesen capaces de vender sus votos y como si las mujeres políticas no fuesen capaces de comprarlos!! Si su cuerpo se puede adquirir mediante una recompensa material, ¿por qué no el voto? Y esto es lo que está sucediendo en Colorado, así como en otros Estados, sin que el hecho pueda ser refutado por esas mismas mujeres que se hallan en favor del sufragio.

Como hiciera constar antes, su punto de vista tan estrecho sobre los principales asuntos de la vida, no es el solo argumento que la inhabilita para creerse superior al hombre en la faz política. Hay otros. Su larga existencia económicamente parasitaria borró completamente de su conciencia el concepto de la igualdad. Exige iguales derechos que el hombre, más sabemos "que muy raras mujeres feministas tratan de propagar sus ideas en los distritos poco atrayentes" (Dra. Helen A. Summer). ¡Qué mezquina igualdad es ésta, comparada con la de la mujer rusa, quien posee en alto grado el valor de afrontar las penas del infierno por su ideal!

La mujer pide iguales derechos que el hombre, y asimismo se indigna si con su sola presencia no puede herirlo de muerte: porque fuma, no se descubre ante ella y no le cede el asiento instantáneamente, como impulsado por un resorte. Se considerarán estas cosas muy triviales, sin embargo, para la verdadera naturaleza de las sufragistas norteamericanas, es algo capital. Sin duda alguna que sus hermanas las inglesas se hallan por encima de estas estupideces. Ellas han demostrado encontrarse a la misma altura en lo que piden y en la voluntad heroica para sostenerlo. Todo el honor al heroísmo y a la testaruda fuerza de las *sufragettes*.

Gracias a sus enérgicos y agresivos métodos le insuflaron un poco más de vitalidad ciertas señoras norteamericanas demasiado blandas de carácter y pobres de espíritu. Pero después de todo, también las *sufragettes* carecen de un concepto claro de lo que es vardaderamente la idea de igualdad. ¿No lo comprueba ese tremendo, gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán a un grupo de mujeres propietarias, sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadoras? Ciertamente, desde su punto de vista político deben ser forzosamente oportunistas, aceptar por lo pronto lo menos, la conquista transitoria, por no perderlo todo. Mas como mujeres inteligentes y liberales, deberán comprender que si el voto es un arma temporal, las desheredadas lo necesitan mucho más que las de una clase económicamente superior, quienes desde ya disfrutan de un poder más grande en virtud de su privilegiada situación económica.

—



Cómo prepara el fascismo las generaciones futuras.

La brillante adalid de las *sufragettes* inglesas, Sra. Emmeline Pankhurst, no tuvo a menos de admitir, en una conferencia pronunciada en Norte América, que en política hay también la división de las clases en inferiores y superiores. Si es así, las mujeres trabajadoras de Inglaterra ¿qué actitud adoptarán al cobrar fuerza de ley el proyecto Shackleton (1), que solamente beneficiará a las de una situación económica superior? ¿Seguirán aquéllas trabajando de común acuerdo con sus superioras? No es muy probable que las del tipo Annie Keeney, — tan llena de entusiasmo, de convicción, capaz de realizar los mayores sacrificios por su causa, — se avengan a cargar con las mujeres de sus patronos, así como las cargan ya en la faz económica. Y esas clases dominantes tratarán que siempre sea así, aunque el sufragio universal igual para mujeres y hombres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores en el presente régimen, siempre serán ellos los que habrán de pagarlo todo. Mas los que aún creen en el poder del voto, demuestran bastante pequeñez espiritual al querer acaparar ese poder para ellos solos, sin ninguna consideración para los que lo necesitan mucho más.

El sufragio en los Estados Unidos hasta ahora no ha sido más que una cosa aparte absolutamente alejada de las necesidades económicas del pueblo. Por eso, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, no sólo se demostró indiferente a la precaria situación de los trabajadores, sino que no vaciló en exhibir su manifiesto antagonismo, cuando en 1869 aconsejó a las mujeres que ocupasen los lugares de los tipógrafos en huelga. (*Equal suffrage*, Dra. H. A. Summer). No sé si su actitud mental pudo cambiar antes de su muerte

Aquí hay, como es natural, algunas sufragistas afiliadas con las obreras, — de Women's Trade Union League; pero son una pequeña minoría y sus actividades son esencialmente económicas. Las demás contemplan al proletariado que pena con sus herramientas — constructoras de la dicha ajena — con el mismo olímpico despego que hace la sublime providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por el trabajo de los pobres? ¿En qué se convertirían esas parásitas señoras, que derrochan en una semana lo que sus víctimas ganan en un año? ¿Igualdad? ¿Quién oyó semejante cosa?

Pocos países ha producido un tan arrogante esnobismo como Norte América. Esto se aplica particularmente a la mujer de la clase media. No solamente se considera igual al hombre, sino superior en pureza, bondad y moralidad. No hay que asombrarse entonces que las sufragistas otorguen al voto femenino el más grande poder milagroso. En su exaltada soberbia no se da cuenta de qué modo se halla esclavizada, no sólo por el hombre, sino por sus estúpidas nociones sobre la tradición. El sufragio en nada podrá remediar este caso doloroso; más bien podrá acentuarlo, como ya está haciéndolo.

Una de las más grandes lider de los ideales feministas decía que no sólo la mujer tenía derecho a igual salario al del hombre, sino que también le pertenecía el salario del marido. Este, al dejar de sostenerla económicamente sería condenado por la ley a cierto tiempo de prisión, y lo que ganara en la cárcel debería ir a las manos de su esposa. ¿No es éste otro de los brillantes exponentes de cómo el voto femenino entiende suprimir los males sociales, los que han sido combatidos en vano por el esfuerzo colectivo de las mentalidades más ilustradas del mundo? ¿No es lamentable que el supuesto creador del universo nos haya presentado este admirable y maravilloso orden de cosas y que asimismo el voto femenino en manos de la mujer no pueda subvertirlo?

—

Nada es más peligroso que la disección de los fetiches. Si nosotros hubiésemos vivido en la época en que semejantes herejías eran castigadas con la hoguera, no nos habríamos salvado de aquellos cuya estrechez mental quisiera condenar a muerte a quien disienta con sus ideas y las nociones preestablecidas. Por lo pronto, se me ha de presentar como enemiga del movimiento feminista y de la mujer en general. Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore. ¿Y si no puede enderezar los errores de los hombres, por qué contribuir a perpetrarlos?

La Historia puede ser muy bien una compilación de mentiras; no obstante, algunas verdades contiene, y éstas son la sola guía para el futuro. La historia de las luchas políticas llevadas a cabo por el hombre nos demuestra que nada le benefició sin que le costara largos o graves quebrantos. En una palabra, cada pulgada de tierra conquistada, le valió un constante combate, una incesante brega para afianzar sus derechos, y no fué logrado ésto mediante el sufragio. No hay, pues, razón para creer que la mujer, si quiere escalar las vallas de su propia emancipación, deberá ser ayudada por el voto político.

En los más sombríos países, Rusia, con su absoluto despotismo, la mujer llegó a ser igual al hombre, no a través del voto y sí por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto, la admiración del mundo entero. Y ésto no fué por el sufragio y sí por su heroísmo, su fortaleza, su industriosidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad. ¿En qué país las mujeres que ejercen el derecho del sufragio pueden reclamar para sí semejante victoria? Cuando consideramos lo que la mujer norteamericana emprendió y realizó hasta ahora, encontramos que se necesita algo mucho más poderoso y profundo que el sufragio para que ella obtenga su emancipación.

Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de *Seneca Falls* presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a varias profesiones, oficios, etc. ¡Qué triunfo, que empresa más magna fué ésta!

¿Quién se atreve a decir que la mujer es un trasto bueno sólo para los trabajos domésticos? ¿Quién podrá incurrir en la fantasía de sugerir que una u otra profesión no es adecuada a ella porque carece de capacidad para desempeñarla? Durante 62 años se amoldó a esta nueva atmósfera, que significa una nueva vida para ella. Y todo ello sin sufragio, sin el derecho de fabricar leyes, sin el *privilegio* de llegar a ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, muy bien puedo ser considerada una enemiga de la mujer; pero si puedo conducirla por un camino en donde la ilumine la luz de la razón, no he de lamentarme.

La gran desventura de la mujer no estriba tanto en su inadaptabilidad para desempeñar cualquier trabajo masculino, sino en que fué desgastando todas sus fuerzas durante una vida entera, asistida, asesorada por una tradición ancestral y centenaria que la incapacitó físicamente para concertar la paz con su compañero de ruta, el hombre. Lo que importa no es el género de trabajo que emprenda, sino la calidad del trabajo que produzca. En ese sentido el sufragio ni añadirá ni quitará esa cualidad intrínsica. El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza.

Solamente esto, y no el voto político, habrá de libertar a la mujer, convirtiéndola en una fuerza aun desconocida para el mundo; en una lucida y poderosa fuerza para el verdadero amor, para la verdadera paz, para la verdadera armonía; fuerza de divino fuego, creadora de vida, del hombre y de la mujer libres.

(1) *Schackleton fué un miembro del partido laborista, cuyo credo luego renegó. La autora hace notar que el parlamento inglés está lleno de estos Judas.*

***

El luto en los pueblos primitivos

Es de notar, asimismo, que los salvajes actuales, conocen la mutilación intencionada de los dedos.

En muchos pueblos americanos, africanos y polinesios se practicaba la costumbre de cortarse una falange para testimoniar de por vida, de una manera visible e imperecedera, el luto por algún pariente.

Entre los charrúas, en el Río de la Plata (América del Sur) las mujeres, para demostrar el dolor por la muerte de su padre, esposo o hermano, se cortaban una falange, empezando por el dedo meñique. Cuando entre los Hotentotes (África del Sur) una madre pierde a su primogénito, corta una falange de la mano del hijo siguiente en la persuasión de que éste no se morirá. En la isla de Tonga, dice J. R. Forster, la mayor parte de sus pobladores tienen cortadas una o dos falanges de los dedos meñiques, inmoladas en honor de algún pariente difunto. En las islas Fidji, además de cortarse los dedos, sus habitantes se arrancan también los dedos de los pies. Cuando moría un rey, sus mujeres se cortaban un dedo; éste era entregado, envuelto en una hoja de palma, a la reina viuda, con las palabras: "Majestad, aquí tenéis mi luto". También el misionero Whitmee cuenta que en Vaitupu, una de las islas Ellice, pudo observar que precisamente de cada dos mujeres una por lo menos había hecho el sacrificio de uno o varios dedos en señal de duelo.

En Australia, en cambio, esta mutilación tiene un carácter mágico: las jóvenes que las sufrieron son tenidas por afortunadas en la pesca.

HUGO OBERMAIER

P. J. PROUDHON

PAGINAS VIEJAS

P. J. Proudhon, candidato a la pensión Suard (1)

Besançon, 31 de mayo de 1837.

A los señores de la Academia de Besançon.

Señores: soy tipógrafo y corrector de imprenta, hijo de un pobre artesano que, padre de tres muchachos no pudo nunca hacer los gastos del aprendizaje. He conocido desde temprano el mal y el trabajo; mi juventud, para servirme de una expresión muy popular, ha pasado por más de un tamiz. Así lucharon con la fortuna Suard, Marmontel, una multitud de literatos y de sabios. Ojalá podáis, señores, a la lectura de esta Memoria, concebir el pensamiento que entre tantos hombres famosos por los dones de la inteligencia y el que en este momento solicita vuestros sufragios, la comunidad de la desgracia no es tal vez el único punto de semejanza.

Destinado al principio a una profesión mecánica, por consejo de un amigo de mi padre fuí colocado como alumno externo gratuito en el colegio de Besançon. Pero ¿qué era el envío de 120 francos para una familia en que el vivir y el vestir era siempre un problema? Carecía habitualmente de los libros más necesarios; hice todos mis estudios de latín sin un diccionario; después de haber traducido en latín todo lo que me proporcionaba la memoria, dejaba en blanco las palabras que me eran desconocidas y a la puerta del colegio llenaba los lugares vacíos. He sufrido cien castigos por haber olvidado mis libros: era que no los tenía. Todos mis días de asueto eran ocupados por los trabajos del campo o de la casa a fin de ahorrar un jornal; en las vacaciones iba yo mismo al bosque a buscar la provisión de los aros para la tienda de mi padre, tonelero de profesión. ¿Qué estudios he podido hacer con semejante método? ¡Cuán insignificantes éxitos he debido obtener!

Hacia al fin de mi cuarto grado, tuve por premio la *Démostration de l'existence de Dieu*, de Fenelón. Ese libro me pareció repentinamente haber abierto mi inteligencia e iluminado mi pensamiento. Había oído hablar de materialistas y ateos: ardía en deseos de saber cómo se las arreglaban para negar a dios.

Lo confesaré sin embargo: la filosofía de Descartes, adornada con la elocuencia de Fenelón, no me satisfizo enteramente. Sentía a dios, tenía el alma penetrada de él; enamorado desde la infancia de esa gran idea, desbordaba en mí y dominaba todas mis facultades. Y en un libro hecho para probar el Ser supremo, no encontré más que una metafísica vacilante cuyas deducciones tenían el aspecto de una hipótesis más cómoda, pero que no se parecían a una teoría científica y cierta. Permitidme, señores, ofreceros un ejemplo. El alma no puede perecer, dicen los cartesianos, porque es inmaterial y simple. Pero ¿por qué lo que ha comenzado a ser una vez no podría cesar de existir? ¡Qué es eso! el alma, en su duración, ¿sería, de una parte, infinita y eterna, de otra limitada? Eso es inconcebible. La materia, dicen los mismos filósofos, no es el Ser necesario, porque es evidentemente contingente, dependiente y pasiva. Por tanto ha sido creada. Pero ¿cómo concebir la creación de la materia por el espíritu más que la producción del espíritu por la materia? Uno es tan inconcebible como la otra. Permanecí, pues, lo que era: creyente en dios y en la inmortalidad del alma; pero pido perdón a la filosofía, fué mucho menos a causa de la evidencia de sus silogismos que por la debilidad de las razones contradictorias. Me pareció desde entonces que era preciso seguir otra ruta para constituir la filosofía en una ciencia, y no me he desdicho de esa opinión de mi infancia.

Proseguí mis estudios de humanidades a través de las miserias de mi familia y de todos los disgustos con que puede ser abrevado un joven sensible y del más *irritable* amor propio.

Además de las enfermedades y del mal estado de sus negocios, mi padre litigaba en un proceso cuya pérdida debía completar su ruina. El día mismo en que tenía que pronunciarse el fallo, yo iba a ser coronado de *sobresaliente*. Fuí con el corazón bien triste a esa solemnidad donde todo parecía sonreirme; padres y madres abrazaban a sus hijos laureados y aplaudían sus triunfos, mientras que mi familia estaba en el tribunal esperando la sentencia.

Me recordaré siempre. El señor rector me preguntó si quería ser presentado a algún pariente o amigo para verme coronar por él.

—No tengo a nadie aquí, señor rector, le respondí.

—¡Pues bien!, agregó, yo le coronaré y le abrazaré.

Jamás, señores, sentí una emoción tan viva. Volví a encontrar a mi familia consternada, a mi madre llorando: nuestro proceso se había perdido. Esa noche cenamos todos pan y agua.

Me arrastré hasta la retórica: fué mi último año de colegio. Desde entonces se me hizo necesario proveer a mi sostenimiento. "Ahora, dijo mi padre, debes saber tu oficio; a los diez y ocho años yo ganaba el pan, y no había ido tanto a la escuela". Consideré que tenía razón y entré en una imprenta.

Confié algún tiempo que el oficio de corrector me permitiría continuar mis estudios abandonados en el momento mismo en que exigen esfuerzos más grandes y una actividad nueva. Las obras de los Bossuet, de los Bergier, etc., pasaron por mis ojos; aprendí las leyes del razonamiento y del estilo con esos grandes maestros. Muy pronto me creí llamado a convertirme en un apologista del cristianismo, y me puse a leer los libros de sus enemigos y de sus defensores. ¿Debo deciroslo, señores? En el horno ardiente de la controversia, apasionándome a menudo por fantasías y no escuchando más que mi sentido privado, vi desvanecerse poco a poco mis queridas y preciosas creencias; profesé sucesivamente todas las herejías condenadas por la Iglesia y relatadas en el diccionario del abate Pluquet; no me libraba de una más que para hundirme en la opuesta, hasta que, en fin, de cansancio, me detuve en la última y quizás la más irrazonable de todas: era sociniano. Caí en un desaliento profundo.

Sin embargo, las conmociones políticas y mi miseria privada me arrancaron a mis meditaciones solitarias y me lanzaron además en el torbellino de la vida activa. Para vivir me fué necesario salir de mi ciudad y de mi país, tomar el hábito y el bastón de peregrino y buscar, de imprenta en imprenta, algunas líneas que componer, algunas pruebas que leer. Un día vendí mis premios de colegio, la única biblioteca que había poseído. Mi madre lloró; para mí me quedaban extractos manuscritos de mis lecturas. Esos extractos, que no se podían vender, me siguieron y me consolaron en todas partes. He recorrido de ese modo una parte de Francia, expuesto algunas veces a carecer de trabajo y de pan por haberme atrevido a decir la verdad frente a un patrón que, en respuesta, me expulsaba brutalmente. Este año mismo, empleado en París como corrector, tuve que ser víctima una vez más de mi altivez provinciana; y sin el apoyo de mis colegas, que me defendieron contra las injustas prevenciones de un jefe de taller, me hubiese visto quizás apremiado por el hambre, obligado a ponerme a sueldo de algún periodista. A pesar de todas las privaciones y de las miserias que he experimentado, este extremo no me hubiese parecido el más horrible de todos.

La vida del hombre no es nunca de tal modo doliente y abandonada que no esté sembrada de algunos consuelos.

Había encontrado un amigo en un joven a quien la fortuna atormentaba como a mí mismo, por las contrariedades morales y el aguijón de la pobreza. Se llamaba Gustave Fallot. En el fondo de un taller recibí un día una carta que me invitaba a dejarlo todo y a ir a reunirme con él... "Vd. es desgraciado, me decía, y la vida que Vd. lleva no le conviene. Proudhon, somos hermanos: mientras me quede pan y una habitación, lo compartiré todo con Vd." Acababa entonces, señores, de dirigiros una memoria y se presentaba a vuestros sufragios como candidato a la pensión Suard. Sin decirme nada, se proponía, si obtenía la preferencia sobre sus amigos, cederme el disfrute de esa pensión, reservándose para él la gloria del título y la explotación de las ventajas preciosas ligadas a él. "Si soy nombrado en el mes de agosto, me decía sin explicar más, nuestra carrera se abrirá en el mes de agosto". Yo volé a su llamado y fué para verlo, atacado por el cólera, consumir para mí hasta sus últimos recursos, llegar a las puertas de la muerte sin que me fuese posible continuar procurándole mis atenciones. La falta de dinero no nos permitía quedar juntos; fué preciso separarse, y le abracé por última vez. El 25 de enero último medité una hora sobre su tumba.

Con cincuenta francos en mi bolsillo, un saco a la espalda, y mis cuadernos de filosofía por provisiones, me dirigí hacia el mediodía de Francia... Pero, señores, sería abusar de vuestra paciencia el detallaros aquí por orden cronológico todo lo que he sufrido en mi cuerpo y en mi corazón. ¿Qué os interesa, después de todo, que yo haya sido más o menos sacudido por la fortuna? No basta, para merecer vuestra elección, tener sólo miseria que ofreceros, y vuestros sufragios no buscan un aventurero. Sin embargo, si no descubro mi calamitosa existencia, ¿qué es lo que me recomendará a vuestra atención?; ¿quién hablará por mí? Tal ha sido hasta este día, tal es aún mi vida: habitando en los talleres, testigo de los vicios y de las virtudes populares, comiendo mi pan ganado todos los días con el sudor de mi frente, obligado, con mis módicos honorarios, a ayudar a mi familia y a contribuir a la educación de mis hermanos; en medio de todo eso meditando, filosofando, recogiendo las menores cosas de las observaciones imprevistas.

Cansado de la condición precaria y miserable de obrero, quise al fin ensayar, con uno de mis compañeros, la reorganización de un pequeño establecimiento de imprenta. Las pequeñas economías de los dos amigos fueron puestas en común, y todos los recursos de sus familias lanzados en esa lotería. El juego pérfido de los negocios ha engañado nuestra esperanza: orden, trabajo, economía, nada ha servido; de los dos asociados uno se ha ido al rincón de un bosque a morir de agotamiento y de desesperación, al otro no le queda más recurso que arrepentirse de haber comprometido el último trozo de pan de su padre.

Perdón otra vez, señores, si en lugar de exponer títulos reales a vuestra benevolencia, no os ofrezco más que mi infortunio. Desconocido para la mayoría de vosotros, he debido, me parece, deciros lo que he sido y lo que soy. Por lo demás, no es sin repugnancia como he consentido en relataros algunas circunstancias de mi vida, y en descubriros el estado habitual de mi espíritu y de mi carácter. Tales confidencias no me parecen bien más que entre iguales y amigos. "Y bien! — me dijo un hombre a quien amo y re-



verencio — ¿quieres agradar a los señores de la Academia? Háblales como a amigos". ¿Se habría engañado y mi confianza me perjudicaría?

En 1836-1837, habiéndome obligado una larga enfermedad a interrumpir mi trabajo en el taller, me puse al estudio. Algunos ensayos bastante felices de crítica y de filosofía sagrada habían dado nueva expansión a mis instintos literarios y determinado mi inclinación a las especulaciones filosóficas. En los insomnios de la fiebre y los ocios de una laboriosa convalecencia, me entregué a investigaciones gramaticales que me parecieron lo bastante importantes para merecer vuestro examen. Os han sido remitidos dos ejemplares de mi obra; pero los inmensos trabajos de vuestra sabia compañía, me atrevo a presumirlo al menos, han retardado hasta aquí vuestro juicio.

Si la débil composición que os ha sido sometida pudiese responder de la que preparo; si la exposición de mis primeros esbozos garantizase suficientemente la exactitud de las ideas que elaboro; si deseais, señores, ver terminar estudios nuevos y fecundos ¿sería permitido al que desde hace ya un año se ha convertido en vuestro ajusticiable, contar un poco más con vuestra indulgente benevolencia que con las esperanzas dudosas de su talento y con las consideraciones debidas a la extrema modicidad de su fortuna?

Buscar en la psicología nuevas regiones, en la filosofía nuevas vías; estudiar la naturaleza y el mecanismo del espíritu humano en la más aparente y la más palpable de sus facultades, la palabra; determinar, según el origen y los procedimientos del lenguaje, la fuente y la filiación de las creencias humanas; aplicar, en una palabra, la gramática a la metafísica y a la moral, y realizar un pensamiento que atormenta a profundos genios, que preocupaba a Falloz, que prosigue nuestro Pauthier: tal es, señores, la labor que yo me impondría si me concedieséis libros y tiempo; ¡sobre todo libros! El tiempo no me falta nunca.

Después de todas las vicisitudes de mis ideas y el largo parto de mi alma, he debido acabar, he acabado por crearme un sistema completo y unido de creencia religiosa y filosófica, sistema que puedo reducir a esta simple fórmula:

Existe, de origen sobrehumano, una filosofía o religión primitiva, alterada desde antes de todas las épocas históricas y de la cual los cultos de los diferentes pueblos han conservado todos vestigios auténticos y homólogos. La mayoría de los dogmas cristianos mismos no son más que la expresión sumaria de otras tantas proposiciones demostrables; y se puede, por el estudio comparado de los sistemas religiosos, por el examen atento de la formación de las lenguas, e independientemente de toda otra revelación, constatar la realidad de las verdades que la fe católica impone, verdades inexplicables en sí, pero accesibles al entendimiento. De ese principio puede deducirse, por una serie de consecuencias rigurosas, una filosofía tradicional cuyo conjunto constituirá una ciencia exacta.

Tal es hoy, señores, el compendio de mi profesión de fe.

Nacido y educado en el seno de la clase obrera, perteneciéndole aún por el corazón y los afectos, y sobre todo por la comunidad de los sufrimientos y de las aspiraciones, mi mayor alegría, si obtuviera vuestros sufragios, sería, no lo dudéis, señores, poder trabajar en lo sucesivo sin descanso, por la ciencia y la filosofía, con toda la energía de mi voluntad y todas las potencias de mi espíritu, en el mejoramiento moral e intelectual de aquellos a quienes me complazco en llamar mis hermanos y mis compañeros; de poder difundir entre ellos las semillas de una doctrina que considero como la ley del mundo moral; y en espera del éxito de mis esfuerzos dirigidos por vuestra prudencia, de considerarme ya, en cierto modo, como su representante ante vosotros.

Pero, cuaquiera que sea vuestra elección, señores, me someto a ella de antemano y aplaudo; a ejemplo de un antiguo, me regocijaré de que encontréis uno más meritorio que yo. Proudhon, habituado desde la infancia a aguzar su valor contra la adversidad, no tendrá nunca el orgullo de creerse un genio desdeñado y desconocido.

(1) Esta carta nos expone sintéticamente el origen y la infancia de Proudhon, haciéndonos ya vislumbrar en ella al futuro pensador revolucionario. Consideramos que, aunque no sea más que a título de documentación y como estímulo moral, ésta y otras cartas de Proudhon que iremos reproduciendo, merecen ser leídas. El contacto espiritual con un hombre de la talla del gran escritor, "padre de la anarquía" como le llamó Kropotkin, puede sernos hoy mismo de utilidad, aunque sean otros los tiempos y las condiciones.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

VII

Las sociedades comunistas se distinguen generalmente, dice Taburiech, por su sociabilidad y moralidad, por la conciencia de la dignidad propia, por la atención hacia la opinión pública y por el libre desarrollo de los sentimientos no deformados por el interés personal. Vemos, de este modo, que la ausencia del poder coercitivo no trajo, de ninguna manera, el desarrollo de la criminalidad. Entre los esquimales y los aleutas hubo, en el transcurso de más de sesenta años un solo homicidio (Pedro Kropotkin).

Se sobreentiende, que en una sociedad comunista, no puede haber delitos contra la propiedad, ni muchos otros. "Aunque el crimen no vaya dirigido directamente contra la propiedad, dice Oscar Wilde, puede, sin embargo, ser provocado por la miseria, la opresión, el descontento, engendrado por nuestros sistemas injustos del usufructo de la propiedad, y desaparecerá con la abolición de este sistema. Cada miembro de la sociedad tendrá lo suficiente para la satisfacción de sus necesidades y dejará de ser un competidor para sus vecinos, desde que no tendrá motivos para chocar con sus semejantes".

En la sociedad futura hasta desaparecerán los delitos de otra índole, como por ejemplo, los provocados por los celos. La actual organización social despierta en el hombre los instintos de propiedad. "Mi mujer", dice, y la mata si la mujer quiere ser de sí misma y no de él. La mata, porque el Estado le enseña a cada paso la violencia, porque constantemente tortura y mata a los que no le obedecen. En la sociedad futura no se verán estos ejemplos horripilantes, desaparecerá el maestro de escuela, el criminal más horrible, más cínico, más funesto; desaparecerá el Estado y en la sociedad de libres e iguales se creará una nueva moral, grandiosa y pura.

En la sociedad anarquista no se desconoce el derecho de la auto-defensa. En los primeros años de existencia de la sociedad anarquista habrá que apelar a ella con frecuencia. Pero en esta sociedad desaparecerán pronto los crímenes porque inevitablemente se elevará el nivel común de cultura. Ne tendrá cabida en ella la institución corruptora de los jueces que no son otra cosa que verdugos que castigan fríamente. Desaparecerá el derecho de unos a atormentar por venganza a otros. Desaparecerán los intolerables crímenes de los gobernantes y con ellos todos los demás crímenes.

En la sociedad de libres e iguales no habrá lugar a sentimientos como el de la envidia, maldad, odio, y serán desconocidos los estados de espíritu como el de la obediencia, servilismo, humildad, sumisión, etc.

No cabe duda que entre iguales se creará el sentimiento de la más profunda justicia. Heriberto Spencer suponía con fundamento, que en las comunas igualitarias primitivas predominaba "la voluntad de todos".

VIII

Hace mucho que apareció la violencia. Su origen hay que buscarlo en las tentativas del hombre para apoderarse de la mujer, cuando ésta no siempre respondía a sus deseos (edad, enfermedad, embarazo, etc.); en la lucha de dos hombres por la posesión de la mujer, en la defensa contra los animales y más tarde, en la caza de estos. De este modo se preparaba el terreno para el arraigo de la violencia como método. Otras causas más dieron nacimiento y desarrollaron la violencia. Los vencedores por la violencia, apoderábanse primero de las mujeres, más tarde del producto del trabajo de los vencidos y recién después de la tierra y de los hombres — de estos últimos para hacerlos trabajar en beneficio de los vencedores.

Estos usurpadores violentos de los bienes, de las tierras y de la libertad ajenas convirtiéronse, con el tiempo, en gobernantes, aparecieron los patriarcas, los jefes de familia, los caudillos, príncipes, reyes, dominadores, etc.

Todos estos gobernantes entrometidos violentamente en las pacíficas sociedades de hombres iguales y libres, se hacían pasar, sin ninguna razón fundamental, por organizadores de las sociedades, que sin ellos se habían organizado, y afirmaban que sólo a su concurso se debía la existencia de la sociedad. Demás está decir que mentían en todo descaradamente. Los dueños de los esclavos afirmaban que sin ellos los esclavos dejarían de trabajar y se morirían de hambre, pero los hombres vivían mucho mejor antes de la aparición de aquellos, y cuando fué abolida la esclavitud, los antiguos siervos fueron más felices que cuando estaban bajo la férula de los señores. Los señores feudales decían que sin autoridad los siervos se embriagarían, se entregarían a la pereza y sucumbirían; pero los campesinos, cuando quedaron libres, trabajaban con una energía que nunca se había visto bajo el dominio de los señores y su situación mejoraba hasta que nuevos amos se les sentaban encima.

La misma cantilena oímos de los gobiernos burgueses y sus acólitos (y al mismo tiempo señores) los capitalistas: "Sin nosotros perecerá la sociedad. Las gentes no podrán pasarse sin nosotros. Se dispersarán como ovejas sin pastor". Idéntica canción entonan los socialistas.

Sin embargo, no pereceremos, sino por el contrario llegaremos a conocer la felicidad. Siempre existieron y existirán causas biológicas y económicas que mantuvieron y mantendrán unidos a los hombres. Siempre hubo y habrá condiciones objetivas que obliguen a los hombres a que trabajen y aspiren hacia lo mejor.

Como ésto ha sucedido siempre, los explotados, libres de la explotación y la opresión, serán más felices.

La explotación y la opresión de los hombres por los hombres no será posible sin la violencia. Antes de toda otra forma de violencia, la de un hombre sobre otro hombre inclusive, fué simplemente la imposición violenta de los hombres armados sobre sus compañeros más débiles y desarmados.

Los gobernantes hace mucho ya que no manejan ellos mismos la espada, pero en cambio crearon instituciones complejas que constantemente amenazan a los súbditos con la violencia y la emplean siempre. Estas instituciones son el ejército, la policía, los tribunales, las cárceles, los verdugos, etc. Todas juntas forman la base del Estado y cuando caigan ellas se derrumbará el Estado, que será substituído por un orden social en el que no harán falta asesinos regimentados y estarán de más jueces y verdugos.

Junto con sus instituciones de violencia perpetua crearon los gobernantes, las instituciones de la hipocresía. Tales son sus escuelas, donde los conocimientos verdaderos se enseñan a los hijos de padres ricos, y eso únicamente en aquellas ramas del saber que no son peligrosas para los dominadores. En los demás casos, y especialmente en las escuelas primarias, se proporcionan únicamente los conocimientos útiles a industriales y comerciantes que necesitan obreros y empleados inteligentes entre quienes eligen a los ejecutores inferiores de sus órdenes.

Tales son las instituciones religiosas, que apoyan siempre a los distintos gobiernos y apelan a la violencia estatal para el mantenimiento de su propia autoridad.

Todas las religiones llevan impreso el sello del temor a un ser violento. Todos los dioses de la antigüedad, desde Jehová y Baal hasta Zeus y Tor, son violentos. Hasta el resplandeciente dios de los Helenos, Apolo, posteriormente dios del sol, de las artes y de algunas ciencias, fué en la remota antigüedad el dios de la violencia: de la peste negra, de la insolación, de la sequía y su nombre traducido del griego significa "aquel que matará". Hasta la religión cristiana se redujo a la amenaza de la violencia (en éste y en el otro mundo) contra los que no cumplen sus prescripciones y no obedecen a los gobernantes.

Toda la vida de la sociedad moderna está impregnada de violencia y únicamente por la violencia se mantiene. La propiedad privada de inmensas extensiones de tierra, de los medios de producción, etc., no existiría sino estuviera defendida por la violencia de los jueces, policías, soldados, en una palabra, por la violencia del Estado. Sin ésta violencia, los hombres no permitirían a los propietarios de la tierra y del capital que los despojasen.

Tampoco se mantendrían mucho tiempo en sus puestos los jefes si no se apoyaran en la violencia más feroz y despiadada. Nadie les pagaría los impuestos, nadie iría a hacer el servicio militar, donde se enseña el asesinato, nadie cumpliría sus órdenes.

La propiedad privada y los gobiernos se apoyan en la violencia y por la violencia viven. Que nos demuestren lo contrario. No es tan difícil hacerlo. Que licencien, aunque no sea más que por tres meses, a sus soldados, policías, jueces. Veríamos entonces, si serían muchos los hombres que les obedecerían.

POEMAS

Ya fué terminada la casa de piedra junto al lago y los trabajadores están empezando la verja.

La verja es de barras de hierro con puntas de acero capaces de arrancarle la vida al que se enganche en ellas.

Como verja, es una obra maestra de protección contra los vagabundos y muertos de hambre y contra los chiquillos callejeros que buscan un sitio en que jugar.

Por entre las barras de hierro y sobre las puntas de acero, nada puede pasar como no sea la Muerte, la Lluvia y el Mañana.

* * *

Permitidme que este día pueda ser monosílabo, oh Señor.

Ayer perdí un montón de palabras con un tonto y con un niño.

Hoy, permitidme que pueda ser monosílabo... un amigo de los viejecitos que lavan un rayo de sol entre sus dedos y que se regocijan con sus relojes anticuados.

* * *

Cuando Abraham Lincoln recibió la última palada en su tumba, olvidó a los unionistas y al asesino... en el polvo, en la tumba fría.

Y Ulises Grant perdió todo pensamiento de los confederados y de Wall Street... en el polvo, en la tumba fría.

El cuerpo de Pocahontas, bello como un álamo, dulce como una roja acerola en noviembre, o como una papaya en mayo, ¿se preguntará algo? ¿Se acordará de algo... en el polvo, en la tumba fría?

Tomad un grupo de gente comprando ropas o ultramarinos, saludando a un héroe, arrojando confetti o tocando cornetas de cartón... y decidme si los amantes pierden... decidme si los amantes ganan... en el polvo... en las tumbas frías.

Carl SANDBURG

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Federica Montseny

1o. *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

Varios son los actuales problemas del anarquismo, dejando aparte los que se plantearon al formularse la primera base del ideal. Pero todos pueden concretarse, a mi entender, en el que podemos llamar problema de su vitalidad. El anarquismo, hoy día, carece de existencia, de presencia y potencia en el movimiento internacional humano, aunque lata en el fondo de todas las conciencias. Estamos muy lejos del tiempo en que el anarquismo, dicho llanamente, *estaba de moda*: entonces no había más anarquistas que hoy y los que lo eran resultaban menos. Es decir: tenían excesivamente formada en sí mismos la idealidad, pero el anarquismo, por sus grandes figuras y por el momento en que surgió, poesía más importante internacional, tenía más vitalidad. Ahora el ideal, diluido en más personas, más impregnado en las masas proletarias — a pesar del sarampión sindicalista y de la perturbación bolchevique — debería dar una sensación de vitalidad que no da. ¿Por qué? Contra este por qué se estrellan todas las preguntas.

Ante todo debemos tener en cuenta la crisis universal de hombres por que se atraviesa. Después la crisis de reacción internacional. Por último, la propia crisis nuestra, crisis de divisiones, de envidias, de pequeños rencores, de mezquinas querellas, que obstaculizan la acción de los activos.

El anarquismo, diluída su savia en esos diversos aspectos, aparece depauperado en conjunto, depauperación de la que, esperémoslo, pronto y con más bríos saldrá, desaparecidas las causas que la han producido, para cuya extinción no debemos cansarnos en laborar.

Como los diferentes puntos de la encuesta abarcan este problema único del anarquismo, creo inútil extenderme más sobre algo que, en resumen, será dilucidado a lo largo de la encuesta.

Sobre los medios de provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria, desde luego debemos partir de la base de que es necesaria una previa labor en las masas populares, únicos factores revolucionarios actuales, previa labor nunca interrumpida, y que si no ha dado ya sus frutos es porque ha habido causas que les impiden madurar. Los anarquistas, solos, sin contar con el contrapeso popular, no pueden realizar más que acciones aisladas. Y hoy, particularmente la ensangrentada y dividida Europa, no parece ser terreno que reúna condiciones apropiadas para germinar este esfuerzo contra algo que la propia pobreza y crisis moral del mundo ha producido.

Las reacciones no son más que desfallecimientos del espíritu evolutivo de la humanidad. Las que podemos llamar fuerzas centrífugas sociales aprovechan esta falta de ímpetu revolucionario, estos momentos críticos de la historia, en que el espíritu humano, cansado por el trastorno de una guerra o de una revolución trascendental, reposa, para intentar volver al centro de gravedad, a la tradición de que proceden, al viejo orden de que nos vamos alejando al ir modificándose nuestros conceptos sobre las diferentes manifestaciones de la vida humana. ¿Es posible combatir el efecto, sin atacar antes las causas? ¿Servirá de algo nuestra acción contra el efecto si la causa queda en pie? No. Si no destruimos, ante todo, el fundamento, lo llamaré cabeza de la tenia autoritaria, el mal se reproducirá.

¿Cómo destruirlo? He aquí el primer esfuerzo, que requiere labor lenta, que impacientará a los optimistas y a los inquietos. Sin embargo, al margen de esta labor lenta y siempre continuada, puede existir en todo tiempo la acción rápida, no pródiga en adelantos de carácter general, más fecunda en fracasos que en ictorias, en víctimas que en labor, pero que mantiene latente algo que no debemos dejar morir: la llama inapagable de la revolución. El siglo pasado fué un siglo de intentos fracasados. La llamita, incesantemente encendida en el fondo de las almas, alimentada por una personalidad que se bastaba sola para mantenerla: Bakunin, produjo múltiples movimientos, epopeyas momentáneamente estériles, pero merced a las cuales se dió también esta sensación de vitalidad que hoy nos falta.

Los medios de realizar uno y otro de estos dos esfuerzos son, indudablemente, los que hasta ahora, en líneas generales, se han utilizado, y que si no han dado pródigo fruto no es a causa de ser erróneos, sino porque no se han intensificado y no han tenido suficiente poder para despertar las dormidas conciencias y la cansada acción de hoy. Es decir: propaganda antiautoritaria, crítica demoledora, ininterrumpida acción moral junto a todos los núcleos sociales, claridad de concepto en la exposición de ideas, cuidando de que la vida de los propagandistas esté de acuerdo con la idealidad, aspecto este algo abandonado y que tiene decisiva influencia sobre el adversario enriqueciendo o dañando las ideas, según sea la dignidad de sus propagandistas. Y esta acción, continua y paciente, por medio del periódico, del libro, del folleto, de la novela, de la conferencia, del mitin, ha de extenderse a todas las clases sociales, sin olvidar a las mujeres, elemento casi fundamental, sin el que todo intento fracasará.

El otro esfuerzo, tampoco olvidado y que forma parte de la misma esencia del anarquismo, requiere condiciones especiales, tacto revolucionario y pasión por la revolución; en una palabra, condiciones excepcionales, que yo, hoy por hoy, no sé ver por parte alguna, ya que cuantos movimientos se intentan y se han intentado no pueden demostrar una más lamentable pobreza de organización y falta de oportunidad. Sin embargo, consideremos buena señal este renacimiento moral de Bakunin, esta vuelta a la primitiva tendencia revolucionaria, contrarrestada por una propaganda de pasividad.

A. DE SANTILLAN (5)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Si se tiene en cuenta que además de las fábricas mencionadas en la estadística, hay aún por lo menos 30 establecimientos del mismo ramo cuya producción se elevó en un 30 por ciento de la cantidad de toneladas obtenidas por las fábricas consideradas en los dos años anteriores, se pueden deducir preciosas conclusiones. Sin embargo, lo más importante y lo más asombroso es que las fábricas investigadas, son casi todas establecimientos que existían ya antes de la guerra, que tenían un personal expresamente instruído para ellas, a pesar de la falta de carbón, del personal parcialmente disminuido, y de la ruina de algunos hornos, *con la jornada de trabajo disminuida produjeron más de lo que produjo en 1913 toda la industria alemana de porcelana.*

Se comprende que los capitalistas no opinen públicamente sobre los favorables efectos de la reducción de la jornada de trabajo. Sólo accidentalmente se puede confirmar los hechos sacados a relucir por las organizaciones obreras. Por ejemplo, en la revista patronal de la industria cerámica, *Keromos*, número 3, 1922, se dice que la intensidad del trabajo en el horario … aumentó en relación a las condiciones de antes de la guerra, y que el aprovechamiento mecánico también ha mejorado. En un escrito sobre el jubileo de la fábrica de porcelana Limbach, escribe el director que con un trabajo más intensivo en la jornada de ocho horas, puede producirse lo mismo que en una jornada de diez o de once horas". El director general, Fillmann, de la fábrica de porcelana dice: "Creo que las ocho horas pueden ser mantenidas para el trabajo a destajo y para el trabajo manual realizado de manera muy mecanizada. Como yo mismo he podido comprobar, es posible que esas labores, a pesar de la jornada reducida, lleguen a producir más que antes". Sólo habría que oponer a esas constataciones, que en todo el proletariado, no sólo en los obreros que trabajan a destajo, a pesar de la reducción de la jornada, hubo considerable aumento de la productividad". (*Vorwaerts*, Berlín, 22 de octubre de 1925).

Pero lo que aquí se dice de la transición de la jornada de diez u once horas a la de ocho, podría decirse igualmente de la reducción de la jornada de ocho horas a seis. Un telegrama de Detroit, con fecha del 26 de septiembre de 1926, nos comunica lo que sigue:

"Detroit. — Henry Ford ha implantado ya en sus fábricas el sistema de trabajo por él planeado, de cinco días de labor por semana, pagando a sus operarios como hasta ahora, seis días. Este plan está dando el mejor resultado en diversas plantas industriales del fabricante.

"Ford predice que la semana de cinco días de labor será implantada en todas las industrias de Estados Unidos, pues según ha dicho, "el país no podrá absorber toda la producción industrial sin acortar la semana de labor para mantener la prosperidad de que goza.

"Las grandes empresas, al aumentar su eficiencia cada día, podrán pagar mejor a sus obreros por menos tiempo de labor, lo que pondrá a éstos en condiciones de poder satisfacer sus necesidades, aumentándolas. Estas nuevas necesidades a satisfacer absorberán la producción".

"Se pronostica que en sus nuevos planes concernientes al problema del trabajo, Ford se propondrá reducir la jornada de ocho horas".

El fabricante de automóviles Ford, que representa una de las mayores industrias de los Estados Unidos, — baste decir que de sus establecimientos salen diariamente en la actualidad de 5.000 a 7.000 automóviles, — es el ejemplo típico de los modernos métodos de trabajo. Su influencia es considerable y su previsión, como se ve, no es poca. El capitalismo tiene que preocuparse urgentemente de acrecentar el mercado nacional, de aumentar la capacidad de consumo de los trabajadores; para ello es indispensable, en primera línea, que la desocupación desaparezca, y la desocupación no puede desaparecer, sino aumentar, con la jornada actual.

El ejemplo de Ford es tan elocuente que la misma American Federation of Labor, en el congreso que celebró en el mes de octubre del año en curso en Detroit, se ocupó de generalizar la semana de cinco días de trabajo en los Estados Unidos.

Así confiesa Ford los efectos de los progresos mecánicos de los últimos años sobre el mercado del trabajo:

"Si existiera en nuestra cantidad de producción actual, la misma proporción del personal que en 1913 — la época de la fundación de nuestro establecimiento —, tendríamos que ocupar hoy 200.000 obreros. En realidad el número de los obreros ocupados ahora, en el tiempo que nuestra producción alcanzó su máximo de 4.000 coches diarios, no es de 50.000". (*Mi vida*, 1924).

El estudio de los progresos de la maquinaria en los establecimientos Ford bastaría por sí solo, para comprender toda la tendencia del capitalismo moderno y para insistir sin descanso en la inmediata implantación de la jornada máxima de seis horas.

Y lo más singular es que cuanto más progresa la técnica, más fácilmente se realizan los trabajos, sin necesidad de un aprendizaje previo. El obrero de oficio es puesto cada vez más al margen y sustituído por simples peones que en unas horas aprenden el manejo de la máquina que se les confía.

Eso quiere decir que los progresos del maquinismo no sólo hacen innecesarios los brazos obreros, sino la inteligencia, la habilidad profesional, las cualidades individuales del obrero.

Cuando se dió, hace ya más de cuarenta años, un paso audaz en pro de la jornada de ocho horas, la burguesía respondió que eso era una locura; economistas serviciosos se encargaron de probar con números y estadísticas que la jornada de ocho horas era imposible, que trastornaría incurablemente las bases de la sociedad, y que destruiría la vitalidad económica del país en donde se realizase. Los inspiradores de la reducción de la jornada no se dejaron amedrentar, y sostuvieron la posibilidad de la jornada de ocho horas, pagando su altivez con su vida. Pero la idea no murió en el cadalso con sus portavoces;

de anarquismo cristiano, procedente de Tolstoy, desastrosa desde el punto de vista de su intensidad.

2o. *La anarquía, como organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*

Francamente, creo que esta pregunta huelga en el cuestionario.

¿Es posible poner en duda el revolucionarismo de la anarquía? ¿Es posible implantar la anarquía sin una profunda revolución en todos los órdenes de la vida: revolución violenta, que conmueva los cimientos sociales; revolución moral, que ataque los viejos prejuicios, los viejos sofismas políticos y religiosos, destruyéndolos? Estimo inútil discutirlo.

La anarquía es revolucionaria, ha de ser revolucionaria, debemos hacerla cada día más revolucionaria.

3o. *Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?*

Di ya en otra ocasión mi parecer sobre este asunto. La anarquía no es ni ha de ser proletaria. Ha de ser *humana*. No ha de ser una idealidad de clase: ha de ser más que una idealidad de especie: una idealidad de universo.

Proletarizarla, encerrarla dentro del círculo obrero, es empequeñecerla y empobrecerla, es destruir hasta sus fundamentos, su puro principio idealista, convirtiéndola en una aspiración simplemente de clase, reducida y atenta sólo al aspecto material.

Lógico es que, por la justicia social y la igualdad y libertad humanas que significa, sean los proletarios, esclavizados, despojados, víctimas de la injusticia social, los que más ardientemente la deseen, porque en ella encuentran su redención, su dignificación, su integración a la humanidad, el aniquilamiento de todas las desigualdades, su pleno desenvolvimiento como seres humanos. Pero en ella han de caber todos los hombres; es necesario que su misma propaganda, salvando las vallas clasistas, vaya al corazón y a la mente de todos los hombres.

A medida que la idea se irá consolidando, que la ciencia, los adelantos del espíritu humano, las nuevas necesidades y las nuevas inquietudes añadan sus moléculas al organismo ideal, lo vayan completando, dejando, sin embargo, su puerta eternamente abierta al porvenir, adquirirá mejor y mayor universalidad, un concepto aun más amplio, ilimitado, infinito en el tiempo y el espacio, dentro del cual cabrán indefinidamente el mañana y todas las manifestaciones de la vida en cualquiera de sus órdenes presentes y futuros.

Es así como yo concibo la anarquía, como creo que debe concebirse la palabra y la idealidad. La anarquía, pues, estimo que no es proletaria, que no ha de ser proletaria; repetiré hasta la saciedad que ha de ser *humana*, y, más que humana, universalista, en el más absoluto de sus conceptos, en la más amplia y futura de sus acepciones.

(Concluirá)

BIBLIOGRAFIA

"Gazzetta Medica Italo-Argentina" Nápoles.—

Encefalitis a consecuencia de la vacuna (The Lancet)—

Traducimos del italiano:

"En una reciente reunión de la Academia de Medicina de París, los médicos Bastiausee y Terbugli, en colaboración con Byl y Levaditi, hicieron una importante comunicación sobre algunos casos de *encefalitis* a consecuencia de las vacunas. En el transcurso de 18 meses observaron 34 casos, de los cuales 14 pacientes murieron. Se trataba de niños de corta edad. El decurso clínico era el siguiente: después de un período de 9 a 13 días de la vacuna, se desarrolló un síndrome cerebral violento y agudo. El primer síntoma era constituído por vómitos, cefalgias y el aumento de presión en el torrente circulatorio. En los días sucesivos aparecían convulsiones unilaterales, atacando un lado solo.

El estado agudo de estas afecciones duraba de siete a quince días. Analizado el líquido céfalo-raquídeo, se notó la ausencia de meningitis, y excluída la *poliomielite* por la ausencia de parálisis y el tétano, el diagnóstico a que se llegó fué de encefalitis.

La enfermedad se diferenciaba de la encefalitis epidérmica y de la encefalitis común de los niños, por la gran uniformidad de los síntomas, que contrasta con el cuadro variable de la encefalitis epidérmica, por la breve duración del estado agudo, por la ausencia de parálisis de los músculos oculares, y etc.

La linfa de la vacuna que se empleó en los 34 casos procedía de diez animales distintos, que a su vez fueron inoculados con tres injertos de Berna, de Hamburgo y de las Indias. Para establecer si la enfermedad fué provocada por la linfa de la vacuna, se inoculó con ella a algunos conejos y todos los resultados fueron negativos. Los autores piensan que la vacuna habría obrado favoreciendo el desarrollo del virus encefalítico, latente en los niños".

Si hemos destacado esta historia clínica, fué porque denuncia un caso flagrante de intoxicación vaccínica. No nos asiste ninguna autoridad científica; pero nos basta el buen sentido para comprender que toda materia extraña que se inyecte subcutáneamente o se inocule en un organismo, obra como depresión en la economía general de ese mismo organismo con los síntomas de postración, fiebre, malestar y cuando se encuentra con un cuerpo debilitado en todas sus funciones principales, se precipita el intoxicamiento general que causará o no la muerte, según la reserva vital del paciente. Este puede ser el caso de esas pobres víctimas, que aún se les culpa de haber tenido latente el virus encefalítico para desacreditar la vacuna, la que desde mucho tiempo a esta parte ha sido negada por eminentes autoridades científicas, quienes ponían en duda sus pregonadas e inmensas bondades. Otros, como Otto Carqué, médico canadiense, la creía altamente perjudicial, probándolo con hechos fehacientes y con estadísticas.

Nosotros nos contentamos con vigilar atentamente las publicaciones de índole científica que nos llegan, para presentar hechos y casos que, a veces, denuncian errores garrafales por el vicio de la especialización y de la unilateralidad, otras simplemente por los intereses creados de una ciencia oficializada que a costa de todo pretende mantener sus prestigios.

—

Obras completas de Miguel Bakunin, volumen III. *Consideraciones filosóficas*. Prólogo de M. Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. 344 págs. en 8°. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 1.50.

Aparte de un prólogo de 45 páginas de Max Nettlau, repleto de documentos y de interesantes observaciones, este nuevo volumen de las obras de Bakunin contiene los dos trabajos que pueden considerarse como lo fundamental de su obra filosófica: *Federalismo, socialismo y antiteologismo* (1867) y *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*.

Las obras de Bakunin no deben faltar en la biblioteca de ningún anarquista consciente.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Malatesta Errico. — *En el Café*. Conversaciones sobre el anarquismo. Prólogo de L. Fabbri, 106 págs. Edit. "Argonauta", Buenos Aires, 1926. Precio, 0.30.

Adrián del Valle (Palmiro de Lidia). *Juan sin Pan*, novela social. 176 págs. en 8°. Editorial Fueyo, Buenos Aires, 1926.

Hablaremos en alguno de los números sucesivos de esta obra recientemente editada.

Educaçao Social, revista de pedagogía y sociología, tercer año, N.°, 15 de sept., 1926, Lisboa. Director Adolfo Lima.

Crónica Mensual del Departamento nacional del trabajo, julio de 1926, Buenos Aires.

Revista Blanca, Barcelona, 15 de septiembre de 1926.

Alas, revista quincenal d eaeronáutica, Madrid, número 99, del 1 de septiembre de 1926.

La novela ideal: *La última primavera*, por Federica Montseny. Barcelona.

Orientación, publicación anarquista, editada por la Biblioteca "El Porvenir", Santa Fe, calle Belgrano 4029. Recibimos el número 15, de 34 páginas en 4°.

Brand, órgano de los anarquistas suecos, Stokholmo.

Fede!, Pensiero e Volontá, Libero Accordo, todos de Roma. Recibimos los números que deja pasar la censura fascista.

La Réveil—Il Risveglio, Ginebra (Suiza).

Freedom, Londres.

---

se abrió camino vertiginosamente por el mundo entero, y las ocho horas se convirtieron en una realidad para el proletariado industrial de la mayoría de los países. Para saber científicamente si es realizable la jornada de seis horas, no vayamos, pues, a interrogar a los oráculos le la ciencia oficial ni a los capitalistas mismos; interroguemos nuestra voluntad de lucha, interroguemos la disposición de nuestras fuerzas y la respuesta será más exacta. La posibilidad de establecer la jornada de seis horas no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos.

La conquista de las seis horas no se plantea en el terreno de las posibilidades científicas y económicas, sino en el de la capacidad de resistencia del capitalismo a las reivindicaciones proletarias. Es un problema de fuerza y de audacia que se resolverá en una batalla económica y social entre los explotadores del trabajo y los aspirantes a un régimen social de producción libre.

Instintivamente los trabajadores saben que la reducción de la jornada depende de su propia voluntad y no de un poder extraño; saben que las mejores condiciones de vida han tenido y tendrán que ser conquistadas siempre al precio de insurrecciones y revoluciones, y que los que esperan de la generosidad de los gobernantes o de los capitalistas una migaja de libertad y de bienestar se condenan a no obtener jamás nada.

—

Apliquemos con la imaginación la jornada de seis horas a la solución del problema de la desocupación en Inglaterra. Se cuentan en este país unos 2.000.000 de desocupados sobre un personal de 21.000.000 empleado en la industria inglesa. Supongamos que la jornada general es de ocho horas en la actualidad; los 19 millones que trabajan representan un total de 152 millones de horas de trabajo por día; si trabajasen seis horas el total sería de 114 millones de horas de trabajo diarias; queda un excedente de 38 millones de horas; pero como los dos millones de desocupados no necesitan más que 12 millones de horas de trabajo por día, todavía queda trabajo para dos millones más de obreros, empleados y demás personal de la industria, es decir: la jornada de seis horas cambiaría automáticamente la situación del proletariado inglés, dándole una posición de independencia y trocando la oferta por la demanda de brazos en el mercado del trabajo.

No creemos que la crítica situación internacional de la vida económica sea superada de otro modo que por la reducción de la jornada. La base de esta aserción está en la incapacidad manifiesta del capitalismo para hallar una salida que, al menos, no empeore el mal existente. Y hay que decir que después de la guerra no fueron pocas las recetas presentadas.

—

Según nuestra convicción, la resistencia de la burguesía a disminuir la jornada de trabajo no se basa en el pretexto de la eventual disminución de la producción, argumento que hoy no puede ya sostenerse, sino en la seguridad de que, obligando a los trabajadores a quedar más horas en el proceso de la labor asalariada, se les aleja del pensamiento revolucionario y se les retiene de toda volubilidad de rebelión. La jornada prolongada de trabajo mata todo espíritu rebelde y consume las energías vitales, que deberían aplicarse a una labor de pensamiento propio, en un esfuerzo automático sin incentivo y sin voluntad.

Comprendamos nosotros también que si trabajamos menos horas bajo el yugo del salariado, tendremos más tiempo libre para elevar el nivel de nuestra cultura y de nuestras necesidades. Comprendamos que es preciso aumentar el bienestar y las aspiraciones de las masas obreras para acercarlas al ideal de la revolución. La miseria es la esclavitud y si es cierto que el salario será siempre un salario, la verdad es que entre salario y salario puede existir una considerable diferencia.

Pongamos a la orden del día de nuestra propaganda y de nuestra acción la conquista de las seis horas, tanto por las seis horas en sí, que representan una ventaja digna de ser realizada a costa de todos los esfuerzos, como por las consecuencias revolucionarias que importará esa disminución de la jornada.

Al prepararnos a la grandiosa lucha que implica la conquista de las seis horas, no sólo pensamos en la ofensiva contra el capitalismo y el Estado, sino que tenemos también en cuenta la ofensiva contra el socialismo autoritario mil veces traidor al proletariado y mil veces claudicante, contra ese socialismo que se vanagloria de haber hecho legislar la jornada de ocho horas, pero que no tuvo ni tiene inconveniente alguno, como hemos visto tantas veces durante y después de la guerra, en entregar esa conquista a la voracidad del capitalismo. Por lo demás, no fueron los parlamentos los que dieron las ocho horas a los trabajadores; fué la sangre de nuestros camaradas que supieron morir valientemente en Chicago por una causa noble y justa. Sin hombres del temple moral de los ahorcados en 1887, el proletariado trabajaría aún 10, 12 ó 14 horas, en espera de una ley que le hiciera caer del cielo capitalista, una reducción de la jornada agotadora. Pero hombres de ese temple moral no pueden surgir de un partido político que educa a sus miembros en la disciplina y en la sumisión, que castra todos los impulsos humanos espontáneos, que crea votantes dóciles y no conciencias libres, que lo sacrifica todo a la conquista del poder político, en lugar de dedicar todas sus fuerzas a la destrucción de ese poder, base de todos los males que sufrimos. No por precipitación, sino tras maduro examen, en interés de la causa revolucionaria queremos unir nuestra ofensiva anticapitalista a la ofensiva contra el socialismo autoritario o marxista, en ocasión de la lucha inminente por la jornada de seis horas. Tampoco obramos impremeditadamente al romper así con un apoyo eventual de parte de las fracciones del movimiento obrero más o menos inspiradas por la ideología autoritaria. Queremos comenzar la lucha con nuestras propias fuerzas, con nuestros únicos medios; los elementos sanos de los partidos pseudo-proletarios abrirán los ojos y sumarán sus esfuerzos a los nuestros; pero al hacerlo romperán simultáneamente la conexión con un sistema de ideas y de tácticas que los condena a quedar eternamente uncidos al carro del capital y a los dictados de la autoridad; que los condena, en una palabra, a no llegar nunca a la posesión de su humanidad y a la conciencia de sus derechos.

La lucha por la conquista de las seis horas será, pues, una lucha depuradora dentro del movimiento obrero mismo; una ofensiva real contra el sistema capitalista y una batalla en toda la línea contra sus servidores más abnegados, los acólitos del marxismo legalitario.

FIN

AÑO V — BUENOS AIRES, 1 DE NOVIEMBRE DE 1926 — N.o 247

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

En plena comedia del desarme

Se ha celebrado en Washington el "día de la armada"; con ese motivo se dieron sendos banquetes, se pronunciaron discursos y se hicieron declaraciones alusivas a la significación de la flota de guerra. El secretario del ministerio de Marina de los Estados Unidos, Mr. Wilbur, dijo en Washington, entre otras cosas:

"Basta recordar nuestro sistema de escolta de los buques mercantes por naves de guerra durante la guerra mundial, para reconocer las relaciones estrechas que existen entre la Armada y la Marina Mercante. El formidable comercio de ultramar de los Estados Unidos, que representa anualmente una suma superior a diez mil millones de dólares, es la base de nuestra prosperidad nacional, y a la luz de este hecho salta a la vista la importancia que tiene la protección de nuestro comercio".

Pero ya hemos dicho en varias ocasiones que la política general y la vida norteamericana no es un fruto exclusivo de los grandes industriales y de los políticos de profesión, sino que el propio mundo del trabajo coopera a ellas en un grado mayor o menor. El otro día, el presidente de la American Federation of Labor, Mr. Green, al ponerse en los astilleros de Brooklyn el primer remache al crucero Pensacola, dijo que la Federación por él representada estaba en favor de una armada poderosa como medio de fomentar la paz universal y que apoyaba la defensa nacional de la Unión.

La ceremonia de la colocación del primer remache a dicho crucero fué parte del programa de la celebración del "día de la armada", y Mr. Green, dijo

"Se acusa a la Federación Norteamericana del Trabajo de ser pacifista y de oponerse a la defensa nacional. Nada podría ser más incierto. Deseamos la paz, pero nos damos cuenta de que los pueblos del mundo deben pensar en la paz en lugar de hablar de ella. Debemos prestarnos a una inteligencia basada sobre el sentido común que fomente la buena voluntad entre las naciones."

Por lo menos la franqueza honra al presidente de la American Federation of Labor. Habla con más claridad que los comediantes de la Liga de las Naciones, que están discutiendo en una conferencia preparatoria del "desarme", que se celebra en Ginebra, sobre cosas que ninguno de los diez y siete países representados piensa realizar. Sin embargo, siete de ellos, es decir, Italia, Argentina, Japón, Francia, Rumania, Checoeslovaquia, Polonia y Yugoeslavia firmaron una declaración oponiéndose a la limitación de las existencias actuales de material bélico, de las fuerzas aéreas y de las reservas disciplinadas de los ejércitos, de las armadas y de las flotas comerciales. Contra esa actitud están Inglaterra, Alemania, Holanda, Finlandia, Suecia, Chile, España y Estados Unidos.

¿Cómo se armonizará, por ejemplo, la fiebre armamentista de los Estados Unidos, de que acabamos de dar una muestra en las declaraciones del secretario del ministerio de marina de la Unión, con el apoyo de la moción favorable a la limitación de los armamentos en las comedias de Ginebra? Estos son misterios de la diplomacia que nosotros no podemos explicarnos.

POLITICA FINANCISTA

La idea de Estado frente al individualismo burguès - Naciones políticas y ciudades económicas

El 20 de octubre apareció en la prensa rica de este país el texto íntegro del manifiesto publicado el día anterior, en Londres y otras capitales de Europa, por una parte de los industriales y banqueros europeos y norteamericanos. Se había anunciado con varios días de anticipación ese documento, en el que se cifraba, al parecer, la esperanza de la tantas veces prometida reconstrucción económica del mundo. Y, sin embargo, con las revelaciones de los economistas partidarios del libre cambio y la competencia en el mercado internacional, muy poco salen ganando los pueblos que sufren de más cerca las consecuencias de la reciente carnicería.

Para el grupo de industriales y banqueros que reivindican la doctrina manchesteriana del librecambio y las prácticas del liberalismo burgués aplicadas al comercio nacional e internacional, la solución de la guerra de 1914-17 fué un error. Al menos consideran que existen consecuencias fatales para el sistema industrial y financiero creado por el proceso capitalista — y en su interés está no confesar que es ese mismo sistema el que provocó la lucha armada entre las naciones dominadas por la fiebre imperialista —, porque el desplazamiento de las antiguas unidades nacionales, que eran más económicas que políticas, y la creación de nuevos Estados por el método racial e idiomático o por simples tradiciones nacionalistas, plantea serias dificultades al tráfico comercial y reduce las posibilidades de las grandes industrias por la multiplicidad de las barreras aduaneras.

La paz de Versalles exageró la importancia del nacionalismo político, en detrimento de la nación económica. Para asegurarse de un futuro peligro, Francia desmembró a Alemania y a Austria-Hungría, creando varios Estados sucesorios de los dos imperios centrales. Ese desmembramiento encontró un eco muy vivo en el nacionalismo que forma las partículas de todas las unidades políticas; pero la nueva división de Europa dejó descontentos por todas partes. Los pueblos considerados opresores pasaron a ser oprimidos y las pequeñas naciones trataron de crecer a costa de las grandes, no importa que el territorio anexado estuviera poblado por gentes de idioma, raza o religión diferente a la de los conquistadores. Es por esas dificultades políticas que el capitalismo europeo se resiente de su poder. El nacionalismo que atomiza los grandes Estados crea particularidades económicas que no existían antes de la guerra. Los pequeños Estados, celosos de su independencia, tratan de rodearse de toda clase de seguridades y de eludir en lo posible toda relación de dependencia con el extranjero, amigo o enemigo. Sobre bases proteccionistas — tanto las viejas como las nuevas naciones tratan de bastarse a sí mismas — los grupos burgueses nacionales crean limitadas unidades económicas. De ahí, pues, que la gran industria se resienta de las excesivas restricciones aduaneras y la banca internacional no encuentre una base amplia para los grandes negocios.

Contra el nacionalismo atomista, fomentado por Francia en su deseo de eliminar de la balanza de Europa a los imperios centrales, va dirigida en primer lugar la crítica de la industria y la banca internacionales. Es el tratado de Versalles el gran obstáculo para la reconstrucción europea. Veamos lo que, en el primer capítulo de su manifiesto, dicen los industriales y banqueros *internacionalistas:*

"Deseamos, como hombres de negocios, llamar la atención del público hacia ciertas graves e inquietantes condiciones que, a nuestro juicio, están retardando la vuelta a la prosperidad general.

"Es difícil contemplar sin experimentar desaliento, el punto hasta donde se ha llegado respecto a barreras de tarifas, licencias especiales y prohibiciones que, desde la terminación de la guerra, estorban al comercio internacional e impiden

"En ningún período de la historia ha que éste se dirija por sus cursos naturales.
sido tan necesario como ahora verse libre de tales restricciones para poder capacitar a los comerciantes para que se adapten a las nuevas difíciles condiciones. En ningún período de la historia se han multiplicado tan peligrosamente tantos impedimentos al comercio como ahora, y sin apreciar debidamente las consecuencias económicas envueltas en la cuestión.

"La ruptura de las grandes unidades internacionales de Europa ha constituído un serio golpe para el comercio internacional.

"A través de grandes áreas en las que los habitantes podían antes cambiar libremente sus productos, se han levantado ahora numerosas fronteras, celosamente vigiladas por las barreras de aduanas. Los viejos mercados han desaparecido.

"Se permitió a las animosidades raciales dividir las comunidades cuyos intereses se encontraban inseparablemente vinculados.

"Esa situación no es muy diferente de la que se produciría si la federación de los Estados desatara los vínculos que los unen y se aplicaran a imponer penas y poner obstáculos, en vez de alentar su mutuo comercio.

"Son muy pocos los que dudarán que, bajo tales condiciones, la prosperidad de los países que así procedieran declinaría rápidamente. Para marcar y defender estas nuevas fronteras de Europa se impusieron licencias, tarifas y prohibiciones, que la experiencia ha demostrado ya



Dos buenos blancos para aplicar la puntería

bien claramente que, sin excepción, han sido perjudiciales para todos los que por ellas resultaron afectados.

"Un Estado perdió sus aprovisionamientos de alimentos baratos; otro, sus aprovisionamientos de manufacturas baratas. Las industrias han sufrido por la carencia de carbón, y las fábricas por la carencia de materiales.

"Detrás de esas barreras se iniciaron nuevas industrias locales, pero sin un fundamento económico real que siquiera les permitiera vivir frente a la competencia por medio de un levantamiento a mayor altura de esas mismas barreras.

"Las tarifas ferroviarias, dictadas por consideraciones políticas, han hecho más difíciles y más caros los trasportes y el tránsito.

"Se han elevado artificialmente los precios y se ha creado una carestía.

"La producción en su conjunto ha disminuído. El crédito se ha contraído y los monetarios se encuentran depreciados.

"Muchos Estados, por sus falsos ideales de interés nacional, han puesto en peligro su propio bienestar y han perdido de vista los intereses comunes del mundo, basando sus relaciones comerciales sobre la locura económica, que consiste en tratar todo comercio como una forma de guerra.

"No podrá haber un restablecimiento de Europa hasta que los políticos de todos los territorios, viejos y nuevos, comprendan que el comercio no es una guerra, sino un proceso de cambio: que en la paz, nuestros vecinos son nuestros parroquianos; que la prosperidad de éstos es la condición de nuestro propio bienestar.

"Si ponemos obstáculos a sus transacciones, a su capacidad de pagar sus deudas, disminuirá correlativamente su poder de adquirir nuestras mercaderías. Las restricciones de las importaciones, implica la restricción de las exportaciones, y ninguna nación puede exponerse a perder su comercio de exportación.

"Dependientes como somos de las importaciones y exportaciones de acuerdo con los procesos de cambio internacional, no podemos contemplar sin seria inquietud una política que significa el empobrecimiento de Europa".

Los hombres de negocios hacen la crítica a los políticos. En la solución de la guerra se tuvieron en cuenta intereses nacionales, prejuicios de raza, viejos odios y rivalidades recientes. El tratado de Versalles contempló el absurdo nacionalista, la exageración racial disfrazada con redentorismos regionales, desequilibrando a Europa al destruir dos de sus principales unidades económicas. ¿No es la misma Francia la que se resiente de ese desequilibrio económico, pese a su actual seguridad política con respecto a Alemania?

Son los Estados sucesorios de Austria los que balcanizaron a Europa. Económicamente no es posible reanudar el ritmo capitalista en un continente expuesto a continuos sobresaltos por las crecientes rivalidades nacionalistas. Las grandes unidades económicas mantenían el equilibrio entre las nacionalidades amalgamadas y ligaban entre sí a los pueblos de más diversa cultura. Ese vínculo de relaciones se ha debilitado con la creación de pequeños Estados, expuestos a caer en el círculo de influencia de esta o aquella potencia imperialista, pero predispuestos a concentrarse en sí mismos y a cerrar sus fronteras al tráfico internacional.

El proteccionismo se aplica como recurso para mantener en pie industrias nacionales sin capacidad para competir en el mercado de la producción y el consumo. Y, claro está, contra esa especie de nacionalismo económico, luchan la industria y la banca internacionales, propiciando la política del librecambio y de la competencia sin barreras aduaneras.

No es ese librecambismo otra cosa que un recurso de dominación para los grandes tiburones de la industria, el comercio y la banca. El capitalismo es librecambista y proteccionista a la vez. Propaga la libre competencia en los mercados de afuera — siempre que no sean colonias sometidas a su influencia —, pero trata de asegurarse el monopolio de las industrias y del comercio nacionales o coloniales con la protección del Estado. De ahí que el manifiesto de los hombres de negocios de Europa y Estados Unidos, aunque teorice sobre una doctrina económica, esté muy lejos de servir de base a nuevas orientaciones de la economía mundial.

La segunda parte del documento que comentamos ofrece un aspecto más optimista. He aquí las posibilidades que, en la paulatina modificación del panorama político de Europa, descubren los dirigentes de la industria y de la banca internacionales:

"Por fortuna, hay síntomas de que todos los países se están dando cuenta, por fin, de los peligros que se presentan.

"La Cámara Internacional de Comercio de la Liga de las Naciones, ha estado esforzándose por reducir todas las formalidades, prohibiciones y restricciones y por suprimir las desigualdades de tratamiento en otros asuntos distintos de las tarifas y de las facilidades para el trasporte de pasajeros y mercaderías.

"En algunos países se han elevado autorizadas voces pidiendo que se facilite el trasporte de pasajeros y mercaderías. En otros, se han elevado otras voces pidiendo la suspensión completa de las tarifas. En otros, finalmente, se ha sugerido la conclusión de convenios comerciales por largos períodos, incorporando, en cada caso, la cláusula de nación más favorecida.

"Algunos Estados han reconocido en recientes tratados la necesidad de libertar al comercio de las restricciones que lo deprimen. La experiencia está enseñando paulatinamente a otros, que la ruptura de las barreras económicas que se han colocado entre ellos, les proporcionará el remedio más seguro contra su estancamiento.

"No nos extenderemos acerca de los valiosos resultados que podrán obtenerse de tal política, sustituyendo la mala voluntad por buena voluntad, el exclusivismo por la cooperación. Pero deseamos dejar constancia de nuestra convicción de que el establecimiento de la libertad económica, es la mejor esperanza que existe para restablecer el comercio y el crédito en el mundo".

Son los representantes de la gran industria y de la banca los que proclaman la libertad de comercio, el librecambio y la cooperación. Pero ¿es posible llegar a reconciliar los intereses, no ya de cada grupo nacional de capitalistas, sino que de cada capitalista individualmente? La competencia podría ser un buen recurso si los competidores poseyeran los mismos elementos de lucha: igual capital, iguales máquinas y recursos técnicos, etc. Pero hay industrias que pueden competir porque monopolizan la materia prima, poseen un mejor aparato de producción o les cuesta menos la mano de obra. ¿Pueden llegar a una base de igualdad, por ejemplo, los grandes establecimientos metalúrgicos de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos y las pequeñas fábricas de Italia, España y otros países que, o no tienen la materia prima, o carecen de elementos para producir en gran escala?

La misma situación se produce en todas las industrias y, en general, en el terreno de la economía capitalista. Por eso la teoría del librecambio, en oposición al proteccionismo nacionalista, no pasará de las teorizaciones económicas. Los que abogan por la libertad de comercio reclamarán barreras aduaneras para impedir la concurrencia extranjera y exigirán a los políticos leyes proteccionistas de la industria nacional.

Para los grandes industriales y banqueros no son necesarias las barreras aduaneras. Tienen suficiente capital para acelerar la producción y llevar la competencia al exterior, conservando íntegro el mercado interno y el de las colonias. Pero las pequeñas industrias no podrán vivir sin la protección del Estado y buscarán siempre un apoyo en los recursos políticos del nacionalismo.

Después del manifiesto de los industriales y banqueros no cambiará mucho la situación económica de Europa. Por lo pronto los franceses e italianos expusieron sus reservas al plan general trazado por sus colegas mayores, comprendiendo que la cooperación de las unidades económicas no será posible mientras no se establezca un principio de igualdad... cosa que está precisamente contra la esencia del capitalismo, que es ante todo individualista.

E. LOPEZ ARANGO

D. A. DE SANTILLAN

LOS CAMINOS DE LA REVOLUCION

Sobre la imagen de las revoluciones políticas que se liquidan con un simple cambio de gobierno, y para las cuales no se necesitan más factores que un caudillo y un rebaño, muchos anarquistas se han formado una noción catastrófica de la transformación social. Para ellos se hará todo el día que la fuerza esté de nuestra parte; en espera de eso, es decir: en espera de disponer de la fuerza, tenemos así un pretexto cómodo y fácil para no realizar lo que está en nuestras posibilidades. Por dar caza a la bandada que vuela y se vuelve cada día más inaccesible, despreciamos el pájaro que está en la mano.

Si se tratase de una revolución política, tal vez el razonamiento fuera apropiado y justo. Teniendo la perspectiva del todo para un plazo relativamente corto, sería un error táctico hacer concesiones al enemigo al aceptar una parte. También se explicaría esa actitud si pudiésemos abrigar un átomo de fe en la ideología marxista, según la cual el materialismo histórico tiene sus leyes fatales, y esas leyes nos llevan, querramos o no, a la revolución. Pero nuestra transformación de la sociedad no es un cambio de gobernantes, sino una supresión del poder político como tal; no quiere un cambio de los personajes del Estado, sino la supresión del Estado, la abolición de los privilegios de clase, la transformación de las condiciones económicas; en una palabra: nuestra revolución supone la creación de una nueva mentalidad en los hombres para una vida libre, sin leyes ni autoridades.

Para esa revolución, desgraciadamente, la violencia será también necesaria; pero la violencia, si es eficaz en la destrucción de un mundo, no crea, no vale para instaurar un mundo nuevo. La sociedad que nosotros queremos construir sobre las ruinas del capitalismo, será un fruto del esfuerzo consciente, del amor y de la solidaridad, no del odio, de la violencia y de la guerra fratricida. Emplearemos la violencia para destruir las bastillas del privilegio político y económico, para hacer frente a los enemigos de la revolución, pero la sociedad nueva surgirá del amor, de la libre iniciativa, de la voluntad y del deseo de los hombres.

Ahora bien, sin negar aquel concepto de revolución general en un país o en un grupo de países, sin menoscabar el valor de esas grandes conmociones revolucionarias, que requieren ciertas condiciones históricas primordiales, nos parece que nada perderíamos con ir construyendo al márgen de la ley y de la mentalidad capitalista y estatista, instituciones y concentraciones de fuerzas — morales, de propaganda, económicas, etc. — que al mismo tiempo que de ensayo y de campo de experimentación, servirían para crear resistencias efectivas e intereses en torno a la corriente social propiciada por el anarquismo.

Algunas veces se nos objeta que el socialismo legalitario ha procedido así y el proletariado y la revolución no ganaron nada. Exactamente. Pero el socialismo legalitario no ha querido un solo momento levantar esas instituciones como baluartes contra el estatismo y el capitalismo; desde hace cincuenta años los anarquistas hemos señalado la reacción en el marxismo, no porque atendiese más a la parte práctica y al acomodo económico que a los ideales de la revolución, sino porque en ellos la revolución no era más que una palabra vacía, sin ningún contenido real. El socialismo marxista, que en países como en Bélgica, en Alemania, Estados Unidos, representa grandes potencias económicas y aparatos de propaganda y de elecciones que compiten con los de los partidos burgueses más fuertes, no ha claudicado en realidad; ha conservado siempre la misma línea de conducta, y en su propaganda apenas se encuentra, por azar, alguna indicación referente a la desaparición del Estado. Ni siquiera las épocas de radicalismo verbal nos pueden inducir a error sobre el carácter fundamental del marxismo. El marxismo no es revolucionario; no lo es hoy, que representa una potencia política y económica en casi todos los países, ni lo era ayer, cuando aspiraba a ser lo que es hoy.

No, el ejemplo del marxismo no puede, pues, sostenerse como argumento contra nuestros pensamientos relativos a dotar al anarquismo de instituciones sociales, económicas, culturales, revolucionarias, etcétera, cada vez más numerosas y sólidas. Incluso en el régimen político más extremo queda aún cierto márgen y cierta posibilidad de establecer un radio de acción relativamente autónomo. Es verdad que se encuentran obstáculos molestos, dificultades y barreras disgustantes; diariamente tenemos que humillarnos a ciertas minucias legales, sin cuyo reconocimiento nos sería imposible la vida: tenemos que pagar el alquiler de la casa, inscribir a los hijos en el registro civil del Estado y otras muchas cosas que, por nuestro gusto, no haríamos. Pero se puede cumplir con esos requisitos y conservar nuestra integridad de enemigos del Estado, esforzándonos por distanciar todo lo posible nuestra vida, de las reglamentaciones y prescripciones legales, cuando éstas significan para nosotros un obstáculo al libre desenvolvimiento de nuestra personalidad.

Es muy útil la *lucha* contra el Estado, contra la ley, contra la autoridad, pero no hay que olvidar que el *desconocimiento* de la autoridad, de la ley, del Estado, lleva también a la elaboración de una mentalidad libertaria.

Y lo que nos importa hacer resaltar es que no estamos decepcionados de lo que hacemos, que nuestra propaganda actual y nuestras organizaciones obreras nos parecen necesarias y, sin duda alguna, fundamentales, pues sin lo que tenemos, sin nuestra prensa, sin nuestros sindicatos, todo lo demás carecería de verdadera eficiencia. No pretendemos, pues, suprimir nada, sino crear nuevas posibilidades de complementación y de ampliación del esfuerzo anarquista. Esto debe ser tenido en cuenta al considerar los puntos de vista que presentamos. No es un cambio de frente sino la multiplicación de los frentes de batalla al viejo mundo, lo que propiciamos.

Cuando vemos la magnitud de los recursos de la reacción para predisponer la mentalidad a la sumisión y a la obediencia, y para desviar el pensamiento humano de los problemas serios y de interés social como concitadores de energías renovadoras; cuando vemos eso y lo comparamos con lo que nosotros hacemos, la desproporción nos amarga y nos incita a avanzar por nuevos caminos, a buscar nuevos medios para superar esta impotencia en que vivimos.

No podemos contemplar pasivamente la situación internacional de las fuerzas del anarquismo. Viendo que las perspectivas son tan obscuras, que las probabilidades de retroceder son mayores que las de avanzar; comprendiendo que la historia se hace por la voluntad de los más fuertes y que el fatalismo, si puede servir de consuelo a los débiles, es científicamente inadmisible, deseariamos que nuestro movimiento hiciera un poco más, que se manifestase con más facetas de atrac-

EMMA GOLDMAN

LA PROSTITUCION

Nuestros reformistas hicieron de repente un gran descubrimiento: la trata de blancas. Los diarios se llenaron de exclamaciones y hablaron de cosas nunca vistas e increíbles, y los fabricantes de leyes se prepararon para proyectar un haz de leyes nuevas a fin de contrarrestar esos horrores.

Es altamente significativo este hecho: toda vez que a la pública opinión se le presenta, como si fuera una distracción más, unos de estos males sociales, enseguida se inaugura una cruzada contra la inmoralidad, contra el juego de azar, las salas de bailes, etc. ¿Y cuáles son los resultados de semejantes campañas aparentemente moralizadoras? El juego aumenta cada vez más, las salas funcionan clandestinamente a la luz del día, la prostitución se encuentra siempre al mismo nivel y el sistema de vida de los proxenetas y sus similares un poco más y se vuelve un poco más precario.

¿Cómo puede ser que esta *institución*, conocida hasta por los niños de teta, haya sido descubierta recientemente? ¿Qué es, después de todo, este gran mal social, — reconocido por todos los sociólogos — para que dé lugar a tanto ruido y a tanta algaraca la publicación de todas esas informaciones?

Resumiendo las recientes investigaciones sobre la trata de blancas — por lo demás muy superficiales — nada de nuevo descubrió. La prostitución ha sido y es una plaga sumamente extendida, y asimismo la humanidad continuó hasta ahora imbuída en sus asuntos, indiferente a los sufrimientos y a la desventura de las víctimas de ese tráfico infame; tan indiferente como lo fué ante nuestro sistema industrial, o ante la prostitución económica.

Solamente cuando el humano dolor se convierte en una diversión, en una especie de juguete de brillantes colores, el niño que es el pueblo se interesa por él, si[illegible] un tiempo determinado; el pueblo es un niño de carácter veleidoso; todos los días quiere un juguete nuevo. Y el [illegible]orado grito contra la trata de blancas es precisamente eso. Le servirá para divertirle durante un tiempo y también dará lugar a que se instituya una serie de puestos públicos, — unos cuantos parásitos más, que se pasearán por ahí, como detectives, inspectores, miembros investigadores, etc.

¿Cuál es la verdadera causa que origina el tráfico de la mujer, no solamente de la blanca, sino de la negra y la amarilla? Naturalmente es la explotación, que engorda el fatídico Moloch del capitalismo con una labor pagada a un misérrimo precio, lo que empuja a miles de jóvenes mujeres, muchachas y niñas de poca edad hacia el pozo sin fondo del comercio del lenocinio. Es que todas ellas sienten y opinan como la Sra. Warren: ¿para qué agotar la existencia por la paga de algunos chelines semanales en un obrador de modista, etc., durante diez, once, doce horas por día?

Es lógico esperar que nuestros reformistas no dirán nada acerca de esta causa fundamental. Comprenden demasiado que son verdades que rinden poco. Es más provechoso desempeñar el papel del fariseo, esgrimir el pretexto de la moral ultrajada, que descender al fondo de las cosas.

Sin embargo, hay una recomendable excepción entre los jóvenes escritores: Reginald Wright Kauffmong, cuyo trabajo "*The House of Bondage*" es uno de los primeros y serios esfuerzos para estudiar este mal social, — no desde el punto de vista sentimental del filisteísmo burgués. Periodista de vasta experiencia, demuestra que nuestro sistema industrial no ofrece a muchas mujeres otras alternativas que las de la prostitución. La heroína femenina que se retrata en *The House of Bondage*, pertenece a la clase trabajadora. Si el autor hubiese pintado la vida de una mujer de otra esfera, se habría hallado con idéntico asunto y estado de cosas.

En ninguna parte se trata a la mujer de acuerdo al mérito de su trabajo; por eso, ese procedimiento es todavía más flagrantemente injusto. Es imperiosamente inevitable que pague su derecho a existir, a ocupar una posición cualquiera mediante el favor sexual. No es más que una cuestión de gradaciones que se venda a un hombre, casándose, o a varios. Que nuestros reformistas lo admitan o no, la inferioridad social y económica de la mujer, es directamente responsable de su prostitución.

Justamente en estos días la buena gente se asombró de ciertas informaciones, donde se demostraba que solamente en Nueva York, de diez mujeres que trabajaban en las fábricas, nueve percibían un salario de seis dólares semanales por 48 horas de trabajo, y la mayoría de ellas habían de afrontar varios meses de desocupación; lo que en total representaba una suma anual de 280 dólares. Ante estas horribles condiciones económicas, ¿hay motivo de asombro al constatar que la prostitución y la trata de blancas se hayan convertido en un factor tan predominante?

Si las precedentes cifras pueden ser consideradas exageradas, no estará de más escuchar lo que opinan algunas autoridades en materia de prostitución:

"Las múltiples causas de la creciente depravación de la mujer se hallan en los cuadros estadísticos, indicando la trayectoria de los empleos ocupados, sus remuneraciones antes de que se produjera su caída; entonces se dará la oportunidad para que el economista político decida si la mera consideración de los negocios es una suficiente disculpa para el patrono que disminuye el nivel general de los jornales obreros o si bien aumentándolos en un pequeño porcentaje, los contrabalancea, por la enorme suma de tasas y exacciones impuestas al público sobre los gastos que éste hace al adentrarse — para su satisfacción — en la vasta maquinación de los vicios, la cual es un resultado directo, la mayoría de las veces, de una insuficiente retribución del trabajo honesto". (Dr. Sanger. "*La Historia de la Prostitución*").

Nuestros actuales reformistas podrían muy bien enterarse del libro del Dr. Sanger. Entre 2.000 casos observados por él, son raros los que proceden de la clase media, de un hogar en prósperas condiciones. La gran mayoría salen de las clases humildes y son, por lo general, muchachas y mujeres trabajadoras; algunas caen en la prostitución a causa de necesidades apremiantes; otras debido a una existencia cruel de continuo sufrimiento en el seno de su familia, y otras debido a deformaciones físicas y morales (de las que hablaré después). También para edificación de puritanos y de moralistas, había entre esos dos mil casos, cuatrocientas mujeres casadas que vivían con sus maridos (1). ¡Es evidente que no existía mucha garantía de la pureza de ellas en la santidad del matrimonio!

El Dr. Blaschko, en *Prostitution in the Nineteenth Century*, hace resaltar más aún que las condiciones económicas son los más poderosos factores de la prostitución.

"Aunque la prostitución existió en todas las edades, es el siglo XIX el que mantiene la prerrogativa de haberla desarrollado en una gigantesca institución social. El desenvolvimiento de esta industria con la vasta masa de personas que compiten mutuamente en este mercado de compra y venta, la creciente congestión de las grandes ciudades, la inseguridad de encontrar trabajo, dió un impulso a la prostitución que nunca pudo ser soñado siquiera en período alguno de la historia humana".

Otra vez Havelock Ellis, aunque no se incline absolutamente hacia las causas económicas, se halla empero obligado a admitir que directa o indirectamente éstas vienen a ser uno de los tantos motivos, y de los principales. Encuentra, pues, que un gran porcentaje de prostitutas se reclutan entre las sirvientas, — no obstante sufrir menos necesidades. Pero el autor no niega que la diaria rutina, la monotonía de sus existencias de servidumbre, sin poder compartir nunca las alegrías de un hogar propio, sea también causa preponderante que las obliga a buscar el recreo y el olvido en la vida de los ficticios placeres de la prostitución. En otras palabras, la muchacha que es sirvienta no posee nunca el derecho de pertenecerse a sí misma; maltratada y fatigada por los caprichos de su ama, no puede encontrar otro desahogo que el de prostituirse un día u otro, lo mismo que la muchacha de la fábrica y de la tienda.

La faz más divertida de esta cuestión que acaba de hacerse pública, es la superabundante indignación de nuestras buenas y respetables personas, y especialmente de algunos caballeros cristianos, quienes siempre encabezan esta suerte de cruzadas y también otras que surjan de cualquier parte o por cualquier motivo. ¿Es que ellos ignoran completamente la historia de las religiones y particularmente de la cristiana? ¿Por qué razones deberían gritar contra la infortunada víctima de hoy, desde que es conocido por los estudiosos de alguna inteligencia que el origen de la prostitución es, precisamente, religioso, lo que la mantuvo y la desarrolló por varios siglos, no como una vergüenza, sino como digna de ser coronada por el mismo dios?

"Parece que el origen de la prostitución se remonta a ciertas costumbres religiosas, siendo la religión la gran conservadora de las tradiciones sociales, la preservó en forma de libertad necesaria y poco a poco pasó a la vida de las sociedades. Uno de los ejemplos típicos lo recuerda Herodoto; quinientos años antes de Cristo, en el templo Mylitta, consagrado a la Venus babilónica, se establecía que toda mujer que llegase a edad adulta había de entregarse al primer extraño que le arrojase un cobre en la falda como signo de adoración a la diosa. Las mismas costumbres existían en el oriente de Asia, en el norte de Africa, en Chipre, en las islas del Mediterráneo, y también en Grecia, donde el templo de Afrodita en Corinto poseía más de mil sacerdotisas dedicadas a su servicio.

El hecho que la prostitución religiosa se convirtiese en ley general, apoyada en la creencia que la actividad genésica de los seres humanos poseía una misteriosa y sagrada influencia para promover la fertilidad de la naturaleza, es sostenido por todos los escritores de reconocida autoridad en la materia. Gradualmente y cuando la prostitución llegó a ser una institución organizada bajo la influencia del clero, se desarrolló entonces en sentido utilitario, coadyuvando así a las rentas públicas.

El Cristianismo, al escalar el poder político cambió poco semejante estado de cosas de la prostitución. Los meretricios bajo la protección de las municipalidades se encontraban ya en el siglo XIII. Los principales jefes de la Iglesia los toleraron. Constituían esas casas de lenocinio una especie de servicio público, cuyos dirigentes eran considerados como empleados públicos". (Havelock Ellis, *Sex and Society*).

A todo esto débese agregar lo que escribe el Dr. Sanger en su libro citado anteriormente:

"El papa Clemente II, dió a la publicidad una bula diciendo que se debía tolerar a las prostitutas, porque pagaban cierto porcentaje de sus ganancias a la Iglesia.

El papa Sixto IV fué más práctico; por un solo meretricio que él mismo mandó construir, recibía una entrada de 20.000 ducados".

En los tiempos modernos la Iglesia se cuida más, respecto a este asunto. Por lo menos abiertamente no fomenta el comercio del lenocinio. Encuentra mucho más provechoso constituirse en un poder casi estatal, por ejemplo la Iglesia de la Santísima Trinidad, y alquilar a precios exorbitantes las reliquias de un muerto a los que viven de la prostitución.

Aunque desearía mucho extenderme sobre la prostitución de Egipto, de Grecia, de Roma y de la que existió durante la edad media, el espacio no me lo permite. Las condiciones de este último período son particularmente interesantes, ya que el lenocinio se organizó en *guilds* — asociaciones gremiales — presidido por el rey de un meretricio. Estas corporaciones empleaban la huelga como medio de mantener inalterable sus precios. Por cierto es algo mucho más práctico que el usado por los explotadores modernos de ese mismo tráfico.

Pero sería demasiado parcial y superficial por nuestra parte, sostener que el factor económico es la única causa de la prostitución. Hay otros no menos importantes y vitales. Los mismos reformistas los reconocen, mas no se atreven a discutirlos, ni hacerlos públicos, y menos a mentar esa cuestión, que es la savia de la verdadera vida del hombre y de la mujer. Me refiero al tema sexual, cuya sola mención produce ataques espasmódicos en la mayoría de las personas.

Se concede que una mujer es criada más para la función sexual que para otra cosa; no obstante se la mantiene en la más absoluta ignorancia sobre su preponderante importancia. Cualquier cosa que ataña a este asunto se le suprime con aspaviento, y la persona que intentara llevar la luz a estas espesas tinieblas, sería procesada y arrojada a la cárcel. Sin embargo, sigue siendo incontrovertible que mientras se continúe en la creencia que una joven no debe aprender a cuidarse a sí misma, ni debe saber nada acerca de la más importante función de su vida, no tiene que sorprendernos que llegue a ser fácil presa de la prostitución, o de otra forma de relaciones, que la reducen a convertirse en un mero instrumento sexual.

A esta criminal ignorancia se debe que la entera existencia de una joven resulto deformada y estropeada. Desde hace tiempo la gente se halla convencida que un muchacho, en su adolescencia, sólo responde al llamado de su naturaleza; es decir, tan pronto como despierta a la vida sexual puede satisfacerla; pero nuestros moralistas se escandalizarían al sólo pensar que una muchacha de esa edad hiciese lo mismo. Para el moralista la prostitución no consiste tanto en el hecho que una mujer venda su cuerpo, sino en que lo venda al margen del hogar, del matrimonio. Este argumento no es muy infundado, ya que lo prueban la infinidad de casamientos por conveniencias monetarias, legalizados, santificados por la ley y la opinión pública; mientras que cualquier otra unión, aun siendo más desinteresada y espontánea, será considerada ilegítima, y por ende condenada y repudiada. Y eso que la prostitución, definida con propiedad, no significa otra cosa que la subordinación de las relaciones sexuales a la ganancia". (Guyot, *La Prostitution*).

"Son prostitutas aquellas mujeres que venden su cuerpo, ejerciendo actos sexuales y haciendo de ellos una profesión"

(1) *Es un hecho muy significativo que el libro del Dr. Sanger haya sido excluído de todas las oficinas de correos de Estados Unidos. Es evidente que las autoridades no ansían que el público se informe de las verdaderas causas de la prostitución.*

[...] y más focos de energía a la consideración del mundo.

La anarquía debe convertirse en el foco de concentración de los amigos de la libertad y de la justicia; hay que luchar por que así sea, por demostrar que en ella caben todas las buenas voluntades, todos los aspirantes a una humanidad libre y dichosa.

Sería hermoso ver junto al esfuerzo de nuestra propaganda escrita, cada vez más amplia y atractiva, un movimiento obrero combativo, una tendencia intelectual y artística libertarias, ensayos de experimentación económica y de vida social en la libertad y el apoyo mutuo.

Los caminos que llevan a la revolución social son muchos; ¿por qué hemos de limitarnos a trillar sólo algunos de ellos y a no ensayar el avance por todos los posibles? La vida es un foco de energías que se agotan mucho más cuando se emplean unilateralmente o cuando no se ejercitan que cuando se gastan en una acción múltiple y fecunda. En el fondo de nuestro ser sentimos que nos quedan fuerzas para hacer más, mucho más, por la revolución justiciera y libertaria, de lo que hacemos actualmente.

(Banger, *Criminalité et Condition Economique*).

En efecto, Banger va más allá; sostiene que el acto de prostituirse "es intrínsecamente igual para el hombre y la mujer que contrae matrimonio por razones económicas".

Naturalmente, el matrimonio es el único fin a que tienden todas las jóvenes, pero a miles de muchachas, cuando no pueden casarse, nuestro convencionalismo social las condena al celibato o a la prostitución. Y la naturaleza humana afirma siempre su improrrogable derecho, sin cuidarse de las leyes; ya que no existen razones plausibles para que esa naturaleza se adapte a una pervertida concepción de moralidad.

Generalmente la sociedad considera el proceso sexual del hombre como un atributo de su propio desarrollo viril; entre tanto, lo que idénticamente se realiza en la vida de la mujer es mirado como una de las más terribles calamidades: la pérdida del honor, y todo lo que es bueno y noble en la criatura humana. Esta doble modalidad moral tuvo no poca participación en la creación y perpetuación de la prostitución. Ello entraña mantener a la juventud femenina en una absoluta ignorancia de la cuestión sexual, con el pretexto de la *inocencia*, junto con una represión anormal de los deseos genésicos, lo que contribuye a originar morbosos estados de animo, que nuestros puritanos particularmente ansían evitar y prevenir.

Tampoco la venta de los favores sexuales ha de conducir necesariamente a la prostitución; es más bien responsable la cruel, despiadada, criminal persecución llevada a cabo por los poderosos contra la masa de los vencidos; los primeros tienen aún el cinismo de divertirse a costa de los últimos.

(*Concluirá*)

REFLEXIONES

¡Cuántas veces, al recordar aquella época, he pensado en este tópico que tanto se repite: la influencia del cristianismo en la dulzura de costumbres y en la civilización!

Los mismos escritores *impíos* y racionalistas aseguran que el cristianismo hace a los hombres más dulces y suaves. ¿En dónde? ¿Cuándo?

Si al cabo de diez y nueve siglo de predicación apostólica nos seguimos acuchillando unos a otros sin piedad, ¿en qué se conoce la eficacia del cristianismo?

Los que hemos visto tantos hombres con las tripas al aire, con los sesos fuera; los que hemos presenciado casi diariamente el espectáculo de ahorcar, fusilar, acuchillar, abrir en canal, presidido por gente católica y rezadora; los que hemos conocido a curas de trabuco que sabían enarbolar mejor el puñal que la cruz; los que hemos encontrado las sacristías convertidas en focos de conspiración, y los conventos preparados como cuarteles, no podemos menos de reírnos un poco de la eficacia de la religión.

Los eclécticos nos dirán: Es que estos son los malos curas. Yo les contestaría que ni aun los buenos han sabido dar lecciones de humanidad y de bondad.

En cualquier parte se oyen predicadores que nos quieren demostrar que una pequeña manifestación de sensualidad merece el infierno. El hombre que mira a una mujer con amor, que la besa o la abraza; la mujer que se adorna o cubre sus mejillas con un poco de blanco o rojo para parecer más bonita, comete un pecado horrendo; en cambio, ese cabecilla carlista que se dedica a fusilar, a degollar, a incendiar pueblos, ése es un bendito que trabaja por la mayor gloria de Dios.

¡Qué estupidez! ¡Qué salvajismo!

Si al menos los sacerdotes de todas las sectas cristianas hubieran tenido la precaución de asegurar que uno de los mandamientos de la ley de Dios es NO MATARAS... EN TIEMPO DE PAZ, y no NO MATARAS sólo, estarían en su terreno bendiciendo espadas, fusiles, bandas y cañones; pero esos libros santos son tan incompletos, que han hecho que los que creen en ellos tengan que dividir el mandamiento NO MATARAS en dos secciones: la de la paz y la de la guerra.

Cuando se depende del ministerio de la paz, matar es un crimen; en cambio, si se depende del ministerio de la guerra, matar es una virtud. En el primer caso, matando se merecen el garrote; en el segundo, el TEDEUM.

Alguno dirá que esto es difícil de entender y absurdo; pero otros absurdos más difíciles de entender hay en nuestra religión, y, sin embargo, los creemos.

PIO BAROJA.

("*El escuadrón del Brigante*").



ARMANDO ENEAS

ENVIDIA

Un día, a la hora en que Bernardo Toral (escritor de vigoroso y sorprendente talento, autor de cuentos y novelas que apenas publicados se sumían en el olvido más absoluto) había vuelto de la fábrica en que trabajaba, unos nudillos misteriosos golpearon sobre la puerta de su cuartucho. Al abrir hallóse ante un joven desconocido, de tímido aspecto y rostro huesudo, en el que brillaban dos ojos negros y hundidos bajo un frontal prominente; era alto y aparentaba serlo mucho más a causa de su delgadez excesiva. Saludó, irresoluto, y con una voz sumamente tímida, que parecía iba a romperse en pedacitos como un cristal que cayera al suelo, preguntó por "el señor Bernardo Toral".

—Soy yo... — respondió éste, extrañado.

Los ojos del desconocido se iluminaron, y balbuceó una exclamación torpe y trivial:

—¡Oh!... ¿Es usted?...

Imperó una corta pausa que evidenciaba, de parte del desconocido, gran emoción. Parecía que interiormente luchaba contra dos sentimientos contrarios, bien lo dejaba transparentar su rostro franco e ingenuo: el temor de aparecer ridículo ante Toral, y, por el contrario, el de resultarle demasiado frío, glacial, lo que traicionaría la gran admiración que experimentaba por el artista. Pero este embarazo no fué más que fugaz; porque de improviso toda su timidez se esfumó, y una admiración loca, una fogosidad increíble se reveló en él. Cogió impetuosamente una mano de Toral y la estrechaba con tal fuerza entre sus descarnados dedos, que le causaba daño.

—¡Ah!... ¡Es usted!... ¿Usted es Bernardo Toral?... ¿Bernardo Toral, quien escribió "Andante"?... ¿Usted escribió eso, ha escrito eso usted?...

Y se introdujo en la habitación, conducido por su entusiasmo, lanzando las exclamaciones idólatras de un creyente en presencia de su Dios. Mezclóse a su ardor un poco de amargura al reparar en lo miserable del cuarto, y dijo, como para sí, o cual si continuara la ilación de un oculto pensamiento:

—¡Cuánta miseria! Lo mismo que yo. ¡El también vive en la miseria, y seguramente sufre!...

Entonces, ante el gesto interrogante y sorprendido de Toral, se decidió a exponer los motivos de su visita y a justificar su actitud. Se llamaba Alvaro Real y era un obscuro empleadillo; también escribía, pero jamás publicó nada. La única vez que lo intentó, dando a leer uno de sus escritos a un conocido director de revista, tuvo que sufrir la humillación de una sonrisa burlona, estúpidamente paternal, y un petulante: —"Vea, amigo, ésto no vale nada. No tiene usted pasta de escritor"... Después de aquello continuó escribiendo todavía, aunque no creía poseer talento, ni mucho menos, sino porque era una fuerza natural e irresistible la que le impelía a escribir; pero no publicaba sus trabajos... Algunos días antes encontró en una librería de barrio una novela de un autor, cuyo nombre desconocía; era "Andante", de Bernardo Toral. La compró, por pura curiosidad, nada más, sin saber que llevaba — así confesábalo con candorosa vehemencia — "una verdadera, una magistral obra". Por la noche la comenzó a leer... y no la dejó hasta haberla concluido. ¡Oh, qué magnífica revelación! Aquella novela era toda una vida, pero una vida tal cual es, no la que nos forjan los novelistas. Real se identificó al instante con el héroe: era un hombre como él, sufría como él, anhelaba como él, quería en idéntica forma que él... ¡Y el ejemplo grandioso y humano que representaba aquella vida!... Inmediatamente formó el proyecto de conocer al autor, al dios creador de aquella obra. Trató de informarse, inquirió, investigó infatigablemente... Ahora se presentaba para testimoniarle toda su inmensa admiración. Quería ser su amigo, amarlo como amó su obra. ¿Verdad que él, Toral, aceptaría ser su amigo? Entre sus respectivos sentimientos existía cierta similitud, una manera de pensar casi idéntica, un mismo concepto generoso de la vida... Los dos se veían solos, apartados por la sociedad, despreciados por los hombres...

Alvaro Real, descubriendo todo esto en el curso de su charla torpe, más poseedora de la fuerza atractiva que dá la sinceridad, sonreía feliz.

Grandemente sorprendido, Toral escuchaba al joven. Sintió pronto gran simpatía por aquel muchacho ingenuo, sincero y amoroso. Lo escuchó pronto con placer, participando, en cierto modo, de la felicidad de Real. Cuando la voz de éste dejóse de oir, el silencio que siguió sorprendió a Toral sumido en amables reflexiones. En verdad que ya estimaba a Alvaro Real, era extraño que en tan pocos minutos llegara a apreciarlo así; pero de nuevo oyó que su admirador le hablaba:

—¿Verdad, maestro, que uste consiente en que yo sea su amigo?...

Estas palabras produjeron impresión en el ánimo de Toral. Aquel joven apasionado y bueno, de quien ignoraba su existencia diez minutos antes, rogábale fuera su amigo. ¡Amigo! Solamente aquel que se haya encontrado siempre solo, que ha sentido necesidad de amar a alguien, que se ha ofrecido con generosidad y ha recibido en cambio maldades y traiciones, puede imaginarse lo que fueron para el artista las palabras de Alvaro Real. ¿Que si aceptaba ser su amigo? Estrechó la mano que el joven tendía y, contagiado de la fogosidad de éste, barbotó precipitado:

—¡Oh, sí, sí, amigo, sí!...

* * *

Una amistad que ascendía a lo sublime se entabló entre Real y Toral. Era un amor sin límites, fraternal, irrompible, al parecer inenfriable, que se consolidaba día a día por íntimas y recíprocas atenciones y sacrificios nimios, pero que entre ambos adquirían proporciones heroicas. Sublimizaban su ideal; y se amaban tan intensamente, estaban tan henchidos de amor, que en momentos expansivos se creían capaces de transformar el mundo, de hacer más buena la sociedad; tan buena, como buenos sentíanse ellos en tales instantes. Toral dió a leer a su amigo todos sus trabajos literarios, cosa que éste hacía con religiosa devoción y comunicaba sus impresiones acompañadas con efusivos apretones de mano e inagotables frases admirativas. Cierta noche dicha amistad se remontó a lo más elevado y palpitante del sentimiento: la pasaron en blanco, leyendo las "Confesiones" de Tolstoy. Juntos, los tres corazones: el del genio de Yasnaia Poliana y el de ambos amigos, se estrecharon en un íntimo abrazo, murmurando el más hermoso canto que se haya entonado en holocausto de la Vida y el Bien. Separáronse de madrugada, enternecidos aún.

Una tarde, Alvaro Real se presentó en la casa de su amigo con un manuscrito. Era una novela que traíale para que la leyese y le diera su opinión.

Toral resultó ingratamente sorprendido. Había olvidado ya que también su joven amigo escribía. Esto le disgustó profundamente.

Acostumbróse muy pronto al papel de homenajeado y admirado artista y su conciencia se abandonó en seguida al vértigo peligroso que significa el creerse grande, el de merecer justamente el homenaje y la admiración. De ésto a llegar a alentar un pensamiento odioso, o cometer un acto repugnante, media algo menos que un simple paso. Es precisamente lo que sucedió a Bernardo Toral, que olfateó un adversario en su amigo, otro escritor que pretendía obscurecer su gloria de artista celebrado. Se indignó. ¡He ahí que su admirador ferviente se erguía ahora en competidor!... Concibió la actitud de Real como vil e insólita, como una traición. Iba ya a tratar duramente al amigo; pero, astuto, optó por acogerlo con falsa afabilidad:

—¿Así que tú has escrito eso?... Está bien, bien... me alegro mucho... (¡"mentira"!, le gritaba su conciencia). Ya veré eso. Espero que será bueno. (¡"Mentira"!, seguíale gritando la voz interior). En este momento no puedo leerlo, pues he de marcharme... (¡"mentira"!). Sí, debo marcharme, (buscó un pretexto cualquiera); me esperan para dentro de media hora en la redacción de "El Minuto". Lo leeré esta misma noche, detenidamente para apreciarlo con justicia, y mañana te daré mi opinión. ¿Quieres?...

—¡Oh, sí! Cuando te parezca. Además, la cosa quizás no valga la pena — respondió Real, que no sospechaba lo que acontecía en el ánimo de su amigo.

Conversaron un rato de cosas indiferentes. Luego Alvaro Real se marchó.

Apenas ido éste, Toral sintió insistentes deseos de leer el manuscrito. Se violentaba por no hacerlo, presa de un malestar perverso y extraño, y el temor de hacer sufrir su ya resentido amor propio. Intentó varias veces dar comienzo a su lectura, debió abandonarla otras tantas porque padecía hondamente, porque un cruel escozor lo hacía desdichado en extremo. La envidia, que es un género de odio que reconoce superioridad en el objeto que la provoca, que con frecuencia adjudica más de la que existe en realidad, hacíale creer excelente y superior a sus trabajos el que le había dejado Real, aun antes de leerlo. Cada una de las líneas que leía producíale el efecto de un balazo disparado siempre contra el mismo sitio del pecho, y se hizo tan grande y dolorosa esta herida, tan insoportable semejante tortura, que se vió obligado a apartar de sí el manuscrito.

Pero, no obstante, el deseo de conocer aquello persistía, haciéndose cada vez más apremiante. Toral trató de fijar su pensamiento en cualquier otra cosa, sin conseguirlo; quiso leer y tomó un libro al efecto: no entendió nada y su mente siguió pensando en el perturbador manuscrito; pretendió trabajar y se engolfó frente a un cuento empezado la víspera, en vano, porque un artista solamente logra escribir cuando su alma se encuentra diáfana y abriga un sentimiento noble. Colérico contra sí mismo, rompió las cuartillas, se paseó largo tiempo por su habitación, luchando siempre con el deseo de conocer la novela de su amigo.

Fué entonces cuando su febriciente cerebro descubrió una solución diabólica, que hizo lanzar un gemido a su sofocada conciencia: leería el escrito para tratar de encontrarle una falta, ¡quizás muchas!, y así justificar a su amor propio y demostrarse que aún continuaba siendo el "artista insuperable, único", como lo había llamado tantas veces aquel "desleal" amigo. Comenzó a leer con atención, leyó capítulo tras capítulo sin hallar faltas importantes; se dedicó a su intento de tal manera, que hasta olvidóse de cenar. Cuando hallaba la más pequeña falta, se detenía, la consideraba y discutía con pasión, concluyendo siempre por absolverla. ¡Y todo ésto en medio de qué sufrimiento, de qué amargura, de qué angustia! Por fin, desesperado, dejó la novela en mitad de su lectura y salió a la calle.

Quiso aturdirse con los ruidos de la ciudad. Caminó toda la noche, errabundo. Volvió tarde y se acostó, durmiéndose al

instante, rendido por el cansancio y la debilidad...

Por la mañana siguiente se dirigía hacia la fábrica, cuando una voz conocida, hasta pocas horas antes amada y ahora tan odiosa, gritó detrás de él:

—¡Eh!... ¡Bernardo, Bernardo!..

Alvaro Real había pensado atajar a su amigo en aquella hora para inquirirle por la novela.

Toral acogiólo friamente.

—No tuve tiempo de leerla todavía, estuve muy ocupado — se excusó. —Ven a verme en otro momento.

Y se despidió, fingiendo tener prisa...

Al volver, por la tarde, encontró a Real que lo aguardaba en su habitación, y dificultosamente pudo sofocar una interjección desagradable, de tal manera sus nervios se sublevaron.

—¡Bernardo!... ¿Por qué no lees mi manuscrito, por qué? En verdad que no es gran cosa; ¡pero te costaría tan poco darme tu opinión!... — le suplicó Real.

—Es que no he tenido tiempo, Alvaro — contestó. —No pude...

—Podríamos leerla juntos esta noche. Unas pocas horas bastarán.

Toral palideció, mas repuso aún:

—Imposible. Tú sabes que estoy corri-



...do las pruebas de mi próximo libro; ...prenderás...

...te semejantes razones, Real se aver...ó de su cargoso insistir.

—Tienes razón — dijo —, perdona mi ...za. Tengo pretensiones de escritor ...or eso me creo obligado a molestar es...amente a un amigo con mis nece...s. léela cuando quieras. Ahora, per...me ayudarte a corregir esas pruebas ...prenta. Dicho lo cual se sentó a la ...sobre la cual estaban aquéllas.

...al demostró esa tarde un insopor... humor, veíase claramente que la ...ncia de su amigo le molestaba. Este ...ó, por último, prometiendo volver a ...mañana siguiente, que era domingo.

...ando por la mañana volvió, Toral ...ábalo ya con una cruel respuesta ...onda:

—¿Has leído eso?...

—Sí, Alvaro, la he leído — fué la respuesta. He leído eso y, no te ofendas, la ...tan plagada de errores e imperfec... que me convencí, a pesar mío, de ...no tienes temperamento de escri... ...elo que lo siento de verdad...

* * *

...ó Toral que lo que acababa de ha...presentaría el fin de su desdicha, ...amor propio daríase por satisfe-cho; mas no fué así, aun no lo estaba. ¿Qué había hecho, en suma? Habíale dicho a Real que su novela era un desastre, que su autor no tenía el talento de un artista. Lo había ofendido y... ¡nada más! La obra no había sido leída, permanecía incólume. ¡Era bien triste su triunfo!... El amor propio del escritor reclamaba una victoria más airosa: se hacía preciso que la novela fuese mala, necesariamente, de lo contrario la inferioridad de su propia obra frente a aquélla quedaría en pie. Debía leer íntegro el manuscrito para ello, y ésto significaba la vuelta a la tortura de la víspera. ¡Volver al dolor implacable!... Pero le fué preciso leer aquello. Tomó las cuartillas y comenzó a leerlas, con la atención toda puesta a la caza de la más insignificante laguna. Agrandaba las órbita y fijaba la vista tan exageradamente, que sus pupilas le quemaban como carbones encendidos. ¡Todo era inútil, se hallaba ante una obra de arte! Gemía, perdido en su descomunal desesperación.

Mas Toral era un artista, un verdadero artista, y sucedióle precisamente lo imposible para toda alma vulgar, para todo aquel a quien no guíe una conciencia. Leyendo aquella obra de arte, el artista olvidó poco a poco su mal inspirado deseo, no sintió ya la envidia, no buscó ya errores; sólo leía con avidez la novela, que lo embargaba por entero, que lo hacía sufrir, le arrancaba lágrimas y desplegaba sus labios en una sonrisa placentera. El artista parecía estar releyendo una nueva obra suya; con tal amor lo hacía, tan emancipado de bajas pasiones. Cuando la concluyó, en lugar de contraer sus labios en una mueca despectiva, como le aconsejaba su amor propio de escritor, fué una sonrisa de gran felicidad la que amaneció en su rostro. Se alegró de aquel triunfo del amigo y reprochóse su cobardía. ¿Cómo, él, ¡egoísta, torpe!, había hospedado tan viles sentimientos, tan imbécil animadversión hacia aquella maravilla? ¿El, un artista que hablaba de perfeccionarse a sí mismo, que consideraba el arte como un sacerdocio, accesible tan sólo a seres puros y perfectos o, por lo menos, que formaran el propósito de serlo, él, había descendido tan profundo? ¡Y cuán injusto había sido con su amigo!... Pero ahora repararía su maldad, pediría perdón al agraviado.

—¡Sí, sí!... Pediré perdón, de rodillas...—se repetía, febril, como si amor propio protestase — de rodillas, sí, de rodillas. ¡Qué malo he sido!

El sacerdote del arte se sintió dispuesto a recibir un nuevo artista en su hermandad. Su conciencia de artista y de hombre salió de aquella lectura como de un baño de sol: ¡sana, pura, buena, veraz!... Era el hechizo, la obra de arte. (¡Ah!, si todo artista tratara de producir una obra así; que arroje todos los espíritus la maldad, que los purifique, los limpie de toda suciedad!).

El espíritu de Toral vibraba de gozo, porque ya no sentía ningún mal pensamiento acerca de su amigo, era más amigo aún, pues le había hablado directamente al corazón. Con aquella experiencia — dolorosa como todas — avanzaba un poco más en el camino de su propia perfección. ¿Que con aquella obra Real lo superaba como artista? ¡En buena hora! Vivir es superar, superarse a sí mismo, y ser superado; tengamos el valor de reconocernos superados, los que a nuestra vez quisimos superar. ¡Que nos superen, que nos superen! ¡Loado sea quien nos supera!... Real había escrito una obra de arte, ¡bienvenido!... Toral descubrió en él un talento superior al propio, pues lo ayudaría, trabajarían juntos, serían dos soldados del arte por la Vida, por la Perfección.

Dichoso, radiante como nunca, corrió a casa de su amigo, a pedirle que lo perdonara; a darle la buena nueva y, al mismo tiempo, participarle que se había hecho más bueno, más perfecto.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

X

El Estado es una asociación en donde una parte de los miembros, bien organizados y apoyados en instituciones de violencia e hipocresía, gobierna a su antojo a la otra parte de la sociedad, mal organizada o completamente desorganizada. Disfrutando del poder coercitivo, apóyanse los gobiernos, no en el derecho, sino en la fuerza.

Todas las tentativas para justificar la existencia del gobierno carecen de base. Nos dicen que los hombres renuncian al derecho de organizar su propia vida, que los hombres no son capaces de mantener en su medio el orden y la paz y que de ello tiene que encargarse el gobierno. Hablar de paz y de orden en nuestros días, teniendo por delante la guerra mundial, provocada y mantenida por los gobiernos, es una cruel ironía. Unicamente los gobiernos pudieron crear este sangriento desorden, los horrores que nos tocó presenciar y sobrellevar durante varios años. El desorden que dentro de la sociedad pudieran provocar los hombres aislados es una bicoca ante el sangriento desorden de las guerras provocadas por los gobiernos. Tampoco hay paz ni orden dentro de los Estados. La lucha en ellos es incesante: lucha de clases, de razas, religiones, etc. La guerra al exterior — este delirio sangriento de los gobernantes despóticos y democráticos — es un azote que castigará a la humanidad mientras existan gobiernos y desaparecerá cuando desaparezcan éstos. Unicamente con la desaparición de los gobiernos cesará el desorden de la lucha de clases.

Tampoco resiste a la crítica la afirmación de que el Estado es la unión de los hombres libres. Aunque en esta afirmación hubiese algo de verdad, aun entonces se vería que el Estado no es la única forma de unión semejante. Pero el caso es que el Estado es la unión de los esclavos y señores impuesta por la fuerza. Porque el rasgo característico de la esclavitud es el trabajo de unos hombres para otros, y los súbditos del Estado trabajan y pagan impuestos a los gobernantes. La masa obrera vive en los Estados en la miseria, y la miseria es la esclavitud. No es libre el que tiene que mendigar su trabajo al explotador. No son libres los soldados reclutados bajo la amenaza de castigos feroces. No hay libertad donde el orden de los gobernantes, sus leyes, rigen las condiciones de la vida de los hombres y su inviolabilidad personal.

Nos dicen que el gobierno no permite a unos hombres maltratar y ofender a otros, previene la actividad nociva de los criminales. Es una afirmación errónea: los gobiernos existen desde hace miles de años y no pudieron aniquilar, ni siquiera amenguar la criminalidad— parto de estos gobiernos, su engendro. El gobierno, lo único que hace es castigar al delincuente. Y castiga tan ferozmente que bajo la influencia de esta ferocidad los hombres embrutecen y se hunden más en el crimen. El gobierno creó instituciones especiales para atormentar a los hombres y junto con criminales atormenta a hombres inocentes y nobles.

El gobierno es, ciertamente, la fuerza conciliadora en la lucha que los oprimidos y explotados mantienen contra los opresores y explotadores. Pero esta fuerza conciliadora logra la "conciliación" aniquilando la resistencia de los que luchan por la justicia y apoyando a los enemigos del bienestar y de la libertad de las masas laboriosas.

El gobierno mata el sentimiento de solidaridad, anula la auto-actividad y pervierte a gobernantes y gobernados. A esto se dedica constantemente. Sin embargo, las funciones vitales de la sociedad son creadas y mantenidas por ella misma, a pesar de la actividad disolvente del Estado. "La destrucción del gobierno, dice Malatesta, no significa ni puede significar la destrucción de los lazos sociales", desde que "la experiencia de muchas generaciones demostró al hombre que su seguridad y su bienestar son mayores cuando se une con más personas", por cuanto, "la cooperación, siendo siempre condición indispensable de la lucha ventajosa del hombre contra la naturaleza, es causa de unión constante entre los hombres y del desarrollo del sentimiento de simpatía entre ellos", y que "en realidad, la parte más grande, más social de la vida de la sociedad se efectúa hasta hoy sin la intervención de los gobiernos. El gobierno interviene únicamente para explotar a las masas, defender los privilegios y sancionar todo aquello que se ejecuta sin él y hasta a pesar de él. Los hombres trabajan, entran en relaciones, estudian, viajan, observan a su deseo reglas de moral e higiene, disfrutan de los progresos de la ciencia, del arte, entablan entre sí las más distintas relaciones"... "En justicia, estas cosas en las que los gobiernos no se entrometen, se desenvuelven perfectamente, provocan el mínimum de discordias y de tal modo concuerdan con los deseos de todos, que todos hallan en ellas beneficio y placer" (E. Malatesta).

Todo lo que el gobierno hace para la sociedad, todo eso se haría sin su intervención de un modo más beneficioso o menos perjudicial para la sociedad. El gobierno introduce en todas partes su influencia corruptora, impone en todas partes su orden, su violencia, trata de crear en todas partes un apoyo para sí, una jerarquía, un privilegio.

XI

Se entiende que no son los gobernantes los que crearon las reglas que hicieron posibles la convivencia de los hombres. "El estudio científico de la evolución de las sociedades e instituciones humanas — dice Kropotkin — nos demuestra que los hábitos establecidos para el apoyo y la defensa mutuas, para la conservación de la paz, que dieron la posibilidad a la humanidad de sobrevivir en la lucha por la existencia entre condiciones naturales muy penosas elaboráronse precisamente por las "masas" anónimas. Nos demuestra que los llamados dirigentes de la humanidad nada aportaron a la historia que no hubiera estado elaborado ya por el derecho del hábito, y que no tuvieron nunca más que una sola aspiración: la de destruir estas instituciones de derecho o de explotarlas en beneficio propio".

ELISEO RECLUS

EL ARTE Y EL PUEBLO

A cerrar el Salón, uno de mis amigos, gran aficionado a las bellas cosas, llegóme desolado. Había estado enfermo, mas después un viaje le había alejado de París; ahora llegaba demasiado tarde para visitar la Exposición, y he aquí que se lamentaba de no haber visto las multitudes de mármoles y pinturas, de las cuales le noticiaban revistas especiales.

¡Tranquilícese el caro compañero! Un paseo por los senderos del bosque, sobre las arrugadas hojas, o bien un minuto de reposo al borde de una fuente pura — si aun las hay a quince o veinte leguas del bulevard — lo consolarán de no haber podido visitar el palacio, donde todos los años son encerradas, temporalmente, lo que se llama las "bellas artes."

De ninguna manera quiero denigrarlo. En mi niñez siempre he admirado los prodigios de las ferias, las hermosas volatineras, los titiriteros en torno de los cuales se arremolinan los platos, los jugadores de manos que estropean los relojes cambiándoles en ramos de flores.

En el Salón continúo admirando ingenuamente como el último de los papanatas. Allí veo también artistas prestidigitadores que manipulan y mezclan los colores con una admirable destreza, que unen de mil maneras las sombras y la luz con matices completamente inesperados y consiguen hacer surgir de los fondos negros una luz atolondradora. Todo eso me parece verdaderamente muy hermoso, o más bien sorprendente, y yo aplaudo los talentos del pincel con toda sinceridad.

Y, no obstante, no estoy satisfecho. ¿Es eso el arte verdadero? ¿Encuentro en él la consolación de las pesadumbres, del tedio de la cotidiana existencia y de los profundos dolores que nos acompañan durante toda la vida? ¿Es que todos esos objetos pintados, esculpidos, grabados o bordados, pueden hacerme olvidar la sórdida miseria de fuera y la pesadumbre del polizonte armado que cerca la puerta o en la misma sala podrá apuntar su arma contra el pacífico ciudadano y romperle el cráneo? No, todo este arte policromo que acumula sus productos en las doradas salas que presta el Estado, no puede ser más que un arte falso, engañoso, porque no es la obra de un pueblo libre.

Lo esencial les falta a la mayoría de los que se han fatigado para darnos uno o varios metros cuadrados de esta decoración mural, no habiendo tenido el arranque natural y alegre que da la atrevida independencia. En todo este fárrago, ¡qué de objetos atestiguando la sujeción moral, la caducidad y la vanidad del servilismo! Las imágenes de los falsos grandes hombres pululan tanto como las escenas de vicio y mil inmundicias que hubiera valido más dejar en las zahurdas. Al contacto de esta horrible tramoya, toda obra verdaderamente bella, queda profanada.

¡Ah! si los pintores y los escultores fuesen libres, no tendrían necesidad de encerrarse en los salones. Tendrían que reconstruir nuestras ciudades; demoliendo primeramente esos innobles cubos de piedra donde se han amontonado los seres humanos en una horrorosa promiscuidad, pobres y ricos, mendigantes y fastuosos, famélicos y ahitos, víctimas y verdugos. Quemarían todas esas barracas de los misérrimos tiempos en un inmenso y delicioso fuego, y me imagino que, en el museo de las obras que se conservan, no dejarán gran cosa de las pretendidas obras de arte de nuestros días.

En nuestros tiempos de celosos monopolios, de propiedades estrechamente privadas y de división de trabajo sin tregua, en ocasiones de entusiasmo público se ven obras realmente bellas nacer de un movimiento de arranque popular. Tales fiestas, donde para nada intervino el funcionario, se hicieron con tan maravillosa alegría, con una cordialidad tan conmovedora, que se queda para siempre arrebatados. Tal concierto improvisado, tal escena de teatro representada en un arranque de fraternidad, deja recuerdos imborrables, mientras que la memoria de las más fastuosas ceremonias no afecta más que a los alcaldes, a los cuales se decoró y a los bomberos que recibieron una propina.

Algunos hombres de buena, pero impotente, voluntad, tratan de conciliar lo inconciliable sin tocar las causas de desacuerdo. Ellos quisieran que el arte permaneciese sincero, estando sujeto en el artista a las necesidades de su sostén. No, lo "bello" y lo útil no pueden reconciliarse mientras los hombres estén divididos. En nuestra sociedad, estando dividida en clases enemigas, el arte ha llegado a ser necesariamente falso, puesto que participa de los intereses hostiles. En los ricos se cambia en ostentación; en los pobres no puede ser más que imitación y engaño. Por otra parte, el dinero que los artistas han de procurarse ante todo, vicia lo que queda de arte en los unos y en los otros; en sus obras, la sinceridad y la naturalidad deben ceder el sitio a la habilidad y a la "magia", a la destreza. Ni la protección del gobierno, ni educación artística, ni museo de mañana y tarde, ni concursos, ni jueces, podrán cambiar nada. ¡Y la miseria! ¿Cómo puede llegar a ser artista un pueblo cuando los sufrimientos del hambre y de la enfermedad contraída lo afean?

"El principio del arte, dice Ruskin, consiste en volver al pueblo bello." Ha habido, sin duda, un arte en países donde las personas no eran todas bellas, teniendo los labios gruesos y la piel negra — porque el sol las había mirado — pero jamás en un país donde los carrillos habíanse vuelto pálidos por un miserable trabajo y una sombra mortal, y donde los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, habían sido adelgazados por el hambre o deformados por el veneno.

"El arte es la vida", dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y goce ha puesto tallando en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre, la de los valientes labradores y prudentes jardineros.

¡El Arte es la vida! Desde el momento que el trabajo apasiona, dando el goce, el obrero vuélvese artista, quiere embellecer su obra, dándole un carácter de duración y de universalidad por la admiración de todos. Aunque no fuesen más que alfileres lo que hiciese, nos dice Diderot, necesariamente estaría enamorado de su oficio. El campesino desea que se venga de lejos para contemplar el surco derecho y de una profundidad igual que él con mano firme ha hecho trazar a sus bueyes. El arriero pone su gloria en bien mesurar el equilibrio de la carga sobre el animal y en adornarlo con bellas hilachas y pompones brillantes, salvo si la miseria no lo ha envilecido, privándole de su iniciativa; todo operario se procura útiles que sean, no solamente perfectos para el trabajo, sino también agradables a la vista, escogiendo él mismo la madera o el metal; enmangado y ajustado, lo ornamenta con diseños. Los mismos trabajadores cuya obra desaparece tan pronto queda hecha, como guadañeros, segadores y vendimiadores, no son menos artistas en su manera de manejar las herramientas y de derribar la faena, y pasados algunos años se refieren sus hazañas de rapidez y resistencia en el inmenso esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en la sencilla vida de la aldea, constituyendo, por ella misma, un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, sobre todo durante las largas veladas de invierno, cuando las llamas danzantes y el chisporroteo hacen oscilar las figuras, ora acercándolas, ora alejándolas, dando a todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. Es de estos humildes hogares de arte primitivo de donde han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas! Y mientras queden de esos lugares pacíficos para el trabajo dichoso, nosotros tendremos esperanza. De esta célula inicial surgirá quizá la ciudad del porvenir.

No es solamente la restauración y el embellecimiento de nuestras ciudades que nosotros esperamos del hombre hecho artista, porque habrá llegado a ser libre; contamos también con él, porque renueve la belleza de la campiña, adaptando todas sus obras propias al ambiente natural de manera que de ello nazca entre la tierra y el hombre una armonía dulce a la mirada y reconfortante al espíritu.

Hasta los grandes edificios pueden ser admirables de bellezas cuando los constructores han comprendido el carácter del paraje cercano y la obra del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto.

Pero hay pináculos que profanarían toda artista de momento y se siente una impresión de verdadero disgusto cuando algunos insolentes arquitectos, pagados por hoteleros sin vergüenza, contruyen enormes posadas, bloques rectagunlares donde son inscritos mil rectángulos de ventanas simétricas y erizados de cien chimeneas ahumantes, y todo enfrente de picos soberbios de granito, de campos de inmaculada nieve, de ríos de azulado hielo serpenteando en los valles de la montaña. Es así como los hombres han envilecido muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas: el amante que se place del misterio de la naturaleza huye de los parajes que más admira; se aleja con repugnancia de la masa de los bodoques y vocingleros que se precipitan al asalto de las rocas de Zermat y busca, apartándose, algún lugar que la moda no haya aún mancillado.

La Tierra es infinitamente bella; pero para asociarnos a su belleza, para glorificarla con un arte respetuoso, no hay otro medio más que llegar a ser libre, hacer la revolución decisiva contra el dinero, ennobleciendo la "lucha de clases", aboliendo las mismas clases.

P. J. PROUDHON

P. J. Proudhón y la pensión Suard

Besançon, septiembre 16 de 1838.
A. M. Ackermann.

Mi querido Ackermann:

Sus cartas tienen la virtud de refrescarme el alma y darme ánimos para luchar por la verdad y la fe republicana. De todos los que conozco, usted, hasta ahora, es el único que veo apasionarse por la justicia y la virtud e inflamarse de celo por la humanidad.

¡Soy más digno de lástima que Vd.! Hay aun — dice — espíritu, lumbreras, en esa capital; y yo, yo vivo entre una majada de carneros. He recibido las congratulaciones de más de doscientas personas; ¿por qué motivo, pensará Vd., se me felicita? Porque ahora tengo casi la certeza, si lo quiero, de hacer fortuna y de participar en el consumo del pienso que constituyen los grandes puestos públicos y los sueldos importantes;; de llegar a los hombres, a los puestos brillantes; de igualar, si no *sobrepasar*, a los Jouffroy, Pouillet, etc., etc. Nadie viene a decirme: "Proudhon, tú te debes, ante todo, a la causa de los pobres, a la liberación de los desheredados, a la instrucción del pueblo; tú serás, tal vez, abominado por los ricos y los poderosos; los que tienen la llave de la ciencia y de Plutón te maldecirán: prosigue tu ruta de reformador a través de las persecuciones, de la calumnia, del dolor y aun de la misma muerte. Cree en los puestos que se te han prometido: pero no vayas a preferir al martirio glorioso de un apóstol, los goces y las cadenas doradas de los esclavos.

"¿Serás vencido por las lisonjas, las seducciones del placer y la fortuna? ¡Tú, hijo del pueblo, *filius fabri*, como se decía antaño de Jesucristo, tú abdicarás tu conciencia, harás apostasía de tu fe para ser feliz a la manera de éstos y de aquéllos! Tus hermanos no quitan los ojos de tí; esperan con ansiedad saber si deberán muy pronto deplorar la caída y la traición de aquel que había jurado tanto ser su defensor; no tendrán jamás para recompensarte sino sus bendiciones; éstas valen más que los escudos contantes del poder. Sufre y muere, si es menester; pero dí la verdad y defiende la causa del huérfano".

Estoy agobiado por las vergonzosas exhortaciones de los que me rodean. ¡Qué furor por el bienestar material! ¡Qué epicureísmo abyecto veo por todas partes! Debo reflexionar antes de dejar escapar una sola palabra de mis pensamientos. He adquirido la certeza de que mi profesión de fe hace que se me considere como un ciervo asombrado o por lo menos exaltado. Hago reír por aquí; pero no convenzo a nadie. El materialismo está arraigado en las almas, el materialismo práctico, digo, pues no se tiene ya bastante espíritu para profesar el otro. Los gazmoños, por sus monerías, su ejemplo, su ignorancia, su fanatismo y su mala fe, entretienen cuanto pueden estas funestas disposiciones.

La voluntad y la fe han sido proclamadas, en todo tiempo, como los más grandes goces de la naturaleza y de la humanidad; tenemos fe en la justicia de nuestra causa, en la verdad de nuestros principios, en la eternidad de nuestros dogmas; ¿nos faltará la voluntad? ¿No daremos algún día el espectáculo nuevo de hombres convencidos e inexpugnables en su creencia, al mismo tiempo que resueltos y constantes en su empresa? Probemos que somos sinceros, que nuestra fe es ardiente y nuestro ejemplo cambiará la faz del mundo. La fe es contagiosa; ahora bien, no se espera, hoy en día, más que un símbolo, con un hombre que lo predique y crea en él.

Pauthier marchará siempre conmigo; es demasiado honor para mi nulidad y mi ignorancia; pero que se muestre republicano invencible, defensor implacable de la moral universal, enemigo del lujo y de la opulencia, y soy suyo en vida y muerte. Que llegue a ser lo más sabio que pueda; que descienda un día de las alturas de la ciencia, rodeado, como Moisés, de una aureola de gloria; pero que no olvide que hay aun otra misión que cumplir y que toda su doctrina debe ser considerada por él como sus letras de crédito. A ese precio tendrá toda mi admiración y todo mi amor.

He recibido con alegría noticias de todos los amigos; estoy pesaroso de que Haag no pueda llegar a colocarse a su gusto y siento que Bergman vuelva a Strasbourg.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Federica Montseny

(*Conclusión*)

1o. *¿Qué orientación debe darse a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?*

Esta pregunta sería más ampliamente contestada por pedagogos que no por quien sólo por afición, y en horas de ocio ha estudiado la enseñanza y se ha complacido en comunicar lo poco que sabe. Sin embargo, considero que a los niños no es posible darles orientación alguna, pues su emancipación es obra de los años y no de las orientaciones que les demos. La vida señala una épocca y un límite para cada cosa, una aspiración para cada edad.

La emancipación infantil es, por lo tanto, un absurdo. Debemos, creo yo, ser los mayores los que preparemos el camino de su emancipación, para que a su vez ellos preparen el de sus hijos. El alma del niño, incompleta y frágil, no formula ni debe formular ideas alejadas de su rudimentarismo, de sus concepciones embrionarias. Los años, su desarrollo físico y psíquico, van formando su edificio moral con los conocimientos y las sensaciones adquiridos. Según sean éstos y éstas, será el hombre y así será su emancipación futura. Orientación no debe darse sino la que el libre y pleno desarrollo de la vida.

Todas las orientaciones deben encerrarse dentro de esta palabra: vida. Vida sana, vida libre, vida sana. Si la sociedad presenta dificultades al disfrute de la vida, a la que se ha enseñado a aspirar al niño, pero no como orientación, sino como simple consecuencia de su naturaleza; si la sociedad presenta dificultades, repito, al disfrute de esta vida, el niño comprenderá que la causa es social y se dedicará a destruirla. Su emancipación, por lo tanto, no depende de ellos ni de nosotros, directamente: depende de la sociedad, en primer término. A ella, pues, hay que atacar.

5o. *¿Por qué sendas creen los compañeros que debe de orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?*

Creo que el Arte no puede saturar el ambiente de anarquismo. Para ello tendría que hacer un arte anarquista, y este no existe. La pregunta quizá ha sido formulada a la inversa. Es decir: ¿cómo saturar de anarquismo el arte, para que éste sature a su vez al ambiente?

El arte es manifestación libre e instintiva de la Naturaleza. El arte, sentimiento, emoción, no razonamiento, está, naturalmente, alejado de toda secta. No podemos, por tanto, saturar de anarquismo el arte. No debemos saturarlo de anarquismo tampoco, sino devolverle su fuerza creadora, su estético concepto de la vida, su amor a la belleza y a la armonía. El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, ha de estar al servicio de la Vida y de la Naturaleza, no de una idealidad.

Sin embargo, el arte, en manos de un genio rebelde e inquieto, puede ser un magnífico instrumento de crítica social; lo ha sido positivamente en manos de un Rodin, de un Steinlen, de un Zola, de un Renan, de un Wagner. El Arte, con una orientación naturalista y demoledora, de crítica de la sociedad y de esbozo estético de una Vida y de una Belleza libres y sanas, puede ayudar en mucho, por medio de su influencia, sobre la mente y las sensaciones de los hombres, al triunfo de un ideal, dentro del que encuentran pleno desenvolvimiento esa Vida y esa Belleza que él ha de sintetizar y a que ha de aspirar.

6o. *¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?*

Empiezo por exponer la opinión que en el movimiento obrero para nada se conocen las tendencias individualistas. Si se preguntara: ¿qué concepto merecen las tendencias individualistas en el anarquismo? a ello podríamos contestar, exponiendo cada uno nuestro punto de vista, francamente aprobador unos, o impugnador otros.

Pero en el moviento obrero muy poco o nada tienen qué hacer las tendencias individualistas. El movimiento obrero es, precisa y lógicamente, la antítesis del individualismo. La asociación obrera contra la acción explotadora del capital es, algo simple y sencillo, un resultado instintivo de la explotación, en el que ninguna resonancia ha encontrado el individualismo, ya que éste representa una posición avanzada del anarquismo, su última consecuencia presente, con vistas a la sociedad futura, posición superior y muy distante del rudimentarismo de la protesta obrera.

En el movimiento obrero, tal como lo concebimos en España, que es tal como lo concibió Bakunin al crearlo, agrúpanse los hombres más como explotados que como anarquistas, sin que por eso se olvide la acción de propaganda dentro de las masas neutras, que son la que en realidad representan el verdadero movimiento proletario. Para esta acción fueron creados los grupos anarquistas. Sólo dentro de estos grupos pueden ser discutidas las tendencias individualistas, cuya situación lógica es el anarquismo como idealidad de especie y no como ación de clase.

El individualismo representa, a mi entender, un superior y más elevado concepto del hombre. Hablo del individualismo como exaltación y dignificación de la personalidad humana, como libre y seguro reconocimiento de la plena independencia y capacidad del individuo, único individualismo que yo concibo y que creo digno de recibir el nombre de tal. Este individualismo, última consecuencia presente del anarquismo, repito, ha de desarrollarse precisamente al margen de la lucha obrera, que, por sus especiales condiciones de agrupamiento contra la *entente* capitalista, es en realidad la oposición o posición opuesta del individualismo. Es decir: el movimiento obrero, acción previa y rudimentaria, agrupación de debilidades frente a la fuerza del Estado dominador, hállase situado en la retaguardia del ideal del anarquismo, del que el invidualismo es la vanguardia. El individualismo, situado más lejos, no puede ni debe retroceder hacia el embrión del que él es el cuerpo formado. Esto, como idealidad, sin perjuicio de que sus hombres, como explotados o impulsados por la solidaridad humana, apoyen y secunden la acción defensiva y ofensiva de las fuerzas protestatarias.

7o. *¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?*

Esta pregunta no puedo contestarla, porque no la entiendo.

La estimo, además, innecesaria. Nosotros debemos vivir de mañana y no de ayer. Y si con frecuencia volvemos los ojos al ayer nuestro, es porque este ayer, para el mundo, aun es mañana; es decir: tradición antitética de la vieja tradición histórica.

8o. *Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los compañeros bibliografiar el origen, bases y fundamento de la Biblia?*

Trabajo inútil, que los hombres del librepensamiento y del ateísmo burgués ya han realizado. La leyenda bíblica ha sido suficientemente tratada como obra de uno o varios autores, que cándidamente quisieron explicar el origen del mundo, situándolo cuando éste tenía ya muchos miles de años, en contradicción flagrante y continua con la lógica y las leyes orgánicas del mundo. La leyenda bíblica es ya una cosa sobradamente probada y discutida, de cuya ridícula absurdidez han querido desembarazarse hasta las mismas eminencias de la iglesia.

No creo, por tanto, que debamos emplear nuestro tiempo en esta labor ya hecha, cuando tantas otras, no empezadas o interrumpidas, requieren urgentemente nuestro esfuerzo.

Barcelona, 1926.

Respuesta de Artemio Minerva

1o. *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria.*

Pensando en el apartado 1o. de la Encuesta, acude a nuestra mente una pregunta, que estimamos primordial para la mejor evacuación de la cuestión:

—¿Qué se entiende por anarquismo?

Esta interrogante que se abre ante nosotros, con profundidades poco menos que de abismo, nos obliga moralmente a deslindar los criterios ideológicos que el anarquismo inspira por ahí, discurriendo para ello, sobre los mismos y sus representantes.

Porque precisa, singularmente, esclarecer las ideas anarquistas, distinguiéndolas de las diversas acepciones que las confunden.

Extraídas del río revuelto en que están sumergidas, conviene sentar sus fundamentos básicos y mostrarlas al proletariado y al mundo entero — que se asomara a verlas desde el balcón de sus tímidas curiosidades — tales como son, sin bastardas mixtificaciones.

Deseamos, pues, demostrar a los pueblos la verdad de las ideas anarquistas, con todas sus inflexibilidades y reciedumbres subersivas. Es absurdo querer hacer ver a las muchedumbres y hasta a nuestros enemigos declarados, la fingida armonía anarquista. Las convergencias de conceptos y la cordialidad individual entre nosotros son un hecho y una realidad hiperbólicas, nominales, de palabra. No hay tales afinidades. No puede haberlas. Es imposible. Toda esa seudoliteratura de los loros del anarquismo está hecha a fuerza de huecas palabras, de palabrería insípida e insubstancial, de charlatanería profesional, empeñada en el forzamiento de las cosas, en el desvirtuamiento de los procesos de diferenciación social; más aun: de intelectual bifurcamiento y dispersión. Y en ese enviciamiento de la moral, enconado de hipocresía y jesuitismo, disfrazado de análogas aspiraciones teóricas, no queremos caer nosotros, por amor que tenemos a la anarquía.

¡Lejos, sí, lejos de nosotros la monomanía unionista!

El anarquismo de unidad, que tanto en Europa como en América conocemos, es la manifestación incolora, gris, de una tendencia anfibológica, plagada de corrupciones, que se propone amalgamar sus suciedades, sus aberraciones, sus amorfos resabios de grosero y espurio burguesismo revolucionario, con la honestidad, la limpieza, la higiene del alma y las resplandecientes concepciones libres y naturales del anarquismo integral.

Enlazar esas antitéticas interpretaciones ideológicas y segar la desigual germinación de las ideas, impidiendo que fructifiquen separadamente y en campos propios del anarquismo y el libertarismo ecléctico, sedicentemente anarquista, es cómo hacer una soldadura de lo bueno y lo malo con materiales repelentes y de composiciones químicas absolutamente negativas y contrarias.

No hay, no, compatibilidad alguna entre el falso anarquismo dúctil, transigente, contemporizador, y el anarquismo auténtico, inexorable en las prácticas de sus principios destructores.

La unificación de los esfuerzos anárquicos es un señuelo para cazar incautos y engañar a los cándidos y voluntariosos — que siempre los hay — de la anarquía. A los camaradas conscientes, conocedores del anarquismo, no consiguen seducirlos los del sentido responsabilista. No existiendo, pues, el anarquismo como factor de convergencia y concentración de voluntades, y estando dispersados los elementos que de ser anarquistas se vanaglorian... Es un decir eso de que se enorgullecen. Llama a mi memoria un recuerdo típico. Una autoridad procesal o judicial pregunta a un detenido, militante libertario en España, de marcada significación: "¿Es usted anarquista?" "Sí — dice muy meticulosamente el interpelado, agregando con acentos y ademanes de Momo — pero no se lo diga usted a nadie, porque me avergüenzo de serlo".

Como contraste — y dispensadme estas digresiones — al ser igualmente interrogado otro camarada, éste replica, más que dice: "¡y lo seré siempre!". Rigurosamente verídicos ambos casos. Y vaya una aclaración, por si vale. De los dos camaradas... el fiero defensor de sus fueros es cultísimo, más inteligente e intelectual que el otro, y con ninguno de ellos comulgamos.

... Es de todo punto imprescindible y fuertemente necesaria la clasificación anarquista. Se impone por razones de profilaxis.

Con toda urgencia hemos de reclamar de los buenos que se lleve a cabo una selección que expurgue nuestro seno de las malas orientaciones y, si preciso fuera, a los mismos que las imprimen con

sus desaciertos impenitentes, incorregibles.

El Hombre — el hombre anarquista — es el único de esos elementos cósmicos que oye, ve y tiene conciencia de su elevada misión. El debe imponerse la norma de conducta que tenga la saludable virtud de acabar con el maremágnum libertario. Con sus revoluciones canalizará el anarquismo por la honda y amplia torrentera de sus corrientes impetuosas, bravías y tradicionales.

¿Innovaciones en el anarquismo? En buena hora sean. Tráiganlas los tiempos y los hombres; las deseamos y aceptaremos. Pero han de ser renovaciones de más alto valor que nuestro Ideal! Sino las rechazaremos. No admitimos aportaciones de juicios manidos y viejos, a fuerza de ser conceptos desprendidos del legendario árbol del estatismo, el estacionamiento, el odio secular.

La anarquía, afirmamos, no puede confundirse con las elucubraciones metafísicas de los súperhombres. Ella jamás penetrará en el Olimpo, desde cuyos castillos de celuloide — al parecer de marfil — lanzan sus rayos tonantes los secuaces de Júpiter, enfurecidos contra la muchedumbre humana que arrastra sus miserias, sus dolores e ignorancia, por el planeta Tierra. ¡Que, por fortuna, los dioses moran muy plácidamente en el Empíreo y no tienen jurisdicción alguna sobre la Humanidad desde que Luzbel y sus compañeros hicieron estallar la sublime rebelón de los Angeles!

Igualmente, la anarquía no tiene nada de común — ¡triste es decirlo! — con aquellos otros que descienden a los resbaladizos terrenos de la violencia sistemática. Son gentes que no se elevan — que es lo más exacto del término — de las exacerbadas pasiones morbosas, fáciles instrumentos de todos los hipocóndricos excesos de la voluntad enfermiza. ¡Pobres entes, hipertrofiados por las hinchazones del revolucionarismo sin objetivo, ora desinflado en hechos personales, otra colectivos!

Frente, pues, a esos dos antiquísimos monumentos, cuya grandeza (?) perpetúa la mediocridad y la pedantería, y que simbolizan — así, simbolizan — el infame mal del pecado original, introducido en el movimiento anarquista por los escribas traidores de la Revolución Social, y que tanto se asemejan, no obstante sus aparentes y supuestos orígenes y antagonismos, la anarquía debe erigir su propia estatua productora. En luciente mármol obrero debemos esculpirla los anarquistas, animándola con el soplo vital de las humanas palpitaciones, y haciéndola vibrar en su bella escultura con las pulsaciones más rebeldes del alma inquieta en acción.

Esbozado lo que entendemos, a nuestro juicio, por anarquismo militante, trazados, lo mejor posile, sus rasgos más esenciales, pasaremos a ocuparnos de los "problemas actuales del anarquismo".

Quisiéramos discurrir lo más acertadamente que fuera menester, al objeto de hacernos comprensibles para el mayor número de compañeros, que han de leer y estudiar, con sumo interés, cuánto en esta feliz encuesta se diga.

En nuestras manifestaciones vamos a poner serenidad, porque la delicadeza del asunto nos impone esa reconcentración a que induce lo grave — grave por su elevación doctrinaria.

La emoción nos brota en nuestros sentimiento, y raudalmente fluye, cordial para las ideas, por los perfiles de la pluma. Quisiéramos, por eso, contagiar a los demás con nuestro arrobamiento anárquico.

Antes de penetrar más en lo hondo del asunto, deseamos dejar constancia y hacer hincapié respecto de lo que debe ser — y en parte es ya — el ideal anarquista. Es nuestro más ferviente anhelo verlo purificado de las malsanas contexturas, en él dotadas por los liberticidas salidos de la hornada anarco-posibilista-energúmena-intelectual (la conjunción no es intrascendente por lo pequeña), cocida al fuego marxista de la estrangulada revolución rusa.

Alrededor de esta cuestión se ha creado un problema pavoroso para el anarquismo activo, problema no menos actual y candente que los restantes problemas, que permanecen latentes en la raíz cúbica del régimen capitalista. Uno y otros exigen una extracción inmediata del cuadrado, con procedimientos netamente revolucionarios, sin que por ello nos quisiéramos convertir, ni mucho menos, en demagógicos y voceros de la Revolución.

Hacemos nuestra, desde luego, la calificación que a ese respecto hizo el llorado Ricardo Mella.

Comenzaremos, pues, desde ahora la disertación sobre el problema o los problemas actuales del anarquismo, haciendo abstracción u olvido de nuestras colectivas depuraciones internas, pues que ya hemos remarcado el imperativo categórico de la conciencia ética, que lo subordina todo a su imprescindencia.

Tracemos ya el cuadro de los problemas que afectan al anarquismo, colocado frente a frente de la sociedad burguesa, y hagámoslo con mano segura y pulso firme, dominando completamente nuestra nerviosidad. Son muchas las cuestiones que llaman nuestra atención.

El anarquismo, para ser consecuente consigo mismo, no puede mirar la realidad de esta hora, tan parecida a otras historias, de una manera anecdótica, meramente superficial, como un hojeamiento de calendario social.

Conceptuar, pues, de únicos estos aciagos momentos, llevaría implícito, para el ideal anarquista, el propio desdoblamiento de su personalidad, esencialmente doctrinaria y no menos vivamente rebelde. ¡Y ante todo, sus valores intrínsecos, sus diafanidades! No se puede, no, olvidar el pasado de nuestras insurgencias contra todo y contra todos — de lo divino y de lo humano — y mucho menos hacer abstracción del futuro, que tan risueña y esperanzadoramente acaricia el anarquismo — porque le pertenece — para vaciarnos ideológicamente hoy en un método angosto, extraño y hostil, de esfuerzos tendientes a la solución momentánea de los males actuales que nos agobian. Esta adaptación rompería nuestras siempre nuevas tablas y realizaría, *ipso facto*, la más bellaca conculcación de los principios fundamentales del ideal anarquista, además de anularlo como positiva expresión de profundas y completas transformaciones sociales. ¡Error, error de toda la vida! Y eso, ¡nunca! ¡nunca!

Por lo demás, el anarquismo sabe, y a tal fin ajusta sus actuaciones, que el presente técnico, industrialista, centralizador y ordenado — llamémosle como se quiera, siempre representará explotación y tiranía — es una lógica evolución mecánica del pasado bárbaramente feudal y absoluto en que el señor de horca y cuchillo era dueño despótico de personas y haciendas.

Hoy es una reminiscencia de ayer, y será una proyección de futuro imperfecto, de desastroso porvenir, sino se le cercena por la propia base, derrocándolo y extrayéndole los cimientos en que se asienta.

Y para la plasmación, en tal sentido, de su obra disolvente, la anarquía tiene muy en cuenta los factores complejos que apuntalan y sostienen el actual estado de servilismo y abyección.

El hombre — piensa la anarquía con el cerebro de sus forjadores — es un producto moral y hasta animal, del medio en que se desarrolla. Nuestro sabio camarada Réclus, se afanó en vida por demostrar a los hombres que quieran estudiar sus gradiosas obras, que los ambientes geográficos y colectivos ejercen decisiva influencia en la formación general del ente humano.

La ciencia moderna, y con ella el anarquismo — diría el no menos inteligente camarada Kropotkin — está descubriendo el soberano influjo que las condiciones climatéricas y sociales reflejan sobre el individuo, su misterio o fenómeno natural, juntamente favorecido con la maleabilidad del medio tradicionalmente político.

Y estos progresos fisicoanalíticos se operan en valiente contraposición a las escuelas teológicoautoritarias, que afirman la solemne tontería del libre albedrío, ubicándolo en las determinaciones personales, obrando por el individuo con la voluntad absoluta de hacer o no hacer.

El anarquismo, racionalmente pensando y sintiendo, ni admite el sentido de responsabilidad penal para el hombre ni se deja dominar por las trasuntaciones humanas, no obstante reconocer la acción histórica de las traslaciones absorbentes e infinitas, que juegan con el hombre y lo mueven, por sobre su voluntad casi siempre, en virtud de la preponderancia de los factores externos sobre la sujetividad humana.

Efectivamente, para las teorías deterministas del anarquismo, el género racional a que pertenecemos es consecuencia de los medios étnicos, familiares, morales o religiosos, sociales, etc. que nos constriñen.

En este tren de consideraciones, la labor anarquista tiende a apartar a los seres hermanos de unos medios asazmente nefastos, substrayéndolos de las enrarecidas atmósferas de la educación milenaria, que conforma y atrofia la capacidad intelectiva y paraliza y estanca, en privilegiadas fórmulas, la voluntad.

Así, pues, para el ideal anarquista, es un problema de los más ardorosos — por no decir el que merece mayor preferencia: — la agitación, la lucha, la propaganda demoledora, la divulgación y vulgarización—obsérvese que decimos vulgarización — de su ética racionalista, al fin y objeto de cautivar espiritualmente el alma de la especie humana, hoy desviada por el capitalismo moral y materialmente anodino, ramplón y pérfido.

En este trascedental caso, el anarquismo debe ser como aguja imantada, que marque los polos de los nuevos horizontes ideológicos. El ha de ser fuerza de persuasión y de conquista, que facilite la atracción de la raza, poseyéndola con varonil sentimiento y orientándola hacia la anarquía.

He aquí, primero, por qué la siembra de ideas a manos llenas, sobre las sementeras de la vida: la profusa difusión de la ética anarquista por todas partes, y el movimiento revolucionario acratizado, estructurándolo allí donde la base es más sólida e indestructible, o sea en los predios en que se ha amamantado siempre de elementos vigorosamente nutricios: el pueblo productor es el mayor, y único en su clase, de los problemas que competénos resolver a los anarquistas.

Esta enunciación del problema trae ligadas, íntimamente anexadas, ramificaciones que se dividen en diferentes direcciones.

Pudiéramos llamarlas definiciones concretas o características particulares, que, formando el conjunto anárquico, conservan sus especialidades intersubordinadas.

Un ejemplo, o una figura, se nos ocurre presentar, para ser más claros, en nuestra divagación (?) teórica:

Una célula anarquista se mueve con dependencia de otra, y así sucesivamente obedecen todas a un mismo ritmo de acción. Todas las células, pues, tienen un rotación propia alrededor de la misión encomendada, impulsadas por el eje de una misma energía dinámica, y al funcionar en el cuerpo anarquista, lo hacen impelidas al movimiento por la impulsión reflexiva, consciente y deliberada de las circunvoliciones doctrinales. Accionamos aquí, nos movemos allá y actuamos acullá, al conjuro de una indivisible vocación: el ideal movente, que oprime el resorte de las potencias circulatorias. Y entonces éstas se desparraman como las aguas abundantes y prolíficas, eternamente renovadoras, de un manantial cristalino.

Especifiquemos. Es un problema hacer la crítica, enérgica y contumaz, de los orígenes y estamentos del régimen de propiedad privada, principio de autoridad, religión en inmoralidad.

Otro problema es crear la organización eficiente y adecuada, de resistente solidificación y consistencia, que sea el grandioso receptáculo solidario al cual vayan a parar los opimos frutos que cosechemos en nuestras labores francamente anarquistas. El será también el inexpugnable baluarte de nuestra defensa revolucionaria y la zona edificada de donde partamos para nuestras acometidas insurreccionales, poseídos de vibrante rebelión.

Estos dos problemas los reputamos de mayor importancia y significación que los que nos quedan por plantear.

Para nosotros, dichas cuestiones son como de un deber y derecho de enseñanza elemental y primaria, cuyas lecciones despiertan la inteligencia y predisponen la mente para una superior asimilación y comprensión de las cosas.

Educación que además es connatural a una nutrición fisicomoral, que dé vigor al sujeto y le ensanche su capacidad de resistencia.

(Quizá sea un tanto impropio y algo débil el símil, pero no se nos ocurre otro más exacto en este momento).

Entremos, pues, a clasificar el vario cometido anarquista. En primer lugar, aposentado, ocupando el hombre un orden de prelación, está, como productor, catalogado en el didactismo de nuestra conciencia anarquista.

Es, por tanto, casi indiscutible la cuestión ya planteada y que tantas controversias suscita, de trasladar nuestra convivencia anárquica al movimiento obrero de acción directa.

Razones merece nuestro concepto, y las daremos ampliamente en la respuesta al apartado tercero del cuestionario.

Porque creando nuestra organización proletaria y anarquista — y, a tal objeto, lógico es que bajemos de nuestras torres de supina ignorancia — tenemos realizada la mitad de la obra que nos proponemos construir. Hemos, sí, de abrazar al proletariado, arrancándolo de falsos poderes y sumándolo a nuestras coordinaciones en una asociación pródiga en posibilidades idealistas y que nos ponga en posesión de los eficaces procedimientos generales que ofrece el campo obrero.

Hagamos nuestros colaboradores a los proletarios, despertándoles ardientes simpatías por nuestras concepciones, identificándonos con ellos — que somos nosotros mismos — y con quienes nunca debemos irreconciliarnos. En una palabra: vamos a fundir — no soldar — las aspiraciones proletarias con nuestras ansias emancipadoras de productores. Y esto ya no es un problema en España, Italia, Sud América y otros países, donde el anarquismo tiene su imborrable huella.

(Continuará)

BIBLIOGRAFIA

F. Orlando Rossi.— *Sombras vivas*, novela entrerriana. 122 págs. Ed. Tor, Buenos Aires.

Número Unico, a la memoria de Pedro Esteve, Tampa, Florida (Estados Unidos), 14 de septiembre de 1926.

La Batalla, semanario, México, D. F Apartado 1056. Es el órgano actual del movimiento anarquista en México. A partir del número 5 se imprime en talleres propios.

Repertorio Americano, números 9 al 12. Semanario de cultura hispánica. Tomo XIII, San José de Costa Rica.

Gazzetta medica italo-argentina, Nápoles, junio de 1926.

Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee, Boston, septiembre de 1926.

Revista del Centro estudiantes de la Escuela Industrial de la nación, Buenos Aires, septiembre de 1926.

El Auto Argentino, septiembre de 1926, Buenos Aires.

Cruz Roja Argentina, revista oficial, septiembre de 1926, Buenos Aires.

AÑO V — BUENOS AIRES, 8 DE NOVIEMBRE DE 1926 — N.o 24[illegible]

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS. — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

EL 11 DE NOVIEMBRE

Eliseo Reclus se entristeció un día viendo unos obreros leyendo un periodicucho deportivo, pero dominó su sentimiento pensando que si había en la humanidad individuos de una despreocupación tan trágica, había también hombres que sabían morir por la salvación de todos, como lo hicieron los anarquistas de Chicago que subieron valerosamente al cadalso el 11 de noviembre de 1887.

Sentimos una íntima satisfacción al recordar hoy nuevamente la tragedia de Chicago; queremos refrescar el espíritu en la contemplación del heroismo de aquellos mártires y consolar el corazón del espectáculo de esta hora de fascismo y de bolcheviismo internacionales. Los pueblos han caído tan bajo en sus abdicaciones, han perdido hasta tal punto el respeto a sí mismos en la oleada de las dictaduras y despotismos post-bélicos, que parecen incapaces para distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Apenas si algún raro ejemplo de sacrificio individual logra afirmar la fe en el porvenir y conmover la pasividad suicida de las grandes masas frente a los nuevos tiranos. ¡Qué hablamos de pasividad! También hay adhesión, porque el fascismo, la dictadura bolchevista, el régimen militarista español no se explican sin una base de apoyo efectiva en las grandes masas del pueblo.

La humanidad ha retrogradado mucho, si no hacemos con eso una ofensa al pasado. La barbarie, el salvajismo, la crueldad, la insensibilidad ante el mal y la injusticia, son características de esta hora. Las fuerzas del progreso han quedado reducidas a su mínima expresión. La bestia humana se ha desencadenado y no encuentra vallas a sus estragos.

Hay, sin embargo, síntomas de resurrección. La serie de atentados individuales contra los dictadores, en Italia y España, nos recuerdan los actos heróicos de los nihilistas rusos que prepararon con su sacrificio, en los atentados contra los zares y los verdugos del pueblo, la mentalidad revolucionaria de Rusia. En las épocas de extremo rigor político y represivo, cuando el pensamiento no puede expresarse libremente, surgen los hechos individuales. Y en estos momentos, en la mayoría de los países de Europa, imposibilitados para desplegar una propaganda a la luz del día, para levantar una organización pública, los anarquistas tenían que abrirse camino a fuerza de espíritu de sacrificio y de abnegación personal. Se han producido ya los hechos de Masachs Torrent, de Gino Lucetti, de Anteo Zamboni, y no serán esos los últimos. La suerte de esos compañeros, de los que viven, no será menos dura que la de los anarquistas de Chicago; pero así como la sangre derramada en el cadalso en 1887 no paralizó la lucha por la jornada de ocho horas, tampoco el sacrificio de los anarquistas italianos y españoles que ofrendan su vida en holocausto a la lucha contra las dictaduras, tampoco ese sacrificio ha de impedir que los dictadores caigan y que se susciten fuerzas cada día más atrevidas para quitar de en medio las barreras que se oponen al progreso humano.

También nos complacemos en recordar la fecha en que Parsons, Spies, Fischer y Engel subieron al cadalso, porque así como en su tiempo se imponía a los trabajadores la conquista de la jornada de ocho horas, los adelantos técnicos y la situación actual del mercado capitalista, hacen ineludible la conquista de las seis horas. Y sabemos bien que esa reducción de la jornada de trabajo no será concedida sin luchas, sin gestos de audacia, sin choques violentos entre los desposeídos y los privilegiados. Además sabemos que las grandes masas prefieren la muerte lenta y todas las humillaciones a cometer el grave pecado de la rebelión contra un orden de cosas inicuo e intolerable. Sabemos que la mayor resistencia a la conquista de las seis horas no ha de estar en el capitalismo, sino en los mismos trabajadores. Para reconfortar el ánimo frente a esa desesperante paradoja, elevamos la mirada al panorama histórico del martirologio anarquista. Así como Reclus pensaba en los bravos combatientes de Chicago cuando veía a un obrero leer un periodicucho deportivo.

"Grande es la verdad, y la verdad prevalecerá", dijo Fischer, el mismo que seis horas antes de ser ahorcado, escribía a Johann Most: "Lleva alta nuestra bandera, siempre adelante, cualesquiera que sean las tempestades que surjan y que dificulten la tarea"...

Hora histórica de una gravedad sin precedentes, esta en que nos ha tocado vivir, hay que esforzarse por estar a la altura de las circunstancias y de la grandeza de nuestra causa.



¡ PASA MUSSOLINI !

La maldición de la calumnia

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, asimismo, estoy persuadido que hay más, mucho más, buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestren mejor dispuestos a acoger las noticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquella insinuaciones y confidencias menospreciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acaece al contrario. ¿Por tontería? Sí, y en parte, por cobardía.

La propensión a observar y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas es mayor cuanto más baja, plebeya e inculta se halla la naturaleza del individuo. A medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenúase hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como oír infamar nombres ausentes por manera li viana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina.

¡Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura aventan el intrigante, el desalmado o el insensato cae siempre en terreno fértil y a propósito!

R. PEREZ DE AYALA

Sumario de este número

D. A. DE SANTILLAN

Sobre experimentación anarquista

Por la creación de comunidades agrarias

La discusión que se viene sosteniendo en el diario desde hace varios meses revela por lo menos un interés innegable en nuestro movimiento por lo que podrían llegar a ser las comunidades agrarias, que hasta ahora no son más que una idea apenas esbozada en la prensa y en las conversaciones particulares. Ese interés evidente nos incita a volver sobre el asunto y sus generalidades, en la convicción que los detalles habrían de resolverse mucho más en la práctica que en la teoría.

La idea general es ésta: Se trataría de aprovechar la circunstancia de la relativa facilidad para adquirir grandes extensiones de tierras en estos países semicoloniales y fundar en ellas poblaciones propias bajo el contralor del movimiento anarquista y con el apoyo material y moral de éste. En lotes de 100 a 200 hectáreas pueden establecerse 40 ó 50 familias representando diversos oficios y combinando una labor agrícola con ocupaciones industriales propias de las aldeas y pequeñas poblaciones. La vida sería fácilmente asegurada debido a la existencia de los alimentos principales: la carne y la verdura; puede adelantarse que la manutención en el campo no sería un problema, sobre todo con un poco de dedicación y de trabajo regular. Con la venta de los productos excedentes, o con el trabajo de los miembros de las comunidades para las poblaciones de los contornos no sólo se tendría para sufragar los gastos y el costo de los mejoramientos a introducir, sino que habría de quedar un remanente cada vez mayor, bien para la fundación de nuevas comunidades, bien para el fomento de la propaganda de nuestras ideas. El que conoce la vida del campo y sabe lo que puede producir una granja, sabe perfectamente que desde el punto de vista material, contando con el trabajo, una vez superadas las primeras dificultades, las comunidades agrarias de que hablamos no pueden fracasar. En cuanto a las primeras dificultades, teniendo presente la posibilidad de la adquisición de tierras a pagar en unos 30 años, nos parece que podrían ser allanadas con muy poco sacrificio material de parte de los compañeros. Si en esos treinta años no estamos en situación de poder influenciar de un modo decisivo la orientación social, entonces nuestros descendientes sabrán proceder como mejor convenga a la prosperidad de nuestro movimiento.

Hemos hecho hincapié, además, en el carácter colectivo de esas comunidades; pertenecerían al movimiento anarquista como pertenecen los periódicos e imprentas y bibliotecas que fundamos en las ciudades para tener en todo ello instrumentos de propaganda. De esa manera no incurrimos en los defectos de las viejas colonias anarquistas, formadas por unos cuantos compañeros que se aislan de la vida real y terminan por cansarse, por aburrirse y reñir entre sí. Las comunidades agrarias que nosotros propiciamos estarían en continuo contacto con el resto del movimiento, no serían más que una especie de prolongación de ese mismo movimiento hacia el campo y servirían, desde el punto de vista de la propaganda, para complementar la labor teórica de nuestra prensa y las luchas gremiales de nuestros sindicatos. No nos referimos a las minucias legales para la realización de esos propósitos, porque si es verdad que existen ciertos impedimentos, la existencia misma de la imprenta de LA PROTESTA significa que esos impedimentos pueden ser eludidos, sin ninguna claudicación y sin ningún compromiso ante el Estado, aparte del pago de los impuestos y demás.

No hemos entrado a discutir los detalles de la organización técnica de las comunidades, porque habrían de ser los mismos interesados los que, guiados por la experiencia de cada día, buscasen la mejor forma de trabajo y de convivencia. Eso va en gustos y temperamentos; hay individuos que gustan de una vida familiar, otros que prefieren el comunismo, etc. Sobre todo eso sería la libertad la única ley.

Volvemos a repetir que no pretendemos dar una nueva orientación al anarquismo ni al movimiento anarquista. Defendemos como el que más la existencia de un movimiento obrero afín y reconocemos bien el valor de las luchas cotidianas de los trabajadores contra el capitalismo y el Estado; y cometeríamos una inconsecuencia con sólo dudar del valor de la propaganda que realiza nuestra prensa, dedicándole, como le dedicamos, lo poco que valemos. Lo que decimos es que todo eso es poco, que todo eso no es bastante y que ningún mal podría venirnos de una experimentación agraria en el sentido expuesto; al contrario, tendríamos en ella un complemento de valor incalculable para la concentración de las fuerzas de la revolución.

Sobre las razones que nos han llevado a encarar esa perspectiva de desarrollo de nuestro movimiento, no tenemos necesidad de insistir. Es bien evidente que el industrialismo va haciendo progresos arrolladores y que donde quiera que el industrialismo asienta sus reales, la ideología libertaria es desalojada o reducida a su mínima expresión. Quisiéramos oponernos de alguna manera a la marcha del capitalismo y no podremos hacerlo más que si logramos llamar la atención del mundo sobre un régimen de vida más sencillo y humano, menos artificioso e injusto. Por otra parte, como el pensamiento de la revolución no muere en nosotros, pensamos que un día llegaremos a estar en condiciones de instaurar una vida libre y las grandes ciudades del capitalismo nos parecen obstáculos muy graves y en realidad insuperables si no contamos con una base efectiva en el campo, donde se producen las materias primas y los alimentos principales, y donde, además, el hombre sabe obrar con más independencia y ocupa ya hoy una posición mental mucho más adecuada a la vida sin amos y sin tiranos que la del obrero industrial.

Algunos camaradas, muy preocupados de los "principios" del anarquismo, pero que sin embargo no advierten que el anarquismo mismo, de seguir así, ve obscurecidas sus perspectivas de avance por mil factores externos e internos, quisieran poner obstáculos al desarrollo de las comunidades agrarias — que no son todavía más que un ensueño —, entreviendo quién sabe cuántos peligros puramente imaginarios. Mas convendría señalar los peligros efectivos en que corremos el riesgo de quedar anulados, que no dedicarnos a ver fantasmas en pleno día. Algo más de amplitud de espíritu y menos repetición mecánica de frases y de conceptos hechos, no estarían de más. Los principios del anarquismo no tienen por qué correr riesgo alguno en la experimentación por nosotros propiciada, como no lo corren en el sindicato ni en ninguna otra acción a que sirvan de estímulo y de aliciente. Lo que puede discutirse es si el esfuerzo que reclamaría la instalación de las comunidades agrarias promete estar en relación con los resultados prácticos para el movimiento. Nosotros sostenemos que sí. Otros pueden sostener que no. Pero traer a colación un supuesto peligro para el anarquismo, nos parece que es ver fantasmas donde no deben verse. Donde el anarquismo corre el riesgo de degenerar no es en la acción, sino en la inacción, en la crítica puramente negativa.

Estamos convencidos de la relativa ineficacia de nuestra agitación en las ciudades; nos parece que estamos en un callejón sin salida, tanto con fuerza efectiva para obrar decisivamente, como sin fuerza alguna para empresas de cierto alcance. Tal vez todos los compañeros no adviertan esto y no se sientan inquietos ante la visión de un porvenir más que inseguro. No queremos turbarles en su confianza. Consideramos que, aunque no tenga muchas perspectivas nuestra propaganda en las grandes ciudades, es sumamente necesaria. En las ciudades se gesta el ideal de la revolución, pero no triunfa más que en el campo, con la cooperación activa del campo. Y para eso, y como ensayo experimental, quisiéramos que se probara la eficiencia de la comunidad agraria realizada por el movimiento entero, bajo su contralor y su apoyo. Podremos tener una opinión favorable o desfavorable de todo lo que se hizo hasta aquí en esa materia. Esa opinión importa poco. Lo que importa es que no somos adversarios de que se recurra a todos los medios que no estén en contradicción con nuestros fines. Libres son los camaradas que quieran crear sindicatos de resistencia de trabajadores del campo, con el apoyo de todo el movimiento, libres son los que deseen crear organismos de colonos afines para la propaganda de nuestras ideas en su ambiente, libres en fin los que consideren más conveniente emplear otros medios. Todo esfuerzo que tienda a acrecentar las fuerzas y el radio de acción del anarquismo es bienvenido y merece el apoyo material y moral que el movimiento entero esté en situación de prestarle.

Sin embargo, a juzgar por los opinantes sobre la encuesta relativa a la cuestión agraria planteada por la redacción de LA PROTESTA, la idea de las comunidades ha hecho progresos. Hasta se ha intentado llevarla a la práctica por un grupo de compañeros de San Rafael. Nosotros estimamos que para ser todo lo eficaces que debieran ser y para eludir su transformación, un día, en empresas de lucro privado, habría que crearlas con el apoyo y la solidaridad del movimiento entero y someterlas al contralor de éste, como lo está nuestro diario y todas sus dependencias. Esta condición es muy importante, es esencial, porque al mismo tiempo que las distingue de las colonias anarquistas conocidas hasta aquí, les haría reconocerse órganos para el fomento de la mentalidad revolucionaria, cuya trayectoria sería la misma del movimiento obrero.

E. LOPEZ ARANGO

CONFESION DE IMPOTENCIA

Un alegato de la social-democracia rusa

Comprendiendo que pierden prestigio en las masas trabajadoras de Europa y que ese es un síntoma peligroso para su dictadura sobre el proletariado ruso, los dirigentes del gobierno de Moscú, por intermedio de los agentes de la Tercera Internacional, hacen periódicas reclutas de "visitantes" — socialistas, bolchevizantes y sindico-posibilistas —, encargados de hacer asombrosos descubrimientos en el país de los Soviets. Casi todas las delegaciones social-reformistas regresaron de Rusia, convencidas de las excelencias del régimen bolcheviqui, y tuvieron un interés especial en divulgar su convencimiento...

El sistema de las visitas de adversarios..., a los que existe en todos los casos la posibilidad de convencer, parece que da buenos resultados a los dictadores rusos. Con el informe de la delegación inglesa del trade-unionismo — que estando constituída por enemigos más o menos declarados de los procedimientos bolcheviquis, regresó a Inglaterra encantada de las cosas de Rusia — la Internacional comunista intentó dar un nuevo golpe a los líderes de la social-democracia europea, o cuando menos conseguir que se les abrieran las puertas de Amsterdam en igualdad de condiciones.

Parece, sin embargo, que el efecto de las declaraciones de los "conversos" británicos no fué todo lo amplio que esperaban los dictadores comunistas. De ahí que los agentes políticos de Moscú hayan preparado una nueva recluta de visitantes, entre los que debieran figurar también algunos representantes del sindicalismo revolucionario... No sabemos si los posibilistas de la revolución sindical aceptaron el papel de "investigadores", que lleva implícito el compromiso de admitir como real todo lo que confeccionan previamente los cicerones oficiales y la "mise es scene" que oculta las deformaciones del régimen bolcheviqui. Pero, a lo que parece, una nueva delegación social-reformista, bien nutrida y pertrechada, acaba de hacer un viaje de exploración al país de los Soviets.

La social-democracia europea tiene la opinión del capitalismo en todo lo que se relaciona con Rusia. Cuando Inglaterra, Francia y Estados Unidos fomentaban la contrarrevolución y sostenían el bloqueo económico como recurso para destruir el régimen bolcheviqui, los socialistas hacían coro a la burguesía en todas sus hipócritas lamentaciones. Pero en cuanto las grandes potencias modificaron su política y prefirieron atraerse a los gobernantes comunistas con la promesa de créditos y de su reconocimiento oficial, los jefes socialistas comenzaron a descubrir algunas cosas buenas en el régimen del Soviet.

Puede decirse que las delegaciones de visitantes socialistas comenzaron después que habían visitado a Rusia delegados de la industria y de la banca europea y norteamericana. El socialismo burgués, aun difiriendo en la apreciación de las fórmulas políticas de la dictadura bolcheviqui, aceptaba la reanudación de las relaciones comerciales y el reconocimiento diplomático del gobierno de Moscú en los casos en que era recomendada esa actitud por fuertes industriales o banqueros. De ahí que en el programa de todos los partidos social-demócratas figure el reconocimiento de Rusia — por razones puramente económicas, del dominio capitalista —, aun cuando teóricamente los jefes de las Internacionales reformistas continúen su lucha contra el fantasma de la "dictadura del proletariado".

En la nueva delegación que fué a Rusia estaba fuertemente representada la social-democracia alemana. El grupo alemán es el más propenso a dejarse conquistar por los halagos bolcheviquis. Pero como en Alemania está la sede del llamado partido social-demócrata ruso — de los restos dispersos de ese partido, que quedó fuera del reparto de puestos en el régimen del Soviet y por ello mantiene una platónica oposición al grupo marxista victorioso —, a los delegados germanos se dirigieron los socialistas rusos en demanda de apoyo para su causa.

Difícil es saber lo que quieren los social-demócratas rusos. En la carta dirigida al grupo alemán de la delegación que últimamente fué a Rusia, que es un alegato de impotencia más que una protesta contra las violencias bolcheviquis, los presuntos opositores a la dictadura — porque no la ejercen ellos — hacen curiosas declaraciones. Veamos las partes más interesantes de lo que se conoce

...de esa apelación política en un pleito ganado por los más audaces e inescrupulosos:

"El mayor interés de los socialistas que estudian a Rusia tal cual es, debería concentrarse en la contradicción fundamental que existe entre el bolcheviquismo y la socialdemocracia rusa e internacional. La expresión más fuerte de esa contradicción es el contraste entre los métodos socialistas de libertad y de democracia. Antes de resolverse a aprobar los procedimientos comunistas en Rusia, un socialista debería informarse de si el poder del partido comunista que domina en Rusia es realmente el poder de la clase obrera, permitiendo la libre expresión de la voluntad de la mayoría del proletariado. Al someter a un examen objetivo las garantías que la constitución soviética y el sistema de gobierno de los bolcheviquis ofrecen desde el punto de vista de la libertad de opiniones y de expresión, el socialista no debería dejar inadvertida la prohibición de toda actividad del partido socialista y la persecución de sus miembros".

Al hacer referencia a anteriores delegaciones social-demócratas que, como la de las Trade-Unions inglesas, regresaron de Rusia deslumbradas por el oropel bolcheviqui, los socialistas rusos expatriados declaran lo siguiente:

"Es verdad que los delegados plantearon la cuestión de las persecuciones de que son objeto los socialistas durante su estada en Rusia, y en los informes que presentaron a su regreso; pero sus declaraciones no están fundadas en sus propios estudios y juicios, sino sobre los argumentos comunistas, lo que está confirmado por el hecho de que en su crítica de la actitud de los socialistas rusos se han valido de las aserciones erróneas que los bolcheviquis han puesto en circulación sobre nuestro partido, para justificar los procedimientos de terror".

He aquí lo fundamental de esa declaración, en que se confiesa la impotencia de la social-democracia rusa. Los socialistas rusos aspiran a que se les tolere en el régimen bolcheviqui, comprometiéndose a acatar las leyes del Soviet y a no intentar un cambio violento de la situación. Dice la carta ya mencionada:

"Somos adversarios de la dictadura comunista; estamos persuadidos de que el ... [illegible]imiento de la clase obrera no puede ...arse por medio de esa dictadura y que la dictadura traba la independencia del proletariado; pero también estamos convencidos de que la vía de la lucha armada contra el gobierno de los soviets llegaría a juntarse con la vía de la contrarrevolución. Esta es la razón por la cual nuestro partido siempre ha sido contrario a toda intervención, abierta o disimulada, y durante la guerra civil ...ó a sus adherentes a la lucha armada contra la contrarrevolución de los ...res y de los militares. Nuestro primer deber es obtener que nuestra oposición sea legalmente reconocida por la constitución de los soviets; nuestro medio para llegar a ello es luchar obstinadamente a favor de postulados parciales, ...jo de conseguir la democratización de la constitución o, mejor dicho, su realización.

...lo que salta a la vista de cualquiera que conozca un poco la socialdemocracia. Pero a pesar de eso, los delegados que fueron a Rusia — y entre ellos ...n socialistas —, creyeron poder ...r las persecuciones contra los socialistas rusos pretendiendo que quisieran provocar una rebelión armada. La ...d de esa aserción queda demostrada por el solo hecho de que, entre los ...res y miles de socialistas rusos ...tan en los calabozos o en el destierro, no hay uno solo que sufra su pena ... de un fallo de tribunal; todas ... víctimas del poder administrativo ar... ¿Qué significa eso? Significa que los comunistas no pudieron entablar a los socialistas ninguna acción legal; significa que la actividad de los socialistas no está en contradicción con la constitución soviética; significa que los ..., que ignoran voluntariamente la constitución por temor a la opinión ... y a las leyes, luchan contra la democracia por medio de la arbitrariedad administrativa".

...cracia europea puede tomarse el trabajo de defender la causa de los socialistas rusos. Pero ese es un ... dependiente de la evolución de Rusia al capitalismo. Los socialistas trabajan sobre la realidad económica capitalista de Europa, y no tienen por hoy en cuenta las cuestiones políticas de detalle. Esa cuestión se solucionará por sí misma en cuanto el proletariado comprenda que su dictadura no sirve ni como espantajo para asustar a la burguesía internacional.

JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

Sólo permanecí una noche en el Depósito. Al día siguiente fuí trasladado a Mazas. Me alojaron en la primera División. El guardián era joven. Recién dado de baja del regimiento. Vino a conversar conmigo. Me contó que había intentado entrar en el ferrocarril, que contra su voluntad le habían metido a carcelero, pero que no pensaba prolongar su función de tal, lamentando haberse extraviado en ese presidio.

Pero sus visitas cesaron bruscamente. Al cabo de algunos días fuí sacado de la primera división y trasladado a la tercera.

Durante semanas y semanas estuve sin recibir ni cartas ni ninguna noticia de fuera. Por mi parte, me guardaba bien de escribir a quienquiera que fuese, pensando que eso no podía sino proporcionar molestias a mis corresponsales. Yo pensaba, sobre todo, en los Benoit, mis parientes de la calle Mouffetard, quienes, aunque no se ocupaban en modo alguno de la propaganda, habían sufrido dos requisas ya por el simple hecho de que vivían en la misma casa que yo, y porque no vacilaban en responder por mí a mis visitantes cuando yo me ausentaba.

Al día siguiente de mi arresto fuí llevado a la instrucción, pero no recuerdo nada de la entrevista.

El juez de instrucción era un tal Meyer, un sucio judío, — hay gente sucia en todas las razas, pero el epíteto se aplica demasiado bien al personaje para no discernírselo —, quien, parece, quería que se pronunciase su nombre "Mayet". Más tarde fué nombrado diputado. Una prueba más de que los electores no están asqueados.

Había buscado alguna distracción en la lectura, pero los libros del establecimiento contenían puras idioteces, en la gran mayoría de los cuales faltaban la mitad de las páginas, que no reemplazaban las inscripciones sobre los márgenes dejadas por aquellos por cuyas manos habían pasado. Aunque a veces las hubiera muy divertidas.

Hacía cuatro o cinco semanas que me aburría esperando de esta manera, cuando me vinieron a buscar para ir a la instrucción.

Llegado al gabinete de M. Mayer, — ¡perdón, M. Mayet! — este último se apresuró a anunciarme que yo era perseguido por la "Sociedad Moribunda". Y, al decirme ésto, sus ojillos centelleaban de malicia. Se veía que gozaba en servirme este pequeño aperitivo, en espera del proceso más substancial por la "Asociación de Malhechores".

Le observé que hacía cerca de seis meses que el volumen había aparecido y que, por lo tanto, la prescripción se había cumplido.

Había una nueva edición y era a ésta a la que se perseguía.

Esto era por jesuitismo, pues no creía que valiera la pena de discutirse.

Yo había tenido una discusión con Stock. Un armador, que trabajaba en la imprenta donde se había impreso "La Sociedad Moribunda", me había afirmado haber visto salir los clichés para hacer un nuevo tiraje. Yo se lo había dicho a Stock, quien negó tal cosa. Posiblemente no fuera más que un chisme sin fundamento, pero eso venía a relacionarse con otras discusiones, y yo estaba furioso contra Stock.

Interin, Rétte había venido a verme diciéndome que uno de sus amigos, que consideraba "La Sociedad Moribunda" como un buen libro de propaganda, se ofrecía para correr con los gastos de una edición popular.

A pesar de mis altercados con Stock, le participé tal ofrecimiento, y le propuse que se encargara de él. Pero Stock era enemigo de las ediciones baratas. Rehusó discutir el negocio.

—Lo haré sin usted.

—Lo haré retirar de la circulación.

—Eso es lo que veremos.

Un camarada belga, Juan Tordeur, obrero tipógrafo, me propuso que él se encargaría de la impresión del volumen, y logró hacer una hermosa pequeña edición, a la que yo había agregado un capítulo, "El Método Experimental", en el que hicieron hincapié para justificar las persecuciones, aunque ningún pasaje figurase entre aquellos que se perseguían.

El gobierno belga, para no atraerse el enojo del gobierno francés, le ganó de mano a éste, y persiguió al camarada Tordeur, que fué igualmente condenado a dos años de prisión.

El camarada a quien me había presentado Rétte, era arquitecto. Había edificado una casa de renta cerca de los Inválidos. En relación con los camaradas impresionistas, tuvo la idea de hacer ejecutar por muchos de ellos cuadros para adornar la casa susodicha. La prensa habló de ello; ésto no tuvo éxito con el propietario, quien, escandalizado, los hizo enjabelgar. Había allí cuadros de Luce, de Signac y, si mal no recuerdo, de Pissarro.

En lo sucesivo, este camarada fué uno de mis mejores amigos.

Vuelvo a mi asunto.

Perseguido por "La Sociedad Moribunda", fuí trasladado a la Conserjería, donde se me puso en una celda en la que se encontraba ya un joven apache de diez y siete o diez y ocho años y que estaba en su décimaquinta, décimasexta o décimaséptima condena. De lo que no estaba poco orgulloso y lo que le daba cierta gloria entre los guardianes.

De acuerdo con la ley, que condenaba a los anarquistas al aislamiento, vinieron a buscarle por la noche para trasladarlo a otra parte, pero tuvo tiempo de relatarme una parte de su historia.

Huérfano a temprana edad, abandonado a sí mismo, había comenzado por robar pan y los tarritos de leche que los abastecedores depositaban a la puerta de los clientes todavía dormidos. Luego siguió con los escaparates, y, en fin, con el ataque nocturno.

Hablaba de esto como si se refiriera a un oficio cualquiera. Sus condenas eran sus galones y condecoraciones. Pasible de confinamiento, se regocijaba ya de antemano.

Los días siguientes le oí — las galerías de paseo estaban cerca de mi celda — perorar en medio de un círculo de guardianes que reían con sus historias, de las cuales muchas no eran, tal vez, más que factancias.

El 28 de febrero pasé al juicio. Bulot, que debía difamarme, se vanagloriaba según parece, en los pasillos, de que me haría "obtener" cinco años, el máximum.

Como lo he apuntado, en su requisitoria, Bulot no dejó de leer mi suelto de la "Révolte", sobre la legislatura, que él no había podido digerir. A pesar de todo, no obtuvo sino dos años. Es verdad que era yo el que tenía que cumplirlos.

El presidente, cuyo nombre he olvidado, dió al interrogatorio tal giro que yo no pude meter baza. Esto fué llevado de mano maestra y terminado antes que tuviese tiempo de decir esta boca es mía.

Saint-Auban hizo un brillante alegato. Fuí yo el que no estuvo brillante. Obsesionado por la idea de que estaba prohibido leer, sea lo que fuere, en un proceso, yo no había preparado ninguna declaración. En cuanto a improvisarla hubiera tartamudeado. No podía, sin embargo, retirarme sin decir nada. Recurrí a la declaración de mi primer proceso.

—Acepto la responsabilidad de lo que he escrito. No reconozco a nadie el derecho de impedirme decir o escribir lo que pienso. Sois los más fuertes, haced lo que queráis. Eso no me impedirá tener razón.

Esto era monótono como tema... pero yo no podía embarcarme en extensas consideraciones. Y, después de todo, no era el mismo público.

Pero, terminada la representación, ¿qué es lo que veo? Mi defensor atraviesa el pretorio para ir hacia monsieur Bulot, que avanzaba con la mano extendida. ¡Saint-Auban felicitando a Bulot por su requisitoria y Bulot felicitando a Saint-Auban por su alegato. Los dos estrechándose la mano como dos viejos compañeros!

Ajalbert nos había dado ya este espectáculo en su pieza "La Fille Elisa". Esto no impidió que el acto me chocara en el momento. Pero no hay que perder de vista la influencia del medio, de la costumbre y otros factores similares. Saint-Auban, estoy cierto, me defendió con convicción y se tiró a fondo. Lo que no impide que lo que se llama la justicia sea una famosa comedia.

* * *

Fué a Ajalbert a quien yo me dirigí para que viniese a defenderme. Pero él no estaba en buenas relaciones con los jueces. Encargado en el último momento de la defensa de Vaillant, que había arrojado una bomba en plena Cámara de diputados, encontrando que no tenía el tiempo necesario para estudiar el expediente, pidió que se postergara el asunto, lo que le fué rehusado. Considerando que encargarse de la defensa en esas condiciones sería participar en un asesinato, Ajalbert rehusó asumir la responsabilidad de la defensa de Vaillant, y devolvió el legajo.

Lo que, por otra parte, no detuvo a los jueces, habiendo aceptado Laborie encargarse de la defensa.

No habiendo podido defender a Ravachol, ¿no querría dejar escapar a Vaillant?

Al pedido que yo le había hecho, he aquí lo que me respondió Ajalbert:

"Mi querido Grave:

Me sería imposible asistirle, por razones que yo no puedo indicar en extenso aquí, en el caso de que fuera usted perseguido por su libro.

Estas razones, estoy seguro, las aprobará, y estoy seguro también que no considerará mi rechazo como una defección de mi simpatía por su persona y su talento. No está allí el quid, ¿no es cierto? Dos días antes de recibir su carta publiqué un artículo sobre usted y su obra.

Mi parecer es que se haga defender, en esta ocasión, desde el punto de vista del derecho estricto, por un jurisconsulto.

No es el proceso de la anarquía el que se instruye, sino el del pensamiento humano, todo entero y en condiciones particulares, con leyes especiales, recientemente promulgadas. Sería menester, desde el punto de vista de la ley, demostrar lo que valen esas leyes, sobre todo en el caso de su libro. Si quiere que encuentre un defensor en este sentido, estoy a su disposición.

Siempre cordialmente suyo.

J. Ajalbert.

19 de noviembre de 1893."

Sin duda, hubiera debido prescindir del abogado. Considerando las monerías de la injusticia como una comedia, ¿por qué prestarse a ellas?

Evidentemente. Pero si no he retrocedido jamás ante ninguna de las consecuencias que entrañaba mi puesto en el movimiento, ni declinado ninguna de las responsabilidades que podía asumir, yo no he creído jamás tampoco que fuese necesario acatar las condenas sin protestar.

Al lanzarme a la propaganda sabía lo que me esperaba. Atacando a las autoridades era necesario esperar recibir, en cambio, golpes. Eso entraba en la partida de pérdidas y ganancias. Lo que no podría evitar lo soportaría. Estaba preparado a ello. Pero no tenía ninguna disposición a jugar a los mártires y más no siendo necesario. El miedo de un riesgo no me ha hecho silenciar jamás lo que

tenía que decir, pero ¿a qué forzar la nota?

Cuando se trataba de atrapar seis meses de prisión podía uno dejar a un lado a los jueces y rehusar jugarles su juego. Pero en presencia de cinco años a atrapar, sin contar los veinte de cárcel que nos reservaba el proceso que venía, por "Asociación de malhechores", consideré que hubiera sido estúpido dejarme acogotar sin defensa, sobre todo cuando no podía contar con mi "elocuencia" para eso.

Era por eso que yo me había dirigido a Ajalbert para que viniese a defenderme. Le respondí, pues, que le agradecería que me encontrase a alguien que le reemplazara, no conociendo yo, por mi cuenta, a nadie a quien dirigirme.

He aquí el telegrama por el cual Ajalbert me recomendaba a Saint-Auban:

"Mi querido Grave:

Mi colega y amigo Saint-Auban acepta la defensa. El le irá a ver en seguida. Conoce su libro y se encuentra, pues, bien preparado. No es el Saint-Aubin del que me han hablado y a quien yo no conozco. Es, créamelo, con conocimiento de causa que le aconsejo poner su defensa al cuidado de Saint-Auban. Será defendido por un filósofo y un jurisconsulto de espíritu amplio como pocos.

Suyo.

J. Ajalbert."

Fué de esta manera como conocí a Saint-Auban, de lo que sólo tengo que felicitarme.

En cuanto al Saint-Aubin de quien habla Ajalbert, yo no lo conocía sino por haberme encontrado una vez con él y porque él me había hecho decir que se encargaría de buena gana de mi defensa.

* * *

Vuelto a Mazas y metido yo no sé en qué división, no había tenido tiempo todavía de instalarme, cuando volvieron a buscarme para conducirme a otra división, en una celda bastante sucia.

A la caída de la noche volvieron a buscarme y me llevaron a una pieza, donde se encontraban dos guardianes, que me intimaron a que me desvistiera y me endosara un traje de presidiario.

Yo rehusé, apoyándome en mi "calidad" de condenado político, pidiendo ver al director, a quien fueron a buscar o hicieron ver tal cosa.

El director había salido. Pedí ver al inspector. El inspector había salido. Pedí ver al maestro que, me dijeron, le reemplazaba. La misma comedia que para el director y el inspector. ¡Eso era la administración Benoiton! ¡Todo el mundo había salido!

Discutí algún tiempo, rehusando endosarme el traje que se me presentaba. Pero ¿a qué? Yo no era de talla como para resistir a dos guardianes. A lo sumo ¿valía eso la pena? Hice de tripas corazon.

Pero esto no era más que el preludio. Al día siguiente me trajeron un banquino, una vieja lima de dientes gruesos, y con eso debía descortezar nueces, de las que me dejaron una bolsa llena.

Me puse a trabajar. Después de todo era un derivativo. Golpeaba torpemente sobre las nueces. Pero a veces golpeaba en falso y el golpe no era perdido por mis dedos.

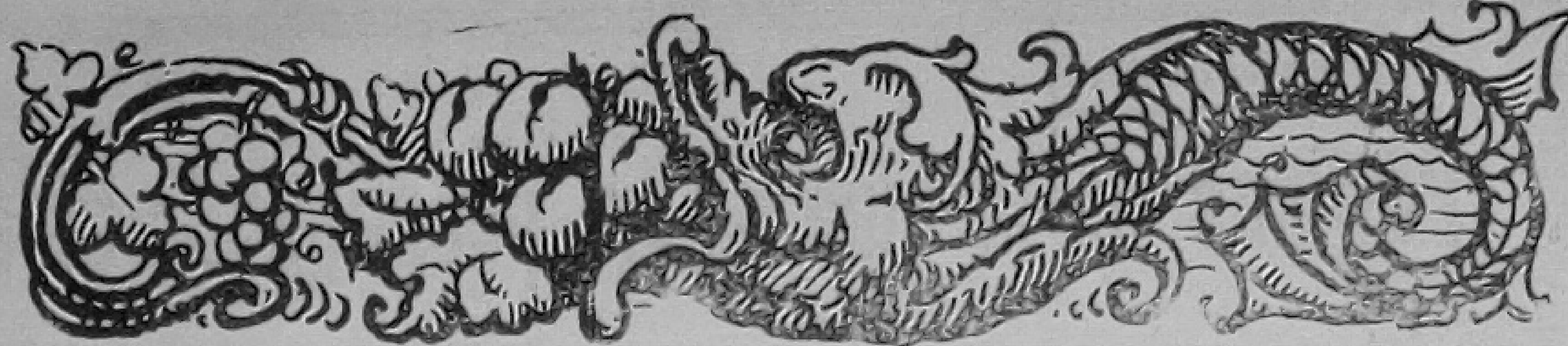
A pesar de todo, no pudiendo digerir el traje de presidiario, escribí a Saint-Auban para informarle del caso.

A los pocos días, en todo caso no era un domingo, fuí llamado a la sala de recibo de los abogados. Saint-Auban me esperaba.

Le conté — él estaba en condición de verlo, por otra parte — que me habían forzado a ponerme el traje de presidiario.

Pero por la rabia de no haber sido capaz de decir todo lo que hubiera debido decir, la soledad, el enervamiento, se me anegaron los ojos en lágrimas, como una Magdalena, al relatarle mis desazones, y mientras me lamentaba le rogaba que no prestara atención, que eran simplemente los nervios.

Calmada la crisis, pude terminar tranquilamente de relatar mi asunto. Pero los golpes que me había dado sobre los dedos me habían ocasionado grandes cardenales, que yo estaba en trance de pinchar cuando fuí llamado a la sala de recibo. Mis manos sangraban, mientras contaba mi historia y me enjugaba la sangre con el pañuelo. Tuve que explicar de dónde venía eso.



Al día siguiente, en la "Libre Parole", en la que él colaboraba, Saint-Auban escribió un artículo emocionante, protestando contra mi alojamiento entre criminales de derecho común, dramatizando las heridas de mis dedos. Eso era enteramente patético, pero se me ocurre muy exagerado.

Pobre Saint-Auban. Espero que el dios en quien él cree, le perdonará esa exageración en favor del propósito.

Pero el fin justifica los medios. No habían pasado cuarenta y ocho horas que el artículo había aparecido cuando vi entrar en mi celda al director en persona, que venía a informarse de mi salud. Y que, después de algunos tartajeos insignificantes, me dijo:

—Se le ha puesto el traje de presidiario. No debe ser muy rico, ¿no es verdad? Se le entregarán sus propios vestidos. Se le devolverán, por otra parte, cuando vaya a la instrucción. Los tendrá de nuevo en su poder cuando haya terminado su tiempo.

Luego, al salir, viendo sobre mi mesa el libro de Flaubert, "Madame Bovary":

—¿Desde cuándo se había permitido la entrada de volúmenes, de a la vez? ¿Cómo se ha permitido la entrada de "Madame Bovary"!

Se fué, sacudiendo la cabeza, como si no comprendiera tamaña falta de disciplina.

El mismo día me quitaron las nueces, se me dieron alamares para coser sobre mapas. Trabajando enérgicamente hubiera podido ganar diez céntimos por día.

Al día siguiente se me llamó para la visita del médico.

—Pero yo no he podido ir a la visita—dije al guardián.

—Eso no le hace. Usted está inscripto para ir allí.

Fuí a ver al doctor. El me preguntó lo que tenía.

—No tengo nada.

—Eso no le hace. Le haré una receta

Ya olvidé sus prescripciones. Luego, cuando iba a dejarle:

—¿Le gustará, tal vez, la leche? Le recetaré leche.

Yo, que todas las mañanas bebía mi litro de leche en el escritorio, pensé que no podía caer en mejor ocasión. Vaya por la leche.

Durante una quincena, por lo menos, tuve mi botella de leche todas las mañanas.

Yo sospechaba que ese cambio de frente era debido a la visita de Saint-Auban, pero no fué sino mucho más tarde cuando tuve conocimiento de su artículo.

* * *

Durante este tiempo los atentados habían recrudecido en París. Habían tenido lugar explosiones en hoteles amueblados, a la visita del comisario de policía, llamado por una carta de alguien que pretendía suicidarse en el susodicho hotel. Luego, el atentado de Terminus, con el arresto de Emilio Henry, y, en fin, la bomba de la Madeleine, donde pereció Pauwels. La ejecución de Vaillant en seguida.

Saint-Auban me había pasado los números del "Fígaro", relatando su proceso, así como sus declaraciones en la instrucción. No quisiera maldecir de alguien que sacrificó su vida por sus ideas, pero yo no pude dejar de pensar, en la lectura, que sus declaraciones concernientes a sus relaciones con Paul Réclus venían allí como tiradas por los cabellos. Yo ignoraba hasta qué punto de intimidad podían haber llegado estas relaciones, muy poco íntimas, creo. Al jactarse, ante el juez de instrucción, de sus relaciones con los Réclus, ¿Vaillant no había obedecido a un mezquino sentimiento de vanidad? Esto no era anodino, puesto que para Paul Réclus le valió ser introducido en el proceso de los treinta, con veinte años de cárcel en perspectiva.

Después del director fué el guardián jefe el que vino a visitarme. Su primera palabra, al verme escribir, fué decirme:

—¿Sabe usted que no puede mandar nada sin autorización?

Yo le di las gracias — interiormente — por el aviso. Tomaría mis precauciones.

Para pasar el tiempo había escrito proyectos de cuentos, novelas, y escrito todo el borrador de las "*Aventuras de Nono*". Hice pasar esto sin molestar a la administración, sin retardarme en una autorización aleatoria.

Estar encerrado semanas, meses, entre cuatro muros, sin saber lo que pasa fuera, sobre todo cuando uno sabe que se encarcela continuamente, que los parientes, que los amigos lo están tal vez ya, esto os hace, de todos modos, pasar momentos dolorosos.

Estaba, es cierto, Saint-Auban, pero no ¡me tenía a mí sólo para ocuparse. Era una ráfaga de aire fresco que me venía cuando él me visitaba. Pero, por desgracia, sus visitas eran demasiado raras.

A falta de algo mejor, me divertía en echar, desde mi celda, migajas de pan, que venían a picotear los gorriones. Pero un guardián vino a advertirme que eso estaba prohibido, lo que no me impidió, por otra parte, continuar.

El peluquero no vino sino una sola vez a afeitarme. El guardián no abandonó un solo momento la celda.

Una cosa que me intrigó fuertemente y de la cual no he tenido hasta ahora la explicación, es que cuando yo iba a una nueva celda, a través de mis diversas idas y venidas, mi cartel no llevaba sino la inscripción ordinaria. Cuando volvía a salir de ella estaba adornada con uno de esos pequeños cuadrados de papel engomado que se pueden deesprender de las hojas de estampillas. Yo noté este mismo cuadrado de papel sobre los carteles de aquellas celdas cuando salía para el paseo cotidiano. El susodicho cuadrado de papel me siguió por todos mis cambios de alojamiento en Mazas.

Un día fuí llamado a la sala de recibo. Era madame Benoit que, por fin, había obtenido la autorización de visitarme.

Lo que yo me temía se había producido. La policía, en ocasión de una nueva "razzia". les había visitado. Fué el comisario de policía del distrito quien dirigió la operación. No era un mal diablo. "Yo sé que usted no se ocupa de nada, le dijo a Benoit. Le retendré en mi escritorio y pediré instrucciones."

Pero a pesar de sus buenas intenciones le fué dada la orden de conducir a su prisionero al Depósito.

Al tercer o cuarto día fué interrogado

—¿Por qué se le arrestó?

—Yo no sé nada. Porque soy pariente de Grave, supongo.

—Debe ser esto, en efecto — dijo el otro.

La misma noche los pusieron en libertad.

Por mi visitante tenía, por fin, noticias de aquellos que conocíamos. De los que estaban arrestados. De los que estaban todavía en libertad. La pobre "Révolte" había sobrevivido. Mercier, ayudado por Gauche, había tratado de continuarlas después de mi arresto; pero había sido forzado a abandonar la empresa, después de los nueve números. Toda la correspondencia había sido saqueada en el correo. El periódico no servía sino de emboscada.

(*Concluirá*).

EMMA GOLDMAN

LA PROSTITUCION

(*Conclusión*)

Muchachas, todavía niñas, que trabajan amontonadas, en talleres, a veces con temperaturas tórridas, durante diez o doce horas al pie de una máquina, forzosamente deben hallarse en una constante sobreexcitación sexual. Muchas de esas muchachas no poseen hogares confortables ni nada parecido; al contrario, viven en continua penuria; entonces la calle o cualquier diversión barata le servirá para olvidar la rutina diaria. Todo esto trae como consecuencia natural la proximidad de los dos sexos. Es, pues, muy difícil afirmar cuál de los dos factores condujeron a ese punto culminante de la sobreexcitación sexual de la joven; mas el resultado será el mismo. Ese es el primer paso hacia la prostitución. No es ella la responsable, por cierto. Al contrario, esa falta recae sobre la sociedad; es la total carencia de comprensión; nuestra falta de una justa apreciación de los sucesos de la vida; especialmente la culpa es del moralista, que condena a la que cayó para una eternidad, solamente porque se desvió del *sendero de la virtud*; eso es, porque realizó su primer experiencia sexual sin la sanción de la iglesia y del Estado.

Ella se sentirá completamente al margen de la vida social, que le cerrará las puertas. Su misma educación y todo lo que se le ha inculcado, hará que se reconozca una depravada, una criatura caída para siempre, sin el derecho a levantarse más, sin que nadie le extienda la mano; al contrario, se tratará de hundirla cada vez más. Es así como la sociedad crea las víctimas y luego vanamente intenta regenerarlas. El hombre más mezquino, el más corrompido y decrépito podrá aún considerarse muy bueno para casarse con una mujer, cuya gracia comprará muy ufano, en vez de pensar que puede salvarla de una vida de horrores. Tampoco podrá dirigirse a su hermana la honesta en busca de amparo, de auxilio moral; ésta, en su estupidez, teme mancillar su pureza y castidad, no comprendiendo que en muchos aspectos su posición es más lamentable que la de su hermana en la calle.

"La mujer que se casa por dinero, comparada con la prostituta, es verdaderamente un ser despreciable, dice Havelock Ellis. Del mismo modo se prostituye, se le paga menos, en cambio, por su parte retribuye mucho más en trabajo y cuidados y se halla atada a un solo dueño. Por empezar, la prostituta nunca firma un contrato, por el cual pierde todo derecho sobre su persona, conserva su completa libertad de entregarse a quien quiere, no obstante hallarse obligada siempre a someterse a los brazos de los hombres".

No se trata mejor a esa mujer casada, si llegan a su noticia las palabras de la apología de Lecky, al decir de la prostituta: "aun cuando sea la suprema encarnación del vicio, es también la más eficiente salvaguardadora de la virtud: Gracias a ella, cuántos hogares aparentemente respetables escaparon de ser corrompidos, mancillados por prácticas antinaturales; sin ella, estas aberraciones del sentido genésico abundarían más de lo que se puede suponer".

Los moralistas se hallan siempre dispuestos a sacrificar una mitad de la raza humana para la conservación de algunas miserables instituciones que ellos no pueden hacer prosperar. En rigor, la prostitución no representa tampoco una salvaguarda más para asegurar la pureza del hogar, como no lo representan esas mismas leyes, cuyos efectos pretende contrarrestar. Casi el cincuenta por ciento de los hombres casados frecuentan los prostíbulos o los patrocinan. Es a través de este virtuoso elemento que las casadas — y aun los niños — contraen enfermedades venéreas. Asimismo no tiene ninguna palabra de condenación para el hombre, mientras que para la indefensa víctima, la meretriz, no hay ley

la suficiente monstruosa que la persiga y la condene. No es solamente la presa de los que la poseen, durante el ejercicio de su profesión; lo es también de cada policeman y de cada miserable detective que la persiga, de los oficialitos de los puestos de policía y de las autoridades de todas las cárceles a donde llegue.

En un reciente libro, escrito por una mujer que regenteó una de esas *casas*, se puede hallar la siguiente anotación: "Las autoridades del lugar me obligaban a pagar todos los meses, en calidad de multa, de $ 14.70 a $ 29.70; las pupilas debían pagar de $ 5.70 hasta $ 9.70 solamente a la policía". Si se tiene en cuenta que la autora hacía sus negocios en una ciudad pequeña, las sumas que cita no comprenden las extras en forma de contravenciones, coimas, y etc.; de lo que se puede deducir la enorme renta que reciben los policías de los departamentos, extraídas, sonsacadas del dinero de esas víctimas, que ellos tampoco desean proteger. Guay de la que se rehuse a oblar esa suerte de peaje; será arrastrada como [illegible], aunque no fuera más que para ejercer una favorable impresión sobre los honestos y buenos ciudadanos de esas ciudades, o también para obedecer a las autoridades que necesitan cantidades extras de dinero, además de las lícitas. Para las mentalidades enturbiadas por los prejuicios que no creen a la mujer caída incapaz de emociones, le será imposible imaginarse, sentir en carne propia la desesperación, las afrentosas humillaciones, las lágrimas candentes que vierte cuando la hunden cada vez más en el fango.

¿Parecerá acaso extraño que una mujer que regenteara una de esas *casas* sepa expresarse tan bien, con tal vehemencia, sintiendo de tal manera? Más extraño me parece el proceder de este buen mundo cristiano que supo sacar provecho, trasquilar, hacerle pagar su tributo de sangre y dolor a semejante criatura y luego le ofrece otra recompensa que la detención y la persecución. ¡Oh la caridad de este buen mundo cristiano!

Se está investigando con mucha violencia contra la trata de blancas que se importa desde Europa a Norte América. ¿Cómo podrá conservarse virtuoso este país si el viejo mundo no le presta su ayuda? No niego que en una pequeña parte sea esto verdad, tampoco niego que existen emisarios en Alemania y en otras naciones haciendo su innoble comercio de esclavas con los Estados Unidos. Pero me niego absolutamente a creer que este tráfico asuma apreciables proporciones, en lo que respecta a Europa. Si es verdad que la mayoría de las prostitutas de Nueva York son extranjeras, sucede también por lo mismo que la mayoría de su población está compuesta de extranjeros. Desde el momento que se va a otra ciudad del territorio norteamericano, Chicago, por ejemplo, encontraremos que las prostitutas extranjeras se hallan en ínfima minoría.

Igualmente exagerada es la creencia basada en que la mayoría de las mujeres que comerciaban sus encantos en las calles de esta ciudad, ejercitaban el mismo tráfico en sus países respectivos antes de venir a Norte América. Muchas de estas muchachas hablan un excelente inglés, se americanizaron en sus modales y vestir, — lo que es un fenómeno imposible de adaptación, de verificarse, a menos que hayan permanecido bastantes años en este país. Lo cierto es ésto, que fueron arrastradas a la prostitución por las condiciones del ambiente norteamericano, a través de las costumbres norteamericanas, inclinadas a un lujo excesivo, a la afición desmedida por sombreros y vestidos vistosos, y naturalmente para todas estas cosas se necesita dinero, — dinero que no se gana en las fábricas, ni en las tiendas.

En otras palabras, no hay razón para creer que ningún grupo comercial de Europa desee correr los riesgos de gastos exorbitantes para importar aquí *productos extranjeros*, cuando por las mismas condiciones del ambiente el mercado está lleno con miles de muchachas del país. Por otra parte, hay también pruebas suficientes para afirmar que la exportación de mujeres jóvenes norteamericanas, no constituyen un factor desdeñable.

[illegible] está un ex secretario de un juez del Cook County, Ill., Clifford G. Roe, quien denunció abiertamente que se embarcaban muchachas del Estado de Nueva York para el exclusivo uso de los empleados del Tío Sam en Panamá. Mr. Roe agregaba que le pareció que había un ferrocarril subterráneo entre Boston y Wáshington, en el que continuamente viajaban mujeres de *esas*. ¿No es muy sugestivo que esa línea ferroviaria vaya a morir en el centro y en el corazón de las autoridades federales? Ese Roe dijo mucho más de lo que se deseaba en las esferas oficiales, y la prueba es que al poco tiempo fué destituído. No es muy sensato que los empleados de la administración nacional se pongan a narrar cierta clase de cuentos.

Las excusas que se adujeron para aminorar la gravedad de este suceso, estribaban en las particularidades climatéricas de Panamá y en que allí no existía ningún meretricio. Es el sólito sofisma, la sólita hoja de parra con la que un mundo hipócrita quiere escudarse porque no se atreve a enfrentar la verdad.

El sacrificio de Sacco y Vanzetti



Dibujo de Daenens

Después de Mr. Roe se halla James Bronson Reynolds, quien hizo un estudio completo de la trata de blancas en Asia. Siendo este un típico norteamericano y amigo del futuro Napoleón estadounidense, Teodoro Roosevelt, se puede asegurar que es el último hombre que intenta desacreditar las virtudes innatas de su país. Así es como nos informa sobre los establos de Augias del vicio norteamericano. Hay allí prostitutas norteamericanas que se pusieron de tal modo en evidencia, que en el Oriente la "American girl" es sinónimo de prostituta. Mr. Reynolds le hace recordar a sus conciudadanos que mientras los norteamericanos en China se hallan bajo la protección de sus cónsules, los chinos en Estados Unidos están completamente desamparados. Todos los que conocen las brutales y bárbaras persecuciones que la raza amarilla soporta en casi toda la costa del pacífico, han de ver con agrado la amonestación de Mr. Reynolds.

En vista de todos los hechos descriptos, es un poco absurdo señalar a Europa como un foco de infección, de donde proceden la mayoría de las enfermedades sociales que llegan a las playas norteamericanas. Y esto es tan absurdo como proclamar que la raza judía es la que proporciona el más cuantioso contingente de esta desarmada presa ante todos los apetitos. Estoy segura que nadie podrá acusarme de nacionalista en ningún sentido. He podido despojarme de este prejuicio como de otros — de lo que me hallo muy satisfecha. Es por eso que me fastidia oír la afirmación de que aquí se importan las prostitutas judías, y si protesto acerca de tal infundio, no es por mis simpatías judaizantes, sino por los rasgos inherentes de la vida de esa gente, que conozco muy bien. Nadie ha de decir que las jóvenes judías emigran a tierras extrañas, si no sabe que algún pariente cercano o lejano ha de acompañarlas. La muchacha judía no es aventurera. Hasta hace pocos años no abandonaba su hogar, aun para ir a la próxima aldea o ciudad, donde podía visitar alguien de su relación. ¿Es entonces probable que una joven judía deje su familia, viaje miles de millas hacia tierras desconocidas bajo la influencia de promesas y de fuerzas extrañas? Id si queréis hacia esos grandes transatlánticos y comprobad si esas muchachas no llegan acompañadas con sus parientes, hermanos, tías o familias amigas. Habrá excepciones, naturalmente, pero de ahí a establecer que un gran número de jóvenes judías vienen importadas con el propósito de la prostitución y de cosas parecidas, es desconocer completamente la psicología hebrea.

Los que viven en casas de cristal no deberían arrojar piedras al techo de las ajenas; además, los cristales norteamericanos son un poco delgados y pueden romperse fácilmente, y en el interior no habrá cosas placenteras para ser exhibidas en público.

Adjudicar el aumento de la prostitución a la alegada importación extranjera, al hecho de extenderse cada vez más el proxenetismo, es de una superficialidad abrumadora. Como ya me referí al primer factor, el segundo, los proxenetas, detestables como son, no se debe ignorar que forma parte esencialmente de una fase de la prostitución moderna, — fase acentuada por las persecuciones y los castigos resultantes de las esporádicas cruzadas llevadas a cabo contra ese mal social.

El proxeneta, no dudando que es uno de los miserables especímenes de la familia humana, ¿en qué manera puede ser más despreciable que el policeman, quien le arranca hasta el último centavo a la pobre trotadora de la calle para luego conducirla presa todavía? ¿Cómo el proxeneta ha de ser más criminal, o una más grande amenaza para la sociedad cuando los propietarios de grandes almacenes, de tiendas o fábricas, buscan sus víctimas entre el personal femenino para satisfacer sus ansias bestiales y después enviarlas a la calle? No intento defender al proxeneta de ningún modo, mas no comprendo por qué se le ha de dar caza despiadadamente, cuando los verdaderos perpetradores de las iniquidades sociales gozan de inmunidad y de respeto. Entonces, hay que recordar muy bien que ellos también contribuyen a hacer a las prostitutas, no solamente el proxeneta. Es por nuestra vergonzosa hipocresía que se creó la prostituta y el proxeneta.

Hasta el año 1894 estaba muy poco difundido en Norte América el hombre que vivía exclusivamente de las mujeres *alegres*. Por entonces tuvimos unos ataques epidérmicos de virtud. El vicio debía abolirse y el país purificarse a toda costa. El cáncer social fué extirpado del exterior para que sus raíces arraigaran más hondamente en el organismo de la nación. Los propietarios de prostíbulos y sus infelices víctimas se hallaron a merced de la policía. Se subsiguió la inevitable consecuencia con exorbitantes multas, las coimas y la penitenciaría.

Las pupilas antes relativamente amparadas en los meretricios, por representar ellas cierto valor monetario, se encontraron en la calle como presas indefensas en las manos del policía groseramente codiciosa. Desesperada, necesitando que alguien las protegiera amándolas, les fué muy fácil caer en los brazos de los proxenetas, — uno de los productos más genuinos de nuestra era comercial. De ahí que la modalidad social del proxenetismo no fué más que una excrecencia natural de las persecuciones de la policía, de las bárbaras puniciones y el intento siempre frustrado de suprimir la prostitución. Sería absurdo confundir esa faz moderna de los males sociales con esta última.

La opresión simple y pura y los proyectos de leyes coercitivas no han de servir más que para amargar a la infortunada víctima de su misma ignorancia y estupidez, y luego llevarla a la última degradación. Uno de ellos logró su máxima severidad, proponiendo que a las prostitutas se les diera el tratamiento de los criminales, y las cogidas en flagrante, se las penaría con cinco años de cárcel y 10.000 dólares de multa. Semejante actitud sólo demuestra la obtusa incomprensión de las verdaderas causas de la prostitución, como factor social, como también esto es una manifestación del puritánico espíritu de otros días sangrientos en la historia del Puritanismo.

No existe un escritor moderno que al tratar este asunto no señale la completa futilidad de estos métodos legislativos con sus innumerables medios de coerción. El Dr. Blaschko dice que las represiones gubernativas y las cruzadas moralizadoras nada consiguen más que dispersar el mal social que quieren combatir por miles de otros conductos secretos, multiplicando así los peligros para la sociedad. Havelock Ellis, el temperamento más humanitario y el estudioso más profundo de la prostitución, nos hace comprobar con el fehaciente testimonio de citas históricas, que cuanto más drástico es el método de represión, mucho más empeora las condiciones de ese mal. Entre una de esas citas se halla la siguiente: "En 1560 Carlos IX abolió con un edicto todos los prostíbulos; pero el número de las meretrices no hizo más que aumentar, mientras otras casas de lenocinio fueron apareciendo clandestinamente, siendo muchos más peligrosas que los anteriores. A despecho de esa legislación, o *por causa de*

PEDRO KROPOTKIN

El hombre - La producción - La vida

¿Son verdaderamente económicos los medios que ahora se emplean para satisfacer las necesidades humanas con el sistema de división permanente de funciones y producción mercantilizada?

¿Llevan realmente a economizar fuerzas humanas, o son sólo restos dispendiosos de un pasado que, sumergido en la obscuridad, la ignorancia y la opresión, nunca se hizo cargo del valor social y económico del hombre?

En la agricultura puede considerarse como probado que, si una pequeña parte del tiempo que ahora se dedica al cultivo en cada país o región, se emplease en mejoras permanentes del suelo, bien meditadas y ejecutadas socialmente, la duración del trabajo para producir el pan anual de una familia compuesta, en promedio, de cinco individuos, sería menor de quince días al año, y el trabajo indispensable para tal objeto, resultaría beneficioso para toda persona sana.

También se ha probado que, con el sistema de la horticultura intensiva — en parte bajo vidrio — legumbres, verduras y frutas pueden producirse en tal cantidad, que todos las tendrían en abundancia dedicando a su cultivo las horas que cada uno invierte voluntariamente en trabajar al aire libre, después de haber pasado la mayor parte del día en la fábrica, la mina o el estudio. Esto siempre que no fuera obra del individuo aislado, sino acción combinada y metódica de la agrupación de productores.

Asimismo se ha probado que en una combinación acertada del trabajo, veinte o veinticuatro meses de labor individual bastarían para asegurar a perpetuidad a una familia de cinco personas un departamento o una casa provista de todas las comodidades que la moderna higiene y el buen gusto exigen. Igualmente se ha demostrado que, adoptando nuevos métodos de educación, es fácil proporcionar a los niños de una mediana inteligencia, antes de que lleguen a la edad de catorce o quince años, un amplio y general conocimiento de la Naturaleza, así como de las sociedades humanas, familiarizar su entendimiento con los buenos métodos de investigación científica y de trabajo técnico, e inspirar sus corazones en un profundo sentimiento de solidaridad humana y de justicia.

Todo esto se ha probado; es la adquisición del tiempo en que vivimos; adquisición lograda a pesar de los innumerables obstáculos arrojados en el camino de todo pensamiento elevado. Es la obra de los obscuros cultivadores de la tierra, de cuyas manos, Estados ambiciosos, propietarios territoriales e intermediarios, arrebatan el producto de su trabajo, aun antes de que esté en sazón; y es la obra también de obreros intelectuales que, muy a menudo caen aplastados bajo el peso de la Iglesia, del Estado, de la competencia comercial, de la inercia del entendimiento y de las preocupaciones sociales.

Y hoy, después de todas estas conquistas, ¿cuál es el verdadero estado de cosas? Las nueve décimas partes del total de la población de países exportadores de granos, como Rusia, la mitad de la misma en otros, como Francia, que se alimenta de su suelo, labran la tierra, casi como lo hacen los esclavos de la antigüedad. Al fin de este siglo, pueblos enteros aran con el mismo arado que sus antecesores medioevales; viven en la misma incertidumbre respecto al mañana, negándoseles igualmente con empeño la educación; y si quieren reclamar su derecho a la vida, tienen que marchar con sus mujeres y sus pequeñuelos contra las bayonetas de sus propios hijos, como hicieron los antepasados.

En países desarrollados industrialmente, un par de meses de trabajo, y aun mucho menos, bastarán para producir a una familia una buena y variada alimentación vegetal y animal. Y, no obstante, las investigaciones de Engels y sus partidarios, muestran que la familia del trabajador tiene que gastar la mitad, por lo menos, de su salario anual; esto es, dar seis meses de trabajo, y con frecuencia más, para proporcionarse el sustento. ¿Y de qué clase? ¿Acaso no es el pan, y alguna grasa, el principal alimento de más de la mitad de los niños británicos?

Bastaría un mes de trabajo anual para proveer al obrero de una morada saludable, y sin embargo tiene que gastar del 25 al 40 por 100 de su salario anual; esto es, de tres a cinco meses del tiempo que trabaja al año, para alquilar una habitación que, casi siempre, es insalubre y demasiado reducida, y que nunca llegará a ser suya, a pesar de que a la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años tiene la seguridad de que será despedido de la fábrica, porque entonces una máquina y un niño ejecutarán el trabajo que él hacía.

Nadie ignora que el joven debería, por lo menos, estar familiarizado con las fuerzas de la Naturaleza, que algún día habrá de utilizar; que necesitaría estar preparado a ver sin prevención el constante progreso de la ciencia y el arte; que le convendría estudiar ciencias y aprender un oficio. Todo el mundo estará conforme por lo menos en esto, pero en la práctica, ¿qué se hace? Desde la edad de diez años y aun de nueve, enviamos al niño a empujar una vagoneta en una mina, o a atar los dos extremos del hilo roto en la hilandera. Desde la edad de trece, obligamos a la muchacha, que sólo es una criatura, a trabajar como una mujer en el telar de mano, o a consumirse en el ambiente envenenado y caliginoso de una fábrica de algodón, o a perder la salud en las mortíferas salas de una alfarería del condado de Stafford. Respec- glos pasados vemos en ellos los mismos sufrimientos, pero podemos disculparlos, suponiendo que entonces quizás eran inevitables por la ignorancia que en aquella época prevalecía; pero hoy el genio del hombre, estimulado por nuestro moderno renacimiento, ha indicado ya la nueva ruta a recorrer.

Durante miles y miles de años la producción del alimento era una carga, casi un castigo para la humanidad. Ya no debe serlo. Si os hacéis vosotros mismos el suelo y en parte la temperatura y la humedad que cada cosecha requiere, veréis que la producción del alimento anual de una familia, en condiciones racionales de cultivo, requiere tan poco trabajo, que casi puede hacerse como un mero cambio de ejercicio. Si os dedicáis a labrar con ayuda de vuestros vecinos, en vez de lesto a los que han tenido la relativa buena suerte de recibir alguna educación, fatigamos su inteligencia con un trabajo excesivo, les privamos conscientemente de toda posibilidad de hacerse productores y con el sistema de educación cuyo objeto es la "utilidad" y los medios la "especialización", hacemos trabajar hasta el aniquilamiento a los pobres maestros que toman a pecho su labor. ¡Qué torrentes de inútiles sufrimientos derraman sobre el mundo esos pueblos que se llaman civilizados! Si volvemos la vista a los si vantar altas tapias para no veros unos a otros, si utilizáis lo que enseña la experiencia y llamáis en vuestra ayuda a los inventos de la ciencia y el arte, que siempre responden al llamamiento (ved, si no, lo que se ha hecho en el ramo de guerra) os sorprenderá la facilidad con que podréis extraer del suelo un alimento rico y variado. Admiraréis la cantidad de conocimientos útiles que los hijos adquirirán al lado de sus padres, el rápido crecimiento de su inteligencia y la facilidad con que se harán cargo de las leyes de la Naturaleza.

Colocad las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y en otras alternativamente. No hablo de esos vastos establecimientos donde se funden los metales en grande escala y que deben situarse en lugares determinados, sino de la variedad de talleres y fábricas indispensables para satisfacer la infinidad de gustos de los pueblos civilizados; no de esas fábricas en las que los niños pierden hasta su apariencia de seres humanos, sino de aquellas ventiladas, higiénicas, y, por ende, económicas, en las cuales la vida humana se aprecia más que las máquinas o el deseo de ganancia, y cuyos modelos, aunque limitados, se ven ya en varias partes: fábricas y talleres hacia los que los hombres, las mujeres y los niños no vayan empujados por el hambre, sino atraídos por el deseo de hallar una ocupación en armonía con sus inclinaciones, y en donde, ayudados por el motor y la máquina, elegirán el ramo de actividad más conforme con sus aspiraciones y sus gustos.

Que esas fábricas y talleres se construyan, no para negociar vendiendo cosas inútiles y nocivas a los esclavizados africanos, sino para llenar las necesidades desatendidas de millones de europeos, y entonces contemplaréis maravillados con qué facilidad y en qué poco tiempo pueden cubrirse nuestras exigencias y disponer hasta de artículos de lujo, desde el momento en que la producción se encamine a satisfacer verdaderas necesidades y no a engordar a los accionistas con crecidos dividendos. Pronto os sentiréis interesados en ese trabajo y apreciaréis en vuestros hijos su vivo deseo de conocer la Naturaleza y sus fuerzas por sus insistentes preguntas respecto al poder de la maquinaria, así como la rapidez con que su genio inventivo se desarrolla en ellos.

Este es el porvenir que creo posible, realizable; tal es el presente, ya condenado y próximo a desaparecer. Y lo que nos impide volverle la espalda a este presente y marchar hacia el porvenir, o dar los primeros pasos hacia él, no es la "deficiencia científica", sino nuestra estúpida ambición — la del hombre que mató la gallina que ponía huevos de oro; — y nuestra inercia mental, esa cobardía del entendimiento tan cuidadosamente cultivada en todos los tiempos.

La ciencia y los llamados conocimientos de la vida práctica le han dicho al hombre durante siglos:

"Debes ser rico para satisfacer tus necesidades materiales; pero el único medio de alcanzarlo es el de educar de tal modo tu inteligencia y tus aptitudes, que permitan obligar a otros hombres esclavos, siervos o asalariados a producir esa riqueza para ti.

"Tienes que elegir: o te conformas con figurar entre los campesinos y los artesanos, que por mucho que los economistas y moralistas les prometan para el otro mundo están ahora condenados periódicamente a morirse de hambre después de cada mala cosecha o durante sus enfermedades, y a ser ametrallados por sus propios hijos en el momento que pierdan la paciencia o tienes que desenvolver tus facultades de modo que llegues a ser un jefe militar, o una de esas personas que se transforman en rueda de la máquina gubernamental del Estado, o que so pretexto del comercio y de la industria especulan con sus semejantes".

Durante muchos siglos no ha habido otra alternativa, y los hombres han seguido ese consejo, sin encontrar en él la felicidad ni para ellos ni para sus hijos. Otra cosa ofrece la civilización moderna a los hombres pensadores. Les dice que para ser ricos no necesitan quitarles el pan de la boca de los demás, sino que lo más racional es constituir una sociedad en la que los hombres, con el trabajo de sus brazos y de su inteligencia, y ayudados por las máquinas creasen ellos mismos toda la riqueza imaginable. No serían las ciencias y las artes las que se quedasen retrasadas si la producción caminaba por tal vía. Guiadas por la observación, el análisis y la experiencia, atenderían todas las exigencias; reducirían el tiempo para producir cuanto se quisiere y dejarían a cada uno, varón o hembra, todo el tiempo libre que deseara. No estaría en sus manos garantizar la felicidad, porque ésta depende más del individuo mismo que del medio en que vive. Pero garantizarían la que puede hallarse en el completo y variado ejercicio de las distintas facultades del ser humano, en un trabajo que no es exagerado, y en la conciencia de que cada uno no procuraría basar sobre la miseria de sus semejantes su propia felicidad.

Tales son los horizontes que estas investigaciones abren ante las inteligencias no obscurecidas por la sombra de la preocupación.

---

ella, no hubo país entonces en el que la prostitución se extendiera con más fuerza, jugando un rol preponderante". (Sex and Society).

Solamente una opinión pública inteligentemente educada, que deje de poner en práctica el ostracismo legal y moral hacia la prostitución, ha de coadyuvar al mejoramiento del presente estado de cosas. Cerrar los ojos por un falso pudor y fingir ignorancia ante este mal y no reconocerlo como un factor social de la vida moderna, no hará más que agravarlo. Debemos estar por encima de la estúpida noción "soy mejor que tú", tratando de ver en la prostituta solamente a un producto de las condiciones sociales. Semejante actitud por parte nuestra, al desterrar para siempre toda postura hipócrita, establecerá una más amplia comprensión, haciéndonos espiritualmente aptos para otorgarle un trato más humanitario, casi fraternal a esas desventuradas.

Respecto a la total extirpación de la prostitución, nada, ningún método podrá llevar a cabo esa magna empresa, sino la más completa y radical trasmutación de valores, en la actualidad falsamente reconocidos como beneficiosos — especialmente en lo que atañe a la parte moral — junto con la abolición de la esclavitud industrial, su *causa causarum*.

BIBLIOGRAFIA

Dr. F. Elosu. — *El veneno maldito*, 58 páginas, en 8°. Ed. "Generación Consciente", Valencia. Precio: 1 peseta.

Este folleto de propaganda antialcoholista del doctor Elosu, hermosamente presentado, contiene el siguiente sumario: La Alarma El veneno. El alcohol-alimento. El alcohol-medicamento. Abstinencia y moderación. El desastre. ¿Por qué? Sable de madera. Acción libertaria. — La portada trae un dibujo de Shum.

L'Agitazione, periódico comunista anarchico, París, número 3, 2 de octubre. Edición del grupo "Pietro Gori".

Pensamiento y Voluntad, editado por el grupo del mismo nombre, Bogotá (Colombia). Hemos recibido los dos primeros números de este órgano anarquista colombiano, que se comenzó a publicar el primero de mayo.

Acción Social, órgano del Comité de acción social obrera, San José (Costa Rica). Hemos recibido los dos primeros números, de septiembre y octubre. Es probablemente el primer órgano libertario de Costa Rica.

Liberesco, periodiquito idista, número 22, septiembre de 1926. Se publica en Saint-Genis-Laval, Rhone (Francia).

El interés de lo particular se halla en el interés común y la justicia que hacemos a los demás es siempre una caridad que nos otorgamos a nosotros también.

MONTESQUIEU

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no evolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Artemis Minerva

(Conclusión)

Mirad: Todos vemos el fragoroso pro- ma de la acción, ampliamente popular riamente anarquista, casi abandona- Aquí — en todas partes — un gran excedente de brazos, cuyos dueños, los bajadores, están desocupados, como to de la congestión de producción in- trial y agrícola existente.

Ese aterrador número de obreros sin ajo, solamente reclama pan que apla- el hambre que arrastran, no todo el a que tienen sacrosanto derecho los letarios, porque su mentalidad revolu- aria aun no está formada. Se conten- con roer huesos y masticar mendru- ignorantes como están dichos obre- famélicos de sus excelsos tesoros so-

De ahí, en esa abdicación obrera del letariado consciente, un motivo de versión anarquista.

s cómo la Revolución Social no es- puertas, y el hambre no sabe aguan- al esperar nada, habrá el anarquismo hallar un pasatiempo, que sea agluti- y paliativo provisional a esos ma- de la miseria.

¿Qué hacer? Igual que ayer se com- abnegadamente por la conquista de jornada de ocho horas, hoy habremos luchar sin tregua, con no menos in- ble tesón, porque sea disminuída la da de labor.

Seis, cinco, cuatro horas de trabajo? Sabemos cuál será la nueva enseña. el anarquismo un estudio comple- que sirva de orientación a la moder- ha. Cuando la divisa esté marcada, bordado dorado de las innovadoras ciones, esgrimiremos nuestros es- tes, tremolándolos al viento, como de guerra obrera. Las falanges rias nos seguirán enardecidas, co- er en la pasada conquista que hoy

ción y la propaganda antimilita- debe preocupar en alto grado a los das. (A este respecto, el autor a ufano su particular labor con os. Dos hermanos tengo enemigos patrias. Uno se ha negado y el negará, por convicciones particu- a ir al cuartel. Ambos son cons- te anarquistas, no obstante lo que son. Yo mismo, me negué, y me negaré a someterme a la del militarismo).

ás eficaz, para obtener los efec- eseados, es predicar con el propio además de hacer la propaganda propia para el caso. Con ello mol- n enérgicamente a la juventud, los prejuicios de los nacionalis- rando el concepto multitudina- deberes, para con "nuestros su- es decir, desprestigiando la fi- lizadora del militarismo, por nuestras censuras, desacatos y s de doctrina impresa, oral y realizadas en el mismo tra- rredor de la espiritualidad cu- la juventud, sobre todo, el sol- cuartel y la guerra dejarán de constituir problemas para el anarquismo.

Sobresaliendo por sobre las construcciones urbanas de la ciudad, parece hendir los espacios la inconfundible veleta de un campanario. Es la Iglesia. Es el templo donde se refugia la en otros tiempos... alzada cruz del exterminio. También hay otros santos lugares, en que descansan — no duermen — otros símbolos de desolación y espanto, y que no hienden los cielos, con sus cruces fanáticas. Confundidos, pues, en la inmensidad de las urbes, desparramados por doquiera, hay miles y miles de templos, y no todos tienen su campanario alegórico y vigilante.

A la iglesia, a la sinagoga, a la capilla protestante, acuden hombres y mujeres, llevando de la mano a inocentes niños. Van a embriagarse de "olor de santidad". Van a extraviar sus facultades mentales con ensoñaciones místicas. Se postrarán de hinojos, a los pies del representante del obscurantismo.

Hombres y principalmente mujeres del pueblo son los envenenados con este opio anestesiador del narcótico religioso.

¿Abandonar a su suerte a esos seres hermanos? ¡No! El anarquismo tiene aquí otro problema que resolver. La propaganda antirreligiosa, libre, de crítica despiadada de todos los dogmas: católico, protestante, búdhico, mahometano, etc., no ha de ser descuidada por nosotros.

No muy apartado del templo — manifestación del atraso intelectual humano — y quizá al lado, en una ornamentada edificación lujosamente atractiva, vemos el café o Casino, que frecuenta el proletariado moderno. También en la apartada calle de los bajos barrios populares, de esos suburbios de segunda clase, está la taberna o el bar, que visita en todo momento el obrero cansino y pobrísimamente vestido, macilento y encanallado.

En ambos centros de conglomeración proletaria, se respira un ambiente denso, mefítico, cargado de vapores nauseabundos que estragan, corrompen y malean la sensibilidad.

No es extraño ver destacarse entre esa gente, algún que otro diablo, con pujos de revolucionario y de anarquista, que cautiva la atención de sus colegas, con peroraciones abracadabrantes de revolución de cenáculo y mesa de café. ¡Oh, la bohemia!...

El anarquismo debe interesarse por arrancar esos pingajos humanos, esas piltrafas sociales, de dichos establecimientos de degeneración y lenta muerte.

No somos jueces, para enjuiciar al hombre sometido a los horrores y escalofríos de la cárcel. Pero sí somos productores y humanos, que lloran el dolor de los que sufren el peso atroz del encierro. Una parte de la humanidad, incluyendo a los compañeros revolucionarios atrapados por las ominosas garras de la ley, padece los envilecidos latigazos de la opresión carcelera.

Menguada es ¡ay! la solidaridad moral y efectiva que el preso anarquista recibe. No solamente percibe con notoria insuficiencia su socorro material, como auxilio a sus necesidades y a las de su familia, muchas veces sumida en la mayor desesperación, sino que las visitas cotidianas escasean. Los afectos y cordialidades, que el hermano preso estima más que cualquier donativo monetario, mejor que nada, brillan por su ausencia.

Reavivar estac uestión, e impregnarla de suaves colores de humanidad y camaradería, es otro problema que se presenta al anarquismo, con caracteres de urgencia.

Enclavada sobre un área de la población, vemos inopinadamente, al pasar por un embellecido lugar poblado de arbolado, una escuela. La alegría nos rebosa en el alma súbitamente. Dentro de dicha construcción, hoy día muchas rodeadas de huerta — Escuelas-jardines —, se agita un hormiguero de niños, un enjambre de criaturas, que ríe, juega, canta, lee campanudamente, y a veces se pelea entre sí. Grata sensación experimentamos, si esas abejitas humanas las vemos congregadas en torno del profesor. Mas no todas las criaturas van a la escuela. Pulula por las calles y plazas públicas un disperso batallón de infantes, que se instruyen y educan apedreando animales, encaramándose a los vehículos y dándose de cachetes unos con otros por un quítame allá esas pajas. Perniciosamente mala es esta vida desordenada de los niños. Las instituciones estatales hallan en ellos carne que echar al asador de las guerras, de sus cuerpos armados, de los prostíbulos.

Pero el mal infantil no está todo en el arroyo. En la escuela burguesa el daño a la humanidad se perpetra en horribles proporciones. ¡Pobres niños! ¡Desgraciada humanidad! Una pedagogía irracional con un profesorado inepto, falaz y sin pasión pedagógica, masturba el cerebro y vicia el corazón de nuestros pequeños hermanos e hijos. Se instruye y educa a nuestros menores con procedimientos y doctrinas que son un alevoso atentado a la especie humana.

La pedagogía capitalista conserva aún resabios de aquel aforismo que reza: "La letra con sangre entra". ¡Y qué letra, camaradas! Esa letra es de un texto ora confesional, ora político, siempre al servicio de los poderosos, de los reyes, de lo históricamente consagrado; panegirista de las "mentiras convencionales" del Estado; y en el frontispicio de cada página puede traducirse el título por este lema religioso: "Lejos de nosotros la funesta manía de saber", que está grabado, como inscripción, en el arco de entrada de cierta Universidad española, de *brillante* historia...

Con vistas a la consolidación de la sociedad capitalista, se moldea insensatamente la mente de los niños. La dúctil arcilla que es la niñez es manipulada caprichosamente con fines burgueses, haciéndose de ella momias manejables, que puedan satisfacer todas las concupiscencias y bastardas ambiciones de los "elegidos" para gobernarnos y mirar por nuestro bienestar...

Ese crimen no puede, no debe pasar ni quedar en silencio, sin que la anarquía proteste airadamente y haga oír su clamor de odio santo, por todos los ámbitos del globo.

Los trabajadores en activo, quienes cobran el salario semanal como recompensa — mediocre recompensa — a sus esfuerzos y sus sudores, no gozan de los beneficios a que tienen indiscutibles derechos, aun en pleno régimen de explotación burguesa.

Trabajan en condiciones que son una afrenta proletaria y un escarnio al derecho de gentes. Sus vidas están en constante peligro de muerte. A menudo se ven accidentados, por las malas condiciones en que realizan el esfuerzo muscular.

Por otro lado, trabajan en verdaderas cuadras, faltas en absoluto de higiene y salubridad, que son como pozos gangrenosos que contaminan de tuberculosis al pueblo productor.

El anarquismo debe echar su mirada hacia esos hacinamientos proletarios, y hacer cuanto pueda por aligerar la promiscuidad obrera, envuelta de tanto mal.

¡Ay! Otro problemita requiere nuestra atención. La *inmisericorde* explotación de mujeres y niños en los trabajos mecánicos. Todos sabemos cómo trabajan y en qué condiciones son remunerados esos débiles seres. Ello es que realizan una absurda competencia a los trabajadores varones o de mayor edad. Una nivelación equitativa, inteligentemente estudiada, se impone para salir al paso de tanto equívoco industrial. He ahí un problema más del anarquismo.

En lo político o constitucional, el anarquismo — sin caer en el posibilismo de intervención popular en la cosa pública ni desde el Parlamento ¡ni tampoco desde fuera de él! — debe velar por que no sean burlados los menguados derechos alcanzados por el proletariado en titánica lucha secular contra la autoridad.

El derecho de reunión y asociación: la libertad absoluta de organizarse el pueblo productor como le plazca; el libre margen que necesitamos para la propaganda revolucionaria y moral; el que se nos deje practicar el bello decir del célebre monje: "Haz lo que quieras", inspirándonos en una moral de humanos, gozando y dejando gozar a todos de prerrogativas e independencias naturales, es un problema que debe cautivar la atención anarquista.

Luchas fragorosas, sacrificios incruentos, inmolaciones de vidas al Zeus de la legendaria y sofocadora autoridad, han costado los derechos individuales consignados hoy en todas las pragmáticas. Representan ellos la concreción del devenir de la evolución civil, hondamente humana, llamada a expansionarse por los cautelosos ríos de la idea anarquista, por las arterias del anarquismo.

Al abogar por su vigencia, el anarquismo solamente debe proponerse la defensa de un legado histórico, que le sirve de adopción y trampolín para dar el salto en pos de la anarquía, como sociedad del porvenir.

Ningún poder, por muy pretoriano que sea, puede subsistir si en la entraña del trabajo se aglomera un proletariado aguerrido, que sabe hacer cara a la Economía y a la Política burguesas, recurriendo a grandes movimientos de protesta revolucionaria.

Tan importante como los enunciados, el problema del obrero agrícola, pide a voces una intervención más acertada que las realizadas por los que hasta ahora han pretendido merodear a su rededor.

Los latifundios, las gabelas, los grandes tributos e impuestos que pesan sobre el paria del terruño, y la labor extenuadora que se ve obligado a rendir en los campos de España, Italia, Bulgaria, Rusia, incluso Francia, y, por lo que sé, en los mismos de la América latina; en fin, por las condiciones medioevales o poco menos en que fecundan y siembran los campos del mundo y hacen sus recolecciones, los obreros campesinos todos, bien merecen que el anarquismo acuda a ellos con los brazos abiertos, el grito de rebelión en los labios y la emancipación del labriego en la inteligencia.

Además, ¿cómo olvidar el estado de enervamiento y postración cultural en que se hallan casi enterrados los proletarios de la tierra?

La ilustración ideológica, amén de la instrucción elemental de los campesinos, generalmente analfabetos, es un problema primordial. Primero que el de la manumisión del vasallaje feudal, pues que sin cultura y educación éticas, es decir, sin antes haber realizado la revolución moral de los preconceptos que anidan en la mente primitivista del siervo de la gleba, difícilmente se puede conseguir la revolución material de su insubordinación al amo...

VI

Cuantos problemas quedan enunciados y casi, casi literalmente resueltos, con estos breves esbozos doctrinarios, no son ni extraños ni utópicos. Todos tienen honda raíz anarquista, y afirmamos — en virtud de nuestra constatación —, que pueden tener en el presente regular ubicación si la individualidad anarquista se empeña, no obstante reconocer los serios inconvenientes que pone el régimen capitalista, en toda su acepción. La sociedad futura de que nos hablara el estimado Grave, no saldrá del milagro. El mesianismo pertenece a las almas puras... iluminadas por la fe en el Redentor — Budha, Moisés, Mahoma, Jesús, San Lenin, San Marx, Tolstoy, etc., etc. — y ponemos etcétera por prudencia.

Hay también visionarios y crédulos del anarquismo, que cifran sus esperanzas en una bíblica multiplicación de los panes y de los peces, en una especie de manía anarquista, por obra del milagro y al conjuro profético de nuestros apóstoles...

Para ellos — como para Nietzsche — la historia es la rebusca de las individualidades, la eterna noria girando alrededor del jefe. Así, pues, la anarquía, según esos adoradores, vendrá a *reinar* sobre la Tierra, invocándola con transubstanciaciones doctrinales. Todo lo esperan de la bondad anárquica, como los católicos todo lo aguardaban de los favores del cielo y la piedad de sus dioses...

Y no... La anarquía tiene que salir de nuestro esfuerzo masculino. Desde ya debemos capacitarnos intelectualmente y crear nuestra fuerza moral y revolucionaria — ideas-fuerzas — para prepararnos éticamente y predisponernos para poder acoplar la anarquía a la vida humana.

Por estas razones, el cuadro que hemos presentado de moral y acción anarquista, es una síntesis de conducta intransigente, que el anarquismo — los anarquistas — debe practicar en todo momento, sin intermitencias ni compás de espera, integérrimamente.

¡Cuánto más superiores, netamente anarquistas, son dichas pequeñas idealidades, las cuales vinculadas forman el todo de la anarquía, que los manotazos y gritos a que nos tienen acostumbrados la mayoría de los individuos y los periódicos *soidisant* anarquistas!

Un poquito más y terminamos. Dispensadnos antes, camaradas anarquistas, la incapacidad en nosotros — en mí — proverbial para decir en cuatro líneas lo que tan lejos nos ha llevado.

Los problemas actuales del anarquismo son como cuatro caballos de apocalipsis: Explotación, Tiranía, Ignorancia y Amoralidad. Y los jinetes que en ellos cabalgan, cual si fueran Arcontes de la Muerte, todo lo arrasan, aniquilan y destruyen. Precisa, pues, oponer nuestra resistencia a esa invasión de vándalos contemporáneos. ¡Hay que edificar nuestras murallas y organizar nuestros batallones de contraataque, que salgan al encuentro del ejército invasor, dispuestos a defender las naturales prerrogativas humanas de nuestra dignidad, y al instante iniciar un movimiento envolvente de ofensiva, con presciencia anarquista, con conocimiento de futuro!

La unión — como ya creemos haber dicho — no solamente es de guerrilla, de pelear a brazo partido con el hulano enemigo. Además de esa gallarda combatividad, la actuación es otra y precisamente variada, obedeciendo todos los movimientos — volvemos a afirmar — a las directrices de la mentalidad anarquista. Nada de movimientos específicos, independientes entre sí. Autonomía y federalismo — como dice el serio camarada Buenacasa — que liberte, pero que también relacione armoniosamente todos los aspectos de la propaganda y fructificación de las ideas, saliendo éstas de un mismo sistema coherente y volviendo a entrar en él. Acción de subversión económica — plataforma —; acción de subversión política, civil, ciudadana o social — como se prefiera decir — y acción de subversión popular — clase media, camareras o rameras, jugadores, etc. —; acción de agitación general.

Organización proletaria; organización de la enseñanza racionalista, escuelas para párvulos, universidades para adultos y jóvenes obreros; organización de la propaganda moral, creando un buen servicio de prensa, librería y editorial, francamente anarquistas. (La Editorial "LA PROTESTA", Buenos Aires, puede ser un ejemplo de nuestros deseos, éticamente anárquicos); organización del cuadro de oradores, que con notoria suficiencia — por la voluntad, el fervor ideal y la inteligencia mancomunadas — lleve por doquier el verbo de la anarquía; organización antimilitarista; organización "pro presos anarquistas"; organización de cuadros dramáticoartísticos. El teatro es un vehículo de ideas si lo sabemos aprovechar, ocupando su escenario dignamente. Captación del arte y de la ciencia, que expresan nuestros anhelos evolutivos, transformistas y naturales. Su divulgación. Creación de un verdadero movimiento cultural ecléctico, es decir: que no se circunscriba a la preferencia de la ideología anarquista, no obstante ser la más sana, bella y perfecta.

Los trabajadores y quienes, simpatizando con el anarquismo, acudan a nosotros, deben poseer, además del conocimiento de nuestras teorías, una ilustración general de cuanto ha producido el acervo humano. Idem los anarquistas integrales. Lo contrario es un mal menor para ellos y para nosotros. Adelante.

Un buen método de propaganda y agitación antirreligiosa, una especialización de crítica de la Historia, dedicada al desmenuzamiento de los hechos más decisivos del pasado, incluso con una disección minuciosa de las costumbres, la moral y la tradición antiguas; perfecta concordancia y compenetración con la tropología racional (admitimos siempre el relativismo de los determinismos sociales, que establecen las leyes económicas); disección concertada hacia las mujeres y los jóvenes proletarios de ambos sexos, con ánimo diligente de emanciparlos de viejas tutelas y despertar en ellos nobles apetencias de amor natural.

¡El último brochazo! ¡Tened paciencia, amigos!

Difundido el anarquismo en esas ramas del tronco de la Vida, la resolución fundamental — he ahí lo interesante, lo fundamental — de los problemas actuales, que tiene planteados, será pronta, firme, positiva, real, nada hiperbólica, nada declamatoria.

¿Medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria? ¿Medios...? ¡Medios!

Expuestos quedan. Aíslense a las circunstancias.

La reacción autoritaria no es sino el aletazo de una sociedad moribunda, que ha sido herida y se ve acorralada por los cachorros de la Revolución Social.

A los avances indómitos del anarquismo, las huestes conservadoras, malheridas, se aprestan a la defensa. Para ello escogen gobiernos de fuerza — las dictaduras — que restablezcan el orden, restañe sus heridas y les asegure la paz de chupópteros. No cabe sino seguir nuestro paso de columna proletaria, bien pertrechados de dinamita cerebral y disolvente.

Donde el grueso de la marcha anarquista, camino de la triple conquista: Roma, Bizancio y Rusia, autoritarias, haya sido impedida y nuestros camaradas hechos prisioneros de Guerra Social, no cabe sino rendirse al imperio de la fuerza estatista, y como lo posibiliten las nuevas circunstancias, comenzar a rehacer el cuadro de luchadores, reconstituyendo nuestros equipos...

El anarquismo que haya quedado libre de las mallas de la ley, debe iniciar, en la intimidad de la convivencia diaria con los trabajadores, su labor reconstructora de un nuevo renacer revolucionario.

Entonces, la gaya protesta airada y amenazadora, con rayos exterminadores de rebelión, se deja oir en el trabajo. Poco a poco se ve cómo sube a la superficie social un resurgir de la conciencia proletaria, que despierta otra vez del sopor conformista que la alertagaba con indolencias morunas.

Los camaradas permanecen realmente insubordinados al poder legislativo y regidor, negando prácticamente a la autoridad y rechazando la fiscalización policial, en los nuevos actos y movimientos nacientes, que van en *crescendo*, como las olas de un mar enfurecido.

Con buen sentido, el anarquismo rehuye la intervención del nuevo gobierno dictatorial, rechazándolo en sus funciones revolucionarias. En pleno régimen especial..., lucha por regirse autonómicamente y no desaprovecha ocasión para afirmar, con actos subversivos, su independencia. Entonces es cuando más que nunca el anarquismo demuestra su vigor, se desenvuelve en la libertad y puede gritar a la burguesía todos sus crímenes, sin atenerse a fórmulas constitucionales.

No es extraño ver en esos momentos de ilegalidad jurídica, asomos de rebelión, grandes manifestaciones numéricas de proletarios, caminando por las ciudades, en unión compacta, tras algún fin y reunidos sin permiso policíaco, como haciendo ensayos de revolución social.

Lo principal a realizar es la intensificación de las ideas críticas, que pintan las desfachateces de la reacción, ridiculizándola. Sátira por aquí, censura por allá, descrédito por todas partes.

Manifiestos, grabados y folletos, que sean como pregones de revuelta, iguales que verbo incitador a la pelea.

Con todo, ir directamente a formar la conciencia en el pueblo, que repudie a la reacción, a la dictadura, que maldiga al tirano. Gastar, pues, el nuevo estado de cosas, haciéndolo trepidar de manera silenciosa, hasta que caiga, desbocado, en el barranco de su fin. Provocar choques entre revolucionarios y milicos, para desgastar la fuerza gubernamental. Cargar sobre la figura del dictador todos los crímenes imputables al nuevo régimen. Descalificarlo *sotto voce* unas veces, con alta voz otras — según las posibilidades — mostrando sus llagas, pública y privadamente, y averiguando su vida de cretino, de crápula, de facineroso. Todos ellos lo son. Exponiéndolos a la vindicta popular. Dirigiendo contra ellos todos los tiros, como elementos representativos de un estado excepcional de faccionismo absolutista. Caído el tirano, el ídolo de las clases conservadoras, la propia burguesía se encoge de pánico y deja paso, atemorizada, a las nuevas concepciones sociológicas.

Salgamos al paso, diciendo que no hacemos la apología del atentado. En fin, el anarquismo puede realizar un esfuerzo contra la reacción, de miles maneras, pero siempre procediendo con tacto, con inteligencia, con verdadera cohesión y clara visión de las cosas, aspirando siempre a obtener los mayores resultados con el menor desgaste de fuerzas y evitando dolores inútiles, a los camaradas, al proletariado y a la humanidad. En lo internacional mucho es lo que tiene qué hacer el anarquismo, tanto en lo consubstancial como en lo extrínseco o accesorio.

El proletario padece enormemente males sin cuento, por la carencia de un pie internacional de universales condiciones de trabajo, principalmente en las industrias que tienen una ligazón mundial.

De un país a otro, el pueblo productor se hace una competencia monstruosa. Y en cada región se pelea por diferentes objetivos inmediatos ¡cuando debieran estar situados a un mismo nivel e indentificados en un plano de igualdad!

Revolucionariamente, el anarquismo intercontinental puede mutuamente prestarse inapreciables servicios y toda la solidaridad de nuestros ideales. Recíproca ayuda de hombres; intercambio de propaganda; donación de materiales de agitación y lucha violentísima; envío de dinero para la organización, el socorro a los caídos y la actuación eliminada de obstáculos. En cada país, el anarquismo aborigen debe agitar las pulsaciones locales con tenaces campañas contra el país o las naciones sometidas a las durezas neronianas de las dictaduras: Italia, España, Bulgaria, Rumania, Grecia, Japón, China, Rusia y Estados fronterizos en ese continente, Perú, Chile, Bolivia, Venezuela etcétera. La labor incansable de descrédito y vindicación debe ser tal, que ponga en vibrante tensión los ánimos y la indignación de los connaturales. Recordamos, a este efecto, la agitación universal en 1909, en virtud de las intensas propagandas libertarias que se giraron por Europa y América, con motivo del asesinato del estimado Ferrer y la represión por los acontecimientos de la Semana Roja, con cuya acción se relegó al ostracismo político a los fuestos y criminales Maura y Cierva).

He ahí, pues, un ejemplo elocuentísimo de esfuerzo internacional contra la reacción y de virtualidad reciamente revolucionaria del anarquismo. De fronteras afuera deben llegar, a los anarquistas de dentro, muchos millares de impresos y material gráfico, redactado con la virilidad y enjundia de las verdaderas locuciones rebeldes. Además — y esto se comprende — la propaganda debe ser impresa en el idioma racial de las gentes a que va dirigida amén del exacto conocimiento de la situación e nque se encuentran, es decir: conociendo el problema, sobre el cual se agita al proletariado afectado.

Esto no es todo. Los anarquistas del exterior deben acoger con cariño a los camaradas fugitivos, dispersados por los reveses de las luchas contra sus gobiernos nacionales. Han de proporcionarles manutención, alojamiento, haciéndolos objeto de cordial solidaridad. Sobre todo están en la obligación de buscarles colocación, trabajo, con el cual ganarse, el compañero huído, su propia subsistencia y en virtud de lo cual no daremos pasto al vagabundaje, que se acusa con alguna frecuencia, bajo el pretexto de "perseguido".

El verdaderamente perseguido — el luchador sincero — debe ser informado, el detalle, del balance internacional de las contiendas, si él por sí no pudiera constatarlo por cualquier causa. Con todo lo cual el anarquismo debe procurar conservar en sus militantes, aherrojados o no por las dictaduras, avivado el inextinguible "fuego sagrado" de la enérgica protesta contra el opresor. ¡Cuidado pues, con que la animosidad rebelde del camarada emigrado pierda su tensión al caer en un ambiente de colchón muelle! ¿Qué más falta...? El detalle que quede sin expresar agréguelo la intuición del camarada lector.

* * *

Las perspectivas de acción son muchas. El ambiente para la buena propaganda más acogedor moralmente que nunca. Y esto, a pesar de todos los pesares de arriba... de abajo... ¡y de nuestro medio lado! Ironías de las confraternidades...

El anarquismo, que tiene su brillante historia — digna de ser escrita y espléndidamente biografiada — según un escritor liberal burgués — es un alto valor a ningún precio cotizable — ni de la alcahuetería de los neos — y puede y debe explorar y luchar sólo, sin pactos y alianzas políticas, que son devaneos de gente sin fervorosidad y amor ideal más que transacciones y beligerancias de traánsfugas del anarquismo.

¡Ya puede la anarquía exigir vía libre, ya!

El mundo se convulsiona, bajo el peso de las tiranías de todos los colores, e inconscientemente se conmueve, pensando, sintiendo y evolucionando en lo sincrético, por lo simple y vocativo, del anarquismo. Esos síntomas nos ven halagadores.

Una ojeada que echáramos por la decadencia de Occidente — tenemos vivos deseos de leer la obra de Spengler, que lleva ese título — y una mirada penetrante por el Oriente, que renace de su postramiento milenario, nos mostraría la gran ascendencia que aguarda al ideal anarquista.

Hágalo el lector y me privará de ocupar más espacio.

Quizá en otro apartado de esta encuesta nos veamos precisados a argumentar, apropiándonos de esos elementos que se desprenden de dos civilizaciones de tipo doctrinal contrapuesto. Actualmente, el anarquismo va penetrando por los intersticios de la vida, confirmándose así la retumbante sentencia filosóficosocial del librepensador (?) capitalista: "Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la Historia.

Y bien. Con sus problemas actuales planteados, como proposición matemática de un teorema, el anarquismo militante — el proletariado emancipador — celoso y huraño en la integridad de sus aristas, asperezas e intransigencias, puede lanzar a los cuatro puntos cardinales su grito sin par de "¡Tierra y Libertad!", con el invencible propósito de llegar a vías de demostración por la anarquía.

Es de ahora que el anarquismo, para representar un esfuerzo eficacísimo contra la reacción internacional, debe enhiestar al viento de todas las tormentas autoritarias, su ígneo y grandioso lema:

"Organización, Agitación, Educación, Solidaridad, Revolución".

España, 1926.

AÑO V — BUENOS AIRES, 15 DE NOVIEMBRE DE 1926 — No. 249

LA PROT

Victoria Cardozo 11 de Septiembre 61 SALTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANA — GRVABORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA REALIZACION DEL IDEAL

Nosotros no entendemos un ideal revolucionario como un motivo de adoración en sí, como un nuevo fetiche ante el cual hay que postrarse de hinojos en actitud de acatamiento y de respeto. Un ideal revolucionario se ha hecho para mejorar la situación de los hombres, para elevarles hacia un plano de bienestar y de libertad que ofrece el sumum de posibilidades de desarrollo; es como una estrella que señala el norte de nuestros pasos, como una brújula que nos orienta en el camino hacia el porvenir.

El ideal no es nada si faltan los hombres que se esfuercen por su realización y hay que medir su virtualidad por el grado en que suscita la voluntad de su traducción en hechos reales, la tendencia a encarnarlo en la vida. Un ideal que no provoca un esfuerzo por verlo realizado, carece de significación, lo mismo que el individuo que dice amar una causa y no se agita, no se mueve en su defensa, miente.

Una de dos cosas: o el anarquismo no cuenta ya con la fe de sus adeptos, o bien sus adeptos no sienten en su corazón un átomo de pasión revolucionaria. ¿Cuál de los dos términos explicaría mejor la situación actual? ¿No habrá esfuerzos por realizar el ideal de la anarquía, debido a que la anarquía es considerada irrealizable o bien porque los que se proclaman sus servidores y combatientes mienten una adhesión mil veces proclamada?. Sea como quiera, no entendemos, no nos explicamos la persistencia de esta falta de actividades, que va en aumento en lugar de mostrar perspectivas de decrecer. Nos parece constatar que se habla del ideal, como se hablaría de cualquier otro fetiche, por hábito, pero en el fondo de los corazones existe una solución de continuidad entre el ideal revolucionario que se proclama friamente y el esfuerzo por realizarlo, esfuerzo que tiene que ser hecho de entusiasmo, de desbordamiento de vida, de pasión por la justicia.

¿Cómo se armoniza la convicción inquebrantable de la bondad de nuestra causa con esta ausencia de agitación, de volumtad, de inclinación a verla afirmada en la vida?

Es preciso reflexionar un poco sobre la situación en que vivimos. Una verdadera locura colectiva, cuando no el simple temor a represalías, sostiene un sistema de gobierno que en algunos países ha llegado a extremos de salvajismo indescriptibles. Por todas partes se levanta el Estado, el principio de autoridad, cada vez más arrogantes, cada vez más arrolladores. Por esa vía no hay ninguna perspectiva. La libertad y la justicia y el bienestar humanos no han de conseguirse mientras exista la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Queda un ideal social insuperab'e; queda la anarquía. La anarquía es la única solución viable, efectiva, prometedora. Ni el fascismo, ni el bolchevismo, ni la democracia, ni la monarquía constitucional, logran encender en el corazón de los pueblos la llama creadora de la utopía. Muchos hombres pueden hallarse ligados por intereses egoistas, personalísimos, a las formas actuales o futuras del Estado y del capitalismo, pero por razones de adhesión espiritual y cordial, no hay defensores de un régimen de vida que estatuye la injusticia como norma, la desigualdad como principio, la esclavitud como fundamento. Sólo la anarquía, altamente proclamada, orgullosamente defendida contra los mercenarios del estatismo, puede poner en el alma de las grandes masas la semilla de las esperanzas vivificadoras, de las grandiosas realizaciones.

El aire social que se respira es sofocante, intolerable; nos asfixiamos en un ambiente moral corrompido, en una lucha desenfrenada de todos contra todos; la solidaridad y la fraternidad de los hombres han dejado hace mucho de ser factores de evolución. El capitalismo avanza por caminos cada vez más homicidas, cada vez más antihumanos. Entre los efectos de la exaltación morbosa del estatismo por una parte y el desarrollo aplastador del capitalismo por otra, el hombre pierde cada día más la noción de su humanidad. Se convierte en simple instrumento para el Estado y para el sistema económico del capitalismo. ¿Cómo contemplar sin zozobras, sin inquietudes, sin sobresaltos esa situación trágica? ¿Hacia dónde vamos? La avalancha rueda por el plano inclinado, ¿cómo detenerla antes de que sus estragos sean irreparables?

La anarquía es la solución. Unicamente con la libertad, únicamente con el hombre libre podremos iniciar la edificación de un nuevo mundo. Trabajemos, luchemos, afirmemos con tanto más vigor nuestra causa cuanto mayores serán los obstáculos que se presenten. El ideal de la anarquía no es un fetiche, no es un ídolo a quién es preciso adorar de rodillas; es una solución social, económica, moral, a los males de la vida presente y requiere fuerza de músculos, energía de voluntad, tensión de nervios para infundirle el soplo de la realidad y darle la eficiencia necesaria.

Todos los hombres de sentimientos nobles y elevados que quieran venir a realizar la anarquía, a conquistar un mundo nuevo para los desposeídos y los explotados, un mundo nuevo para todos los hombres, tienen un puesto en nuestras filas.

AHI COLGADO



Hasta que se seque o hasta que sea reemplazado por el "duce"

Sumario de este número

E. LOPEZ ARANGO

El dogma de la evolución

No pertenecemos a esa clase de hombres que, aun cuando hablan frecuentemente de ciencia, terminan por aceptar la existencia de leyes fatales, de origen ignoto, encargadas de regir los destinos del mundo. Ese fatalismo, que se disfraza con el dogma científico y tiene sus fundamentos en teorías que atribuyen todos los males a la sociedad, a la burguesía y al medio ambiente — como si el individuo no fuera un factor determinante del progreso social — contribuye a adormecer los sentidos y a desarmar de su intransigencia ideológica a las minorías que pugnan por forzar la pausada marcha de las rezagadas multitudes.

La confianza en el progreso y en la civilización, la creencia de que el mundo marcha en línea recta hacia planos superiores, el mito evolucionista, aceptado como algo que está fuera del hombre y de sus propias facultades creadoras, hace que la revolución esté subordinada al flujo y reflujo de la marea social. Ni horizontal ni perpendicularmente se manifiesta esa ley evolutiva. La marcha de la humanidad, a través de los siglos, en sus sucesivas etapas, traza una línea curva, que si no tiende a unirse por los extremos, tampoco señala en el tiempo una trayectoria regular. Y así se explican las bruscas transiciones de los pueblos, los saltos en el vacío, el retorno a la barbarie de naciones civilizadas... la continua reacción de los espíritus sacados de su quietud por el choque de las pasiones y la resurrección de la animalidad pretérita.

Si las leyes de la evolución fueran algo tangible, si representaran el mismo principio matemático que las leyes de la mecánica universal, no serían posibles esos cambios bruscos en la dirección de los pueblos. Pero es un hecho cierto que la teoría evolucionista no establece como dogma la imprescindible trayectoria, en línea recta, del progreso humano. Señala simplemente el punto de partida de la humanidad y busca en la historia elementos de juicio para comprobar la existencia de una civilización, que tiene múltiples aspectos y puede avanzar y retroceder sobre un plano determinado por el impulso de fuerzas materiales, ciegas, difíciles de someter al contralor de una teoría moral.

Tomadas las leyes evolucionistas como simples comprobaciones del progreso de la humanidad en el terreno de la antropología (evolucionismo de Darwin: del mono al hombre), y explicando ese proceso de acuerdo con las conquistas materiales realizadas por los pueblos (materialismo histórico), Marx y sus discípulos crearon una escuela filosófica... La filosofía marxista elude el estudio de la entidad moral. Prescinde, aun en sus conclusiones sociológicas, del factor hombre. No da importancia al individuo en el juego de los acontecimientos, que para los marxistas están regidos por una ley fatal. De ahí que atribuyan todos los males a la sociedad y condenen por anticipado a los componentes de cada entidad social a sucumbir bajo la aplastadora influencia del medio ambiente.

He ahí la negación más terminante del progreso. ¿Cómo, pues, conciben la evolución los "materialistas históricos"? En forma mecánica: por la transformación uniforme de las condiciones sociales, políticas y económicas, que a su vez transforman a los individuos mediante un extraño proceso de asimilación y adaptación.

Los anarquistas, en cambio, sin desconocer la importancia que tiene el medio y la influencia que ejercen sobre el individuo las condiciones políticas y económicas en que vive, consideramos que el factor determinante más poderoso es la voluntad. Si hay hombres que reaccionan contra la rutina y se elevan por encima del montón; si hay seres dotados de más sensibilidad y capacidad que el resto de sus contemporáneos, y porque son sensibles e inteligentes se rebelan contra las imposiciones del ambiente; si una minoría inquieta, de amplio espíritu comprensivo, surge como fuerza reactiva para romper el uniformismo de la sociedad que a todos aplasta, ese fenómeno significa que en todo avance progresivo intervienen los descontentos, los que no se conforman con lo establecido, los que luchan contra el fatalismo que mata la voluntad en el resto de los hombres.

De ceñirnos al concepto evolucionista, sin tener en cuenta los factores que determinan esos constantes avances y retrocesos en la marcha de los pueblos, no tendrían explicación los fenómenos sociales que llamamos reacciones. ¿Cómo puede un hombre, en circunstancias especiales, abatir a todo un pueblo, destruir de un golpe certero un sistema que se le creía fruto de la conciencia popular, la lógica resultancia de las revoluciones operadas en el transcurso de los siglos?

Las reacciones bolchevique y fascista son elocuentes. De un solo golpe la humanidad retrocedió en varios siglos. Se dirá que esos son fenómenos puramente locales y que, por lo mismo, no universalizan el problema de las revoluciones y contrarrevoluciones. Sin embargo, es necesario tenerlos muy en cuenta, ya que caracterizan todo un período histórico y representan la corriente más poderosa opuesta a la evolución "normal" de la humanidad.

Es indiscutible que el medio ambiente determina la cultura de los pueblos y eleva del término medio cultural a una minoría de individuos. Pero el individuo obra siempre como factor reactivo en la uniformidad plasmada por la rutina y la tradición histórica, siendo a la postre el que vence las barreras morales que impiden su avance y el que crea las condiciones sociales favorables a todo cambio en las costumbres, los hábitos, la moral y las ideas del conjunto humano. De otro modo, si no fueran los descontentos los iniciadores de toda obra de progreso, si no existiera una minoría en constante pugna con el ambiente, ¿cómo se explicarían las transformaciones de la vida social? ¿En qué forma demostrarían su existencia las leyes de la evolución? Quizás como pretenden hacerlo los marxistas: atribuyendo a la "fatalidad histórica" todos los fenómenos de la mecánica universal... de cuyas leyes no tenemos siquiera una remota idea.

No confundamos, pues, la teoría evolucionista con el "fatalismo histórico" de los discípulos de Marx. El determinismo no es una ley ajena a las facultades pensantes, pasionales y éticas del individuo. De ahí que el medio ambiente no represente el único factor de los factores: es el hombre, por su voluntad, el que determina su propia existencia o, careciendo de ella, el que se resigna a soportar toda clase de humillaciones o infortunios.

Quien no tiene el valor de las propias opiniones o las cambia, no por convencimiento de hallarse en el error, sino por no poder soportar la miseria ni los reveses de la suerte, ni los golpes de los hombres, no es un hombre, es una planta que anda y no vive, vegetando con todos sus sentidos materiales.

Narada-Bar (Filósofo hindú).

LILLIAN BROWN

El anarquismo de Emerson

Todo gobierno, en su esencia, es tiranía. — EMERSON

Cuando el mundo se aprestó para celebrar el centenario del nacimiento de Emerson, todas las revistas, diarios y periódicos de Norte América dedicaron espacios especiales a fin de comentar "El poeta Emerson", "El Panteísmo de Emerson", y etc. Nada o casi nada se dijo de su enseñanza anarquista. Y esto nos pareció lo más natural en un país como el nuestro.

Es por eso que deseo hablar de esta faz de su carácter desdeñada por muchos, y tan importante. Es que en los años próximos, cuando sea olvidado el filósofo Emerson, el poeta Emerson y el panteísta, exornado con los laureles habituales de los clásicos, a quienes se deja en su solitaria preeminencia sin discutirles y aceptándolos en una aquiescencia desapasionada, el Emerson reformador, el libre pensador, el individualista ha de quedar como una fuente de vivas energías y ha de ser reverenciado con la apasionada simpatía del hombre que hablará a otros hombres más modernos.

Los poetas de Estados Unidos, excepto Poe, Lanier y Whitman, son voces que no nos llegan a los oídos y al corazón a la mayoría de nosotros. La *Concord School*, a fuerza de su interés meramente histórico, ejerce una muy pequeña influencia sobre la mentalidad de la nueva generación. Los así llamados clásicos Lowell, Longfellow, Whittier, Bryant y Holmes no irradian mucho más allá como poetas que en los libros de textos. El único lazo con que retienen a los adultos modernos no está en relación con las musas poéticas, sino a través de los acontecimientos que los retrotraen a los días vividos por ellos. El temperamento revolucionario de la quaker Whittier — extraña paradoja — es sólo vital conexión entre el espíritu de la antigua escuela con la nueva.

Hay un elemento en esencia de esas impotentes voces de los pseudo clásicos que no despiertan eco alguno en nuestras almas. Los libros que llevan sus nombres quedan inertes en nuestros anaqueles sin abrir. Son los silenciosos testigos de lo transitorio de la adulación popular. Es significativo que todos esos poetas recibieron el beneplácito de la fama, precisamente por sus mentiras y una más o menos substancial recompensa por los productos de su pluma. ¿Y la visión del miserando Poe, con su fisonomía contraída por un rictus de amargura trágica nos narra otro cuento que el de la proverbial pobreza, de la desdeñosa indiferencia del público hacia el genio, quien está destinado fatalmente a padecer torturas mil, mientras frente a esa visión se yergue la figura complaciente y llena de suficiencia de Longfellow, que sonríe benignamente al mundo que lo ama y lo paga abundantemente por su prolífico talento?

Aunque la poesía de Emerson continúa inamovida en su alto rango y se la ha calificado de pertenecer al nuevo ciclo de los poetas ingleses, él, como poeta, disminuye cada vez más su influencia sobre las nuevas generaciones en la misma proporción que se acrece la demanda por Whitman y Poe.

Como filósofo panteísta el noble de Emerson, puede ser comparado con los Shelley y Wordsworth, y hallarse al lado del holandés Spinoza y del brillante florentino Giordano Bruno.

Como librepensador, como anarquista, Emerson es único — aunque aquí también descubramos cierto parecido con Jesús y Shelley, se halla más concomitante con Tolstoy, cuyo anarquismo, impregnado como está de una filosofía trascendental, casi mística, le rescató de la escuela materialista francesa y rusa, de la cual derivan Miguel Bakunin, Kropotkin y los hermanos Reclus. Una importante distinción ha de hacerse todavía acerca de su bravura al insistir sobre la soberanía del Individuo.

En sus "*Essay on Self-Reliance*" (Ensayo sobre la confianza de sí mismo), más que en otros libros, escribiendo, hizo sonar las trompetas en un llamado para la emancipación del ente individual; emancipación contra el peso muerto de las rutinarias virtudes tradicionales; contra la esclavitud espiritual de la familia y contra las cadenas de supersticiones y de lugares comunes del pueblo. *Indagad vosotros mismos, tened confianza en vosotros mismos y en vuestras opiniones*, son sus reiteradas palabras. "Quién quiere ser un hombre debe ser forzosamente un no conformista". "Podrá ansiar y alcanzar las palmas de la inmortalidad, pero no deberá dejarse arrastrar por el mero concepto del bien, sino investigar si es un verdadero bien". Y vuelve a repetir: "Bien y mal no son más que nombres que muy prontamente pueden referirse a esta u otra cosa; la única rectitud ha de derivarse del mismo código moral; y lo que está mal es lo que va en desmedro de mi personalidad". Y continúa el profeta revolucionario: "No vivas más tiempo con aquellas personas que fundan sus esperanzas en ti, engañándote y engañándose, y con quienes conversas a diario. Dile a ellas: ¡Oh padre, oh madre, oh hermanos, oh amigos, viví entre vosotros sólo a través de vanas apariencias hasta ahora! Desde ahora en adelante soy una Verdad". Palabras que nos recuerdan las frases de quien veinte centurias hace proclamaba su misión en estos términos inconfundibles: "He venido a este mundo para proclamar la guerra del hombre contra su padre, de la hija contra la madre y de la nuera contra la suegra. Y el hombre será el enemigo de su propia familia".

¡Palabras revolucionarias si las hay, tendientes a remover la base de la sociedad — que es la familia!

Si Emerson viviera en estos días de turbulencia reaccionaria, no existe casi duda ninguna del rol que desempeñaría en la revolución social. Podemos imaginarlo, como a un Tolstoy norteamericano, un no resistente, un no resistente-pasivo, en la quietud de su retiro, viviendo en el goce de una vida sencilla; aislándose en un rincón como un semidiós, y alejado de lo más cruento del conflicto; aunque dedicando sus ocios olímpicos a la causa de la libertad, entreteniendo a algunos espíritus escogidos de la época con hospitalidad benigna y paternal.

Realmente si hemos avecinado a Emerson con Shelley y con Wordsworth a causa de sus apariencias metafísicas, en lo íntimo y en la psicológica fase de su naturaleza se pareció a Tolstoy, tal vez más que a ninguna otra figura literaria de los tiempos modernos. Lo mismo que el gran ruso, su psiquis, su ánima anhelaba ansiosa y apasionadamente el acuerdo entre sus hechos y sus deseos más internos; pero la carne logró su victoria sobre el espíritu de esos dos grandes genios; mientras que sus mentalidades fueron puras y sin mácula. Paganas naturalezas en el fondo, que ni la herencia del puritanismo norteamericano, ni el adquirido ascetismo ruso pudo acallar, los imperiosos llamados del cuerpo los tuvieron atados a la tierra; naturalezas que nunca temieron los poderes temporales conociendo muy bien en cambio cuál peligro acecha en su senda a la fiereza de alma que se atreve a todo en la conquista de una libertad ilimitada; esa alma que no conoce quietud alguna en sus más escondidos rincones, mientras la opresión hace estragos en el mundo de los hombres.

Es dudoso que la partícula de anarquía emersoniana fuese de un tipo constructivo. En lo que se conoce de sus escritos no se sabe que hayan formulado teoría alguna acerca del establecimiento de una sociedad futura. Las ideas de cooperación voluntaria o de ayuda mutua, desprendiéndose del ideal norteamericano de la mayoría, es indudable que no pudieron ser alojadas en la constelación de su conciencia. Al contrario, él hace notar la urgencia de un cambio y el pe

ligro de adorar ciegamente el ideal democrático y el gravísimo peligro al que se halla condenado si concluye en estagnación y suicidio.

"En este país — dice en uno de sus ensayos políticos — nos envanecemos de nuestras instituciones políticas, las cuales se singularizan por ésto: al haber nacido dentro de la memoria de los hombres vivientes y con el apropiado carácter de las condiciones del pueblo al cual reflejan aún con suficiente fidelidad — cincuenta años hace — (1), y nosotros ostensiblemente las preferimos a todas las demás que hubo en la historia. *Ellas no son mejores, sólo son adecuadas a nosotros.* Demócratas por nacimiento no estamos calificados para juzgar las monarquías, lo que, cuando nuestros padres vivían en las ideas monárquicas, podían hacer relativamente bien. Pero nuestras instituciones, aunque coincidan con el espíritu de la época, no están exentas de los mismos defectos que desacreditaron a otras formas de gobierno. *Todos los Estados son obligadamente corrompidos. Un hombre bueno no debe obedecer las leyes, al pie de la letra, ni ciegamente, eludirlas más bien*". ¿Qué sátira más poderosa para un gobierno, y qué censura más severa entraña para él la palabra *política*, que por siglos significó malicia, astucia y falsía, dando a entender que el Estado no es más que una trampa para el hombre de bien?

Emerson poseyó en grado asombroso el optimismo y la serena fe propia de los profetas religiosos; su conciencia cósmica fué parecida a la de un semidiós por la tranquila confianza que le animaba a creer ciegamente en el bienestar radiante y último que le tocaría a la humanidad en su etapa de perfección final. Veía en los disturbios y revueltas de la historia europea y su social cataclismo, la futura oportunidad para construir el carácter humano bajo nuevas y más amplias normas; para él esas revoluciones eran bienvenidas, ya que abastecerían del necesario material para volver a moldear el alma humana, en algo más sensitivo y más noble: el superhombre. Veía ilimitadas oportunidades para el continuo crecimiento espiritual. "La filosofía de seis mil años no buceó aún en los escondidos aposentos del alma". Al presente se debate en la inmundicia y la pobreza; sin embargo oye en sí misma "esa música, salido de las armonías siderales, donde todo es bueno y malo", y que aun en el fango y en la hez" siempre hay algo que entona su canto".

Su verdadera misión ha sido la de descubrir, ante la ceguera de los otros, las almas que se ocultaban bajo las más cruda apariencia. Con el criminal, el ex hombre, el libertino, él se identifica en el alma de ellos, cuya potencialidad compara con la suya. Todo vicio, toda virtud que un hombre pueda experimentar se encuentra latente en él. De ahí su optimismo. De ahí su actitud ante la investidura de toda autoridad. El mejor gobierno es un mal necesario, porque el hombre interpreta el gobierno como "una grotesca farsa y una sátira"; "cuando menos gobierno y menos leyes y menos poderes investidos, mejor".

Aunque dijimos que el anarquismo de Emerson hubo de ser dudoso que alcanzara formas constructivas, hay que reconocer, empero, que él tuvo la visión plástica de las futuras condiciones de una sociedad de vivientes normas, libres de la maquinaria del estatismo, impregnada de un espíritu religioso, que estuviera desprovisto de todo institucionalismo.

Cuando el *Carácter Humano* llegue a ser una fuerza social, el Estado será innecesario, porque "el hombre sabio representará él mismo el Estado". Cuando los hombres conozcan el inapreciable don y mérito y el inmenso poder del carácter, no tolerarán más ser oprimidos, ni ser opresores.

(De The Road Freedom).

No se vive plenamente sino viviendo con intensidad para los demás — GUYAU

Los grandes peligros tienen esto de bello, que descubren la fraternidad entre extraños que nunca se han conocido.

VICTOR HUGO

No basta poseer palabras dulces para decirlas a nuestro prójimo, sino que la dulzura y la bondad han de irradiar de nuestra alma. — FRANCISCO DE SALES.

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

I

Aprovechando la oportunidad de las discusiones entabladas en nuestra prensa sobre las comunidades agrarias a crearse, queremos permitirnos una breve digresión por el amplio campo de la historia, aun circunscribiéndonos a los Estados Unidos, cuyas enormes extensiones de tierra fecunda atrajeron siempre la atención de todos los reformadores. Y comenzaremos a hablar de las comunidades religiosas, que por sus propósitos están tan lejos de la que nosotros queremos. Sin embargo, allí donde brilla la llama de la utopía reconocemos un cierto parentesco espiritual y si eso no nos mueve a transigir con sus errores, nos predispone a una franca simpatía o a una benévola tolerancia. ¿Que qué es lo que interesan esas comunidades norteamericanas y su desenlace o evolución a la discusión entablada entre nosotros? Tal vez nada, pero ningún lugar ocupan las breves nociones que transmitiremos a nuestros lectores que las ignoren; esa convicción nos estimula a resumir algunos de los viejos ensayos y experiencias hechas por hombres deseosos de una vida mejor, en el territorio de los Estados Unidos. Dejaremos para otra ocasión los ensayos más modernos e incluso los actuales. De tanto en tanto nos permitiremos introducir alguna consideración personal.

Las comunidades a que queremos referirnos pueden ser catalogadas en cuatro tendencias: las religiosas, las owenistas, las fourieristas y las cabetistas. Los lectores que conozcan el inglés o el alemán y quieran saber más detalles al respecto, pueden consultar el libro de Morris Hillquit sobre la historia del socialismo en los Estados Unidos (1903), donde existe un excelente resumen.

Las comunidades más antiguas que se formaron en Estados Unidos fueron las de los *shakers*. La primera data de 1776 y se fundó en Watervliet, New York. Tenía un carácter religioso y sus miembros fueron sectarios perseguidos en Inglaterra por sus ideas. Las colonias de esa secta llegaron a tener 5.000 miembros. Después fueron decreciendo; en 1874 un historiador calculaba en 2.415 personas toda la población de los shakers en Estados Unidos; en 1890 eran unos 1.728, y hacia 1903 había unos mil miembros solamente. En su estructura interna las comunas de los shakers sostenían una jerarquía religiosa: la de los *novicios*, que vivían fuera de la sociedad y administraban sus asuntos por sí mismos, la de los *juniores*, o sea miembros a prueba, y la de los *seniores*, o personas recibidas enteramente en la comunidad. Esta última categoría renunciaba a toda propiedad privada y se dedicaba para siempre al servicio de la iglesia de los shakers. La unidad social de esas comunas era la "familia", compuesta de unas cien personas, hombres y mujeres, que vivían en común y, aparte de la agricultura, se dedicaban a una o dos industrias más.

Varias "familias", ordinariamente cuatro, formaban una "sociedad". Tenían un gobierno central compuesto por dos hermanos de edad y dos hermanas. Ese gobierno atendía tanto a la dirección de los asuntos religiosos como a los de la industria, nombrando autoridad para una función u otra. La disciplina y la obediencia eran dogmas indiscutibles.

Su concepción religiosa sostenía que dios era un ser masculino y femenino a un tiempo y que el hombre era originariamente hermafrodita. Vivían en estricto celibato, pues consideraban el matrimonio como una institución de categoría inferior. Aparte de sus extravagancias religiosas llevaban una vida sana y metódica; su comida era sencilla y nutritiva, casi generalmente vegetariana. Amaban la limpieza grandemente, se complacían en diversiones tranquilas, musicales, por ejemplo, cantos, etc. El comunismo de los shakers era de tal naturaleza que permitía la existencia de una "familia" rica mientras las otras vivían estrechamente. Hacia 1903, Morris Hillquit decía que la riqueza total de las quince sociedades de shakers que existían entonces se calculaba en muchos millones; sólo la tierra de su propiedad en el país abarcaba una extensión de 100.000 acres.

Una secta religiosa de Wuerttenberg (Alemania) perseguida por el gobierno y el clero, salió de Alemania hacia 1804 con unos 600 adeptos y se dirigió a los Estados Unidos. Su jefe era Georg Rapp. La mayoría de los "separatistas", así se llamaba la secta, eran campesinos y artesanos. Rapp fundó en el distrito de Lycoming, Pensilvania, la comuna "Harmony". En pocos años se levantaron viviendas, se instaló una escuela, una iglesia, algunos molinos y talleres, cultivando varios centenares de acres de tierra.

En 1814, viendo que el terreno en que estaban no era apropiado para sus fines, lo vendieron por 100.000 dólares y se trasladaron a Posey, Indiana, donde compraron una extensión de 30.000 acres. En poco tiempo hicieron de su nuevo hogar un lugar floreciente de trabajo. En 1824 la comuna tenía unas 1.000 personas. Ese mismo año vendieron la colonia a Robert Owen y se trasladaron a Pittsburg, donde fundaron el pueblo llamado Economy, donde levantaron pronto más de cien viviendas.

Por su espíritu de trabajo, donde quiera que los rappistas se aposentaban, florecía una hermosa localidad, talleres, campos cultivados y una vida comunal relativamente dichosa.

En 1831 la comunidad fué perturbada por la llegada de un aventurero llamado "Conde Maximiliano de León", a quien admitieron en Economy y que poco más tarde provocó una escisión llevándose 250 miembros y una suma de 105.000 dólares, con los cuales los disidentes fundaron en Philipsburg una comuna aparte. El supuesto conde los abandonó pronto llevándose una buena suma de dinero.

La mayoría de los rappistas, que había quedado en Economy, prosperó materialmente sin cesar. Al principio no querían el celibato, pero en 1807 lo introdujeron. Con eso fué disminuyendo su población; luego, tuvieron que alquilar jornaleros, hasta que por fin quedaron reducidos a un grupo de capitalistas acomodados. De su comunismo de la primera hora no quedó rastro alguno.

La misma secta de Wuerttenberg creó en Estados Unidos otra comuna con los adeptos perseguidos duramente en el país natal por no querer servir en el ejército ni hacer educar sus hijos en las escuelas públicas. Estos llegaron en 1817, en número de unos 200, a Filadelfia. Compraron algunos millares de acres en Tuscarawas, Ohio, y se pusieron al trabajo con entusiasmo. Al principio no se proponían instaurar una colonia comunista, pero después de alguna experiencia, en 1819 resolvieron introducir la comunidad de bienes y de trabajo. Fundaron herrerías, carpinterías, criaron ganado, ganando además algo de dinero con el trabajo para las granjas próximas. Como estaban dispuestos a una vida activa, pagaron la hipoteca del terreno que habían comprado a plazos y adquirieron nuevas extensiones de tierra. El jefe de esta secta se llamaba Josef Baeumeler y era un individuo de capacidad y de espíritu de empresa. La comuna se llamaba Zoar. Sus miembros quisieron vivir al principio en el celibato, pero después cambiaron de opinión. En 1832 la sociedad fué reconocida por el Estado de Ohio como "Sociedad de los separatistas de Zoar". Para su administración interna se nombraban tres delegados. Tenían un tribunal permanente de cinco miembros para resolver las disidencias internas y además se celebraban asambleas anuales en donde hombres y mujeres tenían voz y voto. La comuna de Zoar llegó a tener 500 miembros hacia 1832; pero en 1874 la cifra había bajado a 300, con un capital de más de un millón de dólares. Mientras la comuna fué pobre reinó la armonía; cuando llegó a disponer de cierta riqueza, comenzaron algunos miembros a hacer el ensayo de retirarse con una parte del haber comunal. En 1898 se resolvió la disolución; cada miembro recibió una suma de 1.500 dólares y Zoar dejó de existir.

La comunidad más importante fué la de Amana; los fundadores pertenecían a una secta religiosa originaria de Alemania. En 1842 los inspiradores de la secta se fueron a Estados Unidos, compraron en las proximidades de Búfalo unos 5.000 acres de tierra y después, en menos de dos años, hicieron llegar de Alemania alrededor de 600 hermanos. Instalaron fábricas, cultivaron la tierra, reconocieron la conveniencia del comunismo y prosperaron de tal modo que en 1855 tuvieron que cambiar de residencia, comprando 20.000 acres de tierra cerca de Davenport, en Iowa, donde se estableció la comuna de Amana. En 1903 tenía siete pueblos con unos 1.800 habitantes. Existen todavía. Los pueblos administraban sus asuntos por sí mismos; la administración central de la comuna se nombraba anualmente por votación. Las familias vivían independientemente, pero disponían de comedores comunes. Para la compra de ropa se destinaba anualmente una suma determinada para cada miembro. El depósito común del pueblo contenía lo que los miembros necesitaban y se podía retirar de él artículos por una suma que se estipulaba todos los años. Las aldeas disponían de escuelas propias. En las épocas de las cosechas ocupaban jornaleros extraños. No prohibían el matrimonio, pero tampoco lo favorecían.

Un tal Keil, fundador de una secta, creó en 1844 una colonia comunista en Shelby, Missouri. Sus partidarios compraron 2.500 acres de tierra, con muy pocos medios, pero con un excelente espíritu de trabajo. Esa fué la comunidad llamada Bethel. En pocos años cultivaron una buena parte de la tierra, establecieron un telar, un molino, un aserradero, diversos talleres, una iglesia y un depósito principal. Y su prosperidad les permitió comprar otros 1.500 acres más; hacia 1864 la comunidad constituía una población de unas 650 personas.

El doctor Keil, acompañado de unos 80 miembros de Bethel, partió en 1850 en busca de un nuevo lote de tierra barata y buena. En 1851 organizó la colonia Aurora en Oregon. El número de los colonistas alcanzó pronto a 400, compraron 18.000 acres de tierra en diversos distritos de Oregon, establecieron talleres como en Bethel y emprendieron además el cultivo de árboles frutales.

La personalidad de Keil mantuvo mientras vivió la armonía y la concordia en ambas comunas, la de Bethel y la Aurora. La vida en estas comunidades era muy libre; el comunismo entre los miembros fué de lo más acabado; si se llevaba contabilidad para las operaciones con el mundo exterior, entre los miembros era desconocida.

El fundador de esas dos comunas murió en 1877; dos o tres años más tarde se disolvieron ambas creaciones, faltándoles el lazo de conexión que significaba el doctor Keil.

Otra comunidad religiosa famosa fué Oneida, fundada por John Huphrey Noyes, el creador de la secta llamada perfeccionista. Sus primeros discípulos fueron los miembros de su familia.

La comuna de Oneida se fundó en 1848. Los comienzos fueron bastante deficientes. Se organizaron fábricas de varios objetos y tras muchos contratiempos recién hacia 1857 comenzaron a obtener algunas ganancias. En 1874 la comuna era propietaria de 900 acres de tierras y sus miembros ascendían a 300. La comuna tenía un complicado aparato administrativo; había una superabundancia de elementos intelectuales en ella. Se practicaba el amor libre, se sostenían magníficas escuelas y se editaban libros y revistas para propagar las ideas comunistas religiosas de Oneida. Noyes inventó la "crítica mutua", que sustituía al castigo y mejoraba moralmente a los miembros.

La crítica se hacía en público. La co-

MAX NETTLAU

La Internacional en B. Aires en 1872-73

Las informaciones precisas sobre las primeras organizaciones socialistas en la Argentina son tan raras que valdría la pena presentar en el *Suplemento*, que se consultará siempre como una colección cada vez más grande de documentación social, un documento del tiempo de la Internacional, fechado el 23 de marzo de 1873.

Es una carta del secretario general de las secciones de Buenos Aires, *A. Aubert*, a un internacionalista de Burdeos, E. Latraque, entonces refugiado en Santander (España).

Se sabe que Paul Lafargue tenía relaciones personales en Lisboa, y gracias a ellas la Internacional en Burdeos, forzada a vivir subterráneamente desde el año 1871, y desprovista de los medios para informarse libremente, había quedado en el jirón de la parte marxista de la Internacional. La "Lista nominal de los delegados que componen el... Congreso... celebrado en La Haya, Holanda, del 2 al 7 de septiembre de 1872" (Amsterdam, 2 ppdo. 8o.) nombra a: 65. *Vimot*, delegado francés. Fué el delegado de Burdeos, cuyo nombre es escrito muy a menudo Wilmart, Vilmart y también Wilmark. De Madrid escribió José Mesa, el 25 de octubre de 1872: ... "Nuestro amigo Wilmart ha partido para Buenos Aires el 15, de aquí, y se ha embarcado en Lisboa el 19. Ese pobre muchacho tuvo bastantes dificultades para hacer su viaje, pero gracias a nuestros compañeros de Lisboa pudo superarlas"...

Después de haber votado en La Haya la expulsión de Bakunin y de James Guillaume de la Internacional, ese Vilmart se ha ido, pues, pronto a la Argentina. Había evidentemente allí refugiados franceses, sobre todo, es probable, del suroeste, que pasaron muy fácilmente por Burdeos o a través de España, y un internacionalista de Burdeos, E. Latraque — sin duda, el que Engels, en una carta a Sorge, del 7 de diciembre de 1872, llama "Larroque, unser besten Mann in Bordeaux" (nuestro mejor elemento en Burdeos); Larroque está mal leído o mal impreso, en lugar de Latraque — escribe a uno de esos franceses en Buenos Aires, en el sentido de dar un impulso a su esfuerzo socialista y organizador incluso en el sentido de la Internacional.

Recibe esta respuesta, que envía el 25 de julio de 1873 a Engels, que le había escrito el 15. Latraque, amigo de Lafargue, habiendo quedado al principio en San Sebastián, había sido forzado, como otros, a irse a Santander. Mantiene relaciones con Burdeos, y dice que "el movimiento sindical de los obreros se propaga" y que los internacionalistas están a la cabeza de los sindicatos.

He aquí la carta recibida por Latraque:

"Buenos Aires, 23 de marzo de 1873.
Al ciudadano E. L., corresponsal de las secciones girondinas.

Ciudadano:

Su carta del 31 de julio de 71 (sic) no nos llegó hasta el 5 de enero de 73. En cuanto estuvo en nuestro poder la hemos comunicado a la asamblea general, que la acogió con los más puros sentimientos de gratitud.

Como usted dice, ciudadano, nuestro deseo constante fué siempre asociarnos por los lazos de la federación a nuestros hermanos de Europa, y es seguro que si su carta nos hubiese llegado antes no habríamos quedado hasta este día en el más completo aislamiento. Lo que nos ha faltado, querido conciudadano, son los medios de corresponder, las direcciones de las principales oficinas y, sobre todo, la del Consejo general; no hemos tenido nunca a nuestra disposición ni periódicos ni boletines de la Asociación.

Es con una viva satisfacción que vemos abirse una puerta ante nosotros, puesto que tenemos la dicha de entrar en relación con vuestras secciones, no seremos en lo sucesivo un grupo aislado de la gran familia, y al comunicarle nuestras necesidades nos atrevemos a esperar que usted pondrá interés en satisfacerlas.

Hay actualmente en Buenos Aires tres secciones internacionales, basadas en la diferencia de lenguas: la sección francesa; las secciones italiana y española se formaron después; cada sección tiene su Comité central particular y las cuestiones de interés general son tratadas por un Consejo federal, compuesto de seis miembros (dos de cada sección).

No hablaré de las dificultades que tuvimos que vencer al comienzo. Usted sabe, como nosotros, que se persuade difícilmente a los que viven bajo el imperio del error; sin embargo, a fuerza de trabajo y perseverancia, y a pesar de los ataques incesantes de la prensa, hemos podido difundir y hacer germinar la semilla, nuestras filas se acrecientan insensiblemente de ciudadanos abnegados, y podemos considerarnos desde ahora como sólidamente constituídos.

Contando con su amabilidad para comunicarnos las piezas e informaciones que pueden sernos útiles, termino rogándole que reciba nuestros saludos fraternales.

A. A.
Secretario general de las secciones de Buenos Aires"

He aquí la manera de dirigirnos las cartas:

Mr. José Tonassi (Relojería de los Alpes).

Calle Corrientes, núm. 220.

Para remitir a M. Aubert.

Nuestra carta iba a ser enviada al correo cuando recibimos noticia, por intermedio del ciudadano Wilmark, que usted se ha trasladado a San Sebastián.

Timbre (color gris-verde): *Asociación Internacional de los Trabajadores. Sección francesa de Buenos Aires. — No deberes sin derechos. — No derechos sin deberes.*

De esta carta resultaría que los internacionalistas franceses que habrán hecho emigrar a Buenos Aires la caída de la Comuna y la represión general en Francia en 1871, formaron allí un grupo francés y que los elementos de lengua española e italiana, atraídos por esa propaganda, han constituído después grupos de sus idiomas y que esos tres grupos o secciones se han federado. Esos franceses habían estado bajo el imperio, a pesar de ser socialistas y de la Internacional, tan poco en contacto formal con los Consejos federales, que en Francia, fuera de París, no existían, ni en el Consejo general de Londres, ni con las Internacionales de los otros países (el Consejo general no gustaba de esas relaciones *directas*), que es perfectamente posible que se hayan encontrado sin conocimiento del mecanismo de la Internacional, de las direcciones, etc., y en cuanto a los periódicos, habrían podido informarse fácilmente por los periódicos belgas y suizos de la Internacional, que aparecieron regularmente durante largos años, pero esos periódicos debieron serles desconocidos o inaccesibles en Francia mismo, con mucha más razón en Buenos Aires. En Francia no había verdaderamente un periódico que apareciera con alguna regularidad para poder informarse por él, y en Italia igualmente, a excepción de la "*Plebe*" de Lodi, eran tan militantes y pasajeros y no habían reconocido nunca el mecanismo oficial de la Asociación, que no han contenido informaciones de esa especie. Hubieran podido encontrarlas en los grandes periódicos de España, "*La Federación*" de Barcelona y otros, pero como no recibían periódicos no debieron conocer tampoco éstos.

De ahí se supondría que los internacionalistas militantes españoles no habrían llegado a Buenos Aires o no cooperaban con el ambiente de donde procede esa carta. Por lo demás, es bastante probable que en esos años de 1868 a 1873, cuando la revolución rugía en España y los esfuerzos y las luchas se acentuaron hasta las grandes crisis de 1873, emigraron muy pocos militantes y, por azar, ninguno llegó a Buenos Aires. Si se dijese que la pequeña organización de que Aubert fué secretario, es evidentemente del partido del Consejo general, y que siendo anarquistas los militantes españoles e italianos, se habrán abstenido de ese ambiente, han quedado aparte o han formado sus secciones propias, diría que nada lo prueba aún y que habría que demostrarlo. La carta no hace suponer que la corriente antiautoritaria existía ya. Por Vilmart, esas secciones han debido ser informadas en sentido autoritario — las persecuciones en España, después de la caída de la república, habrán llevado en 1874 ciertamente refugiados o emigrados de la Internacional española a Buenos Aires, y sería posible que entonces se hiciera camino la idea antiautoritaria — en marzo de 1873, fecha de la carta, no era conocida aún, parece, porque los antiautoritarios españoles, italianos y franceses sabían entonces a qué atenerse sobre el Consejo general, que para ellos no existía.

Si esas tres secciones que existían en 1873 y que han tenido que informarse tarde o temprano que la antigua organización con Londres por centro no existía ya, etc., se han desvanecido, y si, después de la llegada (supuesta) de militantes españoles desde 1874, han sido fundidas en los grupos antiautoritarios, colectivistas-anarquistas, que han debido formarse en los años siguientes, eso es desconocido para mí. Pero tal vez, siguiendo el hilo dado por esta carta, se llegará, por medio de investigaciones locales, a desenmarañar estas cuestiones de los orígenes de la organización o de los grupos de propaganda anarquista en la Argentina.

Octubre 9 de 1926.

---

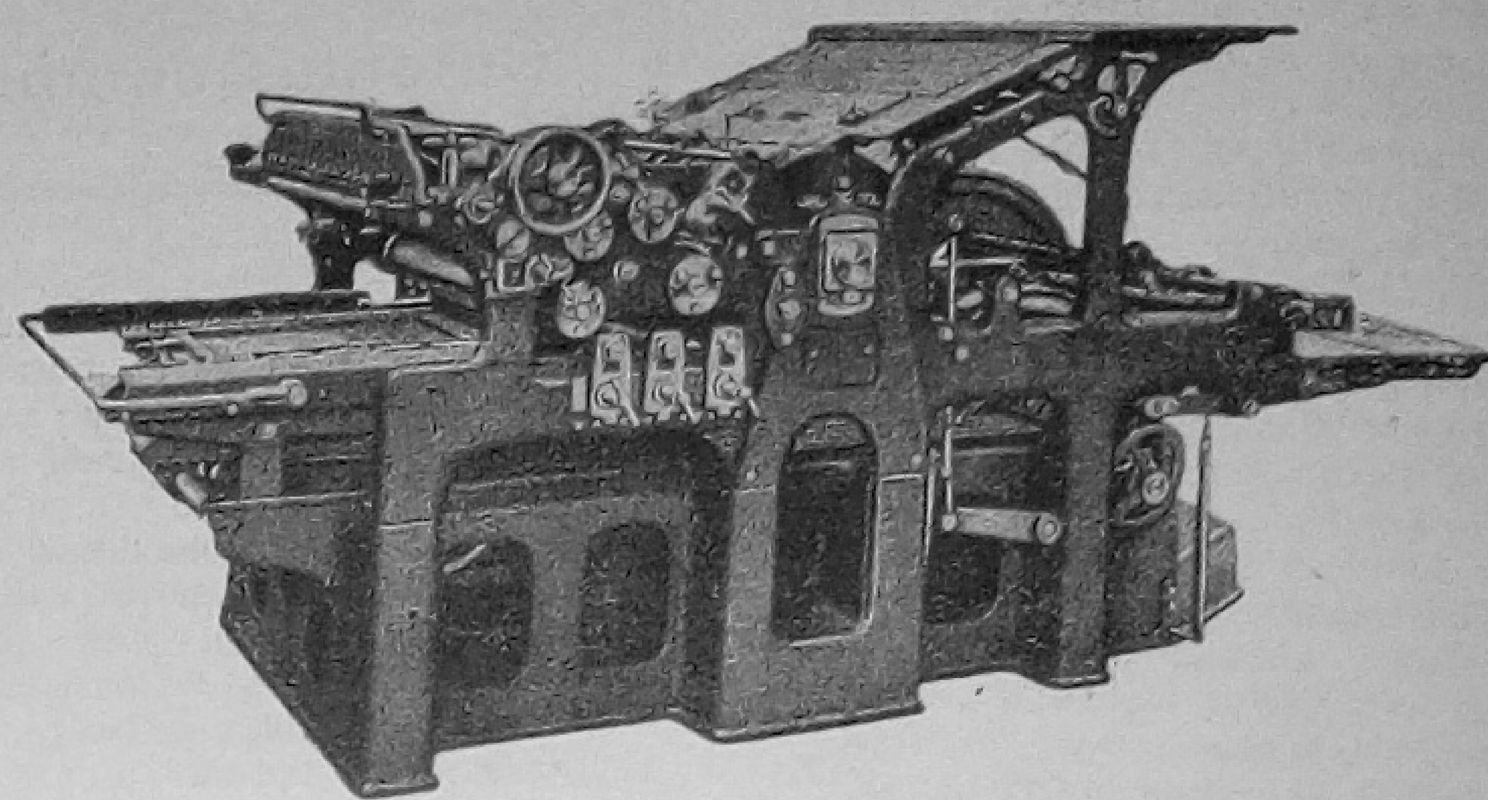
muna prosperó más de treinta años; en 1880 se transformó en sociedad anónima y como tal debe continuar aún, pero no conserva de su anterior comunismo más que la biblioteca, la sala de lectura, el lavadero y los establecimientos. En realidad se convirtió en una empresa capitalista más.

Después de mencionar los ejemplos anteriores de comunas religiosas, transcribimos este comentario de Morris Hillquit:

"...Las comunas religiosas se fundaron para la satisfacción de necesidades religiosas, no con el fin de propagar el comunismo. Su comunismo era solo un factor secundario para su existencia; en cuanto lo exigían sus intereses materiales, lo sacrificaban sin remordimiento de conciencia. Los shakers, los harmonistas, las amanitas, los perfeccionistas y otras comunas religiosas ocupaban jornaleros de afuera en sus campos y en sus fábricas, y hacia el fin de su existencia cesaron realmente de ser comunas y se convirtieron en sociedades agrícolas e industriales. Así, pues, su éxito material hay que atribuirlo más bien a su apartamiento del comunismo que al comunismo. En otras palabras, las comunas religiosas o sectarias abandonaron al fin su comunismo y se convirtieron en muchos casos en renditivas empresas comerciales"...

Después de referirnos a las comunidades socialistas, hechas expresamente con fines de propaganda socialista, formularemos nuestras objeciones y nuestros puntos de vista respecto de los ensayos y de las experiencias hechas por tantos hombres para ajustar la vida a los imperativos de la propia conciencia.

DE CASA



La ampliación del formato del diario nos ha obligado a adquirir una nueva máquina de imprimir, que está ya próxima a entrar en funciones. Las condiciones de la adquisición han sido dadas a conocer: la compañía importadora "Gotra" nos ha comprado por 3.500 pesos la "Albert"; la nueva máquina, marca "Planeta—Fixia—Rapid", de fabricación Alemana, una de las primeras que se instalan en el país, cuesta 13.000 pesos. Pagados 2.000 pesos al contado y descontados los 3.500 de la plana vieja, quedan 7.500 pesos que con intereses y sellos serán pagados en ocho cuotas trimestrales. Está demás decir que cada compañero nuestro debe comprender la necesidad de poner de su parte lo posible a fin de ganar nuevos lectores para nuestra prensa y salvar estos compromisos ineludibles. La imprenta de los anarquistas de la Argentina, como otras tantas veces, vencerá sus dificultades con la ayuda segura de la colectividad a que pertenece.

La separación del Arte y del Estado

Invitado a inaugurar el segundo *Salón de Sud-est* de Lyon, Paul Signac, el pintor neo-impresionista, presidente del *Salón de Independientes*, pronunció la siguiente alocución, en que expresó la idea de substraer el arte al tutelaje oficial:

"Yo no soy más que un viejo pintor independiente. No les traigo los cumplimientos oficiales, mas el viejo pintor expresa toda su alegría de haber sido elegido por sus más jóvenes colegas. A mi edad debo amar a la juventud. Es amándola y admirándola como se puede lograr nuevas fuerzas, evitando así de convertirse en un viejo retrógrado. Y si esa juventud desea mostrarle un poco de benevolencia, uno será ampliamente recompensado de lo que se pueda hacer por ella. Por eso les expreso toda mi satisfacción al encontrar aquí hombres que supieron libertarse de los convencionalismos y de subalternos intereses! Es un bello día para celebrar la fiesta del arte independiente!

En efecto, hoy es el triunfo del arte independiente, puesto que existe todavía en Francia un arte oficial, un arte del Estado, un arte del Instituto, el arte de los premios de Roma, y ya es tiempo de preguntarse si no llegó la hora de libertarse de esa desastrosa tutela y de proclamar, en fin, la separación del Arte del Estado.

Aquí se puede presentar a los pintores — quienes fueron los primeros en rebelarse contra los jurados —, los gloriosos expositores del Salón de Rechazados de 1863: Boudin, Lepine, Jongkind, el prestigioso Jongkind, que aun después fué rechazado en toda la madurez de su talento, por el Jurado de 1873, y cesó entonces de enviar sus obras a los salones de París. Después los grandes impresionistas Monet, Renoir, Sisley, Pissarro, Cézanne, Degas. Guiados ustedes por una clara razón, por una sólida voluntad que no se deja entorpecer por el snobismo, han reunido aquí estos maestros de la Escuela Francesa, malgrado el supuesto fracaso del Impresionismo, decretado por los neo-académicos y por los *camelots* de vanguardia. No se puede imaginar todo lo que nosotros le debemos a ellos, tanto como hombres y artistas. Fueron los libertadores; fueron los primeros independientes.

Es difícil, en efecto, formarse una idea de lo que era en aquella época el arte y la situación de los artistas. No había más que un salón anual, el de la *Société des Artistes Française*, sin que hubiera otros salones más liberales. *La Société Nationale des Beaux-Arts* y el *Salon d'Automne*, no se fundaron sino mucho más tarde. No había tampoco las salas particulares para las exposiciones personales o de grupos; ni los comerciantes en cuadros accesibles como los hay ahora, que se muestran más o menos desinteresados con los artistas jóvenes. En cambio, los artistas de entonces que no se querían someter al jurado de ese salón, que no tenían la menor probabilidad de ser recibidos por ese jurado, se hallaban en la imposibilidad de mostrar sus obras al público y condenados a reventar de hambre. Y los que se avenían a ser agradables a ese jurado, debían descender a todas las concesiones para ser admitidos, renunciar a su propia personalidad y atenerse a las reglas de los profesores a quienes deseaban complacer. Un jurado, cualquiera que sea éste, es el enemigo del genio impertinente, que inventa, evoluciona, osa y se renueva. Así es como nadie podría imaginarse cuánta bajeza, la indecible vulgaridad de las obras expuestas en los salones de aquella época. Eran más bien exposiciones de retruécanos, de sucesos diversos — como crónica de policía —, de lugares comunes del patriotismo, que pintura. Solamente Manet, el grande y dulce Puvis de Chavannes, Fantín-Latour, perdidos en esa feria de vanidades, representaban la buena tradición de la escuela francesa. Pero sus obras eran befadas e insultadas. Los visitantes y los expositores se retorcían de risa ante *El Bar*, de Manet, ante "El Pobre pescador", de Chavannes, mientras que admiraban los botones de los uniformes de los soldados de Detaille, "La Boda en el estudio del fotógrafo", de Dagnan Bouveret, las anécdotas de Gerome y las truculencias de Rochegrosse.

Ahora el arte no está más allí. De tiempo en tiempo en las vitrinas de los negocios aparecían las obras de los desterrados, o en sótanos que el generoso Caillebotte alquilaba para que sus amigos los impresionistas exhibieran sus obras al público. Pero no eran más que venturosas excepciones. Y los artistas seguían sin un medio para llegar al público con sus obras, sin pasar por la férula de un jurado. Fué entonces, en 1884, cuando nosotros fundamos la Sociedad de los Artistas Independientes. Desde esa fecha el arte pudo disfrutar de una relativa libertad. Y data de esa época la vivaz floración del arte francés.

Es en esa sociedad de los independientes que empezaron todas las generaciones de pintores que se subsiguieron a los impresionistas. Si todos no quedaron en alas de la fama, todos pudieron hacerse conocer".



Asamblea política

DESOCUPADOS



Dibujo de Garrens

BIBLIOGRAFIA

Rudolf Rocker. — "Ideología y táctica del proletariado moderno".— Trad. de D. A. de S., 240 págs., 8.o. Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 1.20.

Este libro, compuesto por diversos estudios y conferencias del compañero Rocker, será considerado, seguramente, en los países de habla castellana, como de una de las obras más apropiadas para la propaganda del concepto anarquista del movimiento obrero. Está compuesto por los siguientes trabajos:

Declaración de principios. — La lucha por el pan cotidiano. — El parlamento, el Estado y la socialdemocracia. — La fabricación de armas de guerra. — Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo.

Rocker no es un desconocido entre nosotros, y este libro ha de ser tan leído como todos los demás suyos.

León Tolstoi. — "¿Qué hacer?. — Trad. de G. Kult, 222 págs., 8.o. Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 0.80.

Esta profunda y sincera disertación de Tolstoi, que eleva el pensamiento y ennoblece el corazón, merece ser meditada y propagada por aquellos que, descontentos de la triste realidad de esta hora, buscan una salida y se esfuerzan por hallar una solución. Tolstoi nos hace comprender que el mal no está sólo fuera de nosotros mismos, que también está en nosotros. Es oportuna y sumamente útil para superarnos, la lectura de obras como ésta.

D. A. de Santillán. — "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs., 8.o. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio 0.10.

Este trabajo ha sido publicado ya en el Suplemento, y como su título lo indica, estudia uno de los problemas planteados con caracteres de urgencia al proletariado moderno.

F. Urales. *Suicidio de dos enamorados.* Núm. 41 de La Novela Ideal, Barcelona. Publicaciones de la Revista Blanca.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales. Organo del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales. Buenos Aires. 208 páginas en 8o. Año XLII. Números IV y V.

Repleta de estudios jurídicos y de notas interesantes de actualidad. El secretario de esta publicación, B. Sierra, con un gran desconocimiento del asunto y con un odio de partido, fuera de lugar, resume la doctrina del contralor obrero en este país.

¡Aurora!, órgano mensual de la Federación Anarquista de la Región Sur de Portugal. Agosto de 1926. Número 9. Cercal do Alentejo.

HUGO TRENE

De la organización anarquista

La cuestión de la organización de nuestro movimiento ha preocupado siempre, de modo particular, a nuestros camaradas. Ahora sobre todo, después de la experiencia adquirida en la revolución rusa, una parte de los compañeros, en especial rusos, se han entregado al estudio de la cuestión, llegando a conclusiones que, en verdad, maravillarán a muchos. El "Grupo de los anarquistas rusos refugiados en el extranjero", sobre todo, llegó, después de un año de trabajo, a concretar un verdadero programa de organización y de trabajo, que si bien es cierto que no hallará el asentimiento general, merece en todo caso ser observado de cerca, singularmente por el modo en que ha sido planteada la cuestión.

Hace algunos meses tuvo lugar una reunión de compañeros de diversas nacionalidades en donde los representantes del grupo de los anarquistas rusos explicaron el resultado de este último año de trabajo tendiente a echar las bases para una organización del movimiento anarquista.

En esa reunión tomaron parte los compañeros italianos, franceses, búlgaros, etcétera, pero fueron los compañeros rusos los que mayormente sostuvieron la discusión. Es digna de notar la opinión del grupo de los anarquistas rusos, cuyo portavoz, Archinoff, se expresó así:

"La idea de una organización anarquista había nacido antes de la revolución rusa, pero ésta, sobre todo, nos ha demostrado la necesidad y la urgencia de la creación de una organización. Porque durante los acontecimientos rusos, a pesar de que las masas obreras siguieron con gran simpatía nuestras ideas, nuestro movimiento se puede decir que ha fracasado precisamente por la falta de una organización, y sobre todo de una organización única, precisa, tanto ideológica como práctica".

El compañero Archinoff sostuvo que para permitir al anarquismo que se encamine por una vasta ruta social y política, es preciso que ante todo salga de la práctica de los pequeños grupos aislados.

En esta época singularmente en que los frentes de lucha social y política son numerosos, es extremadamente necesario que el anarquismo adopte una táctica y una acción colectiva, como es también necesario que dé vida a un programa positivo y realizador.

La experiencia del grupo de los anarquistas rusos refugiados en el exterior es grande, como también es notable la labor realizada por él en la tentativa de concentrar las fuerzas anarquistas. Como base para la organización del porvenir, el grupo ha elaborado un programa.

Ese programa se divide en tres partes, esto es: 1) Cuestión general; 2) Constructiva, y 3) Organizadora. La que nos interesa sobre todo es la cuestión organizadora, que para nosotros se puede resumir en la idea de la creación de una organización que una a todos los militantes y presente todo el movimiento de un país. Pero para obtener esto, según nuestra opinión, es precioso: 1) Una ideología única; 2) Una táctica única; 3) Una responsabilidad colectiva; 4) El federalismo. Archinoff afirma que en particular la juventud exige que sea organizada y que se tenga algo positivo que exponerle. Y si nosotros queremos esa juventud es preciso someternos a esas exigencias.

Las masas trabajadoras estuvieron, en casi todos los movimientos revolucionarios, al lado de los anarquistas, pero el movimiento anarquista, hasta ahora no ha sabido satisfacer todas esas esperan-

zas. Como ejemplo podemos citar el movimiento revolucionario de los machnovistas en 1918-19. Otro ejemplo, siempre de Rusia, fué la rebelión de Kronstadt en 1921. Sin duda alguna, estos fueron movimientos revolucionarios que tendieron a abatir la tiranía del partido comunista para la instauración de una era de libertad. Si en Kronstadt, por ejemplo, hubiese habido un germen anarquista de organización, aquella revuelta habría podido desarrollarse y tal vez modificar todo el proceso de desarrollo de la revolución rusa. He ahí como la organización del movimiento anarquista le impidió ayudar y guiar en el campo ideológico a las masas revolucionarias. Por cuya razón podemos afirmar que todos aquellos movimientos anarquistas que no sepan hallar a tiempo la vía de la lucha colectiva, permanecerán en estado caótico e infantil y por tanto al margen de la revolución.

Y por eso es necesario comenzar a cristalizar ideológicamente, tanto en la táctica como en las ideas, y organizar los esfuerzos.

Pero, ¿cómo hacer?, se pregunta Archinoff.

Se dice que el anarquismo no es único, sino que existen tres corrientes, cada una de las cuales tiene su propio camino. Yo al contrario pienso que el anarquismo es uno, ideológicamente y por tanto tácticamente. Al mismo tiempo que el anarquismo lucha por las masas trabajadoras, lucha también por la libertad del individuo obrero. Sociológicamente tendemos al comunismo. El sindicalismo es un método de lucha que conduce hacia nuestro objetivo, nada más. En cuanto se refiere al individualismo, no es una rama del anarquismo cuando niega la lucha de clases y el principio de organización, igual que el objetivo final, el comunismo. Según mi opinión no es más que una manifestación de la irresponsabilidad que trata de hacerse un puesto en nuestras filas, pero al cual debemos combatir irreconciliablemente. El anarquismo, afirmó Archinoff, es la ideología de la clase obrera y su táctica. No es, por tanto, posible representarnos el movimiento de un país en diversas organizaciones siempre en lucha recíproca".

Estas fueron las ideas expresadas por el compañero Archinoff en nombre del grupo ruso; ideas que, aunque planteadas ruda, crudamente, pueden servir como amplia contribución a la discusión, sobre todo por tener una gran cualidad: las de ser muy claras, y esto no significa poco.

Pero en la misma reunión el compañero Volin, basándose en su experiencia también, adquirida durante la revolución rusa, sostuvo, en contradicción con Archinoff, un punto de vista opuesto y que merece ser también transcrito.

"En Rusia, dijo Volin, existía desde hacía mucho tiempo la idea de crear una organización única. Por ejemplo, la organización "Nabat" de Ukrania, organización que fué bastante fuerte y que realizó una acción vasta y profunda. Esa organización se basaba en el principio que las tres corrientes del anarquismo, que tenían suficientes puntos de contacto, podían trabajar ventajosamente juntas. Personalmente no creo que existan anarquistas partidarios todavía del aislamiento y que ignoren la necesidad de una organización y no deseen un programa claro y preciso. Pero la dificultad está en el modo de realizar la organización. Aquí hay dos opiniones opuestas. La comunista anarquista dice: la nuestra es la verdadera y la legítima, por consiguiente todas las demás deben desaparecer. Y si no ocurrió esto aún es porque hasta ahora existían algunos malentendidos.

Según mi opinión, en este razonamiento hay una contradicción. Si la idea anarquista comunista era ya clara y precisa, ¿cómo y por qué razones se quiere ahora precisarla? Pero esa concepción oculta, según mi modo de ver, un verdadero peligro, es decir el de la creación de una idea demasiado restringida y que seguramente obligaría a distanciarse de nosotros a numerosos elementos que, sin embargo, nos son muy útiles.

Yo también estoy de acuerdo con una organización única, definida; pero para llegar a esto es preciso que prepare el terreno una vasta discusión. Al respecto pienso que es perjudicial para una vasta difusión de nuestras ideas la creación de innumerables periodiquitos de ninguna importancia y alcance, mientras que creo sumamente útil la fundación de un gran órgano de libre discusión de nuestro ideal, pero donde la discusión sea hecha, no desde el punto de vista de un grupo o de una personalidad, sino desde el punto de vista general, porque sólo después de una amplia discusión y un vasto trabajo de esclarecimiento y de precisión, se producirá una seria aproximación. Pero en todo caso esta no podrá ser la obra de un solo compañero o grupo, sino la obra de todos.

Veo, además, otro grave peligro que podría engendrar la forma demasiado restringida con que el grupo ruso concibe la organización: el caer en los mismos errores que reprochamos a nuestros adversarios. Po que según los siguientes principios: el partido, el programa, la línea política, el guía ideológico de las masas, es difícil distinguir la diferencia que existe entre los compañeros del grupo ruso y los bolchevistas. Ese modo de propagar nuestras ideas es lo que provoca la confusión. Y a propósito de confusión, y para concluir, el compañero Volin recuerda un episodio de incomprensión de las ideas anarquistas por parte de las masas:

En 1920, un momento en que había sido tolerada la propaganda anarquista, mientras yo mismo había logrado hacer una jira de conferencias por toda Ukrania, al encontrarme en Karkhof, una noche, en los locales de la Federación Anarquista Nabat, se me presentó una delegación de guardias rojos, con la siguiente proposición: "Hemos seguido — decían los delegados — la propaganda anarquista y estamos completamente de acuerdo con vosotros; por esto proponemos derrocar al gobierno de Karkhof, mañana, si estáis dispuestos vosotros a haceros cargo de él". Hasta aquí llegaba la incomprensión de las masas respecto de nuestras ideas mal digeridas.

La presente discusión no es nueva; se podría decir que es tan vieja como nuestro movimiento. Pero lo que me impulsa a ponerla en conocimiento de los compañeros en general es más bien el hecho de que raramente se consiguió plantear la discusión sobre la organización con la claridad y la precisión que lo hizo el grupo ruso, que trata de resolver el asunto sobre las bases expuestas.

Los compañeros de este grupo sostienen, además, que el tiempo de las discusiones sobre el pro o el contra la organización ha terminado ya y que en lo sucesivo no hay más que procurar organizar las fuerzas anarquistas sobre la base de un programa claro, y avanzar.

* * *

De la discusión apuntada resulta que tanto Volin como Archinoff reconocen la necesidad de la organización, pero uno de ellos (Archinoff) entiende esa organización como un partido comunista anarquista, pues para él las demás tendencias, más que anarquistas, son degeneraciones pequeño-burguesas de la anarquía. Mientras Volin, siempre fiel a la idea inspiradora de la organización anarquista ukraniana "Nabat", desea que esa organización anarquista única sea la resultante de las tres tendencias que forman el anarquismo, es decir: la comunista, la individualista y la sindicalista.

Según mi opinión, de un modo u otro, esta idea de la organización única, monopolizadora de todo el movimiento, es profundamente errónea, por cuanto no sólo hay países en que, por las necesidades de la lucha, por la posibilidad de la difusión de nuestras ideas, es imposible agrupar todas las iniciativas en un solo organismo, sino que eso no es deseable. Al contrario, pienso que la multiformidad de los medios de lucha y de propaganda es condición primordial de una mayor y más profunda divulgación de nuestras ideas. Medios diferentes que, sin embargo, no se contradicen ni se eliminan, sino que más bien se complementan.

Sobre esta cuestión, que seguramente atraerá la atención de los compañeros, volveré en cuanto me sea posible.

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.50 — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XII

Es necesario reconocer que los Estados no existen como algo separado de los gobernantes, que diciendo "Estado" decimos con ello mismo "gobierno", cuya existencia presupone también la existencia de súbditos. Como dice León Tolstoi, el Estado es "el conjunto de unos hombres que imponen su voluntad a otros". "Los anarquistas, apoyándose en la observación de la realidad — dice Reclus — entienden que el Estado y todo lo que con él se relaciona, no es algo abstracto, no es alguna forma filosófica, sino un conjunto de hombres, puestos en una situación especial cuya influencia sufren. Disponen de los mejores puestos, tienen más autoridad y más sueldo que el resto de sus conciudadanos".

Es curioso que hombres de ciencia no anarquistas como, por ejemplo, los célebres estadistas Duguit y Ellenick, comparten este criterio. Ellenick indica que "el Estado puede únicamente existir mediante sus órganos; si nos lo imaginamos sin ellos, queda, no el *Estado* como portador de sus órganos, sino una *nada* jurídica". Duguit escribe: "*Si detrás de lo que se llama Estado no hay nada*, significa que el Estado es una ficción pura. Significa que en realidad existen únicamente los órganos, o sea hombres que imponen a otros hombres su voluntad lográndolo mediante imposición material" o como diríamos nosotros, por la fuerza bruta, la violencia. El Estado son los gobernantes. El Estado es la "dominación de los más fuertes".

XIII

El gobierno, oprimiendo a los demás hombres, se pervierte y pervierte a sus súbditos. Eliseo Reclús tenía razón cuando decía que las múltiples tentaciones a que, "por la posición que ocupan, son sometidos los gobernantes, los hace caer fatalmente más bajo del nivel moral común". Y realmente, malhechores, disolutos y perversos como, por ejemplo, los zares rusos, era difícil encontrar entre sus súbditos.

Los gobernantes, profundamente corrompidos, corrompen a todos los que están en contacto con ellos. Los corrompen por la fuerza y por el soborno. Bajo la amenaza de penas severas enseñan a la juventud el arte de matar a los hombres, obligan por la fuerza a los jóvenes a hacer el servicio militar y les enseñan que es bueno y meritorio matar a los hombres. Sobornan a diestra y siniestra y exigen de las personas sobornadas determinados servicios (como hace con los funcionarios públicos). Sobornan a los hombres de ciencia pagándoles sueldos en calidad de profesores. Convierten una parte — la más grande — de sus súbditos en siervos, pervirtiéndoles hasta la mentalidad de modo que ni siquiera pueden imaginarse lo que es ser libres. Crearon los tribunales y los jueces, estos verdugos insensibles, cuyos crímenes horrendos conmueven el corazón de todo ser humano.

El gobierno que constantemente esgrime la amenaza de la violencia e incesantemente la emplea, ejecuta los crímenes más abominables, hasta el asesinato de indefensos, inclusive, y difunde la criminalidad.

XIV

Toda la actividad de los gobernantes beneficia únicamente a ellos y perjudica al resto de los hombres.

"¿Pero acaso nos engañábamos todos hasta ahora? Todos teníamos el gobierno por una institución útil y necesaria, pues de lo contrario el gobierno no existiría". Pero del hecho, por ejemplo, de que existan bandidos, no se deduce que los bandidos sean útiles y necesarios. Además no todos consideraban el gobierno como cosa útil. Ante todo, no nos engañábamos nosotros, los anarquistas, que conceptuamos al gobierno inútil y pernicioso. No somos nosotros los únicos que pensamos así. Tal como testimonia un observador tan sagaz como León Tolstoi, todo el pueblo ruso comparte nuestro criterio a excepción de una pequeña parte del mismo, que se ha impregnado de instintos autoritarios. En Diciembre de 1899 escribía Tolstoi: "Es indudable que en el momento actual el pueblo ruso, el pueblo auténtico, como consecuencia de los crímenes que con él ha cometido y comete el gobierno ruso, perdió no tan sólo el respeto hacia su gobierno, sino también la fe en la necesidad de gobierno alguno"... "La organización autoritaria que nos oprime y nos pervierte, no es tan sólo inútil, es algo hostil, repugnante e innecesario, inservible para cosa alguna". (L. Tolstoi).

La humanidad conoció errores que se mantuvieron durante siglos y milenios. Durante siglos creyeron los hombres que la montaña Olimpo (en Grecia) estaba habitada por dioses que comían, bebían, se divertían y regían los destinos de los hombres. Los egipcios creyeron durante miles de años que Osiris, Tifón y otros dioses escuchaban sus plegarias y que el buey Apis era un dios.

Muchos son los absurdos en los que, en el transcurso de su historia, creyeron los hombres a ojos cerrados, llegando hasta a quemar a los que contradecían sus dogmas y se atrevían, por ejemplo, a afirmar que la tierra giraba en rededor del sol.

En nuestros días los hombres mantienen la absurda creencia de que el gobierno es necesario, y hasta hay quien cree que puede haber gobierno bueno.

XV

Gobierno bueno, con el que los republicanos juraban hacer la felicidad de los franceses, y con el que los socialistas prometen hacer la felicidad de Rusia, es inconcebible. Para que el gobierno cometa a cada instante yerros y actos de nominados criminales, hay que poner sobre él otro gobierno, y sobre éste otro, y así hasta el infinito.

Sabemos hasta qué punto están corrompidos los gobiernos democráticos de las repúblicas modernas. Su actitud hacia las masas obreras, unas veces ferozmente agresiva y de hipócrita protección otras, su incompetencia, necedad y maldad, salta a la vista de todo aquel que tuvo oportunidad de estudiar de cerca la actividad de estos gobiernos. En las repúblicas democráticas vemos cómo los gobiernos adulan a los capitalistas. Nos encontramos en presencia de la hipocresía elevada al más alto grado. Estamos frente a un engaño asombrosamente hábil y audaz de las masas del pueblo, gracias al cual, eligiendo a sus gobernantes, estas masas creen que participan en el gobierno. Siendo que, en realidad, están sometidas a los gobernantes más que antes, aunque se llaman "pueblo soberano".

Y los gobiernos parlamentarios, democráticos y socialistas oprimen al "pueblo"

"soberano" no menos que lo oprimían los gobiernos autocráticos y feudales.

Unicamente lo que con la acción directa — sublevaciones, luchas — arrancaron a los gobiernos de distinta especie las masas del pueblo, únicamente esto es lo que han obtenido. Solamente lo que estas masas quieren y pueden defender a cada instante con sus propias fuerza, es lo que poseen.

Pero, ¡desgraciadamente!, es tan poco lo que poseen. Hasta las libertades burguesas en todas las democracias son privilegio de los ricos. Los obreros ni siquiera tienen la seguridad de un relativo bienestar, ni aun el más modesto. Y durante las grandes agitaciones obreras, que eran sofocadas a sangre y fuego, como sucedió en la República francesa en junio de 1848 y en mayo de 1871, la venganza del gobierno republicano, caída sobre los obreros alzados en defensa de sus derechos, no era menos feroz que la venganza del gobierno monárquico ruso en los años 1905-1907.

XVI

¿Qué es, pues, lo que mantiene unida la sociedad?? ¿Qué, sino las leyes, las órdenes del gobierno?

¿Cómo se mantiene todo el universo? ¿Por qué no se disgregaron y confundieron hasta ahora en un caos informe los grupos armónicos de estrellas y planetas? Los hombres creían, que el poder del "gran arquitecto" — dios — arrojó esos globos ígneos y fríos al espacio infinito y trazó a cada uno de ellos un recorrido fijo. Hoy día se asabe que todos estos cuerpos llegaron al equilibrio, que la gravitación universal no es otra cosa que la equivalencia de los movimientos de los infinitamente pequeños — las oscilaciones de los átomos — que llenan los espacios celestes.

Con mayor facilidad aún se establece el equilibrio — la armonía — entre los hombres que disfruten de la libertad. Entre nosotros — dice Kroptkin — se funda ya la sociedad, que se posesiona de todo el capital social, acumulado por el trabajo de las generaciones pasadas, y que se organiza de modo que pueda emplear éste capital en beneficio de todos, sin crear nuevamente una minoría dominante. En esta sociedad entra una variedad infinita de aptitudes, temperamentos y fuerzas personales: no se excluye de su medio a nadie. Llega hasta desear la lucha de estas fuerzas diversas, desde que reconoce, que las épocas, en que las diferencias existentes eran debatidas libremente y libremente luchadas, cuando ningún poder restablecido pesaba en la balanza, eran las épocas de mayor desarrollo de la inteligencia humana. Reconociendo a todos sus miembros idénticos derecho a todos los tesoros acumulados por el pasado, no conoce, la sociedad división en explotados y explotadores, súbditos y gobernantes, sino que tiende a establecer en su medio una cierta correlación armónica — no mediante el sometimiento de todos sus miembros a alguna autoridad que se considerara representante de toda la sociedad, ni mediante tentativas de establecer la uniformidad, sino llamando al desenvolvimiento libre, la libre iniciativa, la acción libre, la libre unión".



JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

(Conclusión)

Otro día fué la visita de Bernard Lazare la que recibí. Era bastante valeroso de su parte afirmar así sus simpatías, pues en el curso de nuestra conversación me dijo que en las esferas gubernamentales se pensaba, si éramos condenados, expedirnos a un lugar de los más malsanos del Africa, y de proceder así con otras hornadas, de las que se *beneficiarían* los literatos y periodistas culpables de haber mostrado sus simpatías por la idea anarquista.

Además de esto, me dió algunas noticias de fuera y me prometió volver. Pero, sin duda, no pudo conseguir la autorización, pues no lo vi más.

Otro día vi dibujarse una parte de rostro en el ventanillo de la puerta de mi celda y una voz me interpeló si yo era realmente Juan Grave. Ante mi afirmación, la voz me preguntó ¿cómo me encontraba? No del todo mal, dije. Veo, continuó la voz, que toma su situación filosóficamente. Pero hay gente que se ocupa de usted en el ministerio de justicia. Tenga paciencia".

¡Que se ocupaban de mí en el ministerio de justicia! Se me trataba demasiado bien para que lo advirtiera. Llamado a expresar mi opinión, hubiera dicho asímismo que se ocupaban demasiado de mí.

¿Qué era eso? ¿De qué modo se ocupaban de mí? Yo no lo supe jamás.

Por mi pariente había sabido que Mereaux, el ex gerente de la "Révolte" había sido arrestado. Que había tenido una crisis de locura furiosa, que se le había tenido que meter en una celda acolchonada.

Perrare, que había venido a París, también había sido arrestado. Su mujer, que había ido a llevarle víveres, le había hecho preguntar por el mandadero qué libros era necesario llevarle.

—Que me traiga "La Tierra" — había respondido Perrare.

—¿Tierra? — dijo el guardián indignado. — Su celda está bastante sucia sin eso.

* * *

Durante los ocho meses que transcurrieron desde mi arresto hasta el proceso de los treinta, yo no fuí por los dos procesos más que cuatro o cinco veces a la instrucción.

Fuí una vez mientras estuve en la Conserjería, por la *"Sociedad moribunda"*. Me hicieron pasar por el bulevar del Palacio. Como me habían quitado mi cinturón, mi pantalón, demasiado largo, me caía sobre los talones, y esto me forzaba a sostenerlo con una mano, mientras que el guardián de París me tenía la otra muñeca con las esposas. Tenía la apariencia de un verdadero apache. Veo aún la mirada de horror que me lanzaron dos viejas damas con quienes nos cruzamos.

Otro día — había sido vuelto a Mazas — fuí conducido nuevamente ante "Mayet". En su gabinete se encontraba ya Gauche. Precipitarnos uno hacia el otro, estrecharnos la mano, todo fué hecho en un abrir y cerrar de ojos. Hacía tanto bien ver, por fin, la cara de un hombre honesto. El paternal — oh, la bestia sucia — Mayer nos miraba.

Nos careaba porque Gauche me había dado algunos centenares de francos. Era necesario saber si eso no había sido para comprar dinamita.

Yo tranquilicé al señor, confirmando que me había sido dado para pagar una reedición de *"Dios y el Estado"*, de Bakunin.

En el curso de la conversación, Mayer me dijo que Gauche había hecho su testamento a mi favor.

Observé que no tenía muchas probabilidades de aprovecharme de las buenas disposiciones de Gauche, siendo este último mucho más joven que yo.

En fin, en el momento de volver a Mazas, Mayer me dijo:

—Le pido perdón o le presento mis excusas por haberle hecho esperar tanto tiempo, pero tenía tantos de sus compañeros para ver, para interrogar, que eso me ha tomado mucho tiempo. Pero ya toca a su fin. Tendré pronto una solución.

Yo no sé por qué, en el tono de este Mtre. Pathelin me pareció comprender que era un *no ha lugar* el que era menester esperar.

Sí, pero vete a paseo. Una mañana que yo estaba en el paseo, mis guardianes me dijeron que Carnot había sido muerto en Lyon por un tal Santo Caserio.

Mi primera reflexión no fué sobre Carnot, cuya desaparición no me interesaba en lo más mínimo, sino sobre la influencia que podría tener sobre las declaraciones de Mayer, quien no tardó en hacérmelas recordar.

Después de un insignificante charlataneo, me renovó su pesar por haber tenido que hacerme esperar tanto tiempo su decisión, pero que, esta vez, quedaría muy pronto juzgado.

En el tono en que me espetó eso comprendí de qué se trataba. Era el envío a la Corte de Assises.

Poco tiempo después recibía la sentencia de la Cámara de acusación, volviéndonos a enviar a las Assises, seguida de la lista del jurado de la sesión.

* * *

Después del arresto en cuestión tuve que retornar a la Conserjería.

En la celda en que me alojaron se encontraba un tipo raro, a quien esta vez no sacaron.

Estaba acusado de haber muerto a su mujer de un tiro. Estaba en prisión preventiva hacía un año, me dijo. Era mi amigo "Mayet" quien instruía el sumario.

El detenido pretendía que fué su mujer la que se había suicidado después de una escena de celos. El juez estaba seguro que era el detenido quien la había matado y quería forzarlo a que confesara.

Le retendré hasta que haya confesado, le decía en cada entrevista. "Le haré cortar el cogote", le amenazaba por otro lado. Habría llegado, según el preso, a cogerlo del cuello, sacudiéndole furiosamente. "Le haré reventar en la prisión".

Los primeros días, mi compañero de celda sostenía que era su mujer la que se había suicidado. Pero, poco a poco, se fué descubriendo, pues contó que su mujer le había hecho una escena con motivo de otra mujer, de la que ella estaba celosa — el tipo, sin embargo, no tenía nada de apetecible — que ella había cogido un revólver, pero que él la había tomado en sus brazos, sentándola sobre sus rodillas, para calmarla, y que, tratando de quitarle el revólver, el tiro había partido.

Y, en tren de confidencias, confesó que el informe del perito en balística afirmaba la imposibilidad de que el tiro hubiese sido disparado por la misma víctima.

—Asustado por las amenazas de Mayer — agregó — me he empeñado en afirmar que fué mi mujer la que se mató por sí misma. No me he atrevido a modificar mi actitud. ¿Qué me aconseja hacer usted?

El buen hombre no tenía nada de simpático. Me hizo acordar del actor que, en el teatro St. Marcel representaba el rol de Rodín en el *"Judío Errante"*, de Eugenio Sue, pero la idea de hacerle una pasada a Mayer me hizo decir al tipo:

—¿Sabe usted lo que tiene qué hacer? Cuando esté ante el tribunal, cuando se le haya leído la acusación y el presidente vaya a interrogarle, póngase a lloriquear como un chico. Cuéntele las amenazas y violencias de que acusa a Mayet, recargándolas ligeramente, de acuerdo con las circunstancias y añadiendo que, ante sus amenazas, no se atrevió a decir la verdad.

El consejo le agradó. Era franc-masón, me dijo. Al entrar en el pretorio haría el signo de la angustia, a fin de provocar la compasión de los "hermanos" si los había en el Jurado.

Llegó el día del proceso. Vinieron a buscar al buen hombre, que partió, asegurándome que seguiría mis consejos.

La audiencia no debió durar mucho tiempo, o por lo menos así me pareció, pues no tardó en volver.

—¿Y bien? — dije, cuando entró.

—Me... me... han... ab... absuelto — dijo, llorando como un chiquillo.

—Entonces, es inútil seguir llorando. No haga necedades.

Enjugó sus lágrimas, hizo su paquete y partió. He olvidado su nombre. Espero que no habrá vuelto a comenzar.

¿Fueron los consejos que yo le dí o la suerte lo que valió la absolución? Nunca lo he sabido.

* * *

No mucho después me llegó el turno de afrontar los debates. Para conducirnos a la Corte de Assises nos hicieron atravesar los subterráneos de la Conserjería.

Inútil describir los apretones de manos y las congratulaciones que se cambiaron cuando nos encontramos reunidos. Faure había sido traído del Depósito, donde, por gracia especial, había quedado todo el tiempo de la prevención.

Todos encaraban el proceso sin temor, no pensando sino en afirmar sus ideas.

Antes de la apertura de los debates, Saint-Auban me había prevenido que los jueces hacían gran hincapié en un folleto que yo había publicado en 1882 u 83, bajo el pseudónimo de Jean le Vagre, — una reminiscencia de mis lecturas de "capa y espada" — que algún "amigo" desconocido les había hecho llegar. El mismo, tal vez, que, más tarde, debía documentar a Gonier a su manera.

Era la "Organización de la Propaganda Revolucionaria", en la cual yo había, en efecto, construído una novela conspiradora en la que mostraba que, al abrigo de la propaganda pública, podía muy bien realizarse la "propaganda por el hecho". En esa época nosotros estábamos todos obsesionados por esta fórmula de Brousse, y comprendíamos la propaganda por el hecho simplemente desde el punto de vista terrorista.

Teóricamente, mi novelita constituía, y podía ser, en efecto, un arma sólida contra nosotros. ¿Hubiera sido posible ponerla en práctica? Era esto lo que quedaba por demostrar. Pero, tal cual, eso podía influir sobre el jurado.

En todo caso, me dijo Saint-Auban, Vd. no puede desconocer su folleto.

No tengo, en modo alguno, esa intención. Trataré de desembarazarme lo mejor posible.

Felizmente Bulot fué bastante necio para no saber utilizar el documento frustrando así la esperanza del enviador oficioso del folleto.

¿Se hizo mención de él en el curso de los debates? Me parece que sí, pero sólo fué incidentalmente, pues he olvidado lo que se dijo respecto a él y qué pasajes se leyeron.

* * *

Cuando se llegó al interrogatorio — yo fuí el primero en ser interrogado — Bulot reclamó las puertas cerradas para mí y Faure. Se trenzó en un debate y Saint-Auban, ayudado por Desplant, el defensor de Faure, reclamó, si se pronunciaban las puertas cerradas, que fuese para todos. Medida de la que nunca comprendí la utilidad. Pero los abogados tenían, sin duda, su idea.

Fué Bulot el que triunfó. Se resolvió deliberar a puertas cerradas para nosotros dos solos, Faure y yo.

El presidente, que se llamaba Dayran, no me pareció un mal tipo. Como a cada pregunta se retardaba en agregar reflexiones creí que quería jugarme la mala pasada del proceso de la "Sociedad Moribunda", y, en el momento en que se retardaba sobre una pregunta, le interrumpí diciéndole que si hablaba todo el tiempo, yo no tendría ninguna probabilidad de pronunciar una palabra, con gran escándalo de los abogados, que me hicieron signo de que callara. Pero yo había logrado mi objeto. Dayran, a continuación, fué sobrio en reflexiones. Pude responder a mis anchas.

¿Sus preguntas? Las he olvidado completamente. Muy baladíes, en verdad. Como lo fueron casi todas, siempre, en to-

dos los procedimientos a través de los cuales hube de pasar.

En un momento, como representara la oficina de la "Révolte" como un nido de conspiradores, le interrumpí objetando que "no pudiendo producirse en París un atentado sin que, a continuación, tuviera media docena de allanamientos que sufrir, hubiera sido menester que fuera el último de los idiotas para intentar forjar allí conspiraciones.

Casi iba a decir: "No se tira un solo pedo en París", pero me desvié a tiempo, juzgando que, después de todo, no era necesario ser vulgar.

En otro momento me leyó un artículo que, sin ninguna prueba — puesto que los artículos en la *Révolte* no eran firmados — se me atribuía. Mucho menos estaba firmado el suelto que me atribuía Bulot y que le pesaba tan fuerte en la conciencia. Pero todo es bueno contra un perro cuando uno quiere desembarazarse de él. Por otra parte, uno y otro estaban hartos de mí.

Cuando dije que leyera el artículo, eran, naturalmente, extractos hábilmente seleccionados y aislados del conjunto. También, cuando hubo terminado la lectura, le pedí que tuviera a bien leer la continuación. Pues yo me acordaba muy bien del artículo.

Hizo signo que no poseía esa continuación.

Saint-Auban va a leerlo, dije yo, seguro de darle con el canto en los dientes.

Pero Saint-Auban no había creído deber traer la colección de la "Révolte" que yo le había hecho pasar. Hube de suplirlo con mi memoria.

El artícul se titulaba *"Las responsabilidades"*. Comenzaba reconociendo que, al predicar la rebelión, nosotros no teníamos ciertamente por norte hacernos los resignados, que era muy posible que tuviéramos nuestra parte de responsabilidad en los actos de rebelión que se realizaran; que nosotros la aceptábamos, pero que cada uno debía asumir la suya.

Y yo continuaba diciendo que los gobernantes, por su mala fe y su arbitrariedad, contribuían mucho, por su parte, a agregar algunos hilos a la mecha que ardía.

También los capitalistas, los financistas, mercaderes que se enriquecían con la ruina y la miseria que ellos organizaban.

También los jueces, con su complacencia con el poder.

Era un trozo un poco largo para mi elocución más bien difícil, pero, sin acordarme mucho de lo que charlaba, creo que estuve bastante bien.

Dayran tenía el pico cerrado, y, lo que fué más sorprendente, es que Bulot no intervino ante mi patada a los jueces. Aunque más no hubiera sido para subrayarla.

Saint-Auban me dijo que Dayran estaba disgustado del trabajo que le hacían efectuar. Es muy posible. El no lo realizaba menos. De una manera bastante desinteresada parecía, pero no haciéndose menos cómplice de esta comedia que podía terminar en tragedia. Si, respecto a Bulot, hubiéramos sido tan insolentes, como ese señor lo fué con nosotros, yo dudo que él hubiera tolerado, como toleró, la grosería del "hombre rojo".

Pero no he de rehacer el informe del proceso. Todo el mundo conoce las espirituales salidas de Feneon. No hubo un solo desfalleciente. Todo el mundo fué digno.

En su alegato, Saint-Auban fué elocuente (1).

* * *

Entre los testigos desfilaron los notables de Picquefleur, donde Emilio Henry y sus cómplices habían hecho una razzia tan hermosa. Era sobre todo el alcalde, el espécimen de burgués charlatán, vanidoso y pretencioso.

Vino también d'Esparbes, quien, habiendo tenido comunicación de los informes de la policía sobre Sebastián Faure, donde éste era acusado de haber querido forzar a su mujer a prostituirse, publicó un artículo innoble sobre él. Innoble porque era enteramente cobarde hacer el trabajo de los golillas y de los policías, atacando a un acusado, fuera quien fuere. Su actitud, por otra parte, fué lastimosa.

En su alegato, Saint-Auban, hablando de mi honestidad, pues en su informe los policías no habían podido encontrar nada a mi respecto, gritó, volviéndose hacia mí y señalándome con un gesto un poco teatral — es necesario confesarlo — ¡Mirad su rostro!

Pero, justamente en ese mismo momento, no sé a propósito de qué, mi mirada estaba fija en el suelo, yo bajé la cabeza, haciendo así desmerecer el efecto de Saint-Auban. Que me habrá perdonado, lo espero.

Durante un intervalo, Lagasse, que defendía a un camarada, me confió que tenía un mensaje para mí que le había encargado Ravachol, que me lo diría más tarde, en otro momento. Pero yo no tuve la ocasión de volver a verlo y ignoro cuál era el mensaje de Ravachil.

Después de los alegatos, Bulot escupió su bilis. A causa de mi suelto convirtió el asunto en una cuestión personal contra mí. No desperdició la ocasión de intercalarla en su diatriba.

Pero el proceso se arrastraba — duró ocho días —; el mismo Bulot sentía la fatiga. Hizo decir a los abogados que si ellos se abstuvieran de replicarle él se abstendría de tomar la palabra. Llegó el momento de presentar nosotros mismos nuestra defensa.

Siempre persuadido que no se podía leer, yo no había, pues, preparado nada. Saint-Auban me dijo que era necesario absolutamente que yo dijese algo. Me trajo un papel que debía leer.

Habiendo echado una mirada sobre él le dije que no podía leerlo. Había una retractación formal de los ladrones que se habían adjuntado al proceso. Yo quería muy bien echarlos por la borda en el diario, pero no delante de un tribunal. En fin, reflexionando que en la lectura podría corregir el pasaje en cuestión, acepté leer el documento.

Pero, aun para leerlo, fué todavía más difícil, pues no estaba preparado para ello. El aparato de la justicia me dejaba absolutamente frío. Los jueces, en su disfraz, me hacían el efecto de verdaderos polichinelas, aunque menos divertidos que los verdaderos. Para responder al presidente no había tartamudeado. Pero cuando tuve que leer esa declaración, eso fué más fuerte que yo. Mi voz temblaba de tal manera que tuve que detenerme para decir al jurado que no prestase atención. Que yo no estaba habituado a hablar en público. Saint-Auban, Desplant y camaradas se ofrecieron para leer por mí. Pero más bien la muerte que tener que amilanarme. Y había, sobre todo, el pasaje concerniente a los ladrones que cambiar. Me erguí y pude continuar sin tropiezos.

Llegado al pasaje en cuestión declaro que en anarquía cada uno obraba como le parecía bueno. Que yo estaba allí para responder sólo de lo que yo había hecho: que los ladrones también estaban allí para responder por sus actos. Terminé rechazando los insultos de Bulot, mirándole fijamente, diciéndole que le era muy fácil ser insolente, defendido como estaba por el orden actual.

Saint-Auban volvió a pedir el papel, para dárselo a la prensa. Al dárselo, le hice observar que era necesario cambiar el pasaje en el sentido que yo había mencionado. El me prometió hacerlo. Pero, más tarde, al leer los informes, tuve la mortificación de comprobar que, en su apresuramiento, sin duda, había olvidado hacer las rectificaciones pedidas. Era demasiado tarde para volver sobre eso.

* * *

Después de la requisitoria tuvo lugar una suspensión de la audiencia. Cuando volvió la Corte, parecía una verdadera desbandada. Se observaba que los golillas veían la partida perdida. Bulot parecía un idiota llevando su vestido recogido sobre el brazo, dejando ver un pantalón claro. Se habría dicho un descendimiento de la Courtille. Temis no gana en ser vista en *negligé*!

Entre los ladrones había un obrero zapatero, llamado Chericoti. Cuando le llegó su turno de hablar, se contentó con declarar que había trabajado siempre para vivir, que, fuese cual fuese la terminación del proceso, él tendría que continuar trabajando. En el tono en que pronunció esas pocas palabras, se sentía la sinceridad. Había allí algo de patético.

Ignoro si había participado en los hurtos. Pero había sido en su casa donde habían encontrado el material de imprenta que poseía la banda.

Para esperar el veredicto nos habían llevado a otra sala. Los acusados permanecieron alegres, cambiando bromas. No se habría dicho que, en suma, se trataba de veinte años de cárcel en perspectiva para cada uno. Los abogados parecían mucho más emocionados que nosotros. Saint-Auban marchaba apoyado del brazo de Desplant, arrastrándose como si sus piernas le soportaran difícilmente.

En fin, nos llegó un rumor de que estábamos absueltos. El jurado tardaba mucho tiempo en ponerse de acuerdo. La nueva se confirmó. Estábamos absueltos, excepto, bien entendido, los ladrones. El subteniente que comandaba los guardias de París que nos guardaban vino a felicitarnos y a estrecharnos la mano. Desplant y Saint-Auban nos recomendaban que estuviéramos tranquilos.

Llevados ante el tribunal nos fué leído el voto del jurado. Ibamos a ser libertados una vez llenadas las formalidades necesarias para ser puestos en libertad.

¡Ibamos a ser libertados! Aquellos que no tenían otra condena. Los reincidentes como yo tendrían que reintegrarse a Mazas. Math estaba en el mismo caso que yo.

Se nos hizo salir para hacer entrar a los ladrones y leerles su sentencia.

Saint-Auban me dijo que el jurado no había estatuído sino sobre mi caso. Habiendo arrastrado mi absolución la de mis coacusados. Pero que yo no había sido absuelto sino por una sola voz, la del presidente del jurado. Me habló de no sé qué irregularidad. Bulot o el presidente se habían presentado mientras deliberaba el jurado. Por lo demás, esto no tenía ninguna importancia, puesto que estábamos absueltos.

Las formalidades para libertar a los afortunados fueron bastante largas. Si dijera que no tenía el corazón en un puño al ver partir a los otros, faltaría a la verdad. Pero el alivio de escapar a veinte años de cárcel atenuaba un poco mi desazón. Fuí reintegrado a la Consejería, y en seguida a Mazas.

Quedé en Mazas todo el fin de agosto, esperando mi traslado a Clairveaux.

Un día le dije a mi guardia que quería ir a tomar un baño. Me costó un trabajo enorme obtenerlo. Pero cuando les pedí una tijera para cortarme las uñas de los dedos de los pies, se pusieron a reír como locos, como si les hubiese pedido la luna. Supongo que eso era un lujo para ellos mismos, tan cómico les parecía. No conseguí las tijeras.

En fin, en los primeros días de septiembre, hacia el anochecer, vinieron a buscarme para ser trasladado a Clairveaux.

(1) Saint-Auban dejó publicados los alegatos en el volumen: "L'Histoire Sociale du Palais de Justice".

——(o—o)——

RAFAEL BARRET

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: "ausencia de gobierno". Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden, y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos, de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley.

Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer su ideas por el terror. El que descubre se limita a descubrir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si las logramos esclarecer nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las exigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública, aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarme! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueva décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más "inferiores", para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del brodequín, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos "prácticos". No intentemos "mejorar" la ley, sustituir un brodequín por otro. Cuando más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos en seguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

AÑO V — BUENOS AIRES, 22 DE NOVIEMBRE DE 1926 — N.o 250

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEM[...] PAGO

Victoria Cardozo 11 de Septiembre 63 SALTA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Elocuencia de los números

Carlos Marx, el Moisés de la vi[da] capitalista, nos habló de un pro[ce]so de concentración de los capita[le]s en manos cada día menos nu[m]erosas. Y ese concepto fué creído [a] piés juntillas por sus acólitos, [que] juraban sobre las palabras del [“]Maestro” y esperaban, al abrigo [de] los parlamentos o de los puestos [lu]crativos del estatismo y del capi[ta]lismo, que el proceso de concen[tr]ación del capital se verificase pa[ra] recoger luego los frutos madu[ro]s.

El ejemplo de Estados Unidos es [elo]cuente. Si hay que esperar el [pr]oceso de la concentración del ca[pi]tal para alcanzar el socialismo, [po]demos aguardar tranquilamente [se]ntados.

En Estados Unidos la clase de los [mu]ltimillonarios va en aumento, en [lu]gar de decrecer. Hay actualmente [...] personas en el país que tienen [ren]tas de más de un millón de dó[lar]es anuales; tres personas, Rocke[fel]ler, Ford y otro que no recorda[mo]s, tienen al año 27.955.319 dóla[res] de renta en total. Efectivamente [...] existe una concentración del ca[pit]al. Pero en 1914 había en Esta[dos] Unidos 4.500 millonarios y en [cam]bio hay ahora 11.000. Duran[te] la guerra llegó a haber hasta [...]000 millonarios, lo que indica [que] los negocios no fueron del todo [ma]l. Esas cifras nos revelan que la [con]centración marxista del capital [en] manos cada vez menos numero[sas] no sólo no se cumple, sino que [se o]pera el fenómeno inverso: el de [mu]ltiplicación de los privilegia[do]s, de los millonarios. En New [York] solamente tienen su domicilio [...] millonarios. ¿Dónde está la [con]centración del capital en pocas [man]os?

[En] cuanto al interés creciente en [las m]asas trabajadoras por la per[petua]ción del régimen actual de ex[plota]ción y de especulación, los Es[tados] Unidos nos ofrecen también [dato]s que merecen alguna conside[ración].

[En] 1914 había 11.385.374 perso[nas] que habían abierto depósito en [las c]ajas de ahorro; en 1924 la [cifra] de los depositantes era de [...]994. Además, si en 1914 co[rrespo]ndían por término medio 89 [dólares] por depositante, en 1924 la [cifra] se había elevado a 186 dóla[res]. [Es]to indica bien evidentemente [el abur]guesamiento de una gran [parte de] la población.

[Las dos] terceras partes de las pó[lizas de] seguros de vida, en Estados Unidos, según los que entienden de esas cosas, están en poder de obreros.

En las asociaciones de edificación y de socorro mutuos, el progreso es también revelador:

En 1914 había unos 3 millones de socios en esos organismos; en 1923 la cifra se había elevado a más de 7 millones de miembros. Un comentarista de esos datos recogidos por Mr. Carver, escribe: “Ello significa que los trabajadores norteamericanos se hallan en condiciones de comprar en pocos años, si así se les antoja, las acciones de las compañías de ferrocarriles, de las sociedades metalúrgicas, eléctricas, etc.”.

Y eso, por exagerado que sea, responde, sin embargo, a una realidad innegable. Cada día son más los obreros y empleados de las grandes empresas que adquieren acciones de las mismas. Numerosas compañías no trabajan más que con un capital inicial insignificante; el resto de sus finanzas procede de las acciones compradas por su personal. Hay en los Estados Unidos millones y millones de obreros y empleados que o bien tienen participación en las ganancias de las compañías en que prestan servicios, o bien son poseedores de acciones. La economía del país descansa en gran parte en ese interés de las grandes masas por la prosperidad de los negocios, de cuyo éxito esperan el aumento del propio peculio de proletarios. Y los grandes industriales prestan desde hace muchos años particular atención al fomento del interés de sus obreros en la prosperidad de la empresa, mediante las acciones, cuya adquisición es favorecida con primas y facilidades de pago. Esa política de aburguesamiento del proletariado no ha dejado de dar sus frutos. La inmensa mayoría de la población de los Estados Unidos está integrada material y espiritualmente al engranaje del sistema capitalista.

Un exponente más de las tendencias capitalistas del mundo norteamericano del trabajo está en los Bancos obreros, el primero de los cuales se fundó en 1920, disponiendo ya en 1924, todos los Bancos obreros existentes de un capital de 150 millones de dólares.

Como se vé, la concentración del capital en pocas manos es una piadosa ilusión. El capital adquiere cada día mayor número de interesados en vivir del trabajo ajeno. El ejemplo de los Estados Unidos puede observarse, aunque en menor escala, en todos los demás países.

Si no salimos del capitalismo, es probable que nuestros esfuerzos sean totalmente neutralizados por la influencia creciente del becerro de oro, que atrae a un número progresivo de individuos. ¿Es que la lucha de clases puede ser considerada existente y real? No, de un lado no está la burguesía y de otra el proletariado. El concepto marxista de la diferenciación de las clases choca con las más palpables contradicciones. Y de esa situación, también los anarquistas podemos deducir útiles enseñanzas.

Por una dirección hábil y enérgica es posible realizar aún esa anarquía que tanto asusta a las gentes. Hablamos no de la anarquía que recurre a las bombas de dinamita, sino de la que tiene por fin desleir la autoridad en libres instituciones. La actual revolución política no ha hecho desde sus primeros días sino ir cercenando la autoridad para que sean de cada día más libres los individuos y los pueblos. La anarquía racional no es realmente más que la última consecuencia de los principios que informan nuestra conducta.

F. PI Y MARGALL

Sumario de este número



Las "pacíficas" ligas de oriente y occidente, o quien mete miedo a quien.

MAX NETTLAU

Kropotkin y Nietzsche

(Adiciones a la carta de Kropotkin publicada en el SUPLEMENTO, núms. 211, 212 y 213)

Como en la larga carta que P. Kropotkin me dirigió en 1902 y que se encuentra traducida en el *Suplemento*, números 211, 212 y 213, el autor toca el problema del individualismo, etc., en la forma rápida, propia de las cartas que no permiten las elaboraciones metódicas y completas de las ideas, me parece justo hacia él — e interesante para el lector — transcribir notas complementarias sobre el mismo asunto que se encuentran en las cartas, escritas en ruso, de Kropotkin a Tcherkesoff. Esas cartas acaban de ser publicadas en el número 25 de la revista rusa "*Katorga i Ssylka*" ("Trabajos forzados y deportación"), Moscú, 1926 (aparecida en agosto o septiembre). Es una revista histórica, cuyo título no describe el régimen actual en Rusia: proviene del hecho que es el órgano de la *Sociedad general de los prisioneros a trabajos forzados y de los deportados* del régimen precedente: el régimen zarista.

Las cartas, en número de diez y ocho, desde 1900 a 1916, fueron publicadas y comentadas por B. Nikolajevski.—*M. Nettlau*.—9 octubre, 1926.

1 octubre 1902—

... Mira, te ruego, si tienes en casa los números de la "*Societé Nouvelle*" (revista de Bruselas), con la traducción de "*Así habló Zaratustra*" y el "*Anticristo*" de Nietzsche. No encontré esos números, aproximadamente ocho, en mi colección. Quisiera ahora — puesto que pienso siempre en *Justicia y moralidad*, bajo la influencia del libro de Roberty sobre Nietzsche — leer la transtrocación de los valores morales (Umwertung der moralischen Werte) que ha hecho Nietzsche.

Tendría mucho gusto en terminar con la teoría del valor y esa teoría de la moralidad. En esta última quisiera mucho elaborar también el "individualismo". Parece que en la carta a Nettlau, de que te hablé, he desarrollado una idea que está en el aire. De Roberty ha escrito ya sobre ella. He dicho a Nettlau que lo que los anarquistas individualistas llaman individualismo no es de ninguna manera individualismo. Al menos no es el individualismo razonable. No asegura al individuo la amplitud de su desarrollo. Y yo he indicado un invidualismo superior, llamándole en broma *individualismus comunisticus*, el supremo desenvolvimiento del individualismo, que es posible en el ambiente comunista. Parece que de Roberty, que se aproxima bastante a nosotros y que a menudo reviste nuestras ideas de lenguaje filosófico, llega a ese mismo resultado. Los siglos de la parte anterior de la edad media, dice, no han comprendido siquiera lo que es un individuo completo, ampliamente desarrollado: el *individuo social*. Su realización está ante nosotros. *Justicia y moralidad* (renuncio por el momento a traducir esta frase rusa que transcribo: "*Justice and morality razroslas' by takim obrazom v Individu et Société ili, vernee, dopolnilas' by etoi glavoju*". Y hacen ahora...

4 de octubre 1902—

Muchas gracias por tu carta. Has caracterizado muy bien a Nietzsche y tú tienes, sin duda, razón.

Mi propósito helo aquí. Como he comenzado ya en la carta a Nettlau, quiero mostrar que todos los que se molestan tanto por el individualismo no han comprendido *lo que es un individuo poderosamente desarrollado*. "La bestia rubia" de Nietzsche no es otra cosa que 1. una bestia y 2. es ante todo un esclavo, esclavo de la superstición, esclavo de la religión (sin religión no tendría su poder), esclavo de las costumbres, esclavo de la propia impotencia: perece cuando se le quita algo.

Quiero mostrar que Nietzsche es el filisteo en pantuflas, que dice palabras *horribles* como los revolucionarios alemanes en 1848, que es el primero de los filisteos. Todos los "individualistas" son así.

Sobre eso, de Roberty dice: "no es verdad; en Nietzsche se observa ya el *individuo social*". Es posible. Era, después de todo, muy inteligente y ha visto algo. Pero el *individuo social* era para él un fruto prematuro; no ha conocido el *comunismo anarquista* y los individuos sociales: un nihilista — individuo altamente desarrollado — como Lopuchoff o Kirsanoff (en "*¿Qué hacer?*" de Tchernyschevski) no existían para él.

Para tener derecho a decir eso debo releer su "*Zaratustra*" y "*Más allá de lo bueno y de lo malo*".

Y su "*Umwertung der Werte*" no es otra cosa que una expresión feliz, por lo que penetra mucho más poéticamente y con más fuerza en Shelley, por lo que brilla abiertamente en el "*Demonio*", de Lermontoff, y se desahoga en el grito de Bazaroff (el nihilista-tipo, de "*Padres e hijos*", de Turguenief): "Hallar una sola institución que no merezca la negación más completa" y que, en fin, fué dicha con mayor determinación en nuestra negación, la negación anarquista, donde en lugar de los instintos negativos, de las suposiciones, de los sentimientos expresados por Shelley, Lermontoff, Stirner, Nietzsche, fué fundada la negación científica-concreta del Capital y del Estado, de la ley y de la autoridad.

Quiero demostrar el ídolo ante el cual se inclinan los Faure, los Nettlau, los Domela (Nieuwenhuis) (1), o, al menos, quiero demostrar cómo Nietzsche es brillante, fuerte en su crítica de la moralidad burguesa y principalmente de la caridad cristiana, y cuán mísero es cuando comienza a esbozar el individuo poderoso. Así se dibuja para mí ese *gutmuetiger* alemán en Herzen, que quería fusilar millones de personas — chinos — para el triunfo de la revolución.

Yo quisiera describir el tipo del individuo verdaderamente fuerte. El diablo mismo no lo llevará; no tiene necesidad del trabajo de un esclavo; no tolera la esclavitud, que le es orgánicamente *adversa*, como al nihilista ruso; incluso la *desigualdad* le es desagradable, y a causa de eso también una mujer obediente le disgusta que trate de agradar al Señor (saber agradar —esa fué la ciencia principal enseñada en los institutos)), y al camarada le disgusta que haga de humilde servidor ante la "ciencia", aunque fuese la de Karl Fedorovitsch (Carlos Marx); ocurre lo mismo para deberle un estibador de los docks, que lleva los fardos y un minero que ha perdido la figura humana, etc. He ahí lo qué es un individuo. Rockefeller y Kit Kitytch (un tipo ruso en "*¿Qué hacer?*", el cual *pasujustschic* — esto debe querer decir: "¿qué muestran alguna debilidad?" — ante el primer Lopuchoff) ¿son tal vez individuos?

Un individuo altamente desarrollado no puede existir al margen de la vida comunista. Como el eremita no puede ser altamente moral, así tampoco el individualista puede ser una individualidad altamente desarrollada. La individualidad no se desarrolla más que al encontrarse con una cantidad de hombres, sumergiéndose en la vida de todos sus prójimos y conviniéndose con ellos: sintiendo, luchando y trabajando.

Nietzsche y todos los demás dicen: Sociedad-personalidad. Y en su lucha ven el drama de la historia. Yo digo:

> Personalidad estúpida que trata de montar sobre la sociedad: que ve en la miseria del pueblo el medio de gobernar: predica la *desigualdad*.

SOCIEDAD:

> Personalidad inteligente, que trata de emancipar a la sociedad, y a ella misma, tanto del *poder* como de la *miseria*: predica la *igualdad*, la *rebelión* contra toda desigualdad (es el anarquista comunista).

Mucho mal nos ha hecho la confusión de esas dos especies de personas: Carlyle, por ejemplo, llama a Alejandro de Macedonia un *héroe* (y Nietzsche igualmente después de él), mientras que Alejandro de Macedonia no fué un héroe *más que para aquellos a quienes quería englobar en el poder fundado por él*. Para Diógenes, sin embargo, Alejandro no fué más que un *esclavo*: el esclavo de la comedia, que jugaba deseoso de mostrarse un semidiós a los imbéciles.

Pero, bastante..."

---

(1) Pienso que Kropotkin se engaña aquí, tanto respecto de Sebastián Faure y de Domela Nieuwenhuis, como se ha engañado ciertamente respecto a mí, que jamás tuve ni simpatía ni interés siquiera por Nietzsche, de tal modo me parece alejado de lo que me es precioso. Pero no era posible discutir sobre esto con Kropotkin, que veía rojo cuando se pronunciaba el nombre de Nietzsche, y lo mismo pasaba con el nombre de Max Stirner, el cual, visto de cerca, me parece un individualista muy social, bien diferente del individualista aristócrata que, para mi sentimiento, fué siempre Nietzsche. Los humanos modestos como estercolero para hacer crecer el súperhombre: es esa idea la que aprendí desde el principio, amplificada y glorificada por los primeros profetas de Nietzsche, y eso bastó para disgustarme de él para siempre. Con razón o sin ella, he perdido así mucho placer intelectual. Muchos otros conocieron a Nietzsche más tarde, cuando se hizo un poco el silencio sobre esas ideas muy crudas del *abono humano* para el cultivo del *hombre fuerte*. — M. N.

LUIS FABBRI

EL ARTE DE PERSUADIR

Este título tal vez es un poco demasiado pomposo para decir una cosa modesta: que el mejor modo de persuadir a los adversarios es la cordialidad, el mantenimiento de relaciones cordiales y amistosas con aquellos a quienes se quisiera convertir a las propias ideas.

Entre los más entusiastas, especialmente entre los jóvenes, hay un defecto muy propio de la primera edad, es decir de cuando las convicciones fuertemente sentidas dan al cerebro una fe ilimitada en las propias razones —, contra el cual deben estar en guardia y del cual deben tratar de corregirse nuestros compañeros anarquistas en interés de la causa que han abrazado; pues tal defecto tiende a limitar la eficacia de su propaganda y la influencia que pueden ejercer en su movimiento social.

Tal defecto consiste, no sólo en creer que se tiene razón (lo que sería natural), sino en sospechar de la buena fe de todos los adversarios, como si éstos no pudiesen estar convencidos, aunque estén equivocados, de la bondad de sus ideas. Hablo, se entiende, de los adversarios desinteresados, militantes de otras ideas y partidos, o simplemente de gentes sin ideas, entre las cuales se suele hacer la propaganda para atraerlas a nosotros; no de los enemigos declarados o adversarios que son contrarios a nuestras ideas porque son privilegiados de clase o de casta, instrumentos de rapiña o de prepotencia, con los que no es posible otra relación que la de la hostilidad.

La idea anarquista aparece, como es en efecto, tan justa a los más entusiastas, que éstos no pueden comprender que otros sostengan ideas contrarias y rechacen las nuestras creyendo en serio tener ellos razón. De aquí una especie de soberbia que aisla a los ya convencidos del resto de la juventud y los pone contra ésta, convirtiéndolos en sectarios rencorosos. De aquí la incomprensión recíproca y la tendencia a ver en todos los adversarios, estúpidos o malvados y a tratarlos mal. Y es así como se hacen enemigos de una causa de bondad y de justicia como la nuestra, muchos jóvenes que, tratados de otro modo, serían fácilmente persuadidos a aceptar las ideas.

La propaganda de las ideas libertarias e igualitarias se hace hoy sobre una vasta escala, por medio de comicios y conferencias, de organizaciones, de libros y folletos, de periódicos, etcétera... ¡donde hay libertad de hacerla, esto se subentiende! Pero sería erróneo pensar que esos sean los únicos medios de propaganda buena y eficaz. No sólo no son los únicos, sino que por sí mismos no bastan.

Un orador de palabra alada despierta las almas y abre los corazones a la comprensión de la verdad; pero si después que esta especie de arado ha cavado el surco, no acude el cultivador modesto y obscuro a esparcir en él la semilla, a cuidar las plantas, a defender los primeros brotes, el campo permanecerá estéril y producirá más cizaña que granos. De la organización muchos apreciarán la utilidad inmediata, y no se cuidarán de sus finalidades aveniristicas. Otros buscarán en el periódico la distracción de una hora, a pesar del chismorreo polémico que de tanto en tanto se resbala en él; y pasarían por alto si se encontrasen ante estudios sobre una cuestión seria. El libro o el folleto será arrojado a un lado pronto si no se hallase en él la amenidad de la novela.

¿Queremos sostener con ésto que haya que despreciar la organización, la propaganda oral y la prensa? ¡De ningún modo! Son vehículos potentísimos para las ideas, medios eficacísimos de propaganda, con los que, según la expresión bíblica, una fuerte fe puede verdaderamente conmover el mundo. Pero para conseguirlo es preciso que la fe vivifique todos estos métodos de acción y de apostolado, los llene de ella, se convierta en su animadora. Entonces sí que pueden hacer milagros.

Pero la fe se reaviva y comunica sobre todo a través del sentimiento, de corazón a corazón, a lo largo de la cadena de las más cordiales amistades, por medio de ejemplos de bondad, con la tolerancia recíproca, con la mutua confidencia y estima, con aquella fresca y alegre fraternidad que es tan bella entre los jóvenes. Así la propaganda individual se convierte en el complemento necesario de todas las demás formas de propaganda.

Por propaganda individual no entendemos la de algunos pedantillos que en el café o por la calle quieren explicaros por la fuerza, o refutaros, la teoría del valor de Marx o la ley de los salarios de Lassalle, sino del amigo prudente que trata de agudizar vuestro espíritu de observación, que os abre los ojos a la verdad sin desborde de indigesta erudición, que os infunde en toda ocasión sentimientos de amor a los oprimidos y de rebelión contra la injusticia, de admiración por los héroes y los mártires de la libertad y de la justicia y de desprecio hacia los malvados y prepotentes.

Cuando los jóvenes salen del trabajo, de la fábrica o de la escuela, cuando se encuentran juntos en los honestos pasatiempos festivos, la forma de propaganda individual es siempre posible, incluso en las circunstancias de ambiente más adversas, y es siempre rica en resultados. Es preciso saber escoger los propios prosélitos, estudiar las tendencias y los temperamentos, hacerse amigos de los jóvenes más francos y abiertos, de los más desinteresados y buenos, de los más generosamente impulsivos y rebeldes, y saciar mano a mano con ellos su sed de cosas grandes y con la visión del porvenir anarquista, con el recuerdo de nuestros mejores pensadores, de los cuales se abrirán ante sus ojos las páginas cuando nos parezca oportuno. Los buenos resultados no faltarán.

Pero estos resultados no se tendrán si quien quiere alcanzarlos se atrinchera en medio de amigos y compañeros de trabajo como superhombre, como poseedor único de la verdad que mira a los otros de arriba a abajo y ve un tonto o un malvado en quien no le da razón y se atreve a resistirle. No respetar y no tolerar las ideas ajenas, aunque sean erróneas, es grave error que refuerza en lugar de debilitar los errores de los otros. Esto no significa que se deba transigir con el error. Cuando se tiene fe en una idea, en una verdad, no se debe transgredir, esconder, ocultar, negar siquiera la milésima parte de ella. Pero intransigencia no equivale a intolerancia.

La intransigencia, que se refiere a nosotros mismos y nos impone ser siempre fieles a nuestro deber, no tiene nada que hacer con la intolerancia ante los demás, que pretendería imponer a los otros la observancia de deberes de que no están persuadidos. Si los otros estan en un error, debemos pensar también que ellos no saben que se equívocan, y hasta crea estar en la verdad; y el ofenderles, el hacerles sospechosos de mala fe, el mostrar poca estima hacia sus convicciones no hace más que excitarles contra nosotros, haciéndoles perseverar en el error de que quisiéramos apartarles.

Nada, por tanto, hay que deplorar más que, en la discusión y en el calor de la disputa, incluso entre amigos, se nos escapen ciertas palabras hirientes y ofensivas contra ideas, partidos u hombres otros a quien deseamos convencer. Decir: eso es un "partido de carroñas" o aquellos "son todos estúpidos" o aquella teoría "es una mistificación", etc., aunque sea así y los demás lo traguen en silencio, tales palabras hieren siempre el ánimo de algunos, generalmente de los más sinceros; y éstos difícilmente se convencerán y nos escucharán de mejor gana.

Se grita mucho, hoy, contra el uso del manganello como medio de combatir a los adversarios políticos; y todos los subversivos italianos saben por experiencia la razón que hay en ello. Pero se debe pensar que también el ultraje, la herida a la dignidad personal, equivale a una apaleadura; y en ciertos casos hasta es peor. Si se piensa bien, cuando en nuestro espíritu, interiormente, calumniamos sin razón como malos a los que quisiéramos convencer y arrastrar con nosotros, entonces, aunque las manos estén quietas y la boca cerrada, nos ponemos, moralmente, en el mismo terreno del que pelea o del que ultraja.

Si en cambio creyésemos en la sinceridad de aquellos de quienes quisiéramos hacer nuevos compañeros, si lográsemos quererles, no sólo practicaríamos en el verdadero sentido de la palabra la solidaridad humana, sino que nuestra propaganda se volvería más ardiente y comunicativa, y lograríamos más fácilmente convencerles e inculcarles la misma fe que arde en nosotros. Si queremos persuadir a la gente, atraerla a nosotros, hacerla partícipe de nuestras luchas y nuestras esperanzas, el mejor medio para hallar el camino del corazón es ir en medio de ella con sentimientos de bondad, como si estuviese ya convencida y fuese ya nuestra, y tratarla sobre una base de igualdad fraternal.

Este será un modo de practicar desde ahora, en los límites de lo posible y donde hay tal posibilidad, la moral libertaria. La lucha de ideas conducida "con intelecto de amor", la lucha civil de hombres que oponen pensamiento a pensamiento, no sólo es la que puede ir más lejos en el camino del apostolado anarquista, sino que es la que mejor puede preparar a los individuos y al ambiente al más vasto y formidable despliegue de aquella lucha en el terreno de los hechos que se llama "revoución".

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

II

Robert Owen, el gran socialista inglés, impulsado por su fiebre humanitaria y por su afán de transformar el mundo, llegó también a los Estados Unidos después de una serie de notables experiencias en Inglaterra, y echó los cimientos de una comuna en el Estado de Indiana. Robert Owen pertenece a lo que se ha dado en llamar el "socialismo utópico", pero el espíritu que animaba al apóstol de New Lanark era un espíritu revolucionario y libertario. No podemos pretender que él, un iniciador, hallase ya el verdadero camino, que todavía buscamos, al menos desde el punto de vista táctico, los que continuamos la tarea de la creación de un mundo nuevo. Pero su deseo ha ido mucho más allá, infinitamente más allá que el socialismo, que iba a calificarse a sí mismo de "científico".

Owen compró a los rappistas, en 1825, la colonia Harmony, en el Estado de Indiana, cerca del río Wabasch. Abarcaba una extensión de treinta mil acres y constituía ya un verdadero pueblo, con numerosas viviendas, molinos y fábricas, terrenos cultivados, árboles frutales, etc. Con Owen fueron sabios como William Maclure, un filántropo, pero no un revolucionario, y personalidades intelectuales de grandes méritos. Owen soñaba con la multiplicación de colonias, como la instituída por él, de pueblo a pueblo, de Estado a Estado, de continente a continente hasta abarcar el mundo entero. El campo de experimentación owenista se llamó New *Harmony*. Centenares de personas acudieron desde el primer instante al llamado entusiasta del apóstol de New Lanark. Pero no todos fueron con propósito de trabajo y con la intención de cooperar a la realización de los ideales de Owen. La facilidad con que fueron acogidos en New Harmony elementos del temperamento y las disposiciones más contradictorias sembró desde el principio la semilla de la discordia y del disgusto. New Harmony sufrió en los dos años de existencia siete cambios en la "constitución" o forma de gobierno interna. Había más afición a la discusión teórica que al trabajo efectivo. La religión fué uno de los principales factores o pretextos de discordia. Comenzaron pronto las escisiones, la separación de grupos disconformes y la fundación de nuevas comunas, como la *Macluria*, la *Feiba Peven*. Owen soñaba con emplear las comunas por el estilo de New Harmony para desterrar del mundo los tres males fundamentales, según él: la propiedad privada, la religión y la institución matrimonial. Sin embargo, no fué así. New Harmony se descompuso; los miembros que habían acudido afanosos por la novedad o con el propósito de vivir más cómodamente, fueron abandonándola, hasta que por fin Owen resolvió repartir la tierra a pequeñas comunas, que no duraron mucho tiempo. La propiedad privada y la industria privada substituyeron al comunismo, y New Harmony se convirtió en un simple motivo de consideraciones para la historia del socialismo experimental.

Un grupo de cerca de cien familias, entusiasmadas con las ideas de Owen sobre la vida comunista, compraron en 1824 un vasto terreno en Yellow Springs, a sententa y cinco millas al norte de Cincinati. Un verdadero entusiasmo por el trabajo manual invadió al principio, incluso a los que jamás se habían dedicado a esas tareas, pues a ese grupo pertenecían, por lo general, familias acomodadas y ricas. Ninguna de ellas ha sido movida por razones económicas o materiales. Así resultó que medio año de vida comunista les bastó. Yellow Springs vino a demostrar que una revolución no puede ser fruto del capricho o de necesidades puramente intelectuales; que la edificación de una nueva sociedad tiene que tener una base económica sobre todo.

Uno de los discípulos de Robert Owen, Francisco Wright, fundó, a fines de 1825, en el Estado de Tennessee, una comuna, *Nashoba*. La colonia contaba con unos dos mil acres de tierra. Wright se proponía educar a los esclavos negros para la igualdad económica y política frente a los blancos. Con ese fin fundó la comuna Nashoba.

Wright enfermó y tuvo que ausentarse pocos meses después de iniciar su experimento. Sus sucesores no tomaron la cosa con tanta fe y abnegación, y la descomposición de la comuna, con sus escuelas para negros y para blancos, se produjo en un plazo breve. Francisca Wright continuó su propaganda por el comunismo y la emancipación de los negros y los derechos de la mujer, hasta su muerte, en el año 1852.

Se fundaron, además, en los Estados Unidos, hacia 1826, otras comunas owenistas en New York, Pensilvania, Ohio, que tuvieron una existencia efímera y se disolvieron por diversas causas.

Así como Proudhon propuso como base del nuevo orden social la *Justicia*, Charles Fourier, que nació también en Besançon, fundamentó su sistema social en el "*Orden*". Las ideas de Fourier hallaron en todo el mundo adeptos y espíritus que se dispusieron a realizarlas. Uno de sus más brillantes partidarios en los Estados Unidos fué Albert Brisbane. Por intermedio de éstos difundieron bastante las ideas fourieristas entre personalidades intelectuales de gran valor. El movimiento ideológico se pasó a las experiencias prácticas. Las falanges fourieristas surgieron por todas partes, en las más diversas proporciones. Casi siempre la exigüidad de los medios materiales hizo fracasar todos los ensayos. La falange más próspera, la *Brook Farm* de New Jersey duró doce años. La mayoría de las demás sucumbieron al año o año y medio de existencia. Brook Farm se convirtió en una especie de lugar de peregrinación. Terminó con un incendio del edificio del falansterio, originado por un descuido de los obreros desocupados en los talleres. Eso enfrió los ánimos y Brook Farm no se reconstituyó más.

En Wisconsin se fundó también una falange, dirigida de un modo estrictamente comercial. Así surgió la ciudad de Ceresco, legalmente reconocida. Establecióse una serie de instituciones, escuelas, talleres y su prosperidad fué en aumento. La lucha entre los partidarios del comunismo en la vivienda y la comida, y los partidarios de un régimen de vida individual, llevó a la disolución en 1850, después de seis años de existencia.

En el norte de Pensilvania se fundaron no menos de siete comunas fourieristas, desde 1842 a 1845; las más importantes fueron la asociación *Sylvania*, la colonia *Peace Union*, la *Social Reform Unity* y la falange de *Lellaysville*. Todas tuvieron una vida efímera. Otros siete experimentos fourieristas fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró tres años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró treinta años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y otras en Iowa e Illinois.

Otro gran movimiento de la mitad del siglo pasado fué el cabetista o icariano. En los Estados Unidos tuvo su más amplio campo de experimentación. Su fundador, Etienne Cabet, el autor del *Viaje a Icaria*, una de las más famosas utopías socialistas, no quedó, como los socialistas de su tiempo, conforme con la simple exposición de sus ideas, sino que quiso llevarlas a la realidad. Hay en la historia contemporánea pocos o, mejor dicho, ningún caso de una acción proselitista tan rápida como la de Cabet en su tiempo. Su *Viaje a Icaria* fué publicado en 1839; hacia 1847 la cifra de sus adeptos sería de 400.000. Cuando la difusión de ese movimiento le hizo pensar en pasar a la realización de sus ideas, pensó comenzar la construcción de un paraíso terrestre, moviendo por lo menos a un millón de obreros a seguirle a América. Texas fué el lugar escogido para el gran experimento. Desde febrero de 1848 comenzó la partida de los icarianos en dirección a Texas. Del primer golpe fueron sesenta y nueve. Las enfermedades, las privaciones y la muerte fueron el lote de la mayoría de ese grupo. Cuando llegó el segundo embarque de icarianos los supervivientes resolvieron abandonar Texas y reunirse en New Orleans con los nuevos inmigrantes. Del millón de icarianos que esperaba reunir Cabet no le acompañaron en realidad más que quinientos. Ya en New Orleans se produjo una escisión y no quedaron fieles a Cabet más que doscientos ochenta. Estos se decidieron a colonizar la ciudad de *Nauvoo*, una ciudad fundada por los mormones y abandonada después. En 1845, cuando Chicago tenía ocho mil habitantes, Nauvoo contaba quince mil. Los icarianos alquilaron unos ochocientos acres de tierra, compraron un molino y algunas casas y se pusieron al trabajo. La colonia prosperó, las fábricas y empresas se multiplicaron, publicaron periódicos y libros destinados a la propaganda de las ideas de Cabet; los miembros, en los seis o siete años siguientes, se duplicaron. El autoritarismo les perdió. Cabet fué nombrado presidente de la comuna, y con los años se volvió insoportable en sus exigencias y arbitrariedades. Por último, se le tuvo que expulsar de la comuna (1856), muriendo poco después.

Unos 180 miembros de la comuna de Nauvoo, que se fueron con Cabet cuando éste fué expulsado, fundaron en 1858 otra comuna en Cheltenham, cerca de Saint Louis, en un terreno de 28 acres. Levantaron talleres, escuelas, una imprenta, un teatro, etc. y su prosperidad material no dejó nada que desear. Pero las disidencias sobre la forma de la administración reaparecieron y dividió la colonia en dos campos. Unos querían la dictadura y los otros que se llamaron "los jóvenes", aspiraban a un régimen democrático y libertario. La minoría, 42, se separó de Cheltenham y la colonia, a pesar de los esfuerzos y sacrificios de sus adeptos, tuvo que disolverse en 1864.

Los que habían quedado en Nauvoo, dueños de la situación, después de expulsar a Cabet, se trasladaron al sur de Iowa, donde habían adquirido 3.000 acres, a 60 millas del río Missouri, un lugar completamente desierto. Esa operación fué hecha en las peores condiciones. La lucha fué durísima, el cansancio se apoderó de muchos miembros y abandonaron sus sueños de una gran Icaria. La minoría que quedó soportó todas las penalidades posibles. Su tenacidad le salvó después de muchos años, gracias a un ferrocarril que se inauguró desde Chicago a Quincy. Con la prosperidad material comenzó de nuevo una viva agitación intelectual, y con ésta las discusiones y disidencias internas. La dura lucha había vuelto conservadores a los viejos; los jóvenes, que no habían atravesado los períodos de tantas penalidades, llevaron a la comuna de Iowa nuevas ideas y nuevo espíritu. El moderno socialismo había iniciado su avance y la lucha entre los revolucionarios y los conservadores se produjo inevitablemente. Se formaron dos partidos, el de los viejos y el de los jóvenes; éstos llegaron, en su evolución, al anarquismo. La lucha intestina fué apasionada y extrema, hasta que los jóvenes se separaron en 1878, después de provocar la liquidación de la colonia. Hubo nuevos esfuerzos, que duraron hasta 1895, pero a todos les faltó el éxito. Los icarianos desaparecieron absorbidos por los engranajes de la civilización que pretendieron un día suplantar.

Podríamos continuar todavía enumerando ensayos de colonias comunistas en los Estados Unidos; incluso referirnos a las que allí existen actualmente. Algún día lo haremos. Nos proponíamos con esta especie de catálogo abreviado, demostrar que la idea de contribuir a la renovación de la vida por medio de la colonización, no es nueva, y que los esfuerzos hechos en ese terreno para ajustar la vida al ideal social que se tiene han sido variados y dignos de ser conocidos.

Ahora procuraremos resumir nuestra opinión sobre esas colonias comunistas, que también apasionaron a los anarquistas, sin haber llegado a resultados positivos, a pesar de los ejemplos de prosperidad que podíamos mencionar.

El estudio se asemeja a la virtud moral, por ser la obra del esfuerzo; de ahí que sea él también una virtud que consiste en una asidua tensión de la mente y del espíritu. Las fuerzas mentales se vigorizan, como los músculos del cuerpo con el ejercicio; y Hércules, a quien la filosofía lo idealizaba como la virilidad civil y moral, no es solamente el modelo de un virtuoso, pero sí también el del sabio y del hombre de ciencia.

GIOBERTI
("Rinnovamento civile d'Italia").

RUDOLF ROCKER

La Verdadera Naturaleza del Estado

Algunos meses antes de la revolución de octubre de 1917, Lenin escribió su conocidísima obra "*El estado y la Revolución*", en la que hallamos una singular mixtura de filosofía marxista, por una parte, y algo semejante a la anarquista, por otra. Lenin trata, en ella, previa una cuidadosa selección de materiales, de demostrar que Marx y Engels defendieron siempre la idea de la abolición del Estado y que sólo querían hacer uso de éste durante el período de transición de la revolución. Al mismo tiempo ataca en forma por demás aguda a Kautsky, Plechanov y los sedicentes "Oportunistas" del moderno marxismo, reprochándoles haber falsificado las enseñanzas de Marx, ocultando a los trabajadores las ideas que él y Engels profesaron con respecto a la duración de la Dictadura del Proletariado. No nos proponemos ahora someter las afirmaciones de Lenin a una crítica seria, aunque sería fácil entresacar citas de sus propias obras y de las de Marx y Engels, que probarían lo contrario de lo que dice. Los comentarios de este tenor son casi siempre de escasa importancia, ya que, en suma, no se trata de si éste o aquél dijo o escribió ésto o aquéllo en tal o cual época de su vida, sino de saber si sus principios han sido confirmados o contradichos por la experiencia que se desprende de los hechos. Todo lo demás tiene tanto valor como los sutiles comentarios de nuestros teólogos acerca de las revelaciones de San Juan.

En "El Estado y la Revolución" Lenin explica explícitamente que la diferencia entre los marxistas y los anarquistas estriba en el hecho "de que los primeros se han propuesto como norte la completa abolición del Estado, pero que esto, a su juicio, puede obtenerse solamente por medio de una revolución socialista que abolirá las clases, ya que la adopción del socialismo conduce a la muerte del Estado; mientras que los anarquistas quieren abolir el Estado del día a la noche y carecen de la comprensión necesaria para llegar a esa abolición".

Esta explicación fué motivo de que, en aquella época, Lenin y su partido fueran considerados por numerosos anarquistas como casi camaradas. Más aun: muchos llegaron a aceptar — puesto que, pensaban, el fin era el mismo — la famosa Dictadura del Proletariado, conjeturando que era imprescindible para el período de transición y que no podía, en el interés de la revolución, ser eludida. Aparentemente, no se comprendió que el gran peligro residía en el pensamiento de que durante el período de transición la Dictadura fuera una necesidad inevitable.

La historia no reconoce períodos de transición, sino, simplemente, formas primitivas y elevadas de desarrollo. Todo nuevo orden de sociedad es, en sus formas originales de expresión, naturalmente primitiva y defectuosa. No obstante, el esquema de su futuro desenvolvimiento y todas las posibilidades del desarrollo que pronto se manifestarán, deben estar contenidas ya en sus instituciones reformadas, así como el animal entero, o la planta entera, existe ya en el embrión. Todo intento de incorporar a un nuevo orden de cosas los ingredientes fundamentales de una sociedad vieja, decadente, ha dado por resultado o frustrar desde el principio el desarrollo del nuevo ser o, enredados los tiernos gérmenes de éste en las rígidas formas de la sociedad vieja, detener su desenvolvimiento natural y, gradualmente, morir.



Para afirmar que el Estado será necesario hasta que las clases hayan sido abolidas es menester echar mano de una lógica bastante rara. ¡Como si el Estado no hubiera sido siempre el creador de nuevas clases privilegiadas y no hubiese incorporado, en la verdadera esencia de su ser, la perpetuación de las distinciones de clase! Esta irrefutable verdad, que la historia ha confirmado una y otra vez, resalta de tal manera en el experimento bolchevista en Rusia, que es menester sufrir de ceguera incurable para no ver la enorme importancia de esta última enseñanza.

Bajo la Dictadura del Proletariado se ha desarrollado en la Rusia de hoy día una nueva clase dirigente: la Aristocracia de los Comisarios, y las masas la consideran tan opresora como lo fueran los administradores del viejo régimen. Esta nueva clase desenvuelve su vida parásita en forma similar a la de sus predecesores. Monopoliza las mejores residencias y se rodea de toda clase de cuidados, mientras las masas sufren por la carencia de todo. De modo, pues, que la nueva clase tiene, en medida excesivamente absurda, los hábitos tiránicos de los que antes detentaban el poder, y pesa sobre el país cual una pesadilla. Una nueva y característica palabra ha sentado sus reales en el habla común del pueblo: *burgués soviético*. Esta expresión, hoy día común en los círculos obreros, muestra clara y distintamente el sentir del pueblo para con la nueva casta dirigente que gobierna ahora en su nombre.

Teniendo en cuenta estos hechos inhumanos, las declaraciones de Lenin de que el Estado debe continuar existiendo hasta que hayan sido abolidas las clases, se nos antojan una broma demasiado pesada. No, la realidad es enteramente otra. Todo el mecanismo de poder del Estado sirve, sencillamente, para crear nuevos privilegios y defender los viejos. Esta es su verdadera esencia, todo el substractum de su ser, por más que hable demasiado, por una parte, de los derechos civiles o inscriba en el frontispicio las palabras "Dictadura del Proletariado", por otra. No se le puede pedir peras al olmo, como tampoco es dable tomar un arma que sirve para el mantenimiento de una clase dirigente para transformarla en un arma capaz de liberar al pueblo.

En su brillante ensayo sobre "El Estado Moderno", Kropotkin hace las siguientes profundas observaciones:

"Pedir a una institución que representa un desenvolvimiento histórico que ella misma destruya los privilegios que hubo de desarrollar, es reconocerse incapaz de comprender lo que en la vida de las sociedades representa un desenvolvimiento histórico. Es desconocer esta regla general de la naturaleza orgánica: las nuevas funciones exigen nuevos órganos elaborados por ellas mismas."

Estas palabras encierran una de las verdades más profundas de la vida, y constituyen también una de las más graves deformidades que padece la cultura de nuestra época.

Las instituciones ocupan el mismo lugar, en la sociedad, que los órganos en el cuerpo de un animal o de una planta. Son los órganos del cuerpo social. Estos no se desarrollan arbitrariamente, sino adaptándose a las condiciones del medio en que viven. Los ojos de un pez de mar profunda son de conformación muy diferente a los de un animal terrestre, debido precisamente a los diversos ambientes en que les tocó desarrollarse. La alteración de las condiciones de vida produce la alteración de los órganos. Pero un órgano llena siempre una determinada función, y cuando el organismo no requiere ya la actividad de esa función el órgano muere gradualmente y se vuelve rudimentario. Un órgano no desarrolla nunca una función ajena a su ser esencial.



Así acaece con las instituciones sociales. Ellas tampoco vienen a la vida en forma arbitraria, sino que aparecen respondiendo a necesidades sociales definidas y se proyectan hacia fines determinados. Fué de esta manera cómo se desarrolló el Estado Moderno, después que la división en clases y la monopolización de la industria había alcanzado un estado elevado. La nueva clase posesora necesitaba un instrumento de poder que mantuviera sus privilegios industriales y sociales y contuviese a las masas trabajadoras. *El Estado Moderno vino a la vida y se desarrolló, esencialmente, como el órgano de las clases privilegiadas para reprimir y mantener supeditadas a las masas.*

Esta es la tarea que constituye la esencia de su ser; la *causa causarum* de su existencia. El Estado ha permanecido siempre fiel a esta tarea, y debe permanecer fiel, pues no puede desprenderse de lo que es su verdadera naturaleza. Sus formas se han modificado en el curso de la evolución social, pero su tarea ha sido siempre la misma. En efecto, ha ido ensanchando continuamente sus actividades en la proporción en que supeditaba a su poder nuevas ramas de la vida social. Ora se llame a sí mismo República o Monarquía, ora se organice sobre la base de una Constitución o sobre la de una Autocracia, su misión histórica permanece inmutable.

Así como no es posible que un hombre pueda alterar arbitrariamente las funciones de un órgano en el cuerpo de un animal o de una planta, o ver con sus oídos u oír con sus ojos porque así lo quiera, así también es imposible convertir el mismo instrumento que sirve para la opresión en libertador de los oprimidos. El Estado sólo puede ser lo que es: un defensor del privilegio y de la explotación de las masas, el creador de nuevas clases y de nuevos monopolios. El que no reconoce que este es el rol del Estado no entiende miaja de las realidades de nuestro orden social y es incapaz de señalar al género humano los nuevos horizontes de su evolución.

Cuando los bolcheviquis introdujeron en Rusia la Dictadura del Proletariado no se limitaron a abolir el aparato estatal de la vieja sociedad. Le equiparon con poderes tan absolutos como ningún otro gobierno puede exhibirlos. A él está supeditado todo amago de vida pública, y, desde luego, a él subordinaron toda la organización de la industria. Inhumanamente suprimieron todo lo que constituyera un obstáculo en su camino y despojaron a las masas de todo derecho de expresar sus pensamientos y sus sentimientos, creando la burocracia más formidable que el mundo haya visto. Las celebradas palabras del jacobino francés Saint Just, de que la tarea de los legisladores consiste en regir la conciencia privada y enseñar al ciudadano a pensar en la misma forma que el Estado nunca ha sido impuesta en tal escala y de manera tan realista como en Rusia, bajo la sedicente Dictadura del Proletariado, que en todo momento no ha sido otra cosa que una Dictadura *sobre* el Proletariado y, por antonomasia, sobre el pueblo.

En su difundida obra "Democracia burguesa y Dictadura proletaria" Lenin ha intentado justificar la supresión de la libertad de reunión en Rusia, refiriéndose a las grandes revoluciones que se produjeron en Inglaterra y Francia, donde no se les permitió a los elementos monárquicos reunirse en público y expresar sus puntos de vista. Pero este argumento es, simplemente, una ocultación sofística de los hechos actuales. En Inglaterra y Francia las jóvenes repúblicas llevaban una lucha de vida o muerte contra sus adversarios monárquicos. Mientras sólo se trató de la defensa más elemental, de ser o no ser, la conducta de los revolucionarios no solamente se comprende, sino que se justifica moralmente. No obstante, cuando, más tarde, bajo la Dictadura de Cromwell y Robespierre, surgió la fuerza bruta para cristalizarse en un sistema, obró como lo ha hecho cualquier otra tiranía con sus correspondientes consecuencias. En Rusia, por otra parte, los suprimidos no fueron solamente los acólitos del viejo régimen, sino también todas aquellas tendencias socialistas y revolucionarias que contribuyeron a derrocar a la Autocracia y arriesgaron su sangre y sus vidas oponiéndose a las tentativas contrarrevolucionarias. He aquí la gran distinción, pero Lenin, naturalmente, la silenció.

Cuando Lenin, más tarde, declara que la sedicente libertad de prensa en los países democráticos es sólo una ficción mientras los mejores establecimientos de imprenta y los grandes depósitos de papel estén en manos de los capitalistas, esquiva los hechos. En la Rusia del Soviet las condiciones impuestas a la prensa socialista y revolucionaria son mil veces peores de lo que lo son en cualquier país capitalista. En otros países los capitalistas disponen de los mejores establecimientos y de los más grandes depósitos de papel, como Lenin observa muy bien; pero en Rusia, tanto las imprentas como el papel se hallan bajo el contralor del Estado, y éste está, por lo tanto, en condiciones de suprimir toda opinión que le desagrade. ¡A este punto ha llegado! En los países capitalistas la libre emisión de opiniones por medio de la palabra o del escrito está muy circunscripta, pero en Rusia, bajo la tan decantada Dictadura del Proletariado, no existe en absoluto.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Una completa bancarrota por parte de la Dictadura del Proletariado, para preparar el camino a un nuevo sistema industrial y a una realización práctica del socialismo: una capitulación, sin esperanzas de reacción, al verdadero capitalismo que, dice, pretende ansiosamente destruir.

BIBLIOGRAFIA

Pierre Ramus. — "Die Irrelehre des Marxismus im Bereich des Sozialismus und Proletariats". — Las herejías del marxismo en el dominio del socialismo y del proletariado)— Edición revisada y ampliada. Ed. R. Loewit, Viena y Leipzig, 1927. Un volumen de 208 págs. 8.o mayor. Precio 4 marcos; encuad. cartone 5; en tela, 6.

— —

Hablaremos de esta obra en alguno de los próximos números. Los interesados pueden adquirirla por nuestro intermedio. Es el primer tomo de una serie titulada "Libros de la libertad", editada por Theodor Brun.

Pierre Ramus. — "Der Mord — Prozess Franziska Pruscha. Gegen Justizbarbarei und Staat" (El proceso criminal Francizka Pruscha. Contra la barbarie judicial y el Estado,. 30 páginas, Viena 1926

Se trata de un discurso del camarada Pierre Ramus sobre un caso de barbarie

...judicial que tuvo cierta resonancia en Austria. Puede adquirirse por intermedio de *Erkenntnis und Befreiung*, Wien-Klosterneuburg.

P. Kropotkin. — "El orden y nuestro desorden". 44 páginas. Ed. Más Allá, Valparaiso (Chile), 1926. Precio: 0.40 centavos chilenos.

Son varios artículos del libro "Palabras de un rebelde".

Patrocinio Fuentes Pérez. *Sembrando*, versos rebeldes. 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1926.

La Voix du Travail, Bulletin Mensuel de l'Association International des Travailleurs. Paris (Red. P. Besnard, 22 rue Popincourt, Paris, XI). Se comenzó a publicar en agosto del año corriente. Recibimos los cuatro primeros números, de 16 páginas cada uno.

Dor humana, órgano del Sindicato de Oficios Varios. N.º 1, 1º de noviembre de 1926, Uruguayana (Estado de Rio Grande do Sul), Brasil.

Defilippis Novoa. — "El alma del hombre honrado". Drama irreal en cuatro actos y tres cuadros. 70 págs. Ed. La Palestra, Buenos Aires, 1926. Precio: 0 30. Se vende en nuestra librería.

Se ha publicado en folleto la obra de Defilippis Novoa, "El alma del hombre honrado", estrenada en agosto del año en curso, con un éxito magnífico. El autor es, sin duda, uno de los mejores dramaturgos actuales en el país. Aparte de sus méritos artísticos, "El alma del hombre honrado" es una hermosa sátira contra la sociedad actual, donde alienta un anhelo revolucionario. El teatro social se ha enriquecido con una producción que se admirirá ciertamente.

Contra la politiquería de los intelectuales

Debieran los valores científicos y artísticos de un pueblo marchar a la vanguardia de los movimientos progresivos, sin pasiones bastardas ni apetitos que degradan y envilecen. *Debieran* marchar a la vanguardia, llevar en alto la antorcha de la idea, guiados por el amor a la verdad y a la belleza, sin compromisos ni claudicaciones, pero no marchan. Si un día los escritores y artistas ocupaban en la corte de los poderosos un puesto de esclavos serviles, hoy lo buscan en la órbita de cualquier aventurero político con suerte, cuando no van más allá y aspiran a ser amos, a convertirse en politicantes. Los trabajadores hace tiempo que se han emancipado de la fe y la confianza en los intelectuales. Mil veces han sido engañados y, sobre todo, nada podrían aprender de quienes ningún valor moral representan. La emancipación del proletariado ha de ser mucho más fruto de sentimientos de justicia y de la exaltación de nobles pasiones de independencia y de rebelión, que de la ciencia o el arte que se han adaptado en un extremo desconsolador a servir los intereses de los que mandan o de los que aspiran a mandar.

En este país se fundó hace poco un partido político de "gentes de teatro". Ese partido se presentó con candidatos propios en las elecciones comunales de ayer. Ese triste envilecimiento no merece comentario de nuestra parte. Pero nos complacemos en transcribir algunos párrafos de la protesta contra esa bufonada inaudita firmada por el grupo editor de un periódico de crítica y arte titulado "Teatro", que aparece en esta ciudad. Dice la referida protesta:

"Jamás creímos que esa asociación (Autores Nacionales) vendría a la postre a descender a tan bajo nivel moral, como lo ha hecho en los presentes momentos.

Llegar hasta la baja política a que ha llegado; declarar el ridículo de querer introducirse en los asuntos de barrido y limpieza, tráfico y otras zarandajas de la Municipalidad, es cuestión que no interesa a los hombres que una vez tuvieron siquiera el pensamiento de dar obras al teatro.

El arte está reñido con todo ese barullo de segundo orden a que están sometidas las necesidades diarias, tan vulgares y tan ajenas a la espiritualidad, y no se concibe que aquellos que hicieron profesión de fe artística, pretendan introducirse en los manejos de la política comunal.

La alegación que se hace "de que ello obedece a que haya en el Concejo Deliberante hombres del gremio que defiendan los intereses teatrales", es una pobre evasiva para engatusar incautos. En los manejos políticos a que se pretende llevar a las gentes de teatro, se ve una segunda intención, que por lo inconfesable merece el mayor de los desprecios.

Véase quiénes han sido los iniciadores de ese juego político a que se quiere someter a la familia teatral y tendremos explicado los propósitos.

Su condición de exhaustos los induce a buscar en otro medio los míseros centavos que va negándoles su capacidad artística, y entronizados entre una mayoría docilizada por váyase a saber qué composición moral extraña al común de los mortales, se aprovechan de ella y buscan acomodarse con unos puestos que les rente lo que por su medio habitual no pueden conseguir, amén de que esa representación en el municipio puede prestarse a grandes beneficios porque hay numerosos ejemplos, según voz popular.

La gente de teatro no tiene nada que hacer en la política. Quede ella para los caudillos, para los parásitos que pueden cambiar de opinión según convenga a los intereses en juego; pero en el ambiente artístico, hablar de política es sinónimo de bellaquería, de incapacidad, de hambres enormes, que para saciarlas se recurre a toda inconveniencia.

Nuestro teatro no puede aceptar esa ofensa que tratan de inferirle elementos de baja moral artística. Los progenitores y sus secuaces merecen la inhibición total de su ingerencia en los asuntos teatrales".

Hacen bien los autores de esta protesta en gritar contra la degeneración del teatro y contra la intervención de los artistas en los asuntos de la sucia politiquería. Sin embargo, ¿qué es el Municipio, qué es el parlamento, sino un teatro, un teatro de marionetas donde se representan farsas y entremeses de la peor especie, a costa de los que trabajan y producen?

JEAN GRAVE.

LES TEMPS NOUVEAUX

Al día siguiente de mi llegada a París fuí a visitar a Stock. Quería proponerle mi volumen sobre el ejército, cuyo borrador había escrito en Sta. Pelagia y terminado en Clairveaux. Había elegido como título *Bajo el uniforme*, pero un literato nebuloso lo reclamó como suyo. Fué Stock el que lo tituló *La Gran Familia*.

Para ir a su casa iba a tomar el tranvía "Jardin des Plantes-Villette", que pasaba por Palais Royal. Hacía unos minutos que me había sentado esperando la partida cuando pasó un tipo que al verme exclamó: "¡Toma! ¡Es usted! ¡Cómo le va!" y me tendió la mano que yo estreché haciendo signo, al mismo tiempo, que no lo conocía.

—¡Ah! Soy yo... ¡Acuérdese... calle Monge!...

—¡Ah! ¡Vaya si le conocía! Era uno de los espías que me habían arrestado. Pero, desdichadamente, ya le había dado la mano. En seguida arrancó el tranvía cortando todo conato de conversación.

Al salir de lo de Stock tomé el vehículo de la misma línea, para regresar. Acababa apenas de dejar la estación, cerca de Stock, cuando un señor, abrigado con un hermoso sobretodo adornado con pieles, subió al tranvía y vino a sentarse al lado mío, cerca de la plataforma.

—Juraría que es Bulot, me dije para mi coleto, tratando de verle la cara al quídam que, sentado al sesgo, me daba la espalda, no apartando los ojos de la calle. Eso me contrariaba. Quería asegurarme. Le dí, delicadamente, un codazo en la cintura. El hombre se levantó de un salto, abandonó el vehículo en marcha y echó a correr como si le hubieran aplicado fuego en el... Bulot.

Era, sin duda alguna, mi hombre, pues no se toma el tranvía para viajar veinte metros. Debutaba bien en mi primera salida.

Poco tiempo después vino Math a recogerme para ir a ver a Fortuné Henry, en Brevannes.

—Hay dos espías que me escoltan, me dijo, no estaría demás darles una zurrada. Me fastidian.

—Bueno, dije, vamos a caminar como si no supiéramos nada. Cuando te diga que corras tomarás las de Villadiego a toda velocidad y cuida de no entorpecer mi carrera.

Los Benoit, que miraban por sus ventanas, les vieron reaparecer "avergonzados y confusos" después de haber tratado, por todos los medios, de atraparnos.

*
* *

Antes de entregarme otra vez al trabajo, creí de mi deber—era lo menos que podía hacer — ir a dar las gracias a los que, entre los escritores, me habían defendido.

Bauer estaba ausente. De los otros sólo recuerdo a Drumont, de la *Libre-Parole*.

De nuestra conversación únicamente recuerdo el tono de guasa en que, guiñando los ojos, me dijo: "Eso no impide que podamos vanagloriarnos, cada cual por su lado, de fastidiar a no poca gente".

Yo me preguntaba a mi mismo si Drumont estaba bien convencido de su antisemitismo. No por lo que decía, sino por el tono y el gesto, pues nunca han sido santos de mi devoción los que pontifican sobre todo hablando de sí mismos.

Lo primero que se imponía era reanudar las relaciones con los camaradas.

Durante mi cautiverio había llegado una letra de cambio por 300 francos enviada por Sadier, de Buenos Aires.

Un repetidor del Liceo había colaborado, bajo el nombre de Charles-Albert, sus nombres de pila, en el Suplemento. El también había sido importunado y tuvo que abandonar la enseñanza. Estaba en Lyon y trabajaba en calidad de corrector de imprenta. Recogió, por su parte, algunos centenares de francos. Yo llegué, si mal no recuerdo, a reunir alrededor de 800 francos.

Por supuesto, había escrito a Reclús y a Kropotkin para saber si podía contar con su concurso.

Reclús me respondió que los tiempos habían cambiado, que tal vez tuviera otras intenciones.

—No veo cambio alguno, le escribí. Somos ahora 15 meses más viejos, eso es todo.

Me escribió para que fuera a verlo a Bruselas. Saqué un boleto de ida y vuelta, valedero por cinco días y me trasladé allá. Reclús me dijo: ¿Se ha entendido Vd. con Pedro?

—Le he escrito como a Vd. Por supuesto, puedo contar con él.

—Esto no es suficiente. Puede darle excelentes consejos. Es necesario verle.

Si todo se reduce a eso, mañana me embarco para Londres.

Como Reclús no tenía lecho disponible, me llevó a un hotel. Al día siguiente me condujo a la estación. Llegado a Ostende, me embarqué para Londres donde tomé un taxi para que me condujera a la casa de Kropotkin. Resolvimos rápidamente los asuntos que me llevaron allí. Kropotkin estaba encantado de que reapareciera el periódico. Podía contar absolutamente con él. Enviaría tantos artículos como fueran necesarios.

Como mi boleto sólo servía para cinco días y mi faltriquera no estaba bastante repleta como para arriesgar la pérdida de ese beneficio, volví a partir al día siguiente para Bruselas.

Reclús no podía, en ese entonces, pasarnos la subvención mensual de cien francos que nos había proporcionado hasta el fin de la *Révolte*, pero prometió ayudarnos en la medida de lo posible.

Su hermano, Elías, que cenó con nosotros, me dijo del suspiro de alivio que exhalaron cuando les llegó la noticia de las absoluciones en el proceso de los treinta. Me confirmó lo que me había dicho Bernard Lazare. Vale decir que, si hubiésemos sido condenados, el gobierno prepararía otras detenciones. En cuanto a nosotros habríamos sido enviados, probablemente, al lugar más malsano de Gabon, en Africa. ¡Los republicanos recordaban a Sinnamarie!

De regreso en París, me puse a buscar una imprenta e hice imprimir un llamado con lista de suscripciones a beneficio de *Les Temps Nouveaux*. Este título fué elegido a insinuación de Reclús.

Muchos literatos anunciaron la aparición del nuevo periódico.

Al efectuar la declaración del depósito del título, no habiendo conseguido aún imprenta, había dado el nombre de Allemane, lo que le valió una interview. En lo que a mí se refiere, recibí la visita de una tal Cecilia Ranooz, una feminista, que venía a reclamar la prioridad del título *Les Temps Nouveaux*, cuyo depósito ya había hecho.

Le prometí reflexionar sobre eso. Era muy desagradable cambiar de título después de haber sido tan bien anunciado. Por lo demás, el título nos pertenecía desde mucho antes que a Mme. Ranooz. Era el título de un folleto de Kropotkin publicado en el 89. Fuí a informarme a la oficina de depósitos donde me dijeron que Mme. Ranooz había depositado su título hacía más de un año y que el periódico no había aparecido. Esto me decidió a guardar el título que habíamos elegido.

*
* *

Terminé por encontrar, al fin, un impresor, M. Noizette, Rue Campagne-Première. Pero, a partir del segundo número, el hombre me advirtió que el hecho de imprimir nuestro periódico era susceptible de hacerle perder antiguos clientes que, por otra parte, ya habían protestado y que me quedaría muy reconocido si pudiera conseguir la impresión en otra parte. Por lo demás, tuvo la gentileza de no apurarme y de darme todo el tiempo necesario para buscar. Pero, evidentemente, cuanto más rápido encontrara otra imprenta tanto más satisfecho quedaría. Obtuve la casa Blot, donde nos quedamos hasta 1906.

Mientras me ocupaba en regularizar la aparición del periódico recibí del conserje, un día que me dirigía a la imprenta para llevar los originales de unas circulares, una carta concebida, más o menos, en estos términos: — he olvidado los términos exactos — "Mme. Denbourg desearía verle. Está convencida que, de esta entrevista, resultará un gran beneficio para la propaganda de las ideas que Vd. defiende".

Sin esperar una "enorme suma", me pareció entrever, en la redacción de la carta, la donación de algunos billetes de mil. Para no perder tiempo, sin detenerme a reflexionar y, también, para no volver a subir a mi quinto piso, me fuí en seguida al correo, pedí una carta postal — lo que, según parece, no condice con las reglas de la cortesía — y respondí a la dama que estaba a su disposición, fijándole las horas en que podía encontrarme. Ella no había mencionado para nada que era yo el que tenía que ir a verla.

Quedé desencantado cuando, a vuelta de correo, recibí la siguiente "cartita" que reconstruyo de memoria:

Señor,

Mme. Dembourg es una persona de edad y digna de estimación; merece, por tanto, más consideración. Por otra parte, le es casi imposible viajar. No es ella,

pues, la que irá a verle, sino Vd. el que debe ir a visitarle.

Seguían frases de un tono protector que he olvidado, pero que me pusieron los nervios de punta. La carta, evidentemente, era de un — lo más probable es que fuera de una — secretario; pero Mme. Dembourg debía haber aprobado el texto Respondí inmediatamente:

"Forzosamente debo comportarme así, puesto que no sé si es un hombre, una mujer o quién diablos el que me escribe.

"Si en su primera carta Vd. me hubiera advertido que Mme. Dembourg esperaba mi visita yo habría ido a verla de buena gana. Pero ante el tono protector de su misiva es inútil que me espere. No he pedido nada a Mme. Dembourg. Nada tengo que decirle".

Una semana o dos más tarde, Rochefort anunciaba, con bombos y platillos, desde *L'Intransigeant* que había sido llamado por Mme. Dembourg, una excelente y encantadora anciana, llena de simpatía por él. Había vuelto cargado con una valija — le entregaron la cantidad en moneda menuda — conteniendo cien mil francos que ella donaba para que él la empleara en una buena obra que dejaba a su elección.

En esa época los vidrieros de Carmaux se declararon una vez más en huelga acorralados por los maltratos de sus empleadores. Rochefort decidió que los cien mil francos fueran enviados a los huelguistas para establecer una fábrica de vidrios de la que serían los dueños. Este fué el origen de la Fábrica de Vidrios Obrera y la causa de que se tejieran tantos comentarios a su respecto.

Robin, con quien me entrevisté al poco tiempo, y a quien narré mi desdichada aventura con Mme. Dembourg me dijo que él también había sido llamado por ella, pero que no se pudieron entender por su carácter áspero.

En lo que se refiere a caracteres ásperos, el de Robin no era de los mejores. Era bastante quisquilloso. Más tarde, no recuerdo a propósito de qué — del neomaltusianismo, sin duda — disputé, a mi vez, con él. Nuestras relaciones cesaron después de cruzar algunas cartas más o menos agridulces. Más agrias que dulces.

De ahí que no me quedara poco asombrado cuando un día, al abrir mi correspondencia, encontré una carta suya en la que me decía que, sintiéndose viejo quería encontrar a alguien más joven que le reemplazara. Que si quería ir a verle, hablaríamos y podría proporcionarme documentos. Por más extraño que me pareciera no se me ocurrió la idea de volver a tomar el sobre para asegurarme que la carta era realmente para mí.

Le respondí, pues, que iría a verle. Pero en seguida recibí una respuesta. No quería, en modo alguno, verme. No podía comprender que después de nuestra disputa yo me atreviera a escribirle. Que su carta estaba dirigida a uno de mis colaboradores, Charles-Albert.

Contesté a Robin que, no habiendo prestado atención a la parte inferior del sobre y creyendo que la carta me estaba dirigida, no había dejado de sorprenderme su contenido, pero que no se me había ocurrido la idea de que estaba dirigida a otro. Inferí que había llegado a practicar el perdón de las injurias... que podía haber formulado contra los otros.

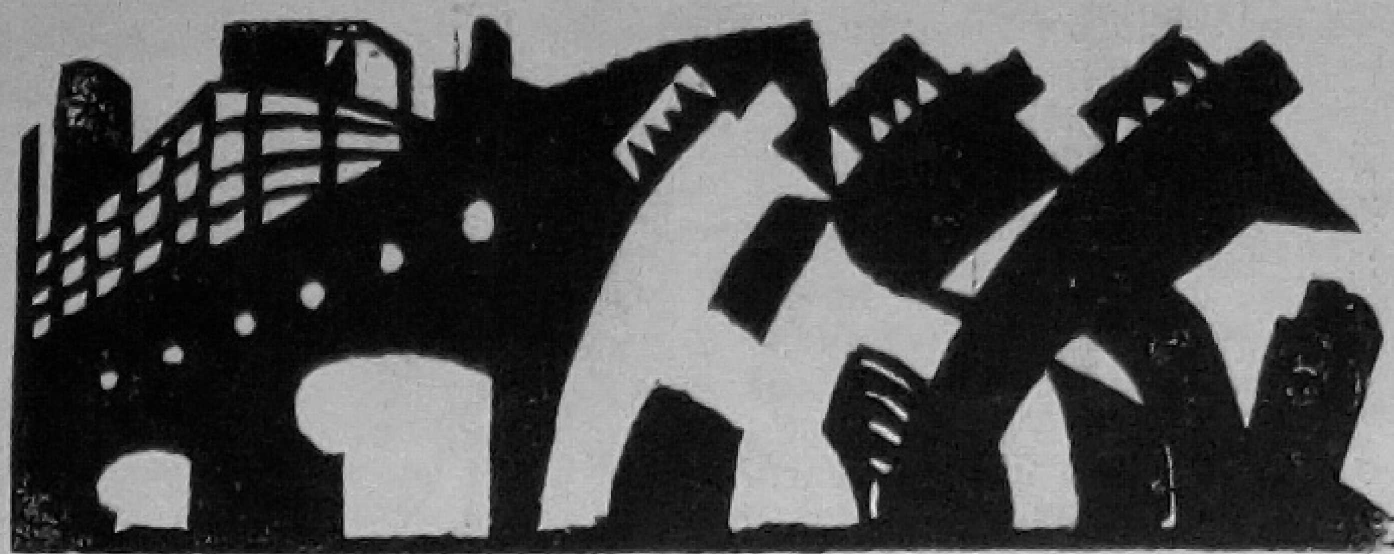
Volviendo a Mme. Dembourg, el relato de Robin me confirmó que, después de todo, no había perdido gran cosa al no ir a verla. Le debía gustar ser tratada con "mucha" consideración. Había muchas probabilidades de que no nos entendiéramos.

* * *

Fuí también a visitar a Saint-Auban para darle las gracias. Me dijo que un tal Michelot, deseando verme, se había dirigido a él para que le pusiera en relaciones conmigo. Quería hacerme una proposición.

Se trataba de crear un periódico cuya dirección se me confiaría abonándoseme 500 francos por mes. Se contaba con la colaboración de Kropotkin, Reclús, Soverine y otros que yo debía ver con ese objeto.

Ya no recuerdo en qué me basaba, pero me pareció que ese señor Michelot era un agente realista. Sin embargo, es-



to no bastaba. Escribí a Kropotkin participándole mis sospechas. Como yo, Kropotkin creyó que era necesario que el mismo tipo descubriera la hilacha.

Y cuando volví a ver a Michelot le dije que Kropotkin aceptaba formar parte del periódico, pero a condición de que nosotros fuéramos dueños de la redacción. El, como socio capitalista, se haría cargo únicamente de la administración. Mi hombre aceptó la combinación, pero se escurrió poco a poco no tomándose siquiera el trabajo de responder a mis últimas cartas.

Visité también a Paul Adam. Me había escrito para asegurarme su colaboración en *Les Temps Nouveaux*, prometiendo, por otra parte, recoger, por lo menos, un millar de francos en su círculo de actividades. Me dió cita en un café cercano a la Opera.

En la última entrevista que tuvimos "dió a luz" la siguiente proposición: estaba en relaciones con un joven marsellés, llamado Parsons, que publicaba en Marsella un periódico parecido al Suplemento de *La Révolte*. ¡No tenía más que escribirle para que Parsons me cediera sin duda su periódico!

Quedé estupefacto ante esta proposición. —No hay razón para que Parsons me ceda su periódico, observé tímidamente. Por lo demás, era un periódico nuestro el que yo quería crear y no continuar el de Parsons.

Esto fué todo lo que se le ocurrió a P. Adam para contribuir a la aparición de *Les Temps Nouveaux*. En cuanto a su colaboración fué tan vana como las otras.

Fué él el que más tarde inventó esa idea original de "regenerar la prisión por el ejército", regimentando a los condenados.

Hablando de esto último con Descaves, este me sugirió que lo comentara cambiando los términos en esta forma: "Regeneración del ejército por la cárcel".

Paul Adam, ofendido, me escribió delaciones terminaron con esta discusión, fendiendo su proyecto, pero nuestras re-

* *

Por otra parte, Paúl Adám no fué el único en prometerme su colaboración. He aquí la lista de los colaboradores que copió del primer número. Todos habían prometido formalmente, excepto Nadar, que me escribió insistiendo en que le inscribiera como colaborador, para manifestarnos su simpatía, pero que era casi imposible que dispusiera de tiempo para enviarnos algo.

P. Adam, J. Ajalbert, Barricaud, L. Descaves, Eockhoud, A. Hamón, A. Herold, Theodore, Jean, Bernard Lazare, G. Lecomte, O. Mirbeau, F. Nadar, A. Retté, Marc Stephane.

Th. Jean mantuvo su palabra. Durante cierto tiempo nos envió poesías que fueron publicadas en el Suplemento. Hamón envió también algunos artículos. En cuanto a Descaves, fué muchos años después de la aparición del periódico cuando nos envió, durante algún tiempo, una serie de artículos.

Varias veces escribí a uno por uno para recordarles su promesa de colaboración, pero inútilmente. Estaban, quiero creerlo, teóricamente animados de una gran voluntad por el periódico pero, prácticamente, dejaban mucho que desear.

Es indudable que, prescindiendo del aviso que algunos dieron en el diario en que escribían, el anuncio de su colaboración contribuyó al éxito con que comenzara su vida el nuevo periódico. El tiraje del primer número alcanzó a 18.000 ejemplares. Pero lo que fué causa de éxito influyó también en sentido negativo en cuanto se notó que las colaboraciones prometidas brillaban por su ausencia.

La baja se realizó insensiblemente. En suma, volvimos a nuestro tiraje de 8.000 ejemplares. (1)

Ninguno trató de justificar su abstención. Es decir supe la de Bernard Lazare. Girard le encontró un día en lo de Stock y al preguntarle por qué no había enviado aún alguno de sus artículos: "Es necesario que mis artículos se paguen", — contestó.

Si no hubiera sido Girard el que me trajo esa nueva no la habría creído. Pero Girard no era hombre de chismes.

Viviendo los literatos de su pluma, comprendo que no puedan proporcionar artículos a todo el que se los pida. Pero, en este caso, que no prometan.

Por otra parte, alardeando de independientes, no siéndoles siempre posible escribir todo lo que podrían decir ahí donde les pagan, creí que les placería encontrar un periódico en el que hubieran podido manifestar, de tiempo en tiempo, la parte más medular de su pensamiento.

Debo reconocer que, cuando me decidí, más tarde, a publicar dibujos en el periódico, los artistas fueron más generosos y no se hicieron rogar como niñas bonitas.

No obstante, entre los literatos, los hubo generosos. He citado a Richepin. Hojeando algunas de las cartas que se me dirigieron encuentro a una de Stuart-Merril, que había olvidado enteramente.

La transcribo a continuación. Las otras versan sobre el mismo asunto. Es menester creer que Stuart-Merril me había autorizado a dirigirme a él en caso de necesidad.

Langrune-sur-Mer, Octubre, 96.

Mi querido Grave,

De vuelta de un corto viaje encuentro su carta que me apresuro a responder mandándole todo lo que tengo encima, vale decir 75 francos. Le ruego que me excuse por no haber enviado fondos desde mi primer envío. Pero una serie de acontecimientos imprevistos me han dejado sin el dinero superfluo de que pueda disponer. Crea, no obstante, en mi adhesión y no vacilé jamás en hacer un llamado a mi buena voluntad. Haré siempre todo lo que me sea posible por "*Les Temps Nouveaux*" el que, pese a que no siempre soy de su parecer, es de una gran importancia revolucionaria.

¿No podría Vd., formar un grupo reducido que se comprometiera a cotizar cada uno según sus medios, un tanto por mes? Vd. tendría así una suma segura y podría entretener al impresor.

Sea lo que fuere, estoy a su disposición para hacer insertar un llamado de su parte en el "Hermitage" y, sin duda, en el "Mercure", sin atreverme a esperar ¡ay! una respuesta definitiva. Retté podría organizar una subscripción en "*La Plumme*".

Cordialmente,
STUART-MERRIL.

La buena voluntad de Stuart-Merril era tanto más desinteresada si tenemos en cuenta que, no escribiendo sino poesías puramente literarias, "*Les Temps Nouveaux*" no reprodujo jamás nada de él, no le hizo nunca ninguna reclame.

En la lista de redactores — en proyecto — se encontraba el nombre de un tal Marc Stephane. Era un joven literato en ciernes, desconocido hasta entonces, que, durante mi detención, había publicado un folleto en el que reclamaba mi liberación. Le conocí personalmente cuando salí de la cárcel. Sin que yo se la pidiera me prometió su colaboración en cuanto le participé mi intención de resucitar "*La Révolte*".

(1) *Por ventura tengo a mano algunas facturas.*

El No. 5 alcanzó a 18.000 ejemplares; el No. 29 a 12.000. Las otras facturas me faltan.

Pero mientras "*Les Temps Nouveaux*" estaba en gestación, Girard me contó que el buen hombre le había propuesto una asociación de "reclame mutua". Girard le cantaría loas a él mientras este último le haría aspirar el incienso de sus elogios. Esto nos daba la medida de la sinceridad del buen hombre.

En el primer número insertamos una notita previniendo a los lectores que "para no parecernos a esos grupos de adoración mutua, demasiado numerosos, nos limitaríamos, en el diario, a anunciar las obras de los colaboradores, sin apreciación".

Marc Stephane me escribió que no contara con él como colaborador. "Nuestro diario era demasiado doctrinario. Por otra parte, él no lo leía".

Desde la época de "*La Révolte*" los artículos no se firmaban. Todo lo que se publicaba, lo era bajo la responsabilidad colectiva de la redacción. Sólo a título de discusión se insertaban artículos interesantes firmados, pero esto se hacía apartándonos de la línea de conducta que nos habíamos fijado.

Como nuestra ideología se había difundido ya no era necesario mantener esta actitud. En el nuevo periódico los artículos se firmarían, asumiendo cada uno la responsabilidad de lo que escribía. He ahí por qué creí poder solicitar la colaboración de los literatos que simpatizaban con las ideas.

Antes los arrestos conocí a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio, como médico, de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. áSincero? no dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaoa sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

*

Antes de los arrestos conocía a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio como médico de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. ¿Sincero? No dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaba sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

—Usted me conoció como anarquista; creo un deber venir a decirle que ahora soy creyente... — Y después de una pausa: — ¿A qué atribuye usted mi conversión?

—A una falla del cerebro, simplemente. — Y los dos nos echamos a reír.

¿Una falla del cerebro? Eso se dice pronto. ¿No es un tanto arbitraria su conclusión?

—Razonemos un poco. Usted es inteligente. Usted no puede haber aceptado las primeras razones que le presentaron para convertirle. La existencia de dios implica la existencia del alma. Ahora bien, dónde usted, que es médico, ha encontrado alguna vez el alma bajo el bisturí cuando disecaba los cadáveres?

—Oh, pero esta es una razón de fe.

—¡Una cuestión de fe! Es inútil discutir. Me atengo, entonces, a mi opinión.

Poco a poco me contó que una vez, hallándose desocupado, entró en la pequeña iglesia de San Pedro, en Montmartre. Había allí un sacerdote que predicaba. Se puso a escucharle.

Sorprendido por lo que oyó, atrapó al sacerdote cuando éste hubo terminado, para pedirle algunas explicaciones.

El sacerdote, viendo que era una buena oveja para atraer al redil — no es esta la expresión empleada por Longo — y como no se sintiera fuerte para semejante tarea le envió a los padres jesuitas.

Estos supieron manejarlo tan bien — soy siempre yo el que traduzco — que Longo fué convertido. Y ahora era católico militante.

—Tenía una querida, casada con otro — agregó — a la que estaba muy vinculado; rompí con ella para ser consecuente con mi nueva fe.

El hombre era sincero. No había lugar a dudas. Como último adiós le dije: no desespero de verle terminar en un hábito.

Y en efecto, ¿a quién vi llegar algún tiempo después? — el diario estaba en

entonces en la rue Broca; — a ningún otro que a Mons. Longo metido en un hábito de franciscano.

Me dijo que, habiendo hecho voto de pobreza, no tenía nunca un centavo encima. Si iba a predicar a alguna parroquia, en el campo, se le daba el boleto de ferrocarril. En París, si encontraba alguno de sus antiguos amigos y le preguntaban si quería algo:

—Cómprame un número de *"Les Temps Nouveaux"* — les decía. — Sí — me decía — tiempo atrás estaba lejos de pensar que llevaría este hábito. Mi casa, en Montmartre, daba a un jardín de una casa vecina, perteneciente a unos monjes. Mi sirvienta muchas veces me llamaba para mostrármelos.

—Eh, déjame en paz con esos polleruдos — le decía. — Son unos holgazanes.

No había llegado a ser metodista. Lo que no se puede negar es que había conservado todo su vigor de lenguaje.

Todo lo que saqué en limpio de nuestras conversaciones es que, en fin de cuentas, lo que había decidido su conversión "era la realización de las profecías de la Biblia, demostrándole con ello que era un libro revelado". ¡Y era un hombre inteligente!

En otra visita discutió con vigor con varios camaradas que se hallaban en la oficina.

Nos dijo que su orden, siempre en razón del voto de pobreza, había confiado el manejo de sus bienes temporales a un laico.

Este se alzó con el santo y la moneda.

Estuve muchos años sin saber nada de él, cuando un día se llegó a mí un abate, cuyo nombre he olvidado. Me dijo que iba a comenzar a escribir una historia del padre Longo. Nuestro ex anarquista se había enrolado en los Padres blancos, del cardenal Lavigerie. Había muerto en Africa. El abate venía a preguntarme si podía suministrarle los artículos que Longo debió haber escrito para el periódico y si conocía algunas particularidades que pudiesen incluirse en su libro.

Prescindiendo de una carta o dos publicadas en el periódico, Longo no había escrito nunca nada. No conocía nada digno de mencionar.

Como el abate me hablara de Retté, le dije que, así como creía en la sinceridad de Longo, tenía mis dudas sobre la vocación de Retté. Intervino su nombre en la conversación, debido al libro que acababa de publicar: *"Du Diable a Dieu"*.

No he leído su libro — que el abate prometió enviarme y no me envió — y me pregunto si cuenta en él que, cuando percibía algún dinero, se embriaga escandalosamente mientras su mujer reventaba de trabajo para mantener el hogar!

* * *

No voy a narrar aquí la serie de atentados que tuvieron lugar en España desde 1892. Atentados motivados por la ferocidad del general gobernador de Montjuich. Ya no recuerdo los detalles. Por otra parte, no tengo la pretensión de escribir la historia de ese período, sino solamente traer a colación algunos acontecimientos en los que estuve mezclado. Me había llegado, durante mi detención, una enorme correspondencia de España, cuyo valor no pude apreciar por momento, debido a mi ignorancia del español, y había quedado metida en un cajón de la mesa que me servía de escritorio.

Habiendo encontrado, por fin, un camarada que quiso encargarse de la traducción, supe que eran cartas de compañeros españoles detenidos a continuación de los acontecimientos del Liceo, encerrados en Montjuich y torturados para arrancarles la confesión de una participación en el mencionado atentado, participación que sólo existía en la voluntad de los jueces de encontrar víctimas a quienes castigar.

Compresión del cráneo por medio de cuerdas mojadas, torsión de los testículos, régimen de pescados salados, sin nada qué beber. Después de algún tiempo de esta alimentación se les llevaba ante el juez, quien les ofrecía botellas de agua fresca y límpida a cambio de la confesión. Otras veces se les llevaba en plena mar, donde se les sumergía hasta la sofocación. En fin, todos los horrores que podía inventar el espíritu más sádico, digno de ese país de inquisición.

Comencé en seguida su publicación. Ocupé varios números. Severine escribió algunos artículos acerca de ello. Poco a poco la prensa burguesa trató el asunto. Rochefort inició una verdadera campaña. La mayor parte, excepto Severine, se guardó muy bien de citar a *"Les Temps Nouveaux"* que había sido la primera en ocuparse del asunto y de donde habían sacado sus informaciones.

En realidad esto tenía poca importancia. Lo esencial fué que la campaña se llevó a cabo. Y lo fué tan bien, que el gobierno español se vió forzado a soltar a sus prisioneros, algunos de los cuales estaban estropeados a causa de las torturas sufridas.

* * *

Había escogido a Girard para que me ayudase. Entre los dos hacíamos lo que podíamos.

A pesar de la defección de los literatos, no escaseaban los artículos interesantes. Llegaban de todas partes. Tuvimos colaboradores inesperados. Algunos hicieron carrera después. Como Metin, que llegó a ministro del trabajo. Otro alcanzó a ser jefe de oficina del gabinete de un ministro de guerra, y algunos más de menor importancia.

En una discusión que tuve con Georges Valois, éste me escribió que, en otros tiempos, había colaborado en *"Les Temps Nouveaux"*. ¿Bajo qué seudónimo? No lo mencionaba. Más tarde supe su verdadero apellido, pero si alguna vez fué anarquista, no ha colaborado en *"Les Temps Nouveaux"*.

Un día fué un capitán de infantería el que se llegó a la puerta de la oficina. Era el único lector de *"Les Temps Nouveaux"* en la aldehuela de provincia donde estaba de servicio. Hijo de un coronel, se había educado para ser militar. Le sedujo al principio esa carrera, pero disgustado, al fin, del oficio, solicitó una licencia ilimitada, para tratar de crearse una situación en la vida civil, lo que no logró. Teniendo que sostener una familia — no podía casarse con la mujer con la cual vivía, pues le era imposible reunir la dote exigida por los reglamentos — debió, a pesar suyo, endosarse otra vez el uniforme. Iba, en ese momento, a la Residencia, donde conocía al jefe de la Casa Militar.

Nos envió una serie de artículos sobre el ejército, bajo el seudónimo de Marcel Suzach. Después no supe más nada de él.

Otro día vino un subteniente de la administración. El también estaba asqueado del oficio. Estimulado por la promesa de los galones había cometido la necedad de engancharse otra vez. Sólo tenía un anhelo: zafarse. Le perdí de vista, como al anterior.

* * *

Teníamos bastante lectores y abonados. Hasta en los puntos más inesperados. Algunos gobiernos de la América del Sur y Central nos enviaban su "Boletín Oficial" en cambio de nuestro periódico. Un ministro de instrucción pública de Guatemala nos pidió que le indicáramos algunos buenos folletos anticlericales.

En nuestros anaqueles no había folletos anticlericales, pero le indiqué una multitud de obras, en las que podría hacer una amplia cosecha de textos capaces de servir de buenos opúsculos de propaganda anticlerical. Ignoro si siguió mi consejo.

Me han contado que Malatesta, cuando estuvo en la Tierra del Fuego, lo primero que vió al entrar en una choza fué un número de *"Révolte"*.

Mi sueño hubiera sido tener, en cada país, un corresponsal que nos tuviera al corriente del movimiento de su región. Claro está que teníamos los periódicos que recibíamos como canje de los que podíamos sacar algunas informaciones. Cosa que hacíamos cuando había un camarada que se encargara de la traducción. Pero tengo para mí que valían más las informaciones recibidas por alguien que se encontrara en el país.

No pude realizar nunca enteramente este sueño: tener corresponsales regulares. Después de un tiempo más o menos corto — casi siempre por que el camarada abandonaba el país — nos encontrábamos momentáneamente sin corresponsal.

A pesar de estas lagunas, la colección del *"Révolté"*, de *"La Révolte"* y de *"Les Temps Nouveaux"* es rica en informaciones sobre el movimiento social internacional. Porque hombres de buena voluntad no faltaron nunca. Había siempre, después de un intervalo más o menos largo, un camarada que reemplazaba al ausente. Lo esencial es que, de una u otra manera, las informaciones llegaban.

Por otra parte, siempre que se trataba de luchar contra un abuso de poder los camaradas de los otros países se habían acostumbrado a dirigirse a nosotros para llevar a cabo la campaña consiguiente. De modo que, aunque no tuviéramos corresponsales regulares lográbamos estar al corriente de lo que pasaba en el mundo.

Otro de mis ensueños, que tuvo aun menos probabilidades de realización que el anterior, fué el de llegar a establecer el periódico de manera que pudiera vivir de la venta y de los abonados. No lo logramos nunca. En los períodos más prósperos teníamos de tres a cuatro mil francos de déficit.

En los períodos de crisis éste era mayor aun. Pero esto merece un capítulo aparte, que el lector encontrará al fin del volumen.

MAX NETTLAU (1)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

I

El 13 de marzo de 1926 se cumplió un cuarto de siglo de la muerte, en 1901, de *Fernand Pelloutier*, a la edad de treinta y tres años; en su lugar tenemos ante nosotros lo que en cierto aspecto fué creación suya, el *sindicalismo* francés. Sería una especulación ociosa el querer sondear dónde se encontraría éste si Pelloutier, mortalmente enfermo ya en los años de su actividad incesante, hubiese vivido más tiempo, si viviese aún; pues tampoco él habría podido ni modificar la evolución general ni podido seguido imprimir continuamente su sello a un movimiento creciente. Tal cosa la consiguió al parecer *Samuel Gompers*, que permaneció realmente más de una generación al frente de su *American Federation of Labor*, cimentada formal y materialmente de un modo más sólido de lo que lo estuvieron jamás las organizaciones francesas. Lo consigue también *León Jouhaux*, que está desde tiempo inmemorial a la cabeza de la C. G. T. de Francia y vió caer en trozos la obra de Pelloutier, pero quedó en pie él mismo. Ni la naturaleza despótica del uno, ni la naturaleza de veleta del otro eran las de Pelloutier, y tal dominación permanente le habría sido insoportable a él mismo en primer lugar, como lo testimonia la incomprensión de los que se sometieron a él. Pelloutier, sin su enfermedad, habría sido consumido probablemente pronto en la lucha menuda, o se habría abierto con su mirada clara, con su mano segura y su carácter firme una salida; habría creado algo nuevo, habría encontrado una solución a las grandes dificultades, lo que no pudieron hacer los que le sucedieron. Por tanto, lo que su talento habría podido realizar aun de nuevo, se perdió, y esa fué una gran pérdida.

Lo que hizo fué bastante grande: realizó para su tiempo lo que no se había conseguido nunca antes de él y lo que sus sucesores no fueron capaces de mantener enteramente en su espíritu y de edificar indestructiblemente — una agrupación de los trabajadores franceses de sentimientos sociales en la más amplia proporción, sobre la base de los intereses económicos comunes a todos, de la lucha contra el capital, para la realización de esa lucha por su solidaridad firmemente fundada y todos los medios de lucha que resultan de ahí en el vasto campo del trabajo, en donde el obrero — *si quiere* — puede serlo *todo*, y el propietario nominal, el capitalista, — *si el trabajador no le rinde más tributo* —, puede, debe y tiene que convertirse de un golpe en *nada*, en polvo. Asociar en nombre de ese objetivo a los trabajadores de un país, nos parece muy simple y evidente, pero tropieza, como se sabe, con las más formidables dificultades en todas partes, cuyas razones comunes están en la gran diferenciación efectiva de los trabajadores tanto como en la mentalidad atrasada de las partes que permanecen bajo la influencia reaccionaria, y también en la diversidad de los puntos de vista políticos y socialistas de las partes siempre crecientes con mentalidad más avanzada. Ambos factores fueron hasta hoy obstáculos a una asociación efectiva, aunque sea en un dominio restringido a la comunidad de los intereses del trabajo frente al capital parasitario. Pelloutier pudo, más que ningún otro, acercarse a ese objetivo: en eso está su gran significado, para cuya comprensión parece conveniente un análisis de las condiciones obreras francesas encontradas por él.

Sabemos que desde la civilización de la antigüedad clásica, no del todo perdida en algunas partes de Europa, ni siquiera en la más tenebrosa edad media, se continúan aspiraciones corporativas por todos los siglos y, correspondiendo a la agravación creciente de las disidencias sociales con la floración del modo de producción capitalista, se vertieron más y más en dos formas, la de los gremios correspondientes a los intereses de los poseedores, a los que eran integrados forzosamente los obreros, y la de las coaliciones no permitidas, y por tanto secretas, de los trabajadores, que asumieron formas pasajeras o duraderas y algunas veces ventilaron graves conflictos sociales. En Francia fueron éstas las sociedades muy desarrolladas para algunas industrias y que formaron el *compagnonnage*, cuya acción disfrutó de una cierta tolerancia, porque generalmente fueron tan torpes como para rivalizar entre sí y romperse la cabeza en lugar de proceder contra los maestros, los patrones; relativamente a otros oficios no estamos suficientemente informados; a eso se agregaron en el siglo XVIII grandes masas obreras de la industria inicial con maquinaria, al principio desorganizadas, intensivamente explotadas y en la mayor miseria.

Cuando estalló la revolución francesa, sin duda fuertemente fomentada por los campesinos desesperados y los obreros urbanos hambrientos, y convertida en una cosa seria ante la cual no hubo retirada posible, no cayó sin embargo realmente un rastro de poder efectivo en las manos de esas víctimas sociales, sino en manos de la nueva burguesía, y, algo más tarde, en las de los representantes doctrinarios de la omnipotencia del Estado, los terroristas jacobinos. Tanto los primeros, desde 1791, como los últimos en el ejercicio de su dictadura aniquilaron toda posibilidad de coalición de los trabajadores mediante las más absolutas prohibiciones, enmascaradas tanto con la protección de la libertad (la protección del individuo contra una asociación de varios) o con la protección del Estado (el Estado perjudicado en su monopolio por toda asociación particular de los ciudadanos, "un Estado en el Estado"). Así, por muchos años, — pues hasta 1864 no existió ningún derecho continental de asociación, — fueron protegidos legalmente la bur-

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XVIII

Así como los hombres sienten la necesidad ineludible de alimentarse, sienten igualmente la necesidad de ayudarse mutuamente, vivir en sociedad, manteniéndose recíprocamente. "Evitad la rivalidad —, escribía Pedro Kropotkin —, es siempre funesta para la especie y tenéis muchos medios de evitarla. Esta es la tendencia de la naturaleza, aunque no siempre cumplida integramente, pero que le es inherente siempre. Es el lema que nos llega de los matorrales, los bosques, ríos y océanos. Uníos; practicad la ayuda mutua. Representa el medio más eficaz para obtener la mayor seguridad para cada uno por separado y para todos en conjunto; es la mejor garantía para la existencia y el progreso, físico, intelectual y moral". "He ahí lo que nos enseña la naturaleza y ésta su enseñanza fué atendida por todos los animales que alcanzaron el nivel más alto en sus clases correspondientes. El hombre — el hombre primitivo — obedeció también este mandato de la naturaleza, y gracias únicamente a ésta condición llegó al estado en que nos encontramos ahora". "En realidad el apoyo mutuo es para toda clase de animales no únicamente el más eficaz en sus luchas por la existencia contra las fuerzas hostiles de la naturaleza y otras especies enemigas, sino que es también el arma principal de la evolución progresiva. Asegura aún a los animales más débiles, la longevidad (y, por consiguiente, la acumulación de experiencia), la conservación de la especie y el progreso intelectual. Gracias al apoyo mutuo, las especies animales que lo practican más que otras, no tan solo gozan de mayor longevidad, sino que se destacan también, cada una en su clase (insectos, aves, mamíferos), por la seguridad de su estructura física e intelectual."

El sabio ruso Kesler, antes de ésto había indicado que "para el desorrollo progresivo de las especies tiene mucho más importancia la ley de apoyo mutuo que la de la lucha mutua". (por el libro de Kroptkín).

A éste le precedió en los años 1860-70 un célebre biólogo (anarquista a la vez) N. D. Nojin quien escribió: "los organismos no luchan entre sí por la existencia, sino que tienden por decir así, a vincular sus fuerzas afines, sus intereses, resultando de ello en vez de división del trabajo, una colaboración mutua". (N. D. Nojin, cito por el artículo de Bogdanovich).

"El instinto materno, como se reconoce generalmente — dice el profesor J. G. Orchansky — es la raiz fundamental de la que brotó todo el árbol de las emociones altruistas superiores." No nos cabe duda que éste árbol tiene otras raices más, pero es indiscutible que el sentimiento materno influye grandemente en el desarollo de los sentimientos altruistas. La criatura es una parte del organismo materno, inseparable al principio de él y es imposible no amar una parte de sí mismo, no tratar de preservarlo del dolor y de la desdicha. Y desde el momento en que aparece el sentimiento de simpatía hacia un ser humano, puede, éste sentimiento extenderse a otros seres semejantes, y bajo ciertas condiciones se extienden".

La solidaridad es en gran parte, resultado de comunidad de origen. La comunidad de origen, identidad de la estructura física y psiquica, "la identidad de los sistemas nervioso y muscular, escribía J. B. Bogoslovsky, permite comprender a los congéneres por reflejo", y es común en los seres vivos obrar solidariamente. La solidaridad es lo que consolida la convicción humana y no permite, a pesar de la discordia que en ella introduce la autoridad, que se disgregue en partículas infimas, no le permite convertirse en polvo. La cooperación y la ayuda mutua es lo que une a la humanidad."

Los hombres primitivos, nuestros lejanos antepasados, de cuyo modo de vivir nos da una idea la vida de las tribus salvajes de nuestros tiempos, distinguíanse por los sentimientos de simpatía y benevolencia... 'El estadío comunal en la evolución de los pueblos caracterizándose especialmente por los mutuos sentimientos de bondad entre los miembros de una misma comunidad — dice J. B. Bogoslovsky — debía crear y creó efectivamente aquellas sanciones de la conducta, cuya omisión conduce necesariamente a la disolución de la sociedad". La union, la cooperación creó, crea y creará siempre y en todas partes condiciones favorables para la existencia. Es de esta facultad vitalizadora que la mortífera autoridad del Estado carece en absoluto.

La historia, la antropología y la biología — dice J. B. Bogoslovsky — 'nos demuestran claramente esta verdad: la vida individual, débil como es, ha vencido en el proceso de la evolución, resistencias enormes por parte de agente físicos (y de otros) oponiéndoles el número, la masa y creando, de este modo, nuevas condiciones favorables a la existencia y al desarrollo sucesivo".

La unión representa por la cooperación

La unión representada por la cooperación y la ayuda mutua, elevó a la humanidad y la conducirá, finalmente, a la felicidad.

La historia de la humanidad nos dice que el hombre normal, cuyas facultades no están enteramente atrofiados por la actividad explotadora, ni agotadas por el parasitismo, tiende a ayudar a sus semejantes. Esta tendencia emana de la ley natural, por la cual es la ayuda mutua dentro de los límites de la especie, y a veces de varias especies, un poderoso factor de creación de una vida mejor, tanto para la especie, como para las unidades que la componen.

Los hombres tienen la virtud de beneficiarse de todos los medios de actividad que pueden mejorar su vida (así como la planta tiene la virtud de orientarse hacia el sol) y la ayuda mutua determina en gran parte la actividad del hombre. Sobre la ayuda mutua se asienta y se fortifica la sociedad humana. La ayuda mutua es una actividad que tiende a colocar a otro miembro de la misma especie en una situación mejor de la que se encuentra, tiende a acercarlo a la situación del que lo ayuda (alimento al hambriento para que quede satisfecho como lo estoy yo, y después este hombre me salva cuando me estoy ahogando, me coloca en la situación del que se encuentra en tierra). Es, en resumidas cuentas, desde que cada miembro de la especie busca de ayudar a otro miembro, la ayuda mutua el camino hacia ya igualdad total.

Aspiramos a la igualdad y no a la uniformidad. Es necesario que cada hombre satisfaga ampliamente sus necesidades, no importando que un hombre adulto o de más estatura se coma más pan o consuma más paño en la confección de su ropa que un niño o un hombre de baja estatura.

El pudor es una de las formas de la dignidad personal. — *PROUDHON*

Los que aplauden el mal son peores y mucho más culpables que los que lo cometen. — *GRIMM.*

No es dar prueba de valor, el hecho de poseer la vida y despreciarla, sino hacer frente a las grandes desgracias sin amilanarse, ni renunciar a una lucha de la cual saldremos fortalecidos.

SENECA

---

guesía y el Estado contra las agrupaciones obreras, y todo lo que se hizo en ese dominio fué obligado a aparecer tan incoloro que se le toleró como inofensivo, o tuvo que hacerse clandestinamente, o hubo conflictos, persecuciones que trabaron toda expansión real de la asociación obrera.

En Inglaterra hubo una prohibición idéntica contra la agrupación; pero el enorme desenvolvimiento del modo de producción capitalista reunió también las masas obreras y éstas se organizaron victoriosamente a pesar de todas las restricciones y salieron a la luz pública como la inaprensible y poderosa masa de las *Trade Unions*. En Francia no fué así, en parte porque el capitalismo no se desarrolló con tal vigor como en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX a la categoría de gran industria, en parte porque los fines políticos (la república) y las ideas sociales (las diversas tendencias socialistas) absorbieron los elementos combativos de las masas obreras y los acercaron más bien a los elementos de la burguesía que perseguían los mismos fines, la *república* y el *socialismo*, que con las masas indiferentes, en ese dominio, de sus compañeros de trabajo. Lo que sin embargo se hizo para la organización obrera fué incitado naturalmente por socialistas o por afines al socialismo y por eso mismo fué nuevamente aislado, es decir, apareció inseparable del socialismo y no fué estimado por los trabajadores no interesados en el socialismo.

Llegaron los ensayos de *Agricol Perdiguier* para reconciliar las tendencias hostiles del *Compagnonnage* y, en general, ensayos para federar tales organizaciones; hubo el gran proyecto de *Flora Tristán* de una *Union ouvrière* que lo abarcase todo; hubo las diversas aspiraciones asociativas que se expresaron en los periódicos obreros *La Ruche populaire* (La colmena del pueblo), *L'Union*, *L'Atelier*, desde fines de la década 1830-40, e innumerables otros estímulos y ensayos de agrupación social de los trabajadores, pero a quienes se les imposibilitó por las leyes toda organización efectiva de masas e igualmente la más sencilla cooperación temporal en caso de huelga. Así quedó todo en la propaganda literaria general, en ensayos aislados de cooperación y sociedades secretas, pero en las cuales los fines republicanos y social-revolucionarios estaban en primera línea.

A pesar de que no pudo hablarse de un verdadero partido obrero y de organizaciones sindicales antes de 1848 y de que hasta el socialismo teórico de 1840-50 se estancó, la cuestión obrera estuvo sin embargo en primera línea breve tiempo después de la revolución de febrero de 1848, pero fué relegada muy pronto y de modo trágico a un plano secundario. Se arrojó a los obreros, para apaciguarles, las deliberaciones sin fin de la *comisión del Luxembourg*, se intentó regimentarlos en los llamados *talleres nacionales* y cuando comenzaron a considerar todo eso como burla y escarnio, fueron sangrientamente sacrificados en grandes masas en las calles de París durante las jornadas de junio de 1848 o fueron hechos prisioneros y deportados. Todo esto llevó al poder el bonapartismo ya en diciembre de 1842, que mortificó luego tanto a obreros y republicanos durante años que su próximo degüello definitivo de la república, el 2 de diciembre de 1851, fué su consecuencia natural. Los trabajadores derrocharon sus fuerzas en centenares de asociaciones productivas, a las que puso fin la reacción bonapartista, tras breve floración, y algunos ensayos socialistas de agrupación general de los trabajadores, como la *Unión des Associations ouvrières* (1849), que quería formar una *Chambre de travail* (consistente en tres delegados de cada oficio), etc. — las conocidas mujeres socialistas, *Pauline Rolland*, *Jeanne Deroin* y otras tomaron una parte principal en esto —, terminaron con opresiones y persecuciones. Aquella sociedad fué seguida en 1859 de la *Société de la presse du travail* con fines idénticos; el golpe de Estado de diciembre de 1851, como se sabe, trajo consigo muchos años de las más absolutas interrupciones de todas esas aspiraciones, mientras que naturalmente al fin se despertó en muchos la comprensión del valor y la necesidad de la organización obrera, al principio todavía impotente para exteriorizarse, pero en busca de una expresión que halló finalmente a comienzos de la década de 1860-70.

El imperio de Napoleón III, que sin embargo fué sentido como una usurpación temporal — lo mismo que la usurpación actual de Lenin y sus sucesores, de Mussolini y otros, — trató pronto de procurarse una larga vida por medio del fomento del enriquecimiento de la burguesía, por el clericalismo, por las guerras y la adquisición de tierras, pronto también por el obrerismo aparente y últimamente hasta por un pseudo-liberalismo. Eso hizo posible una cierta agrupación de obreros en su mayor parte jóvenes, agrupación de éxito muy rápido y fomentada en silencio intensamente por republicanos, proudhonianos, positivistas y antiguos socialistas; los obreros así agrupados concibieron idéntica reunión de grandes masas, como la de las *Trade Unions*, que existían ya entonces en plena luz del día. Tuvieron lugar los conocidos viajes a Londres, desde 1862, que condujeron el 28 de septiembre de 1864 a la fundación pública de la *Asociación Internacional de los Trabajadores* en Londres, cuyo objetivo inmediato debía ser la agrupación de los obreros de todos los países cuyos intereses son los mismos frente a sus explotadores, que son entre sí compañeros y hermanos y cuyos enemigos son los mismos, los capitalistas de todas partes.

Muy claramente escribió al respecto, por ejemplo, Bakunin (1871) en el capítulo de un largo manuscrito diversamente impreso, *La política de la Internacional*: "...Pensamos que los fundadores de la Asociación Internacional obraron muy prudentemente al eliminar al principio del programa de esa asociación todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda no han carecido ellos mismos ni de opiniones políticas ni de opiniones antirreligiosas bien definidas; pero se han abstenido de emitirlas en ese programa, porque su fin principal era unir ante todo a las masas obreras del mundo civilizado

AÑO V — BUENOS AIRES, 29 DE NOVIEMBRE DE 1926 — [Númer]o 251

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

¿Las alianzas continentales o el libre acuerdo de los individuos?

El mundo político y diplomático está altamente preocupado por la difícil tarea del establecimiento de un equilibrio internacional en armonía con los progresos económicos y la interdependencia de los países y de los continentes.

Antes se buscaba el equilibrio dentro de un mismo continente, por ejemplo en Europa, sin tener en cuenta las naciones no europeas. La situación ha cambiado; la vida económica se ha internacionalizado de un modo incontrastable dentro del capitalismo; pero la internacionalización económica no ha creado ningún concepto intelectual o moral internacionalista; continúan en pie los odios entre las diversas naciones y el espíritu nacional es más poderoso hoy que nunca lo ha sido. Si por un lado la interdependencia económica ha borrado todas las fronteras, por otro se quiere armonizar ese hecho con el nacionalismo más estrecho. Surgen nuevos Estados o tendencias a crear nuevos Estados, como si no fueran bastante calamitosos los que tenemos ya. Y simultáneamente, el nacionalismo rabioso se pone a tono o procura ponerse a tono con la época mediante la constitución de Ligas de naciones, que permitirán formar grandes unidades económicas. La Liga de las Naciones, que surgió del tratado de Versalles, se demostró ineficaz por su manía de excluir importantes factores de la economía europea, como la industria alemana; ese defecto ha comenzado a subsanarse y se tiende a realizar, formalmente o no, una especie de Estados Unidos de Europa. Sin esa cooperación relativamente solidaria, que no afecta para nada el nacionalismo particular de los Estados adheridos, Europa tropezará cada vez con más dificultades a causa de la concurrencia de Estados Unidos. Pero en realidad en Europa existen dos grupos de Estados como unidades económicas: Inglaterra con sus dominios, y el resto del continente europeo. Las relaciones políticas entre Francia y Alemania, los dos principales Estados de la combinación continental, han tenido que suavizarse hasta el punto de encarar las posibilidades de una pacífica cooperación. Frente a esas grandes concentraciones europeas: la del imperio británico y la del resto de Europa se manifiesta una cierta veleidad de alianza mediterránea, por una parte, y un distanciamiento ruso por otra. Rusia dirige sus ojos a oriente y procura oponer a la Liga de las Naciones con sede en Ginebra una liga asiática, formal o no. Los Estados Unidos con el Canadá forman por sí solos una unidad capaz de sostenerse triunfalmente contra todo el mundo y aspiran a una dominación económica de la América latina, lo que les proporcionaría nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas. Pero ya frente a ellos se levanta una sorda desconfianza y una marcada oposición en la América del Sur, lo que podría llevarnos a una alianza más estrecha de los Estados latino-americanos.



Leñadores

¿Cuál es el significado de esa fiebre política tendiente a crear grupos de Estados rivales? ¿Llevará a la paz ese afán de alianzas ofensivas y defensivas sobre una base que podríamos llamar continental? Baste saber que esas alianzas se hacen como actos de defensa económica y política para comprender que es la guerra lo que se gesta, pero una guerra en que los beligerantes serán grupos de Estados, continentes contra continentes.

En cuanto a las grandes masas trabajadoras, en esas alianzas de los Estados quedarán en condiciones inferiores aun a las actuales, por la sencilla razón que no se tiene en cuenta en todo eso más que las ventajas del capitalismo, la fortificación de los puntales del privilegio.

Toda la política internacional se preocupa de esos problemas; hasta el movimiento obrero reformista los tiene a la orden del día. Solo los anarquistas queremos empeñarnos en ir contra la corriente y en oponer una dirección contraria a los acontecimientos históricos: contra las alianzas de los Estados nosotros propiciamos una medida más sencilla, más fecunda, más prometedora: el libre acuerdo de los individuos. Hay que comenzar a construir la vida de abajo a arriba, partiendo del individuo, del pequeño núcleo de cooperación. Es verdad que nuestra solución exige la muerte del industrialismo, la reorganización de la vida económica sobre nuevas bases, la supresión del Estado, pero el que puede ver y entender, comprenderá que la evolución que sigue el capitalismo y el estatismo nos lleva a un callejón sin salida, a un empeoramiento, por tanto, de las condiciones de la existencia humana. La libertad es tan necesaria para vivir como el pan y el agua y el sol. Y la libertad es cada día más restringida, cada día menos tolerada en este régimen de fascismo y de explotación desenfrenada que vivimos.

El anarquismo propicia la sola solución viable: el libre acuerdo de los individuos, la entente sobre lo inmediato, sobre el interés de cada uno y de todos en el radio de nuestras cotidianas preocupaciones; después se extenderá la entente de grupo a grupo, de región a región, de continente a continente. Pero una casa no puede comenzarse a edificar por el techo. La concordia y la paz internacionales tienen que estar fundamentadas en la adhesión del individuo. Que el individuo sea la piedra angular de su propio destino, que sea él el constructor del ambiente en que ha de desarrollarse y vivir; el libre acuerdo, sin dogmas ni codificaciones, producirá la armonía, la dicha, la justicia en la sociedad.

Mientras nos dejemos dominar por un aparato que hemos creado nosotros mismos: el estatismo; mientras seamos insignificantes rodajes en un mecanismo de que hemos sido inconscientes constructores: el aparato de la producción capitalista; mientras no vuelva a ser el hombre con sus necesidades y aspiraciones el centro de la vida; es decir, mientras no sea el libre acuerdo de los individuos la norma social suprema, todos los ensayos del Estado y del capital, aun en el caso de que sirvan a sus fines, no aportarán a la humanidad un átomo de justicia y de bienestar.

¿Por qué no hemos de levantar los anarquistas nuestras soluciones, por qué no hemos de esforzarnos por ir contra la corriente, abrigando como abrigamos la convicción que solo la libertad y la solidaridad de los hombres, o sea el libre acuerdo fraternal, nos acercarán a la tierra de promisión de una vida nueva?

—(*—*)—

No se fusilan las ideas

No temáis expresar en público todo vuestro pensamiento Unicamente a esta sola condición somos buenos y grandes. Pensad y suscitad ideas alrededor vuestro. Amad el pensamiento de los otros cuando corresponde al vuestro y respetadlo cuando os es contrario. Es necesario comprender también lo que os causa disgusto. Es una ley criminal, — y sé que hablando así incurro en un delito que cometo con satisfacción y alegría —, es una ley criminal, repito, la que castiga con la cárcel o la multa al hombre que habló o escribió contra las opiniones más aferradas a nosotros, contra nuestros sentimientos más caros, contra la fe más sincera. La aplicación de semejante ley es una vergüenza y un oprobio para la humanidad entera. Es monstruoso, es estúpido castigar con pena de prisión un artículo de un diario. ¿De qué modo puede rebatírselo? ¿Cómo se podrá discutir con un hombre encerrado en la cárcel, cómo puede convencérsele que no tuvo razón? Les acordáis el supremo sacrificio de sufrir por todas sus ideas. ¿De qué manera podríais oponerles las vuestras, aun siendo mejores, si no os costó el menor sacrificio, ni el más mínimo dolor? A la par que la intolerancia religiosa, detestamos la intolerancia política y moral, y se deben abolir todas las leyes, contra los sacrilegios, aun siendo civiles.

Si las palabras son tan peligrosas, combatidlas, pero con otras tantas palabras.

Anatole FRANCE

E. LOPEZ ARANGO

Voluntad y fatalidad

Las tendencias autoritarias, aun cuando en determinadas circunstancias busquen en el pueblo la solución de problemas colectivos, excluyen el factor voluntarista en la marcha progresiva de la humanidad. La teoría del materialismo histórico — una especulación del autoritario Carlo Marx y cuya esencia es el más extremo materialismo—no admite la posibilidad de cambios bruscos, la alteración del "ritmo histórico", que sin embargo se ópera con demasida frecuencia bajo la presión de imprevistos acontecimientos. De ahí que los marxistas contemplen las revoluciones como casos de desequilibrio sujetos a la transitoriedad del fenómeno económico, interviniendo a título de ordenadores de la sociedad amenazada por las fuerzas indisciplinadas del proletariado y de depositarios de la nueva fe estatista.

Si se cifra en la fatalidad del proceso social la caída del capitalismo, de hecho se subordina al hombre a factores ajenos a su voluntad. Los marxistas—sin excluir a los que recurren al método subversivo para intentar la realización de sus fines políticos — no admiten que sea preponderante la influencia de los individuos en la marcha de la historia. Por el contrario, según los discípulos de Marx, es el factor histórico el que conforma espiritualmente a los hombres, el que determina la marcha de los pueblos y el que gesta tanto sus rebeldías como sus sumisiones.

No hay término medio en esa cuestión. El problema se presenta de una claridad meridiana. ¿No está en ese fatalismo la justificación de las reacciones operadas en períodos revolucionarios, que no son sin embargo hechos casuales ni responden a contigencias económicas distintas a las que impulsan la rebeldía de las masas obreras?

De nada sirve que los socialistas califiquen de reaccionario al fascismo y que los bolcheviques descubran en la dictadura la base de sus triunfos políticos. Esos dos conceptos aparentemente contradictorios, si bien explican la historia en dos formas diferentes, coinciden en una idéntica conclusión: la fatalidad del progreso, que tiene también períodos de franca regresión, que nunca previene la ciencia materialista... ¿No repiten los marxistas la leyenda de los sectarios religiosos, que atribuían a un ser sobrenatural los fenómenos que no alcanzaba a explicar la inteligencia humana? "Estaba escrito", dicen los fatalistas. "No es posible alterar el ritmo de la historia, contradecir la realidad, empeñarse en hacer de la vida una cosa distinta de lo que es", agregan los discípulos de Marx.

Esa teoría anti-histórica, esa negación del hombre como ser pensante, nutre las teorías del socialismo autoritario, cuya esencia está en la idea estatista. Si el individuo no vale por lo que piensa, por lo que siente y por lo que sabe, y si en cambio existe para sus instintos y para sus pasiones — para el imperativo del estómago — difícilmente podrán los pueblos substraerse a su condición vegetativa. Y, claro está, el problema consistiría en alimentar bien a los trabajadores (en el viejo lema romano de pan y circo), y el ideal revolucionario estaría en el socialismo de Estado: en la bestialización por la facilidad de engorde de los esclavos del salario.

No es ese, como fácilmente pueden apreciar los verdaderos revolucionarios, el problema social que los pueblos tienen que resolver aún a costa de su relativo bienestar económico. ¿Acaso los trabajadores más míseros son los más rebeldes? Hay pueblos que cifran su ideal en una buena nutrición. Pero ese es un problema de ahora, que existe porque la amenaza del hambre pesa sobre la humanidad entera, y no excluye las aspiraciones nobles y altruistas en el proletariado mejor alimentado.

Los anarquistas no aceptamos la fatalidad del proceso capitalista señalado por los científicos del materialismo. Claro está que no negamos la influencia del medio social y el imperio de las necesidades; pero a la vez que consideramos al hombre como un producto del ambiente, entendemos que también adquiere nuevos conocimientos, nuevas ideas, nueva cultura. De ahí que atribuyamos al individuo, por lo que piensa y por lo que siente, por lo que es, y por su capacidad y comprensión de los fenómenos sociales, la facultad de dar a la historia un nuevo ritmo, perturbar el desarrollo del capitalismo y dar a la vida una interpretación distinta a la que la ciencia le asigna.

Hay, naturalmente, diversos grados de cultura, que representan otras tantas formas en la función de las instituciones sociales. Se operan retrocesos en el mecanismo del Estado y aparecen en escena fuerzas ignoradas que destruyen las más adelantadas civilizaciones. Y ese hecho nos demuestra que la voluntad es siempre más poderosa que las expresiones culturales que responden a energías pasivas: que el hombre logra siempre dominar a la masa, y que a su capacidad subordina los hechos que la historia nos ofrece como determinados por una ignorada y misteriosa potencia.

Si existiera una "conciencia histórica", una "voluntad dinámica" ajena a la voluntad del hombre, la evolución seguiría una marcha ascendente e ininterrumpida. Pero el progreso de los pueblos está subordinado a contigencias materiales y a perturbaciones éticas que llevan el desequilibrio a los sistemas que poseen el funcionamiento más perfecto y seguro y la fuerza de conservación más poderosa. La democracia es la consagración de la esclavitud voluntaria y del derecho codificado por la violencia. Existe por el consenso colectivo, por el engaño de una soberanía popular que, si no existe en la vida misma, da apariencias de justicia a la arbitraridad y encadena al hombre a su condición de ciudadano.

De la misma manera que Rusia salió del zarismo para caer en la dictadura bolchevique, Italia renegó de su tradición liberalista para entregarse a la locura de los cesaristas de camisa negra. La voluntad del hombre, favorecida por circunstancias imprevistas..., operó esos procesos de dictadura, diferentes en su trayectoria subversiva, pero equivalentes en su esencia reaccionaria. Y el ritmo histórico falló en ambos casos: en Rusia se quebró por exceso de violencia; en Italia llegó a la quiebra de la democracia, del constitucionalismo y de la legalidad, por el choque de dos violencias.

No sabemos cómo relacionarán los marxistas esos dos fenómenos revolucionarios. Políticamente explican el "hecho ruso" como un acto de subversión popular cuyo proceso es muy lejano y es en cierto modo independiente de la evolución capitalista. Pero la medida falla si se aplica a Italia. Allí existía la lucha de clases, y hasta se consideraba al proletariado como el poseedor de una "conciencia de clase", por lo que no tiene explicación el triunfo de un partido que desconoce la existencia de los antagonismos sociales que dividen a explotadores y explotados.

De estas consideraciones nosotros deducimos este hecho: el factor voluntarista es prevalente a los factores económicos que aparentemente determinan la sumisión o la rebeldía de los pueblos. Lo que quiere decir que la voluntad del hombre puede conducir a las masas pasivas tanto a la revolución como a la contrarevolución.

El problema, pues, consiste en crear una conciencia revolucionaria en los trabajadores, para que el proceso histórico esté subordinado a su voluntad y se opere conforme a sus ideas, aspiraciones y necesidades.

Es vano empeño pretender orientar las actividades del proletariado teniendo en vista únicamente sus intereses económicos. El obrero es hoy algo más que el componente de una clase social, que por otra parte no existe más que en los aspectos externos del problema humano y está por ello sujeta a la ley de las relatividades. ¿Podemos sostener nosotros, que damos un valor excecional a las ideas y a la voluntad, que subordinamos a la conciencia del individuo la conciencia impersonal de la clase, que el factor económico es el que obra como único determinante en la rebeldía de los pueblos y en las sucesivas conquistas del pensamiento humano?

Para definir un movimiento voluntarista, inspirado en la energía y en la capacidad del proletariado, es menester comenzar por rechazar las fórmulas negativas del "materialismo histórico" y oponer a la concepción marxista — a la pretendida evolución de las cosas, que es todo lo contrario de la evolución de los hombres—las ideas y los principios revolucionarios. Y la revolución, si ha de ser social, ésto es, humana, no puede estar sujeta al proceso capitalista, a las realidades económicas del momento, a la marcha de la historia conforme a los dictados de la fatalidad...

Hay en las corrientes predominantes en el movimiento obrero una absoluta negación del anarquismo. Se cree generalmente que se defienden mejor las ideas rindiendo un exagerado culto a ciertas exteriorizaciones. Se hace de la libertad un fetiche, un mero entretenimiento filosófico, un adorno que sienta bien a los espíritus pequeños. No se quiere comprender que la anarquía si bien no puede ser vivida en el presente, debe en cambio manifestarse en el alma de los pueblos e influir sobre el desarrollo de los acontecimientos sociales. De ahí que el valor afirmativo de la conciencia revolucionaria encuentre la manera de exteriorizarse en cada uno de los males presentes y en cada una de las manifestaciones del descontento popular.

Lo que debemos comprender los anarquistas es que, contra el fatalismo histórico — transformado en doctrina por los socialistas autoritarios —, es necesario oponer un movimiento voluntarista. Quiere ésto decir que a la concepción materialista, que cifra en el desarrollo industrial toda posibilidad revolucionaria y atribuye al capitalismo funciones destructivas, debemos oponer la fuerza de la conciencia y de la voluntad de los hombres.

Si aceptamos la función económica post-revolucionaria que los autoritarios pretenden hacer representar a la clase trabajadora, y si esperamos que el estallido de la "estructura capitalista" facilite el triunfo de la revolución social —o consideramos que, como dice el preámbulo de los I. W. W., el proletariado debe crear la sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja —, de hecho negamos la razón de ser del anarquismo. ¿Qué papel juegan las ideas en esa sucesión de sistemas económicos regidos por leyes que nadie puede precisar? ¿De qué sirven los esfuerzos de los anarquistas si la voluntad del hombre nada representa en el imperio de las cosas?

El problema es arduo y ya fué planteado muchas veces, sin que por ello sus soluciones hayan servido para dar al anarquismo una orientación precisa respecto a las contigencias de la lucha social. Pero nosotros queremos significar este hecho: Bajo la influencia de los acontecimientos, por efecto de la crisis espiritual provocada por la última guerra y el fracasado ensayo bolcheviqui, teniendo más en cuenta el problema de fuerza que representa el proletariado que el grado de cultura y capacidad adquirido por los pueblos, los anarquistas van aceptando la esencia económica del marxismo. Se dirá que el movimiento que llamaríamos político del anarquismo mantiene su oposición a las fórmulas políticas de los marxistas. Pero la táctica parlamentaria, como así también el reformismo aplicado a la acción de la clase trabajadora organizada, está sujeto a factores transitorios que no impiden a un marxista proclamarse apolítico y rechazar los medios de lucha recomendados por los partidos históricos... Quiere decir, pues, que la esencia del marxismo no está en el parlamentarismo y en la colaboración de clases, sino que por el contrario reside en el hecho de que se atribuya al desenvolvimiento económico de la burguesía causalidades que es imposible eludir. Si no se reconoce en el desarrollo industrial los efectos más perniciosos de la civilización burguesa, y por el contrario se acepta esa deformación de las necesidades como la síntesis del progreso humano, ¿en qué forma puede luchar la clase trabajadora para librarse del yugo que ella acepta?

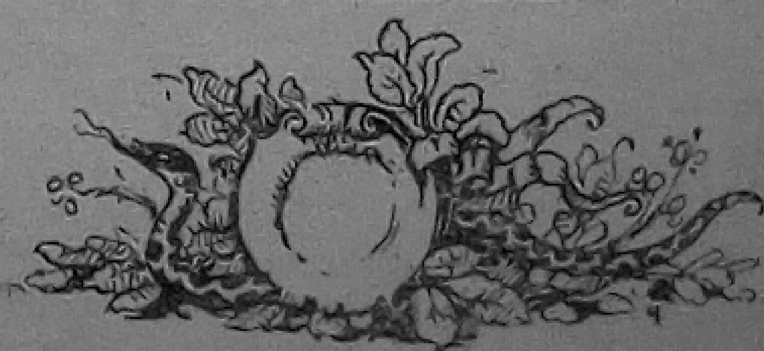
Los llamados sindicalistas revolucionarios siguen la ruta del marxismo. Verdad es que aplican fórmulas subversivas a la organización obrera y se declaran apolíticos para significar su repudio por todo lo que sea una manifestación de acatamiento a las reglas jurídicas de la burguesía. Pero olvidan que la revolución no puede seguir la ruta del capitalismo, aunque, por ser economica, necesite atraer al proletariado a la órbita de la lucha de clases. ¿Qué solución encontraríamos los anarquistas en un cambio de forma en la sociedad burguesa? ¿Qué problemas puede solucionar el cambio de la clase dirigente y usufructuaría, si la revolución deja en pie al capitalismo y conserva todos los engranajes de la máquina económica? Serán los sindicatos los que tomarán a su cargo el manejo del Estado y la organización del trabajo en todas sus manifestaciones; surgirá la clase dirigente en una sociedad sindicalista, que poco a poco irá adquiriendo todos los vicios del sistema que los revolucionarios conservaron en la esperanza de que lograrían transformarlo. Y el caso ruso se repetirá una vez más, aun cuando no sean los bolcheviquis los que tengan el control de la revolución.

El círculo vicioso del marxismo nos conduce a esos resultados. Trazamos la "arquitectura" de la sociedad futura sobre las viejas bases del sistema burgués, y nos esforzamos únicamente por desalojar de sus posiciones a la actual clase privilegiada. No se combate el espíritu, la esencia, la naturaleza del capitalismo. Por el contrario se demuestra un gran empeño en conservarlo para que sirva a los fines de la revolución.

Se dirá que esas intenciones no las abrigan los anarquistas, ya que la concepción teórica del anarquismo es la antítesis de las teorías materialistas. Pero si hablamos de la lucha de clases — en el sentido que lo hacen los discípulos de Marx — y atribuímos al proletariado una función revolucionaria connatural a su condición de clase explotada (si endilgamos a los obreros una conciencia clasista independiente de sus ideas y de su cultura) y si al simple imperio de las necesidades confiamos la solución del problema humano, ¿no declaramos de hecho que lo que perseguimos no es la destrucción del capitalismo, sino únicamente la destrucción de la actual clase capitalista? Y de ese juego, repetido en el curso de los siglos, de esa superposición de categorías sociales, de ese continuo cambio de castas dirigentes y privilegiadas, ¿qué es lo que podemos esperar? Cuando mucho el despojo de los ricos por los pobres, acto de fuerza que no supone una transformación de las bases históricas de la injusticia social.

He aquí a las conclusiones a que arribamos:

Los anarquistas debemos prescindir de las fórmulas político-económicas del marxismo, rechazando en consecuencia la concepción materialista que atribuye al factor económico un papel preponderante en la vida y desenvolvimiento de los pueblos. Hay que reivindicar al hombre y valorizar en los hechos sus facultades creadoras, su voluntad, su energía, sus ideas. Si bien es cierto que la sociedad hace al individuo, no es menos cierto que el individuo determina la característica general de la sociedad. El hombre es el creador... y los sistemas sociales son hechos a su imagen y semejanza. ¿No es el anarquismo una fuerza surgida del seno del pueblo, una manifestación de la energía humana, un movimiento de reacción espiritual que transforma paulatinamente el ambiente social y modifica la fisonomía de las cosas? Lo que necesita el proletariado es educar su sensibilidad y adquirir el dominio de sus pasiones y de sus necesidades. Y esa educación sólo será posible realizarla rompiendo con el pasado y transformando el presente.



Dr. FRANCISCO VALIENTE

Una revolución en la ciencia médica

La electronoterapía del Dr. Abrams, y la homeopatia del Dr. Hahnemann

Hemos leído en un diario de Londres lo que dice el doctor Fergie Woods:

"El doctor Abrams no es muy simpático en Norte América. Un hombre que descubre un método de diagnóstico de cura que sostiene y prueba la inutilidad de la reacción Wassermann, que considera la vacuna como responsable de la propagación de la sífilis y que afirma que la teoría del germen de las enfermedades no es más que una simple quimera; un hombre como éste no puede ser bien recibido ni honrado en la escuela dominante."

En estas palabras se ha dicho todo lo que necesitaba decir.

Por otra parte, sabemos que el doctor Abrams, en sus investigaciones científicas comprobó que las drogas tienen un valor terapéutico basado en su cualidad radioactiva y no en razón de su propiedad química, y estableció como una ley invariable que esta radioactividad aumenta preparando los remedios al modo de los homeopáticos.

Desde que el doctor Abrams anunció que la ley del *similis* es una realidad y que la doctrina de Hahnemann no es un sueño sino una gran verdad, perdió las simpatías de todos sus colegas alópatas. Esa es una de las causas porque se persigue tanto a este insigne médico.

Siguiendo el curso de sus investigaciones encontraremos otras causas, por las cuales se manifiesta contra él una indigna hostilidad, porque si su sistema es fantástico se habría desplomado solo.

Uno de los principales motivos de oposición contra el doctor Abrams se halla en que posee un talento y una agudeza privilegiados, con los que cavó un profundo foso para sepultar el sistema vigente de la medicina alópata. Llegó el tiempo para asistir a los funerales de esta vieja doctrina, que aconseja el uso de las drogas de una manera completamente empírica. Un médico alópata se encargó de definir este sistema, que dura desde hace tres mil años e hizo exclamar a Boerhave (alópata): "El género humano hubiese sido mucho más feliz al haber carecido de médicos", y Keisler (alópata): "Las mixturas y las drogas causan más daños y epidemias que las guerras".

Lo mismo decía Barthez (alópata): "*Somos ciegos que agitamos un palo sobre la enfermedad y el enfermo. Feliz el paciente que escapa a los golpes.*"

Por su parte Borden confesaba: "Hace treinta años que no hago más que tratar de adivinar y estoy cansado de este papel de adivino".

Y no se diga que estas cosas podían salir a la luz pública en los tiempos pasados, porque no hace muchos años un médico alópata extranjero decía en esta misma ciudad: "No creo en la medicina, sino que sólo creo en la morfina". Y si Desphardart declaraba que la *medicina* oficial "estaba aún por hacerse", nosotros creemos que ya llegó la hora en que no se deberá adivinar más ni se darán ya palos de ciegos.

El doctor Abrams, con su descubrimiento ofreció un brazo a la homeopatía, que fué despreciada y burlada por aquellos que no la comprendieron, para alzarla al puesto que merece ocupar en el mundo científico.

En otros tiempos se necesitaba una gran dosis de energías y de buena voluntad para ser médico homeópata; se hallaba expuesto al desprecio de los colegas, teniendo en contra todo el mundo oficial soportando las burlas de aquellos que no piensan con su propia cabeza, sino con la ajena. Ahora cambiaron las cosas. Con ... el triunfo del *similia similibus* ... completo, y nosotros, izando una bandera nos uniremos para trabajar en beneficio de la humanidad.

La palabra *alopatía* no se deberá emplear, pues que *alo* significa contrario, y *patía* "dolencia", "enfermedad", entendiendo la *cura con ley de los contrarios*, es simplemente absurdo.

El descubrimiento de Abrams, que es el más grande realizado en este siglo, afirma que no existe otra ley que gobierne las curas, sino la de los *simples*. Lo que he de explicar con extensión más adelante. Entremos en la nueva huella, con la seguridad que establecemos la verdadera hermandad médica.

Si no aceptamos de buen grado la nueva verdad en medicina, se impondrá por sí misma, puesto que la oposición no hace más que acrecentar el brillo de la verdad, y nosotros nos encontraremos en retardo en la vía del progreso.

El concepto de los electrones es universalmente aceptado por los hombres de ciencia como la única base para la explicación de todos los fenómenos de la naturaleza. Es una tempestad, una verdadera revolución está amenazando subvertir todos los valores en el dominio de la medicina oficial.

Nuestros libros de textos deben ser revisados y rehechos. La "Medicina Científica" *tradicional se halla en ruina.*

Parece que el doctor Abrams, con su método original y revolucionario, abrió una nueva puerta al mundo, por donde pasarán todos los médicos partidarios del progreso y se llegará a todos los descubrimientos que se llevaran a cabo en el campo terapéutico, descubrimientos que conducirán a un cambio radical y completo en la curación de los enfermos. En el umbral de esta puerta se halla ya el espectro cromoterapia de Dimbas P. Ghiadiali, metafísico y psicólogo, quien cura las enfermedades con las radiaciones de los colores. Dice Ghiadiali: "Mi campo de operación es el cosmo. Mi fe es la verdad en el absoluto".

Acerca de las drogas dice: "Durante millares de años se estuvo empleando drogas y productos químicos para aliviar las dolencias humanas. Su valor casi nulo puede deducirse de la aparición diaria de un cúmulo de medicamentos nuevos. El número de ellos llegaron a una cifra espantosa y los médicos positivistas están forzados a admitir que la terapéutica actual es absolutamente empírica".

Demos una idea de la medicina electrónica como fué concebida por el doctor Abrams y expuesta luego por sus discípulos, entre ellos los doctores Hall, King y Arneson.

Para mayor comprensión de la medicina electrónica deberíase ante todo emprender el estudio de los electrones, del telégrafo sin hilos, de la radiotelegrafía, del espectroscopio, que es un instrumento de óptica que sirve para estudiar el espectro luminoso; de la teoría de la luz y de la electricidad, y de la teoría y de la acción de esos pequeños y maravillosos instrumentos conocidos por el nombre de "Vacuum tubes" y que se emplean para la rectificación de las corrientes eléctricas y la ampliacion de las radio-ondas. Después de haber llegado a comprender la ley que regula estos hechos y estos fenómenos, será más fácil adiestrarse en la medicina electrónica, que sobre ellos se basa exclusivamente.

Entonces puede ser se apodere de nosotros un sentimiento de aversión hacia esos *médicos: seudocientificistas*, que en los Estados Unidos se opusieron hasta ahora al desarrollo de la electroterapia. A ésta se le demuestra una acerba oposición por parte de la *Asociación Médica Norteamericana*, cuyos miembros son todos alópatas.

Contra ella se oponen los cirujanos, los fabricantes de medicinas; en suma, todos aquellos que se ven atacados en sus intereses.

El concepto electrónico de la materia y de la energía sostiene que toda substancia se halla compuesta de una sola y misma cosa, que se llaman *electrones*. En otras palabras, se toma una partícula de hierro y una gota de sangre, y se comienza a dividirlas y subdividirlas hasta la mínima división, y se obtendrá en ambos casos simples y puros electrones.

Lo mismo sucede con todas las substancias. Estos electrones son considerados como una carga de electricidad negativa, siendo la carga positiva la constituída por el núcleo central del átomo. Los electrones poseen la propiedad de encontrarse en constante y automática vibración. Según Arnesón, la velocidad de las vibraciones difiere en toda substancia que sea de diferente calidad, de modo que la naturaleza de la substancia determina la menor o mayor velocidad de las vibraciones, exactamente como si dijésemos que la cuerda *do* de un piano es la cuerda *do* porque vibra a una cierta velocidad, mientras es otra la cuerda *re*, porque vibra a una distinta velocidad. Como los electrones, que vibran con una determinada frecuencia, constituyen el hierro y la sangre con sus específicas vibraciones, así nosotros encontramos que las diferentes enfermedades cambian de velocidades vibratorías en la sangre normal.

Algunos de estos electrones, en su vibración son lanzados en el espacio y producen el fenómeno que se llama *radioactividad*, de ahí su nombre Radium, dado a la primera substancia, que fué descubierta por los esposos Curie, porque emanaba de los electrones visibles puestos en condiciones favorables.

Cualquiera que haya observado un pedacito de radio en la obscuridad y a través de una lupa, recordará de haber visto desprenderse continuamente chispas que no son otra cosa que el resultado del choque de los electrones en el esfuerzo de liberarse.

Dado que todas las substancias están compuestas de electrones es comprensible que todas las substancias deberán ser más o menos radioactivas. Dado también que cada substancia está compuesta de electrones que vibran de una manera particular, si se pudieran tener instrumentos que nos revelasen la naturaleza de estos electrones y los midiesen, dándonos la coeficiencia de sus vibraciones, nos sería fácil saber la calidad de la substancia, sin la necesidad de examinar la totalidad de la substancia.

La luz tampoco es otra cosa que electrones lanzados de una cierta substancia a una velocidad tal que produce una sensación determinada sobre la retina, el nervio óptico y la célula cerebral que provoca esa sensación que nosotros llamamos *luz*.

La velocidad de vibraciones de la luz varía, desde la más lenta, que produce el *rojo*, hasta la más veloz, que produce el *violeta*.

Según Malgat, la corriente de los rayos luminosos es en vibraciones por segundo, en millones: violeta, 709; azul, 631; verde, 595; amarillo, 544; naranja, 511; rojo, 484; infrarrojo, menos de 484; ultravioleta, 709.

Todos estos rayos emanados de la luz solar constituyen las fuerzas que obran en la materia de modo diverso.

Cuando el número de las vibraciones aumenta el ojo no percibe la luz, mientras que la placa fotográfica es sensible a ella.

El largo primero de onda se la llama ultravioleta y el que la sigue es el de los rayos X.

Mediante el espectroscopio la luz blanca es descompuesta en los colores que la componen, y cada cual es producido por una determinada velocidad de la vibración de los electrones. El resultado es una faja de colores que va desde el rojo al violeta.

Cuando la luz pasa a través de una substancia que posee la misma velocidad vibratoria que la del espectro, el resultado que se deriva es que estas vibraciones de colores se interponen y ningún color que posea esa misma particularidad vibratoria podrá atravesarlo: de ello resulta una faja obscura en una parte dada del espectro. Estas líneas o fajas se conocen bajo el nombre de *fajas de absorción o líneas de Frauenhofer*.

Así, por ejemplo, sabemos, por los experimentos realizados, que el sodio tiene una velocidad vibratoria que corresponde a la parte amarilla del espectro. Ahora bien, cuando la luz pasa a través de una llama, en la que se quema sodio, advertiremos su presencia precisamente por una faja obscura que corresponde al amarillo. Es esta una de las pruebas más satisfactorias. Ninguna substancia conocida produce exactamente la misma línea.

Este es el medio que emplean los astrónomos para determinar, con absoluta precisión, la calidad de elementos que componen la luna, el sol y los planetas. Ellos no necesitan distinguir un astro del otro. Les es suficiente determinar las diferentes velocidades de los electrones lanzados por esos cuerpos celestes.

Deberíase repasar todo lo que se ha escrito precedentemente para la mejor comprensión de lo que va a seguir.

LA ELECTRONOTERAPIA—

Sigamos lo que nos dice el doctor Arneson: "La escala del espectroscopio se la divide en secciones, que son designadas por las letras del alfabeto, comenzando desde la *A* en la parte roja y terminando con la *H* de la parte violeta. La faja del *sodio* se encuentra con el amarillo en *D*, la del potasio en *A* y otra entre *G* y *H*.

Es un hecho conocido de todos los hombres de ciencia que las soluciones de la sangre pueden ser examinadas del mismo modo por el espectroscopio. Un tubo como muestra, que contenga una solución diluída de sangre, se le coloca de manera que la luz pase a través de él antes de llegar al prisma de la desviación del espectroscopio. Examinando, encontramos que los distintos componentes de sangre dan diferentes fajas obscuras.

La osiomoglobina produce dos en *D* y en *E*. La *ematina* una faja obscura entre *B* y *C*. La metaemoglobina de una faja larga entre la *B* y la *C*.

¿Cuál significado tiene esto? Significa que nosotros estamos aprendiendo cómo las diferentes condiciones de la sangre producen distintas fajas de absorción. Estas fajas son producidas según las diversas velocidades vibratorias de los electrones que comprenden las varias substancias contenidas en la sangre y mencionadas más arriba. ¡Nos hallamos diagnosticando las condiciones de la sangre, mediante sus vibraciones electrónicas!... ¿No es un acuerdo perfecto con los hechos establecidos?

Se debe convenir que el chancro posee su particularidad vibratoria de electrones.

El uso del espectroscopio podría ser limitado a las condiciones que tienen las velocidades vibratorias que corresponden a las visibles, a simple vista, o que pudiese impresionar el *aparato* fotográfico.

Es también posible construir un ultraespectroscopio, con el que hallarían muchas otras condiciones patológicas del cuerpo, que producen fajas obscuras en ciertos puntos del espectro visible o del espacio que comprenden los rayos ultravioletas y los rayos X.

Supongamos que al espectroscopio se puede fijar una sola escala numerada y que la luz pase a través de una solución de sangre del enfermo, que exhibiría una faja obscura en una zona diferente por cada enfermedad.

Así por cada enfermedad se tendría un número correspondiente a la graduación de la escala. Empleando la graduación formulada por Abrams encontraremos que una faja obscura del 2 indicaría, por ejemplo, infección estalaficóquica, el 4 señalaría malaria, el 5 gonorrea, el 6 colibacilosis, el 42 tuberculosis, el 50 chancro, el 55 sífilis adquirida, el 57 sífilis congénita, el 58 sarcoma, y etc. ¡Qué descubrimiento más maravilloso!

Pensad por un instante lo que significaría esto en la práctica de la medicina. Se podría hacer diagnósticos independientes de la ayuda de los grandes laboratorios y de las grandes clínicas. Los diagnósticos resultarían el cien por cien correctos, sin ninguna probabilidad de error.

Los astrónomos nunca se equivocan cuando nos indican los componentes de una estrella que se halla distante a varios millones de millas.



Tampoco el médico se equivocaría.

Compárese este método de absoluta certidumbre con el que todavía emplean los médicos que no es más que un juego de adivinos. Es un juego de azar que sobre cien diagnósticos nos puede dar quizás cincuenta correctos o casi correctos.

Es siempre el mismo juego de la adivinanza.

Si ahora un hombre de ciencia nos dijera que perfeccionó semejante espectroscopio, estemos seguros que al día siguiente se produciría una demanda enorme de estos espectroscopios. Y bien, arriesguémonos a decir que el doctor Abrams nos da un medio para determinar las vibraciones de los electrones, que es de un resultado más eficaz que el espectroscopio. Este indica las velocidades de los electrones, lo mismo como lo hace el aparato de diagnósticos del doctor Abrams.

El espectroscopio no se podría emplear para medir la intensidad o la etapa de la enfermedad o la dolencia del órgano lesionado; en cambio, la técnica del doctor Abrams puede darnos esas precisas indicaciones.

Un grano o una tonelada de sodio, una gota o un litro de sangre producirían las mismas rajas obscuras en el mismo lugar, y la misma intensidad y virulencia de la enfermedad, sin indicarnos el punto de localización en el cuerpo del enfermo.

El doctor Abrams construyó su aparato casi sobre el mismo principio de la estación receptora del telégrafo sin hilo.

Cuando la estación del radio está bien cargada y el mensaje ha sido recibido, el aparato indica la longitud de la onda que está recibiendo, y por ella se conoce la estación que envió el mensaje.

La longitud de la onda y la velocidad de electrones son términos equivalentes, es decir: completamente análogos.

La misma cosa se puede realizar con los instrumentos cuando se hallan en su punto máximo de funcionamiento. Mientras recibimos los impulsos de los electrones en la sangre del enfermo, el aparato nos indica la longitud de la onda y la velocidad vibratoria que estamos obteniendo, lo que nos da a conocer cuál es la enfermedad que sufre el paciente en examen, porque cada enfermedad posee una velocidad particular de vibraciones, medida vibratoria o, como dice el doctor Abrams, zonas vibratorias.

Actualmente, el aparato reciente más perfeccionado de radio indica la situación, la distancia, la dirección que lleva un barco, en relación a las estaciones escalonadas en la costa.

De la misma manera nosotros, con los aparatos de Abrams, nos hallamos aptos para determinar la fuerza y la virulencia de la enfermedad y su localización.

El buque no necesita ver las estaciones costeras para saber cuáles son, a qué distancia y en qué dirección se encuentran. Los electrones vibrantes, que producen las radio-ondas, le ofrecen precisas indicaciones.

Nosotros, igualmente, no necesitamos ver el órgano afectado para saber dónde se encuentra y en qué grado se halla enfermo. Los electrones, que vibran, nos informarán de todo.

Así como un gramo de sodio posee la misma medida vibratoria que una tonelada de la misma materia, lo mismo acontece con una enfermedad incipiente, la que tendrá la misma medida vibratoria que la de una enfermedad completamente desarrollada. Carecíamos de un instrumento que superase el espectroscopio y éste es el aparato de diagnóstico del doctor Abrams.

Una enfermedad incipiente la puede diagnosticar sin necesidad de recurrir al laboratorio.

Hagamos algunas breves consideraciones acerca de los conceptos electrónicos aplicados al campo de la terapéutica.

Poseemos la prueba absoluta que una vibración electrónica en la sangre, que es idéntica y similar a ciertas vibraciones despedidas por el espectro, produce el fenómeno de la interferencia cuando tiene contra sí una vibración idéntica — como acontece con el caso de un color — que tiene como inmediata consecuencia la obscuridad, o una actividad cero, allí donde las dos vibraciones se encuentran.

De esto se deduce que si podemos suministrar al cuerpo algún agente que posea la misma velocidad vibratoria que la de la enfermedad del paciente, este agente producirá la *interferencia* con la vibración de la enfermedad y ésta no existiría más.

Esto significa colocar la prueba exacta y matemática en la correlación del principio llamado *similia similibus curantur*, o sea: lo semejante cura lo semejante.

Estas no son simples conjeturas, sino hechos que diariamente se vienen demostrando en la teoría y en la práctica.

Encontramos que un tejido tuberculoso tiene una cierta capacidad de velocidad vibratoria y observamos que una preparación homeopática de tuberculina tiene la exacta vibración y produce el mismo resultado con la técnica de Abrams. Pero cuando ambos son colocados en el aparato las vibraciones se anulan totalmente.

Las mismas pruebas se pueden verificar con otras drogas. Es la base para la medicina exacta, la medicina verdaderamente científica.

Llegará día que se perfeccionarán los aparatos para medir numéricamente la velocidad vibratoria de toda enfermedad y, además, de todas las drogas. El doctor Abrams se ocupa ya de esto. Entonces será una cosa muy simple la de determinar la velocidad vibratoria de la sangre del enfermo y escoger el remedio que tenga la misma velocidad de vibraciones. Los remedios se ordenarán numéricamente en vez de alfabéticamente. Podremos así medir las vibraciones electrónicas de las medicinas. En esto el doctor Abrams nos dió la prueba matemática de la corrección del segundo principio homeopático, que con nuestro procedimiento de *dinamización* (potencialidad), una droga resulta con energía terapéutica aumentada en su acción curativa. Una *tintura* da siempre la indicación más baja de energía, y toda potencialidad sucesiva presenta una energía mayor. En algunos remedios se ha observado que, por ejemplo, la tercera parte de sus decimales resulta un mil por ciento más potente que su correspondiente *tintura*.

¿Qué dirán ahora los médicos materialistas, los denigradores de la verdadera ciencia?

Deben aprender: *que la energía electrónica es producida por los electrones libres; el número de los electrones determina la intensidad de la energía.*

De esto se deduce que el aumento de potencialidad de los remedios homeopáticos se deben al proceso de *dinamización* establecido por el inmortal Hahnemann y que se obtiene con la agitación de las moléculas, de manera que sean agitadas en sus agrupaciones y puestas en cierta libertad. Solamente los electrones vivos producen efecto, y así sabemos que la eficacia de cualquier droga depende enteramente del número de electrones libres que se pueden utilizar. Los vendedores y los fabricantes de drogas son enemigos del método de Abrams. Dividiendo y subdividiendo los cuerpos y agitándolos, por la manera empleada por nosotros, obtenemos la libertad de electrones que nos proporcionan curas verdaderamente asombrosas, porque sus vibraciones llegan a influenciar las vibraciones de la enfermedad. La elección del remedio se hace, según la totalidad de los síntomas. ¡Qué admirable procedimiento!

El mercurio pasa a través de nuestros intestinos, sin abandonar una sola molécula. El plomo entra y sale del tubo, sin que se observe en el torrente circulatorio una sola partícula de esa materia; y no obstante, si se someten a la *dinamización*, a la primera reducción decimal, cuando ya existen electrones libres, producen intoxicación y muerte, causando lesiones materiales, temblores y parálisis.

El doctor Abrams supo explicar qué es lo que quiso decir el doctor Hahnemann con la palabra *dinamización*. Es decir: él observó que todos los remedios triturados y sintetizados eran más enérgicos, y así lo aprendieron los homeopáticos, y así obraron en la práctica; pero la razón científica ha sido descubierta solamente ahora.

Gloria a Hahnemann, que fué el precursor al descubrir los efectos dinámicos de las drogas, y gloria a Abrams, que en el presente siglo reveló la razón fundamental de este descubrimiento.

Tenemos ya la terapéutica de la vibración.

La medicina marchará por una ruta bastante diferente de la que siguió hasta ahora. Abrams es el padre de la medicina moderna.

El descubrimiento ha sido hecho. Su desarrollo y su perfeccionamiento aportarán nuevas ideas e innovaciones; pero el camino está abierto

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

I

Una casa editorial de Viena acaba de publicar una segunda edición del libro del compañero Pierre Ramus sobre las herejías del marxismo (*Die Irrlehre des Marxismus*, 206 págs. 8.º). El autor ha revisado y aumentado el texto, de tal modo, que en parte podría tratarse de una nueva obra; pero en el fondo, en la argumentación queda idéntica

Un amigo nuestro había comenzado hace más de cinco años a resumir para los anarquistas de la Argentina el contenido de esta obra; era Kurt Wilckens. Las circunstancias de su gesto de vengador del pueblo le hicieron interrumpir el trabajo. Aprovechamos, pues, la oportunidad para continuarlo, con más éxito, esperémoslo, que el malogrado ajusticiador del verdugo de la Patagonia.

El marxismo ha sido apreciado por nosotros como la doctrina de esencia más reaccionaria en esta época; se habrá creído, seguramente, que hacíamos demagogía o que queríamos exaltar nuestras ideas libertarias con el desprestigio y el rebajamiento de las ajenas. No era así. Somos lo suficiente tolerantes para examinar lo que puede haber de progresivo y de revolucionario en todas las tendencias, aunque sean adversas y hostiles a nosotros. No es el odio el que ha guiado nuestro menosprecio del marxismo y su denuncia ante el proletariado como la corriente más reaccionaria; fué un exacto reconocimiento de la ideología y la táctica del marxismo.

Pierre Ramus sostiene en este libro la misma tesis, recogiendo la argumentación anarquista contra el socialismo llamado "científico"; pero lo que antes era crítica teórica, ahora, después de las experiencias de la guerra y las revoluciones que le sucedieron, es constatación objetiva de la veracidad de nuestras afirmaciones. El libro de Ramus, pues, es objetivo; cada uno de sus párrafos podría basamentarse en un cúmulo infinito de hechos y comprobaciones.

Comienza nuestro camarada explicando la actitud de la social-democracia durante la guerra y atribuyendo su traición al proletariado y a la revolución, no a que se encontraron al frente de ella hombres corrompidos, sino al sistema entero de ideas y de organizaciones de ese poderoso partido. La traición de la social-democracia, su defensa apasionada del Estado, de las fronteras nacionales, de la economía capitalista no se explica por la simple intervención de politicantes sin escrúpulos en los puestos dirigentes de ese movimiento; tiene sus causas profundas en la conformación espiritual que crea el marxismo en sus adeptos. Lo mismo que la teología convierte a los poseídos por ella en esclavos de sus teorías absurdas y encuentra en la iglesia su organización representativa, así el marxismo ha creado una organización jerárquica parecida a la iglesia: el partido de la socialdemocracia. La insuficiencia personal de los jefes socialdemócratas en todas sus especies y subespecies no aclara la bancarrota de esa supuesta corriente socialista; hay que ir al fondo de la cuestión y encontramos una teoría falsa, la que se encarna en la dictadura como método de gobierno, y una táctica igualmente errónea, la que surge de la estructura jerárquica de su organización, de su método político-parlamentario, que mantiene el movimiento obrero en el cuadro espiritual del orden capitalista y estatal.

Un conocido teórico marxista, el socialdemócrata austriaco doctor Karl Renner, en su libro sobre "La economía como proceso total y la socialización" (1924), un libro que quiere ser una exposición popular del marxismo, demuestra bien claramente que el marxismo en su vida práctica lo mismo que en su objetivo final no tiene nada que ver con el socialismo, que no es más que la continuación del sistema actual bajo la dirección del marxismo. Pierre Ramus transcribe algunas de las afirmaciones del doctor Renner, haciendo ver que, según la concepción de éste, la socialdemocracia no aspira a un nuevo orden de cosas, sino a la fortificación del régimen de explotación y de opresión en que vivimos. Por eso hay razón para gritar:

"Es un engaño calificar el marxismo como doctrina que quiere la abolición del capitalismo y sus instituciones; es un error afirmar en el marxismo un elemento de realización del socialismo" (página XIX).

A lo sumo, es un insoportable capitalismo de Estado lo que se quiere instaurar, nunca un régimen de economía libre, socialista.

Refiriéndose a la conquista del poder político en Rusia por los bolchevistas, dice Ramus, como hemos dicho nosotros mil veces:

"Lo que es el fascismo para Italia es el bolchevismo para Rusia. Ambos forman las ramas del mismo tronco del que han nacido y con el cual sucumbirán: ambos proceden de la social-democracia, ese primer retoño del marxismo", considerando que fascismo y bolchevismo son etapas de autodescomposición marxista.

Para la emancipación del proletariado es necesario denunciar el marxismo como lo que es en efecto: una teología de Estado de la peor especie; sólo entonces comenzará a tambalearse el capitalismo y su accesorio esencial: la socialdemocracia.

Hacía falta una obra que analizara y refutara la teología del marxismo, de un modo comprensible para la gran masa de los militantes del movimiento obrero. Creemos que el esfuerzo de Ramus ha sido fecundo en este sentido. El carácter antisocialista del marxismo tenía que ser descubierto y expuesto a la luz del día, no desde el campo de los adversarios del socialismo, sino desde el propio campo socialista, en que los anarquistas, los cultores y propulsores de la libertad, quedan enteramente solos.

El libro comienza realmente con una exposición del fundamento filosófico de corrupción del marxismo, que procede de la mentalidad creada por la filosofía de Hegel, según la cual todo lo real es racional, todo lo racional es real. De acuerdo a esa concepción "los poderes violentos dados en un período histórico son históricamente condicionados y necesarios, porque poseen en el pasado y en el presente el poder y la fuerza de su conservación. La existencia de una organización de la vida social afirmada por los medios exteriores de la fuerza es equiparada por esa filosofía a una necesidad que existe por un determinismo vital interno, lo que naturalmente tiene que llevar a las conclusiones más absurdas, a los más grandes sofismas y a la justificación de todo poder triunfante" (página 3). Esa mentalidad hegeliana ha pasado al marxismo, aplicada especialmente a la consideración de los hechos y fenómenos sociales.

Tiene mucha razón Ramus cuando dice que "toda interpretación histórica de la historia no puede ofrecer más que una explicación teológica. Pues ¿qué es la interpretación histórica? Que las condiciones dadas arraigan en una necesidad histórica y están justificadas como tal. Pero inmediatamente se plantea esta pregunta correlativa: ¿y quién determinó originariamente esa necesidad histórica, que manifestó tales o cuales resultados? Otra respuesta que una explotación teológica no es posible desde el punto de vista del método histórico" (pág. 4).

Todas las teorías y pensamientos filosóficos del marxismo descansan en el terreno reaccionario del conservatismo más absoluto y del malabarismo escolástico, en el hegelianismo. Lo que Hegel fué para la filosofía, lo fué su discípulo Marx para el socialismo y la economía. Como se sabe Hegel fué bastante ambiguo como para que sus fórmulas fuesen interpretadas a gusto del consumidor, naciendo de ellas una corriente archiconservadora y otra de pretensiones revolucionarias. Hegel mismo fué un portavoz del despotismo, del absolutismo, una especie

[el] creador espiritual de Bismarck y del [...]nismo. Aunque Marx haya podido [a]parecer al principio como un revolucio[nario] dentro de la filosofía hegeliana, [...]do el tiempo se reveló su verdade[ro] carácter que, por lo demás, nuestros [com]pañeros de la vieja Internacional re[co]nocieron claramente; ni Marx ni En[gels] fueron nunca antimilitaristas o anti[gue]rreros; la posición de sus discípulos [en] la guerra mundial no se ha desviado [del] marxismo legítimo. "Lo que fué He[gel] para el Estado en el dominio de la [fil]osofía lo fué Marx para el Estado tam[bién] en el dominio del socialismo" (pá[gin]a 16). Hegel puso la filosofía al ser[vicio] del Estado. Marx puso el socialismo, [l]os sucesores de uno y de otro siguieron [fiel]mente las huellas de sus maestros.

El método dialéctico empleado por [Marx] para dar apariencias de lógica a [su]s sofismas, procede también de Hegel. [E]n general es tan palpable el parentes[co] del hegelianismo y del marxismo, que [Ra]mus cree de su deber explayarse en [la] exposición de las características teó[ric]as del primero, donde Hegel aparece [con] una luz que llamará la atención, [segu]ramente, de los filósofos. La idea de [li]bertad, que para el marxismo es un [pre]juicio pequeño-burgués o algo peor, [no] existe en Hegel tampoco más que co[mo] Estado; el Estado es la razón, la li[ber]tad, la moral, el derecho, todo. Y eso [el] Estado monárquico, en su forma más [abso]luta, porque Hegel era un terrible [adv]ersario de la democracia como lo fue[ron] Marx y Engels.

[Co]ntinuaremos resumiendo la argu[men]tación de Pierre Ramus contra el [marx]ismo en una serie de notas para los [núm]eros sucesivos de este semanario. Eso [e]vita a los conocedores del alemán [l]a atenta lectura de este libro, que con[tiene] muchos buenos pensamientos y está [anim]ado por el propósito de contribuir a [eman]cipar el movimiento obrero de la [...] que se encubre, que se encubrió, [mejor] dicho, porque ya es cosa bien c[la]r[a] la teoría y la táctica del marxismo.

——(*—*)——

[...]CARO CRESPO

[C]ontestación a la encuesta

1.º—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria".

[Ay]er, hoy y mañana, mientras tanto [la An]arquía no llegue a ser una realidad, [los] problemas han de ser los mismos. El [...] anarquista no tiene más problema [que r]esolver que el de la libertad; todos [los de]más problemas son secundarios. La [Anar]quía tiene bien claro su horizonte [...] que nos equivoquemos en caminos [que] parecen nuevos.

[E]n "Acción Social" de San Feliú de [...] hemos dicho algo que encaja so[bre el] esfuerzo anarquista internacional. [Nos]otros no vemos más peligro que el [...]imiento de la personalidad anar[quista], y no encontramos más salvación [que l]a exaltación de esa personalidad. La [...] libertaria tanto nacional como in[terna]cional está en la compreansión sana [de l]a doctrina anárquica. Nada de teo[rías, n]ada de palabrería. Hay que ser an[arquistas] de ejemplos. Mientras esto no [sea, t]odo esfuerzo será inútil.

2.º—La Anarquía, desde el punto de vista como principio de orga[ni]zación de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

[No] puede negársele a la Anarquía su [carácte]r revolucionario. Allí en la socie[dad, c]omo en el grupo, al aceptársele co[mo medi]o de lucha y propaganda, su ca[rácter] no puede dejar de ser revo[lucionario]. Allí donde se pregona la An[arquía] se pregona la Revolución.

3.º—Al ser una idea de los hu[mil]des ¿es o no proletaria la An[arquía]?

[...] el mayor concurso se lo presta [en nues]tros días el proletariado, el ideal anarquista no puede circunscribirse a ser un ideal de clase. Es un ideal humano, y en nuestro concepto tanto aportan a él (a su implantación) los trabajadores de la inteligencia como los del brazo. Tengamos en cuenta que entre el proletariado es sólo una pequeña minoría la que lo mira como ideal para su emancipación.

4.º—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Creemos que al niño hemos de educarlo sin programa. A nuestro juicio, la educación debe ser libre. No estamos conformes con los maestros racionalistas que suprimen todo texto religioso. El niño debe aprender de todo, saber de todo. Sólo que hay que aprovechar la circunstancia en la que la inteligencia del pequeño se encuentre en condiciones de comprensión. Es así como a nuestro juicio puede emanciparse más pronto un ser de los miles de prejuicios existentes.

5.º—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el Arte en América y en Europa para saturar más el ambiente de anarquismo?

El arte, como la literatura de Zola, ha de ser realista. Fantasear no es arte. El arte ha de basarse en la naturaleza íntegra de las cosas. Un arte que no es revolucionario no es arte. Toda obra que lleve un sello de aspiración hacia el mañana, un gesto de protesta es una obra de arte, porque refleja en un débil trazo todo un estado social...

6.º—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

El individualismo al movimiento obrero no le ofrece garantía ninguna, por ser la antítesis de este movimiento. Pero es tan escaso el número de individualistas que, por lo menos en España, hay, que no podemos apreciar esta cuestión bien. Hoy hay un individualismo algo más abierto a las realidades que hace treinta años. Se admite ser individualista hasta donde se puede ser. Pero por lo que respecta al movimiento obrero el concepto general (no es mi opinión) es de que el individualista se constituye en un enemigo más de su desenvolvimiento, por medio de sus críticas, de sus ataques y su actitud general.

7.º—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

¿Qué es la tradición? He aquí lo que primero nos preguntamos. Hay cosas que llamamos tradicionales, pero que son tan consubstanciales a la vida que no podemos englobarlas en el concepto que nosotros situamos la tradición. Todo es tradicional, porque todo viene de ayer a hoy, de hoy a mañana. Su valor sólo puede medirse sabiendo si es buena o es mala. Si es mala (religión, autoridad) debe combatírsela; si es buena (costumbres de vivir, fiestas, etc.) debe defendérsela.

8.º—Para deshacer y soterrar más hondo viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los compañeros historiar el origen, bases y significado de la Biblia?

Aunque hiciéramos una antología, no sólo de la religión católica, sino de las veinte mil religiones que hay, no adelantaríamos nada. Creemos de poco interés este punto y por ello no lo ahondamos con nuestros escasos conocimientos. ¿Qué podría influir sobre el fanatismo y la rutina unas cuantas notas mías que no haga y hace el hermoso libro de Ibarreta, "La Religión al alcance de todos"?

ESPAÑA 1926.



E. G. GILIMON

LA ASOCIACION POR LA ASOCIACION

Sin adversarios capaces de tentar la controversia, el anarquismo arrastra una monótona vida, la aburridora vida del triunfador, que no tiene ante sí enemigos apreciables.

La propaganda se enmohece, como una vieja espada arrumbada por el ocio.

Nótese el desgano, el desaliento que origina la monocorde tarea de repetir a diario, como si fueran oraciones y salmos, los mismos argumentos, los mismos lugares comunes sobre el gobierno, la ley, la propiedad, la moral, etc.

Los anarquistas, combativos por excelencia, inquietos, turbulentos, hechos — dijérase exprofesamente — para luchar, no pueden permanecer inactivos, y a falta de adversarios con quienes contender, emplean sus energías vitales en luchar entre sí, en destrozarse mutuamente, en negarse unos a otros la condición de anarquistas.

Fuertes en dialéctica, pero débiles aun para la acción, decaen en la prédica por falta de contradictores. Y si no fuera por las represiones violentas de los gobiernos, que estimulan, que hacen surgir anhelos de represalia y venganza, que fomentan el odio, el anarquismo deslizaría su existencia sin aparente vigor, notándose apenas de él la carcoma de las divisiones intestinas, de carácter casi exclusivamente personal.

A falta de adversarios, gesta en su seno nuevas formas de doctrina, interpretaciones caprichosas del principal fundamento de su teoría.

Imitando a los reclamadores de la fórmula "El arte por el arte", fórmula que, aunque vacía, es admisible tratándose de arte, está gestando la fórmula "la asociación por la asociación", que eso y no otra cosa surge del concepto corriente de que la *organización lleva en sí su propia finalidad.*

Se concibe la asociación u organización con algún objeto, con algún propósito o fin determinado; pero no es admisible la asociación por la asociación, ni puede concebirse cómo la asociación puede llevar en sí misma su propia finalidad.

Esto se prueba fácilmente recordando la infinita variedad de asociaciones que hay, cada una con objetivo diferente, lo que no podría suceder si la asociación fuese por sí sola una finalidad.

Ni aun en el supuesto de que la asociación tenga como base los iguales intereses de los asociados en igual forma fundadas y cada una de las cuales tiene distinta finalidad.

Mencionaremos algunas a guisa de ejemplo, para aclarar más nuestra afirmación.

Las sociedades cooperativas, cuyo objeto es evitar las ganancias de los intermediarios, quedando éstas a favor de los asociados.

Las de socorro mutuo, que tienden a auxiliar a los socios en caso de enfermedad.

Las sociedades de *resistencia*, cuyo propósito emerge de su mismo nombre. Es decir: resistir a los avances del capitalismo impidiendo la disminución de los salarios y el aumento de los jornales. Y basta con las enunciadas.

Ahora bien; si el tipo de esas asociaciones es el de la de resistencia — como se desprende del hecho mismo de ser los que en ellas actúan quienes patrocinan la asociación— vendríamos a tener como finalidad la resistencia al capital, o más bien dicho la conquista de mejoras que es hoy por hoy el objetivo de esas sociedades aunque no sea propiamente esto lo que implica su nombre.

Entonces ya no sería tal, la asociación por la asociación, ni llevaría en sí misma su propia finalidad, sino que tendría por objeto o finalidad el mejoramiento económico de la situación de los asociados.

Y ese mejoramiento no sería ciertamente una finalidad, por cuanto que todo mejoramiento es indefinido.

El mejoramiento, además, depende sobre todo en las organizaciones gremiales de muchas causas externas a ellas, y resulta imposible en ocasiones tales, como cuando se producen crisis industriales, cuando se introducen reformas en el sistema de la producción, etc.

El mejorismo no resuelve nada. El problema social que el industrialismo ha planteado y que la elevación mental de los hombres ha hecho necesario resolver, pues no se armoniza el espíritu de la libertad, de independencia, de igualdad, la conciencia de que el productor sostiene a toda la humanidad sin que él reciba de ella una retribución equivalente a lo que crea por sí solo, con la posición baja del proletariado, con los vejámenes que sufre y las miserias que pasa; el problema social, repetimos, queda en pie a pesar del mejorismo.

Forzoso es entonces proclamar como necesaria la emancipación, y puesto que de ésta nos hablan también los que aseveran que la organización encierra en sí misma su propia finalidad, habrá que entender con un poco de buena voluntad que la finalidad de la organización gremial es la emancipación de los trabajadores agremiados.

Nosotros entendemos que sería necesario decirlo así, prescindir de la vaciedad que encierra el aforismo ese de que la organización tiene en sí misma su propia finalidad y manifestar que al asociar a los obreros se persigue que estos se emancipen.

Estamos convencidos que éste y no otro es el pensamiento de los que han introducido más a base de palabrerío que no con argumentación seria, esa divergencia denominada "sindicalismo" en el campo anárquico, divergencia cuya causa originaria queda explicada al principio de este artículo.

Por lo tanto, y si como creemos, el fin de la organización es la emancipación de los trabajadores, la variedad sindicalista huelga, está de más, pues que el anarquismo es igualmente la emancipación de los asalariados, emancipación que no puede ser alcanzada sino mediante la supresión de todo gobierno, ya que aun concediendo que el gobierno sea un producto del sistema capitalista, en él reside la fuerza, él es el sostén del capitalismo y sin derrocarlo no cabe concluir con el capitalismo.

La emancipación de los trabajadores no será cierta en tanto no vivan en un régimen anárquico, y en consecuencia la organización gremial debe tener como objeto el anarquismo.

Esta es la finalidad que deben perseguir las sociedades obreras, so pena de eternizarse en el mejorismo que, aun prescindiendo de que sea o no efectivo, tiene que sufrir constantemente reveses nacidos del mismo desarrollo industrial del capitalismo.

Y como no es posible que los obreros conciban espontáneamente la Anarquía, forzoso es propagarla; con lo que se evitará que al buscar su emancipación incurran en el error de darse jefes — lo cual es casi inevitable dada la fuerza de la costumbre de obedecer que pesa enormemente sobre los cerebros de los hombres — pues ésto equivaldría a hacer ilusoria la emancipación.

Buenos Aires. — 1908.

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

III

Si la poderosa corriente socialista de la primera mitad del siglo XIX fué experimental y tuvo una tendencia a pasar a la acción, a la realización de sus ideas, andando el tiempo, bajo la influencia de Marx y Engels, al elaborarse el materialismo histórico, a esa corriente se le denominó despectivamente "utópica", adjetivo que sirvió luego para todo pensamiento o movimiento socialista que se desviará de la "ciencia" del doctor Marx.

Según el socialismo "científico", había que esperar sentados, o en el parlamento, que se cumpliera un proceso fatal de concentración del capital, de acuerdo a ciertas leyes preestablecidas, descubiertas por el Moisés del sistema capitalista y principal inspirador del socialismo autoritario. Esa noción fatalista, a que hasta el propio anarquismo se adaptó en cierto modo, nos ha llevado a un callejón sin salida, sin perspectivas, a una orientación cada vez más ineficaz, porque nos hace girar en torno a un círculo vicioso.

Al concentrar nuestros esfuerzos y nuestra propaganda revolucionaria en los ambientes industriales, circunscribiendo a las grandes ciudades los focos de proselitismo y de lucha, nos hemos integrado, sin quererlo, en el ritmo de la economía y de la vida general del capitalismo y del estatismo, debatiéndonos en el vacío contra fuerzas monstruosamente desiguales. Pero no sería nada la enorme desigualdad de las fuerzas; lo peor es que son tan grandes las resistencias adversas a toda idea revolucionaria, es tan avasallador el engranaje de la gran ciudad, tan absorbedor su mecanismo que, aunque nos rehuímos a tomar parte en las instituciones de gobierno, nuestra acción anticapitalista y antiestatista es casi nula. Aun conservando una buena dosis de optimismo, la duda sobre la posibilidad de predominar, de contar un día con fuerzas para marcar rumbo a la historia y a la convivencia social, se impone ineludiblemente al espíritu. En otra ocasión podremos hablar de la mentalidad capitalista que se forma en el propio proletariado industrial de las grandes ciudades. Nos importa expresar ahora sólo nuestros sentimientos.

La conquista de la gran ciudad industrial para la anarquía, sin recurrir a un poder de dirección, que se revestirá con el nombre que quiera, pero que será siempre un poder político, nos parece problemática, sumamente dudosa. Ahora bien, todo nuestro movimiento se concentró en las ciudades. Con un poco de demagogia y de audacia podríamos ser un partido tan capaz de triunfo como cualquier otro. Pero no es eso lo que deseamos, no es esa nuestra anarquía. Queremos una reorganización social en que no intervenga para nada el principio de autoridad, porque de lo contrario no inmunizaríamos la sociedad del porvenir del pecado capital del presente. Ese sentimiento de la impotencia progresiva para conmover desde las grandes ciudades los cimientos del capitalismo y del estatismo, nos ha hecho dirigir los ojos al campo, a la población agraria, tan descuidada por nosotros. En el campo está la raíz de la vida social; desde allí se puede dominar la ciudad sin ninguna especie de poder político; con una simple suspensión de la afluencia de víveres basta para quebrantar en pocos días la resistencia reaccionaria de una ciudad. Eso no se puede hacer en un abrir y cerrar de ojos, naturalmente; pero hay más perspectivas, más posibilidades de hacerlo que si continuamos encerrados en los muros de la ciudad predicando casi tan vanamente como si predicásemos en desierto. Porque el hecho de que un proletario sea anarquista o adepto a un partido político o indiferente a todas las beligerancias de ideas o de partidos, no ataca la raíz del capitalismo.

Esto que decimos convendría verlo, advertirlo, comprenderlo. Como proletarios estamos sujetos a un mecanismo económico que nos domina; no es el hombre el dominador del aparato industrial productivo, es el dominado. Con ideas capitalistas o anticapitalistas, estatistas o antiestatistas, el mecanismo funciona y nosotros tenemos que obedecer. Nos queda la esperanza de ser un día dueños de todo, de ocupar las fábricas y de expulsar a los patrones y de nombrar consejos de fábrica que ejercerán las funciones directivas. ¿Y después? El problema no es sencillo. Si comenzamos la revolución con la conquista de la ciudad, haremos lo mismo que si comenzamos a edificar una casa por el techo. Eso dejando a un lado la necesidad que se ha de presentar de instaurar una especie de gobierno director y ordenador, al que se le dará un nombre suave para no chocar demasiado con las aspiraciones libertarias.

Por otra parte, hay que pensar que, sin ningún apoyo en el campo, la reacción puede refugiarse fácilmente entre la población agrícola y anular con la pasividad, con la resistencia pasiva, sin violencia alguna, todo movimiento de las ciudades. También se entiende sin necesidad de explicaciones el gran blanco que ofrecemos al enemigo en las ciudades, donde una acción colectiva cualquiera tiene que hacerse a base de grandes masas que la reacción puede destruir con suma comodidad si considera grave el peligro. Fuera de las ciudades, ya no es lo mismo. Las fuerzas revolucionarias tienen más campo de acción, más puntos de resistencia, más posibilidades sociales y económicas y las formas de convivencia que más les agraden y convengan; no se encuentran con un mundo hecho, que deben conquistar primero, sino con un mundo por hacer, que sabrán crear a su medida y de acuerdo a sus necesidades. Y pensamos así y quisiéramos que los anarquistas estudiaran estos asuntos, porque entendemos que la propaganda o la organización no son fines, sino medios: queremos dirigir los esfuerzos hacia la revolución social. El anarquismo no es de ayer. Y si es cierto que no vamos a sacrificar el anarquismo a una impaciencia revolucionaria, tampoco nos parece justo el olvido de la revolución, absorbidos como estamos en una propaganda menuda que se parece a la tela de Penélope, que tejemos nosotros y destejen nuestros enemigos... cuando no la destejemos nosotros mismos.

Al reflexionar sobre la revolución, sobre la necesidad de hacer algo más y más fecundo en su favor, nos encontramos disconformes con el círculo restringido del pensamiento y de la acción cotidianos. Y al constatar los grandes territorios desiertos de estos países de la América latina, nos hemos acordado de las viejas tendencias sociales llamadas utópicas y nos hemos afirmado en la utilidad revolucionaria, como experiencia y como punto de apoyo material, de una serie de comunas agrarias creadas por el anarquismo en estos países apenas poblados todavía. La situación crítica de la vida industrial en todos los países nos favorecería en la prosperidad material de esas comunas, y con un relativo desarrollo de una población agraria adicta a la revolución, nuestra voz se haría oír y la fuerza del anarquismo se multiplicaría. Sin contar que esas comunas servirían de punto de partida para la reorganización de la vida económica y social al margen de los hasta ahora invencibles focos del industrialismo y del Estado. Para algunos anarquistas que probaron ese recurso, las pequeñas colonias fueron simples deseos de vivir conforme al anarquismo; casi todos esos ensayos fracasaron; a nosotros no nos guía una simple necesidad de ajustar las condiciones del ambiente a nuestro ideal de vida; no queremos emanciparnos solos o con un grupo más o menos numeroso; lo que nos interesa es formar núcleos de fuerza que no estén a merced de cualquier capricho policial. ¿Y qué mejor núcleo de fuerza revolucionaria que algunos pueblos diseminados por el campo, con un radio de influencia a su alrededor, trabajando ya desde hoy para el propio consumo y demostrando con la eficiencia del ejemplo la superioridad de nuestras ideas? En los períodos de prosperidad industrial, las ciudades atraen y hacen olvidar en sus derroches y en el aturdimiento de sus engranajes que es fuera de sus muros donde están las fuentes de la vida. Actualmente el industrialismo se halla en un momento crítico de su existencia, en medio de sus contradicciones inherentes, sin perspectivas de dar una solución, aunque fuera efímera, a los graves problemas planteados en su camino. Una afluencia hacia el campo, o al menos una mayor valorización política y económica de la población agraria, tiene que producirse forzosamente. También esas condiciones nos impulsan a sostener la conveniencia de ensayar la creación de algunas comunidades agrarias como campo de experimentación y como instrumento revolucionario.

Hasta aquí no se nos han opuesto razones de alguna consistencia. Lo que hemos percibido en los que quisieron hacer objeciones, fué un movimiento de extrañeza, como ante algo que no se está habituado a oír. Un simple misoneísmo, un cierto recelo ante lo nuevo fué lo que motivó algunos reparos en varios camaradas. Reparos que, ya lo hemos dicho, no tienen ninguna solidez, porque o bien se basan en malentendidos o bien son frutos de la desconfianza frente a la novedad, — desconfianza que no debiera ser tan grande en los anarquistas.

Podríamos resumir las causas de los fracasos de las colonias del período del socialismo utópico: las desarmonías internas, los abusos del autoritarismo, las dificultades económicas, la degeneración de sus fines originarios, etc. Han querido crear un paraíso al margen de la civilización capitalista; su propósito era casi siempre el de aislarse de la vida presente. Nosotros, en cambio, queremos que esas colonias, hechas en la mayor escala posible, sirvan de punto de apoyo para influenciar más de lo que hoy podemos hacerlo la vida social y económica entera. No queremos formar un oasis para vivir mejor, sino para contribuir más eficazmente a derribar los cimientos de un mundo poderoso, pero que tiene su talón de Aquiles, sin embargo.

De cualquier modo el anarquismo no podría perder, saldría ganando con toda ampliación de su radio de influencia. Si las comunidades agrarias fueran creadas por el movimiento, como sus demás instituciones, considerándose, no un mundo aparte, sino un elemento integrante del anarquismo en general, se eludirían gran parte de los inconvenientes con que tropezaron las viejas colonias comunistas.

Nos repugna entrar en los detalles, en las menudencias de la organización interna de esas colonias. Son cuestiones secundarias, que se resolverían mal, sin embargo, si se fueran a resolver teóricamente de antemano. Kropotkin nos ha descrito perfectamente la aldea agrícola-industrial y ese esbozo nos basta en sus líneas generales.

En resumen: búsquese si se quiere una salida más práctica y prometedora, que saludaremos con entusiasmo; mientras tanto, convencidos de la relativa ineficacia del modo de encarar hasta aquí la cuestión de la propaganda agraria, nosotros sostenemos la conveniencia de instaurar algunas comunidades agrarias anarquistas y de extender a ese terreno nuestra propaganda y nuestra acción revolucionaria.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XIX

En la sociedad anarquista-comunista todos los medios de producción y todos los productos del trabajo pertenecerán a todos. El producto no es propiedad exclusiva del que lo elaboró, por cuanto en la elaboración de un producto cualquiera interviene un número elevado de hombres. Tomemos un simple objeto — un banco de madera — e indiquemos una parte de los obreros que participaron en su fabricación. Lo hizo, claro está, un carpintero, y antes de él trabajó un aserrador que aserró la madera, el carrero que trajo ésta de la estación ferroviaria, los obreros ferroviarios que lo transportaron hasta el aserradero. Trabajó el leñador que cortó el árbol, el guarda-bosque que preservó el bosque del incendio, el carretero que acarreó las tablas del aserradero a la carpintería. Haciendo el banco empleó el carpintero un serrucho para cortar la tabla, un cepillo, guillame y otros instrumentos. Para asegurar las patas se valió del formón; las encoló. En la fabricación de las partes de madera de las herramientas trabajaron otros carpinteros; en la elaboración de las partes de acero, mecánicos especialistas, quienes a su vez utilizaron herramientas, obtenidas y hechas por otros obreros. La cola la compró el carpintero en una tienda construida por alguien, se la despachó el empleado, y antes esta cola fué traída por alguien al negocio, extraída por otro en la fábrica, de las pezuñas de los animales, que a su tiempo fueron criados por los campesinos. El fuego en que se calentó la cola fué adaptado al servicio del hombre quién sabe cuándo y por quién, encendido por un fósforo que fué fabricado por alguien y en cuyo invento y perfección trabajó un crecido número de hombres. Una infinidad de hombres trabajaron en la construcción del ferrocarril y de su material rodante, que transportó la madera al aserradero, en la construcción del cual, así como en la construcción del taller, participaron muchos hombres. Después habría que mencionar a los que inventaron las ruedas sobre las que fueron transportados la madera y las tablas, el trabajo de los que inventaron las distintas herramientas y así sucesivamente. En una palabra, si llenáramos mil hojas en la enumeración de las personas que participaron en la fabricación de este simple banco de madera estaríamos tan lejos del final como lo estamos ahora. Y eso que no hemos mencionado los medios de subsistencia, los alimentos, la ropa, etc., indispensable todo para el trabajo del carpintero y todos los demás obreros y en la elaboración de los cuales trabajaron los hombres en distintas partes del globo.

Se pregunta ahora: ¿a cuánto asciende la parte del trabajo puesta por el carpintero en la fabricación del banco? ¿a una centésima o a una noventa y nueve parte del trabajo social, consumido en la fabricación de este banco? Es una pregunta que no tiene respuesta posible. Queda únicamente por decir que el banco, como cualquier otro objeto, es el resultado del trabajo de un número infinito de hombres.

El derecho de la sociedad futura, no el derecho escrito, no el impositivo, no es el derecho del productor al producto de su trabajo sino el derecho igual para todos los hombres a los productos elaborados por la sociedad: "todo corresponde a todos, porque todos lo necesitan, todos trabajaron para ello a medida de sus esfuerzos" (Pedro Kropotkin).

XX

No se puede aportar ni un solo argumento lógico en apoyo de la desigual distribución de la producción social, y en la necesidad de su distribución equitativa entre todos los miembros de la sociedad están de acuerdo los socialistas partidarios del Estado. Cuaré a ese [illegible]

...s, el profesor Tugan Baranowsky, ...sistema equitativo de distribución, ...este profesor, debe tender, no a asegurar a cada obrero el fruto íntegro de su trabajo (esta aspiración es irrealizable por la desigualdad de los productos de trabajo distinto en calidad), sino ... que la distribución se acerque todo lo más posible a la idea ética fundamental del socialismo, la idea de que todos los hombres son iguales. Un gran ... no es más que un jornalero, por el ... hecho de que son hombres los dos, ambos deben disfrutar de derechos ... ayuda de la sociedad no por lo que ... hecho, sino por su buena voluntad, ... su deseo de servir a la sociedad.

La situación de los trabajadores es ...almente insoportable. Pero, aunque ... situación fuera pasable, siempre de... la organización social moderna ser ...uída por otra, pues descansa sobre ... injustas y deshonestas. El mal fundamental de la sociedad moderna es la ...encia que engendró y que mantiene la autoridad. La propiedad privada y ... autoridad del gobierno deben desaparecer. Sin embargo cada hombre dispondrá de la parte del producto social igual ... de todos los hombres del modo que ... le parezca.

XXI

Propiedad privada se denomina al de... de usar y *abusar* de un objeto en ... medida que lo permite la ley. (El Derecho Romano define la propiedad como ... derecho de usar y abusar de un objeto en la medida que lo permite el sentido del derecho". "La palabra *abutendi*, ... acuerdo a la interpretación escolástica, que se apoya en razones de peso, ... traduce por "abusar". Pero independientemente del texto romano la definición de la propiedad dada por mí es, ... de toda duda, científicamente exac...

Desde tiempos inmemoriales permite ... a los propietarios abusar de los ... de su propiedad, explotarlos y ... en la explotación de otros ... Así vemos que el propietario de ... fábrica explota la misma y con ella a ... obreros que en ella trabajan, apropiándose de la mayor parte de lo que ellos ... Los terratenientes explotan a ... junto con la tierra, a los campesinos y a los peones que la trabajan ba... órdenes o de los que la arriendan. ... propietario de la casa explota a los ... imponiéndoles un impuesto: el ... El comerciante propietario de las mercaderías explota a los empleados y a los compradores, mal pagando el trabajo de los primeros y vendiendo a los segundos las mercaderías más caro de su valor real. Y así hasta el infinito.

El primer propietario fué el hombre que abusó del arma que le servía para la defensa de las fieras salvajes y para la caza y que empleó esta arma para someter a otros hombres.

A la propiedad oponemos la posesión de los objetos sin derecho de abusar de ellos. El poseedor del objeto lo utiliza para satisfacer sus necesidades o las necesidades de los demás hombres sin explotar ni oprimir a nadie. Posesión semejante de las cosas o "su uso" era una cosa normal hasta la aparición de la propiedad y existirá después que la propiedad esté abolida.

Se comprende que la propiedad privada, la propiedad del Estado y la propiedad de un grupo de hombres (como sería la del sindicato) no se distingue, en el fondo una de otra y todas por igual son rechazadas por los anarquistas-comunistas.

La propiedad nace de la violencia, de la usurpación.

Los usurpadores se aprovechan de los hombres, de la tierra, de los bienes ajenos. El Derecho Romano, en el que se basan todas las legislaciones modernas de los llamados países civilizados hacía derivar la propiedad del botín de guerra, o sea, que la propiedad era consecuencia de la violencia y del abuso y seguía siendo, a su vez, causa de otros abusos y otras usurpaciones.

El Derecho Romano, el derecho de los usurpadores y conquistadores y el derecho de los Estados modernos que emana de aquél, si alguna justicia observa es la justicia del reparto del botín, ya sea éste en forma de impuestos, ganancia, usura, etc.

Es la justicia de los bandidos que se reparten el botín. Todo el derecho moderno (las leyes) existe para salvaguardar el "botín" y para indicar el medio de repartirlo.

En distintas épocas fué cómodo y conveniente apropiarse de unos o de otros objetos. De este modo primero hubo quien se apropió de las armas, después de los hombres, (convirtiéndolos en esclavos), después de la tierra, más tarde de distintos medios de producción, entre éstos, de las fábricas y usinas con todas sus instalaciones, como también de los objetos de uso: casas, géneros, etc.

Para que la propiedad, el derecho de abusar de las cosas, pueda subsistir, hace falta no solamente la violencia que la engendró, sino también la violencia que mantenga este abuso. El Estado moderno — el Estado de propietarios y usurpadores organizó para defender la propiedad distintas instituciones de violencia directa e inmediata: el ejército, la policía, los jueces, las cámaras de legisladores etc. Si la violencia y sus instituciones dejaran de actuar, si la amenaza de la fuerza no gravitara sobre los hombres, la propiedad hubiera desaparecido hace tiempo dejando el puesto a la posesión de los objetos.

La propiedad de la tierra, de los medios de producción, del transporte y del comercio, de las casas, etc., será substituída, en una sociedad inteligentemente formada, por la posesión común. La propiedad común, que se basa en el derecho de hábito y el acuerdo (desde el punto de vista anarquista) es, en su creencia, totalmente antagónica a la propiedad. Es en primer lugar el derecho igual para todos los que pueden y deseen utilizar todos los medios de producción correspondientes en iguales condiciones de trabajo, y en segundo lugar, es en su desarrollo completo, el derecho igual, para todos los hombres, de disfrutar de los productos del trabajo social.

Los objetos que pertenecen a todos no pertenecen, por ello mismo a nadie. Son cosas de nadie, como de nadie es por ejemplo, el aire. Propiedad de "nadie" son actualmente, en un número limitado, los caminos rurales, las calles, plazas, y en algunos casos el agua.

Las palabras "cosas de nadie" las empleamos en el sentido de que nadie puede apropiarse de ellas como no se puede, por ejemplo, apoderarse de las estrellas, las que, si fuera posible, hace tiempo que estarían entre el número de los objetos de sagrada propiedad (la nobleza, el clero y los reyes intentaron, en la Europa medioeval, apropiarse del viento.)

Las cosas de nadie en el futuro nada tienen que ver con las cosas de nadie del derecho romano, que se hacen propiedad del primero que de ellas se apropia. Lo importante es precisamente que nadie se apropie de ellas. Son de nadie, no porque no se las puede tomar en propiedad sino porque esta apropiación no será permitida por la sociedad, por la interpretación social de justicia.

De las cosas de nadie no se puede abusar como se abusa de la propiedad. Nadie podrá, cuando los medios de producción sean propiedad de nadie, obligar a pagar por su uso. Es inconcebible también el uso de estos objetos por un grupo en perjuicio de otro. No se podría, por ejemplo, convertir en cotos de caza (como hacen actualmente los condes ingleses) una parte de la tierra necesaria para el cultivo a fin de que no falte el pan.

Las cosas de nadie son inenajenables. No se las puede comprar ni vender, ni hipotecar, arrendar, ni explotar por asalariados. Es inconcebible, en el régimen de las cosas de nadie, el salario, la ganancia, la usura, el arrendamiento, los honorarios. Es únicamente admisible la renta social, repartida equitativamente entre todos los miembros de la sociedad. Se entiende que el trabajador dispondrá de los medios de producción que le pertenecerán mientras trabaje con ellos, no como a propietario sino como a productor que los hace producir. En la sociedad moderna el obrero utiliza también en el trabajo máquinas y herramientas que no son de su propiedad. Si un hombre dejó de trabajar y utilizar los medios de producción puede emplearlos todo el que los necesite. Las herramientas y las máquinas que se emplean por el obrero en un trabajo cualquiera, cuando los objetos no sean de nadie, no quedarán por eso propiedad del que los emplea. Otorga únicamente el derecho de emplearlas mientras dure el trabajo.

Se comprende claramente que en la sociedad futura podrá cada uno disfrutar de los objetos de uso íntimo e inmediato sin perjudicar con ello a otro, ni tomar más si otro, debido a este abuso, ha de percibir menos.

XXII

Toda la historia de la acumulación de los capitales—antes y ahora—es, en su totalidad, la historia de la violencia, de los engaños y de la devastación ocasionada por los que acumulan las riquezas, la historia del derroche sin tasa de las fuerzas productoras sociales. Las empresas capitalistas surgieron de la violencia antigua y ahora igualmente se mantienen por la violencia. Roberdtus von Jugegoff, conocedor profundo de la vida económica antigua, explica la aparición del actual "contrato injusto entre capitalista y obrero" del modo siguiente: "al principio ni siquiera hubo contrato alguno; sino que sencillamente una parte era más fuerte que la otra y la obligaba a trabajar en su beneficio; el propietario se apropió del obrero mismo, como si éste fuera una herramienta inerte: le negó hasta la condición de hombre, incluyéndolo entre sus bestias de labranza y alimentándolo lo indispensable para que rindiese al amo artículos cada vez más

---

...X NETTLAU (2)

...uesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

...acción común"... Con un determinado programa ... o antirreligioso, dice Bakunin, se habrían escindido ... a los obreros europeos en lugar de unirles. ... a la Internacional, dice después, primeramente, ... única la lucha exclusivamente económica del ... contra el capital y creyeron que un obrero que ... ese terreno, que acepte esa lucha será llevado por ... misma de las cosas y por el desenvolvimiento ... lucha a reconocer pronto los principios socialistas filosóficos de la Internacional".

... última frase, a la que sigue en el original una ... más íntima de las ideas propias de Bakunin, ... que por amplia que fuera la base de la Internacional, es decir, también de la organización internacional ... país — en nuestro caso Francia — esa base ... siempre en la práctica por el hecho que ... tendencia socialista consideraba justo identificar ... ideas con las de la Internacional, es decir, ... según sus fuerzas en las secciones que estaban ... su influencia. Eso hizo Marx, eso hizo Bakunin, ... hicieron los proudhonianos, los positivistas, los ... y todos los demás. Se hizo con diversos medios: ... Marx y los autoritarios, de arriba a abajo, por ... la autoridad a ellos conferida; por Bakunin y ... mediante la actividad íntima, intensa, secreta, organizada de algunos individuos; por otros, ... la discusión abierta y la propaganda especial, ... resultado fué la inevitable formación de partidos y la hostilidad en lugar de la tolerancia fraternal.

El derecho de coalición, que fué dado por fin a los obreros franceses en 1864 — el derecho de reunión lo recibieron tan sólo en 1868, — llevó a la rápida fundación de numerosas sociedades obreras, que por ejemplo en París se federaron en la *Chambre Fédérale des Sociétés ouvrières*. Esas sociedades fueron, pues, los primeros sindicatos y estuvieron diversamente en estrecho contacto con la Internacional francesa y bajo la influencia personal de sus miembros más activos. Actuaron en huelgas dignas de estima en aquellos últimos años del imperio y, más aún que en las secciones de la Internacional, estaba en ellas el germen de la combatividad obrera que crecía entonces rápidamente y que durante la guerra en 1870-71, hizo velozmente de los trabajadores parisienses un factor de fuerza. Los batallones obreros de la guardia nacional, el *Comité central* que surgió de ellos, las agrupaciones en los días de la revolución como a fines de octubre, para las elecciones de febrero, todo esto tuvo por fundamento a aquellas asociaciones obreras, y así se produjo luego el 18 de marzo, la *Comuna de París*, la lucha aniquiladora impuesta a esos obreros organizados, a quienes se temía y odiaba por la burguesía y la reacción, lucha que, como en junio de 1848, sólo que en mayor proporción, condujo a la semana sangrienta de mayo, a una nueva matanza del proletariado parisién y a un nuevo período de la más dura opresión de la vida socialista de París, mientras que en las provincias, particularmente en el sur, la reacción no pudo ya vencer completamente; también fué continuada después la propaganda desde el extranjero, por los numerosos comunalistas refugiados en Suiza, en Inglaterra, etc., y los hilos del movimiento no volvieron a ser cortados enteramente.

En París se formaron muy pronto, después de la Comuna, nuevamente *Chambres syndicales*, organizaciones de oficio, pues, cuya dirección ciertamente estuvo en manos de personas poco avanzadas, aquellas que pudieron escapar por su tibieza a la persecución contra todos los supervivientes de la Comuna durante esa revolución. Ese movimiento fué estimulado, es verdad, por republicanos radicales, positivistas, etc., porque debía formar un contrapeso contra el peligro amenazante, de parte de los monárquicos, para la república todavía muy precariamente establecida. Pero también los agentes bonapartistas trataron de apoderarse del movimiento apenas iniciado; a los internacionalistas y fugitivos del extranjero les satisfacía poco su carácter infinitamente moderado; pero en París no podía pronunciarse una palabra en voz alta en su sentido — estaban reducidos a la difusión de escritos impresos en el extranjero y a la fundación muchas veces problemática de secciones internacionales, etc.

Por consiguiente, ese movimiento sindical, durante muchos años, fué infinitamente moderado; apenas buscó contacto con trabajadores extranjeros mediante algunas visitas a exposiciones universales (Viena, 1873; Filadelfia, 1876) y su primer congreso (París, 2-10 de octubre de 1876; el informe aparecido en 1877 abarca 534 páginas) provocó justamente horror entre los socialistas del extranjero.

Pero llamó la atención la existencia de elementos de organización sorprendentemente grandes y comenzó la larga lucha por su dominación y explotación para fines políticos, que iniciaron desde 1876 los políticos marxistas que se agrupaban en torno a Guesde, Lafargue, Deville. Cómo era Guesde unos años antes, cuando pertenecía a la tendencia antiautoritaria de la Internacional, cómo incluso en 1877-78, ya como político, era relativamente radical en comparación con su actitud en 1896, lo ha resumido documentalmente E. Pouget en las *Variations Guesdistes*, 1896 (París, 36 págs. 12.°). A esos ensayos para arrastrar a la política electoral obrera a los sindicatos, -apenas libertados de todas sus conexiones con los políticos burgueses, se opusieron entonces los internacionalistas franceses desterrados en Suiza, como Louis Pindy, Paul Brousse, Jeallot y otros, que editaban en Chaux-de-Fonds la *Avant-Garde* (2 de junio de 1877 al 2 de diciembre de 1878) destinada a Francia,

perfeccionados. Después, cuando el obrero aprendió a fabricar estos objetos, y el propietario acumuló gracias al trabajo de este mismo obrero reservas considerables de productos, lo despidió, pero con las manos vacías. Y si desde entonces en adelante le concedió generosamente un pedazo de pan, se lo dió, no como mantención del esclavo, sino como "salario" basado en el "contrato libre". El trabajador tuvo que acceder a este contrato porque toda la tierra en su rededor, tanto los vastos espacios incultos como la parcela reducida de la que extraía desde tiempos inmemoriales, el alimento necesario para el amo y para sí mismo — fué proclamada propiedad del amo. El propietario podía defender su derecho exclusivo porque era el más fuerte. El obrero tuvo que someterse a la fuerza "en interés del orden y de la paz social" y más tarde el hambre le obligó a acatar el contrato que entregó en manos del propietario todos los frutos de su labor."

Esta breve exposición del origen del capital hecha por un gran sabio, tiene el mérito de ser muy acertada. Cuán lejos de los que no hablan de los organizadores surgidos de las clases explotadoras, de los que dicen que el desarrollo de las fuerzas productoras hizo aparecer sobre la arena económica a estos pillos. Primero fué el "hambre, la violencia" no los "talentos, las aptitudes" ni la "experiencia o el saber" lo que colocó a unos hombres sobre otros y convirtió a unos hombres en trabajadores y a otros en amos.

Más adelante la necesidad de someterse a la fuerza creó aquellas relaciones entre los hombres que, aunque alterando a veces sus matices, sobrevivieron a través del tiempo y del espacio, toda la historia de la humanidad.

El proceso de la acumulación y reproducción de los capitales es bastante conocido, por lo cual nos detendremos en él brevemente.

Sabemos que los medios de producción, usurpados por los capitalistas, van en aumento, crecen en cantidad y en calidad gracias al trabajo de los que no disfrutan de él. Así como una bola de nieve, rodando desde la cumbre de la montaña crece por la nieve que se le adhiere en su camino, así también el capital, bola que se dilata cada vez más con los productos del trabajo ajeno, mediante enajenaciones y traspasos de generación en generación de propietarios; pacíficos unas veces y violentos otras, crecen sin cesar. A los propietarios ya existentes se agregaron otros que acumularon caudales, ya sea por la explotación directa de otros hombres, ya sea por otros medios que siempre han redundado en perjuicios de las masas trabajadoras.

Las fuentes primitivas de las grandes fortunas contemporáneas son muy turbias. Se reducen a la violencia y a toda clase de engaños. La rapiña, la sumisión de los hombres libres a la esclavitud, el comercio de esclavos, la invasión, la piratería y otros medios semejantes enriquecían a los que apelaban a ellos. El comercio antiguo y moderno, base de muchos capitales, fué una continua rapiña, engaño, violencia; especialmente, cuando se trataba del comercio con el extranjero. La historia del comercio inglés en sus colonias y del ruso en Siberia confirma plenamente lo que acabo de decir.

Las guerras comerciales y coloniales, el saqueo de las colonias por los funcionarios y los gobiernos, dieron un rico aporte en sangre y oro a la historia de la acumulación de los capitales. El contrabando era también una fuente de enriquecimiento y los contratos fiscales con sus depredaciones descaradas contribuyeron a la creación del capital privado.

Un papel importante en la acumulación de los capitales lo desempeñaron los impuestos, los tributos, el diezmo. Los gobernantes se enriquecen legal e ilegalmente; ejemplo de ello son las enormes riquezas de los reyes y los presidentes y de los altos funcionarios de los distintos Estados. Los funcionarios y empleados del gobierno — desde el primer ministro hasta el último ordenanza — acumulan fortunas por las maniobras más turbias y más desvergonzadas, por las coimas, por la participación en las gerencias de las empresas, sin estar directamente ocupados en ellas, por el juego de la bolsa.

BIBLIOGRAFIA

Instituto médico de fisioterapia. Prospecto ilustrado de 48 páginas, donde se hace un breve resumen de la historia, los principios, los métodos de la fisioterapia y se transcriben algunas opiniones sobre ese método curativo. Buenos Aires.

José D. Gómez Rojas. *Rebeldías líricas* (poesías), nueva edición Edit. Lux, Santiago (Chile), 40 páginas.

Algo, publicación mensual de Lorain, Ohío, N.º 1.º, octubre de 1926. Es una revistita heptografiada para distribuir gratis y contiene trozos selectos de diversos autores.

Revista Sud-Americana de endocrinología, noviembre, Buenos Aires.

Revista Blanca, 1.º de noviembre, Barcelona.

La Batalla, semanario, México. Sigue llegando con regularidad esta publicación de nuestros compañeros de México.

The Workers Monthly, noviembre, Chicago.

La Campana de Palo. Número correspondiente a noviembre. Buenos Aires.

un grupo y un periódico en que tomó P. Kropotkin parte activa, el cual, por lo demás, pasó desde el otoño de 1877 al verano de 1878 algunos meses en París. Así ocurrió que el congreso de Lyon, 1878, contuvo ya una pequeña minoría de sentimientos antiestatistas, por la cual pronunció un delegado lyones, Ballivet, un discurso contra la política electoral que promovió expectación. Ahora bien, yo estaba una vez justamente en casa de Kropotkin cuando leyó una de las afirmaciones socialdemócratas usuales, según la cual los anarquistas habrían desperdiciado y menospreciado siempre el ocuparse de las organizaciones obreras, y tomó su colección de la *Avant-Garde* y otros impresos del tiempo y mostró los discursos y proposiciones de aquel congreso, — también el discurso de Ballivet, — que se basaban todas en esbozos o bases redactados entonces por Brousse y por él mismo y algunos otros de la Internacional francesa. Se trabajaba activamente en ese sentido en ese pequeño grupo con la vista fija en Francia y se tenía tras sí la experiencia puramente sindicalista de las secciones de oficio del Jura suizo, de Bélgica (en particular de la región de Vevey) y también de España, a donde — como también a Bélgica— fué entonces Kropotkin. Los marxistas intentaron por su parte aquellos años (1877-78) adquirir la supremacía por los congresos internacionales de Gante y de París (1878; este fué policialmente prohibido) con la parte que se volvió socialista estatista de los belgas y un grupo inglés de políticos obreros, por lo demás separados personalmente de Marx, la *Internationa! Labour Union*: el propósito era fundar un partido político francés a su servicio.

Entonces, simultáneamente con el gran aumento del interés socialista de numerosas organizaciones obreras francesas, como muestra el debatido congreso de Marsella (20 a 31 de octubre de 1879) — su protocolo en 1879 abarca 831 páginas —, tuvo lugar un lamentable debilitamiento de las fuerzas conscientemente antiestatistas, que hasta entonces habían impedido la explotación del socialismo, que resucitaba, por los políticos electorales, — me refiero a la caída de Paul Brousse y de otros que pensaban como él, — también muchos comunalistas se adhirieron a su regreso a esa nueva tendencia —; no se manifestaron directamente por las elecciones a la cámara de diputados como los guesdistas, pero proclamaron la conquista de los puestos del consejo municipal, la lucha por las municipalidades. Se referían por una parte muy refinadamente a la tradición de la Comuna y usurpaban su prestigio para ellos, presentándose, sin embargo, todavía como antiestatistas, antimarxistas (v. por ejemplo Paul Brousse, *Le Marxisme dans l'Internationale*, París, *"Le Proletaire"*, 1882, 32 págs.), mientras falseaban fundamentalmente el anarquismo, impulsando a sus partidarios, naturalmente, lo mismo que los guesdistas, a la vía de la política electoral.

En Marsella, octubre de 1879, fué fundada la *Féderation du Parti des Travailleurs socialistes de France*, que descompuso el movimiento en seis grupos regionales — París (Centro) — Lyon (Oeste) — Marsella (Sur) — Bordeaux (Este) — Lille (Norte) — Argelia. Eso hizo posible a los políticos la conquista gradual de las organizaciones socialistas y ya el *Congrés du Centre* (París, a fines de julio de 1880) aceptó la lucha electoral con un programa mínimo establecido. Allí, como en el congreso de Havre (noviembre de 1880) sucumbió la minoría que defendía la lucha anarquista o al menos la lucha antiestatal y económica.

Entonces siguieron años tristes de disputas entre guesdistas, posibilistas (el grupo de Brousse), malonistas (de Benoit Malon), blanquistas, luego allemanistas (de Jean Allemane), etc.; todo giraba en torno a algunos mandatos para la Cámara, en su mayoría ilusorios, en torno a los mandatos al consejo municipal muy agradablemente sentidos por los titulares y en torno al pienso en algunos diarios, *Citoyen*, *Bataille*, etc. Sólo los anarquistas, que se desarrollaban en París y en el suroeste (Lyon) vigorosamente entonces, y que después que fueron encarcelados los propagandistas lyoneses y parisienses, también Kropotkin (a fines de 1882), luego Louise Michel y Pouget, poco después por el traslado del *Révolté* de Ginebra a París (abril de 1885) y por la actividad siempre silenciosa de Eliseo Reclus, etc., adquirieron nueva fuerza, — sólo los anarquistas, digo, dedicaban constante atención a la lucha económica, descubrieron la inanidad del arrivismo político y ganaron por eso muchas simpatías serias de los trabajadores, que no aceptaban siempre completamente sus puntos de vista, pero advirtieron bien que aquí hombres y mujeres iban a la cárcel por sus ideas, mientras en la otra parte las ideas eran el trampolín para obtener agradables puestos en el consejo municipal o en la Cámara. Se formó paulatinamente aquel absoluto desprecio hacia los politicantes, que después floreció un tiempo tan elementalmente en el período álgido del sindicalismo.

Esa tendencia no halló todavía una expresión clara, pero sin embargo en 1886 fué fundada la Federación des *Syndicats et Groupes corporatifs ouvriers de France*, bajo la égida del partido obrero francés (guesdistas; el protocolo del *Congrés national des Syndicats ouvriers* celebrado en Lyon, octubre de 1886 (Lyon, 1887, 397 páginas) describe eso.

Luego se fundaron diversamente *Bourses du Travail* — una expresión que Pelloutier mismo (1896) califica de "nom malheureux"; "Chambres du Travail", Cámaras del trabajo, "serait plus digne" — que como Yvetot (*Vie Ouvriere*, mayo de 1911) observó justamente, se encontraban en edificios municipales, recibían subvenciones del erario público y por consiguiente no siempre poseían completa independencia. Pero defendían en todo caso, por su múltiple contacto con la vida económica local, un principio autonómico, instintivamente antiestatal, aunque entonces no podían manifestarse ideas claras al respecto, pues el posibilismo que trabajaba entonces en la conquista de las comunas forzaba también el principio local

AÑO V — BUENOS AIRES, 6 DE DICIEMBRE DE 1926 — N.° 252

LA PROTEST[A]

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMAN[AL] ... PAGO

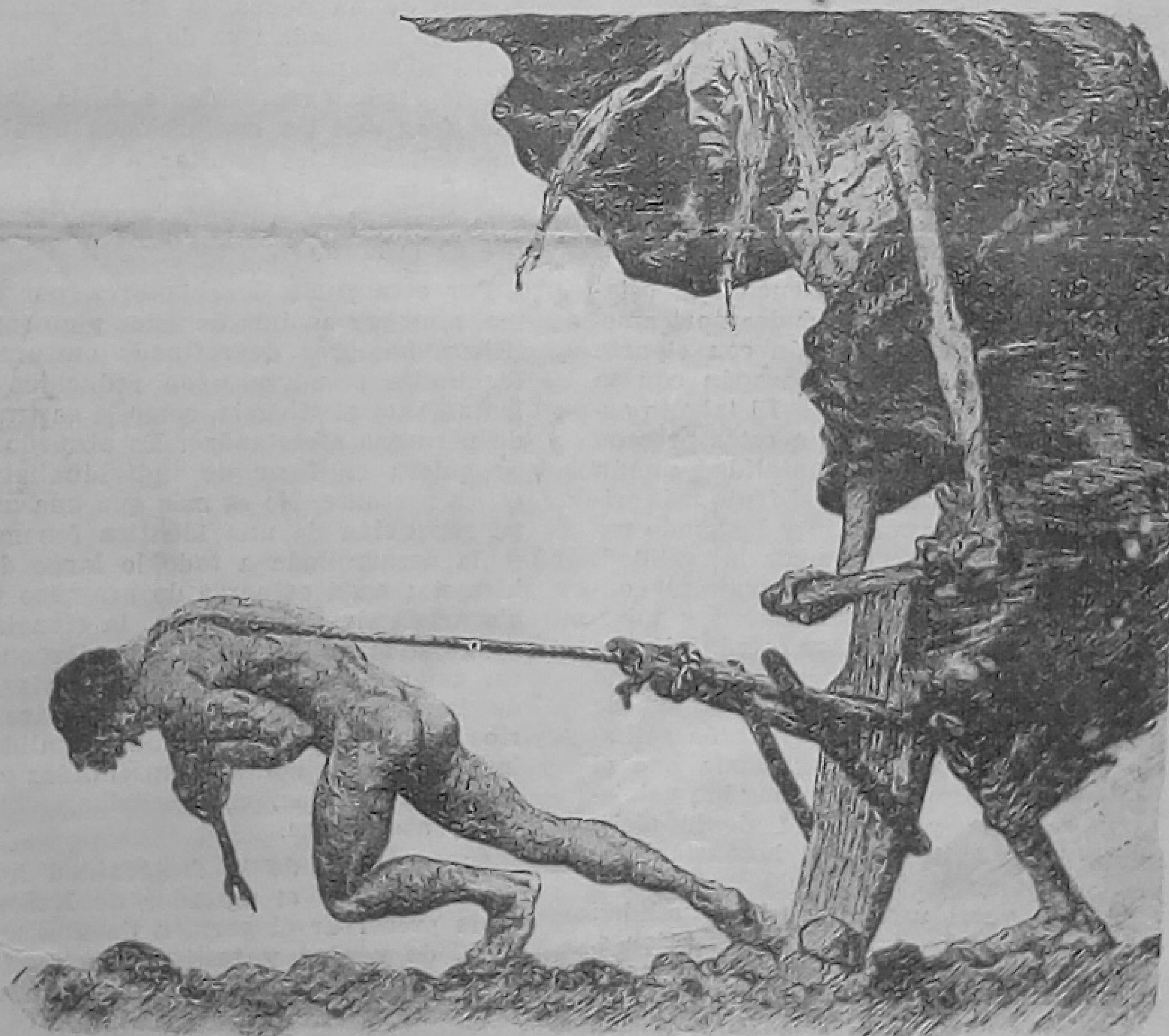
U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — ...s y giros a M. TORRENTE

UNIDAD SINDICAL

Suponemos que no se querrá la unidad sindical como la que existió en Alemania en 1914 para hacer la guerra a Francia, y en Francia para hacer la guerra a Alemania; suponemos que no se quiere la unidad sindical que hubo en todos los países industriales para sabotear la revolución en 1918-20; suponemos que no se quiere la unidad sindical estilo D'Aragona para cooperar con Giolitti y el fascismo en la destrucción y el sabotaje del hermoso movimiento de la ocupación de las fábricas; suponemos que no se quiere la unidad sindical sobre las bases que la realizó el fascismo en Italia y el bolchevismo en Rusia, haciendo de los sindicatos órganos del Estado, parte integrante del Estado, que rindicen pasivamente, por medio de las comisiones ejecutivas, todos los actos de sus amos, incluso los más antiproletarios.

Y si no se quiere esa unidad, si se quiere el fomento de la revolución y de la liberación humana, es preciso que la organización obrero tenga su ideal de futuro, su finalidad revolucionaria. Entonces no sería ya una unidad sindical, sino una unidad revolucionaria. ¿Y los proletarios, las organizaciones sindicales proletarias que no quieren la revolución? ¿Las tendrían que quedar fuera de la unidad de los trabajadores. Y avanzando un poco más en el examen de los hechos y de las palabras, observamos que el concepto de revolución es muy variado y contradictorio. Para algunos la revolución se reduce a un cambio del partido político gubernativo, para otros la transformación de la monarquía en república constitucional, para otros al bautizo del Estado con nombre de proletario, para otros la destrucción del Estado, del principio de autoridad y de la propiedad privada monopolista y a la organización social de abajo a arriba, por medio de la libre asociación de los individuos y las asociaciones libres. La unidad, pues, sin finalidad revolucionaria, es sumamente deficiente si no se define primero qué es lo que entendemos por revolución. ¿Queremos una revolución que conserve el capitalismo y el Estado o una revolución que los destruya? Hay que ponerse de acuerdo sobre ese punto antes de llevar a cabo una unidad para la revolución y con fines de revolución, lo cual produce una nueva escisión en el seno de las masas trabajadoras. ¿Hemos de temer o de fomentar ese proceso de definiciones y esclarecimientos ideológicos? Creemos que ese avance hacia una plena conciencia del verdadero camino de la emancipación social es un progreso deseable, digno de todos los esfuerzos en pro de su aceleramiento.

Los camaradas de la Confederación del Trabajo de Portugal tienen otra vez en sus filas la discusión de la unidad sindical, iniciada por los reformistas de tendencia amsterdamiana y por los malabaristas de orientación moscovita; se quiere desviar a la C. G. T. de su finalidad revolucionaria, de sus aspiraciones libertarias y por eso el recurso gastado de la unidad sindical ofrece un argumento efectista. No sabemos si nuestros camaradas responderán a esas maniobras con las palabras que se merecen; por lo pronto vemos o la prensa anarquista portuguesa en una viva campaña contra la escisión de la C. G. T. en nombre de la unidad sindical.



No podemos prever aún cuáles serán los resultados finales del actual proceso de crisis interna que atraviesa la C. G. T. de Portugal. Nuestro punto de vista ha sido ampliamente expuesto en varios años de batalla: para nosotros las organizaciones valen por las ideas de superación que prestigian y aspiran a realizar; la organización por la organización no tiene más virtud que mantener una burocracia parasitaria; la idea de la revolución no saca ninguna ventaja de su existencia.

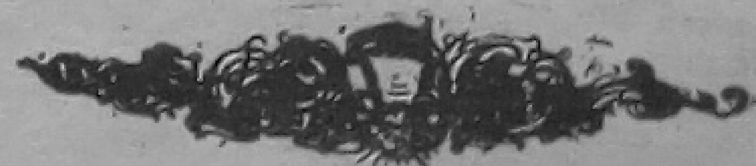
La C. G. T. de Portugal había adoptado en su congreso nacional de Covilha una base ideológica susceptible de unir al proletariado de Portugal en la amplia vía de la revolución libertadora; su defensa implica la escisión; su abandono implica también, seguramente, la escisión. Pues escisión por escisión, nuestros camaradas de Portugal deben defender principios revolucionarios que valen mucho más que la organización misma, y que tarde o temprano habrán de abrir a la humanidad las puertas de la tierra de promisión del porvenir.

¡Siempre con la libertad, siempre con la justicia, siempre con la revolución! Sobre esas bases levantaremos los libertarios la verdadera unidad del proletariado.

Es ya casi proverbial en todas partes nuestra hostilidad al "unificacionismo" proletario; cuando hemos podido, hicimos oir nuestra voz de protesta ante esa maniobra desleal, que explota un concepto importante en la destrucción del capitalismo para pescar en el río revuelto de las escisiones. Porque no hay predicador de la unidad sindical que no proceda por la vía del "escisionismo" y que no tenga su aspiración más o menos franca a crearse en el seno de los sindicatos un campo propio de acción. Por eso nosotros reaccionamos con la más rotunda negativa, con la más abierta oposición a todo propósito unificacionista. La unión que no se establece por la fuerza de las circunstancias, que no es fruto de la actividad espontánea de los elementos afines y que necesita de la discusión, del examen protocolar en conferencias y congresos, es una maniobra de inclaros propósitos.

¿Es que no quisiéramos nosotros la unidad del proletariado? ¿Es que a pesar de cuanto hemos escrito y dicho contra la táctica del unificacionismo sindical se nos ha escapado alguna vez, por equivocación tan solo, una frase que condenase la unidad del proletariado? No, al contrario, al combatir a los propulsores de la unidad sindical hemos combatido a los escisionistas sistemáticos del movimiento obrero, hemos combatido a los pescadores del río revuelto de las discordias sembradas en el seno de las organizaciones gremiales.

Lo que hemos dicho es que toda organización, toda unión de individuos tiene que tener un propósito; la unión por el mero lazo del oficio o de la industria no tiene nada que ver ni con los intereses de los trabajadores, ni con los de la revolución; hay, por ejemplo, asociaciones obreras de jugadores de foot-ball, de socorros mutuos, de electores, etc., etc. y nadie se atreverá a decir que con ello se defienden causas que atañen a la emancipación proletaria. ¿Se dirá que los sindicatos son otra cosa? Pueden serlo, porque el sindicato es un nombre que puede tener la aplicación que se quiera darle, hay sindicatos capitalistas o, si quiere quedar en el terreno proletario, hay sindicatos católicos, fascistas, socialdemócratas, anarquistas; lo que no hay por ninguna parte, ni los hubo jamás, fuera de la imaginación de algunos teóricos que vivieron en las nubes, son sindicatos puramente gremiales, ajenos a toda tendencia futurista. Aspirar a tener un movimiento obrero sin ninguna idealidad de futuro, aparte de su imposibilidad práctica, sería tanto como reconocer la justicia del orden capitalista y sancionar la eternidad de un régimen de explotados y explotadores, de dominados y dominadores. ¿Para eso se quiere la unidad sindical?



EMMA GOLDMAN:

MAYORIAS Y MINORIAS

Si hubiera que juzgar sumariamente la tendencia de nuestro tiempo, diría simplemente: *Cantidad*. La multitud, el espíritu de la masa domina por doquier, destruyendo la calidad. Nuestra vida entera descansa sobre la cantidad, sobre lo numeroso: producción, política y educación. El trabajador, que en un tiempo tuvo el orgullo de la perfección y de la calidad de su trabajo, ha sido reemplazado por un autómata incompetente, privado de cerebro, el cual elabora enormes cantidades de cosas sin valor ninguno, y generalmente insultantes, en su grosería y ordinariez, para la humanidad. Todas esas cantidades, en vez de hacer la vida más confortable y plácida, no hicieron más que aumentar para el hombre la mole de sus preocupaciones angustiosas.

En política nada más que cantidad; esto sólo importa. En la proporción que desconocen, ya sean sus principios, sus ideales, sus postulados de justicia, van siendo suplantados por la esencia formal del número, de lo numeroso. En la lucha por la supremacía de los varios partidos políticos mutuamente se ponen trampas, se engañan, perpetran las más sombrías maquinaciones unos contra otros en la certera confianza que el que obtenga el éxito final será proclamado victorioso por la mayoría. ¡Y a expensas de qué cosas, con cuánto detrimento de toda dignidad y decencia se alcanza este momento! No hemos de ir muy lejos en busca de prueba para este doloroso caso.

Jamás la corrupción, la completa podredumbre fué tan evidente en el aparato gubernativo; jamás el pueblo norteamericano se vió obligado a enfrentarse con la naturaleza de Judas de nuestras corporaciones políticas, las que durante años reclamaron para sí el dictado de pureza intachable, tildándose sostenes salvaguardadores de nuestras instituciones y los verdaderos protectores de los derechos y de la libertad del pueblo.

Pero cuando los crímenes de ese partido político se muestran a la luz del día, tanto que el más ciego no dejaría de notarlo, le será suficiente lanzar sus sólitas promesas deslumbrantes y reunir los candidatos que gozan de más favor público para que se asegure su supremacía. La verdadera víctima engañada, traicionada, no sabe decidirse en contra, sino en favor de la victoria. Espantados algunos se preguntan: ¿cómo pueden las mayorías traicionar de esa manera las tradiciones de la libertad norteamericana? ¿Dónde se halla su capacidad de juicio y de razón? Justamente las mayorías no razonan, son incapaces de formular un juicio propio. Carentes de originalidad y de valor moral, las mayorías siempre depusieron en manos ajenas sus particulares destinos, incapaces de cargar con la menor responsabilidad, siguen a sus pastores hasta cuando las conducen a la destrucción, a su aniquilamiento. Tenía razón el doctor Stockman, el de "Los puntales de la Sociedad": Los más peligrosos enemigos de la Libertad y la Justicia en nuestro medio son las mayorías compactas, las malditas compactas mayorías". Sin ambición, ni iniciativa, esas masas compactas nada odian más que el espíritu de innovación. Siempre se oponen, condenan y persiguen al innovador, al descubridor de una nueva verdad.

Es el más repetido lugar común entre los políticos, incluso los socialistas, que la nuestra es una era de individualismo, de minorías. Sólo que aquellos que sobrenadan en la superficie de los conocimientos humanos pueden entretenerse y quedar satisfechos con ese punto de vista. ¿Acaso los menos no son quienes acaparan todo el bienestar del mundo? ¿No son ellos los dueños, los reyes absolutos de la situación? Su éxito material no se debe, empero, al individualismo, sino a la inercia, al amilanamiento y a la completa sumisión de las masas. Estas necesitan ser dominadas, conducidas y reprimidas. Respecto al individualismo, que en la humana historia nunca tuvo oportunidad de lograr la menor expresión, lo tiene mucho menos ahora de aparecer de manera normal y sana.

El educador, de honestos e ideales propósitos, el artista o el escritor de ideas originales, el hombre de ciencia independiente, el explorador de nuevos dominios del saber, o el individuo de ideas avanzadas que busca la renovación de la sociedad; a todos ellos se los empuja diariamente contra la pared invisible de los prejuicios por hombres cuya sabiduría y facultades creadoras se han vuelto decrépitas con el tiempo.

Educadores del tipo de Ferrer no se les tolera en ninguna parte, mientras que los malabaristas de la educación oficial, a lo Elliot y Butler, resultan ser los perpetuadores de una era de nulidades y de autómatas. En el orden teatral y literario los ídolos son Humphrey Wards y Clyde y Fitches, mientras muy pocos conocen o aprecian la belleza genial de Emerson, Thoreau, Whitman, un Ibsen, un Hauptmann, un Butler Yeats o un Stephen Philippe. Son como las estrellas solitarias lejos del horizonte de la multitud.

Editores, empresarios de teatros y críticos no exigen las cualidades superlativas en la creación del arte, sino que se preguntan: ¿tendrán mucha venta, ¿será del paladar del público? Y este paladar es como una hornalla: engulle todo lo que no necesita masticación mental. De ahí que lo mediocre, lo vulgar, el lugar común representan la *obra maestra literaria* más en boga.

¿Es necesario que digamos que referente a las bellas artes hemos de encontrarnos con lo mismo? No hay más que emprender una jira por nuestros parques para percatarnos de la fealdad, de la horrible vulgaridad de nuestros artefactos artísticos, en forma de estatuas y monumentos. Ciertamente, sólo el gusto de las mayorías pueden tolerar semejante ultraje a la belleza. Falsa en su concepción y mezquina, ñoña en la ejecución la estatuaria que infesta las ciudades norteamericanas tiene tanta relación con el arte como una confitura de mazapán con la escultura de Miguel Angel. El talento artístico, que no se somete a estas preestablecidas normas de la mentalidad común del público, deseando dar el fruto más original de su temperamento y luchando para ser fiel, sincero, veraz con la realidad, tratando de ver con sus ojos, será condenado a conducir una obscura y miserable existencia. Su obra algún día se podrá convertir en el más caro capricho de la muchedumbre; pero esto no sucede hasta que la sangre de su corazón se ha vaciado para siempre; hasta que el explorador de nuevos caminos haya dejado de existir y el tropel de la plebe miope haya extinguido la herencia legada por el maestro.

Se dice que el artista de la actualidad no puede darnos verdaderas creaciones, porque, lo mismo que Prometeo, se halla encadenado a la roca de las necesidades económicas. Esto puede ser verdad para todas las épocas. Miguel Angel dependía de su señor — los Medici — como los pintores y los escultores de nuestro tiempo, excepto que los entendidos de arte de entonces se hallaban bastante distantes de la entendida multitud de ahora. Estos se sentían honrados y felices de que el artista se dedicase todo el tiempo que deseara a cincelarles una urna, un cáliz, supongamos.

El supuesto mecenas de nuestros días no posee otro criterio que el valor material de una obra de arte: el dólar. En nada le atañe la calidad intrínseca de grandes obras y sí la cantidad de dólares que importa su venta. El financista de *Les Affaires sont les Affaires*, dice respecto a varias *manchas*, paisajes al óleo: "Vea qué bueno es; me cuesta cincuenta mil francos". Igualito que nuestros advenedizos. Las fabulosas sumas pagadas por las grandes obras que descubre revela con elocuencia la pobreza, la vulgaridad de su gusto, de su concepto artístico.

El más imperdonable pecado para la sociedad es la independencia intelectual. Si esto resalta más en un país cuyo símbolo es la democracia, también evidencia cuán grande es el poder de las mayorías.

Wendel Phillips dijo, hace cincuenta años: "En nuestro país de absoluta igualdad democrática, la opinión pública no es sólo omnipotente, sino omnipresente. No hay un refugio a donde no llegue esta tiranía, no hay escondrijo donde no nos alcance; y el resultado es este: se empuña la linterna del griego famoso y se va en busca de un centenar de norteamericanos, y entre ellos no se encontrará uno que no tenga algo que ganar o perder por parte de la buena opinión que sustentaran los que los rodean, ya sea acerca de sus ambiciones, de su vida social y de sus negocios. La consecuencia se resume en que nosotros, en vez de constituir una masa de verdaderas individualidades, no somos más que seres que, al temernos mutuamente, escondemos nuestras propias y más íntimas convicciones; como nación comparada a otra nación, somos solamente un atajo de cobardes. Con más intensidad que otros pueblos, experimentamos un miedo cerval de unos hacia los otros. Evidentemente, en nada cambiaron las condiciones que le sugiriera tan aguda constatación a Wendel Phillips.

Hoy, como ayer, la pública opinión es el tirano omnipresente; hoy, como entonces, las mayorías no representan más que una masa de cobardes, prestos a aceptar aquel que encarne el espejo de su pobreza mental y espiritual. Esta es la base donde se apoya el éxito sin precedentes de un hombre como Roosevelt. Entraña el peor elemento de la psicología plebeya de la masa. El político que conozca a fondo las mayorías, le importa poco de la integridad doctrinaria de los ideales. Por lo que se pirra, es la apariencia brillante y espectacular. No es el caso de que se trate de una exposición canina, el premio por el boxeo o el linchamiento de un negro, la exhibición insolente de una boda rica de algún heredero multimillonario o la acrobática elocuencia de algún ex presidente de la nación. Más feas son las contorsiones mentales, más deliciosas les resultarán a las masas. Así, Roosevelt, pobre de ideales y vulgar espiritualmente, continúa siendo el hombre de la hora.

Por otra parte, los hombres, por encima, muy por encima de estos pigmeos políticos, hombres de refinada cultura, de facultades creadoras, son reducidos violentamente al silencio, como si se tratara de personas afeminadas. Es absurdo que se quiera calificar de individualista la época presente. No es más que una amarga repetición de una idéntica fenomenología desarrollada a todo lo largo de la historia: cada esfuerzo de progreso para elevar el nivel de la vida, la ciencia, la religión, la política, la libertad económica, emanó siempre de las minorías, no de las mayorías. Hoy, como hace varios siglos, los raros, las individualidades independientes, son incomprendidas y por ende perseguidas, encarceladas, torturadas y asesinadas.

El principio de la fraternidad humana, traído por el agitador de Nazareth, pudo preservar el germen de una nueva vida, de verdad y justicia, hasta el día que fué una antorcha de luz para unos pocos.

Desde el momento que las mayorías se apropiaron de este gran principio, se convirtió en la materialización de una ritología que produjo por doquiera sufrimientos y calamidades incontables. Los ataques llevados a cabo contra la Roma papal por las colosales figuras de Huss, Calvino y Lutero fué como una irradiante aurora en la densa noche. Pero tan pronto como Lutero y Calvino se volvieron políticos y empezaron a reunir a las pequeñas potencias de la nobleza y apelaron al espíritu plebeyo de la masa, las grandes posibilidades de la Reforma fueron desviadas de su natural cauce. Ellos pudieron captarse el éxito de las mayorías, pero se comprobó una vez más que éstas no eran menos sanguinarias en las persecuciones contra el pensamiento y la razón que el monstruo del catolicismo. ¡Guay de los herejes, de la minoría, que no se plegase a los dictados de sus dogmas! Después de una constante lucha y de un tesón infinito, la mentalidad humana se ha más o menos libertado del fantasma religioso; las minorías otra vez emprendieron nuevas conquistas y las mayorías se hallan en pos de ellas, ladrándoles, gravadas por el peso muerto de las verdades que con el andar del tiempo resultaron falsas.

Políticamente, la raza humana se encontraría actualmente en una absoluta esclavitud si no fuera por los héroes que surgen de cuando en cuando: un John Bulls, Wat Tylers, Guillermo Tell y las numerosas individualidades gigantescamente libres que combatieron a pie firme contra el poder de los tiranos y de los reyes. Sin la pléyade de las mentalidades independientes, que vivían y pensaban más allá de su época, el mundo nunca hubiese sido sacudido radicalmente por esa tormentosa ola: la Revolución Francesa. Los grandes acontecimientos de la historia siempre fueron precedidos por otros más pequeños, infinitesimales. De ahí que la elocuencia enardecida de un Camilo Desmoulin fuese como el toque de trompetas ante los muros de Jericó, arrasando el emblema de las injusticias de las torturas y de los horrores de la Bastilla.

En todo período que se inaugura son los menos los portabanderas de las grandes y nuevas ideas, del esfuerzo precursor de la liberación. No es, por cierto, la masa que, al contrario de ellos, sirve de lastre y les impide moverse tanto como quisieran.

Esta verdad resalta con mucha más fuerza en Rusia que en cualquier otro país. Miles de vidas fueron las sacrificadas por ese régimen de sangre y terror, y aun no ha sido aplacado el monstruo del trono. ¿Cómo pueden suceder semejantes cosas, cómo puede darse que la cultura, las ideas, todo lo que hay de más noble en sentimientos, en emocionados ideales se encuentre sometido ese yugo de hierro. Las mayorías, las compactas mayorías, la somnolencia de las masas; el campesino ruso, después de un centenar de años de lucha, de sacrificios, de una miseria indecible, todavía cree que la cuerda que ahorca al hombre blanco, de blancas manos, le trae fortuna (los intelectuales).

En las luchas norteamericanas por la libertad las mayorías no dejaron de ser uno de los mayores obstáculos. Hasta en nuestros días las ideas de Jefferson, de Patrick Henry, de Tomás Paine son negadas y vendidas por poco precio por las mayorías. La masa no las necesita. La grandeza y el coraje de Lincoln ha sido olvidado por el hombre que creó tal escenario del panorama actual. Los verdaderos héroes santos para los negros se hallan representados por un puñado de luchadores de Boston: Lloyd Garrison, Wondell Phillips, Thoureau, Margaret Fuller y Theodoro Parker, cuya doctrina valerosa culminó en la gigantesca figura de John Brown. Su incansable espíritu batallador, su elocuencia y perseverancia fué minando el poder de los propietarios del sur. Lincoln y sus secuaces llegaron cuando la abolición ya era un hecho consumado y reconocido por casi todos.

Hará unos cincuenta años que una idea, cual rudo meteoro, hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea que iba muy lejos, enteramente revolucionaria, que lo abarcaba todo en un solo abrazo y que tuvo la suprema virtud de infundir terror en los corazones de los tiranos y hacer temblar las tiranías. Por otra parte, era ella un mensaje de alegría, de una grandiosa esperanza para los millares de desheredados. Los poseídos de estas ideas, los hombres de mentalidad más avanzada, los precursores, conocían lo abrupto del camino que deberían recorrer; y lo soportaron todo: oposición, las persecuciones y dificultades casi insuperables; pero orgullosos y sin temor alguno marchaban hacia adelante, siempre hacia adelante... Ahora esta idea se ha convertido en algo corriente, manoseado, un verdadero lugar común. Actualmente, casi todo el mundo es socialista: el hombre rico, así como la pobre víctima que explota; los que hacen las leyes, como las autoridades y el infortunado delincuente; el libre pensador, así como el perpetrador de las falsedades religiosas; la señora a la moda, así como su sirvienta. ¿Por qué no? Ahora que la verdad de hace cincuenta años se ha convertido en una mentira; ahora que se mustió, se apagó todo lo que había en ella de juvenil frescura y se le robó sus fibras más vigorosas, su fuerza revolucionaria y su ideal humanitario, ¿por qué no? Ahora no es más que una bella visión, rumorosa, de inefable poesía, sino un "plan práctico y realizable", sobre el que descansan las mayorías, ¿por qué no? La astucia

política sabe muy bien cantar las loas de la masa; dice: *"Las pobres mayorías, la harapada, la maltratada, pobre este gigante si no quisiera seguirnos a nosotros."*

¿Quién no oyó esta misma letanía varias veces y en todo tiempo? ¿Quién no se sabe de memoria este invariable estribillo en los labios de todos los políticos. Que la masa sangra por cada paso que da, que se la roba y se la explota, lo sé tanto yo como esos que mendigan votos. Pero insisto que no es ese grupo de parásitos, sino la masa la culpable de este terrible estado de cosas. Se cuelga del cuello de sus amos y ama el látigo y es la primera en gritar ¡crucificad! en el momento que una voz se levanta para protestar contra la sacrosanta autoridad y el capitalismo u otra institución igualmente caduca. Ya no existiría la autoridad y la propiedad privada si la masa estuviese dispuesta en convertirse en soldados, en policías, en carcelero y verdugo. El socialista demagogo sabe esto tan bien como yo, pero sostiene el mito de las virtudes de la mayoría, porque su verdadero sistema de vida sólo significa la perpetuación del poder autoritario. ¿Y este último cómo podría ser reconocido como algo, sin el apoyo de lo numeroso? Sí; la autoridad, la coerción y la ciega obediencia son atributos de la masa; nunca existirá en ella la libertad o el libre desenvolvimiento de la individualidad y jamás podrá nacer de su seno una sociedad libre.

No es que no me adolore con los oprimidos, con los desheredados de la tierra, ni es porque no conozco el horror, la vergonzosa e indigna vida que conduce el pueblo, que repudio las mayorías como una fuerza creadora de bondad. ¡Oh, no, no! Sino que sé demasiado, que como masa compacta jamás estuvo al lado de la justicia ni de la igualdad. Suprimió las voces humanitarias, subyugó el espíritu humano y cargó de cadenas el cuerpo. Como masa, su finalidad principal fué el de hacer de la vida una cosa uniforme, gris y monótomo, convirtiéndola en un árido desierto. Como masa será siempre la aniquiladora de la libre individualidad de la libre iniciativa y de la originalidad. Creo, por eso, en lo que dice Emerson: "La masa es grosera, mentalmente lisiada, perniciosa en lo que exige y en lo que pide, en vez de adularse, es necesario fustigarla duramente. Nada deseo concederle, sino para ejercitarse en ella para dividirla, romperla y extraer así otras tantas individualidades. ¡Las masas! Son nada más que una gran calamidad. Para nada deseo las masas, sino hombres valerosos, dignos y leales, y mujeres amables, dulces y nobles en sus instintos".

En otras palabras, la viviente verdad de un social y económico bienestar no llegará a transformarse en realidad, sino por el esfuerzo inteligente, el intrépido valor de las minorías poseedoras de una perfecta independencia mental, y no por obra y gracia de las masas.

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

Carlos Pisacane nació en Nápoles el 22 de abril del año 1818, hijo de una familia aristocrática. Desde niño se aficionó por las cosas de la guerra y fué educado en la profesión de las armas, distinguiéndose en las matemáticas. Durante cuatro años fué paje en la casa real, sin dejarse seducir por los hábitos cortesanos. En 1839 ingresó en el ejército. Sobresalió como ingeniero y en calidad de tal su fama se extendió por toda Italia. Tuvo numerosas aventuras en las guerras de aquel tiempo, recibió heridas graves y tomó una participación activa en la vida política de entonces. Después de caer Milán en poder de los austríacos, se refugió en Suiza, donde conoció a Giuseppe Mazzini, de quien fué amigo fiel y admirador, aun estando separados por sus puntos de vista sobre las cuestiones sociales. Al proclamarse la república en Roma el 25 de febrero de 1849, acudió Pisacane y expuso a Mazzini su plan de reorganización de las tropas republicanas. Mazzini propuso a la Asamblea constituyente la formación de una Comisión para las cosas de guerra, siendo Pisacane la figura saliente de esa Comisión. Roma, sin embargo, cayó y los revolucionarios tuvieron que emigrar, refugiándose muchos en Suiza, donde Mazzini asumió la dirección de la revista "Italia del Popolo" (Lausana), donde colaboró con frecuencia Pisacane. Después se fué a Londres, donde escribió el libro "Guerra combattuta in Italia negli anni 1848-49". De regreso en Italia preparó sus "Saggi storico-politici-militari sull'Italia", que no terminó; aquí expresa un pensamiento maduro, un federalismo libertario que hizo de él un grandioso precursor del socialismo anárquico. En 1856 estaba en Génova, poco después hizo algunos trabajos de ingeniería y dió lecciones de matemática, sacando apenas lo necesario para vivir. Mientras tanto germinaban en su imaginación atrevidas empresas revolucionarias contra los Borbones y contra el partido muratista. En 1857 decidió, de acuerdo con Mazzini, la expedición a Sapri, que tendría gran trascendencia. Antes de partir para esa aventura, Pisacane dictó su testamento político, un magnífico resumen de sus ideas.

Los conjurados se embarcan en el Cagliari, en alta mar obligan al capitán a ceder el comando, se apoderan de armas, y el 27 de junio desembarcan en Ponza, donde libertan a los prisioneros condenados por los tribunales borbónicos, y el 28 del mismo mes desembarcan en Sapri. La población desconfió de ellos y las tropas les persiguieron y derrotaron enteramente. Pisacane y Nicotera escaparon con 50 hombres y al llegar a Sanza la guardia urbana y una turba de hombres de los alrededores los acuchillaron. Pisacane murió en esa ocasión.

I

He podido tener en préstamo uno de los libros que, en mi pasión de bibliófilo, he buscado más en el pasado; y el poderlo tener entre las manos me ha costado un viajecito un tanto escabroso: los *Saggi Storici-Politici-Militare sull'Italia*, de Carlos Pisacane, que hasta en las más grandes bibliotecas de Italia falta o está incompleto.

Recuerdo que cuando salieron a pública subasta en Roma los libros de la biblioteca de Francesco Crispi — en la que estaba ampliamente representada la literatura revolucionaria europea — el primer volumen, el único que había, los *Saggi* de Pisacane, fué comprado por un ministerio en 300 liras; y yo, que había podido acaparar por pocos céntimos algún volumen de Proudhon, impotente para superar con otra oferta una suma tan elevada para mí, miré con envidia las manos que se llevaban aquella preciosidad bibliográfica de la revolución italiana...

Ahora he llevado a casa ese libro; y hojeo las páginas con un mayor sentido de conmoción, porque el ejemplar que puedo consultar es el mismo que fué hallado hace cerca de cincuenta años. Fué, si mal no recuerdo, hacia 1878, cuando Cafiero escribió a un amigo: "¡Eureka! he hallado los escritos de Pisacane..." Habría querido hacer una nueva edición, pero las circunstancias adversas no se lo permitieron.

Saverio Merlino publicó poco después un opusculito sobre Pisacane; y más tarde habló extensamente de él, revelando su pensamiento anarquista, Niccolo Converti, hasta que en 1894, Graziadei, Malagodi y Olivetti publicaron en Bolonia la parte más importante y aun viva de esta obra — el ensayo sobre *La Rivoluzione* — con un hermoso prefacio de Colajanni. Este volumen, agotado ahora y casi inencontrable, estuvo muy difundido entre los anarquistas y los socialistas hasta una decena de años más tarde. Ha sido vuelto a publicar por Sonzogno, de Milán, en su notable Biblioteca Universale; pero ese pequeño volumen se presenta incompleto, pues el editor lo ha cercenado, eliminándole algunas páginas, — no sé si es porque las creyó poco interesantes o demasiado revolucionarias...

El cuarto volumen — el ensayo sobre la *Organimento dell'Escrcito Italiano* — se ha vuelto a publicar por Arcangelo Ghisleri, en la Biblioteca Rara de Sandron, Palermo, con el título: "Como ordenar la nación armada" y con un prefacio de Rensi. Pero también este pequeño volumen está incompleto, habiendo Ghisleri dejado fuera las partes de carácter, diremos así, técnico, evidentemente superadas por los tiempos.

El primero y segundo volumen, en cambio, han quedado desconocidos para los más, porque no se volvieron a publicar nunca: y se podría decir que son inéditos, pues aquella primera edición fué en pocos años, no difundida, sino dispersada. Cuando era un muchacho me contaba algún compañero de los más viejos que los escritos de Pisacane no se encontraban ya porque los monárquicos y los republicanos habían competido en recogerlos de la circulación, temiendo unos el carácter demasiado despiadadamente hostil a la Casa de Saboya y otros la tendencia libertaria, socialista y antimazziniana. No sé lo que habría de verdad en todo eso.

No creo del todo inútil para los lectores el hablar un poco de esta obra, la mayor y más importante desde el punto de vista de las ideas, del noble héroe de Sapri — en espera de que algún valeroso editor quiera reeditarla, no ya en fragmentos, sino completa.

De Pisacane se ha publicado y se encuentra aún en circulación (Alberighi y Legati, Milán) un libro de notable importancia histórica sobre *La guerra combattuta in Italia negli anni* 1848-49. Podría considerarse como el complemento histórico del trabajo teórico que vino después, o bien como su introducción. El anónimo autor de los apuntes sobre la vida de Pisacane, que sirven de introducción a la primera edición de los *Saggi*, nota cómo en el libro sobre las guerras de 1848-49 Pisacane, que tuvo tanta participación en ellas, "ni siquiera registró su nombre (ejemplo raro en nuestros tiempos llenos de hombres sin méritos y fanfarrones); sin embargo, aquellos a quienes él vió en aquel tiempo y que lo conocieron, declaran en forma espontánea que de las buenas cosas llevadas a cabo por aquella Comisión, que tanto contribuyó a defender la ciudad y a mantener la gloria de las armas italianas, la parte principal de las alabanzas le corresponden a Pisacane; y a él quieren atribuir también debidamente el haber ordenado aquel hecho de armas del 30 de abril que tanto honor proporcionó al nombre italiano" (1).

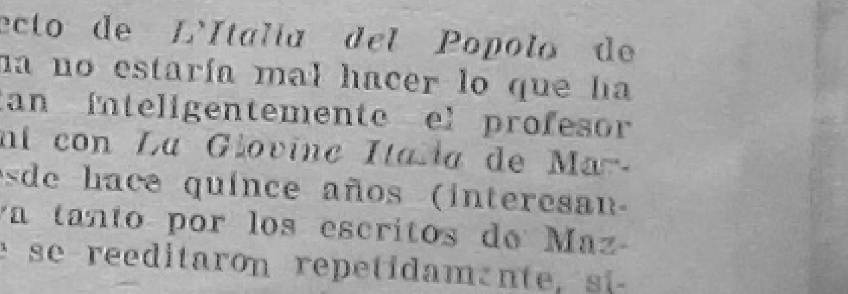
A propósito del carácter radicalmente antimazziniano de las ideas y de los escritos de Pisacane, hay un hecho que ilustra singularmente la nobleza de alma y de corazón suyos, el haber permanecido, no obstante, hasta el fin, no sólo el amigo personal de Giuseppe Mazzini, sino su colaborador hasta el último instante de su vida y hasta el extremo sacrificio. La expedición de Sapri, como se sabe, fué organizada en Génova por Mazzini y dirigida políticamente por él; Pisacane fué su ejecutor material y el jefe militar.

Magnífico ejemplo de desinterés y de abnegación para presentar a ciertos revolucionarios de nuestros tiempos, los cuales, por la más pequeña desavenencia teórica, por el más pequeño contraste táctico, se ponen contra todos y contra todo, envileciendo e injuriando a los compañeros más sinceros, volviéndose sus enemigos o casi, y haciendo imposible la ejecución práctica de cualquier iniciativa!

A propósito de la colaboración de Pisacane y Mazzini, como veo que en los apuntes que sirven de introducción a estos ensayos el anónimo autor habla de "importantes escritos que son dignos de ser más conocidos y leídos" dados por Pisacane a la revista *L'Italia del Popolo* de Laussana hacia fines de 1849 y principios de 1850, creo que sería muy útil volverlos a buscar y ver si conviene publicarlos de nuevo. No sé si uno de esos escritos es el que reeditó un círculo republicano de Roma, bastante interesante por cierto, algunos años antes de la guerra, precisamente sobre la república romana de 1849. La originalidad de las ideas y observaciones de Pisacane podría servir al menos para romper la uniformidad mazziniana de los escritos revolucionarios conocidos de aquel tiempo.

Se han vuelto a publicar, es verdad, recientemente, algunos escritos históricos de Ferrari y Cattaneo, que en las ideas se aproximan más a Pisacane; pero Pisacane se distinguía mucho también de ellos, sobre todo se substrajo a la sugestión de las cosas francesas, que especialmente sobre Ferrari ejerció una influencia no siempre buena. Efectivamenente, en el Disegno dell'Opera, que Pisacane colocaba en la introducción a sus ensayos, se expresaba así:

"Convencido que toda nación tiene el propio *ser*, la propia conciencia, que resulta de la índole del pueblo, de las tradiciones, de las condiciones presentes, de las aspiraciones a un porvenir, y que la revolución no es más que la libre manifestación de estas facultades nacionales, no transmisibles de nación a nación, como no lo son entre los hombres, se siente repugnancia por aquellos escritores que quieren conceder tal supremacía a Francia que destruyen en realidad los principios de la revolución que ellos mismos propician" (*Saggi storici*, etc., vol. I, página 1).



Respecto de *L'Italia del Popolo* de Laussana no estaría mal hacer lo que ha hecho tan inteligentemente el profesor Menghini con *La Giovine Italia* de Marsella desde hace quince años (interesante, no ya tanto por los escritos de Mazzini que se reeditaron repetidamente, si-

no por los artículos ignorados para la mayoría de otros colaboradores, como Buonarotti, Sismondi, etc. El profesor Menghini ha reeditado íntegramente los números de la *Giovine Italia*, enriqueciéndola con muchas notas bibliográficas e históricas. ¿Por qué no se podría hacer lo mismo con *L'Italia del Popolo?* Así se tendrían también los escritos menores de Pisacane, sin separarlos y reunirlos, con criterio arbitrario, sino dejados en su cuadro histórico e intelectual del tiempo.

———



Pero volvamos a nuestros "Saggi"... De los cuatro volúmenes (de formato 21 por 24 con cubierta verde obscura), los dos primeros fueron editados en Génova, como se ha dicho más arriba, por el Stabilimento Tipografico Nazionale de un tal Antonio de Barbieri, en 1858: es decir, al año siguiente del fin heroico de Pisacane y de sus compañeros. Los otros dos volúmenes, en cambio, el III y el IV, fueron publicados en 1860 en Milán, en la imprenta de Pietro Agnelli. El primer volumen es de 102 páginas, el segundo de 179, el tercero de 189 y el cuarto o último de 168 páginas. Los editores les han agregado en apéndice el "Testamento político", escrito por Pisacane en el acto de partir para la empresa de Sapri.

En el ejemplar que tengo bajo los ojos, especialmente en el primero y en el tercer volumen, hay muchos signos a lápiz, junto a los fragmentos más característicamente antidinásticos o antimazzinianos o socialistas; y en el fondo, siempre a lápiz, anotado el número de las páginas sobre Piemonte, sobre los Estados Unidos, etc. *citables* o *reproducibles*, probablemente de mano de Cafiero.

Desde el segundo volumen cada ensayo lleva en el frontispicio interno por epígrafe estas palabras de Giordano Bruno: "No temáis nadar contra la corriente; es de alma sórdida el pensar como el vulgo porque el vulgo está en mayoría".

En el primer volumen Pisacane da el "disegno dell'Opera", del cual he reproducido ya algunas palabras de la primera página. Dice que la razón principal que lo determinó a aquel trabajo fué la necesidad de formarse una convicción que después fuese norma de sus acciones y lo mantuviera siempre en los mismos propósitos. Cita como sus autores favoritos a Macchiavelli, a Vico, a Pagano y a Romagnosi, y en especial sintió esclarecida su inteligencia por los tres últimos, hasta hacerle aparecer en un ordenado conjunto lo que antes le parecía inconexo y confuso. Define su propósito así: determinar el porvenir de Italia, estudiando su pasado, y sin bastardear nuestra cercenada nacionalidad (vol. I, pág. 7).

El ensayo primero tiene por título: Cenno Storico de l'Italia — el cual resume en cinco capítulos la historia italiana desde la prehistoria y la leyenda, anteriores a los romanos, para acabar en los últimos movimientos de su tiempo (1850). La reedición de este ensayo no me parece inútil hoy mismo, aunque el progreso de los estudios históricos desde los tiempos de Romagnosi y de Sismondi hasta hoy haya modificado algunas opiniones, hecho menos atendibles algunas hipótesis, y desarrollado y hecho posibles, aun desde el punto de vista revolucionario, más numerosas consideraciones. Además, el resumen de Pisacane contiene mucho de su originalidad, especialmente a medida que se aproxima a las épocas modernas y contemporáneas. Pisacane analiza, desde los tiempos de Roma, las razones de la virtud primitiva y de la corrupción subsiguiente. Ve esas razones en lo que más tarde se llamó determinismo económico: "Son las leyes económico-sociales que todo lo absorben, que todo lo envuelven en su remolino: *el derecho ilimitado de propiedad*, o sea *el derecho de poseer más de lo necesario, mientras otros carecen de lo preciso*, fué la única razón por la que cayeron los romanos en disolución, como había ocurrido ya por la misma razón a los magnogriegos". (Vol. I, pág. 32).

Poco más adelante (pág. 33 y 34) nota que el principio de autoridad era reforzado por la creciente desigualdad económica, y que en vano aumentaban las garantías jurídicas de libertad de la plebe, bajo el impulso de ésta: tales garantías eran cada día más frustradas por el reforzamiento económico de la oligarquía dominante. Y de todo eso deriva Pisacane estas conclusiones: —

"1.—El principio sobre el cual está basado un sistema social, transforma y vuelve en su favor todas las instituciones, también las hechas para aliviar los males que resultan de un principio semejante y todas las alteraciones que, sin desarraigar ese principio, tienden a crear reparos contra él, no producen más que daños, conceden nuevas y poderosas armas al enemigo. Los males se acrecentarán infinitamente, hasta que los oprimidos se decidan a abatir aquel principio, o toda la sociedad quede destruída.

2.—La razón apta para perturbar ilimitadamente la igualdad material, en una sociedad, la llevará a la ruina; la igualdad moral, sin la material, es un absurdo, una mentira.

3.—No es ya en el modo de conceder el sufragio o en la universalidad de él en lo que consiste la libertad, sino en las instituciones dirigidas a limitar la autoridad.

4.—Si el pueblo no consigue conocer claramente lo que debe pretender, las revoluciones son infructuosas. Los poderosos se comportarán con el pueblo siempre del mismo modo: cuando se os escapa un caballo, lo volvéis a atraer con caricias; una vez en vuestro poder, le hacéis sentir el freno y las espuelas. Con tal medio han triunfado siempre y triunfarán, aunque se conozca por todos el expediente" (idem, pág. 33).

———

Naturalmente no todas las interpretaciones que Pisacane da, sucesivamente, de los hechos históricos que apunta, diré que son aceptables ahora. Pero hay algunas tan justas, tan modernas incluso ahora, que se destacan de tal modo de los lugares comunes habituales, propios también de los revolucionarios, que hacen verdaderamente precioso este primer pequeño volumen de los ensayos. Por ejemplo, escapando a la sugestión que ejerce sobre los amigos el recuerdo de las revoluciones de Arnaldo da Brescia y de Cola di Rienzo en la Roma medioeval, el autor escoge pronto el lado deficiente o casi diré infantil, para deducir la enseñanza que "el transcurrir de los siglos no reproduce nunca, en la vida de los pueblos, los tiempos pasados; como en el curso de los ríos, las aguas no vuelven nunca hacia sus manantiales: — aquel pueblo que derribada la tiranía, quiere ser nuevamente lo que fué una vez, demuestra que no está maduro para la libertad, que no es todavía digno de ella; para surgir a nueva vida, es necesario que se extinga hasta el último eco del pasado" (idem, pág. 60-61).

Según Pisacane, que comenzaba su trabajo sosteniendo que toda nación debe progresar siguiendo su tradición natural, la tradición italiana es una tradición de libertad. Después del primer infatuamiento católico, que Pisacane deplora que desde el 400 al 1.000, durante seis siglos, haya degradado al pueblo italiano a través de un camino de oprobio y de envilecimiento y una mezcolanza de corruptelas orientales y de barbario occidental, después de Carlomagno — a quien Pisacane niega toda gloria, llamándolo representante de la barbarie medioeval vestido a la romana — la civilización reinició su marcha fatal. Mientras en otras partes prevaleció la aristocracia y los feudatarios fueron poco a poco absorbidos (con el engrandecimiento de los Estados) por la monarquía, en Italia el curso de los acontecimientos fué bastante diverso: aquí la nueva mezcolanza de los bárbaros con el mundo romano y el fraccionamiento del feudalismo, acabaron haciendo prevalecer la democracia.

Después de la victoria de las Comunas sobre Barbaroja en 1176, el orgullo de los nobles encerrados en sus castillos fué eficazmente contenido. "Los privilegiados feudales desaparecieron todos y con ellos el poder y el prestigio de la nobleza; el pueblo resurgió en torno a Carroccio, que se sustituyó al pendón baronesco. Los condes de Saboya, los marqueses de Este y Monferrato, como potentados, fueron los únicos que se salvaron de aquella tempestad en que naufragaron los feudatarios; ellos, hasta fines del siglo XII, representaban el elemento bárbaro acampado en medio del resurgido pueblo italiano, representado desde el Tevere a los Alpes en más de cuarenta repúblicas" (2).

Las invasiones bárbaras habían ciertamente exterminado todo lo que de romano había sido potencia política y patriciado; pero el pueblo había resistido mucho mejor en sus *vici* y *pagi*; — tanto que a fines del siglo XII no había más bárbaros en Italia, excepción de algunos pocos feudales. "El triunfo de las comunas, fué el triunfo del elemento italiano sobre el extranjero; y así en el vasto mundo romano los italianos únicamente triunfaron sobre la barbarie y conservaron el tipo de la antigua raza" (páginas 64 y 65). Pero deshechos los feudatarios y prevaleciendo ya los intereses internos sobre los externos, también las repúblicas comunales decayeron, y antes que la antigua república romana, porque a la división de la sociedad en opulentos y mendigos se había agregado aquel individualismo, de origen bárbaro, que da a todos los actos el sello del más estrecho egoísmo. Poco a poco los nobles asumieron el predominio, siendo más poderosos con las riquezas de lo que lo habían sido un tiempo con las armas.

De donde la ruina de las libertades comunales, la descomposición de los esplendores del renacimiento, y la nueva prepotencia absoluta de los extranjeros en toda la península, durante lo cual, el pensamiento italiano, "agitado por ocultos dolores y prohibido por las tiranías, se manifestó en las abstracciones filosóficas".

Interesante es el juicio, al respecto, que Pisacane da de Macchiavelli, después de Giordano Bruno y Tommaso Campanella. El primero "fué gran ciudadano que amo a Italia, la libertad y la independencia, pero sucumbió a la influencia de los tiempos", y los más alejados de la verdad son aquellos que en su *Príncipe* han visto, como Foscolo, un medio "para mostrar a los pueblos las insidias de la tiranía". Campanella, Bruno y Vannino fueron, para Pisacane, reformadores que anticiparon la nueva vida, que indicaron el rejuvenecimiento de la sociedad. Ni la cárcel ni el ruego bastaron para sofocar el genio italiano, que un siglo después de "Giambattista Vico, siguiendo la misma filosofía, colorea el diseño sombreado de aquellos, y las leyes que regulan el destino de los pueblos no son ya un arca no" (pág. 82).

Comienzan, por consiguiente, las primeras revueltas populares, en Nápoles contra los españoles, en Génova más tarde contra los alemanes. Poco a poco un nuevo pueblo sucede al antiguo; y lo que, a pesar de la Inquisición y de la Compañía de Jesús se despierta y hace surgir de su seno una Italia que superaba, hasta en la audacia del pensamiento, a la Francia de Voltaire y de Montesquieu. Beccaría, Filangeri, Mario Pagano, Romagnosi proclaman la doctrina de la libertad de los individuos y de los pueblos. "¡Cuanto más tocaban la verdad y se aproximaban a la solución social — exclama Pisacane — aquellos sumos italianos que los extranjeros de su tiempo, cuánto más que los modernos socialistas desviados del eclecticismo!" (págs. 86-87).

La revolución francesa, la entrada de Bonaparte a Italia, las repúblicas de fines del 700, el reino itálico de los primeros años del 800 son pasados en reseña por Pisacane con vivaz agudeza. Ve un signo de la formación del sentimiento de italianidad y de libertad en los italianos, no sólo en los repentinos entusiasmos jacobinos de unos, sino también en la resistencia opuesta a los franceses por los otros, en las rebeliones contra la prepotencia francesa estalladas en gran número en aquellos años en Pavía, Verona, en Lugo, en Génova, en Nápoles, etc. Y hace suyas las palabras de Melchiore Gioia a un procónsul francés: "Los franceses prometieron mucho, no mantuvieron nada; fué vil hipocresía llamar los pueblos a la libertad y hacerlos después más siervos que antes" (pág. 93). Lenguaje parecido usaban en realidad el republicano Manthoné en Nápoles contra el general Championnet y el republicano Ugo Foscolo en Lombardía contra el general Bonaparte.

Desde aquel tiempo, advierte Pisacane, ha comenzado la historia de los modernos italianos, ansiosos de independencia y de libertad. Derrotada en 1815, la nueva Italia continuó viviendo en las conspiraciones y sociedades secretas que se multiplicaron. Graves errores motivaron las derrotas sucesivas de 1820, de 1848, etc., pero la historia de Italia, cuyas páginas "no tienen más que votos, ritos de sectas, conspiraciones, tentativas desgraciadas, martirios sin fin", afirma cada día un paso más hacia la realización de la libertad y de la independencia de la Italia unida.

"¿Seremos vencedores o vencidos?" — se pregunta (pág. 99) al acabar el primer volumen de esos ensayos, y se responde: "Sí, teniendo poco en cuenta las múltiples y dolorosas experiencias, seguimos ciegos el instinto que, por camino oblicuo, pero aparentemente el más llano, nos conducirá a los antiguos errores, la esclavitud será aún larga. Si francamente, roto todo vínculo con el pasado y con el presente, siguiéramos el camino recto, pero áspero, la victoria es segura".

Palabras grandes, que encierran una gran verdad — verdadera para toda causa de humana justicia y de liberación.

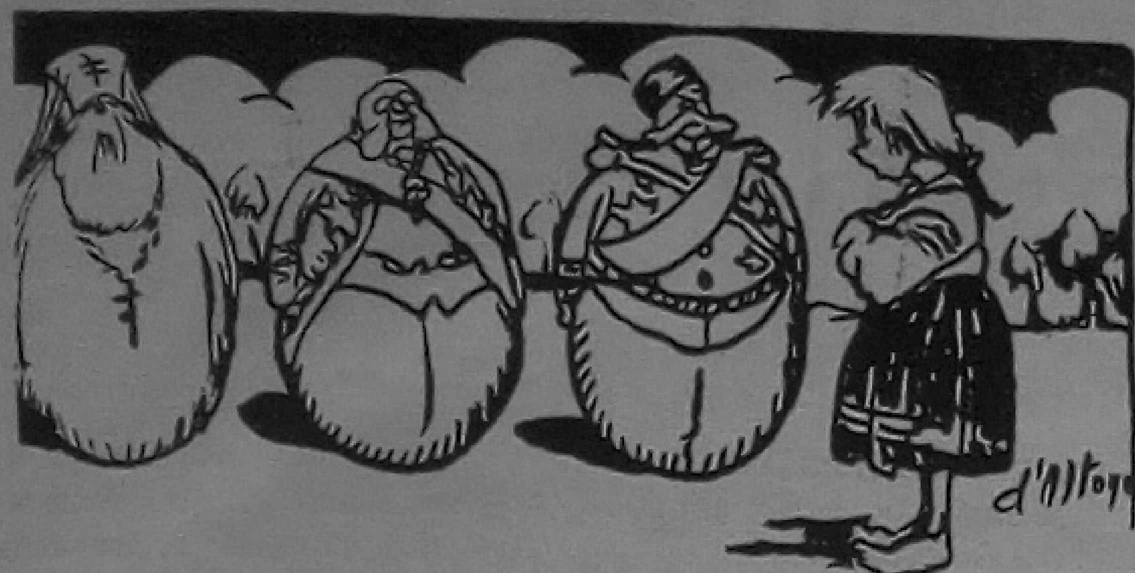
———

(1) *Carlo Pisacane, "Saggi storici", etcétera.—Establecimiento Tipográfico Nacional. Editor Antonio De Barbieri, Génova, 1858. — Vol. 1, págs. XI-XIV.*

El anónimo autor alude a la parte tomada por Pisacane en 1849, en la Comisión de las cosas de guerra de la república romana, creada a proposición de Mazzini por la Asamblea constituyente. Mazzini había tenido la idea de esa comisión después que Pisacane le expuso extensamente sus ideas sobre el modo de recoger y reordenar el ejército de la república. El hecho de armas del 30 de abril de 1849 es aquel hecho famoso en que las tropas republicanas, comandadas por Garibaldi, rechazaron por primera vez de los muros de Roma al ejército francés.

(2) *Idem, idem. — Vol I, pág. 62. — En el párrafo precedente, no habiendo hecho más que resumir los conceptos de Pisacane, me he servido en más puntos de sus mismas expresiones, como se podrá ver en las págs. 47, 52, 54, 55 y 56.*





LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

I

(*Una isba de campesinos. La pequeña Grucha, niña de 6 años, juega en un rincón. Llega el starost, recaudador de impuestos de la aldea*).

EL STAROST

¿No hay alguien aquí?

GRUCHA (*Aproximándose*)

Mamá ha ido a ordeñar la vaca y Tedna trabaja en el castillo.

EL STAROST

Bien, dirás a tu madre que el starost ha venido a visitarla. Es ya la tercera vez que vengo. ¿Entiendes?

GRUCHA

Seguro que entiendo. No soy sorda.

EL STAROST

Está bien, dirás a tu madre que si no paga el impuesto antes del domingo, me veré obligado a llevarme vuestra vaca.

GRUCHA

¡Llevar nuestra vaca! ¡Eres, pues, un ladrón! Pero no se te dejará hacerlo, ¿sabes?

EL STAROST (*Sonriendo muy divertido*)

¡Es pícara esta pequeña! ¿Cómo te llamas?

GRUCHA

Grucha.

EL STAROST

Entonces, pequeña Grucha, escúchame bien: vas a decir a tu madre que yo he venido, bien, que no soy un ladrón, estoy obligado a llevarme la vaca.

GRUCHA

¿Por qué quieres hacer eso, si no eres un ladrón?

EL STAROST

Para cobrar el impuesto.

GRUCHA

¿Qué impuesto?

EL STAROST (*Riendo muy fuerte*)

¡Es ésta una niña extraña! Se llama impuesto el dinero que el zar ordena recaudar del pueblo.

GRUCHA

¡Recaudar! ¿Y para qué?

EL STAROST

Para el zar. ¡Pardiez!

GRUCHA

¿Es, pues, tan pobre tu zar, para que tenga necesidad de recaudar el dinero de unos desgraciados como nosotros? Por otra parte eso no es verdad, el zar es rico y puede pasarse sin él.

EL STAROST (*Que se divierte cada vez más*)

Pero este dinero no le queda a él, ¡tonta! El impuesto está destinado a ser invertido para nuestras necesidades. Es con este dinero que se paga a los jefes, a los soldados y a los funcionarios. Se emplea también para pagar la educación del pueblo. Es para nosotros, te digo, para nuestro bien.

GRUCHA

No es un bien para nosotros, si se te deja llevar la vaca.

EL STAROST

Ya comprenderás cuando seas grande. Mientras tanto, es necesario que digas a tu madre que pague el impuesto antes del domingo, ¿has comprendido?

GRUCHA

¡Nunca le hablaré de tus tonterías! Tú y tu zar no tenéis más que hacer lo que os parezca. En cuanto a nosotros, se hará lo que se tenga que hacer.

EL STAROST

¡Hará un buen veneno esta pequeña! ¡Adiós, Grucha! (*Sale riendo*).

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

II

Se ha intentado ver en la famosa "interpretación materialista de la historia" un descubrimiento de la mayor trascendencia y una gloria personal de Marx y Engels. Esa interpretación consiste en atribuir los acontecimientos históricos a causas materiales, en contraposición a lo sostenido por la filosofía alemana, generalmente, hasta entonces, que consideraba las causas idealistas, metafísicas como los motores principales del devenir histórico. Con el mismo espíritu que Hegel hablaba de un supuesto factor intelectual, abstracto, así habló más tarde Marx de un factor económico, material. En uno y en otro caso prevalece una atmósfera metafísica repelente. Pierre Ramus recuerda que esa reacción anti-idealista había tenido lugar en Inglaterra muchos años antes con Bacon (1561-1626), en Francia con D'Holbach, La Mettrie y demás pensadores de los períodos precursores de la gran revolución; en Alemania fué iniciada por hombres como Feuerbach, Moleschott, Vogt, Büchner. Marx no ha hecho más que sistematizar en doctrina el factor económico como motor de la historia; no llegó a ese resultado por el camino de las ciencias naturales, sino por el de la filosofía especulativa. Eso hizo que Marx y Engels rechazasen el materialismo inspirado por las ciencias naturales, según lo exponían los filósofos naturalistas de Alemania a mediados del siglo pasado.

La teoría de la interpretación materialista de la historia consiste en que las fuerzas productivas, es decir los instrumentos, los medios técnicos y mecánicos de producción determinan las condiciones de la producción, o sea que éstas son creadas por aquéllos. Todos juntos — instrumentos y proceso productivo — constituyen la estructura económica de la sociedad (pág. 34).

Para Marx el hombre no es más que un apéndice, un accesorio de la producción; su teoría consiste en sostener que toda la evolución del proceso social, político y espiritual de la vida está ligada a la naturaleza y al grado técnico del modo de producción, o mejor dicho: que esta última provoca todo el proceso vital a su manera, según su necesidad, y lo condiciona justamente en su figura particular. Según eso la filosofía, el arte de la Grecia antigua serían explicables por el proceso productivo vigente entonces; la ideología del mundo romano habría sido creada por la vida económica de la época, etc. Ramus expone, en cambio, ejemplos de países con vida económica casi idéntica y totalmente divergentes desde el punto de vista político, social, intelectual, y viceversa.

Hay derecho a calificar de metafísica la concepción marxista, y esa metafísica consiste en desconocer el efecto natural del producto en su creador, y en declarar el producto como creador de la conciencia de su productor.

"El materialismo de Marx no tiene en realidad nada que ver con el naturalista, y en el verdadero sentido de la palabra no es tal materialismo histórico. Su materialismo histórico es una especie de teosofía materialista, que ve en la técnica y en el desarrollo de la producción fuerzas motrices, secretas, que son más fuertes que el hombre, que dominan a éste y regulan su razón, y a las cuales está sometido casi sin voluntad alguna. Marx tenía que llegar a tales sofismas por haberse servido del método dialéctico. Ese método no tiene en cuenta ninguna acumulación de hechos, ninguna inducción; se basa en la deducción de premisas abstractas aceptadas, aparentemente lógicas, y tiene que llegar necesariamente al absurdo, pues toma por exactas condiciones previas, cuya precisión habría que probar. Y como el marxismo es dialéctico, es construcción arbitraria, de ninguna manera investigación científica, ni en método ni en conocimiento. El mérito particular de Marx no consiste en la creación de una interpretación materialista de la historia, sino en su aplicación abstracta, dialéctica, sofística" (página 41).

El reproche que hacen los anarquistas a la fórmula histórica de Marx-Engels está motivado en la pretensión de excluir totalmente la razón, la inteligencia humana, subordinándola a factores de producción que obrarían por sí mismos. La evolución de la humanidad está más bien caracterizada por el dominio creciente del hombre sobre las fuerzas económicas y materiales que por la subordinación humana a esas fuerzas.

Por otra parte, parece que al fin de su vida Marx no las tenía todas consigo y no se mostraba tan fervoroso defensor del materialismo histórico; el prólogo que Engels escribió para el libro "Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado", prólogo que Engels escribió en acuerdo espiritual con Marx, señala el "lazo sexual" como el factor predominante en la estructura de la sociedad. Ahora bien, ese factor sexual es enteramente independiente de las condiciones de la producción.

Unos años más tarde, Engels, en dos cartas, de 1890 y de 1896, cartas que se publicaron en varios órganos socialdemócratas, como los "Dokumenten des Sozialmus" (Berlín, 1906), defiende opiniones bastante divergentes de su concepción primitiva del materialismo histórico.

¿Pero en realidad existe el materialismo histórico. Se continúa defendiendo como teoría por los ortodoxos del marxismo, pero prácticamente no tiene ningún valor. Ahora bien, una teoría que no halla absolutamente ninguna aplicación en la conducta de sus adeptos, que sólo sirve como ejercicio intelectual, ¿puede considerarse realmente existente?

Según nuestra opinión es la voluntad humana el factor determinante de la historia; ahora que esa voluntad es fruto de múltiples determinaciones del medio ambiente.

La obra que relaciona a Marx con el socialismo es el "Manifiesto comunista"; todos sus otros escritos pueden ser considerados como estudios de economía, políticos, etc., no como estudios u orientaciones socialistas. Pero el "Manifiesto comunista", según Ramus, que repite las afirmaciones de Varlan Tcherkesof, no es más que un plagio de un trabajo parecido del fourierista francés Víctor Considerant. En el "Manifiesto comunista", la mejor expresión del marxismo en el socialismo, menciona Ramus diversos elementos antisocialistas innegables.

Demostrar que la historia no es fruto de la lucha de clases es tarea bien fácil para cualquiera que sea un poco conocedor del pasado humano; sobre todo, no es verdad que la humanidad haya estado escindida en burgueses y proletarios y que esas dos clases hayan sido siempre antagónicas.

A todo lector atento del "Manifiesto comunista" ha tenido que llamarle la atención la especie de elogio desmesurado que allí se hace de la burguesía, considerando su advenimiento y las condiciones económicas y políticas por ella creadas como algo necesario y ventajoso para el proletariado. La gran ciudad moderna sedujo a los autores de ese Manifiesto, hasta el punto de no permitirles ver que las grandes masas trabajadoras caen en el idiotismo de que habrían sido arrancadas al ser distanciadas de la vida campesina por la ciudad.

Marx y Engels parece que no tuvieran presente más que la burguesía industrial, desconociendo que ésta no es más que un retoño de la monopolización de la tierra. "La propiedad latifundista es, en la ciudad como en el campo, el poder de que depende también la burguesía industrial" — dice Ramus. Si no hubiese monopolio de la tierra no habría en las ciudades un proletariado numeroso y, por tanto, no habría tampoco un capitalismo industrial.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Respuesta de Wm. C. Owen

El cuestionario contiene los siguientes puntos:

1.—*Sobre los problemas actuales del Anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

A esta cuestión respondo como sigue: A mi juicio, una revuelta poderosa y efectiva contra la presente reacción autoritaria puede sólo venir cuando las mentes más activas y atrevidas, desesperando ya de la ayuda, que nunca llega, de las formas existentes de gobierno, se apasionen por tomar en sus manos la dirección de sus propias vidas. Vale decir, que esto vendrá solamente cuando, consciente o inconscientemente, lleguen a saturarse con lo que es la quintaesencia del pensamiento anarquista. Unicamente los que se impregnen con sus principios serán capaces de iniciar y de llevar a feliz término el gran movimiento que emancipará a las masas; y todas las energías deberán aplicarse a la tarea de formar anarquistas verdaderos en todos los círculos y dondequiera se hallen intelectos activos e intrépidos. Los que no saben formarse una composición de lugar y los que no tienen el valor moral de asumir una actitud definida son siempre una fuente de debilidad, tal como los acontecimientos, desde el estallido de la revolución rusa, lo ha probado acabadamente. Durante años nuestro movimiento ha sido desgarrado y desunido porque miles de nuestros sedicentes camaradas imaginaron que, por algún místico arte de birlibirloque, la emancipación de los trabajadores podía ser realizada solamente por el establecimiento de una Dictadura que trataría con desdén y desprecio "el más o menos descompuesto cadáver de la Libertad". He olvidado, por el momento, si la frase apuntada fué inventada por Lenin o Mussolini, pero esto carece de importancia. Ambos consideraron que las masas deben ser gobernadas con mano de hierro y ambos recibieron su educación en el campo Socialista. Nos vemos atacados y perseguidos por los socialistas en cualquier parte donde hayan conseguido encaramarse en los sillones del poder; y, en lugar de sorprendernos e indignarnos ante esto, debemos aceptarlo como inevitable, porque el Socialismo es esencialmente autoritario — credo gubernamental que enseña de una manera consecuente que sin superintendencia y control — ejercido, por supuesto, por algunos que se declaran superiores sobre otros que son declarados inferiores — la Sociedad no puede mantenerse unida y que, si se prescinde de ellos, la humanidad se hundiría en el salvajismo. Nuestro punto de vista es enteramente opuesto a éste y me parece que del maridaje de tales oposiciones solo puede resultar la producción de híbridos estériles.

Imaginar que el Socialismo es un mojón que conduce al Anarquismo es imaginar que el despotismo dará a luz la libertad o que el olmo dará peras. En lo sucesivo deberemos luchar contra el Socialismo con más aspereza de la que hemos luchado hasta hoy y nos será dado ver que, por ambos lados, es una guerra a muerte.

Los hombres obran como piensan. Tratan de crear las condiciones que, a su parecer, les proporcionarán prosperidad y dicha; y si calculan erróneamente es porque no han estado en una situación que les permitiera pensar correctamente. ¿Qué probabilidad tiene un rey de pensar correctamente, rodeado como está, desde la cuna a la tumba, por aduladores que nunca le dicen la verdad? Y si el trabajador no puede ver más allá de la particular ocupación a la que está esclavizado se debe a que sus ojos no han tenido la oportunidad de ampliar su panorama. Si interpreta la lucha de clases meramente como un conflicto entre salarios y jornadas de trabajo, entre él y su inmediato empleador, se debe a que una estrecha enseñanza tradeunionista le ha dado esa impresión; y esto se puede remover solamente mostrándole que la lucha real es mucho más amplia, pues que se entabla entre los que, actualmente, monopolizan las fuentes de la Vida y, por este medio, del poder sobre sus prójimos y aquellos que se convierten de este modo en sus víctimas propiciatorias.

Desde el principio al fin es una cuestión de educación y me parece que caemos en el hábito más peligroso cuando atenuamos el valor educacional de la verdadera propaganda y exageramos enormemente el de los acontecimientos. Confiamos en que algo va a pasar, pero olvidamos que lo que resulte de lo acaecido dependerá de la mentalidad de aquellos a quienes le acaece. Un levantamiento entre hombres saturados de una filosofía servil de la vida terminará en Dictadura, y esto es lo que se ha verificado recientemente en muchas partes de Europa. Las masas han sido arrastradas, lo mismo por sus antiguos amos que por un amplio movimiento socialista, a creer en la autoridad; a creer en un Estado dirigido por hombres que salen de sus propias filas; a depositar su confianza en Salvadores oficiales; a no tener confianza en su propia capacidad como individuos y confiarse altruistamente en la energía, sabiduría y benevolencia del número. Esta es la más peligrosa de las enseñanzas porque gira sobre dos grandes debilidades a las que todos nosotros estamos expuestos. En nuestra cobardía moral esquivamos la responsabilidad personal y nos complacemos demasiado en desplazarla sobre otros hombres. En nuestra desidia dejamos que otros piensen y obren en nuestro beneficio.

Tenemos que sacar a las masas de su timidez y de su torpeza, y podemos hacer esto solamente despertándolas al sentido de su propia importancia y capacidad individual y al reconocimiento de su derecho de hombres. Pertrechados de esta manera emprendemos la batalla contra los Privilegios Especiales en todo lo largo de la línea. Atacamos, al mismo tiempo, la explotación de los trabajadores, la sumisión del individuo al Estado, el imperialismo militar y comercial, con su esclavizamiento y aniquilación de las naciones más débiles y todas las inexpresables brutalidades de la civilización decadente que, con excelsas máximas morales siempre a flor de labio, reconoce, en la práctica, solamente la ley de la *jungle* y reduce a un sistema científico el despojo de todo lo que cae bajo su yugo. La presente situación de la sociedad, en la que una gran porción de la humanidad es considerada por los que están en el poder como una superfluidad nociva, no puede durar indefinidamente, sino que continuará hasta que se trate de destruir con propósito firme y, sobre todo, actuación inteligente. Hay que apuntar al centro del mal. Las guerras se producen para anexar territorios; y la fábrica íntegra del Poder-Dinero se apodera del monopolio de aquellos recursos naturales que deberían utilizarse para el libre e igual uso de toda la humanidad.

La producción de las masas, hecha posible por la subdivisión del trabajo, que reduce al trabajador a la condición de un simple autómata, es el más notable aspecto de la moderna vida industrial. Como una consecuencia, esta edad caduca ha llegado al colmo en su adulación a lo *grande*. El movimiento obrero está también influído con esta insanía, y cree que puede realizar algo por la simple virtud del número. En la vida encontramos que la calidad es mucho más importante que la cantidad y, sin embargo, un determinado leader o maestro vale hoy por correligionarios sin personalidad. Sufrimos grandemente por la falta de fondos, pero tengo para mí, que sufrimos mucho más por la falta de talento; y falta de talento significa falta de trabajo rudo, honesto y consciente. La prensa obrera es pobremente ayudada porque, con honrosas excepciones, es pobremente editada. Un periódico revolucionario u obrero, siendo generalmente el "órgano oficial" de algún especial "ismo", pandilla o partido, defiende su propia causa a expensas de la verdad, hablando de victorias donde no ha habido victorias de ninguna clase y atenuando hasta el extremo, aplastantes derrotas. Esto se hace generalmente bajo la ilusión de que es necesario mantener incólume el espíritu de la colectividad afecta a las ideas, pero esta política es muy peligrosa. Tarde o temprano la verdad sale a luz, los lectores se descorazonan y, más aun, cesan de creer en el periódico y cesan de ayudarlo. Una prensa verdadera que promueve la confianza en sus lectores por sus informaciones cuidadosas; que pone en evidencia estudios enjundiosos; que analiza los acontecimientos corrientes inteligentemente y despliega por todas partes una comprensión clara y firme de principios — es lo que considero esencial para la formación de un movimiento vigoroso. No es posible hacerlo de otra manera. Sería mucho mejor si tuviéramos pocos periódicos de primera calidad que un montón de papeles que deja mucho que desear. Estamos, por supuesto, perpetuamente en necesidad de fondos, pero, con el tiempo, el talento trae ayuda, y estoy enteramente seguro que sufrimos mucho más de la falta de talento — en cuya palabra incluyo la habilidad administrativa, la iniciativa personal y los recursos generales — que de la falta de fondos. Creo que somos demasiado dados a confinar nuestras lecturas a algún particular periódico al que favorecemos, generalmente, porque representa nuestros propios puntos de vista. Como opuesto a esto, que tiende siempre al sectarismo y a la formación de fanáticos de mente estrecha, considero que deberíamos tratar, como especial punto de mira, de influir otros periódicos obreros o capitalistas; dando, en efecto, preferencia a aquellos que en la actualidad son más opuestos a nosotros. Mi propia experiencia, que abarca muchos años, atestigua que esas comunicaciones, bien razonadas y expresadas, son rara vez rechazadas, y estoy seguro, hablando otra vez de repetidas experiencias, que una inmensa propaganda puede desarrollarse por este medio. Tiene dos ventajas evidentes: primero, suministra un camino abierto a los camaradas que al presente rara vez escriben, porque creen que sería un esfuerzo carente de valor; segundo, la inesperada aparición de un artículo anarquista provoca la controversia, que es un inmenso estímulo para el pensamiento. Creo que el trabajo de esta índole podría ser organizado con poca dificultad y escaso gasto. Tenemos que afrontar el hecho de que las masas no están interesadas en la literatura revolucionaria y mientras no lo estén no pueden pensar en forma revolucionaria.

Ningún movimiento puede tener permanente fuerza a menos que, primero, haga una sencilla y conmovedora exposición de los principios verídicos de modo tan claro que hasta los más romos puedan comprenderlos; y, segundo, interesar a las masas en ellos. A mi juicio, poseemos un programa simple e ideal, porque todo el cuerpo de la doctrina anarquista se inclina a la afirmación de que buscamos poner fin a la explotación y a la situación económica que hace posible la explotación por la consecución desiguales posibilidades para todos. Esto abarca todo el campo de lucha y permite atacar por todos lados. Por este medio asaltamos al gran Dios de los Privilegios Especiales y, como Bakunin siempre insistió, el Privilegio Especial es el corruptor universal. Golpeamos en el punto central ocupado por todas las formas de gobierno, porque su invariable objeto es la obtención de excepcionales poderes que les habilitarán para oprimir a sus súbditos. Odiamos a los sacerdotes de todo pelaje porque quieren siempre imponer a los demás lo que, de acuerdo a su aserto, es la voluntad de Dios, cuyo portavoz son. Entramos en inmediato conflicto con la ley, porque ésta trata de atar a los vivos y aún a los no nacidos a las leyes, cosa para la cual nunca se pidió su consentimiento; y el legislador es siempre el defensor de los intereses creados y el defensor de las cosas tal cual son. Atacamos todas las formas del dogmatismo; y estamos obligados a atacarlas, porque nuestro objeto es hacer libres a los hombres. Esta edad se halla mortalmente enferma con la manía de proyectar construcciones sin sentido, triviales y pseudopiadosas. ¿Cómo es posible surgir a una vida social saludable sin destruir primero los impedimentos que obstaculizan el camino? ¿Cómo, por ejemplo, pueden llegar a ser los hombres económicamente libres hasta tanto la tierra, de cuyas fuentes naturales depende toda la vida, siga siendo el dominio de unos pocos? Somos esencialmente destructores, primero y ante todo, porque nuestro propósito es suprimir el Privilegio Especial y dar a todos iguales probabilidades; pero no soy tan inocente como para creer que atraeremos a las masas a nuestra manera de pensar con exponerles claramente lo que acabamos de decir. Tenemos que ir a buscarles en sus diferentes campos de acción y explicar a los hombres ocupados en muy diferentes ocupaciones cómo los Privilegios Especiales, gozados por una minoría de parásitos, reduce todo lo que se halla en torno a su radio de influencia a la pobreza, y lo mantiene en ella. No creo

---

Una gran contradicción de Marx y Engels consiste en fomentar por una parte la constitución del proletariado en clase dominante y por otra en hacer resaltar que el factor económico es el motor determinante de la historia. Nosotros no podríamos armonizar esos extremos.

Y poner de relieve lo que significa el Estado, aunque sea proletario, tampoco exige un gran esfuerzo, sobre todo después del ejemplo dado por la revolución rusa. Ramus zahiere en palabras ardientes esa mentira de la liberación de la humanidad por el Estado.

También es claro que la clase media no se disuelve, ni el proletariado forma una clase única frente al puñado de explotadores y dominadores. Hasta se podría decir que hay una clase intermedia mucho más numerosa hoy que antes y que el proletariado está más lejos que nunca de formar una unidad como tal. ¿Es necesario advertir igualmente que el marxismo no tiene nada que ver con el comunismo, porque reduce toda su revolución, en teoría — en la práctica hace menos aun — a conferir al Estado la propiedad de la tierra y de los instrumentos de trabajo?

"Mucho de lo que se sostenía en el "Manifiesto comunista" se ha realizado en el sentido y el interés *del* capitalismo, se ha llevado a la práctica en el bolchevismo, sólo que no en bien del proletariado, como lo habían anunciado Marx y Engels. En cambio, gran parte se ha evidenciado hace mucho como absurdo" (página 92).

A la luz de las nuevas experiencias, el famoso "Manifiesto comunista", el más alto exponente del socialismo de Marx y Engels, se nos presenta como un pobre parto de los montes, lleno de contradicciones y de absurdos irreconciliables. Sus premisas fundamentales han sido superadas o declaradas enteramente falsas.

...más eficaz la aglomeración de los anarquistas en un lugar dado con el propósito de trabajar para sí mismos. A mi juicio, deben dispersarse; y el propagandista ideal es aquel que puede sostener una discusión con hombres de todas las clases. Debemos asistir a toda clase de mitines, ser capaces de plantear cuestiones inteligentemente y dominar el debate. En este país hay infinidad de posibilidades para desarrollar la actividad de que hablamos, pero para utilizarlas ¿...?

Es necesario un conocimiento exacto y una firme comprensión de los hechos. Para este trabajo, así como para toda labor literaria, no deben usarse palabras que carezcan de sentido o sean vagas. Las masas a quienes se aburre con ideas confusas no prestan atención, pero siempre responden a las amplias, humanitarias verdades, aunque también necesitan que se les muestre cómo éstas pueden ponerse en práctica. Creo que los anarquistas tenemos que explicar cómo nos proponemos asegurar a cada uno y a todos los individuos el IGUAL goce de las posibilidades naturales y yo mismo me adhiero al método ideado por Herbert Spencer según el cual nos uniríamos todos los propietarios y todos los arrendatarios de las haciendas unidas — nuestra madre tierra — pagando al fondo común lo que pudiera valer el privilegio de ocupar una parcela de tierra de excepcional valor. Me parece que este es el método que un ilustre cuerpo de hombres, que se encuentra en posesión de un continente virgen, adoptaría naturalmente. Fué defendido y explicado con gran lucidez, por ser el corolario necesario a la ley de la igual libertad, por una de las mentes científicas más penetrantes que Inglaterra ha producido, y es necesario recordar que Spencer odiaba el Estado y lo combatió con extraordinario ingenio a través de toda su carrera. Nadie ha mostrado con más claridad que es hijo del militarismo y que está saturado con la bárbara mentalidad de la coerción y la invasión. Nadie ha mostrado más definitivamente que partimos del salvajismo y avanzamos hacia la civilización en la proporción en que abandonamos el Estado coercitivo y lo substituimos por el convenio voluntario de los hombres libres. Aunque he conocido a anarquistas eminentes que consideraban que el sistema de enfitéusis de la tierra preconizado por Herbert Spencer haría omnipotente al Estado. A mi juicio, reducirá al Estado a la impotencia y estoy seguro que todas las formas del Privilegio Especial se opondrían por todos los medios a su adopción. De cualquier manera el movimiento anarquista tendrá que convencer a las masas que las invita a una lucha por algo realmente valioso, a saber, su herencia natural, la Tierra, y de todo lo que necesitan para vivir. Debe ser capaz de convencerlos que por ese medio llegarán a obtener un goce pleno e igual de los prácticamente inextinguibles recursos de la civilización que, gracias a los descubrimientos hechos por la ciencia, está ahora recién en el primer peldaño de su productividad, y que de ese igual goce nadie que quiera contribuir con su grano de arena a la común riqueza de trabajo necesario, será excluído. Debemos sacar nuestras propias cabezas, y las de las masas, fuera de las nubes e inclinarlas hacia la tierra, bajo nuestros pies y, por mi parte, estoy enteramente de acuerdo con Tolstoi que declaraba, años atrás, que el problema de la tierra está ahora tan maduro para la colonización como lo estuvo el del *chattel slavery* en Estados Unidos hace tres cuartos de siglo. Más aun, es la expulsión de la clase parásita de la tierra y la ocupación de la misma por los actuales cultivadores lo que dió a la revolución rusa su real valor. De todos modos, la libertad económica es imposible mientras las masas se encuentren obstaculizadas en el acceso al almacén de la naturaleza.

El pensamiento claro me parece el primer requisito para hacer surgir un movimiento anarquista vigoroso, porque una agitación mental híbrida no puede ser eficaz. Así hay que plantear la acción; y esto que será al principio un penoso esfuerzo, pronto se convertirá en pasión absorbente, en cuanto nuevos horizontes surjan y la magnificencia de la lucha se presente a la vista. No tengo un plan ideado para la regeneración de la raza. En efecto, detesto las Utopías, considerándolas como tentativa para dictar el futuro y por consiguiente expuestas al fracaso. La humanidad debe trabajar su propia vida y todo lo que tenemos derecho a pedir, y todo lo que pedimos, es que cada uno tenga una igual probabilidad de hacer eso. Por lo demás, concibo que esta lucha se entabla, en el fondo, entre la ciencia, cuya misión es establecer las realidades y las ilusiones que hemos heredado de un pasado que se debatía en la superstición, la credulidad y la sumisión a la Autoridad — todas ellas hijas de la ignorancia, y es evidente que la ignorancia engendra la timidez mental y la cobardía moral. El anarquismo debe aliarse con la ciencia y combatir la ignorancia y la superstición, si quiere ser vigoroso. Debe concentrarse en realidades porque en el terrífico conflicto que se va a producir para suprimir la esclavitud, las ilusiones serán dispersadas a los cuatro vientos y solo las realidades pueden tener esperanzas de sobrevivir.

Los hombres se sacrificarán a sí mismos por lo que apasionadamente desean y no tendrán ninguna pasión por la libertad hasta que no lleguen a comprender que ella, y solo ella, puede darles lo que necesitan. Cuando, por fin, se convenzan, irán a través del agua y del fuego para obtenerla, pero si permanecen no convencidos continuarán inmolándose en los altares de sus antiguos dioses. Lo que tenemos que hacer es ver que la simiente que desparramamos sea sana y esparcirla con mano pródiga. En cuanto a saber dónde y cuándo brotará, esto no debe preocuparnos.

2.—La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

A mi juicio, la anarquía es esencialmente iconoclasta y, por consiguiente, revolucionaria. Su única mira debe ser destruir la mentalidad bárbara y las instituciones bárbaras para que la civilización que en realidad merezca este nombre pueda nacer.

3.—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

El anarquismo trata de suprimir el proletariado; con la condición de ser desheredado. Eventualmente, sin duda, los hombres de toda clase trabajarán por la realización de tal objetivo, porque aun hoy día hay hombres en todos los planos de la vida que están convencidos que nuestro sistema actual está sentenciado. Por mi parte, creo que el proletariado intelectual conducirá la lucha como la ha conducido en el pasado. Sufren con más agudeza y sienten con más claridad de lo que siente el ordinario proletariado industrial que generalmente es presa todavía del culto a los jefes.

4.—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

Edúquese al niño en una atmósfera de libertad y el hábito se convertirá en él en una segunda naturaleza. Nada es más fuerte que el hábito. Bajo las presentes condiciones este consejo es difícil de seguir, pero todos podemos seguirlo en la medida de lo posible.

5.—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y en Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

No es el Arte el que tiene que crear el medio para el Anarquismo, sino el Anarquismo el que debe crear el medio para el Arte. El Arte es un espejo que refleja el espíritu de la época.

6.—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente.

Deseo que el trabajador ordinario tenga mil veces más personalidad de la que despliega en el presente, porque en el presente cree, como una regla, que puede moverse solamente cuando su organización o partido se mueve y sigue el cencerro de su jefe con la ceguedad con que lo hace el carnero.

7.—¿Cuál es el valor de la tradición, y en qué medida debe seguírsela?

Con la tradición debe hacerse lo mismo que con toda investigación o experimento: exigirse la prueba; y ésta hay que confrontarla con la realidad para saber si es verdadera o falsa. Muchas cosas, aprendidas por la raza en el transcurso de largos siglos, son verdaderas y no deben desecharse. Por otra parte, la atmósfera mental está hoy día saturada con toda clase de ideas nuevas que son meramente snobismos, acogidas por el ocioso como novedades, aunque frecuentemente son inventadas por personas que esperan adquirir una reputación de originalidad o hacer dinero con ellas. Decididamente es un disparate hacer esto, ya que no por ser nueva una cosa ha de ser verdad.

8.—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿podrían los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Mi parecer es que la Biblia puede ser leída sin peligro, y aun con provecho, siempre que se comprenda claramente que no es más que un mero fragmento de la primitiva historia judía y un compendio de literatura judía. Los judíos, hoy día un grande e inteligente pueblo, fueron, como el resto de nosotros, originalmente una simple tribu salvaje que inevitablemente creó la clase de dioses que los salvajes siempre crearon. Su rápido progreso, especialmente evidenciado por las escrituras de los Profetas, que fueron proletarios agitadores de su época, me ha parecido siempre muy digno de estudiarse. Más aun, creo que el ori-

---

MAX NETTLAU (3)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

...en favor del arrivismo electoral, degradándolo a la categoría de política de campanario.

Sin embargo hay que suponer que esos círculos de las Bolsas del trabajo eran los que estaban *relativamente* más distanciados de la política electoral y los que se conservaban espiritualmente más alertas por el contacto cotidiano con la vida económica de su ciudad: así formó luego ese ambiente las capacidades del joven Fernand Pelloutier, o bien lo atrajo singularmente, según su disposición; en una palabra, esas Bolsas del Trabajo o Cámaras del Trabajo, se convirtieron desde 1892 aproximadamente en el campo principal de su actividad.

Hay que mencionar aún que en la década 1880-90 los verdaderos anarquistas en la lucha económica de los trabajadores dieron ejemplos de iniciativa y de abnegación — como Louise Michel, Pouget y otros, cuando fueron los primeros en mostrar el camino de las panaderías a los desocupados hambrientos de París—, así nuevamente Louise Michel, Pierre Martín y otros el 1.° de mayo de 1890 en Vienne (Isére); Tortelier habló extensamente por la huelga general y defendió la lucha puramente económica en conferencias obreras internacionales. Hubo algún sindicato anarquista, pequeño, pero siempre dispuesto a la acción, combativo, — así el grupo de carpinteros de buena memoria a que pertenecía Lucien Guérineau, que publicó diversas veces también un pequeño periódico de combate *Le Pot á Colle* (El puchero de la cola) en 1891-2, 1898-9; en 1901. Así tenía también el grupo anarquista de zapateros, *Le Riflard* (1891) y el grupo de los tipógrafos, Le Cri typographique (1891-92). Sobre esos grupos pesaba poco el lastre de la organización, no sé si tenían siempre extensos estatutos, y eran pobrísimos; pero tenían buen ánimo, se componían de gentes de mano firme y eran el terror de los patrones de su comarca. Apenas habría algo de lo que más tarde se cacareó tanto y se sistematizó como *acción directa, sabotaje*, etc., que no lo pusieran en práctica esos pequeños grupos y en general los anarquistas franceses de entonces sin usar tantas palabras. Sin embargo, esa acción no se desarrollaba, en general, de manera alguna, en una base tan estrecha y unilateral; tenía hombres como Eliseo Reclús, luminarias de la ciencia, tenía escritores importantes y artistas, muchas simpatías de la juventud estudiosa, e igualmente gentes que ofrendaban su vida por su convicción y subían al cadalso y morían impávidamente, como Vaillant y otros.

También ese ambiente atrajo a Fernand Pelloutier, pues se hizo anarquista.

Estas son, pues, según mi opinión, las condiciones aproximadas de la época en que comienza la actividad de Pelloutier, que desde 1892 se conoce exactamente.

II

El que se quiera informar realmente y crearse un juicio propio debe acudir por sí mismo siempre a las fuentes, y en lo que precede no fué absolutamente mi propósito el resumir la exposición propia dada por Pelloutier de la prehistoria de su actividad, sino sólo introducir un poco al lector en todo su ambiente. Para la comprensión efectiva es ineludible su obra póstuma, *Histoire des Bourses du Travail*, con un prólogo de Georges Sorel y una biografía por Víctor Dave, 1902, París(Schleicher fréres, XX, 232 págs.). El hermano de Pelloutier, Maurice, preparó esa edición, cuya aparición no fué fácil, pues, como veo por una serie de cartas de Maurice a Víctor Dave (1901-2), una circular de suscripción a la obra no dió al principio más que 115 suscriptores (90 recogidos por Georges Ivetot, el mejor amigo de Fernand entre los sindicalistas, y 25 recogidos por Maurice); con 141 ejemplares, que representaban 332 francos 50 céntimos, consideraba Maurice en octubre de 1901 alcanzado el número accesible. Pero cuando apareció la obra causó una importante impresión y fué tenida entonces como un libro clásico de la literatura sindicalista. V. Dave escribió además una pequeña biografía esmerada, basándose en los datos exactos comunicados por Maurice, que apareció en la conocida serie *Portraits d'hier*, el contrapeso de los *Hommes du Jour*, en octubre de 1909 (N.° 14; 32 págs.). Georges Yvetot, que habría estado dispuesto también a escribir esa biografía, dedicó luego a Pelloutier un largo artículo rememorativo en la revista de Monatte, *La Vie ouvriére*, N.° 40 y 41 (primavera de 1911). Observa allí que los viejos escritos dispersos de Pelloutier que muestran su evolución — de radical burgués a político socialista, luego al socialismo económico, al sindicalismo, deberían ser recogidos como material instructivo para el proceso de tal evolución — un buen estímulo que incita en general a un estudio de conjunto de tales evoluciones, que encontramos en todos los países en hombres muy meritorios, como F. Domela Nieuwenhuis, de la iglesia y la socialdemocracia al ateismo y al anarquismo, y en muchos otros. Habría que examinar también el material contrario, la evolución de algunos sindicalistas y anarquistas de un tiempo hacia la política autoritaria — y se adquiriría alguna impresión en el proceso de tales conversiones, sus causas espirituales y a menudo muy materiales, etc., y algunos podrían aprender en tal experiencia.

¿Quién era Fernand Pelloutier? El consiguió lo que — si pasamos por alto algunos precursores, cuyos planes y talento eran grandes, pero cuyas posibilidades de acción eran demasiado restringidas y que sucumbieron en su lucha, Flora Tristán, Pauline Rolland, Proudhon, Eu-

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

La recaudación de impuestos crea indirectamente nuevos explotadores. El gobierno exigía de la población los impuestos impuestos era imposible, porque a los tos impuestos era imposible porque los que no pagaban se les torturaba, mataba y sus bienes se confiscaban. Los que pagaban se arruinaban. Entonces los más astutos, los que supieron eludir el pago de los impuestos — hombres por lo general allegados al gobierno—hacían trabajar a los productores arruinados en su beneficio, haciéndose pasar por los organizadores de la obra que realizaban otros. Los obreros se dedicaban a la producción de tal o cual objeto de acuerdo a sus capacidades técnicas, a las necesidades del consumo, etc.; los patrones y sus acólitos disfrutaban los frutos de este trabajo y se atribuían a sí mismos los méritos de la invención, elaboración y producción de dichos objetos.

En la acumulación primitiva de capitales desempeñó un papel importante la explotación de esclavos, de la tierra y de sus entrañas. También contribuyó grandemente a ello la renta, por el arriendo de la tierra usurpada.

La usura bajo todos sus aspectos, ha creado y crea capitalistas nuevos. La antigua manufactura proporcionó medios de enriquecimientos a algunos de los capitalistas modernos.

Muchos son los medios de los que se valen gobernantes y capitalistas para mantener en la pobreza a las masas trabajadoras y enriquecerse a su costa. Los impuestos, para cuyo cobro los gobernantes despojan al pueblo productor y consumidor, superaron en los tiempos modernos, por sus proporciones, a todas las formas del despojo antiguo, coadyuvando a mantener los capitales antiguos y creando capitales nuevos.

Mencionaremos a propósito algunas citas interesantes. "Los nueve décimos de las fortunas colosales que vemos en los Estados Unidos, deben su origen — dice Henri George en su libro "Problemas sociales" — a alguna estafa de importancia hecha con la ayuda del gobierno. En Europa, en nuestras monarquías y repúblicas, nueve décimos de las fortunas tienen el mismo origen. "Este es el único medio de hacerse millonario" — dice P. Kropotkin (1). "El derecho de propiedad — decía León Tolstoy — se considera un derecho sagrado y se justifica por el hecho que la propiedad es fruto de la sobriedad y de la laboriosidad útil a los hombres. Basta, empero, investigar el origen de todas las fortunas considerables para convencerse de lo contrario. Las fortunas surgen siempre de la violencia — que es lo más común — o de la avaricia, o de una gran estafa, o del engaño crónico, como el que practican los comerciantes. Cuanto más moral sea el hombre, tanta mayor seguridad hay de que pierda la fortuna que posee; y tanta más fortuna adquiere y la aumenta el que es más inmoral e inescrupuloso. La sabiduría popular dice: "De trabajos justos nadie adquirirá palacios de piedra", y que "del trabajo no te harás rico, sino jorobado". Así era en la antigüedad y mucho más lo es ahora, en que la distribución de las riquezas se efectúa desde hace mucho del modo más injusto. Aunque se admitiera que en la sociedad primitiva podía el hombre más sobrio y laborioso adquirir más que el derrochador y perezoso, nada de eso se puede admitir en la sociedad actual. Por más sobrio y laborioso que sea el trabajador que labra la tierra ajena, que compra los objetos que necesita al precio que estipulan sus poseedores y que trabaja con máquinas e instrumentos de otros y para los demás, este trabajador nunca adquirirá riquezas. En cambio, el hombre ocioso y derrochador, como vemos a diario, que en vez de trabajar se arrima al gobierno, a los ricos, se dedica a la usura, a la explotación fabril, a la trata de blancas, al comercio de alcoholes, se enriquece rápidamente.

XXIII

Hay obreros que creen que la situación de las masas trabajadoras mejoraría si los socialistas se apoderaran del gobierno y, proclamando los medios de producción propiedad del Estado, organizaran la producción y distribuyeran los productos entre los miembros del nuevo Estado.

La vida nos ha demostrado hasta ahora y demostrará en adelante la incapacidad de los gobernantes de organizar algo. Lo que hicieron y lo que hacen los gobiernos de todos los tiempos y de todos los países es obra de destrucción y de desorganización. Hay quien dice que a su tiempo aparecerán los organizadores del gobierno socialista. Estos aparecerán cuando la técnica adquiera un desarrollo tal, que los organizadores modernos sean impotentes para dirigirla. La evolución económica lleva la sociedad hacia el socialismo. Cuando los capitales se concentren más de lo que están ahora, en manos de unos pocos, cuando la producción capitalista se estrelle contra la escasez crónica de mercados y las ganancias disminuyan considerablemente, entonces aparecerán los dirigentes socialistas y lo organizarán todo sobre bases nuevas. No se indica con precisión la hora fija de esta transformación.

Todo este proceso es natural, lógico, fatal, progresivo. La sociedad humana como tal necesita organizadores y está condenada eternamente a estar dividida en organizadores y organizados.

Si ello es así, si es un proceso progresivo, no cabe en él una gran revolución que junto con el poder del capital destruya también el poder del gobierno. No se puede hacer la revolución para derrocar a los organizadores. Son únicamente posibles revoluciones pequeñas para sustituir a los organizadores incapaces de dominar la técnica del momento, por otros organizadores más aptos. Se puede por una pequeña revolución, cambiar los gobiernos, substituir, en un momento propicio, un régimen, por ejemplo, el de la esclavitud, por otro cuyos dirigentes sean terratenientes, o capitalistas. Se puede a su vez sustituir a éstos por funcionarios, hasta se puede prescindir de toda revolución, pero no se puede prescindir de la "dirección" de hombres por hombres, excluir a los gobernantes de la sociedad.

Algunos socialistas y comunistas de Estado creen que un grupo de hombres que se apodere del gobierno y por la fuerza empiece a reconstruir el orden social al estilo socialista, logrará el objeto propuesto, pudiendo iniciar su actividad en cualquier momento del desarrollo del capitalismo.

Estos hombres no son portadores de una idea de progreso social, sino sencillamente creyentes en el poder de los llamados "organizadores".

XXIV

De un modo muy distinto interpretan la historia de la humanidad los anarquistas-comunistas. La disgregación de las comunas libres inicióse, no desde el momento en que aparecieron los "organizadores" necesarios a la sociedad desde que la técnica ha cambiado, sino desde que surgieron los conquistadores guerreros, cuya actividad tenía un carácter netamente desorganizador.

Cada conjunto de hombres organizóse de por sí, con la ayuda del medio que le rodeaba y de cada uno de sus componentes. La nueva técnica apareció recién cuando este conjunto de hombres fué capaz de crearlas y de aplicarlas. Para emplear la nueva técnica no hubo necesidad de organizadores. Más aún; una nueva técnica no podía surgir en una sociedad cuyos miembros no fueron capaces de aplicarla.

Y si el conjunto de hombres que forman una sociedad dada no puede adoptar una técnica determinada, no hay "organizador" capaz de enseñárselo. Ningún organizador hará que monos aren la tierra, ni que un salvaje maneje una complicada máquina moderna. Y únicamente el prejuicio teológico que inculcó en los hombres la creencia en el Gran Arquitecto — organizador del universo — hace que éstos conserven la fe en los organizadores de la sociedad humana.

La aparición de los conquistadores por la violencia, y de sus sucesores — caciques, caudillos, jefes, sacerdotes, dueños de esclavos, barones feudales, terratenientes, capitalistas, gobernantes etc. — que se apoyaban todos en los institutos de la violencia, impidió a la sociedad organizarse del modo más ventajoso, detuvo su progreso. Todos estos no organizaron ni la producción ni ninguna otra rama de la actividad social. Lo único que organizaron, y a las mil maravillas, fué la usurpación, la violencia y sus instituciones.

(1) *Sobre el papel del Estado en el proceso de la acumulación primitiva y moderna de los capitales, véase la obra de P. Kropotkin "La ciencia moderna y la anarquía".*

---

gen de las grandes religiones debe ser estudiado con cuidado. Sus fundadores sabían cómo encarar la propaganda. Opino que el arraigo y la maravillosa influencia ejercida durante siglos por los dichos atribuídos a Cristo es debida a su simplicidad y a su belleza. Su persistencia a través de tantos siglos es un espléndido testimonio del poder del estilo.

Londres, octubre de 1926.

---

géne Varlin — no había conseguido nadie: libertar grandes masas obreras de la hipnosis política y agruparlas para la lucha económica efectiva. Por sí mismo no se hace algo de esa naturaleza; los numerosos sindicatos existentes eran siempre una masa sin voluntad, que aprovechó éste o aquel político o un socialista desinteresado de alguna estrecha escuela temporalmente para sus fines y luego la volvió a dejar. Hacía falta una fuerza rara, enteramente propia, una fuerza que se dedicase solamente a esa misión, desinteresadamente, consciente de su finalidad, de amplia mirada, teóricamente indomable y sin embargo prácticamente a la altura de las incontables dificultades cotidianas, para despertar finalmente a las masas obreras de que se abusó políticamente tanto, y que fueron siempre burladas, a la conciencia de su propia fuerza; a esas masas apenas arrancadas a la iglesia y a los políticos burgueses y caídas de inmediato en las garras de los políticos socialistas ambiciosos, a fin de agruparlas por fin para sus propios objetivos. Es de interés considerar de cerca al hombre que, el primero, consiguió eso.

Una familia valdense del siglo XV residente en Piemonte, — cuyos precursores eran, pues, "herejes" valdenses escapados de Francia y refugiados en los valles sudalpinos, — después de haberse adherido al protestantismo es forzada en el siglo XVII a huis de Piemonte a Lyon y nuevamente de Francia a Alemania, a Leipzig, luego a Berlín, donde vive más de medio siglo, hasta que a mediados del siglo XVIII una rama de la misma se va a residir a Nantes, la ciudad portuaria del Este de Francia. Eran gentes que se manifestaban fuertemente por sus convicciones, aunque también éstas se desarrollaron algunas veces muy diversamente. El abuelo de Fernad, nacido en 1808, era un republicano militante, que editó en el sur de Francia periódicos sobresalientes de esa tendencia, mientras que uno de sus tíos era realista militante y conspirador. El padre de Pelloutier — éste mismo nació en Nantes el 1 de octubre de 1867 — no sobresalió y fué empleado de gobierno en las oficinas postales; hizo educar a su hijo en un internado dirigido por los jesuitas en la proximidad de Saint Nazaire, una pequeña ciudad portuaria, — un establecimiento, según parece, muy descuidado, en donde el niño, ya débil, adquirió el germen de su enfermedad mortal, la tuberculosis laríngea. Se sabe, por ejemplo, por el *Sebastián Roch* de Octave Mirbeau, cuán desconsolada es la vida en esos internados. El joven Pelloutier, que escapó en vano dos veces, fué finalmente alejado cuando se le encontró una poesía satírica anticlerical, y su carácter indisciplinado pareció indeseable a los jesuítas como "mal ejemplo". Luego concurrió al colegio urbano de Saint Nazaire.

En Saint Nazaire se piensa en Arístides Briand, que habitaba allí, y realmente entraron en contacto temporalmente su camino siempre ambicioso y el camino siempre desinteresado del joven Pelloutier (1885); Briand aprovechaba toda ocasión para ponerse a la cabeza como candidato y Pelloutier, que apoyaba todas las aspiraciones republicano-radicales lo mismo que el anticlericalismo, apoyó a Briand, el cual se dejó llevar a la altura por esas corrientes; pero en 1889 no triunfó todavía como candidato. Pelloutier escribió en grandes periódicos y fundó pequeñas publicaciones, escribió también una novela muy anticlerical; pero su salud se quebrantó, su rostro es desfigurado por el *lupus* tuberculoso; intenta en vano ocuparse como labrador en una aldea y fortificarse en su salud; vuelve en 1892 a Saint Nazaire sin haber sanado.

Entretanto se había vuelto socialista y precisamente guesdista, hasta fundó en 1892 la sección de ese partido obrero socialista en Saint Nazaire. Es su delegado al congreso del partido en Tours (septiembre de 1892); allí presentó en nombre de las *Bolsas del trabajo* de Saint Nazaire y de Nantes un informe sobre la *huelga general*, que fué aceptado el 3 de septiembre y publicado en *Avenir social* (Dijon) en 1893. Aquí defendía todavía el punto de vista, después abandonado, que las cooperativas debían recoger considerables masas de artículos alimenticios para tales huelgas; entonces, decía en 1895, entonces ardería la lucha gracias a esos almacenes, la lucha localizada de la revolución clásica, mientras nosotros deseamos la revolución que se encuentra en todas partes y en ninguna, que no ofrece ningún punto de ataque, que dispersa soldados por todo el país, los inmoviliza y por tanto los desmoraliza. La adopción de ese informe fué un triunfo contra los políticos guesdistas, con los que rompió Pelloutier ya entonces. El año 1892 vió también en el congreso socialista de Marsella la aparición de Arístide Briand, sobre lo que habría que leer, por ejemplo, los recuerdos de A. Zévaés, un político socialista muy versátil. (*Les débuts politiques de M. Briand*, en *La Nouvelle Revue*, París, 15 de diciembre de 1910). Los caminos de Pelloutier y de Briand se separaron desde entonces, si es que alguna vez fueron juntos, cuando Pelloutier, como muchos otros, ayudó desinteresadamente el ascenso de Briand en sus comienzos.

A principios de 1893 se trasladó Pelloutier a París; rompió pronto enteramente con los marxistas y se hizo anarquista convencido. Un desenvolvimiento natural para un hombre abnegado, cuando se considera la altura intelectual y moral alcanzada entonces por el anarquismo francés, al que los socialistas no tenían que oponerle más que una lucha ventilada siempre comercialmente por las actas parlamentarias. Las elecciones de 1893 produjeron por primera vez una gran cantidad de diputados socialistas, de 10 a 15; pero pusieron pronto fin en gran proporción al culto del sufragio. Se repitió el fenómeno producido en todos los países, que uno o dos socialistas en el parlamento causan a fin de cuentas una cierta impresión, pero en gran cantidad impresionan cada vez menos. Mientras estuvieron solos en el parlamento en Alemania, Liebknecht y Bebel; en Francia Besly y Camélinat; en Austria el Dr. Kronawetter y Pernerstorfer (propiamente no eran socialistas de partido), obraban ocasionalmente como el sollo en el estanque

AÑO V — BUENOS AIRES, 13 DE DICIEMBRE DE 1926 — N.o 253

LA PROTESTA

Victoria Cardozo — 11 de Septiembre 63 — SALTA

PRECIO: 10 CTS. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

Unión Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

La enfermedad y la sociedad

Es un axioma indiscutible en medicina, que una de las causas primordiales de las enfermedades es la [...]dad del privilegio y la explotación del hombre por el hombre. Eso impide que los médicos se aferren a la patente y hagan de la medicina un comercio lucrativo. No es el mero conocimiento de la verdad lo que lleva a los hombres a la revolución, es [...]o más el sentimiento de rebeldía contra el mal, la injusticia y la [...]ritud. ¿Qué importa que para la medicina sea un axioma indiscutible la influencia de la actual organización social presente en la salubridad general, si los que mejor pueden conocer y explicarse esa relación de causas y efectos venden la verdad por treinta dineros? Y la venalidad no corresponde a casos aislados y raros, sino que es propia del 100 por 100 del elemento [...]tivo de las llamadas profesiones libres.

Un día se creyó que la instrucción era capaz de encaminar la humanidad por la vía de su emancipación; hoy tenemos razón suficiente para dudar de ello y para exaltar la pasión por la justicia, el ansia de la libertad, el sentimiento de la solidaridad como factores revolucionarios predominantes. Donde ellos faltan, la instrucción, el conocimiento científico de las causas del mal no determina necesariamente una tendencia a ponerles remedio.

He aquí lo que escribió un médico alemán, J. Funk, sobre la mortalidad infantil en relación a las clases sociales:

"La mortalidad total de los niños de menos de un año es enormemente distinta según la capa social a que pertenecen. En las clases pobres es alrededor de cinco veces más grande que en la clase media. — Como causas de muerte en las clases pobres están la atrofia así como el catarro intestinal y estomacal, en primera línea. — Casi en la misma proporción se conserva la mortalidad de los niños de 1 a 5 años. Más aún: en comparación con las clases acomodadas la diferencia es proporcionalmente mayor. Llega hasta duplicarse. Llama la atención la elevada mortalidad de los niños pobres por escarlatina y tos convulsa y por enfermedades de los órganos respiratorios. De los 5 a los 15 años la mortalidad en relación a las diversas clases sociales es mucho menos desigual que en los dos grados anteriores. La cifra proporcional es de [...] para los niños de familias ricas, 25 para los pertenecientes a la clase media, de 40 para los pobres. — De los 15 a los 30 años, la proporción de la mortalidad es de 12 para los ricos, 27 para los de la clase media y 66 para los pobres. La diferencia en favor de los primeros es, pues, nuevamente mayor. La enfermedad principal de esta edad es la tuberculosis. Ella sola origina casi la mitad de las causas de muerte. En el período de 30 a 60 años, la propodción de la mortalidad es de 62 para los ricos, 86 para la clase media y 136 para los pobres. También aquí está a la cabeza la tuberculosis pulmonar. Mueren de ella 43 pobres por cada 10.000; 15 de la clase media cada 10.000 también y de la clase rica 5,8".

Es elocuente esta estadística de la influencia de la situación social del hombre en el grado de su mortalidad.

Por ejemplo, la siguiente estadística nos muestra la mortalidad en las familias reales europeas desde 1841 a 1890, frente a la mortalidad de la población del presidio de Waldheim:

	F. reales Varones	P. de Wal.
A los 20 años	40.9	27.4
" 30 "	33.8	23.7
" 40 "	26.7	18.9
" 50 "	19.1	13.0
" 60 "	12.8	8.6
" 70 "	7.6	6.6

Dentro de los factores sociales de la mortalidad está en el primer puesto la habitación; de las condiciones del trabajo no hay que hablar, porque la burguesía no está en el proceso de la producción y por consiguiente no es afectada por las causas de muerte que emanan directamente del trabajo industrial. Y la propia clase media, refugiada en oficinas y en el comercio, tampoco sabe lo que significa respirar el aire envenenado de una fábrica; su vivienda no tiene tampoco comparación con la vivienda proletaria.

Se puede decir que el obrero de nuestros días, el que todo lo produce, el que mantiene en el ocio y en el parasitismo a la burguesía y en parte también a la clase media, vive mucho menos que sus amos, siendo visitado con frecuencia por los padecimientos y enfermedades de toda suerte. Para prolongar la vida de los trabajadores, para que vivan más sanos y alegres, es preciso modificar fundamentalmente la sociedad actual, que engendra la muerte de los desheredados, privándoles de varios años de existencia. Y ese cambio social no ha de ser ni propiciado ni realizado por los que conocen científicamente las causas del mal que sufrimos, sino por las víctimas de este estado de cosas, por los proletarios.

¿Hacia dónde miraremos que no veamos surgir la necesidad de la revolución social regeneradora?

De todos los tiranos, el dinero es el más cruel, el más inicuo y el más implacable. Siendo el dinero el objetivo supremo del trabajo, éste se ha impuesto en todo su brutal rigor, no ha conocido ya ni equidad, ni humanidad. Ha venido una ciencia que ha explicado que el dinero era un instrumento de trabajo con igual título que la inteligencia y los brazos del hombre y que tenía una parte legítima en el producto del trabajo; esta ciencia ha proclamado que el dinero y el trabajo eran libres desde 1789 y que tenían derechos iguales, un poder igual, y que la oferta del uno corresponde a la demanda del otro, que nada les impide tratar libremente: principios erróneos, fabricados "a posteriori", que han legitimado en este siglo todas las exigencias y las durezas del dinero, que han hecho que se colocaran del lado del dinero todos los poderes públicos, el derecho y la justicia, y han dejado al trabajador, que por instrumento de fortuna no tiene más que sus brazos, sin defensa ni protección.

Fernando MAURICE

La situación en Rusia

Los sindicatos no se presentaron como defensores y guías de las masas obreras, sino como órganos auxiliares de las direcciones de los establecimientos para aumentar la productividad del trabajo. Con frecuencia los sindicatos suplantan en las fábricas a los órganos económicos dirigentes y muy a menudo ocurre que los trabajadores no saben distinguir entre el comité de fábrica y la dirección del establecimiento.

...Las organizaciones sindicales no supieron separar las exigencias imperiosas de la vida económica de la Unión de los soviets de las de éstos o aquellos órganos económicos, que en su caza a la ganancia no tenían en cuenta de ningún modo las necesidades más apremiantes de la clase obrera...

Aparte de no poder unificar armónicamente esas distintas, pero no contradictorias tareas de la función sindical, no supieron ejercer de un modo satisfactorio la dirección de las masas obreras. En lugar de convencer a las masas, éstas reciben de arriba a abajo las prescripciones; en lugar de guiarlas son sometidas a un comando. El resultado fué la ruptura entre los sindicatos y las masas obreras.

(De *Trud*, órgano sindical bolcheviquí, Moscú, 17 de octubre de 1925).



La Comisión A, B, C o D—cualquiera—de la Liga de las Naciones en el apogeo de sus luchas por el bien de la humanidad.

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

II

Es preciso romper todo vínculo con el pasado y con el presente; de otro modo permaneceremos en la esclavitud, amonestaba el pensador y héroe. Su advertencia no fué observada o lo fué sólo superficialmente y a medias. De aquí la perseverancia en Italia de los viejos males, atenuados por un cierto período, recrudecidos después.

Qué es lo que entendió Pisacane por "ruptura de todo vínculo con el pasado y con el presente", eso lo ha explicado ampliamente en el tercer volumen de los ensayos: el que trata de la *Rivoluzione*, y lo dijo más concisamente la víspera de su sacrificio, en el *Testamento*. Pero también en el primer volumen es apuntada la idea aquí y allá, como se ha visto en algún fragmento ya transcripto y como repetía cuando examinaba las causas por las cuales la revolución francesa no consiguió su objetivo:

"Los dolores sufridos indicaban el fin de la revolución francesa: las guerras civiles con que había sido lacerada, los múltiples tiranicidios, los insoportables gravámenes de la edad media condujeron a la unidad, a la igualdad, a la abolición de los privilegios. Pero el derecho de propiedad, eje principal de la antigua sociedad, estaba conmovido, no desmontado; por tanto, los males, bajo otra forma, debían renacer indudablemente: la solidez de un edificio no sufre si, conservando los fundamentos y los muros principales, tratáis sólo de cambiar el orden de los departamentos. La unidad también se convierte en tiranía, en usurpación, en privilegio; la igualdad civil en una amarga irrisión, porque la miseria de los más aseguraba al rico aquellos privilegios que la ley había abolido... Ellos (los dominadores) fueron constreñidos a emplear la fuerza para sostenerse; la libertad desapareció"... (págs. 87 y 88).

De los dos volúmenes de los "Saggi" todavía desconocidos o casi en Italia, el primero es ciertamente el más importante; y por eso me he extendido sobre él. El segundo, en cambio — *Dell'Arte Bellica in Italia* — si puede tener una importancia especial para los cultores del arte militar, para nosotros y para la mayoría del público profano en tal género de estudios es el menos interesante. Y también para los estudiosos de las escuelas militares, el interés que puede tener es casi exclusivamente histórico y documental, porque desde 1850, ciertamente, el arte de la masacre recíproca hizo tan horribles progresos, se han hecho tan monstruosos e imprevistos nuevos descubrimientos de máquinas, de explosivos y de medios de destrucción de toda especie que todas o casi todas las teorías de más o menos un siglo atrás han sido dislocadas y superadas.

Más largamente aun que la historia civil, resumida en el volumen precedente, en este segundo volumen Carlos Pisacane traza toda la evolución del arte militar italiano desde los tiempos de los romanos y antes aun, hasta 1850. Todas las guerras y batallas libradas en Italia son reseñadas a través de las tres edades, antigua, medioeval y moderna.

El que se preguntase cómo Carlos Pisacane, revolucionario y socialista, dedicó tanto tiempo y trabajo en torno a un argumento, del cual parece que habría tenido que huir, debe tener en cuenta dos circunstancias, subjetiva una y objetiva la otra.

Carlos Pisacane, de origen aristocrático como duque de San Giovanni, había sido educado desde niño en el oficio de las armas en el colegio militar de la Nunziatella de Nápoles; y en esos estudios sobresalió. Fué oficial en el cuerpo de técnicos del ejército de las Dos Sicilias, después subteniente en la sección extranjera francesa de Argelia; en 1848 fué capitán en la guerra contra Austria y en el ejército piamontés, y en 1849 coronel de la República romana y uno de los jefes de la defensa. Nada más natural, por tanto, que se extendiese un poco en torno a un argumento, en cuyo estudio teórico y práctico se había especializado particularmente. Más bien habría que maravillarse de lo contrario; es decir: cómo un hombre tan alejado por nacimiento, por educación y largo ejercicio del mando, del pueblo subyugado, pudo entregarse con tanto ardor a la causa de éste, hasta adelantarse tanto a su época, siendo al mismo tiempo indómito revolucionario en la acción y pensador socialista y anarquista atrevidísimo.

¿Tal vez fué el amor, ese sentimiento irreductiblemente anarquista, que tantas revueltas suscita entre los hombres, el que puso en la vía de la rebelión también al ex paje de la corte real de Nápoles? Probablemente, Pisacane se había enamorado de joven, casi de niño, de una muchacha de su edad, que al salir del colegio encontró esposa de otro hombre. El amor se sobrepuso y venció todas las convenciones sociales; y el joven duque, poco tiempo después, se escapó al extranjero con su elegida. En el camino áspero y doloroso del destierro, entonces, conoció la verdad y se consagró a la causa de la libertad.

Pero no divaguemos... La razón objetiva, por la cual Pisacane continuó ocupándose de estudios militares, fué que la revolución tenía entonces necesidad y, por lo demás, lo tendrá también en lo sucesivo, no sólo de hombres de pensamiento, de conspiradores, de rebeldes por impulso, sino también de hombres de guerra. La revolución es casi siempre una guerra también, o se vuelve tal en poco tiempo. Eso es lo que Carlos Pisacane apunta en las dos primeras páginas de este segundo ensayo, en donde se muestra escéptico respecto a la previsión de la desaparición de todas las guerras, y afirma que de cualquier modo el fin de las guerras no se alcanzará hasta que todos los diversos pueblos y clases hayan llegado a un suficiente equilibrio de intereses y que a tal equilibrio no se llegará sin guerra.

"Mientras Europa — decía él desde primeros de 1857 — esté en poder de tres o cuatro déspotas sostenidos por una selva de bayonetas, mientras en Europa la décima parte de los habitantes viva disfrutando en la opulencia, mientras nueve décimas partes vivan produciendo en la miseria, hablar de paz perpetua (hablo a los señores del comité de la paz) es inútil hipocresía." (Saggi storici, etc. Vol. II, págs. 7 y 8).

Ciertamente, hay también en este libro afirmaciones e hipótesis que hoy serían discutibles; pero el lector debe tener siempre presente la advertencia de no considerar este volumen como constituyendo parte independiente, sino de ponerlo en relación con los otros volúmenes, especialmente con el tercero y el cuarto — bastante conocidos del público italiano — el cuarto, sobre todo, en donde Pisacane estudia el problema de una ordenación militar que no esté en contraste con el principio de libertad o que contraste lo menos posible con él y que no pueda convertirse en instrumento de opresión en manos de una eventual dictadura surgida de una revolución. De esta parte de la obra de Pisacane me ocupé, y hoy el tiempo no me consentiría repetirme (*Dictadura y revolución*, en uno de los últimos capítulos que se ocupa de la defensa militar interna y externa de la revolución). Basta referir una de las conclusiones a que llega Pisacane.

"La esclavitud de las naciones modernas, reaparecida más terrible después de sangrientas revoluciones, tiene su origen en la constitución militar poco armonizadora con la civil; por consiguiente, es un error fatal tratar con demasiado ligereza el ordenamiento del ejército, y para doblegarse a algunas exigencias momentáneas, echar bases falsas, sobre las cuales, luego, se informará todo el edificio, pues la constitución civil, al alejarse, engendra aquel desacuerdo, aquel abatimiento en que cobra fuerza inmediatamente la tiranía." (Vol. IV, pág. 154).

Pero, para volver al segundo volumen, que es el que más me interesa, porque es el más desconocido, también en él manifiesta alguna vez Pisacane sus tendencias socialistas y libertarias. Ante todo, muestra cómo los ejércitos más victoriosos y vigorosos hablaron del pueblo romano cuando todavía no lo habían corrompido las riquezas y no se habían distanciado tanto en él las clases sociales. Por estas razones el ejército del imperio fué muy inferior al de la república. Así las organizaciones militares surgidas en la edad del feudalismo fueron un enorme regreso sobre las organizaciones romanas; y el heroísmo de las tropas republicanas de las Comunas fué de breve duración, porque la sed del oro, el mercantilismo y los egoísmos municipales abrieron pronto el paso a las señorías, a las armas mercenarias y a las compañías de aventura, las últimas de las cuales, transformando la guerra en un arte en sí, hicieron ciertamente recorrer a Italia una brillante carrera militar, tanto que Pisacane dice que la verdadera escuela de guerra italiana se formó por los aventureros del siglo XIV (pág. 102); pero acabaron, con sus vergonzosas ventas, siendo un instrumento de opresión más en manos de los tiranos del país y del extranjero.

Ni la adopción de las milicias locales o nacionales fué un progreso, al menos en los resultados. Italia decayó militarmente al decaer políticamente desde el 500 en adelante. Sólo en Piamonte perduró una fuerza militar ilustre; pero al constituir un feudo, la falta de un verdadero sentimiento nacional, por lo cual su ejército, ligado sólo a la dinastía ducal, tomaba parte ya por un extranjero ya por otro, adquiriendo fama de fe dudosa, hizo que se pudiese obtener poco beneficio de sus milicias nacionales. Estas, apenas se presentaron en los confines las jóvenes cuadrillas de la revolución francesa, fueron derrotadas; y los franceses permanecieron dueños y árbitros del territorio piamontés hasta que otro extranjero se posesionó de él.

Pisacane dedica algunas páginas al resurgimiento del arte militar bajo el impulso de la revolución francesa, pero se ocupa casi exclusivamente de su parte técnica o, mejor dicho, profesional. Dice, verdad, cuánta ventaja sacó del arte de combatir y de vencer del espíritu de libertad, pero no cuánto perdió el espíritu de libertad con el desarrollo enorme del militarismo. Pero en el estudio de su argumento no se vuelve parcial por espíritu de adepto. Nota los errores y los horrores de los ejércitos republicanos y revolucionarios (es decir: también por lo que se refiere a los hechos de guerra de las revoluciones italianas posteriores) y no oculta los méritos y las ventajas de los propios ejércitos reaccionarios. Al fin del volumen se alude a los desastres y a las vergüenzas militares de la guerra italiana de 1848, que se cerró con la fatal Novara. Y el libro termina con la reflexión que la disciplina no es lazo de unión bastante fuerte para tener compactas las filas de un ejército en guerra; la soldadesca no tiene ningún valor si combaten por intereses no comprendidos y serían invencibles si combatiesen por una causa sentida y popular" (Saggi storici, etc., vol. II, pág. 11).

He querido extenderme deliberadamente un poco sobre estos volúmenes menos conocidos de Pisacane, para que su rareza y la dificultad de que sean reeditados íntegramente y pronto — cosa que no carecería de utilidad para los estudiosos — queden compensados de algún modo para nuestros lectores.

Por otra parte, el conocimiento de la obra de Pisacane, incluso en las partes que hoy menos obtendrían el asentimiento de los revolucionarios, o que les dejarían fríos e indiferentes, es necesario, para abarcar la figura de aquel pensador y héroe en toda su extensión y complejidad. Indudablemente, Pisacane puede figurar, en su notable libro sobre la "*Rivoluzione*", entre los primeros teóricos del socialismo anarquista; pero es preciso recordar que escribía en 1850, y en Italia. No se puede exigir, por tanto, que haya en sus libros la misma armonía y concatenamiento lógico que el anarquismo alcanzó en los cincuenta años sucesivos de desarrollo. Menos desigual y más orgánico que el mismo Proudhon, Pisacane permanece, sin embargo, el hombre de su tiempo y, por consiguiente, no está exento de algunas contradicciones y de algunas exageraciones, que hoy no se comprenderían ya.

Hay que hacer otra advertencia: los cuatro volúmenes de los *Saggi* no fueron revisados y acabados por Pisacane, como habría deseado ciertamente. Son un primer esbozo; y muchas expresiones pueden ser inexactas, independientemente de la voluntad del autor. El anónimo, que escribió el prefacio de aquella primera y única edición, dice, efectivamente, en cierto punto: "La obra que aquí se publica quedó inacabada y en parte enteramente desordenada... El autor no le dió el último retoque, y en muchos lugares lo dejó (el libro) de tal modo que no siempre nos es posible desenmarañar el sentido y el razonamiento, de manera que pudiésemos afirmar con segura conciencia que percibimos el sentido e interpretamos justamente el pensamiento del autor" (Saggi storici, etc., vol. I, pág. 15).

En este punto se presenta espontáneamente la pregunta: ¿Y dónde estarán los manuscritos del libro de Pisacane, ¿han sido confiados a alguna biblioteca o museo, o han quedado en manos de personas privadas? ¿y de quién? ¿Sería posible consultarlos? Responda el que pueda.

De los otros dos volúmenes, que son ciertamente los más importantes, como hemos dicho ya — el relativo a la revolución y el que se refiere a la nación armada —si tuviera que hablar diría mucho más de lo que he dicho hasta aquí. Pero si lo hiciese verdaderamente llevaría vasos a Samos y murciélagos a Atenas, porque antes que yo han hablado otros repetidamente de esos dos volúmenes, y esos volúmenes han sido reeditados y muy difundidos, citados en largos fragmentos, en libros, folletos y periódicos, y yo haría ciertamente una inútil repetición. Además, como he dicho más arriba, tal vez las circunstancias actuales no me permitan una tal repetición, por útil que fuese.

Aquellos dos volúmenes, y más especialmente el tercer ensayo sobre la "*Rivoluzione*", deben, por lo demás, ser leídos íntegramente; y los lectores harán bien en procurárselos, y mejor aun si algún editor los reeditase. Se han vuelto de actualidad, especialmente después que la revolución rusa ha puesto de nuevo en el tapete el problema de la dirección práctica de la revolución. El concepto anarquista, es decir: antiautoritario y antidictatorial de la revolución halla en los libros de Carlos Pisacane un validísimo apoyo y las más sólidas argumentaciones.

P. S. — Había escrito y enviado lo que antecede cuando he podido consultar la colección de la revista "L'Italia del Popolo" de Lausana, dirigida por Mazzini en los años 1849-50. Son doce cuadernos reunidos en dos volúmenes, y contienen muchos escritos de Mazzini, todos conocidos por haber sido publicados más de una vez, pero hay allí también otros artículos de otros autores, crónicas, bibliografía, recuerdos históricos, documentos, todos de mucho interés.

Carlos Pisacane fué asiduo colaborador de esta revista; en nueve cuadernos, de los doce que salieron, hay escritos suyos. Pero, contrariamente a lo que yo creía, tales escritos son de argumento exclusivamente militar, aunque estén concebidos desde un punto de vista revolucionario. Además, entonces, no me parece que Pisacane se distanciase mucho del pensamiento o, al menos, de las fórmulas y del lenguaje mazziniano, porque hallamos en la página 47 del segundo volumen es-



NEMO

Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

El problema más urgente para los an-
arquistas de todos los países me parece
ser cada vez más este: ¿pueden des-
interesarse de la crisis europea, mundial
también, o no? ¿Continuaría considerán-
dose esa crisis como un asunto que, dado
que los proletarios no tienen nada que
perder, no concierne más que a los bur-
gueses, que sí tienen algo que perder;
que no concierne a los internacionalis-
tas que no tienen patria, sino solo a los
burgueses retrógrados que se preocupan
de que el país de su origen tenga una
existencia normal? Se ven epidemias
mentales, fascismo, bolchevismo y otras,
que devastan los cerebros con la rapidez
y la intensidad de la propagación de la
peste negra: ¿se cree que la propagan-
da anarquista directa, la organización y
la práctica sindicalista, con una huelga
general revolucionaria que desembocara
en una revolución social expropiadora
—fin teórico, entrevisto a distancia,
en ninguna parte próximo a ser rea-
lizado victoriosamente; se cree que eso
basta para contrabalancear y para
vencer algún día la inmensa acumula-
ción de fuerzas y de tendencias tan ul-
traautoritarias, antihumanas, crueles y
brutales de nuestro tiempo?

Creemos poder quedar al margen de
esos desarrollos, sin ser tocados por
ellos? No lo creo. Yo creí bastante tiem-
po que el horror de todo lo que sucede
desde 1914, desde 1918 produciría auto-
máticamente un resurgimiento libertario,
una lucha en nombre de la libertad con-
tra la autoridad. No fué así: se rodó, se
rueda, al contrario, en las orgías de au-
toridad, se chapotea en ellas, y esa ma-
rea continúa subiendo en Europa — es-
cribo esto al día siguiente de las medidas
adoptadas en Italia por el consejo de los
ministros del 5 de noviembre en Roma,
que estarán en vigor y habrán dado sus fru-
tos cuando se lean estas líneas. Por tan-
to, me engañé; por uno que viene a la
libertad, cien se dejaron envenenar por

toda suerte de fascismos, nombre colec-
tivo hoy para designar la enfermedad
autoritaria. De eso y de todo lo que veo
desde hace mucho concluyo que antes del
establecimiento de un estado de cosas más
normal, más sanitario, que el estado de
cosas presente, el esfuerzo parcial, aun-
que fuese el de los mejores, aunque fue-
se el esfuerzo anarquista más puro y re-
suelto, permanecerá sin verdadero éxito.

Si se me objeta: es la burguesía, el
capitalismo el que está enfermo, el que
se muere y origina así esta crisis, yo
respondo que en mi pensamiento todos
estamos enfermos, nos morimos todos, la
crisis, cualquiera que sea su causa, no
inmuniza a nadie — y es preciso reac-
cionar contra ella, todos. Si en una habi-
tación el aire está envenenado por un
escape de gas, entonces el médico más
hábil no restablecerá la salud de una de
las víctimas, si no es abolida la causa
permanente del envenenamiento, es decir
si no es abierta de par en par la ventana
y se deja entrar el aire puro: las cau-
sas del accidente no desaparecen en el
acto, es preciso curar las víctimas, pero
la condición indispensable de la cura-
ción, el aire puro, queda establecida. Así
ocurre en la sociedad presente, víctima
de un envenenamiento colectivo que afec-
ta a todos y que hace ineficaz también
el esfuerzo de los más sanos, pues el ai-
re vicioso, la demencia general los en-
tontece también. ¿Se ha visto nunca tan-
to descontento y tanto sentimiento anti-
capitalista, como el que se ha manifes-
tado o que existe latente, en Europa al
menos, en cada uno de sus países, desde
el fin de la guerra, desde 1918. Y todo
eso no tuvo ningún resultado — y eso
por una causa verdaderamente mayor
que la que se atribuye generalmente a
la falta de éxito, — el marxismo, el re-
formismo, los grandes jefes, etc. ¿Y tan-
to sindicalismo que no obtiene más éxi-
to, que se consume en discusiones y re-
organizaciones interiores de los mismos
hombres siempre? ¿Y el ímpetu de las
grandes huelgas quebrantado pronto, co-
mo el de la huelga general inglesa en
mayo, seguida de estos seis meses de
huelga de los mineros a quienes se deja
languidecer y agotarse hasta extinguir-
se, con toda probabilidad, estas sema-
nas. Todo eso no triunfa, porque nada
nada puede triunfar en el estado de en-
fermedad general. Y las consecuencias
son fatales para nuestras ideas, porque
es a ellas, a la idea socialista en gene-
ral, a quien se atribuye la falta de éxi-
to y se produce la retirada hacia la in-
diferencia, cuando no hacia los primeros
culpables, los autoritarios, el nacionalis-
mo, el fascismo. Podemos muy bien re-
futar las doctrinas de éstos, sale de ellas
una corriente viciosa mucho más gene-
ral, más insinuante, más pérfida de lo
que se cree a menudo y que es la verda-
dera fuente de su hegemonía presente so-
bre la humanidad. Es eso lo que hay que
combatir ante todo, abrir puertas y ven-
tanas hacia el aire puro del pensamiento
y del sentimiento verdaderamente huma-
nos — sin eso se trabaja en balde, no se
cura, el mejor remedio no produce efec-
to, en un ambiente de asfixia general.

Que aquellos que siguen la vía rutina-
ria, continúen; nada se lo impide, pero
si hay quien piensa como yo que esta
situación nueva exige un esfuerzo espe-
cial, discutamos el mal y el remedio, si
es que lo hay.

Ha ocurrido que hasta los capitalistas
más rematados llegaron a poner el dedo
en la llaga abierta a Europa y que no cu-
ra ya. No creo más que los otros en el
sentimiento humanitario de esas harpías
que dejaron llegar el mal, que lo han he-
cho posible persuadiendo al público que
era un buen negocio y que todos debían
poner en él su dinero y esperar grandes
ganancias. Ahora esos hombres, aun apo-
yando el sistema presente, al que les li-
ga su interés, ven quehan desencadenado
fuerzas más perjudiciales aun que las su-
yas y que les superan. Desean la activa-
ción más intensiva del capitalismo, algo

pues que — si hay que pasar por ello —
está ante nosotros, en el porvenir, — y
los acontecimientos desde 1914, desde
1918, financiados por ellos han impulsa-
do hacia atrás el mundo europeo, a la
edad media y lo han debilitado tanto,
lo han vuelto tan miserable, que el pro-
pio capitalismo, por poderoso que sea no
puede respirar ya en esa atmósfera vi-
ciada — y por eso lanzaron el alto gri-
to con el manifiesto del 18 de octubre,
de que no se quiere hablar ya más, que
se trata de disminuir y de hacer olvidar,
pero que representantes muy notorios del
capitalismo, como el gobernador de la
Banca de Inglaterra han firmado. Tra-
duzco de ese documento:

"...El colapso de grandes unidades te-
rritoriales en Europa fué un golpe duro
para el comercio internacional. En el in-
terior de vastos territorios, cuyos habi-
tantes habían cambiado hasta entonces
sus productos en comercio libre, se eri-
gió un número de nuevas fronteras, en-
vidiosamente cerradas por las leyes adua-
neras. Antiguos mercados han desapare-
cido. Oposiciones de razas han podido
desgarrar comunidades cuyos intereses
estaban inseparablemente entrelazados.
Una situación semejante tendría lugar si
una Confederación de Estados desgarra-
se los lazos que unen a esos Estados y
comenzara a impedir el comercio recí-
proco y a imponerle castigos en lugar de
acudir en su ayuda. Apenas cabe duda
que en tales condiciones la prosperidad
de semejante país disminuiría rápida-
mente".

"Para trazar y para defender esas nue-
vas fronteras en Europa, se han introdu-
cido licencias, tarifas y prohibiciones, cu-
yos resultados han sido probados ya,
siendo desventajosos en el más alto gra-
do para todas las partes. Un Estado per-
dió así su aprovisionamiento barato en
alimentos, otras industrias sufrieron por
falta de carbón, ciertas fábricas por fal-
ta de materias primas. Tras las murallas
de la aduana se fundaron nuevas indus-
trias locales, sin verdaderas bases econó-
micas, y a consecuencia de la concurren-
cia no se pudo mantenerlas en vida más
que elevando aun la altitud de las mu-
rallas de la aduana. Las tarifas de ferro-
carril, influenciadas por consideraciones
políticas, dificultan y encarecen el paso
de tránsito y los transportes de las mer-
caderías".

"Los precios han aumentado general-
mente y fué provocada una carestía ar-
tificial. La producción en su conjunto ha
disminuído, el crédito y la circulación
de dinero igual. Un exceso de Estados que
persiguen ideas carentes de interés na-
cional han puesto en peligro su propia
prosperidad y dejado fuera de su consi-
deración los intereses comunes del mun-
do, colocando sus relaciones comerciales
sobre esa base que es insensata econó-
micamente y que considera todo comercio
como una especie de guerra".

"No puede, pues, producirse un resta-
blecimiento en Europa hasta que los po-
líticos de todos los países, de los anti-
guos y de los nuevos, no posean la con-
cepción clara que el comercio no es la
guerra, sino una operación de cambio,
que en tiempos de paz nuestros vecinos
son nuestros clientes y que su prosperi-
dad es una condición previa de nuestra
propia prosperidad", etc., etc. Esas últi-
mas observaciones son, naturalmente, ma-
labarismos capitalistas que quieren ha-
cer aparecer el comercio como una ope-
ración de benevolencia mutua, lo que no
ha ocurrido nunca. Es un *pis-aller* en un
mundo sin solidaridad. Pero por la ex-
periencia de tantos siglos, ha llegado a
comprender que funciona mejor con un
mínimo de obstáculos, según el ejemplo
de la Europa anterior a 1914, y no con
ese máximo de obstáculos que ha esta-
blecido, mantiene y refuerza sin cesar la
Europa medioeval desde 1918.

Los estadísticos han calculado que la
guerra ha destruído un 35 por ciento de
la riqueza acumulada de la humanidad.
En lugar de 26 Estados europeos en 1914
hay ahora 35; en lugar de 13 unidades
monetarias diferentes, hay ahora 27. Las
exportaciones europeas, del 64 por cien-
to del total mundial han retrocedido a
55 por ciento; la riqueza europea, de 49
por ciento a 36 por ciento; el oro en
Europa, de 5 mil millones de dólares nor-
teamericanos, a 3 ¾; el oro en los Es-
tados Unidos se acrecentó de dos mil mi-
llones a 4 ¾ mil millones de dólares, etc.
A pesar del desarme impuesto a Alema-
nia, al Austria, a Bulgaria y de los cam-
bios en Turquía, en Rusia los gastos de
los armamentos anuales europeos han
subido de 1.700 a 1.840 millones de dó-
lares de 1914 a 1924. Los impuestos por
cabeza, comparados con las entradas, son
casi 30 por ciento en Alemania, 23 en
Inglaterra, 20 en Francia, 19 en Italia,
17 en Bélgica, y 11 ½ en los Estados Uni-
dos. Se viste mal en Europa y en los Es-
tados Unidos no se sabe este año qué
hacer del algodón abundante, que se qui-
siera retirar del mercado, destruir en
caso de necesidad. Por otra parte se teme
una cosecha demasiado abundante de
cautchuc. Nada más fácil que recoger
miles de detalles parecidos de todas las
publicaciones estadísticas de ambos he-
misferios. Se ha establecido desde hace
mucho el hecho que los cambios de 1918,
ratificados por los tratados de 1919, no
aprovecharon más que a una minoría
bastante pequeña de la misma burguesía,
exactamente a los especuladores más as-
tutos, a los más hábiles para pescar en
agua turbia y para alimentarse como
hienas en la carne de los habitantes del
propio país y de los países considerados
enemigos y buena presa; la mayoría de
la burguesía misma ha sido desbordada
por los acontecimientos, fué hecha vícti-
ma de los tiburones y se encuentra fren-
te a organismos estatistas desorientados
que sólo el fascismo, el estatismo, el fis-
calismo más brutal puede impulsar aún
a arrastrarse hacia adelante de año en
año gracias a los espolazos y varillazos
cada vez más sangrientos.

Figúrese uno lo que quiere decir eso,
35 Estados en lugar de 26 — ¿somos an-
arquistas o no lo somos? ¿Nos estremece-
mos de placer, de legítimo orgullo, cuan-
do los "libertadores" han creado un nue-
vo Estado — o nos estremecemos de
horror, sabiendo que ahora la mentalidad
de los pueblos será más deformada aún,
que habrá un patriotismo más, un odio,
fronteras, funcionarios, ejércitos, poli-
cías, políticos *novísimos* que demuestran
su celo por un nuevo país? Y de 26 se ha
saltado a 35, y en todas partes no fal-
tan políticos, funcionarios, oficiales, sol-
dados, policías, carabineros, periodistas y
demás, que desempeñan como por arte
mágico todas esas funciones, inundándo-
las más bien, cargando al nuevo Estado
con una burocracia, con una clase de po-
liticastros, todo el aparato estatista, pa-
triótico, fanatizado o especulador, *à ou-
trance*, no buscando todos más que ensan-
char el territorio, anexionarse a los más
débiles, escarnecer e injuriar a sus víc-
timas, en una palabra: realizar verdade-
ras orgías de estatismo. ¿Es eso libera-
ción o no es más bien la edad media, el
retroceso, la negación de la línea de pro-
greso marcada a través de los siglos, de
esos siglos que han creado la civilización
moderna? Esta civilización no ha estable-
cido bases sólidas indispensables, la cien-
cia que destruye la superstición, que ha-
ce al hombre capaz, por el trabajo inte-
ligente, de extraer de las riquezas natu-
rales una suma de bienestar y de confort
que los siglos pasados no han sabido ha-
cer accesible más que a los ricos por el
trabajo de esclavos y la vida de bestias
de carga de la gran masa condenada a
permanecer inculta y hambrienta. Todo
eso está a punto de ser reducido, debili-
tado y será quebrantado, arruinado si la
marcha hacia atrás continúa.

Porque esta civilización progresiva tie-
ne por condición esencial la libertad de
acción siempre creciente, esa libertad
que no se ha establecido aún ni reconoci-
do siquiera en el sentido amplio de la
concepción anarquista, pero que — con-
firmación de la justicia inmanente de la
anarquía — cada rama de la actividad
humana había sabido ganar para ella o
al menos reclamar en alta voz y aspirar
profundamente, en su dominio especial.
Así la ciencia se volvió libre enteramente
y sus métodos, la intensidad y la sinceri-
dad absoluta de sus investigadores son
aplicados a nuevas esferas de la vida de
la naturaleza, de la sociedad, del hombre,
continuamente. Así se creó la coopera-
ción internacional desinteresada de los
sabios. Y la ciencia aplicada, la técnica
en sus múltiples divisiones, se volvió
también internacional, y la circulación
de los productos, favorecida por el inmen-
so desenvolvimiento de los transportes,
creó el comercio libre, la libertad de los
viajes, de las emigraciones e inmigracio-
nes, y de todo eso resultó una cantidad
creciente de instituciones, tratados, con-

...de artículo: "El rey ha perdido su
prestigio. Las esperanzas de Italia están
en dios y en el pueblo. Y no serán
traicionadas" (cuaderno VIII).

De aquí, de cualquier modo, para me-
jorar la nota de los escritos de Pisaca-
ne contenidos en la "*Italia del Popolo*":
cuaderno 1, La guerra italiana; cuad. 2
y 3, Sulla scienza della guerra (Pensieri,
strategia, Applicazione della tattica all'
insurrezione); cuad. 2, Pocche parole sul-
la relazione della campagna del 1948 in
Italia, etc.; cuad. 5 y 6, Relazione stori-
ca delle operazioni militari eseguite dal-
la Repubblica Romana (1849); cuad. 9,
La neutralità della Svizzera; cuad. 12,
Pensieri sugli eserciti permanenti. Hay
también allí un extracto del Rápido Cen-
no sugli ultimi avvenimenti di Roma, que
no fué un artículo de la revista (como yo
había supuesto), sino un opúsculo aparte,
publicado también en Laussana por Bona-
mici, en 1848 y reeditado hacia 1890 en
Roma por un grupo republicano.

La revista editada por Bonamici lleva
en el frontispicio la indicación de la "So-
cietà Editrice L'Unione, Laussana (1849-
1850). El primero de los artículos de Pi-
sacane está firmado "Carlo Pisacane";
todos los demás: "Colonnello Pisacane".
Tales artículos contienen partes aun hoy
interesantes, sea políticamente, como don-
de critica el sistema de las monarquías
constitucionales, sea desde el punto de
vista revolucionario como cuando busca
una aplicación de la táctica militar a la
insurrección, sea históricamente, como
cuando habla de los males y traiciones
que condujeron al desastre las guerras
de 1848-49.

Pero sería demasiado el extendernos
en torno a todo eso, y tampoco es nece-
sario, pues esa revista no es tan difícil
de encontrarla como los *Saggi* de que me
ocupé más arriba.

Hay dos ejemplares de ella en la Biblio-
teca Brera de Milán.





tratos, arreglos verdaderamente internacionales. La humanidad, inspirada por esos éxitos reales de la cooperación internacional, fué verdaderamente en ascenso y cuando los trabajadores se despertaron y pusieron en pie como hombres libres y solidarios, fundando la Internacional, se pudo creer que al fin de un desarrollo no muy largo surgiría una humanidad solidaria y libre; que con las ficciones de dios y del extranjero, que es el enemigo y el bárbaro, caerían también por un esfuerzo internacional de las masas trabajadoras las crueles realidades, los obstáculos y dificultades, el Estado y la propiedad.

Pero una funesta corriente había acompañado todo ese desenvolvimiento progresivo y se había tenido el gran error de no evaluar el peligro que aportaba y hasta se ha caído bajo su influencia, engañados, miopes, creyendo hacer el bien, pero sin embargo haciendo un mal indecible. Esa corriente fué el *nacionalismo*. Hoy la máscara ha caído: la Italia del 5 de noviembre de 1926 y de sus otras manifestaciones fascistas, algunos otros de los 35 Estados europeos, muestran el nacionalismo triunfante, Moloch insaciable que no sabe más que crear nuevas codicias, soñar con nuevas víctimas — y vemos el *internacionalismo*, el espíritu moderno y progresivo, de tal modo reducido a la impotencia, que hasta los burgueses más inveterados, esos financistas y banqueros, que habían financiado el nacionalismo y lo continúan sosteniendo materialmente, gritan a veces como en ese manifiesto y dicen que hay demasiado.

Fueron también los reformadores de la propiedad del suelo, los discípulos de Henry George y otros que este año, en julio, se reunieron en Copenhague en congreso internacional y proclamaron altamente la necesidad del comercio libre en Europa, de la abolición de las horribles trabas creadas por esos 35 Estados de proteccionismo rabioso que reemplazan a los 26 Estados de antes de 1914, Estados de territorio que permitía una vida normal para cada uno y que el nacionalismo victorioso ha transformado en 35 países, países ricos, países medianos y países parias que no saben más que odiarse recíprocamente y oprimirse y arruinar a los más débiles. No conozco el detalle de ese congreso, pero sé el tenor de sus resoluciones y me recuerdo de un gran libro de otro tiempo, por Henry George: *Protection or Free Trade*.

No tengo a mano ese libro, pero encuentro en *Progreso y Miseria* (1880) de Henry George líneas como las siguientes, que hacen ver en qué grado y con qué consecuencia lógica combatió ese hombre la desigualdad soportada por la apropiación monopolista de la tierra y las desigualdades creadas por los monopolios aduaneros de los Estados. Dice, por ejemplo: ..."Los males que resultan de la distribución injusta y desigual de la riqueza y que se vuelven cada vez más aparentes con el progreso de la civilización moderna, no son incidentes del progreso, sino tendencias que deben detener el progreso; esos males no curarán por sí mismos, sino al contrario, si su causa no es suprimida, crecerán cada vez más hasta hacernos retroceder al barbarismo, como ocurrió a todas las civilizaciones precedentes"...

..."Al permitir el monopolio de las posibilidades naturales que la naturaleza ofrece libremente a todos, hemos ignorado la ley fundamental de la justicia... Pero al barrer con esa injusticia y al afirmar los derechos de todos los hombres a las riquezas naturales, obraremos en conformidad con esa ley (de justicia) — alejaremos la gran causa de la desigualdad natural en la distribución de la riqueza y del poder"... "La igualdad de los derechos políticos no es una compensación para el derecho igual a la riqueza de la naturaleza"...

..."Los mejoramientos se hacen posibles a medida que los hombres se encuentran en asociación pacífica, y cuanto más vasta e intensa sea esa asociación, más grandes son las posibilidades de mejoramiento... Así, asociación e igualdad es la ley del progreso... El progreso aumenta a medida que la sociedad llega a una asociación más intensa y a una igualdad más grande. La civilización es la cooperación, y la unión y la libertad son sus factores"... (Extractos del libro X, capítulos III y V).

El desmenuzamiento de Europa en 35 en lugar de 26 Estados ha creado evidentemente obstáculos terribles y fatales al progreso más normal; si una horda de bárbaros hubiese hecho irrupción en una sala de máquinas, hallando en ella 26 máquinas, y las hubiesen desmontado y vuelto a armar bien o mal para hacer de ellas 35 máquinas, — o si 35 hombres de las cavernas hubiesen hallado 26 relojes y se hubiesen repartido los rodajes para hacer 35 relojes, ni máquinas ni relojes serían luego útiles para nada, según mi humilde opinión. Eso es, sin embargo, lo que se ha hecho en 1918 y se confirmó en 1919 con ese organismo delicado de la Europa moderna, desmenuzando grandes territorios y volviéndolos a distribuir según los principios más arbitrarios, todos cubiertos por el nacionalismo o el estatismo más absoluto. Aunque esos hombres de las cavernas hubiesen dejado 20 relojes intactos y no hubiesen deshecho más que seis para hacer de ellos 15, esos 20 relojes intactos podrían continuar funcionando. Pero el organismo europeo estaba de tal manera entrelazado, que hasta los Estados que fueron dejados intactos, sufren y, con la pobreza, la inquietud, el fanatismo, la desesperación a su lado, no se encuentran de ninguna manera bien. Y los otros continentes experimentarán también tarde o temprano las consecuencias de la decadencia europea.

Yo agradezco mucho a esos reformadores de la tierra por haber hablado altamente. Habría preferido que los anarquistas hubiesen sido los primeros, pero, como he dicho ya, muchos se desinteresan de esos detalles. Es preciso renunciar a esperar que los socialistas y los sindicalistas den un paso en esa dirección, porque, basándose en la masa de los electores y defendiendo los intereses obreros locales de cada territorio, están indisolublemente ligados a los Estados, cuyo poder político, militar, económico (como monopolista de materias primas en su territorio) es necesario, para asegurar los electores y trabajadores del país en la posesión de lo que poseen en una superioridad cualquiera sobre los otros países, para aumentar, defender o crear tales superioridades. El internacionalismo de los trabajadores, por tanto, ha muerto: ningún diputado socialista, ningún jefe sindicalista se atrevería a pedir que su *Estado* renuncie a algún privilegio, a alguna ventaja monopolista ganada no importa cómo e infligiendo no importa qué sufrimientos a los habitantes, por consiguiente a los obreros igualmente de otros países, puesto que eso disminuiría la posición favorecida de los habitantes y obreros de ese país y los haría hostiles al partido y a la organización que propusiera tal sacrificio. El socialismo autoritario está fundido, pues, con el estatismo de su país respectivo — lo que explica, por ejemplo, que los mineros de los otros países, los obreros de los transportes internacionales no hayan pensado nunca en obstaculizar seriamente el transporte de carbón a Inglaterra durante esos seis meses de huelga de los mineros ingleses, o que los millones de obreros y de campesinos italianos hayan permitido al fascismo dominarlos tan completamente.

Se ha tenido aún algunos otros hombres que ven muy claramente el absurdo, la ferocidad, el carácter suicida del sistema de los Estados multiplicados e intensificados en Europa desde 1918. Son los autores del movimiento *paneuropeo* que han hecho una primera demostración colectiva en su Convención celebrada en Viena (Austria) en octubre último. Proponen una *Paneuropa* continental, un grupo *ruso-siberiano*, un grupo *Inglaterra e imperio inglés*, un grupo *Panamérica*, etc. y llegan a la formación de un grupo de inmensos *imperialismos*, aunque se colocan completamente en la base de los tratados de 1919. Disfrutan de protecciones diplomáticas precisamente entre los sectarios más tenaces de los tratados de 1919 y la propia Sociedad de las naciones de Ginebra les ha concedido ya un contacto muy platónico con ella. Ese movimiento me parece una desviación completa del pensamiento internacionalista, a pesar de todas las apariencias. Deja intacto todo el mal que se hizo en 1919 y quisiera crear inmensas unidades que con ello se separarían y se volverían más hostiles que nunca. El globo sería más estrecho todavía, más mezquino, animado de sentimientos hostiles, si el *paneuropeo* continental se viera separado así del *paninglés*, del *panasiático*, del *panamericano*. Carlomagno y Dante y Napoleón y Mazzini y Nietzsche son los grandes predecesores del iniciador de esta *Paneuropa*. Basada en los tratados de 1919, que con cada uno de sus párrafos humillan y encadenan las poblaciones alemanas, — *Inglaterra completamente eliminada*, —esa *Paneuropa* sería la Panitalia de Mussolini o la Panfrancia de Briand-Poincaré, apoyándose en los eslavos, latinos, holandeses y escandinavos y ahora en la subyugación de las poblaciones alemanas en 1919. Sería, pues, una Sociedad de las Naciones con la eliminación de todos los países que, por una razón o por otra fueran opuestos a una hegemonía francesa o italiana sobre el continente. En caso de hegemonía francesa esa *Paneuropa* sería hostil a la *Pan-Inglaterra*; en caso de hegemonía italiana sería probablemente el instrumento de la Pan-Inglaterra. En todos esos casos sería o bien la ratificación forzada permanente de los tratados de 1919 que las poblaciones alemanas no reconocerán nunca, o bien la conglomeración de las fuerzas y de los recursos continentales para ponerlos todos a la disposición de una de las naciones que supieran ser preponderantes en vista de las guerras futuras entre los tres grandes blocs: británico, norteamericano y ruso-asiático.

Es lamentable que las buenas voluntades, amigas de federaciones serias, de la vuelta a la razón no tengan hasta aquí en Europa, si quieren unirse en algún movimiento, más que esas conferencias económicas internacionales que el manifiesto de los banqueros inaugura más o menos, donde ricos hombres de negocios y algunos profesores discutirán y votarán resoluciones anodinas y que no tendrán ningún efecto — o esa Paneuropa todo menos simpática. El congreso de Copenhague no parece haber tenido repercusión. Los socialistas no reconocen más que el cada uno para sí y en su casa, los sindicalistas están absorbidos en defender lo que tienen en esta época de los desocupados sin número y sin fin de su martirio. También el antimilitarismo está localizado, ningún gran grito universal sale de sus filas, la voz internacional de un Tolstoi falta. Lo mismo pasa con la anarquía.

Por consiguiente la mentalidad se vuelve cada vez más nacionalista; se aferra cada cual a su país, porque el internacionalismo no se hace oír. Y la *fine fleur* del nacionalismo es la pobre Italia, pero orgullosa del 5 de noviembre de 1926.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

II

(El parque de un dominio señorial. La condesa, persona bastante joven, se pasea con sus dos hijos: el varón, alumno del liceo, de 14 años, y una niñita de 6. A la vuelta del camino, una vieja campesina aparece y, después de profundos saludos, se aproxima a la dama).

LA CONDESA

¿Qué quieres, Matrena?

LA VIEJA

Es para vuestra señoría.

LA CONDESA

¿Qué deseas.

LA VIEJA

Estoy avergonzada de hablaros, madrecita condesa, pero ¡qué hacer! Mi hija va a dar a luz otra vez y os pide aceptéis ser madrina.

LA CONDESA

Sin embargo, no hace mucho tiempo que fué madre.

LA VIEJA

Hizo un año la cuaresma última.

LA CONDESA

¿Cuántos niños tienes ahora, pues?

LA VIEJA

No llego a contarlos más, madrecita. Yo quisiera con gusto distribuir la mitad. ¡Es una miseria! El uno más pequeño que el otro.

LA CONDESA

¿Y tu hija, cuántos tiene?

LA VIEJA

Es el séptimo, y todos vivos. Sólo que si el buen Dios quisiera coger algunos!

LA CONDESA

¿Cómo puedes hablar así? Es un gran pecado.

LA VIEJA (*Llorando*)

¿Qué hacer? La miseria es demasiado grande y a fuerza de sufrir se llega a dudar de la bondad del Señor. Tened piedad de nosotros, madrecita, y dignaos aceptar. Luego, creedme, no solamente no podemos pagar al cura, a menudo en la casa falta el pan. Y todos pequeños, ¡si los vierasis! El yerno trabaja en la aldea y estamos las dos solas para alimentar a todos. Y ahora la mayor parte del tiempo trabajo sola, porque mi hija tan pronto está de parto como ocupada del recién nacido. Yo soy sola, madrecita, y toda la pequeña banda me pide siempre qué comer.

LA CONDESA

¿Tienes siete, verdaderamente?

LA VIEJA

Dios es testigo. Sólo la mayorcita llega a ayudarme un poco; los restantes todos apenas levantan de la tierra.

LA CONDESA

¿Y por qué tienes tantos?

LA VIEJA

No hay nada que hacer, señora condesa. El yerno llega para las fiestas, son jóvenes los dos, y la desgracia acecha.

LA CONDESA

Hay quien llora porque no tiene hijos, mientras que vosotros os lamentáis de tener demasiados.

LA VIEJA

Demasiado, madrecita, demasiado. Está por encima de mis fuerzas, creedme (se enjuga los ojos). Entonces, señora condesa, ¿puedo dar a mi hija un poco de esperanza?

LA CONDESA

Sí. Yo he tenido a los otros sobre la pila bautismal y tendré a éste todavía. ¿Un varón?

LA VIEJA (con voz alegre)

¡Sí tal! ¡Grita como un poseído! Entonces, madrecita, ¿cuándo el bautismo?

LA CONDESA

¡Cuando tú quieras!

(La vieja se confunde en agradecimientos y se va cojeando).

LA NIÑA

Di, mamá, ¿cómo es que unos tienen niños y otros no? Tú tienes, Matrena también y Paracha no tiene ninguno.

LA CONDESA

Paracha no está casada. Se tienen niños cuando se está casada. Se hace uno marido y mujer, y es solamente entonces cuando los niños llegan.

LA NIÑA

¿Llegan siempre?

LA CONDESA

Siempre no. Tú ves la cocinera; está casada y, sin embargo, no tiene hijos.

LA NIÑA

¿Puede hacerse que solamente el que quiere tener niños los tenga mientras que el que no quiere no tenga ninguno?

EL NIÑO (a su hermana)

¡Tú dices tonterías!

LA NIÑA

¡No son tonterías! Pienso cómo podría hacerse para que la hija de Matrena no tenga niños si no los quiere Di, mamá, ¿se puede hacer eso.

EL NIÑO

Te repito que dices tonterías; tú hablas sin saber lo que dices.

LA NIÑA (tirando a su madre de la manga)

Di, mamá, ¿se puede hacer eso?

LA CONDESA

¿Qué quieres que te diga? Eso no viene de nosotros, nosotros no lo sabemos, Dios sólo lo sabe.

LA NIÑA

Pero, ¿cómo se hace para que los niños vengan al mundo?

EL NIÑO (riendo)

Es el azar el que tiene la culpa.

LA NIÑA (ofuscada)

No hay nada de extraño en esto. Pienso que si Matrena no quiere niños necesitaría hacer cualquier cosa para no tener ninguno. Cómo la niñera ella nunca ha tenido.

LA CONDESA

Te digo que ella es una joven y no una mujer casada.

LA NIÑA

Entonces se necesitaría que todos los que no aman a los niños no tengan ninguno. Los pequeños vienen al mundo y no se tiene con qué nutrirlos. ¡Eso no debería ser! Cuando yo sea grande me casaré y haré lo necesario para tener dos hijos: un niño y una niña. No está bien tener hijos y no amarlos. ¿No es eso, mamita. Voy a ir a contárselo a la niñera. (Se va corriendo).

RAFAEL BARRET

El día 10 del corriente se cumplió el décimosexto aniversario de la muerte de Rafael Barrett, el gran revelador del "dolor paraguayo", el estilista más ameno de América del sur y un escritor libertario como hay pocos. No somos nosotros los que vamos a revelar ya a ese escritor; sus méritos son generalmente reconocidos, y si en la literatura se le considera un astro de primera magnitud, en el campo revolucionario y anarquista se le tiene por un hermano libre, por un combatiente de la buena causa, sin escuela y sin partido, pero siempre con la verdad, siempre contra la injusticia, siempre contra la explotación y la dominación del débil por el fuerte. El anarquismo de Barret ha surgido de lo más hondo de su fina sensibilidad, de lo más profundo de su alma, y está diluído en cada página suya, aunque trate el asunto más baladí, aunque comente el hecho más efímero. No era un doctrinario, pero su obra despertará la conciencia humana a horizontes más amplios, a la anarquía entre hermanos, a la bondad y a la belleza.

¿Por qué nos viene a la memoria Ernest Coeurderoy, el magnífico autor de "Jours d'Exil", y Prexedis G. Guerrero, el guerrillero y el escritor más brillante de la revolución mexicana? Hay entre ellos más de un lazo de afinidad, seguramente.

Recordando el décimosexto aniversario de la muerte de Barrett, transcribimos algunas páginas del malogrado escritor:

Terror

No puedo abrir un diario sin encontrarlo salpicado de sangre. Los gubernistas de Nicaragua han fusilado a setecientos prisioneros. Ante una multitud frenética fueron guillotinados en Valence tres hombres: "La sangre de los condenados corría por los rieles del tranway hasta una distancia de cincuenta metros y la gente tenía los pies húmedos de sangre". En los Estados Unidos siguen linchando negros. El último fué ahorcado, luego baleado, luego quemado: "antes de procederse a la incineración, la turba corto la cabeza del negro, que fué clavada en la punta de un bastón y paseada por las calles; los manifestantes le sacaron el corazón y los cortaron en pedazos menudos, que se repartieron como recuerdo". Ved después de las matanzas de Barcelona a Ferrer ejecutado; ved después de las matanzas del 1.° de Mayo en Buenos Aires a Falcón dinamitado. Sangre... Múuser, horca, puñal, guillotina o bomba, ¿qué más da? Todos estos instrumentos me causan la misma tristeza; todos representan la misma desalentadora realidad. Parecen distintos pero no lo son; complicado es el mecanismo del fusil moderno, y complicado el mecanismo legal que mueve las guillotinas y levanta las horcas, pero la esencia de ambos es hacer sangre, es dejar tras sí el rastro uniforme de la bestia humana. Yo quiero creer que somos mejores, que seremos mejores, que avanzamos, y no se avanza sin sangrar, sin desgarrarnos. Yo sé que a veces el esfuerzo se vuelve convulsivo, y que hay que herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta. ¿Y si fuera mentira. ¿Si al llevar el ideal en los labios, lleváramos en las manos la venganza? ¿Si en lugar de ser cirujanos fuéramos asesinos? ¿Había luz en las conciencias de los que condenaron a Francisco Ferrer? ¿Había luz en la del anarquista que condenó a Falcón? Porque no es otro el problema. Necesitamos la luz. Necesitamos el profeta que diga: "matad, ya que no somos capaces de comprender la voz dulcísima que hace dos mil años nos dijo: "no matéis".

En las almas no hay luz. No hay sino terror. Es el terror quien mata. Jamás se apoderó de una sociedad un terror semejante al que como un sudario negro ha caído sobre la Argentina. Al primer estampido de la dinamita, este pueblo de republicanos ha gritado: "¡el czar tenía razón!" Mientras los jesuítas del Salvador, con sus alumnos armados de carabinas, desfilaban ante el cadáver del coronel, la policía, imponiendo silencio a cinco millones de hombres libres, preparaba la caza al proletario. ¡Admirable ejemplo de la futilidad de las leyes! La constitución, prostituída en cada campaña electoral, fué declarada impotente para reprimir un delito común. Tres mil obreros fueron deportados o enviados a presidio. Las detenciones continúan. Si el autor del atentado no estuviera preso, no habrían quedado en Buenos Aires más que los que viven de sus rentas. El juez se contenta con tres mil cómplices. En la sombra espesa y muda que invade a la del gendarme, protectoras del dinero pormetrópoli, sólo se distinguen las guarras teño. Los inmigrantes rusos son rechazados en la dársena. La Argentina, sentada sobre sus sacos de oro, ganados por el gringo, llora de ser tan hospitalaria. "¡Ingratos!", dice a los innumerables trabajadores que sudan en los campos, en los saladeros, en los talleres, en las fábricas y en los docks, enriqueciéndola sin límite. "¡Ingratos!", repite a los centenares de inocentes que manda a presidio. El terror tiene su lado cómico. Tiene también su alcance instructivo. En estos choques un país se vomita a sí propio; es el momento de estudiarlo. Estudiad, pues, la desesperación con que Buenos Aires defiende su bolsa del espectro anarquista; Buenos Aires, la ciudad-estómago, donde los tribunales han castigado con cuatro años de cárcel a un infeliz que había robado un dedal, y con seis a otro que había sustraído un pantalón. Pero no es sólo en Buenos Aires, no; es en la América latina entera donde no hay más Biblia que el registro de la propiedad, donde la escuela honra el afán de lucro como una virtud y los padres predican a sus hijos la codicia. Ni siquiera imitáis ya a la América sajona. Allí nacen religiones nuevas, en tanto que vosotros no tenéis religión, puesto que os devora el clericalismo. Allí los millardarios intentan hacerse perdonar, y fundan establecimientos públicos. ¿Quién se avergüenza aquí de su fortuna, y ante quién se avergonzaría, si cuanto más rico más venerado se es? Locura es figurarse que un régimen de avaricia puede ser un régimen de paz; la avaricia es forma del odio como la rabia homicida; en ella se transmuta y de ella brota. Las persecuciones de hoy traerán las bombas de mañana, que traerán otras persecuciones, y la sangre renueva el terror que hace verter más sangre.

La rehabilitación del trabajo

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Respuesta de J. Juan Pastor

1o. El problema actual del anarquismo es la eterna pugna del pensamiento libre, cuyas bellas concepciones le impiden realizar los atavismos y las imperfecciones morales de la naturaleza humana. Es, en mi juicio, uno y único problema de evolución, en todos los órdenes, de constante superación ética individual y social, y no varios, el problema del anarquismo. Es la lucha secular, tan vieja como el mundo, de la razón contra la fe, de la luz contra las tinieblas. Problema fundamental que abarca todas las manifestaciones de la vida, y del que dimanan todos los demás aspectos a quienes se pretende dar beligerancia de otros tantos problemas, pero que en sí no son sino productos imperfectos y anormales del origen imperfecto y anómalo de la sociedad.

El actual estado evolutivo de la conciencia humana, que tan evidentemente vislumbrara Kropotkin en sus últimos momentos, a juzgar por su magistral obra póstuma, tiende a buscar en sí mismo la solución que vanamente ha venido buscando anteriormente, a través de todos los siglos, corriendo tras de fantasmas. Es ésta una nueva conquista de la ciencia psicológica, y como conquista científica, hija del raciocinio y la experiencia deductiva, es de creer que incontrastable y sólida.

El problema del libre pensamiento, pues, está en la ciencia, y no ha de tardar mucho en obtener nuevos triunfos en el terreno biológico, que descubran nuevos horizontes al anhelo constante de superación mental de la especie. Es ya indiscutible que el ser humano contiene en sí, desde el momento de su concepción, el morbo hereditario del principio de obediencia, fruto de la familia, de la educación, del ambiente anormal y ficticio, y ello nos enseña la solución del malestar, de la tiranía y la imperfección sancionados por el dogma que todo lo rige y del que son fruto los aspectos circunstanciales que nos salen al paso en la marcha histórica.

Debemos, pues, dar a nuestra lucha honda penetración científica. El bregar diario de nuestras energías materiales contra las injusticias, digamos esporádicas, nunca deberá cesar, pero sin olvidar que ellas no son sino manifestaciones parciales del conjunto viciado y caduco.

2o. Nuestra conclusión al punto anterior nos da la respuesta por anticipado. La solución del problema humano es revolucionario, puesto que depende de una honda transformación y superación mental del individuo para que la convivencia social sea armónica. El hombre, célula del organismo — y esto se ha repetido ya hasta la saciedad — ha de cumplir su evolución moral para que el conjunto humano sea perfectible, ya que la perfección absoluta, desde el punto de vista anarquista-científico no existe. La inteligencia avanza evolutivamente, y el derrumbe de prejuicios y creencias que su paso ocasiona se traduce por revolucionario. En el orden social la evolución humana también ha de causar el aplastamiento estrepitoso de los intereses creados.

3o. Siendo el proletariado un producto del sistema capitalista, la anarquía es proletaria, principalmente porque ello constituye una de las injusticias del conjunto, un acicate que le impulsa a resolver este aspecto de manera perentoria. Pero la anarquía, como manifestación sublime del pensamiento, es esencia mente humana.

4o. La labor más importante, útil y bienhechora para la felicidad humana sería desarrollar el raciocinio, el sentido analítico y la iniciativa del niño, substituyendo todo sistema o norma pedagógico por un estudio psicológico de sus naturales inclinaciones temperamentales para encauzarlas racionalmente y conseguir despertar en él el anhelo de autoeducarse, estimulándole en este deseo. Creo que es la única base de la verdadera educación libertaria.

Cuando hablamos de educación, la fuerza del prejuicio nos trae a la mente la norma, el sistema o fórmula pedagógica, sin pensar que la educación nada tiene que ver con la pauta instructiva, como lo demuestra claramente el que hombres verdaderamente instruídos no tienen educación alguna. Educación es formación ética de la conciencia, que sanciona los actos morales de sí mismo, y la instrucción no es más que asimilación, enseñanza, repetición de conocimientos adquiridos, formados, que luego la educación analiza y razona. Del sistema de instrucción depende el embotamiento o momificación del poder deductivo de la mente, y ello explica el empeño de los enemigos de la evolución del pensamiento en apoderarse de todas las instituciones de enseñanza. He aquí el germen más poderosamente reaccionario, o el más eficazmente progresivo, según la base de orientación que se le imprima al moldeable cerebro infantil.

Pero la orientación natural y lógica para la formación de la conciencia libertaria del niño no depende tampoco exclusivamente del método pedagógico, y nada o muy poco se conseguiría únicamente apartándole de los sistemas obtusos y enervadores de la instrucción oficial, si en el hogar se le siguen ofreciendo a los ojos del niño deplorables ejemplos de la tiranía paternal en la ficticia institución de la familia, reflejo de las tiránicas instituciones de la sociedad.

5o. El arte ha de ser humano, o no será arte, y creo que ello dice mucho más que cuanto pudiéramos decir nosotros sobre este punto. Pero lo que importa es no confundir el arte con el negocio de los que subastan sus escasas facultades de imitación. Siendo el arte espontánea manifestación de la belleza es ilimitado y, por tanto, reñido con toda pauta preconcebida y convencional. Precisamente de esta su condición naturalmente libre nace su poder revelador y su influencia conceptiva en las mentes liberadas de prejuicios, es decir, su poder rebelde. Siendo el arte un impulsor de superación, es revolucionario, es anarquista.

6o. Como resistencia y defensa al poder absorbente de la sociedad — como resistencia y defensa cuanto más, pues que su liberación total es imposible actualmente — creo útil y de eficacia libertaria la superación individual. Como superación, claro está, que no como engreimiento del yo subyugante y ególatra. También aquí importa no confundir el error del criterio individualista que se basa en el gesto acomodaticio del encogimiento de hombros ante los acontecimientos sociales, o el del que antepone su yo a todo beneficio común. El individualismo es un principio filosófico que se desembaraza por su propio impulso de todo convencionalismo y respeto a lo establecido para poner en práctica su concepción de la vida, sin aguardar el nivel armónico de sus semejantes. Es una idea más bien de sacrificio, de ejemplo esforzado, pues que son los precursores de todo avance. En este sentido creo al individualismo un alto fin libertario.

7o. El único valor que le concedo a la tradición es el de constatación de sus errores funestos como arma demoledora de toda fe negadora del raciocinio. Pero precisamente nuestro esfuerzo debe encaminarse a libertar al pensamiento humano del carril tradicional y esclavizante.

8o. Es indudable que la Biblia respondía al estado de la mentalidad humana de los tiempos en que se confeccionó, y acaso también fuera entonces una necesidad tan curioso *factotum* religioso. Voltaire, Diderot, Mirbeau, entre otros, sometieron al tamiz de la crítica sus sofismas y absurdos inmorales, asimismo respondiendo a una necesidad de su época, y en ningún caso sus máximas ambiguas resistieron la acción del crisol razonador.

Hoy, para *soterrar y deshacer viejas creencias* creo que basta la lectura de la Biblia por una mediana cultura, por poco deductiva que ella sea. Es como una de esas herrumbrosas y destempladas armas que amenazan herir la mano que las empuña. La religión misma se avergüenza de este engendro.

Nota. — A pesar del deseo del Grupo Editor de *"Generación Consciente"*, no ha podido esta revista publicar el anuncio de la Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas", por haberlo impedido la previa censura, que en este gobierno civil de Valencia está ejercida por frailes, asesorados por damas catequistas. No importa que estos frailes no vistan el burdo sayal; su mentalidad de cuco es más burda aun que el hábito frailuno. Los compañeros de España ya tienen idea de lo estúpido del procedimiento de estos bestias censores, que dificultan todo lo que pueden la marcha de esta publicación, no dejándole publicar ni aun aquellos escritos doctrinarios y filosóficos que pasan sin dificultad por la censura de Barcelona y Madrid.

En su número 37, correspondiente a septiembre, fué mutilado por el lápiz rojo el anuncio de la Encuesta, con unas consideraciones sobre su eficacia que el Grupo Editor añadía. En el siguiente número, correspondiente a octubre, se intentó publicar el anuncio de los ocho puntos puestos a discusión sin comentario alguno, y también fué tachado.

Sirva ello de explicación a los que, extrañados, ven que "Generación Consciente" no dedica sus páginas a muchas cuestiones inherentes a la lucha y al ideal de reivindicación, que es el ideal de sus redactores. Lo que decimos de la Encuesta ha ocurrido en la protesta contra el crimen jurídico Sacco y Vanzetti; en lo referente a los presos sociales; en nuestra opinión que se nos demandó sobre la Confederación Nacional del Trabajo, y sobre otras muchas cuestiones.

Respuesta de M. Pierrot

Las cuestiones de la encuesta son planteadas de tal manera que da lugar a creer que sus organizadores parten de la idea de una anarquía *a priori*, que posee toda la verdad, creando así una nueva autoridad, ante la cual todos deben o deberán inclinarse. Se hace una abstracción muy peligrosa para la propaganda. La anarquía no es ni un partido ni una religión. Es, a lo sumo, un estado de espíritu, es el estado de espíritu del que observa los hombres y las cosas *sin parti's pris*.

1a. cuestión. — He aquí por qué digo que no hay problema actual del anarquismo. El anarquismo se mezcla a la vida de todos los días y a las acciones de los hombres. Si hay que hacer un esfuerzo contra la reacción autoritaria, es el de todos los hombres de buena voluntad. Sería lamentable que este esfuerzo se limitase a los que se dicen anarquistas. La propaganda anarquista consiste en difundir las ideas antiautoritarias en la masa, de manera como para ayudar la marcha del progreso humano.

2a. — La anarquía es revolucionaria, puesto que el progreso social, como todos los progresos verdaderos, no se hace sino por cambio de sistema y, por consiguiente, destruyendo los cuadros caducos.

3a. — La anarquía es una idea humana. No es específicamente proletaria. Pero como su ideal moral de justicia la lleva a combatir los sufrimientos causados por una mala organización social, lucha con los proletarios contra la organización patronal y estatal.

4a. — No hay que dar orientación alguna a los niños. Se trata de hacer de ellos hombres, hombres completos, y no de convertirlos en cristianos, o en socialistas, o en anarquistas. Que se les dé una educación liberal, imparcial, que desarrolle su espíritu crítico y que se tenga buen cuidado de atiborrarles el cerebro con fórmulas hechas, teóricas o doctrinarias. Que se les enseñe a observar los hombres y los hechos. Que se desarrolle también sus sentimientos y que se les ponga de manifiesto la solidaridad que une al hombre con todos los demás hombres.

5a. — No hay que dar ninguna orientación al arte. Este florece en los períodos de civilización y de prosperidad, para embellecer las comodidades de la vida. Una corriente de idealismo puede vivificarlo.

Desde el punto de vista práctico es necesario tratar de difundir las lecturas literarias que desarrollan los sentimientos de solidaridad humana; por ejemplo: las viejas novelas de C. Dickens. Por otra parte, la caricatura puede ayudar al público a comprender mejor los vicios del sistema social actual y el ridículo de los prejuicios corrientes.

6a. — Las tendencias individualistas actuales me parecen antisociales. El sentimiento de dignidad individual es, por

---

Génesis, castiga con el trabajo ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Lo hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo — de dos años y medio — juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, no ha de estarlo también la del espíritu. Y he aquí que hemos prostituído el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor; hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes, el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irritados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más!

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud de su trabajo y a los ricos de la esclavitud de su ociosidad.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

...tro de las relaciones humanas to... meritorio y lo útil fué elaborado, ...por los jefes ni por los organizadores ...do pelaje, sino por la sociedad hu... "La ciencia nos demuestra — dice ...tkin — que los llamados jefes, hé... y legisladores de la humanidad na... introdujeron en la historia que no ha... sido elaborado por el derecho común ...la sociedad. Los mejores de ellos for... ...ron únicamente, sancionaron estas ...tituciones. Pero la mayoría de estos ...do benefactores trataban, al mismo ...po, de destruir aquellas instituciones ...derecho común que impedían la for... ...ción de la autoridad personal y refor... ...ban otras en beneficio propio o de su ..."

...las sociedades humanas no tenían ne... ...dad alguna de estos usurpadores, que ...denominaban a sí mismos "organiza...res". Eran seres extraños, dañinos, pa...sitarios; un apéndice morboso a la so...ciedad. El proceso histórico que se des...rrolló bajo su influencia era perjudicial ...la sociedad y no era inevitable. Ba...sándose en datos rigurosamente científi... ...los anarquistas-comunistas cuentan ...la actividad creadora de las masas, ...con la actividad, por lo común des...ordenada y funesta, de los llamados jefes. Todas las divagaciones de que el paso ...la sociedad socialista es únicamente po... ...cuando sea mayor que ahora la con...centración de los capitales, cuando sea ...la falta de mercados para la pro...ducción capitalista, etc., no tienen nada de científicas; son hipótesis sin fundamento alguno.

Menos fundada aún es la creencia de que algún grupo de jefes y organizadores puede, a su antojo, organizar la sociedad sobre las bases por ellos deseadas.

En el proceso histórico interpretado como lo hemos hecho en este capítulo, hay lugar para una gran revolución. Su objeto es expulsar de la sociedad a los pseudo organizadores que no son otra cosa que usurpadores; destruir las instituciones de violencia existentes, y las que puedan surgir, y lograr que la sociedad pueda organizarse sobre las bases que le son propias.

XXV

Es un error muy grande y muy funesto la tendencia de los socialistas y comunistas, partidarios del Estado, el de querer organizar la sociedad en los principios socialistas mediante el Estado, o sea de los gobernantes. No se puede forzar a la Historia. "Nos quieren convencer — dice Kropotkin — a pesar de los fracasos, que la maquinaria vieja, el organismo viejo, que se ha formado en el transcurso de la historia con el fin de matar la libertad, de someter la personalidad, de hallar para la opresión fundamentos legales, de oscurecer los cerebros humanos, habituándolos paulatinamente a la esclavitud del pensamiento, por un milagro resultará repentinamente útil para otro fin: se convertirá de improviso en instrumento y en cuadro dentro del cual se creará la nueva vida, se establecerá la libertad y la igualdad en el terreno económico, llegará el despertar de la sociedad y la conquista, por ella, del porvenir.

¡Qué absurdo! ¡Qué incomprensión de la historia! Para permitir el libre y amplio crecimiento del socialismo es necesario reconstruir totalmente la sociedad, basada en el estrecho individualismo burgués. El problema no consiste únicamente, como se expresan algunos en lenguaje metafísico, en "devolver al obrero el producto íntegro de su trabajo", sino en cambiar el carácter mismo de las relaciones entre los hombres, empezando por las relaciones del simple ciudadano con el alcalde o el jefe de estación y terminando por las relaciones entre distintos oficios, ciudades y regiones. En todas las calles, en toda aldea, en todo grupo de hombres reunidos en torno a una fábrica o estación ferroviaria, debe despertarse el espíritu de creación y organización para que en la fábrica y en la estación, en la aldea y en el depósito de productos, en la producción, en el consumo y en la distribución se reconstruya todo de nuevo. Todas las relaciones entre el individuo y los grupos de hombres deberán ser modificadas desde el momento que resolveremos atentar por primera vez contra la organización social actual y sus instituciones comerciales y administrativas.

Este trabajo gigantesco que exige la libre actividad de la creación popular, quieren encajarlo en los marcos estrechos del Estado, quieren ponerlo dentro de los límites de la organización piramidal que forma el Estado! Del Estado cuya sola razón de ser consiste precisamente en la opresión del individuo, en la destrucción de toda agrupación separada, de toda creación libre, en el odio hacia toda iniciativa personal y en el triunfo de una idea única (que necesariamente deberá ser la idea de la mediocridad), de este mecanismo de opresión por excelencia quieren hacer un instrumento de la transformación gigantesca! ¡Quieren realizar toda la renovación social mediante decretos y mayorías electorales! ¡Qué ingenuidad!"

Todo Estado, aunque sea una república con un gobierno socialista a la cabeza, conserva las añejas instituciones nocivas: la autoridad y la propiedad. Por eso es que todo Estado es conservador por naturaleza. Ejemplo de ello puede ser el gobierno actual de Rusia, que afianza el poder, por más que sus componentes hablen de anarquismo como de una etapa sucesora del actual estado de cosas, y que dará por fin a la humanidad la libertad deseada.

El Estado moderno, por lo mismo que es Estado, conserva, y no puede menos, la explotación del hombre por el hombre. Conserva la propiedad de los medios de producción aun cuando despoja a los propietarios particulares de las empresas industriales y las pone en manos del Estado. Las fábricas del Estado, siempre serán del Estado, así como antes fueron de los particulares, pero en ningún caso serán patrimonio de la sociedad. Lo mismo con las tierras. Y la tutela que ejercen los gobiernos modernos sobre el obrero, como si éste fuera un chiquillo, debilita su iniciativa y su actividad y despierta falsas esperanzas, por cuanto la obra de la reconstrucción de la sociedad sobre los libres principios, es obra de millones de seres humanos y no de gobernantes, impotentes siempre para crear algo nuevo.

XXVI

Los anarquistas comunistas rechazan todo proyecto de Estado socialista con el que, aunque raramente, tratan los socialistas de seducir a los obreros. Comentaremos brevemente estos proyectos, haciendo notar de paso que los comunistas bolcheviquis organizan en Rusia un Estado socialista aunque lo consideran, según ellos, casi exclusivamente, como una máquina para destruir el viejo Estado burgués, en el lugar del cual se establecerá, en un futuro más o menos lejano, la organización anarquista de la sociedad. Es necesario indicar, sin embargo, que el gobierno bolcheviqui de Rusia, lejos de despertar en la población los sentimientos y cualidades necesarias para crear y convivir en una sociedad anarquista, hace todo lo posible para ahogarlos.

El Estado socialista no se distingue en substancia del gobierno burgués: la misma autoridad y la misma necesidad de ella.

Una sociedad donde existe la desigualdad económica no puede prescindir del gobierno: he ahí por qué también en una sociedad socialista, donde no habrá igualdad económica, sino que habrá ricos y pobres, existirá el gobierno y habrá necesidad de él. El gobierno es inherente a la sociedad socialista en el mismo grado que es incompatible con una sociedad anarquista comunista. Guillaume expone del modo siguiente la opinión de Switzgebel sobre el Estado socialista: "El mundo socialista se divide en dos grandes corrientes de ideas: una, que se inclina hacia el gobierno obrero; otra, a la federación de las comunas. Nos dicen que el Estado obrero dirigido por la clase obrera no tendrá el carácter opresivo y explotador del Estado burgués y será el agente económico, el regulador de los servicios públicos.

Pero toda esta dirección estará en manos de elegidos, habrá un parlamento obrero elegido por el sufragio universal, habrá mayoría que promulgará leyes para la minoría. El Estado obrero tendrá el poder coercitivo para obligar a cumplir las leyes, sofocará toda tentativa de insurrección: tendrá gobierno, fuerza armada, policía, tribunales, etc. Este Esta-

---

...ra parte, algo enteramente distinto a ...pretensión de tener el derecho de vivir ...expensas del prójimo.

...a. — La tradición, considerada como ...memoria de la experiencia adquirida, ...necesaria. La adquisición del pasado ...útil para ir más lejos. Pero la tradi...ción de los prejuicios, de las costumbres ...es nefasta.

...a. — Leed las obras de Frazer: Le ra...meau d'or, El folk lore en el Antiguo ...stamento.

MAX NETTLAU (4)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

...carpas; decían unas palabras acogidas por todos los ...más diputados con hostilidad y causaban una impre...sión moral en vastos círculos; pero desde que los socia...listas entraron en el parlamento por docenas, por cin...cuentenas, por centenares, ese efecto se desvaneció, ha...llan aquí y allí los jefes, "conscientes de su responsabi...lidad" y con un ojo en las posibilidades gubernamentales ...de su partido, lugares comunes bien redondeados, y los ...miembros menores holgazanean, hacen negocios, intrigan, ...se divierten, en una palabra, caen en la corrupción par...lamentaria usual, en un vagabundaje "superior" y el ...buffet parlamentario se convierte en asilo nocturno. Esa ...carencia total de efecto y la impotencia de los muchos ...nuevos diputados elegidos en 1893 la advirtieron en 1894 ...y 1896 particularmente los allemanistas franceses (una ...ramificación algo más radical del posibilismo) y surgie...ron fuertes corrientes *antiparlamentarias* que no eran ...de ningún modo anarquistas, aunque naturalmente con...tribuyeron al desprecio del parlamentarismo manifesta...do por los anarquistas del modo más diverso — desde ...la bomba de Vaillant hasta el famoso artículo de Octave ...Mirbeau en el *Figaro* (28 de noviembre de 1888), *La ...huelga de electores*, que fué repartido en grandes masas ...como manifiesto por la *Révolte* — la destrucción de la ...superstición parlamentaria, a que se aferraban fanáti...camente sobre todo los guesdistas, que habían puesto ...su firme en los trabajadores del Norte de Francia... "...mente por medio del arma legal del sufragio uni...versal será ineludible el ejército colectivista y se convertirá pronto en amo del poder, en amo de la república"... dijo, por ejemplo, Jules Guesde el 25 de junio de 1896 en la Cámara. Ahora bien, eso podían creérselo todavía sus víctimas deslumbradas del Norte de Francia; en el resto tal afirmación no hizo más que ridiculizar y menospreciar entonces al parlamentarismo: se comenzó a comprender que podría llegar un tiempo de la multiplicación de las actas socialistas, pero que eso no tenía nada que ver con el aumento del poder del socialismo y con su pronta realización. Ese fué el espíritu de aquellos años y esto explica el éxito de la actividad hábil y desinteresada de Pelloutier, ese hombre entonces aislado, enfermo y débil, pero sin embargo sin sosiego y conscientemente activo.

La Bolsa del Trabajo de París excitó en 1892 a federar todas las Bolsas del Trabajo, lo que se resolvió en Saint Etienne; en el comité de la Federación (París) fué Pelloutier delegado de la Bolsa del Trabajo de Saint Nazaire. El fué el que, como delegado de esa Federación al congreso de la Federación de los sindicatos (Nantes, 1894) se manifestó decididamente por la huelga general, y ese punto de vista se abrió camino; los políticos socialistas y su apéndice, una minoría, abandonaron el congreso y la vieja organización, sin fuerza, terminó naturalmente. Los que quedaron fundaron el *Consejo obrero nacional*, del que surgió en 1895 en el congreso de Limoges la *Confederación General del Trabajo* (C. G. T.). Pelloutier fué elegido el mismo año 1895 secretario de la *Federación de las Bolsas de Trabajo*, y desde entonces toda la labor recae sobre él, es decir, trabaja sin descanso por la penetración espiritual del movimiento de las organizaciones obreras antipolíticas y económicas que se extendía. De 14 Bolsas en 1892 resultan 34 en 1895 (federando 606 sindicatos); 51 en 1898 (con 947 sindicatos), 57 en 1900 (con 1065 sindicatos).

Se tiene de él, por ejemplo, *Méthode pour la Création et le Fonctionnement des Bourses du Travail* (París, octubre de 1895; en una impresión posterior, 16 págs. 12°), un primer manifiesto de mayo de las Bolsas (1896); dos informes presentados al congreso de las Bolsas en Nimes (junio de 1895), en uno de los cuales se declara anarquista. Escribió entonces también una gran serie de exposiciones de la evolución hasta entonces y de las perspectivas sobre la actividad ulterior en *Temps Nouveaux*, el periódico anarquista que reaparecía desde mayo de 1895, continuación de *La Révolte* y del *Révolté*, o sea *La situación actual del socialismo* (29 de junio de 1905), apareció el 6 de julio; otros el 3 y el 24 de agosto, el 14 de septiembre; *El anarquismo y los sindicatos obreros*, 20 de octubre y 2 de noviembre; todavía el 18 de enero y el 5 de septiembre de 1896, después de lo cual, si no me equivoco, no apareció más allí.

De 1895 es el folleto de Henri Girard y Fernand Pelloutier, *Qu'est ce que la Grève générale*, difundido por el *Comité de la Grève générale* (París, Imprimerie J. Allemane y su Librarie socialiste, 16 págs. 8.°); de 1896: *L'Organisation corporative et l'Anarchie. Plan de Conférence* (Publications di groupe L'Art social), 19 págs. en 12°. *L'Art social* era un periódico que apareció desde noviembre de 1891 a febrero de 1894 y que volvió a aparecer en julio de 1896. Pelloutier pronunció para ese grupo el 30 de mayo de 1896 su conocida conferencia *L'Art et la Révolte*, que apareció entonces como folleto, 32 págs., 16°. Había escrito en 1894 en la *Revue socialiste* sobre *Monogamia y amor libre* y sobre *La mujer en la sociedad actual*. Según esto su declaración pública de anarquismo corresponde a mediados de 1895 o algo anteriormente y no pudo tener lugar antes, pues desde los primeros meses de 1894 hasta la primavera de 1895 la prensa anarquista en Francia fué suspendida; no me es posible constatar ahora si Pelloutier escribió en ella antes, en 1893-94.

Algunos trabajos posteriores son *Les Syndicats en France* (París, Librairie ouvrière, 11 rue des Deux Ponts, 31 págs.). Este apareció en la editorial del periódico fundado por él, *L'Ouvrier des deux Mondes*, desde el 1 de febrero de 1897 a julio de 1899, 25 números; se transformó en *Le Monde ouvrier* (1899), sobre lo cual

do dispondrá de más autoridad de la que dispone el Estado moderno, desde que el Estado socialista concentrará en sus manos todo el poder económico, y coartará, en consecuencia, la libertad de individuos y grupos".

Es en vano que la palabra "Estado" se substituya por las de "el proletariado, que tomará el poder en sus manos". En el "manifiesto de la Asociación Internacional" escribió Carlos Marx lo siguiente (1864): "el proletariado debe concentrar los instrumentos de producción en manos del Estado, o sea el proletariado, elevado a condición de clase dominante". "¿Se pregunta—dice Bakunin—si el proletariado será la clase gobernante, a quién gobernará? Esto significa que quedará otro proletariado que estará sometido a este nuevo gobierno. Este otro proletariado bien podrá ser la masa campesina, la que, como es sabido, no goza del favor de los marxistas y que en un grado inferior de cultura será probablemente gobernada por el proletariado fabril"... Y más adelante: "¿Acaso todo el proletariado gobernará? Los alemanes se calculan en unos 40 millones. ¿Acaso todos estos 40 millones serán gobernantes? Todo el pueblo gobernará y no habrá gobernados. Entonces no habrá gobierno. Pero, habiendo gobierno, habrá gobernados, habrá esclavos. Este dilema insoluble en la teoría marxista lo resuelven ellos de un modo muy simple. Bajo el gobierno por el pueblo entienden ellos el gobierno del pueblo por un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo".

Los socialistas dicen que un Estado tendrá por objeto la dirección de las cosas y no de los hombres. Pero todo el que se tome el trabajo de pensar en lo que se oculta detrás de estas frases verá claramente toda su inconsistencia, comprenderá que la dirección de las cosas la reducirán los gobernantes socialistas al gobierno de los hombres. También ahora gobiernan los capitalistas a los hombres gracias a que son dueños de las cosas, de los medios de producción y de los productos.

¿Quiénes serán, entonces, los dirigentes del Estado socialista? A esto respondió abiertamente Bebel en un discurso pronunciado en el Congreso de Hannover (10 de octubre de 1899): "en lo que se refiere — decía — a la falta de intelectuales que tanto se menciona, sí, diré, compañeros, que cuando nos toque tomar las riendas del poder, a mí, al menos, no me preocupa la falta de ellos. ¿Qué harán los intelectuales que hayan estado hasta entonces en las filas de la burguesía? ¿Creeis que los empleados públicos, los técnicos, ingenieros, etc. se declararán en huelga y se negarán a trabajar con nosotros si les ofreciéramos un puesto y mejor salario? No solamente éstos, sino hasta altos funcionarios y quizás ministros vendrán con nosotros. La burocracia es la directora de la máquina. Nosotros lo que haremos es reformar esta máquina y entonces marchará mejor que ahora".

¿Qué se entiende entonces por gobierno proletario? Ya lo dijo Bebel: el gobierno de los intelectuales y burócratas.

Kautsky, a su vez, nos habla del Estado socialista futuro. Indica que después de la revolución social quedarán grandes rentas y grandes fortunas que el proletariado gravará con altos impuestos. Los capitalistas conservarán, aun después de la revolución, sus empresas y exigirán del gobierno que estas empresas altamente gravadas sean por él rescatadas.

Entonces, estas empresas pasarán mediante compra a manos de las sociedades de consumo, asociaciones obreras, comunidades, Estado, pero los socialistas tratarán de hacer que la mayoría de las empresas capitalistas sean adquiridas por el Estado y las comunidades.

Los obreros percibirán salarios que en los primeros tiempos no serán muy elevados, pero que crecerán con las nuevas generaciones. "En la sociedad socialista — continúa Kautsky — pueden existir las más distintas formas de empresas: burocrática, tradeunionista, cooperativa, individual, las más distintas formas de compensar el trabajo: sueldo fijo, salario variable, por pieza, participación en las ganancias del ahorro de la materia prima, de las máquinas, etc.; participación de las ganancias del trabajo intensivo; las más distintas formas de convertir los productos: contratos de abastecimiento, compra en los depósitos del Estado, de las comunas, cooperativas o de los productores mismos, etc., etc." Se sobreentiende que en una sociedad semejante la autoridad coercitiva, más que necesaria será inevitable. Una sociedad socialista basada en estos principios no podrá prescindir del gobierno.

Toda vez que los socialistas estatales de cualquier escuela intentan describir o llevar a la práctica su "Estado socialista", sus fantasías o "previsiones" no van más allá del capitalismo de Estado, al que erróneamente denominan "socialismo".

XXVII

En las páginas de las publicaciones de los comunistas bolcheviquis y en los discursos de algunos de ellos encontramos protestas contra el anarquismo; protestas originadas por una interpretación errónea del anarquismo. Asegura, por ejemplo, que los anarquistas son partidarios de pequeñas comunidades, compuesta cada una por pocos miembros; y que, por consiguiente, la gran industria no tiene cabida en la sociedad anarquista. También nos dice que los anarquistas quieren *decretar* la abolición del gobierno. Vemos así que Bujarin, en su libro "Programa de los comunistas bolcheviquis", editado por el Partido Comunista Ruso, hablando del anarquismo, dice lo siguiente: "los anarquistas creen que los hombres vivirán mejor y más libres cuando desmenucen toda la producción en pequeñas comunas de trabajo. Se forma, voluntariamente un grupo de 10 hombres para explotar una determinada rama de la producción. ¡Pues nada mejor! En otra parte surge otro grupo semejante, más allá otro más. Estos grupos empiezan después a relacionarse; a un grupo falta una cosa, a otro otra. Acaban, poco a poco, por entenderse, hacen pactos libres... y toda la producción se desenvuelve en estas pequeñas comunas".

"La comuna anarquista no es la colaboración de hombres, sino un grupo que puede componerse hasta de dos miembros. En Petrogrado hubo un grupo anarquista que se llamó "Unión de los cinco oprimidos". La teoría anarquista admite hasta uniones de dos oprimidos. Imaginaos lo que sucedería si cada cinco o cada dos personas empezara, por su cuenta y riesgo, a requisar, confiscar y después trabajar independientemente de los demás. En Rusia hay unos 100 millones de trabajadores. Si todos se dan a organizar "Uniones de cinco oprimidos" se formará en Rusia 20 millones (y cada millón es mil veces mil) de comunas semejantes. Imaginaos la confusión babilónica que se originaría si estos 20 millones de comunas empezaran a trabajar independientemente".

Todo lo dicho por el bolcheviqui que acabo de mencionar son puras divagaciones. Nada de eso enseña el anarquismo. Empecemos por la "Unión de los cinco oprimidos". Esta unión albergaba en su seno un número de personas mucho mayor del que indicaba su título, por cuanto bajo el nombre de "cinco oprimidos" se entendía, no cinco personas, sino cinco grandes categorías de oprimidos: 1—La clase obrera; 2—Los pueblos oprimidos; 3—Las mujeres; 4—Los niños; 5—El individuo. De lo cual se deduce que en la "Unión de los cinco oprimidos" que Bujarín toma como demostración de la pequeñez de las comunas que los anarquistas pregonan, tiene cabida la mayoría de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

The Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee, Boston, octubre, 1926.

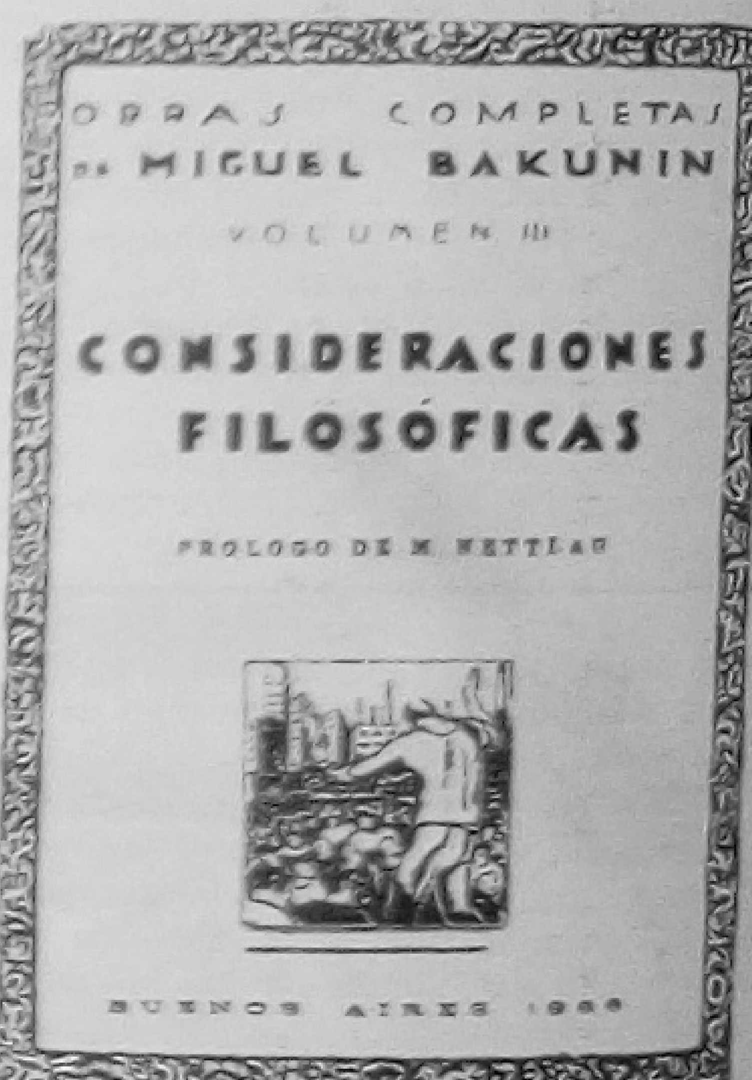
Fernando Recarey (Fernando R. Ortega). — *Cantos del pueblo*, 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1927.

Bezvlastié, órgano mensual anarquista comunista en idioma búlgaro. Año I, número 1, noviembre. Buenos Aires.

Sembrando Ideas, Año IV, número 54, noviembre. Publica la novela de Adrián del Valle, *Juan sin Pan*, Buenos Aires.

La vacuna y sus funestas consecuencias, 2a. edición, 32 págs. Bs. Aires, 1926.

El libro y el pueblo, enero a junio de 1926 Boletín bibliográfico editado por la secretaría de educación pública de México (México).



Un tomo de 350 páginas, $ 1.50

no estoy ahora orientado. El Congreso de las Bolsas de Toulouse, 1897, había hecho del periódico su órgano oficial, pero la falta de medios y su traslado del centro de París a una localidad del campo entonces, exigido por su enfermedad, mataron ese interesante periódico, al que le siguió desde el 1 de diciembre de 1900 el órgano de la C. G. T., que apareció después muchos años, *La Voix du Peuple;* y más tarde aún, desde el 15 de octubre de 1909 vió la luz una revista parecida al periódico de Pelloutier por su esencia, *la Vie ouvrière*, publicación mensual redactada por Pierre Monatte. En 1899 colaboró Pelloutier en el diario de Sebastien Faure producido por el asunto Dreyfus, *Le Journal du Peuple*, que apareció a partir del 6 de febrero; el último número que conozco de esa publicación es el 299 del 3 de diciembre. Entonces escribió un esbozo de la evolución de las *Bolsas del Trabajo* para la *Revue politique et parlamentaire* de París; este trabajo lo amplió luego y lo convirtió en la *Historia de las Bolsas del Trabajo* ya mencionada, que apareció después de su muerte.

En 1900 apareció aún una consideración sobre el congreso de las Bolsas del Trabajo en *Le Mouvement socialiste* y *Le Congrès général du Parti socialiste franais*, 3-8 décember 1899, con una *Carta a los anarquistas* (París, P.—V. Stock, 1900, IX, 72 págs. 18.°); del contenido de la carta no me recuerdo ahora. No puedo constatar tampoco qué texto francés es el folleto italiano *Sindicalismo e Rivoluzione sociale*, que apareció varias veces con un prefacio de Pietro Gori (Roma y Florencia, 1905, 1908; 16 págs. 8.°).

L'Art et la Révolte (El arte y la rebeldía) es también un volumen de poesías aparecido en la editorial de Pelloutier, rue des Deux Ponts, 1898: *De la Colère, de l'Amour et de la Haine* (De la cólera, del amor y del odio), por Jean Réflec (XVI, 59 págs., 12.°); quién era Jean Réflec — ¿un pseudónimo? — no lo sé. Dave menciona aún un pequeño folleto sobre el *arte dramático*, una indicación para la organización de un teatro del pueblo.

Con todo eso halló Pelloutier tiempo para elaborar con su hermano una descripción de la vida obrera en Francia. Había sido ya anunciada en 1895 como *Le Travail et la Vie ouvrière en France*, pero apareció, después de preparaciones en su periódico, tan sólo en 1900 como *La Vie ouvrière en France.* A este objeto, que habían cultivado hacía muchos años Corbon, Pierre Vincard, luego la tendencia conservadora de Le Play, se consagraron los hermanos León y Maurice Bonneff intensivamente y con el más hermoso éxito. La guerra los desentonó a ambos y ahora ese aspecto es representado sólo en cierto grado por Pierre Hamp. Puedo observar aquí que los periódicos sindicales de todos los países y de todas las ramas de oficio tal vez no perjudicarían su causa ni se perjudicarían a sí mismos si atendiesen esencialmente más a ese dominio descriptivo, que está siempre ligado a la exposición de tantos males y dolores. Presuponen que para todos sus lectores eso es conocido y que a otras gentes no interesa ni les importa nada. Ahora bien, por eso son sus periódicos cerrados diversamente para otros, y extraños, y quedan inobservados. Así como los pueblos no se conocen entre sí y habría que hacer todo lo posible para que se conocieran, también los trabajadores de las distintas ramas de oficio se conocen demasiado poco y algunas veces serían más aproximados por las miradas reales en la vida recíproca que por ideas abstractas comunes y por la mera catalogación organizadora. Además se aproxima el tiempo en que — esperémoslo — los trabajadores recibirán en sus manos toda la realización del proceso productivo y distributivo y en que expulsarán a todos los parásitos estatales y privados. Pero para ello, entre otras cosas, es necesario mucho conocimiento efectivo, un resurgimiento radical de la unilateralidad del obrero que vive en el círculo de su rutina cotidiana uniforme, etc. En todas esas relaciones los retratos vivientes de la vida real, como supieron hacer los hermanos Bonneff y algunos otros, serían instructivos, estimulantes y nos aproximarían espiritualmente a nuestro objetivo final.

Antes de mencionar algo de los escritos de Pelloutier y decir algunas palabras de su actividad en conjunto y de lo acontecido después de él, quiero citar algo personal de su vida interiormente tan rica, exteriormente tan pobre, enferma y pronto en vías de apagarse.

Lo ví una vez en 1896 en Lonlres, durante la semana del congreso socialista internacional. Acudió con muchos delegados franceses, allemanistas (entonces antiparlamentarios) y sindicalistas, y por reaccionariamente que transcurriese el congreso como conjunto, en la gran sección francesa se vió frente al socialismo político, al guesdismo y al millerandismo, una oposición hábilmente conducida por Pelloutier, Pouget y otros, pero realmente realizada por todos sus compañeros con placer y alegría, en la que no se había pensado. Se zurró magníficamente a los diputados, de los cuales, por ejemplo Millerand, promovió entonces la pretensión singular para el congreso de que no necesitaba credencial, pues los votos de sus electores le delegaban por sí mismos para la participación en todos los congresos, y otras cosas por el estilo; esos señores diputados, que se consideraban como una clase social superior, oyeron entonces más de una verdad. ¡Ciertamente, por natural que fuera la ruptura con esas gentes, que se produjo entonces, gracias a la ignorancia y a la paciencia de los pueblos, están todavía ahí!

El pobre Pelloutier, con su rostro corroído por el *lupus*, presentaba un aspecto lamentable, pero parecía alerta, firme y con alegría para el trabajo. Vivía en gran pobreza: su sueldo en las Bolsas del Trabajo eran — según Yvetot, — primeramente cero, luego 25 francos por mes, luego 50, por último 100; este último sueldo 100 francos, tan sólo en 1900, por tanto el mayor tiempo nada, luego 300, luego 600 francos por año por un trabajo cotidiano de muchas horas como secretario de las Bolsas. Dave lo describe en 1898 en la mísera vivienda de la rue des Deux Ponts, tratando de aumentar algo sus entradas, aquellos 600 francos, pues, por medio de copias y traducciones. Su salud se quebrantó desde luego enteramente, la tuberculosis laríngea progresó. De su

N.o 254

BUENOS AIRES, 20 DE DICIEMBRE DE 1926

Año V

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMA[NAL]

PRECIO: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

Redacción y Administración: PERU 1537

Telefónica 0.478 — B. Orden —

Perfeccionamiento mecánico, la desocupación obrera, la jornada de 6 horas

En todos los dominios del proceso productivo en general en todas las esferas del trabajo se viene operando después de la guerra una verdadera revolución técnica de incalculables alcances.

Dejando ya a un lado el radio del trabajo manual, que parece el más accesible a la mecanización, nos referiremos hoy al maquinismo en los bancos, que está suprimiendo una buena parte de su personal.

El último informe anual del Crédit Lyonnais dice:

"El estudio y la aplicación de todas las medidas que permiten intensificar el trabajo y simplificarlo sin perjudicar su buena ejecución y el contralor indispensable se prosiguen sin descanso: conviene señalarse particularmente, en este orden de ideas la generalización progresiva del empleo de las máquinas"...

El espectáculo de un Banco al viejo estilo es el de una abigarrada multitud de empleados, cada uno de los cuales atiende una función especial en el complicado engranaje de la contabilidad y de las operaciones bancarias. Un banco moderno, por grandes y múltiples que sean sus operaciones, llama la atención por el escaso personal que necesita. El secreto de ese fenómeno está en las salas de máquinas, donde un par de empleados realizan con algunos aparatos mecánicos la labor de todo un cuerpo de escribientes y de tenedores de libros.

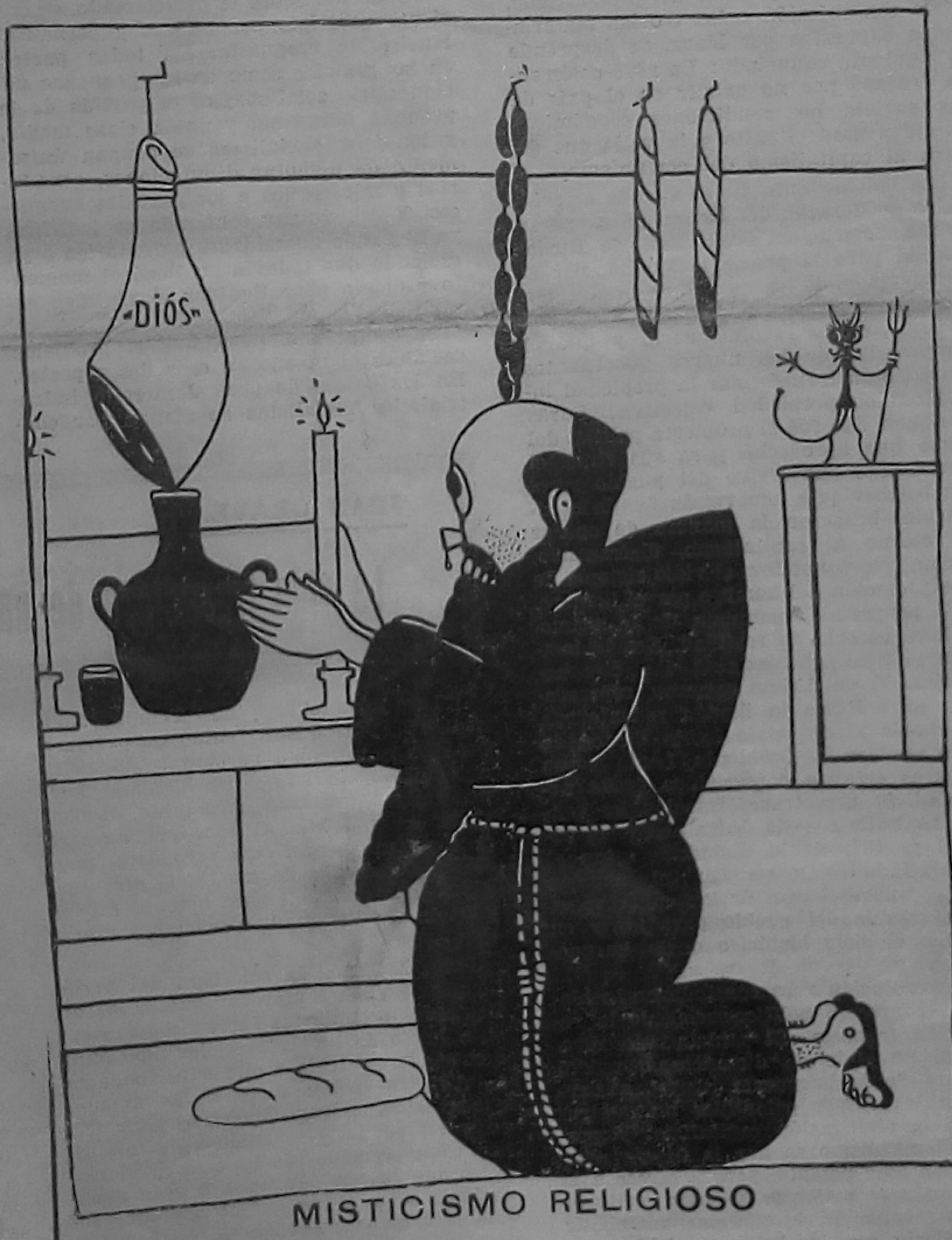
En un informe de la Banque de Bruxelles, una de las mayores organizaciones bancarias belgas, se lee: "La nueva reducción del número de nuestros empleados, que pudo ser obtenida a consecuencia de la extensión del empleo del maquinismo, nos compromete a estudiar nuevas aplicaciones".

Un banco regional de Francia, la Banque Générale du Nord, redujo cerca del 15 por ciento el número de sus empleados a causa de la introducción de las máquinas y una reorganización de los métodos de contabilidad. (R. Louzon, en **Revolution proletarienne**, noviembre, París).

Podrían citarse casos más interesantes aun de Bancos alemanes y norteamericanos en donde la supresión del personal a causa de la introducción de las máquinas se redujo en más de un 50 por ciento. Pero son tantos los hechos que he ido acumulando en el curso de los últimos años para demostrar la trascendencia de la revolución técnica que se viene operando en el mundo, que podemos contentarnos con afirmar sencillamente que hasta en el dominio de las llamadas profesiones liberales se sienten los efectos de la actual corriente superindustrialista.

¿Debemos alegrarnos por el empleo creciente de las máquinas? ¿O debemos, más bien, inquietarnos? Aparte de la inaceptabilidad del proceso de distanciamiento creciente del hombre y del producto de su trabajo, distanciamiento motivado por el trabajo mecánico que no exige del hombre un esfuerzo mental creador, dando así base a una evolución psicológica imposible de prever en sus desviaciones y anomalías, hay un hecho importante que nos hace ver con prevenciones el empleo progresivo del maquinismo: la desocupación obrera.

Hay, actualmente en Europa más de seis millones de desocupados, sin perspectiva alguna de que esta cifra disminuya; en los Estados Unidos, desde la terminación de la guerra, hay de dos a tres millones de obreros sin trabajo, permanentemente, y eso que la economía y las finanzas norteamericanas no dejan nada que desear en punto a prosperidad. Aquí mismo, en la Argentina, hay más de 300.000 desocupados. En Chile pasan de 100.000 a causa de la crisis de la industria salitrera, debida a su vez a los progresos químicos que permiten pasarse sin el salitre chileno. Y así sucesivamente. La interdependencia económica mundial tan loada por el socialismo "científico", hace que la crisis de un centro importante de la economía repercuta en seguida en el mundo entero. Y con más razón tiene que repercutir en el mercado internacional del trabajo la revolución técnica que se está operando en los países más industrializados.



MISTICISMO RELIGIOSO

En otros tiempos, cuando las grandes masas no conocían la educación marxista, la desocupación aguda era susceptible de transformarse en un grave factor revolucionario que los gobiernos y los capitalistas se apresuraban a reducir a su mínima expresión. Sin embargo, hoy existen en Europa más de seis millones de desocupados, sin contar los que trabajan jornadas o semanas reducidas, sin contar tampoco el descenso general del nivel de vida de los trabajadores, y el capitalismo y el Estado no ven motivo alguno para inquietarse.

He aquí de qué viven el millón y medio o los dos millones de desocupados que hay en Alemania, esperando talvez mesiánicamente de los diputados socialdemócratas y comunistas la salvación. Desde el 8 de noviembre de 1926 al 31 de marzo de 1927 el socorro máximo por cada día laborable para los desocupados es el siguiente:

1.—Para personas de más de 21 años:

a) Solas, 2,03 marcos; b) con familia, durante las primeras ocho semanas de paro, 1,78; c) con familia, desde el comienzo de la novena semana, 1,96.

Naturalmente para las personas menores de 21 años el socorro es casi la mitad de ese.

Además hay un pequeño socorro para las familias; el marido recibe, aparte de los 2,03 marcos por día laborable 0,55 peniques, y por cada hijo aumenta el socorro en 0,39 peniques por día laborable.

Por consiguiente, el máximo de lo que se puede pagar en concepto de socorro a los desocupados con familia, mujer e hijos, es de 23,34 marcos por semana en las primeras ocho semanas; luego, a partir de la novena semana, el máximo puede alcanzar a 24,42 marcos.

Con el máximo de ese socorro, que pocas veces se aplica, el desocupado no puede más que vegetar miserablemente, sin alimentarse, sin vestirse; pero impide una muerte rápida y eso hace que el orden público no sea turbado por las masas de los sin trabajo.

Pero si ese socorro es excesivamente reducido para subvenir a las necesidades más apremiantes de los desocupados, significa, sin embargo un gran peso para los que trabajan, pues no hay que imaginarse que los millones gastados semanalmente en el socorro a los desocupados se producen por arte de magia o salen de los bolsillos de los capitalistas, no; proceden del trabajo de los obreros que se consideran dichosos por te-

E. LOPEZ ARANGO

El justificativo de la contrarrevolución

Hay teorías que expresan un propósito fuera del contenido económico de la sociedad, y que por eso parecen revolucionarias. Como elemento teórico, como idea de futuro, pretenden ser la síntesis de los problemas sociales, que someten a un dogma científico... Pero se sostienen sobre sofismas y al primer análisis objetivo quedan en descubierto a los ojos de los que no comulgan con ruedas de molino.

La social-democracia explotó durante muchos años el simplismo de sus fórmulas económicas, en contraste con los hechos sociales y con las realidades históricas. Y eso que los discípulos de Marx pretendieron haber descubierto la síntesis de todas las verdades reveladas al maestro en el Sinaí de la secta materialista.

El error se transforma en dogma y los creyentes lo admiten sin discusión. Y está tan arraigada la creencia en las leyes económicas formuladas por Marx, que los fenómenos más contradictorios — los hechos que menos se prestan a la confirmación de las teorías materialistas — sirven de asidero a los que confían la redención del mundo a un nuevo Mesías.

Ni los mismos marxistas ortodoxos reparan en la contradicción que supone aceptar la fórmula del "materialismo histórico" y propender al mismo tiempo a la conquista del Estado en países que no reunen las condiciones exigidas... para operar la implantación del comunismo. Si la condición previa para que triunfe el proletariado está en el agotamiento de las energías que impulsan la monstruosa máquina económica, en la parálisis del cuerpo social debido a su excesivo crecimiento, en el derrumbe de la civilización burguesa una vez realizado su ciclo histórico, ¿para qué esforzarse en operar un cambio político en países que apenas se inician en la fantástica carrera que siguen las grandes potencias industriales y financieras?

Según los teóricos del marxismo, sólo por la centralización industrial y financiera se puede llegar a la sociedad comunista. No se trata, como es fácil presumir, de operar un movimiento de subversión en las capas inferiores de la sociedad, sino simplemente de acelerar el proceso evolutivo en las naciones que poseen los elementos materiales para sostener en pie todos los complicados engranajes del Estado capitalista. Quiere decir, pues, que la consecuencia de esa evolución (que en este caso expresa todo lo contrario de lo que suponen los anarquistas), sería la conquista del poder político para el pueblo, representado por una nueva clase gobernante, y la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva. Pero ese cambio exige dos condiciones indispensables: que la autoridad se cimente sobre el sometimiento voluntario de la clase trabajadora y que el desarrollo económico sea tal que permita al Estado poseer un dominio absoluto sobre todos los resortes de la producción y del consumo.

Para los socialistas autoritarios, la revolución es una enojosa contingencia de las luchas sociales. Sostienen que todo movimiento subversivo, cuando se produce en el seno del pueblo y sin el control de los jefes, cuando traduce descontentos colectivos difíciles de acallar con medidas represivas, carece de orientación política: que es el fruto de la incapacidad de la clase trabajadora para ejercitar sus derechos ciudadanos o ajustar su conducta a determinadas condiciones sociales. De ahí que nieguen la posibilidad de un cambio violento en países de precario desarrollo industrial, mientras confían que, mediante la conquista pacífica y gradual del poder, es factible la transformación del régimen capitalista, con o sin el concurso del proletariado.

De esa sujeción a las teorías materialistas expuestas por Marx, se desprende el siguiente enunciado: La revolución rusa fracasó por no existir en el país de los soviets las condiciones económicas exigidas para el salto a la valla que separa al capitalismo del comunismo.

Los bolcheviquis, fieles a su fe marxista, se apoderaron del Estado para operar la transformación económica de Rusia, exigida para la previa conquista, por el proletariado, de los medios de producción y consumo ¿Que el poder cayó en manos de un partido revolucionario y que el compromiso de los nuevos gobernantes consistió en transformar la propiedad individual en propiedad colectiva? Puras ilusiones. Ese fué el problema político del grupo que aprovechó para sus fines el movimiento subversivo del pueblo ruso. Los bolcheviquis, una vez dueños de la situación, buscaron la manera de operar el retorno al capitalismo, disfrazando, con un nuevo nombre, el viejo sistema de la explotación del hombre por el hombre.

El programa comunista de la primera hora carecía de realidad. Era la bandera política que exigían las circunstancias. Y, en último extremo, representaba para Rusia la ilusión redentorista que hacía medio siglo había ilusionado a los pueblos de Occidente. Lenin y sus secuaces estaban convencidos de la necesidad de una transformación en sentido capitalista — la única aceptable para el partido de la dictadura sobre el proletariado — y con su intervención sólo se aprovecharon de las energías revolucionarias del pueblo para abrir en Oriente el ciclo histórico de la burguesía.

La revolución rusa continúa en la historia el proceso político-social de la revolución francesa. El proletariado ruso, a casi un siglo de distancia, completó la obra de la burguesía liberal, abriendo en los países orientales nuevas rutas a la civilización capitalista. Y porque el marxismo es hoy la fuerza reaccionaria más potente, porque ofrece a la burguesía el mejor freno para contener la ola revolucionaria que amenaza abatir su poderío, son los bolcheviquis los que se esfuerzan por encontrar una base de cooperación con la social-democracia.

La conquista del poder político lleva aparejada una promesa de apoyo a las clases privilegiadas. Y el bolcheviquismo no puede prescindir de ese compromiso, aun cuando pretendan sus jefes romper con las fórmulas tradicionales del estatismo.

Tanto los marxistas socialdemócratas como los comunistas autoritarios, ofrecen a los pueblos una revolución sin violencia... y que acaecerá el día del juicio final. Pero ¿cómo y cuándo se operará ese milagro? Marx lo ha dicho: la sociedad comunista solo será posible una vez realizado el proceso de centralización industrial, hecho que provocará fatal e inevitablemente la caída de las instituciones estatales que amparan a los actuales dominadores.

En esa fórmula fatalista está contenida toda la ciencia histórica del marxismo. ¿Operar una transformación revolucionaria, violenta, en los países de escaso desarrollo industrial? ¿Confiar al proletariado, por el ejercicio de sus fuerzas organizadas, la conquista de los instrumentos de trabajo, de la tierra, de todas las riquezas y del pleno derecho a disfrutarlas? ¡Ah, eso sería el caos, la anarquía...!

Los marxistas explican así su teoría supercapitalista: Hay que apurar el proceso de desarrollo económico en los países que carecen de industrias. Hay que capitalizar a la pequeña burguesía y proletarizar a la que no consiga ponerse a la altura de las circunstancias. Y, para completar ese proceso histórico, debemos conquistar el poder político en las naciones nuevas, para propender así a la capacitación técnica del proletariado y al perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo.

Ese es el señuelo de los aspirantes al poder. La realidad es una cosa muy distinta. Veamos por qué. ¿Qué hacen los socialistas en los países de enorme desarrollo industrial? ¿Cómo proceden en Inglaterra, en Alemania, en Estados, en Francia, etc., donde la burguesía está casi completamente industrializada? ¿Cómo emplean su influencia política, su dominación sobre el proletariado, su creciente prestigio como clase gobernante? Huelga la respuesta. En todas partes, en las grandes como en las pequeñas naciones, el socialismo es el partido de la pequeña burguesía y de la clase media, y los jefes socialistas se ocupan únicamente de disputar diputaciones, senadurías y ministerios a los partidos burgueses. Y esa vulgar contienda se justifica, ya alegando necesidades perentorias o ya diciendo que todavía no llegó el momento propicio para liquidar el régimen capitalista.

Se comprende, pues, que el problema social es el mismo en esos dos aspectos. En los países de poco desarrollo industrial, los socialistas se afanan por conquistar el poder para que el Estado asuma la tarea de facilitar el desarrollo del capitalismo. Y en las grandes naciones industriales hacen exactamente lo mismo: propician un mayor crecimiento de la potencia de las grandes compañías que ejercen el monopolio de las industrias y de las finanzas, sin que les interese para nada el porvenir del proletariado, cuya esclavitud económica aumenta a medida que se va operando la centralización del capital en manos de unos cuantos plutócratas.

Fácil es descubrir el equívoco de esa doble teoría político-económica del marxismo. En Rusia hicieron su revolución los bolcheviquis, intentando disfrazar el nuevo despotismo con un rótulo comunista. Pero el socialismo de Estado no puede renunciar a su esencia reformista y burguesa. De ahí que la dictadura del proletariado, como fórmula socialdemócrata, tienda al mismo fin: el mantenimiento de la organizaciónn social que consagra el usufructo de privilegios por una minoría parasitaria y la esclavitud económica de la mayoría productora.

El marxismo, pues, es la contrarrevolución en marcha. Contrarrevolucionarios son los socialdemócratas, porque toman partido por la clase capitalista contra el proletariado; contrarrevolucionarios son los bolcheviquis, porque basan la felicidad del pueblo ruso en la capitalización del país ahora entregado en subasta a la burguesía mundial.

Debemos los anarquistas señalar el peligro de esa contrarrevolución disfrazada con palabras subversivas o con promesas de redención a largo plazo. El equívoco del marxismo, revolucionario en la arena política y conservador en el poder, debe ser destruido mediante una serena y objetiva crítica de las tendencias materialistas históricas, que son precisamente la consagración del capitalismo como sistema social compatible con el Super-Estado de Marx.

El marxismo es la religión del Estado, la biblia del capitalismo, el mito de la autoridad, la consagración de la esclavitud. Y no es posible libertar al pueblo de su fe en el Estado, de su sumisión al capitalismo, de su acatamiento a la autoridad, de su entrega voluntaria a los explotadores, si antes no destruimos en su conciencia y en su cerebro los prejuicios que propagan como virtudes revolucionarias esos sacerdotes de la tiranía.

---

ner quien les esquilme hasta el extremo.

En esas circunstancias, ¿no significa la reducción de la jornada de trabajo una solución inmediata justiciera a las crisis de la desocupación? Sería un alivio para los desocupados, una inmensa ventaja para los que trabajan, y para el capitalismo no sería tampoco un mal negocio, porque lo concedido por una parte, en el proceso productivo, lo recobraría por otra, en el mercado del consumo.

Nuestra reivindicación de la jornada de seis horas queda en pie como la única solución eficaz dentro del sistema capitalista. La lucha por su conquista es una necesidad imperiosa de esta época; todos los hombres de buena voluntad que comprendan las razones de la actual crisis del trabajo, pueden y deben cooperar a solucionarla contribuyendo a la implantación de la jornada de seis horas

---

JEAN GRAVE.

La vida financiera de un periódico revolucionario

¡"La Révolte"! ¡"Le Temps Nouveaux"! ¡Puf! ¡Han tenido que vivir a base de mendicidad perpetua! Tal es la apreciación corriente que algunos "buenos amigos" trataron, más tarde, de convertir en muletilla. Crítica que, durante mucho tiempo, creí casi verdadera, pues sólo me acordaba de las crisis atravesadas, de los llamados para obtener fondos y de la exposición de situaciones precarias.

Pero, hojeando la colección del periódico, he podido comprobar que si las dificultades pecuniarias fueron constantes; si, a juicio de los lectores, les molestaba demasiado, se debía a que estos llamados se dirigían, sobre todo, a los agentes que se hacían rogar demasiado para cancelar las deudas — cuando no se olvidaban completamente de hacerlo — pidiéndoles que fueran puntuales o eran explicaciones sobre el por qué no habíamos salido la semana precedente.

Si el hecho de decir a los agentes, los abonados morosos que, a causa de su negligencia, producían las irregularidades en la aparición, era mendicidad, sea. No haré chicaneos en torno a la palabra; el periódico ha vivido de la mendicidad.

Por otra parte, fué una enfermedad común a los periódicos de propaganda revolucionaria, pues leyendo éstos y prescindiendo de algunas raras excepciones hemos podido comprobar que no fuimos los únicos en lanzar llamados tras llamados para conseguir fondos.

Si, de vez en cuando, deslizaba unas palabras destinadas a los que nos aseguraban aprobar la norma de conducta del periódico, participar de nuestros puntos de vista, estimulándoles a que continuáramos y les solicitábamos que nos probaran su simpatía de manera más concreta que con palabras, soy de tal modo obtuso que aun sigo creyendo justificada esta forma de mendicidad.

Si nuestro periódico, bajo estos diversos nombres, no fué contraloreado sino por un grupo muy reducido de individuos, el fin de este grupo fué el de hacer obra colectiva de propaganda tan amplia como fuera posible, aceptando todas las buenas voluntades que se acercaban francamente, excluyendo toda idea de capilla o de cenáculo.

¿Tuvimos éxito? A los que siguieron nuestra propaganda, a los que se tomen el trabajo de releer los treinta y tres años que, bajo tres títulos diferentes, representan el mismo periódico, dejo el cuidado de responder.

Que estas exposiciones hayan carecido de "decorum", es posible. Pero, haciendo obra de propaganda, he considerado siempre que los que aprobaban esta propaganda, los que creían que era buena, debían sostenerla. Lo que carece de "decorum" no es recurrir a los llamados, sino verse obligado a recordar a los que alardean de ciertas ideas, que toda fe que no obra no vale gran cosa.

En todo caso, estos llamados fueron siempre impersonales. Dirigidos única-

mente a los que aprobaban nuestra línea de conducta. No he importunado nunca a nadie, excepto a los que me habían autorizado a ello, ya sea prometiendo una subscripción definida, ya permitiéndoseme ir a visitarles en caso de necesidad extrema. Y sólo he utilizado estos permisos cuando me veía en el trance de suprimir un número o si no tenía la suma necesaria para pagar una deuda de antigua fecha.

Por otra parte, leyendo los periódicos afines del extranjero, he podido comprobar que no fuímos los únicos en sufrir de esta enfermedad.

* * *

Si estos llamados en el periódico fueron numerosos se debió, sobre todo, a que los camaradas que recibían el periódico para venderlo no se apresuraban a pagar. Eran demasiado numerosos los que se desinteresaban, con frescura sin igual, de la cancelación de la deuda. Entre los abonados también los había que se olvidaban de renovar la subscripción. Y entre los que nos animaban calurosamente, había muchos que eran más generosos en elogios que en monedas, o de toda otra ayuda efectiva.

Esto me recuerda un periodista que se decía de los nuestros, que ganaba ampliamente su vida y al que había regalado una de las raras colecciones de "La Révolte" que me quedaban, quien vino un día a visitarme al periódico y me dijo:

—¿Conoce usted los rusos que fueron a visitarme para pedirme que me subscribiera a un periódico que quieren publicar en su lengua? — Tenemos bastante con sostener a los nuestros, sin que nos vengan a "dar sablazos" para otros que no nos conciernen tan de cerca.

¡Ofendido, le miré, sin saber qué responderle!

Siempre me había dicho que el único periódico revolucionario que le interesaba era "Les Temps Noveaux". Ahora bien, ¡nunca había dado un centavo, ni aun pagado la subscripción del ejemplar que se le enviaba semanalmente!! Hubiera podido preguntarle ¿cuáles eran los diarios que él sostenía.

Me venguó, exigiéndole personalmente, de tanto en tanto, el dinero de la subscripción que, por otra parte, pagó durante algún tiempo.

"No había más que suprimir el envío a los que 'no pagaban", se me dirá, y lo que se me aconsejó más de una vez.

Si hubiera dirigido un negocio comercial es lo que hubiera hecho. Pero era un periódico de propaganda el que dirigía. Es algo enteramente diferente. Sobre todo en lo que concierne a los agentes.

Si el tal agente colocaba cinco, diez — a veces más — ejemplares, suprimiéndole el envío, eran otros tantos lectores que perdíamos. Otro tanto se perdía para la propaganda, pues no siempre se encontraba un reemplazante al agente.

Algunos nos costaban, en gastos de carga, tanto, sino más, de lo que producía su venta. Pero teníamos lectores.

Había también el tiraje excesivo. Cuántas veces las personas "prácticas" me aconsejaban que limitara el tiraje a las cifras de la venta. Sólo que había notado una cosa: cuando reducía la cifra de ejemplares que tenía que colocar en depósito en lo de Hachette, en seguida acontecía una baja en la venta. Lo que no era un medio de intensificar la propaganda. El ideal hubiera sido el de ser bastante ricos para doblar los depósitos, a fin de aumentar nuestra circulación. He aquí por qué, a pesar de que el exceso de tiraje de nuestros órganos haya sido uno de los estribillos de los críticos que "sabían mejor", preferí llevar una vida de mendicante, mientras pude evitar el disminuir nuestra propaganda.

No eran las subscripciones las que ayudaban a cubrir el déficit.

Eramos algunos los que consagrábamos al periódico nuestras fuerzas, nuestro tiempo, nuestra inteligencia, nuestra voluntad; los demás podían muy bien ayudarnos con su bolsillo.

Y, sin embargo, para poner a flote al periódico no hubiera sido menester tantos esfuerzos ni tanto dinero.

Si sobre los cinco mil compradores del ejemplar hubiera habido sólo la mitad que se hubiese interesado seriamente en él y se hubiera propuesto comprar sólo dos números por semana y distribuirlos en torno suyo — 0.20 por semana no es un gran esfuerzo — estos dos o tres mil ejemplares habrían bastado para mejorar considerablemente la situación. Prescindiendo de la propaganda que se haría.

Este es uno de los mil "medios menudos" de ayudar a la propaganda, pero que son descuidados por los anarquistas, precisamente porque es un "medio menudo". ¡Los anarquistas han visto siempre "grande", queriendo fundar cotidianos cuando no eran capaces de mantener la vida de los semanarios que existían!

* * *

Tuve la idea de fundar un grupo de subscriptores benévolos, que estuvieran animados de la buena voluntad de comprometerse a entregar una cantidad mensual sobre la cual poder contar.

En julio de 1904 teníamos comprometidos, en conjunto, de esas cantidades mensuales, 344 francos, y una vez recolectadas alcanzaron a 1118. Pero un año después las cantidades mensuales habían bajado a 200 francos, más o menos. Dos años más tarde eran menos de 100. Los anarquistas no han tenido jamás espíritu de continuidad.

Fué para salir de la mala situación económica que pensé en hacer aparecer "La Révolte" cada ocho días en lugar de cada quince.

Si la venta no aumentaba esto significaba doblar el déficit, pero era necesario zafarse de la calma chicha en que vegetábamos. Yo no veía otra salida.

Consultados Reclus y Kropotkin, me respondieron: "que, teniendo la sartén por el mango, estaba en mejor situación que ellos para saber lo que era posible hacer". Hice la tentativa.

Lancé, pues, un llamado para anunciar nuestra intención, pidiendo a los lectores que nos ayudaran con su óbolo para cubrir los primeros déficits.

Me llegaron numerosas y "muy" calurosas cartas de estímulo. ¡Y, en el término de diez meses, recibí 367.60 francos en concepto de subscripciones! Y en esta cantidad estaba incluída una de trescientos que se nos había enviado íntegra bajo la denominación de "diversos anónimos".

Debo añadir que no eran, precisamente, las subscripciones las que faltaban.

Teníamos, ante todo, nuestra "Subscripción Permanente" para mantener el periódico. Luego, había la "Subscripción para las familias de los Detenidos". Interín, se habían producido los acontecimientos de Decazaville, donde el famoso Wattrin había encontrado la horma de su zapato en las mujeres de los mineros, indignadas, al fin, de tener que soportar los caprichos del señor, lo que agitó vigorosamente la opinión pública y creó una poderosa corriente de simpatía hacia los anarquistas, que hicieron maravillas para volar en ayuda de los mineros en huelga.

Al mismo tiempo que Decazaville había otras huelgas u otras obras que ayudar. Sin contar las subscripciones para dos o tres periódicos que iban a aparecer y cuya necesidad se hacía sentir para... los iniciadores.

A pesar del resultado poco animador de nuestra subscripción, intenté la aventura. La subscripción había sido abierta en julio de 1885. El primer número hebdomadario apareció el 9 de mayo de 1886.

El periódico alcanzó a ocho mil ejemplares. El déficit no fué menor, pero tampoco aumentó. Ya era algo. Habíamos ganado el aparecer cada ocho días en lugar de cada quince.

Al mes siguiente imaginé una correspondencia o un corresponsal supuesto que me incitaba a bajar el precio del periódico a 0.05 o a aumentar el formato. Hice algunas objeciones. ¡Luego me dejé "persuadir"!

Transformé la subscripción para la "hebdomadarización" en subscripción para poder bajar el precio a 0.05. Esta produjo 133.40. El periódico comenzó a venderse a 0.05. Y no fué ni peor ni mejor que antes.

* * *

Un hecho que demostrará el *laissez-aller* de ciertos lectores es el que va a continuación:

Durante mucho tiempo rehusé aceptar adelantos de los abonados. A cada término de subscripción perdíamos una cantidad apreciable de abonados. Resolví exigir adelantos. Las pérdidas fueron insignificantes.

Pero antes de exigir adelantos al abonado le solicitaba, para evitar gastos inútiles, que nos previniera, sea rehusando el periódico o aceptándolo. Hubo siempre algunos informales que nos dejaron hacer los gastos y luego rehusaron el semanario.

En cuanto a los agentes siempre nos debían más de lo que era menester para aparecer regularmente. Releyendo estos llamados, veo que nos debían entonces más de 1500 francos y que sólo necesitábamos 400 para sacar, por ejemplo, un número determinado que, faltos de fondos, nos veíamos precisados a suprimir.

En estos 1500 francos que se nos debían estaba comprendida la venta corriente, ya que las sumas adeudadas por los agentes insolventes se incluían en el rubro "pérdidas y ganacias"!

Tengo para mí que no todos eran de mala fe. Algunos se encontraban en situación precaria. No podían reunir las sumas que se les adeudaban a ellos. Pero hubieran podido advertirnos. Debo confesar que, de todo lo que se nos debía, no se entregó jamás un centavo. Algunos, sin embargo, debieron recibir el dinero adeudado, pero no dijeron esta boca es mía.

Cuando suspendía la salida de un ejemplar constituía para mí un problema resolver a qué agente dirigirme, pues tenía que devanarme los sesos cada vez que era necesario recurrir a este expediente. Algunas veces, en el mismo momento, fuí salvado de la llegada de un cheque de cien, a veces de doscientos francos, que venía de la Argentina o del Brasil, donde había algunos camaradas más generosos o más activos.

Pero estas fortunas inesperadas eran raras. Hubo pocos años en que uno o varios números no fuesen suprimidos, o cuatro páginas de las ocho, o el Suplemento.

A cada llamado, a cada supresión, me juraba que esa era la "última" vez, que ya tenía bastante. Que iba a tirar todo por la borda. Y, como en la noria, recomenzaba.

Es que el periódico se había convertido en una parte de mí mismo. Me hubiera parecido una deserción retroceder ante las dificultades. Bastaba que, al número siguiente, la situación se tornara más accesible para que volviera al trabajo con más bríos.

* * *

Fuimos sostenidos. Se ayudó con sacrificios al periódico. Esto es innegable. Y sin embargo, ¡qué esfuerzo mínimo hubiera sido necesario — y que no se realizó — para cubrir el déficit!

En el número 39, del 30 de junio de 1888, encuentro una exposición de la situación financiera, demostrando que, comprendidas las subscripciones, el déficit no alcanzaba sino a 37 francos por número.

Durante los períodos de persecución las dificultades financieras fueron menores. La persecución sacaba a los camaradas de su apatía.

Hay que añadir que en el ambiente flotaba la leyenda de que Reclus estaba siempre listo para acudir en ayuda del periódico. En efecto, Reclus, mientras le fué dable, corría en nuestra ayuda y nos envió una subvención de cien francos por mes cuando el periódico se trajo a París.

Pero los recursos de Reclus no eran inagotables. Terminada su geografía, la casa Hachette pretendió que se había excedido en el crédito que le había otorgado y, por lo tanto, le suprimió los pagos. Reclus tuvo que hacer lo mismo con su subvención mensual cuando apareció "Les Temps Nouveaux".

Durante mucho tiempo fué el camarada Ardouin el que nos salvó, dándonos mensualmente 80 francos.

Le había conocido en el "Grupo de ayuda de los amnistiados". Habiéndose dispersado el grupo cuando se consiguió la amnistía, le había perdido de vista.

Algún tiempo después había leído en los diarios que un tal Ardouin, fabricante de estuches para floristas, había sido llamado a formar parte del jurado en las Assises del Sena, pero había rehusado, diciendo: "Que no haciendo nada la sociedad para prevenir el crimen, él no le reconocía el derecho de castigar".

—Toma, pensé: este debe ser mi Ardouin. Luego no pensé más en él. Cuando un año más tarde, estando en el diario, meditando acerca de los medios de poder sacar el número de la semana — el de la semana pasada no había aparecido sino en virtud de un llamado desesperado y con un aumento de la deuda al impresor, cuando vi entrar a alguien que me parecía conocer, sin poder, en el momento, precisar su nombre.

—¿No me reconoce? — dijo.

—Usted es Ardouin. Recordé el nombre.

Comenzamos a charlar. Le hablé del incidente de la Corte de Assises, del que me narró los detalles.

—He aquí lo que me trae — continuó. — Queriendo independizarme del patronato — era obrero florista — he establecido un tallercito. Pero habiendo prosperado el negocio más de lo que había previsto y de lo que deseaba, me he visto obligado a tomar obreros.

No queriendo explotarlos, les pago un buen jornal, y al hacer el balance, cada fin de año, nos repartimos el beneficio.

Pero algunos de ellos tienen mujeres que dan trabajo a obreras, a las que pagan muy mal y a las que no se habla siquiera de partir los beneficios.

Por otra parte, he notado que, cuando se les presenta una lista de subscripción, sea para alguna obra de solidaridad, sea para alguna obra de propaganda, muchos de entre ellos ponen cara hosca.

Esto no me parece justo. He decidido que, en lo sucesivo, una parte solamente de los beneficios será suya, la otra irá a obras de propaganda o de solidaridad. He leído su llamado y le traigo una parte de la suma, que saco de los beneficios del año.

¡Diciendo esto me tendió un billete de quinientos francos!

Quinientos francos era una fortuna inesperada que no se presentaba a menudo.

Durante mucho tiempo Ardouin nos entregó una cantidad mensual de 80 francos, más o menos.

Fué Pissaro el que, dos veces, pagó nuestras deudas al impresor, pasando de mil francos cada una.

Otra vez fué una camarada polaca, la que nos donó dos mil francos y algunos cientos de francos, procedentes de una herencia inesperada, y que, adversaria de la herencia, consideraba que no debía retener.

En in, uno de nuestros subscriptores de "La Révolte", el camarada Lucien Masse, de Ars-en-Blé, nos dejó, por testamento, mil doscientos francos, con los que pudimos imprimir diversos folletos.

Entre los buenos amigos del periódico no debo olvidar a Federico Stackelberg, que, además de su colaboración, fué, con Signac y Hárold, uno de los más fieles subscriptores mensuales, desde "La Révolte" hasta el fin de "Les Temps Nouveaux".

Stackelberg también procedía de la nobleza rusa. Su padre era un rico propietario. Poseía la isla de Worms, que tenía 100 kilómetros cuadrados y 2000 habitantes que le pertenecían igualmente.

Pero, joven aun, Stackelberg ya profesaba ideas liberales. No se entendía con su padre. Habiendo visto castigar con un látigo a los campesinos, no pudo soportarlo, abandonó a su familia y a Rusia. Tenía diez y seis o diez y siete años entonces. Pero su madre le fué fiel hasta su muerte. Cuando quedó viuda se fué a vivir con su hijo a Niza.

Este se mezcló en el movimiento revolucionario desde temprano. En tiempos de la Federación Jurasiana, de la que formaba parte, publicó el folleto: "La mujer y la revolución". Más tarde "La inevitable revolución", en la "Biblioteca Sociológica" de Stock y, en fin, "El A. B. C. de la Astronomía", aparecido en la sección Variedades de "Les Temps Nouveaux".

* * *

Por este rápido resumen se puede ver que la ayuda no ha faltado al periódico, ni el estímulo. Desdichadamente, esta ayuda se repartió en un período de más de treinta años, con lagunas que no llenaban las subscripciones reducidas ordinarias, que no podían alcanzar a un millar de francos por año. Subscripciones numerosas, pero módicas, variando de 0.10 a 0.50. Un franco a veces. Cinco francos era raro. Diez francos más raro aun.

Y sin embargo qué no se hubiera podido hacer si hubiese habido espíritu de continuidad. He citado a menudo el ejemplo del "Touring Club", que, con una cotización módica de cinco francos que paga cada adherente, mantiene los caminos, los construye si hay necesidad y, en muchos casos, reemplaza al Estado para realizar lo que este último no es capaz.

Es imposible precisar a qué cifra alcanzaba el número de los que se decían anarquistas. Pongamos veinte mil y estaremos muy por debajo. Si cada uno hubiese querido dar — y que hubiera habido una organización para centralizar las subscripciones — solamente 0.50 por mes — me refiero a la moneda de preguerra — esto hubiera producido cinco mil francos por año. Centralizada esta suma durante diez o veinte años se hubiera tenido con qué fundar el cotidiano por el que los anarquistas han suspirado tanto tiempo, o subvencionar propagandas que no fuimos nunca capaces ni aun de encarar, carentes de fondos.

Y lo repito: veinte mil anarquistas es un cálculo que está lejos del verdadero número.

(Concluirá).

LUIS FABBRI

CREPUSCULO EN CAPOLAGO

I

Había acompañado por dos días, a través de excavaciones, museos y escuelas, en Bellinzona y Lugano, como periodista *en amateur*, a los miembros de un Congreso prehistórico y arqueológico suizo; y había quedado sorprendido de que la fría arqueología no impidiese, de tanto en tanto, juveniles manifestaciones de los sentidos libres. "Son frases" — me susurraba al oído un amigo escéptico; pero hacía tanto tiempo que no las escuchaba que incluso aquellas frases me causaban placer...

Después de la visita última a la iglesia monumental de Riva San Vitale, tan majestuosamente reflejada en el lago, y después de una cena consumida prontamente por la numerosa comitiva, entre bromas y brindis poliglotas, en una venta fuera del pueblo, ví, con un sentido de melancolía, partir de la pequeña estación de Capolago a los congresistas, que fueron más allá de la frontera a celebrar sus últimas sesiones en Como y en Varese.

Volví solo atrás a lo largo de la calle que costea el Ceresio, en aquella hora solitaria, y me detuve frente a un pequeño monumento en forma de obelisco, que está allí entre el lago y la vía férrea. Leí apenas, porque el sol se había puesto ya y la inscripción había sido maltratada por el tiempo, estas palabras: "Oh, italiano que marchas, — cuando Italia era un sueño en destierro — tu patria estuvo aquí. —Aquí estuvo la humilde y heroica imprenta — donde el pensamiento proscrito — atravesado por las fronteras en sagrado contrabando — anticipaba a Italia en los corazones. — Como nueva consigna santa — de las tierras libres a las esclavas — con vientos y con ríos pasa la libertad — y hace surgir de los ideales prohibidos — las nuevas realidades de la historia.

Allí al lado hay una rústica banca de madera y me senté mirando a lo largo del lago, que se perdía en la obscuridad incipiente hacia Melide, las montañas alpinas que separan a la derecha el cantón Ticino del reino italiano. El enorme macizo del Generoso, todo escarpado y rocoso, parecía como un buen gigante que protegiese la pequeña y linda aldea acurrucada a sus pies. *Era già l'ora che volge il deseo...*" y el sentimiento tan bien expresado en su viva y eterna realidad por los tercetos dantescos, me dominaba por completo, hasta darme un agudo deseo de llorar. El silencio y la soledad eran grandes.

"¡Oh, italiano que marchas...!" decía la columna. ¡También yo me marchaba, y sin saber adónde! y la invocación del poeta parece que se refería a mí personalmente. Había estado allí doce años antes, había leído la inscripción, pero no había hecho gran caso. Las palabras son de Giovanni Bertacchi, y el monumento había sido inaugurado con el concurso del gobierno italiano y la intervención del mundo oficial de los dos Estados limítrofes, antes de la guerra. La primera vez que leí la inscripción hasta me había parecido un poco retórica: ahora no; y aquella exhortación hace vibrar las fibras íntimas de mi corazón. Cada palabra me parece que adquiere ahora un significado nuevo, vivo, ardiente; y algo brota de ellas que vuelve a encender en el fondo del alma la llama de una esperanza insatisfecha.

Miraba desde allí la modesta casa donde había estado de 1830 a 1835 la famosa Tipografía Elvética, y más allá el monte que se levantaba en la obscuridad. Mi fantasía se complacía en pensar cómo pudieron penetrar en el Lombardo-Veneto los paquetes de los libros prohibidos, a pesar de la rigurosa vigilancia austríaca. ¿Tal vez los audaces acudían por la noche a la cima de aquellos precipicios y levantaban en alto con cuerdas el sagrado contrabando? ¿O tal vez atravesaban la frontera, audazmente, por la carretera real, en la carroza de alguna dama invitada a las fiestas del gobernador regio-imperial? ¡Quién sabe!

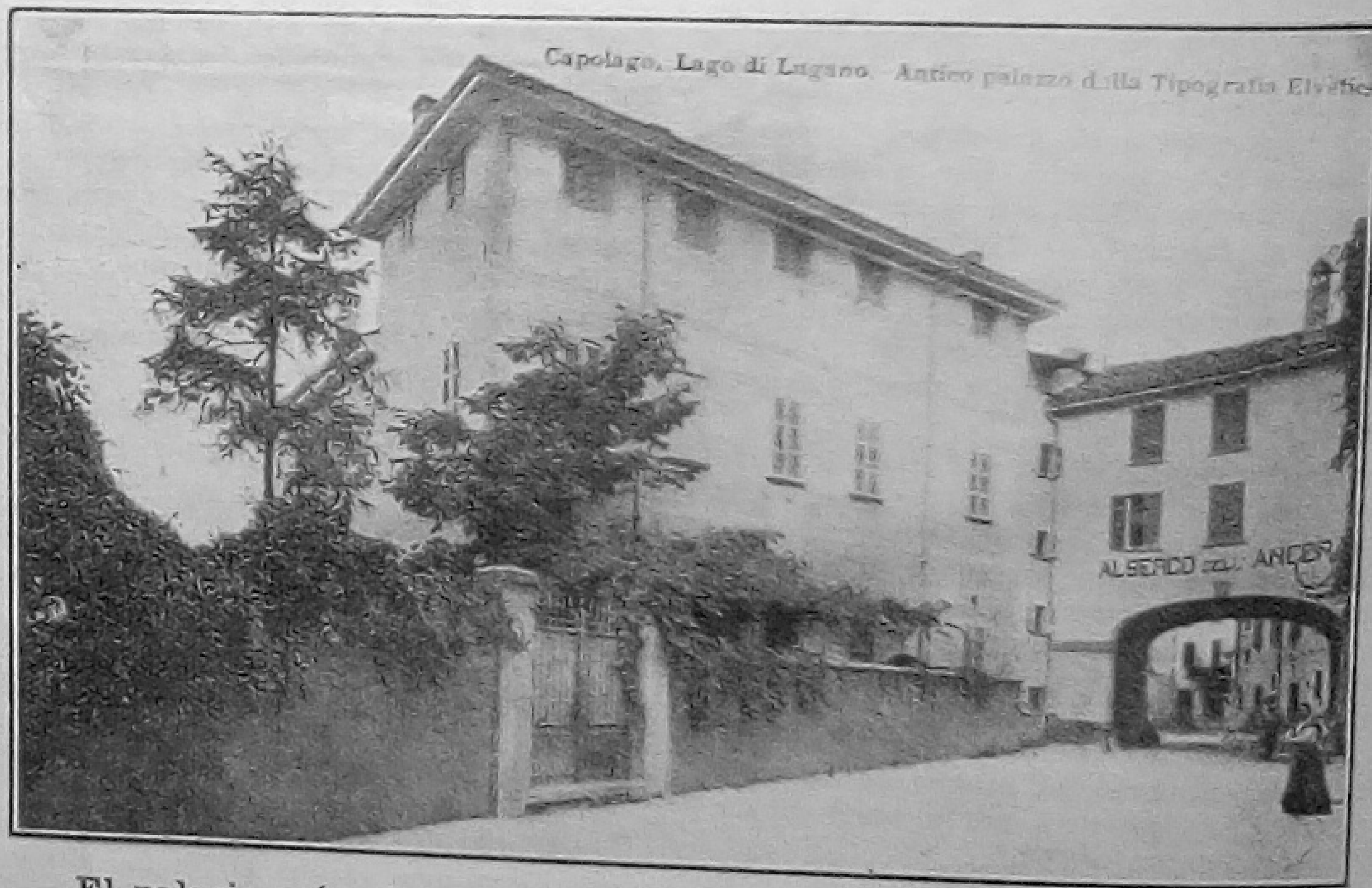
Mi pasión de bibliófilo me ponía bajo los ojos, casi entre las manos, las bellas ediciones de Capolago, o sean las pocas de mi pobre biblioteca y las muchas deseadas en vano desde hacía mucho tiempo, en lo sucesivo todas igualmente lejos de mí en la realidad. Las historias de Guicciardini, de Botta, de Sismondi; las filosofías de Gioberti, de Ausonio Franchi, de Giuseppe Ferrari; las vidas de los papas de Bianchi-Giovine; los opúsculos de audaz propaganda de los diversos escritores federalistas; y sobre todo los rebuscados "Documento della Guerra Santa" y aquellos tres preciosos volúmenes inencontrables del "Archivio Triennale" de Carlos Cattaneo...

La biblioteca del Liceo Cantonal, en Lugano, posee algunos de estos volúmenes: no todos, y ni siquiera la mayor parte; y hay graves lagunas que tal vez no fuese difícil llenar en poco tiempo, pues a menudo en los catálogos de anticuarios se ven anunciadas en venta ediciones de Capolago. Y junto a ellos no hay que olvidar los libros de la "Tipografía della Svizzera italiana" de Lugano, ni los del editor Buonamici de Lausana.

Estas dos últimas imprentas editoras eran más bien de inspiración mazziniana, al menos en algunos momentos; la de Capolago, en cambio, era guiada, aunque sin exclusivismos sectarios, por el criterio federalista, y hasta en cierto período antimazziniano de Cattaneo y de Ferrari. Para intuir toda la profundidad de la disparidad entre las dos escuelas, llegada a su calmo hacia 1850, léase una larga nota editorial en el escrito de Giuseppe Ferrari: *Rivoluzione e rivoluzionarii in Italia*, reeditado precisamente hacia aquel tiempo en Capolago.

La casa de la Tipografía Elvética continúa siendo todavía aproximademente lo que fué antes. Bajo un reciente enyesado se ven transparentar las letras negras de la vieja inscripción a todo lo largo del edificio: "Tipografia e Libreria Elvetica" — inscripción cortada en la mitad por una lápida conmemorativa, a la que tal vez se puede hacer el reproche de ser ligeramente inexacta, cuando dice que, en tiempos calamitosos por dura servidumbre, desde aquella casa habló alto y potente el pensamiento de la redención y de la *unidad* de Italia.

Naturalmente, en cierto sentido, también los republicanos federalistas querían la unidad de Italia; también era la mejor y menos imperfecta unidad la que ellos esperaban de una constitución política que dejase el máximo de autonomía local a las comunas y a las regiones libertadas de las tiranías nacionales y extranjeras. Pero dado el contraste que había existido siempre entre ellos y los demás que se decían "unitarios", la palabra *unidad*, según el estilo lapidario que quiere la máxima precisión, no está, me parece, en su puesto, sobre la fachada de la Tipografía Elvética. La palabra "libertad" habría estado más en armonía con el pensamiento que, verdaderamente, habló desde aquella casa alta y poderosamente. En verdad, la otra innscripción en el pequeño monumento a la orilla del lago es mucho más apropiada.



El palacio más alto, a la izquierda, detrás de la tapia y entre los árboles, fué desde 1830 a 1853 la sede de la "Tipografía Elvética", la notable imprenta revolucionaria de los republicanos federalistas italianos. La casa más modesta, de frente, que forma ángulo con la primera, es el "Albergo dell'Ancora", en donde se celebró el congreso anarquista y revolucionario italiano de 1891 (4, 5 y 6 de enero).

La bibliografía de las ediciones de Capolago es riquísima. De las prensas de aquella casa salieron obras de gran valor y las primeras ediciones italianas de los más célebres escritores libres de la primera mitad del siglo XIX, de política y de historia, de filosofía y pedagogía, de economía y de literatura: prosa, poesía, teatro. Es preciso tener presente, además, que en ciertos momentos salían de la imprenta libros y folletos sin pie de imprenta o con el simple de "Italia", o bien bajo el nombre de tipografías de Londres, Bruselas o París. Así, por ejemplo, con la sola indicación "Londres 1852", pero en realidad impresa en Capolago, salieron los dos volúmenes de la *Filosofia della Rivoluzione* de Ferrari.

Bibliófilo, rebuscadores de las ediciones de Capolago, hay algunos. Pero se equivocan aquellos que las buscan y aman exclusivamente por los recuerdos históricos que están ligados a ellas y por su rareza, pudiendo interesar la última cualidad sólo a los fríos y a veces maniáticos coleccionistas. Las ediciones de Capolago tienen valor también y sobre todo por su bondad intrínseca, es decir, por el papel, por la nitidez de los tipos y por la corrección del texto. Eran hechas con una diligencia extraordinaria y comparadas con ella no valen nada ciertas ediciones recientes de los mismos libros, en papel de lujo, ricos en adornos y encuadernación, pero descuidadísimos en el texto y repletos de errores de imprenta.

Hoy vuelvo a evocar los pensamientos de aquella noche; pero salen ahora fríos de la pluma, y más que el sentimiento de entonces predomina en la prosa analítica el detalle o la divagación más o menos erudita. Entonces, en cambio, todos estos pensamientos y evocaciones se encuadraban, en medio de la solemne tranquilidad de aquel paisaje encantador, en una nostalgia indecible de las cosas lejanas, donde habría sido tan dulce cultivar estas dilectas predilecciones culturales en el tibio ambiente familiar; en una sed ardiente de un poco de aquella tranquilidad necesaria a los estudios, que sin embargo parece inalcanzable en la vida real presente. Así los recuerdos históricos, que aquí serían inútiles, porque ya fueron notados, en el silencio de la noche que avanzaba no me parecían tan lejanos en el tiempo y creía revivirlos. De un golpe los ojos de la mente descubrían, de la otra parte del lago, en las brumas, del lado de la frontera, el suplicio de Luigi Dottesio, condenado a muerte por Austria por el delito de difundir las ediciones que sus amigos hacían en aquel ángulo remoto del Ticino.

Poco más tarde, tras breve giro por el pueblo, ahora también él desierto, volví hacia la estación por la calle que pasa delante de la histórica imprenta y que se llama precisamente Vía Luigi Dottesio. Las ventanas de la antigua fábrica del ideal estaban todas cerradas, sin luz. Pero yo pensaba que la horca austríaca no impidió al pensamiento italiano seguir su camino; y aunque toda luz parece extinguida en aquella casa, y las prensas callan, tal vez deshechas, y las ventanas cerradas dan como una impresión de cosa muerta, mañana sé bien que aquellas ventanas se volverán a abrir, la clara luz del sol penetrará en grandes oleadas, y el trabajo humano reiniciará allí su ritmo habitual. Aquí o en otra parte, como dice el poeta del epígrafe, se desarrollarán aún de "los ideales prohibidos las nuevas realidades de la historia. ¡Ahora y siempre!

Mientras el tren me volvía a llevar, costeando el lago, a la próxima Lugano, donde nadie me esperaba en la fría habitación de alquiler, miraba las aguas inmóviles que pasaban ante mis ojos. Resplandecían allí luces de los cien albergues, donde la riqueza cosmopolita se fastidia al son de músicas ostrogodas; y crecía en mi alma la tristeza. ¡Qué



...stancia de aquel mundo estrepitoso y sin embargo tan sin vida!

Más lejos, de la orilla opuesta del pequeño golfo, en torno al cual se levanta Lugano, resplandecía el perfil de la iglesia de Castagnola, iluminada por luces eléctricas de asaz dudoso buen gusto. Allí cerca había vivido sus últimos años Carlo Cattaneo. En cambio sobre la orilla en aquel instante recorrida por la locomotora al acercarse a la ciudad, estaba la pequeña vil'a en donde habitó a intervalos Giuseppe Mazzini. He aquí, veía en las aguas envueltas en la penumbra destacarse una barquita de la villa Taurina de la familia Nathan; y en la barca, movida por el robusto remo del barquero, un hombre vestido de negro, de barba salpicada de blanco y de ojos negros y profundos: Mazzini. La barca avanza silenciosamente sobre el lago hacia la embocadura del torrente Cassarate, en la orilla opuesta, a los pies de la colina de Castagnola, donde esperaba otro hombre envuelto en su chal: Cattaneo.

¿Qué se dirán las sombras de los dos grandes amigos y adversarios? Mirarán hacia las luces tremolantes de la otra orilla de la italiana Campione d'Intelvi, y continuarán tal vez un razonamiento iniciado hace ya más de sesenta años, — un razonamiento que espera aún de las realidades de la historia una realización en armonía con las nuevas necesidades y las nuevas aspiraciones de los pueblos.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

III

(Cuarto de estudio. Micha, niñito de 7 años, hijo de los amos, lee sentado a la mesa. Entra Gavrila, criado, soldado reservista).

GAVRILA

Adiós, Michenka, mi buen patroncito. Quién sabe si dios nos permitirá volver a vernos algún día.

MICHA

Entonces, ¿es verdad? ¿Te vas de veras?

GAVRILA

Ciertamente. Hay guerra y soy reservista.

MICHA

¿Qué guerra? ¿Quién es el que va a hacer la guerra?

GAVRILA

Dios sólo lo sabe. Yo he leído eso en los diarios, pero no comprendo gran cosa. Se dice que el Austríaco está furioso contra los nuestros, los cuales, a lo que parece, han ofendido no sé a quién...

MICHA

Y tú ¿por qué te vas? Si los zares se querellan entre ellos, ellos tienen que batirse.

GAVRILA

¡Oh! es necesario partir, por Dios, por el zar y por la fe ortodoxa.

MICHA

¿Pero tú no quisieras irte?

GAVRILA

Claro que no, ¿quién querría de buena gana dejar la mujer, los hijos y la buena vida tranquila.

MICHA

¿Por qué partir, entonces? Diles que no quieres saber nada, y no vas, ¿qué pueden ellos contra tí?

GAVRILA (*riendo*)

¿Qué pueden ellos? Ellos pueden prenderme a la fuerza.

MICHA

¿Quién?

GAVRILA

Gentes como yo, los subordinados.

MICHA

¿Por qué lo hacen, si son como tú.

GAVRILA

Hay jefes, ellos darán una orden y se me prenderá.

MICHA

¿Y si los subordinados no quieren obedecer?

GAVRILA

Eso no se puede.

MICHA

Pero ¿por qué?

GAVRILA

Porque... porque hay leyes.

MICHA

¿Qué leyes?

GAVRILA

Es extraño lo que Vd. dice. Conversando con Vd. se acaba por olvidar lo que se tiene que hacer. Es necesario, sin embargo, ir a calentar el samovar

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

III

Así como hubo un tiempo en que se puso de moda, entre los elementos de vanguardia, la filosofía y para ser buen revolucionario había que estar familiarizado con los maestros en boga; así como hubo un tiempo en que las ciencias naturales tuvieron un cierto predominio sobre los hombres de la revolución, siendo casi indispensable conocer algo de biología y demás para actuar en el terreno revolucionario, con Marx se puso de moda en el socialismo la economía política. Pero la economía política y el socialismo son dos cosas que tienen una base espiritual diversa y cuya afinidad, en el sentido marxista, deja grandes lagunas y está preñada de fundamentales contradicciones.

Los escritos realmente socialistas de Marx son muy poco numerosos y casi todos desconocidos. Por ejemplo, los artículos en los "Deutsch - franzoesische Jahrbuechern" de 1844; su artículo del "Vorwaerts" de París, titulado "Apostillas críticas al artículo "El rey de Prusia y la reforma social"; también de 1844. La obra escrita en colaboración con Engels en 1845: "La sagrada familia o crítica de la crítica, contra Bruno Bauer y consortes". Además, el "Manifiesto comunista", de 1848 y algunas circulares a la comisión central de la Liga de los comunistas, de 1850, y los "Descubrimientos sobre el proceso de Colonia contra los comunistas", aparecidos por primera vez en 1853. En esos escritos está toda la obra de Marx como socialista. Sin embargo, su labor más conocida es la que pertenece a la economía política, la que lo distingue como economista, carrera iniciada por él con la "Crítica de la economía política", aparecida en 1859. Su obra principal "El Capital" aparecida en 1867 corona esa nueva orientación de su desarrollo. Marx ha olvidado toda propaganda directa en favor del comunismo. Este no es mencionado en su obra ni siquiera una sola vez. El punto culminante de las demandas directas de "El Capital" lo forma— dos décadas después del "Manifiesto comunista" — la exigencia de una jornada máxima de trabajo legal. Solo era claro para los iniciados que el autor de esa obra económica percibe el comunismo en la lejanía, como un producto conveniente de la historia que surge de la evolución económica por leyes inmanentes de la historia, con una tendencia propia inconsciente para los hombres, pero también ineludible, con inexorable necesidad". (pág. 100-101).

Al hablar de Marx habría, pues, que dividir el asunto en dos partes: sus relaciones con el socialismo y sus trabajos económicos. Por lo que se refiere al socialismo, salvo los períodos en que se dejó influenciar por Proudhon (en sus primeros tiempos) o por el bakuninismo (La guerra civil en Francia, 1871), tiene bien poco de atractivo. Respecto a su obra económica principal "El Capital", Pierre Ramus dice que explica el aspecto del techo de una casa, pero no cómo se levantó, cuál es su cimiento. En realidad da una definición del capital, pero no explica cómo se origina. Y su error básico está en lo siguiente: "No distingue entre los valores acumulados como capital y su empleo como capital explotador. Si no hubiera fuera del capital, como masa acumulada de valores, otro poder, entonces todo capital, es decir, toda superabundancia en bienes sería pronto molesta, insostenible para un capitalista... Tan solo por el hecho que dentro de la sociedad hay un poder y una organización de violencia — El Estado, que garantiza al capitalismo por medio de la dictadura legal, jurídica y militar su monstruosa pretensión a la propiedad, tan solo por eso se convierten los medios de producción — sean tierra, casas, fábricas, máquinas o dinero — en un capital explotador. Tan solo el poder de aquel privilegio del monopolio estatalmente garantizado, crea una situación que en la antigüedad mantuvo la esclavitud, en la edad media la servidumbre, en el período moderno el salariado, y en la cual es sólo posible que el propietario de medios de producción pueda y deba ser al mismo tiempo propietario de medios de explotación. De todos estos importantes problemas no se ocupa Marx y a causa de la metafísica incomprensible de Marx no ha comprendido todavía el moderno movimiento obrero en una proporción digna de nota que la lucha contra el principio del Estado es la más firme lucha contra el principio capitalista en la sociedad"... (pág. 104-5).

No hay necesidad de detenerse en rebatir la metafísica marxista del "obrero libre" en tanto que vendedor de sus brazos al capitalismo. Según Marx el obrero sería libre de vender o no el bien de que es propietario: su fuerza de trabajo. Pero ¿dónde existe esa libertad?

Ramus examina también la famosa "teoría del valor" marxista y la descompone en sus elementos integrantes, de donde resulta una completa vacuidad. La teoría del valor es una justificación del capitalismo y un absurdo para el comunismo.

La crítica a la plus-valía ocupa en el libro de Ramus un buen espacio, donde se ponen de manifiesto sus debilidades, incongruencias y contradicciones.

Y así por el estilo, nuestro camarada pasa revista a la metafísica económica— no socialista—de Marx y acumula, de paso, hechos y estadísticas que demuestran la inconsistencia doctrinaria del marxismo. En resumen, las objeciones que Ramus hace al marxismo se reducen a los siguientes postulados:

I— Filosóficamente, sus elementos integrantes son reaccionarios. El marxismo no ha superado nunca el hegelianismo, ni siquiera críticamente. Lo que él criticó fué el post-hegelianismo de tendencia libertaria. Es decir, aquellas derivaciones del hegelianismo que aspiraban, pasando por sobre éste, a llegar a legítimas verdades vitales filosóficas y a labores revolucionarias.

II— Todo ensayo de ligar el marxismo con la filosofía kantiana lleva a un bastardamiento de toda lógica y razón. Kant es el filósofo de la burguesía ilustrada, que vió su objetivo — por lo demás sólo abstracto — en el "Estado libre", en la república burguesa. Tanto el "Estado libre" como la república democrática han sido hace mucho completamente superados por la filosofía del espíritu de la más clara idea de emancipación y de libertad de la humanidad, y rechazados como conceptos vanos y condiciones sociales equivalentes a la monarquía.

III — A consecuencia de su alianza indisoluble y también de su saturación con el hegelianismo, el marxismo llega a adoptar el ideal despótico de Estado de Hegel y a disfrazarlo únicamente con frases democráticas. Lo mismo que para Hegel el Estado absolutista es un ideal, así es para el marxismo el Estado una concepción ideal absolutista de su dictadura. De libertad social humana y efectiva, el marxismo no contiene un solo elemento de valor.

IV— La consigna revolucionaria de lucha del marxismo: "¡Derribamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera" — como Marx la ha formulado a fines de 1848 es en sí y por sí en su segunda parte un programa reaccionario. Toda dictadura es lo contrario de la libertad individual y social; la supuesta dictadura proletaria hace caer al principio a la vieja burguesía, pero engendra luego una nueva clase dominadora y explotadora y se asocia entonces como aparato "proletario" de Estado con una nueva burguesía contra el proletariado. Ahí está, sino, la Rusia de los soviets.

V— El *Manifiesto comunista* es el p[rograma] de una tendencia centraliza[dora] reaccionaria, sedienta de mando, o...



pira a la omnipotencia del Estado, de la democracia burguesa más radical que — por medio de la añagaza de un supuesto comunismo — intenta captarse para sus propios fines de dominación, valiéndose de la conquista del poder político, las masas del proletariado.

VI— La exposición económica del "Manifiesto comunista" sobre el proceso evolutivo del capitalismo al comunismo es falsa.

VII— En ese manifiesto no defiende el marxismo ninguna especie de comunismo, el cual es borrado como idea. "El Manifiesto comunista" es un programa del cesarismo de Estado, encarnado por los jefes obreros brutalmente dictadores como representantes del principio de autoridad y de explotación, triunfantes sobre la revolución proletaria que tendía a la emancipación.

VIII— Después de la bancarrota de la revolución del 48, en la que Marx tomó parte, no como comunista, sino como demócrata radical, se apartó Marx de toda defensa espiritual y publicista del comunismo autoritario. Se dedicó exclusivamente al dominio de la investigación económica.

IX — En su dominio realizó la misma obra funesta que en el del socialismo: envolvió todo resultado económico de su investigación con especulaciones hegelianas, con lo que el proletariado no es guiado con claridad al socialismo, dejando ya a un lado la instrucción, sino a su embotamiento de un modo usual a la economía política.

X— Todos los resultados teóricos del trabajo económico de Marx carecen de valor para el verdadero pensamiento de emancipación de la humanidad. No ataca ni rechaza el fundamento del poder y de la violencia dominante. En lugar de apuntar contra los muros y los obstáculos del orden presente — Estado, militarismo, ley, asalariado, monopolismo, etc. — disparó contra diversos detalles secundarios de su construcción, perdiendo ésta enteramente de vista.

XI— Los ensayos del marxismo para probar el nacimiento inevitable del socialismo del sistema capitalista existente, son una mísera "negación" hegeliana y no tienen nada de común con una demostración científica.

XII— Todos los factores de derrumbamiento deducidos por el marxismo como "tendencias del modo de producción capitalista", se han mostrado lógicamente sin fundamento, sociológicamente falsos. Son una creación fantástica arbitraria de la metafísica, especulativa-dialéctica, económica-política.

XIII— Justamente en el círculo de esas supuestas tendencias funda el marxismo su demanda de expansión, de evolución, de aumento del capitalismo y de su centralización, lo mismo que de aumento de poder del principio estatal. Por eso el marxismo se convierte en un baluarte, no del socialismo, sino del orden existente y de su sistema económico monopolista, cuyas tendencias dominadoras y explotadoras declara y disculpa el marxismo como un producto histórico necesario y, en última instancia, saludable, beneficioso de la evolución.

XIV— El sistema del marxismo carece de todo elemento esencial de una crítica socialista, de una creación socialista. Está vacío de eso y deja lo último por completo a la incertidumbre de supuestos "factores económicos". Ni su demanda de expropiación está fundada en el terreno humano de la acción, sino más bien en el dominio de supuestas economías activas del modo de producción, ni ha sido dado por él a los hombres un plan de reorganización de la sociedad. Ambas cosas se ceden para la realización al desarrollo industrial capitalista.

XV— Con excepción de una ayuda parlamentaria refutada frecuentemente por él mismo como cretinismo parlamentario, de algunos paliativos, como reducción de la jornada, leyes protectoras de los obreros, aumentos del salarios, seguro embustero contra la vejez y la invalidez y otras reformas aparentes, el marxismo no ofrece el proletariado ninguna iniciativa propia. Deja todo lo demás a la "evolución económica".

XVI— El marxismo ha falsificado la idea de la luccha de clases y le integró como objetivo la conquista del poder político. De ese modo la lucha de clases del proletariado fué rebajada a una lucha de partido. La deseada oligarquía partidista sobre el proletariado no cambia nada en la esclavitud del salario de los trabajadores, ni en los privilegios monopolistas del capital. Pero, en cambio, forma el jugo nutricio del fasccismo. Entre el fascismo y el marxismo no existe una diferencia más que en las palabras de orden, de ningún modo en los hechos. Ambos son igualmente enemigos de los hombres, del proletariado en particular.

XVII — Finalmente, carece el marxismo de todo factor social efectivo. Al contrario, ha hecho un sistema de lo antisocial. Con el esfuerzo por parecer objetivo, ha consumido todo calor interno y todo sentimiento de solidaridad. La penuria del proletariado es para él un hecho que constata con una frialdad indignante y que justifica históricamente. Más indignante es aún que no ve el elemento popular explotado más que en el proletariado industrial, a quien quiere socorrer por la vía del parlamentarismo; para el resto de la masa, por lo demás considerable, que sufre terriblemente por la injusticia, la violencia y la inseguridad de la existencia en el sistema imperante, el marxismo no tiene comprensión alguna, a lo sumo promesas demagógicas y parlamentarias!

El libro de Ramus termina así:

"Tan sólo después de la completa superación del marxismo despertará el socialismo a nueva vida. De las ruinas del marxismo es de donde puede surgir legítimo conocimiento y saber socialista, que se unirá con una voluntad consciente, con una acción liberadora del espíritu y una renovación económica y social".

NEMO

Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

II

Aunque corra el riesgo de repetirlo demasiado a menudo en el curso de mis artículos, digo una vez más que lo que existe hoy: *nacionalismo — Estado — odio y guerra — miseria*, y lo que nosotros queremos: *internacionalismo — anarquía — paz y solidaridad — prosperidad* son series y consecuencias inseparables de las cuales no se pueden cambiar a capricho los componentes. Internacionalismo y Estado son incompatibles, nacionalismo y anarquía lo son igualmente. *No se asocian los animales de presa*, así o en términos parecidos, recientemente citados por L. Bertoni, se ha expresado *Laverdays*, uno de los pensadores libertarios más claros, y *Bakunin* ha dicho lo mismo en diversas páginas, y Proudhon estuvo igualmente penetrado por ese pensamiento. Eso quiere decir que con los Estados presentes no hay absolutamente nada que hacer; un Estado es lo contrario, el enemigo de todos los demás Estados, sobre los cuales trata de predominar y de los que se sirve, si le es necesario, y recíprocamente.

La humanidad ha comenzado a ver eso en las primeras décadas del siglo XVIII, cuando la miseria de la guerra de treinta años en Alemania (1618-1648) y la de las guerras continuas desencadenadas en el oeste de Europa por Luis XIV había hecho reflexionar a algunos hombres en todas partes. He ojeado estos últimos días un periódico alemán (Hamburgo) del 18 de octubre de 1725, donde leí, después de notas que desean demostrar la existencia de las mismas cualidades en los hombres de todas partes del globo: ..."¡Cuánto refuerza eso (el reconocimiento de ese hecho) el impulso hacia el amor general al prójimo! Todos tenemos en común la razón, y somos como los miembros diversos de un cuerpo que no deben odiarse, hacerse mal, sino amarse, ayudarse y atenderse mutuamente!"

"Si la razón es general, entonces estamos basados, no de una manera incierta y dudosa, sino sobre una base inquebrantable, en la aceptación de la existencia de un derecho natural general, eternamente inmutable, escrito por la razón en los corazones de todos, confirmado por la concordancia de todos los pueblos, aspirado por nuestra propia conservación, aprobado por la tranquilidad y el placer interiores que nos causa, incluso confirmado por una experiencia continua. Aquí obra conforme a esa naturaleza razonable que está en él, promueve su propia dicha; aquí se aleja de ella, se tortura y se pierde a sí mismo".

Tales palabras caracterizan el espíritu cosmopolita y humanitario naciente del siglo XVIII. Casi el mismo día he visto un extracto del *Impero* de Roma, del 3 de noviembre de 1926 con toda probabilidad, que decía — de acuerdo a un telegrama de la prensa —: "Esta noche es preciso, en fin, poner fin a esa utopía estúpida que cada italiano puede pensar con su propia cabeza. Italia no tiene más que una cabeza: el fascismo, y un cerebro: el de Mussolini. Es preciso derribar sin piedad las otras cabezas"... y las opiniones ministeriales del 5 de noviembre que no reconocen más que la opinión gubernamental italiana de aquí en adelante y suprimen la prensa, los partidos y toda otra manera de expresar en Italia aunque no sea más que un soplo de opinión diferente y disidente —, eso y las decisiones semejantes en la Rusia sovietista, que condenaron al silencio la discusión y la crítica — son verdaderos testimonios, no accidentales, sino — infortunadamente — inevitables y que se podrían muliplicar, del completo abandono de la idea humana por el nacionalismo y el despotismo que reinan en 1926.

¿Cómo ha podido ser tan completamente aniquilado, anulado el pensamiento humanitario en nuestra época? Esos son los frutos — ¿son los últimos frutos o qué es lo que ocurrirá aún? — de un siglo de nacionalismo que ha sabido infiltrarse de una forma inofensiva, simpática primero, para convertirse en la plaga que es en este momento. Soy el último en negar, en despreciar, en querer disminuir el placer que cada uno encuentra en vivir en un ambiente que le es simpático, habitual, donde el paisaje, la lengua, las tradiciones, las aspiraciones y costumbres locales le son familiares y caras — y eso es un conjunto que no quisiera ver violado por nadie. Por tanto, si el gubernamentalismo invasor y centralizador, la conquista y otras fuerzas hostiles invaden ese ambiente, se le defiende, nada más natural. La convivencia humana, que ha protegido recíprocamente todos esos ambientes durante tantos siglos, que ha perdurado todo el siglo XVIII, habría continuado también en el siglo XIX — y así fué en efecto en la gran mayoría de los casos, — esa convivencia fué abatida en la primera mitad del siglo XIX, cuando (1) el sistema napoleónico unificador había lesionado los intereses locales y provocado el resentimiento nacional, y (2) cuando ese nacionalismo despertado, en lugar de permitirle calmarse, fué ligado a causas más diversas, a la causa muy meritoria del liberalismo, a la inevitable, pero todo menos pura y desinteresada de la burguesía naciente, a las codicias de engrandecimiento y de anexiones de los Estados, y al advenimiento personal de una categoría nueva, la de los políticos nacionalistas, futuros hombres de Estado. Entonces de esas causas tan diversas, y otras aún, las menos buenas eliminaron gradualmente a las buenas; el liberalismo ensombreció primero, pues el nacionalismo apela al fanatismo de todos. El nacionalismo se puso al servicio de los Estados más fuertes, creyendo engañarlos y servirse de ellos, pero en realidad se convirtió en instrumento suyo. Una burguesía local le mimó, para llegar por su intermedio a explotar exclusivamente un territorio nacional cerrado. Los jóvenes políticos afluyeron, formando de antemano gobiernos, parlamentos y cuerpos de funcionarios que se pusieron todos juntos a la busca de un nuevo Estado para ellos, que los cobijara a todos, como se vió en 1918-19, cuando de todas esas nacionalidades supuestamente perseguidas, diezmadas, aplastadas, surgió de repente un personal político y administrativo archicompleto de hombres rozagantes de bienestar y de ocio y que ejercieron desde el primer momento en estatismo loco, amos predestinados de su nuevo Estado.

Pero supongamos también, por razón de argumento, que todo eso no hubiese sido así, que el nacionalismo satisfaca solamente la voluntad de las poblaciones europeas de estar enrejadas en Estados separados exactamente según los datos lingüísticos o de raza — reparto que deja insegura la suerte de las numerosas poblaciones mixtas y de los territorios que pertenecen a otra lengua o raza — ¿se cree verdaderamente posible acomodar ese reparto con *la vida económica y social* desarrollada desde hace tantos siglos, arraigada en todas partes tanto como el idioma y los hábitos? Esa vida económica ha presidido realmente la constitución de los territorios en Europa en épocas en que no se trataba de nacionalismo, sino cuando se sintió en un número de grupos territoriales que tal o cual expansión sería aproximadamente necesaria y suficiente para la vida económica normal de un país y entonces la política, la diplomacia, las alianzas, las guerras, todo fué dirigido hacia ese fin que acabó por ser alcanzado para todos, en último lugar por Italia en 1871 (toma de Roma) o si se quiere por Bulgaria en 1878 y 1885 (su constitución y su incorporación de la Rumelia oriental). Se puede decir que todos los actos, incluso las guerras, que han tenido ese fin, han llegado tarde o temprano a su objetivo, pero que toda guerra y otra acción cualquiera (transacciones por cambio de territorios, uniones por herencia, por matrimonio, etc.) que han superado ese ob-

jetivo, que fueron engrandecimiento ficticio para el más fuerte, no han sido mantenidas. El mapa de Europa de 1914 no fué verdaderamente el resultado de conquistas brutales que los nacionalistas tenían necesidad de reparar, sino que fué el resultado de toda su vida económica, social, intelectual, de la vitalidad de tales grupos, de la no-vitalidad de tales otros, etc., e hizo la prueba de todo un siglo, desde el gran cambio de 1815, siendo capaz de incorporarse toda la industria de máquinas, todas las redes de ferrocarriles y canales, todo el gran reparto de terreno agrícola y terreno industrial, todo el desenvolvimiento inmenso del subsuelo, de las minas de hierro, de carbón y tantas otras, todas las vías de comercio y su ligamiento con las líneas de los vapores que abrieron todas las partes del globo, transportando los primeros enormes cantidades de materias primas, de trigo y de otros productos alimenticios, y exportando enormes masas de mercaderías. Todo eso, esos millares y millares de rodajes de una vida completamente nueva — siguiendo la vida modesta entre artesanos y campesinos con algunas manufacturas y el transporte penoso en carretas y barcos de vela — todo eso se acomodó a los organismos territoriales constituídos y completados poco a poco desde la edad media y adaptados a la vida económica creciente desde el siglo IX, pero desarrollada sólo en el XIX.

Entonces, al comienzo del siglo XIX, los otros Estados: Francia, Inglaterra, España, Rusia, estaban completos, pero respecto de Alemania e Italia se trataba aún de salir de esa falta de cohesión, resto del antiguo federalismo del tiempo en que las *pequeñas* unidades territoriales y las *ciudades* comerciales de situación favorecida, podían existir sin el resto del país. En Inglaterra ese autonomismo territorial del tiempo de los sajones fué abolido ya en el siglo XI por la conquista normanda, que dura todavía, en Francia y España se hizo mediante la monarquía más centralizada, en el siglo XV, y en Rusia en el curso del siglo XVI y XVII. Turquía continuó el imperio bizantino; es decir: la parte oriental del imperio romano; la lucha contra ella correspondía, pues, aun virtualmente a una lucha contra la conquista romana, lucha que para el resto de Europa había terminado en el siglo V (476).

En esas condiciones la institución de las unidades territoriales en Italia (unidad completa) y en Alemania (unión que dejaba subsistir una amplia autonomía para una treintena de territorios; tal fué también el caso de los diez y siete territorios que componían el Austria hasta 1918; sólo en Hungría hubo una unificación de los territorios, excepción hecha de Croacia-Eslavonia) esa institución fué, pues, la cosa más natural del mundo. Sería poco lógico admirar la constitución de la Italia unida (de 1859 a 1870) y gritar contra la constitución de la Alemania unida (en 1866 y 1871). Advirtamos aún que ese país inmenso, de recursos enormes, los Estados Unidos, prefirió una guerra civil de varios años antes que ver realizarse una secesión, una ruptura de su unión (de 1861 a 1864). Inglaterra ofreció igualmente más de un siglo de resistencia antes de decidirse a conceder a Irlanda, no esa independencia completa, que pide aún en vano, sino sólo esa autonomía local que posee desde hace muy pocos años solamente.

El que considere la historia europea en su conjunto — no pueden entrar aquí en el detalle — verá en qué grado las unidades territoriales y las unidades económicas y la convivencia de las nacionalidades (mayorías, minorías) llegaron en el siglo XIX, y hasta 1918, a un equilibrio que correspondía a las verdaderas necesidades y permitía la vida normal de todos esos países. Esa vida era también la condición preliminar de un socialismo que florece en los años de 1860 a 1870, penetrado de internacionalismo, pero que decayó desde 1871, cuando las cuestiones nacionales fueron introducidas en ella. También la anarquía sufrió tales influencias. Pero no discuto este asunto: quería explicar solamente lo que comprendo por vida relativamente normal: es esa vida desaparecida desde 1914 y reemplazada desde entonces por una vida que para millones de seres es una vida muy dulcemente descrita si se le denomina vida anormal; otros la llamarían vida perra.

Los nacionalistas y los que les dejaron la mano libre, y que morían más bien que ceder una pulgada de territorio inglés, americano, francés, italiano; los nacionalistas han conseguido, pues, poner treinta y cinco Estados en lugar de veintiséis, y además, por anexiones de minorías mixtas y en territorios enclavados, crear nuevas cuestiones de nacionalidades para un gran número de millones de hombres, esas minorías anexionadas que en la Liga de las Naciones no hallan más que oídos sordos, que lanzan gritos y sufren persecuciones, comparadas con las cuales las pocas vejaciones de que han podido quejarse las naciones hoy triunfantes con justa razón antes de 1914, son por decirlo así nulas. Los liberados de 1918 se han transformado desde ese momento en opresores, en carceleros, en fusiladores y destructores sistemáticos de la vida nacional, de la lengua, de la propiedad, hasta de los nombres, de las minorías anexionadas. Y han creado y mantienen esas murallas, esas barreras a la vida económica que hacen protestar hasta a los banqueros en su manifiesto de octubre de 1926.

Y más todavía — ese nacionalismo que se habría podido creer satisfecho por algún tiempo después de 1918-19, cuando la supremacía bélica de los americanos, ingleses y franceses, que les costó un esfuerzo tan grande, había terminado la guerra y las nacionalidades tuvieron carta blanca para tomar lo que les agradase en el invierno de 1918-19 — ese nacionalismo permanece insaciado y adquirió aquí y allí, en Italia en grado sumo, esa forma de una virulencia desconocida hasta aquí y que se llama *fascismo*.

El *nacionalismo* no está satisfecho, porque es *estatismo* en quintaesencia, y el Estado, inspirado así, no es satisfecho nunca. Los Estados europeos de 1815 a 1914 habían aprendido a reconocer mutuamente su existencia en un cierto grado. Eso no ha impedido las guerras y las intrigas y enemistades permanentes, pero la vida y la muerte de un Estado no fué nunca puesta en tela de juicio. Los cambios territoriales en Europa, con excepción de los Balcanes, desde 1815 a 1914 fueron insignificantes: Lombardía y Venecia entregadas a Italia, Niza y Saboya a Francia, Schleswig y Holstein separados de Dinamarca, Alsacia y Lorena cedidas a Alemania, la ciudad de Cracovia, último territorio polaco entonces, tomada por Austria (1846); esos son todos los cambios, de los cuales ninguno tuvo una influencia sobre la vida de los territorios en cuestión comparable a lo que se hizo desde 1918; además, la isla de Heligoland fué dada por Inglaterra a Alemania en cambio de una isla africana.

El nacionalismo, modesto en su comienzo y que afirmaba reivindicaciones puramente lingüísticas, cuando triunfa apoya sus reclamaciones ulteriores en razones muy distintas: fronteras naturales, fronteras estratégicas, riquezas del subsuelo, facilidades de los transportes, etc., y tiene siempre en reserva su gran programa, que se diría prehistórico y que en todo caso es medieval; esta expansión máxima que un conquistador afortunado ha dado al territorio nacional en un período muy corto, y hace mucho tiempo, alguna creación efímera, debida al talento de ese jefe y a alguna constelación [illegible] corta duración muchos siglos atrás. Sobre la base de todas esas reclamaciones continúa, pues, haciendo prosperar una política expansiva y se le funda en primer lugar en el fanatismo nacional, cultivado siempre con intensidad y en un ejército fuerte y vastamente equipado, creado en la penumbra de preparativos, sea contra la Rusia bolchevista, sea contra Alemania todavía no desarmada, contra Hungría, contra Bulgaria, pero que en realidad es destinado a expansiones en un porvenir no muy lejano y a las guerras futuras que se sueña y que [illegible] [illegible] prepara.

El programa de Italia está expresado desde hace mucho por la palabra terrible y jamás descalificada: *Terza Roma*. A la Roma de los Césares y a la Roma de los Papas no pudo seguir la Roma de Mazzini — Mazzini ha tenido que contentarse con soñar toda su vida y murió en marzo de 1872. Pero la Roma de Mussolini reclama de nuevo su conversión en *Terza Roma*, y se apresta a ello por medios que ponen en práctica lo que Mazzini no pudo soñar más que en teoría. Alimentado durante un siglo por el *Primato d'Italia* y la *Terza Roma*, por el desprecio a los *barbari*, inclinándose ante la inmensa autoridad de Mazzini, el conspirador, y de Garibaldi, el hombre de acción, y dirigido al mismo tiempo por la política sutil e hipócrita papal, piamontesa y napoleónica, el pueblo italiano fué mantenido más que ningún otro gran pueblo en las garras del nacionalismo más militante. El ímpetu internacionalista de algunos bajo la impulsión de Bakunin y de la Comuna de París, la presión de la miseria económica que más tarde hizo abrazar el socialismo por grandes masas, todo eso no contrabalanceó nunca el efecto del nacionalismo cultivado como una religión, respirado y respetado por todos absolutamente. Entonces Mussolini triunfó, gracias al pánico de los burgueses en 1920, si se quiere, pero se mantuvo en su puesto de mando, estoy convencido, gracias al sentimiento nacionalista tan extraordinariamente desarrollado en Italia desde hace un siglo y ha hecho todo lo posible por retroceder hacia la edad media, en ruta hacia la Roma de los Césares; pasando por los Borgias está en la etapa de los emperadores, de Nerón a Heliogábalo; un día llegará a la roca Tarpeya... Ha creado los Primo de Rivera, los Pangalos, los Pildsuski, los Gajda y sigue siendo el héroe de los nacionalistas de todos los países.

De todo eso ¿no se llega a la conclu-

MAX NETTLAU (5)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

papeles de Dave tengo ante mí una carta dirigida el 19 de enero de 1899 a uno de sus más íntimos compañeros sindicalistas; está fechada en Bruyères de Sèvres (Seine-et-Oise), a donde lo había enviado el médico; después del congreso de las Bolsas en Hennes, a fines de 1898, tuvo que tomar vacaciones de enfermo... "Sí, por desgracia — comienza — desde mi llegada aquí estoy resfriado, y hasta el lunes tuve que tragar mucho jarabe y medicina para vencer la ronquera, o más bien la completa extinción de la voz. Hoy voy mejor, recibí un terrible apetito. El sosiego que existe aquí puso fin al estado de superexcitación moral y física permanente en que vivía en la rue des Deux Ponts. En una palabra, me siento en equilibrio..."

Relativamente a una cosa que consideraba como una injusticia dice en esa carta: "...Aun cuando... no me quejaría. No por temor, como Vd. cree, sino por orgullo; ¿cómo quiere Vd. que se discuta con *Muffies*? (filisteos repulsivos), si fueran capaces de reflexionar y de discutir, no cometerían sus *muffleries* (mezquindades repulsivas)..." Una pequeña visión de la filosofía de la vida de Pelloutier, que calló ante muchos cuando consideraba a los promotores de bajezas incapaces de comprenderlas siquiera... Su estado mejoró algo y pudo trabajar de nuevo, mientras que luego en el otoño de 1899 se difundieron rumores de que había recibido del duque de Orleans 100.000 francos para la provocación de una huelga — más detalles en la biografía de Dave —, lo que le irritó y le sumió en nueva enfermedad, en extrema pobreza material continua.

Entonces habló Georges Sorel, que lo conocía, con Jaurés sobre la miseria de Pelloutier, rogándole que incitara a su amigo Millerand, entonces ministro, a hacer algo por él. Millerand le nombró entonces *enquêteur* (coleccionista de materiales) temporal para el *Office du Travail*, que dependía del ministerio de comercio. Nada más natural que así fuese. Entonces no había adoptado Sorel su punto de vista característico ni estaba Millerand definitivamente desacreditado; Sorel conocía a muchos y tuvo simpatías por Pelloutier. Algunas veces se veía a Sorel y a Jaurés juntos en la Biblioteca, ¡y qué bien conocía Jaurés a Millerand desde hacía años! Nadie echó mano al propio bolsillo, a Millerand le costó la cuestión un plumazo, comprometiendo a un adversario político. Sorel tuvo después que trabajar no poco para persuadir a Pelloutier a aceptar, y éste lo hizo a causa de su familia, en la más extrema miseria; supo, a causa de su enfermedad, tan sólo tres semanas después del nombramiento, que era provisorio y que debía renovarse cada tres meses, dándole al año 1.800 francos. Pelloutier era ocupado en la elaboración de monografías sobre ramas particulares de trabajo y en la estadística de las huelgas.

Esa cuestión se le reprochó amargamente a Pelloutier en el octavo congreso de las Bolsas del Trabajo en 1900 (París).

Yvetot escribió al respecto en 1911: ..."Hay que haberlo visto, a ese moribundo, con amplia frente, con ojos húmedos tras sus lentes, ardiendo de fiebre, retenido en todo momento por falta de respiración y apenas capaz de decir algunas palabras en voz baja a causa de la tos, hasta que se tragaba el trocito de hielo que yo le preparaba para prevenir un flujo de sangre".

"Los miembros de aquel congreso de 1900 saben con qué silencio de opresión, de compasión, de curiosidad y de admiración escuchábamos a ese pobre amigo, que se defendía por última vez contra los adversarios que no le perdonaban que quedase fiel a sí mismo y muriese así..."

Luego es mencionada esa discusión y la réplica de Pelloutier según el protocolo del congreso de las Bolsas del Trabajo de 1900, pág. 87-91. El orador principal fué un delegado de Lyon, que expuso como la opinión local: ..."si el secretario de la Federación no es suficientemente pagado (con sus 1.200 francos al año), que busque en otra parte un puesto con 1.800 francos y se podría encontrar para el comité de la Federación otro compañero en París que, trabajando medio día, pudiese atender por 1.200 francos el trabajo del secretario federal". Se dijo a ese delegado también por parte del comité ejecutivo de Lyon: "Dígale al secretario de la Federación que debe elegir entre los dos puestos, pues de lo contrario en Lyon eso podría escindir los sindicatos. Debe encontrar un medio para quedar en la Federación de las Bolsas, — Vds. ven que no se está contra él, — y si encuentra un trabajo accesorio para completar su sueldo, debe aceptarlo, pero no debe quedar en el *Office du Travail*, que parece ser un puesto muy gubernativo"...

La idea que el comité de la Federación habría podido dar a su secretario lo suficiente para que pudiese vivir de ello es mencionada después por un delegado de Nimes; en Lyon no parece haberse tomado en consideración. Sin embargo, basta de esta triste cuestión, que en todo caso muestra a algunas gentes de hoy, a quienes les va muy bien, qué pobre diablo fué el primer fundador del *sindicalismo* francés como *organización* hasta el último momento de su vida; ese congreso, que produjo a Pelloutier esa ofensa, se celebró en septiembre de 1900. Volvió con trabajo al mismo pueblo en que había pasado seis meses en terribles padecimientos, sin poder adoptar una posición horizontal a causa de la sangre que penetraba de inmediato en las vías respiratorias. El último día se hizo llevar a la habitación donde estaban sus li-

sión, como yo, que esa *mentalidad nacionalista* se ha convertido en tal grado en una fuerza nefasta que envenena la atmósfera mundial, que nada de bueno puede vivir en esa atmósfera y que nuestro propio esfuerzo sufre inevitablemente a causa de ella. No hablo ya de infiltración oficial, por toda la vida pública, hasta las lecturas y diversiones populares. Es lo directamente opuesto a la solidaridad humana, que es la única que puede impedir al socialismo convertirse en una institución estatista y ver relegado al proletario a la situación del plebeyo del *panis et circenses*. Mussolini organiza también su Estado, de modo que pone al proletariado en una corporación fija y permanente que le garantiza el *pan*, y el proletario puede disfrutar del placer de ver y oír perorar a su *duce* — es el *juego* y, más también, la masacre, el fuego, dentro de poco las ejecuciones — son los *circenses*.

Es preciso desarraigar de nosotros mismos el nacionalismo, y no todo está hecho cuando decimos: ¡Abajo Bismarck! al mismo tiempo que se grita o se piensa: ¡Viva Mazzini! El que piensa: ¡Viva Mazzini! ¡viva Garibaldi! dirá lógicamente: ¡Viva Mussolini! No hay otro camino. ¡Viva la Internacional! y arranquemos de nuestro corazón todos los nacionalistas, sean Mazzini o Mussolini. Y fortifiquémosnos en esa comprensión por la historia; rechacemos la leyenda. Esto se aplica a todos los pueblos. El mal es verdaderamente grande. Como el sacerdote y el autoritario, el nacionalista es nuestro enemigo. Ha creado y ha perpetuado la crisis mundial y prepara nuevas calamidades. Seamos, por fin, hombres que no conocen más que hombres y hermanos. Digamos eso altamente. Los pueblos recobrarían la verdadera vida si vieran en qué grado los ha engañado y hecho miserables el nacionalismo. Las guerras de religión, inquisición y jesuítas han devastado los siglos, el XVI y el XVII. Se inició un repunte en el siglo XVIII, el siglo del cosmopolitismo y de la Revolución Francesa. El nacionalismo ha obstaculizado ya bastante el avance del siglo XIX, sin conseguir desviar enteramente la civilización ascendente, pero la ha carcomido al principio, después devastado, el primer cuarto de siglo XX, hora por hora en Europa. ¿Se le dejará continuar así?

Los trabajadores en la Argentina comprenden maravillosamente el carácter nefasto del nacionalismo, y este no existe ya para ellos. Italianos y españoles son sus hermanos, y las luchas de hace un siglo han sido olvidadas tanto como las luchas con países vecinos de hace tres cuartos de siglo. Estarían verdaderamente en una posición como para levantar la voz en esta cuestión y decir a los proletarios de todos los países de Europa, cómo se les engaña y que necesitan desbrozar el camino, arrancar el nacionalismo de sus cerebros y de sus corazones, si no quieren ir directamente al fascismo y a la guerra. Así se ayudará también a nuestros camaradas y amigos de Italia, cuya voz fué sofocada el 5 de noviembre.

Noviembre 7 de 1926.

—(*—*)—

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohío.

Contestación de M. Torres

1— El anarquismo — vilipendiado y escarnecido, perseguido y crucificado por déspotas de Estado y de Iglesia de todos los tiempos — encarna la suprema aspiración de la humanidad: la libertad absoluta del hombre de todo yugo político, económico y religioso. Su problema eterno es, ha sido y será, destruir primero, imposibilitar después, todo lo que signifique impedimento al libérrimo desarrollo del ser humano en la igualdad moral más completa y en la solidaridad inquebrantable de cada uno de los componentes de la colmena humana.

2— La anarquía es la madre de la humanidad y del universo, vale decir, de los hombres libres, iguales y hermanos por una parte, sin distinción de clases, razas, patrias y religiones, que no las habrá, por otra. Mas la anarquía, en hora buena, contempla, no sin sobresalto, sino amorosamente, que la liberación integral de sus hijos — su dignificación y ennoblecimiento — obra será de la Revolución Social.

3— Decir anarquía es decir vida: pájaro que vuela, flor que perfuma, sol que ilumina. Mas también es centella que fulmina los deformatorios — en lenguaje de pillería éstos toman el nombre de *parlamentos, tribunales, palacios, escuelas, redacciones, teatros, iglesias, casas de gobierno, etc.* — que han erigido los animales nocturnos de rapiña y que con crueldad embrutecen, tiranizan y explotan a los hombres. La anarquía vivifica, crea, ama. Es Naturaleza y Humanidad y Universo.

4. Para que un pájaro pueda volar plenamente necesita estar fuera de la jaula. Mientras el alma infantil esté encerrada, limitada y absurdamente trabajada por esas aberraciones que se han dado en llamar autoridad, familia, escuela, religión, moral, sociedad, ciencia, arte y filosofía, resultará precario todo intento de verdadera educación. Toda la educación del pájaro está en abrirle la puerta de la jaula, no en hablarle de bien, de verdad, de belleza. Toda la educación del niño está en librarse de los yerros morales, materiales, científicos y religiosos que lo pervierten. Porque si el pájaro en libertad lleva ya en su pico y en su ala y en su entraña todo el bien, toda la verdad y toda la belleza, también todo el instinto, toda la necesidad, toda la pasión, toda la naturaleza están ya en el niño — su alma — y su satisfacción completa culminará en flores de simpatía y frutos de sabiduría — única educación.

5. La planta arraigada en tierras fértiles y climas prósperos, crece lozana y arrogante a los embates tormentosos. Da flores magníficas y frutos peregrinos. Arte que no se nutra de la savia perenne de la vida lo será sólo en parte. Arte que no se consubstancie con la partícula del sol o de la tierra, no medrará. Arte que no sea un haz de fuego, o una lluvia bienhechora, o una sonrisa de luz, será un arte muerto.

6. Los pájaros no cantan todos de la misma manera, ni tienen todas las flores el mismo color, ni la luz del sol todos los días la misma intensidad. Tampoco el rótulo mejora ni empeora el contenido. Los individuos que se aislan del rebaño social, por serles su atmósfera irrespirable, hacen bien. Los individuos que en cuerpo y alma se dan a la organización y capacitación de las masas, hacen bien. Unos y otros socavan, desde sus reductos inconmovibles, el edificio autoritario-religioso que se trata de demoler. No cabría consecuencia de carácter en hegemonías unilaterales. Basta y sobra con la coincidencia de fondo. ¿Para qué más?

7. Todo lo que de bueno nos ha legado el pasado debemos aprovecharlo. Todo lo malo que nos ha transmitido, sepultarlo. La vida es de ayer, de hoy y de siempre. Los cadáveres hay que enterrarlos cuanto antes si hay descomposición. ¿Y acaso el Capital, la Iglesia, el Estado no saben a putrefacción? Sólo hace falta el sepulturero, que ya está en marcha.

8. El morbo religioso y el morbo autoritario desaparecerán del haz del globo tan pronto como sus comparsas clericales y estaduales dejen de inficcionar a la humanidad, barridos sabiamente por los vientos saludables de la Revolución.

Buenos Aires, Diciembre de 1926.

BIBLIOGRAFIA

Samuel Lewin: *Daemonendes Blutes*. Eine Vision. Trad. del yiddisch al alemán por Ruben Beatus. 150 págs. en 8°. Ed. *Der Syndikalist* Berlín, 1926. Precio: 1.50 mk.

Adrián del Valle: *Náufragos*, novela. Biblioteca de La Revista Blanca. 220 páginas. Barcelona (1926). Precio: 2 pesetas.

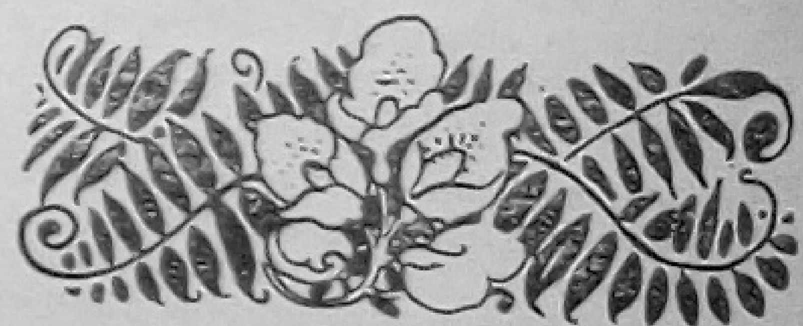
Andrés Lorulot: *¿Maravilloso el instinto de los insectos*. Su origen, su mecanismo, su evolución natural. 28 págs. Ed. "Generación Consciente", Valencia, (1926).

Nigra Andego. N.° 1, 14 octubre de 1926. Shanghai (China), periódico heptografiado en esperanto

Nigra Flago. N.° 1. Shanghai (China), en idioma chino.

La Revista Blanca, N.° 84. Barcelona. cousos e pelesao Conselho Confederal4r

Relatorio do delegado da Federaçao dos oper. da industria de Calçado, couros e pelesa o conselho Confederal da C.G.T.



bros, que abarcó en una última mirada, y murió luego silenciosamente, en la mañana del 13 de marzo de 1901.

III

La más temprana publicación de Pelloutier que tengo ante mí es el pequeño escrito de 1895, firmado por él y por Henri Girard, redactado en forma dialogada: *Qu'est-ce que la Grève générale?* (¿Qué es la huelga general?). Como se ha dicho, Pelloutier la defendía desde septiembre de 1892; se sabe también que esa idea existía desde hacía mucho tiempo, que fué propagada con particular intensidad en 1880-90 por los anarquistas; en los congresos corporativos franceses fué tratada primeramente en 1888, por Tortelier fué propagada entonces en París vivamente. En los círculos anarquistas de Londres estaba en 1890 tan difundida que en una discusión internacional de aquella época se previno contra una sobreestimación de ese medio de lucha como panacea. Existía en algunos la opinión que una tal huelga podía sustituir a la revolución, hacerla superflua, mientras que la opinión de horizontes amplios era que una huelga general debía llevar justamente a la revolución, que era inseparable de la revolución, que era el estadio inicial de la revolución misma.

Lo que dice Pelloutier no es, pues, nada absolutamente nuevo, pero adquiere su importancia por el hecho que fué dicho por alguien que se hacía oír en los miembros más enérgicos de numerosos sindicatos, a quienes hasta entonces no se habían presentado por lo general más que las promesas y los consuelos de los políticos.

..."La huelga general — se lee allí — no será un movimiento pacífico, porque una huelga pacífica general, suponiendo que sea posible, no conduciría a nada"... Contaba ante todo con la desmenuzación de las fuerzas militares, que en ninguna parte tendrían la posibilidad de dar un golpe decisivo y que apenas podrían ser alimentadas 14 días con las provisiones existentes. ..."Como la huelga general debe ser una revolución de todas partes y de ninguna y como la toma de los medios de producción tendrá lugar por barrios urbanos, por calles, casa a casa, no se da ninguna posibilidad a la formación de un "gobierno revolucionario", de una "dictadura proletaria"... más bien surgirá "la libre asociación de cada grupo de panaderos en cada panadería, de cada grupo de herreros en cada herrería, en una palabra: la producción libre"...

¿Cómo serán llevados los trabajadores a tal huelga? Para la *huelga-revolución* no se necesita naturalmente la participación de los sastres o de los empleados de comercio. Lo principal, cuando la huelga no se generaliza bastante rápidamente, es la paralización del transporte, la inmovilización de los soldados, el paro de las grandes industrias por falta de carbón, interrupción de la afluencia de artículos alimenticios, que pronto también significa la falta de gas y de electricidad... Una huelga minera como comienzo no sería lo suficiente eficaz, mientras continúen existiendo las posibilidades del transporte. Pero gracias a la división del trabajo, que será el instrumento de muerte del estado actual, pueden, por ejemplo, los obreros gasistas paralizar todos los motores de gas y por ese medio hacer parar a numerosos obreros — o la paralización de los cambios de un punto ferroviario importante de cruce, hace parar a toda una serie de líneas... La misión de los huelguistas sería quedar cada uno en su barrio y tomar posesión allí primero de los pequeños establecimientos, de las panaderías, luego de los establecimientos mayores y por último, después de la victoria, de la gran industria. El gobierno podría diseminar en contra sus soldados y exponerlos al exterminio local o retenerlos para una gran batalla, lo que les llevaría pronto al hambre...

Finalmente se discute en qué grado se desvían ya los obreros de la política.

..."Dispersión de los huelguistas, por consiguiente impotencia del ejército, enervamiento, luego quebrantamiento nervioso de los soldados, de los cuales algunos se marchan, pánico del capital, posesión de las fábricas de cada calle por pequeños grupos de huelguistas, por 5, 10, a lo sumo"... etc.

En *l'Organisation Corporative et l'Anarchie* (1896) explica Pelloutier: ..."Partimos de este principio, que la obra de la revolución debe consistir en la liberación igual y simultánea de los hombres de toda autoridad, y de toda institución cuyo objetivo esencial no es el desenvolvimiento de la producción material y espiritual. En consecuencia podemos imaginarnos la sociedad futura — una sociedad pasajera, pues por viva que sea nuestra fuerza de imaginación, el progreso es más vivo y nuestro ideal de hoy nos aparecerá tal vez mañana muy vulgar, no podemos imaginarnos la sociedad futura, repetimos, más que como una asociación voluntaria y libre de los productores..." Esa asociación sería libremente consentida, siempre abierta, restringida, ya sea por conocimiento o por deseo de los asociados con el fin de la realización de su objetivo originario, de manera que nadie tiene que temer una coacción moral, que es tan penosa como la coacción material, ni violación individual, que es más sensible aún que la violencia colectiva".

Las asociaciones para las diversas ramas de la producción se informarán sobre las necesidades del consumo y constatarán sus medios y posibilidades de producción. ¿Cuánto necesitan de las asociaciones vecinas?, etc. "Ahora bien, ¿no nos dan las actuales Bolsas del Trabajo una idea de tales asociaciones? ¿No son esas las funciones que realizan ya o esperan realizar las federaciones corporativas, que en diez años habrán agrupado a los trabajadores del mundo entero?"... Esas Bolsas del Trabajo tienen hoy una labor más complicada todavía, porque tienen que dominar todas las dificultades provocadas por la existencia del capital... Sin embargo, son activas, avanzan siempre y descubrirán un día en el hombre laborioso al único motor y en consecuencia en la asociación de los productores el único rodaje útil de la sociedad.

AÑO V — BUENOS AIRES, 27 DE DICIEMBRE DE 1926 — N.o 25

LA PROTES

SUPLEMENTO SE

PRECIO: 10 CTS. — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENT

CINCO AÑOS DE VIDA

El Suplemento de LA PROTESTA se transforma en revista

Con este número se cierra el quinto año de vida de este semanario, fundado el 7 de enero de 1922. Sus 255 números representan mucho en esta época de fascismo y de inquisición política internacional; nuestros lectores lo saben bien. Por desgracia, son pocas las publicaciones que hayan reflejado en estos años tal cúmulo de materiales doctrinarios, históricos y críticos. Y esto no es un mérito que nos atribuimos, sino una constatación de la imposibilidad en que están nuestros camaradas de Europa de iniciar y llevar a cabo una obra sistemática de superación cultural y de educación revolucionaria. El reloj de la historia marca la hora del fascismo, de la dictadura.

Sin embargo, queremos atribuirnos un mérito, y es el de haber sostenido el Suplemento, junto con el diario y las ediciones de libros y folletos, a través de uno de los períodos más adversos que podíamos imaginar. El espíritu revolucionario de los pueblos ha decaído, y con él decayó el interés por las publicaciones subversivas y de ideas; a la decepción experimentada trás un breve instante de fiebre revolucionaria, siguió en nuestro propio campo una era de luchas intestinas, de escisiones, de guerrillas y de intrigas incalificables. Simultáneamente, en lugar de recibir estímulos de afuera, hemos visto cómo caían unas tras otras todas nuestras instituciones de los países europeos espiritualmente más afines, hemos visto cómo fué circunscrito el movimiento entero del anarquismo a una situación de clandestinidad y hemos visto morir una buena parte de aquellos hombres sobresalientes por su inteligencia y su prestigio, que habrían podido contribuir poderosamente a la defensa y a la propagación del anarquismo. Todo ha conspirado contra la realización de nuestros propósitos, pero hemos podido sostenernos hasta aquí y llevar a cabo una parte de nuestros planes. Gracias a eso, el anarquismo de la Argentina dispone del aparato más vasto, y actualmente único, para la propaganda escrita.

¡Lograremos sostener todas nuestras publicaciones en el transcurso de los años tan poco prometedores que se presentan en perspectiva? Que el porvenir responda a ese enigma. Contamos con la adhesión de algunos centenares de camaradas que llegarían hasta el sacrificio con tal de sostener la obra de "LA PROTESTA". Pero no podemos pedir ese sacrificio en esta época de desocupación y de privaciones económicas más que si contamos con la posibilidad de una siembra fecunda.

Por habernos sostenido, pesa sobre nosotros la responsabilidad de llevar nuestras ideas a todo el continente americano, en alguno de cuyos países el anarquismo es totalmente desconocido. Y más aun: mientras impere en España la dictadura de Primo de Rivera y nuestra prensa no pueda ver allí la luz del día, tenemos el deber moral de llenar en lo posible el vacío, esforzándonos porque nuestros compañeros no carezcan de fuentes de información y de material de propaganda. Todo eso exige sacrificios que no sabemos si el movimiento de la Argentina podrá aceptar a la larga, pues la situación económica es aquí cada día peor y las privaciones aumentan sin cesar en los hogares proletarios.

Haremos lo que podamos. De cualquier manera nos congratula haber sostenido esta publicación durante cinco años y haber hecho de ella un manantial inagotable de cultura revolucionaria.

Para darle materialmente el carácter que corresponde a su contenido de ideas y de estudios, hemos resuelto que a partir del próximo año, que inicia el sexto de su vida, el Suplemento aparezca quincenalmente en formato revista, con 32 páginas de texto y tapas. Su precio será de 0.20 centavos.

Nos ha parecido que, dada la índole de esta publicación, conviene más para su manejo y colección el formato revista. Los lectores juzgarán.

La fecha de aparición será el 15 y el 30 de cada mes.

Como esta transformación exige algunos trabajos preparatorios nos será imposible salir con el primer número del Suplemento-revista antes de fines de enero próximo.

Confiamos que los lectores y compañeros continuarán prestando a este órgano la misma simpatía y el mismo apoyo que hasta aquí.

Y ahora, feliz año nuevo para los ideales de la anarquía y la revolución.



El proletariado internacional duerme ¿Hasta cuándo

Un anarquista medioeval

Peter Chelchiky

Hemos advertido que los comunistas de la edad media en general eran de carácter pacífico y repudiaban la violencia. Eso correspondía tanto a la impotencia de los desposeídos de aquel tiempo como a la tradición del cristianismo primitivo. Cuando comenzó en Bohemia la revolución husita, cayeron las viejas autoridades y las clases inferiores del pueblo se levantaron en insurrección victoriosa, la masa de los comunistas fué arrastrada, y una vez en la revolución violenta, la lógica de los hechos les llevó naturalmente a la cabeza del levantamiento democrático, del cual constituían el elemento más amplio.

Sin embargo, la tendencia pacífica, que condenaba la guerra, toda violencia, toda coerción, no cesó completamente ni siquiera durante los triunfos más brillantes de los taboritas. Su representante más distinguido era Pedro de Chelchik. Nacido aproximadamente hacia 1390, probablemente un caballero empobrecido, vivió tranquilo y retirado en la aldea de Chelchik cerca de Wodnian, una de las ciudades taboritas, y redactó allí una serie de escritos que promovieron general atención. Ya en 1420 había sostenido que en cuestiones religiosas no se debía emplear violencia alguna; esa convicción se fortificó en él durante los años de revolución. Anatematizó la guerra como el más horrible de l males; los guerreros no son en modo a guno mejores que los asesinos. ¿A qu caballeros creéis — escribe — que com pete hacer la guerra? ¿Tal vez a aqu llos muchachos melindrosos de los ca tillos y fortalezas, a quienes cae el p lo sobre los hombros y que llevan ta corta chaquetilla que apenas pueden c brirse sus posaderas? Si tienen ellos s los el derecho a hacer la guerra ¿qué lo que hacen en las batallas los habitan tes de las ciudades y los campesinos?... Pues ni un rey, ni un príncipe, ni u señor, ni el más mísero noble hace l guerra por sí solo, sino que todos lle van con la fuerza a los campesinos a ha cerla e inducen así a todo el pueblo a asesinato y al delito"...

Chelchiky es comunista igualitario — en el sentido del cristianismo primitivo. Pero la igualdad general de la sociedad no debía ser impuesta por la coerción estatal, sino que debía realizarse a es paldas del Estado y de la sociedad. E verdadero creyente no debe tomar nin guna participación en el Estado, pues éste es pecaminoso y pagano. Las des igualdades sociales, de la riqueza, de la posición y del rango son creadas por el Estado, y no pueden desaparecer más que con él. Pero el único medio cristiano para abolir el Estado consiste en ignorarlo. No solo está prohibido al verdadero creyente aceptar una función del Estado, sino que tambien le está prohibido apelar al poder estatal. La policía y los tribunales no existen para él. El verdadero cristiano aspira por sí mismo a lo bueno y no tiene derecho a forzar a los otros a la bondad, pues dios exige la

LUIS FABBRI

CREPUSCULO EN CAPOLAGO

II

Algunas noches más tarde, en Bellinzona, en la lejana aldea de la Isola Bella, hablaba con el compañero Gagliardi de aquel viaje a Capolago, de las emociones experimentadas y de los recuerdos históricos suscitados por la visión de aquel tranquilo y ameno caserío en la orilla del extremo sur del lago de Lugano. "Quiero escribir algo — dije — para la revista de nuestro Malatesta".

—Bien — respondió el buen Gagliardi — pero tus recuerdos se remontan demasiado lejos. ¿Por qué no hablas más bien de nuestro congreso, que se celebró en Capolago en 1891 y que tuvo tanta importancia para el movimiento anarquista en Italia?

—Una cosa no excluye a la otra, — repliqué. Y de inmediato comenzamos a hablar de auél congreso, de los hombres que participaron en él, ¡ay! de cómo acabaron tantos de ellos: Abora me viene a la memoria aquel coloquio; y, aunque la revista *Pensiero e Volontá*, para la que había pensado escribir estos apuntes, fué suprimida por el gobierno italiano, he querido, sin embargo, fijar en el papel las memorias y los pensamientos de aquellos días y de aquellas horas. Pues, por lo demás, entre los recuerdos de la revolución nacional de 1848 y los recuerdos de los primeros movimientos revolucionarios internacionalistas y libertarios no hay una clara solución de continuidad.

La ágil y esbelta figura de Antonio Gagliardi, que recuerda un poco la del malogrado Luigi Molinari, aunque es menos alto, a pesar de la edad y una penosa enfermedad que le aquejaba, se rejuvenecía a medida que florecían en sus labios los recuerdos. El, uno de los pocos de la "vieja guardia" del anarquismo ticinés, ingresó en nuestras filas poco después de 1880 y tomó parte en gran número de nuestros movimientos: Además fué uno de los principales organizadores del congreso de Capolago.

El congreso se celebró los días domingo, lunes y martes, 4, 5 y 6 de enero de 1891, en la pequeña localidad, en el Albergo dell'Ancora, y más principalmente en un lugar apartado, a la derecha del cuerpo principal del edificio de la modesta posada.

Del congreso se había hablado un tiempo en los periódicos anarquistas y socialistas. Es preciso recordar que entonces la separación definida entre socialistas demócratas y anarquistas no se había realizado aún; y muchos anarquistas hablaban de socialismo, entendiendo por eso el viejo socialismo histórico, el socialismo anarquista de la primera Internacional, de Bakunin, de Fanelli, de Cafiero, etc. Había promovido un poco de discusión un artículo de Errico Malatesta: "Il Congresso Socialista", publicado poco antes en la *Campana* de Macerata; y no solo entre los socialistas, que querían excluirnos ya de la familia del socialismo, sino también entre los anarquistas, en los cuales se abrían camino entonces las primeras tendencias adversas a la organización, a los congresos, etc. En *La Révolte* de París aparecieron correspondencias y algún artículo hostil al congreso.

Las conversaciones hechas sobre ese congreso habían alarmado a la policía internacional; y se sabía que, donde quiera que se celebrase, se habría tratado, aunque fuese valiéndose de subterfugios, bien de impedirlo o bien de hacerlo fracasar arrestando a la mayor parte de los delegados. Los organizadores, comprendiendo eso, recurrieron a la astucia. Primero mantuvieron en silencio la nación en que debía celebrarse el congreso; luego, cuando fué preciso fijar una localidad, se habló de Suiza y precisamente de Lugano.

En Lugano, efectivamente, estaban realizando el trabajo de preparación dos compañeros, bastante conocidos entonces y despues: Attilio Panizza (el autor del "Inno dei Malfattori") y Francesco Cini. Este último, a consecuencia de una treta que le jugó la policía, fué arrestado; y entonces fué a Lugano (a fines de 1890) para substituirlo, Amilcare Cipriani, — el cual atravesaba entonces su breve cuarto de hora de anarquismo. En aquel tiempo firmó el manifiesto anarquista abstencionista al pueblo italiano de los anarquistas emigrados al extranjero.

Cipriani quedó en Lugano tres o cuatro semanas antes del congreso. Al fin se dió a conocer que las sesiones se iniciarían el 11 de enero del nuevo año de 1891. La policía Suiza estaba tomando sus medidas, y también la policía internacional, cuando — ¿qué es, qué no es? — el día 7 de enero se supo que el congreso... se había celebrado ya y había clausurado regularmente sus trabajos en Capolago; y que los congresistas habían vuelto a partir casi todos para sus hogares.

A pesar de que Lugano hormigueasе de agentes de las diversas policías secretas, Cipriani y Panizza supieron maniobrar tan bien (fueron secundados por Gagliardi y algunos otros), que solo la policía suiza se enteró del congreso cuando había comenzado ya; las demás lo supieron cuando terminó.

El lugar del encuentro para los congresistas había sido dado en el Crotto della Giovannina en Chiasso y en algunas casas privadas de amigos en Lugano: desde allí había personas encargadas que guiaban o enderezaban a los concurrentes separadamente a la posada dell'Ancora en Capolago. Pero la llegada en tren o en barca desde varios puntos de tan numerosas personas a Capolago, alarmó a los pocos gendarmes del lugar, que dieron parte al comisario de policía de la próxima localidad de Mendrisio; éste, a su vez, telegrafió a Lugano y a Berna.

Mientras tanto el congreso se había iniciado. Había presentes, entre otros, los organizadores Cipriani, Panizza y Gagliardi, casi todos los anarquistas más activos de aquel tiempo: Malatesta, Merlino, Gori, Molinari, Bentini, Piselli, Bergamasco, Pacini, Gnocchetti, Barbiani, Pellaco, Giov. Rossi (Cardias), Arturo Ceretti, Luigia Pezzi, etc. También debía concurrir Galleani, pero fué arrestado durante el viaje, en Ginebra, y expulsado de Suiza; acompañado a la frontera, mantenido un poco de tiempo en arresto por la policía de Como, consiguió entrar de nuevo en Suiza; pero llegó a Lugano cuando el congreso había terminado. Otro compañero, Giuseppe Bianchi (murió pocos años después), participó en el congreso como corresponsal del *Secolo* que publicó sus mismos informes.

El segundo día del congreso, el 5 de enero, toda la policía suiza estaba en el lugar. Había llegado de Berna incluso el comisario político federal, Kronauer; había también gendarmes, detectives, etc. (1). En un cierto momento el hospedero del *Ancora* fué a advertir a los congresistas que la policía quería entrar y asistir a las sesiones. Amilcare Cipriani, que había recogido las palabras del hospedero, le respondió que las deliberaciones del congreso serían publicadas, pero que interpelaría a los congresistas sobre el pedido de la policía. Todos los congresistas declararon unánimemente incompatible la presencia de la policía y se le hizo transmitir la respuesta.

Poco después el hospedero volvió a decir que la autoridad suiza amenazaba con entrar a la fuerza. Cipriani le replicó: "¡Que venga con la fuerza; estamos dispuestos a rechazarla con la fuerza!" Pero la policía abandonó la idea de emplear la violencia y se limitó a circundar y a vigilar el local. Sabía que entre los congresales había anarquistas, entre ellos Malatesta, expulsados de Suiza; y esperaba poderlos arrestar. Algún tiempo después, en el proceso por ruptura del decreto de expulsión que se le hizo a Malatesta, se supo que había sido Kronauer el que no quiso que se emplease la fuerza.

El congreso aquél día y el siguiente y último se desarrolló regularmente. Estaban presentes también algunos socialistas, entre ellos De Franceschi de Milán; pero éstos asistieron casi exclusivamente como espectadores. Habían sido ciertamente invitados muchos socialistas, en la esperanza de arrastrarlos al terreno de la acción revolucionaria; pero los más influyentes se opusieron a toda intervención. Se creía que acudiría Costa, pero no dió signos de vida. Prampolini había sido encargado de intervenir en nombre de los socialistas romanos, pero había declinado el encargo. Sin embargo los delegados, cerca de 90 según la *Gazzetta Ticinese*, discutieron según el propio criterio todos los puntos de la orden del día; y resultó que el congreso, socialista según los primeros propósitos, se volvió exclusivamente anarquista, — y fué el punto de partida de todo un intenso movimiento revolucionario y libertario, que sólo consiguieron quebrantar las duras persecuciones crispinas de 1894, aunque sólo momentáneamente.

Las deliberaciones del congreso de Capolago fueron publicadas por los periódicos y recogidas en folleto; son demasiado conocidas como para extenderme sobre éllas. Basta decir que las más importantes fueron dos: una franca, por la constitución de una organización socialista anarquista revolucionaria; y la otra franca a medias solamente, para dar al 1.º de mayo próximo un carácter de manifestación revolucionaria y de huelga general. Lo que naturalmente no se hizo público fueron los acuerdos de carácter práctico tomados para dar un carácter insurreccional a la manifestación.

A consecuencia de esos acuerdos Cipriani hizo una gira de conferencias y de mítines por la Italia meridional, para hallarse en Roma el primero de mayo (1891). Errico Malatesta (que había conseguido junto con otros, a pesar de la vigilancia, alejarse de Capolago después del congreso sin ser observado), fué de incógnito a Carrara (había contra él en Italia un mandato de captura), y a otras partes. Malatesta, terminado trágicamente el movimiento con los hechos de la Plaza Santa Croce in Gerusalemme de Roma y el arresto de Cipriani y sus compañeros, volvió de nuevo al extranjero; y mientras pasaba por Suiza y se había detenido en Lugano en casa de Pacini, fué arrestado de improviso, procesado y condenado por violación de la orden de expulsión y acompañado después por los gendarmes a la frontera, de donde se dirigió a Londres.

Luigi FABBRI.

(1) *La Gazzetta Ticinese de Lugano daba como presentes en esa ocasión al comisario extraordinario Kunzlii, delegado expresamente con el direttissimo, el procurador general Schneider y el cónsul italiano Marazzi. Se decía, además, en aquel tiempo, que entre los agentes de policía llegados al Ticino en ocasión del congreso estuvo también el conocido espía Terzaghi, pero si fué cierto, no tuvo oportunidad alguna de señalarse.*

---

bondad por propio impulso. Toda coercion es maldad.

En el Estado existente y en la sociedad actual no hay puesto para los verdaderos cristianos, fuera de las capas inferiores que no hacen más que obedecer y servir, nunca ordenar y dominar. Toda dominación, toda creación de clases choca contra el mandamiento de la fraternidad y de la igualdad. Así como el cristiano no debe dominar, tampoco debe explotar. Por eso le está prohibido todo comercio, ya que éste está ligado necesariamente al engaño. Las ciudades, sede del comercio, son malas. Las ha inventado Caín; él transformó la sencillez primitiva de la vida en doblez, imaginando el peso y la medida, mientras antes el pueblo hacía intercambios sin medir ni pesar. Pero la más repulsiva y digna de maldición es la nobleza.

Este comunismo anarquista, pero pacífico, halló tanto más eco cuanto más creció el cansancio de la guerra, cuanto más perdía en simpatías en las clases inferiores el régimen taborita.

De las sectas comunistas en Bohemia después de la caída de Tabor, en parte formadas por elementos taboritas dispersos, la de los partidarios de Chelchiky, los hermanos chelchikianos, fué la más importante.

Karl KAUTSKY

(De "Vorlaeufer des neueren Sozialismus, tomo 1º, pág. 367-69, 7a. edición).

ERRICO MALATESTA

COMO ME HICE SOCIALISTA

Hace ya más de quince años, yo que escribo era un jovencito que estudiaba retórica e historia romana, griego, latín y filosofía giobertiana.

A pesar de la buena voluntad de mis maestros, la escuela no logró sofocar la naturaleza y conservé, en medio del ambiente cretinizante y corruptor del colegio moderno, sana la mente y virgen el corazón.

Naturaleza afectuosa y ardiente, soñaba con un mundo ideal, en el que todos se amasen y fuesen felices; y cuando, cansada la fantasía, me abandonaba a la realidad, miraba alrededor y veía aquí uno que temblaba de frío y de hambre y pedía humildemente la limosna de un trozo de pan, allí niños que lloraban, más allá hombres que maldecían: y el corazón se me helaba de horror.

Después observé atentamente y me di cuenta que una gran injusticia, un sistema absurdo pesa sobre la humanidad y la condena al dolor; el trabajo degradado y hecho casi deshonroso, el trabajador que muere de hambre para alimentar las orgías de su patrón ocioso. Y el corazón se me llenaba de ira, y pensaba en los Gracos y en Spartaco y sentía en mí el alma de un tribuno y de un rebelde.

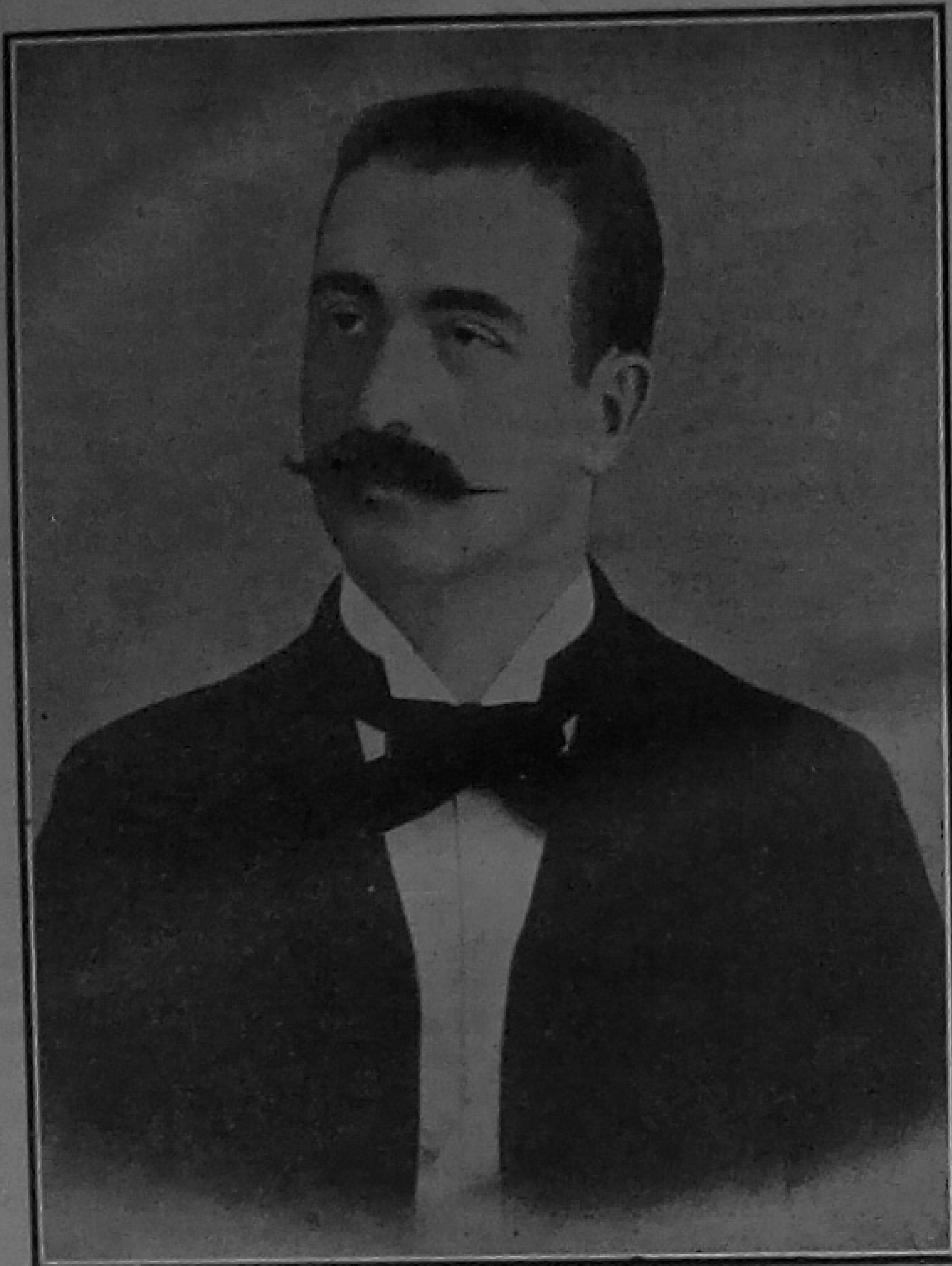
Y como oía decir a menudo que la república era la negación de lo que me irritaba, y que en la república todos eran iguales; como de alguna parte y de alguna época me llegase el eco de una rebelión de pobres y de esclavos en que había estado mezclada esa palabra de república; y como en la escuela se hacía ignorar el mundo moderno para idiotizarnos con una historia de la Roma antigua, deficiente y falsa, y no habríamos sabido hallar un modo de vida social fuera de las fórmulas romanas, me dije republicano y me pareció compendiar así todos los deseos, todas las iras que hervían en mi corazón.

No sabía mucho cómo sería esa república, pero creía saberlo y me bastaba; para mí la república era el reino de la igualdad, del amor, de la felicidad; era el sueño amoroso de mi fantasía traducido en la realidad.

¡Oh! ¡Cuántas palpitaciones agitaban mi joven pecho! Ya imaginaba, como nuevo Bruto, hundir un puñal en el seno de un César moderno; ya soñaba estar a la cabeza de una banda de insurrectos o sobre una barricada lanzando flechas contra los satélites del tirano; o me sentía en una tribuna tronando contra los enemigos del pueblo. Medía mi talla y me palpaba los labios para sentir si apuntaban los bigotes. ¡Oh! ¡con cuánta ansia deseaba ser más grande, salir del colegio para consagrarme enteramente a la causa republicana! Y, en fin, llegó el día deseado y entré en el mundo lleno de generosos propósitos, lleno de esperanzas y de ilusiones.

Había soñado tanto con la república que no pude menos de lanzarme donde me decían que había una tentativa, una aspiración, un deseo republicano; y como republicano vi, por primera vez las cárceles reales.

Pero luego comencé a reflexionar. Estudié la historia, que hasta entonces había aprendido en manuales estúpidos y embusteros, y vi que la república había sido siempre un gobierno como los demás o peor que los demás, y que en la



Pedro Gori

llos en que existe la monarquía. En América hay república y, con tanta superabundancia de producción, hay allí gente que muere de hambre: se tiene la república y, a pesar de la libertad y república, como en la monarquía, hay miseria e injusticia, y se ametralla al pueblo cuando intenta sacudir el yugo. Dirigí la mirada a los países contemporáneos y vi que aquellos donde existe la república no están mejor que aquella igualdad escrita en la constitución, el que es pobre no tiene dignidad de hombre y la caballería dispersa a golpes y a sablazos a los obreros que piden pan y trabajo; se tiene la república y se reducen a la desesperación y se cazan como animales salvajes a las poblaciones indígenas... ¿Qué digo? ¡en América, como en otro tiempo en Roma y en Grecia, se ha visto que la república es compatible con la esclavitud!

República hay en Suiza y hay miseria en ella, y dominan los sacerdotes protestantes o católicos, y no se puede habitar en una ciudad sin el permiso de residencia ¡y los libres ciudadanos suizos venden el voto por algunos sorbos de cerveza!

República hay en Francia (había surgido entonces hacía poco tiempo) e inició su vida masacrando a 50.000 parisienses y enviando soldados doquier los trabajadores levantaban la cabeza, para obligarles a someterse a los amos y a soportar, sumisos, su miseria.

For consiguiente, me dije, la república no es lo que yo había soñado; por tanto, una cosa es la vaga aspiración de colegial, otra, muy otra es la realidad.



Luigi Galleani

Mis compañeros de más edad, aquellos a quienes yo consideraba como mis maestros, decían, es verdad, que las repúblicas existentes no eran las verdaderas y que en Italia la república aportaría justicia, libertad, bienestar, igualdad; pero yo sabía que en Francia se decían las mismas cosas antes de que triunfase la república; sabía también que prometen y dicen cosas semejantes todos los partidos que tienen necesidad del apoyo popular para subir al poder y... quise ver claro.

La naturaleza de una sociedad no puede depender, pensé, de los nombres y de las formas accesorias, sino más bien de las relaciones entre cada miembro de la sociedad con los demás miembros y con el cuerpo social entero. Ni el efecto de un cambio en la organización social puede ser determinado solamente por los deseos y por las intenciones del partido que lo preconiza, pues un partido que acepta y crea ciertas posiciones sufre sus consecuencias, o se pierde en conatos de rebelión que permanecen estériles mientras ese partido no se decida a salir de la posición en que se ha puesto.

Me dediqué por eso a examinar la esencia de la sociedad moderna, la naturaleza de las relaciones sociales, el origen de los poderes públicos, el funcionamiento de los factores políticos y económicos, y todo eso me llevó a concluir que entre la monarquía y la república no hay diferencia esencial; entonces no me maravillé ya de que las repúblicas se asemejen tanto a las monarquías.

Siendo la necesidad primera del hombre, la condición necesaria de su existencia el nutrirse, es natural que el carácter de una sociedad sea, ante todo, determinado por el modo con que el hombre obtiene los medios de subsistencia, por el modo como se produce y se distribuye la riqueza: — los factores económicos dominan toda la vida social.

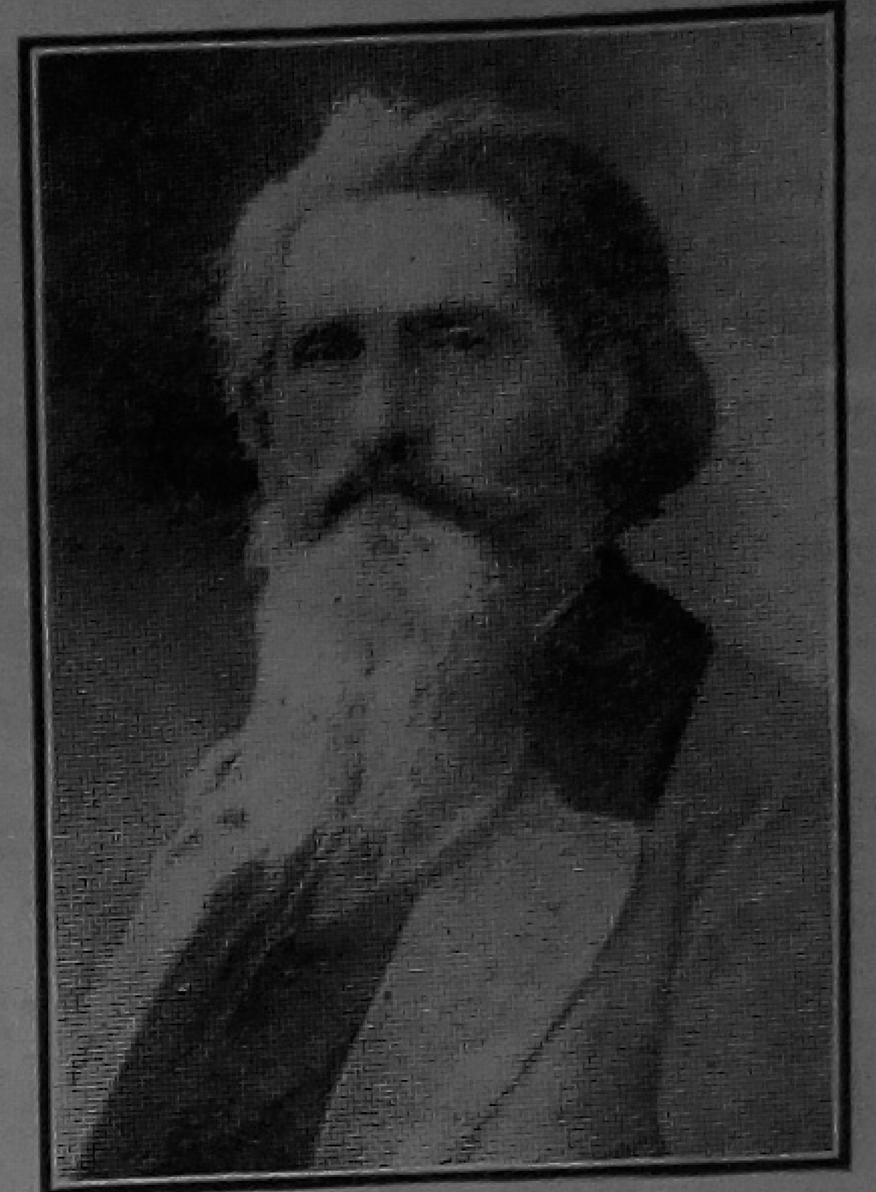
En la monarquía todos los medios de producción están en posesión de pocos individuos, y la masa, que no tiene más que la fuerza de trabajo, debe recurrir, para trabajar, a quien posee aquellos medios, y soportar sus condiciones. La distribución de los productos está basada en la necesidad recíproca, pero no igual, que los patrones y los obreros tienen unos de otros, y por la concurrencia que los hambrientos se hacen entre sí. Y como los amos tienen la ventaja de la posición creada y disponen de economías, mientras el trabajador necesita trabajar todos los días para poder comer, y por otra parte hay en general más obreros que patrones, el salario del que trabaja no sobrepasa normalmente de lo estricto necesario a las más primitivas exigencias vegetativas. Así, al fin de cuentas, hallamos, en la monarquía, una pequeña clase dominante, corrompida y corruptora por una parte, y por otra una masa miserable y embrutecida.

¿Será distinto en la república? No, ciertamente; pues la república mantiene íntegra la base de la organización actual, la propiedad individual, y no puede escapar a las consecuencias de este modo de propiedad.

Pero, dicen los republicanos más avanzados, en la república manda el pueblo mediante el sufragio universal: hagamos la república y el pueblo modificará, si lo cree necesario, el organismo de la propiedad. Pero el sufragio universal existe también en la monarquía y el pueblo se sirve de él para sancionar su sometimiento. ¿Cómo, por el solo hecho de mandar a paseo al rey o de cambiar un nombre por otro, conquistará el pueblo aquella conciencia, aquella capacidad que ahora le falta? Pero la república se ha hecho muchas veces y en muchos países, y el sufragio universal no dió en ella mejores resultados que en la monarquía; ¿cómo habría de ocurrir diversamente esta vez? ¿qué importa que se reconozca o no un derecho al pueblo, cuando este pueblo no tiene la capacidad, los medios de servirse de él? Lo he dicho ya, los factores económicos lo dominan todo: un pueblo que muere de hambre será siempre estúpido y esclavo, y, si vota, votará por sus amos.

Por consiguiente, es preciso salir del cuadro de las ideas republicanas; y, en lugar de aceptar como punto de partida la actual posición económica, hay que comenzar a transformarla radicalmente, aboliendo de hecho la propiedad invidual. Entonces tendremos asegurados todos la existencia, seremos iguales ante la riqueza y tal vez podremos comenzar a entendernos.

Todas estas cosas vi y pensé, y me ocurrió aquello que ocurre a todos los hombres de corazón que estudian sin preconceptos las leyes de la humana convivencia: comprendí que la república es



Amílcar Cipriani

una forma de gobierno buena solo para sancionar y defender, como todos los gobiernos, los privilegios existentes — y me volví socialista.

Errico MALATESTA

El artículo anterior se publicó en "La Questione Sociale" *de Florencia (N.o 3, 5, enero, 1884) con el título "La repubblica dei giovanetti e quella degli uomini colla barba". Nuestros lectores, a quienes suponemos en conocimiento del libro:* "Errico Malatesta, la vida de un anarquista", *por Max Nettlau, Editorial* LA PROTESTA; *precio:* $ 1.20), *saben que el socialismo italiano nació anarquista y que hasta* 1890 *aproximadamente la mayoría de nuestros camaradas identificaban los términos "socialista" y "anarquista".*

JEAN GRAVE.

La vida financiera de un periódico revolucionario

(Conclusión)

¿A qué se debía que todos los que nos ayudaban — excepto un reducido, muy reducido, número — desaparecían el uno tras el otro? Nuestro personal de propaganda no aumentaba sino muy lentamente. Los recién venidos no hacían más que reemplazar a los que desaparecían. ¿Por qué estábamos siempre enredados en las mismas dificultades?

Supongo que los individuos poseen cierta cantidad de energías para gastar en la difusión de las ideas de orden general. Gastada esa cantidad, caen en la masa que vegeta indiferente, desinteresándose de las ideas de emancipación, esa "masa fofa" por la que es poco el desprecio que sienten.

Aunque retirados de la lucha, algunos, sin embargo, seguían fieles a su profesión de fe. Se les veía aparecer en períodos de agitación. Pero, fenómeno curioso, aun habiendo conocido las dificultades de la propaganda, no se veía jamás figurar su nombre en las suscripciones.

Se me preguntará ¿cómo, en definitiva, logré cubrir el déficit de algunos millares de francos que cerraban el ejercicio de cada año?

Como ya lo he dicho: dos veces Pissaro pagó nuestras deudas. En concepto de derecho de autor yo percibía, por mis libros en lo de Stock, una decena de miles de francos que desaparecían en el abismo de nuestro presupuesto tan inestable.

Joven aún, había comenzado a coleccionar estampillas que nuestras relaciones mundiales me permitieron aumentar. Un día de negra miseria me decidí a venderlas. Me pagaron por ellas 800 francos. Hoy día valdrán seguramente 30.000.

Otra vez no pudiendo Stock pagar sus derechos de autor a Kropotkin, convenimos en que yo tomaría libros de su casa y me encargaría de cancelar con Kropotkin. Creo que obtuve por este medio cien o doscientos francos que fueron digeridos por el diario.

Tuvimos, en fin, las tómbolas. Producían, por término medio, dos o tres mil francos. Yo no lo recuerdo con precisión. Excepto de la última, de la que guardo el balance; ésta fué la más productiva, pues sacamos 8 ó 9.000 francos, más o menos.

Por 0.20 se podía ganar cuadros de Angrand, Agar, Bonnard, los medallones de Charpentier, pinturas de Cross, Mme. Cousturier, van Dongen, Delannoy, d'Espagnat, Grandjouan, Herman-Paul, F. Jourdain, Lebasque, Lefébre, Manzana, Paviot, Pissaro padre, L. Pissaro, Luce, Petitjean, Roubille, van Rysselberg, Raister, Steinlen, Vallaton y Willaume. Y no cito sino a los más conocidos.

Al principio me fijé un salario de 150 francos por mes, ya que todo mi tiempo me lo llevaba el periódico. Lo elevé a doscientos en los últimos años. Pero lo hice para determinar una cifra, pues no sacaba eso del periódico.

A los camaradas que me ayudaron les pagué 40 francos por semana. Sólo en los últimos tiempos aumenté el sueldo de Girard a la enorme cifra de 60 francos!

* * *

Ahora veamos la tarea realizada.

Dejemos de lado el periódico, del que se tiraron, durante los treinta años de su existencia, algo así como 12.000.000 de ejemplares.

Para el "affaire" Ferrer y el de Rousset publicamos volantes especiales con un tiraje de 10.000 cada uno.

Para la campaña en favor de los prisioneros de Montjuich se tiró una hoja especial, "El Eco de Montjuich", distribuído con "Les Temps Nouveaux", pero

los gastos se hicieron a expensas de Ardouin.

Fué en la edición de folletos en la que no encontramos rivales.

En la mudanza de la calle Broca, realizada de una manera imbécil, se me perdieron una cantidad de documentos. Reconstituyo con lo que me queda. He aquí las cifras:

NOMBRES	TIRAJE
Informe de los dos congresos imposibilistas	30.000
"La Mano Negra"	10.000
"La Mano Negra y la opinión pública"	10.000
"Los productos de la industria"	5.000
"Los productos de la tierra"	5.000
"Riqueza y miseria"	5.000
"Los revolucionarios en el congreso de Londres"	10.000
Bakunin. — "Dios y el Estado" (segunda edición)	5.000
Berthelot. — "El Evangelio de la hora"	10.000
Bertrand. — "La verdad sobre el affaire Ferrer"	10.000
L. Blanc. — "Algunas verdades económicas"	10.000
Bulland.—"Hacia la Rusia libre"	10.000
Ch. Albert. — "Patria, Guerra Cuartel" (tercera edición)	30.000
R. Chaugi — "La Mujer-esclava" (segunda edición)	20.000
Idem. — "Los tres cómplices"	10.000
Dejacques — "¡Abajo los jefes!"	20.000
Delaisi — "Contra la ley Millerand"	10.000
Dalzan — "El trabajo de la infancia en la vidriería"	10.000
Diderot. — "Charlas de un filósofo con la Mariscala"	10.000
Diversos. — "Contra la guerra"	10.000
Etiévant — "Declaraciones" (tercera edición)	10.000
A. GIRARD:	
"Anarquistas y bandidos"	10.000
"El infierno militar"	10.000
"Educación autoritaria paternal"	10.000
J. GRAVE:	
"Contra la locura armamentista"	10.000
"La colonización" (seg. edic.)	20.000
"La panacea-revolución"	10.000
"Organización. Iniciativa. Organización"	10.000
"El sindicalismo en la evolución social"	10.000
"La entente para la acción"	10.000
"Lo qué queremos"	10.000
"Enseñanza burguesa. — Enseñanza libertaria"	10.000
"Los científicos"	10.000
"Una de las formas nuevas del espíritu político"	10.000
"La conquista de los poderes públicos"	10.000
"El maquinismo" (seg. edic.)	20.000
"Si tuviera que hablar a los electores"	10.000
"El *menú*, aumentado"	10.000
"Organización de la propaganda revolucionaria"	15.000
"La autonomía según la ciencia"	10.000
"La sociedad al día siguiente de la revolución"	5.000
Gohier — "A las mujeres"	10.000
A. HAMON:	
"Patriotismo. — Internacionalismo"	10.000
"Los hombres y las teorías de la anarquía"	5.000
J. KROPOTKIN:	
"La acción anarquista durante la revolución"	10.000
"El espíritu de insurrección" (5a. edición)	35.000
"A los jóvenes"	80.000
"La ley y la autoridad" (4a. ed.)	30.000
"Las prisiones" (2a edición)	20.000
"La idea revolucionaria en la revolución"	10.000
"La organización de la vindicta llamada justicia"	10.000
"La guerra"	10.000
"El principio anarquista"	10.000
"¿La revolución será colectivista?"	10.000
"La agricultura"	8.000
"Un siglo de espera"	8.000
"La Gran Revolución"	8.000
"El Estado, su rol histórico"	10.000
"La moral anarquista" (3a ed.)	25.000
"La anarquía en la evolución socialista"	8.000
"El salariado (3a. edición)	30.000
"Los tiempos nuevos"	8.000
"Comunismo anárquico"	10.000
A. LAISANT:	
"La educación del futuro" (22a. edición)	22.000
LEONARD:	
"El tablado electoral"	10.000
"La elección del alcalde"	10.000
MALATESTA:	
"Entre campesinos" (10a. ed.)	95.000
J. MESNIL:	
"El espíritu revolucionario en el sindicalismo"	10.000
O. MIRBEAU:	
"La huelga de los electores" (3a. edición)	30.000
M. NETTLAU:	
"Las responsabilidades en las luchas obreras" (2a. ed.)	20.000
D. NIEUWENHUIS:	
"La educación libertaria"	10.000
"El militarismo" (2a. edición)	20.000
MICHEL PETIT:	
"Las habitaciones que matan"	10.000
"La criatura"	10.000
PIERROT:	
"Sobre el individualismo"	10.000
"Trabajo y *surmenage*"	10.000
"Socialismo y Sindicalismo"	10.000
PIERROT Y GIRARD:	
"El parlamento contra la clase obrera"	10.000
J. P. PROUDHON:	
"La realeza del pueblo soberano"	10.000
E. RECLUS:	
"A mi hermano el campesino" (3a. edición)	30.000
"Evolución-Revolución" (cuarta edición)	30.000
RECLUS Y GUYAU:	
"La anarquía y la iglesia" (2a. edición)	20.000
ROUSSET:	
"En el fondo del abismo" (cartas)	10.000
D. SAURIN:	
"El orden por la anarquía"	5.000
SIMPLICE:	
"Las condiciones del trabajo en la sociedad actual"	10.000
TCHERKESOFF:	
"Páginas de historia socialista"	10.000
VERMESCH:	
"Los incendiarios"	10.000
Total de ejemplares	1.144.000

Un millón ciento cuarenta y cuatro mil ejemplares y estoy seguro que no es la cantidad verdadera. Esto representa una hermosa actividad.

En Ginebra, durante los cinco años que precedieron a mi llegada, se editaron diversos folletos, de los que no conozco el tiraje y de los que muchos me faltan.

Entre otros, "La pena de muerte", de Reclus; "El proceso Solovief"; "El proceso de Lyon" y otros más, de los que no puedo hacer figurar el tiraje, puesto que carezco de datos.

Es necesario agregar el folleto para distribuir que entregábamos a los camaradas al precio de costo. Helos aquí:

	TIRAJE
RECLUS:	
"A mi hermano el campesino" (2 tirajes)	95.000
CHAUGI:	
"La mujer-esclava"	50.000
GOHIER:	
"A las mujeres"	60.000
J. HURET:	
"Ricos y pobres"	25.000
TOLSTOI:	
"El consejo de revisión"	10.000
MIRBEAU:	
"La huelga de los electores", que tanto en folletos como en carteles murales, dió un tiraje de	150.000
Total de ejemplares	390.000

Luego editamos los libros siguientes:

	EJEMP.
"Guerra — Militarismo"	2.000
"Patriotismo — Colonización"	2.000
"El rincón de los niños" (3 series)	6.000
"Tierra libre	2.000
Total de ejemplares	12.000

Una serie de 35 litografías, 5 en colores, que debían servir de frontispicio a los volúmenes del Suplemento y cuyo tiraje fué de dos a trescientos ejemplares cada uno.

Un aguafuerte de Daumont y otro de Frédéric Jacques. El mismo tiraje que las litografías.

Hubo un tiraje aparte de las ilustraciones de "Guerra y Militarismo" y de "Patriotismo — Colonización". Uno de los dibujos apareció en el primer año en que salió ilustrado "Les Temps Nouveaux". Otro de los dibujos apareció en el número sobre "Biribi".

Otro aguafuerte (bastante mal logrado) — era nuestro debut — sobre los mártires de Chicago.

Retratos de Bakunin, Proudhon y Cafiero, debidos al lápiz de Barbottin.

Luego, tres affiches ilustrados; uno de Luce, uno de Steinlen y uno de Léomin.

En suma, si la vida del "Révolté" hasta "Les Temps Nouveaux" fué una vida de mendicidad, como algunos "buenos camaradas" quieren insinuar, parece que en cambio, la obra realizada es considerable.

Me olvidaba de la imagen "Chauvinard" (género Epinal, para niños) que tuvo un tiraje de 32 ó 15.000 ejemplares, que los 2.000 francos de la camarada nos permitieron editar.

APENDICE

Entradas y salidas de algunos años

Habiendo desaparecido muchos de los libros en que llevaba el movimiento del periódico, cuando nuestra mudanza de la calle Broca, no me es posible dar datos anteriores a 1902:

El balance de este año es el que sigue:

ENTRADAS		
Suscripciones	$	6.599.— fr.
Venta al menudeo	"	21.273.— "
Folletos y suscripc.	"	13.000.— "
Total entradas	$	41.637.55 fr.
SALIDAS		
Papel	$	7.450.— fr.
Impresión	"	16.000.— "
Expedición, gastos diversos de correo	"	6.947.45 "
Varios	"	10.147.55 "
Total salidas	$	41.147.85 fr.

Pero para comprender bien estas cuentas es necesario dar algunas explicaciones.

Siempre bajo la amenaza de un allanamiento o de un arresto, a fin de evitar trastornos semejantes a los camaradas, tomé desde el principio la costumbre de no insertar sino iniciales de los subscriptores en el periódico, y de no hacer figurar sino la suma en los libros.

Era imposible disimular los nombres de los abonados. Pero, como para las subscripciones, no figuraba ningún nombre por la compra de libros y de folletos. Había colocado a los tres en la misma columna, para no tener treinta y seis de la misma página.

La casa Hachette, que se encargaba del servicio de provincia, nos exigía 0.01 por ejemplar para el envío a sus agentes. Además, el gasto de lo que se devolvían, por kilo. En la entrada de la venta al menudeo, estos gastos no figuraban. Sólo insertaba las cantidades recibidas. De modo que nuestra venta era un poco más considerable de lo que figuraba en las entradas.

En las salidas insertaba, bajo el rubro Varios, los gastos menudos: gastos de escritorio, alquiler, mi sueldo y el del camarada que estaba conmigo, el coste de los clichés y otros gastos que no entraban en otros rubros.

Pero el hecho de llegar a esta cifra de 41.637 francos, la más elevada que hayamos tenido en caja — no tengo la de los años precedentes — sólo la venta de folletos y las subscripciones figura con 13.000 francos, se debe a que en ella iba incluída el producto de una tómbola. Lo que explica esta otra anomalía: en "Temps Nouveaux' y en "La Révolte" un excedente de 500 francos.

Por otra parte, en los gastos figuran las cantidades pagadas, pero no los pedidos de papel o los números aparecidos y no pagados ,que formaban nuestro pasivo.

En las entradas no figuraban los ejemplares vendidos, pero que los agentes olvidaban de pagar.

Lo que no figuraba tampoco en los gastos son las cantidades prestadas a camaradas y que éstos se olvidaban de devolver. Las que se donaban para ayudar a algún infortunado. Había también una subscripción para ayudar a las familias de los detenidos. Pero los gastos sobrepasaron siempre las entradas.

Vuelvo a mis cuentas:

1903. — Entradas 41.428.55; gastos 44.567.80; déficit, 3.139.25. La prosperidad no había durado.

1904. — Falta.

1905 — Entradas, 26.600.40; gastos, 25.868.65; excedente, 700 francos. No puedo explicar de dónde sale este excedente, ya que en ese año se produce una seria baja en la venta al menudeo y las subscripciones no aumentan nada.

1906. — Entradas, 26.332.30; gastos, 28.058.50; déficit, aumenta: 4005 francos.

1908. — Ligero aumento, pero también es otro año de tómbola, que produce 9256 francos. Entradas, 29.488.45; gastos, 25.633.85, con un excedente que se empleó para liquidar algunas deudas.

1912. — (Faltan los otros años). Da 21.887.20 de entradas, otra baja, y de gastos 29.481.85; déficit, 26.370.05.

1914. — Es el acabóse.

——(*—*)——

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohío.

Respuesta de R. Pérez

1.º El aforismo jesuita "divide y vencerás" está ferozmente en vigor entre las fuerzas anarquistas, y es difícil, si no imposible, en estas condiciones, hacer el esfuerzo necesario para atenuar ni menos anular, la reacción autoritaria.

El anarquismo vive todavía perdido en un dédalo de incomprensiones, que, ya tirando al sindicalismo, al comunismo o al individualismo, hacen perder un tiempo precioso en estas discusiones, por el hecho de que no es siempre la serenidad debida de espíritu, lo que dirige dichas cuestiones. Y el anarquismo no es, no puede ser, diferente de todas las otras filosofías o ciencias, que para el esclarecimiento y definición de las mismas, han de disgregarse, al menos mientras estén sobre la "mesa del laboratorio", de toda disertación obscura e imprecisa. Un parangón, no sé si acertado, podría hacerlo con el vitalismo, cuyos partidarios admiten un principio vital, distinto a la vez del espíritu y del organismo, pero del cual dependen las acciones orgánicas.

Estos elementos vitales, clasificados A y B, los fisiólogos se contentan con hipótesis, conjeturas y definiciones más o menos ingeniosas, porque todavía no han podido disociarlos de los cuerpos que integran dichas substancias; es decir: "libertarlos".

Hecha esta pequeña disquisición, entro en el asunto y quizá haya de repetirme sobre un artículo mío en "Tiempos Nuevos": "Anarquistas de todos los países" e inspirado por esta misma "encuesta".

Pecar de necio sería el creer que los anarquistas estamos en condiciones con sólo nuestras fuerzas de hacer frente a la burguesía ya nacional o internacionalmente. Además ¿no se dijo y repite hasta la saciedad, que el anarquismo es una X, una incógnita, un "plus ultra", algo de indefinible y, por tanto, no práctico? En "Tiempos Nuevos", que tengo a la vista, 4 de noviembre, su artículo de fondo ataca con mucho "Entusiasmo", es el título del artículo, los "prácticos" y su "practicismo grave, sesudo" etc. Y dice, a guisa de conclusión: "Nosotros seguiremos la ruta alegre del utopismo que Errico Malatesta llamó la "única realidad".

No que me disguste la definición, pero entonces, si hemos de ser quiméricos durante toda nuestra vida y rechazamos los "sesudos, los graves, los prácticos y su practicismo", ¿por qué tanta queja y lamento diario por las miserias que nos hace soportar el practicismo burgués? ¿Idealistas, quiméricos? De acuerdo, pero también las posibilidades (practicismo) de poder vivir en quiméricos e idealistas. Y vengo a mis zapatos.

Es innegable, y en ello parece todos estamos de acuerdo, la impotencia numérica en que nos encontramos frente a frente con la burguesía, nacional e internacionalmente concertada para le defensa de sus posiciones, si ésta fuera atacada en sus intereses. Esta primera hipótesis descartada, hemos de buscar medios más eficaces y que nos prometan, si no un completo éxito, más probabilidades positivas, que todas las revueltas esporádicas hasta aquí ocurridas.

Para esto vengo a mi primer punto: hay que desintegrar el anarquismo del océano de pasividad e inconciencia en que vegeta, primero, y segundo, de las

fuerzas retrógradas que lo amordazan y encadenan, es decir: "libertario".

Sin movimiento propio, sin esa espontaneidad creadora que es su fuerza vital, al paso que vamos, el anarquismo va a pasar al museo de las mitologías. ¿Cómo libertar el anarquismo de todas las fuerzas del mal que le rodean?

Pasando el Rubicón; es decir, haciendo la "Revolución Anarquista" y ensayando la Sociedad Libertaria.

Si la evolución, se dijo, es una ley de la naturaleza, y la revolución el complemento brutal, pero necesario, para romper las trabas que la sociedad actual le impone, el anarquismo está suficientemente avanzado, para vivir su propia vida sin amos ni tutores.

Hemos dicho, y desgraciadamente asáz comprobado, que diseminados, el esfuerzo anarquista es inoperante para contrarrestar la reacción autoritaria. Y el momento psicológico ha llegado, de probar que somos internacionalistas en los hechos como en la teoría.

Lo tierra es bastante grande y lo suficientemente "civilizada", para acoger en un determinado punto o nación a los anarquistas de todos los países, y en ella ensayar de vivir anárquicamente. No voy a inventar nada, la idea no es mía y sí burguesa.

Nadie ignora que ésta, para mejor robar, explotar y extender su poderío de dominación, se coaliga y confedera en grandes compañías para luego repartirse los beneficios de sus rapiñas. Todo el mundo sabe la mutua solidaridad que la burguesía se presta entre ella, cuando se halla en conflicto con sus esclavos y esto sin distinción de ideas, filosofías ni nacionalismos. ¿Qué tiene de extraño y antinatural que una facción de los hombres, los anarquistas, ya lo bastante evolucionados para vivir aparte, se confederen en un solo grupo echando al diablo amos, directores y dictadores? He aquí mi sugestión para terminar, porque he de ceñirme al ruego de ser lo más breve posible.

Muchas gotas de agua hacen el arroyo, éstos los ríos que luego se convierten en mares...

Somos un millón de anarquistas, supongamos, diseminados por toda la tierra. Cada anarquista es una gota de agua de poco valor y menos peso, en el océano burgués. Pero cien anarquistas, representando otros tantos países, se reúnen en un punto Z, para elegir la nación más propicia, la más débil (estrategia), más productiva, etc.; y una vez designado el punto de reunión de los anarquistas de todos los países para dar el golpe, subrepticiamente, clandestinamente, etc., etc., introducirse en dicha nación y hacerse dueños de ella por la fuerza. Yo creo que la idea es menos descabellada que el hacer la revolución en una nación de veinte millones de habitantes, donde solo se cuentan de dos a tres mil anarquistas, porque si hemos bien comprendido aquí se trata específicamente del anarquismo, y no de todos los grupos revolucionarios.

¡Ah! Me tiran ya de la oreja al par que me preguntan, ¿y el obrero, al cual nos debemos en cuerpo y alma y que la misma "Encuesta", en su tercer punto, dice "Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

El proletario es práctico, práctico hasta la desesperación y un ejemplo vale para él más que cien bibliotecas. Pongamos en práctica la Sociedad Libertaria, y el proletario nos imitará, porque él imita todo, hasta los más feos vicios de la burguesía. Para concretar, entre los muchos ejemplos que me vienen a la memoria, citaré el solo caso de la efervescencia mundial que produjo la revolución en Rusia en 1917. Caso este que si no fuera la traición e indecisión de unos y otros, la faz del mundo estaría muy de otra manera.

"El anarquismo, desde el punto de vista de la organización de las sociedades, ¿es o no revolucionario?"

Como Pasteur echando por tierra todos los viejos sistemas de curar, revolucionó la terapéutica...

Como la aviación pasando por encima de las leyes conocidas, y remontando en el espacio "el más pesado que el aire" revolucionó las leyes de la aerostación...

Por las mismas razones que prueba que no puede vivir sin amos, leyes ni dinero, el anarquismo es revolucionario.

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños, para que lo antes posible, ellos mismos labren su emancipación?

Me parece un poco adelantada la cuestión. Pues, sabido es de todos las dificultades que a diario encontramos para orientarnos las personas mayores y no veo, con la desorentación actual nuestra, que podamos improvisarnos orientadores. ¿Ignoran los autores de la "Encuesta" que en el país más libre del mundo, los profesores son perseguidos por el delito de sindicarse. Pues esto ocurre en Francia, y, si no somos libres, no ya de enseñar y orientar, sino de nosotros mismos, fuera de nuestras funciones, mal armados estamos para orientar la infancia.

En todo caso habría que empezar por hacer madres y padres conscientes, que son los verdaderos maestros del niño. Porque si es cierto que el profesor puede hacer del niño un letrado, los padres y el ambiente, hacen de él un canalla.

Siendo de gran interés este punto, son los pedagogos los que a él responderán; yo me limito a recordar la obra de Ferrer.

Pero... ya sabemos la suerte que corren los hombres como él.

En resumen, yo vengo siempre a mi primer punto: hay que conquistar primero la Libertad. Sin este primordial elemento, base de toda acción noble y desinteresada, el progreso estará a la merced de los que de la libertad disponen.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

IV

(La madre, Micha, niñito de seis años).

MICHA

Di, mamá, ¿por qué la niñera me ha puesto mi traje nuevo?

LA MADRE

Porque hoy es día de fiesta y vamos todos a la iglesia.

MICHA

¿Qué fiesta?

LA MADRE

La Ascensión.

MICHA

Qué palabra extraña. ¡La Ascensión! ¿Y qué quiere decir la Ascensión?

LA MADRE

Quiere decir que en este día Nuestro Señor Jesucristo sube al cielo.

MICHA

¿Jesucristo sube al cielo? ¿Y qué quiere decir subir al cielo?

LA MADRE

Quiere decir que se ha volado.

MICHA

¿Y cómo ha hecho Jesucristo para volar? ¿Tenía alas, pues?

LA MADRE

Pero no, no tenía alas, ha subido simplemente porque él es Dios, y Dios puede hacer todo lo que quiere.

MICHA

Pero ¿a dónde voló, di? Porque papá me ha dicho que el cielo no es lo que se cree. Ha dicho también que no había nada allá. Hay estrellas y más estrellas y el cielo no tiene fin. Es papá el que ha dicho todo eso, y bien, entonces, ¿dónde se voló Nuestro Señor Jesucristo?

LA MADRE (*Sonriendo*)

No se puede comprender todo; es necesario creer simplemente.

MICHA

¿Creer, qué?

LA MADRE

Lo que dicen las gentes que tienen más edad? ¿Comprendes?

MICHA

Sí, pero el otro día, cuando se volcó la sal sobre la mesa y yo dije que era la muerte para alguien, tú me has dicho que no debo creer tonterías como esa.

LA MADRE

¡Perfectamente! Y te repito que no se debe creer tonterías.

MICHA

Entonces, ¿cómo debo hacer para distinguir una tontería, de la que no lo es.

LA MADRE

No se debe creer tonterías, pero sí la verdadera religión.

MICHA

¿Y cuál es la verdadera religión?

LA MADRE

La verdadera religión es la nuestra. (Aparte). Creo que yo estoy en tren de decir tonterías. (En voz alta). Vamos, esto es bastante. Ve a decir a papá que nosotros nos vamos. Después vas a ir a buscar tu abrigo.

MICHA

Di mamá, después de la misa ¿me darás chocolate?

(Trad. de I. Mancebo).

Sumario de los trabajos aparecidos en esta publicación en el año 1926

MAX NETTLAU (6 y último)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

"Entre la unión corporativa que se elabora y la sociedad comunista y libertaria en su estadio inicial existe una concordancia. Nosotros queremos que toda función social se reduzca a la satisfacción de nuestras necesidades; la asociación corporativa lo quiere también, ese es su objetivo, y se liberta más y más de la creencia en la necesidad de gobiernos. Queremos el libre acuerdo entre los hombres; la unión corporativa comprende diariamente mejor que sólo ella puede existir si destierra de su seno toda autoridad y toda coacción. Queremos que la liberación del pueblo sea su propia obra; la unión corporativa lo quiere igualmente — se siente en ella cada vez más la necesidad de atender por sí misma a sus intereses; el gusto de la independencia y el apetito de la rebelión germinan, se sueña con talleres libres en donde aparezca el sentimiento del deber personal en lugar de la autoridad, se lanzan observaciones (especialmente en un informe al congreso de las Bolsas en Nimes) sobre la misión del trabajador en una sociedad armónica, que testimonian un asombroso espíritu amplio y que proceden de los trabajadores mismos. En resumen, los trabajadores que se creyeron condenados tanto tiempo a la misión de una herramienta, quieren ser inteligencias para ser al mismo tiempo los inventores y los creadores de su obra".

"¡Ojalá ensanchen el campo de estudios que se abrió así ante ellos! ¡Ojalá se habitúen, comprendiendo que toda la vida social descansa en sus manos, a sacar sólo de sí mismos el compromiso para un deber y a aborrecer y quebrantar toda autoridad extraña! Esa es su misión, ese es también el objeto de la anarquía".

En *L'Art et la Révolte* (30 de mayo de 1896) combate Pelloutier lo que Lasalle llama la "maldita falta de necesidades en los trabajadores"... Se les enseña: "¡Bienaventurados los pobres de espíritu!... El dice, en cambio, que la ignorancia ha hecho de los pobres renunciantes, mientras los ricos disfrutan. El arte, por consiguiente, debe hacer rebeldes. Debe acudir, por su parte, en ayuda de la comprensión todavía confusa de la igualdad de los derechos, y destruir el respeto mezclado con el temor que presenta la muchedumbre todavía a la moral inventada por la falsedad humana, mostrando lo odioso y lo ridículo de ese respeto... "Pues ahí está todo. El descubrimiento de las mentiras sociales, la exposición del cómo y del por qué de la creación de las religiones, de la invención del culto a la patria, de la construcción de la familia según el modelo del gobierno, de la insinuación de la necesidad de un amo — en eso debe consistir el objetivo del arte revolucionario. Y mientras quede en el espíritu de los hombres el menor rastro de un prejuicio, pueden hacerse insurrecciones, transformar más o menos el engranaje político inútil, incluso derribar los imperios: ¡la hora de la revolución social no habrá sonado todavía!...

La conferencia, en cuyo contenido no me detengo, termina con palabras que expresan característicamente lo generalmente humano de las aspiraciones de Fernand Pelloutier, que, porque consagró su vida, no a los más débiles de entonces, sino a los más desamparados, a los trabajadores, por eso poseía en el más alto grado la estima del trabajo, pero no un culto unilateral al obrero manual. Dice... "Todos esos padecimientos (descritos) ¿no los curará el socialismo? Toda esta iniquidad ¿no la hará desaparecer el socialismo, la destrucción de los poderes y de las castas? Todos, vosotros, artistas, sabios que poseéis con el odio al mal, el deseo del mejoramiento, la pasión de la liberación material y espiritual, combatid con nosotros, pues la fuente de nuestra miseria es común. ¡Todos sufrimos gracias al acaparamiento de los bienes comunes a la humanidad por unos pocos! Retrocedamos todos a lo que debe ser la propiedad de todos, suprimamos a los amos, asociémonos libremente para el trabajo y el disfrute, realicemos este sueño posible: ¡el comunismo apoyado en la completa libertad!".

Ahora habría que investigar las fuentes de las ideas de Pelloutier, pero ¿quién podría juzgar la vastísima lectura de un hombre opositor desde la juventud, que siguió todas las corrientes radicales, la del pensamiento libre, la del arte libre, que le interesaban la libertad política y la social, toda especie de ideas y de prácticas sociológicas? ¿E igualmente las innumerables impresiones en el contacto continuo con socialistas y anarquistas de todas las tendencias y con trabajadores de los más diversos oficios y comarcas de un gran país? Su hermano Maurice, en una carta a V. Dave (febrero de 1903) resume como influencias principales: *La Internacional* con sus dos ideas, que "la sumisión de los trabajadores al capital es la fuente de toda servidumbre, la política, la moral y la material", y que "la liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", — *Proudhon* y su federalismo, *Bakunin* y su proclamación de la asociación libre de los productores: "este es — escribe Maurice Pelloutier— el triple influjo impreso en todos los escritos de Fernand, esos son los tres guías a quienes se entregó y que le condujeron al camino de la verdad"...

En ese juicio del mejor conocedor de Pelloutier y que le ofreció verdadero amor fraternal hay mucha verdad; solo quisiera agregar aún que Fernand Pelloutier ha debido poseer una feliz capacidad propia, una mano fácil y segura, tacto, iniciativa, firmeza y experiencia práctica, mucha tenacidad y valor para el trabajo para hacer amar de tantos y tan diversos seres, por un largo tiempo al menos, las ideas que vivían en él: en eso consiste su valor esencial.

IV

Sin duda alguna, Fernand Pelloutier ha realizado una gran obra en su corta vida. Ha realizado, por fin — y por eso incitó en todos los países lo mismo — lo que muchos socialistas habían soñado, planeado e intentado: la agrupación efectiva de grandes masas obreras para la lucha contra el capital y para la rea

lización consciente de su propia obra emancipadora con los propios medios. Los trabajadores habían despertado hacía tiempo, pero cuando no interrumpieron las persecuciones los comienzos de tal obra, se introdujeron los elementos parasitarios, las verdaderas hienas del socialismo, los políticos socialistas, que arrancaron a los trabajadores, apenas despertados, lo único que puede salvarles y que ni siquiera el capitalista pudo robarles: la confianza en las propias fuerzas, sabiéndose presentar, como hacen los sacerdotes ante los creyentes, como intermediarios ante "dios", por su parte como representantes ante el capital y el Estado, como diputados indispensables y seduciendo el voto a los obreros, dejándoles luego en la miseria hasta que las próximas elecciones los vuelven a atraer hacia su presa. A ese engaño del pueblo había que ponerle fin; eso lo sintió entonces en Francia toda persona honesta, desde Vaillant, que dió impresión a su opinión por el lanzamiento de una bomba que no mató a nadie, pero que le llevó a él al cadalso, hasta los allemanistas, el núcleo del proletariado revolucionario de París, que sin sentirse anarquistas en lo más mínimo, proclamaban entonces instintivamente el antiparlamentarismo, y los muchos obreros enérgicos en los numerosos sindicatos desmenuzados e impotentes, dominados por los políticos — los últimos siguieron la iniciativa de Pelloutier y de sus amigos y dieron finalmente a sus Bolsas de Trabajo y a sus Federaciones lo que se puede llamar el espíritu del verdadero sindicalismo revolucionario. Fué ante todo un proceso de purificación espiritual y efectiva — depuración y eliminación. Telarañas y parásitos fueron suprimidos; los diputados que estaban habituados a encontrar aquí sus más fieles electores, no pudieron entonces más que contemplar la puerta desde afuera; el mezquino espíritu de las numerosas conexiones con los gobernantes locales, los concejos comunales, etc., desapareció; el trabajador adquirió conciencia del grado absoluto en que lo es *todo* el trabajo — el trabajo en su completa acepción, físico, intelectual, artístico, etc. — y en qué grado absoluto es *nada* el mundo parasitario anidado en el trabajo, los propietarios y su aparato de protección, el Estado. Eso lo sentín todo socialista efectivo, pero no lo decía públicamente desde hacía mucho tiempo más que el anarquista. Ahora bien, hacia 1895 se manifestaron de repente grandes masas obreras por esa idea y se agruparon para obrar desde entonces en ese sentido.

Fué una gran sorpresa y puedo recordarme de aquellos años, desde el verano de 1894 en adelante, en Londres, cuando Emile Pouget, el redactor del suspendido *Père Peinard*, que conocía el mundo obrero francés más exactamente que la mayoría de los demás y observó siempre sus pulsaciones, llamó la atención sobre ese cambio, la liberación de los sindicatos del yugo del guesdismo, el antiparlamentarismo, los mencionados allemanistas, y sobre el comportamiento decidido de Pelloutier. Kropotkin estaba entusiasmado, Tcherkesoff se sentía en el séptimo cielo, Malatesta era esencialmente escéptico y afirmaba que eso no haría superflua la revolución; los compañeros ingleses de *Freedom* estaban regocijados y alentados. Todos sentían eso, no tanto como un efecto de la larga e intensa propaganda anarquista, sino como una fortificación de la seguridad que los anarquistas estaban en el buen camino, que el instinto natural del pueblo laborioso le había llevado, por fin, al mismo camino. No podía ser de otro modo, pues la anarquía es precisamente idéntica a la evolución natural a que aspira todo organismo sano, una vez libertado de los obstáculos que pesan sobre él. Tales obstáculos fueron, para la ciencia: la religión y la metafísica — la ciencia se libró de ellos en el siglo XIX. Para el trabajo tales obstáculos son la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra y el Estado. Otros obstáculos recaen sobre la vida privada, la mujer y la familia, y la vida de los pueblos entre sí, que están separados por fronteras y odio, cuando no por las guerras, etc. Ese regocijante proceso de supresión de impedimentos se vió hacia 1895 realizarse en Francia en el dominio sindical y despertó las mayores esperanzas; por desgracia, como luego se ha visto, demasiado grandes esperanzas; en todo caso fué un paso hacia adelante, al que en verdad no siguió un segundo paso todavía, pero que, piénsese lo que se quiera, tampoco se dió hacia atrás.

Del trabajo propio de Pelloutier en aquellos años digamos solo que con el comienzo victorioso las dificultades no decrecieron y que las luchas internas absorbieron muchas energías. Si muchas de las Bolsas de Trabajo, en que dominaba un espíritu local de tal especie, fueron ganadas para el sindicalismo puro, esa renovación del espíritu de las grandes organizaciones sindicales era mucho más difícil, pues sus miembros estaban dispersados por todo el país y expuestos a las más diversas influencias. Los sindicatos formaron la C. G. T. bajo la dirección de su primer secretario — enemigo mortal de Pelloutier, según muestra Yvetot en la pequeña biografía, que deja ver las duras luchas de Pelloutier. Se sabe cuanto tiempo tardó hasta que en la C. G. T. misma penetró otro espíritu y cómo entonces, cuando los adversarios fueron desalojados de la primera posición (guesdismo) hubo que dar el asalto a una posición nueva (el reformismo), hasta que luego pareció vencer por un tiempo la tendencia revolucionaria, para extinguirse por fin desde el interior bajo la égida de León Jouhaux...

En todo caso, por la enfermedad y la muerte de Pelloutier fué fortificada la tendencia de la C. G. T., de las federaciones nacionales contra la tendencia de las Bolsas del Trabajo locales, y el congreso de Montpellier hizo de la *Fédération des Bourses du Travail* una sección de las Bourses du Travail de la C. G. T.; las agrupó, pues, más fuertemente en la organización total de lo que había parecido conveniente en su tiempo a Pelloutier. No puedo juzgar si él se habría sometido también a esa evolución, para la cual no habrían existido causas antes de 1902. El *Rapport du Comité confédéral pour*... 1901-1902... (París, 1902, 43 págs.), y el protocolo de Montpellier (22-27 de septiembre de 1902), Montpellier, 1902, 296 págs. informan seguramente, como también la *Voix du Peuple*, que apareció semanalmente desde el 1 de diciembre de 1900 bajo la redacción de Pouget.

En general todo estudio que penetre realmente en

BIBLIOGRAFIA

---

esas condiciones exige un conocimiento exacto de los vastos protocolos anuales, las continuas discusiones en muchos órganos profesionales y de material más íntimo aun, de lo cual será una fuente digna de estima el semanario de Pouget reiniciado el 11 de mayo de 1895, primero como *La Sociale* luego como *Le Pére Peinard*, hasta el 15 de abril de 1900.

Pero nada puede substituir aquí las impresiones de los militantes efectivos de aquellos años de 1895-1901, que poseen la clave para todos los acontecimientos que no encuentran en los impresos más que un eco indirecto. Ellos solos pueden decir qué estímulo y qué resistencia encontró Pelloutier entonces en sus propios círculos, en qué medida se le ayudó desinteresadamente y qué rivalidades se desarrollaron, en cuantos él y sus compañeros inmediatos — eso lo hicieron indudablemente — llevaron a cabo el primer trabajo difícil y dieron vida a un poderoso sindicalismo. Ojalá digan pronto su opinión completa sobre eso personas vivientes como Yvetot, Pouget y otros menos conocidos hoy, cuando tantas — lamentablemente — nuevas luchas han hecho objeto de tranquila observación histórica aquellas viejas luchas; muchos han muerto ya y desaparecido — sería tiempo, tal vez estimulados por el recuerdo del veinticinco aniversario de la muerte de Pelloutier, para arrojar plena luz sobre muchas cosas, sobre todo. Tan solo entonces se podrá juzgar la acción de Pelloutier en toda su medida y en sus efectos — para mí eso no es posible.

Quisiera advertir, sin embargo, que me parece inexacta la expresión repetida a menudo de que Pelloutier ha introducido el anarquismo en el sindicalismo. Reconoció simplemente el hecho que existe, por des agradable que sea para algún oído, que el trabajo libertado de los impedimentos artificiales (Estado, política) y que no paga más tributo a los parásitos (el capital) poseerá la tendencia natural a organizarse libre y convenientemente en base a la reciprocidad y la solidaridad tanto como lo exige la causa, el fin mismo del trabajo: eso es simultáneamente sindicalismo en su finalidad y es anarquía porque es vida natural, el estado que resulta por sí mismo para los hombres razonables después de la caída de los obstáculos, — lo mismo que para la ciencia, después de la supresión de los dogmas teológicos y los de la falsificación y el estancamiento que la amenazaban, la condición natural es la investigación libre, desinteresada sobre la base de la propia actividad y con la cooperación solidaria de todos los sabios y el aprovechamiento de las conquistas del pasado, — algo que un reaccionario tiene que condenar lógicamente como anarquía y que condena, pero que en ese dominio es reconocido ya como cosa natural por todos. Lo mismo ocurre en el arte y en los otros dominios — y así también en nuestro caso en el trabajo humano. Así como la ciencia se ha emancipado de la religión, el arte de las reglas pedantescas y de la censura, etc., así se emancipará el trabajo finalmente de sus administradores forzosos: el capital y el Estado. Todo factor que trabe esa emancipación es reaccionario, y ese es justamente el papel del socialismo político, siempre lo fué y lo continúa siendo.

Por tanto, no era necesario introducir el anarquismo en el sindicalismo, pues está ya en él. Era, por tanto, también muy innecesario y miope querer introducir el sindicalismo en el anarquismo, como si hubiese sido necesario, mientras que *uno* de los modos de producción en una sociedad libre sería, sin duda, el sindical, sin que fueran excluídas por eso otras formas de producción no monopolizadoras y explotadoras. ¡Cuántas palabras se habrían ahorrado si se hubiese reflexionado claramente sobre esas condiciones, como Proudhon, Bakunin, los viejos internacionalistas como De Paepe y Guillaume, Pelloutier y otros más nuevos!

Tampoco el sindicalismo poco después ya de la desaparición de Pelloutier carece de defectos. Adquirió muy pronto un orgullo siempre deplorable expresado en las palabras soberbias: "El sindicalismo se basta a sí mismo", que recuerda al "orgullo comunista de la inapecabilidad" constatado por Marx mismo en años antes en algunos de sus adeptos, lo mismo que las orgías de la vanidad de la socialdemocracia alemana en el período Engels-Kautsky y la del actual bolcheviquismo. Eso lleva siempre al aislamiento espiritual, a la inmovilidad y al desmedro, un destino a que no escapó el orgulloso sindicalismo en ciertos años. Eso no era, en modo alguno, la naturaleza de Pelloutier, tal como yo la conozco.

Otro peligro a que no escapó el sindicalismo francés y que tampoco pudo quedar desconocido a Pelloutier ya, según mi opinión, fué este: se convirtió en proporción creciente en teatro de fuertes individualidades o al menos de individualidades que querían llegar a los primeros puestos, todos esos militantes que llegaron a ponerse al frente de sus organizaciones gracias a un período enérgico de actividad local y demás y que luego no aspiraron para sí a más laureles dentro de la C. G. T. o que al menos se convirtieron en los hombres de partido más rabiosos, más exasperados, a menudo los más acibarados. Era como si los elementos de tal especie trabados en la carrera de diputados por la renuncia al parlamentarismo, hubieran querido agotarse y dar rienda suelta a su cólera en las luchas sindicalistas por la supremacía en la C. G. T. y en las grandes organizaciones. Hubo y hay todavía una superproducción en tales hombres de ambición inquieta; las cuestiones personales absorbieron el interés un año y otro y fanatizaron a los miembros. He deseado a menudo ver a esos hombres de las luchas continuas por el poder en la Cámara de diputados de inmediato, a donde corresponden como autoritarios incurables interiormente, en lugar de debatirse en el sindicalismo y rebajarlo del nivel a que había llegado en tiempo de Pelloutier. No han comprendido la naturaleza y los objetivos de Pelloutier y han derrochado su herencia.

Así fué en sus consecuencias restringido y no siempre duradero después de todo, el efecto de Pelloutier, pero grande fué, sin embargo, y dió en todas partes el impulso para intentar sacar el socialismo del pantano de la política. Un nuevo Pelloutier no ha vuelto a aparecer; encontraría bastante que hacer. Alegrémonos de haberlo tenido, aproximémonos a su comprensión más de lo que pudo hacerse aquí — hay que andar mucho para encontrar un luchador más desinteresado de la liberación del trabajo por vías claramente reflexionadas, de lo que lo fué Fernand Pelloutier.

